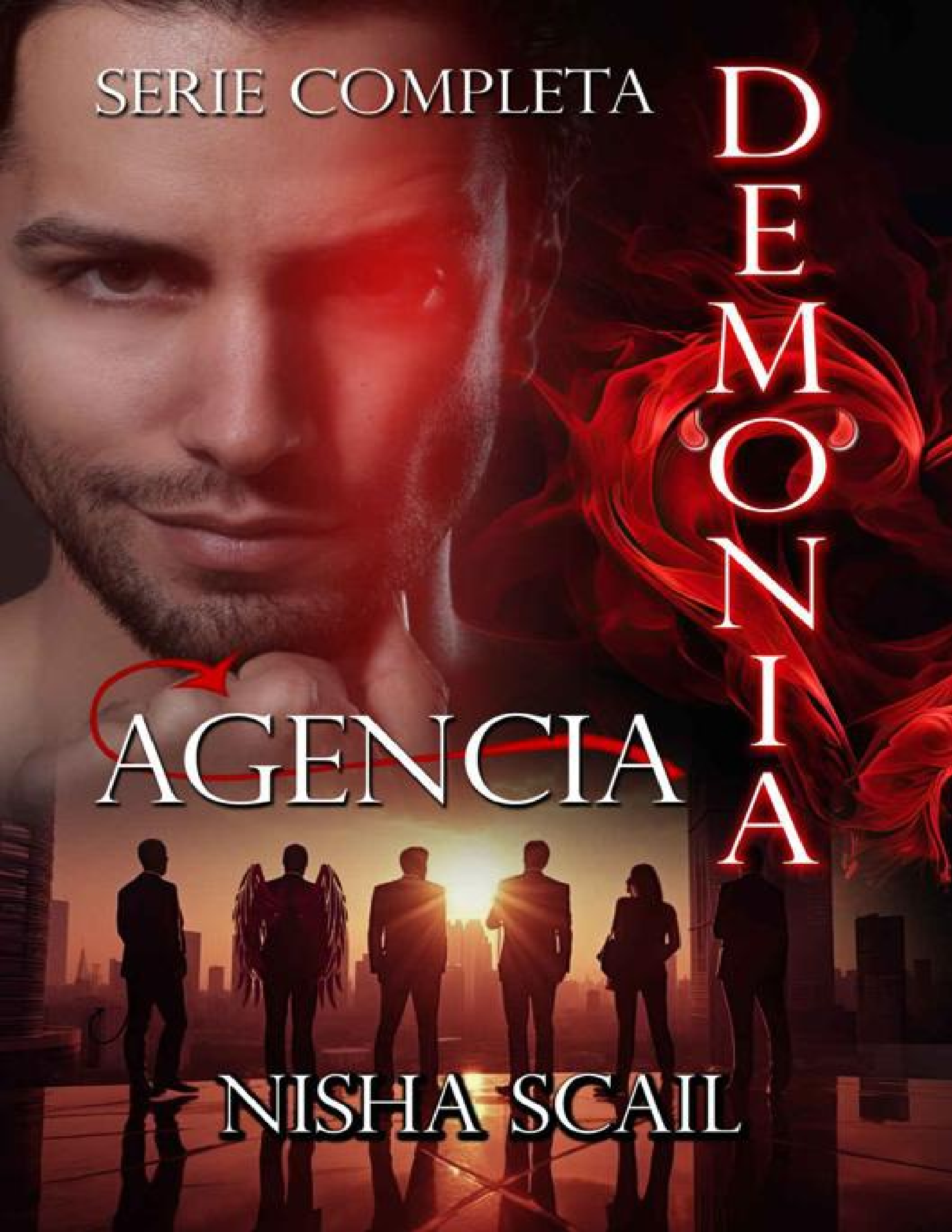
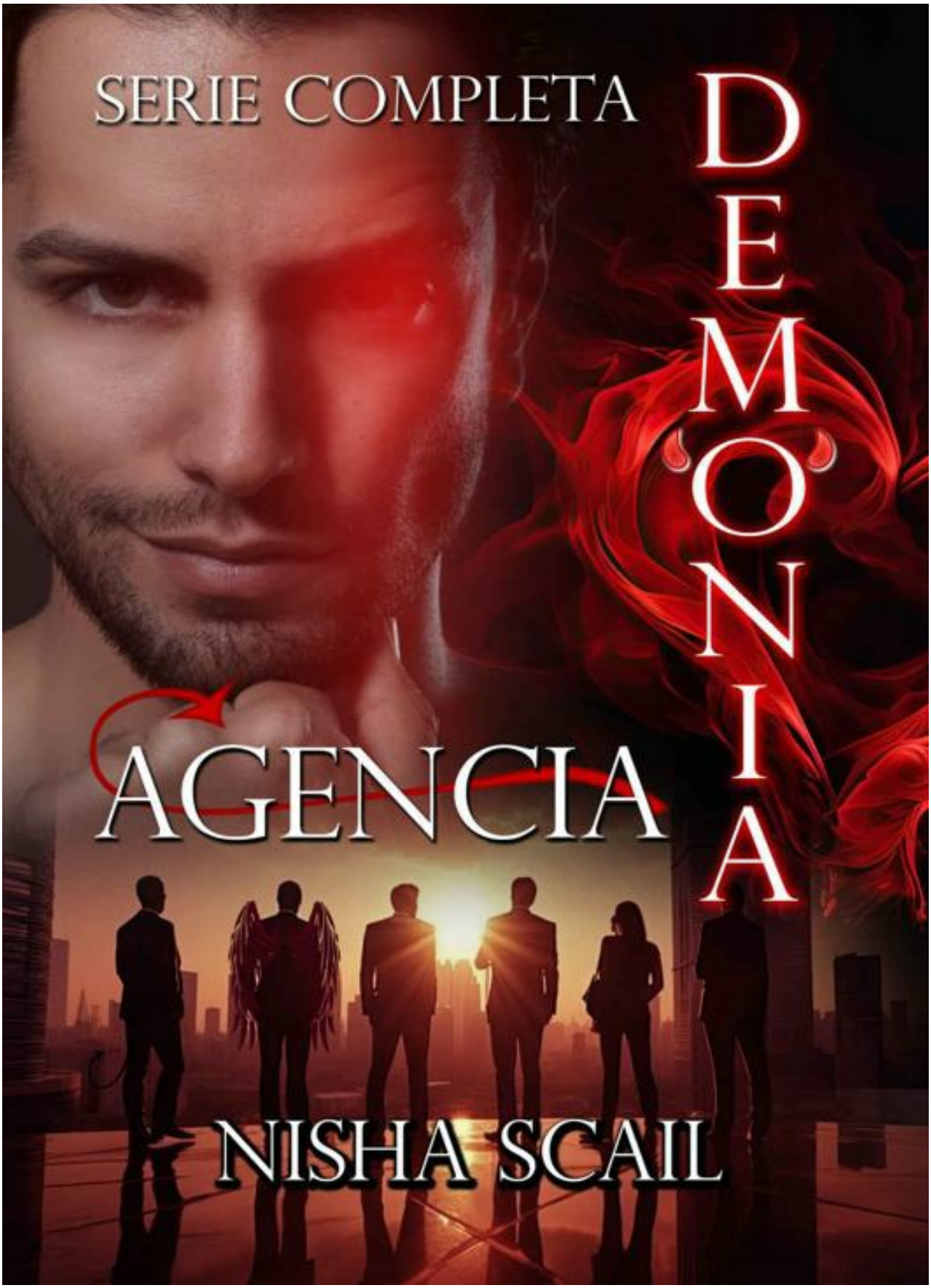

SERIE COMPLETA
DEMONIA
AGENCIA
NISHA SCAIL


SERIE COMPLETA
DEMONIA
AGENCIA
NISHA SCAIL

AGENCIA DEMONÍA

SERIE COMPLETA

NISHA SCAIL

COPYRIGHT

AGENCIA DEMONÍA
Serie completa
© edición 2024
© Nisha Scail
Portada: https://stock.adobe.com
Diseño y Maquetación: Nisha Scail
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

A Dhya Nocturn.
La Fan nº 1 de la Agencia Demonía.

ARGUMENTO DE LA SERIE

«¿Aburrida de la rutina diaria?, ¿Hastiada de la monotonía del día a día?, ¿No encuentras aquello que te satisfaga, que deje una sonrisa permanente en tu rostro durante todo el día? En la Agencia Demonía disponemos de un selecto servicio de acompañantes a domicilio que hará que tu vida no vuelva a ser la misma de antes.
No lo pienses más, lanza por la ventana la monotonía, tiéndele la mano al riesgo y da alas a tus fantasías contestando a los cinco requisitos de nuestro formulario. Encontrarás que nuestros servicios son tan calientes como el infierno».

Bienvenid@s a la Agencia Demonía.
Disfruta con esta serie de romance paranormal con tintes eróticos y sumérgete en cada una de las historias lideradas por los agentes más calientes del mundo sobrenatural.

Contiene:
ENVUELTO PARA LLEVAR
SEDUCTORA VERDAD
ENTRÉGATE AL PLACER
ARDIENTE Y CELESTIAL
ÓDIAME HASTA QUE ME AMES
TODO LO QUE DESEO
EPÍLOGO DE LA AGENCIA DEMONÍA
LO QUE DESEES, MILADY

ÍNDICE

COPYRIGHT
ARGUMENTO DE LA SERIE
ÍNDICE
ENVUELTO PARA LLEVAR -LIBRO 1-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
EPÍLOGO
SEDUCTORA VERDAD -LIBRO 2-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
EPÍLOGO
ENTRÉGATE AL PLACER -LIBRO 3-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
EPÍLOGO
ARDIENTE Y CELESTIAL -LIBRO 4-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
EPÍLOGO
ÓDIAME HASTA QUE ME AMES
PRÓLOGO
PRIMERA PARTE
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
-SEGUNDA PARTE-
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
-TERCERA PARTE-
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
-CUARTA PARTE-
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
EPÍLOGO
TODO LO QUE DESEO -LIBRO 6-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
EPÍLOGO
EPÍLOGO -AGENCIA DEMONÍA-
EIREEN & RIEL
NISHEL & GABRIELLA
RADIN & ANKARA
NAZIEL & CLAIRE
NATALIE & NICK
ARION & CASSANDRA
MI AGENCIA DEMONÍA
LO QUE DESEES, MILADY – LIBRO BONUS-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54

ENVUELTO PARA LLEVAR -LIBRO 1-

Después de un día desastroso buscando trabajo, encontrarse con el sobrevalorado Neanderthal de su ex novio y ser prácticamente despedida de una tienda de ropa por no haber ropa de su talla, **Eireen** empezaba a pensar que un agujero sería el lugar perfecto en el que meterse, pero todo cambió cuando al llegar a su casa y consultar la bandeja de entrada de su correo se encontró con lo siguiente:

«¿Aburrida de la rutina diaria?, ¿Hastiada de la monotonía del día a día?, ¿No encuentras aquello que te satisfaga, que deje una sonrisa permanente en tu rostro durante todo el día? En la Agencia Demonía disponemos de un selecto servicio de acompañantes a domicilio que hará que tu vida no vuelva a ser la misma de antes.

No lo pienses más, lanza por la ventana la monotonía, tiéndele la mano al riesgo y da alas a tus fantasías contestando a los cinco requisitos de nuestro formulario. Encontrarás que nuestros servicios son tan calientes como el infierno».

Cinco requisitos... Aquella sería la respuesta a todas sus fantasías, si se atreviera a contratar un servicio de ese tipo.

Poco podía imaginar ella, que una divertida conversación consigo misma iba a traer a sus puertas al más sexy y oscuro demonio de la *Agencia Demonía*, dispuesto a cumplir cada uno de sus deseos... y fantasías.

Cuando le ofrecieron el trabajo a **Riel**, pensó que se trataría de algo fácil, una mujer atractiva, dispuesta, deseosa de pasárselo bien... Tenía que haber sospechado que no sería así teniendo en cuenta de que había sido el propio director quien le había asignado el caso.

Eireen era todo aquello a lo que Riel no estaba acostumbrado, de voluptuosas curvas, oculta bajo una apariencia seria y anodina, con un carácter de mil demonios, era la mujer más testaruda con la que se había topado jamás... y también la más sexy. Ella estaba dispuesta a huir de él, sin darse cuenta de que la agencia no servía a aquellas que lo solicitaban, si no... A quien realmente lo necesitaba y ella, lo necesitaba a él.

PRÓLOGO

Sintió pena al tener que quemar aquel bonito sofá.

Solo por un instante.

Eireen Mars no era una mujer de reacciones viscerales, meditaba mucho las cosas, a veces incluso demasiado, pero con aquel sofá, no se lo pensó ni un solo segundo.

El tresillo había estado decorando el pequeño salón comedor, lo había comprado en un rastrillo el año pasado, a principios de la primavera, no era fácil olvidar el día en el que el vendedor le había vendido aquella preciosidad por tan solo veinte dólares al ver que no dejaba de llorar… ¿No había sido consciente también que era incapaz de dejar el pañuelo a un lado y que sus ojos estaban sorprendentemente rojos?

Obviamente no. Para el hombre había sido más fácil suponer que estaba en un momento crítico de su vida, que el ver que eran los típicos síntomas de una alergia primaveral.

El ficticio abandono de su novio por una mujer más delgada -y diablos, aquello había dolido- le había conseguido un tresillo de ciento cincuenta dólares al precio de veinte.

¿Quién era ella para desilusionar al pobre hombre?

Suspirando profundamente, se apartó un mechón de pelo castaño de la cara, volvió a asegurarlo con una de las llamativas horquillas y contempló el sofá que había arrastrado por toda la casa hasta sacarlo a la pequeña parcela de césped bordeada por el sendero de piedra que servía de entrada a su propiedad.

—Es una pena, realmente me gustabas —murmuró contemplando el sofá.

Entonces suspiró, se recogió las mangas del pijama de franela con vaquitas que llevaba puesto y empezó a rociar el mueble con un bote de alcohol de quemar que había sacado del garaje, algo muy útil para encender la barbacoa y que seguro serviría a las mil maravillas para aquella improvisada hoguera.

Sin pensárselo dos veces, lanzó la botella al sofá, echó mano al bolsillo y sacó una caja de cerillas.

—Adiós para siempre, pequeño sofá —dijo Eireen lanzando la cerilla encendida al sofá, haciendo que este prendiese rápidamente, separándose a una prudente distancia de seguridad, se cruzó de brazos y contempló su pequeña obra—. Es una pena que no seas él, realmente lo estaría disfrutando muchísimo más.

Ah… las malditas cosas que tenía la vida.

No era suficiente llevar más de seis meses desempleada, no era suficiente tener una talla cincuenta y ver que la ropa que te probabas en uno de los pocos comercios que comercializaban tallas grandes y que te servía y quedaba bien era una talla cincuenta y dos, por supuesto que no, además de aquello, había tenido que descubrir que el único hombre que se había interesado en ella, con el que llevaba tres meses conviviendo, se la había pegado con otro en el sofá de su casa.

No sabía que le molestaba más, si el haberlo encontrado arrodillado entre las piernas del agente de seguros haciéndole una mamada, o el que se la hubiese pegado con un hombre y no con una mujer.

Eireen se estremeció al recordar aquella gráfica imagen en la que Steven, un hombre que solía regirse por la rectitud y la pulcritud, se había estado dando un festín con la polla del otro

hombre, el cual había estado totalmente desnudo, con sus nalgas profanando su precioso sofá y gimiendo como un cerdo llevado al matadero, animando a su amante a recibir cuando antes su entrega especial.

Gezz. No se oponía a las relaciones homosexuales, David, su hermano mellizo era prueba de ello. Su hermano menor por cinco minutos vivía desde hacía casi un año con Alexandro, un simpático sanitario al que había conocido en una fiesta de disfraces y del que se había enamorado sin remedio y estaba segura que de un momento a otro anunciarían su próxima boda.

No, no se trataba de que Steven se hubiese tirado a un hombre en su propia casa, lo que había llevado a Eireen a echar a patadas al hijo de puta de su ex a la calle, en bolas y en medio de la tarde, había sido sin duda la respuesta de su compañero de sofá:

—¿Esta es la gordita que decías que te has estado tirando? —había murmurado el hombre mirando asombrado a la mujer—. Cariño, no puedo entender cómo has podido siquiera encontrártela en medio de esos rollizos muslos.

Desgraciadamente, a aquellas horas no había nadie que pudiese contemplar el espectáculo de dos hombres desnudos, corriendo por uno de los barrios más tranquilos en la ciudad de Mansfield, en el condado de Richland, Ohio.

Su público tenía que aparecer justo ahora, a última hora, cuando después de haberse terminado una botella entera de Merlot acompañada de una caja de galletitas saladas, se había dirigido al salón para sacar el sofá que habían profanado y quemarlo delante de su casa.

—¿Ha perdido el juicio? ¿Qué está haciendo? —clamó una aguda voz femenina a unos cuantos metros.

—¡Por todos los diablos! ¿Eso es un sofá? —añadió otro hombre que se acercaba cruzando la calle—. Eireen, ¿qué diablos está haciendo?

Eireen alzó la cabeza al oír su nombre y recibió a Seimur O´Connor, un cincuentón irlandés que vivía al otro lado de la calle, en una pequeña casa con su esposa Marta, la cual estaba ligeramente sorda.

—Buenas noches, Señor Seimur —lo saludó como si nada.

—¿Qué coño estás haciendo?

Apuntando la hoguera con un gesto de la mano, señaló lo obvio.

—¿Quemar un mueble? —sugirió, entonces negó con la cabeza y añadió con confianza—. Pero no se preocupe, pienso quedarme aquí hasta que esté completamente calcinado, entonces lo apagaré y lo llevaré al contenedor de la basura.

Un jadeo femenino llegó a oídos de la muchacha, quien volviéndose vio a su más que extraña vecina cruzando hacia su parcela.

—¡No puede hacer esto! ¡Es ilegal! Voy a llamar a la policía —declaró, su mirada realmente asustada, como si aquella improvisada hoguera tuviese algo que ver con ella.

—Deje a la maldita policía en paz, Señora Lowel —respondió el hombre poniendo los ojos en blanco—, esta semana se han pasado ya tres veces por el vecindario, la gente empieza a ponerse nerviosa…

La mujer, quien a pesar de su aspecto extravagante, con el pelo oculto bajo una pañuelo, unas gruesas gafas escudando sus ojos, y una vieja bata de felpa de flores envolviendo un cuerpo menudo, no debía de tener más de treinta y pocos años, cuarenta, quizás. Había ocupado la casa contigua hacía cosa de un año, y durante los últimos seis meses, parecía haber desarrollado cierta psicosis y manía persecutoria por Eireen, quejándose principalmente de un gato que ella ni siquiera tenía.

—¡Esto es ilegal! —clamó la mujer señalando la hoguera, en la que el mueble se había ido

consumiendo rápidamente.

—No, señora Lowel, ilegal sería que en vez del sofá estuviese el hijo de puta de mi ex y el agente de seguros al que le estaba haciendo una mamada en ese mismo mueble que ve usted ahí consumiéndose —aseguró antes de suspirar—. Aunque posiblemente, hubiese sido más satisfactorio.

—Está bromeando, ¿no es así? —sugirió el hombre, abriendo desmesuradamente sus ojos. Había quienes todavía veían como un tabú el que dos hombres se acostaran juntos.

Negando con la cabeza, indicó el sofá con un gesto de la mano.

—¿Cree que si estuviese bromeando estaría aquí, quemando mi precioso sofá? —respondió con toda la ironía que pudo reunir en su voz.

Seimur se limitó a alzar las manos al cielo, dejó a las dos mujeres y caminó directamente hacia el garaje de la muchacha, donde ya había una manguera conectada a un grifo.

—Será mejor que apaguemos eso antes de que alguien vuelva a llamar a la policía, otra vez —el hombre miró a la extraña mujer, la cual se limitó a mirarlos a los dos, dar media vuelta y correr hacia su casa.

—¿No podemos dejarlo arder un poquito más? ¿Hasta que se consuma?

El agua del chorro de la manguera salpicó el mueble ardiendo, dando así respuesta a su pregunta.

—Si fuera usted, no buscaría darle más motivos a esa loca para que siga enviándole una patrulla para saludarla casi cada día, señorita Mars.

Eireen dejó escapar un profundo suspiro, miró la hoguera de la cual se alzaba una columna de humo blanco provocada por el agua y finalmente al hombre.

—Créame, jamás le he dado ninguno —negó volviendo la mirada a la casa vecina—. Ignoro que he podido hacerle para provocar tal respuesta en ella.

Chasqueando la lengua, su vecino terminó de refrescar y apagar las llamas.

—Es una mujer extraña, pero no es mala persona —aceptó echando un vistazo en la misma dirección que ella—. Ha tenido que pasarle algo bien gordo en la vida para que sea tan desconfiada y esté tan asustada de todo.

Dejando escapar un resignado suspiro, Eireen se quedó mirando los restos calcinados del mueble.

—Para mañana ya estarán fríos, acuérdese de dejarlos al lado del contenedor para que los recojan —le sugirió—, y por lo que más quiera… no vuelva a hacer una barbacoa a primera hora de la noche en la entrada de su casa, si no es para acompañarla con algo de carne.

Sonriendo con ironía, Eireen inclinó la cabeza en un mudo asentimiento.

—Lo tendré en cuenta.

Asintiendo, Seimur le entregó la manguera y señaló el montón de escombro quemado.

—Siga regándolo al menos otros quince minutos más —le sugirió al tiempo que indicaba la casa de en frente—. Y procure no incendiar el vecindario.

—Lo intentaré —respondió con un cansado bufido, tomando la manguera y terminando así con el pequeño arrebato de rebeldía.

Sí, había sido una pena quemar el bonito sofá…

Tenía que haberle chamuscado las pelotas.

CAPÍTULO 1

¿Aburrida de la rutina diaria?

¿Hastiada de la monotonía del día a día?

¿No encuentras aquello que te satisfaga, que deje una sonrisa permanente en tu rostro durante todo el día?

En la Agencia Demonía disponemos de un selecto servicio de acompañantes a domicilio que hará que tu vida no vuelva a ser la misma de antes.

No lo pienses más, lanza por la ventana la monotonía y tiéndele la mano al riesgo, encontrarás que nuestros servicios son tan calientes como el infierno.

Disponemos de un servicio veinticuatro horas, los trescientos sesenta y cinco días del año, garantizamos tu satisfacción, en caso contrario, te devolvemos el dinero.

Contáctanos en: Agenciademonía@oficinasinfernales.com

Eireen se apartó el molesto mechón de pelo que le hacía cosquillas en la mejilla y echó un vistazo por encima de la pantalla del portátil, comprobando que la pequeña hoguera en la que había inmolado el sofá continuaba apagada. No deseaba despertarse en medio de la noche oyendo la sirena de los bomberos solo para ser informada que había quemado medio vecindario. Suspirando, volvió al ordenador leyendo una vez más el anuncio que había llegado a la Bandeja de Entrada de su Correo. No solía abrir aquel tipo de emails, en realidad, iban directos a la papelera, pero aquella noche ya le daba lo mismo si su portátil se infectaba con un virus o cientos de ellos, nada iba a empeorar el desastroso día que llevaba.

El recuerdo de su ex arrodillado entre las piernas del otro hombre parecía grabado a fuego en su cerebro con morbosa insistencia, todavía era incapaz de entender cómo diablos habían acabado en aquella situación, jamás le había dado muestras de no disfrutar del sexo con ella, o de alguna otra inclinación o fetiche, más bien al contrario, Steven había sido bastante descafeinado en la cama.

Aquella mañana había salido temprano con la idea de visitar algunas tiendas en las que buscaban empleados, de ese modo podría volver antes e invitarlo a cenar a su restaurante favorito, Eireen quería disculparse por haber insistido el día anterior en que se tomaran un fin de semana de placer, irse unos días a algún sitio, pero como siempre Steven la había convencido que sería un gasto que no podían permitirse, ya vivían bastante apretados. Una irónica sonrisa curvó los labios femeninos al pensar en ello.

Sí, bastante apretados con los ahorros que salían de la cuenta bancaria de Eireen, la madre que lo parió.

Dejando escapar un pequeño bufido se dejó ir contra el respaldo de la silla, aquel día nada había ido bien, torciéndose nada más entrar en una de tantas tiendas y zapaterías en las que obtenía una sonrisa falsa y afectada e incluso, en ocasiones, insultantes miradas de las encargadas cuando la veían entrar. Era perfectamente consciente que su físico no entraba en la línea clásica, estaba llenita, gorda si había que decirlo vulgarmente y ya no era una jovencita, a sus treinta y un años las posibilidades de que fuera seleccionada o le concedieran tan siquiera una entrevista para una de aquellas tiendas entraba prácticamente en la categoría de milagro, pero aquello no quitaba que fuera como todas las demás mujeres, con una casa que mantener, facturas

que pagar y unos ahorros que mermaban rápidamente.

Necesitaba un maldito trabajo, y lo necesitaba ya.

Se frotó el cuello con irritación, recordando el comentario que le había hecho una muchachita extremadamente delgada, que no tendría más de dieciocho o diecinueve años, cuando entró en una pequeña tienda de calzado del centro en cuyo escaparate había un letrero solicitando dependienta. Eireen había sonreído cálidamente hasta que se encontró con la mirada escrutadora de la dependienta, quien no tuvo ningún pudor a la hora de recorrerla con la mirada y preguntarle si buscaba algún detalle para una amiga, dejando claro que en aquel lugar no encontraría nada para su talla. Durante un segundo había estado tentada de dar media vuelta y salir de la tienda, pero aquello habría sido darle una satisfacción a la muchacha, con lo que se tomó un momento para recomponer su sonrisa y le tendió un currículum, haciendo referencia al anuncio que había puesto en el escaparate de la entrada.

Suspirando, hizo subir y bajar la barra del correo, releyendo nuevamente el mensaje, riéndose de sí misma ante el pensamiento de considerar siquiera tal locura.

—Más bajo que ese imbécil no puedo caer —murmuró para sí, volviendo a retirar otro mechón de pelo castaño de delante de los ojos con un resoplido—. Y al menos estaría invirtiendo el dinero en mí misma, y no gastándolo él—. *Agencia Demonía* —leyó pasando el cursor por encima del nombre de la agencia de acompañantes.

Eireen resopló, dejando salir el aire lentamente. ¿A quién quería engañar? La escena de aquella mañana la había dejado helada, y al mismo tiempo la había hecho sentir una punzada de envidia, la misma que la corroía cuando veía a su hermano y su futuro cuñado con las cabezas juntas, cuchicheando y riendo, el amor brillando en sus ojos. La misma sensación de envidia que notaba con cada pareja que veía por la calle, ella también deseaba aquello, deseaba tener a alguien a su lado que la mirase y pensase que era hermosa tal y como era, deseaba que alguien la abrazase cuando la invadía la tristeza y la melancolía, que le dijese que todo iría bien aunque no encontrase trabajo y por encima de todo, deseaba conocer lo que era la pasión, que el hombre que estuviese a su lado no tuviese temor a cumplir cada una de sus fantasías, que no fuese un mequetrefe que después de echar un polvo decía estar cansado y se largaba al sofá a ver los deportes mientras se rascaba los huevos.

Deseaba un hombre de verdad, sexy, oscuro, quizás con un tinte gótico… siempre le había atraído lo prohibido… y con una polla que la hiciese suspirar por sentirla hundiéndose profundamente en su interior.

Una ligera punzada de deseo entre sus piernas le recordó que llevaba demasiado tiempo sin esa clase de buen sexo.

—Mierda —masculló al tiempo que deslizaba una mano entre sus muslos, acariciándose ligeramente solo para retirar la mano con un gesto frustrado.

Su mirada cayó nuevamente sobre la pantalla, el botón de «Rellene la Solicitud» parecía llamarla como si le hiciera señales, sus dedos juguetearon un momento sobre el ratón, moviéndolo sobre la alfombrilla para comprobar una vez más las tarifas.

—Esto es una locura —murmuró para sí misma, sacudiendo la cabeza, riéndose y volviendo a suspirar—. Imagino que no pasará nada porque vea el formulario.

Enderezándose en la silla, acomodándose mejor, clicó sobre el botón de la solicitud y esperó a que la página cargara el formulario.

—Rellena el formulario con calma, sin prisas, tómate tu tiempo y da rienda suelta a tus deseos, ¿estás lista? —leyó en voz alta la pequeña pestaña que saltó al centro de la pantalla. Encogiéndose de hombros le dio a aceptar.

La pantalla cambió entonces, abriéndose a una nueva página en tonos rojos y negros, con diseños tribales en el que se veía un formulario realmente sencillo.

—Datos personales, número de tarjeta de crédito, escribe los cinco requisitos que deseas en tu «acompañante» —sonrió tontamente ante esa última entrada, la cual aparecía marcada con un asterisco haciéndola algo obligatoria—. Como si alguien tuviese realmente lo que necesito.

Negando con la cabeza, cerró las pestañas y se quedó mirando los rescoldos de su pequeña hoguera a través de la ventana.

—Cinco requisitos, ¿uh? —murmuró y negó con la cabeza al tiempo que empezaba a levantar sus dedos—. Veamos… requisito número uno. Un hombre de verdad, un verdadero macho alfa, alguien que sabe lo que quiere, cómo lo quiere y dónde lo quiere… —ronroneó con una divertida sonrisa—. Un hombre dominante, en su justa medida… no queremos un neandertal, ¿verdad? No, no lo queremos.

Riendo se giró en la silla y se levantó, atravesando el salón para entrar en la cocina situada al otro lado de la casa que había heredado de su abuela, una vieja construcción de dos plantas en una tranquila vecindad.

—Um… y una buena polla —exclamó en la soledad de la cocina mientras abría una de las alacenas para coger un vaso y servirse agua de la jarra que había en la nevera—. Unos buenos veinte centímetros, oh, sí.

Echándose a reír abrió la puerta de la nevera.

—Y por favor, que sepa utilizarla para algo más que llenar los pantalones —añadió llenando su vaso con el líquido transparente—. Y así serían dos, ¿no? Pues a por el número tres.

Bebió un pequeño sorbo, se lamió los labios y sonrió con ironía.

—Que cumpla mis fantasías sexuales, todas y cada una de ellas —aceptó con un firme asentimiento de la cabeza—. Una chica tiene derecho a hacer realidad sus sueños de vez en cuando.

Todo aquello era una locura, ni siquiera era lo suficientemente arriesgada como para llevar a cabo tal hazaña, la sola idea de que alguien pudiese escuchar todas las locuras que estaba diciendo le daba una vergüenza terrible, pero era un divertido pasatiempo. Abandonando la cocina con su vaso de agua, volvió hacia el salón.

—Número cuatro. Ya que va a ser mi acompañante, hagamos que sea atractivo, un morenazo de ojos claros y alto —oh, sí, aquello era importante. Con su metro setenta y tres no encontraba a muchos hombres que fueran más altos que ella, o por lo menos que no parecieran fideos a su lado. No, el hombre que tenía en mente era alto, ancho de hombros y musculoso, pero no en exceso, no quería un culturista, más bien del tipo de esos locos que salían en mallas a pegarse de ostias en los combates de la WWE—. Sí, con el cuerpo cincelado y musculoso que orgullosamente exhiben en Smash Down.

Sonriendo para sí bebió un buen sorbo de agua y se acercó a la ventana, observando como el atardecer empezaba a caer sobre las casas.

—En resumidas cuentas, un auténtico demonio en la cama —murmuró entonces haciendo girar el vaso vacío en su mano entonces se echó a reír divertida ante los requisitos que había enumerado—. Sí, ese sería el quinto y último requisito. ¿Existirá un hombre así?

Suspirando le dio la espalda a la ventana y a la moribunda hoguera, se acercó al ordenador y presionó la tecla de apagado antes de abandonar la habitación, dispuesta a prepararse algo de cenar y quizás irse a la cama a ver alguna película. Procuraría echarle un último vistazo a la hoguera antes de apagar la luz y mañana a primera hora llevaría los escombros al contenedor que había al fondo de la calle.

Apagando la luz de la habitación, Eireen se marchó.

La pantalla del ordenador se quedó durante unos instantes en negro para finalmente volver a saltar a la página que había estado viendo previamente, las ventanas volvieron a abrirse solas y esta vez, en formulario que ella había rechazado previamente, aparecía cubierto.

*Nombre: Eireen Mars

*Edad: 31 años

*Dirección: 5th Downtown Mansfield, Ohio.

*Correo Electrónico: Eireenmars@aol.com

*Forma de Pago: Master Card

*Escribe los 5 requisitos que deseas en tu acompañante.

1. *Hombre Alfa, dominante, con ideas claras. No neandertal.*
2. *Bien dotado. No menos de veinte centímetros.*
3. *Dispuesto a cumplir fantasías sexuales.*
4. *Moreno, ojos claros, cuerpo hecho para el pecado.*
5. *Un demonio.*

El cursor quedó parpadeando durante unos instantes, entonces se movió sobre el botón «Solicitar». La pantalla cambió nuevamente volviendo a la página de inicio de la web *Agencia Demonía* casi al mismo tiempo que se abría otra ventana emergente con la leyenda «Solicitud aceptada».

En un parpadeo, la pantalla osciló una última vez y quedó totalmente en negro. El ordenador se había apagado.

CAPÍTULO 2

Eireen levantó la mirada de la taza de café con leche cuando oyó el timbre de la puerta, aquella era la tercera vez que tocaba en menos de una hora, algo que no le habría molestado, si el primer timbrazo no hubiese sido hecho a las siete de la mañana, apenas quince minutos después de haber terminado de recoger los escombros y llevarlos hasta el final de la calle, al contenedor. Se había pasado la noche durmiendo a intervalos, levantándose cada poco tiempo para comprobar que su conato de incendio de la noche anterior no derivara en algo más grande. A pesar de que había sido regado bien con agua hasta extinguirse del todo, no se sintió tranquila hasta terminar con la tarea.

Solo entonces se había permitido volver a la calidez de las sábanas, teniendo el tiempo justo de posar la cabeza en la almohada antes de oír el timbre de la puerta.

Había sido el hombre del gas, el cual ni siquiera venía a verla a ella.

Se había equivocado por tres números.

Resoplando, volvió a dejar la ya fría taza de café a un lado, se ciñó el cinturón del albornoz fucsia sobre su pijama rosa de vaquitas y abandonó la cocina rogando que no fuese de nuevo su vecina, la señora Lowel, quien parecía tener un eterno problema con su inexistente gato Felix entre los muchos otros defectos que aquella extraña mujer parecía querer encontrarle. Un gato que ni siquiera existía, Eireen había dejado de tener mascota en el momento en que el camión de la basura había atropellado a su pequeño Oscar, las lágrimas que había derramado por ese gato la habían convencido de no volver a pasar otra vez por algo como aquello.

El timbre volvió a sonar, la maldita melodía empezaba a crisparle los nervios, quizás debiera cambiarlo por algo más estruendoso que hiciera que la gente dejase de tocarlo.

—¡Un momento! —gritó apresurando el paso, echándose una furtiva mirada en el espejo del recibidor solo para hacer una mueca al ver el estado de su pelo. Era un milagro que ninguna de sus anteriores visitas hubiese salido corriendo.

El infernal sonido volvió a inundar la casa haciendo que rechinara los dientes, frustrada más allá del punto de retorno, Eireen agarró el pomo de la puerta y la abrió de un fuerte tirón, decidida a hacerle comer el maldito timbre al imbécil que no apartase el dedo del botón.

—O saca el dedo del jodido timbre o voy a…

Las palabras comenzaron a morir en sus labios al instante en que posó los cansados ojos sobre el pedazo de queso derretido que permanecía frente a ella. De pie a un par de pasos de los tres escalones que llevaban al porche, con unos ceñidos pantalones vaqueros negros, una camiseta roja tan fina que transparentaba y revelaba los impresionantes marcados pectorales y abdominales bajo una chaqueta de cuero negra asentada perfectamente sobre unos anchos hombros, estaba el espécimen masculino más caliente que hubiese visto en su vida. Su rostro estaba enmarcado por algunos mechones que se habían escapado de la coleta que recogía su liso pelo negro. Si bien no podía verle los ojos ocultos tras las oscuras gafas, sus rasgos estaban perfectamente definidos, su mandíbula ligeramente cuadrada, nariz recta y aristocrática y unos labios llenos y rojos los cuales no pudo evitar imaginarlos sobre su piel.

Una repentina oleada de lujuria recorrió su cuerpo, lanzándose directamente hacia su íntimo centro, haciendo que se le contrajese el vientre y notase una incipiente humedad naciendo

entre sus muslos.

—¿Eireen Mars?

La voz masculina sonó con profunda y oscura cadencia, haciéndola temblar interiormente de necesidad.

—Sí —respondió en un breve susurro, debiendo aclararse la voz para contestar con más firmeza—. Sí, soy… soy yo.

Eireen no estaba segura con aquellas gafas cubriéndole la mirada, pero algo le decía que el desconocido no le sacaba los ojos de encima.

—¿Y este es el 5th Downtown Mansfield?

La mujer parpadeó un par de veces y asintió lentamente, corroborando sus datos.

—Sí —respondió nuevamente y ladeó el rostro confundida—. ¿Quién es usted?

El hombre esbozó una lenta sonrisa y acortó la distancia entre ellos solo para entregarle un sobre marrón glasé mientras cogía la PDA que llevaba en el cinturón e introducía los datos antes de darle la vuelta y tenderle el puntero.

—Si firma aquí, la entrega estará completa.

Los ojos verdes de Eireen vagaron entre el sobre y el puntero que le ofrecía el hombre sin entender ni una sola palabra.

—¿Entrega? —murmuró frunciendo el ceño, comprobando el sobre en el cual figuraban sus datos como dirección, pero sin más remitente que un pequeño sello de lo que parecía ser una máscara de teatro con cuernos, cola y atada con una cinta de regalo.

—Sí —lo oyó responder al tiempo que le indicaba con un largo dedo el lugar en el que debía estampar su rúbrica—. Solo tienes que firmar, justo aquí.

¿Podía la voz de un hombre ser tan endemoniadamente sexy? Podría pasarse horas y horas escuchándole solo para oír la cadencia musical en su voz, esa pizca de oscuridad y poder subyacente en su timbre.

—Con que pongas tu nombre servirá —insistió con una sonrisa tan sexy que Eireen se encontró suspirando—. Justo aquí.

Como una tonta, prácticamente dejó que le pusiera el puntero en las manos y la condujera al lugar donde debía firmar, dejando un rápido garabato.

—Perfecto —lo oyó decir nuevamente con gesto satisfecho, recogiendo la PDA para grabar la firma y tramitarla.

Luchando por salir de aquel estado de estupidez espontánea que parecía haberse hecho íntimo amigo de su falta de sueño, Eireen sacudió la cabeza, parpadeó un par de veces tratando de concentrarse en algo que no fuera la breve camiseta que realzaba la bronceada piel masculina.

—¿Qué? ¿Quién eres?

Después de tomarse su tiempo para guardar la máquina en la funda y devolverla al enganche del cinturón, se volvió hacia ella, quitándose las gafas de sol que habían estado cubriendo unos hermosos y enigmáticos ojos dorados… ¿o eran verdes? Ciertamente era un color extraño, pero le sentaban de maravilla.

—Soy Riel Blackmore, tu acompañante durante los próximos tres días —respondió dejando vagar la mirada sobre el cuerpo femenino, tomándose su tiempo como si le gustase lo que veía—. ¿Entramos, o prefieres quizás… —dio un paso adelante, sus manos deslizándose hacia el cinto que cerraba el albornoz, desatándolo con pereza—, que lo hagamos aquí mismo?

Eireen abrió y cerró la boca varias veces sin conseguir que saliese una sola palabra de sus labios, todo lo que podía hacer era mirarle como una tonta.

—No… no entiendo —consiguió articular por fin.

Él sonrió, sus manos alcanzaron ahora la parte delantera del pijama, trabajando perezosamente en los botones de su chaqueta, revelando poco a poco su piel.

—Voy a follarte, Eireen —le respondió entonces en un suave y satisfecho susurro—, solo quiero saber si quieres hacerlo aquí, o me invitas a dentro.

Los ojos verdes de la mujer se abrieron de par en par al escuchar sus palabras, solo para saltar hacia atrás cuando sintió las manos de aquel atractivo desconocido acariciando sus pezones. Atónita, contempló que no solo le había abierto el albornoz, sino también la chaqueta del pijama.

—¡Frena el carro, tío! —clamó cerrando inmediatamente la prenda, sus mejillas adquirieron rápidamente un profundo color rojo que rivalizaba con el fulminante brillo en sus ojos—. ¿Pero de qué vas? ¿Quién diablos te crees para…?

Un audible carraspeo a su izquierda, la hizo volver la cabeza solo para encontrarse con el diablo en persona. La exasperante mujer que tenía por vecina ya estaba atravesando la distancia que había desde su parcela a la de Eireen, seguramente dispuesta a darle alguna lección de moral o ética, o decirle no por primera vez que iba a llamar a la policía por el escándalo que estaba organizando.

El cómo, una mujer que no podría tener más de treinta y cinco años se había convertido en aquel excéntrico y amargado ser, era un misterio colosal para ella.

—Mierda —masculló al tiempo que daba media vuelta para a entrar en la casa, hasta que recordó al hombre y se volvió nuevamente hacia él. Con las manos metidas ahora en los bolsillos y una ladina e irónica sonrisa curvándole los labios, el magnífico espécimen que exudaba sexo por cada uno de sus poros, la miró con cierta diversión.

—¿Problemas? —tuvo la osadía de decirle, sonriendo abiertamente antes de volverse perezosamente hacia la mujer que parecía estar ganando terreno rápidamente—. Intuyo que no es amiga tuya, ¿huh?

Apretando los dientes, Eireen se volvió nuevamente hacia el parche de hierba que separaba su parcela de la de la señora Lowel, su indeseable vecina. La mujer caminaba parecía cautelosa, con todo, no cedía terreno y avanzaba rápidamente, no necesitaba tenerla cerca para saber que aquellos llenos labios estarían apretados en una fina línea de amargura, la postura rígida con la que se obligaba a caminar y las pequeñas gafas redondas que se balanceaban sobre el puente de su nariz eran suficiente para dar a entender su fastidio.

Toda ella era un enorme manojo de problemas.

—Mierda, mierda, mierda —masculló anudándose nuevamente la bata. La mujer había fijado su mirada en el desconocido que se había plantado a escasos pasos de la puerta de su hogar. Eireen podía escuchar ya los engranajes del cerebro de la mujer girando a toda velocidad en busca del discurso perfecto.

—Señorita Mars…

Eireen se estremeció involuntariamente y no se lo pensó dos veces, dándose la vuelta, cogió al hombre por la manga de la chaqueta y tiró de él hacia delante, antes de posarle otra mano en la espalda y empujarle en dirección a la puerta entreabierta como si le fuese la vida en ello.

—Buenos días, Señora Lowell. No debería madrugar tanto, como puede ver ya me encargué del asunto de la hoguera —gritó por encima del hombro mientras conducía al sorprendido repartidor hacia su hogar, empujándolo prácticamente al interior para finalmente darse la vuelta y ver a su vecina a punto de enfilar el pequeño camino de entrada—. Que tenga un buen día.

La puerta se cerró con un sordo golpe dejando a la mujer con la palabra en la boca.

Eireen dejó escapar el aire mientras apoyaba una palma abierta contra la madera y se pasaba la otra por el pelo.

—Mierda… mierda, mierda, mierda, mierda.

Riel la miró sorprendido mientras pataleaba con las zapatillas de vaquitas acompañando cada uno de sus golpes con insultos, su nueva cliente era una persona extraña y el horrible albornoz y pijama de franela a juego con las zapatillas no hacía gran cosa por rebatir aquella afirmación.

Pero el premio estaba debajo de todo aquello, lo sabía, podía sentirlo.

Oh, sí, los senos que habían llenado sus manos eran suaves y plenos, las curvas que vislumbró bajo aquel envoltorio voluptuosas, era lo suficientemente alta para llegarle por los hombros y teniendo en cuenta que rondaba el metro noventa y cinco, eso decía mucho a su favor. Tenía el cuerpo de una musa de Rubens, y la encontraba endiabladamente apetecible.

La Agencia había recibido la solicitud la noche anterior, un formulario auténtico, nada que ver con los infructuosos intentos de las mujeres humanas… y a veces hombres… que lo rellenaban en espera que la Agencia les enviase lo que querían.

Eireen no había solicitado los servicios de la Agencia, pero los *necesitaba*, y ahí era donde radicaba el corazón del asunto.

Su jefe lo había escogido personalmente para este trabajo y estaba más que dispuesto a asegurarse que antes de que terminase el plazo de tres días que constaban en el contrato, la atractiva y voluptuosa mujer obtuviese *todo* aquello que necesitaba.

El timbre de la puerta volvió a sonar otra vez, haciendo que Eireen siseara como una gata, el reverberante sonido fue seguido por la aguda voz de la mujer haciendo que la muchacha saltase a echar la llave y retrocediera mirando fijamente la puerta como si esperase que la atravesara.

—¿Siempre te ocurren estas cosas? —preguntó Riel haciendo que saltara nuevamente, volviéndose hacia él. Por la mirada que vio en sus ojos, estaba claro que durante unos instantes se había olvidado completamente de su presencia—. Hola de nuevo.

Aquellos ojos verdes se entrecerraron lentamente clavándose como dardos en su piel, no le quitaba la vista de encima y a juzgar por su expresión empezaba a preguntarse por qué diablos había hecho entrar a un completo desconocido en su casa.

—Debo ser el menor de los dos males, imagino.

Eireen frunció el ceño para luego sacudir lentamente la cabeza y señalar lo evidente:

—¿Quién diablos eres?

Vio como echaba la mano al interior de la chaqueta y hurgaba en el bolsillo para sacar la cartera y extraer de ella una tarjeta.

—Riel Blackmore, vengo de la Agencia Demonía.

Eireen parpadeó varias veces al tiempo que extendía la mano para coger la tarjeta que le tendía, frunciendo nuevamente el ceño al leer lo que allí decía.

—Esto es una broma ¿no? —dijo con un bufido, alzando la tarjeta de visita—. ¿Acompañante?

Con un movimiento de barbilla le señaló el sobre que le había entregado previamente y que ella seguía guardando bajo el brazo.

—¿Me permites?

Eireen bajó la mirada hacia donde señaló, frunció el ceño ante el sobre, pero se lo entregó con la misma desconfianza que esgrimía al mirar nuevamente la tarjeta.

Riel tomó el sobre de sus manos, lo abrió y extrajo unos papeles entre los que figuraba el extracto de una factura, el contrato del servicio y varias páginas más. A veces podía ser toda una ironía el que los demonios hubiesen adquirido las mismas costumbres legales que esgrimían los humanos.

—Has contratado los servicios de la Agencia Demonía —explicó tendiéndole una de las páginas—. Aquí está la carta de bienvenida.

Ella frunció el ceño y le arrancó el papel de las manos, acercándolo al rostro para empezar a leer a media voz:

Estimada Srta. Mars:

Agradecemos la confianza que ha depositado en nuestros servicios, hemos estudiado su petición y creemos que el acompañante que se ajusta a sus necesidades es «Riel Blackmore».

Esperamos que su tiempo con él colme todas y cada una de sus expectativas y deseos.

Atte.
Nickolas Hellmore.
Agencia Demonía.

Ante la incredulidad de lo que acababa de leer en voz alta, su mirada volvió a recorrer cada una de las frases una y otra vez, asegurándose que no había entendido mal o que estuviese sufriendo alguna clase de alucinación.

—Tiene que tratarse de un error —respondió alzando la mirada hacia el hombre que permanecía de pie ante ella, en el recibidor de su casa—. No he contratado los servicios de esta agencia, ni siquiera rellené el formulario.

Una sexy sonrisa se extendió por los labios masculinos cuando alcanzó en el bolsillo interior de su chaqueta un pedazo de papel doblado en cuatro partes.

—En realidad, sí lo has hecho.

Eireen negó con la cabeza.

—No, no lo hice.

Riel se limitó a desdoblar la hoja y empezar a leer cada uno de los datos que habían sido cubiertos con el formulario, intercalando su mirada con la de ella mientras confirmaba cada uno de los datos.

—Eireen Mars, 31 años, con domicilio en el 5th Downtown Mansfield, Ohio, solicita un acompañante con las siguientes características —leyó en voz alta, mirándola y viendo cómo iba palideciendo con cada nueva frase que salía de su boca—. Hombre alfa, seguro y dominante, con las ideas claras y que no sea un neandertal —sus ojos dorados se clavaron durante un instante en los de ella mientras explicaba—. Teniendo en cuenta que no pertenezco a la raza humana, podemos obviar esta última característica. Por otro lado, sí, soy Alfa y definitivamente un poquito más que dominante… pero descuida, sé dónde está el límite, así como sé lo que quiero, la manera en que lo quiero y como obtenerlo.

Eireen parpadeó, reconociendo en sus palabras lo que la noche anterior había murmurado en voz alta. Solo había sido un juego, ni siquiera lo había escrito, sabía que no lo había escrito… ¿Verdad?

—Quiero ver ese papel —exigió extendiendo la mano.

El papel se alejó de su alcance y siguió leyendo en voz alta.

—Bien dotado —se lamió los labios, los ojos dorados subiendo hasta encontrarse con su mirada—. Con no menos de veinte centímetros, te alegrará saber que mi polla ronda los veintidós, o así era la última vez que a alguien se le ocurrió medirla. Pero estoy dispuesto a dejar que lo hagas tú, como trato especial a una cliente.

La boca se le desencajó ante la osadía del hombre, pero al no encontrar respuesta alguna que no la dejase balbuceando como una idiota volvió a cerrarla. Su rostro empezaba a ponerse de un vivo color rosado, solo superado por el brillo irascible en sus ojos.

—Dispuesto a cumplir fantasías sexuales —continuó y en esta ocasión su mirada la recorrió por entero, sin restricciones—. Conozco cada una de las lujuriosas fantasías que han cruzado por tu mente y me aseguraré de cumplir todas y cada una… sin excepción.

Llegados a este punto tenía que decir algo, Eireen necesitaba decir algo… ¿Pero qué diablos podía decir? Cada una de aquellas malditas frases había surgido de su boca la noche anterior.

—Esto no está pasando…

Riel continuó.

—Moreno, ojos claros, cuerpo hecho para el pecado —ronroneó, su lengua asomó un instante entre sus labios como una sensual invitación—. En mi favor he de decir que nací con esos dones.

Eireen empezó a negar con la cabeza, su rostro ya había llegado a un tono rosado que nada podía ocultar, el calor en sus mejillas la delataba.

—Y el quinto y último, que sea un demonio en la cama —susurró acercándose lentamente, hasta que su rostro quedó a escasos centímetros del femenino. El suave tono dorado de sus ojos empezó a mudar a un intenso rojo sangre que la dejó sin respiración—. Lo cual, querida mía, soy dentro y fuera de la cama.

El aire se le quedó atascado en la garganta cuando vio nuevamente como el rojo de su iris volvió a cambiar a un suave dorado con motas verdes.

—¿Cómo… cómo has hecho eso? —susurró, su mente solo podía concentrarse en aquel truco de prestidigitación, la respuesta que le había dado hacía eco en la parte de atrás de su mente.

—Llámalo magia, si eso evita que caigas desmayada a mis pies —respondió con un ligero encogimiento de hombros, esperando que reaccionara de una manera u otra—. No me gusta lo melodramático… a no ser que lo inicie yo.

Eireen parpadeó varias veces, se echó hacia atrás y sacudió una vez más la cabeza.

—Es un truco —dio por hecho—. Al igual que todo lo demás.

Como si aquellas mismas palabras que acababan de salir de su boca la hicieran consciente de su actual posición y que había metido a un completo chalado en su casa, se llevó las manos a la cabeza y hundió los dedos a través del cabello castaño que le llegaba a la altura de los hombros.

—Y yo soy estúpida —gimoteó aferrando el pelo en sendos puños para luego volverse de nuevo hacia él e indicarle la puerta—. Márchate. Todo esto ha sido un enorme y absurdo error. No sé si trabajas para esa agencia de la que hablas, eres mago, ilusionista o más seguramente un estafador… pero te aseguro que si no sales en este mismo instante por esa puerta, llamaré a la policía.

Riel la contempló durante un breve instante, entonces negó con la cabeza y chasqueó la

lengua.

—Te dije que no me va lo melodramático —aseguró con suavidad, controlando cada uno de sus movimientos a favor de ella—. Por otro lado, tengo un contrato firmado, al igual que la orden de recepción y eso hace que sea tuyo durante los tres próximos días —con una estudiada pausa, continuó con un tono de voz más bajo y tórridamente sensual—. Tuyo para hacerte gritar de placer… Eireen.

Alertada por sus palabras, retrocedió un par de pasos, rodeándole, empezando a ver que había sido una muy mala idea echar el cerrojo a la puerta.

Entonces el timbre volvió a sonar seguido de la aguda voz de su vecina.

—Sé que está usted ahí dentro, Señorita Mars, no se crea que va a escaparse tan fácilmente —oyó la voz de la mujer—, este es un vecindario respetable y…

Como un resorte, Eireen aprovechó la oportuna intervención de su insistente vecina, se abalanzó sobre la puerta luchando rabiosamente con la cerradura para abrir la puerta y de algún modo aprovechar la insistencia de aquella maldita mujer en su favor.

—Esa mujer es verdaderamente un fastidio, ¿uh? —oyó la voz masculina a su espalda, su tono era suave, conciliador, diría incluso que casi aburrido.

Ella echó un rápido vistazo por encima del hombro para ver que había cruzado los brazos sobre el ancho pecho y la miraba con cierto aburrimiento.

—¿Por qué no la ignoras y seguimos con lo nuestro? —sugirió sin cambiar el tono—. Es obvio que sigues pensando que ha ocurrido un error, incluso diría por la mirada en tu rostro que tu amenaza de llamar a la policía iba en serio.

—Me alegra que te hayas dado cuenta —masculló peleando para conseguir abrir la puerta, que parecía estar resistiéndose más que de costumbre—. ¡Señora Lowel! ¡Llame a la policía! ¡Hay un loco en mi casa!

Riel dejó escapar un suspiro y negó con la cabeza al tiempo que hacía chasquear los dedos de la mano derecha en el preciso instante en que ella conseguía abrir la puerta con un seco tirón y se precipitaba al exterior.

—Lo que tengo que hacer.

Un ahogado gemido y una colorida maldición llenaron el umbral seguido por el grito angustiado de Eireen cuando se encontró frente a su vecina y al oportuno chico repartidor de periódicos que subía en aquel momento a dejarle el periódico, con sus turgentes y bamboleantes senos al aire. La bata, al igual que la camisa de su pijama, estaba totalmente abierta y se había deslizado ligeramente por sus hombros dejando sus encantos expuestos a la luz matutina.

—¡Oh, señor! —jadeó con incredulidad la azorada mujer, al encontrarse con aquella imagen.

El chico en cambio, se la quedó mirando con ojos como platos, llegando a soltar un silbido al responder.

—Vaya par de tetas.

Eireen gimió en voz alta.

—¡Mierda!

La puerta volvió a cerrarse con un sonoro golpe, solo para poder pegar su espalda a esta totalmente mortificada, su acelerada respiración provocaba que sus senos se alzasen y descendiesen para disfrute de Riel quien seguía en la misma posición, de brazos cruzados contemplando con un brillo malicioso a la muchacha.

—¿Crees que ahora podremos hablar sobre el contrato?

CAPÍTULO 3

Un agudo y rabioso alarido abandonó la garganta de Eireen cual grito de batalla cuando se abalanzó sobre Riel dispuesta a sacarle los ojos y todo lo que estuviese a su alcance. Sus manos se precipitaron sobre el torso masculino en una sucesión de golpes acompañados por el bamboleo de sus pechos desnudos, de su boca salían insultos y exabruptos que se alternaban entre los bufidos masculinos cuando sus puños daban con alguna parte blanda.

—Cabrón, desgraciado —clamaba revolviéndose como una gata entre los férreos brazos que habían conseguido sujetarla—, hijo de la gran puta, te mataré, juro que te mataré.

—Por todo el infierno… ¿Estás segura de que eres humana? —respondió con un nuevo bufido cuando una de las manos femeninas rozó su entrepierna, errando por un pelo—. Estate quieta, maldita sea, basta.

Riel consiguió asirla por debajo de los pechos solo para tener que apretarla contra él cuando empezó a lanzar patadas al aire en un intento por soltar sus brazos, por fortuna, los movimientos habían desprendido la bata y la camisa bajándola hasta apresar sus brazos de modo que ya no pudo seguir golpeándole.

—¡Suéltame, maldito hijo de puta! ¡Suéltame ahora mismo!

—Solo cuando te calmes, diablesa —le susurró al oído mientras deslizaba una de sus manos al contorno de un pecho desnudo y encerraba el duro pezón entre el índice y el pulgar, apretándolo suavemente.

Aquel movimiento pareció ganarle algo de tranquilidad, pues dejó de lanzar patadas, apretándose contra él solo para girar la cabeza y taladrarle con unos ojos verdes que prometían el infierno

—Deja de sobarme las tetas.

La respuesta de Riel fue tirar de ella hacia atrás haciéndola arquear la espalda para tener mejor acceso a su oreja, la cual acarició con los labios al responderle.

—¿Vas a estarte quietecita para que podamos aclarar esto, Eireen? —pronunció su nombre como una tierna caricia, el calor de su aliento haciéndole cosquillas al tiempo que el tono de su voz parecía ejercer como un bálsamo sobre su rabia.

—¡Deja de sobarme las puñeteras tetas! —siseó por lo bajo, apretando los dientes.

—Solo cuando dejes de pelear como una gata en celo —susurró en respuesta, sus dedos extendiéndose hasta amoldarse a la blanda carne.

—¡Gata en celo tu… tu…! —gritó de frustración, apretándose contra el duro cuerpo masculino, mordiéndose un gemido ante la atención que estaba provocando en sus senos—. ¡Deja de sobarme, joder!

—Sí, sin duda joder es algo que me apetece mucho —ronroneó Riel, pero para sorpresa de la muchacha empezó a soltarla lentamente, dejándola libre.

Eireen cayó hacia delante al encontrarse de repente sin sujeción, trastabillando para evitar morder el suelo, sus brazos se cruzaron inmediatamente delante sobre sus pechos, cubriendo su desnudez al tiempo que se volvía a medias hacia él.

—Sal de mi casa ahora mismo —siseó fulminándole con la mirada, solo para retroceder en dirección hacia la puerta a su derecha. Si conseguía llegar al salón podría coger el teléfono y

llamar a la policía—. No he contratado ningún servicio de citas y no estoy interesada en ninguno, si no sales de mi casa en este preciso instante, llamaré a la policía y que sean ellos los que se encarguen de todo.

Riel se limitó a llevarse las manos a las caderas y ladear el rostro.

—Sabes, te estás tomando todo esto realmente bien para ser solo una humana.

Ella se crispó, sus manos trabajaban frenéticamente para devolver a su lugar la camisa del pijama y el albornoz.

—La señora Lowel va a llamar a la policía —le aseguró. Desgraciadamente, Eireen no estaba segura que los agentes fueran a hacerle mucho caso, la mujer parecía tener el número abonado a la comisaría y después de un tiempo, los agentes habían empezado a dejar de lado las solicitudes de la mujer.

—Muy bien, pues los esperaremos y aclararemos lo que haya que aclarar.

Su pasividad empezaba a ponerla realmente nerviosa.

—Por qué no te vas sin más… mira, no sé quién eres, obviamente tu nombre debe ser falso y esa agencia no existe, así que no hay modo alguno en el que pueda denunciarte —le aseguró cambiando de táctica.

Debía admirar su fortaleza y la manera en la que intentaba buscarle sentido a las cosas aunque para ella no las tuviese. Eireen no era el primer caso de este tipo que aceptaba en la agencia, por regla general, Nickolas Hellmore, su jefe, solía llamarlo para aquellas clientas que realmente necesitaban un trato especial y encajaba en lo que solicitaban. Sin embargo, la mujer que tenía delante había sido la única que se había acercado tanto a sus características, siendo tan precisa y ello lo había intrigado, por no hablar de la sensación que sintió en el momento en que tocó la hoja de la solicitud. Nickolas había tenido razón en convocarlo para esta empresa.

Cuando la vio salir a recibirle se había llevado una sorpresa, no era en absoluto lo que esperaba encontrarse, no era en absoluto el tipo de mujeres que solían pedir los servicios de su agencia y con todo, no había mujer que los necesitara más que ella… aunque no fuese consciente de ello.

El dejarla con los pechos al aire había sido una jugada rastrera, si fuese otra clase de persona, quizás le importase, pero después de todo su raza no era conocida precisamente por ser hermanitas de la caridad. Si sus acciones servían para conducirla a donde él quería, lo haría y se encargaría que fuese hecho de la mejor manera posible.

Al menos, de momento, había conseguido llamar su atención.

—Mira, haremos una cosa, dejaré que llames a mi jefe, él podrá confirmarte que nada de esto es una farsa y que existe un contrato firmado y vinculante que te concede mis servicios durante los tres próximos días empezando a contar desde ya —a medida que hablaba, sacó el teléfono móvil del bolsillo y se puso a buscar en la agenda—. Podrás pedirle referencias, si así lo deseas.

Eireen lo miró mientras trabajaba con el teléfono.

—¿Cómo sé que no es algún amigo tuyo con el que estás compinchado?

Riel dejó escapar un bufido con tono de sonrisa y alzó la mirada del teléfono a ella.

—¿Eres siempre tan desconfiada?

Eireen no respondió, se limitó a mirarlo hasta que lo vio llevarse el teléfono a la oreja y esperar unos segundos.

—Ey, Nick, tengo aquí a una cliente… sí, la misma —lo oyó responder—, ¿te importaría hablar con ella? No… no… ¿crees que si lo hubiese hecho estaría perdiendo el tiempo contigo? Sí, eso es. No, es solo que piensa que ha habido un malentendido… sí, eso es. Ok, ahora mismo

te la paso.

Ella parpadeó varias veces cuando vio que le tendía el teléfono, su mirada fue del aparato al hombre varias veces.

—Todo tuyo —le dijo.

Eireen tomó el teléfono con desconfianza y se lo llevó al oído.

—¿Eireen? —oyó una voz profunda y casi tan sensual como la del hombre que estaba ante ella.

—Sí —musitó.

—Hola, mi nombre es Nickolas Hellmore, pero puedes llamarme Nick —continuó el hombre—. Riel me ha comentado que tienes dudas sobre la validez del contrato así mismo como de la efectividad de la agencia…

—Bueno, en realidad no se trata de la efectividad… sino del simple hecho que yo no he contratado ninguno de sus servicios —respondió en voz baja, apenas un susurro en comparación a la manera en que se dirigía a Riel—, le he dicho a su… agente… que tiene que tratarse de algún error, yo no…

—Nosotros nunca cometemos errores, querida —lo oyó responder—. Riel es completamente tuyo durante los tres próximos días. Así mismo, estás obligada por el contrato que firmaste cuando se presentó ante ti, a cumplir con un pequeño requisito, algo sin importancia…

—¿Qué requisito? —preguntó mirando al hombre.

—Cuando firmaste el contrato, te comprometiste a aceptar El Pacto. Para que lo entiendas, son las peticiones o proposiciones, llámalo como gustes, que te hará Riel cada uno de los próximos tres días y que cuentan con una duración que va desde el momento en que son hechas hasta el primer rayo del alba. —Nickolas Hellmore parecía muy seguro de sí mismo cuando hablaba, por un momento Eireen se lo imaginó como un hombre cercano a los cuarenta, vestido de traje y jugando con un pequeño cubo de *rubic* mientras hablaba por el manos libres—. Esa será la única vez en la que no podrás negarte a los deseos y peticiones de tu *acompañante*, pero no te preocupes, lo disfrutarás.

Eireen se quedó sin palabras, prefería pensar que no acababa de oír ronronear a aquel desconocido al otro lado de la línea.

—Riel es uno de mis mejores agentes, uno de los mejores de la agencia —continuó—, su currículum es intachable, al igual que sus modales, estarás en buenas manos.

—Lo de sus modales es algo discutible —no pudo evitar farfullar, entonces negó con la cabeza y señaló lo obvio—. Pero el asunto es que yo no he solicitado sus servicios.

Hubo una ligera risa al otro lado de la línea.

—Cariño, en la *Agencia Demonía* sabemos quién necesita realmente de nosotros —concluyó—. Solo disfruta de los próximos tres días, Eireen, nuestros servicios solo se conceden una vez. Que tengas un buen día.

La línea se quedó en silencio, entonces empezó el pitido que anunciaba el término de la llamada.

—¿Conforme? —sugirió Riel recuperando su teléfono.

Ella se limitó a recorrerlo de arriba abajo con la mirada y suspiró profundamente.

—¿En qué se basa exactamente vuestra agencia?

Riel metió el teléfono en el bolsillo y sonrió.

—En el placer del cliente —respondió—. Literalmente.

Eireen sacudió la cabeza y alzó las manos a la cabeza, mesándose el pelo, el movimiento

hizo que se le abriera nuevamente la camisa del pijama, dejando entre ver sus senos.

—No debí haberme levantado de la cama, el día está resultando ser una completa pesadilla —resopló con cansancio, entonces se volvió hacia Riel e indicó la puerta de la calle—. ¿Te das cuenta que el repartidor del periódico me ha visto las tetas?

—Sin duda le has alegrado el día —le aseguró llevándose las manos a los bolsillos—. A mí desde luego, me lo ha alegrado.

La mirada de Eireen decía claramente lo que podía hacer con sus comentarios, pero oportunamente Riel decidió ignorarla y seguir con lo suyo.

—Bueno, ¿cuál es tu deseo para el día de hoy?

Ella arqueó una de sus cejas.

—¿Vas a ejercer también de genio?

Recorriéndose el labio inferior con la lengua, le dirigió una abierta mirada sensual y sonrió.

—Solo cuando llegue el momento del Pacto —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. A partir de ese momento, haré todos tus deseos… o fantasías, realidad.

Eireen se enderezó todo lo que pudo en su actual posición, alzó la barbilla y respondió.

—¿En ese caso por qué no empezamos ahora mismo y te esfumas? Realmente no tengo el menor deseo de hacer uso de tus… servicios… cuales quiera que sean.

Riel esbozó una divertida sonrisa y chasqueó la lengua.

—Mentirosa—el demonio caminó directamente hacia ella, haciendo que retrocediera instintivamente hasta quedar atrapada contra la pequeña mesa del recibidor—. No hay servicio de devoluciones, cariño, así que tendrás que quedarte con lo que has adquirido hasta que se termine el contrato.

Tensándose, Eireen lo miró a los ojos.

—No estoy interesada en un servicio de citas, ¿qué parte no entiendes?

La sonrisa del hombre parecía ser perpetua en su rostro, frotando la barbilla con el pulgar, se apretó contra ella, haciendo que su ancho y enorme cuerpo conectara con el de ella, blandura contra dureza, solo entonces buscó su mirada y bajó los labios sobre los suyos.

—Esta podría ser una de ellas.

Riel descendió muy lentamente sobre su boca, dándole tiempo para apartarse y sabiendo al mismo tiempo que no lo haría. Con una suave caricia, le lamió los labios una vez, dos, volvió a retirarse solo para mirarla a los ojos y volver a bajar sobre su boca, ahora sin suavidad, dispuesto a conquistar y a la rendición total, deseaba introducir la lengua en aquella húmeda cavidad, saborear su miel y conocer a la verdadera mujer que se ocultaba bajo aquella sencilla fachada.

Eireen se sorprendió por el repentino asalto y el posterior saqueo, las piernas se le convertían en gelatina y para su consternación, el beso de aquel extraño la estaba excitando como nunca había conseguido hacerlo antes.

Riel rompió el beso, mordiendo el labio inferior femenino en el proceso hasta soltarlo con lujuriosa cadencia, sus ojos brillaban de deseo, al igual que los de ella.

—Bien, parece que vamos a entendernos —murmuró acariciando con el pulgar sus hinchados labios.

—Oh, yo no diría tanto.

El repentino picor en su mejilla lo sorprendió, levantó la mano y se la llevó con incredulidad allí donde le había abofeteado.

—Me has dado una bofetada.

Eireen se enderezó y se apartó de su contacto.

—Y volveré a hacerlo como vuelvas a tomarte esas libertades, ahora, sal de mi casa, o llamaré a la policía y aclararemos esto de una maldita vez y para siempre —clamó estirando el brazo en dirección a la puerta de la calle—. Fuera.

Riel no podía creer lo que acababa de pasar, aquella mujer, esa humana, le había abofeteado y por el infierno que no era algo que le ocurriese todos los días.

—No puedo marcharme, Eireen —negó mirándola ahora con otros ojos. Una sensual sonrisa empezó a deslizarse por sus labios—, y la verdad es que tampoco quiero.

Ella abrió la boca incrédula, pero le impidió contestar.

—Imagino que si te sugiero que nos conozcamos un poco… mejor, acabarás por lanzarme algo, así que… —se encogió de hombros—, ¿qué tenías en tu agenda para hoy antes de mi oportuna aparición?

—¿Te estás burlando de mí? —siseó incapaz de entender por qué aquel maldito desconocido no se largaba por la puerta por la que había entrado, llevándose consigo su maldita agencia.

—No es algo con lo que ninguno de los dos disfrutaría, así que… —su respuesta fue tan sincera que le estaban entrando ganas de reír.

Eireen parpadeó varias veces y sacudió la cabeza como si quisiera aclarársela.

—A ver, a ver… esto ya se está pasando de broma —aseguró perdiendo la paciencia—. No estoy interesada en tu agencia, no he hecho ninguna maldita solicitud y sobre todo, no tengo la maldita costumbre de acostarme con un desconocido y menos alquilado.

Riel se encogió de hombros.

—Si lo que te preocupa son mis referencias, puedo darte una copia de los análisis que nos hace la agencia —le respondió sin más.

Eireen resopló, todo aquello empezaba a darle dolor de cabeza.

—Esto no puede estar pasándome —negó, entonces soltó un angustiado gemido que captó la atención del hombre.

—¿Qué ocurre? —se preocupó.

—¿Que qué ocurre? —se rio ella de mala gana—. Ocurre que mi vida es una mierda. He quemado mi precioso sofá únicamente para pasarme la noche prácticamente en vela y vigilar que ese maldito fuego permaneciera extinguido y los restos se enfriaran los suficiente para arrastrarlos hasta el contenedor, me ha despertado nada más meterme en la cama un operario de la calefacción cuando yo no tengo maldita calefacción, mi nevera al igual que mi cocina está vacía, mis tetas han sido portada de sucesos en el vecindario y tú estás aquí, cuando no he solicitado ningún maldito servicio de agencia y no quieres irte. ¡Mi vida es un asco!

Riel chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—El diablo se queja incluso cuando tiene agua en el infierno —respondió poniendo los ojos en blanco.

—Tú debes saberlo mejor que nadie —le soltó enfurruñada.

—Si consideramos a mi jefe, en un mal día, como el diablo… entonces sí —aseguró con cierta diversión, entonces sacudió la cabeza y sugirió—. Imagino que ir de compras, es tan buena opción como cualquiera para que tengas la oportunidad de conocerme un poco más.

—No tengo interés de conocerte en absoluto —respondió con un bufido—, y mucho menos voy a ir de compras contigo.

Una perezosa sonrisa cubrió sus labios.

—Oh, claro que lo harás —ronroneó con picardía—. Si piensas que soy malo, espera a verme en un centro comercial.

Si esa frase hubiese sido dicha por una mujer, Eireen habría puesto los ojos en blanco, si la hubiese pronunciado un hombre, habría añadido un «oh, por favor».

En los labios de este hombre… solo presagiaba problemas.

CAPÍTULO 4

Si piensas que soy malo, espera a verme en un centro comercial.

Aquella frase no había hecho sino dar vueltas en la cabeza de Eireen durante las dos últimas horas, ciento veinte minutos de auténtico suplicio, siete mil doscientos segundos deseando ocultarse debajo de algún maldito perchero si fuesen lo suficientemente anchos como para que la acogiese en su interior, aquel maldito hombre tenía una única palabra grabada en su cerebro y hacía alusión a ella en cada maldita oportunidad que tenía.

Riel, un nombre poco común pero que en cierto modo casaba a la perfección con el aspecto oscuro y misterioso que manaba de cada uno de sus poros, aunque no fuese un nombre al que le diese mucho uso. Un hombre, un completo desconocido que se había plantado ante la puerta de su casa como un mensajero común y corriente -si se obviaba el hecho de que ningún mensajero contenía tanta testosterona embotellada como ese maldito hombre- y el recibo de una factura que estúpidamente había firmado sin más y que la hacía dueña del alquiler de sus servicios de acompañante durante los tres próximos días. Un servicio que no había contratado, un servicio que no deseaba y que él se negaba a dar de baja.

Tras una nueva discusión que los había dejado nuevamente en el punto de partida, Eireen se dio por vencida, optó en cambio por darse una ducha, mudarse de ropa y con resignación, abandonó su maldito hogar con él.

Las buenas noticias era que su agradable vecina no había hecho comentario alguno de su pequeña exhibición, no, eso había corrido a cargo del maldito mocoso adolescente que hacía el reparto de la prensa.

—Debería volver a dentro, coger una bolsa y ponérmela en la cabeza —masculló entrecerrando los ojos sobre el maldito mocoso y sus fieles oyentes.

—Sería una pérdida de tiempo —la voz masculina la hizo consciente de su actual compañía.

Ella se giró lo justo para dedicarle una furiosa mirada antes de responder entre dientes.

—¿Seguro que no tiene nada mejor que hacer, Señor Blackmore?

—Nada mejor que seducirla a usted, Señorita Mars —sonrió ampliamente antes de indicarle con un gesto de la mano que continuara.

—Sigue soñando, Blackmore, sigue soñando.

Eireen había adoptado desde aquel mismo momento el trato formal pensando que si ponía distancia entre ellos las cosas empezarían a cambiar y podrían arreglar aquel pequeño problema como dos personas civilizadas.

Bien, se equivocó.

Su mirada volvió nuevamente al hombre de la coleta negra y ojos dorados que se movía con letal elegancia en la sección de lencería.

Odiaba aquella sección… en realidad… odiaba todo el comercio en sí, no era un lugar en el que encontrara fácilmente prendas de su talla, había ido alguna que otra vez con alguna amiga solo para tener que hacerle de perchero y terminar con complejo de novio, compadeciéndose a sí misma por no estar más delgada, tener unos pechos más pequeños y un culo más flaco que pudiese entrar en aquella ropa.

Pero todavía odiaba mucho más el ver a las dependientas revoloteando a su alrededor como abejas en un panel de miel, especialmente cuando él la señalaba a ella, los gestos de sorpresa, incredulidad y las miradas valorativas que no conseguían disimular tendían a ponerla incluso de peor humor. Sabía de sobra que no era ni tan delgada, ni tan atractiva como para llamar la atención de un hombre como Blackmore, razón de más por la que quería perderle de vista a la mayor brevedad posible.

Se movía realmente con una soltura y seguridad que empezaba a ponerle los pelos de punta, sus manos recorrían las prendas sin llegar a tocarlas, solo admirándolas, sacando las perchas solo para volver a introducirlas, desechando las sugerencias de las dependientas al tiempo que le dedicaba a ella rápidas y contemplativas miradas, sonriendo cuando veía su rostro impaciente.

—No ponga esa carita señorita Mars —le dijo en un momento dado, usando el mismo trato que había decidido darle a él—, solo será un momento.

—¿Por qué solo no le dejo aquí y me largo? —siseó lanzándole una mirada asesina—. Tengo mejores cosas que hacer.

Riel chasqueó la lengua para decir algo al respecto, pero se detuvo cuando encontró aquello que había estado buscando, en la talla exacta.

—Ajá —ronroneó complacido extrayendo de un pequeño perchero un babydoll negro con pequeñísimas flores rojas a juego con una sexy tanga—. Estas cosas requieren su tiempo, pero al final siempre encuentras lo que estabas buscando.

Eireen arqueó una delgada ceja cuando alzó el conjunto de lencería para mostrárselo, sin duda era muy sugerente, a la par que sexy y endiabladamente extravagante.

—Si eso es lo que andabas buscando, Blackmore, tienes unos gustos un tanto preocupantes —le respondió en voz baja, una suave caricia que atrajo su atención tan efectivamente como si le hubiese gritado. Una brillante mirada dorada recorrió entonces su cuerpo con obvia sensualidad haciendo que se erizara aún más.

—Lamento disgustarte, cariño, pero no me sientan bien estos tonos —su voz fue un bajo ronroneo cuando se acercó a ella, le sonrió casi pegado a sus labios solo para volverse y entregarle la prenda a una de las dependientas—. Envuélvalo.

—¿No te lo pruebas antes? —sugirió Eireen cansada de todo el tiempo que habían perdido en aquel comercio.

Riel la miró de medio lado al tiempo que despedía a la dependienta con el brazo, la cual, cosa rara siguió sus instrucciones y partió como una flecha hacia una de las cajas libres.

—Prefiero verlo sobre ti… me pone más —le aseguró pasando a su lado, rozándole el culo con una suave caricia de los dedos, pero lo suficiente firme para que la sintiera y diese un respingo.

—¡No vuelvas a hacer eso!

Riel se limitó a ponerse de nuevo las gafas de sol que había colocado a modo de diadema en la cabeza y la llamó con un dedo por encima del hombro mientras caminaba hacia las cajas a recoger su compra.

—Maldito… —empezó a mascullar Eireen solo para soltar un fuerte bufido cuando oyó el timbre de su teléfono sonando en el interior del bolso.

Echándole un último vistazo al maldito hombre, abrió el bolso y cogió el teléfono frunciendo el ceño al ver el número en el identificador de llamadas, con una última mirada a Riel quien estaba ya en la caja, salió por la puerta del comercio para atender la llamada.

—¿Sí? —contestó.

—Hola, Eireen. Siento llamarte con tan poco tiempo de antelación, pero nos ha surgido algo y nos preguntábamos si podrías venir a echarnos una mano esta tarde en el Bingo.

Aquella era una de las estupideces que había aceptado por culpa de su ex.

Eireen había estado buscando algo ocasional en lo que poder sacarse algunos dólares extra y después de las súplicas de Steven al final había aceptado echar una mano en el Bingo que organizaban los miembros del Local Social todas las semanas para los ancianos. Solo había un problema, el fabuloso trabajo que le había presentado y vendido su ex, no era sino un voluntariado y no había visto ni un solo centavo de lo que aquella comadreja le había asegurado. Si no había dado la vuelta el mismo día que había estado allí, había sido por la gente que cada jueves se reunía a echar sus partiditas. Puede que no obtuviese remuneración económica, pero rara era la vez que se iba con las manos vacías, ya que las mujeres solían traer algunas cosillas, postres y mermeladas que solían hacer ellas mismas en casa.

—¿Esta tarde? —preguntó de nuevo con un suspiro, llevándose la mano libre a través del pelo, volviéndose hacia el interior de la tienda para ver la razón de su problema más reciente guardando la cartera en el bolsillo interior de la chaqueta para alzar luego la mirada encontrándose con la suya. A pesar de que no podía verle los ojos a través de las gafas, la sonrisa ladeada en sus labios le decía claramente que la estaba mirando—. Sí… creo que, no hay problema. Allí estaré… y llevaré a otro voluntario.

—¡Ah! Eso sería estupendo —respondió la voz femenina al otro lado de la línea—. Muchas gracias, Eireen, de verdad, nos has salvado la vida.

—No hay de qué —respondió antes de cortar la llamada y guardar de nuevo el teléfono en el bolso justo cuando se reunía con ella y le tendía la bolsa.

—¿Problemas? —sugirió.

—No más que el que tengo ahora mismo ante mí, Señor Blackmore —respondió ignorando a propósito la bolsa que le tendía.

Riel esbozó una sonrisa y le rodeó la cintura con el brazo que todavía sostenía su compra, atrayéndola hacia él con un contundente empujón que la lanzó contra su pecho.

—Dejaré de ser un problema tan pronto acepte mis servicios, señorita Mars —le aseguró con suavidad, acariciándole el oído con el aliento de sus palabras—. Para eso estoy aquí.

—Si no me sacas las manos de encima ahora mismo, gritaré, hablo en serio.

Riel la observó durante un instante y para su consternación, el muy ladino se limitó a morderle la oreja.

—¡Ay! —se quejó echándose atrás, llevándose la mano a la parte superior del arco de la oreja donde la había mordido.

—Eso por hacer amenazas estúpidas —le dijo bajando las gafas sobre el puente de la nariz, para finalmente añadir—. Si lo que quieres es gritar, haremos algo más divertido y provechoso para ello.

Eireen se apartó inmediatamente de su lado, se alisó la camiseta que llevaba bajo la chaqueta de punto y lo fulminó con la mirada.

—No vamos a hacer nada… si quieres divertirte, puedes hacerlo tu solito y que te aproveche —le respondió antes de dar media vuelta y marcharse con la espalda erguida.

Riel miró la bolsa que todavía sostenía en las manos, después a la mujer y suspiró.

—Ya va siendo hora de que empieces a entender quien pone las reglas del juego, preciosa —murmuró en voz baja, antes de echar un rápido vistazo a su alrededor y sonreír al encontrar justo aquello que estaba buscando—. Y este es tan buen momento como cualquier otro para explicártelas.

Con una nueva tarea en mente, Riel aligeró el paso para reunirse con su reticente compañera de juegos en el momento en que entraba en el supermercado, directa a la fila de carros de la compra para retirar uno.

—¿Quieres que lo lleve yo?

Ella lo miró al tiempo que extraía el carro con un seco tirón, algo en la mirada femenina advirtió a Riel que no era un buen momento para meterse con ella.

—Vamos, Eireen… entiendo que estés molesta, que desconfíes —aceptó tratando de darle un poco de tranquilidad—, te prometo que no intentaré nada sin avisarte antes.

—Mejor no intentes nada de ninguna manera —respondió con un cansado resoplido—. Por qué no… te esfumas, ¿huh? Me ha quedado perfectamente claro que voy a tener que sufrirte hasta el domingo, así que, por que no te vas a dar una vuelta o algo mientras yo hago la compra para no perder otras estúpidas dos horas haciendo nada.

—De acuerdo.

Eireen abrió la boca automáticamente para protestar cuando su cerebro recogió lo que acaba de decirle.

—¿De acuerdo? ¿Has dicho de acuerdo?

Riel asintió.

—Si todavía hablo inglés correctamente, sí, eso es lo que acabo de decir.

Ella sospechó.

—¿Qué estás tramando?

Riéndose, se limitó a alzar la mano y acariciarle la mejilla con el dorso de los dedos.

—Te dije que te avisaría antes, cielo, no sufras.

Y sin decir una sola palabra más, Riel dio media vuelta y empezó a alejarse.

—Ah, solo por si acaso —le dijo volviéndose una vez más al tiempo que le mostraba un manojo de llaves—, no busques las llaves, las tengo yo. Te veré en un rato.

Eireen se quedó con la boca abierta, entonces se lanzó a su bolso rebuscando en su interior solo para darse cuenta de que el muy desgraciado le había robado las llaves del coche.

—Lo mataré… lentamente… muy lentamente —siseó fulminando la espalda del hombre con la mirada.

Eireen terminó de colocar las bolsas con la compra en el carro y agradeció con una sonrisa a la cajera su ayuda, se había pasado algo más de una hora recorriendo el supermercado, comparando precios y buscando los artículos que necesitaba para rellenar su nevera y sus estantes, al final había gastado más dinero del esperado y empezaba a preocuparle como iba a arreglárselas para mantenerse los próximos meses, sus ahorros habían bajado más rápidamente de lo que esperaba gracias al vago hijo de puta de su ex y no había encontrado todavía un trabajo de ninguna clase que pudiera reportarle ingresos.

Suspirando hizo a un lado aquellos pensamientos, si seguía pensando en ello acabaría con un profundo dolor de cabeza y sin conseguir solución alguna y ya tenía bastantes problemas en los que pensar como para añadir uno más a la lista.

El coche lo había dejado en el aparcamiento interior, en la zona roja, no le costó mucho encontrarlo, Riel estaba apoyado en el capó, hablando por teléfono hasta el momento en que la vio llegar.

—Sí, lo sé… solo dale lo que necesita y olvídate de lo demás, mañana te lo agradecerá, Nishel —se rio él—, tengo que dejarte, ya ha llegado Eireen… sí, lo tendré en cuenta. Cualquier

cosa, ya conoces mi número.

Riel devolvió el teléfono al bolsillo y se volvió para abrir el maletero mirando con gesto sorprendido el contenido del carrito.

—¿Has dejado alguna cosa en el supermercado? —preguntó haciéndose cargo de meter las bolsas en el maletero.

Ella se encogió de hombros.

—Suficiente para el resto de la población —suspiró al tiempo que se apoyaba en el lateral del coche y se giraba para mirarle—. ¿Sigue en pie tu amenaza de continuar pegado a mí como una lapa todo el día?

Riel esbozó una lenta sonrisa y continuó guardando las cosas.

—Y toda la noche, que no se te olvide.

Eireen puso los ojos en blanco, su mirada seguía los movimientos masculinos.

—¿Qué tal se te da el Bingo?

La mirada de sorpresa en los ojos masculinos lo decía todo.

—¿El Bingo?

Ella asintió satisfecha.

—Tengo voluntariado, y ya que estás tan dispuesto a acompañarme a todos lados, te he anotado también —le aseguró con una sonrisa—, así podrás hacer algo de provecho, Blackmore.

Riel dudó unos instantes, entonces cerró el maletero y se apoyó en el coche, mirándola.

—Quiero algo a cambio.

—¿Perdón? —le dijo con una risita—. Yo tengo que sufrirte y cada vez que te pido algo me ignoras.

—Entonces considéralo algo para los dos.

Ella frunció el ceño y esperó.

—¿Algo como qué?

—¿Un beso?

Sus ojos verdes se clavaron en él con total ironía.

—¿Crees que he nacido ayer?

Riel sonrió.

—Te sorprendería mi respuesta a esa pregunta, pequeña —entonces añadió—. Vamos, solo un beso.

—No —negó llevando el carro al lugar ubicado para ellos.

—Cobarde —la retó.

Eireen hizo oídos sordos, que dijese lo que quisiera, no pensaba besar a ese maldito hombre.

—¿A qué tienes miedo, Eireen?

Se giró hacia él y entrecerró los ojos.

—¿Con cuántas mujeres sueles salir en este «empleo» tuyo? ¿Te acuestas con todas?

Riel ladeó ligeramente la cabeza, mirándola.

—Está más claro que el agua que no eres virgen, eres una adulta y a juzgar por tu respuesta anterior, disfrutas del sexo, pero no te he preguntado a quién te has tirado anoche… ¿Qué problema hay entonces con quién me haya acostado yo?

Decir que Eireen se había quedado con la boca abierta se quedaba corto, la mujer empezó sonrojándose para terminar prácticamente balbuceando.

—Solo un beso, Eireen —insistió en un bajo ronroneo—. Por ahora, depende de ti si quieres ir más allá o no. Solo un beso.

Ella resopló, caminó hacia él y dejó el bolso encima del techo del coche.

—¿Si te doy ese maldito beso vas a dejarme en paz?

Una suave sonrisa curvó sus labios, mientras le apartaba un mechón de pelo de la cara.

—No pidas milagros, cielo, ese departamento es cosa de otra agencia —al ver la mirada en el rostro femenino suspiró—. De acuerdo. Te dejaré en paz… hasta el Pacto.

—¿Ya estamos otra vez con eso?

Riel le acarició el rostro, le gustaba el color de sus ojos y el desafío que veía en ellos.

—Un pacto por noche, es parte del contrato —respondió utilizando ahora ambas manos para apartar el pelo por encima de sus hombros—. Estoy deseando tenerte, si todo el fuego que exhibes en enfadarte lo exhibes también en la cama, vamos a llevarnos muy bien.

—No vamos a llevarnos de ninguna manera —respondió ella en un siseo gatuno—. De verdad, estás empezando a darme verdadero dolor de cabeza.

—¿Y bien? ¿Qué hay del beso?

—Todo sea porque te quedes callado un ratito —le espetó posando sus manos a ambos lados del cuerpo masculino antes de alzar el rostro para salir al encuentro de la boca masculina.

Riel sonrió para sí, sintiéndose un poco culpable, sabía que ella estaba ya en el borde, podía sentirlo en su interior y a pesar de todo deseaba probarla de nuevo, había sentido esa imperiosa necesidad desde el momento en el que la había besado por primera vez aquella mañana. Sabía dulce y suave, un vislumbre de lo que existía realmente bajo la fachada de la mujer insegura y arisca con la que se había encontrado, una mujer que se ocultaba tras ropas anchas como la camiseta y chaqueta de punto que llevaba y pantalones vaqueros, una mujer absolutamente femenina que no se sentía como si lo fuera y que lo rechazaba por esa misma inseguridad.

Su boca conectó con la suya con cautela, había ternura y suavidad en aquel pequeño y dudoso gesto, la frustración que le había provocado con su negativa a marcharse y deshacer el contrato la había llevado al límite, tanto que le sorprendía que hubiese accedido al beso.

Las manos masculinas se deslizaron por su pelo, acariciándole los hombros, bajando por los costados, cruzándose tras la espalda para acercarla más a él, haciéndola perder el equilibrio con un gemido para tenerla pegada a su pecho, cerca del calor que podía ofrecerle. Su lengua presionó contra la entrada de la boca femenina, empujando para abrirse paso hasta el húmedo interior, lamiéndola, saboreándola, entrelazando su lengua con la de ella hasta que ocurrió lo que había estado esperando que sucediera antes o después.

Eireen se rompió.

La presión a la que había estado sometida en las últimas horas había sido demasiado para ella, se había contenido todo lo que había podido, reprimiéndose y a la primera muestra de tranquilidad, ternura, se había venido abajo.

—Shh —susurró Riel rompiendo un momento su beso, limpiándole las lágrimas que habían escapado corriendo por sus mejillas con los pulgares, permitiendo que el poder innato en su interior la envolviese antes de volver a bajar sobre su boca y seguir besándola, obligándola a abrir la boca para él, a responderle, calmándola con caricias y suaves murmullos.

Eireen no sabía qué hacer, todo lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas emergió en un solo momento, la ternura que le obsequiaba y mostraba Riel en su beso la había desarmado y ahora era incapaz de evitar que las lágrimas resbalaran por sus mejillas.

—Mierda… maldita sea —gimoteó tratando de apartarse de él—, es todo culpa tuya.

Riel sonrió y le besó el rostro, alzándoselo, lamiendo sus lágrimas, depositando pequeños besos en su nariz, sus ojos, su boca, acercándola más a él.

—Para… —gimoteó a pesar de disfrutar de su ternura—, ya vale… ya te he besado y…

Él introdujo la lengua en su boca haciéndola gemir, impidiéndole terminar la frase, con un breve lloriqueo de rendición apoyó sus manos sobre los hombros masculinos y le dejó hacer, demasiado cansada, demasiado agotada para pensar en otra cosa que no fuese responder a su beso hasta que cada una de sus lágrimas se secó.

—¿Mejor? —le susurró tras unos momentos, contemplando su rostro ahuecado entre las manos.

Eireen asintió y alzó su brillante mirada verde hacia él, sus ojos estaba enrojecidos al igual que sus mejillas, pero ya no había en ellos rastro de la tensión que la había estado atenazando.

—Bien —le besó brevemente la nariz—. Sube al coche, yo conduciré.

Ella le miró durante un breve momento, recorriéndolo de la cabeza a los pies con la mirada, tragándose un pequeño hipido.

—Espero que sepas lo que haces.

Riel tiró de ella muy suavemente para conducirla a la puerta del copiloto. Abriéndola, la hizo entrar.

—Siempre sé lo que hago, cariño, no podría ser de otra manera —al ver su mirada, Riel negó con la cabeza y le acarició nuevamente los labios con los suyos—, solo sube al coche, Eireen, te llevaré a casa y ya nos ocuparemos después del resto.

Suspirando, se metió en el coche y procedió a ponerse el cinturón.

—A eso de las cinco tenemos que estar en el Local Social por lo del Bingo —murmuró, anímicamente, se había quedado sin fuerzas.

Riel rodeó el coche y se sentó ante el volante regulando el asiento y los espejos antes de ponerse el cinturón y mirarla a ella.

—Allí estaremos —le sonrió, acariciándole nuevamente la mejilla—, pero antes, vamos a hacer que te relajes un poco… lo necesitas, más que nada.

Eireen se limitó a acurrucarse en el asiento, suspiró y cerró los ojos, no deseaba tener que enfrentarse nuevamente con él, ya estaba bastante mortificada con que la hubiese visto en tal estado.

CAPÍTULO 5

No recordaba la última vez en la que alguien había estado a su lado durante una de sus crisis, aquellos momentos en los que todo parecía adquirir proporciones gigantescas, haciendo que el más insignificante de los problemas fuera como un río que empezaba a desbordarse e inundarlo todo. No se consideraba una mujer débil, había pasado por demasiadas cosas en su vida como para sentirse de esa manera y con todo tampoco podría decirse que fuera de piedra, la delicada sensibilidad que la envolvía conseguía que aquellos momentos se convirtieran en un pozo oscuro y profundo en el que siempre se estaba resistiendo a caer, a ceder a las lágrimas. No le gustaba llorar, no quería que la viesen llorar y había tenido que ser precisamente él quien presenciara sus lágrimas.

El viaje de vuelta había sido como una nube de niebla para Eireen, ni siquiera era consciente de haber entrado en casa y mucho menos haber permitido que él la condujese a uno de los viejos y gastados sillones que hacían incluso más obvia la falta de su precioso sofá.

—Mi sofá —gimoteó, las lágrimas deslizándose por sus mejillas—. Ese cabrón ensució mi bonito sofá… un tresillo que me había costado solo veinte dólares, ¿dónde voy a encontrar otro por ese precio? Tenía que haber quemado también sus cosas, no debí empaquetarlas y llevarlas a la beneficencia… aunque en ese momento me pareció lo más divertido de todo, irónico en realidad.

—¿Entregaste sus pertenencias a la beneficencia? —le preguntó con una irónica sonrisa, aunque su tono era suave, casi dulce.

—Era eso, o lanzarlas al cubo de la basura… y él habría podido recogerlas de la basura, ¿no? —murmuró aspirando por la nariz para luego alzar sus húmedos y brillantes ojos verdes hacia él—. ¿Por qué estás haciendo esto?

—Lo necesitas —le susurró deslizando las manos por sus brazos, acariciando la suave piel —, no todo tiene que reducirse al sexo, Eireen, ahora mismo necesitas esto más que ninguna otra cosa.

Eireen sorbió por la nariz, tratando de borrar con las manos las lágrimas que empapaban su rostro sin conseguir detenerlas.

—No puedo dejar de llorar.

—No lo intentes —le susurró al oído con suavidad, apartándole el pelo y besándole la sien —, déjalo que salga, permite que salga todo.

Riel la abrazó más estrechamente, acunándola, rodeándola y acariciándola de forma tierna y consoladora, ella ocultó el rostro contra el pecho masculino aspirando profundamente su aroma, dejando que las lágrimas fluyeran deslizándose por sus mejillas.

—Voy a quitártelo, ¿de acuerdo? —lo oyó susurrarle mientras sus manos vagaban por debajo de la camiseta hacia sus pechos. Eireen se tensó de inmediato, intentando alejarse de su contacto.

—Riel, no…

Él la detuvo con firmeza, pero sus movimientos fueron suaves cuando sus dedos alcanzaron el cierre del sujetador y lo desabrochó.

—Quítatelo del todo, no lo necesitas.

Su petición fue tan casual, que Eireen vaciló, mirándolo.

—Puedo ser un demonio, pero no un hijo de puta, Eireen —le dijo entonces con un suspiro —, ahora mismo todo lo que necesitas de mí es que te abrace. Solo quítatelo, no intentaré nada, te lo prometo.

Ella bajó la mirada y se mordió el labio inferior mientras se incorporaba, se sacaba la chaqueta e introducía los brazos por las mangas de su camiseta para quitarse el sujetador del todo y doblarlo antes de dejarlo caer al lado del sillón.

—Ahora ven aquí —le dijo tendiéndole los brazos de nuevo.

Eireen cedió, no sabía si era por el cansancio o por que empezaba a acostumbrarse a su presencia, pero en cuanto apoyó nuevamente la cabeza sobre el pecho de Riel se relajó.

—Cierra los ojos y trata de descansar —lo oyó susurrarle al oído.

Ella cerró lentamente los ojos, como si sus palabras la obligaran a ello.

—Esto no puede estar pasándome —murmuró acurrucándose contra el calor masculino—, ¿por qué habré tenido que levantarme de la cama?

—Shh —le susurró de nuevo, besándole la coronilla—. Duérmete, Eireen, cierra los ojos y no te preocupes más.

—Sabes, me gustas más ahora —murmuró con voz somnolienta—, no eres un redomado hijo de puta.

Riel sonrió para sí.

—Ya te lo dije, cielo, la agencia te proporciona lo que necesitas, no lo que deseas —le acarició el brazo con lentitud—, y esto es lo que necesitas ahora.

Ella no respondió y supo que era porque por fin se había quedado dormida.

Riel podía sentir todavía la angustia alojada en su pecho, la necesidad de dejar salir las lágrimas había estado ahogándose interiormente y todos los sucesos del día, incluyendo su presencia no habían hecho sino aumentar ese nudo de emociones hasta que fue inevitable que estallase. Lentamente, con cuidado de no despertarla deslizó la mano sobre todo su cuerpo haciendo desaparecer las prendas que la cubrían hasta tenerla completamente desnuda y a continuación hizo desaparecer las suyas. Si quería ayudarla sin su consentimiento, aquello era lo único que podía hacer hasta que diesen las doce de la noche y pudiera hacer el Pacto con ella y entonces sí, empezar a sanar de verdad sus heridas. Se acomodó con ella en los brazos, apretándola contra sí, enlazando sus piernas en las suyas, relajándose y permitiendo que su forma de demonio tomase las riendas. Su piel adquirió entonces un grado más de bronceado, un tono canela que pronto estuvo salpicado de intrincados tatuajes tribales en color rojo sangre, estos se extendían por todo su brazo izquierdo, desde el hombro a la punta de los dedos, encadenado a la base de su espalda, en el nacimiento de la nuca, deslizándose cual serpiente sobre su columna vertebral abriéndose en abanico sobre sus nalgas. El muslo derecho estaba rodeado por otra línea de símbolos, estos de color negro, a juego con los que le cubrían la parte derecha del rostro como si se tratase de una media máscara tribal, sus ojos, antes dorados, ahora eran de un profundo y cambiante rojo.

Riel se acurrucó con ella, envolviéndola en su abrazo, su firme erección presionando descarada contra sus nalgas mientras una de sus manos rodeaba tiernamente un pecho y la otra anclaba su cadera.

Con un profundo suspiro, Riel murmuró un par de palabras en voz baja que hizo que los tatuajes de su piel vibraran mientras se apretaba contra ella, envolviéndola como si no desease soltarla jamás.

—Eso es, pequeñita —le susurró al oído—, deja que se vaya.

Eireen emitió un profundo suspiro antes de relajarse por completo en los brazos masculinos sin ser realmente consciente de lo que Riel estaba haciendo por ella, lo cual, quizás fuese lo mejor.

Apretándola contra su cuerpo, Riel permitió que su poder entrase en ella y expulsase el dolor y la angustia que la habían estado acechando desde hacía mucho tiempo dando así inicio a su tarea.

CAPÍTULO 6

Eireen dio un portazo al bajar del coche, su mirada verde fulminándolo por encima del capó mientras él cerraba suavemente la suya. Aquella maldita sonrisa parecía estar pegada con cola a sus labios, una mueca que decía claramente que sus pequeños arrebatos le daban igual. ¡Maldito hombre! ¿Cómo había podido ser tan estúpida para desmoronarse de aquella manera delante de él? En realidad… lo había hecho sobre él lo cual era todavía peor y hacía que quisiera volver a meterse en el coche, dar marcha atrás y conducir cruzando el estado para ocultarse en la primera cueva que encontrase.

Se había despertado en uno de los viejos sillones, cómodamente instalada entre los brazos de aquel tunante, en los que había estado prácticamente desnuda, su dignidad había quedado reducida a cenizas cuando empezó a gotear saliva sobre él, metafóricamente hablando claro. ¿Por qué tenía que ser tan endiabladamente atractivo? No lo confesaría en voz alta, pero siempre había sentido curiosidad por los hombres como él, una morbosa atracción hacia lo prohibido. Riel era del grupo de los peligrosos y oscuros, hombres que con una sola mirada podían hacer que desearas cruzar a la otra acera, cuyo aura presagiaba problemas aunque su aspecto fuera inofensivo… ¡Y por el infierno que este hombre no tenía nada de inofensivo! Pero por lo mismo, eran hombres que no se fijaban en mujeres como ella, no, esa clase de hombres siempre estaban acompañados por auténticas bellezas de cuerpos curvilíneos y una talla cuarenta, palos de escoba que nada tenían que ver con la voluptuosidad que llenaba cada una de las curvas de Eireen, sus muslos se verían dobles al lado de los de esa clase de mujeres, por no hablar del hecho de que ella era propensa a tener barriguita la cual no se llevaba nada bien con los pantalones de cadera. Odiaba ese maldito flotador. No, no podría ni en mil años ser el tipo de mujer que atraería o tan siquiera pudiese llamar la atención de un hombre como el moreno de profundos y vivaces ojos dorados que la observaba al otro lado del coche, el mismo que había estado deslizando la mano por debajo de su camiseta, acariciando sus pechos un instante antes de que ella se despertara por completo y cayese al suelo. Y esta vez sí, de manera literal.

Eireen irguió la espalda, se aseguró el bolso al hombro y echó a caminar hacia la entrada del local social como un soldado dispuesto a entrar en batalla.

Riel suspiró profundamente al ver su postura erguida, debía de ser una de las pocas mujeres que había visto que era capaz de caminar a esa velocidad y sin perder un paso con tacones, en realidad, se la veía segura y muy femenina, era una pena que aquello solo fuese obvio para él.

Se lamió los labios al recordar la sensación del cuerpo desnudo enredado en el suyo, la voluptuosidad de sus curvas se sentía perfecta contra su duro cuerpo, sus grandes pechos eran sublimes, había sido incapaz de mantener las manos mucho tiempo apartadas de aquellas dos preciosidades. Toda ella era suave y blanda en los lugares adecuados, su piel era firme y tersa, una verdadera caricia de seda para sus sentidos, por primera vez desde hacía mucho tiempo se había permitido bajar la guardia, relajarse sin tener que preocuparse de si la abrazaba demasiado fuerte, de la fragilidad de su cuerpo. No, Eireen tenía un cuerpo perfecto para él, fuerte y tierno, la fragilidad de aquella mujer yacía en su interior, enterrado y tapiado en lo más recóndito de su ser, el único lugar en el que nadie podría alcanzarla para hacerle daño.

Riel había llegado allí, había sentido quien era realmente y los miedos que la envolvían, había sentido sus inseguridades alimentadas por tantas heridas que había recibido en el pasado, vio sus anhelos y como los hacía a un lado ante la necesidad de centrarse en la realidad, o en aquella realidad de la que estaba convencida. En cierto modo era como una espectadora que se limitaba a verlo todo desde la pantalla de su televisor sin atreverse a intervenir, su autoestima había sufrido duros reveses y aunque se había sobrepuesto a ello a fuerza de voluntad, las heridas habían sido hechas y todavía no habían cicatrizado.

—Eres mucho más de lo que se ve a simple vista, Eireen —murmuró para sí—, y voy a enseñártelo aunque tenga que seducir tu inseguridad para llegar hasta allí.

Con aquella determinación en mente, Riel palmeó el techo del coche y se apresuró a darle alcance antes de que entrase por la puerta del edificio de planta baja.

* * *

—Es un hombre muy guapo, hijita.

Eireen alzó la mirada hacia la mujer, Lorraine era una de las asiduas al bingo de los viernes, después de la muerte de su marido Clyde hacía ya dos años había decidido que la vida eran dos días y que tenía que vivirlos. Jovial y con una vitalidad entrañable para una mujer de setenta y nueve años, la mujer siempre había sido un icono de elegancia, con su pelo grisáceo perfectamente acomodado y un bonito traje de chaqueta y pantalón en color gris paloma, se hacía mucho más joven de lo que en realidad era.

—Tienes que estar muy atenta, especialmente con Victoria —continuó la mujer palmeando ahora la mano de la muchacha, al tiempo que bajaba la voz para hablarle en privado, algo imposible dada la algarabía que se producía en el local—, esa descocada no le ha quitado el ojo a tu novio desde que lo hiciste entrar por la puerta.

La muchacha siguió la mirada de la mujer hacia la otra esquina de la sala, donde Riel conversaba y sonreía con aquella coquetería suya a las damas de la tercera edad.

—No es mi novio —respondió arrastrando las palabras mientras observaba al hombre inclinándose hacia una de las mujeres antes de que esta se echase a reír y le palmeara el brazo con coquetería, aquel maldito se estaba metiendo a las damas en el bolsillo con tan solo su sonrisa.

—¿Te crees que he nacido ayer, chiquilla? —le respondió Lorraine con una firme risa—. Ese hombre hace que se te caigan las bragas cada vez que te mira.

—No estoy segura que ese sea el lenguaje correcto para una dama, Señorita Lorraine —se burló Eireen sorprendida por la respuesta de la mujer.

—Ahora mismo, ni tú ni yo somos unas damas —le aseguró la mujer e indicó a Riel con un gesto de su pronunciada barbilla—, y él desde luego, parece el más experto de los calaveras. ¿Ya lo has catado?

—¡Lorraine!

—Deduzco por tu tono, que eso es un no —aseguró la mujer y chasqueó la lengua—. Debes espabilarte, querida, un hombre como ese no es algo con lo que vayas a cruzarte dos veces en la vida, te lo digo yo que mi Clay lo era todo para mí. Aprovecha ahora que eres joven, querida, las mujeres como tú no deberían vivir solo de sueños teniendo la realidad al alcance de la mano.

Eireen se quedó sin palabras, a pesar de que había llegado a ese trabajo por medio de su ex

novio, Eireen nunca había mencionado que tuviese pareja y mucho menos que llevase viviendo un par de meses con alguien, la presencia de Riel allí parecía haber despertado conclusiones erróneas entre los presentes, realmente, lo último que se habría esperado en todo el tiempo que conocía a Lorraine, era que la elegante y discreta mujer le diera tal consejo.

—Si yo tuviese cuarenta años menos… —murmuró tocando el brazo de la muchacha—, ahora mismo estaríamos follando como conejos en el cuarto de la limpieza que hay al final del corredor.

El escuchar la palabra follar en la boca de una mujer de casi ochenta años no era algo que Eireen oyese todos los días, y el que fuese aquella dama el que la dijese, lo hacía incluso más inverosímil.

Para su completo estupor, su respuesta no fue mucho mejor que la de la mujer.

—¿Tenemos cuarto de la limpieza?

La anciana miró a su acompañante solo un instante antes de que ambas se echaran a reír.

—Ay, hija mía, deberías ir allí y pedirle que te eche un buen polvo, de esos que te hacen mover hasta los dedos de los pies —le aseguró una vez que consiguió dejar de reírse—, y después, venir a contármelo, por supuesto.

A estas alturas, Eireen tenía el rostro rojo como un tomate maduro, entre las risas y los pícaros comentarios de la mujer, no estaba segura de sí recuperase el color.

—Ese hombre… no es lo que parece, Lorraine —consiguió murmurar al tiempo que se abanicaba.

—Ninguno lo es, querida —le aseguró levantándose de la silla con ayuda de su bastón—. Y esa es siempre la mejor parte.

Alisándose la ropa y recolocándose un mechón de pelo rebelde, se volvió hacia ella.

—Venga, vamos a rescatarlo de las manos de esa vieja bruja antes de que el pobrecillo se encuentre más de una sorpresa dentro de sus pantalones.

Con toda la elegancia que le daba su edad y el uso del bastón, Lorraine se movió a través de la sala llena de mesas en las que los ancianos del local social comprobaban sus cartones y se reían narrando las anécdotas de la semana, aquel era uno de los días en los que se permitían distraerse, salir de la rutina y reunirse.

Eireen echó un rápido vistazo alrededor, recordando la primera vez que se había visto en medio de toda esa gente. Ni siquiera sabía cómo había llegado su ex novio a enterarse de la existencia del local, o del bingo que se celebraba los viernes, el único acto voluntario que llevaba a cabo era levantarse del sofá para coger el mando de la televisión. Steven no se había tomado ni siquiera un minuto para acercarse al local, ni siquiera para recogerla a la salida. El contraste entre su ex y el hombre que sonreía y bromeaba con aquellas mujeres de edad era tan grande que no tenía color, Riel reía y susurraba alguna cosa a Sofía, la mujer que sentada en una silla de ruedas a su derecha, reía tímidamente y se ruborizaba bajo las atenciones del hombre. Eireen no recordaba cuando fue la última vez que vio a aquella mujer sonreír así, su nieto la traía todos los viernes para que pudiese estar con gente de su edad mientras aprovechaba las horas libres para estudiar y sacarse la carrera de Derecho en la universidad. El año anterior ambos habían perdido a una hija y una madre en un accidente de tráfico provocado por un conductor borracho que se dio a la fuga, Sofía no había sido la misma desde entonces. Esta era la primera vez que veía a la mujer con una sonrisa. No muy lejos de ella, sentada en una silla, con el cartón del bingo en una mano, reía también Audry Michael. La señora Michael era asidua al bingo, con un fervor que llegaba a resultar abrumador. Y por fin, a su izquierda, con una mano llena de joyas sobre el brazo de Riel y vestida con un escandaloso traje de chaqueta y falda de flores, se encontraba

Victoria Chamber, la coqueta del grupo. A sus casi sesenta y cinco años, la mujer seguía disfrutando de todos los placeres de la vida, viuda y con una posición acomodada, solía venir a jugar al bingo para reír con sus compañeras y coquetear abiertamente con cualquier hombre que se le cruzase delante, fuese de la edad que fuese.

—Vicky, querida —Lorraine no tardó mucho en llegar hasta el pequeño grupo—, esas manos, ¿qué va a pensar el señor Austin cuando sepa que ha sido sustituido en tus favores?

La mujer, de hermosos ojos marrones y un cutis delicado con algunas arrugas alrededor de los ojos que evidenciaban su edad, se echó a reír suavemente al tiempo que deslizaba la mano coquetamente por el brazo masculino.

—Ay, querida, una debe darse el capricho de vez en cuando, además, admirar a un hombre atractivo como el señor Blackmore no debería ser un pecado, ¿no lo cree así, joven?

—El deleitarse la vista con aquello hermoso que nos rodea, nunca debería ser considerado pecado, mi querida Victoria —le aseguró Riel tomando delicadamente la mano de la mujer y llevándosela a los labios en un educado y caballeroso beso. Su mirada en cambio se cruzó durante un significativo momento con la de Eireen.

—No podría estar más de acuerdo —aseguró la mujer con jovialidad, sus mejillas tiñéndose de un coqueto rubor. Su mirada amistosa se volvió entonces hacia Eireen—. Deberías cuidar bien de este muchacho, querida, te aseguro que hay muy pocos hombres como él.

Ella miró a Riel con gesto irónico.

—No tiene ni que jurarlo, Victoria —murmuró volviéndose de nuevo hacia la mujer—, ninguno se presentaría a tan temprana hora a la puerta de mi casa para entregarme en mano lo que al parecer solicité.

Riel disimuló una sonrisa ante el tono irónico en su voz.

—Mi segundo nombre es eficiencia, querida —se burló.

—Tienes un novio realmente encantador, Eireen —le dedicó Sofía, sorprendiendo a la muchacha con una amplia sonrisa.

—Sí, sí —aseguró la señora Audry abanicándose con el cartón del juego—, no dejes que se te escape, cielo, a tu edad yo ya estaba casada y tenía dos hijos.

El esfuerzo que Eireen hizo por sonreír y tomarse el comentario de la mujer como una broma no llegó a iluminarle los ojos, Riel pudo sentir en el mismo instante en que lo sintió ella como sus palabras la pinchaban como un ligero recordatorio de que a los treinta y un años seguía sin pareja.

—No se preocupe, señora Audry, seré yo el que no la deje escapar —respondió él saliendo en su ayuda.

—Paparruchas —chasqueó Lorraine—, Eireen está ahora mismo en la flor de la vida, sin duda esta etapa es la mejor en la vida de una mujer.

—Por supuesto —asintió también Victoria fulminando a la otra mujer con la mirada.

Riel fue consciente entonces del cariño que aquellas mujeres parecían profesar a Eireen, sin duda un sentimiento que la muchacha se había ganado a pulso. Durante la última media hora la había observado disimuladamente, viéndola moverse y hablar con las mujeres y hombres de edad que se habían reunido a jugar y disfrutar de la mutua compañía, en cierto modo era como ver a un montón de abuelos con una nieta, la forma en la que la trataban, la rápida defensa de las mujeres, parecían ser tan conscientes como él mismo de su carencia de afecto, de la sensibilidad y la falta de autoestima que la hacía recluirse en sí misma, llegando incluso a mostrarse un tanto distante e inaccesible. Estaba resultando ser todo un enigma para él, algo que no hacía sino acicatear sus deseos de derribar esas barreras.

—¿Eireen?

La voz femenina vino de la puerta a su derecha, Sonja, la chica que había llamado aquella mañana para solicitar ayuda se asomó.

—¿Podrías echarme una mano? No consigo encontrar los cartones que se compraron la semana pasada.

Eireen frunció el ceño y caminó hacia ella.

—¿No están en la oficina?

La chica negó con la cabeza.

—No. Miré dos veces y no los encuentro, incluso eché un vistazo en el almacén y nada —respondió con un suspiro—. Son unas cajas marrones con etiqueta naranja, no más grande que esto —indicó el tamaño separando sus manos—. No han podido salirles patas.

—¿Habéis mirado en el cuarto de la limpieza? —las interrumpió Lorraine, quien se había acercado a ellas junto con Riel.

—¿Qué cuarto de la limpieza? —preguntó Sonja frunciendo el ceño, para luego mirar a Eireen—. ¿Tenemos de eso?

—Al parecer sí —aceptó Eireen con un ligero encogimiento de hombros.

—Tendremos que mirar allí entonces, es el único lugar que no he registrado.

Eireen asintió y abrió la boca para responder, pero sus palabras murieron cuando al fondo de la sala se escuchó *bingo* y todo el mundo empezó a gritar y aplaudir.

—Oh, vaya, ¿ese es Otto? —Sonja abrió sus enormes ojos marrones aún más si cabe.

—Creo que sí, querida —murmuró Lorraine volviéndose hacia el lugar en el que ya varias personas felicitaban a un hombre mayor afroamericano que mostraba una sonrisa desdentada.

—De acuerdo… —aceptó Sonja y se volvió hacia Eireen—. ¿Puedes echar un vistazo a ver si encuentras las cajas en ese cuarto? Voy a ver si consigo aplacar a las fieras antes de que se les ocurra querer bailar la conga o algo peor.

—Eh… sí… claro…

—El cuarto está al final del corredor, querida, en ese callejón sin salida a mano derecha —explicó Lorraine al tiempo que posaba una mano sobre el brazo de Riel—. Deberías ir con ella, querido, entre los dos seguro que lo encontraréis.

Riel arqueó una ceja morena ante la pícara luz en los ojos de la mujer, volviéndose después hacia Eireen, quien siguió a Sonja con la mirada a través de la sala.

—De acuerdo —aceptó echando una fugaz mirada hacia la mujer, quien parecía realmente satisfecha consigo misma. No pudo evitar sonreír ante ello—. ¿Vamos?

Eireen pareció recordar entonces que él estaba allí.

—¿Si crees que puedes prescindir de tu público durante unos minutos? —le soltó antes de dar media vuelta en dirección a la salida.

Riel iba a responder al comentario mordaz, pero se encontró retenido por una anciana mano con más fuerza de la que esperaba.

—Oh… se me olvidó decirle a Eireen que la puerta solo se abre desde fuera… tened cuidado de que no se cierre —sonrió la mujer antes de darle unas cuantas palmaditas.

Riel esbozó una mueca divertida y se inclinó ligeramente sobre la mujer.

—¿Puedo preguntar por qué hace esto?

La mujer lo miró de arriba a abajo antes de girarse hacia la dirección en la que se había marchado Eireen.

—Esa niña necesita a alguien que le mueva el suelo —respondió la mujer antes de dar media vuelta y alejarse dejando tras de sí un bajo susurro—. Y apuesto a que tú puedes conseguir

un buen terremoto.

Con una amplia sonrisa, Riel se volvió en dirección a la puerta.

—De fuerza diez, señora.

* * *

Eireen probó el pomo de la puerta y lo encontró cerrado. No era de extrañar que nadie hubiese reparado antes en tal habitación puesto que se hallaba prácticamente oculta en un rincón de uno de los pasillos que apenas se utilizaban. Tironeó un poco del pomo pero este siguió sin girar, una investigación más minuciosa la llevó a encontrar la rendija para la llave.

—Fantástico, está cerrado —respondió con un profundo suspiro. Se había inclinado sobre la cerradura comprobando que no estuviese atascada, postura que había permitido a Riel un delicioso panorama de aquel perfecto y redondo trasero—. No creo que nadie haya entrado aquí en meses, me cuesta pensar que llegaran a guardarse las cajas aquí cuando ni siquiera sabían de la existencia de la habitación.

—¿Puedo intentarlo? —sugirió dejando su postura relajada para acercarse a ella.

Eireen le dedicó una rápida mirada que hablaba de los hombres y sus enormes egos antes de echarse atrás y responder.

—Adelante —accedió haciéndose a un lado.

Riel esbozó una sonrisa.

—¿Qué me darás si consigo abrir la puerta?

Ella le devolvió la sonrisa, una irónica mueca que ni siquiera alcanzaba sus ojos.

—¿Las gracias?

—Preferiría algo más… sustancioso.

Eireen se limitó a entrecerrar los ojos y recordarle con la mirada que todavía estaba enfadada por la manera en que había despertado.

—Ya obtuviste más de lo que deberías —le recordó entre dientes.

Riel resopló.

—A eso ni siquiera puede llamársele preliminares, muñeca.

Eireen se acercó a él lo suficiente para que pudiera ver el brillo de sus ojos verdes cuando respondió.

—No obtendrás nada más.

Ladeando ligeramente la cabeza, mostró esa enigmática sonrisa suya.

—Obtendré más… mucho más —aseguró con suavidad, su mano acariciándole la mejilla —, y serás tú quien me lo ofrezca.

Ella jadeó de incredulidad.

—¿Qué pasa? ¿Tanta mujer soltera ha hecho mella en tu libido?

Riel sonrió y negó con la cabeza.

—Estás perdiendo gran parte de tu primer día conmigo, Eireen —dijo sin más—, por ahora has podido negarte, pero llegará un momento en el que tendrás que entregarme las riendas y sería más fácil para ti si fueras haciéndote a la idea, acostumbrándote a mí. Cuando dé comienzo el pacto, no habrá marcha atrás hasta la salida del sol.

—¿Ya volvemos con lo mismo?

Con una ligera negación, se interpuso entre ella y la puerta, se volvió y posó la mano en el pomo.

—No, he descubierto que contigo, es necesario algo más directo —sus anchos hombros se encogieron con desinterés—, te prometí que te avisaría antes, ¿no? —Riel sonrió ampliamente al tiempo que giraba el pomo sin esfuerzo y abría la puerta—. Bien, espero que estés lista, Eireen, porque voy a follarte.

Antes de que ella tuviese oportunidad de abrir la boca para protestar, Riel enlazó los dedos alrededor de la muñeca femenina y tiró de ella hasta la oscuridad que reinaba en el interior de la habitación.

CAPÍTULO 7

Estaba encerrada.

Con él.

En el maldito armario de la limpieza.

La luz de la única bombilla titilaba sobre sus cabezas iluminando el reducido espacio en el que a duras penas cabían los dos, la satisfecha sonrisa que curvaba sus labios mientras la mantenía atrapada entre su cuerpo y la estantería que tenía a la espalda no hacía sino enfurecerla, ¿cómo se atrevía a hacerle algo así? ¿Cómo se atrevía a intimidarla de esa manera? ¿A hacerle creer siquiera por un segundo que un hombre como él podría estar interesado en una mujer como ella?

—Déjame ir.

Una suave caricia de sus dedos descendiendo por su mejilla y un susurro en su oído.

—Ya has huido suficiente, Eireen.

Ella alzó la mirada para encontrarse con sus ojos dorados.

—No me gustan esta clase de bromas, Blackmore.

—¿Vamos a volver a las formalidades? —su pregunta fue acompañada de un chasquido de su lengua y una negación de cabeza. Las manos masculinas, al igual que su mirada, se deslizaron desde los hombros hasta las caderas de ella—. Empiezo a cansarme de ese juego, Eireen.

Ella trató de empujarle.

—Y yo del tuyo —respondió con un bufido—, así que deja ya de fingir y márchate de una buena vez. No quiero los servicios de tu maldita agencia, ni nada de ti… ¿Es que no lo entiendes?

Riel se la quedó mirando durante un instante, entonces encerró su rostro entre las manos obligándole a alzar la mirada hacia él, viendo las lágrimas que brillaban tras sus ojos.

—¿Fingir?

Ella se mordió el labio inferior, podía ver su tribulación y la vergüenza cruzando por su rostro.

—Eireen…

—No necesito tu lástima, ¿vale? —insistió ella cada vez más mortificada—, no es necesario que hagas nada de esto, es más, no quiero que lo hagas, solo márchate, Riel, de verdad. Tu agencia quizás funcione con otras personas, pero yo… yo no quiero comprar el… la compañía de nadie.

Cariño. Riel había oído la palabra tan alto como si hubiese sido pronunciada en voz alta. *No quiero comprar el cariño de nadie*.

—Con seguridad, lástima no es precisamente lo que inspiras en mí, cielo —aseguró Riel apretándose más contra ella, envolviendo un brazo alrededor de su espalda, cogiendo con la mano libre la más pequeña de ella para plantarla sobre la más que obvia erección que abultaba sus pantalones—. Esto, me lo provoca tu cuerpo, Eireen y no tiene nada en absoluto que ver con la lástima.

—Solo es un calentón.

La respuesta de ella lo dejó tan estupefacto que le soltó la mano, oportunidad que utilizó

para retirarla inmediatamente.

—¿Un calentón?

Eireen lo miró a los ojos.

—Oh, vamos. Un hombre como tú debe estar acostumbrado a tener sexo cada día, varias veces seguramente —continuó, sus mejillas enrojeciendo a la pálida luz de la bombilla sobre sus cabezas—, que te digan que no debe de ser frustrante.

—Frustrante —parecía no poder hacer otra cosa que repetir lo que decía como un idiota.

Eireen se mordió entonces el labio inferior el cual empezaba a temblarle ligeramente.

—Sé perfectamente como me veo, como sé también que no soy ni de lejos el tipo de mujer al que debes estar acostumbrado, así que, por favor, deja de hacer que me sienta peor de lo que ya me siento y acabemos con esto, no es plato de buen gusto para mí —concluyó sosteniéndole la mirada.

El silencio que siguió a su conclusión fue tan espeso que juraría que podría cortarlo con un cuchillo, entonces, la sorprendió con una profunda carcajada. Eireen no daba crédito, se estaba riendo de ella, el muy imbécil se estaba carcajeando de ella.

—Sácame las manos de encima —siseó entonces, la humillación estaba siendo demasiado grande para poder soportarla—. ¡Suéltame, maldita sea!

Riel dejó de reírse al instante solo para apretarla con más fuerza y clavarla contra la estantería, una de sus musculosas piernas se escurrió entre las de ella, anclándola, consiguiendo nuevamente su atención y también su temor. Suspirando, se obligó a ser suave, a ir con más cuidado, a ninguno de los dos le haría ningún bien que perdiese el control, pero demonios, esa maldita mujer estaba realmente convencida de que tenía un calentón, de que no la deseaba.

—No lo haré —respondió en un tono de voz tan profundo y sexy que le temblaron las rodillas—. No solo no te soltaré, si no que pienso follarte… lentamente… muy lentamente, hasta que grites y supliques, y aceptes que me mueve algo más que un calentón.

—No te atrevas —jadeó, sus pechos subiendo y bajando al compás de la respiración, captando la atención masculina.

Una depredadora sonrisa se deslizó por sus labios.

—Oh, por supuesto que sí —le aseguró acariciándole el labio inferior con el pulgar—, vamos a ver quién de los dos gana esta contienda, Eireen, quizás nos dé un indicio del lado que finalmente ganará la guerra.

—¿Ahora se trata de una guerra? ¿No eres capaz de aceptar un no por respuesta?

La miró a los ojos, sonrió y susurró a la puerta de sus labios.

—Cuando tu cuerpo me diga que no, obedeceré, cuando tus labios se hagan eco de tu corazón y griten un «no», no te tocaré —murmuró recorriendo su rostro con tan solo una caricia de su mirada—. Pero no me dirás que no, Eireen, me pedirás más.

Sin darle tiempo a una respuesta, Riel la presionó con todo su cuerpo contra la estantería que tenía a la espalda haciéndola montar casi literalmente su pierna introducida entre las de ella, sus manos buscaron rápidamente los costados de sus pechos, alzándola, obligándola a mirarle desde arriba, solo para bajarla sobre sí mismo, capturándole los labios, ahogando el jadeo que escapó de la boca femenina e introduciendo inmediatamente la lengua en la húmeda cavidad.

El gemido que salió de su garganta quedó ahogado en su boca, una lengua insistente, pura maestría y decadencia actuó sobre ella conquistando, exigiendo respuesta y muda rendición. Eireen temblaba en sus brazos, sus manos permanecían a los costados, incapaz de saber exactamente qué hacer con ellas, si se le permitiría o no tocarle.

Riel rompió el beso lentamente, su lengua acarició la suya, envolviéndola, succionándola

mientras se retiraba, solo para volver sobre ella, mordisqueando sus labios, lamiéndolos y tirando de ellos entre sus dientes con deliberada lentitud. Los senos henchían las callosas manos por encima de la ropa, una blandura que moldeaba suavemente, sopesando su peso, atormentando los cada vez más duros pezones con los pulgares hasta empujarlos con deliberada intención hacia arriba arrancándole un jadeo.

—Solo buscaré tu placer, tu llegada, nunca tu dolor, ¿de acuerdo? —murmuró con voz ronca, sus labios tan brillantes como los de ella por su beso—. ¿Lo has entendido, Eireen? Quiero tu placer, si tienes miedo… dilo y me detendré, si te hago daño o no te gusta… dilo y me detendré… —insistió buscando su mirada, encontrando en ella la confusión y el naciente ardor que lo recorría también a él—. Pero sé consciente que solo lo haré si es verdad lo que hay en tu voz y créeme, sé muy bien cuando se miente.

—Te odio —siseó ella.

Riel ladeó la cabeza y asintió.

—Un cierto toque de verdad… pero menos intenso que tu declaración de esta mañana —le aseguró con una satisfecha sonrisa—. Espero que sepas montar, gatita, porque pienso darte una buena cabalgada.

El ligero estremecimiento que siguió a su declaración hizo sonreír a Riel que suavizó su presa en aquellos pechos que lo enloquecían solo para deslizar las manos a la parte frontal de la blusa de botones, sus ojos se prendieron durante un instante en los de ella, viéndola tragar saliva cuando empezó a liberar los botones uno a uno. Con cada nuevo orificio abierto, la respiración de ella se aceleraba más, su mirada se hacía más intensa, más oscura y hambrienta y también más mortificada.

Riel hizo a un lado la tela de la blusa dejando aquellos dos montículos altos y llenos a la vista, la boca se le hacía agua por probarlos, desde el momento en que los había contemplado aquella mañana, la suavidad que sus dedos habían acariciado, todo en lo que podía pensar era en llevárselos a la boca.

—Al repartidor has tenido que darle una alegría inmensa esta mañana —murmuró, las manos le hormigueaban por tocarlos.

Ella se tensó ante el bochornoso recuerdo, solo para dar un respingo y contener a duras penas un gemido cuando notó sus manos masajeándole los pechos, sobándoselos por encima de la tela del sencillo sujetador negro con estampado floral. Aquel no era precisamente un recuerdo agradable. Eireen luchó contra el urgente deseo de deslizar sus manos por el sedoso pelo negro de aquel demonio, el hombre la estaba enloqueciendo y apenas si la había tocado, incapaz de hacer otra cosa para aliviar la tentación se aferró con ambas manos a la estantería de metal que había a su espalda, su mente la urgía a apartarse de él, a hacer cualquier cosa para escapar, pero su cuerpo era mucho más honesto, un traidor que deseaba las atenciones de Riel.

—Suave, gatita, suave —lo oyó ronronear mientras masajeaba sus pechos. Su boca volvió a seducirla, atormentando sus labios antes de deslizarse por su cuello, lamiéndola y mordisqueándola como si fuese el más sabroso de los caramelos, marcando un recorrido sobre su piel hasta sus pechos los cuales no había dejado de atormentar—. Estoy como loco por poder saborear tus pechos, lamerte y chuparte los pezones hasta hacer que te corras de placer.

Un ligero temblor recorrió el cuerpo femenino ante sus palabras, a Riel solo le bastó alzar la mirada para ver los ojos verdes oscurecidos por el deseo, los labios enrojecidos e hinchados por sus atenciones, brillantes, aquel era el rostro del deseo y le encantaba, era la mirada que había esperado ver en el rostro de Eireen desde el momento en que la había visto.

Sus manos juguetearon un instante más con sus pechos, atormentando sus pezones con

suaves pellizcos y tirones para finalmente succionar uno de ellos a través de la tela del sujetador mientras torturaba el otro con la mano y utilizaba la que tenía libre para sujetarla donde quería. Su lengua rodó por encima de la tela, humedeciéndola antes de chupar con fuerza hacia el interior de su boca, mordisqueando el cada vez más duro pezón mientras ella empezaba a contonearse contra él todavía prisionera del férreo agarre que tenía en una de las baldas de la estantería. Tan solo el muslo que tenía asentado entre las piernas femeninas, rozándose contra la entrepierna del pantalón la sostenía a su alcance, manteniéndola erguida para poder darse el festín que había deseado darse con sus pechos.

Riel soltó su presa solo para repetir sus atenciones en el otro pezón, ella temblaba y trataba de ahogar los agónicos gemidos mordiéndose el labio inferior, la imagen que ofrecía desde su posición era una mezcla de lucha entre resistencia y abandono, una combinación muy sensual y absolutamente tierna. Succionó con fuerza el apetitoso pezón, cogiéndolo entre los dientes mientras contenía el otro entre el dedo índice y el pulgar solo para soltarlo de nuevo y alzarse en toda su estatura de nuevo sobre ella, obligándola a abrir la boca, hundiendo su pulgar en el interior de la cavidad mojada y caliente, sorprendiéndola y haciéndola luchar por librarse de su tacto.

—No —le susurró con voz ronca—, si sigues mordiéndote así el labio acabarás haciéndote daño.

Riel empujó el dedo suavemente en su boca, removiéndolo, sus ojos clavados en los de ella, notando su incomodidad, el deseo reprimido y su vergüenza por disfrutar de aquello a pesar de todo.

—*Shh*, todo va bien, Eireen, solo disfruta —le susurró besándole el oído, la mejilla, la nariz, descendiendo por su rostro, llenándola de besos mientras movía suavemente el dedo en su boca—. Lámelo, vamos bonita, hazlo, enséñame qué sabe hacer esa bonita lengua.

Gimió, fue incapaz de evitarlo, sus palabras eran como un afrodisíaco, incitándola a romper las barreras que la contenían, sus mejillas adquirieron un tono más rosado mientras movía su lengua lentamente contra el pulgar en su boca, probando el sabor de su piel.

—Así… bien… —sonrió él retirando el dedo de su boca solo para bajar sus labios sobre los de ella y besarla, hundiéndole ahora la lengua, saboreándola para abandonarla al instante y acariciarle la nariz—. Lo estás disfrutando, ¿no es así?

Era increíble como aquella mujer podía incluso sonrojarse aún más, como sus ojos podían cambiar del deseo a un ardiente desprecio en el intervalo de un instante, pero Riel iba más allá, él veía en su alma, veía en su corazón, el lugar que realmente ansiaba ese contacto, necesitando ser alimentado con él.

—No son necesarias las palabras, Eireen —le sonrió entonces, acariciándole nuevamente los labios, frunciendo el ceño al ver las gotas de sangre en su labio inferior—. No vuelvas a morderte el labio —aquello sonó más como una orden que otra cosa—, abre la boca.

Fiel a su temperamento, ella apretó incluso más los labios.

Una irónica sonrisa cruzó por el rostro de Riel, quien se limitó a suspirar, bajar la mirada y lamerse los labios mientras miraba los llenos pechos.

—Que sea como desees, preciosa.

Un fuerte tirón hacia abajo liberó los pechos femeninos de la contención del sujetador, la caliente y húmeda succión en uno de sus pechos la obligó a abrir la boca dejando escapar abruptamente el aire, perdiendo su asidero en la estantería. Riel la cogió al vuelo, permitiéndole cabalgar su pierna, rodeándola por la cintura mientras se daba un festín con sus pechos. El pezón se agrandaba y endurecía bajo sus atenciones, suave y dulce como su piel, chupó con hambre

como si quisiera amamantarse de su seno, acariciando y martirizando el otro con los dedos, logrando arrancar sonoros gemidos de la garganta femenina.

—Eireen —le susurró lamiéndole el pezón—, no tan alto.

—Es… es culpa…es culpa tuya —gimió con desesperación.

Riel sonrió, la miró un instante y trasladó la boca al otro pezón, succionando con fuerza haciéndola jadear en voz alta, solo para notar como ella le golpeaba en el hombro con el puño a modo de regaño.

—El dedo —gimió Riel lamiendo aquella golosina—, métetelo en la boca y chúpalo, te distraerá.

—¡Y una mierd…!

Riel mordió su pezón haciéndola contener el aliento un instante antes de que la viera llevarse su propio pulgar a los labios e introducirlo en la boca con un gemido. Satisfecho, lamió la sensible carne, succionándola, trabajando en ella con hambre, martirizando sus pechos hasta hacerla gemir con tan solo el roce de su aliento. Para cuando terminó con su trabajo, ella se contoneaba contra él, frotándose contra el muslo, la fricción de la tela la estaba volviendo loca, podía oler su excitación, sus jugos habían traspasado la tela de sus bragas humedeciendo el pantalón, dejando un rastro revelador allí donde se frotaba con él.

Con las manos firmemente anchadas en su cintura, la alzó sin esfuerzo, lo justo para evitar que encontrara su liberación, obteniendo una mirada sorprendida e impotente de su parte que lo desarmó por completo.

—Quiero ser yo quien te lleve ahí y te sostenga, pequeñita —le susurró incorporándose ligeramente, lo justo para hacerla resbalar entre sus piernas, de rodillas en el suelo—, necesitas que lo haga tanto como yo.

Eireen asintió lentamente, incapaz de resistirse, estaba demasiado caliente para como para detenerse ahora, si él la dejaba, si se apartaba ahora, la humillación y la vergüenza serían mayores que nunca.

—Riel… por favor —se encontró susurrando, una única lágrima deslizándose por la mejilla.

Sus labios se unieron suavemente con los de ella, lamiéndola, acariciándola, buscando calmarla mientras sus manos buscaban el botón y cremallera de sus vaqueros y la abrían, ensanchándolos lo suficiente para poder sumergir la mano en su interior, encontrándola, ahuecándola.

Eireen gimió al sentir los dedos masculinos indagando a través de sus cortos rizos, deslizándose entre los jugos empapados de sus labios, abriéndose paso hasta sumergirse en su apretado coño.

—Demonios —gimió Riel al sentirla aferrándole el dedo, succionándolo—. Estás caliente, cariño y endiabladamente mojada.

Eireen trató de moverse buscando la ansiada liberación por la que empezaba a estar desesperada.

—Vamos… hazlo… —gimió.

Riel se tomó un momento para atormentarla.

—¿Qué deseas que haga?

—Muévete —gimió volviendo a morderse el labio inferior.

—No —la reprendió retirando el dedo que había introducido solo para oírla llorar—. Si vuelves a morderte el labio inferior, quitaré el dedo.

Un suave gemido fue toda su respuesta, antes de dejar que su labio se deslizara entre sus

dientes.

—Buena chica —la apremió besándola nuevamente al tiempo que volvía a introducir el dedo, moviéndolo suavemente en su interior, lubricándola, ensanchándola, preparándola para un siguiente dedo mientras el pulgar buscaba su propia meta, encontrando la pequeña perla escondida en su sexo—. Eres puro fuego, Eireen, te siento apretada y caliente alrededor de mis dedos, ¿lo notas, nena? ¿Notas lo caliente y apretada que estás?

Eireen gimió echándose hacia delante, incapaz de soportarlo más se abrazó a él, hundiendo el rostro en su hombro mientras susurraba:

—Maldito seas —se echó a llorar con desesperación—. Fóllame de una vez, lo necesito.

Riel sonrió con suficiencia, la acunó contra su pecho y la penetró un par de veces más.

—Separa más las piernas —le susurró lamiéndole el borde de la oreja—, eso es. Ahora, cabálgame, vamos nena, ven a buscar lo que necesitas.

—No… no puedo —gimió restringida por la estrechez y rigidez de sus pantalones.

—Claro que puedes, vamos, preciosa —le susurró con dulzura—, después todo será mucho más fácil, Eireen.

Ella gimió apretando el rostro contra el hueco de su hombro y empezó a moverse lentamente, acompasando los movimientos de Riel.

—Eso es… así, móntame, cariño —la animaba—, coge lo que necesitas, vamos… ven.

—Riel —gimió con desesperación, inquieta y tan cerca del borde que iba a enloquecer si no se corría—. Por favor.

Una suave sonrisa de dulce triunfo se extendió por los labios femeninos cuando la alzó ligeramente y empezó a bombear los dedos en su coño con fuerza y rapidez hasta hacerla gritar con la liberación definitiva.

—Shh, tranquila —la abrazó cuando la notó estremecerse, silenciosos sollozos recorriendo su cuerpo—, todo va bien, nena, te tengo, permite que salga, lo necesitabas.

Ella hipó a medida que los últimos coletazos del demoledor orgasmo empezaban a desaparecer, haciéndola consciente de la posición en la que estaba y lo que acababa de hacer.

—Eres… tú… maldito… —empezó a farfullar entre hipidos, para finalmente incorporarse y mirarle a la cara. Su rostro estaba sonrojado, manchado por las lágrimas y había una buena carga de vergüenza en sus ojos.

Riel se limitó a acercarla a él y besarla, permitiendo que luchase al principio para soltarla solo cuando empezó a rendirse.

—El último de tus requisitos cariño, ya te dije que era un demonio —le sonrió a pesar de su rostro enfurruñado.

Eireen se limitó a bufar, incapaz de encontrar palabra alguna para lo que sentía en aquellos momentos, si pudiese estrangularlo aunque solo fuese un poco... pero antes de que pudiese seguir ideando formas de matarlo, él ya estaba tirando de ella para ponerla en pie, solo para tropezar con sus propias piernas y caer contra su pecho.

—¿Ey? ¿Eres capaz de sostenerte en pie? —le preguntó con jocosidad.

Ella entrecerró los ojos.

—Que te follen.

Riel se echó a reír y señaló el bulto que ya era imposible de ocultar en sus pantalones.

—Espero que quieras hacerlo tú.

CAPÍTULO 8

—¿Acabas de decirme que sabías que si la puerta se cerraba no podríamos abrirla por dentro?

Verla de pie, con la blusa abierta, los pechos apenas contenidos por el sujetador, el pelo revuelto y un bonito rubor cubriendo su piel valía la pena el tener que oír el tono amenazador y asesino en su voz.

—Sí, eso es lo que he dicho —aceptó haciendo una mueca ante el incómodo estado de excitación en el que estaba, el cual estaba convencido que ella no haría nada por solucionar. Su polla latía tras la bragueta de sus pantalones vaqueros, rabiosa, exigiendo atención y el roce de la tela no hacía gran cosa para disminuir su excitación, como tampoco lo hacía la muchacha desaliñada que nuevamente le fulminaba con la mirada.

—¿Y cómo diablos esperas que salgamos ahora de aquí?

—Lo primero —se adelantó subiendo las manos hasta los pechos femeninos, haciendo el ademán de acariciarlos para después cambiar de dirección y unir las dos partes de su blusa y empezar a abotonarla—, es tranquilizarse. No creo que estés interesada en salir ahí fuera medio desnuda, con los pantalones desabrochados…

—Es todo culpa tuya —masculló entre dientes, apartándole las manos para girarse y abotonarse la blusa ella misma.

Riel suspiró y se estiró a por ella, trayéndola contra su pecho, rodeándole la cintura con los brazos para retirarle las manos y seguir con lo que había empezado.

—Sí, lo es —aceptó besándola tras la oreja antes de inclinarse por encima del hombro para poder ver los botones y ojales.

—Sácame las manos de encima —protestó Eireen intentando soltarse de nuevo—, suéltame ahora mismo.

—Deja de comportarte como una virgen ultrajada, ¿quieres? —pidió tirando con fuerza de ella contra su pecho—. Lo necesitabas, lo disfrutaste y yo también, ¿qué hay de malo en ello?

—¿Te pagan una prima extra si consigues llevarte a tus clientes a la cama? —sugirió con mordacidad.

Riel puso los ojos en blanco.

—Cariño, somos una agencia de citas… el sexo entra dentro del paquete siempre y cuando sea consensuado por ambas partes —aceptó con un ligero encogimiento de hombros, sus dedos abotonando ya la parte superior—. Si *esto* es lo que necesita nuestra compañera, o lo desea, se lo damos.

Eireen respiró profundamente, todo su cuerpo era un manojo de nervios el cual empezaba a disolverse cuando estaba entre los fuertes brazos masculinos de este maldito.

—¿Vas a decirme que si a tu… cliente… solo le apetece que hagas punto de cruz con ella, es todo lo que harás?

—No creo que se me dé bien eso del punto de cruz, pero sí, si lo único que quiere y necesita es compañía, alguien que la escuche o con quien ir acompañada a una fiesta, si esos son sus deseos —aceptó abotonando el último botón—, pues sí, es todo lo que haríamos.

Eireen frunció el ceño.

—No sé si me gusta donde me deja eso a mí —aseguró con renuencia. Ciertamente no

había buscado ese interludio, en realidad, desde el momento en el que se había presentado aquella misma mañana, lo había estado evitando con todas sus fuerzas… La pregunta era… ¿Lo había hecho para evitarlo a él, o para evitar sucumbir ella misma?

Riel cruzó entonces los brazos alrededor de su cintura, apretando el trasero femenino contra la dura erección en sus pantalones, torturándose a sí mismo pues sabía que Eireen no estaba preparada todavía para dar el siguiente paso.

—Eso te deja justo aquí, conmigo —le susurró con calidez, besándole el cuello—. Dentro de un pequeño armario de la limpieza, satisfecha y bastante enfurruñada.

—¡Yo no estoy enfurruñada! —clamó tratando de volverse en sus brazos.

Riel arqueó una ceja en respuesta y la dejó ir.

—Sí lo estás, Eireen, solo que tu enfado no es conmigo, si no contigo misma —aseguró sin darle más vueltas.

Ella abrió la boca para refutar eso, pero la hizo callar poniendo un dedo sobre sus labios.

—No —le prohibió hablar—, conmigo no van a funcionarte las excusas que te pones a ti misma. He visto lo que hay dentro de ti y veo lo que hay en el exterior y me gusta, me gusta mucho.

Eireen apretó los labios, empezando a desviar la mirada, pero Riel le tomó la barbilla impidiéndoselo.

—Eres preciosa, cariño y endemoniadamente sexy —aseguró recorriéndola con una mirada tan cruda y hambrienta que no había equivocación posible—. Y es algo que voy a demostrarte durante mi tiempo contigo, esto solo ha sido un aperitivo, nena, deseo más, te deseo envolviéndome con tus piernas, te deseo apretándome en tu interior… y deseo malditamente esa dulce boca tuya alrededor de mi polla como nada antes… pero eso son mis deseos y yo estoy aquí para cumplir los tuyos, así que dime, ¿Eireen? ¿Qué deseas tú?

La acelerada respiración se le notaba en el subir y bajar de los pechos, sus ojos brillaban con parte del deseo satisfecho, pero Riel sabía que en aquellas profundidades verdes todavía quedaba más, mucho más e iba a sacarlo poco a poco a la luz, hasta que aquella hermosa y delicada mujer viese quien era en realidad e hiciese a un lado la imagen que otros habían creado de ella.

—Ahora mismo, todo lo que deseo es salir de este maldito cuarto —respondió ella rodeándole para atacar con renovado ahínco la puerta cerrada—. Ábrete, maldita sea.

Riel sonrió para sí, aceptando la obvia retirada femenina, pero no sin antes martirizarla un poco.

—Dominación, sensualidad y sexo caliente —le susurró al oído con una amplia sonrisa estirando sus labios—, con un toque de suave disciplina, sin caer en la sumisión… no necesitas obedecer, necesitas sentir y eso puede conseguirse también con la ternura, mi niña.

Eireen se tensó, las palabras de ese maldito hombre enviaban una descarga por su piel y evocaban una de las estúpidas fantasías con las que había soñado de vez en cuando. Estar a merced de un hombre, una sutil dominación, sexo tórrido y caliente y entrega total… Incluso había llegado a comprarse en un sex-shop una suave cuerda dorada, un pequeño fetiche que mantenía guardado en uno de los cajones de su cómoda junto al vibrador de color violeta que le habían regalado con la cuerda.

—Estoy segura que si consigues que salgamos de aquí, te dará tiempo a buscar a alguien con el que hacer todo eso —le respondió intentando que su voz sonara firme, desenfadada.

Una fuerte mano se posó contra la puerta, justo por encima de la cabeza, el suave y cálido aliento le acarició el cuello un instante antes de oír su voz.

—Esta noche, pequeña Eireen, envolveré tus deliciosas manos con la suave cuerda dorada que guardas celosamente en un cajón, te someterás a mi voluntad y nos desharemos de una vez y por todas de la primera marca que dejaron en tu alma.

Antes de que pudiera preguntarse tan siquiera como podía saber lo de la cuerda, y por qué sus palabras se ajustaban tanto a su fantasía, la puerta cedió bajo su peso, abriéndose y enviándola con un traspié hacia la otra pared del pasillo. Eireen se volvió para ver a Riel apoyado indolentemente contra el marco de la puerta, una felina sonrisa cubriendo sus labios y las cajas que habían estado buscando en las manos.

—Después de todo, creo que la visita al cuarto de limpieza ha sido de lo más provechosa —aseguró dejando caer las dos cajitas en sus manos, para finalmente metérselas en los bolsillos y alejarse canturreando en voz baja.

—¿Cómo… cómo lo has hecho? —murmuró para sí misma, su mirada iba del hombre que se alejaba al pequeño cuarto.

Un ligero estremecimiento la recorrió por entero mientras miraba las cajas en sus manos.

—No… no puede ser lo que estás pensando, Eireen, es del todo imposible.

Antes de que su desbordante imaginación alcanzara cuotas demasiado altas, cerró rápidamente la puerta del almacén y corrió tras Riel.

Eireen se tomó su tiempo en volver a la sala donde se jugaba al bingo, necesitaba calmarse, dominar la irremediable montaña rusa en que se habían convertido sus nervios y a juzgar por la imagen que le devolvía el espejo del tocador de señoras, aquello parecía ser una misión casi imposible.

Había vuelto al aparcamiento para coger una pequeña bolsa de lona en la que siempre llevaba una muda de ropa del maletero del coche, se sentía malditamente incómoda ante la huella de humedad que aquel canalla había provocado entre sus piernas, había estado tan excitada que sus bragas no eran lo único que se había mojado y luego estaba el maldito aroma almizclado que había quedado grabado en su nariz y que era incapaz de quitarse de encima, un aroma sensual, oscuro, a canela y especies con un toque de manzana, el aroma de Riel.

Frustrada metió la ropa en la bolsa, se ajustó el cinturón en los nuevos pantalones y se miró una vez más en el espejo, tenía los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas, los labios hinchados por sus malditos besos, un rebelde mechón de pelo se escapaba de la cinta de pelo en la que se lo había recogido. Maldita sea, hiciese lo que hiciese, tenía el aspecto de alguien al que le habían echado un buen polvo… pero sin llegar al polvo.

—Oh, maldito seas —gimoteó bajando la mirada hacia el suelo—. Esto es una pesadilla, una completa y absurda pesadilla.

Una pesadilla con unas manos prodigiosas. La acicateó su conciencia, eligiendo ese preciso momento para hacerla recordar su interludio en el cuarto de la limpieza, había conseguido llevarla al borde con tan solo acariciarle y lamerle los pechos, le había suplicado, por amor de dios y ella nunca suplicaba.

—Oh, maldita sea —gimió apartándose del espejo para apoyar la espalda contra la pared —. Me ha gustado, me ha gustado muchísimo.

Aquella era la verdad, había disfrutado como nunca con la sensualidad y las atenciones de Riel, ese hombre consiguió con tan solo su presencia, sus manos y su pecaminosa boca algo a lo que su ex novio no se había acercado en todos sus meses de relación, por no mencionar la directa y explícita sugerencia de lo que le gustaría tener su boca sobre la polla. Eireen se lamió los labios

y cerró los ojos con fuerza tratando de imaginarse cómo sería llevarlo al final de esa manera, acogerlo en el cálido y húmedo interior, lamerlo y saborearlo como un delicioso caramelo, sabía o al menos intuía por el enorme bulto y el grosor que había sentido bajo la mano que estaba más que bien dotado, sin duda uno de los requisitos que había mencionado en aquella estúpida lista.

—Vamos Eireen, baja a la tierra y despierta —se obligó a decirse—. Ni él es para ti, ni mucho menos tú eres para él.

Pero Riel había dicho que le gustaba, que la consideraba sexy y había parecido sincero, ¿verdad?

—Tonterías —farfulló enfrentándose nuevamente al espejo antes de dar media vuelta, coger la bolsa de lona y salir de allí. No podía esconderse toda la vida.

Empujó con fuerza la puerta del lavabo y salió como un vendaval, decidida a enfrentarse nuevamente a la plaga humana en la que se había convertido Riel, en su prisa, tropezó con un enorme muro de ladrillo el cual la envió directamente al suelo.

—Oh, mierda —masculló con un jadeo cuando dio con el culo en el suelo.

—Vaya, parece que algunos lugares deberían estar regulados por semáforos, ¿se encuentra usted bien?

Eireen asintió dispuesta a disculparse, al parecer la pared era un hombre y a juzgar por su profundo y matizado tono de voz no era de la zona.

—Sí, lo lamento, ha sido culpa… mía —las palabras se le quedaron atascadas en la garganta cuando empezó a ver las botas de motero seguidas de un pantalón negro de cuero con varias cintas y cadenas que caía bien bajo sobre sus caderas, mostrando las líneas planas de su vientre seguido de una tableta imposible de abdominales enmarcados al igual que el musculoso y abultado pecho por una especie de chaqueta larga de manga tres cuartos de cuero con aplicaciones metálicas y dos broches con un intrincado diseño a cada lado de las solapas. Un rostro de facciones perfectas, con unos profundos ojos grises que rivalizaban con el tono perlado de su pelo -aquello tenía que ser un tinte de algún tipo, nadie tenía un pelo así a esa edad- que caía en desordenados y lisos mechones hasta el cuello. El hombre debía rondar los treinta y cinco y rezumaba sexo por cada uno de sus poros.

Nishel arqueó una delgada ceja plateada al fijarse mejor en el pequeño vendaval con quien había tropezado. La mujer era bastante alta, con un cuerpo lleno de voluptuosas curvas, algo rellenita, quizás, pero no por ello menos atractiva. Tenía unos hermosos ojos verdes clavados en él con sorpresa y había algo en el rubor que perlaba su piel, así como en el conocido aroma que captó sobre ella que hablaba claramente de quién era y a quién pertenecía.

Era una de las elegidas de la agencia, la hembra de un hombre al que le debía su propia vida.

La curiosidad tomó pronto la delantera, haciendo que se inclinase hacia ella, tendiéndole la mano para ayudarla a ponerse en pie. Sí, aquel aroma era el de Riel, podía notar también el tacto del poder del demonio sobre ella y con todo, aún no había sido iniciada realmente.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó de nuevo, imprimiendo un tono de voz más suave a sus palabras. Tomando la iniciativa, rodeó su mano y tiró para ponerla en pie.

—No… yo… estoy… bien —murmuró sin poder apartar la mirada del hombre, entonces sacudió la cabeza con intención de despejarse y retiró la mano—. En realidad, ha sido culpa mía, lo siento.

—No hay daño a la vista, así que, todo está bien —sonrió, haciendo que su rostro adquiriera un aire más peligroso incluso, pero también más sexy.

Ella le devolvió la sonrisa con cierto recelo y timidez, obviamente, preocupado por su

aspecto.

—He venido con una amiga —añadió rápidamente, reteniéndola—, pero me temo que no soy muy bueno orientándome, me dijo que podría encontrarla aquí, Sonja Rubens.

Eireen asintió, tratando de ocultar su sorpresa, ¿sería este el novio de Sonja?

—Sí, ella está en la sala del bingo —aseguró y le indicó el corredor—, iba a ir hacia allí ahora mismo, si quiere acompañarme…

—Será un placer —aceptó con una amplia sonrisa, entonces le tendió la mano—. Soy Nishel Skydown.

Parpadeando un par de veces, se cambió la bolsa de mano y correspondió a su saludo.

—Eireen Mars —respondió con un ligero asentimiento.

—Eireen, bonito nombre —aceptó retirando la mano, permitiéndole iniciar el camino—. Después de ti.

Con una educada sonrisa, Eireen empezó a caminar.

—¿También eres voluntaria? —preguntó Nishel, curioso por saber algo más sobre esta hembra de la agencia. La huella sobre la muchacha era claramente de Riel Blackmore, lo que la hacía doblemente interesante para él, si bien Nish no estaba en la plantilla de la Agencia, no era la primera vez que Nickolas Hellmore, el hombre que movía todos los hilos acudía a él para utilizar sus dones con alguna cliente en particular, así mismo, Nish tenía una gran deuda con Riel lo que lo había llevado a pasar algún tiempo con el demonio y sabía que su trabajo estaba solo reservado para aquellas clientes que realmente necesitaban de sus servicios.

La mujer debía rondar el metro setenta y tres, tenía el pelo castaño recogido en una coleta que le caía hasta la base del cuello y unos profundos ojos verdes bastante bonitos, en cambio, su belleza quedaba oculta bajo la ropa holgada y el ancho pantalón vaquero que llevaba puesto, con todo, cada una de sus curvas era total y absolutamente femenina al igual que su voz.

—Sí, de vez en cuando hecho una mano como voluntaria —la oyó responder en voz baja, suave, haciendo que se preguntara si utilizaría también ese tono en la cama—. Aunque hoy no es el día que me toca, he venido a hacer una sustitución… con un amigo.

Nish arqueó una ceja ante la idea de quién podía ser su amigo y esto le provocó un ataque de risa el cual tuvo que disimular tras una oportuna tos.

—Vaya, es admirable que la gente se implique así sin cobrar un centavo —respondió retirándose un mechón plateado de los ojos.

—Sí, admirable.

El tono irónico en la voz femenina no pasó desapercibido para él, un rápido vistazo a la mujer le indicó que lo había dicho sin pensar, quizás dejando salir simplemente sus pensamientos.

—Y aquí es —anunció Eireen volviéndose hacia su acompañante—, Sonja debe de estar atendiendo las mesas del bingo, si no quieres pasar, puedo decirle que salga…

Nish sonrió ampliamente y echó un vistazo a través de la puerta.

—No te preocupes, no soy alérgico a la gente —le aseguró con un guiño antes de pasar ante ella por la puerta.

—Yo solo decía —murmuró Eireen para sí, siguiéndole al interior.

Para su sorpresa, el recién llegado no causó la impresión en los ancianos que había causado en ella, mayormente porque ellos parecían conocerle.

—Nishel, querido, qué bueno verte por aquí —lo recibió una de las mujeres de más edad sentada en una silla de ruedas.

El hombre esbozó esa sonrisa sexy que le había dedicado a ella anteriormente y se inclinó

para besar a la mujer en la mejilla. Un extraño espectáculo ver a alguien con el aspecto de Nish, saludando con tal delicadeza y educación a una dama sentada en una silla de ruedas con bata floral. Eireen reparó entonces en algo… si aquellas personas lo conocían…

—Será embustero —murmuró para sí, asombrada del engaño. Ese hombre conocía perfectamente el local.

—¿Y ahora qué he hecho?

La profunda y sexy voz de Riel la sorprendió a sus espaldas.

—Empezaba a pensar que habías desertado —aseguró contemplándola—. ¿Te has cambiado de ropa?

La sonrisa que había en su voz trajo un leve sonrojo a sus mejillas.

—No lo decía por ti —respondió ignorando su pregunta, para indicar con un gesto de la barbilla hacia el recién llegado—. Si no por él.

Riel siguió su mirada solo para dejar escapar un agudo y bajo silbido que consiguió llamar la atención del otro hombre.

—¿Se ha helado el infierno mientras estaba fuera, Skydown? ¿Qué haces aquí?

El aludido se volvió con una amplia sonrisa, cruzando en dos zancadas la distancia que los separaba antes de tenderle la mano a Riel y compartir un fuerte abrazo.

—Eso debería preguntártelo yo a ti, Blackmore —se rio el hombre, mirando a la cada vez más sorprendida Eireen—, las malas lenguas decían que estabas haciendo voluntariado.

Riel esbozó una perezosa sonrisa ante tal comentario y se giró así mismo a Eireen, quien parecía estar bastante perdida.

—A Eireen le pidieron que viniera a última hora y pensó que un par de manos extra vendrían bien —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. ¿Ya os conocéis?

—Nos encontramos en el pasillo —explicó Nishel—. Tropezó conmigo.

Eireen le dedicó una mirada confusa cuando Riel la miró.

—¿Y vosotros os conocéis de…?

—Somos viejos amigos —se adelantó Nishel con una sonrisa, entonces indicó a la muchacha con un gesto de la barbilla—. ¿Nick estaba aburrido o algo?

Riel sonrió ante la mención de su jefe.

—No más que de costumbre —se encogió de hombros.

—Imagino que acabas de llegar.

—Esta mañana —aceptó.

La mirada de Eireen empezó a ir de uno a otro hasta que una ligera sospecha empezó a cruzar por su mente.

—Deja que adivine… —sugirió, sus ojos volviéndose hacia Riel—. ¿Trabaja también para tu maldita agencia?

Riel estiró la mano para apartarle un mechón de la cara.

—No exactamente —respondió mirándola a los ojos—. Nishel va por libre… pero suele echarnos una mano cuando es necesario.

La muchacha se apartó del contacto de Riel, volviéndose con ojo crítico hacia el gótico que mantenía su mirada sobre ella, como si estuviese buscando más allá de lo que se veía a simple vista.

—Fantástico —masculló Eireen, entonces dio media vuelta y se dispuso a cruzar la sala, decidida a ignorar a aquellos dos.

Nishel sonrió con diversión cuando vio el obvio desplante y miró a su amigo.

—¿Siempre es así?

Riel se encogió de hombros.

—¿Conmigo? Desde el momento en que me presenté.

Su mirada plateada siguió a la muchacha a través del salón.

—Sus heridas son muy profundas —murmuró Nishel—. ¿Cuánto tiempo tienes?

—Hasta el domingo.

—Tres noches —Nishel chasqueó la lengua—. Tendrás que emplearte a fondo, no va a ser fácil llegar a ella.

—Lo sé —aceptó mirando a su amigo.

—Tráela esta noche al Pub —le sugirió entonces—. Te echaré una mano… o las dos…

Riel esbozó una conocida sonrisa.

—Es demasiado pronto.

Nishel lo miró con sospecha.

—Todavía no has hecho el primer pacto —No fue una pregunta. Era obvio que su amigo lo conocía muy bien, así como conocía la mecánica de la agencia.

—No he hecho más que sentar las bases —aceptó con un suspiro.

—Pues será mejor que te pongas a ello, amigo —le palmeó el hombro—. Esa muñeca, lo necesita.

Riel volvió la mirada hacia su compañero, el interés en la voz masculina era obvio.

—Estaré toda la semana en el local —Nishel se volvió hacia él, encontrándose con su mirada.

Riel asintió e indicó a la muchacha con un gesto de la barbilla.

—Voy a ver si puedo terminar con esto y llevármela, empiezo a aburrirme de veras —aseguró, haciendo que su amigo se arrancara con una carcajada.

—Que los dioses prohíban que tú te aburras, demonio —se rio entre dientes—, que los dioses lo prohíban.

Con una ligera inclinación de cabeza, Riel lo dejó para ir en busca de aquella exasperante mujer, ya era hora de que Eireen empezara a hacer las cosas… a su modo.

CAPÍTULO 9

Eireen estaba cada vez más convencida de que la Señora Lowel, su vecina, tenía un radar móvil que le indicaba el momento exacto en que aparcaría el coche delante de la puerta del garaje. No había terminado de apagar el motor, cuando vio a la mujer, vestida con una falda larga de punto hasta los pies y una gruesa chaqueta en tonos marrones que no hacían sino aumentar su edad, avanzando por el sendero de cemento que llevaba a la puerta de su casa.

Riel cerró la puerta del copiloto al bajar, su mirada fue hacia Eireen quien ya tenía las llaves de la puerta principal en las manos y rodeaba el coche con gesto cansado para meterse en casa.

—¡Señorita Mars! —la aguda voz de la mujer podía llegar a ser realmente molesta cuando la utilizaba en aquel tono—. Me veo en la obligación, como buena ciudadana que soy, de ponerla sobre aviso sobre la denuncia que he interpuesto contra usted por escándalo público.

Eireen se limitó a poner los ojos en blanco.

—Muy bien, Señora Lowel.

La mujer pareció dudar durante un instante, pero finalmente continuó.

—Así mismo, he sugerido a la comunidad que usted podría estar más a gusto en otra clase de lugar —insistió mirando de reojo y con recelo a Riel—. La clase de horrible y tórrido espectáculo de esta mañana no es bien visto en un lugar como…

—Por supuesto que no, Señora Lowel —la interrumpió con un monótono tono de voz, subiendo los tres peldaños que daban al porche.

La mirada femenina parpadeó detrás de las gafas un instante antes de carraspear para aclararse la garganta y continuar con su monólogo.

—Este es un vecindario honrado, honesto y con buena reputación —continuó, aunque dejó de avanzar cuando Riel se volvió hacia ella y la contempló abiertamente.

—Estoy de acuerdo, Señora Lowel —respondió nuevamente Eireen metiendo la llave en la cerradura para luego mirar a Riel—. ¿Vienes?

Él asintió y recorrió lentamente el camino que lo separaba.

—Debería recoger sus cosas y mudarse a un lugar más adecuado para alguien con sus… necesidades —añadió la mujer con toda la firmeza que pudo.

Eireen abrió la puerta y solo entonces se volvió hacia la mujer.

—¿Ve a este hombre?

La mujer parpadeó y alzó la barbilla con un leve asentimiento.

Eireen sonrió.

—Su nombre es Riel Blackmore —dijo entonces la chica, posando una mano sobre el pecho masculino al tiempo que se dirigía a su vecina—, es un verdadero macho alfa, se le da de puta madre llevar la voz cantante, tiene una polla de más de veinte centímetros que folla por sí sola, está dispuesto a cumplir cada una de mis fantasías sexuales y es un auténtico demonio en la cama. Dígame, Señora Lowel, ¿podría decir usted lo mismo de alguno de los hombres con los que se ha acostado?

Sonriendo ante el rostro cada vez más pálido de la mujer, agarró la camisa de Riel y tiró de él hacia el interior de la casa sin dejar de mirarla, despidiéndose con un ligero ondear de sus

dedos antes de cerrar la puerta lentamente, como si quisiera dar más efecto a sus palabras.

—Me has dejado sin palabras, Eireen —aseguró Riel con una amplia sonrisa curvando sus labios—. No conocía esta faceta vengativa tuya.

Eireen soltó entonces la tela, la alisó y le miró a los ojos.

—No creas todo lo que sale de mi boca, Riel —le soltó—. Ni siquiera yo soy tan ingenua como para creérmelo.

Sin una sola palabra más, se quitó los zapatos y empezó a subir descalza las escaleras.

—Hay un cuarto de invitados arriba que puedes utilizar si quieres quedarte —le dijo volviéndose a mitad de la escalera—. Está al final del pasillo, a mano derecha.

Riel se apoyó en el pasamanos y alzó la mirada hacia ella.

—¿Tú duermes allí?

Eireen puso los ojos en blanco.

—Obviamente, no.

—Entonces no me sirve —le aseguró al tiempo que empezaba a subir las escaleras de dos en dos hasta detenerse a su lado—. De todas formas, no creo que ninguno de los dos vaya a dormir mucho esta noche.

Ella suspiró.

—Habla por ti, yo estoy muerta de cansancio —le espetó antes de continuar el ascenso hasta la planta superior, dirigiéndose a la habitación más cercana donde dejó caer los zapatos solo para salir y abrir la puerta contigua, descubriendo un cuarto de baño—. ¿Crees que podrías pedir una pizza Cuatro Estaciones y una con pollo y sin pimientos para dentro de una hora? El número está en la nevera, según bajas, el primer corredor al fondo. Yo voy a darme un baño.

—¿No quieres que te frote la espalda? —sugirió burlón.

Ella suspiró.

—No, solo quiero darme un baño, cenar algo y meterme en la cama —aseguró haciendo hincapié en cada una de las cosas—. Sola.

Aquella última palabra quedó remarcada con la vibración que quedó de la puerta del cuarto de baño al cerrarse.

—Tienes hasta las doce para hacer lo que desees, pequeña —murmuró con una malvada sonrisa—, después, seré yo el que de las órdenes y tú, obedecerás.

Sonriendo sacó el teléfono del bolsillo y marcó el número de su amigo.

—¿Nishel? Sí, soy yo… no, no… pero sí hay algo que podrías hacer por ella ahora mismo —comentó dirigiéndose al piso de abajo—. Hay una mujer, su vecina… alrededor de los treinta y cinco o cuarenta, un pequeño pastelillo envuelto en un montón de capas de cebolla… sí, justo al lado. Te debo una, amigo.

Riel colgó y echó un vistazo a la planta superior donde empezaba a oír ya el correr del agua en las tuberías.

—Una cosa menos de la que preocuparnos, muñeca.

Eireen se sumergió hasta la barbilla en el calor del agua, permitiendo que el calor se llevase consigo toda la fatiga y el agotamiento tanto físico como psíquico al que había estado sometida el día de hoy.

Parecía una locura que solo hubiesen transcurrido un puñado de horas, ni siquiera un día completo desde que Riel había aparecido en su vida, ese hombre había entrado con tal decisión que había hecho tambalearse hasta los cimientos de su propia casa, por no hablar de sí misma,

jamás se había sentido tan amenazada y vapuleada por un hombre como lo había hecho él con su presencia, porque aquello era lo que había hecho, vapulearla. Por más que trataba de echar la vista atrás y encontrar algo conocido a lo que aferrarse para enfrentar este nuevo reto, no encontraba nada que llegase siquiera a parecer una simple sombra de lo que él provocaba.

Su vida sentimental había sido más bien escasa, un par de malas elecciones habían desembocado en una tercera, una relación de pocos meses con un imbécil que creía que Starbucks era un equipo de béisbol y su novia una puta con la que podía echar un polvo ocasional cuando su otro novio tenía jaqueca. Descubrir que el hombre con el que salía había estado follándose a otro tío en el sofá de su salón, no había sido nada en comparación con la sensación de sorpresa y humillación que llegó casi al momento.

Si hubiese sido una mujer, quizás no se habría sentido tan hundida como para quemar su bonito sofá, el simple pensamiento de que no pudiera ser lo bastante buena para él rivalizaba con fuerza con que a Steven le fueran otra clase de bocaditos. Durante el tiempo que había vivido con ella, en su casa, sin pagar un solo centavo de las facturas, gastando sus ahorros, Eireen había pensado que aquello estaba bien, podía ser que Steven no fuese el hombre más interesante del mundo, pero al menos le hacía compañía y el sexo con él no había sido nada despreciable, con todo, evocar la imagen de la tarde anterior, follándose a aquel hombre en su sofá... Aquello era algo que realmente le había dolido… durante un breve instante… antes de largarlos a los dos fuera de la casa, en pelotas y a escobazos.

Riel no se parecía en nada a Steven, al contrario, aquel era un hombre mucho más peligroso, alguien que no se amedrentaba al amenazarle con llamar a la policía, a quien le traía sin cuidado si de repente se le daba por hacer topless en medio de la vecindad, un hombre que sabía lo que quería, que no tenía problemas en decir lo que deseaba e ir a por ello, aunque eso significara enloquecerla sexualmente.

Un hombre que se había instalado en su casa y estaba decidido a seducirla hasta las últimas consecuencias.

—Si te quedas más tiempo ahí, terminarás arrugada como una pasa.

Eireen dio un respingo, chapoteando en el agua, antes de cubrirse con un brazo los pechos y volverse sobre el borde de la bañera para verle de pie, apoyado en el umbral de la puerta del cuarto de baño.

¿No había echado el cerrojo?

—¿Qué diablos crees que haces? —se quejó, apretándose contra el borde de la bañera—. ¡Sal de aquí ahora mismo!

En vez de seguir sus indicaciones, Riel descruzó los brazos haciendo que la tela que había estado colgando de su brazo y en la que hasta el momento no había reparado se ondulara en una gama de tonos negros y dorados.

—Riel, lo digo muy en serio —insistió estirando el brazo con el dedo índice apuntando hacia la puerta—. Fuera.

—Deja de patalear como un bebé —le respondió colgando la tela, una preciosa bata de seda negra con un enorme dragón dorado y blanco en la espalda—. La cena ya está lista, si sigues ahí dentro más tiempo, tendrás que comerte la pizza fría.

Tomando la toalla de baño que Eireen había dispuesto anteriormente a un lado para evitar que se mojara, la sacudió, extendiéndola frente a él, esperando pacientemente a que decidiera dar el paso.

—Deja la toalla ahí, márchate y bajaré enseguida —insistió encogiendo las rodillas.

Él se limitó a mirarla, dejándole perfectamente claro que no iba a ceder a sus deseos.

—Horas más, horas menos, voy a verte completamente desnuda, nena, así que, esto es innecesario —le aseguró suspirando—. Vamos, Eireen… de entre todas las cosas que puedas ser… la palabra cobarde no puede aplicársete.

Mordiéndose el labio inferior, clavó la mirada en la de él con un obvio desafío, reunió el coraje que pudo y se levantó, permitiendo que el agua y la espuma se deslizaran por su cuerpo. No apartó la mirada, ni siquiera cuando él abandonó la suya para recorrer cada centímetro de su rellenito cuerpo.

—Si ya has terminado, tengo… frío —murmuró entre dientes, sus mejillas coloreándose.

Riel alzó su mirada dorada para encontrarse de nuevo con sus ojos verdes antes de dar un paso adelante y envolverla con la toalla, alzándola y sacándola de la bañera. Eireen temblaba bajo la toalla, podía notar los ligeros temblores bajo la firmeza de sus manos que se dedicaron a la tarea de secarla, con la espalda rígida y la mirada al frente, le permitió aquella íntima tarea.

—Separa las piernas.

—Vete al infierno —siseó sin moverse un milímetro.

—Como quieras.

Riel la pellizcó por detrás de la rodilla derecha, haciendo que se doblase instintivamente, terminando prácticamente sentada sobre una de sus piernas antes de dedicarle una mirada furibunda que él se limitó a contestar con una sonrisa, mientras deslizaba la toalla por sus muslos abiertos, secándola.

—Te odio —insistió todavía más sonrojada.

—El día que lo digas de verdad, me moriré de la impresión —se burló haciendo que se enderezara junto con él.

—Eres un…

—*Shhh*, Eireen, no digas algo de lo que después puedas arrepentirte.

—Un demonio —masculló, un siseo gatuno.

Riel sonrió abiertamente.

—Eso, cielo, no puedo discutírtelo.

Dejándola ir, cogió la bata que había colgado anteriormente y se volvió hacia Eireen con ella.

—Ven aquí, pequeña diablesa —la llamó extendiendo la bata.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó mirando la prenda como si fuese una culebra.

—Es mía —se limitó a responder—, y quiero verte con ella.

—Sabes, la gente en el infierno también quiere agua helada y no por ello…

—Se la llevaremos. Ahora, póntela… a no ser que quieras cenar tal y como estás. Te aseguro que yo no tendría problema alguno en ello —murmuró lamiéndose los labios.

Agotada más allá del punto de retorno, Eireen cedió, introduciendo los brazos por la sedosa tela, la cual, olía deliciosamente a nueva.

—No es tuya —murmuró sintiéndose muy sensual rodeada por la suave tela—, estoy segura que si busco un poco, encontraré aún la etiqueta de compra.

Riel sonrió y se permitió rodearla con los brazos para cerrarle la bata de seda.

—De acuerdo, es para ti, ¿mejor así? —le susurró al oído mientras ceñía el lazo en su cintura.

Eireen deslizó las manos por la suavidad de la tela y negó con la cabeza antes de volverse hacia él.

—¿Por qué me haces regalos?

Riel parpadeó visiblemente sorprendido, de todas las posibles preguntas, aquella no era

una que esperase.

—Porque deseo hacerlo, Eireen —aceptó con sencillez—. Deseaba verte llevándola, y procuro darme el capricho de cumplir todo aquello que deseo.

Ella se limitó a bajar la mirada, los faldones de la bata bajaban hasta mitad de los muslos, dejando a la vista parte de estos y sus fuertes piernas.

Riel notó inmediatamente el cambio en el interior de la joven, la inseguridad en el conocido gesto que hacía al morderse el labio y no estaba dispuesto a permitir que aquello continuara.

—Ven, vamos a cenar.

Eireen bajó la mirada hacia la mano que le tendía y sin pensárselo dos veces, la aceptó, permitiendo que Riel la guiase en el interior de su propia casa.

La cena había sido dispuesta en el dormitorio de Eireen, para su sorpresa, Riel se las había ingeniado de algún modo para apartar los tablones apilados en una esquina que servirían de estantes para la estantería que estaba todavía en fase de preparación en la pared desnuda del frente, Eireen había peleado durante la última semana para que su hermano terminase de poner las sujeciones, pero el muy ladino había encontrado otras cosas en las que entretenerse, ya que ni siquiera la había llamado. Riel había colocado una mesa camilla, la cual si mal no recordaba estaba en el dormitorio de invitados al final del pasillo, al lado de la ventana, los platos con la pizza troceada y un par de copas junto a una botella de vino descansaban sobre ella, completando el conjunto con dos sillas que también habría rescatado de la habitación de invitados, ya que la única butaca que había en su dormitorio seguía en la esquina contraria, junto a la cama.

—Se te da bien impresionar, ¿no? —murmuró echando un vistazo al vino—. ¿De dónde lo has sacado?

—Es un secreto —le aseguró cerrando la puerta del dormitorio tras él, para acompañarla luego a la mesa—. Vamos, toma asiento.

—Sabes, la cocina era un lugar endemoniadamente bueno para cenar —le aseguró mirando su habitación y los soportes forjados que algún día sostendrían las baldas con una mueca—. Esto está patas arriba, ese mequetrefe ni siquiera ha terminado de colocar la estantería.

Riel siguió la mirada de la muchacha a los soportes de hierro forjado que servirían de pie a las baldas blancas que había apartado.

—Deduzco por el tono de tu voz, que lleva bastante tiempo así, ¿*um*?

—David debería haber terminado el trabajo la semana pasada, pero le surgió *algo* —respondió con un resoplido, su mirada se encontró con la de Riel, la cual hablaba por sí sola—. David es el imbécil de mi hermano pequeño.

Asintiendo al comprender, echó un vistazo a la estantería.

—Mañana terminaremos con ello, ahora —su mirada se volvió hacia ella—, prefiero dedicarme a lo que tengo en mente.

—¿Nunca te rindes? —preguntó con un suspiro.

—No —aceptó.

Eireen se dejó caer en una de las sillas, la boca se le hacía agua por probar uno de aquellos pedazos de pizza, hasta ese momento no se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba.

—No me esperes, empieza a comer antes de que me digas que la pizza empieza a cantarte —la sorprendió Riel con cierto tono divertido, mientras descorchaba la botella de vino.

—Qué gracioso —negó y le entró rápidamente a uno de los pedazos de pizza, gimiendo de placer ante el sabor—. Dioses, qué rica.

Riel sirvió dos copas de vino, devolviendo nuevamente la botella a la hielera, le tendió una

copa y tomó la otra.

—¿Tenemos que brindar o algo? —sugirió ella con un trozo de pizza en una mano y la copa de vino en la otra.

—¿Por qué te gustaría brindar?

Eireen pareció quedársele mirando durante un instante, entonces alzó la copa y murmuró.

—Por los demonios de ojos dorados.

Riel se echó a reír, no pudo evitarlo. Finalmente asintió y chocó su copa con la de ella.

—Y por las diablesas de ojos verdes.

Ella no estaba acostumbrada al vino, a decir verdad, no le gustaba demasiado pero aquella variedad, fuese la que fuese, era deliciosa.

—Está rico, ¿qué es?

Riel dejó su copa en la mesa y se limitó a observarla.

—Es un vino especial para la ocasión —aquello fue todo lo que dijo.

Cenaron en silencio, Eireen había dado cuenta ya de varios trozos de pizza regados de aquel delicioso vino cuando decidió que no podía comer más, estaba llena y por primera vez en todo el día, se sentía realmente tranquila, relajada.

—No habrás puesto alguna clase de droga o algo en la bebida, ¿verdad? —le preguntó entonces dando un nuevo sorbo—. No me siento mareada, ni extrañamente feliz como para considerar que esté borracha, pero… lo confieso, no suelo beber.

—Lo sé —aseguró Riel dando cuenta de todo el contenido de su copa antes de hacerla a un lado y levantarse, para tomar la copa de ella y dejarla a un lado de la mesa.

—¿Es ahora cuando piensas seducirme? —sugirió ella con voz suave.

Riel negó con la cabeza.

—Ninguna seducción valdría contigo, Eireen, solo el verdadero deseo —le dijo atrayéndola hacia sí—, el que hace que me hierva la sangre por probarte, que desee desatar el nudo de la bata y verte completamente desnuda, pero para ello necesito que antes me hagas una promesa, que hagas un pacto conmigo.

Ella parpadeó.

—¿Un pacto? —negó, no acababa de entender.

Riel echó un vistazo por encima de su hombro, al reloj despertador que había sobre la mesilla de noche y que marcaban las once y cincuenta y cinco minutos.

—Necesito tu permiso, tu total entrega y tu voluntad hasta la salida del sol —le aseguró, poniendo en claro los términos del contrato—, deseo liberarte de tus cadenas, pero solo podré hacerlo si me das permiso para ello, pequeña… necesito tu permiso… tu rendición.

Riel la estrechó suavemente entre sus brazos, moviéndose con cuidado, permitiéndole que fuera ella la que marcase el ritmo, al tiempo que no dejaba de mirar el reloj de la mesilla, solo tenía cuatro minutos más para convencerla, para poder ayudarla.

—Necesito tu entrega total.

Eireen negó lentamente con la cabeza.

—No puedes estar hablando en serio.

Su mano ascendió hacia la suave mejilla, acariciándola con el dorso de los dedos, sus ojos dorados buscaban los suyos, seguros, deseosos de encontrar aquello que le había pedido.

—Necesito tu permiso.

Eireen ladeó el rostro, negando suavemente, ¿cómo podía acceder a lo que le estaba pidiendo?

—No puedo…

Riel la apretó un poco más fuerte, buscando su mirada le alzó la barbilla, obligándola a encontrarse con él.

—Sí puedes, Eireen, sé que puedes hacerlo… cuidaré de ti, te lo prometo… haré todo lo que esté en mi mano para sacarte de ese infierno.

—¿Infierno? ¿Es esto parte del servicio de esta estúpida agencia tuya?

Sonriendo le alzó el mentón.

—Ya te lo he dicho, dulzura —insistió, ahora su cuerpo estaba a escasos centímetros del de ella, podía sentir su nerviosismo, su naciente deseo bajo una tenue capa de miedo y recelo—, no se trata de lo que pidas, si no de lo que necesites —su mirada se volvió absolutamente sensual —, y lo que necesitas en estos momentos, pequeña Eireen, es a mí.

Suavemente la meció en sus brazos, atrayendo su voluptuoso cuerpo contra el suyo, sintiéndolo bajo la suavidad de la tela, separando suavemente sus muslos con la rodilla, presionándose contra su centro buscando el calor que sabía encontraría.

—No voy a lastimarte, chiquita —le aseguró mientras deslizaba una de sus manos por el rostro femenino, apartando uno de los lisos mechones que se habían soltado de sus horquillas—, todo lo que haga será solo para darte placer.

Ella se mojó los labios, temblorosa, sin saber muy bien cómo responder a la cercanía de aquel hombre. ¡Era prácticamente un extraño! Y con todo, algo dentro de ella se iba derritiendo con cada pequeño roce, con cada ligera caricia, su buen juicio empezaba a volar y en su lugar quedaban solo ascuas que la animaban a quemarse por completo en el fuego que prometía aquel magnífico cuerpo.

—Déjate seducir, Eireen, no te reprimas más —le susurró nuevamente, su cálido aliento deslizándose en su oído—. Entrégame tu voluntad, concédeme el derecho y haré que tus fantasías se conviertan en realidad.

Eireen se estremeció, las manos masculinas se deslizaban por sus brazos, deslizando el hombro de la bata dejando la piel al aire solo para sustituirla por calientes y húmedos besos que ascendían por la columna de su cuello, la fuerte e intrusiva pierna entre los muslos se frotaba contra su centro aumentando el malévolo placer que estaba creando sobre su piel.

—No puedes hacer esto…

Él la mordió suavemente en la depresión entre el cuello y el hombro y ella gimió a su pesar, rápidos y placenteros escalofríos la recorrieron entera concentrándose en el íntimo lugar que con cada nuevo roce se iba humedeciendo más.

—Dame tu voluntad, Eireen, concédeme el derecho sobre tu cuerpo —insistió lamiendo la zona en la que previamente la había mordido, para finalmente succionar suavemente la carne, empujando su pierna con más fuerza hacia arriba arrancándole un jadeo—, deja que cumpla la primera de tus fantasías… deja que sea yo el que te domine y te haga gemir, el que te espose y te obligue a pedir más, déjame que te haga gritar de placer… solo dilo, Eireen, concédeme el derecho y doblégate a mis deseos por una fantasía.

Las palabras eran como un afrodisíaco en sus oídos, la sangre se diluyó en sus venas corriendo a toda velocidad, todo su cuerpo respondía sin reservas a cada una de sus caricias, su mente empezaba a nublarse con las sensaciones, toda ella era consciente únicamente de la excitación que sentía en sus brazos, el deseo por ese hombre, un extraño que se había personado aquella misma mañana en su casa, el único al que había enviado la Agencia y al que estaba empezando a comprender que era incapaz de ignorar.

—Tu voluntad, Eireen —le susurró vertiendo el suave calor de su aliento en el oído— . Concédeme el derecho y sométete a mis deseos hasta el alba.

—Mi voluntad —murmuró con voz temblorosa, todo su cuerpo encendido por la maestría de su torturador—, no…

—Tu cuerpo está respondiendo al mío, tu piel se enardece con mis caricias —le susurró con voz profunda, una caricia sensual—, entrégate, sométete… deja que te muestre como puedo encenderte y hacerte suplicar por más… concédeme el permiso, Eireen, solo entrégame tu cuerpo, tu voluntad.

Ella gimió cuando notó una de sus manos ahuecando su pecho, pellizcándole a través de la bata, su lengua acariciando el arco del oído, haciéndola temblar.

—Entrégate a mí durante unas horas, Eireen, te liberaré con la primera luz del alba —insistió utilizando su mano libre para acariciarle el cuello—, concédeme el permiso y haré realidad todas y cada una de tus fantasías… entrégame tu cuerpo, concédeme tu voluntad.

—Mi cuerpo —murmuró perdida en sus caricias—, mi voluntad…

—Sí —le susurró—. Entrégate por completo a mí.

—Entregarme… a ti… —jadeó, derritiéndose contra el cuerpo más duro y fuerte.

—Hasta el alba.

—El alba…

Él se separó ligeramente de ella, sus ojos se cerraron en los suyos.

—Tu cuerpo y tu voluntad, míos para cuidarlos y satisfacerlos hasta el primer rayo del alba —dijo con voz profunda, haciendo hincapié en cada una de las palabras—, dilo Eireen, di que te someterás a mi voluntad.

Ella pestañeó brevemente, se lamió los labios y suspiró.

—Mi cuerpo… tu voluntad… —cerró los ojos durante un breve instante, entonces volvió a abrirlos—, hasta el alba…

Él sonrió de manera perezosa y bajó sobre ella, sus labios a escasos centímetros de los de ella.

—Sí… mía… hasta el alba.

Con aquella última declaración bajó la boca sobre la suya, sellando el acuerdo con un sensual y erótico beso, enlazando sus lenguas, lamiéndola y obteniendo respuesta al instante solo para ver cómo se apartaba nuevamente de él y lamiéndose los labios, le miró y añadió.

—Mi cuerpo y tu voluntad —repitió mirándolo a los ojos—. Solo eso, Riel, no te daré más.

Él esbozó una amplia sonrisa y se lamió los labios.

—Bastará… por ahora.

Se mordió el labio inferior rogando no haber cometido ahora un error mayor que el que la llevó a encontrarse con él aquella misma mañana ante la puerta de su casa.

Había días en los que, simplemente, era mejor no haber salido de la cama.

CAPÍTULO 10

—¿Alguna vez has fantaseado con ser atada, estar indefensa ante tu amante, ser únicamente capaz de corresponder a los estímulos sin poder hacer otra cosa que sentir placer? —ronroneó Riel rodeándola, recorriendo su cuerpo semi oculto por la bata, girando a su alrededor como un satélite, obligándola a estar en todo momento pendiente de él—. Es una cuestión de confianza, de entrega y sumisión.

Eireen se estremeció ante las palabras que se vertían en sus oídos como un potente afrodisíaco, sentía los pechos llenos, pesados, sus pezones endurecidos rozándose contra la tela mientras la humedad entre los muslos aumentaba, amenazando con desbordarse. Su respiración elevaba y bajaba los senos, marcándolos contra la tela, toda ella era un manojo de nervios, temerosa y al mismo tiempo curiosa de saber qué era lo que ocurriría a continuación. Riel no la había tocado, no abiertamente, se limitaba a acecharla, susurrándole, acariciándole con una mirada llena de deseo, de hambre sexual.

—¿Te gustaría ser atada, Eireen? —le susurró al oído, acariciándole el arco de la oreja con la punta de la lengua—. Imagínalo, la soga acariciando tus manos —le sopló al oído mientras sentía el suave y excitante tacto de esta rozándose contra sus manos un instante antes de que el cinturón de la bata le fuera desanudado dejando que se abriera—, acariciando tu cuerpo desnudo —un escalofrío le recorrió la espalda cuando sintió las manos de Riel deslizándose por sus hombros, retirando la tela mientras acariciaba sus pechos, su vientre y caderas hasta que la tela se escurrió de sus brazos cayendo en un charco a sus pies—, rodeando tus muñecas, fuerte, lo suficiente para privarte de movimiento —ella jadeó cuando notó el material rodeando su mano izquierda, el cuerpo duro y cincelado de Riel apretado contra la espalda, su erección acariciándole las nalgas ahora desnudas a través de la tela de los vaqueros—, para esclavizarte a mis deseos —le susurró al oído, mordisqueándole ligeramente el lóbulo de la oreja antes de cerrar la cuerda alrededor de su otra muñeca con una sonrisa perezosa y ajustar el nudo corredizo hasta juntar ambas muñecas delante de ella, a la altura de su redondeada tripita—, y hacer con tu cuerpo lo que deseo.

Un ligero estremecimiento la recorrió por entero, Riel tiró de la cuerda enrollándola en la mano, girándola sobre sí misma para quedar frente a él, cara a cara, permitiéndose por fin el lujo de verla desnuda.

Sus ojos verdes lo miraban con una mezcla de recelo y vergüenza, ambos superados por la excitación, sus pechos quedaban parcialmente ocultos por los brazos y las manos atadas que había alzado para cubrirse, la cintura daba paso a unas voluptuosas caderas, muslos llenos que anidaban el suave vello rizado de un tono canela y que discurrían en unas largas y fuertes piernas que aguantarían la más salvaje de las cabalgadas.

Se lamió los labios, tragando con dificultad ante la sensual y despierta hambre que rugía en su interior, hambre de ella.

—Eres magnífica —aceptó sin adornar la verdad—, será un verdadero placer montarte.

Riel notó el estremecimiento que recorrió su cuerpo, el rubor que cubrió sus mejillas y la vio mover los labios en una suave respuesta.

—Empiezo a sentirme como si estuvieses admirando a una yegua.

Una perezosa sonrisa estiró los labios masculinos al mismo tiempo que tensaba la cuerda alrededor de su mano derecha y tiraba de ella lentamente, obligándola a alzar los brazos elevándolos por encima de la cabeza, tirando de ella hasta tener los llenos senos totalmente a la vista, coronados por los pezones color carne, un suave tirón la obligó a dar un paso, incapaz de mantener el equilibrio en aquella postura, cayó contra su pecho, apoyando todo su peso sobre los senos.

—Eres una mujer, cariño, una hermosa hembra que desea ser cabalgada, montada y llevada al orgasmo unas cuantas veces —repitió lamiéndose los labios, recorriendo su rostro con la mirada, saboreando su poder sobre ella—, y yo seré el semental que lo haga.

Ella esbozó una sonrisa tan perezosa como la suya.

—Te tienes en una muy alta estima, ¿no, semental? —murmuró, excitándose ante la cercanía masculina, ante el aroma de su cuerpo y la promesa del placer que le relataba.

—Cuando por la mañana, tengas problemas para caminar, podrás discutírmelo —le sonrió antes de besarla brevemente, sin llegar a penetrarla con la lengua, para luego apartarse y con un par de pasos atrás, tiró de ella hacia delante, consiguiendo que tropezara con sus propios pies antes de enderezarse.

—Ojalá tengas que tragarte tus palabras —siseó empezando a recuperar de nuevo su mordacidad, la única que le permitía ocultarse en su propio disfraz.

Eireen lo oyó chasquear la lengua antes de sentir como tiraba nuevamente de ella, y para su sorpresa, la conducía hacia la pared en la que estaban clavados los soportes para las baldas de las estanterías.

—¿Qué… qué vas a hacer? —preguntó, pero Riel estaba a su espalda, sujetándola contra su pecho una vez más y no le contestaba—. ¿Riel?

—Alza los brazos.

—¿Qué…? No… ni hablar… —se negó empezando a forcejear para soltarse—, no hasta que me digas que es lo que piensas… ¡Ay!

Eireen se quedó repentinamente quieta cuando sintió el picazón sobre sus nalgas desnudas… ¿Acababa de pellizcarle el trasero?

—Me… ¿me has pellizcado?

—Y volveré a hacerlo —lo oyó ronronear ahora contra su oído un instante antes de sentirse echada hacia delante al tirar con rapidez de sus brazos hacia arriba, tensándola—, si no haces lo que te digo, cuando te lo digo.

Un inesperado estremecimiento la recorrió por entero, un temblor que Riel reconoció como lo que era, temor.

—No voy a lastimarte, Eireen, conmigo solo vas a sentir placer —le susurró en voz baja, suave, ese murmullo que siempre utilizaba para calmarla—, te llevaré hasta donde sé que puedes llegar, nunca más allá, ahora, quédate quieta.

Tragando con dificultad, Eireen hizo todo lo posible por quedarse inmóvil, todo su cuerpo temblaba, una mezcla de miedo y excitación mientras Riel ataba la cuerda que sujetaba sus muñecas por encima de la cabeza a uno de los enganches de hierro forjado de la estantería, manteniendo su cuerpo totalmente estirado, los pechos expuestos hacia la pared, los pezones rozándose contra la fría pared provocándole una extraña y sensual excitación en todo el cuerpo y entonces sus manos desaparecieron, el calor de su cuerpo pegado al suyo desapareció y quedó colgada, indefensa, totalmente desnuda a la mirada del hombre que había tras ella. Intentó echar la cabeza atrás para verle, girar la cadera, pero en el momento en que lo intentó, aquella callosa y enorme mano empezó a descender por su espalda, un dedo recorría el hilo de su columna hasta

llegar a sus nalgas, solo para convertirse en dos manos rodeando y masajeando los glúteos.

—No te haces una idea de las ganas que tenía de hacer esto desde que te vi con los vaqueros —su voz llegó como un suspiro, entonces notó el roce de su camisa contra la espalda, de la erección a través del pantalón y fue más consciente que nunca de lo desnuda y expuesta que estaba—, me gusta casi tanto tu culito como esas dos preciosidades.

No había terminado de decir la frase cuando se encontró rodeada por el cuerpo masculino, una de sus largas piernas penetrando entre sus muslos desde atrás, mientras sus manos acunaban sus pechos y los amasaban, retorciendo los pezones entre los dedos, haciendo que gimiera y presionara la espalda contra él, montando su pierna desde atrás al tiempo que tironeaba de las ataduras, incómoda y expuesta en aquella posición.

—Así es como deseaba verte, atada, expuesta, incapaz de hacer ninguna otra cosa que sentir —su cálido aliento le acarició el oído haciendo que se sobresaltara por su cercanía—. A mi merced, sin escapatoria posible. Ya era hora de que te rindieras, pequeña.

Eireen se mordió el labio inferior, ahogando un gemido cuando lo sintió tironear de sus pezones.

—¿Quién… dijo que… me he… ren… rendido?

Riel sonrió ante la presunción en la voz femenina, bajó la boca sobre el lateral del cuello femenino y empezó a mordisquearla lentamente mientras una de sus manos abandonaba sus pechos y recorría con perezosa lentitud su piel, acariciándola, acercándose a su sexo pero sin llegar a tocarla.

—Tú misma proclamarás tu rendición antes del amanecer, cariño —le prometió posando ahora la mano sobre la cadera para girarla de modo que tuviese una buena imagen de su parte delantera, de sus pechos. Se lamió los labios, cual gato que se relame ante un plato de leche, le dedicó un coqueto guiño y se zambulló hacia su alimento favorito, tomando el pezón que su mano dejó libre profundamente en la boca, amamantándose de ella, chupando y lamiendo la pequeña perla de carne que iba volviéndose más dura a medida que jugaba.

Eireen gimió en voz alta, incapaz de evitar el jadeo que emergió de su garganta cuando él succionó, lamiéndole el pezón, mordisqueándola solo para abandonarlo y recorrer con la lengua la aureola marrón y la suave y llena carne antes de volver a apoderarse de él. Atada como estaba, sus pechos sobresalían como mudas ofrendas de las que no tardó en dar cuenta.

Con un gruñido de satisfacción dejó escapar el pezón con un sonido de succión de su boca y volvió sus atenciones sobre el otro, repitiendo la operación, lamiéndolo suavemente, como si fuese un caramelo, degustándolo mientras ella gemía y se retorcía presa de la suave cuerda. Sonriendo contra su dulce y cálida piel, Riel permitió que las manos se deslizaran por los costados, acariciándola, torturando su piel hasta llegar a su trasero, amasando las suaves y regordetas nalgas un instante antes de que sus revoltosos dedos encontrasen la incipiente humedad entre sus piernas y se sumergiesen solo para atormentarla aún más.

—Oh, dios… no… así no… —la oyó gemir, tensándose solo para volver a relajarse y tensarse de nuevo—, estate quieto… no hagas… oh, mierda…

Él se rio contra su pecho, arrancándose el pezón de la boca, solo para echar la cabeza atrás y profundizar sus dedos en ella, hundiéndose un poco más en su resbaladizo coño, observando con satisfacción como el placer coloreaba sus mejillas de rojo, aceleraba su respiración y hacía brillar sus ojos.

—Móntalos, Eireen —le susurró con voz ronca, su polla presionaba contra los pantalones con dolorosa necesidad, reclamando para sí el lugar de sus dedos, recordándole que no se había permitido antes la satisfacción, si seguía así no le cabía la duda de que acabaría con las pelotas

negras.

—No me hagas esto otra vez —gimió, sus blancos dientes sujetando con indefensión el labio inferior—. Riel… por favor.

Él presionó ligeramente hundiendo los dedos en la caliente humedad entre sus piernas, dejando solo una de las manos atormentándola mientras empezaba a acariciarle la cadera con la otra de manera persuasiva.

—Móntalos —insistió sin dejar de moverlos, hundiéndolos y retirándolos con tortuosa suavidad, su voz era una firme demanda.

Ella sacudió la cabeza con una desesperada negativa, tirando de la cuerda para aliviar la presión.

Riel dejó caer entonces la mano sobre la nalga desnuda, haciendo que se sobresaltara y estremeciera, el pequeño aguijón en su trasero había aumentado la fricción de sus dedos.

—Móntalos, Eireen —le ordenó, su voz suave, persuasiva pero tan firme, que parecía haberle gritado.

—No puedo —gimió ocultando el rostro contra uno de sus brazos extendidos—, por favor… me… me da vergüenza… no… no sigas…

Riel se incorporó lentamente apretando su ingle contra la pelvis femenina, sujetando su cadera con una mano mientras volvía a retirar los dedos y volvía a sumergirlos desde atrás.

—Puedes y lo harás —le susurró atrayendo su mirada, viendo la vergüenza y la mortificación en su rostro, así como el deseo reprimido—, quiero que montes mis dedos, quiero mirarte a los ojos mientras lo haces, oír tus gemidos y sentir tus jugos deslizándose por mi mano cuando te corras. No hay nadie más aquí que tú y yo. Y deseo verte, deseo ver tu placer y no vas a negarme lo que deseo, no durante el pacto.

Alzándose en toda su estatura, presionó el pecho contra sus senos y la penetró más duramente con los dedos.

—Ahora, empieza a moverte —las palabras salieron como una suave orden de su garganta, desafiándola, urgiéndola a darle lo que le pedía—, hazlo Eireen.

Sus mejillas adquirieron un profundo tono rojizo cuando apretando los ojos para evitar mirarlo, empezó a moverse todo lo que la restricción sobre sus manos le permitía, elevándose sobre las puntas de los pies para luego dejarse caer, montando los dedos que acariciaban su coño, deleitándose en las sensaciones que le provocaba.

—Abre los ojos, Eireen —de nuevo aquella voz autoritaria—, quiero verte mientras cabalgas.

Ella parpadeó brevemente y abrió los ojos, dos joyas de un verde intenso que lo miraban con sensualidad y una profunda carga de vergüenza.

—Así, cariño, eso es —la animó encontrando su mirada—, eres la cosita más sexy que he visto en mi vida, cabalga, marca el ritmo, así… dios… eres bellísima… sigue así.

Una ligera capa de sudor empezaba a perlar su cuerpo, sus ojos prendidos de los de él mientras cabalgaba sus dedos, alimentada y animada por la intensidad de sus comentarios.

—Más rápido, más fuerte —le pidió con voz ronca—, quiero ver cómo te corres, como me empapas, deseo escucharte gritar.

Sus palabras no hacían sino acicatearla, animándola a seguir adelante, a montarle con más fuerza, más rapidez, desesperada por encontrar aquella liberación que prometía desarmarla.

—Más, Eireen, dame más… —su voz fue igual que un afrodisíaco. Gimió y continuó aumentando la velocidad, hasta montarle desesperada, buscando la esquiva liberación.

—Riel… por favor… —gimió con una mirada suplicante—, necesito… te… te necesito.

—Estoy aquí, cariño… justo dentro de ti… puedes hacerlo, ven a mí… córrete —susurró con un tono de voz profundo, sus ojos oscureciéndose, llegando incluso a parecerle que cambiaban de color—. Córrete para mí, Eireen, déjate ir y libérate…ven, pequeña amazona, ven a mí.

Un aliviado grito emergió de su garganta en el momento en que su cuerpo era sacudido por pequeños espasmos provocados por un intenso orgasmo, Riel sintió sus jugos resbalando por su mano, mientras tomaba las riendas haciendo aparecer sus tatuajes sobre su mano antes de aumentar el ritmo y provocarle otro orgasmo que remontó al primero y la dejó llorando de alivio, cargando todo su peso sobre las ataduras.

—Estoy aquí —la sostuvo, aliviando su peso mientras lloraba presa de la intensidad de su orgasmo—, tranquila, déjalo salir, lo necesitas.

Eireen ocultó su rostro como pudo, las lágrimas le bañaban las mejillas, lágrimas provocadas por el orgasmo más intenso que había tenido en toda su vida. Riel la sostenía contra su cuerpo, aliviando el peso del suyo, empezando a sentir ya la incomodidad y tirantez de sus brazos.

—Así —le susurró de manera tierna, cariñosa, como la vez que la había acunado en sus brazos en el sofá—, deja que salga…

Ella parpadeó ligeramente, tratando de alejar las lágrimas que perlaban sus pestañas solo para que Riel se las enjuagara con el pulgar.

—¿Mejor? —le sugirió con esa mirada pícara y sensual que prometía más.

Eireen asintió lentamente y se lamió los labios antes de susurrar.

—Todavía estás vestido.

Riel esbozó una pícara sonrisa y asintió solemnemente.

—No por mucho tiempo.

Dicho eso, se llevó las manos a la camisa y empezó a desabotonarla muy despacio, dejando que ella disfrutara del espectáculo.

—Desátame —susurró de nuevo.

Una ligera negación acompañó a la camisa cuando se la quitó, mostrando un torso bronceado, salpicado por una línea de tatuajes que recorrían su piel por el costado izquierdo y desaparecían bajo la cintura de los pantalones.

—Todavía no, tesoro —le dijo entonces, llevándose las manos a la bragueta del pantalón donde su erección pugnaba por salir—, aún no has conocido todos los beneficios de tener una cuerda a mano.

Un insistente timbre empezó a sonar en el bolsillo trasero del pantalón de Riel cogiéndolos a ambos por sorpresa. Él se limitó a sacarlo, Eireen estaba segura que para desconectarlo y lanzarlo a un lado, así que no pudo si no quedarse anonadada cuando vio a Riel responder al teléfono al tiempo que desabrochaba el pantalón, bajaba la cremallera y dejaba a la vista su polla con una erección que la hizo temblar de deseo.

—¿Por qué soy el único al que jodes cuando… está jodiendo?

Eireen tuvo ganas de echarse a reír, la escena era realmente inverosímil, Riel estaba allí, desnudo por completo después de haberse quitado los pantalones y haberlos lanzado de una patada a un lado, su polla se elevaba orgullosa e hinchada cual estandarte entre sus musculosas piernas y se balanceaba con cada movimiento del hombre imprimiendo un ritmo al que se encontró siguiendo. Todo su cuerpo parecía cincelado en piedra, bañado con un tono de piel canela, más oscuro de lo que le había parecido apenas hacía unas horas, cuando lo había tenido en el armario de la limpieza, ahora que lo pensaba… ¿Él había llevado entonces esos tatuajes?

Vaya estupidez, por supuesto, todo aquel trabajo de intrincados patrones que recorrían su costado, desapareciendo tras su cuello y bajando como una cadena por su espalda para finalmente rodearle el muslo dos veces, no podía ser algo que pudiese aparecer y desaparecer a placer. Eso era simplemente, imposible.

—Sí… eso es lo que hacía… espera… eso que oigo… ¿Te están haciendo una mamada y has cogido el teléfono para pedirme el informe diario? Joder, Nick, estás enfermo… peor de lo que pensaba...

Riel suspiró, entonces se volvió y tuvo que reprimir un jadeo al verla allí, colgada y expuesta, devorándolo con la mirada, recordándole que tenía mejores cosas que hacer que hablar con su jefe.

—Sí… mira Nick… la tengo colgada del soporte de una estantería, completamente desnuda, con un par de tetas impresionantes que me llaman a lamerlas, puedo ver desde esta misma posición los rizos de entre sus piernas mojados por sus jugos y te prometo que mi polla está más que deseosa de separarle las piernas y probar el lugar donde ya han estado mis dedos… dos veces. Se ha corrido una vez y estoy deseando hacer que se corra otra antes de que su piel entre en combustión por el bochorno que le estoy provocando ahora mismo por estar contándote todo esto —concluyó Riel refunfuñando—. Y mira por donde tiene razón… sigue con tu mamada y no vuelvas a llamar a estas horas, ten un poco de piedad.

Riel colgó, lanzó el teléfono por encima de su hombro y caminó directamente hacia ella.

—Olvida todo lo que has oído.

Ella abrió la boca, pero para ser sinceros, era incapaz de articular palabra alguna.

—Le… has… tú… él… quién…

Riel se apretó contra ella y capturó sus labios, lamiéndole la comisura, acariciándoselos de manera sugerente con la lengua, succionándole el labio inferior para luego acariciarlo con el pulgar.

—No te muerdas el labio inferior —le susurró lamiéndoselo antes de aprovecharse del suspiro que emitió ella para penetrarla con la lengua—, infiernos, que bien sabes.

Su gemido fue toda la respuesta que obtuvo Riel antes de abandonar los labios para mirar nuevamente su cuerpo extendido y voluptuoso brillando con el sudor, una bonita vestal dispuesta al sacrificio.

Era un festín para sus sentidos, su dulzura y la inseguridad que se filtraba por cada uno de sus poros estaba amenazando con hacerlo perder la cabeza, deseaba poder borrar toda aquella oscuridad de su interior de un plomazo, hacerla comprender que era una mujer preciosa, adorable, que cualquier humano estaría feliz de tenerla a su lado, que una talla no era un motivo de importancia, deseaba que se quisiera a sí misma, que se viese como él la veía, magnífica, una mujer con todas las letras.

Lamiéndose los labios descendió sobre los erectos pezones, tan sensibilizados que con un golpe de la lengua hacía que se estremeciera. Siguió su camino, lamiéndole el ombligo, depositando besos sobre su tripa, sus muslos hasta llegar al lugar que llevaba tiempo deseando explorar de una manera más personal. Como si presintiera cual era la intención de Riel, ella apretó las piernas.

—Eireen, abre las piernas —le pidió con un ronroneo—. Quiero probarte.

Ella se sacudió, habría podido jurar que fue un intento de negar con la cabeza.

—Cielo, ¿qué habíamos hablado sobre decirme que no durante las próximas horas?

—¡No hablamos nada! —gimió cuando él empezó a acariciarle los muslos de manera provocativa—. Y maldito si voy a dejarte hacer… eso.

—Eso —sonrió alzando la mirada para encontrarse con la suya—, sería lamerte el coño, hacerte el amor con la boca, si prefieres un término menos soez… sea como sea, quiero probarte y vas a dejarme hacerlo.

—¿Oh si no qué? —lo desafió ella.

Riel rio en voz baja ante lo absurdo de la situación.

—Eireen, abre las piernas y disfruta —le dijo con total sinceridad—, después dejaré que seas tú la que ponga la boca en mi polla.

Ella se sonrojó, no podía decir que no fuese algo que se le hubiese pasado por la cabeza, nada más ver su largo y grueso pene se le había hecho la boca agua por probarlo, especialmente cuando lo había visto caminar de un lado a otro. Ese pensamiento encadenó entonces otro:

—¿Cómo has podido decir eso por teléfono? ¿Qué clase de hombre eres? ¿Un pervertido?

—Cariño, a mi jefe le estaban haciendo una mamada mientras hablaba por teléfono —respondió Riel con un leve encogimiento de hombros—. Al menos yo, no estaba haciendo nada… en ese preciso momento.

—Dios mío… no puedo creer que estemos teniendo esta conversación —gimió ante lo absurdo de la situación—. Riel, desátame, ya no quiero seguir jugando a esto…

Riel negó con la cabeza y aprovechó aquel momento de distracción para separarle las piernas lo suficiente para poder ver su sexo húmedo por sus previas atenciones.

—Accediste a esto al darme tu voluntad, Eireen y estarás sometida a la mía hasta que amanezca —suspiró lamiéndose los labios de anticipación al tiempo que se arrodillaba y sujetaba su tobillo izquierdo, levantándolo hasta colocarle la pierna sobre el hombro, obligándola a repartir su peso entre la cuerda y su otra pierna antes de bajar la boca sobre su coño y susurrarle antes de empezar a lamerla—. Además, ambos sabemos que lo deseas.

Eireen jadeó en busca de aire en el momento en que la lengua entró en contacto con su tierna carne, aquel maldito hombre no era capaz de aceptar un no por respuesta y parecía estar decidido a volverla loca de deseo y hacerla morir de vergüenza antes de acabar con ella.

—Riel… no… por favor…

La respuesta del hombre fue introducirle la lengua, imitando el acto sexual mientras la abría con los dedos, desnudando sus pliegues y encontrando la perla escondida en su interior.

—Maldito seas —lloriqueó incapaz de apartarse de él, cada intento que hacía solo le provocaba dolor en los brazos y placer en el coño.

Riel sonrió contra el sexo femenino, lamiendo y chupando, saboreándola, embriagándose con su sabor y su tímida respuesta.

—¿Nunca has practicado sexo oral, gatita? —ronroneó entre lametones.

—¡Idiota! —gritó, gimiendo nuevamente cuando la probó una vez más.

—¿Eso es un sí o un no?

—Deja que ponga mi boca sobre tu polla y lo descubrirás, mentecato —gritó entre gemidos—. Riel… ay dios…

—Es algo que sin duda estoy deseando experimentar, preciosa —aseguró antes de volver a su pasatiempo favorito. Atormentarla.

Un dedo entró en su lubricado canal para acompañar el trabajo de la lengua masculina haciendo que Eireen se retorciera contra la boca de Riel, sus jadeos se convirtieron en audibles gritos y muestras de desinhibido placer que lo animaban a llevarla una vez más al final, a poder ser antes de que él mismo terminara avergonzándose a sí mismo eyaculando sobre el suelo. Ardía en deseos de penetrarla, de poseerla completamente, de llegar a aquel lugar en el que sería solamente suya para cuidarla y empezar a curar las cicatrices que la marcaban interiormente.

Desesperado, se arrancó de entre sus piernas, dejándola caer sobre sus inestables piernas, permaneciendo en pie gracias a la cuerda que ataba sus muñecas.

Su polla se alzaban llena y dura, una gota de líquido pre seminal brillando en la punta, Eireen se estremeció de anticipación, insegura, deseosa, asustada y anhelante, una amalgama de emociones a las que no estaba segura cómo enfrentarse, su mirada verdosa subió a la de un oscuro dorado, casi marrón de Riel, él debió de leerle el temor en el rostro porque se acercó a ella, besándola nuevamente con ternura, disipando cualquier temor.

—No sé si… si tú… yo… eres… grande…

Él sonrió con suficiencia.

—Gracias, amor.

Ella bufó y él le acarició el rostro.

—Estás más que lista para acogerme, pequeña —le susurró besándole los labios mientras le acariciaba la cadera—, será bueno… mejor que bueno.

Eireen se lamió los labios y bajó la mirada como pudo hacia el mástil que asomaba ahora sobre su tripa.

—Um… sé que bromeamos sobre ello pero…

Riel le mordisqueó suavemente la barbilla.

—Estoy perfectamente sano, si eso es lo que te preocupa —ronroneó—, y sé que tú estás tomando la píldora… y deberías dejarlo, no te está haciendo ningún bien.

Ella parpadeó primero sorprendida y finalmente molesta.

—¿Disculpa? ¿Cómo es eso de que sabes…?

—Ahora no, Eireen —lamió la columna de su cuello mientras jugueteaba con sus erectos y sensibilizados pezones—, solamente confía en mí, el control de natalidad no será un problema entre nosotros…

Riel dejó de mordisquear su cuello para retomar el camino a su boca, lamiéndola, provocándola hasta que ella le dio acceso y pudo saborearla, enlazando su lengua con la de ella en una batalla de voluntades. Una de sus manos tomó un camino descendente sobre el cuerpo femenino, acariciándola, dejando una pequeña descarga allí donde la tocaba hasta encontrar la humedad entre sus piernas y probarla una vez más.

—Mojada, caliente, lubricada —empezó a enumerar con voz ronca, cada palabra acompañada de una caricia—, perfecta.

Sin esperar más, deslizó la mano por la cara interior del muslo, dejando un rastro de humedad hasta la doblez de la rodilla, solo entonces afirmó su agarre sobre ella, le alzó la pierna, abriéndola para él y dirigió su polla a la mojada entrada.

—Respira, cariño, te estás olvidando de respirar y todavía no hemos empezado —se burló al notarla tan tensa.

No le permitió pensarlo siquiera, posando la mano libre sobre la cadera femenina la mantuvo inmóvil y la penetró con una única estocada, llenándola tan profundamente como le permitían sus cuerpos.

Eireen era incapaz de respirar, la había empalado por completo, llenándola, estirándola hasta acomodarse en su interior, en aquella posición tan abierta y vulnerable no había nada que pudiera hacer excepto tratar de encontrar el aire que necesitaba para llenar sus pulmones mientras sus entrañas se calentaban y el coño se le humedecía incluso más, apretándose como una funda de seda alrededor de aquel enorme miembro.

—Diablos, nena, se siente bien —jadeó Riel saboreando la sensación de estar profundamente enterrado en su interior—, malditamente bien.

Manteniendo su agarre en la cadera, empezó a retirarse lentamente solo para volver a empujar con fuerza cuando casi había salido por completo, podía notar los músculos internos de la mujer apretándolo, envolviéndolo, haciéndolo disfrutar completamente. Sabía que ella iba a ser buena, pero esto se estaba acercando al paraíso, si los hombres como Riel creyesen en algo parecido.

Los senos se bamboleaban al compás de sus embestidas, provocándolo, los gemidos de Eireen se entremezclaban con el sonido de succión de la carne y sus propios gruñidos de placer, pronto todo en lo que podía pensar era en empujar, en llenarla y conducirla una vez más al orgasmo, pero en esta ocasión debía tener cuidado, tenía que llegar con ella, encontrarla en el momento justo y obligarla a renunciar a aquella oscuridad que la estaba carcomiendo por dentro.

—Riel… no… no puedo más… —la oyó gemir, sus palabras apenas desesperados murmullos—, por favor…

—Ven a mi encuentro, cariño —la provocó entre fuertes gruñidos—, vamos, Eireen, ven a mí… córrete para mí, pequeña, déjate ir.

No era necesario decirle más, Riel supo el momento exacto en el que Eireen llegó al orgasmo y se permitió su propia liberación. Su poder despertó accionado por la llegada de ambos y fluyó a través de él, entrando en ella, buscando aquel pozo de oscuridad y dolor dentro de ella para empezar a sanarlo. No había manera de evitar que su forma de demonio viera la luz en un momento como aquel, sabía que los tatuajes que cubrían su rostro aparecerían también y sería complicado de explicar, por no decir un infierno hacerle ver a Eireen que no se había acostado con un humano, si no con un demonio, literalmente. No, ella no lo aceptaría, no en aquellos momentos y Riel no podía darse el lujo de desperdiciar un solo segundo con ella.

Todavía bien anclado en su interior, con el cuerpo sudado y los coletazos de su orgasmo recorriéndolo, reclamó su boca en un ardiente beso enardeciéndola, llevándola a un segundo orgasmo que la dejó prácticamente desmadejada en sus brazos.

Satisfecho, desató las cuerdas que la habían atado con un solo pensamiento y la sostuvo, cuidando de no salir todavía de su interior hasta que no hubiese completado aquel primer intercambio.

Eireen se quejó ante el dolor en los músculos de sus hombros, pero nada podía hacer que se moviese, se sentía plena y saciada, todavía unida íntimamente a ese maldito hombre que había sacudido su vida en un solo día.

—Creo que estoy muerta —murmuró apoyando la cabeza en el hombro de Riel.

Una presumida sonrisa curvó los labios masculinos al tiempo que se permitía por fin salir de su interior, solo para llevarla hasta la cama y depositarla sobre ella y empezar a acariciarla de nuevo, despertándola y haciéndola desear, aunque le pareciera imposible, de nuevo a ese hombre.

—No puede ser que quieras… no tan pronto…

Riel se echó a reír con regocijo, cerniéndose sobre ella, le separó las piernas y hundió los dedos en su humedad.

—Oh, sí, sí quiero… y tú me lo darás.

Eireen jadeó cuando poco tiempo después notó como la penetraba para empezar a moverse de nuevo.

Oh, mierda… ese demonio tenía razón, mañana no podría caminar.

CAPÍTULO 11

Si a Nish le hubiesen dicho que bajo aquella apariencia anodina y mojigata había una gatita parecida, primero se habría reído hasta que le doliera la mandíbula y luego habría matado al tipo. Con el pelo revuelto, sin las horribles gafas ni el disfraz de topo que había llevado puesto cuando le abrió la puerta de la casa, Miara era una mujer hermosa, su indignación se había esfumado al tiempo que su ropa, quedando únicamente el crudo temor y vergüenza que bailaban en sus ojos, un temor nacido del terror más atroz, una vergüenza nacida de la culpabilidad, aquella mujer había sufrido de una manera que solo podía llegar a imaginarse, no era extraño que Riel le hubiese pedido que le echase un vistazo.

Las lágrimas empapaban los bonitos ojos azul violeta a pesar de que todavía conservaba las ganas de luchar. Eso era bueno, necesitaría que luchara sus propias batallas mientras él desterraba la profunda cicatriz que la había marcado.

Se había presentado en su casa poco antes de las doce la noche, una hora adecuada para lo que buscaba, si bien no formaba parte de la plantilla de élite de la Agencia de Nickolas Hellmore, el hombre estaba lo suficientemente agradecido y confiaba lo bastante en Nishel como para contarle el secreto que hacía de *Demonía*, la mejor agencia de citas de todos los planos: El Pacto.

El Pacto se trataba de un antiguo ritual de los demonios, en el que el convocante, si era diestro, podía obtener la voluntad y la cooperación total y absoluta de la mujer u hombre a su cargo para una única actividad, el sexo. Este otorgaba las horas que iban desde la medianoche al alba como un lapso en el que poder curar las heridas del alma, liberar los miedos y devolver la alegría y felicidad a aquellas personas que la habían perdido, por supuesto, ello solía conseguirse haciendo realidad las fantasías o necesidades de los convocados, o aquello que el convocante sabía que necesitaba.

Al recordar la cara que había puesto Miara al abrir la puerta, Nishel no pudo evitar esbozar una sonrisa irónica, encontrarse con un hombre de más de metro noventa, fuerte constitución, pelo gris claro y vestido con ropa gótica de cuero podría suponer una fuerte impresión para cualquiera, más si dicha visita se personaba en el portal de tu casa alrededor de la medianoche con una bonita sonrisa en los labios y un pie deteniendo la puerta que amenazaba con cerrarse.

Le había llevado unos buenos veinte minutos convencer a la mujer de que no era un asesino en serie, ni un siervo del diablo -menos mal que no tenía ni idea de que era un ángel caído- y que bajo ninguna circunstancia tenía nada que ver con un tal Jordan Alburn, por alguna razón aquel nombre había hecho que palideciera y se encogiera como si temiese que de un momento a otro fuese a caer sobre ella. Nishel tomó nota mental de averiguar quién era el hijo de puta para hacerle luego una visita.

—Tengo un poquito de curiosidad —murmuró Nishel acariciándole el cuerpo con la mirada, el conjunto de tanga y sujetador rosa no hacía gran cosa para realzar sus atributos—. ¿Qué ha podido haberte hecho Eireen para que hayas puesto tu atención sobre ella? No se trata de una muchacha conflictiva, al contrario, es muy dulce.

Miara Lowel alzó sus ojos azules hacia el hombre que se paseaba de un lado a otro por el recibidor, se había presentado en su puerta hacía poco más de una hora, al verle, al principio había supuesto que sería algún amigo de Eireen Mars, su vecina, que vendría a decirle que dejara

en paz a la muchacha, o dios no lo quisiera, que fuese enviado por Jordan. Ese hombre seguía ahí fuera, en algún sitio y le aterraba el pensar que pudiese encontrarla a pesar de haberse cambiado de nombre y de estado.

Ni siquiera estaba segura cómo había pasado de estar del lado de fuera a entrar en la casa, cerrar la puerta y dejar que la besara hasta el punto de quedarse en ropa interior y haberle prometido una estupidez.

—Ella no me ha hecho nada —murmuró con un pequeño escalofrío, nerviosa, se llevó la mano sobre el brazo, rascándose. Era algo que solía hacer cuando estaba nerviosa.

Nishel arqueó una de sus plateadas cejas.

—¿No te ha hecho nada y te has ensañado con ella?

Miara le sostuvo la mirada pero no respondió, no podía decirle que siempre había creído que esa muchacha había sido enviada por Jordan, la creería una demente.

—Pensé que era otra persona —respondió apartando la mirada.

Nishel ladeó la cabeza al leerle el pensamiento.

—Pensaste que trabajaba para ese tal Jordan —atajó por ella.

La mujer se volvió hacia él con rostro desencajado.

—Ey, ey… ya habíamos quedado en que yo no tengo que ver nada con ese hijo de puta.

Nishel empezaba a sentir la urgente necesidad de matar a ese hombre, ninguna mujer debería de vivir con el miedo que había en su mirada. Con lentitud, cuidando cada uno de sus pasos se acercó a ella y le alzó la barbilla, sus ojos brillaban por las lágrimas no derramadas, pero sus mejillas estaban secas.

—¿Qué te ha hecho ese hijo de perra, Mia? ¿Qué ha hecho para que tengas miedo y receles de todo el mundo?

Se abrazó a sí misma, cerrando los ojos con fuerza durante un instante antes de volver a abrirlos y enfrentarse a la mirada gris de Nishel.

—Violó y mató a mi compañera de piso, porque pensó que era yo —respondió en voz baja pero firme—. Cuando la policía lo atrapó y se dio cuenta de que se había equivocado de persona, enloqueció y me gritó que iría a por mí, que era a mí a quien quería. Me estuvo acosando desde la cárcel durante tres años, entonces lo trasladaron de penitenciaría y empecé a recibir amenazas, cada vez que me citaba con alguien, él se enteraba, si me mudaba de casa, él lo sabía... Llevaba cuatro años viviendo en un pueblo de Boston cuando se presentó en mi trabajo, hirió a mi compañera y me… me…

—Shhh —Nishel la rodeó lentamente con los brazos, atrayéndola hacia su torso, procurándole una sensación de seguridad—. ¿Qué ocurrió entonces?

Ella tragó saliva y respiró profundamente.

—Me llevó con él, me sacó a rastras del local y me obligó a subir a una furgoneta —continuó temblando entre sus brazos—. Estuve treinta días conviviendo con él día y noche… estaba obsesionado conmigo… yo… yo tenía miedo… él… tuve que huir.

—¿Te violó? —sugirió con tacto.

Ella sacudió la cabeza y dejó escapar una ronca risa.

—No. Ni siquiera me tocó —negó—, pero sé que quería hacerlo. Me gritaba que no lo mirase, que yo era mala y que las chicas malas nos abrimos de piernas a cualquiera… Fui a la policía, pero no han conseguido dar con él todavía y… y esa muchacha… ella… juraría que lo vi con él en una ocasión, se estaban riendo frente al portal de su casa, estaba acompañado de ese otro, el hombre con el que estuvo compartiendo vivienda algunos meses…Si me descubre, si sabe que estoy aquí…

—¿Lo viste hablando con Eireen? —se sorprendió Nishel, el terroncito de azúcar de Riel no parecía la clase de mujer que se metiera con gente de esa clase.

—Era él… sé que lo era —aceptó dejando los brazos de Nishel, buscando su mirada—, se lo dije a la policía, pero ella dijo que solo había estado hablando con su novio y un hombre que vino a enseñarles un plan de seguros.

Nishel vio la duda en sus ojos.

—No he vuelto a verlo desde entonces, pero… temo que se presente en mi puerta, que me reconozca y todo empiece de nuevo —susurró, entonces una solitaria lágrima resbaló por su mejilla—. Me estoy volviendo loca, esto me está haciendo perder la cabeza, yo… ya estoy viendo fantasmas en todos los lados… lo mejor es que deje esta casa y me mude otra vez, a otro estado… otro país… no lo sé… ya no lo sé.

—Ey, ey —la obligó a alzar el rostro y mirarlo—. No puedes pasarte toda la vida huyendo, Miara, ni de ese hijo de puta, ni de ti misma…

—¿Qué puedo hacer si no? Si me encuentra, mi infierno volverá a comenzar…

—¿Y qué es sino lo que estás viviendo ahora?

Ella dejó escapar otra solitaria lágrima y negó con la cabeza, había tanta desesperación en sus ojos.

—No puedo más… de verdad… ya no puedo más.

—Sí, puedes, nena —le ahuecó la cara en las manos—, eres fuerte, has podido enfrentarte a todo eso y sigues aquí, podrás seguir adelante, solo tienes que desprenderte de todo lo que te retiene, romper esas cadenas… y yo estoy aquí para eso.

Miara lo miró con escepticismo.

—¿Y cómo piensas que puedo hacerlo? —respondió señalando lo obvio—. ¿En ropa interior?

—Por supuesto que no —negó Nishel mirándola con deseo—, para tu primera lección, no necesitarás ropa.

Ella se estremeció su mirada buscó algún signo de maldad en la de Nishel, pero él se limitó a enderezarse y cruzarse de brazos, el reloj de la pared anunció en ese momento las doce en punto de la noche y él sonrió.

—¿Me entregarás tu voluntad hasta el alba, Miara? ¿Cumplirás con tu palabra y accederás a todas mis peticiones? Si lo haces, cumpliré cada uno de tus deseos y fantasías y desterraré la oscuridad de tu alma.

Ella respiró profundamente, había algo en aquel hombre que era mucho más de lo que parecía ser, su mirada mostraba una abierta hambre sexual y ella había pasado demasiado tiempo sola.

—Te entrego mi voluntad… hasta el alba.

Nishel sonrió ampliamente, deslizó la chaqueta por sus musculosos brazos y caminó hasta la mujer.

—Eres mía… hasta el amanecer —sonrió con malicia antes de caminar hacia ella—. Ahora, prepárate para ser azotada, has sido una chica mala, Mia, muy mala.

La mirada en el rostro de aquel hombre prometía algo que ella no estaba segura de ser capaz de enfrentar y con todo, la idea de que aquel hombre la azotara, de que cualquier centímetro de su cuerpo entrase en contacto con el magnetismo sexual que exudaba Nishel la hacía sentirse temblorosa en una forma que nunca había experimentado.

La rosada lengua salió entre sus labios en un erótico a la par que ingenuo gesto que hizo que Nishel se preguntara quién de los dos era el convocante y quién el convocado, ella

permanecía allí, frente a él, temblorosa y ligeramente excitada, esperando, justo como la deseaba.

—Desnúdate.

La orden llegó de manera perezosa, Nish se apoyó contra el pasamanos que llevaba al piso de arriba, tomándose su tiempo para conocer cada una de las reacciones de Miara, deseaba saber cómo actuaría su mente ante sus demandas, como se comportaba su cuerpo ante la perspectiva de calmar todas aquellas necesidades que la mujer llevaba arraigadas muy dentro de ella, si bien ella había dado el primer paso y uno muy importante al hablarle de su pasado y del motivo de su inquietud, necesitaba conocerla a otro nivel, el necesario para llevar a cabo las fantasías que había encontrado en la sensual mente de la mujer.

La idea de formar un trío parecía ser una fantasía afín a la mayoría de las mujeres, el estar con dos hombres al mismo tiempo la excitaba y él no tenía especial problema en cumplir con esa fantasía si se daba en el momento adecuado. Sabía que ella lo disfrutaría, algo le decía que en aquel voluptuoso cuerpo había suficiente pasión para manejar a dos hombres… o a tres.

Otra de las fantasías de Miara y sin duda la primera que pensaba llevar a cabo era verse dominada, sometida en el sexo, saber que era capaz de manejar ese fino mundo de la sumisión en el que uno de los dos tenía el poder y el otro no podía hacer más que obedecer, necesitaba comprobar por sí misma que a pesar de todo lo ocurrido seguía siendo fuerte, que resistiría un juego como aquel. Atada, azotada, poseída sin otra opción que someterse a los deseos de su Dom.

Su polla dio un salto en acuerdo con aquella idea, su mirada seguía puesta sobre ella, quien parecía estar luchando consigo misma, sin la seguridad de si debía seguir sus instrucciones o por el contrario abrir la puerta y largarlo a la calle. Dispuesto a reforzar su posición de dominante, Nishel se quitó la chaqueta de cuero, dejándola sobre el pasamanos, los fuertes músculos de sus brazos quedaban al desnudo, abultados, definidos al igual que sus pectorales.

—He dicho, desnúdate, Miara. —Su voz sonó ahora fría, dura, sus ojos brillantes con una clara advertencia—. No me gusta repetir las cosas, si tengo que volver a hacerlo, te castigaré.

La mujer parpadeó, incluso dio un pequeño respingo abriendo la boca para responder, pero Nishel no se lo permitió.

—Obedece, muchacha —su voz acerada, prometía un oscuro castigo.

Tragando saliva, ella echó un rápido vistazo a su alrededor, comprendiendo por primera vez donde estaba realmente.

—Es… esto es el recibidor… si llega alguien… —señaló lo obvio.

Nishel no respondió, se limitó a acortar la distancia entre ellos y alcanzó uno de sus pechos, torturando uno de los pezones, apretándolo con intención de provocarle un mínimo de dolor, solo una picadura de advertencia.

Un breve gemido escapó de entre los labios abiertos de Miara, quien echó los pechos hacia delante por acto reflejo, como si ansiara más de su contacto al mismo tiempo que buscaba aliviar la presión en su pecho.

—Des.nu.da.te —deletreó Nishel, haciendo hincapié en cada una de las sílabas con un estudiado movimiento, jugando con el poder que tenía sobre ella, demostrándole que era él quien mandaba—. Después, dirígete a las escaleras e inclínate sobre el tercer escalón, es hora de empezar con tu adiestramiento.

—¿A…adis… adiestramiento? —jadeó cuando sintió un nuevo tirón en su pezón izquierdo, a pesar de que ya estaba empezando a moverse para desabrocharse el sujetador y hundir los dedos en el elástico de sus braguitas—. Ah… más… más suave… por favor…

Nish llevó la otra mano al pezón libre y le aplicó el mismo trato, tirando de ambos hacia

arriba sin delicadeza, acercándola a su rostro, permitiendo que sus miradas se encontraran y sus bocas estuviesen a solo unos centímetros de distancia.

—Más suave… Amo Nishel —le contestó con voz suave, sedosa, un pequeño oasis de bálsamo para el picante placer que acunaba sus pechos—. Me llamarás Amo Nishel a partir de ahora y hasta que yo lo diga, veremos qué tan lejos puedes aguantar… *esclava*… si en algún momento sientes miedo, o crees que no puedes o no quieres continuar, solo tienes que decir una palabra. «Palomitas». ¿Lo has entendido, Mia?

—¿Palomitas?

Él se lamió los labios, mirándola con abierta hambre.

—¿Lo has entendido?

Tragando audiblemente asintió, era incapaz de apartar los ojos de los de él.

—Yo… sí… aunque…

—Hazlo, Miara… si realmente deseas saber lo que es ser dominada, lo harás —le dijo sin cambiar de postura o tono de voz.

Ella se tensó ligeramente, Nishel notó el cambio en su cuerpo, en su respiración y se acercó, hablándole suavemente al oído.

—Te gustará —le dijo con absoluta convicción—. Te gustará todo lo que le haga a tu cuerpo.

Sin esperar contestación la soltó y volvió a su posición original a los pies de la escalera.

La mirada azul violácea vagó lentamente hacia el hombre de pie junto a las escaleras, realmente era un dios hecho carne, no había otra manera de describir el placer que veía en sus ojos mientras la ordenaba, exigiéndole, amenazándola con castigarla y haciéndolo antes de que tuviese tiempo a replicar. Aquel extraño era todo lo que había buscado siempre en un hombre, en hombres que no había tenido el valor de enfrentar.

—Estoy esperando, Mia.

Tomando una profunda bocanada de aire, Mia deslizó el sujetador por sus brazos, quitándoselo y dejándolo caer a un lado, sus pequeños pechos eran llenos, no demasiado grandes, pero perfectos para las manos de Nishel, a aquella anodina prenda le siguieron las braguitas, el tanga se deslizó por sus largas piernas, sacando primero un pie y luego otro. Desnuda con tan solo unos zapatos de tacón bajo como calzado, era un regalo para la vista.

—Quítate los zapatos.

Ella los quitó de una patada, quedándose finalmente frente a él, quieta, su respiración haciendo subir y bajar los hermosos pechos.

—Ven aquí, Mia.

La voz de Nishel sonó ronca cuando la llamó, alzando tímidamente la mirada se encontró al hombre recorriéndola con la lujuria grabada en sus ojos, su lengua emergía entre sus labios, lamiéndoselos, pero fue el bulto de su polla empujando los pantalones lo que la dejó sin respiración y provocó que la incipiente humedad que había surgido entre sus piernas aumentase, rebasando los labios de su sexo con vergonzosa impunidad.

—Estás tardando demasiado, esclava. ¿Debo castigarte?

Miara abrió desmesuradamente los ojos cuando lo vio acariciar la pierna del pantalón, sacando de, solo podía ser un bolsillo oculto, una delgada fusta de cuero negro terminada en una lengüeta.

—¿Cómo has…?

El chasquido del cuero golpeando contra la pierna enfundada en sus pantalones la hizo saltar, sus ojos volando allí donde ahora acariciaba en círculos su propio muslo.

—No hablarás a menos que se te pregunte o digas la palabra que te liberará —su voz era firme, dura y al mismo tiempo con una cadencia tan sensual que la hizo estremecerse—. Dila ahora, y detendré el juego. ¿Quieres que me detenga, Mia?

Mojándose los labios, ella sacudió la cabeza. ¡Qué dios la ayudara! ¡No quería que se detuviese!

—No.

Nishel se llevó la paleta de la lengüeta de la fusta contra la mano en un suave chasquido de advertencia.

—No, ¿qué?

Ella tragó saliva y respondió.

—No, amo Nishel.

—Buena chica —ronroneó jugueteando con la fusta un instante antes de indicar las escaleras con ella—. Asume tu posición.

Antes de que pudiera pensar en utilizar esa fusta que parecía hacerse más y más oscura en sus manos, caminó hacia él parándose a su lado, mirándole y mirando después el tramo de escaleras donde se suponía que debía inclinarse. Se mordió el labio inferior, sabía que en aquella posición, su trasero quedaría en pompa, su sexo totalmente expuesto para él o cualquiera que entrase desde la puerta de la calle.

—¿Podríamos al menos cerrar la puerta con llav…?

Una picadura de caliente dolor acarició una de sus nalgas desnudas haciendo que soltara un pequeño jadeo de sorpresa.

—No hablarás a menos que te pregunte —le recordó Nishel acariciando con la paleta de la fusta el lugar donde la había golpeado. Cuando no respondió con la suficiente celeridad, volvió a dejar caer la fusta sobre las desnudas nalgas—. ¿Lo has entendido, esclava?

—¡Sí! —respondió apresuradamente—. Sí, amo Nishel.

—Bien —lo oyó susurrar a su espalda, acariciando nuevamente su trasero con la fusta—. Ahora inclínate tal y como te indiqué, y abre las piernas, quiero verte.

Miara se mordió el labio inferior y alzó brevemente la mirada hacia él.

—Esto es… creo que… es un poco vergonzoso.

Nishel esbozó una lenta sonrisa, la mano que había estado acariciándole el trasero con la fusta empezó a ascender por su espalda hasta cerrarse en la nuca de ella, sus dedos masajearon suavemente la zona hasta que la rigidez que había envuelto a Miara empezó a desaparecer, solo entonces, apretó suavemente pero con firmeza y la empujó hacia delante, obligándola a doblarse tal y como le había indicado, sus brazos saliendo disparados hacia delante para evitar la brusca caída.

—¡Maldito hijo de puta! —gimió ella sintiendo el esfuerzo que tuvieron que hacer sus manos para detener su caída.

Nishel chasqueó la lengua y dejó caer la fusta con fuerza sobre el trasero femenino ahora alzado hacia arriba.

—¡Ay! —se quejó ella.

Nishel dejó caer la fusta otra vez, y otra, y otra más, haciendo que su trasero adquiriese un suave color rosado, siempre sin golpear dos veces en el mismo sitio, solo entonces la soltó y frotó la piel caliente de su trasero haciéndola respingar.

—¿Qué habíamos dicho sobre cuándo podías hablar?

Ella no dijo nada, apretó con fuerza los labios intentando no gemir ante la maldita y placentera sensación de su mano sobre su caliente trasero. Aquello era una locura, pero después

de la sorpresa inicial, los rápidos aguijonazos de dolor se convirtieron muy pronto en placer, mojándola aún más.

Satisfecho con su silenciosa respuesta, Nishel abandonó su trasero y retrocedió un par de pasos, permitiéndose una generosa vista del sexo femenino, brillante por los jugos que ya empezaban a resbalar por la cara interior de sus muslos.

—Hermoso, sencillamente hermoso —lo oyó murmurar—. Levanta más el culo para mí, esclava.

Mordiéndose el labio inferior dudó durante unos instantes, entonces obedeció, inclinándose un poco más, sus pechos rozando uno de los peldaños con cada movimiento enviándole deliciosos escalofríos por todo el cuerpo. ¿Cuándo había sido la última vez que había estado así de caliente? No podía recordarlo, no solo no podía recordarlo si no que dudaba que hubiese estado alguna vez en un estado de excitación semejante. Sentía los pechos pesados, los pezones tensos y necesitados de atención, su coño era un pozo goteante que se moría por ser llenado preferiblemente con la polla que ocultaban aquellos pantalones de cuero negro que se ajustaban tan bien a las piernas y el prieto trasero de aquel hombre.

Tan pronto como esa idea cruzó por su mente, se sonrojó, asombrándose de su propia conducta… ¡Deseaba a un hombre que no solo no conocía de nada, sino que había entrado en su casa y se había apoderado en cuestión de unos minutos de su mente racional haciéndola papilla! ¡Por dios, estaba desnuda, en el recibidor de su casa, dejando que la azotara y eso la estaba poniendo cachonda!

La repentina sensación de un dedo acariciando los labios de su coño la hicieron gemir, un ligero temblor de anticipación se extendió por toda ella, sus paredes internas se tensaron expectantes.

—Estás totalmente empapada —lo oyó susurrar a su espalda, su dedo jugando, delineando sin prisas—, jodidamente mojada. Apuesto a que también estás apretada y muy caliente.

Y según decía esas palabras introdujo un grueso dedo en su interior haciéndola gemir en alto, volviendo a sacarlo para volver a introducirlo, aumentando un segundo dedo.

—Caliente, apretada… —su voz sonaba ronca mientras trabajaba en ella desde atrás—. Perfecta para ser follada.

Mia gimió alzando las caderas, saliendo al encuentro de sus dedos, sus pechos bamboleantes rozándose contra la moqueta de la escalera, aumentando el placer, dios, era tan bueno, se sentía tan bien… pero quería más, necesitaba más.

—Por favor —gimió con voz entrecortada.

Nishel retiró entonces sus dedos dejándola necesitada, doliéndose por el abandono, solo para lanzar la lengüeta de cuero de la fusta directamente contra su goteante sexo haciéndola dar un respigo, sus jugos deslizándose por el interior de sus muslos.

—No tienes permiso para hablar, esclava —le dijo antes de dejar caer nuevamente la fusta contra su caliente centro. Mia gimió en voz alta, enloqueciendo por la sensación que provocaba el aguijonazo del cuero contra su mojado sexo—. Estás siendo una esclava muy desobediente, Mia.

—Lo siento, amo Nishel —gimoteó meneando el trasero en alto—. Perdóname por favor.

Otro golpe seco directo a su coño la hizo gemir en voz alta, lágrimas de frustración corriendo por sus mejillas, si seguía golpeándola así terminaría por correrse sin más esfuerzo.

—Voy a tener que castigarte, Miara —lo oyó decir un instante antes de sentir la punta de la fusta acariciando sus sensibles y húmedos pliegues—. Eres una esclava desobediente y te mereces un castigo.

—Perdóname, amo —gimió nuevamente.

Nish deslizó su mano libre por su espalda, dejándola entre los omoplatos al tiempo que la empujaba hacia abajo, obligándola a flexionar los brazos.

—Levanta el culo y cruza los brazos, sobre el cuarto escalón, quiero tu cabeza encima de ellos, apoya la frente si te place y separa bien las piernas —la instruyó con voz profunda y sedosa, una caliente caricia sensual para sus sentidos. Ella se estremeció en respuesta, una, dos veces—. Tienes la palabra maestra, Mia, si quieres que se termine aquí y ahora.

Ella sacudió la cabeza en un gesto negativo y dejó escapar un pequeño gemido mientras hacía lo que le había ordenado, alzando aún más su trasero, separando las piernas, quedándose totalmente expuesta a su mirada.

—Como desees —lo oyó decir antes de que la fusta cayese brevemente sobre su coño, haciéndola gemir en voz alta.

La fusta se movía con soltura en la mano de Nishel, con lentitud y premeditación sabía dónde apuntar para mantener ese delicado equilibrio entre el dolor y el placer, los gritos femeninos se hicieron cada vez más altos, resonando en las paredes de la casa mientras arqueaba aún más el trasero, saliendo al encuentro de cada golpe, suplicando y lloriqueando por una liberación cada vez más cercana, una liberación que él mismo retrasaba, dejándola en el mismo borde.

Miara deseaba gritar de frustración, una y otra vez, necesitaba correrse, deseaba que aquel maldito la dejase correrse.

—Amo, por favor —gimió entre lloriqueos después de que Nishel dejase de torturar su sexo con la fusta—. ¿Puedo hablar?

Nishel sonrió satisfecho al ver que ella había adoptado totalmente el papel de sumisa.

—¿Qué deseas, esclava?

—Necesito… necesito correrme… por favor —gimió, su rostro oculto entre sus brazos, evitando que viese su vergüenza—. Necesito… te… te necesito… a ti.

Una satisfecha sonrisa se extendió por los labios del hombre, lentamente se acercó a ella, sus manos en el cierre del pantalón, abriéndoselo lo suficiente para sacar su polla la cual brincó amplia y llena una vez se vio libre.

—Mírame, Mia —su voz sonó ahora cerca de ella—. ¿Es esto lo que quieres, Mia?

Ella ladeó el rostro y jadeó con fuerza cuando vio el enorme mástil de suave carne que salía de entre los pantalones de cuero de Nishel. Ni siquiera se había bajado los pantalones, se los había abierto lo suficiente para poder liberar la polla. Incapaz de resistirse se lamió los labios, deseando poder tener la oportunidad de tomar aquella columna de carne en su boca, chuparla y sentir al menos por una vez lo que era tener algo como aquello, lo que era que se corrieran en su boca.

Nishel se llevó la mano al miembro, acariciando su longitud y suavidad, pensando en lo que sería tener la boca de aquella fémina alrededor de su polla, chupándolo, succionándolo en la húmeda cavidad. Algo en la mirada de ella le decía que Miara estaba pensando lo mismo y durante un milisegundo pensó en permitírselo, entonces cambió de idea y volvió a tomar su lugar a espaldas de ella, sujetando su culo en alto. Hurgó en el bolsillo de su pantalón y sacó un preservativo, desenvolviéndolo y colocándoselo rápidamente, entonces llevó la punta de su miembro a la entrada del caliente coño, listo para tomarla desde atrás.

—¿Lo quieres, Mia? —preguntó una vez más, acariciándola con el miembro, extendiendo la humedad femenina con la cabeza de su polla—. ¿La quieres?

Ella gimió, meneando el trasero contra él.

—Sí, amo. Por favor —se lamió los labios, expectante—. Nishel, por favor.

—Me gusta la manera en que pronuncias mi nombre —murmuró, entonces sin esperar más, la tomó con fuerza de las caderas y empezó a hundirse lentamente en ella, ensanchándola poco a poco, llenándola mientras ella jadeaba y se retorcía bajo él.

—Dios mío...

—Suave, Miara, suave, muchacha —le dijo apretando también los dientes mientras sentía como su coño lo iba succionando poco a poco, acomodándolo en su interior—. Por el infierno, muchacha, esto es bueno.

Mia no respondió, apenas podía hacer otra cosa que no fuera jadear, apoyándose con fuerza sobre los escalones, mientras él se abría paso hasta instalarse completamente. ¡Era enorme! Él si era grande, y grueso, la estiraba y llenaba a cada paso del camino.

—Nishel —gimió deseando, necesitando que se moviera.

—¿Dónde ha quedado lo de amo, Mia? —se burló ante la desesperada necesidad de ella.

—Amo, por favor —gimió agitando la cabeza—. Hazlo… fóllame.

Nishel se echó a reír entre dientes al tiempo que se retiraba hasta casi salir por completo para volver a empujar una vez más en ella.

—Como desees.

Aferrando sus caderas bombeó en ella, entrando y saliendo, utilizando sus caderas como apoyo, follándola tal y como le había suplicado, llenándola con cada estocada para volver a retirarse después, lento al principio, más rápido a medida que se iba acercando al final.

—Estoy a punto, cariño —le dijo con esfuerzo, bombeando en su coño sin piedad.

Nishel apretó los dientes y siguió empujando con fuerza, cada vez más rápido, al tiempo que sumergía su mano entre sus cuerpos y encontraba la pequeña perla que ayudaría a catapultarla a ella hacia su propia liberación.

—Vamos, bonita, córrete para mí —le susurró bombeando en ella—. Córrete para mí muchacha, hazlo… ahora.

Como si estuviese esperando esa orden, el orgasmo pasó sobre ella con la intensidad de un huracán haciéndola gritar en voz alta, sin restricciones mientras su cuerpo se convulsionaba alrededor de la polla que todavía bombeaba en ella hasta que él también alcanzó el clímax catapultado por la liberación de ella.

Nishel salió de ella jadeando, debiendo sujetarse de la columna del pasamanos para mantenerse en pie mientras ella colapsaba sobre las escaleras, jadeando en busca de la respiración que le faltaba a ambos.

—Eso ha sido…

—Increíble —jadeó ella volviéndose a medias hacia él, entonces sonrió—, amo.

Nishel se rio entre dientes y asintió.

—Y todavía quedan muchas horas hasta que despunte el alba, esclava, espero que puedas resistirlo, Mia.

Ella sonrió en respuesta.

—¿Podrás resistirlo tú?

CAPÍTULO 12

No volvería a mirar aquellas estanterías de la misma forma.

En realidad, ni siquiera volvería a ver su dormitorio con los mismos ojos.

El sonido del taladro reverberaba en la habitación mientras Riel llevaba a cabo una tarea que debería haber sido terminada la semana anterior por el hermano de Eireen, su ancha espalda ofrecía un fabuloso espectáculo, los muslos se contraían y expandían al compás de sus movimientos, mientras colocaba los estantes en su sitio y los atornillaba a la pared. El intrincado tatuaje que discurría por su columna como un cordón de espinas se había convertido en un punto de interés para ella, sabía que descendía hasta el comienzo de sus nalgas, extendiéndose en un arco partido a ambos lados, solo para envolverse como una serpiente en su muslo izquierdo. Era el mismo tatuaje que le cubría el costado, ascendiendo hasta el cuello… y si no estuviese tan agotada por los sucesivos orgasmos y práctica de sexo de la noche, hubiese jurado que por un instante creyó verlo también en su rostro, discurriendo desde la comisura de uno de sus ojos, por su mandíbula hasta unirse al del cuello.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome o puedo tener la esperanza de que vengas a echarme una mano?

Las palabras de Riel la sacaron de su ensoñación, alzando los ojos lo encontró mirándola por encima del hombro.

Con una suave sonrisa, deslizó las piernas por un lado de la cama, bajándose los faldones de la camisa masculina que apenas le cubría las nalgas, se había remangado las mangas a la altura de los codos y la uve de esta dejaba una generosa porción de sus pechos al descubierto.

—Haré el esfuerzo —prometió posando los pies en el suelo, solo para hacer una mueca después de dar dos pasos—. *Uff*… debería de haber una norma que dijera cuando parar para poder seguir caminando a la mañana siguiente.

Riel esbozó una presumida sonrisa mientras sujetaba la banda de madera en el lugar que debía ser atornillada.

—Creo recordar que te avisé anoche de ello.

Una sonrisa irónica curvó los labios femeninos.

—En realidad, lo que dijiste es que no podría caminar —le corrigió Eireen caminando lentamente hasta él, solo para alzar la mirada y añadir con una mueca—, y lo que más me cuesta es sentarme.

La sensual mirada en sus ojos dorados hablaba sin necesidad de palabras, enviando deliciosos escalofríos por su cuerpo, le encantaba que la mirase de esa manera, haciendo que se sintiera hermosa, femenina y deseada.

—¿Qué hago? —preguntó mirando la balda que él estaba sujetando.

—¿Llegas? —preguntó dejándole sitio, para ver si podía alcanzar la balda y mantenerla firme en el lugar para poder atornillarla. Eireen tomó su lugar y la alcanzó sin problemas.

—Sí —aceptó rozando las nalgas desnudas contra la parte delantera del pantalón del hombre, notando nuevamente su erección. Una coqueta mirada por encima del hombro y una delicada ceja arqueada fue la única pregunta que se permitió hacerle.

—Créeme, hermosa, estoy totalmente saciado —aseguró ayudándole a mantener la banda

en el ángulo correcto—, aunque si quieres hacerme una mamada, no me opondré a ello.

—Tentador, pero primero me gustaría ver terminada mi estantería, ya que te has ofrecido tan amablemente a ello —aseguró con una risita.

Riel bufó y llevó el pequeño taladro atornillador al interior de la cabeza de estrella del tornillo y lo accionó haciendo que este penetrara en la pared sin esfuerzo.

—Muy bien, no lo muevas —le dijo antes de coger el siguiente tornillo y repetir la operación.

—No puedo creer el poco tiempo que te está llevando montar esto, a David le llevó todo un fin de semana poner los soportes —murmuró por encima del ruido del taladro.

—Colocar las baldas solo lleva un momento, cariño, tu hermano ya ha hecho la mayor parte del trabajo midiendo y ubicando cada uno de los soportes —Riel se apartó admirando su trabajo y satisfecho fue a por el siguiente tablón—. ¿Qué piensas poner aquí encima?

Eireen cruzó las manos tras la espalda y se balanceó sobre los pies, algo que solía hacer cuando estaba relajada.

—¿No te has fijado en las cajas que hay encima del armario del cuarto de invitados?

Riel negó con la cabeza.

—La verdad es que no, no tenía interés en ese dormitorio sino en el tuyo.

Eireen puso los ojos en blanco e indicó con la barbilla la cama totalmente deshecha.

—Debajo de la cama todavía hay más —aseguró con un culpable encogimiento de hombros—. Son libros, infinidad de libros.

Él la miró de arriba a abajo y sonrió de esa manera que hacía que le temblaran las piernas.

—Apuesto a que todo es novela romántica.

La sorpresa que se reflejó en el rostro femenino fue suficiente para confirmar sus sospechas.

—¿Cómo… cómo lo has sabido?

Riel se encogió de hombros mientras ponía otra balda y la ajustaba en su lugar.

—Era una corazonada —contestó, entonces se volvió hacia ella—. Mantenla a esa altura, Eireen.

Ella obedeció.

—Pues si todas tus corazonadas son así —murmuró sosteniendo la siguiente balda—, debes de ser un hacha en los negocios.

Riel se limitó a sonreír.

Eireen se mordió el labio inferior, ante aquella inocente mención de su parte, no podía evitar pensar en él y el trabajo al que se dedicaba.

—¿Es así con todas? —se encontró preguntando en voz alta.

El taladro se detuvo unos instantes en silencio, ajustándose a la cabeza del tornillo, entonces se accionó llenando el silencio con el ruido.

—Olvídalo… —se apresuró a corregir su indiscreción—, no es de mi incumbencia.

—No todo aquel que solicita el servicio de la agencia, lo hace por los mismos motivos —la sorprendió Riel respondiéndole sin dejar de lado su trabajo—, cada persona es distinta, así como lo es la forma de… ofrecer el servicio. Mi anterior cliente, fue una muchacha de veintidós años, lo único que hicimos fue acudir a una boda, la de su mejor amiga y ver un musical. No necesitaba más que un acompañante y eso es lo que fui para ella.

Eireen parpadeó.

—¿Quieres decir que no te acostaste con ella?

Una divertida sonrisa curvó los labios del hombre.

—No, Eireen, no me acosté con ella —aceptó con un ligero encogimiento de hombros al tiempo que se volvía a ella—. No tenía necesidad de sexo y sí de compañía. Pásame uno de los tornillos dorados.

Ella hizo una mueca con los labios mientras cogía el tornillo y se lo entregaba.

—A ver si lo entiendo… ¿Si vuestros clientes o clientas, no quieren sexo, no entráis en ese campo?

Riel asintió sin más.

—¿Y entonces por qué diablos no dejaste de insistir si te dije desde el primer momento que no? —protestó, sin entender muy bien el cambio.

—Porque al contrario que ella, el sexo contigo sí entra en mi menú —le respondió tan campante—, ya te lo he explicado anteriormente, hermosa, no es lo que deseas sino…

—Lo que necesitas —terminó por él, con un ligero asentimiento, pero sin comprender todavía nada—. Diablos, debo parecer patética.

—En absoluto —negó mientras colocaba el tornillo en su lugar—, eres una mujer preciosa, seductora, con necesidades como cualquier otra… solo que mucho más emocional. Eso es algo que me ha sorprendido… mucho.

Ella se sonrojó, no muy segura de si se trataba de un alago o una recriminación.

—No sé cómo tomarme eso, la verdad.

Riel la miró por encima del hombro y le dedicó un guiño.

—Como algo bueno, cariño, muy bueno.

—Tú… termina de colocar las estanterías —respondió escurriendo el bulto.

—¿Tendré recompensa por mi obra de voluntariado?

Eireen abrió la boca para contestar, entonces la cerró, ladeó la cabeza y la bajó hacia el bulto cada vez más revelador en sus pantalones.

—Demonio…

—Eso siempre cariño, eso siempre —se echó a reír, como si hubiese dicho algo significativo.

Nishel dejó caer su mirada gris sobre la adorable mujer que envuelta en el albornoz, con el pelo todavía húmedo de la ducha compartida, se despedía en aquellos momentos. La noche había transcurrido entre sábanas y gritos de placer, Miara era un verdadero tesoro y realmente esperaba que alguien lo descubriera muy pronto y le diese todo aquello que la dulce mujer merecía, por el momento, él pensaba encargarse personalmente que ese hijo de puta de Jordan no volviese a ser motivo de pesadilla para ella.

—Yo… um… bueno… gracias por lo de… esta noche —murmuró en apenas un hilillo de voz, luchando en todo momento por sostenerle la mirada con valentía.

—Ha sido un placer, créeme —aceptó Nishel acariciándole con un dedo la mejilla—, y no te preocupes más por ese hijo de puta, no volverá a ser un motivo de preocupación para ti.

Ella abrió los ojos con una pizca de sospecha y temor, entonces para su sorpresa, extendió la mano y la posó sobre su brazo, dando un paso fuera de la seguridad de su hogar.

—No hagas nada estúpido, Nishel, no merece la pena, ese hombre no merece la pena.

Sonriendo, le cogió la mano y le besó el centro de la palma.

—Sigue pensando así, cariño y no necesitarás nada más —le aseguró dejándola ir—. Cuida de ti misma, Mia y recuerda lo que hablamos.

Ella asintió con un profundo suspiro, volviendo la mirada hacia la casa contigua.

—Hablaré con ella y se lo explicaré todo —aceptó con suavidad—, le debo una enorme disculpa.

Entonces frunció el ceño al ver como un taxi se detenía frente a la casa y bajaba un hombre más bien delgado, alto y con una bolsa a hombro. Nishel siguió la dirección de su mirada y entrecerró los ojos al ver al desconocido pagando al taxista antes de dirigirse hacia la casa.

—¿Le conoces?

Ella se sobresaltó ante el oscuro tono de voz.

—Es David Mars, el hermano pequeño de la Srta. Mars.

La tensión en los hombros del hombre se disolvió tan rápido como había llegado, volviendo a adoptar su despreocupada pose.

—Es un chico un poco alocado y… bueno, ya sabes… de la otra acera —respondió con un tímido murmullo.

—¿Gay? —arqueó una ceja ante la noticia, sus labios estirándose en una divertida sonrisa —. Caray, eso sí que puede resultar divertido.

Ella lo miró y volvió después la mirada hacia la casa de al lado.

—¿Por qué tendría que resultar divertido?

Nishel se inclinó sobre ella y la besó en los labios, un suave beso de despedida.

—Seguro te enterarás tarde o temprano —le aseguró acariciando su labio inferior con el pulgar—. Tengo que irme, cuida bien de ti misma, Miara… y si en algún momento necesitas un amigo con el que contar… te he dejado mi número de teléfono en uno de los imanes de la nevera.

Aquello realmente la sorprendió, y no era la única, Nishel se había sorprendido a sí mismo al hacer aquello, algo en Miara le había dejado huella aquella noche y conociéndose, sabía que estaría pendiente de ella desde las sombras… por si llegaba a necesitarle nuevamente, después de todo, él no tenía que seguir ninguna de las rígidas normas de la agencia.

—Cuídate, bonita.

Sin más, dio media vuelta y empezó a alejarse por la calle.

Eireen se echó hacia atrás después de haber terminado de asegurar la última de las baldas para admirar el trabajo, después de casi un mes de tener el material en casa, y una semana con tan solo los soportes atornillados a la pared, ahora la futura librería estaba por fin terminada, podría sacar los libros que tenía debajo de la cama y empezar a colocarlos… Quizás así podría sacarse de la cabeza las cosas que ese endemoniado hombre moreno le había hecho con una cuerda… entre otras cosas.

—Bueno, solo te queda colocar los libros y tu librería estará lista.

Ella asintió volviéndose a Riel, quien había empezado a recoger las cosas, dejándolas a un lado para finalmente llevarse las manos a las caderas y mirarla como si fuese un apetitoso helado al que lamer.

—¿Puedo pedir ahora el pago por el trabajo realizado?

—¿Qué es lo que deseas? —le preguntó tragando despacio.

—Tu boca, en mi polla, ahora —ronroneó caminando hacia ella, rodeándola con los brazos para bajar después la boca sobre los labios femeninos en un suave beso—. Si es lo que deseas.

Ella echó la cabeza atrás para mirarlo y sonrió suavemente.

—Anoche no pareció importarte si lo deseaba o no.

Él ladeó el rostro, contemplándola.

—Solo tengo pleno poder sobre ti durante el Pacto, Eireen, con la primera luz del alba, vuelves a ser dueña de tus actos —le aseguró lamiéndole los labios—. Ahora, tan solo puedo presionarte, hacer sugerencias y obtener lo que deseo de ti siempre y cuando me lo permitas.

Ella se lamió los labios.

—En realidad… no acabo de entender lo del Pacto… ¿Es alguna clase de hipnosis? —preguntó confusa—, quiero decir, sé lo que estabas haciendo, sé lo que me proponías en cada momento, no… no me sentí coaccionada, por decirlo de algún modo.

—Pero tampoco sentiste total libertad para apartarte de mí, ¿verdad? —sonrió con suficiencia—. En el Pacto intervienen varios factores, pero el más importante es que solo se responde a aquello que se desea realmente… Y tú deseabas ser atada, deseabas ser sometida y follada, deseabas ser cabalgada, montada… y eso es lo que hicimos durante toda la noche, cumplir cada uno de tus deseos y fantasías.

Eireen tragó con dificultad, su rostro adquiriendo un color rojizo cuando una fugaz idea cruzó por su mente.

—¿Qué… qué fantasías exactamente crees que debes cumplir?

Riel esbozó una amplia sonrisa y se lamió los labios.

—¿Qué fantasías hay en tu mente que secretamente siempre has deseado hacer realidad? —ronroneó buscando su mirada—. Cuáles son esos tres pilares fundamentales que necesitas para liberarte por completo… Tres noches, por tres fantasías, Eireen… tú ya las sabes, mío es el trabajo de hacer que se conviertan en realidad.

El color en sus mejillas aumentó, extendiéndose a toda su cara.

—No… no puedes estar… hablando en serio… —susurró, sus ojos brillando con una mezcla de incredulidad, temor y también una pizca de expectativa.

Echándose a reír la rodeó con los brazos y la aupó, sosteniéndola por debajo de las desnudas nalgas, sus pechos alzándose casi a la altura de su boca, sus ojos dorados buscando los verdes de ella.

—¿Riel? —insistió posando sus manos en los hombros masculinos, buscando la confirmación.

—Solo confía en mí, bebé y haré que disfrutes de cada una de tus fantasías —le prometió.

El timbre de la puerta eligió entonces ese momento para sonar. Eireen dejó escapar un cansado resoplido, palmeó los hombros del hombre el cual la dejó de nuevo en el suelo y se volvió hacia la puerta de su habitación.

—Si es otra vez la señora Lowel, juro que esta vez la policía tendrá que enfrentarse a un asesinato —refunfuñó saliendo por la puerta de su habitación.

—Dudo mucho que sea ella —murmuró Riel con un tono un tanto extraño al tiempo que la seguía con paso tranquilo, admirando las largas piernas femeninas que quedaban al descubierto bajo la camisa así como la suave redondez de su desnudo trasero. Una ligera sonrisa curvó los labios masculinos al percatarse de algo importante, Eireen no llevaba absolutamente nada debajo de la camisa—. Eireen, nena…

Eireen se detuvo a mitad de las escaleras, volviéndose hacia él.

—¿Qué?

Riel podía ver perfectamente sus pechos a través de la apertura de la camisa desde aquella posición.

—¿Puedo sugerirte que vayas a ponerte las bragas antes de abrir la puerta?

—¡Joder!

Ambos se volvieron hacia el exabrupto procedente del hombre que acababa de abrir la

puerta de la calle, y los miraba con las llaves todavía en las manos.

—Esa no es una frase que deseara oír relacionada con mi hermana.

Eireen se erizó como un gato.

—¿Qué haces tú aquí?

—Hola, hermanita —la saludó mirándola de reojo, para finalmente alzar la mirada hacia la cima de las escaleras y tomarse unos instantes para echarle un buen vistazo al perfecto y sexy espécimen masculino que los miraba desde las alturas—. Joder, tía, menudo monumento. Dime que no te lo estás tirando…

Eireen puso los ojos en blanco.

—¿Por qué? —la pregunta salió de labios de Riel.

El hombre a los pies de las escaleras se acercó hasta el pasamanos y se lamió los labios, mirándolo de una forma abiertamente sensual.

—Porque me encantaría hacerlo yo.

Riel arqueó una de sus oscuras cejas ante la sincera declaración y miró a su compañera, quien se encogió de hombros y señaló a su hermano con el pulgar.

—Es mi hermano David, y como puedes apreciar por su observación, es gay —suspiró volviéndose entonces a su hermano—. Todavía no me has dicho qué diablos haces aquí.

—Es sábado, vine a terminar de poner la estantería.

—Llegas tarde —le respondió ella bajando los escalones que lo separaban del recién llegado—. Riel acaba de hacerlo por ti.

—Espero que no haya sido la única cosa que haya hecho —le susurró a su hermana con una pícara sonrisa—, aunque por tu aspecto, diría que no hace falta mucha confirmación, ¿*huh*?

David Mars era una copia exacta de su hermana, más alto y delgado, con el pelo castaño corto y unos profundos ojos verdes, no parecía tener más de treinta o treinta y algo, un joven atractivo y muy masculino.

—¿De verdad no llevas bragas? —la incrédula pregunta dirigida a su hermana, hizo que Riel se riera. Aquella debía ser la primera vez que veía una relación tal entre hermanos.

Ambos se volvieron al oír su risa, solo para encontrarlo bajando descalzo por las escaleras hasta situarse al lado de Eireen, rodeando su cintura con las manos, atrayéndola a él al notar la vacilación en sus gestos.

—No, no las lleva.

—¡Riel! —siseó tratando de liberarse de sus brazos.

—Es la verdad.

Ahora fue el turno de David de echarse a reír, mirando a la pareja como si fuese algo natural el ir a visitar a su hermana y encontrarla medio desnuda, recién salida de la cama de un tipo realmente sexy.

—Soy David Mars, el hermano de… bueno… ella.

—Es mi hermano pequeño.

—Solo por tres minutos —le recordó señalándola con el pulgar.

—¿Mellizos?

—Ajá —aceptó tendiéndole la mano—. ¿Y tú eres…?

Riel estrechó su mano.

—Riel Blackmore.

—Un placer —aceptó reteniendo la mano de Riel un poco más de la cuenta antes de soltarle y sonreír. David se metió las manos en los bolsillos y retrocedió un par de pasos para mirar a la pareja—. Así que… ¿Por fin has decidido hacerme caso y largar de una patada a ese

neandertal de Steven? ¿Cuándo os habéis conocido, por cierto?

—Steven es historia —farfulló Eireen.

—Ayer —contestó Riel a la segunda pregunta.

—¿Ayer? —Respondió realmente sorprendido, mirando ahora a su hermana—. ¿Y Steven…?

—No quiero hablar de ese hijo de puta —respondió ella con un tono filoso en la voz—. Baste decir con que lo he echado a escobazos, he llevado su ropa al contenedor de la beneficencia… y he quemado mi precioso sofá.

—¿Cómo que has quemado el sofá? —su hermano abrió los ojos desmesuradamente, volviéndose entonces a Riel—. ¿Está bromeando, no?

Riel miró a Eireen y negó lentamente con la cabeza.

—No estaba aquí cuando decidió prenderle fuego, pero sí pude apreciar el área quemada en el césped de la entrada.

David volvió sus ojos verdes hacia su hermana.

—¿Has prendido fuego a un sofá en la entrada de tu casa? —su voz había salido en un agudo murmullo.

Eireen se volvió a Riel con tono de reproche.

—Gracias, Riel.

Esbozando una ligera sonrisa, le acarició la mejilla.

—No es como si pudieses ocultárselo mucho tiempo, cariño.

La mirada de David fue de uno a otro, para finalmente centrarse en su hermana. La sorpresa estaba dando paso rápidamente a la preocupación.

—¿Qué ha ocurrido, Eir? ¿Te la ha pegado con otra mujer?

Ella resopló dejando escapar una risa irónica.

—¡Ja! Si ese hubiese sido el caso, habría podido decirle a la chica que le aprovechara —aseguró ella con un ligero encogimiento de hombros.

Su hermano frunció el ceño.

—No entiendo…

—Sí entiendes, hermanito —aseguró ella indicando lo obvio—. Steven se estaba follando a un tío encima de mi precioso sofá.

—¡¿Qué?!

Eireen se cruzó de brazos y se recostó contra Riel, permitiendo que él la abrazara.

—Como puedes ver, he ganado más que perdido con el cambio.

David los contempló a los dos, todavía tratando de digerir que el ex novio de su hermana, el paleto con el que había estado conviviendo unos meses fuese de la otra acera.

—Pero… ¿Pero cuándo?

Suspirando, la muchacha frunció el ceño.

—Hace dos días… llegué antes de lo que esperaba y ¡zas! —aseguró con un rotundo gesto —. Mi bonito sofá había sido profanado, Dav, así que lo quemé.

David parecía tener problemas para seguir el ritmo de la historia de su hermana.

—¿Y él?

Eireen se sonrojó, sabiendo que aquello iba a chocar muchísimo a su hermano.

—Ayer.

—¿Ayer? Joder, nena… ¿Quién eres tú y qué le has hecho a mi melliza?

Eireen resopló en respuesta, su hermano podía llegar a ser realmente una lata cuando se lo proponía. Ellos habían estado siempre muy unidos, en realidad, todavía más desde que David

había decidido confesar abiertamente su sexualidad hacía ya tres años, pero lo que estaba pasando ahora, era demasiado incluso para ella.

David alzó las manos a modo de rendición al ver la mirada de su hermana y dio un paso atrás.

—Ok, ok, iré a la cocina y prepararé café… y el desayuno… apuesto a que no habéis desayunado, ¿verdad?

Eireen se zafó de los brazos de Riel solo para que él la retuviese en el último instante evitando que alcanzase al pobre chico que dio un salto atrás digno de cualquier mono.

—Eireen —la calmó Riel, sus manos apretándola suavemente por encima de la tela de la camisa—, por qué no vas a darte una ducha y a vestirte, ¿hum?

—Quiero matarlo.

—No puedes, cariño, es tu hermano, ¿recuerdas?

—Él tiene razón, Eir —sonrió con buen humor—, además, recuerda que te debo todavía la entrada del coche.

—Puedes utilizarla para pagarte el funeral —aseguró dejando de forcejear entre los brazos masculinos. Tirando de la camisa, se la colocó y se dio la vuelta en brazos de su amante.

—Quizás debieras ponerte la camisa —le dijo entonces ella, volviéndose de reojo hacia su hermano—. Solo por si acaso.

—Eir, eso ha sido un golpe bajo —se quejó David, quien había escuchado claramente el comentario—. Sabes que nunca te levantaría el novio, además, con mi Alex tengo más que suficiente.

La muchacha le dedicó una mirada fulminante a su hermano, entonces se volvió hacia Riel.

—Hazme caso, este tiene las manos muy largas.

—Cuando te la quites —sonrió Riel ante la ironía del asunto—, puede que lo haga.

Eireen se sonrojó aún más, entonces asintió lentamente y volvió a fulminar a su hermano.

—Tócalo y eres hombre muerto.

—Qué posesividad —se burló David, disfrutando enormemente del momento, jamás había visto a su hermana tan territorial.

Tan digna como le permitía su apariencia medio desnuda, se volvió y subió corriendo la escalera para desaparecer posteriormente en su dormitorio, con un sonoro portazo como colofón.

—Bueno… eso sí es algo que no veo todos los días —suspiró David, entonces se volvió hacia Riel. Su mirada había perdido el borde divertido que había tenido con su hermana, volviéndose más oscura, recelosa y curiosa. Aquí estaba por fin el hombre que cuidaba de una hermana—. Todavía no acabo de entender muy bien todo este asunto, pero por lo que he podido sacar en claro, parece que os conocisteis ayer, ¿um?

Riel cruzó los brazos sobre su amplio pecho y se preparó para un interrogatorio puramente personal.

Eireen se duchó rápidamente, se puso unos cómodos jeans y una camiseta que le gustaba especialmente por la manera en que realzaba sus pechos, se calzó los zapatos de medio tacón que evitaban que le arrastrase el largo del pantalón y se precipitó hacia la cocina, aquella no era la primera vez que su hermano conocía a alguno de sus ligues, pero también sabía que después de la ruptura con su novio, Eireen había estado realmente alejada de los hombres, recelosa y bastante crítica, solo dios podía saber qué ocurriría si a Riel se le ocurría abrir la boca y decirle la

manera en que se habían conocido, lo que implicaba tener que explicarle a su hermano que había solicitado el servicio a una agencia de citas, todavía no sabía cómo, y que Riel había sido el resultado. Ella misma tenía todavía problemas para aceptarlo, especialmente después de la increíble noche que había pasado, no quería pensar en que la actitud del hombre tenía que ver con un servicio contratado y menos con que pudiera gustarle ella tal y como era.

Empezó a temerse lo peor cuando llegó al pasillo que conducía a la cocina y no oyó nada, pero lo que la dejó sin palabras fue el entrar en la habitación y encontrarse a los dos hombres comparando sus tatuajes.

—Y este me lo hice hace dos años, un tío con el que salía entonces llevaba una tienda y me lo sugirió, tengo que reconocer que fue el mejor consejo que pude seguir —comentaba su hermano, mostrándole el tatuaje tribal que tenía al final de la columna.

—Esos símbolos son una protección contra demonios de primera categoría, sin duda ha sido una buena elección —respondía Riel llevándose una taza de café a los labios.

—¿Cómo pudiste hacerte el que te baja por la columna? Parece un único patrón unido al del cuello y torso.

Riel se limitó a encogerse de hombros.

—La verdad es que me desperté con ellos —respondió él. En cierto modo, aquello era verdad.

—¡No jodas! Tío, este es un trabajo de meses —aseguró David observando con los ojos entrecerrados el tatuaje que bajaba por un lateral de su pecho—. ¿Tienen algún significado? Nunca había visto nada igual.

—El que baja por la columna es algo así como… mi nombre —respondió dejando la taza sobre la mesa—, el resto son solo… un puñado de bonitos diseños.

—Un puñado de bonitos diseños —bufó David recolocándose la camisa—. Déjame adivinar, ¿palabras de una mujer?

—¿Y qué si lo son?

Ambos se volvieron hacia la puerta para ver a Eireen en el umbral, con la camisa que había estado vistiendo en las manos.

—No he dicho nada —murmuró David en voz baja antes de dirigirse de nuevo hacia la cafetera—. ¿Café con leche, Eir?

—Sí, gracias —asintió caminando hacia Riel para entregarle su camisa—. Lo siento, tenía que habértela dado antes.

Riel tomó la prenda de sus manos y la besó en los labios antes de ponérsela.

—No importa —levantándose del taburete, le dejó el sitio a ella—. Vamos, siéntate y desayuna.

David se entretuvo preparándole el café con leche y unas tostadas a su hermana, aprovechando aquellos momentos para observar disimuladamente a la pareja. Riel no era para nada el tipo de hombres con los que solía salir su hermana, no parecía de los que se dejaba ir con la corriente, más bien al contrario, conocía a los de su clase y sabía que eran dominantes, un hombre seguro de sí mismo y sus posibilidades, y aunque adoraba a su hermana, era consciente de que Eireen no era el tipo de mujer que atraería a alguien como Blackmore. Sin embargo, la suavidad que había en sus gestos cuando la tocaba o se rozaba con ella, la misma respuesta más relajada y desinhibida de Eireen hacía que todo aquello quedara en agua de borrajas, ese hombre la trataba con un tacto exquisito, como si supiera dónde debía y dónde no tocar.

Según la versión de Riel, se habían conocido la mañana anterior, cuando había venido a traer un paquete a esta dirección, lo cual no hacía sino aquella escena más inverosímil, su

hermana no era de las que se abría de piernas para el primero que pasara.

—Riel me estaba contando que os conocisteis ayer, cuando vino a traerte un paquete —comentó como por casualidad, dejando el plato con tostadas y el café frente a ella—, ha tenido que ser atracción instantánea, ¿huh?

Eireen miró a Riel, quien se limitó a devolverle la mirada y tomar un trozo de su tostada para llevársela a la boca.

—Sí, él… vino a traerme algo —respondió Eireen lentamente—. Y yo lo arrastré al bingo.

—Cierto —aceptó con una pícara sonrisa solo ojos de Eireen—. Me arrastraste allí.

Aquello si fue una sorpresa para David, aunque conociendo a su hermana, no le extrañaba tanto.

—¿Ayer? ¿Este viernes no era tu día libre?

Asintiendo, Eireen explicó.

—Una de las chicas se puso enferma y estaban faltas de personal, así que me pidieron que les echara una mano —continuó ella dándole un sorbo a su café—. Así que, me aproveché, lo confieso, y arrastré a Riel conmigo.

—Tu hermana tiene un fuerte poder de persuasión —aseguró con un pequeño bufido mitad risa.

—No hace falta ni que lo jures, yo llevo sufriéndolo desde que nacimos —aseguró David con un suspiro de resignación—. Bueno, pues en vista de que lo de la estantería ya está solucionado, imagino que no te importará si este fin de semana lo utilizamos para otras cosas, ¿huh?

Eireen entrecerró los ojos, conocía a su hermano mejor que nadie.

—Ya lo tenías planeado antes de venir siquiera, ¿no es así?

David sonrió con esa picaresca que envolvía a cualquiera.

—Alex me prometió un fin de semana romántico, ha tenido que cambiar turnos en el hospital por culpa de las fiestas navideñas, pero lo ha conseguido —aseguró con una tierna sonrisa curvando sus labios—, serán las primeras Navidades que pasaremos juntos, por ello quería pasarme antes por aquí, sé que tú y yo nunca hemos celebrado la Navidad de la misma manera... —David se volvió hacia Riel—. Mi hermana le tiene alergia a la Navidad, te lo aseguro, ve un árbol de Navidad y estornuda, acércale los adornos, y le saldrá sarpullido.

—Dav —lo amenazó Eireen, un sutil recordatorio de que estaría más guapo con la boca cerrada.

—Bueno, es verdad… —respondió señalando lo obvio—, tu casa es la única en todo el vecindario que no tiene ni un solo adorno, cariñito, hasta la avinagrada de tu vecina ha puesto una guirnalda en la puerta.

Eireen alzó una mano para hacerle callar.

—Todos los años me dices lo mismo, y todos los años terminamos igual, faltan varios días para Navidad, ya pondré el maldito adorno de las narices —refunfuñó.

David le dedicó un profundo gesto de ironía.

—Eireen, yo que tú miraría nuevamente el calendario, cielo —le soltó su hermano—. Mañana es veinticinco de diciembre, por si la fecha te dice algo.

Ella perdió el color, se volvió hacia Riel quien asintió lentamente.

—Sí, nena, mañana es la fiesta que celebráis como Navidad —respondió con un ligero encogimiento de hombros.

—*Ding, ding, ding* —gritó David, fingiendo tocar una campana—. Premio para el señor. Hermanita, hoy es *Nochebuena*. Ya sé que soy un desastre como familia, pero eres todo lo que

tengo y no me gustaba la idea de dejarte sola esta noche, por eso aparecí tan temprano, sabía que te habrías olvidado, máxime cuando la semana pasada no comentaste nada. La idea era venir a buscarte y que vinieras con nosotros.

—Hoy es Nochebuena —gimió volviendo la mirada hacia el pequeño calendario que tenía pegado a un imán en la nevera—. ¿Cómo demonios se me ha pasado?

—Pues igual que se te pasa la fecha de tu propio cumpleaños —respondió David negando con la cabeza—. ¿No sospechaste nada al ver los adornos en las tiendas y demás?

Ella gimió volviéndose a él.

—¡Las malditas tiendas suelen empezar a vestirse de Navidad desde noviembre incluso! —alzó la voz con tono desesperado.

—Con más razón todavía —aceptó David. Su mirada fue entonces de uno a otro—. Um… pero bueno, ahora realmente no sé si te apetece venir o teníais ya planes para esta noche.

—Los tenemos.

—¿Los tenemos?

Riel asintió lentamente.

—Nishel nos invitó a pasarnos por el pub cuando quisiéramos, le llamaré y le propondré reunirnos esta noche —sugirió Riel.

—Pero es Nochebuena, quizás tenga intención de celebrarlo de alguna manera especial —murmuró insegura.

—Créeme, no habrá nada tan especial en su agenda como lo que tengo en mente para esta noche —su voz era demasiado sensual, demasiado misteriosa como para la completa tranquilidad de Eireen.

—Pues esa me parece una buena idea, Eir —le aseguró David, ajeno por completo a los posibles planes de Riel—. Si esta noche la pasas con Riel, mañana podemos reunirnos y comer todos juntos, a Alex le encantará.

Se mordió el labio inferior, con inseguridad. Para empezar, ni siquiera le gustaba la Navidad.

Riel deslizó la mano por su espalda, acariciándole el pelo hasta dejarla en la base de su trasero.

—¿Qué decides? —le preguntó.

Eireen se volvió hacia él, miró a su hermano y suspiró profundamente antes de asentir.

—De acuerdo —aceptó, aunque estaba segura de estar cometiendo una enorme equivocación—. Ve con Alex y dale las gracias a él y a su familia por invitarme, teniendo en cuenta lo mucho que disfruto de estas fechas, prefiero enfrentarme a los planes de Riel que a una familia feliz y que canta villancicos después de la cena.

David se sonrojó.

—Prometiste que nunca lo contarías.

Ella sonrió.

—Considéralo mi castigo por haber abandonado mi estantería una semana —le aseguró ella con una renovada sonrisa—. Si no es por el manitas aquí presente, seguiría criando polvo y mis libros ocultos bajo la cama.

—Mala hermana.

—Soy la única que tienes, consuélate con eso.

Riendo ante la expresión ofendida de su hermano mellizo, Eireen se volvió hacia Riel, quien le devolvió la sonrisa. Muy profundamente en su interior, no dejaba de preguntarse por las palabras de Riel.

«Créeme, no habrá nada tan especial en su agenda como lo que tengo en mente para esta noche».

Un escalofrío de anticipación descendió por su espalda. Si se parecía en algo a la noche que acababan de pasar, no le cabía duda de que sería la mejor Nochebuena de toda su vida.

CAPÍTULO 13

El día transcurrió tranquilamente, David había decidido invitarles a comer, aunque no lo había dicho en voz alta, Riel era consciente de que al hombre no le hacía gracia tener que dejar a la hermana en sus manos, mucho menos teniendo en cuenta la noche tan significativa que era para los humanos.

Riel no había mentido, para él, aquella no era una fecha más, si bien había participado en alguna que otra ocasión de las celebraciones navideñas, no era una costumbre propia de los de su raza, solo Nickolas, su jefe, parecía encontrar alguna clase de ironía en decorar las oficinas con motivos navideños, fuese cual fuese, todavía no la había entendido.

Lo que conocía de aquellas fiestas lo había aprendido de Nishel, el ángel caído había sido aficionado a las festividades humanas, si bien las Navidades parecían no ser tampoco una de sus fechas predilectas, conocía sus entresijos y lo que se estilaba en aquellos días, convirtiéndole en la mejor oportunidad que tenía para hacer que Eireen las disfrutara también.

No se le había escapado el brillo de lamento que había en sus ojos cuando su hermano le recordó las fechas, como tampoco el suave intento por evitar morderse el labio inferior ante la invitación a cenar con la pareja de este y su familia, de algún modo intuía que ella hubiese preferido pasar aunque solo fuera una hora con su hermano esa noche. Tan dulce y decidida como era, en su interior vivían todavía demasiadas heridas como para poder pasar por alto algo como aquello.

Aquella noche debía servir no solo curar sus heridas, sino para construir recuerdos nuevos que la ayudaran a sustituir aquellos que habían hecho que llegase a desencantarse de la Navidad.

Riel se detuvo cuando la vio inclinarse sobre uno de los escaparates engalanados con cintas de colores y adornos navideños, después del tiempo que habían compartido en un restaurante con David, Eireen le había sugerido dar una vuelta por la ciudad, caminar para despejarse y bajar la comida, algo ridículo, ya que ella se había limitado a picotear.

—Mira, ¿no te recuerda a alguien? —se burló alzando la mirada hacia él.

Eireen estaba señalando un peluche de unos veintiocho centímetros, un pequeño diablo de color rojo, con cuernecitos de color negro, orejitas, una cola terminada en un corazón de color negro y una cara tan bobalicona que incluso lo hacía simpático.

Riel arqueó una de sus morenas cejas y se volvió a ella.

—¿Tu hermano?

Ella negó con la cabeza y señaló otro peluche, este con cara de hipopótamo que había al otro lado del escaparate.

—Ese sería David —aseguró con total aplomo, entonces se volvió a mirar nuevamente el demonio—. Ese eres tú… cuando te pones en plan *demonio* y no aceptas un no por respuesta.

Riel puso los ojos en blanco y suspiró al tiempo que se volvía hacia ella y le indicaba el escaparate con un gesto de la barbilla.

—Imagino que es lo correcto, ya que mañana es Navidad y tenéis esa historia del gordo vestido de rojo que baja por la chimenea para llevar los regalos —comentó al tiempo que sacaba una de las manos del bolsillo para alcanzar el pomo de la puerta de la tienda de regalos.

—¿Tenéis? Hablas como si lo del gordo vestido de rojo no tuviese nada que ver contigo

—ella entrecerró los ojos y lo miró bien, reparando en su pelo negro, sus ojos dorados y la piel bronceada—. No eres americano, ¿verdad? Quiero decir, tus rasgos, el color de pelo… ¿Italiano, griego?

Riel esbozó una irónica sonrisa.

—No, no soy americano, aunque llevo el suficiente tiempo aquí como para considerarme como tal —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Mi color de pelo y el de mi piel son herencia de mi padre, los ojos los heredé de mi madre —con una ligera inclinación de la cabeza, le indicó la puerta—. Ven, vamos a buscar tu regalo de Navidad.

Eireen parpadeó sorprendida. ¿Un regalo de Navidad? ¿Para ella? Antes de que pudiera pensar en lo que acababa de decirle, Riel ya había entrado en la tienda y hablaba con una dependienta, señalándole el peluche en forma de demonio que ella había estado mirando.

—Mierda —murmuró con voz lastimera antes de apresurarse hacia la puerta con intención de detenerle. Ella no deseaba regalos—. Riel… no, espera… no es necesario…

Sus ojos dorados se volvieron hacia ella.

—Es algo que deseo hacer, Eireen, no puedes decirme que no —le respondió con un guiño.

Ella resopló.

—No es media noche.

—¿Se lo envuelvo para regalo? —la muchacha que había sacado el peluche del escaparate pasó su mirada de uno a otro.

—¿Eireen?

Ella se mordió el labio inferior y asintió lentamente.

—Envuélvalo —pidió Riel.

La muchacha asintió y rodeó inmediatamente el mostrador.

—Enseguida se lo pongo.

—No era necesario —insistió Eireen acercándose a él—. De verdad.

Apartándole un suave mechón de pelo del rostro, se inclinó para poder besarle los labios.

—Sí lo es —le aseguró acariciándole la nariz—, estamos en Navidad después de todo.

Ella miró el peluche el cual estaban envolviendo en un papel transparente y suspiró.

—Gracias.

—Es un placer.

Eireen miró alrededor y luego a él.

—Quizás debiéramos llevarle algo a tu amigo —murmuró entonces, echando un vistazo alrededor—. Aunque no creo que un peluche entre en los gustos de Nishel.

Riel sonrió.

—No, más bien no —se rio en voz baja—. No te preocupes por Nish, también tendrá… su regalo.

Eireen se volvió al notar el cambio de tono en la voz de Riel, mucho más profundo, sensual y seguro de lo que lo había oído antes. Su mirada dorada estaba clavada en ella, como si buscase alguna cosa.

—¿Debería preguntar? —susurró, estremeciéndose ante la sensual mirada en su rostro.

Riel ladeó la cabeza y se lamió los labios.

—Solo si quieres oír en voz alta una de tus fantasías.

Eireen tragó con dificultad, buscando en aquellos enigmáticos ojos dorados la confirmación a una idea que con cada minuto que pasaba se iba haciendo más descabellada y con todo, con cada nueva indirecta de Riel, parecía estar acercándose más y más a lo que estaba

pensando.

—Dime que no tienes en mente lo que creo que tienes —pidió empezando a tener ciertas dificultades para tragar aire.

—Respira, cariño, respira —le susurró a través de una amplia y maliciosa sonrisa que no presagiaba nada bueno.

—¿Desea alguna cosa más?

La voz de la dependienta atrapó nuevamente la atención de Riel quien negó con la cabeza y echó mano de la cartera, entonces se detuvo al ver una caja a su derecha, movido por la curiosidad y el recuerdo de haber visto antes algo así echó mano a una de las cajas y sonrió ampliamente.

—Sí, me llevaré también una de estas —aseguró deslizando el dedo sobre las cajas hasta encontrar la adecuada—. Esta.

—Muy bien señor —sonrió la muchacha, echándole una fugaz mirada a Eireen, la cual estaba más interesada en tratar de recuperar el aire—. Pues así son veinticinco con cuarenta dólares.

Tras pagar el importe, recoger el cambio, meterse el paquete en uno de los bolsillos de la cazadora y coger la bolsa con el peluche, sonrió a la dependienta y caminó hacia Eireen, quien estaba abriendo ya la puerta para volver a la calle.

—Vale, vamos a dejar una cosa clara, porque creo que después de lo de anoche estás haciéndote una idea equivocada y no me gusta un pelo el rumbo que empiezan a tomar mis pensamientos con respecto a ello —se lanzó Eireen nada más hubieron salido del local—. No puedes pretender que yo… que tú… ¡Con un demonio, Riel, dime que no has hecho lo que creo que has hecho!

Riel la miró cuando por fin dejó de hacer aspavientos con las manos.

—¿Qué, según tú, es lo que he hecho? —le preguntó colgándose la bolsa de papel por encima del hombro—. Además de pasarme la noche follando contigo, obviamente.

Eireen entrecerró los ojos y se acercó más a él, hasta que pudo sentir el aroma de su piel.

—Ese hombre, Nishel, es también uno de tus compañeros de la agencia, ¿no es así? —insistió, sus ojos clavados en él.

—Nishel no trabaja para la agencia, colabora con nosotros de cuando en cuando, pero va por libre —respondió con la verdad—, pero por encima de todo eso, es un buen amigo, uno muy leal.

—Tan buen amigo, tan leal que estás pensando en compartirme con él… ¿me equivoco? —insistió soltando las palabras entre dientes.

Riel la observó detenidamente, el subir y bajar de sus pechos que quedaban enmarcados de manera espectacular con aquella camiseta, el brillo en sus ojos, un brillo que mostraba tanto indignación como expectativa y bastante enfado. La idea parecía haberla tomado por sorpresa al principio, pero no era del todo desechable para ella.

—Dime, Eireen… ¿Qué ocurriría si te dijese que sí, que deseo compartirte con Nishel? —respondió en un bajo ronroneo—. ¿Cómo te sientes ante la posibilidad de permitir que dos hombres te acaricien, te seduzcan, te follen?

Eireen se tensó, sus ojos echaban chispas, sus labios se tensaron en una fina línea mientras clavaba un dedo en su pecho y siseaba.

—Eres un maldito pervertido y estás completamente loco si piensas que voy a jugar a este estúpido jueguecito tuyo —clamó ella con intensidad—. Lo de las cuerdas fue aceptable, esto… de ninguna manera. ¡Y es mi última palabra!

Dicho eso, dio media vuelta y echó a caminar cual sargento de caballería.

—Bueno, Eireen —sonrió para sí—. Es un alivio saber que tú no eres la que tiene la última palabra.

Satisfecho con la mirada que vio en sus ojos, la que desmentía sus palabras, echó mano de su teléfono móvil y escribió rápidamente unas claves y le dio a la tecla enviar, Nish sabría que hacer al respecto.

Nishel estaba terminando de comprobar que las mesas estuviesen vestidas adecuadamente, los cubiertos en su lugar y los adornos navideños en su sitio en el Pub que regentaba cuando notó una vibración en el bolsillo de su pantalón. Enderezándose se llevó la mano atrás y sacó el móvil, frunciendo el ceño al ver que se trataba de un mensaje de Riel.

—¿Qué pasa ahora, amigo? —murmuró para sí abriendo el mensaje.

Cuando vio el código alfanumérico escrito en la pantalla del teléfono silbó por lo bajo, alzando la mirada comprobó que no había nadie a su alrededor y se permitió contemplar nuevamente el mensaje sin poder creer en su maldita suerte.

Sonriendo ampliamente, devolvió el teléfono al interior de su bolsillo, colocó los cubiertos y echó un vistazo a uno de los reservados.

—¿Adrien? —llamó en voz alta, esperando al camarero que había estado colocando las mesas.

—¿Sí, jefe?

El chico apareció en aquellos momentos desde la parte de atrás, en la cocina.

—Necesito una ambientación especial para el reservado número dos —le comunicó echando un vistazo al lugar—. Algo con un toque más navideño, y dile a Jeff que desempolve sus menús de Navidad, necesito uno especial, nada demasiado elaborado, quizás algo típico… vendrá una pareja de amigos a cenar.

—Como digas, jefe —aceptó el chico echando un buen vistazo al lugar para empezar a tomar nota mentalmente de lo que iba a necesitar—. ¿Mampara también, jefe?

Nishel volvió la mirada hacia el reservado y asintió.

—Sí.

—Marchando —aceptó poniéndose manos a la obra.

Nishel echó un vistazo al local y sonrió, después de mucho tiempo, estas Navidades parecía que sí iban a ser inolvidables.

Si había una cosa que reconocía en Eireen era la tenacidad con la que se empeñaba en las cosas, cuando decía que no a algo, ya podía caérsele encima el techo, que seguiría negando hasta el último de sus suspiros, Riel lo encontraba refrescante, nunca había conocido a una mujer que pusiera tanto empeño en negarse a él. Estaba acostumbrado a que las cosas se hicieran a su manera, las mujeres que había conocido a través de la agencia jamás le ponían tantas pegas, al contrario, solían estar agradecidas con el hecho de tener a alguien como él a su lado el tiempo que estuviese estipulado y no siempre se trataba de sexo, como le había dicho a Eireen, concedían aquello que necesitaban sus clientes, aquello que podía borrar la oscuridad de sus almas y hacerlas volver a ver la vida de manera brillante y aceptarse a sí mismas como las valiosas personas que eran.

Eireen estaba muy herida, no necesitaba de su empatía demoníaca para darse cuenta de

ello, la inseguridad en sí misma, en su físico solo era una pequeña muesca que se había ido haciendo más grande alimentada por los comentarios despectivos, miradas inadecuadas y el sentimiento de soledad que la embargaba la mayoría de las veces. Riel deseaba ayudarla, borrar toda aquella oscuridad que tenía arraigada tan profundamente, ella era una mujer preciosa, sus ojos verdes eran únicos, una muchacha dulce y cariñosa, cualquier hombre con ojos en la cara vería más allá de su aspecto físico, la vería por lo que era, una mujer digna de ser amada y atesorada.

Riel no lograba recordar cuándo había sido la última vez que se había sentido tan cercano a una mujer, que le preocupara cada una de sus lágrimas, deseando borrar la tristeza de sus ojos, la vergüenza que teñía su piel, no era un neófito en la Agencia, muy al contrario, él había sido prácticamente uno de los miembros fundadores, motivo por el cual Nickolas había decidido reservar sus artes para casos especiales, pero hasta el momento, ella era el caso más especial que había tenido que atender.

Le gustaba Eireen, no podía negar algo tan evidente, disfrutaba de la compañía de la humana, de sus pullas, sus conversaciones, la dulzura de la mujer no era sino un aliciente más, se sentía bien tenerla en sus brazos, debajo de él, encima, de lado... su cuerpo lo volvía loco, no necesitaba demasiado para causarle una erección, adoraba especialmente sus pechos, aquellas dos preciosidades era su debilidad, como lo era en cierto modo toda ella lo que hacía mucho más difícil el tener que presionarla para que aceptase sus planes de aquella noche.

Nada más entrar por la puerta le había dicho claramente lo que podía hacer con sus juegos pervertidos y con la cena que tenía en mente, ella no asistiría.

—Ha sido muy bajo de tu parte orquestar algo como esto —aseguró aferrándose al pasamanos de la escalera que llevaba al primer piso—. No soy el segundo plato de nadie y mucho menos compartido.

Riel se limitó a cerrar la puerta de la calle tras él y mirarla. Con las manos en los bolsillos y aquella mirada dorada recorriendo cada centímetro de su cuerpo como si la estuviese desnudando, Eireen empezó a temblar.

—Si esta es tu idea de pasar una Nochebuena, deberías hacerte mirar por un médico, o mejor aún, intérnate a ti mismo en un psiquiátrico —exclamó dando media vuelta dispuesta a marcharse a su dormitorio.

—Eireen, ¿te has dado cuenta de que todo esto ha salido únicamente de tus labios y que yo no he aceptado ni desmentido nada? —le dijo mirándola desde abajo—. Estás dando por hecho algo que yo ni siquiera he mencionado.

Ella se volvió como un rayo y entrecerrando los ojos añadió:

—Oh, no hace falta que lo digas, Riel, tu expresión habla por sí sola la mayoría de las veces —siseó llevándose las manos a las caderas—. Ahora, por qué no te haces un favor y te largas de mi casa antes de que decida sacarte a escobazos, desde que has llegado no has hecho sino complicarme la maldita vida.

—Deberías revisar el contrato, ya que pareces hacer caso omiso a lo que he dicho ya innumerables veces con respecto a ello.

—¡Al demonio con el contrato! —clamó bajando ahora un par de escalones—. Ahí tienes la puerta, lárgate de una maldita vez y no vuelvas.

Riel chasqueó la lengua y subió la distancia que los separaba cuando oyó las lágrimas en su voz, Eireen estaba al borde, lo había estado desde el momento en que David le había dicho que iba a pasar las fiestas con su novio, invitándola, a los ojos de Eireen, haciéndole un favor para que la pobrecita hermana melliza no pasara aquellas fechas sola. Había visto cómo

funcionaba su mente desde que había salido la invitación de su boca, la tensión que se había instalado, la duda y la necesidad de una vía de escape que impidiese ese sentimiento de lastre que pesaba sobre ella.

—Sabes que aunque grites y patalees, voy a seguir aquí mismo, Eireen, no voy a marcharme hasta que haya terminado con lo que he venido a hacer —le aseguró alzando su barbilla, viendo en sus ojos las lágrimas que se negaba a dejar escapar—. No culpes a David por no estar aquí esta noche, ni te culpes a ti misma por ello, estoy contigo, estarás bien, yo me encargaré de ello, solo confía en mí.

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué confíe en ti? ¿Cuándo es obvio que me has preparado una maldita encerrona con ese amigo tuyo? —se quejó con un pequeño pisotón en el suelo—. ¿Qué soy? ¿Tu puta, para que puedas hacer conmigo lo que te dé la gana y entregarme a quien te apetezca? ¿Su maldito regalo de Navidad?

Riel se puso serio, desde que lo conocía, era la primera vez que veía esa seriedad en su rostro y lo que allí vio le dio miedo.

—No vuelvas a hablar así de ti misma, Eireen —su voz era fría, dura, haciéndola estremecer—. Eres una mujer hermosa, asombrosa, un verdadero regalo para cualquier hombre. No eres un objeto, no eres una mercancía para ser vendida o cambiada, en estos momentos eres mi compañera y lo único que deseo es ver cumplida cada una de tus necesidades, cada una de tus fantasías porque eso es lo que deseas aquí —le acarició suavemente el pecho por encima de su corazón—. No eres una puta, el deseo no te hace una puta, el cumplir una fantasía erótica, no te hace una puta…

Ella se mordió el labio inferior, como hacía cada vez que se asustaba o se ponía nerviosa. Con suavidad, Riel le acarició el labio inferior con el pulgar, obligándola a abrir la boca.

—Solo deseo tu libertad, saciar tus necesidades, mostrarte quién eres en realidad y lo que realmente puedes hacer si permites que toda esa oscuridad que hay en tu interior se desvanezca —su voz ahora era más suave, profunda y erótica—. Esta noche volveré a exigirte el pacto, pero tienes que saber que incluso entonces, no haré nada que pueda herirte o resultarte incómodo, estoy aquí para sanarte, pequeña, no para infringirte más heridas.

—Riel, de las fantasías eróticas a la realidad… Diablos, he fantaseado con besar a una mujer, y no por ello es algo que desee hacer —respondió con incomodidad.

Con suavidad, le enmarcó el rostro entre las manos, acariciándole las mejillas con suavidad y un erotismo que hacía que empezaran a temblarle las piernas.

—Fantasear es algo que hacemos todos, independientemente de la raza —le aseguró—, sin importar el momento o el lugar, pero son solo fantasías efímeras, fugaces, no es algo que llevemos oculto en nuestro interior, como un pequeño secreto que desearíamos saciar, es precisamente eso, pequeña, lo que tengo que sacar a fuera y convertir en realidad, porque solo haciéndolo, te demostraré a ti misma quién eres y que puedes enfrentarte a ello sin temores.

Ella se estremeció.

—Dices que no te importan estas fechas, pero estás mintiendo, Eireen —sonrió suavemente, como con indulgencia—, no deseas estar sola, deseas odiar estas fiestas por lo que representan y porque no tienes a nadie a tu lado con quien compartirlas, pero no porque no te gusten realmente.

Una solitaria lágrima se escurrió por la mejilla femenina, confirmando sus palabras.

—Déjame ser quien cambie eso, permíteme darte algo que te haga recordar estas fechas con una sonrisa y sin temor —insistió suavemente—. Es Nochebuena, celebrémosla y

enfrentémonos a la Navidad con lo que sea que tenga que venir, permítete disfrutar realmente… estaré a tu lado todo el tiempo, te sostendré cuando creas estar a punto de caer… solo tienes que disfrutar y crear recuerdos nuevos para llenar el vacío.

Eireen vaciló, su mirada sostuvo la de Riel durante bastante tiempo.

—¿Qué vas a pedirme esta noche? —susurró. Entonces negó con la cabeza, se aclaró la garganta y habló en voz alta, segura—. ¿Qué vas a exigir esta noche?

Riel le sonrió.

—Tu voluntad, tu entrega total y tu confianza —aceptó con solemnidad—. A cambio te llevaré al éxtasis todas las veces que sea necesario.

Sin poder evitarlo, volvió a morderse el labio inferior, pero se mantuvo firme a pesar del rubor que cubría sus mejillas.

—¿Y… él?

Una satisfecha sonrisa curvó los labios masculinos, dejando a la vista unos dientes blancos.

—Nish es el que sabe de tradiciones navideñas, cariño, él presidirá la cena… yo el postre.

Eireen se estremeció, se lamió los labios y lo intentó de nuevo, Riel estaba jugando con ella.

—La verdad, Riel, por favor.

Apartándole un mechón que había caído sobre sus ojos verdes, asintió lentamente.

—No he mentido en ningún momento, cariño.

—Pero me ocultas cosas.

Riel se encogió de hombros con una sonrisa.

—Ah, cielo, pero ese es mi privilegio —le aseguró con un guiño—. Hará la velada más interesante, mucho más excitante para ti.

Antes de que ella pudiera responder, o seguir haciendo preguntas, Riel sacó el paquetito que había comprado en la tienda de regalos y se lo entregó.

—Póntelas —le susurró al oído, derramando el calor de su aliento por su oído—. Quiero que solo lleves eso debajo del vestido que he dejado para ti en el dormitorio.

Eireen frunció el ceño y miró la cajita, entonces jadeó al leer el contenido.

—¿Bragas comestibles? —respondió con un divertido jadeo—. ¿Con sabor a fresa? ¿Es broma, no?

Riel se limitó a mirarla de esa manera perezosa y satisfecha con que la contemplaba cuando esperaba que aceptara sus demandas sin más.

—Tienes que estar bromeando.

—Solo póntelas —le respondió lamiéndose los labios—. Y no utilices sujetador, el vestido no lo necesita.

—¿Vestido? ¿Qué vestido? —preguntó recordando las previas palabras de él—. ¿Riel qué has hecho?

Él se limitó a mantener esa expresión satisfecha y le indicó con un gesto de la barbilla las escaleras.

—Sube a cambiarte, te recogeré en una hora —le informó antes de dar media vuelta y bajar de nuevo para dirigirse a la puerta.

—¿Riel? —lo llamó ella sin saber muy bien qué estaba ocurriendo.

—Una hora, Eireen, el tiempo ya ha empezado a correr —le respondió antes de salir por la puerta, cerrándola suavemente a su espalda.

—Pero qué demonios… —farfulló antes de bajar la mirada a las bragas rosas de algo

parecido a plástico que llevaba en las manos y acercarlas finalmente a la nariz—. Pues sí que huelen a fresa.

Negando con la cabeza, dio media vuelta dispuesta a subir pero el timbre de la puerta la detuvo. Poniendo los ojos en blanco, descendió con intención de decirle a ese chalado lo que podía hacer con las bragas.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha olvidado darme dos piruletas para los pezones o algo? —clamó en voz alta al tiempo que abría la puerta solo para encontrarse con una mujer que, obviamente, no era Riel—. Em… um… vaya… lo siento… pensé que era otra persona…

La mujer parecía azorada, Eireen la vio apartar la mirada algo avergonzada para luego bajarla a las manos, las cuales retorcía alrededor de lo que podría ser la manga de la chaqueta violeta de punto que llevaba puesta. Había algo en ella que le resultaba conocido y que no pudo ver realmente hasta que la oyó hablar.

—Um… siento molestarla, Señorita Mars… um… me preguntaba si tenía un momento, yo… um… quisiera pedirle disculpas y ofrecerle una explicación.

Si ahora mismo le hubiesen pegado un tiro, Eireen no se habría ni enterado debido al shock en el que se encontraba después de haber reconocido aquella voz. Sin gafas, con el pelo suelto por encima de los hombros, vestida con una camiseta bajo la chaqueta y unos pantalones vaqueros, zapatillas deportivas y con lo que parecían ser unos cuantos años menos de lo que había imaginado, Miara Lowel, la pesadilla viviente de su vecina estaba de pie ante ella.

—Ah… usted… ¿Señora Lowel? —jadeó con absoluta incredulidad.

La mujer se encogió un poco, entonces pareció respirar profundamente y asentir alzando aquellos ojos violeta que Eireen conocía.

—Pero cómo… es decir… qué…

—Um… ¿Podríamos pasar al interior, para que pueda explicárselo?

Eireen abrió la puerta por completo para dejar entrar a su vecina, sacudiendo la cabeza para salir de lo que parecía ser un fin de semana de pesadilla.

¿Es que nada iba a ser realmente lo que parecía en aquellos días?

CAPÍTULO 14

Si alguien le hubiese dicho hacía una semana que su vida se iba a convertir en un auténtico circo, Eireen se habría reído. Ahora, vestida con un precioso vestido de raso en color negro de tirantes cruzados, con un corpiño entallado, dos enormes aberturas que separaban la vaporosa falda desde la mitad del muslo hasta sus tobillos, un bolero de piel roja a juego con sus zapatos cubriéndole apenas los hombros y brazos, cruzaba la entrada de un acogedor local de copas de la mano de Riel. Fiel a su palabra, había venido a recogerla una hora después vestido con una elegante camisa color perla, pantalones negros de vestir, unos lustrosos zapatos y una americana del mismo color que no hacía sino resaltar el impresionante cuerpo masculino que poseía.

Lo primero que había tenido en mente era preguntarle cuándo había tenido tiempo de conseguir el vestido, las medias, los zapatos y la preciosa chaquetilla que la esperaban extendidos sobre su cama, no solo había acertado su talla y su número de calzado, sino que también eran sus colores favoritos, pero al final había quedado relegado a un segundo plano, pues la hora que le había dado de margen para arreglarse, no había sido empleada para tal fin, sino para escuchar la asombrosa y ni en mil años esperada disculpa y posterior explicación de Miara Lowel.

La mujer se había presentado dispuesta a darle una explicación a su comportamiento, pidiéndole disculpas por todo el daño que le había ocasionado con sus excentricidades y ofreciéndose a repararlo de la manera en que fuese posible, Eireen no había podido hacer otra cosa que escuchar cada vez más alucinada, solo pasar a la indignación y finalmente abrazar la lástima por todo lo que había pasado y estaba pasando aquella mujer.

Reprimiendo a duras penas un ligero estremecimiento apretó la cálida mano de Riel y respiró profundamente, mientras echaba un buen vistazo al local que se abría ante ella.

—¿Tienes frío? —le preguntó al notar que temblaba.

Eireen se volvió a él y negó con la cabeza antes de continuar su examen del local.

—No es precisamente lo que me esperaba viniendo de alguien del aspecto de Nishel —aceptó en voz baja.

Riel sonrió de medio lado.

—Las apariencias a menudo engañan, tesoro.

—Ya veo —murmuró admirando la suave decoración navideña alternando con los tonos marrones y aplicaciones de madera que predominaba en todo el local.

El local era acogedor, tenía que concederle aquello, a pesar del obvio lujo y en cierto modo aspecto chic, conservaba un algo que lo hacía realmente acogedor. El techo estaba salpicado por lámparas con focos direccionales enmarcadas en madera y dorados, ofreciendo la suficiente iluminación para dar un aspecto íntimo, las mesas se distribuían en tres grupos, dejando amplios pasillos entre ellas, vestidas con manteles color crema, con lámparas de agua en el centro y decoraciones de acebo natural y muérdago, uno de los grupos estaba colocado contra uno de los laterales, creando pequeños reservados con bancos de madera acolchados y altas celosías a modo de separación acompañados por biombos móviles, imaginaba que para crear cierta intimidad. La barra americana se extendía al otro lado, dominando gran parte del local, tras la cual un par de hombres vestidos con camisa gris y pantalón negro, preparaban cócteles.

Solo pasaban unos minutos de las diez, pero el local ya estaba ocupado por algunas parejas o familias que disfrutaban de una cena navideña tradicional, a juzgar por el delicioso aroma que impregnaba la sala.

—Parece un lugar muy acogedor —murmuró volviéndose a Riel, quien le sonrió y soltó su mano para rodearle la cintura—. Y huele de maravilla.

—Me alegro que suscite en ti esas sensaciones.

La inesperada voz masculina la hizo tensarse al ver a Nishel acercándose a ellos desde una puerta lateral con una amigable sonrisa en el rostro. El hombre había abandonado las cadenas y el cuero, solo sustituyéndolas por una camisa blanca de corte pirata abierta hasta prácticamente el ombligo a juego con una chaqueta negra con aplicaciones plateadas de estilo corsario y unos pantalones de un cuero tan suave que se amoldaba a sus largas y musculosas piernas como una segunda piel. Como el día anterior, llevaba el pelo de un extraño color gris perla que no hacía sino realzar el mágico color de sus ojos, los cuales se estaban dando el lujo de recorrer cada centímetro de su cuerpo provocando un nido de mariposas en su estómago.

Dispuesta a romper ese descarado recorrido lanzó su mano hacia delante en un formar saludo.

—Sin duda es un local muy hermoso —aseguró con aplomo, haciendo reír interiormente a Riel cuando vio la sorpresa en el rostro de su amigo—. Gracias por habernos invitado.

Nishel se sobrepuso rápidamente a su sorpresa y sonrió ante la rápida respuesta de la muchacha, tomó su mano y se la llevó galantemente a los labios mientras le dedicaba una estudiada reverencia.

—Al contrario, gracias a vosotros por aceptar mi invitación —aceptó mirándola por encima de sus nudillos—. Estás guapísima, Eir.

—Es Eireen —respondió retirando su mano con un pequeño estremecimiento—. Gracias.

—Tienes buen gusto, Riel.

—Eso siempre —se rio él y señaló el local—. Realmente te has superado, amigo.

Nishel sonrió abiertamente.

—Todavía no has visto nada, compañero —aseguró y se volvió hacia uno de los camareros que se acercaba a ellos—. Adrien, acompaña a Riel y Eireen al reservado que tenemos preparado.

—Como digas, jefe —aceptó y saludó a Riel—. Bienvenido, Blackmore, hacía tiempo que no te veía.

—Lo mismo digo, chico. ¿Qué tal te va todo?

—Muy bien —aceptó sonriendo satisfecho, entonces se volvió hacia Eireen y la saludó con un educado movimiento de cabeza—. Señorita Mars.

Eireen correspondió al saludo.

—Si me acompañáis, os enseñaré vuestro reservado —pidió el camarero.

Ella se volvió entonces hacia Riel, quien se inclinó para besarla suavemente en los labios, tratando de borrar la mirada preocupada y nerviosa en su rostro.

—Es verdad, estás preciosa —le aseguró con una suave sonrisa, a la que ella correspondió.

—Creo que con todas las veces que me lo han dicho esta noche, voy a empezar a creérmelo —aseguró sonriendo.

—Créetelo, es la verdad —aseguró Nishel posando la mano en el hombro de Riel—. Adelantaos, tengo que terminar con un par de mesas y ya me reúno con vosotros.

—De acuerdo —asintió y apretó suavemente la cintura de Eireen al tiempo que miraba al camarero—. Cuando quieras, Adrien.

—Por aquí —los invitó el camarero conduciéndoles a través del local.

Preparado para ellos, con un bonito biombo de madera haciendo de cortinilla, y un decorado totalmente navideño vistiendo la mesa y las paredes, el reservado era lo suficientemente grande para que cogieran los tres sin sentirse apretados. La mesa central estaba rodeada por bancos de madera acolchados, vestida con un mantel puramente navideño sobre el que descansaban tres servicios de vajilla y cubertería blanca con bordes dorados, a juego con las copas. En una esquina, había una hielera con una botella de vino y otra de champán e iluminando el centro de la mesa, una lámpara de agua.

—¿Queréis beber alguna cosa mientras esperáis? —sugirió Adrien tomando la chaqueta de Riel cuando este se la quitó, y se giró hacia ella para tomar también su bolero de piel.

—Para mí un vino blanco —pidió volviéndose hacia su compañera—. ¿Quieres algo, Eireen?

—¿Podría ser un coctel sin alcohol?

—Por supuesto —asintió el camarero con una sonrisa y recogiendo la chaquetilla de la chica se disculpó y se marchó dejándolos solos.

Eireen era incapaz de dejar de mirarlo todo, mientras tomaba asiento.

—Esto es… muy navideño, sin duda —sonrió impresionada por la decoración.

—Te dije que Nish era el que entendía de tradiciones —sonrió Riel tomando asiento frente a ella echando un vistazo también al reservado—, aunque creo que esta vez se le ha ido la mano.

Eireen se rio y alzó la mirada para luego señalar el ramillete que colgaba de muérdago.

—Y no se ha olvidado de la más conocida —aseguró indicando el ramillete con el dedo índice—. El muérdago.

Riel siguió su gesto con la mirada y arqueó una de sus oscuras cejas a modo de pregunta, a lo que ella jadeó.

—¿No me digas que no sabes lo que significa el muérdago en Navidad? —se rio pareciendo disfrutar de la ignorancia del hombre.

—Deduzco por la diversión que te produce mi ignorancia, que debe ser algo que debería saber.

—Oh, sí, desde luego que sí —aceptó sacudiendo la cabeza—. Se dice que la persona que recibe un beso bajo el muérdago encontrará el amor eterno.

—Una leyenda un poco inconsistente, ¿no? —respondió mirando el muérdago y luego a la chica—. ¿Quieres un beso?

—¿Quieres comprobar si funciona la leyenda? —sonrió ampliamente.

—*Nah*, es solo que deseo besarte, estás para comerte con ese pedazo escote que acuna mis dos preciosidades favoritas —aseguró clavando la mirada en el pronunciado escote que moldeaba los pechos femeninos.

—¡Qué romántico! —negó con una sincera sonrisa, entonces miró el muérdago y suspiró —. Si fuera tan fácil encontrar el amor eterno con solo besarse bajo una planta, creo que alguien se habría encargado de patentarlo y todo el mundo sería inmensamente feliz.

Riel la contempló mientras hablaba, mirando el pequeño ramillete con anhelo antes de que un pequeño suspiro escapase de sus labios.

—¿Y qué hay de mi beso?

Él sonrió ampliamente, se levantó y rodeó la mesa para inclinarse sobre ella y capturar sus labios suavemente, lamiéndoselos, retrasando el placer, impidiéndole profundizar la unión de sus bocas.

—Sé buena… si empezamos a besarnos ahora, voy a olvidarme de la comida, te sentaré

sobre la mesa y empezaré a devorarte a ti en cambio —le aseguró con un gruñido de satisfacción cuando ella le rozó los labios con la lengua antes de apartarse.

—Eso sí podría ser un problema —aceptó Eireen echándose atrás, lamiéndose los labios al tiempo que se recolocaba uno de los mechones de pelo que le caían sobre los ojos.

—No te haces una idea —aceptó besando una última vez sus labios para luego volver a su lugar en el momento justo en el que aparecía Nishel trayendo una botella de vino y dos copas, seguido por Adrien quien depositó la bebida de la muchacha frente a ella.

—Justo a tiempo —murmuró Riel mirando el vino y las copas que traía su amigo.

—Eso siempre, Blackmore —aseguró Nishel posando las dos copas en la mesa, una frente a Riel y otra en el servicio que había al lado de Eireen.

—Enseguida os traigo la cena —informó Adrien antes de desaparecer tras el biombo.

—Bueno —empezó a decir Nishel descorchando la botella de vino para servir a Riel y luego a sí mismo—, creo que este es un buen momento para proponer el primer brindis de la noche…

Riel tomó su copa, Eireen lo miró e hizo lo mismo volviéndose hacia su anfitrión.

—¿Qué sugieres? —le preguntó Riel.

El hombre fue claro.

—Creo que deberíamos empezar brindando por esta noche y por aquellos que la hacen especial —comentó Nishel alzando su copa hacia ellos para finalmente volverse hacia Eireen y alzar su copa hacia ella—, por una mujer hermosa y encantadora, y por ti, amigo mío.

—Por vosotros —aceptó Eireen alzando la copa hacia los dos con un ligero asentimiento.

—Salud —añadió Riel.

El primer brindis de la noche fue sin duda el comienzo de una cena amena y agradable, los nervios y la desconfianza de Eireen fueron dando paso a una relativa tranquilidad y sana diversión, el vino corrió acompañando la deliciosa comida relajándola y haciéndola más receptiva hacia los dos hombres con los que estaba compartiendo la noche. Riel había tenido razón al pedirle que intentase crear recuerdos nuevos con los que poder llenar los huecos que siempre le producían aquellas fechas, su presencia unida a la de Nishel y al natural desparpajo del hombre la había hecho reír y disfrutar como nunca, la comida había estado deliciosa y pronto encontró que la compañía también.

—Y entonces, ahí estaba Riel, tan serio como la pata de un banco, diciéndome que no podía hacerlo, que no sería *correcto* —se reía Nishel contando una nueva anécdota durante el postre—, hasta que vio quien era el gilipollas.

Riel asintió.

—Sí, fue entonces cuando te dije que no sería suficiente con lo que tenías en mente, que deberíamos llevarlo directamente al jefe… sería más efectivo —aseguró Riel sonriendo totalmente relajado.

—¿Y lo llevasteis con vuestro jefe?

—Su jefe, Eireen, Riel es el que recibe órdenes del Gran Nickolas, a mí se limita a pegarme un grito de vez en cuando —puntualizó Nishel con una amplia sonrisa—. Y sí, lo llevamos con el Gran Nick… el pobre se pasó toda la semana limpiando las oficinas con un maldito delantal rosa de volantitos.

Eireen jadeó.

—Eso ha sido cruel —se rio con ellos.

—No te haces una idea —asintió Nishel tomando otro sorbo de su bebida—, porque el cuadro lo completaba un disfraz de sirvienta.

—No —se echó a reír ella.

—Todos los novatos tienen que pasar por la prueba de fuego —aseguró Riel con un ligero encogimiento de hombros.

—Pobrecillo —murmuró dejándose caer contra el respaldo del asiento—. ¿Sería demasiado si os preguntase si todavía trabaja en la agencia?

Riel asintió.

—Es uno de los mejores agentes —le informó Nishel con un profundo asentimiento—. Quién lo diría, ¿no?

—Todos empezamos así —aceptó Riel encogiéndose de hombros.

—Es parte de la iniciación —Nishel se encogió de hombros y se volvió hacia Eireen, quien estaba dando cuenta del postre, un pedazo de Tronco de Navidad y sin avisarla siquiera, se inclinó sobre ella, rozándole el brazo mientras le retiraba con el pulgar un trocito de chocolate de la comisura de los labios—. Tenías chocolate aquí —le aseguró dedicándole un guiño mientras se llevaba el pulgar a la boca, chupándolo con deliberada lentitud.

Ella sonrió con cierta timidez e incomodidad, volviéndose inmediatamente a Riel, quien se limitó a sonreírle por encima de su copa.

—¿Está rico? —su pregunta sonó inocente, no así sus ojos, que la devoraban sin pudor.

—Eh, sí —aceptó mordiéndose suavemente el labio inferior, antes de volver a pinchar un pedacito de pastel que se escapó de su alcance—. Oh, vaya…

—Permíteme —la sorprendió Nishel a su lado, tomando un trozo del pastel para acercarlo entonces a los labios.

Eireen vaciló, aquello empezaba a parecer ya demasiado íntimo.

—Te prometo que no muerdo, Eireen —se burló Nishel haciendo círculos con el pastel—. Al menos, no demasiado fuerte.

Indecisa se volvió hacia Riel en busca de ayuda, pero él se estaba limitando a mirarlos a los dos, esperando.

—Solo es un pedazo de pastel, Eireen —le dijo entonces con voz suave, invitante—. ¿Por qué no lo pruebas?

Ella respiró profundamente, se lamió los labios y tragó saliva antes de tragar y abrir la boca para tomar el pedazo de pastel de chocolate de mano de Nishel.

—Jeff se ha superado a sí mismo esta noche —oyó comentar entonces a Riel.

—Y que lo digas —aceptó su amigo, retirando suavemente el tenedor de la boca de Eireen para luego llevárselo como si nada a su propio plato y tomar él un trozo—. El pastel está buenísimo.

Ambos hombres intercambiaron una mirada cómplice y continuaron con el inocente intercambio, terminando el postre seguido por el café, mientras charlaban y hablaban de cómo se habían conocido y de las cosas que habían ocurrido estando juntos. Eireen no perdía pista de ellos dos, relajándose para volver a tensarse cuando Nishel la tocaba inocentemente, o la rozaba al pasar, el magnetismo de aquel hombre era equiparable al de Riel y entre los dos la estaban convirtiendo en una pequeña maraña nerviosa.

—¿Por cierto? —comentó Riel, dirigiéndose a Nishel—. ¿Qué tal te fue anoche? Esta tarde ha pasado algo un tanto… extraño.

Nishel arqueó una de sus delgadas cejas.

—¿Extraño en qué sentido?

—¿Desdoblamiento de personalidad? —sugirió Riel con obvia curiosidad.

El hombre se echó a reír al entender por fin.

—Créeme, yo fui el primer sorprendido con lo que me encontré —aceptó lamiéndose lentamente los labios ante el recuerdo.

—Ya veo —aceptó Riel, volviéndose lentamente hacia Eireen, quien estaba jugueteando con una de las aberturas de su falda—. Eireen…

Ella alzó la cabeza al oír su nombre y miró a Riel, quien intercambió una breve mirada con su amigo, antes de volverse hacia la muchacha.

—Ven —le pidió palmeando el asiento a su lado.

Ella se lamió los labios y miró a Nishel, que estaba sentado a su lado cortándole el paso para poder salir.

—¿Qué quieres? —acabó preguntándole sin moverse un centímetro.

Nishel tuvo que reprimir una sonrisa ante el tono de voz precavido, pero no se perdió la amplia sonrisa de su compañero.

—Abrazarte, antes de que decidas saltar por encima de la mesa para apartarte de Nish —respondió con una juguetona sonrisa curvando sus labios.

Ella se sonrojó, avergonzada porque se le notase tanto su nerviosismo.

—Vamos, cielo, te dejaré salir para que no tengas que saltar por encima de la mesa —concedió él levantándose y haciéndose a un lado.

Eireen miró a uno y otro hombre, se mordió el labio inferior y se deslizó hasta enderezarse, agradeciendo a Nishel el gesto con una leve inclinación de cabeza antes de ir hacia él, sonriéndole tímidamente, insegura de lo que iba a pasar ahora.

Riel estiró el brazo por encima del respaldo del asiento, acariciándole el hombro desnudo cuando la tuvo a su lado.

—Relájate —le susurró acariciándola con la mirada, antes de apretarla suavemente contra él—. Pareces un resorte a punto de saltar, ¿no lo has pasado bien?

Tragando audiblemente, asintió, la verdad es que lo había pasado realmente bien.

—Sí, me ha encantado la cena —aceptó echando un rápido vistazo entre uno y otro—, y la compañía por supuesto.

—Bien —aceptó Riel acariciándole el cuello con la nariz, antes de mordisquearle ligeramente el lóbulo de la oreja, para finalmente tirar de la barbilla femenina hacia él y capturar su boca con un suave beso. Le acarició los labios lentamente, pasando la lengua sobre su blandura, haciéndola suspirar al introducirse en el interior de su boca y enlazar sus lenguas en un húmedo beso que no tardó en dejarla jadeando—. Eso está bien.

Eireen iba a responder cuando sintió que alguien se sentaba a su lado, un rápido giro y su mirada se encontró con la de Nishel, quien le sonrió con suavidad y dulzura, retirándole un suave mechón del rostro un instante antes de que Riel volviera a reclamar su barbilla para atraerla de nuevo hacia él y besarla.

Un ligero jadeo escapó de entre sus labios permitiéndole nuevamente la entrada, su lengua apareándose con la suya, enlazándose y bailando mientras una de sus manos le acariciaba un pecho por encima de la tela del vestido y otra completamente ajena hacía lo mismo con la piel expuesta por la abertura del vestido, ella gimió, tensándose un momento, para solo relajarse cuando Riel alcanzó el pezón y lo hizo rodar entre sus dedos al tiempo que rompía el beso.

—Un beso —lo oyó susurrarle al oído, acariciándole y lamiéndole el pabellón de la oreja mientras le sobaba el pecho y aquella otra mano le acariciaba el muslo desnudo—, permítele besarte.

Eireen parpadeó sorprendida y abrió los ojos justo cuando Nish, le acariciaba la barbilla y con suavidad la volvía hacia él, acariciándole el labio inferior con el pulgar, sonriéndole con

ternura.

—Shh, todo irá bien —le susurró Nishel, una voz suave y persuasiva, sus ojos grises más oscuros que de costumbre—, solo es un beso.

Ella se lamió los labios, tragando con dificultad, incapaz de apartar la mirada cuando el hombre se cernió sobre ella, acariciándole los labios con los suyos, una sensación distinta a la que le provocaba Riel, y con todo igual de erótica. Su lengua le acarició la húmeda carne, succionándole el labio inferior entre los dientes, haciendo que dejase escapar un vergonzoso gemido. Nishel aprovechó ese instante para introducir la lengua en su boca, saboreándola, acariciando su lengua con la de ella, persuadiéndola, haciendo que la tímida respuesta se convirtiera en una entrega total. Él gimió, maravillándose de la dulzura de la boca femenina, la mano que había estado acariciándole el muslo suavemente ascendió muy lentamente, deslizándose por su cadera, su cintura, ascendiendo hasta aprisionar su otro pecho.

—Mi dios, eres deliciosa —susurró rompiendo el beso, observando la rápida respiración que hacía subir y bajar sus pechos, sus ojos verdes empañados por el deseo y la confusión, sus labios moviéndose en una silenciosa pregunta.

—Estás bien, pequeña —le prometió acariciándole el rostro, deslizando un dedo por su mejilla, su cuello, indicándole entonces a Riel, contra quien se había arrimado, el cual seguía acariciándole perezosamente el pezón—, lo tienes justo aquí, a tu lado.

Eireen respiró profundamente sin saber qué decir o hacer, se sentía tan malditamente confusa entre aquellos dos hombres.

—No pienses, Eireen —oyó la voz de Riel en su oído—, limítate a sentir.

Sus labios cayeron una vez más sobre los de ella, lamiéndola, volviendo a probarla, chupándole la lengua, succionándole la boca para después soltarla y dejarla ir bajando a su cuello y allí depositar un suave sendero de besos. Eireen gimió, arqueando y ladeando el rostro para darle acceso, únicamente para encontrarse con la mirada lujuriosa de Nishel y su boca lista para tomarla nuevamente. Esta vez no se resistió, aceptó su beso, devolviéndoselo tímidamente, prohibiéndose pensar en lo que estaba haciendo en medio de esos dos truhanes.

Sonriendo interiormente ante su tácita rendición, Nishel la besó nuevamente, distrayéndola mientras al unísono, Riel y él mismo deslizaban los hombros del vestido para exponer sus pechos a las atenciones de sus manos. Mientras él la distraía, besándola, enlazando su lengua con la de ella, Riel descendió con pequeños besos por su cuello, acariciándole la clavícula, mordisqueándole suavemente la piel del seno hasta encontrar aquello que buscaba, el pequeño pezón marrón que no dudó en llevarse a la boca con golosa pasión.

Eireen gimió en la boca masculina, deshaciéndose por dentro mientras sentía aquella otra boca atormentándole el pezón, tironeando de la sensible carne, lamiéndola y chupándola, amamantándose de su cada vez más pesado pecho. El calor empezó a extenderse como un rayo por su interior, descendiendo a la unión entre sus piernas, empapando las dulces bragas que no le cabía duda le serían arrancadas de una manera u otra, el placer era asombroso, dejándola débil y deseosa de más.

Nishel rompió el beso permitiendo que escapase un suave jadeo de la boca femenina, mientras hacía su propio descenso al apetecible pezón que lo esperaba, listo para recibir sus atenciones.

Los hombres parecían estar compenetrados al unísono, pues cuando uno abandonaba su boca por otra parte de su cuerpo, de inmediato ahí estaba el otro dispuesto a llevarla a la locura sin importar las consecuencias.

—¿Cómo se siente? —la incitó Riel—. Tienes a Nish prendido de tu pezón, chupando

como un hombre hambriento, está deseoso de amamantarse de ti, cariño.

—Riel —gimió buscando su mirada, incapaz de hacer otra cosa que no fuese jadear mientras la martirizaba aquel otro hombre, permitiendo que su amante lo contemplase y participase de aquel extraño dueto.

La besó suavemente, alejándose cuando ella deseaba profundizar el beso, volviendo a sus labios cuando la oía gemir, solo para alejarse de nuevo, rozando apenas su lengua.

—¡Maldita sea, me estáis volviendo loca! —gimoteó aferrándose inconscientemente a la tela de la falda de su vestido mientras ellos la enloquecían con sus bocas.

—Shh —le sonrió Riel, acariciándole una última vez los labios—, esto es lo que necesitas, Eireen, lo que deseas… permite que te lo dé, que ambos te lo demos, cariño… deseo follarte… y sé que Nish también lo desea… Dime cariño, ¿quieres que Nish te folle? ¿Lo deseas?

Eireen gimió cuando el aludido dejó ir su pezón con un fuerte chupeteo solo para sentir ahora sus manos amasando sus pechos al tiempo que volvía a sus labios, besándola de la manera en que Riel le había negado, introduciéndole la lengua, saboreándola, solo para arrancarse de nuevo y acariciarle los labios con la lengua, incitándola.

—Deseo follarte, Eireen —oyó su voz acariciándole el oído—, deseo estar profundamente enterrado en tu interior, separar esos hermosos muslos y lamerte hasta hacer que te corras y grites de placer, ¿dejarás que lo haga? ¿Me concederás el permiso para montarte? Riel estará de acuerdo si tú lo estás.

Ella sacudió la cabeza incapaz de pensar con coherencia, la estaban volviendo loca, desesperándola con sus continuas atenciones sin darle siquiera tiempo a pensar, su mente era un completo caos, todo lo que podía hacer era sentir, dejar que su cuerpo llevase las riendas, algo que podía ser peligroso para ella y su alma.

—Riel —lloriqueó, repentinamente asustada de la marea de sensaciones que la recorrían.

—Estoy aquí, cariño —le susurró al oído, besándole la oreja, susurrándole al tiempo que la envolvía con sus brazos, atrayéndola a su regazo—, estoy justo aquí.

Eireen trató de volverse en sus brazos, necesitando su contacto, su abrazo.

—No me dejes sola —suplicó temblando, gimiendo al sentir unas manos acariciando sus pechos, tironeando de sus pezones—, dios… no sé qué hacer…

—Solo dime una cosa —le oyó susurrarle, acomodándola en su regazo, su espalda apoyada en su pecho mientras unas manos callosas distintas a las suyas, le acariciaban suavemente los pechos, esquivando sus pezones con perezosa lentitud—. ¿Te gusta esto? ¿Lo deseas?

Ella gimoteó, sus ojos fuertemente cerrados.

—No… no lo sé…

Riel miró a Nishel y este asintió, deslizando sus manos con cuidado y lentitud por los senos descubiertos de la mujer que Riel acunaba en su regazo.

—No me mientas, Eireen —le recordó susurrándole al oído—, te he oído gemir mientras te lamía y chupaba los pechos, te he visto devolverle los besos a Nish… ¿Deseas más?

¿Había gemido cuando Nishel la había besado? ¿Había ardido cuando le había acariciado los pechos, lamiéndoselos y chupándoselos? Que dios la ayudara. ¡Sí! ¡Lo había hecho! Lo había hecho y quería…

—Quiero más —susurró mordiéndose el labio inferior avergonzada, alzando la mirada hacia Riel.

Él sonrió y le besó la nariz, entonces le señaló a Nishel.

—Entonces pídeselo —le susurró Riel al oído—, pídele que te dé más, entrégale el

control, entréganos a ambos el poder de hacer realidad tu fantasía, déjame tenerte de la manera en que quiero, permíteme sanar tu interior de la misma forma que anoche, deja que te haga gozar hasta el primer rayo del amanecer, entrégame tu voluntad, sométete a mis deseos, a nuestros deseos, di aquí y ahora que te someterás a nuestra voluntad, sella con nosotros el pacto y te libraré de esa oscuridad que se cierne sobre ti.

Eireen creyó oír de fondo el sonido de un reloj, una tras otra, las campanadas resonaban en su mente como si se tratase de una cuenta atrás.

—Dilo, Eireen… necesito tu voto de lealtad, te necesito atada a mis deseos para hacer realidad los tuyos… —insistía Riel, su voz parecía ansiosa—, vamos cariño, dilo… entrégame tu voluntad.

—Eireen, deja que te amemos —la voz de Nishel sonaba suave, invitadora, una auténtica tentación—, permíteme aliviar tu carga…

—Tu voluntad, Eireen… dámela —insistió Riel, sus manos parecían estar apretándola con más fuerza, casi con desesperación.

—Mi voluntad… —gimió y por segunda vez, permitió que fuese aquel desconocido que había entrado como un vendaval en su vida, el que la hiciese sentir una vez más—… es tuya, Riel.

Suspirando de alivio al oír la última campanada del reloj que anunciaba la media noche y el final del tiempo para sellar el pacto, miró a su compañero y asintiendo lentamente se volvió hacia la mujer que sostenía en sus brazos.

—Hasta el alba, Nish —susurró Riel, acariciando despreocupadamente las curvas femeninas todavía medio cubiertas por la tela del vestido—, será para ti hasta que despunte el alba… no más allá, ¿lo entiendes?

Nishel miró con sorpresa a su amigo y a la beldad medio desnuda y despertada al placer que contenía en sus brazos para finalmente esbozar una irónica sonrisa.

—Lo entiendo, Riel —aceptó para luego señalar lo que al parecer solo veía él—. Pero ¿lo entenderás tú cuando finalice el contrato?

Riel no respondió, no podía, todo en lo que podía pensar era en la hermosa mujer que tenía entre sus brazos, en su pasión, sus inseguridades y en darle el placer y la liberación que necesitaba, todo lo demás, era superficial.

—Lo entiendo.

Sin una palabra más, acarició el rostro de su mujer y se inclinó sobre ella para darle el beso que la despertaría a sus caricias una vez más.

CAPÍTULO 15

Estar en brazos de un hombre, mientras otro se amamantaba de sus pechos y la hacía gemir de placer era algo que Eireen no había experimentado jamás, ni siquiera estaba segura de que fuera a sentirse cómoda y con todo, el ver a Nishel chupando uno de sus pezones, lamiéndolo y jugando con la lengua alrededor de la aureola mientras la mano de Riel jugaba con el otro, escuchaba su ronroneo y sentía sus lametones en el cuello era la cosa más erótica que había vivido.

Se estaba derritiendo en los brazos de aquellos dos hombres.

Eireen arqueó la espalda para que Nishel tuviese mejor acceso, ofreciéndose a sí misma como un platillo de postre mientras notaba la dura erección de Riel presionándose contra sus nalgas a través del pantalón. Se lamió los labios al pensar en aquella enorme polla encerrada en los pantalones, en lo que sería tenerla entre sus labios, en su sabor salobre mientras la chupaba, en el tacto y grosor llenando su boca, con un ronco gemido se frotó contra él, consciente de que Riel haría algo para detenerla o para ponerle remedio.

—Eres una gatita traviesa —lo oyó susurrarle al oído un instante antes de bajar su mano acariciándole el costado hasta alcanzar una de las aberturas del vestido e introducir la mano en busca del triángulo que formaban las bragas entre sus piernas—, deberías saber que los dos podemos jugar a ese juego… al mismo tiempo.

Riel la movió de tal modo que quedó sentada en su regazo, las piernas separadas a ambos lados de las suyas, su trasero acunando la pesada erección en sus pantalones mientras una de sus manos hurgaba entre sus piernas y empezaba a acariciarla por encima de la lisa y deslizante braguita comestible, reteniéndola en el lugar con una mano fuertemente anclada en su cintura, mientras su compañero alternaba su atención entre los senos y la boca de ella.

Eireen gimió cuando notó la mano de Riel acariciándola por encima de la tela, un gemido que se tragó rápidamente la garganta de Nishel cuando poseyó su boca, lamiéndola, enlazando su lengua con la de ella, excitándola todavía más con sus manos todavía torturando sus pezones. Si aquellos dos seguían así, iba a terminar por correrse en unos segundos más.

—Por favor —se encontró arrancándose de la boca de Nishel, su mirada fija en la de él mientras le amasaba los pechos, retorciéndose y mordiéndose el labio inferior consciente de que era el hombre sobre el que estaba sentada y cuya mano tenía entre las piernas el que podía darle la liberación que deseaba—. Nish… dile… Riel...

—¿Se siente bien ahí abajo, gatita? —preguntó Nishel observando la lujuria en la mirada femenina, la pizca de vergüenza que todavía acariciaba sus ojos al darse cuenta de que estaba permitiendo que un hombre la mirase mientras otro la masturbaba y la excitación que por ello mismo parecía experimentar—. Sí, se siente endemoniadamente bien, ¿verdad?

Nishel sonrió cuando la vio morderse el labio inferior y apretó un poco más su presa en los pezones, contemplándola cuando echó los pechos hacia delante en respuesta y trató de ahogar un gemido.

—Hermoso, realmente hermoso —susurró volviendo a su boca—, no te resistas cariño, deja que Riel te conduzca, déjate guiar por él, necesitas correrte.

—Eireen, si no dejas de frotarte contra mí —siseó Riel entre dientes—, voy a correrme en

los malditos pantalones y realmente sería un jodido desperdicio, nena. Quiero sentir tus labios alrededor de mi polla, succionándome, deseo tu lengua acariciándome y lamiéndome… diablos, eso es lo que más deseo… ¿Qué me dices, cariño? ¿Lo deseas?

Aquello fue todo lo que necesitó Eireen para correrse, sus manos se aferraron a la tela de su vestido, el gemido que escapó de sus labios fue apagado por la boca de Nishel mientras la arrancaba del regazo de Riel sosteniéndola contra él, mientras todo su cuerpo sucumbía a los temblores de un volátil orgasmo.

—Y creo que no es el único que lo necesita —se rio Riel al ver la intensa necesidad de su compañero cuando deslizó las manos por la mujer que tenía entre los brazos—. ¿Qué me dices, Eireen? ¿Te ocuparás también de Nish?

—Vais… a acabar conmigo —gimió ella ocultando el rostro en el pecho de Nishel.

—No te preocupes, amor, lo disfrutarás —le aseguró Riel contemplándola, verdaderamente relajada en brazos de su mejor amigo—. ¿Crees que podríamos encontrar un lugar un poco más cómodo para seguir con esta interesante cena, Nishel?

El hombre se volvió lo justo para mirar a Riel y dedicándole un guiño, indicó con un gesto de la cabeza el banco en el que habían estado sentados.

—Desliza la mano por el lomo, y aprieta cuando sientas una especie de depresión.

Riel miró a su amigo con curiosidad pero lo hizo, deslizó la mano por el lomo del sillón y cuando sus dedos encontraron el lugar exacto apretó, el panel que hacía de pared se abrió con un bajito clic, descubriendo lo que parecía ser un cuarto oculto.

—Muy ingenioso, muchacho —sonrió con malicia—. Deliciosamente ingenioso.

Eireen permaneció en pie sujetándose la tela del vestido contra los pechos desnudos en medio de aquella iluminada habitación, las paredes estaban revestidas de tablones de madera, un par de cuadros abstractos colgaban de una de ellas junto con un espejo de cuerpo entero, al otro lado, una cama lo suficientemente grande para dormir incluso verticalmente tendía a ras del suelo, rodeada de almohadones y cojines y a escasos metros una pequeña mesa plegable sostenía una bandeja de fruta y una hielera con una botella de champan.

—Impresionante —aceptó Riel acercándosele por atrás, rodeándole la cintura con las manos antes de subir y arrancarle la tela que le cubría los pechos, para terminar bajando también la cremallera y tirar del vestido por sus caderas hasta caer en un charco a sus pies—. Así está mejor.

El temblor que recorrió su cuerpo fue imposible de disimular, especialmente cuando todo aquel espectáculo servía para enardecer a Nishel, quien la miraba desde el otro lado de la habitación con verdadera hambre en sus ojos.

—Tranquila —la cálida voz de Riel en sus oídos hacía verdaderos estragos en sus sentidos —, él te desea tanto como yo, déjale que te contemple a placer, que vea lo hermosa que eres, lo delicioso que es tu cuerpo.

Pero decirlo era más fácil que hacerlo, la noche anterior había estado atada, completamente indefensa a merced de Riel y sus demandas, pero habían estado solamente ellos dos, él la había acariciado, había probado su cuerpo y ella había disfrutado de cada segundo, pero ahora estaba a merced de dos hombres, cada uno más impresionante y masculino que el otro, ambos dominantes y demandantes y no pudo evitar sentirse como un pequeño cordero asediado entre dos lobos.

—¿Eso es lo que creo que es? —la voz de Nishel sonó ronca. Eireen lo vio lamerse los

labios, su mirada fija en la pequeña uve de plástico rosa que cubría su sexo.

Riel sonrió y deslizó las manos por el trasero femenino, apretando sus nalgas consiguiendo que Eireen diera un respingo.

—Sabor fresa —asintió Riel totalmente satisfecho, permitiendo que sus manos vagaran por todo el cuerpo femenino, acariciando y enmarcando sus pechos para finalmente volver a descender y acariciar la húmeda entrepierna, notando la humedad que ya mojaba sus muslos y que había alcanzado la franja de brocado de las medias de muslo que llevaba puestas—, no puedo esperar a pegarle un mordisco.

Nishel asintió tragando audiblemente un instante antes de empezar a deshacerse de la camisa por la cabeza y dejarla a un lado para acercarse a ella y tomarla de la mano con suavidad, tranquilizándola.

—Tranquila bonita, haremos que te sientas bien —le susurró con suavidad, moviéndola hacia la cama con lentitud, permitiendo que Riel tuviese tiempo suficiente para librarse de su camisa, de los zapatos y calcetines, el cinturón del pantalón y finalmente este.

Nishel la condujo hacia la cama, ayudándola a sentarse, solo para llevarse las manos a sus propios pantalones y empezó a desabrocharlos, dejando escapar una poderosa erección que saltó libre ante el rostro femenino. Eireen se lamió los labios de anticipación, sonrojándose al darse cuenta de que le atraía muchísimo la idea de saborear aquella polla, su mirada voló rápidamente por la habitación en busca de Riel, como si su presencia pudiese tranquilizarla y hacer aquel momento más confortable. Cuando su mirada se encontró con la de él dejó escapar un suave suspiro a lo que el hombre sonrió.

—No voy a irme, cariño, no voy a dejarte en toda la noche —le aseguró caminando hacia ella en toda su desnudez, los tatuajes de su cuerpo bellamente marcados, llamándole a acariciarlos, pero más allá de eso Riel sabía que lo que necesitaba ella era sentirse arropada, abrazada por él para superar aquel nuevo desafío—. Respira, Eireen, vamos, cielo, sé que puedes hacerlo.

Eireen le echó las manos al cuello en cuanto lo tuvo cerca, pegándose a él como una gatita necesitada de afecto.

—Acaríciame —le susurró apretándose contra él. Sus manos tenían la facultad de calmarla —. Por favor, Riel, haz que se vayan…

Riel alzó la mirada a Nishel y le indicó la cama mientras acariciaba la espalda de Eireen y la empujaba hacia la cama, tumbándola de espaldas, siguiéndola, pegando su cuerpo al costado femenino, manteniendo piel contra piel y dejando al mismo tiempo el espacio de maniobra que necesitaría su amigo para llevar a la mujer al lugar en el que ambos la necesitaban.

—Así, relájate, bonita, tu cuerpo lo necesita, tu alma lo necesita —le susurró besándole los labios, los ojos, la nariz, acariciándole suavemente los pechos, la cadera—, vas a estar bien, cuidaremos de ti… yo no me separaré de tu lado.

Nishel se acomodó a los pies de la muchacha, mirando a Riel al tiempo que le separaba las piernas lentamente, acariciándole la cara interior de los muslos cuando ella los apretó, cerrando las piernas ante el tacto desconocido.

—Está bien, cariño, deja que te de placer, permite que te libere, será bueno —le susurró mientras le acariciaba él los muslos, obligándola a separar las piernas—, estaré justo aquí, no me marcharé de tu lado, estoy en contacto con tu piel, siénteme.

Lentamente, mientras Riel la calmaba, Nishel dejó salir su poder, su espalda estuvo al momento cubierta por la sustitución de lo que una vez fueron sus alas naturales, un enorme tatuaje de dos alas rotas que lo identificaban como un ángel caído, un motivo de plumas que

cubría sus hombros y la parte superior e interior de sus brazos hasta las muñecas y con su poder llegó la plena conciencia de la mujer que había bajo él, de su dolor, del miedo y la necesidad de cariño, así como la pequeña luz que estaba creciendo en su interior, haciendo un intento por desterrar la oscuridad que había en su interior, una luz que al principio reconoció en sus huellas como la curación de Riel, pero había algo más, algo que su amigo no había visto o no había querido mirar. Nishel sonrió para sí y acariciándole los muslos con sus manos tatuadas, descendió lentamente sobre ella, hasta que su boca entró en contacto con las braguitas de fresa y suavemente las tomó en su boca junto con la sensible carne de ella, succionando, lamiéndola a través de la tela, oyéndola al instante contorsionarse y gemir. Su sabor era adictivo, a mujer y a fresa, gimiendo atrapó el material con los dientes y tiró de él rompiéndolo para finalmente sumergirse y empezar a lamerla, recogiendo sus jugos con la lengua con cada pasada, atormentándola y haciéndola jadear en voz alta.

—Riel —gimió ella apretando la tela de la cama en sendos puños—, oh dios…

Riel la besó suavemente, impidiéndole profundizar el beso, pero deseando hacerla consciente de quién era el que estaba entre sus piernas, dándose un festín, necesitando a pesar de todo sostenerla, asegurarse de que estaba bien mientras otro hombre, su mejor amigo la follaba con la boca.

Un sentimiento amargo recorrió a Riel, una sensación extraña y que no le gustó demasiado pues implicaba peligro para su amigo.

—Está bien, cariño, Nish va a hacer que te sientas bien —le susurró al oído, bajando la mirada un instante para ver la cabeza grisácea de su amigo entre las piernas de su compañera, dándose un festín. Había conseguido separarle las piernas, abriéndola por completo y se la estaba comiendo.

—Oh, dios… Nish… Riel… Nish me está…

—Sí, cariño —le susurró pendiente de cada uno de los movimientos de su amigo—. ¿Cómo se siente, Eireen? ¿Es bueno?

—Sí —gimió retorciéndose sobre la cama—. Oh, dios… sí.

Riel dejó salir entonces su poder, le acarició la piel mientras contemplaba a su amigo y oía sus ruiditos de placer mientras la probaba, deseando ser él el que estuviese entre las piernas de Eireen y maldiciéndose al mismo tiempo por anteponer sus deseos a la necesidad de curación de ella.

Nishel lamió una vez más el goteante coño, consciente en todo momento del repentino cambio en el poder de Riel, en cómo estaba pendiente de cada uno de sus movimientos y por un instante tuvo ganas de echarse a reír, su amigo no tenía idea de lo que estaba a punto de caer sobre él.

Hundió la lengua más profundamente, removiéndola, escuchando el jadeo de Eireen en respuesta, repitió el movimiento un par de veces más y volvió a lamerla, abriéndole más las piernas para finalmente arrancarse de entre sus piernas, lamiéndose los labios y mirar a Riel, quien no apartaba su mirada de la suya.

—¿Estás seguro, amigo mío?

Riel apretó los dientes pero asintió, sus manos perdiéndose en el pelo de Eireen y en sus pechos, solo un instante antes de ver como Nish se incorporaba, tomaba un preservativo de la mesilla cercana a la cama y se lo ponía antes de acercar su erguida polla a la húmeda entrada femenina.

—Fóllala —siseó Riel, apretando el pelo femenino en su puño antes de permitirse ver como Nishel se introducía lentamente en el canal femenino, arrancando un jadeo de ella.

Eireen abrió desmesuradamente los ojos, encontrándose con los de Riel clavados a sus pies, un repentino frío resbaló por su espalda convirtiéndose en líquido calor al darse cuenta de la diferencia de la polla que la penetraba, su grosor era parecido, su tamaño la estiraba y con todo, no era su amante el que la estaba follando. Jadeando alzó la mirada para ver a Nishel introduciéndose en su interior, un instante antes de levantarle más las piernas y alojarse por completo en su interior.

—Santo Padre —gimió Nish completamente alojado en su interior, su polla completamente enfundada, ordeñándolo lentamente con su calor y estrechez.

—Nish —gimió ella mirándole desde su posición.

—Nena, voy a montarte fuerte y duro —jadeó antes de retirarse y volver a acometer en su interior un par de veces, entrando y saliendo, el sonido de la carne golpeando con carne llenando la habitación—. Así, dios… qué bueno… sí… Eireen…

Eireen se estaba volviendo loca, Nishel la estaba jodiendo y todo lo que podía hacer era gritar de placer mientras la penetraba, mirando a Riel con vergonzoso gozo.

—Riel…

Él le sonrió con cariño, aliviando sus temores.

—Está bien, cariño, todo va bien, Eireen.

—No —gimió ella enloqueciendo—, dios… es grande… Nish… más… más fuerte.

Nish empujó con más fuerza, su mirada sin apartarse de la de Riel mientras jodía su mujer, su poder vertiéndose dentro de ella con cada estocada.

—Di su nombre, gatita, llama a Riel, pídele que te mire mientras te follo —le dijo Nish apretando los dientes ante el gozo de sentirse ordeñado por ella.

Ella gritó el nombre de Riel haciendo que Nish sonriera, maravillándose de la confianza de su amigo para permitirle follar a su mujer mientras estaba él presente, porque eso era Eireen para Riel, ella ya era su mujer.

—Riel… —gimió ella buscando a su amante con la mirada—. Riel por favor…

—Estoy aquí, pequeña —le respondió bajando sobre su boca, atrapándola en una húmedo beso que necesitaba más él que ella.

Nishel aprovechó entonces para salir por completo de Eireen haciéndola gritar por el abandono.

—Tranquila bonita —se rio entre dientes—, voy a seguir follándote en un momento.

Riel se volvió entonces hacia su amigo solo verlo cogiendo a la muchacha por las caderas para volverla sobre su tripa, entonces la volvió y tiró de ella hacia atrás poniéndola sobre las rodillas.

—Sobre tus manos y rodillas, Eireen —le pidió posicionando una vez más la punta de su polla en el húmedo coño mientras miraba a su compañero—. Levanta ese culito, cariño, así… eso es… vamos…

Nish se introdujo con un fuerte empujón más como beneficio para Riel quien realmente estaba apretando los dientes, que para sí mismo, el hombre estaba realmente al borde lo cual no dejaba de resultar gracioso. Sujetando las caderas femeninas se permitió marcar ahora un ritmo más lento, sintiendo cada parte del apretado coño de Eireen sobre su polla mientras la montaba, sus ojos grises se cerraron en los de Riel, sentado al lado de su compañera, no dejaba de tocarla y acariciarla, su polla un enorme mástil en cuya punta se apreciaba una gota de líquido blanquecino. Nishel se inclinó hacia delante, tomando los pechos de la mujer entre sus manos, empujando ahora con un movimiento de pelvis sin dejar de mirar en ningún momento a su amigo.

—Eireen cariño, mira a Riel —le susurró ahora cerca del oído, cubriéndola casi por completo—, mira lo excitado que está por ti, él también necesita atención, cielo, ¿qué te parece si le haces una mamada mientras te monto?

Las palabras llegaban en pedazos a sus oídos, todo lo que Eireen podía comprender era la enorme polla de Nishel follándola y sus manos apretando sus pechos y la tranquilizadora mano de Riel acariciándole ahora la espalda. Una mirada al hombre sentado a su lado la llevó a ver su erguido mástil, la boca se le hizo agua por probarlo.

—Riel —susurró entre entrecortados jadeos.

Nish sonrió ante la suave pero invitante voz de la muchacha abandonó sus pechos y volvió a tomar posesión de sus caderas, elevándola un poco más para penetrarla con placer.

—Permíteselo Riel, tú lo necesitas tanto como ella, déjala tenerte —murmuró Nish entre dientes, obligándose a contener su propio orgasmo por el bien de esa pareja.

—Riel… —ella se lamió nuevamente los labios, gimiendo ante las embestidas de Nish.

Riel le acarició el rostro con suavidad, se inclinó para arrebatarle un lujurioso beso y se posicionó delante de ella de rodillas, de modo que alcanzara su polla sin problemas.

—Despacio, cariño —ayudó a Eireen a tomarlo, gimiendo cuando notó la suave y húmeda boca alrededor de la punta de su polla, succionándolo a su interior, lamiéndolo con glotonería, meciéndolo con los movimientos que Nish imprimía con sus acometidas—, así, Eireen, usa la lengua, eso es cariño… dios… así.

Nishel se rio en alto al observar el rostro de su amigo, entonces empezó a masajear el trasero de la chica, utilizando sus manos para atraer su culo hacia él, alzándoselo y haciendo más profunda la penetración, los gemidos femeninos quedaban ahogados alrededor de la polla de Riel quien había enredado los dedos en el pelo femenino y luchaba con la urgencia de moverse, no deseando lastimarla.

—Vamos, Eireen, hazle una buena mamada —la animó Nish inclinándose para tomar nuevamente sus pechos y jugar con sus pezones—, chúpalo, cariño, ese demonio está pidiendo a gritos que lo vacíes.

—Eireen —gimió Riel al sentir como ella lo tragaba aún más—, despacio, amor, despacio.

—No voy a aguantar mucho más, compañero —gimió Nishel agitando sus caderas—, ella está malditamente apretada y está pidiendo a gritos una corrida… Necesito que asumas el control y llegues conmigo.

Riel acató aquella silenciosa orden aferrando su mano en el pelo femenino al tiempo que hacía un cambio en sus movimientos, introduciéndose y saliendo de su boca, dejando que ella le ayudara con la lengua a llegar.

—Estoy casi ahí —gimió Nish metiendo una de sus manos entre los dos para alcanzar el clítoris y frotárselo—, así cariño, así… vamos Eireen, córrete para nosotros, nena, ordéñame en tu coñito, deja que te llene y Riel hará lo mismo.

—No puedo más —gimió Riel.

Nishel apretó en el momento justo y el orgasmo se precipitó por la muchacha, encadenándolo con el suyo propio, lanzándolo a la liberación, juntos los dos hombres dejaron salir su poder junto con su propia liberación para ayudar a la muchacha que convulsionaba bajo ellos.

—Dios… creo que nunca volveré a pensar en una hembra de la misma manera —gimió Nishel cayendo a un lado, dejando que su compañero se ocupara de Eireen.

Riel abrazó a Eireen, apretándola contra su cuerpo dejando que la combinación de sus orgasmos y el poder obraran su magia en el interior de la muchacha.

—Riel —susurró acurrucándose contra él, buscando su calor.

—Estoy aquí, bebé —le susurró besándola en la frente, envolviéndola en sus brazos, atrayéndola encima de él, deseándola como si no acabase de liberarse, su mirada encontró la de Nishel por encima del hombro y este arqueó una ceja y sonrió.

—Mañana no podrá ni caminar, ¿lo entiendes, no?

—No me importa —gruñó acariciándola, encontrando su húmedo núcleo solo para oírla gemir nuevamente cuando la tocó, sonriendo para sí—. Buena chica.

Nish sonrió y se tumbó al lado de ellos, acariciando también a la mujer, atrayéndola hacia él para poder tener acceso a sus pechos, a su cuerpo.

—¿Estás lista para una segunda ronda, nena?

CAPÍTULO 16

La urgencia de huir pendía sobre Eireen como una espada de Damocles encima de su cabeza, los recuerdos e imágenes de la noche se recreaban en su mente dejándola jadeante, sonrojada y avergonzada hasta la punta del pelo. Riel dormía plácidamente entre las sábanas, su bronceada espalda desnuda mostrando claramente el tatuaje que discurría por su columna, sus largas piernas se habían envuelto en la sábana, haciendo que el contraste de colores de su piel y la tela realzase incluso más la masculinidad y el crudo poder de ese hombre. El solo hecho de mirarlo le aceleraba el corazón, se relamía los labios al pensar en la pasión y fogosidad que encerraba ese cuerpo masculino y las cosas que era capaz de hacerle, una ola de lujuria la estremeció de los pies a la cabeza haciendo que su rostro adquiriese un tono rojizo que rivalizaba con sus zapatos.

Nishel no estaba en la habitación, en parte, eso era un consuelo, si hubiese llegado a despertarse entre los dos hombres como había ocurrido en algún momento de la madrugada, solo para que ambos la volviesen loca de nuevo, follándola, haciéndola gritar y suplicar por la liberación, entraría en combustión espontánea.

Caminando de puntillas, con la falda del vestido sujeta en un puñado se agachó para recoger los zapatos de tacón haciendo una mueca ante el movimiento. Tenía el cuerpo malditamente sensible, no había un solo lugar que hubiese escapado de la pasión enfebrecida de aquellos dos hombres, una noche de lujuria de la que había disfrutado tal y como Riel le había prometido.

Mordiéndose el labio inferior para evitar soltar un quejido al incorporarse, empezó a retroceder hacia la puerta oculta por la que habían entrado la noche anterior, necesitaba volver a retomar las riendas de su vida y huir de la influencia de Riel parecía ser la primera norma de la lista.

—Si te marchas sin decírselo, va a montar una buena —le susurraron al oído.

Eireen dio un respingo, dejó caer los zapatos y se giró como una flecha para ver a un más que fresco Nishel a escasos pasos de ella. El hombre se había puesto unos pantalones de cuero negros con las costuras cruzadas a lo largo de las piernas, y como camiseta había elegido algo que Eireen habría desechado como paño de limpieza a juzgar por todos los agujeros y cortes que tenía la camiseta gris que se pegaba a su torso como una segunda piel. Sus ojos grises mostraban la misma sonrisa que empezó a curvar sus labios cuando se inclinó hacia ella y le acarició la nariz con un dedo.

—Respira, bonita, necesitas respirar —su voz sonó divertida.

Como si su cuerpo estuviese esperando esa orden, dejó escapar todo el aire solo volver a cogerlo de nuevo y volver a expulsarlo.

—Eso está mejor —aceptó y echó un vistazo al otro lado de la habitación al dormido demonio—. ¿Quieres darte un baño antes de que tu demonio despierte?

Eireen parpadeó varias veces, entonces susurró.

—¿Un baño?

Nishel sonrió y se llevó las manos a las caderas.

—Sí, ya sabes, es lo que sueles hacer cuando te metes en una bañera, con jabón y esas cosas —le aseguró en voz baja al tiempo que le indicaba con un gesto de la cabeza la salida—.

Sígueme.

Dividida entre el deseo de salir corriendo y la agradable perspectiva de poder darse un baño y relajar sus doloridos músculos, así como lavar el olor a sexo de su cuerpo, Eireen se quedó allí mismo durante unos instantes, hasta que Nishel se volvió y arqueando una de sus delgadas cejas le sugirió.

—¿Necesitas que te lleve en brazos?

Ella se tensó, negó rápidamente con la cabeza y fue con él, no sin echar antes un último vistazo a Riel.

—No te preocupes por él, dormirá un buen rato todavía, lo has agotado —aseguró con cierta sorna, haciendo que la muchacha se sonrojara todavía más. En cualquier momento haría combustión espontánea.

Volvieron a salir por la pequeña puerta oculta del reservado, entonces Nishel la guio hacia una de las puertas traseras, la cual para su sorpresa daba paso a una serie de habitaciones, sin duda la vivienda privada del hombre.

—¿Vives aquí? —se animó a preguntar, incómoda con el silencio y nerviosa por estar junto a aquel hombre con el que había pasado la noche en la cama.

—De vez en cuando —aceptó esperándola cuando se retrasó—. Solo me quedo cuando estoy en la ciudad o necesito atender el local… o hacerle un favor a un amigo.

Ella se atragantó ante la última respuesta, una velada insinuación sobre lo que habían compartido aquella noche.

—Tengo que decir que es la primera vez que Riel me pide algo tan… especial —continuó como si no se percatara de la incomodidad de ella—, el ver la mirada en sus ojos mientras te follaba es algo que tardaré en olvidar… —ronroneó haciéndola estremecerse—. Nunca había imaginado que ese demonio acabaría pillado de esa manera, por nadie.

Eireen empezó a pensar en que la idea de huir seguía siendo endiabladamente buena, su mirada recorrió el pasillo con intención de dar media vuelta cuando la voz de Nish la detuvo.

—Relájate, Eir, no voy a hacerte nada… Riel me cortaría los huevos si lo intentase siquiera —aseguró con una risita—. El pacto se rompió al llegar el alba, vuelves a ser totalmente dueña de tus deseos y fantasías.

Sus ojos verdes se encontraron con los masculinos y Nishel sonrió.

—Estás avergonzada, preguntándote cómo diablos has podido permitirte ser follada por dos hombres, dormir entre ellos y disfrutar de sus caricias —le soltó Nish sin más rodeos—, y sin duda te estás preguntando también, por qué el Pacto tiene ese poder sobre ti. ¿Qué te ha contado Riel?

Eireen se lamió los labios y tragó saliva. ¡Aquel maldito hombre le había leído el pensamiento!

—¿Contarme el qué?

Nishel entrecerró los ojos sobre la muchacha durante un instante, entonces negó con la cabeza.

—No tienes la menor idea de lo que está pasando realmente, ¿no es así?

—Habéis dicho que trabajáis para esa agencia —murmuró ella en voz baja—. A la cual sigo sin saber cómo diablos ha ido a parar mi solicitud.

Nishel asintió lentamente.

—Así es —respondió él volviendo la mirada hacia el lugar por el que habían venido, entonces se giró nuevamente a ella y sonrió abiertamente—. El baño es esa puerta de ahí, las toallas están en el armario blanco, hay jabón, champú, sales y todas esas mariconadas que os

gustan a las mujeres y puedes cerrar la puerta por dentro si eso hace que te sientas más tranquila… aunque si fuera tú, la dejaría abierta.

Ella dio un paso atrás instintivamente, entonces se detuvo ante la estupidez de su respuesta y miró a Nishel.

—¿Por qué?

Nish sonrió y se acercó a ella.

—Porque voy a enviarte a Riel —le aseguró rozándole la mejilla con los nudillos—, y no deseo tener que reponer una de las puertas de mi casa.

Eireen negó con la cabeza.

—¿Por qué haces esto?

Sus ojos grises se clavaron en los suyos durante un instante, entonces la tomó por la barbilla y se la alzó, mirando sus labios.

—Porque tu alma lo está pidiendo a gritos, muchacha, todavía no te has dado cuenta pero has metido la pata hasta el fondo.

Antes de que Eireen pudiera rebatir sus palabras o pedir una explicación, Nish bajó su boca sobre la de ella y la besó, acariciándole los labios con la lengua, persuadiéndola a separarlos solo introducirse en su boca y beber su rica esencia una última vez. La respuesta fue tímida, dudosa, pero suficiente para complacer a Nish.

—Eres una muchachita muy especial, Eireen, has conseguido lo que nunca había conseguido nadie —le susurró junto a sus labios—. Has conseguido seducir a un demonio y a un ángel caído, ahora, espero que puedas hacer frente a lo que significa amar a un demonio.

Con un tierno beso en la frente, Nishel se alejó de ella, dejándola sola en el pasillo, sorprendida por su beso, pero sobre todo, por sus palabras.

—Amar a un demonio —susurró en voz baja al tiempo que negaba con la cabeza y se volvía hacia la habitación que le había indicado Nishel.

La puerta quedó sin cerrojo.

Nishel acababa de servirse un par de dedos de whisky cuando sintió la presencia demoníaca de Riel antes de verlo, una escueta mueca curvó sus labios al darse cuenta del precario control que estaba ejerciendo el demonio sobre sí mismo, la noche lo había drenado casi por completo, Nish se lo había advertido, pero había estado demasiado preocupado por la muchacha, demasiado posesivo y había utilizado su poder sin freno, provocándole la inestabilidad que sentía ahora en el aire.

—Está bañándose —lo recibió a modo de saludo—, la encontré a punto de salir a hurtadillas del dormitorio. Por poco entra en combustión espontánea al verme, fue divertido verla sonrojarse de esa manera.

A juzgar por el aspecto de su amigo, Riel solo se había limitado a ponerse los pantalones nada más abandonar la cama, descalzo, sin camisa, con el pelo revuelto suelto sobre los hombros y sus profundos ojos rojos, no estaba en su mejor momento, por no hablar del tatuaje que le cubría parte del rostro y el tono canela dorado de su piel, el cual lo dejaba en su verdadera apariencia.

—¿Quieres uno? Creo que te hará falta —aseguró Nishel volviéndose para coger un vaso y servir a su amigo un par de dedos de whisky.

Sin decir una sola palabra, se acercó a la barra, tomó el vaso de whisky y se lo tragó como si se tratara de un chupito, de golpe y para dentro.

—Si ibas a bebértelo como agua, te hubiese dado algo menos refinado —aseguró su compañero con una mueca.

Dejando el vaso sobre la barra, se dejó caer en uno de los taburetes.

—¿Eireen está bien?

Nishel lo miró durante un breve instante, mientras servía un segundo trago para ambos.

—Apenas he sentido oscuridad en su interior —contestó con un profundo suspiro—, pero he oído el grito en su alma, la necesidad naciendo en ella, ¿Cómo has podido ser tan estúpido, Riel? Es humana.

—Hoy es mi última noche con ella… me encargaré de ello.

—Esto no es algo que puedas solucionar con tus poderes, demonio —le recordó con un bufido, entonces negó con la cabeza—. Se ha enamorado de ti.

—No —una negación rotunda, sin emoción en la voz.

Nishel apretó los dientes, no iba a permitir que fuese tan estúpido como para cometer el mismo error que él.

—Y tú de ella, lo cual es todavía peor.

Riel apretó los dientes y contestó con el mismo tono inflexivo.

—No.

Nishel alzó las manos a modo de rendición.

—Perfecto, ya veo que eres tan idiota como pensaba —aceptó tomando su vaso y alzándolo a modo de brindis—. A tu salud, demonio.

El agua resbalaba por su cuerpo arrancando todo rastro de la noche anterior de su piel, se había enjabonado a conciencia, mimándose, tomándose unos momentos para reflexionar, rescatando miradas, besos y caricias que quedarían para siempre impresas en su alma así como la manera en que aquellos dos hombres le habían hecho el amor. Riel había deseado hacer realidad otra de sus fantasías, pero le había regalado mucho más, había sido incapaz de alejar su mirada de la de ella, de tocarla y acariciarla, de susurrarle lo hermosa que era y lo dulces que eran sus gemidos mientras la follaba Nishel. El propio Nish la había acunado, animándola a entregarse por entero bajo la atenta mirada de Riel, susurrándole que lo provocara, que lo hiciera arder por ella, ambos a su modo, la habían cuidado pero había sido Riel, siempre él, quien había estado presente en cada momento en su mente.

Eireen se estremeció, cerró los ojos y permitió que el agua le acariciara los pechos mientras sus manos resbalaban más allá, entre sus piernas, encontrando la sensible carne, suspirando cuando sus dedos la rozaron haciéndola estremecer.

—¿Todavía no estás satisfecha?

Un pequeño gritito de sorpresa escapó de su garganta al oír la voz masculina seguido de la invasión masculina de un enorme y cincelado cuerpo que se pegaba a su espalda, mojándose, rozando la pesada erección contra su trasero, mientras masajeaba sus pechos y le mordisqueaba el cuello.

—Feliz Navidad, cariño —le susurró Riel acariciándole la oreja con la lengua.

—Feliz Navidad, Riel —sonrió derritiéndose entre los brazos masculinos.

Lentamente, la volvió en sus brazos, apartándola del chorro de la ducha, echándole el pelo hacia atrás, pegando su cuerpo húmedo contra el suyo, buscando su mirada solo para verla parpadear, la sorpresa cubriendo sus ojos mientras se lamía los labios con expectación.

—¿Riel? —preguntó, apenas un susurro.

El hombre que estaba ante ella tenía los ojos de un profundo color rojo, quizás castaño, tanto su mejilla como la línea de su mandíbula estaban marcadas por un intrincado tatuaje que antes no había estado allí y con todo, había algo en su rostro en aquel momento que tampoco le parecía tan extraño.

—Está bien, Eireen, soy yo —asintió bajando la boca sobre la de ella, lamiéndola, introduciendo la lengua entre sus labios para enlazarla con la suya, saboreándola, haciendo que se olvidase de cualquier cosa excepto su momento juntos—. ¿Cómo te sientes?

Ella suspiró y le pasó los brazos alrededor del cuello, apretándose contra él.

—Cansada —aceptó con un profundo suspiro, apoyando la mejilla contra su pecho, entonces negó y alzó la mirada hacia él—. Pero liberada… no sé… realmente me siento como si me hubiesen quitado un enorme peso de encima, me siento ligera, como… como si pudiese enfrentarme a cualquier cosa.

Riel sonrió, ella ya conocía aquella deliciosa curva que teñía sus labios de picardía.

—Has sido tú, ¿verdad? —le preguntó entonces, mirando sus extraños ojos—. De algún modo, esto lo has estado haciendo tú.

—Ya te lo dije, la Agencia proporciona aquello que necesitas, no lo que deseas —asintió bebiendo su rostro con la mirada—, así es como trabajamos.

Ella perdió un poco de su sonrisa al oír aquello que no deseaba escuchar, el recordatorio que siempre había estado presente entre ellos, el que la hacía consciente de que ella no era más que un trabajo para él.

—¿Eireen? —le enmarcó el rostro en las manos. No le había pasado por alto el cambio en su expresión.

—¿Por qué no me está sorprendiendo tanto como debería el ver que tienes los ojos de un extraño tono rojo castaño, por no hablar del tatuaje que ahora te cubre parte de la cara y que nunca habías llevado? —le preguntó bajando la mirada a sus propias manos, apoyadas ahora sobre el pecho masculino—. Tu piel…

—Este es mi verdadero aspecto —aceptó él como si aquello lo explicase todo.

Sus ojos verdes fueron al encuentro de los suyos, recorriendo su rostro y las marcas que allí había.

—Tu verdadero aspecto —repitió incapaz de hilar un solo pensamiento.

Riel asintió y le acarició las mejillas con los pulgares antes de deslizar sus manos por su cuerpo mojado, envuelto por el ruido y el vapor del agua.

—Hay cosas que los humanos simplemente desconocéis —aseguró buscando su mirada—, con las que convivís día a día pero ni siquiera os imagináis que existan, una de esas cosas podría decirse que es la Agencia.

Eireen frunció el ceño y negó con la cabeza, sintiendo la repentina necesidad de dar un paso atrás.

—¿Humanos? ¿Por qué hablas de esa manera?

Riel tomó su mano y se la llevó al rostro, al lateral en el que poseía las marcas.

—Estas marcas, son mi herencia, lo que soy —murmuró vacilante—, mi identidad. El motivo por el que las mantengo ocultas es que ninguno de nosotros deseamos llamar la atención sobre nuestra existencia.

Sus ojos verdes se entrecerraron, su ceño se hizo más profundo y alzó las manos con obvia confusión.

—Riel, no entiendo absolutamente nada —aceptó empezando a sentirse incómoda de repente con su desnudez—. Quizás debiésemos salir de la ducha y continuar esta conversación

en otro lugar, vestidos.

Negando con la cabeza, enlazó su brazo alrededor de la cintura femenina y la apretó nuevamente contra él.

—Soy un demonio, Eireen —sus palabras sonaron firmes incluso bajo el ruido del agua—. Uno de tus requisitos, el último, es que deseabas un demonio…

Abrió la boca para responder, pero todo lo que pudo hacer fue reírse.

—Sí, un demonio en la cama… lo cual, sin duda eres, Riel —se rio un poco sonrojada.

—Sí, bueno, digamos que a mi jefe le hizo gracia la posible interpretación que podía darse a esa frase y por eso me pidió a mí que me hiciera cargo. No se trata de la manera de follar, de los orgasmos que pueda provocarte o lo agotada que te deje… Eireen, he nacido demonio, en realidad soy un *deminus*, un demonio puro.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad? —bufó incapaz de ocultar su sonrisa.

Riel suspiró profundamente y llevó su mano tatuada al pecho femenino, colocándola sobre su corazón.

—No.

Dicho aquello Eireen sintió una pequeña descarga eléctrica, un cosquilleo allí donde lo tocaba y al bajar la mirada, contempló con incredulidad como los tatuajes que cubrían su piel cambiaban a un suave tono blanco, cada vez más intenso, más brillante al tiempo que todo su interior se relajaba, llenándose de calor, paz.

«Esto es lo que soy, Eireen».

Parpadeando alzó los ojos a los suyos, su voz había reverberado dentro de su cabeza.

Riel asintió pero no despegó los labios.

«Puedo leer las emociones, introducirme muy dentro de ti y borrar todo aquello que ha dejado una herida permanente en ti».

Su boca se abrió lentamente hasta formar una perfecta «*o*», Eireen solo podía mirar sus labios los cuales no se habían movido a pesar de haber escuchado su voz claramente.

—Este es el último día que pasaré contigo —aceptó en voz alta—, esta noche te pediré que hagas nuestro último pacto y después, me iré.

Las palabras se quedaron atascadas en su garganta, por más que buscaba algo que decir, su cerebro parecía haber entrado en coma y era incapaz de procesar nada coherente.

—Es… ¿Esto es una estúpida broma de algún tipo? —consiguió arrancar por fin—. Porque si es así, no le veo gracia ninguna, Riel.

Sin darle tiempo siquiera a tocarla, se volvió y salió de la ducha, tomando una toalla y envolviéndose con ella antes de darse la vuelta y enfrentarle, el agua chorreando por su pelo.

—Si lo que quieres es largarte, tío, ahí está la puerta —continuó cada vez más indignada —. No ha sido por no intentar que te marchases y olvidases toda esa tontería de la agencia, desde luego, yo no te estoy atando.

—Eireen, no has escuchado una sola palabra…

—Oh, sí lo he hecho, pero verás… ¿hola?… estamos en el siglo veintiuno, los únicos demonios que conozco son los que están ahí fuera bajo el nombre de pederastas, violadores, maltratadores e hijos de puta varios que lo único que hacen es joder al prójimo —respondió con un bufido—. No tengo la menor idea de cómo has hecho lo del tatuaje de tu cara, o tus ojos… Tatuaje de henna, quizás, y seguramente lentillas de colores… pero tío, ¿un demonio? Cielo, unos símbolos tribales en la cara, unas lentillas, y un tatuaje que cambia de color con el agua, no es material suficiente como para que esperes que me crea que eres un demonio. Es como si ahora vas y me dices que esa polla andante de Nishel es un angelito por el tatuaje de alas rotas y

plumas que le cubre la espalda… ¿Un ángel caído, quizás? Sin duda ese sería el mejor amigo de un demonio… ¿No es divertido?

—No me corresponde a mí hablar por Nishel —negó Riel dejando también la ducha, pero en su caso no se molestó en cubrir su desnudez—, pero sí hablaré por mí, cariño, y como soléis decir los humanos, más vale una imagen que mil palabras, ¿no?

Antes de que Eireen pudiese preguntar, Riel la cogió de la mano, la acercó a él y por primera vez en mucho tiempo, permitió que un ser humano viese su verdadera forma de demonio, sin restricciones.

Cuando alguien dice la palabra demonio, por lo general espera encontrarse con un ser del inframundo, del infierno, algo deforme, con formas imposibles, con cuernos seguramente, y si vamos más allá, cola y alas, bueno, Eireen estaba viendo por sí misma que todas aquellas suposiciones no eran más que un saco de estupideces en comparación con el hombre o demonio que se erguía ante ella.

Aquel era Riel, da igual la forma que tuviese, que su piel hubiese adquirido de pronto un tono más oscuro y brillante, casi como si un bronceado se intensificara y fuera espolvoreado de purpurina, o los tatuajes que le cubrían un lateral de la cara, rodeando su cuello, descendiendo por su costado y marcando su brazo hasta la punta de los dedos, enmarcando su cadera, como sabía lo hacían por encima de sus nalgas, para finalmente envolverse en su muslo y, aquello sí que no se lo esperaba, también marcando la uve de su pelvis y su más que admirable polla.

La tierna mirada que desprendían aquellos ojos de un profundo color rojo sangre sobre el brillante blanco, extraños, capaces de causar escalofríos de verdadero terror, causaban en ella una sensación de sosiego y tranquilidad, ni siquiera el voluble tatuaje que parecía cambiar de color desde el negro más brillante al rojo más oscuro dependiendo de la perspectiva desde la que lo miraba, cambiaba el hecho de que fuera él. Sus labios, carnosos habían adquirido un tono oscuro e igual de brillante que su piel, su rosada lengua lamió sus labios y un por una milésima de segundo creyó ver un cambio en sus incisivos, ligeramente más puntiagudos. Pero nada de aquello cambiaba el hecho de que fuese el mismo hombre, si acaso, solo contribuía a hacerlo más especial.

Eireen se lamió los labios con nerviosismo, contemplándole con nuevos ojos, temblando inconscientemente ante lo que su cerebro era incapaz de procesar. Lo vio alzar la mano hacia ella, su mirada siguió el movimiento reparando ahora en el color negro de las uñas, apenas un poco más largas, una perfecta manicura en realidad, hasta que sintió las yemas de sus dedos acariciándole la mejilla como había hecho en más de una ocasión.

—Bo… boni… bonito truco —se las arregló para susurrar, rindiéndose poco a poco a la caricia en su mejilla—, sin duda, la prestidigitación es lo tuyo.

Riel se congeló, su mano suspendida al lado de su rostro antes de dejarla caer y sonreír tibiamente, mostrando ahora sí el ligero cambio en sus incisivos.

—Solo tú podrías considerar algo así, un truco.

Eireen se sobresaltó al escuchar su voz, mucho más rica, más profunda y oscura, como si fuese emitida a través de una caja de resonancia. Estremeciéndose lo miró nuevamente, sin saber qué hacer o cómo reaccionar, preguntándose si no estaría todavía bajo los efectos de alguna droga que le hubiesen dado la noche anterior, o alguna clase de hipnosis.

—¿Estoy drogada? —se le ocurrió preguntar en un pequeño susurro.

Riel negó con la cabeza, su pelo moreno no hacía sino enfatizar sus duros rasgos.

—¿Alguna posibilidad de que tenga que ver con la hipnosis?

Una nueva negación seguida de una irónica sonrisa.

—Difícilmente, Eireen —su nombre pronunciado de aquella manera la derritió. Su voz tenía un tinte único en aquel momento, ronco, profundo y tan sexy que le daban ganas de arrancarse la toalla y lanzarse a sus brazos—. Y tampoco tengo nada que ver con el hecho de que te estés excitando… aunque reconozco, que me encanta.

Abrió la boca para preguntar cómo demonios sabía lo que había estado pensando, pero volvió a cerrarla cuando lo vio dar un nuevo paso hacia ella.

—No quiero que me temas, nunca te haría daño —la sorprendió una vez más por el tono preocupado en su voz.

Lamiéndose los labios Eireen negó con la cabeza.

—Lo… lo sé —y era verdad, ella mejor que nadie sabía que siempre estaría a salvo junto a él. Riel le había demostrado en tan solo un par de días más cariño, compañía y paciencia que su hermano, o cualquiera de sus amigos en toda su vida, le había regalado más en tan solo dos días, de lo que nadie le había dado en la vida, ¿cómo podía temer al hombre… demonio… o lo que fuese que había cuidado con tanto mimo de ella?—. Yo… um… esto puede sonar ridículo… quizás si no estuviese tan confundida, yo misma me gritaría por lo que estoy a punto de hacer, pero… temo que si no lo hago, voy a terminar con un ataque de nervios… y entonces sí que gritaría, a lo bestia y eso puede llegar a ser realmente bochornoso, así que…

Eireen alzó la mirada hacia los enigmáticos ojos y dio un paso adelante, su rostro sonrojándose.

—¿Puedes… puedes hacer eso… eso de siempre? —susurró en apenas un hilillo de voz—. ¿Puedes… abrazarme?

Por primera vez desde que la había conocido, Riel se quedó sin saber que decir, aquella preciosa mujer, una vez más, había conseguido desarmarlo. A Eireen no le importaba su raza, que fuese un demonio o un alienígena para el caso, cuando se sentía sola, impotente, a punto de derrumbarse, solo lo necesitaba a él, al hombre, para que la consolara.

—Ven aquí —su voz profunda y sensual resonó por encima del ruido del agua, una muda petición que no dudó en aceptar.

Eireen caminó hacia él, refugiándose en su amplio pecho, en la calidez, el aroma a especies y canela de su piel, la ternura con que sus manos y boca acariciaban su cuerpo, la paz que encontraba en sus brazos, aquello era lo único que deseaba Eireen, el único lugar en el que se sentía totalmente segura.

—Espera —lo oyó murmurar un instante antes de sentir como la toalla le era arrebatada, dejándola completamente desnuda antes de ser nuevamente arropada en sus brazos, piel contra piel—. Ahora sí, perfecto.

Sonriendo, posó la mejilla en su pecho y suspiró plácidamente.

—¿Hay alguna sorpresita más de la que tenga que enterarme? —preguntó acariciándole la piel del pecho, admirando el brillante bronceado color canela.

—No —aceptó Riel, acariciándole la oreja con los labios—. Por mi parte no, al menos.

—Bien —suspiró ella rozándose contra la henchida erección masculina al tiempo que bajaba la mirada y se lamía los labios—. Creo que es la primera vez que veo algo igual a eso.

Riel se echó a reír.

—Siento darte tan mala noticia, Eireen, pero todos los hombres vienen equipados con una —le aseguró con diversión, calentándola con aquel profundo tono de voz que le confería su forma de demonio.

Ella bufó y descendió la mano por su torso, acariciándole la marcada tableta de los abdominales antes de llegar al objeto de su interés, para deslizar un dedo dibujando el patrón tatuado en su hinchada polla.

Riel siseó de placer.

—No deberías hacer eso, Eireen… no puedo tomarte… después de lo de anoche, es demasiado pronto para ti.

Una caliente punzada entre sus piernas la hizo consciente de sus palabras, pero ese no era impedimento para poder divertirse de otra forma.

—Pero esto no es para mí, Riel —aseguró deslizándose hacia el suelo, rodeando su polla con las manos—, se trata de tu regalo de Navidad.

Antes de que el demonio pudiera decir algo al respecto, Eireen lo hizo perder cualquier pensamiento coherente con su lengua.

Sin duda, aquel sería el mejor regalo de Navidad para un demonio.

CAPÍTULO 17

Eireen se miró en el espejo con ojo crítico, no podía recordar cuándo había sido la última vez que se había puesto una falda, siempre había tenido dudas en enseñar sus piernas pues no eran precisamente material de revista de modas, si bien eran largas y bien moldeadas, también eran fuertes, gruesas y no podía evitar pensar que todo el mundo la estaría mirando. Había sido Riel el que había insistido en que se la pusiera junto con un suéter verde que hacía resaltar el color de sus ojos.

Nishel se había despedido de ellos, le había sorprendido especialmente el comentario que había hecho sobre Miara Lowel, su vecina, si no pensase que aquello era imposible, sugeriría que el hombre había tenido algo que ver con el cambio de la mujer, pero cuando lo había hablado con Riel, el demonio se había limitado a encogerse de hombros.

Si enterarse que Riel era en realidad un demonio -y eso teniendo en cuenta que aún no era capaz de asimilar por completo el concepto y lo que significaba en el caso de su compañero- había sido un hueso difícil de roer, el que el propio Nish le confesara ser un ángel caído había terminado por rematar la jornada… Sí, lo cierto es que estaba empezando a volverse loca, por lo tanto, aquellas confesiones parecían ser ya algo cotidiano.

—¿Estás lista?

Eireen se volvió al oír la voz de Riel desde la puerta de su dormitorio, vestido con unos simples vaqueros azules, un jersey marrón que realzaba el bonito color dorado de sus ojos y la cazadora de cuero estaba realmente imponente. Después del breve interludio en el cuarto de baño, había adquirido de nuevo la apariencia humana, que no era más que un descafeinado de su propia esencia, de cualquiera de las dos formas, ella lo encontraba guapísimo.

Sí, ¿no decía eso claramente que había perdido el juicio?

—Todo lo lista que puedo estar —aceptó con un firme asentimiento de cabeza—. Así pues, ¿a dónde vamos?

Riel sonrió y la contempló a placer, admirando las voluptuosas curvas y las sexys piernas que dejaban al descubierto la falda vaquera que había conseguido que se pusiera. Eireen era una mujer muy femenina, una cualidad que debería realzar, no escudar tras sus eternos vaqueros, aquel era su último día con ella y deseaba hacer algo distinto, crear recuerdos agradables que pudiera atesorar cuando el contrato expirara al salir el alba.

Se habían pasado la mañana en la cama, recuperándose de la agotadora noche, se había limitado a abrazarla, escuchándola hablar, respondiendo a aquellas preguntas a las que podía dar respuesta y rehuyendo aquellas para las que no tenía.

Eireen se había interesado por la Agencia y el contrato que lo había llevado hasta su puerta y aunque no lo había expresado en palabras, también había deseado saber qué ocurriría después.

Riel había sido incapaz de decirle que no existía un después, que en el momento en que él saliese de su vida no sería más que un recuerdo confuso, solo un fin de semana más en su vida. Así era como funcionaban las cosas en la empresa, una vez que su misión terminaba, debía romper todo contacto con su cliente, el crear lazos de cualquier tipo, solo podía complicar las cosas.

—¿Riel? ¿Va todo bien?

La suave voz femenina lo arrancó de sus pensamientos, Eireen lo miraba preocupada, los ojos verdes se habían teñido de incertidumbre y preocupación.

—Sí, sí —aceptó sonriéndole para tranquilizarla—. Estaba pensando en algo, disculpa.

A pesar de la sonrisa en los labios masculinos, Eireen no le creyó, Riel había estado distraído, incluso evasivo desde el momento en que habían vuelto, no se le había escapado la manera en que el hombre había evitado o dado la vuelta a sus preguntas y contestaciones y para ser sincera consigo misma, tenía miedo de insistir por temor a averiguar que la respuesta que pudiera darle no era lo que ella estaba buscando.

—Bueno, repito mi pregunta, ¿a dónde vamos? —preguntó tratando de hacer a un lado sus aciagos pensamientos—. Te recuerdo que es el día de Navidad y por lo tanto todos los establecimientos, centros comerciales y tiendas están cerrados.

Riel enlazó los dedos en su mano y tiró de ella hacia él.

—No necesitamos nada de eso para pasarlo bien —le aseguró llevándose la mano a los labios antes de sonreír enigmáticamente—, te lo aseguro.

—Cuando hablas así… presagias el infierno.

Riel se echó a reír.

—Bueno, eso sería como estar en casa, ¿no?

Eireen puso los ojos en blanco y le arrebató la mano para coger su abrigo y dirigirse hacia la puerta.

—Quizás haga demasiado calor allí para ti, Riel —respondió ella poniéndose el abrigo al tiempo que se dirigía ya a las escaleras que llevaban a la planta baja.

—Solo hay un lugar donde realmente me abraso, cariño y es entre tus piernas —respondió riendo entre dientes antes de salir tras ella.

Eireen estaba a punto de responder a su pícaro comentario cuando oyó el timbre de la puerta, frunciendo el ceño, miró a Riel.

—¿Esperamos a alguien? —sugirió, esperando que no fuese otra encerrona, aunque la última la hubiese disfrutado bastante.

Riel negó con la cabeza.

—¿Tu hermano?

Repitiendo el gesto masculino, Eireen bajó el par de escalones que le quedaban y se dirigió hacia la puerta.

—No, hablé con David hace un rato, quería asegurarse que estaba bien —murmuró ella al tiempo que echaba mano del pomo y lo abría—. Le dije que hoy iba pasar el día contigo…

Riel llegó a su lado en el momento en que la puerta se abría por completo mostrando al hombre que ya se dirigía a llamar nuevamente al timbre.

—Ah… hola —respondió el recién llegado, sonriendo a Eireen con una ligera sonrisa que no hizo sino perderse por completo cuando reparó en Riel.

—Joder —exclamó la muchacha llevándose las manos a la cadera mientras contemplaba al hombre ante ella—. Parece que Santa no ha entendido la letra de mi lista, le he pedido una cama nueva… no un nuevo cabrón.

Ambos hombres se volvieron hacia ella, uno con absoluta incredulidad y el otro con una divertida sonrisa.

—¿Puedo deducir que este es el culpable de haber arruinado tu sofá? —sugirió Riel rodeando la cintura de la mujer con el brazo.

Eireen asintió.

—Uno de ellos —aceptó sin apartar la mirada del hombre frente a ella. Alto, pero no tanto

como Riel, con unos bonitos ojos claros que mostraban una obvia incomodidad e incredulidad, vestido con unos simples pantalones vaqueros y un suéter que ella jamás había pensado verlos sobre él, Steven, su ex, se había presentado ante su puerta—. Si vienes buscando tu ropa, tendrás que hablar con la oficina de beneficencia, ya que la he enviado toda allí… Ellos están mucho más necesitados que tú.

El hombre no respondió, se limitó a mirar a Riel con recelo y luego volvió la mirada hacia ella.

—¿Podría hablar contigo un momento… a solas? —preguntó, su tono de voz suavizado cuando se volvió hacia ella, casi en confidencialidad—. Creo que puedo explicarte…

Eireen abrió desmesuradamente los ojos, realmente sorprendida por sus palabras.

—¿Explicarme? ¿Explicarme el qué? —respondió negando ligeramente con la cabeza—. ¿Cómo hacerlo más placentero con un tío? Lo siento, chico… pero definitivamente la homosexualidad no es lo mío… aunque creo que tenemos una cosa en común, también me gustan los hombres… y cuantos más, mejor.

Satisfecha, observó como su ex se sonrojaba, algo que no había visto en todo el tiempo que lo conocía.

—Eireen… no es lo que parecía… yo… cariño…

Aquello si resultó gracioso, tanto que no pudo evitar reírse.

—No te molestes, Steven —le respondió acercándose aún más a Riel, quien la miró con deseo y le dedicó un caliente guiño—, ahórrate el numerito y las lágrimas, el encontrarte con ese tío en mi sofá ha sido la cosa más liberadora que me ha pasado nunca —aseguró sonriendo a su amante, para finalmente volverse hacia su ex—. Gracias a ti, he podido meter a un demonio en mi cama.

El hombre callado y con aspecto arrepentido que se había personado ante su puerta cambió en un abrir y cerrar de ojos a la persona con la que ella había convivido, aquella a la que había perdonado sus desplantes y sus crueles palabras solo para darse cuenta de que la había utilizado como a una tonta, aquel era el verdadero Steven, el que solo pensaba en sí mismo tal y como demostró con sus próximas palabras.

—Vamos, Eireen, ni siquiera tú eres tan estúpida como para pensar que vas a conservar su interés durante mucho tiempo, solo mírate… no eres precisamente el tipo de mujer delgada que gusta a los hombres —arremetió contra ella sin pensárselo dos veces—, antes de que termine la semana te dará la patada. Piensa en ello, nena, yo he estado contigo varios meses, sé que he metido la pata pero estoy dispuesto a compensártelo, soy el único que realmente no piensa que eres un trozo de carne con lorzas cuando se acuesta contigo. Sé lo que te gusta, soy el único al que conseguirás, nadie va a interesarse por alguien… con tu físico.

Riel se tensó al lado de la muchacha, cada palabra que salía de la boca de aquel hijo de puta habían sido las heridas que había encontrado en el alma de Eireen, con tal solo pensar que ella había tenido que escuchar aquello una y otra vez, hiriéndola, menospreciándola le daban ganas de arrancarle la piel a tiras a ese bastardo.

—Riel, no —lo detuvo con su suave y dulce voz.

Sus ojos bajaron a los de ella y en su rostro solo encontró una sonrisa, tierna, dulce, no había ni rastro de dolor por aquellas crueles palabras.

—No merece la pena —murmuró con una sonrisa antes de volverse hacia su ex—. Nunca has merecido la pena, Steven y afortunadamente me he dado cuenta de ello a tiempo.

Sin decir otra palabra, cerró la puerta de su casa con la llave, sonrió a Riel y lo cogió del brazo, pasando junto al otro hombre sin ni siquiera mirarlo.

—¿Y bien? ¿Vas a contarme por fin a dónde vamos?

Con una amplia sonrisa, la hizo detenerse a mitad del camino de entrada a su casa para luego atraerla a sus brazos y besarla. Su mirada se cruzó con la sorprendida del hombre que, incrédulo, todavía los miraba desde el porche.

—A cualquier lugar en el que pueda desnudarte y follarte hasta que no te tengas en pie —le aseguró.

Eireen se echó a reír.

—Bueno, eso suena… simplemente fantástico.

Sin una sola mirada atrás, enlazó su brazo alrededor de la cintura masculina y se marcharon caminando.

Nish echó un vistazo a los corredores del edificio en el que tenía sede la Agencia Demonía, sin duda era toda una ironía que el edificio que utilizaban se tratase de un viejo centro comercial que Nickolas Hellmore, el dueño y presidente de la Agencia había comprado en una subasta por poco menos de lo que costaba una hamburguesa doble con queso. Situado a las afueras de la gran ciudad de Los Ángeles, con una tapadera tan absurda como ingeniosa, sin ir más lejos, la de una empresa de colocación, la agencia llevaba ya veinticinco años trabajando para ofrecer un poco de felicidad y desahogo a la población humana, la cual ignoraba que entre sus ciudadanos pudieran encontrarse razas muy distintas a la suya y al mismo tiempo con los mismos intereses. Pero teniendo en cuenta la mentalidad humana, aquello era lo mejor, después de todo, a ninguno le hacía especialmente ilusión el terminar en un laboratorio militar o algo peor.

Las puertas del ascensor que llevaba a la tercera y última planta se abrió en el momento en que Nishel se acercaba a él dejando salir a dos preciosas muchachas rubias de ojos azules que sonrieron ampliamente al verlo.

—Nishel, qué divino verte por aquí —exclamó una de ellas lanzándose, *literalmente*, a besarle.

—Ni siquiera nos has llamado, Nish —respondió la otra, mucho más controlada y modesta que su efusiva hermana.

—Aine, Elphet —saludó a ambos después de conseguir despegarse a la pequeña lapa rubia que se había pegado a él como un moco—. Aine, cariño, controla tu efusividad.

—Ay, cielo, es que no puedo evitarlo —rio la aludida dando un paso atrás—. Te he echado muchísimo de menos.

—¿A mí o a mi polla?

—A tu polla, por supuesto —aseguró la muchacha con una amplia sonrisa. Eh ahí, la inteligencia de una demonio *nereida*.

—¿Has visto a Riel?

La pregunta vino de Elphet, la mayor de las dos hermanas era una mujer realmente adorable, tibia y tranquila la cual solía revolotear alrededor del demonio cada vez que estaba en la agencia, lo más gracioso de todo es que jamás se habían acostado.

—Está trabajando —se limitó a informar el hombre, entonces señaló hacia la planta superior donde se encontraba la oficina del jefe—. ¿Nick está en su oficina?

—Sí —respondió Elphet con un ligero asentimiento de cabeza—, acabo de oírlo discutir con Arion, al parecer el demonio tiene problemas para aceptar su nuevo encargo.

Nishel arqueó una ceja ante la aseveración. Arion Catrides era uno de los pocos miembros

de la Agencia, que al igual que Riel, eran escogidos solamente para encargarse de aquellas solicitudes más especiales.

—¿Alguna idea de por qué?

Antes de que la chica pudiese decir alguna cosa, se oyó una pequeña explosión, seguido de un portazo y pequeños trozos de cristal cayendo como lluvia de uno de los ventanales superiores a los que no tardó en seguir el sonido de unas botas de combate pisando fuerte en el piso superior.

—Solo sé que lo ha cabreado —murmuró entonces la muchacha señalando lo evidente.

—¡Ey, Arion! —lo llamó Nishel con un grito—. ¿De qué humor está el jefe?

—¡Qué te jodan! —respondió el hombre con un bufido antes de desvanecerse en el aire.

—Bien, es un humor que puedo afrontar —aceptó Nishel volviéndose a las chicas con un guiño—. Chicas, voy a ver si puedo evitar que el jefe consiga el suicidio de alguien más.

—Ten cuidado, Nish —le pidió Aine despidiéndolo con la mano.

—Procura no cabrearlo más —añadió Elphet mirando hacia el piso de arriba—, o no habrá quien lo aguante.

Mirando a la muchacha con renovado respeto por su respuesta, obviamente era una de las nuevas conquistas de Nick, se dirigió al ascensor para dar tiempo a su jefe de relajarse.

Nickolas Hellmore solía ser una persona calmada, racional hasta que alguien venía a arañarle las pelotas y esta semana ya había soportado suficiente. Enderezando el cuadro de la pared detrás de su escritorio, suspiró, sobre la mesa tenía todavía un montón de solicitudes que mirar, la mayoría irían directamente a la basura, pero las otras, aquellas tendría que mirarlas con mucho cuidado y asignarlas a sus chicos, solo esperaba no tener que volver a imponerse como había ocurrido con Arion.

Un ligero golpeteo le obligó a levantar la cabeza para encontrarse con Nishel.

—Vaya, qué pena, pensé que habíais volado toda la oficina —comentó Nish pasando sin esperar invitación.

Nick esbozó una ligera sonrisa, el ángel caído era uno de sus refuerzos, se había negado a pertenecer a la plantilla de la agencia pese a que le había ofrecido un puesto, aludiendo a que tantas normas no eran buenas para su salud. Con todo, solía echar una mano cada vez que lo llamaba, además de ser un buen amigo de Riel. No dejaba de ser irónico tratándose de un ángel y un demonio.

—Cuando desee hacer una redecoración, os llamaré a ambos —aseguró Nick dejando su escritorio para ir a recibir al hombre—. ¿Qué te trae por aquí?

Nishel estrechó la mano del hombre. De más o menos su misma altura y complexión, los ojos azules de Nickolas, unidos al largo pelo rubio y el aspecto totalmente informal del hombre, camiseta y vaqueros hacían difícil pensar que aquel chico de alrededor de los treinta y cinco era el jefe de todos los demonios que se movían por el edificio.

—Se trata de Riel y su asignación, Eireen.

Nick arqueó ligeramente una de sus cejas, se acercó al escritorio y se dejó caer contra él cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Qué ocurre?

No era común que Nishel apareciese por la Agencia sin haberlo llamado, y mucho menos que lo hiciera para hablar de Riel.

—¿Cuándo expira su contrato?

Frunciendo el ceño, se frotó la barbuda mandíbula.

—Con el próximo amanecer, ¿por qué? —insistió curioso.

Nish frunció el ceño y resopló.

—Quizás no sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

Llegados a este punto, Nickolas empezaba a impacientarse.

—Porque es posible que Riel haya roto con su cliente una de tus normas favoritas —aseguró Nish, sus labios empezaron a curvarse en una irónica sonrisa—. No implicarse afectivamente con la cliente.

La curiosidad de Nickolas dio paso a una sombra de preocupación.

—Explícate.

Nishel se encogió casualmente de hombros.

—Anoche me pidió ayuda con la chica —respondió al tiempo que empezaba a caminar por la oficina—, había coincidido anteriormente con los dos y pude conocer a Eireen —Nish se volvió entonces hacia el líder de la Agencia—, esa muchacha tenía unas cicatrices inmensas, profundas como nada que haya visto antes y como me lo pidió Riel, acepté echarle una mano. La chica se mostró cohibida al principio, buscando a menudo a Riel, pero ese no es problema… el caso es que cuando me la follé, Riel estaba allí mirando y Nick, lo que vi en sus ojos… eso es jodido, tío. Creo que si no hubiese sido yo, me habría hecho picadillo. Prácticamente la estaba reclamando como suya.

Nish negó con la cabeza.

—Tu hombre se ha enamorado de esa humana —aseguró con todo el aplomo que pudo—, sé qué hará lo que tiene que hacer y que borrará su tiempo con ella de su mente, pero quizás fuese buena cosa que lo vigilaras después de que regrese, o darle quizás unas vacaciones.

Nickolas frunció el ceño, pensativo. Lo que le estaba contando Nishel no eran buenas noticias, precisamente, una de las normas que tenían que acatar los agentes, era no involucrarse sentimentalmente con el cliente… a veces podía resultar difícil, especialmente cuando había sexo de por medio, o como en el caso de Eireen Mars, su caso requería de la mano experta de un demonio especial, alguien capaz de leer las emociones.

—¿Y la muchacha?

Nishel le dedicó una mirada que lo decía todo.

—Ella ha sido la primera en caer rendida a sus pies —aseguró—. No sé, Nick, Riel es mi amigo y no deseo verlo sufrir, pero… esa muñequita tampoco lo merece, ya ha padecido bastante.

Nickolas arqueó una dorada ceja ante la defensa del ángel caído.

—Esa mujer es humana, Nishel —le recordó con un resoplido—. Y Riel es el mejor agente que tengo…

El hombre se encogió de hombros.

—Quizás esté viendo más de lo que hay en realidad —comentó encogiéndose de hombros.

Nick negó con la cabeza.

—No, amigo mío. Posiblemente hayas dado justo en el clavo.

—Si puedo ayudar en algo…

Nickolas esbozó una cansada sonrisa.

—Has hecho lo que podías hacer, Nishel —aceptó con un suspiro—. Ahora solo queda esperar y ver qué ocurre, ya veremos si es necesario tomar cartas en el asunto o se soluciona todo por sí mismo.

—Oh, demonios… no vuelvo a levantarme más, lo juro, me quedaré aquí sentada y dejaré que se me congele el culo.

Riel sonrió y se deslizó suavemente hacia el lugar donde Eireen había decidido quedarse a descansar. La muchacha había dicho la verdad al decir que no se había puesto unos patines en su vida, pero el verla intentarlo había sido una experiencia realmente única.

Después de abandonar su hogar, orgulloso por la manera en que ella se las había arreglado con su ex, Riel la había llevado a uno de sus lugares favoritos, uno al que solía retirarse cuanto quería estar solo, uno que realmente quería compartir con ella.

—Ven, dame las manos —se colocó ante ella, anclando las cuchillas de los patines al hielo para evitar resbalar él también cuando la levantara—. Lo estabas haciendo bien, cariño.

—De maravilla —se quejó maniobrando para ponerse de rodillas, tomar sus manos y clavar la punta de la cuchilla de uno de los patines en el hielo tal y como le había enseñado, antes de permitir que tirara de ella—. Empiezo a convertirme en una experta en patinaje sobre suelo.

Una vez de pie suspiró, bajó la mirada a sus piernas y se sacudió los rastros de hielo que habían manchado las medias.

—Creo que tendrás que comprarme un par de medias nuevas —aseguró sacudiéndose lentamente.

—¿Te has hecho daño? —preguntó inclinándose sobre ella.

—¿Cuentan las ochenta y cuatro veces que he dado con el culo en el suelo? —respondió con una divertida sonrisa—. No, estoy bien, Ri, no te preocupes.

Riel se sorprendió ante el diminutivo que acababa de utilizar Eireen de su nombre, era la primera vez que lo llamaba así, especialmente con el tono suave y tibio que encontraba siempre en su voz.

—Pero sabes, creo que me apetece mucho sentarme en algún lado —aseguró con una sonrisa, sujetándose de sus brazos para evitar caerse—. En alguno donde mi culo no acabe del mismo color que el lago, blanco.

Riendo, la rodeó con el brazo por la cintura y la condujo hacia la orilla del lago helado a donde la había llevado a patinar, guiándola hacia el tocón de madera que les había servido anteriormente de banco.

Eireen echó un nuevo vistazo al paisaje que los rodeaba, no tenía la menor idea del lugar en el que estaban, pero podía apostar lo que fuera necesario a que aquello no tenía nada que ver con el condado de Richland. Los árboles estaban desnudos, vestidos de blanco, la nieve cubría los alrededores, a excepción del camino y los bordes del lago en donde podía verse todavía la hierba seca. El lago en el que habían estado patinando estaba completamente congelado, no debía de tener más de veinte o treinta metros cuadrados pero había resultado ser un lugar encantador donde había reído y disfrutado como cuando era niña.

—Sabes sería fantástico ahora, un chocolate calentito —aseguró dejándose caer sobre el tronco, empezando a sacarse los guantes de lana y el gorro que había encontrado en los bolsillos de su abrigo. Su mirada no dejaba de contemplar los alrededores, embelesada—. Es precioso, ¿cómo sabías de un lugar así? ¿Y dónde está, por cierto?

—Lo encontré por casualidad durante una excursión —aceptó mirando a su alrededor—. Hubo una temporada en la que viví por aquí.

—¿Y esto es? —insistió ella.

Riel sonrió y le apartó el pelo de la cara.

—Kearny, Nebraska.

Eireen abrió la boca y volvió a cerrarla varias veces.

—Ne… ¿Nebraska?

Sonriendo ante la dificultad de palabra de su compañera, la rodeó con el brazo y la atrajo hacia él.

—Ser un demonio tiene sus ventajas, nena —le aseguró bajando su boca sobre la de ella.

Eireen suspiró, todavía no acababa de acostumbrarse a toda aquella historia del demonio. Su mirada recorrió el rostro masculino.

—¿Por eso escondes el tatuaje de tu rostro? ¿Para qué no sepan lo que eres?

Riel se acarició la cara allí donde estaba el tatuaje, invisible en su aspecto humano.

—Es más fácil pasar desapercibido entre los humanos si no tienes un símbolo tribal marcándote el rostro.

Ella asintió, aunque todo aquello se escapaba a su entendimiento.

—No sé si entiendo el concepto de los demonios, Riel, tú… Nishel… vosotros parecéis humanos —murmuró sacudiendo la cabeza—. En realidad, si no me hubieses dicho lo que eres realmente, nunca habría adivinado la diferencia.

—Eso es precisamente lo que nos hace tan buenos y lo que nos permite mezclarnos en vuestra sociedad —aceptó sonriéndole—. En cierto modo, la agencia nos permite eso, nos da una identidad, si no la tenemos y nos permite conocer el mundo en el que vivimos como lo es realmente.

—¿Qué quieres decir?

—Imagínate por un solo instante, que un humano, por el motivo que fuese, descubriera que en realidad no está solo como piensa, que además de su raza hay otras con habilidades superiores a las suyas, místicas en realidad —empezó a explicarle lentamente, buscando las palabras—, no todo el mundo es tan confiado y abierto como tú, Eireen, el miedo es la peor arma de la humanidad, de cualquier raza, en realidad y lo que puede hacerse en nombre de ello, puede resultar más aterrador que el simple hecho de existir.

—Experimentos, pruebas… —asintió entendiendo, estremeciéndose al mismo tiempo al pensar en que algo como aquello pudiese pasarle a él—. Y luego dicen que las películas son eso… películas.

—Toda leyenda nace de alguna verdad, por muy pequeña que sea, cariño —le aseguró—. Todo tiene explicación, solo hay que saber encontrarla y aceptarla por lo que es, nada más.

Ella asintió y suspiró.

—Has tenido suerte conmigo, está claro que soy una friki.

Riel se echó a reír.

—Tú no eres una friki —le frotó la espalda—. Tú tenías la ventaja de haber estado conmigo antes de saberlo… eso te permitió ver las dos partes de la ecuación.

Eireen frunció el ceño.

—No he entendido nada de lo que acabas de decir, genio —negó ella estirando las piernas —, creo que el frío de aquí está empezando ya a embotarme las neuronas.

—Podemos irnos cuando quieras —le ofreció.

Eireen se apoyó contra él y negó con la cabeza.

—Solo un ratito más, este lugar es tan tranquilo, me encanta —aceptó con un suspiro.

—El tiempo que quieras.

—¿Riel?

Lo llamó entonces.

—¿Sí?

—¿Qué harás cuando termine el contrato?

La pregunta cayó entre ellos como una losa, dejándolos a ambos en silencio durante un buen rato.

—Tendré que pasarme por la agencia, para hacer el papeleo —respondió con lentitud, su voz firme pero inflexiva.

Eireen cayó, tratando de encontrar la fuerza para formular la siguiente pregunta.

—Volveré a verte… después —murmuró en voz baja, tanto que no sabía si él la había oído.

Riel luchó con el deseo de mentirle, de decirle que sí, que volvería a ella, que seguirían viéndose, pero aquello había sido una cobardía, Eireen no se merecía aquello, se merecía recordar los días que habían pasado juntos, las risas que habían compartido, las noches de pasión, sus broncas… merecía poder recordarle a él, nítidamente y no solo a alguien con el que había pasado unos días, un ser anónimo que quedaría olvidado en su memoria a medida que pasara el tiempo, permaneciendo tan solo la sensación de que algo había cambiado en su vida, pero sin saber qué había sido realmente.

—No, Eireen —respondió por fin—. No creo que volvamos a vernos.

Ella apretó los labios un instante, entonces dejó escapar el aire lentamente y asintió.

—Entiendo —aceptó con voz suave, sin reproches, sin explicaciones, solo tibia aceptación.

Riel sacudió la cabeza y se volvió hacia ella.

—No, cariño, no creo que lo entiendas —aceptó Riel en un bajo susurro, entonces se volvió hacia Eireen, quien mantenía la cabeza baja, mirando sus patines blancos—. Eireen.

—¿Qué? —la oyó susurrar sin levantar siquiera la mirada.

A Riel se le rompió el corazón al sentir el dolor procedente de su interior.

—Mírame.

Luchando con las lágrimas, ella alzó la mirada. Sus ojos verdes brillaban hablándole de soledad, pena y dolor.

—Lo siento.

—¿Por qué? —preguntó con voz ahogada.

—Te estoy haciendo llorar —le sonrió con tristeza.

—No es verdad —negó ella respirando profundamente, entonces compuso una sonrisa en su rostro—. Tú nunca me haces llorar… me sacas de mis casillas, me llevas la contraria, te sales con la tuya… pero nunca me haces llorar.

Asintiendo ante su fortaleza, Riel se puso en pie, en un abrir y cerrar de ojos sus botas de patinaje habían sido sustituidas por sus zapatos.

—Eireen… aún no son las doce, y faltan varias horas hasta entonces… —empezó a decirle.

Ella sonrió, con esa mirada hechicera.

—¿Qué fantasía vas a cumplir hoy para mí?

Riel le devolvió la sonrisa y tiró de ella hacia arriba.

—No lo supe hasta esta mañana, cuando te mostré mi verdadera forma y te pusiste tan caliente que me dieron ganas de follarte allí mismo —aceptó lamiéndose los labios sin dejar de mirarla—. Esta noche te pediré de nuevo que me cedas tu voluntad… y te amaré como solo un demonio sabe hacerlo.

Eireen sonrió.

—No podía esperar menos de ti.

CAPÍTULO 18

Eireen se miró en el espejo del tocador, sonriendo y sonrojándose de anticipación mientras contemplaba su aspecto, se había bañado y perfumado y finalmente se había puesto el sexy *babydoll* que Riel había comprado para ella el mismo día en que se conocieron, desde que había visto la bolsa, esta había quedado relegada a un lado del tocador, al igual que su demonio de peluche, el cual la mirada con gesto embobado desde el otro lado.

El color y el acabado de la lencería realzaba sus pechos y el color de su piel, el corte de las copas del sujetador era tan bajo que solo un dedo de tela menos rebelaría sus endurecidos pezones, una gasa negra caía en capas quedando abierta en el centro, permitiendo la visión de su ombligo y de la diminuta tanga a juego.

Por primera vez se encontraba realmente sexy, se gustaba a sí misma con aquella clase de ropa íntima, quizás, porque el único que iba a verla y a quitársela era el hombre por el que ardía.

Su mirada verde cayó entonces sobre el demonio de peluche, haciéndola sonreír. Sin duda toda una ironía teniendo en cuenta quién era el hombre al que fingía representar, al que ella siempre había estado refiriéndose como un demonio cuando en realidad, eso era lo que era.

Se estremeció, no había miedo, temor o ansiedad en ese gesto, solo anticipación. Eireen lo había visto tal y como era, Riel no había dudado en mostrarle su verdadero rostro, uno que había encontrado más sensual que aterrador, una realidad que la había dejado más caliente que asustada… ¿Qué tenía aquel hombre que, confesándole que era un demonio, uno de verdad, la dejaba tan caliente como el infierno en vez de hacerla huir en dirección contraria? ¿Había alguna explicación racional para aquello?

—No, no la hay —se dijo a sí misma, contemplando su reflejo—. Nada de lo que ha pasado estos días podría, ni en mil años, encajar dentro de lo que se considera racional.

Con un suspiro, se dejó caer en el taburete y miró con gesto asqueado la tableta de píldoras anticonceptivas que había estado tomando últimamente recetadas por su ginecólogo, aquel medicamento llevaba dándole problemas los últimos quince días, al final tendría que volver a la consulta para que le recetara otra cosa, o prescindiría de ellas. Negando con la cabeza, abrió uno de los cajones y las lanzó dentro, sacando en su lugar una caja de condones.

Una chica nunca sabía cuándo iba a necesitarlos. O quizás sí.

Atusándose el pelo, se giró en redondo y sonrió ante la mesa camilla en la que habían cenado la primera noche, la cual estaba cubierta con un bonito mantel, dos copas de vino y una improvisada hielera con una botella de vino, además de una bandeja con algunos entremeses con los que podrían pasar el rato, no había que ser un lince para saber que seguramente ni tocarían la comida.

Eireen dejó el tocador y se acercó a la mesa, comprobando que todo estuviese a punto, tomó un taquito de queso y empezó a saborearlo cuando oyó abrirse la puerta de su habitación y toda posible hambre de comida cambió inmediatamente de dirección.

Riel acababa de salir de la ducha, el pelo ligeramente húmedo caía sobre sus ojos de un profundo color rojizo, el tatuaje de su rostro brillaba a la luz, cambiando de negro a un tono rojo más oscuro según el lugar desde donde se mirara, su piel, de un bonito tono canela brillante asomaba por la abertura de la bata negra de seda que ella había vestido una vez, enmarcando sus

delgadas caderas y dejando ver sus bien formadas pantorrillas, Eireen no pudo evitar la ironía al pensar que esa bata, cuando se la puso ella, le había quedado más bien corta y él en cambio, la llenaba a la perfección. Maldito demonio, sonrió para sí.

—Sabía que estarías endiabladamente hermosa con ese conjunto —su voz sonó ronroneante, más profunda y oscura de la que la tenía en su forma humana.

—Debo admitir que tienes buen gusto —aceptó pasando las manos con gesto nervioso por la tela.

—Eso siempre, Eireen —aseguró y caminó lentamente hacia ella, como si quisiera darle tiempo a acostumbrarse a él nuevamente.

—No andes como si pisaras huevos a mi alrededor, Riel —lo sorprendió entonces ella enlazando las manos a la espalda—. Eso me pone más nerviosa que si vienes directamente y me abrazas.

Riel no necesitó escuchar su orden dos veces, en dos zancadas la tenía ya en sus brazos, mordisqueándole el cuello, deslizando sus manos por sus pechos, su espalda y ahuecándolas en sus nalgas para atraerlo a la dura erección que ya alzaba la bata.

—¿Qué te parece si pasamos de la cena y vamos directamente al postre?

Ella se rio en sus brazos, rodeándole el cuello, separándose para verle el rostro, permitiéndose acariciar el tatuaje que cubría la mitad de su cara.

—Eres guapísimo, ¿lo sabías? —le susurró ella delineando el tatuaje con la yema de sus dedos—. Me encanta este tatuaje, te da un aspecto… *ñam*.

Riel se echó a reír ante el ronroneo abiertamente sensual.

—Sin duda, eres única con las palabras, cariño.

Eireen se sonrojó y acercó la boca a la suya, capturando sus labios en un tierno beso.

—No me he tomado la píldora —le susurró entonces, mirando sus ojos—. No me ha estado sentando bien, ¿te importaría utilizar preservativo?

Riel volvió a besarla, apretándola más contra él.

—No tiene importancia, como te dije el primer día, no es necesario —le susurró al oído, mordisqueándole la oreja—. Eres humana, yo un demonio… no podemos procrear.

—Oh —fue todo lo que se le ocurrió decir a Eireen en esos momentos.

—Esta noche no deseo que haya nada entre tú y yo, nada que me mantenga separado de ti —susurró lamiéndole la oreja—. Necesito tenerte, grabarme a fuego en tu piel, borrar la huella de cualquiera que te haya tocado, te quiero para mí, solo para mí… por una única vez, quiero ser egoísta.

Ella jadeó ante los eróticos susurros que vertía en su oído.

—Quiero amarte, despacio, con ternura y deseo follarte, rápido y duro, oírte gemir mi nombre cuando culmines solo para comenzar de nuevo —insistió resbalando las manos a sus nalgas, masajeando los dos globos, rozándola contra su erección—. Abrazarte y no soltarte hasta que no me quede más remedio.

—Me gusta el plan —gimió derritiéndose con sus caricias—. Pero ¿qué tal si cenamos primero?

Riel gruñó y la tomó por las nalgas, alzándola de modo que no le quedase más remedio que echarle las manos al cuello y rodearle el cuello con los brazos para no caerse.

—Al diablo la cena, Eireen, te deseo ahora —jadeó a escasos centímetros de su boca—. Por completo, totalmente, entrégame el poder para poder hacerlo… te lo ruego.

Eireen se sintió derretir, tocada en lo más hondo por la súplica masculina.

—El pacto —murmuró ella.

Riel asintió, mordisqueándole el cuello, la clavícula hasta alcanzar los montículos de sus senos.

—Entrégame tu voluntad, tu confianza, tu alma hasta el amanecer, y grabaré en tu cuerpo para siempre como te ama un demonio —ronroneó lamiéndole los pechos por encima del sujetador—. Dame tu voluntad… y quédate con la mía hasta el amanecer.

Ella se sorprendió, aquello no era parte del pacto, lo sabía y con todo, Riel se estaba arriesgando a ofrecerle a ella lo mismo.

—Mi voluntad es tuya, Riel —susurró buscando sus ojos—, ahora y siempre.

Abatido en lo más profundo de sí mismo por aquello que encontró y no deseaba ver en sus ojos, la apretó contra sí y poseyó su boca sellando el último pacto de su contrato.

Ella sabía dulce, pura pasión bajo sus manos, a su alrededor, era todo lo que necesitaba para perderse en aquello en lo que ni siquiera debería pensar. Estaba rompiendo las reglas, lo sabía, la noche anterior había sido consciente de los celos injustificados que había sentido al verla con Nishel, estaba trasgrediendo la más importante de las normas e iba a salirle caro.

«No implicarse nunca sentimentalmente con la cliente».

Riel estaba implicado, lo sabía, lo sentía cada vez que la tenía en sus brazos, cada vez que la miraba y deseaba borrar la tristeza de sus ojos, de su alma y ahora, nada más despuntar el alba tendría que dejarla, alejarse de ella y llevarse consigo aquellos momentos compartidos, dejándole solamente un murmullo de lo que podría haber sido.

Así lo estipulaba el contrato, así funcionaba la empresa, había hecho aquello infinidad de veces, pero ni una sola, hasta ahora, había conocido a alguien como Eireen.

Obligándose a hacer a un lado sus pensamientos, se concentró en la maravillosa mujer que tenía debajo, si aquella era la última noche que tendrían juntos haría que valiese la pena.

—Eres preciosa, Eireen —susurró contemplando su rostro, observando los brillantes ojos verdes—, hermosa de verdad.

Ella sonrió suavemente, recordándole lo dulce y tierna que era.

—Te deseo —susurró, contemplando su cuerpo, sintiendo el calor de su piel—. Estoy deseoso de hundirme en ti, quiero que me acojas hasta la empuñadura, deseo follarte toda la noche, hacerte gritar una y otra vez… Nena, espero que estés preparada para ello.

—Contigo, parece que siempre estoy preparada para cualquier cosa, demonio —ronroneó ella enlazando sus brazos alrededor del cuello masculino, anclando su pierna en la cadera masculina para obligarlo a girar sobre la cama, intercambiando sus posiciones, quedando ella arriba—. Pero ahora, soy yo la que desea algo, Riel… y me estoy muriendo por probarlo, sé bueno y déjame a mí primero.

Emitiendo una sonora carcajada, extendió sus brazos a ambos lados de la cama, se los llevó tras la cabeza y se estiró cuan largo era sobre la cama.

—Soy todo tuyo, cariño, disfruta.

Eireen sonrió y se lamió los labios, su mirada deslizándose ya hacia la parte de su amante que llevaba enloqueciéndola desde que la vio en toda su gloria aquella misma mañana en el baño.

Aquella enorme vara de carne firme y gruesa, con un tono canela brillante rodeado de perfectos e intrincados diseños tribales había captado la atención de Eireen por completo, lamiéndose los labios una vez más se acercó lentamente, gateando por encima de su cuerpo, montando a horcajas sobre su estómago mientras se inclinaba hacia delante y apartando el pelo

tras la oreja, deslizó la mano por la suave y durísima polla de Riel.

Ella gimió de excitación, el solo hecho de acariciar el miembro masculino la estaba excitando como nunca, podía sentir como se mojaba, empapando el tanga, sus pechos pesados y oprimidos en los confines de las copas del sujetador. Lentamente, como si tuviese miedo de que se esfumara entre sus manos empezó a acariciarlo, deslizando los dedos por todo el tallo, dibujando sus tatuajes notando como engrosaba, como su cabeza se oscurecía y él temblaba, una gota de líquido blanquecino brotó de la punta y Eireen deseo probarlo. Sin pensárselo dos veces, pasó la lengua sobre esta, lamiéndola, saboreando el dulce y salobre tacto de su piel, sonriendo ante el gruñido masculino que oyó a su espalda antes de tomarlo en la boca y hacerlo enloquecer.

Riel se obligó a mantener los brazos tras la nuca, envolviendo sus dedos en el pelo para evitar moverse, la cálida boca de Eireen alrededor de su polla era más de lo que podía soportar, sus caderas querían pistonear solas, empujando en aquella húmeda funda que lo engullía y lo atormentaba con su lengua.

—Mierda… eres buena cariño… muy buena.

Eireen sonrió ante las entrecortadas palabras de Riel y lo lamió y chupó más fuerte, utilizando sus manos para acariciarlo mientras torturaba la punta de su polla con la lengua, lamiéndola igual que si se tratara de una sabrosa piruleta. La sensación de saber que tenía el poder la enardecía, ese magnífico hombre, ese demonio estaba totalmente rendido a sus pies, o a su boca en este caso y en todo lo que podía pensar era en obtenerlo todo de él.

Riel jadeó cuando la sintió chuparlo con más ahínco, succionándolo, chupándolo, amamantándose de su polla como una niña hambrienta, conduciéndolo inexorablemente hacia el final.

—Eir… cariño… si sigues así… voy…voy a correrme.

Ella gimió, soltó un instante su polla, se lamió los labios y se volvió por encima del hombro con una hechicera sonrisa.

—Eso es precisamente lo que quiero —le aseguró antes de volver a tomarlo y succionarlo profundamente, hasta la garganta para solo volver a retirarse y repetir el proceso.

—Diablos… —gimió él estirando los brazos a ambos lados, aferrándose a las sábanas, cuando el orgasmo más potente de su vida cobró vida en su interior, disparando su esperma directamente en su boca.

Eireen gimió y empezó a retirarse a medida que tragaba el potente chorro de su corrida, terminando por lamer la cabeza de su polla cuando esta se deslizó de sus labios todavía medio erecta.

—Todavía estás duro —gimió lamiéndose los labios.

Todo lo que Eireen oyó de él fue un fuerte gruñido antes de sentir una de sus fuertes manos empujando su rostro hacia la cama, mientras la otra enlazaba los dedos en la tira del tanga haciéndola a un lado solo para gemir cuando la boca de Riel entró directamente en contacto con su ya goteante coño.

—Eso es… trampa —gimió meneando el trasero contra su rostro, mientras se sujetaba con desesperación a las sábanas de la cama, gimiendo y jadeando mientras él se daba un festín con su coño.

Riel la lamió a placer, gruñendo ante su sabor, devolviéndole el trabajo que había hecho ella en su polla con el toque especial de su maestría, llevándola al límite, aguantándola ahí para hacerla retroceder y empezar de nuevo. Su lengua la penetró imitando el acto sexual, chupándola, ayudándose finalmente con dos dedos, follándola sin piedad hasta que gritó su nombre en su liberación.

Eireen no estaba segura de poder hilar un solo pensamiento después del orgasmo que la boca de su amante había provocado, pero él todavía no había terminado con ella, en realidad no había hecho nada más que comenzar.

—Levanta un poco el trasero, quiero follarte desde atrás —le oyó murmurar mientras tiraba de la tira de la tanga para apartarla lo suficiente y penetrarla de una sola estocada, hundiéndose hasta prácticamente la empuñadura haciéndola gemir—. Así, dios… estás apretada… mojada…

—Me estás matando —gimió ella incorporándose sobre sus brazos—. ¿No podías haberme quitado primero las bragas?

—Esto es más excitante —le guiñó un ojo y lentamente, empezó a moverse en su interior, marcando el ritmo—. Oh… dioses… sí.

—Ah… demonios —gimió ella apretando la sábana entre sus dedos, agachando la cabeza en un ahogado jadeo cuando él se retiró y volvió a embestir.

—Eireen, necesito follarte, rápido y duro, nena —gimió él apretando sus caderas, aferrándola contra su polla—. Te prometo que después iremos más despacio, pero…

—Fuerte, duro, ahora —gimió ella con desesperación—. Por favor.

Apretando los dientes, Riel se dejó ir dándole a su compañera lo que necesitaba, bombeando en su interior con intensidad suficiente para empujarla a ella también, sus gemidos se convirtieron en audibles jadeos, gritos de ánimo para que se implicara más, para que le diera más y él no pudo más que estar a la altura de lo que le pedía.

—Más… más… sí, así… oh, dios… más —gemía ella, enloquecida de deseo—. Voy a correrme, Riel, por favor…

—Shh… solo un poco más —gimió él empujando con fuerza, el sonido de la carne golpeando contra carne inundaba la habitación.

Y entonces lo sintió, el orgasmo de ella a punto de hacer erupción arrastrándole a él consigo en un asombrosa explosión, permitiéndole una vez más liberar su poder y enviarlo a su interior, borrando cualquier rastro, por pequeño que fuera del dolor de Eireen, sustituyéndolo por esperanza.

Agotado se dejó ir a un lado, jadeando, trayéndola con él a sus brazos. Necesitaba abrazarla, acunarla, saber que por el momento todavía era suya.

—Eso ha sido… creo que mañana, sí que no podré moverme —se rio entre dientes, volviéndose para apoyar la cabeza en el pecho masculino.

—Ven aquí —la atrajo hasta él, abrazándola, envolviéndola contra su cuerpo—. Deseo sentirte pegada a mí.

Ella sonrió y se acurrucó un poco más, entrelazando las piernas con las de él.

—Desearía que pudiéramos estar así… más veces —susurró ella en voz baja.

Riel no respondió, no deseaba mentirle, no deseaba que nadie, ni siquiera ella, le recordase que tendría que partir con la llegada del alba.

—¿Riel?

Apretando los dientes, rogando porque no le preguntase aquello que ninguno de los dos quería saber, se volvió hacia ella, para mirarla.

—Dime.

—Estoy aquí, todavía estoy aquí —le susurró en voz baja, su mirada tierna y triste, conocedora de lo que estaba por venir y con todo, tratando de consolarlo a pesar de todo.

—Mi niña —la abrazó, besándole los ojos, la nariz hasta encontrar sus labios—. No pensemos en ello, solo… solo quédate conmigo y deja que te haga el amor.

Eireen le devolvió el beso y suspiró.

—Lo estoy deseando —susurró, rodeándole con los brazos.

Esta vez la tomó suavemente, penetrándola muy lentamente, como si deseara prolongar aquella unión eternamente, amarla eternamente.

—Siempre estarás en mi alma, Eireen —le susurró cuando estuvo profundamente alojado dentro de ella—. Siempre, mi muchacha.

—Riel —susurró ella, abrazándolo, recibiéndolo y acompañándolo con cada nuevo empuje, amándose lentamente hasta que en lo único que pudo pensar fue en ellos dos, unidos y amándose.

Riel se había sentado en el alfeizar de la ventana del dormitorio, esperando la llegada del alba, contemplándola, inocente en su sueño. Se había dormido hacía apenas unas horas, acurrucada entre sus brazos, lágrimas silenciosas deslizándose por sus mejillas, lágrimas que ella no había visto derramar pues lo había hecho durante su sueño, echándolo de menos inconscientemente, sabiendo que se iría, pero sin poder recordarlo en cuanto despertara.

No había tenido valor para decírselo, para robarle los pocos recuerdos que había creado para ella, la oscuridad de su interior había desaparecido, quizás no por completo, aquellas cicatrices nunca desaparecían por completo, pero sí lo suficiente como para que empezase su vida de nuevo, para que escogiese su propio camino con la frente en alto y más seguridad en sí misma.

Solo lamentaba no estar allí para verlo, pero aquella era otra de las normas de la Agencia, una que tendría que acatar.

Los primeros rayos del alba tiñeron el horizonte, acariciando su propia alma, liberándolo del contrato que lo había anclado a su lado durante tres días, los mejores tres días de su larga vida.

Riel se volvió entonces hacia la figura femenina que dormía en la cama, sonrió e inclinando la cabeza en un gesto de respecto, se desvaneció.

—Adiós, Eireen. Sé feliz.

EPÍLOGO

Nickolas observó una vez más el dosier que tenía ante él, lo había repasado unas diez veces y no conseguía ver cómo diablos podía haber sucedido aquello, el nombre de la solicitante parecía brillar sobre la blanca hoja de papel, aumentando el dolor de cabeza que le había entrado aquella misma mañana cuando había visto el impreso encima de su mesa.

No se trataba solo de que la persona que había hecho la solicitud no debería de haber conseguido siquiera encontrar la página web para rellenar una vez más el formulario, ni tampoco conservar rastro alguno de su anterior correo electrónico, aquello simplemente no sucedía, no había ocurrido ni una maldita vez en todo el tiempo que llevaba al frente de la empresa y en cambio, ella no solo lo había hecho posible, si no que los requisitos que había escrito nunca deberían haber sido elegidos.

Era parte del programa, cuando uno de los agentes terminaba el contrato, todo rastro de su identidad era borrado del subconsciente de la cliente, todo lo que la mujer recordaría era haber pasado un buen rato, o haber superado sus problemas, pero el nombre que hubiese tras el que había conseguido aquello, no solo no existiría para ella, ni siquiera debería recordarlo.

Nick resopló y se echó hacia atrás en la silla, cruzando las manos sobre su plano abdomen, si aquella solicitud ya era extraña de por sí, todavía lo era aún más el documento adjunto que había llegado con ello, un documento que había destruido inmediatamente después de haberlo leído y haberle provocado una apoplejía. Aquella inofensiva hoja de papel, en cuyo encabezado habían escritas unas palabras dirigidas a él, lo había desarmado por completo hasta el punto de llevarlo a decidir romper todas las malditas reglas de la agencia.

Un ligero golpeteo seguido del rechinar de la puerta al abrirse anunció la llegada de la persona a la que estaba esperando.

—¿Me estabas buscando?

Nick alzó la mirada al hombre que permanecía de pie al lado de la puerta, moreno, vestido con unos sencillos vaqueros y una camiseta debajo de la cazadora de cuero, no se molestaba en ocultar su identidad, el tatuaje que le cubría la mitad del rostro, acariciando su mano y los ojos rojo sangre eran un indicativo tan claro de su raza, como el suyo propio.

—Pasa y siéntate, Blackmore —lo recibió señalando una de las dos sillas delante de su escritorio—. ¿Qué tal las vacaciones, por cierto?

Riel cerró la puerta tras de sí y caminó lentamente hacia una de las sillas, tomando asiento con desgana. ¿Vacaciones había dicho? El último mes había sido un maldito infierno, literalmente, se había vuelto irascible, prefiriendo estar solo, negándose a las invitaciones de Nishel para irse de fiesta, solo había podido pensar en una cosa, en una mujer y el conocimiento de que ella no lo recordaría siquiera, escocía tanto como una herida a la que le hubiese sido aplicada sal.

Había tratado por todos los medios quitársela de la cabeza, había llegado a rogarle incluso a Nickolas que le diese alguna nueva misión con la esperanza de que aquello le hiciese olvidarse de Eireen, pero su jefe no solo se había negado, sino que después de quince días de aguantar su mal humor, lo había enviado de vacaciones, un maldito mes de vacaciones.

—No necesitaba vacaciones —refunfuñó y cruzó las piernas—. ¿Por fin tienes algo para

mí?

Nickolas lo miró por debajo de sus espesas cejas y frunció los labios antes de asentir.

—Oh, sí —aceptó él echando un vistazo al papel que tenía sobre la mesa—. Sí tengo algo.

Riel se echó hacia delante tratando de alcanzar el papel para ver de quién se trataba y cuáles eran los requisitos, pero Nick se le adelantó.

—Pero antes, hay algo de lo que tenemos que hablar —le aseguró abanicándose con el papel, sus ojos fijos en los del demonio—. Sobre tu última asignación y sus obvias repercusiones.

Riel apretó los dientes, aquello era precisamente una de las cosas por las que se había negado a quedar con Nishel, sabía que en el momento en que viese otra vez a su amigo terminaría con la paliza que había tenido intención de darle cuando el ángel caído le había confesado, justo después de que terminase el contrato y volviese a la agencia para hacer el informe, que había hablado con Nick sobre el peligro que había corrido en esa misión. Nishel le había echado en cara que se había enamorado de la mujer rompiendo la primera y más importante regla de todas: no vincularse sentimentalmente con su cliente. La respuesta de Riel había sido darle un puñetazo, no porque hubiese corrompido su amistad, pues sin duda es algo que él mismo hubiese hecho si el caso fuera al revés, sino por atreverse a decir en voz alta lo que él había estado tratando de negarse con fervor.

Nickolas no había hecho ninguna mención al asunto cuando le había entregado el informe dando por finalizado el contrato, ni tampoco lo había presionado durante los quince días siguientes en los que había estado merodeando por la agencia como gato enjaulado. No, su jefe se había limitado a hacerlo venir a su oficina, al igual que ahora, y enviarlo directamente de vacaciones. No le importaba a dónde diablos fuera, le había dicho, pero no quería verlo durante los próximos treinta días por la oficina.

Bien, hoy era el día treinta y uno.

—No te andes con rodeos, ya sé que Nishel te vino con el cuento.

El hombre arqueó una de sus doradas cejas en respuesta.

—¿Y ha salido con vida después de ello?

—No por mucho tiempo.

Nick chasqueó la lengua y suspiró profundamente.

—¿Cómo has podido ser tan estúpido de implicarte con ella, Riel? Con una humana, nada más y nada menos.

Riel apretó los dientes, luchando con todas sus fuerzas por no decirle a su jefe lo que podía hacer con sus advertencias.

—Ahórratelo —se limitó a decirle con voz seria.

—Ojalá pudiera hacerlo, chico, pero es un poco complicado cuando acabo de recibir una nueva petición y debo enviarte a ti, ya que eres sin duda el único que podrá cumplir cada uno de los requisitos.

Riel se tensó y se maldijo a sí mismo por ello. Aquello era lo que había estado esperando, una excusa para volver al trabajo, para olvidarse de aquellos hermosos ojos verdes que lo acechaban en sus sueños y en sus pesadillas.

—Ya era hora —respondió, su voz totalmente inexpresiva.

Nick dejó escapar lentamente el aire y se volvió hacia el que sin duda era uno de sus mejores agentes.

—Entiendes que debes cumplir con todos los puntos del contrato, ¿verdad?

Riel bufó, pero Nickolas no le permitió escurrir el bulto.

—Conoces nuestro lema, Riel, en el mes que has pasado de vacaciones no ha cambiado; «Satisfacción Absoluta».

Los ojos rojo sangre del demonio se clavaron en los de su jefe, una mirada que Nick nunca había visto antes, la tristeza y la resignación en los ojos de su agente no iban a ser borrados por ninguna otra misión, lo sabía, hacía demasiado tiempo que lo sabía.

—Cuáles son los requisitos, Nick.

Nick sonrió y empezó a leer el papel que tenía entre manos.

—Requisito número uno —leyó alternando su mirada entre el papel y su compañero—. Debe ser un demonio, de pelo oscuro, unos profundos ojos dorados que adquieren la profundidad de la sangre en su verdadera forma, oh, por si sirve de algo, responderá al nombre de Riel.

Riel frunció el ceño, al escuchar el primer punto.

—Requisito número dos —continuó Nick—. Conocerá cada uno de mis defectos, los aceptará, como yo he aceptado sin desmayarme que él es un demonio. Creo que saldría ganando con el cambio, ¿no?

El corazón de Riel se saltó un latido, enderezándose se sentó sobre el borde del sillón, mirando el papel que tenía Nick en las manos con intensidad.

—Requisito número tres. Deseará que sean satisfechas cada una de sus fantasías, tal y como yo deseo hacerlas realidad.

Llegados a este punto, Riel empezó a negar con la cabeza.

—Tiene que tratarse de un error, es imposible, nadie puede solicitar el…

Nick le dedicó una mirada de advertencia por encima del papel.

—Todavía no he terminado, Riel —le avisó, sabiendo que el demonio conocía de primera mano lo poco que le gustaba ser interrumpido—. Requisito número cuatro. Sin duda, esta chica sabe hacer negocios. Debe ser totalmente libre de aceptar o no este contrato.

Riel parpadeó asombrado, su mirada siguió el papel cuando Nick lo bajó y lo dejó sobre la mesa, sus dedos tamborileando sobre el papel.

—¿Y el quinto requisito?

Nickolas cogió el papel y le dio la vuelta mostrando claramente que no encontraba lo que buscaba.

—No lo hay —aseguró con un ligero encogimiento de hombros.

—Pero eso no es posible, el formulario no se envía si no están todos los requisitos —aseguró Riel estirando la mano para coger el papel.

—Velo por ti mismo —le dijo entregándole el papel antes de volver a ocupar su despreocupado lugar en la silla.

En efecto, cada uno de los requisitos era tal y como Nickolas los había leído, y después del cuarto, la página estaba totalmente en blanco. Riel alzó la mirada hacia su jefe, sin comprender.

—No hay quinto requisito, Riel —le aseguró con un profundo suspiro, entonces abrió uno de los cajones de su mesa y extrajo de ellos una PDA junto con un sobre marrón y se los dejó delante—. Entiendes lo que eso significa, ¿no es así?

Riel se tensó… el último de los requisitos marcaba el tiempo estipulado para el contrato, su carencia…

—No hay tiempo para el contrato.

Nickolas asintió y contempló durante un momento al hombre.

—¿Alguna idea de cómo ha podido ella no solo recordarte, si no tener acceso de nuevo al formulario?

El demonio se pasó una mano por el pelo, él había cumplido con lo que debía hacer, su

última noche había sido su despedida, con su marcha, desaparecerían también sus recuerdos de él, se desdibujarían quedado tan solo un vago recuerdo, tal y como debía ocurrir, tal y como siempre ocurría.

—Cumplí con cada parte del contrato —aseguró, su mirada buscando la de su jefe—, ella no debía recordarme… mucho menos debía recordar mi nombre.

Nickolas suspiró y se frotó el mentón con el pulgar.

—No te preguntaré como ha descubierto que eres un demonio, confío en que sabrás arreglártelas con ello —aceptó con un leve encogimiento de hombros, entonces miró la PDA y el sobre y le entregó el papel con los requisitos—. Esa es tu nueva asignación, amigo mío, ve y asegúrate de que se cumpla nuestro lema, Riel.

El demonio no pudo hacer otra cosa que asentir mientras tomaba el papel, las cosas de encima de la mesa y se volvía todavía confundido hacia la puerta.

—Oh, y ¿Riel?

El hombre se volvió al oír su nombre, encontrándose una ladina sonrisa curvando sus labios.

—Enhorabuena —le aseguró con satisfacción—. Lo harás muy bien.

Asintiendo, sin saber muy bien a qué se refería, Riel abandonó la oficina, dispuesto a ir al encuentro de la mujer que llevaba grabada a fuego en su alma, la única que había conseguido romper las reglas por él.

Eireen suspiró, hizo un gesto de asco hacia el café con leche que tenía ante ella y ahogó la náusea que amenazaba con darle una vez más la mañana. Se había levantado temprano, en realidad, apenas había podido dormir, todo había ocurrido tan rápidamente que no estaba segura de qué era parte de su fantasía y qué realidad.

Hacía poco más de un par de semanas que había recuperado sus recuerdos, que había logrado que el velo que había caído sobre ella nublando aquel rostro masculino de ojos ambarinos, la profunda voz que la estremecía cuando hablaba, sus caricias, sensuales y calmantes, cuyo tacto era el único que conseguía sosegarla, el hombre que la había llevado al estado en el que se encontraba ahora.

Incapaz de tomarse aquel brebaje, se levantó y lo dejó ir por el desagüe del fregadero, abrió el grifo y dejó que el agua se llevase consigo el rastro del café, aquel era un gesto que, inconscientemente, lo había puesto bastante en práctica durante las pasadas semanas, como si el ruido del correr del agua pudiese aclarar su nublada mente, arañando los girones de niebla que desde la mañana en la que se había despertado desnuda en la cama, con el cuerpo completamente saciado por el sexo y sin tener la menor idea de cómo había llegado a aquel estado y con quién.

Aquello solo había sido el comienzo de su particular infierno.

Los días habían ido pasando envueltos en melancolía y en lágrimas que escapaban solas de sus ojos, el año nuevo la recibió en compañía de David y su novio Alex, pero ninguno había sido capaz de arrancarle una sonrisa, cuando David le había pedido que pidiera un deseo para el nuevo año, se había echado a llorar… ¡Y ella nunca lloraba! Jamás se había permitido llorar delante de él o de cualquier otra persona en muchísimo tiempo. Su hermano había decidido entonces quedarse con ella unos días, acompañándola y bromeando sobre el hecho de que hubiese colocado la estantería sin él.

La estantería. Aquella había sido la llave maestra para sus recuerdos.

Era incapaz de contar las horas en las que se había pasado sentada en la cama, mirando aquella estantería, arañando en su nublada mente hasta que poco a poco el rostro masculino

empezó a salir a la superficie, un rostro que le provocaba ternura, cariño y una profunda soledad ahora que no estaba, un rostro que evocaba momentos únicos, el rostro del hombre que amaba… un hombre que era mucho más que eso, su demonio… Riel.

El nombre había acudido a su mente la mañana en que se había encontrado corriendo al baño para vaciar el contenido de su estómago, la mañana que la había encontrado desecha en lágrimas, aquella que le había devuelto el nombre de Riel acompañado de un enfadado exabrupto.

Eireen cerró el grifo, y se volvió para secarse las manos cuando oyó el sonido del timbre de la puerta.

Su corazón eligió ese momento para dejar de latir, el aire se atascó en sus pulmones mientras se volvía lentamente hacia la puerta de la cocina, como si tuviese miedo de apresurarse y romper el hechizo. Un nuevo timbrazo provocó que las lágrimas acudieran a sus ojos, devolviéndole la respiración y arrancando de su pecho un gemido de angustia ante la posibilidad de que aquello no fuese más que una coincidencia.

La noche anterior lo había recordado finalmente todo, las piezas habían encajado con absoluta precisión delante la pantalla del ordenador.

—Por favor, tienes que ser tú.

Mordiéndose el labio inferior con nerviosismo, cruzó el pasillo y se dirigió a la puerta abriéndola en el momento en que sonaba el timbre por tercera vez.

Allí de pie, con la PDA colgando del cinturón de sus vaqueros y una irresistible sonrisa curvando sus labios estaba Riel.

—Señorita Mars —la saludó con un ligero gesto de la cabeza—, vengo de la *Agencia Demonía* con un paquete para usted. ¿Lo acepta?

Sus labios se estiraron en una suave sonrisa, las lágrimas hacían brillar sus ojos verdes.

—Sí —susurró atrapando el labio inferior entre los dientes.

Riel chasqueó la lengua.

—¿Cuántas veces te he dicho ya que no hagas eso? —le preguntó él caminando hacia ella.

Ella se obligó a sonreír.

—No las suficientes.

Riel acortó la distancia entre ellos, contemplándola, maravillándose de tenerla nuevamente ante ella.

—Me recuerdas —no era una pregunta, solo una aliviada afirmación.

Ella asintió, sonriendo.

Riel le devolvió la sonrisa, manteniendo todavía las distancias, necesitando saber, comprender, entonces sacó el papel del bolsillo interior de su chaqueta y la miró.

—¿Por qué no escribiste el quinto requisito?

Eireen respiró profundamente antes de responder.

—Porque lo que deseo, no debe ser exigido, solo debe entregarse libremente —aseguró.

Riel sonrió ampliamente.

—Siempre supe que serías un diablo en los negocios, Eireen —aseguró acortando la distancia que había entre ellos para estrecharla en sus brazos y besarla como llevaba deseando hacerlo desde el momento en que se había separado de ella—. Te he echado de menos, cariño.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, relajándose contra él, aliviada de estar de nuevo en sus brazos, solo para notar como Riel perdía su apretón y se quedaba rígido, alejándose de ella con un gesto de incredulidad en su mirada un instante antes de bajarla hacia su redonda tripita y volver a mirarla a ella.

—Ah… bueno… eso también era parte del motivo por el que no establecí el quinto requisito —respondió con cierto sonrojo, lamiéndose los labios.

Riel sacudió la cabeza, incapaz de apartar la mirada de ella, alternándola entre sus ojos y su vientre.

—Pero… eso no es posible, nosotros no podemos… —negó totalmente descolocado—. Eireen tu eres humana…

El nerviosismo y el temor al rechazo era tan fuerte en ella que Riel lo sintió como una bofetada cuando volvió a mirarla a los ojos y la vio mordiéndose nuevamente el labio inferior.

—No sé… bueno, sí sé, claro —se rio con nerviosismo—, lo que quiero decir… que sí ha sido posible… Riel… yo… lo… lo siento… no… no era mi intención… yo…

Él sacudió la cabeza con incredulidad y extendió la mano con temor hacia la tripita femenina, asombrado ante lo que sentía procedente de su interior.

—Mi hijo.

Eireen sonrió lentamente y asintió con timidez.

—Según las pruebas que me hice… lo concebimos la noche… la noche en que te marchaste —susurró con timidez—. Todavía es muy pequeñito, un puntito, pero…

La intensidad y el asombro que veía en los ojos masculinos la dejaron sin habla, incapaz de continuar.

—Es nuestro —la voz de Riel sonó firme, más segura de lo que jamás la había visto—. Es nuestro, Eireen...

Ella sonrió con ternura y asintió.

A Riel le estaba costando aceptar aquella repentina revelación, Eireen estaba embarazada, con su hijo… Hasta donde él sabía, esta era la primera vez que en la Agencia pasaba algo como aquello, el solo hecho de que naciera un bebé entre una humana y un demonio… aquello no era posible… no podía ser si no…

Amor.

La realidad lo golpeó con la fuerza de un tornado, allí estaba, tan brillante y al alcance de su mano como lo había estado siempre, ya no podría ignorarla por más que lo intentara, el hecho de que estuviese allí lo confirmaba.

Tomando la PDA, la accionó y se la tendió a Eireen junto con el puntero, señalando el campo a firmar.

—¿Estás segura de querer aceptar este contrato, Eireen? —le preguntó mirándola a los ojos—. No será como ningún otro, si lo aceptas, me tendrás contigo durante tiempo indefinido.

—Tiempo indefinido —sonrió ella, cogió el puntero y le dedicó un guiño—. Eso me gusta.

Él sonrió dejando escapar el aire que no sabía ni que estaba sosteniendo cuando la vio firmar, recuperando la PDA, registró la firma, la confirmó y la hizo desaparecer antes de tomar a Eireen de la mano y atraerla a sus brazos.

—¿Y bien, mi amada cliente? ¿Cuál es tu mayor fantasía?

Ella se lamió los labios, lo miró de arriba abajo y sonrió.

—Tú, desnudo y envuelto para llevar.

Riel se echó a reír a carcajadas, abrazando a su mujer, la madre de su hijo para dirigirse con ella al interior de la casa y demostrarle lo eficientes que eran los miembros de la agencia y su total dedicación una vez más.

SEDUCTORA VERDAD -LIBRO 2-

Cassie quería morirse, despertar en la cama con un sexy y completo desconocido y con una alianza en el dedo no podía sucederle a ella, no a la anodina y casi aburrida **Cassandra Joyce**, pero aquello no era lo peor, si no el no recordar ni un absoluto minuto de lo que debió haber sido la primera y mejor noche de su vida.
Para ella sólo había una opción posible, huir. Poner tanta tierra de por medio como fuese posible y anular cuanto antes aquel absurdo matrimonio.
Arion Catrides no toleraba el champán, tuvo que aceptarlo cuando despertó en la habitación del hotel de un Casino de Las Vegas, con un enorme dolor de cabeza y la prueba inequívoca de que había pasado la noche con una mujer… su mujer.
Descubrir que se había casado no fue tan aterrador como el hecho de haber ocurrido bajo los términos de su propia raza, la mujer de la que apenas tenía vagos recuerdos se había convertido en su esposa por las leyes humanas y por las suyas propias. Un verdadero dolor de cabeza que no hizo más que aumentar cuando su jefe le puso en las manos un nuevo contrato de la Agencia… el de su propia esposa.
Ahora Arion tiene dos problemas entre manos, debe encontrar a su esposa… y cumplir cada uno de los deseos expuestos en el inesperado contrato… uno que podría seducir la verdad en su interior y atar a Cassie a su alma para toda la eternidad.

PRÓLOGO

Aquella debería haber sido la mejor noche de su vida.

Quizás lo había sido.

Demonios… ¡Si tan sólo pudiese recordarla!

Sus ojos castaños no abandonaron en ningún momento la cama mientras se movía a ciegas, intentando recuperar la ropa esparcida por el dormitorio. Él dormía apaciblemente, el corto pelo rubio oscuro enmarcando unas facciones duras, muy masculinas, tumbado boca abajo, con un cuerpo absolutamente pecaminoso y desnudo a excepción de la sábana que ella misma había tirado para cubrir su trasero. ¡Y menudo trasero! Ese hombre era material de primera y ella había yacido con él, había perdido su virginidad con él… ¡Y maldita fuera si se acordaba de un sólo instante!

Si no fuese por el sordo hormigueo entre sus piernas y el desacostumbrado cansancio en sus músculos, habría pensado que todo aquello no había sido más que una nueva treta de sus amigas, pero ni siquiera ellas habrían llegado tan lejos.

Un par de pasos más hacia atrás y tropezó con el mueble, no tardó en dejar escapar su desacuerdo entre los apretados dientes, echando desesperadas miradas en dirección a la cama, rogando que el pedazo de queso derretido no se despertara.

Tenía que salir de aquella habitación cuanto antes, necesitaba volver a su propio hotel, buscar a sus amigas y encontrar un maldito modo de deshacerse de la última de las complicaciones.

La alianza dorada que rodeaba el dedo anular de su mano derecha era un mal presagio, uno muy malo, pues era incapaz de recordar haber hecho algo tan absurdo como casarse en Las Vegas.

¡La única que iba a casarse en los próximos días era su amiga Astrid!

Éste era su viaje de despedida de soltera, la jovial y despreocupada mujer había embarcado a sus dos mejores amigas en un avión con destino a Las Vegas, dispuesta a pasar la mejor despedida de soltera de todo el estado. Todo había sido cuidadosamente planificado, Violet, Astrid y ella misma habían repasado el plan una y otra vez, lo que harían, a dónde irían, cuánto tiempo se quedarían. Se suponía que serían tres días sólo para chicas, no veía como aquel magnífico rubiales había terminado formando parte del plan.

Afortunadamente, era una mujer práctica, había estado planeando deshacerse de su «pequeño secreto» desde su último cumpleaños. Alcanzar los treinta y seguir siendo virgen empezaba a causarle un verdadero trauma, los sueños de adolescencia y amor se habían evaporado bajo el peso de la madurez, en pleno siglo veintiuno la idea de reservarse para la persona adecuada había quedado más que anticuada. Con todo, no era mujer que se abriese de piernas al primero que pasara, había planeado su paso al lado más sensual del sexo con sumo cuidado, sólo para terminar en la cama, con un desconocido y sin el más mínimo recuerdo de cómo había sido su primera vez.

Bueno, al menos, si le había dolido, no se había enterado.

Pero el anillo, oh, eso era algo completamente distinto, aquello elevaba el desastre a proporciones bíblicas… ¡No podía haberse casado con un extraño! ¡En las Vegas!

Y sin embargo, era exactamente lo que había hecho.

Un ligero suspiro procedente de la cama la sacó de su ensoñación devolviéndola a la realidad, su mirada se clavó sobre él, podía sentir el latido de su corazón en los oídos mientras retenía la respiración esperando a ver si se movía o no.

La suerte parecía estar de su lado, ya que el hombre se limitó a estirarse y cambiar de postura para seguir durmiendo con un suave ronquido.

Dejando escapar lentamente el aire, se dio prisa en ponerse el resto de la ropa, tenía que encontrar antes de marcharse el acta de matrimonio, era lo único que podía sacarla de aquel lío. Sabía que de haber hecho algo tan estúpido, les habrían dado un papel y aquello era todo lo que necesitaba.

La habitación era ridículamente grande, al igual que la cama, no se detuvo demasiado en admirarla, pero intuía por la distribución y los caros acabados que debía tratarse de una suite de algún tipo en alguno de los hoteles de Las Vegas Boulevard, lo cual tendría sentido, ya que las chicas y ella habían decidido pasar la última noche de su estancia haciendo una ronda por los distintos casinos que existían entre la Avenida Sahara y la Calle Russel.

Le hubiese gustado haber tenido más tiempo para admirar la decoración, pero ahora, lo más importante era salir de allí a la mayor brevedad posible.

Recorrió la habitación bajo la tenue luz que entraba entre las cortinas anunciando el nuevo día, buscando entre las ropas masculinas esparcidas por el suelo las cuales iban de la habitación a un vestíbulo anterior y a la puerta principal. Apenas había terminado de comprobar los bolsillos de la camisa cuando un agudo y estruendoso sonido reverberó en toda la habitación, procedente de algún lugar del dormitorio. Un profundo gruñido, seguido de alguna que otra maldición y el golpe de unos pies dejando la cama, la dejaron tan blanca como la tela de la camisa que todavía sostenía.

Sin pensárselo dos veces, la mujer lanzó la camisa por encima del hombro y se precipitó hacia la puerta, luchando con la cerradura hasta que ésta por fin se abrió y le permitió huir del hombre con el que, todo parecía indicar, se había casado.

CAPÍTULO 1

Arion deseaba que todo aquello no fuese más que una maldita pesadilla, ¿cómo podría llamarse si no al acta de matrimonio que sostenía en sus manos? La llamada de teléfono que lo había despertado lo dejó en un estado de confusión el cual sólo empezó a desvanecerse a medida que iban trascurriendo las horas y su mente racional volvía a tomar el relevo.

Ahora, de pie al otro lado de la puerta de la oficina, sintiéndose como un voyeur escuchando los gemidos de la mujer a la que Nick debía estar trabajándose, su mente conectó con otros gemidos, unos mucho más suaves y femeninos. Recordó claramente el sabor de una piel marfileña y suave, cremosa bajo sus labios, el sabor de la más dulce miel derramándose entre los muslos que había lamido con glotonería, todo ello entre sábanas de seda, la misma ropa de cama en la que se había despertado aquella mañana, con un soberbio dolor de cabeza, y ciertas dificultades para hilar pensamientos coherentes.

El grito de desahogo femenino reverberó en la oficina, unos segundos después la puerta se abría, dejando salir a una de las chicas del departamento de contabilidad, la cual se limitó a mirarle con una sonrisa antes de seguir contoneándose hacia las escaleras.

—¿Vas a esperar a una segunda ronda o piensas entrar?

La voz directa y risueña de su jefe le sacó de sus pensamientos, obligándole a entrar en la oficina.

Nickolas Hellmore permanecía sentado en el asiento tras el enorme escritorio sobre el que se amontonaban papeles y expedientes pendientes de su atención. Señalando una de las sillas frente a él, Nick lo invitó a pasar y sentarse.

—Imagino que la gatita huyó antes de que pudieses recordar que estabas acompañado, ¿um?

Arion había oído el sonido de la puerta de la habitación cerrándose de golpe mientras se obligaba en llegar al teléfono, en aquellos momentos su mente había estado demasiado nublada para pensar en algo coherente. Retazos de la noche anterior, de unas botellas de champan, su efecto embriagador y adormecedor, iban entrando en su mente a medida que ésta iba tomando conciencia de lo sucedido. El problema con la resaca era que, al contrario que los humanos, él lo recordaba todo o al menos, estaba en ello.

—No sé qué diablos ha pasado —farfulló caminando hacia el escritorio.

Nick chasqueó la lengua, mirándolo.

—La verdad, yo tampoco. Ésta es, que yo sepa, la primera vez que oigo que un demonio se emborracha, amigo —le aseguró su jefe, intentando por todos los medios mantener una expresión neutral, sabía que aquel agente en particular no apreciaría su fino sentido del humor, no cuando había terminado casado con una humana… en más de un sentido—. Quizás deberías anotar la cosecha y la bodega, para evitarla… o volver a utilizarla en el futuro.

Los ojos azules del demonio brillaron con intensidad cuando se inclinó sobre el escritorio de su jefe, las manos lo suficientemente separadas como para que pudieran soportar su peso.

—No empieces, Nick, esto es jodidamente grave —rechinó los dientes. Su mirada bajó entonces a la mano derecha en cuyo dedo anular brillaba, como mofándose de él, una alianza dorada—. Tengo un enorme y jodido problema…

Sin darle tiempo a responder, Arion dejó el acta de matrimonio sobre la mesa y lo empujó hacia Nickolas.

—El cual parece llamarse ahora Cassandra Catrides —concluyó con un gruñido bajo, dejando salir las palabras casi entre dientes cuando añadió—, y es mi maldita esposa.

Tomando el papel en las manos, procedió a comprobar su legalidad. A primera vista aquel documento parecía ser oficial, pero había más, mucho más, algo que sólo era obvio para él y que hacía que Arion se hubiese metido en algo mucho más complicado que una boda rápida en el estado de Nevada. Su agente tenía razones más que suficientes para estar de tan mal humor, pero éstas iban mucho más allá de las que pensaba tener entre manos. A veces ver el futuro de las personas a su alrededor resultaba ser un jodido dolor de cabeza, Nick habría renunciado a su don sin pensárselo dos veces si ello no significase la muerte.

—¿Qué quieres que te diga? Estas cosas suelen ser fáciles de arreglar, pues para tener validez fuera del estado de Nevada, deben ser presentadas en el Juzgado de Paz del estado de tu recién estrenada esposa —le dijo empujando el papel de regreso a sus manos—. Lo otro, en cambio, puede que no sea tan fácil de solucionar.

Arion frunció el ceño.

—¿Lo otro?

Nickolas sonrió sabiendo que aquel gesto ponía nervioso a todo el que estaba a su alrededor. Entonces hizo lo que se le daba mejor, ignoró la pregunta y se inclinó hacia un lado, abriendo un cajón para sacar una PDA y un sobre marrón que posó sobre la mesa, seguido de un trozo de papel que abanicó en el aire.

—Ésta es tu nueva asignación.

Arion entrecerró los ojos, a otros quizás los intimidaran los modales de su jefe, pero él estaba de lejos demasiado cabreado y deseoso por solucionar lo que tenía entre manos como para importarle los enigmas de Nick.

—No seas cabrón, necesito librarme de esto antes de poder aceptar cualquier trabajo —refunfuñó, mirándole con hastío.

—Vamos, vamos… no seas melodramático, saldrás de ésta —le aseguró haciendo a un lado sus protestas con facilidad para finalmente entregarle el papel que tenía en las manos—. Y lo harás antes de lo que crees.

Arion quería bufar, decirle que no tenía tiempo para encargarse de los asuntos de la agencia en aquellos momentos, pero algo lo mantuvo con la boca cerrada, el aroma que desprendía aquella pequeña hoja de papel trajo a su memoria instantes de placer desinhibido, de una piel suave y marfileña que había gozado con fatídicas consecuencias.

—Ésta es tu nueva asignación —le dijo alzando el papel sin abrirlo siquiera—. Llegará a Heathrow a eso de las 7.30, quizás quieras estar allí para recibirla.

Arion miró el sobre como si fuera una serpiente de cascabel a punto de saltarle encima, entonces chasqueó la lengua y cogió el papel de mala gana, desdoblándolo y leyendo rápidamente los cinco requisitos escritos.

La sorpresa que cubrió su rostro empezó a morir rápidamente para encontrar en su lugar el horror más absoluto. Sus ojos azules se alzaron hacia el hombre que sentado cómodamente tras el escritorio, parecía disfrutar enormemente de su turbación.

—Esto tiene que ser una broma.

Nick se recostó en el respaldo del asiento y negó lentamente con la cabeza mientras cruzaba las manos sobre el pecho.

—Me temo que no.

Arion abrió la boca, entonces volvió a cerrarla y abrirla nuevamente mientras señalaba el papel que había causado su conmoción.

—Nick, esto no ha sido escrito por ella.

El hombre esbozó una sonrisa.

—Sí… y no —respondió—. Las chicas decidieron reunirse para celebrar la despedida de soltera de una de ellas y en su primera noche de fiesta dieron con la agencia, esto ha sido el resultado de aquella noche, y tú ya has empezado el trabajo, incluso antes de que te haya sido asignado… Por no mencionar también el hecho de que has terminado casándote con ella… en el sentido demoníaco de la palabra.

Arion bajó la mirada al primer requisito en el papel, el cual ponía claramente:

«Necesitamos un hombre misterioso y masculino, alguien que se lleve a la cama a nuestra amiga Cassie y haga que su virginidad deje de ser un problema».

—Mierda —masculló empezando a palidecer cuando las implicaciones que habían surgido de aquella noche iban tomando cada vez una perspectiva más oscura.

—Sin duda, hasta el cuello —aceptó Nickolas con un firme asentimiento, entonces continuó—. Tienes exactamente siete días. Procura dejar el nombre de nuestra agencia en alto, Arion… entre otras cosas.

Tragándose una maldición, arrancó el sobre de la mesa y salió intempestivamente por la puerta. No podía creer en lo que se había metido, aquello simplemente no podía estar sucediendo, aquella maldita resaca debía haberlo matado, habría sido menos problemático que casarse con su cliente.

La puerta se cerró con fuerza tras él, su poder aumentó a su alrededor, vibrando al compás de sus emociones y tras un breve estallido, pequeños fragmentos de cristal cayeron como lluvia de uno de los ventanales superiores. Nick iba a cabrearse, pero aquello estaba bien, alguien tenía que cabrear de vez en cuando al jefe, él lo hacía continuamente con ellos.

—¿Ey, Arion?

La voz masculina provenía del piso de abajo, con una sola mirada, descubrió a Nishel, el Ángel Caído que de vez en cuando trabajaba para la agencia, al lado de dos de las empleadas.

—¿De qué humor está el jefe?

La pregunta no hizo más que encender su mal humor.

—¡Qué te jodan! —le respondió con un bufido antes de desvanecerse en el aire para ir al encuentro de su nueva compañera de juegos.

Su maldita esposa.

El cuadro de luces se encendió sobre su cabeza, la señal luminosa que indicaba a los pasajeros que se abrochasen el cinturón precedió la voz que anunció por los altavoces que iban a pasar por una zona de turbulencias. Todavía faltaba algo más de una hora para aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Cardiff, a través de la ventanilla del avión todo lo que podía ver era una extensa capa de nubes bajo la que viajaban con el cielo azul como techo. Cassie bajó la mirada, comprobando que todavía llevaba puesto el cinturón de seguridad, sólo se lo había quitado para ir al lavabo, el pequeño cubículo claustrofóbico que le quitaba incluso las ganas de orinar.

Sentada a su lado, en un asiento de tres, estaban sus dos mejores amigas, las culpables, en cierto modo, de que hubiese terminado en Las Vegas, casándose con un desconocido, su mirada

descendió entonces a la carpeta de la que no se había desprendido desde el momento en que fue puesta en sus manos.

—Arion Catrides… —murmuró leyendo por enésima vez el nombre escrito en la copia del acta matrimonial que su amiga Astrid había conseguido en tiempo récord. Lástima que no pudiera conseguirle el divorcio o la anulación en la misma cantidad de tiempo.

Al menos ya tenía un nombre que asociar con el pedazo de queso derretido junto al cual se había despertado, el único que se había encargado de dejar atrás su pequeño secreto. El que hubiese tenido que pasar por el altar para hacerlo era lo que la volvía loca, eso sin contar con el hecho de que ni siquiera sabía cómo, dónde y cuándo se habían conocido y mucho menos el que hubiesen terminado en la misma cama.

Después de huir de la habitación como alma que llevaba el diablo, se había encontrado sumergida repentinamente en la antigua Roma, los decorados del Caeser Palace le habían dejado sin palabras, especialmente después de haberse pasado veinte minutos buscando una salida, hasta que un amable botones le indicó el camino. El vestíbulo era la cosa más hermosa que había visto en su vida, las chicas habían planeado hacer una ruta por todos los casinos al día siguiente, ciertamente algunos de los edificios eran dignos de admiración, trasladándolos en un abrir y cerrar de ojos a una época distinta o de ensueño.

¿Cómo había ido ella a dar a uno de los Hotel Casino más exclusivo de las Vegas?

No tenía la menor idea.

Violet, siempre pendiente hasta del último centavo, había sido la encargada, para decepción de Astrid, de alquilar un pequeño apartamento para las tres en un respetable y limpio hotel de la zona a pocos minutos del centro. El alojamiento poseía unas conexiones magníficas con el aeropuerto, era realmente acogedor y estaba a un tiro de piedra de la principal zona festiva de la ciudad.

La escapada había sido planeada el mes anterior, Astrid había anunciado que iba a casarse con su novio de toda la vida, un sencillo y risueño arquitecto con el que había salido desde la universidad, dándole a su familia el último de los disgustos, los cuales esperaban que la rica heredera se comprometiese con alguien de su entorno y posición, algo totalmente contrario a los gustos de su amiga.

Violet había sugerido entre risas un viaje inolvidable, la despedida de soltera perfecta en *Las Vegas*. Ella se había reído hasta la extenuación hasta que vio que sus dos amigas no la acompañaban en sus carcajadas, Violet le había dedicado su mirada de *«créetelo nena»* y Astrid se había limitado a coger el teléfono y reservar tres billetes de avión en preferente para las tres.

El viaje había salido del siempre generoso bolsillo de Astrid, cosa que Cassie agradeció, pues la única forma que tenía de llegar a *Las Vegas* sería cruzando el océano a nado y haciendo autoestop.

—Vamos Cassie, deja de preocuparte, lo arreglaremos tan pronto lleguemos a casa —la dulce y femenina voz de Astrid penetró en su mente—. Ya oíste al abogado, esto sólo tiene validez en el estado de Nevada, para que puedas estar casada de verdad, tendrías que registrarlo también en Londres.

Volviéndose hacia sus amigas suspiró.

—Esto es una verdadera locura, no puedo creer que realmente me esté pasando algo así —gimoteó con una profunda sacudida de cabeza—. Ni siquiera me acuerdo de haberlo conocido, ya no digamos esto —levantó la mano derecha en la que brillaba su alianza—. ¿Por qué me separé de vosotras? ¿Y en qué momento? Se suponía que íbamos a pasar la noche juntas, de copas, celebrando la despedida de soltera de Astrid.

—Pues está claro que la celebración se te fue de las manos, cariño, has celebrado tu propia despedida de soltera y boda al mismo tiempo —le aseguró Violet con total ironía, entonces chasqueó la lengua y le quitó la copia del acta que no había dejado de manosear—. Por su nombre y apellido, diría que es griego, aunque pone que reside en Los Ángeles, California. Te has casado con un americano… eso está un punto por encima de nuestros insulsos compatriotas.

Astrid puso los ojos en blanco.

—Edgard no es insulso —reclamó, defendiendo a su prometido.

—Claro que no cariño, pero es que tu Edgard es uno entre un millón, As —aseguró volviéndose nuevamente a Cassie—. ¿De veras no tienes ni un triste recuerdo de esa noche?

Con los hombros hundidos, y repantingada en el asiento, la muchacha sacudió la cabeza.

—No, ni uno solo —suspiró recuperando el acta de manos de su amiga—. Mi mente es un auténtico rompecabezas en lo que se refiere a esa noche, recuerdo perfectamente que salimos del hotel y estuvimos paseando por Las Vegas Strip, el volcán del Mirage llamó tanto la atención de Astrid que bromeamos sobre la posibilidad de entregarla en próximo sacrificio…

La aludida dio un pequeño bufido.

—Sí, y yo sugerí que fuera Violet, ella está más en sintonía con las fuerzas de la naturaleza —refutó la rubia.

La mujer se limitó a poner los ojos en blanco, pero continuó.

—Después de eso nos acercamos a ver los juegos de luz, agua y sonido de la Fuente del Bellagio —aceptó Violet golpeándose pensativamente la barbilla con el índice—, y fue allí cuando nos reunimos con aquel grupo, los que venían de Gales.

—Sí —asintió Cassie, recordando perfectamente a la pareja y los dos amigos con los que estuvieron hablando durante buena parte de la noche.

—Nos fuimos de copas a esa discoteca tan alucinante —corroboró Astrid y seguidamente se encogió de hombros—. Allí fue cuando os perdí de vista a las dos, a Violet la vi bailando con uno de los chicos y supuse que tú también estarías por ahí.

La morena Violet se volvió hacia ella asintiendo.

—Sí, ya sabes cómo estuvimos bromeando la noche anterior sobre encontrarte a alguien para que se encargara de ese pequeño secretito…

El tono de voz de la mujer empezó a decaer al tiempo que abría los ojos como platos y se volvía hacia la rubia sentada a su derecha.

—Oh… no es posible —negó inmediatamente, pero su rostro empezaba a reflejar también las dudas—. ¿Crees que podría ser?

Aquel intercambio sonó como un enjambre de abejas furiosas en la cabeza de Cassie,

—¿El qué?

—No, eso es absolutamente imposible —negó a continuación—. No hacía ni unos minutos que habíamos enviado la solicitud… es imposible.

Cassie empezó a perder el color.

—¿Qué solicitud?

Astrid abrió la boca y volvió a cerrarla, al igual que un pez que se quedaba fuera del agua.

Violet empezó a sacudir la cabeza haciendo volar sus rizos ante la silenciosa respuesta de su amiga.

—No es posible que aquello funcionase de verdad, sólo era uno de esos tontos correos SPAM, además, ni siquiera introdujimos un método de pago.

El gesto de la rubia mordiéndose el labio inferior fue suficiente respuesta.

—En realidad, sí, lo hicimos —aseguró como si fuese una niña a la que han cogido en una

falta—. Introduje mi tarjeta de crédito.

Cassie cerró los ojos y golpeó la nuca contra el reposacabezas del asiento.

—¿Qué es lo que habéis hecho?

Violet se cruzó de brazos, frunciendo el ceño de manera pensativa.

—No, es imposible que fuera el de la agencia —negó la chica—. Pusimos su dirección de Cardiff, además, no había pasado ni un día desde que se envió.

Cassie gimió, no le estaban haciendo ningún caso.

—Chicas…

—Tranquila, cielo, sólo respira —le dijo entonces Astrid, palmeándole la mano—. Respira, dentro y fuera, dentro y fuera… si empiezas a hiperventilar vamos a tener un problema.

Aquello era demasiado.

—¡Y qué crees que es esto! —Cassie alzó su mano derecha en la que brillaba su alianza de bodas, un mudo recordatorio de la estupidez que había cometido y de la cual no recordaba ni un sólo momento—. ¡Me he casado con un completo desconocido y no satisfecha con eso, me he ido a la cama con él! ¡Y no tengo un mísero recuerdo de todo ello! ¡Esto ya es un jodido problema!

Astrid se limitó a asentir y le frotó el brazo, como si quisiera darle ánimos.

—Nos encargaremos de todo en cuanto aterricemos, te lo prometo —le aseguró la chica con cariño.

Violet asintió y la apoyó también.

—Todo se arreglará, Cass —le prometió—. Estaremos a tu lado en todo momento, pronto volverás a ser una mujer libre y míralo por el lado bueno, ahora no tendrás que preocuparte más por… eso.

Cassie se limitó a suspirar profundamente, al contrario que sus amigas, ella no estaba tan segura de que las cosas fueran a arreglarse tan fácilmente.

—Tenía que haberle hecho caso a mi horóscopo —murmuró entonces con un bajo resoplido.

—¿Por qué? ¿Qué decía?

—Que iban a ocurrirme cosas que pondrían mi vida patas arriba —respondió con un mohín—. Y yo pensando que se refería al viaje…

Sacudiendo la cabeza, suspiró nuevamente. En cuanto volviese a la seguridad y tranquilidad de su hogar, iba a encargarse de quitar toda aquella mala suerte de encima, aunque tuviese que bailar desnuda bajo la lluvia para lograrlo, después de todo, no era algo que no hubiese hecho ya… vestida, claro.

Los altavoces del avión aprovecharon aquel momento para anunciar por medio de una de las azafatas, que en menos de veinte minutos aterrizarían en el aeropuerto.

Veinte minutos y Cassandra Joyce podría volver a poner de nuevo los pies en el suelo.

CAPÍTULO 2

El vuelo procedente de Las Vegas había llegado a la hora programada, el panel informativo con todas las llegadas internacionales marcaba el vuelo como «llegada inmediata». De un momento a otro *ella* cruzaría aquella puerta, *su maldita esposa.*

Volvió a mirar por enésima vez la alianza que brillaba en su mano derecha, un mudo recordatorio de la metedura de pata que había cometido. La maldita boda no estaba muy clara en su memoria, sólo recordaba haber caminado con ella por los pasillos del hotel en el que había estado hospedado y encontrarse con otra pareja, alguien había mencionado la palabra matrimonio… ¿ella? No… ni siquiera estaba seguro, recordaba las risas de ambos y entonces aquella capilla con Elvis y Marilyn Monroe sonriendo estúpidamente, pero por el momento el recuerdo más claro era el de ella entre sus brazos, pegando su flexible y apetitoso cuerpo al suyo, devolviéndole el beso que había firmado los votos nupciales.

Arion gruñó en voz baja, había llegado a Las Vegas en busca de diversión y unos días para sí mismo solamente para terminar con una mujer de la que sólo conocía su nombre y como sus curvas encajaban a la perfección contra su duro cuerpo, una hembra que había terminado atada a él de la manera más irresponsable.

Conteniendo una maldición, echó mano al interior de su chaqueta de cuero, extrajo un doblado sobre marrón y lo abrió comprobando que estaban cada uno de los papeles del maldito contrato. Aquello no podía ser más que otra jodida broma, no había otra explicación. Lentamente repasó cada uno de los cinco puntos especificados en la solicitud, de alguna manera estaba seguro que la muchacha a la que hacían referencia no tenía la menor idea de que habían sido escritos, o al menos, de que hubiese alguien que iba a hacerlos realidad hasta sus últimas consecuencias.

El anuncio de que el vuelo que esperaba había aterrizado y los pasajeros saldrían por la puerta de embarque ante la que estaba captó su atención, no pasaron muchos minutos hasta que éstas se abrieron y la gente empezó a emerger por ellas.

Devolviendo el papel al interior del sobre, dejó que su mirada vagara a través de los recién llegados, surfeando en busca de la mujer cuyo recuerdo era algo confuso. Las imágenes más claras en su memoria eran de una piel blanca y aterciopelada contra las sábanas oscuras, de un largo pelo castaño con reflejos acariciándole los hombros y los montículos de sus pechos. Y aquellas medias, unas medias de red con ligas negras hasta el muslo acompañadas de unas sexys sandalias de tacón. No dejaba de ser curioso que recordara precisamente sus medias, y no pudiese concretar exactamente de qué color eran sus ojos o la apariencia de su rostro.

Jamás iba a volver a probar una maldita gota de champán, aquel líquido amarillo y con burbujas había conseguido algo que la naturaleza no había logrado en miles de años.

Emborrachar a un demonio.

Una ligera risa atrajo su mirada hacia la derecha, donde una muchacha rubia de aspecto sofisticado empujaba un carro lleno de maletas de diversos tamaños, todas de color morado y rosa oscuro, sus altos tacones de aguja resonaban sobre el suelo mientras gesticulaba y conversaba con otra mujer quien, al igual que ella, empujaba otro carro, aunque sin el número de maletas ni el ostentoso color. El pelo rizado de aquella parecía haber pasado a través de una

tormenta eléctrica, una cinta de pelo verde despuntaba entre la leonada melena, sus gafas con montura al aire se sujetaban precariamente sobre la nariz como si fuesen a caerse de un momento a otro mientras respondía a la rubia. Pero fue el sencillo y absolutamente sexy duendecillo que iba entre ellas el que retuvo finalmente su atención. Al contrario que sus dos compañeras, ella no llevaba carro, tan sólo un pequeño troley que arrastraba tras de sí mientras caminaba con la cabeza baja y los hombros caídos como si estuviese más allá del cansancio, no sabía que llevaba debajo del abrigo de tela marrón, pero sus piernas asomaban enfundadas en tejanos y unas pequeñas botas negras de tacón alto, el pelo castaño y liso caía a ambos lados de sus hombros, rozándole las solapas mientras un oscuro pañuelo rodeaba una suave y cremosa garganta.

—Cassandra.

El nombre abandonó sus labios con un único y llano reconocimiento, un inesperado sentimiento de posesión lo barrió con la fuerza de un huracán gritando «es mía» en su interior, sus sentidos demoniacos se agudizaron reconociendo en cada uno de sus pasos los movimientos y sensualidad que había mostrado entre las sábanas, no necesitaba una foto o un cartel con el nombre colgando de su abrigo, ésta era la mujer que estaba esperando y sin más, se dirigió hacia ella.

Cassie sintió un conocido cosquilleo en la nuca, era una sensación que solía tener cuando alguien clavaba la mirada en ella intensamente, levantó la cabeza y recorrió los alrededores solamente para detenerse en seco, permitiendo que sus dos amigas la rebasaran, al encontrarse cara a cara con el motivo de sus problemas.

¿Qué hacía él en Gales? ¿Qué hacía *allí* en el aeropuerto?

El impulso de dar media vuelta y echar a correr de regreso a la zona de embarque se iba haciendo más grande por momentos y lo habría hecho si no lo viese esbozar una divertida y sexy sonrisa que casi ponía de manifiesto que sabía lo que estaba pensando, seguido de una sutil inclinación de cabeza antes de detenerse y retarla a que fuese ella quien acortase la distancia y se acercase a él, a su marido.

—Esto no puede estar pasándome —murmuró para sí, apretando con fuerza el asa de la maleta antes de obligarse a dar un paso hacia delante, luego otro, retomando el ritmo. Su estómago era un saco de mariposas, los nervios la tenían al borde mientras sus ojos se mantenían al nivel de su fuerte y aristocrática mandíbula—. De acuerdo, tranquilízate, Cassie, seguro que está tan interesado como tú en deshacer este asunto del matrimonio, habrá hecho sus averiguaciones al igual que tú hiciste las tuyas, ¿pero cómo demonios supo que regresábamos hoy y en este vuelo?

Aquello no estaba programado.

Buscando alguna manera de evitar el inminente encuentro, Cassie trató de alcanzar a sus dos amigas, las cuales habían tomado la delantera y continuaban enzarzadas en aquella discusión filosófica que habían mantenido durante los últimos quince minutos, pero sabía que por más prisa que se diera, no iba a poder evitarle, su postura lo decía claramente.

Luchó por no hiperventilar mientras iba acortando la distancia hasta él. ¿Podía ser un hombre tan endiabladamente atractivo y aterrador al mismo tiempo? ¿Y cuánto medía? ¡Por dios, a su lado sería una enana incluso con sus tacones altos!

Unos brillantes ojos azules la recorrieron lentamente, como si él también necesitara una confirmación visual de la persona a quien estaba buscando, aunque si estaba allí y la había

reconocido al primer golpe de vista, estaba claro que guardaba más recuerdos de ella que viceversa. Cassie tenía la ligera impresión de conocer esos ojos, de haberlos visto más oscuros, velados por la pasión, el pelo rubio muy corto enmarcando unas facciones que había contemplado dormidas antes de abandonar la habitación.

Por dios, ¿por qué no se abría ahora el suelo bajo sus pies y la tragaba ahorrándole un momento todavía más bochornoso?

Reuniendo todo el valor que poseía su menudo cuerpo, el cual no era precisamente demasiado, alzó la mirada un poco más deteniéndose a escasos dos pasos de él, sintiéndose todavía más pequeña, si es que eso era posible.

—¿Cassandra… Catrides?

Su nombre dicho con aquella profunda y sexy voz masculina envió un escalofrío por su columna vertebral.

—Es… Jo… Joyce —respondió, rogando no empezar a tartamudear de un momento a otro.

Él arqueó una de sus rubias cejas.

—No, según el acta de matrimonio, ya no —respondió él en el mismo tono—. Y es por eso por lo que estoy aquí…

Su mirada de un suave marrón castaño se alzó casi con esperanza, mientras su mente formaba ya una rápida y comprensible razón a su presencia en el aeropuerto.

—Oh, yo pensé —murmuró, entonces sacudió la cabeza y suspiró visiblemente mientras lo veía alcanzar algo en el interior de su chaqueta y extraer un sobre marrón—. Estaba dispuesta a arreglarlo tan pronto llegase a casa, pero si tú ya lo has hecho, es perfecto… ¿Dónde tengo que firmar?

Arion parpadeó un par de veces al verla dejar la maleta a un lado, estaba hurgando en el interior del bolso que llevaba a modo de bandolera y extrajo un bolígrafo de color rosa con corazoncitos para luego mirarlo con una expresión aliviada.

¿Qué demonios estaría pensando aquella mujer?

—¿Y bien? ¿Dónde firmo?

Encogiéndose mentalmente de hombros, Arion continuó con sus propios planes.

—Puedes… empezar firmando aquí —murmuró, sacándose la PDA del bolsillo trasero del pantalón. Tras encenderla y buscar el documento exacto para que pudiera plasmar su firma, la volvió hacia ella.

Cassie contempló un poco sorprendida la PDA, no esperaba nada tan moderno, pero si aquello ponía fin a su matrimonio, para ella sería tan bueno como el más caro y perfumado de los papeles. Plasmó su firma y le devolvió el aparato con una sonrisa.

—¿Ya está? —preguntó obviamente ansiosa.

Arion se lamió los labios mientras recuperaba la PDA, registraba la firma de ella y por acto reflejo hacía desaparecer el aparato en el mismo momento que fingía devolverlo a su bolsillo trasero.

—Sí, creo que con esto, ya está listo prácticamente todo —aceptó desdoblando el sobre marrón para luego tendérselo—. Eso es para ti, encontrarás que todo es perfectamente legal… y válido… en cualquier territorio.

Sin perder un segundo, la muchacha tomó el sobre y con una amplia sonrisa se apresuró a abrirlo y sacar su contenido, solamente para empezar a perderla a medida que iba leyendo la primera de las páginas.

—Que… que es… esto… no… no lo entiendo —murmuró alzando sus ojos castaños hacia

él—. ¿Agencia Demonía? ¿Qué… que es, el nombre de algún bufete de abogados?

Una irónica sonrisa curvó los labios de Arion ante la extraña suposición de su nueva cliente… y esposa.

—No, *glýka*[1], aunque hay veces que me pregunto si no sería más rentable —le aseguró, señalando los papeles que ella todavía tenía entre las manos—. ¿Me permites?

Con un ligero asentimiento, Cassie le entregó los papeles entre los que Arion rebuscó hasta encontrar lo que estaba buscando.

—Aquí, lee —le entregó un trozo de papel.

Cassie lo cogió y empezó a leer.

—¿Aburrida de la rutina diaria?¿Hastiada de la monotonía del día a día? ¿No encuentras aquello que te satisfaga, que deje una sonrisa permanente en tu rostro durante todo el día? —leyó a medida que se asombraba con cada nueva frase—. En la Agencia Demonía disponemos de un selecto servicio de acompañantes a domicilio que hará que tu vida no vuelva a ser la misma de antes —Cassie negó con la cabeza—. ¿Acompañantes a domicilio? Pero que… —sus ojos continuaron leyendo a pesar de que su cerebro tenía problemas para procesar la información—. No lo pienses más, lanza por la ventana la monotonía y tiéndele la mano al riesgo, encontrarás que nuestros servicios son tan calientes como el infierno. Tus cinco requisitos son… —su voz se perdió, pronto fue sustituida por un jadeo tras otro, hasta que su incrédula mirada subió poco a poco hasta él—. ¿Tú eres… Arion Catrides?

Con un ligero asentimiento de cabeza, confirmó su pregunta.

—¿Y trabajas para… esta… esta… ag… agencia? —a Cassie empezaba a costarle articular palabra.

—Sí, otra vez.

Cassie gimió y dirigió la mirada hacia el lugar donde él había llevado la PDA.

—Dime que lo que acab… acabo de fir… firmar er… era la anulación de nues… tro matrimonio —susurró, empezando a tener verdaderos problemas para construir las frases.

Arion acordó la breve distancia entre ellos y alzó la mano al rostro femenino, rozándole la mejilla y resbalando sus dedos bajo la barbilla para alzársela y encontrar su mirada.

—Me temo que no puedo hacer eso, Cassandra, estoy obligado a decirte siempre la verdad —aceptó sorprendiéndose al encontrar el brillo del temor y la incomprensión en sus ojos. Estaba asustada, confusa y aquello no era lo que él deseaba—. Has firmado la aceptación al contrato… durante la próxima semana, cada uno de los puntos de esa lista y lo que tu alma desee, será mi placer hacerlos realidad.

Cassie tragó el nudo que empezaba a alojarse en su garganta.

—Yo… yo no he… es… escrit… —un angustiado gemido la hizo callar y apartarse de él para intentar pronunciar de nuevo—. Yo no he escrito eso… yo no… no quiero… no lo quiero…

La sonrisa que se extendió en los labios de Arion prometía mucho más.

—No, no lo has escrito —aceptó y se giró hacia las dos mujeres que se habían detenido y miraban ya hacia ellos, un poco sorprendidas y algo recelosas—, lo han hecho ellas… y temo que nosotros hemos precipitado las cosas.

Cassie cerró los ojos y alzó las manos tratando de encontrar las palabras.

—Mira… yo… no sé… no recuerdo… es… es complicado —empezó a farfullar—. No… no sé cómo… nosotros… bueno… yo no… no lo recuerdo.

La verdad y la vergüenza en las palabras de la muchacha sorprendieron a Arion.

—¿Qué es exactamente lo que no recuerdas, Cassandra?

Mordiéndose el labio inferior, la muchacha le dedicó una mirada avergonzada y

mortificada antes de continuar con un susurró.

—Nada, absolutamente nada.

Si había algo de lo que sabía un demonio veritas, era cuando una persona decía la verdad o mentía, incluso aunque no fuera consciente de estar haciéndolo y ella estaba diciendo la verdad.

—No… en realidad… ni siquiera sé quién eres…

No, no lo sabía. Podía sentirlo emanando de cada uno de sus poros, ella no sabía quién era él, no recordaba la noche que habían pasado juntos, ni cómo se habían conocido o por qué se habían casado, todo lo que sabía era que se había despertado en la cama, con un desconocido, que ya no era virgen y que estaba malditamente casada.

—Bueno, cariño, hay cosas que simplemente están más allá de mis capacidades —aceptó sabiendo que ella lo había comprendido al ver el sonrojo sobre sus mejillas—, no puedo devolverte lo que te quité, pero si puedo darte más… mucho más… y tienes siete días para comprobarlo… esposa.

Cassie no pudo objetar, Arion no le dejó tiempo cuando redujo la distancia entre ellos una vez más y bajó su boca sobre la de ella atrapándola en un febril y delirante beso que nubló cada uno de sus sentidos y alejó su raciocinio hasta hacerlo desaparecer.

Oh, dios, si ésta era la forma de arreglar las cosas de su marido, iban a ser siete malditos días llenos de problemas.

—Estoy alucinando por algo que nos dieron en la cena del avión, o aquel tío le está pegando el morreo de su vida a Cassie y ella le está dejando —jadeó Violet contemplando el espectáculo que su amiga estaba dando en la puerta de llegada de los vuelos internacionales.

Astrid inclinó la cabeza entrecerrando los ojos sobre el enorme espécimen masculino con cierto interés.

—Bueno, no he visto que le pegara todavía una patada en los huevos.

Violet se giró hacia ella con una delgada ceja arqueada.

—¿Sabemos quién es el monumento?

La mujer se tomó su tiempo en contestar.

—Desde aquí, me resulta un poquito difícil verlo bien.

Asintiendo, la mujer de pelo rizado dio media vuelta al carrito y empezó a empujarlo de regreso hacia su amiga y el recién llegado.

—Entonces será mejor averiguarlo.

Astrid se tomó un momento antes de seguir a su amiga, ¿sería posible que la agencia sí hubiese aceptado su petición? Esperaba que así fuera, si alguien se merecía unos días inolvidables esa era Cassie y nadie mejor que los chicos de Nick para procurárselos.

Sonriendo interiormente siguió a Violet la cual ya se había detenido frente a la pareja y carraspeando para interrumpir aquel interludio para luego espetar a bocajarro.

—¿Quién eres tú y por qué estás morreando a mi mejor amiga?

Si de algo carecía su amiga, era de tacto y por ello la adoraba.

—Violet vas a hacer que Cassie se ponga de todos los colores del arco iris antes de que tenga tiempo a darnos una respuesta, sobre todo si la miras así —aseguró Astrid llegando a su lado con una amplia y encantadora sonrisa—. Pero, con todo me uniré a tu pregunta.

Cassie estaba demasiado abochornada para poder encontrar una respuesta coherente, los labios todavía le hormigueaban por el intenso y húmedo beso compartido, su boca conservaba el

sabor masculino y el fuerte brazo que la mantenía sujeta contra el duro cuerpo hacían que fuese algo difícil para ella encontrar una respuesta.

La inesperada caricia de los callosos dedos por la piel desnuda de su muñeca unida a la desenvuelta respuesta de él la salvaron de tartamudear.

—Arion Catrides y si morreo a tu amiga, es porque es mi esposa y me apetece hacerlo —aseguró con cierta ironía contemplando a la muchacha que podría pasar tranquilamente por una activista de Greenpeace con su pelo rizado, los pantalones vaqueros y una cazadora que proclamaba a voz en grito las ventajas del reciclaje antes de posar la mirada sobre la otra mujer, la cual tenía un aspecto mucho más refinado aunque era su mirada lo que le llamó la atención, la forma en que lo contemplaba le decía mucho sin necesidad de palabras… ¿Quién era ella?

—Mierda, ¿eres el chalado… quiero decir… hombre… con el que se casó Cassie en Las Vegas?

—Entre otras cosas —su respuesta no podía sonar más irónica—. Y aunque imagino que no eres una activista de Greenpeace ya que no veo cadena alguna que te ate a nada, dadas tus palabras debo suponer que eres una de las mujeres atolondradas que arrastró a Cassandra a una despedida de soltera al otro lado del charco, ¿um?

Violet boqueó como un pez, absolutamente sorprendida ante el descaro del hombre, pero la risita de Astrid interrumpió cualquier respuesta ingeniosa que pudiera darle.

—En realidad, esa sería yo, aunque no creo que atolondrada sea la palabra exacta —se adelantó tendiéndole la mano—. Soy Astrid Lowell y ella es Violet Atkinson, somos las mejores amigas de Cassandra.

Cassie estaba empezando a palidecer de veras, todo aquello la estaba superando, su mirada iba de unos a otros, estremeciéndose cada vez que levantaba el rostro hacia la torre humana que tenía al lado.

—As, Cassie está empezando a hiperventilar —comentó Violet dejando su carito para rescatar a su amiga de los brazos del supuesto marido—. Está bien Cassie, sólo respira profundamente, si te pones a gritar en medio del aeropuerto es posible que acabemos todas metidas en la comisaría más cercana.

Arion desvió rápidamente la mirada hacia la muchacha, la cual efectivamente había perdido el color y parecía tener problemas para respirar.

—Cassandra… —pronunció su nombre suavemente, haciendo que ella volviese la mirada hacia él, las lágrimas a punto de abandonar sus ojos—, está bien *glyka*, déjalo salir…

La muchacha se limitó a volverse hacia su amiga, sacudiendo la cabeza un instante antes de salir huyendo con una mano cubriéndose la boca.

—Bueno, creo que puedo decir sin temor a equivocarme, que no todas sienten ganas de vomitar estando a tu lado, ¿um? —le espetó Violet antes de salir tras su amiga y reconducirla hacia los aseos.

Astrid suspiró y se volvió hacia el hombre con una mueca.

—No quería decir eso…

—Sí, la verdad es que sí quería —le respondió siguiendo a las dos mujeres con la mirada hasta que desaparecieron en dirección a la flecha que indicaba los lavabos. Entonces, con toda la tranquilidad del mundo, se llevó las manos a los bolsillos y contempló a la mujer frente a él. Menuda, vestida de rosa y violeta a juego con sus maletas, con ropa cara y unos finísimos y altos tacones, era una humana común y corriente y con todo sabía que había algo más—. ¿Quién eres?

Ella sonrió y se echó el largo pelo rubio por encima del hombro con tan sólo un movimiento.

—Creo que esa pregunta debería hacértela yo, aunque creo acertar si digo que eres uno de los chicos de la Agencia Demonía —aseguró alzando sus coquetos ojos hacia él—. ¿Estoy equivocada, corazón?

Arion la examinó una última vez, recorriéndola por entero antes de volver a centrarse en su rostro.

—Fuiste tú quien escribió y envió el formulario —no era una pregunta, sus palabras sonaban firmes, sin lugar a equivocaciones.

Astrid asintió con la misma firmeza.

—Sí, fui yo —aceptó—. Sé que Cassie montará una buena cuando se entere, pero confío plenamente en el juicio de la Agencia a la hora de escoger a los agentes aunque lo de casarse, se os ha ido un poquito de las manos, ¿no?

La sorpresa cruzó el rostro masculino un instante antes de ser sustituida por la sospecha.

—Repetiré mi primera pregunta, ¿quién eres?

Un ligero suspiro abandonó los labios de la mujer.

—¿Vosotros no tenéis algo así como el secreto hipocrático o de confesión? —le soltó ella con picardía—. Si te lo dijera, metería en problemas a un buen amigo y teniendo en cuenta que he obtenido todo lo que quiero y más gracias a él, no quisiera pagarle con una traición. Te diré simplemente que sé quiénes sois, a qué os dedicáis y que para mí está bien. Me alegro que, a pesar de haber sido nosotras las que cubrimos el formulario, se le haya dado a ella esta oportunidad.

Arion se mordió una blasfemia, no le gustaban esta clase de enigmas y si esa mujer sabía de la agencia, la única manera de que así fuera, teniendo en cuenta que era una humana, era habiendo sido «cliente», pero las normas eran muy específicas a la hora de borrar los recuerdos de su tiempo juntos de las mentes de sus compañeras llegado el momento de la separación… ¿Quién diablos era entonces esta mujer para saber de ellos?

Como si pudiese leer el conflicto interior que estaba sosteniendo consigo mismo, Astrid rodeó de nuevo la barra del carro con sus maletas e indicó el de su amiga con un gesto de la barbilla.

—Coge eso y la maleta de Cassie —le dijo empezando a empujar su carro—, me llevaré a Violet conmigo.

Arion no se movió un sólo centímetro.

—¿Por qué?

Astrid se detuvo y se giró.

—Me caso en ocho días y tengo muchísimos preparativos que supervisar —le respondió con una amplia sonrisa—, no sabes lo que me ha costado convencerla para que aceptara vestirse de rosa para la boda... Cassie odia el rosa.

¿De qué diablos estaba hablando aquella chalada?

—Se suponía que esta despedida de soltera iba a ser el viaje para las tres, cada una de nosotras teníamos una meta que alcanzar —continuó como si nada—, y la de Cassie, bueno… la de ella era importante para todas, así que me acordé de la Agencia y decidí probar suerte.

Arion frunció el ceño al entender finalmente lo que quería decir la mujer.

—Pero no esperaba que llegaseis tan lejos… bueno… obviamente estoy a favor del matrimonio… pero no del casamiento exprés con alguien que acabas de conocer y del que no recuerdas absolutamente nada al día siguiente.

El ceño del hombre se hizo más profundo.

—Nunca llegamos tan lejos —aceptó en voz baja, profunda—. El formulario entró esta

mañana.

Aquello pareció dejar sin palabras a la mujer.

—Vaya —murmuró con los ojos abiertos como platos—. Joder… eso quiere decir que... oh, no importa… La cosa es que ahora estás aquí, así que empieza haciendo las paces con ella, maridito, porque tu recién estrenada esposa, no recuerda ni una pizca de su noche de bodas…

Sin decir una sola palabra más, se giró sobre los altos tacones y empezó a empujar el carro con las maletas sin esperar a ver si le seguía o no.

Arion maldijo en voz baja, aquello se estaba convirtiendo en una verdadera locura.

Cassie se mojó el rostro, enjuagándose la boca por enésima vez antes de tirar el cepillo de dientes y la pasta que había cogido del surtidor del cuarto de baño a la papelera. Estaba abochornada, asustada y confundida, y el hecho de haber salido corriendo hacia el baño no había hecho precisamente que su imagen fuese mucho mejor, pero no podía evitarlo, siempre que se sentía acorralada, asustada y sin posibilidad de salida, su estómago acababa por rebelarse y las arcadas acudían en su ayuda haciendo que terminase vomitando, quizás fuese mejor eso que las crisis de ansiedad que le habían dado hasta hacía un par de años.

Sacudiendo la cabeza para despejarse, alzó la mirada hacia el reflejo que le devolvía el espejo, estaba pálida, ojerosa, con los ojos y la nariz rojos, su apariencia era un completo desastre y tenía que volver a salir allí fuera y enfrentarse a la situación, al hombre con el que se había casado sin siquiera recordarlo y a aquella locura sobre la Agencia.

—Dime que me he desplomado en medio del suelo del aeropuerto y que todo esto no es más que una pesadilla, Violet —pidió encontrando la mirada de su amiga a través del espejo.

La mujer suspiró y le rodeó los hombros con los brazos.

—Ojalá hubiese sido sólo eso, Cassie —le dio un beso en la mejilla—. ¿Estás segura que ese es el hombre con el que te casaste en Las Vegas?

Cassie asintió. No recordaba mucho sobre él, pero sí recordaba el haberse despertado desnuda y en la cama con un hombre que era el vivo retrato del espécimen masculino que estaba ahí fuera, quizás siendo interrogado hasta la extenuación por Astrid.

—Sí —asintió cerrando los ojos y respirando profundamente para volver a abrirlos y mirar a su amiga—. Es él.

—Bueno, míralo por el lado bueno, al menos es un bombón —le sonrió tratando de animarla.

Cassie negó con la cabeza y se libró del abrazo de su amiga.

—Nada de esto tiene sentido, cuando lo vi y me habló, pensé que venía a solucionar el problema del matrimonio —respondió suspirando—, pero en cambio, lo único que he hecho es meterme en un nuevo problema. ¿Sabías que él es uno de los agentes de esa Agencia a la que habéis escrito? ¡Y por qué diablos habéis escrito semejantes tonterías!

Violet alzó las manos.

—La única culpable de eso es Astrid, yo me limité a decirle que estaba loca —aseguró la mujer—. Pero ¿cómo es posible que sean la misma persona? Eso no tiene sentido... es…

—Una curiosa coincidencia que vas a aprovechar al máximo —la voz de Astrid hizo eco en los baños cuando entró y se dirigió directamente hacia su amiga—. Oh, pero mira como tienes los ojos y la nariz.

—¿Cómo que va a aprovecharla? ¿Pero es que has perdido la cabeza por completo? —le reclamó Violet señalando a la muchacha—. Ese tipo se casó con ella, se la llevó a la cama y ahora para colmo resulta ser de esa agencia a la que escribiste, por no mencionar el hecho de que Cassie ni siquiera le recuerda… ¡No hay quien diga que no la drogó o algo para aprovecharse de ella!

—Violet, deja el dramatismo, querida —le pidió Astrid poniendo los ojos en blanco al tiempo que tomaba unas servilletas de papel y humedecía las puntas para luego aplicarlas en los ojos de Cassie—. Arion es encantador y muy sexy, no es el tipo de hombre que va drogando por ahí a las mujeres para llevárselas a la cama, diablos, no creo que necesite hacer nada más que chasquear los dedos para que se te caigan las bragas.

—Oh, cinco minutos junto a ese tío y ya te ha sorbido el seso, ¿tengo que recordarte que te casas en una semana? —insistió Violet, quien no podía creerse que su amiga hablase con tanta ligereza—. Todo esto es una locura, lo que hay que hacer es darle esquinazo e ir a un abogado para terminar con esto cuanto antes.

Astrid puso los ojos en blanco, pero no dijo nada mientras terminaba de adecentar a su amiga.

—¿Confías en mí? —le preguntó directamente.

Cassie se lamió los labios, no vaciló. Astrid había sido casi como su hermana, ella y Violet eran más que sus mejores amigas, las únicas que habían estado a su lado después de que su vida se hubiese hecho pedazos.

—Por supuesto que sí.

Sonriendo, la mujer le pellizcó las mejillas para darles color.

—Entonces sal ahí fuera y vete con él —le dijo sin más—. Te prometo que todo irá bien y si me necesitas sabes que estoy a un golpe de teléfono. No pierdas esta oportunidad, Cassie, te aseguro que es algo que no te pasará dos veces en la vida.

—Como si fuera tan tonta para volver a casarse con alguien en Las Vegas e irse a la cama con él para luego no recordar ni su nombre —protestó Violet, contraria a la iniciativa de su amiga.

—Vio, cariño, no estás ayudando.

—Eso espero. Al menos yo estoy cuerda.

Negando con la cabeza, Astrid le arregló el abrigo a Cassie, se lo abrochó y le sonrió.

—Deseabas vivir una aventura, ¿no?

Cassie vaciló.

—No era precisamente esto lo que tenía en mente —confesó.

—Te aseguró que será mucho mejor.

—Habló la que se tiró en el instituto a casi todo el equipo de baloncesto.

—Sólo me lie con seis —se quejó Astrid a lo que Violet contestó poniendo los ojos en blanco—. Además, esto es distinto… los hombres de la Agencia… son muy distintos.

Violet arqueó una ceja y respondió con pura ironía.

—¿Por qué? ¿No tienen la polla en el mismo sitio?

Resoplando, Astrid decidió ignorarla, repasó el atuendo de su amiga y una vez satisfecha, la empujó hacia la puerta.

—Vete y aprovecha el momento, cariño —le dijo más ilusionada que si le estuviese ocurriendo a ella—. Y no olvides llamarme para contármelo todo.

Aquello era una mala idea, Cassie lo sabía, una muy mala idea y con todo, la posibilidad de vivir una aventura era demasiado atractiva para negarla y también demasiado aterradora para

llevarla a cabo con ese hombre.

CAPÍTULO 3

Aquel hombre se había quedado con sus maletas.

Cassie maldijo para sus adentros mientras miraba la puerta del Aeropuerto Internacional de Cardiff por la que acababa de salir, confiaba en su amiga, sí, pero una cosa era dejarse asesorar por ella para cambiar el peinado y otra muy distinta irse con un completo desconocido.

Él había permanecido allí de pie, con sus maletas a un lado y ella había huido a toda velocidad en sentido contrario, dando un largo rodeo a la terminal para evitar que la viese. Cassie no era una cobarde y el tener que recurrir a tal subterfugio le molestaba, por no mencionar el hecho de que su recién estrenado marido se había quedado con su equipaje.

—Mierda, mierda, mierda… ¡Y mil veces mierda! —masculló mientras observaba la entrada principal con verdadera angustia—. ¿Por qué tiene que pasarme a mí? ¿Es que no he tenido ya suficiente mala suerte para todo lo que me queda de vida? ¡Yo sólo deseaba vivir una aventura, no casarme con un completo desconocido y despertarme en una habitación de hotel sin recordar un maldito minuto de la noche!

Una pareja que eligió ese momento para pasar a su lado la miraron como si hubiese perdido el juicio, avergonzada cambió de dirección y continuó su monólogo en voz baja.

—Y mi equipaje, ¿cómo diablos voy a recuperarlo? —refunfuñó alzando el rostro al cielo con un resoplido—. Ésa era mi mejor maleta y dentro están mis jeans favoritos. Maldita sea, Cassie, ¿en qué lío te has metido ahora?

Resoplando volvió a mirar nuevamente hacia la puerta de entrada como si estuviese esperando a que él apareciese de un momento a otro.

—Quizás debería ir y recuperarlas —continuó hablando consigo misma—, vamos, seguro que también cree que todo esto es una locura, aunque me obligó a firmar esa cosa… ¡Pero seré idiota! ¿Cuántas veces te dicen que no firmes nada sin leerlo primero? ¡Arg! ¡Quiero mi vida de vuelta! ¡Y mis maletas! ¿Y por qué diablos no puedo recordar ni un triste segundo de esa condenada noche?

—Diría que se debe al alcohol que ingeriste, no es que fuese demasiado, pero se te sube pronto a la cabeza.

Cassie se quedó congelada en el lugar ante el sonido de la profunda voz masculina a su espalda, tragando audiblemente se giró lo justo para verle de pie a escasos pasos de ella, apoyado de forma casual contra uno de los carteles publicitarios con su maleta y el neceser femenino a sus pies. Si bien no podía apreciar su mirada bajo las oscuras gafas, el escalofrío que le recorrió la columna sugería que los ojos masculinos estaban indudablemente clavados en ella.

—Respira, Cassandra, cualquiera diría que acabas de ver a un demonio —le contestó esbozando una traviesa sonrisa.

Cassie abrió la boca para contestar, entonces se giró hacia la entrada del aeropuerto señalándola con el pulgar y finalmente a él, explorando los alrededores con la mirada antes de preguntar:

—¿Cómo has…?

Arion dejó su postura, recogió las maletas y le tendió a ella el neceser.

—¿Siempre dejas tus cosas tiradas por ahí?

Ella enrojeció, cerró la boca de golpe y cogió el neceser tendiendo la otra mano para recuperar la maleta.

—Se suponía que habían quedado en manos de mis amigas no de…

—¿Tu marido? —sugirió apartando la maleta de su alcance.

Cassie rechinó los dientes ante el truco masculino.

—No eres mi marido.

Arion sonrió con satisfacción.

—Tengo un acta de matrimonio que dice otra cosa, Señora Catrides.

Cassie apretó los labios formando una delgada línea, sus mejillas se habían encendido aún más.

—No por mucho tiempo —siseó echando mano a la maleta—, y ahora si me disculpas, quiero irme a mi casa.

Arion asintió, pero una vez más volvió a apartar la maleta de su alcance, obligándola casi a saltar para recuperarla.

—Me parece bien, yo te llevo.

Cassie se llevó las manos a las caderas y lo fulminó con la mirada, algo que realmente causó gracia a Arion.

—Ni hablar.

La sonrisa en los labios masculinos se estiró mostrando un atractivo hoyuelo en su mejilla izquierda, no podía verle los ojos pero estaba casi segura de que brillarían sólo para hacer juego con su rostro.

—¿Cómo de lejos queda el aeropuerto?

—Lo suficiente.

—En ese caso no te importará indicarme el camino, ¿verdad? Creo que no conozco esa zona.

Entrecerrando los ojos castaños, extendió la mano y de manera exigente le pidió la maleta.

—Devuélveme mi maleta y piérdete, cogeré un taxi, gracias —respondió de mala gana, entonces respiró profundamente y probó a ser un poco más razonable—. Mira, no hace falta que te desvíes por mí.

Arion se echó la maleta a la espalda como si fuera una mochila y la invitó a acompañarle hacia el aparcamiento del aeropuerto.

—No me desviaría por nadie, cariño, pero da la casualidad de que ambos vamos en la misma dirección.

Ella abrió la boca para responder a eso pero volvió a cerrarla cuando él le interrumpió.

—Además, tenemos un contrato, soy todo tuyo durante los próximos siete días —le aseguró con un ligero encogimiento de hombros—, y gracias a mi propia estupidez, puede que para mucho tiempo más, *gynaika*[2]

Cassie sacudió la cabeza.

—Esto es una locura, una maldita confusión que se está embrollando cada vez más y más —resopló—. Mira, no sé exactamente de qué va el contrato que me has obligado a firmar pero…

Arion bufó ante tal respuesta.

—Cassandra, has firmado por propia voluntad, yo no te he obligado a nada.

Ella entrecerró los ojos.

—Pensé que me estabas dando los papeles de la anulación del matrimonio —clamó ofendida.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Cassie se exasperó.

—¿Y qué otra cosa esperas que piense si te presentas en el aeropuerto después de lo que pasó en Las Vegas? —clamó alzando las manos—. Ni siquiera te conozco y me he casado contigo, ¡eso es una completa chaladura! Vale, no es la primera chaladura de este estilo que se lleva a cabo allí, pero… ¡joder!... al menos cuando las hacen la gente las recuerda.

—No siempre, créeme —aseguró con total ironía.

—No quiero estar casada contigo, quiero el divorcio, la separación o quemar esos papeles en una hoguera, lo que sea que sirva —pateó el suelo con decisión.

Arion se volvió hacia ella y bajándose las gafas para que pudiera ver sus ojos le respondió con absoluta complacencia.

—No te serviría de nada quemar los papeles, ni siquiera la PDA, créeme, nena, algunos lo han intentado y no funciona —aseguró con un despreocupado encogimiento de hombros—. Lo máximo que logras es joder al jefe por tener que sustituir los terminales y no quieres joder con Nick, no de esa manera. Te guste o no, estás atascada en este contrato conmigo durante los próximos siete días, *gynaika* y yo que tú prestaría especial atención a cada uno de los requisitos, quizás te convenga estar avisada… —Arion se tomó un instante para recorrerla con la mirada—, o quizás no.

Cassie se estremeció bajo la escrutadora mirada masculina, algo en ella la hacía estremecer y no precisamente de miedo.

—Yo no he enviado esa solicitud, ¿por qué demonios tengo que aceptar el contrato?

Arion fue claro.

—Porque lo has firmado y no hay cláusula de rescisión.

Cassie abrió la boca para responder a eso, pero Arion la detuvo alzando la mano.

—Y por qué lo necesitas.

¿Qué lo necesitaba? ¡Lo que necesitaba era perderle de vista!

—Olvídame y devuélveme la maleta o te juro que me pondré a gritar en medio del aparcamiento y no te gustará lo que gritaré —le aseguró con total premeditación.

Arion no sólo sonrió abiertamente ante ello, si no que se permitió el lujo de caminar de nuevo hacia ella e intimidarla con su tamaño y masculinidad.

—Hazlo, *gynaika* y terminarás sobre mi hombro, con mi mano en tu trasero, por debajo de la falda… y de las braguitas de lencería que llevas puestas.

Cassie jadeó llevándose las manos inmediatamente al dobladillo de la falda como si de esa manera pudiera ocultar lo que había debajo.

—Hay juegos a los que simplemente no puedes jugar conmigo, pequeña —le aseguró con voz suave y absolutamente sensual—, no si esperas ganar.

—No quiero tener ninguna clase de contrato contigo —respondió ella en voz baja, sus ojos castaños clavados en los azules.

Tras un momento de intenso silencio en el que Cassie sopesó sus opciones, Arion tomó de nuevo la palabra, esta vez con más gentileza y suavidad, casi pretendiendo ser inofensivo.

Como si eso fuese posible.

Arion señaló con un gesto de la barbilla la mano dónde todavía lucía la alianza de bodas.

—En ese caso, ¿no deberías quitarte eso?

Cassie siguió su mirada y enrojeció una vez más al ver el anillo en su dedo, la alianza con la que había despertado y la unía a aquel hombre. El calor ascendió a sus mejillas a una velocidad vertiginosa, ¿cómo podía haberse olvidado del anillo?

—Está bien, Cassandra, no eres la única que encuentra todo esto extraño —se adelantó a

responderle al tiempo que daba un par de pasos hacia ella—, respira, no nos harás ningún favor desplomándote en el suelo por falta de aire.

Los ojos castaños de la mujer se alzaron hacia él, en ellos podía leerse una mezcla de incertidumbre y temor además de un agotador cansancio.

—Todo esto es una maldita locura —murmuró con voz apagada.

Asintiendo lentamente, Arion estuvo de acuerdo.

—Por suerte para ti, soy especialista en locuras —aceptó con un profundo suspiro al tiempo que posaba suavemente una mano en la espalda femenina invitándola a caminar—. Vamos, empezaremos llevándote a casa y después… ya veremos.

Ella lo miró durante un breve instante negándose a moverse, entonces dejó escapar el aire que había estado conteniendo y permitió que la guiase hasta el coche, de poco iba a servirle el quedarse allí y empezar a patalear como una niña pequeña.

Cassie se pasó buena parte del trayecto mirando por la ventanilla del coche, sus únicas frases eran para indicarle al indeseado conductor por dónde debía ir, por lo demás intentaba evadir cada una de sus preguntas aunque eso no parecía importarle a él.

—¿Eres nativa de Cardiff? —Arion hizo su cuarta pregunta en los últimos quince minutos —. Tu acento es más suave de lo normal por esta zona, casi meloso.

Sus ojos castaños se volvieron hacia él enmarcados por sus cejas alzadas.

—Tú tampoco tienes acento inglés, ¿es eso un delito?

Arion sonrió de medio lado, su compañera era sin duda belicosa.

—Soy griego, difícilmente puedo tener acento inglés, aunque es el idioma que más utilizo —respondió deteniéndose ante un semáforo en rojo—. Viajo bastante, no suelo pasar mucho tiempo en el mismo lugar.

—Ahí tienes otro punto más para añadir a nuestro inmediato divorcio, adoro mi ciudad, mi hogar y no lo cambiaría por nada del mundo —aseguró satisfecha—. Jamás me verás mudarme de un lado a otro.

—¿No te gusta viajar?

Le encantaba, adoraba viajar y conocer nuevos países pero al final del día, Cardiff era su hogar, el lugar que más echaba en falta cuando pasaba mucho tiempo fuera.

—No demasiado —mintió.

Arion sonrió ampliamente al oír su tono de voz, toda su piel se erizó ante la flagrante mentira.

—Me cuesta creerlo cuando acabas de volver de La Vegas.

—Era la despedida de soltera de mi mejor amiga, no podía perdérmela —respondió para finalmente hacer un mohín—, aunque si llego a saber qué pasaría esto, me habría quedado en casa. ¿Y tú qué hacías por allí, si puede saberse? Tu nacionalidad en el acta matrimonial figura como norteamericana.

—Llevo mucho tiempo viviendo en Norteamérica —aceptó reincorporándose al tráfico—, he obtenido la doble nacionalidad.

—Gira a la derecha, tienes que ir hacia Duke Street —lo interrumpió para darle nuevas indicaciones—. Entonces, ¿fue por trabajo?

Arion sonrió para sí, al parecer había despertado su curiosidad.

—En realidad se trataba de unas mini vacaciones —respondió—, actualmente resido en

Londres y como dije, me gusta viajar.

Ella volvió a mirar por la ventanilla al tiempo que murmuraba:

—¿Por qué decidiste venir a Cardiff?

La respuesta masculina fue directa.

—Mi esposa vive aquí.

Cassie resopló ante aquello.

—Eso será hasta que pueda encontrar un abogado y deshacer este maldito entuerto —masculló con agotamiento.

Arion no dijo nada, no iba a serle tan fácil deshacerse de él, su matrimonio no era sólo un papel, ni siquiera tenía nada que ver con los humanos.

—Así que, tu amiga decidió celebrar su despedida de soltera en Las Vegas, ¿no es un poco… fetiche ese deseo?

Ella se giró entonces hacia él.

—As está acostumbrada a hacer las cosas a su manera, le apetecía celebrar una despedida de soltera distinta y bueno, sin duda ha resultado distinta.

Arion asintió.

—Muy distinta, ya que la que terminó casada y en la cama conmigo fuiste tú.

Cassie frunció el ceño.

—¿Dije distinta? Quería decir, abominable.

Una suave sonrisa curvó los labios masculinos, al menos uno de los dos parecía estar pasándolo bien.

—Qué ironía, ¿no? Celebramos la despedida de soltera de una amiga y soy yo la que termina casada y en la cama con un completo desconocido sin acordarme siquiera de ello.

Arion la miró de reojo.

—Aunque quisiera disculparme, mis recuerdos de… ese episodio… están todavía algo confusos.

Ella le miró con absoluta ironía.

—¿Algo confusos? Pues ya es más de lo que recuerdo yo, lo cual me avergüenza decir, se reduce a un vacío absoluto. ¿Alguna idea de por qué acabamos cometiendo tamaña estupidez?

—¿El casarnos o irnos a la cama?

Cassie no se pensó la respuesta:

—Creo que ambas cosas pueden competir en grado de estupidez.

Arion rio.

—Confieso que mis recuerdos en cuanto a la ceremonia nupcial son algo… escasos… aunque espero que terminen aclarándose con el paso del tiempo —aceptó, sabiendo que su memoria estaría posiblemente intacta para el final de la semana, ventajas de ser un demonio.

—Qué optimista.

—De lo que pasó después —continuó sin prestar atención a su interrupción—, tengo algún que otro recuerdo bastante… interesante.

Cassie se hundió aún más en el asiento, su rostro volvió a girarse hacia la ventanilla del coche para evitar que viese el sonrojo que cubría sus mejillas, así como la incómoda vergüenza de tener que aceptar que no recordaba absolutamente nada. La palabra *interesante* tenía demasiadas definiciones y otras tantas interpretaciones, no estaba segura de sí le gustaría saber cuál de ellas estaba siendo aplicada por Arion.

—¿Sigo de frente? —preguntó entonces, obligándola a fijarse en la carretera.

—Sí —respondió indicando hacia la derecha—, gira hacia Castle Street y detente en el

primer lugar que encuentres, me bajaré aquí.

Arion bufó ante la orden femenina.

—¿Intentas deshacerte nuevamente de mí, Cassandra?

Ella le dedicó una única mirada.

—Creí que eso era algo que había dejado claro en el aeropuerto, aunque tú pareces tener problemas para asimilarlo —le aseguró al tiempo que le indicaba un hueco vacío a su derecha—, puedes dejarme justo ahí.

Arion echó un fugaz vistazo al lugar indicado, puso el intermitente y cambió de carril para proceder a aparcar.

—¿Hay algún aparcamiento subterráneo por aquí? No me gustaría tener que darle explicaciones a los de la compañía de alquiler por desperfectos en el coche, no sé por qué nunca se toman bien mis explicaciones.

Ella lo miró como si estuviese decidiendo si le estaba tomando el pelo o hablaba en serio.

—Sí, hay uno a unos veinte minutos de aquí, al otro lado de la ciudad —le respondió con una adorable y estudiada sonrisa—, si te das prisa, puede que encuentres sitio.

Arion sonrió a su pesar, los esfuerzos de la muchacha por deshacerse de él eran loables.

—Lo tendré en cuenta —aceptó echando el freno de mano para luego apagar el motor y quitarse el cinturón mientras se volvía en el asiento hacia ella—. Heol Fawr, el 23-25 si mi memoria no me falla, es la calle que da a la entrada del Castillo, ¿no?

—Enhorabuena, te has aprendido el callejero —le respondió ella soltándose el cinturón al tiempo que abría la puerta dispuesta a bajarse del coche—. Si abres el maletero, cogeré mis cosas.

Arion retiró las llaves del contacto y bajó también del coche, reuniéndose con ella tras el maletero.

—Vives en una zona tranquila y con buenas vistas —comentó echando un vistazo a su alrededor.

Cassie dejó sus infructuosos intentos de abrir el maletero y alzó la mirada hacia él.

—Te haría de guía turística, pero no tengo ni tiempo ni ganas, ahora, ¿puedes abrir el jodido maletero, por favor?

Arion se la quedó mirando durante unos instantes.

—¿Siempre eres tan simpática o es algo que reservas sólo para mí?

—Siéntete privilegiado, esto es únicamente para ti.

—Qué suerte la mía —respondió con absoluta ironía.

Ella lo ignoró volviendo a señalar el coche.

—Abre el maletero.

—¿Por favor?

—Sólo abre el jodido maletero de una vez, Catrides y lárgate.

Él no pudo hacer otra cosa que sonreír.

—Arion —respondió sin intención alguna de seguir sus órdenes—, no es un nombre complicado de pronunciar, no te hará daño hacerlo.

—Hijo de puta tampoco es complicado y realmente empiezas a ganarte el título —aseguró entrecerrando los ojos—. O abres el jodido maletero para que pueda recuperar mi maleta o me voy sin ella.

Chasqueando la lengua, Arion la ignoró y pasó a recorrer lentamente el lugar con la mirada familiarizándose con el entorno.

—Vayamos a comer algo —sugirió reparando el lugar con la mirada—, ¿conoces algún

buen restaurante por aquí?

Cassie no pudo evitar mirarle de arriba abajo, ella no era de restaurantes, las pocas veces que salía a comer fuera terminaba en alguna de las hamburgueserías al final de la calle.

—*Subway* y *Burger King*, los tienes uno al lado del otro al final de la calle —le respondió indicándole la acera de enfrente—. No son restaurantes de tres o cuatro tenedores, pero se come bien y es barato. Ahora, si me abres el maletero, podrás irte a comer cuando gustes.

Arion siguió sus indicaciones y volvió a mirarla.

—No te hacía chica de bocadillos y hamburguesas.

—Ciertamente no lo soy de ostras y caviar.

Suspirando, deslizó la mano por la puerta del maletero y esta se abrió al momento.

—Te sorprendería las cosas que se pueden hacer con las ostras —murmuró más para sí que para ella.

Cassie levantó el maletero y se estiró para coger las maletas sorprendiéndose al ver una mochila negra y el maletín de un netbook, hubiese jurado que cuando le siguió y metió las maletas en el coche, las suyas no estaban. Entonces, la pregunta que había surfeado su mente anteriormente volvió con fuerza.

—¿Cómo supiste en qué avión llegaba?

Su mirada era inquisitiva y recelosa.

—Tengo mis recursos —aseguró ayudándola a bajar la maleta y entregándole finalmente su neceser—. No sabía dónde te alojabas, en el hotel en el que estuvimos no había ninguna Cassandra Joyce registrada, así que me fui al aeropuerto y decidí venir a probar suerte. Afortunadamente, te encontré.

Ella sacudió la cabeza.

—Nosotras salimos en el primer vuelo de la noche, era el primero que encontramos libre, ¿cómo es posible que ya estuvieses aquí? ¿Qué supieses el vuelo en el que llegaba? Hay algo en todo esto que no encaja.

Si ella supiera, pensó Arion mientras sopesaba a la mujer que tenía frente a él, la cual se había convertido en su esposa de una manera que ningún abogado humano podría disolver. Las medialunas oscuras bajo sus ojos evidenciaban que no había dormido gran cosa durante el vuelo y si tenía que juzgarla por los últimos momentos pasados a su lado, sabía que no descansaría hasta que volviese a estar a salvo en su hogar, en un lugar conocido y que le diese la seguridad que le habían arrebatado los últimos acontecimientos. Estaba cansada, física y anímicamente, no podía culparla por ello, en tan sólo un fin de semana su vida se había puesto patas arriba y su presencia no contribuía a que se sintiese cómoda, al menos, no todavía, pues para ella, Arion sólo era un problema más en la larga lista que había empezado a escribir.

El programa de la agencia no se había equivocado al elegirla como una de las candidatas, ahora dependía de él hacer honor al eslogan de la empresa y procurarle todo lo que necesitara, incluso aquello en lo que ella no había pensado.

Satisfacción garantizada, ese era el lema de la Agencia Demonía y por primera vez en mucho tiempo, Arion estaba más que dispuesto a cumplir con su papel de agente.

—Como ya he dicho, tengo mis recursos —respondió con un ligero encogimiento de hombros—, además, cuento con los de la agencia, conseguir un billete de vuelta en el primer avión no fue difícil, como tampoco descubrir que mi esposa viajaba en el siguiente vuelo.

Ella resopló, cogió su maleta y el neceser arrastrándolos consigo hacia el interior de la acera.

—Ya, ¿y eso incluye también el *oportuno* contrato con tu agencia? Discúlpame si parezco escéptica, pero algo me dice que aquí hay gato encerrado —aseguró mirándolo desde la acera—. No niego que mis amigas hubiesen enviado esa solicitud porque sé que están lo suficientemente locas como para hacerlo, pero que tú y yo nos hayamos encontrado por casualidad, nos hayamos casado y que curiosamente seas el agente que me ha tocado en gracia… chico, no me lo trago.

Arion no podía refutar eso, si se lo hubiesen hecho a él pensaría de la misma manera, pero la realidad era otra. Arion ya había conocido a Cassie y se había metido en este sin sentido antes de que Nick lo llamase a su oficina.

—Mi jefe no me hizo entrega del nuevo contrato hasta esta misma mañana, *pouli*, así que, aunque entiendo tu recelo y confusión, no es algo que yo tuviese planeado de ante mano, lo juro.

Cassie frunció el ceño al oírlo jurar, por algún motivo sus palabras calaron en su interior como una indisoluble verdad, no podía explicarlo pero sabía que Arion no estaba mintiendo.

—¿Qué es eso que me has llamado? ¿Es griego?

—¿Pouli?

Ella asintió.

—Sí —aceptó sin apartar la mirada del hombre—, y esa otra palabra que no dejas de pronunciar, gya… no sé qué.

—Gynaika —repitió pronunciándola con suavidad y una cadencia que ella no conseguía imprimir en su voz.

—Sí, eso.

—Gynaika significa esposa en griego —le explicó al tiempo que alcanzaba el maletero y lo cerraba—, y *pouli*, pajarillo. Sólo es un término cariñoso.

Cassie hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Ahórrate los términos cariñosos —respondió pulsando el botón que subía el asa de la maleta para poder arrastrarla—. En realidad, ahórratelo todo, sólo quiero irme a casa, buscaré un abogado y haré que arregle esto, te enviaré los papeles que sean necesarios a la dirección que diste, ¿es la correcta?

—Es la dirección de mi residencia en Londres, sí —aceptó reuniéndose con ella—. Pero ahórrate el envío, podrás dármelo en mano porque pienso quedarme por aquí al menos una semana, siete días, es el tiempo que estipula el contrato.

Cassie lo miró y sacudió la cabeza.

—Empiezo a pensar que tienes un serio problema de oído, o eso, o eres gilipollas —respondió con sencillez—, yo optaría por lo segundo, pero entonces tendría que ascender a los gilipollas a una categoría distinta y no merece la pena hacer diferencias entre vosotros.

Arion hizo una mueca.

—Está claro que la falta de sueño afecta a tu humor, Cassandra, quizás debiésemos dejar la comida para después e ir directamente a la cama.

La respuesta de Cassandra no podía ser más clara cuando por fin la dio.

—Adiós, señor Catrides, que tenga una breve estancia en Cardiff —le deseó con una amplia sonrisa—, le enviaré los papeles del divorcio tan pronto los tenga, siento no poder decirle que ha sido un placer conocerle, pero le deseo un buen viaje de vuelta.

Sonriendo Arion se llevó las manos a los bolsillos y la contempló.

—Lamento decirle, señora Catrides, que no tengo la más mínima intención de abandonar Cardiff por el momento, empiezo a encontrarlo… interesante… al igual que a una de sus ciudadanas —le respondió deslizando su mirada sobre ella con abierta sensualidad—. Te veré esta noche, esposa.

—Sigue soñando.

Arion se lamió los labios y deslizó la mirada hacia el otro lado de la calle hasta detenerse en uno de los locales.

—Café Nero —le dijo volviéndose hacia ella—, a las diez y media.

Cassie siguió la mirada masculina hasta el local cuyo letrero de color azul rezaba el nombre de la cafetería.

—Sé puntual, Cassandra —continuó él acercándose ahora a ella—, no me gusta que me hagan esperar.

Ella arqueó una ceja en respuesta, sus ojos castaños clavándose en los azules.

—Pues es una pena, porque a mí es lo que mejor se me da —le respondió alzando la barbilla de modo desafiante—. Tendrás que esperar eternamente, así que ve buscando una buena silla.

Dejando escapar una sonrisa mitad bufido, Arion se inclinó sobre ella, los labios a escasos milímetros de los suyos.

—A las diez y media, Cassandra, si no has cruzado el umbral a esa hora iré a por ti y esta vez, cariño, lo recordarás todo, con pelos y señales —le susurró antes de bajar la boca sobre la de ella en un húmedo y breve beso—. Hasta esta noche, *gynaika*.

Cassandra temblaba cuando él la soltó, incluso cuando el coche se incorporó al tráfico y desapareció en el horizonte siguió temblando, un delicioso y sensual temblor de deseo por un hombre que había irrumpido en su vida como un huracán y amenazaba con hacerla pedazos.

Arión Catrides, su marido y el único hombre que había conseguido hacerla temblar de deseo.

CAPÍTULO 4

Cassie recostó la cabeza contra la puerta, el aroma a velas y esencias que perfumaban la casa le dio la bienvenida al hogar, era bueno estar lejos de toda la locura que había encontrado en los últimos días. Suspirando dejó las llaves en la bombonera de cristal del recibidor y arrastró la maleta por el suelo de parqué. Su hogar no era demasiado grande o impresionante pero para ella era suficiente y lo había sido durante toda su vida, incluso después de que su padre se largase dejándolas a ella y a su madre solas para empezar una nueva vida al lado de otra mujer. A decir verdad, no podía culparle, su madre había sido una compañía difícil, lo había sido hasta el día de su muerte en un estúpido accidente de tráfico, una borracha arrollada por un coche y abandonada en una cuneta hasta que alguien alertó de su presencia, la mujer a la que había tenido que reconocer en la morgue de la comisaría de policía con tan sólo quince años.

Su padre había asistido al funeral, y se había ocupado entonces de ella acogiéndola en un hogar extraño, junto a su nueva esposa e hija, una agradable familia con la que tuvo que aprender a convivir, pero que no sustituía el vacío que había quedado en su interior.

Un año después se había emancipado decidiendo volver a su hogar, el único que había conocido, el que para bien o para mal había significado algo para ella. Había llegado el momento de tomar las riendas de su vida, después de todo, era lo único verdaderamente suyo.

Ahora, catorce años después, era la orgullosa propietaria de El Oráculo, una tienda de esoterismo y herboristería en el 47 de Saint Mary Street tenía un título de secretaria que jamás había puesto en práctica y su hogar estaba lleno de estanterías con hadas, alguna que otra espada, velas aromáticas y piedras minerales.

Pero por encima de todo, Cassie estaba satisfecha con su vida, o eso había creído hasta que Arion Catrides se cruzó en su camino.

Dejando las maletas al lado del sofá del acogedor salón cruzó la habitación para levantar las persianas y permitir que entrase la luz. Una pequeña cocina, una habitación de invitados cuyas paredes estaban cubiertas del techo al suelo por libros y un dormitorio con baño era toda la distribución del piso que poseía en el 20-21 de Heol Fawr, le había llevado varios años y todos sus ahorros remodelar y acondicionar la vivienda hasta dejarla completamente a su gusto, borrando así cualquier huella de su pasado.

La luz del contestador parpadeaba anunciando el contenido de mensajes, posiblemente serían de su padre o su medio hermana o incluso de As o Violet deseando saber si había llegado de una pieza a casa. Desabrochándose el abrigo se acercó al mueble, accionó el aparato y continuó con el recorrido por la casa mientras escuchaba.

Tal y como había supuesto, su padre y su hermana Eloise le habían dejado un mensaje. El solía llamarla una o dos veces al mes, en ocasiones Cassie pensaba que seguía sintiéndose culpable por haberla dejado en manos de una madre borracha cuando era apenas una niña, había peleado por negarle la emancipación sólo para rendirse con la promesa de que ella mantendría el contacto al menos con su media hermana. Aquella había sido la única concesión que se había permitido Cassie, pero ambos sabían que las hermanas no se llevaban bien, en realidad, su relación era más bien inexistente limitándose a escuetas llamadas y alguna que otra comida cuando a Eloise se le encendía la bombilla y se pasaba por Cardiff. Sabían que compartían

sangre pero nada más, sus intereses eran bastante distintos y en opinión de Eloise, los intereses de Cassie por la tienda de esoterismo no tenían fundamento y eran una pérdida de tiempo.

Su padre le decía en el mensaje que se iba a celebrar el cumpleaños de su sobrino de dos años en un par de días y su hermana le recordaba que regalos no debía hacerle a su hijo, de todos ellos, el pequeño Thomas era el único que le caía bien y teniendo en cuenta que no era aficionada a los niños, eso decía mucho del pequeño de la familia. Un par de mensajes más de publicidad y la esperada llamada de Astrid deseándole suerte y que no dudara en divertirse con el hombretón que había aparecido en su vida, la voz de Violet se oía de fondo recordándole que ella era la sensata de las tres y que ignorara las locuras de As, que llamase a la policía si aquel tipo se pasaba de la raya.

Sonriendo apretó el botón de borrado de mensajes y echó un vistazo a su alrededor, las plantas necesitaban agua y ella necesitaba un buen baño seguido de unas cuantas horas de sueño.

—Primero un baño de agua caliente, después a la camita —murmuró saboreando ya la idea cuando su estómago rugió en respuesta—. De acuerdo, comer algo antes de meternos en la cama.

Satisfecha con su elección recogió el abrigo y la maleta y se dirigió a su dormitorio, apenas había dado dos pasos cuando el sobre que había guardado en uno de los bolsillos cayó al suelo llamando su atención, se trataba de los documentos que le había entregado su marido después de que estúpidamente firmara aquel contrato. Chasqueando la lengua los recogió y continuó hacia la habitación, ya tendría tiempo de leerlos durante el baño, si no los hacía pedacitos y los echaba por el inodoro para luego tirar de la cadena.

—En ocasiones me pregunto qué criterios tendrá el maldito programa para seleccionar a las candidatas —murmuró Nick echando un vistazo a las dos últimas solicitudes que tenía sobre la mesa, ambas eran una prueba del extraño proceso de selección que llevaba a cabo el programa web.

En más de una ocasión se había preguntado quién diablos estaba detrás del programa, quien lo había creado y por qué había recaído sobre sus hombros la obligación de sacar adelante el proyecto y convertirlo en lo que era ahora mismo, la única agencia demoníaca de citas.

No se le escapaba la ironía de ello, demonios sirviendo a los humanos, ayudándoles a dejar atrás sus estigmas para encontrarse de nuevo a sí mismos, pero aquello era lo que debía de hacerse. Riel y Eireen eran la prueba. El bebé que esperaban cambiaría el mundo y sólo sería el comienzo.

Empezó a masajearse el puente de la nariz, el dolor de cabeza que venía arrastrando desde hace un par de días no hacía si no ir en aumento al igual que las malditas visiones, no estaba seguro de si había dormido algo, su mente vagaba entre la conciencia y las visiones de clarividencia inherentes a su condición, pero nunca habían sido tan intensas como ahora, ni tan obvias, prueba de ello eran las dos solicitudes que llevaba más de una hora estudiando. No importaba las veces que leyera los cinco puntos de los requisitos, estos no cambiarían, lo sabía y con todo seguía teniendo esperanzas de que ocurriese algo que lo llevase a encontrar otra salida.

Un ligero golpeteo en la puerta le hizo alzar la mirada, ésta se abrió al tiempo que se asomaba Elphet.

—Nishel acaba de entrar en el edificio, ¿quieres que lo envíe directamente a tu oficina?

Nick bajó nuevamente la mirada sobre las dos copias de los documentos y seleccionó una

de ellas.

—Sí, que suba directamente —aceptó, leyendo una vez más el documento, entonces chasqueó la lengua y se volvió hacia ella—. Elphet, espera un segundo, échale un vistazo y dime que ves.

La mujer entró a la oficina y cerró suavemente la puerta tras ella, vestía de forma clásica y a pesar de ello, su sensualidad era más que aparente, cualquiera con ojos en la cara desearía follársela, pero cuando ibas más allá del exterior y veías sus ojos, era cuando ese deseo desaparecía y se instalaba algo más frío e intenso que rozaba la insensibilidad. Una dualidad peligrosa con el espíritu más dulce y humano que Nick hubiese encontrado jamás en un demonio mestizo como ella.

Elphet se detuvo frente a la mesa y cogió el papel que le tendía, sus ojos repasaron rápidamente el contenido prestando especial atención al apartado correspondiente a los requisitos.

—Está vacía, la oscuridad en su interior se ha convertido en hielo, es un milagro que siga viviendo —murmuró alzando la mirada hacia su jefe. Sus ojos reflejaban el intenso dolor y el miedo que transmitían las palabras de aquel papel—. Necesita calor, un fuego que bien podría consumirla en vez de curarla, nunca había visto nada igual.

Nick asintió mientras cruzaba las manos sobre el otro papel y contemplaba a su secretaria.

—Llevo más de una hora intentando averiguar algo más de ella pero todo lo que vislumbro es nada —aseguró con un profundo suspiro—, no puedo ver su pasado, ni su futuro, me está vetada.

Elphet dio un respingo al escuchar las palabras de su jefe, aquello no era posible, si había alguien en la agencia con capacidad para dirigirla y asignar a los agentes necesarios en cada caso era él, ese era su papel y ahora decía que estaba ciego a una de esas solicitudes, sólo había una posible causa para ello.

—En ese caso, ya sabes la respuesta y cuál debe ser la elección —aseguró con suavidad devolviéndole el papel—. Eres el único que puede llevar a cabo ese contrato, debes hacerlo tú mismo.

Recuperando el documento, Nick le echó un vistazo y lo relegó después a una de las bandejas vacías sobre la mesa. Su mirada volvió entonces sobre la mujer que había seguido su movimiento, sus ojos mostraban una agonía que él conocía íntimamente, un dolor que por más que quisiera no podía borrar. No podía darle lo que deseaba por encima de todas las cosas y aunque sabían que lo más noble para ambos habría sido terminar con aquello hacía mucho tiempo, Elphet no se lo había permitido y estúpidamente, él tampoco insistió.

Era más sencillo acariciar una ilusión que enfrentarse a la maldita realidad, una que acababa de llamar a su puerta rompiendo el cristal.

Nickolas había sido consciente desde el primer momento en que aquella inesperada visión de futuro había llamado a su puerta, que la mujer que le estaba profetizada llegaría a él por medio de la Agencia. Comenzó este ambicioso proyecto sólo para poder dar con ella, pero con el tiempo, sus deseos habían sido hechos a un lado y las dimensiones reales de su elección vieron la luz. La Agencia Demonía terminó convirtiéndose en un refugio para demonios y otros seres. Se movían bajo las narices de los humanos, interactuaban con ellos, se relacionaban y ni siquiera eran conscientes de ello.

Elphet había sido una de las primeras mestizas en entrar en la agencia. La pequeña demonio se encontraba al borde de la muerte cuando la encontró. Mitad nereida, mitad humana, un paria para los miembros de ambos mundos, llevaba una vida solitaria y de tormento. Nick la

había encontrado medio muerta por una sobredosis de drogas humanas, su intención era morir, llegando incluso a luchar con él y maldecirle durante todo el tiempo que transcurrió hasta purgar todo el contenido de su sistema. Elphet había llegado a odiarle, intentando así mismo asesinarlo sólo para poder terminar lo que había empezado.

Ella fue la primera hembra en entrar en la Agencia.

Nick había estado convencido que la profecía que le había sido revelada hablaba de ella, sus acciones habían estado dirigidas a mantenerla a su lado costase lo que costase, incluyendo el seducirla y meterla en su cama. Con el paso del tiempo habían creado una relación cómoda y placentera, se sostenían y apoyaban el uno al otro, pero mientras él sólo guardaba un intenso cariño hacia ella, Elphet cometió el error de enamorarse.

Ahora, el documento que había recibido lo cambiaba todo. El destino había llamado a su puerta como siempre supo qué ocurriría presentándole a la única mujer destinada a traerle la muerte… Si no conseguía salvarla, moriría con ella.

—Le haré más mal que bien —murmuró volviendo su atención sobre la otra solicitud—, mi contrato no es ni de lejos tan maleable con el de los agentes.

Ella negó con la cabeza, sus labios se estiraron en una tierna y consoladora sonrisa, aquella que hacía que cualquier preocupación se desvaneciera bajo expertas caricias.

—Nada tiene que perder —aseguró rodeando el escritorio hasta detenerse a su lado—, ya está enterrada en un ataúd de hielo, su vida consumida por una oscura soledad, si puedes llevar aunque sólo sea un poco de luz y derretir el frío, habrá vivido en sólo un instante, más que en toda su vida.

Nick dejó el segundo formulario a un lado y la miró durante unos instantes, finalmente le tendió la mano.

—Voy a rescindir tu contrato, Elphet.

Ella tomó su mano y permitió que la sentase en su regazo.

—Ya te he dicho que no hay contrato que rescindir, Nick —le aseguró deslizando una suave mano por el rostro masculino—, no estoy aquí atada, estoy por mi propia voluntad.

Nick recorrió el cuerpo femenino con la mirada recreándose en la cremosidad de su piel, la blusa empezaba a abotonarse un par de dedos por encima de los senos dejando el lujurioso cuerpo femenino a la vista.

—No, Elphet, desde el momento en que se firme este contrato, no permitiré que vuelvas a acercarte a mí, no te heriré por más que me ruegues hacerlo, eres demasiado valiosa, encontrarás a alguien que te valore por lo que eres, lo juro.

No le permitió terminar, enredando sus dedos en el pelo masculino le obligó a bajar el rostro mientras salía a su encuentro y unía sus bocas. Le besó con hambre y sed, con desesperación y paciencia infinita mientras su corazón sangraba por lo que sabía sería el final de todo para ella.

—Hasta ese momento, seguiré disfrutando de ti —le susurró ella al oído—, pero antes tendrás que atender a Nishel, aparecerá por esa puerta en cinco… —le acarició los labios con los suyos al tiempo que se deslizaba de su regazo—, cuatro… —sus nalgas se resbalaron de su regazo—, tres… —se alisó la ropa y se lamió los labios—, dos… —se movió hasta quedar nuevamente del otro lado del escritorio—, uno.

—Últimamente me paso demasiado por aquí, ¿estás pensando en hacerme fijo de la Agencia o qué?

La voz profunda y sensual precedió la llegada del hombre de más de metro noventa que vestía de forma gótica con un pantalón de cuero a juego con un guardapolvo sin mangas

ribeteado en blanco y cerrado por delante con delicadas cadenas plateadas a juego con su extraño color de pelo. Nishel no era un agente propio de la agencia, su camaradería con Riel lo había conducido hasta el enclave pero el ángel caído actuaba por su propia cuenta, aceptando o rechazando los servicios que Nick y la Agencia le ofrecían a voluntad.

—Ya sabes que la puerta está abierta para cuando desees afiliarte de manera oficial —aseguró Nick en respuesta—. No tienes más que decirlo.

Nishel esbozó una irónica sonrisa y entró en el despacho, su mirada grisácea se cruzó con la de la mujer un instante antes de que ella se disculpara y procediera a dejar la habitación.

—Me gusta ir por libre —respondió siguiendo a la mujer con la mirada durante unos instantes para finalmente volverse hacia el hombre que permanecía sentado tras el escritorio—. ¿De qué se trata esta vez? ¿Divorciada? ¿Separada? ¿Viuda? ¿Una reprimida sexual?

Los labios masculinos se estiraron en una irónica sonrisa mientras giraba con los dedos el papel que estaba sobre el escritorio y lo deslizaba hacia el otro lado de la mesa al alcance de Nishel.

—Diría que es una antigua cliente, si realmente hubiese existido un contrato de por medio —le aseguró cruzando las manos sobre el estómago mientras se reclinaba en la silla—. ¿Te interesa o se lo doy a otro?

Nishel echó un rápido vistazo al contenido deteniéndose con sorpresa ante el nombre.

—¿Ella?

Nick se limitó a encogerse de hombros.

—Te sorprendería saber la cantidad de mierda que pasa por mi mesa todos los días, a estas alturas ya no me sorprendo de absolutamente nada —aceptó jugueteando con los dedos mientras contemplaba a su compañero—. ¿Y bien? ¿Trabajarás una vez más para la Agencia?

Nishel repasó rápidamente el resto de la solicitud y esbozó una irónica sonrisa al llegar al apartado de los requisitos.

—Al parecer, sí, tendré que hacerlo —aceptó entregándole el formulario—. Será un verdadero placer volver a ella.

Nick sonrió para sí y con un simple gesto de la mano aparecieron sobre la mesa la PDA y el contrato para la próxima asignación de Nishel, una que prometía un placer absoluto.

Elphet se apoyó en la puerta cerrada de la oficina con un profundo suspiro, el día que tanto había temido estaba golpeando al cristal. Nickolas se marcharía, tenía que hacerlo si quería seguir viviendo, su destino estaba allí fuera, en algún lugar y debía encontrarlo.

Ella había aprendido a su lado que la vida no era tan oscura e inválida como pensó al principio y gran parte de ello, si no todo, se lo debía a aquel hombre.

Gracias a él había encontrado solaz en su medio hermana, la única que no la rechazaba por lo que era. Nickolas le había devuelto a la vida para que pudiese aprender a apreciarla y ahora era su momento para hacer lo mismo por él. Después de todo, amar era saber renunciar y procurar la felicidad del ser amado.

—Es hora de ponerse a trabajar —murmuró para sí misma. Con la ausencia de Nick, ella era la única que podría recibir y gestionar los encargos del programa. Aquella había sido también uno de los motivos por los que él la había mantenido a su lado, ella había sido parte de su profecía.

El agua estaba lo bastante caliente para el gusto de Cassie, perfecta para aliviar el cansancio que su cuerpo había acumulado en los últimos días. Las velas aromáticas ardían en una vasija de barro con agua perfumando el aire y mezclándose con el vapor creando una atmosfera íntima y relajante, un ambiente tranquilo y familiar que le permitía relajarse realmente, o así habría sido si no hubiese elegido llevarse consigo los papeles y ponerse a leer el contrato de arriba abajo.

—Esto es absurdo, no, no es absurdo, es fantástico de un modo muy imaginativo —murmuró dejando una nueva página a salvo sobre una toalla seca para continuar con una nueva —. El agente está obligado durante la duración del contrato a presentar una actitud favorable y adecuada al estado del cliente, pudiendo adecuarse a las circunstancias de este… El agente debe estudiar cuidadosamente las necesidades del cliente para obtener unos resultados favorables y adecuados a la resolución del contrato… Durante el Pacto, el agente está en disposición de utilizar cualquier medio que crea oportuno para llevar a cabo su misión… ¿El Pacto? ¿Qué narices es eso del Pacto?

Cassie empezó a darle vueltas a las páginas buscando a través de la menuda letra que exponía cada uno de los puntos en los que se basaba el contrato y qué aceptaba el cliente al firmarlo. Algunos de los requisitos eran tan extraños que no conseguía encontrarles sentido, otros eran simplemente risibles.

—La duración del Pacto se determina entre la medianoche y el primer albor del amanecer —continuó leyendo con ávida curiosidad, era casi como estar leyendo uno de sus adorados libros de magia antigua, profecías y leyendas—. El cliente cede de manera simbólica su voluntad convirtiéndose en siervo de sus propios deseos, la fortaleza del pacto está determinada por la necesidad y la confianza del cliente con su agente.

Cassie se frotó los ojos, el calor del agua y el dulce aroma de las velas empezaban a colaborar con el obvio cansancio de su cuerpo provocándole somnolencia.

—Me parece que la hamburguesa y las patatas van a quedarse para la cena —murmuró ahogando un amplio bostezo.

Suspirando dejó a un lado los papeles y se levantó, era hora de dejar la calidez del baño y meterse en la cama antes de que sus ojos se cerraran por completo y el sueño la atrapara en medio del baño. Envolviéndose con el albornoz, hizo lo propio con el pelo, secándolo enérgicamente con la toalla para rematar peinándolo con los dedos, su imagen en el espejo era la de una mujer agotada, los oscuros morados bajo sus ojos evidenciaban las horas que llevaba sin dormir, incluso los párpados parecían pesarle más que de costumbre.

—Tengo un aspecto horrible —murmuró haciendo una mueca al verse—. Es un milagro que no haya salido corriendo.

Pero Arion no parecía la clase de hombre que saldría corriendo por nada, al contrario, tenía el aspecto de poder enfrentarse a todo sin vacilar, una seguridad en sí mismo que la hacía sentirse incluso más insegura, más pequeña a su lado.

«A las diez y media en el Café Nero».

Sus palabras seguían dándole vueltas en la cabeza, la forma autoritaria en que las había pronunciado, la confianza que había visto en los ojos azules cuando la desafió a contradecirle y no acudir a la cita.

—Ya puedes esperar sentado —murmuró dándole la espalda al espejo para recuperar los papeles y volver a la habitación—. Engreído, va listo si cree que puede darme órdenes como si fuese un robot de cocina.

Bufando echó los papeles sobre la cama y se dejó caer a un lado para seguir con la lectura, estaba dispuesta a encontrar una maldita cláusula que pudiera utilizar para rescindir ese estúpido contrato, si no podía disolver su matrimonio tan rápidamente, al menos terminaría con ese asuntito de la agencia de citas.

—El cliente se compromete mediante la firma de este contrato a cumplir con cada una de las bases establecidas según la legislación vigente en… bla, bla, bla —continuó leyendo por encima buscando algo que pudiera serle útil—, arg… es un contrato como todos los demás, ¿por qué demonios no tiene una cláusula de rescisión? ¿Y qué demonios es todo eso del Pacto?

Girándose sobre la cama enterró la cara contra el colchón y gritó con todas sus fuerzas intentando hacer a un lado la profunda frustración que la embargaba.

—No es justo —farfulló volviéndose de espaldas—, ¿por qué yo? ¿Por qué tiene que pasarme precisamente a mí? ¡Mierda, mierda, mierda, mierda!

Resoplando echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando la lámpara del techo.

«A las diez y media en el Café Nero».

La voz parecía repetirse en su cabeza como una insidiosa musiquita.

—Ojalá se te atragante el café.

Siseando, Cassie se giró y dejó que el cansancio se la llevara sumiéndola en un apacible sueño.

CAPÍTULO 5

La cafetería seguía estando tan llena a esas horas de la noche como lo había estado durante toda la tarde, era un local agradable, acogedor incluso con sus pequeñas mesas circulares y sillas de madera, bien iluminado por una amplia zona de ventanales que hacían también a la vez de puerta y focos interiores aplicados en el techo que empezaron a encenderse cuando la luz del día empezó a disminuir. La barra se encontraba a la izquierda de la entrada, en madera y tabiques de color verde, contenía también una zona para degustación de dulces así como una amplia pizarra en la que podían leerse las especialidades de la casa tanto en café como en té, aquella noche incluso celebraban un pequeño concierto acústico que amenizaba el tiempo de los presentes. Arion había pasado buena tarde en su interior, deleitándose de uno de los mayores placeres de los humanos, el café, después de dejar a Cassie y vigilar que llegase sin contratiempos a su hogar se había dedicado a echar un vistazo a la ciudad. Si quería meterse a su mujer en el bolsillo, o en este caso en la cama, lo primero era conocer el terreno y si bien ya había estado anteriormente en la ciudad, tenía que confesar que no había estado demasiado interesado en sus monumentos o parques.

Dejando su tercer café sobre la mesa, dobló el periódico y consultó la hora en su reloj, faltaban cinco minutos para las diez y media. No podía dejar de preguntarse si Cassandra aparecería o lo desafiaría negándose a acudir a su cita, en otras circunstancias se habría limitado a seducirla y mantenerla en la cama durante el tiempo que durase el maldito contrato, pero aquel curso de acción no encajaría con su esposa, ella era demasiado inocente y después de los acontecimientos de los últimos días su confianza había sufrido un duro golpe. No, ella no confiaría en él si la seducía, tendría que ganársela con la verdad, permitiéndole conocer el terreno que pisaba y al hombre al que fortuitamente había quedado atada aunque significase confesar quién era él realmente.

—Eso sin duda sería algo digno de contemplar —murmuró para sí, sonriendo ante la sola idea de plantarse ante ella y decirle que no era humano, sino un demonio. Sí, ya podía verla superar el récord mundial de atletismo.

Un inesperado escalofrío recorrió su espalda, sus sentidos se agudizaron y supo sin necesidad de volverse que ella había entrado en el local. Arion se giró en su dirección captando la mirada inquisitiva en sus ojos marrones, el pelo recogido en una coleta y vistiendo unos sencillos jeans y suéter bajo el abrigo que había llevado anteriormente. Su mirada se deslizó por el café hasta posarse en él, sonriendo de anticipación permitió que ella cruzara todo el local hasta llegar a la mesa.

—Bueno, ya estoy aquí, te has salido con la tuya, ¿contento? —fue el cálido recibimiento femenino. Cassie arrastró una de las sillas vacías y se sentó frente a él.

Arion fingió consultar el reloj.

—Llegas incluso con cinco minutos de adelanto, estoy atónito ante tanta impaciencia —le respondió recorriéndola lentamente con la mirada, sus ojos seguían cansados, las bolsas oscuras bajo ellos no habían disminuido pero a pesar de ello parecía algo más despejada—. ¿Has podido descansar algo?

—Descansaré cuando te pierda de vista, obtenga la anulación de nuestro matrimonio y

pueda deshacerme del maldito contrato con tu agencia —respondió echándose hacia delante para quitarse el abrigo.

No pudo evitar sonreír ante el ímpetu que escuchó en la voz femenina.

—Vienes con las pilas cargadas, *glyka*.

Cassie se removió en la silla para quitarse el abrigo.

—¿Más palabras raras? Te agradecería que cuando estés en mi presencia y te dirijas a mí me hables en un idioma que entienda —espetó sorprendiéndose a sí misma por la inesperada animosidad en su voz.

Arion alzó las manos fingiendo una rendición que no pensaba presentar.

—Tranquila, dulzura —la atajó—. Baja las armas o herirás a alguien.

Ella se limitó a girar la cabeza echando un vistazo al café que solía frecuentar con bastante asiduidad.

—¿Ese alguien podrías ser tú? ¿Una bala en las pelotas, quizás?

Vaaaale. Aquello había estado de más, ¿qué diablos le pasaba?

—Necesito un café —murmuró buscando algún camarero para finalmente optar por levantarse e ir directamente a la barra a pedir su consumición.

Arion la siguió con la mirada observando sus movimientos, estaba nerviosa, aterrada en realidad, sus reacciones eran desmesuradas, las respuestas demasiado cortantes incluso para ella, cualquier acercamiento anterior que podría haber tenido con ella se había convertido en un nuevo abismo y era algo que no iba a permitir.

Se recostó contra el respaldo de la silla procurando adoptar una pose relajada e inofensiva, su mirada azul siguiendo cada uno de sus pasos mientras recogía su consumición y regresaba a la mesa.

—¿Y bien? ¿Cuándo te vas?

Bueno, no podía negar que la mujer era directa y franca.

—Estás deseando perderme de vista, creo que voy a sentirme ofendido —comentó con despreocupación, entrecerrando los ojos al ver cómo le temblaban las manos al coger el vaso con la bebida—. ¿Qué has pedido, Cassandra?

Ella alzó la mirada hacia él.

—Una infusión —respondió cerrando los dedos alrededor del vaso—. Si me tomo otro café, puede que arda en combustión espontánea.

Arion negó con la cabeza.

—¿Cuántos te has tomado ya?

Ella negó con la cabeza.

—Ninguno —resopló pasándose una de las manos por el pelo—. Siempre estoy de este humor cuando no duermo bien, te diría que lo siento, pero no es así.

Arion se limitó a poner los ojos en blanco.

—Empieza respirando profundamente, *glyka* —le sugirió siguiendo cada uno de sus movimientos—, tus pulmones lo agradecerán.

Para su sorpresa ella hizo lo que le había pedido, respiró profundamente y dejó escapar lentamente el aire, para finalmente probar su bebida.

—He estado leyendo los papeles que me has entregado, especialmente el contrato, ¿cómo es posible que no haya una maldita cláusula de rescisión? —comentó con fastidio—. Y deja que te diga, que alguno de los puntos son un poco… raros… especialmente el que habla sobre un pacto. ¿Entregar la voluntad? Chico, eso suena a BDSM, a todo ese rollo de dominación y sumisión. ¿Quién ha redactado esa joya?

Arion cogió la taza de café y se la llevó a los labios tomándose su tiempo antes de darle una respuesta.

—No se trata de sumisión o dominación, si no de confianza, de depositar tu confianza en el compañero y permitir que sea quien te guíe —buscó la manera más sencilla de explicárselo—. Dejar que los deseos, fantasías salgan a la luz sin restricciones, en cierta forma, derribar las barreras que muchas veces levantamos sin darnos cuenta y que frenan nuestro avance.

Ella frunció el ceño.

—Eso no suena un poquito… ¿sexual?

—Si lo quieres ver en el contexto sexual sí, pero El Pacto no siempre tiene que relacionarse con el sexo, la confianza puede darse libremente de muchas maneras —continuó Arion—. Una vez que das tu palabra libremente para efectuar El Pacto, tu voluntad se vincula a la de tu compañero, tu pareja, y no podrás recuperarla hasta el primer albor de la mañana.

Cassie negó con la cabeza.

—¿Y qué es eso de que tienes que cumplir con cada uno de mis deseos? —continuó tomando otro sorbo de su bebida—. ¿He ganado un mayordomo o algo así y nadie me lo ha dicho?

La sorpresa que reflejaron los ojos de Arion fue genuina, como también lo fue la risa que surgió después.

—Durante el tiempo que dura el contrato, mi primera prioridad eres tú, tus deseos, tus fantasías, tus temores, tus anhelos —respondió con una sonrisa—, son míos para hacerlos realidad… o hacerlos desaparecer.

—¿Esto tiene algo que ver con nuestros votos matrimoniales? Ya sabes, en lo malo… y en lo peor… —le dijo con absoluta ironía.

Arion la contempló en silencio durante un momento y finalmente chasqueó la lengua.

—¿Qué es exactamente lo que te molesta de todo esto, Cassandra? —le preguntó sin más —. ¿Qué nos hayamos casado? ¿Qué nos hayamos acostado? ¿O que no recuerdes ninguna de las dos cosas?

Cassie se sonrojó en respuesta, pero alzó la barbilla y respondió con absoluta firmeza.

—Quizás para ti nada de eso tenga importancia, es posible que lo veas como un juego que salió mal, pero yo no, Arion —respondió ella pronunciando su nombre—, para mí es un maldito infierno que deseo olvidar y no puedo hacerlo aunque lo intento.

Sin dejarle tiempo a responder, hizo a un lado su infusión, sacó un billete y unas monedas del bolsillo y lo dejó sobre la mesa para luego recoger su abrigo de la silla.

—Si tienes algo de decencia, acaba con esto ahora mismo —concluyó Cassie lista para marcharse—. No pedí nada de lo que está ocurriendo y no voy a dejar que se me arrastre en un estúpido juego.

Arion la siguió con la mirada, entonces resopló, se terminó el café de un sólo trago, recogió el dinero de ella y dejó en su lugar un billete de diez dólares.

—Si fuese un juego, *glyka*, no sería tan malditamente complicado —murmuró para sí dejando también el local.

Cassie se limpió las lágrimas con el puño del abrigo sintiéndose por primera vez en mucho tiempo tan miserable como se había sentido al salir de la morgue y darse cuenta que todo su

mundo se había venido abajo. La sensación de impotencia, la rabia eran las mismas, pero faltaba el sordo dolor en el pecho, aquel que había enterrado tan profundamente en su interior de modo que ya no volviese a afectarle nunca más.

Una vez más volvía a estar enfadada consigo misma, con su estupidez, pensaba que había aprendido pero lo ocurrido le había demostrado que no, si se permitía bajar la guardia todo se volvía un desastre y en el que había caído esta vez era el mayor de todos.

—Soy una estúpida, estúpida, estúpida —se echó a llorar—, ¿cómo he podido cometer tamaña estupidez? ¿Qué pasa contigo, Cassie? ¿En qué diablos te estás convirtiendo? Tú no eres ella, no lo eres…

—Cassandra.

La voz masculina a su espalda la hizo detenerse en seco, rápidamente se limpió los ojos y se irguió dándole la espalda.

—¿Tal difícil resulta de entender que quiero que me dejes en paz? —replicó con voz temblorosa, luchando por contener las lágrimas—. Si sigues acosándome de esta manera te denunciaré a la policía, no quiero saber nada de ti, ¿de acuerdo? Todo esto del matrimonio ha sido una enorme estupidez, ambos estábamos borrachos, metimos la pata. Fin de la historia.

Arion se movió a su lado, su mano tomando el rostro femenino para girarlo hacia él. Las lágrimas brillaban en sus ojos, su rostro estaba enrojecido y la nariz colorada.

—No eres estúpida —fue lo primero que dijo, su voz mucho más profunda que de costumbre, en cierto modo casi podía oír en ella un eco—, y no has hecho nada malo, Cassandra, buscar consuelo en otra persona no es un crimen, es lo que te hace humana.

Las lágrimas volvieron a deslizarse por sus mejillas, sus labios temblorosos se apretaron en una fina línea para evitar que emergiera de ellos cualquier ruido.

—Y esos recuerdos que has perdido, los sustituiremos por otros nuevos, no estás vacía, Cassandra y tampoco vas a estar sola —le aseguró acariciándole las húmedas mejillas con los pulgares, borrando las huellas de las lágrimas—, si no otra cosa, estaré aquí para ti.

Cassie no respondió, ni siquiera se movió, sólo se quedó allí, de pie, insensible y vacía hasta que los brazos masculinos la envolvieron con ternura y la tensión que se había construido en su interior durante los últimos días se rompió.

CAPÍTULO 6

La mujer era una caja de sorpresas, su hogar no podía clasificarse dentro de lo corriente con todas aquellas espadas adornando un lateral del salón o las hadas y velas aromáticas dispersas por toda la casa, todo el conjunto resultaba de algún modo acogedor y emanaba la misma vulnerabilidad caótica que su dueña.

Después del inesperado derrumbe en el café la había traído directamente a casa, todavía hipaba y tenía los ojos enrojecidos cuando le dejó escabullirse en la seguridad de su dormitorio para finalmente oír el correr del agua, todo su cuerpo estaba en tensión por ella, estaba excitado y necesitado, una necesidad que rayaba lo absurdo y que sin embargo no hacía más que enviarle imágenes de ella desnuda en el baño, permitiendo que el agua se deslizase por su cuerpo, acariciando sus pechos, la redondeada tripita, descendiendo hacia la uve de sus muslos. Diablos, la deseaba, se encontraba deseando borrar la vulnerabilidad que había en sus ojos, aliviar cualquiera que fuese la carga que contaminaba su alma y el deseo iba más allá del simple contrato entre agente y cliente, quizás fuese el vínculo que se había creado con sus esponsales lo que le atraía hacia ella como una polilla a la luz.

Arion se encontró cruzando el salón dónde lo había dejado hacia el dormitorio, el sonido del agua se oía ahora con más claridad. Decorada en tonos arena y melocotón era una habitación femenina, con pocos muebles y una gastada alfombra cubriendo el suelo de parqué, la cama dominaba gran parte de esta, el edredón de un tono ocre estaba arrugado y las prendas que Cassie había llevado anteriormente se encontraban esparcidas por toda la habitación como si un huracán se las hubiese arrancado del cuerpo lanzándolas en todas direcciones. Una sonrisa perezosa curvó sus labios mientras enganchaba con el dedo un bonito sujetador violeta con lazos verdes a juego con las braguitas olvidadas cerca de la puerta que presumía llevaba al baño. Debajo de toda aquella fachada de desinterés y anodina apariencia se escondía una mujer tierna, sensual, que necesitaba verse y sentirse bonita aunque fuese sólo para su propio conocimiento. Femenina y vulnerable…

—Demasiado vulnerable —musitó en voz alta clavando los ojos en la puerta cerrada.

Cassandra era toda una contradicción, mientras podía enfrentarse a ti con todo lo que tenía, interiormente tendía a retraerse, hacerse un ovillo ocultándose de aquello que pudiese herirla, no importaba lo que recibiera su exterior mientras su corazón se mantuviera a resguardo.

Aquella mujer vivía a medias y era algo que Arion no estaba dispuesto a permitirle.

El pomo de la puerta cedió suavemente bajo su mano, ella ni siquiera había cerrado por dentro, el vapor le golpeó en su prisa por salir del confinamiento del reducido baño donde de espaldas a él permitía que el agua masajeara su espalda. Era hermosa, de una forma apetitosa, con curvas llenas y un trasero que le hacía la boca agua por acariciar, el pelo se había dividido cayendo hacia delante dejando al descubierto la columna del cuello, tenía la frente apoyada en los azulejos de la ducha y a juzgar por la forma en la que temblaba, se dio cuenta que estaba llorando.

—Cassandra —murmuró su nombre.

Cassie se tensó al escuchar la voz masculina por encima del sonido de la ducha, al principio pensó que lo había imaginado pero su presencia era lo suficientemente poderosa como

para que no pasara inadvertida.

Reaccionando por instinto se abrazó a sí misma, cubriéndose los senos, como si aquello sirviese de algo. A Arion siempre le había causado gracia que las mujeres recurrieran a cubrirse los pechos antes que ninguna otra cosa, daba igual que estuviesen completamente desnudas, el pudor siempre las llevaba a ocultar aquella zona.

—Vete —la oyó murmurar sin demasiado entusiasmo—, sólo márchate… déjame… sola.

Un resignado suspiro y entonces el cuerpo masculino la rodeaba, sus manos posándose sobre los azulejos mientras el agua empapaba su camisa.

—No voy a irme y tampoco voy a dejarte sola —le susurró al oído—, así que respira, Cassandra, respira profundamente y suelta el aire.

El aire volvió a entrar nuevamente en sus pulmones, no sabía que le ocurría pero cada vez que él estaba cerca parecía olvidarse de cómo respirar.

—Eso es —la premió con suavidad sin moverse un milímetro—, ahora vuélvete, estoy justo aquí.

Un ligero temblor le recorrió el cuerpo, al principio pareció vacilar pero finalmente se giró en el hueco dejado por los brazos, sus miembros escudaban todavía los senos mientras su mirada se mantenía a la altura de su pecho.

Él estaba totalmente vestido y cada vez más mojado, la camisa blanca se pegaba a su pecho revelando cada uno de los poderosos músculos y abdominales, el pantalón vaquero poco a poco se iba oscureciendo al empaparse pero ni siquiera aquello hacía menos evidente la excitación masculina que empujaba contra la tela.

—Es… ¿es una moda nueva en tu país el ducharse vestido?

Arion estiró ligeramente la comisura de los labios en una irónica sonrisa antes de llevar una mano a la barbilla femenina y tomándola del mentón la obligó a encontrar su mirada.

—No, aunque podría patentarla, resulta realmente erótico ducharse vestido cuando tu pareja está desnuda —aseguró con voz sexy y profunda, sus ojos azules no se apartaron ni un instante de los suyos, permitiéndole unos momentos de relativa seguridad—. Respira, Cassandra, no te olvides de respirar o tendremos problemas.

Ella aspiró con fuerza llegando casi a atragantarse, el movimiento la lanzó directamente bajo el chorro de agua de la ducha haciéndola escupir agua y tener que utilizar sus manos para apartarse el pelo, cuando por fin pudo ver algo a través de las gotas de agua que perlaban su visión, se encontró con la mirada sensual y cada vez más oscura de su marido recorriendo su cuerpo. Él mantenía una mano contra la pared de azulejos soportando su peso mientras la mano que le había aferrado el rostro, ahora volaba por encima de sus pechos, sus dedos encontrándose momentáneamente con su pezón izquierdo en una electrificante caricia. Cassie se apretó contra la pared como si de ese modo pudiese evitar el cálido y agradable contacto de los dedos sobre la piel.

Arion alzó la mirada al rostro femenino el cual estaba incluso más sonrojado que antes, los ojos color avellana de su compañera abiertos y teñidos por el incipiente deseo, ella no era inmune a sus caricias aunque a juzgar por sus respuestas sí bastante vergonzosa, pero aquello tenía sentido, él había sido el único que le había arrebatado la virginidad, el único hombre con el que había compartido esta clase de intimidad, un episodio que todavía permanecía vago en sus recuerdos.

Deslizando la mano sobre su piel sin tocarla ascendió hasta el rostro, permitiendo que el dedo índice le acariciara la nariz, la cual arrugó al instante.

—¿Muy rápido para ti?

Cassie no dudó en asentir con la cabeza, haciéndolo sonreír.

—Bien —le respondió inclinándose sobre ella. El chorro de la ducha caía directamente sobre él empapándole, el agua chorreaba por su rostro sin que eso le molestara, los labios se encontraban ya a un susurro de los suyos—, no quiero que tengas tiempo para pensar, sólo que sientas.

Sin dejarle responder bajó su boca sobre la de ella succionando sus labios, lamiéndoselos como si se tratase de un dulce postre antes de introducirle la lengua en la boca y saborearla, probando su calidez e inocencia. Demonios, ella sí era inocente, una neófita en esta clase de juegos.

—Devuélveme el beso, Cassandra —le susurró rompiendo unos segundos el contacto—, enlaza tu lengua con la mía.

Arion tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no apretarla contra sí, resbalar las manos por todo su cuerpo, acariciarle las nalgas y aferrarla contra él cuando sintió la suave vacilación de la lengua femenina acariciando la suya, su ingenuidad era como un afrodisíaco y creaba una potente calidez y necesidad de cuidarla en su interior. Esta mujer era suya, no hacía falta un papel que lo indicase, ni un anillo, la había hecho suya a la manera de su gente, era su compañera, su esposa, la única en su vida, la única de la que no podía permitir enamorarse.

Rompiendo el contacto del beso deslizó la boca por el esbelto cuello femenino recogiendo las gotas de humedad que perlaban su piel, sus manos eligieron su propio camino deslizándose por los brazos, moldeando el contorno de los pechos con suavidad y oyendo sus delicados gemidos por encima del correr del agua mientras la lamía a su antojo. Beso a beso, lametón a lametón se recreó en el cuerpo femenino hasta alcanzar sus senos, sus ojos se alzaron para encontrarla con la cabeza pegada a la pared, los labios entreabiertos y los ojos cerrados. Sonriendo para sí acarició los endurecidos pezones con los pulgares provocándole un estremecimiento, sólo entonces la vio morderse el labio inferior mientras sus brazos descansaban a los costados, las manos cerradas en apretados puños como si no supiera qué hacer con ellas.

Arion sopló suavemente sobre la tierna y sonrosada carne de uno de sus pezones, su lengua fue la siguiente en entrar en contacto con el dulce sabor viéndose recompensado por un nuevo gemido femenino que lo alentó a continuar con su exploración. Chupando suavemente de uno de los pezones mientras jugueteaba con el otro continuó con su viaje. El pantalón se le pegaba a las piernas restándole movimiento, estaba tan mojado como toda su ropa pero aquello no quitaba atractivo al delicioso banquete del que estaba disfrutando.

Con la mano libre deslizándose por el cuerpo femenino le acarició la cadera y el muslo mientras seguía cuidando de sus sensibilizados pechos. Cassie se revolvía en sus brazos, arqueando el cuerpo para salirle al paso, toda ella era sensualidad y pasión que empezaba a despertar, una criatura hecha para el placer y el sexo. Abandonó su atención sobre el pezón y se la prestó al otro, su mano bajaba ahora acariciándole la parte interna del muslo, aventurándose lentamente en vanidosos intentos hasta la unión de sus piernas dónde se encontró con el diminuto triángulo de vello que lo endureció todavía más.

Él la sintió tensarse cuando sus dedos acariciaron la húmeda carne entre sus piernas toqueteando delicadamente los regordetes labios que escondían el centro femenino. Consciente de su inexperiencia y de la laguna de recuerdos que podrían haberla tranquilizado, se tomó su tiempo y se dedicó a lamerle los pechos, succionando con glotonería sus pezones alternando sus caricias con sensuales pellizcos hasta que sus gemidos se intensificaron y el cuerpo femenino respondió a sus demandas.

Sus dedos entraron entonces en acción, acariciándola íntimamente, resbalando la punta a

lo largo de la cálida y húmeda carne hasta encontrar la perla que allí se escondía.

—No… es… espera…

El débil jadeo y el nerviosismo que sentía recorriendo el cuerpo femenino le hicieron alzar la mirada de entre sus pechos, los ojos de Cassie brillaban de deseo pero también había cierta incertidumbre en ellos, sus labios estaban hinchados por su previo beso, rojos y apetecibles, tanto que no pudo resistirse un momento más a ellos y volvió a besarla.

Arion tomó su boca en el mismo momento en que sus dedos se abrían paso entre los pliegues femeninos hundiendo uno de ellos en su apretado canal, un suave gemido escapó de ella siendo tragado por la boca de él, sus lenguas se encontraban y luchaban como si no pudieran saciarse una de la otra, al principio con timidez para ir ganando finalmente confianza, sentirla alrededor de su dedo, húmeda, apretada y caliente lo estaba volviendo loco, su polla empujaba contra los confines del pantalón demandando atención.

Ella gimoteó bajo sus labios sus manos habían dejado su inmovilidad y ahora se curvaban alrededor de sus hombros como si necesitase de su cuerpo para mantenerse en pie mientras la follaba con el dedo.

Rompiendo el contacto con su boca se dedicó a contemplarla mientras le daba placer, maravillándose con la inocente y desinhibida respuesta muy distinta a la de todas aquellas mujeres experimentadas que había conocido a lo largo de su vida. Sus labios entreabiertos e hinchados dejaban escapar pequeños gemidos de placer apenas ahogados por la intensidad del agua de la ducha que los mojaba a ambos, ella era pasión en estado puro pero no sabía todavía cómo manejarla por completo. Deslizando la mano a lo largo de las costillas le acarició la cadera y deslizándose a su espalda, magreándole los glúteos antes de seguir descendiendo y obligarla a apoyar su peso de espaldas a la pared de azulejo mientras le alzaba la pierna a la altura de su cadera dejándola abierta por completo a su exploración.

—Arion —gimió ella diciendo su nombre una vez más en el calor de la ducha. Nada de tío, lunático o demonio, sólo Arion.

—Sí, pequeñita, déjate hacer, siente como reacciona tu cuerpo a mis caricias, entrégate a mi cuidado, Cassandra —ronroneó imprimiendo en su voz parte de su poder—, ven a mi encuentro.

Ella sacudió la cabeza contra la pared moviéndola de lado a lado mientras todo su cuerpo vibraba por el deseo que se construía en su interior, haciéndola arder más y más de una manera en que jamás había creído posible. Aquella sensación era excitante a la par que aterradora y a pesar de todo, de alguna manera sabía que aquel hombre cuidaría de ella tal y como había prometido.

Arion la sintió relajarse contra su cuerpo, una sutil rendición que le daba el poder que necesitaba sobre ella.

—Se siente bien, ¿no es así?

Ella gimió un agónico sí.

—Imagina entonces lo que sería tener mi boca entre tus piernas, lamer cada gota de tus jugos, hundir mi lengua en tu hendidura hasta que todo lo que puedas hacer es gritar de placer —continuó Arion, su voz modulada con su poder era como un suave afrodisíaco—, y cuando estuvieses lo suficientemente mojada y preparada, llenarte con mi polla hasta que ningún pensamiento coherente quede en esa cabecita y todo lo que puedas hacer es sentir.

Un nuevo gemido femenino llenó el aire y sintió como su cuerpo empezaba a tensarse al acercarse cada vez más al orgasmo.

—Sí, deseo enterrar la boca entre tus piernas, lamerte hasta que supliques —insistió con

una suave sonrisa mientras aumentaba el ritmo de su dedo—, ¿vas a permitir que lo haga Cassandra? ¿Dejarás que te folle con la boca?

Ella sólo gimió.

Sonriendo, se apretó más contra ella, su aliento ahora acariciando sus labios.

—Respóndeme, Cassandra, ¿dejarás que te tome con la boca? —insistió con total premeditación—, ¿permitirás que acaricie tu cuerpo entre las sábanas y reviva los recuerdos que se han desvanecido de tu mente? ¿Dime, Cassandra, me entregarás tu voluntad desde ahora hasta la primera luz del amanecer?

Ella se tensó alrededor de su dedo, sus manos aferrándose con fuerza a sus hombros cuando su mundo amenazó con explotar a su alrededor, pero Arion no estaba dispuesto a dejarle alcanzar la liberación sin tener antes su palabra.

—Respóndeme, pequeñita, o no podrás correrte.

—Sí —gimió ella enterrando la cara ahora en el hueco de su cuello.

—Dilo, Cassandra, necesito oír tus palabras, ¿tu voluntad?

—Es… es tuya… es tuya —gimió en deliciosa agonía.

Sonriendo con satisfacción al sentir como El Pacto se asentaba entre ellos, Arion empujó nuevamente su dedo en el lubricado canal permitiéndole la liberación definitiva.

—Ahora, Cass, podremos continuar con nuestra luna de miel.

Sus palabras desencadenaron entonces la liberación del desesperado orgasmo que se había ido construyendo en el cuerpo femenino haciéndola gritar su nombre entre espasmos de placer.

CAPÍTULO 7

Arion alcanzó la llave del agua detrás de ella para cerrarla mientras la retenía en su abrazo, su cuerpo flexible y femenino se pegaba al suyo con deliciosa languidez, sus ojos brillaban con los rescoldos del primer orgasmo de la noche, uno que lo había dejado más duro de lo que había estado en toda su vida. Suavemente, rastrilló los dedos por el húmedo pelo femenino apartándoselo de la cara, ella tenía las mejillas sonrosadas y los labios deliciosamente hinchados, una apariencia sumamente sensual y femenina.

Recostándola contra la pared, deslizó los brazos por los suyos y se inclinó hacia fuera de la ducha llevando consigo un reguero de agua cuando alcanzó la amplia toalla de algodón blanco y la envolvió con ella, secándole el rostro y el pelo con una esquina de la toalla mientras Cassie se afanaba en ocultar su desnudo cuerpo con el resto de la tela.

—No tengas tanta prisa, *pouli* —ronroneó atrayéndola a su mojado abrazo—, no he hecho más que empezar contigo, tengo intención de pasar en tu cama toda la noche y follarte hasta que ya no puedas caminar.

—¿No es eso lo que acabas de hacer? —murmuró ella, su rostro adquiriendo un tono más intenso al oír aquella respuesta en su propia voz—. Yo, quiero decir…

—No, pajarillo, esto sólo han sido los preliminares.

Con una perezosa sonrisa bajó la mirada sobre su cuerpo y finalmente la apartó de sí mismo, conduciéndola fuera de la ducha, su largo pelo cayéndole por la espalda en húmedos mechones.

—En un momento, *gynaika*, empezaremos a hacer cada una de tus fantasías la más caliente y tórrida realidad —le prometió deslizando la mano por las curvas cubiertas por la toalla —. Espérame en el dormitorio, *pouli*, si no dejo todo esto aquí, lo convertiremos en una piscina cubierta.

Arion no llegó a terminar de sacarse la camisa chorreando en agua y bajar la cremallera de sus empapados pantalones vaqueros cuando ella ya había atravesado corriendo el baño, resbalando en la puerta, librándose de una buena caída por los pelos.

Sacudiendo la cabeza sonrió para sí, aquella noche iba a ser muy interesante sin duda.

Se desnudó por completo y se metió en la ducha, abrió el agua y permitió que bañara su cuerpo, su erección se alzaba orgullosa contra su estómago, dura y palpitante, una perla de líquido pre seminal coronando ya la punta. Tenía las pelotas apretadas, si deslizaba un dedo por la turgente carne todo su cuerpo reaccionaba en respuesta, estaba malditamente excitado, tanto que no podía esperar a sentir las manos de aquella pequeña hembra sobre sí, o mejor aún, su boca.

—Pronto —prometió bajando la mirada a su orgullosa polla—, pero tenemos que ir despacio, puede ser fuego en estado puro, pero todavía no sabe cómo dominarlo.

Sonriendo para sí se duchó rápidamente, secándose y rodeando sus estrechas caderas con una breve toalla, había que darle algún tipo de ventaja a la pobre muchacha, de otro modo quizás se quedara impactada.

—Menos mal que mi ego no se ha resentido —se rio de sí mismo al tiempo que atravesaba el cuarto de baño y empujaba la puerta cerrada que lo separaba del dormitorio principal.

Un extraño sonido venía del otro lado de la puerta, al abrirla descubrió que se trataba de un secador, Cassandra estaba inclinada con la cabeza hacia abajo, dejando ver un más que adorable trasero mientras se secaba el pelo.

Arion tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no caminar hacia ella, quitarle el maldito aparato de las manos y empujarla en la posición en la que estaba hacia delante, para que pudiera sujetarse del borde de la ventana mientras la tomaba desde atrás. Tragando una profunda bocanada de aire esperó a que la muchacha terminase con su tarea, el admirar aquellas largas piernas y pensar en lo bien que encajarían alrededor de su cintura lo habría puesto instantáneamente duro de no ser porque ya lo estaba, la tienda de campaña en su entrepierna así lo demostraba. Demonios, la deseaba, estaba ardiendo por aquella maldita hembra humana como nunca antes le había ocurrido con nadie, tenía que tratarse del vínculo del Pacto, no había otra explicación.

—Una vista más que apetecible la que tengo desde aquí —comentó cuando el sonido del aparato cesó.

Cassie se levantó de golpe, el secador escapándosele de las manos al igual que la toalla mientras su pelo se abría cual alborotado abanico a su alrededor. A duras penas consiguió sujetar la toalla y el secador al borde de sus pechos.

—No me molesta especialmente el pelo mojado, Cassandra.

Ella se lamió los labios, luchando por decir algo mientras hacía malabares para no soltar el secador y dejar ir la toalla, el baile improvisado que estaba llevando a cabo habría resultado divertido de no ser por la casi desnudez total de la mujer.

—A mí sí —se las arregló para responder—. No me gusta acostarme con el pelo húmedo.

—A mí me encantará que te acuestes húmeda —aseguró con total intención consiguiendo finalmente que el secador acabase golpeándose contra el suelo—. Deja eso, *gynaika* y ven aquí.

—Empiezo a tener dudas de que esto… sea buena…idea.

Arion sonrió de medio lado y decidió acortar el mismo la distancia entre ellos.

—A mí sin embargo, me parece la mejor de las ideas —aseguró caminando directamente hacia ella mientras observaba como sus ojos se ampliaban y sus labios dejaban escapar un débil jadeo, era algo hermoso de contemplar—.Ven aquí, Cassandra.

La vio morderse suavemente el labio inferior antes se aferrar con fuerza la toalla, cubriéndose lo mejor que podía al tiempo que devolvía el secador al mueble y caminaba hacia él, su mirada estaba posada en algún lugar entre su mandíbula y pecho, era incapaz de encontrar sus ojos.

Arion la cogió suavemente por la barbilla, elevándosela para poder ver aquellos brillantes ojos marrones.

—¿Me tienes miedo? —la pregunta salió con la misma sorpresa que exhibía él al leer la verdad en sus ojos—. Cassandra, no voy a hacerte daño.

Ella se movió inquieta bajo su escrutinio.

—Es sólo… vas muy rápido —susurró, su mirada luchando para centrarse en la masculina —. Y yo… bueno… ya lo sabes, mi experiencia es… limitada.

«¿Y sí no estoy a la altura? ¿Y sí se decepciona? Él no es un aficionado… lo que hizo en el baño. Diablos, ¿por qué no recuerdo nada de aquella noche?».

Las inseguridades de su compañera atravesaron sus defensas, su poder se había extendido sin previo aviso cómo hacía cada vez que estaba sujeto por el Pacto, sus pensamientos eran la verdad que anidaba en el corazón femenino.

Conmovido por su sinceridad e inseguridad, Arion le acarició el rostro suavemente,

observándola mientras cerraba los ojos saboreando sus caricias, su cuerpo sin embargo permanecía rígido y de algún modo podía sentirla temblar interiormente. Sus dedos descendieron por la piel de su cuello jugando con los planos de su mandíbula y hombros antes de encontrarse con el pedazo de tela estorbando en su camino.

—Deja caer la toalla —murmuró con voz ronca y sensual.

Cassie parpadeó al escuchar su inesperada orden, las manos que se cerraban sobre la tela se ciñeron aún más.

—Deja caer la toalla, Cassandra, muéstrame qué tienes para mí —insistió manteniendo un tono de voz suave, incitante—, arriésgate, es la única forma que tienes de ganar.

Ella lo miró sorprendida ante su última frase, entonces, respiró profundamente, todo su cuerpo temblando de anticipación, deseando responder a la inquisitiva orden y pararse ante aquel hombre como era en realidad, sin más capas de ropa que su propia piel, un pensamiento irracional cuando apenas unas horas antes todo lo que deseaba era huir de él, ¿acaso era esto a lo que refería esa parte del contrato en la que hablaba del Pacto?

—¿Por qué yo? —se encontró preguntándole, sus manos aferradas a la toalla—, ¿por qué ahora? ¿Esto… esto es real… o… o es por… por esa… clausula? ¿Y cómo diablos puede funcionar? No es posible que…

La mano masculina ascendió hasta su mejilla, acariciándosela con el dorso de los dedos dejando calidez a su paso.

—Mira dentro de ti, *pouli*, ¿qué es lo que ves? ¿Qué es lo que deseas? —le respondió frotando sus dedos contra la mejilla femenina—. El Pacto no te obligará a nada que no desees hacer, sólo hace visible lo que realmente deseas y tu palabra me permitirá hacerlo realidad. Deja caer la toalla, Cass, permítete sentir, date el lujo de vivir de nuevo.

La toalla resbaló entonces por su cuerpo hasta formar un pequeño charco blanco a sus pies, las mejillas se le encendieron aún más, pero ella le sostuvo la mirada con valentía. Arion se permitió entonces bajar la mirada sobre el ruboroso cuerpo femenino, su piel se sonrojó bajo su escrutinio realzando las deliciosas pecas que salpicaban sus hombros y el valle de sus pechos, sus curvas eran las de una mujer lozana y saludable, llenas y redondeadas, unas tenues marcas en forma de líneas acariciaban sus caderas allí donde la piel se había estirado pero no restaban en absoluto belleza a su curvilíneo cuerpo. Una suave redondez acariciaba su barriguita y un pequeño triángulo de vello oscuro marcaba su pubis, notó el escalofrío sacudiendo su cuerpo, sus rollizos muslos apretándose uno contra otro mientras se movía inquieta ante su mirada.

—Por lo más sagrado, eres hermosa, Cassandra, realmente hermosa —murmuró sobrecogido por la perfección natural de aquella mujer. Sus curvas no eran las de un modelo de delgadez, pero no le restaban en absoluto belleza, al contrario la hacían perfecta.

Su mirada ascendió haciendo el mismo recorrido a la inversa hasta detenerse nuevamente sobre los ojos castaños más brillantes que había encontrado en una mujer humana, una mirada hechicera e ingenua que guardaba los más deliciosos placeres y lo miraba con inseguridad.

—Mañana dejaré que seas tú la que lleve las riendas, pero ahora, *pouli*, ahora sólo responderás a mis llamados, a mi voz —murmuró imprimiendo todo su poder en cada una de las palabras que abandonaban sus labios—, te correrás cuando yo diga que puedes correrte, arderás con cada una de mis caricias y sólo con mis caricias y abandonarás todo aquello que aprisiona tu alma. Antes de que llegue el amanecer, estarás suplicando y rogando por más.

Ella se lamió los labios, sobrecogida por sus palabras y la intensidad de ellas.

—¿Si…siempre eres tan… um… intenso?

Arion sonrió ampliamente.

—Todavía no sabes lo que es intensidad, Cassandra —le aseguró bajando su boca sobre la de ella—, pero vas a saberlo muy pronto.

Sus labios capturaron los de ella en un beso destinado a no hacer prisioneros, deseaba su rendición y la deseaba ya, la quería pegada a su cuerpo, piel con piel, deseaba su aroma sobre sí mismo, su sabor llenándole la boca, la necesidad de poseerla iba más allá de cualquier razonamiento, recordándole que ella era algo más que una cliente, era *su gynaika*, su esposa, la única mujer que podría hacer trizas su alma si se lo permitía.

«Sexo, es sólo sexo». Se recordó, era su obligación, una cliente más necesitada de los servicios de la agencia y era su deber cumplir con el contrato y llevarse con él todo aquello que la mantenía atada y evitaba que fuese la mujer que estaba destinada a ser.

Rompiendo el beso la empujó todo el camino hasta la cama, haciéndola perder el equilibrio hasta caer sobre ésta con los pechos bamboleándose por el movimiento y los muslos entreabiertos mostrando la cálida y rosada carne que lo atraía como un imán.

—¿Te han besado alguna vez ahí abajo, Cassandra?

Ella jadeó y apretó las piernas en respuesta, su rostro adquirió un nuevo tono rojizo.

—Psh, psh, psh —chasqueó la lengua—. Tomaré eso como un no.

Cassie no podía respirar cuando lo vio cernirse sobre ella, una montaña de hombre delicioso y aterradoramente sensual hundiéndose a los pies de la cama rodeando sus tobillos con ambas manos para luego tirar de ellos obligándola a separar los muslos. La excitación batallaba con la inocencia y el temor a lo desconocido haciéndola patalear y luchar hasta que él la aferró por las caderas y atrajo su cuerpo con un seco movimiento dejándola al borde del colchón con los muslos abiertos y su sexo expuesto a su hambrienta mirada. Los dedos masculinos acariciaban la piel creando una suave y cálida corriente, el corazón le latía a mil por hora y la vergüenza bañaba su cuerpo en un tono rosado.

Cassie se cubrió el rostro con las manos.

—Si te cubres la cara, te perderás lo mejor, *pouli* —le oyó ronronear, la risa presente en su voz.

—Me estoy muriendo de vergüenza, así que ten un poquito de compasión —gimió ella sin apartar las manos de su rostro.

—¿Compasión? ¿Qué es eso? —se burló al tiempo que deslizaba sus manos hacia el interior de sus muslos, siguiendo el camino con la boca, besándola y mordisqueándola—. Abre los ojos, Cassandra, deseo que tu mirada esté en mí mientras te pruebo.

—¿Es imprescindible? —Cassie gimoteó interiormente, ¿qué clase de loca conversación estaban teniendo?

—Sería más divertido —murmuró soplando su rosada carne—, mucho más divertido, para los dos.

Cassie abrió la boca para decirle a ese maldito hombre lo que podía hacer con su diversión, pero todo lo que salió de su garganta fue un ahogado gemido cuando sintió el primer lametón.

—Eso sólo ha sido una advertencia —aseguró Arion lamiéndose los labios, saboreándola.

—Maldito hijo de… —empezó a sisear ella pero nuevamente perdió el hilo de sus pensamientos cuando la lengua masculina volvió a lamerla—, ¡Arion!

—Sigue así, cariño, te tendré gritando mi nombre toda la noche.

—¡Y una mierda!

Sonriendo complacido consigo mismo por haberla hecho reaccionar, Arion se sumergió entre sus piernas dispuesto a darse un banquete con la miel que ya resbalaba de los pliegues

femeninos, ella se excitaba rápidamente bajo sus caricias, gimiendo en voz alta con absoluto abandono, sin importarle que alguien pudiese oírla gritar toda clase de improperios mientras la complacía con la lengua. Y qué bien sabía, por todas las criaturas del infierno, ¡qué bien sabía! Era miel y pecado unidos, inocencia y sensualidad una combinación embriagadora.

Deslizando las manos por debajo de los muslos la alzó hacia él, sus piernas colgaron por encima de sus hombros mientras enterraba la cara entre sus piernas y la lamía y succionaba a conciencia, hundiendo su lengua en su apretado sexo, recogiendo la miel que manaba con cada nueva lamida, bebiendo de ella como un hombre sediento.

Cassie no podía respirar, sus manos habían abandonado su posición para aferrarse con fuerza a las sábanas de la cama, la sangre parecía haberse convertido en lava en el interior de sus venas y no podía evitar alzar las caderas para sentirle más cerca, más profundamente, deseando más y más de lo que le estaba dando.

No gritaría su nombre, ¡no lo haría!, no permitiría que un hombre tuviese ese poder sobre ella, ni siquiera alguien tan malditamente sexual como el que se estaba dando un banquete entre sus piernas. La curiosidad empezaba a picarle la piel y batallaba con fuerza con la vergüenza, pero al final salió vencedora y no pudo evitar que echara un fugaz vistazo hacia abajo, encontrándose con la imagen más erótica que había visto en su vida.

Arion sintió su mirada como una corriente eléctrica sobre él, sabía que lo estaba mirando, que la curiosidad había superado su vergüenza y había sucumbido a la sensualidad del acto, lamiéndola ahora con más suavidad, se permitió alzar la mirada por encima de ella, sólo lo justo para encontrarse con los ojos femeninos y sonreír antes de lamerla de nuevo de manera que sus miradas todavía se sostuviesen. El hambre que vio en los ojos femeninos añadió combustible a su propia hambre, su sexo reaccionó en respuesta hinchándose aún más, latiendo ante las silenciosas demandas femeninas.

Demonios, cómo deseaba enterrarse entre sus piernas y cabalgarla hasta que pidiera clemencia, hasta que gritara su nombre mientras se corría.

El deseo lo fustigó conduciéndolo de nuevo entre sus piernas con renovado interés, llevándola al orgasmo que ya empezaba a remontar sobre ella amenazando con barrerlo todo.

—Oh, mierda… —gimió apretando con fuerza los dientes, ese hombre no iba a hacer que dijese su nombre. No le daría ese maldito placer, pero era tan difícil contenerse, su lengua era una maravilla y sabía cómo utilizarla, de eso jamás volvería a caberle duda alguna.

—¿Deseas correrte, Cassandra? —le oyó murmurar entre sus piernas—. ¿Ya estás a punto, tesoro?

—Ya… cá… cállate —gimoteó ella girando medio cuerpo sobre la cama, intentando ocultar el rostro contra el colchón, pero su agarre sobre ella apenas se lo permitía—. ¡Oh, señor!

—Di mi nombre bonita, quiero oír como gritas mi nombre mientras te corres.

Ella no respondió pero sacudió la cabeza contra el colchón.

Arion sonrió para sí y decidió que ya era el momento, él no duraría mucho más en aquel estado, quería entrar en ella y cabalgarla, lo deseaba con ferocidad.

—Di mi nombre y córrete para mí, Cassandra —ronroneó extendiendo su poder, dejándolo manar de él para entrar en ella—, déjate ir cariño, lo necesitas, no te reprimas más y ven a mí, dame todo lo que tengas, córrete para mí.

Ella lo hizo, con un suave gemido se corrió en su boca murmurando su nombre entre silenciosos lloriqueos mientras él intensificaba su orgasmo lamiéndola hasta que todo su cuerpo dejó de estremecerse.

—Te dije que acabarías gritando mi nombre.

A Cassie le hubiese gustado fulminarlo con la mirada o decirle que se fuera al infierno al escuchar el tono de satisfacción puramente masculina que oyó en su voz, pero todo pensamiento racional voló con la caricia de su mano haciendo círculos sobre su tripa, ascendiendo hacia sus pechos, la cama se hundió un poco más cuando él apoyó su peso en ella, un movimiento que la hizo bajar la mirada y contener el aliento.

Él estaba malditamente bien dotado y completamente excitado a juzgar por la orgullosa erección que nacía entre los rizos dorados de sus piernas.

—¿Te gusta lo que ves, *pouli*?

Sus ojos se encontraron entonces, Arion sonreía divertido mientras gateaba entre sus piernas, cerniéndose sobre ella, sus músculos se estiraban y contraían con cada movimiento, cubriéndola con su cuerpo pero sin llegar a tocarla, no todavía. Hundiendo las manos en el colchón a ambos lados de la cabeza femenina, se inclinó sobre ella.

—¿No habíamos hablado ya sobre lo de respirar, Cassandra? —sugirió con cierta diversión—. Dejar de hacerlo no te hará ningún bien, sólo debes tomar aire y dejarlo escapar.

Cassandra dejó escapar el aire que había estado conteniendo, era incapaz de apartar su mirada de la de él, incapaz de entender por qué un hombre como él seguía junto a ella a pesar de que su boda no había sido más que el efecto secundario a una borrachera épica.

—¿Por qué? —se encontró preguntándole.

Arion arqueó una rubia ceja en respuesta.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué te casaste conmigo? —ella sacudió la cabeza—. No, eso no, es obvio que ambos estábamos como para estallar en llamas con el alcohol que llevábamos encima, pero ¿por qué yo? Tú no pareces el tipo de hombre que rondaría a alguien como yo, ni siquiera me mirarías si te pidiese la hora, estoy segura y no sólo sigues aquí, si no que seguimos casados y… y yo ni siquiera me acuerdo de nada.

Arion se tomó su tiempo en contemplarla, aquella sin duda era una pregunta que se había hecho él mismo desde el momento en que se despertó en aquella cama, con la prueba de la virginidad de aquella hembra en su polla. La había jodido, en el peor sentido de la palabra, su matrimonio no era sólo un papel firmado en las Vegas, iba mucho más allá, y por si eso fuese poco, también estaba el contrato que lo vinculaba a Cassandra durante los próximos siete días.

Y ella ni siquiera recordaba haberse casado, o haberse ido a la cama con él.

Ahora mismo estaba conteniendo nuevamente el aliento, a esta mujer se le estaba dando de miedo contener la respiración.

—Cassandra, respira —le dijo deslizando su mano entre los pechos femeninos haciéndola dar un respingo—, se supone que eso es algo que hacemos sin que tengan que recordárnoslo a cada minuto, llevas toda una vida haciéndolo, no lo dejes ahora.

Cassie lo miró a los ojos, estos se humedecieron mientras se mordía el labio inferior.

—Yo… yo no puedo recordarlo… y… y fue… tú fuiste… —una solitaria lágrima se deslizó por la comisura del ojo cayendo en la cama.

«No es justo, no puedo recordar nada de esa noche».

Arion sintió el dolor en la verdad que encerraban sus palabras, aquellas que no había sido capaz de pronunciar en voz alta.

—El primero para ti —respondió sin más ambages—. No hay nada malo en ti, Cassandra. Eres cómo eres. Inocente y cálida. La experiencia no siempre es lo que busca un hombre, a algunos les gusta tener la oportunidad de descubrir como excitar a su pareja, qué la llevará al límite, qué la hará gritar y ciertamente, querida, a mí me va a encantar descubrir qué es lo que te

hará gritar de placer.

Descendiendo lentamente sobre ella, permitiendo que su cuerpo la cubriera, que la piel entrase en contacto con la piel, su erección acariciándole el estómago le lamió los labios invitándola a abrir la boca.

—Entrégate a mí, pequeña *pouli*, esta noche voy a hacer que alcances el cielo, una y otra vez.

Ella se lamió los labios, sus mejillas aumentando en rubor.

—Sólo procura hacerlo despacio… por favor.

Arion le mordisqueó el labio inferior.

—Desearás cada una de las cosas que haga a tu cuerpo, Cassandra, haz el temor a un lado, no hay lugar para él en esta cama —le susurró acariciándole ahora el rostro al tiempo que frotaba su erección contra su suave vientre—, sólo para mí.

Sin dejarle más tiempo para pensar, Arion devoró su boca mientras sus manos exploraban el cuerpo femenino, acariciándola, enardeciéndola una vez más, deseaba tomarla, ahondar profundamente en su alma y borrar toda la oscuridad que la mantenía prisionera y cumplir cada uno de los deseos de Cassandra.

Ella deseaba ser amada, atesorada y follada hasta que no pudiera ni caminar y bien, él era endiabladamente bueno en lo último.

Cassie gimió cuando sintió su erección contra ella, aquel duro miembro la hacía estremecerse de anticipación y en cierto modo también de temor, si bien no era cómo si todavía fuese virgen, en cierto modo si lo era y el sólo pensamiento de él entrando en ella la derretía y enloquecía al mismo tiempo, ¿por qué no podía recordar su maldita primera vez?

Los pensamientos y las preguntas volaron de su mente cuando la ardiente boca masculina alcanzó uno de sus endurecidos pezones, con cada nuevo lametón y succión se mojaba aún más, estaba absolutamente caliente por ese hombre, su marido. Uno que había obtenido en las Vegas como si se tratase del premio de algún Casino… ¡Y pensar que habían ido a celebrar la despedida de soltera de su mejor amiga!

Cassie arqueó la espalda acercándose más a él, ofreciéndose como jamás había pensado hacerlo con nadie, había algo en Arion Catrides que la había hecho meterse en su cama la primera vez y aceptar toda esa locura desde el momento en que se vieron de nuevo en el aeropuerto.

Un suave gemido escapó de su garganta cuando lo sintió succionar como si quisiera tragársela, una de sus manos había incursionado más allá de su estómago, hundiéndose entre sus cuerpos para volver a acariciarla trayendo consigo un hambre voraz por ser llenada.

—Estás mojada y caliente, tesoro —murmuró él dejando escapar con una ahogada succión el pezón de su boca mientras movía los dedos entre sus pliegues y la penetraba con un dedo—, ¿estás llorando por mí aquí abajo, Cassandra?

—No… no lo sé —gimió apretándose contra él, sus manos aferrándose a los fuertes brazos masculinos.

—Sí lo sabes, Cassandra…

—Es… Ca…Cassie… na… nadie me llama… Cassan… dra.

Arion le mordisqueó el pecho antes de responder.

—Más razón para que lo haga yo —le aseguró uniendo un segundo dedo al primero, estirándola, preparándola para él—. Estás malditamente caliente, cariño…

—A… acaba… de… de una… maldita vez —siseó ella con un ahogado gimoteo.

Él siguió penetrándola con los dedos, acariciándola y excitándola, susurrándole al oído todo lo que deseaba hacerle, viéndola sonrojarse cuando las comprendía, excitándose incluso más al escuchar sus suaves e invitantes gemidos, su polla estaba a punto de estallar, no podía esperar más para poseerla.

—Querrás decir… empieza de una maldita vez —le aseguró incorporándose sobre ella, su boca acariciándole la oreja con el aliento—, que empiece a hacerme sitio entre tus piernas de este modo —con sus palabras iba ilustrando cada uno de sus movimientos—, que conduzca mi polla a la entrada de tu sexo tal que así —ayudándose de la mano le acarició los húmedos pliegues con su dura erección—, y te tome todo el camino… así…

Arion la oyó contener el aliento cuando empezó a penetrarla y sonrió, ella estaba perfectamente lubricada, estrecha, pero caliente y excitada, poco a poco fue introduciéndose en ella, sus paredes vaginales se cerraban sobre su erección como un guante acogiéndolo en su interior, estirándose para acomodarse a su grosor y entonces la escuchó soltar el aire, sus uñas clavándosele en la espalda una vez estuvo completamente en su interior.

—Shh —empezó a acariciarla suavemente, los pechos, el abdomen, introduciéndose entre sus cuerpos y alcanzando el punto de excitación femenina que la haría relajarse y empezar a disfrutar—, rodéame con tus piernas, Cassandra, ven a mi encuentro.

Tímidamente hizo lo que le pidió y con aquella posición su penetración se profundizó un poco más. Dioses, daría cualquier cosa por empezar a moverse, ella se sentía tan caliente y perfecta a su alrededor.

—Esto… esto es… agradable… pero… quiero… más —la oyó susurrar con timidez—. Mu… muévete, por favor… hazlo…

—Vas a ser mi condena, esposa —se rio Arion mientras emprendía la retirada sólo para volver a embestirla nuevamente, suave al principio, permitiéndole encontrar el ritmo y acompañarlo, hasta que finalmente la lujuria y la pasión se impusieron y todo lo que pudo hacer fue poseerla.

Cassie no podía hablar, no podía formar un pensamiento coherente, todo lo que podía hacer era sentir y dejarse llevar por el tórrido calor del acto sexual, sentirle tan profundamente dentro de ella era algo para lo que no estaba preparada, en realidad, nada habría podido prepararla para tal intensidad. Después de unos primeros torpes movimientos había encontrado el ritmo que él marcaba y lo había imitado, alzando las caderas para recibirlo cuando la embestía y retirándose cuando él se retiraba. El mundo había dejado de existir para ella, todo aquello que la había preocupado, sus reticencias, los problemas, parecían ahora lejanos, no quería pensar, no podría hacerlo aunque quisiera, lo único que deseaba ahora era a Arion y que la presión que se estaba construyendo en su interior se hiciera pedazos.

—A… Arion… necesito… yo…

Él la besó en respuesta, enlazando la lengua en la suya, dándole a probar una vez más su propio sabor, sus embestidas se hicieron más fuertes y rápidas amenazando con lanzarlos a ambos de la cama.

—Gritarás mi nombre —Cassie no estaba segura de sí lo había dicho o lo había gruñido—, cuando te corras, haré que grites mi nombre.

Diablos, sí, lo gritaría, gritaría cualquier cosa en realidad con tal de hacer que aquella presión descendiese.

—Di mi nombre, Cass —le susurró.

—Arion —gimió ella.

—Otra vez —insistió apretando los dientes cuando su propio orgasmo amenazó con desbordarlo.

—Arion.

—Otra… vez.

Cassie lo hizo, gritó su nombre cuando el más potente de los orgasmos la recorrió por entero estremeciendo su cuerpo y arrastrando consigo la liberación del hombre, y no fue la única vez que lo hizo aquella noche, tal y como él le había prometido, la hizo gritar de placer.

CAPÍTULO 8

—Por quinta vez en la hora y cuarto que llevamos hablando, siento haberos dejado plantadas en el aeropuerto, As —repitió Cassie mientras rebuscaba en el contenido de su nevera—, demonios, esto está casi vacío.

—Que tu frigorífico y el resto de tu cocina esté vacío no es una novedad, cariño —respondió la voz de su amiga desde el teléfono en manos libres situado sobre la encimera—, el que estés haciendo el desayuno para el hombretón con el que has dormido sí.

Cassie echó un vistazo al teléfono como si esperara ver allí a su amiga.

—¿Estás segura de que no has pinchado mi casa con toda clase de cámaras de vigilancia y ese tipo de cosas?

Su amiga se rio.

—Segurísima, Cassie, el intentar ocultar algo en tu casa sería como una de las misiones imposibles de Tom Cruise —aseguró entre risas—. Además, no me va eso de mirar, yo prefiero ser la protagonista.

Cassie esbozó una irónica sonrisa, de eso no le cabía la menor duda.

—Pero bueno, te perdonaré si me dices que has pasado una noche realmente caliente con ese pedazo de carne en su punto que tienes como marido —su amiga parecía no tener prisa por dejar el teléfono aquella mañana, en realidad era casi un milagro que hubiese madrugado tantísimo—. ¿Cómo ha sido? ¿Te ha tratado bien? ¿Te ha dado múltiples orgasmos? Si no lo ha hecho le arrancaré los testículos, o mejor aún, me chivaré a su jefe.

Cassie puso los ojos en blanco ante la insistencia de su amiga por conocer datos de su íntima noche, pero fueron sus últimas palabras las que llamaron su atención.

—Ya habías comentado anteriormente que conocías esta... inusual agencia, ¿cómo es eso posible?

—Cielo, las ganas de pasarlo bien y una tarjeta de crédito hacen maravillas.

Suspirando cerró la nevera con un golpe del pie mientras llevaba el contenido que había salvado hasta la cocina donde la esperaba ya un bol.

—En tu caso sí, en el mío lo dudo mucho —aseguró en voz baja, más para ella misma que en respuesta a lo dicho por Astrid.

—¡He oído eso! —le llegó la respuesta del otro lado del teléfono.

Cassie la ignoró y se centró en lo que deseaba saber mientras se movía a través de los ingredientes para hacer unas tortillas de jamón y queso.

—Céntrate, As, estamos hablando de la Agencia.

Un suspiro desde el otro lado de la línea telefónica fue la inmediata respuesta.

—Ha pasado mucho tiempo desde aquello, pero fue con diferencia la mejor experiencia de mi vida —aseguró, en su tono se podía apreciar cierta nostalgia—, aún no nos habíamos conocido, yo había tenido una pelea infernal con el hombre con el que salía en aquellos momentos y en un arrebato de rebeldía escribí a la agencia. Fue una semana increíble y no sólo por el sexo, de alguna manera fue liberadora, me quité de encima un montón de inseguridades y Nick es un cielo, de hecho fue gracias a él que conocí a Edgard y ahora soy tan feliz como una perdiz.

—¿Y ese Nick sería…?

—Nickolas Hellmore, el presidente de la Agencia Demonía.

—Un nombre peculiar para una agencia.

Hubo una ligera vacilación del otro lado de la línea.

—Te sorprendería lo adecuado que es.

Cassie echó un vistazo al otro lado de la habitación, en dirección a su dormitorio dónde su marido todavía estaría durmiendo.

—Creo que empiezo a darme cuenta de ello.

—¡Aja! ¿Entonces se ha portado bien? ¿Habéis hecho muchas cochinadas? Dime que la tiene grande, dime que está tan bien dotado como aparenta.

Cassie se sonrojó al recordar con nitidez la larga noche de sexo que habían tenido, en cierto modo creía entender la referencia que había hecho Astrid a sentirse liberada, ella misma se sentía mucho más tranquila y relajada esa misma mañana, pero con todo había algo en lo que no podía dejar de pensar.

—As, ¿recuerdas haber leído en tu contrato de la agencia algo sobre «El Pacto»?

—¿El Pacto? ¿Qué es eso? ¿Un nuevo juego sexual?

Los ojos de Cassie giraron en sus cuencas, a veces hablar con esta persona era todo un desafío.

—No lo sé, es posible —aceptó con un profundo suspiro—, de algún modo tengo la sensación de que he sido hechizada, ya sabes, como hipnotizada, primero estaban toda esa clase de reservas que tengo hacia el sexo, bueno… ya sabes…

—Cariño, la primera vez e incluso la segunda siempre da un poco de miedo, especialmente cuando no sabes que va a pasar —le aseguró con tono suave y tierno. As la adoraba y el sentimiento era mutuo.

—Sí, ahora lo sé —se rio suavemente—, pero ha sido… extraño… quiero decir, primero estaba nerviosa, insegura y entonces todas las dudas se esfumaron y fue… una experiencia increíble.

Una nueva risita.

—Define increíble, ¿ha habido sexo oral?

Cassie se ruborizó a pesar de que su amiga no podía verla.

—Hubo mucho sexo, de muchas formas distintas —respondió con un canturreo mientras cascaba los huevos y los añadía al bol—, o posiciones.

—Hiperventilando, estoy hiperventilando… ¡Nuestra Cassie por fin ha tenido una buena follada!

—¡As!

—¿Qué? Es la verdad, estaba como loca porque encontrases a alguien y te diese un buen meneo, ya verás cómo a partir de ahora lo verás todo de otro color. Rosa, por ejemplo —se rio su amiga.

—Hablando del color rosa, ¿sigue en pie la prueba del vestido para hoy?

—Por supuesto, Madame Linet te estará esperando a eso de las once y media.

—¿Y no hay forma de hacerte cambiar de opinión acerca del color?

—¡Dios, no! He sudado mares de tinta y caviar para encontrar los arreglos florares que hagan juego con los vestidos, ¡estás loca! —fingió desquiciarse por un breve instante—. Venga, sólo tendrás que llevarlo un día y podrás desquitarte vistiéndome como tu dama de honor cuando celebres una boda para tus amigas.

Cassie bajó la mirada a su mano derecha donde nuevamente lucía su alianza, lo gracioso

de todo ello es que no recordaba habérsela puesto otra vez.

—¿Y si lo que celebramos es un divorcio?

Astrid bufó.

—Como si ese pedazo de carne mechada fuese a dejar que te escapes, si es un hombre listo hará lo que sea por conservarte incluso después del término del contrato.

Cassie negó con la cabeza y empezó a batir los huevos.

—As, esta boda ha sido un enorme error, sólo hay que ver en lo que ha derivado.

—¿En la mejor noche sexual de tu vida? —sugirió con picardía—. ¿Por qué no lo traes a la comida del jueves? Estoy segura que Edgard agradecerá tener alguien del sexo masculino con el que hablar.

La comida del jueves, todavía faltaban tres días para ello.

—As no lo des ya como algo fijo en mi vida, porque no lo es.

—Nunca digas nunca, querida mía, nunca digas nunca —se rio su amiga con buen humor —. Y mucho menos cuando se trate de sexo.

Cassie bufó mientras dejaba el bol a un lado y procedía a abrir la tarrina de queso para añadirlo a la masa.

—¿Qué has desayunado esta mañana? ¿O es que todavía no lo has hecho? Nunca te había oído decir la palabra sexo tantas veces en una sola conversación.

—No todos los días una tiene la oportunidad de cotillear en la vida sexual de su mejor amiga —respondió divertida—. Lo que me recuerda que todavía no me has contado ningún detalle jugoso, así que empieza a soltar por esa boquita, tesoro.

Cassie se sonrojó, sabía perfectamente a qué clase de detalles jugosos se refería su amiga, había tenido que soportarlos cuando se los había contado a Violet y a ella misma con pelos y señales.

—Sólo te diré que ha sido inolvidable tanto en la ducha como en la cama —respondió sonriendo para sí mientras echaba el queso en la mezcla y lo removía lentamente—, él ha sido muy intenso y tierno, yo… demonios, apenas puedo caminar, ¿contenta?

Se oyeron aplausos y vítores desde el otro lado del teléfono.

—Oh, sí, definitivamente esa ha sido una noche y con mayúsculas —aseguró con una sonrisa en la voz—. Y a partir de ahora será incluso mejor, estoy segura.

Sonriendo de buen humor, negó con la cabeza y terminó de preparar la mezcla y la echó en la sartén ya caliente sobre la vitro cerámica.

—Tendrás que llamar a Violet y decirle que has tenido una noche increíble de sexo para que te perdone, oh, no, espera, mejor no lo hagas, cuando te escabulliste del baño y nos dejaste a los tres con un palmo de narices se puso a aplaudirte, pensó que habías recuperado el buen juicio —dramatizó su amiga—. Se lo diré yo, estoy deseando ver la cara que pone nuestra activista favorita.

—No seas mala con Vio, ella sólo se preocupa por mí, al igual que tú y he perdido la cantidad de veces que os he dicho que no hace falta que me cuidéis como mamás gallinas, tengo treinta y uno As, no soy un bebé.

Astrid chasqueó la lengua.

—Por supuesto que no eres un bebé, pero eres tierna, Cassie —le aseguró su amiga con dulzura—. Tienes un corazón muy tierno.

—Oh sí, tan tierna y dulce como un bollito —dramatizó ella dándole la vuelta a la tortilla para que se hiciera por el otro lado.

—Y muy suave, deliciosamente blanda y suave.

Cassie dio un respingo al escuchar la inesperada voz masculina en aquella habitación, ni siquiera lo había oído entrar.

—Buenos días, Cassandra.

—Ah… yo… sí… bu… buenos días —balbuceó ella, sus mejillas adquiriendo un profundo sonrojo al verle en el umbral, vestido con pantalones vaqueros, el pelo húmedo y una toalla alrededor del cuello, el bronceado pecho masculino y sus marcados abdominales quedando al descubierto.

—¡Buenos días, chicarrón! Al habla la maravillosa e increíble Astrid, le estaba diciendo a nuestra chica que tenías que venir a comer con nosotros el jueves, así podré presentarte a mi prometido y le salvarás de una comida sólo de chicas.

La voz salió ahora del manos libres atrapando la atención de ambos por un breve instante, Arion sonrió ante el inesperado recibimiento, sus ojos volvieron a Cassie quien estaba incluso más sonrojada y contemplaba el aparato como si pudiese fulminarlo.

—¿Una de tus amigas? —respondió él en voz baja, apenas un susurro que Cassie oyó respondiendo con un asentimiento al tiempo que caminaba hacia el teléfono.

—As voy a colgar, te llamaré en cuanto salga de la prueba del vestido —respondió ella caminando apresuradamente hacia el teléfono con intención de cortar la llamada, sólo para que Arion se le adelantara y se lo impidiera cogiéndole la mano.

—Gracias por la invitación Astrid, estaré encantado de acompañaros en la comida del jueves, buenos días a ti también —le aseguró sin dejar de mirar a Cassie—. ¿Y ahora, dónde está mi beso de buenos días, *agapi*?

Ante el jadeo contenido de la mujer al otro lado del teléfono, Arion cortó la llamada y miró a Cassie cuyo rostro estaba ardiendo.

—Buenos días —le dijo de nuevo bajando su boca sobre la de ella sólo para echarse hacia atrás al poco tiempo y fruncir la nariz—. ¿Huelo a quemado?

—¡Ay dios! —gimió ella dejando sus brazos para girarse rápidamente hacia la sartén y darle la vuelta a la tortilla de queso chamuscada—. Demonios…

Arion sonrió y le susurró al oído.

—Tienes uno justo aquí.

Ella se apartó y lo fulminó con la mirada.

—¿Ves lo que has conseguido?

Arion echó un vistazo por encima del hombro femenino y se encogió de hombros.

—Sólo es una tortilla quemada, podemos hacer más —le aseguró echando mano del bol de la masa sólo para probarla—. Tiene buen sabor.

A ella no sabía que le sorprendía más, el tener a ese hombre en la cocina, o que se estuviese comportando como si fueran realmente una pareja, un matrimonio y no simplemente dos desconocidos que habían pasado la noche juntos.

—Respira Cassandra, no contengas el aire —le dijo abarcando su cintura con las manos desde atrás, atrayéndola hacia su torso desnudo para poder susurrarle al oído—, lo necesitan tus pulmones.

Cassie era incapaz de hilar un pensamiento coherente cuando tenía sus manos encima, todas sus funciones vitales colapsaban y tenía que recordarse el seguir respirando, Arion tenía demasiado poder sobre ella, un poder que no le había permitido tener a nadie y la hacía sentirse en desventaja.

Liberándose de sus manos dio un paso adelante y concentró sus esfuerzos en la tarea matutina que se había impuesto.

—Si dejas de sobarme quizás pueda hacer el desayuno —le respondió con más dureza de la que pretendía.

Arion suspiró al oír de nuevo la máscara en su voz, Cassandra había vuelto a ponerse la coraza que la protegía del mundo exterior. La noche anterior había disfrutado en sus brazos, se había abandonado y confiado en él, las cicatrices que Arion había encontrado en su alma todavía ahora a la luz de la mañana lo sorprendían, esta hermosa y dulce mujer había padecido lo que nadie y seguía en pie, su voluntad se había convertido en su tabla de salvación, pero al mismo tiempo había calado muy hondo levantando unos muros que contenían sus emociones, sus sentimientos le impedían sentir más allá de lo que ella se había autoimpuesto.

Cassandra era una mujer fuerte, una superviviente de la vida, pero todo era una fachada, en su interior seguía siendo una niña asustada y carente de afectos, alguien que deseaba que los sueños no fuesen solamente sueños. Arion se había encontrado ante una enorme encrucijada en la que ella seguía sin decidirse, siempre esperando a que alguien le indicase el camino correcto por miedo a tomar una decisión equivocada y resultar todavía más herida.

—Dejaré de sobarte cuando me des mi beso de buenos días, *pouli* —aseguró con una mirada pícara.

Cassie arqueó una ceja castaña.

—¿No es eso lo que acabas de hacer?

—Tu tortilla quemada interrumpió lo mejor —aseguró indicando con un gesto de la cabeza el infructuoso desayuno—, además, quiero que me beses tú, ¿te atreves?

Cassie lo contempló durante unos instantes.

—¿Vas a morderme?

Arion se echó a reír.

—No soy un vampiro, cariño.

Ella lo miró como si no estuviese muy segura de que aquello fuera verdad.

—Cassandra, sólo es un beso —le aseguró apoyándose contra la encimera, con las manos apoyadas a ambos lados en un gesto de despreocupación—. Prometo guardar las manos para mí durante un buen rato.

—¿Define «un buen rato» en horas y minutos?

Arion sonrió ampliamente.

—Eres una jugadora muy dura.

—Y tú estás demasiado acostumbrado a ganar —le aseguró ella dejando escapar un pesado suspiro, entonces bajó la intensidad del calor de la cocina y apartó la sartén a un lado, dónde no pudiera ser volcada por accidente.

—¿Mi beso, *pouli*?

Cassandra se acercó a él con indecisión, podía sentir sus mejillas aumentando de color y también un cosquilleo en el estómago, deseaba ese beso, deseaba besarle y maldito fuera él por saberlo.

Sus labios se encontraron como un batir de alas, acariciándose, él respondió con la misma suavidad que empleaba ella, permitiéndole profundizar el beso cuando tímidamente le lamió los labios con la lengua. Su boca era dulce, sus curvas suaves, los senos se apretaron contra su torso desnudo permitiéndose sentir su blandura, incapaz de estarse quieto, Arion subió las manos a la cintura de ella, introduciendo los pulgares por debajo de la camiseta para acariciarle la piel mientras respondía con calma al beso, emparejando su lengua con la de ella, permitiéndose ser quien llevara las riendas.

Cassie se lamió los labios separándose de él, los tenía hinchados y sus ojos brillaban de

deseo y aquello encendió a Arion.

—¿Conforme? —sugirió ella con voz ronca.

—*Kalimera, pouli* —le dijo entonces, volviendo a capturar su boca y saciarlos a los dos con un beso más profundo, más carnal antes de separarse de nuevo y ahora sí dejarle espacio—. Ahora ya puedes seguir con lo que estabas haciendo.

Cassie trastabilló al dar un paso atrás pero se recuperó pronto, lamiéndose los labios antes de darse la vuelta y volver a la cocina, sólo que en su mente ya no había un sólo pensamiento coherente, todo se había vuelto papilla.

—¿Qué planes tienes para la mañana?

Aquella pregunta la sorprendió, haciendo que se girara de nuevo hacia él. Arion ahora sujetaba ambos extremos de la toalla a ambos lados de su cuello, los músculos de sus brazos y pectorales se hincharon con el movimiento.

Dios, estaba buenísimo, no había ni una pizca de grasa en aquel cuerpo, pero tampoco era una masa de músculos, todo en él estaba perfectamente adecuado a su altura y peso. En cierto modo lo envidiaba, él no tenía celulitis, ni feas estrías marcando su piel.

—¿Planes? —consiguió recuperar el hilo de sus pensamientos.

—Le has dicho a tu amiga que la llamarías cuando salieras de la prueba de un vestido, o algo así —respondió ladeando la cabeza—, ¿vamos a salir?

—¿Vamos?

Aquella palabra significaba pluralidad y que ella supiera, Arion no iba a probarse ningún vestido.

—Los próximos seis días son exclusivamente tuyos y he encontrado que me agrada tu compañía eres… refrescante —aseguró con soltura—. Me gustas, Cassandra, esa es la verdad.

Y sí, lo era, ella le gustaba realmente, no se trataba sólo del contrato con la agencia, o que acabase casándose con ella, estaba empezando a conocer a Cassandra y le estaba gustando lo que veía.

—Um… gracias, supongo —aceptó un poco azorada por su sinceridad. No sabía que tenía aquel hombre, pero cuando hablaba no había forma de que pensara que lo que decía no era la absoluta e irrefutable verdad—. Pero, me temo que no hay ningún vamos, yo, y sólo yo, soy la que tiene que probarse un horroroso vestido de dama de honor y sabes, no creo que el rosa sea tu color.

Arion la miró de arriba abajo.

—¿La boda de tu amiga?

Ella asintió.

—Estupendo —aceptó con una amplia sonrisa—. Nunca he estado en una prueba de vestuario, promete ser… interesante.

Cassie abrió la boca pero volvió a cerrarla, realmente no se le ocurría nada que decir a eso, ese hombre tendía a dejarla sin palabras.

—Estás de broma, ¿no?

Arion arqueó una ceja al ver la sorpresa de ella.

—En absoluto, ¿por qué?

Cassie señaló lo obvio.

—Eres un hombre.

Arion esbozó una sonrisa.

—Pensé que eso saltaba a la vista.

Ella sacudió la cabeza.

—Es una prueba de vestido, Arion —insistió y esperó como si él tuviese que saber qué era lo que quería decir—. A los hombres no os gusta ir de compras, mucho menos cuando se trata de acompañar a las mujeres a probarse cosas.

Él se encogió de hombros.

—No veo que sea un problema, Cassandra —aceptó con sinceridad—. Tú te pruebas el vestido y yo miro, es simple.

—Tu mente sí que es simple —respondió ella poniendo los ojos en blanco.

Arion sonrió para sí en respuesta.

—Te sorprendería y seguramente ruborizaría saber que tengo en mente, *pouli*.

Negando con la cabeza, Cassie tomó una profunda respiración y le dio la espalda para terminar con el desayuno antes de que la masa se estropeara.

—Tengo que hacer antes algunas cosas, El Oráculo no puede permanecer cerrado toda la semana, si no hay ventas, no hay ingresos y sin ingresos no se pueden pagar las facturas —murmuró más para sí que para él.

—¿El Oráculo?

Cassie suspiró, pero no dejó en ningún momento de atender el desayuno.

—Es dónde trabajo, mi tienda, en realidad —aseguró con un ligero encogimiento de hombros.

—Tu tienda.

Ella le echó un vistazo por encima del hombro.

—Sí, ya sabes, esos lugares en los que se venden cosas para que la gente los compre.

Arion esbozó una sonrisa irónica ante su respuesta mientras ella volvía a concentrarse en su labor en la cocina. Se había recogido el pelo castaño en una cola y vestía una falda larga de lana de color tostado a juego con una camiseta amarillo ocre que realzaba el color de su piel, los pies los había enfundado en unas calientes botas nórdicas y el conjunto era realmente agradable.

—¿Y qué clase de artículos vendes en esa *tienda*?

Cassie se encogió de hombros.

—Cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—¿Esto es el tercer grado?

—No, sólo curiosidad —aseguró recorriéndola con la mirada—, puedes decírmelo ahora, o esperar a que lo descubra cuando estemos allí.

—Estemos implica dos personas —le respondió ella mientras volcaba la tortilla recién hecha en un plato y continuaba con la siguiente—, y no tengo la más mínima intención de llevarte allí.

Él bufó.

—¿Me he casado con una delincuente que trafica con órganos humanos?

Cassie lo miró con ironía.

—Si ese fuese el caso, tú ya estarías sobre la mesa de operaciones.

Arion chasqueó la lengua.

—No es un lugar muy cómodo.

—¿Ya lo has probado? —se burló ella.

Sonriendo ante el bombardeo de ironía que salía de los labios femeninos alzó ambas manos a modo de tregua.

—De acuerdo, *poulí*, tú ganas —aseguró retrocediendo un par de pasos—, voy a terminar de vestirme y dejaré que sigas peleándote con… el desayuno… él tiene más posibilidades de

sobrevivir a tu lengua de bruja que yo.

Cassie arqueó una delgada ceja oscura enfatizando su expresión.

—¿Significa eso que por fin voy a perderte de vista?

Arion resopló, no cabía duda que su esposa era realmente insistente cuando se lo proponía.

—Me echarías de menos si así fuese.

Ella se rio.

—Empiezo a pensar que tienes un ego realmente inmenso, Arion Catrides.

Lamiéndose los labios fijó sus ojos azules sobre ella.

—No lo suficiente, mi pequeña *gianyka*, no lo suficiente.

Con un sensual guiño, le dio la espalda y abandonó la cocina dejando a Cassie pensando si llegaría a poder librarse de él algún día.

A juzgar por la insistencia de aquel hombre, empezaba a preocuparle que resultase ser una misión imposible.

El Oráculo.

Tienda de Magia & Artículos esotéricos.

El nombre destellaba con firmeza en la estrecha franja color verde agua que separaba el piso superior de la planta baja así como se marcaba en relieve sobre uno de los tres amplios cristales que formaban el escaparate.

Arion se apoyó en el parquímetro que había justo en frente de la tienda, recorrió el viejo edificio con la mirada y esbozó una irónica mueca al ver un pequeño Starbucks a unos escasos diez metros, situada en el cuarenta y siete de Saint Mary Street, una de las principales calles de tiendas de Cardiff, la tienda de magia que regentaba Cassie destacaba por encima de todo lo demás como si necesitase hacerse ver.

En cierto modo, lo mismo hacía su dueña.

—Así que *esto* es El Oráculo —comentó mirando a Cassie la cual trataba de abrir la puerta principal con sus llaves—, cuando te llamé bruja, no estaba pensando precisamente en esta clase de implicaciones.

Cassie se volvió hacia él.

—¿Si te digo que soy bruja, que hago conjuros, bailo desnuda bajo la lluvia, darías media vuelta y correrías hacia el abogado más cercano a pedir el divorcio?

Arion no pudo más que sonreír ante su respuesta.

—Si bailas desnuda bajo la lluvia, o bajo cualquier otra cosa, cariño, es algo que no desearía perderme por nada del mundo —le aseguró con total satisfacción.

—Es una pena que no haya aprendido todavía a convertir a los hombres en sapos, aunque tú podrías ser un buen ejemplar con el que probar —declaró con calidez.

—Sin duda eres una pequeña bruja —sonrió Arion, disfrutando inmensamente con el intercambio verbal.

—Y tú un demonio —murmuró ella dándole nuevamente la espalda para abrir la puerta.

Arion puso los ojos en blanco, aquello era indiscutible.

—En más sentidos de los que supones.

Cassie soltó un pequeño bufido mientras giraba la llave por segunda vez y tiraba de la puerta hacia ella.

—Empiezas a parecerte a As —refunfuñó.

Dejando su apoyo caminó hacia ella y la apartó suavemente de la puerta que parecía resistírsele.

—¿En el color de pelo? —le sugirió Arion mientras abría el mismo la puerta sin dificultad.

—En relacionar cada una de tus palabras con el sexo.

Arion rio y se hizo a un lado dejando a Cassie vía libre para entrar en su tienda.

—Sólo hay una palabra ahora mismo que me interesa ver relacionada con el sexo —respondió con picardía—. Esposa.

—Tú espera a que consiga la maldita anulación de este matrimonio.

Él esbozó una irónica sonrisa.

—La eternidad es demasiado larga para esperar de pie, brujita.

—Sigue llamándome bruja y buscaré algún encantamiento para hacer que se te encojan los… bueno… hazte una idea.

Arion bufó.

—Olvida lo de bruja, eres una arpía —aseguró llevándose las manos instintivamente a cubrir sus testículos.

Cassie sonrió con satisfacción al oír la indignación en su voz y entró en la tienda girando el cartel de cerrado a abierto en el proceso.

—Ten cuidado con el escalón —le dijo perdiéndose entre las estanterías cubiertas con libros y revistas esotéricas para finalmente surgir detrás del mostrador principal cuando las luces de la tienda se encendieron dejando ver su interior—. Bienvenido a El Oráculo, aquí puedes encontrar desde velas aromáticas, piedras naturales, amuletos, tarot y hierbas para infusiones, hasta figuritas de hadas, duendes, dragones, algún que otra figurita religiosa y libros de temática esotérica y auto ayuda.

Cassie se inclinó hacia delante en el mostrador y bajó la voz, como si estuviese a punto de contarle algún secreto.

—Y ahí atrás, en la trastienda, es dónde tengo mi caldero y practico toda clase de hechizos —le respondió con total seriedad—, me han ofrecido unirme a un aquelarre, pero me dejé la escoba en casa.

Arion le dedicó una mirada irónica.

—Muy graciosa —respondió deslizando la mirada por toda la tienda, permitiendo que sus sentidos demoníacos tomaran las riendas. Había algo allí dentro que le resultaba familiar y con todo era incapaz de localizar su procedencia. Su atención fue entonces hacia la escalera de madera ubicada al final de la habitación al lado de una fila de estanterías con libros—. ¿Qué hay arriba? ¿Tu cámara mortuoria?

Cassie puso los ojos en blanco y rodeó el mostrador cruzando el pequeño local hasta la escalera.

—Nada tan siniestro, me temo —aseguró empezando a subir, permitiendo a Arion una visión más que prometedora de su trasero contoneándose frente a él. Las manos empezaban a picarle por acariciárselo—. El piso de arriba está destinado a la aromaterapia, ya sabes aceites de flores, velas perfumadas, flores secas, también hay una parte para las piedras naturales y armería.

Arion arqueó ambas cejas alzando la mirada.

—¿Tienes una armería aquí arriba?

Ella negó con la cabeza.

—Son cuchillos y dagas ceremoniales… o al menos esa es la utilidad que les dan mis clientes, otros simplemente los ven como abrecartas.

Tras subir el último peldaño, Arion se encontró con una amplia alfombra con motivos

étnicos cubriendo buena parte del suelo, al igual que en el bajo, esa parte del local contaba con tres amplios ventanales, estos cubiertos por densas cortinas que unidas al aroma de las velas y el incienso conseguían de él una acogedora y agradable sensación de bienestar. Pero había algo más, una huella sutil pero lo suficientemente poderosa como para haberse impregnado en cada una de las cuatro paredes y que tenía el mismo aura que la mujer que caminaba delante de él hacia una pequeña mesa camilla cubierta por un mantel azul noche sobre la que descansaba un bol con piedras naturales y un pequeño incensario en forma de hada con la varilla sin quemar.

Sus ojos azules la siguieron durante un instante, viéndola acariciar la parte superior de la mesa con los dedos para arrastrarlos después hasta las piedras las cuales parecieron vibrar bajo su toque.

—*Lefkis mageias*[3].

Cassie alzó la cabeza encontrándose con su mirada tras oírlo murmurar.

—¿Qué?

Arion frunció el ceño contemplándola con más intensidad que de costumbre.

—¿Practicas la magia blanca?

La repentina tensión en el cuerpo femenino, la forma en la que apartó rápidamente la mano de las piedras le dio la respuesta.

—Así que después de todo sí eres una brujita —murmuró al tiempo que sus labios se estiraban en una sonrisa—. Eres una caja de sorpresas, *magissa*[4].

Cassie retrocedió alejándose del bol con las piedras para acercarse a una estantería en la que había varios cristales de mayor tamaño, así como algunas figuras de hadas y duendes.

—Muchos científicos conocen y han identificado las propiedades de las piedras y no por eso se les llama brujos —respondió ella con voz suave, casi como si pretendiese disculparse—, cualquiera en nuestra época sabe que muchos minerales poseen propiedades curativas, algunos de ellos se han utilizado incluso en la empresa farmacéutica y a ellos no se los tacha de practicar magia blanca… Es más, hay estudios…

—Sea lo que sea que hagas aquí, no es nada malo, Cassandra —la interrumpió caminando hacia ella—, si jugar con piedras de colores y velas aromáticas te trae paz, no hay nada malo en ello.

Cassie se volvió encontrándose con su mirada azul.

—Jugar con piedras de colores —dejó escapar un bajo resoplido—. Sí, claro…

Arion negó con la cabeza.

—Quizás no he empleado el término correcto, *poulí*, pero mis palabras siguen siendo las mismas. Es tu esencia la que te hace cómo eres, Cassandra, no dejes que nadie te la arrebate.

Ella sacudió la cabeza, su voz se endureció al responder.

—No estoy segura de que se pueda arrebatar dos veces la misma cosa —murmuró acariciando uno de los cristales expuestos en la vitrina para finalmente ir hacia la vitrina cerrada con puertas de cristal tras las que estaban expuestos unos cuantos cuchillos y abrecartas con motivos intrincados—. Éste es mi pequeño arsenal, como ves, soy una mujer peligrosa.

Arion se acercó para mirar el contenido de la vitrina más de cerca, la colección era sin duda hermosa, aunque la mayoría de las piezas no eran más que reproducciones carentes de valor.

—Una interesante colección —aceptó volviendo la mirada sobre ella—. ¿Y cómo has llegado, si tengo el suficiente honor de que me concedas la respuesta, a terminar regentando una tienda de estas características?

Cassie se encogió de hombros.

—Empecé a trabajar aquí poco después de cumplir los dieciséis —respondió echando un vistazo a su alrededor—, cinco años después la propietaria falleció y me lo dejó en herencia. Ella no tenía familia y decía que yo tenía algo especial, que había algo que me unía a la tienda, así que decidió dejármela. Y esa es la historia, no es nada misterioso ni retorcido.

—Diecisiete años, ¿no eras un poco joven para ello?

Ella negó con la cabeza.

—No, si tienes en cuenta que me emancipé a los dieciséis —aseguró con un nuevo encogimiento de hombros—. Siento decírtelo, pero, no te has casado con una niña mimada.

—Cosa que sin duda agradezco.

Cassie puso los ojos en blanco y examinó una última vez la vitrina, el cristal le devolvía su reflejo y en él pudo ver el reflejo de su propia sorpresa cuando una repentina idea atravesó su mente.

—Un momento —se giró hacia Arion—, ¿el que estemos casados te da algún poder legal sobre mis posesiones?

Arion esbozó una irónica sonrisa y se tomó un momento para recorrer su figura detenidamente.

—Lo que es mío, es sin duda tuyo, y lo que es tuyo, es para mí placer —su respuesta fue abiertamente sexual.

—Lo dicho, tú y As habéis tenido que ser gemelos o mellizos separados al nacer —aseguró ella con ironía.

Ocultando una sonrisa tras la acción de frotarse el mentón, Arion negó con la cabeza.

—Tus propiedades son tuyas, *gynaika*, mi unión contigo, digamos que no entra dentro del terreno material.

Ella se le quedó mirando durante unos instantes, no estaba del todo convencida.

—Tendré que revisar una vez más ese acta de matrimonio —murmuró haciéndolo sonreír.

—Eres extraña, Cassandra.

—Lo sé, ¿eso cuenta como un punto negativo a mi favor para que firmemos el divorcio?

Arion sacudió la cabeza con diversión, esa mujer no iba a parar hasta verlos separados.

—Admiro tu perseverancia, esposa, puede llegar a ser… refrescante.

Ella puso los ojos en blanco.

—Estoy segura que estabas pensando en cualquier palabra excepto esa.

—Te estaría mintiendo si te diese la razón —aseguró él volviendo la mirada hacia las escaleras al escuchar un leve tintineo.

—Es la campanilla de la puerta —respondió ella atravesando la distancia que la separaba de las escaleras para proceder a bajar—, ojalá venga a hacer algo más que echar un vistazo.

Arion la vio desaparecer en el piso inferior, la tristeza que la había envuelto así como ese aire de indefensión y recelo había sido echado a un lado dejando paso a la Cassandra que se ocultaba tras una máscara de inventada normalidad. Esa mujer tenía más secretos que el Vaticano y su curiosidad por desvelar cada uno de ellos estaban creciendo a pasos agigantados.

Su atención volvió al local, la marca de magia blanca que sentía era tímida, pero antigua y ahora entendía el por qué, no era una marca reciente si no una que había sido construida a lo largo de los años, marcando cada pared y cada rincón de aquel edificio, Cassandra había bromeado con el hecho de unirse a un aquelarre, cuando la realidad era que ella misma era su propio aquelarre, y este lugar, su templo de magia.

Ella no era una humana corriente, su esposa era una *lefkí mágissa.*

Una bruja blanca.

Arion negó con la cabeza una vez más, quizás después de todo, su vínculo con ella iba a traer más repercusiones de las que había pensado.

La voz de Cassie llegó entonces hasta el piso de arriba, así como también la respuesta masculina del supuesto cliente que había entrado en la tienda, frunciendo el ceño ante el conocido tono de voz, giró sobre sus pies y se dirigió al piso bajo.

—Hola, ¿puedo ayudarte en algo?

Nishel trasladó su atención desde los libros que estaba ojeando hasta la atractiva mujer que apareció desde el fondo de la tienda, con un abundante pelo castaño atado en una coleta, vistiendo de forma casual y un suave brillo de recelo en los sagaces ojos castaños, la recién llegada tenía la marca de su demonio claramente marcada en la piel, su aroma la delataba como la pareja de Arion, la supuesta esposa humana con la que, según le había contado su jefe, se había vinculado.

—Hola —la saludó permaneciendo quieto en el lugar, dejando que fuera ella la que se acercase y marcase su propio terreno, notando su nerviosismo y recelo ante el aspecto extravagante que seguramente estaría considerando ella—. Espero no haber interrumpido nada importante.

Ella pareció sonrojarse ligeramente, entonces negó con la cabeza.

—No, no, en absoluto —aceptó pasando por delante de él, pero manteniéndose siempre a una distancia prudencial. A su favor debía admitir que su trato seguía siendo encantador.

—En ese caso, si pudieses recomendarme algo para alejar el mal humor de las mujeres, serías mi nueva heroína —le aseguró con un sensual guiño.

Cassie no pudo si no sonreír ante el tono de voz empleado por el atractivo desconocido. El hombre era guapísimo, con un extraño tono de pelo gris perla a juego con sus ojos, pero lo que sin duda llamaba más la atención en él además de su estatura, era el corte gótico de sus ropas.

—Me temo que todavía no se ha inventado una piedra o sistema que funcione —aseguró y le señaló una columna que contenía varias piedras de colores—. Sólo puedo recomendarte paciencia y cuarzo blanco para limpiar impurezas.

—Ni toda una montaña de cuarzo blanco sería suficiente para limpiar a este individuo, *pouli.*

La presencia de Arion atrajo la mirada de ambos, el demonio veritas caminaba hacia ellos con las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero, la mirada fija en el hombre que permanecía al lado de su esposa.

—*Touché* —aceptó Nishel dando un prudente paso a un lado, había aprendido por experiencia que no era bueno meterse entre una pareja sin el consentimiento previo del dominante.

Arion ocupó el lugar que Nishel había desocupado, cubriendo a su compañera con su cuerpo.

—¿Cómo tú por aquí?

Nishel arqueó una fija ceja plateada y sonrió de medio lado, mientras se permitía echar un vistazo a la muchacha la cual contemplaba sorprendida el intercambio de los dos.

—Nick me dijo que estabas por la ciudad, que te habías casado y he venido a felicitarte.

La mirada de Arion decía claramente que no creía ni una sola palabra.

—Inténtalo de nuevo.

Nishel sonrió.

—Sólo estoy de paso, Veritas, relájate —le dijo apartándose de él para echar un vistazo a los colgantes expuestos en una vitrina al lado del mostrador—. ¿Esa piedra rosa de ahí podría servirme?

Su pregunta iba dirigida a Cassie, la cual intentaba descubrir que pasaba allí.

—Es un cuarzo rosa —respondió ella caminando hacia el mostrador—, está considerada una de las piedras más potentes para curaciones emocionales, ayuda a equilibrar la energía emocional y elimina la ira, la angustia. Calma y da seguridad, sirve de ayuda en procesos de traumas o crisis.

Nishel la miró un instante como si sus palabras lo hubiesen hecho recordar algo y finalmente volvió sobre el cristal.

—Supongo que un poco de ayuda externa siempre viene bien —murmuró para sí, entonces señaló la piedra—. Me la llevo.

Arion siguió a Cassie con la mirada al tiempo que ésta rodeaba el mostrador para buscar la llave de la vitrina y se acercó a su compañero.

—¿Nueva asignación de la Agencia?

El hombre de pelo plateado alzó la mirada y asintió.

—Nick necesitaba una mano y yo estaba disponible.

Cassie sacó un pequeño juego de tres llaves y se acercó a la vitrina para abrirla, su mirada iba fugazmente del recién llegado a Arion.

—Nish es uno de los Agentes Externos de la Agencia —la sobresaltó la voz de su marido —, echa una mano cuando el jefe se desespera con algún encargo.

Nishel sonrió.

—Ni yo habría podido describirlo mejor —aceptó y sus ojos se encontraron una vez más con los de Cassie—. Así que tú eres la esposa del *Veritas*.

Arion fulminó a Nishel con la mirada, pero Cassie no lo vio, estaba demasiado ocupada intentando coger el cristal.

—¿Perdón?

—Su esposa —respondió Nishel señalando a Arion con el pulgar.

Sonrojándose, asintió lentamente.

—Sí, al menos hasta que consiga un maldito abogado para solucionar el problemilla.

La sorpresa se reflejó en el rostro del recién llegado, a juicio de Cassie el hombre parecía haber sido golpeado por la noticia.

—Nos casamos en Las Vegas —añadió, esperando que eso fuese suficiente respuesta.

Nishel volvió la mirada ahora hacia su compañero, ladeó la cabeza y murmuró algo que Cassie no logró entender. Arion se limitó a asentir haciendo que el hombre se echase a reír.

—Joder, tío, tú sí que sabes cómo montarte una buena fiesta —aseguró sacudiendo la cabeza. Finalmente se volvió hacia Cassie—. Es un placer conocerte.

Ella asintió con cierto recelo.

—Lo mismo digo —murmuró en voz baja, aunque no estaba segura de que fuera realmente un placer, había algo en los dos hombres realmente extraño. Sacando el cristal de su vitrina se lo tendió a Nishel—. Está hecho de modo que pueda colocarse un cordón o cadenita, o para llevarlo como llavero.

Nishel se tomó un momento examinándolo, frunciendo el ceño al sentir el poder de la mujer a través del cristal.

—Tú eres…

—Ponle una cadena, la más cara que tengas en la tienda, Cassandra —lo interrumpió Arion dedicando una significativa mirada a su compañero—. La chica a la que vaya destinada se la merece por tener que aguantarle.

Nishel arqueó una ceja en respuesta al comentario masculino pero asintió con buen humor.

—Es una buena idea —aceptó el recién llegado—. ¿Crees que podrías meterlo también en una cajita o algo?

Cassie asintió lentamente, optando por dejar a los dos hombres a solas.

—Iré a ver si encuentro algo… adecuado —con una última mirada a los dos, desapareció de regreso al piso superior.

Nishel asintió con una suave sonrisa mientras la observaba marcharse.

—Es interesante —murmuró cuando escucharon el crujido de la escalera—, muy interesante.

—No te acerques a ella —la amenaza fue rápida, silenciosa y efectiva.

Los ojos grises del ángel caído se volvieron sobre su compañero. Nishel conocía al hombre de su tiempo en la Agencia, sabía que era uno de los demonios de alto rango de Nick lo que no hacía sino todavía incluso más irónico el que él estuviese relacionado con ellos. Pero respetaba a Arion, si bien no tenía la misma confianza ni la deuda que mantenía con Riel, el demonio era uno de los pocos que no deseó tirársele a la yugular cuando entró en la Agencia. Como demonio veritas el hombre estaba condenado a ver la verdad en todo aquello que hacía, en los seres fuesen de la raza que fuesen con los que se cruzasen, no había nadie que pudiera engañar a Arion, ni siquiera él mismo. Él demonio había visto más allá de Nishel, él, de entre todos los seres vivos a los que podía llamar amigos, era el único que sabía la verdad sobre el ángel caído y su silencio y respeto había sido lo que le granjeó la amistad de Nishel.

—Es más de lo que se ve a simple vista —continuó Nishel obviando su advertencia—, ¿una bruja?

Arion se limitó a deslizar los ojos azules hacia el fondo de la tienda por donde había desaparecido ella.

—Sí, eso creo —respondió con sinceridad—, pero no estoy seguro de que ella lo sepa, no de la manera en que el poder que vibra en estas paredes lo confirma, no es una practicante, no como nosotros lo conocemos.

Nishel siguió la mirada de su amigo y sopesó las palabras de Arion, la mujer se había mostrado tensa ante su presencia como era de esperar, pero incluso con su compañero existía una especie de barrera.

—Puede que no sea consciente de lo que es, pero de algún modo ha sabido crear unas defensas bastante importantes —aseguró el ángel llevándose las manos a los bolsillos del pantalón—, será un viaje interesante, amigo.

Volviéndose hacia Nishel, Arion dejó escapar el aire y lo contempló.

—No estás aquí simplemente para joder conmigo, ¿qué quieres?

Nish esbozó una divertida sonrisa, era imposible engañar a ese demonio.

—Nick ha aceptado un nuevo encargo.

Aquello le sorprendió lo suficiente como para dejarlo sin palabras durante un instante.

—¿Por qué?

Nishel sacudió la cabeza.

—Ojalá lo supiera —aceptó él—. Estaba de tan buen humor que ya que lo han jodido ha decidido meterme en el saco y me ha dado mi propio calvario.

Arion contempló al hombre durante unos instantes.

—No diré que lo siento.

Nishel se echó a reír.

—No esperaba que lo hicieras —aseguró de buen humor—, en realidad me parece una opción interesante, será un reto descubrir y sacar a la luz la hembra que hay debajo, no puedo esperar a averiguarlo.

Negando con la cabeza Arion indicó hacia el fondo de la tienda cuando escuchó de nuevo los pasos de Cassie bajando por las escaleras.

—Echaré un vistazo a Nickolas tan pronto como termine aquí —Arion respondió a la silenciosa petición por la que había venido Nishel.

Nishel inclinó ligeramente la cabeza a modo de agradecimiento.

—Gracias.

A Arion no dejaba de sorprenderle que un ángel estuviese tan pendiente del demonio que custodiaba la Agencia, especialmente cuando aquel demonio había sido en parte culpable de la actual condición del ángel.

—Es una cordón de plata —murmuró Cassie reuniéndose con los dos hombres. Su mirada vaciló un instante sobre Arion antes de girarse hacia Nishel y mostrarle el cristal engarzado con la cadena en una pequeña cajita de terciopelo azul.

Nishel acarició el cristal y alzó la mirada hacia ella.

—Es perfecto —aceptó con un sencillo agradecimiento.

—¿Quieres que te lo envuelva para regalo?

Él negó con la cabeza mientras extraía su cartera del bolsillo interior de su abrigo sin mangas.

—No hace falta, así está bien.

Mientras Cassie cobraba a Nishel su compra, Arion no dejó de darle vueltas a las recientes noticias que había dejado caer el ángel, su jefe no solía coger ningún encargo si no era absolutamente necesario y aun así tendía a hacerlo muy de vez en cuando, el poder de Nick para ver el futuro solía complicarle las cosas y restar emoción a sus pasos. Si el presidente de Agencia Demonía había aceptado una solicitud entrante, sólo podía significar que su cliente estaba destinado a encontrarse con él.

—Cassandra, ha sido un placer conocerte —la voz de Nishel le devolvió al presente—, te deseo la mejor de las suertes en tu inesperada aventura.

Cassie abrió la boca para responder a eso pero volvió a cerrarla, ¿qué podía decir?

—Nos vemos —se despidió de Arion estrechándole la mano—, suerte con ella.

Arion esbozó una ligera sonrisa y correspondió a su apretón.

—Lo mismo te digo —aseguró con un obvio significado.

Nishel sonrió y con un último saludo se marchó por dónde había venido.

Sacudiendo la cabeza, Cassie se volvió hacia su marido.

—Si te pregunto cómo diablos ha venido a dar un amigo tuyo, ya no digamos a Cardiff, si no a mi tienda, ¿me darías una respuesta que me convenciese?

Arion se volvió hacia ella y se encogió de hombros.

—Seguramente no.

Cassie asintió.

—En ese caso, no preguntaré —aceptó, dio media vuelta y se coló tras el mostrador—. Hay momentos en los que la ignorancia es una auténtica bendición.

Arion sonrió abiertamente, después de todo, aquella era una gran verdad.

CAPÍTULO 9

Cassie empezaba a pensar que debía haber pasado de la prueba del vestido y quedarse en la tienda, después de todo, la mañana no había resultado tan mal. Tras la marcha de Nishel, habían entrado dos clientes más, una de ellas había comprado varias figuras de hadas y un par de libros que le habían reportado casi más ingresos que en todo el mes pasado. Al menos allí estaba en su terreno y no como un pez globo envuelto con volantes.

Y odiaba los volantes.

El probarse ropa era otra de las cosas para las que no tenía demasiada paciencia, le gustaba ir de compras, por supuesto, pero entre que muchas de las tiendas no tenían su talla y las pocas en las que sí eran lo suficientemente caras como para disuadirla, acababa frustrada y sin ganas de volver a pasar por aquello. Había perdido la cuenta de las veces que Astrid la había arrastrado con ella de compras y a pesar de que adoraba a su amiga, siempre terminaba con un mal sabor de boca después de pasarse por las tiendas y ver que a ella todo le sentaba bien, mientras que Cassie sólo podía admirar incluso la lencería desde lejos.

Y ahora, el estar convirtiéndose en un alfiletero viviente bajo la tortura de aquellas manos que insistían en embutirla en el maldito vestido de dama de honor color rosa chicle, estaba rebasando su cuota anual de tolerancia.

—Auch —se quejó cuando un nuevo alfiler pinchó su piel.

Un agudo resoplido de la mujer que le estaba ajustando el corpiño del vestido le hizo arquear una ceja en respuesta, ¿qué? ¿Ahora tampoco podía quejarse?

—Manténgase completamente inmóvil —la oyó murmurar con un marcado acento a través del alfiler que sostenía entre los dientes.

Si las miradas matasen, Cassie habría fulminado con la suya a la modista que ceñía el corpiño del vestido casi como si se tratase de un corsé.

—Quizás si aflojara un poco y me dejara respirar podría hacerlo —masculló ella en voz baja arrancando un pequeño resoplido de risa en su marido.

Y aquel era sin duda un añadido más a toda la incomodidad que llevaba padeciendo Cassie durante la última hora. Su mirada se encontró con la de Arion, quien estaba al otro lado de la sala de pruebas contemplando todo el proceso de tortura con absoluta paciencia. El hombre se había negado a esperar fuera o hacer cualquier otra cosa, al contrario, se había presentado a sí mismo como su marido y en menos de cinco minutos se había metido a la modista y a la joven ayudante de ésta en el bolsillo haciendo que le permitiesen asistir a la prueba de vestido de la flamante dama de honor.

Una dama de honor que estaba a punto de estallar en llamas.

Por si no fuese suficiente con tenerlo allí comiéndosela con la mirada por debajo de sus gafas oscuras, había tenido que asistir con profunda vergüenza a la sesión de recomendaciones no deseadas de parte de la mujer que le probaba el vestido. Que si debía comprarse una faja bodi para ponérsela con el vestido y así moldear su figura, que si no había probado la famosa Dieta Dunkan, que si… mil y una cosas dichas con un tono de voz no muy amable que traían consigo además la coletilla de *«¿no le parece?»* dirigida a su marido.

Arion por su parte había ignorado cada uno de los intentos de aquella mujer por entablar

conversación limitándose a utilizar breves y educadas respuestas cuando así lo requería, como también había pasado de las más que obvias invitaciones y apreciaciones femeninas que la modista no tuvo problemas en exhibir.

Un nuevo alfiler encontró la carne de Cassie haciendo que diese un respingo y el ceño en su frente aumentara al ver el reflejo de sí misma en el espejo de cuerpo entero.

Odiaba los volantes.

Odiaba apasionadamente aquellos malditos volantes que la mujer se empeñaba en cruzar por encima de su pecho y hombros.

Quemaría los volantes, o mejor aún, ahorcaría a aquella maldita mujer que no hacía más que enseñar su generoso escote y acariciarse las caderas con gesto sensual cada vez que pasaba cerca de *su marido* o creía que él la estaría mirando.

¡Mierda! ¿Desde cuándo se había vuelto Arion *su marido*? ¿Y por qué demonios le importaba tanto que las mujeres se le insinuaran? El suyo no era un matrimonio real, ni siquiera una relación normal, hacía sólo dos días que estaban juntos y todo ello por aquel maldito contrato. No existía una relación entre los dos, era solamente… sexo. Y estaba el asunto del divorcio, tenía que hablar con As para pedirle el teléfono de su abogada y acabar con aquella locura.

Otro alfiler le pinchó el costado haciendo que Cassie se apartase y el maldito volante terminase soltándose de su precaria sujeción.

La mujer resopló y a juzgar por la mirada y las palabras que le dedicó estaba tan harta como ella de aquella prueba de vestuario.

—¿Le importaría mucho estarse quieta? Si sigue moviéndose así, los volantes quedarán torcidos.

¡A la mierda los jodidos volantes!

—¿Es necesario que le pongamos al vestido todo… esto? —murmuró gesticulando con la mano la falda del vestido llena de volantes y los que la mujer estaba colocando en su escote. Un rápido vistazo al espejo a su espalda le puso una nueva mueca en los labios, con todo aquello parecía un merengue, un merengue de proporciones desmesuradas.

—Los volantes abren la falda y le dan cuerpo al vestido —aseguró la mujer con un tono de voz que decía claramente que la consideraba una nulidad en cuestiones de moda—, y colocados aquí —pinchó nuevamente el escote acariciando con el alfiler la piel de su pecho izquierdo haciéndola dar un nuevo respingo—, disimularán su… busto.

Cassie apretó los dientes con fuerza aguantando las ganas de ponerse a gritar, su mirada voló hacia Arion quien dejó su postura relajada y sacándose las gafas para meterlas en el bolsillo superior de su camisa la miró de arriba abajo con premeditada lentitud.

—¿Tu amiga desea que vayas a su boda como un muffins de fresa?

Los ojos marrones de Cassie se abrieron sorprendidos ante la sincera respuesta y sacudió la cabeza.

—As sabe que me suicidaría si llega a sugerir tal barbaridad —aseguró y se encogió ligeramente de hombros—. Después de que Violet y yo nos amotináramos ante la idea de parecer dos algodones de azúcar empolvados, estuvo de acuerdo en que cada una eligiera el modelo de su vestido, lo único en lo que no cedió fue en este maldito color rosa chicle y en la tela.

Arion se detuvo ahora ante ella, a pesar de que Cassie estaba subida a una pequeña plataforma que le daba la altura necesaria para arreglar el vestido, su marido podía mirarla prácticamente a los ojos.

—¿Y por qué no has elegido un modelo a tu gusto?

Antes de que pudiese responder, la modista se adelantó recuperando el volante caído.

—Oh, el modelo que había elegido no le sentaría bien a su… figura —aseguró gesticulando hacia Cassie—, le restaría altura y no disimularía en absoluto esos… um… esas curvas.

Los ojos masculinos se volvieron hacia la mujer que había hablado cortándola en el acto.

—Bien, porque *yo* no quiero que disimule sus curvas —le respondió antes de volverse hacia su esposa—, me gusta que las exhiba.

Cassie se sonrojó en respuesta a la nota erótica en su voz.

—Pero este modelo…

Arion le dedicó una única mirada que sirvió para hacer saltar a la mujer y que permaneciera callada.

—Cassandra, ¿el vestido que habías escogido llevaba volantes?

Ella vaciló un instante, no quería comenzar una disputa con aquella mujer, en cualquier otro momento estaría encantada de lanzarle sus volantes a la cabeza, pero se trataba de la boda de Astrid.

—Quizás los volantes no sean tan malos después de todo, si tan sólo le quitamos algunos —sugirió pasando la mirada sobre su reflejo en el espejo, intentando encontrar algo hermoso en aquello—, la modista podría arreglar…

El hombre se volvió ahora hacia ella.

—Me trae sin cuidado la opinión de esa mujer, *pouli*, nada de lo que ha salido de su boca en la última media hora ha sido verdad —respondió haciendo que la aludida palideciera aún más —. Los volantes, *gynaika*.

Cassie tomó una profunda respiración, bajó la mirada hacia su propia figura y respondió con voz clara, aunque en tono bajo.

—Odio los volantes.

Arion asintió satisfecho, estiró la mano hacia el triple volante que cubría la parte superior del corpiño del vestido y de un tirón arrancó el pedazo de tela. Asombrosamente ninguno de los alfileres que habían torturado la piel de Cassie la arañó.

—Ya somos dos —aceptó comiéndose con los ojos los pechos de su compañera que asomaban llenos sobre el borde superior del corpiño. Frunciendo el ceño, llevó ambas manos al torso femenino y alzó la mirada hacia ella—. Adoro estas dos preciosidades, pero ¿eres capaz de meter algo de aire ahí dentro?

Ella sacudió la cabeza, sus mejillas adquiriendo un intenso tono que rivalizaba con el color del vestido.

—Ya me parecía.

Y con otro gesto de los dedos, las costuras se aflojaron permitiendo que la tela se adaptase sin tanta tirantez a sus curvas.

—¡Pero qué está haciendo! ¡Por dios, está destrozando el vestido! —clamó la modista que permanecía a un lado observándolos con las manos pegadas a la cara, la cual cada vez la tenía más blanca.

—Y no he hecho más que empezar —aseguró Arion deslizando su mirada de la mujer a su ayudante, una muchacha que no creía pasase de los veintidós o veintitrés años—. ¿Hay algo más que quieras modificar en el vestido, Cassandra?

Cassie se lamió los labios, aquello estaba degenerando en una auténtica locura, no estaba segura que la modista fuese a permitir aquella imposición y no es como si hubiese tiempo para buscar otra.

—Arion, creo…

—La verdad, Cassandra.

Ella suspiró, su mirada volvió hacia el espejo. ¿La verdad? La verdad es que se veía gorda, todos aquellos volantes no hacían sino aumentar su volumen y los odiaba.

—Me gustaba el diseño inicial, era un vestido sencillo, con un hombro al desnudo y una pequeña abertura hasta la rodilla, la falda caía en cascada hacia atrás, pero… —negó con la cabeza—, ya da lo mismo, si al menos podemos librarnos de estos volantes…

Arion arqueó una delgada ceja rubia ante la muchacha que se había quedado inmóvil bajo su intensa mirada azul.

—¿Crees que podrías conseguir lo que ella quiere?

La muchacha tragó saliva, desvió la mirada hacia la modista la cual se había puesto tiesa como un palo ante el obvio rechazo de su experiencia y finalmente la posó sobre el vestido.

—Con el corte que tiene ahora el vestido, no podemos remodelarlo para conseguir el diseño que le gustaba, pero —se animó a hablar la muchacha, quien tras echar un nuevo vistazo a su jefa, la cual ahora la miraba boquiabierta por atreverse a responder, se acercó a Cassie girando el alfiletero de su muñeca—, pero creo que podemos encontrar algo parecido y eliminar todos esos volantes.

—Es un buen comienzo —comentó Arion mientras rodeaba lentamente a Cassie y aprovechaba el escudo que le proporcionaba estar tras ambas mujeres para hacer un nuevo truco de modo que al tocar uno de los múltiples volantes de la falda, estos se soltaron de sus costuras y cayeron a los pies de la chica como si nunca hubiesen sido cosidos—. ¿Dijiste algo de una abertura hasta el muslo, *pouli*?

Cassandra volvió sus ojos castaños de los volantes caídos a los pies de Arion, quien caminaba a su alrededor con las manos tras la espalda y le dedicó un ligero movimiento de cabeza.

—¿Por qué será que los hombres sólo escucháis aquello que queréis oír?

Arion sonrió.

—Hasta el muslo entonces.

Cassie negó con la cabeza.

—Ni hablar, hasta la rodilla estará más que bien.

La muchacha cogió el bajo del vestido, y lo examinó haciendo unos pequeños pliegues para luego alzarlos hacia arriba, trayendo la tela consigo como un pequeño telón.

—Podríamos sujetarlo aquí con una pequeña flor hecha con la misma tela —murmuró prendiendo la tela en el lugar—. Está un poco por encima de la rodilla, pero sin llegar al muslo.

Cassie examinó la sugerencia ante el espejo y asintió.

—Pero nada demasiado grande —pidió mirando a la muchacha, quien asintió y se incorporó para ajustarle la falda en las caderas de modo que la moldease sin ceñirla.

—Adaptaremos también el corpiño con un drapeado que cubra parcialmente los hombros para caer luego abierto hasta aquí —le fue explicando a Cassie mientras iba asegurando los nuevos arreglos con mucho cuidado para no pincharla—. Si te hago daño, por favor, dímelo.

—No —negó Cassandra sorprendida—, está bien.

Y lo estaba, la muchacha tenía unas manos delicadas y trabajaba con rápida seguridad.

—¿Se le podría dar más escote al vestido? —preguntó Arion deteniéndose ahora delante de Cassie.

Ella puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Si por ti fuera, se me vería hasta el ombligo.

Arion le sonrió en respuesta.

—Me gusta la idea, ¿podemos buscarte un vestido así?

Cassie se llevó las manos a las caderas para enfatizar su respuesta.

—No.

Entre risas y comentarios picantes, el vestido de Cassie fue tomando forma bajo las innovadoras manos de la muchacha, que supieron entonces, llevaba haciendo prácticas con la dueña del establecimiento desde hacía un par de meses. Tras un par de frases cortantes y cargar a Cassie con cualquier responsabilidad en lo tocante al vestido, la modista los abandonó para dedicarse a su próxima prueba con otra cliente.

Para cuando terminaron con los retoques media hora después, el vestido había sufrido una importante transformación, ahora realzaba cada uno de los atributos de Cassie, moldeaba su figura favoreciéndola y dotándola de un aire sensual que jamás había pensado poseer.

—Estás preciosa, pequeña, no busques defectos dónde no los hay.

Arion permanecía a su lado, observándola a través del espejo, sus ojos azules oscurecidos por el abierto deseo que se leía en ellos, sus palabras eran sinceras, Cassie podía sentirlo, sentir la verdad goteando de cada palabra.

—El cambio le sienta muy bien —aceptó la muchacha satisfecha con su obra—. Lo tendremos listo para que pueda recogerlo el viernes por la mañana.

Cassie asintió en agradecimiento y contempló una vez más su reflejo.

—Es perfecto —aceptó con una dulce sonrisa y finalmente se dirigió hacia Arion—. Ahora, te toca esperar fuera.

Él hizo una mueca.

—¿Vas a privarme de lo mejor?

Cassie puso los ojos en blanco.

—Absolutamente —aseguró señalando con la mano la salida—, ya has visto demasiada carne para un sólo día.

Arion se echó a reír ante la respuesta femenina.

—Ah, *pouli*, y yo que pensaba que no había hecho más que empezar —le aseguró con un guiño.

Cassie esperó a que la chica retirase los alfileres que mantenían el corpiño unido y la falda y apretó la tela contra su cuerpo mientras esperaba a que Arion se marchase, algo que parecía no tener prisa por hacer.

—¿Vas a quedarte ahí?

El hombre se volvió entonces hacia la muchacha y preguntó.

—¿Molesto?

Ella negó con la cabeza, sonriendo ante la picardía masculina.

—En absoluto —aceptó y se volvió entonces hacia Cassie—. Puede utilizar los probadores del cuarto contiguo, cuando esté lista, volveré a recoger el vestido.

Asintiendo sonrió a la muchacha y le dirigió a Arion la última advertencia.

—Compórtate.

Él bufó.

—Yo siempre me comporto, cariño, incluso cuando no debería hacerlo.

Negando con la cabeza, Cassie bajó de la tarima, le sacó la lengua y se apresuró hacia la puerta que le había indicado la mujer.

—Tengo que ir al taller —le informó entonces la muchacha a él—. Volveré en cuanto su esposa haya terminado de cambiarse.

Arion asintió y contempló a la muchacha mientras se alejaba.

—No tengas demasiada prisa en volver —musitó añadiendo su poder a las palabras, creando una ligera compulsión.

Deteniéndose ante la puerta, la chica pareció vacilar, entonces se volvió hacia él.

—Quizás tarde un poco, acabo de recordar que tengo que ver un par de cosas más.

Sonriendo para sí asintió.

—No se preocupe, tómese el tiempo que necesite.

Asintiendo, la mujer cerró la puerta tras ella dejando a Arion solo en el reservado, su mirada azul se fijó entonces en la puerta por la que había desaparecido su esposa y sus labios se dividieron en una traviesa sonrisa.

Oh, sí, iba a comportarse.

Cassie suspiró y se quitó el vestido, quedaba menos de una semana para la boda de As y no quería ni imaginarse lo que sería hacer las pruebas del traje de novia, por otra parte su amiga tenía una figura de envidiar, todo le sentaba bien sin importar que se fuera a poner, así que estaba segura de que aunque vistiese un saco estaría encantadora.

Su mirada cayó sobre la imagen en el espejo, nunca le habían gustado los espejos de cuerpo entero de los probadores, el reflejo que le devolvía era una distorsión de la realidad, sabía que estaba rellenita, pero el verse en aquellos espejos no hacía sino deprimirla más. Se subió el tirante del sujetador dorado que se había puesto, era un conjunto de lencería que había comprado para alguna ocasión especial, pero parecía que ese tipo de ocasiones nunca llegaban. Le gustaba la lencería, le gustaba sentirse hermosa a pesar de que sus brazos fueran algo rollizos, tuviese el conocido flotador o su tripa sobresaliera, las líneas blancas y rosadas de la celulitis ya eran un punto y aparte, por más cremas que había probado no terminaban de desaparecer y la verdad fuera dicha, ella tampoco tenía paciencia para ser regular con las aplicaciones.

—No le des más vueltas, Cassie, estás abonada a las tallas grandes, confórmate —le dijo a su reflejo al tiempo que enderezaba los hombros y modelaba—. Tienes unos ojos bonitos, orejas pequeñas, labios corrientes y un pelo decente, es más de lo que tiene la mayoría.

Sacudiendo la cabeza le dio la espalda al espejo y fue a por su ropa.

—¿Es necesario que hagas un inventario de ti misma?

La voz masculina a su espalda la hizo saltar, sus manos volaron a los labios para ahogar el repentino chillido que los abandonó mientras apretaba contra sí la camiseta que iba a ponerse.

—¡Maldita sea! Me has dado un susto de muerte —jadeó retirando las manos hacia su pecho—. ¿Qué haces tú aquí? ¡Esto es un probador de señoras!

Arion se limitó a permanecer dónde estaba, sus ojos la recorrieron con pereza deleitándose en la desnudez parcial de su compañera.

—Te dije que te comportaras —siseó ella acusándole con el dedo.

Él sonrió ligeramente.

—Me estoy comportando —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Todavía tengo las manos en los bolsillos y no te he tocado.

Cassie resopló, no había quien pudiera ganarle a ese hombre cuando se ponía en ese plan.

—Ni vas a hacerlo —respondió echando un vistazo alrededor—, aquí no al menos.

Su sonrisa se amplió ante la respuesta de ella, su mirada bajó sobre el cuerpo femenino admirando lo que dejaba a la vista la camiseta y lo que generosamente el espejo tras ella le devolvía.

—Me gusta el conjuntito, realza el tono de tu piel —aseguró ladeando la cabeza para luego lamerse los labios mientras miraba el reflejo tras ella—. Nunca te había visto con tanga, estás realmente sexy.

Cassie frunció el ceño, siguió su mirada y dio un salto al entender que el espejo tras ella le mostraba todo, la camiseta cayó entonces a un lado mientras cruzaba los brazos ahora tras de sí.

—Realmente adorable —aseguró devorando sus pechos con la mirada—, sólo puedo suponer que en negro o rojo sangre estarás igual de sugerente.

—Sangre es lo que va a correr como no te largues ahora mismo —masculló ella entre dientes al tiempo que alzaba un brazo y le indicaba que saliese—. ¡Fuera!

Arion arqueó una ceja dorada.

—¿Y perderme un bocado así? —chasqueó la lengua—. No se pone un filete delante de un muerto de hambre para luego quitárselo.

Ante su obvia intención, Cassie retrocedió hasta que el espejo tras ella no le permitió retroceder más.

—Aquí no —gimió ella viéndolo acercarse.

Sus manos habían dejado los bolsillos del pantalón para plantarse a ambos lados del espejo, manteniéndola apresada entre sus brazos.

—Mírame —le pidió cuando ella esquivó su mirada.

Cassie alzó la mirada lentamente hasta encontrarse con la suya.

—Arion, por favor, estamos en el probador de señoras de una famosa boutique —rogó sintiéndose cohibida ante sus avances—, éste no es lugar…

Él la silenció poniéndole un dedo sobre los labios.

—Shh —la calló—. No pongas más excusas, *gynaika*, no quiero oírte decir nuevamente todas esas cosas que te dices a ti misma, mírate como realmente eres, Cassandra, ve como yo te veo.

Antes de que ella pudiese decir algo al respecto, la giró sobre sí misma, atrayéndola hacia su pecho para tenerla ahora de cara al espejo del probador.

—Ésta eres tú, *pouli* —le dijo al tiempo que sus manos tomaban posesión de sus pechos —. Hermosa, de llenas curvas que se amoldan perfectamente a mí, suave y fuerte al mismo tiempo, capaz de soportar la más ardiente de las pasiones.

Arion la giró de nuevo hacia sí, rodeándola por la cintura.

—No hay necesidad de compararse con nadie —le aseguró acariciándole el rostro con la mirada—, cada uno de nosotros es como es, Cass y eso es lo que nos identifica realmente.

La boca masculina se apoderó entonces de la suya evitando cualquier nueva protesta, sus manos recorrieron su cuerpo acariciándola y enardeciéndola aún más, su lengua se enlazaba con la de ella y exigía tanto como daba obligándola a una rendición inmediata. Cassie deseaba rendirse, todo su cuerpo gritaba porque lo hiciese pero su mente era reacia a permitir aquella clase de intimidad tan nueva para ella en un lugar como aquel. El pudor y el temor a ser pillados podían más que sus ganas.

—Espera —lo apartó jadeante—, ¿y si viene alguien?

Arion negó con la cabeza.

—Nadie nos interrumpirá, *pouli*, te doy mi palabra —le susurró al oído, dejando que sus manos acariciaran la suave piel en una cálida persuasión—. Puedo sentir tu deseo, pequeña, creciendo en tu interior, aumentando el mío propio. Arriésgate, Cassandra, necesitas que alguien sacuda tu vida. Hay más mundo ahí fuera que las cuatro paredes de tu tienda, o tus piedras, bebé, atrévete a afrontarlo.

¿Atreverse a afrontarlo? ¡Estaban en la trastienda de una boutique de Cardiff, aquel no era precisamente el lugar para arriesgarse!

—No creo que éste sea el mejor lugar para… —aseguró mordiéndose el labio inferior para evitar gemir en voz alta cuando sintió una de las manos masculinas acariciándole el borde de las braguitas—, oh… no hagas eso…

Arion sonrió y le susurró al oído.

—¿No te gusta?

Ella sacudió la cabeza y gimió.

—No.

Él sonrió ante la flagrante mentira.

—Mentirosa —le mordió suavemente el lóbulo de la oreja mientras sus dedos descendían por encima de la tela y se perdían entre los muslos femeninos—, um… parece que tu cuerpo es mucho más sincero, te excitas rápidamente, *pouli*.

Un suave sonrojo cubrió las mejillas de Cassie la cual enterró la cara en el hombro masculino en un intento desesperado por ahogar los gemidos y siseos que el toque magistral de aquel hombre le provocaban. Su cuerpo respondía a él como un instrumento respondería a la diestra mano de un músico cuando accionaba los acordes adecuados.

—Esto es una bendita locura —musitó mordiendo la camiseta masculina para ahogar un gemido cuando sus dedos se deslizaron por debajo de la tela hasta entrar en contacto con su tierna carne—, tiene que tratarse de algún truco… hipnosis… algo… no es posible que te deje hacer esto… aquí…

Arion se rio en voz baja deslizando los dedos a lo largo de sus pliegues húmedos con suavidad, podía sentir la rigidez en el cuerpo femenino así como oír sus balbuceantes y cada vez menos intensas quejas.

—A esto se le llama vida, *poulí*, pasión, desenfreno —le dijo enumerando varios sinónimos—, y se siente malditamente bien, tú te sientes malditamente bien, Cass.

Ella se mordió el labio interior, su cuerpo, menudo traidor, reaccionaba sin inhibiciones a sus caricias excitándose, deseando más, la sangre se le espesaba en las venas mientras aquel conocido calor se instalaba en la parte baja de su estómago incrementándose poco a poco, amenazando con hacerla pedazos. Jamás había sentido nada tan intenso, ni siquiera cuando a solas imaginaba a su amante de ensueño mientras se daba placer. Lo que Arion había destapado en ella amenazaba con consumirla de la más placentera de las maneras.

—Estás caliente y apretada —continuó vertiendo en su oído—, tan mojada que siento como tus jugos resbalan por mis dedos, me muero por probarte, por saborearte y comerte entera.

Cassie gimió, sus manos habían encontrado asimiento en la tela de su camiseta y se aferraban a ella como si fuese su tabla de salvación, entonces lo sintió frotarse contra ella, su dura erección presionando tras los pantalones vaqueros se incrustaba en su blanda tripita.

—Me enciendes, gatita, tu excitación llama a la mía, estoy duro por ti —ronroneó en su oído frotándose una vez más contra ella—, ¿lo notas, Cassandra? Hinchado y duro por tu lujurioso y adorable cuerpo, deseo enterrarme profundamente entre tus muslos y cabalgarte, o aún mejor, que seas tú quien me cabalgue.

Ella se estremeció ante sus palabras, su voz había puesto una clara imagen en su mente que era incapaz de sacársela. Le imaginaba sentado en el pequeño reservado del probador, sus suaves manos liberando la dura erección de su pantalón, admirándola y ella sentada a horcajas sobre sus piernas, húmeda y goteante, deseosa de ser llenada por él, de cabalgarle y devolverle parte del placer que le había proporcionado la noche anterior. La vívida fantasía la hizo

estremecer, su sexo latió y se humedeció aún más derramándose sobre los dedos invasores que la acariciaban y privaban al mismo tiempo de un contacto más íntimo.

—Sí, eso es —jadeó en su oído—, tus piernas abiertas para mí, esos perfectos muslos aferrándome mientras te empalas en mi polla, dioses… ya puedo sentirte apretándome en tu cálido interior, tus jugos resbalando de tu sexo para lubricar el mío mientras te meces…

—Basta —gimoteó ella apretando su rostro cada vez más caliente contra su hombro—, no sigas.

Una satisfecha sonrisa masculina curvó los labios de Arion mientras retiraba los dedos empapados de su sexo y cambiaba posiciones con ella, sentándose en el pequeño banco y trayéndola con él.

—Así es como te deseo —le sujetó los muslos para evitar que se moviera y escapara de su regazo—, excitada, húmeda y con la piel sonrojada por el deseo… eres preciosa, Cassandra, realmente hermosa.

Ella sacudió la cabeza, sus mejillas parecían dos semáforos en rojo.

—Sé lo que soy, Arion, no intentes comprarme con endulzadas frases que adornan la verdad, soy adulta, me veo en el espejo y acepto lo que soy —respondió esquivando su mirada —. Te agradezco el alago, pero prefiero la realidad.

Él frunció el ceño, resbaló las manos por los muslos femeninos hasta ahuecar su trasero y la apretó contra su dura erección.

—¿Te parece falso lo que hay ahí abajo? ¿Mi excitación por ti? Difícilmente podría acabar en este estado yo solito, nena —le aseguró relajando su agarre para empezar a masajear sus nalgas—. Eres hermosa, Cass, tienes un cuerpo adorable y fuerte, lo suficiente para acoplarte a mí placer y devolverme la misma intensidad, no eres una muñeca que pueda romperse de un momento a otro por un poco de lujuria, te concedo que todo esto sea nuevo para ti, pero eres muy sensual y ardiente, cariño y eso es una jodida bendición, créeme.

Cassie alzó la mirada hasta encontrarse con la azul de Arion, sus ojos no mentían, como siempre reflejaban una confianza absoluta, la verdad sin aderezos.

—¿Por qué yo?

Él se inclinó hacia delante saliéndole al paso.

—Eres mi esposa.

Ella sacudió la cabeza.

—Eso sólo ha sido un error nacido de una borrachera.

Arion negó con la cabeza.

—El error va mucho más allá que eso, *pouli* —le acarició la nariz con la suya, lamiendo suavemente sus labios mientras sus manos le masajeaban las nalgas—, eres mi esposa de una forma en la que tu… pueblo… no puede entender.

Ella arqueó una delgada ceja, no llegaba a entender las palabras de Arion.

—Lo sé, no tiene ningún sentido para ti —aceptó con una tierna sonrisa—, pero lo tendrá. Cuando sea el momento adecuado, lo tendrá.

Cassie abrió la boca para responder pero sus palabras se vieron atrapadas por la lengua de Arion enlazándose con la suya, saqueaba su boca como un hombre desahuciado, necesitando todo de ella. Lo sintió maniobrando con el botón y la cremallera del pantalón bajo ella hasta que la suave y dura columna de cálida carne se rozó contra su tripa.

—Móntame —le susurró al borde de sus labios—, llévame dentro y cabálgame, preciosa, deseo sentir tu placer y sólo tu placer.

Los ojos castaños bajaron por el pecho masculino cubierto por la camiseta hasta dónde se

unían sus cuerpos, el contraste de verlo a él completamente vestido y ella con tan sólo la ropa interior creaba un atractivo contraste, uno caliente. Cassie se lamió los labios de anticipación observando la columna de carne contra su piel, preguntándose y no por primera vez como sería sentirlo en su boca.

—Te prometo darte la oportunidad de averiguarlo —escuchó la voz de Arion en su oído un instante antes de que le mordisqueara el cuello.

Cassie se echó atrás y lo miró incluso más sonrojada, ¿había dicho aquello en voz alta? A juzgar por la mirada complacida del hombre, sí lo había hecho.

Bajando la mirada de nuevo a su erección tragó saliva, una cosa era dejar que él la guiara, que tomara las riendas e hiciese con su cuerpo todas esas cosas maravillosas que había hecho la noche anterior, otra muy distinta poner aquel poder en sus manos.

—Yo no… no sé… —empezó a balbucear, sus mejillas aumentando de color si es que eso era posible.

Arion le chupeteó el cuello haciéndola estremecer.

—Yo te guiaré —le susurró nuevamente, vertiendo esa suave y masculina voz que anulaba su voluntad y dejaba su cerebro hecho papilla—, confía en mí.

—Confío —respondió Cassie. Y era verdad, no sabía de dónde había llegado tan rápido esa confianza, pero era verdad, de algún modo con él se sentía segura.

—Bien, ese es el primer paso —le aseguró con una suave risita—, ahora relájate, apoya las rodillas en el banco, a mi alrededor e incorpórate un poco.

Lamiéndose los labios hizo como le pidió, olvidándose del lugar en el que estaban, de la posibilidad de ser pillados, aquel hombre conseguía anular todas sus reservas haciendo que lo único que le importase fuese él y lo que provocaba en ella.

—Eso es —murmuró besándola ahora entre los pechos, los cuales habían quedado a la altura de su rostro.

Cassie sintió su mano apartando la tela de las braguitas que cubrían su sexo, sosteniéndola a un lado mientras la guiaba con la otra mano aferrada a su cadera hasta posicionarla sobre su erección. Ella jadeó al sentir la punta de la polla masculina acariciando sus pliegues, la respiración quedó suspendida en sus pulmones al igual que lo estaba su cuerpo.

—Deja escapar el aire, Cassandra, lo necesitarás —le susurró con ternura al tiempo que le acariciaba la cadera—, mírame a mí, tesoro.

Cassie se encontró con los ojos azules, brillantes y seguros enmarcados por unas tupidas pestañas que no restaban ningún atractivo al rostro masculino, al contrario, cada uno de los planos de su cara eran puros y firmes, hablaban del hombre que la desconcertaba y volvía loca en todos los sentidos.

—Relájate, Cass, esto va a ser bueno —le acarició una vez más antes de guiarla hacia abajo, permitiendo que su cuerpo fuera absorbiendo poco a poco su polla, llenándola como no había sido llenada en la vida.

El aire decidió escapar entonces de sus pulmones, sus manos volaron a los antebrazos masculinos para asegurar su peso mientras lo sentía cavando en su interior, expandiéndola y llenándola con aquella dura y sedosa polla hasta que estuvo profundamente enterrada en su interior.

—Suave, nena, suave —gruñó sobrecogido también por el placer de sentirla a su alrededor —. Eso es… suave, ¿cómo te sientes?

—Repleta —gimió echando la cabeza atrás, arqueando la espalda provocando que se hundiese más en su interior—, oh, señor.

Arion enlazó la tira de tela en su pulgar para evitar que se moviera y afirmó su mano libre sobre la cadera femenina una vez más al tiempo que rotaba sus caderas moviéndose en su interior arrancando de ella un nuevo jadeo.

—Ahora sube —le indicó guiándola con la mano hasta que estuvo de nuevo a las puertas de su entrada, para luego ayudarla a bajar una vez más—, sí… dioses… así… suave, Cassandra, suave.

—Esto… esto es… oh, señor —gimió cambiando las manos de sitio para envolverlas alrededor de su cuello.

—Suave, gatita, suave —gimió él también, permitiéndole que encontrase su propio ritmo para acoplarse entonces a él—, así, muy bien, sigue Cass, móntame, diablos nena, eso sí es bueno… así…

Cassie se sentía poderosa, los gemidos y gruñidos que salían de la garganta masculina la enardecían y le daban la seguridad que su inexperiencia le restaba, pronto lo que empezaron siendo torpes y lentos movimientos se convirtió en una frenética cabalgada en la que ambos deseaban alcanzar la liberación.

—Arion —gimió su nombre una y otra vez, el orgasmo se iba construyendo en su interior cada vez con más fuerza amenazando con barrer con todo—, Arion, oh, señor, Arion…

—Te tengo, pequeña —gruñó aumentando la velocidad de sus embestidas, el orgasmo estaba tan cerca que ya podía notarlo arañando su sistema nervioso—, déjalo ir, Cassandra, no te reprimas más, entrégate, ven a mí.

La mujer no necesitó más estímulo que sus palabras un par de embestidas más y la sintió enterrar los dientes en su hombro ahogando su grito de liberación mientras se convulsionaba a su alrededor tirando de él hacia su propio orgasmo.

Arion no estaba seguro de cuánto tiempo permanecieron unidos, Cassandra permanecía desmadejada sobre él, su rostro oculto en su cuello mientras lo rodeaba con los brazos como si tuviese miedo de que la abandonase, todavía podía sentir el latido que sus dientes habían provocado en su hombro, a juzgar por la sensación era posible que le hubiese atravesado la piel. Sonrió, su pequeña brujita lo había marcado.

—¿Estás bien? —susurró acariciándole la espalda al tiempo que se deslizaba de ella y dejaba que sus braguitas se empaparan con la mezcla de sus liberaciones—. ¿Cassandra?

—No puedo moverme —gimoteó haciendo honor a sus palabras—, si lo hago todo me da vueltas.

Arion se echó a reír en voz baja.

—Lo siento, bebé —le acarició ahora el pelo—, se te pasará en un rato.

Ella abrió ligeramente un ojo y empezó a echarse muy lentamente hacia atrás, permaneciendo todavía a horcajas sobre su marido.

—Yo no le encuentro la gracia —aseguró volviendo a cerrar los ojos—, Arion, me mareo.

—Respira profundamente —le pidió mientras llevaba sus manos a las sienes y se las masajeaba—, ahora suelta el aire suavemente, muy suavemente.

Mientras le daba instrucciones utilizó su poder para borrar los rescoldos del devastador orgasmo y darle algo de estabilidad.

—¿Mejor?

Cassie parpadeó un par de veces y probó a abrir los ojos, al menos ahora la habitación seguía en su sitio.

—Sí —aceptó mirando a su alrededor, recuperando la conciencia del lugar en el que estaban—. Oh, señor... oh, señor… oh mierda… oh… joder…

Arion no pudo evitar sonreír, a veces su mujer era muy expresiva.

—Eso lo has repetido mucho hace escasos minutos —le aseguró sólo para verla palidecer aún más.

—Mi ropa —clamó dejando su regazo a la velocidad del rayo—. Oh, dios… no puedo creerlo… esto… esto es todo culpa tuya.

Y ahí estaba de nuevo la Cassie de siempre.

—Tranquila, puedes vestirte lentamente, no hay nadie —le aseguró arreglándose a sí mismo para luego ponerse en pie. El reciente orgasmo le había dejado absolutamente saciado y tranquilo, pero a pesar de todo, el mirarla empezaba a hacer que su pene se recuperara nuevamente para un segundo asalto.

Cassie se limitó a fulminarle con la mirada, sus mejillas y todo el rostro para ser sinceros, estaba absolutamente sonrojados, pero eran sus ojos con un suave brillo dorado por encima del acostumbrado castaño lo que llamó la atención de Arion.

—Sal y espera ahí fuera —lo mandó sin perder un instante en vestirse—, si nos pillan aquí, me moriré y no habrá quien me resucite.

Arion puso los ojos en blanco, pero para la paz mental de Cassie obedeció, no sin robarle antes un beso.

—Te invitaré a comer, elige tú el sitio así podrás desquitarte a gusto.

Ella lo miró y no pudo hacer otra cosa que sonreír al ver su cara de niño bueno.

—No vas a salirte tan fácilmente con la tuya, señor Catrides —le aseguró fingiendo seriedad.

Arion esbozó una divertida sonrisa.

—Tenía que intentarlo, mi señora.

Robándole un último beso, la dejó para que terminara de ponerse la ropa y se tranquilizara lo suficiente como para salir.

CAPÍTULO 10

—Cuando te invité a comer, esperaba que eligieras un restaurante, te aseguro que también tienen comida para llevar —aseguró Arion mirando las bolsas del *Burger King.*

—Te has casado con una amante de la comida rápida, chico, tendrías que haber preguntado antes de ponerme el anillo en el dedo.

Arion se lamió los labios.

—Esa parte tampoco la recuerdas, ¿huh?

Cassie se volvió hacia él con una ceja arqueada.

—No, ¿por qué? ¿Qué otra barbaridad hicimos?

Arion se frotó la barbilla antes de responder, poco a poco estaba recuperando todos sus recuerdos de aquella noche, por ahora eran todavía escenas incoherentes y desordenadas pero era cuestión de tiempo que antes o después el puzle encajara en su sitio, intuía que cuando eso ocurriera, era posible que ella lo recordase también.

—Nosotros nada, pero mi anillo tenía ganas de viajar y estuvimos buscándolo por debajo de los bancos de la capilla, recuerdo que alguien parecido a Elvis gritó algo así como *«Eureka»*. No sé, mis recuerdos son un poco… extraños —aceptó con un ligero encogimiento de hombros.

Cassie resopló.

—No preguntaré que quieres decir con extraños.

—Mejor —aceptó con una amplia sonrisa e indicó la tienda al otro lado de la calle con un gesto de la barbilla—. ¿No cierras al mediodía?

Cassie alzó la mirada para ver a qué se refería Arion y su mirada quedó clavada en la mujer que parecía fumarse impacientemente un cigarrillo al lado del escaparate mientras miraba una y otra vez su reloj.

—¿Qué diablos hace ella aquí? —musitó en voz baja, fría.

Todas las alarmas interiores de Arion saltaron al oír la inexpresiva voz de Cassie, si había conseguido derretir su coraza durante su interludio en los probadores, ahora había vuelto a alzarse alrededor de ella como un sudario.

—¿Amiga tuya?

Cassie movió la cabeza en un lento gesto negativo.

—No creo que nunca hayamos llegado siquiera a rozar esa posibilidad —respondió en voz baja, sin expresión o candidez alguna—. Es la nueva hija de mi padre.

Arion frunció el ceño ante la descripción tan peculiar que había hecho de la persona que debía ser su hermana.

—¿Eso no debería convertirla en algo así como tu hermana?

Cassie chasqueó la lengua.

—Si nos ceñimos a términos científicos, entonces esa mujer sería mi medio hermana —respondió dejando escapar el aire que había estado conteniendo para finalmente posar su mirada sobre el semáforo del paso de peatones—. Si me preguntas a mí, te diré que sólo es uno de los últimos errores que cometió el hombre que donó su esperma para que mi madre me trajese al mundo.

—Por lo que veo tu familia no tiene nada que envidiarle a la mía.

Cassie se volvió hacia él y le espetó.

—¿Tú padre también le puso los cuernos a tu madre para luego dejarla tirada con una hija de cinco años mientras se creaba su propia vida con otra mujer e hija?

Arion ladeó el rostro para mirarla antes de responder.

—Digamos que mis progenitores no se tenían tanto cariño como los tuyos, ni siquiera el tiempo suficiente como para tener en cuenta a su único hijo.

Aquella no era la respuesta que esperaba, con todo, trajo consigo una realidad en la que no se había parado a pensar en los últimos dos días. Había muy poco o casi nada que supiera realmente sobre la vida del hombre que permanecía a su lado, aquel con quien se había casado.

—Mi llegada al mundo no fue algo que hubiesen previsto —concluyó él indicando con un gesto de barbilla hacia la mujer que se paseaba al otro lado de la calle—. Parece impaciente.

Cassie hizo una mueca.

—Siempre lo parece —respondió ella echando un vistazo al semáforo del paso de peatones frente al que esperaban—. Y sólo tengo una manera de traducirlo. Problemas.

El semáforo cambió a verde para los peatones y Cassie se lanzó a la calle con decisión. Arion la siguió con la mirada mientras se acercaba a la mujer que había reconocido como su hermana. Su aspecto y figura encajaban más con las portadas de Vogue que en el marco que le confería la tienda de esoterismo ante la que se paseaba y físicamente, no se parecían en nada. Alta, un par de centímetros más que Cassie, posiblemente debidos a los altísimos tacones sobre los que caminaba, con el largo pelo rubio oscuro rizado y unas facciones clásicas, no se parecía en nada a su esposa. Donde la mirada de Cassie era limpia e inocente, en esta mujer los ojos marrones perfilados y maquillados se mostraban fríos, calculadores, hablaban de celos, insatisfacción y una inseguridad propia de las mujeres de su clase. Incluso su vestuario distaba mucho de parecerse a las prendas sencillas y en ocasiones anodinas de Cassandra, toda ella proclamaba dinero, exotismo y clase.

No había un sólo rasgo que pudiese relacionar a aquellas dos mujeres como las hermanas que eran.

—¡Al fin! ¿Dónde te habías metido? ¿Es que no escuchas los mensajes de tu contestador automático? Te dejé uno hace dos días avisándote que hoy me pasaría por la ciudad para hablar contigo.

Cassie la miró al pasar por su lado de camino a la puerta de la tienda.

—Hola Eloise, estoy bien, gracias por preguntar —fue la cortante respuesta que recibió de la muchacha mientras hurgaba en el bolso en busca de las llaves.

—¿Para qué quieres un teléfono si nunca lo coges? —insistió la mujer sin dejar de hablar —. Papá ha preguntado por ti, sigues sin devolverle las llamadas.

La mirada marrón de Cassie la observó a través de sus pestañas.

—¿Y eso debería ser una novedad?

La mujer apretó los labios en un agrio mohín como si le molestara oír tal respuesta.

—¿Dónde has estado?

Cassie soltó un pequeño bufido.

—No creo que sea de tu incumbencia, pero ya que lo preguntas con tanta amabilidad… —respondió con profunda ironía—. He estado algo ocupada este fin de semana, en realidad ni siquiera estuve en Cardiff.

Una suave risa masculina interrumpió el intercambio entre las dos mujeres.

—Eso es quedarse corta, *pouli* —aseguró Arion deteniéndose a su lado, su mirada calibró durante un breve instante a la mujer antes de volverse hacia su esposa quien parecía tener

problemas para encontrar las llaves en el pequeño bolso—. ¿Puedes con eso o necesitas ayuda?

Sacando las llaves del bolso se las tendió a Arion, su mano temblaba mientras las dejaba en la palma masculina.

—Me vendría bien un poco de ayuda, gracias —aceptó al tiempo que se hacía a un lado y volvía su atención de nuevo hacia su hermana, la cual estaba examinando al recién llegado con una mezcla de curiosidad y sorpresa.

—¿Alguna razón en especial para que hayas decidido dejarte caer por aquí, Eloise?

La intervención de Cassie hizo que la mujer volviese la atención sobre su hermana.

—¿Ahora también pagas servicio a domicilio?

Un suave soplido escapó de entre los labios de Cassie, por muchas veces que la oía, no era capaz de evitar sorprenderse ante la continua animosidad que Eloise parecía sentir hacia ella. Cuando era niña había pensado que se debía al hecho de que había entrado en su hogar convirtiéndose en una intrusa, pero después de tanto tiempo, sabía que no podía tratarse solamente de eso.

Movida por la necesidad de desquite y ganar aunque sólo fuese una vez la silenciosa contienda que siempre parecía darse entre ambas, Cassie sonrió ampliamente.

—No creo que mi marido acepte que le pague por llevar la compra que él mismo ha hecho —respondió al tiempo que se pasaba los dedos por el pelo, arrastrando un rebelde mechón tras la oreja. El movimiento fue estudiado, permitiendo que su interlocutora viese la alianza en su dedo —. Ni tampoco que se lo considere un repartidor de comida a domicilio.

Los ojos marrones de su hermana se clavaron con certera puntería en la mano de Cassie, el brillo de incredulidad que iluminó sus ojos acompañado por el inusual temblor en su labio inferior fue suficiente, hablaban por si solos.

—Tienes que estar de broma, ¿te has casado? —le preguntó alzando ahora sus ojos a los de su hermana—. Pero… cómo… cuándo… tú no… no has salido con nadie en toda tu vida.

Y esa era su adorable y cariñosa medio hermana.

—¿Se ha promulgado alguna ley que diga que tienes que llevar nueve años de noviazgo para poder casarte y yo no me he enterado? —respondió con profunda ironía—. Me rompería el corazón saber que he violado la ley.

Tanto o más como se le rompía ahora mismo ver la cara de incredulidad en el rostro femenino.

—¿Te has quedado embarazada? ¿Es eso?

Curiosamente, aquella pregunta era una que había preocupado a Cassie después de despertarse al lado de Arion. Sí, le había preocupado durante cinco largos minutos, hasta que su mente pudo volver a ponerse en funcionamiento para hacerle recordar que había empezado a tomar la píldora un par de semanas antes, después de decidir que había llegado el momento de ponerle fin a su indeseada virginidad. No había dejado de tomarla desde entonces, y su periodo no le tocaba hasta dentro de otras dos semanas.

Ignorando a propósito la pregunta, cambió de tema. Que pensara lo que quisiera de ella, no le importaba.

—Confío en que no te habrás tomado la molestia de recorrer miles de quilómetros sólo para interesarte por mi vida privada, Eloise —comentó Cassie retando a la mujer con la mirada —. ¿Qué es lo que quieres?

La mujer echó un vistazo a la tienda cuando las luces se encendieron en su interior antes de volverse hacia su hermana.

—Papá ha tenido una recaída estos últimos meses, su estado de salud es delicado —

explicó por fin—, los médicos le han aconsejado que baje el ritmo de trabajo y se tome las cosas con calma, tiene la presión demasiado alta y su corazón podría sufrir las consecuencias como ya le ocurrió el año pasado.

Cassie se mostró indiferente.

—¿Y?

La mujer se tensó y apretó los labios.

—También es tu padre, Cassandra.

Aquello si sorprendió a Cassie, no por las palabras si no por el rencor que creyó oír en ellas.

—Tienes que llamarle, hablar con él, a ti te escuchará —continuó la mujer haciendo un profundo mohín—. Algo insólito teniendo en cuenta que nunca le coges el teléfono o respondes a sus llamadas, pero sigue siendo tu padre y aunque prefieras perder el tiempo en esa tienda entre velas, piedras y esas supercherías tuyas espero que al menos te quede un gramo de consideración como para no dejarle morir sin haber hablado con él ni una sola vez por algo que ocurrió hace tanto tiempo. Tendrías que estarle agradecida de que se hubiese hecho cargo de ti cuando esa mujer terminó muerta en la carretera.

Cassie apretó los dientes, alzó la barbilla con gesto orgulloso y contó mentalmente hasta diez para poder responderle con tranquilidad, esa mujer no merecía que mostrase sus verdaderos sentimientos, ninguno de ellos se lo merecía.

—Ten cuidado con tus palabras, Eloise, estás hablando de la mujer que me trajo al mundo y cuidó de mí lo mejor que supo, incluso cuando el cabrón de su marido la dejó sola con una niña de cinco años y se marchó a vivir con su amante.

La mujer se tensó y abrió la boca para responder pero ella no le dejó.

—Ahórratelo, hermanita —espetó Cassie escupiendo prácticamente la palabra—. Soy dueña de mi propia vida desde el momento en que el juez dictaminó que podía valerme por mí misma y me concedió la emancipación con dieciséis años, no le debo nada a ese hombre, ni tampoco tengo nada que agradecerle.

—Se te olvida que fue él quien te recogió cuando murió esa… mujer.

Cassie se encogió de hombros.

—Sí, lo hizo. Después de dejar que una niña de quince años tuviese que bajar a la morgue del hospital para reconocer el cadáver de su madre —respondió con profunda frialdad—. Una postal cada año, una llamada o dos al mes… no van a cambiar eso.

Respirando profundamente para mantener sus emociones bajo control, Cassie se dispuso a terminar con aquel breve encuentro.

—Si tienes algún problema con tu familia, querida, tendrás que solucionarlo tú —le aseguró con frialdad—. Para mí no sois nada, ni tú, ni esa mujer ni siquiera él. No le deseo la muerte a nadie, pero si el muriese mañana, no esperes verme derramar si una sola lágrima sobre su tumba.

Satisfecha con la palidez causada en el rostro de su medio hermana, Cassie dio media vuelta y entró en su tienda.

Cassie cerró la puerta tras ella y bajó lentamente la persiana mientras observaba como aquella mujer, su medio hermana, cruzaba la calle sin perder ni un segundo.

—¿Era necesario que clavaras ese dardo?

Ella se giró lentamente para encontrarse con la mirada azul de Arion sobre ella, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y postura desenfadada, el hombre se veía bien en medio de su tienda.

—Sí, lo era —se encontró respondiendo en un susurro, sus ojos abandonaron los suyos al mismo tiempo.

Arion chasqueó la lengua y suspiró.

—A mí no puedes mentirme, Cassandra.

Ella no se retractó, pero tampoco respondió, se limitó a cerrar la puerta a sus espaldas y atravesó la parte baja de la tienda hacia las escaleras que llevaban al primer piso.

Arion negó con la cabeza y la siguió.

—Negando lo evidente no conseguirás que el dolor sea más llevadero, Cassandra.

Ella se detuvo al pie de las escaleras, su mano izquierda apretando con fuerza el pasamanos.

—¿Y qué es lo evidente, según tú? —murmuró girándose hacia él—. ¿Qué soy una chalada que dedica su tiempo a jugar con piedrecitas y velas de colores? ¿Qué hace vudú o magia negra, que juega a mezclar plantas y a clavar agujas en muñecos de paja? No es algo que no haya oído ya referido a mi persona, Arion y sinceramente me da lo mismo, la gente puede pensar lo que quiera de mí.

Arion no vaciló.

—Pero *ella* no es simplemente gente, *pouli*, es de tu propia sangre —aseguró acercándose lentamente hacia Cassie—. Y duele que alguien que comparte tu sangre no te quiera, duele saber que aquel que debería haber cuidado de ti, no lo haya hecho, pero el negártelo a ti misma no hará que deje de doler, Cassandra, al contrario, sólo hace más daño.

Ella alzó su mirada marrón hacia él, en sus ojos podía verse una mezcla de resentimiento y pesar además de un profundo dolor.

—No recuerdo haberte pedido opinión al respecto, así que, por favor, ahórratelo —pidió antes de continuar hacia el piso de arriba.

Arion resopló, se estaba perdiendo nuevamente a sí misma en aquellos amargos recuerdos y resentimientos, el pozo oscuro en su alma volvía a tirar de ella con suficiente fuerza como para arrebatársela y no era algo que pudiese permitir.

Puede que no hubiese deseado una esposa, pero ahora que la tenía, que esa mujer atada a su vida era Cassandra, haría todo lo que estuviese en su mano y más allá para romper esa oscuridad y traerla de nuevo a la luz.

Subió tras ella para encontrarla nuevamente sentada al lado de la mesa camilla con aquel mantel azul noche, sus manos jugaban con las piedras de colores que había diseminadas sobre la mesa, unas piedras que respondían al poder natural en su interior absorbiendo la oscuridad y transformándola en una tenue y apenas imperceptible luz.

—Cassandra —la llamó.

—Ahora ya sabes la clase de persona que soy —murmuró acariciando las piedras bajo sus manos—. Diría que odio a mi propia familia, pero para eso debería tener una familia y para mí ellos no son más que extraños.

—Los lazos de sangre no siempre forman la verdadera familia, *pouli*.

Ella asintió, esa era una gran verdad, ella tenía la prueba en Astrid y Violet.

—Sí, es verdad.

Arion posó la mano sobre su hombro un instante para luego acariciarle la mejilla.

—Eso no lo dudes.

Cassie se inclinó hacia su contacto, entonces giró el rostro oteando el aire con la nariz como un pequeño cachorrillo.

—¿Eso qué huelo es mi hamburguesa?

Arion sonrió y sacó la bolsa que había hecho aparecer a su espalda.

—Supuse que a pesar de todo tendrías hambre —le aseguró tendiéndole la bolsa con la comida para llevar que habían comprado.

Cassie la cogió al tiempo que arrastraba las piedras hacia un lado.

—Mi hamburguesa con beicon y queso —gimió de placer al meter la nariz en la bolsa y aspirar—. Te sorprendería la de tiempo que hace que no pruebo una.

—No es la comida más sana del mundo, pero es algo a lo que poder echar mano —aceptó Arion indicando las piedras que ella había apartado con un gesto de la barbilla—. ¿Terapia de choque?

Ella siguió su mirada al tiempo que empezaba a sacar el contenido de la bolsa.

—Algo así —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Tiene mucho que ver con la energía natural de las piedras y sus propiedades, me ayudan a relajarme y a liberar tensiones.

Aron esbozó una perezosa sonrisa.

—Es posible que se deba a algo más, *pouli* —murmuró acariciando una de las piedras con la yema de los dedos—, pero eso solamente podrás descubrirlo cuando te permitas dejar esa coraza que vistes y que mantiene a la gente alejada de ti.

Cassie le miró mientras distribuía el contenido de la bolsa para los dos.

—¿Qué quieres decir?

—Que hay mucho más en ti de lo que se ve a simple vista, pero tienes miedo a dejarlo salir, así como lo tienes de dejar entrar a la gente.

—Yo no mantengo a la gente alejada de mí —murmuró en apenas un susurro, casi como si estuviese sopesando sus propias palabras—. Sin duda tú eres la prueba de ello, he intentado mantenerle lejos de mí de todas las maneras posibles y mira, sigues aquí.

Arion esbozó una sonrisa y cogiendo una de las hamburguesas de encima de la mesa, se sentó a su lado, utilizando la repisa de uno de los ventanales como asiento.

—Yo no soy tan fácil de ahuyentar —le aseguró contemplándola con la luz del sol realzando su mirada y cabello—, por no mencionar que tengo un contrato que me vincula a ti durante siete días.

Cassie puso los ojos en blanco.

—Todavía no les he agradecido a Astrid y Violet ese detalle —murmuró abriendo el botellín de agua para beber un largo trago—, quizás debiera coger uno de los libros de magia blanca que hay a la venta e intentar un hechizo para dejarlas calvas. Eso sin duda mejoraría mi humor.

Arion sonrió en respuesta.

—No estoy muy seguro de que fueran a agradecértelo.

Ella sacudió la cabeza.

—No, supongo que no.

Cassie se quedó un instante en silencio, su mirada concentrada en quitarle el envoltorio de la hamburguesa que tenía en sus manos.

—¿Arion?

Él alzó la mirada al oír su nombre.

—¿Sí?

Ella se lamió los labios, como si estuviese buscando las palabras exactas para formular la pregunta que daba vueltas en su mente.

—¿Por qué no puedo recordarlo? —murmuró acariciando su alianza con la yema de los dedos—. Por más que lo he intentado, mi mente está en blanco, no consigo rescatar nada de lo que ocurrió, en ocasiones me pregunto si realmente sucedió algo, quiero decir. Yo no suelo beber y tampoco salgo tanto de copas como puedas pensar, nunca antes en mí vida me había emborrachado, pero sí es verdad que el alcohol me produce dolor de cabeza y aquella mañana… —Cassie negó con la cabeza—. Me encontré desorientada, algo mareada, pero no como si hubiese bebido más de la cuenta, por ello me ha dado por pensar que quizás, en algún momento, quizás alguien metió algo en mi bebida.

Arion buscó sus ojos.

—¿Estoy siendo acusado de algo?

Ella negó con la cabeza.

—No, aunque parezca estúpido, no te creo capaz de algo así —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. No creo que lo necesites para llevarte a una mujer a la cama.

Cassie negó con la cabeza.

—Es igual, olvídalo.

Pero no podía hacerlo, al contrario que ella sí tenía recuerdos de aquella velada, poco a poco estos iban volviendo a su mente, eran fragmentos inconexos, algunos más claros que otros, piezas de un puzle que poco a poco iban encajando en su lugar.

—Mis recuerdos de aquella noche están todavía algo desordenados —aceptó con un mohín—, no estoy seguro de que puedan ayudarte para desbloquear tus propios recuerdos, pero si puedo asegurarte que cuando te encontré frente a la *Fuente Bellagio*, ya tenías una copa en la mano y estabas embriagada.

Cassie se concentró un momento en su hamburguesa como si en ella se hallasen las respuestas que necesitaba.

—Las tres habíamos decidido salir esa noche para ver los casinos más famosos, las atracciones, nuestra primera parada fue la fuente, estuvimos viendo el juego de luces, pero después ya todo es confuso, creo que me separé de mis amigas… —suspiró y sacudió la cabeza al tiempo que le daba un buen mordisco a la hamburguesa—. A partir de ahí, todo es humo.

Arion se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre los muslos.

—Recuerdo ligeramente nuestra boda, pero no sé ni cómo ni por qué llegamos allí —aceptó él con un mohín—, había alguien vestido de Elvis y una mujer como Marilyn, mi alianza rodó por el suelo, se te escapó y te echaste a reír y entonces ese Elvis gritó *«Eureka»*. No estoy seguro de si ese es el orden correcto.

Ella se echó a reír.

—Vaya lío —sonrió a pesar de todo—. Aunque tú pareces no habértelo tomado tan mal.

Encogiéndose de hombros, señaló.

—Las cosas podrían haber salido mucho peor —aseguró mirándola—, no recuerdo haber utilizado protección.

Cassie se sonrojó y asintió.

—Yo estaba tomando la píldora.

—Ahora lo sé —aceptó él, quien no parecía tan incómodo como ella con todo aquel asunto.

Suspirando, ella alzó la mirada una vez más.

—¿Tu jefe no puso el grito en el cielo cuando supo que te habías casado? —murmuró con

curiosidad—. No debe ser muy común el matrimonio en una Agencia de Citas, ¿no?

Una irónica sonrisa curvó los labios masculinos.

—Nick sin duda lo pasó mucho mejor que yo cuando supo que no sólo me había casado, sino que lo había hecho con mi nueva cliente —aseguró con un resoplido—. La ironía de aquello todavía no se le escapa.

—¿No hay ninguna cláusula que diga algo sobre las relaciones personales mezcladas con las profesionales? —comentó ella con cierto escepticismo—. No sé, pero no creo que a una novia o esposa le haga gracia que su hombre se esté tirando a otra, justificándolo como *un trabajo*.

Arion bufó.

—No conozco a ningún miembro de la agencia que esté casado o tenga pareja fija, excepto yo —respondió con ironía—. Y en mi caso, mi cliente y mi esposa son la misma persona, la cual tengo ahora mismo ante mí.

Cassie se lo quedó mirando durante un instante cuando una repentina pregunta se filtró en su mente, pero no tuvo valor para decirla en voz alta, hacerlo sería admitir algo para lo que no estaba preparada.

—¿Qué pasará cuando esto se termine?

—¿El contrato?

Ella asintió lentamente, aunque en su fuero interno sabía que no era eso lo que había preguntado.

—En ese momento, tendrás que tomar una decisión —le respondió con total sinceridad—. Pero todavía nos queda mucho tiempo, y no hemos hecho más que empezar a cumplir cada uno de tus requisitos.

Cassie se atragantó, literalmente. Empezó a toser y tuvo que echar mano de la botella de agua para poder tragar.

—Despacio, cariño, despacio —Arion le palmeó suavemente la espalda.

Ella se aclaró la garganta un par de veces más antes de hablar.

—Espera, lo de los requisitos —tosió una vez más—, dime que sólo era un mero trámite, un proceso de selección, algo.

Arion sonrió con diversión.

—¿Te molestaste en leer la letra pequeña del contrato o te quedaste en lo del Pacto?

Cassie bufó.

—Me lo leí por completo, tenía la esperanza de encontrar algo que lo rescindiera pero no hay ningún apartado que especifique el asuntillo de los requisitos, en realidad lo mencionaba muy escuetamente, diciendo algo así como…

—*«Cada uno de los requisitos se cumplirán dando validez al contrato»*. —Recitó Arion de memoria—. A mí me parece bastante específico, *pouli*. En realidad, uno de los puntos ya se ha cumplido incluso antes de haber firmado el contrato y el siguiente lo estoy cumpliendo a rajatabla.

Cassie frunció el ceño intentando recordar de memoria las locuras que había leído y que recordaba vagamente haberlas pronunciado con sus amigas entre risas en su primera noche en Las Vegas.

—No recuerdo que el primer requisito incluyese también el matrimonio —murmuró ella con cierta ironía.

Arion se encogió de hombros.

—Como dije, se cumplió antes de que firmases el contrato.

Cassie frunció el ceño.

—¿Cuál era el segundo requisito?

—Deseabas que tu compañero sólo hablase con la verdad —le recordó, su mirada azul acariciándole el rostro—. Tienes tanto miedo a que te hagan daño, te mientan, que te cuesta creer en la verdad de las personas. Ese ha sido uno de tus deseos más fervientes y bueno… eso me ponía a mí directamente en tu camino.

—¿Y eso por qué?

Arion se tomó un momento para responder.

—Eso te lo diré cuando llegue el momento de hacerlo.

Cassie abrió la boca para preguntar pero volvió a cerrarla mientras pensaba cuál había sido el segundo requisito.

—Sin mentiras —musitó ella alzando la mirada de nuevo hacia él—. Sin falsas apariencias.

Arion asintió lentamente y extendió la mano hacia ella, acariciándole la mejilla con los nudillos.

—Soy lo que ves Cassandra, no he ocultado mi identidad, el nombre que te he dado es mi nombre, mi patria es Grecia pero al igual que tú, hay cosas que no pueden ser desveladas —aceptó con total sinceridad—. Todavía no confías en mí lo suficiente como para manejar esa parte de la verdad, cuando lo hagas, cuando deposites realmente tu confianza en mí sin reservas, será el momento en el que pueda decirte lo que guardo.

Cassie se lo quedó mirando durante un buen rato, la hamburguesa olvidada ya en su mano.

—¿Ya estabas casado?

Arion negó con la cabeza y sonrió.

—No, *pouli*, tú eres mi primera y única esposa.

Frunciendo el ceño, Cassie ladeó la cabeza y continuó.

—No eres ex presidiario, ¿verdad?

Arion puso los ojos en blanco.

—Nop.

Ella pareció respirar entonces sólo para ponerse de pie de un salto.

—¿Eres gay?

Aquello sí dejó sin palabras a Arion.

—Cariño, a ti te parece realmente, después de todo lo que ha ocurrido entre nosotros, ¿qué puedo estar interesado en los hombres?

—Argg… olvida esa pregunta —aceptó pasándose las manos por la cara—. Olvida todo lo que he dicho, ha sido una soberana tontería.

Cassie se terminó la hamburguesa y suspiró.

—Hoy es uno de esos días en los que no debí haberme levantado de la cama.

Arion sonrió con satisfacción masculina.

—Sin duda lo habríamos pasado mucho mejor.

Cassie lo miró y resopló. Hombres, para ellos el sexo era el lenguaje universal.

—En fin, esta tarde tendrían que llegarme unas cajas que pedí así que aprovecharé para hacer un poco de limpieza por aquí y si tengo suerte, vender algo —murmuró más para sí que para Arion que la miraba desde su lugar en la ventana.

—¿Pasarás toda la tarde aquí?

Cassie lo miró y arqueó una ceja de modo irónico.

—¿Demasiado para ti?

Negando con la cabeza señaló hacia el exterior con el pulgar.

—He dejado el coche en un aparcamiento privado, no precisamente el que me indicaste al otro lado de la ciudad —comentó él—, si vas a estar aquí toda la tarde, aprovecharía para echarle un vistazo.

Aquella inesperada respuesta sorprendió a Cassie, estaba tan acostumbrada a las negativas de Arion a alejarse de su lado que el que fuese él quien sacara el tema la dejó sin palabras. Una reacción absurda, pensó, ya que aquello era precisamente lo que ella había estado intentando hacer desde el día anterior… antes de que pasara… lo que pasó.

—Em… sí, por supuesto. Bueno, ya era hora de hecho, ¿no?

Arion esbozó una divertida sonrisa.

—No voy a darte plantón ni esfumarme, Cassandra —le respondió con ironía—. Estamos casados, ¿recuerdas?

Ella le contestó con la misma ironía.

—Como olvidarlo cuando soy yo la que anda en busca de un abogado.

Arion señaló el anillo que brillaba en la mano femenina.

—No lo harás mientras lleves mi anillo.

Cassie le devolvió la sonrisa.

—¿Qué te apuestas a que sí?

Arion sonrió para sí.

—Lo que tú quieras apostar, *pouli*, lo que tú quieras.

Cassie estaba a punto de responder a su pulla cuando la melodía del Cascanueces de Tchaikovski sonó en el interior de su bolso.

—Esa es Astrid —murmuró para sí mirando el bolso como si fuese una serpiente de cascabel—. Seguro ya se ha enterado de lo ocurrido en la boutique, ella tiene un sexto sentido para estas cosas.

—¿El qué? ¿Qué nos enrollamos o que despedimos a la modista y conseguiste el vestido que deseabas?

Arion sonrió al ver como palidecía por sus palabras.

—Tranquila, cielo, no había nadie que oyese tus gemidos que no fuese yo.

Cassie apretó los labios y le dedicó una mirada fulminante antes de coger el teléfono lista para enfrentarse a los leones.

—¿Cassandra? —la detuvo Arion cuando estaba a punto de contestar—. A las diez en el Nero Café, no llegues tarde.

Arion le acarició los labios con los dedos antes de desaparecer por el fondo y finalmente salir de la tienda. Suspirando, Cassie volvió a mirar el teléfono con su sonido insistente, había llegado la hora de enfrentarse a la peor de las pesadillas.

Una novia en vísperas de su boda.

CAPÍTULO 11

—¡Arion! ¡Qué alegría verte por aquí!

El hombre no tuvo tiempo de traspasar la puerta del ascensor cuando una menuda rubia se lanzó directa a sus brazos, los ojos azul claro de la muchacha brillaban de alegría y diversión mientras le envolvía en un apretado abrazo.

—Aine, me has visto no hace ni tres días —se rio revolviéndole el pelo a la nereida, la telefonista y relaciones públicas de la empresa frente a los humanos—. ¿A qué viene tanta efusividad?

La muchacha le soltó y miró tras él como si estuviese buscando a alguien más, frunciendo el ceño se giró hacia él.

—¿Dónde está?

Arion arqueó una dorada ceja.

—¿Dónde está quién?

—Ella —insistió. Llevándose las manos a las caderas alzó la mirada hacia el piso de arriba —. No me digas que me la ha vuelto a jugar.

—Quizás si eres un poquito más específica podría ayudarte con tu deducción, preciosa.

La nereida se volvió hacia él y cambio de postura llevándose las manos a la espalda.

—Nick dijo que te habías emparejado —respondió con un puchero—, y con una humana. Quería conocerla.

Arion sonrió de refilón.

—¿Conocerla en el sentido bíblico de la palabra? Me parece que no, ella está fuera de tu alcance, Nereida —se rio de buena gana.

La muchacha hizo una mueca.

—¿De veras es una simple humana?

—No es simple en absoluto —le respondió en confidencia—, en ocasiones creo que es una verdadera bruja.

A la chica se le iluminaron los ojos.

—¿No hay ni una mínima posibilidad de que me la presentes? —preguntó poniéndole ojitos—. Riel tampoco me ha dejado que me acerque a su compañera Eireen, pero ella me ha sonreído, me gusta, es simpática.

Arion frunció el ceño.

—¿Riel ha estado aquí con su esposa? —aquella era la única forma en la que Aine hubiese podido conocer a la mujer.

La muchacha asintió y señaló el piso de arriba.

—En estos momentos están reunidos con Nick —le dijo en voz baja, como si aquello fuese un secreto—. Y es un milagro que todavía no se haya oído ninguna explosión o grito, Elphet salió llorando de su oficina una hora antes de que llegasen ellos y aunque le he preguntado qué le ocurría se ha cerrado herméticamente. Hoy nadie quiere contarme nada.

Arion sonrió, la nereida era una demonio muy joven, mucho más que su hermana la cual resultaba ser la secretaria personal de Nickolas y muy posiblemente una de sus amantes a juzgar

por los cotilleos que volaban por la agencia. Las mujeres no podían ser más distintas, mientras una era suave y tranquila, la otra era un verdadero torbellino dispuesta a hacer travesuras.

—El que nadie quiera contarte nada no significa que no termines averiguándolo antes de que acabe el día Aine —le aseguró con cierta diversión—, eres toda una maestra en el arte de la persuasión.

La mujer sonrió con actitud seductora, se lamió los labios y se inclinó hacia delante dejando entre ver el valle de unos pequeños y llenos pechos, tenía un cuerpo apetitoso sin duda, pero a Arion no le decía nada.

—¿Y podré persuadirte a ti para tener una conversación un poco más íntima?

Arion se echó a reír, le cogió la barbilla con dos dedos y se la alzó para mirarla a los ojos.

—Esa clase de conversaciones las reservo para Cassandra, amor —le sonrió.

Ella hizo un mohín.

—No sé qué diablos tendrán esas humanas que consiguen a los mejores hombres de la agencia —suspiró—. En fin, todavía me queda Nishel.

Arion se limitó a sonreír sintiendo compasión por el hombre en el que la nereida había puesto su mira, especialmente ahora que el propio ángel caído tenía una nueva asignación.

—Subo a hablar con Nick, procura no hacer ninguna travesura mientras esté la mujer de Riel aquí, ¿de acuerdo?

Aine sonrió de lado.

—Vosotros los hombres, siempre pidiendo imposibles.

Sacudiendo la cabeza, Arion dejó a la mujer y enfiló por el tramo de escaleras que lo llevaba al piso superior dónde podía oír la voz de dos hombres riendo ante la declaración de una mujer. La voz de ella era suave, pausada y sincera, la verdad manaba de cada una de sus palabras sin esfuerzo alguno, no había nada en ella que suscitara un solo parche de oscuridad. Riel había hecho un buen trabajo en su mujer.

Llamando suavemente a la puerta, la abrió, encontrándose a su jefe apoyado en el escritorio sonriendo ante uno de los comentarios hechos por la sonriente y adorable mujer de rostro dulce que se sentaba al lado de Riel.

Los tres se volvieron hacia la puerta al oírlo entrar.

—Espero no interrumpir, Aine acaba de decirme que estabais aquí y me tomé la libertad de subir —comentó caminando tranquilamente hacia ellos para saludar a Nick con un gesto de la cabeza y tenderle a Riel la mano la cual aceptó con un cálido apretón—. Felicidades, por cierto, no tuve ocasión de decírtelo antes.

—Gracias —aceptó el moreno con actitud relajada y feliz al tiempo que se volvía a su esposa para presentársela—. Eireen él es Arion Catrides, uno de los agentes de la agencia y un buen amigo.

—Hola Arion, es un placer conocerte —respondió ella tendiéndole la mano con una cálida sonrisa.

—El placer es mío, Eireen —aceptó estrechando suavemente su mano—. Y felicidades por el bebé.

Ella se frotó la hinchada tripa y su radiante sonrisa pareció iluminarlo todo.

—Gracias.

—Nick acaba de dejar caer que te has… emparejado —intervino entonces Riel, con expresión curiosa.

—Entre otras cosas —aceptó de mala gana, finalmente suspiró—. Es una historia bastante larga y complicada —aseguró volviéndose hacia Nick—, mi esposa ha resultado ser una caja de

sorpresas.

El hombre arqueó una ceja a modo de pregunta.

—¿Ah sí?

Aquella expresión de inocencia no engañaba a ninguno de los presentes, su jefe siempre iba un paso por delante de todos ellos.

—Sí, sin duda —aceptó con breve ironía.

—Bueno, nosotros tenemos que irnos ya —anunció Riel tendiendo la mano a su esposa para ayudarla a levantarse.

Nick asintió y se incorporó de su posición.

—Piensa en lo que hemos hablado, no me gustaría perder a uno de mis mejores agentes, ni siquiera por una mujer tan hermosa como la presente —galanteó a Eireen.

Ella sonrió en respuesta y negó con la cabeza.

—No te preocupes, se lo pensará, es más, te dará una respuesta antes de que acabe el día —le prometió besándole en la mejilla.

Riel rio ante la decisión de su esposa.

—¿Estás segura, cariño?

Eireen se volvió hacia él y le dedicó una mirada llena de amor.

—Siempre —aseguró y finalmente se volvió hacia Arion para despedirse—. Ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo.

Riel se despidió de su compañero e intercambió un par de palabras con su jefe antes de marcharse con su esposa dejándolos solos.

—Bueno, ¿vienes a decirme que has encontrado a la mujer de tu vida y dejas la agencia por ella?

Arion arqueó una ceja ante la irónica sugerencia en la voz masculina.

—No, en realidad estaba más preocupado porque fueses tú quien dijera tal cosa —aseguró Arion.

Nickolas resopló y le miró de medio lado mientras volvía a su lugar al otro lado del escritorio.

—Algunos deberían mantener la boca cerrada.

Arion lo siguió con la mirada y se sentó en una de las sillas que habían quedado vacías.

—Eso sería pedirnos demasiado —aseguró él poniéndose cómodo—. ¿Y bien? ¿Vas a decirme quién es ella?

Nick sonrió, si había un hombre entre los miembros de su agencia al que no podía mentir, era el que tenía frente a él.

—¡Esa bruja! ¿Cómo se atreve a llamarte gorda?

Astrid gritó por tercera vez en los últimos quince minutos, había entrado cual estampida por la puerta de El Oráculo para dirigirse directamente a Cassie quien estaba terminando de colocar algunas cosas en una de las estanterías cercanas al mostrador, Violet había entrado detrás haciendo un gesto de «córtame la garganta» que intuía se debía al tiempo que habría estado escuchando aquellas mismas palabras que ahora dirigía a Cassie.

Adoraba a sus amigas, eran las mejores, comprensivas, atentas y la querían y respetaban por lo que era sin importarle nada más, pero incluso ella sabía que cuando As se ponía en plan «defensora del pueblo», nada podía detenerla, excepto un café maltés bien cargado.

—En realidad no me llamó gorda —murmuró Cassie interrumpiendo su discurso.

Violet alzó la mirada, la ironía brillando en sus ojos.

—Lo insinuó.

Cassie puso los ojos en blanco.

—Qué más da.

Su amiga no cedió.

—Lo hizo.

Suspirando asintió.

—Sí.

Astrid chirrió los dientes, su mano alzándose en un puño cerrado.

—Hija de perra.

Aquella era As cuando perdía los papeles.

—Oh, vamos, tampoco es algo que no supiese ya, no estoy ciega, sé que no soy una modelo, no tengo tu figura, As —trató de razonar con ella.

—As está demasiado delgada —apuntó Violet.

Cassie puso los ojos en blanco.

—Vio, no la deprimas, se casa en un par de días.

—Violet tiene razón y nadie tiene derecho a hablar de esa manera de una de mis mejores amigas —terqueó la rubita—. Si no faltasen días para la boda, cambiaría inmediatamente de boutique.

—El vestido no quedó tan mal con los nuevos arreglos, incluso ha llegado a gustarme el color —aseguró Cassie intentando zanjar la discusión. Además, había disfrutado bastante de ver a la mujer perder el color cuando Arion arrancó el volante.

Violet se atragantó con el aire y empezó a toser al tiempo que la señalaba con un dedo.

—El matrimonio te ha vuelto loca, Cassie, es… ¡rosa, por dios!

Aquello empezaba a convertirse en una absurda discusión.

—¿Lo preferías en verde? —sugirió.

Su amiga se encogió de hombros.

—Yo quería negro, pero ella se negó.

—Nadie va a ir a mi boda vestida de negro —aseguró la novia.

Cassie suspiró.

—¿No os da la sensación de que ésta es una conversación de besugos?

—No, es una conversación normal entre nosotras —aseguró Violet con un ligero encogimiento de hombros—. Danos tiempo y terminaremos hablando de la paz mundial.

Astrid se acercó de nuevo a Cassie y tomó sus manos, sus ojos brillaban con infinita confianza.

—No hagas el más mínimo caso de lo que digan, cariño, tú no estás gorda.

—As, soy yo, Cassandra, ¿vas a venirme con ésas a estas alturas?

—Que no estás gorda, demonios —clamó ella pateando el suelo—. Que tengas una talla grande no quiere decir que estés gorda, no todo el mundo tiene la misma constitución y apuesto a que a tu marido le encanta tú figura.

Cassie abrió la boca para responder casi por inercia pero volvió a cerrarla, él había sido el primero en defenderla.

—Su opinión no cuenta.

—Al contrario, es la más importante —aseguró As alzando sus manos—. Pero cuéntame, qué tal… ya sabes… en la cama.

Cassie arrancó sus manos de las de su amiga a la velocidad de la luz, sonrojándose ampliamente.

—No puedo creer que hayas hecho caso a esta loca —respondió Violet con un suspiro al tiempo que se unía a As en su curiosidad—. Al menos habrá sido bueno.

Cassie sintió como sus mejillas estallaban en llamas.

—Sí… esto… bueno… lo fue, sí.

—¿Sólo bueno?

Ella sonrió sonrojándose un poquito más.

—Quizás un poco más que bueno.

Astrid se inclinó hacia ella.

—¿Memorable? ¿Ardiente? ¿Delirante?

Sus pensamientos volaron a su interludio en el probador.

—¿Es muy común que te de vueltas la cabeza y toda la habitación después de un orgasmo?

Las dos mujeres se la quedaron mirando fijamente aumentando su nerviosismo, quizás no debía haber dicho aquello.

—¿Te ha dado un orgasmo que te he da dejado con la cabeza dando vueltas?

Cassie vaciló.

—Más… o menos —susurró.

Las dos mujeres estallaron en silbidos, gritos y vítores.

—Oh, dios, sabía que tenía que ser bueno —aseguró Astrid—, los chicos de la Agencia siempre lo son.

—A eso le llamo yo estrenarse con clase.

—Y que lo digas, querida —aseguró As abrazando a su amiga—. ¡Por fin! ¡Bienvenida al club del sexo!

Cassie se echó a reír ante la efusividad de su amiga.

—Lo dices como si hubiese que descorchar una botella de champán.

Violet asintió.

—Eso que no falte.

—¿Cómo fue? —la animó As. Las amigas solían contárselo todo, a veces demasiadas cosas en opinión de Cassie—. ¿Estuvo a la altura?

—No lo sé, supongo… sí… oh, ¿tenemos que hablar de esto?

—Va a estallar en llamas si continúas así, As —se rio Violet.

—Y sólo lleva con él dos días, espera a que termine la semana, entonces sólo balbuceara —se rio su amiga al tiempo que la miraba como si le hubiese salido una segunda cabeza o hubiese cambiado de color de pelo—. Es estupendo verte así.

Aquello cogió a Cassie descolocada.

—¿Así cómo? —preguntó sorprendida.

—Pues sin estar al borde de un ataque de nervios como cuando aterrizamos en el aeropuerto —aseguró Violet apoyándose en el mostrador—, cuando lo viste pensé que te desmayarías a sus pies, estabas blanca como el papel y después… ¡puf! Desapareciste. Tengo que reconocer que me encantó, te aplaudí incluso, esperaba que al menos tú de las tres tuvieses buen juicio, pero bueno, viéndote ahora y sabiendo que has hecho que la modista se coma sus

volantes, sólo puedo felicitarte, no cabe duda que ese hombre te ha sentado bien.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Esperad, esperad, no es posible que estéis pensando… —negó ella levantándose y alejándose de los tejemanejes de sus amigas—. Esto es algo pasajero, yo no… Arion es… esto… es… un contrato, por lo de la Agencia, que por cierto… ¡¿Cómo se os ha ocurrido escribir esos requisitos?!

Violet señaló a Astrid.

—Astrid y el champán ya sabes que son una combinación letal, nena —aseguró la mujer —, y ni que decir que nosotras dos no estábamos mucho mejor con ese delicioso vino. Si una de nosotras es peligrosa sola imagínate las tres… ¡Boom! La hecatombe. Confieso que era la primera vez que oía hablar de esa Agencia, no la he visto anunciada en ningún lugar.

As le hizo un guiño a Cassie y se volvió hacia ella.

—Es uno de esos raros descubrimientos que hago a veces, ya lo sabes —aseguró enlazando a su amiga por encima de los hombros—. Quizás debiéramos buscarte un agente también a ti.

Violet miró a su compañera y chasqueó la lengua.

—No gracias —negó ella—. Dani se pondría celoso.

—Dani no te hace ni caso.

—Eso es porque todavía no se ha encadenado conmigo a un árbol, sólo espera, no volverá a ser el mismo.

—De eso estoy segura —respondieron las otras dos al unísono y entonces todas se echaron a reír.

—Deberíamos celebrarlo —aseguró As.

Cassie la miró.

—¿Celebrar el qué?

—Ay, señor, el sexo ha hecho cortocircuito en tu mente —se quejó As—. ¿Qué va a ser? Tu ingreso en el club del sexo, ¿nos vamos al Café Nero?

—Me gusta la idea —asintió Violet.

Cassie dudó, había quedado en encontrarse con Arion por la noche en la cafetería dónde se habían visto el día anterior y estaba la tienda, aunque ese día pareciera que la gente iba a pasarse el día rehuyéndola.

—Tendría que cerrar —murmuró ella mirando a su alrededor. Las cajas que habían quedado en traerle las habían dejado ya a un lado de la escalera y todavía tenía que colocar la mercancía—, y tengo mucho trabajo pendiente.

Sus amigas echaron un vistazo alrededor.

—¿Haciendo qué? No hay ni un alma.

Cassie suspiró.

—Estamos a finales de mes, Cassie, no hay dinero, ya lo sabes —aseguró Violet.

—Supongo que podría cerrar antes —murmuró mirando su reloj—, después de todo había quedado en reunirme en el Café Nero con Arion a partir de las diez y media.

Astrid la abrazó una última vez y soltándola fue a recuperar su bolso.

—Estupendo —aseguró con una amplia sonrisa—. Nos dará tiempo a ir de tiendas y a pasarnos luego por el Café antes de tu cita.

—¿De tiendas? —ahora fue el turno de Violet de preguntar mirando a la compañera.

—Sí, de tiendas —aseguró señalando a Cassie—, a *Luxerisy*.

—¿*Luxerisy*? —Violet esbozó una irónica sonrisa—. Oh, Cassie, lo siento mucho por ti,

querida, pero esta tarde estallarás en llamas.

—¿Qué? —gimió la aludida.

—*Luxerisy* es la mejor y más picante tienda de lencería de todo Cardiff —aseguró Violet con una pícara sonrisa—, y cuando digo picante, quiero decir, pi-can-te.

Cassie gimió.

—Oh, dios.

As le dedicó una de sus picaronas miradas, aquella que conseguía que siempre se saliese con la suya.

—Sí, sin duda eso es lo mismo que pensará Arion en cuanto te vea.

Cassie no estaba segura de ello, ni siquiera estaba segura de poder sobrevivir a esa tarde de compras. Adoraba a sus amigas, pero eran terroríficas cuando se les metía algo en la cabeza.

CAPÍTULO 12

Arion la sintió antes incluso de entrar en el local, su mirada fue directamente a una de las ventanas del segundo piso dónde la vio riendo, frente a ella estaba una de las ruidosas mujeres que había conocido en el aeropuerto, la rubita, según había podido averiguar tras su interesante conversación con Nick, fue una de sus clientes y el motivo de que lo recordase tenía que ver con un arreglo personal del que su jefe no había tenido la intención de hablar. Cuando había insistido, Nick se había limitado a encogerse de hombros y decirle que pertenecía al pasado.

Lo había encontrado más taciturno que de costumbre, fuese quien fuese su siguiente asignación prometía traer consigo un duro momento para el presidente de la Agencia Demonía.

Haciendo a un lado sus pensamientos entró en el local el cual estaba tan lleno como la noche anterior, surfeando entre las mesas llegó al tramo de escaleras que conducían al piso superior y continuó su camino para reunirse con su esposa, la mujer que ahora mismo inundaba sus pensamientos.

—¿Otro café, chicas? —preguntó la camarera con una sonrisa. Ya las conocía de las veces que solían pasarse por allí.

—Para mí no, gracias, Eva —sonrió Violet.

—Yo me tomaré otro Maltés —aceptó Astrid antes de volverse hacia Cassie, la cual estaba mirando su reloj una vez más—. A Cassie tráele una tila o le dará un ataque de nervios antes de que llegue su hombre.

—No es mi hombre —murmuró ella ocultando la mano del reloj.

Violet se rio.

—¿Qué entonces? ¿Tu chico personal? O espera, lo tengo… el que te deshace la cama.

Cassie le lanzó un sobre de azúcar sin abrir.

—Sólo es…

—Tu marido —respondieron las dos mujeres a la vez con una amplia sonrisa—. Y menudo *macizorro* te has agenciado.

—Eva, no le traigas otro Maltés, tráele un cubo de agua para vertérselo por la cabeza —chasqueó Cassie.

—No creo que eso la enfriara, cielo —aseguró Violet consultando ahora ella su reloj—. Uy, pero si son ya más de las diez, con razón tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre —aseguró As mirándola de arriba abajo—. Y es un misterio dónde lo metes.

—En el estómago, ¿dónde si no? —aseguró su amiga acariciándose la tripa—. ¿Habéis probado ese nuevo restaurante de comida china? Es el que está pasando el puente.

Ambas mujeres negaron con la cabeza.

—Hace siglos que no voy a un restaurante —aceptó Cassie.

—Yo fui ayer con Edgard —aseguró la futura novia—, al mismo restaurante de siempre, pero es que me encanta la lasaña de setas que preparan allí. Hoy tenía su despedida de soltero, no quiso decirme a dónde iban a ir a celebrarla, pero conociendo a su mejor amigo, terminarán con una borrachera que le durará hasta el día de la boda.

Violet sonrió.

—Entonces podrás acompañarme a cenar al nuevo restaurante —le respondió palmeándole la pierna—, podrás hartarte de rollitos de primavera.

—Rollitos de primavera, qué ricos —murmuró Astrid que casi podía saborearlos.

—Cassie, ¿te apuntas? —sugirió su amiga.

Cassie agradeció el gesto pero sacudió la cabeza.

—Ya sabes que la comida china y yo no somos afines, de todas formas gracias —aceptó sonriendo—, además, ya he quedado.

—Um, sexo tórrido, húmedo y muy, muy caliente —ronroneó Astrid al tiempo que levantaba la bolsa de la tienda de lencería que tenía a su lado—, es el momento perfecto para estrenarlo.

Tendría que estar totalmente borracha y volver a olvidar haberse casado y acostado con alguien para que se pusiera el modelito de lencería que sus amigas le habían hecho comprar por propia voluntad.

—Sois incorregibles —respondió ella negando con la cabeza—. Absolutamente incorregibles.

—Sí, lo somos —aceptó Astrid antes de echarse a reír—. ¿No es fantástico?

—No, estáis locas —aseguró Cassie echándose a reír también.

—Buenas noches.

La inesperada voz masculina hizo que las cuatro mujeres, camarera incluida se volvieran hacia el recién llegado. Arion recorrió a todas las presentes con la mirada antes de fijarse en su esposa quien le sonrió con calidez, aquella era la primera sonrisa voluntaria que Cassandra le dedicaba.

—Hola —lo saludó ella.

—Y aquí está el hombre del día, o de la noche —comentó Astrid levantándose—. Es un placer volver a verte, Arion Catrides.

Arion arqueó una ceja a modo de pregunta, pero Cassie se limitó a encogerse de hombros.

—Y con lo mismo nos despedimos ya —aseguró As tirando de su amiga para ponerla en pie—, Violet y yo ya nos íbamos, estábamos haciéndole compañía a Cassie mientras esperaba.

—Por mí no hace falta que os marchéis —aseguró Arion mirando a su compañera y luego a las dos mujeres—. El local es lo suficiente amplio para los cuatro.

Astrid sonrió y le dedicó un guiño a Cassie.

—No te preocupes, el jueves te hartarás de mi presencia, tenemos una cena, ¿recordáis?

Cassie parpadeó.

—¿Qué cena?

—Me parece que tu amiga se refiere a la invitación relámpago que nos hizo esta mañana cuando tenías puesto el manos libres, *pouli*.

—Oh —respondió Cassie sintiéndose avergonzada. Lo había olvidado por completo.

—Ya habéis dicho que sí, Cassie, no puedes echarte atrás —aseguró con una amplia sonrisa—, será divertido.

—Por supuesto, cuenta con nosotros —respondió Arion mirando a su compañera y finalmente a la mujer.

—¡Fantástico! —sonrió la mujer antes de coger a Violet por el brazo y empezar a tirar de ella—. Bueno, pues nos vemos el jueves, Cassie, te llamaré a eso de las doce para decirte exactamente dónde quedamos. Que tengáis una buena noche.

—Buenas noches, chicos —se despidió así mismo Violet, a quien casi llevaban a rastras.

—Buenas noches.

—Hasta mañana —murmuró Cassie viéndolas desaparecer para finalmente mirar a su marido y encogerse ligeramente de hombros—.Esa, es As… nunca acepta un no por respuesta.

—Empiezo a entender el por qué —aceptó inclinándose sobre ella para besarla suavemente en los labios—. Hola, *gynaika*.

—Hola —susurró Cassie lamiéndose los labios tras su beso mientras Arion tomaba asiento frente a ella y echaba un vistazo a la habitación—. Así que, aquí es dónde vienes a esconderte —murmuró. El reservado que había en la primera planta empezaba prácticamente vacío, la última de las parejas que había ocupado una de las mesas del rincón estaba marchándose ya. Las butacas de piel marrón glasé eran bajas pero cómodas y suficientemente amplias para acomodar su cuerpo, una pequeña mesa redonda había ejercido de barrera protectora entre ellos.

Arion echó un vistazo por la ventana, la calle se veía iluminada y vacía, la lluvia había hecho que la mayoría de los transeúntes se decidieran por recogerse en sus casas.

—Es un lugar sin duda acogedor —concluyó deslizando la mano por el panel de madera que recorría toda la pared a media altura, dotándola de una amplia cerca de madera a juego con el color del piso. El tono blanco de la pared hacía que la habitación no se viese empequeñecida y le aportaba claridad—, y el café no está nada mal.

—Nosotras solemos venir bastante por aquí, o al menos solíamos hacerlo antes, cuando teníamos algo más de tiempo —murmuró llevándose la taza a los labios—. Entre la boda, los preparativos y la locura de despedida de soltera… no hemos tenido oportunidad de sentarnos a tomar un café como antes.

—Sin duda un rápido récord para un fin de semana, ¿huh?

—No te haces una idea —suspiró dejando la taza sobre la mesa.

—En realidad sí.

Arion sonrió al verla recoger las piernas en su asiento, haciéndose un ovillo en el sofá, el vestido de punto se le subió mostrando medio muslo, las gruesas medias moldeaban sus piernas mientras las botas forradas con borreguillo le abrigaban los pies. El pelo que normalmente traía suelto lo había recogido en una cómoda trenza que le caía ahora sobre el hombro, la misma con la que estaba jugando distraída. Era extraño como el verla así lo excitaba y ponía duro, no era como si llevase prendas provocativas o reveladoras. Cassie era del tipo de mujer práctico, prefiriendo vestir cómodamente a sufrir por estar guapa y a pesar de todo para él era hermosa, adorable en un modo puramente sensual.

—¿Ya estás cansada?

Ella alzó sus ojos castaños encontrándose con su mirada.

—Es la calefacción —murmuró acomodándose—, me deja amodorrada, con ganas de acurrucarme en el sofá.

Arion apartó las manos y estiró las piernas que hasta el momento había mantenido cruzadas.

—Ven a acurrucarte conmigo.

Ella sonrió perezosamente.

—No te vas a salir con la tuya esta vez —respondió y se inclinó para coger su café—, faltan un par de horas para las doce y no sé si quiero estar cerca de ti cuando se te mete en la cabeza hechizarme de esa manera con el Pacto.

Arion esbozó una divertida sonrisa.

—No es ningún hechizo, el Pacto sólo saca a la superficie aquello que permanece oculto en tu interior, es una forma de… liberación.

—Háblame de ello —pidió entonces—. ¿Cómo se supone que funciona? ¿Por qué… por

qué no puedo decirte que no?

Arion se echó hacia delante y cruzó las manos apoyando los antebrazos sobre las rodillas.

—El Pacto no es una imposición, si realmente desearas decir «no» podrías hacerlo y yo tendría que plegarme a tus deseos —explicó sin andarse por las ramas—, no estás esclavizada, digamos simplemente que tu voluntad se convierte en la mía, tus inhibiciones se desvanecen y surge tu verdadero ser, aquel que has estado reprimiendo.

Y ello permitía también que él pudiese alcanzar el dolor y la oscuridad anidada en su alma y diluirla haciéndola desaparecer, derribando sus dudas y todo aquello que la oprimiese, liberando su alma.

—Sí realmente hubieses querido decir «no» en algún momento de anoche, me hubiese detenido y hubiese buscado el motivo, aceptándolo si fuera ese tu verdadero deseo —aseguró bajando su tono de voz una octava—, pero tu deseo era otro, uno más en consonancia con los míos.

Ella se estremeció al recordar la extraordinaria noche de sexo que habían compartido, la suavidad y delicadeza con que la había tratado había rivalizado con la pasión y la experiencia que había esgrimido dirigiéndola en unos juegos en los que nunca antes había participado. Puede que no tuviese claros sus recuerdos de la primera noche con él, pero de algún modo, ese remordimiento había quedado atrás bajo sus atenciones y el aire juguetón con el que la había despertado por la mañana, en su cama, la cama de ambos… Diablos, todavía no podía creer que ese hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa fuese su marido y que la deseara, a ella, a alguien tan normal como ella.

—¿Vuelves a pensar en tonterías?

La sexy y masculina voz de Arion la devolvió al presente, él se había recostado contra el sofá, extendiendo los brazos dejándolos caer por detrás del respaldo, sus largas piernas separadas y flexionadas dejando una clara visión de la erección que empujaba sus pantalones.

—Ven aquí, Cassandra.

—Aún no es media noche.

Arion negó con la cabeza.

—No se trata del Pacto, si no de ti. Quiero que vengas aquí por propia voluntad, porque lo deseas, creo que he dejado claro que no muerdo al contrario que otras, ¿huh?

Cassandra se puso del color de la grana.

—Eres lo suficientemente peligroso sin necesidad de mordiscos.

Él se echó a reír con buen humor, entonces la recorrió lentamente con la mirada, desnudándola de una manera tan gráfica que casi podía sentir como se quemaba la ropa sobre su cuerpo hasta desaparecer.

—¿Harías algo por mí?

La pregunta le sorprendió.

—¿El qué?

Arion sonrió.

—Tendrías que venir aquí para saberlo.

Ella sacudió la cabeza.

—Estamos en un lugar público… otra vez.

—Pero que mente más calenturienta tienes.

Ella jadeó con ironía.

—¿Vas a decirme que no se trata de alguna sugerencia igual de calenturienta?

Él ladeó la cabeza como si lo sopesara.

—No, definitivamente es caliente, tanto como tú y tu boca queráis que lo sea.

Ella parpadeó un par de veces sin entender, entonces vio como Arion bajaba la mirada hacia la tienda de campaña que se alzaba en su pantalón y la comprensión la dejó sin aire.

—No, ni hablar —respondió casi farfullando. Cassandra bajó los pies del sofá, sentándose ahora erguida—. ¿El sexo de antes te fundió las neuronas o qué?

Él conservó su posición distendida mientras jugaba con los dedos por encima del brazo del sillón.

—Dime que anoche, en nuestra cama, o antes, en el probador, no has pensado ni una sola vez en lo que se sentirías al tener tu boca sobre mi polla —le soltó a bocajarro, sin inmutarse—, en el sabor que tendría esa parte de mi anatomía, en cómo te llenaría, cómo podrías deslizar tu lengua sobre la punta y finalmente por toda la columna, tus curiosos dedos acariciándome los testículos…

—¡Suficiente! —gimió ella, su mirada volando inmediatamente a su alrededor, comprobando que no había nadie que pudiera haber oído tal conversación—. Deja de decir esas cosas.

—¿Turbada, mi pequeña *pouli*?

¿Turbada? Cassandra estaba en llamas, le ardía la cara y estaba segura de que tendría el aspecto de un farolillo.

—¿Por qué demonios estamos teniendo esta conversación?

—Porque tú no has querido venir junto a mí cuando te lo pedí, de haberlo hecho, te lo habría dicho al oído —se burló, la diversión hacía que le brillasen los ojos—. Yo sí me he preguntado cómo sería el estar en tu boca, tu lengua acariciándome, succionándome profundamente mientras esos largos dedos juegan con mis…

—¡Vale, vale, vale! ¡Me hago una idea, gracias! —lo refrenó nuevamente alzando las manos para enfatizar sus palabras.

—¿Has practicado el sexo oral alguna vez, Cass?

Aquella era la segunda vez que la llamaba así, se había negado a utilizar su diminutivo y siempre la llamaba por su nombre completo, excepto la noche anterior, en la cama, cuando la acarició y la llenó, cuando se movía en su interior llevándola una vez más hacia el orgasmo.

Ella apretó los labios incluso más, ¿era necesario hablar de eso ahora?

—Te lo estoy poniendo fácil, cariño, sólo tienes que decirme sí o no —le aseguró al verla enrojecer bajo su mirada—. No voy a obligarte a nada, Cassandra, como siempre, la última decisión es tuya.

¿Cómo podía ser tan condenadamente abierto para hablar de esos temas en una jodida cafetería? Si alguien entrase y los viese… ¡Se moriría! Oh, pero la idea la seducía, ¿no es así? Acababa de hacerlo, estaba considerando que alguien entrase y los cogiera en pleno acto… Cassie se estremeció, por supuesto que había sentido curiosidad, la noche anterior lo había contemplado e incluso lo había acariciado cuando él mismo colocó su mano sobre la dura erección y le enseñó como acariciarlo, ella había fantaseado también en cómo sería tenerlo en la boca, a qué sabría… pero definitivamente no en el reservado de la planta superior de su cafetería favorita.

—Tu rostro es como una pizarra, *pouli*, todos los pensamientos se reflejan en él —le aseguró con total apreciación—. Ven aquí, Cassandra, te prometo que nadie entrará por esa puerta en la próxima hora.

Y no lo harían, Arion se había encargado de ello nada más llegar, él había sido el motivo de que las parejas que habían ocupado la planta superior se hubiesen marchado hasta dejarlos

solos y nadie entraría a molestarlos hasta que así lo desease. Por supuesto, el que ella no lo supiera la excitaría todavía más, la adrenalina zumbaría en sus venas y la haría más consciente de todo lo que la rodeaba, incluyéndolo sus propias emociones.

—¿Cómo puedes saberlo? —respondió mirando hacia la puerta—. ¿Acaso has sobornado al propietario?

Arion sonrió interiormente ante su respuesta, al fin lo estaba considerando.

—¿Confías en mí?

Ella se volvió a él y durante un breve momento no dijo nada, su mirada se prendió de la suya, entonces asintió.

—Sí.

Vaya, aquello sí que era inesperado. Había supuesto que vacilaría, que le daría cualquier ingeniosa respuesta, pero la verdad manaba de su alma junto con aquel monosílabo.

—Entonces ven aquí y cumplamos una de tus fantasías —la incitó, su voz mucho más oscura y poderosa que de costumbre.

Cassie se lamió los labios, no estaba segura si por el nerviosismo o por anticipación, ¿se atrevería a un acto tan íntimo como aquel? ¿En un lugar así?

Levantándose del asiento dio un vacilante paso, entonces se detuvo, Arion no se movió un ápice, deseaba que fuese ella la que sorteara esa última barrera, la que confiara en sí misma y en sus deseos, él haría todo lo que estuviese en su mano para hacerlos realidad, pero el primer paso siempre debía ser de Cassandra.

—¿Y si no lo hago bien?

La frase abandonó sus labios antes de que pudiera refrenarla, sus pensamientos se habían hecho palabras y estas habían abandonado su boca, traicionándola. Un rápido sonrojo de vergüenza tiñó sus mejillas, pero sus ojos enfrentaron los masculinos con valentía.

—Mientras me toques, no estarás haciendo nada mal —le aseguró él con voz ronca. Imágenes de ella abriendo su boca alrededor de su polla le estaban conduciendo al borde, si no se decidía pronto iba a correrse en sus propios pantalones.

Ella se lamió los labios y dio un paso más hacia él, entonces otro y otro hasta que se encontró a su lado, sus miradas presas una en la otra. Arion estiró la mano y tomó la de ella atrayéndola de un suave tirón hacia él, obligándola a perder el equilibrio para terminar cayendo sobre su regazo, entre sus brazos.

—¿Lo ves? No duele —le dijo acariciándole la mejilla al tiempo que bajaba la boca sobre la de ella y la besaba, probando su sabor mezclado con el del café—. Puedes hacer siempre lo que desees, cumplir cada una de tus fantasías, tus sueños y yo me encargaré de estar allí para que así sea.

—¿Hay algo que no puedas hacer? —murmuró ella bajo sus labios.

—La Paella, nunca entenderé como esos locos españoles pueden hacer una maldita paella.

—¿Has estado en España?

Él sonrió.

—He estado en muchos sitios, *pouli*, pero ninguno la mitad de agradable que en el que estoy en estos momentos.

Ella se sonrojó, pero respondió en el mismo tono desenfadado de él.

—¿Me estás alagando para que te la coma?

—Un hombre debe estar dispuesto a todo por conseguir que una hermosa mujer esté dispuesta a hacerlo —le aseguró con una amplia sonrisa—, y yo me estoy muriendo por sentir tu aliento y lengua alrededor de mi erección.

Cassie bajó la mirada y se lamió los labios, ella también se estaba muriendo por tener su lengua alrededor de aquella poderosa erección.

Cassie resbaló sobre él hasta terminar sentada en el suelo entre sus piernas, su mirada se cruzó una última vez con la de Arion quien parecía contener el aliento en espera de la decisión que ella tomase, lamiéndose los labios con anticipación, condujo las manos a la cintura del pantalón y se tomó su tiempo en soltar el botón para luego empezar a bajar la cremallera encontrándose con la dura erección masculina empujando contra la tela negra de los calzoncillos.

Respirando profundamente, tomó la cinturilla elástica y la bajó lo justo para que la polla masculina saltase libre de restricciones estando a punto de golpearle la nariz.

Una inesperada carcajada escapó de la boca masculina al ver la expresión de susto en la cara de ella, fue inevitable y contagiosa, pues ella se echó a reír también aliviando la tensión que parecía llenar el aire.

—Prométeme que no contarás esto a nadie jamás —murmuró ella entre risitas—, es demasiado bochornoso.

—No sé, cielo, podría ser una buena anécdota —respondió antes de succionar con fuerza el aliento cuando ella rodeó su erección con los dedos de forma… peligrosa—, Cass, no hay piezas de repuesto así que ve con cuidado, ¿sí?

—Prométemelo —insistió suavizando su agarre al tiempo que deslizaba los dedos por la cálida columna de carne sintiéndole estremecerse.

—Nadie oirá nada de esto por mi boca, lo juro —siseó echando la cabeza hacia atrás, deleitándose en la suavidad de la mano femenina sobre su dolorida carne—, dios… eres una buena alumna.

Ella sonrió para sí, contenta de aquel alago y sólo entonces se permitió bajar la mirada y contemplar la poderosa masculinidad que tenía entre las manos, él estaba muy bien dotado como había podido comprobar la noche anterior, dentro de lo que suponía los parámetros estándar o algo más, pero nada tan colosal como para pensar en cirugías o alargamientos o esas estupideces que hacían los hombres para demostrar su hombría. Su piel era suave y caliente bajo su mano, tersa y dura, la cabeza algo más oscura mostraba ya una pequeña perla de líquido pre seminal que se encontró muriéndose por lamer.

Cassie no esperó más y se permitió ceder a sus impulsos, su lengua acarició la cabeza probando la salada muestra, con timidez al principio y ganando más confianza a medida que avanzaba, sus tímidas caricias fueron recompensadas por los gruñidos que emergían de la boca masculina, permitiéndole experimentar por su cuenta los placeres del sexo oral.

Arion no estaba seguro de si había entrado de una patada al cielo o al más ardiente de los infiernos, la lengua que lo lamía y mordisqueaba lo estaba volviendo loco, había tenido que clavar las manos en el respaldo del sofá para evitar enredar su mano en la trenza de pelo castaño y conducir él mismo aquella sesión, pero no lo haría, no con Cassandra, aquello era más para ella que para él, pero dejarla explorar a sus anchas le estaba costando un verdadero mundo.

Entonces ella abrió la boca y lo condujo a su interior, succionándolo como si se tratase de un caramelo, rodeando el glande con la lengua mientras se ayudaba con las manos, aquello fue su perdición, la boca femenina era caliente y húmeda, una empuñadura perfecta para su erección,

los dedos femeninos acariciaban y apretaban suavemente sus testículos mientras su lengua obraba verdaderas maravillas en su carne. El aire amenazó entonces con abandonar sus pulmones, el orgasmo empezó a acrecentarse en su interior como un tsunami imparable, iba a correrse y si no la advertía, lo haría en su boca.

—Cass… nena… voy a… —gimió cuando ella lo succionó más profundamente—, joder, Cass, retírate o…

Pero ella no sólo no se retiró si no que lo chupó con más fuerza, tragándoselo y enviándolo directamente al orgasmo. Eyaculó en su boca, pudo sentir su vacilación, su sorpresa y como lo apretaba mientras se tragaba su semen hasta dejarlo vacío.

Cassie se retiró en el último momento, tosiendo un poco, llevándose la mano a la boca y limpiándose los labios, sus ojos brillaban y toda ella resplandecía mientras él se inclinaba hacia delante, dispuesto a atenderla.

—Creo que va a gustarme esto de joderte en lugares públicos.

Arion se echó a reír ante la sincera respuesta, aliviado porque ella hubiese disfrutado de su encuentro tanto como él, por algún motivo, hacer cada una de sus fantasías realidad se había convertido en algo más que parte del contrato.

—Creo que a partir de hoy, ésta también será mi Cafetería Favorita —aseguró entre risas —. Hacen el mejor café, y tienen un servicio de mamadas increíble.

Sí, sin duda, se había convertido en un lugar de referencia.

CAPÍTULO 13

Cassie entró en la cocina a la mañana siguiente frotándose los ojos, la camiseta que rescató del suelo de la habitación era de Arion, había desistido de encontrar su ropa la cual suponía estaría esparcida por algún lugar de la casa. Se habían limitado a ir quitando capa tras capa en su camino desde la puerta principal al dormitorio. Tenía una ligera sospecha de haber pasado por el salón pero no podía asegurarlo, desde que aquel hombre llenaba su espacio, no estaba segura de nada.

El dulce aroma a plátano frito inundaba la pequeña habitación, de fondo podía oírse el sonido de la sartén, pero sin duda lo más llamativo era encontrarse a un hombre rubio de más de metro noventa, vestido en pantalones vaqueros y sin camiseta silbando mientras le daba vuelta de manera magistral a lo que parecía ser una crepe.

—Wow, ¿todavía estoy durmiendo o es que también se te da bien la cocina?

Arion se volvió a mirarla por encima del hombro dedicándole un guiño, sus ojos azules se deleitaron una vez más con la figura femenina cubierta por su camiseta reviviendo su apetito. Empezaba a pensar que jamás se cansaría de aquella hembra.

—Has descubierto uno de mis secretos —respondió volviéndose a lo que estaba haciendo —, tendré que llevarte a la cama y agotarte hasta que lo olvides.

Ella hizo una mueca y su estómago rugió.

—Bueno, eso tendrá que esperar hasta después del desayuno —aseguró deslizándose al interior de la cocina, asomándose por encima del brazo de Arion para aspirar el delicioso aroma del dulce—, me muero de hambre y demonio, eso huele muy bien.

Arion sonrió con cierta ironía al escuchar su frase, si tan sólo ella supiese.

—Si además has hecho café, serás mi persona favorita durante el resto del día —ronroneó ella lamiéndose los labios mientras contemplaba con hambre el plato.

Él le indicó la cafetera con un gesto de la barbilla y la oyó lanzar un pequeño chillido antes de dirigir su atención al objeto de su deseo.

—Café, café, café —gimió aspirando el aroma de la cafetera—, café recién hecho, oh, sí, el mundo es mucho mejor con café. ¡Hoy eres mi persona favorita!

Él se echó a reír.

—Un placer servirte, *pouli*.

Cassie se sirvió una taza y se estremeció de gusto al aspirar el aroma.

—Un café recién hecho por la mañana para comenzar el día con buen pie y volver a ser persona —asintió envolviendo sus manos alrededor de la taza para finalmente probarlo.

El hombre sonrió al escuchar su ronroneo típicamente femenino, terminó con la cocina y sirvió el desayuno en la mesa para ella.

—¿Tú no desayunas? —la oyó mientras caminaba hacia la pequeña mesa.

—Te acompañaré con un café —asintió indicándole que se sentara—. Astrid dejó un mensaje para ti en el contestador, no cogí el teléfono pero lo escuché mientras se grababa. Te recuerda que mañana es la cena con su prometido y hace hincapié en que, y cito textualmente, arrastres a ese demonio de hombre contigo. Por su tono era casi un mandato, esa mujer sí sabe cómo dar órdenes.

—No lo sabes tú bien —asintió poniendo los ojos en blanco—, pero la verdad es que no

me apetece nada ir. No me malinterpretes, me encanta esa pareja, te hacen sentir siempre bienvenida, pero estoy anímicamente agotada, estaba pensando en dejar cerrada la tienda y pasarme el resto del día durmiendo. Y cuando digo dormir, quiero decir, dormir. Sola. Sin ruidos. Solas mi cama y yo.

Sus ojos castaños recorrieron a Arion de los pies a la cabeza, su ancha espalda estaba cubierta con dos perfectas alas tatuadas desde la parte superior de sus hombros hasta desaparecer en trazos más finos y sutiles por debajo de la cintura del pantalón, Cassie no se había percatado hasta esa misma noche de aquello, algo que no dejaba de sorprenderla, puesto que no creía recordar haber visto tal tatuaje cuando se despertó la primera vez a su lado.

—Es impresionante —murmuró admirando el intrincado trabajo.

Arion se volvió a mirarla por encima del hombro al oír su tono de voz. La vio mirándole fijamente. O más concretamente, mirando su espalda.

—¿Te gusta lo que ves, *poulí*?

Cassie dio un respingo y se sonrojó al verse pillada mirándole, tras aclararse la garganta se llevó la taza de café a los labios para luego señalar con un gesto su espalda.

—No me había dado cuenta hasta anoche que tenías la espalda tatuada.

Arion sonrió de forma enigmática pero no respondió, se limitó a servirse una taza de café, sin embargo aquello no desalentó a Cassie.

—¿Por qué la parte superior de las alas es más clara que la inferior? —preguntó mientras el hombre se volvía con su café y se apoyaba contra la encimera para mirarla de frente—. Casi parece de color blanco.

—Son blancas —respondió con un ligero encogimiento de sus anchos hombros al tiempo que se llevaba la taza a los labios—, y el que puedas apreciar la diferencia me dice lo cerca que estás de mí.

Ella ladeó la cabeza sin entender.

—Bueno, no es como si fuese algo que puedas pasar por alto, grandullón —aseguró ella con un suspiro—. Te cubre toda la espalda.

—No siempre —murmuró tras el borde de su taza.

No, el que los tatuajes se reflejaran ahora en su espalda era debido a la cantidad de poder que había estado utilizando en ella, aunque sutil, su huella en ella se reflejaba en él.

«Deseo sinceridad. No deseo mentiras ni engaños, de su boca sólo deseo oír la verdad y que ésta se refleje en su piel así como en su alma».

Aquel había sido el segundo requisito de la solicitud, una de las únicas dos entradas que habían nacido directamente del corazón y el alma de Cassandra. Sus amigas podían haber enviado la solicitud, con los requisitos que habían estipulado, pero Arion veía más allá, leyendo la verdad detrás de cada frase.

Cassie se estaba abriendo a él, muy lentamente, con recelo y temor a equivocarse, pero su alma empezaba a ceder apartando la oscuridad para salir al encuentro de la luz que él le proporcionaba y la verdad empezaba a reflejarse cada vez con más nitidez en su piel.

De seguir así, al final del contrato sabría quién era exactamente Arion, y qué era en realidad.

—¿No siempre? —la oyó repetir, sus labios estirándose en una perezosa sonrisa—. Por supuesto, cuando llevas camisa ni me entero.

Él le dedicó un guiño y la señaló a ella.

—Difícilmente puedo llevarla cuando te está cubriendo a ti —aseguró recorriéndola con la mirada—. Aunque debo admitir que me encanta verte llevarla.

Ella sonrió al tiempo que negaba con la cabeza.

—Claro —respondió alargando la palabra.

Cassie se desperezó, estirándose hasta acomodarse de nuevo en la silla, su mirada atravesando la ventana de la cocina.

—Aquí no podrás relajarte, ni siquiera dormida encuentras realmente descanso —le dijo él captando de nuevo su atención—. ¿Fue aquí donde vivías con ella?

La mirada femenina no abandonó la ventana, pero él pudo observar por la tensión en el cuerpo de Cassie cual era la respuesta.

—Nací aquí, crecí aquí, esto es lo único que era realmente nuestro —murmuró ella lamiéndose los labios—. También se convirtió en lo único que podía pagar cuando me emancipé. Al menos no tenía que correr con un alquiler.

Arion dejó la taza de café a un lado y caminó hacia ella, deteniéndose ante la mesa.

—Pero también se ha convertido en tu cárcel, pajarillo —le aseguró encontrando su mirada—. En una jaula en la que te has encerrado y no permites que nadie entre, necesitas salir Cassandra, ver lo que hay al otro lado de los barrotes para poder elegir si deseas permanecer encerrada o en libertad.

Ella frunció el ceño.

—No estoy encerrada, soy dueña de mi propia vida, entro y salgo cuando así lo deseo.

Arion negó con la cabeza.

—No, *pouli*, crees que puedes entrar y salir, pero la realidad es que nunca has abandonado la jaula —suspirando profundamente, se incorporó y la miró fijamente—. Y vamos a cambiar eso.

Cassie ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Eres multimillonario y vas a comprarme un piso nuevo? —le soltó ella con una sonrisa divertida a la par que irónica.

Arion le devolvió la sonrisa.

—Haré algo mejor que eso, *gynaika* —le susurró—, te arrancaré de tu jaula y te enseñaré a volar.

Satisfecho, Arion señaló hacia la puerta.

—Ve a vestirte y prepara también una muda de ropa —la sorprendió—. Vayamos a algún lugar en el que no hayas estado, salgamos de la ciudad.

Cassie se echó a reír.

—No puedo dejar la tienda sola y As se casa el sábado —negó ella con una amplia sonrisa —. No puedo irme y dejarlo todo así.

—Pero puedes tomarte un día o dos de descanso —aseguró él sin darle tregua—. Elige un lugar, el que quieras, no hace falta que dejemos el país, como si deseas ir al pueblo de aquí al lado, sólo necesitas dejar la ciudad y esta casa y probar lo que es la libertad, Cassandra, quizás termine gustándote.

Ella negó con la cabeza sin dejar de mirarlo.

—¿Por qué haces todo esto?

Arion no dudó en su respuesta.

—Porque es lo que necesitas y es mi placer procurártelo.

Ella dejó escapar el aire muy lentamente, se encogió graciosamente de hombros y asintió.

—Está bien, qué demonios, no es como si las cosas pudiesen torcerse más de lo que ya están —aceptó—. ¿Tienes algún lugar en mente?

Arion negó con la cabeza.

—Elígelo tú.

Cassie abrió la boca para responder pero fue interrumpida por el sonido del teléfono.

—¿Te importa cogerlo? Si es alguna de las chicas, diles que sí a todo y que ya las llamaré después, si no son ellas, no estoy, para nadie.

Con una pícara sonrisa se llevó un pedazo de la tortita de plátano a la boca y gimió de placer mientras la degustaba recordándole a Arion otros momentos en los que también gemía de esa manera.

Sacudiendo la cabeza cruzó la cocina y descolgó el teléfono inalámbrico que había quedado encima del mostrador.

—¿Sí?

Hubo una ligera vacilación al otro lado de la línea, entonces llegó la contestación en forma de una voz profunda y masculina.

—¿Cassandra?

Arion echó un vistazo a su compañera la cual estaba disfrutando de su desayuno.

—No se encuentra disponible en estos momentos —respondió sin quitar la mirada de la muchacha.

Un nuevo silencio ocupó la línea, seguido de un profundo suspiro.

—¿Es… es usted su marido?

Cassandra eligió aquel momento para alzar la mirada hacia Arion, su rostro mostraba una interrogante.

—Sí, señor, lo soy —respondió él sin apartar la mirada de su esposa—. ¿Puedo saber quién es usted?

—Soy Charles Monroe, el padre de Cassandra y según parece, su suegro, hijo —respondió el hombre con cierta ironía en la voz.

—Señor Monroe —Arion pronunció su nombre haciendo que la muchacha se pusiera rígida, sus ojos castaños dejaron de brillar y su semblante se endureció—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarle? Me temo que mi esposa no está disponible en estos momentos.

Arion creyó oír una especie de bufido mitad risa, con un toque de resignación la cual se reflejó en la contestación del hombre.

—No hace falta que la disculpe, hijo, sé que no se pondrá al teléfono y no la culpo por ello —la voz del hombre era firme y podía oírse una abierta verdad—, sólo dígale que estoy bien. Eloise ha llegado esta mañana con la inesperada noticia y conociendo a mi hija estoy seguro que ésa no fue la única sorpresa que saltó al ruedo —un nuevo suspiro—. Sólo dígale a Cassie que estoy bien, mi situación no es tan delicada como esos arrogantes médicos quieren hacernos creer, no tengo intención de morirme tan pronto, no es nada a lo que no me haya enfrentado antes.

Los ojos azules de Arion seguían fijos en su esposa, la cual no había pestañeado mientras se mantenía a la espera, la voz del otro lado de la línea era bastante joven por lo que podía suponer pero también había cierta marca de enfermedad y aquello no podría ocultarlo, no de él al menos.

—Le haré llegar a Cassandra su mensaje —aceptó viendo el bufido de ella en respuesta y como apartaba la mirada hacia el suelo, sus labios apretándose en una fina línea—, le alegrará saber que su estado de salud es menos grave de lo que sugirió mi nueva cuñada.

Cassie arqueó las cejas en respuesta a aquella palabra, si bien no se había reflejado en su voz, el gesto que hizo Arion al pronunciar la palabra era bastante elocuente.

Un nuevo silencio del otro lado de la línea, esta vez lo suficientemente largo como para hacerle pensar que se había cortado la comunicación.

—Ella… —una nueva vacilación tiñó su voz, entonces chasqueó la lengua y continuó—. Sé que no soy quién para pedirle esto pero, cuide de ella, no sé en qué circunstancias se puede haber producido tan repentino matrimonio, pero si de verdad la quiere, cuide de ella y hágala feliz, nadie merece más alcanzar la felicidad que mi pequeña Cassie.

Antes de que Arion pudiera pensar siquiera en dar una respuesta oyó el clic que anunciaba que su interlocutor había cortado la llamada, miró el teléfono durante un segundo antes de dejarlo sobre la encimera y volverse hacia su mujer.

—Parece que las noticias vuelan, enhorabuena, marido, acabas de conocer a tu suegro —murmuró con repentino hastío—. Eloise se ha superado a sí misma esta vez al llevarle el cuento al viejo.

—Ha dejado un mensaje para ti —comentó Arion sin apartar la mirada de ella—, quería que supieras que no está tan enfermo como te comunicaron, que no tiene intención de morirse demasiado pronto.

Cassie apartó la mirada mientras dejaba el tenedor a un lado del plato.

—Es una verdadera lástima.

Arion oyó la mentira en su voz, una flagrante mentira.

—¿Qué es lo que ha hecho que haya tanta amargura en tu voz? —preguntó sin estar seguro de si obtendría una respuesta.

—La vida —respondió ella alzando los ojos hacia él—. A veces puede resultar muy amarga.

Sacudiendo la cabeza Arion le contestó.

—Toda esa amargura te está carcomiendo por dentro Cassandra —le aseguró con resignación—, es hora de que empieces a enfrentarte con tus propios demonios o te consumirán.

Cassie no respondió, se limitó a contemplar su plato durante unos instantes antes de responder.

—Castell Coch, está cerca de Tongwynlais —murmuró alzando la mirada de nuevo hacia él, sorprendiéndole con la súplica que encontró en sus ojos—, he querido ir muchas veces, pero por unas cosas o por otras siempre he terminado posponiéndolo. ¿Está lo bastante lejos de aquí para ti?

Arion la miró.

—¿Lo está para ti?

Ella asintió.

—Tongwynlais entonces —aceptó Arion.

Cassie asintió lentamente. Quizás después de todo la idea de alejarse de todo aquello no fuese tan mala, podría poner en orden sus pensamientos, buscarle nuevamente sentido a su vida. La alianza brilló en su dedo recordándole que todavía no había llamado al abogado, y por primera vez empezó a ser realmente consciente de algo, de la presencia de Arion y la diminuta posibilidad de que aquella llamada no llegase a realizarse nunca.

CAPÍTULO 14

—Y esto es a lo que yo llamo un castillo perdido en el medio del bosque —comentó Arion abriendo la puerta del coche. Cassie había bajado ya y contemplaba el antiguo edificio de piedra con mirada soñadora.

Situado en Tongwynlais, a las afueras de Cardiff, la construcción neogótica del siglo XIII se encontraba mimetizada con los bosques que lo rodeaban, ya desde la carretera podían verse sus torres asomando entre los árboles creando un aspecto mágico y muy romántico. Una breve senda sitiada por dos columnas de árboles llevaba directamente al portón principal del castillo dónde algunos turistas habían aparcado y deambulaban contemplando la bella construcción.

—Yo lo encuentro encantador —respondió ella después de bajar del coche y dirigirse a la pasarela que llevaba al interior.

Arion sonrió al oír el entusiasmo en su voz, desde que lo habían divisado en medio del bosque, Cassie no había dejado de suspirar e inclinarse hacia el salpicadero para poder verlo mejor.

—Yo veo cosas mucho más encantadoras —murmuró él provocando un suave sonrojo en sus mejillas.

—No sé por qué, pero estoy convencida de que si ahora te presentaran una cabra la encontrarías también encantadora —aseguró con marcada ironía.

—Me asombra tu capacidad de deducción, querida —respondió cerrando el coche con el mando a distancia al tiempo que rodeaba la cintura femenina con el brazo libre—, pero creo que me molestarían sus pezuñas, por no hablar del olor —Arion imprimió carácter a sus palabras hundiendo la cabeza a un lado del cuello y mordisqueándola—, tú en cambio hueles deliciosa.

—Vaaaaale —se rio ella empujándole para liberarse de sus atenciones—. Me alegra no ser una cabra para ti, sip, me alegra mucho.

Arion se echó a reír ante el ingenioso comentario y la acompañó al interior del edificio, el cual pronto descubrieron que poseía un aspecto victoriano muy recargado, las paredes estaban cubiertas por hermosos frisos y pinturas, los balcones y techo abovedado despertaron la admiración de Cassie quien como una niña curiosa e inquieta se asomaba a cada rincón, probaba cada asiento y acariciaba cada pieza con exquisita suavidad.

—Y pensar que había damas que se sentarían aquí con sus impecables vestidos al calor del hogar realizando sus labores de costura —murmuró mientras acariciaba una de las pesadas sillas de madera situadas a ambos lados de la chimenea. Su atención se desvió entonces hacia uno de los ventanales, como en muchas de esas típicas construcciones, un amplio arco hundido hacia dentro permitía la presencia de dos bancos a los lados que daban a sus inquilinos una perfecta visión del cálido exterior.

Cassie se quedó mirando durante un buen rato aquel recoveco, el cambio fue apenas imperceptible pero algo extraño se reflejó en sus ojos cuando se giró a contemplar una vez más el resto del salón.

—He estado aquí antes —murmuró recorriendo con la mirada cada una de las piezas antes de atravesar la habitación para pasar a la siguiente—, esto no tiene sentido, pero… creo que ya he estado aquí.

Arion la acompañó echando un vistazo a su alrededor sin notar nada extraño, sus sentidos demoníacos no encontraban nada fuera de lo normal, en realidad, el castillo estaba absolutamente vacío, ni siquiera permanecían en él los ecos del pasado.

—Creí que habías dicho que no habías estado antes en esta zona.

Ella se volvió hacia él y asintió.

—Y no lo he estado… creo —respondió frunciendo el ceño—, no que yo recuerde.

Arion se limitó a acompañarla en silencio mientras recorría cada una de las habitaciones, acariciaba las paredes y se detenía a admirar algún mueble que hubiese llamado su atención, su semblante había cambiado de la juvenil curiosidad a uno que evidenciaba la intensidad de sus pensamientos, como si estuviese intentando rescatar de su mente recuerdos ya olvidados.

Cassie traspasó entonces la puerta que daba al comedor dónde una larga mesa de madera maciza cubierta por un mantel rojizo presidía el hogar, dos pesadas sillas de madera presidían las cabeceras mientras los laterales estaban ocupados por sendos bancos. El suelo en mosaicos negros y rojos hacía juego con el techo en forma de medio arco mientras que las paredes estaban vestidas con tonos claros, frescos y algún que otro cuadro.

—No lo entiendo —murmuró Cassie mientras pasaba la mano por la repisa de la chimenea, el escudo de armas de la familia grabado en piedra, mientras una figura eclesiástica decoraba la parte superior—, yo… no sé… pero, lo recuerdo… recuerdo haber estado aquí… junto a esa mesa y… —Cassie giró bruscamente la cabeza hacia el umbral por dónde habían entrado—, ella estaba allí… sí.

—¿Ella? —preguntó Arion manteniéndose en todo momento vigilante.

Cassie asintió con la cabeza y se giró hacia él.

—Mi madre —respondió en un bajo susurro—. Debió traerme cuando era sólo un bebé de corta edad.

—Eso explicaría el porqué de pronto todo te parece tan familiar —aceptó Arion caminando ahora hacia ella—, a esa edad suelen quedarnos grabadas imágenes y sensaciones inconexas que surgen a medida que pasa el tiempo.

Cassie se estremeció involuntariamente cuando sintió la mano de su amante en la espalda.

—¿Quieres que salgamos? —le sugirió acariciándole la base del cuello para calmarla, toda ella se había puesto tensa repentinamente.

Negando con la cabeza, Cassie se alejó de su calidez y continuó hacia la siguiente habitación deseosa de aferrarse a unos recuerdos que se le escapaban entre los dedos.

—¿Cassandra?

—Quiero verlo todo —murmuró deslizándose por los corredores—, creo… creo que ya recuerdo cuando estuve aquí, ella siempre me contaba cuentos de hadas y entonces aquella vez… esa vez me permitió ser una princesa.

Arion no la interrumpió era obvio que la mujer necesitaba hacer aquel recorrido y encontrarse de nuevo con un pasado que sabía había estado evitando, recuerdos que mantenía bajo llave para evitar que la hiriesen y la encontrasen como estaba. Sola.

Dejando atrás la primera planta siguieron con su recorrido por las habitaciones principales visitando los dormitorios y el amplio balcón de madera rojiza que ofrecía una vista al patio interior, a cada paso Cassie se detenía con la mirada perdida como si estuviese reviviendo sus recuerdos, intentando encontrar en los fantasmas de su pasado el momento en el que había deambulado por esos pasillos.

—Recuerdo esta balconada —murmuró bajando la mirada al patio interior—, esa escalera…

Arion siguió su mirada sólo para tensarse al sentir un repentino escalofrío bajando por su espalda, sus sentidos se extendieron inmediatamente tratando de localizar el motivo de aquella alerta hasta detenerse en Cassie, su esposa era la única que había hecho saltar sus alarmas interiores, o mejor dicho, su poder.

Una fantasmal risa infantil inundó entonces el solitario corredor, Arion siguió su dirección con la mirada hasta encontrarse con una niña pequeña de amplios ojos castaños y el pelo recogido en dos coletas con lazos. Llevaba un vestido verde musgo, con zapatos de charol y unos calcetines a juego, esbozó unas sonrisa en la cual faltaban algunos dientes antes de girar sobre sí misma y desaparecer en una jubilosa carrera más allá de Cassandra.

Entre sorprendido y preocupado alzó la mirada hacia Cassie, pero ella no parecía haberse dado cuenta de la presencia de la niña, una niña que debería parecerse a ella cuando era un bebé.

—¿Cassandra? —pronunció su nombre en voz alta pero ella no contestó—. ¿Cass?

Sumida en sus recuerdos, Cassandra dejó atrás a Arion y cruzó todo el balcón, atravesando dos habitaciones más antes de llegar a la escalinata de piedra cubierta que descendía directamente al patio interior, sus pasos eran lentos e inseguros, como si temiese que en su premura se borraran los recuerdos que intentaba recuperar.

—Ella me trajo aquí —murmuró en voz baja, su mirada recorriendo cada piedra en busca de respuestas—, fue… fue por mi quinto cumpleaños, llevaba un vestido verde musgo y me sentía como una princesa de cuento de hadas, una princesa que por fin había encontrado su castillo.

Arion sintió un nuevo escalofrío a su espalda y volvió a sentir una vez más esa fantasmal presencia extraída de los recuerdos de Cassie. La risa infantil reapareció seguida de la insustancial forma de una niña corriendo a su lado para descender las escaleras, saltando el último escalón al suelo para luego empezar a girar y girar con los pequeños brazos extendidos y los rizos castaños al viento. Sus ojos azules pasaron de la figura fantasmal a la de Cassandra, la cual se encontraba en medio de la plaza y giraba gradualmente sobre sí misma, observando todo a su alrededor para finalmente detenerse una vez más en la escalinata, pero a pesar de que miraba en su dirección sabía que no lo estaba viendo a él.

—Ella llevaba un vestido de verano, violeta con pequeñas florecillas rosas, el pelo le caía suelto sobre los hombros y olía a vainilla, en aquella época siempre olía a vainilla —musitó sin apartar la mirada de lo alto de las escaleras en dónde permanecía Arion—. Mi pequeña princesa, así es como me llamaba de niña y éste era mi reino.

Parpadeando varias veces, Cassie echó un último vistazo a su alrededor y caminó de nuevo hacia las escaleras para sentarse en uno de los últimos escalones mientras Arion se reunía con ella.

—No lo recuerdo bien, pero creo que ese día me escapé —continuó Cassie girándose ahora hacia Arion y señalando la cima de las escaleras con un gesto de la barbilla—. Tengo un vago recuerdo de verla ahí arriba, con el pelo ondeando al viento mientras me daba una reprimenda —Cassie sonrió con tristeza—. Solía contarme historias de princesas y de hadas, ese día me había dicho que éste era mi castillo, el bosque que lo circundaba mi reino y cuando me regañó así se lo dije, después de todo, ¿quién iba a hacer daño a la princesa en su propio castillo?

—Eras una niña ingeniosa, sin duda —comentó él apoyándose en la barandilla a los pies de la escalera.

Cassie sacudió la cabeza.

—No. Era una niña estúpida, confiada que creía en cuentos de hadas —continuó con voz triste, sarcástica—, pero la niña creció y se dio cuenta que no era una princesa si no una simple

fregona, que los cuentos de hadas no existían y que ahí fuera no hay hadas y duendes si no dragones dispuestos a devorarte si les das la más mínima oportunidad. La quería como nada en el mundo y entonces… entonces se murió, alguien la atropelló y se dio a la fuga.

Arion se inclinó hacia ella, apartándole un rebelde mechón de la cara.

—¿Qué edad tenías cuando te dejó?

Cassie compuso una mueca y alzó sus apagados ojos castaños hacia él.

—Tenía quince años cuando falleció, pero ella me había dejado mucho tiempo antes —respondió con amargura—. El delicioso aroma a vainilla de su colonia pronto fue sustituido por el del alcohol, el penetrante y ácido olor del whisky, cuando no era ginebra o simplemente una botella de vino. Ella no era de las que se ponían agresivas con la bebida, no, ella lloraba, se metía en la cama y dejaba abandonada a una niña pequeña para que se valiese por sí misma.

Lentamente, Arion dejó el lugar que estaba ocupando y se sentó a su lado, sus dedos acariciaron la suave piel de su mano mientras dejaba que su poder manase a través de sus poros entrando en ella, ayudándola a liberarse de la pesada carga que enmudecía su alma.

—¿Y él?

Cassie no necesitó preguntar de quien se trataba, lo sabía muy bien.

—Él nunca estuvo realmente allí —respondió con voz temblorosa, la amargura goteando de cada una de las palabras—. Y cuando estaba era sólo para discutir con ella, para decirle cosas que yo no entendía, todo lo que podía entender eran los gritos, que estaba enfadado con ella. Yo tenía miedo de que si me veía él también se enfadase conmigo. Todo lo que quería era que ayudara a mi madre, que hiciera que la enfermedad se marchase, pero la enfermedad nunca se fue si no que se instaló para quedarse.

Cassie se pasó la mano por el pelo con gesto desesperado, todo su cuerpo estaba en tensión pero era su alma la que emitía un silencioso grito.

—Hubo ocasiones en las que quiso llevarme con él, pero mi madre se echaba a llorar rogándole que no me llevase, que no le quitase lo único que realmente le importaba y al ver llorar a mi madre yo también lloraba —continuó Cassie con voz monótona—. Así que me dejaba con ella, y ella lo intentaba, realmente intentaba ser mi madre pero aquella maldita enfermedad era más fuerte, la agarraba con manos de hierro cuando más débil estaba y me la arrebataba.

Cassie respiró profundamente y dejó escapar el aire, su mirada bajó a la mano que Arion le acariciaba y sintió su calidez envolviéndola, protegiéndola, dándole fuerzas para continuar y decir en voz alta aquello que había estado guardando durante toda su vida.

—En algún momento él dejó de intentarlo y ya sólo fuimos las dos —susurró con voz agarrotada—. Durante mucho tiempo sólo fuimos las dos y lo seguiríamos siendo si ella no hubiese salido de casa y hubiese sido atropellada por un conductor que la dejó tirada en una cuneta de una carretera secundaria para darse luego a la fuga. Todavía hoy me pregunto qué hacía allí, tan lejos de casa. No es cómo si no hubiese empezado a salir con gente después de que él se marchase, pero la mayoría de las veces volvía a casa por la noche, o al menos no más tarde de las dos o tres de la madrugada.

Frotándose la cabeza con los dedos se estremeció.

—Yo tenía un examen al día siguiente y me había ido a la biblioteca, en casa era imposible estudiar —aseguró frotándose los brazos como si de esa manera pudiese alejar el frío que sentía—. Al llegar a casa me fui directamente a la cama, sabía que no había llegado todavía por que la puerta de su dormitorio estaba abierta, cuando a la mañana siguiente me levanté y me vestí para irme a clase, la puerta seguía abierta y ella no estaba.

Cassie se pasó la mano por el pelo, temblaba, temblaba tanto que le sorprendía que su voz

sonara firme.

—Esa mañana no pude hacer el examen, me llamaron al despacho del director y allí había dos agentes esperando para comunicarme que mi madre había muerto. Como su único pariente más cercano y localizable, tuve que bajar a la morgue del hospital a reconocer el cuerpo de mi madre.

No pudo evitar estremecerse ante el recuerdo, una imagen que luchaba cada día por alejar de su mente y enterrarla en lo más profundo de sí misma. Sintió el cuerpo de Arion duro y fuerte contra el suyo ofreciéndole consuelo, un muro al que podría aferrarse cuando todo se viniese abajo.

—Al ser menor de edad, mi tutela recayó en mi pariente más cercano y todavía vivo —continuó ella—. Mi padre se presentó en casa esa misma noche, él se encargó del funeral, el papeleo… De todo. Y finalmente consiguió lo que había intentado desde el principio, llevarme a vivir con él.

Arion sintió como empezaba a respirar con más esfuerzo, las palabras que siguieron lo confirmaron al mismo tiempo que oía como su voz salía dura, reacia a seguir adelante con sus recuerdos.

—Él me llevó con su nueva familia, dos mujeres para las que era una completa extraña al igual que ellas lo eran para mí —aseguró con un nuevo estremecimiento—. De repente tenía una hermana cuatro años menor que yo de la que jamás había oído nada y una nueva madre, o eso es lo que pretendía ser Elisabeth para mí. Viví con ellos durante algo más de un año, hasta que solicité la emancipación a los dieciséis. Tras una breve vista y varias discusiones conseguí que me la otorgase el juez, desde ese momento mi vida ha sido completamente mía. Si he mantenido el contacto con mi media hermana ha sido por que fue una de las condiciones que me impuso el juez, pero ya has visto que nuestra relación no es precisamente ideal.

—Sí, ya me he dado cuenta que ella es toda honradez y dulzura —respondió él con profunda ironía.

Aquello la hizo esbozar una tenue sonrisa, su mirada recorrió una vez más la estructura del castillo, maravillándose de que aquellos recuerdos de su infancia hubiesen salido a la luz.

—No puedo creer que lo haya recordado justamente ahora —suspiró Cassie y rastrilló una mano a través de su pelo suelto—. ¿Qué le pasa a mi memoria últimamente? No es posible que a mi edad tenga tantas lagunas.

—A tu memoria no le pasa nada, *pouli* —le aseguró acariciándole el pelo cuando se recostó contra él—. Es natural que no conserves recuerdos nítidos de cuando apenas eras un bebé, lo extraño sería que por el contrario si los tuvieses.

Ella suspiró y cerró los ojos.

—Ahora ya sabes con qué clase de mujer disfuncional te has casado —murmuró ella con ironía antes de concluir—, ya puedes ir con el abogado y arreglar nuestro divorcio.

Arion puso los ojos en blanco.

—No existe divorcio para nosotros, Cassandra —aseguró con un suspiro—. No de la forma en que entiendes el concepto de la palabra, puedes deshacerte de unos papeles, cariño, pero de nada más.

Ella levantó la cabeza y le miró.

—¿Y con eso quieres decir…?

Arion se incorporó y le tendió la mano.

—Que hay muchas cosas que todavía no sabes y qué no estoy muy seguro de que vayas a tomártelas bien —aseguró con absoluta sinceridad.

Cassie lo miró con intensidad.

—¿Me has mentido sobre algo desde que nos hemos conocido?

Arion fue tajante.

—No.

Asintiendo en conformidad, Cassie miró una vez más a su alrededor.

—En ese caso, lo que tenga que saber, no va a ser tan malo —aseguró con un profundo suspiro—. Bueno, ya que me has traído hasta aquí, ¿qué te parece si seguimos con nuestro día libre?

Metiendo las manos en los bolsillos el hombre echó un vistazo alrededor.

—¿Qué te apetece ver ahora?

Cassie se encogió de hombros.

—Sorpréndeme.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

CAPÍTULO 15

—Cuando te pedí que me sorprendieras, no pensé que terminarías alquilando dos bicicletas para hacer un tramo del *Taff Trail* —rio Cassie llevando la bici de la mano mientras admiraba la belleza agreste de la naturaleza.

El *Taff Trail* recorría ochenta y nueve quilómetros entre la bahía de Cardiff y Brecon, en Gales. Había recibido el nombre por que discurría a lo largo del Río Taff y utilizaba buena parte de la abandonada rama del Ferrocarril del Valle Taff, el cual había servido para transportar el hierro y el carbón a lo largo de los siglos dieciocho y diecinueve.

Convertido en una ruta de senderismo, era utilizada por los ciclistas y caminantes que deseaban dejar atrás el ajetreo de las ciudades y penetrar en la espesa y agreste naturaleza, recorriendo páramos de increíble belleza.

—¿Arrepintiéndote tan pronto? —sugirió Arion admirando la voluptuosa figura de su esposa en el chándal negro con franjas celestes que había adquirido en una de las tiendas del pueblo. Cassie estaba realmente apetecible con aquella indumentaria.

Ella se había echado a reír cuando lo había visto señalar la tienda y decirle que iban a pasar la tarde montando en bici. Sus ojos castaños se habían iluminado con asombro e incredulidad cuando vio que hablaba en serio, pero el interés que Arion había visto en su mirada fue toda la confirmación que necesitaba.

En momentos como aquellos agradecía ser un demonio, ya que no había montado en bicicleta en toda su extensa vida, en realidad, incluso ahora empezaba a preguntarse si su virilidad seguiría teniendo el mismo tamaño después de haber estado sentado durante un buen rato en aquel incómodo asiento. Cuando Cassie había bajado el ritmo y finalmente se había detenido para continuar andando, agradeció a todos los dioses conocidos por aquel pequeño favor.

Sacudiendo la cabeza en respuesta a su pregunta, Cassie sonrió.

—En absoluto —murmuró alzando el rostro hacia el sol de la tarde—. Hacía muchísimo que no montaba en bici, pensé que ya no sabría cómo hacerlo, pero parece que es cierto eso que dicen, que una vez que has aprendido, nunca se olvida. Además, hace un día perfecto para pasear por el campo.

—Ya te lo dije, *pouli*, todo lo que necesitabas era relajarte y desconectar —le aseguró caminando a su lado llevando su propia bici de la mano—. Sólo eso.

Cassie indicó un tramo del camino unos metros por delante el cual se desviaba hacia un pequeño área de descanso.

—¿Podemos parar un rato?

Arion la miró arqueando una ceja.

—¿Cansada?

Cassie hizo un curioso gesto con los ojos.

—En realidad no, pero a mi trasero le vendría de miedo sentarse un poquito en un lugar que no fuese el sillín de la bicicleta —aseguró con un ligero rubor.

Esbozando una divertida sonrisa asintió.

—Puedo entenderlo, de verdad que sí.

Sonriendo ampliamente, la instó a continuar hacia el área de descanso.

—No pienso preguntar el por qué —aseguró ella echándose a reír.

Sacudiendo la cabeza ante el animado comentario de Cassie, la acompañó dejando las bicicletas una junto a la otra para finalmente sentarse en el oportuno asiento de madera. Ella se hizo a un lado para dejarle sitio pero su marido parecía tener otra idea en mente, ya que utilizó el resto del banco para tumbarse, apoyando la cabeza en su regazo.

—¿Ey? Si crees que no tienes suficiente espacio, puedo levantarme, ¿eh?

Arion alzó los brillantes ojos azules hacia ella y le hizo un guiño.

—No será necesario, *gynaika*, así estoy perfectamente bien.

—Pero que cara más dura —rio ella inclinándose hacia él al ver que cerraba los ojos—. No estarás pensando en echar una siesta justo aquí.

Su única respuesta fue un bajo gruñido masculino que la hizo poner los ojos en blanco. Tumbado cuan largo era sobre la superficie del banco, buena parte de sus piernas habían quedado en el suelo, al igual que ella vestía también pantalón de chándal y camiseta, aunque en su caso el tono azul oscuro con franjas celestes realzaba tanto sus abdominales y marcados músculos como el suave tono azul de sus ojos.

—Diez minutos, sólo diez minutos así —lo oyó murmurar.

Cassie sonrió para sí, su mirada recorriendo ahora los duros planos de su rostro, tímidamente alzó una mano para delinear, incluso sin llegar a tocar, el arco de sus cejas.

—Quién eres realmente —musitó más para sí misma que para él.

Arion no abrió los ojos pero respondió.

—Tu marido —murmuró girando la cabeza hasta frotar la nariz contra ella.

Una irónica sonrisa curvó los labios de Cassie.

—¡De verdad! Y yo sin saberlo —respondió en voz baja.

—Brujita.

—Demonio —respondió ella cediendo a la tentación de tocar aquellas doradas cejas.

Arion esbozó una amplia sonrisa, pero se negó a alzar los párpados.

—No lo sabes tú bien.

Cassie no respondió, se echó contra el respaldo del asiento y alzó la mirada disfrutando de la paz del bosque, de los sonidos propios de la naturaleza y los tibios rayos de sol acariciando su rostro. El calor del cuerpo de su marido cerca del suyo, el aroma limpio y masculino la hacía sentirse bien y tranquila, pero al mismo tiempo no podía evitar preguntarse si aquel breve interludio podría durar más de unos pocos días, Cassie empezaba a considerar seriamente lo que sería quedarse junto a él.

—Deja de pensar en tonterías —se dijo a sí misma.

—¿Qué clase de tonterías?

Su voz sonaba somnolienta.

Ella retiró las manos, apartándolas de su contacto.

—Nada, cosas mías —murmuró respirando profundamente.

Arion no insistió, pero podía sentir una nueva tensión en el cuerpo femenino bajo él.

—¿Qué ocurre, Cass?

Cassie bajó la mirada hacia él. Arion sólo la llamaba así en la intimidad.

—Me estaba preguntando… quién eres exactamente —murmuró, si bien no era aquello en lo que había estado pensando, no era una mentira. Ella, realmente, deseaba saber más de él.

Arion abrió los ojos encontrándose con los de ella.

—¿Qué deseas saber?

Los ojos castaños de Cassie se suavizaron, sus hombros se encogieron ligeramente marcando su respuesta.

—No lo sé, ¿qué estás dispuesto a decirme?

Él no vaciló, buscando su mano hasta tenerla entre las de él.

—Todo lo que estés dispuesta a aceptar, *gynaika*.

Ella se lamió los labios al escuchar sus palabras, como siempre, le era imposible desconfiar de ellas.

—Nunca me has hablado de tus padres, ellos… ¿Todavía viven?

Arion se incorporó entonces pasándose una mano por el pelo al tiempo que se sentaba al lado de Cassie.

—Si puede llamársele familia a los dos seres que me dieron la vida, pues sí.

Los labios femeninos se movieron lentamente, como si buscasen la respuesta adecuada. Arion ya había dado a entender en su conversación en el castillo que no tenía una verdadera relación con su familia.

—¿Hace mucho que no los ves?

Encogiendo sus amplios hombros, se volvió hacia ella.

—¿Cuánto tiempo hace que no ves tú a los tuyos?

La pregunta había escapado de sus labios antes de poder detenerla, cuando se tocaba el tema de sus progenitores, Arion no conservaba precisamente el buen humor.

—Cinco años.

La respuesta de Cassie lo tomó por sorpresa.

—Acababa de darle un infarto, Eloise vino a buscarme —confesó en voz baja—, aquella había sido la primera vez que habíamos estado nuevamente cara a cara después de que el juez me hubiese concedido la emancipación.

Asintiendo para sí mismo, se permitió responder también.

—Digamos que perdí el contacto con ellos poco antes de entrar en la agencia —respondió arrastrando las palabras—. Nunca… fui lo que ellos esperaban.

Cassie guardó silencio durante unos instantes, finalmente se animó a preguntar.

—¿Cuántos años tienes? No me malinterpretes —se apresuró a decir—, no aparentas más de treinta y cinco o así, pero bueno…

Arion sonrió.

—Unos cuantos siglos más que tú.

Cassie puso los ojos en blanco.

—Sí, claro.

Él alzó la cabeza para mirarla.

—¿Qué dirías si confesara que soy en parte demonio?

Ella esbozó una irónica sonrisa.

—Así que al fin lo admites.

Arion sonrió y negó con la cabeza.

—No en sentido figurado, Cassandra, sino en el literal.

—Claro, tú eres un demonio y yo soy una bruja.

Arion la miró a los ojos.

—Lo eres —aseguró con total convicción—. Y no sólo en sentido figurado, corazón.

Cassie le pegó en broma.

—Ahora sí que estás siendo un demonio.

Arion se recostó contra el respaldo del asiento y la miró de medio lado.

—Todavía no, pero pronto, *pouli*, muy pronto.

Arion era consciente de que Cassandra necesitaba dejar todo atrás, pero sabía que eso era algo que tendría que salir de ella. A pesar de la remodelación a la que había sometido su hogar en Cardiff, el lugar mantenía la huella de aquellos que lo habían habitado, ella los mantenía vivos a pesar de decirse a sí misma que se habían marchado. La sinceridad con la que se había conducido en el castillo, los recuerdos en forma de fantasmas que habían atraído sus dormidas facultades no hacía más que recordarle que antes o después todo estallaría. Cassandra había empezado a bajar los brazos desde el momento en que él había entrado en su vida, sus defensas habían resistido como una armada invencible pero ya era hora de atravesarlas y arrancarla de las garras de los oscuros y amargos recuerdos y la culpabilidad que anidaba profundamente en su corazón.

Ella deseaba la verdad y él se la daría en una forma que no podría rechazar.

Arion se desperezó lentamente, estirando los brazos.

—¿Cansado?

Él le dedicó un guiño.

—No he dormido precisamente mucho estos últimos días.

Cassie se sonrojó ligeramente, carraspeó y buscó un tema de conversación distinto.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

Los ojos azules del hombre descendieron sobre ella.

—¿Todavía no he satisfecho tu curiosidad?

La doble intención en sus palabras la hizo sonrojar, con todo obvió su respuesta y continuó.

—Me preguntaba, cómo fue que terminaste trabajando para una Agencia de Citas.

Arion hizo una mueca.

—La Agencia Demonía no es una agencia de citas —respondió con un pequeño bufido.

—Citas, acompañantes, ¿qué diferencia hay? —comentó ella—. Tú estás aquí, y tienes un contrato conmigo, ¿no?

—No es lo mismo —insistió él—. Más allá del contrato, eres mi esposa.

—Sí, bueno, nadie es perfecto.

Él sonrió ante su respuesta.

—Entré en la agencia el día en que conocí a mi jefe —respondió Arion estirando las piernas—. Digamos que en aquel entonces no estaba muy *inspirado*, tendía a meterme en problemas y en uno de aquellos, digamos que jodí con quien no debía. Nick evitó que me cortaran las alas… literalmente —masculló haciendo una profunda mueca—. Él vio algo en mí, me ofreció un lugar en el que poder emplear mis… um… facultades y adquirir un poco de la disciplina que me faltaba.

—Así que fuiste un chico malo.

—Soy un demonio, *pouli* —le respondió dedicándole un guiño.

Ella negó con la cabeza.

—¿Y funcionó?

Arion recordó su primer encargo en la agencia.

—Sin duda, aprendí una buena lección con mi primer cliente —aseguró utilizando un tono de voz un poco más bajo de lo normal.

Cassie puso los ojos en blanco.

—Estoy segura de ello —respondió con ironía.

Sonriendo, Arion negó con la cabeza.

—En nuestra agencia no todo se reduce al sexo, Cassandra —le aseguró con picardía—.

En el caso de Helina, ella no deseaba un amante, sólo compañía.

—Te rechazó —sonrió ella, alegrándose con el hecho de que alguien le hubiese parado los pies a aquel hombre.

Arion negó lentamente.

—Helina tenía veintitrés años y acababan de diagnosticarle leucemia cuando la conocí —explicó dejando a Cassie sin palabras—. Nunca antes había conocido a un ser humano con tanta ilusión por la vida, con esa fortaleza interior. A pesar de que era consciente de que su tiempo se terminaba, vivía cada día como si fuese especial y hacía que los demás lo viésemos también de esa manera. Mi encuentro con ella me dejó huella.

—Ella… —preguntó Cassie con suavidad.

Él asintió.

—Se fue durante mi último día con ella, nos habíamos sentado en el jardín, le gustaba estar al aire libre —murmuró—. Se quedó dormida en su tumbona bajo los rayos del sol de la mañana y ya no despertó.

Cassie tragó saliva.

—Lo siento, Arion.

Sus ojos azules cayeron sobre ella una vez más y sonrió.

—Ella cambió mi forma de ver las cosas, me enseñó una valiosa lección —aceptó sin reservas.

—Debió ser una joven muy especial.

—Lo era —aceptó volviendo a ocupar su posición original, utilizando su regazo como almohada—. Como lo eres tú.

Cassie negó con la cabeza.

—Común es una buena palabra para describirme —aseguró ella bajando la mirada sobre el rostro masculino.

—*Gynaika*, tú eres cualquier cosa menos común —le aseguró con una breve risita.

Ignorando su broma, deslizó la mano hasta su hombro, dejándola allí.

—Así que, fuiste un rebelde.

Arion esbozó una irónica sonrisa. ¿Rebelde? Más bien un superviviente, un paria entre su propia gente que no encajaba en ningún sitio, siempre intentando abrirse paso a golpes hasta que Nick se cruzó en su camino evitando que cometiese la mayor estupidez de todas. Su vida no había sido un camino de rosas, no en un mundo en el que el más fuerte era el que se comía al más débil.

—Soy como soy, Cassandra, como la vida me ha obligado a ser —reconoció, sabiendo que eso, ella lo entendería—. Al igual que tú.

Cassie no respondió, no había forma de rebatir eso.

—¿Y cómo encaja el matrimonio en esa vida?

Arion echó la cabeza hacia atrás para poder mirarla a los ojos.

—¿Cómo encajó en la tuya?

Ella no dudó en responder.

—Yo no tengo nada que perder, mi vida ha sido siempre bastante monótona, pero tú —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Tú tienes una vida más allá de la agencia, familia, amigos…

—Mi familia actual eres tú —le aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Reconozco que no era algo que hubiese planeado, pero tampoco me ha ido tan mal, te tengo a ti.

Ella sonrió suavemente, ese hombre sabía siempre qué decir en el momento adecuado.

—¿Te importa si nos quedamos aquí un rato más? —le preguntó acomodándose, rodeando la cintura femenina con un brazo desde su posición mientras descansaba el otro sobre su estómago—. Es realmente agradable y pacífico.

Cassie no pudo responder cuando Arion enlazó los dedos de su mano con los de ella, manteniéndola cerca de él, haciéndola sentir valiosa por primera vez en mucho tiempo.

—No, podemos quedarnos —murmuró ella jugando con sus dedos—, lo que haga falta.

Al caer la noche Cassie no sabía exactamente qué era lo que le dolía más, si el culo por el sillín de la bicicleta o las piernas, el paseo había resultado más agradable y revelador de lo que esperó en un principio, y en cierto modo también liberador. Por primera vez desde la muerte de su madre, había sido capaz de hablar en voz alta de lo que había sucedido, de la manera en que tuvo que enfrentarse a la muerte y seguir adelante con nada más que un recuerdo para luego tratar de encajar en una familia prefabricada. Lo había intentado, desde el primer momento había intentado encontrar en la nueva familia de su padre su propio espacio, pero había sido imposible, el rencor que guardaba en su interior hacia el hombre que la había engendrado había superado todo lo demás.

Cassie se desperezó como un gato, estirándose al tiempo que se llevaba la mano al cuello con una mueca de dolor.

—¿Dolorida?

Ella se volvió al escuchar la voz masculina a sus espaldas. Arion había alquilado una habitación en el hostal del pueblo poniendo como excusa que no le apetecía conducir de noche, cansada como estaba después del día tan activo que había pasado en su compañía no había puesto objeciones, después de todo, no era como si no hubiesen estado solos los últimos días.

Apoyado contra el marco de la puerta con los brazos cruzados a la altura del pecho, la recorrió con la mirada.

—¿Quieres que te dé un masaje?

Cassie no pudo evitar sonrojarse ante la sensual sugerencia. Conocía sus expertas manos en persona y cómo éstas eran capaces de obrar verdadera magia.

—¿Si te digo que sí, te limitarás al masaje?

Arion sonrió con diversión.

—Podría intentarlo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Ésa no es una respuesta lo suficientemente buena para mí —le aseguró señalando la puerta del baño con el pulgar—. ¿Tenemos agua caliente?

Asintiendo, caminó hacia ella.

—Sí, señora —ronroneó recorriéndola con la mirada—. ¿Necesitas ayuda? ¿Qué te frote la espalda, quizás?

Soltando una ligera risita negó con la cabeza.

—No gracias —le sonrió—. Pero sí te agradecería que nos consiguieses algo para cenar, estoy hambrienta.

Arion arqueó una ceja antes de responder.

—Mira por dónde yo también.

Ella se echó a reír.

—No de esa clase de hambre, Catrides —lo detuvo posando su mano sobre el pecho masculino cuando él hizo el intento de ir a por ella—. De la de comida.

Suspirando, Arion ladeó ligeramente la cabeza y la contempló.

—¿Algo en especial?

Cassie sacudió la cabeza.

—Cualquier cosa estará bien —aceptó retirando la mano con lentitud. Sus ojos castaños se encontraron con los suyos y sus mejillas se sonrojaron durante un instante—. No se me da bien hacer estas cosas pero… gracias —Cassie lo besó en la mejilla sorprendiendo al hombre—. No sé cómo lo haces, pero siempre vas un paso por delante de mí.

Arion le devolvió la sonrisa y se inclinó sobre ella acariciándole los labios con los propios.

—Tengo mis trucos —aceptó depositando ahora un breve beso en la nariz—, y tú eres perfecta para ponerlos en práctica.

Riendo ante la picardía en su voz, Cassie dio un paso atrás y sacudió la cabeza.

—Si estás pensando en utilizar nuevamente conmigo ese asuntillo del Pacto, mejor déjalo para mañana —le dijo volviéndose hacia la puerta del baño—. Si después de ducharme y cenar algo todavía sigo consciente, será un milagro.

Arion sonrió ante la respuesta femenina.

—Sólo procura no quedarte dormida en la ducha, *pouli*, del resto —la miró de arriba abajo —, ya me ocuparé yo.

Negando con la cabeza, murmuró algo así como «hombres» y se perdió en la sala contigua que llevaba al cuarto de baño sin llegar a escuchar el resto de la respuesta de Arion.

—Y la cena, sólo será el comienzo.

El agua resbalaba por su cuerpo llevándose consigo el cansancio y entumecimiento, el jabón sobre su piel resultaba agradable y fresco, Cassie estaba realmente agradecida de poder contar con aquella ducha tardía. No había nada que le gustase más que meterse bajo el chorro del agua caliente después de un día inesperadamente activo, y aquel había superado con mucho todo el ejercicio hecho en los últimos meses.

—Mañana no podré ni caminar de las agujetas que voy a tener —se dijo a sí misma sonriendo ante la ironía de ello—. Aunque ha sido una experiencia divertida.

—Ni yo podría estar más de acuerdo.

Cassie dio un respingo al escuchar la voz de su marido sólo para volverse y verlo arquear una ceja mientras su mirada descendía hasta sus senos, los cuales se había cubierto con el brazo.

—No sabía que ahora la cena se sirviese en la ducha —le dijo ella con obvia ironía.

Él sonrió y se lamió los labios mientras la recorría con una mirada abiertamente sexual.

—En realidad, sólo he venido a buscar el plato —respondió en un bajo ronroneo—. La comida siempre sabe mejor si se sirve en el recipiente adecuado.

La sorpresa y confusión de Cassie pronto dio paso al bochorno más absoluto. Sus mejillas adquirieron un color rojizo que pronto fue extendiéndose por todo su cuerpo, dotando su piel de un adorable sonrojo. Las palabras eran incapaces de abandonar sus labios de modo coherente, todo lo que podía hacer era balbucear mientras su mente iba formando la imagen que sugería las

palabras de Arion.

—No… no puedes… tú… eso no es… —intentó encontrar la respuesta adecuada, pero todo se esfumaba rápidamente de su mente.

Arion se había quitado la camiseta quedándose solamente con el pantalón del chándal, su pecho musculoso y bronceado parecía burlarse de Cassie al igual que la parte superior del tatuaje alado que asomaba sobre sus hombros, un cuerpo demasiado perfecto para un hombre cuyo sexapil era suficiente para tenerla de rodillas y jadeando que la montase. Lentamente, como si midiese cada uno de sus movimientos, estiró el brazo al interior de la ducha y cerró el grifo del agua para luego deslizar la mano sobre el cuerpo húmedo, delineando la curva de su cadera.

—Sabes que sí puedo, como también sabes que lo haré —le aseguró suavemente, su otra mano se unió a la primera en aquella sutil caricia—. Y que ambos lo disfrutaremos, especialmente tú.

Cassie tragó saliva, su cuerpo empezó a temblar bajo sus manos, su interior se convirtió en fuego líquido bajando directamente a su centro. Aquel hombre era capaz de llevarla al orgasmo con tan sólo su voz.

—¿No podríamos hablarlo?

Arion se echó a reír.

—¿De verdad quieres pararte a hablar?

Ella se lamió los labios, ¿qué podía decir cuando todo su cuerpo ardía por él?

—No puedes hacerlo, esto no —consiguió añadir Cassie retirándose de su contacto.

Arion chasqueó la lengua y la rodeó con los brazos, atrayendo su cuerpo mojado contra el de él.

—Sí puedo —le aseguró con suavidad, sus ojos azules recorriendo el rostro femenino—. Tú me das permiso para hacerlo con cada mirada, con cada estremecimiento de tu cuerpo, Cassandra, me invitas con cada palabra, con esa sutil desconfianza que clama a gritos ser desafiada. Me llamas aún sin saberlo, esposa y todo mi ser no puede si no responder a tus demandas, porque eres mía, Cass, de una manera que no puedo empezar siquiera a explicar.

decir las palabras correctas en el momento exacto. Arion la había desarmado con tan sólo unas pocas palabras, pero más que éstas era el tono de su voz, la absoluta verdad que residía allí y que barría de un plomazo cualquier duda.

—Quiero amarte a mi manera, Cassandra y cumplir la más íntima de tus fantasías —aseguró sin dejarle tiempo a pensar—. ¿Me lo permitirás, *pouli*? ¿Me concederás una noche más el privilegio de hacer tomar en mis manos tu voluntad?

Cassie tragó saliva, se lamió los labios y musitó.

—Pero, todavía no es medianoche —musitó temblando de deseo y nerviosismo entre sus brazos—. El Pacto…

Los dedos de Arion recorrieron el rostro femenino, acariciándole los labios e interrumpiendo así sus palabras.

—¿Confías en mí, Cass?

Un ligero asentimiento fue toda respuesta.

—Bien, porque eso es lo único que voy a pedir esta noche de ti —aseguró acercándose a su boca—. Que deposites tu confianza en mis manos y disfrutes del placer.

La cena quedó olvidada bajo la húmeda y demandante boca masculina la cual la introdujo directamente en el más pecaminoso y sensual de los postres.

CAPÍTULO 16

Cassie se estremeció de anticipación, no podía creer que le estuviese permitiendo hacer aquello. Su espalda se arqueó involuntariamente en el colchón al tiempo que él tomaba sus manos y las extendía a los lados, al instante la suavidad de la seda se cerró alrededor de sus muñecas manteniéndola inmóvil y sujeta al cabecero de la cama.

—Esto es para tu placer, *agapi*, sólo para tu placer —ronroneó besándola suavemente en los labios antes de retirarse y mostrarle un pañuelo de seda negro que no tenía la menor idea de dónde había salido—. ¿Confías en mí?

Cassie se lamió los labios pero no tuvo ni que pensárselo.

—Siempre.

Sonriendo Arion le acarició el rostro con el pañuelo de seda y finalmente se lo ató alrededor de la cabeza, cubriéndole los ojos.

Durante algunos instantes, Cassie sólo lo oyó moviéndose por la habitación, entonces unas gotas mojaron sus labios, su sabor dulce alcanzó su lengua.

—Chúpalo —oyó su voz ronca en el oído mientras le acariciaba los labios con el gajo de una naranja para luego retirarlo de su boca y volver a introducírselo muy suavemente—. Muerde suavemente.

Ella lo hizo dejando que el jugo de la naranja se deslizase por sus labios cuando él lo retiró. Su estómago se encogió cuando le sintió arrastrando el pedazo de fruta dejando un sendero húmedo y pegajoso sobre su piel hasta detenerse en su ombligo, entonces sus pezones recibieron una helada atención por parte del bote de espray de la nata. Cassie reconocía aquel aroma y el sonido del bote de la nata montada, su cuerpo poco a poco se iba convirtiendo en un erótico plato cubierto de fruta, dulces y nata, todo ello estratégicamente colocado para aumentar la sensación de placer por ambas partes. A ella le hubiese gustado verle moverse a su alrededor, pero la venda que le cubría los ojos se lo impedía al tiempo que hacía más intensas las sensaciones.

Él estaba tan desnudo como ella, había sentido la calidez de su piel acariciándola, su erección en semi reposo se endurecía con cada nuevo contacto, la sola idea de verlo en aquel estado la encendía aunque era consciente de que sus mejillas se habrían teñido de rojo como le ocurría cada vez que podía los ojos sobre aquel magnífico cuerpo masculino y toda clase de tórridos pensamientos cruzaban su mente.

Su cuerpo se estremeció involuntariamente una vez más al sentir como tiraba de las ataduras en sus tobillos. Sintió su mano deslizándose por el interior del muslo, tendida sobre la cama con los brazos por encima de la cabeza en una postura bastante cómoda a pesar de la restricción y las piernas abiertas dejando a la vista su cada vez más húmedo sexo se sentía erótica y malditamente excitada.

—Suave como la seda —lo oyó murmurar todavía acariciando su muslo—, y dulce como la miel.

Haciendo honor a sus palabras sintió algo pegajoso extendiéndose por la cara interior de su muslo acercándose peligrosamente a su hinchado y humedecido sexo.

—Eres un plato exquisito, Cass, uno en el que voy a disfrutar de una erótica cena —le

susurró, su cálido aliento acariciándole el sexo antes de retirarse por completo.

El silencio inundó la habitación durante unos instantes, en sus oídos resonaba su propio latido, la espera, la incapacidad de ver, todo hacía que sus nervios estuviesen de punta, el colchón se hundió entonces levemente y sintió la mano masculina acariciándole el costado mientras el aliento de su respiración le calentaba el rostro.

—Estás muy callada, bonita —le susurró al oído—, ¿excitada por lo que vendrá?

Cassie se lamió los labios para responder, pero sus palabras se vieron interrumpidas por la boca masculina tomando posesión de la suya con lánguida calidez. Sus lenguas se encontraron enredándose, lamiéndose y succionándose, sus labios trabajaban sobre los suyos saqueando su boca como si quisiera bebérsela por completo haciendo que su cuerpo se relajara y su sangre se derritiera corriendo más rápido por sus venas.

—Arion —gimió cuando él arrancó sus labios de los suyos.

—Estoy aquí, Cass —le susurró deslizando la lengua por la garganta femenina, recogiendo el jugo que el zumo de la naranja había dejado sobre su piel—, voy a estar justo aquí durante todo el tiempo, amor.

Ella gimió ante la erótica sensación de su lengua lamiéndole la piel, sus manos acariciándole los costados sin que ella pudiese hacer otra cosa que arquearse para acercarse más a él. Lo sintió morderle la piel un instante antes de sentir su boca succionar el hueco de su clavícula al recoger el primer pedazo de fruta y el jugo deslizándose sobre su piel en camino descendente.

—Deliciosa —lo oyó ronronear antes de continuar con su paladeo.

Arion se deslizó sobre su cuerpo, lamiéndole la piel con lentas pasadas de la lengua, deleitándose en su sabor mezclado con el propio de ella, sus ojos miraron con glotonería sus pechos los cuales había untado con sirope de chocolate coronando sus pezones con nata montada.

Su postre favorito.

Aunque intuía que a partir de este momento su adicción por el chocolate quedaría relegada por su adicción por aquella mujer.

Su polla saltó al entrar en contacto con la piel de ella cuando se inclinó sobre su pecho, se mantenía en equilibrio apoyando una rodilla sobre el colchón y el otro pie en el suelo, la posición perfecta para apropiarse del postre que coronaba los senos femeninos.

Lamiéndose los labios bajó la boca sobre el cremoso pezón y lamió la nata suavemente oyendo el jadeo femenino en respuesta así como el temblor en su cuerpo cuando Cassie tiró de sus ataduras, sonriendo repitió la operación antes de deslizar la lengua alrededor de la aureola teñida de chocolate. Su sabor era adictivo, podía pasarse toda la noche lamiendo su cuerpo y no terminaría de saciarse, sus pezones se endurecieron bajo su toque rodando en su lengua mientras retiraba lamida a lamida todo rastro de chocolate primero de un seno y luego de otro. Para cuando terminó, Cassie suplicaba y gemía cosas incoherentes presa del deseo y la excitación, sus muslos se habían unido en la medida que las restricciones de sus pies le permitían untándose uno al otro con la miel que había esparcido en el interior de ambos.

El ombligo femenino resultó ser un lugar erógeno, Cassie se había retorcido bajo él, alzando sus caderas, suplicando y maldiciendo todo al mismo tiempo sólo para frustrarse cuando Arion se negaba a darle lo que pedía y se apartaba dejándola para que se enfriase antes de volver de nuevo a tomar posesión de su piel.

Para cuando llegó a sus muslos, ella estaba desesperada, había dicho su nombre una y cien veces entre súplicas y maldiciones y no dudaba que la frustración había encendido su cuerpo

hasta cotas difíciles de soportar para alguien de la inocencia de Cassie.

—Que vocabulario, *pouli*, harías sonrojar a un camionero.

—¡Que se joda el camionero!¡Joder! ¡Arion por lo que más quieras, necesito correrme, no puedo soportarlo más!

Él sonrió y bajó entre sus piernas soplando en su sensible carne, sus jugos habían mojado ya los muslos y la ropa de la cama dejando evidencia de su altísima excitación, realmente era un milagro que no se hubiese corrido todavía pero por otro lado, él no era un miembro de la Agencia Demonía por haberle tocado el ingreso en la lotería.

Su excitación había aumentado la suya propia llevándolo a un punto doloroso, su polla estaba hinchada y deseosa de liberación, pero antes quería probar otra clase distinta de miel, la que lo enardecía y le llamaba a gritos deslizándose entre los pliegues del sexo femenino.

—Por favor… —la oyó gimotear de nuevo—, Ari… por favor.

El oír el diminutivo de su nombre en sus labios lo sorprendió, había muy poca gente que se atreviese a llamarle así y el oírlo de Cassie lo condujo al límite.

Hundió la boca entre sus piernas y la tomó con la lengua, lamiendo su sexo como un hombre sediento, oyendo sus gemidos en respuesta, sintiendo la elevación de sus caderas en una muda invitación a penetrarla más profundamente. Ella sabía mucho mejor que cualquier comida, que cualquier dulce y maldito fuera, sabía que aquel sabor se había grabado a fuego en su mente y en su boca y jamás podría arrancarlo de sí.

—Arion… señor… Ari… sí…

Jadeando se alzó sobre su cuerpo posicionándose en su húmeda abertura y le arrancó la venda de los ojos al tiempo que se hundía profundamente en su cuerpo y tomaba su boca con el mismo ímpetu, sus caderas empujando para conducirse a casa antes de retirarse de nuevo y volver a ejercer el mismo movimiento, la cama resintiéndose bajo ellos mientras la montaba con desesperación, bebiéndosela, marcándola como suya, su compañera, su esposa, la única hembra posible para él.

Las ataduras que cubrían las manos y pies de Cassie se soltaron solas, pero ella ni siquiera prestó atención, todo lo que deseaba era abrazarlo, atraerlo muy cerca de sí, atarse a él y no soltarle jamás.

El orgasmo que sobrevino fue intenso y se llevó consigo todo posible pensamiento racional dejándoles agotados y saciados, uno en brazos del otro. Cassie se acurrucó contra él buscando su calor, sus ojos marrones se alzaron hacia él al tiempo que una pícara sonrisa se extendía en sus labios.

—¿Crees que ahora podrías hacer algo para evitar las agujetas que seguro me saldrán?

Arion se echó a reír, la abrazó y le acarició el cuello con la nariz.

—Es posible que se me ocurra algo.

Y fiel a su palabra, se lo demostró.

CAPÍTULO 17

Cassie se giró una vez más ante el espejo de cuerpo entero de su dormitorio, la blusa y la falda de lana gris perla que llevaba puesto a juego con la larga chaqueta había sido una compra hecha las pasadas navidades, una ganga que había encontrado en el centro comercial y a la que no había podido resistirse, un conjunto que sólo se había puesto una vez y que no terminaba de convencerla.

Habían regresado a Cardiff aquella misma mañana, un regreso un tanto agridulce. Nunca se había imaginado que le diese miedo volver a su propia casa, era el lugar en el que se había criado, su hogar, el único que había conocido. Pero después de lo que había ocurrido en el castillo, de los recuerdos que habían regresado a su mente, sabía que a pesar de las remodelaciones hechas al pequeño piso, los recuerdos del pasado seguían presentes en cada rincón, en cada pared y que ni toda la pintura del mundo podría deshacer aquello hasta que ella misma lo aceptase e hiciese algo para cambiarlo.

Aquella breve escapada había hecho mella en Cassie de una forma que apenas podía empezar a asimilar.

—Debería haberme puesto el traje de chaqueta —murmuró alisando una vez más la falda que delineaba sus llenas curvas—, es más apropiado para la noche.

Astrid había llenado su contestador automático de varios mensajes que les recordaban a ambos la cena que tenían prevista para aquella noche, durante todo el día Cassie había argumentado una y mil cosas que pudiese poner como excusa para evitar aquella cena, pero Arion se las había ingeniado para desmontarlas una tras otra hasta que no le había quedado más remedio que resignarse.

Su marido, impecable con una camisa gris oscura y pantalones negros que lo hacían parecer un modelo de pasarela, se volvió hacia ella sin disimular un ápice la apreciación que parecía vivir permanentemente en su mirada.

—A mí me gusta lo que veo, Cassandra —le aseguró con una ronroneante caricia.

Cassie lo miró y se sonrojó ante su abierta mirada sensual.

—Parezco un bollo glaseado.

Arion sonrió.

—Me gusta el glaseado, sobre todo me gusta lamerlo.

—D.I. —respondió ella aferrando su bolso—. Demasiada información.

Ahogando una divertida sonrisa, Arion se acercó a ella desde atrás y la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia él.

—Relájate, *pouli*, sólo es una cena —le aseguró al tiempo que le acariciaba el cuello con la nariz, aspirando su aroma—. Nos iremos antes de que os emborrachéis y os pongáis a bailar desnudas sobre la mesa.

Cassie se echó hacia atrás para mirarle a la cara.

—No lo digas ni en broma.

Arion sonrió y la besó suavemente.

—Estás deliciosa —le susurró al oído—, deja de preocuparte, todo irá bien.

Suspirando profundamente, asintió y dejó sus brazos para coger el bolso.

—De acuerdo —aceptó ella con un suspiro—. ¿Te importa si vamos caminando? No está a más que un par de manzanas de aquí.

Arion se encogió de hombros.

—Como desees.

Asintiendo, comprobó que llevaba todo lo importante en el bolso y echó un rápido vistazo al dormitorio.

—Cuando pase todo este asunto de la boda, creo que haré alguna que otra reforma —aceptó con un profundo suspiro, entonces sonrió y miró a Arion—. ¿Nos vamos?

La noche se presentó suave y tibia, un aliciente más para decidirse a pasear por la ciudad cuando el silencio y las luces ocupaban el lugar del bullicio y nublado día. El restaurante que habían elegido estaba a pocas calles de la entrada sur del recinto que englobaba el Castillo de Cardiff, un caro y elegante restaurante al que su amiga solía acudir cuando ocurría algún evento importante.

—¿Tienes frío?

La voz de Arion unida al suave apretón de la mano que le rodeaba la cintura hizo que Cassie volviese la mirada al frente.

—No, no, yo… lo siento, estaba distraída.

Arion la acercó a él suavemente y le apartó un par de mechones que se habían escapado del sobrio recogido en el que llevaba el pelo.

—Estás temblando, *pouli*.

Negando con la cabeza, sonrió y le indicó el local con un gesto de la barbilla.

—Estoy bien —aseguró posando su mano sobre la masculina—. ¿Entramos?

—Después de ti —le cedió el paso.

El lujo del restaurante contrastaba con lo acogedor que resultaban sus salas, un maître los recibió nada más traspasar sus puertas.

—Buenas noches —los saludó—. ¿Tienen mesa reservada?

Cassie sonrió suavemente y asintió.

—Hemos quedado aquí con unos amigos, la reserva debe estar a nombre de Astrid Lowell. Soy Cassandra Joyce…

Arion arqueó una ceja al oír escuchar la respuesta de Cassie.

—Catrides —le recordó Arion con cierta diversión.

Ella puso los ojos en blanco, pero el maître había dejado de escucharla después de oír el apellido de Astrid.

—Por supuesto, la señorita Lowell pidió que les hiciésemos pasar en el momento en que llegasen —aseguró—. Por aquí, por favor.

Intercambiando una divertida mirada, la pareja siguió al maître hasta un reservado en la mejor zona del restaurante dónde Astrid y Edgard parecían estar charlando mientras disfrutaban de un buen vino. La amiga de Cassie dejó su copa en la mesa tan pronto los vio esbozando una alegre sonrisa al tiempo que se levantaba para darles la bienvenida.

—Empezaba a pensar que ibais a darnos plantón —comentó Astrid saludando a Cassie y luego a Arion.

—No negaré que fue algo que se me pasó en algún momento por la cabeza —respondió Arion mirando a su mujer—, sin ofender la belleza presente, Astrid, pero la compañía de Cassie es… estimulante.

La mujer sonrió ampliamente y se rio al tiempo que enlazaba a su amiga del brazo.

—Si ese fuese el motivo, quizás te hubiese perdonado —aseguró volviéndose a su amiga,

quien estaba fulminando a su marido con una directa mirada—. Pero conozco a Cassie, aunque estuviese muerta, se arrastraría hasta aquí.

Ella hizo una mueca.

—O eso, o serías capaz de ir a buscarla a la tumba y resucitarla sólo para que pudiese oír tu discurso —añadió el hombre que se había levantado también con una amplia sonrisa en sus labios. Algo más alto que Astrid y vestido con pantalón y jersey oscuros que realzaban el pelo castaño claro y los vibrantes ojos verdes, Edgard era el vivo retrato de la felicidad—. Tú debes ser el famoso marido de la pequeña ardilla.

Arion arqueó una ceja al tiempo que se volvía hacia Cassie.

—¿Pequeña ardilla?

Ella se sonrojó incluso más, sus mejillas a punto de entrar en combustión.

—Edgard y Cassie se conocen desde el parvulario —aseguró Cassie al tiempo que los dos hombres se miraban y saludaban—, fueron vecinos durante mucho tiempo, hasta que mi amor se fue del país y no volvieron a reencontrarse hasta que yo los presenté.

Cassie carraspeó.

—La escena fue memorable —aseguró ella con ligereza.

—Edgard Everett —se presentó formalmente estrechándole la mano—. Es bueno saber que la ardillita está en buenas manos.

—Sin duda lo está —aceptó Arion correspondiendo a su saludo—. Arion Catrides y no sé si famoso, pero sí soy el marido de Cassandra.

—Oh, eres famoso, bebé, créeme, lo eres —aseguró Astrid con absoluta convicción al tiempo que miraba a Cassie con una pícara mirada—, ¿verdad que sí, Cassie?

Ella se limitó a mirar a ambos hombres, los cuales parecían estar pasándolo realmente bien con su bochorno.

—Sí, toda una estrella de Hollywood —musitó ella entre dientes haciéndolos reír.

—Deja de martirizarla, As —pidió su prometido, al tiempo que tendía la mano para tomar la de Cassie y llevársela a los labios con galantería—. No he tenido tiempo de felicitarte, preciosa, te deseo todo lo mejor.

Asintiendo, Cassie sonrió con cariño. Había sido toda una sorpresa volver a encontrarse con Edgard después de tanto tiempo, pero nada comparado a lo que había sido saber que era el hombre elegido por As para ser su marido. Hacían una hermosa pareja y sólo había que verlos juntos para ver el amor entre ellos.

—Gracias, Edgard —asintió ella volviéndose entonces a Astrid—. Perdón por el retraso, hemos estado fuera de la ciudad, una breve escapada, llegamos esta mañana.

A la mujer le brillaron los ojos y asintió con emoción.

—No hay nada que perdonar, cariño, lo importante es que lo hayas pasado bien —le hizo un guiño que indicaba cierto grado de complicidad.

Cassie se sonrojó y miró a Arion quien le guiñó el ojo en respuesta.

—Sin duda lo pasamos muy bien.

Ahogando una sonrisa puramente masculina que comprendía perfectamente la respuesta de Arion, Edgard los invitó a tomar asiento.

—Sentaos chicos, tomemos una copa antes de pedir la cena —sugirió mirando a su prometida en busca de confirmación y sonriendo al ver el amor en sus ojos.

—Sí —asintió Astrid dejándole su lugar a Cassie para ir a sentarse junto a su prometido—. Tenemos que celebrar vuestra boda y nuestro próximo matrimonio.

Arion retiró la silla para que Cassie pudiese sentarse.

—Gracias —susurró tomando asiento, para luego observar a Arion mientras hacía lo propio.

Edgard sirvió otras dos copas que había depositado casi de inmediato un camarero en su mesa y se las ofreció a los dos recién llegados, para luego rellenar las suyas.

—Por el matrimonio —sugirió alzando su copa.

—Por la felicidad —añadió Astrid uniendo su copa a la suya—, y por compartir muchas más veladas como ésta en compañía de amigos como vosotros.

Cassie sonrió y alzó su copa.

—Por la amistad.

—Por vosotros —aceptó Arion y chocaron las copas dando inicio al primer brindis de la noche.

La velada resultó ser muy agradable para ambas parejas, Edgard había encontrado un contrincante digno en Arion a quién, Cassie descubrió, compartía muchos gustos con su anfitrión. Los dos hombres parecían haberse caído bien y pronto entraron en una comunión masculina que hizo sonreír a las dos mujeres y arrancó más de una carcajada a lo largo de la noche.

Después de haber dejado reposar la comida, y tomado el postre, ambas mujeres se disculparon retirándose durante unos minutos al tocador de señoras, un ritual que parecían compartir las mujeres de todas las épocas, sin importar su lugar de procedencia, escala social o convicciones.

—Um… se me había olvidado decírtelo, pero ya he conseguido una cita con ese abogado que te mencioné, cree que no habrá problema en disolver tu matrimonio… si todavía deseas hacerlo.

Las palabras de Astrid tenían un abierto doble sentido, uno que hizo que la mirada de Cassie perdiese el brillo que había contenido hasta ese momento.

—Oh, Cassie, ¿es realmente tan malo? —preguntó contemplando su reflejo en el espejo del tocador.

Ella se encogió ligeramente de hombros, la duda bailaba en sus ojos cuando encontró la mirada de su amiga.

—Supongo que podría ser peor, ¿no?

Astrid negó lentamente con la cabeza y la abrazó desde atrás, posando la barbilla sobre su hombro como solían hacer tantas veces.

—Te has enamorado de él.

Cassie sostuvo su mirada durante unos instantes, entonces sacudió la cabeza.

—No tiene ningún sentido, esto no debería de haber ocurrido, él no es…

—Cassie —Astrid se giró hasta quedar frente a ella, apoyada contra el lavamanos—, no tienes que justificarte conmigo.

Mordiéndose el labio inferior alzó la mirada a lo que Astrid suspiró.

—Sí lo has hecho.

Cassie no podía negarlo, aquella era la verdad. No sabía ni cómo ni en qué momento había ocurrido, pero se había enamorado de su marido.

—Es una completa locura, pero… creo que… me he enamorado de Arion, As.

Sonriendo suavemente le acarició la mejilla.

—¿Y qué piensas hacer?

Cassie se apartó al tiempo que negaba con la cabeza.

—No lo sé, el contrato se termina mañana y…

Astrid frunció el ceño.

—¿El contrato?

Negando una vez más con la cabeza fue hacia Cassie.

—¿No te lo ha dicho?

Cassie frunció el ceño.

—¿Decirme el qué?

La tristeza y resignación que cubrió durante un instante los ojos de su amiga no pasaron desapercibidos para Cassie.

—Quien es en realidad.

La extrañeza en el rostro de Cassie siguió en aumento haciendo que su amiga negase con la cabeza y le tomase ambas manos.

—Cassie, los… los chicos de la agencia no son lo que parecen —le aseguró intentando encontrar las palabras adecuadas—. Sé que esto puede sonar un poco a locura, pero créeme, cariño, yo sólo quiero lo mejor para ti y creo que ese hombre que está ahí fuera con mi prometido lo es.

Cassie no necesitaba que se lo dijese su amiga, lo sabía, por más que había intentado mantenerse al margen, Arion había conseguido meterse en su piel y mucho más adentro, su presencia había sido algo más que un soplo de aire fresco, toda su vida había dado un vuelco desde el momento en que se había despertado en su cama, con su anillo en el dedo.

—Es… es un buen hombre.

Astrid suspiró.

—Me temo que es mucho más que eso, cariño.

Cassie no acababa de entender las insinuaciones que le estaba haciendo su amiga.

—¿Qué quieres decir?

Negando con la cabeza, le sonrió.

—No me corresponde a mí enseñártelo —aseguró mirando hacia la puerta del tocador de señoras para luego volverse hacia ella—. Pero acepta este consejo que te doy, Cassie. Pase lo que pase de aquí a que termine tu contrato de la agencia con él, recuerda quien ha sido el hombre que ha permanecido a tu lado durante estos últimos días, el hombre del que te has enamorado. Si tienes eso presente, todo irá bien.

La inquietud de Cassie empezaba a aumentar.

—As, ¿de qué estás hablando?

La mujer negó con la cabeza y la abrazó.

—No le dejes escapar, Cassie, hombres como él sólo aparecen una vez en la vida —le aseguró abrazándola con cariño—. Si hay alguien que se merece una pizca de felicidad en la vida, ésa eres tú.

Sin decir una palabra más, Astrid abandonó el tocador de señoras dejándola sola con aquellas extrañas palabras dando vueltas en su mente.

Después de aquello pasaron un buen rato riendo y bromeando con la pareja hasta que finalmente los novios decidieron retirarse.

—Ha sido una noche encantadora, tenemos que volver a repetirlo —aseguró Astrid mirándolos a ambos.

—Será un placer —aceptó Arion consultando a Cassie con la mirada, quien asintió.

—Habrá que avisar también a Violet la próxima vez —comentó ella recibiendo un efusivo asentimiento de parte de Astrid.

—Y le presentaremos al maître, ese niño estaba para envolverlo y llevárselo.

Cassie se volvió hacia la derecha para ver al supuesto «niño» moviéndose entre las mesas.

—¿Niño? —repitió Cassie examinando al joven camarero—. No creo que a Violet le llegue ni de postre.

Astrid se rio en acuerdo para finalmente abrazar a Cassie.

—Nos vemos en dos días, recuerda que eres mi dama de honor —le susurró al abrazarla.

—No me dejarías olvidarlo —se rio correspondiendo a su abrazo.

Astrid se volvió entonces hacia Arion, abrazándolo a su vez para sorpresa del demonio.

—Si la haces llorar, te arrancaré los ojos —le aseguró con dulzura al oído para luego separarse y ver la sonrisa irónica en labios del hombre—. No la hagas esperar más, necesita saberlo.

Arion no se sorprendió ante las palabras de la mujer, Nick se había encargado de borrar cualquier duda con respecto a Astrid, así como había confirmado su confianza en la mujer.

—No tendrá que esperar más —le dijo en respuesta para luego volverse hacia Edgard e intercambiar un apretón de manos con el hombre—. Ha sido un placer.

—Lo mismo digo —aceptó el hombre con total sinceridad—. Espero que nos veamos más a menudo ahora que prácticamente somos familia.

Arion sonrió y asintió.

—Nos vemos en la boda —les recordó Astrid en voz alta mirándolos a los dos—. Que tengáis una buena noche, chicos.

—Igualmente —sonrió Cassie despidiéndose con la mano.

La pareja los vio marcharse caminando del brazo, riendo y bromeando hasta que giraron en la esquina perdiéndose en la noche. Arion se volvió entonces hacia ella y le tendió la mano.

—¿Damos un paseo?

Cassie miró su mano y sonrió.

—Mientras eso no implique una bicicleta.

Sonriendo en respuesta, enlazó su brazo alrededor de la cintura femenina.

—De momento, no —aceptó él con tono divertido.

Pasearon en silencio durante un buen rato, recorriendo las calles silenciosas de Cardiff, el alumbrado público que bordeaba el muro del castillo iluminando el sendero, llevándolos a penetrar en los jardines que a aquellas horas todavía permanecían abiertos.

—Es una noche agradable —murmuró Cassie alzando la mirada al cielo nocturno despejado—, no hace demasiado frío, ¿qué hora es? Me he dejado el reloj en casa.

Arion respondió en voz baja, tranquila.

—Ya es más de media noche —murmuró sin romper el paso—, esta es nuestra última noche, al alba expirará el contrato y mañana las cosas serán distintas.

Cassie se detuvo, obligándolo a parar.

—¿Cómo de distintas?

Él no dudó en su respuesta.

—Tanto que quizás desees que llegue la hora de que nos separemos —aseguró en voz baja.

Cassie no respondió, durante los que a Arion le parecieron interminables minutos se mantuvo inmóvil, con la mirada clavada en su camisa a la altura del pecho y en completo silencio.

—Arion, ¿puedo pedirte una última cosa?

Él asintió sin vacilar.

—Lo que desees, *pouli*.

Cassie alzó entonces la mirada hasta encontrarse con la de él, por primera vez desde el momento en que la había conocido, sus ojos brillaban claros y limpios.

—Quiero la verdad —le pidió entonces sin dudar—, no importa que ocurra mañana, ni dentro de cinco minutos o la semana que viene, ahora, en este mismo instante, dime la verdad, sólo la verdad.

Arion la miró durante un breve instante y asintió, tomando su mano en la de él.

—Te mostraré la verdad, esta noche, por esta noche, la verdad estará en tus manos para hacer con ella lo que desees —le aseguró mirándola a los ojos—. Sólo espero que seas capaz de afrontarla.

Cassie sintió su mano resbalando de la de él. Arion se alejó unos pasos y se volvió hacia ella tendiéndole la mano, invitándola a unirse a él.

—¿Me entregarás tu voluntad libremente, Cassandra Catrides?

Cassie se lamió los labios, por primera vez el apellido del hombre unido a su nombre no le producía escalofríos.

—Sin reservas, sin máscaras ni mentiras, sólo la verdad.

Ella asintió lentamente, lamiéndose los labios.

—Mi voluntad es tuya, Arion, hasta que salga el primer rayo de sol.

Asintiendo se llevó las manos a la camisa y lentamente empezó a desabotonársela para diversión de Cassie.

—¿Aquí? —se rio ella—. Tienes un ligero problema con el exhibicionismo, ¿uh?

La mirada azul en el rostro masculino se clavó en la suya.

—Sólo la verdad entre nosotros esta noche, Cass.

Arion se quitó la camisa, la lanzó a un lado y rotó los hombros al tiempo que extendía los brazos y para absoluta perplejidad de Cassie, el hombre que estaba frente a ella se convirtió en un ángel.

Literalmente.

—Qué… —las palabras se le atragantaron.

—Ésta es mi verdad, Cassandra —le dijo Arion desplegando sus alas, el color de su piel se había oscurecido y en el lado derecho de su rostro apareció un suave pero intrincado tatuaje—. Soy un demonio.

CAPÍTULO 18

Desde que aquel hombre había entrado en su vida, las cosas se habían precipitado sin control, Cassie había creído estar en más de una ocasión subida en una montaña rusa de la que cada vez que intentaba bajarse, algún hecho sobrenatural llamaba a su puerta, pero jamás, en toda su maldita vida, había pensado en presenciar algo como aquello.

—Has… has dicho que eres… —se las arregló para responder sin poder apartar la mirada del cuerpo masculino—. Un… ¿Es un demonio?

—Un demonio Veritas —puntualizó él asintiendo como si estuviesen hablando del tiempo en vez de estar parados en plena noche en medio de un parque, rodeados por un círculo de piedras que toda su maldita vida había considerado un enterramiento prehistórico y no un maldito altar sexual.

Cassie abrió la boca, entonces volvió a cerrarla sólo para abrirla por última vez con obvios problemas para encontrar el aire.

—Vale, vale… tiempo de hiperventilar —aseguró dando un paso atrás para luego volver a avanzar hacia él y detenerse una vez más—. Diablos, esto no puede estar pasándome… a mí no, a cualquier persona pero no a mí… ¡Me he casado con un jodido ángel!

Arion puso los ojos en blanco y se permitió el lujo de estirar con un único golpe las dos extremidades aladas de níveas plumas blancas levantando algo de viento y librándose al mismo tiempo de un par de plumas, una blanca y otra negra. La pluma negra correspondía a la parte superior de sus alas, estas estaban totalmente recubiertas con un oscuro tono azabache que contrastaba ampliamente con el blanco de las inferiores.

—Nunca he comprendido esa manía que tenéis la raza humana de catalogar como «ángel» —escupió la palabra. Cassie estaba segura de que la escupió—, a alguien simplemente por tener un par de alas. Siento desilusionarte, querida, pero estoy lejos de ser uno de esos maricas que van por ahí dando saltitos. Mis progenitores eran, un gilipollas que se tiró a quien no debía, consiguiendo que de una patada le pusiesen de patitas en la calle y una bailarina de estriptis adicta a las galletitas saladas que tuvo la mala suerte de joder con el demonio equivocado. ¿El resultado? Un ángel caído se empareja con una humana condenada con el don de la verdad y yo soy el resultado. Un demonio veritas.

Cassie lo siguió con la mirada mientras daba media vuelta dejando perfectamente a la vista aquellas dos hermosas y enormes alas y se sentó en la amplia piedra que formaba el Dolmen ubicado en los jardines del castillo.

—Demonio… veritas —repitió el nombre aunque para ella seguía sin tener sentido, a sus ojos, su marido era un jodido ángel, caído o no caído, era un jodido ángel.

—Ahora ya sabes por qué no puedo mentirte —respondió con un inocente encogimiento de hombros que hizo que se arquearan también sus alas—. La maldición de mi madre no murió con ella, pasaría a sus hijos y a los hijos de sus hijos para siempre. No es que me queje, el saber si te la van a dar con queso no está tan mal y no es como si no pudieras mentir en absoluto, excepto que contigo no me está permitido, por nuestro… matrimonio.

—Creo que no puedo respirar —aseguró Cassie acercándose a uno de los menhires para apoyarse en él, a pesar de todo su mirada seguía puesta en Arion, quien se dio el lujo de

acomodarse sobre la piedra como si nada le importase en el mundo.

—Dentro y fuera, cariño, dentro y fuera, recuerda —le dedicó un guiño, sus ojos azules fijos en ella con esa calidez que siempre la llevaba al límite.

—Tienes alas —señaló como si fuera lo único en lo que podía fijarse.

Arion echó un vistazo a una de sus emplumadas extremidades y finalmente se giró hacia ella.

—Eso parece.

—Y no eres un jodido ángel.

Él negó con la cabeza.

—No, cariño, no soy un *jodido* ángel.

Cassie entrecerró los ojos como si quisiera probar si aquello era todo un efecto óptico.

—Eres un demonio. —Un nuevo asentimiento por parte de Arion—. Un demonio veritas… sea eso lo que sea.

Arion asintió una vez más.

—Premio para la señorita.

Cassie abrió la boca pero volvió a cerrarla mientras se llevaba una mano al pecho.

—No puedo respirar.

—Respira, Cassandra, dentro y fuera, es algo que llevas haciendo desde el día en que naciste, nena, no se te va a olvidar de la noche a la mañana.

—Arion, estoy a *esto* de cometer un… asesinato… así que no me empujes —clamó pateando el suelo con el pie—. Por favor.

Allí estaba ella, siempre tan educada. Bueno, pensó él, después de todo no se lo estaba tomando tan mal, no se había desmayado ni había salido huyendo como si le persiguiese el mismísimo diablo. Incorporándose ligeramente sobre su asiento, sus alas cayendo a su espalda sin mayor dificultad se limitó a esperar y observar, ella había sido la que los había llevado a ambos a aquel punto, por supuesto, Cassie no había sido consciente de que su petición traería consigo algo como esto pero las reglas eran las reglas y esta noche, el Pacto había sido sentado por ella, la condición que había puesto era que fuese él mismo, sin máscaras, sin ataduras de ninguna clase, bien, pues éste era él, su herencia era esa y ella tendría que aceptarlo por el bien de ambos.

Arion jamás había ocultado lo que era, si bien prefería su apariencia humana para moverse entre los mortales, no renegaría de quién y qué era, no sería como su progenitora o el cabrón que lo engendró, no le lamería las botas a nadie, era un demonio y seguiría siéndolo hasta el final de sus días.

—Si te acercas, verás que sigo siendo yo, Cass —le aseguró, incitándola a responder—. Te prometo que no me saldrán cuernos.

Ella se estremeció.

—No bromees, en estos momentos estoy a esto de salir corriendo y batir el récord Guinness en distancias cortas —respondió todavía aferrada a su improvisado apoyo. Entonces frunció el ceño y señaló sus alas con un gesto de la barbilla—. ¿Puedes… um… volar con eso?

Arion deslizó la mano por las suaves plumas blancas.

—No son sólo de adorno, *pouli*, aunque prefiero el transporte sobre dos piernas —aseguró volviendo la mirada de su ala a ella—. Ven Cass, te dejaré que las acaricies.

La curiosa mujer que llevaba en su interior hervía por correr a su lado y deslizar los dedos por aquellas extrañas extremidades, pero la prudente y sensata seguía con la sirena de policía en las manos, haciéndola sonar cada vez más alto.

—No sé si me responderán las piernas —confesó, su mirada no se apartó de él en ningún momento—. Temo que podría caerme de bruces en menos de dos pasos y eso sería ya rizar el rizo.

—¿Vas a tenernos a los dos en cada esquina del cuadrilátero hasta que amanezca? —sugirió en voz baja y profunda, absolutamente masculina.

Cassie resopló, aquello le superaba.

—Mira, es una posibilidad.

—Cassandra, ven aquí —le pidió utilizando ese tono con el que siempre se encontraba actuando antes y pensando luego, ¿y por qué lo he hecho?

Lamiéndose los labios, obligó a sus manos a dejar el asidero y se puso en pie, no había mentido cuando dijo que no sabía si le sostendrían las piernas, toda ella temblaba como una hoja. Arion tendió el brazo con la palma abierta en una silenciosa invitación, sus alas permanecían estiradas sobre la superficie de la piedra, demasiado flexibles, viéndose casi como una manta de plumas en algunos aspectos.

La distancia pareció hacerse eterna para Cassie, su corazón latía aceleradamente mientras caminaba, resonando en sus oídos como un tambor errático amenazando con pararse en cualquier momento.

—Respira, Cassandra —escuchó su voz al tiempo que lo veía mover los labios—, cariño respira o terminarás en el suelo desmayada por falta de oxígeno.

Respirar, sí, buena idea, tenía que respirar, no podía olvidarse de respirar. Dios mío, ¿serían tan sedosas como parecían?

Sus dedos se encontraron atrapados entonces en la mano masculina y al paso siguiente fue su cuerpo el que se estrelló contra él cuando tiró de ella para abrazarla. Cassie temblaba, no podía dejar de temblar.

—Shh —le oyó susurrarle mientras le acariciaba la espalda—, no pasa nada nena, soy yo, estoy aquí.

Sí, era él, Arion. Tenía que concentrarse en ello, era su marido, el hombre que se había ido abriendo paso poco a poco en su corazón durante la última semana, aquel que la había atesorado por lo que ella era, sin importarle sus kilos de más, sus ojeras, o que utilizase una talla cincuenta, siempre hacía que se sintiese especial.

—¿Por qué son de dos colores?

Las palabras abandonaron sus labios antes que pudiera hacer otra cosa, había apoyado la cabeza contra su hombro y miraba el ala extendida al costado de su amante. Cassie le vio deslizar la mano sobre la superficie de plumas mientras respondía.

—Imagino que por lo que te he comentado antes, no soy un ángel, con lo que mis alas no podrían ser completamente blancas. Pero tampoco soy un caído, así que el negro está descartado —le respondió, el sonido de su voz resonando en su caja torácica—, soy un demonio, de ahí la dualidad.

—Demonio —respondió sacudiendo la cabeza contra su pecho—. Ángeles, demonios… esto parece una novela romántica sobrenatural…

—Te gustan bastante los libros —comentó él—. A menudo haces mención de las novelas.

—Soy una romántica empedernida, amante del paranormal, pero juro que jamás se me pasó por la cabeza que existiese algo parecido a esto fuera de los libros —aseguró separándose un poco de él, su mirada fija en una de sus alas.

—Puedes acariciarla, no muerde —le susurró al oído mordiéndole el borde de la oreja—. Al contrario que yo.

Ella se encogió con un escalofrío de placer recorriendo ya su cuerpo, era increíble cómo a pesar de estar en plena noche y a la intemperie la temperatura no había descendido en absoluto, Arion se había desprendido anteriormente de su camisa y su piel seguía tibia, ella misma se encontraba a gusto con tan sólo el conjunto de punto que llevaba puesto.

—¿Tienes algo que ver con el hecho de que no nos hayamos cruzado con nadie en nuestro paseo por el recinto del castillo, así como que esté abierto a estas horas al público? —preguntó deslizando tímidamente la mano hacia las plumas que asomaban por su costado—. Esto es tan absurdo e irreal que no sé qué pensar.

Arion cogió su mano vacilante y la arrastró sobre las plumas de su ala haciendo que ella se tensara durante unos breves instantes.

—¿Lo ves? No duele, ni da calambres, sólo son plumas —le aseguró mordisqueándole la oreja cuando ella se inclinó sobre su costado para ver mejor aquella enorme extremidad. Sus dedos se abrían bajo su mano, acariciando las plumas, provocándole una serie de estremecimientos que no había sentido antes, convirtiendo sus alas en un nuevo receptor de placer que lo llevaba a tener ganas de ronronear—. Y lo que quiera que estés haciendo ahora es muy agradable.

Cassie bajó la mirada cuando sintió la erección masculina creciendo bajo ella, anidada entre sus piernas. Podía sentirla presionándose contra la tripa.

—Joder —murmuró entre asombrada y fascinada. Sus ojos volvieron al lugar en el que había estado acariciando las plumas del ala masculina, Arion había soltado su mano para posarla en su cadera—. ¿Son todas así?

Él encogió sus amplios hombros haciendo que las extremidades aladas se movieran en respuesta.

—Por regla general no son tan sensibles al tacto —aceptó sorprendido consigo mismo por el placer que le producían sus caricias—. La zona superior del arco es más sensible que las plumas debido al músculo, pero nunca tanto como ahora.

Ella deslizó la mano hacia arriba y la retiró inmediatamente al oírlo sisear y recoger las alas.

—¡Lo siento! —se disculpó de inmediato a pesar de que no sabía qué era lo que había hecho—. Oh, demonios, te he hecho daño, ¿verdad? Tenías que haberme advertido, Arion, ni siquiera soy capaz de acariciar un gato sin que me sisee.

Él se rio entre dientes asiendo sus manos desde la muñeca para evitar que se retirara como era su intención.

—Si acaricias al gato de la misma manera en que has hecho con mis plumas, no es de extrañar que sisee —aseguró moviendo las alas a su espalda para volver a colocarlas sobre la piedra—. Cass, se acaricia en el sentido de las plumas, no al revés.

—Oh —musitó abriendo la boca en una enorme «o» y sintiéndose tonta ante lo evidente —. Mierda.

Arión sonrió abiertamente y la atrapó de nuevo contra su pecho desnudo, cogiéndole la barbilla con la mano y alzándola hacia sí.

—¿Y bien, mi deliciosa cliente? —ronroneó acariciándole la mejilla con el pulgar antes de deslizarlo sobre el labio inferior—, ¿estás dispuesta a cederme tu voluntad una vez más?

Ella separó los labios ante la pecaminosa caricia.

—¿No habíamos aclarado ya ese punto? —susurró en respuesta.

Arion sonrió.

—Has pedido que te mostrara la verdad —respondió estirando sus alas para luego

envolverla a ella reteniéndola en un cálido capullo de plumas—, y esto es lo que soy.

Cassie se quedó sin aliento cuando aquellas suaves plumas la envolvieron acariciando sus brazos desnudos y con sedosa calidez, era como estar envuelta en una amorosa manta que además de mantenerla calentita le daba cierta clase de paz.

—Ahora, Cassandra, dímelo, ¿te entregarás a mí libremente? ¿Pondrás en mis manos tu voluntad para hacerla mía y darte aquello que sólo yo puedo tener para ti? —preguntó sin más vueltas—. ¿Cumplirás el Pacto una última vez?

Apoyándose en sus brazos, alzó el rostro hacia el suyo a un breve susurro de sus labios.

¿Se atrevería? ¿Sería lo suficientemente valiente para aceptar lo que tenía ante ella? Aquel hombre seguía siendo el mismo que la había acompañado, mimado y escuchado durante los últimos días, ¿verdad?

Cassie recordó entonces la cantidad de veces en las que él había sonreído con ironía cuando le había llamado demonio, Arion no había dicho ni una sola vez que no lo fuese, al contrario, lo había aceptado pero jamás pensó que aquello fuese literal. Sus ojos se encontraron con los azules del hombre que tenía frente a ella, el mismo con el que había vivido la más hermosa de las aventuras, el único al que se había entregado sin reservas, aquel al que amaba.

—Acepto el Pacto y te entrego mi voluntad, Arion —susurró entonces—. Hasta que salga el sol, mi voluntad será tuya… una vez más.

Arion respiró en su boca sintiendo como el pacto se cerraba a su alrededor, regalándole la última de las noches con su cliente. A la salida del sol el contrato expiraría, la pregunta era, ¿lo haría también su matrimonio?

La boca se le hacía agua por probar aquella piel bronceada, las suaves plumas se cerraban a su alrededor abrigándola mientras las manos masculinas se afanaban en los botones de la blusa. Cassie se lamió los labios tras el húmedo beso y los deslizó por la garganta masculina mordiendo suavemente la piel encima de la nuez arrancando un ronco gemido de la garganta de Arion, las manos del hombre habían terminado con su tarea y ya le quitaban la blusa bajándola por los brazos mientras ella pasaba a la siguiente etapa lamiendo la depresión de la clavícula mientras acariciaba sus abdominales con las manos e iba más abajo.

Arion estaba en llamas, la boca femenina sobre su cuerpo era la cosa más erótica que podía recordar, su lengua caliente creaba pequeñas corrientes de placer que descendían directamente a la dura erección que empujaba sus pantalones, sus alas se estremecían en respuesta obligándose a recurrir a toda su voluntad para no desplegarlas por completo, la deseaba así, cerca de él, rodeada por su verdadera esencia, deseaba enterrarse profundamente en ella mientras la mantenía abrigada de ese modo, diablos la deseaba tomarla de todas las formas posibles, las que ya habían probado y cualquier otra que se inventaran.

Sus pensamientos volaron cuando sintió la lengua de Cassie rodeando una de sus tetillas, aquella pequeña gata era una maldita buena alumna, había pasado de ser una tímida virgen a una hambrienta y sensual mujer que gozaba plenamente de su sexualidad y él estaba más que satisfecho de ello, orgulloso incluso, era la compañera perfecta, su única compañera.

—¿Diablos, bebé, estás intentando matarme?

La oyó reír suavemente entonces siseó cuando la pequeña mano femenina lo ahuecó por

encima de los pantalones, la pequeña tunante había aprendido deprisa, vaya que sí.

—Oh, disfruta de tu triunfo nena, porque pienso tomar venganza —gimió cuando succionó su tetilla, su mano lo frotaba por encima del pantalón endureciéndolo incluso más.

Satisfecha y orgullosa por estar conduciendo a ese hombre al límite, Cassie continuó su descenso pero no antes de que las manos masculinas alcanzaran el cierre del sujetador a su espalda y lo soltara dejando sus pechos libres con un suave gemido femenino.

—Considéralo un anticipo de mi venganza.

Ella se rio, sus miradas se encontraron un instante antes de que deslizara ambas manos a la cinturilla de su pantalón y se lamiese los labios con anticipación.

—Oh, sí, tú quieres matarme.

—Sólo un poquito —sonrió ella con un suave sonrojo cubriéndole las mejillas. Había cosas que no cambiaban y por alguna razón le gustaba que fuese así.

Demonios, ella era puro erotismo mezclado con ingenua sensualidad y lo estaba volviendo loco, el sonido de la cremallera del pantalón al deslizarse no hizo sino aumentar su hambre, quería su boca sobre él, deseaba que aquella caliente y juguetona lengua lo lamiese, quería verla succionando su polla como la primera vez y bendita fuera, no se hizo de rogar en cumplir su fantasía.

Cassie se lamió los labios al ver la orgullosa erección saltando ante sus ojos una vez libre de las restricciones del pantalón y calzoncillos, la suave piel era cálida debajo de sus dedos, dura, la cabeza se henchía oscurecida y tan apetitosa como una ciruela madura. Había deseado volver a probarlo desde aquella primera vez en la cafetería, se había sentido realmente poderosa al tener a un hombre como él a su merced, sabiendo que sólo ella podría darle la ansiada liberación. Lamiéndose una última vez los labios abrió la boca y lo lamió, tomándose su tiempo para saborearlo, deleitándose en el sabor salobre de su piel, en la textura y en el poder que sostenían sus manos. Cassie lo oyó gruñir, sintió como una de sus manos se enterraba en su pelo enredándose en sus mechones cuidando de no hacerle daño, sus caderas se lanzaron adelante deseosas de ahondar más en su boca mientras ella le acariciaba, lo lamía y succionaba profundamente antes de volver a retirarse, sus manos trabajaban en su erección y testículos arrancando profundos jadeos masculinos que no hacían sino aumentar su propia excitación, se sentía húmeda, mojada, sus jugos resbalando de su sexo y absolutamente erótica.

El olor del sexo funcionaba como un afrodisíaco a su alrededor, los gemidos masculinos se mezclaban con los sonidos de succión y las respiraciones de ambos conduciendo a Arion al borde, la boca femenina se sentía perfecta en su polla, caliente y húmeda arrastrándolo inexorablemente hacia el orgasmo, apretando el puño en el pelo de Cassie se dejó ir empujando suavemente en la boca femenina buscando la ansiada liberación que llegó algunas embestidas después cuando Cassie lo succionó con fuerza en su boca.

—Cass, cariño... no puedo… más.

Ella le clavó las uñas en los testículos en una silenciosa advertencia que no le quedó más remedio que aceptar permitiendo que su liberación llegase, corriéndose en la boca de su amante mientras lo lamía y succionaba hasta la última gota de su semen.

—Bruja —murmuró entre jadeos cuando ella se retiró lamiéndose los labios con suavidad.

Cassie se encogió de hombros.

—Demonio.

Arion sonrió ante su réplica e inclinándose hacia delante desplegó sus alas y la atrajo hacia él, girándola para dejarla finalmente sobre la fría losa de piedra arrancándole un jadeo a la chica.

—¡Arion está helado! —se quejó dando un respingo, estirando los brazos para rodearle el

cuello y pegarse a él intentando escapar de la helada superficie.

Él no sólo se rio sino que se inclinó hacia delante sosteniéndola, las piernas femeninas envolviéndose en su cintura tratando de acercarse incluso más mientras la falda se arremolinaba sobre sus muslos y caía como una capa tapándole el trasero.

—Quejica —se rio besándola en los labios antes de volver a tenderla sobre la piedra, la cual ahora estaba cubierta en cierta medida por sus alas—, ¿mejor así?

Cassie aflojó su agarre y miró a su costado donde se curvaba una de las alas de plumas blancas sirviéndole de cama.

—¿No… no te duele?

Él bufó con suficiencia masculina.

—Mis alas son más flexibles y resistentes de lo que puedas pensar —le aseguró hundiendo las manos entre sus cuerpos, soltando el lazo que cruzaba la falda de punto para quitándosela por completo dejándola con tan sólo el breve tanga violeta. Arion frotó su erección contra la humedecida tela entre sus piernas—, disfruta de la experiencia, cariñito, es sólo para ti.

Con una traviesa sonrisa, enlazó el tanga en los dedos y de un suave tirón la rompió, conduciendo profundamente su nuevamente erecto sexo en su interior haciéndola gemir, ella estaba mojada y caliente, preparada para él, clavando las manos a ambos lados de la cabeza femenina se retiró y volvió a impulsarse con la única ayuda de las caderas, no es que necesitara nada más. Cassie gimió y se arqueó bajo él, saliendo a su encuentro y retirándose cuando él se retiraba, Arion la miraba sin pudor, escuchando sus gemidos y jadeos mientras se retorcía bajo él, sólo se unían por las caderas, el húmedo sonido de carne contra carne como banda sonora, cada vez más profundo, más rápido, puro instinto animal que la llevaba a gemir en voz alta, diciendo su nombre, retorciéndose como un animal febril en pleno apareamiento. Sus embestidas eran profundas levantando su cuerpo de su cama de plumas con el sólo movimiento de sus caderas, enardeciéndola hasta que se encontró pidiendo más.

—Dios… sí… más…

Esbozando una conocedora y masculina sonrisa, Arion la alzó, salió de ella y la giró empujándola suavemente contra la piedra para volver a entrar en ella desde atrás haciéndola gemir.

—Separa las piernas —le susurró al oído, su voz rasgada por el deseo y el esfuerzo—, apoya las manos sobre la piedra.

Cassie se estremeció pero no le quedó más que obedecer cuando la empujó hacia abajo, entrando aún más en su interior ahogándola con su intensidad.

—Respira, *agapi*, no olvides respirar —le susurró antes de morderle el lóbulo de la oreja, aferrar sus caderas y retirarse sólo para volver a penetrarla—, así, eso es cariño, déjate ir, disfrútalo.

Las palabras se habían esfumado de su boca, todo lo que podía hacer era gemir y acompañar cada uno de los movimientos que marcaba el ritmo masculino mientras su propio orgasmo se iba incrementando más y más, cuando creía alcanzarlo él bajaba el ritmo frustrándola sólo para volver a retomar sus embestidas haciendo crecer una vez más su intensidad.

—Mal… dito… seas… Ari… necesito… necesito…

—Sí, cielo, ¿qué necesitas?

Cassie siseó, sus pechos se bamboleaban al compás de sus embestidas rozando la piedra ahora libre de sus alas con erótica carencia, la estaba volviendo loca, si seguía así iba a acabar suplicándole maldito fuera.

—Arion… no… no puedo más… por… por favor…

—Quiero oír mi nombre mientras te corres —le susurró al oído al tiempo que la penetraba con más fuerza y rapidez—, di mi nombre, Cass y te daré lo que quieres.

—Eres…

—Di mi nombre, Cass…

—Demonio…

—Mi nombre, Cass, o no dejaré que te corras.

Ella gritó con frustración y finalmente pronunció su nombre.

—Arion, maldita sea, deja que me corra.

Riendo apretó el ritmo conduciéndolos a ambos a la liberación definitiva, y tal y como le había pedido, Cassie gritó su nombre hasta que se quedó sin voz.

—Y ahora, *pouli* —le susurró al oído—, vayamos a un lugar más cómodo, dónde poder continuar lo que acabamos de empezar.

Sin darle tiempo a responder, los tele transportó a ambos al dormitorio de Cassie y se dedicó a mostrarle la verdad que residía en sus palabras.

CAPÍTULO 19

Cassie contempló como la noche iba dando paso al día, los primeros rayos del alba traspasaron el cristal de la ventana de su dormitorio anunciando el término del último pacto y del contrato. Hacía algo más de veinte minutos que había dejado la cama y vestida con una vieja camisola había esperado la llegada del amanecer. Arion permanecía en la cama, sus caderas cubiertas indolentemente con la sábana mientras el resto de su bronceada y apetitosa piel quedaba a la vista, un dios de carne y hueso tumbado en su cama, un ángel caído, un demonio, un ser que no debería existir y que sin embargo allí estaba.

Lo ocurrido la noche anterior no hacía sino reforzar lo que había visto desde el principio, que ambos eran muy distintos, su matrimonio sólo obedecía a un momento de embriaguez por parte ambos y no estaba dispuesta a dejar que la historia se repitiera. No deseaba ver como un buen día su marido se marchaba y encontraba a otra mujer porque entendiese que sus diferencias los mantendrían separados, no quería convertirse en una víctima igual a su madre, como tampoco deseaba exponer a ninguna criatura a la posibilidad de una ruptura como la que había sufrido ella.

En el caso de ellos dos además no se trataba de sutiles diferencias, había todo un mundo sobrenatural por medio que los mantendría alejados.

Las lágrimas pugnaban por abandonar sus ojos, su alma y corazón se rebelaban gritándole que no bajase los brazos, que no se rindiese, pero ella había visto en primera fila como se deterioraba el amor entre dos personas que decían amarse desde el mismo momento en que sus miradas se encontraron. Su infancia y adolescencia quedó marcada por ello, toda su vida había quedado marcada por el miedo de repetir los mismos errores, el mismo miedo que no le permitía perdonar a su padre… y ese miedo seguía vivo en su interior, quizás no tan fuerte como antes, pero estaba allí esperando agazapado para saltar sobre ella cuando menos se lo esperase.

—¿Cass?

La voz masculina le provocó un escalofrío de anhelo. El timbre profundo y masculino era suficiente para hacer que sus convicciones se tambalearan y aumentasen sus dudas.

—Está saliendo el sol —murmuró ella sin atreverse a mirarle.

Oyó como Arion se incorporaba, la ropa de la cama haciéndose a un lado.

—Lo sé, *pouli* —su voz se hacía cada vez más clara y cercana—, puedo sentir como el Pacto se está disolviendo.

Cassie respiró profundamente, enderezó la espalda y se volvió hacia él.

—Dijiste que con la última noche de Pacto, al amanecer se acabaría el contrato, ¿es verdad? —le preguntó con voz suave e inexpresiva.

Arion tardó unos segundos en contestar, sus ojos azules la miraron con detenimiento, encontrándose finalmente con los marrones de ella.

—Sí, lo es —aceptó de pie a los pies de la cama, en toda su gloriosa desnudez.

Cassie asintió y desvió la mirada.

—En ese caso ya no hay nada que te retenga aquí, ¿no es así? —continuó ella sin darle tiempo siquiera a contestar—. Puedes regresar con tu Agencia y dar por finalizado nuestro contrato. Estos días sin duda han resultado ser muy… productivos, te lo agradezco.

Arion entrecerró los ojos.

—Cassandra…

—Voy a darme una ducha —respondió pasando frente a él—. Y después me iré a la tienda, no puedo descuidarla por más tiempo. Ha sido un placer conocerte, Arion. Si me dejas un teléfono de contacto te haré llegar la anulación, el divorcio o lo que sea.

Sin decir una palabra más, Cassie abandonó el dormitorio.

Arion se quedó mirando la puerta cerrada unos instantes, entonces sacudió la cabeza y suspiró.

—Ya te he dicho que nuestro matrimonio no puede disolverse, Cassandra —musitó para sí —, cuando nos emparejamos, lo hacemos eternamente, *pouli*.

Aquel era una de las únicas cosas que su padre había compartido con él.

«Nunca te emparejes con una humana, pequeño demonio, o estarás eternamente encadenado a ella y serás eternamente miserable».

Unas palabras muy ciertas en lo referente a sus progenitores, pero que en su caso no eran sino un reto interesante, después de todo, su pequeña bruja no había dicho que no lo quisiera, y después de cómo lo había aceptado la noche anterior, aunque lo intentase no la creería.

Conocía el corazón de las personas, de todos los seres, la verdad que anidaba en ellos y en el de Cassandra, el amor había empezado a brillar con timidez, un amor que pensaba atesorar y cultivar hasta que fuese lo suficientemente fuerte como para romper cualquier barrera que todavía existiera para su pequeña esposa.

—No te librarás de mí tan fácilmente, *agapi mou* —aseguró con una amplia y satisfecha sonrisa—. Pero por el momento, hagamos las cosas a tu manera. Deseas que me vaya, así que eso haré… por ahora.

Sonriendo perezosamente, se volvió hacia la cama haciendo aparecer sobre esta una muda de ropa y procedió a vestirse de la manera humana, después podría ir a la Agencia y terminar con el contrato que tenía con Cassandra.

Sólo entonces, podría dedicarse por completo a conquistar a su esposa.

CAPÍTULO 20

Dos días después…

Si había un lugar que no había cambiado un ápice en los últimos dieciséis años era el cementerio de Cardiff, este seguía igual que la última vez que Cassie había puesto los pies en él, el día en el que le habían dado sepultura a ella, Calíope Joyce, su madre.

A pesar del transcurso del tiempo y de no haber pisado el lugar desde el mismo día del funeral, Cassie podía recordar aquel episodio con total claridad, en su mente podía reproducir el momento exacto en el que los hombres de la funeraria habían bajado el ataúd mientras, de pie a los pies del abierto hoyo, esperaba a que todo terminase.

Encontró el lugar exacto quince minutos después de traspasar la verja de la entrada, el extenso campo verde entremezclado con árboles servía de descanso final para aquellos que abandonaban el mundo de los vivos y entre varias lápidas y obeliscos encontró el de ella.

La piedra estaba gastada por el paso de los años, enmohecida incluso, pero el nombre todavía podía leerse con claridad, al igual que el anodino epitafio.

—Abnegada esposa y tierna madre —leyó Cassie con un deje de ironía. El pequeño ramillete de rosas blancas que traía consigo tembló entre sus manos cuando apretó el tallo—. Es curioso que ninguna de esas palabras te haga justicia, Calíope.

Cassie no se atrevía a utilizar otra palabra que su nombre de pila. No estaba preparada todavía para dar ese paso.

—Incluso después de haberte marchado sigues dejando tras de ti la amargura de la separación —murmuró ella arrodillándose sobre la tierna hierba del césped recién cortado—. Soy incapaz de alejarme de tu recuerdo, la distancia y el tiempo no han sido tan buena cura como suelen decir, no sirven para alejar el rencor y el odio que siento hacia ti… hacia tus actos.

Respirando profundamente dejó las flores al pie de la lápida.

—Por primera vez en mi vida, sólo por un corto espacio de tiempo, he encontrado el sentido a mi existencia, he agradecido que a pesar de todo me dieses la vida y cuidases de mí —continuó apretando las manos juntas sobre su regazo—. Me he sentido amada, protegida y he deseado amar a mi vez, devolver aunque sólo fuese una pizca de esa calidez que me embarga cada vez que estoy cerca de él, pero no he podido, no puedo hacerlo, me asusta demasiado la posibilidad de perderle, de que me sea arrebatado como tú me fuiste arrebatada.

Negando con la cabeza, soltó un pequeño bufido.

—Puedes pensar que soy una cobarde, yo misma lo he pensado más de una vez —aseguró con una triste sonrisa—. Pero no soy como tú o como él, no haré daño a Arion de la manera en que él nos hirió a ambas, no permitiré jamás que mi amor por él sea la causa de nuestra desdicha como lo fue en vuestro caso. No pediré migajas, prefiero alejarme de él ahora y dejar que encuentre su propia felicidad que vivir en una continua amargura y convertirnos ambos en la sombra de la culpa.

Sus dedos acariciaron la lisa piedra de la lápida.

—Te he odiado durante mucho tiempo, mamá —murmuró refrenando sus sentimientos a pesar de que el rencor y el dolor acariciaba sus palabras—, el mismo que he pasado extrañándote

y deseando que no te hubieses marchado. Te he culpado por algo que ni siquiera estoy segura de que pudieses evitar, o de que quisieras hacerlo, no puedo vivir mi vida siempre pendiente del pasado, debo pasar página y enfrentarme a la realidad que se expande a mi alrededor.

Cassie acarició con suavidad los pétalos blancos de las rosas.

—Siento no haber venido en todo este tiempo —murmuró con la garganta encogida por la pena que se resistía a dejar salir—, debí haber venido mucho antes y decirte lo que hoy he venido a decirte, pero me daba tanto miedo perderte de nuevo —respirando profundamente se apartó la falda de lana y se puso en pie, limpiándose las rodillas—. Pero ya no puedo esperar más, mamá, ha llegado el momento de la despedida, espero que allí donde te encuentres hayas encontrado la paz que tanto buscabas, no te guardo ya rencor, ni te odio, tu pérdida me duele, pero ahora sé que será un dolor llevadero.

Con una última mirada, Cassie besó la punta de los dedos y los apoyó contra la lápida.

—Adiós, mamá.

Sin una palabra más le dio la espalda al pasado, dejando que su alma se liberara del velo que la había estado envolviendo. Había llegado la hora de empezar a vivir de verdad, tal y como Arion le había enseñado, si no podía tener otra cosa de él, al menos se quedaría con sus enseñanzas.

El viento acarició la copa de los árboles, meciéndose sobre la hierba y arrancando un suspiro a las frías piedras que permanecían diseminadas sobre el extenso prado. Los capullos de rosa blanca que Cassie había depositado contra la piedra empezaron a abrirse por sí solos, hasta convertirse en unas hermosas rosas blancas, una respuesta silenciosa, un adiós desde el más allá.

El timbre de la puerta sonó por tercera vez, ya no se trataba del sonido del portero automático que había escuchado durante todo el día anterior, o el enérgico volumen del teléfono, esta vez alguien parecía querer fundir el timbre de la puerta y Cassie tenía una ligera idea de quién podría ser la responsable.

En la apatía en la que se había sumido los últimos dos días, se había olvidado a propósito de la ceremonia nupcial que aquel mediodía se llevaría a cabo, no se había preocupado en ir a recoger su vestido de dama de honor, ni tampoco en responder a los múltiples mensajes que Violet había dejado durante todo el día de ayer tanto en el contestador del teléfono fijo como en el móvil, el cual había optado por desconectar.

Cuando el sonido del timbre empezó a cambiar por golpes contra la puerta, supo que o se levantaba del sofá e iba a abrir, o tendría que llamar a un cerrajero, o peor, a un carpintero cuando Violet terminara con su puerta.

—¡Cassandra Calíope Joyce! ¡O abres esta maldita puerta ahora mismo, o no te gustará lo que sucederá!

Cassie esbozó una mueca al oír su nombre completo en boca de su amiga, señal inequívoca de que el infierno estaba a punto de desatarse.

—Un momento —susurró a través de la ronca voz que le había quedado después de haberse quedado sin lágrimas. La visita al cementerio había traído consigo una pequeña liberación, pero también las lágrimas.

Los golpes cesaron, pero no así la voz del otro lado de la puerta.

—¡Abre ahora mismo la puerta! —exigió su amiga.

Suspirando, Cassie quitó el seguro y giró la llave dejándola entrar.

—¡Ya puedes tener una excusa malditamente buena por la que no me hayas cogido el teléfono en todo el día de ayer! —exclamó entrando como un vendaval en la pequeña vivienda. En una mano traía un pequeño neceser, mientras que la otra arrastraba una maleta y dos fundas para vestido con el nombre de la boutique grabado en ellas—. ¡¿Tienes idea de todas las cosas que he tenido que inventarme para que Astrid no se desquiciara?! ¡No fuiste a recoger el vestido y la modista la llamó! ¡Estaba a punto de llamar a los SWATT cuando entré por la puerta!

Cassie se limitó a cerrar tras de sí, volviéndose lentamente hacia su amiga, la cual ya había dejado todas sus cosas a un lado y terminaba su discurso cuando reparó en el aspecto de su amiga.

—Ha sido un milagro que no haya contratado también a la Interpol y… —sus palabras murieron en momento exacto en que vio los ojos enrojecidos de Cassie—. ¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido ese hijo de puta? Le arrancaré esa maldita sonrisa de la cara a base de patadas.

El rápido arrebato indignado de su amiga arrancó a Cassie una breve sonrisa, entonces negó con la cabeza.

—No está aquí, Vio.

Pero la mujer no escuchaba, su mirada recorría ya la vivienda al tiempo que lanzaba amenazas e improperios a voz en grito.

—¡Vamos, da la cara, cobarde! Ahora no eres tan valiente, ¿verdad?

Cassie fue hacia su amiga posando con suavidad la mano sobre su hombro para llamar su atención.

—Se ha ido, Violet —insistió Cassie—. Él… yo… no, no era lo que esperaba después de todo. Le pedí que se marchase el mismo día que concluyó ese absurdo contrato con la Agencia.

Su amiga abrió la boca pero volvió a cerrarla de inmediato, aquella no era una respuesta que se esperase de parte de Cassie.

—¿Le has pedido que se marchase?

Asintiendo, explicó.

—Era lo mejor —respondió con voz temblorosa—. Tú tenías razón, la tuviste desde el principio, no debí… nunca pensé… dios, no se supone que esto ocurriese así, yo no tenía que…

Violet suspiró y acarició el pelo de su amiga intentando consolarla.

—¿Enamorarte de tu marido? —sugirió haciendo una mueca.

Cassie apretó los labios, no podía pensar en ello, no si tenía que seguir adelante con su vida.

—Él no era… lo que parecía ser.

Violet puso los ojos en blanco.

—Ningún hombre lo es, cariño, la mayoría son sólo cerdos —aseguró acariciándole el pelo—, hay muy pocos que realmente merezcan la pena y si no fíjate en Edgard. Desde luego, viéndolo, nadie diría que juega en una liga inferior a la de As, ¿y eso le ha importado a ella? En absoluto.

Cassie se llevó las manos a la cabeza, apartándose de Violet, intentando encontrar la respuesta adecuada y que no sonase descabellada.

—Pero esto es diferente, Arion no sólo pertenece a otra liga… él pertenece a otra… raza —gimió aferrando su propio pelo—, es una locura… me he casado con un demonio, Vio, con un demonio.

Violet resopló pensando que su amiga hablaba en sentido figurado.

—Todos los hombres son demonios, nena, algunos mucho más que otros, todo depende en el plano en que se desenvuelvan —le aseguró caminando hacia ella—. Y este hombre tuyo… —la mujer chasqueó la lengua y sacudió la cabeza—. No sé qué habrá pasado entre vosotros, pero sí puedo ver el bien que te ha hecho, nadie que te haga sonreír de nuevo puede ser realmente un mal tipo.

A Cassie se le encogió el corazón, aquello no era lo que necesitaba, se suponía que Violet era la sensata, la que desde el principio había estado en contra de toda aquella locura.

—Vio, no es tan sencillo, hay cosas que…

Violet la interrumpió y bajó la mirada a la mano derecha de la muchacha en dónde todavía brillaba su alianza de bodas.

—Cassie —le dijo entonces alzando su mano—, todavía llevas la alianza de bodas en tu dedo, no te la quitaste ni siquiera cuando te subiste en el avión de regreso de Las Vegas. No has sido capaz de deshacerte de él con tanta facilidad cómo pensabas y por lo que me contó As, tampoco tenías mucha prisa por darle la patada a ese dios sexual o de lo contrario le habrías dado con la puerta en las narices desde el primer momento. Te conozco, cariño, sueles actuar por impulso pero en esta ocasión has tardado mucho en dar ese paso, algo debe tener ese mequetrefe para que conserves todavía tu anillo de bodas.

—Violet —quiso quejarse, pero incluso eso le salió de manera lastimera.

La mujer negó con la cabeza, aferró sus manos y la obligó a encontrar su mirada.

—Afróntalo, Cassie, al fin has encontrado a alguien lo suficiente hombre como para acercarse a ti, derribar tus defensas y hacer que se te caigan las bragas —le aseguró su amiga sin más—, serías una verdadera cabeza hueca si lo dejases escapar.

Ella abrió la boca para responder pero Violet la interrumpió de nuevo.

—Ni lo intentes —la atajó—. Tenemos una boda en unas pocas horas, tienes que darte una ducha, vestirte y hay que peinarte antes de salir a toda leche para la iglesia. Si quieres lloriquear por tu estupidez, tendrás que hacerlo después de que As dé el sí quiero y haya cortado la jodida tarta rosa.

Cassie iba a responder, pero la última parte de la frase de Violet se grabó en su mente.

—¿La tarta también es rosa? —preguntó haciendo una mueca.

Violet puso los ojos en blanco.

—Nena, no habrás visto una tarta rosa hasta ver esta.

Tirando de ella para ponerla en movimiento, Violet la condujo hacia el cuarto de baño.

—Puedes vestirte y pensar al mismo tiempo, así que, andando.

Cassie miró a su amiga.

—¿Vio?

La mujer la miró.

—¿Sí?

—Gracias.

Sonriendo ampliamente negó con la cabeza.

—Dámelas cuando te haya dejado hecha un pincel —le aseguró con buen humor—. Eres una persona muy especial, Cassie, si él tiene una pizca de inteligencia en su cerebro, lo entenderá antes o después, sólo es cuestión de tiempo.

Cassie sabía que el problema no era el tiempo, si no ella y su temor a enfrentarse a la verdad.

Los números del ascensor parecían no avanzar con suficiente rapidez, un piso iba dando paso a otro mientras ascendía, deteniéndose para coger y dejar gente hasta que en el cuarto piso los únicos que quedaban en el ascensor eran él y Elphet. La mujer se había limitado a sonreírle y desearle los buenos días para luego hacer el ademán de pulsar el número nueve, el cual ya había sido pulsado previamente por él. El panel numérico mostró el cinco cambiando al seis, faltaban tres pisos para llegar a su destino.

—¿Subes también a la oficina? —preguntó Arion rompiendo el silencio.

La mujer giró el rostro hacia él y asintió.

—Tengo algunas cosas que solventar antes de coger «oficialmente» mis vacaciones.

Aquello sí le sorprendió. ¿Elphet cogiendo vacaciones? En todo el tiempo que llevaba trabajando en la agencia no recordaba un sólo día en el que esa mujer no estuviese en su puesto de trabajo.

—¿Vacaciones?

Ella sonrió con ironía.

—Cuesta creerlo, ¿huh?

Vaya si costaba, pensó Arion.

—¿Nick lo sabe?

Un delicado bufido escapó de los labios perfilados de la mujer.

—Fue él quien me hizo firmar la hoja de vacaciones —respondió con fastidio—, y no aceptó un no por respuesta. Pero bueno, otra cosa muy distinta es dónde decida pasar esas vacaciones, ¿huh?

Arion esbozó una divertida sonrisa.

—Ya veo —murmuró consciente del motivo de la decisión de su jefe. Aquel nuevo contrato que había entrado prometía traer problemas de tamaño monumental.

Elphet se apartó tras la oreja un mechón de pelo rubio y señaló la PDA que Arion llevaba colgada del cinturón.

—¿Ya ha terminado tu contrato?

Él bajó la mirada a la terminal atada a su cinturón y esbozó una irónica sonrisa.

—Podría decirse que sí, al menos la parte que corresponde a la empresa —respondió con la misma ironía que ella—, la otra parte, digamos que es un asunto un poco más complicado el cual espero poder solucionar en breve.

Ella se le quedó mirando durante un momento, entonces suspiró.

—Así que también vamos a perderte a ti —respondió con calidez, sus ojos azul cielo vueltos hacia él—. La agencia no va a ser lo mismo sin nuestros agentes estrella.

Arion esbozó una mueca.

—¿Agentes estrella?

La suave risa femenina inundó el ascensor cuando la pantalla numérica alcanzaba el piso número diez.

—No se lo cuentes a los demás —le susurró en confidencialidad al tiempo que le guiñaba un ojo y salía del ascensor para encontrarse con su hermana la cual parecía tener problemas con uno de los ordenador a juzgar por el humo que se elevaba de la terminal.

Arion alzó la mirada hacia el altillo, sus ojos se encontraron con la mirada divertida de su jefe que parecía haber estado pasando un buen rato con la *telenovela* casera que se había formado en la oficina. Al verle, le saludó con un gesto de la cabeza invitándole a reunirse con él mientras volvía a su oficina.

Echando un último vistazo a la delgada columna de humo que salía por detrás del monitor atravesó la sala y subió para terminar con el papeleo del contrato.

Encontró a Nickolas junto al fichero rebuscando entre las carpetas, el hombre se volvió hacia él y le indicó una de las sillas de su escritorio.

—Toma asiento —lo invitó.

Arion negó con la cabeza.

—No me quedaré mucho tiempo.

Aquella respuesta llamó a atención de su jefe, quien extrayendo la carpeta que debía estar buscando cerró el archivo y se volvió hacia él con la pregunta iluminando su rostro.

—¿Y eso? ¿Tanta prisa tienes por volver?

Arion no se molestó en retardar lo que ya había decidido hacer. Se quitó la PDA la dejó sobre el escritorio y extrajo un sobre blanco del interior de la chaqueta tendiéndoselo a Nick.

El hombre miró el sobre y luego a Arion.

—¿Qué es?

Una amplia sonrisa se extendió por los labios de Arion, sus ojos azules brillaban con diversión en espera de la reacción del hombre a sus próximas palabras.

—Mi carta de renuncia.

Nick abrió la boca en un silencioso «ahhh» y cogió la carta mirando el sobre y finalmente a él.

—No puedo decir que me sorprenda.

Arion se encogió de hombros.

—Supongo que no.

—Así que… has hecho tu elección.

Arion sonrió con cierta ironía.

—En realidad, la había hecho en el mismo momento en que la conocí —aseguró chasqueando la lengua—, pensamos que las mujeres son las que no se deciden, pero entonces, ahí estamos nosotros, con lo que deseamos al alcance de nuestra mano y no lo vemos hasta que es demasiado tarde.

Nick imitó su sonrisa, sabía que las palabras iban dirigidas a él.

—¿Sabe lo que eres?

Él asintió con firmeza.

—Le costará hacerse a la idea, pero bueno, no es como si ella fuese una humana común y corriente —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Cuando lo entienda, iré a por ella.

Nick esbozó una sonrisa y asintió.

—No le dejes pensarlo demasiado.

Arion sonrió con jocosidad.

—No tengo intención de hacerlo.

Los dos hombres intercambiaron una mirada cómplice, había cosas que sólo los demonios podían interpretar con claridad.

Tras una emotiva ceremonia en la que tanto la novia como el novio no dejaron de prodigarse muestras de amor y complicidad, se celebró un pequeño aperitivo en los jardines del

Cardiff Castle. Astrid siempre había soñado casarse en el *Cardiff Castle* y una vez más veía sus sueños hechos realidad. Los invitados, unas cien personas entre amigos y parientes sonreían y festejaban la felicidad de los novios, los corrillos se habían ido formando poco a poco, gente que conocía a más gente, amigos y compañeros, todos procuraban estar unidos para celebrar el acontecimiento.

Cassie resbaló la mano por el vestido de color rosa chicle que había llevado junto con Violet y una de las hermanas de Edgard como dama de honor, el cambio en el traje no había hecho si no realzar y estilizar su figura, la atrevida abertura que le había sugerido su marido dejaba a la vista una larga y torneada pierna cuyos pies acunaban unas bonitas sandalias plateadas y sus pechos salpicados de pecas se asomaban sensuales y discretos en la uve del corpiño. Después de que Violet la hubiese peinado y ayudado con el maquillaje, el resultado había sido impensable, por más que se había mirado y remirado en el espejo era incapaz de comprender que aquella hermosa y sensual mujer de llenas curvas era ella. Podía no ser una modelo de portada, pero su figura rellenita no le restaba atractivo alguno, estaba realmente hermosa pero la persona que le habría gustado la viese así no estaba ya junto a ella.

Sus ojos castaños se deslizaron a través del paisaje, pequeñas mesas vestidas de blanco aquí y allá soportaban los canapés traídos por los camareros, otros se movían entre los invitados portando bandejas con distintos refrescos mientras los novios reían y charlaban animados con unos y otros invitados procurando no dejar a ninguno descuidado.

—Ten, lo necesitas.

Violet empujó una copa del burbujeante líquido amarillo en su mano mientras tomaba un buen trago de su propia copa.

—¿Champan? —preguntó Cassie dedicándole una mirada irónica.

—No es como si pudieses emborracharte y casarte otra vez —le aseguró su amiga señalando a los invitados con un gesto de la copa—, ninguno de esos perdedores merece realmente la pena, te lo digo yo.

Cassie frunció el ceño y se giró por completo hacia su amiga, su voz ligeramente pastosa le hacía suponer que aquella no era ni la primera, ni la segunda copa de Vio.

—¿Cuánto has bebido ya?

Violet se encogió de hombros y alzó la copa de champán.

—Esta es mi segunda copa, no te preocupes, no tengo intención de emborracharme y ponerme a bailar desnuda encima de una mesa —aseguró y alzó la copa hacia ella—. Intenta sonreír un poco y mézclate con los demás, As casi me arranca el brazo al llevarme a un lado y preguntarme por qué habíamos venido las dos solas. Por supuesto, le dije que no creía que a tu hombre le quedara bien un vestido rosa e ir echando pétalos delante de los novios, pero no lo encontró gracioso.

Cassie gimió ante la respuesta de su amiga.

—Te pedí que no le dijeses nada.

Violet se encogió de hombros.

—Vamos, Cassie, no es como si pudiese ocultar la ausencia de tu marido de casi dos metros —aseguró tomándose un nuevo sorbo—, no me cabría en el bolsillo.

Poniendo los ojos en blanco, Cassie suspiró. Su mirada surcó una vez más el jardín que daba acceso al castillo hasta encontrarse con Astrid, quien sonreía a modo de disculpa a su interlocutor, susurraba algo a su marido el cual dirigió una mirada hacia ellas y recogiéndose la cola del vestido de novia salió a su encuentro.

—Y ahí viene la novia —murmuró Violet acariciando el brazo de su amiga—, decidas lo

que decidas, te apoyaré.

Cassie asintió y correspondió al breve abrazo de Violet, la cual intercambió unas palabras que sonaban como *«no seas muy dura con ella»* cuando se encontró con Astrid a mitad de camino.

Suspirando se llevó su propia copa a los labios bebiendo un largo sorbo para infundirse ánimos. Si había algo que sabía de As, era que no se andaba con rodeos tal y como pudo comprobar cuando se presentó ante ella.

Se veía hermosísima vestida de novia, delicada como una muñeca, el pelo rubio recogido con un broche de brillantes, sin velo, con los hombros desnudos y un precioso escote en forma de corazón que moldeaba una más que envidiable figura.

—Hola —susurró a modo de saludo, después de todo era la primera vez que tenían tiempo de dedicarse unas palabras—, estás preciosa, As.

La mujer perdió el ceño con el que se había dirigido hacia ella, sus manos enguantadas subieron entonces y abrazaron a Cassie atrayéndola contra sí.

—Has dejado que se fuera.

Quizás la frase pretendiese sonar como un reproche, pero salió como una certeza.

Cassie se apartó y se encogió ligeramente de hombros, en su rostro un gesto de culpabilidad.

—¿Por qué, Cassie? —insistió As tomando las manos de su amiga en las de ella.

¿Qué podía decirle? ¿Qué respuesta podía darle cuando la realidad era que ni siquiera ella estaba segura del motivo?

—Él… él no era… lo que esperaba.

Astrid la miró a los ojos.

—¿El qué? ¿Un hombre que ha tenido el buen sentido de ver más allá de tu coraza? ¿Un hombre que se ha hecho responsable de su error? ¿Un maldito pedazo de queso derretido que se ha metido en tu cama y te ha dado la mejor semana de tu miserable vida? ¿Un hombre como no encontrarás jamás en la vida?

Tenía gracia que hubiese repetido tantas veces la palabra hombre cuando en realidad él era… un demonio. No, por encima de todas las cosas, Arion era sin duda un hombre, el único se daba cuenta.

—Las cosas no… no son como crees, él… él no es…

Astrid la miró a los ojos.

—Te dije desde el principio que él no era como los demás, ningún miembro de la Agencia lo es, Cassie.

El tono de su voz, la seguridad en su mirada, Cassie se dio cuenta de que As lo sabía, su amiga sabía quién era realmente Arion, qué era.

—Lo… lo sabes.

Astrid asintió suavemente.

—¿Desde cuándo?

Cassie sabía que ella había conocido la existencia de la Agencia, así se lo había hecho saber cuándo la animó a irse con él, pero… el que supiese también que Arion era un demonio… y no se lo hubiese dicho.

Astrid se lamió los labios y dejó escapar un suspiro.

—Conocí a Edgard después de pasar un inolvidable fin de semana con uno de ellos —aseguró As echando un vistazo por encima del hombro para ver a su marido. El amor brillaba en sus ojos—. Gracias a Nickolas he encontrado al amor de mi vida, Cassie, él fue quien hizo que

me diese cuenta que había ahí fuera algo más para mí, que las riquezas y mi arrogancia no iban a llevarme a ningún sitio. Nick me hizo un favor al permitir que conservase los recuerdos de nuestro tiempo juntos rompiendo sus propias reglas, de algún modo cambió mi vida y le estaré eternamente agradecida.

Cassie veía el amor en los ojos de su amiga cuando observaba al que se había convertido hacía escasas horas en su marido, Edgard era todo lo contrario a la extrovertida y rica Astrid y a pesar de ello había sabido ganársela poco a poco, venciendo las barreras autoimpuesta por ella y su educación hasta enamorarla. Y no podía estar más feliz por ellos dos.

—No quiero verte sufrir, Cassie —le aseguró acariciándole la mejilla—, tú menos que nadie se merece más sufrimiento.

El sonido de la música llamó la atención de las dos mujeres, aquel era el aviso de que era hora de empezar a pasar al comedor.

—Tienes que tomar una decisión, cariño —le aseguró apretándole una vez más las manos para infundirle ánimos—, es tu felicidad la que está en juego, Cassie, no permitas que se te escape entre los dedos como le pasó a tu madre. Ella decidió darse por vencida, tú eres más fuerte que eso.

Aquella inesperada respuesta golpeó con fuerza a Cassandra. Astrid muy pocas veces había tocado el tema de su familia a pesar de que sabía todo lo que había ocurrido.

—Sí, Cassie, lo sé —aseguró alzando sus manos hasta casi tocar su barbilla—, sé lo mucho que querías a tu madre y lo que te destruyó su pérdida. No cometas sus mismos errores, amas a tu marido, cariño, lo sé, os he visto, no bajes los brazos.

Cassie abrió la boca para decir algo pero volvió a cerrarla, ¿qué podía decir al respecto? Su amiga acababa de poner voz a sus más oscuros temores.

—¡As, tenemos que entrar!

La voz de Edgard llegó a ellas desde la distancia.

—¡Ya voy! —respondió alzando la mano para avisarle, entonces se volvió hacia su amiga —. Decidas lo que decidas, cariño, estaré ahí para apoyarte, ¿de acuerdo?

Cassie asintió y soltándose de las manos de la novia quien la abrazó brevemente antes de volver con su marido, se quedó inmóvil observado la copa de champán que todavía tenía a medio beber en las manos.

Sacudiendo la cabeza, se llevó la copa a los labios y apuró su contenido hasta el final para luego dejarla sobre una de las mesas que empezaban a recoger. Los tacones de sus zapatos se hundían en el césped quedándose clavados hasta el punto en que debió detenerse y sacárselos. La hierba bajo sus pies se sentía como una suave y cálida alfombra, una sensación que ya había experimentado antes.

«Malditos zapatos, así, listo, caminaré descalza».

Aquel lejano recuerdo acudió a su mente trayendo consigo el eco de una risa masculina, su ingeniosa respuesta y la dureza de un brazo mientras hacía equilibrismos para quitarse el otro.

«Eres adorable».

Cassie parpadeó y giró sobre sí misma casi como si esperase ver al poseedor de aquella voz frente a ella, pero aquella sólo estaba en su mente, en unos recuerdos que creía haber olvidado.

Eres adorable. Aquellas habían sido las primeras palabras que le había dicho Arion cuando la había encontrado sentada al borde de la fuente con los zapatos en una mano y una copa de plástico medio vacía en otra. Sus ojos azules se habían clavado en los de ella y le había sonreído. Cassie había sabido en aquel preciso momento que era él, el hombre al que había

estado esperando tanto tiempo, el único que podía hacer que desapareciera su pequeño problemilla.

—Arion —murmuró sumida en los recuerdos que repentinamente empezaban a inundar su mente.

Había pasado buena parte de la noche con él, las risas y el champan había corrido como el agua entre ellos, se había sentido relajada y confiada a su lado, algo que no le ocurría a menudo, al principio había pensado que se debía al alcohol pero ahora…

«Quiero llevarte a la cama».

Él había sido directo y absolutamente sincero en sus palabras, la había besado allí mismo, entre los casinos más importantes de Las Vegas y ella se había burlado de él diciéndole que para conseguirlo tendría que pagar antes una prenda.

«Antes tendrás que casarte conmigo».

La risa se le había escapado nada más dejar ir las palabras, incluso embriagada sabía que aquello era una estupidez, no necesitaba del matrimonio para irse a la cama con él.

«De acuerdo. Te haré mía y después nos iremos a la cama».

Cassie se llevó la mano a la sien, masajeándosela lentamente, aquella distante noche no hacía sino emerger del lugar en el que había permanecido oculta en su mente.

«¿Eso no es lo mismo?».

Él había negado con la cabeza riéndose a la vez que la sujetaba para que no cayese, sus zapatos de tacón se habían balanceado en una mano mientras sentía la moqueta bajo sus pies, la moqueta cuyo tacto era similar al de la hierba que ahora acunaba sus pies desnudos.

«Si mi cabeza dejase de dar vueltas, quizás pudiese decírtelo, pero creo, que no».

—Pues casémonos en *Las Vegas* —murmuró Cassandra tropezando con sus propios pies al tiempo que aquel repentino pensamiento explosionaba en su mente—. Le pedí que nos casáramos y él… él…

Cassie jadeó, sus ojos marrones abriéndose desmesuradamente ante la implicación que había traído consigo sus hasta ahora perdidos recuerdos.

—Arion —susurró su nombre mientras una solitaria lágrima resbalaba por su mejilla.

¿Cómo podía haberlo olvidado? ¿Cómo podía él haberlo olvidado?

—No… no lo ha olvidado —murmuró para sí misma bajando la mirada al anillo que tenía en su mano derecha, su alianza de bodas—, jamás lo ha olvidado.

Llevándose las manos a los labios para ahogar un angustioso gemido se volvió en redondo, su mirada observando cómo los últimos asistentes a la boda abandonaban el jardín para pasar a la sala en la que se celebraría el banquete.

Recogiéndose la falda del vestido y con los zapatos todavía en la mano, Cassie caminó directamente hacia ellos. Violet estaba terminando de dar cuenta a su última bebida al tiempo que coqueteaba con el camarero.

—Vio —la llamó deteniéndose casi sin aliento a su lado.

—¿Ey? ¿Dónde está el fuego? —contestó la muchacha y arqueó una delgada ceja al ver los zapatos de la chica en las manos—. Cielo, los zapatos nos los quitamos al final de la boda, no al principio.

Cassie negó con la cabeza, alzó una mano para interrumpirla y le dijo.

—Tengo… tengo que irme.

La mujer abrió ampliamente sus ojos.

—¿Cómo que tienes que irte? ¿A dónde?

Cassie sonrió, sus ojos castaños brillaban a través de las lágrimas.

—A buscar a mi marido —aseguró abrazando a su amiga y besándola en la mejilla al tiempo que la dejaba atrás mirándola pasmada.

—Pero… Cassie… ¡Cassie! —la llamó, pero la chica estaba decidida a marcharse—. Pues… vale.

Un ligero bufido a su espalda seguido de la voz de la novia atrajo su atención. La pareja estaba esperando a que todos los comensales entrasen para hacer ellos lo propio cuando oyeron las voces de las dos muchachas, Astrid fue la primera en acercarse.

—¿Qué diablos está pasando ahora? —preguntó mirando alrededor en busca de su otra amiga—. ¿Y Cassie?

Violet señaló con el pulgar el parque.

—Ha dicho que va a buscar a su marido.

Astrid sonrió ampliamente y soltó un gritito.

—¡Por fin!

Violet la miró como si estuviese loca, a lo que su amiga respondió.

—Le quiere, Vio —le aseguró volviéndose para ver a Cassie desaparecer tras unas mesas —, y va en busca de su felicidad.

Violet suspiró.

—A veces, tengo dudas de quien es la cuerda de este trío, As —aseguró negando con la cabeza, para finalmente sonreír—. Suerte Cassie.

Astrid asintió.

—Mucha suerte, Cassandra.

CAPÍTULO 21

¿A dónde ir? ¿Dónde buscar? ¿Por qué no tenía siquiera un teléfono de contacto suyo? Cassie empezó a deprimirse al tiempo que aquellas preguntas se abrían paso en su subconsciente, ¿cómo podía haber sido tan estúpida como para dejarlo marchar? ¿Cómo podía haber estado tan ciega a los recuerdos que había construido aquella primera noche?

Ahora lo recordaba todo claramente, desde el momento en que se habían encontrado las cosas se habían precipitado en una enloquecedora carrera promovida por el alcohol y quizás algo más, algo como el Destino.

Arion había estado de acuerdo en casarse con ella, pero Cassie no había comprendido hasta ahora que el matrimonio al que se refería distaba mucho de ser como cualquier ceremonia que conociese. Sí, se habían casado en una de las pequeñas capillas de Las Vegas con dos desconocidos por testigo, el pastor y la mujer del pastor, si podía considerarse así a un hombre vestido de Elvis y a una mujer vestida de Marilyn Monroe, Su velo de novia había consistido en un mantel que habían robado entre risitas de un comedor, su buqué floral hurtado de un jarrón que adornaba la capilla y los anillos, aquellos los había comprado al propio pastor quien tenía una provisión sustanciosa a la que echar mano. Habían intercambiado los votos entre risas y cálidas miradas, para terminar con un beso que no sería si no el preludio de lo que vendría después.

Puede que no hubiese sido una boda perfecta como la de Astrid, pero para Cassie lo había significado todo, ahora lo sabía, incluso ebria había disfrutado de su momento ante el altar, como disfrutó plenamente de su noche de bodas.

Si cerraba los ojos podía verle allí, de pie, admirándola, si se esforzaba tan sólo un poco podía recordar las palabras que abandonaron sus labios, su gentileza y ternura al tomarla entre sus brazos, si abría la mente podía recordar claramente el momento en el que la hizo suya en cuerpo y alma, la unión que la había convertido en su esposa de pleno derecho, la única compañera que escogería y la cual había tratado de deshacerse de él por todos los medios.

Qué tonta había sido, había alcanzado su propia felicidad sólo para dejar que se escurriese entre sus dedos.

La cerradura de la puerta de El Oráculo cedió bajo su mano, la tienda permanecía sumida en la penumbra de la tarde, todo estaba en silencio como siempre, un silencio que ahora se le antojaba agónico. Encendiendo las luces una tras otra se dirigió hacia el mostrador, el taburete en el que solía sentarse Arion seguía en el mismo lugar como esperado a que él volviese y le sonriese de aquella manera que le aceleraba el pulso. Deslizó los dedos sobre la madera y finalmente se aupó para sentarse, al contrario que a él, sus pies colgaban unos centímetros por encima del suelo, las sandalias plateadas de nuevo cubrían sus pies.

—En qué he convertido mi vida —musitó haciendo rodar la alianza en su dedo.

Astrid no había estado desencaminada en sus palabras, muchas veces había intentado negárselo a sí misma pero ya no podía hacerlo, la realidad podía doler y ser cruel, la verdad podía hacer daño pero también podía sanar tal y como le había dicho Arion días atrás, pero aquella verdad siempre había amenazado con destruir sus recuerdos.

—La verdad —musitó cerrando los ojos ante uno de sus últimos recuerdos—. La verdad

os hará libres… o nos hará pasar por estúpidas sin remedio.

Por más que le gustase la idea de que algo tan limpio como la verdad borrase de un plumazo años y años de sufrimiento, sabía que no era tan fácil, no se trataba de descubrir algo oculto ni ver que se había equivocado pues no había nada oculto que descubrir o equivocaciones que resolver, era lisa y llanamente su versión de la historia, cómo una niña de quince años había vivido y se había enfrentado al mundo por sí misma.

Pero ella no era su madre, si hay algo que Cassie no haría jamás era rendirse, no perdería aquello que había encontrado por cobardía.

—No soy una cobarde —musitó para sí misma. Sus ojos castaños recorrieron la tienda de esoterismo que regentaba una parte importante de su mundo, quizás la parte que le permitiría acercarse y comprender al hombre del que había llegado a enamorarse.

Dejando el bolso de mano sobre el mostrador, con el repiqueo de sus tacones inundando la silenciosa tienda, Cassie cruzó la habitación en dirección al piso de arriba.

Las luces se encendieron bajo su mano, el aroma a velas aromáticas e incienso inundaba el lugar mientras las piedras de colores situadas sobre la pequeña mesa brillaban por efecto de la luz que entraba por una de las ventanas creando espectros de colores sobre la gastada alfombra. Tomando un par de velas y una caja de cerillas se arrodilló frente a la pequeña mesa, quizás no fuese más que superstición o simple casualidad, pero debía intentarlo, si no otra cosa al menos aquel inofensivo ritual le traería paz.

Nunca se había considerado una bruja, en realidad no recordaba una sola vez en la que sus pequeños hechizos sacados de libros de su tienda habían dado resultado, pero creía en el poder de las piedras y en el de los aromas, una ciencia en sí misma que se había esforzado por conocer. No había que ser bruja para conseguir un ambiente relajado, las velas aromáticas y una decoración adecuada podían ayudar.

Dejando las velas a un lado, Cassie distribuyó las piedras sobre la pequeña mesa de forma que trazaran un triángulo, tomó las cerillas y procedió a encender entonces la mecha de las velas las cuales colocó en su interior.

Ahora podría relajarse y dejar que los aromas actuasen, necesitaba la mente clara y despejada para encontrar la manera de volver a verle.

—Ya he encontrado la respuesta, Arion —musitó acariciando la llama de la vela con la mirada—, al fin la he encontrado.

Arion se ajustó la mochila al hombro mientras dejaba atrás la zona de embarque, atravesó tranquilamente la línea de aduanas y continuó más allá de las puertas hasta salir a la terminal. La gente iba y venía arrastrando consigo sus maletas o llevándolas en los carros, él no necesitaba tanto equipaje, en realidad ni siquiera necesitaba viajar de aquella manera, pero la promesa que se había hecho a sí mismo de darle tiempo primaba por encima de todo.

Concederle toda una semana había sido la prueba más dura a la que tuvo que enfrentarse. Hasta ese momento no se había percatado de que su paciencia era más bien escasa en lo que se refería a ciertos temas, el no saber de ella, el no poder coger un teléfono y llamarla, el presentarse simplemente en su hogar, aferrarla por los hombros y zarandearla hasta que comprendiera que él era el único para ella, peleaba a brazo partido con su intención de concederle tiempo para que

tomase aquella decisión por sí misma.

Arion nunca había estado tan desesperado, pero lo cierto es que tampoco se había enamorado.

No hasta Cassandra.

Tomando una profunda bocanada de aire rescató las gafas oscuras del bolsillo exterior de su chaqueta verde militar y se las puso, necesitaba dejar atrás la marea de gente que parecía haber elegido aquel domingo para llegar a la ciudad e ir a buscar aquello que le pertenecía.

Ya no se trataba de un contrato o de las consecuencias de una borrachera, Cassandra había demostrado ser mucho más que eso, se había introducido bajo su piel alcanzándole el alma. Ella era la única y tendría que convencerla de ello.

Para cuando pasó por delante de la línea de facturación, las vidrieras que daban al exterior corroboraron el parte del tiempo que ya habían dado en el avión, el cielo estaba despejado con aquel color azul plomizo que solía tener en aquella época del año, lo más seguro era que lloviese antes de terminar el día. Arion dejó atrás la puerta circular que daba entrada a la terminal del aeropuerto y respiró profundamente deseando empaparse del aire de aquella curiosa ciudad, un rápido vistazo a la línea de pasajeros que esperaban taxi lo hizo desistir de la idea de tomar uno, quizás debería alquilar nuevamente un coche, eso le facilitaría las cosas. Con aquella idea en mente y un último vistazo a la línea de gente y maletas a su izquierda se ciñó la tira de la bolsa al hombro y se movió en sentido contrario dispuesto a marcharse.

—¿Señor Catrides?

Arion se quedó inmóvil, el suave timbre en aquella voz femenina le recorrió igual que un placentero latigazo.

—¿Arion Catrides?

Girándose lentamente hacia el lugar del que procedía la voz, Arion se encontró con una adorable imagen. Vestida con unos pantalones negros y un suéter color avellana bajo el abrigo, el largo pelo oscuro recogido en un sobrio moño y los hermosos e inquisitivos ojos marrones clavados en él, Cassandra caminaba lentamente hacia él.

Lamiéndose los labios de anticipación ante el sabroso bocado que se aproximaba

alzó ligeramente la barbilla y le respondió.

—Sí, soy yo.

Los labios femeninos se extendieron entonces en una amplia sonrisa al tiempo que alzaba una de sus manos en la que brillaba una dorada alianza de matrimonio.

—Ya sé porque no he podido deshacerme nunca de este anillo.

Arion contempló su mano y luego a ella.

—¿Ah, sí?

Ella asintió deteniéndose finalmente a escasos centímetros de él, sus ojos castaños brillaban con calidez y esperanza.

—Sí —asintió ella en apenas un susurro.

Él la miró sin disimular su avidez pero sin permitirse todavía dar el último paso.

—¿Y cuál sería la respuesta a tan interesante pregunta?

Cassandra deslizó sus manos por el pecho del hombre acariciando su chaqueta con sensual languidez para finalmente enredar los dedos en los pliegues de esta.

—Una respuesta simple y llena de verdad —murmuró ella—. Ya te amaba cuando lo colocaste en mi dedo.

Arion esbozó una divertida sonrisa al tiempo que se inclinaba sobre ella con intención de besarla.

—Has tardado mucho tiempo en recordarlo, *agapi mou*[5]—le susurró a un milímetros de su boca.

Ella chasqueó la lengua y se apretó contra él.

—No tanto como tú en seducirme con la verdad.

Sonriendo abiertamente la rodeó con los brazos y se apoderó de su boca en un húmedo y ardiente beso que prometía más, mucho más.

EPÍLOGO

Tres meses después.

La tarde caía sobre la ciudad, la humedad todavía perlaba el ambiente mientras la niebla iba ocupando su posición alrededor de los antiguos mausoleos y lápidas diseminadas por el cementerio. Cassie se estremeció involuntariamente al atravesar el pórtico de entrada, pero pronto se sintió reconfortada cuando el brazo de su marido, enlazado alrededor de su cintura, la atrajo contra el cálido y fuerte cuerpo masculino recordándole que no estaba sola en aquel triste lugar.

—¿Estás preparada? —murmuró Arion besándola en la cabeza.

Cassie se apretó suavemente contra él y asintió.

—Tengo que estarlo —aceptó respirando profundamente—. Necesito estarlo, no quiero que mi pasado irrumpa en nuestro futuro, en nuestra vida. Es hora de que todo sea perdonado, de dejar a un lado el dolor y el pasado, deseo estar junto a ti eternamente, amor mío, no quiero que ninguno de mis fantasmas empañe lo que tenemos y tendremos.

Él la abrazó y le susurró al oído.

—Soy tuyo para toda la eternidad, *pouli*, ya te lo he dicho, en mi mundo no existen los divorcios —la besó suavemente tras la oreja—. Tu pasado, el presente y lo que esté por venir son parte de lo que eres, el conjunto que forma la extraordinaria mujer a la que me he unido. No hay nada que desee cambiar.

Cassie se volvió en sus brazos, sus manos acariciando la suave piel de su chaqueta.

—Lo necesito —aseguró ella poniendo en su voz su alma al desnudo.

Asintiendo le acarició la mejilla.

—Lo sé, Cassandra —aceptó con un gesto de asentimiento—. Lo sé.

Cassie había renovado sus votos ante Arion hacía apenas un par de semanas en una pequeña e íntima ceremonia a la que sólo habían asistido sus más íntimos amigos. Los últimos tres meses habían sido un paréntesis de reflexión para ambos, pero especialmente para ella, quien había terminado por mudarse con Arion a un pequeño apartamento que él había alquilado a las afueras de Cardiff. La necesidad de continuar y dejar el pasado a descansar había incluido para Cassie el dejar atrás aquello que la había estado reteniendo, el lugar en el que había vivido toda su vida y su pequeña tienda de Esoterismo.

La búsqueda de un nuevo hogar, un lugar en el que comenzar desde cero, la había llevado a compartir con él un poco más de sí misma y a extraer al mismo tiempo más sobre él. Habían puesto varias posibilidades sobre la mesa, descartando algunas e incluyendo otras hasta que finalmente se decidió por la más inesperada de todas las elecciones.

En dos semanas más se marcharían a Grecia, una pequeña escala antes de dirigirse a los Estados Unidos, dónde ella deseaba fijar su residencia.

El suave aire húmedo los envolvió a ambos mientras caminaban entre las lápidas y estatuas de piedra hacia la hilera de tumbas entre las que se encontraba aquella que iban a visitar.

—Pensé que esta vez sería más fácil —murmuró ella estremeciéndose.

Arion le apretó la mano y se la llevó a los labios.

—Nunca es fácil decir adiós, *pouli* —le aseguró con voz profunda, sincera—, pero debe hacerse cuando es necesario. Debes dejarla marchar, perdonarla en tu corazón y perdonarle a ti misma, Cassandra.

Apretó la mano de su marido en respuesta, la alianza en su dedo anular brilló suavemente bajo la molesta niebla mientras avanzaba lentamente en dirección a la última morada de su madre.

La niebla naufragaba sobre el solitario cementerio, dándole un aspecto más siniestro del que tenía ya de por sí, pero en cierto modo, también añadía una nota de tranquilidad que hacía que el corazón latiese más despacio y su ansiedad disminuyese. Dio un paso más hacia su meta para detenerse cuando una profunda y grave voz masculina atravesó la niebla dejando en el aire inconexos fragmentos.

—Ella es feliz… ha encontrado lo que ninguno de los dos supimos darle.

Se tensó durante un breve instante al escuchar aquel tono de voz que había escuchado anteriormente al otro lado de la línea telefónica o en el mensaje grabado en el contestador.

—Se casó la semana pasada en una pequeña e íntima ceremonia —aseguró sacando algo del bolsillo de la chaqueta de paño que llevaba puesta—. Nunca pensé que una novia pudiese estar tan hermosa vestida de rojo.

Con un lento movimiento, la foto que tenía en las manos terminó junto a los pies de la lápida.

—Ella es feliz, Calíope, nuestra hija, a pesar de todo lo que ha padecido por nuestros errores, es feliz —le aseguró en voz suave pero contundente—. Ya puedes descansar, querida, ahora Cassandra estará bien cuidada.

Besando brevemente la flor que traía consigo, la dejó junto a la foto para luego retroceder un par de pasos y contemplar el nombre grabado en la lápida en completo silencio. No había empezado a dar media vuelta cuando el capullo de rosa blanca que había traído consigo empezó a florecer hasta abrirse por completo ante los atónitos ojos de Cassie.

Su padre, en cambio, se limitó a sonreír, le dedicó a la flor un silencioso saludo con la cabeza y emprendió la retirada.

—Papá…

Las palabras surgieron de su boca antes de que pudiera ponerles freno, un título que no había utilizado desde que era una adolescente, un llamado que hacía mucho tiempo había dejado de tener sentido para ella.

Arion, que había permanecido en silencio a su lado, se inclinó ahora sobre ella, susurrándole al oído.

—Esta es tu oportunidad para cerrar la última de las heridas, *pouli*.

Ella vaciló, las palabras parecían haberse esfumado ahora de su garganta dejándola muda.

—Charles Monroe —lo llamó por su nombre, el que ella había rechazado desde el momento en que se emancipó acogiéndose únicamente al apellido de su madre. Cuando no obtuvo respuesta, lo intentó de nuevo, alzando más la voz, dando un paso y otro más en su dirección, necesitando llegar a él… aunque sólo fuese una vez—. ¡Papá!

La silueta masculina se detuvo volviéndose lentamente para mostrar a un hombre de pasados los cincuenta, cuya figura, una vez atlética e impresionante se apoyaba en un bastón. El pelo corto y castaño tenía alguna que otra cana, pero su rostro seguía siendo el mismo, los ojos castaños iguales a los de su hija brillaron con sorpresa y cierto temor a que sus oídos le estuviesen causando una mala jugada.

—¿Cassandra?

Ella se obligó a dar un paso más, y otro, y otro hasta encontrarse cara a cara con el hombre que no había tenido fuerzas para enfrentar en los últimos quince años.

—Cassandra —repitió su nombre mientras la recorría lentamente con la mirada, maravillándose de estar finalmente ante su hija mayor. Entonces volvió la mirada hacia la tumba ante la que había estado hablando y la señaló con un gesto de la barbilla—. ¿Has venido a visitarla?

Cassie siguió su mirada y negó con la cabeza.

—Vengo a despedirme —respondió en voz baja. Le costaba articular las palabras.

El hombre perdió un poco del calor que había iluminado sus ojos.

—Nosotros nos despedimos tiempo atrás —aseguró él con un profundo suspiro—. Sólo he venido a decirle que su misión había terminado.

Cassie frunció el ceño, su mirada vagando del hombre a la tumba.

—¿Su misión?

Los ojos castaños del hombre se volvieron durante un instante hacia Arion, quien se había reunido con ellos, pero permanecía a una distancia prudencial.

—Ella cuidó de ti lo mejor que pudo, Cassandra, si te hubiese llevado conmigo cuando quise hacerlo, se habría muerto de pena, tú lo eras todo para Calíope —continuó el hombre volviéndose ahora a ella—. Dejarte no fue su elección, sé que desde donde quiera que esté, habrá velado por ti.

Sonriendo afectuosamente, pero sin atreverse a acercarse más a su hija por miedo a que ésta lo rechazase, volvió su mirada y sus deseos sobre su yerno.

—Ahora estás en buenas manos —le aseguró antes de dirigirse a Arion—. Cuide de ella.

Él se limitó a asentir con la cabeza.

Satisfecho con ello, el hombre echó un último vistazo a su hija, le sonrió y con un leve movimiento de la cabeza se despidió de ella.

—Se feliz, Cassandra —le pidió—. Es lo único que puedo desear para ti.

Cassie no dijo nada mientras lo veía alejarse marcando el paso con su bastón, sus ojos volvieron entonces sobre la lápida en la que podía leerse el nombre de su madre.

—Mamá —murmuró caminando hacia ella, inclinándose para acariciar el nombre grabado en la piedra.

Sus dedos acariciaron la florecida rosa y pudo sentir a través de esta la suave caricia y el aroma inconfundible de la mujer que le había dado la vida. Una única lágrima se deslizó por su mejilla mientras la rosa bajo su mano empezaba a crecer y multiplicarse, convirtiéndose en una enredadera repleta de flores blancas que cubrió la lápida.

Aquella era su magia, su legado.

—Adiós, madre —murmuró Cassie llevándose los dedos a los labios para luego posarlos sobre la lápida—. Y gracias por haberle conducido a mi vida.

Te quiero, mi pequeña princesa. Los dos te queremos. Sé feliz.

Aquella suave voz inundó su alma llenándola de calidez y paz, borrando el dolor que todavía permanecía acurrucado en su interior y rellenando el hueco con esperanza clara y brillante. Las lágrimas brotaron de sus ojos y por primera vez desde que la muerte se había llevado la felicidad del alma de Cassie, su alma fue libre para expresar todo el dolor y la pena que había estado reteniendo, dejándola escapar por fin.

Arion la rodeó con sus brazos, sosteniéndola, transmitiéndole todo su amor y confianza para el futuro.

—Deja que fluyan, *pouli* —le susurró animándola a purgar todas sus lágrimas—. Pon a

descansar el pasado, y yo me encargaré de que tu vida a partir de ahora esté solamente llena de felicidad.

Se abrazó a él, apretando su rostro contra el pecho masculino dejando que todo dolor del pasado se desvaneciera por fin.

—No permitas que me aleje de ti, Arion —susurró entre sollozos—. Nunca lo permitas, amor mío.

—No lo haré, Cassandra —le respondió con total convicción cogiéndole el rostro entre las manos para mirarla a los ojos—. Serás mía eternamente, *agapi*, eso te lo prometo. Eternamente.

Sonrió a través de las lágrimas, pues sabía que lo que decía su demonio, era la verdad más pura.

ENTRÉGATE AL PLACER -LIBRO 3-

La vida de **Gabriela** se había hecho pedazos algunos años atrás, huir y ocultarse fue la única salida que encontró para evitar que el hombre con el que una vez estuvo casada diese con ella. Nueva identidad, nuevo vecindario, durante un breve instante pensó que estaría a salvo, que él no la encontraría… Una equivocación que le costó demasiado.

Nishel Skymore trabajaba para la Agencia Demonía bajo sus propios términos, él elegía el momento y si deseaba hacerse cargo de un nuevo contrato, pero cuando su jefe depositó en sus manos algunas semanas atrás la lista de requisitos de una exquisita mujer a la que ya había probado, supo que las cosas no habían hecho más que comenzar a complicarse.

Sola y asustada, con una sentencia de muerte pendiendo sobre su cabeza, Gabriela necesitaba protección y Nishel era el único que podía proporcionársela. Le demostraría una vez más que debajo de aquel delicado y fracturado envoltorio había una mujer capaz de entregarse al placer.

PRÓLOGO

—*Agencia Demonía, convertimos tus sueños en realidad.*

Sí, claro. Un sueño hecho realidad de alrededor de metro noventa, con pelo rubio platino largo y dos pedacitos de cielo por ojos que había entrado en su vida una tarde para jodérsela de la mejor manera. Gabriela no podía sacárselo de la cabeza, no había podido dejar de pensar en aquel hombre que la obligó durante una breve noche a salir de su caparazón y confesar sus deseos y anhelos; fue la mejor noche de sexo de su vida. La única que ahora, varios meses y una paliza casi mortal después, era todo lo que hacía que no se curvase en un ovillo sobre la cama de hospital y se echara a llorar.

El hijo de puta de su ex novio la había encontrado una vez más. No sirvió de nada que se cambiase de nombre, que hubiese vivido casi recluida en uno de los barrios más tranquilos de Mansfield, Ohio. Su extremo temor la había llevado a ponerse en contacto varias veces con la policía logrando únicamente joder a sus vecinos. De hecho, el conocerle a él podría considerarse un daño colateral de la estupidez que cometió al pensar que su entonces vecina, Eireen Blackmore tenía algo que ver con ese desgraciado.

Esa noche había comprendido que vivir con miedo no era una opción, aquello no podía llamársele vida y ante la necesidad de salir de su propio capullo de protección, de relacionarse y abrirse a los demás terminó bajando las defensas; algo que le costó demasiado caro.

Contempló una vez más la pantalla del portátil que le habían prestado durante su convalecencia la cual llegaba ya a los casi dos meses, en realidad debería estar contenta pues muchos pensaron que no sobreviviría esta vez. La paliza que le propinó Jordan la dejó al borde de la muerte.

Parecía que era demasiado testaruda para morirse.

—Vale, ¿pero qué narices es eso de la Agencia Demonía? —murmuró. Se estiró sobre el ratón inalámbrico solo para soltar un pequeño gemido cuando sus maltratadas costillas protestaron—. Agencia de acompañantes… ¿Agencia de acompañantes? No me jodas… ¿Me he acostado con un gigoló?

Frunció el ceño al leer el subtítulo.

—Detecta el problema. Empatiza con tu cliente. Mimetízate con su ambiente. Observa su carácter. Necesidades; cúbrelas. Investiga en su alma y Actúa sobre el problema —leyó cada una de las frases y frunció el ceño al comprender que cada una respondía a una letra—. D.E.M.O.N.I.A.

Sacudió la cabeza y se mordió el labio inferior.

—Esto es ridículo, ¿una agencia de citas con carácter psicológico? —rezongó bajando el cursor sobre el contenido de la página—. Impreso de solicitud…

De un clic surgió una ventana emergente con un formulario en blanco para cubrir con los datos personales, los datos bancarios y la tarjeta de crédito. En la página también había un apartado en el que debían incluirse los cinco requisitos que se deseaban en un acompañante.

Durante un momento estuvo tentada a rellenarlo, de hecho empezó a hacerlo solo para detenerse en el último de los requisitos y proceder a borrarlo todo.

—¿Qué estoy haciendo? —sacudió la cabeza—. Esto es una locura, el tenerle cerca de mí

no hará sino empeorar las cosas… Céntrate, Gabriela, su presencia ya lo empeoró todo… Él sabía que te había visitado alguien.

No, pensó, no era momento de sumergirse en fantasías. Su cuerpo todavía estaba demasiado dolorido como para olvidar la cruda realidad, la misma que la llevó a la cama de hospital en la que estaba ahora sentada con una pierna escayolada. Jordan la había encontrado después de más de año y medio de carecer de noticias suyas, el que una vez había sido un compañero de trabajo y que se convirtió en algo parecido a su novio durante un par de meses, degeneró hasta convertirse en un hombre obsesionado y capaz de cometer un asesinato. Y en su último encuentro, ella podría muy bien haber engrosado su lista.

Había aparecido en el umbral de su puerta, se había confiado tanto sobre su seguridad que ni siquiera se molestó en pedir referencias después de que el hombre al otro lado de la puerta se anunciara como un repartidor. Metió el pie antes de que tuviese siquiera tiempo a darse cuenta de lo que pasaba y penetró en su casa, en el lugar que se había convertido en un santuario de solaz en los últimos tiempos y lo arrasó con su locura y sed de sangre.

CAPÍTULO 1

Nishel la observó desde la ventana de la oficina, llevaba semanas preparando aquel encuentro, buscando el momento adecuado para ir a ella y parecía que por fin había aparecido. Se convirtió en todo un reto no pasarse por el hospital, no verla después de lo que ese cabrón hijo de puta le hizo; era un maldito milagro que siguiese viva después de aquello.

Ella era una de las asignaciones más extrañas que había recibido jamás, el contrato había llegado a sus manos hacía casi dos meses, el mismo día en el que fue agredida según pudo comprobar en los expedientes de la policía, en este solo estaba su nombre y una cláusula que le obligaba a esperar hasta una fecha determinada para iniciar dicho contrato; la fecha de hoy.

Se llevó la mano al interior de la chaqueta de cuero que llevaba sobre una camiseta hecha jirones y extrajo un arrugado sobre marrón. Sus ojos se deslizaron una vez más como tantas veces antes sobre la línea impresa que marcaba un día concreto.

—Parece que la espera ha llegado a su fin —musitó para sí.

Rompió el sobre sin muchos miramientos y extrajo de su interior aquello que había deseado leer desde el principio; los requisitos especificados por su futura cliente.

—Requisito número uno —leyó para sí. Un nuevo vistazo a la ventana le mostró que la chica todavía estaba dialogando con el inspector que hasta el momento llevaba su caso—. Protección. Cuidar y atesorar. Alejar el terror.

Su atención volvió de nuevo a ella, sentada en una fea silla común de la comisaría, vestida con unos vaqueros y un cárdigan que se la tragaba entera, parecía una niña abrigada en la chaqueta de su padre o hermano mayor. Su pelo antes oscuro ahora era de un bonito rubio que caía en suaves ondas sobre sus hombros; un cambio que sin duda obedecía a las directrices de la policía en su programa de protección. Los ojos, de un suave tono castaño vagaban entre el policía y sus manos entrelazadas dando muestras de la falta de interés que ponía en la conversación. Había perdido peso, no podía asegurarlo con toda aquella ropa envolviendo sus voluptuosas curvas, pero su rostro no tenía la suave redondez que recordaba, sus mejillas estaban hundidas y la palidez se había apropiado de su clara piel.

—Requisito número dos —continuó. Sus labios se estiraron en una divertida sonrisa mientras desgranaba el contenido—. Nada de capullos y neandertales, nada de demonios con sotana… Ángeles… no quiere alas blancas, nada que pueda contaminar.

Su mandíbula se apretó ante las emociones que captó a través de aquellas palabras. Se veía a sí misma como manchada, alguien que no tenía derecho a ensuciar a alguien más puro con su vida y su pasado. Sus errores eran solo suyos, no debían alcanzar a nadie más.

—Bueno, eso no será un problema —musitó al tiempo que volvía a mirarla. Su cansancio era obvio y parecía ligeramente fastidiada ante las insistentes preguntas del agente—. Tercer requisito… Que no sea celoso… De nuevo, no será un problema, muñequita.

Continuó con los dos últimos requisitos y frunció el ceño al leer lo que demandaba.

—Requisito cuarto: Cubrir sus necesidades y no pedir más de lo que esté dispuesta a entregar —su sonrisa se amplió. Si había algo que le gustara eran los desafíos, su vena dominante disfrutaba de una buena doma y ella prometía ser una pupila muy interesante—. Y por fin el último requisito…

Sus ojos volaron una vez más hacia el cristal, el papel quedó arrugado en sus manos un instante antes de que lo hiciese desaparecer de nuevo dentro de su bolsillo.

—Nadie volverá a tocarte un solo pelo —siseó. Después tomó una profunda respiración y se obligó a relajarse, tenía que entrar ahí y hacer su trabajo. Rescatar a esa pequeña hembra del infierno en el que estaba prisionera no sería una tarea sencilla e intuía que llevaría más tiempo que el estipulado en el contrato; quince míseros días.

Sin esperar más, recorrió el pasillo, correspondió a los saludos que le fueron dedicados y pasó al interior de la sala en la que la estaban poniendo al tanto de lo que ocurriría con ella a partir de ahora.

—…Estarás en custodia continua —le explicaba un hombre de alrededor de los cuarenta, con canas prematuras y mirada acerada—, tendrás a tu disposición uno de nuestros agentes las veinticuatro horas del día siete días a la semana. Si necesitas algo, lo que sea, lo llamas y estará en tu puerta antes de que consigas colgar el teléfono.

Su semblante lucía tan escéptico y cansado que Nishel no estaba seguro de que hiciese caso a ni una sola de sus palabras.

—Tendrás que mantener un poco más la identidad que creaste para despistarle, Gabriela —le informó llamándola por su verdadero nombre—. Miara Lowell deberá seguir existiendo de modo que podamos seguirle la pista a ese hijo de puta y capturarlo.

Ella vio como depositaban unas cuantas cosas sobre la mesa.

—Este es tu nuevo documento de identidad, pasaporte y permiso de conducir.

Se inclinó hacia delante y tomó uno de los documentos, sus dedos lucían pálidos en contraste con el tono oscuro de la lana del cárdigan.

—Miara Lowell —leyó el nombre que había adoptado algo más de año y medio atrás y que ya lo consideraba suyo. En aquel momento abandonar su verdadera identidad había sido lo único que le permitió un poco de paz, pero ahora… ¿Qué había ocurrido realmente con Gabriela? ¿Había desaparecido por completo bajo su ficticia identidad o seguía allí, en algún lugar en su interior?—. Mia…

El hombre alzó la mirada hacia ella y cruzó las manos sobre la mesa.

—Él sabe quién eres. Si le costó dar contigo hasta ahora, es una buena señal —declaró con suficiente fuerza como para que ella lo mirase—. Tendrás que mantener esa identidad un poco más, eso nos permitirá seguir investigando y encontrarle de una vez por todas.

Él vio cómo se tensaba, podía sentir su incomodidad desde esa distancia y sin estar vinculado todavía a ella por medio del contrato. Aquello no le gustaba lo más mínimo, no estaba bien, estaba destrozada en cuerpo y alma.

—¿Y si vuelve a encontrarme? —preguntó, su voz temblaba lo suficiente como para que decidiese hacerse notar de una buena vez.

—En ese caso, le arrancaremos los huevos —declaró con efusividad—, y los conservaremos en formol para que pueda admirarlos después.

El policía se limitó a poner los ojos en blanco, ni siquiera se molestó en mirarle.

—Me alegra ver que por fin hayas decidido dejarte caer por aquí, Skymore —lo saludó, entonces se volvió hacia ella—. Gabriela… —Él no dejaba de utilizar su verdadero nombre, uno que no oía desde hacía mucho tiempo en voz alta—, te presento a Nishel Skymore, es nuestro asesor y el agente que estará a tu disposición las veinticuatro horas.

La sonrisa cubrió sus labios sin poder evitarlo, el gesto de reconocimiento en su cara fue suficiente para ponerle de buen humor.

—Hola, muñequita, parece que volvemos a encontrarnos.

Gabriela atravesó la puerta de la comisaría como si la persiguiese el diablo, ni siquiera el bastón que había comenzado a utilizar tras las primeras sesiones de rehabilitación con su pierna hizo que fuese más despacio. Quería huir, marcharse de aquel lugar y de la cercanía de ese hombre. No podía tratarse de él, no podía ser él, ¡no podía ser un maldito policía o trabajar para ellos!

El inspector Ross siguió hablando tras aquella inesperada presentación, diciéndole que el recién llegado sería el que se haría cargo de ella, de escoltarla a su nuevo hogar y de que no le faltase nada ni nadie la molestase. ¿Qué nadie la molestase? ¡Él, por sí solo, ya era una colosal molestia! Al policía pareció incluso importarle más bien poco que ellos ya se conocieran, que la tratase con tanta maldita familiaridad… Pero claro, tampoco es que pudiese decirle que no le quería a él, que le buscase a cualquier otro sin dar una explicación coherente del porqué de su negativa.

Sobrepasada, se detuvo en seco y se giró solo para encontrarse con su enorme cuerpo haciéndole sombra.

—¿Cómo es posible que seas policía?

Él arqueó una ceja en respuesta y ladeó ligeramente el rostro para mirarla con aquellos penetrantes ojos azules.

—En realidad soy detective privado —respondió con un ligero encogimiento de hombros —, y trabajo como asesor en estos casos para el departamento de policía.

Sacudió la cabeza.

—¿Asesor? ¿Asesor de qué?

Él dio un paso más hacia delante.

—Me encargo de la parte psicológica y asesoramiento a las víctimas de problemas y situaciones tales como las que has pasado tú —respondió sin más pretensiones. Entonces le indicó con un gesto de la mano el aparcamiento situado al otro lado del edificio—. Y durante lo que dure mi asignación contigo, seré también tu terapeuta…

Ella boqueó y sacudió la cabeza como si aquello la horrorizara.

—¿Mi qué? ¡Ni en un millón de años!

Él sonrió, aquella sonrisa que decía claramente que él era quien mandaba allí.

—Relájate… Gabriela —le dijo pronunciando su verdadero nombre. Entonces ladeó la cabeza como si la estudiase—. Interesante cambio de identidad, Gabriela Sheral. Te confieso que sigo prefiriendo *Mia*.

Se le encogió el estómago ante la forma en que pronunció su nombre, haciendo que sonase como el posesivo que era.

—Ahora, ¿te importaría acompañarme de modo que podamos irnos de aquí? —sugirió al tiempo que estiraba el brazo en una clara invitación a moverse en la dirección que él marcaba.

No lo pensó, sencillamente actuó como se lo pedía el cuerpo. Giró sobre sus talones y empezó a alejarse en sentido contrario.

—No necesito un terapeuta y está claro que es un rotundo error el que te asignaran a ti para esto —farfulló mirando hacia el interior del edificio del que acaba de salir—. Esto no está bien… tú no puedes estar cerca de mí… no puedes…

Ella no llegó a dar más de dos pasos antes de que unas fuertes manos se posaran en su cintura y tiraran de ella hacia atrás con firmeza.

—Desafortunadamente las cosas no funcionan siempre como uno quiere, sino como deben

ser.

Se congeló, el miedo clavó sus garras con fuerza en su mente y antes de poder darse cuenta de lo que hacía empezó a gritar y a pelear como una gata para alejarse de aquella indeseada presa. El recuerdo de otras manos cogiéndola de esa misma manera, enterrándose luego en su pelo hasta hacerla caer de espaldas al suelo rompieron las compuertas de su precario control. Chilló, pataleó y cayó finalmente de rodillas con un nuevo quejido al tiempo que se cubría la cabeza con las manos y se encogía sobre sí misma.

—Gabriela… Gabriela… —Podía oír su nombre, pero su cerebro era incapaz de procesar nada en aquellos instantes—. ¡Basta!

La firme y profunda orden hizo que su llanto se interrumpiera al momento, su cuerpo empezó a temblar como una hoja balanceada por el viento.

—Mírame. —Una nueva orden, firme y clara.

Levantó el rostro, sus ojos se encontraron con la limpia y clara mirada masculina que nada tenía que ver con la de aquel.

—Está bien —continuó con voz suave y calmada. Una suave nota que parecía llevarse consigo parte de su miedo—. Fue culpa mía, no te agarraré de esa manera sin avisarte primero.

Ella parpadeó ante el tono de su voz, luchando por emerger del ataque de pánico en el que había caído.

—Bien, eso es —asintió complacido por algo que todavía no comprendía—. Ahora vas a darme la mano y levantarte.

Miró la mano que le tendía, entonces bajó a las suyas propias y las lágrimas que se habían congelado en sus ojos empezaron a fluir.

—Dame la mano, Gabriela —pronunció su nombre, su verdadero nombre.

Sus dedos rozaron los suyos, entonces se aferró a su mano y con su ayuda se puso en pie.

—¿Qué ha hecho conmigo? —se encontró murmurando sin poder detenerse. Las lágrimas cayeron por sus mejillas—. ¿En qué me ha convertido? ¡Oh, dios mío! ¿En qué me ha convertido?

Su mano se cerró alrededor de la suya atrayendo su atención.

—Shhh, vamos a trabajar en ello —le dijo, y sus palabras no admitían discusión alguna—. Lo solucionaremos, volverás a ser tú misma, ¿de acuerdo?

Ella sorbió y asintió, aunque no estaba segura de sí lo hacía porque su voz no admitía otra respuesta o porque realmente confiaba en sus palabras.

CAPÍTULO 2

El silencio que reinaba en el interior del vehículo era incómodo, Gabriela no había vuelto a decir ni una sola palabra, se limitaba a mirar por la ventana acurrucada en aquel enorme cárdigan. Su mente y alma estaban muy lejos de allí, su cuerpo temblaba ocasionalmente, como si fuese incapaz de deshacerse del frío que se había filtrado en su interior.

Necesitaba traerla de vuelta, arrastrarla hacia su propio terreno, con suavidad, pero con la fuerza y contundencia necesaria para despertarla de nuevo. Intuía que allí, en alguna parte, se ocultaba la mujer que había conocido meses atrás, una que si bien no estaba entonces al cien por cien de sus capacidades, tenía poca o ninguna semejanza con la cáscara vacía en la que se había convertido.

—¿Sigues conmigo, muñequita?

Se sobresaltó y giró la cabeza, su mirada tardó unos instantes en centrarse en el presente.

—¿Cómo te sientes?

Ella se lamió los labios.

—Cansada —musitó y volvió a acurrucarse para sumirse, no le cabía duda, otra vez en el olvido.

—En quince minutos habremos llegado a tu nuevo hogar —le informó mirándola de reojo. Su atención seguía puesta en la carretera—. ¿Por qué no abres la guantera y coges el sobre que hay con las llaves y la nueva documentación?

Tardó unos instantes en reaccionar, con pereza hizo lo que le pidió y abrió la guantera. De su interior sacó un par de sobres y una *PDA*.

—Um… Tu juguetito está encendido —comentó girándose a él para enseñárselo—. ¿Quieres apagarla?

Él esbozó una lenta sonrisa y asintió.

—Pon el pulgar sobre la pantalla y presiona unos segundos, se apagará sola —la instruyó.

La escuchó suspirar, pero siguió sus instrucciones. Era una muchacha dulce, sumisa por naturaleza y con todo ni siquiera ese cabrón había podido anularla del todo. Debajo de toda esa candidez y delicadeza, existía una mujer fuerte, valiente.

—Esto no se apaga —dijo, su ceño fruncido—. Ah, espera… Um… ¿Le doy a aceptar?

Su sonrisa se amplió.

—Tú verás, ¿aceptas mi presencia?

Ella resopló.

—¿La verdad? Me gustaría poder apagarla tan fácilmente como se apaga este cacharro.

No pudo evitar reír ante su respuesta.

—Tómatelo con calma, muñequita, solo llevamos unas horas juntos y vamos a estarlo… por algún tiempo.

Ella lo miró escéptica.

—Dijeron que tendría a alguien disponible en caso de que necesitara algo, no que fueses a convertirte en mi sombra —le dijo—. Y no te ofendas, pero ya es bastante malo que el elegido hayas sido tú como para tener que sufrirte a cada minuto a mi alrededor.

Él puso el intermitente y giró a la izquierda.

—No me ofendo —aceptó comprobando el tráfico para incorporarse—, ya que no puedes

hacer nada al respecto. Te guste o no, estaré a tu alrededor durante los próximos quince días, eso para empezar.

Ella se giró en su asiento, su mirada se clavó en él en el mismo momento que paraba el coche frente a una vivienda unifamiliar y apagaba el motor.

—Me muero de la ilusión.

Él se quitó el cinturón y le dedicó una divertida mirada.

—Oh, todavía no, pero lo harás —aseguró con un guiño—, sobre todo después de que hayas leído las bases del contrato.

Ella frunció el ceño cuando echó mano del bolsillo de la chaqueta de cuero y sacó un sobre doblado que no tardó en dejarle sobre el regazo.

—¿Qué es esto?

Él se lo indicó con un gesto de la mano.

—Enviaste una solicitud a la Agencia —le dijo apeándose del coche—, y eso, ha sido el resultado. ¿Quieres que te enseñe la casa o vamos directos a la habitación para tratar… los términos del contrato?

Gabriela empezaba a pensar que aquel hombre nunca la dejaría en paz, tenía que tratarse de un colosal error el que hubiese terminado precisamente él como su guardián, tenía que serlo ya el solo hecho de que perteneciese a cualquier división de la policía.

—Puedes irte por dónde has venido —le dijo por enésima vez desde el salón.

Él se cruzó de brazos con absoluta despreocupación y chasqueó la lengua.

—No antes de terminar lo que me ha traído hasta ti —declaró con decisión.

Ella apretó los dientes.

—De eso puede ocuparse la policía —dijo con fiereza—, pediré que envíen un sustituto mañana mismo.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—Me temo que eso es algo que está fuera de discusión, nena —aceptó con la misma tranquilidad que había utilizado hasta el momento—. Por otro lado, estoy a tu total disposición para responder a cualquiera de las preguntas que tengas sobre la Agencia y el contrato que has firmado.

Ella se tensó.

—¡Yo no firmé ningún contrato!

Él sonrió con ironía.

—Sí lo hiciste —declaró, y llevándose la mano al bolsillo trasero del pantalón extrajo la *PDA*—. De hecho, tengo tu huella dactilar registrada como confirmación y aceptación a mi presencia.

Ella miró el aparato alucinada y luego a él.

—No… no lo has hecho.

Él se encogió de hombros.

—Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas —aceptó con total convicción.

Ella sacudió la cabeza una vez más.

—Tiene que haber alguna clase de error —dijo al tiempo que levantaba los papeles de la Agencia—, yo ni siquiera llegué a enviar el formulario.

Él se encogió de hombros.

—El programa tiene su propia manera de hacer las cosas —aseguró con un encogimiento de hombros—, pero sus decisiones obedecen siempre a un motivo justificado. Y ahora empiezo a entender cuál puede ser.

Ella negó con la cabeza una vez más, no estaba dispuesta a ceder ante él, no después de lo que había originado para empezar su presencia en su vida la primera vez.

—No, no lo tiene —insistió—. Renuncio a ese contrato, rescíndelo, rómpelo, haz lo que quieras con ello y lárgate.

Él chasqueó la lengua, descruzó los brazos y caminó hacia ella.

—No, Gabriela. —Le tomó la barbilla y se la alzó ligeramente—. Como ya dije, no voy a irme antes de terminar lo que me ha traído hasta ti, y para poder terminar algo, primero habrá que comenzarlo, ¿no te parece?

Abrió la boca para decir algo pero él se la cerró con un beso. Bajó sobre sus labios y la probó, la degustó encontrando de nuevo en ella el sabor que había anhelado, su lengua tocó la suya y se retiró con timidez al principio, entonces le correspondió lentamente, como a regañadientes, pero le respondió. Su mano abandonó la suave barbilla y se deslizó por su cuello, una leve caricia que se deslizó hacia la nuca para acercarla todavía más a él, apretando su cuerpo suave con el suyo, degustando esa boca deliciosa de la que pensaba saciarse así le llevase toda la semana que establecía el pacto.

Rompió su beso a regañadientes, una suave retirada para permitirle componerse un poco y mirarle a los ojos; una mirada velada por el deseo y unas mejillas coloradas.

—Eso está mejor —declaró con un ronroneo—. Ahora, tú y yo vamos a hablar.

Ella se lamió los labios y dio un paso atrás, sorprendiéndole.

—No hay nada de lo que quiera hablar contigo —declaró y alzó la mirada para decirle—. Así que… vete.

Una irónica sonrisa recorrió sus labios.

—No te recordaba tan tozuda, pero me gusta el cambio —declaró y para consternación de la mujer se sacó la chaqueta y la tiró encima de una silla—. De acuerdo, muñequita, dejemos la charla para después… Elige, ¿cama o sofá?

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Ninguna de las dos —declaró y señaló la puerta con la mano—. Lárgate.

Él chasqueó la lengua y volvió a acortar la distancia con ella, sus manos volaron a su cintura solo para que Gabriela diese un nuevo paso atrás, decidida a alejarse.

—Deja de jugar al gato y al ratón —la atrapó desde atrás y la atrajo contra su cuerpo. Un brazo le rodeó la cintura mientras el otro ascendía por su costado hasta moldearle el pecho—. A este gato no le gusta tener que correr detrás de ti.

Ella se retorció contra él, su trasero se frotó contra su polla aumentando su erección y las ganas que tenía de ella. Su boca se entretuvo en su cuello, besándole y mordisqueándole la piel lentamente, disfrutando de su sabor.

—No… por favor…

Él la besó una vez más, con suavidad.

—¿Vas a desnudarte para mí o tendré que hacer los honores?

Ella ladeó un poco más la cabeza dándole acceso, pero al mismo tiempo sus labios pronunciaban una negativa.

—Ni lo uno, ni lo otro —musitó e intentó separarse de él una vez más—. Solo… márchate.

Él la ignoró.

—No lo haré.

Ella se mordió un gemido e intentó una vez más liberarse de sus brazos.

—No puedo… no… no quiero… por favor… vete. —Las lágrimas discurrieron por sus mejillas.

Él se apretó un poco más a ella, su boca le acarició la oreja.

—Tu boca es la que dice vete, pero tu cuerpo grita desesperado porque me quede y lo cuide. Déjame cuidar de ti, Gabriela —le susurró al oído, alternando sus palabras con pequeños mordiscos y caricias.

Ella se echó a llorar, a lágrima viva, algo que enfrió momentáneamente a Nishel pues sentía su dolor, su vergüenza.

—¡No puedo! ¿Es que no lo entiendes? ¡No puedo! —gritó a pleno pulmón, su espíritu resurgiendo de entre los escombros—. ¡Casi me mata por tu culpa!

Aquello lo congeló, sus palabras y el dolor que escuchó en ellas se clavaron en su alma. Ella se giró hacia él y en sus ojos pudo ver la verdad de sus palabras.

—Tú puedes darte el lujo de aparecer y volver a marcharte sin más, pero soy yo la tiene que pagar las consecuencias —declaró con fiereza—. Fui yo la que esperó como una estúpida que volvieses a aparecer aunque fuese solo para saludar, la que pensó por un breve segundo que un polvo de una noche podría haber cambiado alguna cosa… Pero lo único que obtuve a cambio fue su visita y su odio. ¡Quiero que te vayas! ¡Ahora!

Las palabras tenían la fuerza de un huracán, la verdad y la rabia batallaban en ella.

—¿Qué te hizo ese pedazo de mierda?

Las lágrimas brillaban en sus ojos negándose a ser derramadas.

—Márchate, Nishel —pidió utilizando por fin su nombre—. Por favor, sal de aquí…

Sus ojos se entrecerraron sobre ella.

—Te vigilaba.

No era una pregunta, su suposición quedó pronto confirmada por la forma en que ella apretó los labios y apartó la mirada.

—Te lo dije esa noche —musitó en voz baja—. Te dije que ese maldito cabrón estaba ahí fuera, que era cuestión de tiempo que me encontrara…

Sus ojos se clavaron en los de él, las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas.

—Me encontró y lo sabía… dijo que le había traicionado, que no era más que una ramera barata... —susurró—, atravesó la puerta sin que yo pudiese hacer nada, me empujó y luego… luego me arrastró del pelo escaleras arriba…

Ese hombre estaba muerto. Nishel lo supo incluso antes de dar un paso hacia ella y cogerle el rostro entre las manos silenciando sus palabras.

—No —negó y antes de que ella pudiese decir una sola palabra, la besó—. No volverá a acercarse a ti, no tocará ni un solo centímetro de tu piel porque desde ahora y hasta que termine el contrato me perteneces.

Ella negó con la cabeza, de su garganta escapó un quejido desesperado.

—¡No! —insistió ella—. ¡Quiero que te vayas! ¡Vete!

Él no cedió.

—Dame una buena razón para que lo haga —le soltó—. Y una real.

Ella apretó la mandíbula y finalmente escupió.

—Porque estoy sucia y no quiero que me toques —musitó en apenas un susurro, el dolor brillando con fuerza en sus ojos—. No quiero que me toque nadie… no quiero… por favor… vete.

La intensidad en su voz lo alcanzó con fiereza, esa pequeña muñequita había sido mucho más herida de lo que pensó en un principio.

—No hay nada sucio en ti, Gabriela —le aseguró con suavidad, entonces la atrajo hacia él una vez más y le borró las lágrimas de los ojos con los dedos—. Y vas a permitir que te toque… no solo eso, sino que vas a permitir que te acaricie, que lama cada centímetro de tu piel y me entierre profundamente entre tus piernas porque es lo que yo deseo. Y tú, vas a obedecer mis deseos y te entregarás al placer.

Ella intentó luchar una vez más pero él la redujo con suavidad, su poder se extendió voluntariamente para hacer un inventario del estado de la muchacha. Aspiró profundamente al sentir cada uno de los golpes en el cuerpo femenino, si bien encontró que la fractura en la costilla y la fisura del brazo estaban ya sanadas, encontró restos de antiguo dolor en varias partes del cuerpo, la zona que ella le había mostrado solo era la primera.

La rabia aumentó en su interior, no soportaba el maltrato de ninguna clase y mucho menos contra una mujer inocente que no había hecho otra cosa que enamorarse del hombre equivocado.

—Voy a quedarme aquí y contigo esta noche —le dijo rodándole las mejillas con el pulgar una vez más—, si mañana sigues queriendo que me vaya, pues… lo hablaremos.

Ella dejó de luchar, su mirada fija en la de él.

—¿No deberías decir que te irás?

Él le devolvió la sonrisa.

—No soy alguien que acepte un no por respuesta, muñequita, especialmente cuando ese no ni siquiera quiere ser pronunciado —aceptó besándole suavemente los labios—. Vas a servirme y obedecerme, yo cuidaré de ti a cambio y te daré todo lo que necesites, sin excepciones.

Su mirada sostuvo la suya, el temor y los recuerdos iban a la deriva en ellos.

—Todo lo que necesito es que me dejes sola —declaró con un pequeño quejido—. Solo… eso.

Él chasqueó la lengua y negó rotundamente.

—Ambos sabemos que no lo haré —aseguró y bajó la mirada sobre ella—, por el contrario, voy a quedarme. Y te follaré. Hasta que dejes de pensar y tu alma se libere de la pesada carga que porta.

Ella abrió la boca para decir algo, pero él volvió a acallarla.

—Mañana —la interrumpió—, mañana a primera hora prometo escuchar todas y cada una de las cosas que tengas que decirme o gritarme, pero ahora mismo, muñequita, vamos a hacernos cargo de uno de los primeros problemas que tenemos entre manos y la ducha me parece el lugar perfecto para ello.

Antes de que pudiese abrir la boca, la alzó en brazos, giró sobre sí mismo para situarse y finalmente enfiló hacia el dormitorio. Gabriela estaba tan atónita con todos los recientes acontecimientos, que no pudo hacer más que rendirse y dejarse llevar. No había esperado volver a ver a ese hombre y su presencia sabía que traería consigo más problemas de los que ya tenía encima.

CAPÍTULO 3

El cárdigan pasó a mejor vida. Uno por uno los botones de la blusa fueron cediendo y se encontró inmóvil entre sus brazos, sometida por su mirada; quería pelear, negarse de nuevo a esa clase de intimidad, hacerlo salir del que sería su nuevo hogar y de su vida pero era incapaz. El tacto de esas manos y la suavidad con la que la trataba contrastaba estrepitosamente con el aspecto gótico y ese aire de peligrosidad y mando que llevaba como una segunda piel, su enorme cuerpo no la avasallaba y su voz, ese tono dominante y varonil que hacía que todos sus sentidos despertaran la llenaban de una paz que no había vuelto a sentir desde el momento en que se marchó en el amanecer de aquel día.

La prenda se deslizó suavemente por sus hombros, los fuertes dedos siguieron el recorrido, deseó poder cerrar los ojos y dejarse llevar pero era incapaz de hacerlo. Aún hoy era el día en que se quedaba de pie ante el espejo y recordaba el estado lamentable de su cuerpo, los hematomas, los cortes ocultos bajo las vendas, la sensación de una lanza atravesándole el costado cuando respiraba y su pierna escayolada; el animal se había ensañado con ella.

—No… —aferró sus manos, sus dedos no dejaban de temblar. Dio un paso a un lado y alzó la mirada al apartarse de él—. Puedo hacerlo yo sola, me daré una ducha y…

Él ni siquiera se inmutó, por el contrario eliminó la distancia que ella había interpuesto y continuó con su cometido; desnudarla por completo.

—Sé que puedes hacerlo tú, pero no ahora —aseguró tironeando de la blusa hasta haberla sacado por completo de sus brazos dejándola únicamente con un sostén de algodón azul celeste —. En este momento… —le besó el hombro con una ligera caricia—, seré yo el que me ocupe de ti… —le besó el cuello—, y de algo más placentero.

Se estremeció cuando sintió las grandes manos cerrándose sobre sus pechos, sus dedos rozándole los pezones por encima del sujetador.

—*Hmm*, me encantan tus pechos —aceptó acariciándolos, sopesándolos en sus manos—, eres un molde perfecto, criatura…

Su primer pensamiento fue protestar, alejarle pero ese hombre la hechizaba, su voz era como un sedante para sus alterados sentidos. Entonces sintió sus dedos deslizándose hacia la piel todavía marcada, tocando lugares que si bien ya estaban curados conservaban otro color o permanente marca; notó su respiración en su oído así como su repentina tensión.

—Ese hijo de puta ha firmado su sentencia de muerte —le oyó mascullar.

Ella se estremeció, sus palabras parecían tan reales que le dio miedo escucharlas.

—No cometas ninguna estupidez —murmuró antes de poder contenerse.

Él le acarició los hombros con las manos y deslizó los tirantes por sus hombros.

—¿Te preocupas por mí?

Ella sacudió la cabeza.

—La policía no sois conocidos precisamente por vuestra cabeza fría.

Las manos se detuvieron entonces sobre sus brazos, por encima de los codos, una breve pausa que pronto quedó atrás a favor del cierre del sujetador.

—El que colabore con el departamento de policía, no me hace uno de sus chicos con placa —lo escuchó decir de nuevo junto a su oído, el aliento le acariciaba la oreja—. Te lo dije, trabajo

para ellos como asesor…

Ella se relajó contra su cuerpo, le sorprendía sentirse así, su tacto le agradaba pero era como si faltase alguna cosa.

—…y como detective —recordó entonces—, y como… lo que quiera que seas para esa agencia tuya…

Él rio.

—Dejémoslo en Agente Externo, cariño —declaró quitándole el sujetador y le besó el oído—. Sí, es un término que encaja perfectamente en cada una de mis múltiples ocupaciones.

La prenda salió volando frente a ella seguida de unas manos que descendieron por sus costillas hasta la cintura del pantalón vaquero.

—¿Bien hasta aquí? —le preguntó bajando de nuevo a besarle el hombro—. Te noto tensa, pero no tanto como para quebrarte.

El botón cedió fácilmente y lo siguió la cremallera, la tela se deslizó por sus piernas después de un leve tirón para que pasase de sus voluptuosas caderas hasta quedar arremolinado alrededor de sus pies.

—No sé por qué te permito hacer esto —musitó ella bajando la mirada sobre él—. Tendría que gritar, patalear… no dejar que me toques… me siento… mal… pero… no puedo evitar necesitar lo que haces… Quiero sentirme limpia otra vez… necesito sentirme limpia…

Él le sonrió desde su posición a sus pies, le acarició el empeine con un dedo.

—Haremos que esa sensación de malestar desaparezca —contestó él al tiempo que le quitaba una de sus zapatillas deportivas y la liberaba de una de las piernas del pantalón—. Necesitas sentir de nuevo, salir de la habitación oscura en la que te has encerrado… necesitas ser cuidada, atesorada… eres una mujer deliciosa y hermosa por dentro y por fuera…

Ella parpadeó y dejó escapar un cansado suspiro. Se le cerraban los ojos.

—No mientas —murmuró levantando el otro pie después de que él le hubiese quitado la zapatilla—. Sin mentiras… por favor.

Nishel ocultó una sonrisa mientras terminaba de retirarle el pantalón.

—No miento, Gabriela —insistió él—. Nunca te mentiré, es parte del trato…

Ella frunció el ceño.

—¿Qué trato?

Su sonrisa aumentó.

—Mañana, muñequita, hablaremos de ello mañana —le dijo mientras se levantaba y la contemplaba con avidez. Su entrepierna lucía una palpable erección—. Ahora, nos vamos a la ducha.

Ella suspiró, de repente la idea de bañarse ya no le apetecía tanto como encontrar una cama y tenderse en ella… a dormir.

Estaba agotada física y anímicamente, pero sobre todo lo estaba su alma. Nishel podía ver el aura de un intenso color gris a su alrededor, un síntoma que no había sido tan acuciante la primera vez que la vio, su primer momento con ella. Gabriela se había rendido, lo que le ocurrió agotó su espíritu, no dejaba de sorprenderle que en su actual estado hubiese recurrido a la Agencia, de nuevo el extraño programa que la regía y del que nadie sabía exactamente su procedencia había encontrado a la candidata perfecta. Los requisitos que había incluido se alejaban de las necesidades generales de los demandantes, ella no pedía sexo y liberación, buscaba cariño y ternura… Que recordase era la primera mujer que escribía a la agencia

solicitando que la amasen.

Alzó sus ojos claros hacia ella, tras entrar en la ducha y asegurarse que no se dormiría de pie la había dejado sola, concediéndole esa breve intimidad que necesitaba en aquellos momentos. Le hubiese gustado entrar con ella, espabilar su cuerpo y hacerlo reaccionar, pero debía cumplir con su tarea y ahora mismo lo que necesitaba era paciencia y ternura, extraerla de nuevo del capullo en el que estaba recluida. Su don sobre la voluntad le había permitido sosegarla, que aceptase su presencia sin mucho más escándalo del que sabía que deseaba armar.

Ni siquiera estaba seguro de que comprendiese realmente los parámetros que implicaban el contrato, pero aquello podía esperar a mañana, ahora ya tenía bastante con su presencia y con el primer Pacto que no pensaba dejarle eludir. Una buena noche de sexo liberador siempre ponía de mejor humor a las mujeres y haría más sencilla su tarea.

Por el momento cubriría su necesidad de protección y descanso, eso le daría tiempo para indagar un poco más en lo que había ocurrido desde el momento en que salió de su casa tras su primer encuentro.

Dejándola con su aseo cruzó la habitación y volvió al salón, extrajo el teléfono móvil del bolsillo de su cazadora y marcó de memoria el teléfono de alguien que le debía un favor.

—¿Radin? —preguntó nada más oír el pitido que marcaba la respuesta del otro lado—. Necesito que me hagas un favor, sí, quiero saber dónde está una persona… No, es un despreciable humano.

CAPÍTULO 4

—¿Qué es la Agencia Demonía y sobre todo, cómo ha llegado esto a tus manos?

Nishel se despertó con el brillo de un cuchillo de cocina reflejándose en su rostro. Gabriela lo empuñaba con una mano mientras la otra abanicaba una copia del formulario con los requisitos que ella había escrito. La luz del nuevo día entraba por la ventana del salón dónde había dormido y la enmarcaba como si fuese un pequeño y voluptuoso ángel vengador.

—Esta es la segunda vez que irrumpes en mi vida de esta manera —declaró meneando el cuchillo, el cual temblaba bastante en su mano—. Y la vez anterior también estaba esa agencia de por medio… ¿Cómo ha llegado esto a tus manos? ¿Quién diablos eres en realidad? Dame un maldito motivo por el que no deba clavarte esto en las pelotas.

Se dio el lujo de bostezar y apartó la manta con la que se había cubierto, se enderezó en el sofá y se frotó la cara con pereza.

—Te daré varios —respondió con voz somnolienta—. El primero de ellos, es que mi polla se sentirá mucho más feliz si mantienes eso lejos de ella y a la larga tú me lo agradecerás. Segundo, actualmente soy todo lo que necesitas, el único que puede mantenerte a salvo y sacarte del pozo en el que estás metida. Y tercero, porque has demostrado que puedes permanecer tranquila conmigo alrededor.

Ella abrió la boca para decir algo, entonces la cerró. Sus ojos se angostaron antes de volver a hablar.

—Pero no eres policía…

Él puso los ojos en blanco.

—Creí que eso lo había dejado claro anoche —le dijo y se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón de dónde sacó una funda con una identificación—. Soy investigador privado y asesor del departamento de policía para las víctimas de secuestros, violencia de género, etc. Y trabajo también para la Agencia Demonía, cuando así lo requiere Nick.

Ella sacudió la cabeza sin comprender.

—¿Nick?

Él la miró.

—Nick Hellmore, el dueño de la agencia —explicó—. Y el motivo por el que «eso» haya caído en mis manos, tal y como le dije ayer, es porque cubriste el impreso y lo enviaste, nuestro programa te seleccionó y yo soy el agente que han destinado para ti.

Ella sacudió la cabeza y alzó un dedo.

—¡Ya te dije que yo no lo envié! —chilló a la desesperada—. Nunca llegué a enviar ese formulario.

Él le dedicó un divertido guiño.

—¿Admites entonces haberlo cubierto?

Sus ojos relampaguearon, por un breve instante su carácter salió a la luz.

—Relájate, muñequita —procedió a darle un poco de tranquilidad—, todo irá bien. El contrato ya está firmado y sellado, tienes en tus manos todo el material que necesitas y si deseas que responda a alguna pregunta más, lo haré.

Ella entrecerró los ojos recordando vagamente su conversación del día anterior.

—Yo no firmé… la *PDA*.

Bien, parecía estar bastante lúcida después de una buena noche de sueño.

—Sí, lo hiciste —aseguró mirando el cuchillo que todavía sostenía y luego a ella—. Y sí, la *PDA*. Diste tu consentimiento cuando se grabó tu huella dactilar en la pantalla.

Jadeó, pudo ver el momento exacto en que sus palabras hacían clic y la compresión entraba en su mente.

—No lo has hecho —susurró atónita, el cuchillo bailaba en su temblorosa mano—. ¡Eso no puede ser legal!

Sin perder de vista el cuchillo se levantó.

—Es legal —aceptó con tranquilidad—, y no hay nada de lo que debas preocuparte en lo referente a ello.

Su rostro se arrugó, sus ojos brillaban y parecía estar a punto de echarse a llorar.

—¿Nada de lo que preocuparme? ¿Nada? —farfulló—. Irrumpes en mi vida… otra vez… Me… me engañas y me mientes… ¿y dices que no hay nada de lo que tenga que preocuparme?

Puso los ojos en blanco, estaba claro que aquella mañana no iba a ser todo arcoíris y conejitos.

—Gabriela, en ningún momento he pronunciado mentira alguna —insistió—. Estoy aquí porque soy el terapeuta que ha solicitado la comisaría para tu caso, el hecho de que haya un contrato con mi agencia de por medio… no es sino un beneficio añadido.

Ella sacudió la cabeza y alzó el cuchillo casi sin pensarlo.

—¡Solo tú podrías encontrar algún beneficio en una mierda como esta! —declaró desesperada—. Qué clase de loco psicótico eres tú, ¿eh? No te quiero de terapeuta… ¡No quiero ni una maldita cosa que venga de ti o de nadie! ¡Lo único que deseo es estar sola!

En un abrir y cerrar de ojos se paró delante de ella y le quitó el cuchillo de las manos antes de que le hiriese o se hiciese daño a sí misma. Estaba nerviosa, desesperada, no era una buena combinación con las armas.

—Para empezar, Gabriela, esta será la última vez que me amenazas con un cuchillo o cualquier clase de arma —le dijo muy serio—. Inténtalo una segunda vez y no te advertiré, te pondré sobre mis rodillas y te dejaré el culo como una amapola… y disfrutaré mientras lo hago.

Ella se tensó y reculó ante su tono.

—¿Lo has entendido?

No respondió, pero tampoco era necesario, por fin tenía toda su atención.

—Te hice una pregunta, Gabriela —insistió, su voz suave, tranquila—, y agradecería de tu parte una respuesta siempre que me dirija a ti.

Su respiración acelerada empezó a bajar de intensidad.

—Vete de mi casa —insistió en voz baja, apenas un susurro—. Sal de mi vida…

Él chasqueó la lengua, puso los ojos en blanco y se dio el lujo de atraerla hacia él, girarla y volvió a sentarse para cogerla en brazos, con el trasero meneándose bajo la indisoluble atadura que formaba su antebrazo. Antes de que ella pudiese emitir una sola nota de protesta dejó caer su mano sobre el culo cubierto con vaqueros.

—Mala respuesta, muñequita —musitó y volvió a dejar caer la mano, con fuerza suficiente para que picase sobre su trasero—. ¿Lo intentamos de nuevo? Puedes decir; sí, lo entendí, señor. O Maestro. O Maestro Nishel si realmente quieres agradarme.

—¡Qué te jodan!

Su respuesta sonó alta y clara, despertando en ella aquella vena luchadora que había permanecido adormecida las últimas horas.

—¡Suéltame, maldito hijo de puta! ¡Déjame ir!

Con una perezosa sonrisa, empujó su brazo hacia abajo, de modo que la parte superior de su cuerpo cayese sobre un lado del sofá y con la mano libre, le arrancó el pantalón obligándolo a ceder hasta que el suave y pálido trasero femenino quedó al aire.

—Nuevamente, respuesta equivocada —le dijo y dejó caer su palma sobre la carne desnuda. El respingo que pegó bajo el golpe se repitió cuando acarició el mismo lugar—. Vamos a asentar algunas bases de comportamiento y educación aquí, Gabriela. Exijo un tono educado y correcto cuando te refieras a mí, cada vez que blasfemes o me insultes, te llevarás un azote.

—¡Vete a la mierda, pervertido!

Sus labios se estiraron y su mano volvió a caer sobre la cálida y blanda carne. Se cuidó en todo momento de no azotarla en el mismo lugar ni hacerlo con demasiada fuerza; solo lo justo para hacerla saltar… y calentarle el culo.

—Parece que nos hemos despertado con ganas de batalla, ¿eh?

Ella volvió a insultarle y como castigo le dio otro azote haciéndola saltar, repitió la operación tres veces más hasta que ella rompiese a llorar y le hablase sin ese borde de enfado en la voz.

—¿Dispuesta a comportarte con corrección?

Asintió, un ligero movimiento de cabeza que pronto fue seguido de la confirmación verbal.

—Sí —balbuceó.

Le acarició y masajeó el colorado trasero, aliviando al tiempo que acentuaba su caliente carne.

—Por favor... ya no más… lo entendí —gimoteó.

Él se inclinó hacia delante, apartándole el pelo rubio del rostro.

—¿Lo entendí, qué?

Ella sorbió por la nariz, entonces pronunció la palabra como si fuese un insulto.

—Señor.

Bueno, por ahora aquello tendría que ser suficiente. Sin dejarla objetar la deslizó hacia el suelo y devolvió su ropa a su estado original.

—Buena chica —le borró las lágrimas del rostro con las manos—. Si has de pelear con alguien, que sea contigo misma para derribar esas barreras, pero no nos culpes a los demás de tu incapacidad para hacerlo. Vamos a pasar los próximos quince días juntos, Gabriela y exigiré de tu parte un mínimo de cortesía y corrección, ¿de acuerdo?

Ella se limpió el rostro con gesto enfadado.

—Sí —siseó.

Él arqueó una ceja y se inclinó hacia ella.

—Mientras estemos tú y yo a solas, te dirigirás a mí como señor —le dijo y alzó la mano cuando ella empezó a protestar—, de ese modo ambos sabremos que estás en mí mismo barco y que trabajarás conmigo para deshacer lo que te hizo ese hijo de puta.

Ella tragó ante la vehemencia de sus palabras.

—¿Lo has entendido?

Alzó la barbilla ligeramente y respondió con la misma fuerza que antes.

—Sí… señor —declaró una vez más entre dientes.

No pudo resistirse y le revolvió el pelo.

—Bien —asintió y se inclinó sobre ella—. Por lo pronto vamos a volver a la comisaría para firmar el resto de los papeles que te pondrán bajo mi custodia los próximos días.

Ella no dijo nada, pero tampoco era necesario, podía ver perfectamente en sus ojos que la llama había prendido de nuevo en su alma. Podía ser demasiado débil, pero estaba allí y eso era un comienzo más que suficiente para él.

Radin se despertó de golpe, su pecho subía y bajaba rápidamente con el ritmo de su respiración. Un rápido vistazo a su lado y la descubrió plácidamente dormida, deslizó la mano sobre su desnuda espalda y la notó cálida; lo suficiente como para no preocuparse. Ella dormía tranquila, su juvenil rostro oculto bajo el encrespado pelo rubio, su cuerpo desnudo de piel blanca saciado y alimentado tras la fogosa noche. Esa pequeña hechicera lo había arrastrado consigo a un peculiar infierno, el de desear a una mujer y verse vinculado irremediablemente a otra.

Ankara era su vínculo, su maldición. Su vida dependía única y exclusivamente de la suya, algo que hacía aquel consorcio incluso más irritante. Él no amaba a la joven hechicera de hielo, su corazón había sido robado tiempo atrás por otra mujer; una que pensó que podría poseer y desposar. Y lo habría hecho, si esa maldita hembra no hubiese nacido.

Llevaban juntos ya dos años, un periodo que no había hecho gran cosa por acercarlos y sí mucho para alimentar su desprecio hacia ella y hacia el sino que los había conducido a tal situación. No podía evitar sentirse traicionado al verla, tanto o más de lo que se sentía al estar con ella, pero no había otra forma. Le necesitaba tanto para mantener su poder a raya como para evitar su completo despertar; uno que traería consigo un gran dolor para ambos.

Así pues, él era un hombre condenado, uno que no tenía otra vida que la que existía a su lado, un destino que no desearía ni a su peor enemigo.

Hizo a un lado las sábanas y abandonó el lecho completamente desnudo, su cuerpo estaba saciado y en equilibrio. Podían no dedicarse las más hermosas de las palabras, herirse con ellas, pero el sexo seguía limando aquellas asperezas. La cama se convirtió en el único lugar en el que no se herían, el único momento de paz que ambos se permitían.

En un abrir y cerrar de ojos su cuerpo quedó cubierto por su típica indumentaria, unos vaqueros, una camisa oscura y un largo abrigo de cuero que cubría buena parte de su metro noventa. Era bueno ser hechicero, especialmente para ciertas cosas.

—¿Radin?

Se volvió a escuchar su suave y adormilada voz.

—Duérmete, Kara —le dijo con sequedad. Comprobó que llevaba encima todo lo necesario y se dirigió hacia la puerta. Aquel era tan buen momento como otro para atender la petición de Nishel.

—¿A dónde vas? —musitó ella. Por el sonido de las sábanas sabía que se estaba incorporando—. ¿Qué hora es?

No respondió, abrió la puerta y le dedicó un último vistazo.

—¿Radin? —insistió ella.

Él apretó los dientes ante su maldito destino.

—Tengo cosas que hacer, no me esperes para comer —declaró—. No sé cuándo volveré… así que no te muevas de aquí.

Sin darle más explicaciones, cerró la puerta tras de sí y se alejó de la única mujer que tenía en sus manos la posibilidad de destruirle.

CAPÍTULO 5

Gabriela dio un respingo al tomar asiento delante de la oficina del inspector, tuvo que morderse el labio inferior para no maldecir allí mismo. Estaba muy sensible, ese maldito hijo de puta le había azotado el culo hasta dejárselo colorado. Y lo peor no era eso, era la maldita necesidad que había despertado en ella. Jamás había sido sumisa, en realidad ni siquiera creía que le gustaría jugar hasta que él se presentó ante ella aquella primera noche y la sometiera.

La caricia de la fusta en su piel, la sensación del picor, el sonido de sus palabras, el tono de su voz… había accedido a llamarle maestro… amo… a lo que le pidiese con tal de recibir más de él. Los recuerdos estaban tan frescos en su memoria que podía revivir aquel momento una y otra vez sin perderse nada.

Él se había presentado a la puerta de su casa, un hombre de más de metro noventa, fuerte constitución, pelo gris claro y vestido con ropa gótica de cuero podría suponer una fuerte impresión para cualquiera, más si dicha visita se personaba en el portal de tu casa alrededor de la medianoche con una bonita sonrisa en los labios y un pie deteniendo la puerta que amenazaba con cerrarse.

Su conversación inicial había girado en torno a despejar algunas dudas, recordaba su risa cuando le preguntó si era un asesino en serie o siervo del diablo. Cuando lo había visto dio por supuesto que se trataba de algún amigo de su vecina Eireen, que vendría a decirle que se metiese en sus propios asuntos o dios no lo permitiera, que tuviese algo que ver con Jordan quien en aquel entonces estaba allí fuera, buscándola.

No estaba segura cómo había pasado de estar del lado de fuera a entrar en la casa, cerrar la puerta, dejar que la besara hasta el punto de quedarse en ropa interior y contarle con pelos y señales quien era el psicótico hijo de puta que la estaba persiguiendo. Había estado asustada, aterrada en realidad de que aquel extraño que la encendía tuviese algo que ver con ese cabrón.

Pero no fue así, lo que Nishel hizo aquella noche fue darle un momento de paz en medio de un jodido huracán.

—¿Me entregarás tu voluntad hasta el alba, *Mia*? —le había dicho—. ¿Cumplirás con tu palabra y accederás a todas mis peticiones? Si lo haces, cumpliré cada uno de tus deseos y fantasías y desterraré la oscuridad de tu alma.

Ella se había derretido bajo sus palabras, algo en él le decía que era mucho más de lo que se veía a simple vista, su mirada mostraba una abierta y sincera hambre sexual y ella estaba tan sola, tan necesitada de un poco de compañía, de cariño… Cualquier clase de atención que la hiciese olvidarse por un pequeño instante del miedo en el que vivía.

—Te entrego mi voluntad… hasta el alba.

Él había sonreído ampliamente antes de deslizarse la chaqueta por los musculosos brazos y caminar hacia ella con una intención más que clara en sus ojos.

—Eres mía… hasta el amanecer —sonrió con malicia—. Ahora, prepárate para ser azotada, has sido una chica mala, *Mia*, muy mala.

La mirada en el rostro de aquel hombre prometía algo que no estaba segura de ser capaz de enfrentar y con todo, la idea de que él la azotara, de que cualquier centímetro de su cuerpo entrase en contacto con el magnetismo sexual que exudaba la hacía sentirse temblorosa en una

forma que nunca había experimentado. Debía estar asustada, preocupada al menos ante la palabra «azote» pero lo único que sintió en aquel entonces fue su sexo mojándose ante la sola idea.

—Desnúdate.

La orden había llegado de forma perezosa pero firme, él se había apoyado contra el pasamanos que llevaba al piso de arriba, tomándose su tiempo para conocer cada una de sus reacciones, como si desease saber de qué forma actuaría su mente ante lo que él pidiese, cómo se comportaría su cuerpo ante la perspectiva de ceder el control y someterse a él. De alguna manera fue capaz de penetrar en su alma y descubrir cada una de sus fantasías, saber que a pesar de todo lo ocurrido no estaba dañada, que era capaz de someterse a un completo extraño, de resistir un juego como aquel. Deseaba ser atada, azotada, poseída más allá de cualquier elección que no fuese la de someterse a los deseos de su señor. Quería demostrarse a sí misma que aquella fantasía solo era un juego para ella y no una consecuencia de su tiempo con aquel cabrón lunático.

Dispuesto a llamar su atención y reafirmar su posición como dominante, Nishel se había quitado la chaqueta de cuero dejándola sobre el pasamanos, los fuertes músculos de sus brazos quedaron al descubierto al igual que el inmenso y varonil torso.

—He dicho, desnúdate, *Mia*. —Su voz sonó ahora fría, dura, sus ojos brillantes con una clara advertencia—. No me gusta repetir las cosas, si tengo que volver a hacerlo, te castigaré.

Parpadeó, incluso dio un pequeño respingo abriendo la boca para preguntarle cómo era posible que supiese su nombre, pero no se lo permitió.

—Obedece, muchacha. —Su voz acerada, prometía un oscuro castigo.

Tragando saliva, echó un rápido vistazo a su alrededor, comprendiendo por primera vez donde estaba realmente.

—Es… esto es el recibidor… si llega alguien…

Pero él aquello le traía sin cuidado, se había limitado a avanzar hacia ella, acortando la distancia entre ambos y tocarla, torturando uno de sus pezones, apretándolo con intención de provocarle un mínimo de dolor; una picadura de advertencia.

Su reacción había sido instintiva, deseaba más de su contacto.

—Des.nu.da.te —deletreó él, haciendo hincapié en cada una de las sílabas con un estudiado movimiento, jugando con el poder que tenía sobre ella, demostrándole que era él quien mandaba—. Después, dirígete a las escaleras e inclínate sobre el tercer escalón, es hora de empezar con tu adiestramiento.

—¿A…adis… adiestramiento? —jadeó cuando sintió un nuevo tirón en su pezón izquierdo, a pesar de que ya estaba empezando a moverse para desabrocharse el sujetador y hundir los dedos en el elástico de sus braguitas—. Ah… más… más suave… por favor…

Él llevó la otra mano al pezón libre y le aplicó el mismo trato, tirando de ambos hacia arriba sin delicadeza, acercándola a su rostro, permitiendo que sus miradas se encontraran y sus bocas estuviesen a unos centímetros de distancia.

—Más suave… Maestro Nishel —le contestó con voz suave y sedosa, un pequeño oasis de bálsamo para el picante placer que acunaba sus pechos—. Me llamarás Maestro o Señor a partir de ahora y hasta que yo lo diga, veremos cuanto puedes aguantar… «esclava».

Se derritió ante sus palabras.

—Si en algún momento sientes miedo, o crees que no puedes o no quieres continuar, solo tienes que decir una palabra: «Palomitas». ¿Lo has entendido, *Mia*?

—¿Palomitas?

Él se lamió los labios y la miró con abierto apetito.

—¿Lo has entendido?

Tragó audiblemente y asintió, era incapaz de apartar los ojos de los de él.

—Yo… sí… aunque…

—Hazlo, muñequita… si realmente deseas saber lo que es ser dominada, lo harás —le dijo sin cambiar de postura o tono de voz.

La idea era tan atrayente como aterradora y él lo sabía, supo el momento exacto en que su mente empezó a trabajar en excusas.

—Te gustará —le dijo con absoluta convicción—. Te gustará todo lo que le haga a tu cuerpo.

Sin esperar contestación la soltó y volvió a su posición original a los pies de la escalera.

Su mirada azul violácea vagó lentamente hacia el hombre de pie junto a las escaleras, realmente era un dios hecho carne, no había otra manera de describir el placer que veía en sus ojos mientras la ordenaba, exigiéndole, amenazándola con castigarla y haciéndolo antes de que tuviese tiempo a replicar. Aquel extraño era todo lo que había buscado siempre en un hombre, en hombres que no había tenido el valor de enfrentar.

—Estoy esperando, *Mia*.

Tomando una profunda bocanada de aire, deslizó el sujetador por sus brazos, se lo quitó y lo dejó caer a un lado, sus pechos eran llenos, no demasiado grandes, el tanga se deslizó por sus largas piernas, sacando primero un pie y luego otro. Desnuda con tan sólo unos zapatos de tacón bajo como calzado, se presentó ante él.

—Quítate los zapatos.

Se los quitó de una patada, deseaba aquello… por más que su mente dijese lo contrario y empezase a cuestionar su cordura, lo deseaba.

—Ven aquí, *Mia*.

Cada vez que pronunciaba su nombre era como si lo convirtiese en un posesivo, un reclamo sobre ella. Su voz sonó ronca cuando la llamó, alzó con timidez la mirada y se lo encontró recorriéndola con la lujuria grabada en sus ojos, su lengua emergió un instante después de sus labios y se los lamió con anticipación pero fue el bulto de su polla empujando los pantalones lo que la dejó sin respiración y provocó que la incipiente humedad que había surgido entre sus piernas aumentase, rebasando los labios de su sexo con vergonzosa impunidad.

—Estás tardando demasiado, muñequita, ¿debo castigarte?

No pudo evitar mirarle atónita cuando lo vio acariciarse la pierna del pantalón y sacar, sólo podía ser de un bolsillo oculto, una delgada fusta de cuero negro terminada en una lengüeta.

—¿Cómo has…?

El chasquido del cuero golpeando contra la pierna enfundada en sus pantalones la sobresaltó, sus ojos volaron allí donde ahora acariciaba en círculos su propio muslo.

—No hablarás a menos que se te pregunte o digas la palabra que te liberará —le dijo con voz firme y al mismo tiempo con una cadencia tan sensual que la hizo estremecerse—. Dila ahora y detendré el juego. ¿Quieres que me detenga?

Mojándose los labios, sacudió la cabeza. Qué dios la ayudara… ¡No quería que se detuviese!

—No.

Él se llevó la paleta de la lengüeta de la fusta contra la mano en un suave chasquido de advertencia.

—No, ¿qué?

Ella tragó saliva y respondió.

—No, Maestro Nishel.

—Buena chica —ronroneó jugueteando con la fusta un instante antes de indicar las escaleras con ella—. Asume tu posición.

Antes de que pudiera pensar en utilizar esa fusta que parecía hacerse más y más oscura en sus manos, caminó hacia él parándose a su lado, mirándole y mirando después el tramo de escaleras donde se suponía que debía inclinarse. Se mordió el labio inferior, sabía que en aquella posición su trasero quedaría en pompa, su sexo totalmente expuesto para él o cualquiera que entrase desde la puerta de la calle.

—¿Podríamos al menos cerrar la puerta con llav…?

Una caliente picadura acarició una de sus nalgas desnudas haciendo que soltara un jadeo de sorpresa.

—No hablarás a menos que te pregunte —le recordó acariciando con la paleta de la fusta el lugar donde la había golpeado. Cuando no le respondió con la suficiente celeridad, volvió a dejar caer la fusta sobre las desnudas nalgas—. ¿Lo has entendido, muñequita?

—¡Sí! —respondió apresuradamente—. Sí, señor.

—Bien —lo oyó susurrar a su espalda, acariciando nuevamente su trasero con la fusta—. Ahora inclínate tal y como te indiqué, y abre las piernas, quiero verte.

Se mordió el labio inferior y alzó brevemente la mirada hacia él.

—Esto es… creo que… es un poco vergonzoso.

Le vio esbozar una lenta sonrisa, la mano que estaba acariciándole el trasero con la fusta empezó a ascender por su espalda hasta cerrarse en su nuca. Sus dedos masajearon suavemente la zona hasta que la rigidez que la envolvía empezó a desaparecer, entonces apretó suavemente pero con firmeza y la empujó hacia delante obligándola a doblarse tal y como le había indicado; tuvo que echar los brazos hacia delante para evitar caer de bruces.

—¡Maldito hijo de puta! —siseó sintiendo el esfuerzo que tuvieron que hacer sus manos para detener la caída.

Él chasqueó la lengua y dejó caer la fusta con fuerza sobre su trasero ahora alzado hacia arriba.

—¡Ay!

El ligero picor fue a más, con cada nueva caída de la lengüeta de cuero sobre su piel se sentía más extraña, dolía, oh sí, pero pronto ese dolor quedó relegado a un segundo plano para tomar prioridad la intensidad que se incrementaba entre sus piernas y humedecía cada vez más su henchido sexo.

—¿Qué dije sobre hablar?

No dijo ni una sola palabra y apretó con fuerza los labios intentando no gemir ante la maldita y placentera sensación de su mano acariciándole ahora el caliente culo.

Satisfecho con su silenciosa respuesta, abandonó su trasero y retrocedió un par de pasos, permitiéndose una generosa vista de su sexo brillante por los jugos que podía sentir resbalando por la cara interior de sus muslos.

—Hermoso, sencillamente hermoso —lo oyó murmurar—. Levanta más el culo para mí, muñequita.

Mordiéndose el labio inferior dudó durante unos instantes, entonces obedeció, inclinándose un poco más, sus pechos rozando uno de los peldaños con cada movimiento enviándole deliciosos escalofríos por todo el cuerpo. ¿Cuándo había sido la última vez que estuvo así de caliente? No podía recordarlo, no solo no lo recordaba si no que dudaba que hubiese estado alguna vez en un estado de excitación semejante. Sentía los pechos pesados, los

pezones tensos y necesitados de atención, su coño era un pozo goteante que se moría por ser llenado preferiblemente con la polla que ocultaban aquellos pantalones de cuero negro que se ajustaban tan bien a las piernas y el prieto trasero de aquel hombre.

Tan pronto como esa idea cruzó por su mente, se sonrojó, asombrándose de su propia conducta… ¡Deseaba a un hombre al que no conocía, que había entrado en su casa y se había apoderado en cuestión de unos minutos de su mente racional haciéndola papilla! ¡Por dios, estaba desnuda, en el recibidor de su casa, dejando que la azotara y eso la ponía cachonda!

La repentina sensación de un dedo acariciando los labios de su coño la hicieron gemir, un ligero temblor de anticipación se extendió por toda ella, sus paredes internas se tensaron expectantes.

—Estás totalmente empapada —lo oyó susurrar a su espalda, su dedo jugando, delineando sin prisas—, jodidamente mojada. Apuesto a que también estás apretada y muy caliente.

Y según decía esas palabras introdujo un grueso dedo en su interior haciéndola gemir en alto, volviendo a sacarlo para volver a introducirlo, aumentando un segundo dedo.

—Caliente, apretada… —Su voz sonaba ronca mientras trabajaba en ella desde atrás—. Perfecta para ser follada.

Ella gimió y alzó las caderas saliendo al encuentro de sus dedos, sus pechos bamboleantes se rozaron una vez más con la moqueta de la escalera aumentando el placer. Señor, era tan bueno, se sentía tan bien… pero quería más, necesitaba más.

—Por favor —gimió con voz entrecortada.

Él retiró entonces sus dedos dejándola necesitada, doliéndose por el abandono un instante antes de lanzar la lengüeta de cuero directa contra su goteante sexo haciendo que contuviese el aliento y que las sensaciones y su desesperación se incrementara, su coño derramó más humedad.

—No tienes permiso para hablar, *Mia* —le dijo antes de dejar caer nuevamente la fusta contra su caliente centro. Gimió en voz alta, enloquecida por la sensación que provocaba el aguijonazo del cuero contra su mojado sexo—. Estás siendo una muchacha muy desobediente, Mia.

—Lo siento, Maestro Nishel —gimoteó meneando el trasero en alto—. Perdóname por favor.

Otro golpe seco directo a su centro la hizo gemir en voz alta. Las lágrimas de frustración se deslizaron por sus mejillas, si seguía golpeándola así terminaría por correrse sin más esfuerzo.

—Voy a tener que castigarte, muñequita —le oyó decir un instante antes de sentir la punta de la fusta acariciando sus sensibles y húmedos pliegues—. Eres una sumisa desobediente y te mereces un castigo.

—Perdóname, señor —gimió nuevamente. Parecía que en ese momento era lo único capaz de hacer.

Él deslizó la mano libre por su espalda y la dejó entre sus omoplatos antes de empujarla hacia abajo con firmeza, pero suavidad, obligándola a flexionar los brazos.

—Levanta el culo y cruza los brazos sobre el cuarto escalón, quiero tu cabeza encima de ellos, apoya la frente si te place y separa bien las piernas —la instruyó con esa voz profunda y sedosa, una caliente caricia sensual para sus sentidos. Apenas podía contenerse, su cuerpo tembló de expectación—. Tienes la palabra maestra, si es demasiado para ti pronúnciala y todo se termina aquí y ahora.

Negó con la cabeza, había llegado a un punto en el que todo en lo que podía pensar era en que la follase, que la poseyese de aquella manera, quería entregarse por completo a él, satisfacer sus necesidades tanto como las suyas propias. Dejó escapar un pequeño gemido e hizo lo que le

ordenó, alzó más su trasero y separó las piernas quedándose totalmente expuesta a su mirada.

—Como desees —lo oyó decir antes de que la fusta cayese brevemente sobre su coño, haciéndola gemir en voz alta.

La fusta se movía con soltura en la mano de su maestro por aquella noche, él sabía dónde apuntar para mantener ese delicado equilibrio entre el dolor y el placer. Sus gemidos pronto mudaron a desesperados gritos que resonaban en las paredes de la casa mientras alzaba el culo saliendo al encuentro de cada golpe. Se encontró suplicando y lloriqueando por una liberación cada vez más cercana, una liberación que él mismo retrasaba y la mantenía en el mismo borde.

Quería gritar de frustración, necesitaba correrse, deseaba que aquel maldito la dejase correrse.

—Maestro, por favor —gimió entre lloriqueos después de que dejase de torturar su sexo con la fusta—. ¿Puedo hablar?

Pudo notar su satisfacción al ver que ella había entrado por completo en su papel de sumisa. Su curiosidad por aquel mundo la había llevado a indagar en él, a aprender ciertos aspectos así como el trato protocolario correcto.

—¿Qué deseas, muñequita?

—Necesito… necesito correrme… por favor —gimió, no deseaba mirarle, le avergonzaba su propia respuesta pero la necesidad de su cuerpo era mucho más fuerte que cualquier clase de pudor—. Necesito… te… te necesito… a ti.

Ella le sintió moviéndose tras ella, oyó como se abría la bragueta y un instante después su voz lo ocupó todo.

—Mírame, *Mia* —su voz sonó ahora cerca de ella—. ¿Es esto lo que quieres?

Ladeó el rostro y jadeó con fuerza cuando vio la enorme erección de suave carne que salía de entre los pantalones de cuero de Nishel. Ni siquiera se los había bajado, se conformó con abrir lo suficiente la bragueta como para poder liberar la polla. Incapaz de resistirse se lamió los labios, deseando poder tener la oportunidad de tomar aquella columna de carne en su boca, chuparla y sentir al menos por una vez lo que era que se corrieran en su boca.

Lo vio llevarse la mano al miembro y acariciar su longitud durante unos breves instantes, entonces se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó un preservativo que desenvolvió y se colocó rápidamente. La punta de su miembro acarició la entrada de su caliente y húmedo sexo, listo para tomarla en aquella posición.

—¿Lo quieres? —le preguntó una vez más mientras la acariciaba con el miembro, extendiendo la humedad femenina con la cabeza de su polla—. ¿La quieres?

Ella gimió, meneando el trasero contra él.

—Sí, Maestro. Por favor —se lamió los labios, expectante—. Nishel, por favor.

—Me gusta la manera en que pronuncias mi nombre —murmuró él y sin esperar más la tomó con fuerza de las caderas y empezó a hundirse lentamente en ella, ensanchándola poco a poco, llenándola mientras jadeaba y se retorcía bajo él.

—Dios mío...

—Suave, muñequita, suave —le dijo mientras lo sentía acomodándose en su interior—. Por el infierno, muchacha, esto es bueno.

Ella no respondió, apenas podía hacer otra cosa que no fuera jadear y apoyarse con firmeza sobre los escalones mientras él se abría paso hasta instalarse completamente en su interior. ¡Era enorme! Él si era grande, y grueso, la estiraba y llenaba a cada paso del camino.

—Nishel —gimió deseando, necesitando que se moviera.

—¿Dónde ha quedado lo de Maestro, *Mia*? —se burló ante la desesperada necesidad de

ella.

—Maestro, por favor —gimió agitando la cabeza—. Hazlo… fóllame.

Él se echó a reír al tiempo que se retiraba hasta casi salir por completo para volver a empujar una vez más en ella.

—Como desees.

Aferrando sus caderas bombeó en ella, entrando y saliendo, utilizando su cuerpo como apoyo, follándola tal y como le había suplicado, llenándola con cada estocada para volver a retirarse después, lento al principio, más rápido a medida que se iba acercando al final.

—Estoy a punto, cariño —le informó sin dejar de bombear en su coño.

Sintió como una de sus manos alcanzaba entre ellos y le acariciaba el clítoris, jugueteando con él para lanzarla al encuentro de su propio orgasmo.

—Vamos, bonita, córrete para mí —le susurró bombeando en ella—. Córrete para mí muñequita, hazlo… ahora.

Oh, el orgasmo que le dio entonces lo había volatilizado todo y no había sido más que el primero de una larga noche…

—¿Nena?

La mano que se posó en su hombro la hizo saltar, sus ojos volaron de inmediato a su interlocutor quien la observaba con cierta sospecha. A su lado estaba el inspector de policía que se encargaba del caso y parecía tan intrigado como el mismo Nishel. No necesitaba mirarse en un espejo para saber que su cara empezaba a ponerse del color de las cerezas, sus muslos se cerraron imperceptiblemente en un intento de aliviar la excitación que la mojaba ante los vívidos recuerdos.

—¿Te encuentras bien, Gabriela?

Gabriela… En sus recuerdos él la llamaba *Mia*, el único nombre que conocía de ella. Hacía tanto tiempo que no escuchaba a nadie llamarla por su verdadero nombre que tardaría en volver a acostumbrarse, pero en sus labios sonaba de una manera que… No, no podía seguir así, tenía… ¡Tenía que sacarse a Nishel de la cabeza ahora mismo!

—Err… sí, lo siento —declaró con un pequeño carraspeo—. Estaba… distraída.

La mirada que le dedicó su nuevo terapeuta decía claramente que no le creía nada. Esta no tardó en deslizarse por su cuerpo con abierto interés.

—En qué estarías pensando, muñequita —le dijo al tiempo que una divertida sonrisa empezaba a curvar sus labios.

Le ignoró y se volvió de nuevo hacia el policía.

—¿Qué te ha parecido tu nuevo hogar?

Ella se lamió los labios y contó mentalmente hasta cinco antes de responder.

—Está bien, es… acogedor —aseguró. Entonces señaló a su acompañante—, pero no me opondría a un cambio de… guardián.

Sus labios se curvaron con ironía, no se molestó en ocultarlo, incluso le hacía gracia. ¡Maldito hombre!

El policía miró al aludido.

—¿Ni veinticuatro horas, Nishel? —le preguntó con tono irónico—. ¿Estás intentando establecer un nuevo récord personal?

Su respuesta inicial fue encogerse de hombros.

—Dale un par de días más y estará bien —le aseguró—. Todavía no hemos tenido tiempo

de… poner algunas cosas en claro.

Ella frunció el ceño.

—Y nunca las pondremos —le dijo con firmeza—. Puedes ir olvidándote de ello. Te lo dije anoche, no lo considero legal. Además, tú mismo lo has dicho, eres mi terapeuta, ¿no? Cualquier clase de relación médico paciente tiene que ser estrictamente impersonal.

Él sonrió con ironía.

—Nena, ya te dije que no soy médico, soy asesor —se burló—, pero no te preocupes, no es como si no nos hubiésemos acostado ya.

Se quedó sin palabras, su mirada voló hacia el policía quien se limitó en volverse hacia Nishel con una ceja arqueada.

—¿Qué dices que has hecho?

Él la señaló con un gesto de la barbilla.

—Acostarme con ella —respondió con un ligero encogimiento de hombros.

El policía entrecerró los ojos.

—¿Cuándo?

Ella jadeó.

—No creo que eso sea algo de relevante importancia…

Él le dedicó una mirada que decía claramente que no lo veía de ese modo.

—En este caso puede que sí, Gabriela —le dijo con firmeza—. Dijiste que la conocías… ¿Ella es…?

Nishel dejó su lugar y se sentó cómodamente en una de las sillas dando a entender que la conversación iba para rato.

—En aquel momento no, ahora sí —declaró. Su mirada iba del policía a ella—. ¿Sabemos algo de ese hijo de puta?

El policía resopló y optó por dejar pasar las recientes revelaciones.

—Es como si se lo hubiese tragado la tierra —aceptó de mala gana—. Ni siquiera pudimos encontrar rastro alguno en la casa que sugiera que fue él quien la atacó… Por supuesto, sus antecedentes y la declaración de ella son pruebas importantes, así como el informe del hospital, pero…

Él se inclinó hacia delante, su voz sonó profunda, oscura cuando preguntó.

—¿ADN?

El hombre negó, su mirada cayó entonces sobre la mujer, quien había perdido la tez colorada para sustituirla por la blanca como el papel.

—Al contrario que la primera vez… —murmuró ella—, no tenía intención de conservarme para él… decía que estaba poseída, que la lujuria se había apoderado de mí… y que no merecía sus atenciones, ni sus regalos. Me golpeó nada más entrar en mi casa, me agarró del pelo y me arrastró al piso de arriba… Si le miraba demasiado tiempo fijamente, me giraba la cara de una bofetada… y entonces empezaron las patadas… los golpes… No sé en qué momento sacó el cuchillo… quizás cuando quiso que me desnudase frente a él… Yo le dije que si me ponía una mano encima, le clavaría ese mismo cuchillo en las pelotas.

—Buena chica —murmuró Nishel atrayendo su atención sobre él. Su mirada se clavó en la de ella, se había inclinado en la silla, con las manos cruzadas sobre las rodillas y la miraba tranquilo—. Sigue, Gabriela, déjalo salir… ¿Qué pasó después?

Ella se lamió los labios.

—Él sabía que tú… tú habías estado en casa… que un hombre había pasado… la noche en casa —continuó en voz monótona, su mirada prisionera de la suya—. No sé cómo podía saberlo,

pero mencionó muchas cosas que pasaron en ese vecindario, me… me vigilaba… de algún modo… me estuvo vigilando. Me acusó de… seducir también al marido de mi vecina… él… él estaba convencido de que mantenía relaciones con todos los hombres del vecindario… que era su puta.

Sacudió la cabeza al recordar la rabia en su voz, el brillo de locura en sus ojos mientras la aleccionaba.

—Esa semana había estado haciendo alguna reforma en una de las habitaciones, solo la estaba pintando, quería cambiarle el color… —continuó—, él cogió una de las maderas que tenía para remover las mezclas y me pegó con ella… Me decía que solo así podría perdonarme y volver a aceptarme… Que primero tendría que purgar a la puta que había en mí.

Se mordió el labio inferior, no quería seguir, no quería continuar hablando.

—No… no quiero —dijo rompiendo la mirada de Nishel, entonces se levantó de golpe y se tambaleó. Su mirada vagó hacia el agente—. Tienes mi declaración, todos los detalles… no voy a hablar de nuevo de aquello… Quiero olvidarlo, no recordarlo.

El agente caminó hacia ella.

—Entiendo que esto es difícil, pero cualquier cosa, por pequeña que sea que puedas recordar, nos servirá para atraparlo —aseguró el hombre con suavidad—. Ese cabrón hijo de puta ha matado una vez, Gabriela, confundió a tu compañera de piso contigo, la violó y la mató, te ha estado amenazando durante años desde la cárcel y ahora… te ha dejado con vida…

Ella se estremeció.

—Lo hizo a propósito —murmuró ella, entonces su mirada voló hacia Nishel, quien había abandonado su asiento y estaba al lado del policía. No necesitaba que ellos se lo dijeran, era algo que sabía—. Volverá a por mí, no ha terminado el trabajo… Cuando encuentre lo que necesita, volverá a por mí y me castigará.

Los ojos azul pálido del gótico hablaban por sí solos.

—Es una posibilidad más que real —le dijo sin más rodeos—. Dijiste que ese cabrón escapó…

Ella asintió.

—Debió hacerlo cuando escuchó que Eireen se acercaba… —comentó—. Había intentado escaparme de él, pedir ayuda… me empujó en el último tramo de escaleras y luego él estaba sobre mí, golpeándome… y me rompió la pierna. Grité… y él siguió golpeándome… Sé que habló, nunca dejaba de hacerlo mientras me golpeaba, pero en ese momento yo ya no escuchaba nada. Cuando llegó mi vecina, Eireen Blackmore algunas horas después, dijo que la puerta estaba abierta… ella fue quien me encontró y llamó una ambulancia y a la policía.

Ambos hombres se miraron, pero fue él quien no vaciló en darle una respuesta.

—Es posible que se haya ido, pero algo me dice que volverá —aseguró convencido. Entonces acortó la distancia con ella y la miró a los ojos—. Y tú no vas a estar aquí para recibirlo.

Ella parpadeó varias veces.

—¿Qué?

Como hizo desde el primer momento en que apareció en su vida, tomó las riendas y se dirigió al policía.

—Voy a llevármela, así que más te vale poner en marcha todo tu ingenio y contactos para dar con ese cabrón —le dijo con total tranquilidad.

El policía frunció el ceño.

—No necesito que me digas como tengo que hacer mi trabajo, *Caído* —declaró, entonces

la miró a ella—. Pero no puedes llevártela así como así. Nishel, las cosas no son tan fáciles por aquí…

Su mirada decía claramente que le importaba una mierda.

—No va a volver a acercarse a ella, Ross —aseguró—. Me importa una mierda lo que diga o no tu gente, ella está bajo mi custodia los próximos quince días, es todo el tiempo que tienes para encontrar a ese cabrón y meterlo entre rejas sin posibilidad de retorno.

El agente gruñó, a sus ojos parecían dos perros disputándose un hueso.

—Creo que yo podría tener algo que decir al respecto —los interrumpió ella.

Él la fulminó con la mirada.

—No, no tienes nada en absoluto que decir, muñequita —le dijo y se volvió al policía—. Si tienes que preparar algún papel o justificante, tienes hasta esta tarde, después me la llevaré.

El hombre resopló.

—¿A dónde?

Él sonrió.

—A dónde pueda hacer lo que tengo que hacer —aseguró con satisfacción—. Tú tienes tu trabajo, Ross, yo tengo el mío. Yo no me meto en el tuyo y tú no te metes en los asuntos de la agencia.

El hombre resopló una vez más, lo miró y después se dirigió a ella.

—Si hay alguien que puede mantenerte a salvo mientras ese cabrón sigue ahí fuera es Nishel Skymore —le aseguró—. Pero la última palabra es tuya.

¿En qué mierda se estaba metiendo? Pensó mientras miraba a uno y otro hombre. ¿Qué clase de asociación había entre ellos? Estaba claro que Ross conocía a su amante de una noche bastante bien, la pregunta era, ¿lo conocía ella? ¿Confiaba en él?

La respuesta la sabía desde el mismo momento en que se sometió a sus caricias.

—Iré con él —decidió, su mirada se cruzó con la suya durante un instante—. Así que encuentre a ese hijo de puta y enciérrelo dónde nunca pueda volver a ver la luz del día.

CAPÍTULO 6

—¿Y bien?¿A dónde vamos a ir?

Nishel la miró mientras traspasaba la puerta de su oficina en el restaurante, ella no había dicho ni una sola palabra desde que salieron de comisaría. Su aceptación lo sorprendió, por otro lado no es que pensase permitirle otra cosa. Iba a sacarla de allí, de la ciudad, no dejaría a la muchacha cerca de ese lunático otra vez. Había sido descuidado, la primera vez que lo dijo había ido con Ross buscando respuestas. El policía era uno de los suyos, un puto ángel que trabajaba en el departamento de policía y que se encargaba de mantener la cobertura de los seres sobrenaturales que convivían con los humanos si se veían metidos en algún lío. Ross había estado al tanto del caso, lo había investigado pero aquel cabrón no daba aparecido. Para ser un simple humano era muy escurridizo.

Rodeó la mesa del escritorio y abrió uno de los cajones de dónde extrajo la piedra de cuarzo que había comprado a la mujer de Arion.

—¿Piensas responderme hoy?

Levantó la cabeza y la vio todavía en el mismo lugar, no se había atrevido a entrar.

—¿Quieres sumar un segundo azote al primero, muñequita? —le preguntó incorporándose —. Estoy pensando en añadir también la fusta a tu castigo.

La vio tensarse, pero también apreció la forma en que brillaron sus ojos durante un brevísimo segundo.

—No haces más que amenazar…

Él se rio.

—Mis amenazas siempre terminan en hechos —aseguró cerrando el cajón para caminar hacia ella—. Y tú te estás ganando un castigo a marchas forzadas.

Ella no cedió.

—Tengo derecho a saber dónde piensas llevarme, ¿no te parece?

Él se detuvo frente a ella.

—No te parece, señor.

Ella ladeó la cabeza.

—Gilipollas.

Nishel esbozó una irónica sonrisa y se frotó el mentón con el pulgar.

—Ya tenemos cuatro, Gabriela —le aseguró entrecerrando los ojos—, ¿seguimos sumando?

Ella apretó los labios y él sacudió la cabeza.

—Ah, pequeña y díscola sumisa —le dijo al tiempo que abría el enganche del collar y se lo ponía alrededor del cuello—. Así, ahora ya eres oficialmente mía.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente y se llevó la mano al cuello acariciando la piedra.

—¿Qué…?

Él le apartó la mano y acarició sus dedos.

—Es cuarzo rosa, está considerada una de las piedras más potentes para curaciones emocionales, equilibra la energía emocional y elimina la ira y la angustia. Calma y da seguridad —le dijo llevándose los dedos a la boca para mordisquearle las puntas—. Dos cosas que necesitas con urgencia.

Ella arrancó la mano de las suyas.

—Bueno, además de una buena follada —continuó bajando la mirada sobre su cuerpo—. Qué fue lo que te puso tan caliente en la comisaría, ¿huh?

Ella dio un inmediato paso atrás.

—Nada.

Él sonrió con sorna. Aquella debía ser la respuesta más rápida que había obtenido de ella en las últimas horas.

—¿Nada… qué?

Ella frunció el ceño.

—Nada, Nishel.

Su sonrisa aumentó y para su sorpresa la atrapó atrayéndola hacia él.

—Um… no parece que no fuese nada, muñequita —le dijo sin dejarla escapar—. Más bien diría que tuviste un buen momento recordando… algo.

Su sonrojo la delató.

—¿Pensaste en nosotros? —insistió y no perdió detalle de su reacción.

Ella sacudió la cabeza.

—Ni en sueños.

Una fragante mentira sonrió para sus adentros.

—¿Te mojaste pensando en mí polla entre tus piernas?

Un ligero temblor.

—No.

Ah, ahí estaba de nuevo y ese bonito color incendiando su piel.

—¿Estás caliente ahora, Gabriela, mojada?

Ella se estremeció y él sonrió para sí.

—No.

Chasqueó la lengua.

—No está bien mentir de esa manera, cielito —aseguró. Sin dejarla pensar le rodeó la cintura con las manos y la alzó, volviéndola para sentarla sobre el escritorio—. Sobre todo cuando es algo fácilmente comprobable.

Dicho esto bajó la mano a su pantalón vaquero, esquivó sus manos, le abrió los botones que lo cerraban y hundió un par de dedos dentro de sus braguitas. Oh, sí, estaba mojada.

Gabriela jadeó cuando la alzó sobre la mesa del escritorio sin más preámbulos y se cernió sobre ella anulando todo pensamiento coherente hasta terminar con los dedos hundidos dentro de sus bragas. Unas que estaban mojadas si debía juzgar por el estado de continua excitación en el que vivía desde que se puso a fantasear algo más de una hora atrás en la comisaría.

—Um, ¿ni una sola protesta?

Abrió la boca pero volvió a cerrarla, tenía que ser sincera consigo misma, se moría por ese hombre. Él la deseaba, no tenía más que bajar la mirada para ver la masculina erección empujando contra los pantalones de cuero y sabía perfectamente que era un amante generoso, extremo en su placer, él ponía el escenario, el libido y esperaba a que ella se contagiase de deseo.

—¿Sigues conmigo, muñequita?

Asintió. Estaba cansada de luchar, de ser ella la que tuviese que defenderse, por una vez deseaba, necesitaba cerrar los ojos y que fuese otro quien se encargase de todo, quien la protegiera y cuidara y Nishel podía darle aquello, aunque fuese por un breve momento.

—Sí, sigo contigo —murmuró, entonces suspiró y se unió al juego—. Señor.

Si se sorprendió por su repentina capitulación, no lo demostró, por el contrario, se limitó a retirar sus dedos y aferrar la cintura del pantalón.

—Levanta ese bonito culo, por favor —pidió con tono educado y divertido.

Obedeció, cualquier cosa que la acercase a saciar aquella necesidad.

Le quitó los pantalones lentamente, tomándose su tiempo para desatarle las zapatillas deportivas, el calzado cedió fácilmente y cayó a un lado seguido por el pantalón. Sus dedos le acariciaron entonces la pierna, siguiendo la pequeña y fea cicatriz a la altura de la pantorrilla dónde el hueso había sobresalido tras romper. Cerró los ojos con fuerza, no quería recordar aquello.

—Está bien, respira profundamente —oyó su voz al tiempo que deslizaba la mano hacia arriba—, nada puede alcanzarte mientras estés conmigo.

Y por alguna inexplicable razón le creyó. Tomó una profunda bocanada de aire y la dejó escapar lentamente.

—Buena chica.

Sintió más que vio como deslizaba los pulgares desde las rodillas, subiendo por la parte interna de los muslos hasta rozar la fina y delgada tela de las braguitas que protegían su sexo. Una caricia liviana que ponía en marcha todas sus terminaciones nerviosas a una velocidad apabullante. Quería poder cerrar los ojos y olvidarse de todo, sentir pero el fantasma del miedo seguía muy presente en su mente.

Sus manos jugaron con la suave piel, delinearon los bordes de la braguita pero evitaron en todo momento el lugar que deseaba ser acariciado, el centro cada vez más caliente de su sexo y aquello la enloquecía.

—Si vas a torturarme de esa manera durante más tiempo, me bajo de la mesa —siseó incómoda—. Señor.

Él se rio, su bravata pareció divertirle.

—Todo lo bueno requiere preparación, paciencia, una buena antesala…

No pudo evitar reír ante sus palabras.

—¿Y lo dice el hombre que se presentó en mi casa, me arrancó la ropa y me folló sin nada más que un par de órdenes?

Sus labios se estiraron en una sonrisa.

—También guardo un hermoso recuerdo de ese momento —aceptó y casi al mismo tiempo su palma cayó con fuerza suficiente entre sus piernas sobresaltándola. La excitación la recorrió como un relámpago—. Eras más dócil entonces y mucho más respetuosa…

Gimió al sentir como la acariciaba a través de las braguitas.

—Nunca he sido… dócil…

Él rio y tiró de la lencería, apretándole el hinchado coño con las bragas.

—Eso hará mucho más divertido el aleccionarte —le aseguró al tiempo que daba pequeños tirones a la tela—. Eres un continuo desafío.

Sin mayor advertencia, cambió la dirección de su movimiento y tiró de nuevo arrastrando la prenda interior por las caderas hasta quitárselas. La breve tela captó su atención un segundo antes de ir a parar al bolsillo trasero del pantalón como si fuese un trofeo.

—Y me gustan esta clase de desafíos —aceptó. Le separó las piernas dejando a la vista el húmedo y brillante sexo—. Oh, sí, me encantan.

Se lamió los labios, sentada sobre el escritorio con el trasero desnudo sobre algunos de sus papeles, era una posición absolutamente erótica.

—No te contengas —le dijo entonces—, grita tan alto como necesites, esta oficina está insonorizada.

Tras guiñarle el ojo, aferró sus rodillas y las separó al máximo para tener acceso a aquello que deseaba. Su boca calló sin más aviso sobre su hinchado y palpitante coño, la lengua se deslizó sobre su trémula carne y le arrancó un gemido.

Lanzó la cabeza hacia atrás y se sostuvo como pudo sobre la mesa, su boca la devoraba sin miramientos, la lamía con frenesí, como si disfrutara del inesperado festín mientras sus manos le impedían cerrar las piernas. Sus gemidos subieron de intensidad hasta terminar en agónicas súplicas para que terminara con aquella tortura, pero después de hacer que se corriera, volvía a empezar, torturándola, castigándola por su comportamiento y dejándola totalmente vulnerable.

Estaba a punto de suplicar que se detuviese cuando la puerta de su oficina se abrió sin previo aviso.

—¿Interrumpo?

Ella jadeó, todo su cuerpo se congeló una décima de segundo antes de lanzar un pequeño gritito y liberarse de las manos de su amante para ocultar su parcial desnudez.

—Joder, Radin, ¿no sabes llamar a la puerta?

Como toda respuesta, el recién llegado dio un paso atrás y golpeó con los nudillos que quedaban al descubierto en su guante de cuero, la gruesa madera.

CAPÍTULO 7

Radin contuvo una sonrisa al ver a la pareja, la mujer, una bonita rubia con voluptuosas curvas intentaba hacerse invisible tras el ángel caído quien se limitaba a mirarle con gesto contrariado; parecía que había pillado a la parejita en algo íntimo.

La mujer le llamó la atención, su aura era oscura, la vida se le había escapado, su alma gritaba de dolor y ello se reflejaba en su incomodidad y en el temor que habitaba en sus ojos. A pesar de ello, su conexión con Nishel era bastante estable, no firme del todo, pero podía sentir su presencia en ella y la forma en que buscaba su protección era sin duda la mejor de las indicaciones al respecto. Sus ojos se encontraron y le dedicó un guiño al que respondió con un grado mayor de sonrojo y una presión más fuerte de sus dedos sobre el cuerpo de su amante, afianzando su atención.

—¿Quién diablos te dejó entrar? —preguntó Nish—. Debería matarte.

Puso los ojos en blanco, qué dramático se había vuelto el caído.

—No le eches la culpa a tus empleados, ni siquiera utilicé la puerta.

Nishel le gruñó y entrecerró sus ojos claros en una muda advertencia.

—¿Quieres que vuelva a llamar? —sugirió señalando la puerta con el pulgar.

La dirección de su mano fue suficiente respuesta. Lo estaba mandando salir.

—Ya conoces el camino —confirmó su orden y esperó a que saliese.

Con una divertida sonrisa, le dedicó un último guiño a la chica y salió de la habitación. A su espalda oyó el susurro femenino y la dura respuesta de su compañero.

—Diez minutos, Gabriela —le dijo al tiempo que salía y cerraba la puerta—. Primera habitación a la derecha. Si tardas un segundo más de la cuenta, te azotaré y lo haré delante de él.

Sin decir una palabra más se reunió con él en el pasillo.

—¿Lo prometes? —le dijo entre risas.

Nishel lo fulminó con la mirada.

—Cállate y muévete, hechicero —lo invitó a ponerse en marcha—. Si traes algo que me sirva, me pensaré el dejarte participar en la próxima función.

Él arqueó una ceja y sonrió abiertamente.

—Vaya, esto se pone interesante.

Su amigo resopló.

—Estaba disfrutando de un momento muy interesante hasta que irrumpiste —lo retó él—. Imagino que si estás aquí es porque tienes noticias.

Nishel abrió la puerta que conducía a una de las habitaciones privadas de su casa y lo invitó a entrar.

Él chasqueó la lengua.

—En realidad, no son buenas noticias —le dijo y pasó a su lado—. ¿Sabes que ese tío se largó de la cárcel apenas unos días antes de que tu gatita rubia fuese atacada? Al parecer se infringió una herida lo suficientemente grave que lo mandase al hospital y allí desapareció sin dejar rastro. En realidad, se esfumó.

Su amigo se había acercado a un mueble bar para servirse una copa y le ofreció otra.

—¿Qué quieres decir?

Tomó el vaso que le ofrecía, miró el líquido ámbar y le dio un buen trago dejando que el ardor se deslizase por su garganta; lo que tenía que decirle no era fácil.

—Le ayudaron a hacerlo —dejó caer—. Y… podría jurar… que no es humano el que lo hizo.

Aquello captó toda la atención de Nishel, de hecho hizo que casi se atragantase con su bebida. El hombre tosió, sus ojos abiertos y alerta.

—¿Cómo?

Asintió, aquello no iba a ser fácil de explicar.

—Como oyes… alguien le está dando cobijo… y tengo motivos para pensar que lo ha orquestado todo a propósito.

Él entrecerró los ojos y lo miró.

—¿Quién es, Radin?

Se tomó su tiempo para elegir las palabras adecuadas, aquello iba a joder a Nishel.

—No he podido rastrearlo hasta el origen, con lo que no puedo estar del todo seguro…

El ángel caído gruñó.

—Dame un nombre, Radin —exigió.

Dejó escapar el aliento y asintió.

—Noel —pronunció su nombre lentamente. La reacción en el hombre frente a él fue inmediata, el vaso que tenía en sus manos estalló—. No he podido localizarle todavía, tengo intención de ver a Riel, quizás él tenga más suerte que yo…

Para su sorpresa, su compañero negó con la cabeza.

—Riel no —declaró con firmeza.

Él no pudo más que arquear una ceja ante tal negativa.

—¿Por algún motivo en especial?

Resopló.

—Eireen está embarazada.

Parpadeó seguido y sacudió la cabeza.

—¿Y eso tendría que decirme algo… por?

Ahora fue el turno de Nishel de sonreír.

—¿En qué agujero has estado metido estos últimos meses, Rad?

Él resopló en respuesta.

—Eireen es la compañera humana de Riel y está embarazada de un mestizo —declaró con sencillez.

Aquello lo sorprendió.

—No me jodas…

Nishel hizo una mueca.

—Dejaré que lo haga ella si le apetece.

Sacudió la cabeza.

—Entonces, se ha emparejado.

Él asintió.

—En ese caso tendré que pasarme para conocerla —aceptó pensativo.

Nishel le dedicó una mirada de advertencia.

—Procura no meter la pata, Radin, ella no está en el mercado.

Sonrió, aquello sí que era una sorpresa, Nishel advirtiéndole sobre la compañera de otro hombre.

—Me portaré bien —prometió—. Siento curiosidad por esa nueva adquisición de nuestro

amigo.

El hombre asintió complacido.

—Te gustará.

Él correspondió a su gesto.

Pero el caído parecía estar ya pensando en las recientes noticias que había vertido sobre él.

—Maldita sea, si ese hijo de puta está detrás de todo esto… —gruñó—. Tendría que haberle matado.

Radin negó con la cabeza, sabía que su amigo estaba ahora mismo desbordado por las contradictorias emociones que despertaba el nombre del ángel por el que perdió sus alas y que casi le arrebata la vida.

—Lo rastrearé —le prometió—, solo necesito un poco de tiempo y a juzgar por lo que he notado, tu… ¿chica?... necesita mucho trabajo y cuidados. ¿Cómo terminó la agencia de por medio, por cierto?

Nishel dirigió la mirada hacia la puerta y luego consultó el reloj.

—Está muy lastimada, ese cabrón al que ayudó Noel la ha destrozado en muchos aspectos —murmuró—. Su aura es oscura, ha perdido la confianza en sí misma y en los demás… necesita recuperarla…

—Necesitará mucho más que eso —le aseguró—. Su alma no deja de gritar, necesita muchos cuidados, tacto, ternura… tienes que hacer que se abra.

Como sumo hechicero era capaz de leer las emociones de la muchacha, de leer su alma.

—¿Piensas realmente en azotarla? —preguntó al ver que miraba de nuevo el reloj.

Él lo miró.

—Como muy bien has dicho, necesito que se abra… —declaró sin dejar de mirarlo—, y empezaba a hacerlo en el momento en que apareciste…

Él esbozó una irónica sonrisa.

—Si quieres que te eche una mano…

Se cruzó de brazos y lo observó durante un momento.

—¿Y Ankara?

No respondió, ella no era un tema del que quisiera hablar.

—Creo que tu chica tiene el mismo problema que yo con las puertas —declaró indicándola con un gesto de la barbilla—. No llama. Y por cierto, se ha salvado de azotes por unos segundos.

Él puso los ojos en blanco.

—No sabes lo que has dicho.

Gabriela abrió la puerta lentamente, había seguido las directrices de Nishel hasta llegar a una zona privada amueblada como una vivienda personal. Entró y se encontró de frente con dos de los hombres más imponentes que había visto en mucho tiempo. Juntos parecían la luz y la oscuridad, mientras Nishel tenía un sedoso pelo rubio platino, el otro era totalmente moreno, con el pelo largo atado en una cola baja. Sus ojos turquesa la miraban con curiosidad y apreciación, de la misma altura que Nishel era un poco más ancho de hombros y al igual que él vestía de negro. Su piel poseía un oscuro bronceado y lucía una atractiva barba que poblaba su barbilla.

—Salvada por la campana —le escuchó decir. Le dedicó un guiño y no pudo evitar sonrojarse. Entonces volvió a mirar a Nishel y alzó la barbilla. El hijo de puta se había quedado con sus bragas y el pantalón le resultaba insoportable. A pesar de haberse corrido seguía excitada

y jodidamente dolorida.

—Muñequita, este impresentable e inoportuno espécimen del género humano es Radin Kouros —se lo presentó—. Un buen amigo que ha venido a echar una mano. Radin ella es *mía*, pero tú puedes llamarla Gabriela.

Él se rio ante la descripción de Nishel.

—Y la posesividad por fin tiene nombre —declaró con una sonrisa—. Hola Gabriela, un placer conocerte.

Ella dudó contemplando al hombre.

—¿Se te ha comido la lengua el gato o te has olvidado de los buenos modales?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Llevamos…cuatro azotes, ¿anotamos uno más y le muestras a Radin la adorable forma en la que se enrojece ese culito?

Ella apretó los dientes.

—No la empujes, Nish —sugirió al tiempo que caminaba hacia ella—, permíteme echarte una mano…

El hombre gruñó y ella entrecerró los ojos, ¿de qué estaban hablando?

—Sin coacción, Radin —declaró en voz baja, pero firme—, solo si ella lo desea.

Ella vio como el recién llegado se volvía hacia Nishel y asentía para luego volverse hacia ella y tomarle la mano con mucha suavidad.

—Lo deseas, ¿no es así, rubita? —le dijo. Sus ojos turquesa se clavaron en los suyos, sosteniéndole la mirada—. Deseas lo que Nishel tiene para ti, ¿verdad?

Su mirada era tan intensa que parecía traspasarla e ir más allá, se estremeció pero fue incapaz de apartar la mirada o retirar su mano.

—Sí —la respuesta salió voluntariamente de sus labios. Realmente era lo que deseaba, lo necesitaba a él por encima de cualquier cosa ahora mismo—. No sé por qué… pero le necesito cerca de mí… me… calma.

Su sonrisa se hizo más amplia como si estuviese complacido con su sinceridad.

—Lo hace, ¿verdad? —aseguró con suavidad y siguió acariciándole la mano sin desviar la mirada—. Te tranquiliza su presencia, hace que te sientas mejor…

Asintió, él tenía razón, de alguna manera aquel era el poder que el hombre tenía sobre ella.

—Y no lo entiendo.

El hombre frente a ella asintió en respuesta.

—Llegará el momento en que lo hagas, preciosa —aseguró sin dejar de acariciarle la mano —, pero por el momento, solo tienes que decir en voz alta lo que deseas…

Ella se lamió los labios, lo miró y desvió la mirada sobre Nishel para volver a lamérselos.

—Lo deseo a él —musitó al tiempo que se mordía el labio inferior. Entonces se volvió hacia él, bajó la mirada a su mano y lo volvió a mirar—. Tu mano está caliente.

Él le sonrió y asintió en respuesta.

—Lo sé —aceptó y le acarició una vez más la mano al tiempo que miraba a su compañero —. ¿Quieres decirle algo, Nish?

Él se acercó a ella, la miró y frunció el ceño.

—Radin… —Era una advertencia.

El hombre se rio.

—No estoy haciendo nada más que lo que te he dicho —le dijo—, no la estoy coaccionando, simplemente le estoy dejando ver más allá de la miríada de miedos y temores que la consume… Sigue siendo ella, Nish.

La mirada de su amante se volvió más oscura, entonces asintió y dio un paso adelante.

—Eres un capullo —le dijo entonces sin poder contenerse—. Me has dejado sin bragas y estoy malditamente mojada e incómoda… señor.

Radin se echó a reír.

—Y eso es sinceridad —dijo al tiempo que le soltaba lentamente la mano—. Me gusta tu sinceridad, rubita.

Ella se volvió hacia él y ladeó la cabeza.

—Gracias —musitó un poco confundida—. Radin, ¿huh?

Él asintió y miró a su compañero.

—¿Puedo?

La mirada de Nishel fue de su amigo a ella, entonces asintió.

—Solo si lo desea… —respondió y miró a la chica—. ¿Qué dices, Gabriela? Quieres… arriesgarte… ¿Te atreves… a probar el deseo?

Su mirada siguió la del hombre y contuvo la respiración, Radin la miraba a los ojos y estos hablaban por sí solos y lo hacían con deseo.

—¿Qué… quieres decir? —su mirada voló hacia Nishel.

Él se había acercado a ella, le acarició el rostro y bajó la mirada sobre sus labios, rozándoselos con el pulgar.

—Que estás a punto de hacer realidad una de tus fantasías —le dijo bajando la boca sobre la de ella en un breve pero intenso beso.

Cuando rompió el beso, unas manos extrañas se cerraron en su cintura y la giraron hacia otro cuerpo. La mirada de Radin la observó un instante antes de que le cogiese la barbilla con suavidad y le alzase la mirada.

—Ah, la has reclamado —murmuró y sonrió al tiempo que tocaba el pedazo de cuarzo—. Espero que sepas lo que estás haciendo, compañero.

Él gruñó en respuesta, pero ella no fue consciente de nada más, pues la cálida boca de Radin cayó sobre la de ella en un ardiente beso.

CAPÍTULO 8

Radin tanteó el terreno, introduciendo la lengua en la húmeda cavidad cuando ella jadeó por la sorpresa que le causó su audacia. Sabía a fresas y a calidez, su cuerpo tembló bajo sus dedos y sonrió para sí, aquella pequeña era pasión embotellada.

—Ya puedes volver a respirar, rubita —sonrió separando sus labios de los de ella—. Nishel, sin duda tienes aquí un postre perfecto.

El hombre deslizó al mismo tiempo una mano por la espalda de su compañera y llamó su atención.

—¿Quieres probar el pecado, Gabriela? ¿Te atreves? —le susurró acercándose ahora a su oído, sus manos resbalaron por los costados y cubrieron sus pechos con ternura y avidez—. Radin no hará nada que no quieras que te haga…

El otro hombre asintió a la palabra dada y resbaló una vez más la mano por su mejilla, atrayéndola lentamente, con delicadeza y estudiada premeditación.

—Tú serás la que tenga la última palabra, rubita —le aseguró, su pulgar se deslizó por el labio inferior, tocando y extendiendo su humedad—. Confía en ti misma, en tus decisiones y deja entrar a la vida de nuevo… Todo saldrá bien.

Lentamente, entre caricias se acercó de nuevo a ella, su boca descendió sobre la suya pero no la besó, no todavía. Su lengua le acarició el labio inferior, entonces el superior, le mordisqueó suavemente la barbilla y ascendió de nuevo a la comisura de sus labios.

—¿Vas a dejarme entrar, rubita? —le susurró, el calor de su aliento acariciándole la boca —. ¿Huh?

Nishel no tardó en acercarse a su oído y derramar su propio aliento en él.

—Respóndele —le acarició el pabellón de la oreja con la lengua, sus manos masajeando suavemente sus pechos—, y hazlo con sinceridad. Busca dentro de ti misma la verdad, busca tus deseos y permíteles hacerse realidad.

Ella se estremeció entre sus brazos, sus ojos encontraron los de aquel desconocido, un hombre al que apenas conocía y cuya presencia la había puesto nerviosa desde el primer momento. Había algo en él, en su mirada, en su forma de hablar, en la manera en que la besó que la atraía, no sabía si se trataba del magnetismo propio de Radin o de algo más, pero la idea de tener sus manos deslizándose sobre su piel no era tan desagradable, inquietante sí, pero no desagradable.

Pero entonces, también estaba Nishel, su sola presencia la excitaba y tranquilizaba al mismo tiempo, su voz le daba fuerza, su presencia era como un bálsamo para su maltrecha vida.

Lamiéndose los labios se alejó unos centímetros de Radin y se giró hacia su amante, quien fijó la mirada en sus ojos.

—Tú tienes la última palabra, Gabriela —le dijo acariciándola con la mirada—, tu placer es siempre mi placer, nunca lo olvides.

Ella se mordió el labio inferior y asintió, entonces se estiró hacia él y le acarició los labios con suavidad, un beso tierno. Nishel le respondió de la misma manera, sus manos dejaron sus pechos y subieron a los tirantes de la camiseta para deslizárselos por los hombros. Él rompió entonces el beso y la empujó suavemente hacia delante, hacia Radin quien esperaba en silencio.

Sus miradas se cruzaron, ella se lamió los labios una vez más, una muda invitación, el permiso para introducirse a sí misma en una nueva fantasía y aquel hombre la cogió al vuelo.

—Relájate, preciosa —le susurró él al oído—, y disfruta. Quítate de la cabeza cualquier cosa que pese demasiado y entrégate al placer.

Dicho esto, bajó de nuevo sobre su boca, su contacto fue cálido, suave al principio, una invitación para que ella saliese a su encuentro, una invitación que aceptó. Su lengua se encontró con timidez con la del hombre, aprendió su sabor, su textura y disfrutó de la extrañeza que le provocaba su cercanía.

Pronto sintió la diferencia de temperatura sobre su piel, las manos de Nishel eran diestras en desnudarla, le deslizó la camiseta hasta la cintura y le quitó el sujetador. Sus manos le acariciaron la piel, deteniéndose en el redondeado vientre y por primera vez sintió vergüenza, su cuerpo tenía marcas de estrías y quedaban también algunos moratones de la última paliza que casi le había costado la vida. Tembló, se estremeció mientras sentía un tacto distinto acariciándole los pechos, rozándole los pezones, el deseo se instaló en sus piernas, podía sentir la humedad empapándola, humedeciendo su sexo y la tela del jodido pantalón.

—Deliciosa —escuchó el suave y ronco ronroneo de Radin a puertas de sus labios.

—Voluptuosa. —Esta vez fue la voz de Nishel la que penetró en sus oídos.

Unos largos y delgados dedos apretaron sus pechos, sus pezones se irguieron en respuesta mientras una nueva oleada de deseo se deslizaba directa entre sus piernas y ella gimió.

—Esto va a ser divertido —aseguró Radin antes de darle un último beso y descender con la boca al lugar dónde sus dedos jugaban con sus pechos.

Ella gimió en respuesta, el sonido quedó opacado casi al instante por la boca de Nishel, su lengua se introdujo entre sus labios y se batió en un seductor duelo, la combinación de aquellos dos hombres sobre su cuerpo la dejaban floja, anhelante y absolutamente mojada.

Una fuerte mano se deslizó por su estómago hasta alcanzar la cintura del pantalón, en un momento la tela la acunaba y al siguiente sentía el frescor de la habitación. Sin darle tiempo a respirar, unos curiosos dedos resbalaron por su humedad acariciando su caliente centro.

—¿Por esto te quedaste con mis bragas? —farfulló separándose de la boca de Nishel.

Él sonrió abiertamente.

—No es algo que fueras a necesitar —aseguró al tiempo que deslizaba la yema de un dedo a través de los pliegues de su sexo, acariciándola de atrás hacia delante, creando una deliciosa fricción que la enloquecía.

Ella ni siquiera pudo responder, la sensación combinada de la boca de Radin en su pecho y los curiosos dedos de su amante en su sexo la estaban volviendo loca.

—Me encanta cuando tu cuerpo se expresa con tanta claridad, él es sincero dónde tú te niegas a serlo —aseguró Nishel hundiendo suavemente un solitario dedo en su interior—. Sí, suave, caliente… y apretada… ¿Te pone lo que estamos haciendo, muñequita?

Ella gimió en respuesta, sus manos se aferraron al asiento y al brazo del hombre que tenía más cerca, su cuerpo respondía solo, canturreando con música propia. Las sensaciones se intensificaban de una forma abrumadora y ellos eran los únicos responsables.

—Eso me parecía —rio volviendo a ocuparse de su boca con breves besos. Su mirada se cruzó entonces con la de Radin, entre los dos pasó una silenciosa comunicación, ambos sabían que hacer y en qué momento hacerlo, se movían al unísono como si no fuese la primera vez que hacían aquello.

Radin lamió una última vez uno de sus pezones y dejó de atormentar el otro.

—¿Estás seguro?

Él asintió y bajó de nuevo a tomar posesión de la boca de ella, sus manos acunaron los sensibilizados pechos mientras Radin se deslizaba hacia abajo ahora dejando un sendero de besos y pequeños mordiscos sobre su piel hasta que llegó a la tela que se arremolinaba alrededor de sus muslos y alzándola derramó su cálido aliento sobre el monte de venus. Sus manos le acariciaron los muslos, separándolos en la medida que le permitía la precaria posición en la que se encontraban, Nishel tiró de ella hacia atrás, haciendo que su trasero desnudo se deslizara sobre una de las sillas, ofreciéndole un mejor acceso a su compañero.

Su aliento sopló sobre el caliente y húmedo sexo, se lamió los labios con anticipación y tras una nueva mirada al amante de la mujer, se dedicó a su pasatiempo favorito.

Ella jadeó en cuanto sintió la íntima caricia, sus gemidos quedaron ahogados por la incansable lengua de Nishel, el hombre le acariciaba los pechos con tal maestría que cada roce en sus pezones era una tortura, una deliciosa tortura que conectaba directamente con las sensaciones que la habilidad de Radin marcaba entre sus piernas. Él la mantenía abierta para su placer, saboreándola, lamiéndola y recogiendo sus jugos con la lengua, gruñendo como un hombre que estuviese disfrutando del más delicioso de los banquetes.

—¿Cómo te sientes, Gabriela? ¿Te gusta? —le susurró abandonando su boca para dejarle respirar y escuchar los suaves sonidos de placer que escapaban entre sus labios.

Ella arqueó la espalda, sus caderas se movieron voluntariamente acercándola a la saqueadora boca del hombre, su cuerpo se derretía en manos de aquellos dos hombres, provocaban una de sensaciones que la colmaban y arrasaban como ninguna otra. Una combinación asombrosa y en cierto modo aterradora, sentía que de un momento a otro perdería la cabeza, que se desmayaría de placer.

—No lo retengas preciosa, déjalo ir, deja que tu cuerpo obtenga lo que desea —la instó él con erótica cadencia—, esto es para ti, para tu disfrute, no te reprimas y permite que tu cuerpo hable por sí solo.

Sus palabras obraron como el mejor de los afrodisíacos, su cuerpo se rindió ante las demandas de los hombres y se relajó disfrutando de lo que le daban, excitándose, revolviéndose bajo la avasalladora boca que la devoraba.

—No…no puedo más… —jadeó con desesperación—, por favor…

Nishel sonrió ante las demandas de la muchacha.

—¿Qué quieres, muñequita?

Ella negó con la cabeza, entonces dejó escapar un agónico gemido cuando sintió un nuevo dedo incursionando en su interior, la lengua de Radin aumentaba la sensación abriéndola mientras la penetraba y se retiraba sin darle tiempo a acostumbrarse a aquella nueva invasión. Él estaba decidido a hacer que se corriera y no había nada que pudiese evitarlo.

—Oh, señor —gimió arqueando las caderas, necesitando sentirle todavía más adentro—, por favor…oh, por favor…

Nishel se dedicó a acariciarla mientras contemplaba la cabeza del otro hombre metida entre sus piernas, una visión que consideró bastante erótica, especialmente por el coro de jadeos y gemidos que surgían de la boca de Gabriela.

—Permítele correrse, Radin —murmuró, su voz ronca por el deseo. Su polla se empujaba contra los pantalones, tensa, deseosa de hundirse en el lugar que ahora ocupaba la boca masculina—. No la hagas esperar más.

Como si aquel fuese todo el permiso que necesitaba, Radin añadió un segundo dedo y aceleró sus penetraciones arrancándole nuevos gemidos, su lengua le acarició el clítoris una última vez enviándola directa a un orgasmo demoledor.

Ella se corrió en su boca, su cuerpo convulsionó pero él no dejó de lamerla hasta que remitió hasta el último de sus temblores.

—Y esto, rubita, solo es el principio —le prometió alzándose sobre ella, lamiéndose sus propios labios antes de poseer su boca en un nuevo beso.

La ropa había quedado tirada en el suelo, el escritorio había sido librado de todo contenido y ahora hacía la función de palio, Gabriela gemía en la boca de Radin, extendida sobre la mesa, con las piernas abiertas y el cuerpo sudoroso recibía las atenciones de su compañero, quien se daba un festín entre sus piernas. Al contrario que ella, los dos hombres seguían a medio vestir, mientras él conservaba su camisa, ahora abierta y los pantalones en los que se marcaba una más que evidente erección, Nishel se había deshecho de su camiseta, el pelo plateado caía suelto alrededor de su rostro, enmarcando unas facciones masculinas irresistibles. Él llevaba el botón del pantalón desabrochado y la cremallera desabrochada dejando a la vista una delgada de línea de vello que evidenciaba la falta de ropa interior.

—Dile que te penetre —le susurraba Radin al oído, lo suficientemente alto para que le escuchara Nishel—, ordénale que libere la polla y te la meta hasta el fondo. Lo deseas, quieres ser llenada por él, le necesitas, tu cuerpo lo anhela.

Nishel, que estaba ocupado lamiendo el sexo de su amante alzó la mirada y esbozó una irónica sonrisa.

—Lo estás pasando bien, ¿huh?

Él sonrió en respuesta y besó una vez más a la chica, quien ya no dudaba en devolverle el beso.

—No la hagas esperar más, Nish —le dijo y se encontró de nuevo con su mirada—, hazlo ya y yo haré lo mismo.

El doble sentido estaba allí, oculto en sus palabras, solo evidente para aquel que había pedido su ayuda. El hechicero estaba dispuesto a obrar su magia para echarle una mano, para ayudarla a dejar atrás el temor y el infierno al que se había visto sometido.

Se lamió los labios y se incorporó, sus ojos se encontraron con los de la chica, su mirada era limpia, anhelante, un suave sonrojo teñía sus mejillas al igual que su cuerpo, una visión deliciosa, su polla no podía estar más de acuerdo. La idea de penetrarla, de hundirse en su cuerpo era demasiado apetitosa, lo necesitaba, necesitaba marcarla, saber que era suya, que incluso habiendo otro hombre con ellos, él era quien mandaba.

—Pídeselo, rubita —susurró Radin en el oído de la muchacha—, dile lo que quieres…

Ella se lamió los labios, toda seductora, un hermoso sacrificio.

—Hazlo, Gabriela —su voz era pura compulsión—, llámale, atráelo a ti, al lugar al que pertenece… Y utiliza las palabras correctas, pequeña sumisa.

Sus ojos se clavaron en él, le necesitaba, necesitaba que alejase el dolor, la soledad y el horror de su vida como había hecho estos últimos días, con él ella se sentía segura, con él ya no tenía miedo… Nishel la protegía a su manera, podía ser mandón al extremo pero disfrutaba de esas órdenes, disfrutaba de él en todo su esplendor.

—Señor —musitó su nombre y le tendió la mano—. Por favor… ven…

Fue su perdición, dos sencillas palabras y ya estaba a sus pies, rendido a ella. Había hecho lo que juró no hacer jamás, enamorarse de una mujer humana.

—No la hagas esperar, chico —le dijo Radin sin quitarle el ojo de encima, podía sentir la disyuntiva del hombre, su lucha interior y supo que este había caído por fin en su propia trampa

—. Solo toma lo que es tuyo…

Lamiéndose una vez más los labios, tiró del frente del pantalón hacia abajo y dejó libre su erección. Su pene se alzaba orgulloso e hinchado, una columna de prieta carne que pulsaba con vida propia necesitando enterrarse en su interior, poseerla en cuerpo y alma. Se acercó a ella y tomándola por debajo de las rodillas la atrajo hacia el borde de la mesa y la abrió para él, la punta de su polla acarició los húmedos pliegues empapándose de sus jugos antes de posicionarse e introducirse de una sola embestida completamente en su interior.

Ella jadeó y arqueó la espalda, Radin la sujetó por los hombros, sus pequeñas manos buscaron asidero en él mientras Nishel empezaba a moverse empujando en su cuerpo, poseyéndola como si el mundo fuese a acabarse mañana. Gabriela no fue consciente de nada más que aquel hombre y su polla hundiéndose en ella, del placer que se elevaba y construía en su cuerpo, estaba tan perdida en su mundo de placer que no prestó atención al murmullo que salió de los labios de Radin, perdidos en su pasión, ninguno fue consciente del momento en el que el hechicero hizo obrar su magia y sentó sobre ambos un hechizo destinado a abrir sus almas y curar las heridas que allí se encontraran. Él era consciente de que no era solo el aura de Gabriela la que estaba manchada, destrozada, Nishel tenía también sus propias cicatrices, unas que ya era hora de que empezaran a desaparecer.

—Así, apriétale —empezó a susurrar finalmente en el oído de ella, solo para su placer—, mantenlo al borde, preciosa, no permitas que se corra…

Nishel oyó sus últimas palabras volviendo de nuevo al aquí y al ahora.

—Radin…

Una velada amenaza.

Él se rio y se inclinó sobre el rostro femenino para robarle un nuevo beso, una vez más imprimió algo de su propia cosecha a ese beso, algo solo para ella.

—Fóllatela, Nish y deja de quejarte —le soltó rompiendo el beso—, es lo que más desea en estos momentos.

Gruñendo, el hombre se dedicó a ello, hundiéndose y retirándose, gimiendo por el placer que le provocaba estar profundamente enterrado en ella, la sensación era indescriptible, apabullante y absolutamente hermosa.

—Eso es, así pequeña —continuó susurrándole él al oído—, coge lo que necesites, únete a él, alcánzale y átale en corto…

Ella gimió, sus caderas se movían al unísono, solo la sujeción que le proporcionaba Radin evitaba que se deslizase de la mesa por la fuerza de sus embestidas, los dedos de Nishel se hundían en su carne, podía sentir sus pechos bamboleándose mientras el placer aumentaba hasta hacerse indescriptible.

—Nishel… —gimió su nombre con desesperación—, oh, señor…

No podía más, su cuerpo amenazaba con romperse en pedazos, ese hombre era el único culpable de su estado, de su desesperación y lo amaba con toda su alma. Con un desesperado jadeo dejó que el orgasmo recorriera su cuerpo estremeciéndola y arrastrándole a él en una más que bienvenida liberación.

Radin se inclinó entonces sobre la boca femenina, la besó, le besó la mejilla y descendió hasta el oído dónde le susurró.

—¿Lista para otra ronda, rubita?

CAPÍTULO 9

Los humanos eran criaturas tan fáciles de manipular, se movían por emociones, cuanto más fuerte fueran estas, mayor era la resolución que inundaba sus mentes. Y los celos eran sin duda su favorita. Su mirada vagó por la habitación de hotel de mala muerte en la que se escondía aquel desecho de la sociedad, el mismo que lo conduciría a tener por fin su venganza definitiva.

—No puede seguir suelta, ella es peligrosa para los hombres, los corrompe… —la incansable y absurda letanía había estado brotando de sus labios una y otra vez—. Tiene que ser castigada, es una puta… una maldita zorra que se abre de piernas a todo el mundo…

Su encuentro no podía haber resultado más fortuito, en circunstancias normales ni siquiera se dignaría a tenerle en cuenta, pero el destino había jugado sus cartas y resultó en una muy buena mano para sí mismo. Gracias a ese desecho, tendría a ese maldito ángel caído dónde realmente lo quería.

—Y tú lo harás —le susurró al oído como venía haciéndolo últimamente, corrompiendo su mente, envenenando su alma ya de por sí negra—. Tú la purificarás, harás que su sangre se libre de toda esa contaminación, la salvarás…

Asintió imperceptiblemente, no podía verle pero él estaba allí, había estado allí desde el momento en que supo que aquella pequeña mujercita había captado la atención de Nishel algunos meses atrás. Se encargó de alimentar la inquina del hombre hacia la inofensiva hembra, conduciéndole directamente a su nuevo hogar, a aquella visita de la que había salido viva por los pelos.

—La han puesto bajo custodia, pero darás con ella —insistió de forma insidiosa. Sus labios curvándose en una divertida sonrisa—, y será tuya… podrás purificarla.

Los labios del hombre se curvaron en una inestable sonrisa, su rostro poseía el brillo de la determinación y la obsesión extrema.

—Ella es mía, solo mía… —aseguró—, tendrá que postrarse ante mí… Lo hará otra vez… se arrodillará ante mí para que pueda absolver sus pecados.

Satisfecho miró hacia la ventana a través de la que podía ver las luces que iluminaban la ciudad de madrugada, ese ángel caído iba a sufrir en sus propias carnes lo que era ver morir a la persona que estaba destinado a proteger, más aún, les dejaría el tiempo suficiente para que se fortalecieran sus lazos y entonces conduciría a ese imbécil hasta ella… Nishel iba a asistir a la muerte de su amada, una venganza más que adecuada para el ángel que lo había hecho caer.

Radin sabía que iba a empezar a llover quejas en el momento en que traspasó el umbral de la habitación de hotel ya muy entrada la madrugada, no había forma de engañarla y tampoco lo pretendía, lo que había entre ellos dos era de lejos complicado, una atadura que no deseaba ninguno y que se imponía a todo lo demás. Dejó la chaqueta sobre el mueble de la entrada, su mirada recorrió el breve pasillo que permanecía en penumbra, la única luz procedía del dormitorio adyacente. No se detuvo, ni siquiera le dedicó una sola mirada pese a saber que ella estaba allí, sentada a los pies de la cama, esperándole.

—Voy a darme una ducha.

Ella no le sacaba los ojos de encima, lo sabía, tenía su mirada clavada en la espalda, pero no tenía tiempo ni ganas de tener una conversación en aquel preciso momento. Le importaba un comino lo que pensara, lo que tuviese que decirle, le había dejado perfectamente claro en más de una ocasión que ella no era algo que deseara, su presencia era algo no podía evitar y con lo que tendría que vivir el resto de su vida. Era su protector, su maestro, su pareja eterna por una broma del destino, pero no poseía su corazón.

—Radin…

El suave tono de voz contenía un obvio reproche. Aquel no era el momento de hablar, necesitaba darse una ducha, quitarse el aroma a sexo que lo había rodeado durante toda la velada y a ser posible satisfacer la maldita erección que le había provocado el jueguecito con la mujer de su amigo.

—Ahora no, Ankara —declaró al tiempo que desaparecía en el cuarto de baño.

Pero al contrario de lo que siempre ocurría, ella no esperó, no permaneció callada, la puerta del baño se abrió tras él, precediéndola.

—No me vengas con esas —declaró—. Llevas fuera todo el día, ni siquiera me has cogido el teléfono o me colgabas.

Él tomó una profunda bocanada de aire y se preparó para la batalla de siempre.

—Te dejé un mensaje diciéndote exactamente dónde iba a estar —declaró con tranquilidad —. Si realmente hubiese ocurrido algo importante, había respondido a cualquiera de tus llamadas.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no lo habrías hecho —declaró con seguridad—, pero gracias por la mentira, otra más que añadir a la larga lista de nuestra colección.

Él resopló y la ignoró mientras se dedicaba a abrir el grifo de la ducha.

—Voy a ducharme, si tienes algo más que añadir, puedes hacerlo después —declaró apartándose para dejar que el agua corriese—, a menos que quieras ducharte conmigo.

Ella frunció el ceño y dio media vuelta.

—Quizás cuando te quites el olor a puta —siseó dando media vuelta para dejarle solo con su ducha.

Antes de que hubiese podido alcanzar siquiera la manilla de la puerta sus dedos se cerraron alrededor de su muñeca, deteniéndola.

—Radin, suéltame —le pidió con voz tranquila, demasiado tranquila, en su opinión.

Él no solo no la soltó si no que la acercó todavía más a él.

—Vamos a dejar claras un par de cosas una vez más —declaró, su mirada fija en la de ella —. No me van las escenitas, así que no comiences una. Si estás ahora aquí y conmigo es porque tus dones son tan malditamente salvajes que no puedo correr el riesgo de mantenerte lejos ni siquiera por un par de días. Estoy atado a ti, me perteneces y te pertenezco, pero nada más… Ni te quiero, ni estoy dispuesto a soportar una sola más de tus rabietas, ¿he sido claro?

Ella no respondió, su mirada seguía sosteniendo la suya pero no dijo una sola palabra al respeto.

—¿He sido claro, Ankara?

Ella apretó los dientes, lo notó por la forma en que se tensó su mandíbula y la repentina rigidez en su cuerpo.

—Eres un cabrón hijo de puta y sin corazón —declaró ella con frialdad.

Él se encogió de hombros y se inclinó sobre ella, su altura la empequeñecía.

—Eso es algo que los dos ya sabíamos, princesa —le aseguró al borde de sus labios—. Y

nada podemos hacer al respecto.

Su mirada decía otra cosa, él lo sabía, ambos sabían realmente a que se exponían pero prefirió dejarlo pasar.

—Voy a ducharme ahora —le recordó indicando el agua—, si no quieres desnudarte y hacerme compañía, puedes esperar en el dormitorio.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Retiro lo dicho, no eres un hijo de puta, eres un capullo —declaró y salió dando un portazo tras ella.

Radin dejó escapar el aire, se pasó una mano por el pelo y volvió a concentrarse en lo que lo había llevado allí. O lo habría hecho si no hubiese sentido una fuerte oleada de calor que corrió directo a su polla.

—Será hija de puta —siseó y taladró la puerta cerrada con la mirada—. ¡Kara!

La respuesta no se hizo esperar.

—¡Que te jodan, Radin!

Gruñó, la joven hechicera suponía una enorme pesadilla para él, atada a ella irremediablemente pero enamorado de otra mujer. El destino era un hijo de puta que les había jodido la vida a ambos de la peor manera, pero no podía hacer nada al respecto; Ankara lo necesitaba. Si él no la hubiese aceptado, habría caído en manos del consejo de hechiceros, entregada a cualquiera de los viejos lascivos que lo componían. Sin él, sin su guía, podría haber terminado enloqueciendo o peor aún, consumida por un desmesurado poder que habitaba en su interior. La lujuria solo era una de las muchas consecuencias, uno de sus muchos dolores de cabeza y también la única liberación real que podía permitirse con ella.

Tras desnudarse con un solo ademán que inició su magia, se metió bajo el chorro del agua caliente y disfrutó de la cálida humedad deslizándose por su cuerpo, su sexo ya de por sí erecto, se había hinchado ante la cercanía de su compañera destinada y ahora lucía una más que pesada erección. Aquel era otra de sus penitencias, no importaba que su corazón perteneciese a otra mujer, no podía evitar desearla y sus encuentros sexuales eran pura decadencia; quizás porque eran esos mismos episodios los que utilizaba para templar a la muchacha. Uno de los pocos momentos en los que bajaba la guardia y le permitía protegerse de su propio poder.

El lecho era el único lugar en el que realmente se entendían, en el que se trataban con consideración, fuera del mismo Radin era perfectamente consciente de su fría actitud para con ella, tanto que no tenía problema en participar de las fantasías de cualquier otra persona; no quería que se llevase a engaños, que continuase los inocentes sueños que había tenido al principio de su relación, cuando no le quedó más remedio que reclamarla para sí o dejarla morir. Podían haberse convertido en una pareja vinculada, pero su corazón no le pertenecía y la mujer que lo poseía, no había dudado en rechazarlo después de saber que ambos no podrían estar juntos más allá de como simples amantes.

Tendría que odiar a Ankara, en cierto modo, su indiferencia y el mal humor que lo acompañaba cada vez que estaba a su alrededor era parte de su rechazo por algo que ya no podía cambiar, por algo que él mismo había comenzado tres años atrás.

Deslizó la mano sobre su piel mojada, sus dedos toparon con su hinchada polla y dejó escapar un pequeño siseo entre los apretados dientes. Estaba duro, sentía los testículos pesados y la sangre le burbujeaba en las venas, su mente divagó a los dulces momentos que había pasado con la mujer de su amigo; Nishel estaba jodido, muy jodido, esa rubita se le iba a meter bajo la piel y dudaba que el caído fuera a resistirse mucho. Su atenta mirada y la calidez que dedicaba a esa mujer no era algo casual.

Sus dedos acariciaron casi por propia voluntad la suave columna de carne, cerró los ojos y se imaginó que la mano que lo acariciaba era la de la mujer que había enviado a la habitación, la necesitaba y eso solo podía deberse a que ella también lo necesitaba a él. Había notado su nerviosismo, sus muros naturales estaban tocados y antes o después acabaría rompiéndose, estaba en una situación in extremis desde hacía varios días, ambos lo sabían y a pesar de ello no había hecho nada para aliviar la situación.

—Soy un gilipollas —masculló al tiempo que alzaba la cara hacia el chorro del agua y cerraba los dedos alrededor de su pene buscando un alivio que sabía no alcanzaría realmente hasta que se hundiese completamente en la húmeda calidez de la mujer que lo empujaba a la locura día sí y día también.

Notó como su piel empezaba a hormiguear y apretó los dientes, aquello era una clara señal de que su compañera estaba perdiendo una vez más la batalla consigo misma y con su poder. Durante un breve momento barajó la idea de dejarla sufrir, una pequeña venganza por todo lo que le quitó con su presencia, con su llegada al mundo, pero al final del día ambos sabían que no podría hacerlo, no la dejaría llorando de dolor mientras su poder hacía estragos en su interior.

Terminó de asearse y se tomó su tiempo para secarse, no era un santo y estas pequeñas escaramuzas hacían todo el asunto de su unión más llevadero; especialmente para él. Se envolvió la toalla alrededor de la cintura y no pudo evitar sonreír con ironía al ver como su erección elevaba la tela sin disimulo alguno. Tomó una profunda bocanada de aire y dejó el cuarto de baño para encontrarse con ella hecha un ovillo sobre la cama y temblando. No tenía necesidad de tocarla para saber que su piel estaría helada, una reacción encadenada al helado poder que gobernaba; su hechicera de hielo.

—Te dije que te duchases conmigo —le dijo de camino a la cama.

Ella alzó sus ahora clarísimos ojos azules e hipó, su expresión era una mezcla de rabia y desesperación, algo que agradecía pues podía manejar su odio mucho mejor que la soledad que habitaba en su mirada cada vez que él la dejaba o la lastimaba con sus palabras.

—Eres un cabrón hijo de puta —siseó, entonces se encogió todavía más y su cuerpo se estremeció con fuerza.

Él se arrancó la toalla y la dejó caer a un lado mientras se reunía con ella en la cama y la abrazaba desde atrás. El sentir su cuerpo helado contra la calidez del suyo lo hizo dar un respingo pero se obligó a cobijarla contra su pecho mientras murmuraba unas palabras haciendo que la ropa que la cubría se esfumase en el aire.

—No me oirás decir lo contrario —declaró susurrándole al oído.

Su mano descendió entonces por la parte frontal de su cuerpo, le acarició los pechos, la línea de las costillas y se perdió más allá de su cintura hundiéndose sin miramientos entre sus piernas hasta alcanzar aquella parte oculta que contenía toda la calidez y humedad que le faltaba en aquellos momentos a su cuerpo. Y estaba húmeda, completamente mojada, una apetitosa fruta madura que se moría, como no, por probar.

—Respira, Kara —le susurró, entonces le mordisqueó el lóbulo de la oreja, uno de sus dedos acarició los húmedos pliegues para luego deslizarse fácilmente en su interior—. Siénteme, acompasa tus latidos a los míos, todo irá mejor cuando lo hagas…

Ella enterró la cabeza contra la almohada y él respondió al movimiento retirando el dedo solo para volver a hundirlo de nuevo.

—No… no puedo —la oyó gimotear.

Radin unió un segundo dedo al primero y continuó penetrándola suavemente, absorbiendo el frío de su piel en sí mismo, derritiendo aquel hielo con su propio calor.

—Sí puedes —se inclinó sobre ella y frotó su duro miembro contra las nalgas desnudas—, tú eres quien manda, relájate y no lo reprimas, no dejes que te enfríe, necesitas calor… acéptalo.

Ella gimoteó y se apretó contra su mano, buscando aquello que él le daba, necesitándolo a pesar de odiarlo.

—Eres… un… ca…pullo —lloró apretándose una vez más contra él.

Radin no discutió, se limitó a mordisquearle el cuello mientras con la mano libre la abría y tras retirar los dedos hundió su polla hasta que sus testículos quedaron acunados contra su precioso y respingón culo. Ella jadeó, una de sus manos aferró con fuerza la sábana mientras la otra se aferraba de la que él mantenía sobre su cadera.

—Radin… —gimoteó o lloriqueó, él ni siquiera estaba seguro. El sentirse apretado en su húmedo y caliente coño a menudo le robaba el sentido.

Le sopló el lugar en el que la había mordido y retiró lentamente las caderas para volver a impulsarse mientras la sujetaba por la cintura.

—Concéntrate en mí —jadeó en su oído, sus dedos clavándose en su cadera mientras la atraía contra sí y la penetraba con avidez—. Une tu poder al mío, haz que lo rodee, deja que lo consuma… No trates de obligarlo, deja que te reconozca, que se pliegue a tus deseos… disfrútalo, no lo rehúyas.

Sus manos se deslizaron a sus pechos y los amasaron con suavidad, sus dedos tironearon de sus pezones mientras sus caderas se agitaban y la solitaria habitación se llenaba con el sonido de la carne golpeando a la carne, los gemidos de ella y sus propios gruñidos y el aroma del sexo.

—Sí, así, Kara —jadeó en su oído, animándola a encontrarle en cada nueva embestida—, alcánzame, ven a mí, aliméntate de mi calor, aleja el frío que te consume… toma de mí lo que necesites.

—Radin… es… demasiado… intenso —gimoteó arqueándose contra él—, necesito… yo… lo necesito.

Le mordió suavemente el lóbulo y tironeó de él, su aliento se derramó en su oído al tiempo que su lengua dejaba una huella húmeda en su interior haciéndola estremecer, llevándola a la locura.

—¿Qué necesitas, gatita? —ronroneó.

Ella gimió una vez más y él sonrió. Oh, sabía perfectamente lo que deseaba, pero quería oírselo decir, que lo pidiese pues sabía lo mucho que ella detestaba suplicar.

—Radin…

Le mordisqueó el cuello y la penetró una vez más con ímpetu.

—¿Qué deseas, Kara?

Ella gimió, todo su cuerpo vibraba, el frío en su piel se había evaporado y sustituido por una calidez que perlaba su piel de sudor.

—Por favor… Radin… por favor…

Él continuó con su peculiar tortura, deslizó una mano entre sus cuerpos y buscó hasta acariciar el clítoris con la yema del dedo, arrancándole un nuevo jadeo.

—Dime, Kara… —insistió. Si no se rendía pronto, sería él quien suplicara.

Ella se lamió los labios y presionó una vez más las caderas contra su erección.

—Necesito terminar, por favor —gimió apretándose contra él—, Radin, por favor…

Él sonrió para sí, aquello tendría que ser suficiente…por ahora. No se hizo de rogar, la sujetó con fuerza y aumentó el ritmo, hundiéndose en ella una y otra vez, la mano oculta entre sus piernas la acariciaba al mismo tiempo hasta que la ansiada liberación llegó estremeciéndola por entero y arrastrándole a él en el proceso.

Lentamente se deslizó de ella, pero no la soltó, sus brazos permanecieron a su alrededor, acariciando distraído la suave y sudorosa piel mientras ambos recuperaban el ritmo de su respiración.

—Eres un verdadero y jodido dolor de cabeza —le dijo sin guardarse sus pensamientos—. ¿Cuándo aprenderás a hacer lo que se te dice?

Ella se removió entre sus brazos pero él la inmovilizó y la tumbó de espaldas, cerniéndose sobre ella.

—¡Eres un maldito hijo de puta! —le escupió, sus ojos llenos de lágrimas—. Te odio, Radin, te odio, te odio, te odio…

Él suspiró y bajó la boca sobre la suya, ahogando sus palabras, arrancando una respuesta, una que ambos sabían no podría ser nunca negada por ninguna de las dos partes. Podrían odiarse hasta el fin de sus días, pero seguirían deseándose.

—Nunca olvides ese sentimiento, querida mía —le dijo sometiéndola bajo su cuerpo—, ayudará a que permanezcas en pie por muy complicado que se ponga el camino.

Ella lo fulminó con la mirada, una que desmentía sus palabras, una que odiaba tener que ver en su rostro.

—Te… te acostaste con ella… y ahora… ahora… —Sus palabras murieron mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. No eres mejor que ellos…

La soledad y tristeza que veía en sus ojos se clavaron como un cuchillo en su interior una vez más.

—Recuerda nuestro pacto, Ankara —le dijo como toda respuesta antes de soltarla y levantarse dejándola sola sobre la cama—. Yo todavía me acojo al mío...

Ella apretó los labios y giró sobre la cama, quería odiarle, él deseaba que lo hiciera, pero al final del día ambos sabían que nada de aquello serviría, podían hacerse daño mutuamente, pero nunca se traicionarían de esa manera.

CAPÍTULO 10

Gabriela no estaba segura de cómo afrontar aquella nueva mañana, sabía que algo había ocurrido, algo que nada tenía que ver con la infernal noche de sexo y deseo que había pasado entre aquellos dos especímenes masculinos. Su rostro se calentó ante el solo recuerdo; una fantasía hecha realidad… ¡Y qué fantasía!

Si era sincera consigo misma, tenía que admitir que no tenía la menor idea de cómo había terminado en ese punto, aceptando su desafío con tanta tranquilidad y abriéndose de tal modo que lo único en lo que podía pensar era en decir lo que sentía en aquellos momentos, cuáles eran sus deseos.

La sesión en la mesa del escritorio solo había sido el principio, Nishel había rematado la noche —después de que Radin se marchase en un momento del que ni siquiera fue consciente—, en el dormitorio, en una enorme cama que el hombre se había encargado de deshacer junto a ella; la misma desde la cual ahora lo observaba de espaldas, con el trasero al aire y el tatuaje de unas enormes alas dibujado a lo largo de la ancha espalda. Unas alas rotas.

—¿Quién eres?

Él se giró hacia ella en la penumbra de la habitación, la única luz disponible era la lámpara de la mesilla de noche que seguía encendida. El pelo rubio blanquecino caía suelto sobre sus hombros, el rastro de la barba de un día empezaba ya a asomar en su rostro, pero eran sus ojos de aquel inquietante color azul grisáceo los que hicieron que sintiese una vez más mariposas en el estómago mientras su sexo se humedecía una vez más. Señor, ¿se cansaría alguna vez de él?

—A estas alturas pensé que eso ya había quedado claro, muñequita —le respondió al tiempo que recorría con la mirada su cuerpo desnudo. No se había molestado en cubrirse, no es como si no hubiese jugado con ella todo el tiempo—. Aunque si necesitas un recordatorio…

Caminó hacia ella, acortando la distancia para detenerse a los pies de la cama. Su altura empequeñecía la suya, allí de pie e incluso desnudo como estaba era una amenaza que la derretía.

—No me vengas con toda esa mierda, Nishel —rezongó y utilizó su nombre sin pensarlo —. Quiero saber quién eres en realidad, quién es Radin y qué diablos me ha hecho… Y quiero la verdad.

Él arqueó una ceja.

—Diría que Radin te ha follado —le soltó. Luego se inclinó hasta quedar a su altura y le explicó—. Al menos eso es lo que parecía desde mi posición.

Apretó los dientes, las ganas de lanzarle algo y borrar esa maldita sonrisa de su cara era demasiado acuciante.

—¿Es psicólogo, terapeuta o algo?

Ahora se echó a reír.

—No, solo es un hijo de puta con suerte —declaró entre risitas—. Radin es… un buen amigo. De otro modo no hubiese dejado que te tocase ni un pelo.

Empezaba a desesperarse de veras.

—Aquí hay algo que no me estás contando y me está poniendo de mala leche —aseguró con un quejido—. Deja de tratarme como si fuese una niña pequeña que puede romperse en cualquier momento… Tu amigo hizo algo, lo sé, lo he sentido… No sé si me hipnotizó o que

narices hizo pero…

La cama se hundió bajo su peso.

—No me acuesto con niñas pequeñas —le dijo pasando el dedo por el collar que rodeaba su cuello—, así que dudo mucho que ese sea tu caso.

Se exasperó, aquella conversación no llevaba a ningún sitio.

—Está empezando a molestarme y mucho esta actitud tuya —le soltó con un resoplido—. ¿Qué tan difícil te resulta darme una respuesta directa? Necesito… necesito saber en qué me he metido. En qué me has metido tú.

No se movió, se limitó a recorrer su cuerpo desnudo con la mirada.

—Hay cosas que sencillamente no podrías comprender, Gabriela —le aseguró sin más—. Circunstancias que están más allá de la comprensión humana.

Ella siseó.

—No me jodas, Nishel —se enfadó—. Ahí fuera hay un cabrón hijo de puta dispuesto a matarme por ningún otro crimen que el pensar que le pertenezco. La primera vez violó y mató a mi compañera de piso pensando que era yo, cuando lo cogieron y lo metieron en la cárcel no hizo otra cosa que amenazarme, diciéndome que yo le pertenecía, que nadie tenía derecho a tocarme, que era una zorra lasciva que llevaba a los hombres a la perdición por mi sed de sexo… ¡Estuve huyendo de él durante más de año y medio, escondiéndome para evitar sus amenazas! ¡Y por un jodido despiste de la policía, se les escapó y dio conmigo y no se detuvo hasta dejarme medio muerta en el suelo de mi casa!

Las lágrimas corrían por sus mejillas llegados a este punto.

—Así que no me vengas con que las circunstancias están más allá de mi comprensión —se quejó con dolor—. Necesito saber en qué estoy metida y por qué diablos has vuelto a entrar en mi vida porque no lo comprendo. No lo comprendo y me estoy volviendo loca.

Sacudió la cabeza y se pasó una mano por el pelo con desesperación.

—Apareces en mi puerta una noche, me das la mejor experiencia de mi maltrecha vida y entonces desapareces sin dejar rastro —gimió entre lágrimas—. No sé nada de ti, ni quién eres, ni de dónde saliste y de nuevo vuelves a resurgir como salido de la nada para hacerte cargo de mí y con las bendiciones de la policía. ¡Ya no entiendo nada!

Los fuertes dedos de su mano le aprisionaron la barbilla y la obligó a alzarla hacia él.

—¿Dónde ha quedado lo de «señor», Gabriela?

Aquello la hizo gritar, su desesperación era tal que se echó sobre él como una gata. Pero entonces, él era mucho más grande, más fuerte y se tomó su ataque como un juego; en un abrir y cerrar de ojos estaba debajo de él.

—Chica mala —le dijo al tiempo que chasqueaba la lengua—. No se ataca a tu señor.

Sus ojos se entrecerraron pero no hizo nada por liberarse, estaba demasiado cansada física y anímicamente para empezar una pelea con él.

—Tú no eres mi señor —respondió—. No eres más que un cabrón hijo de puta y controlador…

Él se rio.

—Sí, ese sería yo, mi pequeña e indisciplinada sumisa —se burló y estiró sus brazos hasta ponérselos por encima de la cabeza.

Intentó moverse pero lo único que hizo fue restregarse contra él.

—Suéltame ahora mismo —le ordenó.

Nishel dejó escapar de nuevo uno de esos sonidos tan suyos.

—Prueba otra vez y esta vez añade *maestro* a tu petición y ya veremos si me complace —

aseguró sin mover un músculo.

—Quítate de encima, vaca pesada —escupió. No sabía qué diablos pasaba con ella, de dónde habían salido esos instintos suicidas.

Aquello le hizo gracia, puesto que se echó a reír.

—Ay, muñequita, es la primera vez que escucho un insulto tan encantador —se reía a carcajadas, su cuerpo se sacudía contra el suyo y su deseo se reactivó, excitándola—. Eres realmente una cosita ingeniosa.

Ella resopló.

—¡Suéltame de una maldita vez! —se quejó—. Así no hay manera de tener una conversación seria.

Para su sorpresa él la soltó, solo para tirar de ella y en un abrir y cerrar de ojos tenerla sentada sobre su regazo, con el culo desnudo presionando una más que palpable y dura erección.

—¿Quieres que tengamos una conversación seria? —le escuchó preguntar. La risa había desaparecido de su voz. Ese hombre era como un camaleón en lo que a su estado anímico se refería.

Ella resopló, se apartó el pelo que le caía sobre los ojos y lo miró.

—Es lo que llevo intentando conseguir desde hace varios minutos —aseguró con desesperación—. No pido nada más que un poco de sinceridad, quiero saber dónde tengo los pies… y con quién estoy.

Él se la quedó mirando durante un buen rato, en silencio. Sus ojos se cerraron sobre los de ella, una mirada penetrante que iba mucho más allá del simple exterior.

—De acuerdo, Gabriela —pronunció su nombre como si aquello fuese una declaración de intenciones—. Cumplamos con otro de los puntos del contrato.

Abrió la boca para preguntar a qué punto se refería y que tenía que ver aquel maldito contrato en todo aquello, pero las palabras que surgieron de su boca fueron otras.

—¿Quién eres tú, Nishel? La verdad —preguntó, había una muda súplica en su voz—. Ya estoy harta de que me mientan y me oculten cosas, así que por favor, dime la verdad.

Él asintió.

—Ya te lo dije, trabajo como asesor para las víctimas de secuestros y situaciones adversas para la policía —le explicó con tranquilidad—, y de vez en cuando echo una mano a la Agencia Demonía como Agente Externo…

Ella se lamió los labios dispuesta a preguntar.

—¿Qué es realmente esa agencia? —inquirió—. Y cómo diablos ha podido llegar el impreso a vosotros. Juro que yo no lo envié.

Una de sus manos empezó a acariciarle la piel del brazo, aumentando la sensación de tranquilidad y paz que sentía a su alrededor.

—La agencia está especializada en lo que podríamos llamar… «terapias de ayuda» —respondió al tiempo que estiraba los labios en una irónica sonrisa—. Y si el impreso llegó a nosotros, es porque realmente necesitas que te echen una mano…

Sacudió la cabeza, aquello seguía sin tener mucho sentido.

—¿Cómo?

Su mano subió y le acarició las costillas, esquivando sus senos por poco.

—Dándote aquello que necesitas y desterrando aquello que te sobra —continuó—. Solo tienes que saber que si estoy aquí, contigo, es porque es lo que necesitas. Mi presencia no es para causarte más daño sino para liberarte de él.

Ella frunció el ceño mientras intentaba procesar todo aquello.

—¿Y pensaste que Radin sería un buen… complemento?

Se rio, un sonido suave y bajo.

—Al hechicero no creo que le guste ser catalogado de complemento —declaró con diversión—. Una de tus fantasías era hacer un trío y él es realmente bueno… calmando el espíritu.

«Y utilizando la lengua», pensó para sí, guardándose de pronunciarlo en voz alta. La última frase que pronunció penetró entonces en su mente.

—Espera, ¿has dicho calmando el espíritu? —preguntó al tiempo que fruncía el ceño—. ¿Con eso te refieres a alguna clase de truquito hipnótico?

Las inquietas manos volvieron a bajar por sus brazos, aumentando el calor en su cuerpo y relajándola al mismo tiempo.

—Radin no te ha coaccionado a nada —diluyó sus sospechas de un plomazo—, todas las decisiones que has tomado han sido tuyas. Él solo… digamos que ha insistido un poquito en que te abrieras a la sinceridad y aquello que vive en ti.

Ella arrugó la nariz.

—Psicólogo entonces.

Su necesidad por encontrar una respuesta que comprendiese la estaba frustrando.

—En realidad es hechicero —le dijo al tiempo que soltaba un suspiro—. Un Alto Hechicero, en realidad.

Ella se giró en su regazo, su rostro era la viva imagen de la duda.

—He pedido la verdad, Nishel —le recordó—. Y decirme que Radin es un… mago, es un disparate.

Él negó con la cabeza.

—Es una forma sencilla de introducir lo que quieres saber realmente —le aseguró sin dejar de mirarla.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Y eso sería?

Él le acarició el rostro.

—Quién soy en realidad —concluyó él.

En eso estaba de acuerdo con él.

—Si me dices alguna estupidez de la misma clase, te pegaré… —lo previno—. Señor.

Él puso los ojos en blanco.

—Muñequita, después de que terminemos con este pequeño *têtе à têtе*, voy a azotarte —aseguró con total convicción.

Ella imitó su gesto.

—Sí, por supuesto —respondió con ironía—. Que voy a permitirte además que lo hagas…

Su mirada encontró la suya.

—No necesito permiso para disciplinarte, Gabriela —la sorprendió con la sinceridad que escuchó en su voz—. Y voy a disfrutar haciéndolo una vez que todo esto termine.

Se quedó inmóvil, mirándole, no estaba segura de sí lo que acababa de decir implicaba algo más que una vana amenaza. Ni siquiera estaba segura de qué ocurriría con él cuando todo aquello terminase.

—¿Quién eres realmente, Nishel? ¿Qué pintas tú en todo esto? —insistió—. Por última vez, ¿vas a darme una respuesta?

Le acunó la mejilla en la mano y le alzó el rostro para que pudiese mirarle.

—Mi primer cometido contigo está vinculado al contrato que has firmado —declaró con

sinceridad—, no he sabido hasta hace unas horas que las cosas han pasado a ser mucho más.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Nishel se tomó un tiempo para responderle.

—Radin ha hecho algunas averiguaciones para mí, ese fue el principal motivo de que apareciese cuando lo hizo —pasó a explicarle—. Ese hijo de puta que casi te mata se ha esfumado como por arte de magia, y un humano no desaparece de esa manera.

Se estremeció, ya era la segunda vez que se refería a la gente como «humanos». El nerviosismo y el miedo empezaron a invadirla enfriando el deseo.

—Explícate.

Sus dedos buscaron los suyos y se enredaron en ellos.

—Alguien le ayudó a desaparecer —continuó con lenta premeditación—. Y creemos que posiblemente haya tenido que ver en el hecho de que se escapase de la custodia de la policía cuando estaba en el hospital y que diese directamente contigo.

Ella sacudió la cabeza, algo le decía que no le iba a gustar lo que estaba por venir.

—Pero cómo es posible…

Suspiró, un profundo y grave suspiro.

—Me temo que es culpa mía.

Aquello la dejó noqueada.

—¿Qué?

Sus dedos le apretaron los suyos, como si quisiera avisarla de lo que estaba a punto de verter sobre ella.

—Hay alguien ahí fuera que tiene una *vendetta* personal conmigo —declaró—, y cree que puede llegar a mí a través de ti.

Ella sacudió la cabeza.

—Jordan Alburn violó y mató a mi compañera de piso un mes y medio después de que cortase con él; pensó que era yo —le recordó lo que le había dicho la primera noche que estuvieron juntos—. Cuando la policía le atrapó y se dio cuenta de que había cometido un error enloqueció; no la quería a ella, me quería a mí. Vive obsesionado conmigo. Me acosó desde la cárcel durante casi tres años hasta que conseguí que me perdiese la pista… Me pasé año y medio mirando por encima del hombro con un miedo atroz a que me encontrase… y lo hizo… el resultado ya lo conoces…

Se estremeció.

—Nunca dije tu nombre, de alguna manera supo de esa noche o quizás lo adivinó —continuó con una negativa—, estaba empeñado en que yo era mala, una ninfómana que se abría de piernas ante todo el que pasaba, que estaba enferma y que él me liberaría… Es imposible que sepa quién eres…

Él negó con la cabeza.

—Gabriela, alguien le ayudó a escapar —insistió y la obligó a mirarle a la cara—, y ese mismo alguien es el que está ocultándolo de la policía y de nosotros… Radin lo ha rastreado y no me queda ninguna duda de que se trata de él…

Ella sacudió la cabeza.

—No lo comprendo, ¿por qué tú?

Él le acarició una vez más el rostro, calmándola.

—Quiere herirme —aseguró sin dejar de mirarla—, y sabe que si llega a ti eso me joderá lo suficiente.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Por qué haría algo así? —insistió—. ¿Qué le has hecho?

Él la empujó entonces y la dejó de nuevo sobre la cama.

—Le arranqué las jodidas alas después de que matase a mi custodio —aseguró. Con un grácil movimiento se puso en pie.

—¿Custodio?

Él asintió y se giró de espaldas a ella, en un momento su espalda estaba cubierta por aquellos tatuajes de unas rotas alas negras, al siguiente la pintura pareció diluirse de su piel y ocuparlo todo, resbalando por su cuerpo hasta formar la imposible e irreal construcción de dos gigantescas alas de plumas negras.

Cayó hacia atrás con un jadeo luchando por incorporarse sobre el colchón y encontrar el aire que aquella fantasía le había arrebatado de los pulmones.

—¿Qué…? —las palabras se agolpaban en su mente pero era incapaz de hacerlas salir—. Oh, dios… joder… ¿qué mierda significa esto?

Nishel se giró lentamente, las enormes extremidades aladas se destacaban por encima de sus hombros, oscuras como la noche, sedosas al tacto, un contraste absoluto con el tono claro de su piel.

—La definición correcta sería, ángel caído, muñequita —aseguró al tiempo que se llevaba las manos a las caderas con total despreocupación—. Pero me conformo con que sigas llamándome *«señor»*.

CAPÍTULO 11

—Espera, ¿qué has hecho?

Nishel puso los ojos en blanco ante la pregunta del demonio. Riel parecía estar a punto de echarse a reír en cualquier momento.

—Me pidió la verdad y se la di —respondió sin más preámbulos—. Además, no es como si fuese uno de los requisitos del contrato.

—Y fue entonces cuando la dejaste sola —intentaba entender su amigo.

Él negó con la cabeza.

—No, eso fue después de llevarla a un lugar seguro y que empezara a gritar como una posesa.

—Bueno, al menos tendrá tiempo para asimilarlo.

—O para enloquecer —añadió Eireen. La mujer de Riel permanecía sentada en una de las sillas de la oficina del departamento de policía en el que se habían reunido todos.

—Si es que no lo ha hecho ya —comentó ella mirándole con gesto de reproche—, ¿cómo se te ocurre dejarla sola en un momento como este, Nish?

—Era eso o que me arrancase las plumas una por una, amor.

La hechicera que acompañaba a Radin bufó ante tal respuesta.

—¿Y quién dice que no te lo merecerías?

—Kara…

Ella se giró como un resorte y fulminó a su compañero con la mirada.

—Vete a la mierda.

Riel esbozó una divertida sonrisa.

—Me cae bien tu mujer.

—No es mi mujer —la respuesta del hechicero fue automática.

Ella puso los ojos en blanco.

—No, soy su puta.

Si las miradas pudieran matar, esa chiquilla sería ahora mismo cenizas, pensó al ver la reacción de Radin a las palabras de su compañera. Eireen por su parte se limitó a poner los ojos en blanco y acercarse más a Riel, la hermosa humana estaba más radiante que nunca, el embarazo empezaba a notársele y se la veía sonriente y muy enamorada. A su lado Ross no dejaba de resoplar con cada nuevo comentario hecho por los presentes.

Había llegado a la comisaría a primera hora de la mañana después de dejar a Gabriela con un ataque de histeria en su cabaña de Canadá. La mujer iba a arrancarle las pelotas cuando lo tuviese delante, estaba seguro. Esperaba al menos que el tiempo le diese espacio suficiente para que se calmase un poco y pudiese asentar los pensamientos y emociones que giraban como un huracán en su interior. Sí, la sutileza no era una de sus virtudes.

Al entrar por la puerta se había sorprendido de encontrarse a Riel hablando con Ross; Eireen, su esposa estaba sentada en una de las sillas de la oficina privada del policía sobrenatural, era la primera vez que la veía después de su enlace y el embarazo ya se le notaba. Su amigo y el policía habían estado discutiendo sobre los recientes descubrimientos aportados por Radin; aquello daba un cariz totalmente distinto a la situación.

El hechicero no tardó mucho en dejarse caer por la oficina y en esta ocasión no lo hizo solo; Ankara le acompañaba. La muchachita podía resultar realmente belicosa, pero no dejaba de ser una adorable y atractiva hembra de piel pálida, pelo rubio claro y fríos ojos azules que traía al hombre por la calle de la amargura.

Así, la oficina de Ross terminó convirtiéndose en el centro de reuniones de lo más selecto y variado del mundo sobrenatural.

—Niños, niños —pidió el policía aplacando a los presentes y llamándoles al orden—, las peleas de alcoba fuera de mi oficina, gracias. Acabáis de caer sobre mi departamento con una mierda del tamaño de una montaña y necesito un momento para procesarlo así como respuestas, todas las que podáis aportar.

—Aquí tienes una —le dijo Nishel girándose hacia él—, voy a buscar a ese maldito hijo de puta y cuando lo encuentre, no quedarán de él ni las cenizas.

Y lo decía muy en serio. Noel había cruzado la línea de lo tolerable metiéndose con su actual custodio e iba a pagar por ello. No cometería de nuevo el mismo error, él no se acercaría a Gabriela, no se lo permitiría, no la contaminaría como lo hizo con Tori.

—Abajo, Caído —le dijo en respuesta—, pliega las alas y relájate.

Su mirada recorrió a los presentes hasta posarse en Radin.

—Necesito pruebas, una convicción absoluta que pruebe que hay alguien de naturaleza sobrenatural detrás de cada uno de los movimientos de ese cabrón —le dijo sin medir sus palabras—. Quiero a ese hijo de puta entre rejas, en un agujero tan oscuro que no pueda volver a ver la luz del sol, dónde no pueda atacar de nuevo a ninguna mujer como lo hizo con Gabriela.

Nishel sintió como Eireen se movía al lado de Riel.

—¿Gabriela?

Su marido le apartó el pelo de la cara y la cobijó bajo su brazo, engulléndola con su cuerpo mucho más grande.

—Tú la conoces con el nombre de Miara Lowell —le explicó—. Se ha estado ocultando de ese hijo de puta bajo otra identidad…

Ella asintió ante la explicación.

—He intentado rastrearlo una vez más —los interrumpió Radin atrayendo la atención ahora sobre él—, y ya no me queda duda al respecto, Ross. Hay un ángel cubriendo y me atrevería a decir que también dirigiendo los pasos de esa basura humana. Su aura es inconfundible, es él.

El policía lo miró y asintió, pero no parecía estar todavía convencido. Nishel empezó a perder la paciencia.

—¿Necesitas que te lo traiga con un lacito y un cartelito que diga *«yo soy el gilipollas»* antes de darme el visto bueno para calcinarlo? —rezongó—. O quizás prefieras que ese hijo de puta vuelva a ponerle las manos encima a mi mujer para así estar seguro del todo de sus intenciones.

Los ojos fríos y letales del hombre se posaron en él con total tranquilidad. Detrás de aquella apariencia humana y anodina se ocultaba uno de los seres más implicados en la justicia que conocía, un Arconte. Nada ni nadie se ocultaba de su vista, él y otros de su clase eran los encargados de mantener el anonimato sobre los seres sobrenaturales que convivían entre los humanos sin que fuesen descubiertos por ellos. La primera vez que lo vio en acción fue después de haber perdido las alas, de no ser por Riel y su palabra, a estas alturas muy bien podía ser nada más que un montón de polvo o estar encerrado de por vida en una de las cárceles intemporales que custodiaban. Le debía a ese demonio mucho más que su vida, le debía su libertad.

—Jordan Alburn deberá ser entregado a la justicia humana para que lo juzguen según sus leyes —le recordó haciendo hincapié en cada palabra. Entonces se volvió hacia Radin una vez más—. Solo podemos interferir si manifiesta sus intenciones de herir a la humana o da muestra alguna de intentarlo.

El hechicero dejó escapar un profundo suspiro que a sus oídos sonó tan cabreado como lo estaba él mismo por aquella mierda de directrices.

—¿Quieres que lo grabe en vídeo o te sirve con una declaración jurada de dos Altos Hechiceros? —en su respuesta incluyó a su compañera, quien si bien era joven e inexperta, estaba también bajo la vigilancia directa de Ross y los suyos. Ankara era otro problema que el policía conocía muy bien.

Sus ojos se deslizaron sobre la muchacha antes de volver sobre él.

—No quiero más mierdas infernales en mi patio trasero, Radin —le aseguró. Aquella era una forma de recordarle su pasado—. Me conformaré con la verdad, así que procurad conseguir una clara declaración de intenciones por su parte.

El hechicero asintió con pereza.

—Supongo que eso puede servirnos —aceptó. Entonces se giró hacia él—. Obtendré lo que necesitas para acabar con esa amenaza de una vez y por todas.

Asintió sin más, parecía que Gabriela se había ganado un seguidor más para su causa.

—¿Cuánto tiempo de contrato te queda?

La pregunta llegó de Riel, quien lo miraba sin miramientos.

—Doce días —respondió sin vacilación. Contaba cada uno de los minutos.

Los ojos del demonio se entrecerraron sobre él.

—¿El Pacto?

Él negó con la cabeza, las cosas habían estado ligeramente complicadas últimamente para poder entrar en temas más profundos.

—¿Qué es el Pacto? —preguntó Ankara, quien hasta ese momento se había mantenido en riguroso silencio. Su voz era ahora mucho más suave, relajada, libre de la animosidad que tenía cuando se dirigía a su compañero.

Antes de que cualquiera de los hombres pudiese abrir la boca, Eireen se adelantó.

—No quieres saberlo —aseguró ella poniendo los ojos en blanco—. Todavía me cabreo cada vez que lo recuerdo.

Ella arqueó una ceja, estaba claro que deseaba saber más, pero su compañero la interrumpió.

—Son asuntos de la Agencia Demonía, Ankara —declaró poniendo fin a la curiosidad femenina.

Antes de que pudiesen ir a más, contestó a Riel.

—Preocúpate de tu mujer, demonio —le dijo indicando con un gesto de la barbilla a Eireen—, yo me encargaré de mi custodio… tal y como debe hacerse.

Su amigo se limitó a esbozar una irónica sonrisa y alzó las manos a modo de rendición.

—No he dicho nada —aceptó con buen humor.

Satisfecho, volvió su atención sobre Radin y Ross.

—Si ese hijo de puta aparece en mi puerta y hace un solo ademán contra la muñequita, necesitarás un microscopio para recoger sus restos —declaró con fiereza al tiempo que dejaba claras sus intenciones.

El policía asintió.

—Asegúrate de que primero muestre sus intenciones, Nishel, no me gustaría tener que ir a

por ti —le dijo sin rodeos.

No podía decirse que el hombre no fuese totalmente directo.

—Lo haré —aceptó. Finalmente se giró a Radin—. Sácalos de su escondite y tráemelos…

El hechicero esbozó una irónica sonrisa.

—Le quitas toda la diversión al asunto, Nish.

Él le devolvió el gesto.

—Mantente cerca y podrás ser testigo de lo divertido que puedo llegar a ser.

Con un último vistazo a todos, le guiñó un ojo a Eireen y los abandonó. Tenía una mujer, posiblemente rabiosa, a la que hacer frente ahora mismo.

CAPÍTULO 12

Los ángeles no existían.

Los ángeles caídos de alas negras no eran reales.

No había sido abrazada y envuelta en aquellas irreales extremidades emplumadas.

No había sido arrastrada a una cabaña en medio de ningún sitio.

Y por encima de todas las cosas, no estaba ahora en porche de una cabaña de madera, envidia de cualquier casa rural, con más de metro y medio de nieve cubriéndolo todo.

Lo que Gabriela sabía, era que había perdido la cabeza por completo; estaba como una puta cabra.

Se estremeció, sus brazos acudieron rápidamente para rodearla y ofrecerle un poco de confort, el cielo sobre su cabeza era de un prístino azul, el sol brillaba pero en aquellos momentos le estaba costando encontrar algo parecido al calor en la locura que estaba observando. A su alrededor se extendía un amplio campo de nieve. Desde su posición podía ver varios árboles solitarios cuyas copas estaban cubiertas de nieve, abetos en su mayoría que se extendían hacia la parte de atrás de la acogedora y cálida vivienda de madera de dos plantas que acababa de abandonar. Un frondoso bosque se extendía hasta los pies de una impresionante formación rocosa.

Se obligó a cerrar los ojos e inspirar profundamente, cuando volvió a abrirlos nada había cambiado; seguía en el mismo lugar y ante el mismo paisaje.

—Esto no puede ser real —musitó al tiempo que daba un par de vacilantes pasos hacia delante.

La nieve cubría parte de la barandilla que separaba el balcón de la entrada principal, la nieve estaba surcada por caminos y pisadas que contribuían a dotar de realidad la locura en la que estaba sumergida.

Tembló y dio un paso atrás, sus dedos se ciñeron a los brazos en un intento por recordarse que estaba allí, que estaba despierta y lo que contemplaba era real; una locura, pero real.

—No, él no puede ser real —murmuró casi al mismo tiempo que surgían sus pensamientos —. Nada de esto es real. Con mi suerte ese hijo de puta me ha encontrado, me ha dado una paliza brutal que me ha dejado en coma y todo esto no es más que un sueño creado por una inflamación en el cerebro.

No es que aquello sonase mucho más plausible, pero necesitaba calmarse o se echaría a llorar y patalear como una niña pequeña.

—Bien, tranquila, todo tiene solución —se dijo a sí misma. Se obligó a aflojar su propio agarre y volvió a mirar al interior de la casa—. ¿Nishel?

No quería pensar como había llegado allí, no quería recordar *aquello* a su alrededor como una manta arropando su desnudez. *¡Señor, no podía apartar el pensamiento de aquella suavidad cubriendo su piel!*

—Para, para, para… —se reprendió a sí misma—. Rebobina…

Él había estado allí con ella, en un momento estaba tan desnudo como ella y al siguiente vestido con unos pantalones negros con múltiples bolsillos y una camiseta que proclamaba las virtudes de las calaveras. La arropó con una manta y la obligó a sentarse en un cómodo sofá

frente a una agradable chimenea… ¿Qué le había dicho? Él le dijo alguna cosa...

—Volveré enseguida —murmuró en voz alta, pronunciando sus mismas palabras.

Ese enseguida se había convertido ya en varias horas. El fuego de la chimenea se extinguió al no ser alimentado, el fresco que con el tiempo inundó la habitación la hizo salir finalmente de su catatonia y enfrentarse a un lugar desconocido.

Tomó aire una vez más y se miró a sí misma, no estaba segura cuando había conseguido ropa para ella, pero la que encontró sobre una mesa auxiliar cercana. Era de su talla, incluso la ropa interior y las abrigadas botas que en un principio le parecieron excesivas; ahora veía que no.

—¿Nishel? —volvió a pronunciar su nombre y se encogió cuando el eco fue la única respuesta que obtuvo a cambio. Frunció el ceño y miró una vez más alrededor, si ese hijo de puta esperaba que lo llamase señor o maestro, la llevaba clara.

—Cuando el infierno se congele —musitó para sí. De nuevo aquella imagen se coló en su mente y cerró los ojos con fuerza. No quería enfrentarse a ello, no era real.

Un nuevo temblor empezó a recorrer su cuerpo y se obligó a poner los pies bien firmes en el suelo, no podía permitirse dejar volar la imaginación, sucumbir a sus fantasías y a lo que ese hombre estuviese haciendo con ella.

Estaba a punto de dar media vuelta y entrar cuando escuchó un sonido extraño procedente de algún lugar en las inmediaciones, el rugido empezó a cobrar intensidad a medida que avanzaba hasta que divisó un diminuto punto avanzando en su dirección.

El corazón le latía a mil por hora para el momento en que una moto nieve se detuvo a escasos pasos de la entrada, el rugido del motor quedó apagado al instante y bajo su sorprendida y nerviosa mirada contempló como se quitaba el casco dejando que su pelo plateado quedase a la vista.

Él era hombre muerto y ella iba a ser su asesina.

Nishel empezaba a cuestionarse la cordura de aquella mujer, su rostro era una máscara de furia, sus ojos refulgían con rabia pero también miedo, sus pasos se hundían en la nieve mientras avanzaba hacia él. Apagó el motor y se echó atrás en el asiento, ni siquiera tuvo tiempo de quitarse las gafas protectoras cuando sintió un agudo escozor en la mejilla; Gabriela le había abofeteado. Pero no era lo único, no sabía que le sorprendía más si eso o que ella gesticulara y gritase a pleno pulmón deshaciéndose en insultos, blasfemias y acusaciones que no tenían demasiado sentido. El espectáculo era tan inesperado como sexy. Ella estaba vestida con la ropa que le había dejado aunque no se molestó en ponerse el anorak, llevaba únicamente esos ajustados vaqueros y la camisa de leñador que moldeaba tan bien sus llenos pechos. Con el pelo revuelto y los ojos brillantes, era un verdadero afrodisíaco para su polla, la cual lucía una evidente erección pujando contra sus pantalones. La urgencia de frotarse contra el asiento luchaba con fuerza con la posibilidad de tumbarla allí, arrancarle aquellos malditos pantalones y hundirse en su húmedo y chorreante sexo.

—¡Cómo has podido hacerme esto, maldito hijo de puta! ¡Cómo has podido dejarme aquí tirada! ¿Dónde mierda estamos? —exclamaba a voz en grito—. ¿Y si ese hijo de puta está ahí fuera? ¿Y si sabe que estoy aquí? ¿Por qué has montado todo este circo? ¿Quieres volverme loca? ¿Es eso? ¡Eres un maldito cabrón!

Deslizó las manos por sus propios muslos, el pantalón de cuero podía no ser lo mejor para el clima invernal, especialmente en aquella parte de Canadá, pero las inclemencias del tiempo no le suponían ningún problema. La dejó seguir despotricando, porque seguía, parecía tener una

inagotable reserva de insultos y todos iban dirigidos a él. Volvió a resbalar las manos por el pantalón en un intento por distraerse y evitar agarrarla para luego subirla a la moto y comerle la boca como tenía ganas de hacer. Diablos, deseaba tenerla desnuda sobre la moto y lamerla como un helado, ver como su piel se enrojecía por el rubor mientras se amamantaba de esos deliciosos pechos para descender después a su parte favorita. Oh, sí, la lamería ahí también, se daría un festín con su prieta y húmeda carne, dejaría que gritase hasta que se quedase sin palabras y solo entonces la penetraría, fuerte, hasta el fondo…

—¡Has usado drogas conmigo! ¿Qué clase de mierda me has dado para que alucine de esta manera? —continuó despotricando—. ¡Quiero irme de aquí! ¡Quiero que me lleves a mi casa y desaparezcas de mi vida de una jodida vez!

Ladeó ligeramente la cabeza, su coleta se deslizó por su hombro y rozó la pechera del anorak. Quizás debiese hacer realidad su fantasía, se lo merecía, se había portado condenadamente bien, había sido paciente, le había dado lo que pedía en sus requisitos, había cumplido su jodida fantasía del trío, se merecía tener a esa mujer ahora y a la manera en que deseaba tenerla.

—Maldita sea, ¿me estás escuchando?

Una amplia sonrisa curvó sus labios, la lengua salió perezosa y lamió el inferior antes de volver a desaparecer en su boca, era una suerte que llevase las gafas puestas, una suerte para ella que no podía ver la mirada de crudo sexo que tenía ahora mismo. Deslizando elegantemente una pierna por encima del asiento se apeó de la moto nieve, se subió las gafas hasta ponérselas en la cabeza y la recorrió con la mirada de forma lenta y deliberada.

—He escuchado cada una de tus palabras desde que apareciste como una *banshee* delante de la moto —declaró tirando de uno de los guantes para sacárselo. Deseaba tocarla, tocar su piel —, un acto irreflexivo a la par que peligroso, Gabriela. Sin duda debería azotarte…

Ella entrecerró los ojos, su cuerpo se tensó y sabía por su lenguaje corporal que no era lo único que hacía que estuviese tan cabreada.

—Me has drogado —siseó ella. Parecía que había encontrado una explicación plausible a lo que su cerebro le costaba procesar.

Negó con la cabeza, su gesto era serio.

—No, muñequita, no te he drogado, ni inyectado ni nada de nada —aceptó con total naturalidad—. ¿Necesitas otra demostración de lo que ya has visto?

Su rostro palideció durante un momento, sus ojos se abrieron y su color perdió intensidad.

—Tranquila, no voy a lastimarte. Lo sabes.

Ella lo miró a los ojos preguntándose si realmente lo sabía. Empezaba a resultarle transparente.

—Quiero irme de aquí… —murmuró ahora. Su voz había perdido la cadencia de antes y se mostraba más cauta, casi temblorosa. Estaba asustada.

Y él la quería fuera de sus casillas, quería a la mujer que había vislumbrado bajo aquella asustada fachada, quería a la hembra sensual y sumisa, a la fogosa muñequita que podía equiparar su deseo.

—No puedes —le dijo al tiempo que se quitaba el segundo guante y los enganchaba ambos en el manillar de la moto—. No mientras ese hijo de puta siga ahí fuera.

Ella sacudió la cabeza, podía ver como su pecho se elevaba y descendía al compás de la rápida respiración.

—No quiero quedarme aquí —insistió. Un ligero temblor la recorrió pero pareció buscar la forma de reponerse ya que alzó la barbilla intentando sonar decidida—. No quiero… estar

cerca de ti… seas quien seas…

Él dejó escapar un profundo suspiro.

—Ya sabes quién soy, Gabriela —le dijo sin adornos—. Nada ha cambiado más allá de haberte dado lo que querías, la verdad.

Ella negó con la cabeza y dio ahora un paso adelante, algo la había encendido de nuevo.

—¿Verdad? Qué maldita verdad, ¿eh? —jadeó—. No… ¡No puedes esperar realmente que crea…! ¡No lo haré! ¡No es real!

¿Que no era real? Eso sí que tenía gracia. ¿Sería que no la había follado todavía lo suficiente? Sí, esa tenía que ser la respuesta. Tendría que volver a dejar las cosas claras, pero después, cuando la hubiese follado sobre la moto.

—Negarte a la verdad que se presenta ante tus ojos, no es la mejor forma de afrontar los problemas —le aseguró. Su mirada seguía fija en ella, en su cuerpo. Dioses, aquella mujer iba a terminar con él y su libido, no dejaba de estar empalmado cada vez que la rondaba.

Ella chilló, un agudo sonido muy femenino que evidenciaba la desesperación que la corroía.

—¡Vete a la mierda!

En un abrir y cerrar de ojos, la vio dar media vuelta, sopesar rápidamente sus opciones y dirigirse hacia un lado de la cabaña.

—Me marcharé de aquí, así tenga que hacerlo andando —declaró luchando por no hundirse en la nieve más blanda de aquella zona.

Y lo haría, él estaba seguro de ello. Sacudiendo la cabeza, dio un par de zancadas para detenerla y la alzó por la cintura, trayéndola de regreso para luego girarla de modo que pudiese enfrentarle.

—Me temo que eso no va a ser posible, muñequita —le aseguró cogiéndole la barbilla con una mano para luego alzarla—. Se acabaron los juegos.

—¡Y una m...!

Su boca se tragó el resto de las palabras, su lengua aprovechó el momento para introducirse en la húmeda cavidad y seducir una respuesta en ella, una que comenzó como una ligera reticencia y algo de lucha, para finalmente sucumbir.

—Después aclararemos ciertas cosas y daré respuesta a tus inseguridades —susurró rompiendo el beso para permitirles a ambos tomar aire—, pero ahora, quiero follarte… lamerte entera… encima de mi moto.

Cualquier nueva palabra quedó ahogada por la boca masculina, su hambre se despertaba voraz con esa mujer, prefería pensar que su necesidad de ella tenía que ver con el contrato que los unía, con la ardua tarea que tenía por delante pero no era tan estúpido como para negar lo evidente. Su apetito sexual despertó a la par que su necesidad de dominación en parte motivado por su antiguo estatus y en parte porque le gustaba que ella se sometiese a él, que confiase lo suficiente para entregarse por entero en sus manos. La sumisión no era más que un juego de alcoba para él, le gustaba llevar la voz cantante, estar al mando, pero no quería una personalidad anulada en su compañera de juegos. El desafío era un aliciente más y esa pequeña muñequita poseía todo aquello que le gustaba bajo la fachada de animalito desvalido en la que la habían hecho caer las últimas circunstancias.

La empujó suavemente hacia atrás, guiándola hasta que sus piernas chocaron con el fuselaje de la moto, su trasero se rozó con el asiento al tiempo que la veía llevar las manos hacia atrás para amortiguar una posible caída.

Ella era un sensual contraste contra el negro y amarillo de la moto, una figura femenina y

cálida que chocaba estrepitosamente con el poder de la *Ski-Doo Summit* que había llegado pilotando. Una hermosa bestia con un poderoso motor *Rotax 600 H.O E-Tec* que la convertía en una máquina de última generación. Había algo erótico en ver a una hembra como Gabriela apoyada en un vehículo de aquellas características, su mente compuso rápidamente una nueva imagen de lo que sería ella, totalmente desnuda, sobre la moto.

Su polla dio un tirón dentro de su confinamiento recordándole su existencia; como si hubiese podido olvidarla. La deseaba y no quería ser dulce, ni ir despacio, quería tomarla allí mismo, bajarle esos malditos vaqueros, arrancárselos de ser posible y follarla hasta derramarse por completo en su interior. Sacudió la cabeza en un intento por volver a centrarse, la mujer le miraba con curiosidad, el beso y sus palabras la había excitado lo suficiente para despertar su apetito tal y como podía observar en el brillo de sus ojos.

—Debiste haber cogido el anorak —le dijo antes de inclinarse sobre ella nuevamente, su cuerpo cubrió por completo el suyo dominándola con su altura y envergadura. El aroma a la colonia que utilizaba lo alcanzó y a duras penas logró no gruñir, le encantaba como olía, le complacía el sabor de su piel y sobre todo la apetitosa dureza de sus pezones.

Sus ojos bajaron sobre ella hacia esa zona y en un abrir y cerrar de ojos los botones de la camisa salieron disparados mientras esta caía abierta a ambos lados para frustrarle al encontrarse ahora con una camiseta interior.

—Demasiada ropa —gruñó e impidió que ella apartase las manos del lugar en que las tenía, apoyadas entre el depósito y el asiento de la moto—. Ni se te ocurra, las manos quietas ahí…

Ella abrió la boca para decir algo pero él la interrumpió con una sola mirada.

—Hace un poquito de frío como para jugar a esto… aquí —siseó ella a pesar de su advertencia.

Él ladeó la cabeza y sonrió.

—Te prometo que pronto sentirás tanto calor que querrás revolcarte en la nieve —le aseguró y bajó de nuevo sobre su boca para devorarla con un nuevo y decadente beso. Sus dedos aprovecharon el interludio y tiraron con fuerza de la camiseta, el sonido de su gemido quedó ahogado por su boca y por el de la tela al romperse.

Le arrasó la boca, su lengua penetró más allá de lo posible, enlazándose con la de ella, obligándola a dar lo mismo que recibía. Podía sentir el voluptuoso cuerpo femenino arqueándose contra él pero las suaves manos seguían en el lugar en el que le había impedido moverlas. Recorrió sus labios con la lengua, perfilándolos, chupándole con avidez el labio inferior antes de dejar su boca y descender por su barbilla, le mordisqueó el cuello, la clavícula, para luego dejar un rastro de humedad de su lengua. Tal y como deseaba empezó a lamerla, saboreándola, alcanzó la suave curva de los llenos senos que rebosaban el sujetador y mordisqueó la piel, sus manos moldeaban al mismo tiempo sus costillas, los pulgares se hundían suavemente en la carne y se deslizaban y ascendían arrancándole pequeños jadeos de placer que no hacían sino aumentar su propia necesidad.

Sonrió al ver el cierre del sujetador delantero, aquel tipo de prendas hacían la vida de un hombre mucho más fácil. Era un pecado esconder un cuerpo como aquel, su voluptuosidad escapaba de los cánones que preferían otros hombres, un hándicap según ella, una inseguridad más que estaba dispuesto a derribar a toda costa. No buscaba perfección, había tenido más que suficiente de eso en otro tiempo y ya estaba cansado, él era lujuria, sexo y peligro y quería una mujer capaz de soportar y equiparar sus apetitos, una hembra a la que poder montar sin miedo a que se rompiese en sus brazos como si fuese de cristal. Gabriela era una mujer real, con su

sobrepeso, sus curvas y esa bondad innata que habitaba en su interior, ella era fuego y pasión embotellada lista para llevar, todo lo que tenía que hacer era conseguir que se entregase al placer.

El broche delantero cedió a su boca, las copas de encaje se abrieron y sus pechos se desbordaron, los apetitosos pezones color canela se erguían ya duros por el placer y el aire frío que los recorrió. La sintió temblar bajo él y no pudo decir si era por el frío del ambiente o la necesidad pero tampoco importaba demasiado, no tenía pensado darle tiempo a percatarse de nada que no fuese su boca sobre sus pechos.

Un suave gemido escapó de entre los rosados labios cuando se introdujo el pequeño y duro botón en la boca, su lengua lo rodeó mientras lo calentaba con su aliento. Su mano izquierda no quedó ociosa pues enseguida se hizo cargo del otro y empezó a rodarlo entre sus dedos. Ella se arqueó introduciéndose más en su boca, su pelvis se alzó hacia delante y se rozó contra su vientre, su polla dio un nuevo respingo, sus testículos estaban tan apretados que amenazaban con robarle el aire y la cordura.

—No te muevas —murmuró dejando la codiciada dulzura de su pecho para empujarla de nuevo contra la moto—, si lo haces, no te daré lo que quieres…

Ella presionó las manos sobre el cuero y gimoteó cuando él volvió a tomar posesión de su pecho.

—Me moveré lo que me dé… la gana —siseó entre dientes, el placer la recorría por entero —, y al diablo contigo.

Él se rio contra su pecho, no pudo evitarlo, a veces era tan divertida.

—Estás pidiendo que te azote, Gabriela —le aseguró antes de volver a tironear con fuerza de su pezón y morderlo suavemente haciéndola gritar—. Ya lo creo que sí.

Ella echó la cabeza hacia atrás, sus caderas se encajaron contra el asiento sosteniendo todo su peso mientras él deslizaba la mano que todavía mantenía libre hacia la cintura de los pantalones vaqueros y abría uno a uno los botones para dejar a la vista el breve tanga de encaje que completaba al sujetador.

—Eres una muñequita desobediente —ronroneó contra su pecho.

Su réplica llegó en medio de un gemido.

—¡Y tú un capullo!

Nishel ahogó como pudo una risita y deslizó tres dedos por debajo de la tela, acariciándole los hirsutos rizos que poblaban su monte de venus hasta tocar con las yemas los cálidos y húmedos pliegues. La notó tensarse cuando le acarició el sexo, sus jugos la tenían mojada y lista, su cuerpo estaba más que dispuesto para él pero tal y como le había dicho, se había ganado un castigo.

—Nishel —gimoteó su nombre.

Él dejó de atormentar el pezón con la boca y se alzó sobre ella, sus ojos se encontraron y sostuvieron durante un buen rato.

—Vas a correrte cuando yo diga que puedes hacerlo —le susurró sin apartar su mirada de la de ella—, ese será tu actual castigo por no confiar en mi palabra y en lo que han visto tus propios ojos.

Ella se lamió los labios, un gesto instintivo que llevaba a cabo siempre que estaba nerviosa. Empezaba a conocer bien cada una de sus peculiaridades.

—En ese caso estarás castigándome toda la vida —se las ingenió para decir antes de arquearse con un desesperado jadeo. Él acababa de introducir uno de los dedos en su apretado y húmedo canal—. No… puedes… hacer que crea… que eso… fue… real.

Él sonrió y bajó un poco más sobre sus labios, lo justo para calentarle con su aliento.

—Puedo y lo haré, muñequita —le susurró con un tono persuasivo destinado a introducirse bajo su piel—. Haré que creas todas y cada una de las cosas que te haga, que te enseñe y te deje ver.

Sacudió la cabeza y él sonrió una vez más, esa mujer le estaba arrancando más sonrisas de las que había tenido en toda su vida.

—Ahora, puedes gimotear todo lo que quieras —la animó. Le lamió los labios y volvió a descender para darle toda su atención a sus pechos—, pero no se te ocurra correrte… sin mi permiso.

Ella gimió con fuerza cuando un segundo dedo se unió al primero en su exploración, instintivamente separó las piernas deseando más de aquello.

—Me… correré… cuando… yo… —farfulló, estaba dispuesta a llevarle la contraria.

Él le mordió en ese momento el otro pezón haciéndola gritar, sus dedos se introdujeron profundamente en su sexo solo para retirarse después, sus gemidos sonaban en el silencioso exterior de la cabaña del lago, una adorable banda sonora para la escena que se desarrollaba al aire libre.

—Oh, sí… estás muy mojada, me empapas los dedos —ronroneó, su voz espesa por el placer—. Y caliente… tan caliente… no puedo esperar a enterrarme profundamente en ti… quiero mi polla enterrada en ese bonito y apretado coñito…

Ella gimió y se estremeció ante sus palabras y por la creciente necesidad que nacía en su cuerpo.

—¡Nishel! —gimió su nombre apretándose alrededor de sus dedos—. Oh dios…

Él hizo una mueca.

—No metas a ese en esto, gatita, dudo que haya tenido un solo orgasmo en…

—¡Nish, cállate! —lloriqueó dejándose ir por completo sobre la moto—. Solo… cállate… maldito seas…

Su sonrisa se amplió, pero no dijo nada más, se limitó a masturbarla con los dedos, arrancando adorables gemidos de su garganta y llevándola hacia el borde una y otra vez hasta que acabó lloriqueando y suplicando porque terminase con aquel suplicio.

—Nishel, por favor… necesito correrme —gimió, su cuerpo temblaba con la necesidad.

Pero en vez de darle la ansiada liberación, retiró los dedos de su interior, el acto arrancó un nuevo gemido de frustración en ella.

—No puedes… oh, mierda… —lloriqueó desesperada—. ¡Te odio!

Él se limitó a poner los ojos en blanco, no era tan cruel como para dejarla ahora en ese estado de excitación al que la había llevado, pero quería más, tal y como le había dicho quería enterrarse profundamente entre sus piernas. Sus manos volaron a su cintura y con estudiada pericia la alzó hacia él hasta levantarla por completo, su boca ocupó la suya, la caliente y dulce lengua salió a su encuentro y se enzarzaron en una silenciosa batalla a la que puso fin bruscamente. El cuerpo femenino giró entre sus brazos, su espalda quedó pegada a su pecho durante el tiempo que le llevó derramar el aliento en su oído.

—Voy a follarte, duro —jadeó en su oído—, espero que estés lista para esto, porque no hay marcha atrás.

Sin una palabra más la empujó sobre la moto y la obligó a inclinarse descansando su estómago sobre el asiento de piel, sus manos se aferraron a las hebillas del pantalón y tiraron de él hacia abajo para deslizarlo por sus caderas hasta casi los tobillos. El tanga no corrió tanta suerte, la tela se rompió al primer tirón quedando alrededor de uno de sus muslos y dejando el húmedo y brillante sexo a la vista. Nishel se lamió los labios, deseaba tanto probarlo como

hundirse en él, su polla sin embargo tenía prioridad pues no duraría mucho más en ese estado si seguía torturando al objeto de su deseo sin satisfacer al mismo tiempo el suyo. Con un rápido movimiento desabrochó el botón y bajó la cremallera del pantalón de cuero y lo desnudó lo justo para que su erección saltase libre; una dura columna de carne totalmente erecta y que ya goteaba de necesidad.

Respiró profundamente, se sacó el anorak y lo lanzó a un lado, necesitaba calmarse un poco, su sangre estaba en llamas, la piel le picaba por entrar en contacto con la de ella, pero era el continuo recordatorio en forma de pequeñas punzadas en su espalda el que le decía que estaba demasiado cerca de su verdadera naturaleza y que tenía que relajarse. Una cosa era haberle mostrado el símbolo de su caída y otra muy distinta aterrarla cuando todavía no había sido capaz de procesar la realidad de su naturaleza.

—¿Nishel?

La duda en la suave voz lo hizo reaccionar, atravesada sobre la moto boca abajo, semidesnuda y con su brillante sexo expuesto era la visión más decadente que había visto jamás y le encantaba. No se lo pensó más, hizo a un lado sus más oscuros pensamientos y se colocó el condón para luego conducir su polla con la mano hacia la húmeda abertura con la que había estado jugando previamente. Estaba totalmente henchido, excitado hasta el límite y no deseaba lastimarla, la deseaba desesperadamente y por todo lo sagrado que iba a montarla como un loco, pero ahora necesitaba ir con cuidado, su deber era cuidar de ella.

—Sujétate, preciosa —le susurró inclinándose sobre su espalda sin llegar a tocarla, pero dándole un poco de su propio calor con su cercanía—, va a ser intenso.

La penetró suavemente, por fortuna su cuerpo ya lo reconocía y estaba tan lubricada que no le resultó difícil acogerlo por completo en su interior, Nishel dejó escapar el aire cuando sintió sus testículos acariciando la parte inferior de su trasero, estaba totalmente dentro de ella y se sentía malditamente bien.

—Nish… —la escuchó gemir y en la silenciosa súplica que había en su voz supo lo que deseaba.

—Córrete cuando estés lista para ello —le susurró antes de retirarse de nuevo para volver a embestir con mortal lentitud al principio—. Solo córrete.

Los gemidos y pequeños gritos resonaron a su alrededor, no podía decir cuales eran suyos y cuáles de ella, la necesidad era tan arrolladora que todo lo demás quedó en un segundo plano. Solo quería introducirse en ella y entonces volver a salir, una y otra vez, rápido y fuerte, la moto bajo ellos temblaba con sus movimientos, una muda espectadora de la desatada pasión que se daba entre aquellos dos protagonistas. Gabriela se corrió con un grito mientras él seguía empalándola, gozando de su cuerpo como un loco, su liberación lo excitó aún más y lo llevó a hundirse con más fuerza en ella hasta que poco después, con su segundo orgasmo llegó también el de él.

Nishel luchó por sostenerse apoyándose sobre el depósito y el asiento, enjaulando el agotado y tembloroso cuerpo femenino entre sus brazos mientras recuperaba la respiración, lentamente, demasiado lentamente, como si su cuerpo ya no respondiese se obligó a abandonar el cálido y húmedo sexo femenino.

—Por todos los demonios de la agencia —gimió él apoyándose en el manillar de la moto para luego introducirse de nuevo en sus pantalones—. Eso ha sido… brutal —su mirada fue entonces sobre el cuerpo femenino, parecía tener más problemas que él para recuperarse y eso lo enorgulleció—. ¿Estás bien, hermosura?

Suavemente le volvió a subir los pantalones hasta cubrirla medianamente, pues el tanga

seguía enrollado alrededor de uno de sus muslos, totalmente destrozado.

—¿Gabriela?

Ella sacudió la cabeza.

—Si piensas que… con un buen polvo… vas a conseguir aplacarme… —musitó ella incorporándose con su ayuda.

Él sonrió de medio lado y la atrajo contra su pecho.

—Ni se me ha pasado por la cabeza, muñequita —negó apartándole el pelo de la cara para examinar su rostro. Sus ojos brillaban, esa aura gris que siempre la envolvía parecía haberse hecho un poco menos intensa—. Déjame meter la moto en la parte de atrás y continuaremos con…nuestra charla.

Ella frunció el ceño y se alejó de él con pasos temblorosos.

—No más sexo, ahora hablaremos —declaró y lo apuntó con un dedo al mismo tiempo—. No sé qué diablos estás haciendo conmigo, pero no es bueno… tú me distraes de lo que realmente importa.

Él arqueó una ceja ante su respuesta.

—Lo único que importa en estos momentos eres tú y tu seguridad, Gabriela —le aseguró —. Y el sexo… bueno, es un bonus más del que disfrutar. No pienses, solo disfruta… soy tuyo durante los próximos once días.

Su ceño se amplió, sus ojos todavía vivos por el rescoldo del orgasmo se clavaron en los suyos.

—Eso es demasiado tiempo…

Él arqueó una ceja ante su respuesta.

—No para lo que tengo en mente —declaró y señaló la cabaña con un gesto de la barbilla —. Ve a dentro, siéntate en el sofá y quítate todo eso… todavía no hemos terminado.

Ella dio un nuevo paso atrás.

—Oh, sí lo hemos hecho —declaró con energía—, maldita sea, Nishel, quiero respuestas no que me folles hasta olvidarme de mi propio nombre.

Él la miró sorprendido.

—¿Y qué hay de malo en follar?

Ella puso los ojos en blanco.

—Guarda la polla en los pantalones y date prisa —rezongó dándole la espalda—, o encuentras una jodida explicación que me convenza… y sin trucos… o me largo.

Él asintió y la dejó ir. No tenía otra explicación más que la que ya le había dado… ¿Largarse? Ni hablar… todavía tenía once días con ella y empezaba a pensar que aquello no sería suficiente. La primera vez Riel le había salvado el culo, pero ahora… sabía que nadie podría evitar que cayese de rodillas ante esa mujer, ni aunque ella empuñase un cuchillo en las manos dispuesta a arráncale las alas.

CAPÍTULO 13

Nishel la miró detenidamente, durante un momento pensó en decirle algo, pero su cara compungida era suficiente recordatorio de la estupidez cometida… una que le llevó a terminar con sus manos curando la herida sangrante que habían provocado unas tijeras en el arco superior de su ala izquierda.

—Lo siento…

Puso los ojos en blanco.

—Ya te he escuchado las ocho veces anteriores —aseguró con sorna—. La verdad me hubiese conformado con captar tu atención de una forma menos… dolorosa.

Ella hizo una mueca y se concentró en su tarea con manos temblorosas.

—No… no deja de sangrar —murmuró mirándole.

Se había sentado en un taburete de modo que ella tuviese libre acceso al ala lastimada. Cualquiera pensaría que después de lo ocurrido tendría más sentido común que acercarse a la misma mujer que le había apuñalado; estaba claro que su buen sentido había volado.

—Aprieta con fuerza, no se romperá —declaró sin dejar de mirarla—. Has debido pinchar alguna vena, dejará de sangrar pronto.

Apretó los labios y contempló temerosa las enormes extremidades negras que caían desde su espalda como un manto hasta curvarse en el suelo.

—Puedes seguir respirando, Gabriela, no añadamos más problemas a los que ya tenemos.

Ella se lamió los labios y se aventuró a tocar una de las plumas desarregladas.

—No muerden, puedes acariciarlas —se burló—. No es como si no hubiesen envuelto ya tu cuerpo.

Ella retiró la mano rápidamente.

—Te dije que encontrases una forma creíble de explicarte, no… —sacudió la cabeza—, esto. Es… es… es difícil aceptarlo, ¿sabes?

Puso los ojos en blanco.

—¿Vamos a empezar otra vez? —su tono de hastío fue suficiente para que ella se sonrojase—. No tengo tiempo ni ganas de pasar de nuevo por lo mismo… No me gusta especialmente que me apuñalen.

Ella apretó con fuerza las gasas que cubrían la herida y dio un respingo.

—Cuidado, muñequita.

—Ya he pedido perdón —dijo con un mohín—. De veras, siento haberte hecho daño… yo no soy así… tú… ¡Tú sacas lo peor de mí! *Uf.*

Él arqueó una ceja ante su respuesta.

—¿Ahora la culpa es mía?

Ella suspiró.

—Todo esto me supera, Nishel —aseguró mirándole—. Ya tengo suficientes problemas y ahora tú… tú eres… tienes alas… negras… ¡Es una locura!

Él chasqueó la lengua.

—En realidad nos definimos a nosotros mismos como ángeles —declaró con ironía—, caído en mi caso.

Ella resopló.

—Venga, noquéame del todo —le dijo—. Si tienes algo más que echarme encima, hazlo ahora antes de que mi cerebro explote. No es que las cosas puedan ir a peor.

Él sonrió con ironía y se inclinó hacia delante.

—No lo digas muy alto, muñequita.

Durante los próximos minutos obtuvo toda la atención de Gabriela, el rostro de la muchacha evidenciaba el cansancio y vapuleo que le provocaban los recientes acontecimientos.

—¿Y qué tengo que ver yo con todo esto?

—Radin ha… descubierto que Noel está detrás de la desaparición de Alburn. Ross está decidido a detenerle.

Ella entrecerró los ojos.

—Radin también es… ya sabes… ¿alitas?

Él se echó a reír ante su pregunta.

—No, no pertenece al gremio de los emplumados —aseguró con buen humor—. Es un hechicero.

Su gesto se volvió pensativo.

—¿Hechicero como… en Merlín?

Él sonrió de medio lado.

—Más o menos.

Ella frunció el ceño una vez más.

—¿Y quién es ese tal Noel y por qué está ocultando a ese hijo de puta?

—Me temo que lo hace para mantenerme cerca de ti y de ese modo poder vigilarme —explicó con un mohín—. Él y yo tenemos una vieja historia en común.

Ella se lamió los labios.

—Lo que dijiste de… arrancarle las alas… era figurado, ¿verdad?

Él sonrió de medio lado.

—Como dije, tuvimos una historia en común —le dijo—. Digamos solamente que él destruyó algo importante para mí y que me habría matado también de no ser por el demonio metomentodo que me echó una mano… así que, sí, le arranqué las alas. Literalmente.

Ella abrió la boca, entonces negó con la cabeza.

—Ángeles, hechiceros, demonios… —enumeró—, es todo tan irreal… y entonces voy y te apuñalo.

Él arqueó una ceja ante su respuesta.

—Tu agencia… siempre me llamó la atención su nombre, ¿tiene algo que ver también con esto?

Él la miró.

—El que me hayan asignado a ti fue algo totalmente voluntario —le dijo—. El programa selecciona aleatoriamente y entonces, Nick hace el reparto.

—¿Nick?

Él sonrió.

—El tío que firma la bienvenida que encontrarías en el sobre, si es que no lo quemaste o algo peor —declaró con un ligero encogimiento de hombros—. Es el propietario y director de la Agencia.

Ella lo miró.

—Ya has hecho esto más veces, ¿huh? —comentó—. Quiero decir, el trabajar para la agencia…

Él la estudió.

—La agencia proporciona a su cliente aquello que necesita —le explicó—, y no lo que pide en realidad. No todas tienen las mismas necesidades….

Ella arqueó una ceja.

—¿Con eso quieres decir que no os acostáis con todas?

Él sonrió ante su nota irónica.

—No, muñequita, no siempre es así —continuó—. Además, yo soy un agente externo, elijo si quiero el trabajo, si me interesa y con quien me interesa…

Ella frunció el ceño.

—¿Y en qué categoría entro yo? ¿Deber o placer?

La miró y chasqueó la lengua.

—Si te atreves a confiar en mí y cederme tu voluntad en el Pacto, te mostraré exactamente en qué rango entras, muñequita —aseguró—. Y te proporcionaré también aquello que necesitas… Pero solo si te sometes por completo y me entregas tu voluntad.

Ella lo miró.

—¿Qué es eso del Pacto?

—Durante el tiempo que dura el contrato, puedo exigir el privilegio de llevar a cabo un compromiso entre los dos, uno que me dará carta blanca con todos tus instintos, sobre tu voluntad, para explorar contigo tus deseos y anhelos más profundos y hacerlos realidad —explicó con total sinceridad—. Pero solo si tú me cedes el mando y entregas tu voluntad de forma voluntaria desde la medianoche hasta el primer rayo de sol del amanecer.

Sin avisarla, plegó as alas de modo que estas volvieron a diluirse hasta convertirse en los tatuajes que cubrían su espalda. Para su sorpresa, uno de los diseños poseía un corte y sangraba.

—¿Crees que podrías poner una gasa y aguantarla con un poco de esparadrapo?

Él se giró, dándole la espalda para que pudiese trabajar.

Durante un momento, ambos disfrutaron del silencio, entonces ella lo rompió.

—¿Cómo sabré si estoy dispuesta a… jugar… de esa manera?

Él se giró una vez que terminó con el improvisado vendaje y la miró.

—Cuando te pregunte a medianoche y digas que aceptas el trato —declaró con sencillez.

Porque lo aceptaría, no iba a permitirle otra salida.

CAPÍTULO 14

Nishel le sostuvo la mirada cuando la vio de pie ante él, su cuerpo estaba envuelto por el albornoz que había encontrado en el baño y temblaba ligeramente, se mordía suavemente el labio inferior y tenía una mirada tan recatada que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no sonreír… Ahí estaba la pequeña sumisa que había pedido, la que de vez en cuando saltaba y se convertía en una fiera gatita.

—¿Estás lista?

Ella asintió.

—¿Aceptas el Pacto?

Se lamió los labios, alzó un poco la barbilla y asintió de nuevo.

—Lo acepto.

Se la veía tan nerviosa e indefensa que no pudo menos que acortar la distancia entre ambos y rozarle la mejilla con los dedos.

—Quiero tu voluntad, Gabriela, sin reservas —pronunció su nombre e hizo hincapié en el diminutivo que a menudo lo utilizaba como posesión—. Yo ordenaré y tú obedecerás.

Ella confirmó sus palabras, sus muslos se apretaron por sí solos y pudo sentir la tensión y excitación recorriendo su cuerpo.

—Tienes mi voluntad —confirmó en voz alta.

Sus dedos se cerraron ahora en su barbilla y se la alzaron de modo que pudiese ver en sus ojos.

—Hasta el primer rayo de sol del amanecer.

Ella se lamió los labios.

—Hasta el primer rayo de sol del amanecer.

Al completar el círculo del ritual sintió como el Pacto se sellaba alrededor de ellos, las emociones de la mujer pasaron a formar parte de él, como lo hicieron sus dudas, sus miedos y sus más ocultos deseos. Ella no tendría secretos para él, ninguno que pudiese ocultar hasta la salida del sol.

—Hora de jugar, muñequita.

Sin más, la guio con firmeza y suavidad a uno de sus lugares favoritos de la casa, un agradable y lujoso baño que había hecho instalar cuando compró la propiedad.

Enclavado en el ambiente rústico que daba la madera, contaba con una enorme bañera de porcelana empotrada, una ducha lo suficientemente grande para que cogiesen dos personas, un lavabo doble, el W.C. separado por una mampara, un ventanal que permitía pasar la luz del sol y un tragaluz en el techo desde el que podían verse las estrellas en un día despejado. El suelo y la pared de madera habían sido recubiertos de azulejo en la parte de la ducha y la pared de la bañera, protegiendo así mismo la madera. Un armario empotrado de dos puertas hacía la función de toallero.

Tras cerrar la puerta tras de sí, contempló durante unos instantes a la voluptuosa mujer que se detuvo en el centro de la habitación un instante antes de girarse hacia él.

—Quítate el albornoz —ordenó. No necesitó alzar la voz, su tono y la mirada en sus ojos era suficiente estímulo.

Obedeció, con lentitud, remoloneando como si con ello tuviese su pequeño desafío.

—Creo que lo de quitarse el albornoz obedece a arrancártelo de una vez, Gabriela, no a desatar el cinturón —le aseguró divertido—. Empezaremos con tu ropa… y seguirás con la mía.

Ella arqueó una ceja en respuesta y él se la quedó mirando.

—¿Qué?

No pudo evitar preguntar. Estaba nerviosa, lo notaba en su lenguaje corporal y en sus emociones.

—La respuesta correcta sería, *sí señor* o *maestro*.

Se lamió los labios, casi como si estuviese barajando sus opciones.

—Sí, señor.

Ah, una pequeña batalla ganada.

Muy lentamente se deshizo del albornoz y su cuerpo quedó enmarcado por la suave luz de las luces alógenas situadas en el techo. Estaba totalmente desnuda a excepción de unas breves braguitas de encaje blanco que a duras penas cubrían el nido de rizos más oscuro que proclamaba su tono natural. No se contuvo, sus dedos le acariciaron el monte de venus por encima de la prenda un instante antes de alzar la mirada y encontrarse con sus ojos.

—Para nuestro próximo encuentro, te desharás de esto —le dijo al tiempo que la ahuecaba con la palma de la mano—, te quiero totalmente desnuda, sin vello… Será una sensación de lo más placentera, lo prometo.

La vio tragar, sus ojos se abrieron ligeramente con su orden con obvia sorpresa.

—Sí… señor —respondió una vez más. Sus palabras tímidas debido a la inesperada sorpresa—. Um… aunque a no ser que tengas em… algo para hacerlo…

Él sonrió abiertamente y le acarició la nariz con un dedo.

—Cuando se trata de algo que deseo, soy muy bueno improvisando —aseguró, entonces deslizó un dedo por la cinturilla de la prensa interior y tiró ligeramente—. Quítatelas a no ser que prefieras que te las rompa.

La vio llevarse las manos a las caderas y enganchar la diminuta prenda con los pulgares, su barriguita sobresalía de una forma adorable, la voluptuosidad de sus caderas y muslos hacían que se le secara la boca; adoraba ese cuerpo y lo que podía hacer en él.

—No te levantes —la detuvo después de haberse inclinado para sacarse las braguitas—. Ya que estás ahí, empieza desatando los cordones de mis botas, luego puedes quitarlas.

La vio barajar una respuesta, pero entonces la declinó y cayendo lentamente de rodillas se dispuso a deshacer el nudo de los cordones y abrirlos para poder quitarle las botas de montaña. Sus senos libres de restricciones se balanceaban al compás de sus movimientos y lo encendían como el mejor de los afrodisíacos; le encantaban sus tetas.

—Si esperas que te quite la bota tendrás que echarme una mano, chico grande —le dijo ella desde el suelo—. ¿Qué número calzas, por cierto? Tus botas son enormes.

Él se echó a reír.

—Ah, sumisita, ya sabes lo que dicen sobre el tamaño de los pies y… las pollas —le dijo con arrogante diversión.

Ella lo miró con ironía.

—Justo lo que nos hacía falta, señor —arrastró la última palabra al tiempo que luchaba para sacarle la bota—, aumentar tu —ya de por sí desmesurado—, ego. Uff.

Tuvo que obligarse a ocultar una sonrisa y permitió que lo despojase de la segunda bota con mayor facilidad.

—Creo que estás en el lugar perfecto para ocuparte de los pantalones —le dijo y bajó la

mirada esperando—. ¿Y bien?

No se le escapó la mirada que echó a su entrepierna la cual no podía ocultar una dura erección empujando contra la cremallera del pantalón.

—¿Estás seguro que no necesitas un ayuda de cámara, señor? —se burló ella.

Sus ojos brillaron con diversión mientras la veía llevar las manos sobre el cinturón, lo desabrochó y siguió con el botón del pantalón y la cremallera.

—Ya te tengo a ti, muñequita —le dijo sin dejar de mirar su trabajo—. Despacio, pequeña, despacio…

Ella se lamió los labios y empezó a bajar el pantalón por sus caderas, junto con el eslip que un segundo antes intentaba contener su erección. Esta saltó libre, totalmente erecta y caliente, un bocado apetitoso que hizo que se mojase y su respiración se acelerase. Nishel podía sentir la miríada de emociones en su interior, el secreto deseo de alojarle en su boca y degustar su sabor.

—¿Hemos olvidado el significado de la palabra despacio, muñequita?

Ella sonrió de medio lado y se las ingenió para bajarle el pantalón y los slips hasta los tobillos. Luego alzó la mirada hacia él y se mordió el labio inferior con coquetería.

—¿Lo lamento? ¿Señor? —susurró con un mohín.

Él sacudió la cabeza, no pudo evitar sonreír ante sus artes. Se quitó la camiseta él mismo y la lanzó a un lado, los músculos de su torso se ondularon con el movimiento. Una vez libre de toda ropa, se inclinó sobre ella, le capturó la barbilla entre el pulgar y el índice y le alzó el rostro para poder mirarla.

—Estás comportándote como una sumisa díscola otra vez, Gabriela —aseguró al tiempo que movía el pulgar para acariciarle ligeramente la piel—, te has ganado una sesión de azotes en ese bonito culito.

Ella dio un respingo, pero junto con la sorpresa y el temor a lo desconocido sintió su curiosidad y morbo por el acto.

—Err… ¿lo siento?

Él negó con la cabeza y le alzó la barbilla de un pequeño tirón.

—Rojos y húmedos, te has estado mordiendo el labio inferior —le dijo al tiempo que lo recorría con el pulgar—. ¿Sabes dónde quiero ver esos labios, sumisita?

Ella tragó saliva, algo que en aquella posición era un poco incómodo.

—Alrededor de mi polla —continuó sin apartar su mirada—, quiero ver cómo me acoges en esa boquita, con qué profundidad puedo hundirme dentro de ti… Quiero tu lengua jugando y lamiéndome como si fuese un caramelo… ¿Y sabes qué, muñequita? Lo quiero ahora.

Ella tragó una vez más, sus ojos se habían oscurecido ante sus palabras; ella también lo deseaba.

—¿Qué opinas, Gabriela? —preguntó sin dejar de acariciarle el rostro—. ¿Qué quieres hacer tú?

Se lamió los labios una vez, dos veces. Estaba nerviosa, su piel se sonrojaba y podía sentir la incomodidad y anticipación a partes iguales en su interior.

—Me gustaría… darte placer… señor —murmuró sosteniendo su mirada.

Él sonrió.

—El placer puede llegar de muy distintas maneras, sé más específica, muñequita.

Su sonrojo aumentó y un nuevo brillo cruzó sus ojos. Ah, ahí estaba, la gatita escondida en su interior. La mujer era como un pequeño camaleón, adaptándose cada instante a la situación.

—Eres un capullo.

Su sonrisa se amplió.

—Lo sé —se inclinó sobre ella para darle un fugaz beso. Apenas un roce de labios—. Ahora, por cada vez que no me hables con el respeto adecuado, añadiré un nuevo azote a la lista que ya llevamos.

Ella intentó zafarse entonces de su mano, pero no se lo permitió.

—Di lo que quiero oír, muñequita y quizás te permita hacerlo.

Sus ojos prometían pelea, pero era su cuerpo el que parecía estar al mando, la excitación llevaba las de ganar.

—Sí, sin duda eres un capullo… señor —le soltó entonces.

Se encogió de hombros.

—Y tú una sumisa impertinente —declaró de forma práctica.

Ella resopló.

—Quiero probarte —cedió al fin—, señor.

Él asintió.

—¿Qué más?

Entrecerró los ojos y los clavó en los suyos.

—Quiero tomarte en mi boca, lamerte, chuparte y hacerte gritar —concluyó con un siseo —. Estoy harta de ser siempre la única que grita.

Aquello lo hizo reír.

—Vaya una respuesta —sonrió—. De acuerdo, lejos de mí el privarte de cualquiera de tus deseos. Demuéstrame pues cuanto talento tiene esa boca tuya para algo más que no sean insultos y réplicas mordaces.

Ella se lamió los labios y procedió a demostrarle exactamente el alcance de su talento.

Era un auténtico capullo, pensó Gabriela, uno que sabía exactamente qué tecla presionar. Se lamió los labios una vez más y bajó la mirada sobre la erección que se alzaba ante sus ojos, se le hacía la boca agua por probarle, por tener aunque fuese tan solo por unos minutos el poder en aquella escena. Quería hacerle lo que él hacía con ella, freírle el cerebro hasta que no supiera ni en qué día o momento vivía, quería oírle gemir, aquellos sonidos guturales que escapan de su garganta y que le decían que lo estaba haciendo bien… Quería follárselo cruda y llanamente, hacerle una mamada no porque él se lo ordenase, sino porque lo deseaba… Deseaba a ese hombre… ángel… o lo que fuese. Ya se preocuparía mañana por las consecuencias, ahora, quería satisfacer sus propias necesidades.

Deslizó los dedos por la suave y dura columna de carne y se maravilló por su tacto, no podía decirse precisamente que la erección masculina fuese hermosa, pero se lo parecía. El poder que encerraba ahora mismo en sus manos era lo suficiente como para apreciarlo de aquella manera. Se lamió los labios, estaba nerviosa, no era muy ducha en esta clase de cosas… ¿y si no le gustaba?

—Estaré en el mismísimo cielo siempre y cuando pongas ya tu boca sobre mi polla —gruñó él.

No sabía si era capaz de leerle el pensamiento o si la había delatado su expresión pero sus palabras le dieron el coraje suficiente para bajar sobre él y lamerlo. Su sabor era salado y especiado, una combinación extraña y sumamente erótica, rodeó con la lengua la punta de su erección, una suave caricia que tuvo como recompensa un estremecimiento. Satisfecha y más segura consigo misma siguió atormentándolo, deslizando la lengua desde la punta de su erección hasta la base, deslizando los dedos entre el hirsuto vello que acunaba los pesados testículos y

tironeando de él solo para oírle sisear.

—Cuidado, Gabriela, te estás ganando otro azote —gruñó.

Sonrió e hizo el recorrido inverso hasta terminar de nuevo en la colorada punta, la rodeó un par de veces con la lengua y finalmente se lo introdujo en la boca con una ligera succión. La llenaba entera, él era lo suficientemente grande como para que tuviese que chuparle con cuidado, relajar la mandíbula para poder succionarlo en su interior, permitiéndole incursionar lentamente en su garganta antes de volver a retirarse.

—Sí, lo estás haciendo muy bien —la apremió entre gruñidos y gemidos.

La sensación de su carne en el interior de su boca era indescriptible, amaba su sabor, la sensación de poder que tenía en aquel momento sobre él, sabiendo que ella y solo ella podía darle lo que necesitaba. Contenta con la idea se retiró lentamente, atormentándolo con la lengua para luego volver a tomarlo en profundas y lentas acometidas. Sus dedos se habían enredado en su pelo evitándole una retirada mayor, sus caderas temblaban, podía sentir la urgencia de él por enterrarse profundamente en su interior y que aquello la excitaba y aumentaba su propio deseo.

Sentía los pechos pesados, los pezones duros y necesitados de atención, su sexo hinchado y goteante se dolía por ser llenado por él, por ser poseída de esa manera en que solo él podía hacerlo. Quería que la marcase, que borrase de su cuerpo y de su mente cada una de las palizas recibidas, de las vejaciones, deseaba que borrase toda la oscuridad de su alma y la liberase… Por primera vez en más tiempo del que creyó posible, deseó volver a vivir de manera plena, sin miedos, sin tener que mirar por encima del hombro.

Con aquella idea en mente, lo succionó profundo, lo apretó en su boca y no le dejó ir hasta que convulsionó y el semen fluyó directo a su garganta mientras escuchaba el gruñido de su liberación.

Lentamente lo dejó ir y se lamió los labios con premeditada lentitud.

—¿He sido lo suficientemente talentosa para ti, señor?

Él esbozó una sonrisa y se inclinó sobre ella para pasarle el pulgar sobre el labio inferior.

—Oh, sí, realmente talentosa —le aseguró sin dejar de mirarla a los ojos—. Pero ahora, es el momento de tu segunda lección.

Ella parpadeó sorprendida por sus palabras.

—¿Qué lección? —se encontró preguntándole.

La sonrisa en los labios masculinos se amplió y sus ojos claros se oscurecieron ligeramente.

—La que dice que no se replica a tu *señor* si no quieres acabar sobre sus rodillas y recibiendo el castigo prometido —le informó.

No tuvo tiempo a procesar lo que le estaba diciendo, en un abrir y cerrar de ojos él se había sentado en el borde de la bañera y la tenía cruzada sobre sus piernas, con un brazo cruzándole la cintura y la mano libre frotándole las nalgas.

Nishel se tomó su tiempo para calmar su cuerpo, la reciente liberación no había hecho más que aumentar su deseo por ella, había escuchado cada uno de sus pensamientos, su optimismo y la necesidad de salir a la superficie. Con cada nuevo deseo en su interior, su alma se había liberado de un trocito de oscuridad acercándose más a la luz que debía contener. Gabriela era una luchadora, con un poco de ayuda, su ayuda, podría liberarse de una vez por todas de todo el miedo y la incertidumbre que la atenazaba y empezar a vivir de nuevo.

Sus dedos se escurrieron por entre las mejillas del redondo culo hasta alcanzar los

húmedos pliegues de su sexo, ella estaba mojada, chorreando en realidad. Su coñito estaba mojado e hinchado, y sospechaba por los gruñidos de ella que la necesidad se había instalado ya en su interior acicateada por la estupenda mamada que le practicó.

—Mi díscola muñequita está empapada —ronroneó en voz alta—, esto no hará sino las cosas mucho más fáciles para ti.

La sintió tensarse un momento para seguidamente empezar a culebrear sobre sus piernas. No se lo pensó, la primera palmada cayó con fuerza sobre la parte baja de una de sus nalgas.

—Estate quieta —le advirtió al tiempo que masajeaba el lugar que acababa de azotarle—. Llevo advirtiéndote día sí y día también que te estabas ganando un castigo… Esto es lo que pasa cuando me desafías y no mides las consecuencias.

Tras la sorpresa inicial del primer golpe, reinició sus esfuerzos.

—¡Eres un capullo! —siseó ella luchando por soltarse—. Déjame ir, ¡ahora mismo!

Otra palmada cayó sobre la otra nalga provocando un nuevo respingo en ella.

—Sigue así, Gabriela y cuando termine contigo, no podrás ni sentarte —declaró con tranquilidad.

Ella luchó por girarse, pero no se lo permitió, por el contrario la acomodó de modo que su cabeza quedase casi a la altura del suelo y su trasero en el aire.

—¡No te atrevas!

Ahora le masajeó la otra zona que había azotado, su piel clara se sonrojaba con facilidad.

—Oh, claro que me atrevo —aseguró acariciándole las nalgas—, de ese modo recordarás qué no debes hacer.

Ella siseó sin dejar su lucha.

—¡Suéltame ahora mismo!

Una nueva palmada cayó sobre su trasero con más fuerza, seguida de inmediato por otra y otra más.

—¡Cabrón! —escupió ella entre dientes.

Él se inclinó sobre ella, le apartó el pelo de la cara y le acarició la mejilla.

—Cierra los ojos —le susurró al oído—, relaja el cuerpo, acepta lo que te doy, no existe realmente el dolor, es algo que solo está en tu mente, relégalo a un lado y deja que todo lo demás fluya… Necesitas liberarte de las restricciones que te has autoimpuesto, pequeña, tienes que dejarlo ir, no lo retengas, ya te han hecho suficiente daño, no necesitas más…

La mano de Nishel volvió a caer de nuevo sobre su trasero, con cada nuevo azote su piel adquiría un tono más rosado, se calentaba pero no de una mala manera, cada nueva picadura de su mano iba directa a su sexo, podía sentir como se mojaba todavía más, como su vientre se tensaba en expectativa a un nuevo azote hasta encontrarse olvidando el dolor y abrazando aquella deliciosa y extraña sensación que la encendía más y más.

«*Déjalo ir, muñequita. Deja que toda esa oscuridad se vaya*».

Las lágrimas pronto perlaron sus ojos y discurrieron por sus mejillas, pero ni siquiera era consciente de ello, todo en lo que podía pensar era en el calor que sentía, la forma en que su cuerpo respondía excitándose cada vez más, de su boca dejaron de salir insultos para verter únicamente gemidos y quejidos de placer mezclados con suaves sollozos al principio.

«*No lo retengas, Gabriela, déjalo ir, yo te sostendré*».

El llanto arreció y su cuerpo convulsionó, las compuertas se abrieron y toda la angustia y el dolor que habitaba en su cuerpo salió con la misma fuerza que una marea imparable. No podía

dejar de llorar, pero con cada nuevo gemido, con cada nuevo sollozo el peso que tenía en el pecho empezó a liberarse y se sintió un poco más liviana, un poco menos culpable.

Él la acunó mientras lloraba hecha un ovillo en sus brazos, el castigo físico unido a la excitación sexual se habían unido para romper cada una de sus defensas, creando un agujero en la coraza con la que envolvía sus miedos y por el que no tardó en verterse todo el dolor y la culpa que guardaba para consigo misma. Su llanto era desgarrador, desconsolador, pero necesario, sabía que aquella era la mejor forma de purgar el dolor y la desesperanza, permitir que el alma recuperase un poco de la luz que había quedado cegada por la oscuridad.

—Shh, te tengo, Gabriela, llora todo lo que necesites —le susurró sin dejar de acariciarle la espalda, cuidando de no tocar la piel enrojecida de su trasero.

Su excitación permanecía ahora acunada contra su cadera, su polla tenía vida propia y se había hinchado de nuevo con tan solo ver ese delicioso tono rosado en su trasero, con los gemidos de placer que escapaban de los labios de ella cuando su mente traspasó la fina línea que separaba el plano físico del espiritual.

—Ahora estás a salvo —insistió, repitiendo aquellas mismas palabras en su alma, desterrando la bruma que la envolvía y que hacía que su aura perdiese un poco más de aquel tono grisáceo para empezar a dirigirse hacia uno azul—. Nada ni nadie volverá a lastimarte…

No, no lo harían. No lo permitiría, no dejaría que nadie volviese a lastimarla, así fuese lo último que hiciera, acabaría con ese maldito hijo de puta.

CAPÍTULO 15

—¿Ya te has dormido?

Gabriela abrió los ojos y los alzó para encontrarse con la perezosa sonrisa de Nishel. En algún momento los había trasladado a ambos a la bañera, sumergiéndose en un delicioso baño de espuma, su cuerpo todavía notaba los efectos de la sesión que habían tenido, su trasero era crudo recordatorio de ello. Acunada entre sus piernas, podía sentir la dura erección de su amante contra sus doloridas nalgas y para su sorpresa, aquello no hacía sino aumentar el deseo que todavía no había sido saciado. Señor, lo quería profundamente enterrado entre sus piernas, ¿qué sentido tenía eso cuando acababa de darle una zurra que la dejó llorando? No lo comprendía, no comprendía que había pasado realmente, en cierto momento había empezado a disfrutar de los azotes para luego acabar rompiendo a llorar y cuando vino a darse cuenta se sentía mucho mejor, más ligera, como si se hubiese sacado un peso de encima.

—¿Qué tal está tu… um… ala… señor? —preguntó volviéndose hacia él.

Aquello pareció sorprenderle, pero entonces sonrió de medio lado, aquella sonrisa que la derretía y cabreaba al mismo tiempo.

—Bien —aceptó y movió sus hombros—. El corte parece haber sanado, sobreviviré.

Se lamió los labios y se apoyó en el borde de la bañera para darse la vuelta y quedar arrodillada entre sus piernas, la espuma en su cuerpo se deslizaba con pereza, descubriendo sus pezones ahora para taparlos después.

—Yo… um…

Su vacilación lo hizo sonreír.

—Habla abiertamente, Gabriela, nunca has sido tímida, no finjas conmigo —le dijo y se inclinó hacia delante, sus manos se movieron bajo el agua y alcanzaron su coño—, o te castigaré otra vez.

Ella gimió ante su contacto y cerró los ojos con fuerza durante un instante. Sí, aquello era lo que necesitaba.

—Por favor —gimoteó—, lo necesito…

Él deslizó los dedos una vez más por su sexo, entonces los retiró.

—¿Qué es lo que necesitas, muñequita?

Gimió, ¿por qué demonios la hacía sufrir de aquella manera?

—Tú te has corrido… yo no —fue muy directa, no tenía caso decir lo contrario—. Por favor… lo necesito… te… te necesito… señor.

Las manos masculinas abandonaron el agua y se deslizaron ahora por su húmedo cuerpo, subiendo desde la cintura para detenerse sobre sus pechos para amasarlos y acariciarle los pezones con los pulgares.

—¿Qué necesitas exactamente, pequeña *Sub*? —le susurró al oído—. Dime que es lo que quieres que te haga.

Ella se lamió los labios una vez más, señor, apenas podía pensar.

—Tu boca… —jadeó al sentir sus dedos torturando sus sensibles pezones—, en mi… pecho.

Ante su petición, retiró las manos y bajó la boca sobre sus senos, prodigándole besos aquí y allá.

—¿Así?

Gabriela quería gritar de frustración.

—No —gimoteó—. Tú… cómeme… oh, mierda… solo chúpame…

Él se rio, maldito fuera. Entonces bajó sobre la aureola del pezón y sopló antes de darle un breve lametón.

—¿Quieres que te coma los pezones, muñequita?

Su sexo se contrajo ante la oscura y sexy voz.

—Sí —suplicó.

Por una vez no se hizo de rogar, se metió uno de sus pezones en la boca y succionó con avidez mientras torturaba la otra perla entre sus dedos. La intensidad de su boca sobre su carne no hizo más que incrementar el dolor entre sus piernas, la necesidad de su hambriento sexo por su polla.

—Nishel…

Él chupó una vez más y la soltó para mirarla a los ojos.

—Señor o Maestro esta noche, muñequita —le recordó—, no responderé a otra cosa…

Ella gimió cuando él volvió a hacerse cargo de sus pechos.

—Señor… oh, por favor… —se encontró gimoteando—, te necesito…

Él sonrió contra su pecho, pudo sentirlo en la forma en que su boca la succionaba y mordisqueaba.

—¿No es suficiente? —se burló—. ¿Qué deseas, Gabriela?

No vaciló, ya estaba más allá de cualquier pensamiento coherente.

—Tu polla —musitó—, métemela… Señor, por favor, tómame…

Él tomó entonces una de sus manos y la condujo a la dura erección que asomaba bajo el agua.

—Acaríciame —le susurró al tiempo que seguía jugando con uno de sus pezones—, ponme duro…

Ella gimió.

—Ya estás duro —protestó.

Él se rio.

—Más duro todavía, muñequita —le dijo y apretó su pezón en respuesta—, hazlo bien y dejaré que me lleves a tu coñito y me folles.

Ella gimió una vez más y deslizó los dedos por la caliente y mojaba erección, la espuma se deslizó entre sus dedos haciendo la caricia más resbalosa. Lo trabajó durante un par de minutos y se sorprendió de que creciese en tamaño y dureza.

—Ya está bien —la detuvo con un gruñido. Le pasó un preservativo y señaló su pulsante polla—. Enfúndame y luego llévame a dentro…

Deseaba gritar, llamarle de todo pero eso podía hacer que la dejase como estaba y si lo hacía lo mataría, literalmente. Pero antes lo violaría, sí o sí.

Se mordió el labio inferior al tiempo que se alzaba para posicionarse así misma sobre la dura erección, le guio con la mano a su entrada y dejó escapar un suspiro cuando sintió como su carne cedía para dejarle entrar y la colmaba.

—*Ahhh* —gimió de alivio.

Él le sujetó las caderas, manteniéndola inmóvil y no pudo hacer menos que lloriquear.

—*Señor*… por favor…

Se rio, una risa clara y divertida que aumentó su mal humor.

—Tranquila, muñequita, tendrás lo que necesitas —le aseguró antes de dejarla bajar sobre

él—. Móntame y busca lo que necesitas… te dejo que me violes.

La risa en su voz la hizo sonrojar. Diablos, ¿podía leerle el pensamiento?

—Hazlo, Gabriela, toma lo que necesitas —la instó moviéndose para salirle al paso y enterrarse profundamente en ella—, sé que estás al límite.

No se lo pensó dos veces, no le permitiría echarse atrás en su buena disposición, se retiró lentamente y volvió a descender sobre él, la fricción era tan maldita como exquisita, su tamaño la volvía loca, la llenaba por completo y aquello le encantaba. Lo cabalgó lentamente al principio, disfrutando de la sensación de tenerle todo en su interior, después, poco a poco, fue aumentando el ritmo hasta que la necesidad anuló todo lo demás y salió en busca de aquello que necesitaba. Las manos masculinas en sus caderas la ayudaron a mantener el ritmo mientras se mecía contra él con mayor frenesí, el orgasmo la sacudió por entero, gritó en voz alta su nombre y se derritió sobre él mientras se corría.

—Buena chica —le escuchó decir antes de salirse de su interior y darle la vuelta de modo que quedó de rodillas, con las manos apoyadas a un lado de la bañera y las piernas separadas—, ahora es mi turno.

La invistió desde atrás, alojándose profundamente en ella y empezó a embestir sin piedad, follándola como deseaba, rudo, rápido, sin hacer prisioneros. No podía pensar, su mente era tal caos que cuando el segundo orgasmo llegó se olvidó hasta de su propio nombre.

—Sí, muñequita —susurró en su oído—, y esto no es más que el principio.

Ella gimió, empezaba a dudar que mañana pudiese caminar… o siquiera levantarse de la cama.

Radin soltó una maldición al salir del salón del pequeño apartamento al que habían llegado. La huella del ángel al que rastreaba estaba impresa en cada pared y no solo eso, había mucho más oculto entre esas paredes, la huella era tan clara que le sorprendía ya que no se trataba de algo puramente sobrenatural, sino de una emoción muy humana; celos. La emoción estaba tan presente que la sentía sobre su propia piel, la obsesión que había tras ella era enfermiza, tan desesperada que no auguraba nada bueno.

—Está contaminado, es oscuridad y frialdad —la voz de Ankara lo sacó de sus pensamientos. La muchacha le acompañaba desde aquella misma mañana, quería tenerla cerca, dónde pudiese vigilarla; la notaba muy débil—. Está furioso, su deseo es enfermizo… piensa que puede purificar lo que vaya mal… Es odio y obsesión…

Ella era muy sensible a las emociones oscuras, quizás por su afinidad al hielo que la consumía, pero tenía que darle la razón, era enfermizo y peligroso.

—No es sano, es enfermizo… —insistió ella y se giró hacia su compañero—. Siento muerte, Radin… y victoria… el umbral del final.

Asintió y recorrió de nuevo su alrededor con la mirada.

—Salgamos de aquí —la atrajo hacia él, no deseaba someterla más a aquel ambiente que alimentaba su naturaleza de hielo—. Es hora de hacerle una visita al caído.

Se dejó guiar, parecía cansada y aquello lo preocupó. No podía permitirse enfrentarse con una crisis ahora, no con ese hijo de puta ahí fuera dispuesto a todo.

CAPÍTULO 16

—¿Fue ella? —la pregunta surgió de sus labios antes de que pudiese detenerla.

No deseaba hacerlo, no quería saber nada sobre las amantes que pudiese tener el hechicero, pero entonces, la sensación de frialdad persistía aún después de varios días. El deseo de aquel humano era enfermizo, deseaba poseer, castigar, se sentía poseedor de la única verdad, creía que estaba a salvo de la culpa, que el «castigar» a su «posesión» era algo digno… que lo hacía superior.

Radin la miró sin comprender.

—¿Quién? ¿De qué estás hablando?

Se lamió los labios y buscó la manera de responder. Si decía lo que quería pelearían una vez más, él ya tenía suficiente contra ella como para darle más por lo que poder culparla.

—Aquel al que rastreamos se sirve de la obsesión de un humano —contestó—. Se alimenta y amplifica esas emociones, lo conduce y hunde en la locura. El ángel sin alas está lleno de odio, pero no es peligroso, sabe que tiene demasiado que perder… No se va a arriesgar, dejará que su peón haga todo el trabajo… Y ese peón está obsesionado, hay celos… enfermizos…

Radin dejó escapar un profundo suspiro.

—No lo rastrees, Kara —le ordenó—. No quiero que estés en contacto con ellos, te desestabilizarán y ya tengo suficientes problemas ahora mismo como para añadir uno más por un descuido.

Ella le miró.

—Es la misma mujer, ¿no es así? —insistió entonces—. Estuviste con Nishel y… con ella.

No esquivó su mirada, la enfrentó sin vacilar.

—Pertenece a Nishel —fue su respuesta.

Sus labios se estiraron en una irónica mueca.

—¿Desde cuándo te ha detenido eso? —lo acusó.

Al menos tenía la satisfacción de hacerlo. Era lo único que podía hacer para arrancarle una respuesta, él era el único que podía cuidarla, hacer de su vida algo útil y el único que la odiaba con toda el alma. Sabía que amaba a otra mujer y que ella no era sino un escollo en su destino.

Sus ojos se entrecerraron.

—Ankara, no empieces —la previno—. Gabriela pertenece a Nishel, el caído la ha reclamado y hay un hijo de puta ahí fuera que quiere matarla si tan solo descubre que están juntos.

Ella sacudió la cabeza.

—Ya lo sabe —declaró. Su mirada fue más allá de Radin, perdiéndose en el vacío—, y la quiere recuperar. Quiere castigarla… desea purificarla…

El hechicero la miró.

—Está cerca —aseguró ella volviéndose de nuevo a él—. Ambos lo están, Radin.

Asintiendo, le indicó la cabaña de madera al otro lado del claro.

—Compórtate.

Aquello sí que tenía gracia, decirle a ella que se comportara.

—Tranquilo, hechicero —le contestó—, no le diré que se ha acostado con mi

compañero… Y tampoco me acostaré con el suyo.

Antes de que él pudiese decir algo, dio media vuelta y avanzó hacia la cabaña.

Oculto entre la espesura, con una mirada febril y obsesiva, observaba el lugar en el que se producía el pecado, aquel en el que estaba recluida su Gabriela; su condena.

Ella había sido un soplo de aire fresco, tímida y hermosa, la había visto por primera vez en el supermercado e hizo lo posible por conocerla. Ah, sus primeros meses juntos habían sido una delicia, hasta que ella comenzó a cambiar, a comportarse de manera inadecuada. Tenía que recuperarla a como diera lugar, sí, la rescataría y borraría de una vez por todas el pecado de su cuerpo hasta purificar su alma.

Gabriela no estaba segura de que era más bizarro, si encontrarse sentada junto a dos amantes o que la mujer que acompañase a uno de ellos se hubiese presentado a sí misma como *la mujer* del hechicero. Ankara era todo lo contrario a ella, delgada, con un rostro juvenil y hermoso pelo rubio natural; parecía un angelito. Solo sus ojos, de un claro color azul reflejaban un brillo frío como el hielo. La mujer sin embargo había sido amable y educada en todo momento, muy irónica, pero ¿cómo no serlo en su situación?

—¿Crees que está ahí fuera? —preguntó Nishel. Su amante no se había separado de ella en los últimos cinco días. Cada hora a su lado se convertía en un motivo más para no desear marcharse. Estaba enamorada de él, creía que se había enamorado ya la primera noche que él apareció en su puerta, pero los últimos días en su compañía había hecho que aquel sentimiento arraigara. Su principal temor se había ido diluyendo bajo sus cuidados para ser sustituido por uno muy distinto; el miedo a la separación. Era consciente que cuando el contrato terminara, Nishel volvería a marcharse de su vida.

—Lo está —fue la respuesta de Ankara.

Radin asintió.

—Hemos encontrado el lugar en el que se han escondido, el ambiente… —negó con la cabeza—. Ese ángel quiere venganza, Nishel, es lo que más desea y no ha dudado en alimentar la locura y obsesión de ese ser humano.

—Está fuera de sí —aseguró Ankara, su mirada cayó sobre ella—, totalmente obsesionado. Su mente se ha roto, no razona… si te alcanza, no fallará…

Radin la atajó.

—Kara, ya basta.

La mujer se limitó a fulminarlo con la mirada, entonces se levantó y los miró a todos.

—Ese loco no parará hasta dar con ella y castigarla —declaró con firmeza—. No parará hasta que su sangre tiña la nieve…

—¡Ankara!

Ella lo miró.

—Vete al infierno.

Sin una palabra más, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Esta se abrió ante ella sin que nadie la tocase solo para cerrarse una vez salió al exterior.

—Y eso es una mujer cabreada —declaró Nishel mirando a su amigo—. ¿Qué le has hecho?

Él resopló.

—Nada —declaró con un siseo—. El problema es que no le hice nada, debería haberla puesto sobre mis rodillas y azotarla hasta que no pudiese sentarse en una semana.

La muchacha dio un respingo ante la respuesta del hechicero, su mirada cruzó la de Nishel y no pudo evitar sonrojarse ante el recuerdo de aquella misma disciplina.

—Tienes mucho mejor aspecto que la última vez que nos vimos, rubita.

Las palabras de Radin llamaron de nuevo su atención.

Su respuesta fue cruzarse de brazos y contemplarle.

—¿Es tu mujer?

Él no apartó la mirada, ni siquiera la esquivó.

—Es mi compañera —aceptó.

Ella frunció el ceño.

—¿Y la tratas siempre de esa manera?

Su mirada se oscureció.

—No te preocupes por Ankara, rubita —le dijo—, ella sabe perfectamente el lugar que ocupa en mi vida.

Ella ladeó la cabeza.

—¿El de alfombra?

Resoplando, se levantó de su asiento y le echó una última mirada a los dos.

—Todos los hombres sois unos auténticos cabrones —declaró en voz alta y tras dar media vuelta siguió el camino tomado por la muchacha.

—Bueno, parece que se ha tomado bastante bien las cosas —comentó Radin con diversión.

Nishel arqueó una ceja en respuesta.

—¿El qué, que ella sea la única humana en este salón o que un flipado hijo de puta está ahí fuera dispuesto a matarla?

El hechicero se encogió de hombros.

—Sin duda, la primera parte —aceptó él con ironía—. La segunda, no estoy muy seguro de que la haya comprendido.

Nishel suspiró y asintió en respuesta.

—¿Tienes idea de dónde está ahora mismo ese hijo de puta de Noel?

Radin dejó escapar un resoplido.

—Más cerca de lo que podrías pensar —aseguró el hechicero, su mirada fue entonces sobre una de las ventanas—. Algo me dice que él ya está aquí, amigo mío y que espera asistir a un gran espectáculo.

Gabriela se subió la cremallera del anorak y se estremeció, la temperatura del exterior era muy inferior a la del interior de la cabaña. Nishel la había arrastrado los últimos días en divertidos paseos por la montaña, la hizo disfrutar de hermosos paisajes y momentos llenos de magia que jamás pensó que viviría. Cada instante a su lado se sentía más tranquila, más liviana y disfrutaba de él y del tiempo que tenían juntos. Su mirada recorrió entonces la parte delantera de la cabaña, un claro cubierto por una capa de nieve que se adentraba entre los primeros árboles que conducían al bosque. Ankara se encontraba apoyada en el tronco de uno de esos árboles, sus pisadas formaban un pequeño sendero desde los escalones de la cabaña hasta el lugar en el que se encontraba. A juzgar por el ligero temblor que sacudía sus hombros y el gesto de sus manos limpiándose la cara estaba llorando y la culpa era toda de ese bueno para nada.

Tomando una profunda bocanada de aire bajó los peldaños de madera y hundió los pasos en la nieve para salir en a su encuentro. No sabía que decir, en realidad aquella situación no podía ser más embarazosa, pero no podía dar media vuelta e ignorarla. No estaba segura de la relación que había entre Radin y ella, Nishel parecía conocerlos bien a ambos, pero no soltó prenda al respecto, ni siquiera cuando le explicó quién y qué era el hombre. En silencio acortó la distancia y se colocó a su lado, no sabía qué decir ni cómo empezar una conversación con ella.

—Creo que te debo una disculpa —comenzó sin saber muy bien a dónde dirigir la conversación—. Si hubiese sabido que tenía pareja yo…

Ankara negó con la cabeza y se giró hacia ella, sus ojos claros estaban brillantes por las lágrimas, más claros de lo normal.

—No te culpes por algo que no es la primera vez que sucede. No eres la primera ni serás la última —declaró con un ligero encogimiento de hombros—. Radin es responsable de sus actos y yo lo soy de los míos, lo que nos une va más allá de cualquier traición o engaño, por otro lado no es como si él no hubiese sido sincero desde el principio en sus intenciones así como con sus sentimientos.

Sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Debería acostumbrarme a ello de una vez por todas —murmuró con amargura en la voz —, dejar las estúpidas ilusiones, los sueños imposibles. Estaba equivocada, ese hombre no cambiará ni en un millón de años. Ni aunque renaciese otra vez, siempre me odiará por lo que soy, por lo que represento y no le culpo, tiene razones más que suficientes para hacerlo.

Ella arrugó la nariz y sacudió la cabeza ante el inesperado arrebato de la muchacha.

—Tú no tienes la culpa de lo que él piense o sienta, Ankara —aseguró dando un nuevo paso adelante—. Radin es un hombre adulto, responsable de sus propios actos, de sus palabras… aunque se haya comportado como un adolescente malhumorado. Nada, escúchame bien, nada de lo que él haya hecho o dicho es culpa tuya, no permitas que su propia culpabilidad se hunda en tu alma.

La chica la miró durante unos instantes en silencio, entonces ladeó la cabeza.

—¿Eso es lo que te ha pasado a ti? —murmuró—. ¿Por eso estás ahora con Nishel?

Se lamió los labios.

—Nishel es… una isla de paz en medio del infierno que he vivido —aceptó poniendo voz a sus pensamientos—. Me ha ayudado a darme cuenta de que mi vida es mía y que nadie que no sea yo misma tiene derecho sobre ella. Mi ex novio está ahí fuera, en algún lugar, dispuesto a matarme… ya lo intentó y casi se sale con la suya… No habrá una segunda vez.

La muchacha esbozó una irónica sonrisa.

—Estás enamorada de él —dijo en voz clara, sus ojos se prendieron de los suyos—. Y no solo eso, estás vinculada a Nishel… a un ángel caído.

Ella se lamió los labios, la palabra ángel todavía le daba escalofríos.

—Tu alma está sanando —aceptó y entrecerró a los ojos—. Tu aura se restaurará… sí, con el tiempo y los cuidados precisos, lo hará.

Ella frunció el ceño, no entendía realmente a lo que se refería.

—¿Qué quieres decir?

Ankara la miró y pareció estar a punto de responder, pero entonces un aguijonazo de caliente dolor le atravesó el hombro al compás de un fuerte estruendo que alzó a todas las aves de las copas de los árboles y las lanzó al cielo.

—Ah —se quejó al tiempo que se sujetaba el hombro. La sangre pronto manchó su mano, el dolor era insoportable.

La mujer se adelantó y la escudó con su propio cuerpo, su mirada escaneaba ya el campo abierto mientras la puerta de la cabaña se abría de golpe y Nishel irrumpía por ella seguido de Radin.

—¡Está ahí fuera! —gritó Ankara, su mirada seguía pendiente de los alrededores.

Un segundo y tercer disparo se escuchó en el claro, las balas se incrustaron en la nieve y levantaron esquirlas en las escaleras de madera que llevaban a la cabaña.

—¡Ella es mía!

La voz penetró en su mente y la congeló, durante una milésima de segundo volvió a verle delante de su puerta, insertando el pie entre la puerta y ella para forzarla a retroceder y allanar su casa.

—No —musitó para sí misma, el miedo la recorrió como una fuerte ráfaga.

Las piernas le fallaron y terminó hundiendo las rodillas en la fría nieve.

—¡Gabriela!

Nishel.

Su voz la sacudió como una descarga eléctrica obligándola a reaccionar. No, ya no era una muchacha indefensa, él no podía asustarla, no podía llegar a ella.

—¡Estoy bien! —se obligó a gritarle al tiempo que luchaba por volver a ponerse en pie.

Un nuevo disparo sonó y el proyectil se incrustó cerca de ella, fue incapaz de ahogar el grito que surgió de sus labios.

—¡Puta! ¡Eres una Jezabel! ¡Corrompes a los hombres! ¡Los embrujas! —continuaba gritando, pero nadie parecía saber dónde estaba, no le veían—. ¡No puedo permitirte que sigas haciéndolo! ¡Me perteneces a mí! ¡Solo a mí!

Un nuevo disparo sonó muy cerca, impactando por encima de su cabeza en un árbol cercano.

—¿Dónde está? —gritó Radin mirando a su alrededor.

Los hombres se movían rápidamente, intentando mantenerse a cubierto en la medida de lo posible.

—Kara, ¿puedes sentirle?

La mujer que estaba a su lado se movió lentamente, buscando.

—Está aquí… siento su ira… su obsesión… —musitó, su voz demasiado fría, suave y lenta—. La quiere… quiere herirla… castigarla… y vengarse…La habéis tocado… sabe que la habéis tenido… se vengará… lo hará…

La voz de la mujer la hizo estremecer.

—¡Mierda!

Aquel grito fue de Radin.

—Ankara, ¡no! —Parecía fuera de sí mientras se apresuraba a su compañera—. No puedes hacerlo, va contra la ley… Kara, para… ¡No lo dejes libre!

Las siguientes palabras que escuchó la dejaron sin respiración. La temperatura bajó varios grados, su respiración creó de pronto una nube de vaho.

—¿Qué está pasando? —preguntó. ¿Dónde estaba Nishel? ¿Por qué no venía a por ella? —. ¿Nishel?

Como si lo hubiese conjurado, su amante derrapó a su lado, arrastrándola consigo y evitando así que una nueva bala se hundiese en el suelo.

—¡*Nooooo*! —la voz llegó seguida de varios disparos—. ¡Ella es mía! ¡Mía!

Ella lo vio emerger de entre los árboles, iba vestido con un anorak blanco y llevaba algo negro en las manos, una pistola.

—No la tocarás —musitó la suave y helada voz a pocos pasos del hombre—. No es tuya para castigarla, no es tuya para abordarla, no es tuya para amarla, no es tuya… nunca será tuya…

No entendía nada de lo que estaba pasando, intentó librarse del abrazo de Nishel, pero el dolor en su hombro la hizo gritar.

—Quieta, déjame ver —la obligó a mantenerse inmóvil.

Las lágrimas escogieron ese momento para acudir a sus ojos.

—Me duele.

Sus dedos retiraron el anorak y lo vio apretar los dientes al ver la sangre que ya empapaba su camiseta y discurría por su brazo.

—¡Ankara! ¡Retrocede!

Ella giró la cabeza para ver a Radin extendiendo una mano hacia su compañera en el mismo momento que ella alzaba la suya hacia el hombre que sostenía la pistola. Ante su atónita mirada vio como la pistola se cristalizaba en las manos del hombre un segundo antes de que esta cayese al suelo y lo viese abrazarse a sí mismo y soltar un grito de desgarrador dolor. Cayó de rodillas y se dobló sobre sí mismo durante un breve instante antes de que lo viese alzando la mirada hacia ella y estirando el brazo como si todavía quisiese alcanzarla. Le dio un vuelco el estómago ante lo que vio, incluso desde aquella distancia sabía que aquel color en su piel no era natural y la forma en la que quedó tendido sobre la nieve tampoco.

—¡Ankara, joder!

La mujer se desplomó entonces en el suelo a escasos metros de dónde estaban ellos dos, Radin llegó a ella y la recogió, pero era incapaz de apartar la mirada de aquella figura inmóvil en el suelo.

—¡Ankara! ¡Kara, maldita sea! —se desesperaba Radin—. Kara, nena, respóndeme… Joder, Kara, responde.

Gabriela sacudió la cabeza ante la pareja, entonces se volvió a Nishel quien le dedicaba una mirada al cuerpo inmóvil en el suelo. Entonces se volvió hacia Radin y la mujer que levantaba del suelo entre quejidos.

—Es… ¿Está muerto?

Él no respondió, se limitó a levantarla en brazos y apretarla.

—¿Radin? —preguntó.

El hechicero levantó el rostro hacia ellos y Gabriela se tensó. Sus ojos brillaban con una luz sobrenatural.

—Llévatela de aquí —declaró en un tono de voz tan oscuro que sintió que se le ponían todos los pelos de punta—, si quieres que viva, llévatela de aquí ahora mismo.

El agarre de Nishel sobre ella se apretó antes de bajar la mirada y encontrarse con sus ojos.

—¿Nishel?

Asintió y se inclinó sobre ella.

—Cierra los ojos, muñequita —le susurró—. Tu calvario está a punto de terminar.

CAPÍTULO 17

Radin podía sentir el frío manando de su piel, envolviéndola y arrancándole el aliento. El hielo al que era afín la estaba consumiendo, se había desbordado bajo su mando, convirtiéndose en el arma mortal que era. Apenas dedicó un nuevo vistazo al cadáver congelado tirado algunos metros más allá, ese era un problema del que tendría que encargarse después, ahora, su prioridad era traerla de vuelta antes de que fuese demasiado tarde y no hubiese retorno.

—¿Qué has hecho? —Ni siquiera se dio cuenta de que le gritaba y maldecía al mismo tiempo—. Ankara, ¿qué demonios has hecho?

Ella lo miró a través de unos clarísimos ojos del color del hielo; de su tono original solo quedaba una sombra que parecía desvanecerse por momentos.

—Ella… ¿Está a salvo? —musitó. Sus labios empezaban a ponerse blancos, un blanco sobrenatural—. Él quería castigarla… vi sus pensamientos… lo que quería hacerle… Ninguna mujer debe pasar por eso, ningún ser humano… Tenía que evitarlo… lo siento, Radin.

Él siseó y llevó la mano al pálido rostro solo para mascullar cuando su piel quemó contra su mano como un bloque de hielo ardiente.

—Deja caer las salvaguardas —ordenó al tiempo que apretaba los dientes y alcanzaba su propio poder, opuesto al suyo—. Kara, deja que el poder fluya… todavía no ha llegado el momento… te perderás si sigues alimentándolo.

Ella sacudió la cabeza, sus ojos volaron sobre la blanca nieve hacia el hombre que permanecía allí tirado.

—No herirá a nadie… jamás —musitó. Una lágrima se vertió por su mejilla solidificándose casi al instante—. La vi… vi su interior… es inocente… pura…

Él la miró a los ojos, su rostro cerca del suyo.

—Tú también.

Negó lentamente con la cabeza.

—No, no lo soy —susurró, incluso su aliento era helado—. Soy tu infierno, tu penitencia… no soy pureza ni tampoco deseada…

Él siseó, aquel no era momento para mantener tal conversación. Sin pensarlo dos veces la recogió del suelo y apretó una vez más los dientes, ella estaba más allá del frío, se estaba desatando.

—Radin… —la oyó sisear.

Él bajó la mirada sobre ella.

—No lo digas… —la avisó, no deseaba oír nunca más aquella petición.

Pero no hizo caso y formuló de nuevo aquella petición.

—Mátame —susurró. Su cuerpo no dejaba de temblar, su piel estaba adquiriendo un tono blanquecino, parecido al de la nieve e igual de frío.

La apretó con fuerza contra él y masculló una maldición.

—No lo haré —negó con vehemencia—. No voy a enfrentarme al infierno solo, tú compartirás mi penitencia.

Ella gimió de nuevo y sacudió la cabeza.

—Radin… por favor…

Sacudió la cabeza, no se rendiría tan pronto. Bajó la mirada hacia la mujer que acunaba en sus brazos y se encontró con sus casi pálidos ojos azules.

—Déjalo ir, Kara —le dijo con suavidad, apretándola contra él—, yo te sostendré.

Ella se lamió los labios blancos.

—No tengo miedo a morir, a perderme en esta fría soledad —confesó por primera vez desde que él podía recordar—. Déjame ir… Acaba conmigo… serás libre.

Él sacudió la cabeza.

—No quiero la libertad a costa de manchar mis manos con tu sangre, Kara —le aseguró, entonces miró hacia la casa—. Si te rindes, juro por nuestros dioses, que te pondré boca abajo sobre mis rodillas y palmearé tu trasero desnudo hasta ponerlo de nuevo de color rojo.

Una solitaria lágrima se cristalizó al descender por su mejilla.

—Radin, por favor, tienes que dejarme ir —declaró apretando los dientes ante el dolor que sabía estaría recorriendo ahora su cuerpo. Sus órganos, si no hacía algo pronto, se congelarían—, no puedo más… duele demasiado… por favor.

Él se negó rotundamente a ello.

—No.

Ella parecía dispuesta a discutir pero un grito de dolor interrumpió sus palabras, su espalda se arqueó y más lágrimas fluyeron por sus mejillas.

—¡Mátame, maldita sea! ¡Acaba con esto de una vez! —suplicó con agónica cadencia—. No quiero ser una cáscara vacía sin emociones, no quiero que mi corazón se vuelva de hielo, no deseo vivir así…

Sus brazos se apretaron a su alrededor, ya podía sentir el hielo filtrándose a través de él, tuvo que apretar los dientes y obligarse a repelerlo con su propio poder.

—Esa sería una forma demasiado fácil de acabar con tu sufrimiento y prolongar mi agonía —su voz sonó dura, un matiz acerado que le provocaba escalofríos—. Si he de enfrentarme cada día al infierno, tú irás de mi mano, quizás el viaje se haga menos pesado entonces.

Ella gimió con agonía, la piel de sus manos alcanzaba una palidez blanquecina, sus uñas brillaban como si estuviesen cubiertas por diamantes.

—¡Te estoy dando la oportunidad de liberarte! —musitó entre los apretados dientes, el calor de su cuerpo se había esfumado por completo ya solo transmitía frío, un frío que necesitaba alejar cuando antes—. ¡Mátame!

Él giró con ella en brazos y enfiló con paso decidido hacia la cabaña.

—No lo haré.

Ella dejó escapar una nueva lágrima.

—Radin, por favor…

Él la fulminó con la mirada.

—No, Kara —negó con firmeza—, no pondré fin a tu vida, pelea todo lo que quieras, ódiame con tanta intensidad como tu corazón lo permita y utiliza ese odio para calentarte la sangre… No hay un final, Ankara, estamos atados hasta el fin… y este no ha llegado.

Ankara dejó escapar un nuevo quejido cuando le arrancó la ropa del cuerpo con un solo murmullo, pronto su cuerpo terminó sumergido en una humeante bañera de agua caliente que ni siquiera llegó a notar.

—Tengo frío —musitó alzando sus húmedos y cristalinos ojos hacia él. Su color era tan apagado ahora, casi como el hielo—, el hielo… me está consumiendo…puedo sentir como se

acerca hacia él…

Él sacudió la cabeza en una profunda negativa.

—Mientras yo respire, no tendrás esa escapatoria, compañera mía —aseguró al tiempo que bajaba la boca sobre la de ella y se estremecía.

Sus labios eran témpanos de hielo, quemaban como un fuego helado pero no le importó, estaba acostumbrado a esa frialdad y sabía cómo combatirla, él era el único que podía hacerlo, el fuego que derretiría al hielo eterno que marcó su nacimiento. Aquel era su estigma, el de ambos. Marcados incluso antes de su nacimiento con los poderes ancestrales que en algún momento de sus vidas se manifestaría, separados por su propia seguridad y unidos en el momento más inoportuno. Un destino que ninguno de los dos deseaba, en especial él y que marcó el desarrollo de este.

Le acarició el labio inferior con la lengua, persuadiéndola para que abriese la boca y poder así introducirse en la húmeda cavidad de la que a pesar de todo no se cansaba. Se había aprendido su sabor, lo llevaba grabado desde el primer momento en que la probó y ya nada podía comparársele, sus manos todavía rodeaban su cuerpo mientras la sentía estremecer y robaba el calor del agua que la acogía obligándole a calentarla de nuevo con su propio poder.

—Separa los labios —la engatusó, sus palabras una promesa de algo más—, abre la boca para mí.

Sus pechos despuntaban por encima del agua, dos montículos de piel blanca coronados por dos puntas de diamante rosado, ahora tan claros que parecían haberse esculpido en hielo. Necesitaba elevar su temperatura, mantener la escarcha que nacía de su interior a raya, apartada de su corazón o la perdería para siempre.

Deslizó una de las manos hacia los suaves y apetecibles montículos, tocó su piel suave y blanda que contrastaba con la visión de frío y congelación que presentaban. Ella exhaló y se bebió su aliento al tiempo que introducía la lengua en el interior de su boca y la probaba una vez más. Su polla respondió al instante, su sangre se calentaba más ante su frialdad, su cuerpo despertaba a la lujuria y el deseo se instalaba en su bajo vientre envolviéndose alrededor de la tersa y dura columna de carne antes de rodear sus testículos con firmeza. Eran dos polos opuestos que se atraían sin remedio, dos enemigos declarados destinados a depender el uno del otro, a odiarse y encontrar en ese odio la fuerza necesaria para seguir vivos… Que los dioses le protegieran del amor, lo había probado y lo único que recibió a cambio fue una condena.

—Déjame entrar —susurró a la puerta de sus labios—, entrégate a mí, no puedes luchar tú sola, todavía no estás preparada para ello.

Ella gimió una vez más cuando su boca volvió a poseerla, su lengua se enlazó con la de él, hielo y fuego juntos en un equilibrio perfecto. Radin se empleó a fondo en su beso, sus manos la acariciaron y excitaron por debajo del agua, la necesidad estaba allí, no necesitaba poner mucho de su parte para tomarla, para someterla de aquella manera, un pequeño sacrificio que había aprendido a utilizar en su propio beneficio.

Su mano se deslizó por la cadera, rodeó lentamente el muslo hasta hundirse entre sus piernas, aquella era la única parte de su anatomía que mantenía el calor, sus dedos encontraron la tibieza de su carne y la penetraron sin más preámbulos.

—Respira —le susurró al oído cuando ella se tensó por la inesperada y rápida intrusión—, déjame entrar, relájate y acepta lo que te doy… sostente de ello, encuentra la balanza que necesitas para salir a la superficie.

Su cabeza cayó hacia atrás, sus cabellos dorados se extendieron como una cortina y dejaron la columna de su cuello expuesta. La besó allí, su boca se cerró sobre su garganta y la

pellizcó con los dientes para lamerla después mientras sus dedos profundizaban en su interior. Los suaves gemidos que escapaban de la garganta femenina eran como pequeñas agujas de placer lanzadas directamente a su sexo, su polla empujaba contra la restricción autoimpuesta de sus pantalones deseosa de sustituir sus dedos y hundirse en aquella húmeda y cálida cavidad que sabía lo acogería como un guante.

Hizo a un lado aquellos pensamientos y se centró en su principal misión, devolverle la vida al cuerpo helado que poco a poco se iba descongelando bajo su maestro toque. Su esencia manaba de sus manos para entrar en el cuerpo femenino y dotarla de la suficiente energía como para que pudiese deshacerse de las gruesas capas de hielo que la envolvían. Por primera vez se dio cuenta cuan cerca estaba ella del final, su poder era inmenso y peligroso, pero hasta ese momento ella lo había mantenido firmemente atado, prefiriendo sufrir ella antes de hacer daño a alguien más. Él sabía que el motivo de aquello venía de muy atrás y de una muerte accidental que había conllevado el despertar de su poder.

—Radin —se arqueó contra sus dedos, sus pechos elevándose en una silenciosa invitación.

Su mirada cayó sobre los tiernos pezones y la boca se le hizo agua, lamiéndose los labios se permitió la licencia de aprovechar el momento. No era tan estúpido como para sacrificarse sin más, ya que había caído aprovechaba al máximo cada momento de placer y saciaba sin dudar sus instintos.

Su boca se cerró alrededor de la pálida aureola, su piel seguía fría pero el tacto de la trémula carne en su interior lo estimuló, su sabor era adictivo, siempre lo era. Unos delgados y húmedos dedos se enredaron en su pelo, la intención de aquella mano era mantenerle en el lugar y él estaba más que dispuesto a complacerla. Sus dedos por otro lado seguían hundiéndose con una lenta y medida cadencia en su interior, acompasados por cada movimiento de sus caderas hasta que su erección empezó a convertirse en una maldita penitencia.

Abandonando su pecho, extrajo los dedos de su interior y la alzó de la bañera hasta ponerla en pie. El agua chorreaba por su cuerpo, su pelo se pegaba a sus hombros y resbalaba por su espalda en enredados mechones; la piel clara lo atraía como un imán. De curvas voluptuosas, pechos llenos y grandes, cadera ligeramente redondeada y aquel nido de rizos claros brillando entre sus piernas era una tentación para los sentidos, una maldita bruja que lo hechizaba con su sola presencia, una mujer que despertaba su apetito con lujuria y le confundía como el demonio.

Le tendió la mano y ella la miró, ambos sabían cómo funcionaba aquello, él tenía el poder, él era el que dominaba, ella la que se sometía y con todo la satisfacción era compartida.

—Si vuelves a pedirme algo tan absurdo, no te levantarás de la cama en una semana, lo juro —la amenazó al tiempo que tomaba su mano para ayudarla a salir. Ambos sabían que aquella era una amenaza absurda, en especial porque los dos disfrutarían de ella, aunque estuviesen maldiciéndose a sí mismos por sucumbir—.Te dejaré el culo del color de las cerezas y eso solo será el principio.

Ella se lamió los labios y bajó un momento la mirada para luego volver a subirla.

—Te he dado una oportunidad de… liberarte de esta atadura —le recordó con un ligero temblor, casi sin darse cuenta empezó a rodearse con los brazos, su cuerpo temblaba suavemente —. ¿Tanto disfrutas odiándome? ¿Tan importante es para ti la venganza?

Sus manos se extendieron hacia ella, le rodearon el húmedo cuerpo hasta deslizarse a su trasero desnudo y apretarle las nalgas atrayéndola contra su erección.

—Ya te lo dije, Kara, aquí o padecemos los dos o ninguno —declaró bajando de nuevo sobre su boca, devorándola mientras se impulsaba contra ella y frotaba su erección contra su cuerpo desnudo y húmedo.

Ella gimió en su boca y le devolvió el beso hasta que él se separó y guiando su cuerpo la obligó a tomar asiento en el borde de la bañera. El vapor que todavía salía del agua la enmarcó, su piel contenía pequeñas gotas de agua que para su molestia continuaban congelándose sobre ella.

—Todavía estás helada… —murmuró para sí, entonces le enmarcó el rostro con las manos y se lo alzó, su mirada clavada en la de ella—. No te lo diré otra vez, tienes que dejarme entrar… baja las defensas.

Ella apretó los labios, entonces se los lamió.

—No —negó con obstinación—, no volveré a lastimar a nadie.

Él gruñó y se apropió de su boca con salvaje necesidad, sus labios se convirtieron en una fiera demanda sobre los de ella, su lengua se introdujo en su boca y la saqueó. No fue tierno, no deseaba ternura para ella, no ahora.

—Baja las defensas, Kara o tendré que atravesarlas y serás tú la que sufra por ello —la avisó.

Ella se liberó de sus manos y negó con la cabeza.

—Ese es un pequeño precio a pagar.

Él gruñó y aferró su barbilla con los dedos.

—Muchacha obstinada —chasqueó la lengua al tiempo que la soltaba y deslizaba la mirada a lo largo de su cuerpo. Con las piernas ligeramente abiertas, las pequeñas gotitas de agua congelada perlando su piel era una visión mágica y apetecible—. Que sea como deseas, entonces.

La ropa se esfumó de su cuerpo al instante, el color de su piel se había intensificado con el deseo, su sexo se alzaba en un nido de rizos totalmente erecto y goteante. Radin se dejó caer de rodillas, sus manos fueron a los blandos muslos y se los abrió para dejar a la vista aquello que deseaba. Se lamió los labios y miró una vez más a su compañera a los ojos, porque aquello era lo que era Ankara, le gustase o no, era su compañera.

—Será mejor que te sostengas, hechicera —declaró antes de hundirse entre sus piernas, su aliento se derramó como un breve aviso de que su boca pronto ocuparía ese lugar.

Ankara gimió cuando sintió la lengua de su amante acariciándole el sexo, Radin no era delicado, el hombre estaba decidido a conquistar y marcar su terreno, su boca era exigente, su lengua un látigo que azotaba su sentible carne y se hundía con fuerza en su canal despertando cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Podía sentir su calor a través de las manos que le mantenían abiertos los muslos, como el suave hechizo que utilizaba para evitar quemarla se filtraba en su cuerpo aumentando su temperatura y apartando el hielo que la consumía, alejándolo de su corazón.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un agónico jadeo, sus manos se aferraron a los costados de la bañera mientras aquel hombre, su eterno enemigo se daba un festín entre sus piernas y la llevaba una vez más a cuotas que nunca antes había explorado. Radin podía ser muy dominante, tozudo incluso y exasperante la mayoría de las veces, para ella no tenía precisamente palabras dulces ni amables, pero sí tenía honor y este lo obligaba a cuidar de ella, a no dejarla caer nunca en el abismo que le deparaba su destino. Era un amante fogoso y entregado, un maldito hechicero con una sensualidad apabullante y que no se medía al desplegarla por completo sobre ella. Sus encuentros a menudo se reducían a la necesidad y la protección, eran rápidos y salvajes, lo que ambos necesitaban en un momento dado. Solo en ocasiones como aquella, en la que quería castigarla por sus palabras o por sus actos se tomaba su tiempo, volviéndola loca, arrastrándola una y otra vez hacia el borde sin permitirle una verdadera

liberación hasta que estaba tan caliente que pensaba que se derretiría en un charco a sus pies. Una analogía bastante divertida teniendo en cuenta que era una hechicera con naturaleza de hielo; la única superviviente de una larga y extraña estirpe.

Sus pensamientos se esfumaron cuando el maldito hombre unió un par de dedos a su saqueo y le rozó el clítoris haciéndola gritar, sus dedos se crisparon en su agarre y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no soltarse y enterrarlos en el sedoso pelo de aquella oscura cabeza que se divertía entre sus piernas.

—Radin… por favor… —suplicó. Sabía que posiblemente no le valdría de nada, pero no podía quedarse callada—. Por favor, déjame terminar…

Él no contestó, pocas veces lo hacía y casi lo agradeció, enfrentarse ahora a su ironía no era algo que deseara.

—Maldito seas, hechicero —gimoteó desesperada por alcanzar la tan ansiada liberación. Su piel había empezado a recuperar un poco de su color, las gotas de agua que caían de su pelo ya no se congelaban sobre su piel, si bien todavía las sentía fría, había como una capa de vapor helado todavía a su alrededor aunque ya no la hería como al principio—. Rad, por favor…

Él respondió soplando sobre su cálida y chorreante sexo, sus jugos se derrababan por los abiertos muslos, una muestra más que evidente de su deseo, pero no le dio lo que ansiaba, por el contrario se separó.

Verle lamiéndose los labios, recogiendo con su lengua la brillante humedad hizo que se le encogiese el estómago de deseo, aquella era una visión realmente erótica, una que le gustaría no la afectase tanto.

—Eres un maldito troll —escupió ella al tiempo que intentaba cerrar las piernas y levantarse, pero él no se lo permitió. Sus manos seguían fuertemente ancladas ahora a sus rodillas y la mantenía abierta.

Su mirada se encontró con la suya y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Eso es uno de los peores insultos que he oído en mi vida, princesa —aseguró con ironía al tiempo que se incorporaba lentamente sin soltarla en ningún momento. Su altura y arrogancia la envolvían con precisión milimétrica—. Compararme con un trol… que ocurrencia.

Ella frunció el ceño y entrecerró los ojos sobre él.

—En estos momentos te estás comportando como uno —declaró en voz baja, su mirada fija en la de él.

Él sacudió la cabeza y bajó sobre su boca, tomándola una vez más, obligándola a saborearse a sí misma en su lengua. Rompió el beso con reticencia, entonces la dejó libre y deslizó las manos por sus hombros.

—Tu piel sigue fría —comentó más para sí mismo que para ella—. ¿Por qué insistes en llevarme la contraria? ¿Qué bien va a hacerte mantener los muros conmigo? Derribarlos no será un problema para mí, Kara, ¿deseas realmente sufrir?

Sus ojos se alejaron de los de él, no deseaba mirarle, no quería que viese la respuesta en ellos.

—Tonta.

La palabra la picó, eso era ella para él, para todos, una tonta que no sabía dónde se metía cuando aceptó el emparejamiento con este hombre.

—¿Podemos terminar con esto de una maldita vez? —pidió estremeciéndole ligeramente, el hielo en su interior no terminaba de ceder, estaba dispuesto a volver a ganar el terreno que se le había arrebatado.

Radin chasqueó la lengua y negó con la cabeza, sin permitirle protestar la cogió de las

muñecas y la alzó hasta que su cuerpo desnudo estuvo contra su pecho.

—Claro, en cuanto dejes de comportarte como una niña mimada —declaró él al tiempo que le retiraba el pelo del rostro y deslizaba una mano hacia su trasero, atrayéndola hacia su erección—, entonces dejaré que te corras… y te corras… y vuelvas a correrte…

Ella apretó los dientes ante sus crudas palabras, sus ojos echaban chispas y él sonrió por ello, sabía que le divertía su enfado.

—Ven aquí, Kara, deja que te caliente —le susurró al borde de sus labios, entonces la empujó suavemente hacia atrás. Su trasero pronto se vio apretado contra un mueble—. Y baja esas malditas protecciones, niña o no duraré en derribarlas.

Su mano se deslizó ahora a su cadera y más abajo, sus dedos le hicieron cosquillas mientras la abría y la obligaba a enlazar la pierna alrededor de su muslo. Su sexo goteaba, mojándole la cara interior de los muslos, algo que una vez la había avergonzado pero que ahora solo la molestaba.

Ankara sintió la punta de su erección frotándose contra los húmedos pliegues de su sexo, la sensación era exquisita pero no llegaba a opacar su verdadero deseo, el de sentirle enterrado profundamente en su interior.

—No me hagas daño —susurró en voz baja al tiempo que se rendía y permitía que los muros protectores que aislaban su poder y lo mantenían solo atado a ella se vinieran abajo.

Para su sorpresa él buscó una vez más su boca y esta vez su beso fue mucho más suave, ardiente, sin duda, pero mucho más tierno.

—Tus manos en mis hombros —gruñó él mientras empujaba suavemente en su interior, penetrándola únicamente con la cabeza de su erección—. Ahora.

Ella se mordió el labio inferior y deslizó las manos a los fuertes hombros, deseaba cerrar los ojos, aislarse de toda aquella locura pero sabía que él no se lo permitiría.

—Te…odio —susurró en apenas un hilo de voz.

Él se rio y empujó con fuerza en su interior, hundiéndose hasta la empuñadura. Ella le clavó entonces las uñas en la espalda, su gemido aplacado por su terquedad.

—Conmigo estás segura, hechicera —le susurró entonces al oído—, ni siquiera tus dulces palabras afectarán nuestra unión.

Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla mientras su cuerpo se adaptaba a la fervorosa posesión de su amante. Él no se había movido todavía, pero su cuerpo ya vibraba por las sensaciones que le causaba.

—Te odio, te odio, te odio, te odio —empezó a recitar con infantil actitud—, Radin, te odio con todo el alma.

Como respuesta él deslizó una de sus manos hacia el redondeado trasero y se lo acarició, su boca dejó un sendero de besos por su mandíbula hasta alcanzar su oído.

—Sigue repitiéndote eso todos los días, Ankara —sus palabras eran un erótico susurro—, y llegarás a creértelas.

Sin dejarla responder se retiró de ella y volvió a introducirse hasta el fondo, su cuerpo empezó a llorar por él facilitándole la tarea, el deseo era innegable, por mucho que se torturasen el uno al otro con sus palabras, sus cuerpos actuaban por propia voluntad conduciéndolos a un lugar en el que nada importaba, solo su unión.

Sus jadeos se hicieron eco de los propios, el sudor perló la piel de los dos y el calor de Radin aumentó el suyo arrancando hasta la última brizna de frío de su cuerpo y alma. Se sujetó con fuerza de él, ocultó el rostro contra su cuello y permitió que las malditas lágrimas abandonasen sus ojos, ellas eran mucho más sinceras que sus palabras, que su corazón de hielo.

Le amaba, amaba a un hombre que la despreciaba y culpaba de cada uno de los males del mundo, un hechicero que se negaba a darle muerte aunque eso significase su libertad.

Estaban condenados, ambos estaban malditamente condenados.

Necesitada de cariño, mendiga de unas simples migajas de ternura buscó su boca y le besó, un beso cálido y tierno que desmentía el frenesí de la cópula, un beso al que él respondió con la misma calidez y ternura, un momento que caería en el olvido, negado por ambos, pero que ahora los dos necesitaban como respirar.

—Te quiero —susurró ella en sus labios.

Él no respondió a su declaración, nunca lo hacía, no con palabras. Sus manos se volvieron más suaves, su tacto tierno, la levantó del suelo y la obligó a rodearle con ambas piernas mientras se hundía cada vez más profundamente en su interior, buscando aquello que ambos necesitaban, la primera de las liberaciones que relajarían un poco la intensidad.

El sonido de sus cuerpos al unirse, el aroma del sexo perfumando el aire, todo ello contribuyó a incrementar su excitación hasta cuotas demasiado altas como para poder alcanzarlas por sí solos. Él gimió en su boca, sus dedos se aferraron con fuerza a sus caderas y se impulsó una vez más permitiéndose la bendita liberación, la sensación de su esperma llenándola catalizó al mismo tiempo su orgasmo y se permitió ir, liberando su cuerpo de la tortura al que estaba siendo sometido.

Radin necesitó de todo su autocontrol para no dejarse deslizar hacia el suelo con ella todavía enlazada a su cintura, solo el apoyo que le confería el mueble y el suave cuerpo de mujer que todavía lo acogía le impidió parecer tan vulnerable. Lentamente se incorporó y abandonó la calidez de su estrecho pasaje, su mirada buscó entonces la de ella y respiró aliviado; sus ojos volvían a tener ese tono azul intenso, ya no eran de hielo.

—Lo siento. —La disculpa en sus labios fue más dolorosa que si le hubiese pegado una bofetada.

Él negó con la cabeza, se apartó de ella y al mismo instante recuperó su cuerpo, girándolo para apoyarse sobre su parte superior, sus manos encajonaron las voluptuosas caderas y tiró de ella hacia atrás.

—Esto no ha hecho más que empezar —le susurró al oído al tiempo que introducía un par de dedos de nuevo en su interior y comenzaba a moverlos—, ya habrá tiempo para que supliques… después.

CAPÍTULO 18

Riel supo en el mismo instante en que su amigo apareció, que el fin había comenzado. El caído acunaba a una dolorida y ensangrentada mujer en los brazos, ella se aferraba con fuerza a él incluso mientras luchaba con el dolor que reflejaba su cara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ayudándole a bajar a la mujer sobre el sofá. La sangre empapaba ya el hombro y el brazo de la chaqueta del anorak.

—El humano le disparó —declaró con frialdad. Con cuidado ayudó a deshacerse de la chaqueta—. La bala ha entrado y salido, pero ha perdido mucha sangre…

Él asintió y se inclinó sobre la herida, comprobando el alcance de los daños.

—Duele —se quejó Gabriela cuando le quitaron la chaqueta.

Su amigo se acuclilló ante ella, atrayendo su atención y distrayéndola del dolor.

—Riel se encargará de que deje de hacerlo —aseguró y se giró hacia el hombre—. Llama a Elphet, ella puede curar su herida…

Los dos hombres se miraron durante un momento en silencioso entendimiento.

—Y dile a Ross que su humano está muerto —añadió al tiempo que se incorporaba—. Fue quien disparó a Gabriela y a todos nosotros, de no ser por Ankara…

Aquello llamó su atención.

—¿La hechicera está bien?

La expresión sombría de su rostro hablaba sola.

—Radin está con ella —dijo—. Espero que eso sea suficiente.

Antes de que pudiese hacer otra pregunta se inclinó sobre su compañera.

—Ahora estás a salvo, muñequita —le acarició la cara—, ese pedazo de basura no volverá a molestarte jamás.

Ella se encontró con sus ojos, la mirada en ellos era confusa, como su alma.

—Está… está muerto, ¿verdad? —preguntó—. Yo… vi como la vida le abandonaba y se… se congelaba…

Él asintió.

—Un infierno de poder, el de la pequeña hechicera —aceptó. Entonces le ahuecó el rostro con las manos—. Sí, Gabriela, está muerto… ya no podrá hacerte daño.

Ella se lamió los labios y asintió ante la envergadura de sus palabras.

—Está muerto… —parecía costarle encajar aquellas palabras. La libertad era algo difícil de aceptar cuando se llevaba tanto tiempo prisionero.

Nishel le acarició la mejilla con el pulgar y se incorporó, su mirada se clavó en la suya.

—Cuida de ella —pidió una vez más.

Asintió, lo haría con su vida.

—¿Qué vas a hacer?

Él apretó los dientes.

—Terminar con esto de una vez por todas.

Sin más, sus alas se desplegaron en toda su extensión, miró por última vez a la muchacha, quien pareció presentir que las cosas todavía se pondrían peor.

—¿Nishel? —lo llamó al tiempo que intentaba incorporarse—. No hagas ninguna

estupidez…

Él se dedicó a mirarla un instante antes de obligarla a sentarse de nuevo.

—Todavía me quedan unos cuantos días contigo, muñequita —aseguró con un guiño—, no pienso perderte de vista tan pronto.

Con una ligera inclinación de cabeza a modo de despedida se desvaneció en el aire dejándoles solos.

—Va a cometer una estupidez, ¿verdad?

Riel la miró.

—Esperemos que no —llegó una voz femenina desde el otro lado del salón—. Sus estupideces salen demasiado caras.

Ambos se giraron para ver a Eireen junto a una bonita y coqueta mujer.

—Me parece que me estáis buscando.

Riel miró a su mujer con una morena ceja arqueada y ella se encogió de hombros.

—¿Realmente pensaste que podría dormir con todo este alboroto? —le dijo al tiempo que caminaba hacia Gabriela y se sentaba a su lado—. No te preocupes, Gabriela, Elphet se encargará de que no te quede ni una sola cicatriz.

Ella hizo una mueca.

—Me conformo con que deje de doler como el demonio —musitó entre dientes.

No hacía falta buscarle, sabía que aquel era el único lugar en el que lo encontraría, que lo estaría esperando para recriminarle sus acciones pasadas. Había existido un tiempo en el que Noel y él habían sido amigos, casi hermanos pero entonces una mujer humana se interpuso entre ellos; su propio custodio.

En aquella época no era un paria, no había vendido sus alas perdiendo el prístino color blanco para dejar que se ennegrecieran adquiriendo el color del azabache. Nacido de dos ángeles custodios, Nishel entró a formar parte del Gremio concediéndosele el privilegio de vigilar a los pocos Serafines que todavía quedaban en la tierra; Tori había sido uno de ellos.

Su pequeña y hermosa Tori. Todavía podía recordar su extraña belleza, su cabello negro como la noche, sus ojos claros privados de visión… Había perdido la vista siendo apenas una niña debido a una enfermedad, pero poseía el don de la visión del alma, aquella que le permitía ver en el interior de las personas.

Ella sabía lo que era, conocía el anhelo que vivía en su alma y la soledad que le envolvía, a menudo bromeaba con que debería caer para simplemente obtener un poco de diversión. Y también supo lo que era Noel, quien era realmente y cuál era el deseo que vivía en su alma y que lo arrastraba cada vez más profundo en la oscuridad.

Noel la deseaba para sí, se había enamorado de ella o eso deseaba creer, era más sencillo de aceptar que el hecho de que simplemente envidiase su propio puesto como guardián de la serafín. A menudo la rondaba, susurrándole al oído, embrujándola con su voz, Tori se lo advirtió en más de una ocasión, ella tenía miedo de él… pero no la escuchó, seguía sin poder verla más que como la niña que era para él, su pequeña y tierna muchachita.

Pero las mujeres crecen, se hacen adultas y se enamoran.

El corazón no entiende de reglas o razones, Nishel.

Ahora más que nunca entendía esa frase y el significado que encerraba, ojalá lo hubiese comprendido entonces, quizás habría podido salvarla.

Su preciosa Tori, la más delicada y amable de los serafines había entregado su corazón y

su alma a un demonio trasgrediendo todas las reglas conocidas por su Gremio. A él le fue encargada la tarea de terminar con aquel lazo, de destruir los momentos de felicidad que atesoraba su muchachita; no pudo hacerlo.

Sin embargo, Noel no tuvo tantos escrúpulos. Él la deseaba para sí mismo, la sola idea de que perteneciese a uno de esos sucios y rastreros demonios lo enfermaba y alzó su espada contra un hombre indefenso, culpable únicamente de haberse enamorado de la mujer equivocada.

Las manos de Noel se mancharon con la sangre de dos víctimas, su espada fue la que atravesó el pecho del joven demonio, pero también fue la que terminó con el vínculo que había unido al serafín con su amado.

Tori murió en sus brazos, su propia espada atravesó el frágil y delicado cuerpo femenino como si fuese mantequilla, su muchachita se había interpuesto entre Noel y él mismo para evitarle caer.

«No dejes que el odio nuble tu juicio, deja que tu alma sane, Nishel, los celos y el odio puedes corromper hasta el corazón más puro. No pierdas tus alas por mí».

El dolor que le atravesó en aquellos momentos solo era equiparable al de mil almas muriendo al mismo tiempo, sus alas acusaron el impacto y se tiñeron de negro, el mismo color de la rabia que habitaba en su cuerpo por la injusta muerte pertrechada.

Noel y él lucharon, el ángel del Gremio, su hermano en un tiempo antiguo había cedido su alma a la oscuridad y a los celos, en su confusa mente se instaló la idea de que él y solo él era el culpable de la muerte del serafín. Que él se la había arrebatado para que nunca conociese la felicidad y el poder luminoso de un alma enamorada y una vez más le culpó, dándole la espalda a todo lo que conocía y rompiendo la más sagrada de las reglas, matar a un hermano.

Nishel hubiese deseado morir en ese mismo instante, su alma había quedado vacía y por una milésima de segundo, le permitió a su contrincante acariciar su deseo.

«No pierdas tus alas por mí».

La voz de su muchachita resonó una vez más en su alma, arrancándolo de golpe de su necesidad de ser castigado cuando el único culpable de aquel asesinato era el ángel que se alzaba frente a él. Con su sangre tiñendo la nieve del suelo al pie de las montañas y su alma haciéndose pedazos, se incorporó y reclamó su venganza seccionándole las alas al ángel que hasta ese mismo instante había sido su hermano.

El grito del ángel resonó en las montañas, su eco se extendió por la basta inmensidad como se extendió por completo el color negro en sus propias alas. En aquel momento le dio la espalda a todo lo que conocía y se adentró en lo más profundo de la espesura dispuesto a terminar con su propia vida… Y lo habría hecho, si aquel maldito demonio metomentodo no hubiese sentido su dolor y hubiese ido en contra de su voluntad para traerlo de nuevo a la vida.

«Si quieres una penitencia, vive con todos tus recuerdos, la muerte solo te dará el descanso y no la expiación».

Riel había sido como un grano en el culo, un demonio empático ayudando a un ángel caído. Para muchos aquella clase de relación era irrisoria, absurda, pero a él le salvó la vida y esa vida era la que le había permitido conocer a Gabriela, acariciar un alma tan pura como la suya y entender por fin lo que había movido a Tori en un mundo de tinieblas. Amaba a su díscola muñequita.

Él, un ángel caído, se había enamorado perdidamente de una pequeña humana.

Las montañas nevadas se alzaban a su espalda como silenciosos centinelas, el frío no le molestaba más que la nieve que lo cubría todo con su extenso manto, allí era dónde había comenzado todo y allí terminaría.

—¡Estoy aquí, maldito hijo de puta! ¿No es eso lo que querías? —clamó a voz en grito—. ¡Aquí me tienes!

La respuesta no tardó en llegar en la forma de una ráfaga de aire que trajo consigo a su antiguo hermano y contrincante.

—Dime, Nishel, ¿cómo se siente perder a la mujer amada?

Sus ojos claros se encontraron con los del recién llegado. Él siempre había tenido el aspecto clásico de un ángel, cabello dorado, profundos e hipnotizadores ojos azules, piel clara, incluso ahora seguía vistiendo de blanco con aquellas ropas más adecuadas para una excursión por el desierto que para las montañas canadienses.

Ladeó ligeramente la cabeza y lo estudió con mirada aburrida, entonces se encogió de hombros.

—Deberías decírmelo tú, si es que realmente llegaste a amarla alguna vez —le soltó con profunda ironía—. Ah, Noel. No debiste salir de tu agujero y menos en esta época del año, realmente odio que me jodan cuando estoy trabajando.

Su contrincante entrecerró los ojos sobre él y entonces maldijo por lo bajo.

—No la ha matado.

Él se encogió de hombros con despreocupación.

—Oh, lo intentó —aseguró, entonces chasqueó la lengua—, pero tiene una puntería malísima. Se quedó congelado después de unos cuantos disparos. Literalmente. Ya sabes, cubito de hielo.

El brillo en sus ojos mostró con claridad que no le hacían gracia sus comentarios.

—Así que me temo, que una vez más, esto tendrá que decidirse únicamente entre tú y yo.

Ambos se midieron como los adversarios que eran, pero esta vez él no vaciló, iba a luchar y lo haría hasta sus últimas consecuencias.

—¿Preparado para nuestra última batalla?

CAPÍTULO 19

Gabriela era incapaz de dejar de estrujarse las manos, todo su cuerpo era preso de una ansiedad que no le permitía relajarse y sabía que no lo haría hasta que le viese atravesar aquella maldita puerta, aparecerse o lo que fuese. La manera en la que se había marchado, sus palabras… ¿por qué no podía simplemente quedarse a su lado? Ella no necesitaba nada más… pero entonces, aquello nunca lo había dicho en voz alta y tanto como podía suponer que en ciertos momentos le leía la mente, ni siquiera era consciente de lo mucho que lo amaba.

Se pasó la mano por el pelo con gesto desesperado, el hombro le dio un pequeño tirón en mudo recordatorio de que no hacía mucho le habían disparado. Elphet, la mujer que se había presentado en el salón junto a Eireen resultó ser alguna especie de *médico sobrenatural* además de la nueva directora en funciones de la Agencia Demonía. Ni siquiera estaba segura de que Nishel estuviese enterado de que su jefe había desaparecido sin dejar rastro. Fuese lo que fuese que hizo en su hombro, logró que la herida dejase de sangrar y el ardiente dolor remitiera hasta convertirse en una sorda molestia. Le había cubierto la herida con una especie de cataplasma y le aseguró que en un par de días no tendría ni cicatriz.

Los recientes sucesos no hacían sino darle vueltas en la cabeza sin orden ni concierto, todavía le costaba reconciliarse con la idea de que la pesadilla había terminado, que el cuerpo de Alburn yacía en el suelo helado de Canadá por obra de aquella hechicera. Pero entonces, ninguno le decía qué le había ocurrido a la mujer, por qué Radin los había expulsado de allí de aquella manera o por qué no se reunían con ellos.

Sabía que Nishel tenía asuntos que arreglar con ese tal Noel y a juzgar por la manera en que habló de él anteriormente y su afirmación de haberle cortado las alas, suponía que lo que quiera que hubiese sucedido entre ellos en el pasado todavía vivía en su presente.

Sacudió la cabeza para despejarse y le dio la espalda a la ventana en el mismo momento en que él apareció en medio de la sala. Jadeó, su aspecto distaba mucho de ser aquel con el que había desaparecido. La sangre manchaba su rostro, una de sus alas caía hacia abajo como si fuese demasiado pesada para mantenerse alzada por encima de su hombro, sus brazos estaban manchados de tierra, nieve y lucía varios cortes pero eran sus ojos, de un intenso y claro color azul clavados en ella los que la hicieron reaccionar.

—Nishel —musitó su nombre.

Él no cambio su expresión, ni siquiera se movió.

—Creo que es imposible para mí no cometer estupideces, muñequita —declaró con voz grave, cansada—. Pero al menos de esta ya no tendremos que preocuparnos más.

Ella sacudió la cabeza y caminó lentamente hacia él.

—Estás hecho un asco —aseguró deteniéndose ante él.

Los ojos claros de aquel hombre de alas negras siguieron presos de los suyos.

—¿Dónde está ese respeto que me debes, Gabriela?

Ella sacudió la cabeza y antes de que pudiese echarse atrás le rodeó la cintura con los brazos y se pegó a su cuerpo.

—Lo siento, señor —murmuró ocultando el rostro en su pecho cuando las lágrimas decidieron hacer acto de presencia—, pero se ha muerto de un susto.

Sintió como los brazos masculinos se cernían a su alrededor, cobijándola en su calor.

—No vuelvas a hacerme esto jamás —musitó ella contra la tela de su camiseta.

No se dio cuenta de que él había estado conteniendo el aliento hasta que notó como lo expulsaba.

—Gabriela…

Ella negó contra su torso, entonces se apartó lo justo para levantar la mirada.

—Y háblame —insistió contemplando su rostro—. Esto todavía resulta demasiado bizarro para mí, pero necesito saber la verdad, necesito saber todo, señor… Te necesito, Nishel… te…

Él le silenció los labios con un dedo impidiéndole decir aquella palabra.

—Cuando termine el contrato —pidió acariciándole los labios con el dedo—, verás las cosas de otra manera… Han sucedido demasiadas cosas en muy poco tiempo, necesitas poder asimilarlo todo.

Ella se liberó de su mano y frunció el ceño.

—Sí, necesito hacerlo —confirmó—. Pero eso no hará que cambie lo que siento por ti, pedazo capullo.

Él sonrió, aquella sonrisa que prometía cosas indescriptibles.

—Eso espero, mi muñequita, eso espero —aceptó inclinándose sobre ella para reclamar su boca con un hambriento beso lleno de promesas.

EPÍLOGO

Una semana después…

Ross deseaba fervientemente tener otro trabajo, le daba igual cual fuese, pero uno en el que no tuviese que verse metido en la cantidad de problemas que le habían dado las cuatro personas que estaban ante él. En menos de quince días, aquellos elementos se las habían ingeniado para dejar tras de sí varias reglas rotas y dos cadáveres con los que él tendría que lidiar.

—Si sigues poniendo esa cara durante mucho tiempo más, Ross, te saldrán arrugas y ni la mejor de las cremas podrá hacer nada para repararlo —le dijo con tono inocente la humana que permanecía al lado de Nishel.

Sabía que el contrato que había unido a aquellos dos por medio de la Agencia y que fue el motivo por el que permitiese al caído hacerse cargo de ella, se había extinguido dos días atrás. Por suerte para él la pareja seguía junta lo que le ahorraría muchos dolores de cabeza al tener que explicarles el infierno que habían organizado los dos y del que posiblemente no tendrían ni la más mínima idea.

Su mirada cayó con todo el peso de su poder y posición sobre la voluptuosa humana, quien se arrimó aún más a su compañero.

—Agradezco tu preocupación por mi estética, Gabriela —señaló. Utilizó su nombre real, aquel que aparecía en su partida de nacimiento y en el carné de identidad—. Pero si fuese tú me preocuparía más por las consecuencias de toda la mierda que habéis vertido sobre mi escritorio.

Un bajo resoplido salió de los labios de la joven hechicera, su mirada del tono azulado del hielo se encontró con la suya durante un breve instante.

—¿Lo siento? —declaró Ankara con tono cansado. La muchacha parecía todavía débil, pero mucho más centrada de lo que al parecer estaba cuando decidió poner término a la vida de un hijo de puta—. Quizás debiese haberle pedido que bajase antes el arma, pero dudo que me escuchase entre tanto tiro.

—Kara… —La sutil advertencia de su compañero, no fue tan rotunda como solía serlo—. No le des más combustible con el que rociarnos al bueno de Ross.

¿Ahora era el bueno de Ross? Puso los ojos en blanco y miró a Radin, quien se limitó a alzar las manos a modo de rendición.

—Aceptaría la responsabilidad de lo ocurrido, pero eso sería sacarle a ella las castañas del fuego y ya es lo suficiente adulta como para que empiece a lidiar con las consecuencias de sus actos —aseguró, entonces miró a su compañera—. Pero si te sirve de consuelo, prometo atarla en corto a partir de ahora.

¿Realmente tenía aspecto de hermanita de la caridad? Aquella pareja de insensatos lo estaba toreando y se estaban saliendo con la suya. Señor, que vida más dura.

—Tengo ahí fuera un cadáver humano con unos resultados que los forenses no pueden explicarse —empezó a enumerar. Su mirada se posó en ese momento sobre Kara y Radin—. El buen doctor es incapaz de explicarse cómo es que el tejido humano se congeló y cristalizó de esa manera en lo que supone un periodo de tiempo récord y con unas temperaturas propias del Ártico

y no de Canadá.

La mujer se mordió el labio inferior.

—¿Ups?

Sacudiendo la cabeza se giró entonces hacia Nishel y Gabriela.

—Por no mencionar además que el Gremio está que escupe fuego por la desaparición de uno de sus «condenados» —informó, su mirada fija en la de Nishel—. Quieren la cabeza de aquel que se atrevió a ir contra sus jodidas normas, según ellos, solo otro miembro del Gremio y designado por el Consejo tiene permitido llevar a cabo tales… menesteres.

Nishel puso los ojos en blanco.

—Que se joda el Gremio, Ross —le dijo con total sinceridad—. Ese hijo de puta fue el culpable de la muerte de Tori y conspiró con el despojo humano que tienes en la morgue para lastimar a mi mujer. Si no hubiese ido a por él, se las habría ingeniado para ir a por Gabriela y entonces sí que tendrías un problema de proporciones bíblicas entre las manos. Nadie toca lo que es mío y se va de rositas.

Ella arqueó una ceja en respuesta a la declaración masculina y se giró hacia él.

—¿Y ahora eliges el momento para decirlo? —se ofuscó ella—. Dos días, Nishel, dos jodidos días… ¿Y lo haces ahora?

El caído entrecerró los ojos sobre su compañera, pero se podía ver la dicha y la felicidad en su aura.

—¿No te parece buen momento para decir que te quiero y que me perteneces?

Ella bufó.

—Hombres —declaró con un mohín.

El policía sobrenatural negó con la cabeza y alzó una mano para interrumpir a la pareja.

—Ya que sacas el tema, imagino que este es tan buen momento como otro para decirte que ella es tu nuevo custodio.

Ambos se giraron hacia él con sendas expresiones de sorpresa y perplejidad.

—¿De qué diablos estás hablando? —se adelantó Nishel.

Él señaló lo obvio.

—Gabriela es humana —le recordó—. Y la has introducido, a sabiendas, en un mundo que no debería de saber siquiera que existe… A la luz de los últimos acontecimientos, creo que la mejor solución en este caso es que tú te hagas cargo de ella, la vigiles y evites que divulgue cualquier clase de información que pueda llegar a resultar letal para nosotros.

La aludida parpadeó y frunció el ceño.

—Es broma, ¿no? —preguntó—. ¿Tienes tantas ganas de verme encerrada en un sanatorio mental y con camisa de fuerza?

Él se encogió de hombros.

—Esa era mi segunda opción —aceptó.

Ella abrió la boca para replicar, entonces sacudió la cabeza y se acercó todavía más a Nishel.

—Gracias, pero creo que me quedaré con la primera opción —aceptó ella y miró a Nishel —. ¿Verdad?

Él ladeó la cabeza.

—Si tienes que preguntarlo es que todavía no te he castigado lo suficiente.

Ella se llevó inmediatamente las manos atrás para cubrirse el trasero.

—No dije nada —rectificó rápidamente.

Le sonrió y sacudió la cabeza para luego volver su atención de nuevo hacia él.

—Acepto —anunció con firmeza—. No es como si pudiese enmendar ya el vínculo que la une a mí.

Aquello pareció llamar la atención de la chica.

—¿Vínculo? ¿De qué vínculo estamos hablando, alas negras?

Él se inclinó sobre ella.

—Ya te lo explicaré.

Satisfecho con la forma en que se había solucionado esa parte del problema, se giró a Radin.

—Voy a estar vigilándola personalmente —le dijo al tiempo que señalaba a Ankara—, así que te sugiero que hagas todo lo que esté en tu mano y más para que ella no rompa las cadenas, porque en el momento en que lo haga habrá firmado su sentencia de muerte.

El hechicero se tensó ante sus palabras, su mirada se encontró con la suya en una silenciosa advertencia que ambos sabían se cumpliría llegado el caso.

—Haz lo que tengas que hacer, Radin, pero mantenla a raya —insistió—. No le será concedida una segunda oportunidad.

Un seco asentimiento fue toda confirmación que recibió de su parte.

Dejando escapar un profundo suspiro, les señaló a los cuatro la puerta.

—Ahora largaos y procurad no meteros en más líos —los echó—. Mi carpeta ha quedado repleta para varios siglos.

Nishel salió tras su nueva custodio, el atardecer los recibió con su cielo anaranjado, un día terminaba para dar paso a otro nuevo, un ciclo que se repetía en todos los aspectos de la vida. Morir para renacer.

—Yo… no te he tenido oportunidad de darte las gracias —se adelantó hasta quedar delante de la hechicera—, no solo me salvaste la vida… me devolviste la paz.

Aquello cogió por sorpresa a la joven hechicera quien se sonrojó y se encogió ligeramente de hombros.

—Tienes un alma pura, Gabriela —le dijo en voz baja—, y un corazón lo suficientemente grande como para conceder segundas oportunidades a aquellos que piensan que no lo merecen… Él estaba obsesionado, su mente estaba rota, estaba más allá de cualquier clase de redención.

Su compañera asintió y miró a Radin, su gesto no podía ser más irónico.

—Será mejor que la trates bien —le advirtió clavando el dedo en su pecho—, como a una auténtica princesa, porque si no voy a ser yo y no Ross, quien te pegue una patada en el culo.

Su amigo se echó a reír, le miró un instante como pidiendo permiso y se inclinó sobre ella.

—Solo si tú te portas como una auténtica diablesa con el caído —le dijo y depositó un suave beso en sus labios—. Cuídate, rubita.

Antes de que ella pudiese decir o hacer algo al respecto, los dos hechiceros se desvanecieron.

—La cuidará —le susurró al oído, sus manos rodeándole la cintura—, él es todo lo que separa a Ankara de una muerte segura, no permitirá que le pase nada.

Ella asintió y recostó la cabeza contra su pecho.

—¿Ahora vas a explicarme lo de ese vínculo?

La giró en sus brazos de modo que quedase frente a ella y le acunó el rostro entre las manos.

—Te amo, Gabriela —declaró—. *Mía*, mi muñequita. Con todo lo que soy y seré, mi vida

y mi alma son tuyas.

Sus ojos empezaron a brillar, humedecidos por las lágrimas.

—El vínculo que nos une no es más que una extensión de ese amor, de mi promesa de permanecer a tu lado hasta el fin —continuó sin dejar de mirarla—. Mi alma reconoció a la tuya en el mismo momento en que la sintió, ¿esperabas realmente que te dejase marchar después de nuestro contrato?

Ella se lamió los labios.

—Esperaba que no lo hicieras —aseguró con una dulce sonrisa—. Porque me obligarías a perseguirte, hasta el fin del mundo si hiciese falta para decirte… que me entregaré a tu placer. Te amo, mi ángel, mi guardián, mi insufrible y pesadísimo *Maestro*.

Nishel no necesitaba más, con ella tenía más que suficiente para olvidar el pasado y abrazar de una vez por todas, el presente y el futuro.

—Ah, mi pequeña y díscola sumisa, mi Gabriela, *mía* para la eternidad.

ARDIENTE Y CELESTIAL -LIBRO 4-

Convertirse de la noche a la mañana en un Ángel Custodio, apestaba.
Convertirse en su ángel custodio, lo conduciría al suicidio.

Naziel estaba convencido de que el Haven lo tenía inscrito en su lista negra. No había otra razón que explicase el que llevase cuatro malditas semanas custodiando a la desastrosa y exasperante Claire Campbell. Después de todo, él era un Arconte, un Vigilante, no un jodido Ángel Guardián.

Cuando aceptó hacerse cargo de ella, lo último que se imaginaba era que terminaría siendo reclutado por la maldita Agencia Demonía y que ella sería su misión de Navidad.

Claire nunca pensó que una pequeña confusión de identidad la llevaría en Nochebuena a abrirle las puertas de su casa a un sexy y ardiente ángel que traía bajo el brazo algo más que el aguinaldo de Navidad. Un error de cálculo que estaba a punto de sumergirla en dos de las más calientes y excitantes noches de toda su vida.

Cuando un Agente está de servicio, la noche promete ser Ardiente y Celestial.

PRÓLOGO

Iba a matarla.

No había error posible. Pondría las manos alrededor de ese cuello de cisne y apretaría hasta que el rostro se pusiese rojo, luego azul y la última brizna de aire abandonase los pulmones.

Naziel podía ya visualizar sus manos alrededor de su piel, un tono más oscuro contra el claro de ella. Una fantasía que contribuía a terminar con el tedio y la desesperación que lo llevaba a pensar en tal venganza.

Miró la marca en el dorso de la muñeca y suspiró. Ahora comprendía porque nunca serviría como ángel custodio. Él era un guerrero, un V*igilante*, el hacer de niñera no era para él. Y sin embargo ahí estaba, cuidando de la desastrosa mujer a petición de la única persona a la que debía algo; Axel.

Las mujeres humanas eran sin duda el peor de los encargos. Estúpidas y arrogantes hembras, celosas y codiciosas, tan peligrosas como el más fiero de los animales y listas para despellejarse las unas a las otras por algo tan absurdo como la última prenda en rebajas. En su opinión, solo tenían un servicio útil; el que estuviesen dispuestas a un buen polvo cuando la situación lo requería.

Ella sin embargo, no servía ni para eso.

Claire Campbell era la antítesis de cualquier mujer moderna del siglo veintiuno y eso habiendo nacido hacía poco más de treinta años antes en algún pequeño recoveco de Escocia. De padre escocés y madre española, la mujer poseía una mezcolanza de razas interesante, pero a sus ojos no podía resultar más insulsa. Con el pelo trigueño recogido en un apretado moño, la piel demasiado blanquecina y unas profundas ojeras bajo unos ojos marrones, permanecía acostada sobre el diván de la terapeuta a la que llevaba acudiendo los últimos tres meses. Sus manos, firmemente enlazadas sobre el estómago, parecían a punto de romperse de un momento a otro por la tensión.

—Si no te relajas, terminarás por quebrarte alguna falange —comentó en voz alta mientras caminaba hacia ella. Como su ángel custodio *sustituto*, ella no podía verle ni oírle lo cual era una verdadera lástima—. Lo que nos llevará a ir al maldito hospital y perder otras tres o cuatro horas para nada. Y llevamos aquí más de una jodida hora, así que cuéntale la misma sarta de estupideces de la última sesión y vámonos.

Una hora, doce minutos y cuarenta y tres segundos. Cuarenta y cuatro y la manecilla del reloj continuaba marcando el paso del tiempo. Aquella era la cuarta sesión a la que acudía con ella y empezaba a cansarle su actitud. Ese desastre con patas con nombre de mujer tenía la autoestima de una almeja, el cuerpo de una musa de *Rubens* que hubiese pasado hambre y unos enormes ojos más parecidos a los de un ciervo con gastroenteritis que a la textura del whisky a la que en realidad se parecían.

Sí. No era precisamente un modelo de alta costura, ni pasaría por un ángel de *Victoria Secret*, pero tenía unas facciones poco corrientes y un cuerpo curvilíneo que se empeñaba en ocultar bajo el horror que ella consideraba moda.

—Todo se reduce a una cuestión de perspectiva, Claire. —La psicóloga seguía su monólogo cómodamente instalada en un asiento a su lado. Su mirada alternaba entre la libreta en

la que había estado tomando notas y su paciente—. Tienes que mirarte al espejo y adorar lo que ves.

No pudo evitar poner los ojos en blanco y soltar un profundo bufido. Se miró las impecables y recortadas uñas.

—Póngaselo por escrito, Doc —rezongó—. O aún mejor, grápeselo a la frente. Es la única forma en que pueda verlo cada vez que pasa por delante de un espejo.

Ajenas a sus comentarios la mujer continuó.

—Debes quererte a ti misma para que te quieran.

Su atención pasó de la paciente a la terapeuta.

—¿Y para decirle eso es necesario que pague una sesión de sesenta dólares y tener un título en psicología? —farfulló con ironía—. Me equivoqué de trabajo.

La suave y cálida voz de Claire inundó la sala. Tenía que reconocer que aquello era una de las cosas que más le inquietaba en ella, su voz. Una cadencia suave y sensual que haría que cualquier hombre, con una polla entre las piernas, pensara en algo más que en el partido de la *Super Bowl* de la próxima semana.

—Lo intento —declaró con vacilación—. Intento mirarme en el espejo cada mañana y recordarme a mí misma que soy especial. Que soy hermosa.

La psicóloga garabateó algo en su libreta antes de inclinarse hacia delante.

—No basta con decírselo, Claire, tienes que creer en esas palabras que pronuncias —le dijo con suavidad.

Él chasqueó la lengua.

—Quizás fuera más sencillo, si se vistiera como una mujer y no como una monja de clausura —rezongó a sabiendas de que ninguna de las dos mujeres lo oía—. Mírate, pareces un espantajo con ese saco que compraste en la tienda de la esquina. Incluso la tela del mantel de la cocina es más adecuada para ti.

La vio parpadear, vio el brillo en sus ojos y por una milésima de segundo sintió ganas de zarandearla.

—¡Ni se te ocurra derramar una sola lágrima! —siseó inclinándose sobre ella—. Estoy de tus lloriqueos hasta… el mismísimo Haven. Señor… tú lo que necesitas es que te echen un buen polvo, alguien con una polla entre las piernas y un cerebro en la cabeza.

La terapeuta, consciente de su paciente, rescató una caja de pañuelos de encima de la mesa auxiliar y se lo tendió.

—Te vendría bien buscar nuevas actividades, quizá un cambio de aires, un fin de semana en algún lugar bonito, relajante —comentó la mujer cerrando la libreta—. ¿No has pensado en tomarte un fin de semana solo para ti? Pide cita en un SPA, alquila una casa rural, algo que se salga de la monotonía.

Dejó escapar un resoplido y se apoyó en el escritorio que dominaba una de las paredes de la habitación.

—Veamos… en las últimas cuatro semanas le pedí cita en un *SPA* y no fue, me las ingenié para anotarla a un *tapersex* y se marchó cuando empezaba lo bueno. Reconozco que fue una reunión educativa, aprendí algunas cosillas muy interesantes sobre ciertos juguetitos. Qué más… oh, sí… una cita a ciegas… Casi se me muere al ver al elemento. No puedo culparla, la verdad… No. Esta muchacha se caería de bruces antes de encontrar una polla que la satisfaga.

—¿No hay algo que te guste hacer? ¿Algo distinto que quieras probar? Un *hobby*, quizás.

Resopló. Si por *hobby* incluía pasarse el día delante del ordenador, sola, hablar con un cactus o sumergirse horas y horas en los mundos imaginarios que encontraba en los libros…

pues… sí.

—Yo… um… me gusta leer… y… escribo, de vez en cuando.

La terapeuta asintió.

—Escribir es siempre una buena terapia.

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Lo sería si los personajes de sus libros fueran reales y le diesen un buen meneo.

La mujer abrió de nuevo la libreta y anotó algo más para luego cerrarla y hacerla a un lado.

—Y… um, ¿cómo está siendo tu vida afectiva? ¿Has salido con alguien después de formalizar el divorcio?

Sus labios se estiraron con profunda ironía.

—Su vida sexual es actualmente inexistente. Ni un triste polvo en las cuatro semanas que llevo con ella. Y me atrevería a decir sin temor a perder mis plumas, que desde que ese calzonazos le dio puerta, tampoco.

La vio lamerse los labios.

—Um… bien… normal… eh, supongo.

Resopló.

—Supones de pena, pequeña —aseguró para sí. Entonces dejó su apoyo y se acercó a ella, inclinándose sobre su oído para hablarle con lentitud.

—Lo que necesitas es un buen polvo. Alguien que te maneje con diligencia y te monte a placer —le soltó sin poder contenerse—, unos días de completo desenfreno de modo que se te quiten todas esas tonterías de la cabeza.

Ella se sonrojó, notó su estremecimiento y como se giraba en su dirección encontrando su mirada incluso sin verle. Entonces sacudió la cabeza y volvió a prestar atención a la terapeuta que continuó hablando ajena a aquel intercambio.

No era la primera vez que ocurría aquella silenciosa comunicación entre ellos y no podía evitar sentir curiosidad ante una respuesta que jamás debió producirse.

—Bien… ya son casi las seis —terminó la mujer mirando el reloj. Se levantó de la silla y fue a su escritorio—. Te daré cita para dentro de quince días.

Naziel le echó un vistazo de nuevo al reloj en la pared.

—Quiero que durante los próximos días hagas una lista de las cosas que te gustaría hacer —le puso como tarea—. Hablaremos de ello en la próxima sesión.

Ella asintió y se levantó del diván. Recogió el horroroso abrigo rosa que había adquirido el mes anterior y se lo puso.

—Deberías quemar esa cosa —murmuró él sin poder contenerse. Por otro lado, lo mismo daría, puesto que ella ignoraba su presencia—. Con un poco de suerte, podré hacerlo desaparecer.

La vio despedirse de la terapeuta, recoger la tarjeta con la cita para dentro de quince días y salir por la puerta. No había llegado al ascensor cuando la escuchó dejar escapar un profundo suspiro. No tenía que ser un genio, en las últimas cuatro semanas había llegado a conocerla bien. No iba a regresar a la próxima cita.

—Esto es una pérdida de tiempo —musitó al tiempo que pulsaba el botón del ascensor.

Por una vez tenía que darle la razón.

—Sí, lo es —aceptó siguiéndola al interior del ascensor—. Y por el Haven que ya es hora de ponerle remedio.

CAPÍTULO 1

Renunciaba.

No podía seguir al lado de aquel derroche de continuos desastres que era Claire. Si se quedaba un momento más a su lado, encontraría la manera de hacerla consciente de su presencia y la estrangularía.

Y la culpa era toda de Axel. Tenía que haberse negado. Debió decirle tajantemente que no. Fue incapaz.

Él era el único que realmente se había preocupado y todavía se preocupaba de lo que pudiera pasarle. Solo él se plantó ante el Consejo Superior y evitó que le arrancasen cada una de sus preciadas plumas una por una después de su última y colosal metedura de pata. Colosal en opinión del Consejo, claro está.

En honor a la verdad, él le había salvado el culo tantas veces, que empezaba a resultarle bochornoso. ¿Pero hacía algo para evitarlo? No.

Era proclive a los problemas. Todo el estrato angelical lo sabía, desde el más insignificante *Nefilin* al más alto de los Arcángeles conocían su reputación. Su segundo nombre era "problema" y lo llevaba casi con tanto orgullo como el tatuaje que cubría el interior de su muñeca y que lo identificaba desde la *Ascensión*, como uno de los *Arconte*; un ángel de la justicia.

Lástima que su sentido de la justicia defiriera un poco de la de los de arriba.

—Tendría que estar ejerciendo de *Vigilante* con ese par de hechiceros en vez de hacerle de niñera a la insulsa humana —rezongó sin dejar de caminar por el largo pasillo—. Necesita un *Guardián*… solo serán un par de semanas…

¡Un par de semanas, sus jodidas alas!

Llevaba casi un mes *custodiando* a la insulsa humana. Veintiséis días con sus noches de desgracias ininterrumpidas… ¡Esa mujer sería capaz de hacer llorar al mismísimo diablo! El Haven sabía que él casi había llorado por no poder echarle las manos al cuello o zarandearla hasta que lo que quisiera que tuviese dentro de la cabeza hiciera contacto.

No. Axel le había pedido que lo sustituyera durante un par de semanas y por todo lo sagrado que había cumplido y con creces con su palabra. No se quedaría ni un segundo más junto a esa mujer.

Echó un rápido vistazo al largo pasillo que se extendía ante él, el mármol blanco lo cubría todo, desde el suelo hasta los altos techos abovedados en los que se apreciaban hermosos frescos multicolores. Al final de este estaba la doble puerta de color marfil que daba a la sala del Gremio; el único lugar en el que sabía a ciencia cierta encontraría a Axel o podría comunicarse con él.

Su hermano era uno de los *Angely* que todavía existían en el Haven. Ángel y demonio en un solo ser, eran los únicos dentro del círculo angelical que estaban a salvo de la "caída" y que podían disfrutar sin ambages de la vida y emociones que tanto codiciaba su especie de los mortales sin necesidad de esperar a la *Ascensión*.

"La eternidad palidece al lado de la pasión, Naziel. Nosotros podemos tener mil años por delante, pero los mortales, viven ese espacio de tiempo en un solo minuto de pasión".

Las palabras de Axel resonaron con fuerza en su mente. Él mismo había probado esa teoría en el momento de su *Ascensión*. Solo cuando ganaban sus alas y surgía en el dorso de su muñeca izquierda el emblema del *Círculo* al que pertenecía, un ángel puro tenía permitido bajar al mundo de los mortales y adoptar forma humana para experimentar el placer.

Él había adquirido el emblema del *Círculo de los Arcontes* hacía bastante tiempo y desde ese momento no le había faltado mujer o mujeres que satisficieran sus apetitos.

Sí, evitar la *caída* hasta ese momento había sido tan trabajoso como respirar.

Las puertas se abrieron ante él sin siquiera tocarlas, las hojas de marfil se dividieron con un sordo ruido invitándole a entrar en el *Salón de lo Eterno*.

La habitación circular estaba vacía, el suelo de mármol del exterior se extendía por cada recoveco y cubría así mismo las anchas columnas unidas por arcos que completaban el lugar.

Su mirada se deslizó por la silenciosa sala, entrecerró los ojos ante la fuente de piedra que presidía el centro de esta y alzó la voz.

—¡Axel! —clamó en voz alta—. ¡Deja lo que quiera que estés haciendo y trae tu maldito culo blanco aquí!

Se cruzó de brazos y esperó. Un cosquilleo en la base del cuello hizo que se diese la vuelta y mirase hacia una de las arcadas por dónde la silueta de un hombre vestido completamente de negro hacía su aparición.

—¿Es necesario pegar esos gritos, *hermanito*?

Apretó los labios en una fina línea y le observó. Al contrario que la mayoría de los seres celestiales, a su hermano le gustaba vestir de negro y llamar la atención. No había otra manera de explicar el por qué llevaba los ojos perfilados de negro y los labios pintados del mismo color, que un delgado collar tachonado le rodease el cuello y sus ropas fuesen una oda a la moda gótica y al cuero. La única nota de color era su pelo, de un rubio blanquecino y los ojos, de un intenso azul zafiro que ambos compartían.

—¿Claire está bien?

La mención de aquella mujer hizo que le latiese un nervio bajo el ojo derecho.

—No he oído campanas, así que está claro que todavía no se ha roto el cuello —declaró. Descruzó los brazos y se los llevó a la cadera—. Algo que sin duda me encantaría hacerle yo mismo… ¡Cargármela!

Los labios pintados de negro se estiraron brevemente. Ni siquiera pretendió que pareciese una sonrisa.

—Relájate, Naziel, no puedes derramar su sangre —le dijo con tono parsimonioso—. Si quieres caer, hay mejores formas de hacerlo que recurrir al asesinato de… una pobre muchacha.

Sus ojos se entrecerraron en el hombre que tenía frente a él. De no ser por que compartían el mismo color de ojos, nadie pensaría que tenían otra clase de vínculo.

—Dijiste dos semanas —le recordó intentando recuperar la calma—. Eso hace un cómputo de quince días, trescientas sesenta horas… y diría que mi buena disposición… ¡Se terminó hace otras quince!

Sin decir una palabra, Axel caminó hasta la fuente central y acarició el agua con los dedos.

—He estado ocupado —dijo. Para él aquella parecía suficiente respuesta—. Y no es como si fueses a caer por cuidar de una mujer unas cuantas semanas.

Apretó los dientes.

—Esa hembra es una nulidad sobre dos piernas —siseó—. Y te recuerdo que tu petición era temporal, Ax. Más allá de este favorcito, tengo dos custodios de los que encargarme…

Él asintió.

—Tus hechiceros están perfectamente bien —declaró con un ligero encogimiento de hombros—. Él sigue odiándola por haberle privado de la mujer que amaba y al mismo tiempo no le quita el ojo de encima por el sentimiento de culpabilidad que lo corroe al haberla abandonado cuando más la necesitaba. Y ella… bueno, el control que ejerce sobre su poder ha mejorado. No mucho… pero lo suficiente para cargarse únicamente a uno en lugar de cientos, como ocurrió la primera vez.

Él hizo una mueca al oírle. Aquello había ocurrido tres años atrás, unos días antes de que fuese asignado a los dos hechiceros como *Vigilante*. Un asunto escabroso que se había saldado con cuatro muertes. No podía culparla a la hechicera, no después de lo que vio en la mente de aquellos parásitos, lo que habían planeado aquellos humanos haría enfermar al mismísimo diablo. Sabía que si su contraparte no hubiese aparecido en aquel momento junto a ella para contenerla, posiblemente hubiese perdido la vida, algo que intuía que en ese momento era lo que ella deseaba.

—Me he ocupado yo mismo de ellos, así que por ahora puedes dejar el delantal de mamá gallina y concentrarte en Claire —le dijo con el mismo tono despreocupado de siempre—. Ella es tu prioridad ahora mismo, necesita que la cuiden y se encarguen de ella.

Resopló.

—Y cómo esperas qué lo haga, ¿huh? —se ofuscó—. No es como si pudiese ir a ella directamente y zarandearla. Oh, espera, sí, podría hacerlo… si no fuese su jodido *Guardián*.

Él sonrió ante su exabrupto y tras meter la mano en el bolsillo interior de su chaqueta extrajo una tarjeta y se la tendió.

—Estaba pensando que quizá podrías ingeniártelas para meterla en algo como esto —le entregó el cartón—. Sería una buena opción.

Miró el papel con el ceño fruncido hasta que reconoció el logotipo y el nombre inscrito en él.

—Errr… ¿Esto no se escapa a nuestra jurisdicción? —replicó con ironía.

Él se encogió de hombros.

—Tú eres el que sabe jugar con la justicia, ¿no? —le recordó oportunamente—. Estoy seguro que algo se te ocurrirá.

Antes de que pudiese dar respuesta a tal estupidez, Axel se marchó por dónde vino.

—Mierda —masculló observando de nuevo la tarjeta—. Primero *Guardián* y ahora consejero matrimonial… ¡Ja!

Claire se acuclilló para recoger la correspondencia y la publicidad que seguramente su vecina del otro lado del pasillo había dejado ante la puerta. Aquella mujer tenía la maldita manía de meter los dedos en su buzón y dejarle la correspondencia delante de la puerta. Como si necesitara que alguien le recordase que tenía facturas por pagar. Entrecerró los ojos en la letra pequeña de uno de los sobres y curvó los labios en un irritado mohín cuando los caracteres bailaron ante ella. Tenía que ponerse las gafas, eso sería después de llevarlas a la óptica para que le arreglaran la patilla que había terminado rota por enésima vez. Hizo a un lado el sobre y repasó rápidamente los demás mientras se enderezaba y hurgaba en el bolsillo del abrigo en busca de las llaves. Varias facturas, una revista de venta por correo y sí, allí estaba, el sobre rosa con un enorme Santa Claus en una esquina que solo podía pertenecer a su hermana Amanda.

Aquel mudo recordatorio de las navidades, unido a la lejanía de su familia la hizo suspirar. Ella era la pequeña de dos hermanas, en realidad, la diferencia se reducía a cuatro larguísimos

minutos, si le preguntaban a su madre. Su melliza no podía ser más distinta a ella y no solo en el físico. Mientras ella era rubia y de piel clara, Amanda era morena, el único rasgo que compartían eran los ojos marrones y la línea de la nariz. Su padre solía bromear en las reuniones familiares diciendo que ella había sido dejada en la puerta de la casa por las hadas. Su padre, de ascendencia escocesa, tenía muy arraigada una cultura que siempre le había parecido fascinante, aunque poco realista.

De hecho, la carta de su hermana venía de uno de los rincones del planeta en el que más hacía hincapié el folclore de las hadas; Amanda trabajaba como guía turística en el Castillo de Dunvengan, en la deliciosa Isla de Skye, Escocia. El verano anterior había ido a hacerle una visita y se había maravillado, no por primera vez, de una tierra que llevaba tanto en la sangre como en el corazón.

El pensar en su familia trajo una reluctante sonrisa a sus labios. Hubiese dado casi cualquier cosa por poder pasar las navidades en su compañía, como cuando era una niña, pero su familia ahora vivía desperdigada por el mundo. Amanda en Escocia, su madre y su padre en España y ella, en un pequeño y deprimente piso de alquiler en Ohio.

Su hermana la había llamado no hacía ni dos semanas para decirle que lo dejase todo y se fuese a Escocia con ella, sabía que sus padres habían adquirido pasajes para un crucero y pensaban pasar las fiestas navegando; ella no deseaba que estuviese sola.

Adoraba a su melliza, pero si algo sabía era que la idea de “fiestas navideñas” de su hermana no tenían nada que ver con lo que ella tenía en mente.

Haciendo a un lado el pensamiento de su familia, abrió la puerta y pasó al interior del oscuro piso. Encendió las luces con un golpe de los dedos, dejó las llaves sobre el mueble de la entrada y pasó directamente al salón. El viejo sofá recibió su peso con un quejido, el mismo que emitió ella mientras echaba la cabeza hacia atrás y cerraba los ojos.

—Un *hobby* —murmuró recordando las palabras de su terapeuta—. Sí… escribo… Ja, muy buena respuesta, Claire. Escribo, ¿no podía habérsete ocurrido nada mejor?

Resopló y se inclinó de nuevo hacia delante. Sobre la pequeña mesa de café descansaba su portátil y las gafas cuya patilla había envuelto provisionalmente con esparadrapo. Hizo una nueva mueca y las cogió.

—Tengo que ir a la óptica —musitó antes de ponérselas y dejarse caer una vez más contra el respaldo—. Al menos, me han pagado ya la última mensualidad…

Palpó los bolsillos de su abrigo hasta dar con el extracto que había sacado del banco. Le habían pagado, sí, con tres meses de retraso. Si no fuese por los ahorros que tenía, a estas alturas estaría viviendo bajo un puente. Pero no podía engañarse, los ahorros no iban a durarle eternamente, si no encontraba algún trabajo pronto que le remunerara ingresos permanentes tendría que pedir ayuda a sus padres, o peor, volver con el rabo entre las piernas e irse a vivir con ellos.

Había llegado a Ohio cuatro años atrás llena de ilusión y enamorada de un hombre que resultó ser un completo gilipollas. Pero eso no lo descubrió hasta después de seis meses de noviazgo y dos años de matrimonio. Qué ciega e ingenua había sido al creer que las cosas cambiarían en cuanto consiguiesen esa casa que Michael deseaba. Habían dejado la casa familiar, solo para que su suegra pasase más tiempo en su propio hogar que en el de ella. No sabía que le parecía más inverosímil, si el hecho de que su ex marido hubiese sido un niño de mamá, o que cuando se enteró de que le estaba poniendo los cuernos, la respuesta de su suegra fuese: *¿Qué esperabas, querida? Es un hombre.*

Curiosamente sus sospechas fueron confirmadas por el propio Michael apenas una semana

después, justo el día antes de su segundo aniversario. Michael había llegado a casa, había entrado por la puerta y lo primero que le había dicho era que quería el divorcio; se había enamorado de otra mujer a la que además había dejado embarazada.

En ese momento el mundo tendría que habérsele caído encima, sin embargo, todo lo que experimentó fue un inexplicable desahogo seguido de un infame ataque de risa.

Se habían divorciaron de mutuo acuerdo un año atrás y hasta dónde sabía, su ex marido ahora era el feliz padre de una niña, adoraba a su mujer y había dejado tajantemente claro a su madre que no la quería entrometiéndose en su vida. Una verdadera lástima que no hubiese pensado desde el principio en ese pequeño detalle les habría ahorrado a ambos muchos problemas.

—Sí, una verdadera lástima —musitó para sí. Su mirada bajó de nuevo al portátil y frunció el ceño—. Empiezo a pensar que es una pérdida de tiempo y de dinero acudir a esas sesiones.

Había pensado que el hablar con un especialista podría ayudarle a la hora de retomar su vida, de algún modo esperaba que aquellas sesiones la ayudasen a averiguar el motivo de su fracaso, encontrar una solución y hacer de eso modo algo que mereciera la pena con su vida.

Sacudiendo la cabeza con pesar, hizo a un lado los confusos pensamientos y abrió la tapa del portátil. Subió las gafas con un dedo sobre el puente de la nariz y arrugó el ceño al ver una pequeña tarjeta de color parduzco sobre el teclado.

—*Agencia Demonía* —leyó. Sostuvo la tarjeta entre los dedos y la miró con curiosidad. No recordaba haber dejado aquello allí. En realidad, ni siquiera tenía idea de qué se trataba—. Satisfacción garantizada.

Parpadeó varias veces, miró la tarjeta por ambas caras y con un encogimiento de hombros la dejó de nuevo a un lado.

—*Demonía*… Vaya un nombre —musitó. Involuntariamente curvó los labios y sus ojos miraron de soslayo la tarjeta—. ¿Qué clase de agencia puede tener un nombre así?

El sonido del sistema operativo al iniciarse atrajo de nuevo su atención hacia el ordenador. ¿Había pulsado ya la tecla de encendido? La pantalla de bienvenida pronto dio paso al escritorio, una foto de sus últimas vacaciones cubría la pantalla por completo.

—De acuerdo… —murmuró y movió el dedo sobre el ratón hasta abrir el explorador e iniciar la conexión a internet. La curiosidad era una de las cosas que nunca se le había dado bien ocultar—. Veamos qué es eso de la *Agencia Demonía*.

CAPÍTULO 2

Naziel curvó los labios con satisfacción. De pie tras el sofá asistía complacido al resultado de su plan. Había dejado la tarjeta allí sabiendo que antes o después esa pequeña y desastrosa mujer la encontraría. Si algo había aprendido de ella en el último mes, era su propensión a la curiosidad. Claire era curiosa, fantasiosa y con un alma dedicada a desentrañar misterios. Y aquello prometía ser un nuevo misterio para ella.

Su satisfacción aumentó cuando vio como tecleaba la dirección que aparecía en la tarjeta. Si bien conocía la agencia que llevaba Nickolas Hellmore, así como a algunos de los agentes, el funcionamiento de esta le era esquivo. Había tenido que hacer acopio de su ingenio para extraer de aquí y de allá los entresijos que la hacían una de las mejores oportunidades para la mujer que permanecía sentada en el sofá.

Se inclinó hacia delante para mirar por encima de su hombro en espera de que la página principal de la *Agencia Demonía* apareciese en pantalla. Según pudo averiguar, el programa de la agencia era el que seleccionaba a las candidatas enviando aleatoriamente los mails con el formulario o permitía la búsqueda de la web para aquellas de las poquísimas mujeres que, una vez cumplido el contrato, todavía recordaban los beneficios de dicha empresa.

La barra del *buffer* comenzó a cargar dada la lentísima conexión de aquel aparato, a los pocos segundos apareció la página web en tonos negros y borgoña con el logotipo de la agencia y el directorio para elegir entre “agente” o “cliente”.

—Ahora, sé buena chica y pulsa la tecla de cliente —dijo inclinándose sobre ella.

Ella se movió inquieta como si la hubiese molestado un mosquito. No pudo menos que sonreír al verla llevarse la mano a la oreja.

—*Agencia Demonía* —la vio leer—. Detectar el problema… Empatizar con el cliente… Mimetizarse con su ambiente… Observar su carácter… Necesidades, cubrirlas… *Wow*… ¡Qué diablos…!

Leyó con ella cada una de las acciones que correspondían a las siglas de **D.E.M.O.N.I.A.** y empezó a comprender el porqué del éxito de la agencia. Si todavía tenía alguna duda, con aquello se habían desvanecido.

—Sí, perfecto —aceptó en voz alta. Total, ella era ajena a su presencia—. Ahora, a por el siguiente paso.

Rodeó el sofá, le echó un vistazo y con una divertida sonrisa se sentó a su lado. Con un movimiento de la mano hizo que el programa cambiase a la pantalla del formulario, no había peligro de causarle una apoplejía puesto que los ordenadores a menudo actuaban como les daba la gana. Nada de *Hocus-Pocus* que pudiera enviarla de cabeza al psiquiátrico.

—Bienvenida a la *Agencia Demonía*… —leyó al mismo tiempo que ella lo hacía en voz baja—. ¿Aburrida de la rutina diaria? ¿Hastiada de la monotonía del día a día? ¿No encuentras aquello que te satisfaga, que deje una sonrisa permanente en tu rostro durante todo el día? En la *Agencia Demonía* disponemos de un selecto servicio de acompañantes a domicilio que hará que tu vida no vuelva a ser la misma de antes. No lo pienses más, lanza por la ventana la monotonía y tiéndele la mano al riesgo, encontrarás que nuestros servicios son tan calientes como el infierno. Disponemos de un servicio veinticuatro horas, los trescientos sesenta y cinco días del año,

garantizamos tu satisfacción, en caso contrario, te devolvemos el dinero.

Aquello sí que era toda una declaración de intenciones, pensó con una risita.

—Rellena el formulario con calma, sin prisas, tómate tu tiempo y da rienda suelta a tus deseos, ¿estás lista? —escuchó la voz femenina poniendo en palabras el texto que aparecía en la pantalla—. Haz clic para abrir el formulario.

Antes de que tuviese tiempo a pensar siquiera en ello, le dio a la pestaña de modo que apareciese el formulario.

—Esto se pone interesante —su mirada cayó de nuevo sobre ella—. Ahora, pide por esa boquita, pequeña y no te dejes nada en el tintero.

Oh, él sí sabía que pediría para ella… podía verlo tan claramente en su mente, que era casi como si lo llevase impreso en una camiseta.

—Datos personales, número de tarjeta de crédito, escribe los cinco requisitos que deseas en tu "acompañante" —leyó ella, pestañeando seguido—. ¿Cinco requisitos? ¿Va en serio?

Las manos se apartaron del teclado, la vio vacilar, entonces se echó hacia atrás y miró atentamente la pantalla.

—Cinco requisitos… —murmuró sin dejar de mirar la pantalla—. Cinco…

La miró, sus ojos se entrecerraron sobre ella.

—No es tan complicado, dulzura… solo… da rienda a la sinceridad… y a tus fantasías… —susurró ahora en su oído. Ella dio un respingo y se giró en su dirección observando el espacio como si hubiese captado algo, pero sin verle—. Vamos, Claire… dilo en voz alta… di lo que quieres…

Ella se lamió los labios y un pequeño susurro escapó de sus labios.

—A ti.

La inesperada respuesta lo dejó atónito. Casi por instinto alzó una mano y la sacudió delante de su rostro, pero ella siguió sin inmutarse. No tardó ni dos segundos en verla levantarse del sofá como un resorte y mirar alrededor del salón como había hecho alguna que otra vez en las pasadas semanas.

—De acuerdo, Claire, alguien acaba de pisar tu tumba —murmuró al tiempo que se frotaba los brazos y miraba nerviosa a su alrededor—. Tu imaginación se desborda y ya hasta oyes voces… Necesitas un descanso, unas vacaciones… o que me pongan una camisa de fuerza.

Frunció el ceño ante sus palabras.

—¿Voces? —repitió. Y frunció el ceño—. No es posible… no puede ser que sientas mi presencia.

Dejó su posición y se acercó a ella, deteniéndose a escasos pasos, estiró la mano hacia ella y la vio estremecerse.

—¿Qué demonios? —farfulló. Su ceño se hizo más profundo mientras la mirada.

Sacudiendo la cabeza, la mujer volvió de nuevo al sofá y al ordenador.

—Tendría que adoptar un gato —murmuró ella mientras volvía a sentarse y se inclinaba sobre la pantalla y leía de nuevo—. Cinco requisitos. ¿Y qué los contenga una sola persona? No existe ningún hombre que pudiese siquiera acercarse a lo que quiero. ¿Quién iba a interesarse en mí nada más ponerme los ojos encima? Ni con un quilo de maquillaje y con algo más cantoso.

Bufó al tiempo que dejaba una vez más el sofá y cruzaba la sala para detenerse frente a una de las ventanas para mirar hacia la calle. Los últimos rayos de sol de la tarde penetraban a través del cristal.

—Y ya no hablemos de los pegotes que vienen con ellos. Si vuelvo a tener delante otro niño de mamá, grito —se estremeció ante el recuerdo—. Y ya no hablemos del apartado sexual.

Como si cualquier hombre con más de medio cerebro, que no sea capullo integral ni amante de los esteroides, pudiese hacer algo más que pensar en sí mismo y en su pene. Uno que al menos lo encontrase dentro de los pantalones… ¿Las habría más grandes que la de ese mequetrefe? No quería a *Godzilla*, pero… juraría que era bastante pequeña.

Sacudió la cabeza como si intentase aclararse la mente.

—Seamos realistas... quiero un hombre real no un dinosaurio, pero ellos también son una raza extinta. Oh, estoy pidiendo un milagro. Ardiente y celestial… ¿existe un hombre así?

Se llevó las manos a la cabeza, Naziel pudo ver como hundía los dedos hasta el cuero cabelludo y lanzaba un pequeño gritito exasperado.

—Necesito a *Valentino* —declaró ella con repentina decisión—. A falta de una polla de verdad, tendrá que valer una a pilas.

Parpadeó varias veces ante la absurda conversación de aquella mujer consigo misma, siguió oyéndola murmurar sobre las cualidades de *Valentino* mientras cerraba la puerta de su dormitorio. No estaba muy seguro si el juguetito a pilas iba a poder servirle de mucho dado el obvio estado de frustración que envolvía a esa pequeña catástrofe con patas.

Un repentino sonido procedente del ordenador hizo que se volviese hacia el aparato. Sus labios se estiraron de nuevo al ver como el programa empezaba a cubrir el formulario por sí mismo.

Sonrió.

—Así que, así es como funcionas.

Deslizó la mirada sobre el texto que poco a poco iba surgiendo en la pantalla.

Uno. *Que no le importe mi aspecto y haya deseo en su mirada al posarla sobre mí.*
Dos. *Cubrir sus necesidades, darle prioridad. Hombre alfa, dominante.*
Tres. *Bien dotado, dentro de los parámetros estándar de la agencia.*
Cuatro. *Categoría de Agente Clase A.*
Cinco. *Ardiente y Celestial.*

En cuanto el formulario estuvo totalmente cubierto, la pantalla saltó por sí sola a la siguiente fase y el cursor se movió para dar trámite a la solicitud. Con un parpadeo, el color predominante en la pantalla cambió al borgoña y en el centro pudo ver de nuevo el logotipo de la agencia con el mensaje “Solicitud Enviada” en su interior.

Su mirada voló entonces en la dirección en la que su custodio se había marchado y esbozó una divertida mueca.

—Bueno, hermosa… esto no ha hecho más que empezar.

Como si el ordenador hubiese oído su comentario, un nuevo sonido procedente de los altavoces llamó su atención. Frente a él, la pantalla cambió una vez más.

—¿Se os ha olvidado algo? —murmuró para sí mientras observaba como la página volvía a cargarse y en esta ocasión iniciaba un trámite distinto—. ¿Nuevo Ingreso?

Se inclinó hacia delante observando con horrorizado estupor como aparecía un nuevo formulario y su nombre aparecía al lado de la entrada “Nuevo Agente”.

—No, no, no, no —echó las manos inmediatamente hacia el ordenador, pero este no respondía a ninguno de los comandos—. ¿Pero qué…? ¡Joder!

Aquella no era precisamente una de las palabras que pronunciaría un ángel, pero bueno, él tampoco era un ángel corriente.

—No me jodas…

Uno tras otro los campos que iban surgiendo en la pantalla se cubrían solos bajo su atónito estupor. Pero lo que realmente lo dejó sin palabras, fue la imagen de sí mismo que saltó durante un breve momento en la pantalla principal con la frase “Agente Externo” atravesándola.

—¿*Agente externo*? ¡Cómo que *Agente Externo*!

Un par de pantallazos más y sus ojos quedaron fijos en la última de las páginas en las que se destacaba una única frase final.

“Bienvenido a la Agencia Demonía, Agente Naziel”.

Gimiendo se levantó de un salto.

—*Justicia ante todo* —musitó, recitando el lema de su Círculo—. ¡Y una mierda!

CAPÍTULO 3

—Tú debes ser el nuevo agente.

Naziel parpadeó varias veces ante la menuda mujer sentada tras el enorme escritorio de la oficina principal de la agencia, sus ojos grises lo miraban bajo unas tupidas pestañas negras, del mismo color que su pelo. De piel clara y facciones dulces, la hembra parecía mucho más inocente de lo que era en realidad.

—Nick dejó dicho que vendrías —aseguró sin dejar de mirarle. Una tibia sonrisa curvaba sus labios.

La aseveración no hizo más que contribuir a su mal humor, por si no fuera suficiente tener que lidiar con aquel desastre, ahora acuciaba también la necesidad de volver con su custodio. Aunque no era un *Guardián* propiamente dicho, había aceptado la tarea, lo que suponía un vínculo invisible que lo unía a la mujer que tenía que cuidar. El mantenerse alejado de ella era doloroso. Nunca había experimentado nada igual, era como si su piel fuese pinchada a la vez por miles de pequeñas agujas con cada nuevo minuto que pasaba lejos de su custodio. Una reacción que solo añadía más leña al fuego en el que ya se estaba consumiendo.

—¿Dónde está ese maldito demonio?

La mujer perdió su afable sonrisa y la sustituyó por algo menos encantador, sus pequeñas manos se cruzaron sobre el escritorio y lo fulminó con la mirada.

—Y luego dicen que los ángeles sois… educados.

Él puso los ojos en blanco y se acercó a ella, sus manos cayeron con estruendo sobre la mesa haciendo que diese un respingo.

—Solo dime dónde encontrarlo —siseó. No tenía ganas ni tiempo para perderlo en chácharas.

Para su absoluto estupor, ella le sonrió ampliamente, posó una mano sobre las de él y buscó su mirada.

—Guarda el ardor para tu cliente —le dijo con descaro. Entonces se echó hacia atrás y abrió uno de los cajones del escritorio y extrajo de su interior el contenido que fue depositando sobre la mesa al tiempo que le explicaba—. Aquí tienes tu PDA, procura no mojarla, ni quemarla y evita los golpes. Solo necesitas que firme, ahora está programada también para captar huellas dactilares, así que ya sabes. Una vez lo haga, puedes enviármela de regreso. Estos son los papeles del contrato con tu cliente, una copia del formulario con los requisitos y… ¿dónde está? Ah, aquí. Esto es para ti. Léelo y no hagas pucheros. Y pon especial atención a la parte del *Pacto*.

Deslizó los ojos sobre los objetos que le iba mostrando con abierto estupor, esa mujer no podía estar en su sano juicio. ¡Él no quería una cliente! ¡No quería formar parte de esa maldita agencia! Por el Haven, era un *Arconte*, un ángel de la Justicia, su trabajo era vigilar a aquellos que por un motivo u otro habían cruzado o estaban a punto de cruzar la línea que los declararía proscritos. Ahora mismo debería estar vigilando a los dos Altos Hechiceros y no asistiendo a una reunión absurda.

—Mira, encanto…

Ella se detuvo y lo miró con una mueca.

—En estos momentos, Jefa o Señora para ti, *Arconte* —declaró con firmeza—. Estás hablando con la nueva presidente de la *Agencia Demonía*, lo que por extensión, querido, me convierte en tu jefa y a ti en mi empleado.

Entrecerró los ojos sobre ella cada vez más enrabietado. El tirón que ejercía su custodio lo estaba poniendo de los nervios, necesitaba volver con ella, con su suerte era capaz de intentar ahogarse en la taza del WC.

—Enhorabuena por el nuevo cargo, señora —declaró haciendo especial hincapié en lo de "señora"—. Pero da la maldita casualidad de que yo… ¡No pertenezco a esta maldita agencia! Como muy bien has apuntado, soy un *Arconte*… De alguna manera, aquí se ha cometido un colosal error…

Ella se encogió de hombros.

—No te preocupes, Naziel, en la agencia tenemos demonios, ángeles caídos, ángeles no caídos, íncubos, mestizos, algún que otro chucho… Tenemos una mentalidad muy abierta —aseguró ella con una repentina y beatífica expresión—. Como ves, encajarás perfectamente.

Sacudió la cabeza e hizo un verdadero esfuerzo por no ponerse a gritar.

—No me has entendido —replicó con lentitud. Tanta como le era posible para no acabar haciendo saltar en pedazos aquella maldita oficina y a la irritante hembra con ello—. Es mi custodio el que tenía que ingresar como cliente…

Ella asintió.

—Entiendo.

Él se exasperó.

—No, no lo entiendes —insistió—. Ese… ese... lo que sea con el que funcionáis aceptó su solicitud…

Ella se cruzó de brazos.

—Si la aceptó es porque realmente es una candidata adecuada para la Agencia —le informó con aplastante seguridad.

Asintió, aquello no podía discutírselo.

—Sí, lo es —aceptó—. Pero el problema es que ese dichoso programa… actuó por sí solo y sin permiso a la hora de incluirme a mí como maldito agente externo.

Ella chasqueó la lengua, entonces se tomó unos momentos para mirarle de arriba abajo.

—Sin duda tenía sus motivos para ello —le dijo y se lamió los labios antes de volver a fijar la mirada sobre él—. Míralo de este modo, te ha seleccionado como Agente Externo, lo que implica que no formas parte oficial de la plantilla… Puedes ir y venir a tu antojo, decidir si quieres aceptar los contratos que vengan o no…

No la dejó terminar.

—Bien, porque no estoy interesado en un maldito contrato de ninguna clase —declaró con exasperación—. Lo único que necesito es que se le asigne un agente a Claire y…

Recogiendo todos los papeles que había esparcido por la mesa, los metió en una carpeta amarilla y los plantó entre sus manos seguidas de la PDA.

—Ya le ha sido asignado —le informó al tiempo que buscaba su mirada—. Tu contrato es de solo dos días. Pero dos días muy especiales. Procura poner una sonrisa en ese rostro marfileño y ensaya el *"Ho-Ho-Ho"*, estamos en Navidad.

Palideció, estaba seguro que el color de su piel debía haber perdido varios grados de pigmentación ante sus últimas palabras.

—¿Cómo que ya le ha sido asignado?

Ella señaló los papeles y la PDA que le había entregado con un gesto de la barbilla.

—La conoces, has pasado cierto tiempo a su alrededor, sabes mejor que nadie lo que necesita y no es como si no supieras que hacer con lo que tienes entre las piernas, ¿huh? —declaró recostándose en el respaldo de su asiento—. Eres el agente perfecto para ella, *Arconte*. El único en realidad.

Alzó la mano y empezó a moverla en un gesto de despedida.

—Pásalo bien con Claire, encanto.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, se encontró a sí mismo con la carpeta en las manos y la PDA anchada al bolsillo de su pantalón ante la puerta principal del edificio de la agencia. Por el lado de fuera.

Aquella maldita mujer acababa de convertirlo en agente de su propio custodio.

¡Mierda!

CAPÍTULO 4

Claire no podía apartar la mirada del contestador, había reproducido el mensaje al menos cinco veces y seguía conteniendo el aliento cada vez que oía la voz de su madre:

Tu primo Mackenzie estará estos días en la ciudad y es una tontería que se busque un hotel, así que le dije que podía quedarse contigo. Recuerdas a Mac, ¿verdad, cariño? Él y tú solíais bañaros desnudos en la piscina de casa.

Sí, cuando ambos tenían cinco jodidos años. Y lo poco que podía recordar de su primo, el hijastro del hermano de su madre, eran los mocos pegados a una enorme nariz.

Su madre tenía que estar bromeando, no era posible que le hubiese dado a un desconocido, por muy familia que fuese, su dirección y le ofreciese su casa.

Sacudió la cabeza y volvió a marcar el número de su, en aquellos momentos, nada querida madre pero el contestador saltó una vez más y no tenía sentido añadir otro mensaje a los otros tres que le había dejado. Había pensado en llamar a Amanda, pero dudaba que su hermana estuviese al tanto de la ocurrencia de su madre y mucho menos recordase al primo Mac.

¿Qué demonios le pasaba a su familia? Si la locura era congénita, esperaba que tardarse mucho, pero que mucho tiempo en llamar a su puerta.

—¿Y ahora qué hago? —Aquella sin duda era una buena pregunta, pensó.

No podía meter a un completo desconocido en su casa. Entre otras cosas porque no contaba ni siquiera con un cuarto de invitados y el sofá, bueno… su sofá no era material de más de una noche. Y una noche muy incómoda.

—Están locos, están todos locos —anunció en voz alta.

Sí, tenía que adoptar un gato. Si seguía hablando sola mucho tiempo más terminaría perdiendo la cabeza, por no hablar de que las voces que a veces se filtraban en su mente contribuirían a agilizar su internación en un psiquiátrico.

Quizá debiese haberle hablado a la doctora sobre esos extraños episodios que venía sufriendo el último mes, pero admitir algo como escuchar voces o que en ocasiones sentía como si hubiese alguien a su alrededor sería admitir para consigo misma que había entrado ya dentro de la locura familiar.

Se había reído cuando Amanda le contó el verano pasado que creía que el castillo en el que trabajaba estaba ocupado por un fantasma, uno de los jefes del clan Mcleod nada más y nada menos. Ambas habían bromeado con la posibilidad de que el hombre hubiese sido maldecido por las hadas por algo que sucedió con la *Fairy Flag*; un trozo de tela demasiado vieja que se exhibía en el mismo castillo.

Se habían reído juntas ante lo absurdo de la situación, pero tenía que reconocer que cuando visitó el edificio con ella, el ver colgadas llaves de hierro delante de cada umbral y ventana, o incluso el entrar en aquella pequeña sala húmeda y de piedra le había puesto los pelos de punta.

Sí, empezaba a acariciar peligrosamente la tela de la camisa de fuerza con la que la encerrarían en la más cercana institución mental.

Dejando de lado la situación la salud mental familiar, dejó caer la mirada sobre el teléfono y se pasó una mano por el desordenado pelo. Ni siquiera se había vestido todavía, con las

zapatillas de felpa rojas, el pantalón de franela gris y rojo y una simple camiseta de tirantes gris había dejado la cama de un salto para coger el teléfono, pero había llegado a tiempo únicamente de escuchar el mensaje de su madre.

—Voy a terminar enloqueciendo con esta familia —masculló. Giró sobre sus talones y arrastró los pies con desgana en dirección a la cocina. Una taza de chocolate caliente la animaría y quizá pudiese acompañarla de una de esas galletas de jengibre que había comprado la tarde anterior en la pastelería.

La cocina no era más que un pequeño cubículo en el que a duras penas cabía ella y la caja que había sacado del desván con los adornos de navidad. Tendría que haber empezado a poner semanas atrás, pero le sobrevino tal desgana que incluso el pensamiento de tener que salir a comprar un abeto o armar esa cosa de plástico de color blanco nevado que se habían empeñado en comprar sus padres el año pasado, resultaba un trabajo agotador.

—Y pensar que mañana ya es navidad —suspiró mirando la caja—. Supongo que podría poner la guirnalda en la puerta, eso me ahorrará el tener que escuchar a mi querida vecina, con su voz altisonante, preguntar si carezco de espíritu navideño.

Tras meter la capsula en la cafetera y añadirle agua, dejó que se hiciera su chocolate mientras rebuscaba en la caja y extraía una típica guirnalda navideña adornada con campanas, piñones y cintas rojas.

—Esto servirá —musitó. Colocó con los dedos las hojas y el verde del cuerpo de la corona y comprobó que todavía tenía el enganche de colgar—. Feliz navidad, Claire… con suerte pasará pronto y llegará el nuevo año cargadito de nuevos desastres.

Catastrófica. Tenía que reconocer que se había vuelto muy catastrófica desde el divorcio. El año anterior sus padres y su hermana habían venido a pasar las navidades con ella, la tinta en los papeles del divorcio todavía estaba fresca y pensaron que necesitaría apoyo emocional. Esta sería su primera navidad sola, sin su exmarido dándole la lata para que firmase pronto los papeles, ni su ex suegra diciéndole que era una mujer adorable y que esperaba que le fuese bien en la vida. Oh, sí. El año había sido especialmente duro en muchos aspectos, pero ninguno incluía el echar de menos a ninguno de esos dos.

Cogió la chaqueta del pijama, subió la cremallera y ronroneó feliz ante el calorcillo de la amorosa tela. Ni siquiera se dio cuenta de que había empezado a canturrear un villancico cuando abrió la puerta, echó un fugaz vistazo para comprobar que no había moros en la costa y se dispuso a colocar la guirnalda en el pequeño clavo que su padre había clavado el año pasado.

—Así, bien colocadita —musitaba para sí misma—, ahora esa entrometida del otro lado del pasillo no podrá poner pegas a mi espíritu navideño.

Siguió colocando las cintas y los piñones mientras canturreaba en voz baja el *Jingle Bells*, moviendo las caderas al compás de una música que solo ella escuchaba en su cabeza.

—Bonita guirnalda.

Claire dio un respingo ante la inesperada voz, esta vez no había sido producto de su imaginación, el tono era lo suficientemente fuerte para saber que venía de detrás de ella. Se giró como un resorte, el corazón que le latía a toda prisa a causa del sobresalto se detuvo de golpe al encontrarse con un magnífico espécimen masculino de revuelto pelo negro e intensos ojos azules que la miraban con una pizca de contenida diversión curvándole los labios.

—Um… gracias —murmuró encontrando de nuevo la voz.

El hombre debía medir tranquilamente un metro ochenta y algo, poseía unos hombros anchos y una estructura ósea que le daba ese aspecto atlético y al mismo tiempo elegante a pesar de vestir únicamente unos tejanos azules y un suéter blanco bajo un caro abrigo. Un sobre de

rafia marrón sobresalía debajo de uno de sus brazos y una PDA colgaba del cinturón acariciando sus estrechas caderas.

Parpadeó varias veces intentando recuperar la compostura y no hacer el ridículo babeando sobre sus zapatos.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó siendo de repente consciente de su pelo despeinado, su pijama y las botitas de esquimal color rojo intenso a juego con la chaqueta de su pijama.

Él sonrió. Sus labios se curvaron en una perezosa mueca que no hizo más que añadir atractivo al conjunto. Oh, sí, los dioses existían y este había bajado directamente a la tierra a codearse con la clase plebeya.

—En realidad sí, Claire.

El oírle pronunciar su nombre la sorprendió casi tanto como el verlo avanzar hacia ella e invadir su espacio personal.

—¿Nos… conocemos?

¡Jesús! Dime por dios que este no es el primo Mac, pensó a voz en grito. Sus procesos mentales debieron reflejarse en el rostro masculino porque su sonrisa se hizo más amplia.

—En cierto modo… sí, nos conocemos —aceptó. Sin mediar palabra retiró el sobre debajo de su brazo y se lo tendió—. Esto es para ti.

Ella parpadeó y cogió el sobre sin comprender del todo que ocurría allí. Era como si su cerebro se hubiese disuelto por completo en un charco y ya no pudiese ni pensar.

—Ah… um… gracias —respondió sin saber muy bien que decir. Señor, aquel hombre no se parecía en nada al mocoso con el que se había bañado desnuda de niña, según su madre—. Ah, mi madre me dijo que te pasarías… es… *err*… Tienes que disculparme, es solo que… no te esperaba… tan pronto.

Él ladeó ligeramente la cabeza, un gesto apenas perceptible que marcaba cierta curiosidad.

—¿Ah, sí?

Se lamió los labios. *Espabila Claire,* se dijo a sí misma.

—Digamos que a nuestra familia se le da bien eso de avisar en el último momento —continuó sin detenerse—. Ella me dio la noticia esta mañana, de hecho, la dejó en el contestador... ya la conoces… imagino.

Vaya, eso sí que es un gesto de lo más sensual en un hombre. Pensó al verle mojarse los labios con la punta de la lengua. Joder, ¿se consideraría incesto desear a un primo?

Sacudió la cabeza para intentar aclararse cuando él le cogió una de las manos, le acarició los dedos y para su asombro, le llevó el pulgar hasta el dispositivo anchado al cinturón, presionándole la yema contra la suave y fría pantalla. La maniobra la había llevado a dar un paso hacia delante, acercándose incluso más a él, captando el sutil aroma de su colonia y algo más picante y masculino.

—En realidad no tengo el placer de conocer a tu familia, Claire —le dijo él subiendo la mano libre hasta su rostro, acariciándole la mejilla con los dedos para luego capturarle la barbilla y alzársela—, y en estos momentos, tampoco deseos.

Parpadeó, varias veces, su mente se había fundido ante su cercanía impidiéndole procesar aquellas palabras con la suficiente rapidez.

—¿Tú… no… no eres… el primo Mac? —musitó con la boca seca.

El índice con el que le sostenía la barbilla le acarició la suave piel debajo de su mandíbula.

—No, pequeña —le dijo con una amplia sonrisa—. Soy Naziel, tu acompañante de los próximos dos días.

Los calientes labios se cerraron sobre los suyos impidiéndole articular palabra alguna, su lengua no pidió permiso y penetro en su boca, acariciándole la suya y enlazándola en uno de los más húmedos y pecaminosos besos que había recibido jamás.

Naziel se relamió después de terminar el beso. Su sabor era mucho más dulce de lo que pensaba, el cuerpo femenino se había tensado durante un breve momento para luego derretirse en sus brazos amoldándose al suyo cuando el pitido del dispositivo anclado a su cadera rompió la intimidad del momento. Dejándola ir, se lamió los labios, bajó la mirada a la PDA y sonrió cuando vio la comprobación de la firma por huella digital de Claire en el programa. El contrato estaba hecho y ahora era suya para hacer con ella lo que quisiera.

No dejaba de resultarle curiosa la forma en la que había dado por hecho de que era otra persona, eso le había permitido tomar ventaja y solucionar un problema que hasta ese momento no había tomado en cuenta. ¿Cómo hacer que una mujer, cuyas defensas eran tan férreas como un tanque, accediese a firmar un contrato de la Agencia con un hombre que, para ella, era un completo desconocido?

Bien, ese problema había sido resuelto a su entera satisfacción, ahora, solo le quedaba pasar al segundo problema, explicar a la desastrosa humana que tenía frente a él, mirándole toda sonrojada y boqueando como un pez, que iba a hacer realidad todas y cada una de sus fantasías sexuales, supiese ella que las tenía o no.

Si de algo estaba seguro, era que para él no iba a ser ningún sacrificio cumplir con su parte del trato. Ahora que la había probado, sabía que deseaba más… y lo quería ya.

—Te daré todas las explicaciones que están pidiendo tus ojos una vez entremos, tesoro —le aseguró al tiempo que deslizaba la mirada desde el pelo revuelto al pijama y las zapatillas que llevaba—. Eso como comienzo.

Antes de que ella pudiese decir algo, bajó las manos a las caderas, la aferró trayéndola hacia él, le dio un nuevo beso en la nariz, le apretó las nalgas disfrutando de su tacto y le dio la vuelta para empujarla ahora hacia la puerta abierta y cerrarla finalmente tras él.

CAPÍTULO 5

Claire no podía creer lo que le estaba pasando. Definitivamente no estaba de pie en medio del salón, vestida con tan solo el pijama, escuchando las explicaciones de ese sexy espécimen masculino al que había confundido con su primo Mac y que en realidad no era otro que uno de los acompañantes de esa agencia en la que había estado curioseando la noche anterior.

Volvió a mirar una vez más los papeles que ya había leído tres veces y luego a Naziel. Ese era el nombre con el que se había presentado y el que figuraba en los papeles; Naziel Arconte.

¿En qué mierda de lío se había metido ahora?

—A ver si lo he entendido, no solo no eres mi primo Mac, si no que te llamas Naziel y te ha enviado esta agencia… *er*… *Demonía* —resumió lo que le había explicado él.

La diversión seguía bailando en los ojos de su indeseado invitado. Ese tío no había tenido el menor reparo en meterle la lengua hasta la campanilla y sobarle el culo. Y lo peor es que ella había disfrutado de ambas cosas.

—No me une ninguna clase de vínculo consanguíneo contigo, Claire. —Él pronunciaba su nombre de una forma que hacía que todo el vello del cuerpo se le pusiera en punta y su sexo se humedeciese de expectación.

—Mierda —gimió bajando de nuevo la mirada a los papeles ya medio arrugados que tenía en las manos.

Él dejó escapar un pequeño bufido, en su opinión parecía haberle molestado su respuesta.

—Créeme, terminarás alegrándote de que no estemos emparentados —aseguró al tiempo que le indicaba con un gesto de la barbilla los papeles—. De otro modo, no sería tan divertido cumplir con mis obligaciones.

Se lamió los labios y comprobó de nuevo que en la hoja que le había dado dentro del sobre estaba allí escrito su nombre.

—No —negó con firmeza—. Tiene que tratarse de alguna clase de error. Mira, de alguna manera os habéis confundido, quizá… Oh, por supuesto. Eso es lo que ha debido pasar.

Él arqueó una oscura ceja un tanto intrigado por su repentina explosión de alivio.

—Mi vecina se llama Clare, sin la "i" y su primer apellido, curiosamente es similar al mío, cambia solo un par de letras —empezó a elucubrar al tiempo que se explicaba—. Ha tenido que tratarse de una confusión. No es la primera vez que me viene a mí una factura que en realidad le pertenece a ella.

Le vio negar con la cabeza, un movimiento lento, los ojos azules refulgían de una forma asombrosa, casi sobrenatural mientras la miraba.

—Mis asuntos nada tienen que ver con el chihuahua rosa del otro lado del descansillo, Claire.

Parpadeó. ¿Cómo diablos? Chihuahua rosa era el mote que le había puesto ella misma cuando pensaba en su vecina. Una mujer bajita, menuda y que adoraba por encima de todo el color rosa. Su voz parecía el ladrido de un histérico perro diminuto.

—¿Cómo…?

Él la recorrió con la mirada, sin disimulo, pero manteniendo todavía la distancia estratégica que ella había instalado entre ambos.

—Digamos, que no has estado del todo sola cuando te dedicabas a despotricar contra el mundo —respondió. Sus ojos volvieron a encontrarse con los suyos—. Aunque reconozco que me resulta… extraño estar ahora frente a ti, con tus ojos devolviéndome la mirada y hablándome directamente.

Abrió la boca pero no supo que decir. ¿Por qué diablos sentía una inexplicable sensación de familiaridad cuando escuchaba su voz?

—No, esta es la primera vez que nos vemos, estoy segura —murmuró sin darse cuenta de que pronunciaba sus pensamientos en voz alta.

La perezosa sonrisa que curvaba sus labios contenía una pizca de algo más, como un secreto que no iba a desvelarle y que él sabía de ella—. ¿Quién eres en realidad?

Él descruzó los brazos y dejó su apoyo.

—Esa sí que es una pregunta interesante —aceptó. Se puso a pasear por la habitación antes de girarse a ella—. Pero temo que la respuesta no sería fácil de asimilar para ti.

Debió notar la desconfianza en su rostro, o la repentina tensión de su cuerpo, ya que chasqueó la lengua y separó los brazos del cuerpo como si pretendiese mostrarse a sí mismo.

—Quita esa expresión de tu cara. No soy un asesino en serie, ni un violador y ningún ladrón que se respete subiría hasta un quinto piso sin ascensor para entrar en una vivienda en lo que la única cosa de más valor que pudiese encontrar sería una… cafetera —le soltó al tiempo que volvía a introducir las manos en los bolsillos de la chaqueta—. Estoy aquí para hacer los próximos dos días mucho más interesantes para ti… Como tú misma puedes leer ahí, me envía la agencia.

Sí. Eso era lo que decían los papeles, el problema era que ella no había cumplimentado ningún papel y mucho menos había pagado por un servicio de acompañantes cuando no tenía ni dónde caerse muerta.

—Sigue teniendo que tratarse de un error —insistió sin dejar de mirarle—. No cubrí ningún formulario y mucho menos lo envié.

Él se encogió ligeramente de hombros.

—Aparentemente hiciste todo lo que se necesitaba hacer para que la agencia respondiese a la solicitud —declaró. En su voz había cierto tono de ironía—, de otro modo, yo no estaría aquí, ¿no crees?

De una forma retorcida, su argumento tenía cierta lógica pero seguía sin ser válido para ella. Con un suspiro, devolvió todos los papeles al sobre, caminó hacia él y se lo tendió.

—Mira, no sé qué ha podido pasar, pero yo no he solicitado esto —declaró con firmeza—. Estoy dispuesta a correr con los gastos de haberte hecho venir hasta aquí en vano mientras me reembolsáis el pago o lo que sea, si es que se ha hecho por adelantado o lo que sea. Pero no estoy interesada en… los servicios de… una agencia.

Para su sorpresa, la respuesta de él fue quitarse la chaqueta y dejarla sobre el sofá, a lo que siguió el suéter que llevaba debajo. Cada músculo de su cuerpo respondió a los movimientos, ondulándose y marcando unos impresionantes abdominales y un pecho salpicado por una breve y fina capa de vello negro que destacaba sobre la piel bronceada.

—¿Qué… qué estás…?

Dejando el suéter sobre la chaqueta, hizo rotar los hombros y estiró los brazos cual gimnasta antes de entrar en su ronda de competiciones.

—¿Haciendo? —terminó la frase por ella—. Verás, la agencia puede tener sus reglas, pero mí… *Círculo*… tiene las suyas, y una de esas es que no puedo mentir a un custodio… cliente… lo que sea con el que mantenga un vínculo… aunque sea temporal. Y dado que vamos a estrechar

dicho vínculo durante los próximos días, considero que cuanto antes sepas en lo que te has metido, antes podremos seguir adelante con todo lo demás.

Ella se tensó. Él te dijo que no era un violador, ¿recuerdas? La acicateó su mente. Sí, claro. Como que ella era un maravilloso detector de mentiras o verdades.

—Oye, mira, agradezco esta muestra de… sinceridad —dijo atropelladamente—. Pero de veras, no es necesario que… ¡Oh, joder!

Las palabras murieron en su garganta en el mismo instante en que dos enormes extremidades emplumadas empezaron a extenderse en su espalda hasta alcanzar las dimensiones nada despreciables de dos perfectas e inmaculadas alas blancas salpicadas con plumas de un tono dorado.

Con los ojos a punto de salírsele de las órbitas y la respiración congelada en su pecho, graznó una suave pregunta nada más encontrarse con su tranquila y divertida mirada.

—El motivo por el que sientes que nos hemos visto antes, que reconoces mi voz, es porque de alguna forma que todavía no logro explicarme, has sido consciente de mi presencia durante las últimas cuatro semanas que he estado a tu lado, Claire —le dijo con voz tranquila, su mirada siempre fija en la suya—. Cada humano, con cierta particularidad o porque el destino así lo exige, cuenta con un… G*uardián* que está a su lado para evitar que cometa… er… estupideces. O al menos lo intenta. Si bien, ese no es mi cometido principal, acepté el cargo de ser tu *Guardián* las últimas cuatro semanas. Así que, sí, preciosa, la agencia es justamente lo que necesitas y ellos han encontrado divertido que fuese yo el que cumpliese con todos tus requisitos.

No parpadeó. No podía. Él no estaba allí. De nuevo su imaginación le estaba jugando una mala pasada. Esto era esa parte congénita de la locura familiar que se estaba alzando cual tsunami encima de ella derivada de la soledad que sentía en aquellas malditas fiestas navideñas.

—No, ni hablar —se las ingenió para articular. Sus labios se estiraron involuntariamente en una irónica sonrisa y sacudió la cabeza—. Esto es una jodida alucinación.

Necesitando convencerse de ello, cerró los ojos y empezó a murmurar en voz baja.

—No existe. No hay un jodido y sexy ángel en medio de mi salón —repitió una y otra vez como un mantra.

El tacto de unas manos resbalando por su rostro la hicieron abrir los ojos de inmediato y jadear en busca de aire cuando ese hombre, el maldito ángel, la rodeó con un brazo atrayéndola a su cuerpo antes de hacer lo propio con aquellas malditas cosas y envolver su cuerpo en una especie de capullo.

—Prefiero la palabra *Arconte*, Claire —aseguró alzándole de nuevo la barbilla—, pero me quedaré con lo de sexy.

Sus labios rozaron una vez más los suyos y sin duda hubiese disfrutado de su beso si su cerebro no hubiese elegido ese preciso momento para desconectarse sumiéndola en la oscuridad.

Naziel se limitó a contemplar su actual problema tumbado sobre el sofá. Le había quitado las gafas, las zapatillas y la chaqueta dejándola únicamente con una delgada camiseta gris que le moldeaba los pechos y el pantalón de franela. La imagen no podía ser más sensual, para su completa sorpresa, se encontró mirándola con otros ojos, sintiendo el hambre despertarse en su interior. Su sexo se endureció en el confinamiento de los tejanos en obvia respuesta al deseo que esa mujercita había iniciado en él. Tenía que reconocer que no le había prestado demasiada atención, nunca se paró a admirar los llenos pechos que poseía, ni la suavidad de la piel que la cubría o lo largas que eran sus piernas. Era una mujer muy sensual, con llenas curvas y un cuerpo

realmente apetecible.

—Así que esto es lo que escondes bajo el envoltorio —murmuró volviendo ahora a su rostro.

Curvó los labios en una mueca irónica. Se había desmayado en sus brazos. Tenía que darle crédito, había esperado que lo hiciera cayéndose redonda al suelo pero se había mantenido firme, agarrándose con fuerza a la supuesta falta de salud mental hereditaria en su familia.

—Claire —se sentó en el borde del ancho y viejo sofá. Le acarició la mejilla con los dedos y los deslizó por su cuello hasta la piel desnuda de la clavícula—. Vamos, pequeña, vuelve a la superficie… el ángel malo se ha marchado.

Sus propias palabras lo hicieron sonreír. Había vuelto a tomar forma humana, la forma que prefería para moverse de un lado a otro e interactuar.

—Claire…

Sus pestañas empezaron a aletear, alzó los párpados y los bonitos ojos marrones con motas doradas lo miraron sin verlo realmente. Solo cuando el brillo de reconocimiento seguido por uno de temor cruzó sus pupilas fue consciente de su presencia.

Antes de que pudiese saltar del sofá, o el Haven no lo quisiera, volver a sumirse en los brazos de Morfeo, se inclinó sobre ella y capturó sus labios. Sintió su calor y blandura, el aire quedando en suspenso y finalmente la suave rendición que le permitió penetrar sus defensas y acariciarla íntimamente. La acarició por dentro, enlazando su lengua con la propia, chupando y recibiendo un pequeño gemido y el arqueo de su espalda en respuesta.

—Eso está mejor —le dijo. Le acarició la mejilla y deslizó la mano por su cuerpo hasta detenerla a la altura de las costillas—. ¿Vuelves a estar conmigo, pequeña Claire?

Su pregunta obtuvo una nueva tensión procedente de su cuerpo. Las manos femeninas se posaron sobre su pecho, empujándole.

—Quieta —deslizó la mano por su costado y la mantuvo inmóvil—. Respira profundamente.

Sacudió la cabeza como si le dijese que no podía hacerlo, sus ojos brillaban con una mezcla de excitación y temor. Los pezones presionaban ya contra el algodón de la camiseta mostrando la respuesta a su beso.

—Vas a tener que hacerlo antes o después, cariño, es un acto reflejo que no puede evitarse —le aseguró. Entonces apretó los dedos un par de centímetros por debajo de sus pechos y ella jadeó—. ¿Lo ves?

Su pecho empezó a levantarse y bajar a un apresurado ritmo y podía notar un pequeño temblor recorriéndola.

—Tú… tú… yo…

Se inclinó sobre ella y le pasó la lengua sobre los labios. Un lametón que la dejó lo suficientemente sorprendida para cortar las palabras.

—Yo… Naziel… —le dijo entrecerrando ligeramente los ojos—. Puedes llamarme Naz si quieres. No me molesta. Ahora, ¿tienes fuerzas suficientes como para hablar conmigo o continúo?

Para dejar claro lo que quería continuar, deslizó la mano hacia su pecho y le rozó el pezón con el pulgar haciendo que ella diese un respingo y el duro botón se irguiese a su contacto.

—Una decisión difícil, ¿eh? —continuó. Más para sí que para ella, la verdad fuese dicha. La respuesta de su cuerpo no hacía más que encender su propia libido.

Ella se lamió los labios y empujó una vez más sus manos apoyadas en su pecho e intentó levantarse.

—Hablar —eligió—. Ahora. Y sácate de encima…

Gruñó en respuesta y se apartó permitiéndole que se incorporara y recogiera las rodillas para luego rodearlas con los brazos a modo de protección.

—Mírame —le ordenó y antes de que pudiese negarse le cogió la barbilla y se la alzó para encontrar sus ojos—. Quiero tus ojos en mí cuando hablemos, ¿podrás recordarlo?

Se soltó de su mano apartando la cabeza y él la dejó ir. Su mirada se clavó en él con desconfianza.

—Tu voz… —empezó ella—. La escuché antes… pensé… que solo eras… parte de alguna enajenación transitoria.

No pudo evitar reír ante la seriedad con la que le informó de ello.

—Puedo demostrarte que soy de carne y hueso, Claire —aseguró de buen humor—. Entiendo lo que quieres decir, para mí también fue una sorpresa que… me escuchases y presintieses mi presencia.

Su ceño empezó a arrugarse.

—Con esta pregunta voy de cabeza a una institución psiquiátrica, pero —murmuró sin quitarle los ojos de encima—, tú… en serio… err… tienes… eso.

Él echó un vistazo en dirección a su espalda y luego a ella.

—¿Alas? ¿Plumas? ¿Un ego del mismo tamaño que mi…?

Ella se cubrió los oídos e inclinó la cabeza hasta apoyar la frente contra las rodillas.

—Es igual, ¡no quiero saberlo! —pronunció en voz alta—. ¡No me digas nada! Quiero mantener la poca cordura que me queda. Dios. Esto no puede estar pasándome. No puedo contagiarme del espíritu aventurero de papá y su creencia en las hadas y esas cosas. Joder, este es el mundo real… Se supone que yo soy la cuerda de la familia… ¡Y ahora tengo alucinaciones!

Poniendo los ojos en blanco, se echó hacia atrás en el sofá, la cogió por los tobillos y tiró de ella hacia abajo haciendo que la camiseta que llevaba se alzara al mismo tiempo dejando a la vista la piel desnuda de su estómago.

—Mírame —exigió cuando la tuvo atrapada bajo el peso parcial de su cuerpo—. Claire, obedece.

El brillo de la desesperación jugaba con las lágrimas en sus ojos.

—Necesito que me escuches, ¿de acuerdo? —le dijo muy lentamente—. Y ahórrate las lágrimas, no son necesarias. Ahora, vas a relajarte, dejarás que tu cerebro descanse durante algunos minutos mientras tú y yo llegamos a algunos pequeños acuerdos sobre los próximos dos días.

Ella se mordió el labio inferior, asintió y contuvo las lágrimas. No sabía si lo hacía porque él se lo había ordenado o porque era incapaz de hacer otra cosa.

—Buena chica —aceptó y le apartó el pelo de la cara—. Ya has leído los impresos de la agencia y sabes en qué consiste el que esté aquí ahora.

El brillo en sus ojos cambió, al igual que lo hizo su cuerpo, tensándose una vez más.

—En circunstancias normales, intentaría averiguar qué es lo que quieres o necesitas, pero te conozco bastante bien —aseguró con suficiencia—, aunque estoy abierto a cualquier sugerencia que quieras hacer durante nuestro tiempo juntos.

Ella abrió la boca pero él negó con la cabeza.

—No soy tu terapeuta, nena —la interrumpió—. A mí no puedes interrumpirme, ni venderme tus rocambolescas explicaciones… Durante los próximos dos días con sus noches, estaré a tu disposición y tú vas a estar abierta a todas y cada una de mis sugerencias.

Para hacer hincapié en sus palabras, deslizó la mano por encima de su ropa y le apretó uno

de los senos.

—Y a juzgar por la respuesta de tu cuerpo, nos vamos a entender muy pero que muy bien —sonrió de medio lado—. Intentaré ayudarte, guiarte y cumplir con todas tus expectativas, así que espero que tú pongas un poco de tu parte y colabores. Te prometo que lo pasaremos bien.

La mano sobre su pecho empezó a jugar con el pezón, le pellizcó suavemente el duro botón y luego aplicó un poco más de presión hasta arrancar un pequeño jadeo de sus labios.

—Sí —aseguró complacido—. Nos entenderemos muy bien.

Deslizó la mano sobre la tela de la camiseta hasta encontrar su piel, entonces inició el ascenso para recalar de nuevo en el mismo lugar dónde había comenzado pero esta vez por debajo de la tela.

—¿Has desayunado ya?

La inesperada pregunta pareció sorprenderla.

—Yo no —ronroneó. Sus manos se unieron entonces en una única tarea, levantarle la camiseta del pijama por encima de los senos, dejándola desnuda y expuesta a su mirada y boca —, y pequeña, realmente tú me das hambre.

Bajó la boca sobre uno de los pezones y succionó la cálida carne en su boca. Lamió con placer la endurecida punta, jugando con ella para luego abrir un poco más y morder la suave aureola que lo coronaba. Ella jadeó y su cuerpo se estremeció bajo sus manos en respuesta al inesperado ataque.

—Me gusta —le dijo al tiempo que pasaba una última vez la lengua por la endurecida carne. Sus ojos cayeron entonces sobre el otro pecho, el pezón se erguía sonrosado, esperando por recibir la misma atención—. Veamos si esta otra preciosidad puede igualar o superar el primer bocado.

Enredó con el otro pezón, lo circuló con la lengua un par de veces para luego succionarlo con fuerza arrancándole a su dueña un pequeño quejido que llegó acompañado de sus dedos cerrándose con fuerza en sus antebrazos. Sonrió contra su carne y lo lamió de nuevo, soplando sobre la húmeda aureola para prodigarle a continuación los mismos cuidados.

—Sí, sin duda es una manera perfecta de abrir el apetito —murmuró alzándose sobre ella. Entonces descendió sobre su boca y la besó, le acarició la lengua y se la chupó unos instantes antes de incorporarse y admirar su trabajo—. Perfecto. Ahora ya sabes qué clase de desayuno te encontrarás al levantarte de la cama con ese aspecto desaliñado y sensual que te rodea.

Echándose atrás, se incorporó y dejó el sofá. Observó sus pechos con aire satisfecho y deslizó la mirada a sus ojos al tiempo que le tendía la mano.

—Vamos, Claire, se acabaron los descansos —le dijo cogiendo su mano y tirando de ella hasta ponerla en pie—. Ve a ducharte y hablaremos delante de una taza de café o chocolate de la caja de adornos que tienes sobre la mesa de la cocina desde hace más de una semana.

Ella se arregló la ropa con torpeza hasta quedar de nuevo cubierta, el rostro arrebolado hacía que sus ojos brillaran todavía más y se encontró disfrutando de lo que unos pocos lametones podían hacer en su cuerpo. Si el resto de ella se parecía en algo a sus pechos, iban a ser dos días muy entretenidos.

CAPÍTULO 6

Claire estaba segura de que había perdido la cabeza. No había otra forma que explicase el estar sentada ante la barra americana de la cocina mientras observaba al aquel hombre, ángel, alucinación o lo que fuese, canturreando mientras se preparaba un café.

Unas cuantas horas atrás estaba colocando una estúpida guirnalda en la puerta de la calle y a los pocos segundos, él salió de la nada y se las ingenió para que firmase y aceptase el contrato con una agencia a la que ni siquiera recordaba haber escrito. Una agencia que le entregaba a Naziel, como qué, ¿gigoló?, durante dos días.

—Me he golpeado la cabeza —declaró con un bufido—. Alguien ha bajado, me ha dado con la guirnalda en la cabeza y yo estoy en la cama de la UCI de un hospital en coma. Sí, esa si es una explicación plausible. Todo esto no es más que una alucinación inducida por las drogas de la medicación.

La risita de su acompañante, unida a la expresión de regocijo en su rostro terminó con sus fantasías.

—¿Tengo que follarte así, en frío, para que te des cuenta de lo que es realidad y lo que ficción, Claire?

Empezaba a irritarla que utilizase su nombre. La forma en que lo pronunciaba la ponía nerviosa.

—Echa el freno, plumas —siseó. Necesitaba alejarse de ese hombre, mantener las distancias, especialmente después de lo que había hecho con sus pechos. ¡Él sí sabía usar la boca y la lengua!—. Necesito pensar y no puedo hacerlo si no dejas de dar vueltas por ahí y no guardas silencio.

Se encogió de hombros y alzó el café, que preparó para él, en señal de tregua.

—Espero que estés pensando en qué hacer con eso —indicó con un gesto de la barbilla la caja con los adornos de navidad—. Mañana es Navidad y esa cosa lleva ahí abandonada dos semanas. Me sorprendiste al ver que ponías la guirnalda en la puerta.

Se estremeció. La forma familiar en la que le hablaba, el que supiese cosas como el momento en que decidió bajar la caja del trastero la ponía nerviosa.

—¿Seguro que no eres un acosador o algo así?

No se molestó en contestar, se limitó a poner los ojos en blanco y probar su café con expresión de absoluta placidez.

—No tomas mucho café, ¿no? —dijo sin pensar.

Él la miró por encima de la taza.

—No —contestó.

No hubo más explicaciones. ¿No era todo un encanto?

—¿No deberías estar pasando estas fechas con alguien más? —insistió aprovechando que él había sacado el tema—. Como oportunamente has recordado, mañana es navidad y…

Dejó la taza sobre la mesa y apoyó las manos sobre el mostrador.

—¿Has terminado con el desayuno?

Su mirada bajó a las tostadas medio mordisqueadas y el chocolate que se había tomado.

—Si es así, levántate y sube a cambiarte —la echó. Recogió los platos y los llevó al

fregadero—. Cuando lo hayas hecho, vuelve aquí.

No pudo evitar bajar la mirada sobre sí misma y mirarse. Se había dado una ducha rápida, por temor a que él entrara sin invitación, se había puesto unos leggins de andar por casa y una amplia sudadera por encima de la camiseta de tirantes. ¿Por qué narices iba a tener que cambiarse?

—Encontrarás la ropa encima de la cama —le dijo volviéndose hacia ella—. Algo que no hiera mi sensibilidad masculina. Vamos, ve.

Parpadeó ante el absoluto e irreverente tono con el que le hablaba. ¿Acaso tenía aspecto de chacha?

—Disculpa, guapito celestial —se erizó ante su forma de tratarla—. Pero yo me pongo lo que me da la santísima real gana. No acepté órdenes del imbécil de mi ex marido, como para ahora tener que acatar las tuyas.

Él asintió con un gesto de la cabeza.

—Totalmente de acuerdo, tu ex era un imbécil —le dijo con aquel tono de voz que la ponía nerviosa—. En cuanto a lo que vas o no a ponerte. Ve a tu dormitorio. Cámbiate de ropa y vuelve aquí en menos de diez minutos. O iré yo, te quitaré lo que lleves puesto, te follaré y después te pondrás lo que te he dejado allí. Tú eliges, Claire. Puedo ser educado, permitir que te acostumbres a mi presencia o saltarme la parte de los buenos modales, arrancarte la ropa e introducir la polla entre tus piernas.

¿Había alguna respuesta inteligente a esa declaración? No lo creía. Por otro lado, Naziel no parecía el tipo de hombre que amenazaba por amenazar y ella tampoco era el tipo de mujer que se dejaba amedrentar. Se preguntaba si podría llegar al teléfono y marcar el 911 antes de que ese chalado se lanzase sobre ella.

—Ni lo pienses, pequeña —la advirtió—. No tengo el menor reparo en castigarte si haces alguna tontería de proporciones mayúsculas como la que acaba de pasar por tu mente. Ahora, sé buena chica y ve a cambiarte de ropa. Después… jugaremos.

Naziel podía decir sin miedo a equivocarse que ella quería arrancarle los ojos o los huevos. Lo que tuviese a mano. Había visto como reaccionaba ante la orden que le había dado y no pudo hacer menos que sonreír. Le resultaba atractivo ese indómito espíritu en ella, es lo que había hecho que pudiese mantenerse en pie después de lo que ella consideraba un fracaso matrimonial y siguiese viviendo en este cuchitril en vez de mudarse con su hermana Amanda a Escocia o volver a casa de sus padres.

Después de remolonear un rato, marcando su obvio desafío, arrastró los pies fuera de la cocina y se dirigió al dormitorio.

—Va a ser todo un placer jugar contigo, gatita —murmuró para sí al verla salir.

Se preguntaba si accedería a su petición y se pondría la ropa que había dejado para ella sobre la cama. Claire era una cosita sexy y se moría de ganas de verla de esa manera, esperaba que el conjunto que había elegido para ella no fuese demasiado obvio como para que la mujer se negara en rotundo a ponérselo. Aunque bien mirado, si lo hacía tendría una excusa para entrar en el dormitorio, desnudarla por completo y follársela.

¿Desde cuándo follar a esa calamidad andante había sido una de sus prioridades?

Desde nunca.

Todo había cambiado en el momento en que probó su boca, y cuando degustó esos maduros pezones… Sí, ese había sido el momento exacto. El bulto nada despreciable que le

llenaba la bragueta estaba en total acuerdo con él y sus pensamientos.

Diez minutos para acabar espachurrada en el suelo o libre como los pajaritos.

Estaba cometiendo una estupidez, una de proporciones bíblicas, pero tampoco podía quedarse en el interior de su propia casa, con un lunático acampando en el salón y el contrato de acompañante de una agencia a la que sabía con seguridad que no había enviado solicitud alguna.

Aquello podía no haber sido tan malo después de todo si el hombre en cuestión no hubiese hecho un truco de magia digno del mejor de los prestidigitadores para revelarse a sí mismo como un ser celestial. O *Arconte*, como prefería ser llamado. Fuese lo que fuese eso.

No. No existía la más mínima posibilidad de que se quedase a comprobar si toda aquella locura era una alucinación generada por su defectuoso estado mental o una absurda realidad.

Por primera vez en el tiempo que residía en aquel viejo edificio, dio las gracias por la oportuna escalera de incendios exterior que pasaba junto a su ventana. Cogió el bolso, lo lanzó al exterior y se las ingenió para seguirlo fuera; no iba a esperar ni un segundo más. El teléfono estaba fuera de su alcance en el salón y no podía llegar a la puerta de la entrada sin pasar por delante de dicha habitación, así que su única vía de escape era aquella. Intentando no hacer ruido, cerró tras de sí la vieja ventana y empezó a bajar los metálicos peldaños rogando que la temblorosa escalera no eligiese aquel preciso momento para venirse abajo. Con suerte podría alcanzar el suelo desde el último tramo descolgándose encima del contenedor, y después correr como una flecha hasta la cafetería al final de la calle. Allí podría pedir un teléfono y llamar a la policía. Sí. Ese era el plan.

Poco a poco consiguió alcanzar su meta, dejó caer una vez más el bolso al suelo, al lado del contenedor y se dio la vuelta para descolgarse hasta el enorme cubo de metal. El esfuerzo tiró de todos y cada uno de los músculos de su cuerpo desacostumbrados a tal clase de ejercicio, posiblemente mañana le doliese hasta levantar un dedo, pero ya se preocuparía de eso llegado el momento, cuando estuviese totalmente libre de aquel sexy desconocido.

¿Acababa de pensar que era sexy? Dios, estaba mucho peor de lo que pensaba.

Dejó escapar un suspiro aliviado cuando las puntas de sus pies tocaron la tapa del contenedor, soltó la fría barra de hierro de la escalera y cayó, resbalando sobre la superficie lisa para terminar con un gritito en el suelo.

—De todas las cosas estúpidas que has hecho durante este último mes, esta se lleva la palma, Claire.

El aire se le congeló en los pulmones al escuchar su voz. Un rápido vistazo hacia atrás y lo vio allí, de pie, con los brazos cruzados y una expresión nada agradable en el rostro.

Antes de que pudiese hacer algo, gritar incluso, la levantó tirando de su brazo y la obligó a enfrentar su mirada.

—Eres la mujer más exasperante que he conocido en mi vida —aseguró sin dejar de mirarla—, y también la más inconsciente. ¡Podrías haberte matado, pequeña estúpida!

Ese imbécil la estaba zarandeando. Con un siseo, se soltó de su agarre y lo fulminó con la mirada.

—No me toques —se enfadó. ¿Cómo diablos había llegado allí antes que ella?—. Te lo he dicho, no quiero tener nada que ver con… contigo o tu agencia… No… no me fío de ti.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente, el brillo en sus pupilas hablaba de represalias y se encontró temblando mientras imaginaba ya su cuerpo siendo cortado en trocitos y tirado en aquel mismo contenedor.

—Oh, no, pequeña, nada de cortarte en trocitos —le dijo al tiempo que curvaba los labios en una maliciosa sonrisa—. Ese castigo es demasiado sangriento y sucio para mi gusto y no aprenderías la lección. No, el que tengo en mente es mucho más adecuado…

Se congeló, podía sentir como el color escapaba de su rostro, como se le paraba el corazón y su respiración se hacía más pesada con el miedo.

—Si me haces daño, gritaré —se las ingenió para susurrar—. Me despellejaré la garganta hasta que me oigan incluso en Canadá.

Lo vio arquear una delgada ceja negra, su amenaza le hacía gracia.

—Supongo que tendré que convencerte de una vez y por todas que no soy un asesino de mujeres y que no disfruto de los desmembramientos —le informó. Y algo le decía que hablaba más para sí mismo que para ella—. Y el callejón parece un lugar tan bueno como cualquier otro.

Cerró los dedos alrededor de su muñeca y tiró de ella hasta la parte más escondida del mismo, dónde algunas cajas amontonadas y viejos pallets de madera ofrecían un somero refugio para el crimen que estaba segura pensaba cometer.

Naziel no podía creer la osadía y estupidez de la mujer. Claire se había descolgado como un mono por la escalera de incendios para luego dejarse caer sobre el contenedor. ¡Esa mujer estaba loca de remate! Por no hablar, que escapar de ese modo de él, lo había sorprendido casi tanto como cabreado. Esa pequeña idiota estaba convencida de que iba a hacerla pedacitos y ocultar su cuerpo. Mujeres.

Podía notar el temblor de su cuerpo mientras la arrastraba a la privacidad de aquel pequeño rincón, estaba más que decidido a darle una lección por ponerse en una situación de estupidez extrema, pero para ello tendría que convencerla primero de que no iba a ser la próxima víctima de un carnicero.

La empujó contra la pared del edificio, le atrapó ambas muñecas con una mano y se las alzó por encima de la cabeza. Sus pechos presionaron contra el frente de la holgada camiseta. La muy idiota ni siquiera se había molestado en coger una chaqueta para protegerse de las bajas temperaturas de la localidad.

—No puedes correrte —le dijo sin más. La confusión bailó en sus ojos y detuvo en seco el temor que sacudía su cuerpo—. Ese es tu castigo por hacer algo tan estúpido. No te correrás hasta que yo te diga que puedes hacerlo.

Boqueó, como un pez fuera del agua. Tuvo que contenerse para no reír ante su expresión de total desconcierto.

—Esto tiene que tratarse de una jodida broma —masculló ella. Entonces dejó su inmovilidad y se debatió contra su agarre—. Suéltame ahora mismo, maníaco homicida.

Chasqueó la lengua con cierto aburrimiento ante el insulto y presionó su cuerpo contra el de ella, inmovilizándola contra la pared y proporcionándole al mismo tiempo calor.

—Ninguna broma, Claire —reiteró sus palabras—. Pudiste haberte roto el cuello bajando por esa destartalada escalera. Alégrate que no te pongo sobre mis rodillas y te azoto el trasero hasta dejártelo como una amapola.

Ella no dejó de luchar y él no estaba de ánimo para permitirle rabietas innecesarias, deslizó la mano libre entre sus cuerpos y le apretó un pezón consiguiendo que se detuviese en el acto con un quejido.

—Recuerda, no puedes correrte —le susurró. Miró su boca y tras lamerse los labios con anticipación, cayó sobre ella dispuesto a acallar sus protestas y saborear de nuevo la dulzura de

la boca femenina.

Penetró en su boca como se moría por hacerlo en su cuerpo, la cálida lengua se unió en la suya en una batalla por el sometimiento, una en la que Claire no iba a ganar. La tensión que recorría su cuerpo se deshizo lentamente, dejándola maleable y suave bajo su mano. Siguió besándola con placidez, disfrutando de sus labios casi tanto como disfrutaba al jugar con el cada vez más duro pezón. La acarició por encima de la tela, le amasó la parte inferior del pecho con el pulgar mientras jugueteaba con la tierna carne un poco más arrancando pequeños quejidos que se tragaban sus labios.

Naziel necesitaba más de ella, quería probar esas maduras cúspides casi tanto como hundirse entre los firmes muslos, pero todo llegaría a su debido momento, por ahora tenía la misión de aleccionarla, un pequeño castigo por escapar de él y ponerse en obvio peligro. Continuó con sus caricias, abandonó su boca y le mordisqueó la mandíbula bajando por el costado del cuello para marcarla en la unión de este con el hombro. Un suave gemido escapó de ella, su cuerpo se relajaba ahora contra el suyo y le permitía tomar lo que deseaba con mayor facilidad. Cerró los dedos alrededor de sus muñecas asegurándose su inmovilidad y aprovechó la mano libre para arrastrar la tela de la camiseta y descubrirle los llenos pechos. Sus rosados pezones se encogieron ante el aire frío de la mañana, toda su piel se erizó ante el cambio de temperatura pero no sería por mucho tiempo. Cerró los labios alrededor del excitado pezón y succionó con avidez, el breve estremecimiento que la recorrió en respuesta le hizo sonreír. Se tomó su tiempo en lavar la suave carne con la lengua, atormentándola con pequeños lametones seguidos de ocasionales succiones, mordisqueó la aureola con suavidad para luego tragársela entera con glotonería.

Los pequeños quejidos que surgían de la boca de Claire pronto se convirtieron en agudos gemidos, su polla respondió a ellos engrosándose dentro de los pantalones, pulsando de necesidad. La necesidad de frotarse contra ella lo llevó a apretarse contra la uve de sus muslos, haciéndola perfectamente consciente de lo que el cuerpo femenino replicaba en el propio. Le acarició el estómago y la tripa con los dedos, provocándole cosquillas a juzgar por la forma en que se estremecía contra él, entonces se deslizó por debajo del elástico del pantalón, acariciando el borde de sus braguitas y sumergiéndose así mismo bajo la tela para acariciar el crespo vello que cubría su monte de venus y empezar a descender. Las yemas de sus dedos se empaparon en la humedad entre sus piernas, su sexo estaba mojado, empapado, podía notar la tibia y tierna carne bajo sus dedos y pronto captó los gemidos de ella en respuesta a la invasión.

—Estás siendo castigada, Claire —le recordó—, no puedes correrte hasta que yo lo diga. Eso sí considero que has aprendido la lección lo suficiente como para permitirte una pequeña liberación.

La sintió tensarse en el mismo momento que deslizaba el dedo índice a lo largo de sus pliegues, empapándose de sus jugos para finalmente sumergirse en el apretado canal.

—Como… si pudieras… evitarlo… capullo —gimió ella.

El desafío implícito en su voz acicateó sus instintos y su necesidad de imponerse sobre la pequeña e intrigante mujercita.

—Oh, cariño, créeme que puedo —le susurró dándole un nuevo lametón a su pecho para pasar al otro pezón que había dejado abandonado—. Y tú suplicarás por alivio, eso puedo prometértelo.

Deslizó el dedo fuera de ella solo para volver a introducirlo acompañado de una segunda falange.

—Y cuando lo haya hecho, volveremos a tu casa y te pondrás la ropa que te he dejado

encima de la cama —declaró sin dejar de follarla con los dedos—, y esta vez sin trucos. Vamos a ver si puedo inculcar un poco de espíritu navideño en ese bonito y apetitoso cuerpo tuyo poniéndote a trabajar.

Y la pondría, oh, sí, iba a obligarla a decorar el maldito salón con todos aquellos trastos que tenía dentro de la caja y disfrutaría mirando como lo hacía vestida con las prendas que le había dejado. Pero por ahora, se limitaría a recrearse con la dulzura que exprimía de ella.

—¿Preparada para suplicar, pequeñita?

Antes muerta que suplicar a ese hijo de puta.

Ese fue el pensamiento de Claire, el cual cambió cinco minutos después a un "si no deja que me corra lo mataré". Ese malnacido sabía lo que hacía, no bromeaba cuando le advirtió que no podría correrse, lo que se olvidó de puntualizar era que él no le permitiría hacerlo. Cuando estaba lo suficiente cerca del borde, acariciando ya el orgasmo, el muy cabrón detenía sus movimientos, dejaba que se enfriara para volver a calentarla de nuevo y el resultado era ella gimiendo y lloriqueando por que le permitiese correrse.

Señor, odiaba suplicar. No había suplicado en toda su maldita vida y ahora este hombre, un virtual desconocido, tocaba su cuerpo como el más experto pianista y le arrancaba las notas más insospechadas.

—Maldita sea, ¡acaba de una jodida vez! —terminó por chillarle. La tensión era tan fuerte que le dolía todo el cuerpo. Si había empezado estremeciéndose de frío, ahora toda ella estaba cubierta con una película de sudor que a duras penas conseguía apagar el aire de la mañana. Y demonios, la estaba jodiendo con los dedos en plena calle, apenas ocultos tras unas cajas y cartones en el callejón adyacente a su casa. Si alguien asomaba la cabeza por alguna de las ventanas… ¡Se moriría allí mismo!

Le dolían los brazos de mantenerlos en la misma posición, sentía los pechos totalmente hinchados y los pezones duros como el cristal, pero lo peor era la ardiente necesidad entre sus piernas. Los jugos escapaban de su sexo y se deslizaban por el interior de sus muslos, no podía dejar de sentir los largos dedos entrando y saliendo de ella en una cadencia que la volvía loca y la tenía siempre a punto.

—Por favor… —se obligó a pedir—. Por favor… ya… ya basta…

Los dedos se hundieron ahora con más fuerza y permanecieron un momento inmóviles alojados profundamente en su coño.

—¿Vas a dejar de hacer tonterías y ponerte en peligro?

Ella gimió.

—No me he puesto en peligro —se quejó.

Él chasqueó la lengua.

—Respuesta incorrecta —le dijo al tiempo que volvía a retirarse y empujarse un par de veces más en su interior.

Dejó escapar un bajo lloriqueo. Ya no podía más, necesitaba correrse.

—¡Lo siento! —acabó gritando—. ¿Es eso lo que quieres oír? Lo siento. Me asusté e hice algo estúpido.

El movimiento volvió a detenerse y llegados a este punto se echó a llorar.

—Por favor, ya no más —se quejó entre hipidos—. No puedo soportarlo… necesito…

Los dedos en su interior volvieron a moverse con más ímpetu, la mano que sujetaba sus brazos por encima de la cabeza la soltó para posarse sobre uno de sus pechos. Los tormentosos

ojos masculinos cayeron sobre ella con decisión.

—No estoy aquí para hacerte daño, Claire —le dijo sin apartar la mirada—, sino para darte lo que necesitas. Estás acostumbrada a hacer las cosas a tu manera, a no pedir nada por qué piensas que nada te van a dar. La gente no puede saber lo que piensas, no son lectores de mente, tienes que decírselo, hablarles… Pídeme lo que necesitas ahora y te lo daré. No estoy aquí para negarte las cosas, si no para darte todo lo que necesites.

Sin romper el ritmo, siguió acariciándola, lentamente, creando una nueva ola de excitación que la acercaba rápidamente al orgasmo.

—Dime lo que necesitas, Claire —le susurró—. Pronúncialo en voz alta.

Se lamió los labios y dejó que la necesidad hablase por ella.

—Deja que me corra —musitó. Se mordió el labio inferior un segundo—. Naziel, por favor…

Le besó los labios como premio, o eso debía ser pues la satisfacción en su rostro era clara.

—Buena chica —asintió.

Abrió la boca para pedírselo de nuevo, pero se vio interrumpida por su lengua hundiéndose en ella, uniéndose a la suya en una ligera imitación del movimiento, cada vez más rápido, que hacían sus dedos. Gimió, deslizó los cansados brazos alrededor de su cuello y se acercó más a él. Todo su cuerpo se tensó en espera de que volviese a negarle la liberación que deseaba, pero para su sorpresa no lo hizo, por el contrario, siguió penetrándola con los dedos incluso después de haber desencadenado el orgasmo, incrementando las sensaciones hasta que sus propias piernas decidieron dejar de sostenerla.

Él la sostuvo contra su cuerpo, extrajo la mano de entre sus piernas y contempló sobrecogida como se lamía los dedos uno a uno hasta dejarlos limpios sin dejar de mirarla.

—Deliciosa —declaró lamiéndose finalmente los labios—. Y ahora, vas a ponerte lo que dejé sobre la cama para ti.

Gimió ante la luz de desafío que vio en sus ojos. Estaba segura que si volvía a llevarle la contraria, encontraría otra forma igual de creativa y tortuosa para castigarla.

—Tú no eres un ángel —masculló sin poder contenerse.

El brillo en sus ojos se intensificó, acompañado por una petulante sonrisa.

—Soy mucho más que eso, Claire —le aseguró—. Mucho más.

CAPÍTULO 7

Radin empezaba a pensar que su vida era una carrera en descenso hacia el infierno, el que Axel estuviese allí lo confirmaba. Había intentado contactar con su *Vigilante* sin éxito, después de lo ocurrido con Gabriella, su contacto angelical había estado en un continuo síndrome premenstrual agudo y ahora que se decidía a contactarle para ver si él podía arrojar algo de luz a la nota que había encontrado en su actual vivienda, no era Naziel quien aparecía, sino el último de los *Angely* con el que deseaba tener cualquier clase de trato.

—¿Qué diablos haces tú aquí? —Nunca se había alegrado tanto de que Ankara estuviese perdida dentro de la tienda de chucherías que tanto le gustaba visitar. La salida del centro comercial parecía ahora un lugar demasiado cercano de esa tienda para su gusto; daba igual que lo separaran tres plantas.

Los ojos claros del ángel se entrecerraron ligeramente, sus labios se curvaron en una mueca que imaginaba pretendía ser algo parecido a una sonrisa.

—Ha pasado mucho tiempo, hechicero —lo saludó con una leve inclinación de cabeza.

No tanto como para que pudiese olvidar lo que ese hijo de puta había hecho, o mejor dicho, no había hecho a Ankara.

—No tanto como para hacer agradable tu visita —declaró sin más—. ¿Dónde está el *Vigilante*?

La atención del hombre giró entonces hacia la puerta de entrada del local, después se volvió de nuevo hacia él.

—Naziel no está disponible —respondió sin dar muchos más detalles—. ¿La pequeña hechicera sigue junto a ti?

El fuego rugió en su interior, la sola mención por su parte de su compañera no le hacía la menor ilusión. Podía no estar satisfecho con el destino y la indeseada atadura que había forjado con Ankara, pero a pesar de ello, ahora era suya y ese hombre no entraba en su lista de los más queridos. Ni siquiera en la de ella.

—Mantente alejado de ella, Axel. —Una amenaza. Sutil, pero amenaza a fin de cuentas.

El hombre sonrió ante sus palabras. Una sonrisa que no llegó a iluminarle los ojos.

—Siempre tan territorial —declaró desapasionado—. Me sorprende que todavía no te hayas deshecho de ella. O no. Quizá. El problema es justamente el contrario. Temes que la aparte de ti.

Apretó los dientes. Los espíritus sabían que ardía en deseos de chamuscarle las alas.

—No te acerques a ella —lo amenazó. No pensaba andarse con rodeos—. Ya hiciste más que suficiente en el pasado.

El ángel pareció acusar ahora sus palabras.

—Ten cuidado, Radin —pronunció su nombre con un antiguo acento—. Ella sufre más por tu mano, de lo que sufrió por la mía.

Podía sentir el fuego acariciándole las yemas de los dedos, dispuesto a salir y darle la bienvenida al hombre.

—¿Y de quién es la culpa, Axel? —utilizó el mismo tono—. Pudiste evitarlo. Desde el principio. Y no lo hiciste.

Sus ojos se oscurecieron adquiriendo el color de la intensa tormenta.

—Sabes tan bien como yo, que el destino es caprichoso —le dijo a modo de respuesta—. Ni siquiera la más fuerte de las voluntades puede modificar lo que está escrito si está destinado a suceder. Una piedra que caiga al lago afecta a todo lo que tiene a su alrededor.

Él ladeó la cabeza y bufó con sarcasmo.

—Y por supuesto, tú eres el que lanza la piedra y se queda quieto y contempla como cambian las cosas —resumió—. Un *Vigilante*.

Sacudió la cabeza en una profunda negativa. No estaba conforme, pero ambos sabían que de nada serviría ahora pelear por ello.

—Naziel —preguntó volviendo sobre lo que le interesaba—. ¿Dónde está nuestro V*igilante*?

El ángel se relajó también y se encogió de hombros.

—Digamos que él es otra de esas cosas que acaban siendo afectados por el destino de alguien en particular —contestó—. No puedo garantizarte que vuelva a ser vuestro *Vigilante*. Su cometido ahora es mucho más importante, debe salvar el alma de su propia compañera.

Aquello no era algo que se esperara.

—¿Compañera? —repitió intrigado. Si algo sabía del *Vigilante*, era que le encantaba ir de una cama a otra, sin atarse a nadie.

Axel asintió.

—Lo será cuando acepte el regalo que él tiene para ella —concluyó con cierto misterio—. No te preocupes por él, está bien. Nunca dejaría que nada malo le pasara a mi hermano.

La respuesta lo hizo resoplar.

—Por supuesto que no, él no está destinado a terminar con el mundo —le soltó. No podía evitarlo. Nadie podía decir que hubiese pasado si Axel hubiese dado la cara cuando fue necesario, quizá las cosas no hubiesen cambiado, como quizá sí.

Ignorando oportunamente su respuesta, le planteó la pregunta que lo había traído allí.

—¿Por qué has convocado a tu *Vigilante*?

Dejando las rencillas a un lado, extrajo la nota que había encontrado debajo de la puerta en el piso que había alquilado hacía pocos meses.

—He encontrado esto en la puerta de mi casa —le tendió el papel en el que podía verse una especie de pentagrama con varios símbolos antiguos.

A juzgar por la mirada que mudó el rostro del ángel, sus propias conclusiones parecían no ir muy desencaminadas.

—¿Lo ha visto ella?

No. Y si él dependía, no lo haría.

—No —negó echando un vistazo hacia la puerta principal del centro comercial al sentir el tirón del hielo.

“¿Kara?”.

La respuesta fue instantánea.

“Él está contigo, ¿verdad?”.

Sonrió. Su compañera se había vuelto realmente perceptiva, sus enseñanzas parecían estar dando sus frutos a medida que el poder de ella crecía.

“Sí”.

No le dio más explicaciones. No deseaba que se encontraran.

—Parece que vuestra conexión es cada vez más fuerte —el comentario devolvió su atención al hombre frente a él—. Su poder se está desarrollando bien. Eres un buen maestro.

“Kara. Termina con lo que sea que estés haciendo y baja. Nos vamos”.

Después de darle esa cortante orden, depositó toda su atención de nuevo sobre él.

—No me ha quedado otro remedio que serlo. —Se encogió de hombros y señaló el papel con un gesto de la barbilla—. Necesito saber por qué han dejado eso en mi puerta. Ya hemos sido proscritos una vez, despojados de nuestras raíces y nuestra tierra, así que, ¿a qué viene esto ahora?

El gesto en el rostro masculino no esclarecía nada.

—No lo sé, Radin —aceptó sin rodeos—. Alguien parece estar interesado en que volváis a casa, algo que no podéis hacer bajo ninguna circunstancia.

Lo miró a los ojos.

—Si Ankara o tú volvéis a poner los pies en las tierras de las tribus, seréis condenados a muerte —sentenció.

Como si aquello fuese una novedad.

—Quizá por eso sigamos vagando todavía de un lado a otro como nómadas sin patria —respondió con sarcasmo—. No me estás diciendo nada que no sepa, Axel.

El hombre sacudió la cabeza.

—No me has entendido —negó y señaló el papel—. Es una invitación para que *tú* vuelvas, una revocación de *tu* condena. Pero no la incluye a ella. Radin, tú puedes *volver* a casa, pero ella…

Ella moriría. Si él no estaba a su lado para protegerla y controlar su espíritu, moriría y solo los dioses sabían lo que esta vez podría llevarse con ella.

—Veré que puedo averiguar sobre esto —le informó. Su mirada volvió entonces hacia la puerta principal del edificio e inclinó la cabeza en un mudo gesto de saludo antes de desvanecerse en el aire.

No necesitaba girarse para saber que su compañera caminaba ya hacia él, podía sentir su helado espíritu extendiéndose en busca de su calor.

—No ha dejado ni que le dijese hola.

La amarga nota en su tono despertó el insisto de protección en su interior, un instinto que lo había metido para empezar en todo aquello.

—Alégrate —le dijo girándose hacia ella—, te has ahorrado un insulto o algo peor de su parte.

Ella suspiró ignorando su respuesta.

—¿Qué quería? ¿Dónde está Naziel?

Su mirada fue de ella a la bolsa que traía consigo.

—Parece ser que a nuestro *Vigilante* le ha salido un trabajillo extra —le dijo e indicó la bolsa con un gesto de la barbilla—. ¿Qué estupidez has comprado ahora?

Sintió su estremecimiento más que verlo. ¿Es que nunca iba a aprender? ¿Cuántas veces tenía que decírselo para que lo entendiese? No la quería cerca… no de esa manera… y a pesar de ello…

—Es una bola de nieve musical —declaró ella con voz firme. Sus ojos azules brillaron en mudo desafío—. He comprado dos. Una para ponerla en el aparador de la entrada y la otra es para Gabriella. Nos han invitado a cenar esta noche con ellos y creí…

Le dio la espalda dejándola con la palabra en la boca.

—Llévale el regalo si quieres, pero no iremos a cenar.

Ella lo miró entre sorprendida y dolida.

—Radin, hoy es Nochebuena…

Él se volvió hacia ella.

—¿Y?

Jadeó.

—Eres un cabrón hijo de puta —declaró con firmeza. Sus ojos azules brillaban con pasión —. No vas a privarme de las navidades, te enteras, so capullo. ¡Vamos a celebrar estas malditas fiestas lo quieras o no!

La repentina explosión de su compañera lo hizo sonreír. No pudo evitarlo.

—¿Estás segura de eso, Ankara?

Sus ojos de gata se entrecerraron.

—Solo ponme a prueba —declaró orgullosa.

Él la recorrió con una insultante mirada. Sabía que le molestaba casi tanto como lo encendía a él que la utilizase como una muñeca en la que satisfacer su lujuria.

—Por qué no —aceptó al tiempo que se lamía los labios—. Iremos a cenar con Nishel y su encantadora esposa, siempre y cuando puedas caminar después de que haya terminado contigo, Kara.

CAPÍTULO 8

—¡Tienes que estar de jodida broma!

Atravesó el pasillo como una exhalación y se detuvo abruptamente ante la puerta del salón. Naziel parecía bastante entretenido rebuscando en la caja de los motivos navideños, alzó la cabeza y la miró con el ceño fruncido.

—¿Todavía no te has vestido, Claire? —preguntó enderezándose—. ¿Necesitas ayuda?

Sacudió el pedazo de tela de color verde musgo que formaba parte del disfraz de elfo que encontró sobre la cama. Nada que ver con las prendas anteriores, las cuales había rechazado para optar en cambio por huir por la escalera de incendios.

—No pienso ponerme esto. Es… es…

No se le ocurría nada que pudiese calificar aquel disfraz compuesto por un diminuto vestido de tirantes cuya falda terminaba en una cenefa blanca con picos, una mini túnica y un estúpido gorro a juego con unas botas revestidas de pelo del mismo color.

—Un divertido disfraz de duende navideño —le dijo encogiéndose de hombros—. Como no pareció gustarte la elección anterior.

Ahogó un gemido de frustración. La prenda que había encontrado la primera vez en la cama constaba de dos piezas, una camiseta dos tallas menos de la suya y una minifalda vaquera que no estaba segura de sí le cubriría algo más que el culo.

—Si me das a elegir, prefiero la otra —rezongó.

Él se limitó a mirarla durante unos instantes.

—Perdiste la oportunidad de hacerlo cuando decidiste hacer una excursión a través de la escalera de incendios —le recordó—. Ahora, tendrás que conformarte con eso… Y, a no ser que necesites mi ayuda para desnudarte y ponértelo, te sugiero que vayas a cambiarte.

Abrió la boca para decirle qué podía hacer con su sugerencia, pero él la interrumpió.

—Y quítate la ropa interior —la avisó como si acabara de pensarlo—. No la necesitarás.

Tuvo que obligarse a respirar profundamente para mantener los nervios bajo control, la necesidad de gritarle hasta quedar afónica era demasiado fuerte. Ni siquiera sabía por qué permanecía allí, soportando su presencia después de lo que había ocurrido.

“Estás acostumbrada a hacer las cosas a tu manera, a no pedir nada por qué piensas que nada te van a dar. La gente no puede saber lo que piensas, no son lectores de mente, tienes que decírselo, hablarles… Pídeme lo que necesitas ahora y te lo daré. No estoy aquí para negarte las cosas, si no para darte todo lo que necesites”.

Maldito fuera ese hombre y su habilidad para psicoanalizarla, había resumido en unas pocas palabras los últimos años de su vida.

Durante los dos años que duró el matrimonio se acostumbró a guardarse sus opiniones, porque estas a menudo eran menospreciadas por su marido a favor de lo que decía su suegra. Demasiado pronto, el sugerir algo, hacer alguna actividad los dos juntos, el salir un fin de semana, era ser demasiado egoísta de su parte. No iban de vacaciones; no podían dejar sola a mamá.

Su suegra no había perdido tiempo en decirle las cosas que no hacía bien, ella siempre tenía la última palabra, la firma en todo lo que tuviese que ver con su querido hijo. Había llegado

incluso a meterse en su vida marital; aquello fue la gota que rebasó el vaso.

Y entonces él había empezado a salir más, a pasar más tiempo fuera de casa y en viajes de negocios y ella tuvo que lidiar una vez más con su suegra y su ponzoñosa boca.

Todavía podía recordar la cara que había puesto su ex marido cuando le pidió el divorcio. Se había echado a reír, como una histérica, las lágrimas le brotaban de los ojos al pensar en que aquello debieron hacerlo mucho tiempo antes.

Aquel matrimonio había destruido una parte de sí misma, una que le estaba resultando bastante difícil recuperar.

—¿Claire?

El escucharle pronunciar su nombre la sacó de un plomazo de sus recuerdos, alzó la mirada y lo vio delante de ella, contemplándola.

—Déjalos marchar —le dijo sin apartar la mirada de la suya—. No permitas que te arrastren con ellos.

Respiró profundamente, bajó la mirada a la tela que tenía entre las manos e hizo una mueca.

—¿De verdad tengo que ponerme esto? —su voz sonó casi como un puchero.

Le quitó el gorro de las manos y se lo encasquetó en la cabeza, haciendo el pompón a un lado.

—Necesito un duendecillo que se encargue de la decoración —le dijo al tiempo que le acariciaba la nariz con un dedo—. Y creo que el color verde te sentará muy bien.

Como por arte de magia, su previo enfado empezó a diluirse. Después de todo, iba a tener que aceptar que él no era un asesino ni un psicópata homicida.

—¿Cómo has terminado tú metido en todo esto? —no pudo evitar preguntar—. Quiero decir… una Agencia de esta clase… err… de servicios sex…

Le puso un dedo sobre los labios para interrumpirla.

—La *Agencia Demonía* ofrece lo que cada uno de sus clientes necesitan —le explicó—. Y no siempre tiene que ser un… servicio sexual.

Frunció el ceño ante esa revelación.

—Entonces, por qué…

Le sujetó la barbilla y se inclinó sobre sus labios para darle un beso.

—Me pasado cuatro semanas a tu lado, Claire, sé qué es lo que realmente necesitas. —Con sus palabras le recordó qué era exactamente lo que le había revelado que era. Algo que tenía una poderosa e insistente tendencia en olvidar—. Ahora sé buena chica, y ponte eso, te aseguro que te reportará… muchos beneficios.

Permitió que le diese la vuelta y la empujase suavemente en dirección al dormitorio.

—¡Y no te pongas bragas!

La tardía ocurrencia la hizo encogerse, fue imposible no notar como se le encendían las mejillas en respuesta.

Media hora después, con buena parte de las estanterías y ventanas engalanadas con motivos navideños, Claire estaba segura que Naziel había inventado una nueva forma de decorar la casa. Los pliegues hinchados de su mojado sexo así lo evidenciaban. Ese maldito no había dejado de acariciarla en cualquier oportunidad que le surgía, deslizando la mano sobre su trasero mientras estaba subida en la escalerilla para pegar un monigote a la ventana, hundiendo sus dedos en el apretado coño mientras la dirigía para colgar unas guirnaldas… Para cuando terminaron con la primera parte de la decoración estaba jadeando y tan caliente y mojada que ardía de frustración.

—Ahora ya tiene otro aspecto, ¿no te parece? —le susurró al oído mientras resbalaba uno de sus dedos hacia delante y atrás por los empapados pliegues de su sexo, sin llegar a penetrarla.

Se aferró con desesperación a la balda de la estantería y se mordió el labio para evitar gemir en voz alta. Aquella era una satisfacción que no pensaba darle otra vez.

—Sin palabras, pequeña Claire —se burló al tiempo que retiraba la mano de entre sus muslos y se apoyaba de lado contra la estantería para mirarla—. Ah, sonrojada, con los labios húmedos y separados… No tienes idea de lo bonita que estás ahora mismo, duendecillo. Tanto que me apetece introducir mi polla entre ellos y follarte la boca.

Y eso era un hombre directo.

Tragó saliva. Todo su cuerpo se estremeció ante la sola imagen de la dura y llena erección que le marcaba los pantalones. Hasta ahora no le había dejado tocarle, se había limitado a besarla, a darle placer, pero no exigió satisfacerse a sí mismo.

Sus ojos se encontraron de nuevo con los suyos y lo vio sonreír con petulancia. Sintió como le aumentaba el calor en el rostro, como si siguiese así terminaría del color del tomate.

Pero él no le permitió salirse con la suya, le cogió la barbilla con dos dedos y se la alzó de modo que no pudiese escapar a su escrutinio.

—Sí, la idea te resulta tan tentadora como a mí, ¿no es así, mi pequeña duende?

Tragó una vez más. De repente le era difícil incluso encontrar las palabras para decir algo. ¿Cuándo había sido tan tímida? Si bien no era extrovertida, nunca había tenido problemas para comunicar sus pensamientos… Hasta él. De nuevo su ex. ¿Tanto la había dañado?

—¿En qué estás pensando? —le preguntó. Su mirada seguía fija en la suya—. ¿Cuál es el recuerdo que ha acudido a tu mente y que ha hecho que vaciles? Cuéntamelo, Claire.

Desvió ligeramente la mirada, entonces se hizo a un lado y le dio la espalda.

—No es nada —murmuró. No iba a hablar de ello. No podía.

De nuevo aquella mano deslizándose por debajo de su vestido, acariciándole el sexo desnudo mientras la otra le apretaba el pecho por encima de la tela.

—Dilo en voz alta, Claire —sintió el calor de su aliento en el oído. Sus palabras altas y claras—. Quiero oírtelo decir. Y cuando lo hayas sacado, quiero esa sexy boquita sobre mí. Quiero que me lleves a tu boca y me chupes como sé que te mueres por hacerlo.

Viva el ego masculino.

Este hombre tenía testosterona suficiente para llenar una piscina olímpica y maldito fuera, sus palabras contenían un alto porcentaje de verdad.

Se lamió los labios.

—Dilo, Claire —insistió una vez más atrayendo su cuerpo contra el de él, presionando su erección contra su culo—. Líbrate de una vez por todas de ello.

Cerró los ojos y disfrutó del calor de su cuerpo, de lo que sus caricias le hacían sentir, unas caricias muy distintas a las que había obtenido tiempo atrás.

—Yo no solía tener problemas para dar voz a mis pensamientos —musitó, balanceándose al compás del dedo que se deslizaba entre sus piernas. Cuando este le acarició el clítoris, el aire se escapó de sus pulmones y todo su cuerpo se encendió aún más—. Michael, mi ex marido, no estaba interesado en mis opiniones. A menudo me decía, que lo que yo pensaba no era importante. Intentaba hablar con él, compartir cosas, pero él siempre tenía algo más urgente que hacer. Una llamada de teléfono que atender, una visita que atender, todos los demás estaban siempre antes que yo…

Sí. Él siempre había tenido alguien que era mucho más importante que ella, alguien a quien escuchar antes que a su esposa.

—No me había dado cuenta hasta ahora de lo que eso provocó en mí —murmuró poniendo en palabras sus pensamientos mientras luchaba con la deliciosa sensación que se creaba en su interior—. Me cuesta pedir las cosas… me cuesta decir lo que siento, incluso a mí familia… Ellos piensan que la separación de mi ex marido fue un duro golpe para mí, pero no fue así. Fue una liberación… es solo…

Le mordió suavemente la oreja haciéndola estremecerse.

—Sí, pequeña, qué es —insistió sin dejar de acariciarla—. Déjalo salir.

—No consigo encontrarme de nuevo a mí misma, no consigo volver a ser quien era —jadeó. Las palabras brotaban solas de su garganta como un geiser en erupción—. Y eso me da miedo.

Las manos dejaron de acariciarla, se giró y miró a Naziel, quien se estaba tomando su tiempo en deshacerse del botón y bajarse la cremallera. No llevaba ropa interior.

—Lo sé —aceptó él sin petulancia alguna—, pero volverás a encontrarte. Antes de que termine tu tiempo conmigo, descubrirás quien eres realmente.

Ella se lamió los labios en anticipación.

—Hasta ese momento, iremos trabajando sobre el terreno —le dedicó un guiño e indicó con un gesto de la barbilla la erección que asomaba a través de la cremallera abierta—. ¿Quieres hacer los honores?

Una inesperada pero genuina sonrisa curvó sus labios y asintió.

—Quiero.

Él correspondió a su sonrisa y señaló el suelo con un dedo.

—De rodillas, duendecillo —la instruyó al tiempo que se bajaba el pantalón lo suficiente para dejar libre su miembro erecto—. Tu boca sobre mí, tus manos a la espalda… Veamos qué sabes hacer con esa dulce boquita tuya.

CAPÍTULO 9

Naziel contuvo un jadeo cuando la rosada y húmeda lengua le acarició la cabeza de la polla, de rodillas entre sus piernas, con las manos ancladas a la espalda tal y como le había pedido y el pompón del gorro verde saltando al compás de sus movimientos, su pequeño duende era una visión de lo más erótica. Esa dulce boquita abriéndose alrededor de su sexo, lamiéndolo como un sabroso caramelo lo ponía a cien.

Su duendecillo navideño había dado el primer paso aceptando parte del problema que la retenía, a través de sus palabras pudo ver las imágenes que evocaba, esos pensamientos que se empeñaba en guardar bajo llave y que solo contribuían a encerrarla dentro de un capullo de inseguridad. No le cabía duda de que ella era lo suficiente fuerte y valiente para dejar atrás todo aquello y retomar su vida tal y como debía haber sido.

Bajó la mano y le acarició la cara al tiempo que apartaba el molesto pompón del gorro, sus ojos se encontraron y se encontró teniendo que tragar para pasar la ola de deseo que amenazó con hacer que se corriera allí mismo. Había tal vulnerabilidad en sus ojos, que sintió el inexplicable impulso de abrazarla.

En vez de eso le acarició la mandíbula y se la alzó buscando un ángulo adecuado para penetrar aquella dulce y húmeda cavidad.

—Abre la boca para mí —murmuró. No quitó la mirada de la suya, guiándola con suavidad mientras aceptaba el duro miembro en aquella cálida cavidad—. Sí… perfecto… puedes usar las manos si lo necesitas.

Unos curiosos y tímidos dedos le acariciaron los testículos, enredando con el crespo vello que los acunaba, pero era sin duda esa pequeña y juguetona lengua la que lo puso contra las cuerdas. Luchó para mantenerse quiero de modo que fuese ella la que marcase el ritmo y la profundidad, no quería forzarla más allá de su comodidad, solo quería disfrutar de ella y comprobar cuán lejos estaba dispuesta a llegar.

—Sí, eso es duendecillo, así —la animó al tiempo que le arrancaba el gorro y hundía los dedos en su pelo y lo recogía en una cola para mantenérselo apartado de la cara y su trabajo. Señor. Era buena—. Oh, sí…

Se tomó la libertad de empujar un poco en su boca, lo justo para incitarla a tomarle más profundamente pero dejándole autonomía para poder retroceder por su comodidad. Las paredes de su boca se contraían cuando lo succionaba y cuando tragaba, los delgados dedos no dejaban de jugar acariciándole, arañándole incluso los testículos cada vez más pesados. La imperiosa necesidad de hundirse en ella y follarle la boca empezaba a sobrepasar todo lo demás, quería correrse en ella, quería sentir su boca apresándolo mientras tragaba su semen.

—Sí, Claire… solo un poco más… —saboreó su nombre y cada momento—, estoy a punto… quiero correrme dentro de tu boquita, duendecillo.

La lengua le acarició la parte baja del prepucio, en ese punto que lo hacía estremecer y antes de poder evitarlo, sus caderas empujaron hacia delante, hundiéndole en su boca mientras eyaculaba. Su garganta se apretó a su alrededor mientras tragaba rápidamente, tomando de él hasta la última gota.

—Joder —jadeó. Los coletazos del orgasmo sacudían todo su cuerpo, lo dejaron

temblando y aferrándose a ella hasta que una brizna de cordura volvió a su mente y empezó a retirarse de su boca lentamente para dejarla respirar.

Ella tosió un poco, pero se lamió los labios, la excitación y el deseo brillaban como luces de navidad en sus ojos.

—Eso ha estado realmente bien, preciosa —la premió desenredando las manos de su pelo para luego tirar de ella hacia arriba y reclamar su boca en un húmedo beso en el que se saboreó él mismo—. Pero ahora, yo me he quedado con hambre.

Ante su confusa mirada, deslizó la mano por debajo de la falda del vestido, le acarició ligeramente el sexo y la empujó hacia la estantería.

—Veamos si puedes saciarme con esta jugosa fruta —ronroneó apretando la mano contra el húmedo coño antes de deslizarse hacia abajo.

Le separó las piernas en un instante, tiró de su rodilla hacia delante y la alzó apoyándola sobre el hombro de modo que tuviese completo acceso al objeto de su deseo. Ella estaba sonrosada, su carne hinchada y rojiza por la sangre concentrada en la delicada zona, los jugos brillaban y se derramaban por sus muslos. El aroma almizclado se unía al de la fragancia de flores que llevaba y lo convertía en un bocado más que apetitoso. Bajó la boca sobre ella, deslizó la lengua un par de veces por la sensible carne y succionó con fuerza arrancándole un gemido de placer. Repitió la operación un par de veces, abriéndola con los dedos, disfrutando de su sabor y de la forma en que temblaba cuando le acariciaba el clítoris. El capuchón se había retirado ya dejando la escondida perla hinchada y disponible para su disfrute.

Su sabor era embriagador, adictivo y sus gemidos contribuían en gran medida a que su sexo se endureciera una vez más preparado para una segunda ronda.

La lamió con fruición, chupándole el coño con glotonería, devorándola, disfrutando egoístamente de la tortura que infringía a la palpitante carne, arrancándole gemido tras gemido hasta que ella empezó a pronunciar su nombre entre desesperados jadeos. Una de sus manos se había hundido en su pelo mientras que la otra contribuía a mantenerla en pie aferrándole a la balda de la estantería. Podía notar los cambios de su cuerpo, el aumento de la humedad entre sus piernas, el color cada vez más rojo de su sexo y los previos estremecimientos que provocaba con cada uno de los lametones que le prodigaba al hinchado clítoris.

Tenía la barbilla mojada con sus jugos, los labios hinchados por el trabajo oral y le encantaba la sensación, la lamió un poco más, succionándola con avidez hasta tenerla en el borde, solo entonces se permitió una pequeña licencia y pellizcó su hinchado clítoris con los dientes enviándola directa a un explosivo orgasmo en el que gritó su nombre.

—¡Naziel!

Recogió con la lengua hasta la última gota de su corrida, aumentando la sensación de los espasmos que la recorrían tras el orgasmo hasta que su cuerpo quedó laxo y su respiración se oyó jadeante de fondo.

—Deliciosa. —Se relamió al tiempo que le permitía deslizar la pierna y se incorporaba, admirando su obra.

Claire lo miró a través de los ojos entrecerrados, saciados y relajados después del orgasmo. Se lamió los labios y deslizó el dorso de la mano para limpiarse la mandíbula humedecida por sus fluidos para luego inclinarse sobre ella y buscar su boca.

Todavía no había terminado con ella.

Claire jamás se había sentido igual que en aquel momento y con aquel hombre. Naziel era

un amante intenso, demandante y también generoso. La besó con la misma hambre que la había poseído, hundiéndole la lengua en la boca, permitiéndole saborearse a sí misma como él se había saboreado antes. Le respondió, enlazó la lengua con la de él y lo succionó con el mismo desesperado frenesí. Todo su cuerpo vibraba todavía por el explosivo orgasmo que le había dado y a pesar de ello, se excitaba otra vez, deseando más, ansiando más… queriéndole a él.

¿Acaso tenía sentido algo de todo aquello? Ese hombre se había presentado en la puerta de su casa, le había hecho firmar el contrato de su agencia, le mostró quien era realmente, si podía creer que aquello había sido real y la estaba haciendo sentir más hermosa y especial de lo que se había sentido nunca.

No. Nada tenía sentido, pero siendo justa consigo misma, tampoco le importaba. Estaba demasiado sobrepasada en aquellos momentos para darle vueltas a las cosas.

Jadeó cuando rompió el beso, su respiración era igual de trabajosa que la suya, tenía los labios colorados e hinchados; una visión del todo apetecible.

—¿Lista para el siguiente asalto? —le lamió los labios con descaro—. Quiero follarte. Poseerte. Deseo montarte. Quiero enterrarme profundamente en ese dulce coñito, Claire. ¿Vas a permitirme hacerlo?

¡Dios, sí! Su cuerpo gritaba una enorme afirmación mientras su mente batallaba con el significado de sus palabras. Tenerle. Ser poseída por él. Follada por él. Sí, sí, sí.

Se lamió los labios intentando encontrar las palabras entre la tremenda intensidad que lo dominaba todo en aquellos momentos. Sus ojos parecían contener una furiosa tormenta, la desarmaban en cuestión de segundos y no podía más que rendirse ante él.

—Sí —contestó finalmente. Un bajo murmullo, pero suficiente para él a juzgar por la sonrisa satisfecha que curvó sus labios.

La recorrió con la mirada, la expresión en su rostro hablaba por sí sola. Le encantaba lo que veía. Le gustaba ella, vestida de aquella estrafalaria manera, la deseaba y eso la hizo sentirse hermosa y poderosa.

—De cara a la pared, duendecillo —le dijo. Él ni siquiera se había quitado los pantalones, los llevaba lo suficientemente bajos como para que su sexo, de nuevo erecto, destacase a través de la bragueta abierta.

Era extraño como el verle totalmente vestido, con tan solo un ligero desaliño resultaba tan sumamente sexy.

—Voy a follarte desde atrás —continuó. Su mirada capturó la suya mientras le detallaba con todo lujo de detalles lo que quería hacerle—. Me enterraré en ese precioso coñito tuyo mientras juego con esa otra entrada.

Ella se tensó en respuesta, apretando los glúteos inadvertidamente. La sonrisa que curvó sus labios la hizo estremecer.

—¿Nunca has practicado el sexo anal, pequeña?

Tragó y sacudió la cabeza muy lentamente.

El brillo que asomó una vez más a sus ojos le aceleró el pulso.

—Bien, nos encargaremos de esa posibilidad entonces en otro momento —resolvió. Sin embargo, algo le decía que aquello no era más que un breve aplazamiento.

Le acarició el labio inferior con el pulgar y lo deslizó hacia abajo hasta el valle de sus senos. Los pezones empujaban ya duros contra la tela, marcándola, necesitados de caricias.

—De estas preciosidades me encargaré también después —continuó como si estuviese haciendo un inventario de las tareas que le quedaban pendientes.

Volvió a encontrar su mirada y con un gesto de la mano alcanzó el bolsillo trasero del

pantalón de dónde sacó unos preservativos. Tiró dos al suelo y le tendió el otro.

—Haz los honores.

No pudo evitar mirar los sobrecitos brillantes tirados en el suelo mientras cogía el que le había entregado y rompía el envoltorio. Bueno, no podía negarse que era un hombre preparado para las eventualidades.

—Me encantaría hacértelo sin nada, pero no sería buena idea correr riesgos —le dijo en el mismo momento en que le colocaba el preservativo y empezaba a desenrollarlo, cubriéndole por completo—. De cara a la pared, duendecillo.

No tuvo tiempo de replicar algo a su comentario, se sintió girada de cara a la estantería y con la falda del vestido sobre las caderas en un abrir y cerrar de ojos. Las manos masculinas la colocaron a su conveniencia, arrastrando su trasero hacia él, acariciándole los glúteos con la pesada erección que no dudó en sumergirse entre sus muslos y frotarse contra su empapado sexo.

—Me encanta este precioso y duro culito —declaró. Sintió sus dedos arrastrándose sobre su sexo para luego ascender entre las mejillas dejando un rastro de humedad. Repitió la operación un par de veces más mientras se mecía muy lentamente contra su sexo. Cada roce incrementaba las sensaciones y la excitaba incluso más, entonces notó la punta de su dedo acariciándole el fruncido agujero y dio un respingo—. Tranquila, dulzura, solo jugaremos un poquito. Solo probaremos que tan sensible eres y cómo reaccionas a las caricias en esta zona. No te haré daño, relájate.

Sí, bueno. Decirlo era más fácil que hacerlo. Todo su cuerpo se tensó ante la estimulación de una zona a la que ninguno de sus pasados amantes había prestado demasiada atención. Sintió la yema de su dedo jugar con su ano mientras la gruesa polla seguía frotándose con lentitud a lo largo de su sexo. Las sensaciones eran tan peculiares como excitantes, y no podía dejar de pensar en que lo deseaba profundamente enterrado entre sus piernas.

—Naziel por favor —gimoteó y movió las caderas contra su dura polla—. Lo quiero…

Él se inclinó hacia delante, le apretó un pecho con una mano y hundió la punta del dedo en su trasero mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja al tiempo que le susurraba.

—Creo que me va a gustar también joderte por aquí —murmuró. Alternaba sus palabras con pequeños lametones—. Pero no ahora, Claire. Ahora, quiero joderte así…

Notó la punta de su erección presionando contra su sexo, penetrando fácilmente en su interior, estirándola y llenándola de tal manera que la dejó sin respiración. Se retiró un poco y volvió a entrar, cada vez más profundo hasta que con una tercera embestida se alojó completamente en su interior.

—Oh, dios —jadeó sintiéndose repleta por él.

Le oyó reírse en su oído. Una mano la sujetaba por la cadera mientras la otra jugaba con el pezón por encima de la tela del vestido.

—No metas al de arriba en esto, Claire —se burló—. El que está profundamente enterrado en tu coñito soy yo. Me encanta como me aprietas. ¿Lista?

¿Lista? No creía que fuera a estarlo jamás, pero no por ello iba a renunciar a esa maravillosa plenitud que sentía.

—Sí —musitó. Emitió un pequeño gemido cuando le apretó el pezón una vez más.

Notó su lengua deslizándose por el arco de su oreja un segundo antes de sentirle retirarse casi por completo.

—Agárrate fuerte, duendecillo —le advirtió—. Y disfruta.

La siguiente penetración le arrancó un jadeo, su sexo se ceñía a su alrededor con cada embestida, él la llenaba completamente. La mano que descansaba en su cadera descendió hasta

posarse sobre sus nalgas y antes de que supiera lo que estaba haciendo, le había metido la punta del pulgar en el culo. Masajeó el fruncido agujero, penetrándolo solo un poco, acompañándose de cada movimiento de su polla para marcar el ritmo. La sensación era extraña y abrumadora, la doble estimulación hacía que su cuerpo se excitase incluso más. Empezó a jadear casi sin darse cuenta, sus caderas acompañaron los movimientos de cada penetración en una carrera de fondo en busca de la liberación definitiva.

—Naziel —empezó a pronunciar su nombre como una letanía, con cada nuevo empellón murmuraba su nombre o al menos lo intentaba. De su garganta pronto solo salieron ahogados gemidos de placer.

Abandonó su pecho, los largos dedos se deslizaron sobre su cuerpo hasta alcanzar su sexo por delante. Cuando capturó el clítoris entre dos dedos pensó que se moriría allí mismo, el rayo de calor que la atravesó la hizo lloriquear y sacudir la cabeza con desesperación. Toda su piel estaba perlada de sudor y en la habitación solo se oían sus gemidos, en combinación con los gruñidos masculinos y el golpeteo de la carne húmeda.

Pronto las sensaciones se hicieron demasiado intentas como para contenerlas, la estimulación sobre su clítoris así como en el ano la enviaron directamente hacia el borde, manteniéndose allí por unos escasos segundos antes de que su mundo colisionara en un millón de pedazos y se corriera gritando su nombre.

Él siguió embistiendo en su húmedo y pulsante coño un poco más, entonces se tensó, se apretó en su interior y se dejó ir encontrando su propia liberación.

—Bueno, duende, creo que esta es la mejor lección de decoración navideña que podrás aprender nunca —murmuró entre jadeos en su oído al tiempo que salía de ella.

No pudo evitarlo, Claire se echó a reír.

CAPÍTULO 10

—Mierda, tengo que llamar a mi madre.

Naziel abandonó la ventana a través de la que observaba la calle para girarse hacia Claire. Ella traspasaba en esos momentos el umbral vestida con las prendas, que una vez más, había preparado para ella.

Oh, sí. Los tejanos le quedaban realmente bien, lo suficiente ajustados para marcar sus curvas y cómodos como para poder moverse. Un ceñido suéter color canela acunaba sus pechos, definía su torso y dejaba un generoso escote que ella se encargó de cubrir con un pañuelo en tonos blancos y marrones. La chaqueta y las botas en color tostado terminaban el conjunto.

Un ligero sonrojo le cubría las mejillas y se acentuaba a medida que la desnudaba con la mirada.

—Olvidé por completo el asuntillo sobre mi primo.

Él esbozó una sonrisa al recordar la confusión inicial.

—Ah, ese primo.

Ella se sonrojó incluso más.

—No lo he visto desde que tenía cinco años —se justificó—. Una tiene derecho a equivocarse, ¿no?

Reprimió la risa.

—Absolutamente —le dio la razón.

Suspiró y se dejó caer a un lado del sofá, cogiendo el teléfono y marcando en el proceso.

—En realidad es el hijastro de mi tío, de su primer matrimonio —continuó como si necesitara algo para llenar el vacío—. No tenemos vínculos consanguíneos, pero mi tío lo adora y es el único hijo que tiene.

Se limitó a mirarla mientras se peleaba con el teléfono.

—No puede quedarse aquí —continuó su monólogo—. Ni siquiera hay una habitación de invitados y el sofá parece haber sobrevivido a la segunda guerra mundial.

La vio resoplar con obvia frustración.

—¡Maldita sea! ¿Por qué siempre eligen estas fechas para hacer excursiones absurdas? —se quejó. Entonces hizo una pausa y empezó a hablar—. Mamá, soy Claire. Llámame en cuanto oigas este mensaje. Tenemos que hablar sobre el primo Mac. No se puede quedar aquí… yo… no hay sitio.

Sin más colgó el teléfono. Sus mejillas estaban tan rojas como una amapola.

—Es la peor excusa que escuché en mucho tiempo —le dijo.

Ella resopló y se levantó del sofá.

—Claro, decirle… —se detuvo a pensar un momento—. Hola, mamá. Verás, no puedo dar alojamiento al primo Mac porque da la casualidad que he contratado a un acompañante, el cual no solo folla como los ángeles sino que es uno de ellos; con alas y todo. Sí, ¡hola clínica mental, ahí voy!

Enarcó una ceja en respuesta.

—Prefiero la palabra *Arconte*, pequeña, pero gracias por todo lo demás.

Abrió la boca para decir algo pero volvió a cerrar la boca; por una milésima de segundo.

—¿Qué es exactamente un *Arconte*?

Asintió ante su curiosidad.

—La palabra *arconte* viene del griego, significa “mandar” o “dirigir”. En la antigua Grecia se llamaba así a los magistrados que ocupaban los puestos de mayor influencia e importancia en el gobierno —le explicó brevemente—. Digamos que los griegos adoptaron el término de nosotros. Entre el gremio de ángeles, un *Arconte* es un *Vigilante* de la Justicia. Algo así como un juez para los seres sobrenaturales, administramos ley, disciplina y castigo, y en ocasiones también vigilamos a aquellos que son declarados proscritos y suponen un peligro para sí mismos y para los demás.

Ella asintió, parecía estar intentando digerir todo eso. Entonces abrió los ojos desmesuradamente y boqueó como un pez.

—Espera, ¿eso quiere decir que yo soy una proscrita?

El horror en su voz le hizo sonreír.

—No, Claire —negó al tiempo que le acariciaba el rostro con un dedo—. Como te mencioné cuando me lo preguntaste la primera vez, algunos humanos suelen atraer la vigilancia de los míos sobre ellos. Por necesidad, por que poseen algo especial, les son asignados unos guardianes que ejercen de… ángel de la guarda, por decirlo de algún modo.

Ella frunció el ceño.

—Pero tú eres un… *Arconte* —se esforzó por recordar el término.

Asintió.

—Mi presencia aquí se debe a una enrevesada situación a la que ni siquiera yo mismo soy capaz de encontrar explicación —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Ahora mismo, todo lo que debes saber y tener presente, es que soy tu… acompañante… Todo lo demás, es superfluo.

Abrió la boca para decir algo más pero no se lo permitió.

—Se acabaron las preguntas por un rato —declaró deslizando ahora la mano por su espalda para instarla a moverse—. Ahora vamos a salir ahí fuera y buscar el elemento principal que falta para completar la decoración del salón.

Parpadeó sin entender.

—¿Más decoración? —jadeó.

Su rostro se encendió como las luces de navidad.

—Oh, sí, pequeña —le susurró al oído—. Pero no te preocupes, también lo disfrutarás.

Notó como se estremecía, así como se lamía los labios y contenía la respiración mientras la empujaba hacia la puerta de la casa.

—Pero lo primero será encontrar un abeto que pueda sustituir esa cosa plástica fragmentada que soy incapaz de identificar como un árbol —decidió—. Después… ya veremos que más cosas se me ocurren.

Radin resopló por enésima vez mientras observaba a su compañera mirar indecisa los abetos reunidos en el pequeño recinto al aire libre. Ankara se había empeñado en encontrar un maldito árbol para introducirlo en el apartamento; no era navidad si no se tenía un abeto y luces de colores le dijo. Había sido incapaz de disuadirla y no por qué no lo hubiese intentado, llegó incluso a hacerla llorar y aquello ya fue la gota que colmó el vaso.

¿Por qué no podía comprender simplemente que no soportaba estas fechas? La navidad

había dejado de tener sentido desde el mismo momento en que lo declararon proscrito. La única familia que tenía había muerto años atrás y ni siquiera había podido acompañarla en el paso final. Ya nada quedaba en él del niño que había sido, del adolescente que disfrutaba de los ritos propios de su tribu y de los esfuerzos que hacía su abuela para mostrarle también las costumbres del pueblo de su padre. Mitad *kwakiutl*, mitad occidental, ella había intentado que su educación comprendiera los dos pueblos; y lo consiguió.

No. Demasiados recuerdos amargos traía consigo aquellas festividades para poder disfrutarlas, demasiado dolor y demasiado odio… Pero entonces, Ankara tenía y no tenía la culpa. Ella ni siquiera sabía de la existencia de tales fiestas hasta que terminó bajo su tutela. Como una proscrita en sí misma, sin nadie más que una mujer de su clan que se hiciese cargo de ella y de su entonces escasa educación, había vivido casi como una salvaje. Y con su despertar, la cosa empeoró obligándola a depender de sí misma; su propia gente la temía demasiado como para atreverse a estar cerca de ella.

¿Cómo podía culpar a la mujer por desear aquello que no había tenido, que no conoció hasta que él y la fatalidad se cruzaron en su camino? Si de algo era culpable la pequeña hechicera era de haber nacido con el espíritu del hielo corriendo por sus venas y lo que el destino había lanzado sobre ella a causa de eso. Un destino que se entretejía con el suyo propio convirtiéndolo en un infierno.

Solo vámonos, marchémonos como teníamos pensado hacerlo. Ahora. No nos despidamos, solo vámonos. Huyamos. Por favor… mi amor… por favor.

Keira. Su voz todavía seguía viva en su alma, un eco en el marchito órgano que ya no latía sino para mantenerle con vida. El amor de su vida, la mujer con la que iba a casarse, formar una familia… hasta que *ella* despertó.

El dolor y la rabia barrieron una vez más su interior. Ankara era la única culpable de que tuviese que renunciar a lo que más amaba, su honor y el vínculo que los unía a pesar de sí mismo había hecho imposible que le diese la espalda a una niña en el momento en que más le necesitaba.

Sacudió la cabeza luchando por volver al presente, permitió que el aire frío de la avanzada mañana le acariciase el rostro de modo desterrando los recuerdos. Ankara ya no se veía entre los abetos, debía haberse adentrado entre el bosque artificial que se había creado con todos aquellos árboles.

“¿Cuánto tiempo puede llevarte encontrar un maldito árbol, Kara?”.

La respuesta a su comunicación mental llegó en voz alta.

—¡Lo encontré!

Se giró hacia la izquierda, el lugar de dónde procedía la voz y la vio salir con una maceta en las manos que contenía un abeto de la mitad de su tamaño. A juzgar por el estado del árbol, su hechicera debió haber encontrado el más moribundo de todos. ¿Por qué no le sorprendía?

—Nos llevamos este —le informó entre alegres jadeos. Dejó el arbolito en el suelo y se enderezó. Tal y como había sospechado, el árbol apenas le llegaba a la cintura. Y Ankara no era una mujer precisamente alta.

Miró el árbol, el fuego en su interior se revolvió ante el pensamiento de hacerle un favor al mundo y reducir eso a cenizas. Un aire helado se alzó a su alrededor como una mano invisible que atrajo su mirada directamente a ella. La miró con gesto de sorpresa e incredulidad.

—¿Acabas de alzar tu poder contra mí?

Las mejillas coloradas por el frío se encendieron aún más.

—No quemarás el árbol —musitó en tímida respuesta—. Me ha costado mucho

encontrarlo. Solo porque a ti no te guste…

Acortó la distancia entre ambos y clavó su mirada en ella.

—Tienes ganas de que te ponga el culo como un tomate, ¿no es así? —No podía permitir que usase su poder de aquella manera. No por él, sabía que no le haría daño, no podía. Pero en un descuido podía obrar de esa misma manera con algún humano y los resultados podían ser desastrosos—. No puedo creer que seas tan irresponsable.

Vio como apretaba los labios y se tensaba.

—Ankara, ahora mismo tenemos un jodido *Angely* sobre nuestras cabezas —le recordó—. Después de lo que ocurrió con ese hombre…

Sus labios se apretaron todavía más.

—Si no lo hubiese hecho, habría matado a Gabriella —replicó de inmediato.

Sí. Así era. Ese cabrón hijo de puta se había obsesionado con la mujer de uno de sus amigos y la había seguido hasta la cabaña que tenía Nishel en Canadá para terminar el trabajo que no había hecho la última vez que la visitó; una visita que la mandó directa al hospital. Si Ankara no lo hubiese matado, congelándolo hasta arrancarle la vida, posiblemente las habría matado a ambas. Pero eso mismo había hecho que la vigilancia sobre ellos aumentase y que los *Arcontes* les diesen un ultimátum. Tenía un jodido año para que ella tuviese dominio absoluto sobre su poder, de lo contrario, sería el final del camino para ella. Si por un nuevo descuido, arrebataba una sola vida más, la matarían.

—Tuviste suerte de que Ross fuese quien estaba a cargo del caso y comprendiera que había sido una suerte, más que una desgracia —siseó con fiereza—. Si vuelve a repetirse, estarás muerta, maldita estúpida.

Los ojos azules se aclararon ligeramente, podía sentir el aumento de poder en su interior y aquello lo enfureció todavía más.

—¡Para! —le ordenó en voz alta, haciéndola saltar y romper así la concentración de poder que empezaba a acumular.

Le temblaron los labios, pero para su buena fortuna no derramó una sola lágrima.

—Deja de hablarme como si fuera una descerebrada —replicó con rabia—. No necesitas repetirme las cosas una y otra vez. Y deja de amenazarme con una zurra, Radin, hace tiempo que dejé de tener edad para ello.

Entrecerró los ojos sobre ella.

—Oh, hechicera, nunca se deja de tener edad para ello —murmuró. Sus palabras contenían una segunda intención—. Y tú te la estás ganando a marchas forzadas.

Él esperaba un nuevo contraataque por su parte, así que le sorprendió que ella diese un paso atrás, respirara profundamente hasta recuperar de nuevo la calma y el dominio sobre su poder y recogiese el abeto del suelo, el cual tenía ahora algunas de las ramitas adornadas con hielo.

—Quiero este abeto, quiero celebrar estas navidades —declaró con firmeza—. Puedes irte si así lo deseas, los espíritus saben que no sería la primera vez. Si no quieres venir a cenar esta noche con tu amigo y su esposa, no lo hagas, pero yo sí iré. Por una vez quiero experimentar lo que es cenar en familia, con gente que no me acuse cada cinco minutos por perder el amor de su vida y destrozarle la vida.

Dicho esto giró sobre sí misma y le dio la espalda.

—Espero que algún día puedas ver algo más que el pasado —concluyó ella—. Quizás entonces, te des cuenta que he estado a tu lado a pesar de todo.

Sin una palabra más, ella enfiló hacia la caseta dónde el encargado cobraba las ventas.

—Maldita mujer —masculló por lo bajo. Su primer impulso fue dar media vuelta y dejarla allí sola, ya se las arreglaría para volver, pero no lo haría, ella era lo suficiente estúpida como para arrepentirse de las palabras que le había dicho y vagar por la ciudad sin rumbo fijo durante todo el día.

A pesar de todo, no podía sino alegrarse de su explosión, de que sacase el carácter. La hechicera se había perdido a sí misma durante los cuatro años que había estado por su cuenta, años en los que él la había abandonado a su suerte, dándole la espalda, sumido en su propio dolor y desesperación. Había permitido que el rencor y la desesperación lo corrompieran hasta el punto de desear la muerte de la pequeña e inocente hechicera.

Su reencuentro había sido propiciado por el infierno.

Cerró los ojos y se obligó a hacer a un lado el amargo recuerdo, la culpa no había dejado de corroerle, del mismo modo que la culpa que ella llevaba, no la dejaba tampoco en paz. Ambos estaban condenados, pero Ankara nunca se lo reprochaba, jamás pronunció una palabra por lo ocurrido, pero no hacía falta, el peso de lo que había visto jamás lo abandonaba.

—¿Cuánto puede equivocarse un *Vigilante* para pensar que sus hechiceros podrían pasar unas tranquilas y agradables navidades sin lanzarse cuchillos?

La inesperada voz lo hizo girarse. De pie frente a él, acompañado por una intrigada humana estaba su jodido *Ángel Vigilante*.

CAPÍTULO 11

Naziel observó a Radin con detenimiento, el hechicero parecía molesto a la par que aliviado al verlo. Las emociones todavía giraban en sus ojos hasta que consiguió recuperar la compostura y cubrirse de nuevo con esa capa de impermeabilidad que solía llevar como una segunda piel.

—Y al fin apareces —murmuró. Su mirada vagó de él a Claire, como si quisiera confirmar que clase de compañía tenía—. Así que Axel no estaba de cachondeo. ¿En qué mierda te has metido ahora, *Arconte*?

La mención de su hermano no lo sorprendió en absoluto. Conocía bien a Axel como para saber que aprovecharía la primera oportunidad que tuviese para presentarse ante sus hechiceros y explicarles… lo que creyese conveniente que debiesen saber.

—¿Qué has oído?

La obvia mirada del mestizo fue una respuesta bastante contundente.

—Que te habías unido a la fila de los vinculados —le dijo con un ligero encogimiento de hombros—. Pero estoy seguro que tú tendrás una mejor explicación.

Por supuesto, pensó con ironía.

—*Agencia Demonía* —resumió el asunto con dos sencillas palabras.

La sorpresa en los ojos de su ex custodio fue suficiente premio.

—¿Cómo?

Se encogió de hombros y se volvió hacia Claire, quien contemplaba al hechicero con cierto recelo y apreciación femenina.

—Claire, él es Radin Chezark —le dijo, al tiempo que resbalaba la mano por su espalda hasta posarla sobre la parte alta de su trasero—. Radin es el Alto Hechicero de fuego de su clan… y un grano en el culo la mayoría de las veces.

El hombre frunció el ceño, seguramente sorprendido de que le presentase de esa manera a una humana corriente.

—¡Naziel!

El grito de júbilo llegó acompañado de una deliciosa y suave muchacha que no dudó ni dos segundos en abrazarle. Sonriendo, le devolvió el abrazo a Ankara.

—Hola, hermosa —la saludó. Entonces se giró hacia Claire, quien había palidecido ligeramente y rio por lo bajo—. Claire, esta efusiva muchachita es Ankara, la compañera de Radin… Kara, ella es Claire.

—Ella también es… rara —la oyó musitar sin poder evitarlo.

La hechicera parpadeó y repitió la palabra sin comprender, Radin por su parte, se limitó a reír por lo bajo.

—¿Cuánto tiempo lleva exactamente a tu alrededor? —preguntó él señalándolos a todos.

Puso los ojos en blanco.

—Desde esta mañana.

Él bufó, entonces estiró la mano para recuperar a su compañera y obligarla a mantenerse a su lado.

—Ahora entiendo la palidez —aseguró al tiempo que la recorría con la mirada—. Puedes volver a respirar, Claire. No mordemos… bueno, ella no al menos.

Podía sentir la tensión en el cuerpo femenino y como se acercaba a él inadvertidamente.

—Um… hola, Claire. Un placer conocerte —se adelantó finalmente Ankara.

Ella asintió con la cabeza y vaciló entre ambos.

—Lo mismo digo —murmuró y los observó disimuladamente como si quisiera averiguar que había debajo de sus pellejos.

—Ankara también es una Alta Hechicera, pero del espíritu contrario al de Radin —le susurró. El calor de su aliento hizo que diese un respingo.

Sus ojos se posaron sobre él y asintió.

—Vale —aceptó y se volvió una vez más a ellos—. Disculpad si no reacciono, pero me está costando… lo mío acostumbrarme a ciertas… cosas.

La pareja asintió en comprensión.

—De acuerdo, Naziel, vas a tener que explicarnos esto —aseguró Radin. Y a juzgar por el brillo en sus ojos, lo estaba pasando realmente bien—. Por qué te juro que es lo más absurdo… no te ofendas, Claire… que he oído en mucho tiempo.

Se encogió de hombros.

—Lo haré esta noche —se evadió—. No me apetece tener que repetirme una y otra vez e imagino que Nishel y el resto de los agentes querrá también un reporte completo.

La sonrisa que curvó los labios del hechicero decía que no iba a esperar mucho tiempo.

—Nishel no ha perdido el tiempo, ¿eh?

No. No lo había perdido. El Caído lo había sorprendido dejándole un mensaje en el buzón de voz exigiendo una explicación detallada de su supuesto ingreso en filas de la Agencia. Se había limitado a decirle que esa noche tendría que dar algunas explicaciones, y qué mejor cosa que hacerlo cenando. Claire y él estaban invitados a la cena de Nochebuena de la *Agencia Demonía*. No estaba muy seguro de cómo iba a terminar aquello.

Deslizó la mirada sobre su acompañante, quien intentaba seguir el hilo de la conversación.

—Estamos invitados a cenar —le informó.

Ella parpadeó.

—¿Esta noche?

Asintió.

—Sí. —Le cogió la mano y la notó temblar—. Estarás bien, ellos tampoco muerden.

A juzgar por la expresión en su rostro no estaba precisamente segura de ello.

—Bien, en ese caso, nos veremos por la noche —comentó Radin volviendo a atraer la atención sobre ellos—. Disfrutad del día.

Con un leve asentimiento de cabeza se despidió de la pareja. Entonces volvió a prestar toda su atención a la temblorosa mujer a su lado.

—¿Tienes frío?

Ella negó con la cabeza, su mirada seguía puesta en el lugar dónde habían estado los chicos.

—Hechiceros —repitió la palabra y le miró—. Es broma, ¿no?

Negó con la cabeza.

—No, en absoluto —le acarició la nariz—. Fuego y hielo juntos y creando problemas. Pero son buenos chicos.

Ella lo miró con cierta reserva.

—Si tú lo dices… —Dejó escapar un profundo suspiro y se giró hasta quedar frente a él—. En cuanto a esa cena…

Le puso un dedo sobre los labios y negó con la cabeza.

—Ve pensando en qué quieres ponerte y a poder ser que sea de tu talla —le informó—. Si es necesario, puedo hacerle ciertos… ajustes.

Resopló ante su comentario.

—Visto tu sentido de la moda, mejor no.

Sin decir una palabra más, se giró hacia el bosque de abetos y emprendieron la búsqueda del árbol de navidad perfecto.

Claire guardó silencio durante algunos minutos, su mente giraba en torno a las recientes presentaciones y a la idea de cenar, en Nochebuena, con un puñado de desconocidos. ¿Qué diablos estaba pasando en su vida? Tenía la sensación de que todo iba cuesta abajo y no sabía ni dónde estaba la palanca de freno.

Acarició las ramas de un abeto de un intenso color verde que conservaba todavía algunos piñones, el recuerdo de otro paseo como este surgió de los confines de su mente.

—¿Qué has recordado? —La voz de Naziel la mantuvo anclada al presente.

Se lamió los labios y recorrió el bosque de abetos con detenimiento.

—Las primeras navidades que pasé como mujer casada —respondió. Entonces negó con la cabeza—. No tiene importancia. ¿Por qué simplemente no cogemos un árbol cualquiera y nos vamos?

Él la miró detenidamente, le cogió la barbilla con un par de dedos y se la alzó.

—Dilo en voz alta —le ordenó. Una petición firme y llana que no pudo ignorar—. Tienes que liberarte de todos esos recuerdos que todavía te atormentan…

Ella bufó.

—No me atormentan, es solo que…

Él tiró de ella para que le mirase.

—Ahora, Claire —le acarició la mandíbula con el pulgar—. Si tengo que mantenerte en medio de estos pobres árboles hasta la noche, lo haré.

Resopló. Podía ver en sus ojos como deseaba ocultarse, huir de nuevo.

—¿Qué ocurrió esas navidades?

Ella se lamió los labios y asintió.

—Mi ex marido me trajo a un lugar como este en busca de un abeto para decorar el salón —comenzó en voz baja—. Eran nuestras primeras navidades como matrimonio y estaba tan ilusionada, que no me importó que mi suegra nos acompañara… O al menos, no al principio. Solo estuvimos treinta minutos, porque cada abeto que yo señalaba y que me gustaba, no entraba en los estándares de mi querida madre política. Estábamos a punto de irnos, le dije a mi marido que cogiese uno cualquiera y volviésemos a casa; estaba harta de la actitud de su madre. Entonces vi un precioso abeto parecido a este, frondoso, de un precioso color verde y que olía a bosque, tenía piñones y una capa de nieve artificial cubría sus púas. Lo quería. Ese era el árbol que quería tener en mi casa.

Él asintió al ver que ella callaba de nuevo.

—¿Y qué ocurrió?

Suspiró, un sonido suave pero cansado, como si estuviese pasando por aquello de nuevo.

—Mi suegra se empeñó en que lo mejor era comprar uno artificial, había visto uno precioso, blanco y muy caro que podía cumplir perfectamente el papel —murmuró con amargura —. Opinaba que un abeto de verdad solo traería bichos, que meter eso en casa sería como introducir una plaga en casa… Así que nos fuimos sin mi abeto y mi marido compró uno de

plástico. Sí, lo compró verde y con piñones, porque sabía que yo quería un abeto de verdad, pero era de plástico… no olía a bosque… no inspiraba nada…

Se encogió de hombros e hizo una mueca.

—Y el año pasado mis padres se trajeron consigo esa cosa a trozos que has visto y que no sabías exactamente que función tenía —sonrió con reticencia—. Supongo, que después de todo, no soy una chica de abetos y sí de cosas plásticas.

Le cogió el rostro entre las manos y la miró.

—Eres una mujer de abeto, de olor a bosque, de guirnaldas pegadas en la puerta, de adornos navideños en las ventanas y en las estanterías —dijo sin apartar la mirada—. Incluso de las que, a pesar de protestar, encuentra divertido un traje de duendecillo… Eres tú quien debe decidir, Claire, es tu vida la que estás viviendo, no la de los demás. Si quieres un abeto, tienes un abeto… Será divertido verte adornarlo totalmente desnuda.

Abrió la boca con incredulidad, sentía la cara ardiendo, no le cabía duda que estaría del color de la granada.

—Ah, no, ni hablar —se negó en rotundo.

Se inclinó sobre ella, le lamió los labios, se los besó y le susurró.

—Elige el abeto y ya veremos después si hablamos o no sobre ello.

Sacudió la cabeza, se giró y miró a su alrededor.

—¿Cualquier abeto? —preguntó mirándole por encima del hombro—. ¿Tienes alguna preferencia?

Él la miró de arriba abajo.

—Sí. Tú. Desnuda y decorando el abeto —aseguró relamiéndose de anticipación—. Escoger el árbol es cosa tuya.

Diablos, pensó ella. No estaba segura de poder concentrarse en elegir adecuadamente si él se pasaba el tiempo mirándola como si ya estuviese desnuda.

—De acuerdo —respiró profundamente para darse ánimos—. Busquemos ese abeto.

CAPÍTULO 12

Claire se quedó contemplando el abeto, lo habían colocado en una esquina del salón y no podía dejar de sonreír mientras lo miraba. Si aspiraba con fuerza podía notar el aroma a bosque que emanaba de él, el oscuro verde de las ramas antiguas contrastaba con el tono claro de las más jóvenes y los piñones de un bonito y herrumbroso color marrón parecían jugar al escondite entre las ramas.

El árbol era más grande de lo que había pensado, si a ello se añadía que su piso era del tamaño de una casa de muñecas, hacía que pareciese incluso mayor. Pero le encantaba, lo había elegido ella y ahora podría decorarlo con alguno de los nuevos adornos que había comprado también.

Naziel se había sentado en el sofá, contemplando cada uno de sus movimientos. Mantenía una pierna sobre la otra, con los brazos extendidos sobre el respaldo mientras disfrutaba, suponía, de verla moviéndose de un lado a otro del salón. Si bien había claudicado sobre el estado de desnudez para la decoración del árbol, se las había ingeniado para salirle con otro nuevo modelito. Ese hombre tenía un verdadero problema con el *cosplay* y los disfraces.

Bajó la mirada a su nuevo atuendo, no mucho más respetable que el anterior. En esta ocasión había creído divertido que un micro vestido que pretendía emular a una *Señora Klaus* sería una buena opción. Compuesto por una única pieza de tela roja con aplicaciones de pelo blancas, emulaba más bien el corte de un corto abrigo de manga larga con solapas que dejaban una generosa porción de su pecho al descubierto, y un ancho cinturón que mantenía cerrado el traje junto con un par de corchetes.

Y por supuesto, nada de ropa interior, casi le había arrancado el tanga cuando se presentó de aquella guisa en el salón.

Demonios, si se agachaba o tan siquiera se inclinaba, se le vería el culo… No dudaba que aquello era lo que él deseaba y de lo que estaba disfrutando en aquellos momentos.

—Ahora mismo estoy en una completa y absoluta indecisión —le oyó murmurar. Sus ojos la recorrían con descaro—. No sé si me gustas más con este vestido o con el otro.

Sacudió la cabeza, pero por dentro no pudo evitar sentirse realmente bien. Era extraño como las palabras de un completo desconocido podían animarla. Aunque bien mirado, después de lo de la mañana ya no podía considerarle precisamente un desconocido.

—Quizá si te inclinas un poquito hacia delante… —sugirió con aire juguetón.

Se llevó las manos a las caderas y negó con la cabeza.

—¿No deberías comportarte como un agradable invitado y ayudarme a decorar esto?

Él puso los ojos en blanco.

—Claire, si ahora mismo dejo este sofá, no llegarás a poner una sola cinta en ese árbol —aseguró sin dejar de mirarla—. Terminarías en el suelo, a cuatro patas, con mi polla profundamente enterrada entre tus muslos.

Tragó saliva. La crudeza de ese hombre la dejaba sin palabras y excitada.

—Y eso sería malo, ¿por qué…? —musitó. No podía creer que lo hubiese dicho en voz alta.

Él se rio, un sonido limpio y masculino.

—Por qué solo sería el comienzo, pequeña —aseguró con diversión—. Y esta noche nos espera una sesión bastante intensa.

Parpadeó y ladeó la cabeza.

—¿Qué va a pasar esta noche?

Arrastró los brazos hacia abajo y cruzó las manos sobre la pierna que tenía sobre la rodilla.

—¿Leíste todos y cada uno de los papeles que te entregué con el contrato? —preguntó.

Sí, y varias veces.

—Sí —aseguró.

Él frunció el ceño.

—¿Todos? —insistió.

Su ceño se profundizó.

—Bueno, estaba una copia del contrato, un par de páginas informativas… —enumeró—. Y otra con tus datos… creo.

Entrecerró los ojos sobre ella.

—Claire, ¿leíste el apartado que habla sobre el Pacto? —preguntó sin quitarle la mirada de encima—. ¿Y tus requisitos?

La sorpresa se dibujó en su cara, estaba segura.

—¿Qué… requisitos? —negó con la cabeza.

Su gesto hablaba por sí solo. Estaba intentando no reírse.

—De acuerdo, pequeña, ven aquí —la llamó—. Te has saltado la parte más importante de la documentación.

Él separó las piernas cuando se acercó y le señaló la alfombra en el suelo.

—¿Puedes arrodillarte un momento, por favor? —pidió educadamente—. Me gusta tener una buena vista de esas dos preciosidades.

Ella bajó la mirada y vio que la parte de arriba del vestido se le había abierto lo suficiente para dejarle ver sus pechos, casi hasta sus pezones.

Acomodó las solapas de pelo ganando un poco más de recato y se arrodilló entre sus piernas, sentándose luego de lado.

—Estoy más cómoda así —declaró al ver que él arqueaba una ceja.

Él asintió.

Entonces, extendió la mano delante de ella con la palma hacia arriba, y como si se tratase de un truco de magia apareció sobre ella el sobre con los documentos que le había entregado y sus propias gafas, ahora arregladas.

Ella saltó echándose atrás, una de sus piernas evitó que fuese más lejos.

—Jesús —jadeó sin dejar de mirar el sobre como si fuera una serpiente—. Lo que pasó más temprano no es producto de mi imaginación, ¿verdad? Sí tienes alas.

Bajó la mirada hacia ella y asintió.

—Pues sí, vienen con el cargo —había cierta ironía en su voz.

Ella alzó las manos.

—Dame un poco de margen, ¿quieres? —rezongó—. No todos los días se presenta alguien como tú ante mi puerta.

Él se limitó a extraer el contenido del sobre y tras buscar lo que le interesaba, dejó sobre el sofá los papeles y le tendió dos páginas.

—Léelo y hazlo en voz alta —le pidió.

Cogió ambas páginas y tras decidir empezar con la más corta, se puso las gafas y empezó a leer en voz alta.

—Requisitos del cliente —entonó, deslizó los ojos sobre las líneas y continuó—. Los requisitos que la cliente adjunta a este contrato son los siguientes.

Ella parpadeó varias veces al leer lo que ponía. De repente hacía demasiado calor allí dentro.

—En voz alta, Claire —le recordó. Un rápido vistazo lo encontró mirando fijamente sus pechos—. Y recuérdame que después me encargue de esas dos bellezas.

Mordiéndose un ácido comentario, tragó saliva y recitó el contenido de carrerilla.

—Punto uno. Que no le importe mi aspecto y haya deseo en su mirada al posarla sobre mí —su voz empezó en un tono aceptable para ir bajando hasta hacerse casi un susurro—. Visto lo visto, no creo que eso resulte un problema para ti.

Él bufó.

—En lo más mínimo, duendecillo —aseguró lamiéndose los labios sin dejar de mirarle las tetas—. Me encanta lo que veo.

Respiró profundamente y atacó la segunda parte.

—Punto dos. Cubrir sus necesidades, darle prioridad. Hombre alfa, dominante. —No pudo evitar bufar ella misma—. Sin duda te han clavado, chico. No creo que exista nadie más dominante que tú.

Él rio por lo bajo.

—Eso es porque no has conocido a Axel.

Aquel nombre ya había salido anteriormente, cuando se encontraron con aquella pareja.

—¿Quién es Axel?

Sus manos, las cuales habían descansado sobre sus rodillas, descendieron para acariciarle la piel desnuda de la parte superior de sus pechos.

—Tu *Guardián* original —murmuró mientras deslizaba los dedos sobre su piel—. Y mi hermano.

¿Hermano? Eso sí que era interesante.

—Te refieres a hermano de sangre o de… gremio, círculo, o como sea que llamaste a eso que perteneces —se interesó.

Las manos se cerraron sobre ella.

—Sangre —gruñó al tiempo que sus dedos le acariciaban los pezones—. Diablos, ven aquí.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, se vio alzada en vilo y sentada en su regazo, con las piernas sobre las de él y su espalda apoyada en su pecho.

—Mejor —aseguró sin dejar de amasarle los pechos—. Continua.

Gimió. ¿Realmente esperaba que continuase leyendo con él excitándola de esa manera?

—Punto número tres —tragó saliva—. Bien dotado, dentro de los parámetros estándar de la agencia. Oh, créeme. No tengo ninguna queja de tu dotación.

Él se rio y le mordisqueó el costado del cuello.

—Gracias, nena.

Se estaba derritiendo entre sus brazos.

—Sigue —le susurró antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja.

Gimió.

—Quizás lo haga si dejas que lea —suspiró y bajó la vista a las temblorosas manos—. Punto cuatro. Categoría de Agente Clase A. Esto no lo entiendo, ¿qué clase de categoría es esa?

Le lamió detrás de la oreja y se encogió por las cosquillas.

—Cosquillas, ¿eh? —parecía realmente satisfecho consigo mismo—. La Clase A

pertenece al grupo alado. Ángeles, ángeles caídos, mestizos y demás integrantes del género.

Ella asintió y fue a por el último requisito.

—Ardiente y Celestial.

Bueno, ciertamente lo primero lo era y lo segundo… también.

—Ese sería yo —gruñó sin dejar de jugar con sus pezones—. Ahora, pasa a la otra página, ahí viene explicado que es exactamente el Pacto. Léelo y si hay algo que no entiendes, me lo preguntas.

Dejó la primera página a un lado y cogió la segunda. Leer habría sido mucho más sencillo si él no estuviese pellizcándole y retorciéndole los pezones. No podía dejar de moverse y pegado a su desnudo trasero notaba la nada despreciable erección encerrada en sus pantalones. ¿Se desnudaría la próxima vez? Se moría por verle desnudo, por tocar su piel.

Intentando centrarse en lo que tenía entre manos, deslizó los ojos sobre las líneas impresas y su ceño se fue haciendo un poco más profundo a medida que avanzaba.

—El Pacto —se encontró leyendo en voz alta—. Durante el periodo que transcurre desde la medianoche al primer rayo de la salida del sol, el Agente tendrá la oportunidad de vincular la voluntad de su cliente a la suya propia. Esta cesión de poder solo se podrá llevar a cabo si el cliente acepta, sin coerción o chantaje, someterse voluntariamente al dominio del Agente. Este se encargará de velar por el bienestar, la seguridad y la felicidad del cliente, así como el satisfacer cada una de sus fantasías. Durante el Pacto, la cliente estará a merced del Agente y confiará en su juicio para llegar a la mejor resolución posible para obtener su bienestar y la resolución de los principios de la Agencia.

Lo leyó una vez más intentando entender y asimilar todos y cada uno de los puntos que había leído.

—Cesión de poder —repitió al tiempo que alzaba la cabeza para mirarle—. ¿Aún quieres más del que ya tienes sobre… la cliente?

Sus ojos cayeron sobre ella y lo vio sonreír con petulancia.

—Me halagas con esa suposición, Claire, pero la realidad es que yo tengo tanto poder sobre ti como el que tú deseas darme —aseguró sin dejar de acariciarla. Su voz era ronca, estaba excitado, tanto como ella—. Si hubiese algo que no desearas que hiciera, me lo dirías, lo hablaríamos y en consecuencia, nos detendríamos o trataría de convencerte de que lo aceptases. Durante el Pacto, me cedes tu voluntad, dejas tu cuerpo, mente y alma en mis manos para hacer lo que considere oportuno para proporcionarte bienestar. En ese periodo de tiempo, sería yo el que marcase las pautas, el que decidiría si quiero detenerme, si realmente necesitas que me detenga o quieres más pero no te atreves a pedirlo. Tendrías que confiar en que haría lo mejor para ti, sin cuestionártelo, solo aceptar lo que te doy.

Sacudió la cabeza.

—Eso es demasiado poder para una persona —aseguró. No pudo evitar estremecerse, pero no estaba segura si era porque rechazaba la idea o le suponía cierto morbo.

Un inesperado beso en la mejilla la hizo concentrarse de nuevo en él.

—Un poder que solo tú puedes decidir si quieres entregarlo o no —le dijo—. Tendrás hasta medianoche para pensar en tu decisión.

Ella asintió y se relajó en sus brazos, disfrutando de sus caricias. Sus ojos cayeron sobre el árbol.

—Habría que empezar a decorar el árbol.

Él gruñó, una de sus manos abandonó el sensibilizado pezón y se entretuvo en abrir la hebilla del cinturón para finalmente hacer a un lado ambas partes del vestido y sumergirse entre

sus piernas.

—Después —murmuró en su oído al tiempo que resbalaba los dedos por sus ya mojados pliegues—. Ahora, quiero oír como gimes mientras hago que te corras con los dedos.

Le separó las piernas abriendo las propias, dejándola completamente expuesta a su placer, la recorrió con los dedos, acariciándola para finalmente penetrarla con una larga falange que arrancó el primero de sus gemidos. Y sin duda habrían seguido muchos más si el teléfono no hubiese elegido ese momento para sonar.

—No —gimoteó, más por la frustración que por el hecho de que alguien eligiese ese momento preciso para llamarla.

Él detuvo sus movimientos, mantuvo la mano entre sus piernas y se estiró para coger el teléfono con la otra.

—El identificador de llamadas dice "Amanda" —le comunicó manteniendo el teléfono fuera de su alcance—. ¿Respondes?

Gruñó.

—Es mi hermana.

Intentó levantarse para responder la llamada pero él no le dejó, por el contrario, introdujo su dedo mucho más profundo.

—Naziel —jadeó su nombre.

La calidez de su aliento le acarició el oído cuando le habló.

—Habla con ella —le dijo apretando el botón de descolgar—, si es que puedes.

Retiró lentamente el dedo solo para volver a introducirlo sin dejar de jugar además con el pezón.

—No… no puedes… joder…

—¿Claire? ¿Claire, estás ahí?

Él le acercó el teléfono y le mordió una última vez el pabellón de la oreja.

—Responde —le dijo en un bajo susurro.

—¿Claire? ¿Hola?

Pensando seriamente en matar a ese maldito ángel cogió el teléfono y contestó.

—Hola, *Amandaaaaa*. —Empezó a saludarla solo para acabar alargando su nombre con un quejido.

¡Maldito hijo de puta!

Naziel quería reírse, a carcajadas, pero si lo hacía estropearía todo. La idea había surgido tan rápido como la puso en marcha, estaba demasiado ansioso por el cuerpo femenino como para renunciar a él, así que, solo había una opción disponible, que atendiese la llamada mientras él… jugaba.

Cerró los dedos alrededor del erguido pezón, poco a poco se había ido endureciendo, adquiriendo ese color rojizo que tanto le gustaba. Podía así mismo notar como se humedecía cada vez más, su sexo era una funda caliente y palpitante que se cerraba entorno a su dedo con glotonería. La penetró suavemente, permitiéndole luchar para articular las palabras con las que respondía a la llamada. Desde su posición podía escuchar la conversación de las dos hermanas; Amanda poseía un tono de voz similar al de Claire, pero quizás más serio.

—Feliz… navidad a ti también, *sister* —siseó mientras se apretaba contra él. La mano que sostenía el teléfono se ceñía con fuerza a este mientras la otra se apoyaba en su antebrazo—. Sí… lo sé… aja… *siii*… ¡lo sé!

Ahogó una risita ante el respingo que dio en su regazo, seguía follándola suavemente, pero ahora había añadido uno de sus dedos a su entrada posterior, acariciándole el fruncido agujero de su trasero haciéndola temblar. Dios, se moría por tomarla de aquella manera, intuía que iba a ser realmente buena a juzgar por sus respuestas, le gustaría, quizás no al principio, pero con la práctica…

—No… estoy bien. Sí. De verdad —se esforzó en murmurar. Entonces apretó el altavoz y susurró hacia él—. Esta me la vas a pagar.

—¿Claire? ¿Seguro que estás bien? Te noto rarísima —oyó la voz del otro lado de la línea.

Si ella supiera, pensó con ironía sin dejar de acariciar a su clienta. Ya podía ver una película de sudor cubriendo su excitado cuerpo.

—Estoy bien, creo… creo que me he resfriado, eso es todo —masculló—. Yo… te llamaré mañana, ¿de acuerdo?

—No, espera —la obligó a aguardar—. Tengo que hablarte de algo… es sobre alguien… Quiero que me prometas que si aparece ante tu puerta, me llamarás inmediatamente.

Aquello pareció sorprenderla porque se tensó en su regazo e intentó librarse de él.

—¿De qué narices…? Joder… —Se contuvo cuando el involuntario movimiento hizo que la penetrase con mayor profundidad y fuerza.

—Claire, ¿qué narices te pasa? —preguntó. Entonces hubo un momento de silencio—. Oh, ¡no me jodas! ¿Estás con alguien?

Ella sacudió la cabeza enérgicamente, las lágrimas casi cayendo de sus ojos.

—No —dijo con voz estrangulada—, pero si estuviera, lo mataría y dejaría su cuerpo para que lo comieran los gusanos.

Aquella afirmación, unida a su tono de voz, pareció suficiente como para que su hermana lo tomase como otra cosa.

—Oh, bebé, lo siento —había verdadero pesar en su voz—. Maldita sea. Te dije que vinieses a pasar la navidad conmigo, ¿por qué nunca me haces caso? Mira, ahora mismo no creo que encuentre vuelo, pero puedo estar ahí antes de fin de año y pasar tiempo juntas, ¿sí?

Gimió, un gemido tan desesperado que no sabía si se debía a la excitación o a las palabras de su hermana.

—Bebé, no llores —por el tono de voz, la mujer parecía estar a punto de llorar también—. Te llamaré tan pronto tenga los billetes. Llamaré a mamá para que te hable contigo después y…

Se mordió el labio interior cuando la obligó a volver a recostarse contra su pecho, calmando un poco la necesidad que burbujeaba en su cuerpo.

—Sí… llámala… —se las ingenió para responder—. ¡Y dile que busque un jodido hostal para el primo Mac porque aquí no hay sitio!

A juzgar por la retahíla de insultos que vino del otro lado de la línea, aquello no le sorprendió.

—Lo ha hecho, ¿no? —resopló Amanda—. Es que no aprende. Le dices que no lo haga, y zas, hace todo lo contrario. Papá debería atarla.

Asintió, relajándose hasta que le acarició el clítoris con el pulgar haciéndola saltar.

—*Siiiiiiiiiiii*. —Se le escaparon las «ies».

Naziel tuvo que morderse la lengua y aguantar la respiración cuando la gata que tenía en el regazo le clavó las uñas en el muslo, demasiado cerca de sus joyas.

—Sí —probó de nuevo. Respiró profundamente y miró el teléfono—. Mandy, tengo que colgar. Llaman a la puerta… Te llamo… mañana… No hace falta que vengas… de verdad…

Su hermana bufó.

—Y una mierda que no —respondió ella—. Te volveré a llamar para decirte a qué hora llego.

Ella colgó antes de que Claire pudiera contestar. Siseando como un gato, lanzó el teléfono al suelo y gimió en voz alta.

—¡Eres un cabrón hijo de puta, Naziel! —declaró arqueándose contra sus dedos—. Maldita sea… necesito correrme…

Le mordió la oreja y le susurró al oído.

—No irás a decirme que no ha sido divertido —aseguró al tiempo que incrementaba la velocidad y la fuerza de sus penetraciones, enviándola directa al orgasmo—. Yo desde luego lo he disfrutado.

Y a juzgar por la forma en que se corrió, ella también.

CAPÍTULO 13

No había dejado de fruncir el ceño y dedicarle miradas fulminantes desde el mismo instante en que colgó el teléfono varias horas atrás. O quizá un poco después, cuando se levantó de su regazo como un resorte, cerró las dos partes del vestido cubriendo su desnudez y le dio la espalda para dedicarse a la tarea de decorar el abeto.

Había decidido no presionarla. Sabía que solía encerrarse en sí misma cuando aquello ocurría. Claire tendía a retraerse en sí misma, se guardaba sus opiniones con demasiada frecuencia y le costaba un mundo aceptar que tenía necesidades; porque las tenía. Las sesiones a las que había estado asistiendo las últimas semanas no hicieron más que perfilar lo que ya sabía sobre ella, era suave por dentro y por fuera, tanto que podía ser herida con demasiada facilidad.

El matrimonio por el que pasó tenía buena parte de culpa, si bien no estuvo junto a ella en aquella etapa, había señales inequívocas que marcaban ese periodo como el epicentro de todos los problemas e inseguridades que arrastraba consigo.

Si bien había rezongado durante el resto de la tarde sobre la necesidad de ir a la cena de aquella noche, terminó claudicando ante la inamovible decisión que tomó con respecto a ello. Si bien conocía a alguno de los miembros de la plantilla de la Agencia Demonía, no compartía con ellos la cercanía que poseía con sus hechiceros, o para el caso con Nishel; puesto que era uno de los Caídos. Pero era consciente de la soledad que envolvía a la mujer que tenía por cliente y sabía que no le haría daño, sino más bien al contrario, compartir una noche tan señalada para los humanos como esta, con otras personas.

Claire había estado ya demasiado tiempo sola, era hora de que saliese de ese bucle y pensaba empezar a arrastrarla fuera de ello esta misma noche.

—He llegado a la conclusión de que he tenido que darme un golpe realmente fuerte en la cabeza —declaró entrando en el salón vestida para la cena de la noche—. No encuentro otra explicación por la que se me haya freído el cerebro hasta el punto de aceptar todas y cada una de tus sugerencias.

Curvó los labios ante el tono irritado en la voz femenina. Vestida con un sencillo vestido negro con rayas rojas y blancas que se ajustaba perfectamente a su figura y unos zapatos rojos de tacón alto, poseía un aspecto refinado y realmente sexy. El escote era pronunciado, con un corte cuadrado que permitía una generosa visión de sus pechos y dejaba sus hombros al desnudo. Un chal del mismo color que los zapatos y el bolso completaban el atuendo. Se había recogido la pesada mata de pelo rubia en un discreto moño que enfatizaba sus rasgos, los cuales había realzado con unos toques de maquillaje.

Era una visión sorprendente y atractiva.

—¿De dónde has salido y que has hecho con la pequeña Claire? —preguntó deslizando la mirada con apreciación sobre cada uno de sus atributos.

Un ligero sonrojo tiñó sus mejillas.

—No te hagas ilusiones, ella sigue justo aquí —declaró y dio un par de vacilantes pasos hacia él—. Malditos tacones. Ya he perdido la costumbre de ponerme estos zapatos.

Sonrió.

—Pues esfuérzate en recuperarla —declaró con voz ronca—, si hay algo que considero

realmente sexy en una mujer, son unos buenos zapatos… y nada más encima.

Ella enarcó una delgada ceja rubia.

—¿Otro fetiche más? ¿Por qué no me sorprende? Eres un *fashion victim* con un gusto un tanto excéntrico para la moda… Menos para la tuya, he de decir.

Rio. Esa muñequita había desarrollado un marcado sarcasmo como mecanismo de defensa.

—Nunca me ha preocupado excesivamente lo que llevo puesto si puedo quitármelo pronto —declaró—. Gajes del oficio.

Ella puso los ojos en blanco.

—Prefiero no saber qué quieres decir con eso —murmuró. Claire dejó escapar un cansado suspiro y lo contempló a su vez—. Te sienta bien ese color.

Al contrario que Axel y su gusto por lo gótico, él estaba más en sintonía con su parte angelical y prefería colores claros, predominando el blanco y el crema. Vestido con americana y pantalón en un blanco roto y una camisa de un oscuro azul noche, parecía un escaparate del Haven. Solo el pelo negro y los profundos ojos azules rompían la sensación del bien absoluto, que por otra parte, no practicaba.

—Gracias —aceptó el cumplido y le tendió la mano—. ¿Confías en mí un poco más que esta mañana?

La pregunta la sorprendió.

—Imagino que tanto como puedo confiar en alguien con tu retorcido sentido del humor y todo lo demás —murmuró.

Sus ojos brillaron en respuesta.

—Después te pediré que definas ese "todo lo demás" —aseguró. Sin esperar respuesta, cogió su mano en la de él y tiró de ella hasta hacerla chocar contra su pecho—. Por ahora, cierra los ojos.

La desconfianza seguía ahí, aunque matizada con un toque de curiosidad.

—Empiezo a sentir la imperiosa necesidad de preguntar por qué.

Le cogió la barbilla con los dedos y se la alzó para retener su mirada.

—Porque soy un *Arconte*, en posesión de prácticamente todo mi poder y si algo que odio profundamente es el tráfico de una ciudad en navidad —aseguró.

Antes de que pudiese responder a eso, bajó la boca sobre la de ella, la besó y los trasladó a ambos con un único pensamiento al restaurante que poseía Nishel.

A Claire le habría gustado preguntar qué tenía en mente, pero la respuesta llegó en la forma de una sobrecogedora realidad cuando abrió los ojos y se encontró en un lugar que nada tenía que ver con el salón de su casa. La sala de un elegante restaurante estaba decorada con varios motivos navideños. Había un precioso y enorme árbol de navidad que alcanzaba el alto techo, las mesas se habían diseminado de manera que quedase libre la zona central. Allí se habían agrupado algunas de estas para dar forma a una gran mesa con capacidad para diez comensales. Una suave y melódica música inundaba el ambiente, reconoció la canción como uno de los conocidos villancicos navideños interpretado por la voz de una conocida artista.

Al otro lado de la sala, cerca del gran árbol, varios hombres y mujeres hablaban y reían compartiendo unas bebidas. Entre ellos reconoció a los dos hechiceros que Naziel le presentó aquella misma mañana. Si Radin le había parecido atractivo entonces, ahora se lo parecía aún más. El hombre había cambiado el tono sport de su ropa por una camisa negra y un pantalón del mismo color de vestir, los primeros botones de la camisa estaban abiertos dejando ver un rastro

de vello oscuro. El pelo, lo llevaba nuevamente recogido en una coleta baja, la larga melena negra le llegaba a media espalda, un obvio y delicioso contraste con la mujer que tenía al lado. Mientras que él vestía exclusivamente de negro, ella lo hacía de un suave color gris perla que acentuaba su curvilíneo y delgado cuerpo aumentando el aspecto de fragilidad y exquisita frialdad que la envolvía. Fuego y hielo, había dicho Naziel. Sí, sin duda eso era lo que eran.

Como si hubiesen presentido su presencia, los hombres se giraron casi al unísono hacia ellos. Un hombretón de largo pelo rubio y estética gótica dejó el grupo para adelantarse y darles la bienvenida.

Ay, dios. ¿De dónde diablos habían salido estos hombres? ¿De un casting de modelos? La montaña humana que cruzaba la sala a zancadas poseía un aura de letal poder solo aumentado por su estética, los profundos ojos claros parecieron penetrar en su alma cuando se posaron sobre ella, pero la lenta sonrisa que fue suavizando sus rasgos logró borrar aquella impresión.

—Me alegra ver que sabes captar una indirecta, *Arconte* —declaró él. Su voz encajaba perfectamente con su aspecto—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, Naziel.

Su acompañante correspondió a la mano que le tendía el anfitrión y se la estrechó.

—Si no recuerdo mal, la última vez todavía conservabas las alas, *Caído* —aseguró con una respetuosa inclinación de cabeza—. Me alegra ver que sigues manteniendo la cabeza encima de los hombros.

Aquella montaña se echó a reír.

—Oh, me esfuerzo todos los días en que así sea —aseguró con buen humor. Entonces se giró en dirección a ella—. Y tú debes de ser *ella*.

Miró un instante a su compañero quien le dedicó un guiño y finalmente asintió.

—Sí, supongo que soy… ella —respondió con el mismo tono irónico de siempre—. Aunque prefiero que se me llame Claire.

La sonrisa de su anfitrión se amplió, tomó su mano y se la llevó a los labios.

—Bienvenida, Claire —la saludó—. Soy Nishel. Adelante, pasad, os presentaré a mi esposa y a nuestros amigos… Aunque a algunos ya los conoces *Arconte*.

El aludido puso los ojos en blanco.

—Íntimamente —se burló. Su mirada cayó sobre los hechiceros.

Como había hecho aquella mañana, la joven hechicera se echó a los brazos de Naziel con efusividad que el hombre no rechazó. Sin embargo, su manera de mirarla la tranquilizó. Espera, un momento, ¿tranquilizarla? ¿Desde cuándo le importaba lo que hiciese o dejase de hacer ese hombre?

Antes de que pudiese seguir el hilo de ese pensamiento, se encontró en medio de un cálido recibimiento por parte de los presentes.

—Bienvenida —la saludó otra mujer rubia. De estatura media y con redondeadas curvas, se había refugiado bajo el brazo del enorme hombretón que los había recibido—. Soy Gabriella, la esposa de Nishel. Me alegra que hayáis podido venir.

—Gracias por la invitación —murmuró un poco cohibida. No estaba acostumbrada a ser el centro de atención. El sólido muro del cuerpo de Naziel la tranquilizó a su espalda.

—Hola de nuevo, bonita —la saludó Radin. El hombre la examinó con ojo crítico, entonces asintió—. Sí, tienes mucho mejor aspecto que esta mañana.

Ella abrió la boca para decir algo, pero su compañera lo interrumpió.

—Me alegro de verte otra vez —sonrió Ankara y tomó sus manos entre las de ella. Un ligero estremecimiento la recorrió, pero no era una sensación desagradable.

—Lo mismo digo —asintió. Y era verdad. Había algo en aquella muchacha que le gustaba y le transmitía paz.

—Así que tú eres el último añadido a nuestras filas —se adelantó entonces un hombre de tez morena y largo pelo negro dirigiendo sus palabras a Naziel. A excepción de su propio acompañante y otro monumento rubio, todos tenían una impresionante melena—. Nunca deja de asombrarme la capacidad e inventiva que tiene ese maldito programa de Nick. Bienvenido abordo. Soy Riel, y la morenita que intenta dormir a nuestro hijo, es Eireen, mi esposa.

Ella giró la cabeza en dirección a una bonita mujer que mecía un bebé de meses en sus brazos. Ella les sonrió y gesticuló un hola mientras seguía tarareando algo al bebé para que se durmiera.

—Reave solo se despierta para comer o cuando está mojado, el resto del día y la noche duerme como un lirón —comentó Gabriella. En sus ojos podía apreciarse un dulce anhelo al mirar al bebé—. Es un cielo.

—Todos los bebés son un amor cuando son pequeñitos —comentó otra mujer. De cabello castaño y ojos marrones, permanecía apoyada contra un hombre alto y rubio—. Hola, soy Cassandra y él es mi marido, Arion.

—Hola —saludó a ambos sintiéndose algo menos cohibida ante la presencia de toda esa gente. Todos parecían amables y normales, tanto que le parecía imposible que fuesen algo más de lo que parecía a simple vista.

—Déjame que te lo resuma —oyó la voz de Radin a su lado—. Nishel un *Ángel Caído*, Arion un *Ángel Veritas*, Riel es el *Demonio Empático* del grupo, Cassie es una poderosa *Wiccana*, Gabriella y Eireen son humanas como tú y Kara y yo *Altos Hechiceros*. Ahora, ya puedes empezar a hiperventilar.

Sí, sin duda lo haría y pronto como no le sacase las manos de encima. Ese hombre estaba demasiado caliente, literalmente hablando.

—Radin, da un paso atrás. Siente tu poder —declaró Riel adelantándose al mismo tiempo. El hombre la contempló durante unos instantes, entonces se volvió hacia Naziel—. ¿*Nefilim*?

Él negó con la cabeza.

—Aunque parezca poco probable, empiezo a inclinarme porque tenga algo que ver con los *Tuatha Dé Danann* —murmuró bajando la mirada hacia ella—. Quizá algún antepasado muy lejano, es lo único que se me ocurre para explicar su sensibilidad hacia ciertas cosas.

Cassandra abrió la boca y volvió a cerrarla un par de veces captando su atención. La mujer la miró a ella y luego a su marido.

—¿Los *Tuatha Dé Danann* también existen?

Arion se encogió de hombros y la miró.

—Hubo una época en la que así fue, pero hasta dónde yo sé se habían extinguido —aceptó él.

De repente aquellas palabras dejaron de tener sentido para ella, se apretó más contra Naziel y notó como él la rodeaba con los brazos, anclándola contra su pecho.

—Respira, Claire —le oyó decir al oído—. Nadie te hará daño, por el contrario, no encontrarás personas que sean más fieles y defensoras de cualquier causa, por estúpida que sea.

Personas. No seres, demonios o ángeles, personas. Tenía que centrarse en ello y olvidarse de todo lo demás, pero no podía, su cerebro hacía horas extra intentando procesar toda la información, en especial aquel último y bizarro comentario.

—Lo que has sugerido es absurdo. No soy un hada ni tampoco creo que haya habido ninguna entre mis ancestros —declaró en voz alta, necesitando oír sus propias palabras. No

dejaba de ser curioso que su padre, de niña, les llamara a ella y a su hermana sus pequeñas *Faery* —. Y, por el bien y la tranquilidad de mi salud mental, ¿a alguien le importaría mucho traerme algo de beber? Que sea fuerte. Muy fuerte.

Casi al momento, Nishel estuvo a su lado tendiéndole un vaso con dos dedos de whisky escocés.

—Tómate esto, si todavía sigues consciente después de ello, seguiremos con la cena —le guiñó un ojo.

No vaciló. Cogió el vaso y lo vació de un solo trago. El ardor del licor le quemó la garganta y dejó tras de sí una sensación de calma que agradeció inmensamente.

—¿Mejor? —Aquella era la voz de Naziel. La había soltado para permitirle algo de espacio.

No contestó de inmediato, no sabía que podía decirle en realidad.

—Ven a sentarte —la invitó Ankara, quien se había detenido a su lado. Curiosamente, la presencia de la muchacha y sobre todo su contacto, la calmaba—. Ellos empezarán de un momento a otro a acribillar a Naziel con preguntas, no tienes por qué enfrentarte a tanta testosterona junta.

Gabriella y Cassandra se acercaron también y la rodearon. Su compañía poco a poco la hizo sentirse más tranquila, la cotidiana y normal charla entre mujeres permitió que se relajara y disfrutara realmente de ellas. Nunca había tenido demasiadas amigas, de niña y adolescente, solo tenía a Amanda y no era lo mismo.

—Entonces, ¿tienes una tienda de esoterismo? —preguntó después de escuchar como Gabriella hablaba del cuarzo que Nishel había comprado en la tienda de Cassandra para ella.

Ella asintió. La mujer y su marido vivían en Cardiff, Gales, pero habían venido a Ohio para asistir a la cena de Nochebuena y ver a sus amigos.

—Sí. Radin ha exagerado sobre lo de ser una poderosa *Wiccana*. Apenas sí se hacer un par de cosas y que me salgan bien.

Asintió ante la explicación de la mujer.

—¿Y tú a qué te dedicas, Claire? —preguntó Eireen. La mujer había dejado al bebé dormido en el cochecito y le echaba un vistazo de cuando en cuando.

Gabriella se inclinó hacia delante, curiosa.

—Sí. Nish solo dejó caer que había invitado a un nuevo recluta de la *Agencia Demonía* y que vendría con su chica, pero se negó a darme más datos —comentó la mujer.

¿Su chica? Sacudió la cabeza.

—No, yo no soy la… chica… de Naziel —negó. Entonces empezó a sonrojarse. ¿Qué podía decirles? ¿Qué era su acompañante?

Ellas se miraron entre sí y Eireen posó una mano sobre su hombro.

—Todas, excepto Ankara, hemos sido clientes de la *Agencia Demonía* —le aseguró con dulzura—. Que no te de vergüenza, esa agencia es lo mejor que puede pasarle a cualquier mujer.

Quizá. ¿Había sido algo bueno conocer a Naziel? Oh, sí. Por supuesto que sí. Pero entonces, él solo estaría con ella dos días. ¿Y después qué?

—Solo espera a que llegue el momento del Pacto —aceptó Cassandra en voz baja. Su mirada se volvió cómplice con la de las otras mujeres—. Es lo mejor de todo el contrato.

—Y liberador —corroboró Eireen.

Gabriella sonrió con tibieza.

—Chicas, creo que la estamos atosigando —murmuró. Entonces le cogió la mano—. No te preocupes por nada, limítate a disfrutar de tu tiempo con Naziel. Él sabe muy bien lo que hace.

Se lamió los labios y echó un vistazo al otro lado de la sala dónde los hombres rodeaban a su acompañante.

—Espero que lo sepa, porque os juro que yo no tengo ni idea —confesó con un suspiro—. Y en cuanto a mi trabajo… actualmente… podríamos decir que soy escritora.

La repentina algarabía que se elevó en el corrillo de mujeres hizo que buscase a Claire con la mirada. Ella le sonrió, sus mejillas estaban sonrosadas pero parecía tranquila y a gusto entre sus nuevas acompañantes.

—Empieza a relajarse.

Se giró hacia Riel, quien tenía la mirada puesta también en la misma dirección.

—¿Crees realmente que puede descender de los *Tuatha Dé Danann*? —la curiosidad en la voz de Nishel contagió a todo el grupo.

—Se creen que están extintos —aceptó entendiendo la pregunta de Nishel.

Los *Tuatha Dé Danann*, también conocidos como *Hijos de Danu*, eran uno de los seres sobrenaturales sobre los que menos se sabía, de hecho, existían tantas leyendas sobre ellos que era difícil saber ya que era verdad y qué mentira. Su raza se creía extinta, o al menos, él no había tenido conocimiento de ninguno en varios siglos.

—Pero hay algo en ella… —continuó—. No es ángel, ni demonio, no hay magia elemental y sin embargo la siente… Sea quien sea, tiene que tratarse de alguien realmente particular o un *Angely* no habría sido asignado a ella.

Radin lo miró con intención.

—¿Axel?

Él asintió.

—Sí. Pero no ha dicho una sola palabra al respecto —se encogió de hombros. Y la verdad, hasta ese momento tampoco se le había ocurrido preguntar—. En realidad, no sé siquiera qué tenía en mente cuando me pidió que lo supliera en la vigilancia…

Radin chasqueó la lengua y observó a las mujeres durante un momento. Ankara no tardó en notar su escrutinio y se giró ligeramente, intercambiando una silenciosa mirada con él. Esos dos tenían todavía un largo camino por delante.

—¿Y cómo diablos habéis terminado tú y ella en la *Agencia*? —preguntó Nishel. La curiosidad por esa respuesta era compartida por todos.

—De la manera más estúpida —aseguró y procedió a contarles lo que había ocurrido apenas el día anterior—. Así que, ese maldito programa me inscribió a mí como su agente…

Riel asintió ante la explicación y volvió a mirar hacia el corrillo de mujeres.

—Quizá, después de todo, esto es precisamente lo que tenía que pasar —comentó en voz baja—. Ella sigue ahí dentro, oculta dentro de su propio caparazón, atreviéndose a salir de vez en cuando, pero sin decidirse a romper el cascarón que la envuelve… Tendrás que ayudarla a hacerlo.

—Lo sé.

Y lo sabía. Las palabras del demonio empático no eran nada nuevo para él. Conocía a Claire, había tenido casi un mes para verla como era realmente; una oportunidad que muy posiblemente no hubiesen tenido ninguno de los allí presentes con sus respectivas clientes.

—Lo sé muy bien —aseguró y tomó un nuevo trago de la bebida que le habían servido—. Lo que ignoro, es el motivo que hay tras todo esto, porque tiene que haberlo.

Arion asintió. Sentado del otro lado de la barra, el ángel veritas contemplaba también a las

mujeres.

—Los *Angely* no hacen nada si no tienen un buen motivo para ello —aseguró pensativo—. Y si ella pudiera ser de alguna manera la última descendiente de alguna rama de los *Tuatha Dé Danann* viva, sin duda explicaría muchas cosas.

Naziel frunció el ceño ante la perspectiva de que aquello fuese así.

—En ese caso, Claire no sería la única —recordó. Tenía una hermana—. Ella tiene una melliza. Amanda. Vive en Escocia y lo último que oí de ella es que estaba buscando vuelo para reunirse con Claire.

La mención del país hizo que Nishel frunciese el ceño.

—Escocia —murmuró al tiempo que se frotaba la mandíbula—. Parece que ese bosque verde se ha convertido en el centro vacacional predilecto de todo el mundo.

Riel lo miró, un rápido entendimiento cruzó por sus ojos.

—¿Entonces lo has confirmado?

Él hizo una mueca y negó con la cabeza.

—No, pero apostaría mi *flogger* favorito a que allí hay algo.

Naziel, así como Arion y Radin los miraron sin entender.

—¿Algo que queráis compartir? —preguntó el hechicero.

El demonio se giró hacia ellos y soltó un simple nombre.

—Nick —contestó únicamente Riel.

Aquello captó la atención de los agentes.

—¿Habéis sabido algo más de él?

Nishel sacudió la cabeza.

—El hijo de puta se marchó —dijo y se encogió de hombros—. Dejó todo a cargo de Elphet y desapareció del mapa sin dejar rastro.

Naziel no pudo menos que notar que había algo más detrás de la declaración del hombre.

—¿Pero?

Nishel asintió.

—Cuando recibí el contrato para Gabriella, entró otra solicitud más. Nick la apartó inmediatamente, pero no antes de que pudiese ver algo. El país de origen; Escocia —explicó—. Después el *Gran Jefe* desapareció como si lo hubiesen volatilizado de la faz de la tierra. Se encargó de dejar todo perfectamente atado para que Elphet se pusiera al frente de la Agencia y que siguiese en funcionamiento. Y aunque sé que ella sabe más de lo que dice, no he podido sacarle una maldita cosa.

Hizo una pausa, entonces resopló.

—Pero lo que sí sé, es que ese contrato no está archivado, ni tampoco entre los pendientes —concluyó.

Riel asintió y declaró con firmeza.

—No, no lo está —aseguró el demonio—. Porque Nick es el agente designado para ese contrato.

Naziel frunció el ceño, aquello empezaba a resultar demasiado enrevesado.

—Y eso es un problema porque…

Riel sacudió la cabeza.

—Todavía no lo sé —negó el demonio—, pero algo me dice que no se trata de nada bueno.

Tras meditar unos instantes las palabras de los hombres, miró a Nishel.

—¿Qué podría haberle llevado hasta allá de forma tan secreta?

Se encogió de hombros.

—Cualquier cosa. Teniendo a Nick de por medio, me espero cualquier cosa —aceptó e indicó a las mujeres con un gesto de la barbilla—. Y después de lo que hemos visto y sentido hoy…

Sacudió la cabeza y se fijó una vez más en las mujeres, deteniéndose.

—El aura de Claire tiene algo que no vi nunca antes en un humano, sin duda quiere decir que ella es algo más… ¿El qué? No tengo la menor idea. Por otro lado, ese color… no me parecería tan descabellado suponer que ella tiene sangre de *faery* y descienda quizá de los desaparecidos *Tuatha Dé Danann*.

Y si lo era, pensó Naziel, solo había una persona que lo sabría a ciencia cierta.

—De acuerdo —aceptó con un profundo suspiro—. Ya son demasiadas incógnitas juntas y demasiadas preguntas necesitadas de respuesta… Si Claire y su hermana tienen algo que ver con esa antigua raza, su antiguo *Vigilante* lo sabrá. Y tendrá que decírmelo o le arrancaré las plumas de las jodidas alas una a una.

—Fantástico —declaró Nishel dando una palmada sobre la superficie de la barra—. ¿Cenamos?

CAPÍTULO 14

La velada resultó tanto agradable como constructiva para Naziel, el ver a Claire interactuando de forma abierta y relajada con las otras mujeres y sus parejas le permitió contemplarla a placer. Ella brillaba con luz propia, se dio cuenta, no sabía si tenía algo que ver con su posible ascendencia *faérica* o el hecho de poder disfrutar de la charla y la cordialidad sin el peso que le conferían los recuerdos. Había llegado incluso a tener al pequeño Reave en brazos; una imagen que se gravó en sus retinas con una fijeza que lo asustaba.

Sus pensamientos estaban tornándose peligrosos, se dijo a sí mismo, tenía que volver a centrarse en lo importante, en lo que le esperaba después de la medianoche. ¿Accedería a entregarle el poder? ¿Sería capaz de confiar lo suficiente en él como para darle la última palabra en lo que pasase entre ambos? No podía evitar desear que lo hiciera, necesitaba que lo hiciera, por ella… y quizá un poco también por sí mismo.

Su espontánea sonrisa lo hizo sonreír interiormente e hizo que se preguntara una vez más que era lo que Axel sabía sobre ella y que no le había dicho. Fuese lo que fuese, tendría que averiguarlo. Pronto.

La cena ya había quedado atrás y ahora se limitaban a disfrutar del tiempo de relajación después del postre. Algunos de ellos se habían inclinado por un tardío vermut, otros se limitaban a mantener los ojos sobre sus respectivas mujeres; a juzgar por las miradas que se cruzaban a través de la sala, muchos no llegarían ni a tocar la cama.

Echó un furtivo vistazo al reloj de la pared, faltaban unos veinte escasos minutos para la medianoche. Como si le leyese el pensamiento, Claire se giró hacia él, sus ojos marrones brillaban con esas motitas doradas y a juzgar por la forma en que le sostuvo la mirada sabía lo que él quería y compartía ese deseo.

—Hay una bonita y privada habitación en la parte de atrás si deseas utilizarla.

Se giró hacia el propietario de la voz. Nishel sonreía con los ojos, su mirada vagó a través de la sala hasta detenerse sobre Claire.

—Su aura contiene más luz que cuando llegó, pero sigue teniendo ese extraño tono que no llego a comprender —comentó. Entonces se encogió de hombros—. Llévatela a casa y disfruta del tiempo que tengas con ella.

No contestó, tampoco hacía falta. Cada uno de los miembros de la agencia que estaban allí, habían pasado en uno u otro momento por aquella situación.

Con una irónica sonrisa cubriendo sus labios, se excusó de la mesa y se acercó a ella. Le deslizó la mano por la espalda, acariciándole el trasero con disimulo al tiempo que vertía en su oído sus intenciones.

—A no ser que quieras que te arranque el vestido aquí mismo, Claire —murmuró con suavidad—, despídete ya.

La sintió tensarse, como también notó el delicioso estremecimiento que la recorrió por entero.

—Una sugerencia interesante, pero debo declinarla —le respondió ella en el mismo tono de voz—. No me va el exhibicionismo.

Sonriendo, le apretó la nalga haciéndola dar un respingo y se encargó de terminar la

reunión.

—Señoras, un placer conocerlas a unas y volver a verlas a otras —declaró con una breve inclinación de cabeza—. Claire y yo nos retiramos ya. Gabriella, gracias por tan encantadora velada. Señoras, feliz navidad.

Las mujeres asintieron y corroboraron con iguales saludos, finalmente se volvieron hacia su acompañante para recordarle que sería llamada, que esperaban volver a verla pronto e incluso le desearon suerte con "eso que tú ya sabes".

—Disfruta de la noche —oyó que le susurraba Gabriella al oído antes de dar un paso atrás —. Feliz navidad, chicos.

Ella asintió y sonrió con calidez.

—Feliz navidad —aceptó y se volvió hacia él.

La contempló durante unos instantes.

—¿Lista? —preguntó.

Ella asintió, cerró su mano en la de él y se despidió de los hombres con un gesto de la mano apenas unos segundos antes de que los trasladase nuevamente a su hogar.

Las lucecitas del abeto que había terminado de decorar durante la tarde se encendían y apagaban en la penumbra del salón, los destellos multicolores se reflejaban en las paredes creando un ambiente sensual y agradable. Claire se soltó de su mano, dio un par de pasos en la penumbra hacia el árbol y aspiró profundamente para notar ese olor a bosque que parecía gustarle.

—¿Cómo es posible que hayan ocurrido tantas cosas en tan poco tiempo? —murmuró. Se giró hacia él y se apartó un mechón de pelo que se escapó de su recogido—. Esta mañana, todo lo que me preocupaba era cómo colgar una guirnalda en la puerta, y ahora no sé si lo que veo alrededor es un bonito sueño de navidad o real.

No contestó, se limitó a acercarse a ella y deslizarle las manos por los brazos.

—¿De veras es posible que yo tenga que ver algo con esas hadas? —murmuró apoyándose en él—. Desde que era pequeña, mi padre siempre nos habló sobre las hadas, los *sidhe* ocultos en las colinas de su Escocia natal. A veces bromeó incluso con que mi hermana y yo éramos niños cambiados, que las hadas se habían llevado a sus hijas humadas y les habían dejado a cambio la de las hadas… Siempre pensé que todo eso solo eran leyendas, folclore de una tierra llena de mitos. Pero esta noche… he estado sentada a la mesa con ángeles, demonios y hechiceros. —Se estremeció, posó las manos en las de él como si quisiera asegurarse que seguía ahí—. Y he visto tus alas… así que, ¿es posible, Naziel? ¿Crees que sea posible?

Deslizó las manos hacia abajo, le acarició los dedos y la hizo darse la vuelta para mirarle a la cara.

—Sí, creo que puede serlo —aseguró sin vacilar—. No tengo en estos momentos una explicación para ello, Claire. Pero tú me has sentido, más de una vez has sentido mi presencia, te he visto mirarme incluso sin saber que estaba ahí, a tu lado. Y he visto cómo has reaccionado al poder de Radin, al de Ankara e incluso a la empatía de Riel. Estoy casi convencido de que Axel sabe mucho más de lo que me dijo en un principio y tendrá que hablar. Le guste o no, lo hará, a mí no puede mentirme.

La notó estremecerse, un pequeño temblor que marcó el preludio del sonido del reloj de pared que empezaba a marcar la medianoche.

—Es la hora, pequeña —le dijo. Le acarició la cara y contempló su rostro—. Necesito que seas total y absolutamente sincera, ¿me entregas tu voluntad, libremente, para hacerla mía? ¿Confías en que cuide de ti, satisfaga cada una de tus necesidades y fantasías y aleje cualquier

pequeña nube de oscuridad de tu alma? Dime, Claire. ¿Soy digno de tu confianza?

La vio lamerse los labios, la vacilación en sus ojos, la lucha interna que batallaba consigo misma. Mientras, el reloj seguía marcando cada campanada de la medianoche.

—¿Me entregas tu voluntad, Claire?

Asintió.

—Entonces dilo —pidió, todo su cuerpo en tensión—, antes de que suene la última nota de la media noche.

—Te entrego mi voluntad, para que la hagas tuya —murmuró—, hasta el primer rayo de luz del amanecer.

Resbaló los dedos por su mejilla sintiendo como el peso del Pacto caía sobre ambos.

—Mía —repitió al tiempo que se lamía los labios con expectación—. Hasta que amanezca.

CAPÍTULO 15

Debía estar loca para aceptar algo como aquello, pero loca o no, no podía quitarse de encima la sensación de que hacía lo correcto. Confiaba en él, de una forma extraña y que desafiaba la razón, confiaba por completo en él, tanto como para cederle su propia voluntad.

Naziel la miraba con desnudo apetito, se tomaba su tiempo rodeándola sin llegar a tocarla hasta detenerse a su espalda. Pronto sintió como la cremallera que cerraba el vestido empezaba a ceder y la tela se aflojaba.

—Quítatelo —le susurró al oído—. Quiero ver lo que hay debajo del envoltorio.

Se lamió los labios, vaciló un breve instante pero cumplió con su petición. Deslizó los tirantes por sus hombros e insertó los pulgares a ambos lados de la tela para hacerla pasar más allá de las caderas hasta terminar en un charco alrededor de sus pies.

—Interesante elección de color —murmuró deslizando un dedo a lo largo de su columna vertebral. Se encontró a su paso con un corsé rojo y negro a juego con el culote de encaje y las ligas de las medias—. Te queda muy bien, Claire. Realza la clara tonalidad de tu piel.

El peregrino dedo siguió bajando, marcando la línea que dividía sus nalgas hasta desaparecer entre sus piernas y acariciarle el sexo por encima de la tela. Un pequeño toque que la hizo estremecer.

—Tienes un cuerpo realmente bonito —la lisonjeó. Su voz empezaba a oscurecerse, engrosando su tonalidad—, y debo confesar que he desarrollado cierta obsesión por esta parte de tu anatomía.

Le dio un ligero apretón en las nalgas y se apartó.

—Quiero follar ese precioso culito tuyo —sus palabras la hicieron estremecer—, ¿vas a permitirme hacerlo, hermosa?

El cuerpo empezaba a vibrarle con necesidad, cada caricia de sus manos era un pequeño empujón para su libido.

—No respondas todavía —continuó—, esperemos a que llegue el momento adecuado. Por qué llegará, Claire, que no te quepa la menor duda.

Se lamió los labios y se giró hacia él, sus oscuros ojos azules eran incluso más intensos, la mirada de descarnado deseo bailaba en sus pupilas. La deseaba y esa seguridad hizo que se derritiera por dentro.

—¿Asustada? —sugirió recorriéndola con la mirada ahora por delante—. Puedo notar tu tensión y nerviosismo, eso es bueno, una forma de preparar el cuerpo para lo que se avecina. Pero el miedo, eso no lo deseo entre nosotros. Así que dime, ¿me tienes miedo, Claire?

¿Le tenía miedo? Mentiría si dijese que no, pero decir que sí tampoco era una respuesta correcta.

—No estoy segura de lo que me provoca tu presencia —se decidió por fin—. No creo que sea miedo, de otro modo, no habría depositado mi confianza en ti, ¿verdad?

Sus labios se curvaron ligeramente.

—Verdad —aceptó y bajó una vez más la mirada a su cuerpo—. Quítate lo demás, déjate los zapatos y las medias.

Tragó con fuerza. Se sentía expuesta ante la desnuda mirada masculina. Si bien no era la

primera vez que se mostraba de esa manera ante él, siempre había sido una desnudez parcial; de un modo u otro la ropa le había servido de escudo.

Se llevó las manos al cierre del corsé y lo soltó dejando libres sus senos. El peso de la gravedad acusó su caída, notando el dulce tirón de la carne al liberarse. Tragó. Empezaba a resultar complicado bajar el nudo de saliva que se le generaba en la garganta.

—Más, Claire —pidió. Se había quedado allí, quieto, con las manos metidas ahora en el bolsillo del pantalón; marcando todavía más la erección que empujaba contra la bragueta—. Fuera las braguitas.

Tomó una profunda bocanada de aire y deslizó los pulgares por el elástico de la tela y tiró de ella hacia abajo. El encaje se arremolinó alrededor de sus tobillos antes de que alzase un pie y luego el otro para dejarla caer a un lado.

A estas alturas el respirar era toda una hazaña. Podía sentir como su piel se sonrojaba, la sangre corrieron a toda velocidad por sus venas mientras se humedecía cada vez más. Estaba excitada y mortalmente avergonzada.

—¿Sabes que estoy viendo, Claire?

Tragó una vez más y se obligó a enderezarse y mantener las manos a los costados. La urgencia de cubrirse era tal que no le extrañaría encontrarse a sí misma corriendo para ocultarse tras el sofá en el momento más insospechado.

—Puedo… hacerme una idea —se las ingenió para articular sin que le temblase la voz.

Él negó con la cabeza y dio un paso hacia ella, luego otro y se detuvo.

—No, creo que no puedes hacértela —le dijo y se inclinó sobre ella, vertiendo el calor de su aliento y las palabras en su oído sin llegar a tocarla siquiera—. Eres un manjar a la vista. Pechos llenos con unos rosados pezones endureciéndose mientras los miro, piel suave, sedosa, curvas generosas que se adaptarán perfectamente a mis manos. Veo a una mujer hermosa, sonrojada por la vergüenza y excitada. Expectante… y eso me gusta, Claire… quiero que te mantengas expectante, que esperes lo inesperado…

Se estremeció, no pudo evitarlo. Su sexo pulsó aumentando el calor entre sus muslos, humedeciéndola más aún y eso sin que él la hubiese tocado siquiera.

—Y tu cuerpo desnudo me despierta el hambre —continuó. Él era un experto en llevarla al borde solo con palabras—, ya puedo imaginar mi lengua circundando uno de esos bonitos y rosados brotes. Mis manos sopesando la tierna carne, mis dedos jugando y excitando esos magníficos pechos.

Se movió incómoda bajo su escrutinio.

—¿Quieres que lo haga, Claire?

Cada vez que pronunciaba su nombre de aquella manera, se derretía.

—Quieres mi boca en tus pezones, mis manos sobre tu cuerpo —ronroneó. Sus manos permanecían inmóviles, todavía dentro de los bolsillos, pero su mirada la devoraba—. Dime lo que deseas, Claire. ¿Qué quieres que haga contigo? Si me convence, lo haré.

Se lamió los labios, empezaba a notar la boca seca y le costaba concentrarse en algo que no fuesen sus ojos sobre ella.

—Quiero… tu boca en mis… pechos —se obligó a dejar salir las palabras—. Y si dejaras de mirarme como si fuese un filete y tú tuvieses hambre, quizá pudiese respirar con normalidad.

Se echó a reír, sus manos abandonaron los bolsillos y se cerraron alrededor de su rostro.

—Ah, pequeña, pero es que tú me das hambre —aseguró sin dejar de mirarla a los ojos—, y creo que tus pechos son uno de los manjares más apetitosos para mí en estos momentos.

Sin decir una palabra más, le rozó los labios con la almohadilla del pulgar antes de bajar la

boca sobre la de ella y besarla a conciencia. Su lengua la penetró y se emparejó con la suya, podía degustar en él los restos del licor que se había tomado durante la cena junto con ese especiado sabor que lo definía. Gimió, sus manos se movieron casi sin darse cuenta y resbalaron por su pecho, buscando un asidero para la intensidad que despertaba en su cuerpo y la dejaba temblorosa.

Se apartó de ella, se lamió los labios y la miró.

—Todavía sabes al postre —le aseguró al tiempo que bajaba la mirada sobre sus pechos —, una pena que no tengamos algo de nata a mano. Pero no soy exquisito, también me gustan al natural, y mucho.

Tembló al sentir la lengua sobre uno de sus pezones, después sobre el otro, sus manos aprisionaban sus pechos, alzándolos para tener un mejor acceso a sus pezones. Cuando aquella boca la succionó se quedó sin aire, todo su cuerpo reaccionó como si lo hubiese atravesado un rayo. El placer conectaba cada lametón y mordisquito que ejercía sobre sus pechos y pezones con el ardor cada vez más intenso entre sus piernas. Palpitaba, podía notar como palpitaba ahí abajo, su coño despertando de su letargo, empapándose cada vez más y solo con su boca y manos jugando con sus pezones.

Dejó escapar un gemido cuando la succionó con fuerza. Le temblaban las piernas. Sus manos habían encontrado asidero en el sedoso pelo, hundió los dedos intentando distraerse, pero era imposible pensar en algo más que esa exigente boca sobre su tierna carne.

Pronto notó como sus manos cambiaban de dirección, mientras se amamantaba de uno de sus pechos, unos dedos tironeaban y jugaban con el otro pezón. Una ligera caricia descendía al mismo tiempo por su estómago, acariciándole los rizos que decoraban el monte de venus hasta internarse en la humedad que ya le bañaba los muslos. No hubo aviso, ni preludio alguno, notó como hundía profundamente un dedo en su interior, empapándolo con sus jugos mientras buscaba su clítoris y lo obligaba a descubrirse con pequeños roces del pulgar.

Los gemidos se convirtieron en jadeos, algunos posiblemente pretendieran ser palabras pero su cerebro estaba demasiado licuado para poder componer algo que tuviese sentido.

—Naziel… —pronunció su nombre como si se tratase de un ruego. Y quizás lo fuese.

Un segundo dedo se unió al primero, entraba y salía de su caliente y húmedo coño con una cadencia que la volvía loca, su boca seguía sorbiendo sus pezones, aumentando el placer hasta hacerlo insoportable.

—Eres deliciosa, Claire —le oyó murmurar—, no creo que pueda saciarme pronto de ti.

Los intrusos dedos la abandonaron entonces y dejaron un rastro de humedad a su paso. Notó como se deslizaba entre sus mejillas hasta acariciarle la fruncida entrada del ano. Se tensó, solo durante un momento, su boca no le daba mucha opción a pensar en nada que no fuese las increíbles sensaciones que la recorrían. Repitió la operación un par de veces, empapándose en sus jugos para luego lubricar la secreta entrada con ellos.

Relájate, pequeña. Te gustará.

Escuchó su voz en la distancia, como si le hablara directamente a su mente.

Déjame entrar. Deja que te prepare y te muestre lo placentero que puede ser.

Se estremeció, la falange parecía decidida a penetrarla analmente. La sensación era extraña, no desagradable, pero sí extraña. Casi sin darse cuenta se encontró excitándose aún más, el dedo entraba y salía con suavidad, avanzando un poco más en su interior cada vez, enterrándose casi hasta lo que le parecía el nudillo.

Se revolvió inquieta, sentía como le palpitaba el coño, la humedad se escurría por la cara interior de los muslos y los pezones estaban tan duros que creía que iba a estallar de un momento

a otro.

Empezó a acariciarle los pliegues del sexo con el pulgar, aumentando las sensaciones sin dejar de penetrarla por detrás, le lamió una vez más el sensibilizado pezón y finalmente se inclinó sobre ella, dominándola con su cuerpo para alcanzar sus labios y devorarlos.

—Mírame, Claire. Abre los ojos y fija tu mirada en mí.

Ni siquiera se había dado cuenta de que los había cerrado. Con dificultad obedeció.

—Nota lo bueno que es —murmuró sin dejar de mirarla. Su dedo seguía entrando y saliendo de su trasero mientras el resto de su mano se frotaba contra su mojado e inflamado sexo —. Más tarde introduciré un pequeño *plug* en ese precioso culo. Quiero ver como reaccionas, como gimes mientras tienes el culito lleno y te follo.

Se estremeció. Una nueva ola de placer la recorrió y él debió notarlo en el temblor de su cuerpo pues sonrió en respuesta.

—Sí, eres perfecta, Claire —insistió. Cada vez que pronunciaba su nombre hacía que se derritiese un poco más—. Una mujer sensual y con necesidades que tienen que ser cubiertas. Y estoy más que dispuesto a cumplir con cada una de ellas.

El intruso dedo penetró un poco más lejos, un poco más deprisa y con mayor intensidad, sus ojos se dilataron pero no abandonó los de él. Había algo mágico en mirarle mientras la follaba con los dedos, era como si todo su cuerpo se hubiese rendido a él y obedeciera solo a sus demandas.

Le has entregado tu voluntad, ¿recuerdas? La aguijoné su conciencia. Y por dios que estaba haciéndose cargo de ella.

—Me gusta cómo te siento —continuó hablando. Sus palabras eran interrumpidas ahora por pequeños besos—. Y solo puedo imaginar lo mucho mejor que será sentirte apretada alrededor de mi polla.

Se las ingenió para ahogar un jadeo; sus palabras la enardecían.

—¿Sin palabras, pequeña Claire?

Había risa en su voz y en sus ojos.

—Quiero más de ti —declaró al tiempo que arrastraba el dedo fuera de su ano y la dejaba vacía y con el sexo palpitando de necesidad—. Y tú también lo quieres.

—Sí —las palabras surgieron por sí solas. Sus mejillas acusaron el impacto enrojeciendo todavía más.

Se rio.

—Lo sé, cariño —le acarició el rostro con los nudillos. Entonces dio un paso atrás y abrió ligeramente los brazos—. ¿Quieres hacer los honores?

Se lamió los labios. Quitarle la ropa, tocar por fin su piel sin nada por el medio. Casi quería llorar de felicidad.

Ten cuidado, Claire. La aguijoneó de nuevo su conciencia. Tienes que mantenerte alejada, resguardar tu corazón antes de que vuelvan a pisoteártelo. No puedes…

Enamorarse de él. La revelación llegó tan de pronto que se quedó inmóvil, mirándole como si de repente fuese una serpiente de cascabel dispuesta a morderle.

No. Estaba confundiendo las cosas. La ternura y las atenciones de Naziel habían hecho que su mente derivara hacia aquellas tonterías.

Él es el acompañante que te ha enviado una agencia, Claire. Se irá cuando termine su trabajo.

—¿Claire?

Su nombre la arrancó del tumulto de pensamientos y alzó la mirada hacia él.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin dejar de mirarla.

Negó con la cabeza. Nada. Nada de lo que pudiese hablar con él.

—Nada —murmuró y extendió las manos hacia su camisa, solo para verse atrapada por sus propias manos.

—Dímelo, Claire —insistió. Tenía la mirada clavada en ella y no parecía dispuesto a dejarlo pasar.

Se mordió el labio inferior. No quería decirlo en voz alta, no podía…

—Tengo miedo —las palabras brotaron de sus labios.

Él asintió, dejó una de sus manos para alzarle el rostro y que de ese modo lo mirase.

—¿De qué tienes miedo? —insistió.

Se lamió los labios, el calor en sus mejillas se hizo incluso más intenso.

—De… enamorarme de ti —confesó en un susurro—. Creo que me estoy enamorando de ti.

Si le hubiesen golpeado con un camión de mercancías posiblemente no habría quedado tan sorprendido como con la declaración de Claire. Como *Arconte* que había pasado la *Ascensión*, se había acostado con humanas antes, algunas se habían sentido hechizadas por su presencia, demasiadas declaraciones en el calor de la pasión habían rozado su piel, pero hasta el momento ninguna había traspasado la dura coraza con la que se protegía.

Claire acababa de decirle que tenía miedo a enamorarse de él. Un temor que él mismo compartía. No podía permitir que aquello sucediese y con todo, la idea de que esa pequeña y dulce hembra pudiese albergar algo más que agradecimiento en su corazón…

No. Se dijo. Esto tiene que ver con el Pacto. Es entonces cuando las emociones eran más vulnerables, cuando los miedos y las preocupaciones quedaban al descubierto permitiendo ser erradicadas. No podía permitir que ella cayese en aquel error. Ella no podía amarle, no debía hacerlo.

Le acarició la mejilla, pero no le contestó. Prefirió dejar tal declaración en el aire y no darle más importancia de la que debería tener. Bajó la boca sobre la de ella, la besó, hundiéndole la lengua en la boca, saboreándola con deseo y pasión, con rudeza incluso hasta tenerla de nuevo jadeando.

—Quiero follarte —declaró rompiendo el beso—. Quítame la camisa. Desabróchame los malditos pantalones y dejaré que me montes.

Sí. Eso es lo que deseaba, tenerla para él, darle placer y nada más. Necesitaba alejar todas las dudas que albergaba sobre su cuerpo y su sexualidad, dudas que un hijo de puta demasiado pagado de sí mismo había sembrado en ella durante dos años de matrimonio.

No hacía falta que ella se lo dijese, podía verlo en la forma en que vacilaba, como se encogía ligeramente como si esperase un ataque verbal de alguna clase. Claire era pasional, disfrutaba del sexo, podía tener algo de reparo al sexo anal por desconocimiento, pero también estaba intrigada. Era una mujer con necesidades, dispuesta a probar lo que estuviese a su alcance, pero el miedo al rechazo y al qué diría su pareja si le propusiese algo menos convencional, la reprimía.

Casi palpó el alivio en su cuerpo cuando no hizo comentario alguno a su declaración, atacó con gusto los botones de su camisa hasta deslizarla por los hombros y tirarla a un lado.

Cogiéndola de la mano, tiró de ella hasta el sofá. Cuando el mueble detuvo su retroceso, le posó la mano sobre la dura erección.

—El botón y luego la cremallera —la instruyó. Ella siguió sus instrucciones rápidamente y sin preguntas. La vio lamerse los labios y sonrió—. Ahora, no, hermosa. Quizá más tarde.

Echó mano al bolsillo trasero del pantalón y retiró un preservativo.

—Ya sabes cómo va —le dedicó un guiño y se dejó caer en el sofá, acomodándose de modo que tuviese total libertad para deshacerse de los zapatos, calcetines, el pantalón y el slip que todavía contenía su erección.

Diligente, le colocó el preservativo, estirándolo sobre la dura carne. Cada pequeña caricia de sus dedos enviaba un escalofrío de placer por su cuerpo.

La vio morderse el labio inferior un instante antes de pasarle la lengua con pereza. Sus ojos se encontraron entonces, palmeó la superficie del sofá y la llamó con un dedo.

—Las rodillas a cada lado —la instruyó—, te quiero sobre mí, quiero que me enfundes completamente, hasta dónde creas que puedes llegar.

La imagen del delicioso y lleno cuerpo femenino cerniéndose sobre él era una tentación, sus pechos pasearon por delante de su rostro, los pezones rojos y duros por las previas atenciones.

—Las manos sobre mis hombros, tesoro —la instruyó dejando que ella se tomase su tiempo en hacer lo que le había pedido—. Yo me encargaré de esa parte.

Dicho esto, se llevó a sí mismo a la húmeda entrada y le aferró las caderas para ayudarla a bajar sobre él. El suave gemido de Claire se unió con su propio gruñido de placer. Podía sentir como lo aferraban las paredes internas de su sexo, buscando hacerle sitio, introduciéndole más y más hasta que tuvo que detenerse a tomar aire. La examinó, buscando en su rostro o en la respuesta de su cuerpo cualquier clase de incomodidad pero no la encontró. Aferrándole las caderas la instó a bajar hasta que su polla estuvo totalmente sumergida en su interior y las nalgas le rozaban los muslos.

—Oh, dios —la oyó jadear. Sus dedos se hundieron en la carne de sus hombros y la vio apretar los labios para no gemir.

Le acarició la espalda, los brazos, se lamió de anticipación al ver sus pechos deseando tener de nuevo los maduros pezones en su boca. Se tomó su tiempo para permitirle ajustarse a su tamaño; en aquella postura la penetración era mucho más profunda e intensa.

—Respira, dulzura —le dijo y le apartó el pelo de la cara, recogiéndolo tras ella en una coleta que sujetó con su mano—. ¿Lista para el rodeo?

Una ligera risita escapó de entre sus labios, sus ojos marrones se clavaron en los suyos. La pasión los había oscurecido.

—No hagas bromas de esa clase, Naziel —musitó—. La imagen que ha pasado por mi mente no es tan divertida como… esto.

Él le devolvió la sonrisa, satisfecho.

—Bien —cerró de nuevo las manos sobre sus caderas, acariciándole las nalgas al mismo tiempo—. Por qué espero que te diviertas y disfrutes. Yo te aseguro que disfrutaré tanto como empieces a moverte ya.

Haciendo honor a sus palabras, impulsó sus propias caderas arrancándose un pequeño gemido.

—Muévete, Claire —ronroneó—. Quiero ver cómo me cabalgas, como obtienes tu placer montándome.

Guiándola con las manos sobre sus caderas, la obligó a alzarse hasta casi salirse de ella solo para luego hacerla bajar sobre su sexo. Ella gimió, él coreo su gemido con uno propio, y siguieron alternándose con cada nuevo movimiento. El comienzo fue lento, intentando marcar un

ritmo adecuado para ambos hasta que ella le impuso el propio y se limitó a disfrutar del bamboleo de sus pechos.

—Diablos, Claire, no restriegas unas tetas como las tuyas delante de la cara de alguien sin que este tenga ganas de devorarlas.

Fiel a sus palabras, le aferró los pechos con las manos y bajó la cabeza para devorarle los pezones mientras ella rebotaba sobre su regazo, gimiendo en voz alta olvidado ya todo decoro.

Afortunadamente el Pacto los aislaba del exterior y aislaba el exterior de ellos, si no, los vecinos de su deliciosa amante iban a estar aporreando la puerta o peor aún, enviando a la policía. Y eso, no sería divertido.

Apretó los dientes cuando sintió como lo exprimía, cada roce de sus paredes internas lo volvía loco, podía sentir como golpeaba con la cabeza de la polla profundamente dentro de ella. Se lamió los labios y deslizó una mano entre ellos, el clítoris estaba ya fuera de su capuchón, deslizó la yema del dedo sobre él y sintió como Claire se estremecía en respuesta. Por el Haven, ella era buena, fantástica en realidad. Una amante generosa y entregada que no se guardaba nada para sí misma; un verdadero regalo del cielo. Ardiente y celestial.

—Sí, así, hermosa, cabálgame —la animó sin dejar de mirarla y observar su placer. Su piel estaba perlada ya con una delicada capa de sudor que la hacía resplandecer, sus labios rojos e hinchados por sus besos, sus pechos se bamboleaban al compás de sus movimientos. Era una visión arrebatadora en todos los sentidos.

Creo que me estoy enamorando de ti.

Las palabras que se empeñaba en mantener al margen volvieron en ese momento a asediarle. Amor. Él no sabía nada de eso, conocía el cariño fraternal, la lealtad, la lujuria, pero el amor no era algo que se hubiese planteado o buscado en algún momento.

—Naziel. —Ella jadeó su nombre—. No… puedo… más… por favor…

Ella era su cliente, pero cuando terminase el tiempo estipulado en el contrato tendría que dejarla y desaparecer de su vida. No podía pensar en algo permanente. Tenía obligaciones. Si no retomaba la vigilancia de los Hechiceros, le sería asignado algo más, no podía tener a una mujer con él. No de forma permanente.

Tomó una profunda bocanada de aire y capturó su boca al tiempo que deslizaba su mano libre alrededor de sus caderas, le acariciaba el sexo notando la unión de los dos y volvía a una de sus últimas obsesiones; El culo de Claire.

—Gime para mí —le dijo en el mismo momento en que le introducía un dedo en el ano, acompañándose de los movimientos ascendentes y descendentes de ella sobre él. Los gemidos no se hicieron esperar, echó la cabeza atrás, sujetándose de sus hombros y se entregó al placer. Sus propias caderas se unieron a la refriega en la imperiosa necesidad de hundirse profundamente dentro de ella buscando la liberación de ambos—. Así, Claire, apriétame… sí… buena chica… así… Eso es bueno… Dios, sigue, bonita, exprímeme hasta la última gota.

La doble estimulación la enloquecía, había cerrado los ojos, sus labios estaban entreabiertos y brillantes mientras jadeaba por alcanzar la culminación. Con un par de embestidas más, ella gritó, tensándose a su alrededor y arrastrándolo a él en un explosivo orgasmo.

—¡Naziel! —gritó su nombre mientras se corría. Su cuerpo se estremecía aferrándolo profundamente dentro de ella.

Apretó los dientes dejando que su propio orgasmo lo vaciara y mientras lo hacía, no pudo dejar de preguntarse cómo sería correrse dentro de ella, notarla sin la barrera del condón.

Un pensamiento demasiado peligroso, se dio cuenta, uno que tenía que desterrar de su

mente ya mismo.

CAPÍTULO 16

Claire jadeó al sentir el frío del gel en su trasero. Después de su primer interludio en el salón, Naziel la había arrastrado al dormitorio solo para obligarla a ponerse sobre manos y rodillas sobre el colchón. La idea del sexo anal era algo que le resultaba tanto excitante como improbable. Cuando se lo había sugerido a su marido en una ocasión, el profundo rechazo que vio en su rostro fue suficiente para decidir que nunca hablaría más sobre el tema. Michael había sido un hombre conservador, el sexo entre ellos era… bueno, a secas. Desde luego, nada que pudiese compararse con el ángel del sexo que hacía cantar su cuerpo como el mejor de los sopranos.

Dio un respingo al notar como introducía un dedo en su interior, lubricándola y estirando lentamente un canal que hasta ese momento no había sido tomado en cuenta para otra cosa que para lo que estaba designado.

—Relájate, preciosa —le susurraba a su espalda. Le acariciaba los hombros y la columna con una mano mientras la masturbaba con la otra—. Así, suave. Te prometo que te gustará.

Se lamió los labios. No tenía motivos para dudar de él, confiaba en su juicio, pero no podía evitar sentir cierta aprensión hacia lo desconocido.

—Tienes un culo adorable —continuó con sus galanteos—. No puedo esperar a estar enterrado profundamente en él y follarte hasta que te corras.

Sus palabras hicieron que se mojara incluso más. Menuda pervertida se estaba volviendo, pensó con cierta ironía.

—No hay nada malo en disfrutar del sexo, Claire —le escuchó. Ese hombre parecía capaz de leerle la mente—. Experimentar tu sensualidad es parte de lo que te hace mujer… Y esta noche, descubriremos un poco más de lo que guardas ahí dentro…

Se estremeció ante la sensación de su dedo enterrándose cada vez más profundo en su trasero.

—¿Y si no me gusta? —murmuró.

Él se inclinó sobre ella, le apartó el pelo de la cara y la miró.

—Si no te gusta o te resulta muy incómodo, nos detendremos —le anunció—. Se trata de tu placer. Nunca haré nada que te haga daño o que no te sientas cómoda con ello. Sé que es tu primer contacto con el sexo anal… si después de probarlo no te gusta, lo sacaremos del menú.

No dejaba de asombrarle la facilidad con la que ese hombre hablaba de sexo. Nunca tartamudeaba, ni vacilaba.

—¿De acuerdo?

Asintió. El acuerdo estaba bien para ella.

—Ahora necesito que te relajes, ¿de acuerdo? —le acarició las nalgas—. Déjame hacer esto y te daré otro agradable orgasmo en el que puedas perder la cabeza.

Ella puso los ojos en blanco.

—Qué amable…

Antes de que pudiese decir algo más sintió la punta de silicona del pequeño *plug* introduciéndose en su trasero, estirando los desacostumbrados músculos. Se estremeció y luchó por respirar y relajarse tal y como él le había enseñado. La sensación de sentirse estirada le

resultaba tan extraña como estimulante. Si bien no era precisamente cómodo, podía soportarlo.

Una ligera azotaina cayó sobre sus nalgas haciendo que sintiese el *plug* alojado en su trasero.

—Buena chica —oyó el orgulloso en la voz de Naziel—. ¿Qué tal? ¿Puedes con ello?

Se tomó unos instantes para acostumbrarse a la sensación, entonces asintió.

—Sí.

Las manos masculinas volvieron a acariciarle las nalgas y finalmente se cerraron alrededor de su cintura, atrayéndola hacia atrás, de modo que quedase con el culo en pompa de cara a los pies de la cama.

—Voy a follarte —le dijo al tiempo que apoyaba su pecho contra su espalda. El duro miembro masculino se restregó por los húmedos pliegues una y otra vez, empapándose de su humedad para luego posicionarse en su entrada y empujar apenas un centímetro—. Aférrate a las sábanas, tesoro, lo necesitarás.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, lo sintió penetrar en su interior, deslizándose hasta terminar completamente alojado dentro de ella.

—¡Oh, dios, mío! —gritó al tiempo que aferraba las manos a la ropa de cama como si le fuese la vida en ello. Se sentía totalmente repleta, la sensación del *plug* en su trasero hacía que se estrechasen sus paredes vaginales y lo exprimiese en su interior.

No podía respirar, todo aquello estaba más allá de su capacidad de raciocinio, iba a volverse loca de un momento a otro. Su cuerpo se rompería en pedacitos por la tensión.

—Respira, Claire —le dijo. Entonces le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. No te olvides de respirar, cariño.

Sus manos se cerraron en sus caderas, se retiró y volvió a sumergirse en ella hasta el fondo. Podía notar sus testículos rozándola con cada nuevo empellón, su sexo se contraía a su alrededor, succionándolo como si se muriese de hambre. No podía pensar, todo lo que podía hacer era jadear y gemir en voz alta, aguantando estoicamente cada acometida, asombrada de que su cuerpo no se hiciese pedazos.

Estaba excitada. Más que excitada. Y cuando se inclinó sobre ella, posando el pecho sobre su espalda mientras le aferraba los pechos y le pellizcaba los pezones, perdió la poca cordura que le quedaba y se empujó contra él cada vez que la penetraba, desesperada por la necesidad y una nueva liberación que casi podía acariciar.

Con un agónico quejido, colapsó. Los brazos ya no la sostenían, dejó que él siguiese sujetándola de las caderas, manteniéndola sobre las rodillas hasta terminar corriéndose también. No podía levantarse, ni siquiera podía moverse, si la dejara morirse ahora allí mismo no le importaría.

Sintió como se retiraba de su interior, se quitaba el preservativo y lo lanzaba a la papelera logrando encestar. Entonces su mano le acarició el trasero en el que todavía seguía alojado el *plug*.

—¿Sigues viva, Claire?

Se lamió los labios resecos, pero no movió un muslo.

—Apenas —gimió derribada sobre la cama.

Lo oyó reírse, entonces sintió como el colchón se hundía a su espalda y cuando se giró él la miraba desde arriba.

—¿Puedes aguantar el *plug* un poco más? —le preguntó. Había dulzura en su voz y en la forma en que le acariciaba el pelo, apartándoselo de la cara.

La respuesta llegó casi automática.

—Creo que puedo hacerlo —musitó.

Él le besó la nariz.

—Tu exmarido es un auténtico gilipollas para no darse cuenta la clase de maravillosa mujer que ha dejado escapar —declaró entibiándola con sus palabras. Entonces le acarició una vez más las nalgas y empezó a jugar con el aro en el que terminaba el *plug*—. Aunque tendríamos que darle las gracias por hacerlo.

Aquella declaración la sorprendió, hasta que escuchó el final de la frase.

—Eso me da campo libre para seguir jugando contigo hasta el amanecer —aseguró reclamando su boca en un breve beso—. ¿Preparada para un nuevo asalto, Claire?

OH.DIOS.MÍO. Ese ángel iba a terminar con ella y mañana no podría ni caminar. No podía esperar a que eso sucediera.

CAPÍTULO 17

Necesitaba respuestas.

Claire quedaba dormida en la cama cuando decidió abandonar el calor de las sábanas, la necesidad de respuestas bullía en su interior, más aún tras la inesperada declaración de ella.

Creo que me estoy enamorando de ti.

No podía quitarse esas palabras de la cabeza, cuanto más lo intentaba, mayor era la intensidad con la que resonaban y él no era un hombre o ángel que se dejase seducir por un sentimiento tan voluble como el amor. No cuando su vida estaba condicionada desde el nacimiento a ser poseída por una única mujer; su *alada*.

Pocos eran los ascendidos que lograban alcanzar tal regalo, la hembra que les complementaría y uniría su vida a ellos mediante una sencilla reclamación. Y hasta dónde él sabía, ninguna humana había tenido tal privilegio.

Pero ella no es del todo humana, ¿no es así?

Su conciencia seguía aguijoneándole con aquella posibilidad, una que solo podía ser confirmada por el ángel custodio que había estado en todo momento al lado de ella.

No podía permitirse errores, el Consejo Superior formado por los *Angely* había dejado perfectamente claro lo que le ocurriría si volvía a meter la pata. El contravenir órdenes no era algo que toleraran bien, como tampoco el desafío y él había incurrido en ambas faltas al evitar que Ankara fuese marcada para morir.

Sus decisiones hicieron que les fueran asignados ambos hechiceros, Axel se había encargado de ello evitando así que le arrancasen todas las plumas de las alas. Pero el significado de aquella resolución era claro para el Consejo; si la joven hechicera de hielo amenazaba de nuevo una sola vida, no había poder en el mundo sobrenatural o humano, que pudiese salvarla.

No podía arriesgarse otra vez a contravenir las normas, en cuanto terminase con el contrato, Claire estaría fuera de su vida y él volvería a su tarea de *Arconte*. No había posibilidad alguna de que pudiese conservarla, si es que aquello era lo que quería.

Ella le confundía y le inspiraba una ternura que era del todo ajena para él. Las mujeres hasta el momento solo le habían inspirado lujuria, saciaba su hambre en sus cuerpos, disfrutaba del momento y no volvía a mirar atrás. Pero esta hembra en particular disfrutaba con tan solo su presencia, algo se removía en su interior cuando la veía perder la sonrisa y sumirse en los amargos recuerdos que le había dejado su matrimonio. ¿Pero amarla? No estaba seguro de saber si se estaba dirigiendo hacia esa montaña con ella y le aterraba que la respuesta fuese afirmativa.

Si ella no fuese solo humana…

Sabía que había algo especial en Claire. No podía ignorar las ocasiones en las que ella parecía haber presentido su presencia, y la mejor prueba de esa mística sensibilidad la había tenido durante la cena al sentir el poder de Riel, o la forma en la que reaccionaba a la cercanía de Ankara. Si ella tenía algún bajo porcentaje de sangre de *Tuatha Dé Danann* corriendo por sus venas, Axel era el único que podía saberlo con seguridad.

Atravesó una vez más el Salón de lo Eterno, las puertas se marfil se abrieron sin necesidad de tocarlas. La sala redonda en esta ocasión no estaba vacía, sorprendentemente su hermano ya estaba allí; esperándole.

—¿Te estás tomando un descanso en tu ajetreado trabajo o me estabas esperando?

El hombre se limitó a alzar la cabeza y mirarle. Sus propios ojos eran un reflejo de los suyos, ese tono azul noche tan intimidante que a menudo hacía que quisieras apartar la mirada. Si a ello le añadías el aspecto gótico que siempre lo envolvía, el cuadro era letal.

—Esperándote —aseguró. No se molestó en abandonar su asiento, pero ese aspecto cómodo y relajado no podía ocultar la tensión que lo rodeaba—. No es como si hubiese podido hacer oídos sordos a tus procesos mentales cuando me gritas de ese modo… Eres realmente irritante, Naziel.

Sus labios se estiraron.

—Procuro mantener mi carisma siempre al más alto nivel —aseguró. Acortó la distancia entre ellos y se plantó frente a él—. Necesito respuestas.

Él asintió. Axel siempre sabía de antemano lo que necesitaba, lo que quería y eso hacía que se le pusiese el vello de punta.

—Quieres saber si Claire es tu *alada*.

Arqueó una delgada ceja negra ante tal aseveración.

—En realidad, lo que quiero saber es *quién* demonios es Claire —le corrigió—. Ambos sabemos que hay algo más en ella que lo que se ve a simple vista. Y no deja de resultarme curioso, que siendo así, me la hayas cedido.

Él se encogió de hombros.

—Tengo mis propios problemas, Naz —le dijo con un profundo suspiro—. Aunque no lo creas, no soy infalible. Cometo errores y el último casi me cuesta mi propia compañera.

Aquella declaración lo noqueó. ¿Había escuchado lo que acababa de escuchar? ¿Axel había encontrado a su *alada*?

—¿Cómo…? Quiero decir… cuándo… Oh, mierda… —La capacidad de formar frases coherentes se había esfumado.

Los labios de Axel se curvaron en una irónica mueca.

—Sí, esa es una buena definición —concluyó él—. Y tú pareces tener también tu propio saco de ellos.

No pudo evitarlo, se dejó caer en el asiento al lado de aquel extraño con el que compartía la misma sangre.

—Por eso me pediste que custodiase a Claire —comentó. La extraña actitud que había tenido su hermano empezaba a cobrar sentido—. Por tu *alada*.

Los ojos azules se clavaron en los suyos.

—Y por la tuya —declaró sin ambages—. Claire es alguien muy especial, Naz. He sido su *Guardián* desde que nació, desde que ambas lo hicieron y si bien Amanda dio muestras de lo que era mucho tiempo antes que su hermana, la pequeña Claire empezó a despertar después de terminar con esa pantomima de matrimonio.

Él lo miró.

—Ella desciende de los *Tuatha Dé Danann* —declaró. Era una confirmación que no necesitaba respuesta—. La sangre *faery* corre por sus venas.

Axel asintió.

—Más que eso, hermano mío —le confirmó—. Ella es una de las últimas descendientes de la línea de *Nuada*.

El nombre del antiguo rey de los *Tuatha Dé Dannan* le arrancó un escalofrío.

—Pero… se decía que él y su esposa no habían dejado descendientes —murmuró todavía sobrecogido por tal revelación. Había reconocido el aura que envolvía a Claire como la de una

posible *faery*, pero no creyó posible lo que él acababa de confirmarle—. Cómo es posible entonces…

Su mirada vagó entonces más allá de la sala, perdiéndose en la nada.

—Todo lo que sé, es que de alguna manera, Nuada tuvo una hija y para salvarla de sus enemigos, ocultó su verdadera naturaleza y la depositó en el mundo de los humanos —explicó con voz ausente—. Ignorando su ascendencia, la muchacha se casó y tuvo hijos, sus descendientes a su vez crecieron y formaron sus propias familias, de modo que la línea de sangre nunca llegó a perderse por completo.

Él sacudió la cabeza, aquello era demasiado confuso y no tenía verdadero sentido con lo que los ocupaba.

—Pero eso no es posible, de ser habríamos encontrado algún descendiente anterior —resopló—. Hasta hace pocos días pensé que no quedaba ningún miembro de esa antigua raza de esos mágicos dioses célticos en el mundo.

Asintió como si él también lo hubiese pensado.

—Ello se debe a que el poder dormido en su sangre solo cobra vida cada doscientos años —explicó al tiempo que se giraba hacia él—. Y no siempre es lo suficiente fuerte como para que sea advertido por los *Vigilantes*. Hay quien posee su sangre y nunca llega a despertar, y los hay que despiertan debido a sus lazos con otros… seres… con los que están destinados por medio de un vínculo.

Frunció el ceño ante la críptica explicación.

—Estos últimos pueden despertar por encontrarse cerca de ellos, porque están destinados a pertenecerles —concluyó—. No es frecuente que haya dos miembros de la misma línea que despierten su poder, pero tampoco se ha dado hasta el momento que fuesen mellizas.

Se pasó una mano por el largo pelo rubio, un absoluto contraste a su propio pelo negro.

—Me hice cargo de la vigilancia de las mellizas cuando nacieron —explicó—. Ni siquiera estaba seguro de qué me impulsó a ello, no hasta tiempo después, cuando descubrí que ellas poseían la sangre de los *Tuatha Dé Danann*; una línea de sangre por la que nuestra raza siempre se sintió atraída.

Hizo una pausa como si quiera ordenar sus pensamientos.

—Cuando Amanda alcanzó la mayoría de edad, empezó a despertar —continuó—. Fueron pequeños cambios, el más significativo de todos es que parecía notar mi presencia, algo que no debía ocurrir, en ocasiones era como si mirase a través de mí e incluso llegó a dirigirme algunas palabras… o más bien, dirigirlas al aire desde su perspectiva.

Se estremeció, aquello era lo que le había ocurrido con Claire.

—Su hermana, por otra parte, era completamente inocente —dijo con cierto deje irónico —. En ocasiones parecía como si Claire estuviese sumergida en su propia burbuja, aislada de todo lo que había a su alrededor. Cuando conoció a Michael, su ex marido, parecía que podría despertar, pero lo que hizo su tiempo con él fue retraerla todavía más.

Se lamió los labios, la ligera vacilación en él no era algo a lo que estuviese acostumbrado. Axel era un hombre directo, nunca se andaba con rodeos.

—La encontraste —murmuró en voz baja. Las piezas empezando a encajar en su sitio—. Por eso me pediste que custodiase a Claire. Encontraste a tu *alada*.

El hombre no se molestó en negarlo. Cuando un ángel custodio encontraba a su compañera, debía ceder a su custodio a un nuevo miembro de su propio gremio.

—Sí, la encontré —aceptó sin rodeos.

Y a pesar de todo, aquello no acaba de encajar. Si Axel había encontrado a su *alada*, la

mujer a la que estaba destinado debería de haber pasado la custodia de sus pupilas a un ángel de su propio gremio; Y él no pertenecía al gremio de los *Angely*.

Un escalofrío lo recorrió por entero cuando una posible teoría empezó a formarse en su mente.

—¿Por qué me pediste que ocupase tu lugar? —preguntó. Necesitaba una clara respuesta —. ¿Por qué me entregaste… solo a Claire?

Una secreta sonrisa empezó a tirar de la comisura de sus labios.

—Por qué Amanda es mi *alada* —confesó por fin—. Y muy posiblemente Claire pudiese ser la tuya. —El silencio cayó entonces entre ellos—. A estas alturas, ya tendrías que tener una respuesta a ello.

Y la tenía, comprendió cuando todas las piezas encajaron repentinamente en su lugar. Todos los indicios habían estado allí, delante de sus propias narices y él había estado tan ensimismado en evitarlos que no se había dado cuenta.

—Lo es —declaró finalmente. El decirlo en voz alta dejó una increíble calma en su interior—. Claire es mi *alada*.

Axel asintió y dejó su asiento.

—¿La reclamarás cuando termines el contrato con la Agencia?

La pregunta hizo que esbozara una irónica sonrisa en respuesta.

—Creo que la parte de las reclamaciones… la tenemos un poco… avanzada —aseguró con cierta diversión al darse cuenta de ello. La sorpresa en el rostro de su hermano fue todo un regalo para su vapuleada mente—. Claire prácticamente ha dado el primer paso en ese camino.

Oh, realmente sentaba bien ver esa expresión de absoluto desconcierto en el rostro de su hermano.

—¿Qué quieres decir?

La ironía de todo aquello le superaba.

—Que mi mujer me reclamó ayer mismo, cuando me informó en voz alta que creía estar enamorándose de mí —aseguró. Dejó escapar un profundo suspiro y enderezó los hombros como si acabase de quitarse un peso de encima—. Ahora solo tendré que hacer que se convenza de ello.

Y lo haría. Ambos trabajarían en ello, porque él también empezaba a sospechar que podía haberse enamorado de ella.

El resoplido procedente de Axel hizo que se le prestase de nuevo atención.

—Parece que es de familia, entonces —comentó con una divertida sonrisa—, que nuestras mujeres sean quienes den el primer paso.

Él le devolvió el gesto y asintió.

—Sí —aceptó. Entonces recordó algo—. Por cierto, retén a Amanda, al menos hasta que termine el asuntillo del contrato con la Agencia. Llamó a su hermana y a juzgar por su tono, estaba más que decidida a pilotar ella misma un avión para acudir a su rescate.

Axel compuso una mueca.

—Créeme, es capaz de hacer eso y mucho más —aceptó. En su voz había orgullo—. Intentaré darte hasta fin de año, Naz, no creo que Amanda esté dispuesta a esperar un día más.

Y como venía siendo costumbre en él, se desvaneció antes de que pudiese decir algo al respecto.

—Tendrá que ser suficiente —murmuró para sí antes de desvanecerse él mismo para volver junto a la única mujer por la que estaba dispuesto a dejarse ganar.

Claire se quedó mirando las centelleantes luces del árbol de navidad, a pesar de que el sol entraba por la ventana, robándole parte del encanto, aquella sinfonía de color la calmaba. Acarició con el dedo una de las figuritas que había comprado el día anterior, Naziel había puesto los ojos en blanco al ver el pequeño ángel rubio vestido con una túnica y un arpa en las manos. No podía dejar de sonreír ante la gráfica descripción que había hecho él sobre las diferencias entre ese ángel y su propia presencia.

Suspiró. Él se había marchado antes de que abriese siquiera los ojos, no dijo ni una sola palabra así que no sabía si iba a regresar o no.

—El contrato decía dos días —murmuró para sí. Un contrato. Una agencia. Tenía que repetirse aquello una y otra vez, sobre todo después de la estupidez que había cometido la noche anterior diciéndole que creía estar enamorándose de él. Estúpida.

Le dio la espalda al árbol y contempló el salón, encima de la pequeña mesa auxiliar aguardaba el pequeño paquete envuelto torpemente en papel de regalo. Ese había sido su tercer destino. En la barra de la cocina, después bajo el árbol y finalmente la mesa del salón. Pero su destinatario no estaba.

—Ni siquiera sé por qué lo compré —murmuró haciendo un mohín.

Había sido algo instintivo, cuando lo vio entre los adornos de la tienda sintió la imperiosa necesidad de comprarlo. Le recordó el tatuaje de dos alas que él tenía en la base de la muñeca; dos alas curvadas alrededor de una espada.

—De acuerdo, Claire, el exceso de sexo te ha provocado un cortocircuito en el cerebro —resumió. Sacudiendo la cabeza, dejó el salón y fue a la cocina. Ni siquiera había traspasado el umbral cuando sonó el timbre de la puerta.

Se volvió como un resorte, el peso que sentía en el pecho se aligeró y fue hacia la puerta.

—Espero que hayas traído chocolate caliente y bollos de canela —comentó al tiempo que abría la puerta.

Unos ojos verdes sonrieron al escuchar su comentario.

—Hasta dónde me acuerdo, odiabas los bollos de canela —respondió un completo desconocido—. Preferías los de pepitas de chocolate. Hola prima, ha pasado mucho tiempo.

Abrió la boca y volvió a cerrarla. Apoyada en el marco de la puerta contemplaba asombrada el espécimen masculino vestido con unos pantalones vaqueros y un anorak, que sostenía una mochila al hombro. Su mirada de un intenso verde, destacaba sobre unas pestañas oscuras, al igual que su ondulado pelo negro.

—¿Mackenzie? —preguntó intentando encontrar en aquel hombre de más de metro ochenta al niño regordete con el que había jugado de niña.

Sus labios se extendieron mostrando una perfecta y blanca dentadura.

—Ha pasado mucho tiempo, prima Claire —la saludó.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla. Iba a matar a su madre.

CAPÍTULO 18

Claire empezaba a sentir que estaba en una montaña rusa, de pie en el salón, alternaba la mirada entre su primo Mac y Naziel, quien acababa de aparecer, sin anunciarse. Y si bien a ella casi le había dado un ataque al corazón, el hombre sentado en el sofá con una taza de café en las manos, ni siquiera se inmutó. Por el contrario, parecía muy complacido de ver al recién llegado.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

La pregunta fue tan repentina como la reacción de su amante ante la inesperada presencia masculina en el salón. Sin añadir una palabra más, la cogió de la mano, apartándola del hombre y empujándola a su espalda.

Su reacción arrancó una perezosa sonrisa en su primo.

—Tranquilo, Naz —le dijo mientras dejaba la taza a un lado y se levantaba del asiento—. Ella está a salvo de mí.

A juzgar por la tensión que recorría a su amante, él no creía una sola palabra de ello.

—Permíteme que dude que alguien esté a salvo estando tú cerca —siseó. Sus ojos no se apartaron de él.

Mac la miró entonces y extendió una mano hacia su defensor.

—¿Te importa decirle a tu… compañero… que soy parte de la familia? —pidió y volvió a mirarle—. A mí no me creería.

Parpadeó un par de veces, su mirada fue de uno al otro.

—Espera, ¿os conocéis? —Una pregunta retórica, visto lo visto.

Su primo se encogió de hombros señalando lo obvio.

—Mucho mejor que otras personas —declaró con un suspiro—. Vamos, Naz, no puedes pasarte toda la eternidad cabreado por…

Pero a juzgar por la respuesta de Naziel, sí podía.

—Ponme a prueba —declaró entre dientes. Entonces se giró hacia ella, sin darle del todo la espalda al otro hombre—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo?

No pudo evitar dedicarle una mirada irónica.

—¿A parte de aparecerse en mi puerta sin chocolate y bollos de canela? —le contestó—. Pues no.

Ante la mirada que le dedicó, acabó resoplando.

—Oh, por favor —extendió una mano hacia él—. Es mi primo Mac. ¿Recuerdas? El tío con el que te confundí… Pero este es el de verdad. El hijastro de mi tío.

La mirada penetrante que le dedicó hizo que perdiese todo síntoma de ironía y otras emociones.

—No tienes la menor idea de lo que has dejado entrar en tu casa, ¿no es así?

Se encogió de hombros.

—Hace cinco minutos habría dicho que un pariente —aseguró, entonces miró a Mac—. Ahora, empiezo a tener dudas de que se quede solo en eso.

Sin mediar palabras con ella se giró hacia el otro hombre.

—Ella tiene razón, Naziel —corroboró sus palabras—. Su madre y mi padrastro son hermanos. Eso me convierte en su familia… por la parte humana.

¿Cómo que la parte humana? Pensó con estupor.

—Cuando la tía se enteró de que pasaría por la ciudad, me sugirió que pasase a ver a Claire —concluyó—. Pero después de hablar con ella, me he enterado que la tía había dado un discurso bastante distinto al que me dio a mí.

Se tomó un segundo para analizar la escena.

—Lo que no entiendo, es que haces tú aquí —aseguró con abierta curiosidad.

Él entrecerró los ojos, al tiempo que se acercaba a ella y le rodeaba la cintura de manera posesiva.

—No tienes que entenderlo —aseguró—. Todo lo que tienes que hacer es largarte.

Jadeó al escuchar el duro tono en su voz, su mirada se encontró con la de él.

—No creo que eso sea decisión tuya, angelito —le apuntó con un dedo acusador.

Él arqueó una ceja ante su dedo, le tomó la barbilla con la mano y le escudriñó el rostro.

—Oh, pero lo es, Claire —murmuró—, especialmente cuando has dejado entrar un *Íncubo* en tu casa.

Poco le faltó para que se le desencajase la mandíbula o le diese un ataque de risa.

—¿Perdona?

Un ligero carraspeo devolvió la atención de ambos al otro hombre.

—Eso sin duda ha sido… interesante —aseguró Mac. Su mirada escrutándola también—. Entonces, ¿ella sabe lo que eres?

Aquello era el colmo. Pensó ella.

—Por supuesto, un capullo hijo de puta con plumas… ¡*Auh*! —se interrumpió al sentir la pesada mano de su amante en el trasero—. Oye…

—Ya hablaremos tú y yo solo ciertas frases y el uso que les das —le informó Naziel. Entonces se volvió hacia él—. Sí. Lo sabe.

Ella sacudió la cabeza.

—Esto empieza a convertirse en una peli de ciencia ficción de las malas —murmuró en voz baja. Su mirada cayó entonces sobre el hombre con el que había estado tomándose un café, aquel al que creyó su primo. Y quizá lo fuera. Oh, menudo lío—. ¿Entonces… tú también eres rarito?

La palabra debió hacerle gracia, a juzgar por la amplia sonrisa que curvó sus labios.

—Tanto como eso… —murmuró divertido—, prefiero considerarme a mí mismo especial.

Naziel bufó en respuesta.

—Tan especial como puede serlo un maldito ladrón.

Aquel partido de pin-pon empezaba a sacarla de quicio.

—Me estáis dando dolor de cabeza y no son ni las diez de la mañana —aseguró con fastidio.

La mano en su cintura se deslizó hacia arriba y hacia abajo en una ligera caricia.

—Pues todavía no has escuchado ni la mitad, pequeña —declaró.

Suspiró.

—¿Es que hay más?

Él la miró y a juzgar por la seria expresión de su rostro, supo que sí, que lo había y no era algo liviano.

—¿Qué ha ocurrido ahora?

Lo vio suspirar. Naziel solo hacía ese gesto cuando estaba agobiado o había algo que no deseaba compartir.

—¿Naziel?

Él se encogió de hombros como si no le viese el sentido a negar lo que para él parecía evidente.

—Tal y como sospechaba, eres mucho más de lo que pensaba que eras —le dijo sin más —. Y gran parte de ello se debe a tu línea de sangre.

Frunció el ceño, ¿de qué narices le estaba hablando?

Entonces se giró hacia el otro hombre y su calma se evaporó.

—Me sorprende que no lo hayas notado —lo acusó.

Él alzó las manos a modo de rendición.

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando, amigo —aseguró—. En realidad, la última vez que vi o estuve cerca de Claire éramos solo unos niños.

Asintió como si estuviese conforme y aceptase esa explicación.

—Eso hará que conserves la cabeza sobre los hombros —le dijo.

Hombres, ¿les costaba tanto responder a una pregunta directa? Resopló y tiró de la manga de su camisa de modo que le hiciese caso.

—¿De qué diablos estás hablando, Naziel? —insistió.

Él se inclinó ligeramente, para quedar a su altura.

—Que, pequeña, tienes sangre *faery* corriendo por tus venas —declaró sin más—. Lo que explica que pudieses sentir mi presencia sin verme siquiera, o notar el poder de Ankara y Riel. Tu sangre ancestral está despertando.

Se estremeció.

—¿Y eso es malo?

Él negó con la cabeza.

—No del todo —aceptó. Le acarició una vez más la mejilla y se giró hacia el otro hombre —. Ahora, ya que tú lo has dejado entrar al Íncubo, te sugiero que lo hagas también salir… a no ser que quieras tener verdaderos problemas mientras duermes…

El hombre pareció ofenderse.

—Ella es como de la familia —se justificó—. Ni siquiera yo soy tan capullo, Naz.

Él arqueó una ceja poniendo en entredicho tal declaración.

—No lleváis la misma sangre —le recordó—, y te conozco, Mackenzie. Claire está fuera de tu menú.

Él imitó su gesto.

—¿No estás siendo un poquito territorial? —se burló el hombre.

Se limitó a encogerse de hombros.

—Estás advertido.

Bueno, si aquello no era territorialidad, no sabía lo que era, pensó ella y los miró a ambos.

—De acuerdo —atajó aquella lucha verbal—. Ahora que ya habéis levantado la patita y habéis meado en los zapatos del otro. ¿Alguien puede decirme que es exactamente un *íncubo*?

—Claire…

Ella alzó una mano, ni siquiera le dejó acercarse. Estaba blanca como la cera y no hacía más que pasearse de un lado al otro del salón sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Sentía la necesidad de ir a ella y abrazarla, de tranquilizarla, pero la insistente presencia de Mackenzie en la misma habitación avivaba un deseo totalmente distinto y oscuro para con el que había sido su amigo.

Mackenzie era de la clase irreverente, un hombre abocado al desastre y a la lujuria y

disfrutaba de ellos en la medida de lo posible. A su favor, tenía que decir que en su armario no había ni una sola víctima. Contrario al mito popular, él no se aparecía en los sueños de nadie, aunque podía inducirlos y volver loco de lujuria a cualquiera en ellos. Sin embargo, su preferencia eran las presas conscientes, adoraba a las mujeres con la misma intensidad que adoraba el whisky. A menudo se encontraba metido en medio de alguna orgía, *menage* y en cualquier fiestecita sexual a la que tuviesen a bien incluirle. El Haven sabía que él mismo había compartido a sus mujeres con él después de la *Ascensión*. La libertad sexual que experimentó tras el ascenso lo había llevado a probar toda clase de perversiones y no le molestaba admitirlo. Había explorado la sexualidad en todas sus vertientes hasta lograr definirse a sí mismo.

Sí, ese hombre había sido un buen amigo, un compañero y también uno de sus custodios… Hasta que se metió en la cama equivocada.

No dejaba de resultar curioso que ahora que tenía a Claire, que sabía que ella era suya, viese aquel episodio de una manera distinta. Ya no sentía la rabia ni la traición de antaño, veía con mayor claridad cada una de las excusas que había erigido Shara y como esa puta con alas lo había manipulado. Mackenzie no le había quitado a esa hembra, él mismo había empezado a dejarla de lado ante la irritante e imperiosa necesidad femenina de exigir y manipular a su antojo.

Su amistad había quedado tocada entonces, más por él que por el íncubo y era toda una ironía que volviesen a encontrarse ahora en aquel lugar y frente a una nueva mujer.

Volvió a mirar a Claire, quien seguía caminando de un lado a otro, ahora había hundido las manos en el pelo y respiraba de forma acelerada.

—Claire… —la llamó una vez más.

Ella se detuvo entonces, se giró hacia él y lo fulminó con esos grandes ojos marrones.

—Vas a hacer surcos en el suelo si sigues caminando de un lado a otro —le dijo.

Sus ojos se estrecharon, podía ver como apretó los labios y extendía un dedo antes de cargar hacia él.

—Tú… tú… tú… ¡*arg*! —estalló al detenerse frente a él—. ¡Quieres volverme loca! Eso es lo que quieres. Quieres que pierda la cabeza y me una al club de los dementes.

Hubo un bufido procedente del otro lado de la sala.

—No tendrías que ir muy lejos, primita —aseguró Mackenzie—. Tienes a dos de sus miembros honoríficos en tu salón.

Ella se giró como un resorte y extendió un amenazador dedo hacia él.

—Tú te callas —siseó—. Todavía no estoy segura de sí quiero tener un demonio sexual en la familia.

Él arqueó una ceja y la miró de arriba abajo.

—Pues no es como si desde mi lado pareciese mucho más divertido tener un *Tuatha Dé Danann* en la mía —contraatacó.

Aquellos dos parecían dispuestos a sacarse los ojos y si bien la idea le parecía bastante entretenida no creía que fuese la mejor forma de resolver aquel conflicto.

—Niños, os dejaré unas cucharas si queréis sacaros los ojos —los interrumpió con obvio sarcasmo—. Pero si fuese vosotros optaría por algo más razonable, como… —señaló a su antiguo amigo—. Tú lárgate —se giró hacia ella—, y tú ven aquí.

Ella se plantó en cambio en medio del salón, su frustración era palpable.

—Yo tengo una idea mejor —aseguró y señaló la puerta—. Fuera de mi casa, los dos. Tenéis cinco minutos para agarrar vuestras cosas, lo que quiera que hayáis traído y salir por la puerta. No quiero veros la cara a ninguno hasta el jodido día del juicio final.

Sin una palabra más, dio media vuelta y abandonó la habitación dejándolos solos. Pronto

se oyó el portazo al otro lado del pequeño piso que decía que se había encerrado en su dormitorio.

—No recordaba que tuviese tanto genio —comentó su amigo poniéndose en pie—. Es fogosa.

Entrecerró los ojos sobre él.

—No te acerques a ella, Mac, lo digo muy en serio. —Y lo hacía.

El hombre lo estudió durante unos instantes.

—Yo también hablé en serio cuando dije que no juego con la familia —aseguró y se detuvo a su lado—. Y menos cuando es la pareja de un amigo. Ella es tu *alada*, ¿no? De ahí viene toda esta… territorialidad.

No lo confirmó ni desmintió, pero no hacía falta, él lo conocía muy bien.

—Sí, supongo que lo es —asintió. Le palmeó el hombro y pasó por su lado de camino a la puerta—. Despídeme de ella, dile que le haré una visita un día de estos.

Antes de que tuviese algo que decir al respecto, se esfumó en una nube que dejó la sala apestando a azufre.

—Malditos demonios.

Sacudiendo la cabeza ante aquella inesperada visita y las posibles consecuencias, enfiló hacia el dormitorio de su compañera. Ella podía ponerse como quisiera, echarle las veces que le diese la gana, pero por ahora tenía un contrato y él estaba más que dispuesto a llevarlo a término.

CAPÍTULO 19

—¿No sabes llamar a la puerta?

La pregunta surgió directa, en un tono de voz bajo y ligeramente apacible que hablaba por sí solo. Esperaba encontrársela enfadada, irritada, pero no con esa caída de voz que le ponía los pelos de punta. Cerró la puerta tras de sí y golpeó la madera con los nudillos; aquello solo le arrancó un pequeño resoplido.

Sentada a los pies de la cama, con la mirada baja y las manos fuertemente enlazadas sobre sus rodillas, tenía un aspecto derrotado. Su estado de ánimo había cambiado de nuevo, retrocediendo en el camino que había iniciado para dejar el pasado atrás; algo de lo ocurrido aquella mañana debía haberlo provocado.

—No creo que estuvieses dispuesta a dejarme entrar si lo hubiese hecho —aseguró. Se detuvo delante de ella y la contempló.

Todavía le costaba creer que esa criatura fuese suya. Su *alada*. La única pareja que reconocería como propia.

—Sí, te habría dejado fuera —contestó con un bajo suspiro. Entonces sacudió la cabeza—. Si esperas alguna reacción de mi parte, tendrás que volver el año que viene, en estos momentos solo sé que estoy sentada mientras el mundo gira a mí alrededor.

La cama se hundió cuando tomó asiento a su lado.

—Demonios, esta no era la manera en la que había planeado pasar la mañana de navidad —musitó al tiempo que se retorcía las manos—. Aunque bien mirado, ni siquiera pensé que pasaría la mañana de navidad de ninguna manera especial hasta que atravesaste esa maldita puerta.

No contestó, ella necesitaba hablar y si la interrumpía, lo más probable era que volviese a meterse en su caparazón.

—Cuando era niña, esperaba con emoción la mañana de navidad, me despertaba temprano con la ilusión de ver que era lo que me había traído Santa Claus —continuó su monólogo—. Y años después, cuando crecí, mi familia siguió manteniendo esa ilusión. Amanda y yo bajábamos corriendo las escaleras y nos precipitábamos hacia el árbol de navidad entre risas para ver qué era lo que nos compramos la una a la otra.

Se detuvo, ladeó la cabeza y le miró.

—Cuando me arrastraste a comprar el abeto, y con toda la decoración puesta en el salón —explicó—, recordé lo que sentía entonces. Lo que sentía antes de que mi relación con Michael lo cambiase todo… Yo… te compré algo… Quería dártelo esta mañana, pero entonces me desperté sola y tú no estabas… Sé que no tienes que dar explicación alguna de tus actos y tampoco la pido, pero… una nota aunque sea para decir que salías…

Sus palabras se perdieron y el silencio cayó de nuevo.

—¿Qué es, Claire? Dímelo —pidió con suavidad—. No te lo guardes.

Ella respiró profundamente y se giró por completo a él.

—Él me dejaba siempre sola la mañana de navidad —musitó, su voz vació como si se le hubiese cerrado la garganta y no dejase pasar las palabras—. Era tradición, eso me decía cuando volvía hacia el mediodía después de pasar la maldita mañana con mi suegra. Se despertaba, se vestía con un estúpido traje de Santa Claus e iba a cantar un jodido villancico a casa de su madre,

seguido por un recorrido de la casa de los vecinos; los mejores amigos de mi suegra.

Llegados a este punto, ella temblaba, había rabia sobrepasando a la pena en su voz.

—A mí me dejaba sola, con ese enorme árbol que ni siquiera me gustaba, bajo el que había paquetes de regalos de cosas que yo no necesitaba —aseguró ahora entre dientes—. ¡Yo le necesitaba a él! ¡A nadie más! ¡Necesitaba que estuviese allí para mí! ¡Qué me quisiera!

Sacudió la cabeza, podía ver como se le humedecían los ojos, pero se negaba a verter lágrima alguna.

—Y entonces apareces tú, traes de nuevo la navidad a mi puerta… y cuando más… te necesito no estás. —Su voz era apenas perceptible llegado a este punto—. Y si eso no era suficiente, aparece en mi puerta un completo desconocido, que resulta ser un pariente y que es tan bizarro como todo lo que me está pasando desde que atravesaste esa maldita puerta. ¡Más aún! ¡Ahora afirmas que desciendo de alguna raza de hadas o lo que sea! ¿Y todavía crees que no soy material para un psiquiátrico? Todo esto me está enloqueciendo, Naziel.

Empezó a temblar, podía notar los estremecimientos de su cuerpo contra él.

—¿Me has comprado un regalo?

Quizá no fuese la mejor pregunta dado el caso, pero le había sorprendido que ella pensase en él.

Creo que me estoy enamorando de ti.

Aquellas palabras volvieron a danzar en su mente, trayendo consigo la siguiente conversación con Axel.

Ella es tu alada.

La expresión de su rostro era tal que le daban ganas de abrazarla y aquello era extraño para él. En el tiempo que había pasado con ella las últimas cuatro semanas, aquella expresión obraba en él un sentimiento muy distinto, tendía a gritarle a pesar de que ella no le oía por que no podía soportar verla en su rostro. Curioso que su reacción se pareciera demasiado a la de ahora mismo, pues la sensación que obraba en su interior era la misma.

Asintió con la cabeza, las mejillas empezaron a adquirir ese tono sonrosado.

—¿Lo has puesto debajo del árbol? —preguntó sin tocarla todavía. Ella necesitaba dar el paso si quería que la tocase, que la abrazase. Ella debía decidir si le quería en su vida en aquellos momentos en los que era tan vulnerable.

La vio suspirar, sus ojos marrones se cruzaron con los suyos.

—Lo cambié tantas veces de lugar, que ha terminado encima de la mesa auxiliar del salón. —Hizo una mueca al decirlo—. Pero ya no importa, todo esto… ya no sé si estamos en navidad, si en Halloween o es el día de *Volvamos Loca a Claire*.

Emitió un bajo sonido de disgusto y se levantó. Le tendió la mano y esperó paciente a que ella la cogiera.

—Hoy es veinticinco de diciembre según el calendario —le recordó. Su mirada puesta sobre ella—, eso lo hace Navidad y el árbol espera a que sea visitado y te sientes a su lado a desenvolver los regalos.

La miró con intención, diciéndole “a qué esperas” sin palabras.

Ella posó entonces la mano sobre la de él y dejó que la alzara.

—Aunque no lo creas, no soy lector de mentes, Claire y no puedo saber lo que sientes si no me lo dices —le informó acariciándole la mano con el pulgar—. Por ello, me disculpo por no haber estado aquí cuando me necesitabas. No pensé en dejar una nota y no deseaba despertarte; dormías profundamente.

Ella se sonrojó al escuchar sus palabras.

—De haber sabido qué tenías en mente, habría esperado para ver a Axel —aceptó.

Ella parpadeó y abrió la boca como si la respuesta le sorprendiese.

—¿Fuiste a ver a tu hermano?

Asintió y sonrió de medio lado.

—Necesitaba algunas respuestas que solo él podía darme —confesó—. Él te conoce mejor que nadie, ha estado a tu lado desde que eras un bebé, cuidándote… y era el único que podría decirme con seguridad si mis sospechas eran ciertas.

Su asombro se convirtió en confusión.

—Espera… ¿el me conoce? ¿Cómo que ha estado a mi lado?

Le acarició la mejilla con los nudillos.

—El término *Ángel de la Guarda* existe por algo, pequeña —le guiñó el ojo.

Su sorpresa bailaba ahora un tango con la consternación.

—Vaya —fue todo lo que pudo articular. Entonces lo miró de nuevo a los ojos—. ¿Y qué era lo que necesitas averiguar con tanta urgencia? Si puede saberse…

Curvó los labios en una misteriosa sonrisa y se inclinó sobre ella, sus ojos fijos en los suyos.

—¿Todavía te crees enamorada de mí?

A juzgar por el tono rojo que adquirió su piel allí dónde era visible y la continua imitación de un pez boqueando fuera del agua, la pregunta la noqueó. Sonrió a pesar de sí mismo, le apretó la mano y la atrajo hacia él.

—No importa —le susurró acariciándole los labios con el pulgar—, por ahora, centrémonos en la navidad. Quiero mi regalo.

Le cubrió la boca con la suya y la besó con suavidad, un pequeño aperitivo de lo que esperaba conseguir más adelante.

Claire tenía que darle crédito. Ese hombre era capaz de dejarla sin palabras. Si la inesperada pregunta, en base a la previa declaración que ella hizo la noche anterior, la había dejado sin habla, encontrarse poco después en el salón, con las cortinas echadas, las luces apagadas y el parpadeante alumbrado del árbol lanzando destellos de colores mientras estaba sentada en una mullida alfombra entre las piernas de Naziel, le había robado hasta la respiración. El olor a verde del abeto unido a los pequeños destellos multicolores que lo iluminaban y jugaban con entre los adornos y se reflejaban en los paquetes desperdigados bajo sus ramas creaba una atmósfera tan acogedora que tuvo que luchar para contener las lágrimas.

—¿Cómo…? —No tenía palabras que expresaran todo lo que quería decir.

Él se encontraba sentado tras ella, su pecho le servía de respaldo y los brazos la rodeaban sumergiéndola en un agradable capullo de seguridad y sobrecogedora masculinidad.

—Tengo mis momentos —respondió sin dar muchos más detalles—. Estoy aquí para darte lo que necesitas y no temo equivocarme al decir que “esto” es precisamente lo que necesitabas.

Se lamió los labios que encontró repentinamente resecos, aquello era más de lo que necesitaba, mucho más.

—¿Y todos estos regalos? —preguntó. Se giró a él necesitando ver su rostro y la respuesta en él.

Se encogió de hombros.

—Digamos que les has caído muy bien a los Agentes de *Demonía* y a sus compañeras —dijo al descuido—. Y dos de ellos son de tu hermana y tus padres. Estaban en el recibidor, bajo el

casillero de tu correo.

Ella frunció el ceño. Hoy no había reparto y juraría que ayer… Ni siquiera se molestó en mirar el correo, se percató. No había llegado a salir siquiera por la puerta, Naziel prefería otro método de viaje.

Se estremeció involuntariamente. No podía creer que apenas hubiesen pasado veinticuatro horas desde que ese hombre, ángel, lo que fuese hubiese entrado en su vida.

—No sé qué decir. —Estaba absolutamente abrumada. Una repentina y espantosa idea le cruzó por la cabeza—. ¡Yo no les compré nada!

Él bufó a su espalda.

—No te han enviado esto para obtener algo a cambio, Claire —le susurró al oído—. Ese no es el espíritu de la Navidad, ¿verdad? Lo es dar sin esperar nada a cambio, simplemente por el hecho de ver a alguien feliz.

Sí. Eso era lo que siempre había pensado, pero… Suspiró. En cuanto hubiese alguna tienda abierta pensaba devolverles el detalle, y no por obligación, realmente había disfrutado con la compañía de aquellas mujeres, quería conservar el contacto con ellas. Trabar amistad con ellas.

—Lo harás —el susurro la hizo estremecer.

Sacudiendo la cabeza se giró hacia él.

—Eso sí que lo has leído —declaró. Empezaba a acostumbrarse un poco a la forma de ser de Naziel. Siempre adelantándose a sus deseos.

Esos lujuriosos labios se estiraron en una maliciosa sonrisa que contagió la suya.

—Bueno, hablaste de que habías comprado algo para mí, ¿dónde está? —le preguntó al tiempo que deslizaba las manos por sus costados arrancándole unas risitas. Parecía un niño impaciente esperando su regalo de navidad.

Ella abandonó momentáneamente sus brazos, cruzó el salón y recuperó el paquetito antes de volver con él. Se arrodillo frente a él y se lo tendió con cierta vacilación.

—Siento lo del envoltorio, no se me dan bien los trabajos manuales —musitó sonrojada.

Lo observó desenvolver el paquete con lentitud, como si deseara saborear ese momento. Cuando retiró la tapa que cubría la caja alargada, descubrió en su interior una pulsera de cuero marrón en cuyo centro había una ancha placa de acero quirúrgico sobre la que se habían grabado dos alas extendidas.

—Me recordó a ti cuando la vi —murmuró mientras miraba como la extraía y la acercaba a sí mismo para observar mejor el detalle—. En el tatuaje que tienes en el dorso de la mano. Sé que no es igual, pero…

Su mirada lucía extraña, pero supo que todo estaba bien cuando escuchó el tono de su voz.

—Gracias, mi *alada* —le dijo. Sus ojos azules brillaban intensamente, como si pudiese atravesarle el alma y solo pudo sonreír.

—¿Puedo? —preguntó. Ante el asentimiento de él, cogió la pulsera, desabrochó el enganche y se la colocó en la mano derecha—. Ya está.

Él le acarició entonces la cara como solía hacerlo y tras rodearle el cuello con la mano la atrajo hacia él para besarla. Y lo hizo a conciencia, despertando su cuerpo y la lujuria en su interior con verdadera pericia. La penetró con la lengua, saboreándola y buscando respuesta al inesperado asalto. Una que no tardó en devolverle.

—Sabes dulce —murmuró él tras romper el beso—. ¿Qué has desayunado?

Ella se echó a reír ante la inesperada pregunta.

—No te lo diré —se rio dejándose atrapar por sus brazos para seguir disfrutando de aquella inesperada mañana navideña y de los obsequios que Santa Claus dejó para ella bajo el

árbol.

Los próximos minutos estuvieron cargados de diversión, ternura y alguna que otra lágrima que no pudo evitar derramar al ver lo que había en el interior de cada uno de los paquetes.

—Oh, es preciosa —murmuró admirando una enorme bola de nieve musical en cuyo interior había un paisaje nevado—. Y es musical.

Él acarició el cristal con un dedo y asintió.

—Muy de Ankara —aseguró.

La nota tierna en su voz hizo que se girara a él al tiempo que dejaba la bola en el suelo, dónde no se rompiera.

—Pareces conocerla muy bien —comentó. Esperaba que su voz no transmitiera nada más que su curiosidad.

Él la miró y sus labios se curvaron con ese gesto irónico que la ponía de los nervios.

—He sido su *Vigilante* durante los últimos años —respondió con sinceridad—. Ella no es más que otra víctima del destino. Esa niña ha tenido que pasar un verdadero infierno, no deja de sorprenderme que siga en pie, y lo que es más importante, cuerda.

Parpadeó ante sus palabras.

—Has dicho, has sido… —comentó—. ¿Por qué ya no lo eres?

Aquellos ojos azules se suavizaron al mirarla, algo cambió en su expresión.

—No he dicho que no siga siéndolo —respondió—, pero oficialmente, las cosas para mí empezarán a cambiar sustancialmente a partir de ahora.

No comprendía a qué se refería, sus palabras eran bastante enigmáticas. Entonces pensó en la *Agencia Demonía*.

—¿Lo dices por lo de la *Agencia*?

Asintió lentamente, sin dejar de mirarla.

—En parte.

Estaba claro que no iba a sacarle nada más, así que dejó su curiosidad para un momento en el que él estuviese más receptivo… Quizá, aquella misma noche.

—Sea lo que sea que estás pensando ahora mismo, me gusta —la sorprendió. Debía tener la cara tan roja como un tomate por que la notaba ardiendo.

—No quieras saberlo —declaró al tiempo que bajaba la mirada y se concentraba en abrir otro de los regalos, disfrutando de la acción y su compañía.

Le escuchó reír por lo bajo, entonces la envolvió con sus brazos y le susurró al oído.

—Ahora, cierra los ojos —le pidió.

Ella se tomó un momento para disfrutar de su aroma al estar así de cerca.

—¿Para qué? ¿Tienes todavía más sorpresas?

La sorprendió besándola bajo la oreja, en el punto en que esta se unía a la mandíbula.

—Quiero darte mi propio regalo —aseguró y rozó su, como no, dura erección contra su trasero.

Ella rio por lo bajo.

—Tú siempre tan gráfico —se burló.

Él rio a su vez.

—Ese será el *bonus*, pequeña —le dijo al tiempo que pegaba su espalda contra su pecho atrayéndola más hacia él—. Ahora, cierra los ojos y no los abras hasta que te diga que puedes hacerlo.

Su sonrisa se amplió y su cuerpo se estremeció de placer por su contacto.

—¿Y si hago trampas?

Le mordió el lóbulo de la oreja arrancándole un gemido.

—No las harás —aseguró y le lamió el lugar que había mordido—. Ahora, cierra los ojos Claire.

Curiosa por lo que él se traía entre manos, obedeció. Con los ojos cerrados todos los demás sentidos pronto cobraron mayor intensidad. El sonido de algún ocasional claxon del coche en la calle, el tic tac del reloj de la pared, el bajo murmullo de la música que salía del viejo reproductor de cd... En medio de todo ello oyó también un ligero sonido de algo que se sacudía seguido por una breve corriente de aire, casi al instante algo realmente suave se envolvía a su alrededor, cobijándola como una delicada y cálida manta.

—No abras los ojos —oyó su profunda voz en el oído. Sintió sus manos sobre las de ella, sus dedos se enlazaron en una de ellas manteniéndola sobre su propio regazo, mientras le cogía la otra y la obligaba a extenderla hasta que sus dedos acariciaron… plumas.

Un profundo jadeo salió de su garganta mientras mantenía los ojos cerrados, la sensación bajo la yema de sus dedos era similar a acariciar el plumaje de un ave y a pesar de ello era mucho más, mucho más suave, como el algodón y la seda.

—¿Preparada para abrir los ojos? —insistió él.

Asintió. Las palabras habían huido de su mente ante la posibilidad de qué era lo que estaba acariciando.

—Ábrelos.

Cuando lo hizo todo su cuerpo se tensó involuntariamente, deslizó la mirada hacia un lado y hacia otro para luego dejarla caer sobre aquello que todavía tocaba.

—Oh dios mío —jadeó. Entre sobrecogida y curiosa deslizó la yema de los dedos sobre las plumas de una enorme y pesada ala que se la envolvía y se cerraba sobre otra manteniéndola en un cálido capullo—. Oh… señor…

Su vocabulario se redujo durante un buen rato a aquellos epítetos. Mientras, Naziel permanecía quieto, sin moverse, sin hablar, simplemente abrazándola mientras ella intentaba asimilar lo que estaba viendo y tocando.

—Son… tan suaves… —consiguió articular durante un rato. Se giró ligeramente, para ver que esta vez, él no se había quitado la camisa—. ¿Cómo…?

Él le guiñó uno de esos ojos azules con complicidad.

—Es un truco —contestó sin dar más detalles.

Ella asintió, demasiado sobrecogida al ver aquellos enormes arcos alzándose por encima de sus hombros. La tentación de tocarle era demasiado grande, como lo era también su asombro y temor.

—¿Te haré daño si…? —Hizo un gesto con la mano en una mímica de lo que quería hacer.

—Mientras no me claves las uñas o empieces a arrancar las plumas, no habrá problema —le dijo muy divertido.

Ella rio a pesar de todo.

—Me alegra que lo estés pasando tan bien.

Se encogió de hombros y sus alas se movieron a su alrededor con el gesto.

—Oh, dios —jadeó de nuevo al ver como aquella capa de plumas se movía alrededor—. Mierda… de veras eres un ángel.

Él puso los ojos en blanco.

—Creí que eso había quedado perfectamente claro la primera vez, Claire —le aseguró. En su tono seguía presente la risa.

No le contestó, se limitó a alzar la mano y acariciar el arco de una de sus alas. El tacto era más duro, como si hubiese hueso o músculo bajo la cubierta de plumas.

—¿Puedes… ya sabes… volar?

Sus brazos se ciñeron alrededor de la cintura, estaba siendo tan paciente que le asombraba.

—Planear es mucho más sencillo —aseguró. Y se echó a reír al ver la sorpresa en su rostro —. En realidad, es más bien un apéndice genético que una herramienta propia para el vuelo… La musculatura de la espalda se resiente bastante al ejercitarla de esa manera, pero reconozco que no hay sensación igual a la del viento a través de las plumas.

Ella asintió como si supiese lo que quería decir. Algo absurdo, por otro lado.

—Entonces, ¿te ha gustado mi regalo?

La nota en su voz unida a la expresión de su rostro hizo que se derritiera de ternura. Lo preguntaba en serio, ese bendito hombre, ángel… *Arconte*, estaba preocupado porque le gustase su regalo.

—Sí —asintió. Se giró sobre su regazo y deslizó ambos brazos por su cintura, rodeándole para luego alcanzar sus labios—. Es el mejor regalo que nadie me ha hecho jamás, Naziel. Y el más especial.

Lo besó suavemente, con agradecimiento… y amor. Oh, señor. Estaba enamorada de él, no era una creencia, era una realidad.

—¿Sabes, Claire? —le susurró él entonces—. Creo que no sería nada difícil enamorarse de ti.

Ella tembló ante sus palabras. Asintió y respondió al beso que ahora inició él.

Ojalá que puedas hacerlo tú, Naziel. Ojalá que seas tú el que me ame.

CAPÍTULO 20

Si había algo de lo que realmente disfrutaba era de ser él mismo, sin mentiras, sin engaños. Si tenía que ser sincero consigo mismo, no era precisamente un problema para él aceptar su identidad; era un ángel, un *Arconte*, así había nacido y así moriría. Pero el poder compartir ese conocimiento, de manera libre, sin engaños y de manera abierta con alguien como Claire, era algo que nunca creyó posible.

Por supuesto, sabía que no tendría secretos con su *alada*, pero la mujer que el destino le había brindado como compañera, era humana o al menos criada como tal. Para ella, un ángel era una criatura mítica y el ver la emoción en sus ojos, la alegría en su sonrisa y ese adorable nerviosismo cuando acariciaba las plumas de sus alas era un premio que no cambiaría por nada en el mundo.

—Bueno, al menos esta vez no te has desmayado, ¿eh?

Ella se sonrojó hasta la punta del pelo ante el recordatorio de lo que había ocurrido en el momento en que se presentó ante ella por lo del contrato con la Agencia.

La Agencia. Después de todo quizás tendría que darle las gracias a ese programa por haberlo lanzado de cabeza a una locura similar.

—Dame tiempo, ¿quieres? —declaró sin dejar de jugar con las plumas de su ala derecha —. Todavía estoy en shock. Quizás cuando recupere la cordura vea necesario correr en círculos y sacudir los brazos como un orangután… o algo así.

La gráfica imagen de su descripción lo hizo reír a carcajadas, la abrazó aún más estrechamente y apoyó la frente contra la de ella.

—Nena, si algún días piensas hacer eso, avísame primero —le dijo entre risitas—. Quisiera grabarlo.

Ella le pegó en el pecho con la mano y sacudió la cabeza.

—Tú no eres un ángel, eres un demonio —murmuró ella fingiendo enojo—. Lo que hace menos sorprendente que hayas acabado envuelto con… ¿cómo lo llamaste? Un íncubo. Dios… me cuesta creer que tenga un primo que es un demonio sexual.

Él arqueó una ceja ante su tono.

—En realidad no tenéis lazos de sangre —comentó de pasada—. Y sí, es un demonio sexual. Aunque al ser mestizo, su dieta es algo más que sexo…

Ella frunció el ceño.

—¿Dieta?

Entrecerró los ojos y la miró fijamente.

—¿Qué creías era un *íncubo*, Claire?

Ella se encogió de hombros.

—De acuerdo, llámame rara —aceptó—. Conozco casi todos los nombres de los seres del folclore gaélico, pero fuera de eso… Amanda es la que siempre se ha interesado en esa rama de la familia… Lo cual, ahora viene a resultar totalmente irónico, ¿no?

Sus labios se curvaron en una ligera mueca y sacudió la cabeza.

—De una forma contundente y gráfica, Mackenzie es capaz de llevar a una mujer, ya que los hombres no le interesan, al orgasmo con tan solo unas pocas caricias y/o palabras —resumió

crudamente—. Digamos que es algo así como un afrodisíaco embotellado y se alimenta de la excitación. Es como un combustible para él.

Ella parpadeó un par de veces, obviamente asombrada.

—Te gustaría —la sorprendió y se sorprendió a sí mismo con aquella declaración—. Es divertido tenerlo en un trío.

Ahora su mandíbula había caído hasta el suelo.

—Haré como que no he oído eso, gracias. —Su respuesta iba añadida con un bonito color en sus mejillas—. Por favor… es mi primo.

La examinó durante un instante, sí, la idea de que Mac le pusiera las manos encima tampoco era algo que deseara realmente.

—¿Nunca has participado en un *Ménage à trois*?

Su rostro incendiado fue suficiente respuesta.

—¿Claire? —la presionó un poco.

Ella lo fulminó al punto con la mirada y lo obligó a hacer a un lado aquel pensamiento. Que no a deshacerse de él. De repente la idea de compartirla con otro hombre, de verla alcanzar su placer le resultaba tan erótica como insostenible. La posesividad crecía en su interior y una sola palabra ocupaba todo lo demás; mía. No sería capaz de compartirla con nadie más, a excepción…

—¿Estarías dispuesta a participar en uno, Claire? —insistió. Su mente daba ya vueltas sobre la idea que se acababa de formar en su mente.

Ella hizo una mueca.

—Mira, no sé qué clase de relación habrá existido entre vosotros dos, pero ni de broma voy a dejar que un hombre al que considero parte de la familia me ponga una mano encima —declaró con firmeza—. ¿Te ha sonado lo suficiente claro y sincero para ti?

Sonrió ampliamente.

—Alto y claro, Madame —asintió con una estudiada y burlona mirada—. Pero… ¿Y si no fuese él?

Ella resopló.

—Mira, Naziel, la única manera en que participara en un *menage* sería si tú mismo te duplicaras —le soltó ya exasperada—. En serio, creo que empiezo a entender por qué habéis terminado por conoceros, tiene que ser algo parecido al karma… Un ángel y un demonio sexual, está claro que tiene que ser el karma.

Él esbozó una irónica sonrisa y dejó a un lado la divertida respuesta que le dio a su pregunta.

—Conocí a Mac en uno de sus momentos… críticos —respondió acompañando sus palabras con un ligero encogimiento de hombros—. Le eché una mano… y a partir de ahí solo surgió todo lo demás.

Ella asintió.

—Supongo que con todo lo demás te refieres a que os hicisteis... camaradas —concluyó ella. Sin duda una buena palabra para describirles.

Confirmó sus palabras con un gesto de la cabeza.

—Así fue.

Ella duplicó su gesto, había interés en sus ojos.

—¿Y cómo es que una bonita amistad degeneró hasta el punto de que casi quisieras arrancarle los ojos al verlo en mi salón? —Directa al corazón, pensó con sorna.

Se encogió de hombros restando importancia a sus próximas palabras.

—Mackenzie se metió con quien no debía en el momento en que no debía hacerlo —resumió. No tenía intención de darle más explicaciones.

No le hicieron falta.

—Déjame adivinar, te levantó la chica —aseguró ella dando en la diana.

Resopló, pero no le quedó otra que asentir.

—Algo así —repuso—. En realidad, me hizo un favor. Solo que en aquel momento no lo vi como tal.

Ella asintió.

—Bueno, a juzgar por lo que vi, Mac no tiene problemas al respecto, así que, te toca a ti ir y decir "lo siento" —le dijo sin más—. Es una pena que pierdas un buen amigo por un mal entendido que ocurrió en el pasado.

A juzgar por su tono de voz, ella parecía saber de primera mano sobre ello.

—¿A quién perdiste tú?

Ella dejó escapar un largo suspiro.

—Digamos solo que mis amigos empezaron a alejarse en el momento en que empecé a salir con Michael —comentó. Entonces sacudió la cabeza y negó—. O no. Quizá fui yo la que me alejé de ellos. De repente, el pasar tiempo con mi novio era más importante que mantener el contacto con las amigas, tampoco es que tuviese muchas. Ellas se distanciaron o se habían distanciado ya antes, pero no me di cuenta hasta tiempo después. Cuando me divorcié, pasé a estar completamente sola. Michael también había sido muy absorbente, si salíamos lo hacíamos con sus propios amigos, otras parejas, pero no era lo mismo, yo no tenía ya a nadie con quien hablar de mis cosas… De hecho, Amanda siempre había sido mi confidente, pero ella también empezó a alejarse… y… ¡Oh, dios mío! ¡Amanda! Ella es muy capaz de coger el primer vuelo que haya encontrado para venirse hasta aquí.

Él sonrió ante su agónica declaración.

—No te preocupes, no llegará antes de fin de año.

Ella chasqueó la lengua.

—No conoces a mi hermana, Naziel, ella es capaz de venirse andando o a nado desde Escocia si cree que tiene que estar aquí —aseguró con un resoplido—. La quiero un montón, pero a veces se pasa… Solo soy cuatro minutos menor que ella, pero a veces parece que ella tuviese quince años y yo cien.

Le frotó los brazos alejando el estremecimiento que había sacudido su cuerpo.

—Eso me suena —aseguró—. Solo que en mi caso, yo sería el de quince y Axel el de siglos.

La respuesta pareció sumirla en una inesperada meditación.

—¿Qué edad tienes?

Aquello sí que no se lo esperaba.

—Quiero decir, no aparentas más de treinta y cinco, pero… —señaló sus alas—. Bueno… no sé cuan longeva es la vida de los ángeles.

Él sonrió, se inclinó sobre ella y le susurró su edad al oído. El grito que soltó en respuesta, unido a la mirada de asombro en sus ojos lo hizo reír una vez más.

—Tienes que estar de broma —declaró ella asombrada.

Sacudió la cabeza desmintiendo que hubiese mentido o exagerado.

—En realidad no —le guiñó un ojo—. Esa es mi edad real… Digamos que me ha llevado un poquito más de tiempo que a la mayoría alcanzar la *Ascensión*, pero no me quejo… Lo estoy disfrutando.

Y al decirlo deslizó la mirada con obvio apetito sobre ella. Sí, la idea de desnudarla y follársela allí mismo era muy apetecible.

—Prefiero no saberlo —concluyó ella y guardó silencio durante un rato. La música había dado paso a las noticias matinales, pero ninguno de los dos le hacía ya caso—. ¿Cómo lo haces?

Él la miró.

—¿El qué?

Se encogió de hombros.

—Enfrentarte a todo esto —dijo al tiempo que extendía una mano para señalar el espacio frente a ella—. ¿Cómo sabes que eres todavía tú? Cuando ni siquiera he logrado encontrarme a mí misma, a mi verdadero yo, apareces tú y viertes sobre mi cabeza eso de la línea de sangre de los *Tuatha Dé Danann*.

Él asintió, comprendiendo su indefensión.

—Cuando era niño, hubo un tiempo en que yo mismo tuve dudas sobre mi identidad, sobre mi papel en el mundo y el lugar que debía ocupar en él. Se lo dije a mi madre y ella, sabia como era, me dijo que extendiese las alas y me mirase en el reflejo del agua… La persona a la que viese sería yo.

Ella miró sus alas, no había dejado de acariciarle las plumas desde el momento en que las mostró.

—¿Siempre las llevas… er… ocultas?

Sonrió ante la vacilación en su voz.

—¿Me ves caminando por la calle con esto? —movió sus alas ligeramente.

Ella sacudió la cabeza.

—Es más cómodo para mí y aquellos a los que vigilo mantener una imagen lo más normal posible —explicó—. Solo cuando visito el Salón de lo Eterno, el Círculo de los *Arcontes* o estoy en mi propia casa, me permito la libertad de estirarlas… Es quien soy, son mis alas y estoy orgulloso de ellas.

Asintió y resbaló de nuevo la mano sobre el blanco plumaje salpicado de oro.

—Son preciosas y tan suaves —murmuró con voz soñadora.

Él arqueó una ceja en respuesta, entonces entrecerró ligeramente los ojos y curvó los labios en una sonrisa maliciosa.

—¿Quieres saber exactamente lo suaves que pueden ser?

Antes de que tuviese una respuesta que darle la empujó de espaldas al suelo y se cernió sobre ella, sus alas caían como una capa a los costados, deslizándose sobre el suelo.

—Desnúdate y te lo mostraré —ronroneó recorriendo una vez más su cuerpo con la mirada—. O aún mejor, ya lo hago yo.

Con un ligero pensamiento la despojó de toda su ropa, dejándola como había venido al mundo; su imagen preferida.

—¡Naziel! —jadeó al tiempo que se apresuraba en cubrirse.

Él negó con la cabeza, le cogió las muñecas y se las separó del cuerpo, anclándolas al suelo.

—Este ángel está hambriento, Claire —declaró lamiéndose los labios—. Y quiere devorarte.

Y eso es lo que iba a hacer, devorarla por entero y cuando se hubiese saciado de ella, volvería a empezar.

CAPÍTULO 21

La sensación de las manos masculinas sobre el cuerpo no dejaba de resultar tan erótica como enloquecedora, si a ello le sumaba una boca hambrienta y dispuesta a devorarla, obtenía como resultado un cerebro hecho papilla. Naziel era capaz de encenderla como una cerilla con un simple roce de piel, sus palabras a menudo eran un preludio de los actos que acometía, unos sumamente eróticos.

Si veinticuatro horas antes le hubiesen dicho que se encontraría ahora follando con un ángel bajo su propio abeto de navidad, les hubiese dado su propia tarjeta para que consultaran con la psicóloga.

—Una vez más estás pensando demasiado y en el momento menos indicado —le aseguró él. Le acarició el rostro, la nariz, los labios—. ¿Qué es, Claire? ¿Quieres compartirlo conmigo?

Se lamió los labios tocando la yema del pulgar que jugaba con ellos. Sus manos habían vuelto a recorrer su cuerpo tras ordenarle que dejase las suyas dónde estaban, a ambos lados del suelo.

—Pensaba en lo que le diría a cualquiera que me hubiese dicho hace veinticuatro horas lo que estaría haciendo en estos momentos —le dijo sin guardarse nada. Cada vez le resultaba más sencillo abrirse a él, decirle cualquier cosa—. Les habría dado la tarjeta de mi terapeuta sin dudarlo.

Los carnosos y apetitosos labios se estiraron en una divertida sonrisa.

—Sí, bueno, incluso yo les invitaría a hacerle una visita —aceptó con una risita—. Pero aquí radica lo divertido de los imprevistos, nunca sabes que va a pasar a continuación y eso lo convierte en un excitante futuro.

Le devolvió la sonrisa y alzó la cabeza para besarle en los labios.

—En eso tienes razón —aseguró. Se quedó contemplando su rostro, desde las oscuras cejas negras, las marcadas facciones, esa sombra de barba que le decoraba el bigote y los misterios ojos azules—. Me gustan tus ojos, son misteriosos… pero sinceros.

Ahora fue su turno de besarla, pero él no se detuvo en algo liviano, le hundió la lengua en la boca, la movió contra la suya, succionándola y exigiendo respuesta.

—Gracias por el cumplido —jadeó delante de sus labios—, pero prefiero follar más y hablar menos.

Y con esa pequeña acotación, se deslizó hacia abajo sobre su cuerpo, lamiéndole la piel, mordisqueando aquí y allá hasta que se topó con los llenos pechos y martirizó sus pezones.

—Ah, pequeña, adoro estas dos preciosidades —aseguró antes de devorar un ya un endurecido pezón con glotonería—. Me encanta como se endurecen contra mi lengua, la forma en que se yerguen y como se frunce esa bonita aureola ante el contraste de temperaturas.

Dejó de hablar para concentrarse en paladear su postre favorito, dedicándole el tiempo que creía necesario mientras ella se retorcía debajo de él enterrando los dedos en la mullida alfombra. Su sexo goteaba, se notaba hinchada y palpitante, tan mojada que si la penetraba ahora mismo con la erección que restregaba contra su muslo no pondría pega alguna.

Pero él claramente tenía otros planes. Se retiró de sus pechos con una maliciosa sonrisa, bajó la mirada a lo largo de su cuerpo y volvió a subirla.

—De rodillas —le ordenó mientras deslizaba una de sus manos sobre los pechos hasta cerrarla en la cadera e instarla a hacer lo que le había dicho—. Y sobre las manos.

Tragó saliva, ¿podían resultar más eróticas unas sencillas palabras como aquellas? Lentamente giró sobre sí misma sintiendo ahora la textura de la alfombra acariciándole el frente del cuerpo, tomó un pequeño aliento y comenzó a incorporarse lo suficiente para ponerse de rodillas y apoyar las palmas de las manos contra el suelo en una posición que la dejaba totalmente expuesta a él.

—Me encanta todo lo que veo, Claire —escuchó su voz un instante antes de que sus manos se cerniesen sobre su trasero y empezaran a magrearlo.

Los dedos se le clavaron en las nalgas, las amasaron, deslizándose por la carne hasta rozarle el sexo desde atrás. Gimió. Era imposible no hacerlo cuando su solo contacto la encendía y prendía su piel de aquella manera.

—Estás empapada —oyó su voz a la espalda. Ante ella podía ver los destellos de las luces del árbol de navidad danzando al compás de una música invisible—, tienes el coño mojadito y rosado. Hermoso. Realmente hermoso.

Tembló. Señor, como siguiera empleando ese tono de voz y siguiera diciéndole esas cosas se correría sin necesidad de que la tocase.

—Quiero lamerte entera, penetrarte con la lengua hasta dónde pueda llegar, succionarte el clítoris y jugar con él hasta que se ponga tan duro como mi polla —continuó. Su cuerpo se estremeció en respuesta—. Y lo haré, Claire. Haré todo eso y mucho más, porque también quiero jugar aquí. —Sintió como deslizaba un dedo contra los húmedos labios vaginales y luego ascendía entre las mejillas de su trasero para acariciar el fruncido botón de su ano—. Esta noche quiero poseerte por aquí, quiero hacerte mía de todas las maneras posibles, marcarte a fuego de un modo que no puedas borrar nuestro tiempo juntos.

Empujó la punta del dedo y ella gimió en respuesta. Notaba los pechos pesados, los pezones duros, el sexo chorreante y la sensación de su dedo incursionando juguetón en su trasero amenazaba con romper las ataduras de su cordura.

—Naziel, por favor —gimió pidiendo clemencia.

Abandonó su trasero y deslizó la mano sobre su sexo, acariciándola, buscando el escondido clítoris para luego frotárselo con decisión.

—Suave, pequeña —le acarició al mismo tiempo la espalda—, suave. Todavía estamos empezando, pero te necesito a punto para esta noche —le aferró una nalga logrando que diese un respingo—. ¿Vas a dejarme jugar, Claire?

Debía estar loca o que le hubiesen sorbido el seso, pero al final sabía que nada de eso tenía que ver con que su cuerpo reaccionase de aquella manera a su contacto, a sus palabras. Él quería poseerla también de aquella forma, había sido totalmente sincero. Le había dicho que si no le gustaba, no insistiría pero… Pese a lo ajeno que era aquella parte del sexo para ella, había disfrutado con el *plug* la noche anterior, disfrutó de todo lo que él hacía con su cuerpo y la idea de que él fuese el primero en poseerla de aquella manera... Quizá él no lo viese como algo especial, pero ella sí. No podía negarse a sí misma, que más allá de la curiosidad y el morbo, estaba el hecho de que quería que fuese él.

Sabes, Claire. Creo que no resultaría nada difícil enamorarse de ti.

Las palabras que había pronunciado momentos antes volvieron sobre ella con la fuerza de un relámpago. Si tan solo fuese él quien lo hiciera, si pudiese quererla aunque solo fuese un poco.

—¿Claire? —pronunció su nombre. Sus caricias se volvieron más suaves, aunque igual de

intensas—. ¿Sigues conmigo, pequeña?

Sí. Lo estaba. Lo estaría siempre si se lo pidiera.

—Sí —musitó. Se lamió los labios y añadió—. Sí a ambas cosas.

Notó como su cuerpo se apretaba suavemente contra su espalda, pero fue el ver sus enormes alas cayendo ahora por los costados la que la dejó sin aliento. ¿Cómo podía haber olvidado aquella delicada parte de él? Le acarició el cuello con la nariz, entonces cambió de dirección y le lamió la oreja.

—Gracias por este regalo, *alada* —murmuró él.

Se lamió los labios. No era la primera vez que escuchaba esa palabra.

—Imagino que esa palabra no tiene nada que ver con la presencia de alas —musitó y se lamió los labios—. ¿Qué significa?

Le mordisqueó el lóbulo y arrancó un pequeño quejido a su garganta mientras seguía acariciándole el sexo y el ano sin decidirse todavía a penetrar realmente ninguno de ellos.

—Tú —respondió con un bajo gruñido—. Tu cuerpo, tu alma, tu presencia… Solo tú.

Se estremeció ante el tono de voz con el que pronunció aquellas palabras, la posesión goteaba de ellas.

—Quiero follarte el culo —añadió con voz ronca—, devorarte ese precioso coñito y después enterrarme profundamente en tu boca. Y también quiero besarte, abrazarte… y que tú hagas lo mismo conmigo.

Ella se sorprendió ante la última parte de su declaración.

—Naziel, ¿qué…?

El giró la cara de modo que se encontraron a los ojos.

—Cuando termine el contrato, Claire —declaró con firmeza—. Si todavía quieres contestarme entonces, dímelo después de que termine y entregue este maldito contrato.

No la dejó contestar, le asaltó la boca sujetándole la mandíbula para que no pudiese escapar mientras la besaba a conciencia. ¿Qué diablos le había pasado? ¿Qué quería decir con aquello?

Rompió el beso y ambos estaban jadeando, lo miró, intentó articular palabras pero no encontró nada que surgiera de su boca.

—Voy a introducir un nuevo *plug* en tu trasero —interrumpió con sus palabras cualquier otra cosa que pudiese decir—. Es un poquito más grande que el que utilizaste anoche, pero sé que puedes con ello.

La duda cruzó por sus ojos puesto que lo vio sonreír y la volvió a besar.

—Lo disfrutarás, Claire —aseguró. Y no podía discutírselo, él parecía casi conocer su cuerpo mejor que ella misma—. Y yo disfrutaré después comiéndote.

Se lamió los labios.

—Puedo… hacer yo… lo mismo —la pregunta surgió tan inesperada que acabó atragantándose—. Quiero decir…

Él rio por lo bajo.

—Sé lo que quieres decir, preciosa —ronroneó—. Quizá después probemos un sesenta y nueve, pero ahora, quiero oír como gimes y gritas mientras te lamo.

Y no le cabía la menor duda de que haría ambas cosas, gemir y gritar como una loca, él pocas veces le permitía otra opción. Asintiendo en acuerdo, intentó relajarse para lo que venía, pero los dedos que jugaban con su sexo y su trasero no le permitían concentrarse.

Todo su cuerpo parecía dispuesto a responder en llamas ante el experto toque masculino, no importaba dónde la acariciara, aquí dónde posaba la boca, las manos o los dedos creaban un

infierno de excitación que la dejaba jadeante y con las neuronas en continua colisión.

Al igual que la noche anterior, la preparó a conciencia, sintió la suavidad y frescor del gel un momento antes de que un juguetón dedo lo extendiese en el interior de la pequeña cavidad, en esta ocasión un segundo dedo se unió al primero incrementando la sensación y arrancando en ella un pequeño escalofrío de placer. Seguía resultando extraño sentirle allí, el ligero picor de temor no dejaba de asomarse, aunque el morbo le ganaba la partida últimamente.

—Relájate ahora, nena —le oyó susurrar e hizo exactamente lo que le pedía—. Sí, así… muy bien…

Aquel objeto se le antojó de repente mucho más grande de lo que había dicho, la forma en que le estiraba los músculos la hizo contener el aliento. Oh, dios, le ardía el culo, no era una sensación del todo agradable, pero tampoco terminaba de ser tan inaguantable como para que le pidiese que dejara de hacerlo. Antes de que se diese cuenta, el *plug* estaba completamente dentro de su trasero y le acariciaba las nalgas haciendo que lo notase en su interior.

—Respira, Claire, lentamente, así —la calmaba con caricias y un bajo murmullo. Una mano le acariciaba el trasero mientras la otra bajaba de nuevo a su sexo y jugaba con el ya hinchado clítoris enviando una nueva oleada de nuevas sensaciones directas a su sexo.

—Ay, dios —jadeó y curvó los dedos contra la alfombra.

Él bufó, pero estaba divertido.

—No lo metas a él en esto, cielo, no creo que lo pase tan bien como nosotros —le susurró divertido—. Separa un poco más piernas, sí, así está bien.

Sintió como se movía tras ella, su aliento acariciándole la húmeda carne un segundo antes de sentir su lengua barriendo los mojados pliegues.

—*Bon apetite, alada* —murmuró antes de hacer lo que llevaba tiempo amenazando con hacer. Devorarla.

Ella sabía dulce, no podía dejar de lamerla con fruición. Había enterrado la boca en su sexo y disfrutaba de aquel manjar que estaba decidido a que fuese solamente para él… o para alguno de sus juguetitos. Sí, introducirle ese *plug* había hecho que se le apretaran incluso más las pelotas, a estas alturas debía de tenerlas ya azules por lo que le pesaban.

La peregrina idea que había tenido a raíz de las palabras de Claire seguían dándole vueltas en la mente cada vez con mayor fuerza, si bien nunca había hecho algo a tan gran escala, conocía sus poderes lo suficiente como para saber a ciencia cierta que no sería un problema para él. Podría compartirla, saciar su propia fantasía de verla follada entre dos hombres y tener la tranquilidad de espíritu de que solo él era el que habría realmente en escena.

Su pene dio un respingo en consonancia con sus pensamientos, lo tenía tan duro que resultaba incómodo, pero esperaría, ahora lo que deseaba estaba ante su boca.

La barrió con la lengua, le mordisqueó y succionó la trémula carne arrancando pequeños jadeos y gritos, acercándola una y otra vez al orgasmo pero manteniéndola al filo. No quería que se corriera todavía, quizá le dejara hacerlo cuando estuviese satisfecho y no era algo que fuese a ocurrir pronto.

La penetró con la lengua, yendo tan profundo como le era posible para luego lamerla de nuevo por fuera, podía sentirla temblar, a estas alturas se apoyaba ya sobre los codos, la frente apoyada contra sus manos mientras intentaba contener sus propios gemidos. Era una visión realmente sexy y no podía evitar sentirse colmado al saber que ella era suya.

Iba a terminar esa misma noche con el maldito contrato, la introduciría una vez más en el

Pacto para ayudarla a desterrar todo lo que pudiese todavía contaminarle el alma y daría fin a aquella sociedad para poder reclamarla de la forma que quería.

Cuando le había dicho que no sería difícil enamorarse de ella hablaba muy en serio, sin saber el momento exacto en el que había sucedido, sabía que la quería. Más allá de que fuese su pareja, la mujer destinada a él, le gustaba Claire, con sus defectos y sus arranques. Adoraba esa vulnerabilidad propia de ella, quería estar a su lado para abrazarla cuando se viniese abajo, como también quería hacerlo cuando sonreía como en el momento en que se vio envuelta con sus alas. Sintió la pulsera alrededor de la muñeca, ella no tenía la menor idea de lo que había hecho, pero estaba más que decidido a mostrárselo muy pronto.

Ella le quería, casi podía apostar su vida a ello, ahora solo faltaba terminar con ese asunto de la Agencia y obligarla a aceptarle para siempre en su vida.

Complacido consigo mismo, se dedicó a devorarla, acicateado por sus gemidos y gritos, muchos de ellos conteniendo su propio nombre entre otra clase de epítetos, la llevó al orgasmo sin dejar de lamerla y estimularla.

Solo cuando su cuerpo dejó de estremecerse, se lamió los labios, se puso un preservativo y tiró de ella hacia atrás, apretando su espalda contra su pecho para conducir su todavía tembloroso sexo sobre él y empalarla sobre su erección.

—Despacio —la acunó contra su pecho, manteniéndola unida a él sobre el regazo. Sus alas se cerraron en torno a ellos y le acariciaron los pechos—. ¿Estás bien?

Ella no podía hablar, sabía que se sentía completamente arrollada por la doble penetración. El *plug* era un poco más grande que el que usó la noche anterior y la postura otorgaba un grado de penetración mayor.

—No puedo respirar —la oyó gemir, temblorosa en sus brazos.

Le cogió los pechos y jugueteó con los pezones mientras la instruía.

—Apoya tu peso en las rodillas —la ayudó a colocarse en una posición más cómoda, con las piernas dobladas al lado de sus muslos en una postura que imitaba la forma de sentarse de los japoneses—. Ahora relaja el cuerpo, estás muy tensa… Noto como me aprietas, no es que me queje…

Ella rio ante su comentario, solo para jadear al momento buscando sus manos.

—Naziel, ay, señor, esto es demasiado —jadeó posando las manos en las de él—. Me siento tan llena…

Le acarició el cuello con la nariz y dirigió la boca al oído.

—Cierra los ojos —le susurró—. Y siente.

Todavía no se movió, dejándola que se acostumbrada a la sensación. Cuando ya no pudiese estarse quieta, sería ella la que se movería.

—Imagíname profundamente enterrado en tu trasero —ronroneó en su oído—, mientras alguien más llena ese húmedo coñito.

Se estremeció entre sus brazos, pero no había repulsión, por el contrario, sus pezones se endurecieron bajo sus manos.

—Dos pares de manos sobre tu cuerpo —continuó atento a cada una de las respuestas que obtenía de ella—, dos bocas succionando estos maduros pezones.

Sacudió la cabeza.

—No —murmuró, pero no había suficiente convencimiento en sus palabras.

Le mordisqueó la oreja.

—Sí —susurró de inmediato—. Él te follará, se hundirá completamente en tu sexo, quizás le deje incluso probarlo…

Se estremeció de nuevo, su sexo humedeciéndose y palpitando a su alrededor.

—Ya te dije —jadeó ella—, que o te duplicas… o la llevas clara.

Él rio y le besó el cuello.

—Tengo una habilidad cucho más divertida, mira.

Bajó un poco las alas para que ella pudiese ver lo que estaba frente a ella.

—Busca el ángel que has puesto en el árbol —le susurró, esperando a que ella diese muestras de hacer lo que le había pedido—. ¿Lo tienes localizado?

Un ligero asentimiento fue toda la respuesta que obtuvo.

—Bien, ahora, atenta —le sopló en la oreja.

Buscó él mismo dicho adorno y dejó que su poder saliese a jugar.

Frente a ellos, el ángel dorado despertó. Una figura hecha de una sola pieza empezó a despertar, estirando los brazos en una perfecta imitación de un bostezo. Sus manos acariciaron entonces el arpa y las alas que llevaban a la espalda empezaron a aletear para luego posar los diminutos pies sobre una pequeña rama y empezó a tocar una tonada.

—OH.ÁNGEL.JODER. —Las palabras salieron en marcados jadeos. La notó echarse hacia delante, solo para verse retenida por él y gemir por la posición que seguía manteniendo empalada en él—. ¡Eres como el jodido *Chico de Oro*!

No pudo evitarlo y prorrumpió en carcajadas.

—Ah, tesoro, afortunadamente soy muchísimos años mayor que él, tengo pelo y no como hojas —declaró entre risas. Entonces gimió junto con ella—. Por el Haven, Claire, me estás matando.

Y lo hacía, su sexo lo apretaba como unas tenazas, ordeñándolo y solo podía desear follarla.

—Naziel —jadeó ella también apoyándose ahora contra sus alas.

Tomó una profunda bocanada de aire intentando contenerse, frente a ellos el angelito de juguete seguía tocando el arpa.

—Quiero follarte y compartirte, Claire —declaró en un bajo siseo desesperado—. Ya has visto lo que puedo hacer, ahora imagina lo mismo a escala humana, con carne real, durante una noche.

Ella se estremeció entre sus brazos y se giró lo justo para mirarle a la cara.

—¿Puedo elegir yo la figura del árbol?

La pícara respuesta de ella lo complació, resbaló una vez más las manos que ahora le aferraban las caderas hacia los senos y le apretó los pezones.

—Solo si empiezas a follarme, ya.

Sus manos se posaron sobre las de él y empezó a mecer suavemente las caderas, gimiendo en voz alta cada vez que se movía y arrancado de su propia garganta bajos gruñidos. Oh, eso sí que era el cielo. Su sexo se aferraba a él como una vaina perfecta, ascendió y descendió sobre su polla una y otra vez, con suavidad al principio, probando la profundidad, buscando la postura más cómoda hasta que él bajó las manos a sus caderas y la ayudó a moverse con más ímpetu.

—Puedes sujetarte de mis alas, tesoro —gruñó al penetrarla una vez más—, son tan sólidas como parecen.

Y lo hizo, ayudada de ese punto de apoyo y con las manos de él en las caderas su cuerpo trabajó por sí solo, enloqueciéndolo y catapultándolo con precisa efectividad a un demoledor orgasmo.

Jadeando, ella se desplomó sobre la cubierta de sus alas, todavía unidos íntimamente.

—Respira profundamente, cariño —le dijo mientras alcanzaba entre sus cuerpos, la alzaba

ligeramente moviéndola hacia delante y extraía el *plug* de su trasero trayendo consigo un nuevo grito de placer de su amante.

La abrazó, trayendo su espalda de nuevo contra su pecho sin abandonar todavía su interior.

—La próxima vez, Claire —le susurró al oído—. Será mi polla la que esté enterrada en ese dulce culito.

Y ese momento no iba a tardar mucho en llegar.

CAPÍTULO 22

—Empiezo a tener serias dudas de si podré caminar mañana —murmuró al tiempo que se desperezaba.

Claire miró al hombre que ponía en esos momentos los manteles individuales para comer en la barra de la cocina, las alas habían desaparecido ya, pero el torso desnudo era suficiente premio como para quedarse mirándolo como una tonta. Deslizó las manos sobre sí misma y sonrió, Naziel le había puesto su camisa y dada su complexión y altura, tenía tela más que suficiente para darle un aspecto recatado; si se consideraba recato enseñar la uve de sus pechos y una buena porción de muslo.

Su aroma estaba impreso en la tela y le recordaba las fantásticas horas que habían pasado retozando sobre la alfombra de la sala; no volvería a mirar esa alfombra con los mismos ojos.

—Un penique por tus pensamientos. —Las palabras de su compañero la sacaron de su ensimismamiento.

Sonrió y se encogió de hombros.

—Pensaba en lo extraño que me resulta verte poner la mesa para la cena —aceptó. Apartó un taburete y se dejó caer en él—. ¿Tienes más cualidades que todavía no me hayas contado? Eres un serio partido a considerar, Naziel.

Sus labios se curvaron y le dedicó un guiño.

—¿Tú lo considerarías?

La inesperada pregunta la calentó por dentro.

—Sin duda, ¿dónde hay que firmar?

Su sonrisa se amplió, pero contenía un aire misterioso.

—Te lo diré cuando termine el contrato, *alada*.

El contrato. La mención del motivo de su presencia allí hizo que perdiese la sonrisa. Sacudiendo la cabeza, se decidió a preguntar.

—¿Qué planes tienes para… después?

Él depositó las servilletas en su sitio y la miró.

—¿Qué te gustaría que hiciera?

Que te quedaras conmigo. El pensamiento saltó con rapidez y le provocó un sonrojo.

—Dime que no has escuchado eso —farfulló. Su sonrojo iba en aumento.

Sin mediar palabra se acercó a ella y le acarició el rostro de aquella forma tan tierna con el que lo hacía.

—¿Serviría de algo si te digo que no estaba prestando atención?

Parpadeó un par de veces demasiado seguido.

—¿No lo estabas?

Él negó con la cabeza.

—¿Quieres que me quede contigo, Claire? —preguntó apoyándose de forma despreocupada en el mostrador.

Lo miró a los ojos durante unos instantes. Dios, deseaba tanto decir que sí, pero entonces, no podía pedirle eso. ¿Con cuanta desesperación pensaría que lo necesitaba?

—Sería muy egoísta si te pidiese algo así —confesó.

Su respuesta pareció sorprenderle.

—Egoísta, ¿por qué, Claire? —insistió. Su mirada puesta en la de ella—. Nadie me obliga a hacerte esa pregunta, ¿no has pensado que quizá yo tenga algo que decir al respecto?

Se lamió los labios.

—¿Y tienes algo que decir?

La curvatura de sus labios aumentó brevemente.

—Sí, *alada*, tengo mucho que decir, respuestas que dar —aseguró recorriéndola con la mirada—, pero no lo haré ahora. No cuando un contrato te une a mí.

El enigmático comportamiento empezaba a irritarla ligeramente.

—Este es tan buen momento como otro —se apresuró a asegurar—. Me vendría bien obtener algunas respuestas, ahora.

Él se rio y le dio la espalda durante unos segundos.

—La paciencia no es precisamente una de tus virtudes, ¿eh?

Se encogió de hombros. En lo que a él refería, pues no lo era, no.

—No puedes culparme por querer saber, alado —soltó casi sin pensarlo. Durante una milésima de segundo vio lo que aquella palabra provocaba en él. Entrecerró los ojos y lo examinó atentamente—. Has vertido sobre mí un montón de cosas raras durante las últimas casi cuarenta y ocho horas, merezco tener alguna respuesta. Quiero saber.

Recuperado de la momentánea sorpresa, asintió. Entonces le dio la espalda y colocó sobre el mostrador las bandejas de comida para llevar que habían pedido a un restaurante español.

—De acuerdo —aceptó al tiempo que retiraba los envoltorios y colocaba los platos sobre el mostrador—. Tienes derecho a saber, ¿qué quieres preguntarme?

La rápida aceptación masculina la sorprendió un poco. Esperaba un poco más de reticencia de su parte.

—¿Por qué me llamas *alada*?

Él dejó de prestar atención al plato de la tortilla y la miró. Ah, ahí estaba la reticencia.

—Es lo que eres —le dijo con un ligero encogimiento de hombros—. Lo que eres para mí.

Frunció el ceño. Aquello no era una respuesta válida.

—¿Y qué soy exactamente para ti?

Arqueó una oscura ceja.

—Ahora mismo me recuerdas a una agente de la CIA en pleno interrogatorio —se burló.

Bufó. Estaba claro que no quería contestar a esa pregunta.

—De acuerdo, sé cuando toco un tema del que alguien no desea hablar —murmuró. Con un suspiro se limitó a concentrarse en las opciones del menú que tenía delante.

Durante los próximos minutos guardó absoluto silencio, se limitó a servirse en su plato y disfrutar de la cena y la compañía.

—*Alada* es como se conoce entre los ángeles a la compañera designada de cada uno —ofreció él voluntariamente tiempo después—. Solo tienes una, o uno, puedes pasarte toda la vida sin encontrarlo o crecer junto a él o ella.

La inesperada respuesta la tomó tan por sorpresa como su contenido.

—No es usual que un ángel se vincule a nadie que no sea de su propia raza, pero ocurre a veces que el destino es caprichoso —continuó sin dejar de mirarla—, y te ofrecen a alguien que no esperabas.

Parpadeó, las palabras habían huido de su mente, era incapaz de encontrar algo que decir.

—Y aquí estás tú —concluyó con un ligero encogimiento de hombros—. La última persona a quien esperaba como mi *alada*.

El extraño tono en su voz penetró en su mente y por un breve instante se preguntó si lo que había oído era resignación.

—¿Por eso me preguntaste si quería que te quedaras conmigo? ¿Por qué soy… tu… compañera designada? —murmuró. A medida que soltaba las palabras, se le hundía un poco más el estómago. Él no la quería. ¿Era simplemente algo que estaba destinado a sucederle y lo estaba aceptando como tal?

Él sacudió la cabeza y dejó escapar un bajo resoplido.

—Sea lo que sea que se te ha pasado por la cabeza, Claire, deséchalo —le dijo clavando la mirada sobre ella—. No hagas conjeturas y busca la respuesta en aquella persona que pueda tenerla. Los malos entendidos comienzan muchas veces por no pedir una respuesta o no darla.

Abrió la boca y volvió a cerrarla. Sí, por supuesto, el problema no era buscar la respuesta, era obtenerla y sobre todo, atreverse a hacer la pregunta.

—¿Cómo estás tan seguro de que esa persona soy yo? —Las palabras brotaron muy lentamente, casi reacias—. Quiero decir, yo no soy como tú, no soy especial… Diablos, no puede haber nadie más corriente sobre la tierra que yo en estos momentos.

La irónica mueca que curvó los labios masculinos hizo que le diese un vuelco al estómago.

—¿Corriente? ¿Tú? —se rio. El sarcasmo ocupó el lugar de la ironía—. Claire, además de ser la persona menos corriente que conozco, eres una de las dos últimas descendientes de la línea real de los *Tuatha Dé Danann*.

Aquello hizo que se tensara.

—Esa es otra de las cosas sobre la que todavía tengo ciertas dudas —musitó más para sí misma que para él—. Pero no me has respondido, ¿por qué yo? ¿Por qué estás tan seguro?

Su mirada se suavizó, el tono azul de sus ojos adquirió un brillo especial, cálido.

—Porque eres a quien quiero —declaró sin duda alguna—. Me provocas cosas que nunca antes sentí por una mujer. Me inspiras ternura, me vuelves loco sexualmente hablando y fuera del terreno sexual también. Juro que durante el último mes llegué a considerar la opción de estrangularte, y por momentos ese deseo persiste porque te cierras y tengo que sacarte de ese maldito cascarón en el que te ocultas. Disfruto de tu compañía, disfruto mirándote mientras duermes y cuando estás despierta, eres un extraño coctel de azúcar y pimienta que nunca sé por dónde vas a salir. Y supongo que eso también me gusta, el que me sorprendas a cada paso —levantó la mano en la que llevaba la pulsera que le había regalado—. Cuando has vivido tanto tiempo como yo, tantas vidas… encontrarte es lo único que le da sentido.

Estaba tan asombrada ante su respuesta que era incapaz ni de parpadear. Él… le estaba diciendo que la quería. A ella.

—Sí, quiero quedarme contigo, Claire —concluyó—, quiero que tú aceptes ser mía… mi *alada*… pero no puedo pedírtelo ahora.

Aquello cayó como un jarro de agua fría sobre ella, la emoción que empezaba a inundar su pecho se congeló en el acto.

—¿Por qué no? —no pudo evitar preguntar.

Él estiró una mano por encima de la barra y le acarició la mejilla; un gesto que era ya suyo.

—Por qué existe un contrato de la *Agencia Demonía* de por medio —respondió con suavidad—, y ni tú ni yo somos libres ahora mismo. Por eso te dije desde el principio que hablaríamos cuando terminase este dichoso acuerdo, Claire.

El aire que ni siquiera sabía estaba reteniendo eligió ese momento para salir.

—El contrato —repitió aliviada.

Él asintió.

—¿Sigues creyendo estar enamorándote de mí? —le preguntó con diversión al ver su gesto de alivio.

Ella se sonrojó, se enderezó en la silla y se lamió una vez más los labios.

—Podría ser que quizá, solo quizá —comenzó entre susurros—, ya lo esté.

Él le tomó la mano por encima de la mesa.

—¿Solo quizá, Claire? —le acarició el dorso de la mano con el pulgar.

Podía sentir el calor inundándole el rostro, las manos y cada centímetro de su piel.

—Es inesperado, loco y absurdo —arrancó a trompicones—, no sé si estoy preparada para amar a un ángel, pero tampoco puedo evitarlo.

Le apretó suavemente la mano sin dejar de acariciarla.

—Dímelo, Claire.

Esa frase empezaba a ser como una contraseña entre ellos, algo que solo él podía decir y a lo que ella obedecería, siempre.

—Te quiero —musitó.

Se llevó los dedos a los labios y los besó, los ojos azules brillaban de regocijo y juraría incluso que él se relajó.

—Eso es todo lo que necesitaba escuchar —aseguró complacido—. Mañana, Claire, cuando raye el alba, te pediré lo que no puedo pedirte ahora.

Ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Quién te dice que mi respuesta no sería la misma hoy que mañana?

Le acarició la nariz y volvió a ocupar su asiento.

—Es parte de lo que soy, *alada*, tienes que ser libre para poder darte a ti misma, si eso es lo que deseas —explicó paciente—. Y espero que lo desees, Claire. Realmente, lo espero.

Naziel no pensaba tener que llegar a hablarle a Claire aquella noche sobre su vínculo. No había mentido al decirle que no era libre para tomar una decisión o para aceptar su palabra, él era un *Arconte*, la balanza de la justicia estaba presente en su sangre y no sería hasta que estuviese libre del contrato con ella, que podría reclamar a su compañera con total libertad. Y la reclamaría, ella sería suya para toda la eternidad.

La cena transcurrió a partir de aquel momento de revelaciones con un aire mucho más relajado, ella parecía haber cambiado incluso al aceptar ante él sus sentimientos y se mostraba más abierta y confiada, preguntándole abiertamente sobre todo lo que quería saber y que él no dudaba en brindarle respuesta.

—A ver si lo he entendido, ¿me estás diciendo que mi hermana y tu hermano son pareja? —La pregunta salió ahogada de su garganta. Sin duda hacía juego con el gesto de absoluto asombro de su rostro—. ¿Desde cuándo? ¡Amanda no me ha dicho ni una sola palabra!

Tras darle un sorbo al café, dejó la taza sobre el mostrador. Ahora los dos estaban sentados uno al lado del otro.

—No podría decirlo con seguridad, Claire, yo mismo me quedé atónito cuando tuvo a bien informarme de ello —aceptó con un mohín—. Axel es quien ha estado a vuestro lado casi desde que nacisteis. Él sabía que erais descendientes de los *Tuatha Dé Danann* y cuando la sangre *faery* de tu hermana despertó, supo que ella era su *alada*. Ignoro el tiempo que ambos han estado juntos, pero me arriesgaría a decir que no es algo reciente.

La sorpresa batallaba con la negación en su rostro.

—Ella… él… ellos… —sacudió la cabeza y resopló—. Fantástico, Claire, sabes cuales son los pronombres de la tercera persona del singular y del plural, ahora céntrate. ¡Demonios! ¡Amanda no me dijo nada! ¡Es mi melliza y no me ha dicho ni una sola palabra!

Él no pudo hacer menos que sentir simpatía hacia ella. No era la única con ganas de ahorcar a un hermano.

—No ha debido ser fácil para ella tampoco, pequeña —le aseguró. Le cogió la mano y se la calentó entre las de él—. Tú misma estás intentando lidiar todavía con todo esto… Hace poco más de veinticuatro horas no tenías ni idea de la existencia de… mi mundo… Quizá ella misma todavía intenta ajustarse a él.

Sacudió la cabeza y se pasó una mano por la frente.

—Necesito un whisky —declaró sobrepasada por todo lo que estaba ocurriendo.

Chasqueó la lengua y pasó la mano libre sobre el mostrador para darle exactamente lo que había pedido. Los dedos de la pequeña mano que todavía sostenía que apretaron sobre él y notó su sobresalto.

—Tu whisky —le entregó el vaso con dos dedos de líquido ambarino—. Escocés, para añadidura.

—*Slainte!* —murmuró ella antes de tragarse el contenido del vaso de golpe y estremecerse al mismo tiempo—. Oh, joder… *argg*… Quema.

Le quitó el vaso de las manos y lo dejó sobre la superficie.

—¿Mejor? —sugirió.

Ella asintió y señaló el vaso con un gesto de la barbilla.

—¿Yo también podré hacer esa clase de truquitos?

Una buena pregunta, sin duda, pensó mientras la miraba. Él no sabía mucho sobre los *Tuatha Dé Danann*, pero estaba más que dispuesto a averiguarlo de modo que ella pudiese conocer a fondo su herencia. Si algo tenía claro, es que Claire estaba todavía empezando a despertar, lo que le llevaba una vez más a suponer, que su poder se haría más y más fuerte hasta alcanzar su propio cenit en el que se rebelaría toda su naturaleza *faérica*, mestiza como era.

—No sabría decirte —aceptó—. Por ahora lo que sabemos es que has conseguido notar mi presencia e incluso la de Axel cuando no deberías de haber sabido siquiera que estabas acompañada, en cierta medida has sido capaz de sentir la empatía de Riel y su herencia genética, así como pareces tener algo de afinidad hacia Ankara y su poder… lo cual no es tan extraño, ya que tu línea de sangre proviene de seres elementales y el elemento base de Kara es el agua.

Ella asintió ante sus palabras como si estuviese recordando su encuentro de la cena de Nochebuena.

—De algún modo ella transmite paz —murmuró—, me siento calmada a su lado, mientras que Radin… él… me irrita.

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Cariño, ese hechicero irrita hasta a una jodida ortiga —asintió con absoluto convencimiento—. En mi opinión, tu sangre *faérica* todavía está despertando, quizá tu hermana pueda darte detalles más exactos puesto que ella sí ha despertado por completo.

Claire frunció el ceño y pareció considerar algo durante algunos momentos.

—Empiezo a preguntarme si el fantasma que dice que hay en el castillo en el que trabaja, es real después de todo —comentó más para ella que para él—. Um… aunque la idea de ver fantasmas, no me hace precisamente ilusión.

Sonrió ante su gesto.

—Es una posibilidad —aceptó recuperando su taza de café cuando el reloj marcó la hora.

Al unísono se volvieron en aquella dirección, atraídos por el misticismo del contrato que envolvía a la *Agencia Demonía*—. Las once.

Ella asintió y bajó del asiento para introducirse entre sus piernas abiertas, apartar la taza de café y besarle suavemente en los labios.

—Voy a darme una ducha —le informó entonces, su mirada marrón brillante y limpia.

Él la recorrió con la mirada, admirando como había hecho durante toda la cena la voluptuosa figura enfundada en su propia camisa. Señor, le quedaba a ella mucho mejor que a él; la hacía condenadamente sexy.

—Claire —la retuvo cuando empezó a marchase.

Se volvió hacia él y esperó. Sin dudar, extendió la mano libre y cuando abrió los dedos había una pequeña caja roja en sus manos.

—Póntelo —le dijo en voz baja, puramente sexual—. Esta noche, te tendré de todas las formas que quiero poseerte.

Cuando cogió la caja y la abrió para mirar su interior, la vio parpadear y jadear.

—Esto no… —empezó a murmurar.

Él bajó las manos a sus nalgas y se las apretó contestando a su pregunta.

—El brillante es de *Swarovski* —le susurró al oído—. Hazlo… y nos enfrentaremos juntos al último Pacto.

CAPÍTULO 23

Claire no era dada a compras impulsivas, sobre todo en lo que se refería a la lencería picante, pero cuando vio aquel *babydoll* en el escaparate de una tienda algunos meses atrás, cedió a la impulsividad y se lo compró. Ahora al ver la mirada de lujuria en los ojos de Naziel sabía que la compra había estado destinada a él. Sabía cómo la transparente gasa negra que formaba las copas de la parte superior transparentaba sus pechos, y al mismo tiempo dejaba una divertida abertura justo por debajo de los pezones atada con un lacito. Un par de delgadas tiras surgían de la parte superior de los triángulos para atarse tras el cuello. El faldón en forma de capa en color blanco, bordeado con unos volantes negros, dejaba al descubierto su vientre; en conjunto lo completaban unas diminutas braguitas en el mismo estilo y color.

Le vio moverse con la sinuosidad de un gato, sus ojos azules se habían oscurecido y la devoraban sin contemplaciones al verla apoyada en el umbral del salón. La noche había caído ya sobre la ciudad y las luces del árbol de navidad seguían emitiendo destellos ahora sobre su amante.

—Un adorable y lujurioso bocado —aseguró tomando su mano y llevándosela a los labios con galantería—. Me encanta, amor.

Un escalofrío de placer la recorrió desde la punta de los dedos que él sostenía hasta su ya humedecido sexo, su corazón se hinchó también al escucharle llamarla de aquella forma tan tierna.

—Definitivamente, espero que tengas más cositas de esas ocultas en tu fondo de armario —continuó deslizando ahora un dedo por su piel desnuda, acariciando el borde de las braguitas. Entonces se inclinó sobre ella, sin tocarla y le susurró al oído—. ¿Llevas lo que te regalé?

Se le secó la boca y apretó inconscientemente los músculos del trasero notando el tapón anal que le había entregado en una cajita roja con la petición de utilizarlo. El borde exterior del mismo estaba decorado con un brillante cristal de *Swarosvki* de color rojo.

—Tienes un peculiar sentido del humor con tus regalos —se las ingenió para responder. Entonces dio un paso hacia él, apretándose suavemente contra su cuerpo y le susurró—. ¿Quieres comprobarlo?

Una amplia y maliciosa sonrisa curvó sus labios, le cogió la barbilla con una mano mientras deslizaba la otra hasta su trasero, acariciándole los glúteos para luego deslizar un dedo entre ellos y gruñir de placer ante lo que encontró.

—No puedo esperar a quitártelo y hundir mi polla en su lugar —murmuró encontrando su mirada—. Te gustará, Claire. Te lo prometo.

Dadas sus recientes experiencias, no le cabía la menor duda que haría hasta lo imposible para que ella disfrutase de la experiencia, aunque fuese solo una vez.

—Ahora —continuó él, le giró el rostro hacia el árbol y vertió las palabras en su oído—. ¿Estás dispuesta a participar en un trío?

Tragó. Sabía lo que se proponía, la noche anterior se lo había dejado realmente claro.

—Si la respuesta es sí —continuó deslizando la mano que le sostenía el rostro por el cuello al tiempo que giraba hasta ponerse a su espalda—, elige a nuestro compañero de juegos… solo quedan unos minutos para la medianoche.

El Pacto. Tembló ante la idea de estar completamente a su merced, permitir que dirigiera su cuerpo, que acariciara su alma y desterrara los miedos y dudas que todavía albergaba. Era un acto de fe en él, entregarle el poder, el control y disfrutar al hacerlo.

Tomó una profunda bocanada de aire y caminó hacia el árbol sintiendo el tapón hundido en su trasero con cada paso; una sensación sumamente erótica. Las luces de colores bailaban sobre las ramas del abeto, entrecerró los ojos sobre las figuras que había colgadas y fue descartándolas una por una hasta que reparó en el mismo ángel al que él había dado vida la noche anterior. Me mordió el labio inferior, miró a Naziel por encima del hombro y se decidió por él.

—Ya he elegido.

Descolgó la pequeña figura dorada y se giró con ella colgando de un dedo. La perezosa sonrisa en el rostro masculino hizo que se sonrojara.

—Tenía la ligera intuición de que lo elegirías a él —aseguró con diversión—. Déjalo en el suelo y ven aquí.

Obedeció, dejó la figura en el suelo y acudió a su lado en el momento en que el reloj empezaba a dar la medianoche.

—Es el último Pacto —le dijo acariciándole la mejilla con los nudillos—, con el primer rayo de sol, el contrato de la Agencia llegará a su fin. Dime, Claire, ¿estás dispuesta a entregarme tu voluntad una noche más para llevar a cabo el Pacto?

—Sí. —No vaciló.

Sus ojos se oscurecieron aún más.

—Las palabras, Claire, necesito las palabras exactas —le recordó.

Se lamió los labios y asintió.

—Es tuya, Naziel. Mi voluntad, libremente dada, hasta que el primer rayo de sol aparezca en el horizonte.

Ante la última de sus palabras, el reloj pronunció también la última campanada, la medianoche había llegado y el Pacto estaba sellado.

—Ahora, pequeña Claire, juguemos —declaró relamiéndose. Sus ojos brillaron de forma sobrenatural un segundo antes de que posara esa mirada sobre el muñeco que había depositado ella sobre el suelo.

Ante sus ojos, asistió al más increíble truco de magia, porque no sabía que otra cosa llamarle, además de milagro, que se estaba obrando en su salón. Un círculo de brillante y cálida luz envolvió la figura por completo, entonces fue haciéndose más y más amplia y ascendió dejando tras de sí una cortina de polvo dorado.

—Mi voluntad es tu voluntad —escuchó la voz grave y más oscura que nunca de su amante—, tus deseos, mis deseos… Las fantasías de mi *alada*, tus fantasías hasta que así lo decida.

Con la última nota, la cortina cayó dejando alrededor de un atractivo y dorado hombre de carne y hueso de largo pelo rubio, vestido con una túnica y un arpa en la mano, un charco de polvo a sus pies.

Bajó la mirada entonces sobre ella y sonrió con orgullo ante su propio estupor.

—Despiértale, *alada* —le dijo indicándole al hombre dorado con un gesto de la cabeza—, y conoce a tu nuevo compañero de juegos.

Tragó saliva, atada como estaba ahora a la voluntad de Naziel, no puso reparos en caminar hacia el hombre y mirarlo. El aroma del abeto manaba de él, un aroma fresco y agradable, la piel que recubría su cuerpo era cálida al tacto, humana. Todo él parecía humano.

Se giró un momento hacia Naziel.

—¿Cómo lo hago?

Su sonrisa se hizo más maliciosa.

—Piensa en él como en La Bella Durmiente —le dedicó un guiño—. Y encárgate también de su ropa.

Cerró la boca y tragó saliva, empezaba a resultarle difícil respirar. Las manos le temblaban ligeramente y no era capaz de decidirse. Pronto sintió a Naziel tras de sí, sus manos deslizándose por sus brazos.

—Estás a salvo, pequeña, él solo hará lo que tú o yo le pidamos que haga —le susurró al oído—. Te cuidará, te dará placer, no te lastimará; lo juro.

Asintió. Sabía que no lo haría, él no permitiría que nadie lo hiciera y diablos, la idea de estar entre dos hombres era tan… erótica.

—Hazlo, Claire —insistió al tiempo que le acariciaba las nalgas—. Hazlo, ahora.

Un ramalazo de placer la recorrió por entero, la voz de Naziel obró en ella como su propia voluntad y se encontró acercándose al hombre dorado. Él debía ser de la misma altura de su amante. Vacilante, alzó las manos hasta posarlas sobre el cálido y duro pecho y unió la boca a la de él.

Los labios eran suaves y calientes bajo los suyos, totalmente humanos. Lo sintió abrir la boca a inspirar, unos hermosos ojos azules, de un tono casi transparente la miraron con cálida expresión un momento antes de que su lengua la penetrara y se uniese con la suya. Gimió, los fuertes brazos se envolvieron a su alrededor, no la apretó, sencillamente la sostenía mientras le devoraba la boca con una pericia que le recordaba a su amante.

Jadeando rompió el beso, sentía las mejillas arreboladas, sus senos subían y bajaban por la acelerada respiración mientras contemplaba a aquel completo extraño que a pesar de todo le hacía sentirse tranquila y confiada entre sus brazos.

—Esto es… extraño —musitó sin poder evitarlo.

El carraspeo tras ella le devolvió a la realidad.

—Yo por el contrario lo encuentro sumamente erótico —la voz de Naziel penetró en su mente—, es intenso ver cómo te besa, cómo te devora la boca.

Intentó alejarse pero los brazos del hombre dorado no se movieron.

—Naziel… —pidió un poco asustada.

Él posó una mano sobre su espalda.

—Vuelve a besarle —le dijo al oído—, y nos desharemos de la ropa.

Dejó escapar un pequeño quejido y miró al hombre que todavía la sostenía. Él no hablaba, pero tampoco hacía falta, su mirada era tan penetrante que la hacía estremecer… de placer. Se sintió humedecerse todavía más y el calor en su rostro aumentó.

—Sé que te excita, amor —insistió él, el cálido aliento acariciándole la oreja—, hazlo.

Se derritió, cada vez que la llamaba de esa manera se convertía en gelatina. Él la quería, Naziel estaba dispuesto a quedarse con ella, a reclamarla y diablos, ella quería que lo hiciera. Se humedeció los labios una vez más y se apoyó contra aquella montaña de masculinidad dorada y dejó que su lengua se enredara en la de él y sus manos le moldeasen también los glúteos. Gimió en su boca un instante antes de sentir bajo ella que la tela de la túnica desaparecía, una dura erección se presionó entonces contra su estómago arrancándole un nuevo jadeo.

Estaba ardiendo, necesitaba más, necesitaba a Naziel… y a pesar de ello, aquella boca con sabor a canela era tan… adictiva.

—Acaríciale —la voz de su amante penetró en su mente, podía sentirle a su lado,

observando la escena y aquello la calentó todavía más—. Comprueba por ti misma lo real que puede ser.

Deslizó la mano entre sus cuerpos y gimió en su boca, sus dedos acariciaron la gruesa longitud y no le cabía la menor duda de que aquello que rodeaba era carne caliente y viva.

—Naziel —gimió su nombre mientras frotaba el miembro de ese otro hombre.

—Estoy aquí —notó su mano resbalar por su espalda y descender entre sus piernas, hizo a un lado la braguita y le acarició el hinchado y mojado sexo arrancándole un estremecimiento—. Sigue, me pone caliente verte comerle la boca y follarlo con la mano. Haz que se corra, Claire, exprímele hasta la última gota.

Las palabras obraban como un afrodisíaco en su cuerpo, dos dedos habían pasado de acariciarle los pliegues a hundirse en su interior masturbándola al mismo tiempo que ella lo hacía con el desconocido.

Unos suaves jadeos empezaron a acompañar los movimientos de su mano, rompió su beso solo para poder oírlos, para ver la expresión de arrebatado placer en el rostro masculino. Los labios húmedos e hinchados la atraían como un imán, pero entonces cambió de dirección en busca de Naziel. La lujuria en sus ojos desató la suya, quería besarle, quería que él la devorase.

—Bésame —pidió. Lo necesitaba, quería que él la tocara.

Esa perpetua sonrisa en su rostro se volvió más enigmática, hundió sus dedos con fuerza en su interior y se inclinó para lamer sus labios. No la besó, solo se los lamió.

—Por favor —gimoteó, quería su boca, necesitaba borrar su necesidad y el sabor adictivo que poseía aquella otra.

Cedió. Le hundió la lengua y la enlazó con la suya en un erótico baile, entonces la retiró y la empujó suavemente hacia el otro hombre.

—Devórale la boca.

Una simple orden y aquel virtual desconocido descendieron sobre su boca y la devoró. Le succionó la lengua con hambre, se bebió sus gemidos como ella se bebía los suyos, su mano no dejó de bombear la gruesa polla entre sus dedos mientras Naziel la follaba con los suyos. El orgasmo la alcanzó con un quejido, haciendo que apretase su presa alrededor de la dura erección y su contraparte gruñese al tiempo que eyaculaba sobre su propio estómago.

Jadeando se apoyó en el hombre mientras su amante le retiraba los dedos.

—Sí, sabía que ibas a ser realmente caliente, Claire —aseguró, la giró hacia él y la besó largamente—. Ahora que ya os conocéis, vamos a la cama.

CAPÍTULO 24

Naziel sonrió al ver a la mujer que deseaba de pie y sonrojada por el reciente orgasmo al lado de la cama. Claire no había dejado de buscarle, necesitando su presencia ante aquella segunda opción en el menú de la noche. Su vacilación así como la obvia excitación que le provocaba besarse con un completo desconocido no hizo sino aumentar la suya propia y también su necesidad de posesión. Sí, podría compartirla durante esta noche, con alguien que sabía que en realidad no tenía alma, ni identidad y que dependía de su propia voluntad para moverse e interactuar, pero nunca la compartiría con otra persona. Ella era su *alada*, la mujer a la que amaba y ese conocimiento lo había vuelto celoso y necesitado de ella. No se habría sentido bien compartiéndola con otro hombre y sabía que ella tampoco.

Esta opción era segura para ambos. Una fantasía hecha realidad que no dejaría huella en el alma de ninguno de los dos y contribuiría a fortalecer la vapuleada autoestima de su compañera.

Por el Haven. Era exquisita. Le costaba un considerable esfuerzo no arrancar ese pecaminoso *babydoll*, lanzarla sobre la cama y follarla como deseaba hacerlo. El pelo rubio le caía suelto sobre los hombros, sus ojos marrones brillaban al igual que su piel, era una visión exquisita.

—Eres… un pervertido, ¿lo sabías? —musitó ella al tiempo que la envolvía en sus brazos.

Se rio y le lamió los labios con la lengua.

—Solo un poquito —se burló—, y siempre para hacerte feliz.

Ella se relajó contra él, deslizó la mano sobre su pecho y le rodeó el pezón con el dedo.

—Me da vergüenza —la oyó murmurar.

Ah, ahí estaba, sinceridad y sin necesidad de pedirla.

—Pero lo has disfrutado —contraatacó él.

Asintió.

—Sí —aceptó y se mordió el labio inferior antes de alzar la mirada hacia él—. ¿Eso también me hace una pervertida?

Bufó ante su tono admonitorio.

—No, amor, solo te hace mi compañera de juegos perfecta —le aseguró dándole otro beso.

Volviéndola en sus brazos, de modo que enfrentase al “juguete”, se inclinó para hablarle al oído.

—¿Qué deseas que haga ahora? —le preguntó. Él sí sabía lo que quería, pero quería oír que tenía que decir Claire.

Ella se apretó contra él en claro síntoma de necesidad de cobijo.

—¿Qué deseas tú?

Sonrió contra su pelo.

—Quiero ver como gritas de placer mientras se da un festín entre tus piernas —ronroneó —. Y así yo podré dedicarme a mi pasatiempo favorito. Tus pechos.

Ella rio por lo bajo.

—Sí, sin duda eres todo un pervertido —chasqueó ella.

Deslizó las manos sobre su cuerpo y la empujó sobre la cama, haciendo que cayese de espaldas sobre el colchón.

—Um… pero te gusto así —aseguró bajando sobre su boca para besarla suavemente—. ¿Seguimos?

Sus ojos marrones brillaron, se lamió los húmedos e hinchados labios y asintió.

Con un solo pensamiento, el juguete se movió hacia la cama. Para ser sincero para consigo mismo, estaba realmente orgulloso del dominio y la inventiva que tenía con sus poderes, podía ser un juego realmente divertido el de hacer de titiritero. El colchón cedió bajo el peso del muñeco, vio como rodeaba delicadamente los tobillos femeninos con las manos y tiraba de ella, separándole las piernas antes de ocupar una posición que le fuese cómoda, arrancarle las bragas de un tirón y sumergirse de lleno a devorar su sexo.

Los gemidos de Claire eran música celestial para sus oídos.

Se deslizó a su lado en la cama, sus pechos empujaban ya sobre las copas del *babydoll*, lo hizo desaparecer con un gesto de la mano y se dio el lujo de disfrutar él mismo de uno de sus postres favoritos. Adoraba aquellas tetas.

Claire estaba segura de que de un momento a otro iba a estallar en llamas, no había otra forma de resumir lo que las dos bocas masculinas estaban obrando en su cuerpo.

Las sábanas se arrugaban bajo sus manos mientras toda ella se retorcía sobre la cama. Naziel se había apoderado de sus pechos, lamiendo y jugando con uno de los pezones mientras pellizcaba el otro entre el índice y el pulgar, cada pasada de la lengua unida a una oportuna succión de la boca provocaba un rayo de placer que discurría desde los senos a su húmedo e hinchado sexo; el cual estaba bajo un asalto similar.

El contacto de una lengua y manos extrañas sobre ella la ponía nerviosa, pero al mismo tiempo era incapaz de dejar de gemir y alzar la pelvis para salir al encuentro de la voraz hambre que la devoraba. No dejaba un solo centímetro de su coño sin explorar, un grueso dedo se había introducido en su interior, penetrándola mientras los carnosos labios se cerraban sobre el clítoris. Cada pasada de la lengua la hacía saltar, arrojándola lejos de la cama, obligándola a arquearse mientras era firmemente retenida en el lugar por un fuerte brazo.

Tenía el cuerpo perlado de sudor, el aire a duras penas conseguía penetrar en sus agitados pulmones mientras era sometida a la más dulce y exquisita de las torturas.

Naziel sopló sobre su pecho, deslizó una mano sobre su piel acercándose a su sexo solo para volver a ascender.

—¿Cómo estás, Claire? —oyó su voz. Abrió los ojos solo para encontrarse con los suyos y esa pecaminosa sonrisa satisfecha—. Él se está dando un buen festín entre sus piernas, parece que le gusta tu sabor.

Se mordió un insulto, tenía ganas de insultarlo y también de que la besara. Quería que la abrazara, tenerlo más cerca de ella, que fuese él el quien tuviese la boca sobre su sobreexcitado sexo y a pesar de todo, seguía mojándose y excitándose cada vez más por lo que le hacía aquel extraño compañero de juegos que había conjurado su amante.

—Sí, lo estás disfrutando —declaró al tiempo que deslizaba la mano sobre su pecho y lo masajeaba suavemente, jugando con el pulgar alrededor del pezón—, estás toda sonrojada, tus ojos brillan con el placer.

Y señor, ese maldito tono de voz que imprimía a las palabras hacía que se sintiese todavía más caliente y excitada. No se trataba solo de la lengua jugando en su clítoris o el dedo que entraba y salía de su sexo, era su mirada caliente, disfrutando de su propio placer lo que la encendía más y más.

—Eres preciosa —la sorprendió inclinándose sobre ella—, una mujer pasional y entregada.

Le rozó los labios, una suave caricia al principio que pronto se convirtió en un rudo y profundo beso que la dejó jadeando por más.

—Va a hacer que te corras —declaró con absoluta seguridad. Le pasó la almohadilla del pulgar por el labio inferior y se relamió—, y justo después, pienso retirar esa atractiva joya que adorna tu culito e introducirme en su lugar. Voy a tenerte por completo, pequeña Claire, absoluta y completamente mía.

Volvió a bajar la boca sobre la de ella para sellar su promesa con un nuevo pecaminoso y hambriento beso. No había vacilación en su toque, pero sí ternura, a pesar de su entrega y pasión, Naziel esgrimía con ella la ternura haciéndola sentir mucho más segura.

Gritó cuando unos inesperados dientes se cerraron alrededor del clítoris catapultándola directa al orgasmo, sus gemidos fueron tragados por su amante, quien no dejaba de saquearle la boca, uniendo la lengua a la suya y exigiendo una respuesta de igual intensidad.

Agotada y con el cuerpo todavía sacudido por los rescoldos de un explosivo orgasmo, sintió como era dada la vuelta, unas conocidas manos le acariciaron el trasero, se hundieron entre sus mejillas y alcanzaron el tope del tapón el cual salió sin esfuerzo. Un frío gel penetró entonces en su estrecho canal seguido de un decidido dedo que no dejó de penetrarla con una suave cadencia.

—De rodillas —oyó la voz de Naziel. Sinceramente dudaba que tuviese fuerzas en esos momentos para hacer otra cosa que quedarse allí, pero después de un instante en el que sintió un par de manos alzándola y colocándola en posición, comprendió que la pregunta no era para ella —. Acaríciala, con suavidad… tócala entre las piernas y los pechos… pellízcale los pezones… Excítala.

Tragó saliva y gimió de nuevo cuando aquella mano volvió a resbalar sobre su empapado sexo y otra tomó posesión de uno de sus pechos. Se sentía como una muñeca entre aquellos dos hombres, pero una mirada a Naziel borró cualquier duda que quisiera surgir en su mente.

—Me encanta como me aprietas, preciosa —murmuró él al ver que lo miraba—, no puedo esperar a poseerte. Quiero marcarte, llenarte como nadie lo hizo antes y lo haré Claire y te veré disfrutar con ello.

La seguridad que demostraba aumentaba su propia confianza, él la deseaba, a ella, no a cualquier otra mujer, la encontraba hermosa, atractiva y sexy. Le gustaba el sexo con ella, no se reprimía ni la miraba como si fuese una pervertida, por el contrario, él era mucho más pervertido e inventivo, pensó con diversión. Y oh, cómo disfrutaba de esa inventiva.

Pero no era lo único de lo que disfrutaba con él, le gustaba su compañía, ese descaro que llevaba como una segunda piel, y por encima de todo le gustaba su honestidad. Se había enamorado de un ángel que era tan ardiente como el mismísimo infierno y tan celestial como el propio cielo. Amaba a Naziel y se sentía bien al hacerlo.

—Ahora, preciosa, necesito que te relajes —le dijo con suavidad—. Voy a hacerlo muy despacio, me detendré todo el tiempo que lo necesites.

Tomó aire como si fuese a iniciar una larga inmersión solo para volver a soltarlo en un jadeo cuando una firme y caliente mano le sujetó la barbilla y la obligó a volver la cara hacia el lado contrario para acabar con la lengua de ese hombre en la boca. Su sabor especiado le gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir, su lengua le acarició la propia y la chupó, se enlazó con la suya una y otra vez mientras aquella implacable mano entre sus piernas comenzaba acariciarle de nuevo el clítoris.

Perdida en el erotismo del momento, solo fue consciente de que Naziel había empezado ya a penetrar en su trasero al sentir la punta de su erección abriéndose paso en su estrecho canal con pequeños vaivenes. Se quedó sin aliento, era realmente grande, podía sentir como la estiraba por completo, llevando sus músculos internos a proporciones que nunca antes habían tenido. Gimió y luchó por respirar, pero todo lo que encontró en la boca fue aquella otra dulce lengua masculina. La estaban matando entre los dos, su sexo goteaba y su clítoris no dejaba de palpitar bajo las caricias que le prodigaban. Otro empujón más y ganó otra porción de terreno, quería gritarle que se detuviese, era demasiado grande, pero el abrumador placer empezaba a mezclarse con el dolor y ya no conseguía distinguir una cosa de la otra.

—Naziel, por favor —se las ingenió para romper el beso y jadear su nombre. Suplicarle… ¿qué exactamente? ¿Qué se detuviera? ¿Qué siguiera adelante?

Notó sus manos aferrándole las caderas, manteniéndola inmóvil mientras se echaba hacia delante un centímetro más penetrándola finalmente por completo.

—Oh, señor —jadeó con desesperación.

Él jadeó al mismo tiempo.

—Dios, Claire —jadeó su nombre—. Sí… cariño… eres perfecta…

Sus elogios la seducían casi tanto como sus caricias.

—¿Cómo te sientes? —le oyó murmurar.

Llena. Repleta. Totalmente suya.

—Es… eres… oh… joder… es grande —gimió en cambio.

Él rio entre dientes aferró sus caderas y tiró un poco de ella hacia atrás. El movimiento la hizo jadear, su pene parecía estar en contacto con todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo.

—Sí, es así de bueno también para mí —aseguró con un ronroneo. Entonces añadió—. Y vamos a hacerlo todavía mejor para ti.

Estaba a punto de preguntar a qué se refería cuando se sintió alzada en vilo de la cama, su espalda se pegó por completo al pecho de Naziel quien la rodeaba con un brazo, mientras seguía enterrado en ella.

—¿Naziel? —gimió entre asombrada y azorada.

Se lamió los labios, su corazón empezó a palpitar más deprisa cuando vio al hombre dorado tomar posición delante de ella, bajando la boca sobre sus pechos para lamerle los pezones y succionarla antes de deslizar una de las manos por su cadera y alzarle la pierna obligándola a enredarla alrededor de su cadera.

—Respira, Claire —escuchó la voz de su amante al oído—. Y prepárate para recibir placer, amor mío.

Apretó su espalda contra él, sujetándola con firmeza mientras el hombre dorado encajaba su erección en ella y empezaba a penetrarla muy lentamente.

—¡Oh—Dios—Todopoderoso! —abrió los ojos desmesuradamente ante la sobrecogedora sensación de sentirse doblemente empalada—. ¡Naziel! ¡Oh, señor!

Su aliento le acarició la oreja.

—Suave, Claire —la calmó con palabras y caricias—, te tengo, pequeña mía. No te dejaré en ningún momento, ni ahora ni nunca. Eres mía, Claire… dilo.

Jadeó en busca de aliento y asintió.

—Tuya —susurró—. Tuya, solo tuya.

Él gruñó en su oído.

—Sí, mi alada, mía, eternamente —dijo antes de iniciar la retirada y volver a introducirse de nuevo en ella dejando tras de sí solo placer.

Su cuerpo se convirtió en un molde perfecto para aquellos dos hombres, podía sentirlos a los dos llenándola por completo, enloqueciéndola. Cuando uno se retiraba, el otro la penetraba, suave, lentamente, buscando un ritmo adecuado que los satisficiera. No podía pensar, no podía hacer otra cosa que sentir y susurrar su nombre una y otra vez. Naziel lo ocupaba todo, era su mundo, su ancla, su futuro, mientras lo tuviese a él, todo iría bien. Él era suyo, así como ella sería de él, eternamente.

Se dejó ir, dejó que el placer la envolviera y acunara, extraía y daba placer, gimiendo y disfrutando con los gemidos de sus dos amantes. Correspondió a los húmedos besos del hombre dorado y se dejó arrastrar por la pecaminosa boca de Naziel. Dejó que aquellas manos la sostuvieran y manejaran a placer, extrayendo gritos y gemidos de su garganta hasta que ya no resistió más y el bendito placer la arrastró en un demoledor orgasmo que la dejó viendo las estrellas.

Ni siquiera fue consciente del momento en el que ambos abandonaban su cuerpo, a duras penas consiguió notar el colchón bajo su espalda o el calor del cuerpo que se envolvía alrededor de ella susurrándole dulces palabras. Pasaron varios minutos hasta que se decidió a abrir los ojos y vio los azules de Naziel sobre ella.

—Bienvenida —le sonrió y la besó en los labios—. ¿Cómo te sientes?

Se lamió los labios buscando una respuesta adecuada a esa pregunta.

—De maravilla —aceptó con una tierna sonrisa que equiparaba la suya.

Él se rió en voz baja y volvió a besarle los labios.

—¿Lista para una segunda ronda, pequeña?

Se tomó un momento para echar un vistazo a la habitación, sus labios se curvaron entonces con esa maliciosa sonrisa que a menudo había visto en él y contestó.

—¿Podremos seguir jugando después con él? —preguntó divertida.

Su sonrisa tornó en un visible duplicado de la suya.

—Solo si te portas bien.

Se lamió los labios.

—En ese caso, me esforzaré en ser buena, mi ardiente ángel.

Y sin duda lo hizo, lo que resultó en una noche de lo más divertida y erótica.

CAPÍTULO 25

Naziel se quedó mirando las cambiantes luces del árbol, el pequeño ángel dorado volvía a ocupar su lugar, y tamaño original, en una de las ramas del abeto. Desvió la mirada hacia la ventana al escuchar el claxon de un coche en la calle, después del parón de Nochebuena y Navidad, la gente parecía dispuesta a retomar el cotidiano ritmo de vida. Apoyó la mano en la ventana y contempló el cielo encapotado, a juzgar por el color plomizo y las bajas temperaturas lo más seguro es que empezase a nevar de un momento a otro.

Le dio la espalda al mundanal ruido y contempló una vez más el salón, ese pequeño espacio en el que le había descubierto más cosas que en toda su larga vida, empezando por el amar a la mujer que había dejado saciada y dormida en la cama. Dos días. En dos únicos días Claire no solo había florecido dejando atrás el estigma de un mal matrimonio, se había encontrado a sí misma y también a él.

—¿Naziel?

Se giró hacia la puerta al escuchar su voz. El pelo revuelto, el rostro todavía somnoliento y la camisa que ya había dejado para que ella utilizase a su antojo, cubrían las voluptuosas curvas de su cuerpo.

—Buenos días, *alada*.

Le tendió la mano y ella no dudó en acudir a su lado.

—Pensé que te habías ido —musitó al tiempo que le envolvía con sus brazos y apoyaba la cabeza en su pecho—, y temí… pensé que estos dos últimos días hubiesen sido parte de algún delirio por intoxicación o algo.

Chasqueó la lengua y la besó en la cabeza.

—Piensas demasiado, Claire —le acarició el pelo.

Ella se separó un poco de él y se encogió de hombros.

—Puede que tengas razón —aceptó y echó un vistazo al árbol—. Solo puede.

Sonrió y la abrazó a su vez.

—Dime, *alada*, ¿estás dispuesta a quedarte conmigo? —le preguntó. Bajó la mirada sobre ella y le cogió la barbilla con delicadeza—. ¿Crees que podrás enamorarte y soportar a un tipo que pertenece a uno de los Círculos de ángeles, que tiene a un par de hechiceros a su cargo, y que a menudo anda rodeado de toda clase de seres sobrenaturales?

Ella parpadeó un par de veces y se echó a reír.

—Creo que puedo hacerlo —aseguró intentando ponerse seria—. Um… de hecho, creo que ya lo hice. Te quiero, Naziel. A ti. Por ser quien eres, un ángel ardiente y celestial. Estoy más que dispuesta a quedarme contigo. Necesito… no, quiero quedarme junto a ti. Siempre. Sea eso el tiempo que sea.

Resbaló la mano y le acunó la mejilla.

—Si decides compartir tu vida conmigo, Claire, ese siempre puede significar más de lo que tú crees —aseguró. Había llegado el momento de poner todas las cartas sobre la mesa y que ella decidiese—. Como mi *alada*, mi pareja, si te reclamo, quedarás vinculada a mí, así como yo a ti. Tanto como yo viva, tú vivirás y los ángeles tenemos unas vidas bastante longevas.

Se quedó en silencio durante unos instantes, mirándole.

—Quiero que entiendas, que si aceptas ser mía, completamente, no habrá vuelta atrás —insistió—. Lo que es mío, será tuyo, lo tuyo, mío. Siempre.

Se lamió los labios.

—¿Me quieres, Naziel?

La pregunta hizo que esbozara una lenta sonrisa.

—Más que a mi vida, *alada* —asintió y posó la mano sobre su seno, allí dónde latía el corazón—. Te quiero por lo que eres aquí dentro, por lo que siempre has sido y lo que serás en el futuro. Eres mi vida, Claire, ahora y en la eternidad, decidas lo que decidas, eso no cambiará lo que siento por ti. Ha sido tan inesperado como sencillo enamorarme de ti. Un regalo inesperado.

Posó la mano sobre la que él mantenía en su mejilla.

—En ese caso, ya tienes la respuesta, ángel —aseguró con una tierna sonrisa—. Porque eso es exactamente lo que yo siento por ti. Te colaste en mi vida un día de navidad, Naziel y ya nadie podrá sacarte de ella. Te quiero y haré lo que sea necesario para conservarte.

La miró a los ojos, necesitando estar seguro del paso que iba a dar.

—¿Estás completamente segura?

Ella asintió.

—Más segura de lo que lo he estado en toda mi vida —aseguró sin apartar la mirada—. Quiero ser tuya.

Un enorme peso abandonó entonces su alma y llenó su corazón de alegría. Con cuidado, deslizó la solapa de la camisa, abrió un botón más hasta tener libre acceso a la suave y tersa piel de su seno izquierdo. Posó dos dedos a la altura del corazón y respiró profundamente.

—Te reclamo, Claire, mi *alada* —murmuró y concentró su atención sobre la zona que tocaba—. Ahora y por siempre, dame cobijo en tu corazón y arrópame con tu alma.

Al término de la última palabra del juramento, un suave tatuaje formado por dos alas de ángel abrazándose a un corazón marcó la piel de Claire.

Entonces tomó su mano y abriéndose la camisa, posó su palma sobre su pecho, a la misma altura.

—Soy tuyo, *alada*. Ahora y siempre, te cobijaré en mi corazón y te arroparé en mi alma hasta el fin de mis días.

El calor inundó su piel debajo de la suave mano femenina, no necesitaba levantarla para saber que había allí una réplica del tatuaje que la había marcado a ella como suya. Su compañera. Su *alada*. Eternamente.

—Mía, Claire, eternamente mía.

La atrajo hacia él y bajó la boca sobre la suya depositando en ese beso todo el amor que había empezado a nacer en su interior por ella.

—Tuya —la oyó murmurar a un suspiro de sus labios—, eso no lo dudes ni por un minuto. Ahora, hasta llevo tu marca registrada.

Se echó a reír al escuchar sus palabras.

—Muy cierto —aceptó con diversión. Se echó hacia atrás y le cerró de nuevo la camisa—. Que te parece si te das una ducha, te vistes y me acompañas a cerrar un círculo que empecé hace un par de días llamando a la puerta de tu casa.

Ella parpadeó.

—¿Quieres que te acompañe a la agencia?

Asintió.

—¿Por qué no? Ahora eres mía, absoluta y completamente mía —aseguró envolviéndola con los brazos—. Y no quiero perderte de vista.

Una coqueta sonrisa cruzó por sus labios.

—Me gusta como piensas —aceptó—. De acuerdo. Dame diez minutos y te acompaño.

Se escabulló de sus brazos, no sin que antes le robase un beso, pero no llegó a cruzar el umbral cuando empezó a sonar el teléfono. No fueron más que un par de tonos y después de un momento el viejo contestador saltó a la vida inundando la habitación con una declaración de intenciones.

—Claire, espero que estés en casa. Llegaré al aeropuerto sobre las once de la mañana —se escuchó una dulce voz femenina—. Ven a recogerme, tenemos mucho de lo que hablar. Y tú, bicho con alas, si estás con ella, más te vale tratarla bien o juro por dios que te arrancaré los huevos. ¿Me oyes, Naziel? Te los arrancaré y los freiré en aceite hirviendo.

La comunicación se cortó tan rápidamente como empezó. Un rápido vistazo a su compañera le mostró que estaba igual o todavía más sorprendida que él.

—¿Cómo sabe…? —intentó articular.

Él suspiró.

—Parece que después de todo, mi hermano no pudo retener a su compañera hasta fin de año.

EPÍLOGO

Aeropuerto Cleveland-Hopkins
Ohio

Claire no podía dejar de moverse de un lado a otro, cada vez que se abrían las puertas intentaba ponerse de puntillas para ver por encima de la gente si veía a su hermana, o tal y como Naziel había descrito a Axel, un tío alto, con el pelo rubio atado en una larga coleta y vestido de gótico. Al principio pensó que le gastaba una broma, pero él no sonrió ni una sola vez mientras le aseguraba que ese era el compañero y pareja de su hermana.

Habían salido del edificio de la *Agencia Demonía* con tiempo de sobra. Elphet, la actual directora de la empresa los había recibido con una sonrisa y un juego de té inglés preparado en una mesilla auxiliar más propia de un salón de la alta sociedad londinense que de un despacho masculino como el que regentaba. La mujer se mostró encantadora con ella y no tanto con Naziel; si tenía que ser sincera, aquello le hizo gracia. La pequeña mujer había manejado a su compañero con el dedo meñique diciéndole que se sentara y esperase mientras le preguntaba a ella por su experiencia esas navidades. Al parecer el vivo color rojo que le inundó el rostro fue suficiente respuesta para ella.

Tras recoger los papeles que cerraban su contrato y archivarlos, los había acompañado hasta la puerta, le susurró algo a él al oído y los dejó marchar.

Y aquí estaban ahora, delante de la puerta de salida de los pasajeros de vuelos internacionales, esperando a su hermana y a su acompañante.

—Claire, si sigues caminando de un lado a otro terminarás abriendo un surco en el suelo —le dijo Naziel a su espalda. Él estaba totalmente calmado, a pesar de la obvia amenaza que su hermana vertió para él en el contestador—. Ellos no saldrán más rápido porque tú te estreses.

Se giró de golpe hacia él, le temblaban las manos y estaba tan nerviosa como una colegiala que está a punto de presentarle el novio a los padres.

—No estoy estresada, es solo que… —resopló y sacudió la cabeza—. Estoy realmente aterrada, Naz.

Él acortó la distancia entre ambos y la rodeó con los brazos.

—¿Qué es lo que te asusta, *alada*?

Respiró su aroma, descansando la cabeza contra su hombro en un intento por serenarse.

—Tengo miedo de no ser quien ella espera que sea —aceptó con un suspiro—. Cuando se enteró de la causa de mi divorcio, Amanda cogió un avión y se presentó en la nueva casa de mi ex marido. Le dio un puñetazo y le rompió la nariz.

Aquello había sido un episodio que no había podido olvidar. Amanda se había presentado poco después en su casa, con los nudillos hinchados y llorando. Le había dicho que todos los hombres eran unos cerdos y que ellas se merecían a alguien mejor, mucho mejor.

—Ella siempre ha cuidado de mí, no importa si está en la otra punta del mundo, como ya has visto, es capaz de coger un avión y plantarse aquí a la velocidad de la luz —señaló lo evidente—. Tan rápido que no me deja ni siquiera decirle, “no hace falta que vengas”, ya voy yo.

Se separó un poco de él y lo miró.

—No me he dado cuenta hasta ahora, que ella posiblemente ha estado tan sola como yo, si no más durante este último año —aseguró con pesar—. Me sentí tan mal después de ese estúpido matrimonio que alejé a todo el mundo, empezando por mi hermana. Les decía a todos que estaba bien, pero no era así. Y ahora qué sé lo que soy, lo que ambas somos… no puedo dejar de preguntarme por qué no me di cuenta de que quizá ella también me necesitaba. Ahora pienso en las últimas vacaciones en las que estuve con ella en Escocia y veo cosas que antes no había visto, a las que no les di importancia. Creo que entonces me necesitaba y yo no estuve realmente allí para ella.

—Todo el mundo comete errores, Claire —le dijo al tiempo que le alzaba el rostro y le acariciaba la mejilla con las manos—, lo importante es saber reconocerlos y no volver a caer en ellos. Y ella está aquí ahora, ¿eso no te dice nada?

Sí, por supuesto que lo hacía.

—Espero que te diga que viene dispuesta a patear tu pomposo culo como le hayas hecho un solo rasguño a mi melliza.

Ambos se giraron al unísono al ver a los recién llegados. Vestida con un abrigo color canela y pantalones de vestir borgoña, la bonita y coqueta morena cuyos ojos marrones eran un reflejo de los suyos posaba con las manos en las caderas mientras un hombre de alrededor de los treinta y siete años, con un largo y fino pelo rubio atado en una coleta la cual caía sobre uno de sus hombros y vestido con un atuendo que debía haber hecho saltar todas las alarmas del aeropuerto, la escoltaba arrastrando tras de sí la maleta más colorida que había visto en toda su vida.

—Amanda, a juzgar por el aspecto actual de Claire, creo que está mucho mejor que bien —comentó el hombre a su espalda atrayendo su atención sobre él—. Hola pequeña.

Su voz. Había algo en ella que le resultaba conocido. Pero aquella era la primera vez que veía a aquel hombre; se acordaría de no ser así.

—¿Fin de año? —comentó Naziel a su lado.

El hombre se limitó a encogerse de hombros y señalar a su mujer con un gesto de la barbilla.

—Espera a conocerla —respondió como única explicación.

En aquel inusual juego de pin pon, Claire empezaba a perder de vista la pelota.

—Tú te callas, no pienses que te he perdonado todavía por ocultarme esto —dijo su hermana señalándolos a ambos.

Axel puso los ojos en blanco.

—No te oculté nada, *alada*, simplemente no hiciste las preguntas correctas —le contestó él.

Claire empezó a sonreír sin proponérselo.

—Pues sí, no cabe duda de que sois familia —murmuró mirando a su propio compañero. Entonces se adelantó y abrazó a su hermana—. No hacía falta que cogieses un avión de forma tan intempestiva, pero me alegro mucho de tenerte aquí.

Ella le devolvió el abrazo al tiempo que le susurraba al oído.

—¿Estás bien? Si ese bicho con alas te hizo algo… —murmuró. Entonces se separó para mirarla a la cara. Era curioso que siendo mellizas, apenas se parecieran—. Lo siento tanto, Claire. Pensé que tú no tendrías que pasar también por todo esto, cuando no despertaste cuando yo lo hice… pensó que tú ya no lo harías. No quería decirte que éramos dos bichos raros, suficiente tortura tenías tú ya con ese capullo de Michael…

Sacudió la cabeza y sonrió. Y lo hizo de verdad. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía verdaderamente feliz y satisfecha con su vida.

—Ese tío es historia —aseguró con rotundidad—. En cuanto a todo lo demás… Amanda, Naziel es lo mejor que me ha pasado en la vida. Me ha devuelto muchas cosas que pensé había perdido para siempre y me ha hecho el mejor de los regalos al quererme tal y como soy.

La vio entrecerrar los ojos y mirarla fijamente. Sabía que su hermana estaba buscando alguna pista que le dijese que solo era una disculpa; no la encontró.

—¿Tú le quieres?

Su sonrisa se hizo más amplia, tiró de ella apartándose un momento de los dos hombres, que ya se habían reunido y las miraban y se detuvo.

—Si no lo quisiera, ¿crees que le habría dejado hacerme esto?

Tiró del escote del suéter lo suficiente para dejarle ver la marca sobre su corazón.

—Oh, Claire —murmuró ella. El alivio recorrió su rostro e hizo que dejase escapar el aire —. Por un momento pensé que tendría que matar a mi propio cuñado.

Se echó a reír ante el gesto de horror de su hermana.

—No puedes hacer eso, Amanda —le dijo entre risas—. Amo a Naziel, ahora y siempre, él es mi mundo, mi vida. Lo entiendes, ¿verdad, *hermanita*?

Ella se rio al ver que indicaba a los hombres con un gesto de la cabeza y se llevó un dedo al abrigo, acariciando la zona del corazón.

—Oh, sí, Claire, lo entiendo muy bien —aseguró al tiempo que la abrazaba de nuevo. Entonces se giró hacia los hombres y fingió de nuevo estar ligeramente mosqueada—. De acuerdo, *bicho con alas*, tu mujer te acaba de conseguir un indulto. Mientras la trates como una reina, podrás vivir.

Naziel esbozó una irónica sonrisa ante su concesión y se adelantó para reunirse con ella.

—En ese caso, creo que podré vivir eternamente, ¿no es así, amor mío? —le acarició el rostro con los nudillos.

Ella sonrió llena de felicidad.

—Absolutamente, mi ardiente y celestial ángel.

ÓDIAME HASTA QUE ME AMES

Marcado desde su nacimiento como el Alto Hechicero de su tribu y portador del Gran Espíritu de Fuego, ***Radin*** *sabía que antes o después le tocaría enfrentarse al destino; uno que llegaría a él bajo la figura de la portadora del Gran Espíritu de hielo. Una muchacha que le arrebataría aquello que amaba y lo ataría a su propia maldición.*

Obligado a cuidar y vigilar a una mujer a la que deseaba pero no amaba, cuya existencia los había condenado a ambos al destierro y al infierno sobre la tierra, solo le quedaba una salida… odiarla con todas sus fuerzas.

Marcada como un paria entre los suyos, ***Ankara*** *nació para ser la portadora del Gran Espíritu de Hielo y compañera del Alto Hechicero de Fuego, un hombre que deseaba con todas sus fuerzas la arrancase de aquella tortuosa vida. Pero con el despertar de su espíritu, llegó también la muerte, un aterrador y helado frío que solo la presencia de Radin podía mantener a raya.*

¿Pero qué hacer cuando el único hombre que podía conectarla a la vida se empeñaba en negarle el corazón y recordarle continuamente el odio que su presencia representaba para él?

Con un pasado marcado por el odio y la traición, la soledad y el abandono, dos hechiceros se verán obligados a presentar batalla para dejar el odio a un lado y darle una nueva oportunidad al amor.

PRÓLOGO

Radin no estaba preparado para perderla.

No podía rendirse ahora, no después de luchar durante tanto tiempo. Si ella se iba, todo lo que había hecho no serviría de nada. Los sacrificios, la continua lucha diaria y sobre todo esa horrible culpabilidad que venía arrastrando desde el mismo instante en que la abandonó, acabaría con él para siempre.

Su corazón era un órgano yermo, latía por inercia, llevaba tanto tiempo sumido en esa malsana autocompasión que se negó a reconocer que ella era uno de los pilares principales de su vida.

La odió antes de conocerla. La despreció y utilizó cuando no era nada más que una ingenua e inocente jovencita, la abandonó cuando debería haberla protegido contra todo y todos y la culpó cuando su propia culpa contribuyó a aumentar el odio que sentía hacia su propio destino y hacia el papel que esa mujer jugaba en él.

Ankara había nacido para complementarle, para convertirse en su balanza y equilibrio, pero en lugar de eso ella se convirtió en su penitencia y él en su carcelero.

Miró a su alrededor como si el lugar en el que se encontraban pudiese dar respuesta al tumulto de preguntas que se agolpaba en su mente. La blanca superficie y el espartano mobiliario ya no le sorprendían, a través de los dos gigantescos arcos que formaban las ventanas entraban los primeros rayos de sol de un nuevo día. La espesura del jardín aislaba aquella vivienda privada en las dependencias del Gremio de los *Angely* a la que llegaron una semana atrás. Siete largos días en los que su espíritu luchaba a brazo partido con su propia vida, una batalla que ella perdía con cada nuevo segundo que pasaba y ante la que él se veía totalmente indefenso.

Se sentó al borde de la cama como tantas otras veces en los interminables y pasados días, contempló el pálido rostro, el largo pelo rubio extendido sobre la almohada y las espesas pestañas que cubrían las tersas mejillas. Tenía la piel blanca y helada, el corazón se esforzaba en latir a través de la capa de escarcha que se formaba a su alrededor. *Keezheekoni*, el Gran Espíritu de Fuego que corría por sus venas ya no la reconocía, ella lo rechazaba sin más. Por fin estaba cumpliendo su promesa; su muerte lo dejaría libre.

—No puedes abandonar ahora —rechinó los dientes mientras la miraba con renovado rencor—, no cuando te has encargado de convertir mi vida en un maldito infierno.

Tembló interiormente ante la falta de respuesta de su parte. Ankara no podía hacerle aquello, no podía abandonarle. No se lo permitiría, no viviría en aquel infierno en la tierra él solo.

—¿Quieres que te ame? Pues tendrás que despertarte y rogar por ello, *hechicera* —la desafió llevado por la desesperación—. Tendrás que arrastrarte de rodillas y suplicar, porque todo lo que tengo ahora mismo en mi interior es un enorme y yermo agujero que devora cualquier tipo de piedad o sentimiento hacia ti —la contempló con un odio nacido de la desesperación—. ¿Quieres que cumpla con ese estúpido contrato que me obligaste a firmar? ¡Pues despierta, maldita seas! Despierta y oblígame a ello o te perseguiré hasta el mismísimo infierno y te traeré de vuelta solo para ver cómo viertes lágrimas de sangre.

Y estaba tentado a hacerlo, bajar al mismísimo infierno para recuperar a la única mujer por la que nunca se permitiría sentir nada, pero sin la que sabía no podría vivir. Ella no había hecho

otra cosa que darle problemas, desde el momento en que supo de su existencia, Ankara se convirtió en su propio infierno.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Si los sueños pudieran arrastrar consigo el pasado, Radin no podría volver a cerrar los ojos. Aún despierto resultaba un infierno poder conciliarse con lo que el destino le había obligado a hacer, con lo que ambos habían hecho.

Ella permanecía ajena a todo el tumulto que se generaba a su alrededor, la inconsciencia la había reclamado hasta tal punto que no despertó ni siquiera cuando se vio obligado a dejar que su espíritu consumiese el hielo que empezaba a extenderse por su cuerpo. Ankara estaba muy lejos de él, sujeta solo por el vínculo que los unía y contra el que tantas veces había luchado. La palidez de su piel se veía realzada por la blancura de las sábanas, el revuelto pelo rubio trenzado caía sobre su pecho como un delicado adorno, pero eran sus pestañas, pálidas, casi transparentes, las que demasiado a menudo encontraba encerradas en hielo. Pequeñas estrellas de escarcha que formaban un delicado abanico de nieve sobre sus mejillas.

Le apartó el pelo del rostro y dejó que los dedos resbalasen por la ahora tibia piel.

—¿Cómo sigue? ¿Se ha despertado?

Retiró la mano como si le hubiese quemado y se giró hacia el recién llegado al tiempo que volvía a instaurar una necesaria distancia con ella.

—No —respondió con firmeza. Se apartó de la cama y le miró. Naziel vestía con su usual atuendo negro, un brusco contraste con la blancura dorada de sus alas plegadas a la espalda. El *Arconte* seguía tomándose su tarea de *Vigilante* con ellos, como algo personal.

Le siguió con la mirada mientras caminaba hacia el lecho, sus alas formaban una perfecta cobertura a su espalda y ni siquiera tocaron el suelo cuando se inclinó para repetir el gesto que él mismo había hecho segundos atrás.

—La consume —murmuró. Alzó la mirada y se encontró con la suya—. Poco a poco, su corazón se va llenando de escarcha y cuando lo haya cubierto todo…

Apretó los dientes y le dio la espalda abandonando el dormitorio para salir al jardín que se extendía más allá de la privada habitación.

—Radin…

No quería escuchar nada en referencia a ella, así que optó por cambiar de tema.

—¿Habéis averiguado algo sobre ese pergamino? —preguntó sin girarse siquiera. Podía sentir la presencia del ángel así como el poder que rodeaba a aquella parte del Gremio en el que estaban alojados—. ¿Quién envió esa invitación? ¿Por qué a mí?

El pentagrama con varios símbolos antiguos que encontró las navidades después de que alguien lo introdujese por debajo de la puerta de su casa se había convertido en una obsesión. Según su antiguo *Vigilante*, Axel, se trataba de una invitación, de una revocación de la proscripción que los había hecho abandonar primeramente su lugar de nacimiento; un indulto que solo le concedían a él. Pero había más, mucho más detrás de las marcas impresas en el

antiguo pergamino y Boer lo sabía; ese maldito *Devorador de Pecados* sabía mucho más de lo que decía.

‹‹Puede ser tanto un indulto como una nueva condena, Alto Hechicero. El sacrificio es lo único que inclina la balanza hacia un lado u otro. ¿A cuál? Solo el destino lo sabe››.

Palabras. Vanas palabras que traían consigo nuevas preguntas sin resolver.

—Axel es la mejor oportunidad que tienes para desentrañar ese misterio, Radin —le respondió por fin—. Dale tiempo.

—¿Tiempo? —bufó. Se giró hacia él—. Tiempo es lo último que ella tiene. Lo único que no puedo permitirme, Naziel. Un día —insistió con fiereza—, veinticuatro malditas horas. Si para entonces no ha encontrado una respuesta, iré al único lugar en el que no podrán negarse a dármela.

Los ojos de su *Vigilante* se oscurecieron.

—Te las negarán —aseguró con firmeza—. Y no solo eso, ni siquiera te darán la oportunidad de preguntar. Estás proscrito, Radin, si quieres que te maten, procura buscar un motivo más inteligente.

—No me subestimes, no tienes la menor idea de lo que estoy dispuesto a hacer bajo el razonamiento adecuado.

El ángel le señaló la habitación con un gesto de la barbilla.

—¿Y qué pasará con ella si tú no vuelves? ¿Crees que sobrevivirá?

—¿Y tú? Ambos sabemos que su vida se termina —rezongó—. ¿Qué diferencia hay entre hacer algo estúpido ahora o después?

Su interlocutor resopló.

—No hagas que su sacrificio sea en vano —insistió—, está dispuesta a darte la libertad.

—No la quiero —siseó—. No quiero su maldito sacrificio, no quiero la maldita libertad… la quiero conmigo. Quiero que sienta lo que yo he sentido, quiero que sufra lo que yo he sufrido… quiero que camine a mi lado en este maldito infierno. No la dejaré ir, no le daré esa clase de libertad. Jamás.

—Ella no nació para convertirse en tu infierno, Radin.

—No, lo hizo para ser parte de mi maldición.

Y lo era, Ankara era parte de un destino que despreció desde el mismo momento en que supo de su existencia. Por ella perdió su bien construida vida, renunció a un futuro lleno de promesas y felicidad y quedó a la deriva, lanzado a un abismo sin fin que lo arrancó de sus raíces y lo marcó como proscrito.

Las palabras de su abuela, la *kietaii* o sabia del clan Chezark, una de las ramas supuestamente extintas de los Kwakiutl; una tribu amerindia oriundas del noreste del país que solía morar entre el río Inlet y el norte de Vancouver, resonaban en su memoria como si acabase de susurrárselas al oído.

Las leyendas y las profecías estaban arraigadas a su cultura, incluso en pleno siglo veintiuno, los miembros con vida de la tribu se aferraban con fuerza a las raíces sobrenaturales que les daban vida. Él lo sabía mejor que nadie ya que era el Alto Hechicero de Fuego del clan, el emisario de *Keezheekoni*, el Gran Espíritu del Fuego y aquel destinado a despertar y contener a la portadora de *Chilaili*, el Gran Espíritu del Hielo.

‹‹TRIBU KWAKIUTL, CLAN CHEZARK››.

SEIS AÑOS ATRÁS…

El humo de la pequeña fogata que la ‹‹kietaii›› había encendido a la orilla del río Inlet se elevaba en una fina columna blanca en dirección al cielo, el olor del pescado cocinándose entre las brasas se coló por sus fosas nasales haciendo que le sonasen las tripas. La vieja lo había arrancado —como tantas otras veces a lo largo de la última semana—, de la cálida cama de su amante para que la acompañase en su viaje nocturno; según ella era cuando los espíritus hablaban al hombre.

Ante el recuerdo del blando y cálido cuerpo de Keira, Radin solo podía esperar que su abuela terminase cuanto antes con lo que quiera que le hubiera traído allí para volver a tumbarse a su lado, y quizá introducirse una vez más entre sus muslos.

La conocía desde que llevaba pañales y nunca había pensado en ella como algo más que la hija del comerciante; hasta ahora. Al igual que él, ella había sido educada en el mundo occidental. La imagen que tenía de ella era la de una adolescente algo coqueta y simpática que a menudo estaba rodeada de muchachos; un recuerdo que cambió semanas atrás, cuando la vio en el umbral de la tienda de su padre. La mocosa que él recordaba se había convertido en una mujer atractiva y risueña, una a la que no dudó en prestar toda su atención.

Por su parte, ella no dudó en corresponder a sus atenciones desde el primer momento, su vena fogosa y aventurera encajaba perfectamente con la suya; no tenía más que remitirse al recuerdo de la noche en la que se metió en su cama y le hizo una mamada sin haber preguntado siquiera su nombre. Un comienzo un tanto peculiar que los llevó a salir de entre las sábanas e interactuar durante el día. No tardó en descubrir en ella una mujer educada e inteligente —generosa y con un peculiar sentido del humor—, que muy pronto lo tuvo comiendo de su mano.

Llevaban juntos los últimos dos años y empezaba a pensar que ya era hora de dar el siguiente paso en su relación. La amaba. Así de sencillo y estaba decidido a formar una familia con ella.

—Dime, nieto, ¿los espíritus te hablan?

La pregunta lo llevó a prestar atención a la mujer. No era la primera vez que escuchaba tal cuestión de sus labios. Como el aprendiz de la kietaii de la tribu y portador de la marca que lo señalaba como el próximo Alto Hechicero de Fuego, le fue inculcada desde su más tierna infancia la necesidad y el deber de aprender todas las costumbres e incluso los ritos que los más ancianos todavía llevaban a cabo. Sin embargo, no podía evitar que sus raíces chocaran estrepitosamente con la educación moderna y universitaria que había recibido fuera del ámbito en el que había nacido.

En realidad, Radin llevaba años alejado de la tribu, viviendo en el campus de la UBC, la University of British Columbia en la que cursaba la carrera de Antropología. Su regreso a casa se había reducido considerablemente tras la muerte de su madre seis años atrás. Con excepción de su abuela, y ahora Keira, no había nada que retuviese su alma en aquel lugar.

—No se han dignado ni en presentarse para una partida de póker, abuela —aseguró con cierta ironía.

La mujer dejó caer la delgada varilla de madera que siempre llevaba en las manos sobre su pantorrilla con fuerza inusitada. El agudo quejido que emergió de sus labios solo contribuyó a hacerle sentir estúpido.

—Gracias, abuela, yo también te quiero —rezongó frotándose el lugar que le escocía. No dejó de vigilarla por si deseaba repetir el golpe.

Ella se limitó a escupir al fuego.

—No me sorprende que los espíritus no te hablen si les contestas de forma tan irreverente

—declaró sin dejar de mirar la lumbre—. Tienes que empezar a mostrarles el debido respeto, Radin, ellos dejarán caer sobre ti su bendición antes de que la nueva cosecha esté lista para ser recogida.

Sus palabras le provocaron un estremecimiento. Podía no estar muy en sintonía con la cultura y creencias de su pueblo, pero su abuela no había fallado en toda su vida una predicción.

—¿Qué te han mostrado los espíritus, kietaii? —su tono se hizo más serio.

La mujer removió las brasas, retiró el pescado ya asado y con dedos diestros empezó a desmenuzarlo en un cuenco de madera. No dejaba de asombrarle como aquellas curtidas manos ni siquiera notaban el calor que emanaba de la humeante cena tardía.

—La llegada del final de muchos y el comienzo de unos pocos —declaró sin dejar su tarea hasta haberla finalizado—. Los espíritus entonan el cántico del fuego y el hielo. Pronto Keezheekoni y Chilaili despertarán.

Un nuevo estremecimiento lo recorrió a la luz de sus palabras. Había una antigua profecía que hablaba de ello, de los poseedores de los Grandes Espíritus del Fuego y el Agua, de la luz y la oscuridad y cómo estas se consumían la una a la otra en perfecta armonía.

—Chilaili ha renacido entre los Hailtzuk, como el fuego renació entre los Kwakiutl —murmuró. Su voz había adquirido el tono de las narraciones, un timbre lejano que hacía que le prestase toda la atención—. Pero el fuego es fuerte y el hielo frágil, una mortaja rodea el sendero que me han mostrado los espíritus.

Le acercó el cuenco de madera para que pudiese coger un pedazo del pescado. Sabía que no podía despreciarlo, pues sería interpretado como una falta de respeto.

—¿Los Hailtzuk? ¿No es la tribu situada cerca del canal Gardner? —Intentó hacer memoria. Conocía cada una de las tribus por sus nombres y ubicaciones, aunque poco más. Su propia gente no era muy dada a las relaciones sociales si podían evitarlo, se limitaban a comerciar, cultivar la tierra y ejercer la pesca.

Los ojos claros de su abuela, ya de por si misteriosos, se volvieron mucho más bajo la luz de la lumbre.

—Sí —confirmó y clavó sus ojos en los de él—. Podrás reclamarla tan pronto como los espíritus decidan iluminar esa cabezota tuya y despertar el fuego de Keezheekoni.

Se atragantó. Tuvo que toser varias veces y aceptar la cantimplora de agua que le tendió para tragar el bocado de pescado. Su rostro estaba sonrojado por el esfuerzo.

—¿Perdón? —dijo en un ahogado quejido. Tragó para aclararse la garganta—. ¿Reclamar a quién?

La mujer chasqueó la lengua y se tomó un momento para disfrutar de un nuevo bocado del pescado.

—A tu mujer, por supuesto —le dijo como quien hablase del tiempo—. La Alta Hechicera del Hielo, la portadora de Chilaili, está destinada a mezclar su sangre con el Alto Hechicero del fuego y portador de Keezheekoni. Oscuridad y luz. Un equilibrio eterno.

Extendió sus manos como si quisiera protegerse de sus palabras al tiempo que sacudía la cabeza.

—No, no, no —negó rotundamente—. Nada de eso, abuela. Yo ya tengo mujer, ¿recuerdas? Y tengo intención de casarme con ella… en breve a ser posible.

Ella emitió un sonido despectivo con la garganta.

—Sí, tienes mujer —concordó con total parsimonia—. Y no, no es esa nutria con cara de pescado.

Sacudiendo la cabeza, se puso en pie.

—Esto es absurdo —aseguró sacudiéndose los vaqueros—. Mira abuela, dentro de dos semanas regreso al campus.

La anciana negó de nuevo con la cabeza.

—No, no lo harás —aseguró, dejando el cuenco a un lado y estirando las manos hacia el fuego para calentarse—. Si crees que vas a poder dominar el espíritu del Keezheekoni tan pronto, es que eres más tonto que tu padre. Y él era inteligente o eso creía el imbécil.

Antes de que pudiese decir algo para contradecirla, volvió a la carga.

—No seas tan necio para entregar tu corazón a la mujer equivocada, Radin —le dijo con firmeza—, no es realmente tuyo para disponer de él. Y su dueña lo necesitará para mantener el hielo a raya.

Se tensó. El poder que vibraba en sus palabras era demasiado fuerte como para no reparar en él y con todo, no deseaba escuchar; hacerlo dolía demasiado.

—Amo a Keira, abuela y para mí ella es la única mujer —declaró con firmeza—. Guarda tus supercherías para quien sí desee escucharlas y déjame a mí en paz.

Ella dejó escapar un cansado resoplido y sacudió la cabeza.

—Terco y estúpido como tu padre —rezongó. Entonces chasqueó la lengua como hacía cada vez que lo reprendía y se concentró en atizar el fuego—. Solo reza para que no corras la misma suerte que él.

No pudo evitar dar un respingo al escuchar sus palabras. Su padre había perdido al que había sido el amor de su vida cuando era apenas un muchacho, y aunque después volvió a casarse con su madre y lo tuvieron a él. Ella siempre decía que aunque él la amaba, no poseía su corazón, ya que este había muerto con aquella a quien le pertenecía.

El vuelo rasante de un ave lo arrancó de su viaje al pasado y lo obligó a encarar una vez más al presente. El pájaro se posó en uno de los arbustos en flor del jardín y trinó mientras mecía las ramas en las que se posaba, su plumaje de color gris y papada roja atrajo su atención.

—Es un mensajero.

Echó un vistazo por encima del hombre en dirección a su amigo.

—¿Mensajero?

Una breve mirada hacia el interior de la habitación dónde descansaba ella lo hizo encogerse por dentro.

—¿No es esa la creencia de tu tribu?

Su tribu tenía demasiadas creencias, todas ellas atadas a las más rocambolescas situaciones y ninguna parecía ser lo suficiente buena para ese momento.

—El *Wanig Suchka* entona su canto, un particular cántico para las almas moribundas, aquellas que no han podido reclamar lo que les pertenece —murmuró recitando las palabras de su abuela como si las pudiese escuchar todavía en su mente—. Un corazón que debería ser suyo y que ya no poseo.

No, ya no lo tenía. Este se había quedado con Keira, arropado en las suaves y tiernas manos de la mujer a la que amaba y que se llevó todo dejándole a esta criatura a la que pertenecía su espíritu, tan solo migajas.

—Supongo que es una suerte que no crea en tales supercherías —resolvió. Dio media vuelta dispuesto a volver a la habitación pero las palabras del *Vigilante* lo detuvieron.

—No deja de ser curioso que tú, de entre todas las personas, digas eso —chasqueó Naziel

—, especialmente después de haber luchado con uñas y dientes por no perecer al despertar del Gran Espíritu del Fuego que corre por tus venas.

Se tensó ante la certera puñalada lanzada por su *Vigilante*.

—¿Alguna vez te paraste a pensar lo que tuvo que ser para ella ese preciso momento? —lo acicateaba sin piedad—. Tu despertar inició el suyo…

Sí, y había estado con ella durante aquellos agónicos momentos, vinculado sin saberlo mientras el infierno se desataba en su interior y rogaba por una piadosa muerte.

CAPÍTULO 2

‹‹TRIBU KWAKIUTL, CLAN CHEZARK››.
SOLSTICIO DE VERANO…

Se estaba quemando. Ardía tanto por dentro como por fuera. La agonía era tal que le sorprendía no haber muerto todavía. ¿Qué día era hoy? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que sintió aquel ahogamiento en su interior?

Radin tenía verdaderos problemas para encontrarse a sí mismo, a duras penas era consciente de su nombre o del lugar en el que se encontraba. Sus gritos, si es que eran realmente suyos, resonaban en su cabeza y se mezclaban con los de otra voz; una femenina. En un momento sentía como el fuego le consumía los huesos y al siguiente, ese fuego se tornaba en un doloroso hielo, mucho más cruel y fiero que su propio calor.

Se agitó sobre la dura cama que no era otra que el suelo, raspó las palmas de las manos con la alfombra sobre la que lo habían dejado y apretó los dientes cuando una nueva ola de fuego le abrasó las entrañas. La mano que de vez en cuando sentía sobre la frente era todo lo que evitaba que su cuerpo se alzase del lecho y rodase por el duro suelo. Jadeó e intentó respirar a través del agónico calor.

—Respira, muchacho, respira. —La ajada voz de mujer intentó penetrar en su confundida mente—. El espíritu Keezheekoni es fuerte, pero tú lo eres mucho más. Eres su Alto Hechicero. Déjale entrar y sométele a tu voluntad. Permítele hablarte y recuerda lo que te dice. Él será tu guía, tu tótem.

Sacudió la cabeza. No sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados, extendió una mano en una muda súplica de ayuda. Señor, tenía que estar muriéndose, no había otra explicación.

—No luches, Radin —insistió la voz, sintió una huesuda mano sosteniendo la suya—. Déjale entrar, únete a él y reclámalo.

Un nuevo grito resonó en su mente y el dolor y el terror que sintió en esa voz lo hizo encogerse sobre sí mismo. Notó cómo le rechinaban los dientes, miles de agujas clavándose en su estómago sin más descanso que el frío ardor que lo acompañaba.

—Me está matando —gimió. Su propia voz sonaba extraña—. No puedo soportarlo, duele… dioses, duele…

Empezó a temblar, inconscientemente todo su cuerpo vibraba en reflejo a esa otra sensación que se sobreponía por momentos al fuego que lo consumía. Escuchó por encima de su acelerada respiración una baja letanía; una que reconoció. Cuando era niño, aquel cántico era la única cosa que conseguía calmar sus pesadillas y alejar a los malos espíritus permitiéndole descansar.

—Abuela —gimió cuando otra ola de abrasador calor lo recorrió de pies a cabeza, calcinándole las entrañas—. No puedo más… me duele… el calor… y ese helado frío… no lo resisto.

Volvió a sentir la huesuda mano esta vez posándose en su pecho, manteniéndolo quieto a pesar del brusco temblor de su cuerpo.

—La oscuridad está luchando su propia batalla, el Pájaro de Nieve ha despertado también. No hay luz sin oscuridad, ni oscuridad sin luz. No puede despertar Keezheekoni sin traer consigo el alzamiento de Chilaili —murmuró, pero sus palabras no tenían mucho sentido —. Concéntrate en ganar tu propia contienda, no es el momento para pelear otras batallas. Ya habrá tiempo para que luches por ‹‹ella›› más adelante, por ahora, concéntrate en ti mismo.

‹‹Ella››. Los ojos color avellana de la mujer que amaba surgieron de lo más profundo de su mente. Su dulce e inteligente Keira. Le había pedido matrimonio el día anterior… ¿O fue el anterior a ese? No sabía el tiempo que llevaba sumido en tal estado, las horas y los días no tenían cabida en ese ardiente infierno. ‹‹Mi mujer››. Ella había aceptado convertirse en su compañera, en su esposa.

Un nuevo y agónico grito irrumpió en su mente rompiendo toda clase de pensamiento, el dolor se propagó por su sistema hasta el punto de que dejó de sentir ese abrasador calor y empezó a ahogarse en un frío atroz. No podía respirar, podía sentir cómo todo su cuerpo se congelaba poco a poco, cómo los pulmones se cubrían de escarcha y el latido de su corazón disminuía.

—¡No!

La aguda voz de su abuela traspasó el entumecimiento y se filtró en su maltrecho cerebro.

—No es el momento, Radin. —Ella parecía molesta, su tono de voz no auguraba nada bueno; era el mismo que utilizaba de niño, cuando hacía alguna travesura—. Llama al fuego, abraza tu espíritu y envuélvete en él. Tienes que mantenerla al margen, todavía no es el momento de que unas tu destino al suyo. El reclamo no ha de ser presentado hasta que ambos contengáis vuestros dones, hasta que los Grandes Espíritus se hayan fusionado por completo con sus avatares.

Calor. Sí. La idea de tostarse al sol en la arena de alguna playa le parecía de lo más apetecible, pero esa voz lejana seguía gritando de agonía, llorando y rogando que llegase el fin. Sintió lástima, le dolía el corazón ante la desesperanza que escuchaba en su voz.

—Quiere morir… —se encontró diciendo en voz alta—, duele… nos… duele.

El cántico incrementó la intensidad, casi podía jurar que alguien lo estaba cantando pegado a su oído.

—Llama al fuego —la voz de su abuela se superpuso a todo lo demás—. Aléjate de ‹‹ella››, no es el momento… ya habrá tiempo para que sufras por los dos. Ahora llama al fuego y déjala ir…

Cerró los ojos o creyó hacerlo. Ni siquiera estaba seguro de si los tenía abiertos. Respiró profundamente y se obligó a alejarse de aquel ser solitario y agónico que lo llamaba, que lo buscaba con desesperación. Se obligó a darle la espalda y alejarse, el cansancio era demasiado para pensar en nada más que dejarse ir, necesitaba calor, solo quería un poco de calor y quizá después podría pensar en hacer algo por su agonía.

—Llama a tu espíritu, muchacho —le repetía en incansable letanía—. Llama a Keezheekoni, dale la bienvenida y abrázale.

Claro, que alguien le diese un número de teléfono y lo haría. Demonios, tenía que estar más allá del punto de no retorno si bromeaba en momentos como ese de sí mismo.

—Déjale entrar, permite que te complete. —Las palabras se confundían, perdiéndose en la lejanía—. Abraza quién eres, Radin, abraza tu destino, Alto Hechicero.

Iba a morir, no le quedaba la menor duda que terminaría muriéndose porque nada haría que aceptase la absurdez de aquello como algo real y a pesar de ello, se estaba quemando.

Sí. Iba a morir y estúpidamente aquella idea le pareció bien.

Radin sacudió la cabeza en un intento por dejar atrás el pasado, parpadeó varias veces y se obligó a recorrer los alrededores con la mirada como si necesitara convencerse a sí mismo de que ya no estaba allí, que su cuerpo ya no ardía con los mil fuegos del infierno, pero no era capaz de quitarse esa agónica sensación de encima, perforándole el alma como lo había hecho tanto tiempo atrás.

—El peso de los recuerdos puede ser tan abrumador como el de los pecados. —La voz de Naziel penetró en él. Se giró y se encontró con su mirada, pero no le vio realmente pues su mente seguía anclada en el pasado y en lo que aquel único momento había traído consigo.

‹‹¡Ella es la única culpable! ¡No te vayas, Radin! ¡Deja que otro se encargue de lo ocurrido! No nos compete… por favor, mi amor… quédate conmigo››.

Apretó con fuerza los ojos mientras cerraba las manos en apretados puños. Estaba temblando, pero no sentía frío, solo arrepentimiento por el daño que le había hecho a ella. A ambas.

—Déjalo ir, Radin.

El tono de voz unido al peso de la mano sobre su hombro lo sacaron de golpe del trance en el que lo envolvieron sus recuerdos.

—De nada sirve revivir el pasado cuando es el presente quien llama a tu puerta.

Se alejó de su contacto, caminó casi a ciegas con una única necesidad en mente, la misma que había encontrado en su alma en aquella primera toma de contacto; Ankara. Ella seguía dormida, acogida en la bendita inconsciencia que la alejaba de los agónicos recuerdos que poblaban ahora su mente y por primera vez en mucho tiempo dio gracias por ello.

Él había conseguido pasar el tránsito. El agónico infierno al que tuvo que enfrentarse durante casi cinco días con sus noches lo dejó exhausto, su mente a duras penas sobrevivió a la experiencia pero al amanecer del sexto día, el Espíritu del Fuego se doblegó a su voluntad.

Aquel episodio lo marcó, cambiándole en muchos aspectos. Durante el año siguiente a su despertar, se vio obligado a dejar la universidad y aceptar que las profecías y todo aquello en lo que creía su abuela era real. No sin esfuerzo, tuvo que aceptar la realidad que corría ahora por sus venas y que acompañaba a cada deseo generado por su voluntad. En un abrir y cerrar de ojos había pasado de ser un despreocupado y joven universitario a convertirse en el Alto Hechicero de su tribu, un cargo que no venía precisamente con manual de instrucciones. El ordenado mundo que conocía mudó de la noche a la mañana, lo irreal pasó a ser realidad y la realidad dejó de existir tal y como la había concebido.

Tenía que reconocer que fue un infierno de alumno. A los tres meses de adquirir su *don* fue tajantemente expulsado a las montañas; era eso o convertir todo el poblado en cenizas.

¿Cómo le explicas a alguien que, a pesar de haberse criado en la cultura de su pueblo, no cree en el mundo sobrenatural, que este existe? Y no solo eso, sino que además ahora formaba parte de él. No puedes. Tienes que dejar que se entere por sí mismo.

Y eso fue a lo que él se expuso, vaya si lo hizo. Por suerte para él, su abuela había estado allí para guiarle y servirle de apoyo cuando todo a su alrededor parecía desmoronarse.

‹‹¿Lo has entendido, patán o debo buscar un palo más grande y darte en la cabeza con él?››.

No pudo evitar estremecerse de dolor ante el recuerdo de la anciana. En lo más profundo de su interior sentía una enorme pena por no haber podido despedirse de ella. Para cuando su alma decidió cruzar el puente, él ya era un proscrito condenado a vagar como un nómada sin poder volver a poner los pies jamás en su tierra natal.

—No llames al pasado —insistió Naziel, quien ahora ocupaba el umbral del jardín—, tienes el presente aquí mismo.

Negó con la cabeza, más en referencia a sus propios pensamientos que a las palabras del *Vigilante*.

—Ella es el pasado —declaró sin dejar de mirarla desde los pies de la cama—. Pobre niña abandonada, quizá hubiese sido mejor para ella haber muerto la noche en que despertó. Al menos se habría librado de mí.

Naziel se limitó a contemplar a la pareja en silencio, sabía que nada de lo que pudiese decir serviría de consuelo al hechicero. Radin estaba sumido en sus propios recuerdos, recuperando un pasado que se había esforzado por enterrar en lo más profundo de su alma. Si bien él no había estado allí en el momento en que comenzó el destino de la pareja, no era ajeno a la historia que los rodeaba a los dos. Axel había sido entonces el encargado de la vigilancia de los dos próximos Altos Hechiceros, el poder que se suponía alcanzarían esos dos humanos había preocupado lo suficiente al Gremio como para que dispusieran que un *Angely* se hiciese cargo de su custodia.

Radin fue el primero en despertar al viejo espíritu del fuego, *Keezheekoni* no fue un adversario fácil pero el joven hechicero había logrado controlarlo a base de tenacidad. Ankara, por otro lado, nació prácticamente como una proscrita, estigmatizada como la portadora del viejo espíritu del hielo; la Alta Hechicera de Hielo. Esa marca había convertido su vida en una existencia solitaria, los miembros de su propia tribu tenían demasiado miedo de ella como para permitirle más libertad que la de un pedazo de tierra en el que morar y la compañía de una mujer a la que se le encargó su crianza y manutención.

Y entonces, con dieciséis años recién cumplidos, la pequeña y desgarbada muchacha se encontró luchando por su vida al mismo tiempo que Radin luchaba por la suya en un intento de aceptar el destino que los señalaba como los Altos Hechiceros y portadores de los Grandes Espíritus. Naziel recordaba aquellos días más por el nerviosismo y el mal humor que había rodeado a su hermano, Axel, que cualquier otra cosa. Como *Vigilante* de los dos humanos, el *Angely* se había visto obligado a estar presente durante la transición. Él fue quien le contó tiempo después entre rabiosas acusaciones hacia el destino y el libre albedrío que mientras Radin estuvo atendido en todo momento por la vieja *kietaii* de la tribu, la joven y vulnerable muchacha había sido dejada completamente sola durante los cinco días con sus noches en los que se debatió entre la vida y la muerte. Un frío tan aterrador como mortal se había apoderado de su cuerpo, congelando cada uno de sus órganos, obligándola a luchar y arañar la superficie de la conciencia en su necesidad por vivir. Mil veces él la escuchó suplicar por una muerte que no llegó, mil más le rogó al propio Angely que la salvase, que le sostuviese la mano y la alejase de la aterradora soledad en la que se encontraba, pero al igual que él mismo, o cualquier otro vigilante, no podía interferir en el destino de sus protegidos; su cometido era únicamente el de observador.

Axel había narrado ente dientes cómo los sueños se habían transformado en pesadillas durante su delirio, cómo el frío pasó a convertirse por momentos en un insoportable calor que la consumía y sus gritos se mezclaban con los del propio universo. Ella rogó, suplicó, lloró hasta que no le quedaron lágrimas y cuando la bendita oscuridad por fin se animó a reclamarla, volvió a despertar, dueña de un inestable poder que trajo consigo como regalo la más horrible de las tragedias.

—Sí, fue realmente una pena que no formara parte de los cuerpos congelados que le

dieron la bienvenida nada más abrir la puerta de esa destartalada choza en la que la abandonaron a su suerte.

Aquella dura declaración atrajeron los ojos del hechicero sobre él.

—Su despertar no fue el único que trajo consecuencias.

No, no lo había sido. El despertar del poder del Alto Hechicero había traído consigo los animales muertos y calcinados con los que el joven se encontró al abandonar la cueva en la que la vieja *kietaii* lo había mantenido durante toda la transición. Un precio muy pequeño comparado con las vidas que Ankara había segado al otro lado del río y por el que sabía Radin se sentía también responsable.

—No fue tu despertar el que trajo consigo el diezmo de la tribu Hailtzuk —le recordó. No podía permitir que siguiese culpándose a sí mismo por los pecados de su compañera—. El Consejo de Ancianos decidió indultar su falta.

—Fue indultada porque esos malditos viejos pensaron que matarla traería consigo incluso más muerte que su despertar.

Se encogió de hombros, no pensaba decirle que la muchacha había sido indultada porque Axel así lo exigió. Ankara tenía un cometido en la vida y estaba unido íntimamente a su relación con Radin.

—Ankara solo es culpable de nacer, de resultar elegida para padecer el infierno sobre la tierra —continuó sin dejar de observar a su protegido—, la misma culpabilidad que muy bien podría haber caído sobre tus hombros.

Radin volvió a darle la espalda, se acercó a la cama y se inclinó sobre la mujer inconsciente para tomar una blanca mano cuyos dedos habían empezado a ser acariciados por la escarcha.

—Ya lo ha hecho, Naziel —declaró—. Ella y yo compartimos el mismo pecado y la misma condena en un infierno del que es imposible escapar.

Mal que le pesara, esa era una verdad que no podía discutir, no cuando dicha condena distaba mucho de estar por terminar.

CAPÍTULO 3

Radin cerró el viejo y ajado libro con un golpe seco y resopló, le dolían los ojos del tiempo que llevaba leyendo a la luz de un par de malditas velas; era absurdo cómo el Gremio se empeñaba en mantener esas estúpidas tradiciones cuando cualquiera de ellos podía traer luz con un simple chasqueo de los dedos. No era capaz de conciliar el sueño, cada vez que cerraba los ojos, aunque fuese solo un instante, lo asaltaban los recuerdos y el permanecer como un centinela al lado de esa mujer no hacía sino enardecer su rabia, despertando una imperiosa necesidad de sacudirla y obligarla a despertar.

Se moría, la estaba perdiendo y no estaba dispuesto a permitir tal cosa. Ankara no podía dejarle de aquella manera, no podía liberarse y continuar adelante sin él.

Empujó el libro a un lado como si de esa manera pudiese deshacerse también de los problemas, de la impotencia que poco a poco lo consumía. La gastada hoja de papel llena de tachones permanecía a un lado, un mudo recordatorio de lo que accedió a hacer por ella; la estúpida lista de requisitos que Ankara se las ingenió para conseguir junto con el contrato de la Agencia Demonía. Un contrato que debía haber terminado con el amanecer del tercer día, pero que permanecía en suspenso a falta de la resolución de la tercera noche de Pacto, el último y el más ferviente de los anhelos que habitaban en su corazón.

‹‹Llévame a casa››.

Durante los casi tres días que estuvo vinculado a ella por medio de ese estúpido contrato le concedió cada una de sus peticiones, pero ni una sola vez pensó que hablase en serio cuando le dijo que deseaba volver a casa. Ambos estaban proscritos, condenados a vagar eternamente como nómadas sin hogar, con una pena de muerte y destrucción si alguna vez se les ocurría poner un pie de nuevo en las tierras de sus ancestros. Pero ella quería regresar a sus orígenes, había estado decidida a hacerlo por sus propios medios y cerrar así el círculo que había dado comienzo con su primer encuentro, el mismo fin que pensaba le concedería el indulto a tan injusta condena.

—Te has empeñado en concederme algo que no quiero —musitó hundiendo la cabeza en las manos con gesto agónico—, ¿es este tu castigo por quedarme a tu lado para recordarte el infierno en el que nos sumiste y observar tu infelicidad por arrebatarme lo que más quería, *hechicera*?

Si era así, era un castigo que llegaba demasiado tarde.

‹‹TRIBU KWAKIUTL, CLAN CHEZARK››.

CINCO AÑOS ATRÁS…

—Bien, ahora que por fin te has despegado de la cama de tu amante, podrás prepararte y cumplir con tus deberes —lo interceptó la anciana kietaii en el umbral de su cabaña—. Ha llegado la hora, el día elegido por los dioses ya está aquí.

Radin no tuvo problema en comprender de qué hablaba. Su abuela no había dejado de recordárselo una y otra vez durante las últimas semanas.

—Buenos días a ti también, abuela —la saludó con educación—. ¿Has desayunado? Yo

todavía no y me muero de hambre.

La mujer emitió un bajo bufido.

—Tu estómago puede esperar, ella no.

La inflexible respuesta sacó su vena tozuda. Estaba cansado de escuchar sandeces, él ya tenía una mujer y no necesitaba otra.

—No voy a reclamar a esa mujer, abuela. —Una rotunda negativa que no tardó en brotar de sus labios. Ni siquiera la mirada de la mujer que lo había criado tras el fallecimiento de su madre podía hacer que aceptase tal sinsentido.

—Es tu destino.

Arqueó una ceja y le dedicó una mirada desdeñosa.

—En absoluto —se negó una vez más. Entonces señaló hacia el otro lado del poblado, dónde su prometida reía mientras ayudaba a las mujeres a prepararlo todo para la fiesta de la cosecha de ese año—. Ella es mi destino, abuela. Keira. Ella es la mujer con la que voy a casarme en menos de un mes, todo lo demás es… superfluo.

El bastón, que desde hacía un año le servía de apoyo a la anciana, golpeó el suelo con fuerza.

—Te lo dije, Radin, te lo dije, muchacho —insistió con un resoplido—. Esa hembra puede haber sido tu pasado, puede ser incluso tu presente, pero no será tu futuro.

La insistencia de la anciana empezaba a molestarlo. No quería ser irrespetuoso con ella, era la única familia viva que le quedaba, pero tenía que darse cuenta que no era un niño de pecho. A los veintisiete tenía más que hecha su vida y ahora más que nunca sabía que esta no se encontraba entre los muros invisibles del poblado; no después de todo lo ocurrido durante el último año.

Bajó la mirada a sus manos y sintió el fuego lamiéndole los dedos, no había muestra física de ello, pero lo sentía. Un nervioso cosquilleo, la tensión en la boca del estómago y el peso en el pecho, si cerraba los ojos y se concentraba un poco podía traspasar ese calor al exterior y hacer arder cualquier cosa que estuviese alrededor. Los últimos doce meses fueron intensos y concentrados a su aprendizaje, a estabilizar su poder y extraer conocimiento de todo aquello que lo rodeaba. Como Alto Hechicero se le permitió acceder a un nuevo peldaño, los secretos de sus ancestros recabaron en sus manos y en su alma, el poder y los dones de una tribu atada a la tierra y a la naturaleza le fueron descubiertos y con ellos llegó una comprensión del mundo que nunca antes creyó posible.

Su bien construida vida se había venido abajo, se vio obligado a hacer a un lado todas sus creencias y aceptar que existía mucho más allá de lo que se veía a simple vista.

Su mirada traspasó a la anciana y cayó sobre la mujer que le había robado el corazón. Curvó los labios instintivamente al ver su regocijo reflejado en el aura de vibrante color dorado que la envolvía; un pequeño don que había llegado con sus nuevas responsabilidades. Era capaz de ver el aura de las personas, cuanto más vivo y brillante era el color, más auténtica era el alma que la poseía. Las auras oscuras o pálidas pertenecían a gente carente de vida, depresivos o en el caso de ser negras, carentes de escrúpulos. Keira era su futuro, el único que contaba para él, no había nadie más.

Sacudió la cabeza y volvió su atención a la mujer que permanecía junto a él.

—Abuela, siempre te he respetado y no quisiera que eso cambiase ahora —le dijo con firmeza—. Te estoy más que agradecido por todo lo que has hecho por mí, por acompañarme durante la transición y enseñarme… todo. Pero mi vida es lo único que realmente me pertenece y no dejaré que ninguna estúpida profecía, maldición o como quieras llamarlo la eche por

tierra. Quiero a Keira, ella me quiere a mí y vamos a casarnos.

Su silencio no prometía nada bueno, lo sabía. La conocía demasiado bien como para saber que ella no se rendía tan fácilmente.

—Abuela…

La mujer alzó su bastón y le clavó la parte roma contra el pecho arrancándole un ‹‹uff››.

—La matas antes de que tenga la oportunidad de vivir la vida que tú tanto aprecias —lo reprendió con firmeza—. ‹‹Ella›› nació para complementarte, para poseer tu corazón, esa muchacha es tu hechicera…

¿Cómo le decías a una mujer que se fuese al cuerno sin que esta te rompiese el bastón en la cabeza?

Había perdido la cuenta de las ocasiones en las que le habló sobre la supuesta Alta Hechicera de Hielo, una mujer anónima que habitaba al otro lado del río. Jamás la había visto o considerado, podía sentir piedad por ella y congratularse de su destino, pues había sentido su dolor y desesperación mezclada con la suya en el momento en que los espíritus llegaron para reclamarlos, pero de ahí a considerarla su destino… No. Su camino lo elegiría él mismo, él decidiría con quien vivir su vida, a quien entregar su corazón.

—Si no le entregaron la dulce muerte cuando despertó, no lo harán ahora.

Y si las noticias que habían llegado a la tribu pocos días después de su propio despertar eran ciertas, los Hailtzuk habían tenido más que razones para hacerlo. No dejaba de sorprenderle cómo, en los tiempos actuales, los sucesos que ocurrían en las tierras de los clanes se quedaban en los clanes. Nadie ajeno a las tribus sabía jamás que ocurría en su interior, por otro lado no es como si pudiese explicarse fácilmente a las autoridades locales que el despertar de un Espíritu había traído consigo la muerte de unas cuantas personas o de unos animales. No, su pueblo eran discretos por una poderosa razón.

—¿Te atreves a poner sobre sus hombros una culpa que ni siquiera yo he puesto sobre los tuyos? —lo amonestó ella—. Creí haberte educado mejor, cabeza de alcornoque.

De acuerdo. Tenía razón. Eso no había sido muy justo de su parte. Si el despertar de la hechicera se parecía en algo al propio —y a juzgar por sus vagos recuerdos de aquel momento de conexión entre ellos no le cabía duda al respecto—, esa mujer no había podido hacer nada en absoluto para evitar lo ocurrido.

—He hablado sin pensar —aceptó la reprimenda—. Ella no tiene la culpa de ser quien es, como tampoco la tengo yo.

Asintiendo, la anciana se acercó a él y estiró la mano para posarla sobre su antebrazo. Por primera vez, fue consciente de la fragilidad de aquel menudo y huesudo cuerpo maltratado por el paso de los años.

—Conserva esa creencia en tu corazón y nunca la olvides —le dijo cerrando los dedos sobre su brazo—. El tiempo hace que se desdibujen las cosas y hay lecciones que jamás deberían olvidarse.

Posó su mano sobre la de ella y la apretó suavemente.

—Lo haré.

Satisfecha dio un paso atrás, pero no por ello dejó de insistir.

—Tienes hasta la puesta de sol del Solsticio para pisar las tierras de los Hailtzuk y reclamarla.

Resopló, aquella mujer siempre tenía que tener la última palabra.

—¿Has escuchado alguna palabra de lo que acabo de decir? —resopló.

El brillo en los ojos de la anciana lo estremeció, nunca antes había visto esa expresión en

su rostro.

—Si vas a dejarla morir, que ella vea su muerte en tus ojos.

Una repentina ola de frío se coló en su interior arrancándolo de sus recuerdos. El taburete cayó hacia atrás cuando se levantó como un resorte y abandonó con rapidez la solitaria habitación. Los pasillos se confundían unos con otros, pero no tuvo problemas para reorientarse y regresar al dormitorio. Las puertas se abrieron bajo sus manos y la luz natural de un nuevo día inundaba ya el dormitorio atravesando las cortinas que había cerrado la noche anterior.

Ankara gemía en voz baja, su piel parecía incluso más blanca de lo que la había tenido la noche anterior y la visión de sus labios azulados y cubiertos de escarcha reactivó el temor en su alma, arrancándole un latido al corazón.

—No, hechicera, todavía no —siseó echando a un lado las mantas para arrebatarla del capullo en el que estaba arropada y apretarla contra su cuerpo—. No tienes permitido dejarme, Kara. ¡No lo tienes!

La apretó contra él, le ahuecó la mejilla y dejó que el calor se filtrara desde sus dedos a la helada piel. Ella ni siquiera luchó, su única protesta fue un bajo quejido que pronto se encargó de ahogar con su propia boca. La besó, hizo suyo el frío que la envolvía, que amenazaba con arrancársela de los brazos y se estremeció cuando este le recorrió el cuerpo. Su espíritu reaccionó enseguida, derritiendo la muerte helada y aumentando el calor que le daba su naturaleza, el fuego lo envolvió como un sudario, atrapándolos a ambos y alejando una vez más los continuos intentos del Gran Espíritu de Hielo de llevarse a aquella que le daba hospicio.

—Es… estás aquí…

Las débiles palabras susurradas en la silenciosa habitación sonaron como un cañonazo, bajó la mirada a sus ojos y apretó los dientes al ver que el tono azul del cielo se había ido por completo dejando el color del frío hielo. Esas palabras, esa misma mirada… Cerró los ojos con fuerza y la envolvió todavía más en su abrazo mientras su alma volaba una vez más al pasado, a un momento similar con una Ankara mucho más joven e inocente.

CAPÍTULO 4

‹‹TRIBU KWAKIUTL, CLAN HAILTZUK››.
SOLSTICIO DE VERANO
CINCO AÑOS ATRÁS…

No sabía muy bien qué lo impulsó a presentarse al atardecer en las tierras del clan Hailtzuk, era posible que tuviese algo que ver con la arrogancia innata en sus genes y el hecho de dejarle claro a la mujer que lo había criado que lo que hiciera o dejase de hacer con su vida era decisión suya y que ninguna absurda profecía intervendría. Pero se inclinaba a pensar que el empujón final a esa decisión había llegado tras el encuentro que tuvo con Keira aquella misma mañana, en la que su adorable mujercita le había impulsado a tomar una decisión que pondría punto y final a cualquier malentendido futuro. Si quería quedarse con ella, hacer una vida con su amada, debería dejar primero todos los asuntos bien atados.

—Ve a conocerla —le había animado a ello. Se habían citado como cada día a orillas del río, dónde nadie podía molestarles y podían dar rienda suelta a su pasión y amor—. Ella es como tú y quizás se sienta igual de sola de lo que te sentiste después de iniciarte en este mundo regido por los espíritus y atestado de misterios.

Sonrió y se llevó los largos dedos femeninos a los labios para mordisquearle las yemas de los dedos.

—¿No tienes miedo de que me enamore perdidamente de ella nada más verla?

Ella se rio, se lamió los labios y agitó las espesas pestañas que cubrían unos hermosos ojos castaños.

—No, Radin —negó arrebatándole la mano y posándola sobre la barbuda mejilla. Esa mañana ni siquiera se había afeitado—. Tu corazón, al igual que tu amor, son míos, no hay nada que ella pueda quitarme. Confío en ti, hechicero, con todo mi espíritu.

—Estás muy segura de ti misma, amor —se burló de ella.

Keira no dudó en responderle con un beso que le arrancó el aliento y encendió su cuerpo de una forma que solo ella podía hacerlo.

—Quiero que nos casemos, que nos marchemos para hacer nuestra vida lejos de la tribu —expuso ella entonces—. Pero para hacerlo, primero tenemos que atar todos los cabos sueltos de nuestro pasado. Quiero tener una vida contigo, Radin, quiero darte hijos, hacerte feliz y poder mirar atrás sin tener que lamentar nada. Ve a verla, dile que tu corazón me pertenece, ayúdala si lo necesita, pero vuelve a mí.

A lo largo de los años venideros, no dejó de preguntarse si ella habría visto lo que les deparaba el futuro en sueños, si algún espíritu le habría susurrado al oído el desenlace de aquella visita a las tierras al otro lado del río.

Permaneció buena parte del día con ella, disfrutando del sol y de la libertad de su amor. Se perdió en su cuerpo como tantas otras veces, la amó como si fuese la última vez que podría poseerla y se rio con las bromas y los planes de futuro que a menudo hacían. Tanto fue así que

la tarde había empezado a caer cuando decidió coger el coche, un viejo jeep que había comprado hacía un par de años en un desguace, y se aventuró a conducir hasta las tierras del otro lado del río.

La música y la algarabía propia de un día de celebración lo recibió nada más apagar el motor del coche. El clan Hailtzuk estaba disfrutando de los últimos coletazos de la festividad del solsticio de verano y el jefe del clan, tras reconocerle como el Alto Hechicero de la tribu hermana, no dudó en recibirlo con los brazos abiertos e invitarle a compartir la cena ante la fogata encendida en el centro del poblado. Quizá ya entonces debió sospechar de las huidizas miradas y de la falta de niños y algunas mujeres entre los presentes, pero el distendido ambiente, la conversación y las viandas que le ofrecieron apartaron tales cosas de su mente.

La noche había cubierto la planicie y la luna jugaba al escondite en lo alto del cielo cuando el jefe decidió hablar abiertamente del motivo de su visita.

—No os esperábamos tan tarde, Alto Hechicero —comentó el anciano—. Los espíritus requirieron tu llegada con la salida del sol y sin embargo has posado tus pies en nuestras tierras a la puerta de este.

Y aquí estaba otro hombre dispuesto a andarse con los mismos rodeos que su abuela, pensó con ironía.

—A menudo tiendo ir en contra de lo que dictan los espíritus —aseguró sin más—, pero aquí estoy.

El hombre asintió.

—¿Vienes dispuesto a presentar tú también el reclamo?

—¿Yo también?

Los ojos del anciano parecieron oscurecerse un poco, su expresión se volvió ligeramente sombría.

—Ella es tu destino…

—En realidad, es una Alta Hechicera, ese es el motivo por el que…

La huesuda y apergaminada mano se alzó interrumpiendo sus palabras.

—Debiste presentarte con la salida del sol. —¿Eran imaginaciones suyas o había cierta censura en su voz?—. Ante la falta de reclamo por tu parte… el Consejo de la Tribu optó por asignar un nuevo reclamo.

¿De qué narices estaba hablando? ¿Qué tenía que ver el Consejo de la Tribu en esto? Ese grupo de ancianos no se movía a menos que el tema a tratar comprendiese la seguridad de todos los clanes, más allá de su propio asentamiento.

—¿Un nuevo reclamo? —Frunció el ceño—. No veo cómo una sola mujer puede ser un problema que tenga que ser llevado ante el Consejo de la Tribu.

Él anciano quedó satisfecho con esa contestación ya que asintió.

—Cierto, cierto —corroboró—. Pero la Alta Hechicera es la portadora del Gran Espíritu Chilaili, el Pájaro de Nieve. Ella posee poder… mucho poder… pero carece de habilidades para canalizarlo.

Aquello era precisamente uno de los rumores que habían llegado hasta su propia tribu y por lo que parecía, era real.

—¿Quién es su guía?

Con el despertar de los Grandes Espíritus, a los Altos Hechiceros les era asignado un tutor, un guía que los llevaría de la mano durante su travesía y aprendizaje. Por lo general tal deber y honor recaía en uno de los ancianos de la tribu.

—Ella despertó y otros muchos encontraron el sueño —declaró con un tono más bajo,

casi frío—. Entre ellos aquel que debió ser su guía. Por nuestra seguridad, ella ha morado fuera de la tribu… pero se la ha traído para el Reclamo.

Radin tardó en procesar la información, pero cuando lo hizo las palabras de su abuela cobraron perfecto sentido.

‹‹Si vas a dejarla morir, que ella vea su muerte en tus ojos››.

—El Reclamo —repitió. El espíritu del fuego que habitaba en su interior empezó a reaccionar a sus emociones y tuvo que mantenerse tranquilo—. ¿Quién la ha reclamado?

El hombre lo miró y asintió. Se puso en pie y lo invitó a hacer lo mismo.

—Uno de nuestros venerables ha decidido sacrificarse para aplacar el poder de Chilaili —le informó al tiempo que lo conducía a través de las toscas casas de tierra y paja hacia uno de los rincones más alejados. Una pequeña choza había sido engalanada con flores y hierbas aromáticas. Dos pequeñas fogatas ardían a ambos lados del umbral—. Nuestro guerrero reclamará a la Alta Hechicera y la purificará. Apaciguará el alma tumultuosa de Chilaili para que el Pájaro de Hielo no vuele de nuevo sobre nuestras tierras cubriéndonos con su oscura sombra.

Radin se vio obligado a respirar profundamente cuando el fuego que corría por sus venas y que formaba parte de su vida empezó a crepitar en su interior. Podía sentirle acariciándole las yemas de los dedos, incrementando la presión en su interior, deslizándose como lava ardiente a través de sus venas haciendo que el fuego de las dos hogueras respondiera a su poder. Algo en el interior de aquella casa tiraba de él de una manera que no había conocido, de hecho, no era algo, era ella.

—¿Qué es lo que habéis hecho?

La respuesta vino dada por una repentina ráfaga de viento helado y el sonido de la tierra al escarcharse por el hielo. Del interior de la choza emergió un grito ahogado seguido por la instantánea aparición de un hombre de alrededor de los cuarenta que prácticamente luchaba por arrastrarse a través del umbral con un rostro desencajado por el terror. Detrás de él, cubriendo el suelo, empezó a extenderse una delgada capa de escarcha que le seguía los pasos con asombrosa rapidez.

—¡Chilaili! ¡Chilaili está furioso! —los chillidos del hombre fueron apagados por el sonido del hielo cristalizándolo todo—. Es la muerte, el Gran Espíritu de Hielo acabará con todos nosotros.

El crujido de la madera y la tierra de las paredes cediendo a la baja temperatura del hielo que lo congelaba empezaron a acompañar los nuevos gritos que ahora llegaban desde el lugar en el que la tribu se había reunido para celebrar. Las flores que adornaban el marco de la puerta inmortalizaron su belleza al ser encapsuladas en hielo, la escarcha no cedía terreno, seguía extendiéndose bajo sus atónitos ojos.

Su propio espíritu reaccionó una vez más acicateado por aquella oscura y helada revelación, el fuego parecía dispuesto a escapar también a su control pues las llamas de las fogatas se alzaron duplicando su altura y trayendo consigo nuevos gritos.

—Mierda —masculló.

Actuó por inercia, llamó al espíritu en su interior y lo canalizó para detener la imparable manta helada que amenazaba con congelar todo a su paso.

—¡Fuera de aquí! —clamó clavando sus ojos en el Jefe del Clan—. Lleve a su gente más allá del río. ¡Hágalo!

No espero a ver si obedecía, todo su cuerpo, su alma, gritaba por reunirse con aquel poder antagonista, por mostrar su superioridad y no se resistió. Subió los dos peldaños,

traspasó el umbral de la puerta y se detuvo abruptamente.

Radin se quedó congelado al ver el menudo y delgado cuerpo de la que solo podía tratarse de una adolescente atado con telas a los cuatro postes de la cama. El largo y enmarañado pelo rubio blanquecino le cubría apenas los hombros y los jóvenes pechos que se adivinaban bajo el raído y desgarrado camisón. La suave y pálida piel expuesta de sus brazos y piernas mostraban rasguños y moratones, marcas de dedos gravados con saña en su carne así como las de las ataduras que la mantenían inmovilizada en aquel jergón; marcas demasiado frescas. Unos enormes y aterrados ojos del color del hielo azulado lo contemplaban desde un rostro juvenil y al mismo tiempo demasiado viejo para alguien de su edad, las lágrimas se habían cristalizado en su rostro, dejando senderos de hielo en las mejillas. Pero era sin duda el sucio y enroscado pañuelo que la mantenía amordazada, dividiendo unos finos y azulados labios manchados por la escarcha lo que hizo que saliese de su estupor y la indignación y el odio latiese en su corazón.

—Por todo lo sagrado.

Fueron sus propias palabras lo que lo hicieron salir del trance en el que se veía envuelto. Atravesó la espartana habitación hasta detenerse al lado de la cama. Con un simple gesto de la mano se deshizo de las ataduras que la mantenían prisionera y procedió a deshacerse manualmente de la mordaza que la acallaba.

—Maldita sea —siseó luchando por arrancar la tela de su rostro sin provocarle más daño. La vio encogerse con absoluto terror y no pudo más que jurar en voz baja—. Malditos bastardos, atarte como un animalillo… Mierda, maldita sea, hijos de puta… lo siento, pequeñita, no sabía que… Mierda.

Ella parpadeó, su aterrada mirada mudó a una ligera sorpresa y finalmente se tiñeron de ansiedad cuando terminó de retirarle las ataduras y pudo recuperar la movilidad. Con un par de torpes movimientos se alejó de su contacto, apretándose contra la pared que formaba el cabecero de la cama y sin dejar de mirarle a través de aquellos ojos tan helados que podía sentir el frío sobre él.

—Es… estás aquí…

Las primeras palabras que escuchó de los escarchados labios trajeron consigo una inusual reacción de su propio cuerpo y del fuego que portaba. Ambos se encendieron como el bramante y lo asustaron como el demonio.

Bajó la mirada sobre ella y sintió despertar el interés de su cuerpo, involuntariamente se excitó ante la visión de los pálidos pechos y de las largas piernas y aquello lo asustó de nuevo.

—¿Quién eres? —se obligó a pronunciar las palabras, a alejar la mirada de cualquier parte del joven cuerpo femenino.

La vio lamerse los labios con nerviosismo, arrebujarse en la poca protección que podía ofrecerle aquella prenda.

—Tengo frío.

Aquella no era la respuesta que esperaba, pero sirvió para traer a su mente la precaria situación en la que se encontraban. La destartalada choza seguía rechinando por la acción del hielo, este había cubierto casi por completo todo el edificio.

—Tienes que detenerte —alzó la voz. Miró a su alrededor, tomó una manta y se inclinó sobre el lecho para envolverla con ella—. Vas a congelar toda la aldea, por no hablar de a aquellos estúpidos que no se hayan puesto a salvo e incluso a ti misma.

Ella se encogió incluso más, el labio inferior empezó a temblarle y estúpidamente sintió la tentación de mordisquearlo, de probar si su boca era tan apetitosa como parecía.

—No… no puedo —musitó ella. Se estremeció, un continuo temblor que la llevaba a castañear los dientes—. No sé… no sé cómo hacerlo… Ellos, ellos dijeron que tú no vendrías… y entonces ese hombre, él entró y… y… me llamó demonio… No quiero. No quiero que me toque. ¡No quiero! ¡No, no, no!

El inesperado estallido femenino trajo consigo una profunda frialdad que su propio fuego abrazó y expulsó extendiéndose hacia ella con su caluroso ardor.

—¡Joder! —se encontró jadeando. Su sexo totalmente erecto en el confinamiento de los pantalones. La miró a los ojos, entre aterrado y excitado, pero por encima de todo, muy cabreado—. ¡No vuelvas a hacer eso!

Ella reaccionó encogiéndose ante sus palabras, deteniendo ese incómodo hipido y las lágrimas que amenazaban por desbordarse por sus mejillas.

—Duele… el frío… duele —gimió encogiéndose más sobre sí misma.

Radin resopló, envolvió la manta alrededor del menudo cuerpo y se sorprendió al notar la baja temperatura de su cuerpo.

—Estás helada como el hielo —siseó ante el brusco cambio de temperatura que emanaba a través de la manta—. No puedes seguir así, si dejas que el espíritu te consuma, te llevará a la muerte.

Los claros ojos se posaron sobre él, y juraría que su tono era incluso más claro que antes.

—¿Eso sería tan malo? —La pregunta lo sorprendió—. Al menos ya no haría daño a nadie.

Su rendición fue como una puñalada en su alma, no comprendía por qué pero le importaba lo que le ocurriese a esa muchachita, el pensamiento de verla morir lo enfermaba.

—¿Cuál es tu nombre?

Ella se acurrucó en sus brazos, su respiración era cada vez más lenta, su piel fría a pesar del calor que le traspasaba.

—Ellos me llaman Chilaili —musitó con voz visiblemente agotada—, en honor al Gran Espíritu al que dicen he sido prometida.

Él bufó.

—Eres su Alta Hechicera, no su prometida. —Sintió la necesidad de aclarar—. ¿Cuál es el nombre de tu alma?

Ella pareció necesitar un tiempo para comprender lo que le preguntaba.

—Ankara —respondió por fin. Su mirada se encontró una vez más con la suya—. Y ahora que ya lo sabes, ¿puedes terminar con mi sufrimiento?

‹‹Termina con este sufrimiento, libéranos a ambos››.

La débil voz procedente de la mujer que abrazaba se confundió con los ecos del pasado, se sintió azotado por ellas como la primera vez, provocando en él la misma reacción que entonces. Esa ingenua petición lo había llevado a hacer todo lo contrario, la intensa atracción que sintió por la desconocida que acunaba en sus brazos, la inesperada comunión que sentía ante su presencia lo llevó a cometer la mayor estupidez de todas; salvarla y condenarse a sí mismo en el proceso.

La había sacado del poblado en medio de la noche, atravesando el helado suelo y desapareciendo con ella en el único lugar en el que pensó que cualquier clase de daño colateral que surgiese podría ser minimizado. Su noble acción los llevó a condenarles a ambos al infierno de dolor y traición en el que vivían.

—No vas a huir tan fácilmente, Kara.

Ella no contestó, se limitó a permanecer inmóvil en sus brazos, demasiado inmóvil.

—¿Dónde estamos?

El susurro en su voz lo preocupaba. Sin pararse a pensar, le abrió los botones superiores del camisón que le habían dado para ella y posó la mano sobre su pecho, allí dónde su corazón se esforzaba por latir. Lentamente, permitió que el fuego le lamiese los dedos, acariciándole la piel, obligándole a penetrar más allá.

—En las dependencias del Gremio de los *Angely* —le informó. Sus dedos vagaron sobre la piel, proporcionándole calor—. Por una vez, el *Vigilante* ha servido para algo.

La sintió estremecerse, su cuerpo se tensó por una fracción de segundo antes de volver a relajarse.

—Debiste dejarme morir —musitó. Ocultó el rostro contra el hueco de su hombro y la sintió estremecerse una vez más—. Era mi momento… debiste dejarme allí… podría haber regresado a casa y entonces…

—No tienes permiso para marcharte —declaró con firmeza—. Y no esperes que te lo dé.

Ella se las ingenió para ladear el rostro y encontrarse con su mirada. Los ojos claros habían recuperado una pequeña porción de color, o quizá era una ilusión que él deseaba ver en ellos, pues pronto volvieron a ese tono grisáceo.

—Renunciaste a ella por mi culpa —insistió, sus palabras eran un reflejo de su agotamiento—. Si me hubieses dejado morir entonces…

Presionó la palma contra su pecho e imprimió una pequeña inyección de fuego puro que la hizo jadear. Quería herirla, hundir los dedos en su piel y dejarle marcas, arrancarle ese maldito camisón, lanzarla sobre el suelo y follarla hasta que gritase de placer, hasta que no pudiese hacer nada por evitar darse por completo y castigarla por esa entrega. Pero no podía. El recuerdo de ella indefensa y helada, la mirada solitaria y abandonada que encontró en sus ojos la primera vez le impedía dar rienda suelta a su rabia en esos momentos de vulnerabilidad. La deseaba, tan rabiosa y desesperadamente como siempre, la quería enlazada a él, gritando y maldiciendo, respondiendo a su deseo con la misma impetuosa necesidad que lo movía a él. Ese era su castigo, el de ambos, odiarse y desearse al mismo tiempo.

‹‹Te quiero, Radin››.

Apretó los ojos con fuerza y desterró esas palabras de su mente, prohibiéndoles la entrada. Quería que lo odiase, que sintiese la misma necesidad de herirle que él sentía para con ella, necesitaba que le acompañase en ese infierno que el destino había creado para ambos. No quería su amor. No podía aceptarlo.

—Si te hubiese dejado morir entonces, sería tan culpable como ellos —dijo por fin—. Te expusieron como un animal en el matadero, estabas helada, te congelabas poco a poco y no eras capaz de evitarlo. Si no te hubiese reclamado entonces de la manera en que lo hice, habrías muerto y ya tenía suficientes problemas sobre mis hombros sin tener que añadir la muerte de una niña estúpida a ellos.

Se tomó un instante para apartarle el pelo del rostro.

—No podía dejarte allí y que cualquier imbécil abusara de ti —concluyó. Entonces esbozó una irónica sonrisa ante lo absurdo de su respuesta—. Aunque bien mirado, el imbécil fui yo, ya que eso fue precisamente lo que hice contigo después, ¿no? No, Kara. Era follarte o dejarte morir —resumió con rudeza. No quería recordar su tiempo sobre el suelo de piedra de la polvorienta cueva como un acto suave y dulce—. Follarte era la opción más atractiva de las dos.

La única que había tenido en realidad, quizá entonces lo hubiese dudado, hubiese luchado por sus sentimientos encontrados, pero hoy ya no le quedaban dudas. Estaba destinado a ella, el

deseo que surgió en su interior y la necesidad de reclamar a la hechicera que lo complementaría había sido demasiado intensa como para negarse a ella. Podía justificarse diciéndose a sí mismo que fue la necesidad de proporcionarle calor, de evitar más muertes, pero cuando se desnudó y se acostó junto a ella acariciando su joven y pálido cuerpo, poseyéndola y arrebatándole la virginidad, solo pensaba en ella y en la condena que sería su futuro.

—Puedes ser un cabrón hijo de puta la mayoría de las veces, Radin, pero esa noche… no lo fuiste —lo sorprendió ella—. Y echo de menos a ese hombre.

—Una verdadera pena, cariño —le dijo sin dejar traslucir el más mínimo arrepentimiento por sus palabras—. Él murió esa misma noche entre tus piernas, sumergido en tu sangre virgen y no volverá jamás.

Bajó la mirada hasta encontrarse de nuevo con sus ojos.

—No te hagas ilusiones románticas conmigo, Kara —le sugirió—. No me ames, ódiame.

Ella se estremeció, su cuerpo buscó de nuevo el calor del suyo.

—Ya es demasiado tarde para eso.

Él se tomó su tiempo en observarla, entonces deslizó la mano sobre el corazón hasta ahuecarle el seno.

—Entonces es que eres más estúpida de lo que pensé —le susurró al tiempo que le acariciaba el pezón con los dedos—. Tú no eres más que un coñito caliente y mojado en el que saciar mi hambre, nada más y nada menos.

Entreabrió los labios lo justo para dejar escapar un pequeño suspiro.

—Prefiero con mucho mi estupidez, que tu falta de sinceridad, hechicero —musitó en apenas un murmullo—. Déjame ir, Radin, déjame ir y encuentra tu propio camino.

Gruñó ante su obstinación.

—Nos guste o no, tú siempre has sido ese camino, hechicera —le dijo a pesar de que sabía que ya se había dormido—. El maldito camino que nunca debí tomar.

CAPÍTULO 5

Seis años juntos, encadenados, sufriendo el uno por los pecados del otro deberían haber sido suficientes como para que la odiase eternamente. Por ella había sido despojado de sus raíces, de la única familia que le quedaba, y por encima de todas las cosas, de la mujer que amaba. Y sin embargo, era incapaz de alejarse de ella, dejarla a la deriva en aquel mar de oscuridad que amenazaba con arrebatársela. Radin la sintió acurrucarse contra su costado, después de volver a sumirse en el sueño en sus brazos no había querido dejarla, como si el hecho de abandonarla sobre la cama pudiese hacer que se le escurriese entre los dedos.

El sol de la mañana inundaba completamente la habitación a aquellas horas, a través de los amplios ventanales —ahora con las cortinas corridas—, podía contemplar la serenidad de aquel recoveco y escuchar una vez más el melódico canto del ave que anunciaba el final de una vida.

‹‹Te dije que el destino no podía eludirse, muchacho. Puedes huir de él, intentar engañarle, pero al final siempre te encuentra››.

Su abuela había tenido mucha razón al pronunciar aquellas palabras, de algún modo era como si ella misma hubiese visto el futuro que les aguardaba después de que él y su recién encontrada compañera volviesen al mundo.

—Aquel fue el comienzo de nuestro particular infierno, ¿no es así, hechicera?

Su mirada cayó sobre ella, pero ya no la veía como era ahora, como la mujer en la que se había convertido sino como la niña que una vez fue.

‹‹TRIBU KWAKIUTL, CLAN CHEZARK››.
TRES DÍAS DESPUÉS…

Ankara temblaba de cansancio y temor a su lado. Ella no había emitido palabra alguna desde que la sacó casi a rastras de la maldita cueva al amanecer del tercer día para meterla en el asiento de copiloto de su Jeep. Ni siquiera él pudo encontrar la voz al ver la desnuda desolación que la lucha de sus dos espíritus había provocado como consecuencia de su reclamo, el daño era tal que en los años venideros no volvería a crecer nada. El Fuego y el Hielo se habían encargado de ello. Su urgencia por llegar a la aldea se mezcló con la naciente culpabilidad, no podía evitar pensar en lo ocurrido y en lo que quizá su elección hubiese traído consigo para el pueblo.

—Traes contigo la muerte, emisario de Keezheekoni.

Las palabras de uno los ancianos de la tribu, el mismo venerable que ostentaba el cargo de Consejero de los Chezark y que junto a los otros elegidos de los clanes formaban el Consejo de Ancianos de los Kwakiult que promulgaba las leyes y conservaba la cultura impresa en sus raíces, detuvieron su avance. Los ojos oscuros del hombre cayeron sobre la menuda figura que llevaba de la mano, la recorrió con tal insistencia que ella se apretó contra él, buscando escudarse tras su cuerpo. La sintió cambiar el peso de un pie a otro y no pudo más que bajar la mirada a los improvisados atados de tela con la que le había envuelto los lastimados pies. Las

marcas de las ataduras en los tobillos y muñecas era un mudo recordatorio de lo que aquellos que se autodenominaban la ley de las tribus, podían hacer a una niña inocente.

—La muerte siempre ha vivido conmigo, anciano —respondió en el mismo dialecto en el que le habló. No apartó ni un solo instante la mirada del hombre, no cedió un solo paso, todo lo que deseaba hacer era llegar al único refugio que conocía y olvidar todo lo que había pasado—. Porto su espíritu.

Notó el cambio en su rostro, la tensión en la mandíbula al apretar los dientes.

—Ella no es bien recibida entre los Chezark, la muerte la acompaña allá dónde va —insistió y la señaló con un gesto de la barbilla—. Su clan la ha repudiado y la ley se ha pronunciado al respecto. Deberá dejar la tierra en la que mora a la salida del sol para no volver a ella mientras su espíritu viva.

Se tensó al escuchar las palabras del hombre y ella actuó como un espejo a su reacción.

—Proscrita —le apretó la mano—. Así es como arregláis las cosas, ¿expulsando aquello que no deseáis ver?

El hombre alzó la barbilla en un gesto orgulloso.

—Su espíritu carga ahora con la muerte de una veintena de los Hailtzuk—respondió con voz firme—. Ella es la muerte… emisario.

Las inesperadas palabras lo golpearon con la fuerza de un martillo neumático.

—Hechicero… sus palabras, no las comprendo. —Ankara tironeó de su mano.

El hombre se adelantó y posó una ajada mano sobre su hombro. Los ancianos ojos se posaron en los suyos.

—El clan Hailtzuk sucumbió a la furia del Gran Espíritu del Hielo, la tierra se congeló, los animales sucumbieron a la llamada del espíritu y los hombres a su furia —su voz era cada vez más baja, pero él no podía dejar de oírla—. Da gracias a que su Jefe escuchó tus palabras, Alto Hechicero, de lo contrario habrían sido muchas más las vidas que se hubiesen perdido a ese lado del Gran Río.

Un involuntario estremecimiento de horror lo recorrió por entero mientras ella insistía en tirar de su mano en un vano intento de obtener respuestas a una conversación que no comprendía. En el breve tiempo que llevaba junto a ella había tenido que desempolvar un dialecto que aprendió de niño pero nunca utilizó, los esfuerzos de ella por hablarle en inglés y los suyos por utilizar palabras que comprendiera los llevó a crear una especie de dialecto propio.

—Hechicero… no entiendo…

Pero él sí. Sus peores temores empezaban a hacerse realidad. Las escenas de muerte que había visto al dejar la cueva, el yermo páramo que tuvieron que atravesar de camino al Jeep y el abandonado poblado confirmaban las palabras del anciano y aumentaba su sensación de culpa.

—Los Chezark… —casi tenía miedo a preguntar.

La mano sobre su hombro se deslizó hasta abandonar toda clase de contacto contra él.

—La presencia de la kiietai preservó la sangre de tus ancestros mientras las montañas ardían —continuó—. La ira del Gran Espíritu Keezheekoni no robó la vida de la tribu, pero arrasó todo lo que encontró a su paso hasta este lado del río.

El aire se le escapó de los pulmones al ser consciente por primera vez de lo que la falta de control sobre su espíritu había traído como consecuencia. Envió una rápida plegaria a los dioses que conocía al tiempo que se lamentaba por las pérdidas colaterales acontecidas a causa del cumplimiento de una maldita profecía.

Sus espíritus se habían encontrado y aceptado mutuamente, pero el precio había sido

demasiado alto, especialmente para ella… y ahora comprendía que también para él.

—Emisario… —repitió la palabra que el anciano había pronunciado nada más interceptarlos. Entonces bajó la mirada hacia ella y contempló los inocentes ojos azules al tiempo que ponía en palabras que ella comprendiese el destino que les aguardaba a ambos—. La muerte habla sin necesidad de palabras… estamos… proscritos…

El anciano paseó la mirada sobre ambos para finalmente continuar.

—Debéis abandonar las tierras de las tribus a la puesta de sol —declaró finalmente—, para no volver a pisarlas hasta que vuestros cuerpos se vuelvan polvo y los espíritus vuelvan a su sueño ancestral.

La implicación de aquellas palabras lo dejó sin aliento, ni siquiera el insistente apretón de la pequeña mano encerrada en la suya logró sacarlo del horror que traían consigo las palabras del consejero.

—Hechicero… —insistió ella con un quejido—. Me lastimas… qué ha dicho él… proscrito… no entiendo…

Sin mediar una palabra, tiró de ella obligándola a caminar de nuevo al interior de un poblado que después de ponerse el sol, no volverían a ver.

—Estamos condenados, Ankara —murmuró entre dientes—. Tú nos has condenado a los dos.

No se detuvo en su camino hacia el hogar de su abuela, reusó dar respuesta a las preguntas de aquellos que se cruzaban en su camino y no se encogían de miedo ante su presencia. El aroma a pan recién hecho y carne a la brasa llenaba el lugar.

—Kietaii. —No se atrevía a reclamar en esos momentos su parentesco con ella. No después de haber sido marcado como un paria para los suyos.

—Todo está bien, nieto —la mujer no tuvo inconveniente en darle la bienvenida—. Es el destino el que nos impone las pruebas, nosotros solo podemos plegarnos a sus deseos.

No dijo nada, no existían palabras que pudiesen explicar lo que ahora sentía. Se giró hacia Ankara, quien había clavado los desnudos pies en el suelo, negándose a continuar. Ella se aferraba a su mano, observando todo a su alrededor con temor y curiosidad hasta que sus ojos se encontraron con los propios.

—¿Tu hogar?

Aquella pequeña frase, en labios inocentes, trajo una oleada de odio y rencor que lo removió por entero. Aquellas dos palabras fueron como un detonante que lo llevó a soltarse de los dedos que se aferraban a los suyos y clavó la mirada en ella con inusitado rencor. Todo lo ocurrido, la traición que había cometido, el que fuese expulsado de su hogar, alejado de su gente era todo por culpa de ella.

—Por ti, ya no existirá hogar alguno —siseó. Sus manos volaron a los delgados brazos y se cernieron alrededor de ellos—, eres la mismísima muerte. Contaminas todo lo que tocas, lo dañas, ¡lo matas!

Ella intentó soltarse, podía ver como poco a poco el terror inundaba su mirada, pero no la dejó ir.

—Tu vida significó la muerte para una veintena de los tuyos —clamó con fiereza de modo que ella entendiese—. ¿Comprendes esas palabras, hechicera? Muerte. Tú. Los mataste a todos. Nos han proscrito. Nos han despojado a ambos de nuestras raíces, del hogar… ¡Tú eres la única culpable!

La sacudió haciendo que le castañearan los dientes.

—Maldita seas, Ankara, maldita seas por toda la eternidad.

La soltó con tal ímpetu que ella trastabilló y cayó al suelo. Los ojos claros estaban anegados de lágrimas, el color había huido de su rostro a medida que las palabras iban cobrando sentido en su mente y entendía el significado de lo que él le había gritado.

—Soy… ¿muerte? —le temblaba la voz al hablar—. Yo… ¿Yo causé… muerte?

Dio un paso hacia delante con la rabia todavía corriendo por sus venas, pero su abuela se interpuso.

—No —lo detuvo con una sola palabra—. No se destruye aquello que se debe atesorar, Radin.

Fulminó a la anciana con la mirada solo para volver a centrarse en la pequeña hechicera y encontrarse ahora con los claros ojos femeninos clavados en los suyos. Algo había cambiado en ellos, la tímida emoción que en ocasiones parecía brillar en ellos, ahora estaba extinta.

—Debiste dejarme morir —musitó en su propio idioma.

Apretó los dientes y sacudió la cabeza con lentitud.

—Ahora sé que la muerte no sería suficiente condena para ti —siseó con rencor—, vivir si lo será. Será suficiente condena para los pecados que ambos hemos cometido.

Le dio la espalda justo a tiempo de ver el pesar cubrir los ojos de su anciana abuela.

—Has entregado tu corazón —oyó la voz de la anciana—, y con él toda esperanza de cumplir con tu destino. Te lo dije, ¿no es así? No entregues el corazón, no es para ‹‹ella››… pero quién escucha a una vieja. El odio crece en el yermo órgano que ahora portas en el pecho, late por el alma equivocada. La condenas, la maldices sin saber que su condena será también la tuya…

Le puso la mano sobre el pecho, allí dónde latía acelerado el corazón.

—Ruega a los dioses en los que creas porque ella pueda perdonarte algún día, Radin y sea capaz de retener tu alma ya que le has negado el corazón que podría mantenerla a salvo para ti.

Se apartó como si el tacto de aquella mujer que lo había criado le quemase, dio media vuelta haciendo que la larga cola de pelo negro que le caía por la espalda se moviese con el mismo ímpetu.

—La retendrá como yo retendré la suya, kietaii —declaró dejando a ambas mujeres atrás —, hasta que nos matemos el uno al otro o los espíritus se personen ante nosotros y nos perdonen.

—Radin… —pronunció su nombre con el mismo tono admonitorio de cuando era un niño y cometía alguna travesura.

Se detuvo bajo el umbral y se giró para mirar hacia atrás por encima del hombro.

—La he traicionado, abuela —respondió mirando a Ankara, hablando de modo que ella pudiese entender sus palabras—. He traicionado a la mujer que amo por otra que solo trae consigo la muerte.

La muchacha palideció al escuchar sus palabras, no le cabía duda de que las había comprendido a la perfección. Alzó la mirada para centrarse entonces en su abuela.

—Le debo al menos una última palabra antes de abandonar para siempre la tierra de nuestros antepasados —concluyó. Sus ojos cayeron de nuevo sobre su nueva compañera—. Y tú, tú te quedarás aquí hasta el momento en que debamos dejar nuestras raíces.

No quiso escuchar su respuesta, no quería escuchar siquiera su voz, no deseaba nada más de ella, no podía darle nada más de lo que ya le había dado, no sin destruirse a sí mismo. La ternura que le había prodigado se desvaneció tras una máscara de indiferencia, ahora que el deseo no regía cada uno de sus actos, podía pensar con claridad y ver lo que sus actos le habían

reportado.

—Radin…

Sacudió la cabeza sin molestarse en darse la vuelta.

—No. A la puesta del sol, deberemos dejar la tierra de los Kwakiult para siempre. Le debo al menos una explicación.

Las últimas palabras que oyó al traspasar el umbral de la choza en la que había nacido, fueron un presagio que no podría evitar.

—Te dije que el destino no podía eludirse, muchacho —comentó la anciana nada más verle salir—. Puedes huir de él, intentar engañarle, pero al final siempre te encuentra.

—No te pierdas en el pasado, Radin, nada queda allí que pueda servirte hoy.

Las suaves e inesperadas palabras hicieron que bajase la mirada hacia Ankara para encontrársela con los ojos casi abiertos. El cansancio era palpable en su rostro.

—Tienes que continuar. Olvidar y perdonar, pero sobre todo continuar —insistió con un hilo de voz.

Se inclinó sobre ella, más para poder escuchar el susurro que formaban sus palabras que por la necesidad de cercanía.

—¿Qué te hace pensar que quiero hacer algo así? No, Kara, estoy muy bien como estoy, no necesito olvidar y mucho menos perdonar —le dijo con sencillez.

Los ojos cada vez más claros se encontraron con los suyos.

—¿A quién crees que estás castigando, Radin? ¿A mí o a ti mismo?

Esa era sin duda una pregunta que no esperaba, como tampoco esperó la siguiente.

—No te ofendas, hechicero, ¿pero cuando fue la última vez que te diste una ducha?

Enarcó una delgada ceja en respuesta, sus labios se curvaron involuntariamente; aquella era la mujer que deseaba ver.

—¿Estás diciéndome que huelo, hechicera?

Una débil sonrisa curvó los pálidos labios.

—No, Rad, solo que deberías darte una ducha, cambiarte de ropa y comer algo —se las ingenió para soltar de carrerilla—. Todavía estaré aquí después de que lo hagas.

—Ese es sin duda un consejo a tener en cuenta, hechicero.

Radin se tensó ante la inesperada llegada, reconoció al portador de la voz antes de posar sus ojos sobre él. Llenando el umbral de la puerta y vestido en cuero blanco como venía siendo usual en él, estaba el último de los ángeles a los que él deseaba tener delante; Axel.

—No… por favor… —La mano de Ankara sobre la suya evitó que saltase de la cama para enfrentarse con la indeseada visita—. Yo lo llamé. Necesito hablar con él, no puedo irme sin hacerlo.

Entrecerró los ojos sobre el hombre.

—No vas a irte a ningún sitio —proclamó con fiereza.

El recién llegado cruzó el umbral y caminó hacia los pies de la cama.

—Encantador ver que vuestra relación sigue siendo de cachorrillos y arco iris.

Solo los delgados dedos de Kara hundiéndose con esfuerzo en su mano evitaron que saltase sobre él.

—Por favor, niños, comportaos como adultos por una sola vez —susurró. Tiró de su mano, llamando su atención—. Ve a asearte, ahora. Después vuelve y quédate a mi lado.

—Kara…

—Por favor —insistió ella, cada vez más cansada—. Estaré aquí cuando vueltas, te lo prometo.

No deseaba dejarla a solas con Axel. Su primer guardián no había hecho nada bueno por ella, por el contrario, estuvo ausente en el momento en que más le necesitó; en el que ambos le necesitaron. Aquel era uno de los pecados que Radin llevaba a su espalda, uno de los que lo corroían por dentro, pues él mismo la había fallado.

—Lo estará —añadió el propio ángel—, no saldrá de esta habitación hasta que regreses. Lo juro.

Pudo notar el peso de su juramento envolviéndole, sabía que los *Angely* no daban su palabra a la ligera, pues se veían obligados a cumplirla o padecer por quebrarla.

—Viva, Axel —puntualizó. Su mirada vagó entonces sobre ella—. No me obligues a tener que bajar al mismísimo infierno a traerte de vuelta, hechicera, porque lo haré y tendrás que enfrentarte a mí al regreso.

Los labios femeninos se curvaron suavemente.

—No pierdo la esperanza, Radin —musitó—, la conservaré hasta mi último aliento… aunque solo sea por irme en paz.

Sacudió la cabeza.

—No contengas el aliento, hechicera, no habrá paz allí dónde quieres ir —aseguró dejando la cama sin hacer movimientos bruscos que molestaran su descanso—. Si te atreves a desafiarme, no encontrarás la paz.

CAPÍTULO 6

—No piensas decírselo, ¿no es así?

Axel no necesitaba una confirmación, pero deseaba oírsela decir. Esa mujer era la criatura más noble y desprendida que había encontrado en su larga existencia, era capaz de anteponer los deseos del Alto Hechicero a los suyos propios con tal de devolverle a Radin algo que creía haber perdido hacía demasiado tiempo.

—Necesita darse cuenta por sí mismo, Axel —musitó mucho más cansada que minutos atrás—, no puedo hacer más por él de lo que ya he hecho. Lo intenté todo, le permití odiarme con la esperanza de que terminaría dándose cuenta de que puede llegar a amarme… Pero él sigue preso del pasado, preso del recuerdo de una única mujer…

—Una mujer que nunca debió cruzarse en el camino del Alto Hechicero —chasqueó con irritación.

Ella se limitó a menear lentamente la cabeza sobre la almohada.

—No rompas tú también las normas ahora, Axel —pidió entre agotadas respiraciones—. No es el momento para tales confesiones, ni eres tú quien debe hacerlas. No está preparado para enfrentarse a ello. Él tiene que vivir, por todo lo que le han hecho, por todo lo que ha perdido, tiene que seguir adelante y encontrar su camino. Él ‹‹necesita›› volver a casa tanto o más que yo.

Le enervaba estar atado de pies y manos como lo estaba con esa mujer. Su juramento lo obligaba a callar, a mantenerse al margen y asistir a aquella representación como un mero espectador.

—¿De dónde sacaste el pergamino? —Prefirió dirigir la conversación hacia otros derroteros—. ¿Cómo llegó tal invitación a tus manos?

—¿Cómo llega todo a las tuyas? —replicó ella—. Sigo siendo una Alta Hechicera, Axel, y no soy la única que desea redimir a mi Alto Hechicero.

La respuesta se conjuró por sí sola en su mente.

—*Él.*

Ankara no confirmó ni desmintió nada.

—Radin tiene que volver a casa, volver a formar parte de lo que una vez fue —continuó ella—, necesita recuperar sus raíces, comprender el pasado tal de modo que pueda tener un futuro.

—Para eso es necesario que deje de regodearse en el dolor y los errores cometidos —razonó él—, y que deje de culparte a ti de todo como si fueses una de las siete plagas de Egipto. Tú eres tan inocente o más que él en todo esto, si Keira hubiese seguido fiel a su cometido…

Ella sacudió la cabeza.

—No puedes culpar a una mujer por enamorarse…

Bufó.

—A una mujer, quizá no, pero ella era mucho más que eso, Ankara, su misión en ese poblado era conducirle a ti, no…

—Está bien, Axel, el destino tiene su propia forma de hacer las cosas —se conformó. La hechicera siempre se conformaba—. Y el de ella, todavía está en suspenso.

Las enigmáticas palabras de su protegida levantaron sus sospechas.

—¿Qué quieres decir?

Se encogió brevemente de hombros.

—Eso tendrás que preguntárselo a la misma persona que me lo dijo —aseguró con un mohín—, y buena suerte para obtener la respuesta.

¿Por qué no le extrañaba? Ese maldito hombre siempre causando problemas allí dónde iba.

—Siempre le ha gustado crear misterio y expectativa a su alrededor —resopló—. ¿Sabe la que ha montado su desaparición en la Agencia Demonía?

—Sí —asintió—. Y está conforme, dijo que su tiempo se había terminado y que era el momento de regenerarse. Confía en *ella* y en sus decisiones.

—Fantástico —rezongó—. ¿Algo más de lo que todavía no me hayas hecho partícipe, pequeña?

Negó una vez más con la cabeza.

—Si lo dices por él, no estuve en su presencia más que el tiempo suficiente para recibir ese manuscrito y su significado… —murmuró. Entonces guardó silencio como si no quisiera continuar—. Y confirmar… lo que ya sabía.

La calibró con la mirada durante unos segundos.

—Tienes que luchar, Ankara —resolvió por fin—. Hagas lo que hagas, no puedes dejar que el Gran Espíritu te consuma.

Sus ojos volvían a contener ese tono transparente del hielo.

—Ya no está en mis manos evitarlo, Axel —musitó—. Ya no lo está.

Y maldito fuera el destino, él sabía que ella tenía razón, la pelota ya no estaba en su tejado, estaba en el del Alto Hechicero y esperaba que Radin fuese lo suficiente inteligente para sacar la cabeza de su pomposo culo el tiempo suficiente como para darse cuenta de que él era su única esperanza.

CAPÍTULO 7

Ankara lo había despachado. Lisa y llanamente, lo echó de la habitación y él se lo permitió. La hechicera sabía cómo hacerse oír incluso cuando la muerte venía a reclamarla, ni una sola vez a lo largo de su vida juntos se había dejado ningunear. Podía fingir ante ella, aparentar que no se daba cuenta o que le importaba más bien poco o nada sus opiniones y que el acatarlas o no era cosa suya, pero la realidad era muy distinta. Demasiadas veces se había encontrado deseando, aún a regañadientes, cumplir con sus escasos caprichos, permitiéndole esa pequeña victoria que le iluminaba los ojos y apartaba la soledad de ellos.

Decirle que olía. Soltó un bufido y alzó el rostro hacia el chorro de agua de la moderna ducha. Sin duda una afirmación descabellada y demasiado fantasiosa, pero había dado resultado. Necesitaba aquel respiro, necesitaba alejarse de ella pues el deseo que lo acercaba demasiado a menudo se cubría de amargura. Deseaba que el pasado fuese tan fácil de borrar como lo era la suciedad sobre la piel, que los recuerdos del hoy batallando con los del ayer desaparecieran con la misma facilidad.

Cerró los ojos y dejó que el agua caliente resbalase por su cuerpo. La desesperación ante la falta de respuestas que pusieran fin a aquella tortura menoscababa su espíritu, quería volver de nuevo a esa maldita habitación sin ventanas y seguir buscando entre los incontables libros una respuesta, algo que le permitiese hacer a un lado el peso de un futuro que no quería afrontar, no sin ella.

—No la amas, ella es tu penitencia, tu infierno en la tierra —se dijo a sí mismo en voz alta —, si la pierdes, si se aleja, no te quedará nada, nada que sostenga los recuerdos del pasado, que te recuerde lo que perdiste.

Y no podía renunciar a ello, sus recuerdos era todo lo que tenía del hombre que una vez fue, de la vida que una vez creyó poder vivir, de la felicidad que estaba seguro de alcanzar al lado de la mujer a la que sí amaba. Renunciar a Ankara, era renunciar a Keira, a su odio y a la traición que la inocente hechicera había iniciado con su despertar.

‹‹Eres todo lo que tengo, Radin. Me da lo mismo que me odies, pues algún día tendrás que dejar el odio a un lado››.

La voz de Ankara era como el diablillo que personificaba una parte de su conciencia, a menudo sus palabras se filtraba en el presente y traían consigo la estabilidad o la inyección que necesitaba para continuar adelante, para seguir viviendo a pesar de todo.

‹‹¿A quién crees que estás castigando realmente, Radin? ¿A mí o a ti mismo? ››.

Apoyó las manos contra la pared e inclinó la cabeza dejando que el pelo mojado escurriese por sus hombros como una cortina de ébano.

—Mierda —farfulló permitiendo que el chorro de agua cayese ahora sobre su espalda—. Tú y tus malditos sentimientos.

No podía corresponderla. No podía quererla como ella esperaba que lo hiciese. Su corazón ya tenía dueña, atrapado en las manos de la única a la que siempre amaría.

—Keira —pronunció su nombre como si de esa manera pudiese conjurarla a ella y apartar a un lado a su hechicera.

Las imágenes de la última vez que vio su rostro se agolparon tras sus córneas, los ojos marrones anegados en lágrimas todavía lo perseguían como un fantasma, el dolor y el

arrepentimiento que había visto en ellos… Dioses, la había amado tanto, pero el destino se había impuesto entre ellos en la forma de una inocente muchacha cuya presencia lo encendía como su propio espíritu del fuego.

El pasado encontró las puertas abiertas y se filtró trayendo consigo los ecos de una separación por la que todavía le sangraba el corazón.

‹‹TRIBU KWAKIUTL, CLAN CHEZARK››.
AL ATARDECER
TERCER DÍA TRAS EL SOLSTICIO…

Si algo llevaba grabado a fuego en el alma y el corazón era el preciso momento en que se vio obligado a despedirse de ella. Podía recordar con milimétrica precisión cada uno de los pasos que dio hacia la entrada de la casa en la que moraba, esperándole en el umbral con esa mirada esperanzada y al mismo tiempo arrepentida en los ojos pardos. Ella se había arrepentido de dejarlo marchar, lo supo en el momento en que dejó el dintel de la puerta y se precipitó a sus brazos.

—Perdóname, mi amor, perdóname por no ser fuerte para cumplir mi cometido. —Las dulces y dolidas palabras se perdieron en el hueco de su cuello.

La apretó con fuerza, inhalando el dulce aroma floral que la rodeaba y sintiéndose dividido cuando pegó el curvilíneo cuerpo al suyo de esa forma tan familiar. La dicha de tenerla entre sus brazos batallaba con la traición cometida. Quería alejarse, apartarla para no contaminarla con su negligente conducta y al mismo tiempo deseaba aferrarla y no soltarla jamás.

¿Podía amarse a una mujer y sentirse irremediablemente atado a otra?

Él lo hacía. Su corazón pertenecía a esta dulce y deseable mujer con la que llegó a pensar en formar una familia, era a ella a quien deseaba a su lado como madre de sus hijos, como compañera en sus años de vejez. Tantos y tantos planes hechos y que se derribaban con estrépito ante el peso de la realidad que ahora lo golpeaba con dureza.

—Gracias al cielo que estás bien —insistió ella. El cálido aliento le acarició la oreja mientras los brazos se ceñían a su alrededor un instante antes de unir sus bocas en un desesperado beso—. Estaba tan preocupada… Nos llegaron noticias de lo ocurrido al otro lado del río. Dios mío, Radin, vi cómo se congelaba el agua… como se convertía en hielo… Temí… temí que corrieras la misma suerte…

Le ciñó las manos con las suyas, saboreando el momento, la sensación de tenerla tan cerca, inhalando su aroma para grabarlo en su mente de forma indisoluble.

—Keira… —pronunció su nombre con reverencia.

Ella volvió a besarle, buscó su boca con desesperación y se pegó a él de modo que no pudiese pasar entre ellos ni una brizna de aire.

—Lo sé —lo acalló ella—. Es un susurro que se oye a voces, pero no me importa, Radin. Nos iremos. Pueden quedarse anclados en el pasado si lo desean, yo te elijo a ti. Más allá de cualquier cosa, cualquier castigo o maldición, siempre te elegiré a ti.

Sus palabras lo atravesaron como una bala de cañón, rompiéndole por dentro. ¿Por qué no era egoísta y se marchaba con ella? Ahora, sin mirar atrás.

—Solo déjame que recoja algunas cosas y nos iremos —continuó ella ajena al tumulto que se alzaba en su interior—. No me llevará mucho tiempo…

Radin le apretó las manos y se las llevó a los labios para besarle los dedos, necesitaba de

todos sus arrestos para evitar caer allí mismo de rodillas y suplicar su perdón.

—No podemos, Keira.

Sus palabras no la disuadieron. Ella sonrió, le acarició la mejilla con ternura y le miró a los ojos como siempre hacía.

—Sí podemos —aseguró con dulzura—. Nada va a separarme de ti, soy tu… soy tuya…

Cerró los ojos durante una milésima de segundo para saborear el tacto de su mano antes de arrancársela de la cara.

—Ya lo ha hecho —declaró dando un paso atrás. Se obligó a alejarse de ella aunque todo en su interior lo instaba a envolverla en sus brazos y huir con esa mujer dándole la espalda al destino—. No… no puedo dejar a la joven hechicera, no después de lo que pasó.

Ella sacudió la cabeza en una visible negativa.

—Hiciste lo que pudiste —se acercó de nuevo a él. Le cogió las manos y se las llevó a su pecho, abrigándolas allí—. Nadie te culpará por ello. Tú has dominado a tu espíritu, los dioses han querido que ella pereciera con el suyo y se llevara al mismo tiempo las vidas de aquellos cuya hora había llegado.

Él frunció el ceño ante sus palabras y sacudió la cabeza.

—¿Perecer? No, ella está viva. Vive gracias a mí. Por mis malditos actos —declaró con rabioso dolor—. Yo la traje de vuelta, Keira, la arranqué de las garras del Chilaili y la anclé al mío. La tomé para mí, yací con ella durante tres malditos días con sus noches para mantenerla con vida y junto a mí…

El color abandonó el rostro de su amada, las manos que sostenían las suyas se aflojaron mientras la negación teñía los preciosos ojos marrones.

—No. —Sus labios se estiraron en una incrédula sonrisa—. Fuiste a buscarla, a terminar con toda esta locura de la profecía. Yo pensé… ellos dijeron… no, Radin, dime que no es verdad…

Le sostuvo la mirada, no iba a mentirle, no a ella.

—Sí, Keira —insistió con firmeza—. Traicioné todo en lo que creía, te traicioné a ti, nuestro vínculo, las promesas que nos hicimos… y no tengo palabras para expresar lo mucho que lo siento, lo mucho que habría deseado hacer cualquier otra cosa, dar marcha atrás en el tiempo e irnos lejos…

Ella sacudió una vez más la cabeza, empezó a caminar de un lado a otro con visible nerviosismo. Entonces se detuvo y le miró.

—No me importa —sentenció. Se acercó a él y le apretó las manos con una fuerza nacida de la desesperación—. No quiero saberlo. No me digas nada más. Vámonos. Marchémonos ahora mismo, sin despedidas, sin mirar atrás. Radin, por favor, mi amor, por favor… vámonos.

Tiró de él, se aferró a su ropa y la tentación era tan grande que solo el vívido recuerdo de sus manos acariciando otra piel, de su cuerpo dando la bienvenida a otro cuerpo, de sus labios besando otra boca hizo que se apartase de ella. Ni siquiera podía abrazarla, no sin sentirse asqueado de sí mismo y de sus decisiones. La había traicionado y se sentía sucio, indigno de la mujer cuyos ojos brillantes por las lágrimas ahora lo miraban con dolor. Keira le ofrecía el perdón que no se merecía, estaba dispuesta a pasar por alto su infidelidad y marcharse con él en aquel mismo instante… pero el dolor en otra mirada y la soledad que sentía en su propia piel lo obligaron a apretar los dientes y dar un nuevo paso atrás.

—No puedo, Keira —se obligó a permanecer firme, resuelto.

No podía flaquear ahora, no importaba que el corazón se le hiciera pedazos, que deseara robársela y marcharse tan lejos como pudiera de toda aquella locura con esa mujer. No podía.

Sabía que si lo hacía la sombra de la hechicera lo perseguiría eternamente. Incluso ahora podía sentir su angustia, su dolor a través del nuevo vínculo que había establecido entre ellos.

—Nuestros dioses saben que eso es lo que más deseo, darle la espalda a todo y marcharme llevándote conmigo, pero ya no es posible… No soy libre para hacerlo. Ella… me necesita.

Más que nadie. Ankara lo necesitaba más que nadie en esos momentos. Una necesidad que aborrecía, a la que deseaba dar la espalda y olvidar por completo, pero el honor le obligaba, la sangre que derramó en su lecho se lo exigía, la soledad y la muerte que rondaban a esa muchacha le obligaban a permanecer a su lado hasta que expirara su último aliento.

La desesperación estaba presente en cada gesto, en cada palabra que salía de la boca de la mujer que poseía su corazón.

—Yo también te necesito. Eres… eres todo lo que tengo —gimió desesperada. Acortó la distancia entre ambos y se aferró de su camisa con las manos—. Eres el único al que realmente he amado con todo el corazón, maldito hechicero, mi único pecado. Te necesito, Radin. Te quiero. Por amor de Dios, eres todo lo que me importa en el mundo y sé que tú me quieres. Mi amor, por favor, olvidémonos de todo esto. Vámonos, todavía podemos tener una vida juntos, un futuro.

Con cuidado retiró las manos de su camisa y dio un paso atrás. Sus ojos se clavaron en los de ella.

—Mi vida se terminó en el mismo instante en que traspasé el umbral de aquella choza —sentenció con toda la dureza que pudo reunir—. Ya no soy dueño de mi libertad, Keira, ni de mi destino. Estoy atado a Ankara, no puedo… no puedo dejarla. Ahora no.

Sintió el escozor en su mejilla pero no se movió, permaneció con semblante estoico mientras ella le insultaba y derramaba sobre él todo el dolor y la desesperación que le atenazaba el alma.

—Ella te hará sufrir… sufriréis los dos… ¡No será nadie para ti! —clamó con desesperación—. No puedes atar tu vida a la de una completa desconocida por lo que diga una estúpida profecía. El destino puede cambiarse, quédate a mi lado y te lo demostraré.

No, Ankara quizá no fuese nada para él, pero ahora estaba irremediablemente unido a esa chiquilla cuya vida sería devorada antes o después por el Gran Espíritu del Hielo si no estaba a su lado para evitarlo. La pequeña hechicera moriría consumida por su propio hielo si no aprendía a aceptar el espíritu que portaba. No podía dejarla sola, no iba a dejarla morir, si él tenía que padecer la pérdida de todo aquello que amaba en vida, por los dioses que ella lo padecería también.

—Radin… por favor… —insistió una vez más entre lágrimas—. Por favor, mi amor… no lo hagas… solo marchémonos, dejemos todo esto atrás, como si jamás hubiese ocurrido.

Siguiendo un impulso la atrajo a sus brazos, la apretó contra su cuerpo y le violó la boca con un hambriento y furioso beso en el que puso toda la rabia, desesperación y el amor que quedaría para siempre con ella.

—Lo siento, Keira —susurró tras romper el beso—. Espero que algún día encuentres la manera de perdonarme, amor. Sé feliz.

Sin una palabra más dejó a la mujer a la que amaba y cruzó de nuevo la aldea para reunirse con la que a partir de ese momento sería su infierno y única penitencia.

Cerró el grifo y se giró dejando que su nuca golpease contra el húmedo azulejo. El agua se

escurría por su cuerpo dejando tras de sí pequeñas gotas que perlaban la oscura piel y se enredaban en el vello de su pecho, se pasó una mano por el rostro en un intento de alejar los recuerdos, pero estos insistían en regresar, en hacerle revivir una vez más el paso de los años, la forma en que su vida había cambiado con ella a su lado.

Los comienzos nunca eran fáciles y el suyo había sido una continua batalla por salir adelante, por encontrar el camino y la manera de coexistir. En un abrir y cerrar de ojos se encontró sin hogar, sin un techo sobre su cabeza y con una compañera adolescente hambrienta de afecto y conocimiento. Jamás se había preocupado por nada más que por sí mismo, y el tener a otra persona dependiente de él las veinticuatro horas del día lo llevó continuamente al borde; más cuando esa persona era una mujer a la que odiaba y deseaba al mismo tiempo.

Golpeó la pared con la cabeza una y otra vez en un intento de abstraerse, pero ella seguía allí, podía recordar sus ojos, la mirada de cachorrillo abandonado y la frustración que a menudo lo recorría por el deseo que se negaba a volver a satisfacer en lo que él consideraba una niña. Había cometido el error de acostarse con ella en el calor e inevitable locura en el que se vieron sometidos en su despertar, pero estaba decidido a no volver a caer en esa red. Ankara no dejaba de ser una joven mujer, demasiado ingenua e inocente, demasiado sedienta de afecto y conocimientos.

Lo segundo estaba dispuesto a dárselo, lo primero; no.

La frustración por su situación y la de ella empezó a incendiarle su ya de por sí explosivo carácter, la brusquedad empezó a adueñarse de cada una de sus acciones, de sus palabras, recordándole sin medida que ella no era más que un lastre para él, una imposición que el destino había querido poner en su camino.

—No mendigues de mí amor, Kara —recordó en voz alta. Aquella era una frase que a menudo se intercambiaba entre ellos—. De mí no obtendrás más que odio.

La odiaba. Odiaba el hecho de que fuese tan inocente, se odiaba a sí mismo por sucumbir a la piedad y rescatarla, la despreciaba por haberle arrebatado el amor y obligarle a contentarse con recuerdos. Detestaba cada uno de sus intentos por acercarse a él y permitirle lastimarla, la odiaba cada vez que veía el dolor y la soledad en esos ojos azules porque sabía que él era el único culpable.

Ella solo era una niña inocente, una criatura condenada por el espíritu que portaba, manchada por las muertes que su despertar arrebató y despreciada por aquel que había nacido para protegerla; su pequeña y pobre niña abandonada.

Y a pesar de odiarla, de considerarla su maldito infierno, no podía dejarla ir, no podía imaginarse seguir vagando por el mundo sin ella a su lado. ¿Cuánta locura podía soportar un hombre antes de perderse a sí mismo? Radin no lo sabía, pero sospechaba que no mucha más.

—Y ahora piensas que puedes abandonarme —musitó apartándose de la pared y recuperando la toalla colgada de la puerta abierta de la ducha—, ¿después de todo por lo que me has hecho pasar? No, Kara, todavía no vas a liberarte de mí.

Limpió la humedad del espejo con la mano, su imagen apareció ligeramente distorsionada pero no le importaba, su mente seguía vagando en el pasado, en los meses que había estado con ella durante el primer año que siguió a su destierro.

Los comienzos no fueron fáciles, los primeros pasos los alejaron de sus orígenes y los llevaron a introducirse en una de las urbes más cosmopolita en la que ya había vivido anteriormente. Cuando se decidió por la ciudad neoyorkina no pensó en nada más que en sí mismo, en lo que le era familiar y no tomó en cuenta el choque cultural que supondría para una muchacha acostumbrada a la paz y tranquilidad de una tribu anclada en muchos aspectos en el

pasado.

Aquella primera toma de contacto trajo consigo también la primera exposición de poder de Ankara; era una suerte que los americanos estuviesen acostumbrados a las inclemencias del tiempo invernal como para no sorprenderles que el pulmón de su ciudad y el lago se helasen por completo en un abrir y cerrar de ojos. Esa fue también su primera prueba de fuego con ella, una que superó a duras penas.

El hambre de conocimiento de ella instauró una especie de breve tregua entre ambos, esta comprendía las horas que dedicaba al día o a la noche para enseñarle lo básico: leer, escribir y hablar correctamente. En aquellos días era como una esponja, siempre dispuesta a absorber todo lo que se le pusiera al alcance, no hacía otra cosa que freírlo a preguntas lo que a menudo le sacaba de quicio; lo había tocado como su enciclopedia personal hasta que conoció al Señor Google. A partir de ese momento sus amoríos se dirigieron hacia el ordenador de la primera biblioteca que encontró con internet.

No pudo evitar esbozar una renuente sonrisa ante el recuerdo de esos primeros meses, antes de que las cosas cambiaran drásticamente y el destino y él mismo volviese a separarlos.

Y ahora, esa misma mujer que lo había vuelto loco hasta el punto de querer matarla con sus propias manos, languidecía en una cama sin que pudiese hacer nada por evitarlo.

—¿De veras quieres dejarme, Kara? —le dijo a su reflejo en el espejo—. ¿Vas a dejarme ir por fin, hechicera?

No se lo permitiría, así tuviese que mover cielo y tierra para impedirlo, ella no lo dejaría.

CAPÍTULO 8

—Está descansando.

Se giró a tiempo de ver a Axel traspasar el umbral de la habitación, las prístinas alas del ángel iban plegadas a la espalda, solo los arcos superiores sobresalían por encima de sus hombros. El atuendo de cuero blanco era un irónico contraste con el aura de patea culos del ser emplumado, sus ojos por el contrario reflejaban a la perfección su carácter.

—Te dije que esto pasaría, pero parece que tienes predilección por ignorar mis advertencias.

Echó un vistazo al interior del dormitorio para comprobar que efectivamente la pequeña rubia dormía plácidamente arropada por las mantas.

—Su corazón se ha cubierto de escarcha —murmuró—, se está apagando poco a poco.

Le dio la espalda al umbral y volvió al pasillo seguido por el ángel.

—A menos que tengas una solución —murmuró en voz baja, dura, carente de expresión —, ahórrate tus palabras.

Axel se limitó a negar con la cabeza en gesto resignado.

—Me pides una solución que ya te di en su debido momento, Alto Hechicero —le recordó —, una que decidiste ignorar. Tienes una terrible tendencia a ignorar aquello que no quieres escuchar, Radin y el resultado de ello a menudo es… esto.

Se giró hacia él sin medir las consecuencias, en un instante lo separaban unos pasos, al siguiente había estampado las alas del ángel contra el muro al otro lado del pasillo.

—Una tendencia que al parecer ambos compartimos, Axel —escupió.

Su contrincante se limitó a arquear una delgada ceja y mirar las manos que lo sujetaban.

—Soy responsable de cada uno de mis actos, hechicero —aceptó sin titubeos—, de mis errores y lo que estos han hecho a la humanidad y a mis custodios.

Ni siquiera le tocó físicamente. No era necesario, el aura de poder que lo envolvía lo empujó con firmeza, obligándole a soltarle.

—Y el error que cometí con esa mujer es uno de los que siempre me pesarán en el alma —le dijo con la misma fiereza—. ¿Puedes tú decir lo mismo? ¿Estás dispuesto a admitir la culpa que te corresponde por el destino que le obligaste a enfrentar? Yo le fallé, Alto Hechicero, pero tú… tú la abandonaste e iniciaste su propio calvario.

Le hubiese gustado gritar que no era cierto, que estaba equivocado, que el único culpable del destino de Ankara en aquellos días fue únicamente culpa de ese maldito *Vigilante*, pero ambos sabían cuál era la verdad, él mejor que nadie sabía que lo que ella había enfrentado, era únicamente culpa suya y de nadie más.

Llevaba ese día grabado a fuego en el alma y en el corazón, el mismo en el que sintió como la única superviviente de su familia, la última persona que lo conectaba a sus raíces había dejado este mundo sin que pudiese decirle adiós.

No le importó desafiar a los dioses, a su pueblo y a quien se le pusiese por delante. Después de vivir durante casi un año en el exilio, volvió a la tierra que lo vio nacer para observar desde la lejanía la columna de humo y escuchar los cánticos fúnebres que su tribu dedicaba a la *ketaii* de los Chezark. El dolor de la pérdida y la agonía que trajo consigo la culpa opacó todo lo

demás.

Permaneció en un absoluto mutismo hasta mucho después de que el sol se pusiera y las llamas hubieran consumido completamente la pira funeraria. Los cánticos se fueron desvaneciendo hasta apagarse por completo, sumiéndolo todo en una silenciosa mortaja. Dejó de ser consciente de cualquier cosa a su alrededor, todo en lo que podía pensar era en que su última conexión con sus raíces se había ido, la mujer que lo había criado había muerto y no había podido decirle siquiera lo agradecido que estaba porque hubiese cuidado de él cuando nadie más lo habría hecho.

‹‹ORILLAS DEL RÍO INLET, VANCOUVER››.
EN LOS LÍMITES DEL CLAN CHEZARK
CUATRO AÑOS ATRÁS…

—Radin…

—Aléjate de mí.

Se apartó de ella como si su contacto lo hubiese quemado. Encontró su mirada y vio en ella la sorpresa y la falta de comprensión. Le hirvió la sangre, deseaba desesperadamente que fuese ella la que ardiese en aquella pira y no su abuela.

—Es culpa tuya —siseó con fiereza—. ¡Eres una mujer maldita! ¡Un destino peor que la más violenta de las muertes!

La joven hechicera se encogió ante su brusquedad, pero en vez de alejarse de él, cometió el error de intentar alcanzarlo.

—Radin…

Le golpeó la mano impidiéndole tocarle.

—¡No te acerques a mí! ¡No me toques! —Estaba furioso, dolido, todo lo que le quedaba, su única familia se había ido—. Tú eres la única emisaria de la muerte, la única que debería estar allí y no ella. Nunca debí presentarme en esa maldita choza, debí dejar que te violasen, que te mataran, ¡maldita seas!

Ella retrocedió golpeada por sus palabras y por la rabia que emanaba de ellas.

—Soy… tuya… tu compañera…

Sus palabras lo enloquecieron, no midió sus acciones, extendió la mano hacia ella para impedirle acercarse y acabó golpeándola con una cruda ola de ardiente poder que la derribó sobre el suelo.

—¡No eres nada! ¡Nada! —gritó sin importarle quien les escuchase—. Por tu maldita existencia fui proscrito y desterrado, por ti traicioné a la mujer que amo… ¡Si eres algo, es mi ruina! ¡Mi desgracia! ¡MI MALDITO INFIERNO!

Avanzó hacia ella sin piedad, el poder de su espíritu bailando a su alrededor, quemando el suelo que pisaba, haciendo huir a las pequeñas alimañas y animales que poblaban la planicie. Vio el dolor y el horror en sus ojos pero no se detuvo, no podía, todo lo que quería era lastimarla, hacerla sentir el mismo dolor que le abrasaba el pecho.

—Te odio —siseó con todo el veneno que habitaba en sus venas—. Debería matarte, quemarte hasta que no fueses más que un vago recuerdo. Debería violar tu maldito cuerpo hasta que llores y supliques un perdón que no te será concedido. No eres más que la novia de la muerte, hechicera.

Sus ojos azules se llenaron de lágrimas, el color se fue aclarando a medida que el miedo se reflejaba en sus pupilas. Empezó a arrastrarse por el suelo en un intento por eludir su

avance, el crujido del hielo la acompañó en cada paso, allí donde sus manos tocaban la tierra esta se congelaba al instante solo para ser derretida por su propio calor dejando tras ellos un sendero en el que nunca crecería nada. Los dos espíritus que albergaban luchaban con la misma intensidad con la que ellos daban rienda suelta a sus emociones.

—¿Crees que has vivido en el infierno, Ankara? No. No te has acercado si quiera a él —continuó avanzando ahora con mayor decisión. Se abalanzó sobre ella, inmovilizándola contra el suelo, haciendo oídos sordos a los gritos desesperados que abandonaron su garganta y los inútiles intentos por liberarse de su agarre—. Pero lo harás, me encargaré de que conozcas el infierno de mi mano como yo lo he conocido de la tuya.

No razonaba, no escuchaba ni una sola palabra. Las lágrimas y alaridos que surgían de los suaves labios no penetraron en la niebla de rabia y dolor que lo consumía, el calor era cada vez mayor en su interior, lo que deseaba era dar rienda suelta a la pena y acabar con todo; acabar con ella.

—Llorarás lágrimas de sangre antes de que amanezca y cuando el sol se atreva a asomarse en el horizonte, no encontrarás alivio alguno —siseó ciñendo su cuerpo contra suelo, inmovilizándola con su peso mientras le desgarraba la blusa que llevaba. Se removió bajo él, chillando y pataleando para finalmente quedarse quieta y clavar los acuosos ojos en los suyos.

—Mátame. —Las palabras fueron apenas un susurro, pero la angustia y necesidad que escuchó en ellas se filtró a través de la rabia que lo consumía—. ¿Quieres tu libertad? Pues entrégame la mía y mátame. Libéranos a los dos y acaba con el dolor que te ennegrece el alma. Mátame.

Cerró los ojos y permaneció totalmente inerte bajo él, las lágrimas resbalaban silenciosas por el polvoriento rostro y caían al suelo ahogadas por la maraña en la que se había convertido su rubio cabello.

—No… —musitó. Sus manos aflojaron la intensidad con la que la apretaba, la recorrió con la mirada, el suave y pequeño cuerpo bajo el suyo y se sintió roto por dentro—. La muerte no te llegará de mi mano, Ankara. Padecerás, vivirás en el mismo infierno en el que yo vivo, te consumirás de rabia y dolor hasta el fin de tus días… y lo harás sola.

La soltó como si le quemase su contacto. Se apartó de ella, gateó hacia atrás hasta conseguir ponerse en pie y la contempló allí, desmadejada, como una muñeca medio rota y por primera vez en los últimos minutos fue consciente de lo que había estado a punto de hacerle.

—Márchate… —musitó sin dejar de mirarla, dando un nuevo paso atrás con cada palabra que brotaba de su boca—. Tu alma para mí está muerta, rechazo tu presencia, reniego de tu existencia y del maldito destino que nos encadenó. Ve y vive el mismo infierno que has tejido para mí.

Deslizó la mirada sobre ella una vez más, se encontró con los angustiados ojos azules antes de ver la tierra quemada a su alrededor, alrededor de los dos. Giró sobre los talones y poniendo un pie detrás del otro emprendió el camino que la alejaría de ella por primera vez en los últimos doce meses. Oyó el llanto, las súplicas y la desesperación en su voz pero la hizo a un lado y no volvió a mirar atrás, en aquella yerma tierra de sus antepasados ya no quedaba nada para él.

Radin sacudió la cabeza, se obligó a dejar atrás las emociones que despertaban los recuerdos y clavó la mirada en su antiguo *Vigilante*.

—Mis actos quizá le ahorraron más sufrimiento del que podía haber tenido si me hubiese

quedado a su lado después de aquello.

—Y al mismo tiempo le procuraron un infierno mucho mayor —aseguró Axel. Giró la cabeza de nuevo hacia el dormitorio al otro lado del pasillo y suspiró—. Aunque poco importa el camino que hubieses elegido entonces, tu corazón entonces latía por el pasado, por lo perdido y mientras esa fuera su sintonía, para ella solo tendrías lástima y sufrimiento. Fue condenada incluso antes de despertar, porque lo que le fue profetizado, también le fue arrebatado.

Acusó sus palabras con la misma rabia que lo corroía desde aquella aciaga noche en la que casi la pierde.

—Pudiste haberlo evitado —siseó—. Eras su *Vigilante*, su guía… en mi ausencia.

Él negó con la cabeza, un brusco gesto que atrajo la atención de Radin.

—Era *vuestro Vigilante* —puntualizó—. Un trabajo a tiempo completo, especialmente cuando te empeñabas en destruirte a ti mismo. Ella luchó por la vida, por tener un futuro, pero tú… No, Radin, no me culpes a mí de tu falta de compromiso, de tu cobardía para enfrentar el destino y agradece que tus dioses son lo bastante misericordiosos como para haber evitado que cayeses dónde nadie pudiese haberte traído de vuelta.

No eran sus dioses con los que tenía una deuda de vida, sino un maldito chalado que regentaba un bar en una de las esquinas menos transitadas de Nueva York. Si no hubiese sido por el *Devorador de Pecados*, era muy posible que hoy no estuviese teniendo tal conversación con ese maldito ángel cuya única virtud era sacarle de quicio.

‹‹BAR PECATIO, NUEVA YORK››.
SEIS MESES DESPUÉS…

La soledad acompañada de odio y rencor bien podía considerarse uno de los círculos del infierno, si se creía en ellos. Si se le añadía una pizca de culpabilidad, dos cucharaditas de remordimiento y un buen puñado de desesperación, la combinación llegaba a hacerse letal para el alma y la falta de sentido común. Y mal que le pesase, Radin tenía que reconocer que en los primeros seis meses después de romper cualquier clase de vínculo rompible con la mujer que representaba cada una de sus más rabiosas emociones, se precipitó en un peligroso descenso hacia el desastre.

En su afán por dejar atrás el dolor de la pérdida, se dejó llevar por el vibrante odio, dio la espalda a cualquier clase de código ético y moral por el que se rigió alguna vez y se dio el lujo de cometer toda clase de estupideces; lo cual no habría sido tan preocupante si ello no lo llevase al mismo tiempo a soltar las riendas de su Keezheekoni dejando que este lo devorase interiormente.

Sucumbió a los brazos del alcohol en más ocasiones de las que le gustaría recordar. Se entregó con los ojos cerrados a toda clase de perversiones esperando perder en el alma en el proceso, su irónica y pretenciosa lengua lo metieron en conflictos y peleas de las que no siempre salía victorioso. Las mujeres no fueron más que un juguete en sus manos, encuentros breves en los que saciar su deseo y ahogar los pocos recuerdos que todavía le torturaban. Solo cuando estaba realmente obnubilado o inconsciente encontraba la paz que necesitaba, solo en esos momentos podía dejar de sentir el miedo y la desesperación procedente de una compañera no deseada, ahogar sus gritos de dolor y soledad que le arañaban el alma.

Él seguía vinculado a Ankara, daba igual lo que hiciera, los trucos a los que recurriese, porque no había nadie sobre la tierra capaz de romper ese canal que los conectaba. Si bien con

el tiempo aprendió a enmudecerlo, a escudarse lo suficiente para percibir tan solo breves ecos de esa otra vida, siempre estuvo con él; especialmente la noche en la que pensó que por fin podría terminar con aquella vacía existencia y cerrar los ojos para entregarse al olvido.

—¿Por qué será que todos los idiotas quieren morirse en la parte de atrás de mi local?

Boer Sins no podía considerarse precisamente un buen samaritano. Incluso ahora, seis años después de su primer encuentro, Radin dudaba en que alguien se atreviese siquiera a llamar «buen samaritano» al Devorador de Pecados que poseía el Bar Pecatio. No sabía qué fue lo que Boer vio en él ni el motivo por el que decidió rescatarle aquella noche después de que el nigromante al que acudió en su empeño por liberarse de todo lazo con Ankara lo dejase tirado y medio muerto entre los contenedores de la parte posterior del bar. El hijo de puta lo había conducido a las puertas de la muerte, pero no había conseguido siquiera que el maldito vínculo que lo ataba irremediablemente a la hechicera se debilitara. Tampoco supo que fue lo que evitó lo utilizase para decorar las paredes del local con su sangre. Las buenas maneras no eran su fuerte en aquel entonces, ni siquiera lo eran ahora.

Boer había arrastrado su lastimoso culo al interior del local, lo sentó frente a la barra con un vaso de un líquido color borgoña entre los temblorosos dedos y con una habilidad que desconocía lo obligó a desnudar su maldita alma. Cada uno de los pecados cometidos tomó cobró vida en la forma de palabras, frase tras frase empezó a liberarse de la pesada carga que el destino le puso sobre los hombros. A medida que hablaba el rabioso e injustificado odio que habitaba en su interior fue cediendo hasta convertirse en una mera sombra, el dolor no se fue pero sí se mitigó y por primera vez en más de año y medio sintió que podía respirar de nuevo sin ahogarse.

Ese inesperado encuentro dio paso a una prolongada estancia y una extraña amistad. Su mente empezó a aclararse y con esa claridad regresó el arrepentimiento y la sensación de pérdida, pero para entonces ya veía las cosas con meridiana claridad.

La necesidad de volver a encontrarse a sí mismo, de dar con su propio camino lo llevó a viajar como un nómada por distintos países. Fueron dos años de continuo caminar, de crecimiento y experiencias enriquecedoras y otras no tanto; Axel era una prueba fehaciente de esto último.

—Bien, al menos ya no estás con la cabeza metida en un saco de mierda compadeciéndote de ti mismo —le había dicho nada más conocerse—. Deberías darle las gracias al Devorador de Pecados por el trabajito que ha hecho contigo. Empezaba a pensar que tendría que venir yo mismo a sacarte la mierda de encima a golpes y sabes, eso es demasiado trabajo. He gastado todas mis horas extra con tu hechicera.

Su entrada en escena supuso un nuevo dolor de cabeza para él. El ángel no tenía ningún inconveniente en decirle claramente lo que opinaba de su falta de compromiso y a menudo se vanagloriaba de los progresos de su «protegida». No le sorprendía lo más mínimo que el Gremio de los Arcontes hubiese elegido a ese Angely como Vigilante de dos últimos Altos Hechiceros que quedaban sobre la tierra.

—¿Será hoy el día en el que preguntarás por tu compañera, Alto Hechicero?

No lo hizo, ni una sola vez preguntó por ella.

No necesitaba de los gratuitos y no deseados informes que a veces Axel dejaba caer sobre él en referente a Ankara pues el vínculo que los unía a ambos seguía intacto. Si bien había aprendido a erigir muros para mantenerla fuera de su mente, estos se debilitaban durante el sueño permitiendo que las más intensas emociones lo alcanzasen.

Dos largos años había estado separado de ella, dos años en los que hizo caso omiso a

todos y cada uno de sus intentos por acercarse a él. La excluyó, como también excluyó los recuerdos de un pasado que lo atormentaban y que temía que volviese a resurgir si la tenía consigo. Por protegerse del dolor y la desolación de lo que había perdido, de la culpa y el odio que los recuerdos traían consigo la privó de la seguridad y protección que nunca debió negarle y que habría evitado que la muerte volviese a teñir sus almas.

Apretó con fuerza los ojos en un intento por alejar la oleada de culpabilidad que habitaba en su alma a raíz de lo que ocurrió hace años, se obligó a hacer a un lado el horror y la desesperación que sintió a través de ella e intentó mantenerse en el presente. Cuando volvió a abrirlos se encontró con la mirada de Axel fija en él.

—Lo siento, hechicero, pero una vez más tu arrepentimiento llega demasiado tarde —declaró con un profundo suspiro.

Intentó hacer caso omiso al dardo envenenado que suponía las palabras de su ex *Vigilante*. No necesitaba un recordatorio de aquella noche, lo llevaba grabado a fuego en la memoria.

Durante demasiado tiempo estuvo tan centrado en sí mismo, en su dolor, que ignoró todo lo demás, todo contacto que Ankara intentaba tener con él. La rechazaba en sus sueños, la rechazaba en sus momentos de vigilia, hacía todo lo posible por odiar a una mujer que sabía no tenía más culpa que él mismo de todo lo acontecido hasta aquel momento. Se esforzaba por detestar a una niña indefensa cuyo único pecado había sido nacer con el estigma del espíritu del hielo y buscar en él la cura a una interminable soledad y discriminación.

Le había hecho daño, con sus palabras y con sus actos. Conscientemente la había empujado al borde buscando en ella el mismo rencor, el mismo odio que haría que su culpabilidad se aligerase pero nunca la encontró. Ankara nunca tuvo una palabra dura o un desplante para él hasta aquella noche algo más de dos años atrás; la misma en la que pensó que la perdería para siempre.

—La he traído de vuelta una vez y volveré a hacerlo las veces que sea necesario —declaró con voz firme—. Ella no puede marcharse, no se lo permitiré.

-SEGUNDA PARTE-

CAPÍTULO 9

Radin se despertó de golpe, el eco del grito que lo había arrancado del sueño resonaba todavía en su interior. Se pasó una mano por el pelo y repasó la habitación con la mirada; la cama estaba vacía.

La desazón interior pasó a convertirse en un inmediato pánico. Tuvo que obligarse a mantener la calma mientras dejaba el asiento que había ocupado horas atrás mientras ella dormía, el libro que estuvo ojeando permanecía ahora en el suelo a sus pies.

—¿Ankara? —pronunció su nombre con calma. Una pregunta exenta del nerviosismo que corría por sus venas.

No obtuvo respuesta. Levantó el libro, lo dejó sobre la silla y dudó entre el jardín o la puerta principal.

‹‹Radin, ayúdame››.

La desesperada llamada impactó en su mente acompañada del más puro hielo, giró sobre los talones y atravesó el umbral dejándose guiar por el rastro dejado por su petición.

No necesitó de más pistas, el hielo que ahora cubría parte del pasillo y se hacía más denso hacia el umbral del moderno cuarto de baño fue suficiente para dirigirle a ella. Su espíritu respondió al mudo desafío derritiendo aquella frialdad a su paso, el hielo pasó a convertirse en agua a su estela mientras penetraba en lo que solo podía considerarse como una cueva de hielo.

El sofisticado cuarto de baño estaba completamente enclaustrado en hielo, agudas estalactitas decoraban el techo mientras la nieve cubría como una delicada manta el suelo. En medio de aquel reino invernal, acurrucada en el plato de la ducha, bajo el todavía humeante chorro de agua estaba ella.

—Kara.

Ella alzó el húmedo rostro en su dirección, una pálida tez y los ojos del azul más pálido que había visto jamás en ella lo recibieron. El pelo rubio le caía en mojadas ondas sobre los hombros, acariciándole los pechos de inhiestos pezones. El agua caliente parecía capaz de mantener su piel libre de hielo allí dónde la tocaba, pero sus manos, apretadas contra el pecho, lucían envueltas en una delicada telaraña blanca.

—No soy capaz de alejarlo —musitó con voz apagada—, ya no me obedece, no quiere hacerlo… y tengo frío, tanto frío… ni siquiera puedo sentir el agua caliente.

Cruzó la helada estancia y se introdujo en la ducha, levantando su menudo y liviano cuerpo del suelo sin importarle el agua que ahora también caía sobre él.

—Déjalo ir, Kara —le susurró al tiempo que la ponía directamente bajo el chorro de agua caliente—, no intentes retenerle, solo ábrete a mí y abrígate en mi calor. Fúndete conmigo, todo irá bien, no permitiré que él elija por ti… Tú respondes ante mí, no ante él.

Ella sacudió la cabeza, apretándose contra su cuerpo, buscando aquello que no podía alcanzar por sí misma.

—No puedo, lo he intentado, pero no puedo hacerlo. —Ella no dejaba de temblar. Sus emociones empezaban a hacerse eco de su poder, bajando aún más la temperatura, haciendo crecer el hielo—. No puedo, Radin, ya no puedo… déjame ir… por lo que más quieras, déjame ir. Termina con esto… te lo ruego.

Se tensó, todo su cuerpo acusó una inmediata negativa.

—No —musitó y la apretó incluso más hasta escuchar un débil quejido—. No huirás de mí de esa manera, Ankara, no lo permitiré.

Las pequeñas manos se aferraron con fuerza a su ropa, el cristal helado que las entretejía se había disuelto con el calor que ahora la rodeaba.

—No podrás evitarlo, ¿por qué te empeñas en prolongar una agonía que solo nos traerá

más dolor a ambos? —gimió. Sus ojos se alzaron para encontrarse con los suyos—. Déjame ir. Si sientes alguna pizca de compasión por mí, déjame ir… Por favor…

—No.

Ella se desesperó.

—¡Radin, no quiero seguir así! ¡Déjame morir!

Su espíritu reaccionó violentamente al deseo de ella de abandonar este mundo. El fuego surgió más allá del hielo, derritiéndolo todo a su paso y enjaulándolos ahora en llamaradas.

—¡No! —alzó la voz. Las llamas respondieron a su excitación aumentando de color e intensidad—. No vas a abandonarme en este maldito infierno, esta es una condena para dos, Ankara, no te irás hasta que yo me vaya.

No la dejaría. Ella era su vínculo, su maldición. Una mujer a la que estaba irremediablemente atado y por la que solo podía sentir lástima y una enorme carga de culpabilidad y desprecio que lo llevaba a negarse una y otra vez a cualquiera que fuese su deseo. ¿Deseaba morir? Pues viviría, así tuviese que bajar al mismo infierno y llegar a un acuerdo con el diablo, no le concedería tal perdón.

No volvería a pasar por lo mismo, no la vería sucumbir al peso de la vida, la obligaría a cargar con él hasta que sus espíritus bajasen a la mismísima tierra y los indultasen por sus actos. Y lo haría las veces que fuera necesario, aún si con ello se ganaba su odio.

—Radin, por favor…

Le apartó el pelo del rostro con una mano y la alejó del chorro de agua que todavía sobrevivía al infierno que su espíritu había desatado a su alrededor.

—Recuerda nuestro pacto, Ankara —le inclinó sobre ella, dejando que su respiración le acariciase el rostro—. Solo estamos tú y yo… siempre seremos tú y yo, aún si eso hace que nos odiemos eternamente.

Una solitaria lágrima resbaló por la húmeda mejilla.

—Yo no te odio, Radin —musitó. En sus ojos se reflejaba el dolor físico y el que llevaba por dentro—, estúpidamente no puedo dejar de…

Le cubrió los labios con los suyos y reclamó su boca en un hambriento beso. No quería escucharla, no deseaba que lo hiciera.

—No me ames, Kara, ódiame —murmuró rompiendo el beso—, porque eso es todo lo que obtendrás de mí.

‹‹HOTEL HAMPTON INN ONTARIO››.
LEXINGTON SPRINGMILL RD. MANSFIEL, OHIO
UN AÑO ATRÁS…

Radin supo que comenzarían a llover quejas desde el mismo momento en que traspasara el umbral de la habitación del hotel en el que se alojaban. Había optado por ese alojamiento como algo temporal, no tenía intención de pasar demasiado tiempo en la ciudad, esperaba poder volver a Nueva York hacia finales de mes, o quizá probar suerte en cualquier otra ciudad del Este.

Pasaba bastante de las cuatro de la madrugada, una hora que, no se engañaba, traería consigo más que palabras por parte de su compañera. No había forma de engañarla, pero tampoco lo pretendía, lo que había entre ellos dos era de lejos complicado; una atadura que no deseaban ninguno de los dos y que se imponía a todo lo demás.

Dejó la chaqueta sobre el mueble del recibidor, recorrió el breve pasillo que permanecía en penumbra y se encontró con que la única luz encendida a aquellas horas procedía del dormitorio adyacente. Entró en el dormitorio sin detenerse, todo lo que quería era entrar en el baño y darse una bien merecida ducha. No le dedicó ni una sola mirada a pesar de que sabía que ella estaba sentada a los pies de la cama, esperándole.

—Voy a darme una ducha.

Ankara no le sacaba los ojos de encima, sentía su mirada clavada en la espalda, pero no tenía ni tiempo ni ganas de tener una conversación con ella en aquel preciso momento; si es que pudiesen llegar a tener algo tan banal como una conversación. Hacía tiempo que dejó de importarle lo que pensara, si es que alguna vez le había importado. Le había dejado perfectamente claro —en más ocasiones de las que podía recordar—, que ella no era más que un error más en su vida, no era algo que hubiese deseado realmente. Su presencia era algo que no podía evitar y con lo que tendría que vivir el resto de su vida. Era su compañero, su maestro, su pareja eterna por una broma del destino, pero ella no poseía su corazón.

—Radin…

El suave tono de voz contenía un obvio reproche, pero no era el momento para hablar. Necesitaba darse una ducha, quitarse el aroma a sexo que lo rodeaba después de la intensa velada que había compartido con Nishel y su mujer y a ser posible satisfacer la maldita erección que todavía permanecía encerrada en el confinamiento de sus pantalones.

—Ahora no, Ankara —Cortó de raíz cualquier posible discusión y se metió en el cuarto de baño.

Ella, sin embargo, no actuó como venía siendo costumbre. No lo dejó ir, no permaneció en silencio, fue tras él con toda esa actitud de mujer ofendida que le causaba más bien tedio.

—No me vengas con esas —rezongó, entrando tras él—. Llevas fuera todo el día y parte de la noche. Ni siquiera te dignaste en decirme a dónde ibas y ya no hablemos de coger el teléfono, me colgaste varias veces.

Él tomó una profunda bocanada de aire y se preparó para la batalla de siempre.

—Te informé de que salía —le dijo sin molestarse siquiera en mirarla. Se quitó la camiseta y la lanzó al cubo de la ropa sucia—. Si hubiese ocurrido algo importante, lo habría sabido y habría respondido a cualquiera de tus múltiples llamadas.

La oyó contener el aliento antes de soltarlo de golpe.

—No, no lo habrías hecho —declaró con seguridad—, pero gracias por la mentira, otra más que añadir a la larga lista de nuestra colección.

Puso los ojos en blanco y la ignoró mientras se dedicaba a abrir el grifo de la ducha.

—Voy a ducharme, si tienes algo más que añadir, déjalo para después —le dijo, apartándose para dejar que el agua corriese—, a menos que quieras ducharte conmigo.

La vio fruncir el ceño y darle la espalda.

—Quizás cuando te quites el olor a puta —siseó a sus espaldas. Su largo pelo rubio atado en una cola se balanceó al compás de sus contoneos de vuelta a la habitación.

Señor, empezaba a estar realmente cansado de esa actitud infantil. Sin pensárselo dos veces, acortó la distancia entre ellos y la obligó a detenerse antes de llegar siquiera al umbral. Sus dedos se cerraron alrededor de su muñeca en una clara advertencia secundada por sus palabras.

—Vamos a dejar claras un par de cosas una vez más —le informó. Su mirada no se apartó de ella—. No me van las escenitas, así que no comiences una. Si estás ahora aquí y conmigo es porque tus dones son tan malditamente salvajes que no puedo correr el riesgo de mantenerte

lejos ni siquiera por un par de días. Estoy atado a ti, me perteneces y te pertenezco, pero nada más… Ni te quiero, ni estoy dispuesto a soportar una sola más de tus rabietas, ¿he sido claro?

—Suéltame —fue su respuesta.

No dudó en cerrar los dedos alrededor de la frágil muñeca hasta que vio un brillo de dolor en sus ojos.

—¿He sido claro, Ankara?

Ella apretó los dientes, lo notó por la forma en que se tensó su mandíbula y la repentina rigidez en su cuerpo.

—Eres un cabrón hijo de puta y sin corazón.

La soltó de golpe y la miró con toda insultante atención.

—Eso es algo que los dos ya sabíamos, princesa —declaró al borde de sus labios—. Y nada podemos hacer al respecto.

Su mirada decía otra cosa, él lo sabía, ambos sabían realmente a que se exponían pero prefirió dejarlo pasar.

—Voy a ducharme ahora —indicó hacia el sonido del agua que corría a su espalda y empezaba a crear una delgada cortina de vapor—. A menos que quieras desnudarte y hacerme compañía, puedes volver al dormitorio.

Los claros ojos azules lo fulminaron con la mirada.

—Retiro lo dicho, no eres un hijo de puta, eres un capullo —contraatacó ella. Dio media vuelta y salió cerrando tras ella de un portazo.

Dejó escapar el aire y bajó la mirada hacia el bulto que empujaba contra la cremallera de los vaqueros. Hizo una mueca y se llevó las manos al botón solo para detenerse con un gemido cuando una fuerte oleada de frío lo recorrió por entero, conduciéndose directamente hacia su erección.

—Será hija de puta —siseó y taladró la puerta cerrada con la mirada—. ¡Kara!

La respuesta no se hizo esperar.

—¡Que te jodan, Radin!

Gruñó por lo bajo. La joven hechicera suponía una pesadilla para él; atada a ella irremediablemente, pero enamorado de otra mujer. El destino era un hijo de perra que les había jodido la vida a ambos de la peor manera, pero no podía hacer nada al respecto; le gustara o no, Ankara lo necesitaba. Si él no se hubiese presentado cuando lo hizo, habría caído en manos del Consejo y quien sabía cómo hubiese acabado todo, cuántas vidas más se habrían perdido. No, sin su guía, ella podría haber terminado enloqueciendo o peor aún, consumida por el enorme poder que habitaba en su interior. La lujuria que acompañaba a su vínculo no era más que una de las muchas consecuencias que trajo consigo, uno de los muchos dolores de cabeza y también la única liberación real que había encontrado en ella.

Se desnudó con un solo ademán que accionó su magia, le dio la espalda a la puerta y a aquella mujer y se metió bajo el chorro de agua caliente para disfrutar de la cálida humedad al deslizarse por su cuerpo. Su pene ya de por sí erecto, engrosó ante la cercanía de esa maldita hechicera y ahora exhibía una pesada erección. Sí, aquella era otra de sus penitencias. No importaba que su corazón perteneciese a otra mujer, no podía evitar desear a esta y sus encuentros sexuales —los cuales a menudo servían también para templar el poder de ambos—, eran pura decadencia. Su paso por la cama era uno de los pocos lugares en los que existía alguna clase de comunicación entre ellos, una que iba más allá del arrepentimiento, la culpabilidad y el odio. Solo en el lecho se permitía llegar a ella y dejarla acercarse a él. Fuera del mismo, él era perfectamente consciente de su fría actitud para con ella, el distanciamiento

que le permitía pequeños escarceos como el de aquella tarde y que jamás se molestaba en ocultar de ella. No había engaños, nada que le permitiese continuar con los inocentes sueños que por un momento se hizo al principio de su relación, cuando no le quedó otra que reclamarla o dejarla morir y con ella a todo un poblado.

Tendría que odiarla por todo lo que su presencia le había quitado, por todo lo que había perdido, pero las cosas volvieron a cambiar bruscamente un año atrás, cuando se encontró cara a cara con lo que su egoísmo y estupidez vertieron sobre ella.

Se enjabonó con pereza, dejó que sus dedos se deslizaran por su piel hasta encontrarse con la hinchada erección, el breve contacto le hizo sisear. Estaba duro, sentía los testículos pesados y la sangre burbujeándole en las venas. Se permitió el breve momento de pensar en las últimas horas, en la dulzura y pasión que se escondía bajo la mujer de su amigo; Nishel estaba jodido, muy jodido. Esa rubita se le iba a meter bajo la piel y dudaba que el caído se resistiera mucho tiempo a ello. La atenta mirada y la calidez que le dedicaba a esa hembra no era algo casual, casi se alegraba de haber cumplido con su parte del trato y no haber ido más allá de unos pocos juegos, si hubiese tenido algo carnal con ella, Ankara no tendría que volver a preocuparse por él nunca más, porque el caído hubiese arreglado las cosas para ella.

Acarició la suave columna de carne mientras cerraba los ojos y se dejaba ir, pronto su mente dio forma a otra mano envolviéndose alrededor del duro pene, acariciándole con la seguridad y delicadeza de una única mujer.

Abrió los ojos y retiró la mano antes de alzar el rostro hacia el chorro de agua y retirar todo el jabón de su cuerpo. Había notado su nerviosismo, esa repentina ráfaga de hielo recorriéndole por entero y solo encontraba una respuesta para ello; Ankara estaba perdiendo la batalla una vez más.

—Bien por ti, gilipollas —se dijo a sí mismo. No podía quitarse de encima esa rabiosa necesidad, sus dedos volvieron a descender por su estómago, acariciando el crespo vello antes de cerrarse alrededor de la gruesa polla buscando un alivio que sabía no alcanzaría completamente hasta hundirse en la húmeda calidez de la mujer que lo empujaba a la locura día sí y día también.

Barajó la idea de dejarla sufrir, una pequeña venganza por todo lo que le quitaba con su presencia, pero al final ambos sabían que no lo haría, él tenía muy poco de célibe y tampoco estaba dispuesto a permitir que Ankara se convirtiese en La Reina de las Nieves. Sí, había momentos en los que incluso el infierno parecía un buen lugar para echar un polvo, y esas pequeñas escaramuzas con ella hacían todo el asunto de su unión mucho más llevadero.

Cerró el grifo y abandonó el habitáculo y se envolvió las caderas con una toalla. No pudo evitar hacer una mueca al ver como su erección se elevaba bajo la tela sin disimulo. Tomó una profunda bocanada de aire y terminó de secarse para finalmente volver al dormitorio; Ankara se había acostado sobre la cama y temblaba ligeramente. No tenía necesidad de tocarla para saber que su piel estaría helada, una reacción encadenada al helado poder que gobernaba; su Alta Hechicera de hielo.

—Te dije que te duchases conmigo.

Ankara alzó sus ahora clarísimos ojos azules e hipó, su expresión era una mezcla de rabia y desesperación, algo que agradecía pues podía manejar su odio mucho mejor que la soledad que habitaba en su mirada cada vez que él la dejaba o la lastimaba con sus palabras.

—Eres un cabrón hijo de puta —siseó, entonces se encogió todavía más y su cuerpo se estremeció con fuerza.

Se arrancó la toalla y la dejó caer a un lado para luego reunirse con ella en la cama y

rodearla con los brazos desde atrás. La sensación de su cuerpo helado contra el suyo le hizo respingar, pero se obligó a apretarla contra su pecho, buscando regular su temperatura al tiempo que le quitaba la ropa con tan solo un pensamiento.

—No me oirás decir lo contrario —le susurró al oído.

Descendió la mano por el frente de su cuerpo, le acarició los pechos prestando especial atención a los endurecidos pezones y siguió vagando por sus costillas hasta perderse más allá del liso vientre para recalar finalmente en la cálida y húmeda carne entre sus piernas. La encontró caliente e hinchada, sus pliegues mojados, una apetitosa fruta madura que se encontró deseando degustar.

—Respira, Kara —le susurró. Le mordisqueó el lóbulo de la oreja, la acarició con pereza recorriendo su humedad para finalmente penetrarla con un dedo—. Siénteme, acompasa tus latidos a los míos, no luches…

Ella enterró la cabeza contra la almohada y él respondió al movimiento retirando el dedo solo para volver a hundirlo de nuevo.

—No… no puedo —la oyó gimotear.

Unió un segundo dedo al primero y continuó penetrándola suavemente, absorbiendo el frío de su piel en sí mismo, derritiendo aquel hielo con su propio fuego.

—Sí puedes —se inclinó sobre ella y frotó su duro miembro contra las nalgas desnudas—. Tú eres quien manda. Relájate y no lo reprimas, no dejes que te enfríe, necesitas calor… acéptalo.

Ella gimoteó y se apretó contra su mano, buscando aquello que le daba, necesitándolo a pesar de todo.

—Eres… un… ca…pullo —lloró apretándose una vez más contra él.

Radin no discutió, se limitó a mordisquearle el cuello usaba la mano libre para separarle las piernas y penetrarla desde atrás, hundiéndose en ella hasta que sus testículos quedaron acunados contra su respingón culo. Ella jadeó, una de sus manos aferró con fuerza la sábana mientras la otra se aferraba a la que él mantenía sobre su cadera.

—Radin… —gimió su nombre. Ella le apretaba, manteniéndolo en su interior.

Le acarició el lóbulo con la punta de la lengua y retiró lentamente las caderas para volver a impulsarse mientras la sujetaba por la cintura.

—Concéntrate en mí —se las ingenió para decirle mientras clavaba los dedos en la cadera y la retenía contra él, haciendo sus penetraciones más profundas y duras—.Une tu poder al mío, haz que lo rodee, deja que lo consuma… No trates de obligarlo, deja que te reconozca, que se pliegue a tus deseos… disfrútalo, no lo rehúyas.

Llevó las manos a sus pechos y los amasó con suavidad, tironeó e hizo rodar los duros pezones mientras sus caderas se agitaban y la solitaria habitación se llenaba con el sonido de la carne golpeando a la carne, de los gemidos de ella y sus propios gruñidos todo acompañado por el aroma del sexo.

—Sí, así, Kara —jadeó en su oído, animándola a encontrarle en cada nueva embestida—. Alcánzame. Ven a mí. Aliméntate de mí calor. Aleja el frío que te consume… toma de mí lo que necesites.

—Radin… es… demasiado… intenso —gimoteó, arqueándose contra él—, necesito… yo… lo necesito.

Le mordió suavemente el lóbulo y tironeó de él, le derramó el aliento en el oído al tiempo que dejaba una húmeda huella con su lengua en el interior del pabellón. Sus atenciones la enloquecían, obligándola a buscar más.

—¿Qué necesitas, gatita?

Ella gimió una vez más y él sonrió. Oh, sabía perfectamente lo que deseaba, pero quería oírselo decir, que lo pidiese pues sabía lo mucho que detestaba suplicar.

—Radin…

Le mordisqueó el cuello y la penetró una vez más con ímpetu.

—¿Qué deseas, Kara?

Ella gimió. Todo su cuerpo vibraba, el frío en su cuerpo se había evaporado y lo había sustituido una calidez que perlaba su piel de sudor.

—Por favor… Radin… por favor…

Él continuó con su peculiar tortura, deslizó una mano entre sus cuerpos y buscó hasta acariciar el clítoris con la yema del dedo, arrancándole un nuevo jadeo.

—Dímelo, Kara… —insistió. Si no se rendía pronto, sería él quien terminara suplicando.

La sintió jadear y revolverse entre sus brazos.

—Necesito terminar, por favor —gimió apretándose contra él—, Radin, por favor…

Él sonrió para sí, aquello tendría que ser suficiente; por ahora. No se hizo de rogar, la sujetó con fuerza y aumentó el ritmo, se hundió en ella una y otra vez mientras la mano oculta entre sus piernas la acariciaba y la impulsaba a la ansiada liberación. El orgasmo la sacudió por entero, podía sentir como su sexo se apretaba a su alrededor, haciendo la fricción más intensa, lo suficiente como para traerle su propia liberación.

—Radin —la oyó musitar su nombre mientras su cuerpo se estremecía con los últimos temblores.

Se deslizó lentamente de ella, pero no la soltó. Siguió abrazándola, acariciando distraído la suave y sudorosa piel mientras ambos recuperaban el ritmo de la respiración.

—Eres un verdadero y jodido dolor de cabeza —resopló. No tenía caso guardarse sus pensamientos con ella—. ¿Cuándo aprenderás a hacer lo que se te dice?

Ella se revolvió entre sus brazos, pero no le permitió huir. La inmovilizó y la giró hasta tumbarla de espaldas, con su cuerpo aprisionando el suyo.

—¡Eres un maldito hijo de puta! —escupió ella, con los ojos llenos de lágrimas—. Te odio, Radin, te odio, te odio, te odio…

Él suspiró y bajó la boca sobre la suya, ahogando sus palabras, arrancando una respuesta, una que ambos sabían no podría ser nunca negada por ninguna de las dos partes. Podrían odiarse hasta el fin de sus días, pero seguirían deseándose.

—Nunca olvides ese sentimiento, hechicera —le dijo sometiéndola bajo su cuerpo—, te ayudará a seguir en pie por muy complicado que sea el camino.

Ella lo fulminó con la mirada. La expresión en sus ojos desmentía sus previas palabras, el dolor y la traición bailaban en sus pupilas.

—Te… te acostaste con ella… y ahora… ahora… —Sus palabras murieron mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. No eres mejor que ellos…

Las emociones allí encerradas lo atravesaron sin que pudiese hacer nada por evitarlo.

—Recuerda nuestro pacto, Ankara —le respondió antes de soltarla y levantarse dejándola sola sobre la cama—. Yo todavía me acojo al mío...

La vio apretar los labios, darle la espalda una vez más. Deseaba que lo odiase, que lo despreciase y se sintiese herida en lo más profundo de su alma, pero al final del día ambos sabían que nada de lo que él hiciera serviría para convencerla. Podían hacerse daño mutuamente, acuchillarse con palabras, pero jamás la heriría de aquella manera, no mientras estuviesen encadenados el uno al otro.

CAPÍTULO 10

—¿Puedes decirme qué mierda ha pasado aquí?

Radin acomodó su carga en los brazos y se giró apenas lo justo para ver la calcinada sala de baños de la cual todavía salía humo. El lugar había quedado reducido a cenizas, curiosamente los muros al igual que el resto del apartado edificio en el que los habían confinado seguía intacto.

—Discusión de Altos Hechiceros —respondió. Giró sobre sus talones y empezó a alejarse por el pasillo en dirección al dormitorio—. No te preocupes, en cuanto termine con ella, lo arreglaré.

—Déjame ir… por favor —volvió a murmurar ella—. Radin, por favor, solo…

La fulminó con la mirada haciéndola callar.

—Naziel, necesito una bañera con agua caliente en el dormitorio, ¿podrías conseguirla?

El aludido resopló.

—¿No podías haberla pedido antes de hacer eso?

No se molestó en girarse para ver que era «eso», ya que intuía que seguía lloriqueando por la sala de baños.

—Lo habría hecho, si mi hechicera no sintiese el estúpido impulso de convertir sin previo aviso el baño de diseño en… una cueva perfecta para un oso polar —rezongó mirándola a ella de forma acusadora—. La bañera y el agua caliente. Ahora.

—Harías bien en recordar que no soy tu puta, Hechicero —le soltó su *Vigilante*—, ni tampoco tu hechicera. Empieza a buscar el respeto que pareces haber perdido en algún momento de las últimas horas, y hasta es posible que consigas algo más que una patada en el culo de mí.

—Maldita sea, Radin, ¿por qué no me escuchas?

Bajó la mirada sobre ella y enarcó una ceja ante su protesta.

—Te estoy escuchando, Kara —aseguró con absoluta calma—, otra cosa es que hayas dicho algo que sea digno de consideración.

Ella bufó, pero no se molestó en responder. Su agotamiento era más que obvio.

—Naziel… la bañera con el agua caliente —insistió girándose ahora hacia el *Vigilante*, quien permanecía en medio del corredor con los brazos cruzados y postura arrogante—. Patéame el culo cuanto quieras, pero hazlo, necesito mantener su temperatura antes de que baje más.

Podría decir que el hombre ni siquiera parpadeó, pero entonces, empezaba a conocer a su *Vigilante* lo suficiente como para saber la verdad.

—Debería haber pedido el traslado cuando me tocasteis vosotros —le soltó. Su mirada sin embargo no se apartó de Ankara—. Las cosas serían mucho más fáciles.

Ella se tensó en sus brazos, apenas fue un instante, pero suficiente para entender que había una corriente subyacente pasando entre los dos.

—¿Dónde estaría entonces la gracia? —murmuró clavando la mirada en Naziel.

El ángel respondió manteniéndole la mirada.

—Si quieres conocer la respuesta, búscame cuando termines con ella.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, el ángel se esfumó.

—¿Me lo dirás tú o voy a tener que preguntárselo a él?

La mirada agotada de su compañera lo disuadió, momentáneamente, de insistir más.

—De acuerdo, Kara, hagámoslo a tu manera —declaró dirigiéndose con ella en brazos hacia el dormitorio—. Pero luego no te quejes si las cosas no salen como esperas.

De nuevo, ausencia de respuesta por su parte. Empezaban a cabrearle de veras esos silencios, pero no podía enfrentarla ahora, no cuando le había costado tanto estabilizarla. Cruzó el umbral del dormitorio e hizo una mueca cuando vio una antigua bañera de bronce de la que salía vapor en una esquina de la habitación.

—Solo quiero dormir.

El susurro emergió de sus labios con la fuerza de un suspiro.

—Después —le dijo. Con un solo pensamiento la liberó de la túnica con la que la había vestido al salir del baño y se dirigió hacia la bañera.

Suspiró, sus ojos buscaron los suyos.

—Radin, ¿por qué seguimos haciéndonos daño? ¿Por qué te niegas a dejarme marchar?

Entrecerró los ojos y apretó los dientes casi como si pudiese sentir sus pensamientos.

—No lo hagas.

Una solitaria lágrima brotó de uno de sus ojos y comenzó a deslizarse por su mejilla.

—Soy tu infierno, tu penitencia… no soy pureza ni tampoco deseada… —musitó.

Negó con la cabeza, sus brazos se ciñeron a su alrededor.

—No lo digas…

Una nueva lágrima siguió a la primera.

—No tengo miedo a morir, a perderme en esta fría soledad —insistió. Su pequeña y delicada mano se posó en su mejilla—. Déjame ir…

‹‹Déjame ir… acaba conmigo. Serás libre››.

Una vez más aquellas palabras trajeron consigo el pasado y con él uno de los momentos más angustiantes a los que tuvo que enfrentarse.

Habían estado rastreando al malnacido que andaba tras los pasos de la mujer de Nishel durante más de una semana. El hombre estaba obsesionado con Gabriela y esa malsana obsesión parecía estar siendo alimentada por uno de los enemigos del Caído. Los últimos pasos del hombre los habían conducido hasta Banff, Canadá, dónde él poseía una íntima cabaña en medio del bosque. Su presencia no hizo sino desbaratar sus planes, ya que no esperó que el encontrarse con dos mujeres indefensas y solas en medio del bosque fuese a reportarle la muerte, un fin que estuvo a punto de llevarse también a la mujer que la provocó.

—No voy a enfrentarme al infierno solo, Kara —repitió las mismas palabras que entonces —. Tú compartirás mi penitencia.

‹‹PARQUE NACIONAL DE BANFF, CANADÁ››.

UN AÑO ATRÁS…

Radin podía sentir el frío emanando de su piel, envolviéndola y arrancándole el aliento. El hielo al que era afín la estaba consumiendo, se había desbordado bajo su mando convirtiéndose en el arma mortal que era. Apenas dedicó un nuevo vistazo al cadáver congelado tirado algunos metros más allá, ese era un problema del que tendría que encargarse después; su prioridad era traer a su hechicera de vuelta antes de que fuese demasiado tarde y no hubiese retorno.

—¿Qué has hecho? —Ni siquiera se dio cuenta de que le gritaba y maldecía al mismo tiempo—. Ankara, ¿qué demonios has hecho?

Ella lo miró a través de unos clarísimos ojos del color del hielo; de su tono original solo

quedaba una sombra que parecía desvanecerse por momentos.

—Ella… ¿Está a salvo? —musitó. Sus labios empezaban a ponerse blancos, un blanco sobrenatural—. Quería castigarla… vi sus pensamientos… lo que quería hacerle… Ninguna mujer debe pasar por eso, ningún ser humano… Tenía que evitarlo… lo siento.

Él siseó y acercó la mano al pálido rostro, el frío empezaba a brotar como escarcha en sus mejillas y pestañas.

—Deja caer las salvaguardas —ordenó al tiempo que apretaba los dientes y alcanzaba su propio poder, opuesto al de ella—. Kara, deja que el poder fluya… todavía no ha llegado el momento… te perderás si sigues alimentándolo.

Ella sacudió la cabeza, sus ojos volaron sobre la blanca nieve hacia el hombre que permanecía allí tirado.

—No herirá a nadie… jamás —musitó. Una lágrima se vertió por su mejilla solidificándose casi al instante—. La vi… vi su interior… es inocente… pura…

Él la miró a los ojos, su rostro cerca del suyo.

—Tú también, hechicera.

Negó lentamente con la cabeza.

—No, no lo soy —susurró, incluso su aliento era helado—. Soy tu infierno, tu penitencia… no soy pureza ni tampoco deseada…

Se contuvo de soltar un juramento. No era el momento de entrar en discusiones filosóficas. Sin pensarlo dos veces la recogió del suelo y apretó una vez más los dientes; ella estaba más allá del frío.

—Radin… —la oyó musitar.

Bajó la mirada sobre ella.

—No lo digas… —la avisó, no deseaba oír nunca más aquella petición.

Pero no hizo caso y las palabras brotaron de sus labios.

—Mátame —susurró. Su cuerpo no dejaba de temblar, su piel estaba adquiriendo un tono blanquecino, parecido al de la nieve e igual de frío.

La apretó con fuerza contra él y masculló una maldición.

—No lo haré —negó con vehemencia—. No voy a enfrentarme al infierno solo, tú compartirás mi penitencia.

Ella gimió de nuevo y sacudió la cabeza.

—Radin… por favor…

Sacudió la cabeza, no se rendiría tan pronto. Bajó la mirada hacia la mujer que acunaba en los brazos y se encontró con sus casi pálidos ojos azules.

—Déjalo ir, Kara —pidió con suavidad, apretándola contra él—, yo te sostendré.

Ella se lamió los labios blancos.

—No tengo miedo a morir, a perderme en esta fría soledad —confesó—. Déjame ir… Acaba conmigo… serás libre.

Él sacudió la cabeza.

—No quiero la libertad a costa de manchar mis manos con tu sangre, Kara —le aseguró, entonces miró hacia la casa—. Si te rindes, juro por nuestros dioses, que te pondré boca abajo sobre mis rodillas y te azotaré el trasero hasta ponerlo de nuevo de color rojo.

Una solitaria lágrima se cristalizó al descender por su mejilla.

—Radin, por favor, tienes que dejarme ir —suplicó, apretando los dientes ante el dolor que sabía estaría recorriendo ahora su cuerpo. Sus órganos, si no hacía algo pronto, se congelarían—. No puedo más… duele demasiado… por favor.

Él se negó rotundamente a ello.

—No.

Ella parecía dispuesta a discutir pero un grito de dolor interrumpió sus palabras, notó como arqueaba la espalda y vio las lágrimas cayendo por sus mejillas.

—¡Mátame, maldita sea! ¡Acaba con esto de una vez! —suplicó con agónica cadencia—. No quiero ser una cáscara vacía sin emociones, no quiero que mi corazón se vuelva de hielo, no deseo vivir así…

Sus brazos se apretaron alrededor de ella. Podía sentir el hielo filtrándose a través suyo, tuvo que apretar los dientes y obligarse a repelerlo con su propio poder.

—Esa sería una forma demasiado fácil de acabar con tu sufrimiento y prolongar mi agonía —su voz sonó dura, un matiz acerado que sabía le provocó un escalofrío—. Si he de enfrentarme cada día al infierno, tú irás de mi mano, quizá el viaje se haga menos pesado entonces.

Ella gimió con agonía, la piel de sus manos alcanzó una palidez blanquecina, sus uñas brillaban como si estuviesen cubiertas por diamantes.

—¡Te estoy dando la oportunidad de liberarte! —musitó. El calor de su cuerpo se había esfumado por completo ya solo transmitía frío, un frío que necesitaba alejar cuando antes—. ¡Mátame!

Giró con ella en brazos y enfiló con paso decidido hacia la cabaña.

—No lo haré.

Ella dejó escapar una nueva lágrima.

—Radin, por favor…

La fulminó con la mirada.

—No, Kara —negó con firmeza—, no pondré fin a tu vida, pelea todo lo que quieras, ódiame con tanta intensidad como tu corazón lo permita y utiliza ese odio para calentarte la sangre… No hay un final, Ankara, estamos atados hasta el fin… y este no ha llegado.

Ella dejó escapar un nuevo quejido cuando tras meterla en el interior de la vivienda, la llevó al cuarto de baño y le arrancó la ropa del cuerpo con un solo pensamiento. Pronto la tuvo sumergida en una humeante bañera de agua caliente que a juzgar por el castañeo de sus dientes, ni siquiera llegó a notar.

—Tengo frío —musitó alzando sus húmedos y cristalinos ojos hacia él. Su color era tan apagado ahora, casi como el hielo—, el hielo… se extiende… puedo sentir como quiere tomar las riendas…

Sacudió la cabeza en una profunda negativa.

—Mientras yo respire, no tendrás esa escapatoria, hechicera —aseguró al tiempo que bajaba la boca sobre la de ella y se estremecía.

Sus labios eran témpanos de hielo, quemaban como un fuego helado pero no le importó, estaba acostumbrado a esa frialdad y sabía cómo combatirla. Él era el único que podía hacerlo, poseía el espíritu del fuego que combatiría al espíritu con el que fue marcada en su nacimiento. Aquel era su estigma, el de ambos. Marcados incluso antes de nacer con los poderes ancestrales que en algún momento de sus vidas se manifestaría, separados por su propia seguridad y unidos en el momento más inoportuno. Un destino que ninguno de los dos deseaba y que marcó el desarrollo de este.

Le acarició el labio inferior con la lengua, persuadiéndola para que abriese la boca y poder así introducirse en la húmeda cavidad de la que a pesar de todo no se cansaba. Se había aprendido su sabor, lo llevaba grabado desde el primer momento en que la probó y ya nada podía comparársele. Sus manos todavía rodeaban su cuerpo mientras la sentía estremecer y robaba el

calor del agua que la acogía obligándole a calentarla de nuevo con su propio poder.

—Separa los labios —la engatusó—, abre la boca para mí.

Sus pechos despuntaban por encima del agua, dos montículos de piel blanca coronados por dos puntas de diamante rosado, ahora tan claros que parecían haberse esculpido en hielo. Necesitaba elevar su temperatura, mantener la escarcha que nacía de su interior a raya, apartada del corazón o la perdería.

Deslizó una de las manos hacia los suaves y apetecibles montes, tocó la piel suave y blanda que contrastaba con la visión de frío y congelación que presentaban. Ella exhaló y se bebió su aliento al tiempo que introducía la lengua en el interior de su boca y la probaba una vez más. Su polla respondió al instante, la sangre se le calentaba más ante su frialdad, su cuerpo despertaba a la lujuria y el deseo se instalaba en su bajo vientre envolviéndose alrededor de la tersa y dura columna de carne antes de rodear sus testículos con firmeza. Eran dos polos opuestos que se atraían sin remedio, dos enemigos declarados destinados a depender el uno del otro, a odiarse y encontrar en ese odio la fuerza necesaria para seguir vivos. Que los dioses le protegieran del amor, lo había probado y lo único que recibió a cambio fue una condena.

—Déjame entrar —susurró a la puerta de sus labios—, entrégate a mí, no puedes luchar tú sola, todavía no estás preparada para ello.

Ella gimió una vez más cuando su boca volvió a poseerla, su lengua se enlazó con la de él, hielo y fuego juntos en un equilibrio perfecto. Radin se entregó al beso, sus manos la acariciaron y excitaron por debajo del agua, la necesidad estaba allí, no necesitaba poner mucho de su parte para tomarla, para someterla de aquella manera, un pequeño sacrificio que había aprendido a utilizar en su propio beneficio.

Su mano se deslizó por la cadera, rodeó lentamente el muslo hasta hundirse entre sus piernas, aquella era la única parte de su anatomía que mantenía el calor. Sus dedos encontraron la tibieza de su carne y la penetraron sin más preámbulos.

—Respira —le susurró al oído cuando ella se tensó por la inesperada y rápida intrusión—, déjame entrar, relájate y acepta lo que te doy… sostente de ello, encuentra la balanza que necesitas para salir a la superficie.

Su cabeza cayó hacia atrás, el largo y húmedo pelo rubio se abrió como una cortina y dejó la columna de su cuello expuesta. La besó allí, su boca se cerró sobre su garganta y la pellizcó con los dientes para lamerla después mientras sus dedos profundizaban en su interior. Los suaves gemidos que escapaban de la garganta femenina eran como pequeñas agujas de placer lanzadas directamente a su sexo, su polla empujaba contra la restricción autoimpuesta de sus pantalones deseosa de sustituir sus dedos y hundirse en aquella húmeda y cálida cavidad que sabía lo acogería como un guante.

Hizo a un lado aquellos pensamientos y se centró en su principal misión, devolverle la vida al cuerpo helado que poco a poco se iba descongelando bajo su toque. El calor emergía de sus manos para entrar en el menudo cuerpo y dotarla de la suficiente energía como para que pudiese deshacerse de las gruesas capas de hielo que la envolvían. Por primera vez se dio cuenta de cuan cerca estaba ella del final, su poder era inmenso y peligroso, pero hasta ese momento lo había mantenido firmemente atado, prefiriendo sufrir ella antes de hacer daño a alguien más; un estigma que le había dejado su propio despertar.

—Radin —se arqueó contra sus dedos, sus pechos elevándose en una silenciosa invitación.

Su mirada cayó sobre los tiernos pezones y la boca se le hizo agua, lamiéndose los labios se permitió la licencia de aprovechar el momento. No era tan estúpido como para sacrificarse sin más, ya que había caído aprovechaba al máximo cada momento de placer y saciaba sin dudar sus

instintos.

Su boca se cerró alrededor de la pálida aureola, su piel seguía fría pero el tacto de la trémula carne en su interior lo estimuló. Su sabor era adictivo, siempre lo era. Unos delgados y húmedos dedos se enredaron en su pelo, la intención de aquella mano era mantenerle en el lugar y él estaba más que dispuesto a complacerla. Sus dedos por otro lado seguían hundiéndose con una lenta y medida cadencia en su interior, acompasados por cada movimiento de sus caderas hasta que su erección empezó a convertirse en una maldita penitencia.

Abandonando su pecho, extrajo los dedos de su interior y la alzó de la bañera hasta ponerla en pie. El agua chorreaba por su cuerpo, el pelo se pegaba a sus hombros y resbalaba por su espalda en enredados mechones; su piel clara lo atraía como un imán. De curvas pronunciadas, pechos llenos y grandes, cadera ligeramente redondeada y aquel nido de rizos claros brillando entre sus piernas era una tentación para los sentidos, una maldita bruja que lo hechizaba con su sola presencia, una mujer que despertaba su apetito con lujuria y le confundía como el demonio.

Le tendió la mano y ella la miró, ambos sabían cómo funcionaba aquello, él tenía el poder, él era el que dominaba, ella la que se sometía y con todo, la satisfacción era compartida.

—Si vuelves a pedirme algo tan absurdo, no te levantarás de la cama en una semana, lo juro —la amenazó al tiempo que tomaba su mano para ayudarla a salir. Ambos sabían que aquella era una amenaza absurda, en especial porque los dos disfrutarían de ella, aunque estuviesen maldiciéndose a sí mismos por sucumbir—.Te dejaré el culo del color de las cerezas y eso solo será el principio.

Ella se lamió los labios y bajó un momento la mirada para luego volver a subirla.

—Te he dado una oportunidad de… liberarte de esta atadura —le recordó con un ligero temblor, casi sin darse cuenta empezó a rodearse con los brazos, su cuerpo temblaba suavemente —. ¿Tanto disfrutas odiándome? ¿Tan importante es para ti la venganza?

Sus manos se extendieron hacia ella, le rodearon el húmedo cuerpo hasta deslizarse a su trasero desnudo y apretarle las nalgas atrayéndola contra su erección.

—Ya te lo dije, Kara, aquí o padecemos los dos o ninguno —declaró bajando de nuevo sobre su boca, devorándola mientras se impulsaba contra ella y frotaba su erección contra su cuerpo desnudo y húmedo.

Ella gimió en su boca y le devolvió el beso hasta que él se separó y guiando su cuerpo la obligó a tomar asiento en el borde de la bañera. El vapor que todavía salía del agua la enmarcó, su piel contenía pequeñas gotas de agua que para su molestia continuaban congelándose sobre ella.

—Todavía estás helada… —murmuró para sí, entonces le enmarcó el rostro con las manos y se lo alzó, su mirada clavada en la de ella—. No te lo diré otra vez, tienes que dejarme entrar… baja las defensas.

Ella apretó los labios, entonces se los lamió.

—No —negó con obstinación—, no volveré a lastimar a nadie.

Él gruñó y se apropió de su boca con salvaje necesidad, sus labios se convirtieron en una fiera demanda sobre los de ella, su lengua se introdujo en su boca y la saqueó. No fue tierno, no deseaba ternura para ella, no ahora.

—Baja las defensas, Kara o tendré que atravesarlas y serás tú la que sufra por ello —la avisó.

Ella se liberó de sus manos y negó con la cabeza.

—Ese es un pequeño precio a pagar.

Él gruñó y aferró su barbilla con los dedos.

—Muchacha obstinada —chasqueó la lengua al tiempo que la soltaba y deslizaba la mirada a lo largo de su cuerpo. Con las piernas ligeramente abiertas, las pequeñas gotitas de agua congelada perlando su piel era una visión mágica y apetecible—. Que sea como deseas, entonces.

La ropa se esfumó de su cuerpo al instante, el color de su piel se había intensificado con el deseo, su sexo se alzaba en un nido de rizos totalmente erecto y goteante. Radin se dejó caer de rodillas, sus manos fueron a los blandos muslos y se los abrió para dejar a la vista aquello que deseaba. Se lamió los labios y miró una vez más a su compañera a los ojos, porque aquello era lo que era Ankara; le gustase o no, ella era su compañera.

—Será mejor que te sostengas, hechicera —declaró antes de hundirse entre sus piernas, su aliento se derramó como un breve aviso de que su boca pronto ocuparía ese lugar.

La oyó gemir en cuanto le acarició el sexo con la lengua. No fue delicado, estaba decidido a conquistar y marcarla. La lamió con languidez, recreándose en sus pequeños gemidos y en la humedad que le empapaba el sexo. Podía sentir cómo el calor pasaba de sus manos a la piel de sus muslos abiertos, cómo el hilo de poder se filtraba en ella calentándola, aumentando la temperatura de su cuerpo y ahuyentando el hielo de su corazón.

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás, jadeó y se aferró de los costados de la bañera mientras él se daba un festín entre sus piernas. Le gustaba dominarla, exasperarla solo para ver cómo se encendía, no obtenía de él palabras dulces ni amables, pero ambos sabían que cuidaría de ella, que nunca la dejaría caer en el abismo que les deparaba el destino.

Sus encuentros íntimos a menudo se reducían a la necesidad y a la protección, eran rápidos y salvajes, lo que ambos necesitaban en el momento dado. Solo en ocasiones como esta, se permitía tomarse las cosas con calma, recrearse en ella, volviéndola loca, llevándola una y otra vez al borde sin permitirle correrse hasta que estuviese tan caliente que podría derretirse a sus pies.

Haciendo los pensamientos a un lado, la penetró primero con un dedo, preparándola y jugó con el descubierto clítoris; en cuanto la tocó, dejó escapar un pequeño gritito y se aferró incluso con más fuerza al borde de la bañera.

—Radin… por favor… —le suplicó. Sus caderas habían empezado a moverse al compás de las embestidas de su dedo—. Por favor, déjame terminar…

Él no contestó, o al menos no con palabras, ya que añadió un segundo dedo a su jueguecito manual.

—Maldito seas, hechicero —gimoteó desesperada por alcanzar la tan ansiada liberación. Su piel había empezado a recuperar un poco de su color, las gotas de agua que caían de su pelo ya no se congelaban sobre su piel, si bien todavía la sentía fría, la escarcha que había perlado su piel se había derretido por completo—. Rad, por favor…

Respondió soplando sobre su cálida y chorreante sexo, sus jugos se derrababan por los abiertos muslos, una muestra más que evidente de lo caliente que estaba. Con una ladina sonrisa, se apartó de aquel objeto de oscuro placer y se dedicó a contemplarla.

—Eres un maldito troll —escupió ella al tiempo que intentaba cerrar las piernas y levantarse, pero no se lo permitió. Sus manos seguían fuertemente ancladas ahora a las rodillas y la mantenía abierta.

Su mirada se encontró con la suya y él no pudo menos que sonreír con petulancia.

—Eso es uno de los peores insultos que he oído en mi vida, hechicera —aseguró con ironía al tiempo que se incorporaba lentamente sin soltarla en ningún momento—. Compararme

con un trol… que ocurrencia.

Ella frunció el ceño y entrecerró los ojos sobre él.

—En estos momentos te estás comportando como uno —siseó.

Radin sacudió la cabeza y bajó sobre su boca, besándola una vez más y obligándola al mismo tiempo a saborearse a sí misma en su lengua. Rompió el beso con reticencia, entonces la dejó libre y deslizó las manos por sus hombros.

—Tu piel sigue fría —comentó más para sí mismo que para ella—. ¿Por qué insistes en llevarme la contraria? ¿Qué bien va a hacerte mantener los muros conmigo? Derribarlos no será un problema para mí, Kara, ¿deseas realmente sufrir?

Sus ojos se alejaron de los de él.

—Tonta.

La palabra la molestó, pudo verlo en la forma en la que se tensó.

—¿Podemos terminar con esto de una maldita vez? —le pidió estremeciéndole ligeramente. El hielo en su interior no terminaba de ceder.

Chasqueó la lengua y negó con la cabeza. Sin permitirle protestar la cogió de las muñecas y la alzó hasta que su cuerpo desnudo estuvo contra su pecho.

—Claro, en cuanto dejes de comportarte como una niña mimada —puntualizó al tiempo que le retiraba el pelo del rostro y deslizaba una mano hacia su trasero, atrayéndola hacia su erección—, entonces dejaré que te corras… y te corras… y vuelvas a correrte…

Ella apretó los dientes ante sus crudas palabras, sus ojos echaban chispas y él sonrió por ello, sabía que le divertía su enfado.

—Ven aquí, Kara, deja que te caliente —le susurró al borde de sus labios, entonces la empujó suavemente hacia atrás. Su trasero pronto se vio apretado contra un mueble—. Y baja esas malditas protecciones, hechicera o no duraré en derribarlas.

Deslizó la mano sobre su cadera y más abajo, le provocó cosquillas con los dedos mientras la abría y la obligaba a enlazar la pierna alrededor de su cadera. Su sexo goteaba, mojándole la cara interior de los muslos.

Frotó la punta de su erección contra los húmedos pliegues de su sexo, un mudo recordatorio de que no había escapatoria para ninguno de los dos.

—No me hagas daño —susurró en voz baja al tiempo que se rendía y permitía que los muros protectores que aislaban su poder y lo mantenían solo atado a ella se vinieran abajo.

Agradecido de esa pequeña victoria, buscó una vez más su boca y esta vez la besó con suavidad, engatusándola, atrayéndola allí dónde la quería.

—Tus manos en mis hombros —gruñó mientras empujaba suavemente en su interior, penetrándola únicamente con la cabeza de su erección—. Ahora.

La vio morderse el labio y deslizar las manos hacia sus hombros antes de clavarle las uñas con saña.

—Te…odio.

Se rio y empujó con fuerza en su interior, hundiéndose hasta la empuñadura. Ella se apretó más contra él, reprimiendo un sexy gemido.

—Conmigo estás segura, hechicera —le susurró al oído—, ni siquiera tus dulces palabras afectarán nuestra unión.

Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla mientras su cuerpo se adaptaba a tenerle en su interior. Se tomó su tiempo para disfrutar de la sensación, recreándose en los sutiles cambios que tenían lugar en el cuerpo femenino.

—Te odio, te odio, te odio, te odio —empezó a recitar ella con infantil actitud—. Radin, te

odio con todo el alma.

Como respuesta deslizó una de sus manos hacia el redondeado trasero y se lo acarició, su boca dejó un sendero de besos por la delicada mandíbula hasta alcanzar su oído.

—Sigue repitiéndote eso todos los días, Ankara —sus palabras eran un erótico susurro—, y llegarás a creértelas.

Sin dejarla responder se retiró de ella y volvió a introducirse hasta el fondo, el cuerpo femenino se relajó, adaptándose a su intrusión y a una tortura conducida por el deseo. Daba igual lo mucho que se torturaran el uno al otro con sus palabras, lo que se odiaran y el desprecio que sintieran ante su destino, al final del día su voluntad los conducía a un lugar en el que no importaba nada más que la unión de sus cuerpos.

Sus jadeos se hicieron eco de los propios, el sudor perló la piel de los dos y su poder se impuso al suyo arrancando hasta la última brizna de frío de su cuerpo y alma. Se sujetó con fuerza de él, ocultó el rostro contra su cuello para que no viese lo que sus encuentros le hacían a su alma, solo cuando el acto se volvió más intenso buscó su boca con una ternura que desearía poder despreciar. Ella sabía a calidez, a dulzura y no pudo más que corresponderla, devolviéndole el mismo pago con las mismas cartas.

—Te quiero.

No respondió a su declaración. Nunca lo haría. No podía darle algo que ya no existía en su interior, así que se limitó a concederle lo único que se atrevía a darle en aquellos momentos; ternura. La alzó del suelo y la obligó a rodearle la cintura con ambas piernas mientras se hundía cada vez más profundo en su interior, saqueando su boca y conduciéndolos a ambos a la primera de las liberaciones que relajaría sus cuerpos y quizá calmase también sus almas.

El sonido de sus cuerpos al unirse, el aroma del sexo perfumando el aire, todo ello contribuyó a incrementar su excitación hasta cuotas demasiado altas como para poder alcanzarlas por sí solos. Gimió en su boca, sus dedos se aferraron con fuerza a sus caderas y se impulsó una vez más permitiéndose la bendita liberación, la llenó con su esperma catalizando al mismo tiempo su orgasmo, liberando su cuerpo de la tortura a la que lo había sometido.

Necesitó de todo su autocontrol para no dejarse deslizar hacia el suelo con ella todavía enlazada a su cintura, solo el apoyo que le confería el mueble y el suave cuerpo de mujer que todavía lo acogía le impidió parecer tan vulnerable. Lentamente se incorporó y abandonó la calidez de su estrecho pasaje, su mirada buscó entonces la de ella y respiró aliviado; sus ojos volvían a tener ese tono azul intenso, ya no eran de hielo.

—Lo siento —musitó ella.

Hizo sus palabras a un lado y se apartó de ella recuperándolo al instante su cuerpo, enjaulándolo entre sus brazos de modo que ahora su espalda quedase apoyada en su pecho.

—Esto no ha hecho más que empezar, hechicera —le susurró al oído al tiempo que introducía un par de dedos de nuevo en su interior y comenzaba a moverlos—, ya habrá tiempo para que supliques… después.

CAPÍTULO 11

Le echó el pelo hacia atrás, obligándola a inclinar la cabeza de modo que el agua resbalase por la melena llevándose consigo los últimos restos de jabón. Ankara permaneció callada durante todo el íntimo proceso de bañarla, se limitó a obedecer cada una de sus instrucciones y se dejó ir al cuidado de sus brazos. El silencio que se instaló entre ellos era cómodo, agradable, casi necesario. Dejó el recipiente a un lado y deslizó los dedos a lo largo del largo pelo rubio para escurrir los restos del agua.

—Cuesta creer que seas capaz de tanta ternura cuando te empeñas en odiarme.

Las palabras fueron apenas un murmullo, pero llegó a oírlas con claridad.

—¿Vamos a tener ahora otra de esas absurdas conversaciones filosóficas?

Ella guardó silencio una vez más, así que optó por coger una de las toallas que dejaron junto a la bañera de cobre y empezó a secarle el pelo con movimientos suaves, pero enérgicos.

—¿Radin? —Las palabras bajo la toalla salieron ahogadas.

—Dime.

—¿Crees que si volviésemos a encontrarnos en otra vida, sin nada que marque nuestro destino, podrías llegar a enamorarte de mí?

Resbaló la toalla a lo largo de la melena absorbiendo la humedad de esta.

—Todavía tenemos una vida a la que hacer frente, es suficiente como para no necesitar pensar en lo que seremos en otras.

Ella bajó la cabeza y extrajo las manos del interior del agua caliente.

—Radin, ¿me odias porque te quiero?

Bufó ante tal absurda pregunta.

—Te tienes en muy alta consideración para haber llegado a plantear tal pregunta, hechicera.

Ella se giró hacia él, su rostro asomando bajo el borde de la toalla. El color blanco del algodón casi hacía juego con su piel.

—Dame una respuesta —pidió con voz suave—. ¿Tu odio responde a mi amor por ti?

—Tus sentimientos no podrían importarme menos, Ankara —replicó con sencillez —. No puedo corresponder a ellos.

Apartó la mirada y sintió el escalofrío que recorrió su cuerpo.

—¿Qué tengo de malo como para que nadie pueda sentir un poco de amor por mí? —murmuró. Su voz era plana, libre de emociones—. ¿Qué clase de persona soy que nadie me ha querido en toda la vida?

—Una marcada desde el nacimiento.

Sus ojos claros se encontraron entonces con los suyos.

—Tú también —señaló lo obvio—. Pero a ti te quisieron… ella… ella te quiso —susurró —. Tu abuela sentía cariño por ti… pero yo… a mí nadie me ha querido jamás, ni siquiera quién debía hacerlo…

No le pasó por alto la directa acusación. Se limitó a encogerse de hombros, no podía mostrarle lo que en realidad significaban sus palabras.

—No te pongas melodramática —sentenció y se concentró en envolverle el pelo en una toalla seca para mantenerlo alejado del agua.

Un nuevo suspiro escapó de sus labios mientras se recostaba contra el respaldo de la bañera y contra él.

—Nunca se me ocurriría —musitó—. Contigo no serviría de nada, y Axel, a él lo sacaría de quicio y terminaría por llevarme a tomar un chocolate caliente; un truco que Naziel parece haber adoptado también.

La referencia a su antiguo *Vigilante* atrajo su atención. No eran muchas las ocasiones en las que ella mencionaba su nombre, y cuando lo hacía en sus palabras y actitud había algo más.

—¿Chocolate caliente?

El momento distendido se terminó, pudo adivinarlo en la forma en que el delicado cuerpo se tensó.

—Tú no hablas del tiempo en el que permanecimos separados y yo tampoco —respondió con sencillez. Una regla que él mismo había impuesto nada más recuperarla. No quería que ella indagara en su pasado, como tampoco deseaba saber más allá de lo que ya había averiguado sobre el tiempo que ambos habían permanecido separados. Y Ankara había mantenido esa regla al pie de la letra hasta la primera noche de Pacto.

—De acuerdo, se lo preguntaré a él.

Ella puso los ojos en blanco.

—Procura no desplumarle en el proceso —pidió con ironía—. Él estuvo a mi lado cuando… todo se vino abajo. A su modo, se preocupó por mí… por nosotros.

Tuvo que morderse la respuesta que acudió a sus labios.

—Sí, puedo verlo en el papel de *Angelito de la Guarda*.

Sus labios se curvaron involuntariamente en una sonrisa.

—Él era… es… lo máximo que puedo tolerar.

Y lo decía en serio, Naziel era una de las pocas cosas con alas que se atrevería a incluir dentro del círculo de «razonablemente soportable».

‹‹COMISARÍA DE POLICÍA, BANFF, CANADÁ››.

UN AÑO ATRÁS…

Radin estaba esperando a que Ross explotase de un momento a otro, el Arconte se las tenía prácticamente juradas desde el momento en que se vio obligado a «limpiar» el desastre que según él dejaban a sus espaldas. Si no fuese porque tal desastre incluía a Ankara y tres cadáveres, lo hubiese mandado a paseo hacía mucho tiempo, pero el ángel Arconte era uno de los Policías del Gremio y estos no acababan de estar del todo conforme con la supervivencia de los Altos Hechiceros. Solo porque el hombre había estado allí cuando la trajo de vuelta y vio lo que aquellos mal nacidos tenían en mente para la mujer que se moría en sus brazos, se permitió pasar por alto las leyes.

El bajo resoplido que salió de labios de Ankara atrajo su atención hacia ella. Su mirada del tono azulado del hielo se encontró con la suya durante un breve instante en aquella inusual reunión en la que tanto ellos como Naziel se veían en la obligación de dar alguna clase de explicación sobre lo ocurrido en el bosque.

—¿Lo siento? —murmuró ella con tono cansado. Ella todavía no se había recuperado por completo del episodio que la había llevado a terminar con aquel hijo de puta—. Quizá debiese haberle pedido que bajase el arma, pero dudo que me escuchase entre tanto tiro.

Se obligó a reprenderla, aunque su opinión no distaba mucho de la suya.

—Kara… —le advirtió—. No le des más combustible con el que rociarnos al bueno de Ross.

El aludido posó su mirada ahora sobre él y terminó poniéndola en blanco. Evitando reírse, alzó las manos a modo de rendición.

—Aceptaría la responsabilidad de lo ocurrido, pero eso sería sacarle a ella las castañas del fuego y ya es lo suficiente adulta como para que empiece a lidiar con las consecuencias de sus actos —aseguró, y para dar énfasis a sus palabras, miró a Ankara—. Pero si te sirve de consuelo, prometo atarla en corto a partir de ahora.

Podía deducir por la mirada acerada del Arconte, que no estaba comprando sus disculpas.

—Tengo ahí fuera un cadáver humano con unos resultados que los forenses no pueden explicarse —empezó a enumerar él. Su mirada sobre ellos dos—. El buen doctor es incapaz de explicarse cómo es que el tejido humano se congeló y cristalizó de esa manera en lo que supone un periodo de tiempo récord y con unas temperaturas propias del Ártico y no de Canadá.

Su compañera se mordió el labio con fingida vergüenza.

—¿Ups?

Al parecer Ross no tenía ganas de seguir lidiando con aquello, ya que ahora fue el turno de volverse hacia Nishel y Gabriela, quienes habían estado observando el intercambio

—Por no mencionar además que el Gremio está que escupe fuego por la desaparición de uno de sus condenados —continuó, su mirada fija en la de Nishel—. Quieren la cabeza de aquel que se atrevió a ir contra sus jodidas normas, según ellos, solo otro miembro del Gremio y designado por el Consejo tiene permitido llevar a cabo tales… menesteres.

El caído puso los ojos en blanco.

—Que se joda el Gremio, Ross —le dijo con total sinceridad—. Ese hijo de puta fue el culpable de la muerte de Tori y conspiró con el despojo humano que tienes en la morgue para lastimar a mi mujer. Si no hubiese ido a por él, se las habría ingeniado para ir a por Gabriela y entonces sí que tendrías un problema de proporciones bíblicas entre las manos. Nadie toca lo que es mío y se va de rositas.

Su compañera arqueó una ceja en respuesta ante la inesperada declaración y se giró hacia él.

—¿Y ahora eliges el momento para decirlo? —se ofuscó ella—. Dos días, Nishel, dos jodidos días… ¿Y lo haces ahora?

Radin se obligó a contener una risita. Nishel entrecerró los ojos sobre su compañera, pero podía ver claramente la dicha y felicidad que ahora lo rodeaba en el color de su aura.

—¿No te parece buen momento para decir que te quiero y que me perteneces?

Gabriela le respondió con un bufido.

—Hombres.

Ross volvió a negar con la cabeza y alzó una mano para interrumpir aquel intercambio.

—Ya que sacas el tema, imagino que este es tan buen momento como otro para decirte que ella es tu nuevo custodio.

Aquella declaración cogió por sorpresa a todos los presentes, pero sobre todo a los dos involucrados. Radin pudo ver la sorpresa y perplejidad en el rostro de su amigo.

—¿De qué diablos estás hablando? —se adelantó Nishel.

Ross señaló lo obvio.

—Gabriela es humana —le recordó—. Y la has introducido, a sabiendas, en un mundo que no debería de saber siquiera que existe… A la luz de los últimos acontecimientos, creo que

la mejor solución en este caso es que tú te hagas cargo de ella, la vigiles y evites que divulgue cualquier clase de información que pueda llegar a resultar letal para nosotros.

La aludida parpadeó y frunció el ceño.

—Es broma, ¿no? —preguntó—. ¿Tienes tantas ganas de verme encerrada en un sanatorio mental y con camisa de fuerza?

Él se encogió de hombros.

—Esa era mi segunda opción —aceptó.

Ella abrió la boca para replicar, entonces sacudió la cabeza y se acercó todavía más a Nishel.

—Gracias, pero creo que me quedaré con la primera opción —resolvió y miró a Nishel—. ¿Verdad?

El caído ladeó la cabeza.

—Si tienes que preguntarlo es que todavía no te he castigado lo suficiente.

A Radin no le pasó por alto el rápido gesto que tuvo al llevarse las manos atrás para cubrirse el trasero. Tal parecía que Nishel ya la había disciplinado.

—No dije nada —rectificó ella con rapidez.

A juzgar por la sonrisa y el movimiento de cabeza de su amigo, no era algo que le molestara.

—Acepto —anunció girándose hacia Ross—. No es como si pudiese enmendar ya el vínculo que la une a mí.

Aquello atrajo la atención de Gabriela.

—¿Vínculo? ¿De qué vínculo estamos hablando, alas negras?

Nishel se inclinó sobre ella.

—Ya te lo explicaré.

Satisfecho por la forma en la que parecía haberse solucionado aquella parte del problema, Ross se giró ahora hacia él y Radin supo de inmediato que no era buena señal.

—Voy a estar vigilándola personalmente —le dijo señalando a su compañera—, así que te sugiero que hagas todo lo que esté en tu mano y más para que ella no rompa las cadenas, porque en el momento en que lo haga, habrá firmado su sentencia de muerte.

Se tensó ante sus palabras, aquella era una amenaza que no le gustaba tener sobre la cabeza; ni sobre la suya ni sobre la de ella.

—Haz lo que tengas que hacer, Radin, pero mantenla a raya —lo avisó—. No le será concedida una segunda oportunidad.

Sintió a su compañera tensarse a su lado lista para replicar.

‹‹No, Kara››.

Ella se tensó, pero no le dio tiempo a responder, pues el Arconte eligió ese momento para comunicarse con ellos de la misma manera.

‹‹Y para asegurarse de ello, el Gremio os ha asignado un nuevo Vigilante››.

Ella acusó el golpe de la repentina noticia.

‹‹¿Qué le ha pasado a Axel?››.

Radin apretó su mano para mantenerla tranquila.

‹‹Espera››. Le pidió a través de su vínculo privado.

‹‹El Angely tiene una nueva misión que requiere de toda su atención, por ello os ha asignado él mismo a su sucesor››.

Radin se limitó a acatar sus palabras con un sencillo asentimiento de cabeza, que el hombre acusó antes de indicarle a los cuatro la puerta.

—Ahora largaos y procurad no meteros en más líos —los echó—. Mi carpeta ha quedado repleta para varios siglos.

Ankara salió delante de él, sin esperar, su enfado era patente en la forma en la que caminaba y en la tensión de su cuerpo.

—Kara, espera…

Ella solo se detuvo al llegar al final del corredor dónde se giró para enfrentarle.

—No es justo —declaró y había verdadero dolor en su voz—. No quiero a otro Vigilante. ¿Por qué no me dijo nada?

—Mi hermano pocas veces da explicaciones sobre sus actos, me temo, Alta Hechicera.

Ambos se giraron al mismo tiempo para encontrarse con un hombre vestido de negro de pies a cabeza y un aura tan letal que Radin se encontró posicionándose a sí mismo entre ella y él.

Los labios del hombre se curvaron ligeramente.

—Relájate, Radin —pronunció su nombre como si lo conociese de siempre—, ella está a salvo conmigo. Ambos lo estáis.

Enarcó una ceja en respuesta.

—Así que tú eres el nuevo Angelito de la Guarda.

El Arconte, porque no había duda en el estatus que ostentaba dentro del Gremio con esa aura, dio un paso hacia ellos.

—Prefiero el término Vigilante —aceptó.

Sus propios labios se estiraron en respuesta.

—Sí, puedo verlo en su papel de Angelito de la Guarda —le dijo a su compañera, quien miraba ahora al Arconte con cierto recelo.

—¿Has dicho que Axel es tu hermano?

El hombre asintió y sus facciones se suavizaron al dirigirse a la pequeña hechicera.

—Sí, Ankara —corroboró su suposición—. Ese imbécil de miras cortas es mi hermano.

No pudo evitar sonreír ante la inesperada respuesta.

—Bueno, ya empiezas a caerme mucho mejor —aseguró recorriéndole con la mirada—. ¿Hay algún nombre que vaya con ese horrible atuendo o debemos llamarte simplemente Vigilante?

Los ojos claros del hombre se clavaron en él.

—Sí, sin duda los reportes te hacen justicia, Radin Chezark —le dijo devolviéndole la misma mirada. Entonces se giró de nuevo hacia Ankara—. Mi nombre es Naziel. Y sí, podéis llamarme por mi nombre siempre que me necesitéis, aunque no os aseguro que responda cada una de las veces que lo hagáis.

Su compañera se relajó visiblemente e incluso se dio el lujo de sonreír al recién llegado.

—Sí, debéis compartir la misma sangre —murmuró ella—, sois igual de ingeniosos cuando mi hechicero está de por medio.

El Arconte se limitó a dedicarle una leve inclinación de cabeza.

—Despedíos de vuestros amigos —los instó a ello—, seguiremos hablando después.

Antes de que pudiese hacer alguna nueva pregunta al respecto, Nishel apareció con Gabriela.

—Eso ha sido una salida por patas, Radin.

Él se volvió hacia su amigo en el mismo momento que su nuevo Vigilante se desvanecía sin dejar rastro.

‹‹Recuérdame que le patee el culo en cuanto volvamos a verlo››.

Ella puso los ojos en blanco y se abstuvo de responder.

—Prefiero estar delante de Ross el menor tiempo posible —le dijo a su amigo. Este asintió compartiendo su opinión.

—Apoyo esa idea.

Las mujeres se adelantaron y abrieron la puerta de la calle, saliendo al aire libre dónde los recibió un atardecer anaranjado.

—Yo… no he tenido oportunidad de darte las gracias.

Gabriela se había detenido al lado de Ankara, sorprendiendo a la joven hechicera.

—No solo me salvaste la vida… me devolviste la paz.

Notó como Ankara se movía incómoda, un ligero sonrojo le tiñó las mejillas mientras se encogía ligeramente de hombros.

—Tienes un alma pura, Gabriela —le dijo en voz baja—, y un corazón lo suficientemente grande como para conceder segundas oportunidades a aquellos que piensan que no lo merecen. Él estaba obsesionado, su mente estaba rota, más allá de cualquier redención…

‹‹No ha sido culpa tuya, nada de lo ocurrido, es culpa tuya››.

Radin escuchó perfectamente el eco del pensamiento de su compañera, comunicándoselo a la mujer. Gabriela asintió y se giró entonces hacia él.

—Será mejor que la trates bien —le advirtió clavándole el dedo en el pecho—, como a una auténtica princesa, porque si no voy a ser yo y no Ross, quien te pegue una patada en el culo.

‹‹Cuida de ella, Radin. No dejes que nadie la lastime, no la dejes nunca sola››.

Disimuló su reacción ante el inesperado pensamiento de la mujer, uno que ella esperaba que él pudiese escuchar, tras una breve risa. Miró a Nishel, pidiéndole permiso para lo que estaba a punto de hacer y se inclinó sobre ella.

—Solo si tú te portas como una auténtica diablesa con el Caído —le dijo al tiempo que depositaba un suave beso en sus labios—. Cuídate, rubita.

‹‹Y no te preocupes por mi hechicera, ella es más fuerte de lo que parece››.

Antes de que la mujer pudiese decir algo al respecto, miró a Ankara y ambos se desvanecieron dejando a la pareja sola.

—Has vuelto a sumirte en el pasado.

El reproche en la apagada voz femenina lo trajo de regreso al presente y a la mujer que lo miraba a través de los cada vez más claros ojos azules.

—Últimamente el pasado parece estar haciéndose demasiado presente —le dijo incorporándose hasta quedar de pie al lado de la bañera. Cogió una toalla y la extendió en invitación.

Ella extrajo las manos del agua e hizo un verdadero esfuerzo por ponerse en pie. Las piernas le temblaban tanto que si él no la hubiese envuelto con la toalla y sostenido contra su cuerpo, habría caído.

—Lo siento —musitó—, estoy cansada.

La alzó en brazos, asegurando la tela de algodón a su alrededor, atrapando en ella la humedad y la trasladó a la cama.

—Te dejaré descansar, pero antes tendrás que comer algo —le informó sentándose con ella al borde del colchón.

Ella recostó la cabeza contra su pecho.

—Solo quiero dormir —murmuró—. En tus brazos, en una cama, ya me da igual. Todo lo que quiero es poder cerrar los ojos durante un ratito.

Su primer impulso fue protestar, pero entonces, podía sentir su cansancio, el sueño llamándola como un fiel amante.

—Te dejaré dormir solo con una condición, Ankara —le dijo inclinándose sobre su oído.

Ella parpadeó e hizo un visible esfuerzo para encontrar su mirada.

—¿Cuál?

Sus ojos se encontraron con los de ella y le sostuvo la mirada durante varios segundos.

—Que vuelvas a despertar —le dijo—. Prométemelo, Kara.

Las suaves y claras pestañas luchaban por mantenerse en pie.

—Radin…

La apretó con fuerza, sus ojos deseando arrancarle una promesa.

—Prométemelo, Kara.

Ella se lamió los pálidos labios con visible esfuerzo.

—Volveré a despertarme, mi hechicero —murmuró dejando que el cansancio la venciera —, cuando llegue el momento… volveré a despertarme.

Sintió el momento exacto en el que ella se dejó llevar por el sueño y sucumbió a sus brazos. De repente, las manos le temblaban y él sabía sin lugar a equivocarse que lo que sentía era miedo, un miedo atroz a que ella no cumpliese con su palabra.

CAPÍTULO 12

Era incapaz de sacar los ojos del pergamino. La luz de la vela creaba sombras sobre el papel, dotando a cada uno de los símbolos de un espectro diferente, casi como si pudiesen cambiar. Daba igual las veces que lo mirase, las vueltas que le diese o a quien preguntase, Radin no hallaba respuesta que lo satisficiera.

Se inclinó contra el respaldo y resbaló ambas manos por el pelo ahora suelto sobre sus hombros. Se le estaba agotando el tiempo y también la paciencia, necesitaba respuestas y las necesitaba ya.

—¿Por qué? —No pudo evitar preguntar en voz alta mirando el papel sobre la mesa—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué solo a mí?

Dejó caer las manos de golpe sobre la mesa haciendo que se balanceara la palmatoria con la vela, se levantó arrastrando la silla que cayó con estrépito al suelo y comenzó a caminar de un lado a otro con la esperanza de aplacar sus nervios y encontrar la respuesta que se le escapaba.

Ankara descansaba en el dormitorio, sumida de nuevo en un profundo sueño en el que no se atrevía a pensar. Sabía que con cada hora que pasaba, la vida se le escapaba de las manos, ahora más que nunca podía sentir el hielo en su interior, la voz del Gran Espíritu reclamándola para sí mismo y aquello lo aterraba. Nunca lo admitiría ante ella o ante cualquiera de sus *Vigilantes*, pero la idea de perder a la hechicera se le hacía insoportable.

‹‹A mí nadie me ha querido jamás, ni siquiera quién debía hacerlo››.

Sus palabras seguían presentes en su mente, una silenciosa queja que ella no dudó en dejar caer sobre él.

—No puedo, Kara —murmuró para sí mismo—, esa emoción murió hace demasiado tiempo con mi corazón. No puedo.

La llama de la vela titiló, creciendo como eco de su propio poder, incluso el Gran Espíritu del Fuego que albergaba en su interior reaccionaba al próximo desenlace de todo aquello, tan molesto como él ante la imposibilidad de retenerla a su lado.

—Si se te ocurre alguna idea para mantenerla a nuestro lado, *Keezheekoni*, este sería un buen momento para hacérmela saber —murmuró dejando que sus pensamientos se filtraran en su interior.

La llama volvió a danzar movida por su poder, aumentando la luz que una vez más se vertió sobre el pergamino abierto sobre la mesa.

Cuando lo encontró pensó que se trataba de alguna clase de amenaza, quizá un aviso de que su proscripción seguía vigente, por ello había intentado ponerse en contacto con Naziel. Su *Vigilante*, sin embargo, no había contestado a su llamado, ya que estaba sumergido en sus propios problemas.

‹‹CENTRO COMERCIAL MANSFIELD, OHIO››.
TRES MESES ATRÁS…

Radin empezaba a pensar que su vida era una carrera en descenso hacia el infierno, el que Axel estuviese allí lo confirmaba. Había intentado contactar con su Vigilante sin éxito, después de lo ocurrido con Gabriella, su nuevo contacto angelical había estado en un continuo síndrome premenstrual agudo y ahora que se decidía a contactarle para ver si él podía arrojar algo de luz a la nota que había encontrado en su actual vivienda, no era Naziel quien aparecía, sino el último de los Angely con el que deseaba tener cualquier clase de trato.

—¿Qué diablos haces tú aquí? —Nunca se había alegrado tanto de que Ankara estuviese perdida dentro de la tienda de chucherías que tanto le gustaba visitar. La salida del centro comercial parecía ahora un lugar demasiado cercano de esa tienda para su gusto; daba igual que lo separaran tres plantas.

Los ojos claros del ángel se entrecerraron ligeramente, sus labios se curvaron en una mueca que imaginaba pretendía ser algo parecido a una sonrisa.

—Ha pasado mucho tiempo, hechicero —lo saludó con una leve inclinación de cabeza.

No tanto como para que pudiese olvidar lo que ese hijo de puta había hecho, o mejor dicho, no había hecho por Ankara.

—No tanto como para hacer agradable tu visita —declaró sin más—. ¿Dónde está el Vigilante?

La atención del hombre giró entonces hacia la puerta de entrada del local, después se volvió de nuevo hacia él.

—Naziel no está disponible —respondió sin dar muchos más detalles—. ¿La pequeña hechicera sigue junto a ti?

El fuego rugió en su interior, la sola mención por su parte de su compañera no le hacía la menor ilusión. Podía no estar satisfecho con el destino y la indeseada atadura que había forjado con Ankara, pero a pesar de ello, ahora era suya y ese hombre no entraba en su lista de los más queridos.

—Mantente alejado de ella, Axel. —Una amenaza. Sutil, pero amenaza a fin de cuentas.

El hombre sonrió ante sus palabras. Una sonrisa que no llegó a iluminarle los ojos.

—Siempre tan territorial —declaró desapasionado—. Me sorprende que todavía no te hayas deshecho de ella. O no. Quizá. El problema es justamente el contrario. Temes que la aparte de ti.

Apretó los dientes. Los espíritus sabían que ardía en deseos de chamuscarle las alas.

—No te acerques a ella —lo amenazó. No pensaba andarse con rodeos—. Ya hiciste más que suficiente en el pasado.

El ángel pareció acusar ahora sus palabras.

—Ten cuidado, Radin —pronunció su nombre con un antiguo acento—. Ella sufre más por tu mano, de lo que sufrió por la mía.

Podía sentir el fuego acariciándole las yemas de los dedos, dispuesto a salir y darle la bienvenida al hombre.

—¿Y de quién es la culpa, Axel? —Utilizó el mismo tono—. Pudiste evitarlo. Desde el principio. Y no lo hiciste.

Sus ojos se oscurecieron adquiriendo el color de la intensa tormenta.

—Sabes tan bien como yo, que el destino es caprichoso —le dijo a modo de respuesta—. Ni siquiera la más fuerte de las voluntades puede modificar lo que está escrito si está destinado a suceder. Una piedra que caiga al lago afecta a todo lo que tiene a su alrededor.

Él ladeó la cabeza y bufó con sarcasmo.

—Y por supuesto, tú eres el que lanza la piedra y se queda quieto y contempla como

cambian las cosas —resumió—. Un Vigilante.

Sacudió la cabeza en una profunda negativa. No estaba conforme, pero ambos sabían que de nada serviría ahora pelear por ello.

—Naziel —preguntó volviendo sobre lo que le interesaba—. ¿Dónde está nuestro Vigilante?

El ángel se relajó también y se encogió de hombros.

—Digamos que él es otra de esas cosas que acaban siendo afectados por el destino de alguien en particular —contestó—. No puedo garantizarte que vuelva a ser vuestro Vigilante. Su cometido ahora es mucho más importante, debe salvar el alma de su propia compañera.

Aquello no era algo que se esperara.

—¿Compañera? —repitió intrigado. Si algo sabía del Vigilante, era que le encantaba ir de una cama a otra, sin atarse a nadie.

Axel asintió.

—Lo será cuando acepte el regalo que él tiene para ella —concluyó con cierto misterio—. No te preocupes por él, está bien. Nunca dejaría que nada malo le pasara a mi hermano.

La respuesta lo hizo resoplar.

—Por supuesto que no, él no está destinado a terminar con el mundo —le soltó. No podía evitarlo. Nadie podía decir que hubiese pasado si Axel hubiese dado la cara cuando fue necesario, quizá las cosas no hubiesen cambiado, como quizá sí.

Ignorando oportunamente su respuesta, le planteó la pregunta que lo había traído allí.

—¿Por qué has convocado a tu Vigilante?

Dejando las rencillas a un lado, extrajo la nota que había encontrado debajo de la puerta en el piso que había alquilado hacía pocos meses.

—He encontrado esto en la puerta de mi casa —le tendió el papel en el que podía verse una especie de pentagrama con varios símbolos antiguos.

A juzgar por la mirada que mudó el rostro del Angely, sus propias conclusiones parecían no ir muy desencaminadas.

—¿Lo ha visto ella?

No. Y si él dependía, no lo haría.

—No —negó, echó un vistazo hacia la puerta principal del centro comercial al sentir el tirón del hielo.

‹‹¿Kara?››.

La respuesta fue instantánea.

‹‹Él está contigo, ¿verdad?››.

Sonrió. Su compañera se había vuelto realmente perceptiva, sus enseñanzas parecían estar dando sus frutos a medida que el poder de ella crecía.

‹‹Sí››.

No le dio más explicaciones. No deseaba que se encontraran.

—Parece que vuestra conexión es cada vez más fuerte —el comentario devolvió su atención al hombre frente a él—. Su poder se está desarrollando bien. Eres un buen maestro.

‹‹Kara. Termina con lo que sea que estés haciendo y baja. Nos vamos››.

Después de darle esa cortante orden, depositó toda su atención de nuevo sobre él.

—No me ha quedado otro remedio que serlo. —Se encogió de hombros y señaló el papel con un gesto de la barbilla—. Necesito saber por qué han dejado eso en mi puerta. Ya hemos sido proscritos una vez, despojados de nuestras raíces y nuestra tierra, así que, ¿a qué viene esto ahora?

El gesto en el rostro masculino no esclarecía nada.

—No lo sé, Radin —aceptó sin rodeos—. Alguien parece estar interesado en que volváis a casa, algo que no podéis hacer bajo ninguna circunstancia.

Lo miró a los ojos.

—Si Ankara o tú volvéis a poner los pies en las tierras de las tribus, seréis condenados a muerte —sentenció.

Como si aquello fuese una novedad.

—Quizá por eso sigamos vagando todavía de un lado a otro como nómadas sin patria —respondió con sarcasmo—. No me estás diciendo nada que no sepa, Axel.

El hombre sacudió la cabeza.

—No me has entendido —negó y señaló el papel—. Es una invitación para que tú vuelvas, una revocación de tu condena. Pero no la incluye a ella. Radin, tú puedes volver a casa, pero ella…

Ella moriría. Si él no estaba a su lado para protegerla y controlar su espíritu, moriría y solo los dioses sabían lo que esta vez podría llevarse con ella.

—Veré que puedo averiguar sobre esto —le informó. Su mirada volvió entonces hacia la puerta principal del edificio e inclinó la cabeza en un mudo gesto de saludo antes de desvanecerse en el aire.

No necesitaba girarse para saber que su compañera caminaba ya hacia él, podía sentir su helado espíritu extendiéndose en busca de su calor.

—No ha dejado ni que le dijese hola.

La amarga nota en su tono despertó el insisto de protección en su interior, un instinto que lo había metido para empezar en todo aquello.

—Alégrate —le dijo girándose hacia ella—, te has ahorrado un insulto o algo peor de su parte.

Ella suspiró ignorando su respuesta.

—¿Qué quería? ¿Dónde está Naziel?

Su mirada fue de ella a la bolsa que traía consigo.

—Parece ser que a nuestro Vigilante le ha salido un trabajillo extra —le dijo e indicó la bolsa con un gesto de la barbilla—. ¿Qué estupidez has comprado ahora?

Sintió su estremecimiento más que verlo. ¿Es que nunca iba a aprender? ¿Cuántas veces tenía que decírselo para que lo entendiese? No la quería cerca… no de esa manera… y a pesar de ello…

—Es una bola de nieve musical —declaró ella con voz firme. Sus ojos azules brillaron en mudo desafío—. He comprado dos. Una para ponerla en el aparador de la entrada y la otra es para Gabriella. Nos han invitado a cenar esta noche con ellos y creí…

Le dio la espalda dejándola con la palabra en la boca.

—Llévale el regalo si quieres, pero no iremos a cenar.

Ella lo miró entre sorprendida y dolida.

—Radin, hoy es Nochebuena…

Él se volvió hacia ella.

—¿Y?

Jadeó.

—Eres un cabrón hijo de puta —declaró con firmeza. Sus ojos azules brillaban con pasión —. No vas a privarme de las navidades, te enteras, so capullo. ¡Vamos a celebrar estas malditas fiestas lo quieras o no!

La repentina explosión de su compañera lo hizo sonreír. No pudo evitarlo.

—¿Estás segura de eso, Ankara?

Sus ojos de gata se entrecerraron.

—Solo ponme a prueba —declaró orgullosa.

Él la recorrió con una insultante mirada. Sabía que le molestaba casi tanto como lo encendía a él que la utilizase como una muñeca en la que satisfacer su lujuria.

—Por qué no —aceptó al tiempo que se lamía los labios—. Iremos a cenar con Nishel y su encantadora esposa, siempre y cuando puedas caminar después de que haya terminado contigo, Kara.

Desde ese momento había ocultado la existencia del pergamino a Ankara, pero algo le decía que ella si no lo sabía, sí sospechaba de su existencia, o al menos que él ocultaba alguna cosa. La insistencia de la que había hecho gala, el que ese fuera uno de los requisitos del contrato… no, no podía tratarse de una coincidencia.

Cerró los ojos con fuerza y permitió que su mente retrocediera una semana atrás, cuando su díscola compañera decidió que su vida no era lo suficientemente complicada si no metían a la Agencia Demonía y sus contratos por en medio.

-TERCERA PARTE-

CAPÍTULO 13

La continua convivencia con Radin le había aflojado las neuronas, Ankara estaba segura de que no existía otra explicación para el que estuviese ahora mismo frente a las paredes de un edificio que no había pisado nunca. Sabía de su existencia, conocía a algunos de los agentes que trabajaban en su interior, pero nunca se aventuró tan cerca como ahora; no sola, al menos.

Hizo una mueca ante ese pensamiento. Quizá ese fuese el problema, se había hecho dependiente de su hechicero, demasiado dependiente y eso a menudo la dejaba desnuda ante la cínica ironía y las crueles saetas del hombre. Cualquier persona en su sano juicio le habría cascado los huevos para luego salir por la puerta y no volver a mirar atrás, pero ella no era cualquiera; a la vista estaba.

Suspiró, esto iba a encabronar a Radin y mucho. Pero, por otra parte, no era mucha la elección que tenía, lo que tanto había temido y anhelado al mismo tiempo tocaba por fin a su puerta.

La muerte se acercaba y no quería irse de este mundo sin liberar la atormentada alma del hombre al que a pesar de todo amaba y mostrarle que su corazón todavía podía latir.

—Conseguir que me ames… —musitó para sí al tiempo que cerraba la mano en forma de puño sobre el corazón y suspiraba—. Bueno, cosas más difíciles ha hecho la humanidad.

Decidida, respiró profundamente y penetró en el interior del edificio. El trasiego con el que se encontró la hizo pensar en la redacción de un periódico en las horas previas a sacar una nueva tirada. Timbres de teléfonos, gente moviéndose de un lado a otro, una mujer diminuta y etérea gesticulando con énfasis hacia un hombre que la doblaba en tamaño… La agitación y las prisas parecían emanar por doquier.

Se apartó antes de ser arrollada por una nueva mujer salida de la nada y que se precipitaba en su dirección con una montaña de carpetas en las manos.

—Ah, perfecto —dijo deteniéndose ante ella. Sin parpadear quitó varias carpetas del montón y se las dejó en las manos—. Sube por esas escaleras, gira a la izquierda y entra sin llamar. Y dile a Elph que envíe a Mackenzie aquí abajo de una patada en su primoroso culo. Ese íncubo está muy equivocado si piensa que va a librarse del papeleo. Vamos, vamos… que es para hoy.

Abrió la boca para corregir cualquier posible equivocación, pero antes de que pudiese hacerlo se encontró a sí misma al pie de las escaleras situadas al otro lado de la amplia sala.

—Interesante —murmuró sorprendida ante el poder de aquella diminuta mujer que seguía impartiendo órdenes y repartiendo carpetas por aquí y por allá sin dejar a nadie libre. Alzó la mirada en la dirección que le señaló y comenzó a subir.

La puerta indicada por la hiperactiva hembra estaba abierta y podía escuchar las voces que surgían del interior.

—…bueno, Jefa, siempre puedes hacer un casting —escuchó una risueña y sexy voz masculina—, o poner un anuncio en el periódico, aunque iba a ser un pelín complicado explicar el contenido…

La respuesta de la mujer llegó con un bufido seguido de un tono suave y delicado a la par

que sensual.

—Gracias por aportar valiosísimas ideas, Mac. —La ironía era palpable.

Una clara y contagiosa risa hizo eco entre las paredes de la oficina y consiguió que se estremeciera de deseo. Sacudió la cabeza sorprendida por el magnetismo del íncubo que había mencionado la mujer.

—Bueno, siempre puedes hacer lo mismo que hiciste conmigo, jefa, dejar que el programa seleccione a los nuevos Agentes —comentó—. Al novio de mi prima no le fue tan mal después de todo. Acabó reclutado de esa misma manera…

Un suspiro.

—Sí, solo para que se quedase con la misma mujer con la que hizo el contrato —suspiró —. Los ángeles son tema a parte… aunque podría no ser tan mala idea… quizá Nick tuviese razón después de todo… en fin, nunca lo sabré hasta poner en movimiento las instrucciones que dejó.

La mención del antiguo y desaparecido jefe de la Agencia Demonía la llevó a recordar el único encuentro que tuvo con ese hombre, alguien con un magnetismo y un poder tan intenso que se sintió pequeña e indefensa en su presencia. El hombre era el único ser que conocía con la capacidad para ver lo que estaba escrito en el libro del destino; un poder que solo debía traer desgracias.

—Pues hazlo —concluyó el hombre. Hubo un sonido de papeles y finalmente pasos en su dirección—, y mientras puedes atender a la deliciosa cosita que está esperándote ahí fuera.

La puerta se abrió por completo para revelar a un encantador y atractivo hombre que le dedicó un guiño.

—Toda tuya, hermosura —le dijo al tiempo que pasaba por su lado y se dirigía hacia la escalera.

No llegó a tocar el primer escalón cuando llegó un grito desde la planta de abajo con amenazas visibles de lo que le pasaría al sexo del hombre si no se presentaba de inmediato a rellenar el papeleo de su último trabajo.

—¿Ankara? —La voz femenina procedente del interior de la oficina la sorprendió una vez más al pronunciar su nombre—. Pasa, por favor, te estábamos esperando.

Tal aseveración le hizo pensar que quizá, después de todo, sí estuviese haciendo lo correcto.

La oficina de la directora de la Agencia Demonía resultó ser una habitación profesional pero agradable. La mujer, una delicada y etérea fémina sentada en el sillón tras el enorme escritorio, se levantó y le sonrió amablemente.

—Empezaba a preguntarme si te pasarías por aquí o tendría que mandar a llamarte —aseguró con calidez. Vestida de blanco de pies a cabeza, con el único toque de color en los zapatos y cinturón rojo, Elphet era un poco más baja que ella y menuda.

Frunció el ceño un tanto extrañada por las enigmáticas palabras.

—Nick dejó dicho que antes de que terminase la estación nos harías una visita —le dijo a modo de explicación. Se detuvo frente a ella y la invitó a acompañarla al escritorio—. Ha dejado algo para ti.

Bueno, sin duda aquella visita iba de sorpresa en sorpresa. La acompañó hasta la mesa y vio cómo sacaba de uno de los cajones una llave con la que abrió una sección de la pared en la que nadie esperaría que hubiese una cerradura.

—Um… ¿para mí? Pero cómo… —se detuvo a media frase. Por supuesto, el Amo del Destino tenía que haber visto algo, ¿pero qué?

La vio desaparecer en el interior del oscuro armario para salir a continuación con una caja del tamaño de un tablero de ajedrez que dejó sobre el escritorio.

—Nick nunca da explicaciones, solo… hace las cosas —le sonrió y le señaló el asiento—. Te dejaré sola unos momentos, decidas lo que decidas, cuenta con los servicios de la agencia.

Con una cálida sonrisa, se excusó y la dejó a solas con aquella enigmática caja que alguien había dejado preparada para ella tiempo atrás.

Radin intentaba encontrar una explicación coherente y válida a lo que estaba ocurriendo allí, pero todo lo que conseguía era deslizar la mirada entre Ankara, la PDA que descansaba encima de la mesa y el maldito manojo de papeles que se arrugaban cada vez más en el interior de su mano. Estaba haciendo un verdadero esfuerzo por no gritar, por comprender lo que la menuda mujer sentada ante él con mirada inocente había orquestado esta vez y no sucumbir al deseo de retorcer ese delgado y pálido cuello.

Respiró profundamente, posó una vez más la mirada sobre la PDA y agitó el sobre en la mano.

—Ankara, dame una buena razón por la que no deba ponerte ahora mismo boca abajo y dejarte el culo como un tomate —murmuró e intentó mantener un tono neutro—, porque te juro, hechicera, que en estos momentos lo que quiero es hacer eso… ¡o retorcerte el maldito cuello!

Ella dio un respingo y aferró el fondo del asiento como si quisiera asegurarse que él no cumpliese con la amenaza.

—Soy demasiado mayor para que hagas eso, además, te gusta mi culo, no creo que quieras verlo rojo, ¿no? —murmuró ella—. Y no es como si hubiese iniciado algún cataclismo o roto alguna de esas desquiciantes reglas que me impones…

Dejó el sobre encima de la mesa con un golpe seco que hizo que se sobresaltara una vez más.

—No, claro que no… ¡Solo fuiste a esa condenada Agencia y regresaste con un jodido contrato! —escupió. La calma estaba perdiendo la batalla—. ¿Pero en qué diablos estabas pensando niña estúpida?

Apretó los labios, una delgada línea rosada de obstinación en su rostro que acompañaba a la alzada barbilla.

—Cuando dejes de insultarme y gritarme como si fuese una maldita descerebrada, quizá te lo explique —replicó en voz baja—. Hasta ese momento, tendrás que quedarte con las ganas…

Se levantó, su cercanía lo encendía con la misma efectividad que lo cabreaba, era una dualidad que siempre los tenía a ambos en la cuerda floja y que a menudo lo conducía a la locura.

—Siéntate, Ankara —siseó—. Todavía no he terminado contigo.

Ella bufó.

—Solo es cuestión de tiempo que lo hagas, hechicero —rezongó ella—. Cada día que pasa estás más cerca de conseguir que tu deseo se haga realidad. Solo espera, Radin y todo lo que tendrás que hacer es encontrar un agujero dónde dejar caer mi cadáver.

Iba a zarandearla hasta que le castañearan los dientes, por dios que era lo que le provocaba ahora mismo. En vez de ello, se obligó a mantener la calma y volver al punto central de todo el asunto, ella no iba a salirse con la suya.

—¿Qué diablos has hecho, Ankara? —insistió. Clavó la mirada en la de ella con renovada intensidad—. Dime únicamente, en qué demonios estabas pensando para orquestar toda esta

insensatez.

—En ti.

La respuesta fue tan directa como inesperada.

—¿En mí? —Aquella tenía que ser la respuesta más absurda que esa mujer le había dado nunca.

Ella asintió, suspiró como si necesitara recobrar también la calma y apoyó la cadera contra la mesa.

—Siempre tienes la última palabra, actúas como el amo y señor de todo lo que te rodea cuando estoy cerca de ti, me hablas y me gritas como si no fuese capaz de comprender una sola de tus palabras —enumeró marcando cada parte con uno de los dedos—, si te molesto, me haces a un lado como si no fuese más que una muñeca y cuando me necesitas, te cabreas también por ello…

Sacudió la cabeza y lo miró.

—Me castigas continuamente por algo que ninguno de los dos habría podido evitar —continuó con decisión—. Por un pasado del que no soy más culpable de lo que puedes serlo tú. Tú pudiste elegir, Radin, a mí jamás me dieron esa opción, ni siquiera tú.

Se pasó una mano por el largo pelo rubio y finalmente señaló la PDA con un gesto de la mano.

—Yo te la estoy dando ahora —concluyó alzando la mirada hacia él—. Me gustaría que, solo por una vez, por un breve tiempo, me quisieras aunque fuese un poquito…

—¿Vamos a volver sobre lo mismo? —la interrumpió—. Eso no va a suceder jamás, Kara. Métetelo en la cabeza.

La agonía que vio en sus ojos durante un breve instante debería haber hecho mella en él, pero hacía demasiado tiempo que sabía que nadie iba a volver a colarse en el órgano yermo que bombeaba la sangre a través de su cuerpo. Su corazón estaba muerto para ella, su amor y ternura en manos de la única mujer que jamás podría tener solo quedaba odio y dolor para la criatura que permanecía ante él; eso y lástima.

Ella resopló.

—¿Cómo puedes saberlo si nunca lo has intentado? —lo acusó—. Dame tres días. Tres únicos días.

Él frunció el ceño, la miró a ella y después el sobre y la PDA en la mesa.

—¿Por qué?

Dudó durante unos instantes, pero por fin respondió.

—Porque en más de seis años no me has dado otra cosa que tú odio y migajas de ternura —declaró con pasión—. Todo lo que has hecho es mangonearme, decirme lo que puedo o no puedo hacer, me arrancas de un lugar cuando parece que empezamos a asentarnos para trasladarnos a otro. Somos nómadas y ya estoy harta de esa vida.

La desesperación era ahora palpable.

—Tengo miedo a encariñarme de esta casa —continuó señalando a su alrededor—, porque antes o después me arrancarás de ella y no quiero. No quiero volver a marcharme. Si tengo que lidiar con que dejes la maldita taza del W.C. levantada, los calcetines sucios tirados por el suelo lo mínimo que podrías hacer es decirme que nos quedaremos aquí.

No sabía que le sorprendía más, si el obvio fastidio en la voz de la mujer o que acabase de echarle la bronca por dejar la taza del W.C. levantada.

—Así que te exijo que estampes tu puñetera firma ahí para que puedas darme exactamente lo que necesito —concluyó con firmeza. Su rostro había adquirido un ligero tono rosado que

acompañaba al ímpetu con el que había pronunciado su discurso.

—¿Es ahora cuando tengo que aplaudir por tan interesante representación?

Mala respuesta, pensó al ver como el color aumentaba y los ojos azul claro brillaban por unas lágrimas que no deseaba ver.

—Eres un maldito hijo de puta egoísta y… y… y frustrado —escupió ella, acompañó sus palabras con una patada en el suelo.

¿Frustrado? Aquello era nuevo.

—¿Tanto te cuesta darme tres días de tu preciosísimo tiempo? Solo tres días.

La insistencia en su voz unida a la desesperación subyacente en sus gestos despertó su sospecha.

—¿Por qué tanto interés, Kara? —Había algo más allí, estaba seguro—. ¿Qué no me estás contando?

Vio la lucha interior en sus ojos, esa mujer era transparente para él.

—Porque quiero más, Radin, aunque sea por un breve espacio de tiempo, quiero tener algo más, quiero… quiero vivir de verdad… sin miedo a… al espíritu que me consume y que antes o después acabará conmigo —terminó mascullando—. Nunca te he pedido nada…

Entrecerró los ojos sobre ella y miró de refilón el dispositivo electrónico a su lado.

—¿Y era necesario que acudieses a la Agencia Demonía para hacerlo? —insistió. Necesitaba llegar al fondo de aquel asunto.

Ella resopló y extendió las manos.

—¿Me habrías escuchado siquiera de no haberlo hecho? —replicó—. Por supuesto que no. Ni tampoco aceptarías de buena gana las cosas con las que he rellenado mi lista.

Enarcó una ceja.

—Ah, ¿ahora también tenemos una lista?

Ella resopló y volvió a señalarle la PDA.

—Nickolas dijo que en cuanto encendieses el dispositivo y le dieses a aceptar al nuevo ingreso, podrás actuar como Agente Externo de la Agencia y aceptarme como tu cliente —le informó al tiempo que cogía dicho dispositivo y se lo tendía—. Dice que no es lo usual, pero que en este caso funcionaría.

El escuchar el nombre del desaparecido director de la Agencia captó su atención.

—Nickolas Hellmore —se interesó—. ¿Cuándo has hablado con él? ¿Dónde está? Lleva tiempo en paradero desconocido…

—No hablé con él —lo interrumpió. Había cierta vacilación en sus palabras—, pero digamos que sabía que iba a pasarme por la Agencia… y dejó todo preparado para cuando lo hiciese.

Sintió un escalofrío bajándole por la espalda. No le gustaba el cariz que estaba tomando aquello, el que la mano del antiguo director de la Agencia Demonía estuviese por medio no era algo que le gustase ni un poquito. Nickolas Hellmore era mucho más de lo que ninguno de sus propios agentes sabía, él mismo tenía ciertas dudas sobre el papel del hombre, pero si algo sabía era que su capacidad de ver los acontecimientos futuros e importantes en la vida de cualquier criatura era algo que lo hacía extremadamente peligroso y poderoso.

De alguna manera, Nick había visto la inexplicable intención de Ankara de contactar con la Agencia y esa decisión debía tener algún motivo oculto importante para que el hombre hubiese orquestado todo aquello.

—Ankara, ¿qué no me estás contando?

Si bien formuló la frase como una pregunta, era una rotunda afirmación. Su compañera le

ocultaba algo y quería saber de qué se trataba.

—Te lo diré solo después de que aceptes mi petición y termine el plazo de tres días —le dijo. A juzgar por la forma en la que alzó la barbilla, estaba decidida a mantener sus palabras hasta el final.

—No aceptaré absolutamente nada hasta saber qué diablos está pasando aquí —se exasperó—. Y ya veremos si incluso entonces, lo hago.

Ella resopló.

—No te voy a pedir que me jures amor eterno, ni que des tu vida por la mía, ni siquiera que te rapes la maldita cabeza —resopló indignada—. Todo lo que quiero es… que seas mi pareja… pero mi pareja de verdad durante tres días.

—Permíteme que te refresque la memoria, cariño —le soltó con ironía—, pero ya lo soy… Soy tu jodida pareja… tu maldito amante… y el único hombre al que estás jodidamente atada.

Resopló. La muy puñetera se dio el lujo de resoplar.

—Deja de maldecir por una jodida vez en tu vida —se quejó poniendo las manos en la cintura—, ¿no eres capaz de decir dos frases sin insultos por en medio?

No pensaba responder a aquello.

—Ankara, no sé qué se te habrá metido en esa cabecita, pero olvídalo —sentenció—. Devuelve eso al lugar en el que lo obtuviste…

—Por favor. —Las suaves y pequeñas manos se posaron sobre la suya cuando señaló hacia la mesa—. Te juro que no volveré a pedirte nada después de esto, no te exigiré nada, pero por favor, concédeme estos próximos tres días, Radin, por favor.

Se estremeció al sentir el frío sobre su piel allí donde ella lo tocaba, su poder no parecía descontrolado, en realidad, permanecía en reposo y aun así podía sentir como se enfriaba su piel.

—Tienes la piel demasiado fría —murmuró y giró la mano para aferrar la suya y regular su temperatura. Era algo que hacía ya por inercia.

—Tres días, Radin —insistió señalando una vez más la PDA y el sobre arrugado—. Te prometo que mi lista de requisitos no es larga y Nick ha dejado por escrito las condiciones en las que se establecería el contrato y que difiere del estándar de la Agencia.

La siguió con la mirada cuando se liberó de sus manos y recogió el sobre, abriéndolo por primera vez.

—Léelo —le entregó la copia grapada—, y toma una decisión.

Tras entregarle los documentos, dio media vuelta y abandonó el salón comedor para dirigirse hacia la puerta de la entrada.

—¿A dónde vas ahora?

Ella se giró lo justo para dedicarle una fulminante mirada.

—A buscar algo con lo que disuadirte en caso de que se te ocurra decirme que no.

Y el portazo que siguió a las palabras de su hechicera, pusieron punto y final a la discusión.

—Maldita sea —farfulló. No pudo más que apretar las manos y echó un nuevo vistazo hacia la mesa.

¿En qué clase de locura se había metido ahora su compañera? ¿Y por qué sabía Nickolas que ella lo visitaría? ¿Qué había más allá? Solo había una persona que pudiese darle una respuesta y más le valía que lo hiciese rápido.

CAPÍTULO 14

La vida podía ser realmente interesante cuando se compartía con la persona adecuada, pensó Naziel al mirar a su mujer. Sentada en la cama con tan solo una vieja camiseta y minúsculas braguitas que estaba más que dispuesto a hacer desaparecer de un momento a otro, daba cuenta del frugal desayuno. Este era el primer respiro que tenía en la semana y media que llevaba confinada por un fuerte catarro del que por fin parecía desprenderse por completo.

—Me consientes demasiado —murmuró ella. La suave curvatura en sus labios se elevó un poco más, le brillaban los ojos con deliciosa travesura—, no puedo pasarme todos los días metida en la cama y holgazaneando. Por fin puedo respirar y no se me salen los pulmones por la boca al toser… Estoy bien.

Estiró la mano por encima de las sábanas hasta rodearle la cintura y atraerla contra su pecho.

—No te morirás por permanecer un día más así —le besó ese punto detrás de la oreja que la estremecía—. Además, tiene sus ventajas, *alada*, me tienes a mí.

Rio al tiempo que se recostaba contra él.

—Y no me oirás quejarme por ello —ronroneó. Entonces suspiró y se estiró para coger un panecillo untado ya en crema—. Pero necesito hacer algo, tanta inactividad me vuelve loca. Quizá acepte la propuesta de tu hermano y me haga cargo de esa librería.

La besó una vez más y asintió. Axel había rescatado semanas atrás una antigua librería que cerraba por jubilación de los propietarios, el local era lo suficiente viejo y polvoriento como para cumplir con las expectativas de su hermano y de su propia *alada*. Claire se había enamorado de la tienda nada más verla, y él estaba dispuesto a darle todo lo que su corazón anhelase con tal de verla feliz.

—Deberías… Sé que te mueres por hacerlo —le aseguró—, y te acompañaré allí. Mañana.

Ella resopló.

—¿No hay manera de convencerte de que sea hoy? —insistió girándose hacia él—. Esta tarde sería un buen momento.

Sonrió a su pesar. Claire podía ser muy insistente.

—De acuerdo, esta tarde —aceptó—. Pero primero tengo que pasarme por las dependencias del Gremio.

La vio parpadear, sus ojos brillaron con curiosidad.

—¿Ha ocurrido algo?

—Burocracia —declaró con un resoplido—. La gran plaga de todas las especies y razas conocidas.

Ella se echó a reír.

—Mi pobre angelito, incluso tú sucumbes al papeleo —se burló.

Le devolvió la sonrisa y la besó en la mandíbula.

—Prefiero sucumbir a otras cosas, *alada* —aseguró y se dispuso a mostrarle qué clase de cosas cuando los interrumpió la melodía del *Smartphone* sobre la mesilla—. Aunque esa no es precisamente una de ellas… No, Claire, déjalo…

—¿*Wizard*? —preguntó tras coger el teléfono y leer el identificador.

Suspiró y se lo quitó de las manos.

—Radin —explicó y conectó el manos libres—. ¿A quién hay que enterrar ahora, *Mago de Oz*?

La voz del hechicero salió alta y clara a través del altavoz.

—Tú serás mi primera opción si no dejas de una vez esa mierda del Mago de Oz, *Toto* —rezongó su interlocutor—. Ahora, deja a tu bonita mujer en la cama y arrastra el culo hasta aquí. No te preocupes, Claire, te lo devolveré antes de que se enfríen las sábanas.

Ella puso los ojos en blanco, algo que le hubiese gustado hacer él mismo.

—Gracias, Radin, muy considerado de tu parte —le dijo ella—. ¿Cómo está Ankara?

Un bufido inundó la línea.

—Todavía respira —declaró el hechicero—. *Vigilante*. Aquí. Ahora.

Antes de que pudiese decir algo sobre el tono de voz que estaba utilizando con él y su falta de paciencia, la línea quedó en silencio.

—¿Siempre es así de agradable? —Claire hizo la bandeja a un lado y se apartó de modo que él pudiese dejar la cama.

Naziel miró el teléfono con gesto pensativo y negó con la cabeza.

—Solo cuando la ocasión lo amerita.

No bien dejó la cama las ropas aparecieron sobre su cuerpo quedando totalmente vestido y listo para salir. Algo en el tono de voz del hechicero despertó su alerta.

—Iré a ver qué nuevo cataclismo han generado esta vez esos dos —comentó al tiempo que se inclinaba sobre ella para besarla en los labios—. Mantén caliente mi lado de la cama, no tardaré mucho.

Con un último vistazo a la mujer que lo completaba, partió a cumplir con sus deberes de niñera.

—Y bien, ¿dónde está el fuego?

Radin recibió a su *Vigilante* con un gesto hacia la mesa sobre la que permanecía la PDA y los arrugados papeles que le entregó Ankara, el último de ellos era una absurda lista con la que puso los ojos en blanco.

—Ahí tienes la última obra de tu hechicera favorita —le dijo con gesto irónico. Ambos sabían que lo era, Naziel tenía debilidad por Ankara.

—¿Un hechizo que salió mal o te ha salido a pagar en la declaración de hacienda?

Bufó ante el absurdo comentario.

—Yo no soy el que tiene problemas con el fisco —le soltó y abanicó el papel—. Mis problemas tienen otra naturaleza, una más femenina y jodidamente voluble.

—Una a la que ya deberías de estar más que acostumbrado. —El tono de la voz del ángel no podía ser más irónico cuando pasó junto a él y miró con el ceño fruncido el contenido de la mesa—. Espera, ¿esto es lo que creo que es?

—Dímelo tú, ya que has tenido el dudoso placer de formar parte recientemente —le soltó.

Naziel lo calibró con la mirada y chasqueó la lengua.

—Deben estar realmente desesperados por reclutar nuevos agentes si te han escogido a ti —comentó al tiempo que ojeaba los papeles—. Espera, ¿Ankara? Vaya sentido del humor más retorcido que tienen.

—No lo sabes tú bien —rezongó—. Especialmente cuando hay alguien de los vuestros detrás de todo esto.

Si antes no tenía toda su atención, ahora sí.

—¿Uno de los nuestros?

Radin indicó los papeles con un gesto.

—El *Vitriale*.

A juzgar por la sombra que cubrió momentáneamente los ojos de Naziel, sabía de quién le estaba hablando. No eran muchos los que conocían la verdadera naturaleza del antiguo director de la Agencia Demonía: mitad ángel, mitad demonio y con un don que era al mismo tiempo una maldición; la profecía. Y el motivo por el que tanto él como Ankara estaban al tanto, obedecía más a los motivos ocultos del propio Nickolas Hellmore que a los suyos propios.

—El *Angely* condenado por su propio poder —citó como si acabase de recordar un pasaje de algún libro—. Aunque yo no lo llamaría de los nuestros… —negó mientras ojeaba los documentos—. Pero ¿qué tiene él que ver con todo esto? Hasta dónde yo sé, sigue en paradero desconocido.

—Todo lo que sé es que ella se presentó en las oficinas de la Agencia Demonía —según sus propias palabras—, y que «esto» —señaló las cosas sobre la mesa—, la estaba esperando.

Radin casi podía jurar que nunca había visto la cara de incredulidad que estaba poniendo Naziel en aquellos momentos.

—¿Ankara se presentó en las oficinas de la Agencia?

—Sí, tan absurdo como suena, es la nueva estupidez cometida por ese pequeño saco de problemas.

El *Vigilante* apenas podía contener su hilaridad.

—¿Y qué la empujó a ello? —preguntó. En su voz se escuchaba la curiosidad—. ¿Qué hiciste ahora a la niña que merezca tal castigo por su parte?

—Al parecer… ser hombre.

Aquella respuesta le provocó un ataque de risa.

—Caray, si en todo este tiempo no se había dado cuenta de ese pequeño detalle, es que no has hecho nada bien tu trabajo, Radin —aseguró entre carcajadas.

—Si ya has terminado de reírte, quizá puedas decirme qué diablos está pasando aquí. —Él no compartía su hilaridad, por el contrario estaba realmente cabreado con todo aquello.

Haciendo un verdadero esfuerzo por contenerse, Naziel volvió al modo profesional, si es que tenía uno.

—Yo diría que Ankara te necesita —resumió y se encogió de hombros—. De otra manera, la Agencia no habría expedido una nueva admisión para ti o un formulario para ella.

Negó con la cabeza, aquello era un sin sentido.

—No es como si no estuviese ya con ella, cubriendo ‹‹esas›› necesidades —rezongó—. Es tanto mi maldición como mi penitencia.

—Tú la equilibras, equilibras su poder y evitas que este la consuma —le recordó al tiempo que puntualizaba la diferencia—, pero no cubres sus otras muchas necesidades. Demonios, Radin, la mayoría de las veces no la tratas mejor que a una alfombra… y quizá ha llegado el momento de que subsanes eso.

Entrecerró los ojos y luchó por contener su propio poder.

—Ella nunca obtendrá de mí más de lo que ya ha obtenido, Naziel —musitó—, no tengo nada más que ofrecerle. Nada.

El ángel lo contempló durante unos segundos, entonces se encogió de hombros.

—Si me pides consejo, Alto Hechicero —declaró y alternó la mirada entre él y los documentos—, te diría que firmes y aceptes el trabajillo extra. Tu *mujer* no suele pedir nada.

Que ahora lo haga y de esta manera… y que el *Vitriale* haya metido las manos, solo puede significar que esto es lo que tenía que ocurrir…

Suspiró.

—Esa no es la respuesta que quería oír.

Una reticente sonrisa curvó la boca del ángel Arconte.

—Por regla general, nunca ofrezco las respuestas que los demás quieren oír —aseguró como si estuviese confesando algo—, pero es parte del trabajo. Y disfruto de ello cada minuto.

Radin resopló.

—No puedo darle lo que me pide —insistió al tiempo que levantaba los papeles y los agitaba en el aire—. Conozco el contrato original, pero esto… esto es una versión retorcida del mismo. Las reglas del Pacto han cambiado, no es su voluntad la sometida, es la mía… para cumplir sus deseos… Unos, que por cierto, solo serán «revelados» al agente si este acepta el contrato. Es un contrato a ciegas.

Se cruzó de brazos, un gesto tan humano que hacía difícil recordar que el hombre frente a él era un poderoso ser con el don de la justicia en las manos.

—Radin, mi cometido es vigilar que no sucumbáis al poder que os consume, no dictar cada uno de vuestros pasos —le recordó—. No puedo decirte lo que debes hacer, ese es un camino que solo puedes escoger tú. Es tú elección y a menudo las elecciones no son fáciles. El vivir implica un riesgo, lo desconocido, tu propia existencia y la de tu compañera también.

Miró los papeles una vez más y se encogió de hombros.

—Llevas asumiendo riesgos toda tu vida, por ti, por ella —le recordó—. Pregúntate entonces por qué no hacerlo una vez más.

Porque si lo hacía, antes o después volvería a herirla y por mucho que odiara su existencia y lo que esta le había supuesto, no podía olvidar que Ankara también había perdido mucho por culpa de él. Ambos estaban metidos en una espiral de odio y lamentaciones de la que eran incapaces de escapar. Ella deseaba algo de él que no podía darle, que nunca podría entregar a nadie más.

—¿Por qué tengo la sensación de que estoy a punto de firmar un pacto con el mismísimo diablo? —murmuró buscando la mirada de su *Vigilante*.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—Quizá porque a él también le gusta bailar sobre brasas candentes —le dijo con cierta diversión.

Sin una palabra más, inclinó la cabeza en un gesto de saludo y se esfumó en el aire dejándolo una vez más a solas con sus pensamientos.

Naziel no aminoró el paso al traspasar la arcada del hall del Gremio, tal y como esperaba Axel estaba ya allí mirando ensimismado la nada como si pudiese hallar en ella las respuestas que buscaba.

—Ha empezado, ¿no es así? —preguntó sin detenerse hasta llegar a su lado—. Ella… ha empezado a consumirse.

El hombre con el que compartía el mismo tono de ojos se giró hacia él y asintió.

—El hielo la ha alcanzado —respondió con suavidad—. Ya no hay vuelta atrás. La escarcha empieza a adueñarse de su corazón… y cuando lo cubra por completo, la perderemos para siempre.

Y ella lo sabía, pensó con tristeza, Ankara sabía que el tiempo se agotaba y había recurrido

a lo único que podría concederle aquello que más anhelaba.

—¿Se lo dirás al Alto Hechicero? —la voz de Axel atrajo su mirada de nuevo hacia él.

—No —negó—. Al menos, no todavía.

—No les queda mucho tiempo, Naziel —le advirtió.

Asintió. Lo sabía, pero el que pudiera darles…

—Tendrá que ser suficiente —murmuró en voz alta.

CAPÍTULO 15

Ankara se movió inquieta en el sofá, estaban sentados uno frente al otro, con una pequeña mesa de cristal entre ellos y él no dejaba de viajar hacia delante y hacia atrás entre las páginas ya demasiado manoseadas. Los últimos minutos transcurrieron entre monosílabos y murmullos ininteligibles y eso era preocupante.

Radin no alzó la voz ni un solo segundo, en cuanto apareció por la puerta se limitó a señalar el sofá y ordenarle —como siempre—, que se sentara. La carcomían los nervios, si bien era paciente en esos momentos luchaba por no saltar del asiento y subirse en su regazo hasta que él explotara o algo; la descolocaba esa actitud pasiva en el hechicero.

—¿Vas a aceptar la solicitud como agente externo? —preguntó cuándo el silencio se hizo demasiado agobiante—. Necesito…

—¿Qué, Ankara? —la interrumpió con tan fría vehemencia que se sobresaltó—. Dime a qué obedece todo esto —sacudió los papeles en las manos antes de dejarlos caer en la mesa—, porque por más que lo intento no consigo encontrar la finalidad a todo este embrollo que has creado.

Se retorció los dedos sobre el regazo, se arrastró una vez más en el sofá hasta quedar sentada en el borde y lo miró.

—Todo lo que pido es que estés a mi lado los próximos tres días —murmuró—. Que lo estés de verdad.

—Llevo a tu lado los últimos seis años y no es como si pudiese agarrar la maldita puerta e irme —resopló. Entonces se recostó contra el respaldo y se cruzó de brazos—. Créeme, lo intenté una vez y las consecuencias todavía me persiguen.

Se estremeció. ¿A él lo perseguían? Fue ella la que terminó con cicatrices demasiado profundas para ser erradicadas, la que gritó su nombre hasta desgarrarse la garganta sin que él apareciera… hasta que fue demasiado tarde. No quería recordar aquella noche, no quería recordar esos dos años de completa soledad y aislamiento, en la que el terror la consumió casi por completo.

—Te necesito —murmuró. Necesitaba deshacerse de aquellos recuerdos—, y quiero ser lo bastante egoísta para exigirte que me concedas mi petición. Te estoy pidiendo tres días, Radin, solo tres malditos días… después… haz lo que quieras.

—¿Por qué? —insistió. Sus ojos castaños se clavaron en ella con renovada intensidad—. ¿Qué es lo que no me dices, hechicera?

‹‹Que me estoy muriendo››. Pensó y no pudo evitar estremecerse, podía sentir como el hielo le acariciaba el corazón, como la escarcha se iba adueñando de ella. Tenía frío y era incapaz de entrar en calor, pero era una temperatura que la anestesiaba más que lastimaba. Sentía pavor al pensar en el momento en que este dejase de latir, en que ese dolorido órgano se congelara por completo y la convirtiese en un ser incapaz de sentir, de recordar y la consumiera hasta la muerte.

—Quiero que te enamores de mí —le soltó. No podía saber que se moría, no quería que la pena y el resentimiento le condicionaran como lo hacía el pasado—. Quiero tener lo que siempre debió haber entre nosotros si *ella* no hubiese aparecido antes en tu vida. Quiero lo que es mío…

quiero sentirme querida, arropada, hacer lo mismo que otras parejas… Quiero tenerte solo para mí durante tres malditos días, ¿acaso es tanto pedir?

—Estás pidiendo un imposible, hechicera —le dijo. Su tono y la expresión de su rostro hablaban de cansancio por tener que repetir una y otra vez las mismas cosas—. Yo no voy a amarte, no puedo, el órgano que debía ser para ti yace junto a ella. No puedo darte más de lo que te doy, así que deja de crear toda clase de problemas y acéptalo de una buena vez.

—¡No! —Se levantó como un resorte—. Tres días, Radin. Por favor. Solo tres días. Si al término del tercer día no he conseguido despertar tu corazón ni siquiera un poquito, no volveré a pedirte nada más.

—Lo que conseguirás es acabar con la poca paciencia que me queda contigo si insistes en esta estupidez, Kara —aseguró al tiempo que se levantaba del asiento.

Lo detuvo, necesitaba que la escuchase aunque solo fuese una maldita vez.

—¡Escúchame! —alzó la voz. La desesperación vibraba en su garganta—. ¡Por una vez en tu maldita vida, escúchame, Radin!

—Te estoy escuchando —le dijo sin dejar de mirarla. Ni siquiera alzó la voz.

—Ódiame, si eso es lo que hace tu vida más soportable. —No apartó la mirada de la suya —, pero al menos, durante tres días, finge que me amas. No me importa que no sea verdad, que sea todo un bonito engaño, por una vez en la vida necesito saber que mi existencia ha tenido algún significado y que quizá, si las cosas hubiesen sido distintas, tú habrías sido mío… y de nadie más.

Hubo un interminable momento de silencio. Él se limitó a mirarla como si buscase en su interior la verdad a lo que ocurría, sintió su poder lamiéndole la piel y tuvo que apretar los dientes para no decirle que apenas podía sentir ya esa tibieza con la que solo él conseguía quebrar el hielo. Ya era demasiado tarde, su corazón se congelaba y solo el amor de ese hechicero podría evitar que lo hiciera; una misión imposible.

—¿Qué hay en esa maldita lista de requisitos?

La pregunta la sorprendió y le dio también esperanza.

—¿Cuál de ellas?

—¿Cómo que cuál de ellas? ¿Hay más de una?

Se lamió los labios y recogió un mechón de pelo tras la oreja.

—En realidad, es todo un cuaderno.

—Me tomas el pelo.

Sacudió la cabeza, las mejillas se le tiñeron de rojo.

—En algo tenía que entretenerme cuando tú me decías una y otra vez que no —se justificó —. Y créeme, me lo has dicho muchísimas veces…

—Olvídalo, no quiero saberlo. —Se pellizcó el puente de la nariz y volvió a mirarla—. El Pacto ha cambiado de modalidad tal y como figura en ese contrato, ¿qué has pedido?

—Aquello que realmente deseo —murmuró—, lo que siempre he deseado y que no has querido darme.

—Sé más concreta, hechicera —rezongó—. Sé más concreta.

—Si te lo digo ahora no firmarás —resopló—. Te conozco y pondrás pegas y más pegas y seguiremos discutiendo hasta el fin de los tiempos y yo no tengo tanto… tanta paciencia.

—¿Y crees que yo sí?

—Bueno, has de reconocer que te lo estás tomando bastante bien —murmuró ella—. Todavía sigues aquí.

—No por mucho tiempo —refunfuñó—. Ahora, deja de dar vueltas y más vueltas y ve

directa al grano. Quieres tres días… dime qué incluye el apartado del Pacto y te diré si te los concedo o no.

Sabía que convencer a Radin iba a resultar complicado, pero la resolución de ese hombre empezaba a rayar en la absurda obstinación.

—Tres noches, tres peticiones —explicó entonces—. Esa es la base del contrato que me ofrece la Agencia Demonía. A causa de quien soy, de quienes somos y de destino qué nos aguarda, las condiciones del contrato fueron cambiadas… o eso es lo que dejó dicho Nickolas.

Tomó una profunda respiración y se decidió.

—El trato era que escribiese esas tres peticiones. Si deseo continuar con esto y tú aceptas el contrato, tres de mis mayores anhelos se harían realidad durante cada una de las noches del Pacto.

Entrecerró los ojos ante sus palabras.

—¿Y qué es lo que más anhelas, Ankara?

—Sinceridad —respondió sin vacilar—. Quiero que seas totalmente sincero conmigo, aunque solo sea por una noche, quiero que des respuesta a todas esas preguntas que siempre me niegas. Necesito saber, Radin. Si quiero enfrentarme a ello, si quiero comprender tus actos, necesito entender el porqué de todo cuanto nos ha pasado hasta ahora. Necesito respuestas.

—¿Qué más?

—Que me quieras, aunque solo sea un ratito, que bajes tus defensas y me aceptes en tu vida, quiero saber quién eres en realidad, Radin. Quiero tenerte aunque solo sea durante una noche —se lamió los labios—. Quiero ternura, sentirme querida y no solo un objeto en el que saciar tu lujuria. Quiero desearte porque me deseas a cambio, no por la necesidad de calmar mi espíritu. Por una noche, quiero saber que se siente al hacer el amor.

Él no respondió, se limitó a observarla, esperando.

—¿Y el último?

—Que me lleves a casa —murmuró—. Cuando todo termine, quiero volver a casa, a las tierras de las tribus… quiero, aunque solo sea por una vez, volver a ver nuestro hogar.

El gesto en su rostro cambió al escuchar las últimas palabras.

—No podemos volver, Ankara, fuimos desterrados. Estamos proscritos —le recordó—. Si volvemos a poner un pie en esa tierra, será el día de nuestra muerte.

—Lo sé —aceptó.

Antes de que pudiese analizar sus palabras o pensar en algo más, se dio prisa en coger la PDA y tendérsela.

—Si firmas, te daré la otra lista —empujó el aparato contra su pecho—. Te prometo que no tiene más de quince apartados y todos ellos son legales en todos los estados y países.

Miró el aparato sin cogerlo y luego a ella.

—¿Eso debería hacer que me sintiese mejor?

—Pasa tiempo conmigo, Radin —le pidió una vez más—. No te pido nada más que el que pases tiempo conmigo.

Él cogió por fin la PDA, la encendió y la contempló durante unos segundos.

—Aprovecha esos tres días, Ankara, quizá sean los únicos que tengas en toda tu vida bajo tales condiciones —comentó al tiempo que miraba la pantalla—. Y por nuestros dioses, espero que esto no haga que después ambos nos arrepintamos.

Con un par de movimientos, registró su nombre, añadió la huella dactilar y recibió la confirmación.

‹‹Bienvenido a la Agencia Demonía, Agente Radin››.

‹‹*Ya se estaba arrepintiendo*››.

Radin podía sentir cómo la soga que el mismo se había puesto al cuello empezaba a cerrarse y le privaba de aire, aquel era un perfecto símil para la sensación que obtuvo al leer la bizarra lista que Ankara le dejó en las manos.

—No puedes estar hablando en serio —murmuró sin poder apartar la mirada del papel—. Desde luego tiene que tratarse de una jodida broma, ¿es que has perdido la cabeza por completo, niña estúpida?

Ella se limitó a señalarle un punto en el papel.

—Número 5. Se acabaron los insultos —le señaló—. Yo no te pongo apelativos, así que intenta no ponérmelos a mí. Mi nombre no es tan complicado de pronunciar y siempre puedes llamarme Kara, como lo haces cuando…

Él la miró con gesto irónico.

—¿Cuándo te follo?

—Cuando no te comportas como un completo gilipollas —sentenció con un mohín—. Vamos, Radin, no te estoy pidiendo nada del otro mundo, solo que pases tiempo conmigo.

No pudo contener la necesidad de abanicar las dos hojas de papel frente a ella.

—Hechicera, esto va más allá de ‹‹pasar tiempo contigo››.

—Número… um… dónde está… —se inclinó de nuevo para deslizar la mirada sobre el papel—. Aquí, número nueve. Nada de ‹‹hechicera››, soy Ankara… Kara tanto dentro como fuera de tu cama.

En esos momentos estaba a punto de convertirse en ‹‹niña estúpida achicharrada›› farfulló interiormente mientras repasaba por tercera vez las peticiones más absurdas y bizarras que una mujer podía haber llegado a escribir en una hoja de papel.

—¿Eres consciente de que esta estúpida lista solo incrementará mí ya de por sí poca predisposición hacia ti? —preguntó alzando la mirada para encontrarse con los claros ojos azules.

—En realidad, esperaba que esta *estúpida* lista te acercase un poquito más a mí —replicó rodeando la mesa que los separaba para dejarse caer a su lado en el sofá—. Si para ello primero tienes que encabronarte como un niño pequeño, pues que así sea.

Recogió las piernas debajo de sí misma y se inclinó una vez más sobre él. Ankara no tenía ningún problema a la hora de invadir su espacio personal y si era sincero, tenía que admitir que a él tampoco le suponía un conflicto mayor que el de despertar su deseo. La suave fragancia que la rodeaba le recordaba a un día nevado, al frescor de la nieve mezclado con un tinte de flores silvestres, un aroma que le gustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Entiendes cada uno de los puntos o quieres que te aclare alguna cosa?

Se lo estaba tomando en serio, demasiado en serio. Esa pequeña rubia de tez clara y ojos azules estaba decidida a salirse con la suya en lo referente a esa lista.

Enarcó la ceja y alzó el papel de modo que se interpusiera como una pantalla entre los dos.

—Lista de Ankara —leyó en voz alta. Hizo hincapié en su nombre y la miró como con intención al pronunciarlo—. Vamos a llamar a cada… apartado… una petición…

—¿Por qué tengo la sensación de que te estás burlando de mí ahora mismo?

—Quizá porque es la única manera en la que no te retorceré el cuello.

Haciendo a un lado cualquier posible respuesta por su parte, empezó a leer en voz alta.

—Petición número uno, cito textualmente —se aclaró la garganta para obtener su mejor

tono en plan profesor de escuela—. *Me gustaría que alguna vez me trajese el desayuno a la cama. Es algo que vi hacer en las películas y creo que al menos una vez en la vida, debería desayunar en la cama*.

Bajó el papel de modo que nada se interpusiese entre los dos y la miró a los ojos.

—Reserva una habitación en un hotel que cuente con servicio de habitaciones y encarga que te traigan el desayuno —le dijo—. Es tan sencillo como eso.

—La idea es que tú seas el servicio de habitaciones sin tener que ir a ningún hotel —repuso con un mohín.

—Sigue soñando —le dijo al tiempo que volvía a echarle un vistazo a la lista—. Petición número dos. Sin duda una de las más bizarras de toda la lista. Y de nuevo, con tus propias palabras… *Que me acompañe a elegir un conjunto de lencería*.

No pudo evitar hacer una pausa para mirarla con abierta sexualidad.

—No sabes lo que estás pidiendo, Kara —dotó a su voz de un tono oscuro, sensual que ambos sabían a lo que solía conducir—. Además, no es como si realmente llegase a recrearme en lo que sueles llevar puesto, por regla general estoy más interesado en que no lleves nada encima; es más práctico.

Ella no respondió, se limitó a apretar los labios y sonrojarse.

—Pero estoy dispuesto a sacrificarme por el bien común —continuó con absoluta ironía —. Después de todo, todavía no hemos follado en un probador.

—Si pretendes avergonzarme, llegas con varios años de retraso, hechicero —rumió ella—. Es algo que llevas haciendo tanto tiempo que ya estoy acostumbrada.

Chasqueó la lengua como si le pesara la contestación femenina.

—Qué pena —se encogió de hombros—. Tendré que buscarme un nuevo entretenimiento entonces. Sigamos… Petición número 3. El famoso y aclamado ‹‹beso de buenos días—buenas noches››. *Quiero al menos uno de esos, solo recibo besos cuando no quiere que le hable o tiene ganas de follar…* —No le quedó más remedio que estar de acuerdo con la última parte de su razonamiento. No la besaba a menos que quisiera mantenerla calladita o llevársela a la cama—. Así que, ¿quieres un beso de buenos días y de buenas noches? Bueno, me siento magnánimo, así que ven aquí…

Ella protestó cuando enlazó un brazo alrededor de su cintura y la arrastró hasta él.

—Diría que hace tiempo que el buenos días quedó atrás y todavía queda mucho para el buenas noches —refunfuñó haciendo palanca con las mano sobre su pecho para intentar liberarse —, además, estamos tratando cada uno de los puntos…

La apretó más contra él y le ciñó la barbilla con la mano en la que ahora se arrugaban los papeles.

—Pues considéralo el pago de los buenos días que no te he dado —le dijo con sarcasmo. Sin dejarla protestar unió la boca con la de ella y le magulló los labios en un beso castigador.

Le hundió la lengua en la boca, la enlazó con la de ella y la obligó a corresponderle. La batalla inicial que emprendió Ankara contra él pronto quedó relegada para dejar paso a la necesidad que los recorría a ambos cada vez que estaban así de cerca. Podían odiarse hasta el fin de los tiempos, pero con cada pequeña caricia el deseo prendía en sus cuerpos y eran incapaces de retroceder. Ella gimió en su boca, un bajo quejido que lo obligó a aflojar la presión y lamerle los ahora sensibles labios antes de separarse de ella.

—Me has lastimado —se quejó separándose de él—. Y lo has hecho a propósito.

—Culpable.

Ella no dudó en pegarle con el puño cerrado en el pecho.

—¿Por qué no puedes por una sola vez ser tierno? —se quejó y señaló la lista—. Es lo único que pido.

—Y es lo único que no te daré —respondió con sencillez—. Te lo he dicho mil veces, Kara, no me pidas cosas que no puedo darte. No hay ternura en mí.

Ella sacudió la cabeza, los ojos le brillaban pero no estaba seguro si era por las lágrimas que se negaba a verter o por la desesperación que vibraba en cada célula de su cuerpo. Sintió una ligera oleada de frío helado acariciándole la piel, despertando su espíritu como el mejor de los acelerantes de combustible.

—Sí la hay —musitó luchando contra sí misma—. Crees que no me he dado cuenta, pero no siempre te comportas como un cabronazo hijo de puta sin sentimientos. Tú fuiste el que puso las normas a nuestro trato, solo nos acostamos el uno con el otro y no nos herimos en la cama. Si me duele, te detienes incluso si no quiero que lo hagas, lo haces… Si estoy más allá de mi propia seguridad, me traes de vuelta, no dejas que me haga daño y me consuelas… Eso es ternura, Radin y eso es lo que quiero ahora.

Se pasó las manos por los ojos con rabia, secando las díscolas lágrimas que los abandonaban.

—No pido imposibles, solo un poquito de cariño —farfulló apartándose de él—, aunque sea fingido. Solo…

—No confundas la piedad con el cariño, Kara —la interrumpió—, si cuido de ti en la cama, es porque soy el único culpable de que estés en ella conmigo.

Dicho eso, recuperó el arrugado par de hojas, las alisó y continuó leyendo.

—Un picnic —leyó al tiempo que hacía una mueca—. Esta vendría a ser la número cuatro y la más estúpida de todas. *Una cesta con comida, un mantel y disfrutar del aire libre y del campo*. Nena, por si todavía no te has situado estamos en medio de un núcleo urbano, lo del ‹‹aire libre›› no acaba de aplicarse del todo. El resto prefiero omitirlo, tendrías que emborracharme primero para hacer algo así.

No pensaba acostarse bajo un árbol y poner la cabeza en sus piernas mientras le acariciaba el pelo ni ninguna otra cosa. Aquello traería de vuelta recuerdos de un pasado que prefería mantener enterrado.

—¿Por *ella*?

La pregunta lo sorprendió casi tanto como el tono de voz en el que fue formulada.

—Siempre es ella, ¿no? Haga lo que haga, Keira va a estar ahí, un continuo recordatorio de que yo no soy esa mujer y que por mi culpa tuviste que renunciar a ella. —La rabia empapaba cada una de las palabras que emergían de su boca—. Pero ¿quién ha traicionado a quien, Radin?

Sin más se levantó del sofá y se alejó hacia una de las ventanas. Se envolvió con sus propios brazos y mantuvo la mirada fija en el exterior.

—*Número cinco, se acabaron los insultos* —murmuró a continuación—. Debería incluir y aclarar, que eso incluye tu continuo sarcasmo e ironía.

Se giró hacia él, sus ojos poseían ahora un tono un poco más claro, reflejo de su espíritu convulso.

—*Número seis, no más mentiras* —resolvió—. Guarda tus secretos si eso es lo que deseas, pero no me mientas, prefiero enfrentarme a una dolorosa verdad o a la ignorancia que a más mentiras.

Tenía que admirarla, era imposible no hacerlo. A pesar de todo seguía en pie, luchando cada día, cada segundo por una vida de lejos ideal, pero tampoco podía darse por vencida, no se lo permitiría porque el verla morir sería como morir él mismo.

—Así que, adelante, ódiame con todas tus fuerzas —insistió ella con renovada decisión—, ódiame hasta que ya no quede un solo gramo de rencor y dolor en toda tu alma, porque será entonces cuando te des cuenta de que en medio de toda esa ceguera me quieres aunque solo sea un poquito.

Negó con la cabeza y volvió a centrar su atención en la lista.

—¿Va en serio lo de la *puesta de sol junto al mar*? —le preguntó alzando de nuevo la mirada—. ¿Y lo de la *visita al Zoo*? Tus peticiones 6 y 7 son un tanto peculiares, *hec*… Ankara.

Los labios femeninos se estiraron en una renuente sonrisa.

—Alguien tiene que llevarte a ver a los parientes —le dijo haciendo que la previa tensión se esfumara bajo la luz de una inocente broma—. Ya sabes, la jaula de los chimpancés.

—Ja-ja. Muy ocurrente, Kara —permitió que se saliese con la suya—. La nueve ya nos la podemos saltar… Ankara.

Suspiró, el cansancio era palpable en ella, un agotamiento que no había estado ahí minutos atrás.

—Petición número diez —continuó ella ignorando su comentario—. *Nada de perrerías durante los próximos tres días*, y permite incluir ya la número once. *Te quiero por entero, sin reservas, ni excusas*. Quiero total sinceridad, no silencios. Durante el tiempo que pasemos juntos estos tres días, te necesito a ti, al hombre y no al maníaco homicida en el que te conviertes como Alto Hechicero, ¿podrás hacerlo, Radin?

Se limitó a poner los ojos en blanco y seguir con la lista.

—Petición número doce —leyó. Se quedó mirando durante unos instantes las palabras que formaban aquella frase del mismo modo que lo había hecho antes—. *Quieres un hogar y dejar de vagar como nómadas, que nos establezcamos definitivamente en un lugar*.

Ella asintió.

—Esta ciudad no está tan mal —le dijo—. Podíamos comprar el piso o buscar una casa en las afueras. Estoy cansada de vagar, yo… deseo volver a casa…

—No puedes, Ankara, de los dos tú eres la que más motivos tiene para no poder regresar —la interrumpió con firmeza. Pero no fue capaz de imprimir ironía o sarcasmo en sus palabras. Aquel era un dolor que él también acarreaba, el ser privado de su hogar, de su tierra, de sus raíces.

—Lo sé… yo soy también el motivo por el que tú tampoco puedas regresar.

Suspiró y se llevó una mano al pecho, su gesto se contrajo con una mueca de dolor.

—¿Ankara?

—No es nada —respondió. Pero el gesto de dolor en su rostro tardó en desaparecer.

Atravesó la habitación hasta llegar a ella, sin pedir permiso le bajó la cremallera de la chaqueta y posó la mano directamente sobre su piel; su fría y escarchada piel.

—Maldita sea, Kara —siseó al tiempo que insuflaba en su helado cuerpo el calor del fuego de su propio espíritu—. No esperes, solo ven a mí, no puedes dejar que el espíritu se extienda sobre ti de esta manera.

Ella no protestó, se limitó a estar quieta. Podía sentir el ritmo de su respiración bajo la mano, así como la superficial capa de escarcha y frío abandonándola.

—Estoy bien, Radin —se apartó de él y le dio la espalda arreglándose de nuevo la ropa—. No voy a morirme… no hasta que cumplas con cada una de las peticiones de esa lista, al menos.

Gruñó por lo bajo, cuando esa mujer se subía al carro de la obstinación no había manera de bajarla.

—De acuerdo, te enseñaré a jugar al billar —resopló—. Pero si luego terminamos follando

sobre la mesa, no te quejes.

Ella lo miró por encima del hombro.

—¿Tienes que añadir el sexo a todo lo que propongo?

La recorrió de arriba abajo con la mirada y se lamió los labios.

—No debiste de haber dejado la cama antes de que te diese… ‹‹tu follada de buenos días›› —repuso con ligereza—. Considéralo mi propia versión del asunto.

Sacudió la cabeza y ladeó la cabeza sin dejar de mirarle a los ojos.

—No has mencionado la última de las peticiones.

Ni siquiera miró el papel, en un momento estaba entre sus manos y al siguiente ardía hasta convertirse en cenizas que cayeron al suelo.

—Nunca oirás de mis labios esas dos palabras, Ankara —declaró con firmeza—. No en esta vida al menos.

—Bien, espero ser capaz de hacerte cambiar de opinión —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. En esta vida.

CAPÍTULO 16

Radin traspasó las puertas del Eternal con el mismo sentimiento de paz que encontraba siempre entre aquellas paredes. Había llegado a aquel lugar intentando escapar del pasado, dejado medio muerto en la parte de atrás por una mala elección solo para encontrarse con que la muerte todavía no le esperaba.

Había atravesado esas puertas en un momento en que su alma estaba destruida por la pérdida y la desesperación, un tiempo en el que se habría perdido a sí mismo si Boer, el extraño personaje que regía aquel lugar, no lo hubiese arrastrado a la mesa de billar y le arrebatase, partida tras partida, cada pedazo de oscuridad en su interior.

El Devorador de Pecados, como lo conocían en los íntimos círculos sobrenaturales, le había ahorrado un destino peor que la muerte, había salvado su cordura y en cierto modo su alma.

El local empezaba a prepararse para la jornada nocturna, las lámparas a media luz, los empleados rellenando el bar y limpiando las mesas… Mirases dónde mirases te encontrabas con un común bar de paso, con una mesa de billar, un tocadiscos que había visto mejores días y unas mesas tan peculiares como su dueño.

Se acercó a la barra y ocupó uno de los taburetes mientras esperaba a que el hombre al que venía a ver hiciese acto de presencia.

—Radin, mi hechicero favorito.

La voz llegó desde algún punto del final de la barra. Al instante, un hombre corpulento, con brazos anchos y abultados por el peso de un barril de cerveza que descargaba ya del hombro, hizo acto de presencia. El pelo negro y revuelto caía en desordenados mechones y enmarcaba un rostro de planos angulosos y fuertes, pero sin duda eran sus ojos de un claro tono ámbar los que hacían que se le congelase a uno el alma, pues parecían ser capaces de atravesarla.

—Hola, Boer.

El hombre dejó el barril en su lugar y se acercó a él.

—Y ese precioso pecado tuyo, ¿dónde lo has dejado?

Hizo una mueca ante la forma en que se refirió a Ankara.

—Por ella es que estoy aquí.

—¿Otra vez? —lo miró con sorna.

No pudo menos que esbozar una irónica sonrisa en respuesta.

—No de la misma manera —aceptó—. De hecho, esta vez estoy aquí para pedirte un favor.

El hombre no disimuló su sorpresa.

—Sabes cuál es el precio que impongo por mis servicios, chico —le recordó—. No puedes pagarlo.

Él hizo una mueca.

—No esa clase de favor —negó—. Es algo mucho más mundano. Quiero alquilarte la sala de billar… para algo privado… y sin público.

Aquello captó su interés.

—Soy todo oído.

Esa misma noche…

Radin le pasó el taco de tiza azul, apoyó el mango del bastón en el suelo y se apoyó en la mesa de billar. Sus ojos marrones no disimulaban la diversión que albergaba. Debería estar contenta, después de todo había conseguido que accediese a enseñarle los entresijos de un juego que él parecía preferir.

Este local era uno de los pocos lugares a los que eran asiduos, demasiadas veces lo había visto inclinado sobre la mesa, calibrando sus posibilidades, midiendo las distancias antes de realizar un tiro perfecto. Y durante esos momentos, él parecía desprenderse de la coraza con la que siempre se vestía. Era en esas extrañas ocasiones en las que le veía relajado, disfrutando de algo por el placer de hacerlo. Había intentado antes que le enseñase a jugar, que compartiese con ella ese pequeño oasis de paz del que parecía disfrutar, pero sus respuestas a menudo eran agresivas y disuasorias hasta el punto de que ya ni se molestaba en preguntar. Se había acostumbrado a mirarle desde un rincón, admirando su anatomía, sí, pero deseando también y no por primera vez, que el lenguaje distendido, las bromas y el buen humor que compartía en esos raros momentos con sus compañeros de mesa la incluyesen también a ella. Estaba hambrienta de afecto, de su afecto.

Durante esas partidas, el hechicero era otra persona, su ceño se relajaba, su tono de voz perdía el borde acerado e irónico con el que siempre se vestía, era un hombre al que Ankara deseaba conocer.

—La tiza es para la punta del bastón, no una sombra de ojos.

El inesperado comentario la sacó de sus pensamientos.

—¿Qué?

Él indicó el taco de tiza que le había entregado y que todavía tenía en la mano.

—Encera la punta del bastón e intenta hacer un tiro —le señaló al mismo tiempo la mesa —. Así sabremos cuanto tengo que enseñarte.

Dejó su apoyo y se acercó a la estantería en la que guardaban los útiles para el juego. Vestido con unos simples vaqueros y una camiseta, con el largo pelo negro recogido en una coleta cayéndole por la espalda y ese aire de arrebatadora sensualidad y poder que lo envolvía, era el espécimen masculino perfecto. Se lamió los labios involuntariamente, se le hacía la boca agua con solo mirarle, especialmente con ese magnífico trasero que realzaba tan bien los pantalones.

Meneó la cabeza en un intento por volver a la realidad, si la pillaba comiéndoselo con los ojos lo más probable es que fuese ella y no las bolas la que terminase sobre la mesa, con las piernas abiertas y él clavándose profundamente en su goteante sexo.

Demonios, estaba caliente… y era todo culpa suya, la había encendido en casa y no se había molestado en hacer nada al respecto.

Se giró de nuevo hacia la mesa y depositó sobre ella un par de bolas de colores y una blanca.

—De acuerdo, golpea cualquiera de las bolas de color con la blanca —la instruyó.

Enceró la punta del bastón tal y como le había visto hacer a él con el suyo, dejó la tiza a un lado y se colocó en posición tal y como le había visto hacer a él y a sus compañeros de juego muchas veces. Sin embargo, en todo aquello todavía existía un pequeño problema.

—¿Cómo demonios se colocan los dedos?

Se giró para mirarle por encima del hombro y lo pilló haciendo exactamente lo que le hizo ella apenas unos segundos antes, pero él no se molestaba en disimular. Caminó en su dirección, la rodeó con su cuerpo hasta tenerla atrapada contra la mesa y le acarició la mano, colocándole los dedos en la formación correcta.

—Así, si te sientes cómoda con ello —le susurró al oído—, mantén siempre un dedo como apoyo y soporte para el bastón y deja que se deslice sobre él.

Con cada movimiento, el duro cuerpo se rozaba contra el suyo haciéndola más consciente de su presencia y de la obvia excitación de su compañero.

—Relaja el brazo, sepárate un poco más de la mesa —le aferró la cadera con la mano y tiró de ella hacia atrás de modo que su trasero quedó íntimamente unido a la palpable erección—. Así.

Cada frotamiento, cada contacto, el calor de su aliento derramándose en el oído la encendía y licuaba. Se humedecía cada vez más, su cuerpo reaccionaba al masculino como solo lo hacía con él y la conducía al borde.

—Muy bien —la premió—. Ahora puedes controlar el bastón con una mano y mantener el apoyo y la precisión con la otra… Apunta hacia la bola blanca y elije la que quieres introducir y en que tronera…

Se lamió los labios, entrecerró levemente los ojos para afinar la puntería y murmuró.

—La amarilla al agujero de la derecha.

Le acarició una vez más el oído con su aliento.

—Golpea.

La orden fue acompañada de una palmadita en el trasero que provocó que se le escapara el bastón, se deslizara con un horrible sonido a través del tapete de color verde de la mesa y terminase golpeando la bola blanca que dio un salto y terminó fuera de la mesa.

—La finalidad es meter la bola en la tronera no lanzarla fuera de la mesa y abrir un surco en el tapete, Ankara.

Ella se incorporó y se apartó inmediatamente de él. Entrecerró los ojos y apuntó directamente a la erección que le abultaba el pantalón.

—Eres… eres… —resopló sin saber que insulto utilizar ahora con él—. No creas ni por un solo segundo que vas a salirte con la tuya, Alto Hechicero.

Él esbozó una irónica sonrisa al escucharla pronunciar su cargo como si fuese un insulto.

—Si crees que podrás dejar de abrir surcos en el tapete de la mesa, te explicaré las reglas del juego —le quitó el bastón de las manos y pasó la mano por la superficie devolviéndole su estado inicial—. El objetivo del billar es introducir todas las bolas en las troneras antes que tu rival.

Se agachó para recuperar la bola que ella había lanzado fuera y tras dejarla sobre la mesa se dirigió a la estantería y trasladó a la mesa el triángulo y el resto de las bolas con las que empezó a rellenarlo.

—Las bolas del uno al siete son lisas —le enseñó una de ellas a modo de confirmación—, y las del 9 al 16 rayadas. Solo cuando hayas metido todas las bolas que te corresponden, lisas o rayadas en las troneras, podrás meter la bola negra —hizo girar dicha bola entre los dedos—, y cuando lo hagas, habrás ganado.

Observó cómo introducía el conjunto de las bolas en el interior del triángulo y lo situaba en uno de los lados de la mesa.

—Y recuerda que la punta del bastón tiene que golpear primero la bola blanca de modo que esta empuje a las demás —le dijo con sorna—. No es necesario que le abras un surco en el

tapete para que se deslice, lo hace solita.

—Gracias, señor condescendiente, no lo había notado —rezongó al tiempo que estiraba la mano para pedir que le devolviese el bastón—. ¿Quién empieza y cuáles son mis bolas?

Él arqueó una oscura ceja en respuesta, en su rostro se apreciaba la risa.

—¿Tienes de eso, Kara?

Entrecerró los ojos.

—¿Las tienes tú?

Una ligera carcajada escapó de la garganta masculina.

—*Touché* —aceptó con una ligera inclinación de cabeza—. La elección de las bolas se determina en función de la primera que se introduce. Si metes una rayada, esas serán las tuyas, si metes una de cada, podrás elegir. Pero ten cuidado, si metes la bola negra antes de colocar todas las demás, perderás en ese mismo instante.

—¿Muerte súbita?

—Por decirlo de alguna manera, sí —aceptó e indicó el triángulo con un gesto de la barbilla—. Una vez se determine que bolas nos quedamos, procura no golpear ninguna contraria al primer toque, porque perderás el turno y yo obtendré la bola en mano.

Frunció el ceño, no estaba familiarizada con todos aquellos tecnicismos, pero lo había visto jugar demasiadas veces como para hacerse una idea de lo que quería decir.

—Eso quiere decir que podrás poner la bola blanca en el lugar que prefieras en tu tirada, ¿no?

Él asintió.

—Premio para la hechicera.

—He visto que cuando juegas, hay ocasiones en las que repites… imagino que eso es a lo que le llamas pérdida de turno del contrario —comentó—. ¿Qué influye exactamente en esa pérdida de turno?

Dejó la base del bastón en el suelo y apoyó la cadera contra la mesa.

—¿Así que haces algo más que mirarme el culo cuando juego?

La inesperada pregunta la dejó sin habla, podía sentir cómo se le calentaban las mejillas y se obligó a apretar los dientes para no contestar alguna estupidez.

—Cuando pierdes el turno se debe a que has hecho una tirada ilegal —le dijo de buen humor, dejando a un lado su previa pregunta—. Esta se debe a que metas la bola blanca en un agujero, a que la primera que golpees con la blanca sea la bola ocho, esto siempre y cuando no hayas terminado con todas las que tienes en el tablero, como ya te expliqué, que la primera bola que golpees con la blanca sea una de las mías o no golpear ninguna de las bolas o golpear una propia. Con cualquiera de esas opciones, pierdes el turno… Y lo mismo pasa si lanzas la bola por encima de la mesa. ¿Te ha quedado lo suficiente claro?

Se acercó a él y le quitó el bastón de las manos obligándole a coger otro.

—No golpear tus pelotas… perdón… las bolas que te toquen sobre la mesa, no meter la bola blanca en ninguno de los agujeros…

—Troneras —la corrigió.

—Troneras —aceptó—. No abrir surcos en el tapete ni lanzarte la bola blanca a la cabeza y no meter la bola negra en la… tronera… hasta que te haya dado una paliza… perdón, hasta que haya metido todas mis bolas en los agujeritos.

Él la miró de arriba abajo.

—Añade también a lo de la bola blanca, no lanzarme el bastón como una jabalina… —sonrió de medio lado—. Hoy estás de humor sanguinario, pequeña, si necesitas desfogarte, ya

sabes lo que tienes que hacer…

Entrecerró los ojos.

—Sí, darte una paliza al billar —siseó.

Le sonrió, al parecer todo aquello le estaba resultando muy divertido.

—Yo votaría por follarte sobre la mesa de billar, pero soy paciente —le soltó sin más—. Lo haré después de ganarte limpiamente.

Dios, había días en que le encantaría retorcerle el pescuezo a ese hombre y este sin dudas, encabezaba la lista.

—¿Tienes que reducirlo siempre todo al terreno sexual?

—Parece que es el único lugar en el que nos entendemos realmente —se encogió de hombros.

Aquello no podía refutárselo, era una triste verdad.

—¿Y bien, quién empieza?

Él le dedicó una elegante reverencia.

—Las damas primero —le cedió la vez.

Media hora después, no solo iba perdiendo sino que estaba más magreada que el paté de pato. Ese malnacido encontraba la ocasión perfecta cuando estaba a punto de hacer la tirada para meterle mano, sobarle el culo, rozarle los pechos con el bastón… ¡Maldito tramposo!

Se enderezó una vez más y le dedicó una de las miradas más fulminantes de su repertorio, las ganas de incrustarle el dorso del palo en las pelotas se hacía cada vez más acuciante, pero eso lo encabronaría y posiblemente no hiciese nada en absoluto por liberarla de la maldita frustración.

—A tres metros de distancia por lo menos —lo apuntó con el dedo—. De hecho, ponte junto a la puerta y no te muevas de ahí.

Se rio, no había dejado de hacerlo en todo el tiempo que llevaban allí. La música del local llegaba ahora mucho más alta hasta ellos junto con el sonido de las bolas del billar al entrechocar entre ellas. La habitación podía ser privada debido a su ubicación, pero no es que tuviese precisamente un buen aislamiento acústico.

—Si lo prefieres salgo a tomarme algo, pequeña —se burló—. ¿Quieres algo calentito, Kara?

‹‹Sí, a ti… vuelta y vuelta a la parrilla›› —pensó por ironía—. ‹‹Y si estás desnudo mejor››. Entrecerró los ojos, apretó el palo y se giró de nuevo hacia la mesa, quedaban cuatro bolas suyas frente a dos de Radin y era su turno.

—¿Quieres tú que te congele las pelotas? —respondió en cambio, mientras buscaba el ángulo adecuado—. Si me cabreas un poquito más, quizá no tenga que hacer nada más que ponerte la mano encima para hacerlo.

Una suave risa recorrió la habitación.

—Si querías ponerme la mano encima, Kara, no tenías más que acercarte a mí e introducirla por dentro del pantalón —le soltó con sorna—. Ya sabes cómo.

Apretó los labios y se obligó a ignorarle, lo que realmente le apetecía era darle con el dichoso palo en los huevos.

—Morada a esquina derecha —anunció su próxima tirada—. Y si te acercas e intentas meterme mano, te romperé el maldito bastón en la cabeza.

Tras echarle un vistazo por encima del hombro y verle apoyado en la puerta con los brazos

cruzados, asintió satisfecha y se preparó para hacer otro punto.

—Estás muy irascible, Ankara, necesitas una buena cabalgada —le soltó con toda la intención del mundo.

Lo ignoró y se concentró en la jugada. Golpeó la bola blanca y esta empujó la morada hacia el lugar que quería.

—Sí, sí, sí… —murmuró excitada al ver que la esfera de marfil seguía avanzando—. Vamos, bolita, entra en el agujerito…

Un resoplido mitad risa llegó a su espalda.

—Lo siento —se disculpó conteniendo a duras penas la risa—, esa imagen ha sido… muy gráfica.

Se giró con toda la intención de decirle un par de cosas y posiblemente lo habría hecho de no ser porque al retroceder, el bastón se deslizó de sus manos e impactó con fuerza en cierta parte de la anatomía masculina.

—¡Joder!

El gruñido de dolor que surgió de la boca masculina, unido a la pronta reacción de cubrir las partes golpeadas con las manos mientras se doblaba sobre sí mismo la hicieron palidecer. El sonido del bastón golpeando el suelo cuando lo soltó se unió a la interminable sarta de insultos y maldiciones que brotaban del hechicero.

—Maldita… hija de… la madre que te… ¡Joder!

Dio un paso atrás y se llevó las manos a la boca para ahogar un pequeño quejido de sorpresa.

—Ay, dios. Lo siento, Radin —se disculpó de inmediato—. ¿Por qué te pusiste detrás?

La furibunda mirada que le dedicó fue suficiente para que se defendiese.

—¡Te dije que te quedases junto la puerta! —se justificó—. ¡Es culpa tuya!

Él jadeó medio incorporándose.

—¿Culpa mía? ¡¿Culpa mía?! —alzó la voz, pero se encogió una vez más—. Ponte del otro lado de la mesa… si aprecias en algo tu pellejo ahora mismo, no te acerques a mí…

Todo la compelía a obedecerle, su tono de voz, la seguridad de que era lo más seguro para su propia salud, pero al mismo tiempo, el gesto de dolor en su rostro la llevaba a ir en contra de su buen juicio y acercarse a él.

—Lo siento mucho, de verdad—murmuró dando un paso hacia delante—. Te juro que no fue a propósito.

Estiró una mano obligándola a detenerse.

—No des un… jodido paso más —la previno.

Ella bufó.

—Oh, vamos, no es como si pudiese hacerte algo peor. —Se lamió los labios y dio otro paso hacia él—. ¿Te duele mucho?

—En absoluto —siseó—, solo estoy doblado por la mitad por ser una de las posiciones más cómodas que conozco. Se me han puesto las pelotas azules porque es el tono de moda, ¡a ti que te parece!

Dio un respingo ante su bramido e hizo una mueca.

—¿Quieres que te traiga hielo? —sugirió indicando con el pulgar hacia la puerta—. Quizá tenga alguno en la nevera… oh, bueno… —levantó la mano—, siempre puedo aplicártelo yo directamente.

Si las miradas matasen, ahora mismo ella sería un cadáver calcinado a sus pies.

—De verdad que lo siento, Rad —dio un paso más hacia él solo para detenerse cuando le

siseó como un gato—. No sabía que estabas ahí, se me escapó el bastón.

Dejó escapar un cansado suspiro.

—Mira, abandono la partida —ofreció—. Tú ganas… de hecho, ya lo estabas haciendo y…

—Basta —la interrumpió con brusquedad—. Deja ya de rezongar y sigue jugando. Has encajado la última bola de forma legal, así que sigues con el turno.

Ella miró hacia la mesa para ver que era verdad, había introducido la bola morada en la tronera. Radin recogió el bastón del suelo con una mueca y se incorporó aunque el hecho de caminar todavía parecía resistírsele. Le entregó el bastón y no le quedó otra que aceptarlo.

—A tu lado todo resulta un deporte de riesgo, Kara —rezongó al tiempo que se incorporaba con una mueca y le daba la espalda para empezar a caminar de un lado a otro con una ligera cojera—, demonios, si no resultas un jodido peligro.

—¿Estás bien?

—Sobreviviré —masculló antes de girarse de nuevo hacia ella e indicar la mesa—. Ahora, sigue jugando.

—¿Estás seguro?

Entrecerró los ojos sobre ella.

—Si estoy seguro de qué, ¿de que sobreviva? —respondió con su usual ironía—. Sí, Kara, completamente seguro, no es como si pudiese irme a algún lado antes de devolverte… el favor.

Se indignó.

—¡Fue un accidente!

No respondió de inmediato, se limitó a acortar la distancia entre ellos y rodeó el bastón con los dedos por encima de dónde ella lo sujetaba.

—Si esperas que cumpla con esa condenada lista en estos tres días en los que me has atado a ti, Ankara —pronunció su nombre con suavidad—, será mejor que pongas de tu parte. Querías que te enseñara a jugar al billar, bien, es lo que estoy haciendo. Ahora, juega.

—Quizá debí especificar qué era exactamente lo que quería obtener con tal petición —murmuró por lo bajo—, porque obviamente estoy consiguiendo todo lo contrario.

Contra todo pronóstico, sus dedos se desprendieron del bastón y subieron para acariciarle la cara, apartándole el pelo de la mejilla y remetiéndoselo tras la oreja.

—¿Qué era lo que querías obtener con esto, Kara?

Ella se lamió los labios.

—Estar un poquito más cerca de ti —confesó—, del hombre que ocultas bajo una coraza. Pero a la luz de los acontecimientos, solo he conseguido lo contrario.

Él sacudió la cabeza.

—No pierdas el tiempo, no vas a encontrar nada más de lo que ya has obtenido.

Se estremeció y él deslizó la mano hasta acunarle el rostro.

—Estás helada —murmuró en voz baja—, y yo que pensaba que te estaba manteniendo debidamente… caliente.

—Lo hacías… hasta que te pegué sin querer con el bastón —hizo una mueca.

Le acarició la mejilla con el pulgar y la obligó a levantar el rostro de modo que los ojos de ambos se encontraran.

—Eso debía haberme enfriado a mí no a ti.

Ella hizo una mueca.

—Lo siento —murmuró al tiempo que intentaba dar un paso atrás. Él no le dejó.

—No, Kara, todavía no —negó permitiendo que el fuego en su interior le lamiese los

dedos y se filtrase a través de su propia piel—. Pero lo sentirás.

Apretó los dientes, cerró los ojos con fuerza y luchó para no emitir ni un gemido cuando su cuerpo intentó canalizar aquel alivio sin demasiado éxito. Él no podía darse cuenta que su propio espíritu había empezado a rechazarle, no podía saber que ella se estaba muriendo o se culparía a sí mismo una vez más por algo que ya nadie podía evitar.

—Lo siento mucho —musitó a pesar del dolor—. Por todo.

—Ahórrate las palabras, Kara —le susurró sosteniéndole el rostro—. Ambos sabemos que no significan nada para nosotros.

Los suaves y cálidos labios se cernieron sobre los de ella, una suave caricia que pronto adquirió una mayor carnalidad. Suspiró y abrió la boca para permitirle introducir la lengua y robarle el aliento en un tórrido beso que la distraería del dolor que ahora su fuego creaba en su piel mientras derretía una vez más el hielo de su cuerpo. Una lástima que hiciera falta mucho más para deshacerse del que ya le acariciaba el corazón.

CAPÍTULO 17

Si había algo que era incapaz de rechazar en ella, era la manera en que su cuerpo le respondía. Su deseo inflamaba el suyo de tal manera que cualquier resistencia era inútil. La cama se convirtió con el tiempo en el único remanso de paz que encontraban sus dos batalladores espíritus, entre las sábanas no había lugar para odio, rencor o discusiones, a lo sumo encajaban los gritos y jadeos de placer y necesidad.

Radin deslizó la boca de sus labios a la suave piel del cuello, le acarició con la lengua el punto exacto en el que latía el pulso y le prodigó un pequeño mordisco que la hizo saltar. Las manos recorrían ya el blando cuerpo, moldeando su figura hasta ahuecarle los pechos por encima de la ropa.

—Para que luego digan que el billar no es un juego excitante —musitó lamiéndole ahora la oreja. Los pulgares habían topado con las duras cúspides formadas por sus pezones a través de la tela y se dedicó a atormentarla—, ¿qué me dices, Kara? ¿Estás excitada? ¿Ya has mojado las bragas?

Ella se estremeció, su cuerpo se apretó contra el suyo mientras ladeaba la cabeza permitiéndole un mejor acceso. Se aferraba al borde de la mesa de billar, apretándose contra la madera un instante y contra la pared que formaba su cuerpo al siguiente como si no fuera capaz de discernir lo que necesitaba en cada momento.

—Puedo notar tus pezones duros a través de la tela —le sopló al oído al tiempo que los pellizcaba suavemente sobre la tela—, y me muero por poner la boca sobre ellos y succionarlos con fuerza. Quiero oír como gimes mientras lo hago, quiero tu miel derramándose entre tus piernas y deslizándose por la cara interior de los muslos, ¿vas a dármelo, Kara?

Se estremeció, sintió como el frío abandonaba su cuerpo como si su espíritu quisiera defenderla de una amenaza externa.

—Rad… —gimió encogiéndose contra él.

—Déjame entrar, hechicera —le acarició el oído una vez más con la calidez de su aliento —, baja los brazos y ríndete una vez más a mí. Deja que te caliente, déjame entrar pequeña.

Musitó en voz baja un par de palabras y la ropa que la envolvía desapareció a excepción del sujetador y las braguitas dejándola expuesta a su mirada y a sus caricias. La sintió temblar una vez más, un suave quejido escapó de los labios entreabiertos mientras deslizaba las manos ahora sobre la helada piel devolviéndole la tibieza.

—No luches, Kara —murmuró mientras le mordisqueaba ese punto exacto detrás de la oreja que sabía la hacía temblar—. Acepta lo que te doy y no lo rechaces. No hay necesidad de sufrir eternamente.

Ella gimió, un pequeño maullido huido de sus labios que decidió tomar como aceptación a sus demandas.

—Respira, compañera, respira profundamente —la instó a ello. Las codiciosas manos resbalaron sobre su cuerpo, acariciándole los pechos, sopesándolos para finalmente encargarse del cierre frontal del sujetador y deshacerse de la prenda.

Sus senos quedaron desnudos a sus atenciones, piel pálida coronada de rosadas bayas que no dudó en llevarse a la boca y saborear como el más jugoso de los caramelos. Le ciñó la cintura,

marcando su carne con sus huellas mientras la mano que le quedaba libre continuaba el descenso hasta introducirse bajo el elástico de las braguitas y acariciar con las yemas de los dedos la única parte de su cuerpo que siempre encontraba caliente. Resbaló los dedos a lo largo de los mojados pliegues empapándose con sus jugos, le acarició la tierna carne del hinchado sexo un segundo antes de hallar el oculto clítoris y dedicarle una especial atención.

—Radin —jadeó su nombre y echó la cabeza hacia atrás, sin soltar en ningún momento el borde de la mesa de billar.

Le dio un último lametón a uno de los pezones y pellizcó el otro con fuerza al tiempo que se incorporaba y reclamaba de nuevo su boca con un hambriento beso. La arrasó con la lengua, la instó a responderle y la sometió con su cuerpo. Quería aquello de ella, quería que se entregase a él, que se sometiera dulcemente, quería llenarla con calor, abrasarla y alejar el maldito hielo que la separaba de él. Quería hundirse entre sus piernas, la dura erección que todavía enjaulaba el pantalón pedía a gritos penetrarla, follarla hasta dejarla sin sentido.

Resbaló un dedo en su interior, estaba tan mojada que la penetración fue suave y perfecta, podía sentir el calor de las paredes vaginales rodeando la falange, contrayéndose mientras la retiraba solo para volver a embestirla. Se tragó sus jadeos, los pequeños ruiditos emergían de su garganta y eran engullidos por la propia, le magulló los labios sin piedad, la buscó como solo él podía hacerlo, arrancó cada respuesta de su cuerpo hasta que este vibró de necesidad y se plegó a sus demandas.

—Suave —ronroneó rompiendo el contacto con su boca. Se lamió los labios y lamió luego los suyos sin dejar de atormentar su sexo y senos al mismo tiempo. Un segundo dedo se unió al primero ensanchándola, preparándola para lo que realmente quería de ella, sus caderas salían al encuentro de sus falanges buscando una penetración mucho mayor—, suave, dulzura, no voy a irme a ningún lado, sabes que me gusta terminar con lo que empiezo.

Ella se pellizcó el labio inferior con los dientes y siseó algo ininteligible que lo hizo sonreír.

—No… sin antes… torturarme… como el demonio… —consiguió balbucear—. Solo… solo hazlo… por favor…

Siguió masturbándola con los dedos, dejando que la tela absorbiera la humedad que manaba de su sexo, la provocó con pequeños besos, acercamientos que luego contenía impidiendo siquiera el roce de los labios.

—¿Qué es lo que quieres que haga, hechicera? —La atormentó con nuevas caricias, aumentando su excitación—. Dime qué es lo que deseas exactamente y consideraré el dártelo.

Ella gimió con frustración. Podía sentir sus emociones como si fueran propias, el vínculo que unía sus espíritus se intensificaba durante el sexo mostrándola como un libro abierto para él.

—Quiero… —jadeó y sacudió la cabeza—. Eres un… ¡Joder!

Se rio por lo bajo, le encantaba ver cómo perdía la coraza de hielo que a menudo la envolvía.

—¿Quieres que te joda, hechicera? —le sugirió con crudeza, pero había risa en sus palabras—. ¿Quieres que entierre mi polla en ese dulce y mojado coñito?

La respuesta de la muchacha llegó acompañada de un bajo siseo del que pudo comprender algunas palabras. Un hechizo que él mismo le había enseñado tiempo atrás, un pequeño truco de magia que lo libró de la parte superior de su ropa en un parpadeo.

Dejó escapar un bufido mitad risa y le acarició los labios con un breve beso.

—Vamos mejorando, hechicera —aseguró al romper el beso—. Um, estoy rompiendo las normas, no debo llamarte hechicera. Ese era uno de tus requisitos, ¿no?

Ella se lamió los labios y lo miró.

—Soy lo que soy —gimoteó ella—, y ese título suena distinto cuando estamos… piel con piel… que… todo el tiempo que no lo estamos.

No podía refutar esa declaración, ambos conocían el acuerdo.

—Entre las sábanas, piel con piel, no habrá heridas, *mi hechicera* —corroboró poniendo voz a las palabras que habían sellado tiempo atrás—, solo necesidad y paz.

Los ojos azules se clavaron en los suyos y pudo ver en ellos un viejo dolor, pero fue el color del iris, de una palidez grisácea lo que lo estremeció interiormente. Podía sentir su piel calentándose bajo las manos, el deseo creciendo en su interior, pero no era suficiente.

—No te atrevas a alejarte, Kara —las palabras brotaron de su boca antes de que pudiese contenerlas—. No oses desafiarme.

La delicada y pequeña mano deslizándose sobre la dura erección que todavía contenían sus pantalones lo distrajo durante unos momentos, sus dedos se detuvieron profundamente enterrados en el caliente sexo.

—Kara…

—Quiero esto —gimió deslizando una vez más la mano, frotándole el inhiesto pene a través de la tela—, te quiero a ti. Ahora. Con fuerza. Sin pensar en nada más.

Para dar énfasis a sus palabras, le desabrochó el pantalón e introdujo los dedos por dentro del elástico del slip hasta arrancarle un gruñido al notar las puntas recorriendo la erección.

—No quiero pensar —insistió al tiempo que se apretaba contra él, ocultando el rostro en su pecho—, solo quiero tenerte, sentirte… haz que todo se haga pedazos, que nada importe más que tú y yo y el ahora, Radin. Déjame ser egoísta por una vez, solo una maldita vez.

Cerró los ojos durante una milésima de segundo disfrutando del tacto de la suave mano sobre su sexo, entonces la apartó, retiró los dedos de su interior y le magulló los labios con un ardiente beso al que ella respondió sin vacilación.

—De acuerdo —declaró tras romper el beso—, no tengo inconveniente en follarte hasta hacerte perder el sentido.

Sin añadir nada más, la sentó al borde de la mesa de billar haciendo que las bolas que quedaban sobre el tapete se moviesen, le quitó las bragas y tras liberar su erección se condujo profundamente en su interior arrancándole un breve quejido.

—Las manos por encima de la cabeza —la instruyó y su voz no dejaba lugar a réplicas—, rodéame con las piernas.

Ella obedeció al tiempo que cerraba los ojos con languidez.

—No, Kara, los ojos sobre mí. —Quería sus ojos sobre él, que supiese quien la montaba y por qué—. Ninguno de los dos puede escapar del infierno, así que hagámonos mutua compañía.

Se retiró casi por completo de su interior y volvió a embestirla con fuerza, empujando su cuerpo sobre el tapete al hacerlo.

—¿Suficiente fuerte para ti?

Ella se mordió el labio inferior, sus ojos brillaban con lujuria y unas lágrimas que se negaba a derramar. Se inclinó sobre ella, profundizando más su unión al hacerlo.

—No iré más allá de lo que puedas tomar. —Era un aviso, una amenaza, un borde que no pensaba volver a cruzar jamás—. Ni siquiera por ti, Kara.

Una solitaria lágrima se escurrió de su ojo y bajó por su mejilla.

—Nada de cuchillos en nuestra cama, ¿recuerdas? —musitó ella.

Suspiró, esa mujer podía ser exasperante incluso en los momentos más insospechados.

—Si aceptamos mesa de billar como cama, por mí vale —declaró y antes de que pudiese

decir algo más al respecto, se retiró una vez más de ella y comenzó a follarla sin más.

Todo pensamiento racional se volatilizó de su mente mientras la poseía, la folló sin piedad, se hundió en su cuerpo con la intensidad que su alma y la de ella pedían. No fue una unión suave, pero ninguno de los dos la quería, él podía sentir los deseos de su alma, la creciente necesidad de entregarse al olvido, la rabiosa hambre de calor y algo que no podía darle, que no sabía si alguna vez podría llegar a dárselo. Sintió su dolor, la incansable búsqueda de afecto, su necesidad de él y se obligó a hacer oídos sordos una vez más. Se concentró en saciar el hambre de su cuerpo, la lujuria y la ausencia de calor que la llenaba se enterró en ella cada vez más profundo buscando él mismo el olvido que ella ansiaba y mientras lo hacía se perdió en su mirada y en lo que esta ocultaba, en lo que mostraba y en lo que tenía demasiado miedo para encontrar.

—Radin… Radin… Radin…

Su nombre se convirtió en una desesperada letanía, la pasión y la lujuria jugaban juntas y los catapultaban a una febril necesidad de la que ninguno de los dos era capaz de liberarse. Le aferró las caderas y aumentó el ritmo, descendió sobre su pecho y succionó con fuerza uno de los duros pezones hasta que sintió como su sexo le ceñía y convulsionaba bajo él arrastrada por la fuerza del orgasmo. Mantuvo el ritmo, apretó los dientes mientras la sentía ceñirse cada vez más a su alrededor para por fin sucumbir a su propia necesidad y correrse en su interior.

Tras recuperar el aliento, se apoyó sobre los antebrazos para liberarla de su peso, bajó la mirada a la suya y le acarició la mejilla con los dedos buscando en su rostro cualquier señal de daño provocado por la intensidad de su unión. Kara le devolvió la mirada, los enrojecidos e hinchados labios separados luchaban por llevar aire a sus pulmones.

—Y bien, ¿crees que podamos tachar el billar de tu lista? —le dijo con cierta jocosidad.

Ella se lamió los labios, desvió la mirada al soporte que les había servido de cama e hizo una mueca.

—Nunca volveré a mirar una mesa de *pool* de la misma manera —suspiró.

Bufó, un vano intento de ocultar la satisfecha sonrisa que ya le cubría los labios.

—Te queda mucho por aprender, Kara —aseguró con jocosidad—, pero no me cabe la menor duda que serás una alumna de lo más aplicada.

Ella puso los ojos en blanco.

—Tonto.

Más tarde…

—Y entonces, allí estaba él, tirado en la puerta de atrás, intentando ahogar su estupidez en un charco de...

—Demasiada información, Boer, demasiada información —lo interrumpió Radin, llevándose la botella de cerveza a la boca.

—Chico, ni siquiera he empezado a dejarte en evidencia —se rio—. Solo dame tiempo…

—Mejor ni lo intentes.

Ankara asistió en silencio al intercambio de aquellos dos, todavía estaba un poco azorada por la inesperada interrupción del hombre que departía con su hechicero detrás de la barra. Ni siquiera lo vio aparecer en la sala de billar, todo lo que sabía es que cuando terminó de arreglarse la ropa, Boer estaba allí y tenía una enorme sonrisa curvándole los labios. Su hechicero intercambió un par de secas frases con él —algo que no pareció amilanarle en lo más mínimo—, y al instante siguiente estaban sentados los tres alrededor de la barra disfrutando de una cena de picoteo.

Miró el reloj que había en la pared y se estremeció interiormente ante el rápido paso del tiempo, quedaban poco más de quince minutos para la medianoche. Quince minutos para enfrentarse al primero de sus deseos y lo que este trajese consigo.

—Bah, tú siempre quitándole la diversión a todo —protestó el barman atrayendo de nuevo su atención. Su mirada cayó entonces sobre ella, se cruzó de brazos sobre la lisa superficie y la miró—. Dime, princesa, ¿te has divertido hasta ahora?

Parpadeó varias veces hasta que la frase se coló en su distraída mente y trajo consigo el calor que le encendió el rostro; en ese momento debía parecer una granada.

—Antes y después de probar tu mesa de billar —contestó Radin por ella. Dejó la botella de cerveza de nuevo sobre la barra y la miró—. ¿No?

El sonrojo aumentó y adquirió un tono más intenso, la petulante sonrisa que jugueteaba en sus labios la llevó a reaccionar instintivamente al propinarle un puntapié por debajo de la superficie de la barra.

—Perdón, se me escapó.

Su sonrisa aumentó, curvándole los labios.

—¿Algo que añadir u objetar, Kara?

Ella se lamió los labios y compuso una expresión de inocencia total.

—No, es solo… —comentó en voz baja, casi como si fuese a hacer alguna confesión—, no sabía que hubiésemos utilizado tu cerebro como una de las bolas. Perdóname, no debí pegarle tan fuerte.

Las carcajadas de Boer resonaron en todo el local atrayendo la atención de varios clientes. Radin se limitó a poner los ojos en blanco y girarse hacia su amigo.

—Ahora lo entiendes, ¿no?

Él asintió sin dejar de reír.

—Oh, sí, chico, siempre lo entendí —se reía—, eres tú el que no lo tiene del todo claro. Espero que sigas haciendo honor a tu palabra y le concedas a la deliciosa hechicera cada uno de sus deseos. Ya falta poco para la hora bruja.

Ankara echó un nuevo vistazo al reloj como si necesitara confirmar sus palabras y frunció el ceño. ¿Cómo sabía él…?

—Hay muchas cosas que yo sé y que él desconoce, encanto —le dijo. Parecía haberle leído la mente—. Lo cual hace que sea doblemente divertido estar de este lado de la barra.

Le hubiese gustado decir alguna cosa, pero ignoraba qué contestación sería adecuada en esos momentos.

—Ignórale, Kara —sugirió Radin—, tanta comida y a tantas horas distintas no resulta una dieta equilibrada.

Él hombre lo apuntó con un dedo y entrecerró los ojos, pero en su rostro todavía vibraba una sonrisa.

—Que sepas que llevo una dieta rigurosa —le soltó—, la estupidez de los hechiceros hace tiempo que dejó de estar en mi menú.

Radin se limitó a arquear una negra ceja en respuesta.

—Sí, ya puedo ver lo bien que conservas la silueta.

—Hago lo que puedo, hago lo que puedo —aseguró el hombre palmeándose el liso vientre.

El hechicero sacudió la cabeza y echó un vistazo por encima el hombre al reloj.

—No pienses, solo actúa —sugirió Boer al tiempo que le palmeaba el hombro—. Este es tan buen momento como otro para retirar el telón y le muestres la obra completa. Los avances no

son más que un preludio de lo que está por llegar.

Él lo miró, negó con la cabeza y se giró hacia ella.

—¿Estás segura de que esto es lo que deseas?

Tragó el inesperado nudo que se le alojó en la garganta y asintió.

—Lo necesito —musitó—, por encima de muchas otras cosas, es lo que más necesito ahora mismo.

Asintió y echó mano a la cartera para pagar sus respectivas consumiciones.

—No, invita la casa —lo detuvo su amigo—. Ve con ella y haz lo que siempre has debido hacer.

Su compañero hechicero no dijo nada, se limitó a cruzar la mirada con él y dejó el asiento sin esperar a ver si ella le seguía o no.

—Disculpa su falta de modales —comentó ella con una breve sonrisa—. Y muchas gracias por dejarnos la sala de billar y por la cena; estaba deliciosa.

—Sigue insistiendo, Ankara —le dijo mirando hacia Radin—, su coraza no es indestructible.

Ella siguió su mirada y negó con la cabeza.

—Solo espero tener el tiempo suficiente para ver cómo se resquebraja.

Con una suave sonrisa, se despidió de su anfitrión y se reunió con su compañero sin llegar a escuchar el comentario final del hombre.

—Yo también lo espero, hechicera, por el bien de los dos, yo también lo espero.

CAPÍTULO 18

La hechicería debía tener sus ventajas, pensó Radin tras hacerlos aparecer a ambos en casa con tan solo un pensamiento. No pudo evitar pensar en aquellos días en los que su inestable poder lo había llevado a cometer error tras error hasta que consiguió dominar lo más básico de las artes mágicas; una etapa que revivió con Ankara y su propia enseñanza. Su abuela lo había instruido desde niño, enseñándole cánticos y pequeños hechizos más destinados al entretenimiento e ilusiones de mago que a lo que después se convertiría, pero no por menos podía dejar de agradecérselo pues sin ella quizá nunca hubiese estado preparado para enfrentarse a todo lo que vino después.

Dio un paso atrás y se apartó de ella, necesitaba de esa breve separación para poder pensar con claridad, algo que necesitaba desesperadamente. El eco de la pasión compartida seguía todavía vivo en ambos, necesitaba volver a poseerla, follarla hasta perder el sentido, perderse entre las sábanas hasta que el silencio de las horas de madrugada los encontrase exhaustos y sin ganas de hablar.

Pero antes de poder hacerlo, tendría que cederle el poder a ella, ceder su voluntad por medio de un estúpido pacto de la *Agencia*.

—¿Estás segura de esto, Kara?

Los ojos claros contenían tanto dolor y esperanza que le resultaba difícil sostenerle la mirada.

—Sí —declaró con decisión—. Ahora más que nunca necesito saberlo todo, necesito conocer la verdad y la respuesta a aquellas preguntas a las que nunca contestaste.

La alarma del reloj saltó anunciando la medianoche y trayendo consigo el cumplimiento de uno de sus mayores anhelos.

—Dilo entonces, Alta Hechicera —murmuró extendiendo la mano hacia ella—, dime que es lo que deseas.

—Sinceridad —respondió tras posar la mano sobre la de él—. Quiero que seas totalmente sincero conmigo, que me muestres la respuesta a todas esas preguntas que siempre me has negado. Necesito saber, necesito entender el porqué de todo cuanto nos ha pasado hasta ahora… Necesito saber por qué me dejaste y por qué volviste a mí.

Enlazó sus dedos con los de ella en un firme apretón, el mismo que ya podía sentir cerniéndose alrededor de ellos como un invisible hechizo que los ataba el uno al otro.

—Que así sea —declaró con firme seguridad—. Desde ahora y hasta que el sol se alce trayendo consigo el amanecer, tienes mi voluntad para hacer con ella lo que desees. Si son respuestas lo que buscas, respuestas te daré.

Ella se lamió los labios y se pegó a él, cuerpo contra cuerpo, alma con alma, más cerca de lo que habían estado desde el principio de los tiempos.

—Dime, Radin, ¿qué es lo que deseas tú esta noche, en estos momentos?

Él no vaciló, lo que quiera que fuese ese Pacto y la forma en la que funcionaba, lo obligó a ser totalmente sincero.

—A ti —confesó mirándola a los ojos, observando sus labios con hambre—. Quiero tu cuerpo, tu deseo y todo lo que estés dispuesta a darme, Kara.

—Soy tuya, Radin —suspiró a puertas de su boca—, siempre que me necesites, seré tuya.

—En ese caso, las preguntas tendrán que esperar hasta después —declaró antes de reclamarla con el hambre que solo ella era capaz de despertar en él.

CAPÍTULO 19

—¿Por qué te marchaste aquella noche?

La inesperada pregunta hizo que Radin apartara las mantas a un lado y dejase la cama. Necesitaba espacio, distanciarse físicamente de ella pues todo en su cuerpo le pedía abrazarla y ceder a la agradable calidez que acababa de encontrar una vez más entre sus brazos. Si ya por lo general era difícil resistir la tentación, aquella noche era incluso más complicado. El Pacto lo instaba a darle lo que necesitaba, a cumplir con lo que su alma deseaba y sabía que esta estaba tan hambrienta de afecto como la propia.

—Si me hubiese quedado a tu lado, nos habríamos destruido el uno al otro —confesó al tiempo que se acercaba a la ventana—. Te habría herido con la misma saña con la que me sentí herido, eras un recordatorio continuo de algo que nunca deseé. Pero tú no eras más culpable que yo por estar allí, el destino nos había jodido a ambos y no podía permitirme más errores. Necesitaba alejarte, pues si no lo hacía, acabaríamos matándonos…

Cerró los ojos cuando el recuerdo de aquella noche cruzó su mente con la misma nitidez con la que podía verla a ella, desnuda, enredada en las sábanas en las que habían yacido. Llevaban juntos un año, trescientos sesenta y cinco largos días en los que se encontró despojado de todo: sus raíces, su familia… Todo desapareció lanzándole al mundo sin más compañía que una muchacha a la que no podía dar la espalda y en quien no dudaba en descargar todo su odio y frustración. Había luchado con uñas y dientes por mantenerse alejado de ella, para no volver a tocarla; el recuerdo de las tres noches consecutivas en aquella cueva lo atormentaban. La traición vivía en su pecho con tal intensidad que se odiaba a sí mismo casi tanto como la odiaba a ella por haberle permitido cometer tal acto de traición contra su propio corazón.

Pero era difícil mantenerse alejado de alguien tan necesitado de afecto como Ankara, con tanta hambre de conocimiento y temor a lo desconocido. La pesadillas que poblaban sus noches los mantenían a ambos al borde. Ella despertaba entre alaridos, el inestable poder del espíritu despierto en su interior la consumía y se le escapaba de las manos hasta el punto de terminar congelando el lecho en el que dormía y su propia piel. Escarcha, puro y frío hielo que le perlaba la piel, le azulaba los labios y le arrebataba el suave azul de los ojos convirtiéndolos en dos pedazos de hielo. No le quedó otro remedio que acercarse a ella, envolverla en calor y seguridad cuando su mente se hacía pedazos bajo el peso de los recuerdos, obligarla a aceptar su destino y penitencia a golpe de ira y arrogancia, hizo todo lo que pudo para convertir una niña desvalida y asustada en una mujer capaz de enfrentarse a él, de equilibrarlo… Ella no era la única que estaba perdida, lo comprendió en el mismo momento en que se enfrentó al final de sus ancestros, cuando vio la columna de humo al borde del río en el que se iba consumiendo la pira funeraria de la última familia que le quedaba viva. Sabía que si no hubiese hecho lo que hizo, si no hubiese descargado sobre ella su dolor y su rabia ahuyentándola, habría sucumbido al peso de la desesperación trayendo consigo la destrucción de Ankara.

—Si no nos hubiésemos separado, habría acabado con tu estabilidad e incluso quizá con tu propia vida —murmuró preso de los recuerdos. El rencor y la desesperación presentes en su voz —. Esa noche te abandoné para preservarte, Kara y para salvarme a mí mismo.

El sonido de los muelles del colchón lo llevaron a mirar en su dirección, ella se había

incorporado, sentada ahora en la cama con tan solo la sábana cruzada sobre el regazo. La suave y blanca piel trasparentaba las azuladas venas aquí y allá, los senos se alzaban orgullosos coronados por rosados pezones de los que había disfrutado momentos antes. Las largas piernas asomaban bajo la ropa de cama, colgando hacia el suelo. Con el pelo rubio suelto y cayéndole como un manto sobre los hombros, parecía la *Reina de las Nieves*.

—Si tan solo hubiese sabido entonces lo que ocurriría a raíz de mi decisión… —continuó con pesar. Ese era uno de los mayores pecados que llevaba a la espalda. Ella había estado indefensa, completamente sola cuando aquellos malnacidos aparecieron en medio de la noche—. Te dejé para preservarte y terminé entregándote en las mismísimas manos del diablo.

No se lo perdonaría jamás, lo que había visto aquella madrugada, lo que Axel lo obligó a enfrentar era un perpetuo recordatorio de su propia estupidez, y el saber que habría podido evitarlo lo corroía por dentro.

—No sabías que ocurriría aquello, Radin.

Como siempre, ella lo disculpaba, lo perdonaba cuando él mismo era incapaz de encontrar tal perdón.

—Te equivocas, pequeña —confesó por primera vez en voz alta y delante de ella. Encontró su mirada y se la sostuvo—. Podría haberlo evitado, Ankara, si hubiese respondido a tu intento de llegar a mí… podría haberlo evitado.

Se estremeció. Recordaba el miedo, el terror y la desesperación que se filtró en su propio cuerpo a través del vínculo que intentaba por todos los medios negar, sintió la agonía, el dolor y la impotencia, pero sobre todo el terror. La sintió ceder al espíritu que albergaba dejándole tomar las riendas, permitiendo que el frío mortal no solo trajese el fin sobre sus atacantes sino que casi la llevase a ella consigo. Apretó los dientes ante el crudo recuerdo, ante las súplicas que se había negado a escuchar, los gritos desesperados proyectados en su mente y que ignoró deliberadamente, tan solo el helado frío de la muerte que ya había sentido una vez cuando ella arrasó su poblado le abrió los ojos.

Axel estaba allí cuando llegó a ella, el sucio y oscuro suelo del callejón permanecía cubierto por una prístina capa de hielo. Tres hombres habían encontrado la muerte ese día, tres vidas arrebatadas por la misma víctima a la que habían agredido.

‹‹¡Maldito seas, hechicero!››. —Todavía podía escuchar la voz de Axel en su mente—. ‹‹¡Se te unió a ella para que pudieses protegerla! ¿Dónde estabas cuando ella gritaba tu nombre? ¿Dónde estabas cuando arrebató tres vidas para proteger la propia? ¡Sola, Radin! ¡Has dejado a una criatura indefensa totalmente sola!››.

Sola. Ambos la habían dejado sola. Axel había sido designado en aquel entonces como su *Vigilante* pero tampoco pudo hacer nada por evitarle a su protegida lo ocurrido; sus propios asuntos lo habían mantenido alejado.

—Radin, quédate conmigo. —El suave murmullo unido a la calidez de la mano sobre el brazo lo trajeron de regreso del pasado. Ella estaba allí, de pie ante él, desnuda, indefensa—. No vayas a un lugar al que no puedo acompañarte.

Subió las manos a los hombros femeninos, deslizó los dedos sobre su piel, acariciándola, necesitando anclarse de nuevo al presente.

—Deberías odiarme con pasión, Kara, ¿por qué tienes que hacer precisamente lo contrario? —preguntó con un suspiro—. Si fueses inteligente, querrías mi cabeza en una bandeja.

Ella sacudió la cabeza y deslizó los brazos alrededor de su cintura hasta quedar apretada contra su torso. El cuerpo cálido y desnudo se sentía realmente bien contra el suyo, ella era un bálsamo para su maltrecha alma, uno que no quería reconocer.

—Eres todo lo que tengo, Radin. —Pegó la mejilla a su pecho y le acarició la tetilla con los dedos—. Si te odio, no me quedará nada. Además, estás tan solo y hambriento como yo, necesitas afecto, que te consuelen y eso es lo que quiero darte.

—Si hubiese acudido a tu lado cuando me llamaste… —murmuró apoyando la barbilla sobre la rubia cabeza—. Estamos condenados, Kara, condenados una y otra vez por nuestras propias decisiones.

—No es verdad —negó apretándose más contra él. Ya podía sentir su sexo reviviendo al contacto de la suave calidez—. Todos hemos cometido errores alguna que otra vez, el recuerdo de estos puede que nos torture, pero también nos enseña a crecer… y a perdonar. Y yo te perdono, Radin, lo hice hace mucho tiempo porque eres tan culpable de lo ocurrido como puedo haberlo sido yo. No permitas que el pasado te mantenga alejado de mí, por favor, ahora más que nunca te necesito a mi lado… si… si tengo que irme, no quiero estar sola.

La agonía en su voz hizo que la apretara contra él, proporcionándole calor y consuelo. No permitiría tal cosa, jamás lo permitiría. No cometería de nuevo los mismos errores, si ella tenía que irse, se irían juntos pero no antes de que ambos pagaran por todos y cada uno de sus pecados.

—No vas a irte a ningún sitio, sabes que no tengo intención alguna de permitírtelo —aseguró con su acostumbrada arrogancia—. Si tan solo se te ocurre acercarte a esa puerta, te traeré de vuelta y te daré una paliza por haberlo intentado.

La sintió reír contra su pecho.

—Eres el hombre más obstinado que he conocido en toda mi vida —aseguró y se apartó ligeramente de él—. Me pregunto si siempre has sido así.

Se encogió de hombros y admiró el desnudo cuerpo femenino al cual empezaba a responder de nuevo.

—Según mi abuela, es un rasgo heredado de mi padre —respondió al tiempo que se relamía al ver los apetitosos pezones—. Vuelve a la cama, te… tengo hambre de ti otra vez…

Un delicioso temblor le recorrió el cuerpo, pero no obedeció, por el contrario, se alejó de su contacto y paseó desnuda por la habitación hasta sentarse en la enorme butaca que se había empeñado en instalar en la ventana.

—Después —murmuró ella y le tendió la mano—. Ahora necesito respuestas y tú eres el único que puede dármelas.

Caminó hacia ella y obligándola a levantarse intercambió el lugar con ella, se sentó en el sillón y la atrajo a su regazo desde dónde podía admirar y jugar con el delicado cuerpo.

—Me torturas —suspiró deslizando una de las manos sobre un lleno seno—. Tienes un don único para hacerme sufrir…

Ella se acomodó entre sus brazos, acurrucándose como una niña.

—Lo siento, Radin —le dijo ella—. Nunca quise que sufrieras por mí, no deseo verte herido… me duele cuando a ti te duele.

Deslizó otra mano por el muslo y le apretó suavemente la nalga para luego conformarse con lánguidas caricias.

—No lo hagas, Kara —le pidió por enésima vez en la vida que llevaban juntos—, nada bueno surge de amarme.

Ella reanudó también sus caricias, los largos dedos empezaron a juguetear con el crespo vello de su pecho.

—¿Todavía la amas? —La pregunta surgió a bocajarro—. Sé sincero, solo la verdad… por esta noche… ese es mi deseo.

—Le entregué mi corazón —contestó después de un largo momento de silencio—. La amé más que a mi vida. Ella era la mujer con la que había decidido pasar el resto de mi vida, casarme, tener hijos… pero entonces mi espíritu despertó y mi despertar trajo el tuyo. La traicioné y me traicioné a mí mismo contigo… mis acciones solo os trajeron miseria a las dos. Tú, mi hechicera, eres la que se ha llevado la peor parte.

—Pero ¿la amas todavía, Radin? —insistió sin dejar de mirarle.

—No lo sé Ankara.

—¿Crees que podrías… llegar a amarme a mí?

—Quizá… en otra vida.

La sintió estremecerse en su regazo.

—Te está ganando la partida, ¿no es así? —Sabía que había algo que no estaba del todo bien en ella. Los últimos días parecía más cansada de lo normal, aún sin nada que la provocase, el espíritu la rodeaba—. Dímelo, Ankara.

—¿Importaría mucho si así fuera?

Sí, a él le importaría. No sabía cómo ni por qué, pero le importaría y mucho.

—¿Ya ha empezado? —insistió. Ella se acurrucó más cerca de él, buscando su calor.

—Sí, *Chilaili* ya ha asentado su reclamo sobre mí.

Se estremeció ante el apagado tono de voz con el que pronunció aquellas palabras.

—¿Por qué decidiste quedarte conmigo a pesar de todo? —continuó ella, tras hacer a un lado intencionadamente la pregunta.

Porque ella le había dicho que se fuera. Ankara le había gritado por primera vez en todo el tiempo que llevaban juntos. Cuando por fin consiguió traerla de vuelta y estabilizar su mortal poder, las palabras de ella fueron una completa descarga de rabia y dolor que no dudó en verter sobre él.

‹‹¡Por qué me trajiste de vuelta! ¡No quería regresar!››. —Le había gritado entre sollozos e histeria—. ‹‹¡Déjame ir de una maldita vez! ¡Tú no me quieres, no me necesitas, todo lo que me ofreces es dolor y sufrimiento y ya estoy cansada, hechicero! ¡Déjame morir! ¡Envíame al mismísimo infierno si te place pero libérame! ¡Libérame antes de que mate a alguien más o a ti!››.

‹‹¡No!››.

‹‹¡Mátame!››.

‹‹¡No!››.

‹‹¡¿Por qué no?! ¡Qué puedes perder tú! ¡Mátame y acaba con todo esto de una vez!››.

No lo hizo, luchó con ella, pelearon y gritaron hasta quedar afónicos y luego la reclamó una vez más, una rabiosa unión que los dejó a ambos con cicatrices y que sirvió para sellar también su destino.

‹‹Porque mientras tú vivas, yo podré cumplir con mi penitencia››. —Murmuró en respuesta a su pregunta actual—. ‹‹Dejarte ir sería perder la última conexión que me queda con el pasado. No estoy preparado para ello, Ankara. Lo siento››.

Sus dedos se deslizaron por su pecho, acariciándole el ombligo y entreteniéndose, dibujando la silueta de los abdominales. La caricia hizo que su erección creciera, deseosa de que aquellas atenciones fuesen para ella.

—Si sigues un poco más abajo, prometo recompensarte después.

La oyó reír por lo bajo.

—Si quieres que te acaricie la polla, tendrás que seguir respondiendo a mis preguntas —ronroneó—. Además, no es como si pudieses pensar realmente en algo coherente cuando lo

hago, así que tendrás que esperar.

—Hazme esperar y querré tu boca en vez de tus dedos —gruñó al tiempo que le pellizcaba suavemente el pezón.

Deslizó la mano sobre su estómago y le arañó la piel con las uñas.

—Tú siempre me haces esperar a mí —continuó ella—. Y me dejas sola. Te marchas sin decirme una sola palabra y cuando vuelves… me rechazas. Cuando volvimos a encontrarnos, me prometiste que no habría nadie más entre tú y yo, que aunque nos hiriésemos, intentásemos acabar el uno con el otro, en nuestra cama solo seríamos tú y yo.

—Te debía al menos eso —aceptó removiéndose incómodo y excitado en la butaca—. Cuando se está piel con piel, es cuando más vulnerables somos, cuando más daño podemos hacernos… Y yo quería hacerte daño entonces, quería herirte incluso la primera vez por desearte cuando amaba a otra mujer, pero en el lecho tendemos a desnudar el alma y es el único lugar en el que realmente puedes destruirla.

Ella se incorporó entonces, buscando su mirada con agónica necesidad.

—¿Me traicionaste, Radin? ¿Traicionaste nuestro juramento alguna vez? —Se lamió los labios—. Sé que Nishel y tú… con… Gabriela…

Le acarició el rostro con el pulgar.

—No Kara. No traicioné nuestro juramento, ni siquiera entonces —aceptó sin apartar la mirada—. Lo que ocurrió con Nishel y su compañera… la Agencia tiene extraños métodos para con sus clientes, tú mejor que nadie deberías saberlo. Lo que ocurrió entonces, nada tiene que ver con nosotros…

—Nosotros —repitió en voz queda—. ¿Realmente existe un nosotros?

—Debe existir —murmuró deslizando la mano sobre el suave muslo—, de lo contrario no estaríamos ahora así, ¿huh?

—¿Puedo pedirte algo?

—Puedes pedir lo que quieras, otra cosa es que vaya a concedértelo —declaró con pereza —. Vamos, sorpréndeme, rubita, ¿qué deseas?

Ankara se removió en su regazo, el calor de su piel contra la propia era agradable y en la intimidad del momento le proporcionaba una inesperada paz. Buscó una posición más cómoda, apoyó la cabeza contra el hueco de su hombro de modo que pudiese mirarle a la cara y suspiró.

—Solo quiero que me abraces y me acaricies como lo estabas haciendo —se acurrucó más cerca de él—, nada más.

De algún modo, Radin sabía que aquello no era lo que ella quería pedirle. Deslizó la mano una vez más por el muslo, una ligera caricia de los dedos sobre la blanca piel.

—¿Cansada?

Se limitó a asentir con la cabeza contra su hombro.

—Tanto que parece que hubiese vivido mil vidas y no solo una —suspiró—. Todo lo que me apetece hacer ahora mismo es cerrar los ojos y dormir.

Los peregrinos dedos ascendieron por su piel para luego volver a bajar con suavidad.

—Entonces duérmete —le aconsejó.

Ella alzó ligeramente el rostro para mirarle.

—Si lo hago perderé la oportunidad de hacerte más preguntas y que tú me respondas sin rodeos —murmuró—, y todavía me quedan muchas que formular.

Se inclinó sobre ella y delineó una de las cejas con el pulgar.

—¿Piensas pasar la noche en vela para obtener respuestas? —El pulgar bajó ahora por la mejilla hasta los labios.

Ella dejó escapar un pequeño bostezo.

—No podría aunque quisiera —suspiró—, así que respóndeme solo a una cosa más.

—Dispara.

—¿Me echarás de menos cuando no esté? —susurró.

La respuesta se hizo de rogar, cuando por fin encontró qué decir, la suave respiración de la mujer desnuda entre sus brazos le indicó que se había dormido.

—No, Ankara —se inclinó sobre ella y le besó la frente—. Porque en el preciso momento en que exhales tu último aliento, me iré contigo.

Cerró los ojos y se limitó a disfrutar de la paz que encontraba con aquella mujer en sus brazos, una paz de la que rehuía constantemente por miedo a que le fuese arrebatada en el momento menos pensado.

CAPÍTULO 20

Ankara se desperezó lentamente. Una agradable languidez le recorría el cuerpo y le tranquilizaba el alma. El cansancio seguía estando allí sin embargo, quizá incluso más acuciante que el día anterior, pero había un cambio en su espíritu, como si el continuo peso que llevaba sobre los hombros se hubiese aligerado. Hizo un verdadero esfuerzo por abrir los ojos, la penumbra cubría la habitación interrumpida por los débiles rayos de luz que penetraban a través de las cortinas. Estiró el brazo y encontró su lugar de la cama vacío, la tibieza todavía cubría las sábanas allí donde estuvo acostado.

—¿Radin? —lo llamó. Quería pensar que él no se había marchado como solía hacer a menudo. Raro era el amanecer que los encontraba a los dos juntos en la cama.

No recibió respuesta. Suspiró y se estiró ahora hacia su lado para encender la luz. Se cubrió los sensibles ojos con el brazo y descansó de nuevo la cabeza en la almohada.

—Tonta —murmuró para sí—. Solo tú podrías pensar que sería distinto.

Gimió y se giró hasta aplastar la cara contra la almohada. Solo entonces se permitió dejar escapar un gritito de frustración.

—¿Qué te ha hecho la pobre almohada? ¿Te ha dado tortícolis?

Todo su cuerpo se tensó ante las inesperadas palabras, se incorporó con rapidez dejando que la sábana se deslizase sobre su regazo y el largo pelo suelto le acariciara los pechos desnudos.

—Er… no… no pasa nada —musitó con creciente sonrojo tiñéndole las mejillas.

Él se limitó a arquear una ceja, un gesto muy típico en él. Cerró la puerta tras de sí y caminó hacia la mesa camilla que anoche no estaba allí. Sobre esta había una bandeja de desayuno, perfectamente colocada y lista para ser entregada.

—Si ya estás despierta, puedes desayunar —le informó deslizando con pereza la mirada sobre su cuerpo—. Pero antes, ponte algo encima.

Parpadeó varias veces, incapaz de conciliar aquella escena tierna y hogareña con el hombre hosco y malhumorado que solía encontrarse cada mañana.

—Espabila, Ankara —la apremió con la misma indiferencia de siempre—. Quiero terminar con esto lo antes posible.

Se lamió los labios y se apartó brevemente el pelo de la cara. Estaba demasiado sorprendida con su presencia allí —con la bandeja del desayuno que ahora portaba—, como para que su cerebro trabajase a un ritmo normal.

—Eh… sí —aceptó y murmuró un breve hechizo que la cubrió al momento con una larga y asexuada camiseta—. Huele bien, ¿qué es?

Se encogió graciosamente de hombros al tiempo que depositaba la bandeja sobre sus piernas.

—Ni idea —respondió con la misma petulancia de siempre—. Servicio a domicilio. Pedí que me enviaran un desayuno continental y esto fue lo que trajeron.

No pudo evitar reír ante los modos de su compañero.

—Típico en ti, hechicero —sonrió al tiempo que miraba complacida todo el contenido de la bandeja—. Es mucha comida para una sola persona, ¿me acompañas?

Negó con la cabeza.

—Ya desayuné —declaró y señaló la bandeja con un gesto de la barbilla—. Desayuno y en la cama, ya puedes tachar otro punto más de la lista.

Ella lo miró e hizo una mueca.

—Solo te falta sacar la nota y un bolígrafo y hacer una marca —bromeó.

Él sonrió de medio lado, todavía inclinado sobre ella.

—Lo haré, pero antes déjame que mate dos pájaros de un tiro —aseguró aferrándole la barbilla con dos dedos para alzarle el rostro—. Ya que ayer me olvidé del beso de buenas noches, solucionémoslo ahora con el de buenos días.

Le cubrió la boca con la suya sin delicadeza, con el mismo instinto carnal de siempre. Le acarició los labios con la punta de la lengua obligándola a entreabrirlos para luego zambullirse en su interior. La besó a conciencia, encargándose de cada recoveco, trazando cada línea con la lengua hasta obligarla a responderle de la misma manera. Su sabor era fresco, adictivo y contenía un ligero toque a café de moca de lo que seguramente habría sido su temprano desayuno. Con una última caricia a sus labios, rompió el beso.

—Buenos días, Kara.

Se le quedó mirando como una tonta. En su defensa debía decir que él sabía muy bien cómo romperle los esquemas, enviando su concentración al quinto infierno cada vez que la besaba de aquella manera.

—Ahora, ya podemos tachar dos cosas más de la lista —le guiñó el ojo al tiempo que se enderezaba—. Desayuna.

Se lamió los labios y bajó la mirada a la bandeja que tenía sobre las piernas.

—El desayuno en la cama incluye en que te quedes a hacerme compañía —añadió de forma repentina. Palmeó su lado de la cama—. Así que ya sabes…

Él entrecerró los ojos.

—Eso no está estipulado en tu lista.

Ella se encogió de hombros.

—Es algo que viene intrínseco en mis palabras —declaró con seguridad—. Así que, siéntate y hazme compañía un rato, Radin, anda.

Pareció que iba a declinar su petición, pero entonces lo vio resoplar y sentarse a los pies de la cama. Tendría que considerar aquello una pequeña victoria. Devolviendo su atención a la bandeja, revisó el contenido y se decantó por algo dulce. Mordió una de las mitades del bollo y cerró los ojos degustándolo con placer.

Le encantaban esas pequeñas delicias y no podía más que estremecerse de deleite al pensar que él había puesto atención a esos pequeños detalles. Podía muy bien haber encargado el desayuno para llevar, tal y como le había dicho, pero cada una de las viandas que llenaban la bandeja habían sido escogidas expresamente; ella debía ser de las pocas personas que le gustaba untar el queso y la mantequilla de cacahuete en la misma tostada.

Tomó un sorbo del té con limón y dejó de nuevo la taza en su lugar al tiempo que encontraba su mirada.

—¿Estás seguro que no quieres nada? —Señaló la bandeja en su regazo—. Hay de sobra para los dos.

Él negó con la cabeza y cruzó el tobillo sobre la rodilla, la tela del pantalón de cuero por el que se había decantado hoy protestó ante el roce. Llevaba las mangas de la camisa recogidas por encima del antebrazo y el largo pelo negro le caía ahora sobre el hombro en una gruesa trenza. Con esos vibrantes ojos marrones coronados por espesas pestañas y el tono canela de la piel, era

un hombre de lo más atractivo y su ascendencia india no hacía más que añadir un toque de peligrosidad que la dejaba caliente y fría al mismo tiempo. Diablos, no había un hueso en ese cincelado cuerpo que no le gustara, que no quisiera y él lo sabía.

—Esto era uno de tus requisitos, así que date prisa en devorar el desayuno para que podamos pasar a la siguiente cosa en la lista —la apremió con la misma parsimonia de siempre.

Ocultó un pequeño suspiro tras la taza de té y procedió a prepararse una tostada con su mezcla especial.

—¿Qué te gustaría hacer después del desayuno?

Él se inclinó hacia delante.

—¿Irme y perderte de vista?

Resopló. Y ahí estaba de nuevo el *Alto Hechicero Capullo*.

—Y pensar que habías comenzado bien la mañana —exageró un suspiro.

—Habría comenzado mucho mejor, desde mi punto de vista, con mi otra alternativa.

—Diré que no me sorprende lo más mínimo —asintió. Se tomó su tiempo en preparase una tostada con la que acompañar el té—. ¿Quieres?

La mueca de disgusto en su rostro hablaba por sí sola.

—¿No? —se hizo la inocente y le dio un mordisco al pan recién preparado—. Tú te lo pierdes.

Él se encogió al verla morder la tostada.

—No sé cómo puedes comer eso —murmuró—, de veras, nena, tus gustos culinarios dejan mucho que desear.

—Yo también te quiero, Rad —le sopló un beso.

—No pongas palabras en mi boca que yo no he dicho, Kara.

Ella optó por cambiar de tema.

—¿Centro comercial o comida campestre?

Él enarcó una delgada ceja.

—¿Quieres follar en un probador?

—¿Y tú tragarte lo que queda de mi tostada sin respirar?

Una divertida sonrisa curvó sus labios.

—Qué agresividad —se burló—. Está claro que el probador es la mejor de todas las opciones; al menos podré divertirme.

Mordió con saña la tostada, deseando que fuese su mano o aún mejor, su polla. ¿Cómo lo hacía? Una mañana potencialmente buena siempre acababa jodiéndose por culpa de él.

—Suave, hechicera, disfruta del desayuno —le sugirió con el mismo tono petulante de siempre—. Es el único que obtendrás de mí en tales términos.

CAPÍTULO 21

—No sabía cómo diablos se las arreglaba ese hombre, pero cada vez que miraba en su dirección, Radin tenía compañía. Daba igual que fuesen niños, ancianos o como en aquel caso en concreto, dos babosas dependientas, él siempre atraía la atención de las féminas a pesar de su poca disposición social. Las mujeres parecían haber iniciado una especie de competición por ver quién de las dos llamaba antes su atención, poco importaba que él se limitase a ignorarlas a no ser que necesitase de su ayuda para alguna cosa.

Bajó la mirada a la variedad de prendas íntimas que había estado ojeando en el perchero y se aferró con fuerza al soporte cuando una ola de frío polar le aguijoneó el pecho. Se obligó a apretar los dientes y respirar lentamente, rogando que él no se girara en aquel preciso momento y viese su malestar. De un día para el otro su condición parecía haber empeorado, el mantenerle al margen y fingir que no era más que otro de sus conflictos interiores empezaba a resultar cada vez más difícil. Respiró profundamente y se enderezó lentamente, sus ojos se encontraron un segundo con los suyos, pero fue suficiente para que Radin dejase a una de las dependientas con la palabra en la boca.

—¿Va todo bien, Kara?

Asintió, no sabía si sería capaz de evitar que le temblase la voz.

—Sí, *amor* —arrastró la última palabra provocando un arqueo de cejas en él. Entonces aprovechó el breve momento de confusión y sacó dos conjuntos al azar del perchero—. ¿Qué opinas? ¿Coral o burdeos? ¿Cuál te parece más sensual?

Los labios masculinos se curvaron ligeramente, él mejor que nadie conocía sus trucos.

—¿Estás pensando en alguna ocasión en especial, *hechicera*? —optó por seguirle el juego. Acortó la distancia entre ambos y se apoyó en el perchero sin dejar de mirarla a la cara—. ¿Tenemos algo que celebrar?

Ella vio a las dos mujeres mirándoles ahora interesadas y se lamió los labios.

—Si te olvidas de nuestro aniversario, tendría que empezar a preocuparme, ¿no crees?

Él entrecerró los ojos ante tal respuesta.

—Juraría que nos desposamos en invierno, Kara —murmuró de modo que solo ella lo escuchase—. Y nuestra luna de miel duró tres jodidos días, tras los cuales fuimos proscritos.

Apretó los dientes y alzó ambos conjuntos para evitar que siguiera por ese camino.

—Coral o borgoña, elige.

La sonrisa que curvó sus labios tenía que haberla hecho sospechar.

—Um, tengo algo mucho mejor —aseguró sacando de algún lugar un nuevo conjunto.

Ankara parpadeó varias veces mientras observaba el movimiento de vaivén que ejercía la percha del conjunto de lencería que él sostenía con un dedo.

—Ni hablar.

Ni en mil años se pondría algo como eso, suponiendo que llegase a comprender la manera en la que debían ir todos aquellos nudos e hilos que contemplaba.

—Ni siquiera estoy segura de cómo se supone que cubre eso.

Su sonrisa se hizo más petulante.

—Está destinado a enseñar no a cubrir —aseguró bajando la mirada hacia el conjunto—.

Es… sexy.

Parpadeó ante tal absurda respuesta.

—Solo tú llamarías sexy a… esa cosa —resopló—. Lo estás haciendo a propósito. No podrías, solo por una vez, hacer lo que hacen todas las parejas…

—¿Quejarme de ser un perchero? —le soltó con ironía.

Resopló.

—Vamos, Radin, nunca tienes problemas para comportarte como un salido, puesto que lo eres —le soltó—, ¿por qué no pones en práctica esa ímpetu para algo productivo por una vez?

—Kara, vivo para atormentarte —le soltó—. No me prives de tal placer, se me acabaría la diversión y nuestra vida sería del todo tediosa.

Sin otra palabra dejó el conjunto en el colgador más cercano y la miró de arriba abajo.

—Además, no veo que importancia puede tener lo que lleves puesto cuando no te dura demasiado —aseguró con segundas.

Ella puso los ojos en blanco.

—Sabes, tienes la complejidad de una almeja —le soltó ella—, y la concha igual de dura.

Se limitó a sonreírle con petulancia.

—Tomaré eso como un cumplido.

Un ligero carraspeo los interrumpió. Una de las dependientas se había acercado a ellos con un nuevo conjunto de lencería en las manos.

—Aquí tiene el conjunto que deseaba ver —su mirada cayó sobre ella, calibrándola—. Hay una talla menos en este modelo y color, en caso de que la necesitase.

Como siempre, su rostro se relajaba y el tono de su voz era sexy y educado cuando se refería a cualquiera que no fuese ella.

—No, la talla es la adecuada, gracias —asintió cogiendo la percha que sostenía la mujer para luego darle la espalda y dejarle ver lo que sostenía en las manos—. Pruébatelo.

Tenía que admitir que estaba sin palabras. El color del conjunto de lencería compuesto por sujetador, tanga y ligero era muy semejante al de sus ojos; un claro azul plomizo. Era discreto pero elegante, con un toque sexy que le proporcionaban unos pequeños bordados.

—¿Quiere que le saque también el otro conjunto que miró? —continuó la dependienta echándole a ella pequeñas miradas de envidia.

Él asintió.

—Sí, pero el segundo modelo, el de satén —le dijo sin apartar la mirada de la suya—. El probador está allí, Kara, ¿no es eso para lo que vinimos?

Ella tragó, todo su cuerpo se estremeció de anticipación ante el tono de voz que escuchó en él. El mismo que usaba en lides más placenteras.

—Vamos… te echaré una mano —ronroneó empujándola suavemente en dirección a la cortina que encerraba el cubículo de los probadores.

Radin empezó a maldecirse a sí mismo en el mismo momento en que quedó confinado con ella en la estrechez del probador. No era la primera vez que la veía desnuda o vistiéndose, para el caso, pero contemplar esa imagen a través del espejo de un probador era una experiencia totalmente nueva, inquietante y excitante como el demonio. El pelo largo de Ankara le caía por la espalda en una gruesa trenza que se movía al compás de las acrobacias que hacía para no rozarse con él mientras luchaba para cerrar el broce central del sujetador. Bajó la mirada y se relamió interiormente ante la imagen de aquellas minúsculas braguitas adhiriéndose a su trasero

con exquisita perfección. El color era un complemento perfecto para su piel marfileña.

—¿Necesitas ayuda?

La fulminante mirada que le dedicó a través del otro espejo aumentó la sonrisa que ya curvaba sus labios. Aquel cubículo estaba prácticamente rodeado de espejos, la puerta era la única pared que no les devolvía su reflejo.

—Diría que necesito una talla más —refunfuñó—, con esta se me oprimen hasta las ideas.

Se obligó a reprimir una carcajada al tiempo que se giraba hacia ella y estudiaba el sostén con el que llevaba un tiempo lidiando.

—La talla es perfecta —declaró. No esperó a obtener un permiso que seguramente no le daría, le apartó las manos y tras dar un pequeño tirón a la tela para reacomodarla cerró cómodamente el broche entre sus pechos—. Ya está.

Admiró su obra lentamente, casi podía ver la aureola de los pezones apuntando por encima del borde del sujetador.

—Radin, te juro por dios que casi no puedo ni respirar —se quejó ella.

Haciendo a un lado su queja, empezó a moverse a su alrededor.

—Dentro y fuera, Kara —la instruyó deslizando las manos por sus costados desde atrás hasta ahuecarle los senos y con un rápido tirón al elástico de la tela alivió la tirantez—. ¿Mejor?

A juzgar por la forma en que ahora subía y bajaban aquellas dos hermosuras encerradas en satén y el suave sonrojo que le cubrió las mejillas, diría que sí.

—No hay nada como un conjunto de lencería sexy y bien colocado —continuó contemplando su reflejo en el espejo de cuerpo entero que tenían en frente. Él podía verse a sí mismo tras ella, observar sus propias manos vagando por el cuerpo femenino y su respuesta a ello—. Tal y como pensé, el color te favorece.

Ella abrió la boca para responder, pero de entre sus labios solo escapó un gemido cuando deslizó el índice y corazón de cada mano en el interior de las copas del sujetador para acariciarle los pezones. Las pequeñas perlas de carne se endurecieron al instante bajo su toque.

—Um… me gusta cómo se adivinan la aureola de tus pezones —retiró los dedos con un pequeño pellizco que acompañó de un mordisquito en la unión del cuello y el hombro—. Sí, así está mucho mejor; duros y empujando contra la tela.

Se encontró con su mirada una vez más y la recorrió de forma intencionada de modo que ella pudiese apreciarlo en el espejo. Con estudiada paciencia empezó a recolocar las tiras del sujetador, alzándole el pecho unos milímetros para luego resbalar las manos hacia su cintura y bordear la tela con ambos pulgares desde el centro hacia las caderas.

—Una lástima que cubra esos lujuriosos ricitos dorados —musitó acariciándole la pelvis al mismo tiempo—, pero no deja de ser realmente provocativo. Se me hace la boca agua con tan solo pensar en lo que hay debajo.

Siguiendo con aquella maliciosa exploración resbaló las manos por su trasero y le propinó un ligero apretón que la hizo saltar. Descansó una de las manos sobre la voluptuosa cadera y deslizó uno de los dedos a través del corte que marcaba la costura de la tela que separaba las nalgas hasta la tela que cubría su henchido sexo.

—Es suave al tacto, realmente pecaminoso —le mordisqueó el lóbulo de la oreja sin dejar de sostenerle la mirada—. Por no hablar de fácil de apartar.

Sus palabras fueron un reflejo de lo que llevó a cabo al hacer la tela a un lado de modo que pudiese acceder libremente al ya mojado sexo.

—Sí, realmente tiene sus posibilidades, hechicera —ronroneó lamiéndole el punto que había mordido y se aventuró a jugar con ella sin soltar la tela—. Creo que podría follarte sin

necesidad de sacarte las bragas. Realmente este conjunto tiene sus ventajas, ¿no crees?

La sintió estremecerse al tiempo que se apretaba contra él, buscando acercarse más al placer que le proporcionaba.

—Ya has hecho tu punto, ahora…

Se lamió los labios y prácticamente sonrió contra su oreja al tiempo que retiraba los dedos y colocaba de nuevo la tela en su lugar.

—Ahora, puedes probarte el otro conjunto y decidir si quieres llevártelo también.

Le dio un beso en la mejilla y quitó el seguro del probador. La expresión en el rostro femenino bailaba entre la sorpresa y la incredulidad. Dioses, aquellas pequeñas venganzas podían llegar a ser realmente dulces.

—No puedes estar hablando en serio…

Le guiñó el ojo y empujó la puerta.

—Date prisa.

Ella jadeó.

—¡Radin!

Alzó la mano a modo de despedida.

—Diez minutos, Kara o me voy sin ti.

Con una enorme satisfacción, cerró la puerta del probador tras de sí, se recolocó la dura erección que aquella pequeña actuación le había provocado y se alejó dejando a su malhumorada y frustrada hechicera escupiendo sapos y culebras contra él.

Sí, la venganza era de lo más dulce.

CAPÍTULO 22

Iba a matarlo, no sabía exactamente en qué momento, pero lo mataría pensó Ankara mientras contemplaba la amplia extensión de campo abierto que se abría ante ellos. La hierba se mecía movida por el viento como acariciada por una mano invisible, los todavía frondosos árboles que les cobijaban del brillante sol de mediodía parecían susurrar sobre sus cabezas y a juzgar por la desértica existencia de vida humana en varios kilómetros a la redonda, muy posiblemente ellos dos fueran los únicos en escuchar tal canción.

Ese mal nacido la había calentado en el probador de lencería del centro comercial solo para abandonarla sin más. La incomodidad y frustración que todavía recorría su cuerpo horas después de abandonar el local era tal, que ese maldito tenía suerte de que no le hubiese clavado el tenedor que llevaba en la cesta con la comida.

Se giró para verle apoyado de espalda en el tronco de un árbol cercano con las manos en los bolsillos y esa actitud despreocupada que era la viva imagen de la inocencia; maldito capullo. El brillo travieso en sus ojos marrones era lo único que desmentía la imagen de muchacho inocente y le decía que todavía estaba disfrutando de su jugarreta.

Obligándose a relajarse, echó un nuevo vistazo a su alrededor y al desconocido prado al que los transportó a ambos para tachar otro de los puntos de su lista. Todo lo que ella quería era ir a uno de los parques de la ciudad, sentarse en una de las mesas que ocupaban el área de merendero y disfrutar de un día de campo, pero para variar él optó por hacer las cosas a su manera.

—Pensé que entenderías la definición de *picnic* —le dijo con ironía—. Ya sabes, un bonito parque, un mantel, la cesta con la comida…

Él extrajo una de las manos del bolsillo y señaló el entorno.

—… disfrutar del aire libre y del campo —terminó por ella al tiempo que evidenciaba sus palabras con un gesto—. Es lo que escribiste y es lo que has conseguido. Querías aire libre y campo, pues bien, aquí lo tienes. No podrías haber elegido mejor día, tenemos un tiempo espléndido; incluso brilla el sol.

Cerró los ojos y contó mentalmente hasta diez. No podía permitirse caer en su juego, no dejaría que se saliese con la suya, tenía muy poco tiempo y no iba a dejar que lo estropease todo.

—Bien, ¿y dónde se supone que estamos ahora, *Toto*?

La curvatura en sus labios decía claramente que no le hacía gracia aquella alusión a El Mago de Oz. Bien, punto para ella.

—En un campo —le soltó encogiéndose de hombros—. Es algo fácil de reconocer incluso para ti, Kara.

Entrecerró los ojos y luchó con las ganas de congelarle los huevos. Tal y como estaba ahora su poder, imaginaba que bastaría con acercar la mano a tan preciada parte de su anatomía.

—Sí, casi igual de fácil que identificar a un payaso cuando lo tienes delante —contraatacó.

Él arqueó una oscura ceja negra y sonrió de medio lado.

—Hoy te deshaces en halagos.

—Todavía no he empezado.

Le dio la espalda y contempló el lugar una vez más, la cesta de picnic que había preparado

tras su regreso a casa después del erótico episodio de la tienda descansaba a un lado del grueso tronco. Un mantel de cuadros blancos y marrones cubría la parte superior.

—¿Puedo tener el ilusorio deseo que te comportarás y me ayudarás con esto o vas a desaparecer antes de que pueda desplegar siquiera el mantel?

—Estoy atado por un estúpido pacto a cumplir tus caprichos durante estos tres días —le recordó con hastío—. El poner un mantel, no marcará la diferencia.

—No son caprichos —musitó apretando los dientes ante la inesperada punzada que le atravesó el pecho—, y no es como si tú no hicieses lo que te diese la real gana en referente a ello; solo tienes que mirar a tu alrededor para constatar lo que digo.

—Si no te gusta el lugar, siempre podemos cambiar de escenario —declaró con la petulancia de siempre—. El salón puede servir perfectamente a tus propósitos con solo apartar el sofá.

Resopló, se levantó lentamente y tras retirar el mantel de encima de la cesta, se lo incrustó en el pecho.

—Toma, haz algo de provecho —le dijo—. Pon la mesa.

Respiró profundamente y le dio la espalda. Necesitaba poner un poco de distancia entre ellos, recuperar la estabilidad que su jueguecillo le había robado. No se encontraba bien, podía sentir como el hielo vibraba en su interior y sabía que si se quedaba más tiempo en su cercanía, acabaría sucumbiendo y rebelándole una realidad que no estaba preparada para mostrarle.

Giró sobre los talones y empezó a alejarse a través de la alta hierba sin mirar atrás.

—¿Y ahora a dónde vas?

La respuesta salió más brusca de lo que esperaba, pero no pudo contenerse, el frío se extendía cada vez con mayor rapidez por sus venas.

—¡A hacer algo que tú no puedes hacer por mí, estúpido!

‹‹Respira››, se dijo a sí misma a medida que avanzaba, *‹‹sigue adelante. No te detengas y mantente firme. Respira, Kara, solo respira››*.

Tembló, se obligó a seguir caminando hasta estar lo suficiente alejada de él y solo entonces dejó que sus inestables piernas cediesen bajo su peso. No podía dejar de temblar, tuvo que apretar los dientes para que no le castañearan mientras se apretaba las manos. Se miró los dedos y el corazón le dio un vuelco, tenía las yemas cubiertas de escarcha y su piel parecía haber perdido un poco el color.

—No, todavía no es el momento. —Apretó ambas manos contra el regazo y aspiró profundamente. Una corriente helada la recorría por dentro, podía sentir cómo se extendía a través de sus venas, congelándola, acariciándole el corazón y robándole con ello unos instantes de una vida que no podría prolongar mucho tiempo más—. No… todavía no.

Cada pequeño movimiento era como someter su cuerpo a millones de heladas agujas, pero no podía quedarse inmóvil y permitir que su espíritu siguiese consumiéndola de aquella manera. Se obligó a regular la respiración, aplanó las manos sobre el suelo y hundió los dedos en la tierra dejando que el frío y el hielo que la consumía pasasen de ella al suelo confiriéndole un poco de alivio.

‹‹Concédeme solo dos días más, por favor, Chilaili. Déjame intentarlo, sé que puedo hacerlo, tengo que hacerlo››.

No podía flaquear ahora, si no podía conseguir que él le entregase su corazón al menos le concedería la libertad, haría hasta lo imposible por llevarle de regreso a casa y levantar su proscripción.

‹‹No le abandones, Ankara. No cometas mí mismo error››.

Cerró los ojos ante el recuerdo de la voz femenina que había acudido a ella en su momento de mayor necesidad. Cuando estaba a punto de rendirse a su propio espíritu, ella la había sostenido obligándola a mantenerse en este mundo.

‹‹Eres su otra mitad, hechicera. La única que puede hacer que el corazón que yace dormido en su pecho vuelva a latir. Eres su salvación tanto como él es la tuya››.

No. No podía dejar que supiese que su vida se acababa y que muy posiblemente estuviese ya en el punto de no retorno. Su hechicero ya había sufrido demasiado a lo largo de los últimos años y ya era hora de que dejase el pasado atrás y se abriese a un nuevo futuro. Si este debía llegar después de que ella se hubiese marchado, que así fuera; la herramienta que lo haría ya estaba en sus manos, ese pergamino le concedería una segunda oportunidad.

Se estremeció ante la idea de perderle, el pensamiento de separarse de él dolía tanto o más que el hielo que la consumía, pero él era el único que podía evitarlo.

‹‹Tienes que hacer que te ame, que te entregue el corazón. Él no lo ha perdido, Ankara, solo yace dormido y anclado al pasado››.

Si solo pudiese hacérselo entender, decírselo, pero estaba obligada a callar, a mantener en silencio un secreto que muy bien podría destrozar a Radin y terminar con él y su fe para siempre.

No era racional, no era lógico, cuando más tenía que haberle odiado por todo lo que él le había hecho, por su abandono, se encontró amándole y dando gracias por su cabezonería y por arrancarla de las garras de la muerte. Para alguien que nunca había tenido nada, para alguien que nunca fue querida o deseada, la esperanza lo era todo y él, su hechicero, representaba esa esperanza.

El dolor empezó a remitir, bajó la mirada a sus manos y se encogió interiormente al ver cómo había congelado la tierra allí dónde los dedos cavaron en la tierra. El color blanco se extendía a su alrededor como una delicada alfombra cristalina, la alta hierba a su alrededor se había congelado convirtiéndose en agujas de hielo que encerraban la frágil vida vegetal. Retiró las manos con premura, se miró los dedos ahora manchados de suciedad pero libres de escarcha y suspiró agradecida.

—Gracias —musitó enviando una silenciosa plegaria a la madre tierra y a su propio espíritu.

Tomó una profunda bocanada de aire y se puso de nuevo en pie. Le temblaban las piernas, podía incluso oír los latidos cada vez más lentos de su corazón así como ver el repentino vaho que escapaba de entre sus labios abiertos a pesar de estar bajo la luz directa del sol.

Alzó el rostro hacia el astro rey, dejando que la tibieza de sus rayos le calentase la piel y se llevase con él la sensación de congelación que todavía la rodeaba. Con los ojos cerrados se permitió rememorar el calor que sentía entre los brazos masculinos, la seguridad con la que era envuelta cuando estaba con él, la dulzura que se mezclaba con el dolor cuando su propio espíritu entraba en ella y deshacía con graciosa pericia el hielo en el que su Gran Espíritu la envolvía.

‹‹¿Me necesitas?››.

La voz grave se filtró a través de sus recuerdos, esa única frase compuesta de dos palabras carente del odio o el rencor que a menudo cubría su tono.

—Sí —respondió en voz alta.

—En ese caso, deja de huir en dirección contraria —oyó su voz perfectamente clara al oído. Unos fuertes brazos la envolvieron, las cálidas palmas se posaron sobre su piel desnuda y sintió esa calidez una vez más—. Si tienes que escapar de algo, ven hacia mí, Kara. De todos los males, yo soy el conocido.

No pudo hacer menos que reír con ironía ante aquella aseveración.

—Llegará el momento en que ni siquiera tú puedas evitar que alcance mi destino —murmuró. Sus labios se curvaron con tristeza—. Ese será el momento en el que tengas que dejarme marchar.

—Ya sabes lo que opino de que te vayas de rositas.

—Sí, lo sé muy bien —suspiró—. Pero cuando ya no puedas hacer nada…

—No contengas el aliento, compañera —le susurró al oído—, siempre habrá algo que pueda hacer. Recuérdalo, Kara, si tú te vas, me llevas contigo y no estoy dispuesto a irme todavía.

Sacudió la cabeza.

—Testarudo hasta las últimas consecuencias —suspiró. Entonces se giró en sus brazos—. ¿Has hecho algo más que poner el mantel?

Sus labios se curvaron con la misma facilidad que siempre.

—Por supuesto que no, ¿dónde está la gracia de hacer lo que me pides?

Ella puso los ojos en blanco y lo empujó para apartarle. El suelo bajo sus pies crujió para luego convertirse en agua que fue filtrada por la tierra.

—Cuando la encuentre, te lo diré, Radin —aseguró alzando la mirada de nuevo hacia él—. Hasta entonces, todavía tienes mucho trabajo por hacer…

Sin más, le dio la espalda y emprendió el camino de vuelta a la sombra del árbol para empezar a encargarse del día de campo que tenía planeado.

—¿Ankara?

Ella se detuvo y se giró.

—¿Sí?

Los ojos marrones se cerraron sobre los de ella.

—Nada, no importa.

Se estaba muriendo. Radin lo supo en el mismo momento que vio el cristalino tono de sus ojos y la palidez de su piel, la barrera con la que se topó su propio espíritu al intentar alcanzarla confirmó esa suposición convirtiéndola en certeza. La estaba consumiendo, el espíritu en su interior le ganaba la partida.

Sintió su dolor casi en el mismo momento en que se apartó de él. Fue un lejano eco, pero conocía demasiado bien la forma de actuar del cuerpo femenino como para comprender sus cambios. Y entonces sintió la frialdad en la tierra cuando ella intentó drenar de alguna manera el poder que la consumía y la congelaba por dentro. La estaba perdiendo, ahora más que nunca era consciente que el final que tanto había temido estaba demasiado cerca, el Gran Espíritu del Hielo amenazaba con arrebatársela.

‹‹Llévame a casa. Llévame a dónde todo empezó››.

Aquellas palabras cobraban ahora completo sentido. No era una manera de torturarle a él, de recordarle su indeseada unión; Ankara quería regresar a casa, cerrar el círculo. Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón, desde que había encontrado aquel extraño pergamino las navidades pasadas, no podía quitárselo de la mente. Había intentado dar con alguna respuesta, averiguar quién se lo había dejado, pero hasta el momento era una investigación que lo dejaba siempre en un callejón sin salida.

—¿Vas a quedarte ahí y mirar o me echas una mano?

Su voz lo devolvió al presente, ella se había hecho cargo de preparar la mesa. La cesta estaba llena de comida, platos fríos que había debido preparar en algún momento en su ausencia, los mismos que sin duda él había rechazado sistemáticamente una y otra vez por inercia.

—¿Estás segura de que puedes con ello?

Ella parpadeó un par de veces y ladeó el rostro.

—¿Para un comida tranquila en el campo, solos tú, yo… y tu inagotable sentido del humor? Creo que puedo soportarlo.

A juzgar por su actitud, volvía a tener el control de su propio espíritu.

—Hieres mi sensibilidad.

Bufó.

—Haría falta mucho más que palabras para hacer eso, Rad —aseguró alzando sus ojos claros hacia él—. Para empezar, tendrías que tener eso que tú llamas sensibilidad.

—Hoy estás en modo dardo envenenado, hechi…

—Termina esa palabra y te clavo el tenedor en los huevos.

El arma mencionada brillaba a la luz del sol en su mano.

—Por no hablar de sanguinaria. —Casi le causaba gracia. Casi—. Sí, sin duda el aire del campo saca lo mejor de ti.

—Es tu compañía, Radin, no el aire del campo.

—Me halagas.

Ella sacudió la cabeza y sacó una botella de vino del interior de la cesta.

—Toma, haz algo de provecho y ábrela.

—¿Vino? —Una elección inesperada puesto que ella no bebía.

—Has sido tú el que dijo que primero tendría que emborracharte para que cumplieses con la parte que no querías mencionar de mi petición de un día de campo —aseguró con total inocencia—. Bueno, ya puedes empezar a beber.

Sonrió, no podía evitarlo, había momentos como aquellos en los que su hechicera dejaba la sensiblería y la dulzura a un lado, perdía la paciencia y se mostraba como una digna adversaria.

—Solo si bebes conmigo, Kara —aseguró alzando la botella—, la gracia es que ambos nos emborrachemos.

—Yo no tengo un problema con mi lista de peticiones —le recordó con un ligero encogimiento de hombros—, eres tú quien lo tiene.

Sin permitirle tiempo para una nueva respuesta, hizo la cesta a un lado y palmeó el suelo a su lado.

—Abajo, Radin —sonrió al decirlo.

Puso los ojos en blanco.

—Dime eso cuando esté sobre ti y puede que obtengas tu deseo —le soltó sin pensar.

—¿Quieres la fórmula larga? De acuerdo. Baja el culo aquí, siéntate y quédate calladito al menos durante dos minutos.

—Si todavía tienes ganas de pelear, es que estás bien —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Si llegas a necesitar una… inyección terapéutica…

Ella alzó la mano a modo de advertencia.

—Estoy bien, así que deja de preocuparte y pon freno a tu neurona sexual, que la estás obligando a hacer horas extra —insistió ella indicándole de nuevo el lugar a su lado—. En estos momentos, todo lo que necesito de ti es que tomes asiento y pases tiempo conmigo. Que te sientes a comer. Fácil, ¿no? No te he pedido que busques El Dorado, así que, ya puedes volver a respirar.

No, lo que ella pedía era mucho peor y mucho más peligroso.

Como siempre, optó por hacer lo que le venía en gana, que resultó en sentarse con la espalda pegada al troco del árbol y lo suficiente lejos de ella como para irritarla.

—Hombres —la escuchó rezongar.

—Sí, tengo la enorme fortuna de pertenecer a ese sexo.

—Sí, una inmensa fortuna —aseguró prestando atención ahora a las viandas dispuestas sobre el mantel—. Casi tanta como la mía de no pertenecer a él.

No hizo comentario alguno ante el tono con el que pronunció tales palabras.

—¿Y bien? ¿Piensas decirme al menos dónde estamos? —preguntó al tiempo que le tendía un plato de plástico y un tenedor.

—El misterio es parte añadida del encanto de este lugar —repuso y aceptó lo que le ofrecía—. Si te lo desvelase, dejaría de tener el mismo impacto sobre ti.

—¿Contigo de por medio? —se rio con desgana al tiempo que se preparaba su propio plato—. Incluso la mazmorra más sucia tendría el mismo impacto.

Se mordió una involuntaria sonrisa y procedió a dar cuenta de su comida en un cómodo silencio que solo fue interrumpido con alguna que otra anécdota, recuerdo o pregunta.

Desde la noche anterior en la que se había abierto a ella respondiendo cada una de sus inquietudes, Ankara parecía haber perdido algo… el temor o la inseguridad que hasta el momento la había acompañado. Aunque quizá ello obedeciese más a su estado que a la obtención de respuestas.

—¿Alguna vez te has planteado volver a verla?

La pregunta lo cogió por sorpresa.

—¿A quién?

Los ojos claros se encontraron con los suyos.

—A *ella*.

El silencio se instaló de nuevo entre ellos, un momento incómodo y extraño.

—Si yo no estuviera tú podrías…

—Pero lo estás.

La vio morderse el labio inferior, apartó la mirada y se tomó un momento para saborear su comida.

—Pero no viviré eternamente.

Él se encogió de hombros.

—Nadie vive eternamente, Kara, puedes sobrevivir pero no vivir —puntualizó—. Son dos términos que a menudo se confunden… pero tú y yo sabemos qué hay en realidad, ¿no es así?

Se encontró con los ojos claros, un suave sonrojo tiñéndole las pálidas mejillas.

—Sí, lo sabemos demasiado bien —continuó. Miró la botella de vino y con un simple gesto y un par de palabras hizo desaparecer el corcho y presentó sendas copas ante él las cuales rellenó del líquido rojizo—. Por la supervivencia.

Ella tomó la copa que le tendía y tras mirarla con detenimiento la alzó hacia él a modo de brindis.

—Y por la esperanza —declaró en voz baja—, porque esta nos acompañe cuando nada más lo haga.

Asintiendo, tomó un trago del vino y la bajó para mirarla a ella.

—¿Crees que ya podemos tachar otro punto de tu lista?

Ella dejó la copa a un lado, intentando que se mantuviese en equilibrio para luego levantarse y cruzar la distancia que los separaba. Sin mediar palabra se dejó caer a su lado y se apoyó contra él.

—Quizá dentro de un rato —declaró moviéndole el brazo para poder acurrucarse a su costado—, un largo rato.

Debería haber protestado, dedicarle un comentario mordaz como poco, pero cuando lo tuvo pegada a él, tan pálida y visiblemente agotada, no pudo hacer más que abrazarla.

—Deberías haber esperado a que hubiese vaciado al menos la mitad de la botella para esto.

Ella suspiró y se apretó más contra él.

—Todavía estás a tiempo de hacerlo —aseguró sin moverse.

Sacudió la cabeza.

—Un día serás mi perdición.

—Cuando llegue ese día, anótalo en el calendario —le sugirió alzando el rostro hacia él—. Será uno digno de rememorar.

La tranquilidad del lugar unido al calorcillo del día y el trino de los pájaros era uno de los mejores sedantes naturales que conocía. Radin ni siquiera se movió, acomodó su postura de modo que pudiese alcanzar igualmente la botella de vino y los sándwiches que quedaban y se limitó a servirle de apoyo. Su temperatura corporal como siempre era elevada, el calor se filtraba a través de su ropa hacia ella y la entibiaba, en circunstancias normales, eso habría servido para mantener el frío helado que provocaba su espíritu alejado de ella, pero ahora apenas podía derretir la capa superficial en su piel.

Los largos y cálidos dedos rodearon los suyos y le frotaron las yemas, un bajo gruñido escapó de la garganta de su acompañante cuando los alzó para contemplarlos.

—Estás fría, tienes las uñas demasiado blancas y escarcha en las yemas —enumeró y se revolvió a su espalda—. Deja salir al espíritu, drena un poco tu poder, te contendré si hace falta.

Se volvió hacia él para mirarle a la cara.

—Hazlo, Kara.

Suspiró. Aquel era un ejercicio que había practicado a menudo después de que él la obligase a regresar del infierno helado en el que había caído. Un juego inofensivo y le permitía drenar parte de la frialdad que se apoderaba de su cuerpo.

—Creemos castillos de hielo para princesas y dragones imaginarios —murmuró.

Extendió las manos hacia delante, un resignado suspiro escapó de entre sus labios cuando sus manos comenzaron una lenta danza en el aire. Con cada movimiento creaba una helada corriente de aire, movía las partículas y las unía hasta crear una película de nieve moviéndola cual gimnasta mueve una cinta en el aire creando piruetas. Se levantó. Necesitaba distanciarse del calor de Radin, el espíritu en su interior la urgía a extraer más de su poder, a dejar salir el hielo y cubrir cada centímetro a su alrededor.

—Concéntrate, Kara. —La voz siempre presente de su compañero la estabilizó. Se obligó a abrir los ojos y no sucumbir a la canción de Chilaili—. Guíalo, sujeta sus riendas y oblígalo a cumplir con tus deseos.

Podía sentir cómo su cuerpo era envuelto por la ventisca que solo habitaba en su interior, sus manos dibujaban formas en el aire, moviendo la nieve a su antojo, creando siluetas y figuras bajo un cielo totalmente despejado bajo los rayos directos de un sol que ni siquiera la calentaba.

—La Reina de las Nieves —murmuró. Empezó a caminar, cada paso rompía la escarcha que se había formado en el suelo a sus pies—, sola y abandonada, atada con cadenas invisibles, con un corazón convertido en hielo y alimentado con soledad… Es curioso como Andersen la retrata como una hechicera, como la mala del cuento, ¿no podría ser simplemente una víctima más de las circunstancias?

Alzó las manos y dejó escapar el aire al tiempo que permitía que las volutas de nieve que giraban ante ella se expandieran y estallaran creando nuevos castillos en el aire.

—Aurora de hielo… —continuó con su monólogo. Era perfectamente consciente de la mirada *Vigilante* de su otra mitad a pocos pasos de ella, cual halcón dispuesto a bajar sobre su presa si esta se le escapa—, recuerdo a las gentes de la tribu llamarme así entre susurros. ¿Sabías que nací con la aurora? *Ella* siempre me decía que era un don, pero qué cosa puede considerarse un don cuando no hace otra cosa que traer consigo muerte y desgracia.

La hierba a su alrededor empezó a convertirse en agujas de hielo, la pequeña ventisca que había creado se movía como un diminuto torbellino congelando todo a su paso, cristalizando incluso el suelo por a sus pies.

—Soy la emisaria de la muerte y es la muerte lo que llevo en mi interior.

Notó el tirón del fuego a su espalda incluso antes de sentir los dedos de Radin acariciándole el cuello.

—Concéntrate en mantener el círculo estable —la aleccionó como había hecho desde el primer minuto en que se tomó en serio el papel de maestro—. No dejes que el hielo se extienda más allá de tu control, repliégalo y mantenlo dentro de la zona que ya has congelado.

Cerró los ojos degustando la sensación de su toque, ese punto de doloroso calor sobre su piel. Dolía, su contacto dolía pero era una de las pocas cosas que la hacían consciente de que todavía estaba viva, que no había perdido la batalla.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Oyó el crujido de la escarcha bajo sus pies, así como el movimiento de su mano hasta que sus miradas se encontraron.

—¿Estoy obligado a responder?

Extendió las manos en un acto final, haciendo explosionar su poder y creando una última cortina de nieve confeti que cayó sobre el páramo derritiéndose bajo la calidez del día.

—No.

—¿De veras? —La sorpresa era palpable en su voz.

—De veras.

Se giró por completo hacia él.

—Has conseguido intrigarme, continúa.

Sonrió a su pesar.

—Esa es una aceptación que no escucho muy a menudo viniendo de ti —aceptó. Bajó la mirada a sus manos y respiró tranquila al ver que el hielo se había ido; por el momento—. Lo consideraré un logro.

Correspondió a sus palabras con la ironía de siempre.

—¿Debería sentirme impresionado?

—Solo pongo en práctica lo que he aprendido de ti, Radin. —Se encogió de hombros.

—Ya lo he visto —declaró indicando el inmediato círculo que se extendía alrededor de ambos completamente congelado—. De acuerdo, me tienes en el bolsillo, dispara.

—Necesito que me hagas una promesa.

Él frunció el ceño.

—Eso no es una pregunta, es una afirmación, irritante, pero afirmación a fin de cuentas.

—La pregunta viene ahora.

Asintió en espera de sus palabras, sin embargo su atención pasó a la de quebrar el hielo creado alrededor de ambos con su propio poder.

—Si llega a ocurrirme algo, si por el motivo que sea me pierdo para siempre, ¿me llevarás

a casa?

La inesperada pregunta recuperó su atención.

—¿Me llevarás al lugar en el que todo comenzó? —Le sostuvo la mirada. Necesitaba ver la respuesta, la verdadera respuesta en sus ojos.

Lo notó vacilar, vio en sus ojos ese breve brillo que a menudo hablaba de secretos.

—Estamos proscritos, fuimos desterrados… no hay una tierra que reclamar como hogar, ya no Ankara.

Dio un paso adelante, invadió su espacio personal, percibió su calor, se envolvió en su aroma buscando el valor que necesitaba.

—El destierro surgió por mi culpa, por la muerte y el caos que provocaron mi despertar, la incertidumbre y el miedo que mi presencia sembró —comentó—, pero toda amenaza deja de tener validez cuando muere… cuando desaparece para siempre.

El frunció el ceño, casi podía ver cómo giraban los engranajes de su cerebro.

—No volveré allí, Kara, ninguno de los dos lo hará —negó. Su voz un lejano eco del pasado—. Los nombres con los que nacimos murieron en aquellos días, el hombre y la mujer que éramos murieron en el instante en que despertaron nuestros espíritus. Ahora somos nómadas, parias sin hogar, linaje o raíces que reclamar.

—¿Y si pudieras volver a reclamarlas, Radin? —se acercó a él, aferrando la tela de su camisa con intensidad. Él miró su mano, luego a ella y la obligó a soltarle.

De nuevo ese brillo en sus ojos.

—Habla claro, *hechicera* —la fulminó con la mirada—. ¿Qué es lo que no me estás diciendo? ¿Qué es lo que no te atreves a pronunciar?

Bajó la mirada, solo un momento, entonces sacudió la cabeza y volvió a clavarla en él.

—Necesito volver a las tierras de *mi* tribu —aceptó sin dudar—, y desafiaré a la misma muerte si es necesario para regresar allí una última vez. Así que, respóndeme Radin. Si algo me pasara, si no pudiese llegar por mis propios medios, ¿me llevarías allí?

—Me estás pidiendo que te sentencie a muerte —le recordó con rabia—, y no evité que te marcharas la primera vez como para entregarte ahora tal liberación. No Ankara, no obtendrás tal sentencia de mi mano.

Negó con la cabeza y se llevó la mano al corazón.

—Radin, la sentencia ya se está llevando a cabo —musitó reteniendo la creciente angustia nacida en su pecho—. La muerte ya ha llamado a mi puerta y ha reclamado lo que tú no has querido poseer; mi corazón.

—Kara…

—No —no le permitió interrumpirla o esgrimir cualquier otro argumento—. Sabes que digo la verdad, acabas de verlo con tus propios ojos. Mírame, contempla mis ojos, estoy perdiendo la batalla. Ya no hay vuelta atrás, el espíritu ha reclamado mi corazón y no lo soltará hasta que sea un pedazo de hielo y yo solo una cáscara vacía.

Negó con la cabeza.

—Prométemelo, Radin, si no puedo hacerlo por mí misma, prométeme que me llevarás a casa —insistió.

Sus ojos se entrecerraron sobre los de ella.

—No hago promesas que no puedo cumplir.

Ella sonrió, la ironía que envolvía sus palabras era ajena para él.

—Pero la has hecho, cuando firmaste el contrato, accediste a hacer realidad mis tres mayores anhelos —le recordó. Sus ojos marrones se oscurecieron—. Quiero volver a casa,

Radin, aunque sea lo último que haga, quiero cerrar el círculo y…

Él sacudió la cabeza, no estaba dispuesto a aceptar aquello.

—¿Cuánto tiempo?

—Eso no es…

—¡Cuánto tiempo, maldita sea!

Le sostuvo la mirada, se limitó a sostenerle la maldita mirada.

—Radin, no puedes mandar sobre la vida y la muerte, este es mi destino…

—No.

Ella suspiró.

—¿Por qué has esperado hasta ahora? ¡Maldita sea, Kara! Debiste decírmelo enseguida —se quejó.

—¿Y de qué habría servido?

Sus ojos se entrecerraron sobre los de ella.

—No te dejaré ir.

—No podrás evitarlo, ya nadie puede hacerlo.

CAPÍTULO 23

—Sabías que antes o después este momento llegaría.

Radin dejó de pasearse de un lado a otro y se encontró cara a cara con los ojos azules de su *Vigilante*. Naziel cruzó la arcada que daba entrada a la sala principal del Gremio de Arcontes, vestido totalmente de negro, con las alas plegadas a la espalda y los vibrantes ojos azules clavados en él poseía la serenidad de un maldito *Doberman* y con la misma peligrosa apariencia.

—Se te avisó una y otra vez —continuó el ángel hasta quedarse frente a él—, pero te has empeñado en hacer oídos sordos a cada uno de nuestros intentos por hacerte ver la realidad.

Aquello no es lo que quería oír, no deseaba ver la veracidad de sus palabras en los ojos del Arconte, quería poder dar media vuelta y hacer de cuenta que jamás las había escuchado, pero al mismo tiempo no podía dejar de ser consciente del hecho de que este momento llegaría.

—¿Por qué? Tan solo dime por qué, ¡maldita sea!

Naziel expuso lo obvio.

—Sabías que este momento llamaría a tu puerta antes o después.

Se sintió herido al escuchar sus palabras, al oír la certeza en su voz.

—Y tal parece que tú conocías el momento exacto en el que lo haría —lo miró acusador —. ¿Desde cuándo?

—Radin…

—¡¿Desde cuándo?!

El ángel suspiró.

—Tu hechicera es casi tan buena como tú en guardar secretos —le dijo con tranquilidad —. Nada hubiese cambiado si hubiese sido antes o después.

—¿Cuánto le queda?

Luchó por mantener su poder bajo control, su espíritu le incendiaba la sangre, podía notar cómo toda su piel emanaba un calor sobrenatural que quemaría a cualquiera que tuviese la mala idea de ponerle un solo dedo encima.

—Su corazón ha sido alcanzado por el hielo —respondió con tranquilidad—. Se irá apagando poco a poco, llegará el momento en que no pueda detener a su espíritu. No le queda mucho tiempo.

‹‹No le queda mucho tiempo››. Aquella no era una respuesta satisfactoria, como tampoco lo había sido la que obtuvo de ella después de que se enzarzaran en una batalla dialéctica en medio del páramo. La puesta de sol que ella anhelaba se había teñido de dolor, gritos y culpas, Ankara había dejado caer una pesada carga sobre sus hombros; su propia muerte.

No podía perderla, no de esa manera. No era justo, no le concedería la libertad que tanto anhelaba cuando esta solo traería consigo un nuevo infierno para él.

‹‹No podrás evitarlo, ya nadie puede hacerlo››. —Le había dicho—. *Míralo de esta manera, al menos mi muerte traerá consigo tu libertad.*

‹‹¿Mi libertad? Mi maldita alma está atada a la tuya, hechicera. En el momento en que tú dejes de existir, mi condena será eterna. ¿Qué clase de libertad crees que tendré entonces? No, Ankara. No hay libertad para ninguno de los dos, ¡nunca la hubo!››.

Se negaba a aceptar tal destino, tenía que existir alguna cláusula, algo que pudiese hacer

para evitar tal desenlace.

—Tiene que haber algo que podamos hacer… —reclamó mirando a Naziel—. No puedo perderla… ¡No se lo merece! ¡No merece esa clase de libertad!

Los ojos de su *Vigilante* se angostaron, el brillo en ellos se convirtió en sobrenatural.

—Sigues culpándola por tus propios errores —murmuró con voz baja y totalmente tranquila—. ¿Cuándo aprenderás a verla por lo que es y no por lo que el destino quiso que fuera?

Caminó hacia él sin importarle su actual estado. El Arconte era uno de los pocos seres que podía estar a su alrededor sin que saliese perjudicado por el poder de los hechiceros.

—Deja de pensar en lo que todavía no ha llegado y limítate a vivir el presente. Tienes un contrato con el que cumplir —le aconsejó—. Por una vez, piensa en ella antes que en ti y concédele lo que desea. Quizá sea la última oportunidad que tengas de conciliarte con tu propio destino.

Sus palabras lo atravesaron con el poder que contenían, con la verdad subyacente en ellas. No lo aceptaba, no quería aceptarlo. Ella no podía huir de esa manera, no podía dejarle solo para pactar con un destino peor que la muerte. La necesitaba; si él tenía que sufrir, era sino de Ankara sufrir con él.

—Vuelve con ella —insistió el ángel. La mano cayó sobre su hombro en un gesto de apoyo—, por una vez, deja el pasado a un lado y abre los ojos a lo que tienes. No dejes que llegue el mañana antes de tiempo, hechicero, incluso tú necesitas ser perdonado y dejar de flagelarte a ti mismo.

—No la dejaré ir —declaró con fiereza. Una promesa que contenía todo el poder de su alma—, así tenga que arrancarla de las mismísimas garras de la muerte, no le concederé su libertad.

El ángel suspiró.

—No está en tus manos decidir por ella, Radin —le informó—. Lo estuvo el amarla, y sin embargo te decidiste a odiarla. Tú eras el único que podía evitar el desastre que se está cerniendo sobre ambos, pero preferiste dejarlo atrás y continuar por un camino demasiado difícil de seguir. Ahora es demasiado tarde, hechicero, demasiado tarde.

Se estremeció al sentir el poder del hombre apaciguando a su espíritu.

—La medianoche se acerca —le apretó el hombro—, si te importa aunque solo sea un poco, regresa con ella y concédele por una sola noche, aquello que siempre debió ser suyo.

Dio un paso atrás liberándose del apaciguador contacto, necesitaba seguir entero, no podía permitirse sucumbir ahora o él mismo acabaría destrozado.

—Ella y yo tenemos una penitencia eterna, Naziel —replicó—. Nada de lo que ocurra podrá borrar eso, ni siquiera la muerte.

—No, la muerte no lo borrará —aceptó el ángel—, pero sí hay algo que podría ayudarte a mitigar esa penitencia si tan solo te atreves a aferrarte a ello.

Apretó los dientes, reacio a pensar siquiera en ello.

—Prefiero seguir con mi penitencia a terminar condenado de esa manera —declaró.

—Ah, hechicero, tú podrías dar una nueva definición a la palabra testarudez —chasqueó la lengua—. Ten cuidado, Radin, cuanto más alto nos elevamos, más dura es la caída.

No esperó a escuchar más, no deseaba hacerlo, el permanecer en presencia del Arconte y escuchar la verdad de sus labios no haría otra cosa que hundirle más en la espiral de desesperación que empezó a palpitar en su pecho.

—No la dejaré ir, Naziel —declaró clavando los ojos en los del *Vigilante*—, nunca le daré la libertad.

No lo haría, así tuviese que arrancarla una vez más de las garras del maldito infierno, no permitiría que le abandonase.

Todo se desmoronaba a su alrededor, daba lo mismo lo que hiciera, la realidad estaba ante sus ojos, siempre lo había estado y por más que sintiese la necesidad de cambiarla, de cambiarlo a él, no podría hacerlo. Radin estaba demasiado sumergido en el pasado, el dolor y la renuncia a todo lo que una vez fue suyo pesaba demasiado en el alma del hechicero. A sus ojos, ella era la única culpable de su suerte, de todas y cada una de las piedras con las que se había encontrado en su camino. No importaba lo mucho que intentase hacerle ver la verdad, la sinceridad con la que le confesaba sus sentimientos, el hechicero tendía a despreciar cualquier muestra de cariño o afecto que venía de ella a la menor oportunidad.

—No podré aguantar mucho más —murmuró para sí. Sus dedos se cerraron alrededor de la taza de té que se había preparado más temprano.

La discusión los había llevado a gritarse y herirse mutuamente, destruyendo el momento del que habían disfrutado previamente. Radin estaba empeñado en continuar con una venganza que nada les había reportado a ninguno, un pago que solo traía consigo dolor.

Su tiempo se agotaba, esa era la verdad. Podía sentir en su interior como su espíritu crecía dejando paso al frío que la consumía. Le dolía el pecho allí dónde su corazón se congelaba con celeridad, en las últimas horas había llegado a sentir un continuo frío que no era capaz de alejar con nada y el único que quizá pudiese darle alivio se había marchado dejándola sola una vez más.

—¿Por qué no me quieres aunque solo sea un poquito? —musitó cruzando los brazos sobre la mesa para luego ocultar el rostro en su hueco—. Si tuviese más tiempo… si tan solo tuviese más tiempo, llegarías a hacerlo, Radin, no importa lo mucho que me odies, al final tendrías que amarme.

Su amor, la única cosa que jamás obtendría de él. Para la hechicera solo había dolor, odio y rencor. Para ella solo existía la desidia, la penitencia y el castigo que él se empeñaba en imponerle, no quería amarla, ni siquiera se atrevía a mostrar algo más que piedad y solo cuando su cercanía e intimidad los desnudaba dejándolos alma con alma.

El reloj de la cocina marcó la medianoche con aquel irascible sonido, alzó el rostro y permitió que una solitaria lágrima le resbalase por la mejilla.

—Eres un tonto, Radin, un maldito tonto —musitó dejando que otra lágrima siguiese a la anterior—. Lo prometiste… tres días, solo te he pedido tres días...

—Y eso es todo lo que obtendrás de mí.

Su voz la sobresaltó, se giró y lo vio en el umbral de la puerta, contemplándola.

—Llegas tarde —musitó.

Él se limitó a encogerse de hombros al tiempo que caminaba hacia ella.

—La puntualidad nunca ha sido mi fuerte —declaró sombrío—. Todavía estás a tiempo de terminar con esta estupidez, Kara. Deshaz el contrato. Retráctate de tus palabras.

Jamás. Pensó con firmeza. Si aquella era la única forma que existía de tenerle aunque fuese solamente unas horas, no renunciaría a ello.

—No.

Lo vio negar con la cabeza.

—Esto no va a cambiar las cosas, sabes que no lo hará.

Se lamió los labios.

—Tengo que intentarlo, así sea la última cosa que haga, debo intentarlo.

Él le acarició la mejilla con los dedos, pudo sentir la tibieza en sus yemas mientras las resbalaba sobre su piel.

—No obtendrás de mí lo que buscas, hechicera —le dijo con suavidad—. Todo lo que puedo darte es… esto.

Asintió.

—Tendrá que ser suficiente, Radin —respondió poniéndose en pie—. No creo tener tiempo para mucho más.

La contempló durante unos instantes en silencio, entonces asintió.

—No voy a dejarte ir. —Sus palabras eran una declaración territorial—. No obtendrás tal libertad.

Ella suspiró.

—Ojalá pudieses hacer realidad esas palabras —musitó—, porque el infierno parece incluso un lugar cálido si te tengo conmigo.

La mano que le acariciaba el rostro descendió hasta posarse sobre su seno, allí dónde su congelado corazón se esforzaba por latir.

—Ya es medianoche, mi hechicera —murmuró él—. ¿Qué es lo que deseas, Kara? ¿Qué es lo que anhela tu corazón?

Se lamió los labios.

—Sentirme amada. —Una solitaria lágrima discurrió por su mejilla—. Hazme el amor, Radin, solo… solo por esta noche, finge que me amas…

Su mirada se oscureció ligeramente presa del deseo y algo más.

—Solo por esta noche, Kara —aceptó y ella pudo sentir como el Pacto los anclaba a aquella nueva petición—. Solo por esta noche.

CAPÍTULO 24

—¿Desde cuándo tenemos chimenea en el apartamento?

Radin no se molestó en mirar hacia atrás, sabía que el salón había cambiado, dónde originalmente estaba la televisión ahora se encontraba un hogar de leña, podía sentir ya el calor emanando de las llamas que danzaban al compás de sus emociones. Frente a la misma, cubriendo el suelo había una mullida manta de pelo blanco del mismo color que la nieve recién caída, y en pequeñas bandejas con agua, velas aromáticas perfumaban el ambiente dotando a la habitación de un aire íntimo y romántico.

—Solo por esta noche —le recordó sus propias palabras al tiempo que le tendía la mano —. Si he de hacer esto, hagámoslo bien.

No se le escapó el brillo que iluminó por un breve instante los ojos de Ankara, la vio parpadear varias veces para alejar intuía que las lágrimas. Su pequeña hechicera podía ser realmente transparente en sus deseos, en la manera en que reaccionaba a aquella insignificante puesta en escena que obviamente para ella significaba un mundo.

—Sí, sin duda es perfecto —murmuró ella. La suave y fría mano se posó en la suya, cerró los dedos alrededor y la atrajo lentamente hacia él—. Gracias, Radin.

Negó con la cabeza.

—Nunca, bajo ninguna circunstancia, me des las gracias por acostarme contigo —la aleccionó—. Es algo de lo que muy a mi pesar, disfruto.

La vio lamerse los labios.

—No lo decía por eso —aseguró ella, sus labios se curvaron suavemente—, sino por todo lo demás.

Se limitó a gruñir en respuesta, bajó la mirada sobre su cuerpo y con un solo pensamiento la despojó de toda la ropa dejándola únicamente con el conjunto de lencería que había elegido para ella en el centro comercial.

—Sabía que ese era tu color —aseguró dibujando con el dedo el borde del sujetador—, tienes la piel cada vez más blanca.

Ella se estremeció bajo sus caricias pero guardó silencio, permanecía en pie, frente a él como una magnífica estatua de mármol; solo que esta estatua respiraba. El subir y bajar de la respiración se reflejaba en sus pechos.

Hundió los dedos en el largo pelo rubio y lo soltó de la trenza en la que ella a menudo lo llevaba recogido. Largos y ondulados mechones se desplegaron sobre sus hombros, le acariciaron los brazos y los senos llegando casi a cubrirlos. Su tacto era suave, satinado y olía a flores silvestres en medio de un bosque nevado. Toda ella estaba envuelta por ese peculiar aroma, uno que reconocería en cualquier lugar.

—Me gusta como hueles —declaró inclinándose sobre el hueco que unía su cuello con el hombro y aspirando el suave aroma en su piel—, es un aroma único en ti —deslizó el rostro por la delicada columna del cuello arrancándole un estremecimiento—, igual que aquella primera vez.

Todo el cuerpo femenino tembló ante sus palabras, se apartó y sus ojos se encontraron en una silenciosa comunión. Ella también recordaba aquellas tres primeras noches, en medio de la

febril necesidad la había amado, atesorado, cuidado de la niña-mujer que encendía sus sentidos.

—Pero nunca volverá a ser como entonces, ¿verdad? —se encontró preguntando. Ya no existía aquella inocencia entre ellos, no existía el futuro que los llevaría a abandonar su hogar y vagar como nómadas.

Para su sorpresa, ella le cubrió la barbuda mejilla con la palma de la mano.

—Ya no somos los mismos que entonces —le susurró ella—, nunca seremos los mismos… pero todavía podemos rescatar lo que quiera que nos unió.

Ladeó el rostro frotándose contra su mano, entonces la capturó con la suya y se la llevó a los labios posando un suave beso sobre la parte interior de la muñeca.

—Solo por esta noche —insistió. Aquello obedecía más a la necesidad de recordárselo a sí mismo que a ella.

Ella asintió y se lamió los labios.

—Solo por esta noche.

Observó su cuerpo, deleitándose en cada curva, cada recoveco, reconociendo aquella pequeña cicatriz en el hombro, la suave línea que le cubría un lado del vientre o el pájaro oscuro que se llevaba tatuado sobre la cadera. Los suculentos pechos llenaban las copas del sujetador, los pezones se adivinaban ya empujando contra la tela, pero sin duda, lo que lo hacía salivar era el diminuto triángulo de tela que componían las braguitas y que ocultaba el nido de rizos blanquecinos que le decoraba el pubis; se había negado en rotundo a que se depilara aquella zona, en ella resultaba muy erótico, un pálido contraste entre su piel y el vello. Su cuerpo era una escultura de hielo, el tono blanquecino de su piel y pelo la convertían en la representación perfecta de la Reina de las Nieves; su hechicera de hielo.

—Eres muy hermosa, Kara —la agasajó. No era un simple halago, si no la verdad. Era una mujer preciosa, exótica a su manera.

Sus ojos se encontraron y vio en ellos la sombra que la perseguía, la que deseaba arrebatársela y alejarla para siempre de él.

‹‹No dejaré que la alejes de mí, Chilaili. Es mía, mi hechicera, no la entregaré a nadie››.

Su propio espíritu ardió en su interior en silencioso acuerdo, *Keezheekoni* la consideraba ya suya, el recipiente en el que sabía podía ahogar su sed.

Le cubrió la boca, reclamó sus labios sin pensar en ello. La necesidad de hacerlo lo abrumaba, quería que ella supiese sin palabras que no la dejaría partir, así tuviese que ir a buscarla al mismísimo infierno, ella no se liberaría de la penitencia que les había sido impuesta a ambos. La penetró con la lengua, buscó la suya y ella respondió en consecuencia, ofreciéndose tan generosamente como siempre. La sintió temblar, su suave y mullido cuerpo pegándose al suyo mientras se aferraba a sus hombros y le devolvía el beso con el mismo ardor que encendía su cuerpo.

Rompió el beso con un jadeo, sus ojos se encontraron de nuevo sin necesidad de palabras, la besó una vez más, un suave roce de labios que continuó con un erótico descenso por su piel. Deslizó lentamente los tirantes del sujetador a un lado, aflojando las copas que a duras penas contenían sus pechos, le mordisqueó la blanda carne, delimitó con la lengua el borde de la tela provocándole escalofríos y por fin dejó que el cierre frontal del sujetador se abriera para dejar libres aquellas dos hermosuras.

—Uno de los mejores inventos de todos los tiempos —murmuró dedicándole una mirada maliciosa—. Los broches delanteros.

Se relamió, adoraba sus pechos. No le cabía duda, era un hombre de pechos y los suyos siempre le provocaban hambre. Le acarició los pezones con la lengua, una delicada caricia que

no llegó a profundizar, se limitó a atormentarla con breves toques, un juego que no hacía más que aumentar el deseo entre ambos.

Se obligó a abandonar su fruta favorita al sentir un tirón en la entrepierna, su sexo protestaba encerrado tras la cremallera de los pantalones de cuero, no necesitaba mirar hacia abajo para saber que tenía una erección de campeonato; esa mujer siempre se la proporcionaba.

Se lamió los labios y continuó bajando ahora por su estómago, dejó tras de sí una línea de besos y lametones que a menudo le arrancaban cosquillas, jugó con su ombligo un segundo antes de encontrarse cara a cara con la tela que le cubría el pubis.

—Esto también nos sobra.

Tiró muy lentamente de la prenda, arrastrándola sobre sus caderas para deslizarla finalmente por sus piernas hasta el suelo. Diligente, ella alzó primero un pie y luego el otro.

Se relamió interiormente, la visión de su cuerpo desde esa posición a sus pies era embriagadora.

—Tú sigues vestido —le recordó oportunamente ella.

Sonrió y empezó a enderezarse lentamente, casi de manera perezosa.

—Eso tiene fácil solución.

Para cuando volvió a estar a la altura de sus labios, estaba tan desnudo como ella. Libre de restricciones, su erección quedó íntimamente acunada contra su estómago en el momento en que volvió a reclamarle la boca. Le lamió los labios, le acarició el labio inferior, lo atrapó entre los dientes y tironeó suavemente antes de lamerlo otra vez. El gemido de respuesta en ella llegó acompañado de la dulce lengua respondiendo a su acometida, igualándose a su hambre.

El suave cuerpo se adaptaba perfectamente al suyo, sus curvas encajaban perfectamente y lo hacían plenamente consciente de su cercanía y del hambre que habitaba en su interior.

La recorrió con las manos, le acarició la espalda mientras cambiaba de ángulo para devorarle la boca con nueva ansiedad. No era capaz de saciarse de ella, se encontró hambriento de sus caricias, necesitado de prodigarle el mismo cariño que recibía de ella. Sentía la necesidad… de amarla.

Tan loco como sonaba aquello en su mente, esa necesidad era real y estaba ahí. ¡Maldito Pacto!

Se obligó a apartar esa línea de pensamientos y concentrarse en lo que realmente le apetecía; satisfacer la lujuria. Deslizó las manos por la delicada espalda, pasó la línea de los riñones y llegó a las redondeadas nalgas que no dudó en magrear. Sus manos parecían seguir una línea de pensamiento propia, ya que se encontró buscando su sexo desde atrás, deslizando los dedos entre las tersas mejillas de su bonito culo hasta toparse con la humedad que ya bañaba su sexo. Le acarició con un dedo la tierna carne, su cuerpo reaccionó al instante con un delicado estremecimiento y un pequeño gemido que capturó su boca.

La dejó recuperar el aliento, sus labios estaban ahora hinchados y rosados, y poseía un bonito rubor que le cubría las mejillas.

—Me encanta cómo lloras por mí —le susurró al oído—. Te mojas de una forma absolutamente deliciosa.

Ladeó la cabeza y le capturó el lóbulo de la oreja entre los dientes, jugando con ella y recreándose en sus pequeños y deliciosos gemidos.

—Te deseo, Kara. —Dejó caer las palabras con un suave susurro—. Quiero enterrarme entre tus piernas y escucharte gemir mientras lo hago, quiero hacerte mía hasta que no haya lugar para nada más en tu interior. Quiero que me respires, que me sientas, que nunca puedas sacarme de tu piel… un castigo apropiado para el infierno en el que estamos metidos.

Se estremeció entre sus brazos.

—Yo solo quiero que me ames —musitó ella en respuesta—. Solo tú. Solo esta noche. Por favor…

Enterró los dedos en la rubia melena y la obligó a echar atrás la cabeza de modo que pudiesen estar de nuevo cara a cara.

—Solo por esta noche… —la empujó con suavidad, conduciendo sus pasos hacia la improvisada cama frente a la chimenea—, solo tú.

La llevó al suelo con suavidad, la mullida y decadente manta de pelo la recibió como si aquel fuese el marco perfecto para ella, una pálida ninfa de las nieves dispuesta a torturarle con su presencia y su recuerdo.

—No me odies por la mañana.

La inesperada súplica en su voz lo tomó por sorpresa. El dolor y la esperanza que vio en sus ojos fueron como un cuchillo directo al corazón.

—Solo recuérdame —insistió ella cogiéndole el rostro entre las manos—. Solo recuerda esto, Radin, nada más que esta noche.

Notó sus labios sobre los suyos, un cálido y al mismo tiempo dulce beso que lo hizo temblar por dentro.

—Como siempre, pides demasiado —se obligó a responder con la misma ironía de siempre. Se tumbó sobre ella, cubriéndola con su cuerpo, apoyando su peso en los antebrazos mientras la miraba—. ¿Cuándo aprenderás a conformarte con lo que te doy?

Ella se lamió los labios.

—Cuando me ames —aseguró con un suspiro—. Me conformaré cuando me ames.

Negó con la cabeza y le besó la nariz.

—En un mundo libre del destino, quizá pudiera hacerlo, Kara —aceptó besando ahora sus labios—, pero este no es precisamente ese mundo.

Ella le devolvió el beso. Pequeñas caricias, suaves toques aquí y allá mientras disfrutaban de estar piel con piel.

—Por esta noche, finge que lo es —pidió—, finge que me amas.

No quiso responder, no había palabras que pudiesen dar respuesta a su petición. Se limitó a besarla, reclamó su boca con lentitud, recreándose en su sabor, en la sensación del suave y mullido cuerpo bajo el suyo. Sus pechos se rozaban con el suyo con cada movimiento, podía notar sus pezones duros, dispuestos para su disfrute, pero se encontró incapaz de abandonar su boca. Deseaba bebérsela entera, disfrutar de su sabor como si después de entonces no pudiese volver a hacerlo. Y no lo haría, no en los mismos términos que esta noche.

—Ábrete para mí —ronroneó, le lamió los labios y buscó su mirada—, déjame entrar.

El color en sus mejillas aumentó, pero no vaciló en separar las piernas para hacerle sitio. Su pene ya estaba hinchado y grueso, listo para enterrarse en esa aterciopelada vaina que prometía acogerlo en su interior. La necesitaba, la deseaba casi tanto como ella lo necesitaba a él, su primer impulso era penetrarla sin más, conducirse hasta lo más hondo y montarla a placer, pero esa noche le había prometido más y aún si mañana se arrepentía por ello, se lo daría.

Se condujo a si mismo entre sus piernas, posicionó la cabeza de su polla en la húmeda entrada y empujó con suavidad, deleitándose con cada centímetro de él que ella acogía en su interior. Estaba tan apretada, tan mojada, que le costó toda su fuerza de voluntad no sucumbir y follarla sin más.

—Me haces perder la cabeza —confesó.

La respuesta femenina fue alzar las caderas para salirle al encuentro, sus piernas se

enroscaron a su cintura uniéndolos íntimamente.

—Me alegro.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Rodéame el cuello con los brazos y sujétate —la instruyó.

Ella no vaciló y siguió sus instrucciones, lo que le permitió incorporarse hasta terminar sentándose y con ella íntimamente unida a él.

—Radin —jadeó su nombre.

Resbaló las manos por su cuerpo, acariciándola, deleitándose con la íntima unión que les permitía mirarse a los ojos.

—Suave, hechicera —le acarició la oreja con los labios—. Mírame, Kara, quiero ver tus ojos mientras te tomo.

Y lo hizo, clavó esos cristalinos ojos del color del hielo azul en él, le obsequió con una mirada llena de ternura y amor, sentimientos a los que no podía corresponder en igual medida.

La aferró por las caderas y se meció lentamente contra ella, cada pequeña fricción provocaba una respuesta en la mujer que tenía entre sus brazos, sus ojos se convirtieron en un espejo del alma que habitaba ese menudo cuerpo femenino. La abrazó, uniéndoles todavía más íntimamente, sus senos se aplastaron contra el suyo, su boca respiraba ahora su aliento.

—Sé que te molesta que te lo diga…

—Dímelo —la sorprendió, y se sorprendió a sí mismo deseando que lo hiciera.

Maldito pacto, pensó una vez más. Aquella noche parecía dispuesto a romper con toda su bien estructurada vida, ese maldito acuerdo iba a hacer que mañana se arrepintiera como nunca antes en su vida.

—Solo por esta noche, dímelo —insistió.

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla cuando se acercó más a él, uno a un suspiro del otro.

—Te quiero, Radin —declaró sin reservar—. Así me odies mañana, así me odies toda la vida, no puedo evitar amarte.

«Y yo no puedo evitar que lo hagas›› —pensó con tristeza—, *‹‹como tampoco puedo evitarte el odio y la culpa que siento por ello, por permitirte hacerlo y por no poder darte lo que te correspondía por derecho»*.

—Hechicera obstinada —sonrió a su pesar. Unió los labios con los suyos y la besó—. ¿Cuándo aprenderás?

Ella hizo lo mismo, reclamando su beso.

—Quizá nunca, *mi amor*, quizá nunca.

Radin se estremeció al escuchar aquellas cariñosas palabras, pero no dijo nada. Por el contrario, se limitó a abrazarla y mecerse con ella, procurándole aquella noche el cariño, la ternura y quizá un espejismo de amor que nunca podría entregarle.

CAPÍTULO 25

«Adiós, amor mío».

Radin abrió los ojos de golpe en la más absoluta oscuridad, el latido del corazón le resonaba en los oídos mientras los rescoldos de lo que solo podía ser un sueño empañaban su despertar. No podía recordar con exactitud de qué trataba, pero por otro lado no le sorprendía, hacía demasiado tiempo que los sueños habían dejado de llamar a su puerta.

La frase se reprodujo una vez más en su mente movida por la necesidad de discernir el tono de esa voz, una inexplicable angustia se anidaba en su pecho a medida que el sueño quedaba atrás y la conciencia ocupaba finalmente el lugar en la absoluta realidad. Se abstuvo de pronunciar su nombre, el calor de las sábanas y la noche pasada trajeron consigo nuevas imágenes que pronto sustituyeron todo lo demás.

Se pasó la mano por el rostro en un intento de despejarse y estiró el brazo hacia el lado de la cama que solía ocupar su amante; estaba vacío.

La luz se encendió a un pensamiento suyo, se obligó a entrecerrar los ojos y parpadear para acostumbrarse a la nueva luminosidad para finalmente corroborar lo que su mano no había encontrado. Su lado de la cama estaba vacío y frío.

—¿Ankara?

No era usual que ella abandonase la cama, por lo general era él quien la dejaba antes de que su compañera se despertase. Hizo las sábanas a un lado y sintió un breve escalofrío recorriéndole la columna, el frío le hizo pensar inmediatamente en ella, pero no era la misma huella que imprimía su poder.

—¿Kara?

Se paseó desnudo por el dormitorio, la puerta del baño adjunto estaba abierta y la luz apagada. Un mal presentimiento lo recorrió por entero. Giró sobre sí mismo y la buscó inmediatamente a través de su vínculo; no estaba en casa.

—¿Qué diablos estás orquestando ahora, hechicera? —murmuró vistiéndose al momento con tan solo un pensamiento.

Radin no llegó a cruzar el dormitorio cuando reparó en una flor de hielo que se derretía dentro de un platillo encima de la mesa auxiliar. A su lado, doblado por la mitad y con su nombre manuscrito, había una nota.

Un nuevo escalofrío lo recorrió por entero cuando cogió el papel, pero esta vez no tenía nada que ver con la temperatura de la habitación y sí con la inexplicable ansiedad que no le abandonaba.

Desdobló la página y se encontró con una carta de puño y letra de su hechicera. El estupor y la negación batallaron en su alma con las primeras líneas…

> *He perdido la cuenta de las veces que he comenzado esta carta, nada de lo que escribo parece ser suficiente, ni siquiera sé si lo será esta vez. Me arrepentí varias veces, la cantidad de hojas desechadas en la papelera es buena prueba de ello, posé el bolígrafo casi tantas veces como las que me acerqué al umbral de*

nuestro dormitorio para verte dormir. En tus sueños hay paz, una tranquilidad que no consigo ofrecerte durante las horas que ambos permanecemos despiertos. Te miro y recuerdo lo que fuimos y en lo que el tiempo y el destino nos han convertido.

Sé que no podría hacer esto cara a cara, mirarte a los ojos y convencerte de que esto es lo correcto, que debes dejarme marchar. Discutiríamos. Tú te enfadarías. Yo me frustraría y muy posiblemente acabaríamos hiriéndonos en nuestra mutua estupidez. Por ello prefiero hacerlo así, puede ser una cobardía por mi parte, no necesito estar ahí para saber que ahora mismo estarás echando chispas por los ojos, pero es necesario.

Mi tiempo se agota. Pensé que el reloj me daría algo más de tiempo pero apenas soy capaz de evitar que la tinta del bolígrafo se congele. Él me ha ganado la partida, se ha adueñado de algo que no le pertenece pero al que su dueño prefirió renunciar. No te culpo, al menos no de la manera en que debería hacerlo, quizá es que no soy capaz de odiarte y ello me lleva a perdonar una y otra vez tus faltas.

Dices que vivimos en un continuo infierno; de nuevo tienes razón. Pero mi infierno es mucho más inmenso y solitario que el tuyo, dónde el calor no llega y el frío lo conserva todo, incluso el amor no correspondido. El diablo de ese particular infierno ha decidido que es la hora de llamarme a su lado, he intentado luchar contra él, buscar una salida, una cláusula de escape en mi acuerdo con él, pero posee mi alma y no parece dispuesto a soltarla.

Tuve esperanza una vez. Durante un breve intervalo de tiempo llegué a pensar que mi destino no era aquel que vaticinaban los ancianos de mi tribu, que aquel de quien me hablaba mi nodriza cambiaría mi vida por completo; y lo hizo… lo hiciste, pero no de la manera en que pensé que sería.

Tuve miedo de ti, casi tanto como de esos malditos ignorantes que me ataron y presentaron como al sacrificio en un altar, pero ese miedo se mezcló también con la esperanza… una que mantuviste viva en mí y que alimentaste durante aquellas tres primeras noches solo para destruirla después con tan solo palabras. Qué ilusa fui, qué ingenua era entonces al pensar que las cosas cambiarían, que podría hacer que cambiasen. Ingenuamente creí que tu llegada significaba algo más de lo que era en realidad, que tu reclamo traía consigo el mismo cariño que había crecido en mí por una fantasía. Durante toda mi niñez, la figura del Alto Hechicero fue como mi talismán, tú, aún sin saberlo, fuiste mi mayor esperanza.

Pero la realidad a menudo trunca las fantasías, el mundo real hace que los sueños sean eso, sueños, ilusiones con las que el corazón sigue latiendo. Mi corazón, sin embargo, dejó de hacerlo en el mismo momento en que tu odio y la desolación por un destino que no podías controlar se impuso entre nosotros. No fue tu eterno amor por ella lo que me sentenció a muerte, sino el odio que te empeñaste en mantener alrededor de tu propio corazón para escudarte de cualquier daño.

Recuerdo como si fuese ayer el rencor que coronaba tu voz cuando me apartaste de tu lado, pude entender tu dolor, todavía lo entiendo y acepto que necesitases tiempo para ti, para encontrarte de nuevo a ti mismo. Lo que no puedo perdonarte es que intentases abandonarme, cortar todo vínculo entre nosotros y dejarme sola en un infierno helado sin tu calor. Si alguien tiene que marcharse, si alguno de nosotros tiene que perder la partida soy yo, Radin. Yo soy quien la inició y quien debe poner el punto y final.

Me hiciste a un lado porque no podías conciliarte con tus propios errores, me lanzaste sola a un mundo en el que tuve que sobrevivir a base de fuerza de voluntad y la piedad de nuestro Vigilante. Él ocupa y siempre ocupará un lugar importante en mi vida, y no puedes culparle de lo ocurrido esa noche; ni siquiera culparte a ti mismo. El destino no siempre es dulce, pero en el camino que nos tiene preparado todo ocurre por un motivo y esa vez no fue una excepción.

No es un recuerdo agradable, trae consigo demasiado dolor, mucho del cual provocaste tú mismo por tu empecinamiento en traerme de vuelta. Dioses, cómo te odié por ello. Por primera vez en mi vida quise odiarte, sentí desprecio por la clase de mujer en la que tu ausencia me había convertido, por lo que tu presencia me obligaba a aceptar una vez más. No quería un héroe que viniese a rescatarme, quería uno que estuviese a mi lado cuando todo se venía abajo, que me tendiese la mano y me dijese que todo iría bien aunque fuese mentira. Tú preferiste enfrentar tus demonios solo, me alejaste por completo y justo cuando todo aquello podría haber quedado atrás, apareciste de nuevo y me arrancaste lo que más deseaba en el mundo; descansar.

Quise odiarte, Radin, lo intenté con todas mis fuerzas. Quería hacerte daño, pero entonces sabía que si te lastimaba me heriría a mí misma en el proceso. Muy a mi pesar no podía dejar de quererte y tu dolor, tu desesperación eran también las mías.

Cometí un error al enamorarme de ti, pero uno mayor fue dejar que lo supieras. Tú como nadie tiene el poder para destruirme, para sumirme en la más oscura de las celdas y a pesar de ello no lo has utilizado. ¿Qué ironía mayor que esa puede existir en el mundo? No me amas, pero tampoco puedes odiarme realmente. Puedes auto convencerte de ello, insistir en que tu corazón está muerto pero la realidad está muy lejos de ser desvelada y temo que cuando la alcances ya sea demasiado tarde. Hice todo lo que estaba en mi mano para acercarme a ti, fui paciente y quise creer de nuevo en la esperanza, pero de nuevo, es demasiado tarde.

El hielo me consume, cada minuto que pasa siento cómo crea un cerco alrededor de mi vida, cómo congela mi corazón y me reclama. Ya no puedo contenerlo, ni siquiera sé si merece la pena seguir haciéndolo, todo lo que deseo es volver a casa y cerrar el círculo.

Nací para sufrir, para llevar conmigo el frío más helado que se conoce sobre la tierra, uno que ya no podrá ser derretido. No quiero ser una cáscara vacía, sin emociones o sentimientos, un avatar de un poder desatado que trae consigo la más cruel de las muertes, así que regreso al lugar que jamás debí abandonar.

Vuelvo a casa, al único hogar que conozco, al único que me atrevo a reclamar como tal y solo espero que mi vuelta signifique el fin de nuestra maldición. Mi vida te arrebató todo aquello que atesorabas, por lo que espero que mi muerte te la devuelva.

No sigas vagando, Radin, cuando todo termine pon rumbo al hogar y deja que los espíritus de tus ancestros te den la bienvenida como lo haré yo cuando volvamos a vernos en otra vida.

Eternamente tuya,
Ankara

«No sigas vagando, Radin».

Las palabras se repetían una y otra vez en su convulsa mente, no podía dejar de releer cada párrafo como si esperase que a fuerza de voluntad estos cambiasen su contenido. El aire del dormitorio, de toda la vivienda pareció hacerse escaso, apenas podía respirar y el latido de su corazón tronaba incluso con más fuerza en sus oídos.

«Cuando todo termine pon rumbo al hogar».

Dio un paso atrás encontrando la mesa y la flor de hielo que se deshacía en el platillo de agua. Ankara solía hacerlas con una facilidad pasmosa, era capaz de arrancar las partículas del espacio a su alrededor para crearlas. La observó detenidamente, casi podía ver su propio reflejo en los distintos ángulos que formaban los prístinos pétalos.

«Deja que los espíritus de tus ancestros te den la bienvenida como lo haré yo cuando volvamos a vernos en otra vida».

Se había marcado.

Ankara se había ido.

Sacudió la cabeza con incredulidad. La idea era tan absurda que no le cabía en la cabeza: lo había abandonado.

Jadeó como si le diesen un puñetazo en el estómago, empezó a sentir frío, le costaba respirar y pronto un leve hormigueo se extendió a través de su cuerpo. El fuego se inició entonces en su interior devolviéndole un poco de la estabilidad que ese repentino momento de pánico le arrebató.

—Cómo te atreves… —siseó. Bajó la mirada a la nota ahora arrugada entre sus dedos. Cómo se atrevía ella a desafiarle de esa manera, a alejarse de él.

Se estremeció, apretó los dientes con fuerza en un intento de contener la sarta de maldiciones que ya jugueteaban en su lengua. Repasó una vez más la nota deseando encontrar algo distinto, cualquier cosa que le indicase que había comprendido mal, pero no lo encontró.

«Vuelvo a casa, al único hogar que conozco, al único que me atrevo a reclamar como tal».

Un hogar que les fue arrebatado a ambos, una tierra manchada de sangre y muerte que ellos mismos habían sembrado. Nada quedaba ya para ellos allí, nada excepto…

«No quiero ser una cáscara vacía, sin emociones o sentimientos».

Se moría. Ya no podía seguir negándose a lo evidente. La muerte la rondaba dispuesta a ponerle el sudario, una mortaja con la que envolverla en su abrazo y arrebatársela.

Negó automáticamente con la cabeza, un mudo eco de lo que su yermo corazón intentaba comunicarle.

—No —apretó el papel incluso más—, ni hablar, Kara. No lo harás, todavía no.

No la dejaría ir, su condena todavía no había terminado.

—Si te vas, me llevarás contigo —siseó por lo bajo—, y mi momento todavía no ha llegado, por lo que el tuyo tampoco.

Con una nueva resolución en mente, giró sobre sí mismo y se marchó a enfrentar el destino.

Ankara se estremeció nada más contemplar la extensa llanura a sus pies. El río discurría a sus pies dividiendo el terreno, la vegetación había crecido aquí y allá, pequeños arbustos

adornaban la orilla más cercana del río y las copas de los árboles de un joven bosquecillo cercano se movían impulsados por el viento como si entonasen una dulce canción. Aspiró con fuerza para pasar el nudo alojado en la garganta, dobló las rodillas y se dejó caer al suelo con un quedo sollozo. Solo las lágrimas que brotaban de sus ojos se atrevieron a resbalar por sus mejillas y caer al suelo. Había vida, más allá de la vacía y muerta extensión que veía al otro lado del río, en esta orilla había vida.

Enterró los dedos en la tierra y los cerró clavándolos en la suciedad que cubría el suelo. La última vez que había estado allí, todo lo que había era un área yerma, la pira funeraria de la *Kietaii* del clan Chezark ardía en la orilla cercana lanzando al cielo del atardecer una alta columna de humo. Las llamas intentaban entonces rivalizar en fulgor y color con la puesta de sol mientras el corazón herido de un hombre sangraba una vez más por lo perdido. Y ahora, casi cinco años después, la vegetación volvía a resurgir tímidamente en las tierras que pisaba.

Dejó que sus ojos vagaran más allá, a la vacía y oscura tierra baldía. Aquello era culpa suya, esa destrucción la había provocado su mano, el Pájaro de Nieve había sobrevolado las tierras que la vieron nacer arrancándoles la vida e impidiendo que esta surgiese de nuevo.

—Lo siento —musitó aferrando con fuerza la tierra bajo sus manos—. Si tan solo hubiese podido evitarlo, si no hubiese despertado o venido a este mundo…

—Tenías que hacerlo, era tu destino, es el de los dos.

La inesperada voz la sobresaltó, estaba tan débil que era incapaz de volver a ponerse en pie. Se giró, arrastrándose sobre el suelo solo para quedarse congelada al encontrarse con una prístina mirada azul fija en ella.

—*Vitriale*.

El alto y atlético hombre de pie frente a ella vestido con pantalones y camisa negros y abrigo largo en el mismo color se acuclilló hasta quedar a su altura.

—Con Nickolas es suficiente, Ankara —le dijo. Los largos dedos le acariciaron la mejilla al apartar un rebelde mechón de pelo que se le había escapado de la trenza—. *Chilaili* está a punto de completar su círculo, tu corazón se apaga.

Abrió la boca pero no estaba segura qué podía decir, por otra parte no era como si él no pudiese saberlo. El antiguo jefe de la Agencia Demonía era un misterio en sí mismo.

—Todavía estás vinculada a Radin por *mi* contrato —continuó y le vio fruncir el ceño—. ¿Por qué lo has abandonado? Te queda un día… no ha cumplido el último de tus anhelos.

Quizá debiese sentirse sorprendida por la fiabilidad de sus palabras, pero entonces, siendo quien es, no era difícil para él descubrir lo que había en su interior.

—No lo hará jamás —murmuró—. El pasado todavía envuelve su corazón, lo he intentado pero… jamás aceptará que me ama.

La rodeó con los brazos y tiró de ella hacia arriba al tiempo que se incorporaba.

—No podrá odiarte eternamente, Ankara, tiene un destino que cumplir —aseguró. La ayudó mientras recuperaba el equilibrio—. Uno para el que nació. Nadie puede escapar de aquello que está escrito, da igual las vueltas que dé, qué atajos o caminos largos tome, al final llegará a dónde siempre tuvo que llegar.

Se separó de él, su cercanía la calmaba y ponía nerviosa al mismo tiempo. Nickolas Hellmore era un hombre poco común.

—Solo quiero que todo esto acabe —se encontró rogando—. Por favor… deja que termine de una vez, estoy cansada, ya no puedo seguir…

Le acunó la mejilla y le alzó el rostro.

—Cuando llegue el momento, podrás descansar —le aseguró acariciándole la piel con el

pulgar—, pero ese todavía no ha llegado, hechicera. Pronto… pero aún no.

Suspiró y le dio la espalda para contemplar una vez más las tierras de sus antepasados.

—Todo lo que quiero es devolverle… esto —señaló la extensión ante sí—. Yo se lo quité, necesito devolvérselo.

Sintió su presencia a su lado.

—No le has quitado nada que él no hubiese permitido que le fuese arrebatado —le dijo con sencillez—. Cada uno es esclavo de sus elecciones, Radin hizo las suyas y ahora tiene que aprender a vivir con ellas.

Se giró para mirarle.

—Yo fui su elección —murmuró con cansancio. Sentía que las fuerzas la abandonaban con celeridad—, pero no la de ellos… Por mi culpa, las tierras, la fauna y la vegetación, la gente del clan… todo ha desaparecido.

—Tu pueblo ha sobrevivido durante siglos y seguirán haciéndolo, adaptándose a los nuevos tiempos y conservando también sus tradiciones —vaticinó—. No cargues sobre tus hombros las elecciones de los demás, con las tuyas tienes más que suficiente.

Se lamió los labios.

—¿Esta lucha terminará alguna vez?

Se encogió de hombros.

—El destino es una lucha constante y extraña, nunca sabes por dónde te va a salir.

Ella suspiró.

—No es la respuesta que esperaba.

Le sonrió con ironía.

—Estoy seguro de que no.

Se abrazó cuando el frío creciente en su interior volvió a atacarla, casi podía sentir cómo la sangre en sus venas se cristalizaba.

—Se te agota el tiempo, Alta Hechicera.

No pudo menos que estar de acuerdo con él.

—Debes reclamar el último *Pacto* —le recordó con paciencia—. Tienes hasta el próximo plenilunio.

Ella le miró y sacudió la cabeza.

—No tengo tanto tiempo.

Sus ojos azules se clavaron en los suyos durante unos instantes.

—Tendrás hasta entonces, pero no más allá —aseguró con un tono de voz que le heló la sangre aún más—. No habrá más oportunidades, Ankara, no para vosotros y no en esta vida, así que aprovecha bien la que el destino te ofrece.

Antes de que pudiese responder en consecuencia, el hombre desapareció dejándola nuevamente sola. Sacudiendo la cabeza, miró una vez más hacia abajo y sacó fuerzas de la flaqueza para continuar adelante. Quería ver su hogar de cerca, aunque fuese por última vez.

CAPÍTULO 26

No pudo evitar sentir un escalofrío en el momento en que puso los pies sobre aquellas tierras, el pasado amenazaba con mezclarse con el presente mientras se atrevía a dar un paso tras otro a través de un suelo que había abandonado por primera vez seis años atrás. Deslizó la mirada sobre el río y apretó los puños cuando el recuerdo de una pira funeraria y el duelo que llevaba en su corazón desde entonces. El paisaje había cambiado sustancialmente a esta orilla del río mientras que en la otra ribera seguía igual de yermo y muerto que años atrás.

—Ankara —pronunció su nombre en recuerdo de lo ocurrido y en muda súplica por encontrarla todavía con vida. Ella no podía dejarle, no podía desafiarle de tal manera.

Se vistió con su impermeabilidad y se centró en aquello que había venido a buscar. La sintió al momento, un frío helado atravesó su vínculo con la efectividad de un balazo, se quedó sin aire, doblado por la mitad y jadeando para un segundo después desvanecerse en el aire.

Radin reapareció a orillas del río, la vegetación que cubría el borde de este aparecía cristalizada, conservada en hielo y ese estado se ampliaba más y más a medida que caminaba río arriba. No tuvo que andar mucho más pues en el primer recodo de este la encontró arrodillada en el suelo, con la cabeza gacha y temblando de frío. A su alrededor el hielo lo había cristalizado todo menos el agua.

—¡Ankara!

Corrió hacia ella, resbalando sobre el hielo hasta detenerse abruptamente a su lado.

—Kara, ¿qué diablos has hecho? —Se concentró en derretir todo el hielo que la envolvía a ella y a la tierra alrededor de ambos—. Mírame, Ankara, mírame.

‹‹¡Naziel! —gritó en su mente—. *Deja lo que sea que estés haciendo y ven aquí ahora mismo››.*

Le cogió la barbilla entre los dedos y la obligó a alzar el rostro hacia él. Las lágrimas escapaban de unos ojos totalmente grises, deslizándose por sus mejillas como pequeños y brillantes diamantes.

—Yo… quería volver a casa —murmuró ella en respuesta. El dolor y la desesperación eran palpable en su rostro—. Quería deshacer el infierno que traje sobre ambos, pero no puedo, Radin… no… no puedo.

Dejando a un lado su contacto con el ángel, arrancó a Ankara del charco de agua helada que se formó a su alrededor tras derretir el hielo y la encerró en sus brazos, pegándola a su cuerpo y sorprendiéndose por la helada temperatura que poseía su piel.

—¿Qué has hecho? —le recriminó, pero su tono no podía ser menos duro. El cansancio en su rostro, la extrema palidez y el grisáceo color de sus ojos lo asustaron a muerte. Jamás la había visto tan cerca del espíritu que portaba—. Ankara, ¿qué has hecho?

La suave y rosada lengua recorrió el labio inferior, su cuerpo cada vez se relajaba más entre sus brazos, perdiendo el aplomo.

—Vuelve a casa —la escuchó susurrar, sus ojos lucharon por mantenerse abiertos sobre él —, cuando todo acabe, vuelve a casa, Radin. Ella… te dará la bienvenida.

Apretó las manos en su carne, tensándose ante la pérdida de calidez en su cuerpo y el

aumento de frialdad. Su piel empezaba a escarcharse, una delgada capa de hielo parecía brotar a través de sus poros.

—Maldita seas, hechicera, no te rindas ahora —siseó frotándole los brazos, eliminando esa película de hielo mortal que deseaba cubrirla—. Mírame, Kara. Vamos, pequeña, mírame… así, quédate conmigo, no es el momento de marcharse.

‹‹¡¡Naziel!! ¡Baja tu emplumado culo aquí ahora mismo!››.

O su *Vigilante* aparecía pronto o por los dioses que tendrían que encontrar su cadáver después con una lupa.

Ella parpadeó un par de veces, un movimiento lento que pronto se vio acompañado por una temblorosa mano intentando llegar a su rostro.

—Tenía la esperanza de poder enseñarte a amarme, pero me ha faltado tiempo. —Le tocó la cara con las yemas de los dedos—. Perdóname, Radin… solo… perdóname.

Negó con la cabeza. No pensaba hacerlo, nada haría que le perdonase su intento de alejarse de su lado, de abandonarle.

—No… ¡No! —alzó la voz obligándola a enfrentarse a él—. No voy a perdonarte, ¡jamás lo haré, lo entiendes! No puedes irte, no puedes rendirte ahora.

Pero ella parecía dispuesta a hacer eso mismo.

—¡Maldita seas, Ankara! ¡No oses desafiarme de esta manera o juro por dios que iré a buscarte una vez más y esta vez y no te gustará la forma en que lo haga!

Sus palabras llegaron acompañadas de una oleada de su propio espíritu inyectándose en ella. La sintió estremecerse y vio cómo una vez más el insistente hielo retrocedía.

—Eso es, quédate conmigo —la animó. El repentino miedo que ahora le atenazaba el alma lo mantenía al borde—. No tienes mi permiso para marcharte.

Luchó por parpadear y abrir de nuevo los ojos, para su consternación estos no habían recuperado en absoluto tono alguno de azul, seguían siendo grises.

—Petición *número 5*, nada de gritos, ¿recuerdas?

Se contuvo de suspirar al escuchar su voz.

—Si es la única manera de que hagas lo que te digo, por los dioses que me desgañitaré gritando.

Cerró de nuevo los ojos, pero volvió a hablar.

—Estoy cansada, Radin, muy cansada —musitó. Su respiración era cada vez más superficial—. Déjame descansar… deja que me vaya…

—No —gruñó.

Ella hizo un verdadero esfuerzo por abrir de nuevo los ojos.

—No podrás evitarlo.

—Lo haré.

—Hombre testarudo.

—Mujer insoportable.

Sus pálidos labios se curvaron.

—Te quiero, hechicero, no sé por qué, pero te quiero —musitó buscando acurrucarse contra él, pero incluso ese gesto parecía demasiado esfuerzo para ella—. No te mereces mi amor, ni mi cariño y sin embargo lo tienes. Siempre lo tendrás, Radin, es lo único que puedo dejarte de mí.

Sacudió la cabeza, no quería sus palabras, no quería su amor, solo quería… quería… ¡Mierda!

‹‹¡Naziel!››.

—Guárdatelo para ti o para alguien que realmente lo merezca, Kara —refunfuñó—. Yo no voy a amarte.

—Pues entonces ódiame, hazlo hasta que me ames.

Bajó la mirada sobre ella, su cuerpo ahora estaba totalmente pegado al suyo.

—No vas a dejarme —sentenció.

—No puedes… evitarlo.

Sintió el cambio en ella de inmediato, su respiración se hizo mucho más lenta y se abandonó a la inconsciencia.

—No menosprecies mi resolución —siseó obligándose a mantener el calor sobre ella.

—Querrás decir, cabezonería.

La esperada voz lo hizo alzar la mano libre envuelta en fuego hacia el ángel al que había llamado a gritos.

—Relájate, Radin y deja de gritar, por dios —rezongó el ángel—, te escuché la primera vez.

Apagó el fuego, pero entrecerró los ojos sobre él con una obvia advertencia.

—Te has tomado tu tiempo en responder.

Él puso los ojos en blanco.

—Soy vuestro *Vigilante*, no vuestra niñera.

Apretó los dientes y se mordió una respuesta ácida para volver a concentrarse en lo que los ocupaba.

—No consigo estabilizarla —masculló. Sus ojos se clavaron en los de él—. El hielo la consume.

El recién llegado se acuclilló a su lado y bajó la mano sobre el pecho de su hechicera, allí donde debía latir todavía su corazón. No llegó a tocarla, pero el gesto fue suficiente para que despertara la incomodidad en su interior.

—Su corazón está casi congelado —declaró. Alzó la mirada y clavó los ojos azules en los suyos. La respuesta era clara—. No tardará mucho en consumirla por completo.

No. De ninguna manera. Pensó.

—Tiene que haber algo que puedas hacer.

El gesto del ángel lo irritó aún más.

—No es mío su corazón.

Apretó los dientes hasta casi hacerlos rechinar.

—Os llevaré conmigo a las dependencias del Gremio de los Angely —anunció con voz firme y llana—. Allí tendrá la serenidad que necesita para atravesar sus últimos…

—No te atrevas.

—Radin, vas a perderla —lo enfrentó a la realidad que no quería ver—, cuando el Gran Espíritu reclame su corazón al completo… es su destino.

La apretó con fuerza, negándose a soltarla.

—Nunca he aceptado los designios de nuestro destino y no pienso empezar ahora.

Sin más, se levantó con ella en brazos.

—Llévame a dónde pueda mantenerla con vida hasta que encuentre la maldita forma de solucionar esto.

Porque tenía que haberla, tenía que haber algo que pudiese hacer. El perderla no era una opción.

Naziel asintió y posó la mano sobre su hombro.

—Os llevaré al Gremio —asintió—. Allí podréis descansar y encontrar la serenidad que es

precisa para atravesar este trance.

No respondió, se limitó a dejar que le escoltase a dónde diablos quisiera llevarles. No pensaba gastar salvia en decirle a ese Arconte lo que podía hacer con su pesimismo. No había sobrevivido a un maldito infierno con ella solo para dejarla ir ahora.

No. No permitiría que ella lo abandonase, no sería el único en sufrir eternamente.

-CUARTA PARTE-

CAPÍTULO 27

Hacía tiempo que Axel no veía al hechicero tan desesperado. Radin no se separaba del lecho en el que descansaba Ankara, la tensión en sus facciones y las abruptas respuestas que últimamente abandonaban sus labios era un palpable indicativo de que la fortaleza del hombre se estaba minando poco a poco.

—¿Cuánto más piensas quedarte así? —preguntó al traspasar el umbral del dormitorio—. No has dejado esta habitación ni un segundo en las últimas cuarenta y ocho horas.

Los cansados ojos marrones se fijaron en él.

—En la biblioteca o aquí, ¿cuál es la diferencia? —Señaló a la mujer durmiente en la cama —. El resultado sigue siendo el mismo, no he encontrado una maldita sola cosa que ponga freno a su espíritu. Ahora, alégrame el día y dime que tienes alguna respuesta sobre ese condenado pergamino, porque no sabes lo cerca que estoy de hacerlo cenizas.

Enarcó una delgada ceja ante la irritación palpable en su voz.

—Podría decirte exactamente quien lo dejó en tu puerta y por qué, pero considero que esa respuesta ya la intuyes o la sabes —le dijo mirando a la dormida hechicera—. En cuanto a lo otro, su significado no es nada más y nada menos que el que es; una revocación para tu proscripción. Solo para la tuya.

El hechicero siseó y abandonó el lateral de la cama en la que había estado sentado.

—Una revocación que no quiero —masculló—. No quiero nada que venga de ella, nada. No quiero un indulto que signifique su propia libertad, no seré el único en vagar por este maldito infierno.

Axel no podía culpar a Radin por su desesperación, la vida de esos dos hechiceros no había sido fácil. Demasiado a menudo se encontraron lanzados al camino, sin saber en qué dirección emprender el viaje. Las equivocaciones, las culpas, el dolor… todo pesaba en su alma atormentada y el ver a la única persona que se mantuvo a su lado a pesar de todo muriendo lentamente pesaba más que nada.

Ankara se moría, era un hecho que ninguno podía cuestionar ya, a la pequeña hechicera no le quedaba tiempo, su vida era consumida por el espíritu que albergaba y ya solo un milagro podría arrancarla de sus garras; un milagro que tardaba demasiado en llegar.

Observó al hechicero cruzar la habitación, chochándose con él para luego esfumarse en el aire cuando no había llegado siquiera al umbral de la puerta. Radin estaba herido, era como un animal herido de muerte que no se fiaba de nadie y que deseaba llevar esa agonía a solas. Miró entonces a Ankara, quien seguía dormida ajena a todo aquel tumulto. Quería a la pequeña hechicera, lo hacía a su manera, quizá porque él mismo era tan culpable como el mismo Radin de haber permitido que todo acabase de esta manera.

Si en aquel entonces hubiese hecho algo, si hubiese erradicado el problema de raíz, quizá hoy esa delicada e inocente criatura no estaría luchando entre la vida y la muerte.

‹‹TRIBU KWAKIUTL, CLAN CHEZARK››.

CINCO AÑOS ATRÁS…

—¿Qué es lo que has hecho? —la recriminó Axel nada más tenerla delante. Podía pertenecer a su gremio, quererla como a una hermana, pero sus decisiones habían jodido la vida de dos inocentes conduciéndoles a un destino que solo podía imaginar—. ¿Qué demonios has hecho, Keira?

La mujer alzó los claros ojos avellana hacia él, estos estaban teñidos por las lágrimas que todavía no se atrevía a dejar caer.

—¡Eres su Vigilante, maldita sea! —siseó extendiendo la mano en dirección al poblado—. Se te envió para guiarle hacia su destino, para ayudarle a pasar por el duro trago del despertar, no para robarle un corazón que pertenece a otra mujer. ¡A su Hechicera!

Ella le sostuvo la mirada, no se amilanó pero pudo ver en sus ojos cómo sus palabras la herían profundamente. Vio el arrepentimiento y la desesperación.

—Le quiero…

—Keira… oh, Keira, ¿qué has hecho? —sacudió la cabeza con verdadero miedo—. No puedes enamorarte de él, no puedes quedarte con su amor… la estarás condenando.

Una solitaria lágrima cayó por las tersas mejillas.

—¿Crees que no lo sé? —contestó con desesperación—. ¿Crees que no sé la clase de infierno que he desatado sobre ella?

Frunció el ceño y la miró fijamente.

—Me pregunto si lo sabes realmente.

Ella lo miró dolida.

—Tienes que dejarlo ir —continuó sin perder el borde duro en su voz—. Radin debe vivir por ella, vivir para ella… los estás condenando a los dos a un infierno si él se ata a ti, a… vuestra relación…

Una segunda lágrima rodó tras la primera.

—Le amo, Axel —graznó ella, su entereza empezaba a venirse abajo—. ¿Tienes idea de lo que eso significa?

—El amor de un Angely está destinado al sacrificio —le recordó con dureza—. Tu amor por él está maldito, condenas a una inocente por ello, Keira. ¿Todavía no lo entiendes? Debes renunciar a él, ¡tienes que hacerlo, maldita sea!

—¡No puedo! —exclamó con desesperación—. Maldita sea eternamente, Axel, pero no puedo.

No se paró a pensar en lo que hacía, acortó la distancia entre ellos y la cogió por los brazos, acercándola a él.

—No puedes hacer otra cosa —le recordó—. No eres su destino, nunca lo has sido…

Ella se soltó.

—¿Cómo iba a saberlo? —se exaltó—. Ni siquiera estaba segura de quién o qué era yo hasta que tú apareciste y… y me despertaste. El Gremio me asignó a Radin como mi primer custodio, ¿pero no se os ocurrió pensar en que a pesar de todo soy una mujer?

—Eres una Angely.

—¡Pero mujer! —estalló—. Crecí y fui educada como una mujer humana, no puedes esperar que pueda cambiar eso de la noche a la mañana. No lo planeé, Axel, ni siquiera pensé en ello, solo… solo surgió. ¿Por qué eso tiene que ser algo malo?

Se pasó una mano por el pelo, todo aquello se complicaba por momentos y era culpa

suya. Nunca debió despertarla, no debió sugerir que fuese ella la que vigilase al hechicero. Pensó que su cercanía, el haberse criado en la misma tribu y conocer sus costumbres ayudaría al joven Radin a enfrentar con más facilidad lo que se le venía encima; se equivocó.

Keira era una Angely, mitad ángel, mitad… algo más. Su deber era cuidar de ella desde las sombras, verla crecer hasta que alcanzase la edad humana adecuada para traerla al mundo al que realmente pertenecía. Con dieciséis años despertó su poder, la arrancó de su bien construido mundo para llevarla de la mano a otro que solo podía imaginar y en el que no tardó en destacar. Se convirtió en una alumna aventajada, la serenidad afín en su carácter, el equilibrio y la bondad hicieron de ella la candidata perfecta para custodiar al Alto Hechicero de Fuego; y él la eligió para ello. La convirtió en la Vigilante de Radin solo para darse cuenta después del enorme error cometido.

—Vas a condenar a una niña inocente por tus propios pecados —sentenció—. Te condenarás a ti misma. Recapacita, Keira. Todavía estás a tiempo de evitar que el infierno se desate sobre ellos.

Se mordió el labio, la batalla que se libraba en su interior se reflejaba en sus ojos.

—Si la condenas, te estarás condenando a ti misma —insistió. Necesitaba hacerle comprender—. Déjale ir. Renuncia a él, renuncia a lo que nunca fue tuyo.

La rosada lengua acarició el labio inferior, los ojos marrones brillaron de forma sobrenatural durante unos instantes.

—Ojalá tú sufras lo que yo estoy sufriendo cuando encuentres a tu alada, Axel —farfulló ella—. Quizá entonces entiendas lo que me estás pidiendo ahora.

Desechó su declaración con un gesto de la mano.

—Si no le dejas ir, te estarás enfrentando con el Destino, Keira —suspiró. Sabía que aquella conversación había terminado—. Y él no es un buen compañero de juegos.

No, no lo era y lo demostró cuando la Alta Hechicera de Hielo despertó trayendo consigo los primeros vestigios de destrucción. El corazón que debía ser suyo, que la mantendría cálida y arropada, que la cuidaría y haría crecer en seguridad le había sido arrebatado. La penitencia no había hecho más que comenzar.

Le dio la espalda a los recuerdos y suspiró ante lo que estaba a punto de hacer. Se arriesgaba demasiado, pero a veces había que romper algunas reglas para alcanzar la meta que se deseaba; él era especialista en ello.

—Y entonces, el *Gran Espíritu* bajó a la tierra y se acercó al muchacho diciéndole: *«Tú eres el guerrero más valiente, el que hace todas las tareas y saca buenas notas en clase, tú eres mi elegido»*. —Keira estaba sentada en un viejo banco de madera con varios niños de corta edad sentados a su alrededor escuchando atentamente la historia que les narraba—. *«A ti te ofrezco mi protección, llámame cuando me necesites y acudiré raudo en tu ayuda»*.

—¿Y acudió, maestra?

Axel siguió la voz infantil hasta una niña pequeña con dos rizadas coletas que miraba a la mujer con aire soñador, todos los infantes allí reunidos no perdían una sola de las palabras que brotaban de los labios de la narradora. Sonrió, era imposible no hacerlo al contemplar tal escena, Keira siempre había tenido una especial afinidad con los niños, poseía una voz capaz de ofrecer calma y consuelo, un poder que había afinado con los años.

Desvió la mirada para encontrarse con sus ojos oscuros, había sorpresa en ellos, así como

un ligero aire de desconfianza en su rostro. No podía culparla, la última vez que se encontraron ella lo acusó de faltar a su juramento, de descuidar a su propio custodio y él no se había tomado demasiado bien la regañina; a ningún maestro le sentaba bien que su alumno le diese lecciones. Pero entonces, Axel era consciente de que no ser por ella, su falta podría haberle costado caro a Ankara.

—Sí, acudió —continuó ella sin dejar de mirarle—, cuando el joven guerrero le necesitó, el *Gran Espíritu* estuvo allí para él.

Hizo una pausa y finalmente se volvió hacia los niños.

—Y eso es todo por hoy, chicos —les dijo. Los resoplidos y las quejas no tardaron en hacerse eco de su deserción—. La próxima semana os contaré cómo el joven guerrero consiguió la primera de las joyas de su Tótem.

Axel esperó hasta que todos los niños se despidieron y quedaron por fin a solas, aunque ella no le dio mucha opción a comenzar una conversación en términos civilizados.

—¿A qué has venido? —disparó ella a bocajarro—. Estás en mi territorio y sin invitación.

Él alzó las manos en señal de rendición, no quería empezar una discusión que no los llevaría a ningún sitio.

—Veo que te va bien.

Despachó su respuesta con un gesto de la mano. No estaba para mostrarse civilizada.

—Di lo que has venido a decir y luego márchate.

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Guarda las garras para otros que sí las necesites, Keira —le sugirió—. Si estoy aquí ahora, no es por mí, es por tu antiguo custodio.

Aquellas palabras fueron suficientes para hacerla palidecer.

—¿Radin está bien?

Se contuvo de esbozar una sonrisa, su tono había sonado llano, pero él la conocía muy bien.

—Su hechicera pronto cruzará el umbral.

Aquella declaración hizo que la palidez de la mujer se intensificara y terminara cayendo sentada en el mismo lugar que había ocupado minutos antes con los niños.

—No la ha reclamado. —Fue una afirmación, no una pregunta.

—No.

Alzó la mirada con gesto impotente.

—¿Por qué?

—Por ti.

Había cosas con las que no valía la pena andarse con rodeos.

—Ese hombre es uno de los pocos seres humanos que conozco capaces de hacer encanecer a un ángel —aseguró—. Su obstinación es casi tan intensa como su determinación y está decidido a alejarse de la mujer que le pertenece hasta las últimas consecuencias.

Irónicamente, eso era precisamente a lo que se estaba enfrentando Radin.

—No ha dejado ir el pasado —murmuró ella, pero las palabras eran para sí misma más que para él—. Sigue anclado a él…

—*Vive* anclado a él y a su odio —corroboró—, al dolor y la culpa. Como puedes suponer, es un coctel de lo más jodido cuando se trata de perdonar, olvidar y seguir camino.

Ella se encontró entonces con su mirada, en sus ojos había miedo e incertidumbre.

—Pero ella… ella le quiere —musitó. A Axel no le pasó por alto el leve temblor que la recorrió al pronunciar tal declaración—, es su… otra mitad, no le abandonaría…

Acortó la distancia entre ambos y se detuvo a sus pies.

—Si con eso cree que puede dejarlo libre por fin, sí, lo haría —aceptó. Conocía bien a la hechicera, había llegado a conocerla muy bien y sabía que Ankara haría hasta lo imposible por aligerar la carga que portaba el corazón del Alto Hechicero—. Esa niña estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por él, incluso morir para volver a reunirse con él en otra vida, una en el que no haya fantasmas y pueda recuperar lo que siempre debió ser suyo.

La vio apretar las manos, el ligero temblor que le recorrió el cuerpo. Sabía que había disparado un tiro directo, pero necesitaba que Keira fuese consciente de lo que su error, necesitaba que por una vez, rompiese las reglas y le patease el culo a Radin.

—Tienes que ir a él. —No se anduvo con más rodeos—. Si no sale de esa espiral de autodestrucción en la que está metido la perderá y se perderá a sí mismo. Y ese no es su destino, nunca lo fue.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo —negó al tiempo que se levantaba del asiento—. Tú mejor que nadie sabe que no puedo volver a él.

La miró directamente, sin parpadear.

—Todavía lo amas.

—Él no me pertenece —respondió.

—No es eso lo que he preguntado.

Ella dejó escapar un pequeño bufido.

—Un *Vigilante* no puede enamorarse de su custodio, ¿no es eso lo que me dijiste una vez?

—Conocías su destino.

Ella asintió.

—Un vacío consuelo.

—Keira, tienes que ir a él —insistió—. Si queda alguien en este maldito planeta a quien aceptará escuchar, es a ti.

Por su mirada, ella no era de la misma opinión.

—Radin no fue el único proscrito esa noche, Axel —dijo con amargura—, los dos Altos Hechiceros no fueron los únicos que perdieron algo esa noche.

Sí, ella también había tenido su cuota, pero al contrario que con ellos, su castigo fue levantado.

—Tú te ganaste el indulto al protegerla —le recordó—. Al cuidar de ella cuando ni yo ni Radin estábamos allí para hacerlo, la mantuviste cuerda y atada a ti hasta que él pudo traerla de vuelta.

Keira negó con la cabeza.

—No podía dejar a una niña… no… no a ella… no después de lo que le hice… de lo que mis elecciones le hicieron…

—No solo las tuyas, Keira.

Ella lo miró con desesperación.

—Te necesita —insistió él—. Ambos te necesitan.

—Axel.

Posó un dedo sobre sus labios para acallar sus protestas.

—Eres la única que puede interferir en su destino —concluyó—, ya que fuiste la que lo puso en marcha la primera vez.

Le dedicó una ligera inclinación de cabeza a modo de despedida y dio un paso atrás. Ella era una buena mujer, el que ahora fuese la *Vigilante* de las dos tribus —los *Kwakiutl* y los

Hailtzuk—, así lo proclamaba, el Gremio podía haberla castigado por vulnerar las leyes o interceder en un destino que ya estaba escrito de ante mano, pero Keira seguía siendo uno de los *Angely* y él intuía que de alguna forma, en sus manos reposaba todavía el destino de los hechiceros.

CAPÍTULO 28

El dolor podía presentarse bajo las formas más extrañas, no se trataba solo de sangrar, de padecer, el dolor podía mostrarse también como una herida no cicatrizada, una mala elección y las consecuencias que se derivaban de ella. Radin lo sabía de primera mano, el dolor que con tanto empeño había enterrado en su alma ahora encontraba grietas a través de las cuales rezumar su veneno.

Se suponía que no debía estar allí, su alma estaba proscrita y la tierra bajo sus pies era un terreno que había prometido abandonar años atrás. Quizá fuese la desesperación, esa era otra de las emociones que experimentaba demasiado a menudo últimamente. La imposibilidad de dar con una solución, la impotencia ante lo que el destino quería arrebatarle lo mantenía completamente al borde.

Ankara se había sumido de nuevo en un cómodo sueño del que no parecía tener intención de despertar. Dos días completos llevaba sumida en ese estado, su cuerpo frío, su piel blanca como el mármol, solo la ausencia de hielo o escarcha le daba un poco de paz y lo aterraba al mismo tiempo.

Señor, estaba asustado. No había otra palabra para describir el pánico que se revolvía en su interior, uno que se obligaba en apartar e ignorar con cada nuevo paso que daba. Era la misma clase de irreverente oscuridad que lo atenazó tiempo atrás, aquella que lo hubiese enviado directo al abismo si Boer no estuviese allí para arrastrarlo de nuevo hacia la luz.

—Al final es imposible no volver al punto de partida, ¿huh?

Se giró sin sorprenderse por la presencia del recién llegado, hacía tiempo que había aprendido que con ese hombre no funcionaban los convencionalismos.

—¿Ahora haces visitas a domicilio, Nick?

El antiguo presidente de la Agencia Demonía sonrió de forma irónica.

—A veces es la única forma de encontrar lo que busco —aseguró—, especialmente cuando dicho individuo insiste en tropezarse una y otra vez con las mismas piedras en el camino. Quizá deberías atarte los cordones.

Bufó.

—¿Qué quieres?

Se encogió de hombros.

—Tocarte la moral un poco —declaró. Se detuvo a su lado y echó un vistazo al río y a la llanura que se extendía en todas direcciones, el contraste entre vida y muerte era uno que él conocía bien—. Aunque antes tendría que encontrarla, ¿no?

Giró la cabeza en su dirección y arqueó una ceja en respuesta.

—¿Cómo está Ankara?

—¿Por qué no me lo dices tú? —le soltó—. Tienes asiento preferente para ver este partido.

Al no obtener respuesta, resopló.

—Se muere —aceptó a regañadientes—. Vuelve a estar sumida en la absoluta inconsciencia, solo que esta vez el hielo parece haberse estabilizado de alguna manera o quizá es que ya no tiene ni deseos de extenderse hacia fuera y la mata lentamente por dentro.

—Ya veo.

Se tensó y apretó con fuerza los puños, la pasividad en la voz masculina lo encendía.

—No, no creo que lo hagas —masculló—. No creo que entiendas nada de lo que pasa. Ella me está dejando. Esa mujer siempre ha sido un constante desafío y ahora se está saliendo con la suya.

—¿No es tu libertad lo que siempre has buscado? —insistió Nick—. ¿No es por ello por lo que te marchaste en primer lugar? ¿Para alejarte de ella? Ankara te está dando lo que siempre anhelaste; tu preciosa libertad.

De nuevo esa respuesta. En los últimos días no dejaba de oír siempre la misma respuesta. Todos parecían más que listos para dársela y empezaba a sacarle de quicio.

—¡No la quiero! —estalló—. ¡No quiero ninguna jodida libertad!

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

Enmudeció. Esa era una pregunta que llevaba haciéndose mucho tiempo, más aún los últimos días y todavía no encontró una respuesta que fuese satisfactoria.

—Vuelves a huir —suspiró Nick—. Sigues huyendo de ti mismo y de lo que tus deseos te exigen hacer en vez de afrontar tus errores. No puedes odiar eternamente, Radin.

Le dio la espalda y comenzó a desandar su camino.

—¿Cuándo vas a aceptar que la amas?

La voz del *Angely* sonó como un cañonazo en la soledad del lugar.

—Cuando el infierno se congele —siseó.

La carcajada a su espalda le puso la carne de gallina.

—Ay, hechicero, tu infierno lleva congelado mucho tiempo —le aseguró con mortal certeza—, tanto que te empeñas en odiar a la mujer que amas para no tener que enfrentarte con su muerte; la misma que tú mismo le diste desde el principio.

No respondió, no podía, no quería siquiera considerar las palabras del maldito ángel o lo que fuese ese hombre. El *Vitriale*, como era conocido por los suyos, alguien que había sido tan jodido o más aún que él por el destino.

‹‹Odias a la mujer que amas, interesante››.

Su afirmación se convirtió en una acusación en su mente. La voz llana y profunda se convirtió en otra más oscura y anegada de diversión, una que remontaba el pasado trayendo consigo uno de los episodios de su vida que se obligaba en mantener bajo llave.

‹‹ BAR PECATIO, NUEVA YORK››.

TRES AÑOS ATRÁS…

Radin no podía dejar de temblar, el fuego lo corroía por dentro al igual que las emociones, el dolor era tan intenso que no le dejaba respirar, cada vez estaba más convencido de que ese día moriría, que al fin se liberaría de la pesada carga que portaba sobre sus hombros y que acabaría con todo, incluso con su estupidez.

—Odias a la mujer que amas, interesante… a la par que estúpido —chasqueó el desconocido que lo encontró a las puertas de la trastienda del local que regentaba. El hombre —o lo que quiera que fuese—, lo había levantado de un charco de sangre, hizo alguna referencia hacia las ratas y lo arrastró hacia la barra del bar que ahora manchaba con su propia sangre—. Has intentado huir del amor. Tienes tanto miedo de él que has hecho todo lo posible por erradicar lo que sientes tras la culpabilidad y el odio. Ah, hechicero, sin duda tu estupidez no tiene límites.

Se limitó a fulminarlo con la mirada, o pensó hacerlo ya que esta se le hacía borrosa por momentos.

—Ahórrate tus sermones… quien quiera que seas —siseó. Luchó por ponerse en pie, pero todo lo que consiguió fue caer de bruces al suelo. Quizá fuese una suerte que no estuviesen más que ellos dos en el local.

El hombre se limitó a acuclillarse a su lado, mirándole con indiferencia.

—Puedes quedarte ahí y desangrarte hasta morir si crees que es la solución, pero créeme, no hará que dejes de amar a la única mujer que deseas odiar —le informó—. Por no hablar de que me estás poniendo el suelo perdido, ¿tienes idea de lo que cuesta limpiar la sangre? Y ya no hablemos de las almas, si la palmas aquí, tendré que llamar a un jodido exterminador… y tío, los odio.

Si no le doliese tanto, se reiría.

—Devuélveme al callejón en el que me encontraste y te ahorrarás todos esos inconvenientes.

El hombre resopló.

—Si hiciese eso, luego tendría cargo de conciencia —le dijo—, y cuando eres un Devorador de Pecados, el tema de la conciencia es algo… superfluo.

¿Devorador de Pecados? Luchó por enfocar la mirada sobre el hombre. Su aspecto oscuro se veía incrementado por su altura y el tono de su pelo.

—¿Qué demonios es un Devorador de Pecados?

Puso los ojos en blanco.

—Típico, les ayudas y te insultan en tu cara —rezongó él al tiempo que lo ayudaba a ponerse de nuevo en pie con un grave quejido—. Dejémoslo en Boer, ¿de acuerdo, damisela?

Boer, un nombre extraño para un hombre igual de atípico.

—No soy una damisela.

No sabía ni de dónde sacaba la fuerza para discutir. Debía estar realmente al borde de la muerte si se atrevía a hacerlo en presencia de él.

—No, eres un Alto Hechicero, el más estúpido que he tenido la desgracia de encontrarme —declaró dejándolo de nuevo en el asiento—. Uno que además está lleno de odio, dolor y jugosos pecados.

Se llevó la mano al vientre y sintió la sangre caliente y pegajosa empapándolo todo.

—Deja de insultarme y devuélveme a mi vertedero, al menos podré morirme sin escuchar tu irritante voz.

Se rio. A Boer le dio tal ataque de risa que pensó que terminaría doblado por la mitad.

—Tienes agallas, chico, lo admito —aseguró secándose las lágrimas—. Solo por eso, voy a hacerte un favor.

Resolló, el dolor era tal que ya no podía siquiera ver bien a su contertulio.

—¿Vas a matarme ahora?

Escuchó cómo se alejaba y alzaba la portezuela que le daba paso al interior de la barra. Al momento un par de vasos aparecieron frente a él.

—Haré algo mejor —declaró vertiendo un líquido borgoña en ambos vasos—, liberaré tu alma para que puedas seguir siendo un completo gilipollas. Tu chica me lo agradecerá.

Siseó, aquellas sencillas dos palabras lo encendieron como nada lo conseguía.

—Ankara no es mi chica.

Una ladina sonrisa curvó los labios de Boer.

—Así que su nombre es Ankara —murmuró y empujó el vaso en su dirección—. Bebe y

empieza a contármelo todo desde el principio, hechicero.

Miró el vaso y se aferró al borde de la barra cuando todo empezó a darle vueltas.

—¿Qué es? ¿Matarratas?

—Podría serlo por lo que le hará a tus tripas —aseguró y alzó su propio vaso en un mudo brindis—. De un trago y aprieta los dientes, chico. El viaje va a ser movido.

Y lo había hecho. Entre trago y trago, salió a la superficie cada uno de sus miedos y temores mientras su cuerpo sufría dolores imposibles para al segundo siguiente descubrirse con una de las múltiples heridas que le drenaban la vida, curadas. Boer lo había hecho pasar por un infierno, uno que recordaba a duras penas.

Por primera vez desde que comenzó todo, desnudó su alma, le dijo a alguien toda la verdad, todo lo que ocultaba su alma y con cada nueva afirmación que brotaba de su interior, su carga se aligeraba.

—Ella no es mejor que yo. —Iba ya por la tercera copa—. Dijo que me amaba, estaba dispuesta a iniciar una vida conmigo lejos de allí si tan solo le daba la espalda a esa niña… No podía dejar a Ankara, pero… pero ella tampoco luchó… Decía que me amaba, pero no luchó por ese amor, dejó que me fuese… permitió que la traicionara, que deseara a esa hechicera… ¡Maldita sea mil veces! ¡La odio! ¡¿Por qué no luchó por mí?! ¿Por qué se dio tan pronto por vencida? Si hubiese venido a por mí yo… yo…

—¿Habrías dejado a tu hechicera por esa mujer? ¿Renunciarías a Ankara por ella?

Sacudió la cabeza como si necesitara despejarse.

—No puedo dejar a Ankara —negó con la cabeza. Giró el líquido en el vaso y se lo bebió de un solo trago—. ¡Oh, dios! ¡Mierda! ¡Esto es el infierno concentrado!

—Sigue bebiendo —le dijo Boer bebiéndose su propio vaso de golpe—, lo estás haciendo bien.

—Esa muchacha es estúpida hasta sus últimas consecuencias…

—Mira quien fue a hablar.

—Tiene tantas esperanzas puestas en mí —musitó. Las lágrimas corrían ahora sueltas por su rostro—, piensa que puede hacer de mí alguien mejor. Que puede ganarse mi afecto, mi amor…

—¿Y no puede? Diría que ya lo ha conseguido.

—¡Ella es la única culpable de todo esto! —exclamó con desesperación—. No puedo amar a quien me ha destrozado la vida. ¡Me lo arrebató todo! ¡Ni siquiera pude despedirme de ella! Me robó a mi única familia, mi identidad, a la mujer a la que amo y todo… todo para nada…

Boer sirvió otros dos vasos.

—Yo no diría tanto —se encogió de hombros—, lo que has perdido, lo habrías perdido antes o después incluso sin ella. Pero con ella has ganado mucho más, Alto Hechicero.

Sacudió la cabeza.

—No voy a amarla —negó rotundamente—. Todo lo que tendrá de mí será odio. No puedo permitirme… sentir nada por ella.

—El miedo no es un buen consejero.

Clavó la mirada en la de él.

—No. Voy. A. Amarla.

Estaba decidido a evitarlo a toda costa, haría hasta lo imposible por odiarla, por mostrarle su desprecio. Ella era la única culpable de todo, no la amaría jamás, había entregado su corazón una vez y el precio fue demasiado alto. No sufriría así nunca más.

—El odio que escuda el amor nunca trae nada bueno, chico, recuérdalo cuando te

enfrentes cara a cara con el destino —lo aleccionó—. El dolor se intensificará, los remordimientos pesarán tanto como los pecados y tu vida se convertirá en un infierno.

—Prefiero vivir en un infierno a amar a la única mujer que me ha traído la desgracia.

Boer negó de nuevo con la cabeza.

—En ese caso, ve preparando tus armas, Alto Hechicero, porque tu infierno está a punto de comenzar.

Radin se obligó a tomar una profunda bocanada de aire y devolver los recuerdos y las emociones que estos traían consigo al lugar en el que permanecían guardados bajo llave. No podía permitirse que nadie accediese a ellos, no podía darse el lujo de revivirlos, pues el dolor y el miedo que ahora sentía no serían nada comparados con lo que caería sobre él si se permitía aceptar la realidad que con tanto empeño que había obligado a negar.

—Te empeñas en alargar vuestra mutua agonía.

Suspiró y se volvió hacia la compañía no deseada.

—A no ser que tengas una solución para lo que está pasando, ahórrate tus comentarios —masculló—. No estoy de humor.

Nick se limitó a poner los ojos en blanco.

—La solución la has tenido siempre al alcance de la mano, Radin —le recordó—, una que te empeñas en rechazar con cada nuevo aliento que das.

Lo fulminó con la mirada.

—En tu interior vive el único fuego capaz de derretir el hielo que ahora la consume —lo enfrentó Nick—, la única incógnita es si serás capaz de soportar que te derrita también a ti.

CAPÍTULO 29

Cuando se trataba de liar las cosas, de manejar situaciones imposibles, el Gremio se llevaba la *Palma de Oro*, prueba de ello era la mujer que permanecía ante ellos en el centro de la sala.

—Hasta que el demonio en persona viene de visita —murmuró Naziel.

La recién llegada se limitó a permanecer en silencio. Su aspecto no había cambiado demasiado en los últimos años, el pelo negro y liso, los claros ojos avellana, el estilo *new age* que prefería, Keira seguía siendo la misma mujer que recordaba a excepción de una cosa; estaba proscrita.

Los suyos se tomaban muy en serio las normas, tanto que cuando ella las quebró enamorándose de su custodio y le arrebató a la hechicera el corazón de aquel destinado a ella, provocando con ello una serie de acontecimientos que nadie pudo prever, fue condenada al ostracismo y expulsada del Gremio. Su regreso, iba contra la ley.

—No deberías estar aquí —Naziel se adelantó a sus propias palabras—, pero al igual que al *Angely* presente, el seguir las normas no es algo en lo que destaquéis precisamente.

Los labios femeninos se estiraron levemente.

—Siempre hay cosas que a un alumno le quedan de su maestro —respondió con voz suave, su mirada cayendo sobre Axel.

—¿Qué haces aquí? —preguntó este último.

No tenía tiempo ni ganas para andarse con rodeos. Intuía a qué podía deberse su respuesta, pero con aquella mujer había aprendido que no siempre lo que uno esperaba era lo que conseguía.

—Quiero verle.

Una afirmación llana y rotunda, tenía que admitir que tenía agallas.

—No llegas en el mejor de los momentos para ello.

Negó con la cabeza, sus ojos brillaban con decisión.

—Es el único que tengo, el único que me han permitido —declaró dando un paso adelante —. Por favor, Axel, permíteme corregir mis errores, se lo debo a ella. A ambos.

La miró a los ojos.

—Ankara se está muriendo.

Ella asintió y había verdadero arrepentimiento en sus ojos.

—Lo sé.

Entrecerró los ojos sobre ella.

—Sé que no tienes motivos para confiar en mí, pero necesito verle —insistió.

—Esa niña, la mujer a la que tú condenaste, se está muriendo —insistió sin quitarle la mirada de encima—. A menos que tengas la clave para evitarlo, tu presencia no hará ningún bien a ninguno de los dos.

Ella se lamió los labios.

—Ese es precisamente el motivo por el que estoy aquí —le informó—. Radin tiene que saber la verdad, ahora, no antes ni después, debe saberla ahora para poder elegir.

—El *Vitriale* —Las palabras salieron de sus labios antes de poder pensar siquiera en ellas —. Él te envió y no solo ahora.

Ella no respondió, pero tampoco hacía falta.

—Espero que estés preparada para enfrentarte al odio más visceral que existe, Keira —le dijo—, porque lo ha estado cultivando cada día… para la mujer equivocada.

La culpa era un cuchillo afilado al que estaba acostumbrado, pero esa clase de dolor que acompañaba a la desesperación y a la impotencia no creía poder dominarlo jamás. Quería odiarla por hacerle pasar por aquello, culparla una vez más pero ya no tenía fuerzas para ello, todo en lo que podía pensar era en que la estaba perdiendo y no había encontrado una maldita cosa que pudiese evitarlo.

Su ausencia incluso teniéndola al lado era demasiado aterradora, su piel había adquirido el prístino color de la nieve, casi podía ver el azul de sus venas realzado por esta, los labios habían conservado un tono rosa palo que realzaba su palidez y la respiración parecía hacerse cada vez más lenta.

Posó la mano sobre su pecho como llevaba haciéndolo intermitentemente y sintió cómo este se expandía y volvía a contraerse en un movimiento tan ínfimo que si no se prestaba atención, parecería que no existía.

—No puedes abandonarme, Kara —musitó mirando su rostro. La congoja se aferraba cada vez con más fuerza a su pecho—. No puedes hacerlo, no puedes…

¿Qué? ¿Dejarle? ¿Dejar que se hundiera solo en el infierno que los había perseguido? No estaba acostumbrado a admitir tales cosas, ni siquiera para sí mismo, pero le aterraba quedarse solo. Sin ella, estaría completamente solo.

—No sé qué hacer, Kara —confesó en un susurró—. No sé qué hacer para traerte de vuelta…

—Amarla, Radin, entregarle aquello que siempre debió ser suyo.

El corazón le dio un vuelco, temió incluso girarse en la dirección de la voz femenina que no había vuelto a escuchar en mucho tiempo; una voz que ya solo vivía en sus recuerdos.

—Es demasiado tarde para eso —se encontró respondiendo sin volverse todavía—, demasiado tarde… para cualquier cosa.

—Nunca es tarde para amar, *Alto Hechicero* —oyó de nuevo su voz. Esta vez más cerca —. Como tampoco lo es para perdonar y ser perdonado. Perdóname, Radin, por lo que mi egoísmo te causó, os causó a ambos. Perdóname.

Aspiró con fuerza al sentir el suave peso de una mano sobre su hombro.

—Keira.

Ella se movió hasta aparecer en su campo de visión, tan hermosa como la recordaba. Sus ojos color avellana lo miraban con una mezcla de alegría y dolor.

—Ha pasado mucho tiempo, Radin —lo saludó con una tímida sonrisa—. Demasiado tiempo, lo siento.

No sabía qué decir, el verla, el tenerla frente a él. Se encontró buscando la mano de su compañera, apretándola entre sus dedos como si necesitase sentirse anclado al presente. Ella siguió el gesto con la mirada y sus labios se curvaron en una triste sonrisa.

—No puedes dejar que se marche —murmuró. Sus ojos se encontraron con los suyos—, no dejes que ella cometa mí mismo error. No la dejes darse por vencida.

Negó con la cabeza, no sabía qué decir o qué hacer.

—¿Qué… qué haces aquí?

Se encogió cuando su mano le acunó la mejilla. Sentía su calor, su tacto y comprendió que a pesar de todo no estaba soñando, ni sumido en los recuerdos; aquello era real.

—He venido a verte, a veros a los dos —se corrigió. Dejó caer la mano y se apartó—. Y a rogarte que no la dejes marchar, que te aferres a ella como una vez estuviste dispuesto a aferrarte a mí.

Abrió la boca con intención de responder, pero ella lo silenció con un solo dedo posado sobre sus labios.

—No, espera a que hayas escuchado lo que tengo que decirte —pidió sin apartar la mirada de la suya—. Hay mucho que ignoras, Radin y que necesitas saber. Pero por encima de todo, tienes que saber que esto —posó la mano sobre su corazón—, todavía te pertenece. Siempre ha estado ahí, dormido, esperando a ser entregado a su legítima propietaria.

Radin no podía dejar de mirarla, conocía bien el gesto en su rostro, la forma en la que se curvaban sus labios y la forma en la que a menudo acompañaba sus palabras con las manos, pero al mismo tiempo había algo en ella que le era extraño y que acrecentaba el estado de irritación e incredulidad por el que pasaba ahora mismo. El aura que la rodeaba distaba mucho de la que recordaba a su alrededor años atrás, esta era más gris, más vieja y tan agotada que le sorprendía que la mujer fuese capaz de mantenerse en pie.

Sus ojos se cruzaron una vez más, ese precioso color avellana decorado con motas doradas, nada había cambiado en ellos a excepción de la percepción y el brillo de alguien que había vivido muchas vidas en un corto periodo de tiempo. Estaba ante la mujer que se adueñó de su corazón y su alma, esa a la que se vio obligado a renunciar a favor de su hechicera, su primer amor… y a pesar de ello, no podía encontrar la emoción en su interior que había sentido entonces, la dicha que le proporcionaba su presencia. Demasiado a menudo se encontró buscando a Ankara, frotándole la mano que seguía sosteniendo, necesitando de ella para anclarse a la realidad.

Sí, sabía que era ella, pero al mismo tiempo no lo era, no la criatura bondadosa y tierna que recordaba, la mujer de la que se enamoró y a quien entregó el corazón.

—¿Por qué has vuelto? ¿Por qué ahora?

¿Por qué no lo había hecho antes? ¿Por qué no estuvo a su lado cuando todo se venía abajo? ¿Por qué no luchó por quedarse junto a él a pesar de que fue él mismo quien la alejó? Él la amaba, habría dado hasta lo imposible por ella, pero entonces, todo terminó y caminó solo por el mundo, con una niña a su lado a la que solo podía odiar.

La cálida mirada femenina descendió sobre su compañera.

—Porque necesita que la ames y tú necesitas de su amor para emerger del profundo abismo dónde tu propio odio y desesperación te hundieron —aseguró. Dejó escapar un profundo suspiro y se giró de nuevo hacia él—. Hice las cosas realmente mal, Radin. Permití algo que jamás debió ocurrir…

Él frunció el ceño.

—¿De qué puedes tú ser culpable? —negó con la cabeza—. Yo mismo me metí en este lío dándole la espalda a aquella a quien debía pertenecer por otra mujer… alguien a quien sí amaba.

La tristeza inundó de nuevo su mirada.

—Un amor que jamás debí permitir que surgiera y mucho menos alimentar —confesó sin dejar de mirarle—. Ese no era mi cometido, no era mi destino, Radin, yo era tu *Vigilante*…

Aquello debía sorprenderle, pero de nuevo, sus neuronas parecían no estar del todo funcionales.

—¿Mi *Vigilante*?

Ella asintió, una sencilla afirmación con la cabeza que empezó a penetrar poco a poco en su cansado cerebro dotando las palabras con un completo sentido.

—Eres… un *Angely* —susurró.

De nuevo repitió ese quedo gesto y él se encontró negándolo con vehemencia.

—No —negó al tiempo que soltaba la mano de Ankara y abandonaba la cama en la que había permanecido sentado—. No sé qué clase de ridícula representación es esta o quien te obligó a llevarla a cabo, pero este no es el momento para… reencuentros. Mi… mi compañera está ahí, en esa cama, muriéndose… —La rabia empezó a manar de su voz sin poder contenerla —, y lo último que quiero o me interesa ahora mismo es escuchar absurdas excusas que llegan demasiado tarde.

Ella se giró e intentó acercársele, pero se lo impidió. No soportaba su cercanía, era extraño, inaudito en realidad, pero no quería que lo tocase, no quería… ¿qué?

—Vete. —Le señaló la puerta.

—Radin…

—¡Solo vete! —estalló, su poder reaccionando en consonancia—. No… no quiero verte… ahora… ahora no.

Pero ella no solo no se detuvo sino que siguió avanzando hasta detenerse frente a él.

—No puedes seguir huyendo —lo enfrentó ella—. Ella no se merece que sigas huyendo.

Siguió su mirada y se encogió interiormente al ver a Ankara, tan pálida y moribunda.

—Deja de huir de lo que te pide el corazón…

Aquello lo hizo reaccionar como si lo hubiesen acuchillado.

—¡No tengo corazón! —declaró con fiereza—. ¡Ese órgano murió en el mismo momento en que renuncié a todo! ¡En que renuncié a ti y a lo que sentía! ¡Maldita sea, Keira! ¡Yo te amaba! ¡Te amaba más que a mi propia vida! ¿Por qué lo permitiste? ¿Por qué me dejaste ir?

La vio apretar los labios conteniendo un gesto de dolor, sus ojos se empañaron y juraría que incluso le tembló el labio inferior cuando volvió a hablar.

—Porque no eras mío para retenerte —susurró con dolor—, porque tu corazón eligió a su dueña por encima de mí en el mismo momento en que abandonaste nuestra tribu para seguirla. ¿Qué derecho tenía yo para ir tras de ti cuando tú la habías elegido ya a ella? Te has escudado tanto tiempo detrás del odio que eres incapaz de ver que la quieres…

Negó con firmeza, apretó los dientes y negó una vez más.

—Te amaba a ti, te entregué mi corazón, lo dejé a tu cuidado y a ella… A ella no le quedó nada más que mi odio, mi desprecio —siseó y se palmeó el pecho, allí dónde latía el corazón—. Esto está muerto para alguien más, no es más que un órgano yermo y desahuciado por ti, ¡por ti, maldita seas!

Avanzó de nuevo, impidiéndole retroceder. Le cubrió el rostro con las manos y lo obligó a enfrentarla, a ver en sus ojos una verdad que no quería admitir, que tenía miedo de admitir.

—Mi querido hechicero, ¿todavía no te has dado cuenta? —preguntó con dulzura—. Un corazón puede elegir más de una vez, puede ser entregado más de una vez, no morirá mientras haya quien lo alimente.

Quiso retirarse, alejarse de ella, pero no se lo permitió. Por el contrario lo obligó a mirarla a los ojos.

—Me amaste una vez, Radin, tu corazón me eligió una vez, sí —aceptó—, pero ha sido otra mujer la que lo ha mantenido latiendo, quién lo ha alimentado con ternura, con amor y es a ella a quien pertenece ahora, a quien lleva perteneciendo desde hace mucho tiempo. Afróntalo, te has enamorado de una mujer a la que te has empeñado en odiar, en culpar de nuestros errores. La

amas, hechicero, amas a Ankara y es ese amor lo único que puede traerla de vuelta.

Retrocedió, de repente se sentía demasiado expuesto, demasiado débil, quería alejarse de ella, alejarse de cualquiera de esas dos mujeres que no hacían más que complicarle la existencia.

—No la amo, no puedo amarla —se obcecó en ello.

Ella insistió, no lo dejó replegarse ni buscar solaz.

—La amas, tanto que no puedes soportar el pensamiento de que te abandone, de no poder ir tras ella —lo acosó sin descanso—. La odias porque te está castigando de la misma manera en que tú la castigaste a ella, la odias porque no ha evitado que te enamoraras de ella. Pero ¿quién es realmente el culpable, Radin? Ella por amarte, o tú por corresponderla y negarte a aceptarlo.

Empezaba a costarle respirar, aquella insoportable opresión en el pecho volvió solo para atormentarle como lo había hecho mucho tiempo atrás, cuando se dio cuenta de que no podría escapar de ella, de lo que ella había despertado en él.

‹‹Has intentado huir del amor, tienes tanto miedo de él, que has hecho todo lo posible por erradicar lo que sientes tras la culpabilidad y el odio››.

Las palabras de Boer resurgieron del pasado.

‹‹ Puedes quedarte ahí y desangrarte hasta morir si crees que es la solución, pero créeme, no hará que dejes de amar a la única mujer que deseas odiar››.

No, no la amaba. No podía amarla… ¡No quería amarla!

—No lo haré —siseó, las llamas de las velas respondieron a su explosión triplicando su intensidad—. No se lo merece, no merece que la quiera, que me preocupe por ella… Está decidida a abandonarme, ella por encima de todo el mundo está decidida a dejarme ir.

—Radin…

Se giró como un vendaval, su poder intensificó la temperatura del dormitorio. No podía soportar su presencia, las palabras que se vertían sin piedad de su boca, las paredes empezaban a hacerse demasiado opresivas.

—¡Márchate! —barbotó—. Déjame solo, eso es lo que mejor sabes hacer. Solo vete y déjanos en paz.

La obstinación brilló en los ojos como eco de su respuesta.

—No puedes huir de tu propio corazón, hechicero —insistió caminando hacia él—, puedes intentar esconderte de él, pero antes o después oirás su latido, como lo estás haciendo ahora.

Por cada nuevo paso que ella daba, él retrocedía otro.

—La culpas porque quiere dejarte. ¿Acaso has hecho algo para retenerla? ¿Le has dado el motivo necesario por el que deba aferrarse a ti y luchar?

Sus palabras fueron como una nueva cuchillada.

—No he intentado otra cosa, desde que la vincularon a mí, no he dejado de intentar detener el hielo que la consume —se justificó—, pero ahora… No responde… nada de lo que hago sirve de nada.

Ella ladeó ligeramente la cabeza.

—Lo intentaste todo y al mismo tiempo no hiciste lo más sencillo, alimentar su corazón —lo acusó. Su voz seguía siendo suave, cálida, pero sus palabras eran como dardos mortíferos—. Una sola palabra tuya habría bastado para que no se rindiera, para que luchara hasta la última de sus fuerzas. Una simple palabra. Nacida de aquí.

Apretó los puños y dio un paso más hasta que la alta pared detuvo su avance.

—No. La. Amo. —repitió con tal dureza que le sorprendía que no se le fisurara algún diente por la fuerza que ejercía en la mandíbula.

Ella alzó la mano una vez más y le acunó la mejilla.

—Sí, la amas —aceptó. La tristeza se reflejó desnuda en sus pupilas—. Egoístamente hubiese querido ver que no es así, que a pesar de todo, quizás… —negó con la cabeza y sonrió —. No, está bien, es lo que tenía que ser. Como debe ser. Tu corazón le pertenece.

—Mi corazón ya no existe.

—Sí existe, Radin y está justo aquí —le apuñaló el pecho con el dedo—, latiendo a duras penas, pero vivo y necesitado del amor que te empeñas en evitar sentir, que no deseas dar.

Quería empujarla, apartarla de él, pero su cuerpo parecía incapaz de moverse, el ligero temblor que recorría ahora cada miembro parecía contribuir a robarle las fuerzas.

—No voy a amarla —insistió con tozudez.

Keira ladeó el rostro.

—Entonces la perderás —declaró con firme suavidad—, y cuando cruce el umbral al mundo de nuestros antepasados, en esta tierra ya no quedará nada para ti por lo que luchar. Y entonces sí, Radin, entonces el órgano por el que tanto sufres dejará de latir y se consumirá.

Las palabras se filtraron en su mente trayendo imágenes de un futuro yermo, oscuro, sin emociones, una cáscara vacía que continuaría su camino sin nadie al lado.

—No puedo amar a una mujer que está dispuesta a abandonarme, ¿es que no lo entiendes? —desesperó. Se miró las manos, le temblaban, todo él temblaba y no era capaz de evitarlo—. No puedo… no puedo… no puedo hacerlo…

Las suaves y cálidas manos encerraron por segunda vez su rostro obligándole a enfrentarse con esos ojos oscuros que parecían ver directamente en su alma.

—¿Por qué no, Radin?

Sintió un ligero picor en los ojos y al momento las primeras lágrimas hicieron acto de aparición. Las primeras lágrimas que se permitía derramar realmente desde el momento en que se vio obligado a dejar su tierra natal.

—No puedo —musitó incapaz de dejar pasar el aire a través del fuerte nudo que le oprimía el pecho—. No puedo amarla… porque si lo hago la seguiré, iré tras ella hasta el mismísimo infierno. Si la amo, la perderé no una vez, si no cada una de las veces que la alejo de mí y no se lo merece… no merece que la siga, no merece que me preocupe por ella, que desee entregarle mi vida… no se lo merece.

Resbaló por la pared, las piernas cedieron a su peso y cayó de rodillas en el suelo. Su alma

—No puedo amarla… no puedo… dioses, por favor, no puedo… —Las lágrimas seguían bañándole el rostro, vidriándole la mirada—. Duele demasiado hacerlo, no puedo… no puedo perderla.

Sintió que se hacía pedazos, era incapaz de dejar de temblar y a sus oídos solo llegaba el eco de unos desgarradores sollozos. No podía respirar, apenas podía ver nada con la humedad que le nublaba los ojos y el pecho, dioses, cómo le dolía el pecho. Se dobló sobre sí mismo, intentando huir de aquel dolor, intentando escapar de los sonidos de algún desdichado que estaría siendo torturado en algún lugar del Gremio.

—Está bien, Radin, está bien, déjalo ir —escuchó las palabras de Keira en la lejanía, casi al mismo tiempo que sentía como unos brazos lo rodeaban y lo apretaban contra un cuerpo cálido. Sintió su ternura, el amor que una vez sintió por él y el consuelo que ahora le ofrecía a pesar de saber que al hacerlo renunciaba a él para siempre, para entregarlo en manos de otra mujer—. Tú eres el único que puede retenerla, eres el único que tiene el poder para conservarla, para mantenerla a tu lado.

Ahora había también lágrimas en su voz.

—Todo lo que tienes que hacer es amarla. Entrégate por completo a ella, muéstrale quién

eres en realidad y deja que te ame a cambio.

Su voz seguía atravesando capas y capas de angustia, surfeando por encima de la agonía y los incontenibles sollozos que hacían eco en la solitaria habitación.

—Lo hará, Radin, sé que ella, por encima de todo, te amará eternamente —musitó en su oído—, así que por favor, no cometas el error de renunciar a ella. Si hay alguien que puede arrancarla de las garras del Gran Espíritu, eres tú, siempre has sido tú.

Las palabras resonaron por última vez en la estancia y se mezclaron con los ahora quedos sollozos, que, se dio cuenta, eran los suyos.

CAPÍTULO 30

No podía dejar de mirarla. Por segundos se encontraba ante una extraña, una mujer a la que se encontró aceptando que amaba y al instante, volvía a verla a ella, a la compañera que no le había dejado ni un solo instante en los últimos años y que lo enloquecía con sus cosas. Dos mujeres que en realidad eran una sola, una criatura que cada vez se alejaba más de su alcance a pesar de tenerla ahí, a escasos centímetros.

¿Cuándo fue la última vez que había llorado? ¿Cuándo fue la última vez que se permitió sentir, sentir de verdad? Estaba roto por dentro, desgarrado, el órgano que tanto se había empeñado en mantener dormido, oculto tras una pared de indiferencia volvía a latir y con cada nuevo latido, llegaba una nueva punzada de dolor.

Estiró la mano hacia ella y se detuvo. Cerró el puño y respiró profundamente en un intento por detener el temblor.

—Está bien, ella no se irá mientras le quede un solo gramo de esperanza —murmuró la suave voz de Keira, quien había permanecido a su lado durante su crisis—. Te esperará lo que haga falta porque te quiere y cree en ti.

Negó con la cabeza.

—Le dije tantas veces que la odiaba, hice todo lo que estuvo en mis manos para alejarla y en cambio… —sonrió a su pesar—. Escribió una jodida lista. Una larga lista de cosas, con la esperanza de que yo… que las cosas cambiasen entre nosotros que…

—Ella cree en ti —le aseguró. Radin alzó la mirada para verla al otro lado de la cama, en pie, contemplándolos a los dos—. Nunca ha dejado de creer en ti y se esforzó por que tú creyeses en ella con la misma intensidad. Eres afortunado de tenerla, es una mujer excepcional.

Deslizó la mirada de una mujer a la otra.

—Es una continua pesadilla —murmuró—. Y la echo de menos, me… me desespera verla así. Ella es vital y esto… se está alejando de mí, Keira, la estoy perdiendo… otra vez.

Ella rodeó la cama hasta detenerse a su lado.

—No la perderás mientras estés dispuesto a luchar por ella —le aseguró—. Tienes que aferrarte a ella, lograr que ella se aferre a ti y arrastrarla de vuelta del lugar al que su espíritu la está conduciendo. Eres el único que puede hacerlo, eres el único que puede derretir su camino y traerla de vuelta.

Buscó su mano, piel con piel, necesitaba sentirla de esa manera, saber que todavía estaba allí, que no estaba contemplando a alguien que se había marchado.

—Quiere volver a casa —musitó acariciándole los dedos—. Otro de los puntos de su lista, el último de ellos era escucharme decir esas dos malditas palabras, aunque no fuesen verdad, pero por encima de todo, quiere regresar a casa…

Sintió la suave mano de la mujer que una vez había amado sobre su hombro.

—Llévala —murmuró apretándole el hombro—. Vuelve a casa con ella.

Alzó la mirada y negó con la cabeza.

—No puedo, estamos proscritos, si ponemos un solo pie de nuevo en las tierras de nuestros ancestros… —se estremeció hasta el punto que apretó la inerte mano de su hechicera para darse fuerza—, nos matarán. Los espíritus de las Primeras Tribus no nos concederían

perdón alguno.

Ella miró entonces a la muchacha durmiente.

—Puedes regresar a casa, Radin —insistió—, ella ya está demasiado cerca del mundo de los espíritus como para que estos se preocupen por ella y tú… tú tienes una invitación para regresar.

Se giró hacia ella sorprendido por sus palabras.

—¿Cómo sabes…? —se quedó callado. Abrió y cerró la boca varias veces, pero las palabras parecían serle esquivas—. ¿Tú?

Ella se lamió los labios.

—Fue un regalo para ella —declaró indicándola con un gesto de la barbilla—, y quizá también un poco una forma de resarcirme a mí misma por todo el daño que mis decisiones le causaron… os causaron a ambos.

Frunció el ceño, aquello no tenía sentido.

—¿Cómo es posible? —preguntó—. Ella y tú no…

Se apartó de él solo para inclinarse sobre la cama y apartar un mechón blanquecino de la sien de Ankara.

—Cuando os desterraron y os declararon proscritos, no fuisteis los únicos en ser castigados —comentó—. Una *Angely* enamorada de su custodio, que quiebra las normas impuestas por el destino y por cuyas consecuencias dos Altos Hechiceros son desterrados y proscritos… mi pecado ha sido tan grande o más que el vuestro. El Gremio puede ser realmente muy creativo en sus castigos y también cruel. Me retiraron el rango de *Vigilante* y me obligaron a contemplar el destino que mis errores habían desatado, pero aquello no era suficiente, además de convertirme en una lejana espectadora, estaba obligada a sentir todo el dolor que sentía tu hechicera, a hacerme eco de cada uno de sus pasos…

Palideció. Sabía que el Gremio de Ángeles no se andaba por las ramas, pero aquello era demasiado cruel.

—Keira, yo…

Ella negó con la cabeza y cuando le miró había una sonrisa en sus labios.

—No fue tan malo como podrías pensar —aceptó serena—, por cada sufrimiento que rodeaba a tu pequeña hechicera, había también una nueva resolución. Sus ganas de vivir, de luchar, de amarte y conseguir que tú la amases de vuelta… es una guerrera, Radin, una como ninguno de los estúpidos dirigentes del Gremio pensaron que sería jamás.

Se lamió los labios, tomándose un momento antes de proseguir con su relato.

—Y entonces, la apartaste de tu lado, cuando la *keitaii* dejó el mundo terrenal, la culpaste de nuevo y la abandonaste —musitó. Sus ojos oscuros se posaron entonces sobre los de él—. Tienes que saber que tu abuela no dejó de pensar en ti ni un solo segundo de su vida. Ella siguió pronunciando tu nombre y el de tu compañera, siguió incluyéndoos en sus plegarias y cuando le llegó el momento, sus últimas palabras fueron para ti.

Parpadeó, el aire volvió a faltarle de los pulmones mientras la miraba.

—Tú estuviste…

Ella asintió.

—Yo la quería también, Radin, aunque ella no me quisiera a mí de la misma manera —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Sobre todo, la respetaba y ella estaba orgullosa de ti, Alto Hechicero. Muy orgullosa del hombre en el que te habías convertido y de la elección que tomaste. Nunca dejó de estarlo, hasta su último aliento, fuiste su Alto Hechicero, su nieto más querido y su orgullo.

Radin respiró por fin, y con cada nueva bocanada de aire sentía cómo su pecho se iba aligerando. Aquel había sido uno de los temores más profundos que llevaba su alma, lo único que deseó siempre era que su abuela estuviese orgullosa de él y del hombre en el que se convertiría un día.

«Gracias, abuela. Sigue guiando mis pasos, ilumina mi camino pues mi viaje todavía no ha terminado».

Volvió a mirar a Ankara, quien seguía dormida, totalmente ajena a todo lo que ocurría a su alrededor.

—Kara sufrió por mi mano y por lo que mis actos trajeron consigo —murmuró y no pudo hacer más que cerrar los ojos cuando el recuerdo de aquella noche volvió a su mente—. La abandoné a su suerte, culpándola por algo de lo que era inocente, alejándola de mí cuando debí protegerla… Oí sus gritos, la súplica en su voz cada vez que pronunciaba mi nombre, estúpidamente pensé que era como tantas otras veces… hasta que sentí su pánico. No dejé de sentir su miedo, su desesperación y la culpa que sentía por sí misma, por permitir que aquello le sucediera y me sentí morir por dentro. La acuchillaron, cuando intentó defenderse e impedir que abusaran de ella, uno de ellos la acuchilló y sentí ese cuchillo atravesando mi propia piel, sentí el dolor y la agonía mezclada con… —negó con la cabeza—. No fue ella la que los mató, fui yo… Podía leer a Ankara como un libro abierto, estaba sintiendo lo mismo que ella sentía y reaccioné por instinto uniendo mi voluntad con su poder… Ella no se descontroló, no mató a esos tres hijos de puta como cree haberlo hecho… Le dejé pensar que así había sido, le permití odiarme porque así me sentía a salvo de su cariño. Era mucho más sencillo afrontar su odio que algo más… Y entonces, cuando por fin llegué a ella, verla entre toda aquella sangre, el hielo cubriéndolo todo… la obligué a volver, la arranqué de la paz que estaba acariciando para traerla de nuevo a mi lado pues era incapaz de seguir el camino solo.

Se mesó el pelo con los dedos y tomó una profunda bocanada de aire.

—Y ella, en vez de odiarme, me perdonó —se rio con pesar—. Esa tonta me perdonó por haber estado ausente, por haberle fallado y cargó con tres muertes en su alma que yo sabía no eran cosa suya.

—Ankara también lo sabía, Radin —lo interrumpió Keira—. La hechicera fue consciente del momento en el que estuviste con ella, fue consciente de tu voluntad impulsando a *Chilaili*, el propio espíritu estuvo de acuerdo con tus deseos porque eran los suyos. Ella siempre supo que habías sido tú, pero prefirió cargar con tus pecados para que pudieses seguir adelante.

Keira se sentó entonces también sobre la cama y posó la mano sobre el cuerpo femenino que dormía plácidamente.

—Nunca pensé que viviría algo así pero le vi, Radin, por primera vez vi al Pájaro de Nieve, al Gran Espíritu del Hielo y él me miró a los ojos —se estremeció al contarlo—. Jamás en mi vida tuve tanto miedo y tanta esperanza unidos en una sola, es poder en estado puro, nada puede comparársele excepto ella… Es digna del espíritu que porta y él lo sabe, lo supo entonces y lo sabe incluso ahora…

Se lamió los labios una vez más, parecía ser un recurso al que acudía cuando se sentía nerviosa o necesitaba tiempo para ordenar sus pensamientos.

—Yo estaba allí antes de que Axel llegase, mucho antes de que tú aparecieses —aceptó por fin—. Necesitaba verla de cerca, entender qué tenía esa mujer para seguir viva a través del dolor y la desesperación a menudo la embargaban. Quería saber qué era lo que la impulsaba a levantarse después de cada caída, a seguir teniendo fe.

Hizo una nueva pausa.

—No los vi venir, ni siquiera sentí el odio y la depravación en su interior —musitó—. No pude hacer nada por impedir lo que ocurrió hasta que ya había dado comienzo. Ni siquiera podía ir a ella, pensaba, que no me vería, nunca lo había hecho; era parte de mi maldición… pero entonces, ella me miró y supe que me veía. El miedo y la súplica en sus ojos me atravesaron, podía sentir lo que ella sentía y… reaccioné al igual que ella.

Radin se levantó incapaz de permanecer por más tiempo sentado, el relato de aquella noche era algo que solo intuía, pues nunca había llegado a escucharlo en realidad, jamás pudo arrancarle a Ankara una sola palabra de lo ocurrido realmente. Todo lo que sabía, lo que había visto, lo hizo a través de ella y de Axel, pero siempre supo que no era ni la cuarta parte de lo que en realidad pasó.

—Soy tan culpable de lo que le ocurrió esa noche como tú o como Axel —continuó ella —, no pude evitar que el cuchillo descendiese sobre su cuerpo la primera vez, pero me encargué que no lo hiciera una segunda vez.

Parpadeó, llevaba grabado a fuego el momento en el que llegó y se encontró con toda aquella muerte encapsulada en hielo. Uno de los atacantes había tenido un cuchillo profundamente clavado en el corazón, nunca le dio demasiada importancia hasta ahora. En aquellos momentos solo podía pensar en ella y en que la estaba perdiendo.

—Yo fui quien retuvo su alma entonces hasta que llegó Axel y luego tú. —Sus ojos marrones se cerraron sobre los suyos—. Sé que ella quería irse, Radin, sé por qué deseó abandonarte en aquel momento y lo habría hecho si no hubieses llegado a tiempo. La soledad puede ser demasiado peligrosa, demasiado desalentadora, especialmente cuando luchas una y otra vez por salir de ella.

Volvió a mirar a Ankara y asintió en comprensión.

—Lo es —aceptó sin dejar de mirarla.

‹‹Pero ya no estás sola, Ankara, ¿me escuchas, pequeña? No estás sola. Perdóname, Kara. Lo he hecho todo mal, tanto que te he conducido a esto. Pero lo solucionaré, te lo juro, mi hechicera, voy a ir al mismo infierno si es necesario para mantenerte conmigo, así que no bajes los brazos››.

No sabía si lo escuchaba, si estaba todavía con él. Su vínculo llevaba mudo demasiado tiempo, algo que no hacía más que contribuir al temor que lo envolvía.

—El pergamino —volvió al tema principal—. ¿Cómo llegó a tus manos?

Ella dejó también la cama, se alisó el suéter que llevaba puesto y miró hacia el umbral del jardín. Pronto se pondría el sol.

—Esa noche de desgracias, me fue levantada la condena y devuelta mi condición de *Vigilante* —dijo caminando hacia el jardín, para detenerse en el arco—. Al parecer, el Gremio tiene un poquito de respeto hacia cierto… *Angely.*

La respuesta vino por sí sola.

—El *Vitriale* —declaró y sacudió la cabeza—. Su nombre empieza a aparecer demasiado a menudo últimamente, por no hablar de su jodida persona.

Aquello pareció llamar su atención.

—¿Le has visto?

Hizo una mueca.

—Ha tenido a bien darme una patada en el culo, imagino que para prepararte el terreno —rezongó—. Creo que su Agencia ha ganado perdiéndole de vista… es un jodido grano en el culo.

Ella sonrió, la primera sonrisa auténtica que había visto desde que se presentó ante él.

—Ahora soy la *Vigilante* de la tribu, no puedo estar menos que agradecida por que lo sea

—aceptó.

Radin asintió. Sin duda ella era la mejor opción para cuidar del bienestar de su gente.

—No pueden estar en mejores manos.

Ella asintió.

—Él fue quien me entregó el pergamino —le explicó—. Sabía lo que era, lo que significaba, pero solo era extensible a una única persona y no estaba en mi mano decidir, así que… se lo entregué a tu hechicera.

Y Ankara se las había ingeniado para que él lo encontrase las navidades pasadas, ¿habría sabido entonces lo que iba a ocurrir? ¿Sabría ya que su tiempo empezaba a escasear?

Respiró profundamente y se obligó a soltar el aire con lentitud. Era hora de tomar una decisión, se lo debía, por encima de todo, le debía el intentarlo.

—De acuerdo —caminó con decisión hacia la cama e hizo las mantas a un lado, para luego recogerla en sus brazos y arrancarla del cálido lecho—. Es hora de acabar con todo esto, Kara. Tenemos un contrato que finalizar y un último deseo que cumplir.

Su rostro estaba pálido como la nieve, no había rubor cubriéndole las mejillas o siquiera en sus labios, su piel estaba fría y solo el leve movimiento de su pecho le confirmaba que todavía respiraba.

—Volvamos a casa, mi hechicera —le susurró presionando la frente contra la de ella—, y cerremos el círculo que nosotros mismos iniciamos.

Se giró hacia Keira, apretó su carga contra su pecho y le dedicó una formal inclinación de cabeza.

—Gracias, Keira —aceptó mirándola a los ojos—, y perdóname.

Ella negó con la cabeza y sonrió.

—Esto es lo que siempre debió ser, Radin —aseguró con calidez—. Vuelve a casa, *Alto Hechicero* y recupera aquello que te ha sido arrebatado.

Asintió. Eso es lo que pensaba hacer, así tuviese que luchar con los mismísimos espíritus, iba a recuperar a Ankara y decirle esas malditas dos palabras que nunca dejó de pedirle.

CAPÍTULO 31

—Este tiene que ser el comité de bienvenida más muerto que han encontrado para recibirnos, Kara.

Radin reacomodó el liviano peso de su compañera en sus brazos y contempló el muro —porque aquello era lo que parecía—, de espíritus que formaban ante ellos. Nunca estuvo muy sintonizado con los fantasmas, si bien era un hechicero y dominaba las artes mágicas, todo el asunto de *ultratumba* no era uno de los apartados que más le habían llamado la atención.

Repasó a cada uno de los hombres y mujeres que formaban ante ellos, podía ver a través de ellos como si no fuesen más que formas de humo pero a pesar de ello, sus facciones y ropas eran claras, lo suficiente para poder diferencias varias generaciones y tribus entre ellos.

Acababan de llegar a los límites que marcaban el inicio de las tierras indias al norte de Canadá cuando aquellos espectros se materializaron cortándoles el paso. Las montañas nevadas se recortaban en el horizonte, bañadas por la anaranjada luz del atardecer; la misma que creaba extrañas sombras sobre aquel espeluznante comité de bienvenida. Ninguno hizo ademán de moverse, pero tampoco era necesario, su postura era tan clara como el aura de antiguo poder que habitaba en aquel pedazo de tierra.

«Almas proscritas, marcadas por los Grandes Espíritus, que vagan sin descansar, sin volver a tener solaz en la tierra de vuestros ancestros. Se te prohíbe el paso, Alto Hechicero».

Enarcó una ceja ante la profunda voz que sonó casi como un coro procedente del muro.

—¿Solo a mí?

Todos parecieron concentrar su mirada en Ankara, lo cual hizo que le recorriese un escalofrío y la apretase más contra él.

«La Alta Hechicera ya no mora en la tierra, su espíritu ha iniciado el largo viaje».

Sus palabras le atravesaron el corazón. No podía haber llegado tarde, no podía, tenía que traerla de vuelta y solo conocía un lugar en el que podría hacerlo.

—He venido a cerrar el círculo —declaró y utilizó su poder para extraer el pergamino y presentarlo ante ellos—. Es mi derecho y mi deber.

Los espíritus parecieron vacilar un poco ante la presencia del antiguo símbolo de poder.

«Compareces pidiendo audiencia con los Antiguos Espíritus. Traes contigo la marca del Amo del Destino».

¿La marca del *Amo del Destino*?

—¿Qué…?

—Dejadles pasar —lo interrumpió una voz masculina—. Cumplís vuestro cometido vigilando la frontera, pero ya no son proscritos ante los que estáis, los *Grandes Espíritus* los han escogido, caminan con ellos a lo largo del sendero. Han venido a presentarse en audiencia ante ellos.

Radin miró al recién llegado cuando este se detuvo a su lado. La postura erguida, el aplomo y más que nada, el aura de indisoluble poder que rodeaba a Nickolas fue suficiente para que se guardase sus preguntas para más adelante.

«Que la Audiencia se lleve a cabo entonces y los Grandes Espíritus decidan sobre ellos».

Como una unidad, los espectros se giraron y empezaron a alejarse con paso lento hasta

desvanecerse en el aire.

—¿Audiencia? —No pudo evitar preguntar.

Nick se volvió ahora hacia él y observó también la preciada carga entre sus brazos.

—Se ha alejado demasiado —murmuró al tiempo que posaba la mano sobre la frente femenina—, *Chilaili* no puede seguir reteniéndola.

Bajó la mirada sobre ella.

—¿Retenerla?

Sus ojos se encontraron.

—Vuestros espíritus viven para protegeros, para cuidaros y guiaros en el camino, Alto Hechicero —le explicó—, pero es vuestra la voluntad, vuestro el libre albedrío que hace que toméis las decisiones. Y Ankara ha tomado ya la suya.

Un escalofrío lo recorrió por entero, no deseaba interpretar sus palabras de aquella manera.

—No puede hacerlo… no puede marcharse —negó. La sola idea lo enloquecía—. No lo permitiré.

El hombre ladeó el rostro y entrecerró los ojos como si buscase algo más allá de lo que se veía a simple vista.

—Te ha llevado tiempo aceptarlo, ¿huh? —Pareció divertirle aquel hecho—. Quizá más del que podías permitirte tener…

—No voy a perderla, Nick… la… la quiero.

Una perezosa sonrisa curvó los labios del ex presidente de la *Agencia Demonía*.

—No soy yo quien tiene que saberlo, Radin —aseguró resbalando la mano desde la frente a la mejilla de Ankara—. Es ella… si quieres retenerla, si eso es lo que realmente deseas, tienes que ir a buscarla y darle un motivo para regresar. Pero te lo advierto, está mucho más lejos de lo que estuvo la última vez. Si no tienes cuidado, podrías perderte tú mismo.

Así estuviese en el mismísimo infierno, no pararía hasta traerla de vuelta.

—Iré a dónde sea necesario con tal de tenerla de nuevo conmigo —aceptó.

Él asintió.

—Lo harás, sé que lo harás —aseguró sin dejar de mirarlo—, y el viaje no será fácil, como tampoco parlamentar con los Altos Espíritus. ¿Estás preparado para encontrarte cara a cara con el destino, Alto Hechicero?

Tendría que estarlo, porque no pensaba dar marcha atrás.

—Si esa es la única manera en que puedo recuperarla, sí, lo estoy.

—En ese caso, cumple con la palabra que has dado a los espíritus y cierra el círculo que tú mismo abriste —lo invitó con un gesto de la mano a penetrar la línea imaginaria que marcaba la frontera de las tierras de su pueblo—, acepta lo que se te ha dado y esta vez, consérvalo, Alto Hechicero, pues no tendrás otra oportunidad.

El terreno que bordeaba la cueva no había cambiado nada en los últimos años, cada nuevo paso levantaba las cenizas y la tierra muerta que habían quedado tras el encuentro de sus dos espíritus unos seis años atrás. Una sensación de soledad y desesperanza lo invadía cada vez que contemplaba el lugar, las montañas en otra hora exuberantes ahora solo eran piedra negra inerte, el tramo de río que recorría aquellas tierras estaba seco y el suelo estaba cubierto de polvo. No había plantas, ni árboles, ni siquiera se oía el sonido de los pájaros o de cualquier animal como los había escuchado una vez. La muerte sembrada en aquellas tierras por su primer encuentro

pesaba con fuerza en su alma, un lúgubre recordatorio de lo que su unión había traído consigo.

—Nada ha cambiado, Kara —murmuró con voz queda. No existían palabras para describir aquello—. Todo sigue igual que cuando nos fuimos, la misma destrucción, la muerte que trajimos con nosotros…

Se inclinó sobre ella, pegando su frente a la suya y suspiró.

—Dime, algo, por favor, hechicera —susurró—. Maldíceme, grítame o dime de nuevo que me amas, pero dime algo… Este silencio, no puedo soportarlo.

Pero ella no habló, no había dado señal alguna de conciencia desde que abandonaron el Gremio, incluso aventuraría que cada vez la sentía más lejana.

—No vas a abandonarme, Kara, no te lo permitiré —apretó los dientes, luchando con el temor que habitaba ahora su pecho—. Querías que te amara, hiciste hasta lo imposible porque me enamorara de ti y dejara mi odio a un lado. Bueno, pues lo has conseguido, así que si quieres oírme decir esas dos malditas palabras, tendrás que despertarte.

Suspiró. Era inútil, una baldía amenaza que no los llevaría a ningún sitio.

—Te necesito, Ankara, por favor —insistió—. No me dejes. Tú no, hechicera, tú no.

Ella se veía tan pálida, su piel había adquirido tal blancura y estaba tan fría que tenía que aumentar su propio calor para contrarrestarlo. Mordiéndose un exabrupto, le dio la espalda al triste y moribundo paraje y se enfrentó a la oscura entrada de la cueva. El sol derramaba sobre ella sus últimos rayos y dejaba tras de sí el paso a las sombras que traían consigo la noche.

Murmuró un par de frases en voz baja y la oscuridad retrocedió ante la luz del fuego que ahora ardía en dos pebeteros custodios de la puerta y en la línea que sembraba el suelo como luminoso camino hacia el interior.

—Bienvenida a casa, *mi hechicera* —le susurró al oído al tiempo que penetraba a través del umbral de la cueva y se adentraba en las entrañas de la montaña en la que ambos encontraron por unos breves momentos, el hogar.

Llegó al final del pasadizo que se abría a una amplia sala cubierta de estalactitas, el fuego discurría alrededor de las paredes como una precisa iluminación bajo su mandato. El aire era fresco, libre de humedad incluso a aquella profundidad y no hacía frío.

A una simple orden suya, en el centro de la sala nació un nuevo fuego, a pocos metros instaló una amplia plataforma cubierta de pieles y depositó sobre ella su carga.

—Mucho más cómodo que esa sucia manta, ¿eh? —murmuró apartándole el pelo del rostro—. Mucho más cómodo y caliente.

La cubrió con cuidado, arropándola con una peluda manta que ciñó a su alrededor. La contempló en silencio, maravillándose no por primera vez de la tersura de su piel y el largo pelo rubio blanquecino que se había negado en rotundo a cortar en un acto de absoluta rebeldía. Todavía recordaba las lágrimas en sus ojos azules cuando un chiquillo le había pegado un asqueroso chicle y había tenido que cortarle un mechón. Señor, que escándalo levantara entonces, había hecho todo un drama de un simple mechón de pelo y él había reaccionado como lo hacía siempre, hiriéndola con sus palabras.

—Te hice tanto daño —musitó—, y a pesar de todo, seguiste a mi lado, empeñándote en quererme, en que yo te devolviese ese cariño… Lo siento, Ankara. He tenido tanto miedo de perderte, de permitir que accedieses a mi corazón solo para que me abandonases que… Diablos, lo hice todo mal, hechicera. Jodidamente mal.

Se dejó caer a su lado, rodeándola con sus brazos, atrayéndola hacia él.

—No me dejes, Kara —suplicó apretándola contra él—, no te rindas ahora, mi niña, no te rindas conmigo.

Le acarició el rostro, delineándole las cejas con el pulgar, dibujando el perfil de su nariz, acariciándole los suaves labios.

—No te rindas conmigo —le susurró al oído—, no me abandones, Kara, te necesito… yo… te quiero.

Las palabras brotaron de sus labios con renuencia, poco acostumbrados a dar salida a esas dos sencillas palabras. Pero las sentía, su corazón latía por ella y solo por ella.

—*Te quiero,* Ankara —murmuró una vez más—. Necesito que lo sepas. Necesito que abras los ojos y me digas ese *«te lo dije»* que sé que te mueres por soltar siempre que me equivoco.

Permitió que el fuego en su interior se reflejara en sus manos, transmitiéndoselo a ella como una caricia, buscando alejar aquella blancura y frialdad de su cuerpo y de su corazón.

—Vuelve a mí, Kara —enlazó la mano con la suya y la posó sobre su propio corazón—, y déjame enmendar los errores que cometí. Déjame intentar darte aquello que deseas… déjame amarte.

Sintió un pequeño estremecimiento que lo dejó sin aliento. No era suyo, ese apenas perceptible movimiento había llegado de ella.

—De acuerdo, hechicera, siempre te ha gustado hacer las cosas de la manera difícil —aceptó en voz alta—, y esta vez no iba a ser distinto, ¿verdad?

Con un solo pensamiento los liberó a ambos de sus respectivas ropas dejándolos totalmente desnudos debajo de la manta y la atrajo contra él; piel con piel.

—No te rindas todavía —le pidió rodeándola con los brazos, encajándola en su cuerpo como ninguna otra tenía cabida—. Iré a buscarte, bajaré al mismísimo infierno helado en el que estás y te traeré de vuelta.

Se obligó a respirar nuevamente, a hacer a un lado toda clase de temor y desesperanza para concentrarse en el único hechizo que sabía le permitiría llegar a ella y que lo llevaría así mismo, a encontrarse cara a cara con aquellos que los habían acompañado en aquel tortuoso camino.

«Chilaili, en mi nombre y en el de mi espíritu, te convoco y comparezco en tu audiencia».

«Te escucho, Alto Hechicero. ¿Qué es lo que deseas de mí?».

Radin se estremeció mentalmente ante la ola de frío ártico que llegó con la respuesta de uno de los Altos Espíritus.

«Muéstrame el camino para llegar a ella». —Pidió en su mente—. *«Muéstrame cómo puedo traerla de vuelta».*

Un viento helado lo envolvió como una leve caricia.

«Mi Alta Hechicera no desea regresar, solo desea descansar». —Fue la llana respuesta—. *«¿Por qué habría de negarle tal descanso?».*

Apretó los dientes y se encargó de que sus próximas palabras contuviesen toda la emoción que habitaba en su interior.

«Porque la necesito a mi lado tanto o más de lo que ella me necesita al suyo. Ella es mi alma, poseedora de mi corazón, mi hechicera y mi amor».

—¿Por fin estás dispuesto a aceptar que la amas? —la respuesta llegó en voz alta. Un tono masculino y profundo, con una cadencia del viejo mundo que lo hizo abrir los ojos solo para encontrarse a sí mismo en medio de la nada, vestido con el traje ceremonial de su tribu y ante el *Gran Espíritu Chilaili* nada más y nada menos.

Alzó la barbilla y asintió. No había otra respuesta que darle a ese dios.

—Sí, amo a la *Alta Hechicera del Hielo* y deseo llevarla de vuelta conmigo.

CAPÍTULO 32

Chilaili se paseó de un lado a otro, observándolo con ojo crítico. Radin no podía hacer menos que devolverle la mirada, quizá más por curiosidad que por mantener la apariencia de fortaleza ante ese ser. El *Pájaro de Nieve*, como lo llamaba su tribu, resultó ser un hombre alto y corpulento, con largo pelo blanco y unos ojos tan azules como el cielo de verano en una tez igual de pálida; en cierto modo, podría pasar tranquilamente por el hermano mayor de Ankara, aunque toda similitud con su hechicera terminaba allí. El largo pelo caía suelto sobre sus hombros, hasta mitad del pecho cubierto únicamente por un chaleco de piel gris cubierto de cuentas a juego con el pantalón. Pequeñas plumas de ave pardas se entrelazaban de los collares y el tocado de plumas que adornaban las dos pequeñas trenzas que caían por sus sienes dotando de color aquel atuendo monocromático.

—Siento que tus palabras son sinceras, al igual que tu corazón —habló de nuevo el Gran Espíritu—. Y sé que mi hechicera estará satisfecha con escucharlas, si consigues arrancarla del sueño en el que voluntariamente ha caído.

Siguió su mirada para encontrarse en una esquina dónde antes no había nada, un lecho similar al que él había convocado en la cueva, sobre el que descansaba una totalmente vestida Ankara. Ella, al igual que él mismo, portaba el atuendo ceremonial de su propia tribu. El verla vestida de blanco y gris con los mismo patrones que su espíritu no hacían sino realzar la palidez de su piel.

—He retenido su alma tanto tiempo como he podido, pero se aleja de mí —le explicó—. No ha querido hablarme, lo cual, según *Keez* no es algo tan inusual viniendo de un *Alto Hechicero*.

Se giró a él durante una décima de segundo.

—¿*Keez*… de *Keezheekoni*?

El espíritu se limitó a esbozar una irónica sonrisa.

—Le he concedido todo el tiempo que he podido, pero mi espíritu, su poder, no puede ser contenido a menos que *Keez* esté presente —continuó—. Y eso solo puede ocurrir cuando nuestros *Altos Hechiceros* unen sus corazones. Teniendo en cuenta que cada uno de vosotros ha ido por libre…

Y aquello era un *Gran Espíritu* echando la bronca a un Alto Hechicero, pensó Radin asombrado.

—Explícate —pidió. Aunque sus palabras, como siempre, tenían más bien una orden impresa—. Por favor.

El espíritu arqueó una ceja ante su rápida capitulación.

—Para que ella mantenga mi hielo a raya y pueda utilizarlo sin acabar convirtiéndose en la Reina de las Nieves —continuó—, debe existir un equilibrio, y ese se lo das tú al vincularte con ella.

Frunció el ceño.

—Pero ya estamos vinculados…

—No completamente —le dijo y se tocó el corazón a modo de resumen—. Solo cuando tu

corazón sea suyo, como tuyo es el de ella, el vínculo estará completo y podrá utilizar su poder sin que su vida y su alma peligren, ya que *Keez* tendrá la misma libertad para equilibrar a tu compañera que tengo yo para equilibrarte a ti.

Sacudió la cabeza, aquella explicación era un pelín bizarra.

—Mi corazón ya es suyo, siempre lo ha sido —no le quedó más remedio que aceptar aquella lisa y llana verdad—. Aunque me haya resistido con uñas y dientes a ello.

—Tu corazón ha estado congelado durante mucho tiempo, Alto Hechicero —le dijo y señaló con un gesto de la barbilla a la durmiente—. Así es como lo has mantenido para ella, mi hechicera solo consiguió arañar la superficie y necesita más, lo necesita por entero y tú eres el único capaz de dárselo. Si realmente deseas reclamarla, esta es tu última oportunidad, y por todos nosotros espero, que no sea demasiado tarde.

Con esa última palabra, dio un paso atrás y se desvaneció dejándole a solas con la mujer a la que había venido a reclamar, aquella a la que estaba dispuesto a entregarse sin reservas, aún con temor a que su entrega pudiese significar con el tiempo un nuevo abandono.

No, no se lo permitiría, podría luchar con él, llorar, patalear y enfrentarse al mismísimo infierno si así lo deseaba, pero tendría que acostumbrarse a que él la acompañase, porque no volvería a perderla.

Se acostó en la cama a su lado, la rodeó con los brazos y saboreó aquella extraña sensación de saberse allí aunque sus cuerpos reales permanecían en otro lugar, en el mundo terrenal.

—No voy a permitir que me dejes, Kara —la abrazó, atrayéndola contra él—, no es momento aún para irse, mi hechicera.

Enlazó la mano con la suya y posó su frente contra la de ella.

—Ahora escúchame, mi hechicera —murmuró uniendo su espíritu al de ella—. Dame una oportunidad de resarcirme, de compensarte, déjame amarte, Ankara… déjame… déjame decirte lo mucho que significas para mí.

Algo perturbó la tranquila paz a la que Ankara se había retirado, no quería prestar atención, deseaba volver a caer en la bendita inconsciencia hasta que todo terminase, pero el murmullo era tan insistente como el hombre del que sabía procedía.

No quería escucharle, no quería darle una nueva oportunidad de hacer flaquear sus mermadas fuerzas, si ahora le escuchaba, vacilaría, todos sus esfuerzos por mantenerle a salvo serían en vano pues volvería a caer. Si se permitía escucharle, desearía seguir haciéndolo y dejarle ir era tan doloroso, no estaba segura de poder llevarlo a cabo una segunda vez.

El murmullo continuó, se hacía más y más insistente y fue imposible no escuchar aquellas primeras palabras…

«En mi vida he perdido muchas cosas, algunas sé que nunca las recuperaré y otras, bueno, lo viejo siempre tiene que tener algún lugar para dar entrada a lo nuevo, pero si hay algo a lo que no estoy dispuesto a renunciar es a ti, Ankara».

Su voz era inconfundible, penetró a través de la tranquila paz que la rodeaba solo para hacerla vacilar una vez más sobre su decisión. Estaba cansada de luchar, sus fuerzas se habían agotado hacía tiempo, ¿por qué no era capaz de renunciar a ella? ¿Por qué no podía abandonarla de la misma manera que ya lo hizo una vez?

«¿Qué puedo decirte para que vuelvas a mí, Kara? ¿Qué puedo ofrecerte para que decidas quedarte a mí lado? Te necesito, ¿no lo ves? No soy más que un tonto que dejó pasar

demasiadas oportunidades. El miedo no es un buen consejero. El temor puede vendarle los ojos incluso a un ciego y a uno que no lo está, puede cambiarle la perspectiva por completo».

Sí, lo era. Un tonto al que no se cansaba de mirar, del que no podía evitar enamorarse más y más a medida pasaba el tiempo. El mismo tonto por el que una vez estuvo dispuesta a pelear, a arrancarle ella misma esa condenada venda de los ojos que le impedía ver lo mucho que lo amaba.

«Sé que no lo merezco tu amor, pero lo deseo, lo necesito y por encima de todo te necesito a ti. Tú eres la que ha evitado que el órgano que creía yermo, lo estuviese realmente, fuiste lo suficientemente paciente para cuidarlo y obligarle a seguir latiendo incluso cuando yo mismo me obcecaba en lo contrario. Has perseverado cuando yo me he rendido, has crecido y madurado cuando yo me he estancado, y me has amado a pesar de todo».

¿Me necesitas? ¿Realmente me necesitas, Radin?

Quería pronunciar aquellas palabras en voz alta, pero no encontraba la voz, tenía miedo de abrir los ojos, luchar de nuevo contra el frío que la envolvía solo para descubrir que todo era un sueño y que él no estaba allí, esperándola.

«Te necesito tanto como respirar, hechicera. El aire empieza a resultar demasiado pesado cuando no estás, todo se vuelve demasiado extraño, demasiado lúgubre».

El calor que llegó con sus palabras atravesaron la barrera de hielo que la aislaba, la esperanza despertó de nuevo en su pecho, desperezándose como un animal después de un largo invierno.

¿Sería posible? ¿Habría una infinitesimal posibilidad de que todavía no le hubiese perdido? ¿De qué todo el sufrimiento, el dolor y el miedo tuviesen ahora recompensa?

«Dime, Kara. ¿Qué tengo que hacer para que te quedes conmigo? ¿Qué tengo que dar para que abandones ese lugar oscuro y frío en el que te retienen, para que vuelvas a mí?».

Tu amor.

Podía sentirle de nuevo, notaba su calor envolviéndola y arrastrándola lejos de su capullo de aislamiento.

¿Es posible, Radin? ¿Es posible que me quieras?

Unas cálidas manos la envolvieron, no, era su cuerpo, su cálido cuerpo cerniéndose alrededor del suyo como aquella primera vez. Sintió cómo algo se quebraba en su interior, algo resquebrajándose ante el peso de la esperanza.

«¿Cómo no voy a quererte, hechicera? ¿Cómo no iba a terminar enamorándome? Eres la única constante en mi vida, el único vínculo que tengo con mis raíces, con mi pasado y con aquello que una vez fui. Tu presencia y esa actitud irreverente hizo que pudiese con todo esto, que todavía siga haciéndolo… Pero todo cambiará si te marchas, Kara. Todo lo que has conseguido, se perderá para siempre».

No, no podía dejar que cambiase. Ella se encargaría de que no lo hiciese, de alimentar cada día ese sentimiento hasta que a él no le quedase ninguna duda. Sería paciente, esperaría lo que hiciera falta solo para oír esas palabras aunque fuese solo una vez.

«Me has arrastrado a través de una completa locura con todo el asunto del contrato de la Agencia Demonía, pero también me has hecho un regalo, hechicera. Me has regalado tu visión de la vida, tu dulzura y esa ternura con la que te empeñas en destruir una tras otra cada una de mis defensas, me has empujado al borde, me has mantenido al borde del precipicio sin dejarme caer y todo para qué, ¿Kara? ¿De qué servirá todo tu esfuerzo si ahora no vuelves conmigo?».

Sabía que lo había vuelto loco con todo el tema del contrato y su lista, pero era la única forma en que creyó que podría arrancarle pedacitos de esa maldita coraza tras la que se ocultaba.

Que conseguiría que se derritiera un poco, que llegaría a amarla, a aceptar que la amaba. Quería volver a él, más que nada en el mundo, deseaba volver a su lado, pero... Una nueva punzada y entonces lo sintió; un latido.

«Abre los ojos y ve por ti misma lo que has hecho conmigo, lo que estoy dispuesto a arriesgar para hacer realidad cada uno de tus anhelos».

Se encontró luchando por levantar los párpados, quería confiar en él, en su voz, en sus palabras.

A casa, Radin. ¿Estarías dispuesto a llevarme a casa? Echo de menos quien fuimos allí, en ese pequeño lugar apartado del mundo.

Una de las cosas que le había pedido durante su contrato, una de tantas y al mismo tiempo, una de tan pocas…

«Todavía no hemos terminado con esa enorme lista de cosas que me obligaste a cumplir, ¿recuerdas lo que dije sobre la última de las peticiones?».

¿Cómo no hacerlo? La había incluido por desesperación, creyendo que al menos así la escucharía de sus labios una única vez, aunque fuese mentira.

«Te mentí. Quizá no fuese consciente de ello entonces, nena, pero es así».

El hielo se quebró, su corazón dio un traspié y empezó a latir con fuerza, retomando el ritmo que ya creía extinto.

«¿Quieres oír esas palabras, Kara? Entonces, abre los ojos y regresa a mí. Ilumina mi vida, equilibra mi espíritu y arráncame de una vez por todas de esta maldita soledad de la que no soy capaz de salir por mí mismo».

Radin…

Quería oírlas, más que ninguna otra cosa, quería oírselas decir. Quería volver a él, borrar de su voz esa tristeza que escuchaba a pesar de todo en su tono.

«Me permitiste odiarte. Dejaste que descargase mi ira, mi miedo y frustración en ti porque estabas segura que antes o después tendría que admitir que tú tenías razón y yo estaba equivocado. No puede odiarse eternamente, no cuando debajo de todo eso hay algo mucho más fuerte, algo por lo que merece la pena luchar y arriesgar la vida».

Radin…

«Escúchame bien, mi hechicera, escúchame y despiértate para poder oírlo de nuevo. Te quiero, Ankara. En el pasado y en el futuro, alimentando mi presente, cuidando de mi corazón, te quiero y lo haré incluso si decides apartarte de mi lado y no despertar».

Un nuevo latido, esta vez más fuerte que el anterior, el frío que la envolvía empezaba a derretirse bajo aquella nueva ola de calidez que la envolvía y abrigaba.

Otra vez.

Necesitaba oírselo decir otra vez, saber que no lo había soñado.

«Te quiero, Kara».

El peso que sentía en su corazón empezó a aligerarse, casi podía escuchar cómo la escarcha desaparecía bajo otro nuevo latido.

Otra vez.

«Te quiero».

La sangre en sus venas volvió a correr, bombeada por un corazón que volvía a latir libre de hielo.

Otra vez.

Quería verle, quería saber que él estaba allí, diciéndoselo, quería estar a su lado, mirarle a los ojos cuando decía esas dos palabras.

«Te quiero, ahora y siempre».

Parpadeó lentamente, emergiendo de un agotador cansancio que iba quedando atrás hasta que vio unos conocidos y amados ojos marrones mirándola de frente.

—Dímelo otra vez, Radin, deja que lo escuche una vez más.

Le sonrió, pero no fue aquello lo que más la sorprendió, sino la solitaria lágrima que discurrió por su mejilla.

—Te amo, Ankara —le dijo sin apartar ni un solo instante la mirada de sus ojos—. Eres y siempre serás aquella a quien amo con todo el corazón.

Ahora fueron sus ojos los que acusaron aquella humedad, se obligó a limpiárselos, un gesto que le resultó agotador pero que merecía la pena solo por verle mover los labios articulando de nuevo esas dos palabras.

—Otra vez.

Él se lo dijo.

—*Te amo.*

Sus labios bajaron sobre los suyos, una leve caricia que acompañó con la más deliciosa de las declaraciones con la que podría obsequiarle.

—*Te amo*, mi *Alta Hechicera* —musitó estrechando su cuerpo desnudo contra el suyo bajo lo que ahora se daba cuenta era una peluda manta—. Bienvenida a casa.

No pudo decir nada más durante varios minutos, ya que él se encargó de mostrarle exactamente con palabras y con su cuerpo, lo mucho que la amaba, tanto como para arriesgarse a ir a por ella al más helado de los infiernos para traerla de vuelva al hogar.

EPÍLOGO

Una semana después.

—¿Estás segura de que quieres entrar?

Ankara pasó su peso de un pie al otro y asintió.

—No es como si no te hubiese metido yo en esto para empezar —murmuró y compuso una mueca. Entonces suspiró y enlazó su mano con la suya—. Está bien, si no has salido huyendo en los últimos siete días, no creo que lo hagas ahora.

Radin sonrió, habría sido un poco difícil escapar cuando se había pasado buena parte de la semana con ella, en la cama y ocultos en una cueva; nunca mejor dicho. Su regreso al mundo real había llegado de la mano de su neurótico *Vigilante*, quien no tuvo inconveniente alguno en presentarse en el momento más inoportuno para ver si todavía seguían vivos o *se habían ido los dos al infierno*; palabras textuales. Naziel trajo consigo también un comunicado que ni él ni Kara esperaban, una carta del propio Consejo de Ancianos de las tribus en el que se revocaba la proscripción y se les invitaba a volver a casa. La explicación a tan extraña conducta se reveló tan pronto dejaron su particular encierro y se dieron de bruces con un milagro de la naturaleza; las tierras que habían arrasado en su despertar habían empezado a llenarse de vida con los primeros brotes de nuevas plantas y el canto de los pájaros.

—¿Estás pensando de nuevo en *eso*?

Bajó la mirada a los vibrantes ojos azules de su hechicera y enarcó una ceja.

—¿Tengo que pensar en ello? —le preguntó sin dejar de mirarla.

Hizo un mohín, pero reconoció en el brillo de sus ojos lo que ella pensaba sobre dicha oferta.

—Bueno, lo de querer una casa iba en serio —aseguró con coquetería—. Y lo de volver al hogar… también.

Le acarició la mejilla con la mano libre y asintió. Sabía que ese era su deseo, uno al alcance de la mano gracias al indulto y posterior compensación que recibieron. El Consejo en pleno había estado dispuesto a devolverle las tierras que legalmente le pertenecían por parte de su abuela, una enorme extensión que lo sorprendió tanto o más que a Ankara, ya que incluía parte del río, lo que reunía tierra de los dos clanes en una sola propiedad.

—La anciana *kietaii* siempre tuvo un retorcido sentido del humor —insistió ella, dejando clara su opinión sobre el tema—. Además, las vistas son inmejorables y no es como si no pudiésemos ir de aquí para allá…

—Sé que quieres volver a casa, Kara, a las tribus —aceptó su deseo, ya que secretamente había sido el suyo también—, pero hay cosas que tenemos que arreglar primero.

—Lo sé —aceptó, giró sobre sí misma de modo que quedó con la espalda contra su pecho, y sus manos entrelazadas frente a ella—. Es solo… Me puede la impaciencia.

Ladeó el rostro para mirarla, su piel estaba caliente y rosada por el sol de la mañana.

—Lo sé, lo sé —sonrió ella al tiempo que lo liberaba y se hacía a un lado—. Lo primero, es lo primero.

Negó con la cabeza y le apartó un mechón de la cara.

—Tú eres lo primero… siempre.

La sonrisa que le curvó los labios le aligeró el alma.

—Dímelo otra vez —le susurró ella acercándose de nuevo a él.

Rio, no pudo evitarlo. Su hechicera era la mujer más insistente e irreverente que conocía.

—Después —se libró. Le besó brevemente los labios y tiró de ella hacia la entrada del edificio de la *Agencia Demonía*—. Ahora, terminemos con esto.

—Radin, espera. —Tiró de él hasta que no le quedó más remedio que detenerse—. ¿Deberíamos hablarles de Nick?

Lo pensó durante unos momentos, entonces negó con la cabeza.

—Tengo el presentimiento de que la ausencia de Nickolas y el cambio en la Agencia Demonía no es algo que haya surgido al azar —comentó—, y sea lo que sea que ha movido al *Vitriale* a hacerlo, es asunto suyo, no nuestro.

Ella pareció vacilar, por lo que evitó que volviese a la carga con nuevas preguntas.

—Pero si te preguntan, siempre puedes decir que sigue igual de tocapelotas que siempre —sugirió.

Ella puso los ojos en blanco en un gesto puramente teatral.

—Lo tendré en cuenta.

Sacudiendo la cabeza ante la pasiva respuesta femenina, se concentró en lo que los había llevado allí esa mañana; poner punto y final al contrato que Ankara y él mismo tenían con la Agencia. Quería dejar todas las cosas listas antes de continuar camino al lado de la mujer que amaba.

No habían terminado de traspasar el umbral de las oficinas, cuando les salieron al paso.

—Hola chicos, llegáis tarde, por cierto —los saludó Aine, una de las empleadas originales de la Agencia—. La jefa os espera. ¡Me alegro de veros!

Suspiró, había cosas que nunca cambiaban, pensó al ver marcharse a la nereida con un sensual contoneo de caderas. Echó un rápido vistazo a la oficina y encontró algunas caras nuevas entre los presentes.

—¿Ves algo que te guste?

Se volvió hacia el susurro de su compañera, la miró de arriba abajo y asintió.

—Tengo todo lo que puedo desear al lado, gracias, hechicera.

—Buena respuesta, Radin, buena respuesta —le sonrió y señaló a la escalera que llevaba al piso superior—. ¿Vamos?

Asintió y la siguió a través de la bulliciosa oficina, para luego entrar en el despacho de la nueva directora de la Agencia Demonía, quien parecía estar teniendo un ataque de estrés con una impresora.

—¿Va todo bien, Elphet?

Conocía a la mujer incluso antes de que ocupara la presidencia, cuando era la secretaria personal —y otras cosas—, de Nickolas.

La mujer se incorporó, se alisó la falda, tironeó de su chaqueta hasta dejarla recta y se colocó el zapato, como si no la hubiesen encontrado pegándole golpes al aparato bajo la mesa con ese mismo tacón.

—Sí, sí, la impresora, que no quiere funcionar —resopló antes de adoptar de nuevo la postura de jefa—. Llegáis tarde, por cierto, aunque dado el aspecto que tenéis, no os cobraré recargo.

Había cosas sobre las cuales era mejor no decir ni mu, y esta era una de ellas. Se miraron y llegaron a la misma conclusión.

Elphet ocupó su lugar tras el escritorio y le indicó una pequeña bandeja colocada en una esquina de la mesa mientras abría uno de los cajones y hurgaba en su interior hasta sacar un sobre marrón.

—Si dejas aquí la *PDA* y la copia del contrato y firmas aquí y aquí —le presentó un par de papeles que sacó del sobre—, todo quedará finalizado, Radin.

Obedeció y tras dejar las cosas en la bandeja, garabateó rápidamente su firma en ambas páginas.

—Parece que hayáis tenido unos días un poco movidos —comentó ella con una sensual sonrisa curvándole los labios.

Aquel tenía que ser el colmo de los eufemismos.

—Un poco —aceptó con cierta ironía—. ¿Es todo?

Ella recogió los dos folios, comprobó su rúbrica y asintió satisfecha.

—Lo es —se levantó y los miró a ambos—. Espero que la experiencia haya sido gratificante para vosotros. No sois una pareja… um… usual.

Miró a su compañera y le guiñó un ojo.

—No te haces una idea de lo poco convencional que somos —aseguró. Ankara le echó la lengua a cambio.

La mujer se cruzó de brazos y pareció realmente satisfecha.

—Así que esto es lo que buscaba Nick cuando preparó el contrato para vosotros —sonrió con calidez—. Sí, no cabe duda que siempre ha tenido buen ojo para estas cosas.

Antes de que cualquiera de los dos pudiese decir algo, los acompañó a la puerta y se despidió con un beso.

—No dejes de amarla, Radin —le susurró al oído—, es encantador verla tan feliz.

Él asintió y miró a su compañera, quien le esperaba ya en el pasillo.

—Sí, el contrato era justo lo que necesitabas —concluyó Elphet a punto de cerrar la puerta —. Sed felices, chicos.

—¿Sigues pensando que lo del contrato fue una mala idea? —le preguntó Ankara con una mueca.

Bufó para ocultar su sonrisa.

—La peor de todas las que has tenido, hechicera, la peor de todas —se burló al tiempo que le rodeaba la cintura con el brazo—, pero no vas a oír que me queje por ello, he salido ganando.

Ella se giró para mirarle.

—¿Ah, sí?

Asintió y la guio fuera del complejo, al sol de la mañana.

—Sí, Kara —la atrajo hacia su abrazo—, siempre salgo ganando cuando te tengo a mi lado.

Ella asintió y le rodeó el cuello con los brazos.

—Dímelo otra vez, Radin.

Contempló los vibrantes ojos azules, de un color tan intenso que rivalizaría con el mismísimo cielo y le apartó un suave mechón del rostro.

—Te amo, Ankara —murmuró a un suspiro de sus labios—, ahora y para siempre, mi hechicera. Ahora y para siempre.

Y volvería a decírselo tantas veces como fuese necesario, tantas como vidas tuviesen para vivirlas juntos. Ella era suya, su compañera destinada, su hechicera y la única por la que latía su corazón.

TODO LO QUE DESEO -LIBRO 6-

Podía cambiar cualquier destino, excepto el suyo.

Nickolas Hellmore supo que el destino había llamado a su puerta en el momento en que ese contrato de la Agencia Demonía golpeó su mesa. Solo existía un pequeño problema, él no tenía la menor prisa por hacerse cargo de ello. Una mala elección que lo llevaría cuesta abajo y hacia el infierno, uno que llegaría de la mano de su cliente, la misma mujer que respondió al timbre de la puerta y decidió morirse en sus brazos.

Lo último que **Natalie Vanak** quería hacer era morirse en los brazos del primer hombre imponente y dominante que llamó al timbre de su casa, pero lo hizo. O así lo creyó hasta que despertó, tiempo después, en una cama de hospital y con él al lado; alguien que decía haber sido enviado por la Agencia Demonía para hacer realidad cada una de sus fantasías y deseos. Solo había un pequeño problema al respecto, su visita llegaba con seis meses de retraso y el tiempo de Natalie era finito.

Sumergidos en una espiral de locura y placer, deberán unir sus fuerzas para resistir en esa carrera contra el tiempo y el destino, una que ninguno puede permitirse perder, pues hacerlo, significaría renunciar a lo que más desean.

Cuando el tiempo se agota y el destino se interpone en tu camino, solo tienes dos opciones: alcanzar tu meta o renunciar a todo lo que deseas.

PRÓLOGO

El destino era una perra.

Nickolas estaba convencido de ello. Solo tenía que mirar a la mujer postrada en esa cama de hospital para fortalecer esa idea. Estiró la mano, algo que había hecho a menudo a lo largo del último mes y medio, enlazó sus dedos con los de ella con cuidado de no interferir con la vía que llevaba anclada al dorso, y dejó escapar el aire en un suspiro.

—Buenos días, *bella durmiente*.

Como cada mañana, desde la primera vez que entró en esa habitación y le cogió la mano, sus dedos respondieron cerrándose un brevísimo momento sobre los suyos. Aquel era el único estímulo al que parecía responder, la única respuesta cognitiva que obtenía de una mujer con la que solo había intercambiado un par de palabras y que, sin embargo, poseía la clave para alejar, de una vez por todas, la oscuridad que crecía en su interior.

Natalie Vanak había rellenado el formulario de la *Agencia Demonía* tan solo dos días antes de que la enfermedad latente en su cuerpo decidiese despertar. El programa eligió procesar la solicitud. Nada más leer los requisitos y sentir el alma del solicitante fue consciente del motivo; ella era su destino.

En aquel entonces, otro formulario había entrado al mismo tiempo, uno destinado al ángel caído de su agencia, Nishel. Desde el primer momento supo que el destino de su agente se entrelazaría con el de los dos Altos Hechiceros, propiciando también el de ellos. No dejaba de asombrarle lo hijo de puta que podía ser el universo y cómo el azar jugaba sus cartas jodiéndoles a todos.

Pero él fue perfectamente consciente, desde el momento en que tuvo el contrato entre las manos, de que había llegado el momento. El sino que había temido y aguardado llamaba a su puerta y no podía hacer nada por evitarlo.

Dejar la Agencia Demonía en manos de Elphet fue una decisión largamente meditada, una que tomó incluso antes de que todo diese comienzo. Desde el momento en que la mestiza entró en su vida, supo que ella sería un digno baluarte a tener en cuenta. Su ternura y esa entrega sin medidas la hacían perfecta para sintonizar con el caprichoso programa de la agencia y seguir sus designios. Él había iniciado ese ambicioso proyecto por varios motivos, pero el más importante de ellos estaba ahora tumbado en una cama de hospital.

Sin embargo, lo último que esperaba era que el reloj se hubiese puesto en marcha incluso antes de que fuese consciente de su identidad. Después de todo, debía ser el único en la historia de la Agencia Demonía que, tras llamar a la puerta de su cliente y presentarse como su asignación, esta tenía el descaro de morirse ante sus propias narices.

Había retrasado el momento de su encuentro durante más de seis meses; una rebeldía más para con su propio sino. Esa dilación fue tiempo más que suficiente para que su enfermedad volviese a reactivarse y la consumiese a un ritmo vertiginoso, uno que la llevó a sufrir una crisis en su presencia. No tuvo más elección que la de vincularla a él por medio del contrato con la Agencia, reteniendo su vida y sumiéndola en una profunda inconsciencia que la llevó a ingresar en el hospital y terminar anclada a las máquinas que la monitorizaban. Vivía una vida de prestado, una que él retenía a través de un dudoso consentimiento.

Observó su rostro, pálido y sereno, enmarcado por el ondulado y corto pelo negro que se

rizaba sobre sus orejas y cuello. Conocía el brillo de sus ojos, sabía que reflejaban sus emociones y que se oscurecían o aclaraban al compás de ellas. Recordaba el tono de su voz, meloso y sexy cuando lo recibió al abrirle la puerta, pero por encima de todas las cosas, era consciente de que él era todo lo que la separaba de la muerte. Una que todavía no podía permitirse.

El sonido de la puerta atrajo su atención, dejó ir su mano y se enderezó, correspondiendo al saludo de la enfermera del turno de la mañana.

—Buenos días, Nickolas —lo saludó la mujer, una matrona cercana a los cincuenta—. ¿Qué tal está hoy nuestra paciente favorita?

—Dormida —respondió, la ironía presente en su voz—, un estado del que parece haberse encariñado.

La mujer sonrió con afectación y se dispuso a hacer las comprobaciones de rutina.

—Ya no tiene fiebre —murmuró, asintiendo con satisfacción. Entonces lo miró—. Ha tenido una infección que le ha provocado algunas décimas de fiebre, pero parece que los antibióticos surten efecto.

Correspondió a su mirada con un leve asentimiento que esperaba ocultase la ironía que encontraba ante sus palabras.

Si ella supiera.

La medicina no tenía nada que ver con el que su paciente superara cada una de las crisis a las que se enfrentó desde su ingreso. Si su cuerpo no se había deteriorado durante la convalecencia era por él, por el vínculo que los unía y que absorbía y filtraba cada pequeño brote o complicación nacido a raíz de la enfermedad.

—La verdad, no deja de sorprenderme lo tenaz y luchadora que es —comentó la mujer, anotando algunos datos en el historial—. De no ser atea, consideraría el que siga hoy aquí es obra de Dios. Un milagro.

Sí, uno con nombre y apellidos y que estaba actualmente de pie mirándola a los ojos. Humanos. Su necesidad por dar respuesta a cada una de las cosas inexplicables que ocurrían a su alrededor los llevaba a elucubrar las más rocambolescas explicaciones. Quizá fuese mejor así, no todos los miembros de su extensa raza estaban preparados para enfrentarse a lo que existía más allá, a los seres que convivían con ellos mismos y que, en ocasiones, incluso formaban parte de su familia o vecindario.

—No le permitiré otra cosa —comentó en voz alta, mirando a la chica—, ella es mi destino.

Una verdad que encerraba más de lo que esa mujer comprendería jamás. La enfermera le dedicó esa mirada propia de los médicos, esa que le decía que no debería aferrarse a alguien que posiblemente muriese mañana.

—No dejes de hacérselo saber —le dijo, usando una frase tan trillada que sintió ganas de poner los ojos en blanco—, le hace bien tu compañía.

No le respondió, pero tampoco hizo falta ya que la mujer se marchó para seguir con su ronda. Resopló y se giró hacia la cama, contemplándola una vez más, calibrando sus opciones. El tiempo de espera había llegado a su fin, tenía que despertarla, no podía permitirse más retrasos, no cuando el reloj seguía marcando los segundos hacia su propio final. Era hora de continuar y enfrentarse con cada uno de los requisitos que ella había escrito.

Se acercó a la cama, se inclinó sobre la inmóvil figura y dejó que su poder vibrara a través de cada una de las palabras mientras las dejaba caer en su oído.

—Hora de despertarse, *encanto* —ordenó, su voz más profunda que de costumbre, matizada con la intensidad derivada de su poder—. Necesito que hagas frente a tu destino para

que yo pueda cumplir con el mío.

Como respuesta a sus palabras y a su poder, los pálidos labios se entreabrieron al tomar una profunda bocanada de aire. Las espesas pestañas negras que ensombrecían su piel aletearon seguidas del alzamiento de sus párpados y unos bonitos y claros ojos castaños lo contemplaron clavándose en él.

—Bienvenida de nuevo.

Ella movió los labios, intentó pronunciar algunas palabras pero solo surgieron graznidos de la inutilizada garganta. La vio tragar, sus ojos cambiando de ese tono claro a uno más oscuro al tiempo que daba rienda suelta a una sola frase.

—Tú… —musitó, reconociéndole a pesar de su breve encuentro. La vio lamerse los labios, pero sus ojos no se apartaron ni un solo instante de los suyos—. ¿Qué… qué me has hecho, cabronazo?

Sonrió, ampliamente. No podía evitar sentir cierta diversión ante la manera en que le miraba, como si quisiera hacerle pedacitos.

—Traerte de vuelta, *encanto* —le respondió con marcada ironía—. Mi agencia nunca deja un trabajo a medias… ni siquiera antes de comenzar.

CAPÍTULO 1

Un mes y medio antes…
Ravenna, Seattle.

Maldito timbre.

¿Por qué no podía la persona que estaba clavando el dedo en el maldito botón dar media vuelta y marcharse?

Natalie volvió a acurrucarse bajo el nórdico. Tenía fiebre. Otra vez. Los temblores habían regresado en algún momento de madrugada, tenía frío y sin embargo su cuerpo sudaba, ardiendo de calor. La maldita enfermedad que había estado latente durante los últimos cinco años había vuelto a despertar robándole cualquier posibilidad de futuro o incluso esperanza.

No se engañaba a sí misma, no era tan ilusa como para esperar que se produjese un milagro. Iba a morir, era perfectamente consciente de ello. Su médico le había dado la noticia cinco meses atrás, durante una de las revisiones de rutina. Había sido un shock, especialmente después de que ambos hubiesen creído que esta se había ido para no volver más, tal y como sugerían las pasadas revisiones anuales. Pero la realidad estaba allí, presente en su cuerpo y ya no había nada más a lo que aferrarse.

‹‹Si deseas hacer alguna cosa importante, algo que no has hecho todavía, te recomiendo que lo hagas››.

Sus palabras habían sido directas y sinceras. Al menos tenía que agradecerle eso. De toda la gente de la que se había visto rodeada en los últimos años, el Dr. Maxwell era una de las únicas dos personas que no había recurrido a las mentiras o a los subterfugios.

La otra persona era su padrino, alguien con quien todavía no había compartido esta última noticia.

No dejaba de ser curioso —y lamentable— que su familia ocupase el último lugar en su escala de prioridades. Por otro lado, no era del todo extraño si tenía en cuenta que era una intrusa en un seno familiar que no era realmente el suyo; ya no.

Su madre, Angélica, había sido abandonada por su padre biológico cuando ella tenía dos años. Un buen día salió por la puerta y supo que no volvería a entrar; eso era lo que ella siempre decía al respecto. Habían vivido las dos solas y por su cuenta durante un par de años, sabía que tenía abuelos, pero a juzgar por su ausencia y la renuencia de su madre a hablar de ellos, con el tiempo se hizo evidente que les importaba bien poco el destino y la suerte que corrieran su hija y nieta.

Su madre siempre fue una persona extraña, por decirlo de algún modo, la había querido a su manera, pero en muchos aspectos había sido cuando menos distante.

Y entonces, unos meses antes de que cumpliese los seis años, se produjo el gran cambio. Ella se presentó a la salida del colegio, la engatusó diciéndole que la llevaría a merendar a esa confitería que tanto le gustaba y allí le presentó al hombre que, un año después, se convertiría en su padrastro.

Héctor Vanak era un hombre afable y tranquilo, todo lo contrario a su madre. La acogió con cariño y en cierto modo, él fue esa figura paterna que había estado ausente en su vida hasta

ese momento. Por un tiempo, pudo permitirse la ilusión de poseer una familia completa, pero como ya venía siendo cotidiano en su corto paso por el mundo, esa ilusión fue tan efímera como un sueño. Un año y medio después de casarse, su madre se fue a la cama tras arroparla y darle las buenas noches y ya no se levantó.

No, su infancia había estado llena de pérdidas y carencias. Tras la muerte de su madre, Héctor hizo todo lo posible por sacar adelante a una niña de nueve años, pero a sus ojos ella seguía necesitando una figura materna y cuando cumplió los diez, se casó con la *Bruja del norte* y adoptó a las dos *Hijastras Malvadas* que venían con ella.

En ocasiones le gustaba bromear refiriéndose a sí misma como *Cenicienta*, aunque su madrastra no era una mala persona. ¿Rara? Sí. ¿Egocéntrica? Sí. Todo el contacto que tuvo con ella durante su infancia se reducía a las fiestas de navidad o las temporadas de verano en las que dejaba el internado, en el que la habían matriculado, y volvía a casa.

Sus hermanastras, por otro lado, eran una auténtica plaga sobre patines.

‹‹¿Cómo puedes ponerte enferma el día de navidad?››.

‹‹¿Estás loca? No voy a llevarte al hospital. Coge un taxi, yo tengo una cita muy importante››.

Aquellas eran algunas de las respuestas que solía escuchar de sus labios, especialmente cuando los primeros síntomas, de lo que luego se convertiría en una dura enfermedad, hicieron presencia al poco de cumplir los quince. Los desmayos y la fiebre fueron los primeros indicativos de que algo iba mal, pero no fue hasta que cayó redonda en el gimnasio del instituto y se despertó un día después en el hospital, que tanto ella como su familia fueron conscientes de lo que ocurría en realidad.

La leucemia había llamado a su puerta.

Si bien había superado, y no sin esfuerzo, esa primera crisis, sus relaciones con la familia se habían enfriado y enrarecido lo suficiente como para que decidiese independizarse tan pronto cumplió los dieciocho años. Aquella fue una decisión, que si bien le sirvió para madurar y aprender a valerse por si misma, también trajo consigo la ruptura casi total con aquellos extraños con los que compartía el apellido. De no haber contado en ese momento con el apoyo de su padrino, lo más probable es que terminase durmiendo bajo un puente, o peor aún, hubiese tenido que volver al seno de un hogar que no era el suyo.

Y el timbre insistía en sonar.

El sonido reverberaba a través de la casa de una sola planta, como si la persona que hubiese al otro lado de la puerta no tuviese nada mejor que hacer que hundir el dedo en el maldito botón.

—Vete —gimió bajo la ropa de cama—. No quiero que me vendan nada. No quiero recibir visitas. No quiero…

No quería que nadie la viese en ese estado.

Si la fiebre no remitía tendría que llamar al Dr. Maxwell, pero conociéndole, este pediría una ambulancia y la hospitalizaría. No quería terminar los últimos días, horas o minutos de su vida en una cama de hospital.

El timbre volvió a sonar una vez más. Irritada, hizo las mantas a un lado y se obligó a abandonar el lecho. Le temblaban tanto las piernas que le sorprendía poder mantenerse en pie. Cogió la bata de felpa que tenía a los pies de la cama, se envolvió en ella y salió al pasillo. Por fortuna, su casa era de una sola planta, una sencilla vivienda con un pequeño patio trasero que había comprado a bajo coste debido a su antigüedad y necesidad de una profunda reforma. Podía no ser el más moderno y magnífico de los hogares, pero hasta el momento le había proveído con

un techo sobre la cabeza y paredes tras las que resguardarse. Y lo más importante de todo, era completamente suya.

Abandonó la puerta del dormitorio, encendió las luces del pasillo y lo cruzó hasta el recibidor. No había llegado a poner la mano en el pomo cuando el agudo sonido volvió a penetrar entre esas paredes una vez más.

—¡Quita el jodido dedo de ese timbre ahora mismo! —clamó al tiempo que abría la puerta de golpe—. O juro que te cortaré las… manos.

Las palabras murieron en el mismo instante en que sus ojos entraron en contacto con el culpable de aquel escándalo matutino. Se vio obligada a levantar la cabeza de modo que pudiese mirar a su interlocutor a la cara. Si bien ella no era precisamente pequeña con su metro sesenta y ocho, él parecía una montaña. Vestido con vaqueros oscuros, suéter y abrigo, el desconocido poseía unos impactantes ojos azules que en ese momento permanecían clavados en ella. Sus labios estaban curvados en una peculiar y socarrona sonrisa, acariciados con un rastrojo de barba dorada acorde al tono rubio de la larga coleta que le caía sobre un hombro.

Parpadeó varias veces y se preguntó si las alucinaciones entrarían dentro del espectro de su enfermedad. Pero entonces, la parte funcional de su cerebro le recordó que no las había tenido nunca, ni siquiera cuando le daban esos altos episodios de fiebre.

—Buenos días —dijo él, rompiendo el silencio—. ¿Eres… Natalie Vanak?

Se ciñó todavía más la bata, se aclaró la garganta y rogó porque las palabras abandonaran sus labios sin balbucear.

—¿Quién lo pregunta?

Esos llenos y perfectos labios se curvaron aún más, dejando entrever unos dientes blancos y parejos.

—Soy Nickolas Hellmore, me envía la *Agencia Demonía*.

Ella parpadeó varias veces, arrugó la nariz y frunció el ceño. ¿Agencia Demonía? ¿Qué demonios era eso?

—¿Agencia Demonía? —repitió, conteniendo un inevitable estremecimiento. Le dolía la cabeza, su cerebro no estaba en condiciones de pensar ahora mismo—. Lo siento, pero… creo que se ha equivocado… yo no…

Como respuesta, él sacó de su abrigo un sobre y se lo tendió.

—Quizá esto aclare tus dudas.

Miró el sobre, miró la mano que lo sostenía, deteniéndose unos instantes en el descolorido tatuaje en forma de unas esqueléticas alas que asomaban por debajo del puño del abrigo en la cara interior de la muñeca y lo cogió a regañadientes. El roce de sus dedos envió una rápida descarga por su cuerpo, arrancándole el aliento y consiguiendo que tuviese que retroceder para apoyarse contra el marco de la puerta.

—Mierda —masculló en voz baja, luchando por respirar suavemente, regular su respiración y mantenerse consciente cuando unos puntitos negros empezaron a danzar delante de sus ojos.

Podía sentir todavía su mirada sobre ella, un peso indisoluble que la instaba a encontrar esos ojos una vez más. Al hacerlo, vio en ellos lo que creyó podía ser preocupación.

—¿Te encuentras bien?

Él no había dejado de tutearla, como si la conociese, pero por dios que si así fuera, no se habría olvidado de alguien con semejante aspecto.

—No —aceptó, sin saber por qué le decía la verdad. Por lo general, tendía a esconder sus debilidades de todo el mundo. Más aún si se trataba de un completo extraño—. No se preocupe

—optó por una respuesta formal—. Agencia Demonía, ha dicho… —continuó, abriendo el sobre para sacar de su interior un impreso que reconoció al instante—. Oh… mierda…

Los labios masculinos se curvaron ante tan fehaciente respuesta.

—Imagino que ya lo recuerdas.

Sus ojos castaños fueron del folio que tenía entre las manos a él, podía sentir como sus mejillas se encendían al tiempo que carraspeaba y volvía a introducir el papel en el sobre.

—Sí —aceptó, con obvio nerviosismo—. Eh, yo… ya ni recordaba haberlo enviado, la verdad. Y ahora… bueno, siento que haya tenido que hacer el viaje en vano, pero… no es un buen momento.

Le tendió el sobre, los dedos le temblaban ante la sensación de malestar general que llevaba padeciendo desde la madrugada.

—Ya no estoy interesada —se esforzó en dar fin a la inesperada visita—. Lo siento.

Lo vio echar un vistazo al sobre antes de clavar de nuevo la mirada en ella. No pudo evitar sentir un escalofrío. Entonces dio un par de pasos, acortando la distancia entre ambos. No pudo evitar quedarse totalmente rígida al notar la palma de la mano contra su frente, seguida de un firme ceño.

—Tienes fiebre.

No era una pregunta, era una afirmación y a juzgar por su expresión, no era algo que le gustase.

—Sí. Bueno. Como ya dije… no es un buen momento —murmuró, apartándose de él. No se encontraba bien, todo parecía dispuesto a dar vueltas como una noria a su alrededor, le dolía el pecho al respirar y sentía como las fuerzas la iban abandonando. Tenía que volver a meterse en la cama—. Yo… si me disculpa… no me encuentro bien y…

Lo vio fruncir el ceño aún más, sus ojos azules se entrecerraron y masculló por lo bajo.

—Es demasiado pronto… —musitó él, al tiempo que echaba un fugaz vistazo a su propia muñeca. Entonces alzó de nuevo la mirada y la centró sobre ella—. No es posible que…

No llegó a escuchar el resto de sus palabras. Todo comenzó a girar de modo vertiginoso, el solo hecho de respirar le resultaba incluso cansado y pronto los puntos negros que tanto temía, llegaron y se pusieron a danzar delante de sus ojos.

—¿Natalie?

Escuchó su nombre a lo lejos, su cuerpo ya no le respondía y la negrura se empeñaba en envolverla hasta engullirla por completo.

—¡Mierda! ¡Todavía no es la hora! ¡Natalie! ¡Mírame!

Su rostro era borroso a pesar de estar tan cerca del suyo, sus ojos parecían brillar, incluso cambiar su tonalidad a una más oscura. Le vio mover los labios, diciendo algo que no llegó a registrar, algo… sobre…

—Di sí, maldita sea… solo di sí —sintió más que escuchó esas palabras.

¿Decir sí? ¿Sí a qué?

«Pequeña, necesito tu permiso. Solo di «sí» y me encargaré de todo».

Sí… decir sí… podría decirle que sí a cualquier cosa mientras siguiese utilizando esa voz que la arrullaba y la mecía como una canción de cuna.

«Natalie, no nos robes el destino. Solo acepta. Di sí».

—Sí.

No sabía si lo había dicho en voz alta o en su propia cabeza, fuese como fuese, ya no tuvo que pensar en nada más pues la oscuridad eligió ese momento para reclamarla.

CAPÍTULO 2

Hospital Robinson Memorial -Centro Oncológico-
Ravenna, Seattle.

Las preguntas se entrecruzaban sin orden ni concierto en la habitación del hospital. Un médico y una enfermera habían aparecido casi al mismo tiempo, mirándola como si el que estuviese despierta y sentada en la cama fuese un milagro.

Bien, quizá lo fuese.

Natalie no apartó la mirada ni un solo segundo del hombre que se mantenía en un segundo plano junto a la puerta; si es que alguien con su envergadura y atractivo podía pasar desapercibido. Las continuas referencias de la enfermera a su «abnegado novio» la llevaron de la más absoluta sorpresa a la irritación.

El equipo del hospital estaba convencido de que ese individuo era su pareja. Por lo que pudo entender, su suposición se debía al hecho de que el señor Hellmore no solo la había traído al hospital, sino que permaneció a su lado durante el mes y medio que estuvo en coma.

Mes y medio.

Cuarenta y cinco días de su vida perdidos.

Un espacio de tiempo que no podría recuperar.

Despertarse en el hospital no era algo que hubiese previsto, ni siquiera estaba segura de cómo había llegado hasta allí. Sus recuerdos eran más bien confusos en relación a ello. No pasaba lo mismo, sin embargo, con el hombre que seguía observándola en silencio. Nada más abrir los ojos, lo reconoció. Recordó, a pesar de no haberlo visto más de unos pocos minutos, que llamó a su puerta y se presentó como alguien enviado por una agencia… algo sobre un formulario que había cubierto y remitido hacía tiempo. La interrupción del personal sanitario le permitió tomarse unos momentos y juntar cada una de las piezas que se le escapaban para componer ese misterioso puzle que se remontaba unos seis meses y medio atrás; el mismo día en que recibió el mazazo que traía consigo la noticia del regreso de la leucemia.

Tras salir de la consulta con el alma por los suelos, había deambulado por la ciudad, se había tomado un café de moka en su cafetería favorita y terminó por fin en el salón de su casa, sentada frente al ordenador y maldiciendo al maldito destino.

La página que encontró fue una de las muchas que se abrían por sí solas, pero algo en ella le llamó lo suficiente la atención como para cubrir el formulario con un montón de estupideces y darle a enviar.

Y ahora, ese hombre aparecía en su puerta diciendo venir de parte de dicha agencia.

—…le haremos una nueva serie de analíticas para comprobar que todo sigue dentro de los parámetros establecidos y…

—¿Cuándo puedo irme a casa? —Levantó la cabeza y miró al médico. Lo último que quería era pasar más tiempo en el hospital.

El hombre parpadeó ante la abrupta interrupción.

—Señorita Vanak, entiendo que no es del todo consciente de su actual condición, de lo contrario…

—Tengo *leucemia mielógena aguda*, doctor —le soltó, odiaba este tipo de conversaciones

—, en fase terminal. Y no creo en los milagros. Por ello me gustaría pasar el tiempo que me quede en mi casa y no en una habitación de hospital.

El médico abrió la boca para decir algo, pero ella se lo impidió.

—Conozco el protocolo, tengo a mi especialista a mano y de necesitar asistencia, me pondría en contacto con él para que me envíe una enfermera —le soltó, ya de mal humor. Estaba cansada de todo aquello—. Así que ahórrese todo ese discurso y déme el maldito alta.

El médico enarcó una ceja ante su vehemencia y desvió la mirada para encontrarse brevemente con la de su supuesto novio.

—Veamos primero qué resultados dan los análisis y… —se zafó, elegantemente.

Resopló con irritación.

—O me da el maldito alta esta misma tarde —insistió, atrayendo de nuevo su atención—, o solicitaré el alta voluntaria y me largaré de todos modos.

A juzgar por la mirada y el rictus que curvó los labios del sanitario, no debía encontrarse a menudo con pacientes tan irritantes como ella. En su defensa debía añadir que tenía motivos más que suficientes para sentirse irritada.

—Una semana.

Su voz era inconfundible, atraía y opacaba todas las demás. Giró la cabeza para encontrarse a su *supuesto* novio caminando ahora hacia ella, con esos intensos azules sobre su persona y poca disposición a escuchar una negativa.

—Incluso tú sabes que necesitarás al menos una semana antes de levantarte sin caer de bruces en el suelo y caminar por tu propio pie.

Lo fulminó con la mirada. ¿A él quien le había dado vela en este entierro?

—Hágale caso a su novio…

Apretó los dientes.

—No es mi novio —siseó en respuesta al comentario de la enfermera, mientras mantenía la mirada sobre él—. Solo es el producto de otra de las muchas estupideces que ha generado en mí esta jodida enfermedad.

Los labios masculinos se curvaron en una mueca divertida, entonces se sentó al borde de la cama, con cuidado de no entorpecer sus movimientos.

—Eso podría ser discutible —aseguró, antes de dedicarle su atención al médico—. Podrá hacerle esas analíticas en unos minutos, Dr. Damian, cuando ella se despierte del todo.

El médico bufó, le dedicó una última mirada y, avisando a la enfermera con un simple gesto, la invitó a abandonar la habitación.

—La enfermera Carson volverá en quince minutos con todo lo necesario —replicó, ya en la puerta—. Intente convencerla de que se tome las cosas con calma.

El médico abandonó la habitación y pudo dedicar por fin toda su atención al espécimen masculino que permanecía sentado a su lado en la cama. Un completo desconocido que al parecer, se había hecho pasar por su novio.

—Le agradezco su preocupación, señor Hellmore…

—Nickolas —la interrumpió, dándole la opción de tutearle.

—Te agradezco tu preocupación y que me hayas traído al hospital, Nickolas —aceptó, no tenía ni ganas ni fuerzas para discutir con ese extraño—. Pero no hace falta que te quedes. En cuanto a ese asunto… podéis cobrar la cuota que corresponda por la cancelación tardía, pero ya no estoy interesada en…

—No se admiten devoluciones —la interrumpió, se llevó la mano a la espalda y extrajo, imaginaba que del bolsillo trasero del pantalón, un sobre de rafia marrón doblado que le puso

sobre el regazo—. Lee el contenido del contrato, en el interior va también una copia del formulario que cubriste. Si tienes alguna duda o pregunta, no dudes en formularla y te daré una respuesta.

Lo miró sin parpadear, esperando que se disolviera en el aire o se convirtiera en una imagen borrosa provocada por su actual estado. Lamentablemente no hizo nada de eso, permaneció allí, completamente sólido y real. ¿Acababa de ignorar completamente sus palabras?

—¿Has escuchado lo que le acabo de decirle al médico? —se vio obligada a recordarle—. Tengo leucemia. Mi tiempo es limitado en el mejor de los casos. Ahora mismo no estoy interesada en…

—Sí, lo he escuchado. Y, con todos mis respetos, no me importa en lo que sea que estés interesada ahora mismo —le respondió, interrumpiéndola de nuevo—, me importa lo que deseabas en el momento en que rellenaste el formulario. Esos son tus verdaderos deseos y yo estoy aquí para hacer realidad cada uno de ellos.

Abrió la boca, sin saber qué decir. Su tono de voz y palabras no podían contener más engreimiento y ego masculino del que ya mostraban.

Será capullo.

—A ti nunca te han dado un no por respuesta, ¿eh?

Él se encogió de hombros.

—Más de los que te puedes imaginar —le aseguró—. Pero sencillamente, tiendo a ignorar lo que no me interesa. Encaja mejor con mi carácter… y mi trabajo.

—Qué primor.

Él sonrió de medio lado y golpeó el sobre con los dedos.

—Léetelo —insistió, al tiempo que se levantaba de la cama. Sus movimientos eran fluidos, casi felinos—. Incluida la letra pequeña. Por favor.

Ella arrugó la nariz ante el tono mandón en su voz. Estaba atónita al ver cómo un completo desconocido le decía lo que tenía que hacer.

—¿Te das cuenta que no te conozco de nada? —le recordó, arrugando la nariz.

Sus labios se estiraron formando una divertida y traviesa sonrisa que le iluminó los ojos.

—Antes de que termine el plazo del contrato, me conocerás muy bien, Natalie —le prometió, inclinándose sobre ella y planeando sobre sus labios—. Sé buena, encanto, la enfermera aparecerá pronto por la puerta.

Su beso fue una suave caricia, un roce de labios que la sorprendió más de lo que estaba dispuesta a admitir para sí misma.

—Nos vemos en un par de días —le rozó la mejilla con el pulgar.

Sin decir una palabra más, dio media vuelta y se marchó dejándola sola y más confusa de lo que había estado al despertar.

—Y a eso se le llama hacer papilla el cerebro —musitó ella para sí, cerrando los ojos y gimiendo en voz baja. Algo le decía que esto no era más que el principio de algo mucho peor.

Nick estaba casi seguro de lo que acabaría encontrándose dos días después. Sus sospechas se vieron confirmadas cuando entró en la habitación del hospital y vio la cama vacía.

—Al menos no se te ocurrió huir por la ventana —suspiró, girándose hacia la puerta parcialmente abierta del baño adyacente, dónde se escuchaba el sonido del agua de la ducha.

Su nuevo encargo prometía darle más problemas que beneficios. Por otro lado, el karma no estaba siendo si no justo al ponerte tantas trabas en el camino, especialmente dado lo que

requería de ella. Echó un breve vistazo al tatuaje en el dorso de su muñeca y frunció el ceño al ver como las puntas de las alas tribales empezaban a adquirir un tono más oscuro que el resto.

Sacudió la cabeza, bajó la manga de la camisa y se concentró en lo que lo había llevado hasta allí. Empujó la puerta con suavidad y la vio de espaldas a él, recostada contra la pared de azulejos verdosos mientras el agua se escurría sobre su cuerpo. Acostumbrado y prefiriendo las mujeres voluptuosas y con curvas llenas, encontraba la figura delgada y consumida por la enfermedad de su cliente un tanto inquietante. Sin embargo, su cuerpo no parecía tener tantas dudas al respecto, su polla despertó al instante y su libido siguió el mismo camino ascendente. El deseo fue instantáneo, conectando al agente con su cliente tal y como se suponía que debía hacer… o acicateando el deseo ya existente.

Natalie era una mujer bonita. Poseía unos llamativos ojos castaños, una boca besable, el corto pelo negro se le ensortijaba alrededor de las orejas y la base del cuello. Su figura era aceptable, quizá un poco más delgada de lo aconsejablemente saludable, pero dadas las circunstancias, era un milagro que no estuviese prácticamente en los huesos.

Los dos últimos días se había dedicado a husmear una vez más su historial y se citó incluso con su especialista, quien no dudó en ponerle al corriente del estado de su paciente. En su favor debía añadir que el Dr. Maxwell era mucho más de lo que aparentaba y no tardaron en reconocerse el uno al otro bajo la identidad que utilizaban para moverse por el mundo de los humanos.

Él había sido quien lo puso al corriente de la negativa de Natalie a someterse de nuevo a la quimioterapia o a cualquier tratamiento agresivo. Su pequeña morena no guardaba un buen recuerdo de las sesiones anteriores y dado el estado avanzado de la leucemia, deseaba vivir el tiempo que le quedase de vida con toda la comodidad posible.

La escuchó suspirar a través del sonido del agua. Apoyó la frente contra la pared y se impulsó con los brazos echando la cabeza atrás para que el chorro de agua le cayese ahora sobre el rostro. Tuvo una agradable visión de la curvatura de uno de sus senos. Los dedos de las manos se le encogieron en respuesta automática, abriéndose y cerrándose como si hiciesen cábalas de la manera en que le llenarían sus palmas. Bajó la mirada al tiempo que recorría cada centímetro de la mujer que había anclado a la vida por medio del contrato de la agencia; un truco que podía costarle más de lo que estaba dispuesto a dar si no iba con cuidado.

Unas nalgas firmes ocuparon entonces sus pensamientos, dos globos perfectos y respingones que se unían a unas largas piernas. Se lamió los labios, el hambre despertó en su interior con fuerza inusitada, empujándolo a entrar, a acercarte más a ella y poseerla allí mismo.

Un suave jadeo femenino lo sacó del trance inducido por su lado *Demonía*, ella se había apoyado de nuevo contra la pared, como si el esfuerzo de darse una ducha fuese ya demasiado para su cansado cuerpo. La vio estirar la mano en busca de la toalla, para finalmente darse la vuelta y encontrarse cara a cara con él.

Sus ojos castaños se abrieron dominando su rostro, sus labios se separaron dejando escapar un gritito al tiempo que acercaba la toalla a su cuerpo y cogía lo primero que tenía a mano a modo de arma. El bote de gel salió disparado en su dirección al mismo tiempo que ella perdía el equilibrio.

Buenos reflejos, se dijo a sí mismo un segundo después, al encontrarse con ella ahora en brazos y desnuda, a excepción de la toalla, y absorbiendo la humedad de ese delicado cuerpo.

—No deberías ducharte tú sola —aseguró, apretándola contra él—. No estás en condiciones…

—Sácame las manos de encima —siseó empujándole, solo para terminar ambos en el

suelo, con ella sobre él.

—Eres tú quien las tiene sobre mí.

Natalie siseó una vez más, revolviéndose sobre él hasta arrastrarse fuera del mullido colchón que le ofrecía su cuerpo y ponerse en pie.

—¿Cómo te atreves a espiarme? —se apresuró a envolverse con la toalla, la cual la engullía casi por completo—. ¡Eres un voyerista!

Se puso de pie, evitando soltar una carcajada ante la femenina acusación.

—¿Conoces siquiera el significado de esa palabra, encanto?

Si estuviese un poco más atento, habría comprendido que esa mirada en sus ojos y la forma que apretó la mandíbula, no presagiaba nada bueno.

—Espero que tú conozcas el significado que trae impreso esto.

El golpe fue tan inesperado como absurdo. El pequeño puño impactó directamente entre la comisura del labio y el mentón, si bien no fue tan fuerte como suponía que ella desearía, hizo que se mordiese la boca por dentro.

—¡Mierda! ¡Oh, joder! —exclamó ella, agitando la mano en el aire para luego acunarla contra su cuerpo con un gesto de dolor—. Joder, joder, joder.

Se pasó la lengua por la herida y notó la sangre en la boca y manchándole ahora el labio. Se lo limpió con el pulgar y contempló anonadado la sangre que ahora lo teñía. Esa pequeña salvaje lo había hecho sangrar.

—¡Me he roto los dedos de la mano por tu culpa! —la escuchó farfullar entre lloriqueos —. ¿De qué diablos estás hecho? ¿De hormigón?

Se estremeció. Detestaba las lágrimas. Lo ponían de mal humor. Y verlas en esos ojos castaños, cuando ella misma había propiciado su propio daño, lo enfurecía sobre manera.

—¡Suficiente! —Su voz se alzó por encima de todo ese farfullar, impregnada con su poder, mucho más profunda y oscura de lo que debería—. Vuelve a cometer una estupidez como esta otra vez y te encontrarás sobre mis rodillas y con el trasero tan rojo que no podrás ni sentarte.

Ella se tensó, sus ojos habían dejado de lagrimear pero seguían conteniendo ese insano desafío que parecía esgrimir solo con él.

—Tócame un solo pelo y juro por dios que tendrán que llamar a los del CSI para que encuentren tus pedacitos —siseó, hipando de vez en cuando.

Entrecerró los ojos, dejando claro que estaba muy por encima de sus amenazas, pero que ella no lo estaba de las suyas.

—Dame la mano —tendió la suya, esperando.

Su expresión se volvió incluso más irritante, apretó la mano contra su pecho y se escudó de él.

—Natalie…

Sus ojos se entrecerraron hasta formar dos delgadas rendijas.

—Vete al infierno —siseó.

Nick decidió hacer las cosas a su modo. Acortó la distancia entre ambos, le cogió el brazo y examinó la mano y los dedos hinchados. No parecía tener nada roto, pero le dolía, lo sabía pues notaba el dolor a través del vínculo que ahora los unía.

—Eres capaz de desatar el infierno tú solita —musitó en respuesta, rodeándola con un brazo, impidiéndole soltarse o apartarse, al tiempo que la sacaba del baño y la llevaba a la habitación—, y tu influencia es peor que la del diablo.

Ella jadeó, visiblemente ofendida.

—No eres nadie para hablarme de ese modo —se ofuscó, librándose de su contacto para terminar sentada en la cama y llevarse la mano sana a la sien con gesto de malestar—. Dios, me das dolor de cabeza. Por qué demonios no te esfumas, ¿eh? Te lo dije, no estoy interesada en tu agencia. Quédate con el pago del servicio, me da lo mismo. Pero déjame en paz. Te juro que mi vida parece hacerse incluso más corta contigo pululando alrededor.

—¿Has leído los papeles del contrato? —su respuesta fue cambiar de tema.

Esos bonitos ojos lo miraron con mal humor.

—No —negó con total sinceridad—. No pienso leer nada. Quiero que te vayas. Ahora. Vete. Adiós. *Fus.*

La paciencia empezaba a escapársele de las manos, y no era una buena cosa.

—No voy a irme a ningún lado, Natalie —le confirmó, volviendo al baño para regresar con una nueva toalla que dejó caer sobre su cabeza—, no hasta que se cumpla el plazo del contrato.

La oyó rezongar bajo la pieza con el logotipo del hospital, al tiempo que la utilizaba para hacerse una especie de turbante.

—¿Cómo tengo que decirte que no quiero ningún jodido contrato? ¡No quiero absolutamente nada de ti! ¡Demonios, si ni siquiera te conozco!

—Eso lo arreglaremos tan pronto te concedan el alta en el hospital —prometió, sin dejarle otra opción—. Mientras tanto, te sugeriría que leyeses el contrato… o quizá prefieras que pasemos directamente a tratar cada uno de tus requisitos.

La mirada femenina cayó de nuevo sobre él con esa furiosa intensidad.

—Aquí tienes un requisito nuevo, *agente* —masculló ella—. Sal por esa puerta y no vuelvas a entrar.

Chasqueó la lengua, tenía que reconocer que la mujer no solo era irritante, sino también insistente.

—Prefiero con mucho uno de los que pusiste en el formulario —respondió, sosteniéndole la mirada—. Que te enseñe a jugar… en el dormitorio.

Para su propia satisfacción, el rostro femenino empezó a ponerse de todos los colores, desde un rosa suave a un profundo y vibrante rojo.

—Vete —le señaló la puerta con un contundente gesto—. Olvídate de que existo, de que he escrito un formulario y de cualquier cosa que tenga que ver conmigo y con esa agencia tuya. Estás despedido, no te necesito.

Enarcó una ceja ante el irónico apunte que había hecho, sin dejar de recrearse en el menudo cuerpo envuelto en una sencilla toalla.

—¿Dónde tienes la muda?

Ella parpadeó, mirándole sin entender. Ese rápido cambio de registro tendía a confundirla, motivo por el que lo practicaba cada vez más.

—¿Perdón?

La recorrió una vez más con la mirada, dejando ahora claro lo que quería decir.

—Ya sabes… bragas… camisón o pijama… lo que sea que utilices.

Natalie empezaba a parecerse a un búho con esa necesidad de abrir los ojos y parpadear de forma seguida y lenta.

—¿Qué? ¿Ahora también vas a postularte como ayuda de cámara?

No pudo evitar hacer una mueca cuando sus labios se estiraron, el corte que se había hecho en el interior de la boca todavía no había tenido tiempo a cicatrizar.

—Si me demuestras que puedes levantarte de la cama y no caerte de bruces mientras te

pones las bragas, me iré y te dejaré en paz… por hoy.

Ella entrecerró los ojos y apretó con mayor fuerza la toalla.

—Nickolas…

Sonrió.

—Me gusta la forma en que pronuncias mi nombre —ronroneó.

El color no terminaba de desaparecer de sus mejillas, pero sus ojos brillaron con renovada intensidad.

—¿Quieres otro puñetazo que haga juego con el primero?

Bufó, esa muñequita tenía respuestas para todo. Bajó la mirada a la mano femenina que todavía acunaba en su regazo y comprobó que la hinchazón estaba desapareciendo mientras su poder la acariciaba con suavidad, envolviéndola mientras la curaba sin que fuese consciente de ello. Había algunas cosas que era mejor que ignorasen los humanos.

—¿Y bien? ¿Vas a ponerte las bragas?

Se levantó como un resorte, sus ojos llameando, la mandíbula apretada, lista para dedicarle un nuevo repertorio de insultos. La calibró durante unos instantes, entonces asistió.

—De acuerdo, creo que podrás arreglártelas sola —concluyó, le dedicó un guiño y se dirigió hacia la puerta—. Procura no pegarle a ningún médico mientras no estoy, odiaría perderme tu gancho de derecha.

Lo último que escuchó tras salir al pasillo fue un agudo gritito femenino seguido de una zapatilla estrellándose contra la pared de enfrente.

Uno de los celadores que pasaba por la zona se quedó mirando la zapatilla y luego a él.

—Mujeres —respondió con un ligero encogimiento de hombros y se marchó.

Su cliente necesitaba relajarse antes de entrar por completo en la dinámica de la Agencia Demonía. Oh, sí, no veía la hora de tenerla totalmente para él, abierta a sus deseos y a toda clase de cosas que quería hacerle.

CAPÍTULO 3

—Natalie…

Le ignoró. No quería mirar atrás, ni siquiera quería pensar en él o en ese maldito formulario que había rellenado y enviado. ¿Qué tenía en la cabeza cuando se le ocurrió cubrirlo? Sí, su médico le había dicho que aprovechase el tiempo para hacer todas las cosas que no había realizado todavía, una forma de decirle: *«nena, no te queda ni un telediario, así que aprovecha y desmelénate»*. Y eso hizo. Se desmelenó delante de la pantalla del ordenador, escribiendo en un formulario todo lo que quería hacer antes… bueno, antes de eso.

¿Pero enviarlo a una agencia de citas? ¿A una agencia de gigolós o a lo que quisiera que perteneciese ese hombre?

Si su madre levantase la cabeza… posiblemente le aplaudiría.

La recordaba como una mujer impetuosa, resoluta, dispuesta a vivir su vida como si fuese el último día que pasase sobre la faz de la tierra sin preocuparse en los desastres que podrían venirle encima al segundo siguiente. Quería creer que esa necesidad de seguir adelante y aprovechar cada minuto lo había heredado de ella.

—Encanto…

Una vez más esa profunda y masculina voz irrumpió en sus pensamientos. Le traspasó la piel y se sumergió en sus venas encendiendo un fuego en su interior, que nada tenía que ver con la conocida fiebre.

Él la había estado esperando en la recepción del hospital, con los papeles del alta en la mano, y no hubo forma humana de disuadirlo de que podía volver a casa ella sola.

—No me llames encanto.

Lo oyó resoplar, sus pasos se detuvieron, dejando de oírse sobre la acera.

—Natalie, vas en sentido contrario.

Parpadeó y se detuvo en seco, miró a su alrededor y fue consciente por primera vez, desde que había abandonado el hospital hacía escasos cinco minutos y negarse a coger un taxi, que había tomado la dirección contraria.

Respira, se dijo a sí misma. *Respira. No digas una sola palabra. Tienes todo el derecho del mundo a equivocarte. Acabas de abandonar el hospital después de pasarte mes y medio en coma. Todo será distinto cuando llegues a casa, le perderás de vista y… ¡Mierda!*

Giró sobre sus pies y allí estaba él, de brazos cruzados, mirándola como si la creyese falta de sesera o peor aún, orientación.

—¿Abandonamos la postura de niña mimada y te llevo a casa?

Su tono condescendiente la irritó, entrecerró los ojos y retomó la marcha dirigiéndose ahora hacia él. Las ganas que tenía de pegarle un nuevo puñetazo rivalizaban con las mismas que tenía de volver a probar sus labios.

¿Quién diablos le había jodido el cerebro de esa manera?

—No te permito…

Sus palabras quedaron en el aire cuando sintió como la tela de su ropa interior perdía sujeción y esta empezaba a deslizarse por sus piernas a una velocidad vertiginosa.

—¿Sí?

Apretó los muslos, uniendo las piernas hasta que sus rodillas chocaron una con la otra.

Sintió cómo toda su piel se calentaba, cómo le enrojecía el rostro al tiempo que miraba de un lado a otro, temerosa de que cualquier transeúnte pudiese darse cuenta del percance que estaba sufriendo.

¡Oh, dios! ¡No me puede estar pasando esto! ¡No en plena calle!

—¿Qué no ibas a permitirme… Natalie?

Alzó la mirada y se encontró con esos ojos azules que la contemplaban con una peculiar satisfacción masculina. Recorrió su rostro y se fijó en la perezosa sonrisa que jugaba en sus labios. No, no podía ser verdad. Él no podía saber…

—Olvídalo —graznó de manera tajante.

Él descruzó los brazos y caminó hacia ella, acortando la distancia que los separaba.

—Te advertí que te tomases las cosas con calma, al menos durante el día de hoy —comentó, examinándola con ojo crítico—. ¿Te ha vuelto a subir la fiebre? Pareces acalorada.

Apretó los labios con fuerza, casi la misma que imprimió de nuevo en mantener sus piernas cerradas y las bragas aferradas entre ellas. Maldición, maldición, maldición.

—¿Por qué estás haciendo esto?

Él enarcó una ceja ante su inesperada pregunta.

—¿Hacer el qué?

Hizo un gesto con la mano.

—Esto —insistió, incómoda—. No me conoces de nada. Y sí. Lo sé. Es probable que tu agencia haga esto todo el tiempo y estés acostumbrado a estas cosas pero… —sacudió la cabeza —. Seis meses. Han pasado seis jodidos meses desde que envié ese formulario. Infiernos, ese contrato no debe ni tener validez.

—El contrato es perfectamente válido —le aseguró, con cierta ironía—. Considéralo una… prórroga. Después de todo, el que se me muera alguien en los brazos, no es precisamente una buena política para la agencia. Quiero creer que todavía me queda algo de… conciencia, como para que me preocupe el hecho de que vivas… o mueras.

Su rostro enrojeció aún más ante la abierta acusación. Por una vez, tenía que darle la razón.

—Pues ahora que has visto que estoy bien…

La interrumpió la firme negativa y la mirada acusadora de sus ojos.

—Ambos sabemos que no es así —declaró—, esto no es sino un breve aplazamiento.

Se las ingenió para tragar, no le estaba diciendo nada nuevo. Si bien las últimas analíticas que le hicieron no habían arrojado un empeoramiento masivo, estaba claro que no iba a mejorar. Su vida se agotaba con cada nueva respiración que daba, nada ni nadie podía garantizarle ya que llegase siquiera a final de mes o al final de aquella misma semana.

‹‹Si hay algo que desees hacer, este es el momento››.

Las palabras del Dr. Maxwell se repitieron en su mente mientras contemplaba esos claros ojos azules.

—Estoy aquí —le dijo entonces él, como si hubiese leído sus previos pensamientos—. No hay razón para que no aproveches lo que se te ofrece, algo que sé que deseas…

Se lamió los labios y lo miró de refilón.

—¿Quién eres, *Madame Selene* para saber qué es lo que deseo?

Sus perfectas cejas doradas se alzaron dotando su expresión de una ironía palpable.

—Soy mucho mejor que eso —le soltó en respuesta—, ya que te daré todo lo que necesitas, incluso aunque tú no sepas que lo deseas. Arriésgate a jugar según mis reglas, te prometo que disfrutarás de la experiencia.

Ella dio un instintivo paso atrás cuando él avanzó, lo hizo tan rápido y sin pensar en ello, que las bragas terminaron por deslizarse hasta los tobillos, dejando claro que se había roto el elástico que las mantenía sujetas.

Se quedó blanca, un agudo chillido escapó de sus labios al tiempo que se agachaba para deshacerse de la prueba del delito a la velocidad de la luz. Una décima de segundo más tarde, fue consciente de que su reciente salida del hospital y su cabezonería por regresar a casa estaba a punto de pasarle factura.

—Mierda —jadeó, encontrándose a sí misma despatarrada en el suelo, con las bragas alrededor de los tobillos.

Las botas de piel que calzaba Nickolas entraron pronto en su rango de visión. Se había detenido a sus pies y no tardó en acuclillarse y desenredar la ropa interior.

—Sabes, encanto. Con un ‹‹de acuerdo, Nick››, habría sido más que suficiente.

No dijo una sola palabra, no podía, todo el aire se había ido a paseo y el rostro le ardía tanto como si superase los cuarenta y un grados de fiebre. Quería estrangularlo, cortarlo en pedacitos y dárselos de comer a los peces; si es que algún día llegaba a tener peces.

Demonios. No conocía de nada a ese hombre, los médicos y las enfermeras habían hablado sobre él como si fuese su abnegado novio y el muy capullo no los sacó de su error, por el contrario la engatusó de tal forma que no le dio oportunidad de explicarse.

Y ahora allí estaba, acuclillado a sus pies, con su ropa interior colgando de uno de los dedos.

‹‹Si hay algo que desees hacer, este es el momento››.

Sí… empezaría con un asesinato.

Malo Nick, muy malo.

No pudo evitar ahogar una carcajada ante el endiablado truquito que utilizó para detener su huida. Aunque debía confesar, que el verla con las braguitas color rosa chicle alrededor de los tobillos fue todo un espectáculo.

Era muy consciente de la creciente irritación de la mujer y del tumulto de emociones que estaba pasando por sus ojos, pero tuvo que admitir para sí mismo que lo último que esperaba era ver a esa hembra abalanzándose sobre él como una gata furiosa… otra vez.

El impulso con el que se le echó encima lo hizo caer hacia atrás, con ella sentada a ahorcajadas en su regazo y unas peligrosas uñas muy cerca de su cara. Su cuerpo no tardó en responder a su cercanía, su polla se endureció bajo los contoneos y los frotamientos que provocaba, mientras intentaba alcanzarle el rostro o cualquier parte delicada de su anatomía en la que pudiese provocar grandes daños.

Si seguía luchando de esa manera, acabaría por hacerse daño ella misma y eso era algo que no podía permitirle. No podía darse el lujo de dejarla ir, no hasta que consiguiese lo que había venido a buscar.

—¡Basta! —La sometió rápidamente, sujetándole ambas muñecas a la espalda. La mantuvo en esa posición, íntimamente unida a él—. Para o te harás daño.

—Eres un cabronazo hijo de perra —escupió, fulminándole con la mirada—. ¿Quién te crees que eres? No tienes derecho a apropiarte de mi vida… ni siquiera mientras estoy inconsciente.

Cambió de posición, sujetándola con una sola mano y cogiéndole la barbilla con la otra, de

modo que no le quedara más opción que mirarle a los ojos.

—*Cálmate, Natalie*. —Su voz sonó dura, con una profundidad nacida de su parte *Angely*. Al instante sintió cómo el cuerpo femenino se relajaba contra él—. Eso está mejor. Y ahora escúchame bien porque ya te lo he dicho una vez y mi benevolencia solo da para una segunda advertencia —le alzó la barbilla, acariciándole el mentón con el pulgar—. Vuelve a atacarme, de la manera que sea, y te encontrarás con la falda levantada y las nalgas de color rojo. Puedo asegurarte que no me van ese tipo de juegos, pero estoy dispuesto a hacer una excepción dadas las circunstancias.

Volvió a moverse, su sexo desnudo se frotó contra la tela de su pantalón y vio la consternación en el rostro femenino al darse cuenta de ese pequeño detalle.

—¡Suéltame! —chilló, luchando por apartarse—. Déjame ir ahora mismo… déjame…

—¡*Suficiente*! —reforzó su poder sobre ella, doblegando su cuerpo y su voluntad sin arrebatársela—. *Deja de forcejear conmigo. Relájate y te soltaré*.

La vio lamerse los labios, sus ojos humedeciéndose en contra de su voluntad y no pudo evitar hacer una mueca.

—Ah, no. Ni se te ocurra ponerte a llorar —rezongó con obvio fastidio en la voz.

Para su completo alivio, ella parpadeó alejando la humedad en sus ojos y lo fulminó con la mirada.

—Suéltame. Ahora. Mismo —insistió, marcando cada palabra con visible irritación. Pero al menos no se contoneó sobre él.

—¿Y la palabra mágica?

—Que te jodan.

Sonrió, ese es el espíritu que esperaba encontrar en ella, el mismo que había sentido a través del papel que marcaba cada uno de los requisitos.

Se inclinó sobre ella, dejando que su aliento le calentara el oído antes de contestarle.

—Lo harás tú, encanto, pero no aquí y no ahora —le aseguró. Entonces se apartó un poco para mirarla a los ojos—. Imagino que querrás algo más… convencional para tu primera vez.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente, las mejillas volvieron a teñirse de rubor y saltó de su regazo en el mismo instante en que se vio libre de su agarre.

—¿Cómo…?

Se encogió de hombros.

—El formulario —le dijo, al tiempo que se levantaba. Se sacudió la ropa, se echó el pelo hacia atrás y la miró de nuevo—. ¿Te has molestado en leer los papeles que te di?

Su respuesta fue muy sincera.

—No pasé de la parte en la que decía que tú eras qué, ¿mi agente?

—El día que encontremos a una mujer que lea el contrato entero, la Agencia la hará miembro de honor —rezongó más para sí mismo, que para ella—. Lo leerás. Por completo. Yo responderé a cualquier duda que te surja al respecto.

Natalie retrocedió, se llevó la mano a la sien y luego al pecho, empezó a tambalearse y habría caído de nuevo al suelo si no la hubiese cogido, atrapándola contra su pecho.

—Demasiadas emociones para alguien convaleciente —chasqueó la lengua, buscando sus ojos—. Necesitas tomarte las cosas con calma…

El brillo en los ojos castaños se fue apagando poco a poco, Nick notó el cambio en su cuerpo y en su mente.

—No puedo tomarme las cosas con calma —musitó, bajando la mirada—, es posible que mañana ya no esté aquí.

—Más razón para hacer aquello que desees hacer —asintió—, y dejar de pensar en el «y si…».

Sacudió la cabeza, suspiró profundamente y cuando volvió a mirarle, supo que algo había cambiado en su interior.

—¿Y dices… que perteneces a una agencia?

Él sonrió con ironía.

—Sí, la única capaz de cumplir con cada uno de tus deseos.

CAPÍTULO 4

Natalie degustó su café de moka mientras leía por tercera vez la absurda carta de presentación que le había dejado Nickolas en las manos. Sentada en una mesa de su cafetería favorita, por orden y gracia de su «irritante señoría», intentaba dejar a un lado toda la locura que se había instaurado a su alrededor desde el instante en que abrió los ojos al despertar. Algo sin duda complicado, especialmente cuando, sentado frente a ella, estaba el problema número uno.

Se lamió los restos de crema de los labios y volvió a leer la primera de las páginas. Su paciencia se había terminado después del tercer «léelo, por favor», y había pasado a «ahora y en voz alta».

—¿Aburrida de la rutina diaria? ¿Hastiada de la monotonía del día a día? ¿No encuentras aquello que te satisfaga, que deje una sonrisa permanente en tu rostro durante todo el día? —recitó, como quien está leyendo un spot publicitario—. En la *Agencia Demonía* disponemos de un selecto servicio de acompañantes a domicilio que hará que tu vida no vuelva a ser la misma de antes —bufó y levantó la mirada del papel, clavándola en él—. Yo puedo dar fe de ello, sí.

—Continúa —le pidió, entreteniéndose él mismo con su propia bebida.

—No lo pienses más, lanza por la ventana la monotonía y tiéndele la mano al riesgo. Encontrarás que nuestros servicios son tan calientes como el infierno —continuó, arriesgando un vistazo por encima del folio a su acompañante. No podía negar que él sí parecía así de caliente, su presencia había disputado la atención de varias camareras y arrancaba miradas furtivas de otros clientes. Nickolas, sin embargo, parecía obviar toda aquella atención para centrarse únicamente en ella—. Disponemos de un servicio veinticuatro horas, los trescientos sesenta y cinco días del año. Garantizamos tu satisfacción, en caso contrario, te devolvemos el dinero —terminó la lectura—. Y aquí viene el correo electrónico de contacto.

Él se limitó a asentir en respuesta y señaló el papel con un gesto de la mano.

—¿Alguna duda al respecto?

¿Alguna duda? ¿Estaba de broma?

—Aquí pone «acompañantes a domicilio» —señaló la hoja—, ¿qué sois? ¿Una especie de agencia de gigolós?

A juzgar por la mueca que curvó sus labios no le gustaba demasiado esa calificación.

—La Agencia se especializa en dar a sus clientes aquello que necesitan —le dijo, haciendo una pausa para saborear su propio café irlandés—. No todos nuestros clientes tienen las mismas necesidades… no todo gira en torno al sexo.

—Me alegra saberlo.

—Aunque ese no es tu caso. —Él la miró por encima de la taza antes de dejarla sobre la mesa—. Cada uno de tus requisitos… tiene mucho que ver con… el deporte de cama.

Entrecerró los ojos, intentando ocultar tras una máscara de indiferencia el calor que le azotaba las mejillas.

—Solo los hombres podríais considerar el sexo un deporte.

—Bueno… requiere esfuerzo… se queman calorías… y se suda. —Sus labios se curvaron, mostrando una divertida sonrisa—. Yo diría que eso es un deporte.

—Siguiente. —Extendió la mano esperando que le entregase la próxima hoja—. Cuanto antes terminemos con esto, antes podré deshacerme de ti e irme a casa.

En vez de tenderle una nueva página, la alisó sobre la mesa, se acomodó contra el respaldo de la silla y tamborileó con los dedos sobre el papel.

—Esta vez, lo leeré yo —le informó—, solo tendrás que confirmar que los datos son correctos.

Asintió. Quizá allí estuviese la letra pequeña que necesitaba para salir de ese atolladero.

—De acuerdo, dispara.

Nickolas repasó rápidamente cada uno de los datos personales que ella misma había facilitado. Su nombre, su edad, su dirección actual… hizo hincapié en cada apartado con premeditada lentitud, entonces alzó esos enigmáticos ojos azules suyos y le sostuvo la mirada.

—Aquí es dónde empieza mi parte favorita —comentó, deslizando el dedo índice sobre un recuadro del formulario que ahora recordaba nítidamente—. Veamos… requisito número uno.

Tierra trágame, pensó inmediatamente.

—Creo que eso podemos saltárnoslo —lo interrumpió, inclinándose hacia delante para coger el papel, pero él no se lo permitió—. ¿Es necesario que me hagas pasar más vergüenza de la que ya siento?

—No hay necesidad de avergonzarse de las propias necesidades, Natalie —aseguró, con tono serio y sincero—. Si hace que te sientas mejor, después te dejaré escuchar las mías.

—Eso es algo sin lo que sin duda puedo vivir, gracias.

—Requisito número uno —insistió de nuevo—. Y cito textualmente…

—El día que escribí eso estaba borracha, que lo sepas.

—Bueno, ¿no dicen que los borrachos y los niños son los que siempre dicen la verdad?

Resopló, no podía con ese hombre.

—Un macho alfa… a ver si me entero de una buena vez que es eso —leyó, su tono de voz un poco más bajo que de costumbre, pero igual de intenso—. No te preocupes, encanto, te enterarás. Me ocuparé personalmente de que no te quede ninguna duda al respecto acerca del término y lo que significa.

No respondió, ni siquiera quería mirarle a la cara. Dios, qué bochorno.

—Que sepa jugar y no tenga inconveniente en compartir esos juegos conmigo —continuó, citando la primera línea—. Siempre me han gustado los juegos y se me dan bastante bien. Será un verdadero placer compartir ese conocimiento contigo y enseñarte a jugar… según mis reglas.

La seguridad que encontró en su voz la hizo alzar de nuevo la mirada, encontrándose con la de él.

—¿Y si no me gustan tus reglas?

Sus labios se curvaron, mostrando unos dientes perfectos.

—Ya estás aceptando el juego, Natalie, aceptarás también mis reglas.

—Yo no…

—Has dicho «y si». No te has negado.

Abrió la boca y volvió a cerrarla. ¡Maldición! ¿Qué le pasaba a su cerebro?

—Requisito número dos —enumeró ahora—. Un hombre que sepa lo que hace, consciente de sí mismo y sus capacidades… abstenerse idiotas de ego inflado.

¿Había escrito eso realmente? Un rápido vistazo al papel y sí, eran sus propias palabras, lo sabía, pero escucharlas en voz alta…

—Créeme, pequeña, soy muy consciente de lo que hago, de cómo lo hago y hasta dónde puedo llegar —justificó su respuesta—, y tengo dos magníficos oídos para escuchar lo que

tengas que decirme. Para que esto funcione, tiene que haber comunicación entre nosotros… espero que me permitas al menos eso.

Su mutismo continuó, pero eso no parecía molestarle.

—En cuanto a… «y que anteponga mis necesidades a las suyas *(lo sé, estoy pidiendo un milagro)*» —citó palabra por palabra su petición—. Considérame tu hacedor de milagros particular. La premisa qué pides, es la base de la *Agencia Demonía*.

—¿*Demonía*? —repitió el nombre—. ¿Por qué ese nombre? No es algo… usual.

La pregunta pareció agradarle, ya que asintió y respondió sin rodeos.

—La Agencia posee un amplio abanico de agentes —respondió—. Para dar servicio a las personas que acuden a nosotros, debemos poseer una extensa gama de… cualidades. Algunas de estas cualidades podrían parecer… poco naturales, después de todo no hay muchos individuos que puedan leer el alma de una persona con solo mirarla a los ojos, empatizar con ella o discernir una mentira de la auténtica verdad…

—Estás hablando de algo tan básico como la psicología y la empatía. Cualquiera un poco avispado y que sepa interpretar el lenguaje corporal de una persona, puede hacer todo eso —le interrumpió, con el ceño fruncido—. Quiero decir… no es algo… sobrenatural.

—Lo es cuando la naturaleza que hay detrás se puede pasear por el cielo o el infierno —respondió en tono jocoso—. ¿Ángel o demonio? ¿Qué elegirías tú, Natalie?

—A ambos y a ninguno —le soltó con el mismo tono que había elegido él—. No creo en el bien absoluto, ni tampoco en el mal absoluto…

—¿Y crees en el destino?

—Hubo un tiempo en el que solía creer en él —se encogió de hombros—, ahora solo creo en que la muerte llamará a mi puerta antes o después.

Bajó la mirada y cogió la taza de café, tomando un buen sorbo antes de decidirse a pronunciar ella misma el tercer requisito.

—¿Temes dormir con la muerte, Nickolas?

Le sostuvo la mirada, como si pudiese indagar mucho más allá de su alma.

—Ese es el tercer requisito que escribí —continuó ella—. Alguien que no tema dormir con la muerte. Abstenerse suicidas y trabajadores de funerarias. Imagino que, dado tu trabajo, no eres ni lo uno ni lo otro, ¿eh?

—No me veo trabajando en una funeraria —se rio—. En cuanto a lo de suicida… algunos podrían pensar que rozo el suicidio la mayoría de las veces. ¿Tú que crees, Natalie?

Enarcó una ceja y soltó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Suicida no, pero capullo… ahí tienes una medalla de oro para ti solito.

Él se rio, una risa sincera y bonita que la hizo temblar.

—Tu ironía me resulta refrescante.

—Y yo que esperaba que te hiciese salir por patas.

Sacudió la cabeza y señaló la cuarta línea de los requisitos.

—Y llegamos al requisito número cuatro —Esta vez no leyó, se limitó a recitarlo de memoria—. Que me muestre el placer que existe entre el cielo y el infierno. Mitad ángel, mitad demonio… un hombre solo para mí.

Se encogió de hombros.

—Como ya dije, no creo en el bien absoluto, ni en el mal absoluto —declaró—. Así que, ¿por qué conformarse con una cosa sola? Puestos a pedir, mejor pedirlo todo. Después de todo, no es como si esperase que ese único hombre fuese a aparecer ante mí y hacer realidad cada uno de mis deseos.

—Sumemos cinismo a la ironía —comentó él, sin dejar de mirarla—. Posees heridas muy profundas y no solo por la enfermedad…

—Si esperas que me siente en tus rodillas y empiece a contarte la historia de mi vida, pierdes el tiempo.

Él dejó escapar un bufido mitad risa.

—Me gustaría que te sentases en mis rodillas, preferiblemente desnuda —aseguró con un ronroneo—. Sería algo que sin duda, nos complacería a ambos.

—Hablando de egos hinchados…

—Todavía queda un quinto requisito —añadió, deslizando ahora el papel por encima de la mesa—. Que me quede a tu lado hasta el final… esa es tu mayor necesidad.

—¿Por qué estás tan decidido a seguir adelante con esto? —preguntó, ignorando la pregunta—. Quiero decir, entiendo que sea tu trabajo, pero…

—Todo el mundo merece tener su momento —se encogió de hombros—. Un instante para hacer realidad sus deseos, cumplir sus fantasías, sus anhelos, ¿por qué no concederte a ti el tuyo?

—Porque mi momento quedó atrás —respondió con sencillez—. Vivo una vida de prestado, ni siquiera sé si mañana estaré aquí y podré disfrutar de este delicioso café.

—Más razón para aprovechar el hoy y el ahora.

Sacudió la cabeza.

—No me conoces, Nickolas —dejó claro lo obvio—, no tienes idea de lo que es vivir con esta maldición, lo que me hace a mí y a la gente que está a mí alrededor. No es agradable.

—¿Y tú lo sabes, Natalie? ¿Sabes lo que tu enfermedad representa para la gente que debería estar a tu alrededor, cuidándote, encargándose de ti? He pasado mes y medio a tu lado y no he visto ni a un solo miembro de tu familia o a algún amigo acercarse al hospital, ya no digamos llamarte por teléfono para preguntar por ti.

Ella se tensó, no pensaba responder a esa acusación velada.

—Nadie te pidió que lo hicieras.

—¿Por qué no ha venido nadie de tu familia? ¿Por qué no hay ningún contacto a quien avisar en caso de accidente en tu teléfono?

Alzó la barbilla y se mantuvo en sus trece.

—Mi vida es asunto mío, como ya dije, nadie te pidió que te quedases en el hospital —declaró—, especialmente cuando ni siquiera me conoces.

Chasqueó la lengua, sacudió la cabeza y le dedicó ese gesto que decía claramente que no iba a zafarse tan fácilmente de él.

—Te equivocas —la contradijo una vez más—. Te conozco muy bien. Te he observado mientras dormías este último mes y medio.

Parpadeó y no pudo evitar que sus propios labios esbozaran una irónica sonrisa.

—Extraño pasatiempo el tuyo —comentó—. ¿Crees que eso cambia las cosas?

—Por supuesto que sí. Nadie está tan desnudo como cuando duerme, Natalie —le dijo—. Durante el sueño o la inconsciencia no puedes ocultarte, no puedes mostrar esa máscara que te oculta del mundo… estás desnudo ante él.

De alguna manera extraña, sus palabras tenían sentido. Bajó la mirada a su taza casi vacía y suspiró.

—No te quiero a mi lado.

Él le sonrió y sacudió la cabeza.

—No, no me quieres a tu lado —aceptó, comprendiendo sus palabras—. Pero me necesitas justo ahí.

No pudo menos que corresponder a su sonrisa.

—Eres insistente.

—No tienes una idea de cuánto.

Natalie desvió la mirada hacia la puerta, a través del cristal empezó a ver las primeras gotas que habían presagiado las oscuras nubes que observó antes de entrar en el local.

—Hablaste de una serie de cualidades como credo de tu agencia —comentó, alzando de nuevo la mirada para encontrarse con la de él—. ¿Cuáles son?

—**D.E.M.O.N.I.A**. —Pronunció el nombre, deletreando cada letra—. **D**etecta el problema. **E**mpatiza con tu cliente. **M**imetízate con su ambiente. **O**bserva su carácter. **N**ecesidades; cúbrelas. **I**nvestiga en su alma y **A**ctúa sobre el problema.

Parpadeó sorprendida.

—Eso suena al credo de un terapeuta.

—Créeme, yo mismo he pensado eso muchas veces —aceptó, entonces extrajo un nuevo grupo de folios grapados en la esquina y se lo presentó—. Bien, ya hemos dejado claro cuáles son tus requisitos y que yo me haré cargo de cada uno de ellos.

Enarcó una ceja.

—Creo que nos estamos olvidando de un pequeño e importante detalle —lo interrumpió, indicando los papeles que posó frente a ella en el que podía leerse *«contrato de la Agencia Demonía»*—. Un contrato, para que sea válido, debe estar firmado por ambas partes.

—Así es.

—Yo no he firmado ni pienso firmar nada.

Se lamió los labios, un gesto que en él quedó de lo más sexy.

—En realidad, sí lo has hecho.

Negó con la cabeza.

—No.

—Sí.

Frunció el ceño, empezando a sospechar.

—¿Cuándo?

Nick deslizó la mano por encima de la mesa y le acarició los dedos.

—Cuando accediste a seguir viviendo para mí.

‹‹Natalie, no nos robes el destino. Solo acepta. Di sí››.

Esas palabras volvieron a su mente como si hubiesen sido rescatadas en el tiempo, una respuesta automática que se filtró en su cerebro, una conversación que no estaba segura de haber tenido o soñado hasta ese momento.

—¿Te dije que sí?

Él asintió.

—Lo hiciste.

—¿Consideráis válido un contrato verbal?

—Dadas las circunstancias, considero válido cualquier cosa que me permita… hacer lo que debo hacer —declaró, al tiempo que golpeaba con un dedo los papeles—. Léelo, Natalie.

Para su asombro, él eligió ese momento para levantarse con obvia intención de partir.

—¿Te vas?

Se inclinó sobre la mesa, le cogió la barbilla y se la alzó.

—No por mucho tiempo, encanto —le acarició la mejilla con el pulgar—. Estaré en tu puerta a la hora de la cena. Me gusta la pasta, espero que sepas cocinar.

Le acarició el labio inferior y la dejó, temblorosa y mirándole como una tonta.

Estúpidamente, había esperado que la besara.

—Yo no cocino —sintió la repentina necesidad de vengarse.

Él alzó la mano, a modo de despedida, pero no se giró.

—Entonces iremos directos al postre —le dijo, riendo—. Hasta esta noche.

CAPÍTULO 5

Su presencia era como una explosión sobre su espíritu, no necesitaba carta de presentación ni anunciaciones, Nick sabía perfectamente cuando el *Ejecutor* estaba cerca. Siseó por lo bajo al tener que abandonar de forma precipitada a la chica, especialmente ahora que empezaba a llegar a ella, pero lo último que deseaba era tener a ese cabrón hijo de puta respirándole en la nuca una vez más.

Le había dado la mañana libre, concediéndole el espacio que necesitaba para hacerse a la idea de esa inesperada intrusión en su vida. En sus ojos se reflejaba lo sobrepasada que estaba por todo aquello, lo que su presencia suponía en esos momentos y la poca predisposición que tenía hacia una interrupción de tal calibre en su ordenado y valiosísimo tiempo. Tenía que confesar así mismo, que le sorprendió sobremanera que accediese a leer cada una de las páginas del contrato que le fue entregando. Esperaba rebeldía, negación incluso, pero ella se había amoldado bajo una conveniente aceptación que no desmentía ni un ápice su verdadero carácter. Le resultaba una mujer muy interesante.

Frunció el ceño ante la lluvia, no era algo que le molestase, al contrario, le gustaba el olor a humedad y la sensación de limpieza que quedaba después de una buena tormenta, pero en ese momento no la agradecía en absoluto. La calle estaba desierta, a lo lejos se escuchaba el ladrido de algún perro, pero la llegada de la tarde cediendo paso a la noche, hacía que los habitantes de Ravenna prefiriesen quedarse ya dentro de sus casas.

—Siempre te ha gustado caminar por la cuerda floja y no te molestas en mirar si debajo hay una red de seguridad que te recoja en caso de caer.

Se estremeció, todo su cuerpo acusó la presencia del poder que envolvía a ese hombre como un sudario, el sello inequívoco de quien era en realidad. Ladeó la cabeza lo justo para verlo caminando bajo la lluvia. No le molestaba el agua, en realidad nunca parecía molestarle nada. Desde que lo conocía, no recordaba haberle visto sonreír con otro gesto que no fuese desidia, desinterés o una profunda ironía.

—Tenía la ilusión de que te hubiesen cortado en trocitos, acabas de fastidiarme mi deseo.

El hombre ni se inmutó, el pelo castaño claro con mechones dorados se pegaba a su cabeza escurriendo el agua por los planos duros y rectos de su cara, pero eran sus ojos marrones, tan oscuros que parecían pozos negros, los que resultaban intimidantes, casi tanto como estar mirando a la muerte a la cara.

—Ese es sin duda el deseo de muchos estúpidos —repuso y se detuvo a su lado, resguardándose de la lluvia bajo el toldo de una tienda—. A ti no te hacía un estúpido. Suicida, sí, pero no estúpido.

—La imperfección del mestizaje —respondió, mirándole de lado—. ¿Qué es lo que quieres?

Sus ojos lo sondearon antes de desviarse en dirección al otro lado de la calle, allí donde se encontraba la casa de Natalie.

—¿Piensas cometer otra vez el mismo error?

Puso los ojos en blanco. Él era como un perro de presa, siempre siguiendo su rastro, a la espera de que metiese la pata una vez más y hacérselo pagar. Toda una ironía viniendo del

mismo hombre que lo había criado y educado.

—Hacerlo significaría que no aprendo de mis errores —sentenció con un ligero encogimiento de hombros.

—La has vinculado a ti, has interrumpido su destino, su muerte —había reproche en su voz—. Obviamente no, no aprendes. Esperaba un poco más de inteligencia de tu parte, en especial, sabiendo lo que puedes obtener si traspasas la línea.

Chasqueó la lengua con gesto afectado, un teatrillo que sabía lo sacaba de quicio.

—Deberías coger de nuevo el manual y pegarle un repaso —le dijo, girándose a él—. No he cometido ninguna infracción. No he vulnerado su voluntad, ella ha dado *su* consentimiento… a través del contrato con mi Agencia.

Los labios masculinos se curvaron muy ligeramente, una mueca imperceptible que pasaría desapercibida para cualquiera que no lo conociese tan bien como él.

—Un contrato temporal.

—Tiempo más que suficiente para obtener de ella lo que necesito y hacerlo sin vulnerar tus malditas leyes.

—Son también las tuyas, Niklass.

Bufó, él era una de las pocas personas que utilizaba su verdadero nombre, aquel que le había puesto su madre.

—Olvidas que no soy solo *Angely* —le recordó, con satisfacción—. De hecho mi otra rama de la familia gana por goleada en el tema de herencia genética.

—Lo que ha derivado en ese imposible carácter y la estúpida necesidad de ir contra las normas —aseguró su oponente, con una clara declaración de los hechos—. Quiero pensar que todavía queda algo de inteligencia en ti, como no querer repetir la experiencia de tal castigo.

—Ella tiene algo que me pertenece y pienso recuperarlo.

Sus ojos se encontraron.

—No puedes obtener su voluntad si no te la entrega ella misma —su tono de voz contenía una clara advertencia que, si fuese inteligente, no ignoraría—, del mismo modo que no puedes recuperar aquello que guarda para ti si no es a través de su muerte, una muerte que solo puede llegar de tu mano y que significa firmar tu propia sentencia con sangre.

—En ese caso, es una suerte que la muerte ya haya llamado a su puerta y yo no haya tenido nada que ver —rezongó, sin apartar la mirada de la suya—. Algo que ya sabes o no estarías aquí para darme la charla del siglo. ¿Qué mierda es lo que quieres, Eydam?

El hombre se limitó a ladear el rostro, un gesto que hacía a menudo y que traía a su presente recuerdos de un pasado demasiado distante para tenerlo en cuenta.

—Evitar que vuelvas a meter la pata —aseguró con sencillez—. Transgrediste las leyes al arrancar a Elphet de las manos de la muerte sin su consentimiento, lo que terminó con tu sangre cubriendo el suelo del Consejo y tu expulsión del Gremio. Si ahora desafías de nuevo al destino, no podré hacer nada para evitar tu caída y eso me llevará a faltar a mi palabra y entregarte la muerte que te arrebaté una vez.

—Eso hará que te replantees hacer las cosas de una manera distinta la próxima vez —le soltó.

—Niklass…

—No voy a renunciar a lo que es mío, a lo que llevo tanto tiempo buscando —sentenció, acariciándose el tatuaje en el interior de la muñeca—. Haré hasta lo imposible por recuperar aquello de lo que se me privó antes de que sea demasiado tarde.

—En ese caso, piensa bien que es lo que quieres retener, *Vitriale*, porque solo tendrás un

suspiro para elegir y toda una eternidad para lamentarte por tu elección —aceptó, inclinando la cabeza a modo de saludo—. Cuida cada uno de tus pasos y elige sabiamente, no me hace precisamente feliz tener que arrebatar la misma vida que me vi obligado a salvar.

Entrecerró los ojos, luchando por mantener el control, algo que se hacía cada vez más difícil en presencia de ese hombre.

—Mantente al margen, *Ejecutor* —lo avisó, conociéndolo demasiado bien como para saber que ese hombre cumpliría con la palabra dada—, no quiero tener tu respiración pegada al cuello mientras juego con el destino.

—Cumple las normas y no tendrás que sentirla.

Sin más, dio media vuelta y se desvaneció sin haber llegado a tocar la lluvia que ya empezaba a remitir. Nick dejó escapar el aire con brusquedad, abrió y cerró los puños y se obligó a relajarse, sus encuentros con ese hombre siempre lo sacaban de quicio.

—Las normas se han hecho para quebrarlas, Eydam —musitó para sí—, no hay una sola de ellas que no se haya hecho para ser quebrada a riesgo de perder la propia vida, si el premio es todo lo que deseas.

CAPÍTULO 6

Natalie posó el teléfono sobre la mesilla auxiliar y se dejó caer en el sofá. Acababa de hablar con el Dr. Maxwell, quien le concertó una cita para dentro de dos días. Al médico ni siquiera le extraño que ya estuviese en casa, la conocía lo suficiente como para saber que nada ni nadie haría que se quedase en el hospital. Echó un vistazo alrededor de la pequeña habitación, un sillón de dos plazas a juego con el que ella ocupaba en color pardusco, una mesa de madera sobre la vieja alfombra azul y marrón, una lámpara en una esquina y las estanterías llenas de libros que dejaban hueco a la televisión conformaban su espacio favorito. Los cristales del ventanal estaban empañados con gotas de lluvia, lo que comenzó siendo una pequeña llovizna terminó por convertirse en un fuerte aguacero que no tenía intención de terminar en breve.

Suspiró, miró con desgana los papeles del contrato que había dejado sobre la mesa auxiliar e hizo una mueca.

—Me gusta la pasta, ¡ja!

Si esperaba en serio que hiciese la cena, la llevaba clara. No es que no supiese cocinar, es que se le quemaba hasta el agua. Además, ¿por qué diablos iba a hacer la cena ni para él ni para nadie? Las personas le habían demostrado en multitud de ocasiones que solo pensaban en sí mismas y en sus necesidades, especialmente los hombres.

Sacudió la cabeza, recogió los papeles de la mesa y subió las piernas al sofá. Daba gusto volver a estar en casa, rodeada de sus cosas y no en la estéril habitación de un hospital. Se arrellanó en el sillón, sintiéndose cómoda por primera vez desde que despertó. Odiaba con pasión los camisones y pijamas del hospital, dónde estuviesen los holgados y calentitos pijamas que utilizaba en casa que se quitase todo lo demás.

—No puedo creer que esté considerando siquiera leerte —murmuró, mirando los folios ahora en su regazo. Y sin embargo, allí estaba, deslizando los dedos sobre el papel, resiguiendo cada renglón que dejaba impresa cada una de las pautas de las que se componía el contrato.

La mayoría de lo expuesto lo reconoció como un contrato tipo en el que ambas partes pactaban un acuerdo, las dos primeras páginas resultaron del todo normales, adaptadas a las peculiaridades del servicio ofrecido, pero lo absurdo llegó con la tercera y última parte.

—Punto número diez. El pacto —leyó—. Apartado diez, punto uno. El cliente. El cliente se compromete a entregar y someter su voluntad al agente a cargo, aceptando las peticiones y/o propuestas que este lleve a cabo en orden de cumplir con sus deberes, durante el periodo de tiempo comprendido entre la medianoche y el alba.

Parpadeó, sin acabar de comprender del todo aquellas palabras. Sacudió la cabeza y continuó leyendo.

—Apartado diez, punto dos. El Agente —continuó con la lectura, cada vez más atónita de lo que terminaba descubriendo—. El agente se compromete a velar por el bienestar, la seguridad y el alma de su cliente, siendo prioritaria la necesidad de erradicar las enfermedades de esta última, en orden de restablecer el equilibrio interior de la persona a su cuidado. Para ello, se le otorga derecho y libertad para hacer realidad cada uno de los más ocultos anhelos o deseos de su cliente de la manera que estipule adecuada (sin ir en ningún momento contra la verdadera voluntad de este) mediante la aceptación de dicho pacto. La duración de este comprenderá desde la medianoche al alba.

Natalie sacudió la cabeza, volvió a leer aquel punto dos veces más antes de hacer el papel a un lado y apoyar la cabeza contra el respaldo del sofá.

—No entiendo nada —musitó, contemplando la lámpara del techo antes de volver a mirar los papeles y dejar que su curiosidad se saliese con la suya.

Retomó la lectura, concluyendo una vez más con los apartados típicos relacionados a las cancelaciones y las penalizaciones de este, qué, curiosamente, solo otorgaban potestad para anular dicho contrato a los agentes a cargo una vez que el contrato quedaba vinculado.

Deslizó la mirada por el último par de líneas en las que se especificaba la duración de dicho contrato, en este caso, ese dato aparecía resaltado en otro color.

—El actual contrato tiene una vigencia de siete días a contar a partir de la primera noche de Pacto, prorrogable a juicio del agente a cargo, Nickolas Hellmore, Presidente y Director de la *Agencia Demonía* a fecha… —parpadeó, volviendo a leer esa última línea—. ¿Presidente? ¿Director? ¡Cómo qué director!

Bajó de nuevo los papeles y se quedó mirando el espacio sin ver realmente nada.

—¿La agencia… es suya? —sacudió la cabeza y se levantó de un salto—. No, no, no… esto está mal… es una completa locura. Tiene que haber una jodida forma de romper con este contrato.

Empezó a pasearse de un lado a otro, los gruesos calcetines con plantillas antideslizantes eran su calzado favorito para caminar sobre el suelo de madera que cubría su casa, podían no ser muy estéticos, pero eran lo suficiente cómodos como para que eso le importase un comino.

Dio una vuelta más y se detuvo en seco al ver una gotita de sangre manchando ahora el suelo, se tensó, el brazo comenzó a temblarle cuando se llevó la mano a la nariz y notó la humedad deslizándose por su labio superior. Se miró las yemas de los dedos y tragó el nudo que se le formó en la garganta.

Tenía una hemorragia.

—De acuerdo, está bien —empezó a musitar para sí misma, luchando por regular la respiración y mantener la calma—. Ya te has enfrentado antes a esto. Al cuarto de baño. Ahora.

Echó la cabeza hacia atrás, se apretó la nariz y corrió hacia el baño de su dormitorio.

Media hora después, mirándose al espejo con la situación controlada y unas traicioneras lágrimas bailando en sus ojos, se obligó a sonreír.

—Este es el motivo principal por el que no puedes aceptar ese contrato —le dijo a su reflejo—. No tienes tiempo, Natalie, no lo tienes.

Nickolas podía sentir la muerte rondándola, pero no estaba dispuesto a dejar que se la llevase. No era su momento, todavía tenía que romper las cadenas que lo anclaban, la necesitaba… de manera egoísta, pero la necesitaba. Le debía poder disfrutar aquellos últimos momentos, liberar su alma del peso y el dolor que anidaba en su interior, quería darle lo que deseaba, hacer realidad cada uno de sus anhelos, incluso aquellos que no se atrevía a sacar a la luz.

—Parece que voy a quedarme sin pasta para la cena o cualquier otra cosa, ¿eh?

Ella dio un respingo al escuchar su voz.

—Dios, que susto me has dado —le dijo, al tiempo que se levantaba del sofá. No tardó mucho en fruncir el ceño y mirar hacia atrás, dejando patente lo obvio—. ¿Por qué no he oído el timbre?

—Porque no he llamado —aseguró con cierta sorna—, no me apetecía correr el riesgo de

que volvieses a desmayarte de nuevo en mis brazos.

En realidad, se había limitado a aparecerse en la puerta de su casa y al sentir su debilidad a través del vínculo del contrato, entró sin más.

—Bueno, si hubieses llegado un rato antes, habrías disfrutado inmensamente con un baño de sangre —le dijo con gesto irónico.

—Una pena habérmelo perdido, señorita *Bloddy Mary*.

Ella puso los ojos en blanco, captando la indirecta.

—Solo me falta la campanilla —rezongó y señaló la habitación—. En fin, bienvenido a mi salón, Nickolas.

Se limitó a echar un rápido vistazo a su alrededor, aunque no le hacía falta, conocía a la perfección la distribución y decoración de esta.

—¿Lo has leído? —preguntó al ver el contrato sobre una esquina de la baja mesa de madera—. Si me dices que sí, te regalo una piruleta.

Aquello la hizo reír. Fue un gesto inesperado pero sincero de su parte.

—Que sea de fresa —le dijo, asintiendo—. Y sí, me lo he leído… y he flipado haciéndolo. Hay cosas que no acabo de comprender.

Juntó las manos y se las frotó en un gesto satisfecho.

—¡Al fin alguien escucha cuando hablo! Nena, desde este momento, ya eres miembro de honor de la Agencia —aseguró, correspondiendo a su humor—. Hablemos entonces de lo que no entiendes.

Ella alzó la mano, pidiéndole un alto.

—Echa el freno, chico, que vas lanzado.

—Me puede la impaciencia —aseguró, marcando sus palabras con una obvia y abierta mirada sexual—. Quizá debiese advertirte que la paciencia no es precisamente una virtud.

—No te emociones y me digas ahora lo que te mide.

—Dieciocho, ¿suficiente para ti?

Se atragantó, sus mejillas se encendieron al instante y la vio desviar la mirada como si quisiera evitar la tentación de bajar los ojos y ver si lo que decía era verdad. No es que importara mucho, pronto lo descubriría por sí misma.

—El contrato —comentó ella, intentando reconducir la conversación—. ¿Qué es ese apartado del Pacto? Me ha parecido un tanto… peculiar.

Indicó el sofá a modo de invitación y, antes de que ella tomase asiento de nuevo, se sentó. Cruzó las piernas, estiró el brazo por encima del respaldo y la observó.

—Si te sientas en mi regazo, te lo digo.

Le encantaba ver esa rápida sucesión de expresiones cruzando su rostro, de la sorpresa, pasando por la vergüenza, a la irritación. No iba a negarlo. Esa mujer le gustaba y estaba seguro de que antes de que terminase la noche, le gustaría mucho más.

Fiel a su propio carácter, se sentó en el sofá contrario, tan lejos de él como podía.

—El Pacto es un acuerdo entre nosotros dos —decidió ir al grano—. Da comienzo al filo de la medianoche y dura hasta que sale el primer rayo de sol. Tú, como mi… ¿elegida? Cliente suena un poco frío. Tienes la opción de aceptar dicho acuerdo al cederme tu voluntad, y yo, como tu… acompañante… tengo la obligación de lograr que tus… deseos, fantasías y anhelos se hagan realidad durante ese periodo de tiempo.

—Eso suena un poco a *«yo Tarzán, tu Jane»*. *«Yo mando, tú obedeces»*.

No pudo evitar sonreír ante tal comparación.

—El Pacto es una manera de… conocerte mejor… de que ambos nos conozcamos —

intentó encontrar una forma de explicárselo—. De desnudar el alma, si entiendes mejor ese término. De sacar a la luz cosas que permanecen ocultas, de erradicar el dolor y la oscuridad que se lleva por dentro y que no somos capaces de liberar nosotros mismos.

—Y ahora suenas demasiado esotérico.

Se rio.

—Considérame el ángel y demonio que has pedido.

Ella pareció tomarse un momento para pensar en sus palabras, entonces sacudió una vez más la cabeza.

—No me convence —murmuró. Alzó la mirada y se encontró con la suya. Había una ligera vacilación y cierta inocencia e incomodidad—. ¿Y si no es lo que deseo?

—Yo me encargaré de que todo lo que ocurra durante ese transcurso de tiempo sea exactamente lo que deseas —declaró, confiado—. Eso te lo prometo.

La sensualidad impresa en sus palabras no pasó por alto para ella, quien enrojeció aún más.

—Tú eres la que quiere que te enseñen a jugar —le recordó—. Yo estoy aquí para hacer precisamente eso.

—¿Y si no puedo? ¿Y si es demasiado para mí? —continuó, levantándose ahora para ponerse a deambular de un lado a otro—. No estoy bien. Mírame, acabo de sufrir una hemorragia y… yo no sé… no sé si mañana… ni siquiera sé cómo estaré dentro de unas horas.

Entendía su miedo, podía sentirlo royéndole por dentro, el miedo y la necesidad de huir de él.

—Natalie, mírame —le pidió, levantándose él ahora también. Su voz había bajado una octava, bordeada por su poder—. Mientras estés a mi lado, tu enfermedad no será un obstáculo. La mantendremos a raya.

Ella dejó escapar un cansado e incrédulo suspiro.

—No sabes lo que dices —negó, y a pesar de todo sonreía—. Mira, agradezco tu interés… es realmente halagador pero… no puedo. Quizá… si hubieses venido seis meses atrás…

Apretó los dientes, pues sintió esa pequeña acusación en carne propia. Él mismo había sido el causante de ese retraso, uno que se daba cuenta podía costarle demasiado.

Caminó hacia ella.

—Siete días es lo que estipula el contrato —le dijo, sabiendo que ella lo sabía—. Una semana. Déjame darte al menos eso.

Antes de que ella pudiese retractarse, se llevó la mano a la parte de atrás y fingió extraer una PDA que hizo aparecer a su conveniencia.

—No lo pienses más, Natalie —le tendió el aparato, listo para grabar su firma—. Aprieta el pulgar contra la pantalla y la firma del contrato quedará registrada.

Ella miró el aparato y frunció el ceño.

—Dijiste que el contrato ya estaba firmado.

—Lo que dije es que lo habías aceptado —la corrigió—. Un contrato verbal totalmente vinculante.

Los cansados ojos marrones se entrecerraron sobre él.

—¿Entonces por qué quieres que firme ahora en eso?

—Es un mero trámite —se encogió de hombros—. Para cumplir con todas y cada una de las legalidades estipuladas en el contrato.

Enarcó una ceja.

—Si estás intentando embaucarme, tienes que saber que…

Pudo notar la duda en su voz, la desazón ante una posible mentira por su parte.

—No, Natalie —declaró, imprimiendo la verdad en sus palabras, de modo que ella no tuviese dudas al respecto—. No te estoy embaucando y no escucharás una mentira de mis labios en los próximos siete días, eso te lo juro.

Ella parpadeó, pero asintió.

—Yo considero el contrato legal y definitivo —aceptó—, pero quiero que tú lo veas también de ese modo, con lo que tendrás que firmar.

—¿Y si me niego?

Él la recorrió con la mirada.

—¿Te privarías de la oportunidad de ver que puedes obtener de este intercambio? —le dijo, terminando por fin en sus ojos—. ¿De disfrutar de aquello que deseas aunque solo sea una vez?

Bajó la mirada a la PDA que sostenía y se lamió los labios. Podía ver la lucha que llevaba a cabo en su interior.

No lo hagas. No lo hagas. No lo hagas. No lo hagas.

Ignorando su propia parte racional, dejó que su mano se moviese por voluntad propia, posando el pulgar en la pantalla, tal y como la había instruido. Esta se encendió, registrando la huella como lo haría un escáner y validándola antes de dejarla ver con letras claras una frase.

—Bienvenida a la Agencia Demonía, Natalie Vanak —le dijo, reproduciendo la frase que había aparecido en el aparato—. ¿Lista para disfrutar de tus próximos siete días?

Sus ojos castaños se clavaron en él, en ellos podía ver toda clase de sentimientos encontrados. Tenía dudas, muchísimas dudas, pero también había una pequeña luz de esperanza, de necesidad.

—Solo espero no arrepentirme de esto… —se lamió los labios—, o que lo hagas tú.

Su respuesta fue del todo inesperada, devolvió la PDA a su espalda y la hizo desaparecer. Entonces le cogió la barbilla con dos dedos y se la levantó, de modo que sus miradas se encontrasen.

—Nada de arrepentimientos —le acarició el labio inferior con el pulgar, probando su textura, recordando cómo habían sabido la primera vez que los acarició—. No permitiré tal cosa.

Ella suspiró.

—¿Vas a repetir el mismo truquito de antes?

Sonrió.

—No. Esta vez, te has ganado el beso.

No esperó, descendió sobre su boca, le lamió los labios de modo persuasivo y sumergió la lengua en esa húmeda cavidad cuando la abrió para él. Su menudo y delicado cuerpo se pegó al suyo, encajando de forma adecuada, aumentando un apetito que ya existía por ella y que esperaba poder satisfacer en breve.

CAPÍTULO 7

—¿Vas a quedarte… aquí?

Natalie hizo la pregunta tan pronto como vio una pequeña maleta de mano al lado de la puerta del salón.

—Sí.

La respuesta fue directa y simple, sin más añadidos o florituras. Ese hombre no solo besaba como un demonio, sino que imprimía a cada uno de sus actos una naturalidad que la apabullaba.

—Um… vale —aceptó, empezando a hacer ya cálculos mentales—. En ese caso… tendrás que echarme una mano. La habitación de invitados es ahora mismo un almacén y…

Él sonrió y sacudió la cabeza.

—Natalie, vas a compartir tu habitación conmigo… la cama… y muchas otras cosas durante los próximos siete días —le informó con una satisfacción que no se molestó en ocultar —, empezando ahora mismo… con la cena.

Dio un paso atrás, su respuesta había sido mucho más directa y gráfica de lo que prefería pensar. Se rascó la nuca en un intento de encontrar una respuesta aceptable, al final no pudo más que optar por lo obvio.

—Eso va a ser un poquito difícil, porque mi nevera lleva mes y medio vacía —Se encogió de hombros—, y lo que subsiste en su interior… podría servir para un estudio de microorganismos, pero no para comer.

Él arrugó el ceño ante su respuesta.

—¿Has tomado alguna cosa además del café de esta mañana?

—Una empanadilla de atún. —Hizo una mueca al escuchar esa frase paternal.

—¿Y pensabas irte a la cama sin cenar? —había censura en su voz.

—No me moriré antes por saltarme la cena —rezongó—, después de todo, tampoco tengo hambre.

—Esa es la excusa de los cobardes, Natalie.

—¿Cómo puede eso ser una excusa de cobardes? De pobres… aún, pero de cobardes…

Él se limitó a negar con la cabeza, entonces la miró de arriba abajo, como si pudiese verla sin su colorido pijama.

—Te propongo un trato.

Miró el reloj y luego a él con desconfianza.

—Todavía hay un par de puntos en el contrato de los que no hemos hablado, como el hecho de que la agencia sea tuya y ese otro asuntillo del Pacto…

—De eso hablaremos mañana, pequeña, esta noche… vamos a tomárnoslo con calma.

Sus palabras le restaron un poco del nerviosismo que empezaba a instalarse en su cuerpo. Ni siquiera había tenido tiempo para pensar en todo aquello, no hacía ni cinco minutos le dijo que sí a cualquier cosa que él quisiera hacerle y ahora, la sola idea la estremecía. ¿Miedo o placer? Todavía no estaba segura

—¿Cuál es el trato?

Él asintió.

—Tú te pones algo menos… colorido e infantil… y yo me encargo de la cena.

Sus palabras la llevaron a observar el pijama rosa y blanco que llevaba puesto y que proclamaba el amor por la música con todas esas cintas de casete y radios de múltiples colores. Sus calcetines y la bata de felpa completaban el atuendo.

—Sabes, el hecho de estar en *tu* casa y no en el hospital obedece a la posibilidad de vestirse como a una le dé la gana y estar cómoda —replicó, centrando ahora su mirada sobre él —. Si no te gusta lo que llevo puesto…

—Te lo quitaré —la interrumpió, a modo de respuesta—. Si prefieres cenar desnuda, para mí no es un problema… al contrario, sin duda disfrutaría mucho de las vistas.

Arrugó la nariz.

—Iba a decir que podías irte por dónde has venido.

—Cosa que no haré —se inclinó sobre ella—, hasta que termine nuestro tiempo juntos.

—Hablo muy en serio.

—Yo también —aseguró, recorriéndola con la mirada. Llegó incluso a lamerse los labios —. ¿Quieres que te ayude a elegir?

Se pasó la mano por la nariz, notando todavía el algodón con el que había taponado la hemorragia.

—Solo si quieres darme una idea de qué no ponerme —le soltó, mirándole a los ojos—. ¿Qué has querido decir con *otra cosa*?

La respuesta masculina fue abrirle la bata y deslizar las manos sobre su cuerpo, ciñéndola por debajo de los pechos. No pudo evitar jadear ante su inesperado contacto.

—Algo que me permita hacer esto… —declaró al tiempo que las deslizaba hacia arriba y le acariciaba los pezones por encima de la tela—, esto y —cambió ahora el rumbo para bajar por su cuerpo, hasta sus nalgas y apretárselas, obligándola a acercarse una vez más a él—, esto. Puedes dejarte la camiseta si quieres, pero todo lo demás sobra…

Abrió la boca, intentando encontrar el aire para responder y para respirar.

—Espero que se me permita conservar las bragas —intentó sonar cínica, pero su voz surgió como un ahogado jadeo, pues él volvió a apretarla contra sí, haciéndola plenamente consciente de la dureza que llenaba sus pantalones.

—No por mucho tiempo —vertió cada una de las palabras en su oído, acariciándole la oreja con la lengua—. Pero intentaré dejártelas puestas hasta que toques la cama.

Tragó, no pudo hacer otra cosa.

—Muy considerado de tu parte.

—Considéralo el primero de los juegos que voy a enseñarte —le mordió suavemente el arco de la oreja, haciéndola saltar—. Cómo volver loco a tu acompañante y dejarlo sin respiración.

No pudo menos que poner los ojos en blanco ante tal título.

—Creo que debí especificar un poco mejor a qué tipo de juegos me refería cuando…

—Podrás ser todo lo específica que quieras, una vez te tenga desnuda y atada a la cama —aseguró él, dando un paso atrás, privándola del calor de su cercanía—. ¿Optamos por una cena fría?

No podía dejar de mirarle, su amenaza —porque así era como la veía ella—, había conseguido… ¿excitarla?

—Lo de las ataduras y la cama… es broma, ¿verdad?

Él le guiñó el ojo.

—Ya veremos.

Nick tuvo que contenerse para no volver a atraerla contra él, quitarle esa horrible bata, el pijama y enseñarle exactamente qué quería hacerle con todo lujo de detalles. Su mirada y ese perceptible temblor en la voz hizo que se detuviese y recordase con quien estaba tratando. Natalie no tenía experiencia. Sí, besaba como los ángeles y no se reservó nada para sí misma cuando le devolvió antes el beso, pero la forma en que se replegaba, la manera en que temblaba bajo el deseo y la incertidumbre, le decía mucho más sobre ella que los requisitos del formulario que había tenido en las manos.

La virginidad solía estar sobrevalorada en estos días, no había ninguna chica o mujer, mucho menos de la edad de su futura compañera de juegos, que permaneciera casta. Ya fuese por su enfermedad, por la ausencia de relaciones sociales o algo más, ella había huido de las relaciones interpersonales.

—¿Quieres mi ayuda?

Esos bonitos ojos marrones se abrieron al doble de su tamaño, giró sobre sí misma y desapareció, con el sonido de una puerta golpeando con fuerza de fondo.

—Tomaré eso como un no.

Sacudiendo la cabeza, entró en la cocina. La habitación destinada al trajín principal de la casa era sencilla y alternaba la madera de color blanco con los azulejos de un claro tono marrón. Su aspecto rústico destacaba, al igual que en el resto de la casa y hablaba un poco sobre quien era la mujer que vivía entre aquellas paredes. Una mesa redonda para el desayuno en una esquina con tres sillas de forja, una cocina eléctrica con horno, el fregadero, varios armarios y una pequeña nevera con frigorífico formaban el mobiliario. La ventana sobre el fregadero, sobre el que había un par de plantas necesitadas de agua y la puerta acristalada que daba a un patio trasero, añadían la luminosidad necesaria. Fuera, seguía lloviendo. Se había nublado al mediodía y la lluvia no parecía dispuesta a cesar hasta al menos la mañana siguiente.

Nick no acababa de acostumbrarse por completo a ese ambiente hogareño, habiendo sido criado en el seno del Gremio, todavía conservaba retazos de una educación estricta y poco cálida. Elphet fue la que le enseñó que había mucho más. Ternura y cariño, pasión y anhelo, todo ello surgió bajo las cálidas manos de esa pequeña mujer a la que había rescatado de las garras de la muerte en contra de su propia voluntad.

Ella fue también la culpable de que terminase en el mundo de los humanos, interactuando con ellos y acostumbrándose a lidiar con su nueva vida. El Gremio había estado más que contento de darle la patada después de dejar que su sangre decorase el suelo de la sala del Consejo, su expulsión lo llevó a renegar de su propia ascendencia y abrazar esa otra parte de si mismo que hasta el momento había sido más bien ignorada.

Mitad *Angely*, mitad *Demonía*, era un paria para cualquiera de las dos razas y una maldición para él mismo y para la mujer que habitaba esa casa.

Dejando a un lado la historia de su vida, pensó en lo que deseaba para esa primera cena con ella y al momento cubrió la bandeja para dos que había sobre la mesa. Un poco de queso, un poco de jamón, unos pedacitos de pan recubiertos de paté, vino y uvas. Aquello debería ser suficiente hasta que pudiese tenerla bajo su cuerpo y hacer algo para aliviar su espíritu. Sabía que no podía liberarla del cáncer, pero intentaría que pasase el tiempo que tenía con él sin que la enfermedad le arrebatase la comodidad, salud y felicidad que pudiera obtener al cumplir sus deseos.

Esa noche no reclamaría el Pacto, necesitaba que ella se entregase a él por propio deseo, sin coacción de ningún tipo, darle la oportunidad de elegir, de replegarse si lo creía oportuno…

aunque eso no significase que fuera a dejarla huir.

Natalie iba a ser suya esa misma noche, de eso no le cabía duda alguna.

—No tengo zapatillas y el suelo no es tan caliente como para andar descalza. —La voz femenina interrumpió sus pensamientos minutos después—. Esto es lo mejor que puedo conseguir, dado el estado *infantil* de mi armario.

Tendría que averiguar quién diablos había creado esos breves pantaloncitos que parecían culotes y enviarle una enorme cesta de fruta en agradecimiento. Sin todas esas capas de ropa que la escondían, parecía incluso más delgada. Esas largas y magníficas piernas estaban salpicadas en algún punto por pequeños hematomas, al igual que el dorso de la mano en la que había tenido puesta la vía. La camiseta le quedaba holgada, lo que lo llevó a suponer que cuando la compró posiblemente le sentase bien. Sus senos no eran ni muy grandes, ni muy pequeños y los pezones ya apuntaban contra la tela, reclamando atención.

Aferrándose al respaldo de una de las sillas a modo de excusa, la apartó, invitándola tomar asiento.

—Caray, ¿de dónde has sacado todo esto y así de rápido? —jadeó ella, al ver la comida sobre la mesa.

Se limitó a encogerse de hombros.

—Considérame alguien previsor —respondió, sin dar más datos al respecto. Cogió un trozo de pan untado con paté y se lo acercó a la boca—. Abre.

Ella lo miró con ese escepticismo e ironía tras la que solía ocultarse.

—Puedo comer sola.

—Puedes hacer muchas cosas sola, pero ninguna de las que tengo en mente —le soltó, acariciándole los labios con el paté—. Abre la boca.

—Solo te falta el «y di a».

—¿Preferirías escucharme decir esas palabras en un entorno totalmente distinto? —la sedujo, buscando su mirada—. Créeme… me encantará pronunciar esa frase e introducir mi p…

—Dame eso.

Nick ahogó una sonrisa mientras le quitaba el canapé de la mano y se lo comía de un solo bocado.

—Te sonrojas con mucha frecuencia, Natalie.

Ella se limitó a masticar, antes de darle una respuesta.

—Y tú hablas con demasiada crudeza.

—Te acostumbrarás —declaró, llevándose él mismo una uva a la boca—. ¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí?

El repentino cambio de tema, a uno más neutral, hizo que se relajase.

—Este verano hará nueve años que me mudé a Ravenna —contestó, lamiéndose los labios —. Viví durante un año y medio de alquiler antes de poder comprarme esta casa.

—Demasiado joven para abandonar el seno familiar.

—Acababa de cumplir los dieciocho, no era tan joven —replicó, cogiendo un pedazo de queso—. Además, era el momento de hacerlo, necesitaba independizarme y aquí tienen además un buen centro oncológico.

Su voz sonaba muy monocorde, como si aquel fuese un discurso que había repetido una y otra vez a lo largo de su vida.

—¿Te mudaste por eso? ¿Por tu enfermedad?

Se encogió de hombros.

—Me diagnosticaron leucemia a los quince años, con medicación y quimioterapia logré

superarla la primera vez —comentó, su voz había bajado en intensidad—. Fueron cinco años entre médicos, tratamientos y revisiones. Tras dar negativo en la última que me hicieron, poco después de venirme aquí, llegaron a la conclusión de que había superado la enfermedad. Sin embargo, hace seis meses y medio, después de varios años limpia, volvieron a aparecer los marcadores en una de las analíticas rutinarias; la leucemia había vuelto y con mayor agresividad —se encogió de hombros y siguió picoteando—. Ahora, estoy viviendo tiempo prestado.

Se acarició la nariz, la cual había perdido ya el previo tapón de algodón que llevaba.

—Tengo que advertirte que soy propensa a las hemorragias nasales —se giró hacia él, haciendo una mueca—. Y a los accesos de fiebre.

Aquel era uno de los síntomas que presentaba su enfermedad, pensó Nick, uno de muchos, por lo que se había informado con el Dr. Maxwell.

—Por lo demás… —volvió a encogerse de hombros y se tragó una nueva uva—. Bueno… qué voy a decirte a ti, cuando prácticamente me muero nada más conocerte.

Hizo una mueca ante su intento de humor.

—Algo que te agradeceré infinitamente que no vuelvas a hacer —aseguró, cogiendo un pedazo de queso y llevándoselo él mismo a la boca—. Como ya dije, no es algo que quede bien en mi currículum.

Se rio, un sonido sincero que se reflejó en sus ojos.

—Lo intentaré —aceptó, y señaló la bandeja—. Oye, no sé cómo lo has hecho, pero esto está muy bueno.

—Considérame tu ángel de la guarda.

Ella ladeó el rostro, contemplándolo.

—¿Por eso te has dejado el pelo largo? ¿Parte del disfraz?

Se pasó la mano por la nuca y trajo la larga cola de pelo rubio hacia delante, dejándola caer sobre el hombro.

—Quería hacer de Santa Claus, pero parece que soy demasiado rubio.

Ella rio de nuevo.

—Más bien, podrías hacer de *Légolas*.

Hizo una mueca al pensar en ese elfo con leotardos verdes.

—Demasiado ceñido… tú ya me entiendes.

Su risa inundó la cocina, un sonido que le resultó del todo agradable. Podía notar su vibración a través de su vínculo, la alegría y el dolor que se ocultaba a sí mismo tras ese reflejo espontáneo.

—No sé, Nick… podría ser… interesante —aseguró, lamiéndose los labios. Entonces pareció darse cuenta de algo—. Um… lo siento, no sé si prefieres que te llame Nickolas.

Negó con la cabeza. Le gustaba como sonaba el diminutivo de su nombre en sus labios.

—Como ya te dije en una ocasión, me gusta oír mi nombre en tus labios, de la manera en que sea —aseguró inclinándose sobre ella—. Y sé que me gustará todavía más cuando lo grites presa del placer.

La vio estremecerse, pero no apartó la mirada. Sus ojos se habían oscurecido ligeramente, como si el pensamiento la excitase.

—No pierdes el tiempo con sutilezas, Nick.

Sonrió de medio lado, dejando a la vista parte de una perfecta sonrisa.

—No dispongo de tiempo, para perderlo.

No pudo evitar devolverle la sonrisa, aunque con mucha más ironía por su parte.

—Eso es algo que puedo entender a la perfección.

Se pasó la punta de la lengua por los dientes y se inclinó sobre ella, atrapando su mirada y calentándole los labios con su aliento.

—Ven, empecemos con uno de los juegos más sencillos —tiró de ella, hasta ponerla de pie. A su lado, era como una muñequita, pequeña, frágil y muy sexy.

—¿Cuál?

Se inclinó de modo que pudiese susurrarle al oído.

—Yo lo llamo… *atada a mi cama*.

CAPÍTULO 8

—¿Atada a mi cama? —jadeó, tirando de las ataduras—. ¡Atada a mi cama, y una mierda, bastardo! ¡Suéltame ahora mismo!

Nick se recreó en la maravillosa visión que representaba el cuerpo de Natalie tendido sobre la cama, con los brazos y las piernas abiertos, sujeta por las muñecas y los tobillos a los postes de la robusta cama que los recibió en el dormitorio.

La había engatusado con besos y caricias, hasta tenerla dónde él quería y tenía que admitir que era todo un espectáculo verla retorcerse sobre el colchón.

—¿Y privarme de la magnífica vista que tengo ante mí? —chasqueó la lengua, risueño—. Si ahora mismo estuvieses en mi piel, no podrías hacer otra cosa que admirar tal obra de arte.

—¡Obra de arte y un cuerno! —siseó ella, clavando esos vibrantes ojos marrones, que ahora echaban chispas sobre él—. ¡Suéltame ahora mismo, maldito!

—No —se negó, al tiempo que se sentaba en un lateral del lecho y deslizaba un dedo por la piel que dejaba expuesta la camiseta al subirse sobre su desnudo estómago.

Le había dejado puestos la holgada camiseta y los shorts, atándole las muñecas y tobillos con algunos pañuelos que, ni queriéndolo a propósito, habían estado decorando los postes y el cabezal de la cama. Un modo de mantenerla quieta y, lo más importante para sus planes, totalmente receptiva a lo que quería hacerle.

—¡No me gusta esta manera de jugar! —clamó de nuevo, tironeando de las restricciones —. ¡Ni un poquito!

Permitió que sus labios se curvaran ligeramente.

—Cambiarás de opinión muy pronto, lo prometo —aseguró, manteniendo un tono de voz calmado, incluso divertido, para que ella no entrase en pánico—. Encontrarás que puede resultar un juego de lo más divertido… estimulante… y erótico. Puedes colaborar y disfrutar de lo que quiera darte… o… disfrutar de lo que quiera darte.

—¡No puedes hacer esto! —insistió ella. Pero podía ver por su cuerpo que el estar atada, la excitaba. Los pezones se adivinaban ya duros apretando contra la tela de la camiseta—. ¡Estás enfermo!

—Cosas peores me han dicho —le aseguró y antes de que ella pudiese seguir lanzándole insultos, deslizó el dedo una vez más sobre su piel, escribiendo símbolos inconexos, resiguiendo la línea del short para subir después hacia su ombligo y seguir hasta las costillas. Ella comenzó a responder a las tiernas caricias, temblando, arqueándose, intentando escapar de él—. Y ninguna me importa lo suficiente como para tenerla en cuenta.

Volvió a tirar de las ataduras de las muñecas, con fuerza. No se le escapó la tozudez en sus ojos, el rubor que le cubría las mejillas y la decisión que dominaba su cuerpo. Sacudió la cabeza y emitió un bajo chasquido con la lengua.

—Natalie, si te haces daño, te daré una zurra —la avisó, dotando a su voz de la suficiente advertencia como para que lo tomase en serio—, una que no disfrutarás.

Se inclinó sobre ella, ciñéndola a la cama con su peso mientras buscaba su mirada.

—¿Lo has entendido?

Lo fulminó con esos bonitos ojos castaños, pero se mantuvo quieta.

—Solo espera a que me desates… te haré comer los…

Optó por callarla de una manera que le gustaba, hundiéndole la lengua en la boca y arrancando de ella una respuesta, aunque ahora fuese a regañadientes.

—Esto no es lo que yo… —acabó murmurando, sus ojos fijos en los de él—. No quiero hacerlo así…

Deslizó la punta del dedo sobre uno de los pezones, entonces lo pellizcó con suavidad, haciendo que arquease la espalda y gimiese con suavidad.

—Sí, lo es. Sí, quieres —le llevó la contraria al tiempo que le acariciaba los pechos con lentitud—. Estás excitada, tus pezones se marchan contra la camiseta, tienes la respiración acelerada y te apuesto lo que quieras a que incluso estás mojada…

Su respuesta fue tirar de las manos y pies, un movimiento infructuoso.

—¡Desátame! —insistió, apartando el rostro, intentando huir de su mirada—. Por favor, Nick, por favor…

Ah, y ahí estaba, su nombre saliendo de los carnosos labios.

—Te desataré cuando considere que es el momento de hacerlo —le susurró al oído—. Por ahora, disfruta de los previos. Tú fuiste quien escribió los requisitos, así que, déjame hacer un trabajo en el que soy jodidamente bueno.

La miró una vez más, atada a la cama, indefensa y, a pesar de ello, con una mirada que prometía las *Siete Plagas de Egipto* y alguna más de su propia cosecha. Se acarició el canino con la punta de la lengua mientras estudiaba a la hembra que tenía a su merced, una cuyos requisitos consistían en experimentar el placer antes de estirar la pata.

—¡Yo no pedí que me atases! —siseó una vez más.

Bajó sobre su boca y le lamió los labios.

—No. Pero te resulta excitante —no era una pregunta—. Abre la boca para mí, Natalie.

Fiel a su genio, hizo todo lo contrario.

—Solo voy a meterte la lengua, dulzura —se burló—, y si eres buena, quizá te enseñe algún truquito en referencia a los besos.

Ella jadeó, indignada.

—¡Ya sé besar!

Se rio y le cogió el labio inferior con los dientes, soltándoselo de nuevo.

—Todo puede mejorarse, sobre todo si se cuenta con el maestro adecuado —le lamió una vez más el labio inferior—, y tú, tienes al mejor de todos dispuesto a hacer los últimos días de tu vida, una experiencia memorable.

Sus mejillas se tiñeron de un suave sonrojo, un hecho que lo excitó. La verdad es que ella no necesitaba mucho para excitarlo, su polla estaba más que feliz de poder hacer realidad cada uno de sus más sucios y bajos deseos; en caso de que los tuviera. Llevaba con una jodida erección desde prácticamente el día en que la había conocido, una que esperaba enterrar en ese dulce coñito antes de que acabase la noche.

—Primera lección —le dijo, mirándola a los ojos—, la alumna hace siempre lo que le dicta el maestro.

—Sigue soñando.

Nick sonrió y deslizó la mano sobre uno de los pezones, pellizcándoselo, arrancándole con ello un gemido.

—Y si no lo hace, recibe un pequeño correctivo —ronroneó, acariciándole los labios—. Abre para mí, encanto.

—Eres un…

No la dejó terminar, le hundió la lengua en la boca, reclamándola sin suavidad, de manera

carnal y directa. Probó una vez más su dulzura, la sintió tensarse bajo él solo para empezar a relajarse con sus caricias. Se apoyó en un brazo y utilizó la mano libre para masajearle el pecho con más suavidad, rozándole el pezón una y otra vez hasta que su boca se inundó de pequeños sonidos ahogados por sus propios labios. Enlazó su lengua con la de ella, la succionó y chupó, le acarició los dientes y se retiró, haciendo que ella saliese tras él.

Natalie sabía a ingenuidad, bondad y una pizca de genio. Esa muñequita tenía tanto fuego en su interior que sería muy bien capaz de hacerlos arder a los dos. Le correspondió al beso con suavidad, de forma dulce y tierna, envolviendo su lengua a la de él, probándole, imitando cada uno de sus movimientos o sorprendiéndole con alguno propio. Podía no haber disfrutado antes del sexo, pero no era una completa ignorante. Iba a ser un verdadero placer mostrarle mucho más, mostrárselo todo.

—¿Mejor? —musitó, separándose de su boca. Tenía los labios hinchados y húmedos, los ojos nublados por el deseo y su cuerpo se había relajado lo suficiente como para no estar tironeando de las restricciones que le había impuesto—. Creo que tomaré esa mirada como un sí.

Volvió a bajar sobre ella, planeando sobre su boca, alejándose cada vez que quería acercarse, jugando para finalmente permitirle alcanzarle. Sus lenguas se encontraron una vez más, pudo degustar su sabor, uno al que empezaba a hacerse adicto, lo succionó en su boca, tal y como había hecho él con ella y se deleitó con su suavidad y las dudas que a veces acicateaba sus movimientos.

—Buena chica —le acarició la nariz con la propia y le besó los labios—. Ahora, vamos a ver cuán receptiva puedes llegar a ser.

Bajó sobre su cuerpo con pequeños besos a lo largo del cuello, mordió suavemente la piel, apenas un pellizco en la base de la garganta. Sintió su estremecimiento, la manera en que contuvo el aliento y lo anotó en su mente; una zona erógena. Siguió descendiendo sin dejar de masajearle los pechos, de su boca escapaban ahora pequeños gemidos de placer y no dejaba de revolverse contra las cuerdas.

—¿Bien hasta aquí? —preguntó. Pero sabía la respuesta, el calor de su piel, la febril reacción a sus caricias. La sentía confundida, pero excitada y para él eso ya estaba bien.

Podía sentir así mismo la oscuridad bajo su piel, la presente enfermedad dispuesta a arrancarle cada segundo que ella arañaba a la vida. Se obligó a respirar profundamente y controlar su propio poder, debía utilizarlo cuando estuviese dentro de ella, tan cerca el uno del otro que sus almas podrían tocarse.

A pesar de todo, su pregunta sufrió una nueva ausencia de respuesta, lo que lo hizo sonreír.

—¿No vas a responderme, Natalie? —insistió.

Ella apretó incluso con más fuerza los labios, negándose a emitir un solo sonido, lo que lo hizo sonreír.

—De acuerdo, encanto, veamos si puedo arrancarte algo parecido a una respuesta —le dijo, deslizando la mirada sobre ella, al tiempo que la reseguían sus manos. Le levantó la camiseta, dejando expuestos sus pechos y se relamió—. Comprobarás que la timidez no es uno de mis problemas, es más, pienso decirte paso a paso lo que pienso hacerte.

Le acarició uno de los duros pezones con la punta del dedo y se relamió ante la forma en que el pequeño brote se endureció y creció.

—¿Notas que te toco? Pues voy a meterme esa bonita y rosada perla en la boca, la succionaré con fuerza y entonces la dejaré ir de mi boca, solo para rodearla con la lengua —ronroneó, creando círculos alrededor de la areola—. Te morderé. Nada tan fuerte como para que

te deje marca pero suficiente para que lo notes y entonces volveré a lamerte… pasada tras pasada, mientras mis dedos juegan con su gemelo…

Sintió cómo se tensaba e intentaba cerrar los muslos. Aventuró un vistazo allá abajo, contuvo una pequeña risa y dejó de acariciarle el pezón para continuar el descenso por su vientre.

—Y cuando termine con tus pechos, si no te has corrido con eso —bajó un tono de voz—, o si te permito hacerlo solo con eso… continuaré deslizando la lengua por aquí. —Fue marcando el camino con el dedo—. Haré un alto justo aquí. —Hundió la yema en su ombligo—. Y continuaré, más y más hacia abajo. —En este momento alcanzó el botón de los pantaloncitos y se lo soltó—. Te arrancaré los pantalones y probaré que tan dulce es tu…

—¡Basta!

Se mordió el labio en un intento por no reír, estaba tensa como la cuerda de un arco, conteniéndose con toda su fuerza de voluntad. Tenía el rostro tan encendido que parecía un semáforo y maldito si no le resultaba atractivo.

—Sí, tienes razón —comentó en voz alta, como si estuviese dialogando—. Siempre he sido mucho mejor con las clases prácticas que en la teoría. Veamos si tú has cogido el concepto.

Capturó el pezón con el que había estado jugando entre los labios y lo succionó en su interior bañándolo con la humedad de su lengua, mientras sus dedos se ocupaban del otro. Un bajo gemido escapó de la boca femenina. La escuchó tirar de las restricciones, sisear algunas palabras ininteligibles para luego volver a gemir y arquearse contra él.

Ese pequeño botoncito se endurecía contra su lengua y no puedo hacer otra cosa que saborear la tierna piel con sabor a nata. Sus senos encajaban perfectamente en sus manos y poseían una textura realmente suave. Unas pequeñas líneas rosadas en la zona superior hablaba de la pérdida de peso. Se preguntó cómo le sentarían los quilos de más que sin duda habría perdido a causa de la enfermedad. Si bien estaba más que satisfecho con el delicioso colchón que tenía bajo él, siempre había sido partidario de las mujeres voluptuosas. Sin embargo, Natalie lo complacía sobremanera, en su delgadez había una fragilidad que lo llevaba a desear envolverla en sus brazos y mantenerla a salvo, una sensación desconocida para él.

Ella tiró ahora de los pañuelos, clavó los talones sobre el colchón y se arqueó contra él, acercándole más su pecho a la boca. Sus labios cedieron a esos pequeños maullidos que escapaban de su garganta y que lo hicieron sonreír. La dejó ir, lamió el torturado y sobreexcitado pezón un par de veces más y cambió su atención al otro pecho, mientras sembraba pequeños besos a lo largo del traslado.

—Eres deliciosa —la mimó, levantando la cabeza para buscar su mirada. Pero ella tenía los ojos cerrados, los puños apretados y parecía necesitar de toda su concentración para respirar —. Realmente deliciosa.

Le dio unos segundos para recuperar el aire y procesar las sensaciones que ahora la recorrían. Le acarició el suave vientre y deslizó el dedo a lo largo de la cinturilla del pantalón, sintiendo cómo sus caderas intentaban alejarla de aquel contacto.

—No… Nick, espera…

Aplanó la mano sobre su estómago y esperó unos momentos. Su cuerpo estaba más que dispuesto a aceptar todo lo que quisiera hacerle, pero su mente había quedado unos pasos más atrás y debía darle tiempo para que procesase cada sensación que la recorría.

—Relájate, Natalie —ronroneó, dotando a su voz de un aire de paz, obligándola a cumplir su petición—. Esto es para ti, para tu placer… quiero descubrir qué es lo que te gusta, lo que acepta tu cuerpo y cómo dártelo…

La vio abrir los ojos, luchar por alzarse un poco y encontrar por fin su mirada.

—No quiero estar atada… —musitó, sus ojos brillantes por el deseo, pero también con una pizca de temor e incertidumbre—. Por favor, no quiero que… no ahora…

Se mordió el labio inferior y bajó la mirada, avergonzada e insegura de compartir con él algo tan íntimo e importante para ella. Con suavidad, deslizó las manos sobre sus costillas, se apoyó en la cama y se alzó sobre ella, de modo que sus rostros quedasen a la misma altura.

—No voy a follarte atada, Natalie —le aseguró, permitiendo que escuchase la verdad en su voz—. Cuando te penetre y te llene por completo, estarás libre de cualquier clase de atadura, física y mental. No pongas preocupaciones en tu mente que todavía no son necesarias, encanto. Paso a paso, esta solo es la primera toma de contacto.

Ella volvió a lamerse los labios, hinchados por sus besos, sus mejillas estaban sonrosadas.

—Suéltame… por favor.

Se inclinó sobre ella y le besó los labios, un contacto de bocas sin nada más profundo.

—Lo haré tan pronto me des lo que quiero —prometió.

Ella parpadeó.

—¿El qué?

Le guiñó el ojo y deslizó la mano hundiéndose ahora por debajo de la cintura del pantaloncito hasta acariciarle el crespo vello.

—Tu placer.

No dio más explicaciones. Volvió al seno que había dejado abandonado y se metió el otro pezón en la boca mientras le desabrochaba el short por completo dejando a la vista la ropa interior. En la posición en la que estaba, le sería imposible quitarle cualquiera de las dos prendas, por suerte, tenía otros recursos que no tenía el menor reparo en poner en práctica.

Volvió a excitarla, la succionó con avidez, amamantándose de su pecho, jugando al mismo tiempo con su ombligo para deslizar a continuación los dedos dentro de sus bragas. Notó cómo se tensaba cuando las puntas de sus dedos le acariciaron el ya húmedo sexo y la necesidad de apretar los muslos.

—Parece que esto te está gustando más de lo que estás dispuesta a confesar —le dijo al tiempo que acariciaba los mojados pliegues con mucha suavidad—. Has empapado las bragas, noto tu humedad contra los dedos y estás caliente, deliciosamente caliente…

Ladeó el rostro, apretando los ojos y los labios con obvia vergüenza, pero esta no duró mucho, pues el contacto la excitaba lo suficiente como para no poder contener los gemidos.

—Nick…

Le gustaba la manera en que pronunciaba su nombre, especialmente cuando lo decía bordeado de ese tono erótico y necesitado. Abandonó su pecho, entregándole al pezón un húmedo beso y bajó, tal y como le había anunciado anteriormente, lamiendo su piel hasta el borde del pantalón. Le hundió la lengua en el ombligo haciéndola reír y contorsionarse, su cuerpo se estremeció y pudo notar cómo sus dedos se mojaban con el aumento de humedad que rezumaba de su sexo.

—¿Cuánto cariño le tienes a esta indecencia? —le preguntó, al tiempo que tironeaba del pantaloncito—. Mejor no contestes… yo sí sé lo que opino de esta máquina de tortura.

Tortura para él, que había tenido que ver su maldito y apetitoso trasero acunado con esa indecente prenda, aumentando su propia excitación. No se lo pensó, sujetó la tela y abrió los botones, ejerciendo una mínima muesca de su poder para hacer que la tela se resquebrajase tan fácilmente como si fuese mantequilla.

Ella jadeó, se tensó y miró hacia abajo con claro asombro e indignación.

—¿Acabas de joder mis shorts?

Él enarcó una ceja y miró la inservible prenda.

—La verdad es que prefiero con mucho joderte a ti —respondió con ironía—. Es más satisfactorio y apetecible que montármelo con tus pantalones.

Ella abrió la boca, boqueó como un pez y parpadeó como un búho.

—Es una broma, Natalie. —No pudo evitar sonreír ante la expresión de su rostro—. Te compraré otros y…

Ella entrecerró los ojos.

—Si le haces lo mismo a mis bragas, te juro que…

Su expresión se volvió misteriosa.

—Hay otras formas de quitar ese pedacito de tela de en medio sin causarle daños irreparables —aseguró. Enganchó la tela que cubría su sexo con los dedos y la hizo a un lado con suma facilidad, dejando su coño al descubierto—, especialmente cuando se trata de un tanga. Gracias por ponerme las cosas fáciles, tesoro.

Nick se relamió ante el espectáculo que solo un hombre inteligente apreciaría, los labios húmedos y rojizos lo atrajeron como la miel a una abeja; la humedad lo dotaba de un aspecto brillante y caliente que lo ponía a cien.

—Bien, lección número dos —le dijo, sin apartar la mirada de su sexo—. Nunca te interpongas entre un hombre hambriento y el objeto de sus deseos.

Le acarició con suavidad la piel de la cadera y se tomó unos momentos para examinar sus reacciones. Ella estaba tensa, la excitación seguía presente, podía decirlo por la forma en que respiraba y los involuntarios movimientos de sus miembros restringidos. La observó atentamente y entrecerró los ojos al ver el temor reflejado en sus pupilas cuando cruzó su mirada con la de él. Se obligó a respirar profundamente y permitió que su poder la sondeara. Encontró lo que ya suponía, el deseo mezclado con la incertidumbre, una pizca de inseguridad, así como esa maldita sombra que le succionaba la vida. Pero debajo de todo aquello también había deseo y necesidad.

Resbaló las manos por el interior de sus muslos, sus dedos se encontraron una vez más la caliente carne de su sexo y sus ojos se unieron a los de ella.

—No pienses, limítate a disfrutar de cada una de las sensaciones y déjate ir cuando lo necesites, no te contendré —prometió. No, esta ocasión no la retrasaría, ella necesitaba esa liberación tanto como él la suya.

Haciendo su placer a un lado, se concentró en ella. Natalie tenía que ser puesta por encima de sus deseos, ese era uno de sus requisitos, uno que hablaba, mejor que ninguna otra cosa, de la necesidad que habitaba en su interior. Se lamió los labios una última vez, relamiéndose por lo que estaba a punto de saborear.

—¡Nick!

La lamió de atrás adelante, tomándose su tiempo, saboreando su miel y recreándose con cada uno de sus estremecimientos. Ella sabía dulce y picante al mismo tiempo, una pequeña fruta madura esperando a ser recogida, pensó con ironía. Aunque la verdadera ironía era que fuese él el encargado de dicha recolección. Hizo a un lado el absurdo pensamiento y se dedicó a ella, excitándola, encontrando su clítoris y succionándolo al punto de que la tuvo gimoteando y revolviéndose bajo él. Solo la presión que ejercía sobre sus piernas para mantenerla abierta e inmóvil evitó que acabase saltando del colchón cuando los primeros ramalazos del orgasmo la estremecieron.

—Oh, dios.

Sonrió para sí y continuó lamiéndola, extrayendo hasta el último de sus temblores mientras disfrutaba de su sabor. Le dolían los huevos, se sentía tan jodidamente hinchado que si

no hacía algo pronto iba a estar en serios problemas. La deseaba, quería hundirse en ella hasta la empuñadura y follarla sin parar.

—Así, pequeña, déjate ir. —La animó, lamiéndose los labios y recolectando de ellos su sabor—. Justo así.

Su cuerpo quedó laxo sobre la cama, su respiración acelerada, podía ver sus pechos subiendo y bajando al ritmo de esta, pero sus ojos estaban puestos sobre él. Se arrastró sobre ella para desatarle ahora las manos y finalmente acomodarse a su lado, manteniendo su erección a una distancia prudencial para no acabar maullando en voz alta.

—¿Cómo te sientes?

El sonrojo en sus mejillas se unió pronto al fiero brillo en sus ojos, mientras se frotaba las muñecas.

—Me ataste —le recriminó, fulminándole con la mirada.

Se encogió de hombros.

—Sí, esa era la esencia del juego —aseguró, deslizando ahora la mano sobre su cuerpo, acariciándole brevemente los pechos—. Mantenerte al borde, impotente, obligada a aceptar todo aquello que yo quisiera darte…

Sus ojos siguieron clavados en él.

—Eres un capullo arrogante, Nickolas Hellmore.

Él sonrió de medio lado.

—Sí, es un título que me esfuerzo en mantener al día —aseguró, le pellizcó suavemente el pezón y la recorrió con la mirada—. Desnúdate del todo.

Ella parpadeó.

—¿Porqué?

Ahora fue él quien la miró con sorpresa.

—¿Porque estarás mucho más cómoda cuando te folle? —le soltó con cierta ironía—. No he terminado contigo, Natalie. Que no reclame el Pacto de ti esta noche, no quiere decir que no vayamos a acostarnos. De hecho, hay una pequeña cosita que se interpone en mi camino y que me gustaría solucionar… para que podamos seguir jugando.

A juzgar por el tono carmesí que cubrió ahora su rostro, había comprendido sus palabras a la perfección.

Oh, sí, ella no abandonaría su cama siendo virgen.

CAPÍTULO 9

Natalie no podía moverse y no es que no tuviese ganas de hacerlo. Si pudiese salir corriendo como alma que lleva el diablo y no volver la mirada atrás, quizá lo hiciera. Ese hombre la desconcertaba, no solo aparecía en su vida en el momento menos oportuno, sino que ahora estaba decidido a quedarse con ella los próximos siete días y hacer realidad cada uno de los puntos de ese estúpido formulario.

Bajó la barbilla y escabulló la mirada. Esos ojos inquisitivos parecían ser capaces de traspasarle el alma y la ponían nerviosa. ¡Qué diablos! ¡Todo en Nickolas Hellmore la ponía nerviosa! Incluso lo que no sabía de él, que era bastante.

Se lamió los labios y alzó la mirada. Ese capullo la había mantenido atada mientras… mientras… joder… *¡mientras se daba un festín con tu cuerpo, querida!* La aguijoneó su conciencia. Y ahora quería seguir, llegar hasta el final. Iba a acostarse con ella porque ese era el requisito principal de su contrato, quería descubrir los placeres del sexo y que la enseñara a jugar.

Tenía que admitir que se le hacía la boca agua con solo pensar en ponerle las manos encima, ese hombre poseía un cuerpo digno de un dios, aunque sus modales eran más parecidos a los del diablo. Menuda combinación, ángel y demonio todo en uno.

—Natalie, ¿sigues conmigo?

Se sonrojó. Ya se había abstraído otra vez. Su mente empezaba a volar y el mundo a su alrededor dejaba de existir y lo hacía mientras ese pedazo de carne seguía tendido a su lado en la cama, con tan solo unos pantalones negros que apenas podían ocultar la madre de todas las erecciones.

Se obligó a respirar y a subir la mirada de nuevo a sus ojos. La mueca que curvaba sus labios le dijo que sabía perfectamente lo que había estado haciendo.

—¿Intrigada?

Bufó.

—Puede que no haya follado antes con un tío, pero sé perfectamente cómo están constituidos, gracias.

Sus labios se curvaron.

—Me alegra saberlo —se notaba la ironía en su voz—. Ahora, quítate las bragas y el resto, encanto. Tenemos… algo pendiente.

Así. Ya estaba. ¿Una transacción en frío y listo? Toda la excitación y expectación empezó a enfriarse. Diablos, si hasta él le había insinuado que no sabía besar.

—Y sí se besar —se defendió una vez más.

Nick se limitó a incorporarse y dejar la cama.

—Eres una cosita dulce, tus labios y tu boca también lo son —la miró por encima del hombro antes de rematar—, entre otras cosas.

Abrió la boca para decirle un par de cosas pero volvió a cerrarla. Mejor dejar las cosas como estaban.

—¿Sabes cómo quitarte la ropa o te enseño también cómo se hace?

Apretó los dientes. Por dios, ¿cómo podían haberle enviado a alguien tan arrogante? Más aún, ¿cómo se le había ocurrido presentarse él mismo, el jodido presidente, director o lo que

fuese de la Agencia? Pero lo peor de todo, era que ella había aceptado su presencia allí y más aún, que él le enseñase… a jugar. Resopló, se puso de rodillas y se quitó la camiseta lanzándola a un lado con irritación. El tanga no tardó en seguir su ejemplo, aunque este acabó en manos de Nick.

—Ahí tienes, ¿contento?

Él se giró, se había apoyado contra la cómoda de madera y ahora deslizaba la mirada sobre ella, haciendo que su confianza empezara a balancearse un poco. Se obligó a alzar la barbilla y cruzó los brazos bajo el pecho, haciendo que estos se alzaran, notando lo sensibles que habían quedado tras sus atenciones.

—Eres una muñeca bonita y apetitosa —aceptó sin dejar de mirarla—. No entiendo cómo no te han follado antes.

Entrecerró los ojos, había cosas a las que sencillamente no merecía la pena responder.

—Por otro lado, no es algo que me interese —se corrigió casi de inmediato—. ¿Vas a responder a mi pregunta o debo ingeniármelas de nuevo para obtener una respuesta?

¿Pregunta? ¿Qué pregunta?

—¿Qué pregunta? —dijo en voz alta.

Él rio, se llevó el pulgar al rostro y se frotó el lateral del tabique nasal.

—Te pregunté, cómo te encontrabas —repitió y clavó esos intensos ojos azules en los de ella—. ¿Te sientes extraña? ¿Fuera de tu cuerpo? ¿Más relajada?

Todas esas cosas y muchas más, pensó con un mohín. Se sentía liviana, pero también más nerviosa e incómoda que antes. Y por encima de todas esas cosas, quería más. Deseaba de nuevo sus manos sobre su cuerpo, su boca, sus besos… quería que la hiciese sentir de nuevo de aquella manera, que la hiciese sentir viva.

—Me encuentro bien —rezongó—, gracias por preguntar.

Él dejó escapar un bajo bufido, entonces ladeó la cabeza, haciendo que la larga cola de pelo rubio se moviese a su espalda.

—Ven aquí.

Entrecerró los ojos sobre él y observó la mano con la que había gesticulado en su dirección.

—¿Para qué?

Sus ojos se encontraron de nuevo con los de ella.

—Si quieres averiguarlo, tendrás que mover el culo hasta aquí, Natalie.

Apretó los dientes, si movía el culo, sería para salir por la puerta y alejarse de él. En vez de eso, tragó saliva, bajó de la cama y se obligó a arrastrar los pies hasta él. Nick permanecía cómodamente apoyado contra el borde de la cómoda, con los dedos tamborileando en la madera con suma tranquilidad. No apartó la mirada de su cuerpo, deslizándola arriba y abajo, deteniéndose aquí y allá hasta que estuvo frente a él y encontró de nuevo sus ojos.

—Date la vuelta.

Frunció el ceño.

—¿Para qué?

Él enarcó una ceja.

—Cariño, si vas a cuestionar cada una de mis indicaciones, esta va a ser una noche muy larga.

Contuvo un nuevo siseo y se giró.

—Buena chica.

Casi al mismo tiempo que sus palabras, sintió las manos masculinas deslizándose por su

espalda. Le acarició los hombros bajó por sus omóplatos y convergió en su columna, deslizándose hacia abajo muy lentamente, acariciándole el coxis y moldeándole los glúteos. Una mano se detuvo en su cadera, creando pequeños círculos con los dedos mientras la otra se sumergía entre sus glúteos y alcanzaba su sexo desde atrás.

—¡Joder!

Natalie prácticamente saltó en el lugar al sentir la palma abierta contra su sexo, aferrándola de modo que no la dejaba moverse.

—Qué demonios… —intentó girarse para fulminarle con la mirada, momento que él eligió para morderle el lóbulo de la oreja.

—Quieta —le susurró al oído, atrayéndola contra él. Acomodó la mano hasta que sus dedos encontraron sus pliegues y empezaron a jugar con ellos—. Sigues mojada…

Y eso es, sin lugar a dudas, culpa tuya, capullo. Pensó irritada.

—Me empapas los dedos —ronroneó y para mostrarle la veracidad de sus palabras, los extrajo y se los mostró—. Abre la boca.

Apretó los dientes con fuerza, lo que la hizo sonreír.

—De acuerdo, hay otro lugar en el que me apetece mucho meterlo.

Dicho esto, volvió a deslizarse entre sus piernas, la acarició y empezó a penetrarla lentamente.

—No, espera… —intentó detenerle, pero solo pudo jadear cuando la mano que había estado anclada a su cadera, se movió ahora sobre uno de sus sensibilizados pezones, pellizcándolo.

—¿Has usado antes algún juguete? —ronroneó en su oído. Sintió su húmeda lengua acariciándole el punto que había mordido antes—. ¿Te has tocado a ti misma?

Se lamió los labios, su cerebro parecía hacerse cortocircuito cuando hablaba ese hombre.

—No soy tan… inocente —se quejó, recostando la cabeza contra su hombro mientras él seguía jugando entre los húmedos pliegues de su sexo, sin llegar a penetrarla del todo.

Se rio en su oído.

—Sí, eres inocente, Natalie, muy inocente —aseguró—. Eso hará un poco más divertido el hecho de pervertirte. —Deslizó los dedos, lubricándolos para luego empezar a penetrarla lentamente con el mayor de ellos—. Juguetes, gatita. ¿Los has usado alguna vez?

Se mojó los labios. Si bien tenía un par de consoladores ocultos en la parte de atrás de uno de los cajones de la cómoda, no se había atrevido todavía a utilizarlos.

—Tomaré esa ausencia de respuesta y sonrojo como un no —declaró y empezó a masturbarla, penetrándola suavemente con el dedo—. Um… estás muy ceñida y deliciosamente caliente. ¿Te gusta esto? ¿Te gusta la sensación de mi dedo entrando y saliendo de ese dulce coñito?

Se vio obligada a morderse el labio inferior para evitar gemir. La sensación era exquisita, extraña, pero deliciosa… tanto que deseaba más.

—Ya veo que sí —rio y le lamió el pabellón de la oreja—. Te estás mojando incluso más y eso me gusta. Sí, eres una caja de sorpresas.

—¿Caja de sorpresas?

Le pellizcó el pezón entre los dedos y aumentó la profundidad con la que la penetraba un par de veces, para retirarse y volver a tomarla, esta vez con una falange más.

—Estás hecha para el sexo —le dijo y la penetró de nuevo, arrancándole un gemido—. ¿Bien?

Se lamió los labios y se apretó contra él, cerrando los ojos para absorber las nuevas

sensaciones que despertaba en su cuerpo.

—Más… suave… por favor.

Le besó la oreja y abandonó su pecho para cogerle la barbilla y girarla hacia él.

—La suavidad está infravalorada —respondió y la besó, hundiendo la lengua en su boca sin más. Obligándola a salir a su encuentro.

Su sabor ahora estaba mezclado con el propio, extraño, pero no desagradable. Su beso la abdujo, despertó de nuevo esa lujuria que ni siquiera sabía que tenía en su interior e hizo que frotase ahora el trasero contra la entrepierna masculina, notándolo totalmente erecto y duro.

Nick gruñó, un sonido bajo, casi animal, que la sorprendió.

—A menos que quieras que me entierre de golpe entre tus piernas y te monte, yo que tú no volvería a hacer eso —la avisó, y para poner énfasis en sus palabras se apartó de ella, abandonándola por completo. Se miraron, sus ojos se encontraron y le sostuvo la mirada durante unos segundos—. Natalie, eso no es lo que te gustaría probar ahora, créeme.

Apartó la mirada y se lamió los labios, podía sentir su ausencia entre sus piernas, los pezones doloridos y al mismo tiempo necesitados de más caricias. Incluso los labios le hormigueaban ante el deseo de ser besados de nuevo.

Lo oyó sisear por lo bajo y cuando volvió a mirarle sus ojos brillaban con carnal deseo.

—Vas a ser la perdición de algún hombre, encanto —declaró y de una zancada se acercó de nuevo a ella, le aferró el pelo de la nuca y atrajo su boca hacia la de él.

Tímida, sensual y vulnerable. Un triunvirato que lo estaba desafiando de una forma que nunca creyó posible. Nick se había propuesto hacer las cosas bien o al menos, todo lo bien que pudiese ponérselas a ella, sin embargo, Natalie no quería colaborar.

Nada de juguetes. Quizá tuviese alguno, a juzgar por el sonrojo que tiñó sus mejillas cuando le preguntó, pero no los utilizaba. Demonios, ese pequeño coñito se había cerrado alrededor de sus dedos como una ceñida funda, una sensación que se moría por volver a sentir pero ahora alrededor de su polla.

Clavó los dedos en su pelo y estrelló su boca contra la de él, deseaba castigarla por ser tan inocente. Pero si era sincero consigo mismo tenía que admitir que esa inocencia también le excitaba, la idea de sumergirla en un nuevo y oscuro mundo de placer y erotismo le secaba la boca y hacía engrosar su erección.

La besó, le succionó la lengua y la enlazó con la suya, deslizó la mano libre por su espalda y le apretó una nalga. Esa cosita tenía el culo más perfecto que había visto en mucho tiempo, y había visto y probado unos cuantos.

—No voy a utilizar preservativo —le informó de pronto—. Estoy completamente limpio. Lo habrás visto en el resultado de mis análisis, si te has molestado en mirar todo el contenido del sobre qué te di. Y en tu caso… con todo ese tratamiento…

Ella parpadeó, con los labios húmedos entreabiertos y ese brillo de sorpresa en los ojos, se la veía tan inocente como parecía.

—¿Conforme?

Se lamió los labios.

—Ah, ¿pero puedo decir algo al respecto?

Sonrió de medio lado, tenía que concederle que tenía cierto sentido del humor.

—Sí, puedes decir «oh dios» y «más» —aseguró empujándola suavemente en dirección a la cama—. O pronunciar mi nombre si necesitas que te haga caso… aunque no te prometo nada.

—¿Entonces para que me lo dices?

—Intento ser un caballero —se encogió de hombros.

Volvió a parpadear de aquella forma que parecía un búho.

—¿Un caballero?

Puso los ojos en blanco.

—Dije *intento*, no que lo fuese.

La empujó de espaldas sobre la cama y subió tras ella, cerniéndose sobre su cuerpo.

—¿Lista para tu tercera lección de la noche?

Esos labios rojos e hinchados empiezan a ser un verdadero problema, pensó al verla abrir y cerrar la boca. No podía dejar de imaginárselos alrededor de su polla.

—No pienso preguntar cual es —le dijo.

Él sonrió.

—Mejor —aseguró, cubriéndola con su cuerpo—. Eso nos ahorra tiempo.

No la dejó hablar, todo lo que quería escuchar ahora eran sus maullidos y gemidos cuando la poseyera. Volvió a besarla, mordiéndole los labios, lamiéndoselos después para continuar descendiendo sobre su cuerpo y jugar una vez más con sus pechos. Sus pezones erectos y rojizos, sus senos llenos y con cada pequeña pasada de su lengua sobre dichas cúspides, la escuchaba contener el aliento o gemir. Sintió las manos femeninas en su pelo y sonrió al tiempo que se apartaba un poco para mirarla.

—Las manos sobre la cama —la instó—, aférrate a la sábana si lo necesitas.

Sus labios se fruncieron en un coqueto mohín.

—¿Tú puedes tocarme a mí pero yo no a ti?

—Exacto —aseguró y le dedicó un guiño—. Si me pones las manos encima ahora mismo, dulzura, alguien se correrá y no precisamente dentro de ti. Y es una pena malgastar todo esto, créeme.

Aquello la dejó sin palabras. Un nuevo punto para él. Desde luego, a cabronazo engreído no lo ganaba nadie; Elphet se lo había dicho en tantas ocasiones que ya lo tenía asumido. Haciendo a un lado el pensamiento de su protegida y antigua amante, volvió a concentrarse en la mujer que tenía debajo, una cuyo cuerpo era dulce y suave, adaptándose perfectamente al suyo. Se recreó una vez más en sus pechos, se los sobó y acarició; era un hombre de tetas, no podía evitarlo.

Cuando estuvo satisfecho con sus gemidos y la forma en que se contorsionaba bajo él, continuó descendiendo. Se entretuvo con su ombligo unos momentos y pasó después a probar, una vez más, el que prometía ser uno de sus lugares favoritos.

—Intenta relajarte —le sugirió al tiempo que la penetraba con dos dedos. Sus caderas se levantaron de la cama y la escuchó gemir mientras su sexo lo succionaba. Bajó sobre ella y descubrió su clítoris, todavía hinchado, al que prodigó una atención especial—. Eso es… dámelo una vez más… entrégame todo lo que tienes para mí…

Sus gemidos aumentaron en frecuencia a medida que él hacía lo propio, hundió un tercer dedo y se tomó su tiempo preparándola, disfrutando y aprendiendo de cada una de las respuestas que ofrecía su cuerpo.

—Oh, dios —jadeó ella, tensándose. Sus dedos se aferraron a las sábanas y casi la arrancaron del colchón al alcanzar el orgasmo.

Satisfecho, se apartó el tiempo suficiente para deshacerse de los pantalones. Su pene estaba más que contento de ver por fin la luz del día; la pesada erección hablaba por sí sola. La necesidad de hundirse en ella era tan acuciante que tuvo que recurrir a todo su temple para no

darle la vuelta, ponerla sobre manos y rodillas y penetrarla desde atrás.

—Todo a su debido momento —musitó para sí. Sin decir una sola palabra, volvió a la cama, la cubrió con su cuerpo y se posicionó en su húmeda entrada—. Respira profundamente, pequeña.

Ella lo miró a través de los somnolientos ojos, los rescoldos del último orgasmo la estaban devolviendo ahora a la tierra.

—Lo de los dieciocho centímetros era broma, ¿verdad?

Él se rio entre dientes, entonces se inclinó sobre ella, buscando sus ojos.

—Mírame, preciosa —la instó a ello—. Eso es… así, no apartes tu mirada de la mía.

No le permitió hacer más preguntas, la acomodó acercándola más a él, abriéndola y enlazándole la pierna alrededor de su cadera y empujó en su interior con suavidad. Pudo ver en sus ojos la sorpresa, la indecisión y un sinfín de sensaciones que culminaron con un pequeño mohín cuando él se encontró ya completamente alojado en su interior.

—Oh joder, Nick… —jadeó ella y casi al mismo momento apretó los labios y los ojos con fuerza.

Se inclinó sobre ella, lentamente y le acarició el labio inferior con el pulgar, para dibujarle ambos con el índice.

—Abre.

Ella sacudió la cabeza, pero no abrió ni la boca ni los ojos.

—Te estás perdiendo lo mejor, Natalie.

Ahora abrió los ojos, de los cuales escapó una solitaria lágrima.

—Y una mierda —siseó, algo que lo hizo reír.

—Vamos, vamos, no es tan malo como parece —se burló de ella, buscando obtener una respuesta—. Sé sincera.

Lo fulminó con la mirada.

—Voy a moverme.

Ella negó con la cabeza.

—¡No! —la negativa salió casi como un ahogado chillido.

—Será mucho más agradable si lo hago —insistió burlón—. Palabra de *Boyscout*.

—¡Tú no eres *Boyscout*!

Se apretó contra ella, moviéndose muy suavemente.

—Ah… Nickolas, por favor… solo… un momento…

Se detuvo, permitiéndole coger el aliento y volvió a penetrarla.

—Respira, todo irá mucho mejor si respiras —le aseguró y le apartó el pelo del rostro—. Intenta relajarte y nos harás las cosas más fáciles a los dos. Te siento muy apretada.

Para su sorpresa, siguió sus instrucciones y tras un par de profundas inspiraciones, su cuerpo empezó a relajarse.

—Buena chica —la apremió, deslizándose una vez más fuera de ella, iniciando un ritmo lento al que pudiese acostumbrarse, pero ya no hubo más concesiones—. Sí… suave, así… eso es… ven a mi encuentro, acompásate a mí.

Se sumergió en ella hasta la empuñadura y volvió a retirarse, mantuvo el mismo ritmo durante algunos empujones más para luego incrementarlo y encontrarse finalmente con ella en una febril carrera por alcanzar el orgasmo. La sábana dejó de ser un asidero adecuado, sus manos ahora se aferraban a sus hombros, sus caderas se pegaron a las suyas y disfrutó de una fantástica cabalgada en el húmedo interior de esa delicada hembra.

—Nick… —jadeó su nombre, al tiempo que la sentía tensándose, moviéndose inquieta,

acariciando su próxima liberación—. No… no puedo… más… yo…

Tiró de ella hacia su pecho, manteniéndola en una posición semi sentada que le permitía controlar por completo su cuerpo y hundirse en ella con mayor profundidad. La escuchó gemir, abrazándose a su cuello y a los pocos instantes apretarse alrededor de su pene cuando el orgasmo la alcanzó, arrastrándolo a él mismo al suyo propio. La penetró con fuerza, deleitándose en la sensación de su prieto sexo aferrado alrededor del suyo, se dejó ir liberando su poder en su interior, liberándola un poco del peso de esa dañina oscuridad que le consumía la vida y alcanzando la bendita liberación que llevaba conteniendo desde hacía demasiado tiempo.

Contuvo su propio gemido y se dejó ir, vaciándose por completo en su interior mientras ella todavía convulsionaba presa de su propio orgasmo a su alrededor. Se dejó caer de nuevo en el colchón y se la llevó consigo, saliendo con cuidado de ella y quedándose de espaldas para recuperar el aliento.

—¿Sigues de una pieza?

La escuchó jadear a su lado, su cuerpo pegado a su costado.

—No estoy muy segura.

Sonrió y giró la cabeza para verla con los ojos cerrados y respirando a través de la boca. Se incorporó, apoyándose en el codo y la miró.

—La próxima vez, será incluso mejor para ti.

Ella le miró, sus mejillas volvieron a colorearse a pesar del sonrojo propio del acto sexual.

—No sé si sobreviviré a una próxima vez.

Él se rio, se dejó ir de espaldas y la atrajo contra su pecho.

—Oh, lo harás, Natalie —le aseguró—. Nuestro tiempo no ha hecho más que comenzar.

CAPÍTULO 10

Natalie estaba considerando muy en serio el arrancar el timbre de la puerta. El sonido se filtraba en su cabeza como un maldito aguijón dispuesto a taladrársela. Y pensar que hasta hacía cosa de diez minutos había disfrutado de un lecho calentito y una manta extra de piel y huesos igual de calentita. Nickolas la envolvió durante el sueño, pegándola a su cuerpo, como si quisiera asegurarse de que no huiría mientras él dormía.

Demonios, cualquier mujer habría firmado para perder la virginidad de esa manera. Todavía se estremecía ante la clase de cosas que le hizo a su cuerpo, la forma en la que reaccionó a él, entregándose sin reservas y disfrutando como nunca de cada uno de los juegos que le propuso. Sintió como el calor se instalaba en sus mejillas ante el recuerdo de algunos de ellos.

Lo más curioso de todo, sin embargo, es que se había encontrado bien, mejor que bien incluso. El agotamiento que solía envolverla después de cualquier clase de esfuerzo físico no asomó ni la cabeza, ni siquiera se había tambaleado al dejar ahora la cama e incluso descubrió que tenía hambre.

—Si llego a saber que el sexo era terapéutico, me habría lanzado antes a la piscina —murmuró, pasándose una mano por el revuelto pelo corto.

El timbre insistió y ella siseó algo en voz baja. Iba a arrancarlo de cuajo, de ese modo nadie podría molestarla.

—¡Ya voy! —alzó la voz al llegar al recibidor. Se arrebujó en la bata de felpa con la que había cubierto rápidamente su desnudez y echó un vistazo a través de la mirilla.

La persona que había al otro lado de la puerta le estaba dando ahora la espalda, podía escuchar el murmullo de su voz mientras hablaba por teléfono. El largo pelo rojizo que caía por la espalda en perfectos bucles y el caro abrigo dejaron claro que se trataba de una mujer, pero no tenía la menor idea de quién era.

—No estoy interesada en ningún tipo de teletienda, ni en pruebas de electrodomésticos, limpieza de alfombras ni nada de nada —alzó la voz, sin abrir siquiera la puerta. Si era una de esas vendedoras a domicilio, podía dar media vuelta e irse por dónde había venido—. Pruebe en la casa de al lado, le atenderán encantados.

Giró sobre sí misma, dispuesta a volver a la cama, cuando escuchó su nombre.

—Natalie… espera… no, no es a ti, es a mi hermana —escuchó, a través de la puerta—. No, esa hermana no, mi hermanastra.

Sus dedos se cerraron por si solos en el pomo de la puerta y, tras quitar el seguro, la abrió. Allí de pie, mirándola con unos ojos violetas que reconocía a la perfección, pero que no había visto en más de nueve años, estaba Brooke Sheffield Vanak, la menor de sus dos hermanastras.

—Cliff, te llamo después —comentó la chica, cuyas mejillas se habían coloreado ligeramente, antes de cerrar el teléfono móvil y devolverlo al bolso estilo bandolera que llevaba cruzado sobre la cadera—. Um… hola. Ha pasado mucho tiempo.

Y esa respuesta tenía que ser la reina de los eufemismos, pensó al tiempo que la recorría con la mirada. No le sorprendía que no la hubiese reconocido de espaldas, el pelo castaño claro se había convertido en un vibrante tono pelirrojo y el estilo de niña pija que había tenido entonces, se había convertido en uno… *new age*. Incluso las gafas redondas que le cubrían los ojos le daban un aire de intelectual que no pensó ver jamás en su vida en esa mujer.

—¿Se ha muerto alguien en la familia?

Aquella era la única posibilidad que encontraba a su presencia en el portal de su casa.

Brooke sacudió la cabeza, haciendo que su melena volase de un lado a otro, entonces le sonrió. No sabía qué le impactaba más, si estar ante su hermanastra o que esta pareciese encantada de verla. ¿Habían presagiado el fin del mundo y ella no se había dado cuenta?

—No, todos están bien.

Asintió, la recorrió una vez más con la mirada y sacudió la cabeza.

—Perdona si no reacciono, Brooke, pero esto es… —No encontró la palabra para describirlo—. No sé ni lo que es.

La chica hizo una mueca, se lamió los labios y acortó la distancia entre ambas. Para su sorpresa le cogió las manos y se las apretó.

—Sé que nunca hemos sido muy cercanas, Nat —aseguró y, si no le pareciese totalmente imposible, juraría que incluso parecía apenada por ello—, pero mi conciencia no me permite quedarme de brazos cruzados y no hacer nada cuando tu alma está en peligro.

—¿Mi q… qué? —La palabra salió en un abrupto jadeo.

Ella le apretó más las manos, deslizando los dedos por los suyos, clavando la mirada en ellos como si allí pudiese leer la respuesta.

—Mira, no tienes por qué creerme, ya estoy acostumbrada a ello, pero eres mi hermana y te he visto en mis sueños —continuó atropelladamente—. No podía quedarme de brazos cruzados mientras él te arrastra a la oscuridad y se apropia de tu alma. Todavía no sé quién es o qué papel juega en tu destino, pero no es lo que parece. Debes tener mucho cuidado con la gente que está a tu alrededor, el peligro puede llamar a tu puerta en cualquier momento bajo la apariencia más angelical y…

Enarcó una ceja, mirándola tan anonadada como se sentía.

—Brooke, ¿has fumado hierba, tomado alucinógenos o algo?

Sacudió de nuevo la cabeza con mucho vigor y se acercó incluso más a ella, tanto que podía oler su colonia floral, nada que ver con los fuertes y caros perfumes que utilizaba de adolescente.

—Estás en peligro, Natalie —insistió, mirándola a los ojos con absoluta determinación—. No se detendrá hasta haber conseguido tu alma y todo lo que eres dejará de existir. No habrá reencarnación, no habrá nada…

Parpadeó, varias veces. Esperaba que lo que estaba viendo y escuchando fuese un espejismo o alguna alucinación producto de su enfermedad, pero la verdad es que ni siquiera le dolía la cabeza.

—Tu aura… tu aura se apaga —comentó entonces, le soltó las manos y las deslizó por su cabeza, casi como si acariciase su pelo pero sin tocarlo—, está… está enferma, pero… —Ahora fue su turno de parpadear, para luego abrir los ojos como un pequeño búho—. Ya ha empezado…

Suspiró, el dolor que vio en los ojos femeninos la golpeó con tanta fuerza que por un momento se olvidó hasta de respirar. ¿Por qué le importaba? ¿Por qué estaba siquiera allí? Se sacudió cualquier viejo remordimiento de encima y se concentró en el aquí y el ahora. Ni Brooke ni ningún miembro de su familia había iniciado contacto alguno con ella desde que dejó el hogar. A decir verdad, quitando alguna postal de navidad o de cumpleaños enviada por su padrastro con la misma frase impersonal de siempre, no existía relación alguna. ¿Familia? No, hacía mucho tiempo que no tenía algo como eso, si es que lo tuvo alguna vez desde que murió su madre.

—Si ya has terminado con toda esta absurdez más propia de una pitonisa que de una

persona cuerda —respondió con frialdad—, te sugiero que des media vuelta y corras. No quisiera que perdieses el tren, el avión o lo que sea que te trajo hasta aquí.

Sin más, giró sobre sus talones y volvió a entrar.

—Natalie —la detuvo la urgencia que escuchó en su voz—, dime que no he llegado demasiado tarde.

Sintió ganas de reír, de soltar una amarga y potente carcajada ante sus palabras, en vez de eso la miró por encima del hombro.

—No, has llegado a tiempo de despedirte —le soltó con profunda ironía, entonces cerró la puerta tras de sí—. Adiós, Brooke.

—No… ¡Espera! ¡Natalie! —gritó y empezó a aporrear la madera, llamándola con desesperación—. ¡Nat, no es demasiado tarde! ¡No dejes que se apropie de tu alma! ¡No le dejes entrar en ella!

Se dejó caer contra la puerta, puso los ojos en blanco y se alejó, dispuesta a volver a su dormitorio y a la cama dónde esperaba que Nickolas siguiese durmiendo.

—¿Dónde está el fuego?

Resopló al ver que su deseo no iba a hacerse realidad.

—No hay ningún fuego —negó, mirándole con genuino interés—. Solo es una loca llamando a mi puerta para anunciarme el advenimiento del anticristo, el cual por cierto quiere quedarse con mi alma. Ni que fuese a servirle de algo.

Él se limitó a enarcar una ceja en un claro gesto irónico. No se había molestado ni en vestirse del todo, llevaba los mismos pantalones de anoche, desabrochados, dejando ver el rastro de vello dorado que evidenciaba la falta de ropa interior y nada más. Incluso el pelo le caía ahora suelto sobre los hombros, como una sedosa cortina. Sus ojos azules seguían fijos en ella, como si esperase una respuesta un poco más racional a su pregunta.

—Mi hermanastra, Brooke —le informó a modo de explicación, lanzando el pulgar por encima de la puerta—. Tras nueve años de ausencia, decidió plantarse ante el portal de mi casa y fundir el timbre para decirme un montón de estupideces. Tiene gracia, se supone que la que debería delirar soy yo.

Él acortó la distancia entre ambos, le enmarcó el rostro con ambas manos y la miró como si estuviese intentando averiguar algo en sus ojos.

—¿Estás desnuda debajo de esa bata?

Imitó su gesto y enarcó una ceja.

—¿Esa es tu manera de dar los buenos días?

Sus labios se curvaron lentamente.

—No, es la manera de averiguar si puedo empotrarte contra la pared y disfrutar de tu cuerpo antes del desayuno —declaró con total sinceridad. Hablaba de sexo como quien habla del tiempo—. Aunque a juzgar por los golpes y los gritos que todavía se oyen al otro lado de la entrada, será un poco difícil concentrarse.

—Dame dos minutos y ella será historia.

—Te ha gustado la idea de follar contra la pared, ¿eh?

—Te lo diré cuando lo haya probado.

Él sacudió la cabeza, intentando ocultar una divertida sonrisa.

—¿Cómo te encuentras esta mañana? ¿Fiebre, dolor de cabeza, hemorragias, algo?

Ella ladeó la cara e hizo una mueca.

—Ahora acabas de sonar como mi médico —aseguró, y se estremeció para dejar claro que la comparación no le parecía atractiva—. Estoy bien… mucho mejor que ayer, la verdad. Um…

imagino que debería darte las gracias.

—Natalie, nunca des las gracias porque alguien te folle —la instruyó, al tiempo que lo veía relamerse mientras la recorría de pies a cabeza—, y menos cuando ese alguien lo ha disfrutado más de lo que podía imaginar.

Su sonrojo aumentó cuando las manos abandonaron su rostro y recorrieron su cuerpo, abriéndole la bata y acariciándole la piel desnuda hasta cerrarse sobre sus nalgas. La atrajo hacia él, apretándola contra la dura erección que llenaba el pantalón.

—Limítate a pedir que siga haciéndolo —ronroneó, lamiéndole la oreja—. Un poco de persuasión, nunca está de más.

Se estremeció, diluyéndose en sus brazos como si aquel fuese el único lugar en el que debía estar. No dejaba de sorprenderle el hecho de lo cercano que se había vuelto para ella con tan solo compartir la cama. ¿Quién era él? ¿Dónde vivía? ¿Tenía familia? Ni siquiera sabía lo más básico y Nickolas, en cambio… había permanecido incluso al lado de su cama en el hospital hasta que despertó.

Lo ha hecho por su agencia, ¿recuerdas? No es buena publicidad que se les muera un cliente incluso antes de iniciar el trabajo.

El timbre volvió a la carga, penetrando la niebla de deseo y necesidad que él había despertado de nuevo en ella.

—Voy a matarla —masculló, arrancándose de sus brazos.

—Esa podría ser una medida un tanto drástica, encanto.

—Entonces me moriré delante de sus narices, eso debería impactarla.

Escuchó su bufido a la espalda.

—Ese es un privilegio que deseo tener solo para mí.

Sacudió la cabeza, no sabía si reír ante su comentario o preocuparse por el tono serio con el que lo había dicho. Regresó de nuevo al recibidor mientras recomponía su aspecto y abrió la puerta con fuerza. Estaba dispuesta a despachar esa indeseable visita matutina, pero dicha visita no perdió un segundo en colarse a través del umbral, como si fuese una corredora de maratones.

—Tienes que escucharme, Natalie —insistía, su rostro se había encendido, imaginaba que con el esfuerzo que había hecho aporreando la puerta—. Era esto a lo que se refería mi sueño… estuve devanándome los sesos intentando encontrar una explicación, pero ahora lo entiendo. Se refería a este momento a… —sus palabras murieron en el momento en que se dio cuenta que no estaba sola en casa—. Oh… ah… vaya… tienes… compañía.

Nick se había apoyado contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho y ese aire sexy e irreverente que hablaba por sí solo. Dado su aspecto y su ausencia de ropa, no había que ser muy inteligente para saber qué habían estado haciendo.

La mirada de Brooke pasó de ella a su amante, sobre quien concentró su atención unos segundos.

—¿Quién eres?

El tono de voz con el que su hermanastra hizo esa pregunta la tomó por sorpresa y a juzgar por la forma en que reaccionó él, no fue la única. En un abrir y cerrar de ojos había cambiado por completo, dejó a un lado su entrada de disculpa y se puso a la defensiva, resultando incluso un poco agresiva. Sacudiendo la cabeza cansada de toda esa estupidez, ciñó con fuerza el cinturón de la bata y soltó la última respuesta que sabía cualquiera de los dos esperaría que diese.

—Brooke Sheffield, Nickolas Hellmore —los presentó ella—. Nick es el acompañante que me ha enviado la *Agencia Demonía.*… después de que cubriese un formulario pidiendo al hombre más caliente y sexual entre el cielo y el infierno.

CAPÍTULO 11

Nickolas sintió algo extraño en la recién llegada desde el mismo momento en que atravesó el umbral. Su aura era totalmente humana, no había ni una sola gota en su sangre que evidenciara otra cosa y, sin embargo, algo en ella la hacía distinta. Dejó que su poder se extendiese, acariciando a Natalie en el proceso antes de sondear a la desconocida y entonces lo supo. El alma de esa mujer estaba marcada por la frontera que separaba la vida de la muerte. De algún modo, posiblemente producto de algún accidente casi mortal había acariciado el otro plano de existencia solo para regresar a este, señalada.

Su atención volvió entonces a Natalie. Su encuentro de anoche había arañado la capa exterior de esa dañina enfermedad, manteniendo su aura en equilibrio, liberándola lo suficiente como para que pudiese notar una leve mejoría. No había nada que pudiese hacer por su cuerpo o sus órganos dañados, tan solo darle un espejismo de paz y tranquilidad tras el que pudiera escudarse para disfrutar de sus últimos días.

Esta noche, la introduciría en el Pacto, tenía solo seis noches más para cumplir con el contrato y obtener al mismo tiempo su propia libertad; no podía retrasarlo más. Tendría que escarbar en su alma, buscar en lo más profundo los anhelos que se mantenía en ocultar y sacarlos a la luz, desterrando así las tinieblas que la consumían.

Iba a ser un infierno de tiempo a su lado, pero haría hasta lo imposible por alcanzar su propia meta, no había lugar o tiempo para errores, esta era su última oportunidad.

Acarició el tatuaje en su muñeca como un mudo recordatorio y se giró para mirar a Natalie. Ella permanecía en la entrada del recibidor, con las manos ancladas a las caderas y gesto desafiante. La presentación que acaba de ofrecerle a su hermanastra le arrancó una pequeña sonrisa. No se andaba con rodeos ni con subterfugios, decía las cosas como eran, sabiendo que quizá no tendría otro momento para hacerlo.

—Bueno, ya veo que te he dejado sin palabras, lo cual es sin duda señal de que no hay nada más de lo que hablar —continuó ella, sin apartar la mirada de la mujer—. Te acompaño a la puerta…

La chica pareció reaccionar entonces y dio un paso a un lado, evitando ser echada a la calle.

—No, espera —extendió las manos, impidiéndole alcanzarla—. Mira, ya sé que no soy quién para plantarme ahora en la puerta de tu casa y decirte esto, especialmente cuando no me he acercado a ti ni un solo momento en los últimos nueve años. Y sí, tampoco fui una hermana ejemplar, por el contrario, soy consciente de que era una mocosa repelente… pero las cosas ya no son lo que eran, Nat, dejaron de serlo hace años.

—¿Qué quieres? ¿Qué te diga que todo está olvidado y perdonado? ¿Eso hará que des media vuelta y te largues de mi casa? —contestó con lentitud. Nick podía notar la tensión en su cuerpo, así como la indiferencia que ocultaban sus verdaderas emociones—. De acuerdo, todo olvidado y perdonado. Ten buen viaje, saluda a la familia, etc.

—No —declaró Brooke, dando un par de pasos hacia ella—. Todo lo que quiero es que escuches lo que tengo que decirte, cada una de mis palabras. Si no quieres creerme, si no deseas hacerme caso, bien, es tu elección, pero no quiero quedarme con este peso encima, sabiendo que pude hacer algo para evitarlo y no lo hice.

Sus palabras lo intrigaban cada vez más. Al contrario que Natalie, él sabía el peso que llevaba consigo guardar secretos, tener en tus manos la información necesaria para salvar una vida o condenarla y no hacer nada al respecto. El peso de la culpa podía ser mucho más pesado que cualquier otra cosa y contaminaba el alma como el más ponzoñoso de los venenos. La necesidad en la voz femenina no era fingida, lo que quiera que hubiese marcado a esa mujer, la convirtió también en alguna especie de mensajera.

La pregunta era, ¿cuál era el mensaje que quería transmitir?

—Treinta minutos —insistió y le dedicó una fugaz e intencionada mirada a él antes de dirigirse a su hermana—. A solas. Después de eso me iré.

Natalie suspiró, podía sentirla dudar entre darle una patada y mandarla a volar o permitirle soltar toda clase de estupideces, para luego darle la patada.

—Y esa es una manera muy directa de decirme que me largue —declaró en voz alta, midiendo a la mujer con la mirada, quien no pudo evitar sonrojarse avergonzada. Ocultando una secreta sonrisa, caminó hacia Natalie y, sin pedir permiso, resbaló las manos en el interior de su bata, acercándola a él—. Deshazte pronto de ella y te enseñaré un juego nuevo —le dijo en voz alta, lo suficiente para que lo escuchase la otra, deslizando ahora los dedos alrededor de las caderas para luego apretarle las nalgas y atraerla contra su cuerpo—, uno que tiene que ver con el agua —susurró ahora, lamiéndole los labios para reclamar un beso profundo y carnal.

—¿Es necesario todo este espectáculo? —murmuró ella a su vez, haciéndolo sonreír.

—Tú me diste la entrada con esa fabulosa presentación —le recordó, acariciándole una última vez las nalgas antes de dejarla ir y clavar su mirada en Brooke—. Solo me he puesto a la altura. Un placer conocerla, señorita Sheffield.

La mujer le sostuvo la mirada y asintió.

—Señor Hellmore.

Sin esperar una nueva invitación a abandonar el barco, giró sobre los talones y volvió al dormitorio de Natalie. Mientras su pequeña cliente se ocupaba de esa inesperada visita, él haría lo propio con alguien que pudiese arrojar algo de luz sobre su misión y la aparición de esa inesperada mujer.

Nick se hizo a un lado cuando un proyectil en forma humana abandonó volando la entrada del *Bar Pecatio*. Justo bajo el umbral, el causante de tal despegue se limpiaba las manos una contra otra mientras dejaba claro su punto con un profundo acento del viejo mundo.

—La norma principal de la casa es «No jodas con el barman» y la has incumplido en el mismo instante en que respiraste —dijo con total tranquilidad, como quien se limita a dar un par de indicaciones—. Sé una boñiga de vaca inteligente y no vuelvas a pasear ese horrible peinado por aquí. Señor, deberías matar a tu peluquero solo por lo que le hizo a tu pelo.

Enarcó una ceja y volvió a mirar al chico caído en medio de los cubos de basura. No debía tener más de veinte pocos años y, se dio cuenta, era totalmente humano.

—Mala elección de local, muchacho —murmuró para sí, se giró y se encontró con la mirada ambarina en ese rostro de planos angulosos que lo recorrían ahora de arriba abajo—. Hola Boer.

—El mundo tiene que estar haciéndose pedazos para contar con tu presencia ante mi puerta —declaró el hombretón, de buen humor—. Vamos, no pierdas tiempo que no tienes y entra… hay un taburete con tu nombre y una bebida fría esperando a bajar por el gaznate.

Hizo una mueca ante la elección de palabras, pero más aún por la sensación del insondable

poder del *Devorador de Pecados*, el cual lo había envuelto y calibrado en menos de lo que le costaba respirar.

Con él siempre ocurría de la misma manera, no hacía falta dar más explicaciones, solo tenías que traspasar el umbral y dejar que obrase su peligrosa magia.

—Me alegra estar de este lado del mundo y no del de la boñiga de vaca —declaró echando el pulgar hacia atrás por encima del hombro mientras traspasaba el umbral—. ¿Mala noche?

—¿Cuándo he tenido una buena? —declaró el hombre, cerrando la retaguardia—. Mi trabajo es 24/7 y durante toda la eternidad. Si un día descanso, es que habré estirado la pata.

—Deberías quejarte al sindicato —le soltó con ironía—, te explotan.

—Y no me pagan lo suficiente —completó él con buen humor—, lo sé. Pero los beneficios al final no son tan malos, los pecados suelen ser de buena calidad… la mayoría de las veces.

—Odiaría estar en tu pellejo.

—Motivo por el que no lo estás —chasqueó la lengua, entonces hizo una rápida reflexión —, y estás en uno mucho peor. ¿Cuándo ha empezado?

Su mirada fue directa a su mano izquierda, cuya muñeca oculta por el puño de la camisa, contenía su propio marcador de tiempo en forma de tatuaje.

—Hace seis meses.

Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Apesta y mucho ser tú en estos momentos. Lo digo de forma literal —aseguró, haciendo un mohín—. Estás contaminado, más allá de lo aconsejable. ¿Qué has hecho? ¿Devorar un alma emponzoñada?

Sus labios se curvaron ligeramente ante el juego de palabras que utilizó. Devorar los pecados que emponzoñaban un alma era cosa de Boer.

—Algo parecido.

El hombre repitió su gesto anterior, algo que reconocía en él como una señal inequívoca de que iban a tener una charla.

—Pasa a mi despacho —señaló la parte final de dura barra de madera dónde quedaba un taburete vacío—. Te pondré algo para beber. Lo ves, esto es lo que pasa cuando dejas de asistir a terapia.

Dejó escapar un bajo bufido y echó un vistazo al local. Las mesas de billar situadas al fondo estaban ocupadas por algunos jugadores, un rápido sondeo le reportó la identidad de dos cambiantes, un demonio y una pequeña y coqueta mestiza. El Bar Pecatio solía cumplir la función de Santuario para mucha gente, un lugar en el que poder relajarse y dejar más allá del umbral el peso de los pecados. Boer Sins era el encargado de cumplir que nada ni nadie perturbase la paz del lugar, con casi dos metros de alto, pelo negro y cuerpo de oso, el *Devorador de Pecados* era uno de los seres más extraños y enigmáticos con el que se había encontrado a lo largo de su vida, uno al que su Gremio no tenía en gran estima, algo que sin duda lo hacía una de sus personas favoritas.

Saludó con un gesto de la cabeza a un par de curiosos que reconocieron en él su mestizaje y continuó hacia el fondo de la barra, dónde el dueño y barman le estaba poniendo ya una copa con un líquido rojizo.

—Deduzco, y no solo por tu falta de queratina, que por fin te has reunido con ella.

Se sentó y escuchó el sonido del tapizado del taburete cediendo bajo su peso, apoyó un pie en el aro destinado a tal fin y se afianzó en el suelo con el otro. Miró la bebida e hizo una mueca.

—Preferiría una cerveza —declaró, indicando con un gesto de la barbilla el aromático líquido—. Ese mejunje tuyo puede agujerear el intestino de un inmortal.

—Solo agujerea el alma, o lo más parecido que tengáis a ello —declaró, empujando la bebida hacia él—, y la deja abierta para el mejor de los terapeutas a este lado del estado.

Puso los ojos en blanco.

—Dado que la mía está ahora mismo un poco cansada y moribunda, pero a buen recaudo, no veo necesidad de…

—Deja de rezongar como un bebé y bébetelo —lo interrumpió, al tiempo que se apoyaba en la barra—. Si aspiras a seguir haciendo esa imbecilidad que estás llevando a cabo, necesitarás que su ascendencia *Angely* siga intacta y no emponzoñada con esa patética enfermedad que aqueja a tu portadora.

—¿Es ahora cuando tengo que decir eso de «sí, papá»?

—Si fuese tu padre, hacía tiempo que estarías limpiando mesas y te habrías deshecho de esa larga melena rubia que decidiste dejarte —aseguró con la misma inflexión de siempre—. Por no mencionar que esa mujer tuya llevaría tiempo criando malvas, lo que deseas estaría dónde debe estar y no tendrías un maldito reloj de arena desgranándose en tu muñeca con una jodida cuenta atrás.

Gruñó. Sin duda, si lo hubiese criado Boer desde el principio, su código ético sería bastante dudoso, por no decir casi inexistente. Por fortuna o desgracia, todo dependía del cristal a través del que se mirase. De todas formas, después de haber sido expulsado del Gremio, de no haberse encontrado con el hombre que lo miraba desde el otro lado de la barra, esperando a ser obedecido, su vida posiblemente habría terminado mucho antes de empezar.

—Por los viejos tiempos —declaró, cogió la copa y vació el contenido de un solo trago.

Él se limitó a curvar los labios de esa forma irónica, se giró y abrió una nevera de la que extrajo la cerveza que había pedido previamente.

—Los viejos tiempos deben quedar en el pasado —comentó, mientras retiraba la chapa de la botella y la ponía ante él con un vaso—, es el presente el que debe estar a la vista, preferiblemente bajo una buena luz, así podrás vislumbrar el futuro.

—El futuro lo tengo al alcance de la mano —declaró, hizo una mueca y se giró sobre el taburete, buscando entre la gente que llenaba el local—. La mesa del fondo, el lobo que susurra a la muchacha al oído. Se irá con ella a casa, solo para despertase mañana y pensar que ha cometido una enorme metedura de pata, ya que se encontrará vinculado con ella. Ese error lo conducirá a otro y a otro más… pero ella es la mujer que le está destinada, su elegida. Es a través de ella que va a alcanzar lo que está escrito para él. En diez años, la amará más que a ninguna otra cosa, será el cabeza de su propia manada y verá crecer a sus hijos, convertirse en padres y en abuelos. Y cuando le llegue el turno de abandonar este mundo, lo hará feliz, porque dejará atrás su legado. Ella no tardará en seguirle, se irá dormida, a su lado, y volverán a encontrarse en otra vida.

El destino se abría con tanta claridad en su mente que no había rango de equivocación. Se giró de nuevo a la barra, cogió la botella y la miró.

—Si no sale de aquí con ella, morirá en pocos días —declaró, alzando la mirada ahora hacia Boer—. Esa es mi maldición. Puedo ver, prever el destino de cualquiera, incluso cambiarlo, todos menos el mío —dejó escapar un bajo resoplido, dio un trago directamente de la botella y suspiró—. Y el mío… el mío es una mujer moribunda, desahuciada, con un alma contaminada y agotada que ni siquiera sabe que no le pertenece, no al completo. Una pobre infeliz a la que debo seducir y convencer de que me entregue lo que le dejaron en custodia, sin ni siquiera saberlo, antes de que estire la pata o de que este maldito tatuaje se llene por completo de oscuridad.

Él no dijo una palabra, no era necesario, ese maldito brebaje actuaba por sí solo, sacando de su interior el dolor, la desesperación y la oscuridad que lo carcomía.

—¿Te das cuenta? Me ha robado incluso la opción de trasgredir una vez más las normas —se burló, al tiempo que retiraba el puño de la camisa para comprobar el estado del tatuaje—. No tendrá que morir por mi mano porque ya se está muriendo. Ella se quedará con nada y yo, si tengo suerte, podré recuperar lo que deseo y no sucumbir a la completa oscuridad.

—Te ha robado el castigo que anhelas, aquel que justificaría cada uno de los pasos que estás obligado a dar para alcanzar tu meta —resumió Boer, sin dejar de mirarlo—, pero uno que no te corresponde.

Tomó otro trago, una excusa para mantener la boca cerrada.

—Pero no es eso lo que temes, *Vitriale* —continuó, sin quitarle los ojos de encima. Su mirada era como una profunda visión de rayos X, capaz de traspasarle y ver más allá de él mismo—, ni siquiera temes que el contador llegue a cero y pierdas para siempre lo que tanto esfuerzo te está costando retener. Tu miedo es otro, uno mayor, uno que nació en el mismo instante en que supiste de su existencia.

—El temor y la incertidumbre nunca ha impedido que haga lo que tengo que hacer —declaró con firmeza—. Y no va a empezar ahora.

Boer empezó a tamborilear la superficie de madera con los dedos, limitándose a contemplarle con ojo crítico.

—¿Ella es tan obtusa como tú?

Hizo una mueca, una perezosa sonrisa huyó de sus labios sin poder retenerla.

—Sería capaz de hacerte llorar como un bebé por la frustración —aseguró, alzando la mirada para encontrarse con la de él—. No sé cómo diablos lo hace, pero tiene respuestas para todo.

—Es una mujer —se encogió de hombros—. Se las quiere, se las odia, se las ignora… pero no se las analiza. Es una pérdida de tiempo.

Alzó la cerveza en un mudo brindis.

—Amén a eso.

—La has vinculado a ti y la retienes a través del contrato. —Como siempre, el hombre estaba al tanto de todo sin necesidad de brindarle ninguna clase de información—. Un truco interesante y que te evita repetir tu previo error con la mestiza *nereida*. Un movimiento arriesgado.

—Era la única manera de retenerla —hizo una mueca y frunció el ceño al recordar cómo se le había escapado la vida entre sus brazos—. La muy estúpida se atrevió a morirse sobre mí. No podía permitírselo… no hasta que me devuelva lo que tiene para mí.

El hombre emitió un extraño gruñido y pareció meditar sobre el asunto.

—Esto es interesante —comentó después de unos momentos rumiando en silencio—. La has vinculado a ti por medio del contrato de la Agencia Demonía, seduciendo su voluntad para que aceptase tu ayuda puesto que no tenías tiempo para llevar las cosas de un modo menos… precipitado —sus labios se estiraron en una divertida sonrisa—. Te has librado por los pelos del trato amable del *Ejecutor*, has bordeado las reglas sin llegar a quebrantarlas. Pero no vas a tener siempre tanta suerte, Niklass, ya conoces el pago que exigen por quebrantar sus preciosas reglas y no es al que debas enfrentarte de nuevo. Sobreviviste la primera vez, pero su sentencia no será tan amable esta vez.

—Una advertencia que ya me han hecho.

Dejó escapar un bufido.

—Me sorprendería si no lo hubiese hecho —se burló—. Se toma muy en serio lo de ser tu perro guardián.

Sacudió la cabeza y apretó los dientes al pensar en su mentor. El *Ejecutor* de los *Angely* había evitado que lo matasen siendo solo un infante, fue el pilar central de su educación dentro del Gremio hasta el día en que cruzó la línea y desafió las reglas para traer de vuelta a Elphet. Su mano ejecutora lo había llevado al borde, un simple aviso de que no toleraría una segunda infracción. Se había librado una vez, pero si volvía a quebrantar las reglas, moriría.

—Soy consciente de ello —declaró con frialdad—. ¿Por qué crees que cree la Agencia? Después de Elphet, no podía arriesgarme a cruzar la línea. Sabía que el reloj se pondría en marca en el momento en que ella apareciese. No el cómo ni el cuándo, pero ella llegaría a mí a través de Demonía. Es la única parte de mi futuro que el destino quiso mostrarme y al verla morir en mis brazos, he comprendido el motivo.

—¿Y podrás enfrentarte a una segunda muerte?

Nick recogió una vez más la botella de cerveza y se terminó el contenido de un solo trago. La dejó con un sordo golpe sobre la superficie de madera y lo miró sin vacilar.

—Lo haré con tal de recuperar lo que es mío.

Boer asintió, pero no se molestó en ocultar la duda que bailaba en sus ojos. Una vez más, el *Devorador de Pecados* sabía algo que él ignoraba y a juzgar por su conocida y voluble experiencia, no pensaba compartirlo. No de momento.

—No tienes mucho tiempo —recalcó lo obvio—, tendrás que trabajar deprisa.

Se pasó la punta de la lengua por el labio inferior, saboreando unas gotas de cerveza, entonces desnudó la muñeca y la giró, poniéndola boca arriba sobre la barra. El diseño de unas alas esqueléticas marcaba su piel, su inicial tono blanco se había ido tiñendo de gris con el tiempo, marcando la cercanía de su destino, pero era el color negro, delineando ahora las puntas y extendiéndose poco a poco el que debía preocuparle. En el momento en que la oscuridad completase el tatuaje, su vida, tal y como la conocía, llegaría a su final.

—Ella no llegará al término del contrato con la Agencia, ¿verdad?

Boer se limitó a contemplar el tatuaje en su muñeca.

—Tendrás sus días… pero solo podrás extraer de ella tres noches del Pacto de Demonía —le dijo tras unos momentos en silencio. Sus ojos se encontraron con los de él—. Ir más allá no sería recomendable, para ninguno de los dos.

—Tres noches —repitió.

Él asintió.

—Has sido astuto al no reclamar todavía ninguna de ellas —sonrió de medio lado—. Su iniciación… ha sido interesante. Una virgen nada más y nada menos. Un lienzo en blanco. Te divertirás, sin duda, y el riesgo será también mayor.

Puso los ojos en blanco y retiró el brazo de la barra.

—Deberías follar más y joder menos —rezongó.

El hombre sonrió abiertamente.

—Quizá lo haga —aseguró, con tono misterioso—. Pero hasta ese momento, disfrutaré de todas y cada una de las experiencias, especialmente aquellas que nacen de los pecados más profundos.

No contestó, no hacía falta. Nick sabía que el Devorador no le brindaría ninguna información más, era parte de su jodido encanto, mantener a la gente a su alrededor en una jodida cuerda floja.

—Hay una cosa más de la que quiero hablarte —le informó, cambiando ahora la dirección

de sus preocupaciones.

—Una humana que ha estado bailando el tango entre la vida y la muerte y que ahora es capaz de jugar hasta con el diablo —resumió el barman, antes de que pudiese decir algo al respecto.

—Veo que estás muy bien informado —se burló—. ¿Quién es ella?

Boer se incorporó y empezó a recoger algunos vasos de una bandeja para ir colocándolos en su sitio debajo de la barra.

—Alguien que se resistió a atravesar el portal y decidió volver —comentó—. Es la hermanastra de tu chica, aunque nunca ha ejercido como eso u otra cosa en su juventud, aunque eso ya lo sabes. ¿No es sorprendente cómo la presencia de la muerte y el destino cambia a las personas?

Puso los ojos en blanco.

—¿Es por eso por lo que no puedo ver su destino?

Alzó la mirada y se rascó la barbilla con un par de dedos.

—Es posible, aunque poco probable —musitó—. Me atrevería a decir que su destino no es asunto tuyo, por eso no puedes vislumbrarlo. Es eso o que estabas demasiado ocupado babeando por la *portadora* como para pensar en algo más que en su suave y húmedo coñito.

Repitió el gesto, había cosas que prefería no discutir con ese hombre.

—Su presencia será buena para Natalie —pronunció su nombre sin que él se lo hubiese dado en ningún momento—, puede que ella no la acepte, de hecho, seguramente la rechazará, pero esa transgresora es parte de su destino. Así que no la ahuyentes.

—¿Te das cuenta de que no has contestado a la pregunta? Te has limitado a rodearla, como siempre.

—¿Y te sorprende? —se burló—. La gente solo obtiene de mí…

—Aquello que tú quieres darles —completó por él. Conocía perfectamente el lema de Boer.

—Exacto —asintió satisfecho—. Quédate un poco más y descansa, a ellas les llevará un rato ponerse al día.

Sacudió la cabeza y suspiró.

—Algún día llegará tu turno —chasqueó la lengua, mirando al hombre de reojo—, y tendrás que claudicar.

Él se echó a reír.

—Cuando el infierno se congele, *Vitriale*, solo cuando el infierno se congele.

CAPÍTULO 12

—¿Un gigoló? ¿En serio?

Natalie no respondió, le indicó uno de los dos sofás y se sentó en el otro.

—¿Qué es eso tan importante que quieres decirme?

Su hermanastra acusó su falta de interés con estoicidad, se sentó y echó un vistazo a su alrededor.

—Tienes una casa muy acogedora.

—Brooke, no estás aquí para hacer una visita social —le recordó con sequedad—, de lo contrario habrías venido mucho antes.

La chica se lamió los labios y la miró.

—Me pasé por aquí hace dos semanas, pero… no estabas.

No, en ese momento estaba atada a una cama de hospital, sumida en un profundo coma, una información que ella no tenía por qué saber.

—He estado… fuera.

—¿Con él? —preguntó, señalando hacia la puerta con el dedo.

Ignoró la pregunta. Se había hecho una experta en ello, en ignorar aquello a lo que no deseaba enfrentarse.

—Si tienes algo que decirme, es mejor que lo hagas ahora —le recordó—, tus treinta minutos han empezado a correr.

Brooke fijó la mirada en ella durante unos instantes, lo suficiente para hacer que se sintiese incómoda en su propio refugio.

—Has cambiado —comentó en voz baja, sin dejar de mirarla—. Ya no eres la misma.

Se encogió de hombros.

—El tiempo cambia a las personas. —Y el cáncer también, pensó con ironía.

—Sí, lo hace —corroboró, bajando la mirada—, al igual que lo hacen las enfermedades y los accidentes.

—No tienes ni idea.

—Te sorprendería saber la idea que tengo sobre ello —aseguró, con un gesto divertido a la par que ácido—, y cómo eso te puede cambiar la vida. Creo que ahora comprendo mejor la manera en la que debías sentirte entonces, con el cáncer.

Tal afirmación la sorprendió y enfadó al mismo tiempo.

—Créeme, no podrías a menos que hayas pasado por ello —declaró con acritud.

Sus ojos se encontraron una vez más y asintió lentamente.

—No he pasado por esa enfermedad, eso es verdad —aceptó, al tiempo que abandonaba el sofá y deambulaba por la pequeña habitación. Se detuvo ante la estantería y empezó a ojear los lomos de los libros como si necesitase tiempo para continuar aquella conversación—. Pero sé lo que es estar cerca de la muerte y bailar un vals con ella.

La repentina admisión fue tan firme que no pudo menos que fijar la mirada en ella, a pesar de que todavía le daba la espalda.

—Hace cinco años, tuve un accidente de coche —continuó—. Regresaba de una fiesta con un grupo de amigos, llovía… no, esa no es la palabra. Hacía un tiempo de mil demonios, quizá no debimos coger el coche… —sacudió la cabeza y se giró hacia ella—. Pero lo hicimos,

llevábamos poco más de quince minutos en carretera cuando nos embistió un conductor borracho. Se había saltado un stop, invadió el carril contrario y nos llevó por delante. Dos de mis amigos murieron en el acto, yo atravesé el parabrisas con la fuerza del impacto —iba detrás y no llevaba cinturón—, y la novia de uno de ellos… bueno, esa era su noche de suerte, pues no sufrió más que leves contusiones.

Se quedó sin palabras, de todas las cosas que podría decirle Brooke, aquella no era una de las que esperaban escuchar esa mañana.

—Los servicios de emergencia consiguieron reanimarme allí mismo —continuó con un tono de voz tan lejano como el que utilizaba ella misma cuando hablaba de su enfermedad. Esa era la única forma que tenían de distanciarse de las vivencias pasadas—, pero volvieron a perderme en la ambulancia y entré en el hospital en parada cardiorrespiratoria, o eso es lo que consta en el informe clínico. Según me contaron después, esa madrugada me perdieron dos veces más antes de recuperarme milagrosamente. Esa noche tendría que haber muerto en el accidente y no lo hice.

Sus labios se curvaron y la sonrisa que apareció en su boca era de todo menos la de una persona cuerda. Sus ojos vagaron por la habitación hasta posarse en ella.

—Lo que sí sé, es que esa noche, algo cambió —insistió, girándose ahora hacia ella. Su gesto serio, al igual que sus palabras—. Desde ese momento no he dejado de tener sueños en forma de avisos, de ver cosas que… que otros no ven. Creí que me estaba volviendo loca, que tenía alucinaciones, pero el problema fue que esas alucinaciones empezaron a hacerse realidad.

Sacudió la cabeza, aquello era algo que iba mucho más lejos de lo que estaba acostumbrada a lidiar. Una cosa era la enfermedad, el aceptar la muerte, otra lo que Brooke estaba diciéndole.

—Y hace algunos meses empecé a soñar contigo —explicó, resumiendo su experiencia para ir directa a lo que la había llevado allí—. Al principio no estaba segura de su significado, qué era lo que veía, pero los sueños continuaron…

Se lamió los labios, parecía necesitar de ese breve instante para poder recomponerse y seguir.

—Y ahora… tu aura es tan oscura, tan apagada… —Las palabras se esfumaron poco a poco—, nunca pensé que… que tú…

—¿Que me muero?

Tenía que darle crédito a su hermanastra, pues ni siquiera parpadeó cuando dio respuesta a la silenciosa pregunta que veía en sus ojos.

—Nat…

Negó con la cabeza. No podía alegrarse de la desgracia acontecida, sabía mejor que nadie cuánto podía cambiar a alguien el hecho de coquetear con la muerte. ¿No se había muerto en las narices de Nickolas? Fuese como fuese, una cosa era la realidad y otra toda esa historia sobre auras y demás tonterías con las que no tenía demasiada afinidad.

—Solo dime lo que quieres decirme, sin rodeos, y vete —pidió. No la quería allí, no la quería cerca, no quería que su pasado irrumpiese ahora. Era demasiado tarde.

Ella vaciló unos segundos, entonces acortó la distancia entre ambas y la miró a los ojos.

—Perderás tu alma si se la entregas —le dijo con absoluta firmeza—. Todo lo que eres, todo lo que te define, lo que hace que puedas renacer en otra vida… lo perderás para siempre si se la entregas a *él*.

Parpadeó varias veces, mirándola sin saber si echarse a reír o cogerla de un brazo y arrastrarla hasta la puerta.

—Mi alma… —repitió, con tono irónico—. Ya.

Asintió, como si no acabase de decirle una enorme estupidez.

—Sé que es difícil de aceptar, especialmente cuando está claro que no crees en nada que no puedas tocar o ver por ti misma —insistió Brooke—, pero eso es lo que he visto. A ti, entre la luz y la oscuridad, mientras extiendes la mano y le entregas todo lo que eres a él.

—¿A él?

Sus ojos volaron en dirección a la puerta.

—Nunca le he visto la cara, no se ha mostrado en mi visión pero… —se estremeció—. Poseía un aura como la suya… la misma extraña dualidad y a pesar de todo… —sacudió la cabeza una vez más—. Pero no. Es él. Tiene que ser él.

Vale. Alguien acababa de consumir una enorme cantidad de setas alucinógenas o se había olvidado de tomar la medicación.

—¿Nickolas?

Un profundo suspiro escapó de los labios femeninos.

—Es alguien que estará cerca de ti, más cerca de lo que nunca ha estado nadie —aventuró una vez más—, y le dejarás entrar, Natalie, dejarás que entre y se lleve todo lo que desee.

Abrió la boca, pero no encontró nada inteligente que decir.

—Debes tener mucho cuidado —insistió, bajó la voz y entrecerró los ojos, sin apartar la mirada de la puerta, como si temiese que él entrase por ella—. Dices que él ha llegado por medio de no sé qué agencia… pero ese aura, esos colores… No. No creo que sea quién dice ser.

Siguió su mirada una vez más, casi esperando ver a Nick allí, dedicándole ese alzamiento de ceja cargado de ironía, pero allí no había nadie.

—Nickolas —repitió, girándose una vez más hacia su hermanastra—. Crees que no es… quien dice que es.

—No puedo asegurarlo a ciencia cierta —afirmó y se pasó una mano por el pelo con gesto cansado—. Es posible que me equivoque y él sea un buen tipo, pero… tengo tendencia a acertar más veces de las que yerro, y su aura es… no sé, no se parece a nada que haya visto hasta el momento.

—¿No hay conejitos y arcoíris adornándola? —sentenció en tono burlón. No podía hacer otra cosa ante tales elucubraciones—. Eso sería un punto a su favor.

Ella resopló y puso los ojos en blanco.

—Sí, de acuerdo. Ríete. Búrlate. No serías la primera ni serás la última —aseguró restándole importancia. Algo le decía que esa era una reacción típica en la gente y que ya estaba acostumbrada a ello—. Pero ten cuidado. El protegerse nunca está de más.

Sacudió la cabeza y se levantó, incapaz de permanecer más tiempo sentada escuchando esa enorme sarta de tonterías.

—Brooke, tengo leucemia en fase terminal —confesó, cansada de tantas absurdas suposiciones y vaticinios—. Así que no podría importarme menos lo que le pase a mi jodida alma. Si algo sé, es que no voy a preocuparme el tiempo que pueda quedarme pensando en… paranoias como esta. He vivido toda mi vida bajo mis propias reglas, tal y como deseé hacerlo, y no voy a cambiar ahora.

Un pesado silencio cayó entre ellas durante unos segundos, la habitación pareció hacerse sofocante por momentos.

—¿Cuánto… cuánto hace que lo sabes? —preguntó. Tenía que concederle al menos que era capaz de mantenerse estoica, algo que sin duda agradecía. No deseaba ver la pena y mucho menos la compasión en sus ojos.

—Me la diagnosticaron hace seis meses, en un control rutinario. —Las palabras brotaron solas de su boca, con el mismo tono inerte de siempre—. No es como la otra vez. Se ha reproducido con demasiada virulencia, no hay… no hay nada que hacer.

Ella asintió, pero pasaron unos silenciosos segundos antes de que se atreviese a decir algo más.

—¿Quieres… que le diga algo a… papá o a mamá?

Dejó escapar un bufido mitad risa y negó con la cabeza.

—Si tuviese algo que decirles, a cualquiera de ellos, ya lo habría hecho yo.

Su hermanastra volvió a asentir, solo hizo eso.

—Será mejor que te vayas —murmuró, necesitando recuperar de nuevo su rutina y dejar a un lado aquella locura con la que había comenzado el día—. Te acompañaré a la puerta.

No esperó a ver si la seguía, abandonó el salón y caminó hacia el recibidor, dónde abrió la puerta y esperó.

—Sé que ahora mismo sirve de poco, pero… —escuchó la voz de su hermana en un murmullo, antes de que los brazos de esa virtual extraña se cernieran a su alrededor—, lo siento mucho, hermanita. Siento no haberme dado cuenta antes de lo sola que estabas.

Se mantuvo inmóvil, algo difícil cuando sintió cómo los ojos se le empañaban y comenzaban a arderle por las lágrimas no derramadas. No correspondió a su abrazo, no podía. Sabía que debía hacerlo, pero tenía miedo de romperse si ahora sucumbía.

—Cuídate, Brooke —le dijo en cambio, intentando mantener las lágrimas alejadas de su voz.

Ella la dejó ir por fin, no sin antes mirarla a los ojos.

—Protege tu alma, Natalie —le pidió, posando su mano sobre su pecho de forma superficial—, y no la entregues si no merece realmente la pena. Adiós, hermanita.

Sin una palabra más, le dio la espalda y se alejó sin mirar atrás.

—Adiós, Brooke —musitó en voz baja, permitiendo que una solitaria lágrima se deslizase por su mejilla antes de dar media vuelta y entrar en la calidez de su hogar.

CAPÍTULO 13

—Esperaba que fueses lo suficiente inteligente como para captar la indirecta bajo la frase «*juegos de agua*».

Natalie no se molestó en levantar la cabeza, siguió estirada en el sofá, con el cojín cubriéndole el rostro.

—Mi inteligencia salió corriendo por la puerta en el momento en que entraste tú.

—Lo que demuestra su coeficiente intelectual.

—¿Ninguno? —preguntó, levantando un poco el cojín para verle por encima del respaldo del sofá.

—Superior a la media.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—No sé cómo te las arreglas para tener respuestas para todo.

—Soy un hombre inteligente… cuando decido comportarme como tal.

—¿Y cuándo no?

Se encogió de hombros.

—Entonces soy un demonio arrogante o un ángel suicida, elige.

—*Demiang* —murmuró ella, pronunciando la palabra inventada como *«de-mi-ansh»*—. Mitad demonio, mitad ángel… ya sabes, un poco de cada cosa… Lo vuelve enriquecedor.

Él se inclinó sobre el sofá, cruzando los brazos sobre el respaldo.

—El término que estás buscando en ese caso es *Vitriale*, encanto —ofreció, le quitó el cojín de encima y lo lanzó al otro sillón. Él ya se había vestido y llevaba el pelo recogido en la nuca con una coleta—. Aunque me gusta el que has inventado.

—En ese caso, serás mi *demiang* durante los próximos siete días…

—Seis —le recordó, incorporándose—, seis días y seis noches. Consumimos el primero de nuestro tiempo juntos.

Seis días. Seis noches. Con él. Haciendo cada uno de sus sueños realidad, permaneciendo a su lado todo el tiempo… ¿debía considerarlo una buena o mala elección?

—Pues si no queremos morirnos de inanición en el transcurso de estos, me parece que tendrás que acompañarme a hacer la compra —declaró. Se incorporó lentamente en el sofá hasta sentarse.

—Mientras no me obligues a empujar el carro o hacer de chico de los recados, creo que podré superarlo.

Reprimió una sonrisa ante el tono de voz utilizado y se desperezó. Se había quedado frita en el sofá después de la visita de Brooke, ni siquiera se molestó en moverse, su cerebro decidió desconectar en algún momento del proceso de asimilación de toda aquella locura.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Nick?

A juzgar por la mirada que le dedicó, le sorprendió la petición.

—¿Esperas una respuesta?

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—¿De qué sirve hacer una pregunta si no obtienes una respuesta a cambio?

—Te sorprendería saber la cantidad de gente que hace preguntas solo para escucharse hablar a sí misma. —Lo dijo con tanta resignación que le arrancó una risita.

—De acuerdo, *agente*, en mi caso, exijo una respuesta.

—¿Exiges? —Ahora fue él quien sonrió, con ese gesto travieso y sexy que hacía que se le curvasen los dedos de los pies—. De acuerdo, en ese caso yo también te exigiré algo esta noche.

—Eso no parece muy justo.

Su sonrisa se extendió, mostrando una perfecta dentadura.

—Justicia es mi segundo nombre, encanto. Va justo después de destino… y perversión.

Alzó las manos a modo de rendición.

—Solo iba a preguntarte de dónde eres —atajó aquel indeseado despliegue de ego masculino—, por más que he intentado situar tu acento, no he podido.

—De aquí y de allí —respondió, encogiéndose de hombros—, todavía no he encontrado ese lugar al que desee llamar hogar.

—Esperaba que fueses un poquitín más específico.

—En ese caso, debiste hacer una pregunta más específica —aseguró, rodeando el sofá y cogiéndola de las manos, la obligó a ponerse en pie—. Dejaré que vuelvas a intentarlo mientras te duchas… te vistes… y yo asisto al espectáculo.

Se zafó de sus manos, manteniendo la distancia entre ambos.

—Perdiste tu oportunidad al abandonarme a mi suerte. Ya es demasiado tarde para seguir retozando, tengo que ir a la oficina inmobiliaria y luego pasarme por la tienda —enumeró. No podía dejar pasar más tiempo, con un poco de suerte, habría aparecido algún potencial comprador mientras estaba en el hospital.

—¿Una oficina inmobiliaria? ¿Piensas poner en venta tu casa? —parecía genuinamente sorprendido.

Negó con la cabeza.

—Mi casa no, mi tienda —respondió, sin saber muy bien por qué le brindaba esa explicación—. Prefiero venderla a que se quede con ella algún miembro de mi familia, especialmente si tienen la misma predisposición a la locura que demostró Brooke.

—¿Puedo preguntar por el motivo de tal inesperada visita?

Se encogió de hombros.

—Vino para soltar un montón de tonterías —desechó el propósito de su visita con un gesto de la mano—. Está claro que el accidente que sufrió en su momento, le aflojó un poco… los tornillos.

—¿En qué sentido?

Lo miró y entrecerró los ojos.

—¿Puedo preguntarte yo ahora a qué viene tanto interés por mi hermanastra? —No pudo evitar que el recelo se filtrase en su voz—. Si quieres su número de teléfono, no lo tengo. Pero puedo darte la dirección de sus padres. Cuando hayas acabado conmigo y esté criando malvas, podrás engatusarla a ella también, si es que te atraen las mujeres ligeramente desequilibradas… ¡Auch!

No le dio tiempo a apartarse, la mano masculina cayó con fuerza sobre una de sus nalgas, haciéndola saltar. El hormigueo que siguió al golpe la dejó anonadada.

—¿Me has pegado?

—Es una pequeña advertencia de lo que te pasará si sigues con esa línea de pensamiento —le informó. Ya no había simpatía en su voz, era dura, casi impersonal—. Sigue así, y estarás encima de mis rodillas y con el culo rojo.

Se llevó las manos al trasero, cubriéndoselo instintivamente.

—Vuelve a hacer eso o algo más y te corto los huevos —siseó en respuesta.

Se inclinó sobre ella, permitiendo que su mirada encontrase la suya.

—Deja de hablar de ti misma de esa manera y no tendré que hacerlo.

—No dije nada que no fuese verdad —le espetó—. Me estoy muriendo.

—Mayor motivo para que disfrutes del ahora y dejes de lamentarte y hacer mofa de ti misma —insistió, sin dejar de mirarla—. No necesitas sumergirte más en la oscuridad que se avecina, Natalie, te mereces un poco de felicidad incluso ahora.

Apretó los labios, no sabía qué decir. Optó por apartar la mirada y retirarse una vez más.

—No debí haber respondido al timbre de la puerta —farfulló y le dio la espalda—. Una mañana potencialmente buena y mira cómo ha terminado.

Una mano se deslizó por su espalda, le rodeó la cintura y la atrajo contra el duro pecho. Notó su aliento calentándole la oreja antes de oír sus palabras.

—La mañana no ha hecho más que comenzar, encanto —la apretó suavemente contra él, deslizando la mano por encima de su bata, hundiéndose entre los pliegues hasta acunarle el seno desnudo y acariciarle el pezón—, no tires la toalla tan pronto.

Cerró los ojos y disfrutó durante unos momentos de la sensación de esa mano sobre su piel y la boca que ahora le chupaba el lóbulo de la oreja.

—Tengo que ducharme —musitó, ladeando la cabeza para darle mejor acceso—, huelo… a ti.

Se rio en su oído.

—Me gusta que huelas a mí —abandonó su oreja y la giró en los brazos. Bajó las manos sobre sus nalgas y la apretó de nuevo contra él, mientras le acariciaba los labios con los propios —, me gusta lo suave que eres por la mañana.

Suspiró ante su boca, sus ojos encontraron los suyos, recreándose en la hambrienta y desnuda mirada masculina.

—¿No has tenido suficiente?

Esos besables labios se curvaron con diversión.

—No —declaró con firmeza—, y tú tampoco.

Gimió cuando la habilidosa lengua traspasó la barrera de sus dientes y se encontró con la propia. La besó hasta dejarla sin aliento y jadeando, todo su cuerpo despertó a sus caricias pidiendo más.

—No… Nick… espera —se obligó a separarse de él—. En serio, ya has visto cómo está la nevera; vacía. Y necesito ir a la inmobiliaria para ver si alguien se ha interesado en la tienda de antigüedades. No quiero que acabe en manos de cualquiera… Especialmente si ese cualquiera aparece en mi casa a primera hora de la mañana, después de una ausencia de nueve años, para decirme que eres el *Lobo Feroz* y que estás dispuesto a quedarte con mi alma. Ese lugar es… es importante para mí. Necesito asegurarme de que queda en manos de alguien que lo aprecie.

Sus palabras parecieron ser suficiente para que dejase de hacerle arrumacos, sin embargo, seguía teniendo las manos sobre sus nalgas, ahora debajo de la bata de felpa.

—¿El *Lobo Feroz*? —Esbozó una irónica sonrisa y la recorrió con la mirada—. Solo si tú eres *Caperucita* y me concedes quince minutos para devorarte en la ducha.

Sacudió la cabeza y terminó apoyando la frente contra su pecho.

—No te burles —suspiró, entonces alzó de nuevo la mirada—. Sé que es una completa locura y una absurdez, pero… ella parecía tan convencida.

Las callosas manos se deslizaron por su piel, abandonándola hasta cerrarse, por encima de la bata, en su cintura.

—¿Y qué pasaría si fuese verdad? Si hubiese llamado a tu puerta con intención de

recuperar el alma que custodias, ¿me la entregarías voluntariamente? ¿Me entregarías tu alma, Natalie?

Parpadeó, buscó en sus ojos azules la ironía y diversión que escuchaba en su voz, pero no las encontró.

—Solo si prometes cuidarla —murmuró, sin saber muy bien por qué respondía con aquella afirmación—. Dejaré detallado en mi testamento que te la entreguen y que no puedes jugártela al Póker ni alquilarla, ni hacer guarrerías con ella.

La expresión sorprendida de Nick la hizo reír. Él se la quedó mirando, parpadeando como solía hacer ella, una comparación que le arrancó una carcajada.

—Ay… lo siento… es que… tu expresión… —ocultó el rostro en su pecho, sin poder dejar de reír—. Me has recordado a un búho.

Él reaccionó entonces, clavó los dedos con suavidad en su torso y le hizo cosquillas.

—Pequeña tunante —la torturó, evitando que pudiese dejar de reír—. Ve a ducharte y que sea rápido. Saldremos y desayunaremos en alguna cafetería antes de llevar a cabo tu programa matutino. Reconozco que has despertado mi curiosidad con tu ardiente defensa del patrimonio.

Respiró profundamente y recuperó el aire que le había robado su juego, con una sonrisa en los labios. Curiosamente, esa debía ser una de las pocas veces que alguien jugaba con ella y la hacía reír en su vida adulta, un recuerdo que iba a atesorar por siempre.

—¿No decías que querías mirar? —le recordó, deteniéndose en el umbral de la puerta con una tímida sonrisa.

La recorrió con una mirada puramente sexual.

—Si me meto en ese cuarto de baño contigo, no será para mirar —le aseguró, lamiéndose muy lentamente el labio inferior—. Pero no te preocupes, ese es otro juego que estoy más que dispuesto a enseñarte.

Y ella estaba más que ansiosa de aprender. Con una tímida sonrisa, giró sobre los talones y se perdió por el pasillo dispuesta a comenzar con ese nuevo día y ver qué sorpresas traería consigo.

—¿Estás segura de que no te has equivocado de lugar?

Lo miró desde detrás de una larga vitrina que cumplía la función de mostrador en ese reducido local. Tras detenerse brevemente en la agencia inmobiliaria un par de calles más abajo, recoger las llaves y comprobar las dos ofertas que al parecer habían hecho sobre la propiedad, Natalie las desestimó y anduvieron durante unos quince minutos hasta llegar a este inusual lugar.

—¿Edificio de piedra de dos plantas, fachada de ladrillo rojo, puerta de madera pintada de gris y un enorme letrero sobre columnas de decoración que dice antigüedades? —resumió a la perfección el aspecto del lugar al que habían ido a parar.

—Sí.

—Entonces estamos en el sitio correcto —aseguró y se dio la vuelta, hurgando en la parte de abajo del mueble—. ¿Quieres un café?

Nick enarcó una ceja y miró a la atestada habitación que le rodeaba. Había tantos objetos, muebles, lámparas y cosas apiladas, que le sorprendía que pudiese encontrar si quiera la puerta de salida.

—Confiésalo —le dijo, mirándola con ironía—. Te has saltado la clase de la universidad dónde explicaban el significado del orden.

Ella dejó escapar un pequeño bufido.

—No te dejes engañar por las apariencias, encuentro todo lo que necesito dentro de este desordenado orden.

Echó un nuevo vistazo alrededor e hizo una mueca.

—Me cuesta creerlo.

—Hombre de poca fe.

No pudo menos que esbozar una irónica sonrisa ante tal respuesta.

—La fe y yo no pertenecemos al mismo Gremio.

—¿Estoy durmiendo con un ateo? —Se apoyó sobre la superficie de madera, contemplándole como si sintiese curiosidad por su respuesta.

—Te *acuestas* con alguien que solo confía en lo que puede lograr con su propia voluntad —la corrigió y señaló lo obvio—. Así que, ¿eres anticuaria?

El lugar olía a viejo y cerrado, no en vano había permanecido inhabilitado durante el más de mes y medio que estuvo en el hospital. Ni siquiera se le había ocurrido indagar más allá de lo que necesitaba saber de ella, por lo que ese local y la profesión de su ocupante había sido un misterio para él hasta el momento en que hizo mención del lugar. En su breve visita a la inmobiliaria, después de obligarla a sentarse en una mesa de la cafetería y tomar un rápido desayuno, había descubierto que el local llevaba casi tres meses a la venta, en espera de que alguien cumpliese todas y cada una de las cualidades que Natalie buscaba en aquel o aquella que quisiese hacerse cargo de la tienda. No se trataba de cuatro paredes, la emoción que notaba en ella iba mucho más allá, era un pedacito de su propia vida.

—Supongo que poseer una tienda de antigüedades me convierte en eso o en una acumuladora de basura —se encogió de hombros—. Si puedo elegir, prefiero la primera opción.

Rodeó el mostrador y apareció con una cafetera de cápsulas que posó en un mueble cercano.

—Llevo meses buscando un comprador para la tienda o al menos alguien que desee quedarse con algunas, si no todas, de las cosas que hay aquí dentro. Pero no hay mucha gente interesada en llevar un negocio de estas características, la mayoría de las ofertas ha sido para destruir, no para conservar —comentó, al tiempo que la veía desaparecer entre dos baúles, dónde sospechaba que estaba el enchufe—. Si nada cambia… quizá termine por donarla a alguna institución que pueda sacarle beneficio. ¿Tu agencia no estaría interesada en heredar una tienda de antigüedades?

Enarcó una ceja ante la inesperada propuesta.

—Dudo mucho que cualquiera de los agentes de *Demonía* sepan qué hacer con… esto —señaló el local. Entonces frunció el ceño y se quedó estático cuando una fugaz imagen pasó por su mente—. Aunque… quizá haya un par de personas que puedan estar interesadas en adquirir algunas de las cosas que amontonas aquí dentro. Sin embargo, no puedo garantizarte que se queden con el local, queda fuera de su… vecindario.

Ella se levantó, abrió la parte superior de la cafetera e introdujo una cápsula.

—¿Y son de fiar?

La pregunta le causó gracia. Sin duda, la desconfiada era ella.

—Son una pareja que están… recuperando el tiempo perdido —declaró, pensando en una manera de definirlos—. Hace relativamente poco que recuperaron su herencia y están empezando a formar su hogar. Tienen una bonita casa estilo rancho, suficiente espacio como para que puedan estar interesados en algunas de las cosas que guardas aquí… especialmente Ankara.

—¿Ankara? —repitió—. Un nombre extraño.

Se encogió de hombros.

—Al igual que su portadora.

Ella enarcó una ceja.

—¿Y con extraña quieres decir…?

—Son buena gente, Natalie, lo prometo.

—Pero extraños.

—Estamos un poquito irascibles esta mañana, ¿no? —La inesperada visita de su hermanastra la afectaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Lo sabía, había sido consciente en todo momento de lo que su presencia suponía para Natalie, especialmente en aquellos momentos. Si hubiese adivinado siquiera lo que esa mujer traería consigo, la habría recibido él mismo.

—¿Cómo estarías tú, si se presentara en la puerta de tu casa, una mujer con la que no tienes contacto desde hace más de nueve años y que te deja caer encima una enorme lista de estupideces más propias de una charlatana, que de un miembro de tu familia?

—Lo más seguro es que ni siquiera hubiese traspasado el umbral de mi casa.

Natalie fijó esos ojos marrones sobre él.

—Entonces, admites que tienes casa.

—No vivo debajo de un puente, si eso es lo que pensabas.

Se encogió de hombros.

—Ya no sé qué pensar —aceptó, con un suspiro—. De hecho, tienes suerte de que te permita entrar en mi santuario cuando hace menos de cuarenta y ocho horas que nos conocemos.

—Nos conocimos hace mes y medio, cuando osaste morirte en mis brazos.

—Vaya, una ya no puede ni irse con clase —chasqueó ella y clavó los ojos en los suyos cuando le dedicó una mirada de advertencia—. Y no se te ocurra censurarme de nuevo, solo es un comentario.

Sacudió la cabeza, no dejaba de sorprenderle la capacidad que tenía para bromear con su propio sino, el cual no era precisamente brillante. La muerte la había marcado y la enfermedad ya se estaba apropiando de su alma.

—Uno que sabes muy bien que sobra.

Natalie se limitó a arrastrar una silla y sentarse, en unas pocas horas parecía haber perdido parte de la energía con la que se levantó esa mañana.

—Coge una silla y siéntate, si quieres —le ofreció y señaló la cafetera con un gesto de la barbilla—. Necesito un buen chute de cafeína para poder funcionar el resto del día. Esa cosa que nos sirvieron como café, no tenía ni su sabor ni su color.

Chasqueó la lengua, acortó la distancia entre ambos y la obligó a levantarse.

—Oye, hay más asientos, ¿sabes?

—Me gusta la idea de compartir el mismo —declaró, atrayéndola ahora a su regazo, obligándola a sentarse—, y así puedo entretenerme también.

Le cogió la barbilla con los dedos y la acercó a él, acariciándole los labios y persuadiéndola para que abriese la boca y pudiera besarla a placer. Bajo sus manos, las cuales estaban en contacto directo con su piel, sintió la vibración de la oscuridad, ese dañino veneno que luchaba para volver a apropiarse de aquello que había liberado la noche anterior.

Necesitaba atarla con el pacto, era la única manera en que podría sumergirse en su interior y acariciar su alma de forma plena, arrancar esa oscuridad que la aprisionaba y devolverla a la luz que necesitaba para alcanzar su destino.

Natalie se relajó en sus brazos, correspondió a su beso y enredó los dedos en las rubias hebras que le caían sobre el hombro.

—No es usual ver a un hombre con el pelo tan largo y tan bien cuidado —musitó ella, tras romper el beso—. El mío no es tan suave. No es justo.

La nota de enfurruñamiento que escuchó en su voz lo hizo reír.

—Es un signo de rebeldía —le confesó—. O quizá de dejadez. No tenía ni ganas ni tiempo para ponerme en manos de un peluquero. Además, me gusta llevar la contraria, así que cuando me dijeron que era hora de que me lo fuese cortando, lo dejé crecer aún más.

Ahora fue ella la que rio, un sonido claro y suave.

—No te lo cortes, te sienta bien el pelo largo —murmuró. Entonces se giró al escuchar el pitido de la cafetera—. El café está listo.

—¿Consideras a eso café?

—Sí, bueno, no es el que hacen en mi cafetería favorita, pero como ya dije, es mucho mejor que ese brebaje que probé esta mañana —aseguró, desprendiéndose de sus brazos para encargarse de su bebida—. ¿Quieres?

—No. Disfruta de la bebida.

Hizo una mueca, un gesto casi imperceptible, pero él lo vio.

—Sí, debería disfrutar de las cosas mientras pueda.

La amargura que escuchó ahora en su voz les recordó una vez más que estaba viviendo una vida de prestado.

—¿Hay alguna cosa que todavía no has hecho y que te gustaría hacer?

Los ojos marrones se encontraron con los suyos.

—Subir a la *Space Needle* y ver esas espectaculares vistas de las que todo el mundo habla —comenzó a enumerar, como si ya lo hubiese hecho más de una vez—, pasear por el Ravenna Park después de un día de lluvia, hacer un baile sexy desnuda sobre una mesa, danzar sobre el cielo, aunque me niego a hacer paracaidismo, encontrar un comprador o alguien que se encargue de mi tienda, vivir un día más… ese tipo de cosas.

—¿Bailar desnuda encima de una mesa? ¿Danzar sobre el cielo?

Se encogió de hombros.

—Tenía que añadir algo divertido y algo absurdo a la lista —respondió con ironía—. Después de todo, tiempo no es precisamente lo que me sobra. Y eso me recuerda, que todavía tengo que ir al supermercado y hacer la compra si no queremos morirnos de hambre durante los próximos seis días. Tendrás que decirme qué te gusta, porque no tengo la menor idea.

Enarcó una ceja y la miró de arriba abajo.

—¿No? Pensé que lo había dejado perfectamente claro durante la noche —chasqueó la lengua—. Tendré que hacerte un resumen y tú tendrás que estar mucho más atenta.

Sus mejillas se colorearon.

—No sé si debería sentirme ofendida o halagada de saber lo que te gusta en la cama e ignorar lo que sueles comer.

—Pronto descubrirás que mis gustos culinarios están muy en sintonía con los sexuales.

—No voy a responder a eso.

—No esperaba que lo hicieras.

Natalie resopló y puso los ojos en blanco.

—Eres imposible, ¿lo sabías?

Se encogió de hombros.

—Eso me han dicho, más de una vez.

—Y también muy irritante.

—Sin duda empiezas a desarrollar un montón de quejas sobre mi persona, encanto —se

burló—. ¿Alguna cosa que te guste?

Ella lo recorrió con la mirada, había timidez y al mismo tiempo una abierta apreciación en su gesto.

—Quizá.

Sus labios se curvaron solos.

—Una respuesta demasiado ambigua, tendré que esforzarme en obtener algo más contundente.

Natalie sacudió la cabeza.

—Por ahora esfuérzate en pensar qué es lo que quieres para comer —consultó su reloj—, tienes quince minutos.

Ahora fue él quien la recorrió, devorándola abiertamente con la mirada.

—Eso es fácil, Natalie —le dijo, con esa voz profunda y sexy que la hacía estremecer—. Me sirve cualquier cosa en la que tu cuerpo ejerza como plato o bandeja.

El inmediato rubor que cubrió sus mejillas y bajó por su cuello fue suficiente premio para él. Al menos, por el momento.

CAPÍTULO 14

—¿Por qué Ravenna? ¿Por qué este vecindario?

Natalie dejó caer en la cesta de la compra un par de bandejas de productos precocinados y se giró hacia Nick. Él no había dejado de observar cuidadosamente cada centímetro de la *Cowen Park Grocery* desde el momento en que entraron, era la mirada de un hombre acostumbrado a los supermercados de las grandes ciudades, al tumulto y a la contaminación, algo muy alejado de ese tranquilo vecindario de Seattle.

—¿Por qué no? Vivir en una gran ciudad nunca me aportó nada —confesó con un ligero encogimiento de hombros—. Este lugar, por otra parte, es tranquilo, la gente es amable y nadie mete las narices en los asuntos de los demás.

—El lugar ideal para escapar y ocultarse.

Enarcó una ceja ante la censura que escuchó en su tono de voz.

—No debí estar tan oculta cuando tú has dado conmigo.

Sonrió, al tiempo que abría una de las neveras y sacaba un pack de cervezas.

—Tú fuiste la que dio a la agencia su dirección —le recordó—, no tuve más que seguir las miguitas de pan hasta tu casa.

—Toda una muestra de inteligencia masculina, sin duda.

Él se inclinó ahora sobre ella, haciéndola perfectamente consciente de su altura y complexión.

—Sí, la misma inteligencia que me lleva a tenerte ahora recorriendo los pasillos del supermercado en vez de en la cama, desnuda y mucho más accesible —le dijo, calentándole el oído—, algo de lo que ambos estaríamos disfrutando mucho más.

—Dicen que la paciencia es una virtud.

—¿No te dije ya que es una de la que yo carezco? —le mordisqueó la parte superior de la oreja—. Las virtudes están sobrevaloradas. La templanza, la prudencia, la fortaleza y la justicia no son tan útiles como parecen ni tan virtuosas. Cualquier individuo puede ir en contra de ellas si la ocasión o la necesidad lo ameritan, pasando de virtudes a defectos en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Considerarías la justicia un defecto? ¿O la prudencia?

—La justicia puede ser mal impartida, Natalie —respondió, apartándose ahora de ella—, y la prudencia considerarse como una falta de decisión.

—A veces no sé si eres un cínico patológico o es amargura lo que tiñe tus palabras —murmuró ella—, si no fuese porque no te conozco tan bien, me arriesgaría a decir que te han herido tan profundamente que prefieres atacar antes de que te ataquen.

No dijo nada, parecía estar pensándose la respuesta mientras se limitaba a deambular por el pasillo, observando las baldas con los alimentos.

—En este caso, es una suerte que no me conozcas —aseguró, girándose a ella—, eso evita que emitas juicios de valor que no tengo el más mínimo interés en escuchar.

—No sé, Nick, quizá ni siquiera llegases a notar el golpe —le respondió, con el mismo tono que había empleado él—. Tu ego es lo suficiente denso como para amortiguarlo.

—Tocado y hundido —aceptó, con una mueca—. Mis más sinceras disculpas, Natalie. Ese tema es uno de los que… en ocasiones, tiende a sobrepasarme.

—Quizá deberías hablarme de esos otros, para evitar nuevas confrontaciones.

Sus labios se estiraron en una perezosa sonrisa.

—No te preocupes, pequeña —la miró a los ojos—, no soy de los que tropieza dos veces en la misma piedra.

Arrugó la nariz ante su seca respuesta y decidió cambiar de tema, no tenía ganas de pelear por cuestiones intrascendentales ni con él ni con nadie.

—¿Te gusta la pizza?

Su sonrisa se acentuó.

—¿Ya tienes hambre?

Se encogió de hombros.

—Es curioso, pero esta debe ser la primera vez que realmente siento apetito o tan siquiera, la inclinación de comer algo que no se haga en el microondas —confesó, e hizo una mueca ante un nuevo recordatorio—. Voy a hacer inmensamente feliz al Dr. Maxwell cuando le diga que vuelvo a tener hambre.

—Dijiste que tenías cita con él… ¿mañana?

Asintió.

—En Seattle —confirmó. La consulta de su especialista estaba en la ciudad.

—Bien, entonces mataremos dos pájaros de un tiro.

Negó la cabeza, sin entender muy bien a qué se refería.

—¿Matar dos pájaros de un tiro?

—Asistirás a la consulta y después cumpliremos uno de tus deseos —sentenció—. Podrás ver la ciudad en todo su esplendor nocturno desde la *Space Needle*. Incluso puede que te invite a cenar; así podrás bailar desnuda sobre la mesa.

Se echó a reír, no pudo evitarlo.

—Bailar desnuda en una mesa del restaurante *SkyCity* de la *Space Needle*, equivale a terminar mis días entre rejas o peor aún, salir en las noticias… —negó efusivamente con la cabeza—, algo que soy reacia a experimentar.

Chasqueó la lengua.

—No digas nunca que no a un deseo si este puede hacerse realidad —le dijo—. Aprovecha lo que se te ofrece y disfruta de ello mientras puedas hacerlo.

Se lamió los labios, su previa diversión murió poco a poco bajo el peso de la realidad. Sacudió la cabeza y se negó a dejarse vencer por el pesimismo.

—Ten por seguro que lo haré.

—¿Alguna cosa más que quieras llevarte, encanto?

Ella lo recorrió disimuladamente con la mirada y asintió.

—Solo una última cosa —Le entregó la cesta y se alejó, buscando lo que necesitaba dos pasillos más allá—. No… no… no… ah, aquí estás —se mordió el labio inferior y se sonrojó, pero lo cogió de todos modos.

Sin decir una palabra lo dejó caer en la cesta y la cogió de sus manos para recuperarla, pero él no se lo permitió.

—¿Qué? —preguntó, con absoluta inocencia—. ¿No te gusta el chocolate?

Él se limitó a negar con la cabeza, aunque su mirada decía claramente que le había gustado su elección.

—Como ya dije, me gusta cualquier cosa que te tenga a ti como plato o bandeja —ronroneó, inclinándose sobre ella—. Pero me gusta aún más la manera en que te enfrentas a mí, hace que todo sea mucho más divertido.

No la dejó contestar, se limitó a coger la cesta de sus manos y la llevó él mismo, mientras

la empujaba a ella hacia la cola de la compra.

—Está muy bien que quieras echar una mano y puedes hacerlo llevando las bolsas —refunfuñó ella tiempo después, sentada frente a él a la mesa de un restaurante—, pero no era necesario que pagases la compra.

Nick puso los ojos en blanco, desde que habían dejado el supermercado, tras asegurarse que le llevarían la mercancía a primera hora de la tarde, Natalie no había dejado de refunfuñar por el estúpido hecho de que él hubiese pagado el importe de esta.

—Es como si me estuvieses pagando por tener sexo contigo y… —hizo una mueca—, el solo pensamiento es asqueroso.

—Si quieres que nos pongamos técnicos, en realidad eres tú la que ha pagado por tal servicio —le soltó—, ¿has visto que me quejara?

Lo fulminó con la mirada, esos ojos castaños se entrecerraron hasta formar dos perfectas rendijas.

—Te recuerdo que yo fui la primera en decirte que dieses media vuelta y te largases por dónde habías venido —siseó, dejando claro que su tolerancia empezaba a rayar el tope—. Por no hablar del hecho de que *tu* propia agencia te remitió seis meses después de haber enviado ese maldito formulario.

—Entonces considera el pago de la compra, como una compensación de *mi* agencia por el aplazamiento del contrato —resolvió, cruzando las manos sobre la mesa—. ¿Estás dolorida?

El inesperado cambio de registro volvió a descolocarla.

—¿Qué?

—No dejas de moverte sobre el asiento y tirar de la tela del pantalón hacia abajo —resumió. No había podido dejar de notar que durante el último tramo de camino hasta el restaurante italiano en el que decidieron detenerse, parecía caminar de forma distinta. Se había llevado una y otra vez las manos al pantalón y tirado discretamente de la tela hacia abajo.

—Vaya un lugar para preguntar algo así. —farfulló ella. El sonrojo que cubrió de inmediato sus mejillas fue una respuesta inmediata

—No debiste ponerte esos vaqueros.

—No te metas con mi ropa.

—Con lo sexy que estarías con una faldita… y nada debajo —continuó con absoluta premeditación—. Aunque me confieso amante de los vaqueros, consiguen realzar una parte que me encanta. Tu culo.

La intensidad de su rostro subió un par de grados. Tuvo que morderse la lengua para no soltar una risita. Era tan fácil de provocar, podía hacerla jadear y ponerse de todos los colores con tan solo unas cuantas frases escogidas, una reacción tan inocente y virginal que para su sorpresa le resultaba dulce y no repelente, como solía ser el caso.

—Sí, bueno, pues mi culo y el resto de su persona están perfectamente bien —le dijo, hablando casi entre dientes—. Gracias por preocuparte.

No, no lo estaba. No necesitaba utilizar su poder para sondearla, su lenguaje corporal hablaba por sí solo. Se lamió los labios y optó por utilizar un pequeño subterfugio, uno que contribuiría además a satisfacer sus propios deseos.

Se inclinó hacia delante, buscó su mirada hasta tenerla dónde quería y dejó que su poder acariciase cada una de sus palabras, engatusándola y empujando su fuerte voluntad.

—Estás dolorida, Natalie, y ese maldito pantalón no contribuye a aliviarte en lo más

mínimo —declaró, sintiendo la vibración de su poder emanando de cada una de sus palabras—. Así que este es un buen momento para que hagas algo por mí y que contribuirá a tu propia causa. Irás al baño de señoras que está en la planta de arriba, te quitarás los vaqueros y las bragas y te pondrás… esto.

Alejado de cualquier mirada curiosa, conjuró bajo la mesa una pequeña bolsa con el logotipo de una tienda en la que habían parado brevemente y que contenía una prenda de ropa mucho más cómoda y ligera, y sobre todo, destinada a su propio placer.

Dejó la pequeña bolsa de papel sobre la mesa y la empujó hacia ella.

—Iba a dártelo después, pero creo que este es sin duda el mejor momento, dadas las circunstancias.

Sus ojos se abrieron como los de un búho y no pudo evitar sonreír en respuesta.

—¿Cuándo…?

Mujeres, pensó.

—Cuando no estabas mirando.

Ella frunció el ceño, dejando claro que aquella no era una respuesta que le satisficiera.

—Si piensas por un solo momento que voy a ponerme aquí cualquier indecencia que se te haya ocurrido comprarme…

—No solo lo pienso, Natalie, lo harás —aseguró con ese tono de voz que no admitía discusión—. Y no te preocupes, es absolutamente recatado… dados tus estándares.

Abrió la boca, entonces parpadeó y volvió a cerrarla.

—Sensible y jodidamente irascible —resopló—. Tenía que haberte arrastrado al baño y follarte bajo la ducha.

—Y eso es sin duda una frase para recordar —rezongó ella, cogiendo la bolsa para echar un vistazo en su interior. A jugar por la forma en que se relajó, la prenda no era tan mala elección —. ¿Dónde dices que lo has comprado y cuándo?

—No dije dónde y sí dije que lo adquirí cuando tú no mirabas —concluyó la conversación —. Ahora deja de protestar, levanta el culo de la silla y ve a ponerte cómoda. Luego, podrás disfrutar de tu pizza.

Le sacó la lengua, cogió la bolsa y se marchó, contoneando esas delgadas caderas en dirección a los baños del piso superior.

—Y ahora es cuando empiezo a entender por qué demonios rezongaban tanto los agentes —murmuró para sí, recordando cada una de las quejas que los chicos habían depositado en más de una ocasión sobre su mesa.

Era muy raro que él se hiciese cargo de alguno de los clientes, si no era para echar una mano al agente asignado o cuando se requería de sus habilidades en situaciones muy particulares. Por regla general, había preferido emparejar por su cuenta los formularios entrantes con los agentes disponibles, sabiendo en todo momento que las asignaciones eran las adecuadas, incluso si con ese emparejamiento perdía algún que otro acompañante por el camino.

Dejando los días pasados de la Agencia a un lado, se centró en la mujer que había enviado escaleras arriba y sonrió para sí al pensar en lo que tenía en mente para ella.

—Y yo voy a disfrutar del aperitivo.

CAPÍTULO 15

Natalie sacó la falda negra de gasa de la bolsa y la estudió detenidamente. A primera vista parecía haber suficiente tela como para que no se la hiciese comer al artífice del regalo. Sacudió la prenda y estudió el diseño que formaban tres capas superpuestas cayendo una sobre otra en forma de túnica. Mientras que por la parte de atrás se iban superponiendo hasta formar una cascada que le llegaría a los tobillos, la asimetría delantera, dejaba el último de los volantes una mano entera por encima de la rodilla.

—Al menos no transparenta —murmuró para sí, comprobando la densidad que formaban las capas una vez colocadas una sobre otra.

No pudo evitar sentir cómo se le encendían las mejillas al notar lo observador que era Nickolas. Había intentado hasta lo imposible por encontrar una posición cómoda dentro de esos malditos pantalones, pero cada vez que se movía, cada vez que daba un paso, las costuras rozaban con su sensibilizado sexo al punto de volverla loca al principio, y derivar finalmente en una obvia incomodidad.

Había elegido aquellos pantalones porque eran lo único que le quedaba bien ahora mismo, su estancia en el hospital había contribuido, una vez más, a que perdiese peso. La verdad es que no tenía ropa que le sentase bien y tampoco se había molestado en comprarla, ¿para qué? No iba a poder disfrutarla, por lo que no merecía la pena ni siquiera pensar en ello.

Se miró en uno de los espejos del lavabo y se atusó el corto pelo. Uno de los motivos por los que se había negado a volver a pasar por la quimioterapia era la que veía ante el espejo, la que una vez había sido una espesa melena negra, se había convertido en ese desordenado y escaso peinado.

—Hace siglos que no pisas una peluquería —le dijo a su reflejo. Su actual corte de pelo obedecía a las tijeras que ella misma había empuñado. A decir verdad, había dejado de importarle su aspecto desde el momento en que supo que la enfermedad había vuelto y para quedarse. El maquillaje, los complementos, la bisutería que siempre le había gustado dejaron de ser algo importante para ella.

Se lamió los labios y deslizó las manos por el holgado suéter que dejaba a la vista la camiseta interior, entonces miró una vez más la falda y sus propios pies.

—Oh, sí, sin duda vas a ser todo un referente de moda.

Haciendo un mohín, volvió a tirar del pantalón hacia abajo, echó un vistazo a su alrededor y optó por uno de los dos baños del final. Necesitaba quitarse ese artículo de tortura antes de empezar a lloriquear de un momento a otro por la maldita incomodidad.

El cubículo era lo suficiente grande para que pudiese moverse a su antojo. Además del W.C. contenía un lavamanos, un amplio espejo y un secador de manos automático; y para su alivio, el lugar estaba limpio y perfumado.

Dejó la bolsa sobre la repisa del lavabo y se dio el placer de quitarse los malditos pantalones, respirando agradecida cuando la maldita tela resbaló por sus piernas.

—…sí, ya lo creo. Pero, ¿te has fijado en su acompañante?

La puerta principal rechinó al abrirse, seguida de voces femeninas.

—¿No es la chica de la tienda de antigüedades de la esquina? —dijo otra de las voces—. Desde luego, la chiquilla sabe cómo atrapar un buen partido… ese hombre parece el pecado

embotellado.

—Y qué ganas de darle un mordisco, ¿verdad? —se rio la primera que habló—. Nunca entenderé qué ven ese tipo de hombres en cosas… como ella. Ni siquiera es guapa, ¿y su aspecto? Parece que hubiese comprado la ropa en un mercadillo.

Natalie giró el rostro hacia la puerta cerrada, tras ella, sus dedos alisaban lentamente el pantalón, doblándolo con cuidado.

—Yo creo que es bastante guapa —comentó la otra mujer—, tiene unos ojos llamativos y está súper delgada. Mataría por tener esa figura. Pero Michael me ha dicho que ha puesto a la venta la tienda de antigüedades, de hecho, al parecer lleva cerrada desde hace casi mes y medio.

—Se habrá tomado unas vacaciones… —respondió la otra. Natalie pudo escuchar ahora el sonido del secador de manos, ahogando las voces—. Él… polvazo… sus vacaciones… yo quiero.

Una baja risita fue lo último que vibró en el aire antes de que oyese la puerta una vez más y quedase todo en silencio.

—Y esto es lo que se conoce como una pequeña y cotilla vecindad —resopló, se giró hacia el espejo y encogiéndose de hombros, se puso la falda.

La tela caía perfectamente sobre sus caderas y se ceñía a su cintura como una segunda piel. Se movió de un lado a otro, girándose y apreciando el modelo desde todos los ángulos hasta que una punzada entre las piernas la dejó sin aire.

—Joder —jadeó, aferrándose al borde del lavabo. Le molestaba hasta la ropa interior.

Se mordió el labio inferior y contempló su reflejo una vez más.

—Sin bragas —murmuró para sí, escuchando las palabras masculinas sobre las suyas propias—. Diablos.

No se lo pensó, metió las manos por debajo de la falda, enganchó los pulgares en la cinturilla elástica y tiró hacia abajo, deshaciéndose de su ropa interior. El aire acarició de inmediato sus sensibles pliegues dándole un breve momento de alivio.

Se tomó unos minutos para asearse rápidamente y meter sus pertenencias dentro de la bolsa, antes de quitar el pestillo y abrir la puerta.

—Empezaba a pensar que tendría que entrar a sacarte.

Natalie se quedó inmóvil, su mirada fija en el hombre que permanecía apoyado de forma indolente contra el largo lavamanos del aseo de mujeres, deslizando los dedos de una mano alrededor del borde de lo que solo podía ser…

—¿Eso es una cubitera?

Estúpida pregunta con la que comenzar, se dio cuenta casi en el mismo momento en que la frase abandonó su boca. Sacudió la cabeza y señaló lo obvio.

—No sé si te has dado cuenta de ello pero, el monigote con faldita en la puerta, indica el baño de mujeres —le dijo sin más—. A ti te tocaría el que está al otro lado.

La perezosa sonrisa que curvó sus labios le dijo al momento que no se había equivocado. Estaba allí a propósito.

—Estoy justo dónde necesito estar, encanto —aseguró, acortando ahora la distancia entre ambos—, y dónde tú necesitas también que esté. Y sí, es una cubitera.

—Pero para qué…

No le permitió terminar la pregunta, la levantó del suelo y la sentó en la encimera libre que quedaba entre cada lavamanos para luego introducirse entre sus piernas abiertas. Sus dedos se deslizaron entonces por sus desnudas rodillas, ascendiendo y sumergiéndose por debajo de la falda hasta alcanzar la unión de los muslos.

—He aquí un nuevo juego —le susurró al oído—, al que me gusta llamar: *Derretir el hielo*.

Parpadeó. Fue incapaz de decir una sola palabra, especialmente cuando sacó un cubito de hielo del recipiente, lo lamió y con esa pícara sonrisa curvándole los labios, lo introdujo entre sus piernas, acariciándole los muslos para finalmente…

—¡Oh, joder!

Estuvo a punto de saltar sobre él con tal de evitar que ese ardiente frío volviese a tocarla.

—Con un «oh, Nick» será suficiente.

Sacudió la cabeza e intentó alejarle.

—No me gusta este juego… —declaró con absoluta contundencia—. ¿Tienes idea de lo fría que está esa cosa?

—Es hielo, Natalie, se supone que debe estar frío.

Lo fulminó con la mirada e interpuso las manos entre ambos, intentando empujar ese inamovible cuerpo de entre sus piernas. Al ver que no solo no se movía, sino que resbalaba ahora un dedo sobre el lugar que previamente había tocado el hielo, entrecerró los ojos.

—No te atrevas… —rezongó—. ¿Y si entra alguien? Este es un baño público, por dios…

—No entrará nadie —declaró con esa firmeza y confianza que empezaba a reconocer ya como parte de su carácter—, deja de pensar y juega conmigo.

Jadeó.

—¿Que juegue contigo? ¿Quién tiene el cubito de hielo, so capullo?

Sus labios se curvaron brevemente mientras se echaba hacia delante, obligándola a retroceder.

—Limítate a abrir las piernas y contener los gemidos —le acarició la boca con la lengua, incitándola en un beso que nunca llegaba—, yo haré el resto.

—Confiésalo, siempre fuiste de los que preferían jugar solo —refunfuñó, sintiéndose cada vez más acalorada bajo su cuerpo.

Chasqueó la lengua.

—Soy reacio a compartir mis juguetes —ronroneó.

Sin advertencia, volvió a arrastrar el hielo por su sensible e hinchado sexo. Si no hubiese optado en ese momento por besarla y tragarse de ese modo el grito que emergió de su garganta, todo el restaurante lo habría escuchado.

Nick ahogó una risa contra los suaves labios femeninos, ella temblaba ahora en sus brazos, luchando por cerrar los muslos sin que le permitiese hacerlo al encontrarse entre ellos. No abandonó su boca mientras deslizaba ese pequeño pedazo de hielo alrededor de los calientes pliegues, se bebió cada una de sus protestas, de sus jadeos y la torturó como solo él podía hacerlo.

Le gustaba tenerla así, a su merced, sin que pudiese hacer otra cosa que aceptar el placer que le entregaba, obligándola a sucumbir o quemarse en la placentera lucha. Apartó el pedacito de hielo que ya se derretía bajo el calor del cuerpo femenino y su propia mano y deslizó la yema del dedo, resiguiendo el mismo sendero húmedo que había marcado. Su sexo estaba hinchado, inflamado por el previo roce del pantalón que no había hecho otra cosa que rozar la suave carne de ese dulce y caliente coñito.

Natalie era muy sensible, su cuerpo respondía a cada una de sus demandas con deliciosa rapidez, pero debía tener en cuenta que ella era nueva en esos juegos y darle tiempo para

aclimatarse. Tiempo. Algo que no tenían ninguno de los dos.

La besó de nuevo, ahondando en su boca, enlazando la lengua en la suya y succionándola, deseando bebérsela por completo. Dejó que una pequeña brizna de su poder lo recorriese, le lamiese la piel y se filtrase en ella a través de sus dedos; la necesitaba lo más entera posible para el pacto de esa noche.

Deslizó los dedos sobre su sexo, sintiendo la cálida humedad en contraste con el rastro helado que había dejado tras de sí el hielo. Lloriqueó en su boca, apretándose más contra él, como si ese gesto pudiese alejarla del ardor que ocasionaba el hielo en su piel y el deseo que nuevamente despertaba en su interior.

—Nick… —jadeó su nombre nada más separar sus labios. Como si lo hubiese estado pronunciando sin parar—, eso… quema...

—¿Y te resulta agradable o no?

Cualquiera respuesta que quisiera darle quedó inmediatamente interrumpida bajo el pequeño gemido que escapó de entre sus labios cuando hizo el ademán de hundir el hielo en su interior.

—Oh, dios —la oyó jadear, sus dedos aferrándose con desesperación a sus hombros—. Oh… joder…

Sonrió para sí al tiempo que retiraba esa helada tortura y la acariciaba una vez más con los dedos, bañándola con su don sanador, erradicando cualquier molestia que pudiese quedar en su cuerpo de la posesión a la que la sometió durante la noche.

—¿Quieres que pare?

—¡No!

Su impulsiva respuesta la hizo enrojecer, sus mejillas se oscurecieron añadiendo un tono más vivaracho que contrastaba con la profundidad que ahora bailaba en sus ojos.

—Quiero decir…

—Quieres decir no, no pares. —Volvió a besarla, privándola de palabras—. Eso es lo que tu cuerpo desea, lo que desea tu alma. Déjame entrar, Natalie, deja que me lleve la incomodidad y el dolor, entrégate a mí y permite que te haga disfrutar.

Se estremeció, sintió cómo todo su cuerpo temblaba, cómo lo hacía también su alma y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por contenerse y no entrar en ella sin permiso. Él mismo temblaba ahora ante la necesidad de ir más allá, de entrar en su cuerpo y arañar el oscuro hielo del veneno que envolvía todo lo que era y sería, la esencia que la hacía quien era y sin la que él mismo caería en la completa oscuridad.

—Nick —gimió una vez más su nombre. A estas alturas tenía ya los labios hinchados y rojos de mordérselos ella misma para evitar gemir.

—Separa más las piernas —la instó a hacerlo, empujándole las rodillas hacia los lados, abriéndola para él—. Levántate la falda —insistió, clavando su mirada ahora en la de ella, empujándola a la obediencia—. Así… mantenla justo ahí…

Bajó la mirada entre sus cuerpos, los suaves y negros ricitos entre sus piernas lo hicieron relamerse. La acarició una vez más, disfrutando de la visión de ese carnoso sexo expuesto y todavía no lo suficiente desnudo. Su pene parecía conectado con sus propios pensamientos, ya que latía con fuerza en el interior del pantalón y más duro de lo que creía haber estado alguna vez en toda su larga vida.

—Estoy deseando ver este precioso coñito desnudo —murmuró en voz baja, un tono oscuro y profundamente sexual nacido de lo más profundo de su propio deseo—, ¿qué me dices, Natalie? Sin vello, las sensaciones se incrementarían… lo sentirías todo mucho más…

—Tú… quieres… matarme.

—No, pequeña —se rio, pero sabía que su risa no nacía de la diversión, sino de la ironía. Se lamió los labios y deslizó una vez más el medio derretido cubito por sus labios vaginales, aumentando la presión sobre su entrada—. Disfruto demasiado contigo viva.

No respondió, al menos no con palabras, y no creía que ese agudo maullido que brotó de sus labios fuese uno que pudiese tomarse como una respuesta apropiada.

—Pero sí quiero posar mi lengua justo aquí —continuó torturándola, puntualizando cada palabra con una pasada del hielo, seguido de sus dedos, liberándola de toda posible molestia y aumentando al mismo tiempo el placer—, y morderte aquí —continuó entre sus rizos—, y succionar este lunar de aquí —insistió, torturándola con mucha suavidad—, después de que te tenga totalmente libre de esta adorable mata de vello negro.

—En tus sueños, hasta es posible —se las ingenió para farfullar ella, echando la cabeza hacia atrás, mordiéndose los labios cuando el deseo se hacía tan intenso que no podía evitar callar.

—Me gusta la realidad —se rio, penetrándola ahora muy lentamente con un dedo, sintiendo cómo su sexo lo ceñía, succionándolo en su interior—, es mucho más divertida y caliente. ¿Quieres hacerlo tú o te lo hago yo? —Con el pulgar le frotó el vello, dejando claro a qué se refería—. Te quiero depilada. Completamente. Solo quiero piel entre mi lengua y tu sexo.

Ella sacudió la cabeza, entonces la dejó caer hacia atrás, apoyándose contra el espejo que le devolvía aquella erótica imagen de los dos, juntos, íntimamente unidos y a pesar de todo separados.

—El romanticismo es sin duda tu segundo nombre.

—No, en realidad es *Gabrian* —le susurró, inclinándose sobre ella, vertiendo aquel dato, que muy poca gente o casi nadie conocía, en su oído. Ni siquiera sabía por qué le confesaba aquello, por qué le daba tal poder sobre él. O quizá sí. Quizá quería resarcirse de alguna manera, enmendar el camino que había emprendido y al que la conduciría irremediablemente—. Pero prefiero que sigas gimiendo Nick… es más corto y suena muy erótico en esos hinchados y rojos labios.

Sus ojos se encontraron, había deseo en ellos, en los de ambos, podía sentirlo sin necesidad de ver los suyos propios.

—Gime para mí, encanto —pidió, y para su propia diversión la vio apretar incluso con más fuerza esas dos carnosas líneas—. ¿No? Um… ya veo, necesitas un poco de persuasión.

Le mordió la barbilla, un suave mordisquito que la distrajo momentáneamente de lo que tenía en mente.

Malo, Nick, te estás volviendo cada vez más perverso con esta pequeña gatita.

Y por el maldito Gremio que lo estaba disfrutando como nunca. Deslizó el dedo que mantenía sumergido en su prieto sexo y tras reducir lo que quedaba del cubito de hielo a una pequeña pepita, jugó con ella en su abertura.

—Grita mi nombre, Natalie —le dijo antes de poseer su boca y empujar ese pequeño fuego frío en su interior con fuerza—, grita para mí.

Y lo hizo, saltó en sus brazos, hundió los dedos y las cortas uñas en sus hombros y gritó su nombre mientras un demoledor orgasmo la traspasaba dejando su cuerpo preso de los temblores y la liberación. Retuvo su aliento, se tragó su nombre y la sostuvo mientras sentía ese acelerado corazón latiendo ahora pegado al pecho, instando al suyo a acompañarle. Dejó que su poder entrase una vez más en ella, bañándola por completo, acariciando cualquier pequeña fisura o irritación, desvaneciendo el cansancio iniciado por la enfermedad y asegurándose a sí mismo un

poco más de tiempo.

Esa tarde tendría que dejarla descansar, quizá instarla a sumergirse en el sueño de modo que su cuerpo pudiese conservar las energías que la enfermedad le robaba.

Abandonó sus labios, acariciándoselos una última vez, buscando su mirada y encontrándola ligeramente vidriada, perdida.

—¿Comemos ahora esa pizza?

Parpadeó, sus ojos marrones tardaron en aclararse, pero cuando lo hicieron se clavaron en él.

—Claro —murmuró y él no pudo evitar cierta satisfacción al escuchar el tono rasposo de su voz—, cuando mis piernas vuelvan a acordarse de cómo se camina y mi cerebro procese de nuevo las cosas correctamente.

Enarcó una ceja con marcada ironía.

—Eso podría llevarte bastante tiempo, encanto.

Se lamió los labios.

—En ese caso, será mejor que nos pongan la pizza para llevar —musitó—. Yo llevo la pizza, y tú a mí.

Nick se echó a reír, esa pequeña y frágil mujer tenía un sentido de humor tan negro como el suyo.

CAPÍTULO 16

Nick dejó el vaso con agua y las pastillas sobre la tosca mesa de madera del salón y la observó durante unos instantes. Estaba profundamente dormida, con la mano apoyada bajo la mejilla, como si el cojín no fuese suficiente. No le sorprendía, había notado su cansancio desde el mismo momento que abandonó la cama y la inesperada visita de esa mañana solo contribuyó a minar su resistencia. Se giró, cogió la manta del otro sillón y la cubrió con ella. Su fragilidad parecía acentuarse bajo el sueño resultándole incluso más difícil apartarse de ella.

—Descansa ahora, Natalie, necesitarás todas tus fuerzas para esta noche —le susurró, dejando que su poder la envolviese, protegiéndola de pesadillas y de los agudos síntomas de la enfermedad que no podía curar.

Resbaló los dedos sobre su mejilla, apartando un díscolo mechón de pelo negro y la vio arrugar la nariz, pero no despertó. Dejando que una vaga sonrisa curvara sus labios, la dejó dormir y se marchó. Aquel era tan buen momento como cualquiera para empezar a resolver algunas cosas.

—No, no puedes Mac —rezongó Elphet—. Ponte tus pantalones de adulto y sal por esa puerta a cumplir con tu misión. No te morirás por pasar tres días con una chica, especialmente si estás entre sus piernas. Al contrario, vives de ello.

Nick no pudo evitar sonreír para sí cuando vio a la diminuta y voluptuosa mujer cerrar la puerta con el tacón del zapato y restregarse las manos como si acabase de despachar un nuevo problema.

—Una cosa menos —resopló, echando un vistazo a la mesa sobre la que estaban desperdigados algunos papeles. La oficina tenía ahora un aspecto más femenino, especialmente con esas plantas y cuadros florales que decoraban la pared principal—. Vamos a por el siguiente desastre.

—¿Un día duro, Elph?

Se quedó inmóvil al escuchar su voz. Notó la rigidez en su cuerpo y el ligero temblor que la recorrió de pies a cabeza antes de atreverse a girarse hacia él. No dijo una sola palabra, se limitó a mirarle a los ojos sin molestarse en ocultar en los suyos la infinidad de emociones que los atravesaron. Estaba magnífica con ese traje de chaqueta y minifalda, sus largas piernas terminaban en unos altos zapatos de tacón, pero era ese extraño aire que ahora la rodeaba lo que más le afectó. Ya no era la muchacha que él había rescatado, ni siquiera la dulce mujer que había convertido en su amante, la hembra que estaba ahora ante él no se conformaría solo con una disculpa; pediría su cabeza en bandeja.

—Hola pequeña —la saludó, a sabiendas que estaba a punto de iniciar una batalla entre ambos.

—¿Eso es todo lo que tienes para decirme? —Su voz sonó fría, pero no pudo evitar reconocer el tono subyacente, el que estaba haciendo todo lo posible por ocultar—. Desapareces sin dejar rastro, no ofreces ninguna clase de explicación a tus agentes e incluso te das el lujo de dejar algunas cosas preparadas para algo que solo tú sabes. ¿Tienes idea del infierno que has

dejado en esta empresa? ¡Podrías al menos haberme dejado un jodido manual o algo!

Sonrió de medio lado al ver las primeras lágrimas perlando sus pestañas. Las alejó con decisión, parpadeando sin parar mientras él acortaba la distancia entre ambos y se encargaba de limpiarlas con los pulgares.

—Los problemas fortalecen el carácter —respondió, acariciándole las mejillas—, y activan la capacidad de lidiar con cosas que de otro modo ni siquiera te molestarías en considerar. Te ha sentado bien la dirección de la Agencia. Estás arrebatadora.

La joven *nereida* parpadeó varias veces sin conseguir alejar las lágrimas que ya se deslizaban por sus mejillas.

—Eres un cabrón hijo de puta, Nickolas Hellmore —aseguró, arrugando la nariz, para luego echarle los brazos al cuello—, pero doy gracias a todos los dioses porque te han mantenido con vida hasta el momento.

Correspondió a su abrazo durante unos instantes, recordando la sensación de tenerla entre sus brazos, pero ya no como algo sexual, sino con la emoción que trae consigo el cariño y el amor fraternal.

—Dime que las cosas han salido tal y como debían salir —murmuró ella en su oído, desprendiéndose poco a poco de su abrazo hasta poder mirarle a los ojos—. Dime que todo ha terminado.

Le acarició la mejilla y sacudió la cabeza.

—La encontré, pero nada es como debería haber sido —aseguró, confesando sus pensamientos en voz alta a la única persona en la que confiaba ciegamente—. Y mayormente por mi culpa. Llegué demasiado tarde.

El horror se reflejó en sus ojos incluso antes de que tuviese oportunidad de decir una sola palabra.

—No… no es posible que ya haya comenzado.

Sin mediar palabra, le cogió la mano izquierda, apartó el puño de la camisa y jadeó al ver el tatuaje con líneas oscuras.

—Nick, no… —musitó, sacudiendo la cabeza. Entonces alzó la mirada hasta encontrarse con la suya—. ¿Cómo es posible? No puede ir tan rápido…

Tiró suavemente de su mano y la giró, sujetando las de ella.

—Sí, puede —aceptó. No había necesidad de guardarse secretos, de entre todas las personas vivas, Elphet era una de las pocas que estaba al tanto de la maldición de su nacimiento —. Se está muriendo, Elph y no por mi mano. El alma que habita en el interior de la portadora, se agota emponzoñada por la enfermedad y el dolor que la aqueja…

—Nickolas…

—Fui un estúpido al darle la espalda al destino —aceptó, mirándola a los ojos—. Tenía que haber aceptado el contrato en el mismo instante en que entró… pero lo dejé pasar y ahora… ahora ambos estamos en la cuerda floja.

Ella se lamió los labios, podía ver en sus ojos que deseaba decirle tantas cosas, pero las palabras no encontraban la salida.

—Está bien, pequeña, es algo que estaba destinado a suceder.

Sacudió la cabeza, algunas hebras de pelo se habían soltado del moño en el que lo llevaba recogido y le enmarcaban el rostro.

—Pero no así, nunca así —negó, dándole la espalda—. Es todo culpa mía… Te lo dije, te dije que debías dejarme ir… y no lo hiciste. No lo hiciste y… maldita sea, ¡debí detenerte!

La rodeó con los brazos, atrayendo su espalda contra su pecho, sintiéndola temblar.

—No podrías haberlo hecho aunque quisieras —le susurró al oído, abrazándola con fuerza —, ese no era tu destino, Elph.

Ella se revolvió, girándose hasta enfrentarse con él.

—¡Lo era! ¡Lo era o de otro modo no habrías sido castigado por ello! —alzó la voz, la desesperación se palpaba en su tono—. Debiste dejarme ir entonces, debiste dejar que me castigasen a mí... debiste dejar que afrontase mi condena.

—Verte obligado a seccionar la vida de la persona que amas y que posee tu alma, es la peor de las condenas, cariño —aseguró, cogiéndole el rostro entre las manos—, una que tú ya llevas sin merecerla siquiera. Él no dudó en violar vuestro juramento, tenías derecho a tu venganza… a vuestra venganza… pero no merecías morir por ello. Él sí.

Las lágrimas brotaron de sus ojos como lo hicieron aquella fría y lluviosa noche.

—No entiendo por qué tiene que ser castigado alguien que ha salvado vidas a costa de la suya propia.

Le acarició la mejilla con el pulgar.

—Las normas están hechas para romperse —le aseguró, con una sonrisa—. Tú las rompiste para salvar tu vida y la de Aine y yo… porque era necesario para traerte de vuelta.

Sacudió la cabeza y aferró sus manos, buscando en ellas la fuerza que necesitaba para mantenerse en pie. A pesar de haber pasado tanto tiempo, el pasado seguía demasiado presente en su alma.

—Una decisión que tomaste a pesar de mi voluntad y que te reportó el mayor de los castigos.

Se encogió de hombros.

—Tú estás aquí, yo estoy aquí… no ha sido tan malo.

Ella bufó.

—No me vengas con esas, Nick, a mí no.

Se llevó las manos femeninas a los labios y las besó antes de dejarlas ir.

—Sabes, Elph. Creí que encontrándola pondría fin a todo lo demás —confesó—, pero no imaginé que lo que haría en realidad era poner las cosas en marcha.

Sus ojos se encontraron con los suyos, la tensión presente en sus facciones.

—No puedes retenerla —le recordó, haciendo hincapié en cada una de sus palabras—. No puedes volver a cometer el mismo error, esta vez no te perdonarán y lo sabes.

Ladeó el rostro, mirándola con atención, buscando una respuesta a la pregunta que llevaba rondándole tanto tiempo y la cual nunca se atrevió a poner en palabras.

—¿Fue un error lo que cometí contigo, nena?

El dolor y el remordimiento se reflejaron en los ojos claros de la mujer, pero no había en ellos odio o arrepentimiento por sus acciones.

—Yo fui la causa de que fueses castigado y expulsado del *Gremio Angely* —murmuró, sin perder su mirada—. Sé lo que eso supuso para ti, en todos los sentidos, y no quiero verte de nuevo en la misma situación. Tienes que seguir adelante sin pensar y sin dejar que las emociones intercedan con tu meta, ahora más que nunca, es la única manera. Por favor, Nick —Sacudió la cabeza, la desesperación era palpable en su rostro—. No quiero verte de nuevo en el papel de presa.

Sonrió de medio lado ante el recordatorio.

—¿Y quitarle toda la diversión a Eydam?

Ella frunció el ceño e incluso llegó a apuñalarle el pecho con un dedo, la preocupación a menudo quedaba de lado para dejar salir su genio.

—No juegues a este juego, Nickolas, no tienes la menor idea de las ganas que tengo ahora mismo de retorcerte los testículos —siseó ella, dando un paso atrás—. No quiero verte herido otra vez.

Le acarició el rostro, buscando reconfortarla.

—No tendrás que preocuparte por esa clase de heridas, nena —aseguró, al tiempo que echaba un vistazo a su alrededor—. Natalie no morirá por mi mano, aunque el peso de su partida empieza a pesarme tanto como si lo hiciera.

No le vio el rostro, pero no lo necesitó para adivinar su expresión, sus emociones siempre habían estado a flor de piel, sintonizadas con él mismo. Elphet y él poseían un vínculo que los unía de una manera indisoluble, una unión que los hermanaría eternamente.

—Has cruzado la línea.

Se giró a ella y levantó la mano, haciendo hincapié en las sombras del tatuaje.

—Todavía me queda tiempo.

Sacudió la cabeza, pero sus labios se curvaron en una triste sonrisa.

—No lo digo por eso —se lamió los labios—, y tampoco era una pregunta.

Él enarcó una ceja ante su afirmación.

—Sí. La has cruzado y ni siquiera te has dado cuenta de ello —insistió, ladeando ahora el rostro—. Lo has hecho, de otro modo su pérdida no sería para ti más que un daño colateral más traído por el destino.

Se miraron durante unos instantes y ella suspiró.

—Siempre temí que llegase este día —murmuró, dedicándole una triste sonrisa—, el momento en el que alguien más se apropiase de ese órgano que no para de latir.

—Elph, estás sacando conclusiones precipitadas…

Negó con la cabeza y lo invitó con un gesto hacia su escritorio.

—Hombres —se rio y le indicó el asiento—. Ciegos incluso con los ojos abiertos. Ven, siéntate, deja caer la máscara tras la que te ocultas y tómate un café conmigo. Necesitas relajarte aunque sea solo unos instantes y te vendrá bien hablar.

Sonrió, divertido por la sugerencia.

—¿Me estás psicoanalizando, Elph?

Ella se limitó a devolverle el gesto y chasquear la lengua.

—Ni en un millón de años se me ocurriría intentar hurgar en tu mente, *jefe* —respondió con coquetería, dedicándole su mejor y más genuina sonrisa—, pero si quieres hablar… yo soy buena escuchando. Después de todo, ese es el motivo que te ha traído aquí.

Sonrió ante su seguridad.

—¿Lo es?

Se giró hacia él y le devolvió la sonrisa, recordándole que entre ellos existía un vínculo que nada ni nadie podría romper.

—Sí, Nick, lo es —aseguró y se giró hacia la cafetera—. Y deduzco también que no soy la única a la que quieres ver esta tarde, así que… ¿lo de siempre, jefe?

—Sí, lo de siempre.

Durante un momento ambos permanecieron en silencio, solo el funcionamiento de la cafetera inundaba la habitación.

—Dime la verdad, Elph, ¿me equivoqué en mi elección? —Las palabras brotaron de sus labios incluso antes de que pudiese contenerlas—. ¿Me equivoqué al negarte la posibilidad de reunirte con él?

La nereida se giró hacia él, se apartó un mechón de pelo que había escapado de su estoico

recogido y le dedicó una tierna mirada.

—No, Nick —negó, sus labios se curvaron en una dulce sonrisa—, no lo hiciste. Evitaste que me fuera cuando no era mi momento y dejase a esa locuela de Aine sola, pero sobre todo evitaste que condenase mi propia alma por alguien que no se la merecía.

Acortó la distancia entre ambos y se acuclilló frente a él, cogiendo sus manos entre las suyas.

—Sé que nunca te he dado las gracias por ello…

—Yo no quise oírlas —le recordó, al tiempo que le cubría los labios con los dedos—, y sigo sin querer hacerlo.

Ella le cogió la mano que la silenciaba, le besó los dedos y sonrió.

—Siempre con esa necesidad de llevar la contraria.

Sonrió en respuesta, agradecido por su presencia.

—Hay defectos que no se pueden cambiar.

—¿Ahora vas a decirme que lo consideras un defecto?

Su sonrisa se amplió, mostrando una creciente diversión.

—Ya sabes qué opino sobre los defectos, especialmente sobre los míos.

—Oh, sí —aseguró, incorporándose hasta estar cerca de sus labios—. Los disfrutas demasiado.

La besó con suavidad, un beso de amistad y cariño.

—Gracias, Nick —lo sorprendió ella—. Gracias por no dejar que me fuera cuando aún no era mi momento.

Le dedicó un guiño.

—Ya sabes que siempre se me ha dado bien llevar la contraria.

Ella se echó a reír.

—A mí me lo vas a decir.

CAPÍTULO 17

El timbre de la puerta la despertó. Natalie se incorporó sobresaltada, mirando a ambos lados desde el sofá todavía desorientada y frunció el ceño. ¿Se había quedado dormida? Se frotó los ojos y bostezó antes de terminar pasándose la mano por la cabeza para desenredar el pelo. El malestar que la había estado rondando desde primera hora de la mañana parecía haberse desvanecido, solo quedaba un ligero aturdimiento muy común en sus momentos vespertinos.

La penetrante campanilla volvió a sonar, empezaba a odiar con pasión ese maldito timbre, nunca fue tan utilizado como hasta el momento. Su círculo de visitas se había ido ampliando desde cero hasta el infinito. Hizo a un lado la manta con la que estaba arropada y bajó los pies al suelo.

—¿Nickolas? —pronunció su nombre en voz alta, esperando que su indeseado huésped estuviese haciendo alguna cosa en la casa. No hubo respuesta—. ¿Nick?

El silencio siguió a un nuevo timbrazo, el cual hizo que girase de inmediato la cabeza en dirección a la puerta. Alguien iba a quedarse sin el jodido dedito.

—¡Ya voy! —respondió en voz alta, dejando la manta a un lado y cruzando en calcetines el pasillo desde el salón al recibidor. Un breve vistazo al reloj del pasillo le dijo que había dormido más de lo que suponía, el ajetreo de las últimas horas le había pasado factura—. Espero que no seas ningún vendedor a domicilio o vas a llevarte una enorme sorpresa.

Abrió la puerta dispuesta a decir un par de cosas al apasionado del timbre pero las palabras se le quedaron a las puertas cuando contempló al hombre que se encontraba del otro lado.

—¿Sabes? La gente normal suele llamar antes de presentarse en la puerta de tu casa y fundir el timbre.

Los oscuros ojos marrones se entrecerraron bajo unas perfectas y delineadas cejas doradas, una sombra de barba le delimitaba el bigote y bajaba a su barbilla formando una perfecta perilla. Un par de pequeños aros de plata quedaban a la vista en el arco superior de la oreja derecha, asomando entre los indomables rizos del espeso pelo trigueño, sin duda un aspecto desenfadado que contrastaba estrepitosamente con el traje a medida y caro abrigo que llevaba doblado sobre el brazo.

—La gente normal también suele responder a las llamadas o dejar aviso en caso de terminar de nuevo en el hospital —respondió él, con ese típico acento inglés que tanto le gustaba.

Hizo una mueca ante sus palabras. Él sabía que no le gustaba depender de nadie, de todos modos, si las cosas se hubiesen desarrollado de manera normal, habría sido el primero en enterarse de su ingreso en el hospital. Pero los últimos días no habían sido normales. No, ni un poquito.

—Tengo que alegar en mi defensa que no me dio tiempo a avisar a nadie —declaró alzando ambas manos en un gesto de rendición—, me quedé frita justo ahí —señaló el suelo—, y de todo esto solo me enteré hace una semana, cuando me desperté en el hospital, tras mes y medio ingresada.

Chasqueó la lengua, su mirada contenía la censura que sabía iba a encontrar. Eydam Force no era un hombre de sorpresas, desde que lo conocía —lo cual equivaldría a decir toda la vida—, su forma de actuar había sido siempre la misma y también su apariencia. Eydam tenía que rondar ya los cincuenta y sin embargo poseía la juventud y vitalidad de un hombre de treinta y cinco o

cuarenta años. Su apariencia no había cambiado mucho a lo largo de los años, era un hombre que envejecía realmente bien.

—Tiempo más que suficiente para que cogieses un teléfono y me llamases de inmediato —la amonestó. Entonces sacudió la cabeza y la ladeó en ese gesto que siempre la hacía sentirse como una niña—. ¿Qué voy a hacer contigo, Natalie?

Se lamió los labios y arrugó la nariz cuando sintió el picor de las lágrimas tras los ojos.

—Eres mi padrino, podrías comenzar con abrazarme —sugirió encogiéndose de hombros.

Él no vaciló en abrir los brazos, como tampoco lo hizo ella en acudir a estos. La suave y especiada colonia que lo envolvía la hizo recordar el pasado, aquellos momentos en los que todo parecía venirse abajo y su presencia contribuía a mejorar las cosas.

—¿Estás bien? —le preguntó al oído. Ambos sabían que era una pregunta de rigor, un juego que mantenían con mor de conservar la estoicidad.

—Curiosamente, mejor de lo que supondría encontrarme dadas las circunstancias —confesó. Esa era una verdad innegable.

Se separó lo justo para mirarle a la cara, los delgados y elegantes dedos masculinos le levantaron la barbilla.

—Eso es bueno.

—Solo es un alivio temporal —se encogió de hombros—. No es como si fuese una señal de que las cosas pudiesen cambiar.

—Natalie…

Negó con la cabeza y dio un paso atrás. Se obligó incluso a sonreír.

—Estoy bien, estoy bien —aceptó, alzando la barbilla—. Y pienso disfrutar de cada momento y dar de mí lo máximo que pueda permitirme.

Él asintió y señaló la casa con un gesto.

—¿Y bien? ¿Me invitas a entrar o vas a tenerme toda la tarde en el recibidor?

Ladeó la cabeza, imitando su gesto.

—Eso depende, ¿te quedarás más de cinco minutos?

La mueca que curvó sus labios hizo que chasquease la lengua.

—Déjame adivinar, pasabas por la ciudad y aprovechaste para hacerle una visita a la descarriada de tu ahijada.

—Hice una promesa y estoy obligado a cumplirla. Eso me obliga a estar pendiente de ti —le recordó. Aquella era una de las típicas respuestas del rey de los rodeos. No había forma humana de sacarle una respuesta directa, si él no deseaba responder, no lo haría.

Eydam era un hombre hermético, casi al punto de resultar paranoico y misterioso. Había entrado en su vida tras la muerte de su madre, presentándose a ella como su padrino el mismo día del funeral. Gracias a él recordaba cosas de su madre que con el tiempo habría olvidado, de hecho, de las personas vivas que quedaban en su vida, él era el único que conocía la identidad de su padre biológico. Al igual que su progenitora, se negaba a ponerle nombre y rostro al hombre que la había engendrado, lo que la llevó a la conclusión de que tenía que tratarse de un hombre casado o alguien cuyo recuerdo deseaban ocultar; alguien que no tenía el menor deseo de tener una hija.

—¿Eso quiere decir que te quedarás unos días en la ciudad? —comentó, dejando a un lado los pensamientos e invitándole a entrar—. ¿Tienes tiempo al menos para un café?

—Siempre tengo tiempo para compartir una taza de café contigo, pequeña —aseguró, dejando su abrigo sobre la silla del recibidor—. ¿Tienes tú tiempo para mí?

Enarcó una ceja ante la extraña pregunta.

—Tú eres una de las pocas personas por las que me esforzaría en encontrar el tiempo, Eydam —respondió, mirándole—. Tus conversaciones son algo que no me perdería por nada del mundo.

Sin duda lo eran, cuando hablaba con él parecía que todos los problemas se esfumaban y la vida volvía a una especie de normalidad que necesitaba para funcionar. Su padrino tenía la capacidad de escuchar, resolver y emitir una sentencia en pocas frases dejándola siempre a ella la opción final. Era también una de las pocas personas que la conocían en profundidad, alguien con quien se había sincerado y abierto en su totalidad, o así lo había creído hasta que Nickolas entró por su puerta.

—Podría venirme bien tu consejo en… una estupidez que creo haber cometido.

Imitó su previo gesto y ladeó el rostro.

—¿De qué clase de estupidez estamos hablando?

Hizo una mueca.

—Una de proporciones bíblicas —resopló. Entonces estiró la mano invitándolo a la cocina —. Pero será mejor que te lo cuente delante de ese café. No sé tú, pero yo necesito un chute de cafeína para soltar todo esto y no morirme en el intento.

Los ojos marrones se encontraron con los suyos, una leve censura que no trasmitían sus palabras, pero ambos sabían que no era necesario.

—¿Solo o con leche? —se evadió con elegancia, pero no pareció colar.

—No vas a escapar tan fácilmente, señorita —le recordó, advirtiéndola que no saldría de esa conversación sin un buen rapapolvo.

Suspiró.

—Que sea solo entonces.

CAPÍTULO 18

El hacha partió con facilidad el tronco, seccionando la madera a la mitad como si fuese mantequilla, antes que esta se uniera al pequeño montón que ya había esparcido en el suelo. Los músculos se ondularon con cada movimiento que hacía el leñador, quien volvió a poner otra pieza sobre el tocón antes de partirlo nuevamente. El sonido del hierro contra la madera era bienvenido en esa parte alejada de la civilización, un área dentro de las reservas de las tribus autóctonas al norte de Vancouver. Lo que antaño había sido una extensión yerma y carente de vida, se había convertido en una de las regiones más espectaculares y ricas en vegetación y caza de todo el territorio, uno que pertenecía a los dos hechiceros que se habían instalado recientemente en él.

La amplia casa de piedra y madera de una sola planta, que formaba parte del rancho que se había levantado hacía algunos meses, encajaba perfectamente en el lugar. Tan robusta y pintoresca por fuera, Nick intuía que su interior se adecuaba más al estilo contemporáneo y moderno de las dos personas que la habitaban.

Alzó la mirada, respiró profundamente y se deleitó de la paz y tranquilidad que subyacía bajo el impresionante aura de poder que protegía el lugar, uno que iba más allá del de sus dueños, vinculado a los espíritus ancestrales que protegían todo el territorio de la reserva.

El sonido del hacha cesó en el mismo momento que sintió los ojos del Alto Hechicero del Fuego de la tribu *Kwakiutl* sobre él. Radin Chezark había dejado su tarea y se secaba el sudor con una tosca pieza de tela que había a un lado de su camisa.

—No me digas que te has cargado a alguien y te has quedado sin terreno para ocultarlo —lo recibió con divertido sarcasmo.

Bufó y asintió con la cabeza, acortando ya la distancia entre ambos.

—Por el momento sigue con vida, pero ya te avisaré en caso de que necesite que cabes un hoyo para hacer desaparecer el cadáver —contestó, estrechando la mano que el hechicero le tendía con suma cordialidad—. Impresionante el cambio que habéis obrado aquí.

Radin miró a su alrededor con visible orgullo por sus tierras y con un semblante de paz que no había tenido desde hacía mucho tiempo. La vida del hombre que tenía frente a él no había sido sencilla. Su propio destino se encargó de hacer todo lo posible para verle sufrir a él y a la única mujer que podía completarlo y equilibrar su propio poder, como él equilibraba el de ella, antes de permitirles encontrar la felicidad y la paz que sus almas anhelaban.

—Todavía me cuesta acostumbrarme a estar de nuevo en casa —aceptó, volviéndose hacia él—, y no soy el único.

—¿Sigue dándote problemas?

Esbozó una irónica sonrisa.

—¿Cuándo no me los ha dado? —aceptó con diversión—. Pero es un pequeño inconveniente que estoy más que dispuesto a sufrir, la mayoría de los días.

El tono de voz del hechicero evidenciaba que incluso los días que no estaba dispuesto a hacerlo, agradecía a sus dioses el tener la oportunidad de lidiar con ella, con su mujer. Como si hubiese sentido su presencia o quizá avisada por su propio compañero, una bonita y etérea muchacha emergió del interior de la casa, deteniéndose en el porche de madera.

—¡Nick!

Gritó su nombre y bajó los cuatro peldaños que separaban la tarima del suelo, para luego recortar la distancia entre ellos con visible alegría. Con el pelo rubio recogido en una trenza y un estilo entre hippie e indio, Ankara rebosaba vitalidad y vida.

En un abrir y cerrar de ojos se encontró con el cálido y delgado peso femenino en sus brazos, el suave aroma a flores lo envolvió al igual que ese toque helado que correspondía al espíritu que portaba la Alta Hechicera del Hielo. No pudo evitar reír ante la efusiva bienvenida, especialmente cuando hacía relativamente poco tiempo que sus caminos se habían cruzado.

—¿Cómo estás, Ankara?

Despegó los brazos y le sonrió.

—Viva y feliz —aseguró, sosteniendo ahora sus manos en las de ella mientras lo recorría con la mirada—. Pero y tú, ¿cómo estás? ¿Cómo está *ella*?

La agudeza y sobre todo el alcance del poder y el conocimiento de esa mujer lo sobrecogían. Esas dos personas que tenía frente a sí, con su naturaleza humana y herencia ancestral, poseían un halo de enorme y sobrecogedor poder. No podía evitar sentir admiración por la forma en que habían conseguido doblegarlos y mantenerse en pie a pesar de todas las dificultades vividas.

—¿Ella? —pregunto Radin, alternando su mirada entre su esposa y él mismo—. La has encontrado.

La afirmación hecha por el hechicero no le sorprendía, de alguna manera, esos dos parecían estar más enterados que nadie de su peculiar nacimiento y el destino que este había traído consigo.

—Sí.

Ankara dejó entonces su lado y se abrazó a la cintura de su compañero, inclinándose hasta descansar su peso contra el de él. El inocente y cariñoso gesto trajo consigo un fugaz vislumbre del futuro, uno que ya estaba en movimiento. Sí, sus amigos iban a disfrutar plenamente de su recién encontrada paz y felicidad y no podía sino alegrarse por ello.

—De hecho, estoy aquí por ella.

Eso llamó la atención de ambos. Radin se limitó a asentir, invitándolo a continuar.

—Necesito que me hagas… que me hagáis un favor —declaró sin vacilar.

El escepticismo de Radin era tan palpable como la sorpresa de Ankara. No era un secreto que lo de pedir favores no era lo suyo.

—Las cosas deben estar muy mal para que pidas tal cosa —aseguró el hechicero.

Sacudió la cabeza e hizo una mueca.

—Digamos que no tengo tiempo para hacer las cosas de otra manera.

Ankara se separó un poco de su compañero y señaló la casa.

—¿Por qué no entras y te quedas a cenar? Estoy preparando una nueva receta, es un plato propio de mi tribu…

—Acepta su invitación —añadió el hechicero—, así tendré un testigo cuando ella me envenene con la comida.

Ankara lo miró con ese típico fastidio que evidenciaba la enorme cantidad de veces en las que habría escuchado esa misma frase saliendo de sus labios.

—Todavía no has muerto, ¿no? —respondió ella, llevándose las manos a las caderas con gesto desafiante.

—Y doy gracias todos los días por ello, Kara.

La muchacha sacudió la cabeza, pero sus ojos contenían ahora el brillo de la vida y la felicidad. Después de haberla visto bailando con la muerte, era toda una experiencia verla tan

rebosante de salud y vida, algo motivado sin duda por el destino que ya había dado comienzo. Sonrió para sí, esos dos eran una pareja de lo más peculiar, habían luchado durante años el uno contra el otro hasta estar a punto de perderse. Por suerte, Radin supo claudicar en el último momento.

—Agradezco y me honra tu invitación, hechicera, pero como ya he dicho, el tiempo corre en mi contra —declaró, declinando educadamente el ofrecimiento.

Radin no tardó en acusar la necesidad presente en su voz.

—¿Qué es lo que necesitas?

—Nada que requiera de vuestro poder y sí de vuestro tiempo y compromiso —aceptó, poniendo de manifiesto que no era un asunto trascendental pero sí lo suficiente importante para él—. De hecho, lo que necesito es que os hagáis cargo de una tienda de antigüedades en Ravenna, Seattle.

—¿Una tienda de antigüedades? —La sorpresa y el escepticismo en la voz del hechicero era palpable.

—Es un local pequeño, atestado de cosas, algunas de ellas posiblemente inservibles, otras… quizá tengan más valor del que su actual propietaria piense siquiera.

—Intuyo que el local le pertenece a ella —comentó Ankara.

Él la miró y asintió.

—Ese lugar lleva meses a la venta, pero su dueña es reacia a dejarlo en manos de alguien que lo destruya por completo o no lo valore —resumió, sabiendo que aquella era uno de los principales motivos por los que Natalie se negaba a aceptar algún comprador de los que se habían interesado—. Necesito que lo deje ir… como dije, el tiempo no corre a mi favor.

Radin se encontró con su mirada, no había necesidad de más explicaciones, ambos sabían lo que era quedarse sin tiempo para cumplir la meta que el destino les había impuesto.

—¿Ankara? —le preguntó entonces, esperando a que el veredicto fuese dictado por ella—. Tienes la última palabra, pequeña.

Ella lo miró, los miró a ambos.

—¿En serio crees que voy a decir otra cosa que no sea la que tú ya has decidido? —se burló ella, calando a su compañero.

—Estoy intentando ser… comunicativo, amor —se burló, mirándola—. ¿No es la falta de ello de lo que me has acusado esta mañana?

Las suaves y pálidas mejillas se sonrojaron, se lamió los labios y carraspeó.

—Sigue por ese camino, Radin, y hoy duermes con el perro.

—No tenemos perro, Kara —se burló él.

Ella enarcó una delgada ceja.

—Si *Elsa* pudo crear a *Olaf*, ten por seguro que yo puedo hacer un perro de nieve.

Nick no pudo menos que sonreír ante la referencia que hizo la pequeña hechicera a la película de *Disney*, intuía que se había convertido en su favorita dada sus similitudes con la protagonista.

—Ya tienes tu respuesta, Nickolas —declaró Radin, girándose hacia él—. La invitación a cenar sigue abierta y extendida también a tu… mujer.

—¿Mañana sería un buen día para ver la tienda? —se lanzó Ankara, evitando que tuviese que dar una respuesta a la insinuación hecha por su compañero.

Radin la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia él.

—Calma, amor, calma —la pegó a pecho—. Procura no aporrear su puerta antes del amanecer, ¿de acuerdo?

Ella lo miró y asintió, acomodándose al calor de su abrazo.

—Haré lo que pueda.

Negando con la cabeza ante la impaciencia femenina, Radin se dirigió a él.

—Parece que después de todo, la visita que estábamos posponiendo a Seattle se ha adelantado —declaró con sorna—, será una buena ocasión para acercarnos también por Ravenna y ver… esa tienda de antigüedades en la que parece estar tan interesada mi mujer.

—Esa sería yo —aseguró ella con una risita—. Prometo no llamar a la puerta antes de amanecer.

Asintió e inclinó la cabeza con divertida cortesía.

—Algo que sin duda ambos te agradeceremos, preciosa.

Y ahora sí, pensó Nick, ya podía volver a concentrarse en Natalie y en el principal motivo de su aparición frente a la puerta de su casa. Tenía mucho que hacer y el tiempo no jugaba en su favor, así que cuando antes volviese, antes podría preparar las cosas para esa primera noche de Pacto.

CAPÍTULO 19

Una sola vez había cruzado la línea. Un único momento en el que su naturaleza *Demonía* se impuso a años de enseñanzas dentro del Gremio y al código por el que sus integrantes se regían, pero ese breve instante fue suficiente para conocer en su propia piel cómo se las gastaba el *Ejecutor de los Angely*; el mismo hombre que estaba ahora sentado a la mesa de la cocina y tomándose una taza de café con Natalie.

Nick sintió su presencia nada más poner un pie en la casa. No se había molestado en enmascarar su esencia y a juzgar por el trato afable y distendido que le prodigaba la chica, no era alguien extraño para ella.

‹‹¿Cómo te atreves a presentarte ante ella?››.

Los labios masculinos se curvaron con ligereza, una mueca que habría pasado inadvertida para cualquiera menos él.

‹‹Relájate, Vitriale. Ella está a segura a mí alrededor, al igual que lo estarás tú, mientras no cometas la estupidez de ir una vez más contra las normas››.

Apretó los puños en un intento de contener la rabiosa necesidad de mostrarle exactamente lo estúpido que podía llegar a ser, pero su mirada fue capturada casi al instante por Natalie. Nada más verle se levantó de la silla como un resorte, clavó esos bonitos ojos castaños sobre él y notó como sus mejillas empezaron a adquirir cierto sonrojo a medida que entraba en la habitación.

—Y yo haciéndome esperanzas de que te hubieses perdido por el camino.

Sonrió ante la ironía presente en el tono femenino, su voz y su presencia actuaron sobre él como un bálsamo, rebajando el nivel de tensión.

—Reserva tus esperanzas para algo más productivo, encanto —declaró, pasando a su lado y rozándole la mano con los dedos al tiempo que dejaba que su poder la acariciase reforzando su presencia.

Ella retiró de inmediato la mano, dio un paso atrás e incluso echó un fugaz vistazo al hombre que seguía pacientemente sentado, sorbiendo con toda tranquilidad una taza de café.

—No escuché el timbre, lo cual viene a ser casi un milagro en las últimas horas —comentó ella, componiendo una mueca al tiempo que deslizaba la mirada hacia la puerta por la que había entrado—. No me digas que me he dejado la puerta abierta.

Se llevó las manos al bolsillo y extrajo una copia de las llaves de la casa.

—Tengo llaves.

La vio parpadear, sus labios se abrieron una y otra vez, abrió la boca, volvió a cerrarla y finalmente le dedicó esa mirada acusadora que tanto le divertía.

—¿Alguna transgresión más a mi intimidad de la que deba ser consciente?

La miró de arriba abajo e imprimió en ese gesto una profunda carga sexual.

—Si no has sido consciente hasta el momento de las trasgresiones que he hecho a tu intimidad, me encantará repetirlas de modo que te quede perfectamente claro.

Su rostro acusó la pulla con un aumento de color y arrancó un pequeño sonido de la garganta del espectador todavía sentado. Ambos se giraron hacia él.

—Una situación sin duda entretenida —declaró, dejando la taza sobre el platillo y alzando la mirada hacia él—, pero fuera de lugar.

‹‹¿Qué diablos es lo que quieres, Eydam?››.

El hombre le sostuvo la mirada unos momentos, para luego desviarla hacia Natalie.

‹‹Pregunta incorrecta, Niklass. La pregunta es, ¿qué es lo que quieres tú? Y ambos sabemos esa respuesta y lo que traerá consigo››.

—Debo suponer que él es tu definición de estupidez de proporciones bíblicas —comentó en voz alta, llamando ahora la atención de la chica, quien resopló en respuesta.

Nick enarcó una ceja y se giró a ella.

—¿Lo soy?

La vio tragar, visiblemente incómoda por momentos, entonces suspiró y abrió los brazos con gesto de rendición.

—Sabes perfectamente que sí —rezongó y señaló con la mano al hombre todavía sentado —. Eydam Force, te presento a Nickolas Hellmore… esa estupidez bíblica. Nick, él es Eydam Force, mi padrino.

‹‹¿Qué mierda significa todo esto?››.

—¿Padrino? —preguntó al mismo tiempo en voz alta.

‹‹El destino tiende a jugar las cartas sin que nadie vea quien las baraja. Tú mejor que nadie tiene que saberlo››.

‹‹Ella es mi destino››.

‹‹Un destino que puede muy bien condenarte en vez de darte la libertad que ansías››.

Apretó los puños y se obligó a permanecer sereno, al menos en el exterior.

—Eydam era un buen amigo de mi madre —explicó ella, ajena al intercambio de ambos —, y es una de las pocas personas que no quiere atosigarme hasta morir.

—No me divierten lo más mínimo esos juegos de palabras, Natalie. —La censura apareció en la voz del hombre cuando se dirigió a ella.

—¿Por qué crees que lo hago? —sus ojos bailaron con diversión, variando de uno a otro —. Una chica tiene que poder rebelarse de vez en cuando.

—Puedes rebelarte conmigo siempre que quieras, encanto —le aseguró, bajando el tono de voz—, pero tendrás que atenerte así mismo a las consecuencias.

Ella puso los ojos en blanco y los miró a ambos una vez más, esta vez con recelo.

—No sé si soy yo… o es que la testosterona ha inundado mi cocina, pero… —extendió los brazos a ambos lados y se encogió de hombros—, si queréis tener una conversación típicamente masculina en el que uno amenaza y el otro se jacta de las amenazas, os invito a salir al jardín. Eso sí, por favor, luego pasad la manguera y limpiad la sangre.

—Sin duda tu sentido del humor ha mejorado bastante —comentó, con obvio sarcasmo.

Ella se encogió de hombros con naturalidad.

—Es lo que hace tenerte a mí alrededor más tiempo del deseado.

‹‹¿Eres consciente de que lo que ansías quizá nunca pueda ser tuyo?››.

La inesperada pregunta hizo que volviese la mirada hacia el hombre.

‹‹Solo si ella lo desea, puede serte devuelto lo que permanece bajo su custodia. Un deseo puro, sin coacción››.

—Creo que no hará falta llegar a tal grado de insensatez, querida —respondió al tardío comentario—. Ambos somos… hombres adultos, ¿no es así, Nickolas?

‹‹No vuelvas a acercarte a ella››.

Esa era una amenaza que no se molestó en disimular.

‹‹Su alma me llamará antes o después. Ambos sabemos que no hay nada que puedas hacer al respecto y cuando llegue ese momento, espero que estés preparado para renunciar a lo que más deseas a cambio de lo que llevas tanto tiempo buscando. Cuando llegue el momento,

Niklass››.

—Por favor, niños, enterrad el hacha de guerra antes de que alguien más se haga *pupita* —rezongó Natalie, apoyándose en la mesa con desgana—. Si no supiese que es poco probable, por no decir imposible, diría que ambos os guardáis un profundo cariño.

Eydam esbozó una irónica sonrisa y bufó, pero no disimuló al ponerlas en su voz.

—Quizá, en otra época, eso podría haber sido cierto —comentó él, mirándole, para luego girarse hacia Natalie y con gesto tierno, acariciarle la mejilla—. Temo que tu… huésped se siente responsable por tu desvanecimiento, así que permítele resarcirse de algún modo. Estoy seguro de que será algo de lo que disfrutes.

Ella parpadeó rápidamente, como si no pudiese creer las palabras que acababan de salir de la boca del hombre. Entonces sacudió la cabeza y alzó las manos.

—Me rindo —aseguró sin más—. Me has desarmado por completo, así que tú ganas esta partida, padrino.

Le acarició la mejilla con los nudillos y, para su sorpresa, dejó que ella lo abrazase como a un ser querido. Nick no pudo evitar sentir una punzada en su interior, no le gustaba esa cercanía, había algo en ese gesto que… no, sencillamente no podía ser.

—Por favor, no tardes tanto en venir a verme, yo… —escuchó su susurró—. Vuelve a despedirte.

—No van a dejarte marchar tan fácilmente, pequeña —le acunó el rostro, para luego dar un paso atrás y dejarla ir—. Ninguno lo hará.

‹‹Estás en una carrera a contrarreloj. Te permitiré seguir a su lado, pero asegúrate de no cruzar la línea o el alma que anhelas no será lo único que pierdas››.

—Cuida de ella —dijo entonces en voz alta—. Ya has visto que es propensa a cometer… enormes estupideces.

Enarcó una ceja en respuesta.

—No te preocupes, soy experto en lidiar con toda clase de desastres naturales… y sobrenaturales.

—Será mejor que te acompañe a la puerta antes de que a alguno le dé por mear las molduras para marcar el territorio —musitó ella, empujando a Eydam hacia el pasillo—. ¡Y si eso pasa, castraré al chucho que lo haga!

Resopló ante su amenaza, pero no dejó de sonreír a pesar de todo por el tono empleado. Sin embargo, la sonrisa empezó a morir en el momento en que su mente se puso a trabajar en el motivo que habría llevado al *Ejecutor* a esa casa y concretamente, en el papel que ese *Angely* tenía en la vida de Natalie.

Aquel era un misterio que no podía darse el lujo de dejar pasar, necesitaba respuestas e iba a obtenerlas de un modo u otro.

CAPÍTULO 20

—¿Desde cuándo os conocéis?

Nick la miró con ese gesto de absoluto desinterés, como si no fuese con él la cosa.

—¿Qué te hace pensar que nos conocemos?

Puso los ojos en blanco, se cruzó de brazos y permaneció en el mismo pasillo.

—Quizá la palpable animadversión que se podía cortar con un cuchillo —declaró, sin permitirle irse por la tangente—, o las dagas voladoras que salían de los ojos de ambos. Esa reacción no es la de dos personas que acaban de conocerse, por muy mala primera impresión que se tenga.

—Quizá deberías habérselo preguntado a él, ya que pareces conocerlo muy bien.

Entrecerró los ojos y alzó la barbilla.

—Lo hice —asintió. Fue lo primero que hizo nada más acompañarle a la entrada—. Y me dijo que te lo preguntase a ti. Eso solo confirma que ambos tenéis una historia en común y que ninguno tiene muy buena opinión del otro.

—Por lo mismo, no creo que te gustara demasiado la respuesta que podría darte —aseguró, echó un vistazo a la puerta cerrada y luego volvió a fijar la mirada en la suya—. Digamos solo que… nos conocimos hace tiempo y… no mantenemos una relación fluida.

Ladeó el rostro, buscando en su mirada alguna pista de lo que no le estaba diciendo, pero no encontró ninguna.

—Nunca lo habría sospechado —murmuró con profunda ironía.

Él desestimó su respuesta y le dio la espalda, caminando de vuelta al salón.

—La ironía no te pega, Natalie —le dijo por encima del hombro, pero no se detuvo y entró en la habitación—, ¿puedo obtener la respuesta a esa misma pregunta de ti?

Le siguió, él no se había molestado en ocultar el tono de curiosidad en su voz.

—No tengo nada que ocultar al respecto —aseguró, encogiéndose de hombros—. Eydam es mi padrino. Era un buen amigo de mi madre, lo vi por primera vez en su funeral. Acababa de enterarse de su fallecimiento y quiso presentarle sus respetos y asegurarse de que yo estaba bien. Esa fue la primera vez que lo vi, y después… bueno, si lo conoces, sabrás que no es precisamente una persona amistosa. Lo suyo son las visitas relámpago, las llamadas esporádicas… pero a pesar de ello, es una de las pocas constantes en mi vida.

—¿Cuántos años tenías cuando falleció tu madre?

Enarcó una ceja ante la inesperada pregunta.

—Acababa de cumplir nueve años —respondió, con un ligero encogimiento de hombros —. Mi padrastro se volvió a casar un año después con la madre de Brooke.

—¿Padrastro? —Había curiosidad en su voz.

—Mi madre se casó con Héctor Vanak cuando yo tenía siete años —explicó con un ligero encogimiento de hombros—, no conocí a mi padre biológico. Angélica, mi madre, se negó a hablar nunca de él, supongo que porque se largó y nos dejó a las dos a nuestra suerte. Como ves, procedo de una familia un tanto disfuncional. Si te lo has pensado mejor y quieres rescindir el contrato…

—Sigues intentando librarte de mí, voy a empezar a tomármelo como algo personal.

—Un poco tarde para eso, ¿no? —preguntó, fingiendo inocencia—. Quiero decir, no has hecho caso de ni uno solo de mis insultos.

Sin más, pasó delante de él y se dejó caer en el sofá, aquellos inesperados episodios no hacían más que robarle las pocas fuerzas que parecía recuperar durante el sueño.

—¿A dónde fuiste? Si no te importa que te lo pregunte —indicó la puerta con un gesto de la barbilla.

—No me importa.

Arrugó la nariz.

—Pero no vas a darme una respuesta.

—No.

Resopló. Ese hombre tenía una habilidad especial para sacarla de quicio.

—Sabes, empieza a cansarme esa actitud tuya de *«yo pregunto y tú respondes aunque no quieras, mientras yo me lo guardo todo para mí»*.

—Ya te lo dije, encanto, es todo cuestión de persuasión —aseguró, recorriéndola con la mirada—. Con el anzuelo adecuado, puedes pescar las más jugosas… respuestas.

—En tu caso dudo que me dejases pescar algo más interesante que un resfriado —hizo una mueca—. Y no me parece justo. Sabes cosas de mí, muchas más que cualquiera, si lo miramos bien. Debería haber reciprocidad.

—Persuasión, Natalie, persuasión —insistió, sin dejar de mirarla. Sus ojos y expresión contenían ahora una apreciación puramente sensual—. Inténtalo, quizá incluso te diviertas.

—¿Otro juego?

—Por qué no —aceptó, inclinándose sobre ella, apoyándose en el respaldo y el brazo del sofá, planeando sobre su figura pero sin tocarla en ningún momento—. ¿Qué te gustaría saber?

Se lamió los labios y luchó con esa mirada que la calentaba y hacía temblar de emoción.

—¿Tienes familia?

—No de sangre.

Parpadeó. Acababa de recibir una respuesta directa del señor enigmático.

—¿Sorprendida, gatita?

Abrió la boca y volvió a cerrarla, su cercanía la ponía nerviosa y también la excitada.

—Más bien atónita —se las arregló para responder—. Y no sé si es por tu inesperada respuesta o por la manera en la que me estás mirando.

Sus labios se estiraron, dejando a la vista una bonita sonrisa.

—¿De qué manera crees que te estoy mirando?

—Como si tuvieses hambre y yo fuese el postre —aceptó, sin pararse a pensar en la respuesta.

Lo vio lamerse los labios, un gesto que en él quedaba de lo más sexy.

—Bueno, encanto, tengo el postre justo delante de mí, solo estoy pensando en la mejor manera de degustarlo —aseguró, sin sacarle los ojos de encima—. Una que sea lenta, lo suficiente para paladear mejor cada pequeño… pedacito.

Ese hombre sin duda sabía cómo utilizar las palabras, cómo conseguir que todo su cuerpo se electrizara solo con una mirada, una insinuación o un delicado roce. Tragó, tenía que recordarse casi a cada minuto que necesitaba tragar o respirar, mientras todo su cuerpo se encendía más y más. Era extraña la manera en la que reaccionaba a él, la forma en la que se sentía atraída como una mosca a la luz y la creciente necesidad que había desarrollado por él en tan solo veinticuatro horas. Su delicada salud parecía quedar en un segundo plano, llegaba incluso a olvidarse de su vida finita para disfrutar de cada partícula de tiempo que ese hombre

tenía a bien regalarle.

Enrojeció, lo sintió en sus mejillas, el color inundándole el rostro bajo el pensamiento del interludio que compartieron en el restaurante. Después de eso se habían sentado a la mesa, uno frente al otro, con todas esas sensaciones recorriendo todavía su cuerpo. Nick había insistido en que debía probar la pizza, pero si lo hizo ni siquiera lo recordaba de lo aturdida que estaba. A decir verdad, todo lo ocurrido a partir de ese punto era como una densa nebulosa que la llevó a quedarse frita sobre el sofá durante varias horas. Había despertado al sonido del timbre para encontrarse del otro lado a Eydam, y solo ahora que él se había marchado y Nick seguía allí, acechándola como un peligroso cazador, se daba cuenta de que durante una milésima de segundo, había tenido miedo de que se hubiese marchado para siempre.

¿Cómo podía sentirse de repente tan dependiente de ese hombre?

—Sin duda eres todo un romántico —se burló, con obvio gesto irónico.

Sus labios se curvaron en una ya conocida sonrisa.

—Soy totalmente sexual, encanto, deberías empezar a ser consciente de ello —aseguró, entrecerrando los ojos muy lentamente—, especialmente cuando estamos juntos en la misma habitación.

—Lo soy —aceptó, sosteniendo su mirada—, no dejas que lo olvide o lo pase por alto.

—Culpable —reconoció, al tiempo que se dejaba caer a su lado, sin dejar de mirarla.

—Eres todo un enigma —comentó, poniendo en voz alta sus pensamientos—, y ya no estoy segura de si quiero saber qué ocultas o limitarme sencillamente a dejar que me sorprendas.

—Las sorpresas tienen su encanto —asintió, girándose hacia ella, cruzando el tobillo sobre su rodilla—, al igual que puede resultar divertido e incluso excitante, resolver un enigma.

Sacudió la cabeza y lo miró a través de las pestañas.

—¿Eres siempre tan insufrible?

Se echó a reír, un sonido bajo y profundamente irónico.

—Si le preguntas a alguien que me conozca, te diría que sí —se burló—, y añadiría más adjetivos que te harían palidecer.

—¿Por qué elegiste este trabajo? Quiero decir… es un empleo… um… una profesión un tanto… peculiar.

La miró con diversión.

—¿Estás intentando distraerme con todas estas preguntas, señorita Vanak?

Se lamió los labios y se inclinó hacia delante, con un movimiento que esperaba fuese sexy.

—Fuiste tú quien dijo que con la persuasión adecuada…

Su sonrisa se amplió, la recorrió una vez más con la mirada y finalmente se encontró con sus ojos.

—Eres una persuasión encantadora, de eso no me cabe la menor duda. —Tomó una profunda respiración, se echó hacia atrás y asintió—. Y en respuesta a tu pregunta… en realidad lo de la agencia es más bien un *hobbie* que un trabajo. El verdadero esfuerzo fue sacarla adelante en el momento en que lo hice y ponerla en funcionamiento.

Ahora fue ella la que se inclinó hacia delante, subiendo ambas piernas y doblándolas bajo ella, para estar cómoda y poder mirarle.

—Eso es algo que no acabo de comprender —comentó—. La *Agencia* es tuya. Tú la montaste, la pusiste en funcionamiento… pero, ¿por qué ejercer también de agente?

—Exigencias del programa —respondió, en su voz podía notarse cierta ironía—. El lema de la *Agencia Demonía* es claro, *«ayudar a quien lo necesite, de la manera en que sea necesaria»*. Y tú, me necesitabas a mí.

—Y esa debe ser la frase con mayor ego que he oído en mi vida —se rio, no pudo evitarlo. Entonces sacudió la cabeza—. Y… si esto… um… es un *hobbie* para ti, ¿a qué te dedicas entonces?

—A sobrevivir.

Su respuesta fue tan inesperada y seria que la dejó sin palabras.

—No es una buena forma de vivir. —No, no lo era. Ella lo sabía mejor que nadie.

—No, nunca lo es, Natalie —aceptó, al tiempo que estiraba la mano y le apartaba un par de mechones que le acariciaban la mejilla—, por ello no debes intentar sobrevivir. Tienes que vivir cada instante como si fuese el último que tengas y disfrutar de lo que el destino deje caer en tu camino. Eso hará que cada paso que des hacia delante, signifique mucho más que cada tropiezo.

—Una manera interesante de verlo.

—Es parte de ser un… hombre interesante.

Chasqueó la lengua, pero no pudo evitar sonreír ante sus palabras. Esa confianza en sí mismo, la arrogancia con la que se envolvía y esgrimía como una segunda piel era algo extrañamente atractivo en un hombre como Nickolas Hellmore.

—Y también modesto —añadió ella con profunda ironía—. Todo un dechado de virtudes.

Se encogió de hombros.

—No consideraría la modestia una virtud, por el contrario, es un enorme defecto —chasqueó la lengua—, uno que a menudo lleva a otros mucho peores.

Sacudió la cabeza, con este hombre era imposible mantener una conversación trivial.

—¿La ausencia de ella? —sugirió.

—La ausencia de virtud, no es más que la presencia de cosas mucho más interesantes —murmuró, recorriéndola con la mirada de una manera que no dejaba lugar para malos entendidos —, cosas que pienso ir descubriéndote poco a poco.

La promesa en su voz la hizo temblar de anticipación, todo su cuerpo reaccionaba a cada estímulo que él dejaba caer, volviéndola vulnerable de una forma que no lo había sido nunca.

—Empezando por esta misma noche, con nuestro primer Pacto.

Se lamió los labios, correspondiendo a su mirada con una un poco más tímida.

—¿Podrías explicarme en qué consiste exactamente eso? —pidió, recordando lo que había visto en los papeles que le había dado sobre ello—. Lo he leído, pero… no consigo entender cómo alguien, en su sano juicio, quiera dejar toda potestad y voluntad en manos de otra persona…

—Todo lo que puedo decirte es que el Pacto obedece a los deseos más profundos, a esa parte reprimida —se tomó un momento en buscar las palabras adecuadas—, la que todos llevamos dentro y que por las reglas de la sociedad en la que vivimos, por aquellas creencias que nos inculcan, no dejamos salir. Es la parte más sincera de nosotros… la que vive en el alma.

Negó con la cabeza.

—¿Y qué ocurre cuando tu alma ya no vive dentro de ti? ¿Qué pasa si el alma está marchita, rota en mil pedazos o enferma? —lo miró a los ojos, queriendo ver su respuesta en ellos—. ¿Qué ocurre cuando se está muriendo… al igual que tú?

Su mano se cerró sobre la de ella, con fuerza pero sin hacerle daño, limitándose a sostenerla como si pensara que de no hacerlo se desmoronaría allí mismo.

—No dejaré que eso ocurra, Natalie —su voz sonó más profunda que de costumbre, más oscura—, lo último que… puedes… permitirte es perder esa parte de ti.

Bajó la mirada a sus manos, sus dedos enlazados con los suyos y contuvo un involuntario

escalofrío. Ella había escuchado algo muy distinto en su voz, en sus palabras, algo que su propia vacilación parecía confirmar.

‹‹Lo último que puedo permitirme, es perder esa parte de ti››.

—Quizá debas concentrar tus esfuerzos en un alma que no esté moribunda —musitó en voz baja, sin saber realmente por qué decía esas mismas palabras—, o condenada a muerte.

Desenredó los dedos de los suyos y se levantó del sofá, sintiendo de repente la necesidad de moverse, de poner distancia entre ellos y así poder pensar con claridad.

—De todas formas, estamos hablando de un juego de intercambio de poder —continuó, acercándose a la ventana—. Pero ese intercambio es… relativo. Quiero decir, ¿y si no quiero o no me gusta algo? No soy tan estúpida como para no decir no o directamente retorcerte los huevos. ¿De qué hablamos exactamente? ¿De hipnosis? ¿Y por qué tiene que ser en ese rango de tiempo? ¿Por qué no antes?

—Todas y cada una de tus preguntas van a ser contestadas en cuarenta minutos —le contestó él al oído. Ni siquiera le había escuchado levantarse del sofá o acercarse, pero estaba allí.

—Eso es perder cuarenta minutos de un tiempo que no tengo —murmuró, mirando el reflejo de ambos en el cristal de la ventana—. ¿Por qué no vas respondiendo ahora a cada una de las preguntas y así ahorramos tiempo?

Sintió su boca mordisqueándole ese punto tras la oreja que casi la hacía ronronear.

—No —su respuesta fue firme, libre de cualquier prejuicio.

Deslizó las manos por sus brazos, atrapando las suyas y la atrajo hacia él.

—Se acabó el tiempo de las preguntas —ronroneó, apretándola contra él—, hay mejores cosas en las que invertirlo.

No le dejó decir una sola palabra más o protestar, la giró en sus brazos y poseyó su boca con hambre desacostumbrada.

—Nick —suspiró, rindiéndose a él. No sabía cómo lo conseguía, pero desde el momento en que la tocaba, todo lo que quería era a él.

—Te quiero por completo, Natalie, lo quiero todo de ti.

Y ella estaba a punto de descubrir lo que esas palabras significaban exactamente.

CAPÍTULO 21

Natalie parecía a punto de saltar de su propia piel, miraba la suave seda negra que tenía entre las manos como si fuese una peligrosa serpiente y no un trozo de tela. Sus ojos marrones no se apartaron ni un momento y podía decir, sin temor a equivocarse, que si en aquel preciso instante hiciese un movimiento más rápido de lo normal, le arrancaría los huevos.

—Si piensas que voy a dejar que me ates otra vez, la llevas clara.

Se había encargado de eliminar toda la decoración que había tenido su cama a raíz de lo de la última vez.

—No necesito restringirte, tú misma desearás obedecerme.

Enarcó una delgada ceja morena y chasqueó la lengua.

—Y el señor *«yo Tarzán, tú Jane»* ha vuelto y en toda su gloria.

Reprimió una sonrisa ante el tono irónico presente en su voz y balanceó la larga bufanda de seda de un lado a otro.

—¿Todavía no confías en mí, Natalie?

—¿Es una broma? ¿Después de lo que has hecho en el restaurante? No, ni un poquito —aseguró, con rotunda sinceridad—. Así que ve olvidándote de que te dé las manos como una pazguata sin cerebro.

—Te lo repito, no voy a atarte —aseguró, recorriéndola con la mirada. Nick podía sentir ya cómo su sangre se calentaba, su poder bailoteando atraído por la hora bruja del Pacto—. Esto es parte del juego de esta noche… quiero que aprendas a disfrutar de las cosas sin preocuparte de lo que vendrá.

—Sí, bueno, eso mismo me dijo mi médico y seis meses después sigo sin hacerle mucho caso —rezongó ella—. Mi déficit de atención debe ser algo congénito.

—Y tu cabezonería también.

—Algo que sin duda se me olvidó mencionar cuando rellené el formulario, ¿eh?

Tenía que haberse limitado a arrastrarla al dormitorio y engatusarla para obtener su aceptación, en vez de permitirle dar cada uno de los pasos por sí sola. Eso habría sido mucho más rápido y sin duda satisfactorio. Pero necesitaba que accediese a cada uno de los pasos que estaba dando sin coacción, eran sus decisiones, su propia voluntad y deseos los que debían regir sus actos. De nada serviría obtener su cooperación si no era sincera, no le haría bien a ninguno de los dos.

—Tú fuiste la que pidió que te enviasen alguien que te enseñase el placer que puede encontrarse en los juegos —le recordó—, y es lo que intento mostrarte a pesar de todas tus reservas.

Le dio la espalda y se acercó a la ventana del dormitorio, la cual recibía en esos momentos de forma directa la lluvia de un nuevo aguacero.

—No voy a atarte —insistió, girándose lo justo para mirarla—. Te sientes vulnerable al estar restringida, al estar privada de libertad y ahora mismo, esta noche, te necesito receptiva, abierta al placer, no cohibida y aprensiva por lo que pueda venir sobre ti.

La vio mirar la bufanda, no le sacaba los ojos de encima.

—El privar a alguien del sentido de la vista mientras se juega en el dormitorio, contribuye a aumentar la manera en la que se perciben las sensaciones —continuó, caminando ahora hacia

ella—. Niega uno de los sentidos y los otros se magnifican.

Ella miró la tela y luego a él.

—Quieres vendarme los ojos.

—No tendría gracia que me los vendase yo —le soltó con la misma ironía de siempre—, la alternativa es mucho mejor.

La suspicacia seguía presente en su piel, en sus movimientos.

—¿Y si me niego?

Se encogió de hombros.

—Puedes negarte —aceptó, envolviendo la tela en una de sus manos—, estás en libertad de elegir. Pero, ¿por qué negarte cuando el aceptar el juego puede reportarte beneficios?

—Quiero saber qué tienes en mente —replicó entonces, cruzando los delgados brazos sobre el pecho—. Si te permito vendarme los ojos, quiero saber qué harás.

Esbozó una irónica sonrisa.

—Eso es fácil, encanto —respondió, sin molestarse en ocultar la abierta y sexual apreciación que había en sus ojos cuando deslizó la mirada sobre ella—, disfrutar de tu cuerpo mientras te hago gritar, suplicar que te dé más y pronuncies mi nombre cada vez que te corras.

Como ya era costumbre en ella, sus mejillas se colorearon.

—Lo de anoche solo fue una primera toma de contacto, Natalie —aseguró, al tiempo que levantaba la tela enrollada en la mano y la arrastraba por su rostro—. Ahora, quiero más… mucho más… y vas a dármelo. Todo. Sin reservas.

La punta de su rosada lengua emergió entre los carnosos labios, humedeciéndoselos.

—¿Cómo estás tan seguro de ello?

Le rozó la nariz con la yema de los dedos, continuó con sus labios hasta finalmente sujetarle la barbilla.

—Porque tu cuerpo ya me pertenece —le dijo, mirándola a los ojos—, y es cuestión de tiempo que me entregues todo lo demás.

Parpadeó, la confusión y el deseo vagabundeaban ahora por su mirada.

—Este sin duda es un buen momento para recordarte que no quedan muchas cosas de valor en mí —murmuró, sosteniéndole la mirada—. Tendrás que conformarte con lo que ves…

Le alzó la barbilla, acariciándole la piel con el pulgar.

—No te preocupes. Lo que veo —la recorrió una vez con la mirada, sin soltarla—, es más que suficiente.

El reloj que tenía en la mesilla de noche emitió tres largos pitidos que marcaban la medianoche, el momento que Nick había estado aguardando durante todo el día, aquel que esperaba le diese aquello que necesitaba; que ambos necesitaban.

—Es la hora, encanto —murmuró, dejando que su poder se reflejase en su voz, que surgiese a la luz parte de lo que era, la parte que ella necesitaba en esos momentos—. Concédeme tu cuerpo y tu voluntad, entrégalos a mi cuidado, déjame satisfacerlos desde ahora hasta que despunte el primer rayo de sol al llegar el alba.

Su respiración se aceleró, podía sentir su cuerpo reaccionando a sus palabras, al tono de su voz, al deseo que existía bajo la vacilación y la inexperiencia.

—Dilo, Natalie —bajó el tono de su voz, hasta convertirlo en una caliente promesa—, di que te someterás a mi voluntad.

La vio lamiéndose los labios, vacilante al mismo tiempo que necesitada, sorprendida por la intensidad de su propio deseo.

—Dilo, pequeña —insistió, necesitando de su permiso. Solo si ella accedía, de corazón y

sin coacción, podría ayudarla, podría hacer algo para terminar con su propia condena.

Nunca unas palabras parecieron hacerse tanto de rogar, nunca el tiempo pasó tan despacio a su juicio como en esos momentos.

—Natalie…

Se lamió una vez más los labios, desvió la mirada hacia su mano, todavía enredada en la tela, y dejó escapar el aire.

—Tengo que haber pedido la cabeza por completo, no hay otra explicación —masculló más para ella misma que para él—. De acuerdo —tomó una profunda bocanada de aire—. Nick, mi voluntad… es tuya… pero solo hasta el alba.

El vínculo que traía consigo el Pacto los rodeó a ambos y pudo ver cómo se asentaba en su interior, abriendo las puertas de su voluntad para anclarla a la suya, predisponiendo su cuerpo para complacerse con el suyo y dejándole vía libre al único lugar que permanecería cerrado de cualquier otro modo. Su enferma y moribunda alma.

—Que así sea —murmuró, cerrando el círculo con su propia afirmación. Se desenredó la bufanda de la mano y, con suavidad y la firmeza necesaria, la privó de visión—. Mía, hasta el alba.

Natalie se sentía mucho más relajada y al mismo tiempo vulnerable de lo que no le ocurría en mucho tiempo. La venda le cubría los ojos, envolviendo en tinieblas todo a su alrededor, haciendo, tal y como afirmó Nick, que sus otros sentidos se magnificaran. Podía sentir sus propios latidos golpeando en las sienes, la respiración cada vez más trabajosa brotando de sus labios y el sutil cambio que lo inesperado creaba sobre su piel.

—Respira —escuchó su voz al oído. Un susurro ronco, profundo, que envió un escalofrío de placer directamente a través de su cuerpo—, eso es, con suavidad. Estoy aquí, solo para ti, siempre para ti.

—Nick.

Pronunciar su nombre le transmitía seguridad, barría el temor y la incertidumbre y dejaba en su lugar una hambrienta necesidad que recién empezaba a descubrir.

—Sentirás mis manos sobre tu piel —insistió él, al tiempo que corroboraba sus palabras con los gestos que las comprendían—, desnudándote —notó cómo sus dedos resbalaban por sus hombros, llevándose consigo la camiseta del pijama que se había puesto nada más llegar a casa —, despojándote capa tras capa —la prenda bajó por sus pechos, aferrándose todavía a ellos—, hasta que no quede nada más entre tú y yo.

Jadeó, el aire parecía dispuesto a jugar al escondite mientras las manos masculinas la iban despojando una a una de cada prenda de ropa, hasta dejarla completamente desnuda.

—Todo lo que existirá entre nosotros desde este momento hasta el alba, es piel desnuda —ronroneó en su oído, presionando su pecho desnudo contra su espalda. ¿Cuándo se había quitado la camisa? ¿Los pantalones? No podía negar la pesada erección que ahora se frotaba contra su trasero—. Tu cuerpo, presionando el mío. El mío reclamando el tuyo, poseyéndote en cuerpo —resbaló las manos sobre sus senos ahora desnudos, acariciándole los pezones—, mente —susurró, bajando incluso más el tono de voz, logrando que en su cabeza se duplicase una imagen de qué aspecto tendría él ahora mismo, totalmente desnudo y pegado a su espalda—, y alma.

Una vez más su mano resbaló entre sus senos, presionando la palma entre ellos y creando tal corriente eléctrica en su interior que su primer pensamiento fue apartarse de él.

—No. —Las palabras brotaron solas de su boca, intentando marcar una distancia entre

ambos.

—No, Natalie, esta noche no me negarás nada. —Su cuerpo perdió el punto de gravedad durante un instante, llevándola a echar las manos hacia delante, solo para encontrarse de nuevo contra el caliente y duro cuerpo masculino, con la hambrienta y lujuriosa lengua atravesando la defensa de sus labios para sumergirse en su interior.

Toda posible resistencia quedó reducida a cenizas, se esfumó cual pájaro por la ventana dejando tras de sí brasas ardientes y un deseo creciente por un hombre del que apenas sabía nada y al que había dado más de sí misma en tan solo dos días, de lo que le dio a alguien en toda una vida. Enlazó la lengua con la suya, devolviéndole el beso, se apretó contra él, aplastando sus senos contra su duro torso, notando esa otra aterciopelada dureza contra su estómago encendiendo aún más, si eso era posible, su necesidad de él.

—Pon las manos sobre el adorno del poste de la cama —le dijo, rompiendo el beso y lamiéndole la oreja. Le mordió el lóbulo con suficiente fuerza como para hacerla gemir—. Así… bien… más… gime para mí.

No pudo negarse, ni siquiera pensó en ello ya que el gemido emergió de entre sus labios como si hubiese estado esperando por su petición. Esas grandes manos sobre su cuerpo la licuaban, le hacían papilla hasta el cerebro, desarmándola por completo en un abrir y cerrar de ojos.

—Dime qué es lo que deseas, Natalie —le lamió la oreja—, qué es lo que más deseas ahora mismo.

Se lamió los labios, su cuerpo hablaba por si solo, deseaba todo lo que le hacía y más. Quería más de él. Quería su boca saqueando la suya, regalándole unos besos que alejaban cualquier preocupación de su mente, sus manos deslizándose por su piel, atormentando sus senos y despertando sus sentidos. Sin saberlo, se encontraba necesitada de su sola presencia, la cual parecía alejar el frío que traía consigo la muerte que la rondaba.

—A ti —permitió que las palabras traspasasen sus labios, adquiriendo forma—. Haz lo que tengas que hacer, pero mantenlo a raya, no dejes que levante la cabeza… no dejes que recuerde su presencia…

Sus manos le acariciaron ahora los hombros, descendieron por sus brazos, para pasar después a su torso y resbalar entre sus piernas, resbalando los dedos a través de los pliegues de su ya mojado sexo.

—A mí ya me tienes —ronroneó, jugando con la sensible y caliente carne a la que él mismo había prendido fuego—, y no dejaré que te tenga… no por completo… nunca completamente.

Echó la cabeza atrás, encontrándose con su pecho, las piernas le temblaban, toda ella se estremecía bajo sus caricias.

—Estás tan mojada que podría hundirme profundamente dentro de ti ahora mismo —insistió él, vertiendo las palabras en sus oídos como lava ardiente—, pero quiero mucho más, necesito mucho más, Natalie, lo quiero todo de ti.

Sus caricias se hicieron más intensas, más íntimas y deseó poder acercarse más a él, entrar en ese calor que la atraía hacia él, que amenazaba con quemarla y a pesar de todo, tan apetecible que no deseaba echarse atrás.

Se estremeció, sintió frío, un frío que no comprendía y que la oscuridad en la que estaba sumergida, lo hacía más palpable.

—No —musitó. La conciencia luchaba por surfear el deseo y arrancarla de aquel capullo de sensaciones en el que Nickolas la había sumergido. Se movió casi por impulso, llevándose las

manos al rostro con la fiera necesidad de recuperar la visión.

—No.

Ahora fue la voz de él la que pronunció el mismo monosílabo, pero con un carácter totalmente distinto. Le cogió las manos, sus dedos se enlazaron en los de ella y resbalaron al mismo tiempo por su cuerpo, haciéndola concentrarse en esa otra sensación.

—Esto es lo único que te pediré durante el Pacto, Natalie —escuchó su voz, profunda, oscura, rezumando sensualidad en su oído—. No te quites la venda y déjame cuidar de ti.

Las palabras la entibiaron, su boca cubrió la suya y todo dejó de tener sentido una vez más. Su lengua sedujo la propia, obligándola a encontrarse con él en aquel antiguo vals que venía grabado intrínseco en sus cuerpos. Cada vez que la besaba, su mente se obnubilaba, las dudas perdían su fuerza y terminaba sucumbiendo a su propia necesidad.

Una vez más, él rompió el beso, de forma abrupta e inesperada, tanto como lo fue sentir cómo perdía el equilibrio, el suelo desparecía bajo sus pies y caía hacia atrás con un gritito.

—Tranquila, encanto, tienes la cama debajo —escuchó la divertida voz masculina, en el mismo momento en que su espalda tocaba el colchón—. Los brazos por encima de la cabeza, puedes sujetarte al cabezal de la cama si quieres o retorcer los cojines…

Abrió la boca dispuesta a protestar ante esa inesperada y satisfecha orden, pero las palabras no llegaron a rozarle siquiera los labios cuando sus manos se cerraron sobre sus caderas y tiró de ella hacia él, separándole los muslos para descender directo a su sexo.

Se quedó sin respiración, su reacción instintiva fue cerrar las piernas pero no se lo permitió, la tenía totalmente abierta, dispuesta a su placer y solo su placer. La ausencia de visión no hacía más que aumentar el resto de las sensaciones, cada golpe de su lengua en su húmeda y delicada carne era una deliciosa tortura, su mente trabajaba sola creando una imagen de él entre sus piernas y su desbordante imaginación no hacía más que echar leña a un fuego que ya ardía por sí solo.

Esbozando una secreta sonrisa de la que ella no era consciente, Nick volvió a lamerla, esta vez con mucha más lentitud, degustando su sabor y la manera en que se retorcía bajo sus caricias. Se lamió los labios y paladeó su sabor, dulce y especiado como ella misma, su sexo suave y rosado hinchado como una fruta madura.

—Pronto voy a probarte sin nada que se interponga entre este delicioso coñito y mi lengua —le dijo, dejando que su voz reflejase su verdadera esencia, una de la que la privaba la venda que portaba sobre los ojos—, y empiezo a barajar la idea de liberarte de este coqueto vello púbico yo mismo. Será una experiencia de la que sin duda disfrutaré.

Sonrió para sí al notar la contracción en su cuerpo, la humedad rezumando de su sexo y el gemido que surgió al mismo tiempo de sus labios.

—Pero eso tendrá que esperar hasta mañana —rumió, recordándose a sí mismo que su tarea no había hecho más que empezar.

Deslizó las manos hacia arriba por los muslos y le separó todavía más las piernas, enlazándolas por debajo de las rodillas para luego obligarla a apoyar ambos pies sobre el borde del colchón. Se relamió de anticipación, se moría por lamerla entera, por escucharla gritar de placer mientras la penetraba y bebía de su sexo. Quería sentirla estremecerse bajo sus caricias, tener el poder de ser el hombre que la llevase al orgasmo y que desterrase de una vez y por todas las dudas que asolaban su alma. Necesitaba entrar en ella, sumergirse en su interior, llegar tan profundo como pudiese y erradicar la enferma negrura que contaminaba ese pedacito tan

preciado que era el alma humana. Bajó una vez más sobre ella y dio rienda suelta a sus apetitos, hundió la lengua en su ajustado sexo, recogiendo la miel que manaba de ella con cada nueva pasada, la chupó y succionó, arrancando su cuerpo del colchón y empujándola más y más alto sobre su propio placer.

—Nick —gimió su nombre—, oh… señor.

Sonrió para sí, se apartó lo justo para soplar en su húmedo y sobreexcitado sexo, necesitando, deseando, queriendo mantenerla en ese punto en el que no podía avanzar ni retroceder, dónde lo único que podía hacer era aceptar lo que se le daba sin más. Besó su sexo e inició un camino ascendente por su piel, mordiéndole la suave piel por encima del recortado vello, jugando con su ombligo para finalmente hacer una parada técnica en los endurecidos pezones que pedían a gritos atenciones.

—Eres como un erótico parque de atracciones para mi boca —ronroneó, succionando un pezón profundamente—. Uno del que dudo mucho que vaya a cansarme.

Prodigó la misma atención al otro seno, jugando y pellizcando, alargando el placer, haciéndolo insoportable, arrancando de su boca toda clase de súplicas y maldiciones que dudaba que después recordase. Natalie estaba justo en el punto en el que la necesitaba, caliente, abierta y receptiva, lo suficiente como para haber bajado sus defensas lo suficiente y permitirle entrar en su interior.

—Esto va a ser nuevo para ti, mucho más profundo de lo que has experimentado hasta ahora —murmuró en su oído, preparándola para lo que estaba a punto de hacer—, y mucho más caliente.

No le dio opciones, ni siquiera a abrir la boca y preguntar. Con firme suavidad la giró sobre la cama y tiró de ella hacia atrás, obligándola a ponerse sobre las rodillas y las manos mientras él mismo abandonaba la cama.

—¿Nick, qué…?

—Tranquila —le susurró, deslizando la palma de la mano sobre su espalda, trazando su columna vertebral al tiempo que hundía la otra mano entre sus piernas y la acariciaba, lubricándola aún más con los dedos—. Sí… estás tan mojada que tus muslos se han teñido con el brillo de tu humedad. Un adorable rubor te cubre la piel y se hace incluso más intenso entre tus labios, adquiriendo un tono entre rojo y borgoña. ¿Tienes idea de lo apetitosa que eres, Natalie? No puedo apartar la mirada de ti, de tu bonito e hinchado coñito. Se me hace la boca agua por volver a probarte, me pongo duro solo con el pensamiento de enterrarme profundamente en tu interior y follarte con fuerza.

Su cuerpo se estremeció e incluso aumentó ese bonito rubor que ya cubría su piel.

—Ahora escúchame, Natalie —pidió, permitiendo que su propio poder traspasar ahora las barreras y se uniese a su voz—. Escucha mi voz… sujétate a ella… vincúlate a ella y déjame entrar en ti.

No perdió el tiempo, acompañó sus acciones con sus palabras y la penetró desde atrás. Hundió los dedos en la suave piel de sus caderas, manteniéndola quieta mientras conducía su pene centímetro a centímetro en su interior.

—Ven a mi encuentro —bajó el tono de su voz, envolviéndola con ella, atando su voluntad a la suya—, deja ir las cadenas que te envuelven y rechaza la oscuridad que desea penetrar en tu interior. Escucha mi voz, siénteme dentro de ti, a tu alrededor, cada vez más profundo —empujó con suavidad, introduciéndose centímetro a centímetro en su cuerpo al igual que lo hacía en su alma—, formando parte de ti, unido a ti, tan cerca que no hay diferencia entre dónde empieza uno y termina el otro.

Sintió cómo su sexo se aferraba a él, acogiéndolo por completo, luchando por acomodarlo en lo más profundo de sí misma, y sintió también su alma, recibiéndole con una tímida y agotada bienvenida, reconociéndole a pesar de todo.

—Déjame entrar, Natalie —musitó, deslizando las manos sobre su cuerpo, excitándola, invitándola a relajarse mientras se sumergía de todas las maneras posibles en su interior—, déjame aligerar un poco el peso que cargas, permíteme devolverte la luz que esa enfermiza oscuridad te está quitando. Ríndete a mí, pequeña, déjame entrar.

Un suave gemido brotó de sus labios cuando empezó a salir de ella para volver a penetrarla, con suavidad, midiendo cada uno de sus movimientos como si pudiesen hacerse eco de lo que su poder hacía en su alma.

Nick sintió el momento en que llegó a su destino y no pudo evitar estremecerse ante la fría sensación que notó a su alrededor. Frío, aislamiento, soledad… no era solo la enfermedad la que contaminaba el alma de esta mujer, pero era la que hacía que al igual que su cuerpo, se estuviese apagando poco a poco.

—Mi pequeña *disteya* —musitó en su propio idioma, uno que hacía demasiado tiempo no se escuchaba en el mundo humano—. Ven a mi encuentro, Natalie, déjame calentarte… déjame tenerte un solo minuto para mí.

Nunca había sido tan consciente de sí mismo, de lo que era, de su pasado y su futuro como en ese mismo momento. Ella lo hacía plenamente consciente de ello y de lo que su presencia significaba. Boer había tenido razón, después de todo, nadie podía escapar a su destino, especialmente cuando este era una mujer.

Se perdió en su cuerpo. La poseyó con la necesidad nacida de la desesperación y la lujuria. Cabalgó su sexo, deleitándose con cada pequeño roce, con cada gemido y maullido, con su nombre saliendo como un ruego de entre los hinchados labios y fue más allá, a través de la negrura de la enfermedad y entró en su alma, arrancando cada pequeño pedacito de oscuridad que la contaminaba. Sabía que no era suficiente, era demasiado poco lo que podía hacer por ella, pero incluso el más breve de los momentos en su interior era un soplo de esperanza para sí mismo.

Se abandonó por completo, entregándose como nunca se había dado a alguien, quedando tan desnudo ante ella como ella lo estaba ante él por un breve latido de corazón que los llevó a ambos a encontrar la ansiada liberación.

Apretó los dientes y se dejó ir, vaciándose en su interior, buscando cada célula maltrecha de su cuerpo y bañándola con su poder. No sabía si serviría de mucho, pero si podía arañar unos instantes de vida a la muerte para ella, lo haría. Ella se corrió con él, su cuerpo se estremeció, su sexo exprimió su pene alargando la magnífica sensación de estar en su interior hasta que sus propias fuerzas flaquearon y se dejó ir de lado, llevándosela con él.

Pasó un segundo, luego otro y otro más antes de que Natalie hiciese ademán de moverse, no pudo evitar sonreír al leer sus intenciones incluso antes de que la delgada y frágil mano femenina quedara sujeta por la suya a escasos centímetros de sus ojos.

—Todavía no, encanto —murmuró en su oído, resbaló la mano libre entre sus piernas, notando la pegajosa humedad entre sus piernas, penetrándola con un dedo al tiempo que le mordía el arco de la oreja—, esto no ha sido nada más que el comienzo.

Ella gimió, arqueándose contra su cuerpo.

—Algo me dice, que mañana no podré ni caminar.

Se rio y buscó sus labios, traspasando la barrera de sus dientes para regalarle un húmedo beso.

—Ese es el plan, Natalie —aseguró con profunda satisfacción—, ese es el plan.

CAPÍTULO 22

—Ay dios, no… Nick, eso duele… no… espera… ahí tengo cosqui… —Natalie no terminó la frase, pues se echó a reír—. Basta… no puedo reírme… me duele todo…

—Lo sé.

Una respuesta breve, directa, destinada a hacer a un lado sus deseos y cumplir con los propios. Prueba de ello era que ahora la tenía tumbada boca abajo sobre una toalla de baño y ese magnífico cuerpo se aposentaba sobre ella, con una dura erección rozándole las nalgas, mientras los dedos masculinos trabajaban en sus hombros y espalda.

Le había retirado la venda de los ojos sin pronunciar una palabra, se había tumbado sobre ella y le devoró la boca como si no hubiese tenido suficiente, solo para empujarla después de la cama a la ducha, cuando los primeros rayos de un nuevo día se filtraban por la ventana, y asearla el mismo. La repentina brecha que se había abierto entre ellos la tenía nerviosa, era como si con la luz del día hubiese llegado otra persona, una que quizá se arrepintiese de lo ocurrido durante la noche.

Los últimos cuarenta minutos transcurrieron en una especie de «haz esto, haz lo otro», sin verdadera comunicación. Al principio pensó que quizá se tratase de algún nuevo juego, pero a medida pasaba el tiempo, pareció aislarse incluso más.

—De acuerdo, ¿qué hice mal?

La pregunta surgió de forma abrupta entre sus labios. No soportaba más ese incómodo silencio entre ambos, no después de la calidez y cercanía que había sentido con él esa noche. Por un breve instante creyó incluso poder ver en su interior. Su necesidad de ella no había sido tan brutal entonces, fue como si necesitase de su contacto y de sus caricias tanto como ella misma necesitaba las suyas. Pero entonces, cuando el mundo de misterio y sensaciones en el que la sumergió al ponerle la venda terminó, también lo hizo esa sensación de comunión entre ambos.

—¿Qué te hace pensar que has hecho algo mal?

Una nueva pregunta que respondía a la suya, una sin inflexión en la voz, sin ni siquiera curiosidad. Solo el tacto de sus manos sobre su cuerpo y el suave aroma a flores del aceite hidratante que extendía sobre su piel desmentía ese tono impersonal.

—Dímelo tú —murmuró, ladeando un poco la cabeza para encontrarse fugazmente con su mirada—, eres el que se ha enfriado como un polo en el congelador.

Sus ojos se clavaron en los suyos, le vio alzar una rubia ceja al mismo tiempo que empujaba su erección contra su trasero, resbalando sobre sus nalgas dejando palpable su respuesta.

—¿Te parece que me he enfriado?

Bufó e intentó girarse hacia él, pero no le dejó.

—Quieta.

Siseó. No quería estarse quieta, quería pegarle, quería bajar de esa cama, vestirse y librarse de su presencia lo antes posible. No se sentía a gusto tan vulnerable, menos aún frente a él.

—Hace más de una hora que salió el sol, así que se terminó la noche de juegos —rezongó, culebreando bajo su cuerpo, dispuesta a abandonar aquella habitación.

—Natalie, quédate quieta. —Su voz sonó incluso más profunda, más fría y sus ojos reaccionaron de la manera más estúpida, llenándose de lágrimas.

No habló no dijo una sola palabra, no iba a permitirle que viese o notase lo que sus palabras obraban. No estaba siendo ella misma, la desatada pasión de la noche y la languidez posterior le estaba pasando factura.

Él continuó con su autoimpuesta tarea. Deslizó las manos con gesto firme sobre sus hombros, bajó hacia la línea que dividía su espalda y alojaba su columna vertebral y le hundió suavemente los pulgares. Una combinación de suavidad y fuerza que la obligó a enterrar el rostro entre las sábanas y morder la tela para contener un maldito sollozo.

—No has hecho nada malo —murmuró él tras unos pocos segundos—. Respondiste a mí tal y como se suponía que tenías que responder. No, en realidad, fuiste mucho más de lo que esperaba.

Las palabras penetraron en sus oídos, se lamió los labios y obligó a las lágrimas a permanecer alejadas de su voz.

—Y eso no es lo que deseabas. —No era una pregunta.

Contuvo el aliento cuando sus manos llegaron a la unión de su espalda con las nalgas, el muy bastardo unió ambos pulgares a la altura del coxis y aulló.

—¡Joder!

—Mis deseos no son asunto tuyo —le dijo, inclinándose hasta tocar su espalda con el pecho. Su aliento le calentó el oído—. Los tuyos, por el contrario… son todo lo que yo necesito.

Se empujó contra él, intentando liberarse de su contacto, pero todo lo que consiguió fue frotar el culo contra el durísimo pene.

—Eres un cabrón hijo de puta —siseó, atrapada bajo su cuerpo.

—Me han llamado cosas peores.

Sin darle tiempo a encontrar una réplica adecuada, se incorporó lo justo para cogerla de la cintura y girarla bajo él. Su miembro quedó cómodamente anidado entre sus piernas, dispuesto a hacer una nueva incursión matutina en su sexo.

—Rodéame con las piernas —la instruyó, al tiempo que la movía él mismo, posicionándola dónde la quería.

—Si piensas por un solo instante que voy a dejar que me folles ahora, la llevas clara —siseó, luchando por escabullirse, alejándose todo lo que podía de su contacto, aunque su cuerpo desease todo lo contrario—. No soy tu puta, que te quede bien claro. No pienso permitir que me trates como tal.

—¡Basta!

El tono frío y ronco de su voz la congeló en el lugar, sus ojos se ampliaron mientras sus miradas se encontraban y, por primera vez, sintió miedo de él.

—Qué diablos pasa contigo, ¿eh? —se desesperó ella—. Si no has disfrutado, lo dices y ya. No me ofenderé. Por el contrario, te enseñaré dónde está la jodida puerta a la velocidad de la luz y…

—Maldita sea, Natalie, cierra el pico de una jodida vez —la clavó contra la cama, sus manos aprisionando las suyas a ambos lados de su cabeza—. No has hecho nada malo, has sido una amante generosa y entregada. He disfrutado inmensamente de ti y quiero volver a hacerlo en este mismo instante.

Sacudió la cabeza, incapaz de saber qué hacer o qué decir. Lo inteligente sería retirarse, reiterar su negativa y huir, pero inexplicablemente lo deseaba, de una manera absurda e ilógica, quería abrazarle y alejar la soledad que veía en sus ojos y que en algún momento de la noche, cuando ambos habían sido el uno del otro, sintió también en su corazón.

—¿Hay alguna mínima posibilidad de que dejes la pose de gilipollas a un lado y seas

tierno durante un minuto? —musitó, sin apartar los ojos de los suyos.

—No esperes palabras dulces y flores de mi parte, encanto —le acarició la mejilla con suavidad—, esa no es mi firma.

—Solo quiero que seas suave —su voz se hizo incluso más baja, incomprensiblemente todavía le daba vergüenza hablar de ciertos temas con él—, si aspiro a poder caminar hoy.

Sus labios se curvaron lentamente, asintió con la cabeza y descendió sobre sus labios.

—Podrás caminar —aseguró, con total convencimiento—, pero olvídate de llevar bragas.

Poseyó su boca, con la misma hambre desesperada que había encontrado horas antes, con esa necesidad imperiosa de unirse a ella y reclamarla como si él fuese el que se estuviese quedando sin tiempo. La penetró de una sola vez, arrancándole el aire de los pulmones y haciendo que todo su cuerpo se tensase por la brusca intrusión. Su tierna y sensible carne cedió a su alrededor, dándole la bienvenida a pesar de la obvia incomodidad que había producido el abuso nocturno de esa zona.

—Nick… por favor —gimió, arqueándose contra él. No sabía si pedirle que fuese más despacio o que la follase duro y rápido.

—Me gusta cuando suplicas —ronroneó él. Por fin reconoció en su voz ese tono irritante y de absoluta satisfacción masculina que había llegado a apreciar—. Así que suplícame, encanto, suplícame que acabe contigo o de lo contrario, lo haré de igual modo.

—Eres irritante, Nickolas Hellmore —rezongó, saliendo al paso de cada una de sus embestidas—, y yo he perdido la cabeza por completo porque empiezo a encontrar eso atractivo en ti.

Él se rio, tomó su boca una vez más y se perdió en su cuerpo, poseyéndola con el frenesí del que hizo gala durante la noche.

—La locura siempre me ha parecido atractiva, Natalie —le susurró, rompiendo durante un breve suspiro el húmedo beso—, no en vano vivo sumido en ella.

No dijo nada, no merecía la pena encontrar una respuesta, todo lo que deseaba ahora era volver a revivir en sus brazos, encontrar la fuerza que parecía perder cuando estaba sola. Se unió a él, acompasando sus movimientos, gimiendo con cada nueva unión y bebiendo de su boca cuando le succionaba hasta el aliento con sus besos.

El orgasmo llegó de manera explosiva, arrasando con todo, pero al contrario de lo que ocurrió durante la pasada noche, su encuentro fue puramente carnal, suficiente cerca del cielo y el infierno, pero sin llegar a deleitarse en él. Él retuvo el suyo durante algunos empujones más, exprimiendo el placer al máximo hasta derramarse finalmente en su interior.

—Y esto, encanto —jadeó él, dejándose caer de espaldas a su lado, para atraerla luego contra su costado—, es mi manera favorita de decir: *Buenos días, Natalie.*

Parpadeó, sus ojos se abrieron como los de un búho.

—Me estás tomando el pelo —declaró, totalmente convencida—. ¿Verdad?

—No.

Parpadeó varias veces, sin dejar de mirarle.

—Nick, ¿me estás diciendo que así como algunas personas necesitan de un café para despertarse, tú necesitas de un… polvo?

—Bueno, nena, unos requieren de café para comenzar con buen pie su día —respondió, mirándola con diversión—, yo prefiero el sexo.

Y ante tal declaración, Natalie no encontró respuesta posible.

—No puedo creer lo que voy a decir pero, tengo hambre —rio Natalie, acurrucada todavía contra su hombro—. Será mejor que me dé una ducha rápida y prepare algo para desayunar.

Nick la dejó ir, deleitándose con el delgado cuerpo desnudo que correteó por la habitación para luego desaparecer en la puerta del baño contiguo.

Tenía que ir con cuidado. Casi tiró por la borda lo que había conseguido esa noche por permitir que sus emociones entraran en conflicto con su misión, sin embargo, en su defensa debía admitir para sí mismo, que no esperó encontrar lo que encontró en su interior.

El alma de Natalie era generosa, debajo de las capas y capas de ponzoña que había creado la enfermedad, se encontraba la luz más brillante de todas, una en la que podía terminar quemándose si no tenía cuidado. El Pacto lo había absorbido por completo, se había dejado llevar por su propia necesidad hasta el punto de descuidar durante unos momentos las de ella. Le requirió toda su concentración el volver a centrarse y dirigir sus esfuerzos en el camino correcto.

No iba a ser una tarea sencilla, si era sincero consigo mismo, la falta de tiempo le preocupaba, pero tenía que sobreponerse a todo eso y concentrarse en lo que verdaderamente importaba. Eliminar toda esa ponzoña de su alma. Y Natalie era tan entregada. Todo un polvorín debajo de su recién perdida inocencia. No fingía, se entregaba por completo, dispuesta a aprender y descubrir todo aquello que tuviese a bien enseñarle, no ponía barreras cuando estaban piel con piel, tan necesitada de cariño que le sorprendía que fuese al mismo tiempo una mujer con tanta independencia.

Su repentino aislamiento estuvo a punto de echar a perder todo lo que consiguió esa noche. El despertar de su conciencia lo hizo tambalearse y perdió la perspectiva durante un momento, tiempo suficiente para lastimar la nueva confianza que ella depositaba en él. Tuvo que escuchar sus lágrimas, sentir su propia culpa por algo que no había hecho para terminar espabilándose y poner una rápida y contundente solución a su error.

No iba a disculparse por utilizar el sexo como una vía de acercamiento o escape con ella, especialmente cuando disfrutaba tanto de sus interludios.

—¿Nick… puedes… um… echarme una mano?

Deslizó la mirada hacia la puerta medio abierta del cuarto de baño, de fondo ya se escuchaba el sonido del agua de la ducha. Enarcó una ceja y contempló la cabecita morena que asomaba tras esta.

—¿Has olvidado la manera en que uno se ducha?

Ella se mordió el labio inferior, sus mejillas adquirieron un ligero sonrojo.

—No —declaró con sencillez, abrió la puerta y le dejó recrearse con su pequeño y delgado cuerpo desnudo—. Pero como no he crecido ni un solo centímetro durante las últimas horas, necesito que el listo que puso la alcachofa de la ducha en el soporte más alto, me la baje.

Sonrió, el tono desafiante de su voz conseguía encenderlo a la velocidad de la luz.

—Demonios, encanto, estás echando por tierra uno de los estudios más famosos de los últimos tiempos.

—¿Cuál?

—El que dice que se suele crecer unos centímetros en la cama.

Los ojos castaños se entrecerraron y se deslizaron por su cuerpo, deteniéndose en su sexo ya erecto.

—Sí, sin duda tu… ego… es cada vez más desmedido —aseguró ella, dando media vuelta.

Reprimiendo una carcajada, saltó de la cama y la siguió al baño, dispuesto a… volver a darle los buenos días.

CAPÍTULO 23

Natalie se quedó con el tenedor a medio camino entre el plato y su boca cuando escuchó el inequívoco sonido del timbre de la puerta.

—Esto tiene que ser una broma —gimió, dirigiendo la mirada hacia el umbral de la cocina, casi deseando llorar—. ¿Es que se ha instaurado alguna nueva moda de tocar el timbre a primera hora de la mañana y yo me la he perdido?

Sus ojos se encontraron entonces con los de Nick, quien se limitaba a disfrutar del café al otro lado de la mesa.

—Si crean una moda con eso, habría que matar al que tuvo la idea y al que la patentó.

Enarcó una ceja.

—Eso sería una solución un poquito drástica, ¿no crees?

—De acuerdo, entonces limitémonos a freírlos en aceite.

Ladeó la cabeza.

—Tienes un sentido del humor muy retorcido.

—Gracias —le guiñó el ojo en respuesta.

—No era un halago —negó, intentando contener la risa.

—No esperaba que lo fuese.

Con ese hombre no podía, era imposible la mayoría de las veces, pero esa mañana estaba desatado. Estaba claro que su *«sexo para despertarse»* le funcionaba a las mil maravillas.

El timbre volvió a sonar y ella hizo una mueca.

—Si no contesto, tendrá que marcharse… sea quien sea.

Casi al mismo tiempo que dejó escapar esas palabras, otra melodía inundó la cocina.

—Puede que sí… —comentó él, al tiempo que extraía su propio teléfono móvil del bolsillo del pantalón. Este era el emisor de tal melodía—, o puede que tengas que enfrentarte una mañana más a las visitas, especialmente si quieres traspasar tu tienda de antigüedades.

Ella parpadeó, tan sorprendida por sus palabras como por sus acciones. Sin pensárselo dos veces, oprimió la tecla de colgar y señaló el umbral de la puerta con un gesto de la barbilla.

—Son tus nuevos compradores.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, estupefacta. Su mirada fue de él al pasillo una y otra vez.

—Tienes que estar de broma.

—No —negó, dejando su asiento y ofreciéndole al mismo tiempo la mano para que se levantara—. Ayer te comenté que conocía a alguien que podría estar interesado en el local o en su contenido. Me tomé la libertad de… informarles de que tenías la tienda en venta y que te urgía hacer el traspaso a la mayor brevedad posible. Así que, aprovechando que iban a venir a Seattle…

Parpadeó como un búho.

—¿Y me lo dices ahora? —jadeó. El timbre volvió a sonar otra vez—. ¡Ni siquiera me he vestido!

La recorrió con la mirada y sonrió mientras la cogía de la mano y tiraba de ella sin miramientos hasta ponerla en pie. Su cuerpo pegado al de ella, completamente consciente de que estaba totalmente desnuda debajo de la bata de felpa. Él no le había permitido ponerse nada más.

—Pues ve a vestirte —le susurró al oído—, ponte la falda de anoche. Sin bragas. Para la

parte de arriba lo dejo a tu elección.

Jadeó cuando le mordió la oreja, haciéndola emitir un pequeño jadeo.

—Estás loco si piensas que voy a andar por ahí sin bragas —rezongó, apartándose de él.

Nick se negó a soltarla todavía, atrayéndola de nuevo hacia él.

—De acuerdo… póntelas, que yo te las quitaré tan pronto pueda deslizar la mano por debajo de la falda.

Lo fulminó con la mirada.

—Me pondré pantalones.

Él enarcó una ceja.

—¿Y volver a padecer lo de ayer? ¿De verdad te gusta el sado?

Bufó como una gata, lo empujó y dio media vuelta dispuesta a desaparecer en su habitación. Con un poco de suerte, se moriría allí mismo y no tendría que enfrentarse a esa encerrona matutina.

—La próxima vez que se te ocurra algo como esto —señaló hacia la puerta—, te agradecería en el alma que me lo comunicases, al menos con un día de antelación.

Los labios masculinos se curvaron en una divertida sonrisa.

—Te gustarán, Natalie —le dijo, dándole la espalda—, los hechiceros son una pareja de lo más… peculiar.

Parpadeó, viendo cómo desaparecía por la puerta, caminando con ese aire de poder y masculinidad que decía, sin necesidad de palabras, que el mundo era suyo.

—¿Hechiceros? —repitió, repentinamente consciente de lo que acababa de decir él.

¿A quién diablos había contactado Nickolas? O más importante aún, ¿qué clase de gente extraña conocía? Sacudiendo la cabeza, salió rápidamente tras él y desapareció en el interior del dormitorio al tiempo que lo escuchaba abrir la puerta y saludar a los recién llegados.

—¿Demasiado temprano? —sugirió Radin recorriéndole con la mirada, consciente de su aspecto desaliñado. El pantalón desabrochado, la camisa a medio abotonar y cayendo sobre el pantalón y el pelo rubio trenzado sobre un nombro no dejaba lugar a muchas equivocaciones sobre lo que había estado haciendo.

—En absoluto, diría que llegáis justo a tiempo —aseguró, alternando la mirada entre él y su compañera, quien volvía a lucir esa peculiar moda entre *india* y *new age*—. Interesante look, Ankara.

Las suaves y pálidas mejillas de la chica se sonrojaron, sus claros ojos azules brillaron con diversión y le sonrió.

—Gracias —aceptó, enlazando su mano a la de su compañero—. Al menos alguien admira mi nueva ropa.

Radin carraspeó, dándose por aludido. Bajó la mirada sobre ella y enarcó una ceja negra.

—Oh, la admiré, Kara —le aseguró, apretándole suavemente los dedos para llevárselos a los labios y besarlos—. Te dije que nunca había visto nada igual. Y lo decía en serio.

Ella puso los ojos en blanco y Nick sonrió ante aquel cotidiano intercambio entre ellos. Desde luego, cualquiera que los viese no podría dejar de notar la extraña pareja que hacían. Radin no se molestaba en ocultar su ascendencia india, el tono oscuro de su piel, los ojos marrones oscuros y el largo pelo negro trenzado cayéndole sobre el hombro lo dejaban perfectamente claro. De todos modos, al contrario que su casi albina compañera, su vestimenta solía frecuentar el lado informal, con vaqueros, camiseta, chaqueta y botas de piel.

—Sin duda encajarías en la atmósfera de la tienda de antigüedades —comentó Nick, divertido.

Ella le guiñó el ojo en respuesta.

—Esa era mi intención —aseguró, entonces se giró a su compañero—. Vas perdiendo por dos puntos esta mañana, Rad.

El hechicero puso los ojos en blanco como toda respuesta.

—¿Y dónde está ella? —insistió la pequeña rubia, dirigiendo ahora su atención sobre él—. Me gustaría conocerla, tiene que ser una mujer muy especial para haber capturado por completo tu atención.

Enarcó una ceja ante el tono subyacente que escuchó en su voz.

—No te precipites en tus conclusiones, Alta Hechicera —le dijo, bajando el tono de voz —, mi presencia aquí obedece al jodido destino y en gran medida a la *Agencia Demonía*.

Ella se encogió de hombros, restándole importancia a su respuesta.

—Eso no es más que semántica.

—Kara… —la avisó su compañero.

—Lo es —repitió ella, mirando ahora a su compañero—, otra cosa es que seáis tan obtusos que no aceptéis lo que está delante de vuestras propias narices, como ya has podido comprobar por ti mismo, Radin.

—¿Vamos a volver otra vez sobre lo mismo? —le preguntó él, haciendo referencia obviamente a algo que tenía que ver con ellos y no con su presencia allí.

Sacudió la cabeza y contuvo una sonrisa, la pequeña hechicera podía ser más peligrosa que un polvorín, pensó al tiempo que se hacía a un lado y los invitaba a pasar.

—La semántica puede hacer estragos en tus manos, Ankara —aseguró—. Natalie se está poniendo presentable. El aparecer envuelta en esa horrible cosa que tiene como bata de felpa, al parecer es un honor que solo me tiene destinado a mí.

—Uno del que pareces disfrutar enormemente —comentó Radin y captó al instante el tono cómplice del hombre.

—Total y absolutamente —aseguró, cerrando la puerta tras él.

—Puedo notarlo, está aquí… es helador…

El susurro de Ankara hizo que ambos se giraran hacia ella. La hechicera se había detenido ante el umbral que dividía el recibidor del pasillo, su mirada se había hecho más intensa, adquiriendo ese tono claro y sobrenatural que reflejaba el poder que corría por sus venas.

—Es el frío que acompaña a la muerte.

Ella se estremeció, se envolvió con sus propios brazos y se giró de nuevo hacia él hasta que sus ojos se encontraron. En ellos podía ver una profunda tristeza y la comprensión de la que esta derivaba.

—La muerte ha marcado su alma, ¿eres consciente de ello?

Radin, quien se había mantenido en silencio, extendió la mano y su compañera se prendió de ella sin vacilar, buscando el calor que la equilibraba.

—No le queda mucho tiempo —asintió, respondiendo a su pregunta—, el que tiene, ni siquiera es suyo…

—El vínculo… —murmuró el hechicero, su expresión volviéndose cada vez más cautelosa.

—Por medio del contrato con la Agencia —asintió, respondiendo a la pregunta que había quedado en el aire—. No puedo permitirme perderla… no hasta recuperar lo que me pertenece.

—Así que esto es lo que te ha tenido en paradero desconocido durante los últimos meses.

—Radin clavó la mirada en la suya, sus ojos hablaban sin necesidad de palabras—. El destino es un grandísimo hijo de puta.

—No es justo —musitó su compañera—. ¿Por qué tiene que ser siempre todo tan difícil? ¿Por qué no puede el destino ser un poco piadoso? La vida ya trae consigo suficiente sufrimiento.

Radin apretó su mano.

—Esa es una pregunta para la que nunca tuve respuesta, amor —aseguró él, llevando su mano a los labios, besándola y trasmitiéndole en ese gesto todo lo que ella significaba para él—. Ahora, repliega tu poder y contén tu entusiasmo, ¿de acuerdo? No espantes a la pobre chica antes de que el *Vitriale* tenga tiempo de obtener de ella lo que necesita.

Los ojos de los dos amantes se encontraron y a Nick no le pasó desapercibido el brillo que cruzó por los de la mujer.

—El destino nunca va en una sola dirección, Radin —musitó ella por lo bajo, entonces se giró lo justo para mirarlo a él—, y tú deberías saberlo mejor que nadie.

—El saberlo no lo hace más fácil, hechicera —declaró en el mismo tono de voz.

Ella asintió, se lamió los labios y tomó una profunda respiración que contribuyó a calmar su poder.

—De acuerdo, me portaré bien —rezongó, inclinándose de nuevo contra su compañero.

—Limítate a ser tú misma, Ankara —le ofreció—. Ella lo agradecerá.

La muchacha inclinó ligeramente la cabeza, en un gesto de aceptación.

—Como desees, *Vitriale* —le dijo, guiñándole un ojo. Entonces se dedicó a mirar a su alrededor, apreciando la decoración del lugar—. Me gusta la decoración, es tan personal y única.

—Un fiel reflejo de su dueña —aceptó y los acompañó al pequeño salón.

—No me cabe la menor duda de que lo es —aseguró, traspasando el umbral del salón para luego soltarse de la mano de su compañero y mirar extasiada las estanterías llenas de libros de la pared del fondo—. Mira, Radin. Esto es lo que intentaba explicarte. Me gustaría colocar las estanterías de este modo en la pared contraria a la ventana, en la habitación del final, la que da al río. Es la más serena de la casa. Cálida y acogedora, sería una buena biblioteca… aunque quizá debiésemos dejarla como cuarto para el bebé, aunque preferiría acondicionar la contigua a la nuestra.

—¿Bebé? —preguntó, cruzando la mirada con Radin, quien había hecho una mueca.

—Kara, ya hemos hablado sobre ello una y mil veces…

—Pero yo quiero…

—Kara. Ahora no.

La muchacha hizo un puchero, pero no se veía ni remotamente arrepentida.

—¿Debo preguntar? —Nick seguía pendiente de cada una de las reacciones de Radin, tal parecía que aquel tema era uno que no acababa de agradarle del todo.

—Si quieres ahorrarte un discusión de pareja, mejor no —rezongó y miró a su mujer con gesto acusador—. ¿Y tú podrías dejar de sacar el tema a cada momento? Esto es algo que solo nos compete a ti y a mí, no es necesario que lo airees en cada ocasión que tienes.

Ella parpadeó, su rostro el vivo retrato de la inocencia.

—No veo que haya nada malo en compartir el deseo de tener un bebé —argumentó ella. Nick reprimió una sonrisa, manteniéndose por el momento, como un simple espectador—. Es la progresión normal de la vida. Conoces a la persona con la que quieres compartir tu vida, dejas atrás todos los problemas o escollos que supongan una dificultad… y en nuestro caso, ha sido casi una batalla campal… y miras hacia delante. Es hora de pensar en el futuro, en formar un

hogar y…

—Y, al igual que las anteriores novecientas cuarenta y tres veces mi respuesta sigue siendo: Ahora no es el momento, Kara.

Ella suspiró, compuso su mejor cara de pena y se dejó caer muy suavemente en el sofá. Cuando alzó la mirada hacia Radin, supo que el hombre estaba irremediablemente perdido. Esta muñequita podía ganarse un Oscar a la mejor interpretación.

—¿Qué mejor momento puede haber que este? —insistió lastimera—. Nos hemos establecido por fin, estamos juntos, tenemos una casa preciosa en un lugar lleno de paz y esperanza. Ya no somos proscritos, Radin. Tu pueblo… incluso lo que queda del mío, nos han perdonado y nos hablan. Si hasta hemos tenido un par de visitas.

—Una visita. Y fue para invitarnos a contribuir en no sé qué asociación de recuperación histórica —le recordó, poniendo los ojos en blanco.

—Y si ahora nos hacemos cargo de la tienda de antigüedades —continuó ella, ignorando su queja—, podré tener también algo a lo que dedicarme. Es el momento perfecto, justo ahora. Radin, quiero tener un bebé.

Él se limitó a darle la espalda, a juzgar por su lenguaje corporal, le costaba un mundo no complacerla con tal de borrar esa pena de su rostro, aunque fuese más que consciente de que era fingida.

—Si la próxima vez que me llames no te contesto, es porque me he decidido suicidarme —declaró con hastío—. Si antes era difícil lidiar con ella, ahora es una causa perdida.

—Una a la que no renunciarás jamás, amigo mío —aseguró, al tiempo que posaba la mano sobre su hombro y le ofrecía un pequeño regalo—. Y ahora, con mayor motivo.

Reprimiendo una pequeña risita al ver el rostro demudado del hechicero, quien había visto un pedacito del destino que él mismo había vislumbrado para ellos el día anterior, continuó.

‹‹No hay nada malo en dejar atrás el pasado, Radin››. Habló solo para él, dándole tiempo para comprender el regalo que acababa de hacerle. *‹‹Especialmente cuando puedes enfrentarte al futuro al lado de la mujer que te complementa, a la que amas incluso por encima de tu propia vida y darle aquello que desea, el cual es también uno de tus mayores anhelos››.*

Los ojos oscuros del hombre se clavaron en los de él, podía ver cómo le costaba asimilar lo que había vertido sobre él y el miedo y la incertidumbre que acompañaba a aquellos que se enfrentaban a los cambios y al porvenir.

—De repente empiezo a estar menos dispuesto a hacerte este favor, Nickolas —murmuró, luchando por que no le temblase la voz—, especialmente si esta es tu manera de dar las gracias.

—No es tan malo como parece, amigo mío, terminarás por acostumbrarte e incluso disfrutarás de ello —le palmeó el brazo y señaló a su compañera, quien los miraba con curiosidad y recelo—. Estoy convencido de que ella, sí lo disfrutará.

La mirada femenina fue de uno a otro, sin acabar de comprender.

‹‹Parece que el destino quiere que te salgas con la tuya, amor mío››.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla imitando a un pez boqueando fuera del agua, toda una amalgama de emociones cruzó por sus ojos azules y se instaló en su rostro. Sorpresa, temor, esperanza… y finalmente una inconmensurable alegría que la hizo juntar las manos en una palmada y levantarse de un salto del sofá. La falda se arremolinó alrededor de sus piernas mientras dejaba escapar un pequeño chillido y se lanzaba a los brazos de su compañero.

—¡Oh, sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —clamó excitada, rodeando el cuello de Radin con los brazos, apretándose contra él—. Lo sabía, no estaba del todo segura, pero sabía que podía ser posible… —sin perder un segundo, se giró hacia Nick—. Cuándo. Quiero saberlo, por favor.

—Kara… cálmate —le pidió su compañero, tirando de ella de nuevo—. Y tú no digas una sola palabra más…

Nick alzó ambas manos a modo de rendición.

—Pero, yo quiero saberlo —se quejó ella, volviéndose de nuevo hacia su hechicero.

—Tú —le señaló de nuevo el sofá—. Siéntate. Ahora.

Ella enarcó una delgada ceja rubia.

—¿Quieres que te dé también la patita?

—Kara…

La muchacha se limitó a negar con la cabeza, sonrió y se abrazó de nuevo a él, hundiendo el rostro en su pecho mientras le rodeaba la cintura con los brazos y murmuraba algo en el idioma de su tribu.

—Vas a ser mi ruina, *hechicera* —murmuró él a cambio, dejando escapar un suspiro, al tiempo que le acariciaba el pelo.

Alzó el rostro hacia él y sonrió.

—No importa mientras tú también seas la mía —le guiñó el ojo, entonces se soltó y se giró hacia Nick—. ¿Puedo saber al menos qué será? —insistió—. ¿Cuándo sucederá? Bueno… ya me entiendes.

—Sí, perfectamente y es algo en lo que prefiero no pensar por el momento —declaró, abrazándola de nuevo—. Necesito… todavía necesito asimilarlo.

Nick eligió ese momento para carraspear y mirarlo directamente a los ojos, no pudo ocultar por más tiempo la diversión que sentía.

—Pues será mejor que empieces a hacerlo ya, Radin —comentó, dejando caer esa bomba entre los dos hechiceros—. Lo que te he mostrado ha sido tu futuro… vuestro futuro… más inmediato.

Su mirada cayó de forma categórica sobre el vientre, todavía plano, de la pequeña rubia.

—¿Cómo de inmediato?

Esbozó una divertida sonrisa.

—Inminente.

—Tienes que estar de broma —se las ingenió para murmurar. Su mirada iba de él al vientre todavía plano de su compañera. El mismo en el que ya se gestaba su hijo.

—Nunca bromeo con la vida y la muerte, amigo mío. Ya deberías saberlo —respondió con absoluta sinceridad, entonces miró a Ankara, quien se había quedado más blanca de lo que era prudente—. En cuanto a tu primera pregunta, princesa, tendrás la respuesta a principios del próximo verano.

La pareja lo miró estupefacta. Radin llegó a perder el color cuando el peso de la realidad cayó por fin sobre sus hombros, mientras su mujer se cubría la boca con las manos.

—Oh, dios mío —jadeó ella, bajando la mirada sobre su estómago. Las manos casi le temblaban cuando las posó sobre su vientre—. Oh, señor… oh… oh… oh…

Radin no dijo una sola palabra, se limitó a tragar saliva y mirar a su compañera. Tan estoico como siempre parecía, con las emociones fuertemente guardadas, le temblaba el pulso cuando posó una mano sobre las de Ankara.

—A ver quién te aguanta ahora…

Ella se echó a reír ante sus palabras, entonces cambió la risa por el llanto y se abrazó con fuerza a su compañero, compartiendo aquella esperanza de futuro para ambos durante unos instantes.

—Kara, no llores. —Parecía realmente perdido con su mujer llorando entre los brazos—.

Amor, no me hagas esto. Kara…

—Un bebé —hipó ella, mirándole ahora con una sonrisa a través de las lágrimas—. Radin, vamos a tener un bebé —se echó a reír, convirtiendo aquello en una tragicomedia—. Nuestro. De los dos.

Él asintió, la besó en la frente y se encontró con su mirada por encima de la cabeza de su mujer.

—¿Más dispuesto a hacerme ese pequeño favor?

La respuesta del hombre fue echarse a reír, negó con la cabeza y suspiró.

—Odio la manera en que entretejes las cosas, Nickolas —aseguró, bajando ahora la mirada sobre su mujer, secándole el rostro—. Será mejor que tu *disteya* aparezca pronto, antes de que se te ocurra verter otro cataclismo sobre alguien más.

Emitió un bufido ante el comentario masculino.

—No sé, Radin… la de los cataclismos, más bien es ella —aseguró, poniendo los ojos en blanco—. La primera vez que nos encontramos, se murió en mis brazos.

—Algo que no dejas de recordarme en cada oportunidad que tienes.

Los presentes se giraron hacia la puerta al escuchar la voz femenina de la recién llegada. Sonrió, Natalie se había puesto la falda que le había comprado, con unas botas altas, una camiseta ajustada y una chaqueta de punto y paseaba la mirada con cierta incomodidad sobre las personas que habían invadido su pequeño santuario.

—Um… hola, soy Natalie —los saludó, un poco incómoda e hizo un gesto señalando el lugar—. Bienvenidos.

La pareja se separó ligeramente, Ankara había conseguido recuperar la serenidad, si bien estaba más radiante que nunca.

—Disculpa toda esta tragedia —sonrió la muchacha, terminando de secarse el rostro—, es que acabo de enterarme de que estoy embarazada. Bueno, y mi marido también. De que lo estoy yo, no que él lo esté. Oh, ya estoy metiendo la pata…

—Está bien, Kara —la abrazó su compañero, y le tendió la mano a la mujer—. Soy Radin Chezark, esta es mi mujer, Ankara. Es un placer conocerte al fin.

Ella correspondió a su saludo, le estrechó la mano pero enseguida buscó su mirada.

—¿Al fin? —preguntó mirándole.

Nick sonrió.

—Es culpa mía —aseguró Ankara, llamando de nuevo su atención—. He acribillado a Nickolas a preguntas, aunque no ha sido muy comunicativo. Se ha limitado a monosílabos y a evitar las respuestas.

Natalie correspondió de manera espontánea a la sonrisa de la muchacha, al tiempo que lo buscaba una vez más con la mirada.

—Sí, es algo que suele hacer —aceptó en voz baja. La incomodidad que sentía era obvia para cualquiera con ojos en la cara.

—Te prometo que el único que muerde en esta sala soy yo, encanto, así que puedes relajarte.

Ella se sonrojó, dejando claro que le encantaría retorcerle el pescuezo, a la mínima oportunidad.

—Um… ¿os apetece un café? ¿Una infusión? —preguntó, intentando ser una buena anfitriona.

‹‹Tu chica está deseosa de deshacerse de nosotros››.

‹‹Natalie tiene problemas para relacionarse con la gente, no está acostumbrada a las

visitas››.

‹‹Qué me vas a decir››. Radin miró a su compañera. *‹‹Será mejor que declines tú el ofrecimiento y vayamos al meollo del asunto. Tengo la sensación de que estará mucho más tranquila cuando dejemos de invadir su territorio››.*

—Gracias, pero no queremos importunar —comentó Ankara, haciéndose cargo de las habilidades sociales—. Si te parece bien, ¿podrías enseñarnos el local ahora? No queremos invadir tu hogar y sin duda tienes más cosas que hacer…

‹‹Buen movimiento, amor››.

Natalie parpadeó, pero asintió al momento.

—Sí, por supuesto —aceptó de inmediato, cosa que lo hizo sonreír. Estaba más que deseosa de liberar su casa de cualquier clase de desconocido—. Y por el camino, podéis contarme qué método de tortura ha utilizado Nickolas para que aceptaseis venir a ver mi tienda de un día para otro.

—En realidad ha sido al revés —declaró Ankara, dedicándole un guiño—. Los chicos no acaban de comprender todavía que son ellos los que terminan haciendo las cosas que nosotras queremos.

‹‹Te encanta recordarme que has vuelto a salirte con la tuya, ¿eh?››.

Ankara sonrió y miró a su compañero de reojo.

‹‹Te quiero, Radin. Más que a nada en este mundo. Pero de vez en cuando, una chica necesita estar encima››.

Sus miradas se encontraron y la de él era tan sensual como sus palabras.

‹‹¿Así que quieres estar encima? No tengo problema con ello, amor››.

Natalie le sonrió entonces, asintiendo al comentario que había hecho en voz alta.

—Estoy de acuerdo —aceptó ella y echó el pulgar por encima del hombro—. Iré a por mi abrigo y las llaves.

—Te esperamos en el recibidor —le informó Nick, viendo cómo ella desaparecía con rapidez.

—Su vida se apaga rápidamente —murmuró ahora el hechicero en voz baja, su mirada clavada en él—. Y su alma… ¿te has dado cuenta de…?

—Lo sé, Radin —aceptó interrumpiéndolo, perfectamente consciente de a qué se refería —. Es algo que me ha sorprendido y al mismo tiempo… es lo que esperaba, en cierto modo.

El reloj interno de Natalie seguía marcando el tiempo con milimétrica precisión. Boer había tenido razón en sus suposiciones, el tiempo se agotaba y ella posiblemente no contase con el paréntesis de tiempo que había supuesto. Una vez más, el destino parecía dispuesto a dejarle sin opciones, sin embargo esta vez, no estaba dispuesto a dejarse vencer, no mientras tuviese algo que decir al respecto.

CAPÍTULO 24

—¿Eres capaz de encontrar algo aquí dentro?

La pregunta procedente del mestizo sonó con tanta ironía como había en su mirada. A pesar de ello, Natalie no encontró censura o burla, por el contrario había una genuina curiosidad e interés en esos bonitos y oscuros ojos marrones. Él había sido menos efusivo que su mujer, la cual parecía una niña dentro de una juguetería, emitiendo comentarios y opiniones que, sorprendentemente, encontró muy parecidas a las suyas propias.

Sin duda hacían una pareja extraña, tan moreno él y tan rubia ella, y, sin embargo, era innegable el amor y la complicidad que se respiraba entre ellos.

—En el caos a menudo se encuentra el orden —respondió, al tiempo que se encogía de hombros—. Admito, sin embargo, que el espacio ha quedado pequeño para tanto artículo. Puede que esté ligeramente atestado…

—Ligeramente, podría quedársele corto —comentó con abierta ironía. Entonces se giró hacia el lugar en el que la muchacha rubia indagaba en el interior de varias cajas apiladas y frunció el ceño—. Kara, ten cuidado con esas cajas. No quiero tener que desenterrarte de debajo de una pila de muebles.

Ella se incorporó, remetió un mechón de pelo tras la oreja y sonrió.

—De peores lugares has tenido que sacarme —le guiñó el ojo.

—No me lo recuerdes —rezongó, poniendo los ojos en blanco. Su mirada volvió a recorrer el local, comprobando una vez más las vigas maestras, la instalación eléctrica y las dimensiones del lugar como si estuviese intentando hacerse su propio esquema de la tienda—. Tiene bastantes metros cuadrados, pero el espacio está mal aprovechado. Diría que la instalación eléctrica pertenece al siglo pasado y hay una enorme grieta en la pared del fondo que no tengo la menor idea a que puede deberse. ¿Has realizado alguna inspección técnica en los últimos años?

Ella parpadeó, miró hacia el lugar en el que él decía que había una grieta e hizo una mueca.

—Solo una, hace ocho años, cuando compré el local.

Enarcó una ceja, mirándola con curiosidad.

—¿Por qué lo compraste en vez de alquilarlo?

—En ese momento me pareció una buena idea —aceptó, encogiéndose de hombros—. Además, si lo hubiese alquilado, no tendría ahora el problema de tener que encontrar un posible comprador, podría limitarme a vender los objetos en un rastrillo y donar lo recaudado a alguna asociación benéfica.

—Lamento decirte que gran parte de lo que está aquí a la vista, está destinado al contenedor de basura —afirmó él, con total sinceridad—. Hay piezas interesantes, como los espejos, esa vitrina y alguna que otra lámpara. Y es posible que entre todas esas cajas con vajillas y cristalerías, haya alguna cosa de valor. Pero te seré muy sincero, Natalie, aquí dentro hay más valor sentimental que económico.

No le estaba desvelando nada nuevo, ella misma era consciente de ello. Durante el tiempo que había mantenido las puertas abiertas, muchas personas, especialmente de edad avanzada, habían venido a ella para dejarles algún objeto o vendérselo si necesitaban ingresos; nunca había tenido el corazón de decirles que no.

—Lo sé —aceptó, echando un rápido vistazo a la tienda—, ese es el motivo por el que solo se ha tasado la tienda y no el contenido. Ravenna es un vecindario tranquilo, pero pequeño, una tienda de antigüedades… bien, no es el mejor de los lugares para sacarla adelante. Esperaba que al menos, quien se quedase con ella pudiese disponer del local y darle un uso digno, pero también quería que se tratase con respeto… yo… he dejado gran parte de mi vida aquí. Es… un pedacito de mí.

—Y por eso mismo, será tratado con el mayor de los respetos —añadió Ankara, acercándose a ella con una vieja y polvorienta muñeca de porcelana en las manos—. Tienes mi palabra.

Asintió, había una inequívoca sinceridad en su voz y sobre todo en esos ojos azules que le transmitían una inmensa paz.

—¿Hay algo que quieras conservar para ti? —insistió Radin.

Miró a su alrededor y negó con la cabeza.

—Allí a dónde voy, no creo que vaya a necesitar nada.

—Natalie…

Se giró al escuchar la voz de Nick. Él se había limitado a permanecer tras el mostrador, en silencio, contemplándola, dejándola pactar con sus propios demonios.

Suspiró, alzó las manos a modo de rendición y finalmente se giró de nuevo a la pareja.

—Si os interesa, es vuestra —concluyó, al tiempo que señalaba el local con un gesto de la mano—. Solo tendréis que pagar el servicio de la inmobiliaria y los costes de gestión. Os traspasaría la propiedad en una venta simbólica.

Radin hizo una mueca y miró a Nick.

—Tu chica no es muy buena que digamos haciendo negocios.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—Es su local, suya también la decisión de qué hacer con él.

—¿Kara? —consultó ahora con su mujer, quien alisaba distraída el vestido de la muñeca que había encontrado.

La muchacha alzó la mirada y clavó esos ojos azules sobre ella. Casi sintió como si pudiese perforarla y ver mucho más allá de si misma.

—Cuidaremos bien de esta cueva del tesoro.

Abrió la boca para decir algo pero las palabras se le quedaron atascadas. *Cueva del tesoro*. Así era como solía llamar a la tienda de antigüedades para sus adentros. Se obligó a pasar el repentino nudo que se alojó en su garganta y asintió.

—En ese caso, las llaves son vuestras chicos —declaró, sacando las llaves del bolsillo y entregándoselas a ella—. La inmobiliaria preparará los papeles de modo que quede todo debidamente arreglado.

Radin asintió.

—Me encargaré personalmente de hablar con ellos y proporcionarles la documentación que sea necesaria.

—Gracias —aceptó. Al menos no tendría que preocuparse también ahora del papeleo.

—Es un placer —aceptó él y se giró hacia su compañera, quien le sonrió a su vez—. Ni pienses que vas a salir indemne de esta, señora mía. Tú y yo vamos a tener una charla muy larga e interesante en cuanto volvamos a casa.

Ankara alzó ambas manos a modo de rendición.

—Yo soy inocente de todo cargo hasta que se demuestre lo contrario —aseguró, entonces sonrió con picardía—. Además, si alguien tiene la culpa de algo… eres tú.

Él puso los ojos en blanco y gruñó por lo bajo.

—Todavía no entiendo cómo hemos llegado a ese punto…

Nick se rio por lo bajo, atrayendo su atención sobre él.

—Es la historia más vieja del mundo, Radin —aseguró con profunda ironía—. Olvídate del cuento de la miel y las abejitas. Si follas con ella y sin protección, nueve meses después estarás regalando puros. Las cosas funcionan así.

El hombre lo fulminó con la mirada.

—Haznos un favor, Nick, y habla solo cuando tengas una respuesta inteligente que dar —rezongó, entonces miró de nuevo a su mujer y le tendió la mano—. Vámonos antes de que aquí el señor... *Todo lo sé y me importa una mierda joderos*, deje caer sobre alguien más otra bomba nuclear.

Ahora fue Natalie la que tuvo que contener una sonrisa ante el tono fastidiado del hombre, al tiempo que Ankara se acercaba a su marido y le cogía la mano.

—Respira, Radin, respira —le dijo, atrayendo su mano contra el plano vientre—. Tienes unos nueve meses para hacerte a la idea…

—Siete y medio, en realidad —murmuró Nick, dedicándole a ella un guiño.

Él aludido gruñó.

—No preguntaré cómo sabes eso.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Llámalo intuición —comentó, y echó un vistazo a su propio reloj—. Bueno, tú y yo también tenemos que irnos.

Natalie parpadeó, miró su propio reloj y se sorprendió de que fuese ya tan tarde.

—Mierda —siseó—. La consulta es a las doce y media.

—En ese caso deberías darte prisa —sugirió Radin, quien abrazaba ahora a su mujer y se despedía de ambos—. Nosotros nos vamos ya. Estaremos en contacto para terminar con el papeleo. Natalie, ha sido un placer conocerte.

Ella asintió y estrechó la mano que Radin le tendía.

—Lo mismo digo.

Y era verdad, si bien al principio la había cogido por sorpresa esa inesperada invasión en su casa, la pareja le había caído bien. Había algo… ancestral en ellos, no sabía si se debía a la obvia herencia india de Radin, pero estaba allí y era casi palpable.

—Natalie…

Antes de que pudiese decir algo, Ankara la abrazó.

—No bajes todavía los brazos —le susurró al oído—, dale tiempo para que comprenda que tú eres todo lo que necesita.

Parpadeó ante las extrañas palabras, pero no tuvo tiempo a preguntar, pues Nick la había reclamado a su vez, atrayéndola contra él mientras se despedía de la pareja que ya abandonaba la tienda.

—¿Estás bien? —le preguntó, apartándole el pelo de la cara.

Asintió, aunque no estaba segura de que fuese una respuesta acertada para la extraña sensación que le había dejado la despedida de la chica.

—¿Lista para tu cita con el especialista?

Miró a Nick e hizo una mueca. Lo último que le apetecía ahora mismo era enfrentarse a su médico.

—¿No podemos sencillamente ignorarla y volver a casa? —sugirió, con un mohín—. Será más productivo que hacerle una visita al Dr. Maxwell.

Le enmarcó el rostro con las manos, obligándola a sostenerle la mirada.

—Le sacaremos toda la productividad posible a tu casa en cuanto asistas a la consulta y te haga el reconocimiento de rutina —declaró, inflexible.

Cubrió las manos con las suyas.

—Esta visita no cambiará nada.

Le levantó la barbilla y le acarició los labios con el pulgar.

—Y a pesar de todo, la harás.

Resopló, haciendo un mohín.

—Eres un dictador.

Él sonrió, con ese gesto pícaro y que prometía calientes retribuciones.

—Qué puedo decir, siempre me ha gustado mandar y salirme con la mía —ronroneó—. Venga, vayamos con tu doctor Maxwell.

CAPÍTULO 25

—¿Desde cuándo?

Natalie se giró hacia él una vez dejaron el edificio, dónde tenía la consulta su especialista, cuarenta minutos después. Nunca había pasado tanto bochorno como en esa última media hora. Su rostro cambió de la pálida vergüenza al rojo de la furia asesina en cuestión de minutos y todo por un único causante.

—¿A quién más has embaucado diciéndoles que eres algo que no eres? —clamó, fulminándole con la mirada.

Su respuesta fue fruncir el ceño, alzar la mirada al cielo y comentar:

—Deberíamos seguir con esta conversación en otro lugar, parece que va a llover.

Sin duda ese hombre tenía un máster en *»Cómo cabrear a una mujer«*, porque sus palabras fueron combustibles para su encendido humor. Se tensó por completo, no podía dejar de pensar en las veces en que el Dr. Maxwell, quien la conocía de toda la vida, le había reprochado que no hubiese sido sincera con su «novio». Llegó a ponerse de su lado, aludiendo a la preocupación que este había sentido durante su tiempo en el hospital, con el consiguiente regaño por no cuidar apropiadamente de su salud.

Apretó los dientes, su mirada volvió a encontrarse con la suya. ¿Cómo había podido? ¿Qué derecho tenía para crear toda esa fantasía a su alrededor?

—¿Es a esto a lo que te dedicas? ¿A usurpar las vidas de los demás? ¿De aquellos que no pueden defenderse? —le acusó con dureza—. ¿Quién diablos eres tú?

Los ojos azules adquirieron un tono más profundo, provocándole un pequeño escalofrío.

—La persona que tienes frente a ti.

Sacudió la cabeza con energía. No. No iba a jugar de nuevo a ese juego con ella. Su estoicidad y falta de emoción la ponía de los nervios.

—¿Y quién es esa persona, Nick? —se desesperó—. La realidad es que no sé quién eres, no sé nada de ti. ¿Tienes idea de la posición en la que me deja eso?

La forma en que la recorrió con la mirada debió advertirla de que no le iba a gustar ni un pelo la respuesta.

—Sé la posición en la que me deja a mí —respondió—, y con eso me basta.

Apretó los puños a ambos lados de las caderas para no sucumbir a la necesidad de girarle la cara de un tortazo. ¿Cómo podía ser tan frío cuando unos minutos antes había sido el vivo retrato de la cortesía y la preocupación? ¿Quién era el hombre que estaba frente a ella? ¡Quién era!

—¿Eres siempre así o esto es algo que reservas únicamente para mí? —preguntó, dando rienda suelta a la rabia que había contenido hasta el momento—. ¿Esto es lo que haces? ¿Embaucar a personas desahuciadas y regalarles una fantasía durante un par de días?

—No pongas palabras en mi boca que nunca he pronunciado.

Entrecerró los ojos.

—Quizá no las hayas pronunciado, pero eso es lo que has hecho conmigo.

Ladeó la cabeza, no se molestó en moverse, no le hacía falta. Su sola presencia era suficiente para hacerla sentir pequeña, insignificante.

—¿A quién estás juzgando, Natalie? ¿A mí o a ti misma? —le soltó—. ¿Qué te molesta

exactamente, el que yo sepa lo que necesitas o que tú lo hayas aceptado?

Apretó los dientes, la necesidad de marcarle la cara con la mano pesaba cada vez más en su ánimo.

—Eres un maldito cabrón hijo de puta —siseó, enfrentándose con él.

—¿Por qué? ¿Porque te he dado justo lo que necesitabas para dejar atrás todo lo demás? —replicó con fría objetividad—. ¿Porque te permito disfrutar de un minuto de vida en vez de dejar que lo consumas pensando en la fatalidad? —Chasqueó la lengua, como si estuviese hablándole a una niña tonta y se le acabase la paciencia—. Espabila, Natalie, no eres ni serás la única que tenga que enfrentarse a un estigma como este. Ahora mismo, en todo el mundo hay gente que se muere, algunos quizá no lleguen a ver siquiera el próximo amanecer. Tú en cambio, eres lo bastante afortunada como para poder hacer eso y más.

Sus palabras la atravesaron y avivaron la furia en su interior. La realidad que existía tras ellas chocó con fuerza con su propia negación, creando un torbellino de desesperación y miedo que sabía no traería consigo nada bueno.

—Lárgate —masculló en voz baja y con un filo tan helado que podía sentir el cortante frío —. Vete y no vuelvas a acercarme a mí jamás. Recoge tus cosas y déjame en paz.

—No eres tú la que pone las reglas a este juego —aseguró, con el mismo gesto indolente de siempre. Se metió las manos en los bolsillos y mantuvo esa pose de absoluta indiferencia. Parecía que nada le importaba, nada era lo suficiente importante para ese hombre.

—Te equivocas. —Dio un nuevo paso hacia él, notando las primeras gotas, que traían consigo las oscuras nubes, sobre su rostro—. Soy la única con la potestad para hacerlo, porque de los dos, yo soy la que se está muriendo. Así que disculpa si prefiero pasar mis últimos días sin mentiras y engaños a mí alrededor.

La anunciada lluvia empezó a teñir el suelo, pequeñas gotas dejaron su huella sobre la acera mientras ellos se enfrentaban ajenos a todo lo demás. Casi agradecía que esa fuese una calle poco transitada y que sus conciudadanos no fuesen muy afines a pasear bajo la inclemencia del mal tiempo.

—No hay mentiras o engaños en esto, Natalie —le dijo él, dando respuesta a su petición. Clavó los ojos en los suyos y le sostuvo la mirada con gesto calmado. Mientras, ella era como una olla en plena ebullición, dispuesta a rebosar de un momento a otro—. La realidad siempre ha estado frente a ti, otra cosa es que no desees verla o enfrentarte a ella. La negación no es sino otro modo de evitar la realidad.

Y la olla dejó salir el vapor. Enfurecida, extendió la mano señalando el edificio que acababan de abandonar, uno que no pensaba volver a pisar.

—¿Qué realidad? Has engañado a todo el mundo. Especialmente a mí —alzó la voz una vez más—. Les has dicho a todos lo que deseabas que escuchasen; que eres mi novio, mi pareja. ¿Por qué? ¿Para qué? Ningún trabajo, por absurdo que sea, puede hacer que alguien llegue tan lejos para cumplir con… con ese endiablado contrato.

El cielo decidió hacerse oír en esos momentos con un lejano trueno que presagiaba la llegada de la tormenta. Lo que comenzó como unas cuantas gotas pronto se convirtió en un fino aguacero que prometía incrementar su intensidad. A Natalie no le importó, apenas podía sentir el agua sobre ella, el pecho le dolía lo suficiente como para darse cuenta que necesitaba respirar y dar rienda suelta a las palabras que ya le quemaban los labios.

—¡Estuve más de mes y medio en coma! ¡Y tú estuviste sentado al lado de una completa desconocida todo ese tiempo! —insistió, dejando claro su punto—. ¿Qué es eso sino una completa locura? ¿Qué es lo que buscas, Nickolas? ¿Disfrutas acaso viendo cómo otros pierden

la vida? ¿Cómo se consumen ante tus ojos?

El fogonazo de un relámpago iluminó el cielo sobre sus cabezas marcando un silencioso paréntesis entre ambos. Él no dijo nada, se limitó a contemplarla, dejando que el agua lo bañase, empapando su ropa como lo hacía con la de ella.

—Me estoy muriendo, ¿es que no lo ves? —insistió, con una agónica carcajada—. Esto no es más que una fantasía, una irrealidad en la que estamos sumergidos ante la imposibilidad de enfrentarnos al mundo real. No soy nadie, pronto no seré nada, ¿qué interés podría tener para ti una vida que se consume?

Lo vio lamerse los labios, como si barajase la posibilidad de seguir guardando silencio o responder.

—No es solo una vida. Es tu vida, Natalie. Todo lo que eres —respondió finalmente—. Eso hace que sea lo suficiente importante para mí.

Aquella irreflexiva respuesta hizo a un lado la risa, sustituyéndola una vez más con la ira y el rencor nacido de la desesperación y la imposibilidad de creer en unas palabras que no eran reales. Nada de lo que había ocurrido los últimos dos días lo era, todo formaba parte de un aplazamiento de su condena. Uno del todo irreal.

—¡No! —desechó tal respuesta. No podía permitir que sus palabras echasen raíces, buscarles un significado que podía muy bien no ser más que una quimera. Tenía que mantenerse firme, abrir los ojos ante la verdad que la había acompañado todos estos años—. No soy nada *real o importante* para ti. Soy un encargo, una misión que te han encomendado y que tú has convertido en tu cruzada personal. Pero no es real, Nickolas, *esto* no es real.

—La negación no sirve para ocultar la verdad, puede mitigarla, pero debajo de esa gruesa capa permanece lo que siempre estuvo ahí —refutó sus palabras. Ni siquiera alzó la voz. Con la lluvia empapándole también, el agua resbalando por su rostro, mantenía una expresión estoica, como si estuviesen teniendo esa misma conversación sentados en el sofá, uno al lado del otro—. No es de cobardes tener miedo a la muerte, Natalie, es la transición normal de la vida. Es normal estar asustados ante lo desconocido.

Apretó los puños a ambos lados, necesitando de todo su coraje para no derrumbarse o peor aún, huir.

—¿Crees que es así como quiero vivir? ¿Como quiero pasar los últimos días que esta maldita enfermedad tenga a bien dejarme? ¿Sumida en una mentira? —replicó, sintiendo que perdía la batalla con sus propias emociones—. Tengo veintisiete años y no… no podré… ¡La maldita leucemia me ha privado de muchísimas cosas! No… no puedo amar y tampoco puedo dejar que me amen, porque eso significaría dejar atrás a alguien que no quiero abandonar y que esa persona llore y padezca por mí. No podré tener hijos… jamás sabré lo que es sostener a mi propio bebé en brazos. Eso no es vivir sumida en una mentira, Nick, es afrontar la realidad. Una despiadada, pero la única que existe para mí.

Él sacudió la cabeza con una firme negativa ya brotando de sus labios.

—Puede que sea tu realidad, la manera en que tú ves las cosas, pero eso no te da derecho a elegir qué deben sentir o dejar de padecer los demás —aseguró—. No puedes decidir por otra persona, no puedes decidir que alguien no te quiera, no se enamore de ti, que deje de preocuparse o sienta que puede perder la misma alma en el momento en que te vea partir. Esa no es tu vida y no puedes disponer de ella a tu antojo.

Sonrió, no pudo evitarlo. La ironía de sus palabras se filtró en las propias.

—¿Y no es precisamente eso lo que has estado haciendo tú conmigo? ¿Con mi vida? —le recordó con amargura—. Dispusiste de ella cuando yo no podía opinar, te apropiaste de una parte

de mí haciéndola tuya y no tenías derecho a ello.

Sus labios se curvaron en una mueca, una que estaba entre la ironía y la desesperación.

—Oh, pero es que tengo ese derecho, Natalie, ese y muchos más de los que jamás tendrá nadie sobre ti.

Ella sacudió la cabeza, la lluvia arreciaba ya con fuerza impidiéndole ver con claridad, empapándola por completo. Su pelo era una masa pegada a su rostro, el agua le lavaba la cara sin descanso y se introducía entre sus labios abiertos haciéndola probar su frialdad.

—No —negó, limpiándose la humedad de la cara, solo para ser sustituida inmediatamente por más—. Quizás tuvieses una responsabilidad basada en la culpabilidad, en el remordimiento o en la empatía por que hubiese perdido el conocimiento y casi me muero ante ti, pero eso no te da derecho alguno sobre mí o mi vida. No te da derecho a atar tu presencia a la mía con mentiras.

Sus ojos parecieron cobrar mayor intensidad, su semblante cambió y encontró en él algo que antes no había estado allí, pero que no podía concretar. Ese hombre que ahora la miraba, no era el mismo que había compartido su tiempo con ella los últimos días, era… distinto. Más oscuro, más peligroso y a pesar de ello, no podía encontrar las fuerzas necesarias para huir de él.

—¿Necesitas la verdad, Natalie? ¿Quieres la única verdad que no te convendría saber? ¿La que hará que todo esto sea la fantasía que buscas? ¿Eso es lo que deseas? —preguntó, con una voz mucho más profunda, casi fría—. Si eso es lo que necesitas, te lo daré. Pero a cambio también exigiré algo que yo necesito, que me pertenece y a lo que no estoy dispuesto a renunciar.

Tragó, era incapaz de moverse, estaba como paralizada, con su mirada capturando la suya. Sus ojos la taladraban, traspasándole el alma. Tenía una mirada dura, fría, decidida, una en la que no cabían las dudas.

—No necesito nada de lo que puedas darme —respondió, aferrándose a la cobardía. A la necesidad de escapar sin ser lastimada.

Se detuvo a escasos pasos de ella, a menos de la distancia de un brazo. Su rostro se suavizó, sus ojos adquirieron esa mirada tranquila e irónica de siempre.

—¿Y ahora quién es el que miente?

Entrecerró los ojos, se lamió los labios, probando también la humedad y asintió.

—Sí, tienes razón… es una mentira —aceptó, sin dejar de mirarle—. Hay algo a lo que no diré que no, una necesidad mayor que ninguna otra. Vete, abandona mi hogar y no vuelvas a llamar a mi puerta mientras siga con vida.

Negó con la cabeza, como si estuviese ante una niña latosa que no acababa de entender lo que se le decía.

—Como ya dije, no eres tú la que impone las reglas.

—No es una regla, es una petición —insistió, luchando por mantener un tono de voz estable—. No hagas que ruegue por ello.

—Los ruegos no son más que la debilidad de aquellos que necesitan creer en algo que está más allá de su alcance o en los milagros —la desafió, tan inamovible en sus decisiones como en todo lo demás—. Yo tomé mi decisión hace mucho tiempo, Natalie. Y nada va a cambiarla, ni siquiera tú.

La desesperación empezó a opacar todo lo demás en su interior, las palabras ya no servían de nada y sin embargo insistió en ello, intentando hacerle comprender las cosas como ella las veía.

—¿Es que no te das cuenta? No… no puedo… no puedo enfrentarme a esto de otra manera. ¿Crees que quiero morir? ¿Qué es lo que deseo? ¡Por dios, no! ¡Tengo un miedo atroz a que llegue ese momento y no hay nada ni nadie que pueda evitarlo! He lidiado con ese miedo

toda mi vida en soledad, es la manera en que sé hacerlo. Pero, si tú te quedas un minuto más junto a mí… cuando ya no estés, cuando te hayas ido… esa soledad se hará todavía más grande y entraré en pánico. Y no quiero morir llorando, no quiero irme… con todo esto en mi interior.

Se lamió los labios, probando en ellos la lluvia una vez más.

—Tienes que dejarme ir… tienes que permitir que yo te deje ir a ti. Ahora, cuando aún estoy a tiempo.

Las lágrimas se mezclaron con la lluvia, ocultando su llanto y confundiéndolo con el de los cielos.

—Esto fue un error desde el principio —insistió, parpadeando a pesar de todo—, uno más de la enorme lista que parezco llevar sobre los hombros. Pero todavía estoy a tiempo de ponerle remedio, aún no es demasiado tarde…

—No, Natalie —la interrumpió—. Hace tiempo que traspasamos ese umbral. Mucho más del que eres consciente.

—¡No! —se negó con vehemencia. No podía ser demasiado tarde. No quería que lo fuese —. Solo tienes que dar media vuelta y alejarte de mí…

—Deja de pedir cosas que no obtendrás —declaró, al tiempo que se cruzaba de brazos.

Sacudió la cabeza, desesperada y vencida.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Nick? ¿Qué puedo hacer, qué puedo darte para que te marches?

Él no vaciló.

—No puedes hacer nada. Este es el lugar en el que debo estar, tengo un deber para contigo —declaró, sin vacilar—. Has firmado por tener siete días a mi lado, ni uno más, ni uno menos. Y yo estoy obligado a permanecer a tu lado todo ese tiempo.

—No quiero ser una obligación.

—Dejaste de serlo desde el momento en que te moriste en mis brazos.

Hizo una mueca.

—¿Nunca vas a olvidarte de eso?

—No.

Suspiró, estaba demasiado cansada para seguir peleando con él.

—¿Esta es tu última palabra?

—Siempre tendré la última palabra, encanto —se encogió de hombros—, deberías ir acostumbrándote a ello.

Alzó la mirada hacia el cielo y dejó que la lluvia se filtrase más allá de su ropa, penetrando en su alma y llevándose todas y cada una de las reservas, sabiendo que su decisión a la larga haría más difícil la separación, pero… ¿qué otra cosa podía hacer?

—Ya no puedo más… de verdad, ya no puedo.

—Deja de buscar excusas. Vive cada uno de tus días como si fuese el último y olvídate de todo lo demás.

Dejó escapar un pesado suspiro y se giró hacia él.

—¿Y si no puedo hacerlo?

—Lo harás —insistió—. No permitiré otra cosa.

Deseó reír, incluso a pesar de la amargura que traería consigo la risa. Suspiró, alzó una vez más la mirada hacia el cielo y dejó que la lluvia le lavase el rostro.

—Me estoy quedando sin fuerzas, sin ganas de luchar.

—Pues no luches, Natalie, no hay necesidad de hacerlo.

Ella lo miró de medio lado y suspiró.

—Ya que estás dispuesto a hacer tu santa voluntad, ¿puedo pedirte algo?

—Si es lo que deseas…

—Aleja la muerte —se giró por completo—. Ya que estás dispuesto a quedarse a mi lado hasta el término de este estúpido contrato, no le permitas que me lleve antes de que este termine —tragó, conteniendo el nudo en su garganta—. No quiero más médicos ni medicación, ni quimioterapia ni hospitales. Quiero poder elegir cómo vivir mis últimos momentos sobre la tierra… y elegir cómo y desde dónde he de partir.

—La muerte no siempre es el final.

Hizo una mueca, incapaz de contener el llanto que anidaba en su interior.

—Ojalá tengas razón —trató de sonreír—, ojalá… tengas…

La voz se le quebró, su alma sucumbió al dolor y ya no pudo retenerlo más.

—Déjalo salir…

Sacudió la cabeza, incapaz de contenerse y luchando al mismo tiempo consigo misma para retenerlo todo en su interior.

—Tú detestas las lágrimas y yo llorar.

La cálida mano masculina se posó en su mejilla, obligándola a bajar la mirada, enfrentándose de nuevo a él, a esa fantasía hecha realidad.

—Solo por esta vez —le pidió, con voz suave y profunda.

El llanto brotó, todo su cuerpo empezó a temblar y las palabras salieron incluso entrecortadas.

—So… solo por… por esta vez. Solo… ahora. Solo.

Lloró a lágrima viva. Lloró como no lo había hecho en mucho tiempo, dejando que el sonido de la lluvia opacase su llanto, que las gotas se fundieran con sus lágrimas sin dejar ver dónde empezaban unas y terminaban otras. Desnudó su alma allí mismo y dejó salir todo el miedo y el dolor que llevaba dentro. Lloró por todo lo que había perdido y lo que perdería, por lo que no vería, por lo que no experimentaría. Se desahogó delante de él con el único apoyo de una caricia.

—No puedo dejarte sucumbir ahora —escuchó su voz, casi al mismo tiempo que notaba esos fuertes brazos envolviéndola, apretándola contra su cuerpo también empapado—, es demasiado pronto.

Enterró el rostro en su pecho y se aferró a él con desesperación, descubriéndose en ese gesto incluso más aterrada que antes, porque algo en su interior estaba despertando y apegándose demasiado a él.

No, no lo hagas. No lo hagas. No puedes hacerlo. No. No. No.

Repitió ese mantra una y otra vez, obligándose a gritarlo cada vez más alto en su mente, obligando a su alma y a su corazón a aceptarlo, pero algo le decía que ya era demasiado tarde.

—Esta noche, Natalie —musitó él, ahora en su oído—. No tiene sentido esperar, ya nada tiene sentido. Esta noche, entenderás por qué eres todo lo que deseo.

CAPÍTULO 26

—Háblame de ti, cuéntame algo que nunca le hayas contado a nadie.

Nick bajó la mirada a la delicada mujer que sostenía entre los brazos. La había metido bajo el grifo de agua caliente de la ducha, para luego envolverla en un albornoz y tumbarse con ella en el sofá. Esas eran las primeras palabras que pronunciaba en más de una hora, si no fuese porque la sabía despierta, habría pensado que su inmovilidad era debida al sueño. La apretó más contra sí. Él no se había molestado en vestirse después de la ducha rápida que siguió a su conversación bajo la lluvia, con tan solo una toalla alrededor de las caderas la condujo al salón, dónde sabía se encontraba su lugar favorito de la casa, y se había acostado con ella en el tresillo. El delicado cuerpo encajaba perfectamente en el suyo, abrigada entre sus brazos y el respaldo del sofá, con una manta cubriéndolos a ambos. La lluvia seguía golpeando los cristales de la ventana, un recordatorio de la inclemencia del tiempo que azotaba Seattle en pleno mes de octubre.

Deslizó la mano por debajo del albornoz, entrando en contacto directo con su piel. Podía sentir ahora, más cerca incluso que antes, cómo la oscuridad se esforzaba por recuperar el terreno que le había ganado la noche anterior.

—Si no se lo he contado a nadie, ¿por qué tendría que decírtelo precisamente a ti?

Alzó la cabeza, hasta encontrarse con sus ojos.

—Porque yo me lo llevaré conmigo en poco tiempo —respondió de forma práctica—. No tendrás que preocuparte por que te extorsione, te chantajee o decida airear tus trapos sucios en *Facebook*. Eso, en caso de que tuviese cuenta en *Facebook*.

—Serías la primera mujer en la historia en carecer de una cuenta en esa enorme e inservible red social.

—No creo que sea la única —suspiró, volviendo a ponerse cómoda. Apoyó la cabeza contra su hombro y descansó la mano sobre su pecho, jugando alrededor del oscuro pezón—. Venga, dime alguna cosa. Lo que sea.

—¿Por qué quieres saberlo?

Suspiró, pudo notar el sutil cambio en su cuerpo, mientras respondía.

—Porque necesito creer que no eres un completo extraño para mí —respondió con voz pausada y firme—. No te conozco, no sé quién eres… y sin embargo, te he abierto las puertas de mi hogar, de mi cama y estando entre tus brazos, es lo más cerca que me he sentido de otra persona en mucho tiempo. Nada de eso tiene sentido para mí y necesito encontrárselo.

—No soy un extraño para ti —contestó—. A un completo extraño no le permitirías entrar en tu casa, desnudarte y abrazarte en el sofá. En cierto modo me conoces.

—Estás siendo evasivo —resopló, entonces ladeó la cabeza para mirarle—. ¿Estás fichado por la ley? ¿Eres un ex convicto? ¿Ibas para sacerdote y te echaste atrás en el último momento?

No pudo evitar soltar un pequeño bufido de risa ante tales extrañas suposiciones.

—No tienes muy buen concepto de mí por lo que veo.

Dejó escapar un resoplido y se giró, apretándose contra su pecho.

—¿Puedes culparme? Lo máximo que has compartido conmigo es tu segundo nombre.

—Más de lo que comparto con la mayoría.

Negó con la cabeza y se dejó caer, apoyando la mejilla sobre su pecho con cansancio.

—No es suficiente.

Deslizó la mano hacia arriba y hacia abajo, dejando que su poder se filtrase a través de los dedos y penetrase en su cuerpo, alejando el cansancio mental y físico que parecía envolverla en las horas posteriores a la sobremesa. Se había negado a comer, no quería hacer otra cosa que tenderse allí y descansar.

—Desvelarte quién soy no haría otra cosa que aumentar tus dudas.

Los delgados dedos femeninos resbalaron por su costado.

—Es un riesgo que estoy dispuesta a correr.

—Tu mundo no volverá a ser el mismo, Natalie.

—Mi mundo dejó de tener importancia cuando esta maldita enfermedad que me está matando decidió regresar —declaró, con tono firme—. ¿Crees que va a importarme el que me digas que… no sé, que perteneces a la mafia rusa? ¿Que eres en realidad un narcotraficante? ¿Qué te gusta disfrazarte de mujer?

—Algo que no entra dentro de mis aficiones.

—Nick, puedes ser un marine retirado o un telepredicador por lo que a mí respecta— resopló—. Nada puede ser tan grave o tan… extraño… como para que no puedas decirme la verdad.

—Estoy aquí para recuperar el alma que custodias.

Ella alzó la mirada, encontrándose con la suya y puso los ojos en blanco.

—¿El alma que custodio?

—La parte de tu alma que me pertenece.

Parpadeó, entonces la sintió encogerse de hombros.

—Oh, bueno, puedes quedártela entera. Cuando me haya ido a mí no me servirá de mucho.

Sonrió de medio lado y siguió acariciándola.

—Incluso la verdad puede sonar a veces como la más fantasiosa de las mentiras —comentó, como si citase una frase de algún libro—. Entre nosotros, la verdad está sobrevalorada.

—Solo porque te niegas a utilizarla.

—La verdad puede ser un arma de doble filo la mayoría de las veces, encanto —aseguró, conocedor de ello—. Su ausencia, en ocasiones, puede no ser tan dañina como la sociedad y los valores nos quieren hacer creer.

—¿Quién eres Nick? —insistió ella—. ¿Quién es en realidad el hombre que se oculta bajo todo ese cinismo y respuestas cortantes?

La acercó más a él, deslizando a un lado el albornoz para tener pleno acceso a su cuerpo.

—Esa es una pregunta que puedo hacerte yo a ti —aseguró, al tiempo que le rodeaba un seno con los dedos—, ¿quién hay debajo de toda esta satinada piel, enterrada profundamente bajo la ironía y la desesperanza? Cada uno de nosotros tiene secretos que prefiere mantener como tal, preguntas a las que no desea o no puede responder y cuya ignorancia evita que aquellos que nos importan, nos miren de una forma distinta.

Ella se incorporó, la bata abierta dejaba a la vista sus pechos, pálidos y erguidos, con los pezones ya duros.

—¿Temes que mi percepción sobre ti cambie si me dices la verdad? ¿Si me dices lo que ocultas?

No dudó en su respuesta.

—Sé que será así.

Sacudió la cabeza, sus ojos adquirieron un tono más oscuro, profundo.

—No.

Estiró la mano y la acarició. Deslizó los dedos por su mejilla, el cuello, descendió por su

clavícula y rozó sus pechos con los nudillos.

—Sí.

Ella cogió su mano entre las suyas, había tal resolución en sus ojos que lo sorprendió.

—No estás ni en mi mente ni en mi alma, para saber cuál será mi reacción —reclamó ella.

Esbozó una irónica sonrisa al escuchar sus palabras.

—Te sorprendería la respuesta que podría dar a tal afirmación.

No vaciló, soltó su mano y se deslizó sobre él, bajando los pies desnudos sobre la alfombra. Su menudo y delgado cuerpo fue engullido por el albornoz, la tela dejaba a la vista sus pechos y el recordado vello negro entre sus piernas.

—Pues dámela y deja que me sorprenda —le dijo, llevándose las manos a la cintura, haciendo que la tela se tensase y abriese todavía más—. Has dicho que tu agencia tiene, entre sus directrices, el proveer a su cliente de todo lo que necesita. Bien, yo necesito honestidad, Nick. Necesito, aunque sea por una sola vez, saber ante quien estoy ahora mismo.

Le sostuvo la mirada, podía escuchar esa imperiosa necesidad en su voz, sentirla arañando su maltrecha alma y supo que aunque quisiera, no podría postergar por más tiempo su decisión. Ya no se trataba solo de él. El contrato con su agencia establecía una serie de pautas que se veía obligado a cumplir sí o sí en el momento en que lo aceptaba. También estaba el vínculo que había forjado con ella y que la ataba a él; este evitaba que se le escurriese de los dedos incluso antes de haber podido tener la oportunidad de conocerla.

Se lamió los labios, hizo a un lado la manta que los había estado cubriendo a ambos y se levantó. La toalla que rodeaba su cintura hasta el momento cayó al suelo dejándolo totalmente desnudo.

—Y mi deber, como tu acompañante, es proveerte de aquello que necesitas —aceptó y dejó caer las barreras tras las que escudaba su verdadera naturaleza. Su cuerpo pronto acusó el cambio, su piel se oscureció ligeramente, adquiriendo un tono un poco más terroso y vibrante y dejando a la vista aquello que lo caracterizaba como un ser sobrenatural—. Me pediste honestidad, querías saber quién soy… bien, *esto* es lo que soy.

Su reacción fue la esperada. La sorpresa dio rápido paso al miedo, ella retrocedió por instinto y dada su predisposición a los desastres, tropezó con la mesa auxiliar haciendo que el mueble y su persona cayesen hacia atrás enviándola al suelo.

—Natalie…

Ella parpadeó e hizo una mueca mientras se llevaba la mano a la cadera. Espatarrada en el suelo, con el albornoz totalmente abierto y desnuda, lo miraba con una expresión entre dolorida y fastidiada.

—Estoy bien, estoy bien, no… no me he roto… nada —jadeó, retorciéndose y aceptando la mano que le tendía, una que mostraba el mismo patrón de tatuajes tribales que ascendía enroscándose a través de su brazo como una rueda de símbolos—, creo.

La mirada femenina quedó presa en su mano, como si quisiera comparar la suave y clara piel de ella con la suya propia. La vio tragar, notó el temblor de su cuerpo, la tensión y el creciente miedo bailando en su interior mientras ascendía por su cuerpo, recorriéndole pulgada a pulgada hasta encontrarse con sus ojos.

—De… de acuerdo —la vio tragar, necesitando de ese breve paréntesis para encontrar su propia voz—. De todas… de todas las cosas posibles… que imaginé sobre ti… esta… esta no era una de ellas.

Parpadeó, varias veces, sobresaltándose con cada pequeño movimiento que hacía él.

—Me sorprendería si así lo fuera, encanto.

Ella pareció reaccionar ante su voz, ante el conocido apodo utilizaba para con ella. Su mirada no dejaba de vagar sobre él, resiguiendo cada línea impresa en su cuerpo, como si tuviese miedo de que un solo movimiento suyo pudiese hacerlas desaparecer. Estaba asustada, podía sentir su miedo tan palpable como era, pero a pesar de ello, seguía ahí de pie, ante él, con su mano todavía encerrada en la suya.

—Yo… yo no sé… no sé qué decir —murmuró, sus ojos ascendiendo ahora hasta encontrarse con los suyos, que sabía serían mucho más intensos y vibrantes en su forma natural —. Es… esto es… es… ¿alguna clase de hipnosis? ¿Tenías todo eso y yo sencillamente no… no los vi? Yo… no sé… no entiendo.

Con mucho cuidado deslizó un par de dedos por debajo de su barbilla y se la atrapó, obligándola a alzar de nuevo la mirada y encontrarse con sus ojos.

—Mírame —pidió, esperando a que obedeciese—. Bien, ahora, respira profundamente.

Ella lo hizo, cogió una buena bocanada de aire y se llenó los pulmones para luego dejarlo salir abruptamente y acabar tosiendo.

—Con suavidad, encanto, con suavidad.

Asintió, confirmándole que escuchaba sus palabras, pero sin ser todavía consciente de poder pronunciarlas.

—Res… respóndeme —le pidió entonces, sus ojos encontrándose de nuevo con los de él —. ¿Hipnosis? Eres… eres médico, médium… o algo así.

Negó con la cabeza.

—No.

Ella gimió, volvió a tragar y asintió una vez más.

—De acuerdo… dame un minuto… uno entero —pidió, extrayendo ahora la mano de la suya, sin dejar de mirarle—. Ne… necesito… necesito… un minuto.

—Si crees que con uno solo te llegará.

No pudo evitar sonreír al ver cómo lo fulminaba con la mirada.

—Desde mi lado no tiene la menor pizca de gracia, Nick —aseguró, al tiempo que ondeaba la mano sobre su persona—, esto… esto no tiene, ninguna gracia.

—Limítate a dejar entrar y salir el aire de tus pulmones y estarás como nueva en cuanto el shock se haya disipado de tu mente —le sugirió, con la misma indolencia de siempre, para luego esbozar una irónica sonrisa—. Bienvenida a mi mundo.

CAPÍTULO 27

Natalie no podía apartar la mirada de él. Entre aterrada y asombrada, contemplaba al hombre con el que había compartido techo y cama durante los últimos dos días.

Hombre. Sí. Nick seguía siendo un hombre, uno impresionante en todos los aspectos, pero al mismo tiempo era algo más, muchísimo más. Deslizó la mirada sobre su cuerpo, uno que conocía al dedillo o al menos que había visto desnudo las suficientes veces como para recordarlo en su total perfección; una perfección que ahora se veía superada por… por él mismo.

—Sigues siendo tú, ¿verdad?

La ironía que bailó en esos conocidos ojos, ahora con un tono azul mucho más intenso, resonó en las palabras que emergieron de su boca.

—La sola duda ofende.

Resopló. Sí, sin lugar a dudas seguía siendo él.

—Ponte un momento de este lado del estadio y verás que divertido —rezongó, sin dejar de mirarle.

—Ponte del mío y terminaremos en el sofá, con mi polla enterrada entre tus piernas —contraatacó él de nuevo—, y jadeando.

Parpadeó ante la inesperada respuesta.

—¿Disculpa?

Él paseó la mirada sobre ella, de la misma manera en que, ahora se daba cuenta, lo había estado haciendo con él.

—Debería ofenderme tan siquiera el que me mires como un trozo de carne —aclaró, entonces bajo el tono de voz hasta hacerlo profundamente sexual—, pero la verdad es que me pone caliente.

Parpadeó de nuevo, varias veces y muy seguido. Abrió la boca, pero volvió a cerrarla; las palabras se habían esfumado.

—Está bien, Natalie, es broma —suspiró él—. Respira, encanto, dentro y fuera…

Sacudió la cabeza, cerró los ojos con fuerza y se mentalizó para que al volver a abrirlos nada de aquello estuviese ante sus ojos.

—Mierda.

Nada había cambiado.

—Estás asustada.

Sus palabras atrajeron de nuevo su atención, sus ojos se encontraron y ella asintió.

—Aterrada —aceptó sin vacilar, al tiempo que deslizaba la mirada por su cuerpo, uno que conocía íntimamente y que ahora se mostraba ante ella sin mentiras, pura realidad—, y… asombrada.

Ni siquiera fue consciente de lo que estaba haciendo hasta que sus dedos delinearon el intrincado motivo tribal que le rodeaba el exterior del ojo derecho. El diseño impreso sobre la piel, en un vibrante tono pardusco, simulaba una esquelética ala que se habría en ramas. Esta ocupaba parte del pómulo, descendía hacia el mentón y proseguía por el cuello, rodeándolo como una serpiente para desaparecer sobre su hombro derecho y reaparecer en el izquierdo en la forma de una extraña garra.

—¿No te dolió cuando te lo hicieron?

Sus labios se curvaron mientras sus ojos, de un prístino y claro tono azul, bailaban con diversión.

—Nací con ello.

—Oh.

—Son solo marcas en la piel, no van a salir y atacarte —insistió, imprimiendo a su voz ese tono jocoso—, puedes estar tranquila.

Lo miró y no pudo evitar sonar tan seria como se sentía.

—Es un alivio —aceptó—, ya que de hacerlo, mi muerte iba a ser todavía más prematura.

Se mojó los labios y deslizó la mirada sobre su torso, intentando reseguir el diseño que parecía emerger desde algún punto de su espalda.

—¿Puedo?

Él enarcó una ceja.

—¿No lo estás haciendo ya?

Bufó, sus ojos se encontraron una vez más.

—Intento ser educada.

—Me has tocado antes. No encontrarás nada distinto a excepción de lo que ves —aseguró y separó un poco los brazos a modo de invitación—. Por otro lado, me gustan tus manos sobre mí… así que, puedes continuar.

Entrecerró los ojos, dispuesta a decirle un par de cosas.

—Eres…

—¿Sí?

Ella se dio cuenta entonces de lo que estaba haciendo.

—Tú —aceptó, con total ironía—. Sigues siendo el mismo capullo hijo de puta que hace cinco minutos.

—Y la inteligencia femenina, sigue viva.

Enarcó una ceja, sin dejar de mirarle.

—No cantes victoria todavía —rezongó—, en lo que respecta a la mía, de momento sigue en shock, al igual que el resto de mi persona.

Como respuesta, le cogió la mano y ella no pudo evitar dar un respingo.

—Lo siento —se disculpó, abochornada.

No dijo nada, se limitó a llevar sus dedos hasta su cuello, justo en el punto en el que el tatuaje desaparecía tras su espalda.

—Desde ahí, sigue el patrón y lo verás completo.

Tragó saliva pero no apartó la mano, había algo que no le permitía alejarse, como si el contacto de sus dedos con ese colorido diseño fuese una atracción irrevocable.

—Deja de hablar, me distraes.

Se rio, un sonido bajo, profundo, que retumbó bajo sus dedos.

—Eres la primera mujer que me dice algo así.

Ignorando su pulla, empezó a seguir el dibujo que, tras envolver su cuello, descendían por la columna abrazándole el costado y cerniéndose sobre el hombro izquierdo. No encontraba una imagen concreta para ese diseño, algo que lo representara, pero al mismo tiempo sí veía la salvaje belleza que poseía, marcando su cuerpo como algo único. El motivo descendía por una de las mitades de la espalda como un ala seccionada y llena de ramaje en vez de plumas, le bajaba por el costado y se desviaba a la altura del coxis, cruzando por encima de sus prietas nalgas para envolverse alrededor de la pelvis, envolviendo incluso su pene erecto, para continuar bajando como una espiral alrededor de la pierna contraria al lado tatuado hasta llegar a la pantorrilla.

El pelo rubio, sujeto como siempre en la parte baja de la nuca, le caía ahora sobre uno de los hombros, ocultando su corazón y parte del tatuaje que había acariciado en su rostro. El tono ahora más oscuro de su piel, contrastaba con la vibrante tonalidad del tatuaje haciendo que la luz y la oscuridad confluyesen de manera extraña sobre su piel.

La fluidez y continuidad del tatuaje solo era interrumpida por la banda del ancho de tres dedos que le rodeaba el muslo derecho. Dos anillos concéntricos en cuyo interior, alternando el color claro del tatuaje y uno más rojizo, convivían varios símbolos que no había visto nunca.

Deslizó los dedos, trazando cada uno de ellos, sintiendo como el cuerpo masculino se tensaba bajo su caricia. Levantó la mirada y se encontró con sus ojos clavados en ella, fríos, distantes.

Aquel repentino e inesperado cambio en su expresión hizo que se apartara de inmediato, pero a pesar de ello, no se amilanó.

—¿Tiene algún significado? —preguntó, reuniendo de nuevo el valor para acortar la distancia entre ellos y posar la mano sobre su piel.

Por extraño que pareciera, necesitaba de su contacto para no sucumbir a lo que quiera que estuviese presenciando, necesitaba de su presencia y cercanía para sentir que todo iba bien.

La frialdad en su expresión se diluyó bajo un pesado suspiro, su mirada se suavizó y resbaló su mano hasta tocar la de ella y guiarla a la zona del tatuaje que quedaba oculto bajo su pelo, marcando su piel a la altura del corazón.

—Cada patrón simboliza una parte de mi herencia, de quien soy —. Su voz sonaba lejana, casi impersonal—. Parte *Angely* —resiguió el dibujo con sus dedos—, parte *Demonía.* —Hizo lo mismo con los símbolos que le rodeaban el muslo—. Un *Vitriale*. Un… mestizo prohibido. Una trasgresión de todas las leyes sobrenaturales conocidas, un ángel-demonio sin alma.

Frunció el ceño. Acababa de utilizar varios términos de los que solo había comprendido, de alguna manera, dos de ellos.

—¿Ángel-demonio? ¿Mestizo? ¿Sin alma?

Sacudió la cabeza e instintivamente dio un paso atrás, dispuesta a apartarse una vez más, pero él todavía mantenía la mano sobre la suya y no se lo permitió.

—Espera, espera, espera… pisa el freno que vamos tan rápido que nos matamos —rogó, intentando mirar a cualquier lado excepto a él—. Hace tiempo que dejé de ser creyente, ¿vale? Mi concepto de… el cielo… el infierno… y todas esas cosas… como que no.

—El concepto humano sobre la teología es… curioso… en el mayor de los casos, pero bastante alejado de la realidad.

Parpadeó, una y otra vez, como un pequeño búho que era incapaz de hacer otra cosa.

—No. —Le apuntó con el dedo, hundiéndoselo en el pecho—. No sigas por ahí, que no vamos bien. No, Nick. No.

Le cogió el dedo y se lo llevó a la boca, succionándolo como un caramelo, mirándola de una manera que hizo que su sangre se espesase y sus pezones se endurecieran aún más. Demonios, ¡si hasta estaba mojada!

—Quédate con la palabra mestizo de momento, encanto, y no des más trabajo a tu cerebro por ahora.

Sacudió la cabeza, sin saber si lo hacía para llevarle la contraria, porque aquello la sobrepasaba o era un espasmo muscular que no podía interrumpir.

—¿Quién eres? —Las palabras abandonaron sus labios antes de que pudiese pensar en reformular la pregunta—. ¿Qué eres?

—Soy el Amo del Destino, capaz de vislumbrar el futuro de cualquiera que esté a mi

alrededor excepto el mío propio y al parecer, el de la portadora de mi propia alma —le informó con sencillez—. Soy tu muerte, Natalie, y tú eres mi redención.

Frunció el ceño ante sus palabras.

—El cáncer es mi muerte —lo corrigió, sin saber muy bien por qué lo hacía—Tú… tú eres mi camino a la locura, pero no mi muerte.

Sonrió, sus ojos brillaron de pura diversión.

—Hay varias clases de muertes, encanto —pronunció ese apelativo que solo utilizaba en ocasiones y que poseía el poder de mantenerla con los pies sobre el suelo—. La del cuerpo y la del alma. Si tu alma muere, se muere también cualquier clase de futuro y mi única esperanza de detener esto —levantó la muñeca, mostrándole el tatuaje—, muere contigo. No puedo preservar tu cuerpo, no puedo hacer nada para erradicar esa maldita enfermedad, pero puedo preservar esa parte que nos pertenece a ambos. Por eso vine a ti, eres la que custodia mi alma, sanando tu espíritu recupero también lo que es mío.

Abrió la boca y volvió a cerrarla una vez más. Entonces alzó ambas manos pidiendo un alto.

—Vale, tiempo muerto —pidió, haciendo trabajar a su cerebro horas extras—. Mi cabeza está a punto de explotar y no es el mejor de los momentos para ello. Y tampoco creo que aprecies el que acabe levantando los brazos y empiece a correr en círculos y gritando como una desquiciada.

—Preferiría evitar esa escena.

Asintió.

—Sí, yo también.

Volvió a posar los ojos sobre él, sobre esos hermosos tatuajes, y tuvo la inmediata necesidad de tocarle una vez más. Sentía los pechos cada vez más pesados y la humedad de su sexo mojándole ya los muslos. Apretó las piernas y se cerró la bata, tardíamente consciente de su desnudez. ¿Qué clase de chalada se excitaba en un momento como ese?

—Esto es de locos —se estremeció. Buscando poner distancia entre los dos—. Necesito sentarme.

—Respira, Natalie, si empiezas a hiperventilar ahora perderás todo el terreno que ya tienes ganado.

Se llevó la mano a la frente, sintiendo un frío sudor emanando de sus poros.

—Natalie, mírame.

Sus manos estuvieron entonces sobre ella, sus ojos presos de los suyos.

—No me siento bien.

—Mí-ra-me.

La palabra, bien vocalizada y puntualizada, la obligó a prestarle atención.

—Eso es. Ahora respira, encanto. Dentro y fuera. Así. Muy bien.

Hizo como le pedía, dejó que sus pulmones trabajaran de nuevo, alejando el sordo rumor que empezaba a instalarse en sus oídos.

—Despacio. Así. Respira.

Continuó respirando, controlando cada pequeño aliento.

—No dejes que me lleve —musitó, sus manos cerrándose en las de él—. Todavía no. No dejes que me lleve.

Sintió sus brazos rodeándola, el duro y cálido pecho bajo su mejilla, piel contra piel, un bálsamo inmediato sobre su desajustado metabolismo.

—Te dije que la verdad no siempre es la elección adecuada.

Cerró los ojos y tomó una profunda bocanada de aire.

—Es la única que funciona para mí —insistió, recostándose en él. Buscando su equilibrio en la persona que más confusión le causaba ahora mismo.

Guardaron silencio durante unos momentos, él no dejó de abrazarla o acariciarle la espalda, permitiéndole recuperar la serenidad sobre sí misma a su propio ritmo.

Ni siquiera fue consciente de ello, pero sus dedos empezaron a formar nuevos trazos al igual que lo hacían cuando ambos estaban acostados en el sofá, solo que esta vez, no era un patrón imaginario el que seguía sobre su piel. El motivo tribal se extendía sobre su corazón, dividiéndose a su alrededor como si lo acunase.

—No es tu corazón lo que rodea, lo que guarda —musitó, sintiendo las palabras en su fuero más profundo—. Es la ausencia de algo. Eso fue lo que sentí anoche… durante el pacto. Un vacío… una necesidad… un hueco a ser llenado.

—El Pacto nos une a muchos niveles —le explicó—, no solo en el físico o en el emocional, hace que cualquier barrera autoimpuesta se venga abajo, desnuda el alma…

—Un alma del que dices carecer —murmuró, frunciendo el ceño—, porque… ¿es la mía?

Lo miró, sus ojos azules la contemplaban con la misma suavidad y paciencia de siempre.

—No es el momento para esto.

Ella abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Por una vez, le daría la razón. Su cerebro estaba lo suficiente sobrecargado como para no desear seguir esa línea de pensamiento durante mucho más tiempo, al menos, no hoy, no ahora.

—No… no sé qué esperas que diga.

Le acarició la mejilla y sacudió la cabeza.

—No espero que digas nada, no es momento para palabras.

El cinto de su bata se abrió por sí sola y antes de que pudiese reaccionar o hacer algo para evitarlo, esta se deslizó por sus hombros y cayó al suelo dejándola totalmente desnuda.

—Por… por favor… no más trucos —musitó temblorosa, no sabía si se debía al frío, a estar desnuda ante su mirada o por lo que se negaba a analizar.

—Ven aquí. —Tiró de ella, atrayéndola de nuevo a la calidez de su cuerpo y apoderándose de su boca. La besó con gula, degustando su sabor, enlazando su lengua con la propia hasta que la hizo gemir—. Te voy a enseñar un nuevo juego.

Se lamió los labios y lo miró, tragando saliva.

—¿Ahora?

—Es el mejor momento —aseguró, ahuecando sus pechos y acariciándole los pezones con los pulgares—. Necesitas volver a centrarte, pero sobre todo, necesitas entender que nada ha cambiado y que soy el mismo que ha jugado contigo estos últimos dos días.

Se lamió los labios, lo miró de arriba abajo y medio sonrió.

—Tu forma de besar no ha cambiado.

Lo vio sonreír, sus labios se estiraron mostrando una bonita sonrisa.

—Te prometo que todo lo demás es igual o mejor —aseguró, quitándole un mechón de pelo de la cara—. Vamos, te voy a enseñar a cabalgar… me a mí.

Natalie enrojeció casi con la misma rapidez que él tiró de ella en dirección al sofá, dónde se sentó y la hizo subir a horcajadas en su regazo.

CAPÍTULO 28

Nick casi podía verla contener el aliento, su suave y delgado cuerpo pegado al suyo era una delicia, especialmente ahora que no necesitaba ocultar esa parte de sí mismo. Ahora podía incursionar en su interior con mayor facilidad, el solo contacto de su piel contra la de ella era suficiente para dejar que su poder vagase de él a ella, desintoxicando su alma y vertiendo un poco de alivio tras el paso de la enfermedad.

Ella se mordió los labios, atrapó ese gordito y delicioso labio inferior entre los dientes mientras contenía el aliento, las manos sobre sus hombros eran un liviano peso al igual que el resto de su persona. Natalie estaba delgada, más allá de lo que su físico requería. El paso por el hospital no había hecho otra cosa que estancar su deterioro, pero eso era todo. Frunció el ceño al ver un par de marcas moradas en uno de sus brazos y en la cara exterior del muslo izquierdo; su piel era propensa a los hematomas, tanto que a veces tenía miedo de tocarla por si le hacía daño.

—No fuiste tú, fue la mesa.

Sus ojos se encontraron con los de ella, podía sentir la disculpa en su voz casi con tanta fuerza como escuchaba ahora su alma.

—Tu piel se marca con facilidad.

Sacudió la cabeza, restándole importancia.

—Es uno de los síntomas de… de eso.

No la obligó a pronunciar su nombre, él tampoco deseaba ese recordatorio entre ellos. Deslizó las manos por sus muslos, rodeándole los glúteos y atrayéndola hacia él, su erección fue acariciada por el suave vello que le cubría el pubis.

—No veo la hora de despojarte de esto —ronroneó, frotándose contra ella—, y pasar mi lengua sobre esa suave y lisa carne.

Se estremeció, el deseo jugaba en sus ojos junto con la timidez y la incertidumbre. Tenía que admitir que se lo estaba tomando mucho mejor de lo que había esperado.

—Estás obsesionado —comentó ella, su voz ligeramente pastosa.

—Hay obsesiones por las que vale la pena rogar —aseguró, deslizando la boca por su cuello, lamiéndola y besándola mientras seguía frotándose contra ella—. ¿Me dejarás hacerlo?

—¿Cuándo has necesitado mi permiso para hacer algo? —contestó, gimiendo.

—Buen punto.

Afirmó ambas manos en las delgadas caderas y la alzó sin esfuerzo, sintiéndola tomar aliento para luego contenerlo cuando la punta de su erección le acarició el húmedo sexo.

—Hazlo.

Ella tragó, sus ojos se encontraron y pudo ver la incertidumbre en ellos.

—¿El qué?

No pudo evitar sonreír ante su mirada azorada.

—Enreda esos delgados dedos alrededor de mi polla y métetela tú solita.

Sus mejillas se calentaron adquiriendo un bonito tono rojizo.

—O lo que es lo mismo —ronroneó—, móntame.

—Todo un poeta con las palabras.

—Mi intención es follarte, no componer versos —aseguró, permitiéndole a ella hacer las cosas a su ritmo—. Y enseñarte a follarme… no ibas a ser tú la única en pasarlo bien, ¿no?

Parpadeó, sus dedos se habían movido lo justo para acariciar la dura columna de su pene.

—Empiezo a plantearme el largarme y dejarte con las ganas.

—¿Y perderte la oportunidad de aprender un juego nuevo? —le dedicó un guiño y movió las caderas, rozándose a sí mismo con sus dedos—. Esto es para ti, para tu propio placer… será divertido.

Se lamió los labios y bajó la mirada entre sus cuerpos.

—Yo lo encuentro más bien… un poco intimidante.

—Yo, totalmente apetecible —aseguró, tirando de ella muy lentamente hacia él, lubricando la cabeza de su pene en los jugos de su sexo—. Ah, sí… justo así… baja, con cuidado…

La tensión en su cuerpo era palpable, su rostro contenía un gesto de concentración que casi lo hizo reír, casi. Deslizó las manos hacia atrás, sujetándola ahora de las nalgas y acercándola más a él, introduciéndose en su interior al tiempo que la obligaba a bajar, tomándole centímetro a centímetro.

—Oh… joder… —jadeó ella, clavándole los dedos en los hombros.

La sostuvo, manteniéndola a mitad de camino, con su miembro parcialmente enterrado en esa deliciosa y ajustada funda que amenazaba continuamente con succionarle hasta el cerebro.

—Más. —Se acercó a ella, lamiéndole la oreja—, sigue… puedes tomarlo por completo.

Sacudió la cabeza, entre temerosa y excitada.

—No… espera, Nick…

—Despacio —le susurró al oído, sin dejar de prodigarle pequeños lametones—, con suavidad… así… dios, eso es… sí… fantástico.

Las palabras brotaban por si solas, ella lo succionaba con avidez, aferrándolo como si no quisiera dejarle ir. Pronto sus nalgas acariciaron sus muslos, uniéndoles al milímetro en un encaje perfecto.

—Oh dios mío, oh dios mío —empezó a musitar ella, sintiéndose estirada y llena con su miembro—. Es… es demasiado… yo…

—Shh —le mordió el arco superior de la oreja arrancándole un gemido—. Respira, deja que tu cuerpo se acostumbre. Relájate… déjate te ir y será mucho más fácil para ti.

La vio luchar contra sus propios instintos, contra el desconocimiento y el deseo que ardía en su interior. Estaba nerviosa, asustada incluso, una combinación que alejaba lo que deseaba de ella.

—Despacio, encanto —le besó el cuello, la mejilla, descendió sobre su boca y se la devoró —. Así, eso es… dame más.

Su cuerpo empezó a relajarse a su alrededor, la húmeda funda se hizo incluso más resbaladiza mientras sus lenguas se encontraban y se deleitaban en un baile ancestral. La besó hasta dejarla jadeando, le succionó la lengua, jugó con ella mientras la recorría con las manos, acariciándole los pechos, pellizcándole los pezones, aumentando su placer.

—Eres perfecta, Natalie —la premió con palabras—, caliente, mojada… me ciñes hasta arrebatarme cualquier pensamiento cuerdo.

Ella se lamió los labios, una caricia que tocó también los suyos mientras se besaban.

—¿Es que alguna vez tuviste alguno?

Sonrió, le ciñó una vez más las nalgas y la empujó hacia delante, empalándose todavía más.

—*Touchè* —ronroneó, instándola a moverse—. Móntame. Muévete sobre mí, busca tu propio placer.

Acompañó sus palabras de una pequeña compulsión que asegurara su cooperación.

—Separa las rodillas —la instruyó, buscando una posición más cómoda para ambos—, así… levántate y vuelve a bajar… sí, eso es pequeña, así…

Esa mujer era pura dulzura y pasión, su cuerpo respondía a cada una de sus demandas haciéndolas suyas. Lo cabalgó con suavidad, probando los movimientos, encontrando el ritmo y el ajuste perfecto, volviéndolo loco con cada nueva prueba hasta el punto de tener que aislarse a sí mismo e introducirse en su interior.

La oscuridad seguía presente en su alma, esa sombra dañina creada por la enfermedad rodeaba sus órganos y tejidos, amenazando con colapsarlos. La imposibilidad de hacer algo más, de eliminar todo ese veneno y darle una vida, aquella que se merecía, empezaba a pasarle factura. No podía aislarse como al principio, después de la cercanía que había provocado el Pacto la noche anterior, sentía que con ella se estaba yendo también algo que le pertenecía y no solo su alma.

Se concentró en su misión, en verter un poco de luz y arañar la dura superficie que se negaba a ceder. Premió su constancia, su ternura y suavidad alargando unos pocos instantes su vida, dejó una huella en su interior que pudiera seguir hasta su alma y retenerla cuando la muerte llegase a reclamarla a ella. Dejó su marca, su presencia para que nunca se sintiese sola o abandonada allá dónde fuese y cuando no hubo más que pudiese hacer por ella, no sin el vínculo que creaba el Pacto, emergió, volviendo a su cuerpo y al placer que la cópula imprimía en él.

—Sí, gatita… justo así —la animó, aferrando su cintura, empujando sus propias caderas para encontrarse con ella en cada embestida.

El sonido de la carne golpeando a la carne se convirtió en la banda sonora de aquel momento, sus gemidos y los propios llenaban la pequeña habitación y se unían a los crujidos del viejo sofá. Natalie era hermosa en su placer, no había fingimientos ni máscaras tras las que ocultarse, era una mujer que gozaba del sexo y se entregaba con tal generosidad que lo hacía sentirse humilde y maravillado. Las cortas hebras de pelo negro se pegaban húmedas a su rostro, el sudor había formado una delgada capa brillante sobre su piel, destacando sus pechos y oscurecidos pezones. Se lamió los labios, hambriento de aquellas bayas, deseoso de llevárselas a la boca y succionarlas sin parar. No se contuvo, la aferró de las caderas, penetrándola con fuerza y chupó con avidez uno de sus pezones haciéndola gemir su nombre, guio sus movimientos, uniéndolos a los suyos, dejando que sus jadeos corearan la recta final de su unión.

No tuvo que esperar mucho, el sexo femenino se contrajo a su alrededor, exprimiéndolo, obligándole a buscar su propia liberación y encontrar un infinitesimal segundo de paz entre sus piernas.

—Nick… oh, dios… Nick…

Abandonó su pecho y capturó su boca, los suaves senos se pegaron a su pecho mientras ella le rodeaba con los brazos, sujetándole como si no quisiera dejarle escapar, jadeando su nombre en el interior de su boca y gritando una vez más su placer cuando la condujo a un segundo orgasmo que llamó al suyo propio.

Se descargó en su interior, sintiendo cómo su semen la inundaba mientras su sexo lo exprimía y extraía hasta la última gota de su eyaculación. Lo vació por completo, dejándolo jadeante y agotado, con el corazón latiéndole en las sienes mientras la rápida respiración femenina le calentaba los oídos. No se movió, no tenía ni fuerzas ni deseos de hacerlo, permaneció allí, todavía unido a ella, intentando recuperar la respiración.

—Bueno, encanto, nadie podrá decirte jamás que no eres una buena amazona —consiguió articular, después de algunos minutos.

Ella se rio. Supo que lo hizo por el temblor de su cuerpo y la forma en que sus labios vibraban contra su hombro, allí dónde había enterrado la cabeza.

—Eso se debe a que he tenido una buena montura.

Sus miradas se encontraron durante un breve instante, solo para terminar al momento siguiente acostados sobre el sofá y riendo a carcajadas.

CAPÍTULO 29

—¿En qué piensas?

La pregunta trajo consigo la conciencia, se había derrumbado sobre él entre carcajadas y no había deseado mover un músculo. Natalie siguió acostada, la cabeza apoyada en el hueco de su hombro mientras reseguía el tatuaje impreso en su piel, con los dedos.

—En lo irreal que resulta todo esto y en que todavía no he salido corriendo desnuda y gritando como una posesa —musitó. Se revolvió, apretándose más contra él, buscando su calor —. Creo que mi enfermedad ha hecho algo con la parte del cerebro que procesa las alucinaciones, las ha anulado y ahora si veo una cabra rosa bailando claqué, posiblemente le aplauda y pida un bis.

Él se rio, pudo sentir el sonido resonando en su pecho.

—Eso sería demasiado raro incluso para mis estándares.

—Lo era también para los míos —suspiró. Entonces se giró la cabeza, de modo que pudiese mirarle a los ojos—, hasta hace un momento. O no, sigue siéndolo… sí. Lo de la cabra, quiero decir, tú… esto… seamos sinceros, todavía no lo he asimilado. De hecho, intento no pensar mucho en ello… no te ofendas.

Sus labios se curvaron en un renuente gesto.

—No me ofendo —aceptó deslizando la mano por su desnuda espalda, acariciándola con suavidad, una acción del todo relajante—. Por el contrario, agradezco que no hayas entrado en pánico o algo peor.

—No me has dado tiempo —aseguró, sin dejar de acariciar el tatuaje de su pecho—. Además, no es como si te hubiesen salido también cuernos o alas o… —se detuvo en ese preciso instante, jadeó y se incorporó, mirándole azorada—. Por qué no tienes de eso… ¿verdad? Quiero decir… tú has dicho que eres medio… um… ángel… medio demonio… o algo así.

—El algo así sería una buena definición —le acarició la nariz—. Y como ya dije… soy un mestizo. Conservo ciertos rasgos de ambas… razas… y muchas más diferencias. Lo que ves ahora mismo, es… la base de lo que soy.

Sus ojos se encontraron.

—¿La base? —lo miró de nuevo, contemplando el cuerpo caliente y duro sobre el que estaba acostada—. Pues si esto es la base… no quiero ni saber cómo serán los extras.

Él se rio por lo bajo y le dedicó un guiño.

—Esa frase ha conjurado cosas un tanto espeluznantes en mi mente, Natalie.

—Nada más espeluznante de lo que mi imaginación está montando solita —aseguró con un mohín—. Tienes suerte de que mi mente no se haya suicidado todavía. Posiblemente esté sumida en una rotunda negación, como te empeñas en señalar.

Sus caricias bajaron ahora hacia sus nalgas, recordándole que ambos estaban totalmente desnudos sobre el sofá, solo la pequeña manta con la que solía arrebujarse cuando veía la televisión, les ofrecía un poco de cobertura.

—No es más que un mecanismo de autodefensa de las personas para escudarse de las cosas que no pueden comprender o que desafían las reglas de aquello que consideran natural —aceptó sin más—. Si es algo pasajero, puede incluso resultar beneficioso para evitar que la mente se disperse o se haga pedazos, pero cuando se alarga y el individuo decide convertirlo en su

modo de vida, en el mundo en el que estar a salvo… es ahí cuando no reporta beneficio alguno.

—¿Te pasa muy a menudo?

Él enarcó una ceja con profunda ironía.

—Por supuesto, no tengo nada mejor que hacer que ir por ahí diciéndole a quién quiera escucharme que soy un ser sobrenatural, nacido de dos especies de las que se piensa residen solo en el folclore, los mitos o la teología.

—Vale, de acuerdo, sé pillar una indirecta.

Chasqueó la lengua y le apretó una nalga, acariciándole después la piel.

—No, Natalie, no me pasa a menudo porque no es algo que comparta con nadie —aceptó, mirándola—. Mucho menos con humanos.

Se estremeció, no pudo evitarlo. El término humano en sus labios hacía referencia a que él pertenecía a otro… género, raza o lo que fuese.

—Admito, así mismo, que te lo estás tomando mucho mejor de lo que esperaba —continuó, observando su rostro—. Eso me lleva a barajar dos opciones: que tu mente ya está dañada y esto no es sino otra muesca más en la larga lista de desastres que habitan ahí dentro o que todavía estás en shock y aferrándote con uñas y dientes a una profunda negación.

—La segunda opción, sin duda la segunda opción —atajó de inmediato—. Y no es que la primera parezca una mala, pero quiero creer que mi cerebro todavía no se ha freído por completo.

—Tu cerebro está perfectamente, no ocurre lo mismo con todo lo demás —murmuró, bajando la voz—. Te estás apagando poco a…

Le cubrió los labios con los dedos y negó con la cabeza.

—No —fue un ruego—. No necesito que me digas algo que ya sé.

Le cogió los dedos y se los besó.

—Tienes más fuerza interior de la que crees.

Bufó.

—Estamos hablando de ti, no de mí —cambió rápidamente de tema—. Has pronunciado ese término… vidrio… vitrio…

—*Vitriale* —sonrió.

—Sí, *Vitriale* —asintió—, ¿qué significa exactamente? Sé que dijiste que eres un mestizo… mitad de algo y mitad… de otra cosa…

—¿Recuerdas el término que inventaste para mí?

—*Demiang* —recordó. Un juego de palabras que hacía juego con sus requisitos—. ¿Alguien en vuestra agencia entiende el significado de metáfora? No esperaba que me enviasen… er… a ti. Espera… tu agencia… el nombre…

—¿Por qué crees que se llama *Agencia Demonía*?

Se lamió los labios.

—Supuse que era una broma entre tíos —se encogió de hombros—, o algo surgido de una noche de borrachera.

Sus labios se curvaron con ironía.

—Sin duda, no estaba en mis cabales cuando decidí emprender este proyecto —murmuró, antes de continuar—. El término *Vitriale* obedece al mestizaje entre dos especies: *Angely* y *Demonía*. Para que lo entiendas, un cruce de razas; mitad ángel, mitad demonio… con mayor porcentaje de esta segunda mitad.

Mitad ángel, mitad demonio. Al mirarle se le hacía difícil asimilar esa información. A excepción de los tatuajes, que por otro lado cualquier lunático con amor por las agujas podría

haber decidido hacer de su cuerpo un lienzo, él era muy, pero que muy humano.

—¿Por qué dices que tienes un mayor porcentaje de esa segunda mitad? —Las preguntas surgían solas, aunque ni siquiera sabía cómo su cerebro era capaz de procesar las respuestas.

—El término *Angely* responde a una de las categorías de las que se compone el Gremio de los Ángeles. Ellos son en sí mismos, mestizos —explicó, sin dejar de acariciarla muy suavemente—. *Demonía* por otro lado, podría considerarse como el árbol base de toda la demonología existente. En líneas generales, no debería poder darse la concepción entre individuos de esas dos categorías… y, sin embargo, yo soy la jodida prueba viviente.

—Tus padres se lo pasaron en grande, ¿eh?

—Mis progenitores —la corrigió—, fueron asesinados por sus propios errores. Alguien, en alguno de los Gremios, creyó que su unión iba contra todo reglamento existente, especialmente cuando esta dio como resultado mi nacimiento. Si yo no corrí la misma suerte, fue únicamente porque *alguien* se apiadó de un infante inocente.

Se quedó sin palabras, aquella no era la respuesta que esperaba oír.

—Lo siento, Nick —se disculpó, incorporándose para poder mirarle a la cara—. No era mi intención burlarme de su recuerdo.

Sus ojos encontraron los suyos y negó con la cabeza.

—No tengo un claro recuerdo de ellos, Natalie, no llegué a conocerlos —aceptó con naturalidad—, así que, no puedo encontrar simpatía o pena por su destino.

Ella parpadeó, aturdida.

—Eso es demasiado frío, incluso para ti.

Él la cogió de la cintura, alzándola sobre su cuerpo para luego introducirla entre él y el respaldo del sofá, de modo que pudiesen mirarse mientras hablaba.

—Fui educado en el seno de los *Angely* y bajo la mirada de su Gremio —se justificó—. Su cometido principal radica en mantener el orden y la protección de la raza humana. Las emociones no siempre son bienvenidas. Por otro lado, he pasado suficiente tiempo entre hombres y mujeres humanas como para gustarme su manera de hacer las cosas y reafirmar mis propios… ideales al respecto.

—Así que, de ahí viene tu vena cabronaza.

Se inclinó sobre ella, abriéndose hueco entre sus piernas, atrayéndola hacia él en busca de una postura cómoda para ambos.

—Nah, esa me viene de serie —aseguró, penetrándola muy lentamente, haciéndola perfectamente consciente de cada centímetro de su pene erecto entrando en ella—. Pero he aprendido otras cosas igual de divertidas.

Gimió, su cuerpo se amoldó pronto a él, aceptándole y encendiéndose una vez más a pesar de la languidez que arrullaba su cuerpo.

—Tu alma… —jadeó ante la exquisita sensación, ante el peso masculino sobre ella—, ¿por qué dices que no la tienes?

—Como he dicho, soy un mestizo, uno cuya existencia solo se menciona en los viejos tratados que siguen acumulando polvo en la Gran Biblioteca del Gremio —respondió—. Según dichos tratados, el *Vitriale* nacería sin alma… lo que trae consigo un aumento de oscuridad interior, una que solo puede ser extinguida por completo con la devolución de aquello que le pertenece; el alma que custodian para él.

Alzó la muñeca y la giró, mostrándole el tatuaje en el dorso.

—Cuando nací, las líneas eran blancas —comentó, haciendo una mueca ante las líneas cada vez más oscuras—. Cambiaron a un tenue gris cuando rompí las reglas por primera vez,

solo para empezar a teñirse de negro en el mismo momento en que tu formulario llegó a mi agencia.

Ella frunció el ceño, mirando también el tatuaje.

—¿Y eso por qué?

La miró.

—Porque eres la portadora, el alma elegida para custodiar la mía propia —aseguró, mirándola a los ojos—, y el destino está decidido a joderme a toda costa.

Arrugó los labios un instante, como si estuviese meditando en sus palabras, entonces negó con la cabeza.

—¿Cómo puedes estar seguro de que yo soy la portadora de… um… tu alma? Quiero decir, el alma no es algo… tangible. ¿No se supone que esta se crea a partir de los recuerdos y los momentos vividos? Tienes conciencia, sientes y padeces, te preocupas por los demás, ¿cómo puede eso significar que carezcas de alma?

—Ya tienes esa respuesta, Natalie, llegaste a ella anoche —le recordó—. Has sentido esa ausencia en mi interior, el vacío y la oscuridad que te inspiraban tristeza.

Se lamió los labios y trazó la línea del tatuaje que se extendía desde el corazón hasta el hombro.

—Yo he sentido ese mismo frío, ese mismo vacío en mi propio interior, Nick —murmuró ella—. Lo genera mi enfermedad, el miedo, la cercanía de la muerte. ¿Cómo puedo servirte de algo cuando ni siquiera tengo suficiente vida para mí?

—Porque no es tu vida lo que busco —contestó, encontrándose ahora con su mirada, moviéndose muy lentamente en su interior—, ni tampoco tu muerte.

—No lo entiendo.

La atrajo más contra él, hundiéndose en su interior.

—Todo tendrá sentido en el momento que deba tenerlo —le acarició el rostro—, hasta entonces, todo lo que tienes que hacer, es permitirme estar cerca de ti.

Suspiró, relajándose por completo y entregándose a ese delicioso placer.

—Diría que eso no será muy difícil, Nick, no hay forma humana o sobrenatural, de estar más cerca de lo que estamos ahora —ronroneó, prefiriendo dejar de lado las preocupaciones y aprovechar el momento—. Ahora sé buen chico y muévete, pesas un quintal.

Él se rio, se retiró y volvió a penetrarla, arrancándole el aliento.

—Un peso que te resulta tremendamente agradable —ronroneó, retirándose lentamente, frotándose contra ella con cada pequeño movimiento—. Y la sensación será todavía mejor cuando te tenga totalmente desnuda, sin esa sensual mata de pelo negro acariciándote el pubis.

Se arqueó debajo de él, disfrutando del placer.

—No soy partidaria de la depilación brasileña —musitó, y se echó a reír—. Señor, que momento más extraño para hablar sobre esto… para pensarlo siquiera.

—Es el mejor de los momentos —aseguró él, deslizando la mano entre sus cuerpos hasta acariciar el motivo de su conversación—, y siempre puedes optar por otros métodos para complacerme.

—Estás obsesionado —gimoteó, bajo sus caricias—. El tema empieza a obsesionarte.

Le mordió la oreja y luego se la lamió, moviendo las caderas hasta unirse de nuevo con ella, tan íntimamente como le permitían sus cuerpos.

—Me lo agradecerás la próxima vez que te arrastre a la cama —insistió—, especialmente cuando pase mi lengua por esa zona libre de vello, por ese dulce coñito totalmente desnudo…

—Eres todo un romántico —jadeó, transportada por las sensaciones que él le provocaba.

—Limítate a decirme que sí —insistió, jugando con su lengua a lo largo de la delicada piel del pabellón auditivo—, hazme ese regalo.

—Quizá mañana —murmuró, incapaz de decirle que no a nada de lo que él plantaba en aquellos momentos. No tenía fuerzas para resistirse a nada ahora mismo.

—Mejor hoy —insistió, clavándola contra el sofá—, tan pronto como terminemos con ese… asalto.

Se rio, no pudo evitarlo.

—El salón de belleza de la vecindad habrá cerrado sus puertas para entonces.

—Estoy dispuesto a sugerirte otras alternativas —insistió, jugando con ella—, algunas que me dejen a mí al mando, a poder ser.

Lo empujó ligeramente con las manos, lo justo para mirarle a la cara.

—Estás loco si piensas que voy a dejar que te acerques a mí con tijeras o una cuchilla de afeitar —aseguró, sin dejar lugar a réplicas en ese tema.

Los labios masculinos se estiraron con lentitud, componiendo una perezosa sonrisa que prometía mucho más de lo que decían sus palabras.

—A decir verdad, estaba pensando en un método menos… convencional —aseguró, deslizando la mano sobre su piel, acariciándole los pechos, el estómago y deslizándose más allá, mientras ambos seguían unidos—, y mucho más rápido.

Debió haber recelado en el mismo momento en que vio la diversión bailando en sus ojos, pero su boca cayó sobre la suya arrancándole cualquier posible pregunta e impidiéndole así mismo protestar cuando, una vez más, se salió con la suya.

CAPÍTULO 30

—Natalie, abre la puerta.

Intentó persuadirla una vez más en los últimos quince minutos, justo después de que ella interrumpiera su diversión y saliese huyendo como si la persiguiese el diablo. Bajó la mirada a los pantalones que ahora llevaba e hizo una mueca, su polla seguía dura e hinchada, deseando volver a sumergirse en la cálida funda en la que estaba y terminar lo que había empezado.

—Natalie…

—¡Lárgate!

Puso los ojos en blanco, apoyó la espalda contra la pared y se cruzó de brazos.

—Encanto, no vas a morirte por ello, yo por el contrario… —bajó una vez más la mirada a la entrepierna—. Nos has interrumpido en lo mejor…

—¡Que te follen!

—Eso estaba intentando que hicieras en el sofá —murmuró para sí. Entonces volvió a mirar hacia la puerta—. Vamos encanto, no vas a morirte por una… er… depilación brasileña instantánea e indolora.

Oyó un par de sonidos al otro lado de la puerta y supo que estaba cruzando descalza la habitación.

—¡Estoy desnuda! —Su voz sonó ahora más cercana, justo del otro lado del umbral—. ¡Muy desnuda y no me hace la menor pizca de gracia!

Esa mujer lo llevaba de la mano de una sorpresa a otra, cuando pensaba que la había asustado o cuando menos sobrecogido y le gritaba por la forma sobrenatural e inexplicable en la que había alcanzado su objetivo, dejarla lisa y sedosa ahí abajo, se encontraba que no era el uso de su poder lo que la molestaba, era la finalidad para lo que lo había utilizado.

Sacudió la cabeza y dejó que la nuca reposase contra la pared al tiempo que se pellizcaba el puente de la nariz con los dedos.

—Nena, has estado completamente desnuda durante buena parte de la tarde —le recordó, sus labios se curvaron solos ante el recuerdo de su cuerpo delgado sobre el suyo—. La ausencia de vello púbico no va a matarte.

La puerta tembló bajo el golpe que le propinaron desde el otro lado; un preludio perfecto para sus palabras.

—Natalie, abre la puerta.

—¡No! No vas a volver a acercarte a mí —insistió ella desde el interior del dormitorio—. ¿Y si la próxima vez se te da por dejarme calva? ¿Tienes la menor idea lo mucho que ha tardado en crecerme el pelo? No quiero tener que llevar una maldita peluca, las odio. Quiero mi pelo, lo quiero mucho.

Se giró hacia la madera con gesto divertido. Aquella era una de las respuestas más absurdas que había escuchado en su vida.

—Pequeña, a mí también me gusta tu pelo, no tengo intención de hacer que lo pierdas —intentó contener la risa—. Vamos, encanto, abre la puerta.

Toda aquella persuasión era innecesaria, si lo deseaba podía traspasar el umbral sin necesidad de utilizar el método tradicional, pero no era momento para darle un susto de muerte y perderla para siempre. Necesitaba que se acostumbrase a esos pequeños trucos suyos antes de

presentarse ante ella con el acto final.

—Ni hablar —le pareció oírla sisear—. Desde que has puesto un pie en esta casa mi vida ha ido de desastre en desastre…

—Yo diría que ha sido mucho más interesante —rumió una vez más para sí—. Podemos hablar de ello si abres la puerta… y estaré todavía de mucho mejor humor si terminamos lo que empezamos hace un rato en el sofá. ¿No te has quedado con las ganas?

—¡Vete al infierno!

Sonrió para sí y chasqueó la lengua.

—Me alegra ver que no te lo estás tomando tan mal —insistió mirando ahora hacia la puerta cerrada—, después de todo, lo que te preocupa es el estar depilada y no el modo en que llegaste a tal estado.

—¡Al demonio contigo, Nickolas!

Su sonrisa se hizo más amplia, podía imaginar la expresión que tendría ahora mismo su rostro, la furia que contendrían sus ojos mientras cerraba y abría los pequeños puños que formarían sus manos. En el mismo momento en que había notado el cambio, la nueva intimidad que proporcionaba su actual desnudez, se había separado lo justo para bajar la mirada entre ellos. El jadeo que escapó de entre sus labios fue el preludio que siguió a todo lo demás. En un abrir y cerrar de ojos se había separado de él, puesto en pie y se miraba el pubis desprovisto de vello con total asombro. Entonces la vergüenza había sucumbido frente a todo lo demás, sus mejillas se colorearon hasta adquirir un intenso tono rojizo y emitió un agudo chillido, que casi le perfora los tímpanos, y que dio paso a una rápida e inesperada retirada.

La puerta del dormitorio al cerrarse con estrépito fue el colofón de una actuación a la que siguieron un coro de insultos y creativos deseos de tortura para él.

—Míralo de esta forma, te he ahorrado el dolor de la cera y el engorro de la crema depilatoria o las cuchillas.

Escuchó el sonido del cerrojo un instante antes de que la puerta se abriese por completo y una furiosa *Banshee* de ojos marrones lo recibiese envuelta una vez más en esa horrible bata de felpa.

—Por qué no te rasuras tú mismo el maldito pelo y luego hablamos —le soltó, siseando como un gato—. ¡Así podrás decirme que se siente, maldito capullo!

Habría que matar al hombre, mujer, dios o lo que fuese que inventó la paciencia. La suya empezaba a agotarse a pasos agigantados con esa mujer.

—Frío y pica cuando el pelo empieza a crecer de nuevo —le soltó, enumerando las sensaciones—. Pero te ahorras los piojos y el tener que cepillarlo.

Si tuviese las uñas más largas, se las clavaría en el corazón, podía leer ese deseo en sus ojos. Reprimió sus ganas de darle otra respuesta ingeniosa y alzó ambas manos a modo de tregua.

—Te habría mostrado los beneficios de tu… desnuda condición, si no te hubieses largado con tanta prisa —insistió, acortando la distancia entre ellos.

Ella se tensó, lo notó en su lenguaje corporal, pero sobre todo en el vínculo que la unía a él. Estaba enfadada, pero también asustada, su mente intentaba lidiar con todos los acontecimientos a los que había tenido que enfrentarse en esas últimas horas.

—Háblame, Natalie —la persuadió a ello—, deja salir todo lo que te preocupa. Tienes derecho a estar asustada de lo que desconoces, es el estado natural de las cosas.

La vio inspirar, retener el aire y dejarlo salir con mucha suavidad.

—No vuelvas a hacer algo así —las palabras salieron de forma atropellada de sus labios,

podía notar la irritación y el enfado en ellas—. De hecho, no vuelvas a llevar a cabo ninguna clase de… truco en mi casa o en mi presencia.

Dio un paso más en su dirección, hasta quedar ahora frente a frente.

—¿Te he hecho daño?

Ella parpadeó ante la inesperada pregunta, pero sacudió la cabeza.

—No.

—En ese caso, no hay motivo para que ahora tiembles ante mí —le aseguró, utilizando un tono de voz suave y calmado.

Ella sacudió la cabeza, la desesperación se hizo presente en sus ojos, desplazando la ira y el mal humor.

—Vas a volverme loca —declaró con gesto de agonía—. Todo esto… ya no sé si está relacionado con mi enfermedad o contigo. Y de ambos males, el primero es el único que tiene una explicación lógica.

—Lo estás haciendo bien, encanto —la animó, rodeándola con los brazos y atrayendo su todavía rígido cuerpo hacia el suyo—, lo estás haciendo muy bien.

El cuerpo femenino se amoldó al suyo, relajándose por inercia, reconociéndole como parte de si misma, un gesto que no compartía su hiperactivo cerebro.

—Necesito recuperar mi rutina —musitó contra su piel. Sus labios rozaban el tatuaje que no se había molestado en volver a ocultar, a la altura del corazón—. Necesito encontrar algún espejismo de realidad en medio de toda esta locura.

Le acarició el pelo y la apretó suavemente, dejando que su poder se filtrase como un bálsamo tranquilizador en ella.

—Además, ¿cómo es posible que parezcas tener tanto conocimiento sobre depilación femenina? —rezongó, optando por una vía de comentarios inconexos—. Tú no tienes vello… bueno, no demasiado. Lo he sentido bajo mis dedos, es suave… pero…

Le cogió la barbilla y le obligó a levantar la mirada, hasta encontrarse con la suya.

—Deja de darle vueltas a las cosas —le sugirió, al tiempo que deslizaba la mano libre por su cuerpo, sumergiéndose en el interior de la bata de modo que pudiese tocar su piel—, y déjame que te muestre los beneficios que trae consigo su ausencia en esa zona que tanto te preocupa.

Ella parpadeó y dejó escapar un sonoro suspiro.

—Todo lo arreglas con sexo.

—En este momento me parece la mejor de las soluciones, especialmente porque ambos nos hemos quedado insatisfechos —declaró, acariciándole la mejilla con el pulgar—. Lo cual por cierto, es toda culpa tuya.

Natalie jadeó, se echó hacia atrás y en un gesto de ultraje femenino se llevó las manos a las caderas.

—¿Culpa mía? Por supuesto… típico —rezongó, entrecerrando los ojos y mirándole al mismo tiempo de arriba abajo—. Da igual la especie, raza o etnia a la que pertenezca, un hombre es un hombre en cualquiera de ellas, con un cerebro que solo sabe pensar en sexo.

—He ahí la inteligencia de pensar en algo placentero.

Bufó, esos bonitos y llenos labios se curvaron en una mueca de disgusto. Sus manos trabajaron rápidamente en devolver la bata a un estado más conservador y pudoroso.

—Quiero una noche normal, sin sobresaltos —le soltó de pronto—. Me la merezco después de… de toda esta locura que has vertido sobre mí.

—Concedido —aceptó, encontrando el gesto de sorpresa que cruzó su mirada—. Haremos algo normal, como salir a cenar.

Sacudió la cabeza y lo señaló con el dedo como si pensase que necesitaba de esa puntualización.

—Me refería a una noche libre de ti —rezongó ella—. ¿No tienes nada mejor que hacer? ¿Alguien a quien hacer una visita o dar la lata un rato?

—Tú eres todo lo que está en mi agenda durante los próximos cinco días y medio —le recordó—. Y eso me recuerda, que todavía no hemos terminado con nuestra previa tarea.

Cogió su dedo, se lo llevó a la boca y lo succionó con lentitud, acariciándoselo con la lengua al tiempo que sonreía para sí al ver cómo esos bonitos ojos marrones se hacían más grandes y sus labios se abrían en un pequeño jadeo.

—¿Seguimos dónde lo dejamos?

El timbre le ahorró tener que dar una respuesta.

—Dime que eso no ha sido el timbre de la puerta.

Ahora fue él quien terminó entrecerrando los ojos y girándose hacia el umbral, escuchando por segunda vez ese sonido.

—Sabes, creo que voy a hacer uso de tu previa sugerencia y matar a quien esté del otro lado —aseguró, con voz profunda—, y después, fundiré ese maldito artefacto.

Ella rio, el sonido lo cogió por sorpresa por lo inesperado y, cuando se giró hacia ella, la vio sonriendo.

—Lo siento… es que… sonabas dispuesto a hacer justo eso —aseguró, intentando contener la risa.

Se giró para responder en consonancia cuando ambos escucharon una vez más el sonido del timbre seguido por golpes en la puerta principal y una voz femenina.

—¿Cuánto aprecio sientes por tu hermana?

—No es mi hermana —puntualizó ella—. Es hermanastra.

—Semántica —desechó la respuesta.

Ella entrecerró los ojos y lo miró.

—No puedes matarla ni descuartizarla, ni hacerle nada que implique tener que enterrarla después —declaró, sin dejar de mirarle—. Mi jardín no es tan grande.

Una perezosa sonrisa curvó sus labios.

—Le restas la diversión a todo, encanto.

—Solo intento ser una buena… vecina —se encogió de hombros—. Pero dejaré que derroches tu encanto sobre ella, ese que hace que se me ponga la carne de gallina alguna que otra vez. Aunque… mejor… um… tu aspecto… bueno, ya sabes.

—¿Qué es lo que sé, Natalie?

Puso los ojos en blanco.

—Haz lo que quieras pero procura que si le va a dar un ataque al corazón, le dé fuera de mi casa. Y de mi porche. Y de mi acera —enumeró uno tras otro, como si se le fuesen ocurriendo sobre la marcha—. Ya sabes, que no tenga que dar luego explicaciones…

Se echó a reír.

—Sin duda eres la horma de mi zapato, pequeña mía.

—Es que no tengo ganas de visitas —suspiró—, y enfrentarme ahora a ella es tener que escuchar más locuras al puro estilo… tú. Y no estoy preparada para tener que considerar siquiera que lo que sale de sus labios es real y no una chaladura más.

Asintió, le besó los labios con suavidad y se separó de ella.

—Me desharé de las visitas indeseadas y arreglaré las cosas para tener una noche *normal* mientras tú te tomas las próximas horas para echarle una siesta y darte un baño con tranquilidad

—la empujó a ello, imprimiendo en su voz la huella de su poder—. Te vendrá bien descansar un poco y dejar de darle vueltas a las cosas.

Ella hizo una mueca.

—¿No quieres elegir también qué toallas debo usar, de qué lado de la cama debo dormir o de cuál levantarme?

La recorrió una última vez con la mirada, haciéndolo de una forma puramente sexual.

—Ahora que lo dices… —ronroneó—. Te dejaré en el armario lo que quiero que te pongas esta noche… hasta entonces, puedes utilizar lo que quieras. Estate lista a eso de las ocho y veremos si puedo hacer que bailes encima de la mesa.

CAPÍTULO 31

Si Natalie le recordaba a un bonito atardecer de otoño, su hermanastra era un día invernal. De pie ante el umbral, lo miraba con una mezcla de sorpresa y recelo, aunque fue este último el que prevaleció por encima de todo. Pero su peculiar apariencia no fue lo que le preocupó, sino la ausencia de clarividencia que obtenía de ella. Notaba su dualidad, el toque de un alma que ha caminado entre este mundo y el siguiente, vio su pasado, el accidente que casi le cuesta la vida y el sufrimiento que la envolvió a raíz de ello, pero fue incapaz de entrar en su alma y extraer de ella el futuro o el motivo por el que parecía estar atada a la muerte.

Sus ojos claros no dejaron de contemplarle, sobre todo porque había interpuesto su cuerpo en el umbral y le impedía el paso a la vivienda.

—Necesito ver a Natalie —murmuró, sin quitarle los ojos de encima.

Le devolvió la mirada, recorriéndola de pies a cabeza sin pudor alguno.

—Ella no está visible en estos momentos —declaró, al tiempo que ladeaba la cabeza—, y tampoco lo estará más adelante, a juzgar por la firme oposición que tiene frente a las visitas.

Ella alzó la barbilla, un gesto que le pareció divertido a la par que curioso.

—No he venido aquí a hablar contigo, sino con ella —anunció, colocándose bien el bolso al hombro con un claro propósito de pasar por su lado—. Así que hazte a un lado y…

—No tan rápido… —se interpuso en su camino, al tiempo que estiraba el brazo, interrumpiendo su avance y provocando una reacción del todo inesperada.

En un abrir y cerrar de ojos, una miríada de imágenes pasó por su mente, lo que antes no había podido vislumbrar de ella ahora se precipitaba a la velocidad de la luz a través de su poder como piezas inconexas de un puzle. Dio un paso atrás y no fue el único, ella había retrocedido también, se aferraba la blusa a la altura del pecho y lo miraba con los ojos totalmente abiertos. Una mezcla de temor, certeza e incomprensión bailaba en su mirada.

—Estás marcada… —Las palabras surgieron de sus labios antes de que el significado de estas penetrase en su mente—. Eres su…

—*Vitriale*… —murmuró ella al mismo tiempo, interrumpiendo su línea de pensamiento —. Tú… tú eres él. Eres su muerte, su verdadera muerte y el único que la traerá a la vida.

Su voz sonaba ahora mucho más densa, vibrante con el inequívoco toque de un poder ancestral, uno que había sentido tiempo atrás, cuando era tan solo un niño.

—Tú eres la sombra que vi junto a ella, la que alejaba el dolor, la que le entregaba la muerte —insistió, sin dejar de mirarle—. Pero… no eres lo que pensaba… no eres su verdugo, ese será su enfermedad tú… tú eres…

Se la quedó mirando, pero no hizo ni un solo comentario al respecto. Su falta de respuesta pareció irritarla.

—Estás aquí por ella, ¿no es así? —insistió, increpándole ahora—. Quieres su alma.

—Quiero recuperar lo que es mío.

Ella asintió y bajó la mirada sobre su pecho, para luego clavarle el dedo con suavidad.

—Quieres recuperarla, pero primero tienes que perderla —chasqueó la lengua y volvió a encontrarse con su mirada—. La luz y la oscuridad viven estrechamente en tu interior, un perfecto equilibrio que va más allá de todo lo conocido, uno que no debería haberse dado.

Entrecerró los ojos y ladeó la cabeza.

—Sabes más de lo que parece a simple vista.

Sacudió la cabeza y su largo pelo voló con el movimiento.

—Conocimiento sin orden ni concierto, imágenes que vienen y van, sueños que me despiertan gritando a media noche o me asedian en mitad del día —enumeró rápidamente—, un mundo que no debería de existir y en el que me han lanzado de cabeza. ¿Tienes idea de la mierda que significa todo esto? La mayoría del tiempo no sé ni si estoy cuerda.

—Nadie que haya tenido un *tête à tête* con la muerte puede considerarse el avatar de la cordura —declaró con profunda ironía—. Y por lo que he visto… lo tuyo ha ido un poquito más lejos que eso…

Ella puso los ojos en blanco.

—Esa es la parte que prefiero considerar sueño a una estúpida y malditamente jodida realidad —insistió y acabó estremeciéndose al mismo tiempo, como si el recuerdo la enfermase —. Pero volviendo al motivo de mi visita… necesito ver a Natalie.

Sí, quizá esa fuese su necesidad, una acuciante, pero ella no estaba en condiciones de recibir a nadie ahora mismo. Su mente estaba en un estado demasiado frágil, escuchar todo esto la empujaría hacia el borde.

—Tendrás que posponer tu visita un poco más.

Jadeó, a juzgar por sus aspavientos la había ofendido.

—No puedes decirme cuándo puedo o no ver a mi hermana —le espetó—, especialmente después de haber metido la pata por completo la vez anterior. Demonios, esto me pasa por no esperar y analizar las cosas… las imágenes vienen y van y el cuadro no siempre es completo…

Nick enarcó una ceja.

—¿Podrías ser un poquito más… coherente?

Su mano salió disparada ahora hacia la casa.

—Me equivoqué… le dije que tú la arrastrarías a la oscuridad y te apropiarías de su alma, le dije que eras su final… y en realidad, eres su principio —se exasperó—. Eres el único que puede entregarle su muerte y salvar su alma, el único que puede evitar la muerte definitiva, porque eres luz y oscuridad, dos caras de una misma moneda.

Se tensó ante esas palabras, el recuerdo de un momento similar penetró en su mente junto con los gritos y las súplicas que decidió desoír. El mismo día en que rompió con las enseñanzas del Gremio y trajo a Elphet de vuelta de la muerte que desea. La misma que él le había negado.

En aquel entonces era poco más que una niña acariciando la adultez, una que se encontró con un infante de la mano, repudiada por los suyos, maldecida y dejada a su suerte. Engañada, traicionada, buscaba venganza pero solo encontró dolor.

‹‹¿Por qué tuviste que traerme de vuelta? ¿Por qué no me has dejado morir? ¡Tenía que quería irme con él! ¡Era mi destino!››.

Él. El mismo hombre que le había entregado la muerte y había pisoteado su alma. El mismo que la había arrastrado a la oscuridad, sin posibilidad de redención.

‹‹No soy ella, Nick, nunca seré ella. A pesar de eso, ¿me dejarás estar a tu lado? Quizá no sirva de nada o quizá lo signifique todo. Ahora los dos carecemos de alma, estamos unidos por toda la eternidad, dos condenados atados a la persona incorrecta››.

Una única decisión que lo había marcado de por vida, unos antecedentes que lo condenarían si volvía a cometer el mismo error, a elegir la misma opción.

‹‹Dime la verdad, Elph, ¿me equivoqué en mi elección? ¿Me equivoqué al negarte la posibilidad de reunirte con él?››.

‹‹No, Nick, no lo hiciste. Evitaste que me fuera cuando no era mi momento y dejase a esa

locuela de Aine sola, pero sobre todo evitaste que condenase mi propia alma por alguien que no se la merecía››.

—Su destino está escrito y yo no puedo cambiarlo —declaró, volviendo al presente y a la mujer que tenía frente a él.

Ella sacudió la cabeza y dio un paso adelante, su mirada se encontró con la suya y la sostuvo.

—En eso te equivocas, eres el único que puede cambiarlo —aseguró, y había tal desesperación en sus palabras y en su lenguaje corporal que lo sorprendió—. Lo he visto, te he visto a su lado, reteniéndola y suplicándole que volviese…

Se tensó ante sus palabras, no por su contenido, sino por la fe que encontró en la voz femenina, la confianza plena de que lo que decía era la verdad.

—Y también estaba él… esa sombra que planea a su alrededor, la misma que he visto cerca de ella y cuyo rostro me está vetado —insistió, estremeciéndose y rodeándose con sus propios brazos—. Él retenía su alma… de algún modo, será su verdadera muerte si elige el camino equivocado.

La mujer acortó entonces la distancia entre ambos y cogió sus manos. En el momento en que su piel entró en contacto con la de ella, vio lo mismo que había visto ella.

—Natalie no creería ni una sola palabra de todo esto —murmuró, sin apartar la mirada de sus ojos—, sería la primera en llamar al psiquiátrico para que me encerrasen y tirasen la llave. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados. Cuando debí estar a su lado, no lo hice, no volveré a fallarle otra vez.

Rompió el contacto y dio un paso atrás.

—Es mi hermana —murmuró, encogiéndose de hombros—, me hubiese gustado tener el valor para estar a su lado cuando llegó a nuestra familia, pero ella tendía a alejarse, a alejarnos a todos… y como niñas que éramos… solo pensamos en nosotras mismas. Y después… después ya fue demasiado tarde.

Se lamió los labios y echó un fugaz vistazo a través de la puerta abierta.

—Dile que pienso volver —concluyó, alzó la barbilla y emitió a voz en grito—. ¿Me escuchas, Nat? ¡Pienso volver! ¡No vas a librarte de mí! ¡Esta vez no voy a dejarte sola!

Siguió la mirada de Brooke hacia una de las ventanas superiores, no necesitaba mirar a través del cristal para saber que Natalie estaba allí, no había dejado de sentirla ni un solo momento. Y ahora, las palabras de Brooke la habían hecho estremecer, arrancando un pedacito de la escarcha que cubría su alma. Su pequeña e inocente gatita, estaba más necesitada de cariño de lo que nunca se atrevería a aceptar.

—Dale un par de días —comentó entonces, volviendo a mirar a la chica—, y quizá esté más dispuesta de lo que crees a escucharte y… creer… o al menos a considerar que puede que no estés tan loca como piensas.

La mujer se encontró una última vez con sus ojos, esbozó una irónica sonrisa, lo recorrió de arriba abajo con una mirada abierta y apreciativa y sacudió la cabeza.

—Cuida de ella —pidió, con una seria advertencia tras sus palabras—, y no dejes que se vaya. Puede ser terriblemente cabezota, así que haz lo que tengas que hacer para que desee quedarse contigo… no debería costarte mucho.

Enarcó una ceja ante la directa pulla.

—¿Qué te hace pensar que tengo interés en que se quede conmigo?

Ahora fue ella la que ladeó la cabeza, imitándole.

—¿Qué te hace pensar a ti que no lo tienes? —le dedicó un guiño, se ajustó el bolso y dio

media vuelta, bajando los escalones al tiempo que murmuraba para sí—. No hay más ciego que aquel que no quiere ver…

Nick no dijo nada, se limitó a verla marchar para luego girarse de nuevo hacia la puerta entreabierta, buscar a Natalie a través de su vínculo e inducirla a hacer lo que le había pedido previamente. La necesitaba descansada, pues esa misma noche iba a reclamar el segundo Pacto.

—De acuerdo —murmuró para sí, haciendo que la puerta de la casa se cerrase bajo su poder y protección—, es hora de que se pongan todas las cartas encima de la mesa.

La visita de Brooke había hecho algo más que interrumpir sus planes de retozar con su pequeña portadora, habían arrojado nuevas preguntas cuyas respuestas empezaba a temer descubrir. Si estas eran las que él suponía, su vida acababa de complicarse mucho más. Necesitaba un poco de claridad y perspectiva y solo había alguien que podía proporcionársela en aquellos momentos.

Necesitaba hacer una nueva visita al *Devorador de Pecados*.

Nick traspasó la puerta del *Bar Pecatio* y caminó directamente hacia la barra. La sala empezaba a prepararse para la jornada nocturna, el golpeteo de las bolas en las mesas de billar ofrecían una curiosa banda sonora que se mezclaba con las canciones de la vieja gramola que el dueño se empeñaba en conservar. Se sentó en uno de los taburetes, la barra estaba salpicada por algún que otro hombre o mujer dispuestos a ahogar sus pecados en esa horrible bebida color borgoña que servía Boer, pero no tanto como debiera estarlo un viernes.

—Empiezo a considerar seriamente ponerle un cartelito en ese asiento con tu nombre —comentó el hombre, saliendo del almacén con un barril de cerveza al hombro—. ¿Me echas de menos o es que no soportas la compañía de esa pequeña criatura a la que rondas?

—Echarte de menos equivaldría a sentir algo más por ti que profundo respeto.

—Si tuviese corazón, lo habrías herido —le respondió, al tiempo que dejaba el barril bajo el grifo de la cerveza y lo colocaba—. Por suerte para ti, no es el caso. ¿Y bien? Intuyo entonces que se trata de tu cachorrita, la cual, por lo que siento, todavía pelea por mantenerse a tu lado. Chica inteligente.

Hizo una mueca ante su tono de voz.

—Sus fuerzas empiezan a mermar con demasiada rapidez —chasqueó la lengua—, todo parece indicar que, una vez más, tenías razón. Su tiempo se agota a una velocidad alarmante.

El hombre chasqueó la lengua y posó la mano sobre la superficie de la barra.

—¿Quieres decirme cuándo no tengo razón? —se mofó—. Se la has arrancado a la muerte y esta quiere recuperar lo que es suyo. Como ya te dije, el tiempo no corre a tu favor… ni al de ella. Si quieres recuperar lo que es tuvo, tienes que limpiarla primero y después hacer que te la entregue por propia voluntad.

—Lo sé, es algo que escucho mucho últimamente —rezongó—. Pero no es de eso de lo que quería hablarte, no del todo, al menos.

—Bien. Entonces escúpelo, ¿qué nueva catástrofe han dejado caer sobre ti? —preguntó, cruzándose ahora de brazos—. Si has venido a verme con tanta celeridad, es que algo te carcome por dentro. Puedo sentir los pecados bailando la conga en tu interior.

Se lamió los labios, él mismo tenía todavía problemas para aceptar lo que había visto, lo que Brooke le mostró. Escuchar de sus labios aquellas palabras era una cosa, que una pequeña humana marcada por las sombras le mostrase su propio destino, otra muy distinta.

—La hermana de Natalie acaba de dejar su casa, no sin antes mostrarme… parte de mi

destino.

Los ojos oscuros del devorador se abrieron con abierta sorpresa, algo que no ocurría muy a menudo.

—Vaya, eso es… interesante —murmuró—, especialmente cuando es algo que te está vetado a ti mismo.

Se inclinó hacia delante, apoyándose en la barra y le sostuvo la mirada.

—Solo hay un motivo por el que pudiese vislumbrar algo así en mi camino y es uno demasiado improbable… —sacudió la cabeza con vehemencia—. Por no decir imposible. Ella no puede ser mi *alada*.

—¿Por qué no? Aunque te guste olvidarlo y prefieras a tu rama *Demonía* de la familia, sigues siendo *Angely*, con todas las putadas que eso conlleva.

Se pasó una mano por el pelo, resistiéndose a creer en su maldita suerte. De todas las catástrofes probables, aquella era la última a la que esperaba tener que enfrentarse jamás.

—Pero… ¿ella?

El hombre puso los ojos en blanco.

—Me ofendería tal pregunta si no fuese por el hecho de que no suelo ofenderme —rezongó—. ¿De veras necesitas una respuesta que ya tienes?

Sacudió la cabeza.

—Ella no debería existir… no para mí.

Boer chasqueó la lengua y lo miró con gesto aburrido.

—Existió para tu padre… así que, ¿por qué no iba a existir también para ti?

Porque él no se la merecía, era un paria, una abominación que no debería existir. ¿No fue eso lo que escuchó tantas y tantas veces? Un error de la naturaleza, una abominación… un *Vitriale*.

—Piénsalo, Nick —insistió él, llamando de nuevo su atención, obligándolo a enfrentar las pruebas que estaban delante de sus narices, que siempre habían estado—. O mejor dicho, afronta lo que has ido dejando de lado. ¿Crees que podrías haberla retenido y no despertar el olfato de los *Arconte* y quedarte tan ancho si fuese una mujer cualquiera? Sí, has utilizado el contrato de la Agencia como medio de vinculación, pero ambos sabemos que no es más que algo finito, con una duración predeterminada. ¿Por qué crees que tu perro guardián no sigue pegado a tu culo? El *Gremio* estuvo sobre ti en dos coma cero segundos cuando te la jugaste por Elphet, ¿por qué no habría de hacerlo ahora y con mayor rapidez, dada tu inclinación a trasgredir o doblar las normas a tu antojo?

Las palabras de Boer trajeron consigo una aguijoneante certeza.

—Eydam lo sabía —murmuró sintiendo cómo la rabia crecía en su interior. Sin pensarlo dejó caer la mano sobre la superficie de la barra, descargando en el golpe su frustración—. Todo este tiempo… él lo ha sabido. ¡Maldito bastardo!

Su amigo puso los ojos en blanco, dio media vuelta y se entretuvo unos segundos revolviendo entre las botellas.

—Tu inteligencia ha debido estar durmiendo todo este tiempo en su cama —resopló—. Eso o la has agotado por completo.

Resopló.

—¿Asumes entonces que la tuve alguna vez?

El barman se giró hacia él.

—No me oirás confirmar eso en voz alta —rezongó—. Y ahora que las piezas del puzle empiezan a encajar en su lugar, pasemos al motivo *real* por el que estás ahí sentado.

No pudo evitar hacer una mueca ante el tono de su voz.

—No sé para qué me dejas hablar.

Él se encogió de hombros y depositó una bebida frente a él.

—Soy bueno escuchando —aseguró, al tiempo que señalaba el vaso—. Bebe.

Miró el líquido y suspiró. ¿Otra vez?

—¿Por qué no te limitas simplemente a confirmar o desmentir mis sospechas?

—Porque a estas alturas deberían de haber dejado de ser sospechas para convertirse en certezas —le dijo, indicándole una vez más el vaso—. Pero ya que pareces ser tan obtuso, permíteme ser tu genio de la lámpara e iluminarte la mollera.

Lo último que quería era que Boer fuese su genio de nada, pero optó por callar y escuchar, después de todo, a eso había venido.

—Sí, eres uno de los pocos seres que mantiene un equilibrio entre la vida y la muerte, el *Vitriale*, también conocido como el Amo del Destino —confirmó, como si ya supiese lo que le preocupaba—, y ya conoces la pena por cruzar la línea. Te has enfrentado a ello una vez, deberías saber qué no debes hacer para ganarte un nuevo castigo.

Se quedó mirando la bebida que tenía ante él, intentando recordar cada detalle, cada momento y cada elección.

—Mi ascendencia *Angely* —murmuró, recordando cada uno de sus pasos—, llegué a Elphet a través de ella… de quien era entonces.

—Y eso te envió derechito al Consejo de gilipollas y a manchar el suelo de sangre —canturreó el barman—. Pero no es la única rama que tienes en tu árbol genealógico, la oscuridad que se extiende en tu interior debería ser un recordatorio de ello.

Sacudió la cabeza una vez más, intentando conectar las palabras del *Devorador de Pecados* con lo que Brooke le había mostrado, con su propio destino.

—*Demonía*… sí, pero ¿cómo puede mi oscuridad retenerla? —musitó, pero era una pregunta más para sí mismo que para él.

—No puede —contestó, atrayendo una vez más su atención—. No mientras esa misma oscuridad esté emponzoñando tu propia alma. Tienes que dejarla marchar antes de poder reclamarla.

—Ella está dispuesta a entregarme lo que ha estado custodiando sin siquiera saberlo —murmuró. Sabía que era así, lo había sentido en su interior—. Pero reclamarla… sería repetir el mismo error una y otra vez.

—Y empezamos a pensar más en la chica y menos en el alma que guarda para ti, un gran progreso —declaró con profunda ironía—. Pero sigues teniendo el cerebro dormido, eso en caso de que tengas algo parecido a eso dentro de la cabeza. Parece mentira que seas el *Vitriale*…

No respondió, se limitó a coger la bebida y beberse el contenido casi de un solo trago. No acababa de posar el vaso cuando la respuesta que buscaba, la que había estado todo el tiempo frente a él, se abrió paso a través de su mente.

‹‹Eres el único que puede entregarle su muerte y salvar su alma, el único que puede traerla de vuelta porque eres luz y oscuridad, dos caras de una misma moneda››.

—*Demonía* —repitió, ahora consciente de lo que verdaderamente significaba ese término en aquel preciso momento.

—Sí, chico, *Demonía* —asintió Boer con absoluta satisfacción—. Tienes dos partes oscuras por una de luz y solo una de ellas está vinculada a alguna clase de código o juramento.

Su lado *Angely*. Su vida, su indulto, todo se debía a su pertenencia a la raza, al igual que lo hacía el hecho de que al igual que sus congéneres, sin importar la categoría a la que

perteneciesen, contaban con una compañera; su *alada*.

—Dime, ¿quién ha encontrado la oscuridad en su alma? ¿Quién la devora? ¿Quién hace que se desvanezca? —La voz de Boer se filtró en su mente con meridiana claridad—. Se trata del equilibrio, hijo, equilibrio.

Alzó la mirada hasta encontrarse de nuevo con suya.

—Pero su enfermedad… —negó con la cabeza, esa seguía siendo un escollo que no podía superar, no sabía cómo—. Solo puedo sanar el alma, protegerla y retenerla si me la entrega voluntariamente, si me concede el permiso para hacerlo.

—Entonces tendrás que ir más allá y reclamar lo que te corresponde —se encogió de hombros—. Ella no es una *alada* cualquiera, es la compañera destinada al *Vitriale*.

—Natalie es humana —se recordó a si mismo tanto como a él.

—En ese caso, tendrá que dejar de serlo, ¿no te parece?

No pudo menos que poner los ojos en blanco.

—Sí, claro —bufó—. Y el mundo puede dejar de girar en el momento en que yo lo decida.

Se echó a reír.

—Empieza a hacer palanca, chico, empieza a hacer palanca.

Resopló y se miró las manos ahora entrelazadas sobre la barra.

—Me equivoqué —confesó, pronunciando por primera vez esas palabras en voz alta—, y tú tenías razón.

El barman sonrió con petulancia.

—¿Quieres decirme un solo momento en que no la haya tenido?

Sonrió, sin duda el *Devorador de Pecados* era un hombre incluso más pagado de sí mismo que él.

—He admitido mi derrota, dame un respiro.

—Ella es tu reflejo, Niklas —aseguró, sin vacilación alguna—, tu verdadera alma.

—Un alma que intenta subsistir bajo todo el peso de la enfermedad que la aqueja y a la que apenas he podido devolver un poco de luz —masculló en voz baja, admitiendo la dificultad de su tarea—. No me queda tiempo y sin su consentimiento definitivo…

—Lo tendrás —aseguró, con esa seguridad aplastante que lo definía—. Estabas destinado a reunirte con la portadora antes o después y verla morir o matarla tú mismo —declaró, abriendo el grifo para servir una espumosa cerveza negra—. Agradece que no has tenido que blandir tu espada contra ella. Su enfermedad te ha liberado del más grande de los pecados.

—¿Robar el alma de un inocente? ¿Destruir a mi propia *alada*?

Le dejó la cerveza delante de él y retiró el vaso que le había servido previamente.

—No, chico —lo miró a los ojos, sin pestañear—. Matar aquello que más amas.

Sus palabras lo dejaron frío, completamente helado.

—Te avisé, amigo mío —le recordó con un ligero encogimiento de hombros—. Te dije que caerías en el mayor de los pecados antes de que recuperases lo que es tuyo. De verdad, no sé para qué me molesto en gastar saliva con vosotros, al final hacéis lo que os da la gana, está claro que os gusta el sufrimiento.

Negó con la cabeza.

—El sufrimiento no es más que un compañero de viaje para mí, Boer —respondió al final —. Cuándo acepté mi destino, sabía que estaría atado a él hasta el mismo final.

—Pero no es solo tu sufrimiento el que ahora padeces, *Vitriale*. —Como siempre, iba directo a la llaga, incluso si esta no era más que una herida que acababa de aparecer—. El tuyo puedes combatirlo, estás acostumbrado a lidiar con él, pero el suyo… No, ese es un tipo de

padecimiento del todo desconocido para ti, uno al que no estás acostumbrado. Ten cuidado, no sea que te cueste más de lo que nunca imaginaste.

Lo miró a los ojos, contemplando en esas profundidades color ámbar todo lo que le había dicho y aquello que no necesitaba de palabras para transmitir.

—Bebe y deja aquí tus pecados —lo instó, señalando la cerveza con un gesto de la barbilla —. Necesitarás hasta el último gramo de poder y perspectiva para llevar a buen término tu destino.

CAPÍTULO 32

—Tiene que ser una jodida broma.

Natalie no podía dejar de mirar la pequeña pieza de encaje azul que tenía en las manos. La braguita, a juego con el sujetador que había encontrado en el armario y permanecía ahora sobre la cama, acompañando a un vaporoso y cortísimo vestido azul noche y unas elegantes sandalias con tacón de quince centímetros, era un crimen contra su salud mental.

Después de la inesperada visita de Brooke, se había dejado caer sobre la cama con intención de descansar un poco y pensar en su actual situación, pero todo pensamiento voló en el instante en que su cabeza tocó la almohada. Se había despertado dos horas después, para terminar dándose una ducha y recordar lo que Nick le había dicho sobre esa noche y la ropa que encontraría en el armario.

Frunció el ceño y miró las prendas como si fuesen serpientes o algo incluso más desagradable.

—Tiene que ser una maldita y jodida broma —insistió, incapaz de encontrar palabras más adecuadas. Volvió a girar la braguita, contemplándola desde todos los ángulos. La había soltado como si fuese una serpiente o una bomba a punto de estallar nada más reconocer el nombre de la carísima firma italiana bordada en un costado de la prenda. Su consternación solo había ido en aumento ante las distintas firmas que reclamaban los diseños de las sandalias y el vestido. ¿Ese hombre no conocía la palabra moderación? No solo le había elegido la ropa que quería que se pusiese esa noche, sino que lo hizo con toda la intención de dejarla sin palabras y subiéndose por las paredes.

La prenda de más valor que tenía en su armario quedaba ridiculizada ante lo que seguro habría costado ya solo el conjunto de lencería.

—¡Tiene que ser una jodida broma! —clamó a voz en grito. Giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta de su dormitorio. Le había escuchado canturrear, mientras se paseaba de una habitación a otra, cuando había abandonado la ducha—. Nickolas, estás loco si piensas que voy a ponerme algo como esto… antes… ¡antes salgo desnuda!

—Por mucho que me guste verte en cueros, dudo mucho que te dejen acceder al restaurante en pelotas. —Escuchó su voz al oído, mientras un inesperado dedo se deslizaba por su espalda, allí donde la toalla no la cubría, haciendo que diese un salto y gritase automáticamente.

—Oh, joder —jadeó, mirándole con los ojos muy abiertos mientras aferraba con fuerza la toalla y se esforzaba por dejar entrar aire en sus pulmones—. Joder… joder… joder… joder…

—Esa boquita, encanto —enarcó una ceja ante el despliegue de insultos.

Le apuntó con el dedo, incapaz de hacer otra cosa que respirar de forma agitada, necesitando de un momento para que su corazón recuperase el ritmo normal y no le saliese disparado del pecho.

—¡Maldita sea! ¿Es que quieres matarme de un susto? —jadeó, luchando por respirar. Entonces frunció el ceño, miró la puerta todavía cerrada, con el pasador y luego a él—. ¿Cómo…? ¿Tú estabas…? Oh… joder… mierda… joder…

—Voy a tener que lavarte la boca con jabón si sigues así, Natalie.

Entrecerró los ojos y resopló con irritación.

—Oh, vete al infierno.

Él puso los ojos en blanco y deambuló por la habitación, deteniéndose al lado de la cama.

—Ya he estado allí y no es un lugar de vacaciones demasiado popular —respondió, quitándole hierro al asunto. Entonces recogió la prenda de lencería que había dejado caer al suelo ante el susto que le metió apareciendo de la nada—. ¿No te gusta el encaje? Creo que estarás realmente sexy con él.

Bufó, mantuvo la mano sobre el corazón, sintiendo como seguía marcando con fuerza el ritmo en su pecho y lo fulminó con la mirada.

—Casi me matas de un infarto —siseó.

Él se limitó a jugar con la prenda, disfrutando de su textura entre las manos.

—Te dije que dejases la puerta abierta.

Ese hombre iba a conducirla al psiquiátrico, no tenía ninguna duda al respecto. Allí estaba, plantado al lado de su cama, vestido con un pantalón negro, camisa del mismo tono azul que su vestido y una americana, el vivo retrato de la elegancia y la masculinidad, con un ego tan grande como una montaña y una seguridad arrolladora. Y por si eso no fuese suficiente, mitad ángel y mitad demonio.

En aquellos momentos su parte Demoníaca debía estar al mando… bien mirado, ¿cuándo no lo estaba? Un brillo travieso bailó en sus ojos un segundo antes de que deslizase la mirada sobre su cuerpo, desnudándola a pesar de la toalla de baño con la que estaba envuelta. Apretó los muslos, sintió cómo se le encogía el estómago y su sexo reaccionaba de inmediato, humedeciéndose ante su presencia.

—Es mi casa, mi dormitorio —respondió en un siseo—, y tú un maldito peligro. No te quiero cerca de mí.

Sus ojos se encontraron y esbozó una renuente sonrisa.

—Y todo esto por una íntima depilación —chasqueó la lengua—. Si llego a saber que te ibas a poner tan… ansiosa… lo habríamos hecho a la manera tradicional. Al menos nos habríamos ahorrado la interrupción de mi pasatiempo favorito.

Entrecerró los ojos y lo fulminó.

—No eres tan afortunado, ni yo estoy tan loca como para dejarte acercarme a mí con algo más afilado que tu… lengua.

Se rio por lo bajo y sacudió la cabeza.

—Sin duda es precisamente mi lengua lo que tengo ganas de pasar por ese bonito coño totalmente depilado —ronroneó, su voz bajó de tono lo suficiente para que se estremeciese y una nueva ola de humedad bañase sus muslos—. Pero eso tendrá que esperar hasta esta noche. Tenemos una reserva para cenar… y un baile pendiente.

Apretó los dientes, su cercanía la ponía nerviosa y la excitaba, una combinación que, en este preciso momento, la cabreaba sobremanera.

—Respira, no quiero que acabes morada de un momento a otro por falta de oxígeno —continuó, al tiempo que acortaba la distancia entre ambos. Le cogió la barbilla con suavidad, le acarició el pómulo con el pulgar y la obligó a encontrar su mirada—. Los ojos sobre mí… eso es… ahora, coge aire… suéltalo… bien. Continúa haciendo esa operación y te ahorrarás una visita al hospital.

Entrecerró los ojos dispuesta a decirle un par de cosas, pero las palabras se le atascaron en la garganta cuando él le arrebató la toalla de golpe dejándola totalmente desnuda.

—Y ahora, a vestirse, encanto.

Emitió un pequeño gritito y se quedó tiesa cuando él deslizó las yemas de los dedos por su

pubis libre de vello. La sensación la hizo estremecerse, se sentía desnuda y su piel estaba mucho más sensible de lo normal en aquella zona.

—La respiración, Natalie —le recordó en tono jocoso y la empujó suavemente, haciéndola retroceder hasta que sus piernas tocaron la cama—. No te olvides de lo más básico.

Dejó escapar el aire de golpe hastiada e intentó arrebatarle la lencería de las manos, pero él no se lo permitió.

—No —la alejó—, perdiste tu oportunidad para vestirte solita. Pero como todavía estoy de buen humor, dejaré que te salgas con la tuya… y haremos esto de la manera tradicional. —Se acuclilló frente a ella y dispuso la diminuta prenda femenina para que pudiese meterse en ella—. El pie derecho, encanto. Levanta —la instruyó, golpeándole el tobillo con un dedo.

Miró hacia abajo y ahogó un gemido al verlo de aquella manera. Un hombre tan enorme y sexualmente brutal, acuclillado a sus pies, sosteniendo las bragas de encaje para que pudiese meterse en ellas.

—Estoy perdiendo la cabeza —musitó. No había otra explicación para encontrarse en esa bizarra situación—. Tú estás haciendo que pierda la cabeza.

—No más que de costumbre. —Le dio el mismo aviso en el otro pie, subiendo después con mucha suavidad y premeditada lentitud la prenda por sus piernas hasta colocarla a la perfección—. Sabía que el encaje y el color azul te quedarían bien.

Parecía realmente satisfecho consigo mismo, observándola como si mirase una obra de arte que acabase de adquirir. Sus ojos se encontraron y sus mejillas se encendieron al momento. Sintió cómo su sexo se contraía y la humedad se instalaba entre sus piernas. Apretó los muslos por inercia y no pudo evitar estremecerse cuando la delicada tela acarició su descubierto pubis en una erótica caricia.

Él pareció darse cuenta de su reacción, ya que se esforzó por contener una risita.

—Espera a que sea mi lengua la que haga esto —ronroneó, sin apartar su mirada de la suya—, y me darás las gracias por esta desnudez que tanto te molesta.

—Espera sentado.

Sonrió y cambió la dirección de su mirada.

—Me gusta cómo se endurecen tus pezones —le susurró entonces al oído, acariciándole las duras cúspides con los nudillos—. Tu cuerpo es mucho más sincero y agradable de tratar que tu cerebro.

Él se inclinó de nuevo sobre la cama, recogiendo el pedazo de encaje que pretendía ser un sujetador.

—Una pena tener que cubrir esas dos hermosuras…

Natalie le arrebató la prenda de las manos y le dio la espalda, poniéndoselo rápidamente. Acomodó sus pechos en las copas y frunció el ceño al ver cómo el contorno dejaba gran parte de sus senos fuera.

—Con lo mucho que parecen gustarte mis tetas, deberías haber acertado con la talla, pero te has quedado corto —rezongó, mirándole por encima del hombro con un pequeño gesto de satisfacción. Don Perfecto no lo hacía todo perfecto después de todo.

Su sonrisa fue suficiente indicativo para ponerla en guardia.

—Nunca me equivoco en estas cosas —aseguró, relamiéndose ante la apariencia que presentaba su cuerpo ahora embutido en ropa interior—, y mucho menos con el tamaño de tus pechos. Te queda justo como tiene que quedarte.

Alzó una ceja y bajó la mirada sobre su alzado pecho.

—Si respiro se me saldrán los pezones.

Se rio entre dientes, cogió el vestido de la cama y se lo coló por la cabeza.

—Tienes bastante práctica vistiendo mujeres —le soltó, buscando molestarlo—. Déjame adivinar, en tus ratos libres, eres *Personal Shopper*.

—En mis ratos libres me voy de caza —le susurró al oído, al tiempo que la atraía a él con fuerza, ciñéndola con la tela del vestido—. Estoy especializado en mujeres delgadas, con corto pelo negro y una boca imposible.

Enarcó una ceja y él le respondió con un guiño, mientras dejaba que se colocara ella el vestido para luego ayudarla con la cremallera. La prenda se adaptaba a sus curvas como una segunda piel, comprimía sus pechos, realzándolos y caía con elegancia un par de dedos por debajo de su trasero.

—Deliciosa —murmuró rodeándola y devorándola con una limpia y abierta mirada cargada de deseo—. Sin duda, el azul es tu color.

No respondió, no podía. Cada vez que él la miraba de esa manera, su enfado se esfumaba y acababa enterrada bajo una mezcla de vergüenza y excitación.

—¿Crees que puedes ponerte tú sola los zapatos, pequeña cenicienta, o necesitas ayuda?

Miró de nuevo las sandalias e hizo una mueca.

—Hará falta un milagro para que no me rompa la crisma sobre esos tacones —repuso y lo miró con un brillo irónico—. ¿Tienes de eso también en tu saco de la arrogancia?

—Los milagros son algo ajeno a mi departamento, Natalie —murmuró, pasando el dedo sobre el escote en forma de corazón que acunaba sus pechos. El vestido tenía una pequeña cenefa en el centro hecha a base de pequeños cristales que acompañaba la tela que se cruzaba bajo sus pechos, ciñéndola para caer después en cascada—. Pero puedo asegurarte que no te romperás la crisma con esos zapatos mientras yo esté a tu lado.

Tras un gesto de su mano, se encontró tambaleándose sobre las preciosas sandalias que se adaptaban a la perfección a sus pies. No lo evitó, se dejó caer hacia atrás, sentada en la cama sin dejar de mirarse los pies.

—Demonios… para con estos *Hocus-Pocus* antes de que me dé un ataque y me ponga a gritar como una loca poseída —siseó, sin dejar de mirarse los pies ahora calzados.

Sintió sus dedos cerrándose en su barbilla, obligándola a levantar la cara una vez más y encontrarse así con sus ojos.

—Cuanto antes te acostumbres, antes dejarás de pegar saltitos —le aseguró con dulzura. En su rostro aparecieron de nuevo esas marcas tribales que sabía le recorrían todo el cuerpo. Un tatuaje que no restaba nada a su atractivo, por el contrario, lo aumentaba—. Considéralo terapia de choque.

Se sobresaltó una vez más al ver como las marcas desaparecían un segundo después.

—Tus terapias de choque apestan —se estremeció, no pudo evitarlo—. Te agradecería que al menos me avisases antes de hacer… esas cosas.

—En ese caso, considérate avisada —le dijo entonces, inclinándose sobre ella, aplastándola contra el colchón—. Esta noche todo lo que quiero oír saliendo de tu boca son jadeos, gemidos y mi nombre cuando me pidas más.

No la dejó contestar, hundió la lengua en su boca y la saqueó, anulando cualquier pensamiento racional bajo aquel asalto sexual que llevó a cabo su beso. Cuando la besaba, cuando la tocaba y se sentía así de cerca de ese hombre olvidaba todo, hasta su propio nombre. Suspiró y casi sin darse cuenta envolvió los brazos a su alrededor, atrayéndolo más hacia ella. Esta nueva intimidad que él había propiciado empezaba a convertirse en una adicción, una de la que temía no poder curarse nunca.

—¿Esta noche también… habrá… me exigirás… ese Pacto?

El cálido aliento de su boca le acarició los labios, sus ojos se encontraron y él guardó silencio durante unos instantes.

—Esta noche, te exigiré muchas cosas, Natalie —aceptó, con gesto serio—, espero que estés dispuesta a darme cada una de ellas.

Se lamió los labios, temblando bajo él, pero no sabía si de deseo o miedo.

—¿Y si no lo hago?

Sus labios se estiraron, despegándose y mostrando una blanca dentadura.

—Lo harás, nena, lo harás —la besó fugazmente, para luego levantarse y tirar de ella hasta ponerla en pie—. Vamos, esta noche dejaré que bailes sobre la mesa o en el cielo, tú eliges.

CAPÍTULO 33

Natalie se detuvo en seco delante de la fuente que presidía el monumento más famoso de Seattle. La estructura futurista estaba iluminada y destacaba contra el cielo claro de la ciudad. Parpadeó varias veces y se obligó a leer una vez más las letras blancas que daban nombre al lugar.

—Nick, esto es la *Space Needle* —murmuró, extendiendo la mano para indicar como una idiota la estructura de metal ante ellos.

Una pareja que pasaba en esos momentos a su lado les sonrió al escuchar sus palabras.

—Sí, la última vez que consulté se llamaba así —respondió él, con tono irónico.

Parpadeó de nuevo, sus pies se habían clavado en el suelo, la cabeza echada hacia atrás mientras ascendía la enorme torre en cuya cima se encontraba el restaurante giratorio más famoso de la ciudad.

—Vamos… vamos a cenar… ¿aquí?

—En realidad, cenaremos allí arriba —indicó, levantando el dedo índice en un gesto ascendente—. Era una de las cosas que tenías pendiente y este es tan buen momento como cualquier otro para hacerlo. Vamos, *Cenicienta*, el *Restaurante Skycity* nos espera.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, varias veces. Él apoyó la mano en la parte baja de su espalda y la empujó con suavidad, instándola a caminar hacia las puertas de cristal que daban entrada a la torre. Una vez más, clavó los pies en el suelo, un ligero e inesperado temblor empezó a recorrerla de arriba abajo y un sudor frío manó de su piel. Tragó saliva e intentó calmarse, pero no podía, le temblaban demasiado las piernas.

—Um… ¿Nick?

—¿Qué ocurre?

—No puedo subir.

Él la miró y enarcó una ceja ante su obvio nerviosismo.

—¿Por qué no?

Tragó saliva y se obligó a arrancar la mirada del edificio y clavarla en él. Estaba segura de que el miedo bailaba en sus ojos.

—Tengo un… pequeño problema con… las alturas.

Se giró por completo a ella, la miró y entrecerró los ojos.

—¿Cómo de pequeño?

Repitió la operación, tragando.

—Del tamaño de esa torre —señaló con el dedo—. Me congelo. Es algo congénito, creo… o quizá no… sea como sea, me pongo verde cuando… cuando el suelo queda muy, pero que muy, pero que muy, muy, muy lejos de mis pies.

La contempló en silencio y asintió. Durante un breve instante, dejó escapar el aire, aliviada.

—Te agradezco mucho el detalle, de verdad, que siempre he querido visitarlo, pero… —se encogió de hombros, sintió cómo sus mejillas se enrojecían—, tengo un verdadero problema con… las zonas altas.

Sus labios se despegaron muy lentamente, describiendo una curva perfecta, le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia él.

—Un problema al que vamos a ponerle remedio de inmediato.

Sacudió la cabeza, incrédula, sus pies acabaron siguiéndole por inercia mientras la empujaba a través de las puertas de cristal al interior de la planta baja. Natalie solo tuvo tiempo de ver de refilón algún turista que aprovechaba las últimas horas del día para hacer una tardía visita al emblema de Seattle, pues Nick la guiaba con paso decidido a una de las entradas paralelas a los mostradores de la tienda de regalos, en la que pudo leer *«Ascensor Amarillo»*.

—Estás arrastrando los pies —le dijo, atrayendo su atención—. Estropearás la moqueta con los tacones.

La absurda observación la hizo que dejase de prestar atención a su alrededor y mirase al suelo, dónde enormes círculos y semicírculos en tonos amarillos, azul oscuro, turquesa y el rojo destacaban sobre el fondo gris a lo largo de toda la planta baja. Frunció el ceño y lo miró.

—¿A quién demonios le importa la moqueta?

Él sonrió con petulancia, deslizó la mano que ahora tenía en la parte baja de su espalda hasta abarcarle las nalgas y la obligó a traspasar el umbral que llevaba al ascensor; uno de tres que trabajaban sin descanso en la *Space Needle*.

—Relájate, encanto, será una subida rápida y siempre puedes mirarme a mí en vez del paisaje.

Se mordió el labio inferior y volvió a clavar los pies en el suelo, negándose a caminar al ver al fondo la pared amarilla y las puertas cromadas del ascensor, dónde unos sonrientes y educados trabajadores saludaban y acompañaban a los turistas.

—¿Y los tickets? Se giró, señalando desesperada hacia el lado contrario—. ¿No hay que sacar una entrada o algo?

La mano que había tenido sobre las nalgas volvió a su cintura, rodeándola con el brazo e impidiendo una repentina retirada.

—Hoy no —declaró, empujándola de nuevo hacia el ascensor cuyas puertas empezaban a abrirse—. Buenas noches, Helen.

La mujer con el uniforme de los trabajadores de la torre sonrió ampliamente.

—Señor Hellmore —lo saludó ella, atusándose el pelo corto como una colegiala, a pesar de que la chica en cuestión debía estar cerca de los treinta—. Bienvenido de nuevo.

¿Señor Hellmore? Natalie se estremeció y miró con suspicacia a la mujer, a la cual solo le faltaba que se le cayese la baba. ¿Quién era ella? ¿De qué conocía a Nickolas?

—Gracias —asintió él con total cortesía—. ¿Mi reserva está preparada?

La mujer asintió rápidamente, hizo un gesto hacia otro de sus compañeros y este inmediatamente se ocupó de interceptar a unos turistas que parecían querer abordar el ascensor.

—Sí, señor, tal y como pidió —declaró y acercó la tarjeta que llevaba consigo al lector, para activar las puertas del ascensor. Estas se abrieron casi al instante, mientras ella no dejaba de mirarlo —solo a él— y sonreír como una pazguata—. Que disfrute de la noche, señor Hellmore.

—Gracias, lo haré —comentó, apretándola a ella contra su costado y empujándola al interior del suntuoso y enorme ascensor. En aquel cubículo cabían fácilmente treinta personas.

Natalie parpadeó al ver que se cerraban las puertas y llegó a ver los rostros extrañados de los turistas a los que habían hecho esperar. Uno de ellos señalaba en su dirección y preguntaba alguna cosa, pero no llegó a escuchar lo que decía pues las puertas se cerraron al momento y esa caja infernal empezó a moverse.

Se hizo una total oscuridad que le puso los pelos de punta, contuvo el aliento y se soltó del brazo de Nick solo para aferrarse desesperada a él.

—Mierda, ¿por qué se ha ido la luz? —jadeó, sintiendo cómo las piernas empezaban a temblarle. Solo el calor del cuerpo masculino pegado al suyo y las manos que la rodearon,

pegándola aún más a él, le trasmitieron un poco de paz—. Nick…

—Cálmate, Natalie —le acarició el pelo, un segundo antes de que las luces interiores del ascensor se encendieran y la oscuridad total diera paso a una vista cada vez más amplia de la ciudad de Seattle en plena noche—. Será una subida rápida y las vistas son espectaculares. ¿Hubieses preferido subir los 832 escalones hasta el *Skycity*?

Alzó la mirada hacia él y tragó, al tiempo que asentía frenéticamente.

—¿Hay una jodida escalera y me haces subir en este maldito cacharro del infierno? —gimió, mirándolo atónita.

Se limitó a chasquear la lengua y la hizo girar entre sus brazos, una proeza nada despreciable dado que se había pegado a él como una lapa.

—Las vistas están de ese otro lado, encanto —se burló, cruzando los brazos por debajo de sus senos, manteniéndola protegida contra su cuerpo al tiempo que la empujaba hacia delante—. Este es sin duda una de las mejores vistas que ofrece la torre.

Se tensó aún más, clavó los tacones en el suelo y se resistió a moverse. Empezó a temblar, sus ojos totalmente abiertos descendían solos hacia lo que era una mortal caída libre.

—No —le susurró él al oído, sujetándole la barbilla y obligándola de ese modo a mantener la mirada en el horizonte—. Mira hacia delante, la sensación de vértigo se reduce de ese modo.

—Nick… por favor… no me hagas esto —gimió, clavando sus dedos en los brazos que la envolvían—. Por favor… oh dios… no me hagas esto.

Le calentó una vez más el oído con su aliento.

—Respira, pequeña —su voz sonó profunda, cayendo en su interior como un cubo de agua fría sobre una pequeña fogata—, deja entrar el aire y suéltalo muy lentamente.

Hizo lo que le pedía, cumplió al pie de la letra cada una de sus órdenes buscando relajarse entre sus brazos, algo que parecía conseguir con su sola voz.

—Si sobrevivo a esta noche, voy a matarte, Nickolas Hellmore —se encontró siseando.

Él se rio en su oído, el sonido de su risa la puso caliente y derritió un poco más sus defensas, desvaneciendo la tensión y la rigidez que la envolvía.

—Sobrevivirás, Natalie —le acarició la oreja con los labios—. Nadie se ha muerto todavía por cenar en un restaurante a 160 metros de altura.

Ladeó el rostro para mirarle.

—¿Ciento sesenta metros de alto? ¿Me vas a meter en un lugar con ventanas a ciento sesenta metros de alto?

—Y que gira 360º en exactamente cuarenta y siete minutos —ronroneó, deslizando las manos hacia arriba, apretándole los pechos—. Es el único que ofrece una vista panorámica de toda la ciudad de Seattle. Además, dijiste que querías bailar en el cielo, ¿no? Esta noche tendrás oportunidad para hacer eso… y otras cosas.

—En realidad, dije *«bailar encima de una mesa»*.

—Eso podrás hacerlo también —le susurró al oído—. Yo disfrutaré mucho mirándote.

Cerró los ojos, tanto para evitar las vistas cada vez más amplias de aquella parte de la ciudad como para saborear la sensación de las manos masculinas sobre ella. Sus pezones se endurecieron empujando contra la tela del vestido.

—Empiezo a arrepentirme de haberte hecho partícipe de mis deseos.

—Demasiado tarde, encanto —le acarició la oreja con la lengua—, demasiado tarde.

La oscuridad se hizo de nuevo en el habitáculo, momento que él aprovechó para girarla hacia sí, desorientándola una vez más antes de reclamar sus labios en un caliente pero breve beso. Sus labios no habían hecho más que separarse cuando las puertas del ascensor se abrieron

de nuevo y él la guio fuera, al área del restaurante.

El ambiente era distendido, la barra del bar se abría en forma semicircular hacia su derecha y algunos camareros se movían llevando bandejas y atendiendo a los comensales que disfrutaban de las vistas panorámicas de la ciudad desde sus mesas.

—Bienvenida al *Restaurante Skyline*. —Una vez más le rodeó la cintura con el brazo, ciñendo los dedos en su costado al tiempo que la giraba hacia la izquierda, dónde un *maître* los recibió con una amplia sonrisa.

—Tan puntual como un reloj suizo —comentó el recién llegado. Un hombre de tez clara, ojos pardos y espeso pelo negro que rondaría los cuarenta—. Y muy bien acompañado.

Natalie sintió la mano masculina acariciándole el costado al tiempo que le escuchaba soltar un pequeño bufido de diversión.

—¿Esperabas otra cosa? —sugirió Nick con sorna—. ¿Está listo lo que pedí?

El hombre se limitó a sacudir la cabeza, cogió dos cartas de menú de un aparador y les hizo una señal para que lo siguiesen.

—Como si fueses a estar tan tranquilo si no lo estuviese, *Vitriale* —rezongó el hombre, partiendo delante de ellos.

¿*Vitriale*? Ella se giró de inmediato hacia Nick.

—Él sabe…

—Héctor es un viejo amigo —le dijo—. Él y su mujer, Anya, pertenecen a la raza Demonía.

Parpadeó ante la inesperada revelación y se giró para contemplar al hombre que los llevaba a través de las mesas de los comensales hacia una zona reservada. Le costaba comprender que aquel hombre, alguien a primera vista totalmente normal, fuese en realidad… algo más.

—Esto es demasiado para asimilar en un breve espacio de tiempo —musitó, más para sí misma que para él.

—Relájate —la apretó suavemente contra él, depositando un beso en su cabeza—, quiero que disfrutes de la noche, no que obligues a tu cerebro a hacer horas extra.

Lo miró e hizo una mueca.

—Haber pensado en ello antes de… verter toda esta mierda sobre mis agotadas neuronas —rezongó. Echó un rápido vistazo a su alrededor y se estremeció. Al menos su miedo a las alturas parecía estar bajo control —si pasaba por alto que le temblaban las rodillas—, las vistas que ofrecían las vidrieras eran magníficas y afortunadamente no le permitía una visión en caída libre—. Si sobrevivo a esta noche, creo que podré darme con un canto en los dientes sin que se me rompa ninguno.

—Y fatalidad era su segundo nombre —murmuró él, sacudiendo la cabeza al mirarla—. Esta noche no quiero ni un solo pensamiento de ese estilo en tu mente. Limítate a disfrutar, puedes empezar por la cena.

Suspiró y dejó que la guiase hacia la puerta del área privada que habían preparado para ellos.

CAPÍTULO 34

—Vamos, déjalo salir.

Nick sonrió al ver la mirada azorada en el rostro femenino. Se había mantenido en silencio durante algunos minutos después de que Héctor los condujese a la sala *Puget Sound*. La sorpresa y el íntimo ambiente que había orquestado para ella la dejaron sin palabras. La decoración imitaba el cielo, con suaves nubes de algodón en forma de cortinajes, asientos de cuero blanco y una íntima cena para dos a la luz de las velas. Las vistas de las *Montañas Olympic* y la *Bahía Elliot* a través de las ventanas completaban el sublime conjunto.

Natalie se había ido relajando poco a poco, permitiéndose disfrutar de la cena que pronto les sirvieron, pero declinó su invitación a ver las vistas más de cerca, dejando claro que su miedo a las alturas era algo que no iba a desaparecer como por arte de magia.

Durante buena parte de la velada echó fugaces vistazos hacia las ventanas, estremeciéndose e incluso temblando. Tenía miedo, una emoción que esperaba poder desvanecer, en la medida de lo posible, durante esa noche.

Su *alada*. Esa mujer que tenía ante sí era su *alada*. Su compañera. Suya. ¿Cómo de cruel y retorcido pensaba ser el destino antes de dar el golpe de gracia? Cuándo más pensaba en ello, más le sorprendía no haberse dado cuenta de ello. No, no era que no se hubiese percatado, sencillamente, había hecho todo lo posible por ignorar las señales que la proclamaban como tal.

—Soy consciente de que más allá de un terror racional a las alturas, tienes una profunda necesidad de saber —comentó, prestando atención al postre que habían dejado hacía escasos minutos ante ellos.

Ella frunció el ceño, pero no dijo una sola palabra.

Sacudió la cabeza y cogió la tetera para añadir un poco más de agua al postre estrella del *Skyline*. Más allá de las dos sencillas bolas de helado de vainilla y chocolate, acompañadas por un barquillo, el verdadero espectáculo del *Lunar Orbiter* era la nube de humo blanco que se formaba al añadir agua caliente al hielo seco sobre el que se emplazaba la extravagante creación culinaria. El vapor blanquecino se elevó como un cohete que empieza su ignición, envolviéndola en un bonito marco celestial.

—Y tengo que decir que me sorprende que no me hayas saltado todavía a la yugular —la picó, dedicándole una mirada abiertamente sexual—. Esperaba el asalto con ansia.

La vio llevarse la cuchara a la boca y saborear el helado. Era una seductora, con ese aire ingenuo y tierno que lo ponía irremediablemente duro. No podía evitar fantasear con ese breve conjunto de lencería que sabía llevaba bajo el vestido; estaba realmente preciosa vestida de azul.

El cansancio, sin embargo, seguía presente y su piel, blanca y tersa, carecía de brillo, al igual que sus ojos, los cuales lucían algo apagados.

—Intento reservar mis fuerzas —lo sorprendió con aquellas palabras.

Enarcó una ceja.

—¿Para?

Se lamió los labios y señaló todo a su alrededor.

—Para no acabar gritando, corriendo en círculos y agitando los brazos por encima de la cabeza —aseguró, dejando la cuchara sobre la mesa—. Esto… esto es demencial. No has reservado una mesa, has… secuestrado una sala completa para solo dos personas. Y mira a tu

alrededor… esto… esto es mucho más de lo que nadie ha hecho por mí jamás. Pero entonces tú… tú tampoco entras en la categoría de *normal*. Diablos, ¿por qué has tenido que orquestar todo esto?

La vio moverse incómoda, casi podía verla apretando los muslos.

—Esta no es… no es mi realidad… no es… —resopló y fijó de nuevo la mirada en la suya —. Joder, Nick, esto me supera.

Chasqueó la lengua y ladeó la cabeza, contemplándola.

—Es tu realidad, Natalie, ahora lo es.

Resopló y sacudió la cabeza.

—No —insistió y volvió a mirar a su alrededor—. No lo es. No puedes sencillamente llegar y… y hacer esto. Diablos, cuando me dijiste que saldríamos esta noche a cenar… no me esperaba… esto. Pensé que lo harías, no sé, ¿a la manera tradicional?

Él se encogió de hombros.

—Hago las cosas como deben ser hechas, como *yo* quiero que se hagan —respondió, quitándole hierro al asunto.

Ella resopló una vez más.

—¿Por qué haces esto?

—Porque me he comprometido a cumplir cada uno de tus deseos —no vaciló en su respuesta, ahora más que nunca era una de sus metas—, especialmente los que no te atreves a poner en palabras.

Ella negó con la cabeza.

—Te propongo un nuevo juego. —La retó, buscando una manera de obtener alguna clase de reacción de su parte—. Te haré preguntas y por cada respuesta que no me guste o me niegues, pagarás una prenda.

Abrió la boca y parpadeó.

—Te inventas unos juegos un tanto… retorcidos —frunció el ceño, entonces miró a su alrededor—. Y estamos en un restaurante, a… tropecientos metros del suelo. No alucines, ¿quieres?

Se rio.

—Nunca alucino, encanto —aseguró—. Soy muy claro en lo que quiero y en lo que puedo conseguir. Y ahora, me he empeñado en hacerme con tus bragas.

Enarcó una ceja y resopló.

—No jugaré.

—No puedes negarte —la miró con diversión—. Uno de tus requisitos era que te enseñase a jugar, así que… vas a jugar.

Frunció el ceño.

—En ningún momento me referí a esta clase de juegos.

—Haberlo especificado.

—Eres imposible —rezongó—. Y estás loco si piensas que me voy a quitar las bragas o cualquier otra cosa en público.

Sonrió con satisfacción.

—El único público del que tienes que preocuparte, soy yo —aseguró. Se recostó contra el respaldo de la silla y la miró—. Pregunta.

—No voy a contestar, Nick.

—¿Por qué has decidido alejarte de aquellos que podrían cuidar de ti? —ignoró sus protestas y fue directo al grano—. No fueron ellos los que se alejaron, fuiste tú, ¿no es así?

Ella apretó los labios y entrecerró los ojos, dispuesta a no decir ni una sola palabra.

—¿Respuesta o prenda, encanto?

En un abrir y cerrar de ojos, Natalie se había inclinado debajo del mantel y le presentó una de sus sandalias. No pudo evitar echarse a reír ante tal desafío, su muñequita sabía cómo hacer las cosas más interesantes.

—Me lo vas a poner fácil, ¿eh?

Ella duplicó su gesto.

—Que te lo crees tú.

—Bueno, sin duda esto hará las cosas mucho más interesantes.

Y las hizo, ya que veinte minutos después la tenía paseándose de un lado a otro de la sala, descalza, sin ropa interior y con ese bonito y cortísimo vestido separándola de la desnudez total. Le encantaba salirse con la suya.

—¿Respuesta o prenda, encanto?

Lo fulminó con la mirada y tuvo que obligarse a contener la hilaridad que le provocaba su carácter.

—¿Por qué no me hablas tú de tu infancia? —le soltó airada, caminando de nuevo hacia la mesa—. Estoy segura de que tu vida ha tenido que ser muchísimo más interesante que la mía, especialmente porque yo he pasado la mitad de ella en hospitales y luchando contra la muerte.

Él clavó la mirada en sus ojos y se la sostuvo.

—Luchar contra la muerte… —sonrió de medio lado—, eso resumiría muy bien mi vida, incluso antes de haber nacido.

Ella frunció el ceño y lo miró.

—La unión de mis padres y mi nacimiento, fue algo que nunca debió haberse dado —respondió en voz firme, lineal—. Al unirse firmaron su destino y también el mío.

La animosidad desapareció de su mirada y su cuerpo se relajó, Natalie tendía a dejar sus problemas a un lado para prestar oídos y ayudar a los demás.

—Lo siento, no me di cuenta de lo que implicaban mis palabras —se disculpó—. Has tenido que echarlos de menos.

Se encogió de hombros.

—No necesariamente.

—¿Cómo puedes decir eso?

La miró a los ojos.

—¿Cómo puedes echar de menos a alguien a quien prácticamente no recuerdas y ni conoces? —resumió—. No es su presencia lo que me dejaron, sino los problemas derivados de su unión. Su… necesidad o empeño en estar juntos dio como resultado lo que soy.

—Las personas suelen cometer las estupideces más grandes por amor —comentó, como si esa respuesta fuese suficiente para explicarlo todo.

Su compañera era una soñadora, una romántica cuyos deseos se han visto opacados y enterrados bajo la enfermedad.

—¿Amor? No encanto, su unión nada tuvo que ver con las emociones si omitimos la única que les motivaba, la lujuria —se encogió de hombros—. Si acabaron juntos y conmigo, como problema añadido, fue solo por cabezonería y la necesidad de seguir los dictados del destino. El muy cabrón decidió que ella fuese su *alada* y ante ese desastre, poco se puede hacer.

—¿Alada?

Asintió.

—Los… um… ángeles, sin importar el Gremio al que pertenecen, suelen emparejarse de

dos maneras —explicó, con un leve encogimiento de hombros—. A la tradicional… eliges con quien deseas estar y listo, o siguiendo la elección que marca el destino, quien selecciona un alma al azar que completará y complementará la tuya. Una *alada*.

Ella ladeó la cabeza, con gesto pensativo.

—¿Algo así como una pareja predestinada?

—Algo así —aceptó, pensando en la ironía de ello—. Es poco común, por no decir imposible, terminar emparejado con alguien cuya esencia es… contraria a la tuya. Sí, hay excepciones, pero no a nivel tan… alto. Un *Angely* puede terminar emparejado con un ángel o incluso con un humano, pero jamás con un demonio y menos con uno puro, como lo era mi madre.

Frunció el ceño y dejó escapar el aire.

—Ángeles… demonios… es difícil de digerir.

—¿Tanto como estar cenando con uno?

Hizo una mueca.

—No sé qué me sorprende más, si tu naturaleza o que consigas hacer cosas como esta —sacudió la cabeza—, reservar una sala en la *Space Neddle* solo para nosotros dos.

—Como te dije, lo que desees estoy obligado a dártelo.

—¿Siempre?

—Solo cuando realmente lo deseas.

Negó con la cabeza.

—Entonces… ¿fue… um… amor a primera vista? Lo de tus padres, quiero decir.

—Más bien lujuria a primer polvo —hizo una mueca—. Decidieron desoír las advertencias de sus respectivos gremios y familias y… bueno, en principio no deberían haber sufrido nada más grave que el destierro… pero alguien pensó que no era suficiente. Una mañana aparecieron ambos muertos y yo era el resultado de una unión que no debería haberse dado; un mestizo prohibido.

—¿Qué edad tenías entonces?

—Dos años —se encogió de hombros—. Y no tengo la menor idea de lo que ocurrió en realidad. Ella me había llevado al Gremio el día anterior, tengo un vago recuerdo sobre jugar a algo parecido al escondite… sus palabras, esa melódica voz… «ocúltate y espérame»… es todo lo que recuerdo. Debí dormirme, porque cuando desperté, el *Ejecutor* de los *Angely* estaba allí y dispuesto a eliminar el símbolo viviente de aquella trasgresión a las normas.

El golpe en la mesa propiciado por las palmas de sus manos acompañó sus furibundas palabras.

—¡Pero si solo eras un bebé! ¡Tú no tenías la culpa de lo que decidieran hacer tus padres o de venir al mundo!

Sonrió ante la repentina y sulfurada defensa. Sentaba bien ser defendido de esa manera y sobre todo por ella.

—No, pero mi sangre ya era de por si suficiente motivo —continuó—. Soy una parte *Angely* y dos partes *Demonía*, la prueba viviente de que se pueden trasgredir las normas. El *Ejecutor*, sin embargo, cambió de idea en el último momento, así que al Gremio de los *Angely* no le quedó otro remedio que acogerme.

—Y la experiencia, a juzgar por tu expresión, no fue muy enriquecedora.

Sonrió ante tal comentario.

—Me crié siguiendo sus normas, su código interno y no estuvo mal… al menos durante un tiempo —aceptó, recordando aquellos días—. Nunca me ocultaron quién era, por el contrario, se

afanaban en recordármelo a cada minuto, así que… en cierto modo es culpa de suya que tuviese aspiraciones… más allá de sus estrechas miras. Cuando fui más allá… me dieron la patada.

Parpadeó sin comprender.

—¿Te echaron? ¿Así, sin más?

Se frotó la barbilla con el pulgar.

—Me advirtieron que no rompiese ciertas reglas…

Ella puso los ojos en blanco y asintió, como si aquello lo explicase todo.

—Y por supuesto, no pudiste evitar hacerlo.

—Soy rebelde por naturaleza.

—No. ¿De verdad? Nunca lo hubiese imaginado —declaró con profunda ironía. Entonces, sacudió la cabeza y lo miró de medio lado—. ¿Qué fue lo que hiciste?

Sus ojos se encontraron con los de ella y le sostuvo la mirada.

—Me obcequé en llevarle la contraria al destino. Ni siquiera se suponía que tuviese que estar allí o quizá sí, el porvenir puede resultar de lo más caprichoso. Ella… estaba dispuesta a morir, a renunciar a todo con tal de escapar de una mala elección y no se lo permití —respondió —. Esa decisión cambió el resto de mi vida. En cierto modo, fue lo que hizo que crease la *Agencia Demonía*. En ese momento comprendí que podía cambiar el destino de cualquiera, excepto el mío.

—¿Tu destino?

Le cogió la mano, un gesto inocuo que había hecho tan a menudo desde hacía más de mes y medio y que solo ahora tenía un significado mucho mayor.

—Tú —declaró y ella empezó a retirar la mano de la suya—, y las personas que han pasado por mi agencia. Una idea surgida en un momento de necesidad, se convirtió en un modo de tentar y burlar al destino.

—Una apuesta un tanto arriesgada.

—En realidad, no —negó y volvió a recostarse en el respaldo de la silla, contemplándola a distancia—. Era lo que necesitaba en ese momento y no solo por mí. Elphet necesitaba sanar, interactuar con otras personas… Al principio creí que ella era… ese porvenir que me aguardaba, el destino que necesitaba burlar, uno que nos llevaría a recorrer el mismo sendero, así que, ¿por qué no hacerlo juntos?

La forma en que su cuerpo se tensó y la cautela apareció en su mirada le dijo mucho más que las palabras que surgieron de sus labios.

—Ella… um… parece que significa mucho para ti —comentó, con voz vacilante—. ¿La quieres?

Enarcó una ceja, sin dejar de mirarla.

—Sí, la quiero —aceptó. Esa era una verdad que no tenía por qué enmascarar—. Vivimos mucho juntos, hemos compartido cosas que en circunstancias normales no se habrían dado. La quiero y la estimo, Natalie. Nos une un vínculo que no podremos disolver mientras vivamos. Crucé la línea al evitar que se marchase, que cediese a encontrar la muerte por alguien que no merecía la pena, le negué su venganza y al mismo tiempo le obsequié una nueva vida. Nos sostuvimos el uno al otro durante mucho tiempo, ella sabe que puede contar y que contará conmigo en el momento en que me necesite… pero no es mi *alada*.

Sus labios se abrieron formando una silenciosa «o», durante unos instantes se mantuvo en silencio, digiriendo la respuesta que acababa de darle. Entonces frunció el ceño, como si su mente hubiese llegado a una precipitada conclusión.

—Tu *alada* —respondió, más para sí misma que para él. Entonces levantó la mirada—.

Elegiste entonces el camino tradicional…

Negó con la cabeza.

—Nada que tenga que ver conmigo será jamás tradicional, encanto —declaró, con gesto irónico—. Elphet no es mi *alada*. De algún modo, ambos éramos conscientes de ello. El programa que apareció en mi ordenador una mañana y que rige el corazón de la agencia, puso la confirmación sobre mi mesa en la forma de un inesperado contrato. Al final, el destino tiene su propia forma de encajar las piezas y moverlas a su antojo sobre el tablero de la vida.

Ella ladeó la cabeza y lo miró fijamente.

—¿Por qué tengo la sensación de que cada cosa que sale de tu boca tiene que ver conmigo?

Sus labios se curvaron con ligereza.

—No tengo la menor idea.

Natalie puso los ojos en blanco y bajó la mirada de nuevo a su postre ya olvidado. Hundió la cuchara en el cremoso helado y se la llevó a la boca solo para quedarse congelada. Nick sintió el cambio en su cuerpo, el vínculo que la mantenía atada a él tembló con la fuerza del reconocimiento. La vio tragar, casi atragantarse y empezar a toser.

—Despacio, nena, despacio.

Alzó la mano pidiendo un momento, cogió el vaso de agua que todavía permanecía sobre la mesa y tras beber un par de sorbos, lo miró.

—No me jodas —murmuró de manera atropellada—. No puedes estar hablando en serio, la sola idea es… absurda.

No la dejó huir de su escrutinio, pero tampoco hizo nada para presionarla.

—Como ya he dicho, el destino tiende a hacer lo que le da la santísima real gana —aceptó —, sobre todo con su propio amo.

El corto pelo negro voló en todas direcciones cuando sacudió una vez más la cabeza.

—No —insistió y le apuntó al mismo tiempo con un dedo—. Mi vida se irá al traste en… en nada, es del todo imposible que yo… no. No.

Ladeó la cabeza, mirándola negarse al pensamiento de ser suya con tanta vehemencia y esfuerzo que casi sintió lástima por ella. Casi.

—No soy yo quién dicta las normas, no en este caso.

La silla chirrió al deslizarse contra el suelo cuando Natalie la abandonó, dispuesta a poner distancia entre ambos.

—¡Al diablo las normas! Ya las has quebrantado una vez, ¿no? Puedes hacerlo de nuevo.

Respiró profundamente ante la vehemencia y la desesperación subyacente en su tono.

—No es tan sencillo.

—Pues desearía que lo fuese —replicó. La vio temblar, un breve estremecimiento que le sacudió hasta el alma—. Que fuese así de sencillo. Desear que lo que quieres y deseas se haga realidad. Maldita sea, no puedo ser ella… no quiero.

—Natalie, no es tu decisión —aseguró, abandonando él mismo su propio asiento—. En realidad, ni siquiera es la mía.

Se giró hacia él y podía ver la desesperación bailando en sus ojos.

—Pero no es justo —insistió—. Esto no es lo que yo deseo… no quiero que tú… cuando me vaya… no, no quiero. ¡No quiero!

—Me temo que la vida no ha sido justa con ninguno de los dos —aceptó, sin apartar la mirada de la suya—. No puedo hacer nada por cambiarlo, créeme que lo he intentado, pero… no puedo.

Ella no dijo una palabra más, se limitó a darle la espalda y mantenerse en ese rango de distancia que le permitía contemplar las vistas sin sufrir un ataque de pánico.

—Somos dos pájaros a los que les han cortado las alas y ya no saben volar —musitó, al tiempo que se rodeaba con sus propios brazos—. No puedo dejar que ocurra, no puedo…

Deslizó los brazos a su alrededor y la atrajo contra su pecho, manteniéndola muy cerca.

—Ya ha ocurrido, Natalie, el destino se ha encargado de ello —le susurró al oído—. Ven, vamos a cumplir uno de tus deseos.

Se giró lo justo entre sus brazos.

—No bailaré desnuda encima de la mesa —murmuró, sus ojos estaban brillantes por las lágrimas que no había derramado.

Le sonrió en respuesta, al tiempo que le acariciaba el rostro con los nudillos.

—En ese caso, te haré bailar sobre el cielo —declaró con total seguridad—, o algo parecido.

CAPÍTULO 35

—¿Por qué has venido a pesar de todo?

La pregunta le quemaba en los labios, se negaba a abrir los ojos y afrontar una vez más la extraña realidad en la que estaba sumergida, pero arropada como estaba entre sus brazos, sabía que era el único momento en el que podría hacerle frente.

Fiel a su palabra la hizo bailar sobre el cielo. La sala se había sumido en la oscuridad para cobrar vida después en la forma de una blanca neblina perlada de estrellas mientras las vistas de la dormida ciudad les servían de mirador. Él había creado el cielo solo para ella, la había cobijado entre sus brazos para guiarla en un íntimo y cercano baile con la inconfundible voz de *Il Divo*, cantando *Whitout You (Desde el día en que te fuiste*) de fondo.

—¿Por qué lo has hecho? —insistió, manteniendo la cabeza todavía apoyada en su pecho. Sin aquellos endemoniados tacones, se sentía incluso más diminuta a su lado.

—Porque no podía seguir esperando —escuchó su respuesta, al tiempo que sus manos se deslizaban por su espalda, apretándola más contra él. La melodía de la canción volvía a repetirse por tercera vez, aunque ya no la escuchaban sumidos como estaban en la suya propia—. La solicitud que enviaste puso en marcha las cosas.

Se separó lo justo para mirarle a la cara, esa mirada azul parecía más serena de lo que la había visto con anterioridad.

—Eres el dueño de la agencia, pudiste… no sé, haber descartado esa solicitud… encontrar a alguien más o…

Sus ojos se oscurecieron, sus manos reptaron por su espalda y se cerraron en sus delgados brazos.

—No hay nadie más para nosotros, Natalie —declaró con absoluto convencimiento—. Ni siquiera entonces, cuando no sabía que era lo que estaba a punto de encontrar, no tenía más opción que reunirme contigo. Mi tiempo se agota y tú eres la única que tiene el poder y la voluntad para cambiar mi destino, ya que yo no puedo hacerlo por mí mismo.

Se lamió los labios y respiró profundamente antes de encontrar de nuevo su mirada.

—¿Quién soy realmente?

Ladeó la cabeza, como solía hacerlo, y levantó la mano hasta acariciarle la mejilla con los nudillos.

—Esa es una extraña pregunta.

—Una para la que tienes respuesta o no habrías dejado tu vida para hacerte cargo de la mía —respondió, sin dejar de mirarle.

Le sostuvo la mejilla en la palma de la mano, alzando su cabeza para ver la respuesta en esos iris azules que parecían cada vez más intensos.

—No quieres conocer la respuesta.

—Si así fuera, no habría preguntado —insistió, separándose a duras penas de él. Necesitaba algo que no podía aceptar, algo que no podía darse el lujo de atesorar—. Dímelo.

—Natalie…

Sacudió la cabeza y dio un nuevo paso atrás. El estribillo de la canción parecía estar en sintonía con sus propias emociones, pues alcanzó el crescendo en aquel mismo instante acompañando sus palabras como telón de fondo.

—¡Dímelo! —alzó la voz, todo su cuerpo empezó a temblar haciéndose eco de las emociones que se obligaba a reprimir—. Dime la verdad, solo… dímela…

—No deseas conocerla, Natalie, no quieres tener que enfrentarte a una realidad para la que todavía no estás preparada. No es el momento…

—Nick, mírame —lo interrumpió—. ¿No es el momento? ¿Cuánto más tiempo crees que tendré? No quiero esperar, no quiero hacer cábalas, no quiero pensar… solo quiero escuchar la verdad de tus labios, sentir la sinceridad en las palabras… eso… ese es mi deseo. Concédemelo… y tendrás mi voluntad una noche más.

No necesitó mirar el reloj para saber que era casi medianoche, su cuerpo y su espíritu lo sabían con asombrosa certeza. La atracción se magnificaba, la necesidad de volver a sus brazos, de dejarle obrar su peculiar magia la atraía como una polilla a la luz.

—No soy proclive al arrepentimiento. Hago frente a mis errores, aprendo de ellos y sigo adelante sin molestarme en mirar atrás —comentó entonces—. Y no volveré a confesar esto en voz alta, pero… me arrepiento, como nunca me he arrepentido, de haber llegado tarde a tu vida.

Respiró profundamente, luchando con las lágrimas que le picaban en los ojos. Podía sentir las cosquillas en la nariz y el nudo en su pecho ante sus palabras.

—No llegaste tarde —negó, luchando por componer una sonrisa—, llegaste en el momento perfecto, de otro modo no te habrías quedado después de todo.

Él le devolvió la sonrisa, entonces sacudió la cabeza.

—Tienes una manera un tanto peculiar de ver las cosas.

—En algo tendría que destacar —se encogió de hombros—. ¿Y bien?

Lo vio dejar escapar el aire y volver a respirar en profundidad.

—Ya conoces la respuesta. Posees algo que me pertenece —respondió sin ambages—. Algo que has guardado para mí aún sin saberlo y que solo con tu último aliento, puedo recuperar. Soy tu ángel de la muerte y tu guardián hasta el mismísimo final y tú eres la que custodia mi alma, una que nació en ti para serte arrebatada por su legítimo dueño.

Asintió y se lamió los labios.

—Bueno, no era tan difícil, ¿verdad?

Él hizo una mueca.

—Natalie, estoy aquí para quedarme con tu alma —insistió, haciéndola plenamente consciente de la realidad—. La oscuridad que provoca su ausencia, ha despertado en mi interior y se extiende con cada nuevo día que pasa. El tatuaje en mi muñeca es como un reloj de arena, una cuenta atrás que solo será detenida cuando se me entregue lo que ha permanecido ausente.

Ella lo miró, sus labios se curvaron lentamente y asintió con suavidad.

—Bien —aceptó, quitándole importancia—, no tendrás que esperar mucho. Si eso es lo que necesitas, te lo daré. Si tiene que acabar en las manos de alguien, ¿por qué no en las tuyas?

Dejó escapar un pequeño bufido al tiempo que acortaba de nuevo la distancia entre ellos y la envolvía entre sus brazos.

—¿Y si no deseo que te vayas? —le susurró al oído—. ¿Y si mi deseo es retenerte?

Ella hizo una mueca y sacudió la cabeza con vehemencia.

—No, por favor…

La miró.

—Natalie…

Volvió a negar con la cabeza.

—No digas nada más, no estropees una noche como esta —pidió, cubriéndole los labios con los dedos—, solo limítate a… a… reclamar lo que te mueres por reclamar.

Le cogió los dedos y le besó las yemas con suavidad, permitiéndoles a ambos abandonar la cruda realidad y sumergirse una vez más en la idílica fantasía dónde no existía el destino y podían permitirse pensar en el ahora.

—Ah, ¿vas a resarcirme por fin por dejarme con las ganas?

Se lamió los labios y sonrió ante el sensual tono de su voz.

—Solo si tú me resarces también a mí.

Bajó la mirada sobre su cuerpo, haciendo hincapié en la uve de sus muslos, todavía cubiertos por el vestido.

—Te dije que esta noche te mostraría los beneficios de… ese coñito depilado, ¿eh?

—Tú siempre tan… romántico.

La atrajo contra él, una fuerte colisión que la dejó sin aire mientras sus ojos se encontraban.

—Tu voluntad, tu cuerpo y tu alma, entrégamelas esta noche, Natalie —pidió, sin apartar la mirada de la de ella—, y borraré de una vez y por todas toda la oscuridad que te aqueja y te emponzoña el alma.

Asintió y deslizó los brazos alrededor de su cuello, apretándose más contra él.

—Mi voluntad es tuya, agente —musitó, sintiendo cómo algo cambiaba en su interior, cómo su cuerpo se calentaba y su voluntad quedaba irremediablemente atada a él—, hasta que raye el alba.

—Tiempo más que suficiente para hacer realidad tus deseos… y los míos.

CAPÍTULO 36

—Me gusta cómo te queda el color azul —ronroneó, deslizando las manos por sus hombros desnudos—, es un perfecto contraste con esta suave y pálida piel.

—En mi defensa debo decir que siempre he sido bastante blanca.

Sonrió y deslizó la nariz sobre su cuello, aspirando su aroma y dejando que su poder fluyese sin restricciones, envolviéndola y penetrando en su piel.

—¿Has oído que me haya quejado? —ronroneó, descendiendo por su hombro, besando cada centímetro de piel expuesta todavía por el vestido—. No, estoy más que satisfecho con este tono y esta textura.

Natalie no respondió, tampoco es que hiciesen falta palabras, su cuerpo emitía una respuesta del todo adorable.

—Aunque me hubiese encantado poder desprenderte yo mismo de la ropa interior —aseguró, volviendo de nuevo a su oído, lamiéndole el arco de la oreja para luego prodigarle un pequeño mordisco—. Pero no niego que la anticipación al saber que no llevas absolutamente nada debajo del vestido también es un aliciente para seguir degustando este precioso y magnífico postre.

—Si sigues hablando, el postre se enfriará.

Se echó a reír, el tono petulante de la voz de Natalie lo llevó a envolverla en sus brazos y encontrarse con su mirada.

—Y a mí que siempre me han gustado los postres calientes —murmuró, deslizando las manos por encima de la tela del vestido, pasando sobre sus nalgas para luego atrapar la tela y tirar hacia arriba hasta dejar esos perfectos globos al descubierto—. Tendré que hacer algo para mantenerte… a la temperatura adecuada.

Bajó sobre su boca, degustando los suaves y blandos labios antes de penetrar en su interior, enlazando su lengua con la de ella. No había resistencia en su respuesta, ninguna vacilación, su entrega era total, estaba dispuesta a darse a sí misma, a dejarse guiar por él y ese era un regalo que no podía más que atesorar.

Su *alada*. Cada vez que lo recordaba, que era consciente de esa maldita jugada del destino temblaba interiormente. Había perdido la esperanza de encontrarla, de que existiese para él, solo para descubrir que la mujer que le estaba destinada, acabaría por sucumbir en pocos días.

¡Maldito destino!

Se obligó a hacer a un lado los aciagos pensamientos y concentrarse en el momento actual y el suave cuerpo que se derretía en sus brazos. Deslizó la cremallera, abriendo el vestido que pronto resbaló por su cuerpo dejándola absolutamente desnuda; una visión más que deliciosa.

—Eres el postre perfecto —aceptó, deslizando las manos por su cuerpo, notando los pequeños estremecimientos que la recorrían, especialmente cuando acariciaba o rozaba alguna zona sensible o con cosquillas—. Mucho mejor que esa delicatesen culinaria…

—No le quites méritos al helado, estaba bueno —ronroneó ella, deslizando esa pequeña y rosada lengua sobre el labio inferior.

Se rio entre dientes y se acercó un poco más, dominándola con su altura y haciéndola todavía más consciente de su desnudez frente a su cuerpo todavía cubierto de ropa. Su sexo protestó al instante ya hinchado en el confinamiento de los pantalones, se moría de ganas de

volver a estar en su cálido interior y terminar lo que había interrumpido más temprano.

—Prefiero con creces lo que tengo ahora mismo ante mí —aseguró. Posó las manos sobre los hombros desnudos y empezó a bajar por sus brazos, rozándola con tan solo las yemas de los dedos—, me muero por lamer cada centímetro de ti. Un capricho que voy a darme de un momento a otro.

—¿Tengo voz y voto?

—Solo para gemir, jadear y pedir más —contestó con voz profunda, matizada por su propio poder el cual dejó al instante al descubierto los tatuajes que cubrían su cuerpo—. ¿Podrás hacerlo, encanto?

—Ayudaría que te sacases la ropa —murmuró, al tiempo que se mordía suavemente el labio inferior—, sobre todo si quieres escucharme jadear.

Sonrió para sí, le gustaba tenerla a su merced, poseer su voluntad y extraer de esta las respuestas sinceras que anidaban en su alma.

—Tengo un método mucho más placentero de hacerte jadear —declaró, continuando con su exploración, sobrevolando ahora sus pechos, acariciando los erguidos y duros pezones para descender luego por su vientre en dirección a su liso monte de venus—, además, te debo una demostración.

—¿Demostración?

—Ajá —ronroneó, lamiéndose los propios labios al tiempo que se inclinaba sobre ella, planeando sobre sus labios sin tocarlos siquiera—. Te dije que te demostraría lo estimulante y placentero que sería… esta zona… sin vello.

Deslizó los dedos sobre la lisa superficie y observó su rostro, viendo cómo sus ojos se agrandaban y oscurecían a causa del placer, cómo esos bonitos y suaves labios se abrían para dejar escapar un trémulo jadeo un momento antes de deslizar una de sus falanges a lo largo de su suave y liso sexo, notando la creciente humedad.

—Respira, encanto, nunca te olvides de algo tan importante —la aleccionó con palpable diversión—. Relájate para mí, Natalie, dame todo lo que tienes para ofrecer, déjame entrar en ti de todas las maneras posibles y te prometo que haré de esta, una noche memorable.

Sus palabras escondían una orden explícita, una vinculada estrechamente con el Pacto y que la instaba a obedecer, a entregar las riendas y dejarse llevar. Su voluntad era suya para comandarla, para cuidarla y guiarla a través del largo y placentero camino que les quedaba por delante.

Sintió cómo su cuerpo cedía a sus demandas, la excitación sonrojaba su piel, henchía sus pechos y dotaba de un bonito color los duros pezones que atraían su atención. Se relamió, estaba hambriento de ella, de su cuerpo y de su alma, necesitaba esa cercanía que experimentaba cada vez que estaban en la misma sala, pero por encima de todo, necesitaba liberarla y borrar la oscuridad que anidaba en su interior.

—Dame tu boca —solicitó, imprimiendo en su voz una importante cantidad de poder—. Quiero probarte… devorarte… lo quiero todo de ti.

—Serías incapaz de conformarte con menos —musitó ella, lamiéndose los labios y sonriendo tímidamente, entregándole sus labios con esa generosidad e ingenuidad que lo desarmaban.

—Nada, excepto tú, sería suficiente para mí.

—No… no deberías decir eso…

Deslizó la mano alrededor de su cintura, acariciándole la espalda y las nalgas para luego apretarla contra él.

—Yo decido qué debo decir y qué callar, encanto —declaró, encontrando su mirada y sosteniéndola—. Así que deja de rezongar y cómeme la boca.

Se tragó su suspiro, su lengua se encontró tímidamente con la suya, ganando confianza a medida que el beso se hacía más profundo. Notó los delgados dedos aferrándose a sus bíceps, su pequeño y lujurioso cuerpo amoldándose al suyo por encima de la ropa en un intento de sostenerse a sí misma. Su sabor era dulce, tan embriagador que tenía verdaderas dificultades para centrarse en lo que debía hacer, pero no por ello iba a dejar de lado la única misión a la que no podía dar la espalda o mucho menos aplazar.

Tocó su alma, notó una vez más esa fría barrera tras la que se ocultaba y sintió la tibieza que latía en lo más profundo de ella. Una vez más se reconocían, tiraban el uno del otro como si fuesen dos náufragos que se necesitaban para mantenerse a flote y sobrevivir. La enfermedad estaba presente en cada célula, una tediosa sombra que envenenaba y robaba la poca luz que se esforzaba por habitar en el interior de esa mujer. Se tomó su tiempo, dejó que su poder trabajase con cuidado sobre ella recuperando el terreno perdido y ganando un poco más para sí mismo.

Rompió el beso ante la necesidad de coger aire, le mordisqueó la barbilla y descendió por la columna de su garganta con avidez. Empezaba a pensar que nunca llegaría a saciarse de ella, le gustaba el sabor de su piel, la textura e incluso la palidez que la teñía, disfrutaba enormemente de la mujer que moldeaban sus manos y sabía, sin lugar a dudas, que a partir de esta noche ya nada sería lo mismo.

Nick fue consciente como nunca de ello, de lo que el destino estaba poniendo en su camino y de lo que tendría que hacer para ganarle la partida. La pregunta era, ¿sería capaz de ganarle esta vez, de cambiar su propio sino?

—Me gusta cómo sabe tu boca —le dijo, mordisqueándole el pequeño hueco en la clavícula—, pero todavía me gusta mucho más cómo sabe ese delicioso postre que aguarda entre tus muslos. Y pienso darme un festín en cuestión de segundos.

Siguió el camino que se había autoimpuesto, disfrutando de ella, de sus gemidos y gritos los cuales no hacían sino excitarlo aún más. Le acarició los pechos, jugó con sus pezones y se apropió de una de esas pequeñas cúspides succionándola con avidez.

Natalie no dejaba de contorsionarse y gemir bajo sus caricias, su piel se había teñido de rubor y la humedad goteaba ya entre sus muslos, bañando los dedos que no dejaron de torturarla en ningún momento.

Se tomó su tiempo y disfrutó de los fantásticos senos de su mujer, sus pezones se endurecían cada vez más, creciendo bajo su lengua, adquiriendo un intenso tono rojizo que le provocaba ganas de darles un mordisquito. Cedió a sus impulsos y la oyó gemir en respuesta, mojándose incluso más. Sí, ella estaba hecha para el deseo y la pasión.

—Deliciosa —ronroneó, abandonando sus torturados pezones para descender por su estómago. La lamió a placer, jugó con su ombligo y sopló la humedad que había dejado su lengua en el pequeño agujerito para luego sonreír al notar su estremecimiento.

—Nick… —escuchó su nombre, dicho a través de un jadeo.

—Si eso te ha gustado, te tendré muy pronto gritando de placer, encanto —aseguró, deslizándose más abajo, dejando tras de sí una húmeda huella sobre el pubis que la hizo saltar.

—Oh, señor…

—¿Qué te había dicho? —ronroneó, al tiempo que le rodeaba las nalgas con las manos y se las apretaba suavemente—. Mucho más sensible… y esto no es más que el comienzo.

La notó estremecerse, podía sentir la convulsión en su interior, la incertidumbre, la vergüenza y al mismo tiempo la necesidad de complacer, de servirle tanto placer como el que él

le proporcionaba. Pequeña gatita generosa.

—Abre —la instó a separar las piernas. No era un hombre que se arrodillase ante nadie, pero maldito si le importaba mucho hacerlo entre los muslos de esa mujer, especialmente cuando su rasurado sexo lo llamaba como lo haría un pozo de agua a un sediento en el desierto—. Oh, sí… una vista encantadora y maravillosamente sonrosada.

—No… no hace falta que… seas… tan gráfico.

Él deslizó la lengua sobre la húmeda superficie y probó su placer, su carne caliente y mojada estaba ahora totalmente expuesta, libre para una perezosa exploración.

—Considérame un artista admirando una obra de arte —ronroneó, al tiempo que soplaba sobre la carne que acababa de lamer—, o mejor aún, un chef a punto de degustar su última creación culinaria. Oh, nena… *bon appetit* para mí.

Natalie se quedó sin respiración, las sensaciones que la recorrían superaban con creces cualquier cosa que hubiese probado hasta el momento; y no es que hasta ahora hubiese tenido mucha más experiencia que la que le había proporcionado él. Hoy, sin embargo, todo era mucho más intenso. Nick era mucho más intenso, de una forma sobrenatural.

Las marcas habían vuelto a cubrir su rostro e intuía que estarían también sobre su cuerpo, ese tatuaje lo volvía incluso mucho más sexy, si es que eso era posible. No se escondía, esta noche no tenía intención de enmascarar quién o qué era, quería que ella lo viese, que lo sintiese, deseaba que fuese consciente de que ya no había barreras entre ellos y si era justa consigo misma, si era sincera, eso la asustaba incluso más que la muerte.

No te enamores de él. No seas tonta. No podrás quedarte a su lado y no desearás ver el dolor o la lástima cubriendo sus ojos. No lo hagas, Natalie, no te enamores de él.

Pero ya era demasiado tarde, ¿verdad? De algún modo, ya era demasiado tarde.

Su maestría y sexual apetito la arrancó de aquella línea de pensamiento para lanzarla de golpe al placer, la sensación de su lengua sobre la carne ahora expuesta de su sexo era brutal. Todo se incrementaba exponencialmente, podía sentir con muchísima más nitidez cada uno de sus movimientos y caricias que hacían que cada una de las terminaciones nerviosas se pusiesen firmes y cantasen el himno nacional.

—Nick…

Sus labios parecían no ser capaces de pronunciar ya otra cosa. Todo su cuerpo se retorcía preso de sus manos y su boca. En realidad, era un milagro que las piernas todavía la sostuvieran y no le sorprendería encontrarse de un momento a otro tirada en el suelo y sin saber cómo había llegado allí.

—Oh, dios…

Lo sintió reír contra su sexo, una nueva caricia y ese soplido que enviaba escalofríos por todo su cuerpo.

—Si sigues considerándome un dios, mi ego no cogerá por la puerta, Natalie.

Bufó.

—Como si eso… oh, dios… como si eso te importase.

La lamió una vez más, una lamida en profundidad, jugando entre sus pliegues hasta alcanzar el sobresaliente clítoris y arrancarle un audible gritito.

—¡Oh, joder!

—Y vamos mejorando —se rio, besándole la cara interior del muslo al tiempo que se lamía los labios.

Sacudió la cabeza y sintió cómo toda la habitación parecía moverse.

—Creo que voy a caerme —murmuró, con divertido estupor.

Una sonora carcajada resonó en sus oídos un instante antes de que su cuerpo cayese sobre un mullido y ancho sofá. ¿Cómo diablos había llegado allí? No tenía la menor idea y tampoco iba a ponerse a pensar en ello.

—Todavía no he terminado contigo, encanto —aseguró él, abriéndole las piernas y sumergiéndose entre ellas.

Frunció el ceño y lo miró, una cabeza rubia desapareciendo entre sus muslos.

—No es justo, sigues vestido —rezongó. En algún momento de los últimos minutos, su cerebro debía haber dejado de funcionar correctamente.

La risa masculina sonó entre sus piernas.

—Es lo divertido de estar al mando.

Frunció el ceño y entonces dejó escapar un nuevo jadeo. Arqueó la espalda y echó la cabeza atrás, luchando por respirar cuando su lengua la penetró. ¡Dios mío! ¡Ese hombre no era humano!

—Oh, dios… oh, Nick… dios mío, Nick…

Volvió a lamerla y jugó con ella sin concederle ninguna clase de piedad. Su cuerpo le pertenecía, obedecía cada una de sus demandas sin necesidad de palabras y todo lo que podía hacer al respecto era dejarse llevar.

—Um… sí… así… justo en el borde… —ronroneó él, abandonando su reciente pasatiempo.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para abrir los ojos y mirarle. Se había puesto en pie y lo miraba desde su posición con gesto absolutamente satisfecho. Ese era un hombre seguro de sí mismo, alguien que tenía el poder en las manos y sin miedo para utilizarlo de la manera en que creyese conveniente.

—Quiero verte… —musitó, sin dejar de mirarlo. Sus labios formaron un puchero, el mismo que escuchó en su voz.

Los labios masculinos se curvaron en esa perezosa sonrisa que decía que él estaba al mando.

—Me estás viendo, encanto.

Sacudió la cabeza, quiso protestar, pero se sentía fuera de su piel y excitada, tan malditamente excitada que sintió la necesidad de acabar ella misma el trabajo que él había empezado.

—Quítate la ropa —insistió, lamiéndose los labios, encontrándolos resecos—, quiero verte.

Ni siquiera se movió, en un momento estaba vestido y al siguiente su piel desnuda, cubierta únicamente por ese intrincado tatuaje quedó a la vista. Natalie jadeó, luchando por llevar aire a sus pulmones y hacer que estos funcionasen.

—Jo… joder… avi… avisa antes de hacer eso.

Él acortó la distancia que había entre ambos, se inclinó sobre el sofá, sin tocarla, y ladeó la cabeza de esa manera tan sexy, aunque de eso fue consciente después de que arrancase su atención de la dura y enorme erección que la señalaba con descaro.

—Antes de que puedas poner esa boquita alrededor de esto —señaló su erección con los dedos índices de ambas manos—, tienes que terminar el jueguecito que interrumpiste esta tarde.

Sus mejillas se pusieron del color de los tomates maduros, si bien no podía verse en un espejo, el calor que le hacía arder el rostro tenía que ser suficiente indicativo de ello.

—¿Pillada?

Se encogió de hombros.

—Pillada —aceptó, le cogió de las manos y tiró de ella para ponerla en pie—. Aunque he disfrutado de verte hipnotizada mirando mi polla como si fuese una piruleta que quisieras degustar.

Parpadeó, varias veces.

—Gracias por avergonzarme hasta lo irremediable.

—De nada —le dedicó un guiño e intercambió el sitio con ella, atrayéndola sobre su regazo de modo que quedase a ahorcajadas sobre él—. ¿Te ayudo o puedes sola?

Tragó saliva, se lamió los labios y bajó la mirada a la suave y dura columna de carne que le acariciaba ahora el pubis.

—Depende… —murmuró, luchando por no empezar a salivar—. ¿Quieres que salga huyendo o que te folle?

Natalie se sobresaltó cuando sintió una mano rodeándole el cuello, sus ojos se encontraron con los de él y dejó escapar el aire al ver la desnuda pasión en ellos. Sus dudas parecieron volatilizarse en ese mismo instante y el calor volvió a instalarse en su interior.

—Que me folles —ronroneó él, sus ojos clavados en los suyos—. Quiero que me introduzcas en tu interior y me cabalgues. Quiero que disfrutes, porque yo voy a disfrutar como un loco al verte bailando sobre mi regazo. Y por encima de todo, quiero que hagas lo que deseas.

—¿Lo que deseo?

Él asintió.

—Todo lo que deseas.

Se lamió los labios y no lo pensó, se inclinó hacia delante, le sostuvo el rostro entre las manos y lo besó. Un beso dulce y tierno que se volvió cada vez más caliente cuando sus lenguas se encontraron y jugaron juntas un rato.

—Me apetecía besarte.

Nick asintió.

—Y a mí me apetece esto.

Volvió a capturar su boca, al tiempo que la guiaba y posicionaba la punta de su erección en la entrada de su sexo para luego dejarla a ella. Se limitó a profundizar el beso, sorbiéndole el seso y cualquier otra cosa que pudiese ser sorbida mientras su cuerpo se hacía cargo de las demandas propias y de las suyas, uniéndolos a ambos de la manera más íntima posible. Gimió, su boca se tragó el gemido que siguió a la sensación que le provocaba el tenerlo en su interior, llenándola, volviéndola loca.

—Oh, Nick —jadeó, despegando sus labios.

—Déjame entrar, Natalie. —Abrió los ojos para encontrarse con los suyos, sintió las manos fuertes y de dedos largos enlazando las suyas propias—. Ábrete para mí, déjame ir dónde nadie ha llegado antes… hazlo con plena capacidad de decisión… déjame entrar en tu alma.

Una tibia calidez empezó a extenderse por su piel, ya había sido consciente de ello en otras ocasiones pero nunca a un nivel de tal magnitud. Era como si una enorme manta de plumas la envolviese, protegiéndola y mimándola, una que sentía como propia.

—Déjame ser parte de ti durante un breve instante.

Apretó las manos, ejerciendo presión sobre sus propios dedos y se inclinó hacia delante, notando como el movimiento hacía que él se retirase un poco de su interior, para rozarle los labios con el aliento mientras se obligaba a sostenerle la mirada.

—Tenías razón, Nick —musitó, acercándose cada vez más a su boca—, ojalá hubieses

llegado antes a mi vida.

Lo besó con hambre, retirándose hacia arriba, solo para dejarse ir de nuevo, acogiéndolo una vez más en su interior.

—Ten cuidado y no rompas nada, hay cosas muy delicadas ahí dentro —ronroneó, intentando bromear al darle su permiso.

Él correspondió a su respuesta con un beso propio, soltó sus manos y hundió los dedos a ambos lados de su cadera.

—Sí, mi señora —se rio, apretándose contra ella—. A cabalgar, encanto. Me debes un buen rodeo.

Se rio entre dientes y se separó lo justo para impulsarse de nuevo, observando cada una de sus reacciones y viéndolo disfrutar de la misma manera en que disfrutaba ella del inusual ejercicio.

Sus bocas volvieron a encontrarse una y otra vez al tiempo que el calor en su interior se incrementaba y sus pechos se rozaban con sus pectorales añadiendo más leña al fuego. Gimió, le rodeó el cuello con los brazos y disfrutó de tenerle a su merced, de ser ella quien le diese placer, quien arrancase esos roncos sonidos de su garganta y lo hiciese sudar.

—Sí, así… ah… eso es —gruñó él, deslizando las manos por su cuerpo, acariciándola y torturándola al tiempo que la guiaba—. Creo que ya empiezas a cogerle el truquillo.

—¿Crees? —jadeó, dejándose caer una vez más, jadeando por el placer y el esfuerzo—. Viva la arrogancia masculina.

Él se rio entre dientes y la levantó en vilo, sorprendiéndola al dejarla caer después de espaldas sobre el sofá, intercambiando posiciones de modo que ahora fuese él quien tuviese el mando.

—Eres una delicia para los sentidos, Nat —aseguró, penetrándola ahora con fuerza—, pero necesito algo un poquito más… fuerte… para terminar con esta primera parte.

El tono sensual en su voz hizo que se apretase a su alrededor, humedeciéndose todavía más. El bajó la mirada entre sus cuerpos y se lamió los labios.

—Y ya veo que la idea te seduce tanto o más que a mí —se burló, rotando sus caderas, haciéndola plenamente consciente de él hundido en su interior—. Sujétate a mí y, pase lo que pase, no dejes de mirarme. Este viaje lo haremos juntos.

—No lo haré.

La besó con esa descarnada sexualidad que no se molestaba en ocultar, la poseyó, utilizó su cuerpo, la catapultó hacia el placer y más allá mientras se adentraba en su interior, en un lugar en el que no había dejado entrar a nadie, tan profundo que pudo sentirle en su alma, liberándola del peso y de la oscuridad, que no había sido consciente, que portaba.

Con cada nueva embestida, con cada pequeña fricción el placer se elevaba y la acercaba un poco más a esa ansiada culminación que ambos necesitaban y ansiaban por igual. Sus jadeos se mezclaron con los de él al punto que no sabía cuándo eran de uno y cuando del otro, pero lo que sí reconoció fue su propio grito cuando el orgasmo se extendió por su cuerpo arrastrándola consigo a un bendito olvido.

CAPÍTULO 37

Nick la atrajo contra él, disfrutando de los últimos momentos del Pacto, de ese instante previo al amanecer. Saciado, agotado pero mucho más ligero de lo que lo había estado en mucho tiempo, disfrutaba de la meridiana paz que intuía no duraría mucho.

—Solo fue una vez. —Le acarició el hombro con gesto distraído—. Y no es algo de lo que tengas que avergonzarte.

Ella se revolvió a su lado.

—No estoy avergonzada —rezongó—. No podría estarlo después de que hayamos pasado la noche follando en una sala privada de la *Space Needle* de Seattle —se incorporó para dedicarle una fulminante mirada—. Dime que la sala está insonorizada.

Esbozó una irónica sonrisa.

—Si no lo estuviese, posiblemente habríamos salido en las noticias —aseguró—, previo paso por alguna comisaría y dejar nuestras huellas dactilares en un papel.

—No bromees —le pegó con la mano en el brazo.

—Natalie, ¿en serio me estás pidiendo una respuesta a lo que ya sabes? —la miró, con gesto divertido

Ella se dejó caer de espaldas, acomodándose de nuevo en el hueco de su brazo.

—¿Cuánto tiempo me queda? ¿Lo sabes?

La pregunta cayó sobre ellos seguida de un pesado manto de silencio, el tono distendido y bromista murió al instante bajo el peso de lo que ambos sabían que deberían volver a enfrentar en el momento en que abandonasen ese lugar.

—Tu destino me está vetado, por encima de todas las cosas —aceptó con voz suave, tranquila—. Y creo que es algo que agradezco. Hay cosas que no necesito saber.

El silencio volvió a hacer acto de presencia durante unos segundos más.

—Porque soy… ¿tu alma? ¿Tu… *tuya*?

Suspiró, se incorporó y se giró hacia ella.

—Eres más de lo que ninguno de los dos podía imaginar —contestó con sencillez—. Aquello que fue puesto por el destino en la tierra para mí y que estoy destinado a perder para poder recuperar lo que me pertenece. Eres todo lo que deseo y lo único que no puedo tener, si no es perdiéndolo.

Se estremeció, pudo sentirlo incluso a través de su vínculo, más presente durante el tiempo que duraba el Pacto.

—Esas son palabras demasiado pesimistas para terminar una… hermosa velada —comentó, al tiempo que miraba a su alrededor.

—Solo la verdad tiene cabida en estos momentos previos al amanecer —declaró, cogiéndole la barbilla y obligándola a girar la cara hacia él—, aunque esté destinada a destruirnos a ambos, *alada*.

Ella se estremeció, sus ojos brillaban por las lágrimas que, una vez más, se negaba a derramar.

—No utilices ese término conmigo —pidió, incorporándose hasta permanecer sentada. No quería sentirse más vulnerable de lo que ya se sentía desnuda y a su lado—. No… debes…

Volvió a cogerle el rostro, obligándola a enfrentar la realidad, aunque fuese solo durante

unos minutos más. Sosteniendo todavía su voluntad como la suya propia.

—Eres quien eres, me guste o me destroce —declaró sin andarse con rodeos—. Tienes en tus manos la llave de mi libertad o mi condena, porque es en ellas dónde reside mi alma.

Sus pestañas se movieron una y otra vez, intentando mantener a raya el dolor que ya se veía en sus ojos.

—Lo siento…

Negó con la cabeza y ahuecó su rostro en ambas manos.

—¿Por qué? Tendría que ser yo el que se disculpase —aceptó, asumiendo su culpa—. Yo soy tu final.

—No, no lo eres…

—Pude haber estado aquí antes, pero me negué a ello, a dejar que el destino decidiese por mí —continuó—. Pero hay cosas que no se pueden cambiar, ni siquiera con el tiempo. Era la muerte lo que venía a buscar en ti y me la has presentado en una bandeja que aborrezco.

Sacudió la cabeza, intentó liberarse y alejarse, pero no se lo permitió. Podía sentir cómo el peso del Pacto empezaba a extinguirse, pero necesitaba ser sincero con ella y consigo mismo.

—No hay manera de cambiar lo que ya está hecho, Nick —le dijo, encontrándose de nuevo con sus ojos—. Si es el alma que custodio lo que necesitas, serás el único que la tenga.

Apretó los dientes ante el tono de fatalidad que escuchó en su voz.

—No me concedas todavía el perdón, Natalie, no cuando yo seré tu muerte y el que podrá fin a tu eternidad.

—La eternidad está sobrevalorada —murmuró al tiempo que miraba a su alrededor—. Quiero el aquí y el ahora, al menos hasta que ya no pueda disfrutar de él. —Solo entonces volvió a mirarle, con palpable súplica en sus ojos—. Dámelo, Nick, y te entregaré el alma.

—Natalie…

Le cogió las manos y se las apretó.

—Tú mismo lo dijiste, la *Agencia Demonía* siempre provee lo que su cliente necesita.

Suspiró, cuando los primeros rayos del sol iluminaron el cielo de Seattle.

—¿Y qué es lo que necesitas tú, encanto?

Sonrió, una sonrisa limpia, triste, pero limpia.

—A ti —aceptó con un gesto de la cabeza—. Quédate conmigo hasta que termine el plazo del contrato, no pido nada más.

Asintió y se llevó una de sus manos a los labios.

—Ojalá no fueses mi muerte, *alada*.

Su sonrisa empezó a desvanecerse poco a poco y terminó por encogerse de hombros antes de darle su propia respuesta.

—Y ojalá tú no fueses mi deseo de vivir.

CAPÍTULO 38

Dos días después…

Nick se despertó el último día del tiempo estipulado por el contrato con la sensación de que algo no marchaba bien, un fugaz vistazo al lado de la cama del que dormía Natalie y la frialdad de las sábanas se lo confirmaron. El vínculo que mantenía con ella se había hecho mucho más fuerte, pero también se había modificado, al contrario que al principio, ahora ya no era capaz de absorber su propio dolor, solo podía contemplarlo en la distancia. Hizo a un lado la ropa de cama y saltó de ella vistiéndose con un solo pensamiento. La puerta del cuarto de baño estaba entreabierta y se escuchó el sonido del agua junto con el de algunos objetos cayendo al suelo.

—¿Natalie?

La respuesta no se hizo de rogar.

—En el baño.

Empujó la puerta para verla sentada en el suelo, al lado de la bañera, con el pijama de dos piezas que se había puesto la noche anterior manchado de sangre y una toalla totalmente roja cubriéndole la nariz.

Sus ojos marrones estaban un poco más apagados que de costumbre, pero ella parecía serena, una fachada solo desmentida por el tumulto que habitaba en su interior.

—Empezó a sangrar y no he podido hacer que pare —escuchó su voz, ahogada tras la toalla.

El cuarto de baño parecía el escenario de una matanza. Había huellas ensangrentadas por todos lados, gotas manchando el suelo e impresiones de dedos y manos allí dónde se había apoyado. Cualquiera que entrase pensaría que se había cometido el más sangriento de los asesinatos. Dejando de lado sus pensamientos sobre el lugar, acortó la distancia en un par de zancadas y se acuclilló a su lado, haciéndose cargo de la situación.

—Echa la cabeza hacia atrás —la instruyó al tiempo que la sondeaba con su poder, sellando inmediatamente el disminuyente sangrado sin crear algún daño mayor. Tenía que llevarla al hospital, algo había cambiado en su metabolismo en los últimos dos días y su enfermedad parecía decidida a recuperar todo el tiempo que le había quitado y de golpe.

—Por la manera en que me estás mirando, debo tener el aspecto de una asesina en serie o de una carnicera —comentó ella, intentando quitarle importancia a aquel episodio.

La miró con cierta ironía, pero no echó por tierra su intento de aliviar la tensión que se palpaba en el aire.

—Podrías ser uno de los extras de *La Matanza de Texas* —respondió, retirando la toalla ensangrentada y lanzándola con certera puntería al cubo de la ropa sucia para coger una limpia y tras humedecerla y comprobar que ya no sangraba, limpiarle el rostro con ella—. ¿Puedes ponerte en pie?

Asintió y estiró las manos para buscar un punto de apoyo y así levantarse.

—Las piernas todavía me funcionan —murmuró, tambaleándose un poco—, aunque no sé durante cuánto tiempo. Dios, todo me da vueltas. Necesito rehidratarme.

Frunció el ceño, le rodeó la cintura con el brazo y la apoyó contra el lavabo.

—Lo que necesitas es ir al hospital —declaró con firmeza—. Te asearemos un poco y te

llevaré yo mismo.

No necesitó ver su rostro ni su lenguaje corporal, a través de su vínculo podía notar sus emociones. El pánico, la negación y la desesperanza hicieron mella de ella un segundo antes de que se impusiera una férrea determinación.

—Nada de hospitales —declaró, empujándole para hacerse cargo de sí misma—. No quiero que me internen otra vez.

Sacudió la cabeza al ver cómo se aferraba al mueble para no caerse. Estaba muy débil.

—Natalie, tiene que verte un médico —insistió. Era muy consciente de que su poder y todos sus conocimientos, no tenían nada que ver con la medicina o la asistencia que ella necesitaba. Había detenido la hemorragia, pero sabía que esta podía reaparecer en cualquier momento—. Posiblemente necesites una transfusión o…

—No —respondió de manera tajante. Dejó la nueva toalla a un lado y se lavó la cara—. No pienso morirme en la cama de un maldito hospital.

Su cabezonería era a veces desesperante, pensó al tiempo que la cogía por los brazos y la giraba hacia él, notando una vez más su fragilidad y la palidez en su piel.

—No vas a morirte en una cama de hospital —recalcó, notando cómo las palabras se hundían en su propio corazón como si fuesen cuchillos—, no lo permitiré.

Ella hizo un mohín y sacudió la cabeza.

—Agradezco tu interés, Nick, pero a menos que hayas descubierto la habilidad de realizar milagros, me temo que es algo que pasará antes o después —aseguró y compuso una mueca al ver las manchas que acababa de dejar en su ropa—. Fantástico… y ahora tú vas a parecer otro extra —echó un nuevo vistazo a su alrededor y su gesto fue de horror—. Dios mío, quien vea esto pensará que he matado a alguien y lo he descuartizado. Tengo que limpiar y…

—Suficiente —declaró en voz alta. A un pensamiento suyo el baño quedó totalmente limpio y el pijama manchado por la sangre sustituido por una camisola de dormir limpia—. A la cama, ahora.

Lo miró con gesto divertido.

—Créeme, no hay nada que me apeteciese hacer más que retozar contigo —ronroneó, entonces se encogió de hombros y se señaló a si misma con el índice—, pero no creo que te resultase ahora mismo de mucha ayuda.

Sacudió la cabeza y la levantó en brazos. Pesaba incluso menos cada día, una certeza que envió un nuevo estremecimiento por su cuerpo y le asaetó de nuevo el corazón. Dolía, el solo pensamiento de a dónde se dirigía todo aquello, dolía demasiado. Se obligó a hacerlos a un lado, a guardarlos bajo llave y recuperar el dominio sobre sí mismo y sus emociones.

Esos dos últimos días no dejó de pensar en lo ocurrido en la última noche de Pacto, lo que había descubierto y aceptado a regañadientes. Tenía que ser sincero consigo mismo, huir no era una opción, no cuando no había manera de hacerlo.

—No quiero ir al hospital, por favor —murmuró Natalie, ahora en voz baja. Su tono era apagado, suplicante—. Nick, por favor.

Bajó la mirada y sacudió la cabeza una vez más.

—El Dr. Maxwell —le ofreció una alternativa. La única—. Él o una visita al hospital. Decide.

Sacudió la cabeza, podía ver que ya no le quedaban ni fuerzas para discutir.

—Ninguno podrá hacer otra cosa que llenarme de medicación y no quiero acabar grogui y alelada sin saber lo que ocurre a mi alrededor —declaró, suspirando cuando la dejó sobre el colchón—. Sabía que antes o después esto iba a suceder, me lo advirtieron, es solo… no pensé

que… me estaba encontrando mínimamente bien y… ¿por qué justo hoy?

Se sentó a su lado y le giró el rostro hacia él cuando desvió la mirada.

—Si hubiese una forma, la que fuese, de retenerte, te juro que haría hasta lo imposible por ponerla a tu alcance —declaró, dando voz a sus más profundos pensamientos, aquellos que se había negado a escuchar incluso él mismo.

Sus ojos se volvieron brillantes por las lágrimas, apretó los labios solo para suspirar y emitir un suave lamento.

—No me hagas esto, Nick… ya es bastante difícil sin… sin… —sacudió la cabeza—. Yo no quiero decirlo y tú no quieres oírlo… así que no hagas esto más complicado. Llama al Dr. Maxwell si eso hace que te sientas mejor —sugirió, buscando una rápida manera de cambiar de tema—, él vendrá a verme a casa.

Deslizó los pulgares por sus mejillas cuando estas empezaron a acusar la humedad de sus ojos, las lágrimas habían decidido hacer acto de presencia.

—Dímelo —susurró. Las palabras habían brotado de su boca antes de que pudiese pensar lo que estaba haciendo.

La humedad aumentó y ella arrugó la nariz al tiempo que sacudía la cabeza.

—No —musitó, a través de las lágrimas—. No puedo…

Asintió y se inclinó sobre ella, besándole la mejilla y resbalando sus labios hasta recalar en su oído.

—Entonces te lo diré yo —susurró, sabiendo que se iba a condenar a sí mismo por aquello, pero necesitando hacerlo por ella y por él mismo—. Te quiero.

Se echó a llorar e intentó empujarlo, apartarlo de sí para no tener que enfrentarse con sus propios sentimientos.

—No, maldito seas, no —lo golpeó con los puños en el pecho—. No me quieres. No puedes quererme. Ni siquiera me conoces. No soy nada para ti. Te marcharás… te marcharás en unas horas y yo… yo…

Le acunó el rostro con las manos, obligándola a enfrentar su mirada.

—No voy a irme a ningún sitio, Natalie. Eres mi alma —le aseguró, atrapando sus acuosos ojos marrones en los suyos—, y lo serás eternamente. No necesito el maldito contrato de la agencia para permanecer a tu lado.

—Idiota, estúpido, mentecato —lloriqueó, intentando secarse la cara sin éxito—. No es justo, ¿por qué has tenido que aparecer justo ahora? ¿Por qué no has venido antes? ¡Maldito seas, Nickolas! ¡Maldito seas!

La abrazó, pegando su cuerpo al suyo, intentando aliviar en alguna medida el malestar que la aquejaba y sabiendo que no había mucho que pudiese hacer al respecto, no más de lo que ya había hecho.

Maldito fuese el destino, la amaba, la amaba como solo puede amarse a la persona destinada a ser la otra mitad y ahora, más que nunca, empezaba a comprender que su sufrimiento no había hecho más que comenzar.

—Duerme ahora, *alada* —la indujo al sueño, sintiendo cómo su cuerpo se relajaba en sus brazos. Llamaría al doctor para que viniese a verla y le administrase lo que hiciese falta, le gustase a ella o no. Mientras, haría lo que no había hecho en mucho tiempo, buscar respuestas en el único sitio en el que quizá pudiese encontrarlas.

«Ojalá tú no fueras mi deseo de vivir».

Las palabras que ella había vertido sobre él la otra noche volvieron a su mente, una declaración que había traído consigo la aceptación de sus propios sentimientos. Solo esperaba

que ese siguiese siendo todavía su deseo.

CAPÍTULO 39

—Y cuando las respuestas se acaban, solo queda volver a los orígenes y formular más preguntas.

Nick se giró para encontrarse con Eydam contemplándolo desde el umbral de la sala principal del Gremio. Llevaba un buen rato allí, esperándole, pues sabía que de todos los lugares posibles, aquel era el único en el que no se pronunciaría ninguna mentira o engaño.

Había tenido tiempo de recordar, de pensar en el pasado y en esa parte de sí mismo de la cual había preferido renegar. Sentado en uno de los salientes de mármol blanco que rodeaban la austera sala, el mismo en el que había sido encontrado siendo tan solo un niño, se había limitado a esperar y dejar que la paz que manaba de aquellas paredes serenara ese hueco vacío en el que debía haber estado su alma.

—Llegas tarde —acusó, enfrentando su mirada.

El Ejecutor enarcó una ceja y lo miró de lado.

—No sabía que hubiésemos concertado un encuentro.

—Necesito respuestas —declaró sin rodeos—, y algo me dice que eres el único que puede dármelas.

El hombre asintió y entró en la sala. No había prisa en sus pasos, ni amenaza, tan solo un lejano recuerdo de una ocasión parecida.

—¿Estás aquí para solicitar un indulto a una falta que todavía no has cometido?

Dejó escapar un profundo suspiro y se recostó contra la pared, dejando que su nuca encontrara la fría piedra.

—Estoy aquí en busca de respuestas —aceptó, poniendo en palabras sus propias dudas—. Esperaba que esa parte que detesto, que tanto dolor ha traído consigo, me sirviese de algo por una sola vez.

—Una parte de la que estás hecho y a la que no puedes renunciar, como no puedes renegar de tu otra mitad —comentó, deteniéndose frente a él—. Todavía sigues sin entenderlo, sigues sin verte como lo que eres realmente.

—¿Un paria? ¿Una abominación? —respondió, dejando su pose relajada y poniéndose en pie. Su mirada y sus palabras eran acusadoras—. Vosotros os habéis encargado de que sea perfectamente consciente de quién soy.

La mirada profunda e inerte en esos ojos lo traspasó haciéndolo temblar. Ese hombre poseía incluso más oscuridad que él mismo.

—No eres una parte de algo, Niklas —insistió, sin modificar un ápice su tono de voz—, eres una totalidad. Tienes en tus manos y en tu sangre el legado de dos de las razas sobrenaturales más grandes que existen y sigues negándote a comprenderlo. No eres ni *Angely* ni *Demonía*, porque eres ambos. Una nueva especie, una que está destinada a prevalecer y continuar siempre y cuando lo haga a través de las vías correctas.

Entrecerró los ojos, mirándole con creciente irritación.

—Así que ahora he ascendido de abominación a elemento de procreación —le dijo con marcada ironía—. No veo una gran mejora, Eydam.

—Los ciegos nunca suelen ver las cosas que tienen delante —rezongó el *Ejecutor*. Esta debía ser una de las pocas veces, que él recordase, en que el *Angely* mostraba algo de emoción en sus facciones—. Un rasgo muy arraigado en tu padre.

Se tensó, aquel era un tema tabú en aquellos lares e incluso entre ellos. Estaba tan acostumbrado a proteger su pasado, a ignorarlo, que la sola mención de un parecido generacional le ponía los pelos de punta.

—Debes saberlo, fuiste uno de los que lo mató.

Aquella inesperada afirmación, hizo que el hombre ante él enarcara una ceja. Esta era la primera vez en toda su vida que hacía tal acusación en voz alta, una nacida de la sospecha, de los vagos recuerdos que un niño de dos años podía conservar.

—Te ha llevado tiempo poner en palabras tus pensamientos, *Vitriale*.

Se tensó y apretó las manos en un intento por contener la necesidad de dar rienda suelta a su rabia.

—Conozco las normas del Gremio, no puede haber acusación sin pruebas —masculló—, por lo que tendrás que tomar mis palabras como una simple suposición.

Sus labios se curvaron ligeramente, entonces sacudió la cabeza y lo miró de nuevo.

—Una suposición errónea, muchacho —aseguró, sin mostrar duda alguna en su voz o expresión—. No fui quien le quitó la vida a Dyren, fui el que hizo justicia con su muerte y la de su *alada*.

Escuchar el nombre de su progenitor en voz alta y esa severa afirmación lo noqueó. La muerte de sus padres era algo que había quedado oculto, enterrado bajo un montón de papeleo y burocracia, algo que les gustaba y mucho al Gremio.

—Xira, tu madre, tuvo el valor suficiente para dar conmigo y avisarme del lugar en el que te había ocultado —continuó, desvelando uno tras otro los últimos momentos vividos por sus padres—. Un movimiento arriesgado y muy inteligente de su parte, especialmente para un miembro de la raza *Demonía* en territorio del Gremio.

Sacudió la cabeza, nada de aquello tenía sentido.

—¿La mataste? ¿A ella?

Negó con la cabeza.

—No, pero sí acabé con la vida del *Angely* que seccionó la suya y que estaba dispuesto a terminar también con la tuya —respondió, con el mismo interés de alguien que está dando el parte meteorológico—. El asesinato de ambos fue fraguado en el interior del Gremio, por aquellos que se negaban a ser *contaminados*.

Un fugaz recuerdo acudió entonces a su mente. En aquella época no comprendía todavía bien los engranajes y la política que movía a aquellos que le habían dado techo y comida, pero incluso a tan corta edad, la ejecución de un miembro del Consejo era un tema que no podía ser pasado por alto.

—El Consejero Nilsen.

Eydam asintió y por un momento casi creyó ver satisfacción en sus ojos.

—Dyren fue una de las pocas personas a las que confié mi vida, a quien permití estar a mi lado o cubriéndome las espaldas en cualquier batalla —confesó, y no había equivocación en la cruda sinceridad que había tras sus palabras—. Confieso así mismo, que no me gustó el hecho de que su *alada* perteneciese a la raza *Demonía*, pero ambos sabemos cómo funciona el destino y que no hay nada que se pueda hacer ante esa elección. Y tu madre se ganó todo mi respeto en el mismo momento en que cruzó las puertas del Gremio y entró en esta misma sala para ponerte a salvo antes de volver a salir y luchar hasta la muerte junto a tu padre.

Eydam hizo una pausa, un momento de silencio que cayó sobre la sala como un gesto de duelo por los que habían caído.

—Cuando naciste, Dyren me hizo jurar, qué si a él o a su *alada* llegase a pasarles algo, te

traería al Gremio y me haría cargo de que estuvieses a salvo —retomó su explicación, mirándolo una vez más—. Un juramento que ratifiqué a tu padre y a tu madre cuando exhalaron su último aliento y que incluía además el cobrar venganza por sus muertes.

—Sus asesinos… ¿están todos muertos? —preguntó, notando horrorizado cómo le temblaba la voz.

—Hasta el último de los que estuvo involucrado en ese complot, yace ahora bajo tierra y su alma en el infierno.

Asintió. No pudo hacer o decir nada más. Se limitó a asentir, cerró los ojos y envió una antigua plegaria por el descanso de aquellos que no solo le habían dado la vida, sino que dieron la suya por salvarle. Nick nunca había querido pensar en ello, se había obligado a sí mismo a darle la espalda a su pasado, a seguir las normas en su juventud y renegar de aquellos que lo habían traído al mundo solo para encontrar en ella sufrimiento. Y sin embargo, ahora que las circunstancias de sus muertes le habían sido esclarecidas y que sabía que sus asesinos estaban en el infierno, sintió cierta liberación, como si aquello fuese una losa perpetua sobre su corazón.

—¿Por qué has elegido este momento para decirme todo esto? —preguntó entonces, sabiendo que Eydam nunca decía o hacía algo si no había una buena razón para ello—. Pudiste haberlo hecho en cualquier momento, especialmente durante mi tiempo entre vosotros o incluso después de ser expulsado.

El *Ejecutor* sostuvo su mirada, entonces hizo algo que no había hecho nunca, le dio la espalda. Caminó hacia los amplios ventanales a través de los que solo se contemplaba la nada más absoluta o aquello que los miembros del Gremio deseaban ver.

—Natalie es la otra pieza de esta historia.

Tal admisión lo noqueó. De todas las respuestas posibles, aquella era la que menos esperaba.

—¿Cómo?

Sus hombros ascendieron y bajaron al compás de un profundo suspiro.

—Un *Vitriale* no nace sin alma tal y como piensas —respondió, girándose de nuevo hacia él—, sino que posee la suya y la de su *alada*, dos mitades que se unen para formar una sola, un solo ser. Antes de que nacieras, la posibilidad de tu existencia no era sino una de las muchas profecías que existen en los antiguos volúmenes en la Gran Biblioteca del *Gremio Angely*. Solo cuando Dyren conoció a tu madre y supo que ella era su *alada*, nos dimos cuenta de que era algo que el destino ya tenía arreglado de antemano y que solo esperaba el momento adecuado para ponerlo en marcha.

Eydam caminó hacia él, deteniéndose a un par de pasos de su posición.

—Cuando nace tu *alada*, esas dos mitades pasan a formar parte de ella uniéndose en una sola —continuó, sin vacilar—. Te es arrebatado lo que te pertenece, solo para que ella tenga la oportunidad de devolvértelo y completarte en el momento en que la reclames.

—Pero un alma no puede reclamarse a menos que traspase el umbral y regrese —murmuró, uniendo las piezas que Brooke le había mostrado ya con aquellas visiones—. Ella… ella debe morir…

—Y debe regresar —añadió con firmeza—. Después de todo, parece que el destino se ha puesto de tu lado. Te permite burlar nuestra ley, sin tocar tu prohibición. Obtendrás su muerte, tal y como siempre has sabido que ocurriría, sin necesidad de empuñar la espada. Dime, *Vitriale*, ¿qué duele más? ¿Matarla o ser su muerte?

Apretó la mandíbula, sus ojos se encontraron una vez más con los de él y las palabras brotaron por si solas de sus labios.

—¿Por qué? —masculló, dejando su asiento muy lentamente—. Si sabías todo esto, ¿por qué has esperado hasta ahora? ¡Por qué!

Él no se inmutó ante su rabia, permaneció tan sereno como siempre.

—Porque tenías que ser consciente de lo que podrías perder, sin saber que te pertenecía —declaró con un ligero encogimiento de hombros—. Estabas demasiado enfocado en alcanzar una meta sin pensar en las consecuencias, unas que serían más grandes que la más grave de las transgresiones que pudieses llegar a cometer.

Negó con la cabeza, todo su cuerpo empezaba a acusar la necesidad de pegarle, de darle un buen puñetazo. Había jugado con él, desde el principio había sido consciente de todo lo que sucedería, de lo que tendría que afrontar y lo dejó a oscuras, permitiendo que el destino guiase sus pasos mientras él le daba pequeños empujones por atrás.

—Eres un cabrón hijo de puta —masculló, sin pensar en nada más que en todo el daño que, indirectamente, él le había causado. Que les había causado a ambos.

Natalie. Ahora comprendía el motivo por el que Eydam había estado rondándola. No se trataba solo de que supiese que ella era su *alada*, sabía que él la encontraría antes o después, se había encargado de que fuese así.

Él alzó entonces la barbilla, mirándole con esa frialdad que hacía honor a su nombre.

—Solo tú puedes hacer que regrese una vez que haya cruzado el umbral —insistió con dureza—, pero para ello tendrás que asegurarte de que ella esté dispuesta a devolverte lo que te ha quitado, de entregarte esa parte que te corresponde y aceptar aquello a lo que estés dispuesto a renunciar para que forme parte de ella.

Apretó la mandíbula, deseando dejar salir su poder y empezar una pelea que acabase con ambos ensangrentados y en el suelo, pero no podía, no allí.

—Ella debe dar su consentimiento, poner de manifiesto su voluntad. —concluyó, haciendo hincapié en esas últimas palabras—. Suyo debe ser el deseo de regresar y unirse a ti como tu *alada*, de lo contrario perderás mucho más de lo que ya careces.

Lo contempló en silencio, luchando contra sus instintos, sabiendo que necesitaba hacer aquella pregunta por muy poco o nada que le importase su aceptación, pero tal y como el *Ejecutor* había anotado, él era todavía en parte *Angely*.

—Y con toda esta parafernalia, supongo que me estás dando permiso para meterme en el más ardiente de los infiernos, ¿me equivoco?

Él se limitó a enarcar una ceja en respuesta.

—¿Cuándo has necesitado mi permiso para eso?

Entrecerró los ojos, sin dejar de mirarle.

—De acuerdo, Eydam, hagámoslo a tu manera —declaró en voz baja y tan cargada de su propio poder que lo sentía crepitar en cada palabra—, y veamos quién desata antes el infierno.

CAPÍTULO 40

El timbre de la puerta sonó cerca del mediodía. Nick dejó de nuevo la pálida mano sobre la cama, la arropó y bajó a atender al recién llegado. No necesitaba preguntar para saber que del otro lado de la entrada esperaba ya el Dr. Maxwell.

—¿Cómo está? —preguntó nada más atravesar el umbral.

—Ha tenido una hemorragia nasal esta mañana —le informó, sus ojos se encontraron con el hombre—. Se negó a ir al hospital.

Él asintió e hizo una mueca.

—No conseguirás meterla allí si no es a la fuerza —rezongó, al tiempo que sacudía la cabeza—. Esto es algo que antes o después iba a ocurrir, no es agradable y las cosas no irán sino a peor a partir de ahora.

Lo sabía, lo sabía con tal certeza que sentía que cada minuto era tiempo perdido para los dos.

—Es humana y la leucemia una de las peores enfermedades que existen hoy por hoy —insistió el médico. Un claro recordatorio para él, quien pertenecía a un mundo completamente distinto—. Todo lo que podemos hacer, es conseguir que esté lo más cómoda posible.

—¿Cuánto tiempo?

La pregunta era una que dolía, una a la que no pensó tener que enfrentarse de nuevo. Había experimentado la agonía de estar a punto de perder a alguien a quien quería, de verla morir en sus brazos solo para traerla de vuelta, en contra de su voluntad. Si bien al final las cosas no salieron tan mal, el precio a pagar había sido demasiado grande. Ese pedacito de su espíritu siempre sería de Elphet, una parte de sí mismo que nunca podría entregar a Natalie.

—Déjame que la examine primero —pidió el médico, posando la mano sobre su brazo—. ¿Está en su dormitorio?

Asintió, invitándolo a pasar al tiempo que cerraba la puerta de la calle.

—La he inducido al sueño —le informó, pasando a su lado—, la despertaré.

El hombre se limitó a asentir y seguir sus pasos hasta el dormitorio. Ella seguía dormida, ahorrando cada pequeño gramo de fuerza que todavía le quedaba, nadie podía decir que no fuese una luchadora, la muerte tendría que pelear con uñas y dientes para poder llevársela.

—Natalie —pronunció su nombre, al tiempo que le acariciaba el rostro obligándola a despertar—. Encanto, el Dr. Maxwell está aquí.

Parpadeó lentamente, con gesto somnoliento para finalmente abrir los ojos. Bostezó y se frotó los ojos como una niña que emergiera de la siesta.

—¿El Doctor ya está aquí? ¿Cuánto he dormido? —preguntó, frunciendo el ceño al ver la luz que penetraba por la ventana—. Diablos, últimamente parece que no hago otra cosa…

—El sueño es el descanso que necesita tu cuerpo, querida —declaró el médico, haciendo notar su presencia y disponiendo ya el maletín con sus cosas sobre los pies de la cama—. ¿Cómo te encuentras?

Su mirada fue directa al médico e hizo una mueca.

—¿Cómo quiere que me encuentre, doc? —refunfuñó—. Esta mañana casi convierto mi cuarto de baño en el escenario de una película gore.

El hombre mayor se limitó a reír, entonces le dedicó una obvia mirada que lo invitaba a

salir.

—Tendré que examinarla… —comentó, corroborando sus gestos.

Natalie suspiró y se incorporó lentamente hasta quedar sentada.

—Y esa es una sutil invitación a que te largues —canturreó ella, sin embargo no había la alegría o ironía que solía encontrar en su voz.

Sacudió la cabeza, dispuesto a decir alguna cosa cuando todos reaccionaron al sonido del que debía ser ya la llamada a los infiernos, pensó Nick.

—Nickolas, tienes mi permiso para despellejar, cocinar o mutilar a cualquiera que tenga el dedo sobre ese maldito timbre —farfulló ella, con obvio gesto de incomodidad—, y cuando lo hayas hecho, arranca ese maldito instrumento del diablo.

El médico soltó un bufido.

—Intuyo que has tenido bastantes visitas estos últimos días, ¿eh? —comentó, sacando el estetoscopio del maletín para proceder a colocárselo.

—Suficientes como para que me sienta inclinado a seguir sus deseos —rumió. Echó un último vistazo a la díscola paciente y salió, cerrando la puerta tras él para dejar que el médico hiciese su trabajo.

El timbre volvió a sonar una vez más mientras cruzaba el pasillo solo para escuchar a continuación un chispazo y una airada voz femenina esgrimiendo una maldición tras otra. Reprimió una perezosa sonrisa ante aquella pequeña venganza contra el timbre y abrió la puerta para recibir a Brooke. Al igual que la última vez que la vio, la mujer vestía con estilo propio, uno que no haría que pasara desapercibida.

—Hola —saludó ella, con un poco menos de agresividad de la que había hecho gala en su último encuentro. A juzgar por su aspecto, no parecía estar atravesando tampoco un buen momento—. Veo que sigues por aquí.

Enarcó una ceja y ladeó la cabeza.

—Igual que tú, según parece —declaró, entonces se hizo a un lado y la hizo entrar al recibidor—. Aunque, es posible que hayas llegado en el mejor momento.

El rostro de la mujer adquirió un grado de palidez que hacía resaltar el color de sus ojos.

—¿Ha tenido otra crisis? —preguntó, alternando la mirada entre la puerta que daba al pasillo y él.

—Esta mañana —asintió y señaló en dirección al interior de la casa con el pulgar—. El médico está ahora con ella.

—¿Por qué no la llevaste al hospital? —clamó, alzando la voz, mostrando de nuevo ese carácter del que había hecho gala la vez anterior.

—Si conocieses un poquito a tu hermana, sabrías que habría que atarla y amordazarla para poder llevarla, ya que no quiere ir por su propio pie —declaró, sin medir sus palabras o el alcance que estas podían tener sobre su receptor—. Es lo máximo a lo que ha accedido.

Su reciente estallido perdió intensidad, sus ojos se ensombrecieron y alzó la mirada una vez más hasta encontrarse con la suya.

—Se está yendo, ¿no es así?

Se negaba a aceptar esa posibilidad, pero sabía que no hacía otra cosa que negarse la realidad a sí mismo. Natalie se estaba muriendo, ahora más que nunca, era consciente de que su tiempo se agotaba.

—Sí.

La chica suspiró, se rodeó un momento con los brazos y finalmente se obligó a sí misma a componerse. Cuando volvió a clavar la mirada en él, vio la misma decisión de Natalie en ella.

—No puedes dejar que ocurra —sentenció—. Todavía no ha llegado su momento.

Entrecerró los ojos, sintiendo la profundidad y la caricia de la muerte que habitaba en su interior ahora presente también en sus palabras.

—Solo Natalie puede tomar esa decisión —respondió, sabiendo que ella era quien tenía la última palabra.

—En ese caso tendrás que obligarla a tomarla —insistió.

El sonido de la puerta de la habitación al abrirse y los comentarios del médico, así como las respuestas de su paciente, llegaron hasta el recibidor.

—Lo que tienes que hacer es descansar y tomar la medicación que te he recetado —escuchó que le decía el médico.

—¿Le parece poco todo lo que me ha dado ya, Doc?

Ambos se miraron y decidieron salir al pasillo, donde el hombre cerraba ya la puerta de la habitación.

—¿Podemos hablar? —murmuró el médico, su afable sonrisa había mudado rápidamente. Le dedicó apenas un gesto educado a la mujer, pero siguió con la mirada fija en él.

Asintió y le indicó la dirección de la cocina, la habitación más alejada del dormitorio. Entonces se giró hacia Brooke, quien asintió y señaló el dormitorio que acababa de abandonar el doctor.

—Ve —asintió—, haz lo que tengas que hacer. Me quedaré con ella, aunque ponga el grito en el cielo y quiera echarme a patadas.

Esbozó una irónica sonrisa ante el tono vehemente de la mujer.

—No te separes de su lado —pidió. Si la mirada del médico era indicativa de algo, posiblemente tendría que ausentarse hasta dar con la maldita forma de atarla a él y arrancarla de las garras de la muerte.

Sin una palabra más, la mujer les dio la espalda, tomó una profunda bocanada de aire y se preparó, cual sargento, para enfrentarse a un nuevo y joven recluta.

—Si tengo que volver a ver un médico delante durante los próximos días, te juro que grito, Nick —declaró Natalie, al escuchar cómo se abría la puerta—. Y me escuchará todo el vecindario.

Sabía que era una amenaza inútil, especialmente cuando dudaba que fuera siquiera capaz de ponerse a gritar. El cansancio se hacía cada vez más acuciado, de la noche a la mañana había empezado a sentirse más cansada, se pasaba gran parte del tiempo durmiendo o tirada en el sofá. Tan solo su compañía hacía que esos momentos, y los que sabía llegarían, no fuesen el detonante perfecto para que se pusiera a gritar, o peor aún, a llorar como una niña pequeña.

¿No había hecho precisamente eso cuando él le dijo que la quería? Le había suplicado que no lo hiciese, que no abriese la boca, podía vivir con la suposición, con la certeza incluso, pero el recuerdo de su voz diciendo esas dos palabras era como una losa sobre su alma, una que hacía que quisiese gritar, llorar y maldecir al maldito destino por enviarle ahora a ella.

Se había enamorado de él, tan absurdo y fantasioso como parecía, en tan poco tiempo, sin conocerle siquiera, se había enamorado de un hombre que había venido a ella en busca de su alma y que terminó consiguiendo también su corazón. Y no tenía tiempo, ambos sabían que ya no quedaba tiempo, y la sola idea de abandonarle pesaba ahora en su alma más que la propia muerte.

—Esa sería una buena forma de alertar a los vecinos.

La voz que precedió la entrada de su hermanastra la sorprendió. Parpadeó y centró la

mirada sobre la mujer que permanecía ante el umbral de la puerta, contemplándola en la distancia sin saber si entrar o dar media vuelta.

—¿Qué haces aquí? —Su presencia era algo extraño, casi ajeno pero al mismo tiempo, era también una conexión con esa parte de sí misma que había dejado atrás.

La vio entrar en el dormitorio, cerrar la puerta detrás de ella y encogerse de hombros.

—Supongo que he heredado la parte de nuestra familia que hace oídos sordos a aquello que no le interesa escuchar —respondió—, o quizá soy tan estúpida que me gusta que me echen, una y otra vez.

Frunció el ceño, sacudió la cabeza y la miró de lado.

—Hace mucho tiempo que tú y yo dejamos de ser familia —declaró—, si es que lo fuimos alguna vez.

Ella asintió, concediéndole ese punto.

—No te guardaré rencor si decides prescindir de mi presencia una vez más —comentó su hermanastra—, aunque no esperes que me rinda tan fácilmente. Sobre todo después de haber conseguido pasar al cancerbero que custodia la puerta de tu casa.

No pudo menos que sonreír ante tal descripción.

—Él solo… hizo lo que yo le pedí.

Brooke acortó finalmente la distancia entre ellas y tomó asiento al lado de su cama, de modo que ambas estuviesen ahora a la misma altura.

—No va a dejar que te vayas tan fácilmente —le dijo, buscando su mirada—, y yo tampoco. Todavía tengo mucho que decir, mucho que no dije en su momento.

Resopló, una forma de evitar que ambas cayesen en un incómodo silencio.

—Parece que por el momento, seguiré aquí —comentó con un ligero encogimiento de hombros—, aunque no sé por cuanto tiempo. Así que, quizá, este sea el momento adecuado para que empieces a hablar.

Ella la miró, sus ojos parecieron adquirir un nuevo brillo y asintió.

—Sí, quizá este sea el momento adecuado.

Se acomodó en las almohadas, echó un último vistazo a la puerta cerrada con nostalgia y centró su atención en las palabras de Brooke. Podían no haber sido amigas, podían no haber compartido gran cosa a lo largo de sus vidas, pero ella era su familia, una de la que había renegado y a la que posiblemente no podría ya pedirles perdón o decirles lo mucho que los añoró en su momento.

Si tenía que irse, al menos lo haría con la conciencia tranquila y el alma en paz.

CAPÍTULO 41

«No le queda mucho tiempo, Nickolas. Su reloj ya ha comenzado la cuenta atrás».

Las palabras del médico seguían danzando en su mente incluso después de que hubiese abandonado la casa. Fue incapaz de ir a ella en el estado en el que se encontraba, la rabia, el dolor, todo se mezclaba haciendo que quisiese destrozar algo, cualquier cosa y gritar hasta quedarse afónico. No podía perderla, no podía dejar que el destino se saliese con la suya, él era su amo y estaba dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias para someterlo.

Su mente era una masa de pensamientos convulsos, había repasado una y otra vez cada pequeña posibilidad, cada conocimiento que poseía intentando dar con la mejor firma de llevar a cabo la misión autoimpuesta. Al final, sus pasos lo habían llevado al filo del atardecer a las tierras de los Altos Hechiceros, los únicos, que hasta dónde él sabía, fueron capaces de acariciar el otro lado y volver a este. Ankara era la prueba fehaciente de ello.

Sus pies acababan de pisar el camino de entrada a la casa de planta baja cuando la puerta principal se abrió y la mentada hechicera atravesó el umbral. Su pálido pelo rubio le caía suelto a ambos lados del rostro, enmarcando unas facciones dulces y unos ojos claros que hablaban de más vidas que la simplemente vivida.

—Pensé que tendría que ir yo misma y hacerte entrar en razón a base de golpes —declaró ella, al tiempo que se llevaba las manos a la cintura—. Radin y tú sois iguales, da igual que tengáis el destino frente a vuestros ojos, no lo veis hasta que os golpean con él, lo que suele ser siempre el último momento posible.

Hizo una mueca, no podía menos que darle la razón. Toda una ironía, ya que él mismo había visto el destino de ambos, o parte de él, motivo por el cual había dejado las cosas arregladas de ante mano en la Agencia para que Ankara pudiese encauzarlo.

—Está de un humor de perros —comentó el Alto Hechicero, quien abandonaba ahora también el umbral de su hogar—. Lleva todo el día con ese tonito, así que, yo que tú me limitaría a decirle *«sí, señora»* y hacer cada una de las cosas que te diga.

Ella se giró hacia su compañero, dedicándole una mirada que hizo que este alzara las manos a modo de rápida rendición.

—Yo no soy el blanco, Kara —le recordó, indicándole a su vez—. Allí lo tienes, ensáñate todo lo que quieras, pero que sea rápido. Nick no tiene mucho tiempo y no es algo sencillo lo que está a punto de hacer.

Volvió sus ojos azules sobre Radin, quien descendía ahora también del porche para encontrarse cara a cara con él. El mestizo llevaba el pelo suelto, una masa del color del ala de un cuervo que ponía de manifiesto su ascendencia de nativo americano.

—¿Listo para bajar a los infiernos y traerla de vuelta?

Respiró profundamente y asintió. Casi agradecía no tener que dar explicaciones, aunque, por otro lado, no dejaba de sorprenderle que esos dos parecieran saber tanto sobre él y Natalie.

—¿Hay algo que no sepas?

Radin esbozó una irónica sonrisa, una marcada por el conocimiento y el misterio.

—Cuando convives con un *Alto Espíritu*, hay pocas cosas que no sepas, Nick —le dijo, como toda respuesta—. Lo mejor es dar las gracias y no hacer preguntas.

Asintió, sin duda ese era un credo por el que podía guiarse.

—Lo tendré en cuenta —aceptó, al tiempo que inclinaba la cabeza—. Gracias.

El hechicero sacudió la cabeza.

—No me las des —declaró, mirando a Ankara—, si bien es algo que volvería a hacer y con los ojos cerrados con tal de traerla de nuevo a mi lado, no es una experiencia agradable de recordar.

La pequeña y delicada rubia se detuvo entonces junto a ellos y asintió.

—Ella debe alcanzar el limbo antes de que puedas hacer nada, ese punto en el que su conciencia exhala el último suspiro pero su alma todavía no abandona su cuerpo —comentó ella, mirándole a los ojos—. Debe morir, antes de que puedas reclamarla… y solo regresará, si ese es su más ferviente deseo. Debes tenerlo presente.

Lo tenía, era el único miedo real que podía albergar ahora mismo, que Natalie prefiriera alejarse antes que aceptar quedarse a su lado como una parte de él.

—Ella es todo lo que deseo —pronunció en voz alta, aceptando su más arraigado deseo—, así que, solo decidme cómo puedo hacer que se quede.

CAPÍTULO 42

Nick acababa de atravesar la puerta del recibidor cuando se encontró a Brooke abandonando con cuidado el dormitorio de su hermanastra. La chica traía en las manos una bandeja con lo que parecían los restos de un sándwich, su rostro se alejaba bastante del de alguien que había pasado un buen rato, por el contrario, parecía estar cercana a las lágrimas. Debió presentirle, pues enseguida alzó la mirada en su dirección al tiempo que dejaba escapar un aliviado suspiro.

—Estás aquí —murmuró, entonces sostuvo la bandeja en una sola mano y señaló con la otra la puerta que acababa de dejar tras de sí—. Ha estado preguntando por ti.

Asintió y se acercó a ella, apartándola al mismo tiempo del dormitorio e instándola a caminar hacia la cocina.

—¿Cómo está?

Ella sacudió la cabeza.

—Desde el accidente, si hay algo cuya huella reconozco, es la presencia de la muerte —declaró en voz baja, monótona—, y esa huella está ahora presente en ella, más presente de lo que lo ha estado nunca. Se fatiga con rapidez, he tenido que obligarla a descansar cuando estaba claro que ya no era capaz de seguir con la conversación. Se despertó hace un rato y lo primero que hizo fue preguntar por ti.

Ladeó la cabeza y apartó un molesto mechón de pelo de delante de la cara.

—Su alma se está apagando, su aura ha perdido intensidad, si no pensase que es imposible —sacudió la cabeza y lo miró a los ojos—, temo que hay algo que está acelerando la recta final de su enfermedad, es como el tiempo que le ha sido robado, estuviese ahora corriendo a toda velocidad.

Él asintió, aquello era lo mismo que le había dicho el médico. De algún modo, el vínculo que había sellado con ella a través del contrato, se iba diluyendo con el paso de los días y ante la inminente presencia del término de este, su enfermedad se aceleraba como si desease recuperar esos días robados, concentrándolos en horas. Maxwell había sido bastante tajante al respecto, no creía que pasase de aquella misma noche.

—Si hay algo que puedes hacer por ella, lo que sea —insistió la muchacha, clavando los ojos en él—, no vaciles y hazlo. No tendrá otra oportunidad.

Volvió la mirada hacia la puerta y suspiró.

—Sí, hay algo que puedo hacer por ella, Brooke —aceptó, poniendo sus propias esperanzas en palabras—, pero el éxito o el fracaso de que esto funcione, depende también de su propio deseo.

La mujer asintió, dejó la bandeja sobre la mesa y se frotó las manos.

—En ese caso, espero que mañana el día amanezca de nuevo para ambos —murmuró, pasó por su lado y posó la mano sobre su brazo—. Tú eres su destino. Da igual cómo haya empezado o cómo termine todo, tu presencia aquí y a su lado, es lo que debía ocurrir.

Con un leve gesto de cabeza a modo de despedida, salió de la habitación y se perdió por el pasillo. El sonido de la puerta de la calle al cerrarse tras ella, fue como el gong que marcaba la cuenta atrás de esa carrera en contra del destino.

Nick dejó escapar un profundo suspiro, dio media vuelta y se dirigió al dormitorio de Natalie. La puerta estaba entreabierta y la luz encendida, empujó suavemente y sus ojos

marrones lo recibieron con calidez.

—Vaya, y yo que iba a empezar a hacer apuestas sobre cuán lejos estarías ya —murmuró ella.

Su voz se escuchaba cansada, su aspecto demacrado y agotado no hacía más que confirmar la presencia de la enfermedad, pero era el aura que ahora la envolvía, una que solo existía en aquellos que estaban a punto de encontrarse con el ángel de la muerte.

—Y sigues deseando librarte de mí —chasqueó la lengua, al tiempo que recorría la habitación y se dejaba caer a su lado en la cama—. A estas alturas esperaba haberte convencido de lo contrario, encanto.

Negó lentamente con la cabeza y se lamió los labios, para luego girarse hacia la mesilla e intentar alcanzar el vaso de agua que había allí por sus propios medios.

—Hay cosas de las que no podrás convencerme jamás, Nickolas —murmuró, alcanzando el vaso y suspirando al volver a su posición original—. Aunque puedes seguir intentándolo. Tus enseñanzas pueden ser… de lo más… instructivas.

Sonrió, admiraba su espíritu combativo.

—Solo lamento que no tengamos tiempo para seguir con ellas.

—Encontraremos tiempo —le prometió, al tiempo que cogía el vaso que ella había vaciado ya—. Y te enseñaré otros juegos, todavía me quedan muchos en la caja de las perversiones.

Se rio, una risa suave, auténtica.

—Voy a echar de menos tu extraño sentido del humor, entre otras cosas —comentó, lamiéndose los labios—. Voy a extrañar tantas cosas de ti… si tan solo tuviese un poquito más de tiempo. Nick, yo… yo te…

—Shhh —le cubrió los labios con los dedos, impidiéndole decir esas palabras que sabía necesitaba escuchar tanto como ella decirlas—. Me lo dirás después, cuando hayas dejado todo esto atrás y seas totalmente mía.

Sus ojos se entristecieron y las lágrimas acudieron a ellos.

—No puedes hacer nada…

Negó con la cabeza y buscó su mirada, intentando que viese la misma fe que él sentía, la misma resolución.

—Te traeré de vuelta —aseguró, al tiempo que le apretaba la mano—, no voy a renunciar a ti ahora que te he encontrado. Además, todavía tienes algo que me pertenece y que tienes que compartir conmigo.

La vio sorber por la nariz, rechazando las lágrimas que ya le cubrían las mejillas.

—Dijiste que siempre habría honestidad, que no me mentirías mientras hubiese este contrato de por medio —le recordó—, no rompas ahora tu palabra.

—No hay ni una sola mentira en mis palabras, Natalie —aseguró, enlazando sus dedos con los suyos—. Sabes que llegué a ti por un motivo, que venía buscando algo.

Ella asintió.

—Tu alma, una que estaré más que agradecida de entregarte a ti y solo a ti —aseguró, recostándose contra los almohadones—. Si alguien va a cuidarla y atesorarla, sé que serás tú. ¿En qué mejores manos podría estar? Mi alma ya es tuya, Nick.

—Pero ahora quiero más —aseguró, inclinándose hacia delante—, quiero también a su portadora, quiero a la mujer que está destinada a mí, quiero a mi *alada*, te quiero a ti Natalie, por completo.

Sacudió la cabeza.

—Aunque te pida y te suplique que no lo hagas, seguirás haciéndolo, ¿no es verdad? —comentó—. Siempre te ha gustado llevar la contraria.

Se llevó la delicada mano a los labios y le besó los dedos.

—Solo a ti —sonrió de medio lado—, es divertido ver cómo te sulfuras. Me gusta la forma en que te sonrojas, es muy… revelador.

Suspiró, estaba claramente cansada, los ojos se le cerraban solos.

—Deberías dormir…

Ella abrió los ojos una vez más y sacudió la cabeza con toda la energía de la que disponía. Entonces luchó por arrastrarse a un lado de la cama y palmeó el colchón.

—Ya he dormido suficiente y muy pronto, no podré ni despertar —murmuró—. No. Siéntate aquí, rodéame con los brazos y déjame sentir un poco de calor.

No tuvo que decírselo dos veces, se sentó a su lado, envolviéndola, pegándola a su cuerpo.

—¿Está usted cómoda, señorita Vanak?

Asintió contra su torso.

—Maravillosamente cómoda, señor Hellmore —aseguró, recostándose contra él—. Si tengo otra vida, hay algo que me gustaría hacer.

Volvió a enlazar los dedos con los suyos y le apretó la mano.

—¿Y qué sería?

—Bailar desnuda bajo la lluvia —declaró convencida—. Sí, ese sería mi primer deseo.

—¿Bailar desnuda? ¿Y bajo la lluvia? Por favor, cuando lo hagas, avísame, quiero estar en primera fila.

Ella alzó la barbilla, hasta encontrarse con su mirada.

—¿Piensas buscarme también en esa otra vida?

—No pienso separarme de ti mientras me quede un solo soplo de aliento, *alada* —declaró, con toda la sinceridad de la que fue capaz—, y si tengo que ofrecerte otra vida para que así sea, la conseguiré, así sea lo último que haga.

Ella sonrió y descansó de nuevo la cabeza sobre su pecho.

—De acuerdo, pero en esa otra vida no quiero ser un zombi ni nada apestoso.

No pudo evitar reír ante tal ocurrencia.

—Muy bien, nada de zombis ni cosas apestosas —aceptó, apretándola suavemente contra él—. Y qué me dices a ser… como yo.

—¿Cómo tú? —repitió, moviéndose contra él—. No sé, Nick, tu ego sería algo que no podría alimentar ni en un millón de años.

—Y ahí está la Natalie que echaba de menos.

—Esa no se ha ido, agente, solo está un poco cansada —aceptó, con un pequeño bostezo —. Pero dime, ¿qué implica exactamente ser como tú?

—Serías parte de mí, tu vida estaría vinculada a la mía como mi pareja —le explicó, con toda la simplicidad que podía poner a algo tan complicado—. Serías mía, eternamente, y compartirías… algunos rasgos de mi ascendencia Demonía. Serías parte de mi mundo y tú serías el centro de él.

Un suave suspiro escapó de entre sus labios, empezaba a quedarse dormida.

—Pero, ¿y tu alma?

—Es a través de ella que podré retenerte —se inclinó, susurrándole al oído—, pero tuya sería la última palabra, la decisión de volver a mi lado como mi *alada* o seguir tu camino a una próxima reencarnación.

—Um…

Su respiración se hizo cada vez más lenta, más tranquila.

—¿Natalie?

—¿Sí, Nick?

—¿Volverías a mí?

Ella se acurrucó pegada a él.

—Sí… siempre… —musitó—, siempre… volveré a ti.

Nick no dijo nada más, ella se había quedado dormida, el cansancio tiraba de ella con fuerza, arrancándole toda resistencia y sumiéndola en un sueño del que quizá ya no despertara.

—Que así sea entonces, Natalie —murmuró, envolviéndola entre sus brazos—, porque no te permitiré hacer otra cosa.

Siguió abrazándola, sintiendo con cada latido de corazón cómo ella se le iba escurriendo entre los dedos, cómo la muerte sacaba ya filo a su guadaña y le tendía una mano esquelética en espera de que se reuniese con ella. La sostuvo, respirando a su mismo compás, conteniendo el aliento con cada pequeño trago de aire que dejaba entrar, viendo pasar el tiempo sin ser consciente de ello, para por fin, con los primeros rayos de sol de un nuevo día, sentirla exhalar su último suspiro.

—Vuelve a mí, amor mío —musitó en su oído, preparándose para llevar a cabo la tarea más importante de toda su vida, la misma de la que dependía que su corazón volviese a latir o se marchitara para siempre—, por favor, Natalie. Vuelve a mí.

CAPÍTULO 43

«Despierta, pequeña».

Natalie parpadeó. ¿Se había quedado dormida otra vez? Luchó con la languidez que recorría su cuerpo y hacía que le pesaran los párpados. La brillante luz que la recibió la obligó a cerrarlos de nuevo y masculló por lo bajo.

—Apaga esa maldita lámpara —gimió, cruzando la mano por delante del rostro, en un intento por disminuir la luminosidad que la hacía lagrimear.

—Si hubiese tal cosa como una lámpara en este lugar, te invitaría a hacerlo tú misma.

Apretó los ojos durante un segundo antes de volver a intentar abrirlos una vez más. La intensidad de la luz no había disminuido, terminó lagrimeando y mascullando por segunda vez, sus movimientos se hacían más lentos que de costumbre, torpes y a pesar de ello, no sentía ese malestar que solía generarlos.

—Tus modales dejan mucho que desear —rezongó, consiguiendo sentarse. Alzó la mirada, viéndole a través de las rendijas en las que se habían convertido sus ojos—, aunque bien mirado, nunca los has tenido. Joder, ¿no puedes apagar esa maldita luz? No puedo ni abrir los ojos.

La figura masculina se acercó hasta terminar de pie frente a ella, como una enorme estatua inamovible.

—Ni siquiera ante las puertas de la muerte eres capaz de moderar tu lenguaje, ahijada —chasqueó la lengua, al tiempo que se cruzaba de brazos—. Te pareces demasiado a él… a ambos en realidad.

Se pasó la mano por los ojos, borrando el lagrimeo provocado por la luz.

—¿Eso es un halago o un insulto, Eydam? —farfulló, parpadeando de nuevo hasta lograr enfocar la mirada en el hombre que la miraba desde arriba. Volvió a parpadear, como si esperase que al hacerlo la imagen que estaba viendo cambiaría—. ¿Hay algún requisito, escrito en alguna parte, que diga que todos las personas que pululan a mi alrededor tienen que ser raritos, demonios o tener alas? Y a pesar de todo, no sé por qué no me sorprende que tú seas… esto… lo que quiera que seas. Siempre te consideré un poco… excéntrico, aunque esto se lleva la palma.

—Si hay algún requisito para ello, estará justo al lado del que dice que las personas que pululen a tu alrededor no tienen que ser necesariamente educados contigo —le soltó, con la misma voz firme y desapasionada de siempre—. Creí haberte enseñado a tener un poquito de respeto para con tus mayores, Natalie.

Entrecerró los ojos e hizo una mueca.

—A estas alturas ya deberías saber que hay cosas que es imposible meter en mi cabeza, Eydam —suspiró. Chasqueó la lengua con afectación—. Aunque quizá puedas hacerlo en una próxima vida, esta… está a punto de agotarse.

—En realidad, ya se ha agotado —declaró con un casi imperceptible encogimiento de hombros—. Llevas muerta… los últimos cinco minutos.

Sus ojos se abrieron de par en par, como si una presa se abriese en su mente, los recuerdos de los últimos instantes penetraron en ella en tropel.

—Nickolas —pronunció su nombre, al tiempo que giraba sobre sí misma, todavía sentada en el suelo de lo que ahora se daba cuenta no era su dormitorio. Esa sala no la había visto jamás.

Sus ojos eligieron entonces ese momento para llenarse de lágrimas, su mente trabajó rauda recuperando los últimos recuerdos, su tiempo con él, sus palabras—. No… no… no era el momento… todavía no… no tuve tiempo de decírselo. Su alma… —se llevó las manos al pecho y alzó de nuevo la mirada, clavándola en él—. Su alma. Se lo prometí. Tengo que devolvérsela.

Los ojos claros de se clavaron en los suyos y sintió una instantánea paz recorriéndola de pies a cabeza, arrebatándole en un suspiro el momentáneo ataque de pánico que la sobrevino.

—¿Estarías dispuesta a perder tu esencia, a ser una cáscara vacía para devolverle lo que le pertenece? —le preguntó. Ni siquiera se movió, en sus ojos no había ninguna emoción que mostrase algo más que aburrimiento—. Perderás todo lo que fuiste, todos tus recuerdos, no habrá renacer, no habrá futuro ni próximas oportunidades. Deberás permanecer aquí, en este limbo, Natalie. ¿Estás dispuesta a renunciar a todo ello por él?

Sus recuerdos, el tiempo que pasaron juntos, cada instante de felicidad que le había regalado. Sería despojada de todo, relegada al olvido, echada en una caja como una de esas muñecas de porcelana de su antigua tienda.

‹‹Eres mi alma, mi esperanza, todo lo que deseo››.

—Sí. —La respuesta surgió rauda de sus labios, sus ojos se clavaron en los de él.

Lo vio suspirar, un gesto tan extraño en aquel hombre que se encontraba ahora ante ella, alguien que conocía desde su más tierna infancia, el único que no la había abandonado a pesar de sus intentos de alejarlo. Eydam se mantuvo lejos por propia voluntad, pero ella era consciente de que nunca lo estuvo demasiado. Su padrino, su vigilante y ahora lo sabía, el encargado de recibirla en sus brazos cuando llegase el momento de abandonar quien había sido; el Ejecutor, el ángel de la muerte.

—Devuélvele lo que le fue arrebatado —pidió, sin dejar de mirarle—. Devuélvele su alma.

—Si lo hago, dejarás de existir —declaró, inclinándose hacia terminar acuclillado frente a ella. Esas enormes y poderosas alas del color del oro se combaron a su espalda, amoldándose sin esfuerzo a sus movimientos, destacando sobre el color negro azulado de sus ropas. No podía haber mayor contraste que el de su pelo y ropa oscura contra el luminoso dorado de esas plumas —. Y no se me permite arrebatarte nada, solo tú puedes decidir, tuya tiene que ser la voluntad y el deseo.

Ella sacudió la cabeza.

—No me has arrebatado nada, si acaso, me diste el tiempo que necesitaba y el espacio para poder llegar a conocer mi destino —aseguró, perdiéndose en sus ojos, sabiendo ahora que cada gesto, cada decisión, cada visita que él había hecho en su vida, había estado motivada por algo—. Y ya estoy preparada para enfrentarme a él.

Eydam ladeó la cabeza de esa manera tan personal, arrugó la frente y supo, sin duda alguna, que iba a protestar.

—No, todavía no lo estás —negó, al tiempo que estiraba la mano hacia ella y le acariciaba la mejilla—. Aún no estás preparada para perder lo que fuiste y abrazar lo que serás. No estás preparada para dejarle ir, Natalie, ese es el castigo de ambos. El amor es un castigo que conduce a la más deliciosa de las dichas, una que por la que siempre se sufre.

Se levantó, dejándola postrada en el suelo.

—Eydam…

Negó con la cabeza y dio un paso atrás.

—Tu alma no está preparada para volver, pero tampoco lo está para avanzar —aseguró. A juzgar por su tono de voz, parecía sorprendido de ello—. La misma dualidad de tu padre corre

también por tus venas.

Parpadeó ante esas inesperadas palabras. El tema de sus progenitores era algo tabú entre ellos, una barrera autoimpuesta por Eydam al poco tiempo de conocerla.

—¿Y eliges este preciso momento para hacer tal comentario? —jadeó, mirándole incrédula—. Qué diablos os pasa a vosotros, los alitas, ¿eh? ¿Por qué demonios tenéis que soltar las cosas en el último momento, justo cuando no se puede hacer nada al respecto?

—No hubo necesidad de que mencionarlo antes.

—¿Qué no hubo necesidad? —casi se echa a reír—. Sí, muchas gracias por la parte que me toca. No es como si alguna vez hubiese estado interesada en esa respuesta, ¿verdad? No es como si nunca te atosigase con preguntas sobre él o sobre ella sin obtener una mísera respuesta.

La miró con esa serenidad que empezaba a ponerla de los nervios.

—Para un *Angely*, la pérdida de su *alada* significa la pérdida de su propia alma —comentó, en voz más baja que de costumbre, más inhumana—. Perder a Angélica fue un duro golpe para él, aunque no la había reclamado, era su compañera, su *alada*, esa parte de su alma que nunca retornaría a él. Tú fuiste su esperanza durante mucho tiempo, pero sabía que no podía mantenerte a su lado. Tú naciste para completar el juramento hecho a un proscrito ante las puertas de la muerte.

—¿A quién?

—A los padres de tu *Vitriale*.

—¿Los padres de Nick?

Él se limitó a asentir.

—El destino nunca deja nada al azar, da igual el tiempo que transcurra, él reclama lo que es suyo y no importa quien se oponga.

—¿Quién es mi padre, Eydam? ¿Está vivo? ¿Está muerto? Necesito saber…

Su mirada se encontró de nuevo con la suya, no tardó mucho en ladear la cabeza en ese gesto que empezaba a sacarla de quicio.

—Sí, necesitas saber —concordó—. Como necesitas también aprender cuál es la pregunta correcta. Olvida el pasado, Natalie y piensa en el presente, pero sobre todo en el futuro. ¿Cuál es tu mayor anhelo? ¿Qué es lo que más deseas por encima de todas las cosas?

—Volver a él.

Los labios masculinos se curvaron ligeramente, y por primera vez vio una chispa de diversión en sus ojos.

—No estás preparada para perder el pasado y abrazar el futuro —negó, sorprendiéndola una vez más con su drástico cambio de humor—. El alma que compartes sigue aferrada a tus deseos. No podrás cumplir tu promesa hasta que renuncies a tu amor por él y le devuelvas lo que el destino solo te dejó en custodia.

Sacudió la cabeza sin comprender.

—¿Renunciar a mi amor por él?

Su mirada se suavizó, por un momento creyó ver cierta ternura en ella.

—Solo renunciando a aquello que más queremos, que anhelamos, es que somos capaces de entregar el alma y enfrentar el destino —declaró con voz clara—. Solo entonces estamos listos para perder lo que fuimos y abrazar lo que el destino quiere que seamos.

‹‹Puedo cambiar cualquier destino, excepto el mío››.

Las palabras de Nick surgieron de nuevo de sus recuerdos, trayendo a su mente el momento exacto en el que fueron pronunciadas.

—Yo cambiaré el tuyo —musitó, repitiendo la misma respuesta que le había dado

entonces.

Sacudió la cabeza y miró a Eydam, quien no había dejado de contemplarla.

—Quiero volver a él.

Sus ojos se oscurecieron y su expresión se endureció.

—Tu vida ha llegado a su fin, no puedes volver, solo continuar.

Respiró profundamente, decidida a intentar lo que fuera con tal de cumplir con su promesa.

—Mi alma si puede hacerlo, puede volver —respondió, sin apartar la mirada—. Y se convertirá en suya, como siempre debió serlo.

—Solo si renuncias a lo que fuiste y a lo que eres, a todo lo que conservas dentro de ti, sobre todo a tu amor por él —insistió, con un obvio recordatorio—. No renacerás, no tendrás otra vida, otra oportunidad, no conservarás ni recuerdos ni sentimientos, serás una cáscara vacía. Tu alma será la suya y tú solo un lejano recuerdo que se desvanecerá hasta dejar de existir.

—Yo no…

—Natalie, si renuncias a él, podrás seguir adelante —la interrumpió—. Has sufrido suficiente en esta vida, es hora de que la dejes atrás. Tendrás una nueva oportunidad, renacerás una vez más y podrás vivir otra vida que compense el sufrimiento de esta.

Sacudió la cabeza y se apartó de él, luchó con la languidez y la paz que insistía en apropiarse de su cuerpo y de su mente y se levantó. Las piernas le temblaban y tuvo un difícil momento para mantener el equilibrio, pero aquello no la disuadió. Su corazón gritaba a pleno pulmón, su propia alma sangraba ante el solo pensamiento.

—No renunciaré a él, nunca renunciaré a él —alzó la voz—. Le entregaré lo que le pertenece, le devolveré su alma y así borraré esa tristeza eterna que he visto en sus ojos, pero no dejaré de amarle, Eydam. Incluso si no soy nada, si solo queda de mí una cáscara vacía, no permitiré que muera mi amor por él.

Él inclinó la cabeza, extendió las alas, como si quisiera reacomodarlas y acortó la distancia entre ellos. Dos largos y fuertes dedos se cerraron sobre su barbilla, obligándola a alzar la mirada hasta encontrarse a un suspiro de su rostro.

—Renuncia a él.

Luchó por soltarse, pero no lo consiguió.

—No.

Los labios masculinos se curvaron en una perezosa sonrisa.

—Renuncia a tu amor por él.

—No lo haré —apretó los dientes, sintiendo por primera vez una inesperada rabia hacia ese hombre—. Nunca.

Le alzó la barbilla un poco más, sus ojos se encontraron en una directa confrontación.

—Has perdido tu primera oportunidad para poder renacer y vivir una nueva vida —le informó, examinando su rostro como si buscase algo en él—. Pero cierto es que no conoces nada más que aquello que se ha presentado ante ti, ¿seguirás pensando igual cuando sepas quién es el hombre al que llaman *Vitriale*?

Le soltó el rostro y ella se alejó un paso, echando chispas por los ojos, cosa que trajo una amplia sonrisa a su rostro, una que no tenía una pizca de alegría sino todo lo contrario. Su gesto no podía ser más siniestro. ¿Quién diablos era en realidad ese hombre? ¿Cómo era posible que hubiese estado a su lado tanto tiempo y nunca lo hubiese visto tal y como era?

—No renunciaré.

Eydam asintió con un gesto de la cabeza y extendió la mano hacia ella, curvando los dedos

hasta que solo el índice quedó a escasos centímetros de su frente.

—Demuéstramelo, Natalie —declaró y acto seguido posó la yema del dedo sobre su frente, sumiéndola en una cascada de imágenes y recuerdos que no tenían nada que ver con ella y sí con el oscuro pasado que formaba parte del hombre al que amaba—. Demuéstrame que no me he equivocado.

No llegó a escuchar sus últimas palabras, su mente se había perdido, viajando al pasado, viendo y sintiendo todo a través de los ojos y las emociones de aquel ser mestizo al que apodaban *Vitriale*.

—No vas a separarme de ella, no la dejaré ir.

Nick no levantó la cabeza, ni siquiera se movió un solo centímetro de la cama en la que su cuerpo inerte descansaba. La muerte la había reclamado, la vida la abandonó dejándole únicamente esa cáscara vacía de la que se negaba a separarse. Su alma seguía en ella, aferrada con las últimas briznas de fuerza a un cuerpo y esa era toda la esperanza que necesitaba, especialmente ahora que el Ejecutor se había presentado en aquella habitación.

—No soy yo el que la aparta de tu destino, eso es algo que yace únicamente en tus manos.

Se obligó a arrancar la mirada del semblante sereno de Natalie y volverse hacia él. Eydam contemplaba a la mujer con gesto inexpresivo, como si para él no fuese nada más que otro ser humano más carente de importancia.

—¿No piensas mover un dedo? —lo increpó—. ¿Piensas cruzarte de brazos una vez más y limitarte a ver qué sucede?

Los ojos claros se encontraron con los suyos y sintió el vibrante poder que emanaba de ese *Angely*.

—No es a mí a quien corresponde mover ficha —respondió y giró el rostro hacia ella, señalándola con un gesto de la barbilla—. Su alma se ha aferrado a su cuerpo, no está lista para partir, pero tampoco lo está para regresar a ti. Permanecerá en ese limbo hasta que sus fuerzas se agoten o la balanza se incline hacia algún lado.

—No voy a dejar que se marche —declaró con firmeza, apretó los puños y reprimió el deseo de gritar. No podía rendirse todavía, tenía que retenerla, sostenerla con cada gramo de poder que quedase en su cuerpo hasta que ella comprendiese que su sitio estaba a su lado, con él.

—Si ella decide marcharse, no podrás retenerla —le recordó—. La pelota ya no está en tu tejado, Niklas, está en el suyo. Debes respetar las reglas, si ella significa para ti más que tu alma, acatarás su deseo como si fuese el tuyo propio.

—No la dejaré marchar.

Sintió el peso de la mano masculina posándose sobre su hombro, pero no se atrevió a mirar en ese momento el rostro del Ejecutor, el emisario de la muerte, aquel *Angely* con el poder de retener las almas o acompañarlas a su morada final.

—Si ese es también su deseo, podrás traerla de vuelta —anunció apretándole el hombro—. Tendrás el permiso para recuperar lo que el destino te robó y no habrá recargo alguno por tus acciones. Pero ella debe dar su consentimiento, cada una de las pruebas que encuentre en este inexplorado viaje, deberá enfrentarse a ellas con el alma desnuda y de esa misma manera deberá volver a ti. Tendrá que renunciar a sí misma, a lo que ha sido y abrazar lo que será, solo así su alma encontrará el camino de regreso a su lugar. De ti dependerá entonces el retenerla o dejarla marchar.

Sus ojos se encontraron una vez más.

—No voy a perderla, Eydam, elija lo que elija, no voy a perderla —declaró con firmeza, viendo lo que sus palabras y el silencio oculto tras ellas traía consigo—. De un modo u otro, no la perderé.

Él desvió entonces la mirada de nuevo hacia ella y ladeó la cabeza.

—En ese caso, será mejor que ella elija sabiamente u os perderemos a los dos.

Sin una sola palabra más, se inclinó sobre la cama, acarició la pálida e inerte mano y se desvaneció en el aire dejando tras de sí una lluvia de pequeñas plumas doradas.

—Vuelve a mi lado, Natalie —murmuró, sintiendo cómo su corazón se iba marchitando ante su lejanía—, o seré yo el que acuda al tuyo, para siempre.

CAPÍTULO 44

Natalie se encontró contemplando el suelo, las lágrimas resbalaban por sus ojos cayendo sobre el suelo de mármol blanco con vetas grises que sentía fría bajo sus manos y rodillas. Le costaba respirar, los recuerdos e imágenes seguían danzando en su mente como una macabra obra de teatro, un agrio recordatorio de ese pasado del que Nickolas le había hablado. No se trataba de crueldad, ni de masacres, sino del destino, del camino que este había elegido para él y el sendero por el que lo había obligado a discurrir. Había soledad, muerte y arrepentimiento en la vida del hombre al que amaba, rabia y dolor por lo que sus acciones o la falta de ellas a menudo habían repercutido en el destino de aquellos con los que se encontraba. Vio a Elphet, la mujer que por un momento creyó poder alojar en su corazón y ser sustituta de aquella que no había aparecido, contempló y sintió lo que ella significó para él, imágenes que habría preferido omitir pues dolía demasiado a pesar de que ya eran parte del pasado.

Pero a pesar de todo, a pesar del dolor, de la vida de desgracia y soledad que él había llevado, no encontró nada que la hiciera recular, por el contrario, se sintió más decidida que nunca a seguir adelante.

—¿Renunciarás a él?

¿Cuántas veces había escuchado aquellas palabras en las últimas horas? ¿O habían sido días? Eydam estaba siempre allí cuando abría los ojos, esperando, con aquella maldita frase en la boca. Ya no era consciente del paso del tiempo, ni del hambre o la sed, todo lo que podía sentir era dolor, desesperación y la necesidad de escapar de todos esos recuerdos que no le pertenecían. Quería sentir esos fuertes brazos rodeándola, diciéndole que todo iría bien, que nada de aquello importaba, que le arrancaría las plumas a ese capullo una por una si hacía falta. Le necesitaba, esa era la desgarradora y horrible verdad, le quería por encima de todo, anhelaba volver a su lado, perderse en su mirada, en su cuerpo y escuchar esa voz que la hacía estremecer.

—No —musitó una vez más. Su voz empezó como un pequeño hilo, ahogado por las lágrimas—. No. No. No. No. ¡Noooooo! No voy a renunciar a él. No me importan las veces que lo preguntes, da igual lo que me enseñes, lo que me obligues a presenciar, ¿me escuchas? ¡Le quiero! ¡Soy su alma y no renunciaré a él! Y si me obligas a alejarme ahora, volveré a él vida tras vida, incluso si en cada una de ellas, él es la causa de mi propia muerte.

Se inclinó delante de ella, acunándole la mejilla con una ternura que no hacía sino aumentar su rabia y su tormento.

—¿Estás preparada para perder lo que has sido y abrazar lo que serás? ¿Estás preparada para renunciar a tu alma y compartirla eternamente?

Más lágrimas se unieron a las primeras.

—Solo quiero volver a su lado —musitó, demasiado cansada para retener ya las lágrimas —. No me importa perderlo todo con tal de permanecer junto a él, me da igual la forma en que tenga que hacerlo, pero no me obligues a renunciar a lo único que realmente deseo.

—Eres igual de testaruda e intransigente que tu madre —aseguró, dejando escapar un aliviado suspiro.

Hizo una mueca al escuchar esa inesperada frase y sorbió por la nariz.

—Mejor parecerme a ella que al imbécil de mi padre.

—Consideraré eso un halago, más que un insulto.

Ella hizo un mohín, entonces sacudió la cabeza y se limpió los ojos con gesto cansado.

—Solo… solo termina con esto, por favor.

Los cálidos y fuertes dedos masculinos le borraron los últimos restos de lágrimas.

—Para volver a su lado, tendrás que renunciar a lo que eres y abrazar lo que serás —insistió, acunándole ahora el rostro entre las manos—. Debes reclamar tu derecho de nacimiento y dejar que tu luz se mezcle con su oscuridad. Eres mayormente humana, pero tienes también sangre *Angely* corriendo por tus venas, la línea de enlace que tu compañero necesita para retenerte a su lado, solo si eso es lo que quieres, el verdadero anhelo oculto en tu alma.

Lo miró, no podía dejar de hacerlo, sus palabras la habían cogido por sorpresa.

—¿Me has hecho pasar todo este infierno para decirme ahora eso? ¿No podíamos habernos ahorrado todo lo demás e ir directos al grano?

Enarcó una ceja, adquiriendo esa expresión anodina que la volvía loca.

—Te lo dije, tu alma no estaba preparada —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Todo requiere una preparación y hay reglas que deben cumplirse, algo que tu compañero debería tener en cuenta en el futuro si no quiere encontrarse con más sorpresas desagradables.

Sacudió la cabeza, ya estaba cansada de todo eso.

—¿Has dicho que tengo sangre *Angely*? —recuperó ese dato—. ¿Quién…?

—Tu ascendencia viene por parte paterna.

Frunció el ceño.

—¿Y mi madre?

—Angélica era humana, totalmente —confirmó, sin darle más datos.

—¿Y él…? —Las palabras le murieron en la garganta casi en el mismo instante en que su mente terminó la frase. Sus ojos se encontraron una vez más y la realidad la golpeó con fuerza—. No me jodas… tú…

—No tengo el más mínimo deseo o intención de hacerlo —la atajó con el mismo tono de siempre, sus ojos fijos en los de ella.

Arrugó la nariz e hizo una mueca ante sus palabras, no podía estar más de acuerdo.

—Él no va a poder retener tu alma aquí indefinidamente —declaró a continuación—, es el momento de que elijas por ti misma el destino que quieres seguir.

No vaciló.

—Esa es una elección fácil —murmuró, sintiendo cómo algo cambiaba en su cuerpo, cómo empezaba a sentirse liviana y pesada, todo al mismo tiempo—, todo lo que deseo es volver a su lado.

—En ese caso vuelve con tu compañero, pequeña —le acarició el rostro una vez más y sus párpados se hicieron tan pesados que ya no pudo seguir con los ojos abiertos—. Regresa al lugar que te pertenece.

CAPÍTULO 45

—Despierta, *alada* —su voz se filtró en la oscuridad, envolviéndole—. Ven a mí, Natalie. Te necesito. Eres mi vida, mi alma y mi corazón.

Sus palabras la envolvieron con calidez, tirando de ella hacia la superficie, como si fuese un submarinista que se ha quedado sin aire y necesita ser rescatado.

—Quiero oírte decir esas palabras que me negué a escuchar —insistió, acariciándola con el calor de su cuerpo, con su esencia—, quiero que me las digas una y otra vez, que me digas que me eliges por encima de otras vidas.

Con cada nuevo tirón, empezaba a ser más consciente de sí misma, de su cuerpo, del agotamiento que la envolvía y de un sordo dolor en su pecho.

—Vuelve a mí, Natalie —su voz le acarició el oído, al igual que sus labios—, despierta para mí, *alada*, despierta y déjame oírte decirlo una sola vez.

‹‹Te quiero. No sé por qué, ni cómo ni cuándo ha ocurrido, pero te quiero››.

Pero las palabras no abandonaron sus labios, solo resonaron en su mente

—Natalie… regresa…

‹‹Estoy aquí. Oigo tu voz. No dejes de pronunciar mi nombre. No dejes de llamarme. No dejes de decirme…››.

—Te quiero, mi pequeña y retorcida gatita —le dijo él al oído—, sé que puedes escucharme, así que abre los ojos y dime esas dos malditas palabras antes de que pierda la paciencia.

Sonrió, no pudo evitarlo, sus labios se curvaron por si solos y terminó sonriendo.

—Tu paciencia… siempre ha demostrado ser… escasa. —Se las ingenió para articular. Sentía la garganta pastosa, le costaba articular cada palabra—. Uno de tantos defectos que tienes… y que creo que terminaré apreciando.

—Dilo, Natalie —insistió él, acariciándole la oreja con los labios—. Abre los ojos, mírame y dilo.

Parpadeó, luchando con la luz que iluminaba su dormitorio.

—Lo haría… si no temiese quedarme ciega.

Él se inclinó sobre ella, proporcionándole algo de sombra y sobre todo, buscando su total atención.

—Dilo, pequeña revoltosa —lo vio pronunciar las palabras, sus labios contenían una adorable sonrisa, que se reflejaba en sus ojos.

—Te quiero —murmuró—. *Je t’aime, ti amo, S ‘agapó, Ich liebe dich, Negligevapse, Aishiteru, Ego amo te*… Vaya… no sabía que podía decirlo en tantos idiomas. No creo conocer ni la mitad.

Se echó a reír. ¿Esto era otro sueño? ¿Otra irrealidad?

—Mírame. —Su voz volvió a atraer su mirada y se quedó prendada en ella—. Eso es… ahora dime, ¿te quedarás a mi lado por propia voluntad? ¿Ese es tu deseo?

No vaciló en su respuesta.

—¿Te quedarás tú al mío?

Se inclinó sobre ella, respirando de su boca.

—Nada podrá despegarme de ti, *alada*.

Parpadeó varias veces, pero él no desaparecía, Nick seguía allí.

—Eres real, ¿verdad?

—Tan real como lo eres tú, encanto.

Ella asintió, reconociendo ese timbre de voz y ese apodo cariñoso. Intentó mirar a su alrededor, pero le dolía la cabeza y estaba cansada. No era capaz de pensar con claridad.

—¿Qué… qué ocurrirá a partir de ahora?

Le acarició el rostro, deslizando los dedos por su mejilla, haciéndola estremecer al reconocer su tacto.

—Sé que has visto lo que soy, quién soy y lo has aceptado a pesar de todo —murmuró—. ¿Estás preparada para ser parte de ello?

Asintió. Nunca había estado tan preparada en su vida como ahora.

—Haría cualquier cosa con tal de poder quedarme contigo, Nick —murmuró, luchando por mantener los ojos abiertos—. Cualquier cosa. Pero… ¿y tu alma? ¿Qué…?

Le cubrió los labios con los dedos.

—Mi alma está dividida en dos, una mitad siempre estará contigo y la otra, me la devolviste en el mismo instante en que exhalaste tu último suspiro —aseguró, con voz suave, casi arrulladora—. Descansa ahora, mi *alada*. Cuidaré de ti y cuando despiertes, serás tú misma… y serás algo más.

Luchó para abrir de nuevo los ojos y mirarle.

—No me saldrán cuernecitos ni cosas raras, ¿verdad?

Él sonrió de medio lado, pudo ver la diversión bailando en sus ojos.

—No, nada de cuernecitos y cosas raras… —le acarició el rostro con ternura—. Solo adquirirás algunos rasgos externos y quizá algo más de mi parte *Demonía*, ya que sorprendentemente, querida mía, tú ya tienes una parte *Angely*.

Ella sacudió la cabeza, sus ojos se clavaron en los de él y se lamió los labios antes de pronunciar:

—Él… él es mi padre —murmuró—, siempre lo fue y yo… Demonios, ¿hay algo más bizarro que eso?

Le sonrió, apartándole el pelo del rostro.

—Puedo pensar en unas cuantas cosas.

La vio suspirar, entonces buscar su mirada.

—Entonces… ¿te quedas conmigo?

Se inclinó sobre ella.

—Eres mi otra mitad, Natalie, todo lo que deseo —aseguró—, intenta impedírmelo.

Suspiró y dejó que sus ojos volviesen a cerrarse lentamente.

—Me gusta cuando te muestras tan posesivo —murmuró, dejando que el cansancio la venciese—. Supongo que puedo sobrevivir a un bonito tatuaje con tal de quedarme contigo, ya que tú también eres todo lo que yo deseo, Nick.

—Buena respuesta —escuchó su voz y sintió sus labios acariciándole la nariz antes de que hicieran lo mismo en su oído—. Solo una cosa más, Natalie.

Intentó abrir los ojos, pero le pesaban demasiado los párpados.

—¿Qué? —musitó, más dormida que despierta.

—Renacer… como *Vitriale*… va a dolerte un poquito.

Estaba a punto de preguntar cómo de poquito cuando un inesperado calorcillo empezó a extenderse por sus miembros, subiendo de intensidad hasta que sintió cómo su piel parecía diluirse y despegarse de los huesos. Intentó gritar, pero no encontró las palabras, su garganta no

funcionaba y ni siquiera podía gritar. Sin embargo, igual de rápido que llegó el calor, el frío ocupó su lugar, llevándose el dolor y dejando tras de sí una deliciosa paz.

—Descansa ahora, Natalie —creyó oír su voz—. Cuando vuelvas a abrir los ojos, empezará tu nueva vida a mi lado.

EPÍLOGO

Un hospital. Pensó Natalie con ironía, tenía que ser un jodido hospital. El inconfundible sonido del gotero atrajo su mirada hacia la derecha, donde el soporte contenía el suero que iba de la bolsa a la vía incrustada en su mano. Se lamió los labios, los sentía resecos y la boca pastosa, sin duda producto de alguna clase de medicación. Giró entonces la cabeza hacia la derecha, una mesilla al lado de la cama contenía un enorme ramo de flores de vivos colores y un sillón de aspecto bastante cómodo. La habitación, tal y como pudo apreciar, no poseía el deprimente color verdusco de los hospitales y para su sorpresa, tampoco olía igual, aunque posiblemente esto último fuese cosa de las flores al lado de su cama.

Terminó su inspección deteniéndose en cada uno de los cuadros de alegres paisajes que colgaban de dos de las paredes, y finalmente en la puerta abierta de lo que suponía era un cuarto de baño.

¿Una clínica privada? Volvió a lamerse los labios y se recostó una vez más contra las almohadas. ¿Había sido todo un sueño? ¿Existía él de verdad o era un producto de su avanzada enfermedad?

—¿Nickolas? —murmuró su nombre, temiendo no obtener respuesta, o que alguien le dijese que no había recibido visita alguna en sabe dios cuánto tiempo—. ¿Nick?

«Alada».

Jadeó al escuchar su voz resonando en su mente. Sus ojos se dispararon buscándolo a través de la habitación, pero no fue hasta que se abrió la puerta y apareció, que el miedo que había sentido se disipó como si nunca hubiese existido.

No era un sueño, él existía de verdad y estaba allí, llenando el umbral de la puerta con su presencia y…

—¿Qué le has hecho a tu pelo?

Él se pasó la mano por este, ahora corto, y se rio entre dientes.

—Uno de los dos debía sacrificar algo y preferí hacerlo yo —aseguró caminando hacia su cama—. No te preocupes, volverá a crecer.

No podía sacarle los ojos de encima. Tenía que admitir que ese nuevo look le quedaba realmente bien, le daba un aire travieso y al mismo tiempo maduro, un conjunto que casaba muy bien con quien era.

Estiró la mano con gesto tímido y jadeó cuando él la interceptó y entrelazó los dedos con los suyos.

—Bienvenida a la vida, Natalie —le dijo, llevándose la mano a los labios y besándole los nudillos.

El aire abandonó sus pulmones con brusquedad y terminó tosiendo.

—Despacio, amor, despacio. —La ayudó a incorporarse un poco en las almohadas—. ¿Cómo te encuentras?

Sacudió la cabeza y sonrió, con cierta vacilación.

—La verdad, no lo sé —aseguró, sin apartar la mirada de su rostro. Alzó la mano que tenía atada a la vía y la posó con suavidad sobre su áspera mejilla. No se había afeitado—, pero no me importa mientras tú estés aquí y seas así de real.

Él sonrió, esa sonrisa perezosa e irónica que traía consigo cosas muy interesantes.

—Estoy justo aquí y soy muy real —aseguró, indicándole con la mirada hacia abajo—. Si bajas la mano más allá de mi cintura, podrás ver lo real que soy.

Se echó a reír, un sonido claro y lleno de vida. A pesar del cansancio y la desorientación, se sentía bien, mucho mejor de lo que había estado…

—La leucemia… ¿se ha ido?

Él asintió.

—No queda ni rastro de ella en tu cuerpo.

Sus ojos empezaron a vidriarse, pero se las ingenió para no llorar. Aquel era un motivo de alegría, no de pena. Asintió y estiró el brazo para coger su mano izquierda y buscar en el dorso de su muñeca.

—Ahora es rojo —murmuró, resiguiendo el patrón del tatuaje—. ¿No debía ser blanco? Dime que todo está bien, que…

—*Shh* —la tranquilizó, con tan solo una caricia—. Todo está bien. Es el color que debe tener. Me has devuelto lo que llevaba más tiempo del que puedo recordar buscando y me has dado incluso mucho más.

Asintió y permitió que el aire escapase lentamente de sus pulmones. Entrelazó los dedos en los suyos y miró a su alrededor.

—*Um*… y dónde estamos, si puede saberse.

Él se movió y se subió a su cama, sentándose en un lateral.

—Necesitaba tenerte controlada durante… algún tiempo, así que te trasladamos a una clínica privada de confianza —le explicó, apartándole ahora el pelo del rostro—. Y todo va muy bien.

Sí, todo iría maravillosamente mientras él siguiese justo ahí y no se moviese ni un solo centímetro.

—¿Hay algo que desees preguntarme?

Se lamió los labios, deslizó la mirada por la habitación y entonces se giró de nuevo hacia él.

—Tú… —señaló la puerta, dándose cuenta aún ahora de algo—. Espera. Estabas fuera, ¿cómo?

«¿Cómo escuchaste mi voz si no estaba en la habitación?».

Su voz resonó una vez más en su cabeza, pero él no había movido siquiera los labios. La sorpresa elevó su ritmo cardíaco, haciendo que una de las máquinas empezase a emitir un elevado pitido.

—Respira, Natalie —le dijo ahora en voz alta, apretando todavía su mano libre—. Todo se ajustará a su debido tiempo. Eso es… relájate, encanto. Así… bien.

Tomó una profunda bocanada de aire y asintió.

—¿Podrías avisarme la próxima vez que hagas eso? —preguntó, mirándole de reojo.

«Terminarás acostumbrándote y podrás responderme de la misma manera».

—Será otro juego más que podré enseñarte —concluyó en voz alta.

Ella asintió, aunque empezaba a sentirse sobrepasada por todo aquello.

—No… no quiero quedarme en el hospital —declaró entonces. Se llevó la mano con gesto distraído al pelo para retirarla casi al instante, trayendo consigo un mechón de pelo que, ahora se daba cuenta, le rozaba ahora la parte superior del pecho—. Nick…

—¿Sí, encanto?

Se lamió los labios, acarició estupefacta el sedoso pelo negro e hizo una mueca cuando tiró de él y notó el dolor en su cuero cabelludo.

—¿Cuánto tiempo has dicho que llevo aquí?

Pudo ver en sus ojos un ligero brillo de diversión que la obligó a tragar.

—No dije cuánto, Natalie.

Levantó el mechón de pelo en un obvio gesto.

—Pues ya estás tardando en hacerlo —aseguró, lamiéndose los labios una vez más con gesto nervioso—. Esto no crece así en cuestión de días o semanas, mi pelo no.

—Las cosas serán distintas para ti a partir de ahora.

No se dejó liar por él.

—Cuánto, Nick, solo dime cuánto.

—No entres en pánico todavía, solo llevas aquí tres semanas.

Abrió los ojos de par en par, sus labios empezaron a moverse espasmódicamente pero fue incapaz de hacer que emergiese de ellos ni una sola palabra.

—*Tres semanas* —consiguió pronunciar al fin—. ¿Y esta es la primera vez que me despierto?

Él asintió.

—Hay cosas que llevan su tiempo —aseguró, rozándole la mejilla con los dedos—, y el enfrentarse a un nuevo nacimiento, es una de ellas. Tu cuerpo y tu alma necesitaban sanar, necesitaban aclimatarse a su nueva naturaleza, pero no te preocupes, todo va muy bien.

Sacudió la cabeza.

—Tres semanas —repitió. Al menos no habían sido siete meses—. Quiero ir a casa. Por favor. Quiero irme… ya sabes lo que opino sobre los hospitales.

Cualquier cosa que tuviese que enfrentar, prefería hacerlo fuera de esas paredes.

—Te llevaré a casa tan pronto sea adecuado —le dijo, deslizando el dedo por su mejilla, siguiendo su dirección con la mirada—. Ahora, tienes que descansar.

Nick empezó a soltar su mano, pero ella se la sujetó con ambas. Un ligero temblor recorrió su cuerpo y se encontró al borde de un ataque de pánico. No quería que se marchase, tenía miedo a perderle de vista y que todo aquello resultase ser solo un sueño.

—No te marches, por favor.

Volvió a sentarse al borde de la cama y la miró a los ojos.

—Nadie va a apartarme de ti, *alada* —le aseguró—. Estaré justo aquí cuando te despiertes.

Hizo una mueca.

—No quiero dormir… —se negó a ello, sin poder dejar de pensar en el tiempo que llevaba allí metida—, ya he dormido bastante.

—Solo serán unas horas —se rio, ante su preocupación—, te despertaré para la cena.

Buscó en sus ojos algún rastro de mentira, pero sabía que lo que allí veía era solo la verdad.

—Entonces, ¿se ha acabado? ¿Puedo… puedo quedarme? —se lamió los labios, sacudió la cabeza y suspiró—. Lo que quiero decir es…

—¿Si puedes quedarte conmigo?

Asintió, sin dejar de mirarle.

—Intenta evitarlo, Natalie —le guiñó el ojo—. Compartimos un alma y un mismo destino. Nada volverá a mantenerte lejos de mí, ni siquiera una enfermedad.

La seguridad en su voz contribuyó a tranquilizarla.

—¿Sigo siendo yo? —preguntó entonces, temiendo que la longitud de su pelo fuese un cambio menor en su persona—. No tengo cuernecitos ni cosas raras, ¿verdad?

Casi tenía miedo de llevarse la mano a la cabeza y comprobarlo.

—Nada de cuernecitos, ni cosas raras —respondió él, siguiendo el dedo que ahora resbalaba por su mejilla, descendía por su cuello y se internaba en la uve que dejaba a la vista el pijama—, sigues siendo tú en toda tu gloria, encanto.

Su mirada volvió entonces a sus ojos y, por la forma en que la examinaba, supo que había algo más.

—Y los cambios externos son mínimos y nada tan drástico como para que tengas que recurrir a ponerte una bolsa de cartón en la cabeza.

Gimió y superó su temor ante la ansiedad de que la cosa de los cuernos no fuese solo una broma suya. Para su alivio, su cuero cabelludo estaba libre de cualquier clase de protuberancias.

—Nada de cuernos, ni antenas, ni nada de nada —rogó.

Él se rio y rescató sus manos, evitando que pudiese arrancarse la vía.

—Compartes una parte de mi tatuaje, Natalie, nada más —le aseguró—, y en tu piel es mucho más claro. Con el tiempo y un poco de práctica, aprenderás a ocultarlo.

Ella gimió, extendió las manos y se las miró, siguiendo con cada pedazo de su cuerpo, mirando incluso dentro de la ropa en busca de aquello a lo que él debía estar haciendo referencia. Ella sabía que en su caso, el tatuaje le cubría buena parte de la espalda, el rostro y el corazón.

—¿Qué… qué es?

La detuvo, cogiéndole las manos una vez más.

—Quieta, Natalie —la obligó a relajarse—. Si te arrancas la vía, te pongo sobre mis rodillas y te dejo el culo como un tomate.

Ella parpadeó ante una amenaza que ya había utilizado con anterioridad. Frunció el ceño e hizo un puchero.

—Quiero verlo, quiero comprobar que no tengo nada raro…

Él suspiró, sin pensárselo hizo aparecer un espejo sobre su regazo.

—Muy bien, pero necesito que sigas respirando, ¿de acuerdo?

Asintió, cogió el espejo y lo levantó dispuesta a contemplar su propio reflejo. El resultado fue que se olvidó de respirar durante varios segundos.

—Respira Natalie…

Se lamió los labios, estudiando su aspecto, para finalmente bajar el espejo y mirarle.

—Nick.

El enarcó una delgada ceja rubia.

—Dime.

Se lamió los labios y se las ingenió para componer su tono de voz más meloso.

—La próxima vez que se te ocurra mentirme, te cortaré los huevos.

Él puso los ojos en blanco, considerando su reacción del todo exagerada.

—Nena, estás exagerando, los cambios no son…

Ella alzó la mano, interrumpiéndolo.

—Dijiste que dolería solo un poquito —le recordó sus propias palabras.

Él pareció relajarse ante tal afirmación.

—¿Y no fue así?

Negó con la cabeza, haciendo que los mechones de su pelo volasen en varias direcciones.

—No. —declaró con vehemencia—. Fue como atravesar las mismísimas llamas del infierno mientras te arrancan la piel a tiras.

Él no dijo nada, se limitó a contemplarla.

—Pero ha merecido la pena —continuó con la misma firmeza y seguridad, al tiempo que recuperaba el espejo y volvía a estudiar el diseño que ahora cubría parte de su rostro—. Y lo

haría de nuevo con tal de poder volver junto a ti.

Él le quitó el espejo de las manos, dejándolo en la mesilla junto a las flores para luego cogerle la barbilla y sostenerle así la mirada.

—No hay necesidad, *alada* —le aseguró, frotando su mejilla con el pulgar—. Tú eres, ahora mismo, todo lo que deseo.

Sonrió, estirando la mano para cogerle del cuello de la camisa y tirar de él hacia abajo.

—Te quiero, mi *Vitriale* —musitó, con una dulce sonrisa—. ¿Ves? No hace falta que me amenaces para que te lo diga.

—¿Ah, no?

Sacudió la cabeza y sonrió abiertamente.

—No, Nickolas —le rodeó el cuello con la mano libre, apretándose contra él—. Porque tú también eres todo lo que yo deseo. Eternamente.

—Buena respuesta, compañera, muy buena respuesta —le susurró a puertas de sus labios —. Te quiero, mi *alada*. Eres todo para mí, Natalie. Todo, para siempre.

Sus labios se encontraron y celebraron con un beso el comienzo de una nueva vida, una en la que no faltaría el amor, la ironía y los más divertidos y pervertidos juegos.

EPÍLOGO -AGENCIA DEMONÍA-

EIREEN & RIEL

Riel sonrió al contemplar a su esposa deambulando por la casa mientras recogía a toda prisa los juguetes que Reave había dejado esparcidos. Su hijo, quién había decidido que no merecía la pena el esfuerzo de mirar a su madre y escuchar su monólogo, apoyó la cabecita contra su hombro y se llevó el pulgar a la boca. Podía escuchar el sonido de succión seguido de algún pequeño bostezo provocado por una noche más de insomnio. A los dieciocho meses, ese pequeño diablillo empezaba a dejar palpable a quién había salido, su herencia mixta parecía tener prisa por hacer acto de aparición solo para volver loca a su frustrada madre.

—Si mamá vuelve a ver volar un solo juguete más fuera de la cesta, Reave, los donará a la primera ONG que encuentre —rezongó mientras se agachaba para recoger un pequeño camión de bomberos.

El niño bostezó poniendo de manifiesto que le importaba más bien poco lo que rezongaba ella y que su inmediata necesidad radicaba en una urgente sienta. La paz que sentía al tenerle en sus brazos solo era comparable a la que le provocaba su amada esposa. La siguió con la mirada, maravillándose de esas llenas curvas y el redondeado trasero que meneaba delante de sus narices. El deseo fue casi instantáneo, igual de rabioso que siempre, como si no hubiesen pasado ya casi dos años desde que la Agencia Demonía la puso en su camino.

—Reave parece más interesado en echarse la siesta que en tan interesante y educativa lección, dulzura.

Ella se levantó clavando esos bonitos ojos sobre él y el bebé, el cual se había quedado dormido en sus brazos y frunció los labios en un agotado mohín.

—Y ahora es cuando elige ponerse a dormir —suspiró. Sus ojos se suavizaron y reflejaron todo el amor que sentía por su primogénito, así como la abierta pasión que correspondía a la propia—. Lo hace apropósito, ¿verdad? Esto de mantenerme despierta por las noches solo para dormirse en cuanto lo coges en brazos.

Sintió la sonrisa tras su voz y no pudo menos que corresponder a ella.

—Ha dado la suficiente guerra como para que cayese desplomado incluso si lo hubieses dejado en la cuna —aseguró cambiando de posición a su hijo, que ni se molestó en despertarse —. Está rendido.

Su aroma lo embriagaba, daba igual lo que estuviese haciendo o lo cansada que se encontrara, tenerla cerca encendía cada uno de sus sentidos conectándolos con ella.

—Bueno —comentó acariciando el pelo negro del bebé—, al menos estará descansado para la cena de esta noche —levantó la mirada—. Gabriella me llamó esta mañana para recordarme, de parte de su adorado y psicótico marido, que nos espera sobre las siete.

Puso los ojos en blanco al pensar en las posibles palabras que habría utilizado su amigo. Nishel no era ni mucho menos tan educado a la hora de expresarse.

—Entonces llegaremos a las ocho —aseguró entregándole al dormido bebé—. Tú también necesitas descansar.

Con la práctica que da la maternidad, acunó a su hijo en un brazo y cogió la cesta de juguetes con la otra.

—No tengo tiempo ni para echarme la siesta —rezongó dándole ya la espalda—. Tengo que arreglar la casa, sacar la ropa de la secadora y poner otra lavadora. ¡Oh, dios! ¡El pastel! ¡Tengo que preparar el pastel!

Con un solo pensamiento envió a su hijo a la cuna y la cesta de juguetes al dormitorio, entonces la cogió en brazos y giró con ella en dirección a su propia habitación.

—Después —declaró sin perder el paso—, ahora… a la cama.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Riel, no tengo tiempo para dormir…

Asintió.

—Bien, amor, porque yo no estaba pensando en dormir —aseguró diciéndole sin palabras lo que estaba seguro ella veía ya en sus ojos.

—Pero… ¡llegaremos tarde!

Él se rio.

—No te preocupes, nadie va a quejarse por ello

NISHEL & GABRIELLA

—¿Qué es eso?

Nishel no pudo evitar que su voz sonara ultrajada cuando vio el abeto que su mujer estaba decorando; si es que se le podía llamar abeto a esa cosa. Había visto plantas mucho más grandes y frondosas que esa cosa escuchimizada y de color azul eléctrico a la que estaba cargando de adornos navideños.

Ella parpadeó, sus ojos recorrieron el arbolito para luego girarse hacia él.

—Un árbol.

Negó con la cabeza.

—No. Eso no es un árbol —negó tajante—. Eso es una abominación de la naturaleza. Gab, un abeto… te pedí que comprases un abeto… no… eso.

—Oh, es que no lo compré —declaró volviendo a la tarea que se había autoimpuesto mientras le daba la espalda y seguía con el trabajo de decoración—, me lo han regalado.

Parpadeó.

—¿Te lo regalaron?

Ella asintió y continuó con su trabajo.

—Y no tuve valor para decir que no —aseguró ella acompañando sus palabras de un encogimiento de hombros—. No le dices que no a un Santa Claus del Ejército de Salvación.

Abrió la boca pero las palabras no emergieron de ella, de hecho, no había palabras que pudiesen dar voz a lo que le pasó por la cabeza.

—Santa Claus —repitió, su voz sonaba incluso estúpida en sus propios oídos.

—Sí, amor, ya sabes, ese tío alto y gordo vestido de rojo y blanco que agita una campana —murmuró ella. Con todo, no dejaba de decorar esa monstruosidad.

—Sé quién es, muñequita —resopló—, lo que no tengo tan claro es que narices tienes que ver él con nuestro abeto.

—Con nuestro abeto nada —replicó girándose hacia él—. Radin lo traerá hacia el mediodía, tan pronto como consiga y, cito textualmente, “arrancar a esa maldita hechicera embarazada de la tienda de ropa infantil”. Sabes, sonaba un poquito… desesperado al teléfono.

No pudo menos que sentir simpatía ante el enorme y jodido lío en el que se había metido su amigo. Sí, el dejar embarazada a una mujer era el marrón más grande al que se podía enfrentar un hombre, especialmente si dicha mujer era todo lo que querías en esta jodida vida.

Con todo, la futura paternidad de esos dos era algo que todos ellos los ex miembros de la Agencia habían acogido con alegría, especialmente sus respectivas compañeras. Y esa era solo una de las buenas noticias que habían recibido en los últimos meses.

—¿Y sabemos algo del señor “Desaparezco en combate solo para reaparecer casado”?

Si enterarse que los hechiceros iban a ser padres había sido algo inesperado, la visita que habían recibido cada uno de ellos en los últimos meses fue para caerse de culo.

Gabriella puso los ojos en blanco.

—Si por ese nombre tan largo te refieres a Nickolas, sí —respondió con un leve asentimiento—. Le di palabra por palabra tu mensaje y se partió de la risa. Dijo que contigo eran tres las amenazas de muerte que había recibido en tan solo una semana y todas con la misma

finalidad; cortarle los huevos, cabeza, etc. si no se presentaba esta noche a la cena.

Asintió satisfecho. Bien. Eso le enseñaría a ese cabronazo a no desaparecer durante más de un año de la faz de la tierra para aparecer como si nada y con una pequeña mujercita cobijada bajo su brazo. Su *alada*. Ese cabrón hijo de puta se había emparejado, algo que pensó que jamás llegaría a ver en su vida y que lo había golpeado en plenos morros un par de meses atrás.

Todavía recordaba lo absurdo de todo aquello, como atendió al timbre solo para encontrarte al antiguo jefe de la Agencia Demonía del otro lado vivito y coleando y acompañado de una muchacha que compartía el mismo aura que él mismo. Su *alada*. Su compañera.

—La pobre Natalie no sabe dónde se ha metido —aseguró ella con un suspiro, entonces sonrió—. Aunque no parecía tener problema alguno para manejar al hombre del saco.

No. Tal y como él mismo había visto, la compañera de Nick, quien pertenecía al gremio de los Angely por parte paterna, era una mujer que no parecía tener problema alguno en decir todo lo que pensaba de quien fuese.

Echó un nuevo vistazo al abeto e hizo una mueca.

—¿Cómo diablos ha terminado el Santa Claus de un ejército de salvación con un abeto azul y calvo?

Gabriella se giró hacia él y se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea.

—¿Y por qué diablos se lo compraste?

—No sabría explicarlo —aceptó pensativa—. Sencillamente pensé que eso era lo que tenía que hacer. Había algo en él, en sus ojos… me hizo recordar que no todo el mundo tiene la suerte de tener a alguien a su lado y dispuesto a hacer cualquier cosa por protegerte.

Sacudió la cabeza. Su muñequita venía de un pasado turbio, de una vida marcada por los malos tratos y la necesidad de huir, una vida que casi le cuesta todo. Le cogió la mano y se la llevó a los labios, besándole los nudillos para luego atraerla contra él.

—Tú siempre me tendrás a tu lado, amor —le aseguró buscando sus labios—, siempre.

Ella sonrió y correspondió a su beso con esa ternura y cariño que lo llenaba por completo.

RADIN & ANKARA

—Um… ¿rosa o amarillo?

Radin alzó la mirada de su teléfono y miró las dos mantitas que sostenía su compañera en las manos. Una de ellas estaba adornada con alguna especie de extraños conejos y la otra con estrellas y dibujos indescifrables. Había perdido ya las veces que Ankara había emitido esa pregunta en diferentes contextos en las más de dos horas que llevaban en esa maldita tienda infantil.

Su pequeña y ahora curvilínea compañera mostraba ya seis meses de embarazo. Su cuerpo había cambiado para adaptarse a esa nueva vida que crecía en su interior; su primogénita, una niña que estaba seguro iba a enloquecerle tanto o más que su madre.

La experiencia estaba resultando ligeramente enloquecedora, especialmente con los cambios hormonales que arrastraban tras de sí unos inesperados estados de ánimo, pero también tenía sus ventajas, como lo demostraba los enormes e hinchados pechos que ceñían el suave vestido de lana. *Un pensamiento sin duda muy masculino* rumió divertido. Bajó la mirada sobre el vientre hinchado y sonrió a pesar de todo. Esa vida que se estaba gestando en el interior de su esposa era todo lo que siempre había deseado y mucho más. La confirmación de que el pasado había quedado atrás y que el futuro era suyo para disfrutarlo.

—¿Radin?

Alzó de nuevo la mirada y se encontró con los ojos azules clavados en los de él con esa ternura y suavidad que hacía que se derritiese por dentro.

—¿Otra manta? —preguntó enarcando una ceja—. ¿No compraste anteayer una en Seattle?

Negó con la cabeza.

—No, lo que compré fue un set de toallas —murmuró mirando de nuevo ambas prendas —. Creo que deberíamos tener al menos una manta más.

Sonrió, no pudo evitarlo. El puchero en sus labios era irresistible y muy tierno.

—Kara, el bebé nacerá en primavera —le recordó. Él se había convertido en la voz de la tranquilidad y la razón en esos meses llenos de nerviosismo, alegría e incertidumbre ante la nueva paternidad a la que tendrían que enfrentarse.

Ella se llevó la mano al vientre hinchado y asintió.

—Lo sé, pero… la primavera es fresca en casa y…

Sacudió la cabeza, acortó la distancia entre ellos y tras dejar la mantita rosa sobre la mesa le entregó la amarilla.

—Ya está —declaró acariciándole la nariz con la punta del dedo—. No más compras por hoy, *hechicera*. Tenemos que llevar el abeto al restaurante antes de que a Nishel le dé una apoplejía.

Ankara miró la prenda que había dejado caer en la cesta y luego a él.

—¿Amarillo entonces?

Puso los ojos en blanco.

—Sí, Kara, amarillo —aseguró, cogió la cesta con los artículos que había elegido ella y la empujó suavemente hacia el mostrador—. Estoy seguro que encontrarás algo con lo que haga

juego en todo el lote de cosas que tienes ya en casa. Dentro de poco tendremos que buscar otra habitación solo para poner las compras.

Ella abrió la boca para decir algo, pero las palabras no llegaron. Sus ojos se abrieron de par en par y a juzgar por el sonrojo en sus mejillas y el brillo que cubrió sus pupilas, supo que acababa de encontrar algo más de lo que enamorarse en algún lugar detrás de él.

—Ankara, no… —la previno.

Como respuesta, ella le aferró por la cintura y lo obligó a girarse.

—Mira… eso… Radin… míralo.

Siguió su mirada y vio el carrillón musical del que colgaban pequeñas figuras de cristal de colores que formaban copos de nieve. Lo asombroso no era el modelo en sí, sino lo que la luz hacía sobre los cristales al lamerlos como si fueran pequeñas llamas.

—¿Bonito, verdad? —Se acercó la dependienta con una amplia sonrisa—. Nos ha llegado hoy mismo. Es un carrillón musical, ¿no es maravilloso cómo la luz se refleja en el cristal? Es casi como si los copos de nieve estuviesen en llamas.

Ambos se miraron, comunicándose con los ojos sin necesidad de palabras.

—Es *ella.*

—Lo es —aceptó comprendiendo esas dos sencillas palabras. *Hielo y fuego*. Su hija. Su legado.

—¡Nos lo quedamos! —anunció ella con una amplia sonrisa.

La dependienta parpadeó sorprendida.

—Ya la ha oído —corroboró él haciendo sonrojar a la azorada dependienta—. Nos lo quedamos.

La mujer salió de su estupor y sonrió abiertamente, para luego empezar de nuevo con su amena charla mientras empaquetaba las cosas que su compañera había elegido para el fruto de su amor.

NAZIEL & CLAIRE

—¿Recuérdame una vez más por qué no he dejado este trabajo, *alada*?

Claire se llevó la cuchara de la masa de las galletas a la boca y deslizó esa delicada lengua rosa por el utensilio haciendo que recordase otro lugar en la que le encantaba tenerla y verla; su polla. Su susodicho sexo cobró vida propia, empujando contra la cremallera de los vaqueros y demandando atención. Señor, no había momento en que no la desease, su compañera, su mujer, su *alada*, ella era todo lo que lo separaba del más profundo aburrimiento y de cualquier clase de problemas.

—Recuérdame tú a mí de qué trabajo estás hablando, Naziel —pidió frunciendo el ceño y volviendo a mirar la masa—. Le falta azúcar.

Suspiró. Desde que Radin y Ankara se habían emparejado y ahora esperaban su primer vástago, su cometido como vigilante se había reducido casi al máximo. Un dato curioso puesto que los hijos de puta del Gremio habían extendido dicho cometido también al futuro bebé. ¿No era esa una gran y enorme putada? Después de todo, ¿qué sabía él sobre bebés?

Entrecerró los ojos sobre su compañera, recorriéndola de nuevo con la mirada.

—¿Claire?

—¿Sí?

—¿Estás embarazada?

A juzgar por la forma en que dejó caer el azúcar en el mejunje y escupió lo que quiera que hubiese preguntado, la respuesta estaba clara. Sabía que era posible que concibiera. Como su compañera enlazada, como su *alada*, ella era la única que podría darle descendencia, pero hasta el momento no habían hablado de tal posibilidad.

—Tomaré eso como un no.

Ella parpadeó, sus mejillas adquirieron un vivo tono rojo y empezó a balbucear.

—¿Qué te ha hecho pensar que yo…? ¿Que tú…? ¿Que nosotros…? Ay, joder… ¡Qué has hecho!

Sonrió de medio lado, desplegó las alas y las volvió a acomodar a la espalda.

—Nada, amor, todavía nada —aceptó envolviéndola con los brazos, apartándola de lo que parecía ser la masa de galletas—. Vuelve a respirar, Claire, solo era una pregunta.

Se revolvió entre sus brazos hasta liberarse y procedió a fulminarle con la mirada.

—Una pregunta extraña, especialmente cuando sabes que tomo la píldora —declaró, sus mejillas cada vez más coloradas—. Así que, a menos que haya algo que tú sepas y que yo no…

Le puso un dedo sobre los labios y la silenció.

—Nunca te haría algo así, *alada* —declaró bajando la mirada sobre su cuerpo—. Cuando llegue el momento de ser padres… será algo consensuado.

Ella soltó el aire que había retenido y asintió lentamente.

—Bien, eso espero —aceptó, relajándose visiblemente—. Pero ese momento todavía no ha llegado.

Volvió a atraerla hacia él, pegándola a su pecho.

—No, Claire, todavía no ha llegado —aseguró bajando el tono de voz, convirtiéndolo en

un sensual susurro—. No estoy preparado para compartirte, ni siquiera un poco.

Su cuerpo se relajó contra el suyo. Su contacto, su presencia, ese delicioso aroma… todo contribuía a aumentar su deseo por ella, un deseo que siempre estaba presente.

—¿Y puedo saber el motivo de tan inesperada pregunta?

Extendió sus alas y la rodeó con ellas, envolviéndola en un capullo de plumas, un gesto bastante significativo entre los ángeles para con sus compañeras, una declaración de protección, de atesoramiento y amor.

—Me han ascendido a vigilante infantil —resopló.

Ella enarcó una ceja.

—¿Vigilante infantil?

—El vástago de Radin y Ankara —declaró al tiempo que posaba su frente contra la de ella —. Esa niña va a ser incluso más poderosa que sus padres. Y eso acojona.

—Pero será querida, mimada, apreciada y crecerá sabiendo cuál es su herencia —aseguró con suavidad—. Y estarás tú para vigilarla. Y seguro que Axel también le echará un vistazo. No estará sola, nunca se sentirá perdida…

La abrazó, acunándola entre sus brazos, escuchando en sus palabras todo aquello que ella no tuvo, lo que ignoró hasta que él entró en su vida y se desvelaron todos los secretos que se ocultaban en su vida.

—Y tú tampoco —acunó su rostro entre las manos—. Mientras me quede un aliento de vida, tú, mi *alada*, jamás serás abandonada.

Sus labios se curvaron en una suave sonrisa, entonces echó un vistazo a la masa abandonada sobre la mesa de la cocina.

—Me temo que las galletas han quedado inservibles —se rio—. Tendré que empezar de nuevo.

Él correspondió a su sonrisa y bajó las manos a su trasero, apretándola contra él para que notase su más que dispuesto cuerpo.

—Olvídate de las galletas —ronroneó—, y concéntrate en mí.

Se echó a reír, pero sintió como su cuerpo respondía al suyo.

—Se supone que llevaríamos algo para la cena —se quejó—. Se lo prometí a Gabrielle.

Bajó sobre su boca y planeó sobre ella durante unos instantes.

—Lo haremos, llevaremos… la ropa puesta.

NATALIE & NICK

—Odio las navidades.

—No es verdad.

—¿No podemos simplemente saltarnos esta cena?

—No si quiero conservar los huevos —Nick sonrió con esa paciencia y seguridad que la enervaba y tranquilizaba a partes iguales—. Y tú querrás que los conserve, cada parte de mi maravillosa anatomía.

—Y tu ego entra de nuevo en acción —resopló poniendo los ojos en blanco. Natalie se giró entonces hacia el espejo e hizo una mueca; el tatuaje seguía presente en su rostro y bajaba por la uve abierta que formaba el albornoz—. ¿Por qué no desaparece? ¿Qué estoy haciendo mal?

Llevaba buena parte de la mañana y las primeras horas de la tarde intentando que las nuevas marcas que cubrían su piel se esfumasen, pero por alguna razón era incapaz de dominar ese sencillo truco que le había enseñado su compañero.

Se giró ante la mesa del tocador y lo miró con disgusto.

—Hasta el momento no había tenido problema alguno en mantenerlo oculto —se quejó—, pensé que era algo que ya tenía dominado.

De hecho, había tenido más de diez meses para comprender y dominar algunas de las facetas más simples de su nueva naturaleza. Ahora que el cáncer ya no ponía en peligro su vida eran muchas las cosas que habían cambiado; errores enmendados, nuevas posibilidades, no se había detenido ante ningún obstáculo. Siempre acompañada y guiada por ese sexy y coqueto hombre que la amaba, volvía a ser ella misma y mucho más. Las culpas y los miedos del pasado habían sido hechos a un lado. Retomó el contacto con su familia, aunque solo fuese para hacerles saber que estaba viva y bien, el nexo que ahora mantenía con ellos a través de su hermana era sin duda el motivo por el que hubiese llegado a dar tal paso. Su padre biológico, por otra parte, se había convertido quizá en un misterio todavía mayor, uno en el que no dudaba en indagar cada vez que tenía oportunidad.

Sintió las manos de Nick sobre sus hombros antes incluso de reparar en su figura a través del espejo que le devolvía su imagen.

—Volverás a tener pleno control sobre tu cuerpo y el poder que ahora habita en su interior en el preciso momento en que te relajes y dejes de corretear de un lado a otro como un asustado ratoncillo —le aseguró acariciándole la oreja con los labios—. Siento tu miedo, tu temor a no ser aceptada, a no encajar y el nerviosismo que te recorre. Apaga ese pequeño cerebro pensante y guíate por el instinto. Son nuestra gente, parte de mí, parte de nosotros… nadie va a dejarte fuera.

No, sabía que no lo harían. Cuando Nick la arrastró meses atrás a través de medio país y luego fuera de este para cumplir con su propia agenda, la cual había apartado para enfrentar su propio destino, lo que encontró fue alegría y aceptación. La sorpresa también había estado ahí, especialmente cuando, después de comprobar que su antiguo jefe seguía vivo, los ex Agentes de la Agencia Demonía la miraban a ella y se quedaban de piedra cuando la presentaba como su mujer, su compañera. Sus respectivas esposas y compañeras habían sido más racionales y menos

impactantes, quizá porque al igual que ella venían de un mundo en el que lo más raro que podía pasarle a alguien era que viese un coche con lunares.

—Cierra los ojos y concéntrate en mí —insistió. Sus manos resbalaron por el interior del albornoz, lo hizo a un lado y volvió a calentarle el oído con su aliento—. Respira profundamente. Mira en tu interior, busca aquello que eres y lo que quieres ser, visualízalo y deja que se extienda sobre tu piel como un suave e imperceptible manto.

Siguió sus instrucciones, reguló la respiración y casi ronroneó bajo el contacto de sus manos que la excitaba sin remedio. Pero allí estaba, ese hormigueo que empezaba a reconocer, el que le decía sin necesidad de palabras todo lo que necesitaba saber.

—Respira —deslizó los dedos por su piel como si fuesen alas de mariposa—, siéntelo en tu interior, guíalo, tú eres la que tiene las riendas, la que lleva el pincel y elige los colores con los que dotar de vida el lienzo en blanco que tienes ante ti…

Se imaginó a si misma con la piel suave y lisa, sin símbolo alguno, tal y como había sido antes de que todo ese poder recalase en sus manos. Lo sintió, sintió ese suave hormigueo recorriéndole la cara, el cuello, sus pechos y el costado por el que bajaba hasta detenerse alrededor de su cintura como un extraño cinturón.

—Esa es mi *alada* —escuchó la voz satisfecha de su compañero antes de recibir un beso sobre la mejilla—. Ahora sé buena y vístete. Por mucho que yo te prefiera desnuda, no es un estado que quiera compartir con nadie.

Parpadeó varias veces y sonrió al ver como las marcas habían desaparecido por fin, camufladas bajo su nuevo poder.

—Es una pena que todo esto no sirva también para evitar que se me queme hasta el agua —murmuró al tiempo que recomponía el albornoz—, sería de lo más útil.

—Afortunadamente me tienes a mí, un chef en la cocina.

Sonrió, no pudo evitarlo, la confianza con que lo había dicho le recordó una vez más el enorme y delicioso ego que tenía su compañero.

—Uno que sin duda domina el arte de la comida a domicilio que es un primor.

—Ofenderás mis sentidos culinarios, Natalie.

Se encogió ligeramente de hombros y le miró a través del espejo.

—Tu ego lo superará, Nick, no lo dudes.

Él no dudó en corresponder a su sonrisa al tiempo que la rodeaba con los brazos desde atrás y la envolvía con ese delicioso aroma y calidez que identificaría en cualquier lugar.

—¿Lista para enfrentarte una vez más a mi mundo, encanto?

Deslizó la mano por encima del albornoz hasta coger la suya y se la llevó a los labios.

—Solo si tú estás ahí para recogerme en caso de que todo se tuerza.

—Siempre, Natalie —aseguró con todo el amor que le tenía reflejado en sus ojos—. Siempre estaré ahí, eternamente.

ARION & CASSANDRA

—¿Yese esperpento?

Nishel resopló ante el comentario de Arion, no tenía que girarse para saber a qué se refería, Gabrielle se había encargado de darle un lugar de honor a esa horrorosa cosa azul en el recibidor del restaurante.

—Es sin duda… pintoresco —añadió Cassie, su esposa, quien batallaba en esos momentos para liberarse del abrigo.

—*Feo*, cariño, es *feo* y con ganas —replicó llamando a las cosas por su nombre—. El árbol de verdad está en el comedor. Eireen y Ankara le están echando una mano a Gabriella con la decoración.

Ella soltó un suspiro de alivio cuando por fin logró deshacerse de los botones y se quitó el abrigo. Su avanzado embarazo dejaba claramente a la vista el motivo de tales dificultades.

—En ese caso iré a echarles una mano —aceptó al tiempo que le tendía el abrigo a su marido, quién la contemplaba como si fuese lo más hermoso que había visto en su vida. Una mirada que sin duda tenían cada uno de los allí presentes cuando observaban a sus respectivas compañeras—. Si consigo llegar al comedor antes de necesitar una visita al cuarto de baño.

—Cassandra, tómatelo con calma, ¿de acuerdo? —la previno Arion conociendo perfectamente a la mujer con la que se había casado al puro estilo *Las Vegas*.

Ella puso los ojos en blanco, les dio la espalda a ambos y se marchó bamboleándose como un pato. Nishel no pudo evitar imaginarse a su mujer en tales lides, pero el fugaz pensamiento fue cambiado al instante por un rotundo *«ahora no es el momento»*.

—Está…

—Inmensa —aseguró su amigo con una divertida sonrisa—. Y agotada. Ese par de diablillos la están llevando al límite.

Gemelos. La noticia los había golpeado como un tren de mercancías. No era muy común entre los de su raza el que se diesen tales regalos. Arion era un ángel *Veritas* y su compañera una poderosa bruja, la combinación de ambos sin duda resultaría interesante.

—Pero ya falta menos para que estén aquí y nos vuelvan locos —concluyó el futuro padre.

Sonrió de medio lado y le dio unas palmaditas en la espalda.

—La *Agencia Demonía* va a tener interesantes reemplazos si alguno de nuestros vástagos decide seguir los pasos de sus padres.

Arion se echó a reír.

—Solo si sus madres no nos cortan a nosotros antes los huevos por pensar tan siquiera en tal cosa.

—Algo que considero muy posible.

Ambos se giraron al unísono al escuchar la inesperada voz masculina que traspasaba ahora la puerta abierta. Al igual que meses atrás, su llegada le causó alivio y alegría a partes iguales. De muchas maneras, ese cabronazo, el cual ahora llevaba el pelo rubio corto, era el responsable de que todos ellos estuviesen ahora allí y con sus respectivas compañeras.

Ahora, la familia estaba al completo.

—Llegas tarde —declaró llevándose las manos a la cintura y calibrándolo con la mirada.

Él enarcó una ceja y sonrió de esa forma perezosa que los sacaba a todos de quicio.

—¿Cuándo he llegado yo a mi hora?

—Nunca —añadió su compañera, mirándole con diversión—. Casi estoy por apostar que llegarás tarde incluso a tu propio funeral.

—Es posible —sonrió con petulancia al tiempo que le guiñaba un ojo—. Entonces, ¿somos los últimos?

Nishel puso los ojos en blanco.

—No sé para qué preguntas algo que seguramente ya sabes —contestó y le tendió la mano con abierto afecto—. Siempre te ha gustado causar efecto. Vamos, entrad.

Nick estrechó la mano con la suya y correspondió al masculino abrazo y la palmadita en la espalda.

—¿Y tú cómo lo llevas, dulzura? —preguntó interesándose por Natalie, el añadido más reciente a su grupo y al mundo al que todos ellos pertenecían.

—Lo llevo —aceptó ella sonriendo tímidamente. Se quitó la chaqueta y se la entregó a su compañero, quien estaba pendiente de cada uno de sus movimientos. Era nuevo ver a Nick en tal faceta pero al mismo tiempo resultaba reconfortante. Ese hombre se merecía la felicidad que parecía haber alcanzado por fin al lado de esa mujer.

—Roma no se construyó en un solo día —le recordó su compañero, haciendo desaparecer la chaqueta en un parpadeo.

Ella puso los ojos en blanco.

—No, pero la incendiaron en menos.

Se rio, no pudo evitarlo. Sin duda Nickolas había encontrado la horma de su zapato.

—Natalie, dulzura, encontrarás al equipo femenino peleándose con el abeto en el comedor —la recibió tendiéndole la mano a modo de invitación—. Todo recto y luego a la derecha. Sigue los gritos.

—Seguir los gritos —repitió ella al tiempo que sacudía la cabeza—. Y los paleontólogos pensando que el primer eslabón de la humanidad sigue perdido.

La muchacha les dio la espalda a todos ellos y se marchó rezongando por lo bajo.

—¿Tu mujer acaba de llamarme…?

Arion se echó a reír por lo bajo.

—Me gusta tu chica, Nick.

El aludido sonrió ampliamente.

—A mí también. Cada día más —aseguró en tono jocoso.

Nishel sacudió la cabeza y terminó riendo.

—Sí, sin duda has dado con la horma de tu zapato.

El antiguo jefe de la agencia se limitó a encogerse de hombros, pero en sus ojos podía verse con total transparencia que estaba de acuerdo con esa afirmación y también encantado

MI AGENCIA DEMONÍA

Nick observaba en silencio a todas las parejas allí reunidas, sus vidas habían sido complicadas en el mejor de los casos, un infierno en otras y el ver la felicidad que ahora les embargaba, el brillante destino que tenían por delante, hizo que se sintiese satisfecho de cómo se habían desarrollado las cosas.

Había creado la *Agencia Demonía* por un motivo quizá egoísta, para enmendar sus propios errores, pero esta le había reportado mucho más de lo que pudo haber vislumbrado.

—¿Estás bien?

Se giró al escuchar la suave voz de Eireen a su lado, esa pequeña y curvilínea rubita había cambiado por completo la solitaria vida de Riel, lo había convertido en padre y dado significado a su existencia.

—Mejor de lo que pensé estarlo nunca —aceptó, con una sincera inclinación de cabeza.

Ella asintió, se quedó a su lado y contempló a los presentes del mismo modo que había hecho él antes.

—Gracias, Nick.

Él enarcó una ceja ante el emotivo tono en su voz y la miró. Sus ojos se encontraron y la ternura que vio en ellos lo tocó en lo más profundo.

—Cada uno de los que están aquí esta noche, a su manera, están más que agradecidos de haberte encontrado, de que hayas puesto la *Agencia Demonía* en sus vidas —aseguró—. Posiblemente no oirás esto de tus agentes, los hombres parecéis tener un defecto congénito en lo que se refiere a mostrar sentimientos con otros de vuestro sexo pero, todos y cada uno de los aquí presentes, darían todo lo que tienen por ti.

Asintió lentamente, sabiendo en su fuero interno que lo que decía Eireen era verdad. Podía ser que se hubiesen encontrado por azar, que fuera cosa del destino, pero todos los allí reunidos esa noche compartían ya un vínculo indisoluble, uno que los llevaría a hacer cualquier cosa por el hombre o mujer que tenían al lado.

—Gracias, Eireen.

Ella sacudió la cabeza, se apoyó en su brazo y lo obligó a doblarse para poder besarle en la mejilla.

—No, *hermanito*, gracias a ti.

Sin más, la pequeña humana atravesó la sala y se reunió con Riel, quien sostenía a su hijo ya despierto.

—¿Debería ponerme celosa?

Sonrió al escuchar ahora la voz de su compañera antes de sentir sus brazos rodeándole la cintura, mostrando dos copas de champán en ambas manos.

—Solo si quieres que mi ego crezca aún más —le dijo cogiendo una de las copas y rodeándola a ella con el brazo.

—Si crece más no entraría por la puerta, Nick.

Él sonrió, la besó en la frente y respiró su aroma.

—¿Eres feliz, *alada*?

Ella parpadeó ante la inesperada pregunta, entonces sonrió y apoyó la cabeza contra su

pecho.

—Lo soy desde que estás junto a mí —aceptó sin ambages, siempre sincera—. Algo que creo que comparto con todos ellos.

La miró y asintió.

—Por muchas más vidas junto a ti, mi *alada* —pronunció alzando su copa en un íntimo brindis.

—Por una eternidad junto a ti, Nick —correspondió ella, chocando la copa con la suya.

Ambos dieron un sorbo al burbujeante líquido, entonces y para su sorpresa, Natalie se separó de él, le cogió la mano y se giró al resto del grupo.

—¡Por la Agencia Demonía!

Todos ellos se giraron al unísono al escuchar su voz. Sonrisas, asentimientos, amor, ternura, compañerismo… todo se reunió aquella noche en una sola habitación y en una sola voz.

—¡Por la *Agencia Demonía*!

El tintineo de los cristales, las risas y la algarabía continuó durante toda la noche y lo seguiría haciendo en los corazones de sus agentes.

LO QUE DESEES, MILADY – LIBRO BONUS-

La vida de **Ava Wilkinson** había dado un giro de trescientos sesenta grados once meses atrás y aun hoy seguía lidiando con las consecuencias. La interminable lista de problemas a la que se había enfrentado esa última semana era una prueba de ello. Así que, ¿por qué no iba a serlo también el irritante y sexy desconocido que apareció ante ella afirmando haber sido enviado por una agencia de acompañantes con la que supuestamente había contactado? Sin embargo, Devon no resultó ser una tomadura de pelo más, sino alguien poco dispuesto a aceptar un no por respuesta y sí a enseñarle los beneficios que podría obtener si firmaba un contrato con la *Agencia Demonía.*

Como uno de los agentes de la nueva sucursal de la agencia en Europa, **Devon Sheffield** conoce bien su trabajo. Solo tuvo que echarle un vistazo a la mujer que tenía delante, su nueva cliente, para darse cuenta de que su labor no sería sencilla. Ava tenía problemas más importantes que los que se veían a simple vista y esos eran con los que él debería lidiar. Dulce, ocurrente y sexy como el infierno, la chica resultó ser mucho más interesante y candente de lo esperado, alguien capaz de saciar su hambre y poseedora de secretos que podrían cambiar su propia existencia para siempre.

El destino parecía haber jugado sus cartas para que se cruzaran sus caminos y ahora le tocaba a Dev descubrir el por qué.

La serie de la Agencia Demonía vuelve más caliente que nunca con su nueva División Europa.

¿Lista para conocer a sus agentes?

PRÓLOGO

—Siempre he dicho que existen dos clases de humanos en el mundo: los desafortunados y los imbéciles —mencionó el hombre de pie a su lado—. Y esto lo confirma.

Devon Sheffield no pudo evitar encogerse en masculina simpatía ante la escena que se desarrollaba al otro lado del pub en el que habían terminado.

—Es posible que estemos ante un imbécil de tamaño universal —continuó su amigo encogiéndose también ante la visión de aquel potente rodillazo en la entrepierna—. Se los ha puesto de corbata.

Sí. Lo había hecho. La menuda y curvilínea mujer había reaccionado de manera rápida y concisa ante el indeseado toqueteo. Una mirada fulminante había sido todo el aviso que le dio al tipo antes de apartar las indeseadas manos de un manotazo. Un hombre avispado habría captado la indirecta, pero tal y como lo había catalogado Byron, el tipo era un imbécil.

Una carcajada y un segundo toqueteo trajo consigo una nueva respuesta de la chica, esta vez verbal, pero el individuo seguía sin captar las señales. Así que el tercer intento se convirtió en el último; ella acababa de subirle los huevos a la garganta de un solo rodillazo.

No vaciló. Sus movimientos fueron coordinados y certeros. Dejó claro que estaba más que lista para realizar esa hazaña en un hombre mucho más grande y voluminoso que ella.

—He ahí una mujer capaz de defenderse solita —mencionó levantando la pinta en un mudo brindis antes de llevársela a los labios.

Dev solía pasarse por el local después de finalizar la misión en la que estuviese inmerso. Era una manera de poner punto y final a su tarea y purgarse de emociones que no le pertenecían.

La empatía podía ser una verdadera putada algunas veces. Sobre todo cuando llegaba a través del contacto, pensó mirando los guantes con los que siempre se cubría las manos.

—Sin duda son las más interesantes —admitió su amigo moviéndose en el taburete de la barra del bar.

Byron Kenner había decidido unirse a él esa noche para celebrar el final de su propio contrato. El motero moreno y de ojos verdes parecía necesitar sacudirse de encima los rescoldos de su última misión.

Como activos de la *Agencia Demonía*, su trabajo los llevaba a enfrentarse a todo tipo de clientes y situaciones de lo más variopintas. Su premisa era cumplir con los deseos de estos, los cuales podían ir desde tirarse en paracaídas a asistir del brazo de un tipo apuesto a una fiesta de antiguos alumnos. Esos eran sin duda los casos más sencillos, los que no requerían otra cosa de ellos que un poco de comprensión, aceptación y compañía.

Pero no todas sus asignaciones eran tan sencillas. En ocasiones debían escarbar en lo más profundo del alma del cliente a su cargo para descubrir cuál era su verdadero deseo o esa necesidad que debía llenarse. Y eso requería de un nivel de empatía, emoción e intimidad que podía llegar a afectarles de manera personal.

La suya no era una labor sencilla, pero podía llegar a ser muy gratificante a la par que satisfactoria.

El sonido de vasos rompiéndose interrumpió sus cavilaciones. No pudo evitar hacer una mueca.

—Y ahí va de nuevo —chasqueó Byron al mismo tiempo con un suspiro.

No tenían ni que girarse hacia el lugar del incidente para saber que la nueva camarera acababa de batir un récord esa noche.

—¿Cuántos van ya? —miró a su amigo.

—Esta sería la tercera vez —afirmó levantando tres dedos.

—¡Lo siento!

La voz femenina se elevó al momento seguida de un puñado de improperios y el vozarrón del barman jurando.

—Joder. ¡Deja ya las putas mesas y ven detrás de la barra o no quedará un solo vaso en el que poder servir la bebida a los clientes!

Echó un vistazo en dirección al lugar en el que había mirado el propietario del local y vio la figura agachada recogiendo con rapidez los vasos rotos.

—No va a durar ni una semana en el local si sigue así.

—¿Una semana? —bufó su amigo—. Si rompe algo más esta noche, la echarán de una patada en el culo hoy mismo.

Era una probabilidad de lo más certera.

En todo el tiempo que llevaban pasándose por el pub a las afueras de Londres habían visto cambiar de personal más veces de las que podían contar. Si bien el ambiente era estupendo para tomarse unas copas, los empleados no solía durar mucho en el puesto. Conocían al dueño y, si bien era un hombre exigente, respetaba a las chicas que trabajaban para él. No era de los que cruzaban la raya de la profesionalidad, pero tampoco de los que dejaba que sus camareras acabasen con toda la cristalería en una sola noche.

—Puedo escuchar los engranajes de tu cerebro, Dev, ¿no has rescatado ya a suficientes damiselas?

El inconfundible sonido de la alarma del teléfono impidió que respondiera al tono jocoso del agente.

—¿Es el tuyo o el mío? —preguntó él palmeándose el cuerpo en busca del dispositivo.

Resopló.

—Dada la semana que llevo, no me sorprendería descubrir algún nuevo mensaje de Nessa o de mi padre recordándome que soy un cabrón de hijo.

—Lo de Mitra lo entiendo —se burló su amigo, quién conocía muy bien a su progenitor, pero ¿Nessa? ¿Qué le ocurre a ese caramelito?

Puso los ojos en blanco mientras se llevaba la mano al interior de la chaqueta y sacaba el teléfono del bolsillo.

—*Walpurgis* —pronunció y el bajo silbido que emitió Byron fue suficiente respuesta.

—Mierda.

—Exactamente.

—¿Por qué no ha puesto ya los pies en polvorosa? —chasqueó—. Yo pienso desaparecer del mapa.

Bajó la mirada sobre la pantalla del teléfono y frunció el ceño al verlo iluminado con el logotipo de la agencia para la que ambos trabajaban.

—Porque es más terca que una mula —replicó y señaló el móvil—. Es el mío. Un aviso de la agencia.

—Debe de ser algo importante, porque yo también lo tengo —chasqueó Byron girando la pantalla del teléfono para mostrarle el mismo tipo de aviso—. Voy a quejarme al sindicato. ¿Es que no pueden darnos las asignaciones por la mañana como lo hacen en todas las empresas?

No pudo evitar esbozar una soslayada sonrisa al escuchar su queja.

—¿Y dejar pasar la oportunidad de jodernos? —chasqueó la lengua—. El día en que eso pase, daré por hecho que Zachary está enfermo.

—¿Enfermo? Si ocurre algo parecido ya podemos dar por iniciado el *Fin de los Tiempos*.

Sacó un par de billetes del bolsillo y los dejó sobre la barra. Le hizo una señal al barman, quién asintió en respuesta y ambos cruzaron el local en dirección a la puerta principal.

Dev echó un vistazo a la camarera que ya se levantaba con los cascotes de las botellas y los vasos rotos. Se encontró con sus ojos castaños y le dedicó un guiño haciendo que la pobre chica se sobresaltase y el contenido de la bandeja estuviese a punto de acabar de nuevo en el suelo.

«Tranquila».

El semblante femenino se relajó al momento y el palpable nerviosismo que la envolvía la abandonó relajando su postura y el temblor de sus manos. Satisfecho, sonrió para sí y atravesó el umbral del local al tiempo que se movía entre los planos de modo que en vez de salir a la calle, acabó cruzando la puerta principal de la división europea de la *Agencia Demonía*.

—No pierdes la oportunidad, ¿eh, *sir Lancelot*?

Ignoró el susurro de su compañero así como la mirada jocosa que le dedicó y cruzaron juntos el vestíbulo hacia el ascensor.

Acaban de ser convocados en las oficinas y tenía curiosidad por saber que podría querer su jefe un jueves por la noche.

CAPÍTULO 1

Devon cruzó miradas con su compañero en el momento en que llegaron a la sala de reuniones. Ya estaba ocupada por algunos de los activos de la agencia, lo que convertía esa inesperada llamada en algo mucho más importante de lo que había pensado en un primer momento.

Entró en la habitación intercambiando saludos con sus compañeros e hizo una mueca al ver aparecer del otro lado de esta a la última mujer con la que le apetecería cruzarse esa o cualquier otra noche.

Maddison Harper era una de las asistentes de su jefe y una auténtica *harpía*; en el sentido literal de la palabra.

—¿Cómo es posible que recibamos tantas cartas si no hemos dado una maldita dirección de correo para ello? —La escuchó farfullar mientras se aproximaba a la mesa con una caja de cartón en los brazos.

—¿Cartas? —preguntó Byron.

—Sí. Ya sabes. Esas cosas de papel que van dentro de los sobres —replicó ella con su habitual tono ácido. Dejó su carga de golpe sobre la mesa y se volvió hacia él con una mirada que decía *«ojalá tu cabeza hubiese estado debajo»*—. Como veréis, el correo tradicional todavía no ha muerto.

—¿Qué le has hecho hoy? —susurró Byron solo para sus oídos.

Ladeó la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Lo mismo que cada uno de mis días —replicó irónico—. Nada.

No era un secreto para ninguno de los allí reunidos que la relación entre ellos era tensa. En realidad, no podían ni verse y el motivo radicaba en su pasado. Uno que habían compartido y que por su parte se quedaría para siempre en el olvido.

—¿Estás segura de que no son cartas de tus admiradores? —Inquirió el motero mirando con desconfianza la cantidad de sobres que abarrotaban el recipiente no mayor que una caja de zapatos.

—Dudo que Maddie tenga de eso —contestó el hombre sentado en un lateral de la mesa, el cual jugaba de manera distraída abriendo y cerrando una navaja—. No te ofendas, cariño.

—Me ofendo si me da la gana —replicó ella con un siseo.

—Me encanta cuando te pones en plan zorra.

—Que te jodan, Kynan.

El tipo le lanzó un beso y se reacomodó en su silla, la cual crujió bajo su peso.

Si bien Devon no era precisamente bajo con su metro ochenta y cinco, el hombre que ocupaba uno de los asientos, y parecía recién salido de un safari, le quitaba una buena cabeza. Con el pelo cortado al uno, profundos ojos marrones, un rostro cincelado, brazos tan gruesos como troncos y unas piernas musculosas que se pegaban a la tela de los pantalones parecía un armario empotrado.

—¿De dónde han salido? —preguntó lanzando la cuestión a cualquiera de los presentes.

Unos se encogieron de hombros y otros negaron con la cabeza.

—Si lo supiera no estaría aquí sentado esperando a que alguien me ilumine —mencionó Jacob echándole una fugaz mirada.

Jacob Rocher era la clase de hombre que podrías encontrarte antes sobre una pasarela de *Alta Costura* o un *Photocall* que en la sala de reuniones de una oficina. Vestido siempre a la última, con el pelo rubio peinado hacia atrás, unos claros ojos azules y facciones que lo convertían en un *chico guapo,* era uno de los activos de la agencia que más misiones había completado hasta el momento. El hombre no solía andarse por las ramas, era de los que iban directo al grano y solía pasar su tiempo con los hermanos Corso; dos de los ausentes en la actual reunión.

Devon deslizó entonces la mirada a otro de los hombres sentados a la mesa y al momento obtuvo una negativa con la cabeza.

—A mí no me mires —chasqueó el aludido—. He venido a ver que se cuece por aquí y si no me convence, me largaré.

Tyer Callaghan parecía mortalmente aburrido repantingado en la silla. Tan moreno como rubio era el hombre que permanecía de pie a su lado, el demonio *shangria* casi parecía estar allí por pura obligación.

—Claro —chasqueó la mujer—. ¿Por qué no le dices eso mismo al jefe?

—Ya lo ha hecho —respondió el rubio que lo escoltaba. Eran muy pocas las ocasiones en las que había visto a Iryx Sands sin la compañía del moreno y viceversa.

—¿Y te escucha?

—Solo cuando la ocasión lo merece —replicó con sequedad.

—Conclusión —resumió Jacob—. Ninguno tenemos la menor idea de por qué nos han reunido aquí.

—Salta a la vista —confirmó Kynan.

—Menos mal, empezaba a pensar que mi baja hemoglobina ya me estaba afectando al cerebro —admitió Tyer desperezándose como un gato.

Su compañero enarcó una ceja ante tal alusión.

—¿En el de la cabeza o en que te cuelga entre las piernas?

No se pensó demasiado la respuesta.

—En los dos —declaró convencido—. Aunque el de abajo todavía puede pensar por sí mismo, ¿ves? Se pone firme con solo ver a nuestra dedicada secretaria.

—Necesitarás algo más que esa polla para conseguir algo conmigo, Callaghan.

Devon hizo un esfuerzo para no poner en tela de juicio esas palabras. Todos los presentes conocían a la mujer y sabían perfectamente a lo que atenerse con ella.

—Ignoradle —chasqueó Iryx, quién permanecía de pie al lado de su amigo—. Todavía no ha cenado.

El aludido enarcó una ceja, sus ojos parecían más intensos incluso, como si el solo pensamiento de la comida lo emocionase.

—¿Y de quién es la culpa?

Su compañero ladeó la cabeza y a juzgar por su expresión, estaba claro que le traía sin cuidado su impertinencia.

—¿Me has visto pinta de chulo?

Sonrió de soslayo, una mueca que contenía una enorme carga de secretos que solo ellos parecían conocer.

—¿Quieres que conteste a eso en público?

Esos dos eran como el día y la noche. No solo se diferían en el físico, sino también en sus respectivas maneras de proceder. Mientras Tyer era sumamente gráfico y exudaba una potente sexualidad por los cuatro costados, Iryx poseía un lenguaje corporal más relajado, pero no menos

letal. Parecía estar siempre alerta.

—Solo si quieres morir —declaró este último con una sinceridad aplastante. Entonces dejó escapar un resoplido y lo miró de soslayo—. No hay quién te aguante.

Su compañero chasqueó la lengua y le lanzó un beso.

—Solo cuando no desayuno a mi hora, no como a mi hora, no ceno a mi hora y no follo a mi hora —aseguró satisfecho consigo mismo—. El resto del tiempo soy un adorable y jodido hijo de puta muy normal.

Una descripción que se acercaba bastante a la realidad pensó para sí.

—Nos han convocado y ninguno sabemos el motivo. Fantástico —retomó Byron la conversación—. ¿Es posible que esos sobres tengan algo que ver?

—No me sorprendería si así fuese —corroboró él mismo mirando de reojo la caja que reposaba sobre la mesa.

—Lo tienen. —La confirmación llegó de la persona que acababa de entrar en la sala—. Los sobres contienen los formularios de los clientes a los que todavía no se les ha dado una respuesta. Y ya que ambos parecéis tener tanto interés en su contenido, supongo que querréis presentaros voluntarios para la tarea que nos ocupa…

Devon ladeó la cabeza y se encontró con la inteligente mirada de su jefe. El recién llegado parecía tan satisfecho como si hubiese acabado de echar un polvo; cosa que no le sorprendería que hubiese hecho ya y varias veces ese día. Zachary Harley era elegancia, letalidad y sexo en estado puro. Una combinación a la que sabía sacar partido con trajes caros, un peinado a la moda y una actitud seria, educada y de vez en cuando algo chulesca.

—No me pagas lo suficiente como para hacerte el trabajo de oficina —replicó sin más.

—A mí tampoco —corroboró Byron.

El aludido sonrió de soslayo, les guiñó un ojo y se detuvo al lado de la caja que su asistente acababa de depositar sobre la mesa.

—Tenéis razón. No os pago ni un mísero penique —admitió con su acostumbrada suficiencia—. Vuestra nómina, la de vuestros compañeros y la mía propia las paga la propia agencia —sentenció. Se aclaró la garganta y dijo en voz melosa y sensual—. Buenas noches, *Demonía.*

Un ligero chirrido en el circuito de audio que conectaba los altavoces de la sala anunció una pronta respuesta.

«Buenas noches, Zachary». La informatizada voz de la inteligencia artificial que daba vida al programa de la agencia respondió con su habitual cordialidad. *«Agente Sheffield, si quiere solicitar un aumento de sueldo, deberá rellenar la documentación y…»*.

Puso los ojos en blanco mientras su compañero se reía entre dientes y miró aquella caja con ojos entrecerrados.

—Olvídalo y bórralo de tus registros —sentenció y formuló una nueva pregunta—. ¿De dónde ha salido toda esta correspondencia? Pensé que habíamos dejado atrás la edad de piedra…

Si no supiera que una inteligencia artificial, por muy sobrenatural que fuese, era incapaz de expresar emociones más allá de las instaladas en su base de datos, habría jurado que bufó en respuesta. La elegante y firme voz que sonaba a través de los altavoces pertenecía al programa madre que gestionaba todo el entramado de la *Agencia Demonía*. El misterioso software había sufrido una especie de metamorfosis y se había actualizado a sí mismo para convertirse en una I.A. sobrenatural capaz de reclutar a los más variopintos individuos para cubrir las necesidades del entramado a nivel mundial.

—Algunos parecéis vivir todavía en ella, Devon…

Miró de soslayo a la mujer que hizo la declaración y enarcó una ceja.

—Sin duda tú debes saber mucho sobre ello…

—Y luego dicen que no se llevan bien… —murmuró alguien en tono jocoso por lo bajo.

—Si llegan a llevarse mejor, ahora mismo el suelo estaría cubierto de sangre —resopló Jacob.

—Niños, niños… —Zachary llamó a la tranquilidad poniendo punto y final a aquel intercambio—. ¿Tengo que castigaros otra vez y poneros a trabajar juntos?

Devon entrecerró los ojos dispuesto a decirle a su jefe lo que podía hacer con sus técnicas de castigo, pero la informatizada voz los interrumpió.

«La compatibilidad laboral entre el agente Sheffield y la señorita Harper no supera el veinte por ciento, Zachary». Mencionó la voz sin que nadie le hubiese pedido su opinión. *«Para un adecuado desempeño en pareja sugiero al agente Julian Corso. Su rango de compatibilidad laboral se elevaría a un ochenta por ciento»*.

—Gracias, Demonía, lo tendré en cuenta —declaró su jefe conteniendo a duras penas una sonrisita.

«Y en respuesta a su última pregunta, agente Sheffield, he realizado una selección de los formularios físicos admitidos en los últimos doce meses para la división europea de la agencia». Añadió la voz del programa que se encargaba de todo el proceso. *«He priorizado los digitales sobre los físicos en función de las estadísticas. Los emparejamientos han sido mucho más rápidos y efectivos, pero esta nueva selección requiere de medios menos mecánicos»*.

—¿Medios menos mecánicos? —Kynan dio voz a la pregunta que sin duda bailaba en la mente de todos.

«Me baso en un sistema de compatibilidad para emparejar a cada uno de nuestros activos con sus respectivos clientes y así maximizar la eficiencia de nuestros servicios, agente Greystone». Replicó la mecánica voz. *«El sistema ha sido efectivo en todos y cada uno de los formularios electrónicos que entran en mi programa, pero esa efectividad se pierde cuando los que entran no cumplen los estándares establecidos»*.

—¿Y todos estos no cumplen esos estándares?

«No». La respuesta fue rotunda. *«Su asignación ha de hacerse de manera aleatoria para tener un porcentaje aceptable de éxito»*.

—Resumiendo… —mencionó Tyer levantándose y rodeando la mesa hasta que tuvo la caja a su alcance—. Si metemos la mano aquí dentro, revolvemos el contenido y sacamos un sobre, puede tocarnos el premio gordo, ¿no? —Después de hacer exactamente eso mismo, extrajo una hoja de papel manuscrita del interior del sobre—. Vaya, vaya… No puedo recordar la última vez que vi uno de estos escrito a mano.

—Yo sí. En la sede principal de la agencia —mencionó Iryx mirando por encima de su hombro el contenido—. Pero eso fue antes de que el programa se informatizara y Nick empezase a repartir esas obsoletas PDA.

La agencia había cambiado mucho desde su nacimiento en los *Estados Unidos*. Por aquel entonces había estado bajo la dirección de Nickolas Hellmore. El *Vitriale* había sido el encargado de formar a los agentes y asignar los formularios que les entregaba, pero todo aquello se había terminado por modernizar con el tiempo. De hecho, el mestizo había traspasado la dirección de la agencia a las capaces manos de Elphet, alguien de su entera confianza y que conocía los entresijos tan bien como él mismo. Durante esos primeros años de cambio, el sobrenatural software evolucionó creando la inteligencia artificial que ahora le daba voz y las nuevas divisiones de la agencia en Europa, Asia, África y Oceanía que operaban con absoluta

autonomía.

Devon, al igual que los hombres y la mujer presentes en aquella sala, formaba parte de la plantilla de activos de la *División Europea de la Agencia Demonía* con sede en Londres. Era uno de sus agentes, sabía cómo funcionaba el entramado y lo que esperar de ello. Pero una cosa era conectar con un cliente para quién habías sido asignado bajo ciertos baremos preestablecidos y otra muy distinta ir a ciegas sin tener ni tan siquiera un test de compatibilidad que te ofreciese una base desde la que partir.

«Zachary tiene la lista de nombres que he creado a partir de las habilidades de cada uno de los activos disponibles y su idoneidad para cumplir con las tareas asignadas a esta selección».

Hizo una mueca al escuchar las palabras de la inteligencia artificial.

—¿Quiénes componen la lista, *cariñito*?

La respuesta no se hizo esperar.

«Jacob Rocher, Byron Kenner, Kynan Greystone, William Lock, Julian y Nyx Corso, Devon Sheffield, Iryx Sands y usted, agente Tyer Callahan». Respondió la voz a través de los altavoces.

—Joder. Lo mejorcito de la agencia. —Byron dejó escapar un silbido y puso en palabras los pensamientos de los que estaban allí reunidos—. El mundo ya puede prepararse para una nueva Guerra Mundial.

Devon no perdió el tiempo y clavó la mirada en la única persona de las presentes en la sala que no había sido nombrada.

—¿Hay alguna posibilidad de apearse de esta selección?

Su jefe y el maldito programa respondieron casi al unísono.

«No».

—No.

—Demonía, vas a empezar a caernos realmente gorda —afirmó su amigo.

«No poseo una forma física que pueda asociarse con el volumen o el peso, agente Kenner, lo lamento».

—Era una expresión, *cariñito* —chasqueó Tyer. Algunos de sus compañeros parecían no tener problema en hablar con la I.A. como si fuese un ser de carne y hueso—. Una manera de decir que desaprueba tu elección de nombres.

«Lamento escuchar eso».

—Estoy seguro de que sí —chasqueó Byron y sin pensárselo dos veces, metió la mano en la caja y extrajo un sobre cualquiera—. *Alea jacta est!*

Puso los ojos en blanco ante la frase elegida y se limitó a mirar la caja con la correspondencia revuelta.

—¿Quieres que elija por ti, Dev?

La melosa y engañosa voz femenina lo llevó a levantar la cabeza y encontrarse con la mirada petulante de la harpía.

—Deja de joder, Maddison —resopló Jacob, a quién la actitud de la harpía empezaba a hastiarle.

—Maddie, encárgate de que el dosier del resumen de la jornada esté sobre mi mesa antes de que abandone la sala de juntas —la interrumpió Zachary con una frialdad que solo le había visto esgrimir en contadas ocasiones. Su jefe podía ser un capullo la mayor parte del tiempo, pero no permitía que nadie jugase con los hombres a su cargo.

La hembra se mordió una réplica, acató su orden y abandonó la sala no sin lanzarle antes

una irritada mirada.

—Si no empieza a controlar pronto su lengua, se encontrará antes o después sin ella. —mencionó Kynan mirando al líder de la división europea mientras se guardaba el sobre que había escogido en el bolsillo de la chaqueta—. Y no habrá nadie a quién pueda echarle la culpa más que a sí misma.

La mirada oscura se cruzó con la suya y solo pudo asentir en respuesta antes de verlo salir de la sala.

—Demonía, informa al resto de los nombres de la lista que deben recoger sus formularios en cuanto terminen con las actuales asignaciones —pidió en voz alta, completando así la lista de participantes—. Cuanto antes se asigne el trabajo, antes podremos seguir con el programa establecido.

«Comunicado enviado con éxito, Zachary».

—Si ya has terminado con las sorpresas, nos vamos —soltó Tyer volviéndose hacia su compañero—. Esta noche estoy de humor para degustar un buen vino…

—¿Cuándo no lo estás? —Fue todo lo que dijo Iryx al respecto antes de volverse hacia él e inclinar la cabeza a modo de despedida.

—Mete la mano ahí dentro de una vez y coge el maldito sobre —lo apremió Byron agitando el suyo en el aire antes de introducirlo en el bolsillo interior de la americana—. Por mucho que los mires no cambiarán de color.

No, los sobres eran todos negros. El único toque de color era el carmesí que realzaba el sello de la agencia.

D.E.M.O.N.I.A.

Cada una de las letras simbolizaba una de las premisas de la agencia, el código por el que se regía cada uno de sus agentes, la clave para llegar a lo más profundo del alma de sus clientes y a los verdaderos deseos ocultos en su interior.

Sabía que podía pasarse horas mirando los sobres sin encontrar una sola pista de su contenido, sin saber a quienes pertenecían, a quién debía prestar su ayuda… No. Sus ojos no le dirían nada nuevo, pero sus manos sí lo harían.

Respiró profundamente y antes de pensárselo dos veces se quitó uno de los guantes. Su piel quedó expuesta y con ella también el intrincado patrón que la cubría por completo desde la punta de los dedos hasta un poco más arriba de la muñeca.

El poder intrínseco a su naturaleza demoníaca crepitó en su palma, corriendo por cada línea como si se tratase de un entramado eléctrico. Sintió cada una de las emociones como ecos lejanos, un enmarañado ovillo del que a duras penas podía extraer algo coherente. Deslizó la mano con la palma hacia abajo sobre la caja y contuvo el aliento mientras la sumergía hasta el fondo preparándose para el brutal asalto de los rescoldos dejados en aquellos papeles.

Sus dedos se movieron por si solos y se cerraron en torno a la esquina de uno de los sobres. No pensó, no esperó a escuchar el eco lejano de las palabras, retiró el brazo y extrajo el papel con él.

—Un movimiento tan inteligente como audaz —escuchó que decía su jefe.

Dejó caer el sobre sobre la mesa y volvió a ponerse rápidamente el guante.

—Que te jodan, Zach.

Sin una palabra más, recogió el sobre, lo arrugó en la mano y abandonó la sala con paso firme sin molestarse en esperar a su amigo.

Ambos sabían que a partir del instante en que se hicieron con sus respectivos sobres, el tiempo de un nuevo cliente había empezado a correr.

CAPÍTULO 2

A la noche siguiente…

Cuando pensabas que algo no podía ir peor, el demonio se reía en su trono, le daba una vuelta al rabo y te dejaba un nuevo desastre con el que lidiar en el camino.

Ava estaba convencida de que el maldito bicho de color rojo que reinaba en el infierno debía tener una libreta solo para ella. No había otra explicación para la racha de mala suerte que llevaba encadenando ese último año.

El accidente había sido el pistoletazo de salida, un antes y un después en esa larga carrera de fondo que venía afrontando desde entonces.

Aquella lluviosa noche, en medio de los amasijos de hierro en el que se había convertido el automóvil tras ser embestido por otro, terminó su vida anterior. Había muerto, literalmente, solo para volver a revivir en la ambulancia que la llevaba hacia el hospital.

No había existido luz al final del túnel, nada de ángeles cantores, ni figuras oscuras o con guadaña, solo ella… muerta.

Recordaba la acalorada discusión previa al desastre, las injustificadas y absurdas acusaciones del hombre del que una vez se creyó enamorada, la sensación de miedo que la embargaba mientras le decía que mantuviese la atención en la carretera antes de que se tuviesen un accidente… Y por fin las cegadoras luces y el brutal impacto agitándolo todo como si estuviese en una coctelera…

Un par de semanas en la UCI, unas cuantas más postrada en una cama de hospital… Los médicos calificaron como milagro el hecho el que siguiera con vida, por no mencionar el que hubiese sido capaz de despertarse después del traumatismo sufrido. Pero lo hizo y con la vuelta de la conciencia llegó también el miedo, la desesperación y un denso silencio que parecía consumirlo todo.

El dantesco accidente se llevó consigo su audición; una pérdida casi total de audición en un oído y un considerable porcentaje en el otro.

Las fracturas que podía añadir a la lista eran un daño insignificante comparado con el silencioso mundo en el que había despertado, uno que solo las prótesis que ahora utilizaba conseguían penetrar.

¡Y las malditas le fallaban más que una escopeta de feria!

Esta era su segunda noche en el pub y le estaban dando más problemas que nunca. Si ayer, en su primer día de trabajo, había tenido problemas, hoy nada garantizaba que no la terminasen echando de una patada en el culo. Y la culpa era en gran parte debida a los audífonos. Los continuos saltos y el ocasional zumbido de la estática no auguraba nada bueno; temía terminar de un momento a otra sumida en el silencio.

El aislamiento sensorial era una pesadilla que no había experimentado hasta entonces. La ausencia total de sonido le provocaba una inmediata sensación de indefensión, afectaba a su sentido del equilibrio, pero también al del espacio. Era como si de repente te quitasen los remos de la embarcación y quedases a la deriva, con el miedo atenazándote la garganta.

Y ese miedo estaba aguijoneándola ahora, acicateando su mente y creando todo tipo de horribles escenarios en los que ella era la única protagonista.

Se obligó a respirar profundamente. Tenía que aguantar, confiar en que todo iría bien, pero era difícil ser optimista cuando en un momento escuchaba la algarabía del pub y al siguiente un

zumbido en uno de sus oídos o el asfixiante silencio.

Sus problemas con las bandejas y las consumiciones la noche de ayer tenían una explicación, los fallos de las prótesis la desestabilizaban y su equilibrio se iba a la mierda en un abrir y cerrar de ojos junto con lo que llevase en las manos.

Kenzie la mataría cuando se enterara de la clase de estreno que había tenido en el trabajo. ¿Acaso era posible empezar con peor pie en un lugar? Era un verdadero milagro que su jefe no la hubiese despedido en el acto tras del desastre de ayer, pero para su sorpresa el hombre la había emplazado a regresar hoy a condición de que se quedase detrás de la barra. Estaba convencido de que sería la única manera de salvar la cristalería.

Le había dado una segunda oportunidad y Ava no podía darse el lujo de desaprovecharla. Ya había trabajado antes de camarera, tenía experiencia en el sector de la hostelería, solo necesitaba que esos malditos aparatitos que llevaba en las orejas, ocultos bajo la corta melena rubia, cooperaran.

El accidente y la larga convalecencia a la que se vio abocada la obligaron a dejar su anterior trabajo. No es que hubiese tenido en mente quedarse en su puesto con lo que estaba pasando últimamente, pero desde luego aquella no había sido la manera que tenía en mente.

Hasta el momento había podido mantenerse gracias a algunos trabajos esporádicos y a sus ahorros, pero era consciente de que para alcanzar la meta que tenía en mente, tenía que encontrar algo que le procurase estabilidad y unos ingresos fijos.

Sus padres habían insistido en que volviese con ellos, pero habiendo abandonado la casa familiar desde joven por desavenencias, la idea de volver a vivir bajo su techo era inviable.

Una cosa era pasar unas cuantas semanas con ellos mientras se recuperaba, pero no tenía la paciencia para escuchar a su madre echándole en cara sus malas decisiones a cada hora del día o a su padre cuestionando su forma de vida de manera permanente.

Los quería, adoraba a sus progenitores, pero era una mujer de treinta y un años que llevaba desde los dieciocho fuera de casa y no estaba dispuesta a que se inmiscuyeran en su vida.

Recogió las consumiciones que su compañera dejó sobre la barra y colocó los vasos y jarras sucias en el fregadero. Limpió la superficie de madera y correspondió con amabilidad al saludo de la pareja que se marchaba tras haber pagado la cuenta.

El local empezaba ya a vaciarse y el final de su turno se acercaba.

—Ava, deja eso. —La llamó el dueño del pub, quién entraba desde un lateral con una caja de cervezas—. Termina de reponer las neveras. Cuando acabes con ello, recoge y vete. Mañana a la misma hora.

Tuvo que contener un suspiro de alivio al ver que la citaba también al día siguiente.

—Sí, jefe.

El hombre se limitó a darle la espalda y volvió a desaparecer en el almacén.

—Sigues en el turno de noche, ¿no? —preguntó la otra camarera, una pelirroja de carácter amable, al menos con cualquiera que no le pusiera las manos en el culo sin permiso. Depositó sobre la barra un nuevo par de vasos sucios y unos platos—. Mañana va a haber movimiento, así que procura no dormirte en los laureles y sobre todo no cargarte nada más. —Le guiñó el ojo—. Elías es un buen tío y mejor jefe. Si ves que levanta un poco la voz, es porque está estresado, así que… Ni caso.

—Gracias… por el consejo.

Ella sonrió, asintió y señaló.

—Buena suerte mañana.

Rhiannon solía cubrir los turnos diarios, esta noche solo estaba de refuerzo, lo que quería

decir que mañana no contaría con su ayuda.

Ava volvió con su tarea y rellenó las neveras para dejarlo todo listo. Llevó las cajas a la trastienda y recogió sus pertenencias, así como un pequeño recipiente que la cocinera le había preparado con las sobras para que pudiese llevárselo a casa y cenar.

Después de que coger el tren y hacer un transbordo en metro, llegar y ponerse a cocinar no era precisamente lo que más le apetecía, no tras las estresantes jornadas que había tenido tanto ayer como hoy.

Era consciente de que aquel trabajo no era más que algo puntual, una oportunidad de ganar algunas libras extra, pero tal y como estaban las cosas en el terreno laboral, solo podía dar gracias por ello.

Sus ingresos principales venían de las traducciones que realizaba para algunas empresas y encargos privados. Al principio había optado trabajar a distancia, desde la comodidad de su casa, ya que las sesiones de rehabilitación y sus dificultades iniciales a la hora de acostumbrarse a los audífonos le hacían imposible enfrentarse a un horario de oficina. Lo que esperaba que fuese algo pasajero acabó convirtiéndose un modo de vida que se adaptaba más a ella. Ya fuese por comodidad o porque no se sentía la misma persona que había sido antes del accidente, dejó de interesarse en entrevistas para puestos presenciales… Aunque tampoco es que le hubiese ido demasiado bien en las últimas a las que se había presentado ese año.

—Tengo que mirar el correo a ver si me han enviado algún nuevo encargo —se recordó mientras apuraba el paso, dejando atrás la estación de metro y cruzando hacia la acera por la que enfilaría hacia su calle—. Mierda… El presupuesto. Tengo que mandarles también el presupuesto a los de esa pequeña empresa.

Tenía demasiadas cosas que hacer y lo que realmente le apetecía era meterse en la cama nada más llegar y dormir hasta el día siguiente.

Suspiró y apuró el paso, cubriendo la distancia que la separaba del portal del edificio en el que había alquilado un pequeño piso. Como cada día se peleó unos segundos con la cerradura hasta que esta cedió, comprobó si había alguna carta en el buzón, facturas con toda probabilidad, y se dirigió al tramo de escaleras que llevaba al primer piso. Nada más alcanzar el rellano y doblar la esquina, se encontró con la puerta al final del corredor estaba abierta y las luces del interior de la vivienda encendidas.

El shock inicial dio paso al desconcierto y al miedo. Giró sobre sus pies y volvió al rellano dónde se pegó a la pared en un intento por ocultarse de cualquier posible amenaza.

El corazón le latía a toda velocidad, la adrenalina corría por sus venas manteniéndola alerta mientras se afanaba en abrir una vez más la cremallera del bolso; siempre llevaba consigo un par de espráis de pimienta.

A falta de uno, dos; uno para cada mano.

Armada con los botes y con los dedos listos sobre el pulsador, echó un vistazo de nuevo al pasillo y a la puerta abierta de su casa. Tragó saliva e hizo lo más estúpido que podría hacer cualquier persona en una situación similar; abandonó su parapeto y se plantó en la entrada estirando ambas manos lista para gasear a cualquier que se le apareciese en esos momentos.

Nada. Ni un alma.

Agudizó el oído solo para apretar los dientes y evitar así sisear al escuchar de nuevo ese incómodo zumbido que la privaba de cualquier sonido.

¿En serio?. Gimió interiormente. *¿Es posible que haya un ladrón en casa y eliges este momento para estropearte de nuevo?*.

No se atrevía a tocar el audífono por miedo a perder la ventaja que tenía.

Ningún ladrón esperaría ser sorprendido por una mujer armada con un par de espráis dispuesta a rociarle los ojos.

Entro o no entro. Joder. Debería de dar media vuelta y llamar a la policía. Eso sería lo más sensato.

Pero la sensatez no se le aplicaba a una alguien que llevaba dos botes de espray de pimienta en las manos.

El chirrido de uno de los audífonos reverberó en el silencio y no pudo evitar dar un respingo. El susto la hizo oprimir las cabezas de los botes y un sendos chorros de aire especiado emergieron de golpe.

—Ay no, no, no… —gimió horrorizada al ver la pequeña nube ante ella. La abanicó con la mano y tuvo que obligarse a contener la respiración cuando el contenido empezó a picarle en los ojos—. Oh, por Dios… Esto es… horrible… Madre mía…

Atacada por su propia arma defensiva.

Murphy la odiaba.

Se precipitó en el interior de la vivienda abanicándose el rostro y luchando con el lagrimeo de los ojos. Se las ingenió para mantener uno de los espráis por delante de ella, apuntando a cualquier posible cosa que saliese de un momento a otro de un rincón mientras se movía con rapidez hacia el cuarto de baño.

—¡Si hay alguien aquí será mejor que se largue! ¡He llamado a la policía! —anunció a voz en grito—. ¡Y yo voy armada y soy muy peligrosa!

Peligrosísima, pensó con un gemido. *Soy un auténtico peligro para mí misma.*

No hubo respuesta, ningún sonido más allá del de su propia voz reverberando en las paredes del piso del alquiler al que se había mudado nada más salir del hospital.

Un hombre decente, sobre todo alguien que hubiese sido en parte responsable de un accidente, habría tenido como poco cargo de conciencia por lo ocurrido. Pues bien, su ex no era uno de ellos.

No. Alexander culpó al otro vehículo por invadir el carril contrario y también a ella. Le daba igual que la pérdida de control del otro conductor fuese debida a un ictus, él no tenía ninguna responsabilidad. No, él era inocente de todo. Ni siquiera el hecho de haber estado al volante y perder de vista la carretera para increparla y gritarle eran cosa suya. Por supuesto que no. La responsable era Ava y su *«crisis nerviosa»*, una mujer con *«una frágil estabilidad mental»* que había intentado incluso lanzarse del coche en marcha.

Sí, una imaginación desbordante la de ese cabrón y unas dotes teatrales dignas del *Royal Albert Hall* para embaucar al más avispado.

No podía decir que le sorprendiera.

Había perdido esa capacidad después de ver como el hombre con el que llevaba saliendo más de dos años, y viviendo uno, pasaba de ser el tipo encantador y divertido que la había conquistado y enamorado a convertirse en un arrogante y manipulador gilipollas.

Al principio había sido algo sutil, pequeños cambios que había achacado a su nuevo empleo, al irse a vivir juntos, pero con el paso de los meses la cosa se fue recrudeciendo hasta el punto de terminar en continuas discusiones, en sospechas de engaño y ya, finalmente y para rematarla, en celos injustificados que traían consigo toda clase de amenazas.

No. Ava tenía claro que no deseaba estar con un hombre así. No toleraba que la menospreciara, que la hiciese sentirse como una mierda cuando no tenía la culpa de lo que ocurría. No era una mujer que agachase las orejas y se dejase insultar, que permitiese que la pisotearan, así que tomó la única decisión que podía terminar con aquello; dejarle.

Quizá debería haberle dicho que había decidido largarse, que ya tenía las maletas hechas y que tan pronto como las recogiera se iría. Sin duda habría sido todo un golpe de efecto hacerlo delante de sus compañeros, pero era de las que opinaban que los trapos sucios debían lavarse en privado.

Dado que ambos trabajaban en la misma empresa, en la que se habían conocido, ya era una costumbre subirse al coche e irse con él.

«No empieces. Este no es lugar para montar un escándalo».

Sus palabras deberían haber sido suficiente para que pidiese un taxi, pero para no tener que dar explicaciones, se subió a su coche con una irónica sonrisa.

«Te olvidas que yo no soy la de las luces y los focos».

Una frase pegada a una falsa sonrisa, un breve gesto de despedida a unos compañeros con los que ni siquiera tenía relación y se sentó en el asiento del copiloto.

La discusión comenzó nada más salieron del aparcamiento.

Los reproches y los argumentos de siempre fueron suficiente para hacerla perder la paciencia. No iba a permanecer en silencio por más tiempo, así que le comunicó que tan pronto como llegasen a casa, cogería sus maletas y se iría para no volver.

La reacción de Alexander fue desmesurada.

Dejó de prestar atención a la carretera para increparla, insultarla y para amenazarla incluso. Ignoró sus advertencias para que estuviese pendiente de la conducción, para que bajara la velocidad. Y entonces se encontraron con unas luces cegadoras impactándoles de frente un segundo antes de que el otro vehículo se los llevase por delante al haber invadido el carril contrario.

Había sido como estar dentro de una enorme hormigonera que daba vueltas y más vueltas, entonces llegó el golpe, la sacudida y la oscuridad.

Ella acabó en el hospital con pronóstico grave y él, con tan solo unas cuantas contusiones, optó por desaparecer de su vida en ese mismo momento y lo hizo del mismo modo en que había llegado; rápido y sin avisar. El muy cobarde le había llevado las maletas al hospital y se dijo el lujo de terminar él con la relación.

Si le había quedado aunque fuese una mínima duda de la decisión que había tomado, en ese instante se esfumó.

A partir de ese momento todo asunto relacionado con el accidente, el papeleo y lo que tuviese que ver con él lo puso en manos de su abogada. Solo esperaba no tener que volver a cruzarse con él en lo que le quedaba de vida.

Ava volvió a mirar a su alrededor con el corazón en un puño.

Le costaba creer que alguien se hubiese colado en su casa. Se suponía que aquel era un buen vecindario. En todo el tiempo que llevaba viviendo allí nunca había tenido problemas con nadie, ni había escuchado que se entrase en las viviendas o se produjese algún tipo de violencia.

Aferró bien los botes e intentó ver a través de los acuosos ojos mientras se movía como había visto hacer en las pelis a través de la casa. Aun lagrimeando y con los ojos ardiendo a causa de la nube de espray, se dispuso a revisar las escasas habitaciones.

—¡Si hay alguien escondido, será mejor que salga cagando leches! —exigió en voz alta, manteniendo en todo momento los dedos a punto sobre el pulsador y rociar lo primero que apareciese en su rango de visión.

El zumbido de una de las prótesis era de lo más molesto y no le quedó otro remedio que apagarlo. El silencio la inundó reduciendo al momento su rango de audición.

Golpeó la pared con uno de los botes y esperó inmóvil con el corazón latiéndole a mil por

hora y los nervios de punta.

Si alguien aparecía delante de ella le daría un ataque, estaba convencida.

—¡Última oportunidad para huir! —anunció e hizo una mueca ante la distorsión que percibió en su propia voz.

Nada. Todo parecía en calma. Si alguien se había colado en su casa, parecía haberse largado ya.

—Oh, por Dios… Esta mierda escuece una barbaridad.

No podía postergarlo más. Corrió al cuarto de baño, abrió el grifo, dejó los espráis a un lado y se lavó las manos y el rostro con abundante agua.

Tenía metido el picante aroma en la nariz e incluso en la garganta. Se le habían enrojecido los ojos y no dejaban de lagrimearles. Si esa era la reacción a una exposición fortuita, no quería imaginarse lo horrible que sería recibir esa cosa directa en los ojos. No le sorprendía que fuese tan útil para disuadir a los atacantes, solo tenías que apuntar al rostro para dejarles incapacitados.

Se enjuagó la cara unas cuantas veces más y usó un colutorio para hacer gárgaras a fin de quitarse el mal sabor de la boca. Lanzó la toalla usada al cubo de la ropa sucia y recuperó uno de los botes antes de regresar al pasillo y mirar la puerta de la casa todavía abierta.

—No parece que hayan forzado la cerradura… —musitó para sí mientras examinaba el marco. Después hizo lo mismo con la manija—. ¡No me jodas!

El pestillo había quedado atrancado dentro del mecanismo y no salía. Empujó la pesada madera contra el marco y en vez de quedarse en su lugar, retrocedió abriéndose de nuevo.

—¡Venga ya! —gimió empujándola de nuevo, dándole incluso una patada, solo para ver como retrocedía de nuevo.

No había ningún ladrón.

Lo más probable era que nadie hubiese entrado en su casa.

Era la maldita puerta. No se había cerrado cuando tiró de ella. Y teniendo en cuenta que salió a toda velocidad, no se había molestado siquiera en comprobarlo.

—Murphy me odia —confirmó con un quejido. Empujó de nuevo la madera hasta encajarla y la atrancó desde dentro con el pasador de seguridad—. Ese cabrón me tiene en su lista negra.

Dejó caer la cabeza hacia delante y apoyó la frente contra la puerta.

—Ya estás llamando a un cerrajero para que lo arregle —se dijo—. Si esperas que venga el conserje, pasarás el resto del mes con la puerta abierta.

Todavía estaba esperando a que el hombre viniese a mirar el termo. Se lo había notificado ya tres veces y la última fue para decirle que o lo arreglaba él o compraría uno nuevo y le pasaría la factura.

Mejor no repetir la respuesta que le había dado el hombretón.

El caso es que seguía sin agua caliente en casa y si tenía que volver a ducharse una vez más en agua fría, sus pezones entrarían en la categoría de diamante.

Sacudió la cabeza y se quitó el audífono que había apagado previamente. Lo agitó como si fuese una coctelera, volvió a ponérselo y lo conectó.

—Hola, soy Ava y necesito un milagro —dijo en voz alta, sintiendo un instantáneo alivio al escuchar su propia voz—. Ya funcionas de nuevo. Bien. Pues no te apagues. Los milagros están a precio de oro.

Y ella todavía no podía costeárselos.

Arrastrándose hacia el salón que compartía espacio con la cocina americana, se dejó caer en el sofá y arrastró el portátil sobre sus piernas.

—Tengo que recoger esto, mirar el correo y organizar el trabajo de la semana que viene —murmuró haciendo una mueca al ver los papeles y las carpetas diseminadas sobre la mesita de madera.

Abrió el dispositivo, lo encendió y comprobó rápidamente su bandeja de correo. Esperaba encontrar algún encargo nuevo o al menos respuesta a la última entrevista de trabajo a la que había asistido.

—Publicidad, publicidad, recibos y facturas… —Empezó a descartar y eliminar el *Spam* y se detuvo ante una dirección de correo extraña—. ¿Confirmación de recepción de formulario?

Abrió el mensaje y frunció el ceño.

Estimada señorita Wilkinson,

Nos complace informarle que tras recibir su formulario y comprobar su validez, este ha entrado a formar parte del programa de valoración de nuestra agencia.

En caso de que usted sea una de las candidatas seleccionadas para disfrutar de nuestros servicios, le haremos llegar la información correspondiente y el contrato redactado para su mediante uno de nuestros agentes.

Le agradecemos que haya depositado su confianza en nosotros. Desde la Agencia Demonía haremos todo lo que esté en nuestra mano para no defraudarla.

Atentamente,

Zachary Harley,
Director de la Agencia Demonía -División Europa-

—¿Agencia Demonía? —pronunció en voz alta.

Arrugó la nariz y examinó detenidamente el email.

Se trataba de un reenvío. Una respuesta a un correo electrónico previo.

—No recuerdo… —Gimió al ver que la pantalla cambiaba y se descargaba el archivo adjunto—. Ay, no, no, no… Por favor, que no sea un virus…

Intentó cerrar la ventana emergente sin éxito.

—Venga, hombre, ¿por qué demonios no me sale una a derechas hoy?

El documento se abrió por sí solo y se encontró con una página cuyo logotipo le llamó inmediatamente la atención.

—Espera, esto es…

Hizo zoom sobre la pantalla y agrandó el contenido de modo que pudiese leerlo con facilidad.

—Es esa página que encontró Kenzie… —reconoció al momento sus datos y no pudo evitar hacer una mueca al empezar a leer los distintos apartados—. *¿Aburrida de la rutina diaria? ¿Hastiada de la monotonía del día a día? ¿No encuentras aquello que te satisfaga, que deje una sonrisa permanente en tu rostro durante toda la jornada? En la Agencia Demonía disponemos de un selecto servicio de acompañantes a domicilio…* —Sacudió la cabeza—. Pero… Pensaba que esto era de coña, uno de esos test absurdos…

Chasqueó la lengua, bajó el cursor y leyó el resto del formulario que había rellenado.

—Señor, que buena tenía que ser la medicación para llevarme a escribir todo esto. —Se rio entre dientes, negó una vez más con la cabeza y procedió a cerrar cada una de las ventanas—. Y once meses después me mandan un email confirmando la recepción del formulario… *Claaaaaro que sí, guapi*. Es justo lo que necesito ahora mismo. Un gigoló. Anda que…

Bajó la tapa del portátil y dejó el aparato de nuevo en su sitio. Se desperezó y abandonó el

sofá casi a rastras.

—No hay ofertas de trabajo, ni encargos, ni respuestas a entrevistas, así que… Me voy a la cama —resolvió con un bostezo—. Con un poco de suerte el mundo se irá a la mierda esta noche y mañana no tendré que preocuparme de nada.

Con aquel absurdo y catastrófico pensamiento, Ava se metió en su dormitorio lista para dejarse caer en brazos de Morfeo.

CAPÍTULO 3

A la noche siguiente…

—¿Trayéndote el trabajo al pub?

Devon apartó la mirada del iPad, sonrió simulando culpabilidad y desdobló la solapa para cubrir de nuevo la pantalla.

—Algo así —admitió y señaló con un gesto la vacía consumición ante él—. Ponme otra.

El barman asintió al momento, retiró el vaso usado y cogió uno nuevo que llevó de inmediato bajo el grifo.

—En ocasiones resulta difícil desconectar de la oficina —mencionó el tipo llenando una nueva pinta de cerveza—, al menos hasta la segunda pinta.

Dejó escapar un resoplido que esperase sonase a risa, cogió el vaso que le puso delante y lo levantó a modo de brindis.

—Abogo por eso —mencionó antes de dar un sorbo a su nueva bebida.

Satisfecho, Elías continuó con su labor, recogiendo vasos, pasando el paño sobre la superficie de madera y atendiendo a los clientes que esa noche ocupaban la barra.

La música sonaba a través de los altavoces amenizando la velada, las mesas diseminadas por el local daban cabida a parejas y grupos de amigos que disfrutaban de unas copas o una cena típica. Como venía siendo habitual los fines de semana, el lugar estaba lleno. Esa noche incluso había un grupo de turistas cantando y vitoreando en una esquina, celebrando la despedida de soltero de uno de ellos a juzgar por las bromas que hacían a su costa.

Su atención se dirigió hacia aquella zona en la que una de las camareras rellenaba la bandeja que llevaba consigo con los vasos y jarras vacías. La rubita asentía a los comentarios de los tipos, sonreía de manera educada y respondía en consecuencia a algún pedido.

Al menos hoy no lo está tirando todo por el suelo, pensó con secreta diversión. Durante el tiempo que llevaba sentado en ese taburete la había visto hacer alguna mueca antes de introducir la mano bajo el pelo; sin duda para tocar el audífono que ahora sabía llevaba.

Avalon Wilkinson no solo tenía problemas auditivos, también era su nueva cliente. El formulario que guardaba el sobre que sacó de la maldita caja era el suyo y sus requisitos lo trajeron al pub que frecuentaba de manera habitual. Pero más allá de la palabrería puramente femenina, de las risas subyacentes y la necesidad que había sentido detrás de cada uno de aquellos cinco puntos, estaba la motivación de su petición. Esa mujer no se había explayado en el motivo que la había llevado a contactar con la agencia, se limitó a resumir la situación que tenía en el preciso instante en que escribió cada una de las palabras.

Por regla general, el apartado que figuraba en el formulario como *«Motivo de tu petición»* era una ventana abierta al alma del cliente. Una manera de dar rienda suelta a sus anhelos, deseos y carencias, pero esa chica se había limitado a poner en palabras su presente más inmediato.

Devon bajó de nuevo la mirada al dispositivo, retiró la cubierta y lo desbloqueó para quedarse de nuevo con la copia de aquel formulario ante él.

«Estoy acostada en la cama de un hospital con una venda alrededor de la cabeza y medicación hasta las cejas. Acaban de informarme que necesitaré unas puñeteras prótesis para poder oír y por si eso fuera poco, ahora resulta que el cabrón de mi ex se ha lavado las manos con respecto al accidente. Ha dejado caer toda la culpa sobre el otro conductor. Y oh, sí.

También sobre mí. Si ese no es suficiente motivo para escribir esta estupidez, no sé qué lo es».

Esas eran las palabras oficiales, las que quedaron grabadas en el formulario después de que hubiese completado y borrado unas cuantas veces cada frase hasta quedarse satisfecha. Sin duda era una persona meticulosa, que se esforzaba por escribir con corrección incluso en algo que consideraba tan solo un juego.

Pero no era lo único que había escrito. Deslizó un enguantado dedo sobre la pantalla y la entrada que había introducido y borrado inicialmente apareció como si se tratase de un comentario aparte.

«Por favor, que alguien me demuestre que puede existir algo bueno incluso en el más profundo de los silencios, algo que sujete mi mano lo bastante fuerte como para no dejarme caer».

Era una única frase.

Una extraña elección de palabras.

Una petición que estaba más que dispuesto a llevar a cabo.

No dejaba de ser curioso el que, de todas las mujeres posibles, su próxima cliente resultase ser nada más y nada menos que la nueva camarera del Lorne; la chica a la que ni Byron ni él habían augurado una larga estancia en ese empleo.

Le había sorprendido encontrarla de nuevo en el local. A estas alturas ya daba por hecho que Elías, el propietario, la habría despedido después de aquel desastre, pero al parecer el tipo estaba dispuesto a darle una segunda oportunidad a alguien que necesitaba el trabajo. Eso y que probablemente no tuviese a nadie a quien recurrir ese fin de semana.

Devon se había negado a abrir el maldito sobre durante todo el día de ayer y buena parte del de hoy. No le gustaban ese tipo de encerronas y Zachary lo sabía. Se había resistido a la curiosidad procurando mantenerse lejos de aquel pedazo de papel hasta haberse calmado lo suficiente, solo así podía afrontar la nueva tarea que tenía por delante.

La sensibilidad empática era algo inherente a su raza. Los *empathis* poseían una habilidad especial para conectar con las emociones, eran capaces de leerlas y también de encauzarlas. Pero al contrario de lo que pensaban ciertos sectores del mundo sobrenatural, no era un don que utilizasen tan a la ligera. La mayoría de ellos solo podían captar algunas cosas a través del contacto, otros interpretaban las emociones basándose en los colores del aura, pero no se consideraban a sí mismo vampiros emocionales. La suya era una comunidad que forjaba fuertes lazos entre los de su misma especie o con otros individuos por los que se sintiesen emocionalmente atraídos, por lo que eran bastante selectivos a la hora de establecer vínculos con otras personas.

Con todo, también había excepciones y él era sin duda una de ellas. Por sus venas corría no solo sangre *empathis*, sino también *incubare*, lo que hacía que sus habilidades empáticas naturales fuesen mucho más marcadas.

Cerró los dedos sobre el lateral del dispositivo escuchando el sonido de la suave piel curtida de sus guantes. Estos lo protegían de roces inesperados y emociones no deseadas. Su sensibilidad sensorial era suficiente como para captar las emociones presentes en el aire, así que no necesitaba utilizar el desnudo contacto para aumentarlas. Deslizó el índice de mano libre sobre la pantalla y volvió al área de requisitos repasando cada uno de ellos con una perezosa sonrisa.

Ava había cubierto aquel formulario de una forma bastante divertida. Las acotaciones que hacía después de cada enumeración eran sin duda una extensión de sus propios pensamientos.

Levantó la cabeza del dispositivo y buscó con la mirada a la joven.

Uno de los hombres de la despedida de soltero se echaba hacia atrás con una risotada en el mismo momento en que ella daba un respingo y lo fulminaba con la mirada. La manera en que se recolocó el pelo rubio cubriéndose bien la oreja con la mano libre, maniobraba con la bandeja pegada a la cadera y retrocedía un par de pasos ponía de manifiesto que no había permitido aquella libertad.

Los fiesteros levantaron sus respectivos vasos y jarras brindando y riéndole la gracia al culpable. Ella, por otra parte, se volvió dándoles la espalda permitiéndole ver ahora la expresión que le cruzaba por el rostro; incomodidad y disgusto.

Tan rápido como apareció, desapareció. Sonrió y asintió hacia una mesa en la que un cliente levantaba la mano para llamar su atención, se detuvo para tomar nota de un nuevo pedido y acto seguido caminó hacia la barra con la mirada fija en el barman.

La manera en la que se movía y se llevaba la mano libre a la oreja era un claro indicativo de que tenía alguna clase de problema. Intentaba disimular, pero Dev podía notar el tumulto de sus emociones, la creciente ansiedad que emanaba de ella y que quedó patente en el traspié que dio a un par de pasos de la barra.

Viendo la fatalidad cernirse como una nube a su alrededor, extendió el brazo al mismo tiempo que abandonaba el taburete. La bandeja que ya se ladeaba amenazando con tirar el contenido al suelo quedó atrapada entre su mano y la de ella, quién se las había ingeniado para detener su tropezón contra la barra.

—¡Ava!

El gruñido del barman sobresaltó a los clientes más cercanos, pero ella ni se inmutó. Su atención estaba sobre la bandeja y la mano que había impedido que acabase en el suelo.

—Gracias a Dios. —La escuchó musitar. Su voz le llegó como un ronco murmullo—. Eso ha estado cerca. —En ese momento ella levantó la cabeza y volvió a encontrarse con los ojos castaños de la noche anterior—. Lo sien…to.

Tenía un rostro juvenil para haber cumplido los treinta y uno. Pómulos altos, cejas delgadas iguales de rubias que su pelo, pestañas largas, ojos castaños grandes y brillantes… Llevaba el maquillaje justo para llamar la atención sobre esas gemas y los carnosos labios, pero por lo demás era bastante discreta.

Vio como esa atractiva boca se cerraba y su garganta se movía de manera imperceptible al tragar. Las mejillas adquirieron un inmediato rubor y antes de que pudiese emitir una sola palabra, apartó la mirada con rapidez y depositó la bandeja sobre la barra.

Podía escuchar el acelerado latido de su corazón, notar el cambio en su respiración y ver el temblor en sus manos mientras lidiaba con los vasos que se habían volcado.

—No se ha roto ni un solo —mencionó ella levantando la cabeza para enfrentarse al barman, quién seguía meneando la cabeza—. ¿Ve, jefe? Ni uno.

Elías dejó escapar un resoplido y echó un vistazo en su dirección a modo de disculpa.

Dev levantó las manos evidenciando que no existía problema alguno.

—Ella tiene razón —declaró con un ligero encogimiento de hombros—. Hemos salvado la bandeja.

El tipo puso los ojos en blanco y depositó su atención sobre la camarera al tiempo que la apuntaba con el dedo.

—Estabas haciéndolo bien, así que procura no estropearlo en el último momento.

Su aura cambió al momento, sus emociones se aligeraron y la vio asentir con efusividad.

—Le dije que no habría incidentes, ¿no? —aseguró empujando suavemente la bandeja en su dirección.

El hombre se limitó a gruñir en respuesta. Recogió las botellas vacías, las jarras y vasos y se los llevó al fregadero antes de entregarle los nuevos pedidos.

Durante todo el proceso, la chica le dedicó furtivas miradas que no subían de la altura del taburete. Era como si no se atreviese a mirarle a la cara, ya fuese por vergüenza o incomodidad de alguna clase.

—Aquí tienes —le indicó el barman apuntando las bebidas con un dedo—. Mesa cinco y mesa siete.

—Cinco y siete, lo tengo —afirmó recogiendo la bandeja con ambas manos hasta que el camarero se la sujetó.

—Si alguno de los tipos del grupo del fondo se está pasando de la raya, espero que me lo digas. —dijo con voz firme, paseando la mirada hacia dónde estaban los alborotadores—. Nadie le pone un dedo encima a mis camareras sin su permiso.

Notó el sobresalto de la mujer y vio como asentía en respuesta.

—No se preocupe, jefe, si alguno tiene la brillante idea de tocar lo que no debe, se quedará sin mano.

Una breve risita emergió de la garganta masculina.

—Buena chica.

Con eso la dejó con su labor y volvió al grifo de la cerveza.

Con la bandeja ya bien segura en las manos y las consumiciones a salvo, su futura cliente se volvió hacia él y levantó la cabeza hasta encontrarse con su rostro.

—Gracias —le dijo con voz suave, con ese sonrojo todavía visible en sus mejillas—. Por… sujetar la bandeja.

Él se inclinó hacia delante y ladeó la cabeza de modo que pudiese encontrarse con su mirada.

—De nada, *Ava*.

A juzgar la manera en que se sobresaltó, no esperaba escuchar su nombre y menos de su boca, pero no hizo comentario alguno al respecto. Se limitó a asentir con la cabeza y afianzar la comanda en los brazos antes de continuar con su noche de trabajo.

La dejó ir y recuperó la pinta que le habían servido momentos antes, le dio un largo sorbo y tocó la pantalla del dispositivo que descansaba a su lado sobre la barra. Se inclinó hacia delante y deslizó el dedo hasta que la imagen del formulario apareció de nuevo.

Sus ojos cayeron sobre el apartado de requisitos y tuvo que contener una carcajada tras leerlo una vez más.

Requisito 1:

Un hombre alto, fuerte y sexy, que sea potente en todos los sentidos.

A ver, con sinceridad. Si un hombre no te impacta nada más verle, si no hace que te olvides hasta de hablar, si no consigue que se te caigan las bragas con tan solo una mirada, ¿qué tendría de potente?

Devon se movió lo justo para mirar a la camarera que dejaba un par de consumiciones ante una risueña pareja. Vio como sonreía por algo que le decían, asentía con la cabeza y pasaba a atender al siguiente cliente.

—Muy bien, señorita Wilkinson —murmuró para sí mientras cubría de nuevo la pantalla del iPad con la funda protectora y lo dejaba de nuevo sobre la barra—. Esperaré hasta que termines tu jornada.

La espera había llegado a su fin. Era hora de presentarse ante ella como lo que era, el agente asignado a su caso por la *Agencia Demonía*.

CAPÍTULO 4

Tendría que haber una ley que prohibiese que un hombre estuviese tan bueno. Ava se las ingenió para continuar con su trabajo sin echarle miraditas al tipo de la barra. Lo recordaba de la otra noche. Era el mismo que le había guiñado el ojo, pero en ese momento no había sido otra cosa que un cruce de miradas… Hoy, sin embargo, había conseguido que se le cayesen las bragas hasta los tobillos.

Se había quedado sin palabras. Su cerebro se cortocircuitó y fue incapaz de hacer otra cosa que quedarse mirándole embobada. Solo la presencia de la bandeja que todavía tenía entre las manos y el alivio de ver que el contenido se había salvado del desastre le dio el impulso necesario para concentrarse en su jefe y defender atropelladamente su labor.

Hasta ese momento había podido desempeñar su trabajo con normalidad, no había cometido tropiezos y los audífonos habían funcionado tan bien durante el día que pensó que podría superar la noche. Por desgracia, el intermitente zumbido que inundó su oído derecho mientras atendía al grupo que festejaba la despedida de soltero y la estupidez general del sexo masculino cuando lleva un par de pintas de más, hicieron que pasase un difícil momento.

Ese imbécil le había rozado el cuello con los dedos en un intento por tocarle el pelo. Sabía que le había dicho alguna cosa porque había visto como movía los labios, pero ni le había escuchado ni se había molestado en entender sus palabras. Se limitó a fulminarle con la mirada y regresar a la barra. Esperaba contar con unos pocos segundos para comprobar el aparatito, pero el suelo decidió interponerse entre ella y su meta a escasos pasos de esta.

Cuando se sintió caer se le paró el corazón. No podía afrontar otra noche como la pasada, no si quería conservar el trabajo. Aquella mano providencial había impedido el desastre, estaba tan agradecida por ello y tan abochornada, que se lanzó a disculparse… solo para atragantarse con las palabras.

Aquel tenía que ser el *«lo siento»* más patético que alguien había pronunciado en la vida.

Se mordió el labio inferior mientras recogía y limpiaba una mesa que acababa de ser abandonada.

—Bueno, al menos conseguiste darle las gracias —musitó para sí e hizo una mueca al recordar la forma en que lo había hecho.

Ni siquiera fue capaz de mirarle a los ojos cuando volvió a sentarse en el taburete. Sí, el tipo era enorme. El hecho de que tuviese que levantar la cabeza para clavar tan solo la mirada en su barbilla era un indicador de su altura, por no mencionar los hombros anchos y las fuertes piernas enfundadas en un pantalón oscuro o el tamaño de sus mocasines. No era el típico turista, de hecho tenía el aspecto de un hombre de negocios, de algún jefe o director de empresa que aprovechaba para tomarse unas copas después de salir del trabajo.

Desde luego era el tipo de tío con el que cualquier mujer estaría más que dispuesta a irse a la cama, alguien lo bastante sexy como para que te mojaras solo con mirarlo y se te pusieran los pezones duros al imaginar esa sensual boca sobre ellos.

Sacudió la cabeza desterrando al momento aquellos inoportunos pensamientos.

No era el momento para ponerse a pensar en polvos de una sola noche ni en aventuras, necesitaba concentrarse en su tarea y no meter más la pata para que Elías quisiera contar con ella.

Terminó con la mesa, recogió la bandeja y echó un rápido vistazo a su alrededor comprobando quiénes estaban atendidos y qué mesas faltaban por recoger. El local había empezado a vaciarse a medida que se iba acercando a la hora de cierre, la cocina ya estaba cerrada y los que todavía tenían ganas de seguir la fiesta, como el grupo de escandalosos, con seguridad acabaría yendo a alguna discoteca del Soho.

—Ava, recoge las dos mesas del fondo.

Se giró al escuchar la voz de su jefe quién limpiaba en esos momentos la superficie de la barra. Esta se había vaciado por completo, el taburete que había ocupado aquel hombre ahora estaba libre y tras un rápido vistazo a su alrededor se dio cuenta de que debía haberse marcado mientras ella se esforzaba en no mirarle.

Hizo una mueca, sacudió la cabeza y se apresuró a terminar lo que tenía entre manos antes de volver a la barra con los vasos, platos y botellas que habían quedado de los últimos comensales.

El alborotado grupo que le habían dado la noche, desfilaban ya por la puerta mientras uno de ellos, el que parecía más sobrio, se encargaba de pagar la cuenta.

—Para la *chica guapa* —mencionó en un cuestionable inglés dejando un billete de cinco libras sobre la barra e indicó con señas a su jefe que era para ella—. Gracias. Todo genial.

Con eso dio un traspié, se rio por su falta de equilibrio y abandonó también el local.

—No me sorprendería si terminase la noche durmiendo abrazado a una farola —chasqueó el barman y deslizó el billete en su dirección—. Ya le has oído. Te lo has ganado.

Sonrió, cogió el billete y lo observó distraída antes de guardárselo en el bolsillo de los vaqueros.

—Acaba de recoger las mesas del fondo, levanta las sillas y vete a casa —le indicó las tareas que quedaban por hacer—. Francis ha dejado en la cocina un par de boles con las sobras. Ha escrito tu nombre en uno de ellos. Así no tendrás que hacer la cena al llegar a casa.

—No era necesario, yo…

—Te pagaré la jornada de hoy —continuó ignorando sus palabras—. Si todavía quieres ganar unas libras, puedes venir de nuevo el próximo viernes. Cubrirás el fin de semana.

—Entonces, ¿no soy tan desastrosa? —mencionó con una sonrisita apoyándose en la barra.

—Procura que esos audífonos no te la jueguen de nuevo y no habrá problema.

La sonrisa se le borró al instante, se llevó las manos a los oídos por encima del pelo y lo miró sorprendida.

—La sobrina de mi mujer es sorda —declaró tocándose su propia oreja a modo de ilustración—. Y se lleva mucho la mano a los oídos como haces tú. Aunque ella no los tapa con el pelo.

Hizo una mueca y se lo retiró detrás de la oreja, mostrando abiertamente el aparato.

—¿De nacimiento o enfermedad? —le preguntó con tal naturalidad que se encontró respondiendo sincera.

—Accidente de tráfico —respondió con un ligero encogimiento de hombros y se retiró el pelo descubriendo también la otra oreja—. Hace casi un año. Y no, no era yo la que conducía.

Silbó en respuesta y señaló las mesas por detrás de ella.

—Termina con eso y vete a casa.

—Como diga, jefe.

Se volvió dispuesta a hacer exactamente eso cuando reparó en el objeto que estaba sobre el taburete que había ocupado el hombre.

—Jefe, parece que alguien se ha olvidado el iPad.

El hombre echó un vistazo y negó con la cabeza.

—Es de Devon —dijo cogiendo el aparato y dejándolo sobre la barra—. Ha salido a atender el teléfono. Lo recogerá a la vuelta.

¿Devon? ¿Entonces el tipo no se había marchado todavía?

Como si lo hubiese convocado con el pensamiento, la puerta principal volvió a abrirse y apareció esa montaña masculina. El tipo se movía con elegancia y una fluidez felina, todo en él era jodidamente sexy mientras se guardaba el teléfono en el interior de la chaqueta de piel que llevaba por encima de la americana. Ahora que lo veía en movimiento, el tipo era incluso más alto de lo que había supuesto.

—Algunas personas no saben lo que significa horario laboral —mencionó él avanzando hacia la barra para recoger el dispositivo.

—Eso podría aplicársete, ¿no crees?

Sonrió con pereza, se encogió de hombros y giró la cabeza hasta encontrarse con su mirada una vez más.

—Culpable —admitió—. ¿Ya has terminado tu jornada?

—Estaba en ello —mencionó su jefe con un tono que hizo que se arrancase de esa mirada y se encontrara con una de secreta diversión en su rostro. No había que ser un genio para saber lo que se estaba imaginando el barman—. Acuérdate de subir las sillas.

Con eso se volvió hacia el hombre, quién extraía la cartera del interior de su chaqueta y sacaba un par de billetes.

—Ahora te traigo tu encargo —informó señalando con el pulgar hacia la izquierda—. Francis dice que llevas doble ración de macarrones con queso. Que te los comas.

—Jamás se me ocurriría llevarle la contraria a la querida Francis.

Ava escuchó la risa masculina mientras se alejaba para terminar con su tarea y sintió un inesperado escalofrío. Se obligó a no volverse para mirarle, estaba claro por el retazo de conversación que acababa de escuchar que el tal Devon solía frecuentar el local de manera asidua, sobre todo si incluso encargaba la cena.

Se apresuró a terminar con su tarea, recogió las sillas y concluyó su jornada laboral pasando una fregona a todo el suelo. Para cuando volvió a la barra tras dejar el delantal y la libreta de comandas en su lugar, el sobre con su paga de la noche ya estaba sobre la superficie junto a una bolsa de papel con la cena.

Y él seguía allí.

—Trabajas duro —mencionó el tipo señalando con un gesto de la barbilla el local.

Le sonrió en respuesta, cogió el sobre con su paga de la noche y lo guardó en el bolso.

—Solo cumplo con mi labor —consiguió responder sin que le temblase la voz. Ese hombre era realmente imponente. Su presencia física era apabullante y a pesar de ello, poseía algo que lo hacía accesible y diría que incluso encantador—. Buenas noches —añadió con cortesía y se volvió una última vez hacia el interior del local, dónde suponía que estaría su jefe —. Buenas noches, Elías.

La respuesta no se hizo esperar.

—Buenas noches, Ava.

Sin más le dio la espalda a la barra y se dispuso a cruzar el pasillo que quedaba entre el

enorme mostrador y las primeras mesas que daba a la puerta principal.

El frío de mediados de abril le golpeó en el rostro nada más salir a la calle. Contuvo un estremecimiento, se arrebujó en el abrigo y abrió la cremallera del bolso sacando de su interior una bolsa plegada de tela, mucho más resistente que la de papel.

—Con la racha que llevo últimamente, sería capaz de romperse por el camino y adiós cena.

Hecho el cambio, miró el reloj e hizo una mueca mientras se colgaba la cena del brazo.

—Ya puedo empezar a correr —musitó mientras calculaba mentalmente el tiempo que tenía disponible para coger el próximo tren—. Si pierdo el tren y tengo que ir caminando hasta la primera boca de metro, no llegaré hoy a casa.

—No hace falta que corras —escuchó casi al mismo tiempo a su espalda—. Yo puedo acercarte.

La inesperada presencia la hizo saltar. Se giró como un resorte y se encontró una vez más con esos cálidos ojos marrones y una perezosa sonrisa que empezaba a curvarle los labios.

—Te he sobresaltado.

Le había dado un susto de muerte, que no era lo mismo.

—*Tranquila* —murmuró y esa sola palabra actuó como un fulminante calmante sobre ella, drenándola de todo nerviosismo—. Te prometo que no soy un acosador, ni un perturbado mental, de hecho soy…

—¿Me está siguiendo? —La pregunta emergió de sus labios incluso antes de que pudiese pensar en una mejor.

Él ladeó la cabeza y chasqueó la lengua antes de responder.

—Digamos que he esperado a que terminaras tu jornada laboral para poder hablar contigo. Supuse que preferirías hacerlo aquí y no en el pub —respondió con sencillez. Entonces retiró la funda protectora del iPad que llevaba consigo, encendió la pantalla y la giró de modo que pudiese ver la imagen que mostraba.

—Me llamo Devon Sheffield y me envía la *Agencia Demonía* —declaró tendiéndole el dispositivo—. Hemos recibido tu formulario y tras su evaluación, la agencia ha considerado que eres una candidata apta para nuestros servicios.

Como si estuviese programada para hacerlo, la pantalla cambió de nuevo y mostró una página con el mismo logotipo del e-mail que había encontrado anoche en su bandeja. El texto realzado en negrilla en este mensaje tampoco tenía desperdicio:

Estimada señorita Wilkinson,

Tras la recepción y valoración del formulario que nos ha remitido, tengo el placer de informarle que ha sido usted seleccionada como una idónea candidata a los servicios ofertados por la Agencia Demonía.

A fin de poder brindarle un trato personalizado que se ajuste a sus necesidades y cumplir con todas las condiciones legales que requieren los servicios de esta agencia, le remito una copia del formulario que nos hizo llegar en su momento, así como el contrato correspondiente al servicio que le prestará el activo asignado a su caso.

Le deseo un provechoso y agradable viaje en compañía de nuestro agente.

Atentamente,

Zachary Harley,
Director de la Agencia Demonía -División Europa-

Ava parpadeó varias veces intentando comprender lo que acababa de leer. Levantó la cabeza y se encontró una vez más con esa mirada cálida y penetrante.

—Esto es una broma, ¿no?

La manera en que sonrió hizo que se le cayesen las bragas hasta los tobillos.

—No —negó y deslizó un dedo sobre la pantalla, pasando a una nueva página—. Como puedes comprobar, este es el formulario que nos llegó a la agencia. Figura tu nombre y tu firma. Avalon Wilkinson.

Apenas pudo centrarse en la nueva pantalla, pues sus ojos habían seguido aquel dedo masculino, reparando por primera vez en los finos guantes de piel que le cubrían las manos.

Obligándose a mirar la pantalla, reconoció una vez más la página que había rellenado con todo tipo de tonterías.

—Sí. Lo rellené y envié —admitió con una mueca—, pero di por hecho de que se trataba de uno de esos test chorra que aparecen en las redes sociales. No pensé que fuese a llegar más lejos que…

La pantalla volvió a cambiar y esta vez adelantó el dispositivo para que lo cogiera.

—El contrato —le informó ignorando su réplica—. Léelo atentamente y después firma justo aquí —indicó el recuadro en el que hacerlo—. Una vez lo hayas hecho, estaré a tu total disposición.

Ava se estremeció ante aquella última frase. En su cabeza habían sonado como toda una declaración erótica, una a la que su mente estaba suplicando que dijese; *sí, por favor*.

Pero mientras sus ojos volaban a lo largo de las líneas del texto expuesto su mente dejó de pensar en lo bueno que estaba él y pasó a concentrarse en la redacción más estrambótica que había leído en su vida.

El contenido del documento era cuando menos absurdo, las partes de este o el anexo no tenían desperdicio. Y tampoco sentido.

Sacudió la cabeza y levantó el rostro hasta encontrarse de nuevo con la serena presencia que emanaba ese hombre.

—¿Se trata de alguna clase de estudio sociológico?

Él enarcó una ceja ante su pregunta. Parecía sorprendido por su comentario, pero no sabía si se debía a que había acertado de pleno o porque no esperaba tal respuesta.

Se permitió recorrerlo con la mirada y esta vez intentó dejar a un lado la arrolladora sensualidad que despedía ese hombre para verlo bien e intentar adivinar quién demonios era él.

Vestía bien, hablaba con propiedad y poseía unos modales lo bastante pulidos que la hicieron pensar una vez más en alguien de posición elevada. Era atractivo, aunque si él era consciente de ello, no lo explotaba, no presumía de la manera en que había hecho hacerlo a otros hombres con el mismo *sex-appeal*.

Y no estaba en el local por casualidad. La pasada noche se había retirado pronto, ese guiño que le había dedicado podía ser tan solo un gesto arbitrario. Pero hoy había vuelto, incluso le había dedicado unas cuantas palabras y su atención. Se había quedado hasta el cierre solo para salir detrás de ella.

Bien. Llegados a este punto solo se le ocurrían dos opciones posibles: que estuviese interesado en ella o que buscase algo.

Y a juzgar por la documentación que acababa de mostrarle y que conocía su nombre, todo indicaba hacia la segunda.

—Lo siento, pero no estoy interesada en participar en ese tipo de estudios —comentó

dedicándole una ligera inclinación de cabeza a modo de despedida—. Buenas noches.

No esperó respuesta, giró sobre sus talones, se aseguró el bolso al hombro y emprendió la vuelta a casa.

CAPÍTULO 5

¿Un estudio sociológico?

Devon no sabía si reír a carcajadas o sacudir la cabeza con incredulidad. De todas las posibles respuestas que podía esperar a su directa presentación, esa no era una de ellas.

Fue consciente del rápido cambio en sus emociones, de la desconfianza y la curiosidad, así como de la rápida tormenta mental que la empujó a buscar una respuesta plausible al enigma que suponía para ella el que él tuviese aquella documentación en sus manos.

Tenía que admitir que la mujer empezaba a resultarle divertida y cada vez más interesante. La forma en la que llegó a una conclusión tan inesperada lo hizo pensar en alguien sumamente analítico, capaz de elaborar una explicación plausible en un abrir y cerrar de ojos.

Era consciente de que su presencia la turbaba. Había sentido su nerviosismo, la vio luchar por mantenerse ocupada para no sucumbir a la tentación de mirar en su dirección; algo que terminó haciendo y varias veces de manera fugaz. Y también fue consciente de la cantidad de veces que se llevó la mano bajo el pelo y del nerviosismo que se convertía por momentos en extrema ansiedad.

Las prótesis que usaba debían estar dándole de nuevo problemas.

Sacudió la cabeza y salió tras ella.

—Señorita Wilkinson, trabajo exclusivamente para la *Agencia Demonía.* —Usó su apellido a fin de adoptar un tono más formal—. Le aseguro que no estoy a cargo de ningún estudio sociológico. Y en lo que se refiere a sus datos personales, proceden del formulario que cubrió y envió a mi agencia.

—Información que han rescatado de alguna base de datos y utilizan para llevar a cabo algún tipo de estudio sociológico —replicó deteniéndose al momento—. No sería la primera empresa ni la última en hacer algo parecido, aunque reconozco que el formulario que han utilizado para tal fin es… bastante inusual.

Se volvió lentamente, sus ojos no subieron más allá de su barbilla al dirigirse a él.

—Por curiosidad, ¿cuál es exactamente el objetivo del estudio? —inquirió echándole fugaces vistazos—. ¿Las inclinaciones de una mujer? ¿Qué es lo que mueve la mentalidad del sexo femenino? ¿Cuáles son las cualidades que encontramos más interesantes en un hombre?

Tuvo que hacer un esfuerzo por no poner los ojos en blanco ante tal batería de preguntas.

—Como ya le dije, mi agencia no lleva a cabo ni gestiona ningún estudio —insistió con paciencia—. La información personal que se solicita en los cuestionarios es confidencial y está amparada por la ley de protección de datos, la cual nos tomamos muy en serio.

Ella dejó escapar un pequeño bufido y apartó la mirada, claramente no estaba conforme con su respuesta.

—Estoy aquí única y exclusivamente porque ha enviado ese formulario —le informó—. La agencia lo ha aceptado y le ofrece un servicio que puede aceptar o rechazar. El contrato se redacta en base a las necesidades de cada uno de nuestros clientes… Y en este caso, se ha redactado teniendo en cuenta las suyas…

—¿Qué sabrá su agencia de mis necesidades?

—Las dejó bastante claras en el formulario…

La directa insinuación trajo un inmediato sonrojo a sus mejillas.

—Ese documento no tiene una sola pizca de veracidad —replicó de manera atropellada—. No se puede tomar algo así en serio. Lo rellené desde una cama de hospital, con analgésicos hasta las cejas… Difícilmente puede ser tomado en cuenta…

—Le sorprendería saber la clase de cosas que son tomadas en cuenta y escritas en momentos no tan idóneos —admitió con cierta ironía en la voz. Entonces le presentó de nuevo la pantalla y la instó a cogerlo—. El caso es que su formulario no solo fue tomado en cuenta, sino también seleccionado y el contrato que le he mostrado es prueba de ello.

—Ese contrato es absurdo —declaró empujando el iPad, negándose a cogerlo—. Quién lo haya redactado tendría que estar en una habitación acolchada y con una camisa de fuerza.

Un bufido de risa emergió de su garganta y no se molestó en retenerlo.

—Se lo diré al responsable —admitió divertido ante el pensamiento de hacer eso mismo. Entonces movió el dispositivo para llamar su atención—. ¿Vas a firmar, Ava?

Tal y como esperaba, el pronunciar su nombre, el tutearla, captó de nuevo su atención y cruzó fugazmente la mirada con él.

—¿Se ha molestado en leer el contrato, señor…?

—Puedes llamarme Devon o Dev, no tengo preferencias —admitió con sencillez, entonces añadió—. En cuanto a si he leído el contrato… Lo he hecho más veces de las que puedo contar.

—El que una persona sea capaz de leer algo no quiere decir que lo comprenda —mencionó señalando el texto—. Es un error que comete mucha gente. La mayoría se lanza a firmar algo pensando que saben lo que se ofrecen, cuando en realidad ni siquiera se han molestado en entender lo que está escrito y se limitan a interpretarlo a su conveniencia.

—¿Y tú? —le preguntó—. ¿Entiendes la finalidad del contrato y sus entresijos o deseas que te lo explique?

Sabía que había sonado condescendiente y ella no dudó en responder en consonancia, esta vez mirándole a los ojos.

—No estoy interesada en contratar un *gigoló*, gracias —siseó con las mejillas completamente sonrojadas y esas brillantes gemas de tono castaño echando chispas un segundo antes de que las apartara.

Aquella era sin duda una de las palabras que más escuchaban y que más irritaba a los activos de la agencia. En lo personal él no tenía problema alguno con el sexo, todo lo contrario, le encantaba. Era un hombre muy sexual y disfrutaba inmensamente de las relaciones íntimas, pero en lo que se refería a su trabajo como agente, su labor iba mucho más allá del terreno físico.

Los miembros de la agencia no eran *gigolós*, sino *acompañantes*. No cobraban por mantener relaciones sexuales, la intimidad que pudiese darse entre el agente y su cliente quedaba supeditada a la conformidad de ambas partes, pero no tenía nada que ver con los servicios ofertados.

Dependiendo del usuario en cuestión, sus tareas podían limitarse tan solo a servir de apoyo psicológico, a acompañar a alguien a una fiesta o reunión, a tomarse unas copas en un local… Las necesidades de la persona que estaba a su cargo en cada nuevo trabajo venía determinada por la clase de formulario que entraba a la agencia y podía asegurar que no todos eran tan explícitos como el de la señorita Wilkinson.

Todavía recordaba la encantadora mujer a la que Byron y él habían brindado sus servicios. La dama en cuestión solo quería tener a alguien que la acompañase a una reunión de antiguos alumnos. Deseaba dejar de ser el patito feo y convertirse en un cisne durante una noche y eso era lo que le habían dado. Habían estado a su lado durante la velada, charlando con ella, con las personas que esta les presentaba, haciéndola sentir el centro de atención. Durante el tiempo que

duró el contrato, la acompañaron a exposiciones de arte, jugaron al ajedrez e incluso orquestaron una reunión con un viejo amor con el que había perdido el contacto.

Aún hoy, dos años después de aquello, solían visitarla para ver cómo le iba. Lady Margaret se había convertido en una buena amiga y siempre les recibía con cariño y agradecimiento, lista para contarles su última aventurilla con algún caballero.

En los cinco años que llevaba ejerciendo de agente para *Demonía* se las había visto con distintas clases de personas. Algunas eran más accesibles que otras, pero lo más importante, lo que hacía que siguiese prestando servicio, era el conocimiento de que sus dones podían servir para curar el alma de algunas personas.

—La última vez que leí mi currículum ponía que me dedicaba al mundo empresarial, no al del sexo —replicó con un chasquido—. Y no es que no disfrute de este último, pero suelo hacerlo gratis.

Si ese rostro enrojecía un poco más, iba a entrar en combustión espontánea, pensó Dev observando cada una de las emociones que bailaban sobre él. Esa carita era como un espejo. La reacción a sus palabras fue rápida y reveladora, al igual que lo fue la manera en que apartó la mirada y le tembló la voz.

—He hablado sin pensar —admitió con voz quebrada al tiempo que bajaba la cabeza y se llevaba la mano bajo el pelo—. Te pido disculpas.

—Disculpas aceptadas —aceptó con una ligera inclinación de cabeza—. Bien, deduciré que entiendes cada parte del contrato…

Ella no respondió, en realidad ni siquiera le estaba prestando atención.

—¿Ava?

No le escuchaba, comprendió al ver como resbalaba también la otra mano bajo el pelo y se la llevaba a la oreja. Una inesperada y fugaz oleada de angustia le llegó procedente de ella, su lenguaje corporal cambió al momento y cuando retiró una de las manos lo hizo con uno de los aparatos en la mano.

—Ahora no, por favor, ahora no… —Escuchó que musitaba mientras manipulaba el aparatito con manos temblorosas y voz cada vez más ahogada.

Acortó la distancia entre ellos y le tocó la mano con un dedo llamando su atención.

Levantó el rostro en el acto y Dev se encontró con la ansiedad pintada en esa mirada castaña. Los bonitos y apetitosos labios rosados estaban cerrados con fuerza y una inmediata tensión se apoderó de la figura femenina, sin duda un modo automático de autodefensa.

—*Tranquila* —pronunció con cuidado de modo que pudiese leer la palabra en sus labios al tiempo que empujaba esa misma emoción en su interior, sofocando todas las demás.

Ava respiró profundamente y dejó escapar el aire con lentitud para finalmente asentir, volver a mirar el aparato y llevárselo de nuevo al oído.

—¿Todo bien? —preguntó buscando su rostro.

—Sí. —Su voz todavía sonaba quebradiza, pero después de tragar un par de veces y aclararse la garganta para estabilizarse, añadió—. Soy sorda. De los dos oídos. Y estos hijos de puta… Me están dando… guerra.

La manera en que dijo aquello y la expresión que cubrió su rostro le provocó una punzada de simpatía.

—Estás teniendo un fin de semana de lo más intenso, ¿eh?

—No te haces una idea —admitió con un nuevo resoplido mientras se colocaba bien el otro audífono—. Ya está.

Él asintió y señaló una vez más la pantalla que tenía en las manos.

—Si tienes alguna duda que quieras que te esclarezca con respecto al contrato…

La mirada femenina cayó sobre ella, resopló y antes de que se diese cuenta de lo que iba a hacer, se la quitó de las manos.

—Al diablo. Acabemos con esto —farfulló en voz baja deslizando la página hasta el final —. Estudio sociológico, encuesta u objetivo laboral, ahí tienes… firmado.

Le devolvió el dispositivo y lo acusó con un dedo.

—Y que sepas que si mis datos personales aparecen en algún otro sitio sin mi consentimiento, el cual ya te adelanto que no tenéis, denunciaré a tu agencia, empresa o lo que sea.

Devon miró el garabato que la chica había hecho con el dedo en el recuadro correspondiente a la firma y a continuación a ella.

—Es agencia… —concretó y acto seguido indicó la pantalla—. Entiendo que eres consciente de que al estampar tu firma estás aceptando las condiciones de este contrato…

—He leído esa cosa desde la primera palabra hasta el último punto. —Señaló con el dedo —. Las condiciones son tan claras y absurdas que lo más probable es que si le presentas esto a una de esas feministas te arranque… alguna cosa.

En respuesta a sus propias palabras, la pantalla del dispositivo cambió y grabó la firma, reconociéndola como válida y sellando el contrato en ese mismo momento.

A pesar de la confusión inicial, de las idas y venidas y ese presunto *«estudio sociológico»* en el que se había empecinado, Ava Wilkinson había firmado por propia voluntad el documento convirtiéndose de ese modo en su nueva cliente.

Devon había escuchado en las oficinas todo tipo de historias acerca de algunos antiguos agentes y de cómo habían solventado ciertos contratos con la agencia. La ignorancia de sus clientes acerca de lo que estaban firmando los había llevado a situaciones del todo rocambolescas, unas que parecían asemejarse demasiado a la que él mismo tenía ahora entre manos.

Miró una última vez la pantalla que ahora mostraba el logo de la agencia, la cubrió con la funda protectora y se volvió hacia ella.

—En ese caso… te llevaré a casa.

Esos ojos felinos se abrieron ligeramente y negó con la cabeza.

—No, gracias —respondió dando un paso atrás—. La estación del tren está justo aquí al lado y voy a irme yo solita.

Enarcó una ceja y sonrió perezoso.

—*Insisto* —imprimió a su voz un toque de compulsión y se tomó la libertad para quitarle el bolso del hombro y coger la bolsa con la cena que lleva colgada del brazo—. Te mereces descansar esta noche…

Le dedicó un pícaro guiño y le dio la espalda empezando a caminar hacia el aparcamiento dónde había dejado el coche.

—Vamos, Ava. —La llamó sin molestarse en mirar hacia atrás, pues sabía que ella echaría a andar en cuanto hubiese dejado atrás su estupor y se diese cuenta de que se llevaba su bolso.

CAPÍTULO 6

—Su parada, *milady*.

Ava parpadeó y miró a su alrededor como si acabase de emerger de un sueño.

No se había quedado dormida durante el trayecto, ¿verdad?

No. Recordaba haber hablado con él de algo más que de las indicaciones que debía seguir. Había intentado que la dejase a una manzana de su hogar, pero él se había negado y aquí estaban, delante de la puerta de su casa.

A decir verdad, era complicado concentrarse en algo cuando estabas sentada en el interior de un coche con alguien como Devon Sheffield. Ese hombre parecía consumirlo todo con su presencia, era como si solo pudieses ser consciente de él y de nada más.

Se había mostrado educado y correcto, encantador incluso mientras conducía con pericia y suavidad. La había engatusado con esa forma tan particular en la que sonreía y continuó con todo ese asunto del dichoso contrato; a lo que no prestó demasiada atención.

Abrió la puerta del coche y agradeció el aire frío que le abofeteó la cara espabilándola al momento. Tenía la cabeza embotada, uno de los audífonos había empezado a zumbar en algún momento del camino y se había visto obligada a apagarlo, así que solo captaba los sonidos desde el oído derecho.

—Sana y salva —le escuchó decir mientras se apeaba también y rodeaba el vehículo para acompañarla hasta la acera—. Cena y vete a la cama. Necesitas un buen descanso.

Ladeó la cabeza de modo que pudiese captar mejor las palabras y respondió con algo de ironía a su comentario.

—¿Me has traído a casa para decirme lo que tengo que hacer?

Él se rio abiertamente y el sonido fue como una caricia sobre su piel.

—Te he traído para asegurarme de que no te quedabas dormida en el tren y despertabas al otro lado de la ciudad —respondió manteniéndose lo bastante cerca como para que lo escuchara con claridad, pero sin invadir su espacio—. Solo trato de ser amable con… una chica guapa.

El comentario la llevó a sonreír de manera soslayada y replicar con lo que esperaba sonara como una pícara broma.

—¿Intentas meterte en mis bragas?

Una perezosa sonrisa curvó esos pecaminosos labios un instante antes de escuchar su respuesta.

—Hoy no —le dijo y señaló el edificio tras ella con un gesto—. Te he enviado todos los documentos que te mostré por correo electrónico, querrás tener una copia —le informó—. Te sugiero que los leas con detenimiento. Si tienes alguna duda… las resolveremos mañana.

—¿Mañana? —Su respuesta la tomó por sorpresa.

—Traeré el desayuno —corroboró al tiempo que asentía con la cabeza.

No pudo evitar sacudir la cabeza y hacerle notar lo obvio.

—No te he invitado a desayunar…

—No, no lo has hecho —admitió con una seguridad y petulancia que no sabía si tenía ganas de darle un bofetón o un mordisquito—. Así que seré yo el que te invite a desayunar a ti. Y no aceptaré un no por respuesta.

Antes de que pudiese replicar de la forma adecuada, él redujo la distancia entre ambos,

deslizó los dedos bajo su pelo, remetiéndoselo detrás de la oreja y se inclinó sobre ella para besarla en la mejilla.

—Que duermas bien.

Su cercanía la estremeció, el aroma que lo envolvía le acarició la nariz, pero fue la suavidad de esos labios contra su piel la que la derritió completamente.

Sus ojos se encontraron al separarse, abrió la boca para decirle algo, pero un dedo enguantado sobre sus labios se lo impidió.

—Vete a casa —le dijo y con sus palabras sintió la necesidad de hacerle caso—. Esperaré a que entres y luego me iré.

No pudo evitar resoplar por lo bajo cuando ese dedo abandonó su boca y él se volvió hacia el coche. Tuvo que morderse el labio para no rezongar y pedirle que aparcase el dichoso automóvil y subiese con ella.

—Vas a hartarte de tenerme alrededor los próximos días, Ava —mencionó él apoyándose en el vehículo con una perezosa sonrisa curvándole los labios—, así que aprovecha para disfrutar de un poco de tranquilidad esta noche.

¿Cómo podías responder a eso? Pensó echándole un último vistazo con lo que esperaba fuese cierto disimulo, entonces levantó la mano y se despidió con un gesto.

—Buenas noches y gracias por traerme.

Él asintió y, fiel a su palabra, esperó a que ella entrase en el portal antes de subirse al coche y marcharse.

Solo cuando cerró la puerta de su casa y pasó el pestillo de seguridad, Ava empezó a ser consciente de lo que había pasado en los últimos veinte minutos. Su mente pareció librarse de la modorra y los pensamientos acudieron en tropel, mezclando retazos de conversación con miradas, sonrisas y todo lo que tenía que ver con ese hombre.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —Se preguntó mientras se apoyaba contra la puerta.

Se las ingenió para arrastrarse hasta la cocina, sacar la botella de vino de la nevera y servirse una copa mientras calentaba la cena en el microondas.

—Vale, sí, está bueno… —se dijo a sí misma después del primer trago—. Pero todo ese asunto del estudio sociológico…

Miró el audífono que había dejado sobre la barra americana e hizo un mohín. Tendría que comprobar si el aparato se había muerto de verdad o se había quedado sin batería.

—Espero que sean las malditas pilas —masculló.

Cruzó la planta abierta con la mirada hasta la mesa auxiliar que había junto al sofá. Su vieja *Tablet* estaba encima de esta, justo dónde la había dejado antes de irse al trabajo.

Le dio otro sorbo a la copa y rodeó la encimera para buscar el recambio para su audífono.

Extrajo un par de pilas a estrenar del cajón y frunció el ceño cuando su mirada cayó una vez más sobre el dispositivo.

—Oh, por favor… —masculló antes de encender la pantalla y ver que, en efecto, tenía un correo electrónico cuyo destinatario era: *«Devon Sheffield – Agencia Demonía»*.

Arrugó la nariz y volvió a leer de nuevo el remitente con cuidado.

—Agencia Demonía. —Se paró en cada sílaba de modo que pronunciase bien la palabra —. De-mo-ní-a. —Chasqueó la lengua al comprender que había hecho un cambio de letras al leerlo anteriormente—. ¿Y por qué demonios lo he leído todo este tiempo como *De-no-mi-a*?

Su cerebro había asumido que ese era el nombre y hasta que se había parado a leerlo con cuidado no se había dado cuenta de su error. Ahora entendía que no se había tratado de un tema de acentos, Devon había pronunciado bien el nombre, era ella quién no lo había leído

correctamente.

Sacudió la cabeza dejando pasar el absurdo error y tocó sobre el aviso del nuevo email desplegando al momento la nueva ventana que lo contenía.

De: DevSheffield *Devonsheffield@agenciademoniadivisioneuropa.com* **Abr 11**, 2022 23.05.55 PM
Para: Avane *Avawilkinson@somerset.com*

Lee de nuevo el contrato.
Mañana resolveré todas las dudas que tengas.
Dev.

Archivos adjuntos:
Contrato.pdf
Formulario.pdf
Carta de Presentación. pdf
Agente Demonía.pdf

Puso los ojos en blanco ante el escueto cuerpo del mensaje e hizo una mueca ante el nombre de cada uno de los archivos adjuntos.

Si el formulario era para enmarcar, el contrato tampoco tenía desperdicio. Poniéndolos uno al lado del otro no sabría decir cuál de los dos era más absurdo.

Bajó el cursor sobre el tercer archivo y se encontró con el mismo documento que había recibido en su correo el día anterior, anunciándole que habían aceptado el formulario y era candidata a sus servicios.

El último de los archivos se abrió al momento mostrando una especie de ficha personal encabezada por el logo de la empresa y una foto del hombre que la había dejado ante la puerta de su casa.

—Devon K. Sheffield —leyó su nombre completo—. Lugar de nacimiento… *Durham*. Así que es británico. Fecha de nacimiento… Noviembre… del… ochenta. Así que este año cumplirá cuarenta y dos. Um… es mayor de lo que pensaba. Desde luego, nadie le echaría esa edad. Estatura… *1,89*. Sí, ya me he dado cuenta de que es enorme.

Siguió leyendo cada uno de los apartados descubriendo que tenía su domicilio en *Canary Wharf*, en la zona de los antiguos almacenes del puerto, que poseía un doctorado en *Organización Industrial y Gestión de Empresas*, hablaba varios idiomas y poseía aficiones tan normales como el cine, los deportes o el senderismo.

—¿Cómo puede alguien con semejante currículum trabajar para una agencia como esta?

El hombre era un auténtico partidazo. Si lo que decía en ese dosier era real y no una invención para atraer clientela a esa extraña agencia de acompañantes, gigolós o lo que fuese, Devon Sheffield no era alguien que necesitara incrementar sus ingresos, así que su involucración debía ser personal.

El registro mercantil que figuraba al pie de los documentos dejaba claro que se trataba de un negocio legal, lo cual hacía aquello todavía más extraño.

—Agente interino desde… el 2017 —repasó los datos que quedaban—. Esos son cinco años trabajando para esta agencia…

Esa era toda una carrera, pensó, un periodo de tiempo más que suficiente para confirmar

que se trataba de un trabajo voluntario y no una obligación.

Pero ¿qué llevaría a un hombre de su físico y atractivo a formar parte de un proyecto semejante? No podía tratarse de falta de oportunidades.

—Y a ti que más te da el motivo por el que pertenezca o no a la plantilla de esa agencia —chasqueó dejando la *Tablet* boca abajo sobre el sofá y recuperando al mismo tiempo su copa de vino para terminarse el contenido de un solo trago—. Lo último que necesitas es un acompañante de pago.

Aunque aquello tampoco sería del todo exacto. Ella no había efectuado ningún pago por servicio alguno, tampoco había dado sus datos bancarios, así que… ¿Cómo demonios se mantenía esa agencia?

El timbre del microondas sonó en ese momento recordándole su cena.

Volvió a la cocina que compartía espacio con el salón y sacó la comida ahora humeante depositándola sobre la encimera. Maldijo por lo bajo cuando sintió el calor traspasando el paño hasta sus dedos.

Dejó el plato a un lado para que se fuese enfriando y recuperó el audífono, cambiándole la pila y poniéndoselo de nuevo para comprobar esta vez no tendría que desembolsar un dineral en la reparación. Aprovechó para cambiarle la batería al que todavía funcionaba, esperando asegurarse así menos fallos y suspiró aliviada al notar una leve mejoría en la calidad de su audición.

—Si todo fuese tan fácil como cambiar un par de pilas…

El inesperado timbre del teléfono, acompañado de un nervioso baile por encima de la encimera llamó de inmediato su atención.

Era una videollamada entrante. Colocó el aparato de modo que se mantuviese derecho y descolgó la llamada encontrándose al momento con la imagen más bizarra que había visto en mucho tiempo a través del teléfono.

—¿Qué demonios llevas puesto?

La mujer que apareció en pantalla llevaba el rostro cubierto con una especie de mascarilla de color verde a la que había pegado algunas rodajas de kiwi. Su pelo, además, había desaparecido dentro de un turbante de lo que parecían ser hojas de alguna cosa.

—Hola, *ratona.*

Ava respondió al saludo de su amiga con un gesto de la mano.

—Hola, *gatita*. En serio, ¿en qué clase de rara cura de belleza te has metido ahora?

La chica sonrió abiertamente e hizo un gesto con la mano restándole importancia.

—Una que encontré navegando por internet —declaró con total despreocupación—. No veas la de cosas interesantes que aparecen cuando no las estás buscando.

Sus palabras le arrancaron una mueca.

—Que ironía que digas eso, porque no veas el lío en el que me has metido.

—¿*Yo* te he metido en un lío? —Su tono era más de sorpresa que de ofensa—. ¿Cuándo? ¿Qué ha pasado?

—Que no ha pasado, querrás decir.

Su amiga frunció el ceño lo que hizo que la rodaja de kiwi que llevaba en la frente se moviera.

—Dime que no te ha despedido ya —pidió con un mohín.

Sacudió la cabeza.

—Me ha dicho que puedo volver el próximo viernes si todavía quiero ganarme unas libras.

—¡Dios existe! —chilló la chica en respuesta y empezó a bailar por la habitación. Aquella

mujer no tenía idea de lo que era la vergüenza—. Bueno, entonces, si todavía tienes el trabajo, ¿cuál es el problema?

—Que Murphy me odia.

—Los audífonos otra vez. —No era una pregunta. Ella mejor que nadie sabía de sus continuos problemas con ellos.

—Eso ya es algo que podemos dar por hecho como el número uno en la lista, pero es que hay más, una inesperada complicación que ha aparecido de la nada a raíz de aquel absurdo formulario que me hiciste rellenar.

—¿Qué formulario?

No le sorprendía que no lo recordase, ella misma lo había olvidado hasta que apareció en su correo.

—¿Recuerdas aquella especie de cuestionario que encontraste en internet y que te empeñaste en que rellenase cuando estaba en el hospital? —la iluminó—. Ese en el que escribí todas y cada una de las burradas que se nos pasaron por la cabeza.

Kenzie sacudió la cabeza, entonces se detuvo con gesto pensativo y sus ojos se abrieron de par en par.

—Espera, ¿estás hablando del formulario de la *Agencia Demonía*?

—Bingo.

Decir que a la chica se le había caído la mandíbula al suelo, era quedarse corto.

—Espera, espera, espera… —pidió levantando ambas manos y abanicándose al mismo tiempo—. ¿Me estás diciendo que has recibido respuesta de esa agencia?

Su sorpresa y excitación la sorprendieron. No era la reacción que esperaba ante su comentario.

—¿Es que la conoces?

Ella asintió muy lentamente con la cabeza, entonces negó y finalmente volvió a asentir.

—Sí. Bueno, no. En realidad no personalmente, pero tengo una amiga en los *Estados Unidos*, Astrid, te hablé de ella. Fue quién me la mencionó…

Aquella respuesta sí que no se la esperaba.

—Estás de broma.

Sacudió la cabeza haciendo que el turbante que llevaba se ladease.

—Astrid está felizmente casada, tiene un par de críos y dijo que gran parte de su felicidad se debía a cierta agencia un tanto particular —mencionó encogiéndose de hombros—. Que la habían asesorado y fortalecido cuando más lo necesitaba… Me pareció que estaba hablando de una especie de terapia…

—¿Terapia? —Se la quedó mirando con cara de póker.

La chica hizo una mueca.

—En aquellos momentos pensé que podría ser una buena manera de levantarte el ánimo, sobre todo después de lo que te hizo ese cabrón —se justificó—. Estabas de bajón…

—¿Y pensaste que una agencia de acompañantes sería la opción ideal?

—Solo era un juego, Ava.

—Pues el juego se nos ha ido de las manos —resopló, levantó un dedo pidiendo un instante y acto seguido apareció con la Tablet. Encendió la pantalla, buscó el correo y abrió los documentos que le plantó delante del móvil—. Al parecer recibieron mi formulario y han tenido a bien contestar al mismo casi un año después.

—Espera, espera, espera. —Su interlocutora levantó ambas manos y se pegó a la pantalla para ver mejor los documentos—. ¿Me estás diciendo que te han contestado de la agencia?

—Oh, no solo me han contestado. Me han enviado uno de sus agentes con toda la documentación, un hombre que, no me preguntes como, encarna el primer requisito que escribí en ese estúpido formulario.

—Me estás vacilando, ¿no?

Negó con la cabeza y le mostró ahora la página del contrato.

—No a menos que este contrato me esté vacilando a mí.

Ya está. Lo había dicho. No se le había escapado que Devon Sheffield parecía encarnar a la perfección algunas de las cualidades que había descrito en ese estúpido formulario.

—Tengo un dichoso contrato vinculante con esa agencia y un agente lo bastante impactante como para que te haga papilla el cerebro y no puedas ni protestar cuando decide acompañarte a casa —añadió con un resoplido—. Y no te pierdas el contenido de esta cosa, porque no tiene desperdicio alguno. La parte de «el agente» es casi tan surrealista como la de «el cliente». Escucha:

«El agente se compromete a entregar toda la documentación correspondiente al contrato en vigor, así como a resolver cualquier duda que pudiese surgir a partir de este antes, durante y después de la firma de este».

—Y lo ha hecho. Ha sido muy escrupuloso en que tuviese toda la documentación a mi disposición y en que comprendiese cada pormenor de esta —señaló levantando la Tablet—. Aquí está toda a pesar de que le dije lo que podía hacer con ella.

«La aceptación del contrato por parte del agente, vincula al mismo a permanecer al lado del cliente durante el tiempo estipulado para la resolución de este».

—Solo diré que se ha autoinvitado a desayunar. De hecho, me aseguró que no aceptaría una negativa. —No mencionó el extraño comentario que la había hecho derretirse y casi suplicarle que se quedase esa noche con ella y a ser posible en su cama—. Como yo no le invité, decidió ser él quién lo haga.

«El agente se compromete a velar por la seguridad, el bienestar y la felicidad de su cliente, anteponiendo los deseos de este a los suyos propios. Para ello deberá tratar en profundidad a la persona a su cargo a fin de poder proporcionarle la ayuda adecuada a sus necesidades».

—Está claro que se toma sus deberes al pie de la letra —masculló—. Se negó a dejarme coger el tren para volver a casa. Dijo que no se fiaba que acabase durmiéndome o algo y me pasase de parada. Prácticamente me metió en su coche y me trajo hasta aquí. Entonces se marchó como si tal cosa.

—¿Y por qué narices no le invitaste a subir? —jadeó su amiga—. Haberle invitado a un café, una cerveza… un polvo…

—Le pregunté si estaba pensando en meterse en mis bragas —admitió en voz alta, lo que hizo todavía más bochornoso el recuerdo.

—¿Y que respondió?

—*Hoy no* —pronunció sus palabras exactas.

—Será capullo —resopló Kenzie.

—Entonces fue cuando dijo que se pasaría mañana y me dio las buenas noches con un beso en la mejilla. —Omitió oportunamente que le había dicho que se iba a hartar de tenerlo alrededor los próximos días y que la dejaba para que pudiese descansar esa noche. Dejó escapar un profundo suspiro—. ¿Por qué los hombres eligen comportarse como verdaderos caballeros cuando lo que realmente quieres es que te empotren contra la pared y te follen hasta perder el sentido?

—No lo sé, *ratona*, todavía no he conocido a ninguno que se preocupe antes por mi estado anímico que por echar un polvo —chasqueó su amiga y agitó la mano.

—Sigue leyendo.

Ava puso los ojos en blanco y dio voz a otro de los párrafos.

«El agente tendrá en cuenta en todo momento los deseos del cliente, dando prioridad a sus necesidades y actuando siempre dentro del marco de la ley para llevar a cabo las tareas asignadas a su caso».

—*Dentro del marco de la ley…* —Señaló la parte más extraña de todas—. No sé tú, pero a mí eso me suena un pelín perturbador…

—Hasta ahora todo lo que has leído me suena de lo más caliente —ronroneó y la instó a continuar la lectura.

«El agente queda en libertad de utilizar todos los medios naturales a su alcance, en base a su naturaleza, para el buen desempeño de su labor».

—Si la habilidad que tiene ese hombre de hacer que se me caigan las bragas hasta los tobillos con solo una sonrisa o una mirada es indicativo de su pericia… —gimió y tembló ante el solo recuerdo—. Su forma de hablar, de moverse, la calidez que desprende y esa arrolladora sexualidad… Te lo juro, Kenzi, pierdo la capacidad de pensar con claridad cuando le tengo delante.

—Si dijera que no te tengo envidia ahora mismo, mentiría —chasqueó ella—. Te envidio mucho, pero que mucho-mucho, *ratona*. Pero como soy una persona razonable, sensible y te quiero, te daré un único consejo: *Firma el contrato.*

No le sorprendía escuchar esas palabras viniendo de la mujer que estaba al otro lado de la videollamada.

—El consejo llega tarde, ya lo firmé —declaró con un pequeño resoplido—. Fue lo único que se me ocurrió para librarme de todo el asunto. Creía que me estaba tomando el pelo, que se trataba de un estudio sociológico de algún tipo por parte de su empresa y firmé para quitármelo de encima.

—Si esto forma parte de un estudio sociológico, me presento voluntaria ahora mismo.

Dejó la *Tablet* sobre el mostrador y se frotó la cara con las manos.

—No sé qué voy a hacer —suspiró—. Estoy metida en un buen lío.

—Te dijo que volvería mañana, ¿no? —recordó la chica—. Pues le abres la puerta, lo invitas a entrar y lo arrastras a la primera superficie lisa para echar un polvo.

Puso los ojos en blanco.

—Kenzie, yo no pertenezco al partido *«fuera los sujetadores»* del que tú te has erigido presidenta.

—¿Perdona? Te hiciste miembro honorífico el día en que le diste la patada a ese cabrón en

el hospital, querida —chasqueó y agitó el dedo ante la pantalla—. Eres una mujer adulta, libre y sin ataduras, así que deja de pensar y salta a la acción. Lanza el maldito sujetador por los aires y date un homenaje. Si ese hombre es la mitad de inteligente que la media, te echará un buen polvo y después repetirá.

Se rio, no pudo evitarlo. En momentos como este, Kenzie era la única capaz de devolverle la perspectiva y darle una patada en el culo para que espabilase de ser necesario.

—Eres una malísima influencia, *gatita*.

—¡Menos mal! —Se carcajeó—. Eso hace que las cosas sean siempre más divertidas. Te llamaré si no me llamas tú antes, Ava. Hazme caso y disfruta. Solo tenemos una vida y de nada sirve desperdiciarla. No te conforme tan solo con verla pasar, aprovecha cada instante y disfruta.

Con aquel último consejo, le lanzó un beso, sacudió la mano y cortó la llamada.

—Disfrutar… —repitió para sí misma, se lamió los labios y sonrió para sí al pensar en lo que aquella palabra podía dar de sí.

CAPÍTULO 7

Había algo tranquilizador y erótico en el silencio de la noche. Ese momento en que las luces se apagaban, los sonidos dejaban de importar y la quietud lo envolvía todo apartándolo de unas horas del mundo.

Este era uno de sus momentos favoritos. En aquellos momentos no tenía que preocuparse de las palabras que pronunciaba, de cada movimiento que hacía, de mantener esa identidad que correspondía a otra vida, la que le permitía vivir entre los humanos como un individuo más.

Para ellos no era fácil aceptar una presencia sobrenatural como algo real. Tendían a asustarse de lo desconocido, se encerraban en sus prejuicios y enarbolaban su verdad como la única existente.

Con lo sencillo que sería abrir los ojos y ver lo que tenían delante…

Devon respiró profundamente el aire nocturno y se embebió de esa quietud. Entonces dio un paso adelante, cruzando el éter y entrando directamente en un pequeño y femenino dormitorio.

La luz de una pequeña lámpara de noche hacía el esfuerzo de desterrar las tinieblas. En aquella oscuridad parcial contempló la figura dormida en la cama. Las sábanas y mantas eran un revoltijo que caía sobre un lado del colchón. Una de las almohadas colgaba precariamente del borde mientras la otra ejercía de oso de peluche o de cualquier tipo de soporte para la chica.

Observó a la dormida chica en silencio. Se acercó a la cama, deslizó los dedos sobre su rostro apartándole con suavidad el pelo y lo remetió detrás de una pequeña oreja desnuda.

Su vulnerabilidad lo atraía, la convertía en una presa fácil a sus ojos y eso llamaba al íncubo en él invitándole a un bufet libre. Su lado empático frenaba esos impulsos y le permitía dominarlos, ejercía de contrapeso y le mantenía en un perfecto equilibrio que le impedía sucumbir al instinto.

La hembra frente a él era su cliente. Tenía un compromiso con esa mujer, una unión gestada a través de la firma del contrato y su deber para con ella era primordial.

Se sentó a su lado. El colchón se hundió bajo su peso e hizo que la curvilínea figura cediese hacia él. La vio revolverse en el sueño, aferrándose más a la almohada y musitar algo incomprensible.

Le acarició la mejilla con un dedo contemplando el plácido y sereno rostro. El contacto hizo que ladease la cabeza y el pelo que le había apartado del rostro volvió a su posición original. Estaba perturbando su sueño y la manera en que gesticuló era prueba de ello.

Sonrió para sí, movió la mano sobre ella y la almohada que abrazaba se esfumó.

La reacción femenina fue inmediata. Se agitó sobre el colchón, empujó la ropa de cama con las piernas y se movió quedando ahora boca arriba sin nada más encima que el simpático pijama cuyo top se ceñía a sus pechos y amenazaba con rebosarlo, mientras el pantalón resbalaba por sus caderas, dejando a la vista una redondeada barriguita y la cinturilla elástica de la ropa interior.

Tragó, se relamió interiormente y cedió a la necesidad primitiva en él.

Respiró su aroma, notó como su hambre se elevaba y sus ojos caían directamente en esos labios que se entreabrían ligeramente. Bajó sobre ella, recorrió el dormido rostro con la mirada y sin pensárselo más rozó la suave y blanda textura de su boca.

Como si aquella ligera unión fuese una línea de vida, ella respiró en su boca, abriéndose voluntariamente y permitiéndole traspasar la barrera de sus dientes. Sus lenguas se encontraron con tímido deseo, un fugaz contacto que fue cobrando intensidad con cada ligera caricia compartida por sus bocas.

Una inesperada ola de calidez lo envolvió y filtró a través de su piel haciéndole más y más consciente de la mujer junto a él. Podía sentirla en ella, tocar sus emociones como si estuviesen desnudas y esa inesperada y profunda intimidad lo sacudió.

Rompió el contacto y se retiró como si se hubiese quemado. Se encontró con sus ojos castaños velados por el sueño y el deseo, una mirada que parecía estar todavía prisionera del mundo de los sueños.

Los labios que había probado se curvaron ligeramente y encontró en ellos una perezosa y tierna sonrisa a la que acompañó su nombre:

—Devon.

La sacudida fue instantánea y fugaz. Su voz era tan jodidamente sexy en esos momentos que tuvo que hacer un titánico esfuerzo para no capturar de nuevo esa boca y aprovecharse de ella.

Un íncubo no creaba lazos con su presa. La seducía, disfrutaba de ella, se alimentaba de su disposición, de la pasión que nacía en su interior y del sexo. Ava era una mujer dispuesta, podía oler su excitación del mismo modo en que sentía su deseo, pero se trataba de su nueva cliente y no una hembra dispuesta a la que pudiese seducir y olvidarla después.

Y no podía vulnerar el juramento que había hecho al convertirse en agente, no sin meterse en un jodido lío con el que no tenía la menor intención de lidiar.

Esos suaves labios volvieron a moverse atrayendo su atención.

—¿Ya es *mañana*?

La pregunta fue apenas un susurro, un vago pensamiento llegado del subconsciente y del breve intercambio que habían tenido al despedirse frente al portal.

Negó con la cabeza y se echó hacia atrás con intención de dejar el lecho, pero una mano de dedos largos se cerró alrededor de su guante.

—No te vayas…

Bajó la mirada a esos dedos desnudos que contrastaban contra la oscura piel de su guante y acto seguido buscó sus ojos. No había nada que transmitiera las emociones con tanta sinceridad como ellos, ningún lugar que reflejase la voluntad de una persona y en el que se viese la verdad que quizá nunca surgiera de su boca.

Esas gemas marrones contenían una tranquila aceptación y también una silenciosa súplica, no exigían, no demandaban, solo mostraban un deseo nacido de lo más profundo de aquella mujer; uno que él podía satisfacer.

Sus labios se abrieron al primer toque. Respiró su aroma, saboreó su dulzura y bebió del creciente deseo y la lujuria subyacente que habitaba en ella.

Ava era una mujer muy sensual, llena de deseo y libertad. No se reservaba nada para sí misma, se entregaba con pasión disfrutando de su sexualidad sin trabas o ataduras. Su espíritu era vibrante, pero su libertad quedaba coartada por el recelo, por un muro de contención y precaución que había levantado a su alrededor como una férrea defensa.

Su pérdida de audición la condicionaba a un nivel mucho más profundo del que había visto en ella. Sus reacciones en el pub habían sido superficiales, fugaces, una prueba de autocontención era una buena maestra del engaño, pero no tanto como para poder engañarlo a él.

La empujó contra el colchón notando ese voluptuoso cuerpo pegado al suyo, aferró sus

manos contra la cama y poseyó su boca con hambre, tragándose sus gemidos y correspondiendo a la caliente necesidad que emanaba de ella. Saboreó su pasión, el ardor de sus labios, la lujuria de la traviesa lengua y acto seguido se separó.

El rostro femenino estaba cubierto de rubor y deseo, sus ojos brillaban a pesar de estar nublados por el sueño y esos apetitosos labios, ahora hinchados, permanecían separados gracias a su agitada respiración.

—Mañana —articuló de modo que ella pudiese ver la palabra en sus labios, aun cuando no estaba seguro de si estaría lo bastante lúcida para leerla—. Cuando estés despierta.

Le rozó la mejilla con los dedos, el puente de la nariz y se inclinó para susurrarle.

—Duerme tranquila.

Las pestañas descendieron lentamente, los ojos verdes se cerraron y tras un largo suspiro, la chica se dejó ir de nuevo en brazos de Morfeo.

Dev abandonó entonces la cama, recorrió el dormitorio en penumbra e hizo un rápido inventario mental del lugar. Era bastante ecléctico, una mezcla de estilos o de recuerdos, más bien. Como si la persona que lo habitaba fuese incapaz de decidirse por una sola cosa o cambiase continuamente de opinión.

Echó un nuevo vistazo a la figura durmiente y la conexión entre lo que veía y lo que había percibido en ella fue inmediata. Este era su santuario, el lugar en el que podía permitirse ser ella misma. Una vez traspasaba esa puerta, Ava salía de detrás del muro que había levantado y se permitía ser débil, emocional y desear aquello que la vida le había negado.

Tomando una profunda bocanada de aire, empezó a pellizcar las puntas de los dedos del guante que cubría su mano derecha y tiró de él hasta arrancárselo. Flexionó los dedos buscando devolverles su libertad, dándole tiempo a su piel para acostumbrarse a estar sin aquella restricción y finalmente llevó las yemas del dedo índice y corazón sobre la suave mejilla.

No llegó a tocarla, pues la muchacha se movió en ese momento.

Estaba inquieta, la había desequilibrado sacándola de su descanso, se había dado el capricho de probarla, de saborear su pasión sin procurarle satisfacción. Lo más seguro era que acabase dando vueltas en la cama el resto de la noche y acabase despertándose excitada y frustrada.

Debería sentirse algo culpable por ello, pero sabía que acabaría resarciéndola antes o después y de una manera satisfactoria para ambos. Hizo a un lado cualquier posible remordimiento por su parte y se concentró en lo que lo había llevado esa noche hasta ella.

En el momento en que sus dedos entraron en contacto con su piel sintió la brutal sacudida.

Sabía que aquello ocurriría. El desnudo contacto lo conectaría con todas y cada una de las emociones que habitaban en ella, las pasadas y las presentes, lo que para su empatía equivalía a conectarse a un cable de alta tensión.

Sin embargo, tan pronto como sintió el tremendo latigazo que lo dejó sin respiración, un inesperado y asfixiante silencio lo engulló todo ahogando cualquier sonido.

Dev parpadeó y se obligó a mantener la conexión entre ellos.

Silencio. Completo y agobiante silencio. Este era el lugar en el que ella vivía desde hacía un año.

Miedo, asfixia, rabia, desesperación. Emociones crudas y vibrantes que inundaban esa opresora ausencia de sonido, sentimientos que seguían viviendo en el interior de la mujer y de los que era incapaz de desprenderse por sí sola.

Soledad. Quizá la más fuerte de las emociones, una que parecía estar en pie de guerra con la esperanza a la que parecía aferrarse en cada momento de vacilación y desfallecimiento.

Determinación. Había momentos en que flaqueaba, pero encontraba la manera de aferrarse a ella y avanzar, lo que la llevaba a pequeños momentos de alegría, satisfacción e incluso diversión.

Y finalmente, escondida en una esquina como si pensase que no tenía derecho a asomar la cabeza, como si fuese algo tan efímero que solo aparecía de vez en cuando, estaba la felicidad. La que debería ser la más vibrante de las cuerdas y que sin embargo poseía una opacidad preocupante.

Todas las emociones habitaban aquel espacio carente de sonido, como si no pudieran existir fuera de él o no se atreviesen a hacerlo.

Para un demonio *empathis* las emociones eran como una sinfonía, líneas de vibrantes u oscuros colores con una tonicidad propia y dependiendo de cuál tocases, podías ver a qué estaban conectadas. Él siempre había pensado en ello como una vieja película de cine mudo, esas escenas en blanco y negro con subtítulos que cuentan una historia, solo que en su caso podía escuchar lo que representaba cada escena a través de las emociones.

Observó detenidamente cada uno de los hilos que se mostraban en su mente y los fue catalogando, eligió con cuidado y tocó aquellos que creía podían darle la sinfonía necesaria para dar forma a lo que necesitaba saber.

«Muéstrate».

Las imágenes brotaron en su mente, escenas inconclusas, fragmentos indeterminados que poco a poco fueron formando un puzle en el que pudo leer algunas cosas.

Ava Wilkinson poseía heridas muy profundas y no estaba seguro de que pudiesen sanarse todas. La mujer había luchado por curarlas y cuando se veía incapaz, las parcheaba y seguía adelante. No era una mala forma de afrontar la vida, pero tampoco era la ideal. Ella estaba marcada física y también psicológicamente con surcos tan hondos que le sorprendía que no hubiese cometido alguna estupidez.

La vio en el hospital, sintió su negación, su miedo, su rabia y también su culpabilidad. En cierto modo se culpaba a sí misma de lo ocurrido, de no haber obrado de otra manera, de no darse cuenta antes… Estaba asustada, se sentía sola… Esas emociones continuaron hasta que alguien la sacó de la incipiente depresión propia en un trauma semejante.

Una mujer. Alguien en quien confiaba y que no se apartó de su lado durante el tiempo que estuvo ingresada. Ella parecía ser la responsable de que Ava hubiese dado con el formulario de la agencia.

Interesante, pensó y siguió los recuerdos de la mujer a lo largo del último año, haciéndose una idea general de quién era su cliente o al menos, de quién era ahora, pues su pasado parecía estar oculto detrás de ese muro de silencio.

Devon retiró los dedos como si le hubiesen quemado al darse cuenta del motivo por el que aparecía ese muro.

—Ya veo —murmuró mirando la figura durmiente sobre la cama.

Volvió a ponerse el guante y permaneció de pie a su lado durante unos momentos más, entonces se inclinó sobre ella, le apartó el pelo de la cara rozándole al mismo tiempo la mejilla.

—No eres lo que esperaba encontrar —pronunció en voz alta—, pero haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte a encontrar tu camino.

Como si le hubiese escuchado, la chica se giró en la cama y se acurrucó en la orilla del colchón, cerca de él.

Sonrió para sí, agitó la mano para traer de vuelta la almohada a la que parecía tenerle tanto apego y la empujó contra ella.

—Descansa —le dijo—. Volveré pronto con el desayuno y entonces podré darte lo que desees, *milady*.

CAPÍTULO 8

Ava nunca se alegró tanto de que el termo siguiese estropeado como esa mañana.

Se había pasado las últimas horas dando vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño tras despertarse de golpe y febril. Su mente había decidido reunir todos los ingredientes para hacerla sudar, para convertir su descanso en una auténtica pesadilla erótica.

Solo contaba con retazos del sueño, con las sensaciones que quedaron impresas en su piel, unas tan reales que durante una milésima de segundo se preguntó si habrían sido reales. Una ducha de agua fría la había espabilado y relajado lo suficiente para poder pensar con claridad y comprender lo absurdo de sus pensamientos.

La culpa de todo la tenía ese hombre y el dichoso formulario que ella misma había cubierto un año atrás.

Echó un rápido vistazo sobre la superficie de la barra americana ante la que estaba sentada. La pantalla del ordenador portátil mostraba el programa de procesador de textos con el que estaba trabajando en la traducción de un documento académico. Lo había dejado para el final dada su complejidad y que no era algo urgente. A su lado tenía impreso el archivo original, así como algunas páginas con anotaciones de su puño y letra a modo de referencias. Una taza de café, a estas alturas ya fría, ejercía de pisapapeles de otro puñado de páginas y justo detrás de esta, sobre una libreta, estaban los documentos que había extraído de la Tablet e impreso para poder examinar detenidamente el dichoso contrato que había firmado de manera irreflexiva.

Se había precipitado. Ahora que volvía a tener la cabeza fría era consciente de la metedura de pata que había cometido y del tipo de documento en el que había estampado su firma.

Sacudió la cabeza y se obligó a centrarse en el texto que tenía ante ella. Necesitaba terminar con aquella traducción y enviarla de modo que le abonasen sus honorarios.

Depender de que le saliesen esporádicos encargos no era la manera ideal de ganarse la vida, pero desde el accidente y con las secuelas que le habían quedado, se había dedicado a trabajar como traductora freelance dentro de la traducción escrita. Y a juzgar por los clientes y empresas que volvían a contratarla después de un primer encargo, podía afirmar que las cosas no iban tan mal.

Además, trabajar desde casa tenía sus ventajas. No tenías que aguantar a ningún jefe, ni tratar con compañeros de trabajo demasiado pagados de sí mismos, poseías tu propio horario y contabas con libertad absoluta para planificar tu día a día. Sin duda era un trabajo perfecto para una persona solitaria, para alguien que no tenía cargas familiares y no deseaba encorsetarse con horarios laborales.

La única pega era no saber con cuantos ingresos contarías ese mes, si te entrarían los encargos suficientes para cubrir tus gastos o tendrías que hacer malabares para mantenerte. Ahorrar con un trabajo así, cuando no tenías otros ingresos, era complicado y ya no digamos si tenías que hacer frente a una discapacidad como la suya; el mantenimiento de los audífonos era un gasto que muy poca gente podía afrontar y ella lo estaba descubriendo por sí misma.

—Será mejor que dejes de elucubrar y te concentres en lo que tienes delante, sobre todo si quieres que te paguen —se dijo a sí misma.

Releyó un par de veces las últimas líneas del texto traducido y volvió sobre el original para empezar a teclear de nuevo.

No había hecho ni un párrafo entero cuando el sonido del timbre la sobresaltó.

Se giró en el asiento y frunció el ceño.

—¿Eso era el timbre?

La respuesta a su pregunta llegó con la repetición de aquella llamada.

Dejó escapar un suspiro, saltó del taburete y se dirigió a la puerta.

—Por favor, que sea el conserje —mencionó cruzando el breve pasillo hasta la puerta principal—. Que se le haya iluminado el cerebro y recuerde que tiene que enviar a alguien a arreglar el termo de agua.

Echó un fugaz vistazo a través de la mirilla y se quedó con la mano sobre la manija.

—¿Qué demonios? —farfulló antes de volver a mirar una segunda vez y comprobar que lo que creía haber visto no había sido cosa de su imaginación—. ¿*Monmouth Coffee*?

La imagen del envase de un café para llevar de una de las famosas cafeterías de Londres enmarcaba la visión desde la mirilla.

Quitó la cadena de seguridad y abrió la puerta para encontrarse con el culpable de su falta de sueño sosteniendo el mentado café.

—Buenos días, señorita Wilkinson. —La saludó él al tiempo que le tendía el vaso—. ¿Un café?

Se lo quedó mirando como si el hecho de que estuviese allí de pie, ocupando buena parte de la entrada de su casa, fuese algo totalmente incongruente.

—Te gusta el café, ¿no, Ava?

Escucharle pronunciar su nombre la sacó de su ensoñación. Volvió a mirar el vaso y antes de que pudiese reprimirse a sí misma, lo cogió.

—Sí —consiguió articular mirando ahora el vaso, notando el calor a través de los dedos a pesar del cartón protector. El *Monmouth* era sin duda su cafetería favorita, pero siempre había una cola que casi daba la vuelta al local—. ¿Cómo…? ¿Qué haces aquí?

En realidad quería preguntar cómo demonios había entrado en el edificio, quién le había dicho cuál era su puerta y por qué narices estaba allí de pie, fresco como una lechuga y aún más atractivo, si eso era posible, que la noche anterior.

—Te dije que traería el desayuno —declaró y le mostró la caja que había sostenido con la mano libre. El nombre que había impreso casi la hace soltar un exabrupto—. ¿*Maison Bertaux*?

—*Croissant, éclairs y pains au chocolat* franceses hechos en el obrador de la pastelería —admitió él recuperando el vaso de café para llevar que permanecía en equilibrio sobre la caja—. Tenía la impresión de que hoy preferirías algo dulce para desayunar.

Y no se equivocaba. Después de la nochecita que había pasado, necesitaba una potente dosis de azúcar. Se lo merecía. Pero ¿por qué iba a saberlo él?

—¿Me he equivocado? —La pregunta pareció hacerse eco de sus propios pensamientos.

—No. —Negó con la cabeza, volvió a mirar el café, la caja de dulces y a él sin saber muy bien cómo tomarse aquello—. En realidad has acertado con… todo.

—En ese caso, ¿desayunamos? —Si esa no era una clara auto invitación, no sabía que lo era.

La noche anterior se había arrepentido por no haberle pedido que subiese, aunque sus palabras habían sido una clara disuasión para intentarlo siquiera. Y aquí estaba ahora, con el desayuno que había prometido ante la puerta de su hogar.

Se hizo a un lado y abrió la puerta completamente sabiendo que tenía demasiadas preguntas sin respuesta y que él era el único que podía dárselas.

—Adelante —lo invitó al tiempo que señalaba el pasillo—. Al fondo a la derecha.

Él esperó a que cerrase la puerta y la dejó pasar delante. La estrechez del pasillo solo acrecentaba su presencia. La hacía más consciente de lo alto y grande que era, de lo pequeña que se sentía ella a su lado a pesar de no ser precisamente bajita.

—Espero que no te importe desayunar en la barra de la cocina… —mencionó atravesando el umbral de esta—. No tengo zona de comedor.

—Para mí no supone ningún problema.

Se adelantó y empezó a recoger. Cerró el portátil y despejó su zona de trabajo de papeles y cuadernos.

—Puedes dejarlo ahí.

—¿Trabajando ya desde tan temprano? —mencionó él y antes de que pudiese recuperarlos, se hizo con las páginas impresas y garabateadas del contrato—. Ya veo que has estado revisando la documentación.

Ava dejó lo que llevaba en brazos sobre el sofá y se volvió para recuperar los papeles.

—No te hagas ilusiones… —murmuró estirándose para cogerlos, pero los alejó de su alcance en el último momento. El movimiento hizo que ambos quedasen muy cerca el uno, tanto que ya solo corría el aire entre ellos.

—Algunos puntos del contrato pueden parecer un poco rígidos, pero no lo son. Se pueden moldear de modo que se adapten a tus… preferencias —mencionó mirándola a la cara. Él no rehuía su mirada. Era directo y hablaba con suavidad, como si pensase que sufriría un ataque al corazón si se le ocurría profundizar el tono—. Podemos charlar sobre ello mientras desayunas…

Señaló el café que le había dado y que dejó a un lado mientras despejaba la encimera.

—No dejes que se enfríe. —Sus palabras llegaron acompañadas del dorso de sus enguantados dedos deslizándose como una caricia por su mejilla.

Ella dio un instintivo paso atrás.

Ese contacto… no le resultaba tan extraño como debería.

Un inesperado escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies evocando sus eróticos sueños y no pudo evitar estremecerse.

¿Acaso había estado allí de verdad?

Y por dónde piensas que iba a entrar, ¿eh? ¿Atravesando las paredes como los fantasmas?

Eso era absurdo. Anoche había cerrado la puerta y la prueba estaba en que acababa de retirar la cadena de seguridad hacía tan solo unos momentos para dejarle entrar.

Recuperó el café, le quitó la tapa y aspiró el delicioso aroma que le hacía la boca agua. Un ligero humo se elevaba todavía de su interior. Sorbió despacio y agradeció infinitamente el calor que se deslizó por su garganta llevándose consigo las absurdas elucubraciones.

—¿Te gusta?

Giró la cabeza en su dirección y asintió.

—Es mi cafetería favorita —admitió mirándole ahora a la cara. Entonces señaló con un gesto la caja que había depositado sobre la encimera—. ¿Esto también forma parte de tus servicios en la agencia?

Los labios masculinos se curvaron ligeramente en una perezosa sonrisa.

—Te oí mencionar a Elías que no había mejor café que el de *Monmouth* —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. Lo que no dijiste es que suele tener unas colas infernales…

El tono en su voz le arrancó una renuente sonrisa.

—Eso es lo que pasa cuando escuchas conversaciones ajenas…

Su respuesta fue abrir la caja de dulces.

—Esta es una elección propia —mencionó señalando el contenido con un gesto de la mano—. Los *croissants* son de primera y los *pains au chocolat*, pecado absoluto…

—¿Nunca te quitas los guantes?

La pregunta lo cogió por sorpresa del mismo modo que a ella.

El pensamiento se había formado en su cabeza y lo había soltado sin más.

—Perdona, no es asunto mío…

Devon la sorprendió entonces sacándose uno de ellos. Una mano de dedos largos y piel bronceada quedó a la vista, así como las inesperadas líneas oscuras que dibujaban patrones desde los dedos hasta la muñeca.

—Me los quito pocas veces —mencionó flexionando las falanges—. Digamos que tengo… una sensibilidad especial con respecto al tacto y los guantes me protegen de ello.

Giró la mano y vio que los diseños evitaban la parte externa de la palma, mientras que en el centro destacaba algo parecido a una estrella con varias puntas.

—¿Tienes problemas de sensibilidad táctil y te has tatuado toda la mano? —Estaba claro que su boca hoy iba por libre, pensó Ava deseando darse con algo en la cabeza.

Él se rio entre dientes y la señaló.

—La sensibilidad apareció mucho tiempo después de que lo hicieran estos —mencionó risueño—. Y ese es el motivo por el que me vas a ver llevar los guantes durante prácticamente todo el día.

—Todo el día —repitió y se llevó el café a los labios—. Eso es demasiado tiempo para un desayuno.

—Entonces tendremos que compartir también la comida y la cena —replicó con tono divertido al tiempo que dejaba los papeles de nuevo sobre la encimera—. Es parte de mi trabajo. —Señaló los documentos y dejó el guante a un lado. Pellizcó uno de los croissants con los dedos y se lo llevó a la boca antes de rematar—. Desde este mismo instante y hasta que finalice nuestro contrato, mi tiempo es para ti.

—¿Es que piensas pasarte todo el día pegado a mí?

—No me costaría nada —replicó arrancando un nuevo pedazo del hojaldre para metérselo en la boca y masticar con cuidado—. Pero soy consciente de que tienes asuntos propios de los que encargarte, al igual que yo. Así que en esos momentos podrás perderme de vista.

—Entonces no trabajas exclusivamente para esta agencia de acompañantes o lo que sea.

Su sonrisa se volvió íntima y casi sexual al responder.

—Parece que no te has interesado solo en la redacción del contrato —mencionó con una suavidad que la estremeció—. No. Mi labor para la agencia es algo puntual, igual que para el resto de mis compañeros. En mi caso… dedico mis esfuerzos y tiempo a *Priya Holding*. Soy el director financiero y…

—Eres *el dueño*.

Asintió.

—Una manera de simplificarlo.

Ella parpadeó un par de veces antes de sacudir la cabeza.

—Posees una de las empresas más boyantes del Reino Unido, ¿y te dedicas a hacer de acompañante en tus ratos libres?

—Tú ejerces de camarera en los tuyos, ¿no? —replicó en un tono un tanto irónico.

Abrió la boca para responder a eso, pero al final optó por no decir nada. Levantó las manos a modo de rendición y cogió uno de los dulces para darle un buen mordisco.

—Oh Dios… —El chocolate estalló en su boca haciéndola gemir. Era una fan del cacao y

ese bollo estaba delicioso.

Él se rio por lo bajo y le dedicó una mirada que podía catalogarse de ternura.

—Bueno, parece que también acerté con la bollería. —Le guiñó un ojo al decir eso y no puedo evitar que se le encendiesen las mejillas, tanto por sus palabras como por su propia reacción—. Dos de dos. No está mal, ¿eh?

Se obligó a tragar antes de responder.

—Te estás tomando muy en serio lo de ese contrato, ¿no?

Su pregunta pareció tomarlo por sorpresa, pero acabó asintiendo.

—Totalmente en serio.

Ava se tomó unos segundos antes de hablar de nuevo.

—Pongamos que… me creo las condiciones de ese contrato y que decido aceptar sus términos… —mencionó y se apresuró en añadir—. Necesitaré algunas explicaciones con respecto a ciertos párrafos y a ese epígrafe que describen como *El Pacto*.

—Te explicaré todo lo que desees —aceptó él con total normalidad—, para eso estoy aquí.

—Y también quiero que quede muy claro que lo que escribí en ese formulario no es, ni remotamente, lo que habría escrito de saber que esto era algo… serio —añadió con rotundidad —. Espero que se tenga en cuenta.

Él se la quedó mirando en silencio durante unos segundos, los suficientes para que empezara a arrepentirse de lo que acababa de decir.

—¿Siempre te sonrojas cuando estás nerviosa o es solo conmigo?

—Tienes la exclusiva, al parecer —replicó con sinceridad—. Y no es algo que me guste, la verdad.

Aquello lo hizo reír.

—Bueno, no se te puede acusar de falta de honestidad —admitió risueño, entonces añadió —. Eres una caja de sorpresas, Ava, una que empieza a gustarme cada vez más.

A ese hombre tampoco se le podía acusar de falta de honestidad, pensó ella mientras lo miraba y veía eso mismo en sus ojos. Devon Sheffield no ocultaba sus intenciones, no fingía el motivo de su presencia y eso era algo que también le gustaba a ella.

CAPÍTULO 9

—La parte del contrato sobre la que no tengo dudas es esta: *El cliente tendrá total libertad para opinar sobre la toma de decisiones del agente.*

Devon observó el documento que la chica había impreso y decorado con sus propias anotaciones e interrogaciones. Sin duda había hecho un buen trabajo cuestionándose todas y cada una de las partes, dejando apenas unas pocas líneas de texto sin tocar.

Deslizó el dedo sobre la línea que ella acaba de leer y que continuaba:

—*Pudiendo aceptar o rechazar la metodología elegía «siempre y cuando»,* aquí está el quid de la cuestión, *esta cree un «conflicto directo» con su filosofía de vida o creencias personales* —terminó la lectura—. Lee el párrafo completo, Ava, no solo la parte que te interesa.

Su nueva cliente se había sentado del otro lado de la barra americana, dejando entre ellos los documentos que quería examinar y la caja con la bollería que había traído para el desayuno. Su elección parecía haber dado en el clavo, pues ella ya había dado cuenta de uno de los dulces de chocolate y estaba pellizcando un croissant mientras se terminaba el café.

Era consciente de que su presencia la turbaba. La manera en que esquivaba su mirada o se lo quedaba mirando le decía mucho más que las pocas palabras que emergían de esa bonita boca. Sus emociones eran como una montaña rusa, en un momento estaban arriba del todo y al siguiente se habían desplomado.

Él había vuelto a colocarse el guante a fin de protegerse de los roces fortuitos, los cuales buscaba a propósito a fin de verla reaccionar y aprender así la manera más rápida de acceder a ella. Se daba cuenta de que la chica no huía de su contacto, se sobresaltaba si no lo veía venir, pero no se apartaba y tampoco se quedaba callada ante sus respuestas.

—Lo he leído varias veces y solo encuentro una interpretación: *Yo decido si acepto o no lo que tú tengas en mente* —sentenció y le miró de tal manera que podía tomarse como un desafío a contradecirla—. Y eso me lleva a esta parte de aquí, también dentro del epígrafe del cliente.

Señaló el par de líneas al final de dicha entrada y lo leyó.

—*El cliente se compromete a pernoctar bajo el mismo techo que el agente durante el tiempo que dure el contrato, independientemente del lugar elegido para tal fin.* —Esos ojos verdes se alzaron hasta encontrarse con los suyos—. No será necesario, ¿no? Quiero decir… El dosier dice que vives en *Canary Wharf*…

—Si quieres quedarte conmigo lo que dure el contrato, no tienes más que decirlo.

—Preferiría que cada uno nos quedásemos en nuestros respectivos domicilios.

Sonrió de soslayo y chasqueó la lengua.

—Como ya mencioné antes, hay cosas sobre las que puedo transigir —admitió señalando el documento—. Si deseas quedarte aquí, que así sea… Yo puedo ir y venir cuando sea necesario.

—¿Vas a estar entrando y saliendo de mi casa?

—Diría que voy a estar yendo y viniendo de dónde quiera que te encuentres.

—Eso se acerca peligrosamente al acoso, *agente Sheffield* —replicó ella con goteante ironía.

—Solo sería acoso si tú no me quisieras alrededor.

—¿Qué te hace pensar en lo contrario? —preguntó casi divertida—. No soy yo la que se ha presentado en la casa de un desconocido con el desayuno y sin haber sido invitado.

Él chasqueó la lengua.

—Recuerdo perfectamente haberte dicho ayer mismo que eso era lo que iba a hacer —declaró y señaló la caja de dulces medio vacía—. Y no le has puesto pegas al desayuno.

—Te han salvado los *pains au chocolat* —aseguró apartando ligeramente la mirada—. Estás muy ricos.

—Eres una amante del chocolate, lo recordaré la próxima vez.

Su acompañante no discutió sobre esa «próxima vez», lo cual era prometedor.

—Y ahora está este anexo. *«El Pacto»*. —Señaló inclinándose sobre el mostrador—. Aquí pone: *Con la aceptación del contrato, el cliente se compromete a ceder en su totalidad la toma de decisiones al agente a cargo de su cuidado en el periodo de tiempo transcurrido entre la medianoche y el alba. Esta cesión de poder solo podrá ser revocada o impugnada si se ve afectado el bienestar o peligra la integridad física o psicológica del cliente. De darse el caso, el vínculo quedará disuelto al instante entre ambas partes.*

Levantó la cabeza una vez más y lo miró con la curiosidad pintada en el rostro.

—¿De qué estamos hablando exactamente? ¿Es alguna clase de terapia alternativa tipo *reiki*? ¿Alineación de chacras? ¿Energías?

—Sí, podrías considerarlo una terapia alternativa —admitió buscando la manera de explicarle en qué consistía el *Pacto* sin tener que revelar al mismo tiempo las fuerzas sobrenaturales que se veían envueltas en el mismo y su propia naturaleza—. Piensa en ello como una sesión de introspección, en una manera de mirar dentro de ti misma y ver que es lo que necesitas realmente en ese momento y cubrir esa necesidad.

—Eso suena como una aburrida clase de meditación… —mencionó y añadió al momento —. Y no es por nada, pero creo que entre la media noche y la salida del sol pueden hacerse cosas más provechosas… como dormir.

—O follar.

Su sincera respuesta trajo como respuesta una mirada brillante y un rostro totalmente colorado.

—Eso también.

Se rio entre dientes, no pudo evitarlo.

—¿Alguna duda más que quieres que resuelva con respecto a ese apartado del contrato?

Sacudió la cabeza.

—No, por ese lado lo tengo ya todo claro —admitió y señaló ahora la parte correspondiente al agente—. ¿Siempre os comprometéis de esta manera? Quiero decir, parece un trabajo demasiado… íntimo. Sobre todo si cruzas ciertas líneas…

—Cada cliente que entra en contacto con la agencia tiene sus propias prioridades y un motivo que lo impulsa a rellenar el formulario —mencionó—. No todas las personas que lo cubren tienen como meta final… pasar un buen rato en la cama. Algunas solo buscan compañía, otras un modo de desahogarse. Las hay incluso que lo hacen porque necesitan un empujón para cambiar sus vidas… Así que, no. No siempre es tan íntimo.

—No siempre, pero sí ocasionalmente —replicó, pero parecía más bien una reflexión propia que una respuesta para él.

—Quizá deberíamos echar un vistazo a tus requisitos…

—Y una mierda…

Dev nunca había visto a una mujer moverse tan rápido como lo hizo ella en esos momentos arrebatando de la encimera dicho papel.

—Ava…

—Como ya te dije, no tendremos en cuenta lo escrito en ese formulario…

Sonrió perezoso, se llevó la mano al interior de la chaqueta y conjuró una copia impresa propia. La sacó y desdobló para creciente estupor y horror de su cliente.

—No deberías avergonzarte de tus propios deseos —replicó desdoblando el folio—. Tus necesidades son perfectamente normales y acordes a una humana de tu edad…

—¿Disculpa? —jadeó totalmente indignada—. ¿Qué tiene que ver mi edad con eso?

Uy. Acababa de tocar un tema espinoso para los seres humanos, sobre todo para las mujeres. El tema de la edad era un tabú y lo más inteligente sería no mencionarlo jamás. Por norma general era muy cuidadoso con sus palabras, pero en esos momentos estaba tan centrado en la mujer ante él, en lo cómodo que se sentía junto a ella y había dejado de pensar como un agente. Se comportaba tan solo como un hombre a gusto con la compañía en la que estaba.

—Que estás en un momento de plenitud femenina, posees una mente abierta y la capacidad para tomar tus propias decisiones sin que nadie más que tú las juzgue —resumió

eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Eres una mujer hermosa, adulta y libre que tan solo desea disfrutar de lo que le ofrezca la vida.

Sus mejillas volvieron a adquirir ese intenso sonrojo, apartó la cara unos segundos y a continuación le dedicó una mirada de soslayo.

—En algún momento se te acabarán las respuestas perfectas.

Contuvo una sonrisa ante su predicción y bajó la mirada sobre el papel que tenía entre las manos.

—Te diré algo, Ava. No ha sido tanto lo que está escrito, como lo que has dejado entrever sobre ti misma. Eso fue lo que hizo que el programa te eligiera —comentó examinando el documento—. Yo mismo veo más de ti en lo que callas, que en lo que expresas alto y claro. Y este papel es una muestra de ello.

—Olvídate de ese maldito formulario. —No tenía muy claro si aquello era una advertencia, una amenaza o una súplica, pero el brillo que proyectaba sobre ella correspondía a una de las emociones más intensas; la vergüenza.

—¿Por qué? —fingió inocencia—. Ya he leído su contenido.

—Pues ahí tienes —expuso ella—. No hay ninguna necesidad de que vuelvas a hacerlo.

—*Requisito número 1.*

—La madre que te parió.

—Esa sería Nicola Sheffield —respondió cogiéndola por sorpresa—. Le diré que te has acordado de ella. Seguro que le hace ilusión.

—Oh, lo dudo mucho.

—*Un hombre alto, fuerte y sexy, que sea potente en todos los sentidos.* —Empezó a enumerar haciendo énfasis en cada uno de los adjetivos mientras la miraba para ver cómo se iba encendiendo más y más—. ¿Paso el corte?

—Vete al cuerno.

Soltó una carcajada y señaló la parte que estaba en cursiva.

—Sin duda, lo que más me gusta son tus acotaciones —declaró y continuó leyendo—. Cito textualmente: *A ver, con sinceridad. Si un hombre no te impacta nada más verle, si no hace que te olvides hasta de hablar, si no consigue que se te caigan las bragas con tan solo una mirada, ¿qué tendría de potente?*

Volvió a echarle un vistazo y se encontró con su mirada, así como ese rostro totalmente enrojecido.

—¿Se te caen las bragas cuando te miro, *milady*?

—No. Las llevo bien sujetas.

La chica dijo aquello con tanta rotundidad que no pudo evitar romper a reír de nuevo.

—No sé cómo debería responder a eso, así que te ruego me permitas guardar silencio —admitió risueño.

—Sí, cállate para siempre.

—*Requisito número 2.*

—Devon…

—*Tiene que ser inteligente y educado, que se comporte como un caballero y al mismo tiempo tenga el aspecto de un caliente canalla* —continuó él con el segundo punto de la lista—. *Pero por favor, que se abstengan los… ¿imbéciles seres unineuronales parientes de las amebas?* Una curiosa forma de llamar a los gilipollas.

—Gilipollas sin duda habría sido una explicación más corta y concisa —farfulló ella, entonces lo miró acusadora—, pero da la casualidad de que estaba de analgésicos hasta las cejas.

—Excusas, *milady* —chasqueó negando con la cabeza—. Tu redacción es coherente y también bastante divertida. Déjame que termine con el requisito número dos. Veamos, sí, aquí está. Sigue así: *Echo de menos el que un hombre se dirija a ti y no a tus tetas cuando te habla, que busque tus ojos en vez de tus pezones… ¿Qué una mirada puramente sexual es ilustrativa? Pues sí. Pero, joder. Si quiere meterse en mis bragas, ¿por qué no decirlo de manera explícita?*

—Mira por dónde eso ya te lo pregunté yo ayer y dijiste…

—Lo que dijese ayer, no tiene nada que ver con lo que pueda decir hoy —la interrumpió con suavidad, pero no ocultó su obvia predisposición hacia ella—. Y solo para que conste en acta, señorita Wilkinson. No quiero meterme en tus bragas. Lo que quiero hacer es quitártelas. A mordiscos.

Notó el inmediato estremecimiento que la recorrió así como el inmediato cambio de sus emociones.

—¿Es lo bastante explícito para ti?

Ella lo miró entre excitada y sorprendida.

—¿Es necesario que responda a eso?

Devon deslizó la mirada sobre ella deteniéndose a propósito sobre sus pechos, dónde sus pezones endurecidos presionaban contra la camiseta de manera invitadora, entonces volvió a subir a sus ojos y ladeó la cabeza.

—Ya he obtenido mi respuesta. —Sin esperar a ver su reacción, volvió a centrarse en el papel y continuó al siguiente punto—. *Requisito número 3. Que sea independiente económicamente. Que tenga casa propia, un trabajo estable, una cuenta bancaria saneada… Y por favor, nada de mafiosos. Tampoco hijos de mamá o tíos con traumas infantiles. No pido tanto. Es solo que ya estoy hasta las narices de los parásitos que viven a tu costa y que aún encima se quedan con la casa cuando rompes con ellos.*

—Debería solicitar un estudio psicológico para mí misma —mencionó ella encogiéndose sobre el taburete—, ahora lo veo claro.

—Más que un requisito, es una crítica hacia tus propias elecciones, ¿no es así?

Ella se encogió de hombros, pero encontró la valentía para levantar la cabeza y mirarle.

—Mi ex resultó ser un parásito de los malos —aceptó sin ocultar lo que sentía ante tales palabras—. Aunque dudo que exista un parásito que sea bueno. Y sí, se quedó con la casa que compartíamos. Eso sí, tuvo el detalle de recoger primero mis cosas y dejarlas en la puerta de la habitación de hospital mientras estaba convaleciente. Por no mencionar la bonita nota en la que me decía que me buscase un nuevo lugar en el que pernoctar.

—¿El *parásito* sigue vivo?

Una perezosa sonrisa empezó a curvarle los labios.

—Dado que nadie me ha dado una alegría al comunicarme su defunción, debo suponer que sí.

—Qué lástima.

—Nada de mafiosos, ¿recuerdas? —Señaló con el dedo el documento.

—No pertenezco a la mafia —replicó encogiéndose de hombros. Pero era un demonio muy creativo, pensó mientras pasaba al siguiente punto y esbozaba una amplia sonrisa al leer aquel punto—. Oh, llegamos a mi parte favorita.

—No me jodas…

La miró de nuevo y dejó claras sus intenciones.

—Ya es tarde para peticiones de ese tipo —mencionó con voz sensual—, solo déjame terminar con esto…

—Señor, ¿por qué no se abre la tierra a tus pies y te traga cuando más lo necesitas?

—*Requisito número 4.*

—No quiero escucharlo —declaró y para su sorpresa, Ava saltó del taburete y se agachó al otro lado de la barra.

—*Quiero que tenga una polla en condiciones.* —Leyó en voz alta y puntualizó la palabra «polla» a fin de que ella la escuchase—. *Que sepa usar lo que tiene entre las piernas no es mucho pedir, ¿no?*

La escuchó gemir y tenía que admitir que él mismo estaba haciendo un colosal esfuerzo para contener la risa.

—Señorita Wilkinson, ven aquí, por favor.

—Lo siento. En estos momentos la señorita Wilkinson está cavando un agujero para meterse dentro. Inténtelo de nuevo más tarde —siseó ella escurriéndose del taburete para desaparecer de su vista.

Se obligó una vez más a contener la risa mientras abandonaba el asiento y rodeaba la encimera. No supo que le sorprendió más, si verla sentada en el suelo con la espalda contra el mueble y el rostro oculto en las rodillas o el que farfullase sin sentido en voz baja.

Apartó con cuidado el taburete y se sentó a su lado.

No tardó ni un suspiro en levantar de nuevo la cabeza y mirarle con esos bonitos ojos marrones completamente abiertos. La incredulidad era la emoción predominante en esos momentos.

—¿Pero qué estás…?

Sin mediar palabra, le cogió la mano y se la llevó a la entrepierna. Su polla palpitó nada más sentir el contacto con esos dedos largos. No se molestó en ocultar lo evidente; esa hembra era la única culpable de que estuviese empalmado y duro como una piedra.

—¿Entra dentro de tus expectativas?

Ava no fue capaz de decir una sola palabra. Se limitó a bajar la mirada allí dónde todavía permanecía su mano y jadear como si no pudiese creerse lo que había hecho. El rostro ya no podía encendérsele más, notaba su cuerpo tenso como la cuerda de un arco y esos sensuales labios se habían separado buscando llevar aire a los pulmones.

Dev tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por quedarse quieto, pues su polla rogaba por rozarse contra esa mano. En lugar de satisfacer su deseo de esa manera, se giró hacia ella lo justo para poder resbalar la mano sobre su mejilla y rozarle los labios con el enguantado pulgar.

—Tu quinto requisito dice: *Que no le importe que no sea capaz de oír con claridad* —enumeró mirándola a los ojos. Resbaló la mano hacia su oído y le acarició la oreja el aparato que llevaba atado a esta—. Un día te darás cuenta de que las cosas más importantes no necesitan de esto, Ava, sino de esto. —Bajó la mano de su oído y la posó sobre su pecho, sintiendo el acelerado latido de su corazón—. Sé que tu vida ha nacido del silencio, he visto que tienes problemas con los audífonos y también que eres capaz de lidiar con ello. No me importa que necesites prótesis para oír, ni que haya momentos en los que tengas que luchar con el silencio. No es algo de lo que debas avergonzarte y haré lo que esté en mi mano para que tampoco sea un problema para ti. ¿De acuerdo?

La chica asintió como toda respuesta, pero fue suficiente para él.

—Bien —asintió a su vez y dejó que su mirada cayese una vez más sobre esos apetitosos labios—. Y ahora que parece que tenemos todo claro…

Se inclinó sobre ella y se apropió de esa dulce boca que ya había probado durante la noche, una cuyo sabor no podía quitarse de la cabeza y que estaba deseando volver a probar.

CAPÍTULO 10

¿Cómo era posible que un hombre que acababa de entrar por la puerta, alguien a quien apenas conocías, te hiciese perder la cabeza con tan solo un beso?

Devon era impredecible. En un momento se comportaba como un encantador caballero y al siguiente esbozaba una sonrisa tan sexy y lasciva que hacía que se te cayeran las bragas.

Y lo más preocupante de todo era que a ella le ponía esa dualidad.

Ava creyó que se moriría de vergüenza mientras leía los requisitos en voz alta. Estaba convencida de que se burlaría, que usaría aquellas palabras contra ella, pero todo lo que hizo fue insinuársele, compartir algunas bromas y demostrar que no era la única excitada en esa habitación.

Gimió en su boca con tan solo recordar la dureza y tamaño del miembro bajo su mano. No se había atrevido ni a respirar, su mente había explotado dejándola pasmada y cediéndole el mando a su propio cuerpo quién era mucho más elocuente y sincero que ella.

No podía negar la evidente excitación que la había atravesado como un relámpago. Su cercanía, el aroma puramente masculino que lo envolvía y ese toque de colonia que encajaba tan bien con él eran la trampa perfecta para cautivar a una mujer. La manera en que la miraba y esa voz que podía pasar de la más absoluta seriedad a la picardía y el descaro más absoluto se habían confabulado para superar todas sus defensas y derretirla por dentro. Y su beso… Su lengua no hacía prisioneros. Su boca era exigente y sabía bien como persuadir. Antes de darse cuenta estaba suspirando contra sus labios, bebiéndose su aliento y correspondiendo a aquella invasión con una necesidad y deseos propios.

Otra mujer quizá se pensase dos veces lo repentino de la situación y valorase el hecho de que estaba con un hombre que había aparecido en su puerta de la noche a la mañana. Todo lo que sabía de Devon Sheffield era lo que ponía en un papel, lo que él mismo le había confirmado o contado durante aquella breve conversación matutina. Había tenido la oportunidad de hacerse una breve idea del tipo que era en base a sus actos. El detalle de los dulces y el café o la naturalidad con la que la trataba, sin verla como alguien digna de lástima, le decía la clase de persona que era. Su directa franqueza, esa facilidad que tenía para hablarle mirándola a la cara, la picaresca que a veces exhibía… No lo hacía con malicia, nada en sus actos evidenciaba que se estuviese burlando o aprovechando de ella a raíz de ese absurdo papel.

Él era el tipo de hombre que podría haber conocido tomándose una copa o trabajando en un pub, como había sido el caso, e irse a la cama con él sin pensárselo dos veces.

Nunca había sido una mojigata. Desde el momento en que descubrió su sexualidad se entregó al placer de explorarla, de experimentar… Tenía una mente abierta en lo que concernía al sexo. Sabía lo que le gustaba y lo que no, se dejaba guiar por sus necesidades, por lo que alguien pudiese despertar en ella y se entregaba generosamente a ese placer… O al menos había sido así antes del accidente, antes de que conociese a Alexander y decidiese darle una oportunidad al hombre que despertaba más que lujuria en ella.

Ese último año se había vuelto más reservada. Ya no se trataba de su problema de audición, sino de la representación física que suponían los audífonos. Aquellos aparatos no eran precisamente discretos, una caricia un poco más íntima, un roce sobre su oreja con los labios y se

generaba automáticamente algún tipo de conversación al respecto.

Había intentado disociarse de aquello. Hacer como si no le importase, pero después de un par de polvos ocasionales y la agobiante curiosidad humana ante las discapacidades de los demás, dejó de buscar compañeros de cama y pasó a centrarse más en sí misma. Era más fácil lidiar con su trabajo y los continuos problemas técnicos de las prótesis que con las relaciones interpersonales.

Incluso había jugado un par de veces a la lotería por pura desesperación, pues sabía que solo un milagro la ayudaría esa parte de su vida.

Así que encontrarse de repente interesada en un hombre y que a este le trajese sin cuidado sus problemas auditivos, que no vacilase a la hora de tocarla e incluso hiciera hincapié en que no había necesidad de que se ocultase, la descolocaba.

Devon no era un hombre a quién pudieses pasar por alto ni queriendo. Se trataba de alguien con una seguridad apabullante, caminaba como si el mundo le perteneciese y lo hacía de una manera de lo más sexy. Todo en él sugería sexo húmedo, caliente y salvaje, pero también poseía un lado mucho más sosegado, uno que invitaba a charlar y compartir algo tan simple como un café.

Ava gimió una protesta cuando la boca masculina abandonó la suya. No quería que dejara de besarla, en realidad deseaba hacer mucho más que eso, pero su mente pareció sacudirse la modorra lo suficiente para darse cuenta de que seguía sentada en el suelo, con él a su lado y esos brillantes ojos castaños mirándola con diversión.

Él no se había pensado dos veces el sentarse a su lado, como tampoco el posar su mano sobre su dura polla. Ahí estaba. Tan satisfecho que le daban ganas de darle un tortazo… o ser ella la que saltase ahora sobre él para continuar el beso.

—Eres adorable.

—Y tú un salido.

Las palabras emergieron de forma estrangulada de su boca y al instante quiso abofetearse a sí misma por semejante respuesta. Él sin embargo se lo tomó tan bien que soltó una ronca carcajada, se inclinó de nuevo sobre ella, hundió la mano en su pelo, apartándoselo detrás de la oreja y la miró a los ojos al responder:

—Eres la única culpable de ello, *milady.*

Dicho eso, resbaló los dedos por su rostro hasta abandonarlo y se levantó con una gracilidad impensable en alguien con semejante tamaño. Una vez en pie se inclinó y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Arriba —le indicó moviendo los dedos de modo invitador.

Dejó escapar un resoplido y aceptó su mano, pues si tenía que levantarse por sí misma de aquel rincón iba a hacer un verdadero espectáculo del proceso.

—Gracias —mencionó soltándose en cuanto estuvo de nuevo sobre sus propios pies.

Él inclinó la cabeza a modo de reconocimiento y volvió a colocar el taburete que había apartado en su lugar.

—Y bien, ¿qué planes tienes para hoy?

Enarcó una ceja ante la pregunta.

—¿Quieres decir los planes que tenía antes de que llamases a mi puerta con café y bollos, destripases ese maldito formulario y echases por tierra mi estructurada mañana?

Lo vio contener una sonrisa antes de asentir.

—Sí, esos planes.

—Terminar el trabajo que estaba haciendo cuanto me interrumpiste con tu llegada.

—Trabajando un domingo por la mañana… —chasqueó él—. Ni siquiera yo soy tan diligente.

—Sí. Bueno. Al contrario que otros, yo no siempre puedo darme el lujo de tomarme los fines de semana libres. —Se encogió de hombros—. Y hoy. Domingo o no. Tengo cosas que terminar.

—Así que haces de camarera por las noches y de… ¿Administrativa durante el día? —resumió mirando a su alrededor—. Eres una mujer ocupada.

—Soy una mujer que tiene gastos y necesita ingresos para poder hacerles frente —replicó con más sequedad de la necesaria.

Él acusó su tono, pues ladeó la cabeza y la miró.

—No era una crítica, Ava —aclaró y señaló el montón de papeles y el ordenador que había dejado apurada sobre el sofá—. Solo intentaba entender como estructurabas el día para hacer mi trabajo sin que ello repercuta negativamente en el tuyo.

En ese momento volvió a ser consciente de que el hombre frente a ella estaba allí por una razón muy concreta, una que tenía que ver con el contrato que seguía sobre la superficie de la barra americana.

—Ya no soy administrativa —corrigió con un tono más neutro—. Soy traductora. Ahora es a lo que me dedico.

—¿*Freelance* o bajo contrato?

Se giró hacia la encimera y empezó a recoger las cosas, poniendo a un lado los papeles correspondientes a la agencia y a otro los cafés y los bollos sobrantes.

—*Freelance* —respondió sin mirarle, concentrándose en recoger—. Trabajo por encargos y algunas veces con plazos.

Se movió por la cocina, sacó un recipiente para introducir la bollería que había sobrado y tras romper la caja en pedazos, la echó al contenedor del reciclaje.

—Gracias por el desayuno, estaba todo muy bueno —le dijo mientras volvía sobre la encimera para recoger los papeles.

—Ha sido un placer —respondió y acto seguido mencionó—. ¿Estas son las citas que tienes durante el mes en curso?

Levantó la cabeza y lo vio ahora de pie al otro lado del salón. Estaba mirando el calendario en el que solía garabatear de todo.

—Sí, ¿por qué? ¿Tienes pensado apuntar también las tuyas? —le soltó a modo de broma —. Ya que parece que vas a rondarme unos días…

—En el contrato figura el tiempo exacto.

—¿Ah sí? —Pues no lo había visto.

—Quince días —le dijo volviéndose hacia ella—. Y empiezan a contar desde hoy.

—¿Voy a tener que aguantarte dos semanas?

—Ya te dije que ibas a cansarte de verme —mencionó, entonces sonrió de tal manera que se le licuaron las entrañas—. Pero no temas, no dejaré que te aburras.

—¿Me lo prometes? —¿Qué coño le pasaba a su lengua? La maldita iba por cuenta propia mientras su cerebro gritaba todo tipo de obscenidades ante semejante respuesta—. Lo que quiero decir es…

—Te prometo que terminaré lo que empezamos en el suelo. —La interrumpió caminando de regreso al área de la cocina—. Y si no lo hago ahora mismo, es solo porque sé que necesitas terminar el trabajo que he interrumpido esta mañana.

No sabía cómo responder a eso, menos con él tan cerca.

—Tienes de plazo hasta el mediodía —sentenció y le levantó el mentón con un solo dedo —. Volveré a buscarte para llevarte a comer.

Ella tragó, pero eso no evitó que respondiera.

—Esperas salirte siempre con la tuya, ¿no es así?

—Sé que lo haré —admitió inclinándose sobre sus labios sin llegar a tocarlos—, es parte de mi encanto.

Cualquier posible réplica por su parte quedó ahogada cuando resbaló los labios sobre su mejilla y continuó hasta su oreja, acariciándosela con el aliento.

—Ponte algo cómodo para estar al aire libre —murmuró con suavidad, dejando que las palabras penetrasen en sus oídos con total nitidez—. Y no escondas estas orejitas de duende. Son de lo más sexy.

Ava gimió en respuesta, no pudo evitarlo. Si no fuese porque tenía la encimera detrás, se había caído al suelo.

—Oh. Y otra cosa más… —No dudó en susurrarle al oído la última de sus ocurrencias, una que la dejó sin palabras y completamente acalorada—. ¿Lo harás por mí?

Cuando él se apartó y la miró, sabía que estaría viendo un rostro totalmente rojo debido a sus palabras.

—Ni lo sueñes.

Su respuesta fue echarse a reír una vez más.

—A la una en punto, *milady* —le dijo, se inclinó sobre ella y le plantó un beso en la mejilla—. Sé buena mientras estoy fuera.

—Selo tú.

CAPÍTULO 11

Devon escuchó el griterío infantil incluso antes de cruzar la puerta de edificio. Las nuevas pistas deportivas que se habían instalado en la parte de atrás estaban recibiendo un buen uso por parte de los jovencísimos futbolistas.

Se echó a un lado, pegándose casi a la pared cuando casi lo arrollan un par de niños que perseguían a un tercero, el cual levantó la mano en su carrera para saludarle a voz en grito.

—¡Hola, Dev!

La niña que cojeaba detrás de él no tuvo problema en chillar también amenazando al fugitivo.

—¡Lucas Corman, devuélveme mis pinturas!

—Martha, sigue corriendo tú. Yo no puedo más —jadeó el tercer niño, deteniéndose en la carrera entre toses y jadeos—. ¡No lo pierdas!

Enarcó una ceja ante los dos que se perdieron por el pasillo y se volvió hacia el chico que sacaba el inhalador del bolsillo, lo agitaba y se lo llevaba a la boca para aspirar el espray.

—¿Tenías pensado batir algún récord con semejante persecución? —Se acercó al chico y le posó la mano en la espalda, frotándosela con suavidad al tiempo que dejaba que su poder se filtrase para sosegar sus emociones y hacer así que el ritmo de su respiración se normalizase—. ¿Qué ha sido todo eso?

El desgarbado muchacho, el cual le llegaba ya a la altura del pecho, tomó una profunda respiración antes de volverse a él.

—Lucas ha vuelto a hacer de las suyas —respondió con una perezosa sonrisa—. Hola, Dev.

Entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Procura no volver a dejarte los pulmones corriendo —mencionó y señaló el inhalador que todavía llevaba el muchacho—. ¿Te va bien la nueva fórmula?

El aludido asintió con la cabeza.

—No he vuelto a tener ninguna reacción alérgica —admitió con la satisfacción típica de un niño de trece años—. La señorita Emi dice que no sabe cómo lo haces, pero que tienes soluciones para todo.

Se rio entre dientes.

Sí, podía imaginarse a Emily Evergreen haciendo un comentario semejante ante los chicos que estaban bajo su cargo, lo cuales venían a ser todos los de este centro de acogida.

—Tengo mis secretos —replicó guiñándole el ojo.

El chico sonrió a su vez y señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Me aseguraré de que Martha no se ha comido todavía ninguna esquina o se ha llevado por delante alguna cosa.

Se obligó a contener la risa.

Esos dos eran como uña y carne. No eran hermanos, pero se habían criado juntos en los distintos hogares de acogida hasta llegar aquí, así que eran inseparables.

—Ve con cuidado y no corras una maratón sin haberte preparado antes adecuadamente para ello —lo aleccionó.

—¿En serio crees que podría llegar a correr una maratón?

—Si entrenas para ello, no veo por qué no.

De algún modo sus palabras lo animaron, lo notó enseguida en el aura brillante que lo envolvió.

—Genial —mencionó. Entonces dio media vuelta e hizo lo contrario a lo que le acababa de decir que hiciera; se fue corriendo.

Sacudió la cabeza y reanudó su camino hacia el *cuartel general*, el cual no era nada más y nada menos que la oficina de dirección.

Devon no pudo evitar mirar a su alrededor y recordar el estado en el que se encontraba el inmueble cuando decidieron comprarlo. Todos los involucrados en aquel proyecto tenían sus propios motivos para arrimar el hombro y aportar sus conocimientos, así como sus dones. No era algo que ninguno hubiese planeado, pero cuando Kynan puso sobre la mesa lo que había pasado con su entonces cliente y lo que ella había destapado en su puesto de trabajo, todos ellos decidieron tomar cartas en el asunto.

Y este era el resultado. Unas instalaciones en las que acoger a huérfanos, a chicos que eran

arrancados de sus hogares por los servicios sociales, que acababan en la calle o eran víctimas de abusos que nadie se atrevía a denunciar a pesar de tenerlos delante de las narices.

Zora era una fundación privada que contaba con el beneplácito del gobierno, sobre todo porque no tenían que ser ellos los que se comiesen el marrón. Los Corso se habían hecho cargo de la parte legal y de camelarse a quién hiciera falta, lo que les había dejado a los demás la tarea de reconstruir este lugar y adecuarlo a las necesidades de unos críos que habían pasado por demasiadas cosas.

Devon era sin duda el más consciente de la cantidad de traumas que poseían esos pequeños individuos, de la ausencia de comprensión, de acompañamiento y de un cariño sincero. Solía trabajar con ellos una vez por semana y lo que extraía de cada sesión era suficiente para poner a un hombre adulto, demonio empático o no, de rodillas.

Se había pasado por las instalaciones a mediados de la semana pasada y oficialmente no le habría tocado volver hasta el próximo miércoles, pero dado que Ava necesitaba un poco de espacio y sentir que tenía el control de su propia vida, aprovecharía las horas muertas para darse una vuelta y ver que tal iban las cosas por aquí.

Sabía que alguno de sus compañeros estaba actualmente en el edificio, como también sabía que ellos habrían sido alertados ya de la presencia de alguien sobrenatural en el recinto. Se tomaban muy en serio la protección de esos muchachos y actuaban en consecuencia para garantizarla.

Sus suposiciones se vieron confirmadas cuando se encontró a Kynan lidiando con la puerta acristalada que en algún momento había cerrado el área de dirección. El cristal había desaparecido y a juzgar por los pedazos esparcidos por el suelo, el balón reventado en una esquina y el dragón femenino que se estaba comiendo a los presuntos responsables, estaba claro que ya tenían todo bajo control.

—¡He perdido la cuenta de las veces que os he dicho que no juguéis con el balón en los pasillos! —Clamaba la mujer con las manos en las caderas, haciendo que los tres chicos presentes se encogieran cada vez más sobre sí mismos—. Esta vez ha sido el cristal de la puerta, pero ¿y si hubiese sido uno de los niños? ¿Qué habría pasado entonces? Tenéis unas pistas deportivas nuevecitas ahí fuera, ¿por qué demonios no las usáis? Si vuelvo a ver a alguno dándole patadas a un balón por los pasillos, no tendréis sitio suficiente para correr o esconderos. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señorita Emi.

—Lo sentimos, señorita Emi.

—Cualquiera le lleva la contraria… —musitó mirando a su compañero quién puso los ojos en blanco en respuesta.

—A mí me lo vas a decir —replicó Kynan. Entonces frunció el ceño y lo miró de soslayo —. ¿Ya te has cansado de tu nueva cliente?

Sonrió de soslayo.

—Le he dado un respiro de mi presencia. O lo que es lo mismo, me ha echado de un puntapié alegando que tenía trabajo que hacer —admitió con un ligero encogimiento de hombros —. Así que le he concedido la condicional… hasta el mediodía.

Su compañero correspondió a su sonrisa de manera conocedora.

—Te ha tocado una rebelde.

—No lo creo —admitió con gesto pensativo—. Tiene sus propios conflictos interiores, pero no es de las que busque problemas…

En realidad Ava era una persona muy tranquila, centrada en sí misma y en su propia vida,

una que todavía no estaba muy segura de cómo sacar adelante.

—Eso me recuerda, ¿tenemos a alguien en nómina que esté en contacto con empresas especializadas en corrección auditiva?

La pregunta llamó la inmediata atención de su compañero de agencia.

—¿Qué necesitas?

—La humana que ha firmado el contrato es sorda y está teniendo muchos problemas con las prótesis auditivas que lleva.

—¿Sorda de nacimiento?

Negó con la cabeza.

—Accidente de tráfico —mencionó—. Sufrió un traumatismo y una de las secuelas ha sido una sordera grave en uno de los oídos y moderada en el otro. Ella iba de copiloto. El hijo de puta de su ex iba al volante, pero estaba demasiado ocupado en discutir como para prestar la debida atención a la carretera. No vio al otro vehículo que invadía el carril contrario a causa de un desvanecimiento del conductor hasta que prácticamente lo tuvo encima. No tengo todos los detalles, solo lo que he extraído a través de ella. Pero parece que el exceso de velocidad podría unírsele también a la ecuación. —Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza. Tendría que indagar en profundidad sobre lo ocurrido para tener todos los datos necesarios—. El tipo que iba con ella salió prácticamente indemne, mientras ella y el otro tipo llevan todo un año lidiando con las consecuencias del accidente. Ese parásito ha tenido además los huevos de culparla a ella de lo ocurrido.

—Hijo de puta —siseó su amigo en voz baja—. ¿El cabrón sigue con vida?

—Desgraciadamente.

Su compañero gruñó en respuesta, echó un fugaz vistazo a la mujer que seguía reprendiendo a los chavales y se volvió hacia él.

—Y dices que tiene problemas con las prótesis.

Asintió.

—La medicina auditiva no es mi campo, pero a juzgar por el modelo que lleva Ava y las continuas peleas que tiene con los audífonos, diría que necesita algo más actualizado —admitió —. Deduzco que su economía no le permite acceder a esas actualizaciones. Trabaja como traductora *freelance* y acaba de obtener un segundo empleo en el Lorne.

—¿El pub de Elías?

La mayoría de los agentes solía dejarse caer por la zona de cuando en cuando, aunque eran Byron y él mismo quienes más lo frecuentaban.

—Con lo que saque por las traducciones y un par de noches los fines de semana en el pub, está claro que obtiene lo justo para mantenerse —resumió—. Esos cacharros necesitan cierto mantenimiento y está claro que no puede hacerle frente.

Kynan asintió.

—¿Asumirás tú los gastos o se los pasamos a la agencia?

Demonía contaba con un fondo para las necesidades de los clientes. Era una de las novedades que había implantado el programa en los últimos años y que les permitía sufragar gastos imprevistos derivados de sus contratos.

—Los asumirá *Priya Holding* —dio el nombre de su empresa—. Tenemos subvenciones para casi todo, solo necesito alguna empresa, laboratorio o lo que sea que gestione todo el asunto de manera legal y me sirva al mismo tiempo de pantalla. Ava Wilkinson no es alguien que vaya a permitir que le regalen unos audífonos así porque sí.

—Hablaré con Julian —le dijo—. Lo más probable es que Nyx o él tengan en la agenda

alguna empresa que pueda servir para este propósito. Te enviaré un mensaje con lo que sea.

—Gracias, tío.

Él sacudió la cabeza.

—Para eso estamos —chasqueó y se volvió de nuevo hacia la mujer que seguía pateándoles el culo verbalmente a los muchachos—. Se les van a quitar las ganas de corretear por ahí con un balón.

—… y, ya que parecéis tener tanta energía, os encargaréis desde hoy hasta que acabe el mes de la limpieza de las aulas una vez se terminen las clases.

—¿De todas las aulas? —jadeó uno de ellos—. Pero…

—Cállate, Tim —musitó uno de los chavales codeando al que acababa de hablar.

—Todas y cada una de las aulas, señor Peabody —sentenció la mujer posando su mirada azul en cada uno de ellos—. Y más os vale que ninguno falte a sus labores, porque de lo contrario, estaréis un mes más haciendo esa tarea.

Los tres cerraron la boca de golpe ante semejante amenaza.

—¿Os ha quedado claro?

Asintieron al unísono y emitieron una rápida disculpa.

—Bien. Podéis iros.

—Señorita Emily, esto… ¿Nos devuelve el balón?

Devon contuvo una risa al escuchar al chico, su compañero se limitó a sacudir la cabeza y mirar de soslayo a la mujer que conocía bien, pues había sido su cliente en el pasado.

—Eso ha sido una mala idea.

Un sonoro *«fuera»* hizo que los chicos salieran corriendo con tal precipitación que entrechocaron entre ellos en su premura por atravesar el umbral.

—Cállate, tío, ¿cómo se te ocurre decir tal cosa? —escuchó que decía uno de los chicos antes de desaparecer por el pasillo.

—Por Dios, esos niños van a terminar por sacarme canas —escucharon farfullar a la mujer un segundo antes de verla dejarse caer de golpe sobre una silla.

Su compañero puso los ojos en blanco ante el comentario femenino y se volvió hacia él.

—Byron está en la cocina —le informó—. Ya que estás por aquí, échale un vistazo. Sigo sin fiarme de sus dotes culinarias.

Devon se rio entre dientes al escuchar el tono de su voz.

—Me preocuparía más verlo con un cinturón de herramientas alrededor de la cadera —aseguró señalándolo a él con un gesto—. En la cocina suele ser bastante certero.

—Sí, cuando no es él quién está en los fogones —admitió con un resoplido—. Así que procura que siga dando las instrucciones desde la barrera.

Chasqueó la lengua y contestó de manera burlona.

—Vas a terminar por herir los sentimientos del chef, amigo mío.

—Ya estoy desolado por la pena —replicó poniendo los ojos en blanco.

—Esto nos va a costar un dineral.

Ambos hombres se volvieron al escuchar el cansado suspiro de la directora del centro, quién había dejado su asiento y miraba acongojada la puerta sin cristal.

—¿No podríamos buscar una puerta de segunda mano y olvidarnos del cristal? —preguntó volviéndose hacia el manitas del grupo, antes de reparar también en su presencia—. Oh. Hola, Devon. ¿Qué haces hoy por aquí?

—¿No puedo pasarme a saludar a mi pelirroja favorita? —le dijo con una pícara sonrisa.

La chica se sonrojó ante el halago y agitó la mano restándole importancia.

—Siempre tan zalamero —murmuró ella con una sonrisa, entonces se volvió hacia su compañero quien estudiaba a la mujer—. ¿Y bien? ¿Podemos?

—¿Tengo que recordarte qué pasó la última vez que pediste un mueble por internet? —El comentario hizo que la chica enrojeciera aún más.

—Yo no tengo la culpa de haber pedido un *banco* y que me mandasen un *barco*.

—Era una lancha —especificó Kynan cruzándose de brazos—. Neumática. Y la mandaron desde Hong-Kong.

—La tienda era europea. —Se justificó con una mueca.

—Ya.

Levantó los brazos en alto y emitió un femenino resoplido antes de dar media vuelta y volver al interior del despacho.

—Vale, pues haz lo que veas, Kynan.

—Gracias. —replicó él y alzó la voz a propósito, fastidiándola aún más.

—Puedo enviarte una puerta nueva con cristalera mañana por la mañana —mencionó volviéndose hacia el pasillo con intención de ir a ver a Byron a la cocina.

—Hazlo. —Su amigo no dudó un solo instante—. Te pasaré las medidas.

Emily Evergreen podía ser un encanto de mujer y tener un corazón de oro, pero sus pedidos por internet nunca salían como deberían, algo que ya habían comprobado con anterioridad.

No eran muchos los antiguos clientes que, habiendo tenido contacto con la agencia o sus agentes, recordaban ese episodio de sus vidas tiempo después. Se trataba de un mecanismo de protección para el cliente, una manera de dejarle vía libre para seguir su vida y romper de ese modo el íntimo vínculo que solía unirlo al agente.

Con todo, había humanos con una afinidad especial que seguían conservando ese vínculo incluso después de haberse terminado su contrato, que recordaban su paso por la agencia y al agente que les había acompañado a lo largo de ese periodo.

Emi era una de ellas y la amistad que conservaba con Kynan se había extendido a ellos a través de aquel proyecto, convirtiéndola de alguna manera en algo parecido a una hermana pequeña a la que siempre tenían presente.

Sabiendo que la chica quedaba en las buenas y conocidas manos de su compañero, salió en busca de Byron.

CAPÍTULO 12

Ava empezaba a barajar la idea de darse de cabezazos contra la encimera para ver si de ese modo conseguía centrarse. No era capaz de traducir dos líneas seguidas sin pensar en él. Lo que debería ser un trabajo de un par de horas, se había convertido en algo eterno, no había forma de avanzar sin que viniese a su mente ese beso.

Y por si con su beso no hubiese sido suficiente, también se había dado el lujo de susurrarle aquella petición al oído.

Apretó los muslos de manera involuntaria. Cualquier mujer sensata y con sentido común lo habría mandado al cuerno, tomándose sus palabras como una afrenta y despachándolo de una patada en el culo. Ella se había quedado sin palabras y más que sentirse ofendida, se había excitado y debía adquirir que también indignado.

Señor, estaba hecha un lío.

—Céntrate, Ava, tienes que centrarte.

Debía terminar esa maldita traducción y dejar de pensar en tonterías. Necesitaba cobrar el trabajo, no podía esperar más. Tenía pendiente una revisión, esperaba que pudiesen ajustarle los audífonos, pero ya le habían advertido que lo más probable era que tuviese que cambiarlos. Seguían intentando dar con el modelo que se ajustase mejor a sus necesidades, el que mejorase su audición, pero la barrera económica pesaba mucho sobre esas decisiones.

Se pasó una mano por el pelo, suspiró y volvió a mirar la pantalla.

—Esto es una pérdida de tiempo.

Se había desconcentrado. La interrupción de Devon con el desayuno le había roto los esquemas, la desequilibró de tal manera que ya no era capaz de centrarse y sabía que no volvería a hacerlo durante el resto del día; no con ese asunto de la comida todavía colgando sobre su cabeza.

Bajó la tapa del portátil, miró una última vez los documentos en los que debería estar trabajando y se levantó. No valía la pena seguir intentándolo. Sabía que no conseguiría avanzar porque su mente se había desconectado del trabajo y le daba vueltas a otras cosas.

Se sirvió un vaso de agua, se lo llevó a los labios y no llegó ni a tocar el líquido cuando sonó el timbre.

—Señor, ¿en serio? —resopló y miró hacia el pasillo—. Hoy es domingo. ¿Quién narices es ahora? ¿Los apóstoles de vete tú a saber que congregación?

El terco sonido reverberó una vez más. Dejó el vaso sobre la encimera de mala leche y fue a atender a quién quiera que hubiese tenido la brillante idea de seguir jodiéndole la mañana.

Contuvo las ganas de gritar un *«ya voy»* para que dejaran el maldito llamador, pero eso habría sido como decir *«estoy en casa»* y si podía evitar abrir la puerta, por Dios que lo haría.

Echó un rápido y fugaz vistazo a través de la mirilla y se quedó congelada en el lugar.

—No puede ser —musitó retirándose de golpe. Sacudió la cabeza diciéndose a sí misma que había visto mal y volvió a asomarse una segunda vez—. Esto tiene que ser una jodida broma.

Antes de pensar bien en lo que hacía, abrió la puerta y se encontró con la última persona que pensaba encontrarse ese o cualquier otro día en el umbral de su casa.

Vestido con un traje caro y elegante, el pelo peinado a la última, una recortada barba que no le había visto lucir en la vida y una carpeta en las manos, el intruso parecía recién salido de

alguna convención empresarial; no le sorprendería si así fuese.

—Avalon. —Pronunció su nombre a modo de saludo y la recorrió con la mirada de manera discreta, casi como si quisiera asegurarse de que era ella—. ¿Cómo estás?

Era una broma, ¿verdad? Él no podía estar ahora plantado delante de su puerta y preguntar algo tan estúpido, no después de todos esos meses.

—¿Qué haces aquí? —La pregunta emergió de sus labios como un escupitajo—. ¿Quién te ha dado mi dirección?

Él levantó una mano pidiendo un momento, aunque su gesto y la manera arrogante que tenía de mirarla, le recordó que ese hombre nunca pedía nada; lo exigía.

—Mis abogados me comunicaron que te niegas a aceptar el acuerdo que presentó a fin de dar carpetazo a todos los trámites derivados del accidente —declaró en un tono de voz duro, arrogante y que la irritaba tanto como lo había hecho en el pasado—. Quieres seguir con el litigio.

No, no tenía las más mínimas ganas de seguir litigando. Si fuese por ella le clavaría un cuchillo en las pelotas y ahí moriría todo, pero Kenzie, además de su mejor amiga, también era su abogada y le había aconsejado ir a por todas.

«Tú eres la única que ha salido perjudicada, la que ha perdido algo realmente importante por culpa de un gilipollas obsesivo y controlador que iba zumbado al volante. Que me parta un rayo si permito que se vaya de rositas. Tendrá que indemnizarte. Me da igual si se pone a hacer el pino puente o si lo hacen sus abogados. Él tiene una responsabilidad y debe afrontarla, lo quiera o no. Y por dios que lo exprimiré como un jodido limón hasta conseguir sacarle lo que te corresponde».

Ella era la que se había hecho cargo de todo desde el principio. Ava había sido muy clara desde el principio; no quería tener que verle de nuevo la cara a ese gilipollas. Sabía muy bien que si tenía que lidiar directamente con ese imbécil, le arrancaría los ojos.

Si bien no era una persona que guardase rencor, que odiase, con Alexander Keller había hecho una excepción; la única en su vida.

—La oferta que han presentado en mi nombre es más que generosa —continuó él con suficiencia—. No deberías rechazarla sin más.

—*San Alexander* de las *Buenas Obras* —chasqueó la lengua y dio un paso fuera de su puerta, enfrentándose a un hombre que le sacaba una cabeza, aunque no era ni de lejos tan grande y ancho como Dev—. No quiero tu caridad, ni tampoco tus saldos, no quiero absolutamente nada de ti.

Su sonrisa se volvió irónica y la manera en la que la recorrió con la mirada le provocó arcadas.

—Pues para no querer nada, esfuerzas mucho en sacar tajada de un accidente en el que has sido parte responsable —replicó enfrentándose a ella, sabiéndose más fuerte y poderoso. Era muy consciente de cómo manejarla, la había intimidado en el pasado y pensaba que podía seguir haciéndolo. El problema era que aquella Ava había muerto en los amasijos del coche en el que quedó atrapada durante más de una hora y la mujer que estaba ahora ante él odiaba sus intestinos a muerte—. Sé inteligente por una vez en la vida. Firma el acuerdo y terminemos con esto.

—No voy a firmar absolutamente nada —siseó entre dientes—. ¿Cómo te atreves? ¿Cómo tienes el morro de presentarte en la puerta de mi casa y hablarme de esa manera? ¿Cómo te atreves a acusarme a mí del accidente cuando tú eres quién iba al volante? Si no hubieses estado tan ocupado gritándome y hubieses prestado más atención a la carretera, no estaríamos teniendo esta conversación. Señor, no puedo creer lo rastrero que puedes llegar a ser…

Su rostro se endureció y vio ese tic que solía aparecer en su mandíbula cuando algo no salía como él quería.

—Cuida tu tono, Ava, no estás hablando con uno de tus ligues.

El comentario la hizo hervir por dentro. No era la primera vez que lo escuchaba, no era una acusación nueva viniendo de él.

Ese hombre había visto fantasmas dónde no los había. Se formó su propia película y en esa, ella era la única culpable de todo.

—¿Qué cuide mi tono? —replicó elevando la barbilla, mostrándose desafiante, algo que sabía le molestaba bastante—. Eres tú quién debería cuidar sus palabras, quién debería vigilar el tono y el modo en el que te diriges a una mujer. No soy tu perra, no soy nada tuyo y si vuelvo a verte delante de mi casa… llamaré a la policía y te denunciaré por acoso.

Los ojos masculinos refulgieron, lo vio apretar la mandíbula y por primera vez contempló una absoluta contención en ese hombre.

—No vas a sacarme un solo penique —le dijo con fiereza y manteniendo al mismo tiempo una prudencial distancia—, ¿me oyes? No vas a sacarme absolutamente nada. No eres más que una zorra oportunista…

Se retiró el pelo hacia atrás, dejando a la vista sus audífonos y no dudó en ladear la cabeza para mostrárselos.

—Sí, a pesar de que me he quedado sorda a raíz del accidente, todavía soy capaz de oír alto y claro —replicó con goteante frialdad—. Y una de las primeras cosas que escuché en el hospital, el día en que me pusieron uno de estos, fueron tus palabras: *No debiste salir nunca de ese coche.*

Por primera vez en su vida, lo vio palidecer. Fue algo rápido, casi fugaz, pero su rostro mudó y adquirió cierto rubor de vergüenza antes de volverse de nuevo de granito.

—Sí. Lo oí alto y claro, Alex. Tan alto y claro que se me quedó grabado a fuego —asintió con rotundidad—. No eres más que un bastardo, un hijo de puta que no sabe hacer otra cosa que intimidar a una mujer y culparla de tus propias carencias. Me culpaste a mí de ese accidente, me acusaste de tener una crisis de celos, de estar fuera de control… Eso fue lo que dijiste…

Se lo había dicho a la policía, lo pregonó ante todo aquel que quisiera escuchar, pues el señor Keller rechazaba tener ni un mínimo de responsabilidad en aquel accidente. Su reputación debía seguir intacta, sus aspiraciones no podían verse empañadas por algo así.

—Mentiste. Una y otra vez —aseguró sin dejar de mirarle a los ojos—. Eres un cerdo.

Ava notó sus propias uñas hincándosele en las palmas de las manos. Estaba tan furiosa que no se daba cuenta de lo que hacía.

—Largo de aquí. —Estiró el brazo y señaló hacia el pasillo—. No vuelvas a acercarte a mí en la vida.

—No vas a conseguir nada.

—Si tus abogados o tú queréis hablar sobre alguna cosa referente al accidente, habladlo con mi abogada —sentenció con frialdad—. Yo no estoy disponible para ninguno.

La contención que había estado practicando hasta ese momento el hombre pareció romperse, pues su rostro cambió y se volvió tan amenazador como recordaba.

—Mira, *pequeña zorra*…

Ella se tensó, preparada para lo que sabía vendría a continuación, pero una inesperada aparición interrumpió cualquier posible acción que tuviese prevista.

—¿Va todo bien, Ava?

Ambos se volvieron hacia el final del corredor y ella no pudo sino sobresaltarse al ver a

Devon allí. El hombre afable y sexy con el que había estado desayunando aquella mañana tenía ahora una sonrisa siniestra, la cual hacía juego con la oscuridad en su mirada.

No pudo decir una palabra, se lo quedó mirando mientras avanzaba en su dirección y se interponía de manera clara y efectiva entre ella y el intruso.

—¿Puedo saber quién es usted y qué hace increpando a *mi novia*?

Las palabras del recién llegado la impactaron e hicieron que se quedase mirando esa ancha espalda que ahora la escudaba del gilipollas de su ex. Sabía que solo se trataba de una treta, una manera de disuadir al hombre frente a ella, pero no pudo evitar sentir una calidez interior al escucharle decir aquellas dos palabras.

Era curioso como a pesar de ser un completo extraño, Devon Sheffield la hacía sentir más segura de lo que ningún hombre lo había hecho hasta el momento.

CAPÍTULO 13

Devon avanzó lentamente a través del pasillo con la mirada puesta en el hombre que, de espaldas a él, mantenía una actitud amenazante con su cliente. El tipo la había alterado lo suficiente como para que sus emociones se hubiesen convertido en un torbellino en el que a duras penas podías diferenciar unas de otras. El núcleo, sin embargo, tenía un claro predominio de rabia, fastidio y un frío disgusto que podía llegar a confundirse con el odio.

Y aquello era suficiente carta de presentación para el tipo que estaba parado delante de Ava.

El hombre, por otro lado, poseía una marcada posesividad, como si pensase que la mujer que estaba ante él tuviese el deber de plegarse a sus deseos. Confiaba lo bastante en sí mismo como para no dudar a la hora de hacer algo, era de los que conocían sus propios puntos fuertes y la manera de explotarlos.

Para él la apariencia lo era todo. El estatus era una parte importante de su vida, en realidad, podría decirse que toda ella giraba a su alrededor. Su imagen, su dicción, la gente con la que se codeaba, las mujeres con las que se veía envuelto, incluso los escándalos… Siempre y cuando estos le reportasen algo a cambio.

A pesar de ello, en aquel preciso momento parecía mucho más sorprendido y fastidiado por el comportamiento y la ferocidad de su antigua amante, que preocupado por cómo lo viese ella. No toleraba ese tipo de comportamiento, no en la mujer, pues se alejaba completamente de lo que conocía y de lo que sabía manejar.

—Mira, pequeña zorra…

Odio. Fastidio. Celos. Era el típico gilipollas desbocado que no medía sus acciones y que acababa arrepintiéndose después de las mismas. Su actitud y lenguaje corporal hablaba por sí solo y era un idioma que la chica parecía conocer muy bien, pues se tensó al momento en respuesta.

—¿Va todo bien, Ava? —procuró que su voz no pareciera alterada, ni tampoco afectada por su propia necesidad de arrancarle la cabeza a ese individuo.

Ambos se volvieron entonces hacia él. El inmediato fastidio a causa de la interrupción envolvió al tipo mientras que su cliente abrazaba su interrupción con claro alivio sin dejar de mirarle.

No dudó en interponerse entre ella y el indeseado invitado, quién cuadró los hombros y alzó ligeramente la cabeza para defender su posición ante la inesperada aparición.

—¿Puedo saber quién es usted y qué hace increpando a *mi novia*?

La sorpresa que sobrecogió a su compañera mudó rápidamente a una tranquila paz, su presencia y la inesperada reclamación le aportaron tranquilidad, mientras que las mismas golpeaban al hombre.

—Devon, te presento al hijo de puta que iba al volante cuando tuvimos el accidente —replicó ella al tiempo que le posaba una mano en el brazo y se pegaba voluntariamente a él—. Se ha dejado caer por casa para presentarme la misma oferta que ya me enviaron sus abogados y rechacé categóricamente. Pero ya le he dejado muy clara mi respuesta, así que no tiene nada más que hacer aquí.

—Avalon… —lo escuchó sisear.

Ella lo ignoró completamente, cerró los dedos alrededor de la manga de su chaqueta y tiró de él para llamar su atención.

—Llegas temprano —mencionó con voz melosa, cosa que lo llevó a sonreír.

—No podía esperar más para verte —declaró bajando sobre su rostro y acariciándole los labios con los propios. Entonces le rodeó la cintura con un brazo y la empujó a través del umbral para cerrar la puerta con un golpe de tacón que la cerró dejando al indeseado invitado fuera.

Una vez dentro, la chica se libró de su brazo y le pasó la llave a la puerta antes de soltar un profundo suspiro.

—¿Cómo se atreve? —La escuchó sisear antes de volverse ahora hacia él—. ¡Ese hijo de puta se ha presentado en la puerta de mi casa como si tal cosa!

—Me sorprende que no le hayas clavado un cuchillo en las pelotas.

—No lo tenía a mano, pero si llega a quedarse un minuto más… —dejó lo demás a su libre imaginación.

—Lo habrías buscado solo para clavárselo —admitió divertido.

No respondió, pero tampoco era que hiciese falta, la respuesta brillaba en sus ojos.

—¿Qué tal el trabajo? ¿Conseguiste terminar lo que tenías previsto?

Su cambio de tema la hizo resoplar y seguir hasta la cocina.

—¿Cómo hacerlo cuando todo el mundo parece empeñado en llamar a mi puerta un domingo por la mañana? —farfulló—. Así no hay ser humano que trabaje.

—Intenta ser un demonio… —musitó más para sí mismo que para ella—. Entonces, ¿podemos decir que estás oficialmente en hora de descanso?

—Dado que no soy capaz de concentrarme, sí —admitió rescatando un vaso de agua que había sobre la encimera para bebérselo de un trago.

—En ese caso, esperaré a que te cambies de ropa —le informó apoyándose a su vez en la barra americana—. Ponte algo fresco, tenemos una mañana calurosa y vas a disfrutar de un poco de aire libre.

Esos ojos marrones se toparon con los suyos durante un momento, entonces desvió la mirada mientras depositaba el vaso en el fregadero.

—Te garantizo que ahora mismo no soy una compañía agradable, ¿por qué no lo dejamos para otro momento?

—Porque tengo la cesta con la comida en el coche y no tengo la más mínima intención de ofender al chef —replicó cruzándose de brazos—. No te haces una idea de lo difícil que es preparar una cesta de pícnic sin previo aviso y en domingo.

—¿*Pícnic*?

—Déjame adivinar, le tienes alergia al campo.

—Pues no —respondió acompañándose de un encogimiento de hombros—. Me gusta el campo.

—¿Entonces?

Sacudió la cabeza una vez más.

—Nada. Olvídalo.

Enarcó una ceja y chasqueó la lengua.

—¿Le has dado una paliza verbal al imbécil de ahí fuera y no eres capaz de decirme un par de palabritas a mí? —La retó de manera burlona.

Ese tinte rojizo volvió a apoderarse de sus mejillas como aquella misma mañana.

—No te ofendas, pero no pareces la clase de tipo que disfrutaría de algo tan sencillo como un pícnic.

—¿Ah no? —Sonrió de soslayo, cruzó los brazos sobre el pecho y entrecerró los ojos—. ¿Y de qué podría disfrutar entonces, señorita Wilkinson?

El grado de rojez en su rostro aumentó. Devon fue muy consciente de que estaba avergonzada, que se arrepentía de haber hecho tal apreciación y ahora no sabía cómo salir airosa de la situación.

—Un buen restaurante o quizá un *bistró* —mencionó recorriéndole disimuladamente con la mirada—. Un lugar en el que tengas que sentarte en una silla y te sirvan el vino, por ejemplo. Aunque dado que acabas de mencionar a un chef… Tampoco estoy muy segura si mi concepto de pícnic es el mismo que el tuyo.

Se rio ante su comentario.

—En este caso el chef solo me ha proveído de unos cuantos bocadillos, queso y fruta; lo que estaba preparando para los chicos del Zora —admitió risueño, entonces bajó un poco el tono y añadió con un deje sensual—. El vino y el postre corren por mi cuenta.

Ella lo miró pensativa, entonces frunció el ceño.

—¿El Zora? —repitió—. ¿Te refieres al hogar de acogida? ¿La fundación privada?

—Sí. —Tuvo que ocultar su propia sorpresa al ver que lo conocía—. ¿Lo conoces?

Ava se encogió de hombros y señaló el ordenador que estaba a su lado sobre la encimera.

—Les envié mi currículum, fui incluso a la entrevista, pero se ve que no daba el perfil que andaban buscando.

Y aquella respuesta era la última que esperaba escuchar de los labios de aquella mujer.

—¿Asististe a una entrevista de trabajo para la fundación? —intentó sonar más curioso que anonadado—. ¿Para qué puesto?

—Administrativo. —Hizo una mueca y añadió—. Aunque me hubiese conformado incluso con el servicio de limpieza. Pero no pudo ser. Supongo que ya tenían pensado a alguien para el puesto o les pareció mejor otra candidata. —Se encogió de hombros—. Lo había olvidado completamente hasta que mencionaste lo de los bocadillos.

—El chef es amigo mío —admitió con sencillez—. Forma parte de la directiva de la institución, es uno de los socios… al igual que yo.

La sorpresa pasó por esos ojos marrones, incluso dio un respingo, entonces sacudió la cabeza.

—Eres una caja de sorpresas, Devon Sheffield.

—No tienes idea de lo acertadas que son esas palabras —le guiñó un ojo, se incorporó y fue hacia ella. Le apartó el pelo dejando a la vista uno de sus audífonos—. Ahora que ya sabes que no soy un snob y que prefiero los bocadillos de salmón ahumado, queso fresco y pepino a un plato de alta cocina, ¿te cambiarás de ropa para que podamos disfrutar del soleado día que hace fuera?

—Seguro que hace un frío de narices —rezongó ella—. Estamos en Londres, no en Hawái.

—Te prometo que no hace frío —le rozó la mejilla con los dedos—. Y en caso de que llegaras a tenerlo en algún momento, te haré entrar en calor… cediéndote mi chaqueta.

La chica tragó acusando la pausa en su respuesta y captando la intención oculta en sus palabras.

—De acuerdo… pero solo será una comida.

Levantó la mano a modo de promesa.

—Solo una comida —aceptó en tono conciliador—, y el postre.

Ella resopló, asintió y le dio la espalda mientras se alejaba farfullando en voz baja.

—Un pícnic, ¿y qué demonios se pone una para un pícnic?

Sonrió para sí al escucharla.

—Ya sabes lo que prefiero que no te pongas. —No pudo evitar alzar la voz.

La respuesta femenina fue inmediata, tanto física como verbalmente.

—¡Sigue soñando!

Devon rompió a reír. Empezaba a encontrar toda una forma de diversión el acicatear a esa mujer con el solo motivo de verla reaccionar y sacarla de su zona de confort. Quería ver a la verdadera Ava, a la mujer que ya había vislumbrado enfrentándose al imbécil de su ex.

CAPÍTULO 14

De todos los lugares que se le habían pasado por la cabeza para hacer un pícnic, la tranquila extensión de *Highgate Wood* no era una de ellas. Estaba demasiado alejado de su casa como para ser una opción, pero después de una hora sentada sobre una cómoda manta, en un punto estratégico en el que las copas de los frondosos árboles alternaban la sombra con el paso del brillante sol primaveral, tenía que admitir que estaba disfrutando de aquel pulmón como ningún otro.

El ruido del tráfico se había desvanecido nada más atravesar la puerta de aquel lugar. El típico sonido del golpear de la madera en el campo de criquet o el de los niños que disfrutaban jugando en el enorme parque infantil situado en un área de las extensas hectáreas boscosas llenaba el ambiente. La anémona de bosque había empezado ya a brotar cubriendo el suelo con un manto de florecillas blancas ofreciendo un escenario romántico y encantador en el que disfrutar de una comida al aire libre.

Ava se metió el último pedazo de un sándwich de pollo con aguacate en la boca y lo saboreó. Devon había sacado de la cesta una selección de bocadillos, cada cual más delicioso, algo de fruta, queso brie y una botella de vino que ya estaba por la mitad. Entre los dos estaban dando buena cuenta del almuerzo y tenía que admitir que disfrutaba de todo ello más de lo esperado.

Hacía siglos que no realizaba algo tan cotidiano como salir a comer al campo, extender una manta y disfrutar del sol, del aire libre y de los sonidos propios de aquel lugar. Y la compañía no podía ser mejor. Devon se amoldaba a las situaciones como un auténtico camaleón. Verlo tan cómodo sentado en el suelo devorando sándwiches y charlando como si se conociesen de toda la vida, como si esto fuese algo normal entre ellos, convertían aquel momento en algo perfecto.

Él no se cortaba a la hora de hablar. Sus preguntas eran directas, al igual que sus respuestas y no andaba a su alrededor de puntillas. Y si hacía alguna referencia a su problema auditivo lo normalizaba evitando hacerla sentirse incómoda.

—Entonces esta semana tienes una revisión con el especialista.

—Así es —confirmó lamiéndose las migas de los dedos, para luego darle un pequeño sorbo al vino—. Aunque no tengo muchas esperanzas de que la cosa mejore —mencionó tocándose la oreja—. Ya me advirtieron que era posible que necesitase otro tipo de audífonos más potentes, pero… mi cuenta bancaria es de las que llora cada vez que le pides un milagro.

Él sonrió ante el comentario y sacudió la cabeza.

—¿Has consultado otras opciones?

Dejó escapar un largo resoplido.

—Más de las que puedas llegar a imaginarte —admitió y acto seguido se encogió de hombros—. Esta clínica era la única que podía permitirme. Me facilitan los pagos, las revisiones periódicas son gratuitas y el mantenimiento de los audífonos no es tan prohibitivo como en otros centros.

—No entiendo como el seguro no te ha facilitado otras opciones —mencionó él—. Tu condición viene derivada de un accidente de tráfico.

Ava dejó escapar una amarga carcajada.

—La aseguradora ha optado por retener la indemnización correspondiente hasta que se resuelva el litigio que tengo con el imbécil que encontraste delante de mi puerta.

—¿Es broma? —Su respuesta sonó casi a gruñido, lo que la llevó a mirarle.

—No. —Negó con la cabeza—. Alexander Keller es un hijo de puta de la cabeza a los pies. Sabe muy bien como engatusar. Es un actor nato y eso, unido a sus contactos, hizo que todo el asunto del accidente pareciese mucho menos… grave de lo que fue en realidad. Él se ha negado a aceptar la parte responsabilidad que ha tenido en el accidente y también a asumir los gastos derivados del mismo. Desde el minuto uno culpó al otro conductor, ya que fue él que invadió el carril contrario y, por supuesto, a mí también por «distraerle» con mi «crisis nerviosas». Se autoproclamó la única víctima... Hasta que mi abogada le retorció los huevos… judicialmente hablando. Desde ese momento dio un paso atrás y ha dejado que sean sus abogados los que se encarguen de todo. Ignoro si han conseguido algo con la otra parte, pero conmigo… Todo lo que sé es que han presentado recientemente una oferta a cambio de resolver todo esto de manera privada y que mi abogada los ha mandado a paseo.

Dejó escapar un suspiro, recuperó su vaso y se terminó el vino.

—Siendo sincera, si todo se redujese a mí, habría terminado con todo esto en el mismo momento en que ese hijo de puta salió de mi habitación en el hospital —confesó con sequedad —. No quiero verle, no quiero volver a cruzarme con él para nada en absoluto. La persona que era en aquel entonces, la mujer que era cuando estaba con él… Murió en aquel accidente. Quería dejarlo todo atrás y limitarme a pasar página, pero Kenzie me dijo que ni lo soñara. Me dijo que esa, cito textualmente, *«ameba parasitaria con traje»,* tenía una responsabilidad en lo que había pasado y que no podría volver a mirarme a la cara si no lo hacía arrastrarse por el suelo y suplicar piedad antes de hacerle pagar por todo lo que me había hecho.

—Deduzco que Kenzie es tu abogada.

Asintió.

—Lo es. Y también es mi hermana. Más que eso en realidad —admitió pensando en todo lo que habían pasado juntas—. No compartimos vínculos sanguíneos, pero la vida se ha encargado de ponernos en el camino de la otra cuando más nos hemos necesitado…

—Entiendo.

—Y ese es el motivo por el que el imbécil estaba hoy en mi puerta —resumió—. Rechacé la oferta de sus abogados. Ella quiere llegar hasta el final y ya no me opongo a que ese hijo de puta pague lo que tiene que pagar… Siempre y cuando siga lejos, pero que muy lejos de mí.

—Me encargaré de que así sea.

La forma en que lo dijo hizo que se fijase en él. Si bien parecía estar sereno, había un brillo maquiavélico en esos ojos castaños y le provocó un ligero escalofrío.

—Acabas de sonar como un sicario.

—No era yo el que quería clavarle un cuchillo en las pelotas —replicó al tiempo que le guiñaba un ojo. Su rostro adquirió entonces ese gesto desenfadado y pícaro que la encandilaba—. Pero no me habría molestado nada que lo hicieras. Sobre todo después de lo que acabas de mencionar.

Sacudió la cabeza.

—No busco venganza, solo quiero justicia —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. Pero si el karma quiere mandarle una buena diarrea, ¿quién soy yo para oponerme?

Su acompañante se echó a reír.

—Sin duda sería un justo castigo —admitió risueño.

Su risa era contagiosa, al igual que su buen humor así que terminó sonriendo también.

—Ah. Ahí está. Una sonrisa —mencionó él con voz suave, cariñosa incluso—. Y muy bonita, además.

Notó el instantáneo rubor cubriéndole las mejillas. No entendía cómo era capaz de sacarle los colores de aquella manera. Jamás le había pasado con anterioridad, no a menos que el sonrojo viniese de la vergüenza.

—Sí, bueno… ya hemos hablado bastante sobre mí —carraspeó en un intento por derivar la conversación hacia otro lado—. ¿Qué hay de ti?

—¿Qué hay de mí? —repitió entre curioso y divertido.

—¿Cómo ha terminado el CEO de una importante empresa trabajando también de acompañante para una agencia?

—Preferimos el término «agente» —apuntó con naturalidad, pero no respondió.

—Agente —asintió y continuó—. Y no es todo, porque esta mañana has mencionado además que formas parte de la directiva de esa fundación privada… Zora.

—¿No ayudarías a la gente que te necesita si tuvieses en tus manos la capacidad para hacerlo?

—Por supuesto —admitió con rotundidad—. Si tuviese los medios o hubiese alguna manera en que pudiese ser de ayuda… no lo dudaría. No pretendía sonar crítica, te pido disculpas si ha sido así.

Él negó con la cabeza y extendió el brazo, cogiéndole la mano.

—Empiezo a ver que ocultas debajo esa fachada, Ava —le dijo mientras le acariciaba la mano con el pulgar. La sensación era tan agradable como extraña, como si su contacto se colase en su interior en forma de un perezoso calor que iba invadiéndola poco a poco—. Si te vieses a ti misma como te estoy viendo yo, sabrías que no hay manera de malinterpretarte. Eres clara. Transparente en realidad. No eres una mujer que recurra a subterfugios y tienes todo el derecho a estar enfadada con el mundo, con la vida que has dejado atrás y a llorar por lo que has perdido. Nadie puede culparte por ello, son tus emociones y a veces es mejor dejarlas salir.

Se estremeció, no pudo evitarlo.

—¿Quién eres, Devon?

Sus labios se estiraron poco a poco formando una perezosa sonrisa.

—Alguien que quiere que siempre puedas sonreír como lo has hecho hace unos momentos —admitió con suavidad, entonces añadió con más picaresca—, y también un hombre que se muere por comprobar si he sido lo bastante persuasivo para conseguir cierto regalito de tu parte…

Ella enrojeció instantáneamente hasta la punta del pelo, apretó los muslos de manera involuntaria y resbaló los dedos libres sobre la falda.

—¿Qué me dices? —murmuró sosteniendo todavía su mano, acercándose de manera furtiva a su boca, acariciándosela con el aliento—. ¿Disfrutamos del postre?

Se lamió los labios, deseando lo que prometía esa boca que poco a poco se unía a la de ella.

—Sí, por favor —suspiró un segundo antes de abrirse para él y probar el sabor de aquel último trago de vino en su lengua.

Devon sonrió contra sus labios y pronunció un sensual:

—Me gusta como suena eso.

CAPÍTULO 15

¿Disfrutamos del postre?

Ava tenía que haber adivinado que aquellas cuatro palabras encerraban un significado muy diferente al que le daría cualquier otra persona. La prueba la tenía justo ante sí, en el hombre que la había empujado contra el tronco de un árbol y la miraba como si fuese la comida que ambos acababan de degustar.

—Me gusta la manera en que me miras, como si no supieras qué hacer conmigo.

Bueno, ese era un resumen perfecto de la situación.

—Eso es porque no tengo la menor idea de qué hacer contigo —admitió ella aventurando un vistazo más allá de su posición, hacia el claro abierto en el que habían estado disfrutando de la comida. Todavía había parejas y familias disfrutando del almuerzo o viendo el torneo de criquet.

Devon la había arrastrado al interior del bosque, pero no tan profundo como para que no pudiese escuchar todavía los ecos de la gente o ver el luminoso claro en el que resonaban los golpes de la pala contra la dura bola. La intimidad que creaba la zona de árboles era relativa, perfecta para compartir unas cuantas caricias lejos de miradas indiscretas, pero demasiado cerca como para disfrutar de algo más.

—Puedo darte algunas ideas al respecto —mencionó él y antes de que pudiese darse cuenta de lo que tenía en mente, se encontró de nuevo con su palma presionada contra el duro miembro que a duras penas contenían los pantalones—, pero solo si lo deseas…

Se obligó a retener el gemido que crecía en su garganta, levantó la cabeza y se encontró con esos ojos marrones brillando con cierta picardía.

—Sé que esta mañana me deseabas, como también lo hacías anoche —declaró y lo dijo de tal manera que era difícil negar lo evidente—. Me habría encantado hacerme cargo de ello en su momento, pero mi deber es velar por ti, sobre todo cuando tú no eres capaz de ver lo que necesitas realmente…

—¿Disculpa? —Aquella aseveración la fastidió, retiró la mano de inmediato de su sexo y lo fulminó con la mirada—. Nadie mejor que yo sé lo que necesito en cada momento.

Se rio entre dientes.

—Te dormías de pie…

—No es verdad.

—Y esta mañana… me habrías retorcido los huevos si te hubiese follado cuando tenías que terminar con esa dichosa traducción.

—Si eso es lo que piensas…

Se inclinó sobre ella y le acarició los labios con los enguantados dedos.

—Pienso que eres una mujer de lo más sensual, que no eres inmune a mí y que debajo de esa falda no llevas bragas porque, a pesar de tu renuencia, te ha excitado que te lo haya pedido —aseguró sin apartar la mirada de la suya—. Del mismo modo que te excita el que te haya arrastrado hasta aquí, en el que sé que te excitarás cuando te toque y empiece a desabotonar cada botón de la blusa, resbale las manos por debajo de la falda y te acaricie entre las piernas.

Tragó, escucharle hablar de esa manera la excitaba mucho más de lo que estaba dispuesta

a admitir.

—Siento decirte que este no es el mejor lugar para…

Sus labios descendieron sobre los de ella acallando sus palabras. Su lengua la invadió, encontrándose con la suya e incitándola a devolverle el beso mientras se mantenía al mismo tiempo lo bastante lejos para que sus cuerpos no se tocasen.

El gemido que había estado reteniendo escapó por fin, su lengua batalló voluntariamente con la masculina y disfrutó de aquel asedio hasta que él rompió el contacto.

—Es el lugar perfecto para lo que tengo en mente para ti —murmuró él con voz ronca. Sus ojos parecían haberse oscurecido y el deseo en su mirada era tan carnal que su sexo pulsó de necesidad en respuesta—. Y tu rostro me dice que está de acuerdo con mi apreciación…

Ava apretó los muslos sintiendo que la humedad manaba de su sexo y la empapaba aún más. Era tan vergonzoso como excitante estar sin ropa interior y saber que él había sido consciente de ello con tan solo una mirada. Sentía los pechos hinchados y pesados, sus pezones duros empujaban ya contra la tela del sujetador y se marcaban contra la fina blusa. Solo podía agradecer que esos días hiciese un calor más propio de los primeros meses de verano que del inicio de la primavera, pues de lo contrario llevaría encima más capas que una cebolla.

—Eres transparente cuando se refiere al deseo —continuó de manera apreciativa—. No te escondes, no finges, tu cuerpo habla con voz alta y concisa diciendo exactamente lo que desea…

—¿Y eso sería? —Se las ingenió para preguntar.

Él ladeó la cabeza y esbozó una perezosa sonrisa, entonces se acercó más a ella y deslizó una mano enguantada por encima de su blusa. Fue una caricia superficial, una insinuación de lo que podría hacer y que terminó cobrando vida en el momento en que le rodeó un seno con los dedos y raspó el pezón con el pulgar por encima de la ropa haciéndola saltar.

—Caricias —respondió sin dejar de mirarla a los ojos mientras ilustraba sus palabras con acciones—. Pellizcos —le pellizcó el duro brote con los dedos provocándole un relámpago de placer que no pudo ocultar—. Mi boca sobre su cuerpo. —Se inclinó sobre ella y la besó en el lado del cuello—. Entre tus piernas… —Llevó la mano libre sobre su cadera, recogiendo la tela con los dedos haciéndola sentir el aire sobre su piel expuesta—. Y sobre todo, mi polla enterrada profundamente en tu interior.

Al instante, las manos que estaban sobre su cuerpo desaparecieron y se encontró a sí misma gimiendo una negativa y subiendo las suyas hasta su pecho.

—Aunque podría estar equivocado, ¿no? —preguntó mirándola con picaresca.

—¿Siempre eres tan capullo?

Negó con la cabeza.

—Solo intento que seas sincera conmigo también en este terreno —admitió con suavidad —. No me estoy burlando de ti y tampoco poseo intención alguna de causarte daño.

—Es evidente que sabes lo que deseo…

—Quiero escucharlo de tu boca —declaró—, que tú misma lo escuches.

Hizo una mueca y admitió sin tapujos.

—A ti —replicó sincera—. Te deseo a ti. ¿Contento?

—Lo estaré mucho más después de obtener todo lo que quiero de ti y que tú obtengas lo que deseas de mí —admitió con una suavidad y sinceridad que la descolocó durante un segundo. Ese hombre era capaz de pasar del más profundo erotismo a la ternura en un abrir y cerrar de ojos.

—Pues eso solo sucederá si vuelves a dónde estabas hace un par de segundos.

—¿Mis manos encima de ti?

—Sería un buen comienzo.

—¿Puedo pedir lo mismo?

—Por favor.

Él se rio entre dientes y esta vez Ava no pudo evitar corresponder a su risa. Un segundo después recibía un profundo y húmedo beso que la dejó temblando y jadeando por más.

Incapaz de quedarse quieta y deseando al mismo tiempo más de él, resbaló la mano entre sus cuerpos y lo acarició por encima del pantalón, sorprendiéndose una vez más de su tamaño y excitándose por ello.

—Si metes la mano por dentro ya sería la hostia.

No pudo evitar reírse contra su boca, aprovechando el momento en que se despegaron para replicar.

—Yo podría hacer la misma observación.

—Tus deseos son órdenes, *milady*.

Le dio un fugaz beso en los labios y se separó lo justo para poder quitar cada botón de su ojal. Liberó uno tras otro hasta que la suave tela cedió dejando a la vista el sujetador que ceñía sus pechos. Entonces tiró del centro de la prenda hacia abajo liberándolos parcialmente, dejando al aire sus pezones los cuales no dudó en torturar con los pulgares. Los frotó sin dejar de mirarla, como si quisiera capturar cada expresión de deseo y lujuria que cruzaba su rostro, cada gemido que escapaba de sus labios ante el roce.

—Más… —gimió ella echando los pechos hacia delante, ofreciéndose a sí misma.

Él bajó la mirada entre ellos y se presionó contra la palma que lo acariciaba por fuera del pantalón.

—Lo mismo digo.

Ava se lamió los labios y no perdió un segundo en abrir el botón y bajar la cremallera. Un instante después jadeaba y tragaba al deslizar los dedos por el duro y aterciopelado miembro.

—Por todos los… —Lo escuchó jadear un segundo antes de que sus dedos se cerraran sobre sus pezones y los pellizcase. Tiró de ellos hasta el borde de un caliente y erótico dolor que se extendió como un rayo desde estos a su sexo, humedeciéndola todavía más.

Lo masturbó con la mano, resbaló el pulgar sobre la punta frotando el glande y recorrió la longitud de la dura polla con los dedos sin ser capaz de rodearla por completo.

Las sensaciones se desbordaban en su interior cuando él jugaba con sus pezones. Ambos se miraban a los ojos mientras se masturbaban el uno al otro, desafiándose a ir más lejos, a pedir más, a darse más. Podía ver el rabioso deseo en sus ojos, la lujuria en el duro rostro mientras le aferraba la polla, notar las sacudidas de sus caderas y era lo más erótico que había visto en su vida.

—Más… —Las palabras salieron solas de su boca, una súplica y una demanda al mismo tiempo.

Él empujó sus caderas en su mano con la misma silenciosa demanda, entonces abandonó uno de sus pechos y arrastró la tela de su falda, remangándola por completo sobre la cintura para introducir la mano entre sus piernas. Sus enguantados dedos se colaron entre sus pliegues embadurnándose con sus jugos y antes de que pudiera darse cuenta de sus intenciones, la penetró con un dedo.

—No pares —gruñó él acompasando las penetraciones a las caricias de la mano sobre su polla.

—Lo mismo digo.

Esos sensuales y sexis labios se curvaron un segundo antes de que su boca volviese a

subyugarla. Se lanzó contra su lengua, encontrándola con la propia, enredándola y degustando su sabor. Ahogó los gemidos contra sus labios y se aferró a él con la mano libre mientras seguía bombeándole con la otra.

Aquello era una locura. Su cuerpo estaba completamente en llamas, estaba más excitada de lo que lo había estado nunca, se sentía lujuriosa y capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir más de él.

El falo en su mano parecía engrosar por momentos, poniéndose más duro mientras notaba ya salir de la punta la humedad preseminal.

Un inesperado pellizco sobre sus abusados pezones la llevó a gritar en su boca y aferrarse a él con más fuerza, apretándole el miembro sin ser consciente de que con ello lo instaba a su propia liberación. El orgasmo fue brutal. Su cuerpo se estremeció como si se lo hubiese atravesado una repentina carga eléctrica. Se vio obligada a cerrar los ojos a fin de que el mundo a su alrededor dejase de dar vueltas y los latidos del corazón dejasen de resonarle en los oídos.

Apenas fue consciente de que la falda volvía a caer sobre sus piernas, o del aire que le acariciaba los pechos desnudos. Su espalda entró de nuevo en contacto con el tronco del árbol, notó una mano acariciándole el rostro y escuchó un murmullo a lo lejos.

¿Aquello era gente?

Su cerebro eligió ese momento para darle con la mano abierta haciéndola consciente de dónde estaba, de la presencia de personas en el claro y de que acababa de tener un orgasmo memorable apoyada en el tronco de aquel bendito árbol.

Abrió los ojos, parpadeó varias veces y se centró en la imagen del hombre que tenía ante ella.

Esas gemas marrones brillaban de una manera casi sobrenatural, su rostro era una máscara de pura satisfacción masculina y, maldito fuera, estaba fresco como una lechuga mientras a ella le faltaba hasta el aire.

—Puedes estar tranquila, nadie nos ha escuchado —mencionó dando respuesta a sus pensamientos. Aventuró un vistazo más allá de su posición y volvió a mirarla—. Ni siquiera son conscientes de que estamos aquí.

De algún modo esas palabras la calmaron al momento, restándole importancia al hecho de que pudiese haber algún *voyeur* pasándoselo en grande con el espectáculo que habían dado y realzando el hecho de lo que acababa de pasar entre ellos.

—Estás loco, ¿lo sabes?

—Un poco de locura no le hace daño a nadie, sobre todo si es controlada —declaró al tiempo que bajaba la mirada a sus pechos todavía desnudos—. Eres un bocado de lo más delicioso.

Sintió la instantánea necesidad de cubrirse, así que se recolocó el sujetador y se cerró los laterales de la blusa sin molestarse en abotonarlos.

De repente se sentía muy vulnerable y expuesta ante él.

—Eres preciosa cuando te envuelve la pasión —mencionó inclinándose sobre ella y acariciándole la mejilla con los dedos—, no te avergüences de ello. Lo he disfrutado inmensamente.

Sí, lo había hecho. Era consciente de ello y de un modo muy primitivo e íntimo, el saber que había sido gracias a ella la hacía sentirse poderosa.

—Yo también… —admitió antes de poder retener esas palabras.

Los suaves y sensuales labios volvieron a apropiarse de los suyos, pero esta vez lo hizo con calma, como si deseara tranquilizarla y evitar que saliera corriendo.

—¿Volvemos al claro?

Sí, lo más sensato sería dar media vuelta y volver, pero su cuerpo parecía tener su propia repuesta a eso y a duras penas pudo contener un estremecimiento.

—¿Podemos alargar el postre un poco más?

La sonrisa que le curvó los labios e iluminó esos ojos marrones fue suficiente para estremecerla.

—En lo que a mí respecta, hasta el infinito.

CAPÍTULO 16

Ava era como un caleidoscopio de emociones. Cuando se permitía sentir, cuando lo hacía libremente, vibraba con una sintonía propia a la que era muy fácil seguir el ritmo. Era una mujer sensual, consciente de sus deseos y lo bastante valiente como para hacerlos realidad.

Si bien había tenido una buena percepción de lo que ocultaba cuando la tocó con la mano desnuda, esta palidecía en comparación a verla en pleno apogeo. Su erotismo y sensualidad había sintonizado por completo con su parte sexual despertando su naturaleza primaria y alimentando sin saberlo su lado íncubo, el cual estaba ahora mismo a flor de piel.

Devon solía mantener un férreo control sobre su parte más oscura, pero desde el instante en que la visitó la noche anterior, esa parte de él demandaba más, exigía una cercanía que solo ahora empezaba a entender.

La chica era libertad en estado puro, se conocía lo bastante bien a sí misma como para entregarse al placer sin reservas, para pedir más de aquello que deseaba y lo hacía con total naturalidad, algo que alimentaba sus genes *incubare* como ninguna otra cosa.

La recorrió con la mirada con perezosa lentitud y analizó cada una de las emociones que envolvían en ese momento.

Estaba agitada, pendiente de lo que la rodeaba, pero también lo bastante excitada como para que sus pezones siguiesen duros, para que su piel mantuviese ese coqueto rubor y sus muslos se apretaran debajo de la falda.

Había elegido ese lugar a propósito. El tronco del árbol era lo bastante ancho como para cubrir su presencia, pero estaba en un área despejada desde la que todavía podía ver y escuchar los sonidos del claro. Era el lugar perfecto para dar rienda suelta a una pizca de sana perversión y discreto exhibicionismo, manteniendo al mismo tiempo cierta intimidad.

Su sexy compañera ignoraba que se había asegurado de que ninguno de los humanos que seguían con sus actividades tuviesen conciencia de su presencia. Había implantado en el lugar una especie de barrera que los mantenía ocultos a los ojos de cualquier fortuito explorador y también disuadía a los senderistas de optar por esa zona, obligándoles a dar su paseo por otras.

Resbaló una vez los dedos sobre sus pechos, pero en esta ocasión hizo ceder el cierre trasero del sujetador arrancándole por completo la prenda.

—Este me lo quedo —le dijo llevándoselo a la nariz, aspirando su aroma un segundo antes de introducirlo en uno de los bolsillos traseros del pantalón—. Y estos… los usaré durante un ratito más…

Bajó la boca sobre uno de los rosados y duros brotes que había torturado con sus dedos. Sabía que los tenía muy sensibles, lo cual hizo mucho más divertido el jugar con la lengua alrededor de ellos antes de chuparlos profundamente. Acunó sus pechos con ambas manos y los juntó, apretándolos suavemente para poder abarcar ahora ambos botones con la boca.

Ella se contoneaba debajo de él, conteniendo los gemidos que salían de su boca a duras penas. Un rápido vistazo le dijo que se había llevado una mano a los labios para amortiguar sus propios sonidos, sin duda consciente una vez más del lugar en el que estaban.

Sonrió para sí mientras se entretenía en recorrer con la lengua los dulces pechos, mordisqueando la hinchada carne aquí y allá antes de caer de nuevo sobre sus pezones como un

niño hambriento.

—¿Puedes hacer algo por mí, Ava?

Ella gimió.

—¿El… qué?

—La falda… súbetela por delante hasta la cintura y mantenla ahí.

Tras un breve instante de vacilación, notó como los dedos que habían resbalado por su pelo abandonaban su cabeza y la mano que le había cubierto la boca recogía ahora un puñado de tela y lo arremolinaba contra su cintura.

Un perfecto triángulo de vello ejercía de perfecta «x» en un mapa del tesoro, uno que iba a probar tan pronto como terminara de disfrutar de sus pechos.

—No las muevas de ahí —murmuró e imprimió a su voz un pequeño matiz compulsivo que se aseguraba su obediencia.

Volvió a succionar sus pezones, primero uno y luego el otro, le ciñó los pechos y los apretó de modo que pudiera repetir la operación pero metiéndose ahora los dos juntos en la boca.

Un inmediato quejido emergió de su garganta haciendo eco en el solitario bosque.

—Cuidado con esos gemidos, *milady*, si no tienes cuidado acabaremos teniendo compañía.

Notó la oleada de excitación que recorrió su cuerpo seguido por una de vergüenza que se convirtió en un bonito rubor que la cubrió por entero.

Los chupó una última vez y soltó sus pechos solo para descender sobre su vientre con la lengua. Dejó tras de sí un sendero de humedad que bajaba directo a su sexo, le separó las piernas y se recreó en la rosada y caliente carne que ocupaba su centro femenino.

—Oh sí. Esta es sin duda mi parte favorita del postre —ronroneó resbalando los dedos hacia delante y hacia atrás a lo largo de los pliegues—. Creo que voy a disfrutar de él como si se tratase de un rico helado. Lametón tras lametón.

No necesitaba respuestas verbales, el cuerpo femenino que tenía entre las manos le decía todo lo que quería saber. Se dejó caer de rodillas al suelo y se sentó sobre sus talones. Desde aquella posición tenía una visión mucho mejor, separó un poco más esas torneadas piernas y no dudó en levantar una de ellas, pasándosela por encima del hombro. En esa posición la tenía totalmente abierta para él, expuesta a su mirada, a su lengua, a su placer.

El hambre pulsó en su estómago, una completamente distinta a la que saciaba con la comida, notó ese empuje detrás de los ojos que le indicaba que su naturaleza *incubare* estaba arañando la superficie y se permitió el capricho de dejarla salir en ese preciso momento.

El primer contacto de su lengua contra la carne femenina fue como una descarga de adrenalina. Una larga pasada sobre los húmedos pliegues lo llevó a probar su sabor, una segunda lo hizo deleitarse en él y con la tercera quedó de manifiesto que iba a tardar mucho en cansarse de ella.

La notó temblar con cada lametón, sintió su necesidad de apartar las manos y llevárselas a los pechos, a la boca o donde fuese mientras seguía aferrando la falda sobre su cintura. Sus intentos por mantener los gemidos a raya se convirtieron en un esfuerzo sobrehumano que la hacía sudar. De vez en cuando dejaba escapar un pequeño maullido, pero estaba haciendo un buen trabajo de contención.

Sonrió contra su sexo y la lamió una vez más. Jugó con su entrada, hundiendo y retirando la lengua tan profundo como podía, separándola con los dedos para tener más de ella mientras succionaba con fuerza en su interior. Entonces se movió hacia la dura protuberancia que amenazaba ya con emerger de su capullo y no tuvo piedad.

El grito que escapó de la garganta femenina fue una mezcla de maldición y su nombre.

Al menos sonaba a algo parecido, pensó divertido.

Lamió, succionó y mordisqueó el pequeño clítoris enloqueciéndola y haciéndola temblar. Continuó lamiéndola por todos lados, bebiéndose su excitación hasta que todo lo que escuchaba ya de su boca eran desesperados jadeos.

—Um… —Sopló sobre su carne—. Un postre de lo más delicioso…

Volvió a besarla ahí abajo, entonces resbaló un par de dedos entre sus pliegues, humedeciéndose los dedos y penetrándola mientras sus labios se apoderaban una vez más del clítoris. Bombeó en su interior con cuidado, acompañó cada movimiento con una succión o un lametón, dejó que se retorciera sobre su boca y finalmente le entregase lo que deseaba, lo que había estado buscando; un húmedo y potente orgasmo que bebió hasta la última gota.

Devon se incorporó relamiéndose como un gato, su miembro pulsaba una vez más dentro de los pantalones. Estaba cargado y dispuesto a hundirse en aquella aterciopelada vaina que había contenido sus dedos; un pensamiento más que fabuloso. Pero fueron sus labios abiertos y jadeantes los que reclamó en un beso, sus manos las que liberó de la falda y entrelazó con las suyas antes de levantárselas por encima de la cabeza y clavárselas contra la corteza del árbol.

La besó con el mismo ímpetu que ella exigía, danzó con su lengua y se la bebió como si fuese un buen licor. Le mordisqueó los labios y descansó su frente sobre la suya durante un momento para dejar que ambos recuperasen el aliento.

—Entonces… ¿Te ha gustado… el postre? —Se las ingenió para mencionar la mujer. Una muestra más de la clase de hembra que era la que había firmado su contrato.

—Me ha encantado —admitió sobre sus labios—. Me ha gustado tanto que no me importaría repetir.

—Sí, por favor…

Se rio entre dientes antes su necesitada respuesta, pero en vez de darle lo que deseaba, la arrancó del árbol y la giró en sus brazos para volver a empujarla contra él y mantener sus manos ahora contra la corteza a la altura de sus hombros.

—No hay que abusar de los dulces —se burló al tiempo que le ceñía las caderas con las manos y pasaba de estas a sus glúteos, los cuales apretó—, pero no le diré que no a la guinda que corona el pastel.

Recogió la tela de la falda y se la subió hasta la cintura, dejando ahora su culo al descubierto.

—Vaya, vaya, esto sí que no me lo esperaba —admitió contemplando el pequeño tatuaje en forma de mariposa tribal que tenía en la parte superior de una de las nalgas—. No te hacía una chica de tatuajes.

—Y no lo soy —admitió echando la cabeza hacia atrás para mirarle—. Ese tatuaje es… una larga historia.

—Um… pues espero que tengas tiempo para contármela, porque me has dejado de lo más intrigado.

Antes de que pudiese decir una palabra en respuesta, resbaló los dedos en su sexo desde atrás. Ella gimió y se puso de puntillas ante la caricia.

—Usaré condón, ¿de acuerdo?

Ella asintió y Devon notó como su cuerpo se relajaba y esa vibración que envolvía sus emociones cambiaba a un nuevo compás.

Siguió acariciándola, provocándola mientras se desabrochaba los pantalones con un solo pensamiento y se enfundaba un preservativo que había conjurado al momento.

Se inclinó sobre ella, acariciándole la espalda y le prodigó un pequeño lametón en la oreja

que la hizo saltar, literalmente.

—¡No hagas eso!

El cambio en el cuerpo femenino y en sus emociones fue inmediato. Notó el miedo, la vergüenza y la incomodidad imponiéndose al descarnado deseo, apagándolo con efectividad.

—Ava —pronunció su nombre con calidez—. Está bien, pequeña. Te he asustado. Lo sé. No te tocaré de nuevo de esa manera.

Ella se estremeció, pero sus emociones cambiaron una vez más. Su cuerpo acusó sus palabras relajándose visiblemente.

—Lo siento, Dev… —La escuchó al tiempo que vio esos ojos buscándole por encima del hombro—. Es algo…

Salió a su encuentro y la besó en los labios. Se sumergió en el interior de su boca tan pronto como la abrió y jugó con la suya, aceptando la necesidad que todavía habitaba en su interior y que luchaba por hacer a un lado todo lo demás.

—Has pronunciado mi nombre, así que sabes que estás conmigo —le dijo abandonando sus labios, deslizándose ahora a su cuello solo para sentir como se estremecía. Esta vez evitó tocarle la oreja y continuó sobre su espalda mientras sus dedos la excitaban una vez más—. Pero para que no te quede ninguna duda al respecto… —Se posicionó en su entrada desde atrás y empujó en su interior—, es mi polla la que está invadiendo ahora mismo este dulce y caliente coñito.

Ella gimió, echó la cabeza hacia atrás y salió a su encuentro.

—Oh, sí… —jadeó—. Sí, Dev, por favor…

Su interior estaba tan húmedo y resbaladizo que no le costó nada empalarse hasta las pelotas. Se retiró con cuidado y volvió a profundizar una vez más con una lentitud que casi le hizo rechinar los dientes.

—Más, por favor…

—Eres mi postre, Ava, pienso deleitarme contigo todo lo que pueda.

Su respuesta fue empujar contra él, haciendo que la penetrase de golpe lo que arrancó en ambos un gemido y un gruñido de satisfacción.

—Vale, puede que deje lo de *deleitarme* para después —siseó, la aferró de las caderas y empezó a empujar y retirarse de ella con golpes de pelvis.

Su interior lo aferraba como una funda perfecta, lo exprimía como si quisiera dejarlo seco, lo cual sin duda debía ser su intención. La montó a placer, follándola con golpes largos y secos, retirándose solo para hundirse de nuevo en ella. Ajustó la posición de ambos para que cada empuje fuese más profundo, para que con cada nueva penetración llegase más adentro y lo hizo todo mirándola a la cara.

No eran necesarias las palabras, ella comprendía mucho mejor el silencio de lo que jamás llegaría a saber y fue ese silencio el que la hizo sostenerle la mirada y no esconderle nada. Su rostro se convirtió en un reflejo de la pasión que corría por sus venas, de la lujuria que inflamaba sus sentidos, de las emociones que golpeaban en su interior como un tambor.

—Dev… —jadeó su nombre—. Dev, por favor, más… más fuerte…

—Como desees, *milady*.

Ella gimió una vez más, se aferró al tronco del árbol para mantener aquella precaria posición y se llevó una mano a la boca para ahogar sus propios jadeos mientras la poseía y acallar el grito que emergió de su garganta en cuanto el orgasmo la alcanzó.

La liberación femenina no hizo más que tirar de la suya, liberando la tensión que le oprimía los testículos y que se disparó a través de su miembro en una fuerte descarga.

Jadeante y con esa dulce y lujuriosa hembra en sus brazos, los apuntaló a ambos contra el tronco el tiempo suficiente para salir de ella, librarse del preservativo y comprobar que su interludio no había quebrado su propia barrera.

—¿Sigues conmigo? —preguntó apartando el pelo húmedo que ahora se le pegaba a la cara, teniendo cuidado al ponerlo detrás de la oreja y no tocar el dispositivo.

Ava levantó la cabeza y lo miró sin decir una sola palabra.

—¿Todo bien?

Devon se dio cuenta en ese mismo instante que ella fruncía el ceño y se llevaba la mano al oído derecho.

—¿Ava? —insistió levantándole el rostro ahora con un dedo.

—Se ha apagado —mencionó al tiempo que hacía una mueca y resoplaba—. Este maldito aparato se ha apagado otra vez.

Le cogió el rostro entre las manos, obligándola a estarse quieta y mirarle así a la cara.

—¿Tú estás bien?

Su rostro perdió ese momentáneo fastidio y se dulcificó.

—Sí —asintió y al decirlo sus mejillas se colorearon un poco—. Mejor que bien, en realidad.

Asintió en respuesta, comprobando sus palabras a través de las emociones que la envolvían. Notó la vergüenza, el fastidio, pero también una tímida calidez.

—¿Damos por finalizado el postre? —preguntó dedicándole un guiño al mismo tiempo.

Ese conocido sonrojo volvió a teñirle las mejillas.

—Si me dices que sigues teniendo hambre… te mando a un Burger.

Devon se echó a reír a carcajadas ante la inesperada respuesta. Ella lo ignoró mientras se arreglaba la falda y tiraba de los lados de la blusa.

—¿Me devuelves el sujetador?

Se inclinó hacia ella y negó con la cabeza antes de hablar lentamente y sobre el oído cuyo audífono todavía funcionaba.

—No —le dijo—. Es un recuerdo de lo mucho que me ha gustado el postre.

—Pero mira que eres capullo —chasqueó ella, pero no discutió, se la ató como buenamente pudo y lo miró con una perezosa y traviesa sonrisa curvándole los labios.

—Vamos. —La guio de vuelta a la manta en la que habían disfrutado de la comida—. Veamos si puedo arreglar momentáneamente esa prótesis auditiva.

CAPÍTULO 17

Esa polvorilla era capaz de quedarse dormida en cualquier lado, pensó Devon al ver como su acompañante se ponía cómoda y usaba su muslo de almohada.

Le apartó el pelo de la cara y la vio arrugar la nariz ante el contacto. Estaba agotada, era un cansancio que venía de atrás, con toda probabilidad del estrés, las preocupaciones y los problemas a los que había tenido que enfrentarse.

Contempló el aparatito que bordeaba el arco de su oreja. Ava se había negado a dejarle tocarlo en primera instancia. Intentó arreglarlo por sí misma, pero cuando fue evidente que ninguno de sus intentos dieron resultado, acabó permitiéndole mirar el dispositivo.

Él no necesitaba herramientas para hacerlo funcionar de nuevo. Se limitó a darle una sacudida con su poder, un parche provisional, pues el dispositivo estaba mucho más dañado de lo que había pensado en un principio. No le sorprendía que le diese tantos problemas y fallase una y otra vez.

Cada vez era más consciente de su miedo a quedarse atrapada en el silencio. La ansiedad en sus movimientos, en su lenguaje corporal y en sus emociones era más que evidente. Temía perder lo poco que había recuperado y lo que la hacía sentirse conectada con el mundo. Sin esas prótesis auditivas se sentía desnuda, desvalida y abandonada, algo que no podía permitir.

La humana era una hembra generosa, entregada y abierta en sus afectos, le había obsequiado sin saberlo un momento sublime a su lado *incubare* y el recuerdo hacía que su miembro palpitase ya de deseo.

Acomodó la chaqueta con la que la había arropado y se limitó a contemplarla. Podía haberla despertado y llevado a casa, pero algo en su interior le pedía que no se moviera, que se quedase dónde estaba y la dejase descansar.

El sonido de las palas de cricket se había convertido en la particular banda sonora del momento. Aquel no era uno de sus deportes favoritos, prefería el Rugby, especialmente la versión sobrenatural de la que solía disfrutar de vez en cuando con sus compañeros. Ser demonio y poseer ciertos dones, convertía cualquier ejercicio humano en una rara, intensa y particular diversión.

Volvió a resbalar la enguantada mano sobre la suave mejilla recordando como había sido acariciarla sin nada entre sus dedos y esa piel. Había sido un momento de absoluta intimidad, una que iba mucho más allá del sexo y que ahora le generaba infinitas dudas.

Por momentos se sentía tentado a estirarse sobre la manta a su lado y echarse también una siestecita. No estaba cansado, en realidad se sentía mejor que bien; el sensual intercambio en el bosque lo había recargado como una batería. Su hambre estaba saciada, no así sus ganas de seguir averiguando qué más escondía esa muñequita.

—Tenemos una larga semana por delante —murmuró más para él mismo que para ella.

Se había encargado de dejar todo arreglado para poder disponer del tiempo necesario para dedicárselo a la chica, pero sabía que no podría pasar todo el día pegado a ella, no sin enloquecerla.

Tenía que procurarle cierta rutina para que, cuando el contrato se terminara, pudiese retomar su día a día sin demasiados sobresaltos. Si bien no llevaba ni veinticuatro horas a su alrededor, se daba cuenta de que Ava no sería una de las clientes a las que arrancar la *Agencia*

Demonía de su interior. No, ella no olvidaría su tiempo junto a él, por lo que tenía que esforzarse en darle exactamente lo que necesitaba para que pudiese continuar una vez se hubiese ido de su lado.

—Todo irá bien —mencionó y por primera vez, no supo si se lo estaba diciendo a sí mismo o a ella.

El timbre de su teléfono empezó a canturrear desde una esquina del mantel despejando sus pensamientos. Le echó un vistazo y leyó un único mensaje dominando la pantalla:

«¿Tengo el campo despejado?».

Frunció el ceño ante semejante pregunta y respondió de manera escueta con un mensaje propio.

«Sé breve».

Nada más enviar la contestación escuchó una voz masculina a su lado.

—Debes de ser una de las pocas personas vivas que me pide algo así.

Devon ladeó la cabeza para encontrarse con *«el rubiales»* en toda su gloria. O más bien, con una proyección de él, pues Julian Corso se encontraba en esos momentos en otra ciudad.

El tipo con el pelo largo hasta los hombros, atado hoy en una pequeña coleta en la que destacaban distintas franjas que iban desde un oro bruñido a un tono platino, parecía recién salido de una playa de Malibú. Sus ojos verdes brillaban y resaltaban si cabía aún más gracias a la esperpéntica camisa hawaiana que llevaba con unas bermudas.

—¿Qué llevas puesto? —La pregunta surgió incluso antes de que pudiese ponerle freno.

—Lo sé, parezco de los *Vigilantes de la Playa* —replicó poniendo los ojos en blanco—. La tapadera perfecta.

No pensaba preguntar al respecto.

—Kynan me ha llamado hace un rato y me ha puesto al corriente —mencionó acuchillándose ahora ante la dormida chica—. Se ha quedado frita, ¿eh?

—Lleva unos días de lo más estresantes.

—Me lo imagino —murmuró por lo bajo, entonces chasqueó la lengua y le miró—. ¿Puedo? —Señaló el audífono en la oreja femenina.

—No la despiertes.

—Como si alguno de los presentes que no seas tú pudiesen advertir mi presencia —soltó divertido.

Julian era un mentalista. Podía meterse en tu cabeza y crear todo un mundo que solo verían tus ojos, aislándote completamente del mundo real.

—Además, dudo que pudiese despertarla aunque quisiera —mencionó deslizando la palma de la mano sobre su oído sin tocarla—. Está sumida en un profundo descanso, el cual deduzco que es cosa de tu lado íncubo…

—Lo es.

—Así que además de mona, es una chica con suerte —mencionó con una perezosa sonrisa curvándole los labios. Aunque esta no tardó mucho en desaparecer—. Tiene un daño auditivo más profundo de lo que pensé. ¿Cómo es que no le han puesto un implante cloquear en este oído? —Nada más hizo la pregunta, su rostro cambió de nuevo mostrando una repentina comprensión—. Ah, ya veo. No es apta. Podría darle más problemas que beneficios.

El poder de ese hombre no dejaba de asombrarle.

—Bueno… Solo necesita un dispositivo de mayor rango y sensibilidad que el que lleva puesto —declaró al tiempo que se ponía de pie—. Tenemos un par de empresas en nómina que podrían tener lo que necesitas. Hablaré con Nyx para que los llame mañana a primera hora.

—Es necesario que las prótesis lleguen a través de canales oficiales, Julian, ella no aceptará «regalos» de esa clase.

—Sí, supongo que sería como regalarle un diamante a una completa desconocida —admitió llevándose ahora las manos a las caderas—. Podemos suministrárselas a través de su propio especialista. Nyx tiene en nómina algunas empresas médicas a las que le proveemos de material o concedemos subvenciones. Algunas trabajan con personas con bajos recursos y tienen programas para ayudar a aquellas que no pueden permitirse ciertas prótesis económicamente. Miraré si tenemos al Dr. Abraham Cross en nómina y si no, lo reclutaremos.

Lo que equivalía a presentarse ante el tipo, meterse en su mente y crear una bonita historia que ayudase en sus propósitos.

—Bien. Encárgate de la parte técnica y yo me encargaré de la económica.

Su compañero sacudió la cabeza y desechó su comentario con un gesto de la mano.

—Esa parte discútela con Nyx, él es el tesorero de la empresa, yo me limito a poner mi cara bonita y conseguir lo que necesita.

—No empieces…

—Ella me gusta —le dijo entonces sin venir a cuento—. Si consigues sacarla del pozo tendrás una hembra de primera mano al alcance de la mano.

—Es mi cliente.

—¿Y? —Se encogió de hombros—. Yo todavía tengo relación con algunas de las mías.

Puso los ojos en blanco.

—Haré que Nyx se encargue de vérselas con su especialista para que la cite a lo largo de la semana. Cuanto antes la vea, antes podremos empezar con las pruebas y encontrar unas prótesis auditivas más acordes a sus necesidades.

—Ella tiene una cita esta semana con su médico.

—Espléndido —aceptó—. Aprovecharemos esa cita.

Julian se inclinó una vez más sobre ella y asintió para sí mismo.

—Lo dicho. Me gusta esta chica —asintió con rotundidad—. Tiene un espíritu luchador y una mente abierta. Cuida de ella, amigo, lo necesita.

Eso no tenía ni que decírselo.

—Te avisaré cuando confirme la cita —añadió incorporándose de nuevo y girándose ahora hacia él—. Pásalo bien.

Su imagen se desvaneció por completo dejándole de nuevo a solas con ella, quién seguía disfrutando de su merecida siesta.

—Ava —le acarició la mejilla y sonrió para sí al verla suspirar, acurrucándose todavía más contra él—. Ava, es hora de despertarse… —susurró inclinándose sobre ella—. Te prometo que podrás dormir el resto de la tarde en casa, pero ahora tienes que abrir los ojos…

Ella volvió a moverse, sus pestañas aletearon con ligereza y los párpados se levantaron lo justo para dejar una rendija de color verde.

—¿Qué… pasa?

Incluso su voz sonaba dormida.

—¿Te llevo a casa?

—Vale —murmuró entre bostezos—. Despiértame cuando lleguemos.

Con esa última petición, volvió a acomodarse sobre él, usó su mano para apoyar la cabeza y suspiró dispuesta a seguir durmiendo.

CAPÍTULO 18

Ava se desperezó poco a poco, bostezando mientras abría los ojos y hacía una mueca al reconocer la tela de cuadros que la cubría. Había vuelto a quedarse dormida en el sofá. Dejó escapar un profundo suspiro y dejó que los párpados cayesen de nuevo mientras se acurrucaba de nuevo.

—¿Ya despierta, *Bella Durmiente*?

La sensual y masculina voz penetró en su todavía somnolienta mente. Tardó unos instantes en reconocerla y darle un nombre.

Devon.

Abrió los ojos de golpe y se incorporó con tal rapidez que acabó atrapada con la manta que la cubría. Sentado en uno de los taburetes de la barra americana y con una humeante taza de café en la mano, el hombre le guiñó el ojo.

—Veo que sí.

Lo vio llevarse la taza a los labios y darle un sorbo a su bebida antes de dejarla de nuevo sobre la encimera.

—¿Quieres una taza de café? —le preguntó—. Me he tomado la libertad de prepararlo mientras disfrutabas de una merecida siesta. También he cogido uno de los libros de la estantería de allí, espero que no te importe.

Siguió la indicación de su gesto hacia el otro lado de la sala y se detuvo en la ventana a través de la que ya se veían las luces de la calle encendidas.

—¿Qué hora… es? —Las palabras se le atascaron en la garganta, pues al tiempo que las pronunciaba su mente ganaba un poco más de lucidez—. ¿Cómo…? ¿Qué ha pasado? Yo…

Sacudió la cabeza, se pasó la mano por el pelo e hizo la manta a un lado para deslizar las piernas desnudas hacia el suelo. La falda se le había enrollado a la altura de los muslos, la blusa abierta dejaba buena parte de escote a la vista, dejando clara la ausencia del sujetador.

El aire acarició su cálida piel desnuda, pero fueron los recuerdos que pasaron como un relámpago por su mente dando sentido a aquel desaliño la que la hicieron estremecer y le tiñeron las mejillas de rojo.

—Dime que no me han golpeado en la cabeza con una de esas bolas de cricket y me han noqueado —gimió hundiendo las manos en el pelo.

El resoplido de su acompañante fue suficiente para llamar su atención.

—Nadie te golpeó en la cabeza, Ava —replicó con visible diversión—. Aunque sí que te quedaste frita sobre la manta después… del postre.

Sabía que sus mejillas tenían que estar al rojo vivo, pues las sentía cada vez más calientes.

—Intenté despertarte para traerte a casa y, si bien conseguí que caminases por tu propio pie hasta el coche, me quedó claro, después de que me entregases las llaves y me dijeras que te llevase en brazos, que no tenías la menor intención de abrir los ojos en un breve espacio de tiempo.

Gimió para sus adentros.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad?

—No —negó abandonando su posición para ir hacia ella—. Tan pronto como te dejé sobre

el sofá, suspiraste, diste media vuelta y me ignoraste por completo.

De acuerdo, ese era un buen momento para que la tierra se abriese bajo sus pies y se la tragase, pensó cada vez más avergonzada.

—Pero ¿por qué no me despertaste? —gimió y buscó el reloj en la pared. En cuanto vio la posición de las manecillas soltó un chillido—. ¿Las diez? ¿Cómo demonios pueden ser ya las diez? ¿Por qué dejaste que durmiese toda la tarde?

—Porque lo necesitabas —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste más de cuatro horas seguidas?

Antes del accidente, sin duda, cuando no tenía tantos problemas y miedos robándole las horas de sueño.

—No tenías que quedarte…

Él enarcó una ceja y se cruzó de brazos.

—¿Qué clase de caballero sería si te hubiese traído a casa y no me hubiese asegurado de que estabas bien?

—Uno del siglo veintiuno.

Esa bonita y sexy sonrisa acudió de nuevo a sus labios.

—Tenemos un contrato, ¿recuerdas? Soy tu agente durante las dos próximas semanas y mi prioridad es tu bienestar —aseguró deteniéndose delante de ella. Levantó la mano y le apartó el pelo, deslizándolo detrás de la oreja con suavidad—. Y solo para que conste, tenía pensado despertarte dentro de un rato.

—Tendrías que haberlo hecho hace horas… —rezongó, se apartó de su contacto y eludió su mirada—. Y en vez de eso te has puesto a leer…

—Una lectura de lo más interesante y caliente, he de admitir —aseguró señalando el libro que descansaba sobre la barra americana con gesto pícaro—. Ha sido muy… revelador.

—Oh, ya cállate… —resopló—. Como si no tuvieses ya bastante imaginación en ese terreno.

Su carcajada la calentó por dentro, pero también le provocó una nueva punzada de vergüenza.

—Gracias por el halago —mencionó entre risas, buscando de nuevo su rostro y sujetándole ahora la barbilla con un par de dedos—. Sin duda el tener una compañera de juegos tan sensual y dispuesta despierta mi creatividad… y apetito.

Sus ojos se encontraron durante unos instantes, entonces la mirada masculina bajó a sus labios y sintió que se le secaba la boca ante la perspectiva de saborearle de nuevo.

—¿Por qué no te das una ducha, te pones algo cómodo y luego vuelves para que podamos terminar… lo que empezamos esta tarde? —sugirió con voz suave y sensual, provocándole un escalofrío de placer al tiempo que se retiraba, privándola de aquel prometedor beso que no llegó a darle—. Prometo despertarte si te quedas de nuevo dormida.

—¿En la ducha?

Sonrió travieso y se encogió de hombros.

—Uno nunca sabe, ¿no?

Un inesperado escalofrío la recorrió. Sacudió la cabeza y lo miró de soslayo.

—Serías capaz de hacerlo, ¿verdad? —mencionó—. Apostarte en mi puerta para asegurarte de que sigo despierta.

—Preferiría acompañarte y lavarte la espalda, pero algo me dice que me dirás que no.

No pudo evitarlo y lo recorrió de la cabeza a los pies.

—Es posible que estuviésemos un poco apretados —mencionó y nada más escuchar

aquellas palabras se dio cuenta de que las había dicho en voz alta—. Mi ducha no es tamaño XL.

Devon soltó una carcajada.

—No sé si tomarme ese comentario como un halago o un insulto, Ava.

—Olvida lo que he dicho, todavía sigo… dormida —murmuró mirando una vez más a su alrededor para no tener que mirarle a él. Ya era bastante perturbador tenerle allí, en su hogar, en su espacio, ocupando un lugar que hasta ese día había sido como un santuario para ella.

—Te despertarás del todo tan pronto como te metas bajo el chorro de la ducha —mencionó de buen humor—. ¿Necesitas ayuda con la ropa?

Se giró hacia él y entrecerró los ojos.

—Siento decirte que no vas a poder quedarte también con mis bragas…

—Solo porque no las llevas puestas, *milady*, de lo contrario ya serían mías. —Se burló y le dedicó un guiño—. Pero no pienso quejarme por algo que yo mismo te pedí.

—No podrás salirte siempre con la tuya, ¿sabes?

—Sé que no, pero sin duda me divertiré intentándolo —admitió apoyándose con indolencia contra la encimera a su espalda—. Tómate el tiempo que necesites, estaré aquí cuando vuelvas.

Sí. Lo estaría. De algún modo sabía que era así. Después de todo, ¿no acababa de pasar la tarde haciéndole compañía mientras dormía? Devon había velado su sueño, se había quedado a su lado aun cuando no tenía por qué hacerlo. No podía recordar a nadie, a excepción de Kenzie, que se hubiese preocupado de esa manera por ella.

—No te oiré. —Las palabras se atropellaron unas a otras en su prisa por salir—. Tendré que quitarme los dos audífonos y… no oiré nada de lo que pase a mi alrededor. —Levantó la cabeza y se encontró con sus ojos—. El silencio absoluto puede ser asfixiante y se vuelve incluso opresor cuando intervienen otros… sentidos. Yo no puedo… Si estás aquí… Dios. Esto no es… fácil de explicar, ¿sabes? Nunca he tenido que hacerlo y…

—Dime que es lo que necesitas, Ava, no tienes por qué darme explicaciones —la interrumpió él con suavidad—. ¿Quieres que me vaya?

Negó con la cabeza.

—No. —Negó y al escucharse decir aquello en voz alta supo que era verdad. No quería que se fuera—. Yo… Quédate. Solo quédate cerca, ¿vale?

Él asintió y avanzó hacia ella.

—Estaré tan cerca de ti que no necesitarás decir ni una sola palabra —le dijo cogiéndole el rostro entre las manos—. Tan cerca, que me escucharás incluso si no hablo.

Ava inclinó la cabeza en un ligero asentimiento.

—Gracias.

Devon resbaló los dedos llevándose su pelo corto hasta descubrir ambas prótesis auditivas y le dedicó una de esas sonrisas que la derretían.

—Te sigo, *milady*.

CAPÍTULO 19

La valentía no era exclusiva de las grandes gestas ni de increíbles heroicidades, ser valiente era aceptar tus debilidades, tender la mano a ciegas en busca de ayuda y dejar que te ayudaran. Ava poseía esa clase de valor, uno nacido de la necesidad de afrontar sus propios miedos y arriesgarse a confiar en los demás.

Devon era muy consciente de lo que le había costado extender esa mano, lo difícil que le resultaba admitir que tenía una debilidad y que la condicionaba, por lo que solo podía sentirse honrado de que acudiese a él para superar ese escollo.

El cuarto de baño del piso era grande en comparación con otras habitaciones, a pesar de eso, parecía reducirse al reunirlos a los dos. Acostumbrado a las espaciosas estancias de su propia casa, la vivienda de la chica se le quedaba pequeña, pero ella había convertido este lugar en su guarida y tenía que respetarlo.

Ava estaba de espaldas a él, se había inclinado en el cubículo de la ducha para regular la altura de la ducha y abrir el agua.

Estaba nerviosa, lista para saltar del nerviosismo al pánico en cualquier momento. Sus movimientos eran tensos y mecánicos, tal y como lo serían los de una persona que actuase a base a metódicas repeticiones.

Temblaba. Por primera vez desde que la conocía, la veía temblar de verdad. Sus emociones eran un caos, colisionaban unas con otras creando un ensordecedor remolino.

—Ava…

La chica se sobresaltó. Lo notó en su interior, pues su exterior seguía intentando mantener una aparente normalidad.

Se giró hacia él y vio esas emociones que había percibido reflejadas ahora en el rostro femenino.

—No lo fuerces… —la tranquilizó—. No tienes que demostrar nada, solo debes buscar tu propia comodidad…

Ella respiró, se limitó a llevar aire a sus pulmones y dejarlo salir una y otra vez. Se estaba sosegando, volviendo a coger las riendas que se le escapaban de las manos.

El correr del agua empezó a crear vapor, la habitación ganó una humedad que empezaba a pegárseles a la piel.

—¿Quieres que espere del otro lado de la puerta? —Le daría espacio, si eso es lo que necesitaba.

—No —negó. Entonces bajó la mirada a sus enguantadas manos—, pero ¿podrías prescindir de ellos? ¿Por favor?

Equidad. Un modo de encontrarse en igualdad de condiciones.

—Por supuesto —asintió y empezó a quitárselos, preparándose para el impacto sensorial.

Al igual que la otra vez, su presencia la impactó. Percibió cada color, cada vibración, cada sonido de sus emociones con toda intensidad y se obligó a amoldarse a ellos, a mantenerlos bajo control.

Dejó los guantes con cuidado a un lado y la miró. Ella se llevó entonces las manos a los oídos y la detuvo con un gesto. Acortó la distancia entre ambos y la miró a los ojos.

—Las miradas hablan sin necesidad de que las escuches, las emociones se sienten y puedes verlas reflejadas en el rostro, en los actos, pero no tienen voz —le acarició la barbilla con un dedo desnudo y se la levantó un poco—. No necesitas hablar para que te escuche, como tú tampoco necesitas escuchar mis palabras, pues las verás en mis ojos. Sabrás lo que deseo, porque será lo mismo que desees tú, ¿entendido?

Ella asintió.

Devon extendió entonces la mano y esperó.

No eran necesarias las palabras o los sonidos cuando existían las miradas. Los ojos hablaban por sí solos, no hacía falta oídos para escucharles, solo saber mirar.

Primero uno, luego el otro y los dos audífonos terminaron sobre su palma. El roce de sus dedos sobre la mano desnuda lo absorbió hacia un denso e instantáneo silencio. Este era el mundo de Ava ahora, uno sin sonido, sin eco, sin latidos, solo existencia y conciencia dentro de un enorme vacío.

Cerró los dedos sobre los aparatos y señaló la encimera con un gesto. Ella siguió su movimiento, comprobando dónde los depositaba y respiró profundamente.

Las manos femeninas subieron entonces al nudo que todavía cerraba la blusa. Le temblaban los dedos, pero la desanudó y se la quitó dejando esos llenos pechos de tiernos pezones al aire. Se giró un poco y se contoneó hasta alcanzar el botón de la falda. Esta resbaló por sus caderas hasta el suelo, enmarcando sus pies descalzos.

Se limitó a observarla y a deleitarse con sus curvas, admirando la fortaleza que demostraba en aquellos delicados momentos; no era fácil mostrarse vulnerable ante otra persona. Deslizó la mirada sobre su cuerpo acariciándola con los ojos, resbalando sobre sus pechos, su vientre y caderas, recreándose en el breve triángulo de vello entre sus piernas, la suavidad prometida por sus muslos y continuó a lo largo de esas largas piernas que ya había sentido alrededor de su cintura.

Su cuerpo reaccionó en consecuencia. No se molestó en ocultarlo. La deseaba del mismo modo en que ella le deseaba a él y ambos eran conscientes de ello.

Terminó con aquella sensual caricia visual al volver de nuevo a sus ojos. En ellos pudo ver el deseo que ya conocía, pero también una pizca de temor.

Le dijo «NO» con la cabeza, le guiñó un ojo con coquetería y señaló con la barbilla la ducha con un claro mensaje *«ENTRA»*. Se llevó las manos a su propia camisa y se la desabotonó poco a poco atrayendo su atención sobre él.

Se la quitó con cuidado y premeditada lentitud. Quería sus ojos sobre él, que se concentrase en cualquier otra cosa que no fuese el silencio. Resbaló las manos a la altura del cinturón, justo por encima de la marcada erección y giró una de las manos, levantando el dedo índice en una clase señal que indicaba *«MIRA HACIA ARRIBA»*. Cuando esos ojos verdes se encontraron con los suyos, vio la pregunta bailando en ellos y no dudó en darle una respuesta: Enarcó una ceja, miró la ducha y luego a ella. *«¿A QUÉ ESPERAS?»*.

Devon fue consciente del momento exacto en ella fue consciente de aquella forma de comunicación, de que realmente no necesitaba escucharle para saber lo que quería. Vio como se le sonrojaban las mejillas, apartaba la mirada como solía hacerlo y se daba la vuelta regalándole una deliciosa vista de su culo antes de meterse en la ducha.

El agua la acarició y ella respingó. La ausencia de sonido aumentaba los otros sentidos, con lo que la volvía mucho más sensible al tacto. Ava se giró hacia él como si quisiera asegurarse de que seguía allí, cruzó su mirada e incluso pareció dejar escapar un pequeño suspiro mientras la humedad la empapaba por completo.

El cinturón cedió finalmente bajo sus manos, enganchó la lengüeta de la cremallera y la bajó, arrastró la prenda junto con su ropa interior y su erección saltó libre del confinamiento de los pantalones que acabaron en sus pies.

La caricia de esos ojos castaños sobre su polla y la punta de la lengua emergiendo entre los labios femeninos, un segundo antes de lamérselos le produjo tal ramalazo de placer que fue un milagro que no se corriese sin más.

Encontró una vez más su mirada ahora brillante por el creciente deseo, las mejillas más enrojecidas si cabía a causa también del agua caliente y esos bonitos labios separados en una vacilante invitación.

Estaba nerviosa y seguía prisionera del aterrador silencio, pero al mismo tiempo vibraba, sus emociones latían con una suave cadencia, intentando abrirse paso a través del temor.

Devon se deshizo de los zapatos y los calcetines, dejó su ropa a un lado y caminó hacia la ducha con paso lento, midiendo cada movimiento, consciente de que su presencia amenazaba su espacio personal. Se detuvo ante la entrada, notando ahora las salpicaduras del agua y la vibración constante, a la par que silenciosa, de las emociones femeninas.

Ava dio un paso atrás; una invitación en toda regla.

Entró en el cubículo y dejó que el chorro de agua le tocase; no estaba demasiado caliente, pero tampoco fría.

Ella clavó entonces los ojos sobre él, tragó y dirigió la mirada hacia la pared de azulejos; había un nicho con champú, gel y un recipiente con una esponja y otras fruslerías. Le temblaba la mano cuando cogió la esponja y le echó un generoso chorro de gel, volvió a aventurar una miradita de reojo en su dirección y de espaldas, empezó a enjabonarse con movimientos metódicos y demasiado rápidos.

Quiero salir de aquí, quiero salir de aquí, quiero salir de aquí.

Estrés, agobio, temor… Las emociones canturreaban una melodía propia que no era otra cosa que un reflejo de sus propios pensamientos. No lo pensó, se limitó a posar la mano sobre el desnudo hombro femenino y se quedó sin aliento al mismo tiempo que ella saltaba.

El contacto lo sacudió. Durante una milésima de segundo escuchó su grito, uno nacido en lo más profundo de sí misma y que parecía ahogado por el silencio. Ese grito se vio reflejado al instante en esos ojos verdes que se giraron hacia él con más miedo que sorpresa.

Devon no apartó la mano, le sostuvo la mirada y esperó.

Ella aguantó el pulso con valentía, su cuerpo se relajó poco a poco y finalmente dejó escapar un pequeño resoplido. Se llevó la mano que todavía sostenía la esponja al pecho, entre los senos y volvió a respirar profundamente.

Él asintió, diciéndole sin palabras *«TODO ESTÁ BIEN»* y cuando la vio ya más calmada, extendió la mano con la palma hacia arriba y señaló la esponja que aferraba con un gesto de la barbilla. *«DÁMELA»*.

La esponja acabó sobre su mano, aunque el rostro de su acompañante no era precisamente de felicidad, sino más bien de vergonzosa resignación. Resbaló uno de los dedos sobre la pequeña nariz haciendo que la arrugase y sonrió en respuesta a su mueca.

Siguiendo con la mecánica que habían instaurado en aquel momento, le hizo un nuevo gesto con la mano, instándola a dar un paso atrás.

No hacían falta las palabras.

No hacía falta el sonido.

Ava dio un paso atrás y cerró los ojos al recibir de golpe el chorro de la ducha. Extendió el brazo de inmediato, buscando un apoyo que acabó por ser su antebrazo.

Dejó que ella se aferrase a él y aguardó unos instantes dejándola encontrar de nuevo esa conciencia de espacio. Entonces la miró de nuevo, ladeó la cabeza con una obvia pregunta en sus ojos: *«¿PUEDO?»*.

La respuesta fue un lento asentimiento y su total inmovilidad.

Deslizó la esponja con suavidad sobre los suaves hombros, resbaló bajando hacia su clavícula y después a sus pechos. Se los acarició dejando tras de sí un rastro de jabón, frotándolos con cuidado, despertando los endurecidos y sensibles pezones antes de continuar sobre su vientre.

La enjabonó poco a poco disfrutando de cada parada del camino, mimándola y provocándole pequeños escalofríos cuando tocaba algún puto más sensible que otro. Le frotó las caderas, bajó sobre su pelvis e introdujo la esponja entre sus piernas obteniendo un jadeo de respuesta. Continuó con los muslos y piernas mientras el agua iba limpiando el rastro de jabón que dejaba a su paso, acariciándole el cuerpo de la misma manera en que lo había hecho él.

Volvió a ascender por su cuerpo hasta que sus miradas se encontraron de nuevo. Su rostro estaba totalmente sonrosado, mantenía los labios entreabiertos y una mirada velada por el deseo y una pizca de erótica vergüenza.

Contuvo una sonrisa de pura satisfacción masculina a dudas penas, levantó la mano que sostenía la esponja, y despegando el índice lo movió haciendo un par de círculos en el aire.

«DATE LA VUELTA».

Aunque no lo pareciera, aquella era la parte difícil, pensó. Ava perdería su punto de apoyo, dejaría de comprobar su presencia a través de la vista, tendría que confiar en él.

Notó los dedos aflojándose, su mente gritó una vez más a través del silencio y aún sin voz, supo lo que quería decir. Notó su estremecimiento, vio su vulnerabilidad y también sus intentos por mantenerse fuerte.

Sintió ternura. No era pena, tampoco lástima, en ese momento todo lo que ella le generaba era ternura. Le pellizcó la barbilla entre el índice y el pulgar, le rozó los labios con este último y la miró a los ojos con un único mensaje brillando en ellos.

«CONFÍA EN MÍ».

Un ligero estremecimiento y la tensión empezó a desvanecerse otra vez. Le miró como si quisiera hablar, pero todo lo que hizo fue asentir y darle la espalda. Posó las manos contra los húmedos azulejos y se volvió una vez más para echarle un vistazo por encima del hombro.

Dev le guiñó el ojo a modo de aprobación.

«BUENA CHICA».

Se movió a su alrededor, dejó que viera como volvía a cubrir la esponja con unas gotas de gel y acto seguido la deslizó por sus hombros, resbalando por su espalda hasta ese delicioso culo. Delineó esos dos globos con la esponja jugando con la espuma que dejaba tras cada caricia, bajó por entre sus nalgas, colándose de nuevo entre sus mulos para descender ahora por la parte de atrás de sus piernas hasta los tobillos.

Cuando estuvo satisfecho, le dio un toquecito en el hombro llamando de nuevo su atención.

El silencio seguía en su interior, pero ya no era tan opresor. Las emociones empujaban los bordes, relegándolo, obligándolo a replegarse a un segundo plano.

Ella se volvió y dejó que la guiase bajo el chorro de la ducha, dónde se encargó de quitarse el jabón y humedecerse también el pelo. El agua le resbalaba por el rostro, los ojos cerrados de cara al chorro y sus propias manos resbalando sobre el pelo para apartárselo de la cara.

Dio un paso adelante, se limpió el agua con los dedos y lo miró. Esas gemas verdes

estaban llenas de deseo, la lujuria palpitaba en su interior abriéndose paso sobre todo lo demás, pero era la creciente confianza que veía en ellos la que le impidió follársela allí mismo.

Le dedicó un pícaro guiño, estiró el brazo por detrás de ella y cogió el champú, el cual le enseñó a continuación.

La dulce sonrisa que curvaba esos labios, la manera en que ladeó la cabeza como si le dijera *«¿EN SERIO?»* y el que le diese voluntariamente la espalda antes de inclinarla hacia atrás, fue todo lo que necesitó para enjabonarle ahora el pelo.

Tenía que admitir que jamás le había lavado el cabello a una mujer, pero suponía que no debía de ser muy diferente a lavárselo él mismo; aunque no usase ni la mitad de los potingues del género femenino.

Dejó caer una pequeña dosis de champú en la palma de la mano, devolvió el bote a su lugar y empezó a extenderlo por el corto pelo de Ava, teniendo mucho cuidado a la hora de masajearle el cuero cabelludo. Ella apenas pudo contener el estremecimiento que la recorrió cuando le tocó justo detrás de las orejas, su primer impulso fue alejarse de su contacto, pero no se lo permitió. Se quedó quieto, pero no retiró las manos, se inclinó sobre ella y le acarició el cuello con la nariz, haciendo que se volviese de inmediato en esa dirección. Sus miradas se encontraron y para su sorpresa no era miedo lo que había en sus ojos, sino vergüenza ante su propia reacción.

No se lo pensó, le acarició los labios fugazmente, pues sabía que si profundizaba ese beso, se olvidaría de su tarea y acabaría follándosela contra la pared.

Después de eso, le aclaró el pelo, repitió el champú a petición de ella y le aplicó un par de productos más que le indicó, no sin risitas de por medio.

Devon acusó las emociones que acompañaron a ese momento y se permitió tocarlas, encontrándose después con que era reacio a dejarlas ir. Se dio el lujo de contemplar ese voluptuoso cuerpo húmedo bajo el agua unos instantes más, entonces le dio una pequeña palmada en el culo y señaló la toalla que la esperaba sobre la encimera.

La mirada femenina fue muy elocuente en su respuesta. Al principio fue confusión, luego incomodidad, esquivó rápidamente su mirada y le habría dado la espalda para salir de la ducha si él no la hubiese sujetado y cogido de nuevo de la barbilla para hacerle levantar la cara.

«DESPUÉS».

Vocalizó con cuidado y énfasis, de modo que ella pudiese comprenderle.

Todavía confundida, pero ya no tan incómoda, Ava asintió y abandonó la ducha cogiendo la toalla que no dudó en envolver alrededor de su cuerpo, antes de hacer lo propio con una segunda con su pelo.

La chica se secó el rostro y los oídos a la velocidad de la luz, para finalmente recuperar sus audífonos y ponérselos con un suspiro de alivio.

—¿Ava?

Ella se volvió hacia él al momento, casi sorprendida de escuchar de nuevo su voz.

—¿Sí?

Dejó que sus labios se curvaran en una perezosa sonrisa, la recorrió con la mirada y finalmente le indicó.

—Sé buena y no te muevas de ahí hasta que termine —le indicó.

Antes de que la chica pudiese preguntar el motivo, cogió un poco de gel, lo restregó entre las manos hasta hacer espuma y empezó el mismo recorrido que había hecho sobre ella, solo que en su caso lo hizo todo frente a ella y mirándola, sobre todo cuando sus dedos se cerraron sobre su erecto miembro y empezó a acariciárselo.

CAPÍTULO 20

Un hombre dándose placer a sí mismo. Esa tenía que ser una de las cosas que toda mujer debía experimentar al menos una vez en la vida. Sobre todo si eras la afortunada a la que miraba mientras deslizaba los dedos sobre la polla.

Ava estaba excitada. Había pasado del miedo y la inseguridad tras pedirle que le hiciese compañía, a convertirse en un charco de deseo a los pies de ese hombre.

Cuando se quitó los audífonos el silencio se hizo abrumador. Todo en lo que podía pensar era en terminar cuanto antes y salir de la ducha, pero entonces Devon se había unido a ella haciéndose cargo de todo.

La manera en que la miraba, la expresión de su rostro, lo que veía en sus ojos… Las palabras estaban ahí y no había necesidad de pronunciarlas o escucharlas. Nunca pensó en aquella clase de lenguaje como algo más, una herramienta que pudiese ayudarla a superar sus propias barreras.

¿Cuántas veces se había comunicado con Kenzie de esa forma aun cuando podía escucharla? Las dos se conocían lo suficiente como para mirarse y entenderse sin necesidad de palabras.

Y ahora él le había dado un significado totalmente íntimo.

Cada pasada de la esponja sobre su cuerpo, cada caricia que le había prodigado las había sentido más allá de la piel. La había tratado con tanta delicadeza, con tanto mimo, que terminó convirtiendo un acto sumamente erótico, como lo era una ducha compartida, en uno espiritual.

Así era como se había sentido una parte de ella, la que necesitaba ternura, la hambrienta de caricias… La otra… Seguía tan caliente que le dolían los dedos por llevárselos entre las piernas y darse placer a sí misma.

Respiró profundamente y siguió contemplando aquella desvergonzada y sexy actuación masculina. La boca se le hizo agua al pensar en su propia mano rodeando ese duro mástil como ya lo había hecho antes. Sus dedos acariciando la dura carne, su lengua deslizándose sobre el glande, lamiéndolo, chupándolo, aprendiendo su sabor… Quería esa polla, quería tenerla enterrada en su boca y también en su coño, quería que la poseyera como lo había hecho esa tarde en el parque.

Y descubrirse deseándolo con tanta intensidad la sorprendió una vez más y trajo consigo esa pátina de vergüenza que a menudo competía con la desnuda lujuria con la que compartía habitación.

Su puño resbalaba con facilidad por la longitud del miembro erecto lubricado por el jabón, en un momento desaparecía el glande en su interior y al siguiente bajaba hasta la base. Verle acariciarse el pecho con la mano libre, extendiendo toda aquella espuma que había hecho el jabón, descender sobre su miembro y agarrarse las pelotas de tal manera que lo escuchaba gruñir de placer, la estaba matando de placer.

Devon Sheffield era sexo en estado puro. No había otra manera de describirlo.

Ese hombre estaba hecho para follar, para conquistar y arrasar con todo y maldito fuera, ya que no necesitaba tocarla para conseguirlo.

El sonido del agua ahogaba a duras penas los roncos gemidos que emergían de la garganta masculina. Se contorsionaba por el placer, sus caderas se alzaban mientras trabajaba sobre su

erecto miembro, acelerando el ritmo y dejando que el placer se mostrase abiertamente en su rostro.

Ava no podía respirar. Le dolían los pechos, se sentía hinchada, con la humedad de su sexo resbalándole ya entre los muslos mientras la toalla que la envolvía secaba la que la ducha había dejado sobre su piel. Era incapaz de apartar la mirada, no podía escapar de su embrujo y cuando empezó a gemir, cuando bombeó con fuerza su polla y un momento después un chorro de semen brotó de la punta haciéndole soltar un ronco gruñido de liberación, se vio obligada a apretar los muslos y morderse los labios para no gemir al unísono y correrse sin más aliciente que la liberación masculina.

Todavía jadeando y mirándose el uno al otro, él sonrió y la llamó con un dedo.

No se resistió. Ni siquiera sabía si podría hacerlo, pero tampoco es que importase demasiado porque su mente se había cortocircuitado con ese espectáculo.

Se acercó hasta la entrada de la ducha y lo miró.

—¿Lo has disfrutado? —ronroneó él.

—Eres un exhibicionista.

—Estás caliente. —No era una pregunta. Él lo sabía, podía verlo en su rostro, en su cuerpo, en la manera en la que apenas era capaz de quedarse quieta.

—Te lo tienes muy creído.

Él se rio entre dientes, se lamió los labios y se inclinó hacia delante.

—Yo sí lo he disfrutado —declaró y deslizó los dedos mojados por su mejilla, bajando por el lateral de su cuello para hundirse en su pelo y así retenerla mientras bajaba la boca sobre sus labios—. Tener tu mirada hambrienta sobre mí, ver esos labios separados imaginándose que era mi polla la que los abría… Me puso muy caliente…

Ella no respondió, cualquier posible réplica se quedó atascada en su garganta.

—Te veo, mi dulce Ava —mencionó planeando sobre sus labios, acariciándoselos con el aliento—. Te veo mucho mejor de lo que te imaginas…

—No puedes…

—Sí, claro que puedo —la interrumpió—. Y me gusta mucho lo que veo.

Se lamió los labios y levantó un poco la barbilla, acercándose más.

—¿Vas a besarme o solo estás matando el tiempo?

Él se rio entre dientes.

—Voy a besarte —aceptó y añadió—. Y después de hacerlo, hablaremos sobre ese «silencio» que te ahoga y la manera en que podemos librarnos de él.

No pudo evitar tensarse ante la mención de lo único de lo que preferiría no tener que hablar jamás.

—Eres capaz de luchar y quiero que luches —le dijo al tiempo que le acariciaba la oreja con un dedo, estremeciéndola—. Y esta noche, si me lo permites, si confías en mí lo suficiente como para ayudarte… te enseñaré como hacerlo. Te ayudaré a derribar la primera de las barreras de ese agónico silencio.

Lo miró sin saber que decir, pero él parecía no haber terminado porque añadió.

—Y antes de que te lo preguntes —ronroneó—. Sí, me estoy autoinvitando a quedarme contigo. Y en tu cama, a poder ser.

Y con esa última declaración capturó su boca y la poseyó con tanta hambre que dejó de pensar en nada que no fuese ese hombre y lo bien que se sentía en su compañía.

CAPÍTULO 21

Devon empezaba a sentir el tirón en su interior. Era una sensación intensa, constante y que iba en aumento a medida que se acercaba la medianoche.

Había empezado a reconocer la presencia del pacto del mismo modo que su necesidad. Se trataba de un momento adecuado, de una comunión perfecta que se manifestaba únicamente cuando su cliente era receptivo y el alma estaba dispuesta a soltar sus cargas.

El *Pacto* ya no podía declararse por voluntad, debía darse la necesidad y la conjunción adecuadas. No podía exigirse u ofrecerse, las cosas ya no funcionaban así.

Muchos eran los cambios que había sufrido el programa de la *Agencia Demonía* o, como solía decir el *Vitriale*, algunas cosas se habían «actualizado» para adaptarse a los nuevos tiempos y a las necesidades actuales de la sociedad.

Según esto, ahora el *Pacto* elegía su propio momento con una serie de avisos al agente. Podías pasar todo el tiempo de un contrato sin sentir el llamado o debiendo responder a él cada día. No había término medio, solo un camino y ese lo marcaba el cliente.

Y su cliente se había desvelado a sí misma esa noche, abriéndose y mostrando su vulnerabilidad, sus necesidades y miedos con más sinceridad que nunca.

Ava estaba lista para someterse al ritual y su deber era que transitara por él.

Respiró profundamente y se miró las manos.

Seguía sin guantes y eso lo inquietaba.

A estas alturas debería estar ya con un dolor de cabeza de órdago o subiéndose por las paredes absorbiendo emociones que no eran suyas. Estaría tan saturado que solo querría aislarse y abrazar el silencio que Ava detestaba.

Pero no sentía nada de eso.

Estaba calmado, si podía considerarse calma al deseo que le palpitaba en las venas y que volvía a tenerle empalmado.

Su naturaleza demoníaca, el íncubo presente en sus genes quería saltar sobre la hembra humana y follársela toda la noche. Incluso su lado empático parecía famélico de unas emociones que no le pertenecían. Si a eso le sumaba el empuje del *Pacto*, tenía un cóctel perfecto para desatar a un demonio en aquella vivienda y arrasar con todo lo que encontrase en su camino.

Respiró una vez más y se obligó a aplacar sus necesidades, a recuperar el autocontrol. Pronto despertaría al *Pacto* y cuando eso ocurriese… ya no habría marcha atrás.

Como si el pensamiento hubiese sido suficiente para dar el pistoletazo de salida, notó el calor en las manos. Sus tatuajes parecían cobrar vida sobre su piel, moviéndose en un bucle eterno que frenó en seco con la primera tonada en su mente.

El *Pacto* estaba listo para ser convocado.

Miró hacia el pasillo. Ava se había refugiado en su habitación para secarse el pelo. La chica tenía esa imperiosa necesidad y había estado incómoda un buen rato hasta que le preguntó a qué se debía su nerviosismo.

Era muy consciente de que estaba excitada, él la había acicateado aún más con su beso, magreándola y haciéndola gemir solo para dejarla caliente e insatisfecha.

Aquello la confundía, pero no se atrevía a expresarlo en voz alta, lo que la llevaba a avergonzarse, sonrojarse y buscar una huida rápida.

«Necesito secarme el pelo».

Había escuchado el sonido del secador hacia hacía tan solo unos minutos, con lo que suponía que ya había terminado con su tarea.

Se dirigió al dormitorio y se apoyó en el umbral observando a la chica que se peinaba con los dedos frente al espejo.

Llevaba tan solo una vieja camiseta que le llegaba a medio muslo y nada más, lo cual la hacía tremendamente atractiva a sus ojos.

Le gustaba su cuerpo, disfrutaba con su voluptuosidad, con esas curvas llenas, los pechos grandes y ni que decir de ese precioso culo en forma de corazón. Le llamaba la atención su pelo, corto y sedoso, la limpieza y sinceridad de su mirada, la manera tan dual con la que a veces se comportaba.

Ava era una mujer interesante, mucho más de lo que debería parecerle.

Levantó la cabeza como si presintiese su presencia y se encontró con su mirada a través del espejo.

Se giró hacia él.

—Espero que no vengas a decirme que me vas a arrastrar a cenar fuera porque no tengo hambre —le aseguró con tono suave, tanteándole.

—Estaba pensando en que podríamos saltar directamente al postre —admitió y entró en el dormitorio—. ¿Estás bien?

Le sorprendió la pregunta, pero asintió y notó como sus emociones respondían acorde a sus palabras.

—Sí, necesitaba… un momento para mí —admitió—. Secarme el pelo es una necesidad extraña, casi una obsesión, sobre todo desde el accidente.

—Por los oídos. —No era una pregunta.

Ella asintió.

—Tengo mis manías…

—Uf, todavía no has visto las mías —aseguró cogiendo un mechón entre los dedos—. Suave y brillante.

La manera en que curvó los labios y le dijo que estaba recordando su momento en la ducha.

—Perdón por liarte con todos los potingues…

Sacudió la cabeza y la miró.

—Yo me ofrecí a ello.

—¿Por qué? ¿Cómo…? ¿Cómo sabías…?

Le cubrió los labios con un dedo, callándola.

—Tú me lo mostraste —admitió—. No eres consciente, pero proyectas quién eres… Solo hay que prestar atención.

—Y dado que tú eres un gran observador…

—¿Lo dice la señorita que no me sacaba los ojos de la polla mientras…?

Ahora fue ella quién le tapó la boca.

—Es culpa tuya —gimió—. Me dijiste que no me moviera.

Cogió la mano y le mordió la yema del dedo.

—Y también te dije que me encantó.

Ella tembló, intentó soltarse, pero no la dejó ir, así que no le quedó más remedio que admitir ante él.

—A mí también.

—Lo sé —le guiñó el ojo.

Ava resopló, pero el rubor en sus mejillas resultaba muy revelador.

—Eres mucho más valiente de lo que crees —mencionó—, lo suficiente como para superar el miedo de tus limitaciones.

Sacudió la cabeza.

—Nunca he tenido tanto miedo y he estado tan perdida como en ese momento —señaló hacia la puerta—. No tienes idea de lo… asfixiante que resulta caer en el silencio absoluto. Te condiciona a un nivel mucho mayor que el auditivo. Hasta hoy, en esa ducha y contigo, no me di cuenta de que en realidad cuento con otra forma de oír, una que rellena en cierto modo el silencio…

—¿Y te atreverías a ir más allá?

La respuesta se reflejó en su rostro en ese mismo instante.

—¿Recuerdas el anexo del contrato, la que está nombrado como *«El pacto»*?

—Sí.

—¿Eres consciente de que si aceptas esa cláusula seré yo y solo yo quien decida lo que pase, lo que haremos y cómo lo haremos hasta el amanecer?

—Entiendo la mecánica, si es eso lo que preguntas…

—Ava, lo que te estoy pidiendo es que me cedas el control, que me entregues tu voluntad —insistió mirándola a los ojos—. A cambio te enseñaré como ahuyentar ese silencio.

Ella le sostuvo la mirada.

—Te ayudaré a mantenerlo a raya una vez más.

Asintió. Su mirada se encendió y se lamió los labios.

—Así que, esta sería la *terapia* de la que me hablaste —recordó su explicación.

Él asintió y le tocó la punta de la nariz.

—Algo así —aceptó y entonces le rozó las orejas—. Y lo primero que te pediré, lo que sellará nuestro acuerdo, será esto —acarició el dispositivo—. Será todo o nada.

El temor cruzó su mirada, las dudas aparecieron al momento. No podía culparla, era una reacción natural.

—¿Aceptas?

Tragó. Tardó unos segundos en contestar, pero cuando lo hizo no notó vacilación alguna.

—Acepto.

Sus palabras tiraron de él, del hilo que se forjaba en la confianza y la voluntad, uno que los ataría tan pronto como ella pagase el tributo.

Asintió en respuesta y le tendió la mano con la palma boca arriba.

—Avalon Wilkinson —pronunció su nombre completo—. ¿Entregas por propia voluntad tu palabra, tus sentidos y tu cuerpo para ponerlos al amparo de mi voluntad y protección?

Ella posó con suavidad su mano sobre la palma abierta y Dev sintió al momento el vínculo entre ellos. Sus tatuajes se movieron, listos para atarla en función de cuál fuese su respuesta.

—Los entrego. —Las respuestas eran instintivas, surgían en la mente del cliente y de él o ella decidía darles voz.

—Avalon Wilkinson, ¿me aceptas a mí, Devon Karma Sheffield, como el único agente de dicha voluntad?

—Te acepto, Devon.

El calor brotó de su piel, las líneas se movieron pasando de una mano a la otra, sellándolos hasta el amanecer.

—¿Cómo has…? —jadeó ella, intentando soltarse, pero no se lo permitió.

—Acepto tu voluntad y la hago mía desde este momento hasta que el sol nos encuentre —declaró en voz alta.

El sello del *Pacto* fue como un aguijonazo en sus manos.

—Ava, entrégame los audífonos.

Su voz sonó profunda, matizada con el poder del pacto.

Esta era la última prueba, su última libertad antes de ser totalmente suya por deseo propio.

—Dev… —pronunció su nombre, mirando su mano a pesar de que ella no vería el vínculo —. ¿Qué fue eso?

No contestó, guardó silencio.

Ella lo miró, se estremeció y tragó.

—No… No dejes que me ahogue, por favor.

Se llevó las temblorosas manos a los oídos y desconectó los dispositivos, se los quitó y se los tendió.

Él asintió, le mostró las prótesis y le enseñó con un gesto de la mano dónde las dejaba.

—El *Pacto* se ha sellado.

El impacto fue brutal, se sumió en el silencio que ella padecía, sus sentidos sobrenaturales se agudizaron y experimentó lo que Ava experimentaba en esos momentos.

Miedo, tensión, agobio… Resolución, calma, confianza.

«Dev».

Ella confiaba en él. Era su ancla en ese silencio y se aferraría a él para no sucumbir.

Sonrió lentamente, resbaló los dedos por la mejilla, le apartó el pelo de la oreja y le rozó los labios. Ava no podía oírle, pero no le importaba, tenía que decirlo igualmente.

—Siempre cuidaré de ti.

Arrasó su boca, succionó su lengua y la paladeó con hambre, diciéndole sin palabras lo que solo ella podía oír.

«ERES MÍA».

Rompió el beso y vio sus ojos empañados de deseo. El temor seguía presente, pero no podía competir con la lujuria.

Se echó hacia atrás, la recorrió con la mirada y se relamió.

«LA ROPA FUERA».

Un gesto elocuente y explícito acompañado de su propio pantalón abandonado en el suelo. Su polla estaba hinchada, palpitaba, sentía los testículos duros, repletos y una necesidad absoluta de tocarse, de que ella lo hiciese.

La camiseta que cubría el exuberante cuerpo femenino acabó en el suelo. Quedó totalmente desnuda a su mirada, a sus manos que no dudaron en enmarcarla sin tocarla todavía.

Sonrió, se lamió los labios y le dio un golpecito a un pezón. Esos ojos castaños se abrieron de sorpresa y excitación.

Devon dejó caer la mirada con obvia intención.

La sonrisa que curvó los labios femeninos era pura sensualidad. Contuvo un respingo cuando los suaves dedos cayeron sobre su glande y lo acariciaron. La gatita decidió usar entonces las uñas y sus caderas dieron un respingo.

Sonrió ladino y enarcó una ceja al puro estilo *«¿CON QUE ESAS TENEMOS?»*. Enredó una mano en su pelo y le sujetó la cabeza mientras la besaba de nuevo tomándose su tiempo, degustándola mientras la dejaba trabajar en su polla.

Le acarició los labios con la mano libre, introdujo el pulgar en su boca obligándola a chuparlo y siguió besándola al mismo tiempo, jugando con esa boca.

Cuando se separaron ella jadeaba de deseo y él gruñía de placer.

Se miraron a los ojos. Esa codiciosa mano seguía masturbándolo, pero él deseaba más; deseaba lo mismo que ella.

Sus emociones eran caprichosas e intensas, su mente un libro abierto teñido de lujuria. Le acarició el cuero cabelludo que todavía sujetaba, levantó un dedo, le acarició los labios y dejó caer la mirada entre sus cuerpos, a su mano.

Ella se estremeció, las gemas marrones destellaron y cuando la empujó con suma facilidad en una clara indicación a ponerse de rodillas, Ava gimió de placer.

Arrodillada en el suelo, una de sus manos acariciándole la polla, la otra apoyada en su muslo y esa carita lujuriosa levantándose hacia él le produjo una descarga eléctrica en las pelotas. Su polla tembló y entonces vio como su glande era acogido por esa húmeda y caliente humedad.

Gimió y echó las caderas hacia delante, enredó los dedos en su pelo, con cuidado de no tocarle las orejas de forma descuidada y disfrutó de la visión más caliente.

Esa traviesa lengua lo lamía como un caramelo, los labios lo besaban antes de tragárselo. Esa muñequita le estaba haciendo una estupenda mamada, disfrutaba de su polla mientras gemía de placer y él no podía más que imitarla al sentir esos rientes rastrillándole.

Dejó que jugara y se lo tragara. Estaba hambrienta, era pura lujuria y eso le encantaba a su lado íncubo. Se empujó en esa dulce cavidad cuando lo succionaba, se retiró cuando lo soltaba, le permitió disfrutar hasta que el tirón en sus testículos se volvió doloroso.

Apretó los dedos en su pelo, ajustó el ángulo y la mantuvo sujeta mientras entraba y salía de su boca. Empujó tan profundo como ella le aceptaba, la escuchó respirar con brusquedad, vio las lágrimas en la comisura de sus ojos, se deleitó con el deseo y la caliente lujuria en los mismos. Se ancló a su disfrute, usándolo como una línea de vida, siempre pendiente de su bienestar y le dio lo que deseaba, notando su garganta apretándose alrededor de su miembro y tragando su esperma cuando se corrió.

Un inesperado grito de júbilo resonó en su interior y él casi ríe en voz alta. Venía de ella, de Ava, de su propio deseo y satisfacción.

Esa hembra era tan generosa que lo abrumaba.

Resbaló de su boca e hizo una mueca mental al notar su miembro todavía semi erecto; estaba claro que ella nutría su naturaleza *incubare* para seguir así de *contento*.

La vio lamerse los labios hinchados mientras continuaba de rodillas a sus pies. Le tendió la mano y la alzó con facilidad. Tomó su boca y la besó, degustándose a sí mismo en sus labios, declarando su propia satisfacción y agradeciéndole sin palabras el regalo.

Ava suspiró, correspondió a su beso y no se resistió lo más mínimo cuando lo empujó en dirección a la cama. Estaba demasiado excitada y llena de lujuria, todavía podía notarle en la boca, conservaba su sabor. Había sido tan erótico, tan delicioso… Se había sentido poderosa lamiéndolo, chupándolo… Sabía que lo había excitado, que lo hizo perder el control y no podía sentirse más plena por ello.

Notó la barrera física tras sus piernas, el grito se le congeló en la garganta cuando se sintió caer y entonces notó el colchón bajo ella.

Se rio, no pudo evitarlo.

Él le dedicó un guiño y señor, era tan sexy.

Dev se quedó allí de pie, con las manos en las caderas, la polla todavía erecta, a pesar de haberse corrido, húmeda por su boca.

¡Ese hombre no era humano!

La estaba recorriendo con la mirada y eso la excitaba sobremanera. Ava era pura lujuria, sentía los pechos pesados y el sexo tan hinchado… Él se la bebía, se lamía los labios y cedió a su placer.

Se acarició los pechos, subió los pies y los apuntaló sobre el colchón. Jugó con sus pezones, los oprimió, los pellizcó, tironeó de ellos mientras apretaba los muslos y gemía.

Tocarse mientras él la observaba era como una fantasía. Se lamió los dedos y se humedeció con ellos los pezones, se acarició los pechos, bajó por su vientre, separó las piernas y arqueó las caderas al rozar los empapados pliegues de su coño.

Gimió en voz alta, se pellizcó el pezón mientras buscaba su propia entrada e introducía un dedo. La sensación la hizo jadear, arqueó de nuevo las caderas y gimió echando la cabeza hacia atrás durante un instante.

Se masturbó mientras le sostenía la mirada, vio como esos ojos marrones se oscurecían, casi parecía que cambiaban de color. Se lamía los labios y respiraba con dificultad acariciándose ahora a sí mismo, convirtiendo aquel auto placer en algo compartido y tan íntimo que se sintió llena por dentro.

Y entonces, mientras ella llevaba un segundo dedo a su interior, la boca masculina cayó sobre su sexo, chupándolo mientras se autopenetraba, desnudando su clítoris y pellizcándolo con los dientes hasta hacerla gritar.

El orgasmo fue inmediato y explosivo. Se arqueó jadeando en busca de aire, pero para él no era suficiente. Siguió lamiéndola, manteniendo su mano sobre su coño, sus dedos enterrados. El placer era tan intenso que juraría que le zumbaban los oídos. Sacudió la cabeza sobre la cama y arqueó de nuevo las caderas cuando un segundo orgasmo encadenó con los rescoldos del primero.

Ava no podía respirar. El mundo a su alrededor giraba sin control y tuvo que cerrar los ojos para no marearse. En la oscuridad y en completo silencio debería haberse vuelto loca, debería haberse puesto a gritar, pero se sentía demasiado cansada como para preocuparle algo de eso.

Cuando la cabeza dejó de latirle, se animó a abrir los ojos y se encontró con esa mirada satisfecha. Su piel estaba perlada por el sudor, pero eso lo hacía si cabía más sensual. Su sonrisa era predadora, íntima y poseía un borde de dulzura que asomaba de vez en cuando a sus labios.

Ella suspiró, se desperezó y sonrió en respuesta obteniendo ese conocido guiño que la ponía tan caliente.

Devon extendió entonces la mano en su dirección y la llamó con un dedo. Casi podía recrear su voz pronunciando las palabras:

«EN PIE, AVA».

Se desperezó como un gato. Revolviéndose entre las sábanas, consiguió deslizarse hasta los pies de la cama, dónde encontró su mano tendida para levantarse.

Un caballero y un pícaro.

No podía evitar encontrar una divertida similitud entre sus requisitos y el hombre de pie ante ella.

En realidad, todo aquello era una absoluta locura, pero… *¡Bendita locura!*

Se apoyó en su pecho y aceptó de buen grado el cálido y dulce beso con la que la recibió. Esa dualidad entre ternura y lujuria la desconcertaba y derretía al mismo tiempo. Hacía tanto que

no se sentía así de libre, así de deseada, que era un regalo en sí mismo.

Suspiró en sus labios, enlazó la lengua con la de él y disfrutó del sabor masculino.

Las manos de su amante se cerraron sobre su culo, apretándole las nalgas, ciñéndola contra su polla ya erecta. Se estremeció sintiendo crecer de nuevo la lujuria en su interior. El sexo le latía y no podía esperar a tener esa verga profundamente enterrada en su interior.

Gimió en su boca, deslizó los brazos sobre sus hombros y se frotó contra él. La boca masculina bajó por su cuello y antes de que fuese consciente de lo que hacía, notó sus dientes mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

Ava se sobresaltó más por el ramalazo de placer, que porque le tocase algo que para ella era un tabú. Fue incapaz de moverse o reaccionar, pero él no se detuvo, continuó chupándosela y le arrancó un excitado gemido.

Dev se separó entonces y la miró a la cara. Su rostro parecía buscar una respuesta, entrecerró los ojos y finalmente enarcó una ceja.

«¿TODO BIEN?». Parecía estar preguntándole.

Asintió y se sorprendió al sentir que era así.

Le guiñó un ojo, la besó en los labios y la cogió de la mano arrastrándola consigo hasta el tocador.

La recorrió con la mirada, capturó sus labios con un largo y lánguido beso y, antes de que pudiese respirar siquiera, la volvió en sus brazos y la dobló sobre el tocador.

Ava jadeó ante la inesperada punzada en su nalga, una azotaina que no esperaba, entonces unos dedos se deslizaron entre sus piernas desde atrás y la penetraron sin piedad.

Se arqueó contra esos dedos invasores, levantó la cabeza y se encontró con aquella sonrisa traviesa, unos ojos sensuales y ardientes la contemplaban a través del cristal.

Su mirada era intensa, dominante… Casi podía escuchar su voz diciendo: *«NO APARTES LA MIRADA»* sin necesidad de que moviese siquiera los labios.

Jadeó una vez más, gimió y meneó el culo excitada. Se mordió el labio y volvió a gemir cuando una diabólica mano le pellizcó el pezón.

Al instante un ramalazo de placer la recorrió desde el pecho al coño, mojándola incluso más y haciéndola jadear. Verse a través del espejo en esa tesitura la excitaba, la hacía muy consciente de su presencia y él lo sabía.

La vio soplarle la oreja, entonces la lamió y se estremeció una vez más. Estaba tan caliente, tan necesitada que solo podía derretirse en sus manos.

Ladeó el cuello para darle acceso, se aferró a la mesa y no dejó de gemir. Esos dedos la volvían loca, no eran suaves, sino rudos y por Dios que le encantaban.

Casi lloriquea al sentir que la abandonaban, pero cualquier protesta murió en su boca en el momento en que dos manos le ciñeron la cadera y el duro miembro entró en ella llenándola por completo.

Un pellizco en la oreja la hizo alzar la mirada hacia el espejo y encontrarse con esa pícara mirada llena de deseo. Solo entonces empezó a moverse.

Era jodidamente caliente ver su rostro transfigurado por el placer. No se escondía, no se contenía, tenía los labios abiertos y sin duda jadeaba o gruñía. Quizá no pudiese escuchar su voz, pero su expresión era tan clara como para que pudiese imaginársela y reproducirla en su mente.

El movimiento de sus embates empujaba sus pechos sobre la superficie del mueble, raspando sus pezones de una manera que la estaba volviendo loca. Notaba como los dedos se le clavaban en las caderas, su sexo empalado con su polla con cada nuevo golpe. Sabía que estaba gimiendo porque a duras penas podía mantener la respiración.

Se aferró a su imagen, se enardeció con el rostro masculino en plena entrega, su cuerpo vibraba, su sexo goteaba henchido y ella se sentía repleta, completa y libre, tanto que cuando el orgasmo llegó se dejó ir completamente con él.

Dev se dejó caer contra ella mientras despegaba los dedos de sus caderas y se afirmaba contra el tocador. Con el miembro todavía profundamente enterrado en su interior, los temblores del orgasmo femenino extrayendo las últimas gotas de su propia liberación, se permitió unos segundos para recuperar el aire que esa mujer acababa de arrancarle de los pulmones.

Se movió lo justo para resbalar de su coño y apretó los dientes ante la sensación de abandono que lo sacudió. Descartó aquel hilo emocional y enterró la cara contra el cuello femenino, aspirando su aroma y deslizando los labios de nuevo hacia esa pequeña oreja.

Deslizó la punta de la lengua por detrás, cubriendo el arco que solía sostener la parte exterior del audífono y sintió el inmediato estremecimiento de Ava en respuesta.

No había miedo, solo incomodidad, rechazo ante algo que no quería encontrar placentero, pues aquella parte de su anatomía, en su mente, estaba fuera de los límites.

Esbozó una sonrisa contra esa zona y depositó un beso antes de abandonarla y buscar ahora el rostro de la mujer. La mirada velada, los labios entreabiertos jadeando en busca de aire, la piel completamente transpirada y sonrojada… La besó. Era todo lo que deseaba hacer en esos momentos. La envolvió con los brazos desde atrás y disfrutó de un beso suave, sosegado que contrastaba con la salvaje cabalgada que acababa de acometer.

Ella suspiró en su boca. Su cuerpo se aflojó y giró en sus brazos en busca de calor humano. No deseaba nada más en esos momentos, solo estar piel con piel, recuperar el contacto que parecía haber perdido incluso antes del accidente.

Esto no tenía que ver con sus problemas auditivos, iba más allá, estaba profundamente oculto en su alma.

Rompió el beso y buscó esos ojos castaños. Sus emociones estaban a flor de piel, podía notar cada una de ellas, hilarlas hasta la propia fuente de su existencia y conectarlas con algún suceso particular que hubiese marcado a esa mujer.

Ava tenía claros y oscuros, era contradictoria en ciertas cosas y totalmente definida en otras. Esa había sido su vida, todavía lo era y no sabía ser de otra manera.

Le acunó el rostro con las manos, deslizó los dedos entre su pelo y se lo peinó hacia atrás. Le acarició las orejas, viendo ahora la mueca de incomodidad en sus labios y en sus ojos, pero no un claro rechazo.

Se inclinó y le besó la oreja de nuevo. Esta vez hizo que se encogiera, pero el estremecimiento que recorrió su cuerpo no fue de miedo, sino una reacción física a un estímulo; las cosquillas. Aquella era una zona sensible al tacto ya de por sí, pero además contaba con un extra y estaba más que dispuesto a explotarlo.

Le levantó la barbilla con un dedo y gesticuló con la cabeza hacia la cama.

Cogió las manos que todavía reposaban alrededor de su cintura y, tras besar una y la otra, tiró de ella hacia el lecho.

Los ojos castaños se suavizaron, los hinchados labios se curvaron en una dulce sonrisa mientras se dejaba guiar por él.

Paz. Alivio. Necesidad. Deseo. Compañía.

Cada latido parecía marcar una emoción, una sensación, un anhelo y con cada uno de

ellos, sentía también las líneas de su mano pulsando en respuesta. Ciñó los dedos femeninos marcados por el pacto. Era una marca que si bien ella no podía ver físicamente, tenía que sentirla de alguna manera pues también bajó la mirada sobre ellos.

Ava enlazó los dedos con los suyos. Necesitaba esa seguridad, esa clase de contacto por encima de la lujuria ahora mismo, sobre todo porque esta había sido aplacada por su naturaleza demoniaca.

Sus bocas se encontraron a mitad de camino. No hubo necesidad de decir nada con palabras, ahora mismo eran uno solo, no tenían que escucharse el uno al otro, pues sabían lo que ambos deseaban. La besó, la dejó buscar en él lo que deseaba y se lo dio, pasó de ser el que exigía a ser el que daba y lo hizo con gusto.

Sonrió cuando ella deslizó las manos sobre su pecho desnudo y pretendió empujarlo contra la cama. Obediente se dejó hacer, riendo cuando se le subió encima a ahorcajadas cual amazona y le plantó un mordisco en la oreja con una cara que decía claramente:

«¿QUÉ? ¿TE GUSTA?».

Devon se echó a reír a carcajadas, la ciñó contra sí e intercambió los lugares dejándola a ella debajo de él, el lugar que más le gustaba, con una clara mirada en sus ojos que decía:

«MEJOR ASÍ».

Su respuesta fue rodearle el cuello con los brazos y atraerlo para mordisquearle los labios e introducir la lengua en su boca con un suspiro de satisfacción. Los dedos femeninos se dedicaron a acariciarle los hombros, a resbalar por su pelo y descender por su pecho. Su boca siguió degustando la suya con languidez, arqueó la pelvis contra él en una abierta invitación y le dio voz con una sensual mirada y el pellizco de su labio inferior.

«¿A QUÉ ESTÁS ESPERANDO?».

Su polla ya estaba de nuevo lista para un nuevo round. Parecía incapaz de mantenerse en reposo alrededor de esa mujer, lo cual era toda una proeza en sí misma. Así que no se hizo de rogar, se abrió paso entre sus piernas y se hundió una vez más en ella.

Esta vez se dio el lujo de tomárselo con calma, de saborear cada gemido que escapaba de la boca femenina, cada palabra ahogada, cada profunda embestida que daba en su dispuesto cuerpo. Se dejó mimar y acariciar, disfrutó de la suavidad y la ternura que Ava derramaba sobre él. Ella no exigía, solo entregaba y disfrutaba haciéndolo. La encendía, en realidad.

Ella lo acompasó en cada movimiento, envolviéndose alrededor de su cintura, entregándose totalmente al tranquilo placer que no por ello resultaba menos ardiente. Se retorció en sus brazos, suplicó por más aunque estaba seguro de que ni siquiera se daba cuenta de que lo estaba haciendo. Y cuando el deseo se hizo demasiado insoportable, cuando el placer lo inundó todo, gritó su liberación con la misma intensidad de antes, apretándole la polla hasta el punto de catapultarle a la suya propia.

Dev compartió la inesperada y anhelada intimidad que ella deseaba y la encontró tan satisfactoria como el anterior polvo contra el mueble.

Todavía jadeando, con el cuerpo traspirando de sudor y su chorreante sexo acogiendo su miembro, Ava tuvo la energía suficiente para encontrar su boca y obsequiarle con un profundo y lánguido beso antes de caer rendida.

Tras salir de ella y cubrirlos a ambos con una sábana, se dio el lujo de contemplarla en su descanso. Le apartó el pelo de la oreja y se la acarició con el dedo. Hasta este momento, esa caricia la habría estremecido incluso estando dormida, pero el cansado suspiro que emergió de sus labios fue toda la respuesta que obtuvo al respecto.

—El silencio nunca te tendrá, Ava —le susurró al oído—. Te lo prometo. Nunca te tendrá.

Como si hubiese escuchado sus palabras o las comprendiese, su dulce y cariñosa amante se acurrucó contra él y sonrió en sueños.

CAPÍTULO 22

Los primeros rayos de sol habían tocado ya la tierra en algún lado pensó Devon contemplando a la agotada hembra acostada boca abajo sobre la cama. Podía sentir como los vínculos del *Pacto* se deshacían y la marca abandonaba la mano femenina.

Ava era pura luz. Esa generosa muñequita se había entregado a su cuidado, había dejado a un lado sus miedos y aprendido a llenar el agobiante silencio con sus pensamientos, su deseo y presencia. No la había dejado descansar. Cada vez que la había visto vacilar, la había empujado y ella le había respondido al momento.

Estaba saciado como no recordaba haberlo estado jamás. Se sentía sereno, sus emociones estaban en calma a pesar de que seguía sin sus guantes. Y todo por ella.

Sacudió la cabeza alejando los peregrinos pensamientos que empezaban a poblarla y agitó la mano para devolver las prótesis auditivas a sus oídos. Le apartó el pelo del rostro y le acarició la mejilla. No quería despertarla, se merecía un buen descanso después de la noche de excesos que habían tenido.

Se aseguró de que estaba bien y de que no notase muchas molestias tras sus juegos. La envolvió con su poder, reforzándola y procurándole un sueño tranquilo y reparador antes de abandonar el dormitorio para deambular por la casa.

Su hogar era importante para ella. Se había convertido en su refugio durante todos estos meses y sabía que después de la incursión de ese imbécil la mañana anterior, su seguridad se había visto quebrantada.

Tenía que asegurarse de que nadie trajese de nuevo sombras al hogar de *su mujer*.

Dev se quedó congelado en el acto.

Ava no era su mujer; era su cliente.

No era sabio reclamar a una hembra comprometida con la *Agencia Demonía*, solo tenía que mirar a sus camaradas de la oficina central para darse cuenta de la malísima idea que era.

Despachó rápidamente la idea de su mente, comprobó una vez más el equilibrio emocional de la casa y añadió unas cuantas salvaguardas más antes de pasar a la siguiente cosa en la lista de esa mañana.

Hoy tenía que pasarse por la oficina. Si bien había dejado todo listo para poder disponer de estos días, siempre surgía alguna cosa que debía tratar en persona. Por otro lado, era consciente de que tenía que darle a Ava el espacio necesario para que tomase las riendas de su propia vida. Ella debía poder procesar y lidiar con cada una de las cosas que le habían pasado hasta el momento, era necesario para su crecimiento tanto emocional como personal.

Con la agenda del día ya en mente, con unas cuantas horas libres todavía por delante, comprobó una vez más a su amante y por fin dejó el piso.

CAPÍTULO 23

Ava suspiró mientras se tomaba su primer café del día. Necesitaba espabilarse, su cerebro estaba todavía lo bastante embotado como para no conseguir hilar un pensamiento coherente. La noche había sido lo bastante intensa como para que su cuerpo la recordase a la perfección, lo que le daba una idea de los excesos a los que lo había sometido, pero su mente seguía licuada.

Echó un vistazo a la nota que Devon le había dejado sobre la barra americana. Presidía la bandeja con la taza para el café recién hecho que olió nada más abrir la puerta del dormitorio. El glaseado de chocolate de los bollos que acompañaban al zumo de naranja parecía hacerle ojitos y despertó en el acto su adormecido estómago.

«Buenos días, Ava.

Me disculpo por no darte los buenos días apropiadamente, pero dormías tan profundamente que no quise molestarte.

Me han llamado de la empresa con carácter urgente, así que me perderás de vista durante el resto del día.

Te llamaré.

Dev».

Una nota.

Él había tenido tiempo para escribirle un par de frases. Se había molestado en darle una explicación, algo que ni esperaba ni había recibido jamás de un amante. Una consideración que no sabía cómo tomarse.

En realidad, todavía intentaba entender qué demonios había pasado la noche anterior. Y no se refería al glorioso sexo del que había disfrutado, sino a todo lo demás.

¿Cómo se había mostrado así de vulnerable ante él? ¿Por qué había confiado ciegamente en alguien a quien apenas conocía?

Sí. Bien. No era la primera vez que se iba a la cama con un tipo al que acababa de conocer. Él no era su primer polvo de una noche, pero sí era el primero al que se había abierto en canal de aquella manera.

Se había mostrado vulnerable ante Dev de una manera que no lo había hecho ante nadie más; ni siquiera ante Kenzie. Le permitió verla, verla de verdad y esperó su lástima, pena incluso, pero solo recibió tranquila aceptación y comprensión. Él no la juzgó, no hizo que se sintiese incómoda o avergonzada por sus carencias, más bien todo lo contrario.

Deslizó un dedo por detrás de la oreja comprobando que el dispositivo auditivo seguía en su lugar. Bajó la mano y se la quedó mirando sin entender el motivo. Era como si esperase encontrar algo, como si allí radicase la respuesta al inquieto nerviosismo que vibraba en su interior.

—El sexo te ha fundido las neuronas, Ava, es eso. —Le dio otro sorbo a la amarga bebida que tenía en la mano y suspiró.

Había sido un amante pasional y generoso. No se contuvo en ningún momento y eso hizo que ella misma se entregase por completo a sus juegos, a la pasión y la lujuria que latía en sus venas. Lo había disfrutado y no la avergonzaba admitirlo. Era una mujer adulta, con necesidades y él las había cubierto todas

Se fijó en el logotipo y las señas presentes en la esquina del papel; pertenecía a su empresa.

Repasó una vez más el puñado de líneas escritas con letra pulcra y elegante en la nota que seguía junto a la cafetera y frunció el ceño al releer la primera frase.

«Me disculpo por no darte los buenos días apropiadamente, pero dormías tan profundamente que no quise molestarte».

Lo había intentado, pensó recordando vagamente haber escuchado su voz esa mañana. Juraría que llegó a hablarle al oído, pero lo más probable era que le hubiese respondido cualquier cosa antes de dar media vuelta y seguir durmiendo. Sí, ella era de esas personas con las que podías tener una conversación mientras estaba adormilada y no recordar absolutamente nada al despertar.

«Te llamaré».

Aquellas dos palabras era sin duda la frase más trillada de la historia. Podía verle perfectamente diciendo esas palabras con voz profunda, grave y la mirada fija en ella. Un escalofrío de placer le bajó por la columna y la hizo apretar los muslos involuntariamente.

Sacudió la cabeza, se tomó un buen sorbo de café y dejó la taza sobre la encimera.

Echó un vistazo en dirección al microondas e hizo una mueca al ver la hora.

Hoy sí que podía decir que se le habían pegado las sábanas.

Eran casi las doce de la mañana, lo que le dejaba por delante menos de dos horas para tomar una decisión.

—Es lunes, te has levantado tarde a causa de la maratón sexual de anoche y ni siquiera has encendido el ordenador —chasqueó la lengua y resopló—. Y él se ha largado, así que espabílate.

Sacudió la cabeza y se desperezó. Ni siquiera se había vestido, había ido directamente de la cama al baño para hacer sus necesidades y de ahí a la cocina en busca de un chute de cafeína.

—Lunes… lunes… lunes… —empezó a repetir como una letanía—. Lunes… Enviar las cartas traducidas a la del correo electrónico impronunciable. El presupuesto para la traducción del dosier que solicitó esa empresa. Y ese ya lo tengo listo, solo hay que mandarlo. Terminar la dichosa traducción de ayer… Y… y… ¿Qué más?

Frunció el ceño, giró sobre los talones y echó un vistazo al calendario al otro lado de la habitación. Desde aquella distancia no distinguía lo que ponía, pero solo necesitaba ver el enorme círculo de color verde que marcaba el día para saber qué indicaba.

—La revisión de los audífonos… —mencionó asintiendo con la cabeza—. Sí. Que no se me olvide. Ahora solo tengo que…

El sonido del timbre rompió el silencio de la casa y la sacó al momento de sus pensamientos, haciendo que saltase.

—Oh, por Dios… —Se llevó una mano al pecho, notando bajo la palma el corazón acelerado—. ¿Es que vamos a empezar de nuevo con el timbre?

Resopló y cruzó el pasillo mientras este volvía a sonar repetidas veces.

Aquella insistencia era una marca reconocida. Solo había una persona que fundiese el timbre de esa manera.

—¡Ya voy! —alzó la voz y soltó un resoplido mientras abría la puerta—. Saca ya el dedo del jodido timbre, Kenzie.

—Buenos días a ti también, *ratona* —la saludó la recién llegada, quién no dudó en recorrerla con la mirada y entrar en casa—. ¿Qué haces todavía en pijama? ¿Se te han pegado las sábanas?

—Algo así —mencionó cerrando la puerta detrás de ella—. ¿Quieres un café? Todavía está caliente.

—Te acepto el café —asintió dirigiéndose ya hacia la cocina—. Pero deja, ya me lo preparo yo. Tú lávate la cara, aséate y vístete. Necesito que estés despejada para hablar sobre lo que vamos a hacer con esa comadreja.

La visita de su ex había hecho que llamase de inmediato a su amiga para ponerla al tanto de lo ocurrido, así que no le sorprendía que Kenzie se hubiese presentado hoy en su casa para discutir las acciones legales a seguir.

—Yo votaría por meterle un cohete por el culo y prender la mecha…

—Tentador, cariño, pero no creo que podamos encontrar ningún cohete que encaje en ese agujero —replicó ella con un suspiro—. Tiene el culo demasiado apretado.

Ava sonrió y dejó escapar una risita al escuchar la pena en la voz de su amiga y abogada.

—Si hay alguien capaz de arreglar un mal lunes, esa eres tú —le dijo inclinándose sobre ella para darle un sonoro beso en la mejilla—. Voy a asearme.

—Cinco minutos —le dijo cogiendo una taza para servirse café—, tengo prisa.

—Sí, señora —le dedicó un saludo militar con la mano y le dio la espalda. No había llegado ni a cruzar el umbral cuando escuchó.

—¡Alto ahí! —Se volvió en su dirección y la vio con la nota en la mano—. ¿Qué me he perdido?

Se encogió de hombros.

—Sexo del bueno, una polla de escándalo y… eso —Señaló la cafetera y los bollos—. Cortesía del señor Devon Sheffield, agente de la *Agencia Demonía*.

La chica miró una vez más la nota y entonces la recorrió a ella con la mirada.

—Ahora entiendo… Esto. —La señaló entera con un gesto del dedo—. No es que se te hayan pegado las sábanas, es que te han follado a base de bien.

—Ni te lo imaginas.

—No sé si te odio o te envidio —admitió con gesto divertido, entonces sacudió la nota—. ¿Y te deja una nota de disculpa por largarse? Estoy atónita.

—Si solo fueses tú… —admitió con un mohín, entonces se encogió de hombros—. Dev es… Particular.

—¿Particular? —Señaló de nuevo el papel con el dedo—. Amor, estas cosas están en peligro de extinción. La última vez que me acosté con un tío, se largó antes de que me despertara y me dejó la nevera vacía. Y no dejó ninguna nota de agradecimiento por llenarle la despensa —aseguró con un bufido y volvió a mirar la nota—. *«Te llamaré»*. Uf. No hay frase más cabrona que esta. Ni se te ocurra pasar el día pendiente del teléfono. Apágalo. Tíralo a la basura.

—Claro. Y tú me comprarás uno nuevo, ¿no?

—Vale. No lo tires, pero nada de hacerse ilusiones, esta frase es demoledora.

Puso los ojos en blanco.

—Kenzie, tengo demasiado trabajo pendiente como para preocuparme por el polvo de una noche —aseguró y señaló el ordenador relegado a una esquina—. Eso es lo que me paga las facturas…

—Ya sabes que si necesitas un préstamo…

Chasqueó la lengua.

—Todavía no vivo debajo de un puente, pero si llego a ese extremo, iré a llorar a tu puerta.

Su amiga se rio, le echó un nuevo vistazo a la nota y arrastró la uña sobre el logotipo en la esquina.

—*Priya Holding* —pronunció el nombre impreso—. Te estás cepillando a uno de los empresarios más esquivos del panorama nacional, ¿lo sabes, no?

Ava frunció el ceño ante ese comentario. Había sido la propia Kenzie quién le había dicho quién era el tipo, algo que ambas habían corroborado en el dosier que Dev le había entregado.

—¿Qué quieres decir?

Dejó el papel sobre la encimera y la miró.

—Es una de las sociedades financieras más potentes de su sector ahora mismo —admitió —. Tengo clientes que han trabajado o colaborado con ellos y es, con diferencia, una de las mejores experiencias que han tenido en el terreno laboral. Su presidente no es alguien que se prodigue mucho con la prensa o en eventos sociales y parece que es bastante hermético con respecto a su vida privada… —Se volvió una vez más hacia ella—. ¿Estamos seguras de que es quién dice ser?

—Dado que tengo un dosier completo con sus credenciales y sí, figura como propietario de esa empresa, yo diría que sí —admitió con sencillez—. A mí también me sorprendió el hecho de que un hombre de su posición trabaje para… una agencia de acompañantes. De hecho se lo comenté. Fue sincero con sus respuestas y no ha ocultado su identidad en ningún momento.

Ella asintió y se quedó pensativa.

—Desde que Astrid me habló sobre la *Agencia Demonía*, siempre tuve curiosidad por saber cómo serían sus agentes —mencionó—. Pero nunca se me ocurrió pensar que podrían estar delante de tus narices sin saberlo siquiera… Joder, es como tener a *Superman* al lado y verlo tan solo como el gilipollas de *Clark Kent*.

Y aquella tenía que ser la comparación más absurda del mundo.

—Vaaaale —respondió Ava alargando la palabra—. Será mejor que te tomes ese café antes de que empieces a verme a mí como *Lois Lane*.

Su amiga se rio entre dientes.

—Tienes razón, mis neuronas necesitan cafeína —admitió ella sirviéndose esa taza prometida y la levantó a modo de brindis—. Venga, deja el aseo para después, sírvete otro tú también y empieza a contarme todo del tío que te ha dejado hecha unos zorros a base de polvos.

—Pero mira que eres bruta.

—Sí, sí. Tú mírate bien al espejo, guapa —le soltó y le sopló un beso—. Solo se salvan esos bonitos y brillantes ojos satisfechos. Por Dios… Que envía te tengo. Yo quiero un polvo de esos.

Ava puso los ojos en blanco.

—Pues manda ese maldito formulario y diles que vas recomendada de mi parte.

Su amiga se echó a reír a carcajadas.

—No me lo digas dos veces, *ratona*, no me lo digas dos veces —replicó risueña—. Sería la excusa perfecta para pedirle vacaciones a mi jefe.

—¿Sigue tan impertinente como de costumbre? —preguntó recuperando su taza de café para darle un nuevo sorbo.

La mueca que curvó sus labios fue suficiente respuesta.

—En ocasiones me recuerda a tu madre, solo que con polla.

Aquello hizo que escupiese el café que acababa de tomar.

—Joder, Kenzie…

—Y de la *Madre de Dragones*, ¿has sabido algo de ella últimamente?

Su amiga había apodado a Caroline Wilkinson, su progenitora, como una de las protagonistas de una conocida serie de televisión. Decía que era igualita a ella y que no necesitaba dragones, pues ya espía fuego solita.

—El jueves por la mañana me hizo una videollamada. —Hizo una mueca ante el recuerdo —. ¿Te la resumo? Primero me saludó. Acto seguido me echó en cara que no la hubiese llamado yo antes. Volvió con sus insinuaciones de que estaría mejor en casa, con ellos, que así no tendría que gastar mis ahorros. Me habló del hijo de no sé qué vecina, que había vuelto de Alemania y que estaba muy bien colocado en una empresa farmacéutica. Y remató con el típico comentario hacia mi peso y mi tripa, que me veía más gorda y que debería pensar en apuntarme al gimnasio o hacer dieta. —Hizo una pausa y sacudió la cabeza—. Y después se puso mi padre ante la pantalla, gritándome y gesticulando como si además de perder el oído hubiese perdido también el intelecto. Oh, y esto te va a encantar. Me dijo si no te estaría pagando mucho para lo poco que haces y que era mejor que cambiase de abogado si quería quitarle a ese desgraciado hasta la camisa.

—Al menos tu padre y yo coincidimos en algo, en que esa ameba se merece perder hasta el pelo —replicó su amiga con un mohín—. No puedo creer que haya tenido la desfachatez de presentarse ante tu casa con semejante acuerdo. ¿Pero quién se cree que es? Tú fuiste la que perdió algo en ese accidente, no él. Por el amor de Dios. Si hasta el pobre señor Vermont y su familia están haciendo hasta lo imposible para ayudar. Ese cabrón no se saldrá con la suya.

Cassidy Vermont era el tipo que conducía el vehículo que invadió el carril contrario. El hombre había sufrido un infarto cerebral al volante. Un tipo joven, de poco más de cincuenta años, se había sentido mal y perdido el conocimiento antes de poder detenerse a un lado de la calzada. Las secuelas que le habían quedado a raíz de ello eran lo bastante graves como para que le quedase por delante una larga lucha. Pero incluso así, su preocupación por el accidente, por lo que le había pasado a los implicados, era tal que no había semana que no la llamase su esposa en su nombre o recibiese un wasap que el hombre se esforzaba en escribir por sí mismo para preguntarle por su salud y su vida.

La vida de Cassidy había cambiado para siempre en ese accidente, al igual que la suya propia, pero él además cargaba con un profundo sentimiento de culpabilidad por haberle hecho daño a otra persona aun cuando no habría podido hacer nada por evitarlo.

Pero Alexander… Él quizá podría haberlo evitado. Si se hubiese concentrado en la carretera y no en gritarle, si hubiese mantenido los ojos en la calzada, si no hubiese pisado el acelerador de manera temeraria solo para asustarla… Si le hubiese hecho caso cuando le rogó que se detuviese a un lado y la dejase bajar del coche…

Sí, el otro vehículo había invadido el carril contrario, pero fue también el exceso de velocidad y la falta de atención el que hizo que el coche en el que ella viajaba acabase muy malparado.

Se encogió al recordar las fotos que había visto del siniestro, al verse una vez más a sí misma en el suelo…

Sacudió la cabeza y se frotó los brazos.

—Voy a ir hasta el final y conseguiré sacarle hasta la camisa. Lo dejaré en calzoncillos y luego se los haré comer —sentenció la chica con rotundidad—. Y me encargaré de que se enfrente a los cargos por conducción temeraria y exceso de velocidad que se le han imputado.

Las marcas de frenazo y las cámaras de seguridad de tráfico de la zona habían dado fe de su exceso de velocidad y su manera de conducir justo antes del choque.

—Haz lo que tengas que hacer, pero que se acabe ya todo esto —pidió volviéndose hacia ella—. Porque si vuelvo a verlo en la puerta de mi casa, quizá tengas que defenderme por asesinato.

—Cariño, créeme, yo también quiero clavarle un cuchillo en los huevos y rebanarle el pescuezo, pero lo haremos de manera que ni tú ni yo acabemos en prisión, ¿vale?

No pudo evitar esbozar una perezosa sonrisa al escuchar el tono de voz más propio de una madre explicándole algo a un hijo, que de una abogada a su cliente.

—Vale —aceptó con un profundo suspiro.

Ella asintió en respuesta y añadió.

—Bueno, pues ahora que ya hemos llegado a un acuerdo sobre esto, háblame de ese polvazo —ronroneó y se inclinó ante ella—. ¿Qué tal la usa?

Ava se llevó la taza de café a los labios y murmuró antes de darle un sorbo al brebaje:

—Como un profesional.

Su amiga se echó a reír a carcajadas y ella no pudo hacer otra cosa que sonreír también.

CAPÍTULO 24

Esa misma tarde…

—Estaremos en contacto, Sheffield. —El apretón de manos dijo tanto como la mirada soslayada que le dedicó a la mujer que permanecía de pie a su lado—. Buenos días.

La puerta de su despacho se cerró con fuerza dejándole una vez más a solas con ella.

—Viejo misógino.

Aquellas eran las primeras palabras sinceras que emergían de su boca, unas acordes a las emociones que habían dominado a la mujer durante toda la mañana.

Ladeó la cabeza lo justo para encontrarse con el rostro serio, los labios rojos apretados en una fina línea y un claro brillo de disgusto en los ojos azules. Su postura había perdido un poco de la tensión que había mantenido en los últimos minutos, pero esa seguía presente en sus emociones.

Karen Bloch era el motivo por el que había acudido a la empresa. Ella era su gerente, la mujer que se encargaba de que todo marchase sobre ruedas cada vez que tenía que ausentarse y también una de las pocas personas que sabían quién y qué se encontraba realmente bajo el caro traje ejecutivo que vestía esa mañana.

La menuda morena de curvas generosas y rostro angelical era una trabajadora incansable, una mujer eficiente y responsable que se tomaba su labor en *Priya Holding* muy en serio. Tenía experiencia en el sector, había trabajado anteriormente como asistente de dirección para otras compañías y estaba acostumbrada a lidiar con todo tipo de clientes, pero el tipo que acababa de atravesar la puerta la sacaba de sus casillas.

Sir Frederick Holter era un hombre atado a su patrimonio y al pasado de este. Seguía anclado a las viejas costumbres, vivía en un mundo totalmente patriarcal y su concepto sobre las mujeres era igual de antiguo. El anciano se negaba a tratar asuntos de negocios con una mujer, sobre todo con una que tenía las agallas de responderle y ponerle en su sitio. Su primer encuentro había sido suficiente para que se negase a repetir la experiencia, así que cada vez que concertaba una cita, exigía que fuese Devon el que lo atendiese en persona y no su apoderada.

—Míralo de este modo, si las cosas salen como deben, no tendrás que volver a verle por aquí —mencionó dirigiéndose a su escritorio para repasar una vez más la agenda de la semana y comprobar que podía ausentarse sin nuevos dramas—. ¿Tenemos alguna cosa más para hoy o puedo irme ya?

Ella respiró hondo, tiró de la chaqueta sastre de su traje y caminó sobre sus altos tacones hacia la mesa.

—Cancelé todos los compromisos que tenía para esta semana tal y como me pidió —le recordó y casi le pilla los dedos al cerrar la tapa del ordenador sin previo aviso—. Si no fuese por el Sr. Pedante y sus exigencias irracionales, podría haber disfrutado de su día de asueto. Aproveche para irse ahora, antes de que alguien más aparezca por esa puerta exigiendo su presencia.

Sonrió de soslayo ante la manera en la que pronunció aquellas palabras.

—¿Estás segura? Puedo quedarme un poco más si hace falta.

Ella chasqueó la lengua como solía hacerlo y se enderezó.

—Mientras no aparezca otro gilipollas dispuesto a hablar solo con alguien que tenga una polla entre las piernas, estaré bien —declaró con rotundidad.

Él dejó escapar una breve risa.

—Espero que no le hablaras de esa manera a Sir Holter.

—¿Y provocarle un infarto? —replicó ella poniéndolo los ojos en blanco—. A sus ojos habría pasado de ser una «simple mujer» para convertirme en una «homicida» o vaya usted a saber. —Negó con la cabeza—. ¿Y la mala prensa que caería sobre nosotros? No, gracias. Prefiero morderme la lengua y evitarle un escándalo de proporciones épicas a decirle algo a un anciano que podría mandarlo a la tumba solo por la impresión.

La carcajada que salió de su garganta reverberó en la sala.

—Me habría ocupado de ocultar el cadáver, cariño —le dijo dedicándole un guiño—. Nadie se habría enterado jamás de tu… falta de tacto.

Ella sacudió la cabeza y lo apuntó con el dedo.

—Deje sus «cariño» para las mujeres con las que trata fuera del horario laboral, jefe —resopló ella, entonces se llevó las manos a las caderas—. Eso me recuerda… Tiene reservada una mesa en el *Goodman* a las ocho tal y como me pidió. Procure ser puntual.

—Siempre soy puntual.

Karen se miró la muñeca e hizo una mueca.

—Estaba convencido de que solo iba a llevarle unas cuantas horas la reunión con *Sir Pedante* y ha tenido que comer incluso con él —chasqueó ella llevándose las manos a las caderas —. Su… cliente podría tener algo que decir al respecto.

—Le dejé una nota.

Karen enarcó una ceja ante su pobre respuesta.

—Señor, dame paciencia —musitó para sí misma—. Le aconsejo que compre un ramo de flores de camino, jefe. Dios sabe que los hombres, sean de la raza que sean, son incapaces de expresarse por escrito.

—Eso ha sido un golpe bajo, querida. —No pudo evitar hacer una mueca ante su réplica.

—De acuerdo, reformularé mi respuesta y lo dejaré en *«la mayoría de los hombres»* —replicó con ironía.

Dev enarcó una ceja, pero no dijo nada más.

Karen estaba al corriente de su *«otro trabajo»*.

Conocía la Agencia, aunque no de la manera en que lo haría una mujer que había estado bajo la influencia del programa. Ella había llegado a las oficinas como un «aviso» para Jacob Rocher, uno de los agentes de su círculo, pero al final acabó convirtiéndose en algo que los implicó a todos; Nadie lanzaba una mujer humana torturada y moribunda a los pies de la agencia sin entrar en conflicto directo con todos ellos.

Aquello había ocurrido hacía ya dos años. En un principio habían barajado la posibilidad de borrarle la memoria, de hacerla olvidar el horror por el que pasó, pero eso implicaría robarle a la chica un pedazo de su vida, el que la había llevado a traspasar el velo del mundo sobrenatural y reconocer que en el mundo había cosas mucho peores que un psicópata.

Dev había trabajado con ella para ayudarla a dejar atrás las pesadillas, para aliviar sus temores e impedir que su mente se fragmentase y entonces le había dado un lugar en la empresa. Sabía que necesitaba cierta estabilidad y una rutina, así que mientras la agencia se ocupó de lo primero, él le había ofrecido lo segundo.

Y bendita fuese, porque gracias a sus conocimientos y su buen hacer, podía darse el lujo

de abandonar aquella oficina durante los días en los que se empleaba como agente.

—*Sir Pedante* —repitió lo mencionado por la chica y se levantó—. Sí, quedémonos con el nombre.

—Hecho —contestó con un asentimiento de cabeza y señaló la puerta al mismo tiempo—. Ahora haga el favor de largarse. Llame a su cliente tan pronto como deje la oficina y acuérdese de las flores. O mejor aún, déjelo. Se las enviaré directamente al restaurante para que las entreguen en su nombre.

—Eres la mejor secretaria del mundo —mencionó rodeando la mesa e inclinándose sobre ella, la besó en la mejilla.

—Deje de hacer eso, *joder* —siseó, fulminándolo con la mirada—. Es peor que un niño.

Se rio entre dientes.

—Ya veo que no has perdido tu buen humor —admitió. Recogió el guardapolvo del perchero y se lo puso con un movimiento fluido—. Si pasa alguna cosa… avísame, ¿vale?

Ella resopló.

—Le avisaré cuando la empresa arda en llamas, no se preocupe —le soltó, entonces le dio la espalda y empezó a recoger su mesa, dejándola impoluta.

Decidió no decir nada más al respecto y salió por la puerta, listo para dejar atrás su labor como *CEO* de *Priya Holding* y volver al papel de *Agente Demonía.*

Sacó el teléfono del bolsillo interior de la chaqueta del traje dispuesto a marcar el número de Ava. Apenas había tocado la pantalla cuando este empezó a sonar y reconoció el número de la última persona a la que tenía ganas de escuchar.

Cortó la llamada, pero a los pocos segundos volvió a entrar de nuevo y se obligó a responder.

—¿Qué parte de *«no estoy disponible»* no has entendido? —No hubo saludos, ni tampoco suavidad en su voz.

Un resoplido femenino inundó la línea.

—Agradece que te llamo por teléfono y no te taladro la cabeza con mis gritos —replicó la voz femenina del otro lado de la línea. *Como si tuviera permiso para eso,* pensó irritado—. ¿Estás solo? Tenemos que hablar.

—Estoy dejando la empresa para volver con mi cliente…

—¿Todavía sigues con ese nuevo pasatiempo? —se interesó, pero ambos sabían que solo era una manera de tantear el terreno—. ¿Es otra de las *niñas humanas* de la agencia?

No dejaba de ser curioso que llamase «niñas» a las mujeres humanas cuando su apariencia no era mucho mayor que la de Ava. Pero al contrario que la chica, Nessa era un súcubo, con lo que su edad no podía ser comparada a la de una humana.

Dejó sin responder la pregunta que le acababa de hacer, en realidad estaba a punto de colgarle y dar por terminada la interrupción cuando añadió:

—Devon. Sabes que no te incordiaría si no fuese por algo importante —insistió con un resoplido—. Es por la *Noche de Walpurgis*. El Senex ya ha nombrado a los sacrificios y a los cazadores. Ese hijo de puta me ha elegido como la puñetera doncella.

—Pues enhorabuena.

—¡No me jodas! —Apartó el teléfono de la oreja cuando el grito femenino casi lo deja sordo—. Esto es serio. Como uno de los machos sin aparear tendrás que participar del ritual, serás uno de los cazadores…

—Soy mestizo, ¿recuerdas? —le recordó con un tono meloso—. A ojos de tu precioso clan no soy lo bastante puro para tomar parte de sus decisiones, por lo tanto, tampoco lo soy para

participar de sus tradiciones…

—Quizá es que no me he explicado bien, *hermoso* —resopló una vez más—. *Estás* en la puñetera lista. Te han *marcado* para el rito.

Sintió tal ganas de reírse que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo de contención.

—¿El Senex se ha quedado sin candidatos para las celebraciones o es que ha habido una plaga entre los machos y nadie ha tenido el detalle de decírmelo? —contestó con total ironía—. No, gracias. No tengo la menor intención de hacer de semental para la tribu…

—Si te niegas al rito, te expulsarán…

—¿Otra vez? —Se burló—. No estoy muy seguro de que se pueda expulsar a alguien de un lugar del que ya ha sido expulsado. Y el cielo sabe que no tengo la más mínima intención de volver a adherirme para que puedan volver a hacerlo.

—A la mierda con la expulsión —siseó ella a través de la línea—. Sabes tan bien como yo que una vez marcado, no hay forma de eludir la marca. Participes o no en la ceremonia, el rito te afectará de igual manera. La tierra llama a la sangre, te llamará, nos llamará a todos y reclamará a sus marcados para que hagan lo que deben… Es una fiesta de fertilidad y nosotros somos demonios sexuales.

—Te olvidas de que soy medio *empathis*, Nessa.

—Dev, sé mejor que nadie lo que eres y por eso te estoy llamando, pedazo burro —siseó ella—. No se puede eludir la marca. Tendrás que participar del puñetero rito. Y te conozco lo bastante bien como para saber que querrás la garganta del Senex después de eso… Así que échame un cable y échatelo a ti mismo; Sé mi cazador.

—¿Has vuelto a fregar toda la casa con ese producto de limpieza sin usar mascarilla? —preguntó, pues solo colocada podría hacer ese tipo de sugerencias—. La última vez estuviste cantando a voz en grito y en pelotas desde el balcón.

—¡Tu puta madre, Dev!

—Le diré que te has acordado de ella.

Un nuevo chillido del otro lado de la línea lo hizo apartar de nuevo el teléfono.

—¡Estoy hablando muy en serio, pedazo de cabrón! —siseó una vez más—. Estamos jodidos. ¿Te parece que tengo ganas de participar en el mismo jodido ritual en el que estarán un puñado de machos no apareados más salidos que el pico de una montaña? Ya sabes lo que significa ser la puta doncella de *Walpurgis*, al menos los sacrificios tienen opción de elegir, pero la doncella… Solo se aparea con el cazador más fuerte.

—¿Y?

—Que necesito que participes, joder.

—No.

—No seas rata.

—Creo que no hay ninguna rata en mi árbol genealógico, aunque se lo preguntaré a mis padres por si acaso —mencionó casi con aburrimiento.

—Pensé que eras mi amigo, *mi hermano*.

Precisamente porque era ambas cosas, no iba a participar del maldito ritual y mucho menos con ella como la doncella elegida. Habían crecido juntos, se habían acostado un puñado de veces e incluso compartido algún amante. Se conocían muy bien, lo bastante para saber que ninguno de los dos deseaba esa noche, que no eran la pareja que deseaban de manera permanente y que ambos eran demasiado importantes el uno para el otro como para estropear su amistad con los resultados que podían surgir de la *Noche de Walpurgis.*

—Soy tu amigo y tu hermano, motivo por el cual no voy a participar de la cacería —

declaró muy serio. Se tomó unos segundos para pensar y finalmente añadió—. Pero te conseguiré un cazador a la altura de tus expectativas.

—Sí, claro. Y un ramo de flores, también, ya de paso. No me jodas.

Puso los ojos en blanco.

—Nessa, en serio, no sé si es que has esnifado algo o todo el tema de la cacería te ha volatilizado el cerebro —aseguró con un resoplido—. Eres la historiadora de la tribu, una biblioteca andante, tú me hablaste de *él* en la última cacería…

La retahíla de insultos que recorrió la línea iban dirigidos a ella misma, ya que todos eran en género femenino.

—Bien, veo que ya lo has pillado —mencionó casi aburrido, deslizando la mirada hacia el lugar por el que se había marchado Ava tan solo unos minutos antes. Su acompañante estaba a punto de volver—. Cuenta con el *Cazador Fantasma* entre los contendientes… Lo reconocerás nada más olerlo… Te lo aseguro.

—Pero ¿quién…?

—Adiós. —No la dejó ni terminar. Colgó la llamada y se quedó mirando el teléfono—. Señor, lo que tiene que hacer uno.

Buscó rápidamente en su agenda y marcó el número que necesitaba sabiendo incluso antes de que formulara la pregunta la respuesta que iba a recibir.

—Soy yo… necesito que me hagas un favor.

CAPÍTULO 25

Ava tecleó un par de palabras y se llevó una cucharada de arroz a la boca. Masticaba con cuidado mientras repasaba el documento en el que había estado trabajando. Tras la partida de Kenzie se había puesto ante el ordenador, había escogido una *playlist* y con la música de fondo se puso a trabajar.

Le había costado concentrarse, se dispersaba con el vuelo de una mosca y la nota al lado de la cafetera atraía su mirada una y otra vez.

Esta permanecía ahora oculta bajo el portátil, el teléfono todavía en silencio, lo bastante lejos para no caer en la tentación de mirarlo, pero todavía cerca para atenderlo si sonaba.

«Te llamaré».

Kenzie tenía razón. No había frase más jodida que aquella, sobre todo cuando venía de un amante, de un polvo esporádico.

Volvió a concentrarse en la pantalla y en el bol de arroz tres delicias que había calentado. Se lo había preparado con rapidez, buscando algo que no le quitase tiempo y le permitiese seguir trabajando.

Completó un par de líneas más que acompañó con un par de bocados, corroboró que el texto estaba correcto y dejó escapar un aliviado suspiro.

—Y con esto ya estaría —murmuró para sí, aliviada por haberlo terminado ya—. Solo tengo que formatearlo y listo. Una cosa menos y un trabajo terminado…

Guardó una copia en el ordenador y otra en la nube antes de pegarle dos bocados más al arroz, el cual ya se había quedado frío.

Se desperezó y se levantó del taburete haciendo una mueca. Estaba entumecida por el tiempo que había pasado allí sentada.

—Por Dios, parezco una viejecita —gimió mientras se estiraba y caminaba para recuperar la movilidad.

Volvió sobre la barra americana para empezar a recoger los documentos con los que ya había terminado y el teléfono, que hasta ese momento había permanecido en silencio, empezó a sonar.

Supo incluso de ver el nombre en la pantalla que se trataba de él. En algún momento le había grabado su número y allí estaba, cumpliendo con lo que había escrito en el papel; la estaba llamando.

Se tomó unos segundos antes de conectar el altavoz.

—Hola, preciosa. —El tono de su voz le provocó un breve escalofrío, su cuerpo se entibió al escucharle—. Espero no interrumpir nada importante.

—¿Quién es usted y por qué tiene mi número?

—Buen intento, Ava —replicó con la risa presente en su voz—. Buen intento.

Se dejó caer en el taburete y miró el móvil.

—¿Qué tal tu jornada? ¿Has comido ya? —preguntó él.

Enarcó una ceja ante su interés y no pudo evitar echar un vistazo hacia atrás, al fregadero.

—Mi jornada ha resultado de lo más provechosa gracias a tu ausencia —replicó con una pizca de ironía—. Y la comida, ni te cuento. Un delicioso arroz tres delicias, sacado del congelador y hecho en la sartén. Toda una cocina gourmet, ya ves.

Una sonora carcajada emergió a través del altavoz.

—Ya veo que has tenido una mañana ideal.

—Ideal y productiva —aseguró apoyándose sobre el mostrador—. ¿Qué tal te ha ido a ti? ¿Solucionaste la emergencia empresarial que te salió al paso?

—Habría preferido dejarlo en las capaces manos de mi asistente, pero hacerlo suponía correr el riesgo de que ella le cortase la cabeza… u otra cosa… a nuestro cliente y tener que ayudarla después a deshacerse del cadáver —replicó con un profundo suspiro—. Una larga reunión, una insulsa comida de negocios… Habría preferido acompañarte con ese riquísimo arroz que preparaste en la sartén.

—Una pena que tuvieses que irte tan rápido. —Un claro reproche con el que acabó mordiéndose el labio inferior. Demonios, su boca iba más rápida que su cerebro. Era un pensamiento que no tenía intención de poner en palabras—. Quiero decir…

—No soy de los que deja la cama de su amante nada más salir el sol —la interrumpió con un tono de lo más sexy—. Habría estado más que dispuesto a quedarme a tu lado. Tenía en mente despertarte despacio, con largos y suaves lametones, escucharte ronronear y gemir mientras me daba un festín entre tus…

—Ya he captado la idea —lo cortó sofocada. Se movió sobre el taburete y apretó los muslos al sentir un sordo latido en su sexo. Su voz había descrito la escena de tal manera que prácticamente se había visto allí.

—Si hubiese podido eludir esta reunión, te habría dado eso y mucho más. —Escuchó su risa, suave, erótica y muy masculina—. Intenté comunicártelo… pero dudo de que te enterases de algo de lo que te dije a pesar de tus adormiladas respuestas.

Vale. No se lo había imaginado ni soñado, él había intentado decírselo antes de irse.

—Así que opté por dejarte una nota…

—Y el desayuno listo.

—¿Te gustaron los bollos? —ronroneó.

—¿Siempre haces estas cosas después de pasar la noche en cama ajena?

—¿Qué cosas? —Se hizo el inocente.

—Serás capullo.

—¿Empezamos ya con los insultos? —chasqueó él—. Y yo que estaba planeando llevarte a cenar para compensarte por mi… ausencia.

Echó un fugaz vistazo al ordenador todavía encendido a su lado.

—Es posible que tú hayas terminado ya con tu jornada laboral, pero la mía… todavía tiene para rato.

—No te explotes a ti misma, el trabajo seguirá estando ahí mañana —le dijo con suavidad —. Y lo quieras o no, tendrás que hacer una pausa para cenar…

—Puedo trabajar y cenar al mismo tiempo…

—Por favor, dime que no ha sido esa la manera en la que has comido hoy.

Sí, lo era. Lo cual no distaba mucho de la manera en la que solía comer otras veces. Dejaba el trabajo a un lado, hacía la comida o la cogía de algún táper que hubiese preparado durante la semana, comía a la velocidad de la luz y luego volvía a ponerse delante del ordenador para terminar lo que hubiese estado haciendo.

—La manera en que hago mis comidas no es asunto tuyo.

—Y una mierda que no… —Creyó oírlo farfullar un segundo antes de que le dijese en voz alta—. Tenemos una reserva para las ocho en el *Goodman* de *Canary Wharf*. Reúnete conmigo en la puerta del *holding* a las siete y media. Eso te dará tiempo a terminar con tu jornada laboral.

Miró el reloj en el ordenador e hizo una mueca.

—Si esperas que…

—Y no admito un no por respuesta —sentenció antes de que pudiese poner alguna pega—. Te vendrá bien estirar las piernas. Apuesto a que llevas todo el día sentada en uno de los taburetes de la cocina, con los ojos pegados al ordenador.

—Sí, bueno, ya conoces mi casa —le soltó con retintín—. Mi oficina es el lugar donde puedo plantar el ordenador y sentar el culo. Quizá debiese buscarme un edificio para montar una empresa propia y pasarme el día atendiendo a un cliente que es lo bastante importante como para que no pueda encargarse de él mi asistente.

¿Pero qué demonios le estaba pasando? ¿Por qué había dicho aquello?

Sacudió la cabeza, miró el móvil y sintió la inmediata tentación de cortar la llamada por pura vergüenza.

—Ava, he pasado la mañana atendiendo a un auténtico gilipollas.

—Entonces te habrás sentido en tu salsa.

—Serás bruja… —Se carcajeó, aunque había cierta incredulidad en su voz—. Si lo que necesitas es un espacio *dónde plantar el ordenador y sentar el culo*, puedo hacerte un hueco en mi propia oficina… Sería una buena manera de no perderte de vista.

—Prefiero la barra americana de mi cocina.

Hubo algo parecido a un bufido de risa por su parte, pero continuó.

—Sí, yo también la prefiero —declaró, pero la sensualidad en su voz indicaba claramente que ya no estaban hablando del terreno laboral—. Sobre todo si tú estás sentada encima…

Tragó, incluso sin tenerlo delante, le estaba costando guardar la compostura y mirar hacia el teléfono, como si fuesen sus ojos los que estuviesen mirándola y no ese maldito aparato.

—¿Cenarás conmigo? —preguntó entonces y su voz fue como una caricia—. ¿Por favor?

¿Cómo demonios lo hacía ese hombre? ¿Cómo era capaz de pasar de ser un potencial capullo a un encanto en tan solo un parpadeo?

—Hace tan solo un minuto dijiste que no aceptabas un no por respuesta y ahora me lo pides por favor —resumió en apenas un hilo de voz—. No te entiendo, Dev.

—Tu vida, tus elecciones —le dijo con sencillez—. Por supuesto que deseo que vengas a cenar y estoy tentado a ir a buscarte si no apareces, pero también debo respetar lo que decidas. Estoy para ti, para acompañarte, para guiarte si es necesario, pero tú eres la que tiene la última palabra. Tú eres la que decide.

Se estremeció y su mente recuperó inmediatamente un momento de la pasada noche:

«¿Entregas por propia voluntad tu palabra, tus sentidos y tu cuerpo para ponerlos al amparo de mi voluntad y protección?».

No sabía cómo lo había hecho, si se trataba de alguna clase de hipnosis, de terapia o un juego de algún tipo, pero había confiado en él lo suficiente como para arriesgarse a dar un paso adelante. Se había entregado por completo y lo había disfrutado, no solo el sexo, sino que había disfrutado también de sentirse arropada, cuidada… Sensaciones que no recordaba haber tenido con ningún hombre antes.

—Una cena, nada más —sentenció mirando el teléfono ante ella—. Y si no estás delante de las puertas del complejo empresarial a las siete y media, irás a cenar tú solo.

Cortó la llamada sin darle posibilidad de réplica.

Se quedó unos segundos mirando el teléfono, con el cuerpo en tensión y el corazón latiéndole de manera exagerada en el pecho.

—Solo una cena… —se dijo a sí misma girando en el taburete para arrastrar el ordenador

de nuevo a su posición original—. Y más le vale comportarse esta vez o…

No pudo terminar la frase pues el sonido de un mensaje entrante la interrumpió.

Se inclinó sobre la pantalla, tocó el mensaje y leyó:

«Esta vez tú eliges si las llevas o no».

El rostro de Ava empezó a ponerse del color de los tomates, sus ojos acusaron el brillo de la irritación y la vergüenza, pero un segundo después estaba sonriendo…

—Sin duda eres un salido, Devon Sheffield.

CAPÍTULO 26

Canary Wharf se había convertido en las últimas décadas en uno de los centros financieros más importantes de Londres. Era el lugar ideal para las grandes multinacionales y nuevas empresas que deseaban entrar a formar parte del entramado de las imponentes construcciones de vidrio y acero que dominaban la vista. Los antiguos muelles de Londres, los que albergaron los almacenes de uno de los puertos más importantes de Europa en el siglo dieciocho, eran ahora edificios restaurados con cafés y restaurantes. No dejaba de ser curioso que el lugar que una vez albergó los productos procedentes del *Nuevo Mundo* ahora alojase algunas de las sedes empresariales más conocidas.

Ava echó un vistazo a su alrededor. Acaba de abandonar la estación de metro y había sido como entrar de lleno en otro país, en otra ciudad que distaba mucho del conocido Londres. Con la nota en la mano y la dirección ya introducida en la aplicación de mapas de su teléfono, comprobó que tenía un pequeño paseo de unos cinco minutos hasta la ubicación del edificio de oficinas.

Pasear por esas calles llenas de gente y edificios de cristal era como entrar en otro mundo, si ya de por sí el ritmo londinense era acelerado, por aquella zona y a esas horas de la tarde, se volvía agobiante.

Procuró prestar atención a las indicaciones que se reflejaban en la pantalla y apuró el paso.

Llegaba tarde. En realidad era un milagro que hubiese salido de casa, para empezar. Después de que Dev la llamara, había intentado dedicarle algo de tiempo a su trabajo, pero una vez más sus neuronas habían colisionado quedándose en blanco.

Dado que lo más importante lo había terminado, se concentró en enviar el trabajo concretado y dedicó las horas siguientes a dar vueltas por la casa y prepararse para la cena.

Echó un fugaz vistazo al reflejo de su imagen que le devolvía el reflejo de uno de los acristalados edificios y quedó conforme con su aspecto. Había desechado varias posibles combinaciones y elegido un pantalón negro con una blusa nude y un *blazer* oscuro. Su indumentaria de siempre. Algo sencillo y cómodo.

Comprobó las instrucciones una vez más, evitó chocarse con la gente y continuó hasta llegar al edificio de cristal en cuya fachada podía leerse *Priya Holding*. Levantó la cabeza y miró a su alrededor sintiéndose tragada por aquellos enormes rascacielos en cuyas plantas superiores podía identificar los logos o los nombres de conocidas empresas.

—Bueno, aquí es… —murmuró en voz alta. El logotipo impreso en las puertas de la entrada principal no dejaban lugar a dudas.

El cristal era lo bastante opaco como para que no pudiese ver con claridad lo que había en el interior, de hecho se limitaba más bien a proyectar su propio reflejo y el de los vehículos o personas que pasaban por la calle.

Las puertas se abrieron automáticamente y se hizo a un lado para dejar pasar a las personas que salían del edificio. Aprovechó el momento para echar un vistazo al interior y se encontró con una zona de recepción sencilla y elegante por la que transitaba más gente. Las dos hojas volvían a cerrarse cuando escuchó un tono de voz conocido.

—Mira quién llega tarde.

Ava dio un saltito en el sitio, se giró como un resorte y se encontró con esos ojos marrones

clavados en ella.

El hombre frente a ella podía haber salido de una revista de moda o de una maldita junta de accionistas. Acostumbrada a verle en ropa casual, aquella indumentaria de traje hecho a medida y abrigo era tan inesperada que le parecía estar contemplando a un tipo completamente diferente al que le había hecho compañía la tarde de ayer.

Entonces, esos labios se curvaron en una perezosa sonrisa, enarcó una ceja como le había visto hacer tan a menudo y el corazón le dio un vuelco.

—¿Nunca has visto a alguien de traje? —Su voz contenía un deje burlón que pronto asomó en sus ojos.

—A ti no —admitió con practicidad y él se rio.

—Toda la razón —admitió acercándose ahora a ella para resbalar los dedos de una de sus manos, nuevamente enguantada, por su mejilla—. Gracias por aceptar mi invitación. Prometo compensarte por mi ausencia de esta mañana.

No sabía si era su contacto o la disculpa en su voz, pero se estremeció.

—No esperaba que te quedases, así que…

Esa ceja volvió a alzarse y su rostro adquirió todavía una expresión más pícara si era posible.

—*Auch*… —chasqueó la lengua y se inclinó sobre ella un poco más—. Eso ha dolido.

Se escabulló de su mirada y se centró en el edificio detrás de él.

—Así que este es tu *imperio.*

Él siguió su mirada y se encogió de hombros.

—Solo es un edificio —replicó y antes de que pudiese decir o hacer algo para evitarlo, esos dedos enguantados ya habían cogido los suyos—. Y yo un hombre que está deseando alejarse de él y que además está famélico. Vamos a cenar.

No le quedó más remedio que apurar el paso para acompasarse al suyo.

—Mientras cenamos, puedes contarme qué ha hecho que llegues tarde…

—Metro. El tren. Hora punta. Tener que venir desde la otra esquina de la ciudad. —Lo miró de soslayo y empezó a enumerar.

—Te lo compro —admitió él dedicándole una mirada de soslayo cargada de intención—. Solo por esta vez…

—Estoy aquí, ¿no? —le recordó con un ligero encogimiento de hombros.

—Sí, lo estás —aceptó y lo dijo con un tono de voz un tanto extraño. Pese a todo, cambió rápidamente de argumento al mencionar—. Eres pura ternura cuando estar dormida, ¿lo sabías?

—Difícilmente puedo verme mientras duermo, así que… tendré que fiarme de tu palabra.

Sonrió de esa manera tan particular y señaló hacia delante.

—¿Te gusta la carne? En el *Goodman* tienen unas carnes excelentes.

Lo miró durante unos segundos, entonces suspiró.

—¿Piensas invitarme a cenar, comer o lo que sea cada día de la semana?

Él dejó escapar una risa y la miró.

—Solo si quieres salir rodando de casa al terminar el contrato.

—No, la verdad. —Lo último que necesitaba era subir aún más de peso. Ya le costaba Dios y ayuda bajar uno o dos kilos, no necesitaba incentivos para recuperarlos.

—Entonces no tienes de qué preocuparte —asintió sin más y la hizo cruzar la calle en cuanto el semáforo al que llegaron se puso en verde para los peatones—. Tómate lo de hoy como una excepción dado que he tenido que venir a la oficina…

—Bueno, es tu trabajo —lo miró de soslayo—, uno de ellos.

—Mi prioridad, mientras dure el contrato, *eres tú* —le dijo devolviéndole la mirada—. Así que no vas a deshacerte de mí tan fácilmente.

—No puedes estar las veinticuatro horas del día pegado a mí —negué mirándole—. Me volverías loca.

Sonrió de lado e inclinó la cabeza.

—¿Y tú a mí no?

—También —asintió con rotundidad—. No me aguantarías las veinticuatro horas del día. No me aguanto ni yo.

—Eso es porque no has encontrado aquello que te mantenga entretenida el tiempo suficiente —mencionó con voz ronca, solo para sus oídos.

—Si piensas que vas a mantenerme en la cama todo el día, es que tienes una imaginación desbordante —chistó al tiempo que ponía los ojos en blanco.

—Yo no he dicho nada sobre sexo… —replicó divertido—, pero no me opondré a otra ronda como la de anoche. Eres una polvorilla.

—Tú tampoco te quedas atrás —admitió sin pelos en la lengua—. Fue…

—¿Memorable?

—Interesante.

—Y memorable —insistió inclinándose hacia ella para ver sus ojos.

—Intenso.

—Y memorable, Ava, admítelo.

—Sí, vale, memorable también. —No le quedó otro remedio que admitir—. ¿Contento?

—Ahora sí —asintió risueño y señaló con un gesto de la cabeza hacia su derecha—. Es aquí.

Le indicó el bajo de uno de los edificios que daban a los muelles internos, con vistas al río. La entrada acristalada estaba enmarcada por unas molduras gris oscuro sobre las que se encontraba el enorme cartel que anunciaba el nombre del restaurante. Si bien contaba con una zona de terraza que daba al río, su acompañante se detuvo ante la entrada principal.

—¿Terraza o interior?

—Interior. —Señaló ella con un gesto—. No sea que se te ocurran cosas raras…

La mirada masculina bajó sobre su cuerpo e hizo una mueca.

—¿Vas a hacerme el mismo regalo de ayer?

—Ni lo sueñes.

—Qué lástima —declaró con un profundo y pesaroso suspiro. Entonces le guiñó el ojo y abrió la puerta para ella—. Vos primero, *milady*.

Ava puso los ojos en blanco y entró.

La primera impresión trajo a su mente uno de esos antiguos clubes de caballeros. El local poseía un estilo muy masculino, con una decoración que evocaba el pasado de los muelles y el aire industrial actual. Mesas de caoba, reservados con sillones capitoné de piel marrón, suelo de madera… El área del comedor era acogedora y la barra parecía lo bastante cómoda como para tomarse una copa o incluso un café.

Un camarero apareció al momento desde uno de los laterales y llamó a Devon por su nombre, con lo que estaba claro que debía tratarse de un cliente habitual.

—Señor Sheffield, bienvenido —lo saludó y extendió una mano a modo de invitación—. Acaban de preparar su mesa. Si me acompañan…

—Gracias —admitió él y, posando la mano en su espalda con suavidad la invitó a seguir al chico—. ¿Vamos?

Les condujeron hacia la parte trasera del comedor, a una zona de reservados un poco más privada. El lugar era lo bastante íntimo como para poder hablar sin el alboroto típico de la zona central ni la presencia de otros comensales cercanos.

—¿Te gusta el pescado? —le preguntó él mientras se sacaba el abrigo y se desabrochaba la chaqueta del traje—. Tienen un tartar de atún delicioso como entrante. Y como primero, te recomiendo el *Chuletón Goodman*. La carne es de primera. —Señaló el asiento acolchado—. Ponte cómoda.

Deslizó el bolso hacia la esquina y se quitó su propio *blazer* para colocarlo sobre este antes de ocupar su lugar a la mesa.

—Y de vino, algo suave para no repetir lo de ayer…

—Mejor agua.

Devon se rio entre dientes, dejó su abrigo a un lado y se quitó la chaqueta del traje antes de sentarse frente a ella.

—No te preocupes —la miró divertido—. No te dejaré beber más que una copa.

Puso los ojos en blanco y apartó la mirada para encontrarse con unas particulares obras de arte en las paredes.

—Um… Interesante —mencionó señalando con un gesto las vitrinas con una extensa cuchillería—. Supongo que si el cuchillo no corta lo suficiente… tienes recambio a mano.

Él dejó escapar una divertida carcajada.

—Seguro que pensaron en eso cuando decidieron colgarlos —le dijo risueño. Cogió el menú sobre la mesa y se lo pasó—. Yo ya te he hecho mis recomendaciones, pero puedes pedir lo que desees.

Un rápido vistazo al precio de los entrantes le provocó una punzada en el pecho. Bajó a los primeros platos y tragó. Los postres prefirió ya ni mirarlo siquiera.

—Creo que solo tomaré una ensalada…

Dev le quitó la página de las manos y la miró.

—Ava, no mires los precios, mira lo que quieres comer —le indicó sin apartar la mirada de la suya—. Eres mi invitada. Si hace que te sientas mejor, dejaré que seas tú quién prepare la comida mañana. ¿Hecho?

Apretó los labios y se inclinó hacia delante.

—¿No has pensado en cenar en un *Burger* como el más común de los mortales? —preguntó inocente—. Esto es… un capricho innecesario.

—Dado que no soy *«el más común de los mortales»*, pues no —replicó pensativo—. Y, que conste que me gustan las hamburguesas.

—No me digas.

—Y también me gustas tú, sobre todo desnuda y gimiendo… —mencionó con esa sonrisa ladeada colgando de sus labios—. Eres una mujer muy…

—¡Vale! —Lo detuvo arrancándole la hoja con el menú y lo depositó sobre la mesa de golpe—. Que sea el tartar de atún y ese chuletón… Pero por Dios, cállate ya.

Él rio sin reservas, se apoyó en el respaldo del sofá, pues decidió sentarse en el lateral que formaba la ele del asiento y la miró.

—Me sorprende que seas tan fogosa en unos aspectos y tan tímida en otros —mencionó en voz alta—. Es una dualidad encantadora.

No dijo nada. No quería seguir alimentando esa conversación.

—Así que… ¿Te has pasado todo el día pegada al ordenador? —mencionó entonces—. ¿Te tomaste al menos un café antes de empezar a darle a la tecla?

—Si te refieres al que dejaste junto a la nota y los bollos, sí —asintió—. Que sepas que a Kenzie le ha encantado y quiere saber, cito textualmente, «*¿a quién sobornó para hacerse con esta maravilla arábiga?*», porque necesita con urgencia un cargamento.

—¿Tu abogada?

—Vino para hablar de la indeseada visita que tuve ayer y sobre lo que va a hacer al respecto —asintió en respuesta—. Yo me conformaría con no volver a verle la cara a ese imbécil en lo que me resta de vida. —Se llevó la mano a uno de los oídos y reacomodó el aparato sobre el arco de su oreja.

—¿Vuelve a darte problemas?

—Desde ayer no. Y es todo un récord. —Teniendo en cuenta los que le estaban dando últimamente lo era—. La carcasa exterior no es tan cómoda como parece. De vez en cuando tengo que ajustarla. —Eso era lo que estaba haciendo ahora—. Espero que en la revisión de mañana puedan hacerles una buena puesta a punto. —Y que no le clavasen además un riñón por ello.

—¿Mañana? Bien —asintió con la cabeza y preguntó—. ¿A qué hora?

—¿Recuerdas lo que te he dicho sobre las veinticuatro horas juntos? —Se lo quedó mirando y chasqueó la lengua—. No hay nadie que resista tanto tiempo sin empezar a notar ciertos instintos homicidas hacia la otra parte.

—¿A qué hora es la cita, Ava? —insistió y su voz no dejaba espacio a negativas.

—No vas a venir.

—¿Apostamos algo?

Su voz, la mirada en sus ojos, la manera en que curvaba los labios… No era necesario que lo pusiera en palabras, podía escuchar claramente aquello que no decía en voz alta.

«Siempre me salgo con la mía».

CAPÍTULO 27

—Eres irritante.

La respuesta de su acompañante le arrancó una perezosa sonrisa.

—Me lo dicen más a menudo de lo que te puedas imaginar —aseguró Devon, pero no cedió en su postura—. Ve acostumbrándote. Mañana te acompañaré a esa cita.

—Sabes, llevo los últimos nueve meses yendo yo solita y no me ha pasado nada —replicó con cierto retintín—. Creo que puedo prescindir de niñera…

Enarcó una ceja en respuesta.

—¿Acaso la has tenido alguna vez? —replicó—. Porque en mi contrato dice bien claro *«agente»* no *«niñera»*.

—Agente de bolsa —replicó ella recorriéndolo con la mirada—. Ahora mismo podría comprarte eso.

—No se me da bien invertir en bolsa, demasiados números y variables —negó con la cabeza—. Puestos a sudar, prefiero hacerlo practicando deporte o en la cama, es más satisfactorio y no pierdes hasta la camisa.

—Como si en la cama no la perdieras… —la escuchó murmurar más para sí misma que para él.

—En la cama pierdo hasta la vergüenza, cariño.

Esos ojos castaños se alzaron para encontrarse con los suyos, el rubor presente en las mejillas mientras los jugosos labios se movían y esa lengua asomaba entre ellos de manera breve.

—No seré yo quien diga lo contrario —admitió y volvió a apartar la mirada aprovechando el regreso del camarero.

Dev se encargó de pedir para los dos. Eligió dos vinos distintos y también pidió una botella de agua.

—Un chuletón de cuatrocientos gramos —mencionó tan pronto como se fue el camarero —, eso es casi medio kilo de carne.

—Créeme, está tan rico que te parecerá incluso poco.

—Lo dudo mucho, lo más probable es que me sobre la mitad.

—No te preocupes, si eso pasa, me lo comeré yo —le aseguró con un guiño.

—Y no sé por qué te creo capaz… —Dejó escapar un suspiro y volvió a reacomodarse en el asiento. Su mirada vagó entonces por el local, comprobando la decoración, el espacio abierto y la intimidad en la que se encontraban ambos.

—¿Te encuentras cómoda aquí? —La pregunta la pilló por sorpresa, pudo verlo en sus ojos—. Soy consciente de que te inquietan los espacios demasiado cerrados.

—Mientras pueda hacer esto —extendió los brazos—, y tenga una clara vía de escape no tendré problema.

—¿Vía de escape? —Se rio—. ¿Estás planeando huir de mí, Ava?

—Como vas a hacerte cargo de la cuenta, seré buena y me quedaré aquí sentadita mientras devoras tu chuletón y la mitad del mío —replicó con gesto beatífico. Dev rompió a reír a carcajadas.

—No pierdas nunca esa espontaneidad, es de lo más refrescante.

Se encogió de hombros y volvió a guardar silencio cuando el camarero volvió al poco tiempo con el primer plato que habían pedido y el vino blanco.

—Veamos si te gusta —mencionó él sirviendo el vino en sendas copas y levantando la suya a continuación—. Por ti, por esa dulzura que ocultas detrás del sarcasmo y la valentía con la que te enfrentas a la vida.

El choque del cristal creó un pequeño sonido que se acompasó con el latir de las emociones femeninas.

—No es valor, es… supervivencia —murmuró ella en voz baja, llevándose la copa a los labios para saborear el vino.

—La supervivencia también requiere de valentía —aseguró dejando su copa a un lado y usando el cubierto, cogió un poquito del tartar de atún y la llamó a través de la mesa—. Vamos, prueba.

—Puedo comer sola, Dev —mencionó y él le contestó con tono bajo y sensual.

—Hazlo por mí —pidió acercándole el tenedor a los labios—. Solo un bocado.

Juraría que dejó escapar un suspiro antes de separar los labios y permitirle darle de comer.

—¿Y bien? —Su gemido fue suficiente respuesta, pensó divertido y le señaló su propio plato—. Tomaré eso como un *«está delicioso»*. A comer. Buen provecho.

Ella asintió y tragó, dándole seguidamente las gracias y empezando a dar cuenta de su propia comida.

—¿Dime que conoces sitios donde se come igual de bien y dónde no se quedan con todo tu sueldo? —mencionó ella y lo señaló con el tenedor—. Podría pedirte que me hicieses una lista.

—Te contaré mis secretos cuando tú me cuentes los tuyos —le contestó con un guiño.

—Saldrías perdiendo. No soy una chica de secretos.

—Cuéntame algo que no le hayas dicho a nadie, una sola cosa que no hayas querido compartir con nadie más.

—Si no he querido compartirlo con nadie, ¿qué te hace pensar que lo haré contigo?

—Porque me llevaré ese secreto conmigo cuando me vaya.

Devon fue consciente del instantáneo cambio en sus emociones, así como de la repentina inmovilidad que la atrapó, una de la que él mismo se hizo eco.

—No tengo secretos.

—Un intercambio —insistió—. Te entrego uno de los míos a cambio de uno de los tuyos.

—¿Qué parte de…?

—El día en que me convertí en agente, Demonía me entregó algo más que mis nuevas credenciales. —La interrumpió sin más poniendo en palabras algo que nunca le había contado a nadie hasta ahora. Se llevó la mano al bolsillo y convocó la pieza que había obtenido ese día—. Me entregó esto y me dijo que en el momento en que encontrase la otra mitad que la completaba, yo también estaría completo. —Puso sobre la mesa una pieza de ajedrez de color ébano, el rey, cuya longitud se retorcía como si quisiera abrazar a su homónima, la reina, la cual encajaría en las muescas que había en la corona y en la base—. Puedo decir que hasta el momento no he encontrado la pieza que la completa.

Ava se quedó inmóvil mientras miraba la pieza. Entonces estiró los dedos para tocarla,

solo para refrenarse en el último momento y levantar la mirada hacia él.

—¿Te la entregaron en la agencia?

Él asintió y señaló la pieza, invitándola a cogerla.

—Sí —asintió—. Pero solo es una parte de un juego de dos. La otra pieza sería la reina, la cual encajaría en esas muescas.

—¿La reina? —Su pregunta fue apenas un hilo de voz. Cogió el objeto con total delicadeza y lo miró unos segundos, estudiando su forma. Dev notó el cambio en sus emociones, el ligero sobresalto y entonces la nada, como si de alguna manera ella hubiese puesto una pared entre él y estas—. Un juego de dos…

—Uno bastante antiguo y único —admitió viendo como ella depositaba con suavidad la pieza sobre la mesa, equilibrándola para que se mantuviese en pie—. He rastreado su origen y encontré una referencia bastante interesante sobre el artesano que probablemente las creó. Eran un juego de dos, un símbolo de unión, de matrimonio, algo que le encargó una persona de la nobleza. Según parece, representaban al hombre y a la mujer entrelazados en un abrazo eterno.

—Almas gemelas —murmuró ella sin dejar de mirar la pieza—. Un mito más en el amplio repertorio de la humanidad.

Enarcó una ceja al escuchar el borde amargado de su voz. No se lo esperaba, la verdad.

—¿No crees en las almas gemelas, Ava?

La manera en que sacudió la cabeza, el velo que descendió de repente sobre sus ojos y las tormentosas emociones que se agitaron en su interior lo pusieron alerta.

—Hubo un tiempo en el que creí haber encontrado a la mía —mencionó con apenas un hilo de voz—. Pero entonces dejé de creer en lo de las mariposas en el estómago y en los cuentos de hadas. La realidad se presentó ante mí de la forma más cruel, me golpeó con fuerza y cuando volví a abrir los ojos, estaba en el hospital.

Dev fue consciente en ese momento de la cantidad de emociones que seguían retenidas en su interior, profundamente enterradas. Desilusión, amor no correspondido, vergüenza, culpabilidad… Estaban tan definidas y eran tan duras que sabía que Ava creía en cada una de ellas, que las había hecho suyas en algún momento de su pasado. Pero junto a ellas también estaba el alivio, el conformismo y una pizca de dolor.

Había sido una mujer enamorada, alguien dispuesta a entregar el corazón y se lo habían herido. Se había desilusionado, la realidad la golpeó con las evidencias de una relación fallida, de sueños rotos y un futuro que ya no sería posible de la forma en la que lo había visto. Le había dolido, pero era lo bastante fuerte como para sobreponerse al dolor y hacer algo para evitar seguir sangrando… Pero él no se lo había permitido, la cargo con sus propias culpas, la asedió hasta que consiguió hacerse oír de la peor de las maneras…

El accidente había sido la ruptura final y ni siquiera resultó limpia. Ella perdió mucho más que el corazón en aquel momento perdió su capacidad de soñar y creer en el futuro.

—Ahora si siento mariposas en el estómago, es porque estoy nerviosa o tengo hambre —declaró con un ligero encogimiento de hombros y volvió a concentrar su atención en la comida —. No tiene nada que ver con el amor o el romance.

—Te has desilusionado.

Ella se limitó a mantener la mirada en el plato.

—Es fácil desilusionarse cuando no tienes nada que intente hacerte sentir lo contrario, cuando la persona que tienes al lado está más interesada en sí misma que en ti —mencionó y añadió un ligero encogimiento de hombros a sus palabras—. Gente así no merece la pena. Él no la merecía. No la merece.

Volvió a echar un vistazo a la pieza de ajedrez que todavía seguía sobre la mesa y la contempló durante unos segundos antes de concluir.

—Ojalá encuentres a tu reina y ella sea lo que esperas.

—Me conformaría con que fuese lo que ella misma desea ser —mencionó cogiendo la pieza entre sus dedos—. Una persona no debería de ser lo que otros desean que sea, sino lo que ha nacido para ser. Lo que quiera ser.

—Si te hubiese conocido antes que a ese imbécil, me habría ahorrado mucha terapia.

Dev dejó escapar un resoplido de risa.

—Todavía puedes ahorrártela, Ava, te lo aseguro.

Ella sonrió en respuesta. Una mueca breve, pero una sonrisa a pesar de todo.

—Bueno, ya te he contado uno de mis secretos, así que te toca.

—Ya te dije que no tengo secretos —Hizo una mueca—. Soy tan simple que no tengo nada que esconder o guardar…

—¿Tú? ¿Simple? —bufó—. Eres igualita que un cubo de Rubik.

—¿Disculpa? —No pudo esconder la risa en su voz—. ¿Un cubo de Rubik? ¿En serio? Yo no soy ni la mitad de complicada que esa cosa… Por Dios, si soy incapaz de hacer una sola cara.

—Yo las hago todas y créeme, es mucho más enrevesado que tú.

—Sí, sí, lo que tú digas. —Puso los ojos en blanco y despachó su comentario con un gesto de la mano.

—Estoy esperando —le recordó tomando su propia copa de vino para darle un trago—. Venga. Algo que nunca le hayas contado a nadie.

—Detesto que me interroguen —le soltó.

—Eso salta a la vista, no es un secreto. —Volvió a tomar un trago de vino—. Vamos. Te dejaré tranquila cuando me cuentes algo que no le hayas contado nunca a nadie. Un secreto por otro secreto. Es lo justo.

Dejó escapar un profundo suspiro y bajó una vez más la mirada sobre la pieza de ajedrez.

—Un secreto por otro secreto —repitió y durante un breve instante, sus ojos parecieron nublarse, como si su mente se hubiese topado de pronto con algo aciago—. Yo no tengo secretos, pero… Sí hay algo que nunca le he dicho a nadie…

—Muy bien, oigámoslo.

Esos ojos castaños se alzaron muy lentamente hacia él y se quedaron fijos en su rostro.

—El día del accidente. En algún momento, mientras estaba atrapada entre los amasijos del coche… morí. —El silencio se instaló entre ellos como un manto que apagó todo sonido—. Lo supe incluso antes de que me lo dijesen tiempo después en el hospital y el motivo por el que lo supe es porque… me vi. Estaba de pie fuera del coche, miré hacia abajo, al grupo de sanitarios que estaban atendiendo a un herido y… me vi a mí misma en el suelo. —Sacudió la cabeza y apartó la mirada—. Al parecer me sacaron de lo que quedó del vehículo y no respiraba, no tenía pulso… Estuve unos quince minutos clínicamente muerta, hasta que consiguieron traerme de vuelta, estabilizarme y llevarme al hospital. Mi médico todavía piensa que el que esté aquí, respirando, hablando y que no me hayan quedado otras secuelas que la pérdida de audición es un jodido milagro.

—Tu alma abandonó tu cuerpo durante un momento, pero no la esperanza.

—Esperanza… —repitió ella. Se lamió los labios y sacudió la cabeza—. Supongo que todos nos aferramos a ella cuando no sabemos qué otra cosa podemos hacer. —Respiró profundamente y añadió—. Pues ya conoces mi secreto. *Soy un zombi*.

—Y yo un *demonio*… —No pudo evitar replicar en respuesta, sabiendo bien que ella no se

tomaría sus palabras como la verdad que eran, sino como un chiste más.

—Pues si todos los demonios son como tú, merece la pena darse una vuelta por el infierno —mencionó con una perezosa sonrisa curvándole los labios.

Se limitó a guiñarle el ojo en respuesta y señaló el plato completamente limpio.

—¿Vamos a por el primero?

—Solo si tú te comes la mitad —replicó poniendo los cubiertos en el plato.

—Ya veremos quién se come la mitad de qué —replicó con una risita y levantó la copa de nuevo en un mudo brindis hacia ella.

Ava correspondió a su gesto con uno propio y siguieron disfrutando de la agradable comida.

CAPÍTULO 28

—¿Seguro que no quieres postre?

—¿Dónde metes todo lo que comes?

—Tengo un metabolismo rápido. —Devon se encogió de hombros—. ¿No quieres un poquito?

—Voy a salir de aquí rodando.

—Podemos dar un buen paseo para bajar la comida —sugirió llevándose la cuchara a la boca—. No sabes lo que te pierdes…

—Eso es crueldad.

—Siéntate a mi lado y te doy un poquito.

—Y aún encima con recochineo.

—Ven —la llamó, hundió una vez más la cuchara en el vaso y extrajo un poco para tentarla con él—. Prueba, vamos… Solo un poquito.

Ava miró la copa de chocolate, luego a él y contuvo un gemido.

La comida había estado deliciosa y tal y como había supuesto, él se comió su propio chuletón y la ayudó a terminarse el suyo entre risas y pequeños bocados con los que se empeñó en alimentarla. Había sido un momento tan seductor como divertido, disfrutó de la compañía y del juego sin otra preocupación que la de estar allí sentada. Y ahora la estaba tentando con el postre que ella había rechazado aludiendo que estaba llena.

Y lo estaba. Pero al ver esa maravillosa copa de chocolate la boca se le había hecho agua.

Se fijó una vez más en la bronceada piel de los antebrazos que dejaba al descubierto las mangas de las camisas remangadas hasta el codo. Se había quitado la corbata y volvía a tener ese aspecto sexy y desenfadado que parecía burlarse de todo y todos.

Después de ese breve intercambio de «secretos» había dejado de aguijonearla con preguntas personales. Lo que le contó sobre su extraña experiencia durante el accidente parecía haber cortado de raíz su curiosidad. Era la primera vez que le daba voz a aquel episodio, uno que no había compartido con nadie, ni siquiera con Kenzie y que en ese preciso momento empezaba a arrepentirse de haberlo desvelado.

Le había dicho que no tenía secretos y era verdad.

O al menos lo había sido hasta el momento en que puso sobre la mesa aquella extraña pieza de ajedrez.

—Deja de jugar con la comida… —le reprochó mirando la cuchara que parecía surfear el aire en una silenciosa invitación.

—Lo haré cuando te sientes a mi lado y pruebes el postre.

—Oh, por todos los santos… —resopló. Se deslizó sobre la superficie del sillón escuchándolo crujir debajo de ella y se inclinó hacia delante para terminar con aquello de una buena vez. Le quitó la cuchara de entre los dedos y se la llevó a la boca. En cuanto el chocolate entró en contacto con su lengua soltó un pequeño gemido de placer. *¡Por Dios, que rico!*—. Oh, joder…

—¿Te gusta?

¿Qué si le gustaba? Ya le estaba haciendo ojitos a la copa que él tenía delante, su lengua limpiando la cuchara mientras la arrastraba fuera de su boca.

—¿Por qué tiene que estar todo tan rico?

Él se rio, recuperó su propia cuchara y le tendió una limpia que esperaba sobre el platillo.

—Ten, disfruta del postre —le guiñó el ojo y deslizó la copa en su dirección—. Puedes terminártelo tú.

Ella se lamió los labios, miró la copa y luego a él.

—Hay suficiente para los dos.

—Estoy lleno —aseguró y se recostó contra el respaldo de manera indolente—. Además, me encanta ver como lames la cuchara.

—¿Estás seguro?

—Si resbalas la mano por debajo de la mesa y la dejas sobre mi polla te responderá por sí misma —replicó burlón.

—Me refería al postre, señor Sheffield.

—Lo sé —replicó con esa petulante sonrisa curvándole los labios—, pero puesto a darte una respuesta, mejor que sea completa, ¿no?

Sacudió la cabeza, enlazó el pie de la copa con los dedos y la atrajo hasta ella.

—¿Alguna vez te tomas las cosas en serio? —El pensamiento cobró vida en su garganta, dándole voz.

—Más a menudo de lo que la gente se imagina —respondió con sencillez—. No es necesario estar todo el día alerta, mirando por encima del hombro, cuidando de cada una de las palabras que se pronuncian para saber cuándo es oportuno o no prestar atención o restar importancia a las cosas. Hay momentos en los que todo lo que tienes que hacer es relajarte y disfrutar. El mundo no se terminará porque te detengas y te tomes un par de horas para ti misma.

—Es fácil decirlo para alguien que tiene la vida solucionada.

—¿Eso crees?

Levantó la mirada de la copa y se encontró con esos ojos marrones fijos en ella.

—Resulta mucho más sencillo levantarse por la mañana y decir *«hoy me tomo el día libre»* si no tienes que preocuparte en cómo estirar tus ingresos para que te lleguen hasta final de mes —mencionó con un ligero encogimiento de hombros—. Cuando has estado en la cuerda floja, preocupada por si podrás afrontar ciertas facturas o si podrás costearte tal o cual tratamiento, es difícil concederte un día o una semana libre y no sentir remordimientos.

—¿Eso es lo que te ocurre a ti? ¿Tienes remordimientos en estos momentos por estar disfrutando de un momento de libertad en vez de estar sentada frente al ordenador trabajando?

Sí. Los tenía. Aun cuando sabía que mañana volvería a su rutina, que se obligaría a sentarse y trabajar, a pesar de necesitar este momento de asueto, de disfrutarlo y agradecer su compañía, una parte de sí misma se decía que debería estar haciendo algo más.

—No sé si se le pueden llamar remordimientos, pero no puedo evitar que mi mente se desvíe en algún momento y piense, *«¿no debería estar terminando esa traducción?»* —chasqueó —. Pero entonces veo esta suculenta copa de chocolate y… se me pasa.

Dev dejó escapar un bufido de risa.

—Piénsalo de esta manera. De un modo u otro tenías que hacer un alto para comer —le aseguró—. Y es mejor hacerlo en compañía, lejos de esas cuatro paredes en las que pasas la mayor parte del tiempo. El trabajo te estará esperando cuando vuelvas a casa, podrás retomarlo en ese momento, pero hasta entonces permítete a ti misma vivir, Ava. No te limites a ver pasar el

tiempo, haz algo con él.

No respondió. No sabía cómo hacerlo. Comprendía lo que él le decía. Ella misma se había repetido aquello infinidad de veces, pero al final era la rutina la que terminaba ganando la partida.

La inesperada melodía de un teléfono irrumpió en el reservado.

Devon frunció el ceño al reconocer el timbre como el del suyo. Lo buscó rápidamente, sacándolo del bolsillo interior de la americana y se quedó mirando la pantalla con expresión indescifrable. Entonces cortó la llamada y dejó el móvil boca abajo sobre la mesa.

—Disculpa, tendría que haber puesto el teléfono en silencio. —comentó recuperando su postura relajada—. ¿Te animas a dar un paseo para bajar la cena?

Abrió la boca para responder, pero el aparato empezó a vibrar sobre la mesa.

—Deberías atender la llamada —le dijo conteniendo una pequeña sonrisa.

Él volvió a cortar el sonido y le dedicó un guiño.

—No es importante.

Como si el teléfono no estuviese de acuerdo volvió a sonar y Dev acabó gruñendo en respuesta.

—Pues yo diría que lo es para la persona que te está llamando.

Él sacudió la cabeza y juraría que le brillaron los ojos cuando miró el aparato sobre la mesa.

—Pero no para mí —mencionó en voz baja al tiempo que cortaba una vez más la melodía.

Ava tuvo que contener una sonrisa al ver como el teléfono volvía a temblar sobre la mesa. Por primera vez, escuchó jurar a Dev en voz baja.

—Creo que este es el momento perfecto para ausentarme unos momentos —mencionó señalando el dispositivo con un gesto de la barbilla.

—¿Me abandonas?

—Hay cosas que ni siquiera un apuesto agente puede hacer por mí e ir al aseo es una de ellas —replicó deslizándose sobre el asiento mientras él se movía, poniéndose en pie y tendiéndole la mano para ayudarla a salir—. Procura no ladrarles.

—No te prometo nada. —Ella sonrió ante el tono de su voz.

—Y si tienes que marcharte… —mencionó retirando su mano de la de él—, solo dímelo. Ahora estoy muy despierta.

Él resopló y le ciñó los dedos, impidiéndole retirarlos por completo.

—No voy a irme a ningún sitio si no es contigo —replicó mirándola a los ojos. Entonces, como si hubiese recordado que su enfado no era con ella, se llevó sus dedos a los labios y le acarició los nudillos—. Ahora tú eres la dueña de mi tiempo, Ava. Que se jodan los demás.

La última frase salió de sus labios con tal exasperación que la hizo reír.

—Cuanto más lo postergues, más insistirán. —Señaló el teléfono que seguía bailando sobre la mesa—. Buena suerte.

Con ese último apunte, se escabulló de él y fue en busca de los aseos.

CAPÍTULO 29

Devon tenía la imperiosa necesidad de hacer pedazos el aparato. El sonido de la llamada entrante empezaba a crisparle los nervios y su lado menos civilizado amenazaba con tomar el control. Echó un rápido vistazo en la dirección en la que vio desaparecer a su acompañante, cogió el teléfono y contestó.

—¿Qué quieres? —Una pregunta fría y cortante que trajo del otro lado una breve carcajada a modo de respuesta.

—¿No hay un *«cuánto tiempo ha pasado»* o un *«cómo es que sigues vivo»*? —Aquella voz burlona deslizó un escalofrío por su columna vertebral—. Sería lo menos que merezco escuchar después de la manera en la que nos separamos la última vez, ¿no crees?

—El infierno todavía no se ha helado, Cassian. —Fue toda la respuesta que consiguió de él—. Repito, ¿qué quieres?

—Sal a fuera y te lo diré. —Un nuevo escalofrío le recorrió la columna vertebral—. Podrás regresar antes de que ese corderito te eche de menos.

No lo pensó. Un pensamiento y su cuerpo ya se había materializado de nuevo en el exterior del restaurante, frente a la línea iluminada del paseo que discurría paralelo a los muelles.

Vestido de negro de la cabeza a los pies, con las manos metidas en los bolsillos, una sonrisa mordaz curvándole los labios y los brillantes ojos azules clavados en él, Cassian Vantes inclinó la barbilla en señal de reconocimiento. Las luces de los locales de aquella parte del paseo arrancaban extraños reflejos al pelo negro que, como siempre, llevaba atado en la base de la nuca. Se volvió por completo hacia él y levantó una mano a modo de saludo.

—Te veo bien, Dev.

Se limitó a caminar hacia él y se detuvo tan solo cuando estuvo lo bastante cerca como para ver la cicatriz que le cruzaba un lado del rostro; la misma que él le había hecho mucho tiempo atrás.

—¿Qué quieres?

—Menudas formas de tratar a la familia, *primo.* —El recién llegado chasqueó la lengua, entonces ladeó la cabeza y lo miró con una intensidad que dejaba de lado cualquier rastro de diversión en ese irritante rostro—. ¿Ness no te lo dijo? Ha sido elegida como doncella de la *Cacería*.

—Lo sé.

Él enarcó una ceja y durante una milésima de segundo pareció sorprendido con su tranquila aceptación.

—¿Y te dijo también que el Senex ha marcado a nuestra familia como el *Primer Cazador*?

Un escalofrío le bajó por la columna ante esas palabras.

—No.

—¿No de «*no me lo dijo»* o de *«no tengo la más mínima intención de ser parte de la jauría»*? —No tuvo ni que contestar, pues, como era habitual, Cassian prefería con mucho escucharse a sí mismo—. Supongo que ella tampoco lo sabía en ese momento. Yo acabo de enterarme. Mi padre acaba de darme el sello. He de decir que ni él ni mi tío parecían demasiado contentos con ello. Puestos a joder, ya podían hacerlo cualquier otro día del año, ¿no? —

Chasqueó la lengua—. Sea como sea, estamos juntos en esto así que… Dime, ¿qué prefieres? ¿Jauría o caza? Podemos lanzar una moneda al aire si no te decides. Sería divertido, ¿no?

—Puedes quedarte con ambas, no voy a participar.

Estaba claro que aquella no era la respuesta que esperaba escuchar. Los ojos azules cobraron vida, chispeando con el poder inherente a su primo y acto seguido dejó escapar una carcajada.

—¿En serio crees tener elección? —Negó con la cabeza y avanzó hacia él—. No eres un convocado, eres un marcado. Supongo que conoces la diferencia…

Dev no se movió un solo milímetro y se limitó a sostenerle la mirada.

—Soy mestizo. —Se limitó a decir con voz fría, carente de emociones—. *Empathis* e *Incubare*. No me rigen las mismas leyes que a *vosotros*.

—Sigue repitiéndote eso cada día de tu vida a ver si te funciona —replicó mordaz, entonces sacudió la cabeza, sacó las manos de los bolsillos y las levantó—. Yo he cumplido con lo que me dictaba la conciencia…

—Como si tuvieses de eso… —siseó más para sí mismo que para él.

—… lo que decidas hacer a partir de aquí, ya es cosa tuya —concluyó. Ladeó la cabeza y miró más allá de su posición, hacia la entrada del local—. Debiste decirme que estabas acompañado. Me habría presentado directamente a ella.

No habló. No se molestó en decir una sola palabra. Fue suficiente con lanzarlo al río con una ráfaga de poder y escuchar cómo se hundía como una piedra.

—No te acerques a ella —murmuró. No era necesario que alzase la voz, ni siquiera que esperase a que saliese a la superficie. La risa de Cassian era como un viento oscuro en su mente, caliente y húmedo al mismo tiempo.

«Ningún Incubare escapa al Walpurgis, hermanito, tenlo presente cuando sientas la necesidad de unirse a la jauría».

Se quitó de encima la presencia del imbécil con un movimiento de hombros y ubicó rápidamente a su acompañante, quién ya volvía a la mesa. Sintió al instante la incertidumbre, la curiosidad e incluso una pizca de inquietud procedente de ella y supo que tenía que volver a su lado antes de que la peregrina idea que empezaba a tomar forma en su mente se hiciese realidad.

—¿Lista para irnos?

Se sobresaltó y se volvió para encontrárselo caminando hacia la mesa.

—Me has asustado —admitió e hizo una mueca al darse cuenta de lo que había dicho. No le cabía duda de que había sido un pensamiento al que no esperaba dar voz.

—Mil perdones. —Se inclinó ligeramente a modo de disculpa y le tendió la mano—. He salido a atender la llamada. Pago la cuenta y nos vamos.

—¿Todo bien? —La curiosidad bailó con la incertidumbre durante unos instantes en los ojos femeninos.

—Tan bien como se puede estar cuando te llama una persona a la que no ves en… décadas… solo para tocarte las narices.

La breve sonrisa que le curvó los labios lo sacudió.

—Ahora ya sabes lo que sentí yo al ver al gilipollas de mi ex en la puerta de casa.

Correspondió a esa sonrisa con una propia.

—Por suerte para ti, yo andaba cerca.

Puso los ojos en blanco y soltó un muy sarcástico:

—Mi héroe.

Entrecerró los ojos y se acercó a ella sigiloso, envolviéndola cuidadosamente con su

poder, solo para que fuese consciente de su presencia antes de añadir:

—Cuidado, Ava o pensaré que empiezo a gustarte un poquito.

Ella parpadeó y ese conocido sonrojo volvió a cubrirle las mejillas.

—Tienes el ego del tamaño de un camión.

—Cielo, no es lo único que tengo de ese tamaño.

—No, es cierto. La confianza que tienes en ti mismo es del mismo tamaño —declaró ella llevándose las manos a las caderas—. Tiene que ser difícil ser tan perfecto, Dev, pero que muy difícil.

—Respondona y hartera —chasqueó él mirándola con intensidad, dejando que su rostro reflejase la lujuria que ella le despertaba—. Sigue así y acabarás convirtiéndote en la horma de mi zapato, querida Ava.

Esos ojos castaños le sostuvieron la mirada un segundo antes de ver como dejaba caer esas pestañas y le daba lentamente la espalda, dejándole admirar ese bonito culo enfundado en los pantalones mientras recogía su bolso del asiento.

—Sigue soñando, Dev, sigue soñando —la escuchó decir y no pudo evitar una sonrisa de pura satisfacción masculina al notar el temblor en su voz y el cambio en su lenguaje corporal.

Permitiéndole tener la última palabra, le guiñó el ojo tan pronto se volvió hacia él y le rodeó la cintura con un brazo, acompañándola hacia la salida para que lo esperase allí mientras pagaba la cuenta.

CAPÍTULO 30

Ava se detuvo a contemplar los altos edificios y rascacielos iluminados en plena noche, el reflejo de estos en las tranquilas aguas de la antigua zona portuaria. Seguía en Londres y sin embargo era como encontrarse en un lugar totalmente distinto. Aquí todo hablaba de industria y de alto standing, solo cuando miraba a su espalda y veía los antiguos edificios reformados recordaba el pasado del lugar.

Dev encajaba en aquel lugar, especialmente ahora, vestido como uno de los muchos ejecutivos que trabajaban o habían convertido aquel lugar en su residencia principal.

Se apoyó en la balaustrada del puente en cuyo centro se había detenido y cerró los ojos durante un breve instante permitiéndose disfrutar de la brisa de la noche acariciándole el rostro. Su acompañante se apoyó también, dándole la espalda a las vistas y centrándose en ella.

—¿Cansada ya?

Ladeó la cabeza y lo miró. Habían estado paseando por los muelles un buen rato, charlando de cosas intrascendentes hasta sumergirse en este cómodo silencio.

—No, para nada —admitió y señaló de nuevo las vistas ante ella con un gesto de la barbilla—. Estaba pensando en lo distinta que se ve la ciudad de noche, en que aun sabiendo que estoy en Londres, es como si hubiese aparecido de repente en otra ciudad.

—Esta zona de la ciudad tiene un aire a Chicago o incluso a Nueva York con esos edificios acristalados.

—¿Has estado en los *Estados Unidos*?

Ella apenas había conseguido moverse un poco por Europa y eso había sido antes del accidente.

—Sí, bastante a menudo —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. La sede principal de la agencia está allá y mi empresa también tiene clientes al otro lado del atlántico.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza, diciéndole sin palabras que lo entendía y se llevó la mano al oído derecho al escuchar un inesperado y molesto zumbido.

—Ya estamos otra vez —musitó hastiada. Le dio un par de toquecitos con la uña provocando algún sobresalto en el sonido. Entonces llegó el silencio. Se toqueteó la zona, unos golpecitos suaves con el dedo para comprobar que si bien notaba la zona, esa conocida burbuja de ausencia de sonido se había apoderado de nuevo de ella—. Mierda.

Siseó y se arrancó el audífono.

—¿Ava?

La voz de su acompañante sonaba más baja y lejana, como si la estuviese escuchando a través de un auricular. Se volvió hacia él y se ajustó bien el audífono que todavía funcionaba para poder escucharle con claridad.

—Se ha… apagado. —Ella misma notó el temblor en su voz, pero esta vez consiguió dominarlo. Logró mantener el control, respiró profundamente y señaló—. Este funciona, pero los sonidos me llegan amortiguados.

—¿Tú estás bien?

Esbozó una pequeña sonrisa ante su pregunta y asintió.

—Sí. No es la primera vez que pasa… —admitió con voz tranquila. Pero a pesar de que su voz se había estabilizado, las manos todavía le temblaban—. Es posible que sea la pila. Se habrá

aflojado… otra vez.

Rogaba para que se tratase de eso. Maniobró como pudo el pequeño aparatito entre las manos, los dedos más torpes que de costumbre. Se le escurrió y cayó al suelo. No fue capaz de moverse. Se quedó mirando el dispositivo a sus pies con una sensación de fatalidad que poco a poco se iba abriendo paso a través de sus venas.

—¿Ava?

Le escuchaba. Lejos. Como si su voz le llegase de otro mundo. No movió un músculo, se quedó quieta, congelada en el lugar. Vio como esa mano enguantada cubría el aparato y desaparecía del suelo. Fue consciente de los dedos que le cubrían un lado de la cara y la obligaban a levantarla hasta encontrarse con esos brillantes ojos marrones.

Un segundo. Aquello fue todo lo que necesitó para volver a respirar. Su contacto fue como una sacudida. Se encontró jadeando en busca de aire, parpadeando con rapidez para aclararse la visión que se había emborronado.

—Respira… —Su voz era como una caricia tranquilizadora—. Todo va bien… solo respira.

Estaba temblando como una hoja, se dio cuenta. Tenía las manos cerradas en duros puños caídos a los costados. Empezó a aflojar los dedos e hizo una mueca al notar un escozor en las palmas. Bajó la mirada a ellas y se encontró alguna medialuna grabada en la carne. ¿Se había clavado las uñas?

—Ava, mírame. —Una orden. Lejana y amortiguada, pero aun así se encontró obedeciéndola. Levantó la cabeza y vio la tranquilidad pintada en ese atractivo rostro—. Ya está. No pasa nada. Todo está bien. Solo te has ido un momento.

¿Qué se había ido? ¿A dónde?

—Respira, cariño. —La mano en su rostro se volvió incluso más cálida, casi podía sentir un cosquilleo a través de la piel—. Solo respira…

Se estremeció una vez más y él debió advertirlo pues la atrajo a sus brazos, engulléndola en un cálido abrazo. Su aroma la envolvía ahora, uno que reconocía, que le gustaba y la hacía sentirse segura.

—Dev… —murmuró su nombre y se dejó ir contra él, notando ese duro cuerpo más grande y fuerte junto a ella. Estaba tentada de cerrar los ojos y dejarse ir, pero esa burbuja de silencio que desequilibraba su mundo seguía presente.

—Has tenido un ataque de pánico. —Escuchó su voz pegada al oído, sus labios rozándola mientras hablaba—. No pasa nada. Estoy aquí para ti. Es algo pasajero.

Un ataque de pánico. El concepto se hundió en su mente poco a poco hasta hacer clic.

No había tenido una crisis así desde hacía meses. No había vuelto a caer en las garras del irracional miedo de esa manera, no hasta el punto de perder la conciencia de sí misma, de paralizarse completamente.

Se apretó más contra él, le avergonzaba que hubiese presenciado algo así.

—Lo siento. —Se las ingenió para murmurar.

—¿Por qué? —La pregunta fue tan inesperada que no supo cómo responder, pero tampoco parecía esperar que lo hiciera—. Tienes derecho a venirte abajo, a tener miedo, a sentir… No tienes que sofocar tus emociones, nadie tiene derecho a pedirte que lo hagas.

Cerró los ojos con fuerza y se obligó a respirar más despacio, a relajarse y poner su cerebro de nuevo en funcionamiento. Tenía que comportarse como una adulta, respirar profundamente y dar un paso atrás.

—Te diré lo que vamos a hacer. —Mencionó todavía pegado a su oído, la mano masculina

deslizándose por su espalda con una lenta y tranquilizadora caricia—. Te voy a llevar a casa. A la mía. No voy a hacerte atravesar la ciudad ahora mismo en tu estado. Te vas a dar un buen baño caliente, te tomarás media copa de coñac, porque la otra mitad me la beberé yo, y te acurrucarás en el sofá sin preocuparte por nada más que por estar calentita y cómoda.

Ava se apartó lo suficiente para encontrarse con esa mirada vibrante y la inquebrantable decisión plasmada en su rostro.

—¿Te ha quedado claro, *milady*? —concluyó con esa típica y chulesca arrogancia que dejaba salir de vez en cuando.

—Sí. —Fue todo lo que se atrevió a decir en respuesta.

—Esa es la respuesta que quería oír —dijo satisfecho. La besó en la cabeza como si fuese una niña y tras rodearle la cintura con un brazo, extendió la mano libre en cuya palma estaba el audífono que se le había caído al suelo—. Guárdalo. Le echaré un vistazo en casa mientras te bañas.

Miró el dispositivo y negó lentamente con la cabeza.

—Lo más probable es que se haya… muerto —aceptó recogiendo el aparatito de su mano —. Mañana lo llevaré a la clínica para que lo revisen.

Solo esperaba que pudiesen arreglar la falla que tuviese el dispositivo y la reparación estuviese dentro de sus posibilidades, pues la alternativa era quedarse sin él y era algo que no estaba preparada para afrontar.

—¿Tienes frío? —La pregunta llegó justo después de que se estremeciera involuntariamente.

Sacudió la cabeza, cerró los dedos sobre el audífono que todavía tenía en la mano y se permitió apoyarse unos momentos contra él.

—No —respondió en voz alta y dudó unos segundos sobre el volumen que había empleado para hablar—. Tengo miedo. —Su admisión fue incluso una sorpresa para sí misma, pero era una realidad que estaba allí, delante de ella—. Tengo miedo de perder el terreno que he ganado durante estos meses, de que se quiebre mi confianza y esta burbuja de silencio sea todo mi mundo. No quiero perder lo que he ganado, lo que he conseguido por mí misma. Sería muy duro tener que empezar de nuevo desde cero.

—Sí, lo sería —admitió cogiéndole la barbilla con los dedos para levantarle el rostro—. Pero tú eres lo bastante fuerte como para hacerlo. Si se diese el caso, serías capaz de volver a empezar desde cero. Sé que lo serías.

Se lamió los labios y dejó que estos se curvaran lentamente en una renuente sonrisa.

—¿De dónde sacas tanta confianza en mí, Devon?

Él correspondió a su sonrisa y llevó un dedo sobre su pecho, justo entre sus senos.

—De aquí —señaló sin llegar a tocarla—. De lo que escondes en tu interior, de quién eres en realidad, alguien lo bastante fuerte como para enfrentarse con la muerte, mirarla a la cara y decirle: *«Hoy no»*.

Sus palabras la envolvieron y se filtraron en ella como si se tratase de una lluvia que la iba calando poco a poco. Y cuando volvió a respirar, se sintió un poco más ligera.

—Gracias.

Sonrió y se inclinó sobre ella para besarla fugazmente en los labios.

—Vamos a casa.

CAPÍTULO 31

Acurrucada en una esquina del sofá, con el pelo todavía húmedo, una vieja camiseta suya como toda vestimenta y la manta sobre las piernas, Ava soplaba el humeante contenido de la taza que tenía entre las manos. El audífono estropeado, ya había comprobado que la prótesis auditiva estaba más allá de cualquier posible remiendo por su parte, descansaba sobre la mesa de diseño que presidía el salón de su *loft*.

No era la primera vez que traía alguna mujer a casa, ya no digamos a alguno de sus clientes de la agencia, pero verla allí sentada le provocaba una sensación extraña. Era como si ella encajase en aquel lugar, como si hubiese faltado algo y su presencia llenase ese hueco.

Los amplios ventanales del suelo al techo ofrecían una bonita vista del centro financiero. Las luces de los altos edificios destacaban en la oscuridad de la noche y creaban un escenario de lo más evocador, pero ninguno le estaba prestando atención.

Se sentó a su lado e hizo un gesto de negación con la cabeza cuando ella se disponía a bajar los pies para dejarle sitio.

—El sofá es lo bastante grande para que cojamos tú, yo y medio equipo de futbol.

Ella sonrió, pero la sonrisa quedó colgando de sus labios, ni siquiera le llegó a los ojos.

—Tienes una casa muy acogedora, sin paredes, pero acogedora.

El comentario le arrancó a él una sonrisa. Miró a su alrededor y supo lo que quería decir.

Dev vivía en un estudio. La cocina, el comedor, la entrada… todo formaba parte del mismo espacio. Las distintas áreas se dividían unas de otras con los muebles o las alfombras elegantemente escogidas y dispuestas. La decoración, la iluminación, todo había sido escogido cuidadosamente para completar la imagen del ejecutivo y CEO de *Priya Holding*. Pero en aquel espacio también había un poco de sí mismo. Los techos altos, los espacios abiertos, las obras de arte, la predominancia de la madera y ciertos acabados… Aquello era cosa suya, parte de sus gustos y de quién era en realidad.

Le gustaba la comodidad, pero también el diseño y no veía porque uno no podía ir de la mano de lo otro.

—Mi dormitorio tiene cuatro paredes e incluso una puerta —replicó burlón—. La has cruzado de camino al baño.

—Solo tú llamarías baño al *spa* que tienes ahí dentro —mencionó ella señalando el otro lado de la estancia con un gesto—. Mi piso es una caja de cerillas en comparación.

—Es por las paredes —replicó inocente.

—Claro, es por las paredes —chasqueó y se llevó los dedos a la oreja que todavía lucía la prótesis auditiva.

—¿Todo bien?

—Tan bien como se puede estar cuando solo escuchas de un oído y nada del otro. —Se encogió de hombros—. Imagínate dos altavoces, uno a cada lado del televisor. De repente, uno de ellos deja de funcionar y pasas de escuchar el sonido a tu alrededor, por decirlo así, a percibirlo solo desde uno de los lados. Esto es parecido, solo que del lado del altavoz que se ha quedado sin sonido no recibes nada. Nada en absoluto. Y para compensar, el lado del que sí escuchas la música se hace más pesado, tira de ti descompensándote…

—Y ese es el motivo de que ladees la cabeza —mencionó llevando una mano sobre su

rostro para apartarle el pelo de la oreja. Mientras se explicaba, todo su cuerpo y sobre todo su cabeza se inclinaba hacia el lado del que oía.

—No se te escapa una —admitió llevándose la taza a los labios. Tomó un breve sorbo y suspiró—. No sabía que te gustase el té. Es delicioso, por cierto.

—Prefiero el café, pero algunos de mis amigos no tienen mi mismo paladar —admitió y señaló con un gesto la cocina que tenían detrás—. Si abres la nevera encontrarás cervezas de varios tipos, un par de botellas de vino e incluso zumo de tomate.

—¿Zumo de tomate? —La curiosidad estaba presente en su voz.

—Hay quien tolera el alcohol incluso menos que tú.

—¿De verdad?

—Palabra —asintió levantando la mano con gesto solemne—. Kynan y él son los de los tés.

—¿Amigos de la infancia?

—No. —Negó con la cabeza—. Aunque es posible que nos conozcamos tan bien como si llevásemos toda una vida juntos y no solo un puñado de años. Todos pertenecemos al círculo de la *Agencia Demonía.*

—Ah, la agencia —mencionó ella—. Entonces sois algo así como una especie de hermandad.

—Algo así.

—¿Y también se dedican al mismo sector que tú? —Giró la cabeza y miró hacia los ventanales.

—Mucho me temo que soy el único empresario arrogante que tiene un *loft* en uno de los distritos financieros de Londres —le dijo al tiempo que resbalaba el brazo sobre el respaldo del sofá para tocarle el hombro con un dedo. Ava se giró al momento hacia él—. No me apetecía tener que atravesar la ciudad para ir a la empresa.

Lo miró sin pronunciar palabra, pero tampoco era necesario que se expresase en voz alta, pues podía sentir sus emociones hablando por ella.

—¿Quién eres realmente? —la pregunta emergió con suavidad—. ¿El hombre de negocios? ¿El pícaro que disfruta con algo tan sencillo como un pícnic? ¿El majadero que se presenta en mi casa cuando le da la gana? ¿El sexy y descarado amante? ¿Quién eres de verdad, Devon Sheffield?

—Todos y ninguno —replicó con una perezosa sonrisa. Levantó la mano y jugó con las puntas de aquel pelo rubio—. E incluso alguien que todavía no conoces.

Se giró en el sofá hasta quedar frente a él.

—Tienes más facetas que un diamante —aseguró sin vacilar—. Y eres igual de… raro.

—¿Los diamantes son raros?

—Desde luego comunes no son o todas las mujeres tendríamos uno —admitió llena de razón.

—¿Y tú eres una mujer de diamantes, Ava?

Cuando negó con la cabeza lo hizo sin vacilar, sus ojos oscureciéndose ligeramente bajo el peso de algún recuerdo o pensamiento que llegaba a su mente.

—No, la verdad es que no —respondió finalmente—. Los diamantes puede que sean para siempre, pero son fríos, duros y no tienen corazón. No dejan de ser una piedra. Una demasiado cara, si me preguntas. —Bajó la mirada sobre su taza y añadió—. Prefiero el café. Te calienta si tienes frío y se puede acompañar de una buena conversación, de unos bollos e incluso de silencio. No pide ser exhibido, solo tienes que bebértelo y ya. Y si una taza no es suficiente, no

tienes más que pedir otra.

—¿Eso es lo que quieres ahora? —Los ojos castaños se levantaron poco a poco hasta encontrarse con los suyos—. ¿Otra taza de café?

—Quiero demasiadas cosas que no puedo tener —murmuró girando la cabeza hacia la mesilla en la que descansaba el dispositivo—, que nunca debería tener que desear…

Resbaló el dedo bajo su mentón y le levantó el rostro para que lo mirase.

—Dime una sola, la primera que se te pase por la cabeza.

Ella abrió la boca, pero volvió a cerrarla, apretando los labios antes de pronunciar una sola palabra.

—Mejor no… —musitó librándose de su contacto e inclinándose a continuación para dejar la taza sobre la mesa auxiliar—. Hay pensamientos que es mejor que nunca vean la luz…

—Esos son precisamente los pensamientos que deberían verla —declaró cogiéndola de la mano y tirando de ella de nuevo hacia el sofá, hasta sus brazos—. Son los únicos que merece la pena que la vean. Así que dilo.

Sacudió la cabeza una vez más, pero no apartó la mirada de la suya cuando respondió con firmeza:

—No.

Sonrió ante el tono de su voz, ante la brizna de lucha que empezó a brillar en sus ojos.

—¿Qué es lo que deseas, *milady*? —Sacudió la cabeza con tanta energía que hizo volar su pelo corto—. Dilo, Ava, estoy aquí para escucharlo de tus labios.

—No quieres oírlo, nadie quiere…

—Yo sí —admitió y lo decía en serio. Quería oír esas palabras, quería escuchar en voz alta lo que sus emociones canturreaban—. Dilo.

Se lamió los labios, fue tan solo una ligera pasada de la punta de su lengua, pero suficiente para encenderle, para derribar todas y cada una de las barreras que se levantaban entre ambos en ese preciso instante.

—Quiero… Más de ti —pronunció al fin. Vio el deseo en sus ojos, uno que nacía en lo más profundo de esa mujer y que lo llamaba como un faro en plena niebla despertando sus instintos primarios.

Asintió mientras la recorría con la mirada, tragando a duras penas la saliva que se le amontonaba en la boca, despertándole por completo.

—Bien, porque yo quiero lo mismo —graznó dando voz a su propio deseo, hundiendo las manos en ese sedoso y todavía húmedo pelo. Se apropió de su boca y la reclamó, besándola como si no quisiera dejarla ir. Y no quería, se dio cuenta. Al menos durante esta noche, no la dejaría ir.

CAPÍTULO 32

Toda ella era puro pecado, fuego encapsulado que ardía y encendía el suyo propio, pero también era algo más y era ese algo el que hoy quería llenar y hacer rebosar.

Resbaló las manos por su cuerpo moldeando esas generosas curvas, acunando sus pechos, ciñéndole las caderas, magreándole el culo y todo eso por encima de la camiseta que a duras penas podía ocultar el premio que había debajo.

Abandonó su boca tan solo para llenarle la mandíbula de besos y lamerle ese punto exacto por detrás de la oreja que conectaba con el aparato. Cuando la sintió estremecerse, cuando escuchó un pequeño jadeo escapando de sus labios y sus piernas parecieron ceder bajo su peso, la sostuvo y habló.

—Desde este momento y hasta que el sol nos encuentre, mi alma sostendrá la tuya. —Pronunció cada palabra con cuidado, dejando que se hundiesen en ella como si fuesen los hilos encargados de tejer un hechizo. Se quitó los guantes con tan solo un pensamiento y ciñó su cuerpo pegándolo aún más al suyo—. Cada respiración, cada latido, cada miedo y suspiro que salgan de ti, serán míos. Cada caricia, gemido, mirada y pensamiento me pertenecerán. Del mismo modo que yo te veo a ti, me verás a mí. Tu piel será mi piel, tus ojos serán mis ojos y tu alivio será mi alivio. Nada más importará, porque nada más se interpondrá… —Notó el ardor en sus propias manos. El poder atravesó sus dedos y entró en ella envolviéndola con mimo, deslizándose por sus venas para apaciguar sus miedos. Fue delicado, una ligerísima caricia destinada a ocultar su verdadera esencia, aquella que estaba dispuesto a dejar salir por ella y que jamás conocería—. Solos tú y yo, mi Avalon.

Le acarició la oreja con los labios y se echó hacia atrás rozándole el rostro con el suyo. Sus ojos se encontraron, los de ella velados por el deseo y algo más, mirándole y viendo lo que quería que viese, lo que siempre vería.

—Dev… —Abrió la boca, pero un par de dedos sobre ella la silenció al momento.

—Guarda mi nombre en tus labios hasta que tengas que gemirlo.

Ella se sonrojó, lo vio en esas mejillas que se coloreaban con rapidez y en el brillo de sus ojos. Contuvo el suspiro que pugnaba en su garganta, se lamió los labios y deseó los de ella así que los probó una vez más. La besó en profundidad, conocía ya su sabor y le encantaba, pero en aquellos momentos, con su naturaleza demoniaca tomando el mando y revelándose sobre su piel y su cuerpo, la encontró incluso más apetitosa.

Contuvo un gemido cuando esas manos de dedos largos subieron por sus brazos hasta sus hombros y notó los hinchados pechos apretados contra su torso. La pecaminosa y dulce lengua salía al encuentro de la suya, provocándole, acicateando su deseo como solo esa pequeña lujuriosa humana podía hacerlo.

Se rio en sus labios mientras rompía el beso y se encontraba de nuevo con sus ojos. La manera en que lo miraba lo ponía caliente. No se reservaba nada. El deseo, la lujuria, un hambre desnuda… Todo estaba allí a la vista, listo para ser admirado si se sabía que buscar. Dio un paso atrás, levantó un dedo y esta vez acompañó la señal de su propia voz.

—Demasiada ropa… —murmuró. Se desabotonó la camisa muy lentamente, casi con pereza, solo para hacerla desaparecer de su cuerpo en el último instante. Rotó los hombros destensando la espalda y suspiró por el puro alivio que le daba liberarse por fin. Los ojos

castaños se abrieron ligeramente, una pizca de miedo asomó en ellos, pero tan pronto como apareció fue consumido por su propio poder. La rosada lengua emergió entre los labios femeninos y se los humedeció mientras deslizaba la mirada sobre él, recorriéndolo desde la cabeza a las manos desnudas y tatuadas que se encargaban en esos momentos del cinturón—. Esta tiene que ser la manera más caliente de despojarse de la ropa que he tenido nunca. Vas a hacer que me corra con solo mirarme de esa manera, cariño.

Ella esbozó una perezosa sonrisa y su sonrojo aumentó.

—Como si pudiera provocarte tal cosa… —murmuró en un tono de voz muy bajito, casi una apreciación para sí misma.

—Te sorprendería de lo que eres capaz de hacerme.

El cinturón cedió al fin seguido del botón y la cremallera del pantalón, un tirón de la ropa hacia abajo y su polla saltó orgullosa del confinamiento de la ropa interior. Esos bonitos ojos marrones volvieron a abrirse, pero esta vez la rosada lengua atrapó su atención cuando la vio emerger de nuevo para acariciarse el labio inferior.

—Sigue mirándome así y no duraremos mucho —ronroneó deshaciéndose del pantalón sin darle demasiada importancia al método elegido para ello.

—Eres… asombroso.

—¿Ves? Te lo dije —replicó ufano—. Y tú no querías darme la razón.

—Es que… Te lo tienes muy creído.

—Estoy bueno y tú lo sabes.

—Pero mira que tienes el ego crecidito, ¿eh?

—¿Solo el ego, Ava? —preguntó con fingida inocencia, dedicándole un gesto con la cabeza a su propia erección.

Ella siguió su mirada y volvió a morderse el labio inferior. Había pura hambre en esa mirada, una muy similar a la suya.

—Eres… —empezó ella y se quedó a media frase conteniendo el aliento para finalmente soltarle—, un salido.

—Lo sé, cariño, lo sé —aseguró dando un paso hacia ella, cogiéndole el rostro con ambas manos para levantárselo y empezar a bajar sobre esos labios—. Es parte de lo que soy…

—¿Y qué es lo que eres? —La pregunta fue un susurro contra sus labios—. Dímelo.

—Soy un demonio —declaró con total sinceridad. Sus ojos se encontraron y ese destello volvió a aparecer solo para ser doblegado una vez más—. Soy lo que tienes ante ti. Mitad *incubare*, mitad *empathis*. Pero por encima de todo eso, Ava, soy todo tuyo.

La besó hasta borrar cada posible pensamiento de su cabeza, hasta que esa pizca de dominio sobre sí misma, sobre su mente quedase de nuevo bajo la influencia de su poder. Le había dicho la verdad. Se estaba mostrando ante ella como lo que era verdaderamente, pero al mismo tiempo sabía que ella no vería al íncubo, no vería al demonio, no al menos con claridad. Solo vería al hombre que conocía, aquel con el que ya se había acostado y quizá fuese mejor así.

No quería asustarla, no quería que le temiese ni que lo mirase con horror. No podría soportarlo, no de ella, no ahora al menos… No mientras todavía tuviese tiempo para estar a su lado.

Tiró del cuello de la camiseta para atraerla aún más hacia él, para meterla una vez más entre sus brazos y entonces se dejó caer en el sofá sin romper el contacto con sus labios. La sostuvo reclinada contra él, gozando de su boca y su sabor, acariciándole el culo desnudo por debajo de la camiseta mientras sus dedos empezaban a acariciarla por encima de la tela de las braguitas.

Ella gimió en su boca, sus dedos se aferraron a sus hombros mientras se equilibraba como podía contra él y el sofá.

—Esto me sobra —masculló arrancándose de sus labios y tirando de la ropa interior de manera ilustrativa—. Y la camiseta también…

—Pues quítamelas. —Fue la pragmática respuesta que salió de su boca.

—Tú encárgate de la camiseta que yo me cargo las bragas.

—Pero mira que eres bruto.

—¿Y lo que te pone que lo sea? —Le guiñó el ojo. Un segundo después la tela que tenía entre las manos se rasgaba con un solo pensamiento suyo y se la arrancó del cuerpo para luego balancearla como un trofeo—. Ahora sí estás tal y como me gusta.

—¿Te acabas de cargar mis bragas? —parecía bastante sorprendida al verlas en su mano —. ¿En serio?

—Sí —declaró y las lanzó por encima del sofá como si tal cosa—. La camiseta. Fuera. Ahora.

—Estás loco… —declaró, entonces hizo una mueca—. Y yo no estoy mucho mejor si dejo que me hagas estas cosas.

—Ava, cariño, la camiseta… —rezongó como un niño al que le están privando de su golosina favorita.

Se inclinó hacia delante y le acarició el rostro con los dedos. No era una caricia casual, lo sabía por las líneas que estaban describiendo sus dedos. Entonces se detuvo, alzó la mirada y se encontró con una inesperada serenidad en aquellas gemas castañas.

—No te tengo miedo —musitó con apenas un hilo de voz—. Me pones caliente, me sacas de quicio, me enloqueces, pero también te preocupas por mí. No… No puedo tenerte miedo.

Sus palabras lo atravesaron como un relámpago.

—Ava…

Ella parpadeó, sacudió la cabeza y se inclinó para besarle en la boca.

—La camiseta, sí —replicó ella contra sus labios—. Mira que eres mandón…

Gimió cuando ella se echó hacia atrás y se la quitó por la cabeza dejando a la vista esos dulces pechos.

—Magnífica —declaró devorándola con los ojos—. Eres una criatura magnífica.

Esas mejillas volvieron a colorearse un poco, pero esta vez ocultó esa particular vergüenza que parecía tener hacia los piropos que tenían que ver con ella y avanzó hacia él, subiéndose a su regazo sin más.

—Tú también —replicó ladeando la cabeza para mirarle—. Estás para comerte…

Dev sonrió de soslayo y se inclinó hacia delante, posando ambas manos desnudas sobre los globos de su trasero para acercarla hacia él y pegar su polla a la suave pelvis femenina.

—Dejemos los lametones para después —ronroneó acariciándole los labios con el aliento —. Ahora me muero por hundirme dentro de ti. No he podido pensar en otra cosa en todo el maldito día…

—Te confesaré algo. —Se aupó sobre su regazo y le susurró al oído—. Yo tampoco.

Como si aquello fuese todo lo que necesitaba para dar rienda suelta a la lujuria que lo consumía y que podía sentir arrastrándose a través de ella, le apretó las nalgas y la movió hasta que su miembro quedó alineado con la entrada femenina.

No esperó, buscó su boca y tiró de ella hacia abajo. La escuchó jadear, pero no se detuvo, continuó bajándola sobre su sexo atento a sus emociones, a la reacción de su cuerpo y a los ruiditos que se trabajaba mientras la besaba. Sentirla a su alrededor, apretándole, tan mojada y

caliente era pura gloria.

—Oh Dios… —jadeó ella arrancándose de su boca, retorciendo las caderas sobre él hasta hacerle sisear de placer—. Me estás… matando…

Su respuesta fue besarla ahora en el cuello e ir bajando sobre su clavícula antes de coger los senos en sus manos e inclinarse para meterse un pezón en la boca. Ella gimió otra vez y se revolvió sobre su regazo.

—Móntame —gruñó impulsando sus propias caderas a modo de ilustración.

No tuvo que decírselo dos veces pues ella estaba igual de desesperada que él por hacerlo. Se aferró a él con una mano y apoyó la otra sobre su rodilla al tiempo que se arqueaba hacia atrás dándole mayor acceso a sus pechos. Entonces empezó a mover las caderas, impulsándose sobre las rodillas para subir y volver a bajar sobre su erecto miembro.

Dev tuvo que apretar los dientes para no gruñir durante esos primeros movimientos. La sensación era indescriptible, ella lo ceñía como una maldita funda, apretándole en su interior como si quisiera torturarle por lo que le estaba haciendo, por aquello de la que la estaba privando. Sabía que por la mañana, cuando el sol saliese y la luz lo iluminase todo, se flagelaría a sí mismo por esto, pero su primera directriz como agente, su primer deber sería siempre para ella. No podía dejar que Ava se consumiese, no quería volver a ver el shock y la desesperación que vio esa noche en el paseo.

Aquello no había sido miedo, ni siquiera terror, no como lo conocía, como lo conocería cualquier persona que se hubiese enfrentado antes a él. Lo suyo era una abrumadora soledad, un silencio tan agobiante que amenazaba con consumirla si se permitía bajar tan solo un segundo la guardia. Era muerte, esa a la que había desafiado para quedarse antes de saber lo que había perdido, lo que esta le había arrebatado.

No podría ayudarla sin desplegar todo su poder, sin abrazar esa parte de la que él mismo había renegado y todavía renegaba de vez en cuando. Era un demonio sexual. Su lado empático podía suavizarlo, dotarlo de una comprensión y sensibilidad mucho mayor, pero al final del día no dejaba de ser un íncubo con necesidades y apetitos afines a su especie.

No era humano. Aunque pudiese pasar todo el día aparentando serlo, eligiendo su misma piel, no era como ellos. Los tatuajes de sus manos, las marcas en sus sienes y mandíbula, el tono dorado salpicado de marrón de sus ojos, unos ojos demasiado brillantes para ser considerados normales, su piel mucho más caliente, más bronceada y la oscuridad que lo envolvía y tragaba la envergadura de las poderosas alas que nacían en la parte superior de su espalda lo marcaban como lo que era.

Su apariencia, su verdadero ser no era algo que una hembra humana, ajena al mundo que se encontraba más allá de su pequeño piso, encontraría tranquilizador.

«No te tengo miedo».

Las palabras de Ava eran como una mofa y un bálsamo al mismo tiempo.

Ella no debería de verle en su forma *incubare*, el velo que había tejido sobre ella tendría que ocultarla a sus ojos y sin embargo…

«Me pones caliente, me sacas de quicio, me enloqueces, pero también te preocupas por mí. No… No puedo tenerte miedo».

Le había visto. De algún modo, lo había mirado a la cara, había dibujado sus marcas de nacimiento, incluso juraría que la había visto deslizar la mirada por sus alas.

Gruñó y cualquier pensamiento coherente voló de su mente en el momento en que esa hartera mujer empezó a moverse más rápido y más fuerte. Sus gemidos inundaban la estancia, el aroma almizclado del sexo, el sonido húmedo de su unión. Todo era demasiado para pasarlo por

alto, para que sus sentidos no lo aspiraran y se deleitaran en ellos. Estaba hambriento de ella, quería sentir como se ceñía a su alrededor durante el orgasmo, como gritaba al llenar al clímax, necesitaba beber de esa fuente de lujuria y saciarse, si es que eso era posible.

Buscó su boca y enlazó la lengua con la suya, chupándola, degustándola mientras le ceñía las caderas y acompañaba sus descensos elevando él su propia pelvis, enterrándose todavía más en ella, haciéndola gritar por el placer que la envolvía como una segunda piel desinhibiéndola y dejándola a merced de la lujuria más pura.

No estaba muy seguro de quién se estaba follando a quién en ese momento, de quién poseía a quién, solo que si no se corría de una vez, iba a explotar. Se dejó ir, liberó las riendas sobre su poder y la acarició con los sentidos. Tocó cada una de las emociones adecuadas como si estuviese arrancándole notas a un arpa y dejó escapar un grito gutural al mismo tiempo que ella gritaba su nombre mientras convulsionaba alrededor de él.

Dev no podía dejar de jadear. Había dejado caer la cabeza hacia atrás mientras intentaba llevar aire a sus pulmones, sus alas caían de cualquier manera por encima del respaldo y la deliciosa mujer, que todavía lo acogía en su interior, luchaba por encontrar su propio oxígeno desmadejada sobre su pecho.

Sacando fuerzas de vete tú a saber dónde, llevó las manos sobre la suave espalda femenina y empezó a acariciársela con largas y delicadas pasadas destinadas a tranquilizarla. Sus emociones retumbaban como un maldito bongo en su interior, era incapaz de refrenarlas o silenciarlas pues estaban íntimamente ligadas a las suyas.

Se obligó a calmarse él, a rehacer las barreras que protegían sus propias emociones y fortificarlas. Una vez colocada cada una en su lugar, pudo concentrarse en la mujer que tenía en brazos y en su bienestar.

—¿Sigues conmigo, cariño?

Dev se las ingenió para moverse un poco, salir de su interior y reacomodarla en su regazo. Cogió la manta que la había estado cubriendo hasta hacía unos minutos, la levantó del suelo con un solo pensamiento y la cubrió con ella mientras la acunaba.

—¿Ava?

Ella se estremeció, pero no dijo una sola palabra. Se acurrucó un poco más contra él y giró la cabeza hasta encontrarse con sus ojos.

—¿Estás bien? —pronunció las palabras despacio pues no sabía si ella le escuchaba o el audífono que todavía llevaba se había ido también a la mierda. Por Dios, empezaba a odiar seriamente esos aparatos por lo que le hacían a ella, por lo que le quitaban en vez de darle. Esperaba que Julian hubiese podido arreglarlo todo y su mujer pudiese recibir por fin las prótesis que necesitaba.

Su mujer.

Ahí estaba de nuevo esa peregrina idea.

—Pregún… Pregúntamelo dentro de… un par de horas… y te diré… algo.

La respuesta de la chica cortó de raíz sus pensamientos.

Sonrió de soslayo y la recorrió con la mirada.

—Y por Dios… —gimió ella revolviéndose entre sus brazos—. No parezcas tan satisfecho contigo mismo. Me da vergüenza.

—Y lo dice la amazona que me ha follado hasta dejarme seco.

—¡Dev!

Se rio entre dientes y se movió hasta tumbarla sobre el sofá bajo él. Si bien el sillón era lo bastante grande para los dos, tuvo que hacer algunos ajustes para encontrar una postura cómoda

en aquella forma.

—Me has follado a base de bien —declaró con un ronroneo haciendo que ella enrojeciera —, y estoy encantado por ello.

—Oh, por Dios… —rezongó.

—Y estoy pensando en cómo devolverte el favor… —continuó alzándose sobre ella para mirar entre sus cuerpos, hacia abajo—. Y creo que empezaré… con el postre.

—¡Ya has tomado postre! —gimió ella cuando empezó a descender sobre su cuerpo y dejó tras de sí pequeños besos sobre sus pechos y estómago.

—Ninguno tan apetitoso como este —ronroneó besándole el monte de venus antes de descender hacia su húmedo e hinchado sexo—. Di, que disfrutes del postre, Dev.

—¡Que te…! ¡Dev!

Él se rio contra su sexo, empezando a lamerla ya de arriba abajo como si fuese un helado, uno de su sabor favorito.

CAPÍTULO 33

Ava nunca se había sentido tan libre como cuando estaba con ese hombre. Devon no se guardaba nada. Era generoso, desinhibido, un amante de primera, pero esa noche había algo más en él. Algo oscuro y rotundamente sexual que la atraía como un imán.

Había momentos en los que su mirada parecía hacerse más brillante y profunda, en que su rostro se volvía contemplativo y las luces de la habitación parecían crear juegos de sombras sobre su rostro. Era una sensación fugaz, como ver a través de una mirilla y antes de que pudieses comprender lo que estabas viendo eso desapareciera.

—Qué extraño. —El murmullo hizo que su amante levantase la cabeza y sus miradas se encontrasen.

—¿Qué es lo que te parece extraño?

Dejó que sus dedos resbalaran por la barbuda mandíbula, se la delineó ascendiendo hacia el pómulo y la sien.

—No es nada —suspiró cuando ese duro cuerpo volvió a rozarse contra el suyo. Habían dejado el sofá para trasladarse al dormitorio, dónde ya habían hecho un buen uso de las mentadas paredes. La cama había sido su reciente terreno de juegos, las sábanas tiradas por el suelo, sus cuerpos desnudos y sudados enredados y saciados después de un par de increíbles orgasmos—. Mi cerebro se ha hecho papilla durante la travesía desde el salón a la cama y ya no me queda ni un solo pensamiento coherente.

—Mi pobre niñita.

—No me llames así —rezongó y no se lo pensó dos veces. Te dio un tirón de orejas.

—¡*Auch*! —Se quejó. Pero había risa en su voz, en sus ojos y una insaciable lujuria.

—Eso por todas las veces que me tocas las mías.

—Pero yo no te tiro de ellas.

—No, tú me muerdes.

Él se rio entre dientes y un segundo antes de buscar su boca y darle un largo y suave beso.

El frenesí del inicio de la noche había ido quedando atrás y ahora disfrutaban de algo más lento, tranquilo… Al menos hasta que el deseo y la lujuria tomaban de nuevo el mando y se volvían dos demonios sobre la cama.

—Privilegio de ser más grande y el macho de la relación —ronroneó apartándose de sus labios.

Volvió a resbalar los dedos por su rostro y lo miró atentamente.

—¿Alguna vez te has hecho un tatuaje en esta parte y te lo has borrado?

—¿Por qué lo preguntas? —Una de sus manos resbaló por su hombro, acariciándole el brazo con los dedos desnudos.

Bajó la mirada sobre esa caricia y sacudió la cabeza una vez más.

—Tiene que ser cosa de las sombras que proyectan las lámparas —chasqueó retirando los dedos y rozándole ahora los labios—. Durante un instante me ha parecido ver algo parecido a unas marcas.

—¿Sería muy distinto si los tuviera?

Le miró a los ojos y sacudió la cabeza.

—No. ¿Por qué iba a serlo? —Admitió en voz alta—. Es tu elección. Hay quién se perfora

agujeros por todos lados y los llena de piercings, incluso quienes se hacen cosas raras en la cara o se ponen prótesis… Mira, eso último sí que me da cosilla… Pero un tatuaje, es tu piel, tu cuerpo… y a juzgar por los que ya tienes en las manos, tendrías el buen gusto de no hacerte algo absolutamente horroroso. Solo un apunte, por si tienes en mente hacerte algo más… No te tatúes la polla, por favor.

Una inesperada carcajada resonó en la habitación, haciéndole vibrar el pecho y todo el cuerpo.

—Te juro que esa parte de mi anatomía jamás será sometida a semejante vejación —admitió entre carcajadas, agitando la cama y a ella con él.

—Hombre inteligente —sonrió en respuesta, apoyándose en su pecho.

—De vez en cuando lo soy, ¿no? —añadió burlón. A duras penas podía dejar de reír.

—Solo de vez en cuando —declaró muy seria; algo difícil dado que la risa burbujeaba en su interior.

—De acuerdo, entonces los tatuajes son aceptables —resumió él—. De hecho… Tú tienes uno en ese precioso culito y todavía no me has contado su larga historia.

Ava resopló y le dio la versión corta.

—Kenzie y yo. Borrachas. Acabamos en un tatuador y después de eso no pude sentarme en una semana.

Él se echó a reír.

—Pobrecita mía.

—Al menos tuve el buen sentido de elegir algo bonito.

—Es verdad —admitió risueño—. Entonces, aceptamos los tatuajes. ¿Qué más?

—¿No es suficiente con los tatuajes? ¿Quieres hacerte también un piercing?

Su respuesta fue intercambiar posiciones, la abrazó y giró sobre ella, dejándola ahora bajo él. Esos bonitos ojos marrones tenían un brillo inusual, como si alguien los hubiese salpicado con motitas doradas.

—¿Qué me dirías si te dijese que en realidad pertenezco a una raza distinta de la tuya, una poco conocida y que tiene ciertas peculiaridades fisionómicas como… tatuajes, la piel más caliente, el tono más dorado…?

—Mientras no me digas que eres un vampiro que brilla a la luz del sol, creo que podré soportarlo —chasqueó siguiéndole el juego—. La sola idea de tener que andar con gafas de sol todo el rato a tu alrededor… Puf. Que va. ¿Y en verano? Ni te imaginas lo que sería eso en pleno verano. Sería como ir al lado de una bola de discoteca tan grande como una montaña.

Dev dejó caer la cabeza en el hueco de su hombro y a juzgar por los ahogados jadeos y el temblor de su cuerpo, estaba claro que se estaba partiendo de la risa.

—Nada de vampiros *brilli-brilli.*

—Bien, entonces, ¿de qué clase sería esa otra raza?

—Nocturna, principalmente.

—Vale —admitió siguiéndole el juego—. ¿Estallas en llamas bajo la luz del sol?

—No tengo ningún problema con el sol —replicó alzando la cabeza para mirarla con visible diversión—. Te recuerdo que nos fuimos de pícnic.

—Me arrastraste a un pícnic, que no es lo mismo y luego me follaste contra un árbol. Eso sí que tiene que ser cosa de otra raza. —Puso los ojos en blanco.

—Alas —le dijo él con entonces y juraría que sus ojos se movieron ligeramente para mirar por encima del hombro—. Oscuras, grandes, fuertes y suaves… Capaces de fundirse con las sombras.

Ava llevó sus manos a lo largo de los brazos masculinos que se apuntalaban sobre la cama hasta sus hombros y lo miró a los ojos.

—¿Qué tipo de alas? ¿Plumas? ¿Membranosas? ¿Peludas?

—¿Peludas? —Durante una milésima de segundo pasó algo parecido a la ironía por su mirada—. ¿Crees que alguien o algo puede tener las alas peludas?

—No sería muy práctico, ¿no?

Él sacudió la cabeza.

—Dudo mucho que cualquiera con alas peludas se dejase ver siquiera —chasqueó la lengua y deslizó la mirada sobre su cuerpo, la punta de la lengua emergiendo ya de sus labios para relamerse—. Mis alas… serían similares a las de un murciélago, por darte un ejemplo con el que puedas compararlas.

—Me gustan los murciélagos —admitió y lo decía en serio—. Me parecen monos.

—Los murciélagos te parecen monos —repitió mirándola como si sus palabras no tuviesen el menor sentido—. Pues sí que eres rara.

Aquello le ganó un puñetazo en el hombro.

—Oye, tú, más respeto.

Su rostro adquirió de inmediato esa expresión sexy y pícara.

—Te estoy respetando, Ava, estoy manteniendo una conversación contigo y aguantando las ganas que tengo de volver a enterrarme entre tus piernas.

—Eres incorregible… E insaciable.

—Eso es culpa tuya —aseguró todo lleno de razón.

—Ya, claro. Como no.

—Las alas… —retomó aquella fantasiosa conversación—, serían una marca indeleble de mi raza.

—Ahora me dirás que también tendrías cola, cuernos y colmillos como los demonios.

—No, no y no —negó ante cada una de las opciones—. Aunque sí, mi raza pertenecería a alguna rama de la demonología conocida por la humanidad, solo que sin tanta parafernalia como la que usan para describirnos.

—¿Y hay un nombre para ese tipo de raza demonológica?

—*Incubare* y *empathis* —replicó y su voz pareció repentinamente seria al pronunciar esas dos palabras—. Dos razas. Un mestizaje. Soy mestizo.

—¿*Incubare* como en íncubo? ¿Un demonio sexual? —No pudo evitar que sus labios se estiraran mientras pegaba su cuerpo al de él, rozando su vientre contra el duro y caliente miembro que sentía contra ella—. Mira tú de dónde sale ese apetito sexual que tienes… Aunque no sé si me gustaría como terminaría el asunto. Esos demonios se colaban en los sueños de los mortales, tenían relaciones sexuales con ellos y se alimentaban de la vida de estos hasta matarlos.

—Impresionante. —Fue un murmullo, casi más un comentario para sí mismo que para ella —. ¿Otra de las cosas raras que te gustan?

Se encogió de hombros.

—Después del accidente, sobre todo mientras todavía estaba en el hospital, los libros fueron parte de mi terapia personal —admitió esquivando su mirada para posarla en cualquier otro lado que no fueran sus ojos. Podía notar ya su rostro encendiéndose y no a causa de la excitación—. Kenzie apareció un día con un libro de demonología.

—Tu mejor amiga te llevó al hospital un libro sobre demonios.

—Sí, tan bizarro como suena, así es ella. —Se encogió de hombros—. Y como no tenía nada mejor que hacer, me lo leí de cabo a rabo. Y lo que decía sobre los íncubos o los súcubos,

era eso.

—No nos nutrimos de la vida humana, sino de la energía sexual y no matamos a nadie… —mencionó poniendo los ojos en blanco—. Y las relaciones que tenemos son consentidas, no entramos en los sueños de nadie… A menos que nos inviten.

—Las descripciones del libro no eran tan benévolas, ni las ilustraciones tan sexis como la que pintas tú —chasqueó ella—. No sé qué atractivo podía tener irse a la cama con un ser que parece el Diablo con cola, cuernos y todo el equipamiento. —Suspiró y ladeó la cabeza para mirarle ahora a la cara—. Si tus *incubare* tuviesen ese aspecto no se comerían un rosco. No. Me gusta más tu descripción. Es inquietante sí, pero también más… sensual. No sé. Supongo que tendría un puntito erótico irse a la cama con un tío que es un demonio sexual, tiene alas de murciélago y te folla hasta hacerte perder la cabeza. Sería una fantasía en toda regla.

Los labios masculinos se estiraron ligeramente en una sonrisa que empezó a calentarle los ojos. No era como ninguna cosa que hubiese visto antes, no había esa vivacidad, ni ese erotismo, solo una especie de paz.

—Tienes una mentalidad extraordinariamente abierta —mencionó él bajando sobre su boca una vez más—. Y eso es algo tan raro como precioso. No cambies tu forma de ser ni permitas que otros dicten tus pasos, eres alguien a quien merece la pena encontrar en el camino y conocer de esta manera.

Cuando sus labios se encontraron esta vez, el beso fue mucho más suave, profundo y lento, una caricia que iba más allá de sus bocas y que se filtraba en su interior calentándole no solo la sangre, sino el corazón. Devon rompió el beso solo para apoyar su frente contra la de ella, cerró los ojos y juraría que su rostro adquirió un gesto de dolor durante un brevísimo instante.

—¿Dev? ¿Qué ocurre? —preguntó llevando las manos al rostro masculino, buscando su mirada—. He dicho algo que no…

Negó con la cabeza y sonrió incorporándose lo suficiente para que pudiesen mirarse y acariciarse sin restricciones.

—No pasa nada —le rozó la mejilla con los nudillos—. No eres tú la que ha hecho algo, sino yo. Y ha sido una enorme metedura de pata. Pero lo hecho, hecho está. Solo puedo… Solo puedo afrontar las consecuencias que vengan.

Ladeó la cabeza sin entender de qué hablaba.

—¿De qué estás hablando?

Respiró profundamente y la miró a los ojos.

—Lo que crees ver y luego no está, las sombras que crees que se proyectan en mi rostro, no son sombras. Son las marcas nativas de mi pueblo —admitió con la mirada clavada en la suya —. Es una parte de quién soy, de lo que soy. El reflejo en el espejo que no te he dejado mirar.

Dejó escapar un profundo suspiro y, para su sorpresa, se echó hacia atrás, incorporándose hasta quedarse sentado sobre los talones y a ahorcajadas sobre sus piernas.

—Cuidar de ti es mi primera directriz como *Agente Demonía*. Mi deber es ayudarte a caminar, a dejar atrás lo que te frena, lo que aprisiona tu alma. Estar a tu lado cuando me necesitas, asegurarme de que eres lo bastante fuerte para afrontar tus miedos y enseñarte a superarlos.

Escucharlo enumerar todo aquello la hizo recordar el motivo de que estuviese allí, la excusa que le había permitido conocer a ese hombre; una que en momentos como este se permitía olvidar.

Ella era *su* trabajo, *su* misión y más le valía tenerlo presente.

—Diría que hasta el momento has hecho bien *tu trabajo* —respondió en voz baja,

sentándose también a fin de no sentirse en inferioridad de condiciones. Respiró profundamente y dejó escapar el aire—. Si lo que te preocupa es que vea esto como algo más que un momento de placer, una noche en la que ambos lo estamos pasando bien, puedes estar tranquilo. No soy tan tonta como para enamorarme de un tío al que acabo de conocer.

Los ojos marrones brillaron con mayor intensidad, como si esas motitas doradas volviesen de nuevo a ellos y los hiciesen titilar.

—Si hubiese hecho bien mi trabajo, no estaríamos teniendo esta conversación, Avalon. —Era extraño escucharle pronunciar su nombre completo. Hasta ahora solo lo había hecho cuando su rostro adquiría una seriedad como la que lucía en esos mismos momentos—. Si lo hubiese hecho bien, no habrías formulado esas preguntas, ni habríamos llegado a este punto.

—¿Y qué punto es este, Devon?

—El punto en el que tu mundo volverá a romperse —admitió con seriedad—. Y esta vez no sé si seré capaz de ayudarte a volver a reconstruirlo, porque el culpable de tal derrumbe seré yo.

Se estremeció, no pudo evitarlo. No sabía a qué se debía, si era por la expresión de su rostro o algo más, pero Ava tembló cuando un inesperado y helador escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—Mi mundo no puede romperse más de lo que ya lo ha hecho. —Se las arregló para decir a pesar de que se le estaba cerrando la garganta y un inexplicable temor le apretaba las entrañas. Se obligó a empujarlo a un lado, a mirar dentro de sí misma y aferrarse a lo que sabía a ciencia cierta—. Desde que nos conocemos, y parece mentira que solo sean un puñado de días, no has hecho nada para lastimarme, sino más bien al contrario. A pesar de que no me conoces, te has portado conmigo mejor que algunas personas con las que he pasado gran parte de mi vida. Si has hecho algo por lo que te sientas de esa manera, no ha sido a mí, sino a ti mismo.

Y mientras esas palabras salían de su boca se dio cuenta de cuán ciertas eran y de que podía aplicárselas a sí misma.

—Si tienes algo que decir, será mejor que lo digas ahora —insistió ella—. No hay nada peor que la incertidumbre para generar desconfianza.

Él la miró, le sostuvo la mirada durante unos segundos en silencio, entonces le tendió la mano con la palma hacia arriba, la única que no mantenía apoyada sobre el muslo.

—Por tu seguridad, por tu protección, por la verdad que esconden las sombras recurro al pacto existente entre nosotros —pronunció con voz firme, sin arrancar la mirada de la suya—. Avalon Wilkinson, ¿entregas por propia voluntad tu palabra, tus sentidos y tu cuerpo para ponerlos al amparo de mi voluntad y protección?

Reconoció las palabras que había pronunciado hace un par de noches, la primera en la que se sintió realmente protegida y cuidada, la primera en la que el miedo no fue una carga. Esa noche se la había dado él.

Levantó la cabeza y posó su mano sobre la de él, sintiendo al momento ese pellizco de electricidad que pasaba entre ellos.

—Los entrego.

Los ojos que la miraban ganaron intensidad, vio como su nuez se movía mientras tragaba y sus próximas palabras perdían un poco de la dureza que habían tenido hasta el momento.

—Avalon Wilkinson, ¿me aceptas a mí, Devon Karma Sheffield como el único agente de dicha voluntad?

El cosquilleo en su mano persistía, su palma parecía querer fundirse en la de él y cuando finalmente pronunció aquellas tres palabras, lo que había creído parte de un sueño, se hizo

realidad.

—Te acepto, Dev.

Las líneas de la mano tatuada parecieron moverse por sí mismas, como si fuesen hilos de aceite surfeando sobre el agua que pasaban de su mano a la de ella, envolviéndola, creando una marca similar mucho más clara sobre su propia piel.

Se quedó mirando embobada mientras aquellos hilos se movían dejando tras de sí una línea caliente que se iba fijando hasta quedar completamente quietas y firmes como un tatuaje gemelo al que él llevaba.

—¿Cómo…?

La voz le temblaba, su mente todavía intentaba procesar lo que acababa de ver, pero todo aquello quedó inmediatamente relegado cuando levantó la cabeza y lo miró.

Devon seguía ante ella en la misma posición, arrodillado en la cama, con una mano posada sobre un ancho y duro muslo de piel bronceada. Su tono se había vuelto más intenso, como si el color canela de su piel hubiese adquirido un tono satinado que invitaba a ser acariciado. Bajo la palma de su mano tatuada asomaban también unos diseños que formaban un entramado gemelo en la parte exterior de ambos muslos. Alzó la cabeza y se encontró con sus ojos vivos, brillantes, con esas motas doradas matizando su característico marrón. Tal y como había vislumbrado, desde las sienes hasta el inicio de la mandíbula le bajaban sendos tatuajes, apenas unas líneas que serpenteaban y enmarcaban el rostro que ya conocía. Sus anchos hombros marcados también con aquellos símbolos, su amplio pecho, los marcados abdominales, la pesada erección levantándose orgullosa entre sus piernas… No había nada que la hiciese temerle. Nada hasta que reparó en las sombras que parecían moverse a su espalda y que delineaban unas enormes alas que caían a ambos lados de la cama, enmarcando aquella montaña de masculinidad y sexo en estado puro en forma humana.

No, eso no era humano. *Él* no era humano.

Era un *demonio*.

Un *íncubo.*

Y ella estaba desnuda, excitada e indefensa ante él.

CAPÍTULO 34

Devon no se movió. No hizo ningún movimiento que pudiese enviar a la mujer que tenía ante él a un repentino ataque de pánico.

Con su mano todavía en la de él, aquellos ojos castaños lo recorrieron registrando cada centímetro del hombre que tenía ante ella. Fue un examen metódico, uno que empezó con incomprensión, sorpresa y curiosidad, para mudar poco a poco en nerviosismo, incredulidad y un helado terror en el momento en que reparó en sus alas extendidas detrás de él.

Aferró esa cuerda del arpa de sus emociones y la mantuvo firme, impidiéndole resonar y extenderse por sus venas como una ola imparable. La dejó reconocer la emoción, sentirla, pues no iba a arriesgarse a manipular sus emociones, pero no le permitió sucumbir a ella.

La palma sobre la suya, tatuada a causa del pacto, se retiró inmediatamente y se cerró en un puño contra su pecho. Podía escuchar el acelerado latido de su corazón; estaba demasiado acelerado. Su respiración; le estaba costando llevar aire a sus pulmones. El temblor que la recorría de la cabeza a los pies; miedo, irrealidad, le estaba costando procesar lo que veía. Y excitación; más allá de todo aquello, podía oler la excitación en ella, la humedad de su sexo, la predisposición de su cuerpo hacia su poder, hacia lo que él era.

—Ava —pronunció su nombre. Nada más. Necesitaba que esos ojos volvieran a fijarse en su rostro y no en sus alas. Traerla de nuevo a un punto en el que ella fuese consciente de que seguía siendo él—. Mírame.

Acompañó sus palabras de una ligerísima compulsión y ella obedeció.

—Necesito que respires, cariño mío.

Sacudió la cabeza. La vio tragar de manera compulsiva y sus ojos volvieron a recorrerlo.

—¿No quieres respirar? —Imprimió cierto tono burlón a su voz.

—No… No puedo. —Se las ingenió para responder ella—. Lo… lo estoy intentando, pero… No… no hay aire.

Palabras. Una respuesta inteligente, coherente. No la había perdido.

El alivio lo inundó y asintió con la cabeza al tiempo que volví a levantar la mano, con cuidado y se la tendía.

—Ven aquí.

Volvió a sacudir la cabeza de lado a lado, sus ojos abriéndose todavía más.

—No.

—Por favor. —No quería suplicar, no tenía intención de hacerlo, pero su voz salió de esa manera.

—No… No puedo —musitó de nuevo—. No… No puedo… moverme.

Volvió a temblar y vio como sus ojos empezaban a acusar el brillo de las lágrimas.

—Dame la mano —insistió sin perder de vista su mirada, conectándola a él de ese modo —. No te dejaré caer.

Una de esas lágrimas se escurrió por su mejilla, separó los labios y dejó escapar un pequeño gemido. Al segundo siguiente, el tembloroso brazo se extendía hacia el suyo, sus dedos tocando con delicadeza y visible temor sus dedos.

Dejó que comprobase por sí misma que no había daño, que no la estaba lastimando, que recordase con quién había estado apenas unos minutos antes.

Los delgados y largos dedos se cerraron con fuerza en los suyos, ejercieron tal presa sobre ellos que no le sorprendió que ella perdiese el equilibrio y se viese obligada a reacomodarse para no caer de bruces, cosa que si bien a su polla le hacía una tremenda ilusión, a la chica era posible que no tanto; no en esos momentos, al menos.

—Ay Dios mío —la escuchó jadear mientras se aferraba a su mano y apoyaba la otra en su muslo para evitar caer—. Oh, joder… Señor. Esto no… No es… Tú… No puedo respirar…

Aquello fue todo lo que necesitaba saber. La rodeó con el brazo libre y la atrajo contra su pecho, ciñéndola contra él, calentándola con la inusual calidez de su piel. Ella estaba helada, un sudor frío la envolvía producto del miedo.

—Tranquila, Ava —le frotó la espalda en círculos, calmándola en el proceso—. Puedes respirar. Solo tienes que inspirar profundamente y luego soltar el aire. Vamos. Puedes hacerlo.

La escuchó hacer exactamente eso, se llenó los pulmones y prácticamente tosió en el proceso. Ese curvilíneo y voluptuoso cuerpo se pegó más al suyo, las manos pegadas a su pecho, todavía de rodillas entre sus piernas.

—Despacito… —Siguió acariciándola, monitorizando sus emociones y reteniendo o soltando cada una de las cuerdas que las accionaban para impedirle sucumbir al tumulto gestado en su interior y colapsar—. No pasa nada. Estoy aquí. Sigo siendo yo.

—Y… y una mierda… —Creyó escucharle farfullar contra su pecho, pues había ocultado el rostro contra él—. No… No lo eres… No de la misma… manera. No.

—Sigo siendo yo —replicó inclinándose ahora sobre su oído, aquel que conservaba el audífono—. ¿Te lo demuestro? —Mientras seguía acariciándole la espalda, deslizó la otra mano hacia abajo, hacia sus nalgas y entre ellas hasta encontrar su húmedo sexo. Una ligera caricia y se estremeció contra él, ahogando un gemido.

—No… No me… no me toques.

Suspiró y obedeció devolviendo esa mano a su cadera.

—Ava —pronunció su nombre y entonces soltó un pequeño quejido—. *Auch*. ¿Acabas de pellizcarme?

Sí, lo había hecho a juzgar por el ardor a la altura de sus costillas.

—Sientes… eso.

—Joder, sí —fingió sentirse insultado y molesto por su osadía, aunque en realidad estaba encantado de que ella estuviese haciendo preguntas y no llorando de terror—. Como que me has pegado un pellizco que casi me arranca la piel de las costillas, pedazo bruja.

—No me llames bruja.

—Te llamaré bruja mientras te comportes como una —replicó con rotundidad, esperando, siempre esperando a que ella hiciese el próximo movimiento.

—No puedo. —La escuchó mencionar entonces—. Es demasiado.

—¿Qué es demasiado?

—No me hables.

—Señor, dame paciencia… —resopló y se encargó de que las palabras cayesen muy cerca de su oído—. La *niñita* se ha enfurruñado.

—¡Que no me llames *niñita*! —Chilló al tiempo que se apartaba de él de un empujón, mirándole con ojos febriles, con el temor bailando con la desesperación y el cuerpo temblando como una hoja—. ¡Y haz algo con eso!

Eso era su polla. A su miembro le daba exactamente igual que la chica estuviese en estado de shock, lidiando con sus propios temores, se mantenía firme como un jodido soldado y la culpa era toda de ella.

—Preferiría que lo hicieras tú —chasqueó perezoso—. Si estoy así es únicamente culpa tuya. Te has estado frotando contra mí todo el tiempo.

—¡Y una mierda! —exclamó y vio como la furia parecía desterrar al miedo, lo que para él era perfecto. Prefería enfrentarse a una hembra rabiosa que a una aterrada—. ¡Hazte una paja si quieres, pero yo no te toco!

—Harpía.

No movió un músculo. Una vez más volvió a quedarse estática, sus ojos clavados en sus alas.

—Ava.

—No… No pronuncies… mi nombre —gimió y cerró los ojos. De rodillas sobre la cama, con las manos ahora cubriéndose el rostro y la cabeza agachada, era el vivo retrato de la derrota. Sus hombros se sacudían ligeramente, al igual que su cuerpo, en irregulares temblores—. No me hables. No me toques. No te acerques. No…

«No quiero saber que eres tú quién está debajo de esa piel».

Escuchó su voz en su mente, un pensamiento atado a una emoción tan desgarradora que era imposible que lo pasase por alto.

«No eres real. No estás aquí. No te deseo, no puedo arriesgarme a…».

Devon se sobresaltó y reculó de inmediato.

El *Pacto* le daba esto, le ofrecía todo lo que Ava era, todo lo que ella quería darle aun cuando no fuese consciente de ello.

«Soy real. Estoy aquí. Estoy aquí para ti y solo para ti». Susurró en respuesta, enviando aquellas palabras a través de sus emociones.

—No. —La escuchó sollozar detrás de las manos.

«Estoy aquí. No te abandonaré. No te dejaré mientras me necesites».

—No. —insistió lastimosa.

—Estoy aquí —pronunció ahora en voz alta, inclinándose sobre ella, llevando las manos a las suyas para retirarlas del rostro mojado—. Y no voy a irme.

Esa húmeda carita se levantó poco a poco y había tan desesperación en ella que se le encogieron las tripas.

—No me iré, Ava —insistió buscando sus ojos—. No me iré.

—Dev… —pronunció su nombre. El dolor estaba presente en sus ojos, también el miedo, pero era uno muy distinto, uno que venía de mucho más adentro que el que producía la visión de su propia naturaleza no humana.

—Estoy aquí, Avalon —pronunció su nombre completo sabiendo lo que eso significaba para ella—. Estoy justo aquí.

Un quejido, más lágrimas y la rendición incondicional de su cuerpo cuando perdió la batalla que estaba luchando consigo misma, una que no podía ganar, esa noche no, no durante el pacto.

—No… No me sueltes —musitó ella tan pronto como sus brazos la rodearon, atrayéndola de nuevo contra él, al calor de su cuerpo—. Pase lo que pase, diga lo que diga, no me sueltes.

—¿Eso es lo que deseas, *milady*? —le susurró al oído, resbalando sus manos sobre su espalda, acomodando sus alas en una posición más cómoda.

—Sí. —Ella se estremeció ante el movimiento, sintió su temor, su incertidumbre y se las llevó a dónde no pudiesen hacerle daño.

—Entonces, así será —prometió buscando sus labios, tragándose aquel último sollozo y tumbándola en la cama, listo para hacer honor al pacto hasta que el sol los encontrase a ambos de

nuevo.

CAPÍTULO 35

Las primeras luces del alba empezaban a colorear el cielo alejando las sombras que envolvían la noche. Ava levantó la mirada y despegó la frente del fresco ventanal mientras contemplaba aquel despertar en el salón del *loft* en *Canary Wharf*.

Bajó la mirada a sus manos. Las líneas todavía recorrían su mano derecha. Fijas, inmóviles, tatuadas de tal manera que no se habían quitado por mucho que las restregase bajo el chorro del grifo; y lo había intentado, varias veces.

Un nuevo vistazo, ahora al suelo, y se topó con aquella retorcida pieza de ajedrez que parecía burlarse de ella.

Todo parecía una mala broma, una pesadilla de la que no era capaz de despertarse y que convertía todo lo que había pasado en las últimas horas en algo disparatado e irreal. En un conjunto de imágenes, de sensaciones y actos más propios de una de esas novelas eróticas que tanto le gustaban a Kenzie que del mundo real.

Y el infame protagonista dormía plácidamente en la cama, la misma que ella consiguió abandonar tras juntar el valor suficiente para gatear fuera de ella y arrastrarse hasta el salón.

Enroscó los dedos alrededor de la retorcida pieza de ajedrez y la levantó hasta que quedó a la altura de sus ojos.

Negra. La pieza era negra contra sus dedos, tan tangible y dura como lo eran esos dos apéndices que caían sobre ambos lados del lecho como una cortina. Se estremeció ante el solo recuerdo, ante la imagen que formó su mente, una en la que ella gritaba de éxtasis entre los brazos de su amante, con esas… cosas… envolviéndose a su alrededor.

Un rey oscuro, solitario y retorcido a la espera de la reina que lo completaba.

Una reina blanca, sin rostro, con una forma sinuosa que se envolvería a su alrededor hasta encajar y completar el set de dos piezas.

«El día en que me convertí en agente, Demonía me entregó algo más que mis nuevas credenciales. Me dio esto y me dijo que en el momento en que encontrase la otra mitad que la completaba, yo también estaría completo».

Ava sabía dónde estaba la otra mitad, aunque no había vuelto a pensar en ella hasta que vio a su contraparte en manos de Devon. Ella era la propietaria de esa reina blanca, la cual descansaba ahora mismo en el interior de una vieja caja de zapatos, abandonada en el fondo del armario de su propio dormitorio.

Llevaba ahí desde que la encontró en una feria de antigüedades poco después de salir del hospital. Sola, abandonada, tan imperfecta como ella misma, la otra mitad del oscuro rey que giraba ahora entre sus dedos…

El rey que dormía en su cama ignorante de aquel secreto.

Se movió, intentando levantarse del suelo y dejó escapar un quejido ante el entumecimiento de su cuerpo.

¿Cuánto tiempo llevaba allí sentada? ¿Cuánto había pasado pegada al cristal del ventanal, mirando hacia el exterior sin ver nada más que lo que repasaba una y otra vez en su mente, esperando a que el sol saliese o él se diese cuenta de su partida y la arrastrase de nuevo a aquel loco frenesí?

Dejó la pieza sobre la mesa auxiliar, el lugar en el que la había encontrado tras llegar al

salón. Cuando se despertó y se encontró con él en la cama, con *eso* arropándola como si fuese una oscura sábana y no…

Se estremeció, se rodeó con los brazos mientras miraba a su alrededor con los ojos vidriosos. Tuvo que apretar los labios para evitar gemir o gritar; cualquiera de las dos posibilidades sería aceptable, aunque también sabía que no podría hacer ni una cosa ni la otra. Estaba vacía. Agotada, sus emociones se habían ido, su mente había colapsado y ya solo conseguía moverse por pura necesidad.

Allí todo estaba igual que lo habían dejado ayer.

La taza de té que no se había terminado sobre la mesa auxiliar frente al sofá, la manta abandonada en un lado, sus bragas rotas destacando sobre el suelo de madera, al igual que su camiseta. Solo la ropa masculina estaba doblada sobre un mueble, como si alguien la hubiese recogido a toda prisa y dejado allí; prendas que no podía recordar como habían abandonado el cuerpo de su amante.

Se obligó a respirar profundamente antes de dar media vuelta y alejarse de las vistas del ventanal. Avanzó a trompicones, apoyándose en los muebles que encontraba en su camino hacia el dormitorio; la única estancia con cuatro paredes.

La puerta seguía abierta.

Lo había estado cuando salió arrastrándose de esa habitación, mientras su mente intentaba darle un sentido a lo que veían sus ojos, a lo que había pasado entre esas sábanas.

El aroma almizclado del sexo parecía impregnar cada metro cuadrado de ese lugar, acariciándole la nariz y despertando de nuevo su cuerpo como si los excesos a los que ya lo había sometido no fuesen suficientes.

Para ese momento el corazón volvía a latirle en las sienes, sentía como un millar de hormigas recorriéndole la piel y la garganta apretada y seca, pero no se detuvo. Dejó que sus dedos alcanzasen el marco de la puerta y se aferrasen a ellos, usó aquel punto de apoyo para tirar de sí misma hacia ese umbral, de regreso a lo que había abandonado en su interior.

La luz del amanecer entraba ahora a través de las cortinas incidiendo sobre la figura que dormía boca abajo sobre la cama. Sabía que su amante era grande, pero verlo atravesado boca abajo en el lecho, con los pies sobresaliendo del colchón ridiculizaba sus expectativas. Su piel parecía más radiante que nunca. Ese satinado color canela lograba que se le hiciese agua la boca por pasar la lengua sobre ella, por darle un mordisco en ese perfecto culo que atrapaba su atención. Dormía con el rostro vuelto de lado, el pelo despeinado, las pestañas oscuras sombreando sus ojos y las líneas de aquellos tatuajes acariciándole la sien y parte del mentón. Pero eran esas enormes y oscuras alas membranosas que brotaban desde su espalda, las cuales parecían difuminarse o perderse en la oscuridad dependiendo del ángulo en el que las mirara, las que hicieron que un irracional y primitivo terror volviese a retorcerse en su estómago.

Retrocedió instintivamente hasta chocar con la pared, sus ojos clavados en ellas mientras se dejaba ir hasta terminar con el trasero en el suelo. Era incapaz de apartar la mirada a pesar de esos apéndices, su cerebro no era capaz de encontrar ese clic que la haría gritar hasta quedarse afónica, sencillamente no podía pensar con claridad.

Esa pequeña parte racional de sí misma, la que todavía parecía lo bastante lúcida como para recordarle que debía respirar, la instó a arrastrarse de nuevo hacia la puerta, a traspasar el umbral una vez más.

«No te dejaré caer».

Se quedó quieta, inmóvil.

Él se lo había dicho anoche, se lo había repetido y repetido hasta que no pudo hacer otra

cosa que creerle.

Y había cumplido con su palabra, al menos hasta ese momento.

«Tu mundo volverá a romperse y esta vez no sé si seré capaz de ayudarte a volver a reconstruirlo, porque el culpable de tal derrumbe seré yo».

Lo había hecho. Le había pegado tal patada a los cimientos que ahora todo se tambaleaba y no tenía la menor idea de si iba a poder arreglarlo, de si existía alguna manera de volver a dejar las cosas en su sitio.

El área de la cama pareció oscurecerse de repente, como si la luz que entrase por la ventana hubiese sido erradicada de golpe al paso de una densa cortina. Los dos alados apéndices en la espalda masculina empezaron a desdibujarse, como si no fuesen otra cosa que un manchurrón de tinta que alguien succionaba. Los tatuajes de su rostro perdieron definición, la piel canela pareció perder un poco del brillo e intensidad que tenía quedándose en ese conocido bronceado y después de un momento solo sus manos conservaron los tatuajes, los mismos que había visto la primera vez que le pidió que se quitase los guantes.

Un ligero ardor atrajo la llevó a bajar la mirada sobre su propia mano para ver como el tatuaje que había allí se desvanecía también absorbido por su propia piel. Un latido después ya no quedaba nada.

Ava levantó de nuevo la cabeza y clavó los ojos en la figura durmiente, ahora completamente humana, que dormía ajena a su espionaje.

—¿Quién demonios eres tú, Devon Sheffield? —Su voz salió como un graznido, el miedo, el temblor, el horror, la sorpresa… Todas y cada una de las emociones que giraban en su interior tiñeron sus palabras, pero la única respuesta a su pregunta fue un ronquido muy humano.

No esperó. Se puso de pie tan rápido como pudo, le echó un último vistazo y salió del dormitorio.

Minutos después, ya vestida con su ropa de anoche, con el bolso bajo el brazo y los zapatos en la mano, cerró la puerta de la calle sin mirar atrás.

CAPÍTULO 36

Horas después…

Una puerta cerrada nunca había sido un problema para Devon, no hasta ese momento.

Miró por enésima vez el pedazo de madera cerrado a cal y canto delante de él y contuvo una maldición. El botón del timbre parecía burlarse, pues cada vez que lo había pulsado había obtenido una respuesta de todo menos bonita del otro lado.

Al menos había sido así las tres primeras veces, después de eso ya solo obtuvo silencio.

Golpeó de nuevo la madera con los nudillos lo bastante fuerte como para que le escuchase la mujer que estaba atrincherada dentro, pero no tanto como para hacerle un boquete, algo que empezaba a parecer cada vez más atractivo.

«Márchate».

«No tengo nada de lo que hablar contigo».

«Aquí no vive ninguna Avalon».

«Ava se ha muerto».

«Vuelve al infierno del que has salido».

«Pon otra vez el dedo sobre el puto timbre y te corto la polla».

Después de escucharla haciendo aquellas amenazas a gritos, optó por dar un paso atrás y guardar silencio durante algunos minutos a fin de que ella pudiese calmarse.

Ahora mismo esa mujer era un volcán a punto de erupcionar. El equilibrio emocional que solía poseer se había desestabilizado por completo, no era otra cosa que un recipiente en ebullición dónde cualquier emoción podía brotar sin orden ni concierto y arrasarlo todo; arrasarla a ella.

Estaba asustada, sí, pero mantenía el miedo a raya. Le hacía frente a base de preguntas, de cuestionarse todo lo que no comprendía, todo lo que recordaba, todo lo que había vivido… Su mente era un continuo *«¿cómo es posible?», «¿qué explicación hay?» «¿por qué a mí?».* Lo que la asustaba hasta la médula, lo convertía en incomprensión, le daba la vuelta hasta encontrar un motivo, una explicación que lo justificara, una respuesta que no acababa de alcanzar.

Era la falta de respuestas la que la estaba desquiciando, la que hacía que se mesase continuamente el pelo, la que la llevaba a sentarse hecha un ovillo en el suelo y ocultar el rostro contra las rodillas. O como en ese mismo momento, a quedarse apoyada contra la pared del pasillo, esperando a que él se marchara, a que dejara de llamarla, de pronunciar su nombre y pedirle que le abriese.

Devon no necesitaba verla para saber lo que estaba haciendo. Un estallido emocional dejaba tras de sí una marca indeleble, como un eco que podía dar voz a todo lo que había pasado esa persona si se sabía cómo observar. Y él era un maestro en ese campo, uno que había fallado estrepitosamente a la hora de anteponer las necesidades de su cliente a las propias.

El vínculo que había establecido con ella a través del contrato era diferente a todos los que había tenido hasta el momento. Y no era debido a sus particulares condiciones o a las necesidades que debía cubrir en ella. La creciente atracción que se daba entre ambos, la manera en que su lado *incubare* despertaba con su presencia, su aroma y su sabor debía haberlo alertado

al momento. Esa hembra humana saciaba su lado sexual, lo colmaba de una manera que no lo había hecho nadie en siglos, se había convertido en su *presa* favorita y prueba de ello era que incluso ahora, con todo el lío que tenía encima, estaba duro por ella.

Ava era una candidata potencial al apareamiento, una hembra lo bastante fuerte e intensa como para unirse a él y ser reclamada como compañera.

«Mi mujer».

«Mía».

¿Cuántas veces le había pasado la idea por la cabeza? ¿Cuántas más se había retractado al momento por temor a aceptar lo que tenía delante de las narices? Solo había tenido que probarla una vez para darse cuenta de ello, para considerarla elegible… y para joder su maldita recuperación en el transcurso de una noche.

Confianza. Había abusado de esa confianza.

No había obrado con mala intención, se había limitado a seguir las reglas que él mismo se había autoimpuesto para su tiempo con los clientes de la agencia. Tenía unas capacidades lo bastante poderosas y un dominio absoluto sobre las mismas como para saber con seguridad que ciertas elecciones podían aportar considerables beneficios a sus clientes. No era la primera vez que recurría a su naturaleza demoniaca para desatar todo su poder y usarlo para sanar las heridas más profundas en el alma de sus compañeras o compañeros, que ocultaba su verdadero ser sin que ello supusiera un conflicto para la otra parte. Pero con Ava todo se había desbordado. Había menospreciado la profundidad del silencio que habitaba en su interior, que la consumía poco a poco del mismo modo en que se tragó las palabras de la trama que debería haberla mantenido a salvo y segura detrás del velo de ilusión.

Lo había visto en su rostro, fue consciente de esos pequeños momentos de vacilación y como se avecinaba una ruptura que podía traer consigo más daños que beneficios. No le había quedado otro remedio que recurrir al *Pacto*, pues solo el poder de este era lo bastante fuerte como para anular el velo antes de que se resquebrajase por sí mismo.

Era consciente de lo que ese momento supuso para ella, lo vio en sus ojos, lo sintió en cada una de sus emociones y tan solo el hecho de ser el poseedor de su voluntad evitó que se marchase… como lo hizo nada más salir el sol.

—Ava. Sé que estás ahí. —Habló en voz baja, pero proyectó sus palabras de tal forma que ella las escuchase como si le estuviese hablando al oído—. Y el motivo por el que lo sé es porque te siento. Es parte de lo que soy, de quién soy. Eres una de las pocas… personas que sabe lo que se esconde debajo de mi piel y para mí es un honor que así sea. —Hizo una pausa. Ella no se había movido del sitio, continuaba con la espalda pegada a la pared, sin hacer un solo movimiento o gesto al respecto—. Pero tienes que saber que esa solo es una parte y que hay más, esa que ya conoces. Soy el tío que llama a tu puerta a primera hora de la mañana y te trae el desayuno, soy quién te arrastra a un pícnic con el único motivo de sacarte de estas cuatro paredes y mostrarte que puedes hacer lo que te dé la gana dónde te dé la gana mientras ese sea tu deseo. —Se lamió los labios y miró hacia la puerta—. Soy el que no tiene un pelo de vergüenza y se hace una paja delante de tus narices, quién ha disfrutado enormemente con tu dulzura, con la confianza que has depositado en mis manos al dejar que te bañara y lavase el pelo. Soy el hombre que ha disfrutado de la compañía de una fogosa y preciosa mujer en mi cama; tú. Y también soy el gilipollas que ha metido la pata hasta el fondo, que ha pensado que podía ayudarte como… ya había ayudado antes a otras personas sin darse cuenta de que tú no eres como las demás.

Apoyó los dedos contra la puerta e hizo una mueca.

—Y no lo digo por tus problemas de audición, *mocosa* —chasqueó a propósito, sintiendo el cambio en su postura, la creciente agitación en su interior.

—No… me llames… mocosa, *hijo de puta*.

Lágrimas. Aquello lo escoció y lo hizo componer una mueca.

—No me llames esto, no me llames aquello, pero tú bien que me insultas a la más mínima oportunidad —mencionó bajando de nuevo el tono de voz—. ¿Por qué será que solo escuchas lo que te da la gana?

No respondió, pero Dev casi podía verla ahora en el pasillo, vacilando entre ir hacia la puerta o mandarlo a la mierda.

—Ava…

—Lárgate y déjame en paz.

Negó con la cabeza a pesar de que ella no podía verle.

—Voy a quedarme aquí hasta que me abras la puerta —declaró con suavidad—. Podría entrar igualmente, pero quiero que seas consciente de que puedes confiar en mí.

Algo cambió. Ella dio un paso atrás. Sus emociones giraron de nuevo, el miedo asomó las orejas y se maldijo a sí mismo en cuanto escuchó su voz.

—¿Qué quieres decir con que podrías entrar igualmente?

—Que si quiero podría aparecerme justo detrás de ti y rodearte con los brazos para darte un mordisquito en la oreja —replicó alzando la voz a propósito—. Pero como soy un buen tío, me quedaré aquí hasta que mi hermosa, deliciosa e inteligente cliente me abra la puerta.

Silencio absoluto. Supo que miró hacia atrás como si esperase encontrárselo allí, incluso se cubrió las orejas con las manos con gesto desconfiado y eso le resultó tan tierno.

—Ava —pronunció su nombre con suavidad y un deje sensual—. Necesito verte. Solo déjame comprobar que estás bien y me iré…

Y probablemente lo haría. La dejaría de nuevo con sus pensamientos, le daría espacio para que pudiese lidiar con todo aquello sola, al menos durante unas cuantas horas. Sabía que necesitaba ese distanciamiento, presionarla solo haría que se encerrase más en sí misma.

—Estoy bien —escuchó ahora y su voz era un punto más tranquila—. Lárgate.

Sonrió para sí y echó la cabeza hacia atrás mientras se cruzaba de brazos. Cualquiera que lo viese apoyado de espaldas en la puerta de esa manera pensaría lo peor.

—Me iré si me abres la puerta —declaró y volvió a echar un vistazo por encima del hombro—. No entraré si no quieres. Pero hasta que no te vea, no me moveré de aquí.

Un resoplido. Un sonido de lo más femenino. Entonces escuchó el sonido de la llave y del cierre de seguridad. Tuvo que moverse rápido y abandonar su postura para evitar acabar en el suelo cuando ella abrió la puerta de golpe.

Su rubia cliente no dijo una sola palabra, pero tampoco hacía falta. Su rostro estaba sonrojado y a pesar de que se había limpiado las lágrimas, los ojos seguían brillantes. Tenía el pelo revuelto y el resto de ella no tenía mucho mejor aspecto. Con una camiseta bastante holgada sobre unos ceñidos *leggins* y zapatillas de andar por casa, parecía la viva imagen de la derrota.

—Ava…

Los dedos que sostenían la puerta se aferraron a ella con fuerza, los ojos castaños lo miraban con desconfianza, pero también una pizca de miedo y dolor. La manera en que levantó la cabeza hablaba de una necesidad de interpretar un papel, de fingir ante él.

—Estoy bien —repitió una vez más levantando la mirada hasta encontrarse con la suya—. No, no voy a decir una sola palabra de ti… o de… eso. Nunca. A nadie. Así que… vete tranquilo.

Ladeó la cabeza y enarcó una ceja.

—No me importa lo más mínimo si le dices a todo el puñetero vecindario que te has estado tirando a un íncubo o que tu novio tiene alas. Esto no es…

—No eres mi novio.

—Novio, amante… usa la palabra que quieras, me da igual. —Agitó la mano descartando su réplica—. Pero no te encierres ahí dentro para escapar de mí. No es necesario. Tan pronto como termine el contrato…

—Puedes darlo por terminado —lo interrumpió ella—. Estás despedido o lo que sea. No quiero nada de ti ni de tu agencia. Y ya que has venido hasta aquí, también puedes quedarte con esto.

La vio dar un paso hacia el interior y un segundo después estiraba el brazo para mostrarle lo último que había esperado ver en sus manos; la reina blanca de ajedrez.

—¿Cómo…? —Miró la pieza sobre la palma de la mano femenina y luego a ella—. ¿Tú? ¿La tenías tú?

—Ahora ya conoces todos mis secretos —respondió ella dejándola caer en su mano para dar luego un paso atrás con una obvia intención—. Adiós, Devon.

La puerta empezó a cerrarse y no hizo nada. Estaba demasiado sorprendido con la figura que tenía en la mano como para darse cuenta de que ella lo había dejado fuera una vez más.

CAPÍTULO 37

Ava se apoyó contra la puerta. Cerró los ojos y respiró profundamente en un intento por calmarse. El corazón le iba a toda velocidad y no era capaz de aplacar sus latidos. Luchó con la tentación de echar un vistazo a través de la mirilla, pero ya había sido bastante duro estar frente a él y procurar parecer normal y no al borde de un ataque de histeria.

Apenas era consciente de cómo había vuelto a casa. El trayecto desde el lujoso *loft* a su casa era como un enorme nubarrón en su mente. Solo era consciente de haber entrado, cerrado la puerta con llave, puesto la cadena de seguridad y derrumbarse en el recibidor en estado de shock.

Había permanecido ahí hasta helarse el culo, hasta que las lágrimas brotaron solas de sus ojos y un sollozo la sacudió entera. A partir de ese momento se había montado en una montaña rusa de emociones que iban desde el llanto a la risa más histérica, del pánico absoluto a la completa negación. En algún momento de aquellas horas iniciales había vaciado su armario en busca de la caja y de la pieza que acaba de entregarle a ese hombre, ser, lo que fuese.

Volvió a tomar otra profunda bocanada de aire y la soltó muy lentamente.

—*Estás bien, estás bien, estás bien, estás bien…* —canturreó sin cesar, utilizando aquellas dos únicas palabras como un mantra. Estaba bien. Estaba en casa. No había nada ni nadie que pudiese alcanzarla allí dentro. Este era su refugio y…

—¿De dónde has sacado esta pieza?

El aliento se le atascó en la garganta, abrió los ojos de manera desmesurada mientras una nueva oleada de temor se elevaba desde lo más profundo de sí misma. La voz había resonado en el vacío espacio tan solo un segundo antes de que él diese un paso adelante como si saliese de las sombras.

Dev estaba ahora ante ella. La pieza blanca de ajedrez sujeta entre el dedo índice y el pulgar mientras la levantaba para que la viese. Pero ella no veía nada, nada más allá del hombre que acababa de *aparecerse* frente a ella.

—Oh… Dios mío.

La expresión en el rostro masculino cambió al momento. Un segundo después mascullaba algo parecido a una maldición y daba un paso hacia ella.

Eso fue suficiente para que se desatase el infierno.

Un agónico alarido emergió de su boca mientras giraba sobre sí misma y se lanzaba contra la puerta, luchando por abrirla de nuevo.

El miedo la cegó.

No veía, no escuchaba, todo lo que tenía ante los ojos era él apareciendo de la nada. Él mirándola con esos ojos brillantes. Él con esas enormes alas a la espalda.

Era un *íncubo*.

Un ser de *oscuridad*.

Un *demonio*.

Unos brazos la rodearon. Una presa. No podía escapar. No podía moverse.

Se revolvió como una fiera. Se retorció, levantó las manos, sus dedos luchando por aferrarse a algo. Pateó, lanzó golpes, chilló con toda la potencia de sus pulmones.

Cosas cayéndose, rompiéndose. Ella jadeaba por el esfuerzo, ciega a todo excepto al miedo. Sus dedos se aferraron a algo, clavó las uñas, mordió, arañó, no moriría sin luchar.

—¡Basta! —Un grito en su oído. Una sonora palabra que la estremeció hasta el mismo núcleo—. ¡Para o te harás daño!

No podía respirar, a duras penas conseguía llenar de aire sus pulmones.

«Tranquila».

Una caricia, un susurro que resonó de una manera muy distinta en sus oídos.

No. No eran sus oídos. Esa voz resonaba en su cabeza.

«No voy a soltarte, no te dejaré caer».

El miedo empezó a remitir como si lo estuviesen ahogando bajo una gran montaña de arena, su mente dejó de gritar.

No. No era su mente. Era su garganta.

Era ella la que estaba lanzando alaridos y amenazas. Le dolía. La notó en carne viva al tragar. Parpadeó. La momentánea ceguera fue dando paso a la comprensión de su espacio, al lugar en el que estaba, lo que tenía delante.

Unos fuertes y grandes brazos la estrechaban con firmeza. Reconoció el aroma que la envolvía y pudo notar el calor de un aliento acariciándole el oído.

—Tranquila —escuchó su voz pegada al oído, pero sonaba distinta, como distorsionada—. Estoy aquí. No pasa nada.

Cerró los ojos con fuerza y trató de respirar. Tenía el sabor de las lágrimas en los labios, la cara empapada y la nariz congestionada. Temblaba como una hoja, tanto que tuvo que apretar los dientes para que no le castañearan.

—Te tengo, Ava, te tengo.

Sí. La tenía. La tenía de una manera que ni siquiera podía llegar a imaginarse y eso le daba más miedo que todo lo demás.

Se dejó ir, sus piernas fallaron a la hora de sostenerla y él se fue con ella al suelo, manteniéndola en el cálido y seguro hueco de sus brazos.

—¿Por qué? —consiguió articular, pero esta vez también su voz sonó extraña, desconectada—. ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? ¿Es que no ha sido ya suficiente? ¿Qué más podéis quitarme?

Los brazos que la rodeaban empezaron a aflojarse permitiéndole recuperar la movilidad de los suyos. Se llevó la mano al oído por inercia, los dedos chocaron con el dispositivo que se había movido de su posición, amenazando con caerse. Lo recolocó y las próximas palabras que escuchó volvieron a tener su cadencia normal.

—Nadie va a quitarte nada. —Ladeó la cabeza hasta encontrarse con esa conocida mirada. No había brillo, ni pequeñas estrellas salpicando ese fondo marrón. Nada que evocase el ser que había visto debajo de su piel—. Yo no lo permitiría y tú tampoco lo harías.

Pasaron un par de segundos hasta que se dio cuenta de algo. Abrió los ojos al ver las marcas rojas en un lateral de su rostro, unas más marcadas que otras y se le encogió el estómago.

Apretó las manos, una contra otra sabiendo que eso lo había hecho ella.

—Que… Qué he hecho —Un sollozo. Los ojos se le nublaron por las lágrimas, empezó a picarle la nariz y arrugó los labios mientras una nueva lágrima resbalaba por su ya húmeda cara —. Yo… Lo siento. Oh, señor. Lo siento… lo siento… lo siento.

—Eh, ya está. —Le cogió las manos con una de las suyas y sacudió la cabeza—. No es nada. En peores campos de batalla me he metido. Además, me lo merezco por darte un susto de muerte.

La mención a lo ocurrido le arrancó un nuevo escalofrío. El temor intrínseco a lo desconocido, a lo que no tiene una aparente explicación lógica la arañó, pero tan pronto como

vino, la sensación se fue dejando tras de sí una inexplicable y repentina tranquilidad.

—No te dejaré sucumbir al miedo de nuevo de esa manera —declaró rotundo, entonces usó la mano libre para apartarle el pelo detrás de la oreja—, así que respira profundamente y tranquilízate.

—Tú… Tú apareciste… —señaló el punto y entonces giró la cabeza hacia la puerta a sus espaldas que seguía cerrada—. ¿Cómo?

Él se la quedó mirando durante unos momentos a los ojos, como si buscase algo en ellos, como si pudiese ver más allá.

—Me cerraste la puerta en las narices —dijo de forma llana y tajante—, y me dejaste en las manos una pregunta sin respuesta.

Se estremeció y él lo notó, ya que volvió a rodearla con los brazos.

—Está claro que ambos necesitamos tomarnos un momento para respirar y contar hasta diez antes de actuar porque lo estamos jodiendo a base de bien —añadió maniobrando de tal manera que un segundo después se había puesto de pie y la tenía en brazos.

Ava no se movió. No se atrevía ni a respirar y él fue consciente de ello. La acercó contra su pecho y bajó la cabeza hasta que pudo ver esas densas pestañas sombreando sus ojos.

—Respira —pronunció y como si su cuerpo estuviese esperando esa orden, cogió aire bruscamente—. Ahora ya puedes empezar a contar.

Su seriedad la hizo parpadear, buscar en ese rostro algo que no estaba allí y que sin embargo…

—No busques lo que no quieres ver, Ava —chasqueó—. No quiero volver a verte rota de esta manera. Jamás.

Bajó la cabeza y apartó la mirada. Ella tampoco quería volver a verse así, pero ¿cómo evitarlo cuando todo lo que había ocurrido era tan difícil de digerir?

—No voy a soltarte —anunció entonces con la misma seriedad—. Te vas a quedar un ratito justo dónde estás por la paz interior de ambos.

Enarcó una ceja ante semejante elección de palabras, pero no dijo nada. La expresión en el rostro de Devon no invitaba a la conversación. Nunca había visto tal frialdad, tal ausencia de emociones y eso le provocó un nuevo escalofrío.

Miró una vez más su mejilla y sintió una punzada de remordimiento.

—Debería curarte eso para que no…

Negó con la cabeza, interrumpiéndola.

—No es necesario —replicó y esta vez su tono pareció aligerarse un poco—. Se curará tan pronto como se hayan equilibrado mis emociones. Ahora mismo… Tengo que centrarme en otras cosas.

En ella. No lo había dicho, pero la respuesta estaba allí.

—Vamos a hablar —declaró entonces y señaló con un gesto hacia el pasillo que llevaba al interior de la vivienda—. Esto no puede volver a pasar.

Se sintió como una niña pequeña a la que regañaban por su mala conducta, por haber hecho algo de lo que ella ni siquiera se sentía culpable. Sus instintos la empujaban a replicar, a quejarse por lo que consideraba injusto, pero no encontró ni una brizna de rabia a la que aferrarse. Se sentía vacía, agotada, como si el reciente estallido la hubiese drenado por completo.

Fiel a su palabra, Devon se sentó en el sofá y no le permitió abandonar sus brazos. La mantuvo sobre su regazo, rodeándole la cintura, manteniendo en todo momento sus manos en lugares seguros. No llevaba guantes, lo que hacía que esos tatuajes resaltasen sobre su propia ropa, trayendo recuerdos que la encogían por dentro.

—El miedo solo puede entrar si le dejas la puerta abierta —mencionó él rompiendo su concentración. Levantó una de sus manos y la giró a la altura del rostro de ambos—. Se alimenta de la incomprensión, se fortalece de nuestras debilidades y la única manera de mantenerlo a raya es desterrando todo eso, teniendo las respuestas a aquello que nos atemoriza. Nací con estas marcas. Son una herencia de lo que soy, de una parte de ella, posiblemente la que a ti te parecería más humana; la *empathis*. Soy empático. Puedo percibir las emociones, hacerlas mías y manipularlas. Piensa en las emociones como un arpa llena de cuerdas, cada una con un sonido propio y un color, pues yo puedo verlas, tocarlas y también sofocarlas o ensalzarlas.

Se volvió en su regazo para mirarle a la cara con expresión entre asombrada y azorada.

—Ahora piensa en esa arpa emitiendo el sonido de cada cuerda no como una melodía dulce y tenue, sino como un agudo chillido, todas resonando al mismo tiempo creando una cacofonía en la que es imposible escuchar otra cosa —empujó el dedo índice contra su pecho con suavidad, posándose entre sus senos—. Esa has sido tú hace un momento. Sin orden ni concierto. Puro caos. Y el miedo es el culpable.

Ava sintió que se le ponía el rostro del color de las amapolas.

—Algunas notas todavía resuenan como locas —mencionó retirando el dedo—, otras empiezan a rebajar su intensidad. Una de ellas es el que sigue presente, duro y agresivo porque se alimenta de ti. Esa es la cuerda a la que, digamos que he tenido que hacerle un nudo para que deje de sonar.

—¿Un nudo?

—Lo he silenciado momentáneamente —le explicó—. No puedo privarte de él. Es una parte de ti. Es lo que hace que te mantengas alerta, que receles, que seas capaz de vivir, pero si dejas que se desboque como ahora, como cada vez que el silencio se apodera de ti y te asfixia, te irá consumiendo poco a poco hasta robarte todo lo que es precioso para ti.

Hizo una pausa y resbaló ese dedo que había apuntado sobre su pecho por su sien.

—Puedo leer lo que estás pensando en tus ojos y no, no puedo oír lo que piensas, pero tus emociones a veces hablan por sí mismas —atajó cualquier pregunta que surgiera de su garganta —. Y antes de que esa cabecita tuya empiece a dar vueltas y cree todo tipo de elucubraciones, déjame decirte que tus emociones son tuyas. Que lo que sientes o padeces es solo cosa tuya. No has sido ni estás siendo manipulada por mí. Todo lo que he hecho hasta este mismo momento es tocar las cuerdas adecuadas para darte un poco de calma y tranquilidad.

Lo miró mientras intentaba digerir sus palabras. Sus emociones. ¿Él era capaz de sentir, leer o lo que fuera si estaba contenta, triste, si tenía miedo o ganas de darle una patada en el culo? ¿Era eso? ¿Y podía manipular lo que sentía? Eso era…

—Aterrador —musitó poniendo en voz alta sus pensamientos—. Es aterrador y una intrusión.

Él enarcó una ceja. Estaba claro que no había escuchado sus pensamientos.

—Si eres capaz de sentir o leer mis emociones, si puedes manipularlas, ¿cómo sé si lo que siento es mío y no algo que tú has puesto ahí? —Y al escucharse a sí misma, además de aterrador sonaba demasiado íntimo—. No tienes derecho, es una intrusión, una grave vulnerabilidad de mi persona, de mis sentimientos, de quién soy.

Negó con la cabeza.

—Las emociones es algo que manifiestas, que puede verse a simple vista —respondió mirándola—. Tu lenguaje corporal, la expresión de tu rostro… No necesito tocar tus emociones para saber que mis palabras te han afectado, que te sientes ultrajada y molesta; eso puedo verlo en la forma en la que me miras, en la que aprietas los labios y lo tiesa que te has puesto. —Dejó

escapar un resoplido como si estuviese a punto de decir algo que ya había repetido infinidad de veces antes—. Al contrario de lo que pueda parecer, la empatía es una auténtica jodienda. He tardado mucho tiempo en conseguir aislarme a mí mismo y mis propias emociones, a protegerme de lo que siente cualquier persona que está a mi alrededor para conocer el costo. Ese es el motivo por el que suelo llevar guantes. No es para ocultar mis tatuajes, eso me da igual, son parte de mí, es para evitar un dolor de cabeza del tamaño de una catedral cada vez que toco a alguien y me asaltan emociones que no son mías y sobre las que no tengo el más mínimo interés.

Las aludidas manos ahora carecían de ellos, cosa que también se apresuró a explicar.

—Contigo parece que me he acostumbrado a mantener cierto equilibrio —movió los dedos a modo de indicación—. Ya no aporreas mis defensas cada vez que te toco. Puedo sentirte más cerca, me resulta más sencillo leerte así, pero nunca he vulnerado tu privacidad. No a menos que haya sido absolutamente necesario, como hace unos minutos. E incluso entonces me he concentrado en tu miedo. Lo único sobre lo que he actuado ha sido sobre ese temor irracional que te ha envuelto. Necesitaba que te calmases para evitar que te hicieses daño a ti misma, Ava, de otro modo no habría cruzado esa línea.

La pregunta era, ¿le creía?

Sí. Lo hacía. Tan indignada como se sentía ante aquella revelación, ante las implicaciones que tenía si decidía darle crédito, le creía.

—Nunca me has mostrado otra cosa que amabilidad y respeto —admitió en voz alta, entonces añadió con un hilo de voz—, hasta… anoche.

—Anoche metí la pata —admitió y a juzgar por la manera en que pronunciaba cada palabra y como salían de su boca, supo que no era algo que le gustase recordar—. Y al intentar arreglarlo las cosas se me fueron de las manos. Sé que vulneré tu confianza en mí y lo lamento como no te imaginas, pero… Ni puedo dar marcha atrás, ni quiero que esa grieta se haga más y más grande ocultando algo o diciéndote que no ha pasado nada y que lo olvides. Las marcas en mi rostro, el tono de mi piel, mis ojos, mis alas… Son la otra mitad de lo que soy; *incubare*. Soy mestizo y un demonio; literalmente hablando.

Hizo una pausa en la que ninguno de los dos dijo nada, entonces añadió:

—Entiendo la fragilidad de la mente humana, lo que significa enfrentarse de repente a algo que siempre has considerado un mito, una creación teológica, una fantasía o directamente una invención —añadió con firmeza—. Lo que desconocemos nos asusta, cuesta creer en algo a lo que no podemos dar una explicación. Pero ¿alguna vez os habéis parado a pensar los humanos que así como vosotros tenéis distintas culturas, distintas etnias, también pueden existir otras formas de vida muy similares a la vuestra? No sois los dueños del universo, aunque algunos estéis convencidos de ello. No sois los únicos pobladores de la tierra. Algunos de nosotros llevamos aquí siglos o incluso milenios y el mundo no se ha hecho pedazos por ello.

Ella parpadeó ante la perorata que acababa de soltarle, pero solo pudo quedarse con algo en particular.

—¿Qué edad tienes?

Una perezosa sonrisa le curvó los labios, una que conocía y que, inexplicablemente la tranquilizó.

—¿Te suelto todo eso y lo único que preguntas es mi edad?

Buena respuesta, pensó ella, pero él contestó en voz alta.

—Cuarenta y dos —respondió—. Viene en la ficha de cliente que te entregué.

—¿Y esa es tu edad… real?

Esa sonrisa se hizo un poco más misteriosa.

—Por ahora es la única que necesitas conocer.

Tembló. No pudo evitarlo. La respuesta estaba en sus ojos y, tal y como acababa de decirle, no estaba segura de que necesitara conocerla. Ahora no, al menos.

Deslizó la mirada sobre él y una vez más fue consciente del hombre que la retenía en su regazo, el que había conocido íntimamente y con quién había charlado, reñido y reído los últimos días.

Un inesperado pensamiento cruzó su mente y su simplicidad, el raciocinio que venía con él la impactó.

La única diferencia entre ahora y anoche es tan solo el color de la piel, la brillantez de sus ojos, un par de tatuajes más y unas alas. El hombre que te está mirando, el que te sostiene en su regazo y te hablaba con suavidad es él, es Dev.

Miedo a lo desconocido, incomprensión ante lo que no tenía explicación lógica, rechazo a un conjunto de ideas que nada tenía que ver con su propia visión de las cosas. Devon tenía razón, al final, solo era miedo y se había dejado dominar por él.

—¿Qué te está pasando por la cabeza? —le preguntó él de repente, mirándola curioso—. He sentido un cambio en el pulso de tus emociones.

Demasiadas cosas. Le estaban pasando demasiadas cosas como para analizarlas todas ahora y encontrar las respuestas que necesitaba.

—Es como aquella vez en el hospital —mencionó ella en voz baja—. Abrí los ojos y no sabía dónde estaba o cómo había llegado allí. No había ningún sonido y no le di importancia. No lo hice hasta que vi a una enfermera mover los labios sin que yo escuchase su voz. Tras ella llegó un médico. Él también movía los labios. Le hablaba a la mujer y yo seguía sin poder escucharle. Se volvió hacia mí y me sonrió tranquilizador. Y entonces, cuando intenté preguntar… ni siquiera pude escuchar mi propia voz. Estaba hablando, notaba los movimientos de mis labios, de mi lengua, pero no oía ni una sola palabra. En ese preciso momento sentí miedo, me aterroricé y esa sensación de ahogo y agonía no me ha abandonado a día de hoy.

Se estremeció ante el recuerdo, pero consiguió dominar el pánico que empezaba a emerger de nuevo, logró concentrarse en la conclusión a la que había llegado; *uno y el mismo*.

—Lo que sentí hace un momento cuando… Cuando te vi emerger de la… nada, de ese hueco de penumbra que pareció moldearse hasta convertirse en ti, fue como aquel día en el hospital —admitió en apenas un hilo de voz—. Esta mañana al despertarme en tu cama, con esa *cosa* membranosa y suave sobre mí como una manta… —Se estremeció mientras gesticulaba con las manos, incapaz de quedarse quieta—, pensé que me ahogaba. Y cuando la intenté apartar se movió porque tú te moviste. Esas cosas estaban en tu… espalda, eran parte de ella. Y tú estabas allí como si nada, durmiendo como si nada… Y lo que habíamos hecho, lo que acepté de buen grado, los recuerdos que me vienen a la mente…

Cerró los ojos con fuerza, apretó las manos contra su estómago y se puso tensa durante un breve instante. Sacudió la cabeza y se las ingenió para llevar aire a sus pulmones y continuar con firmeza.

—Sé que eras tú, siempre fui consciente de que eras tú, por eso me sentía segura en tus brazos, pero… al mismo tiempo, no podía comprenderlo. Sigo sin poder hacerlo. Mi mente no encontraba una explicación razonable sobre lo que estaba viendo, sobre lo que mis manos tocaban… Y volví a sentirme como aquella vez, igual de… indefensa…

Sus brazos la envolvieron de nuevo, ciñéndola y no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la columna haciéndola estremecer.

—Me quedé en el salón… —añadió en voz baja—, vi la pieza de ajedrez sobre la mesita,

el rey negro… Y yo tenía a la reina blanca, la otra mitad…

—¿Por qué no dijiste nada cuando te la enseñé en la cena? —La voz masculina pareció resonar en la estancia, aunque posiblemente solo se debiese a que había guardado silencio hasta ese momento.

Negó con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Cuánto tiempo hace que la tienes contigo?

—Meses… menos de un año… —Ahora mismo no recordaba el momento exacto—. Fue al poco tiempo de salir del hospital, después de una de las sesiones de rehabilitación. Había una pequeña feria de antigüedades y… Me recordó a mí, lo rota que estaba, incompleta y… sola.

—Tú no estás rota, Ava —replicó al tiempo que le cogía la barbilla entre el pulgar y el índice y le giraba el rostro hacia él—. No estás incompleta, ni tampoco sola. Ya no. —Le pellizcó el mentón—. ¿Te ha quedado claro, *milady*? No has dado la espalda a la misma muerte, no has luchado con uñas y dientes contra ese maldito miedo para darte ahora por vencida. No te dejaré hacerlo. Ni lo sueñes.

Examinó su rostro y vio que los arañazos que le había hecho en la cara seguían en el mismo lugar.

—No quería hacerte daño…

Los ojos marrones adquirieron ese brillo sobrenatural, se cubrieron con esas pequeñas estrellas y un segundo después las líneas empezaron a desaparecer en su cara como si nunca hubiesen estado.

—Ya está —murmuró con voz suave, aterciopelada—. Ni se nota.

Se lo quedó mirando, maravillada y asustada a partes iguales.

—Y esto, guárdalo —mencionó sacando la pieza blanca del ajedrez y depositándola en una de sus manos—. Ahora ya sé dónde está la otra mitad.

—Dev, yo no…

Le puso un dedo sobre la boca para callarla.

—Tenemos un contrato, ¿recuerdas? —Sentenció—. Centrémonos en eso de momento y en superar el día de hoy. El cielo sabe que tienes mucho con lo que lidiar, mucho que acomodar aquí dentro. —Le dio un golpecito con el dedo en la cabeza—. Y como tu agente, como tu amigo y tu *incubare personal*, te ayudaré en todo lo que pueda.

—¿Mi *incubare personal*? —No pudo evitar estremecerse ante la palabra y lo que eso significaba. El hecho de hablar abiertamente de quién era, de qué era, aun cuando las implicaciones la hicieran temblar.

—No te pediré ni tomaré nada que no quieras o puedas darme —respondió con ese tono suave, tranquilo que calmaba sus nervios y el acelerado latido de su corazón—. Te dejaré sola si es lo que deseas, pero aunque duermas sin mí en la misma cama, tienes que saber que estaré siempre a un *«quédate conmigo»* de distancia.

No sabía si tomarse eso como una promesa o una amenaza, pero dados los recientes acontecimientos y la inestabilidad emocional a la que todavía estaba sometida, suponía que aquella declaración era mejor que nada.

CAPÍTULO 38

—¿Has desayunado alguna cosa?

Una simple negación con la cabeza fue toda la reacción que obtuvo con respecto a su pregunta.

—El desayuno era lo último que tenía en la cabeza y sigue siéndolo —admitió con un cansado suspiro—. En realidad, ni siquiera podría decirte que tengo ahora mismo en la cabeza. No soy capaz de pensar, no quiero ni intentarlo. —Bajó la mirada sobre la pieza de ajedrez entre sus dedos y para su sorpresa, se dejó ir, apoyándose contra él—. Ojalá pudiese cerrar los ojos y olvidarme de todo durante un rato, aunque después tenga que volver a enfrentarme de nuevo con todo.

Devon le apartó el pelo de la cara y la examinó mientras la atención de la chica seguía en la figura que tenía en la mano.

«En el momento en que encuentre la otra mitad del rey negro, agente Sheffield, habrá encontrado también su otra mitad».

Las palabras de Demonía habían dado vueltas y más vueltas en su mente desde el instante en que vio la reina blanca en manos de Ava. Y cuando ella le puso la pieza en las manos, cuando se la entregó comprendió también a lo que se estaba negando desde el momento en que la vio en aquel pub.

Esta mujer humana era su otra mitad. Ella le completaba de un modo que no lo había hecho nadie en siglos, era la única capaz de calmar sus impulsos y también de ensalzarlos hasta el punto de hacerle perder la cabeza. Era la única que había domesticado su lado íncubo, capaz de saciarlo a un nivel que no conoció hasta este momento. Avalon era la hembra a la que llevaba toda su vida esperando y ahora podía perderla por su propia ceguera.

Se había empeñado en tratarla como a una cliente cuando todo en él gritaba por más, la mantenía al margen solo para sucumbir cuando estaba entre sus brazos. Había hecho un jodido lío de sí mismo negándose a leer sus propias emociones, a escuchar la sinfonía que había cambiado para adaptarse completamente a la de ella.

Estaba enamorado de esa mujer. No sabía en qué momento lo había conquistado, pero así era.

Y pensar que solo habían pasado un puñado de días a su alrededor. Era del todo inverosímil conocer a alguien de esa manera, enamorarse de ella, pero como demonio *empathis* no había error posible; la había encontrado, a su reina blanca, a su otra mitad.

—Puedes hacerlo —mencionó dando respuesta a su previo comentario—. Solo cierra los ojos, deja la mente en blanco y déjate acunar.

Ella estaba agotada a un nivel puramente psicológico. Su mente había dejado de procesar correctamente, se limitaba a lanzar a modo de baliza frases como *«todo está bien»* o *«estás a salvo»* para mantener la cordura.

Necesitaba desconectar completamente. Sus emociones seguían siendo crudas, indómitas, desquiciadas… La reciente crisis había hecho estragos en su equilibrio. Si ahora estaba quieta entre sus brazos y con la cabeza apoyada en su hombro, era tan solo porque se había drenado

durante la lucha. Se había vaciado por completo mientras la emprendía a golpes con él sin pensar en su propia seguridad o bienestar. De no haberla detenido, habría terminado haciéndose daño de verdad y la sola idea le retorcía las tripas.

Resbaló la mano por su brazo desnudo, sus emociones eran como un lento hormigueo bajo sus dedos, seguían allí, pero estaban casi mudas a causa del agotamiento físico y psicológico en el que había caído Ava.

—Cierra los ojos —murmuró deslizando un par de dedos sobre ellos.

—¿Por qué?

Se inclinó sobre ella y la besó fugazmente en los labios al tiempo que los trasladaba a ambos al dormitorio femenino. La acomodó entre sus brazos de modo que pudiese estirarse ahora cuan larga era contra él.

El cambio de perspectiva y el movimiento la golpeó de inmediato, espabilándola de aquel amodorramiento en el que había empezado a caer. La rodeó con los brazos y la ciñó contra su pecho.

—¿Cómo…?

—Shh. —Le cubrió los labios con el dedo, silenciándola al momento. Estaban frente a frente, ella tan femenina y voluptuosa entre sus brazos, un pensamiento que se obligó a hacer a un lado de inmediato para evitar que su polla respondiera como un perro que saca la lengua fuera —. Cierra los ojos. No pienses. No te hagas preguntas. Deja la mente en blanco. Necesitas relajarte, descansar.

Permitió que el poder inherente en él se pegase a sus palabras infundiéndole una pequeña compulsión contra la que ella no podía luchar.

—¿Qué estás tramando ahora? —Su voz sonaba somnolienta, pero no por ello menos inquisitiva.

—Tú y yo vamos a concedernos el lujo de echar una siestecita —le susurró al oído que llevaba el dispositivo—, de aislarnos del mundo que nos aguarda ahí fuera durante algunas horas. Tómalo como una forma de cargar las pilas.

Ella dejó escapar un profundo suspiro y levantó la cabeza para buscar su rostro. Sus ojos se clavaron en los de él como si buscase alguna respuesta oculta, algo que no le hubiese dicho.

—¿Vas a quedarte conmigo?

—Si eso es lo que quieres, me quedaré. Si prefieres dormir sola…

—Quédate —murmuró acurrucándose contra él, usando su brazo a modo de almohada—. No quiero… estar sola.

—Lo que desees, *milady* —murmuró besándole la cabeza, sintiendo como se iba sumergiendo en un tranquilo y plácido sueño—. Siempre será lo que desees.

Devon se permitió unos instantes para aspirar su aroma, para envolverse en él, entonces dejó caer sus escudos y apretó los dientes cuando las tumultuosas emociones resonaron en su mente, en su alma, llamándole como el insistente tambor de una tribu indígena.

Abrazó su naturaleza nocturna, dejó que cada rasgo sobrenatural se manifestara en él y la abrazó, pegándola a él un poco más mientras dejaba que una de sus alas los cubriera a ambos como una manta. Procuró mantenerla baja, para que en caso de que ella despertara no se sintiese atrapada bajo su oscuridad. Comprobó una vez más que la casa estaba asegurada y que nadie los molestaría, y solo entonces se permitió sumergirse en el sueño reparador que compartiría con ella.

CAPÍTULO 39

Mackenzie Pullman se quedó mirando al hombre que acababa de aceptar su invitación para sentarse. Procuró mantener una expresión sobria y profesional mientras entrecruzaba los dedos sobre la mesa y esperaba a que hiciese su primer movimiento.

Si se hubiese encontrado fuera de la oficina, si no fuese la abogada de Ava, ahora mismo estaría sacándole los ojos a ese grandísimo hijo de puta. Pero lo era y quería lo mejor para su amiga, así que se comportaría y destriparía a ese insecto de la más limpia y brutal de las maneras; en los tribunales.

Alexander Keller era un capullo. El hombre podía haberse convertido en los últimos años en un inteligente hombre de negocios, en uno de éxito incluso, pero a nivel personal ese tipo era un parásito dañino. En su opinión, le gustaba demasiado estar en una posición de poder, tanto laboral como personal y en el momento en que esa posición se veía en peligro o cuestionada, su lado gilipollas salía a la luz.

Acostumbrada como estaba a verlo siempre hecho un pincel, con esa nariz aguileña mirándote siempre por encima del hombro y un aire de pura arrogancia en cada uno de sus pasos, el encontrarse ahora mismo ante un tipo con el pelo revuelto, el rostro ligeramente pálido y el traje arrugado era toda una novedad.

—Quiero dar carpetazo de una vez y para siempre a este asunto —declaró con ese tono de voz profundo y masculino que a algunas mujeres llegaba a resultarle sexy. Empujó con unos dedos anchos de perfecta manicura el legajo de papeles grapado en una esquina que había extraído del portafolios y lo empujó hacia ella—. Ese es el nuevo acuerdo que mis abogados acaban de preparar.

Enarcó una ceja y se mordió la lengua para decirle por dónde podía metérselo.

—Accederé a todas las peticiones que ha presentado en nombre de Avalon. Los gastos de hospitalización y aquellos derivados de las secuelas del accidente hasta el día de hoy serán cubiertos por la empresa. En cuanto se presenten las facturas correspondientes, le será reembolsado todo el importe en el número de cuenta que nos faciliten. Está todo ahí. —Señaló con un dedo tembloroso—. Estoy dispuesto a firmar un acuerdo amistoso y evitarnos así a ambos el tener que ir a los tribunales.

Kenzie no estaba segura de que le sorprendía más, si las palabras del tipejo, las cuales empezaron a cobrar mayor sentido cuando las vio reflejadas en las páginas que tenía ante ella o que pareciese estar a punto de sufrir un ataque allí mismo.

Estaba lo bastante pálido como para que pensase en servirle un vaso de agua, pero las continuas miradas al reloj en su muñeca evidenciaba la prisa que tenía por acabar con eso e irse a cualquier otro lugar.

—¿Se encuentra bien, señor Keller?

Él se enderezó y ahí estaba de nuevo esa nariz, levantándose con orgullo.

No se molestó en contestarle, se limitó a señalar el documento que tenía entre las manos con un gesto de la barbilla.

—Espero que encuentre el acuerdo lo bastante satisfactorio para que su cliente decida

firmar —declaró con voz profunda y orgullosa.

Le dedicó una mirada irónica y volvió a concentrarse en cada uno de los párrafos que leía.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no parecer flipada y sobre todo ocultar la pura satisfacción que la recorría por dentro. No estaría bien reírse en la cara de ese tío, sobre todo cuando acababa de entregarle en bandeja todas y cada una de las peticiones que había hecho en nombre de Ava. Sí, había algunas matizaciones aquí y allá, pero nada que no fuese aceptable. De hecho, el acuerdo era incluso más ventajoso de lo que la chica podría sacarle a ese imbécil en los tribunales y no había un solo resquicio de este que no fuese totalmente legal.

Esto era por lo que había estado luchando los últimos once meses. Quizá no fuese exactamente la justicia que ella querría, pues no había manera de devolverle a la chica lo que había perdido, pero era lo que le correspondía legalmente.

Llegó a la última página, asintió con la cabeza y posó la mano sobre el legajo de papeles mientras clavaba la mirada en él.

—¿Por qué ahora?

Fue apenas imperceptible, pero juraría que vio un relámpago de absoluto terror cruzándole la mirada un segundo antes de adquirir una expresión pétrea y mirarla como si ella no fuese digna de su atención.

—Como ya he dicho, esto se está alargando demasiado y no veo sentido meternos en tribunales cuando podemos arreglarlo mediante un acuerdo. —Señaló con un gesto de la barbilla.

Un acuerdo ante el que se había negado categóricamente una y otra vez desde que interpuso la denuncia en nombre de Ava. En estos pasados meses había lidiado con los abogados de esa escoria, los cuales solo se limitaban a hacer su trabajo e intentar que su cliente saliese de aquello lo más airoso posible; algo imposible dadas las circunstancias en que se habían dado los hechos.

Hasta hoy mismo, hasta ese documento que tenía ante sí, el tipo se había negado prácticamente a todo, el último acuerdo que habían propuesto era tan jodidamente ridículo que se había negado a pasar de las dos primeras páginas.

Y hacía tan solo un par de días, Ava le había dicho que ese tipo que ahora estaba sentado al otro lado de su mesa se había presentado en su casa con el mismo estúpido acuerdo y profiriendo amenazas.

Así que, ¿qué coño había pasado en las últimas cuarenta y ocho horas que había hecho que ese imbécil cambiase de opinión de manera tan drástica? ¿Qué había hecho que pareciese estar a punto de mearse en los pantalones ahora mismo ante la urgencia de dar carpetazo a este asunto?

Incógnitas para las que no tenía respuesta, ni una sola.

—Hablaré con mi cliente y la informaré sobre el acuerdo que acaba de poner sobre la mesa, señor Keller —replicó con voz tranquila y absolutamente profesional—. Sé que mi cliente es de la preferencia de terminar con este asunto sin llegar a los tribunales, así que hay notables posibilidades de que se llegue a un entendimiento por ambas partes.

Ava firmaría. Lo sabía tan bien como conocía su nombre. Ella solo quería dejar atrás todo este episodio, quería perder a ese tipejo de vista para lo que le quedaba de vida, así que sin duda la haría feliz saber que la pesadilla al fin llegaba a su fin.

—Aunque es posible que tengamos que añadir un punto más a este acuerdo…

Los ojos del hombre se abrieron desmesuradamente, abrió la boca listo para replicar, pero entonces volvió a cerrarla y se limitó a asentir. Extraño, muy, pero que muy extraño.

—¿De qué se trataría exactamente?

—No volverá a tener contacto con mi cliente —declaró con voz firme, clavando esa

inteligente y fría mirada de harpía ensayada delante del espejo en él—. No habrá ningún acercamiento, ni laboral ni personal. La firma de este acuerdo, en caso de que se produzca, será la última vez que tenga algo que ver con ella. A partir de ese momento, cualquier futuro contacto, que espero nunca se produzca, deberá hacerlo mediante su abogado, jamás en persona.

No parpadeó. Ni siquiera se inmutó. Se limitó a asentir y levantarse del asiento. Recogió el portafolios y la miró. Solo fue un segundo, pero Kenzie vio la rabia contenida en esos ojos.

—Añádalo —declaró señalando los papeles sobre la mesa con un gesto de la barbilla—. Y avíseme de lo que decida su cliente. Y que se dé prisa. Si está tan ansiosa como yo por acabar con esto, no debería llevarle más de unas horas.

Se contuvo de poner los ojos en blanco y sonrió de manera perezosa.

—Me pondré en contacto con sus abogados tan pronto como mi cliente le haya dado el visto bueno al acuerdo —declaró con suficiencia—. Entonces acordaremos una fecha para reunirnos y firmar. Quizá hacia finales de semana o a principios de la que viene podría estar todo listo.

—Que sea lo antes posible —escupió. Dio media vuelta y casi se lleva por delante el marco de la puerta en su premura por largarse de su despacho.

Parpadeó un poco sorprendida por su abrupta partida y al parecer no fue la única, ya que su compañera de bufete se asomó a ver que había provocado semejante golpe.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mirando al tipo que salía como un cohete.

Sacudió la cabeza.

—Si te digo la verdad, no tengo la menor idea —admitió en voz alta, entonces miró de nuevo el legajo de papeles que tenía sobre la mesa ante ella y sonrió—. Pero hoy va a ser un gran día para alguien.

Con eso señaló la puerta, pidiéndole por favor que se la cerrase y se abalanzó sobre el móvil para marchar rápidamente el teléfono de su amiga. Nada más escuchar que la llamada era descolgada, dijo:

—*Ratona*, no te lo vas a creer, pero acaba de producirse un milagro.

La respuesta que obtuvo del otro lado del teléfono fue lo bastante masculina y sexy como para darse cuenta de que aquella no era su amiga.

—Um… Supongo que quieres hablar con Ava —replicó una voz de lo más sensual al otro lado del teléfono. Un inesperado escalofrío de placer la recorrió de la cabeza a los pies—. Ella está descansando en estos momentos. Si quieres dejarle un mensaje, se lo transmitiré tan pronto despierte. Soy Dev, por cierto. Tú eres… Kenzie, ¿no?

Ella asintió con la cabeza como si él pudiese verla, entonces se sacudió la tontería y respondió en voz alta.

—Sí, soy Kenzie. Y tú eres el agente *buenorro*, supongo —replicó sintiéndose un poco más cohibida de lo que se solía ser—. Vale… Solo dile que tengo buenas noticias con respecto a lo que ella ya sabe y que me llame lo antes posible. Esto… Pasadlo bien.

Una risa de lo más sexy la estremeció de la cabeza a los pies.

—Te llamará tan pronto se despierte —concluyó él—. Un placer conocer… tu voz, Kenzie.

Dicho eso la llamada se cortó y se quedó con el teléfono en la mano, mirándolo como una tonta.

—Joder… —Fue todo lo que pudo decir antes de volver a dejar el móvil sobre la mesa y repetir una vez más—. *Joooodeeeeerrrrr*.

Sacudió la cabeza, sonrió y volvió a mirar el legajo que tenía a su lado.

—Sí, para algunas hoy va a ser un gran día —suspiró divertida.

Puso a un lado el documento que acababa de dejarle el tipo que había abandonado su despacho y se volvió hacia el ordenador en el que había estado trabajando.

El salvapantallas había saltado solo, algo que no era inusual, oprimió una tecla cualquiera dispuesta a continuar con su labor, cuando se encontró una notificación entrante en la bandeja de correo.

Sus ojos azules se abrieron de par en par al ver el remitente.

Un clic más tarde se reía como loca delante de la pantalla, bailando sobre la silla y dando palmitas.

Al parecer aquel también iba a ser un gran día para ella.

CAPÍTULO 40

Ava se despertó de golpe. Abrió los ojos y se encontró mirando al techo. Estaba en su habitación. En su cama. Sola. Y a pesar de ello el aroma que la envolvía, que permanecía en el edredón era el suyo.

Se incorporó y se llevó la mano al oído de forma automática, se recolocó el audífono y deslizó las piernas hacia el suelo.

Se sentía ligeramente embriagada, como si hubiese bebido, pero la sensación se fue diluyendo poco a poco a medida que abandonaba esa modorra y se despejaba.

Ladeó la cabeza para mirar la hora en el reloj de la mesilla y se topó con la reina blanca de ajedrez.

Como si de una presa cuyas compuertas se abren se tratase, los recuerdos se filtraron en su mente, cada una de las últimas horas volvieron con fuerza y tuvo que respirar profundamente para calmarse.

La melodía de su teléfono vino al rescate, tenía el volumen al máximo para poder escucharlo. Se levantó y apenas salió por la puerta cuando este dejó de sonar y escuchó la voz de Devon.

Se estremeció ante el tono masculino, pero esta vez no era miedo, su voz no la asustaba, no la aterraba sino que le transmitía paz.

Respiró profundamente y se preparó para enfrentarse una vez más a su presencia.

Lo encontró en la cocina, dejando su teléfono sobre la barra americana para volver a los fogones.

El aroma de la comida le acarició la nariz. Un puñado de coloridas legumbres chisporroteaban en una sartén al fuego, a su lado una pequeña olla dejaba escapar una nube de vapor mientras se cocinaba lo que quiera que hubiese dentro. Pero era el absoluto desastre que había alrededor, con utensilios, tablas de cortar con restos de legumbres, bolsas de la compra e incluso una botella de vino la que llamó su atención.

Su cocina se había convertido en un verdadero campo de batalla.

—¿Era mi teléfono el que sonaba? —murmuró deteniéndose ante la encimera y recuperando el aparato.

Dev levantó la cabeza y sonrió mientras la recorría de la cabeza a los pies.

—Bien. Ya tienes mejor aspecto —mencionó, entonces bajó la intensidad del fuego y se acercó a ella—. Sí. Era tu teléfono. He respondido a la llamada. Era tu abogada, Kenzie. Dice que tiene buenas noticias. Le dije que estabas descansando y que la llamarías tan pronto pudieses.

Enarcó una ceja como le había visto hacer tantas veces y ladeó la cabeza con una obvia pregunta en los ojos.

—¿Tienes por costumbre atender las llamadas de los demás? —Sabía que su tono había sido acusador, pero había tenido malas experiencias antes con ese tema y no quería ni empezar a pensar en que el hombre que tenía delante fuese de esa clase.

Como si fuese consciente de su culpabilidad, la miró a los ojos al responder, evitando así cualquier posible malentendido.

—No. De hecho no habría tocado tu teléfono de ninguna manera, pero sentí que era

urgente —respondió con total sinceridad—. Te lo habría llevado para que respondieses tú misma, pero no quería despertarte. Puedo asegurarte que no he mirado nada más. Es tu intimidad y no tengo derecho a traspasar esa línea.

Ava dejó prácticamente de escuchar en cuanto le escuchó decir *«sentí que era urgente»*. Su mente, ahora bastante despierta, rescató la conversación que habían tenido esa misma mañana y volvió a hacerla consciente de que el hombre que tenía delante era mucho más que un ser humano común y corriente. En realidad, ni siquiera era humano, no si consideraban la existencia de los demonios como algo más que una rama de la teología.

—¿Puedes… sentir… eso? —La pregunta salió como un estrangulado murmullo de su garganta, lo que la hizo sonrojar—. ¿A través del teléfono?

Ladeó la cabeza e hizo una mueca un tanto particular mientras le decía:

—No sé si podré explicártelo, porque ha sido también inesperado para mí —admitió y a juzgar por la expresión en su rostro así era—. Escuché la melodía y sentí que era importante para ti.

—Kenzie es importante para mí —admitió casi sin darse cuenta de que lo decía en voz alta, entonces pensó en lo que debería haber pensado su amiga al escuchar a Dev al teléfono y sacudió la cabeza. Si ella no había vuelto a llamar de nuevo al instante, wasapeado o tirado la casa abajo porque alguien le había tocado el teléfono, entonces significaba que había escuchado algo en el tono de su amante que la había convencido de que todo estaba bien—. Si no te ha mandado a la mierda, es que le caes bien.

—Entonces supongo que le caigo muy bien porque me llamó *buenorro* y dijo que nos divirtiéramos.

Puso los ojos en blanco. Ya podía imaginarse la clase de conversación que tendría con ella cuando le devolviese la llamada.

—Sí, esa es Kenzie —admitió con un suspiro.

—No volveré a tocar tu teléfono —añadió él mirándola a los ojos, buscando ese contacto —. Lo prometo.

Sacudió la cabeza.

—Está bien. —Volvió a dejar el aparato sobre la barra—. Te agradezco que contestaras y más aún que me lo hayas dicho.

No dijo nada, se limitó a asentir y volver a los fogones.

—Espero que te guste el arroz con verduras y atún porque es lo único que sé cocinar —le dijo volviéndose a ella con la cuchara de madera en la mano—. Eso y *porridge*. Pero no creo que te apeteciera ahora mismo.

No, lo último que le apetecería a cualquier hora del día eran gachas de avena; era un sacrilegio que no le gustaran siendo británica, pero podía vivir con ello.

Recorrió una vez más la cocina y la imagen de verle delante de una sartén, cuchara en mano, en aquel diminuto espacio cuando él era tan grande, con ingredientes, cazuelas y utensilios por todos lados, era tan *normal* que le arrancó una inesperada sonrisa. Un segundo después una burbujeante aunque tímida risa escapaba de su garganta al punto de que tuvo que cubrirse la boca con la mano para contener su diversión.

Caótico. Sexy, pero muy caótico, pensó divertida mientras esos ojos marrones se encontraban con los suyos, brillantes, sobrenaturales y los labios se le curvaron en una sonrisa propia.

—No te rías, *milady*, no tienes idea de lo difícil que es hacer que no se queme esta cosa. —Señaló volviéndose para prestar atención a su trabajo y remover la comida—. Y ya que estás

despierta y en pie, pásame esa botella de vino, anda.

A duras penas consiguió contener una risita mientras le daba la vuelta a la barra, cogía la botella de vino y se la acercaba.

—Aquí tiene, *chef*.

Devon le guiñó el ojo, echó un generoso chorro en la sartén y se la devolvió.

—Remueve esto mientras escurro el arroz —le pasó el testigo, rozándose con ella en aquel pequeño espacio y depositando un inesperado beso en su mejilla antes de apagar la olla y llevársela al fregadero.

Durante los próximos minutos, Ava descubrió lo divertido que podía resultar estar en la cocina con ese hombre. La hizo probar bocados de cada cosa que hacía y le dio a beber sorbos de vino de la copa que tenía para sí mismo, la aleccionó sobre la manera correcta de remover las verduras, porque según él había una manera correcta, que era básicamente tener su polla pegada al culo y evitar quemar la comida mientras pensaba en otras cosas y le recordó tratándola tan solo con normalidad, que seguía siendo el mismo sexy pícaro con el que había pasado tiempo últimamente.

Si echaba la mirada atrás le resultaba inconcebible que tan solo hubiesen pasado un par de días desde que se presentó en su casa con el desayuno. Devon se había convertido en un amigo, alguien en quien se atrevía a confiar, su presencia le había aportado más bienestar en tan solo unos días de la que su última pareja en dos años, por no hablar de lo bueno que era en la cama y de lo mucho que la hacía disfrutar.

Ahora conocía también que debajo de esa montaña de masculinidad existía algo más, algo oscuro que ponía en tela de juicio todo lo que sabía, todo lo que conocía sobre el mundo y las criaturas que habitaban en él. No iba a engañarse a sí misma diciendo que todo estaba bien y que lo había aceptado, porque no sería la verdad, no toda al menos. Al mirarle se encontraba buscando aquello que no estaba a simple vista, se preguntaba si podría acostumbrarse a ver esas enormes alas a su espalda, a sentirlas sobre ella como anoche, a notar su roce contra su piel desnuda… Y mientras recordaba esos momentos ya vividos, su cuerpo se excitaba dándole la respuesta que su mente se negaba a aceptar; daba igual cuál fuese la piel con la que se vistiera, con la que se mostrara al mundo, ella ya se había enamorado del tipo que había debajo.

Ava abrió los ojos como platos y se atragantó con el bocado de arroz que acababa de meterse en la boca cuando la realidad de aquellos pensamientos cruzaron por su mente. Tosió y estiró la mano en busca del vaso de vino mientras sus ojos se encontraban con los del hombre que estaba ante ella, con el que se había colado en su corazón sin apenas darse cuenta.

—Despacio, cariño. Come despacio. Nadie te lo va a quitar.

Gimió mientras bajaba los ojos sobre la superficie de la barra ante la que se habían sentado a comer y tomaba un par de sorbos para aliviar la obstrucción.

Que nadie se lo iba a quitar, le decía. Sí él supiera lo que estaba pensando en esos momentos. Como si su conversación de esa mañana volviese de nuevo a su cerebro, se puso tan roja como un tomate y volvió a mirarlo sacudiendo con la cabeza.

—Ni se te ocurra leer mis emociones, tocar cuerdas o lo que quiera que hagas en estos momentos, quédate fuera —le dijo apuntándole con un dedo—. Ay, Dios.

La manera en que frunció el ceño y enarcó una ceja dejó claro que no tenía la menor idea de qué demonios le pasaba.

—¿Estás bien?

Asintió y volvió a coger la copa para tomarse el resto de un solo trago.

—Perfectamente —asintió bajando de nuevo la mirada sobre el plato—. El arroz está

delicioso.

—Me alegro de que te guste —respondió y sus ojos se entrecerraron sobre ella—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí —confirmó y tomó un nuevo bocado para no tener que hablar.

El teléfono, bendito fuera, eligió ese momento para ponerse a sonar y brincar sobre la mesa haciéndola dar un saltito en el taburete. Se había pasado buena parte de la mañana durmiendo, así que era ya avanzada la tarde cuando se sentaron a comer.

—Um… Es de la clínica —murmuró más para sí misma que para él. Descolgó y se lo llevó al oído—. ¿Sí? Sí, soy Avalon. Dígame, Dr. Cross.

Notó la mirada de Dev sobre ella, levantó la cabeza mientras escuchaba la respuesta de su médico y vio la pregunta en sus ojos.

—Sí. La cita era para las seis y media —confirmó y no pudo evitar arrugar la nariz y responder con pequeños sonidos de asentimiento mientras escuchaba la perorata del especialista hasta que dijo algo que hizo que se le cayese el tenedor de la mano—. ¿Lo dice en serio? —No podía ser verdad, tenía que tratarse de una broma. Era imposible que… El hombre siguió hablando y a medida que escuchaba, Ava sentía una pequeña esperanza brotando en su interior —. Sí, sí. Lo entiendo perfectamente. Descuide. Estaré allí sin falta. Muchísimas gracias, Dr. Cross, de verdad. No sabe… Bueno, sí lo sabe… —Se rio demasiado emocionada con lo que le había informado como para no hacerlo—. Está bien. Sí. No se preocupe. Nos vemos a las seis y media.

—¿Va todo bien? —La curiosidad estaba presente en la mirada masculina mientras alternaba la mirada entre ella y el teléfono—. ¿Es por la cita con el otorrino? Ayer me dijiste que la tenías esta tarde.

Asintió y dejó el teléfono sobre la mesa. Tenía que tranquilizarse, no podía dejarse llevar por las noticias, no cuando todavía era tan solo una posibilidad.

—Era mi médico —corroboró y añadió—. Acaba de informarme que hay una posibilidad de que pueda obtener unos nuevos audífonos que se adapten mejor a mis necesidades. Es algo sobre un programa de apoyo para gente con mis limitaciones… económicas. Ni siquiera sabía que les había enviado mi expediente, pero parece que acaban de ponerse en contacto con él y, dado que van a estar en la ciudad por un congreso o algo así, quieren verme a fin de valorar si puedo ser apta o no para el programa.

—Esa es una muy buena noticia, Ava. —El entusiasmo en su voz la hizo sonreír y asintió.

—No quiero hacerme ilusiones… —admitió y se obligó a respirar profundamente—. Mi lesión no es… fácil. He probado otros audífonos antes de quedarme con estos y ya ves… cómo va la cosa. Por eso empecé a trabajar en el pub, necesito el dinero para poder mejorar mis posibilidades auditivas.

—Debería haber alguna manera en la que personas con tus necesidades pudiesen acceder a este tipo de prótesis sin tener que lidiar con el tema económico —mencionó él y sacudió la cabeza—. No quiero que me malinterpretes, vale, pero si en algún momento necesitas…

Sacudió la cabeza inmediatamente y se sonrojó.

—Te agradezco el gesto, pero no es necesario —admitió y se encogió de hombros para quitarle hierro al asunto—. Me las he arreglado hasta ahora, así que, si Murphy no decide ponerme de nuevo la zancadilla, espero poder seguir valiéndome por mí misma durante mucho tiempo más.

—Pedir ayuda no es una debilidad, lo sabes, ¿no?

Sonrió y asintió.

—Estoy empezando a descubrirlo gracias a ti —admitió y a juzgar por la cara que puso, no esperaba esa respuesta de su parte—. Eres un gran agente, Devon K. Sheffield.

—Intento serlo, sobre todo contigo —admitió él y la manera en que lo dijo le provocó un pequeño escalofrío de placer.

—Por cierto, ¿qué significa la letra K.?

—Karma —sonrió de soslayo, dándole a su expresión ese aire de pícaro incorregible—. Es mi segundo nombre. Devon Karma Sheffield. Creo haberlo pronunciado ya un par de veces durante nuestro pacto…

Cierto, lo había hecho, pero no le había prestado atención hasta ahora.

—Es bonito.

—Lo eligió mi madre —mencionó él e hizo una mueca antes de añadir—. Decía que mejor tenerlo como nombre que como condena. Hoy por hoy, solo puedo darle la razón.

Ava sonrió y un segundo después se estaba riendo, riendo de verdad.

CAPÍTULO 41

«¿Ahora también ejerces de otorrino?».

El hombre rubio de pelo corto y bata blanca que acaba de aparecer en el consultorio de la clínica esbozó una sonrisa secreta ante la irónica pregunta que recibió.

—Avalon, querida, deja que te presente al Dr. Nyx Corso.

Su compañera se levantó y miró al médico de mediana edad que era su especialista, quién acompañaba al recién llegado.

«Hola a ti también, Dev». La risa chisporroteaba en sus palabras mientras mantenía una actitud educada, profesional y un poco fría al dirigirse a la chica.

—Dr. Corso, esta es la paciente de la que le hablé, Avalon Wilkinson.

—Señorita Wilkinson —la saludó él estrechando la mano de la mujer con suavidad—. Es un placer conocerla por fin.

«Julian me puso al tanto de tu pequeño problemilla. Decidí venir yo mismo para echarle un vistazo».

—Lo mismo digo, doctor —murmuró ella en respuesta, tan educada y correcta como siempre.

—Vaya, vaya. Devon Sheffield —le dijo mientras le tendía la mano—. El mundo sí que es un pañuelo.

«Cabrón». Siseó en su mente, apretándole la mano con fuerza.

«Gilipollas». Se rio él devolviéndole el apretón.

—Nyx Corso —respondió en voz alta fingiendo sorpresa—. Ciertamente lo es. ¿Qué haces por Londres? Julian no me dijo que habías vuelto…

—¿Se conocen? —El médico parecía igual de sorprendido que Ava, quién alternaba la mirada entre uno y otro.

—Devon es un viejo amigo de la familia —admitió en voz alta.

«No te preocupes. Ella no sabrá el verdadero motivo de mi presencia. Pero mejor que sepa que nos conocemos, por lo que pueda pasar en el futuro, ¿no crees?».

«Sigue con tu jodido teatro, anda».

Escuchó la risa de su amigo en la mente mientras se volvía hacia su compañera.

—Nyx es el hermano de Julian Corso, uno de mis compañeros de… la agencia.

—Oh, entiendo —aceptó ella, como si esa explicación fuese suficiente para dar respuesta a aquel inesperado encuentro.

—Entonces, la señorita Wilkinson es…

—Mi novia, sí —respondió mirando a Ava, quién volvió a enrojecer como lo hizo en el momento en que la recibió su especialista y se presentó como *«su novio»*.

Se obligó a relajar la postura mientras continuaba con aquella privada conversación con su hermano de agencia. El menor de los Corso tenía en su haber un amplio abanico de capacidades y entre ellas se encontraba la de sanador. Sabía por experiencia lo bueno que era, pero también conocía sus limitaciones.

«He estudiado los informes del Dr. Cross. Julian también me pasó la información del examen astral que le hizo y ambos coinciden al noventa por ciento. Tu chica tiene ambos oídos

destrozados y sin ser candidata a los implantes cloqueares… Vamos a tener que ser un poquito más creativos».

Frunció el ceño. Escuchar aquello de alguien como Nyx no era plato de buen gusto.

«¿No puedes hacer nada?».

«Haré todo lo que pueda, hermano, para eso estoy aquí». Lo tranquilizó, dándole un apretón mental en el hombro. *«He traído conmigo un par de prótesis que están desarrollando una de nuestras filiales y que podrían funcionar muy bien. Una de ellas ya está siendo utilizada y la otra es un prototipo, pero si esta última se adapta a sus necesidades, Julian y yo nos encargaremos personalmente de darle el visto bueno».*

Lo que equivalía a diseñarla ellos mismos, pensó y asintió en su mente a modo de agradecimiento.

—Bueno, señorita Wilkinson —continuó Nyx en voz alta, en paralelo a la conversación que estaba manteniendo mentalmente con él.

—Llámeme Avalon, por favor —pidió ella mirando a su especialista.

Él asintió en respuesta.

—Avalon, entonces —asintió su compañero y procedió a decirle lo mismo que acababa de decirle a él—. Como le decía, mi colega, el Dr. Cross, ha insistido bastante en que la valorásemos como candidata para el nuevo programa que estamos a punto de poner en marcha…

«Sé suave cuando la sondees, es mucho más… sensible de lo que parece». Le advirtió siguiendo con su conversación y su tono fue suficiente para que su amigo enarcara una ceja en respuesta.

«¿Sensible en qué rango?».

«Ha sido capaz de ver a través de mi velo».

Un largo silbido le atravesó la cabeza haciendo que contuviese a duras penas una mueca.

«¿Ha descubierto lo que eres?». Su amigo seguía hablando con ella, explicándole en voz alta los pormenores del supuesto programa mientras atendida de forma paralela su conversación. *«Pues sí. Lo ha hecho. Pero… Le han quedado secuelas psíquicas. ¿Qué hiciste? ¿Darle un susto de muerte?».*

«Tuve que emplear el Pacto para romper el velo».

El exabrupto que captó su mente fue acompañado de la mirada totalmente incrédula que desvió momentáneamente hacia él.

«¿Tú? ¿Has usado el Pacto para romper el velo? ¿Es broma?».

Negó con la cabeza, un movimiento casi imperceptible.

«¿Cuáles son las secuelas?». Tenían que ser apenas imperceptibles para que él no las hubiese notado.

«Ninguna que deba preocuparte, lo normal en estos casos. Es humana, después de todo. Se está ajustando a ello, no son importantes». Mencionó su amigo. «¿Cuándo…?».

«Anoche». Concretó haciendo que los ojos azules se abriesen con repentina comprensión. *«Y esta mañana no ha sido lo que se dice un camino de rosas. He conseguido estabilizarla después de la crisis. La induje a un sueño reparador, pero temo que en estos momentos cualquier pequeño empujón pueda lanzarla de nuevo sobre el borde. El miedo lleva arraigado en su interior desde el accidente».*

Un largo suspiro atravesó su conexión mental.

«Entiendo». Asintió finalmente. *«Bueno, trabajaremos también sobre eso. Sé buen chico a partir de ahora y no me estorbes. Puedes quedarte cerca. El vínculo que tienes con su contrato es diamantino, así que no te dejaré fuera. Si necesitas intervenir, me lo dices primero. Ya tengo*

bastante con Julian toqueteando lo que no debe».

Ahora fue él quien enarcó una ceja en respuesta en silenciosa respuesta.

«¿Y no quieres también que sujete la bandeja de suturas o algo, ya puestos?».

De nuevo esa risa cruzó su mente.

«No. Pero no me opondré a que me eches una mano la próxima vez que me toque valorar a las fieras de la casa de acogida. Tú tienes mejor mano con los niños que yo».

Puso los ojos en blanco.

«Quién lo diría cuando tú pareces uno de ellos».

«Pura fachada, Dev, pura fachada».

—Entonces, llegados a este punto, me gustaría realizarle un reconocimiento rápido para ver cómo están las cicatrices de sus lesiones. —El tono distante y educado que había utilizado hasta el momento se moderó al dirigirse a ella—. Hemos estudiado su historial y dado el daño en sus oídos, creemos que podría ser una candidata adecuada para formar parte del programa.

Ava estaba claramente nerviosa. Nerviosa e incómoda con aquella inesperada atención.

Lo que esperaba fuese una alegría para ella, un nuevo resquicio de esperanza se había convertido en un discreto interés, como si no acabase de fiarse de las bondades de las que le estaban hablando. Había sido consciente de su contención justo en el momento en que colgó el teléfono, podía ver los pensamientos reflejados en su rostro y no le costó mucho imaginarse el cuadro entero. Estaba siendo precavida. Esta era su manera de protegerse ante un posible fracaso, evitar ilusionarse para no llevarse un golpe mayor de los que ya había recibido.

—El Dr. Cross me informó de la existencia de su programa esta misma tarde y de que les había enviado mi historial para ser valorado, así como su interés en conocerme, por lo que estoy muy agradecida —admitió ella mirando a su médico en busca de confirmación—. Pero, me gustaría, si es posible, que me explicasen con brevedad en qué consiste exactamente dicho programa y cómo funciona para los pacientes con los que traten. Quisiera saber qué ventajas y desventajas tiene, si requiere cirugía, qué clase de mantenimiento requerirían las prótesis…

«Deduzco que de esto no has llegado a mencionarle nada, ¿no?».

«He sugerido la posibilidad de hacerle un préstamo y no me ha escupido a la cara de puro milagro». Chasqueó recordando la rápida respuesta que había obtenido de ella mientras comían. *«Así que seguiremos con el plan. Yo lo pago y tú ideas la manera en que ella pueda recibirlo de manera gratuita».*

—Por supuesto —continuó Nyx al mismo tiempo en voz alta—. Una de nuestras empresas colaboradoras ha desarrollado unas nuevas prótesis auditivas que pretenden mejorar la calidad de audición de sus usuarios.

«El mentalista es Julian, ¿recuerdas?». Se rio su amigo.

«Sigue con el discursito, anda, tengo prisa». Resopló.

«Pues vete a dar una vuelta y luego vuelves». Le soltó él. *«Tengo que explorarla, comprobar los daños de su audición, las cicatrices y ver si puedo arreglar algo antes de tomarle las medidas para las prótesis».*

—Esta nueva tecnología pretende mejorar la calidad de audición filtrando los sonidos, eliminando esa sensación de amplificación de modo que se tenga la sensación de estar percibiendo los sonidos como lo haría una persona con una audición completa —explicaba su compañero de agencia—. Los materiales utilizados en su creación provienen del reciclaje lo que nos permite reducir el impacto ambiental. El diseño de los dispositivos está pensado para que se adapte con facilidad a la fisionomía auricular, se ha cuidado su estética para que resulte no solo lo más cómodo posible, sino que sea además lo bastante pequeño para pasar desapercibido.

Hizo una pausa e hizo un gesto con la mano para invitarla a acercarse a la mesa sobre la que depositó el maletín que traía consigo, el cual abrió.

—Venga, se los mostraré. —La invitó al tiempo que sacaba un par de cajas, las colocaba a un lado y señalaba a su colega—. El Dr. Cross ya los ha visto y está pensando en pedirse unos en cuanto salgan al mercado, ¿no es así, Abraham?

El hombre se carcajeó.

—Sin duda serían el regalo perfecto para mi mujer, Nyx.

Él sonrió y esperó a que Ava se acercase a la mesa.

«Puedes venir y cotillear si quieres». Le soltó divertido al tiempo que decía en voz alta.

—No te quedes ahí, Devon, imagino que esto también te interesa.

«Cállate y trabaja».

Ella se movió hacia delante, pero no sin echar un vistazo a su lado para asegurarse de que siguiese allí, pues se había colocado fuera de su rango de audición.

—Por ahora tiene buena pinta —mencionó él encogiéndose de hombros, dando a entender que no tenía la menor idea de que iba aquello, pero que sonaba bien.

Pudo ver la manera en que ella le echaba un fugaz vistazo a su amigo, sin duda preguntándose como un tipo como Nyx podía llevar una bata blanca y dirigir un programa tan sofisticado como aquel, para luego mirar los dispositivos.

Su amigo parecía un jovenzuelo de treinta años, en vez del vejestorio que era. Con el pelo rubio perfectamente peinado hacia atrás, mucho más oscuro que el de su hermano y unos duros ojos azules, era lo bastante atractivo para que una mujer se girase a echarle un vistazo.

Ava, sin embargo, parecía estar mucho más interesada en las prótesis que en él.

—Son… minúsculos. —Había verdadera sorpresa en su voz—. ¿El material es muy rígido? —Se llevó la mano a su oreja—. A veces las carcasas no se acaban de adaptar del todo.

—El material es lo bastante suave y maleable como para que pueda llevarlo día y noche, si lo necesita —le aseguró y sacó lo que parecía ser una carcasa vacía que no dudó en tenderle—. Dependiendo de la curvatura del pabellón auditivo, se adaptaría con un molde propio.

—¿Un molde? —Levantó la cabeza y miró a su amigo, quién asintió en respuesta.

—¿Se ve usted con un audífono con el molde de las orejas de su novio, por ejemplo? —Lo miró de soslayo.

«Hijo de puta».

Ella negó con la cabeza.

—Este en particular es un prototipo, así que estamos buscando la mejor manera de integrarlo y creemos que la personalización sería un valor añadido —continuó él.

—Y los costes también aumentarían… —Valoró para sí misma mientras miraba la prótesis, entonces preguntó—. ¿Qué hay del mantenimiento?

—Es prácticamente inexistente —contestó su amigo cogiendo el dispositivo entre las manos—. Se haría un primer calibrado para adaptarlo a sus necesidades, se lo pondríamos en el oído y una vez ajustado, a disfrutar de los sonidos de esta maravillosa ciudad o de lo que quiera. Además, es sumergible hasta los cinco metros, en caso de que le guste el buceo. Puede usarlo mientras se baña, mientras hace deporte…

«Como la sirenita, no te jode».

Nyx se carcajeó en su mente y continuó con su explicación.

—El primer año empezaríamos con una revisión periódica para ver cómo se adapta y a partir de ahí, contaría con una puesta a punto gratuita de forma anual.

—¿Solo anual?

—En teoría no debería de necesitar ninguna más —aseguró afable—, pero en caso de que fuese así, nuestro taller estaría disponible para realizar las tareas de mantenimiento necesarias en el momento en que lo necesite sin coste adicional.

La manera en que miraba el maletín y el material allí dispuesto, el pequeño temblor en sus manos y el brillo en sus ojos le indicó que estaba más que interesada en aquello, pero seguía habiendo algo que la frenaba y esto salió a la luz en el mismo instante en que pronunció.

—¿Y cuál sería el precio de venta una vez que estuviesen disponibles?

—Bueno, querida, eso es precisamente por lo que te pedí que vinieses —interrumpió entonces su médico, quién cruzó una mirada con su amigo el cual asintió—. El programa pertenece a una de las filiales de las *Industrias Corso*. Están buscando candidatos con unas características auditivas particulares para probar la viabilidad del nuevo producto. Las prótesis serían donadas por la propia empresa y los gastos derivados de la adaptación y mantenimiento, así como las revisiones del primer año serán financiadas por uno de los fondos de la clínica. Nuestra cadena se encargaría del mantenimiento, con lo que sería una muy buena publicidad para nosotros.

Ava miró a su médico, entonces se volvió hacia Nyx con los ojos bien abiertos.

—¿Me está diciendo que las prótesis de los candidatos al programa las costeará la propia empresa? —Su expresión era de total incredulidad—. ¿Y las reparaciones y el mantenimiento estarían financiadas por la clínica?

—Los pacientes que formen parte del programa obtendrán las prótesis a coste cero y el mantenimiento, durante los dos primeros años, lo financiarán las clínicas —lo resumió de manera que ella lo entendiese—. A partir de ese momento, el mantenimiento y las revisiones pasarán a ser costeados por el paciente. Para ello dispondrán de una tarifa reducida durante cinco años más y facilidades de financiación en caso de que con el tiempo necesiten actualizar las prótesis o cambiarlas por unas más modernas.

Hizo una pausa y añadió mirando ahora al médico.

«¿Por cuánto me va a salir el programa, genio?».

«Cuando acabemos aquí, haz que Ava te folle un rato, anda, que no hay quién te aguante».

—Si el programa va bien y tiene continuidad, será una manera de contribuir a mejorar las condiciones de vida de las personas que no pueden costeársela de otra manera —concluyó—. Precios competitivos, facilidades de pago, atención personalizada a través de las clínicas asociadas… Todos salimos ganando.

Las mejillas de la chica se encendieron al momento y Dev fue consciente del momento en que sus emociones vibraron, del cambio inmediato en su interior y del tono con el que una de ellas despuntó; esperanza.

«La he convencido, ¿no?». Se burló Nyx. *«Hasta yo he notado su alivio»*.

«¿Quieres un caramelito como premio?».

«Un polvo, Dev, necesitas un buen polvo». Se pitorreaba su amigo.

—A falta de una exploración rutinaria para comprobar los daños en sus oídos y asegurarnos que no ha habido ningún cambio de vital importancia con respecto a su historial, sería una de las candidatas aptas para el programa, Avalon —concluyó Nyx—. En caso de que todo bien y esté interesada en participar en el programa, empezaríamos de inmediato con la adaptación de sus prótesis.

—Es una gran oportunidad, Ava —le dijo su médico posando la mano sobre el hombro femenino con simpatía—. Con todos los problemas que estás teniendo con esas prótesis que

llevas, sería una gran mejoría para ti.

Ella se volvió entonces y sus ojos, ahora brillantes de esperanza cayeron sobre él.

—Si me estás pidiendo opinión, cariño, ya estás tardando en decirles que sí —declaró con su habitual buen humor—, pero solo a los audífonos, que quede claro.

Los hombres sonrieron ante el comentario.

«El papel de novio te queda mejor que el de agente, amigo».

«Dado que es mi mujer, me parece perfecto».

Nyx enarcó una ceja ante su respuesta.

«¿Tu mujer? ¿Qué me he perdido?».

Ignoró su pregunta y mantuvo la mirada sobre ella, quién se volvió hacia los doctores.

—Es una oportunidad única, sin duda… —murmuró mirando ambos hombres y centrándose al fin en Nyx—, pero dado que todavía tenemos que ver si el examen es favorable…

—Paso a paso, Avalon, paso a paso —le dijo su amigo—. Le haremos la exploración y si está todo bien, le pondré sobre la mesa una copia del programa, así como el correspondiente contrato y acuerdo de confidencialidad en el que figuran todos los detalles para que su pareja y usted puedan leerla con tranquilidad.

«¿Siempre es tan desconfiada o es por mí?».

«La decepción puede ser una losa muy pesada, Nyx, sobre todo cuando la deja caer sobre ti alguien en quien confías».

«Ah, el capullo. Sí, Julian ya se ha encargado de él, por cierto».

Aquello sí que no se lo esperaba.

«¿Cómo que se ha encargado de él?».

Su amigo esbozó una perezosa sonrisa que replicó en su mente.

«Digamos que tras la visita de mi hermano, ese cabrón le dará a tu mujer todo lo que ha pedido».

Como si las piezas de un puzle empezaran a encajar en su sitio, Dev entendió por qué sintió la urgencia de coger la llamada de Kenzie y también la palpable alegría de la mujer al contestar.

«Dale las gracias a Julian».

—Está bien —dijo ella mucho más ligera, la contención que había ejercido hasta el momento sobre sí misma relajándose—. Quedo… en sus manos, caballeros.

Nyx sonrió y asintió en respuesta.

—Empecemos con esa exploración —le dijo mirando y miró a su colega, quién le indicó que pasaran adelante.

Ava se volvió entonces hacia él, sus dedos se enredaron en los suyos por propia iniciativa.

—Estaré esperándote aquí —la tranquilizó, se llevó la mano a los labios y la besó—. Tranquila, todo irá bien.

Ella asintió.

—Lo sé —aceptó y le apretó la mano en respuesta.

«Ya puedes ir empezando a hacer un informe completo de lo que ha pasado estos últimos días, tío, porque te juro que vamos a caerte encima como moscas». Se carcajeó Nyx, entonces añadió en tono más serio. «Haré todo lo que pueda por ella, hermano, no te preocupes».

Dev asintió mentalmente.

«Gracias».

«No me lo agradezcas, solo… Invítame a la boda».

Se quedó allí mirando como la mujer que amaba se iba con su compañero, el cual se

estaba riendo a carcajadas en su mente después de que le hubiese enseñado el dedo corazón.

CAPÍTULO 42

—¿Es una broma?

—*Ratona*, si hubieses estado aquí te habrías caído de espaldas —aseguró Kenzie—. Lo he revisado con lupa y básicamente viene todo lo que hemos pedido.

—Entonces, si firmo esto, ¿no será necesario ir a juicio? ¿Nos olvidamos de los tribunales?

—Si aceptas el acuerdo y lo firmas, se acabó, Ava —corroboró ella—. Recuperarás el dinero que has invertido hasta el momento entre el hospital, las prótesis y las cuotas de mantenimiento, tendrás la indemnización que te corresponde y te librarás de esa ameba.

Ava volvió a mirar el dosier que tenía delante. Kenzie había hecho ya las modificaciones y se las había mostrado. Eran pequeños ajustes que debían ser deberían ser aprobados por la otra parte, pero confiaba en que fuesen aceptados, ya que no cambiaba la esencia del acuerdo. De hecho, la última cláusula ya había sido aceptada por el principal interesado cuando ella se la expuso de viva voz.

Había devuelto la llamada a su amiga nada más salir de la clínica. Estaba tan emocionada por las buenas noticias que tenía para compartir con ella, que Devon se limitó a reírse y dejarle privacidad para hacer su llamada. Había sido él también el que la había acercado minutos después al bufete, que su amiga compartía con otros dos compañeros, para que pudiesen discutir los pormenores del asunto que ahora tenían sobre la mesa.

Su conversación había comenzado con una mezcla de gritos de felicidad, lloros y buenos deseos. Kenzie sabía muy bien lo que aquel programa significaba para ella, lo que podía aportarle y no vaciló en expresarlo hasta el punto de que entraron en su propia oficina pensando que le pasaba algo.

El Dr. Corso, bendito fuera, le había asegurado tras la exploración que era una candidata más que adecuada a los prototipos. Le había hecho algunas pruebas en la misma clínica, probándole dos tipos distintos de prótesis que había traído consigo para terminar con la toma de moldes para los que se ajustaban a sus necesidades.

La que le había asignado era tan pequeña y ligera que era como si no llevase nada. Pero lo más sorprendente fue el rango auditivo que alcanzaba, permitiéndole escuchar los sonidos, las palabras, su propia voz casi con una claridad y profundidad que nunca había alcanzado hasta el momento.

Casi se había echado a llorar al tener que quitárselos y volver a colocarse los suyos. Por suerte habían conseguido parchear el que estaba estropeado con lo que volvía a disponer de ambos.

El amable doctor, quién se había mostrado más comunicativo y cercano durante su exploración en privado, le había asegurado que podría contar con los nuevos audífonos a finales de semana; él mismo vendría a colocárselos y calibrarlos.

Se había producido un milagro y ella era la destinataria.

Y ahora, en la mesa frente a ella, acababa de producirse otro; porque este sí que era

verdaderamente un milagro.

No entendía que demonios le había pasado a Alexander para abandonar las amenazas y su inamovible posición. Hacía tan solo un par de días estaba delante de su casa, intentando que firmase algo totalmente distinto a esto y ahora, prácticamente le servía en bandeja de plata todo aquello por lo que Kenzie había estado luchando desde el minuto uno.

Ese hombre había convertido una cruzada todo el asunto del accidente. La había culpado, crucificado incluso, para él no existía nada más allá de su reputación y posición social. Cualquier cosa que pudiese enturbiarlo era un drama y era muy consciente de su capacidad negociadora y embaucadora para conseguir lo que fuera.

Y ahora, de la noche a la mañana, ¿todo eso dejaba de importarle? ¿Qué había pasado para que reculase de aquella manera, para que aceptase las condiciones que le impusieron desde el comienzo? Había sabido que él no quería ir a los tribunales, no quería tener esa clase de mancha en su currículum, pero a pesar de ello… Esto era cuando menos… raro.

Ava decidió dejar de pensar en ello y en los cambios de rasante de ese imbécil. Ante ella estaba más de lo que había esperado conseguir, por fin podría dejar atrás aquella etapa de su vida y cerrarla de un portazo.

—Si crees que todo está bien y que es lo que me corresponde, estoy dispuesta a firmar ahora mismo. Lo que sea con tal de no tener que volver a tratar con él y no verle la cara en lo que me resta de vida —declaró cogiendo el bolígrafo que había sobre la mesa. Esa había sido el punto que había añadido Kenzie al acuerdo. Él se mantendría lejos de ella, no se le acercaría ni para saludar. Cualquier posible contacto futuro, sería hecho a través de sus respectivos abogados, aunque su amiga ya le había dicho que lo más probable es que no lo volviese a ver ni en pintura —. Estoy cansada de todo esto. Necesito dejarlo ya atrás. Todo esto. El accidente, las recriminaciones de Alexander, el daño en mis oídos, mi propia inseguridad… No me daba cuenta de lo mucho que me estaba lastrando, de lo culpable que me he sentido, que me siento, cuando en realidad soy la víctima. Ha tenido que aparecer Dev y cruzarse en mi camino para que me diese cuenta de ello.

Ella cubrió su mano con la suya y se la apretó.

—Te lo dije aquel día en el hospital y hoy te lo repito —mencionó con suavidad—. Tú no eres la culpable de que el hombre del que te enamoraste en su día fuese un capullo integral. No fuiste tú la que cambió, fue él. Y ese día, se hubiese producido o no el accidente, hiciste tu elección.

Decidió dejarlo. Romper con la vida que habían tenido junto a fin de encontrar su propio camino, uno en el que no hubiese gritos o insultos.

Asintió, miró el papel, respiró profundamente y garabateó su firma en los lugares que le había indicado su abogada.

—Ya está. —Esas dos palabras y la firma en el papel la hicieron sentirse aliviada, ligera —. Señor, que peso me acabo de quitar de encima.

Kenzie se rio, recogió los papeles y abrió uno de los cajones para introducirlos en su interior.

—Mañana a primera hora lo llevaré a sus abogados —declaró con rotundidad—. Este capullo es historia.

Se rio, no pudo evitarlo y su risa iluminó el rostro de su amiga.

—Cuanto me gusta verte así de nuevo —admitió ella cruzando las manos sobre la mesa e inclinándose hacia delante—. Y no tengo que ejercer de adivina para suponer que ese buen humor es gracias al *Señor Buenorro*. Uf. Casi me caigo de espaldas al escuchar la voz de un

hombre después de haber marcado tu número. Por Dios, *ratona*. Tiene una voz tan, pero que tan sexy. No me extraña que pases tanto tiempo sin bragas con él alrededor.

—Kenzi… —Se rio de nuevo.

—Aunque tengo que decir que al principio pensé en descuartizarlo por haber contestado a tu teléfono —aseguró apuntándola con el dedo—. Dime que le diste permiso.

Hizo una mueca al recordar el episodio.

—Se disculpó por ello —respondió al momento—. Yo no estaba… cerca del teléfono en esos momentos —*Ni en condiciones de responder*, pensó—. Nada más colgar me dijo que habías sido tú la que habías llamado y que te devolviese la llamada en cuanto pudiese. Se disculpó por atender la llamada en mi nombre y me aseguró que no había cotilleado en mis cosas. Que era mi intimidad y que nunca la vulneraría de esa manera.

—¿Y le creíste?

—Sí —No vaciló en su respuesta. Le había creído, lo había visto en sus ojos y su explicación era razonable teniendo en cuenta… sus particulares dones, pero eso no podía decírselo a Kenzie—. Además, estaba cocinando.

—Cocinando —repitió y la expresión en su rostro era de absoluta ironía y un toque de incredulidad—. Pero ¿cocinando de cocinar o de sacar algo del congelador y calentarlo en el micro?

—Dejó la cocina hecha un desastre. —No pudo más que reír ante el recuerdo de esa mañana—. Restos de verduras por todos lados, ingredientes que había utilizado, cazuelas, utensilios de madera… Pero he de decir que después de terminar con los fogones y preparar, todo hay que decirlo, un riquísimo arroz con verduras, empezó a recoger y limpiarlo todo él solito.

Las palabras exactas de Devon habían sido: *Si puedo ensuciarlo todo, también puedo recogerlo.* Y eso había hecho, diciéndole que mientras tanto pusiera la mesa.

—Incluso se ofreció a fregar los platos —apuntó y se encogió de hombros—. Cosa que hice yo, ya que él había cocinado.

—A alguien se le está cayendo algo y no son las bragas —canturreó su amiga mientras la miraba bastante alucinada—. Te lo juro, *ratona*, si veo a ese hombre me lo comeré a besos solo por tenerte así. Estás sonriendo, no solo eso, te ríes y lo haces de verdad. ¡Has vuelto!

Parpadeó ante la emoción que escuchó en aquellas dos últimas palabras.

—Kenzie…

Ella sacudió la cabeza y se abanicó los ojos como si quisiera alejar las lágrimas.

—Ya, ya, ya, ya —chasqueó y sonrió ampliamente en compensación—. Es que me hace feliz verte… así, sonriendo, que coño.

—Supongo que últimamente no he tenido muchas cosas por las que reír —admitió y señaló su audífono recuperado—. No sé si te lo dije, pero se volvió a morir. Hace dos días… No quieras saber lo que ha sido funcionar solo con uno…

Habían sido dos días infernales. Y no solo por la caída del audífono, pero eso no podía decírselo a Kenzie.

¿Cómo explicarle a tu mejor amiga que el hombre al que te estabas tirando no era humano? O sí. En parte. Eso creía. ¿Cómo decirle que había metido un íncubo en su cama? Que el hombre por el que se le caían las bragas era un demonio… No. No solo no creería una palabra, sino que llamaría a la primera clínica mental que tuviese en su agenda y la acompañaría para que le hiciesen una evaluación psiquiátrica.

Si no tuviese todas esas imágenes en la cabeza, si no hubiese vivido cada uno de aquellos

momentos, por muy irreales que pareciesen, sería ella misma la que pediría cita para hacerse un escáner cerebral.

Un ligero escalofrío descendió por su columna vertebral y no pudo evitar estremecerse.

Costaba mucho no sucumbir al miedo a lo desconocido, aceptar algo que no era natural, que ni siquiera debería existir según las creencias populares. Aun habiéndolo visto con sus propios ojos, tocado con sus manos, haberlo sentido sobre su propia piel… era difícil de aceptar, pero sabía que negarlo no la ayudaría en nada.

Ese demonio era Devon. Era el hombre con el que había pasado unos días increíbles, quién la había hecho abrirse y confiar de nuevo después de su última decepción, quién la trataba con cariño y respeto, concediéndole su espacio y permitiéndole elegir siempre sus propias opciones. ¿Cómo no iba a acabar enamorándose de un hombre así?

Solo esperaba que se quedase el tiempo suficiente a su lado como para acostumbrarse a esa otra naturaleza suya y aprender a apreciarla en la misma medida.

—Me lo han recuperado de milagro —continuó señalándose la oreja—. Y no le dan mucha esperanza de vida. Así que si ves que de repente no te oigo, hazme señas.

—Bueno. Míralo de esta manera —replicó su amiga—. En pocos días te olvidarás de ellos y podrás usar esas nuevas prótesis auditivas de las que me hablaste. —Dio un par de palmadas de lo más emocionada—. Ay, Ava, estoy tan contenta como si me hubiese tocado a mí la lotería.

—Para mí esos nuevos audífonos son mejor que una lotería —admitió risueña—. Nunca pensé que podría volver a oír de esa manera. Los sonidos eran tan nítidos. Me sorprendí mucho cuando escuché la voz del Dr. Corso. Fue como si de repente te quitases un tapón y lo escuchases todo más grave, más profundo… Además de que ese hombre es de lo más sexy. Te estremece solo con su voz. Al igual que Dev.

—Parece que tu agente se te ha metido más adentro que en tus bragas.

Se sonrojó y apartó la mirada. Solo fue un instante, pero suficiente para que Kenzie se levantase de golpe, con los ojos abiertos como platos y apuntándola con el dedo.

—¡No me jodas! —jadeó—. ¡Lo has hecho! ¡Te has colado por ese polvazo!

—Baja la voz, loca —pidió mirando hacia la puerta, suponiendo que si ella había escuchado su grito, tenía que haber sido más agudo aún—. Van a pensar que te he apuñalado o algo.

—Ay, mi madre —musitó antes de dejarse caer de nuevo sobre la silla con gesto anonadado—. Pero ¿cómo ha sido? Si apenas le conoces. ¿Qué lleváis? ¿Media semana follando? ¡Estás loca!

Escucharlo de boca de su amiga hizo que se encogiera por dentro. Sabía que tenía razón, ella misma se había hecho esas preguntas intentando encontrar una respuesta, pero… Solo sabía que se sentía a gusto junto a él, que disfrutaba de su compañía, además del fantástico sexo.

—No sé cómo ha pasado —admitió con sinceridad—. Solo… pasó. Sé que suena a locura, Kenzie. Lo sé. Pero… No sé. Confío en él. Me ha tratado como una persona, me ha dado mi espacio, ha visto dentro de mí como nadie más lo ha hecho y no se ha apartado. Me respeta, valora mis elecciones y no me exige nada. No me obliga a hacer nada que yo no esté dispuesta a hacer. Él no me controla, no quiere cambiarme… Solo espera que sea… yo.

—Y además de eso, en la cama es una bestia.

—Un demonio —corrigió irónica.

—Joder, Ava. Es que es… inesperado y repentino —mencionó. Se la quedó mirando durante unos instantes en completo silencio y finalmente hizo una mueca, señalándola con un gesto de la mano—. Pero por otra parte, tu piel nunca ha estado tan bonita, nunca has tenido tan

buen color y hacía siglos que estaba esperando ver de nuevo ese brillo en tus ojos. Y tengo muy claro quién te lo ha puesto…

Se mordió el labio inferior y por fin resopló.

—Me das envidia —le soltó con rotundidad, entonces chasqueó la lengua y declaró—. Pero qué coño. Solo por verte así te apoyaré en lo que haga falta. Eres mi hermana, caray. Iría por ti al maldito infierno ida y vuelta si con eso consigo que seas de nuevo feliz.

Sonrió. Esa mujer siempre había estado dispuesta a luchar por ella, a acompañarla en cada paso del camino y sabía que iría hasta el fin del mundo si con eso la ayudaba. Mackenzie era más que su amiga, era su hermana.

—Bueno, cuéntame —continuó la mujer—. ¿Y él? ¿Tiene alguna idea de que tú…?

—Dios, espero que no. —Sus pensamientos fueron puestos en palabras—. Quiero decir… Todavía estoy procesándolo yo…

—Ava…

—Y también está el asunto del contrato con su agencia…

—Hostia, es verdad —asintió Kenzie—. Olvidaba que el *bombonazo* es uno de los agentes de Demonía. ¿Cuál es la duración del contrato?

—Creo que era de dos semanas…

—¿Crees?

—Lo cierto es que no le hice mucho caso cuando lo recibí, estaba demasiado ocupada pensando en lo absurdo que era todo.

—Pues nena, será mejor que lo compruebes porque será el tiempo que tendrás que convencerle de que no encontrará a nadie más dulce, mona, inteligente y caliente que tú por quién merezca la pena quedarse —replicó con sencillez—. Y ya que estamos, puedes ir presentándomelo. Me muero por conocer a tío que ha puesto esa sonrisita perpetua en tu cara. Estoy dispuesta incluso a portarme bien y no ser una zorra con él. *Actuaré como la Mejor Amiga del Mundo Mundial* y le susurraré al oído el partidazo que eres.

—Mejor no —Sacudió la cabeza con rotundidad lo que la hizo reír—. Te lo presento cuando quieras, pero nada de susurrarle cosas al oído.

Devon no necesitaba un informe sobre ella. Ese hombre la conocía mejor que nadie, era capaz de leerla como un libro abierto y más aún. Podía interpretar sus emociones, leerla, verlas o lo que fuese.

No era sorprendente que pareciese saber siempre qué decir o como tratarla, su empatía lo ponía de algún modo en sus propios zapatos.

«Las emociones es algo que manifiestas, que puede verse a simple vista. Tu lenguaje corporal, la expresión de tu rostro… No necesito tocar tus emociones para saber que mis palabras te han afectado, eso puedo verlo en la forma en la que me miras, en la que aprietas los labios…».

No. No necesitaba meterse en tu cabeza o dónde quiera que viese sus emociones, solo tenía que mirarla para saber lo que sentía en cada momento. Lo había dicho en serio y lo creía.

—Dev sabe mejor que nadie quién soy.

Su amiga suspiró y apoyó la cara en la mano.

—Te hemos perdido —declaró con expresión divertida—. Te hemos perdido para siempre. Qué pena, pero que pena más grande.

—Serás payasa.

Ella se echó a reír, abandonó su asiento y fue hacia ella, para engullirla en un abrazo.

—Te quiero, *ratona* —murmuró con cariño, entonces se separó para mirarla—. Tenemos

que celebrarlo. ¿Nos vamos a cenar?

—¿Las dos solas?

—¿Quieres hacer un trío o algo? —Meneó las cejas.

—Serás bruta.

Se rio entre dientes.

—Deberías probarlo alguna vez, es una experiencia única —le guiñó el ojo.

—No gracias. —Sacudió la cabeza—. Me quedo con mi demonio.

Kenzie se rio y asintió.

—Muy bien —respondió y señaló su mesa—. Dame cinco minutos para recoger todo esto y nos vamos.

—Gracias por todo, Kenzie, de verdad.

—No hay nada que agradecer, *ratona*, eres mi familia —aseguró y ambas sabían que era la verdad—. Contigo a la luna.

—Ida y vuelta —confirmó.

—Exacto —le lanzó un guiño—. Llama a tu chico, wasapéale o lo que hagáis para manteneros en contacto y dile que esta noche lo cambias por este bombón con un par de tetas impresionantes.

Le echó la lengua mientras se levantaba, cogía el bolso y dejaba la oficina de su amiga para esperarla fuera. Saludó a sus compañeras de camino a la sala de espera y sacó el teléfono para enviar un mensaje.

Devon había recibido una llamada mientras conducía hasta aquí y a juzgar por la expresión de su rostro cuando vio el nombre en la pantalla, no era algo que le hiciese mucha gracia. Después de dejarla, le dijo que mientras ella pasaba un rato con Kenzie, él se ocuparía de algunas cosas. No habían hecho planes para cenar o para verse, pero a juzgar por el comentario que le hizo después de besarla hasta dejarla sin aliento, quedaba implícito que esperaba verla de nuevo esa noche.

«Tu tiempo es tuyo. Si me necesitas, solo llámame y estaré a tu lado en un abrir y cerrar de ojos».

Sin duda podía hacerlo, pensó recordando la manera en la que había entrado en su casa aquella mañana; no había usado la puerta.

Antes de perder el valor, escribió rápidamente:

«Saldré a cenar con Kenzie. Noche de chicas. Tenemos que celebrar que me nos hemos librado de una ameba. ¿Nos vemos más tarde?». Le dio a enviar y casi al instante la respuesta apareció en su móvil.

«Estaré a tu lado antes de que puedas pronunciar mi nombre». Leyó y no pudo evitar derretirse por completo ante semejantes palabras. *«Disfruta de la compañía de tu amiga, cariño. Nos vemos más tarde»*.

—Nos vemos más tarde —respondió con una tímida sonrisa curvándole los labios, pero no escribió nada más. Salió de la aplicación y metió el móvil de nuevo en el bolso.

—¿Lista para irnos, *ratona*? —preguntó Kenzie reuniéndose con ella.

—Lista.

CAPÍTULO 43

La última vez que estuvo en ese lugar, Devon se juró a sí mismo no volver a poner un solo pie en él, no a menos que fuese para echar abajo cada una de las piedras que lo levantaban.

Este era un símbolo de su raza, un recuerdo de sus raíces, de unos tiempos que ya no existían. Los que levantaron esos muros, los que lucharon por la libertad y supervivencia de su pueblo ya no caminaban sobre la tierra. Daba igual lo que se empeñasen en retener su recuerdo, lo que hiciesen para mantenerlo con vida, eran ecos de otra época, de otro momento en el tiempo que ya nada tenía que ver con el aquí y el ahora.

Estaba de acuerdo en la necesidad de preservar su cultura, en conocer las raíces del pueblo de la noche y en saber quiénes habían sido. Aquello era parte de su legado, pero con lo que no comulgaba eran las férreas directrices arcaicas y obsoletas que imponían a su raza con la excusa de impedirles olvidar.

Ladeó la cabeza y contempló con desgana la vieja fortaleza de fría piedra que se alzaba delante de él. Un eco del pasado preservado en un espacio intemporal, un lugar apartado del mundo y que sin embargo se empeñaba en ser parte de él.

El *Trivure* no estaba en el plano humano, existía entre las sombras, oculto de todo aquel que no tuviese sangre *incubare* corriendo por sus venas en mayor o menor cantidad. Alguna vez hizo la labor de refugio para aquellos miembros de su pueblo que necesitaban sanar, para los que eran perseguidos y cazados, pero cuando el mundo avanzó y los humanos dejaron de creer en toda clase de supercherías y los suyos fueron por fin olvidados y relegados tan solo a cuentos de vieja, aquella tumba de piedra se convirtió en el hogar del Senex.

El vejestorio era un enorme grano en el culo, pero tenía suficiente poder como para que nadie en su sano juicio osara replicarle; nadie excepto él.

No sabía si el hartazgo que sentía por ese hombre tenía que ver con sus manipulaciones, con su capacidad para dominar a todos los gilipollas que había en su gremio o se debía tan solo al hecho de que le caía mal. Fuese como fuese, Devon tenía una cierta inclinación a llevarle la contraria y discutir con él, cosa que había hecho hasta el momento en que lo expulsó y lo convirtió en un paria para su propio pueblo.

Sí. Era mestizo. ¿Y qué? Cada día de su vida daba gracias por eso, porque su padre hubiese tenido el gran sentido común de encontrar a su madre y decidir que ella sería la madre de sus hijos y su compañera en la vida.

Quizá ese también era el motivo de que Mitra Sheffield no fuese tampoco uno de los lores favoritos del vejestorio. Pero al contrario que a su hijo, al macho *incubare* no había podido expulsarlo por más que lo hubiese intentado.

Dev sabía sin lugar a duda que toda la representación que había este año alrededor del *Walpurgis* era tan solo una demostración de poder por su parte. Una manera de demostrar a los sectores más reacios de la comunidad que él tenía la sartén por el mando. El que hubiesen hecho el reclamo en el seno de su familia, el que los marcasen a Cassian y a él para el ritual de la caza, el que eligiesen a Nessa de entre todas las hembras no apareadas disponibles como la doncella… Todo era para poner de rodillas a su familia y hacerles pasar por el aro.

Y ya estaba más que harto.

De entre todos los lugares que hubiese elegido para pasar el tiempo, este no era uno de

ellos. No. Para nada. De hecho, la sola convocatoria que seguía hormigueándole en la mano lo había puesto de suficiente mal humor como para que se le estuviese pasando por la cabeza echar abajo esa ruina solo por el placer de ver al vejestorio salir corriendo de su interior.

Desde luego, hoy no era el mejor de los días para tocarle las narices de esa manera. Ava era su principal preocupación. No podía dejar de lado que esa misma mañana su pequeña humana había tenido una crisis, que la revelación a la que fue sometida la noche anterior todavía le daba vueltas en la cabeza y seguiría haciéndolo durante algún tiempo aún. Quería estar a su lado, ayudarla con esa transición, pero en vez de disfrutar de la compañía de su mujer estaba aquí, perdiendo el tiempo y cabreándose como una mona ante lo que sabía le esperaba.

Por fortuna, su chica tenía planes propios. Iba a salir a cenar con su amiga Mackenzie para *«celebrar que se habían librado de una ameba»*. No pudo más que sonreír al recordar el mensaje. Sabía a lo que se refería y tendría que darle las gracias a Julian en persona por lo que había hecho sin que nadie se lo pidiera.

Y entonces, ella había escrito una frase más: *«¿Nos vemos más tarde?»*. Cuatro solitarias palabras cargadas de intención y promesas, una pregunta que le dio esperanza y calmó sus temores con respecto a ella.

Se obligó a hacer a un lado los pensamientos sobre su deliciosa cliente y se concentró en aquello que había venido a hacer. Se remangó las mangas de la camisa dejando a la vista los tatuajes y miró de nuevo la palma de su mano derecha. Cruzándola de lado a lado había una franja de color rojo con un único símbolo en el medio.

—Esto te lo devuelvo… —resopló, echó una rodilla a tierra y posó la palma marcada contra el suelo. Apretó los dientes cuando sintió como si le arrancasen la piel de la mano, pero no cedió. Empujó con su propio poder, vertiéndolo todo en un empujón que sabía iba a sacudir los cimientos de aquel mausoleo.

Tal y como predijo, el suelo tembló bajo sus pies, la fortaleza se sacudió y alguna piedra rodó por aquí y por allá. Un parpadeo después, su anfitrión aparecía con rostro desencajado en la entrada de esta.

—¡Quién se atreve a contradecir la voluntad del *Walpurgis*!

Dev se incorporó con lentitud, se metió las manos en los bolsillos y sonrió de soslayo.

—Estimado Senex —lo saludó inclinando brevemente la cabeza—. Veo que seguís respirando.

Unos ojos negros como el ónix lo miraron con extrema dureza. Sus labios adquirieron un rictus que ya conocía antes de dar un paso adelante. Un parpadeo después lo tenía frente a él, a escasos centímetros.

—¡Qué crees que estás haciendo al venir con tales intenciones a un lugar sagrado!

—He venido a devolveros lo que habéis tenido a bien concederme, aun cuando no os lo he pedido ni he expresado deseo alguno de obtenerlo —respondió sin moverse un solo centímetro, manteniendo una expresión casi aburrida—. Es mi manera de deciros: *Gracias, pero no gracias*.

Una nariz afilada, pómulos altos, el pelo negro como la noche pegado a su cráneo, todo en él parecía una maldita calavera andante.

—La marca del *Líder de la Jauría* no puede ser rechazada —pronunció con voz profunda y grave, matizada con el paso de los siglos y las vidas vividas—. Lo que *Walpurgis* da, solo *Walpurgis* puede quitarlo.

Mantuvo esa perezosa sonrisa en sus labios y se encogió de hombros con ligereza.

—Sí y no —mencionó con absoluto aburrimiento—. Sí, lo que otorga *Walpurgis*, solo *Walpurgis* puede quitarlo. Pero vos no sois *él*…

—¡Cómo te atreves a blasfemar de esa manera delante de su emisario!

Se contuvo de poner los ojos en blanco y prosiguió bajando ahora el tono de su voz, convirtiendo sus palabras en afilados cuchillos que amenazaban con hacerles pedazos.

—Según las leyes, esas por las que se rige la naturaleza *incubare*, la elección del líder de la *Jauría* no la realiza el *emisario*, sino la propia Jauría —le recordó oportunamente—. Y solo las bestias que forman parte de la jauría pueden elegir quién debe ser su líder, solo ellos pueden pasarse el testigo entre sí hasta dar con el adecuado. Y si Walpurgis lo acepta, la marca pasará a sus manos. —Levantó su propia mano ahora libre de cualquier diseño que no fuesen los suyos propios—. Soy parte de la *jauría* desde mi nacimiento. Es lo que tiene ser mestizo. Además, el haber sido expulsado de la comunidad *incubare*, aun cuando por mis venas corre la sangre de mi padre, me da ciertos privilegios entre los míos. Yo soy el emisario de la *Jauría*, su voz y esta ha hablado: *El cazador fantasma* la liderará.

El rostro apergaminado del Senex se puso primero blanco y luego rojo, pero esos labios finos y duros permanecieron cerrados a cal y canto. Hervía a fuego lento, rabia, odio, una gran cantidad de irritación… Las alas, apretadas firmemente a la espalda temblaban por la ira que contenía ese menudo cuerpo, sus manos permanecían a ambos lados en forma de puños, si respiraba era solo por una casualidad fisionómica, porque en su actual estado era un verdadero milagro que no se hiciera pedazos su control y empezaba a patear como un niño pequeño.

Dev se permitió esbozar una pequeña y tenebrosa sonrisa. No se había molestado en cambiar su apariencia humana, ese hombre no era merecedor de mostrarle respeto, así que ni siquiera lo intentó. De todas formas, para lo que había venido a decir y hacer, no necesitaba nada más.

—Si vuelve a tocar a un solo miembro de mi familia aunque sea solo con el pensamiento, a cualquiera de ellos, ya sea de sangre o por hermandad, no vivirá para ver una nueva noche. —Dejó que su poder trasluciese su voz, que la oscuridad de sus dos mitades asomara la cabeza dejándole vislumbrar al verdadero monstruo que se ocultaba bajo su piel—. Es una promesa, mi estimado Senex, y si me conoce un poco… sabrá que yo siempre cumplo con mis promesas.

Con esas últimas palabras todavía resonando entre ellos, Devon echó un vistazo a la fortaleza y esbozó una sonrisa de lo más siniestra antes de darle la espalda al mausoleo y a su habitante. No se molestó en mirar atrás, ni siquiera en echar un vistazo, cuando el suelo volvió a retumbar y buena parte de la fortaleza empezó a derrumbarse.

Para muchos el ser mestizo era un signo de debilidad, de falta de pedigrí, de repugnancia, para él era la constatación de lo que podía ocurrir cuando dos poderosos seres de distintas razas decidían unirse; un vástago que unía la fuerza de ambos, dando forma a una propia, mucho más poderosa, oscura y mortal.

CAPÍTULO 44

—¿Dónde está la llave? —canturreó Ava—. *¡Aquíiiii!*

—*Shhh*, baja la voz que salen y nos apalean —se rio Kenzie, sujetándose a duras penas de su brazo mientras avanzaban por el pasillo.

—*Nah*. Si no se enteraron de la que montó el *Buenorro* esta mañana… ¿O fue ayer? Bah, es igual —chasqueó Ava y señaló la puerta—. Si no salieron al pasillo a ver eso… ¡No saldrán ni aunque lancemos cañonazos!

—*Rato*… —le susurró al oído, aunque con ese tono de voz, no podía catalogarse de susurro—. Creo que nos hemos pasado con el vino.

—Pues menos mal que te dije que paráramos —la apuntó con un dedo—. Tú querías pedir otra.

—¡Es que había que celebrarlo!

—*¡Shhh!* Que nos echan. —No pudo evitar reírse también—. *Jo.* ¿Por qué no se abre la puerta?

Su amiga se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos mirando la plaquita que había pegada a la puerta.

—*Ratona*, creo que estás intentando entrar en la casa equivocada —señaló Kenzie la placa, entonces se giró y apuntó el dedo hacia el otro lado de la escalera—. Por allí, mi comandante.

—Uy. Perdón —le susurró a la puerta. Dio media vuelta y empezó a correr a pasitos cortos hacia el otro lado del pasillo—. Con razón no acertaba con la cerradura.

—Espérame, no puedo correr con estos tacones… —chasqueó Kenzie siguiéndola mientras se tambaleaba de un lado a otro—. Bueno. En realidad sí puedo, pero es que hago eses.

Se echó a reír a carcajadas hasta que llegó hasta su amiga. Entonces las dos se miraron, se pusieron un dedo sobre los labios y se mandaron callar.

—Ay, nena… Esta vez nos hemos pasado un pelín.

—¿Solo un pelín? —Se dejó caer de rodillas ante la puerta, entrecerró los ojos y acercó la llave a la cerradura—. ¡La metí! ¡Bieeeen!

—A estas alturas ya deberías de tener práctica, ¿no? —ronroneó su amiga llegando por fin a su lado.

—Serás… *pera*.

—Y tú *plátano*.

—*Auch*, me he mordido la lengua. —Se quejó llevándose la mano a la boca—. Quería decir *«perra»*. Con cariño, eso sí. Siempre con cariño.

—Con cariño —admitió Kenzie inclinándose sobre ella para darle un sonoro beso en la mejilla—. Dios. Creo que tú todavía ves los números del móvil. Llámame un taxi, anda. Dile que venga a buscarme aquí y me lleve en brazos hasta el coche.

Puso los ojos en blanco o al menos Ava creyó hacerlo.

—No. ¿Cómo vas a irte en taxi? —Negó con la cabeza y volvió a centrarse en la puerta, giró la llave y empujó—. Te quedas a dormir y te vas mañana.

—¿Me estás invitando a un trío?

—Dev es mío —le dijo echando un vistazo por encima del hombro—, *solo mío*. No lo

comparto. A él no.

—Mi niña está *e-na-mo-raaaaaa-da* —arrastró la palabra con una risita—. Qué coño. Si yo tuviese un bombón como el tuyo tampoco lo compartiría. Me lo comería todito yo sola.

—No quiero comérmelo —negó con la cabeza y sonrió para sí—. Eso ya lo hice. Quiero… Quiero que me abrace como una mantita. Me da igual si tiene alas o no. Me gusta dormir en sus brazos. Me siento… a salvo.

—¿Tu novio tiene alas?

Asintió con la cabeza.

—Así de grandes. —Abrió los brazos todo lo que le daban—. Se parecen a la de los murciélagos. Pero no son finas. Son duras. Y fuertes. También calentitas y huelen muy bien.

—¿Seguro que estamos hablando de alas y no de pollas? —Kenzie se quedó pensativa, entonces sacudió la cabeza—. Alas que huelen bien. No sé. ¿Hay de eso? Y, espera. ¿Has dicho alas? —Empezó a mover las manos arriba y abajo a modo de indicación—. ¿Cómo un pájaro?

Ava negó con la cabeza haciendo volar su pelo corto.

—No. Son como cuero mojado, pero no están mojadas. Son duras…

—Creo que eso ya lo dijiste —admitió la chica pasándose una mano por el pelo—. Y sí. No creo que una polla sea de cuero mojado. A menos que sea un *dildo*.

—Y enormes…

—Sí, hay pollas enormes —aseguró su amiga apoyándose en la puerta a su lado.

—Le salen de la espalda.

—¿La polla?

—No, tonta, *las alas*. —La miró como si no estuviese entendiendo nada, aunque en honor a la verdad, ella tampoco estaba muy segura de saber qué estaba diciendo—. Es de locos, ¿verdad?

—Estamos borrachas. —Las señaló a ambas, constatando un hecho—. Y los borrachos decimos tonterías y nos hacemos tatuajes en el culo.

—No más tatuajes en el culo, con uno fue suficiente —chasqueó.

—Y qué mono nos quedó, ¿eh? —Se rio su amiga—. Al menos esta vez hemos ido derechitas del restaurante al coche.

—Es verdad.

Se quedaron mirándose la una a la otra, entonces, como si hubiesen tenido el mismo pensamiento señalaron la puerta abierta.

—Metámonos en casa —pronunciaron al mismo tiempo.

—Sí, será lo mejor —aceptó Ava arrancando la llave de la puerta, para luego cerrar tras de sí y con sorprendente pulso para la inestabilidad que llevaba encima, cerró la puerta y le pasó el cerrojo de seguridad—. Dios… He bebido demasiado, Kenz. Necesito un vaso de agua.

—Café, *ratona* —la corrigió ella dirigiéndose ya hacia la cocina—. Litros y litros de café o empezaremos a ver pollas con alas. Pollas voladoras. Mola.

Ava sacudió la cabeza intentando hilar algún pensamiento coherente.

—Dev hizo café esta mañana —le dijo mientras se quitaba los zapatos y los lanzaba a un lado del recibidor—. Dale al botón de la cafetera para que se caliente y saca dos tazas. Tenemos que espabilaros un poco.

—Hace café, trae el desayuno, cocina, te echa polvos… —escuchó canturrear a su amiga —. ¿Se ha mudado o qué?

—Ojalá… —musitó en voz baja. Entonces sacudió la cabeza—. Es algo que pone en el contrato, el pasar tiempo con su cliente… No sé, le gusta estar aquí, supongo. Y eso que su casa

en *Canary Wharf* es una pasada… Tienes unos ventanales que…

La mención a los ventanales hizo que su mente recordara aquella noche y el brusco despertar que había tenido. Había esperado el amanecer allí sentada, sola, haciéndose tantas preguntas. Parecía que había pasado toda una vida y había sucedido… ayer.

—¿*Canary Wharf*? ¿En serio? —Su amiga silbó—. ¿Un *loft*?

Asintió entrando en la cocina y sentándose en uno de los taburetes de la barra americana.

—¿Recuerdas esa pieza de ajedrez retorcida que compré en una de esas ferias de antigüedades? —mencionó—. La reina blanca.

A juzgar por las caras que estaba haciendo su amiga, intentaba que su cerebro obnubilado hiciera algún intento de conexión.

—¿La que se iba de lado? —intentó imitar la pieza, ladeándose y empezando a contorsionarse—. La que le faltaba un pedazo o algo. Sí. ¿Qué le pasa? Joer… Pasamos de pollas voladoras a figuras retorcidas… Necesito ese café antes de que me explote la cabeza.

—Devon tiene la otra mitad —le dijo con apenas un hilo de voz—. Me dijo que cuando se la dieron, mencionaron que encontraría a su otra mitad… que sería quién tenía la otra parte que completaba a la suya.

Su amiga empezó a servir el café en sendas tazas. El líquido humeaba.

—Eso suena a uno de los papelitos que te salen en esas galletitas de la suerte de los restaurantes chinos —sonrió de soslayo y se sentó también del otro lado de la barra—. Ya sabes. Tipo *«encontrarás a tu Kappa en la piscina de la Carpa»* o alguna cosa por el estilo.

—¿Y si estábamos destinados a encontrarnos? —sugirió cogiendo su taza y mirando el líquido oscuro en su interior—. Y si yo estaba destinada a pasar el resto de mis días con un *íncubo*.

—¿Un íncubo? —Kenzie enarcó una ceja al mirarla—. ¿No es un vampiro sexual o algo por el estilo? Creo que venía en ese libro de demonología que te llevé al hospital. Menudas cosas te encuentro, hay que ver.

—No, no es un vampiro —negó con la cabeza—. A menos que los vampiros tengan alas membranosas y tatuajes en la cara… Y estén tan bien dotados como para…

—Joder, reina, pensaba que la que más había empinado el codo era yo, pero está claro que ambas vamos finas. —Hizo una mueca y se llevó el café a los labios. Nada más probarlo gimió como si estuviese teniendo un orgasmo—. Ay dios. Ay que bueno. Esto sí que es un café. Por todos los santos. Lo necesito. Dile a tu polla con alas que necesito este café. *Por fiiiiiiiii.*

Se la quedó mirando y sacudió la cabeza.

—Ya le mencioné lo del café y me dijo que no había problema —mencionó tomando un largo sorbo de la caliente bebida—. Um… Está rico.

Ella asintió ante su comentario y suspiró de nuevo mientras saboreaba el brebaje.

—Me quedo el sofá, tú ve a la cama. —Señaló despegando uno de los dedos de la taza a modo de indicación—. Yo puedo arrastrarme perfectamente desde aquí. Con un poco de suerte, incluso llegaré a coger la manta y echármela sobre la cabeza. Mañana me cagaré en todo, pero oye… Necesitábamos esto.

Ava asintió con la cabeza, se giró y entrecerró los ojos para ver el reloj de la cocina. Pasaba de la medianoche.

—¿Quieres que te despierte? —preguntó volviéndose a ella—. Puedo poner el despertador.

—Veamos… Estoy borracha, con lo que mañana tendré una resaca de la hostia… —Valoró con el ceño fruncido—. Pero tengo que llevar el acuerdo a la oficina de los abogados de

la ameba para que lo firmen. Eso tiene que ser a primera hora de la mañana. Oh, sí. A primerísima hora. Despiértame a las seis. Y si ves que te lanzo algo a la cabeza, coges una de estas tazas y la pones debajo de mi nariz. Estaré de pie salivando antes de que te des cuenta.

Se llevó la mano a la cabeza en plan saludo militar y tomó un par de sorbos más de café antes de dejar la taza sobre la barra.

—Pondré el despertador antes de que yo misma me quede frita sobre la cama —le dijo, le lanzó un beso por encima del mueble y miró el sofá—. Si necesitas otra manta…

—Ya veremos siquiera si llego a entablar intimidad con esa, *ratona* —le lanzó a su vez un beso propio—. Que tengas sueños eróticos.

—Tú también —sonrió y se arrastró hacia el pasillo.

Hacía tanto tiempo que no tenían un motivo para celebrar que lo que empezó como un juego con sorbitos y brindis, acabó en una botella entera de vino que se bebieron entre las dos. Kenzie había acertado de pleno con el restaurante, lo cual no era extraño porque ambas tenían gustos gastronómicos similares.

Sonrió al recordar las risas y los chascarrillos que intercambiaron. Durante unas pocas horas volvieron a ser las mismas de antaño, antes de que Kenzie terminara la carrera y empezara a trabajar en el bufete del que ahora era socia y ella hubiese conocido a Alexander y poco a poco la hubiese apartado de las cosas que solía hacer para dedicarle casi su exclusividad. Aunque las cosas habían cambiado a raíz del accidente, no habían vuelto a disfrutar de su amistad como esta noche.

En este último año Kenzie había ocupado el papel de su hermana, de su abogada, se había centrado en ser como una mamá gallina que la mujer despreocupada, preciosa y llena de vida a la que le gustaba divertirse y salir a cenar con los amigos.

—Y yo no me había dado cuenta… —musitó apoyándose contra la puerta del dormitorio nada más cerrarla—. No me di cuenta de lo sola que estaba en realidad…

Dejó escapar un suspiro. Se obligó a ir al baño para lavarse la cara y espabilarse. Se cambió de ropa y se puso una vieja camiseta de dormir antes de dejarse caer sobre la cama, sin molestarse en hacer a un lado las sábanas.

El aroma de Dev seguía en su almohada, en el edredón sobre el que ambos habían dormido. Enterró la cabeza contra la tela y aspiró su aroma. Si cerraba los ojos podía sentirle todavía allí, imaginarle rodeándola con los brazos. Se hizo un ovillo y tiró de la tela contra su pecho.

—Ojalá estuvieses aquí —musitó y dejó escapar un profundo suspiro.

«*Estoy aquí*».

Ava sonrió adormilada, se aferró aún más a la ropa de cama y dejó que el sueño la arrastrase a un delicioso sueño.

«Te dije que estaría a tu lado incluso antes de que pudieses pronunciar mi nombre». Murmuró él en su oído. Su cuerpo duro y fuerte envolviéndola, sus brazos acunándola y su boca encontrando la suya en un persuasivo beso que la llevó a abrir los labios para él. *«Mi dulce, cariñosa y preciosa Ava»*.

—Dev… —musitó su nombre, respiró su aliento y se acurrucó contra su calor—. No me importa que seas un demonio o que tengas alas, te quiero de todas formas.

«Ava…».

—Quédate conmigo, por favor —suspiró y se dejó ir en brazos de Morfeo—. No quiero perderte ahora que te he… encontrado.

«No me iré a ningún lado, amor mío, no después de encontrarte yo también a ti».

Una sonrisa curvó los labios de Ava mientras suspiraba y se dormía ya tranquila en los brazos de su amante. Quizá no fuese más que un sueño, pero escucharle llamarla *«amor mío»* derritió su corazón.

CAPÍTULO 45

Devon sabía de dos revoltosas señoritas que iban a tener una buena resaca esa mañana.

Las dos tunantes habían disfrutado de su noche regándola con una botella de vino, lo cual, sabiendo de primera mano lo bien que le sentaba a su mujer el alcohol, podía hacerse una idea de lo que había pasado nada más verla sobre la cama. Al menos habían tenido el buen juicio de llegar a casa cuando todavía estaban lo bastante sobrias como para abrir la puerta.

Volvió a echar un vistazo a la figura durmiente de Ava.

Había sentido su necesidad la noche anterior, pero escuchar su voz con tanta claridad como si le hubiese susurrado en el oído fue del todo inesperado. Sabía que el contrato entre ambos creaba un vínculo por el que él podía estar pendiente de ella y saber en qué lugar se encontraba en cada momento, pero era la primera vez que había escuchado su voz tirando de él, en vez de sus emociones.

Encontrársela sobre la cama, medio adormilada en esa forma de ovillo que solía adoptar cuando estaba sola fue una visión de lo más tierna. Se había inclinado sobre ella para decirle que estaba a su lado, la había abrazado sintiendo su necesidad de contacto para tranquilizarla y permitirle descansar y entonces, ella se había vuelto entre sus brazos y había murmurado las últimas palabras que pensaba escuchar esa noche de la embriagada mujer:

«No me importa que seas un demonio o que tengas alas, te quiero de todas formas».

Las crudas y cálidas emociones que vibraban en ella no dejaban lugar a otra interpretación, Ava acababa de admitir que lo quería, a él. Y por si eso no fuera suficiente, remató su destino al decirle:

«Quédate conmigo, por favor. No quiero perderte ahora que te he encontrado».

En ese momento se le cayó el alma a los pies. El corazón dejó de latirle solo para acompasarse a continuación al suyo y adoptar su ritmo, uno que no volvería a cambiar mientras ella viviese. Había pasado la noche abrazándola, disfrutando de su aroma, de su presencia y de la convicción de que esa mujer era suya, su otra mitad.

Y aquí estaba ahora, mirándola desde la puerta del dormitorio después de haberse encargado del desayuno para ella y la muchacha que dormía a pierna suelta en el sofá.

Mackenzie era una mujer con mayores conflictos interiores de los que jamás había podido imaginarse. No le había hecho falta más que estar en la misma habitación que ella para ver lo que escondía a todo el mundo, lo que incluso ocultaba a su amiga. No profundizó en ella, no era su momento, ni él la persona adecuada para ayudarla, pero mientras estuviese cerca de su chica intentaría mantenerla equilibrada y darle un poco del alivio que requería.

Se acercó a la cama, le apartó el pelo de la cara, descubriendo su oreja y le dio un suave beso en ese punto exacto bajo el lóbulo que sabía la hacía estremecer. Nyx le había asegurado que tendría las prótesis listas al final de la semana y que vendría a colocárselas él mismo; lo que equivalía a añadir el toque del sanador al trabajo.

Lo tentaba volver a tumbarse a su lado y despertarla a lametones. Quería hacer desaparecer esa vieja camiseta de su cuerpo y recrearse en esa sedosa piel, pero dada la invitada que ocupaba el sofá tendría que posponer la apetitosa idea.

—Hora de despertarse, *Bella Durmiente* —le susurró al oído al tiempo que deslizaba la mano sobre ella, comprobando que la bebida de anoche solo le había dejado una fantástica resaca.

—Um… —murmuró revolviéndose un poquito—. Cinco minutos más…

—¿Se los doy también a tu amiga o le pongo el despertador al lado de la oreja?

—¿Mi amiga?

—Sí. Ya sabes. Tu compañera de borrachera. La que está despatarrada en el sofá del salón.

—¿Qué borrachera?

—Ava, abre los ojos —insistió y añadió una pequeña compulsión para arrancarla de los brazos de Morfeo.

—Dev…

—Buenos días, cariño.

Se frotó los ojos y tan pronto como hizo ademán de incorporarse soltó un lastimero gemido y se llevó las manos a la cabeza.

—Ay, por Dios —se volvió enterrando la cara contra el colchón—. Mi cabeza… ¿Quién coño está martilleando a estas horas de la mañana?

—Posiblemente los de la reforma que deben estar haciendo ahora mismo tus neuronas en el cerebro —chasqueó con divertida ironía—. Me parece que alguien se ha despertado con una pequeñísima resaca.

—Y una mierda de pequeña —gimió de nuevo y adoptó una postura que, en otro momento le habría parecido de lo más sexy, con la cabeza pegada al colchón, de rodillas y el culo en alto —. Esto es… horrible… Creo que me voy a quedar ciega.

—Es poco probable —aseguró acomodándose a su lado en la cama.

—Ay señor. No muevas la cama. No muevas la habitación. Deja el puto mundo quieto.

—Me concedes más poder del que tengo, Ava —se rio por lo bajo.

—No te rías, capullo —gimoteó mientras se dejaba caer de lado y movía la cabeza de modo que pudiese abrir un ojo para mirarle—. ¿Qué haces aquí?

—Me llamaste anoche —respondió deslizando un dedo sobre su rostro, apartándole el pelo —. Llegué justo en el momento en que estabas recitando a Shakespeare o algo similar sobre la cama.

—¿Shakespeare? Pero si yo… Si apenas he leído los primeros actos de *Romeo y Julieta* — gimoteó de nuevo cerrando los ojos—. Oh, tío. Necesito un par de analgésicos.

—Pues parecías muy convencida declarándome tu amor, como Julieta se lo declaraba a Romeo —intentó no reírse mientras se metía con ella a fin de espabilarla.

—Gilipollas —masculló y volvió a mirarle—. Ni tú eres Romeo, ni yo Julieta… Tú eres… un demonio… con alas… Estás bueno, pero eres un demonio.

—¿Y eso es un problema?

—No —admitió con total sinceridad antes de volver a gemir—. Mierda… No me acuerdo de nada de eso.

—Bien, porque no es verdad.

—¡Serás capullo! —se incorporó tan rápido que acabaron por aparecer lágrimas en sus ojos—. Ay, ay, ay… ay, Dios…

—Se llama resaca, *mi amor*. Recuerda esta sensación para la próxima —le dijo atrayéndola a sus brazos y sentándola en su regazo. Pellizcó las puntas de los guantes que hoy volvía a llevar con los dientes para sacárselo y posó los dedos ahora desnudos sobre su sien—. Respira profundamente.

—Qué… ¿Qué vas a hacer?

—Evitar que te estalle la cabeza —replicó con sencillez—. Cierra los ojos y respira profundamente.

El cuerpo femenino se relajó en sus brazos e hizo lo que le pedía.

La acarició con su poder, eliminando los rastros del alcohol lo suficiente como para que pudiese sentirse de nuevo como ella misma.

—¿Mejor?

—Dios… sí —suspiró aliviada, apoyándose ahora contra él—. Gracias de todo corazón por eso.

—No hay de qué. —La besó en la cabeza—. Pero la próxima vez, procura moderarte, ¿de acuerdo?

Levantó el pulgar hacia arriba en señal afirmativa.

—Dalo por hecho —admitió suspirando una vez más—. Gracias por cuidarme.

—Es mi deber —aseguró con suavidad—. Me necesitabas y aquí estoy.

—¿Te has quedado a dormir?

Estaba claro que no recordaba gran cosa de la pasada noche, al menos no de su llegada.

—He dormido pegado a ti. Me has usado de babero, que lo sepas —chasqueó con fingida ofensa—. Ha sido lo más indignante que…

—Pero mira que eres retorcido —se revolvió en sus brazos y lo pellizcó—. Yo no babeo.

—No, pero murmuras cosas de lo más bonitas en sueños —admitió besándole los labios ahora, deseando decirle tantas cosas y sabiendo al mismo tiempo que este no era el momento para ello.

—¿Qué dije?

—Eso me lo guardo para mí —aseguró guiñándole el ojo—. Venga. Vamos. Creo que tu amiga acaba de caerse del sofá...

Y como si la mujer desease hacerse eco de su comentario escucharon un quejido seguido de unos cuantos exabruptos que no había escuchado jamás en boca de un británico.

«Oh, joder. Puto suelo. Mierda. No hables. Mi cabeza. ¡Que dejen ya el puto martillo neumático a un lado!».

—Otra que se ha levantado con resaca… —mencionó dejando que su mujer abandonase su regazo para saltar al suelo.

—Era una celebración, una noche de chicas, ¿qué pasa? ¿Tú nunca te has emborrachado con tus amigos? —resopló ella llevándose las manos a las caderas y desafiándolo a decir algo sobre su mejor amiga. Ahí estaba su pequeña guerrera, la mujer capaz de enfrentarse al silencio más absoluto, a sus miedos y seguir en pie. Era una fiera defensora de la gente que le importaba, de aquellos a los que quería y eso lo enorgullecía—. Hacía tanto tiempo que no hacíamos algo juntas… Se nos fue… un poquito de las manos.

—Dado que mi metabolismo no es humano… lo de emborracharme es… diferente.

Sus palabras hicieron que se lo quedase mirando. La sorpresa y luego la comprensión bailó en sus ojos, su lenguaje corporal cambió y también el ritmo en el que canturreaban sus emociones.

—Ya. —No sabía que decir, como responder y la inseguridad por ello empezó a filtrarse en su interior.

—Paso a paso, Ava, paso a paso —la tranquilizó—. Nuestros mundos no se crearon en un solo día y difícilmente pueden comprenderse en ese tiempo.

Ella respiró profundamente y asintió.

—Tienes razón —admitió, entonces sacudió la cabeza y dio un paso hacia él—. Necesito… tiempo para procesarlo. Yo… Todavía estoy intentando entender lo que he visto, lo que ahora sé. Dame tiempo, por favor.

—Todo el que necesites, no pienso irme a ningún lado.

Los ojos castaños brillaron y su rostro adquirió una expresión que no había visto hasta el momento en ella; durante un instante vio como se le iluminaba el rostro y esa imagen se le grabó en el corazón.

—Bien —respondió ella con una pequeña sonrisa empezando a curvarle los labios.

«Mierda… Auch, joder. Eso era mi dedo». Volvieron a escuchar la voz femenina procedente del salón. *«¿Ratona? ¿Estás despierta?»*.

—¿*Ratona*? —Gesticuló más que decirlo en voz alta.

—Es algo entre nosotras —mencionó y vio como se le coloreaban las mejillas—. Como lo del tatuaje…

Optó por no preguntar y en cambio señaló.

—El desayuno está listo —le informó y señaló la puerta—. Que empiece tomándose un café y comiendo algo. Se sentirá mejor… rápidamente.

Ella enarcó una ceja y sabía que se debía al tono que había empleado.

«Ava, dime que sigues viva, anda. Para una vez que salimos, lo último que quiero es haberte matado».

Esbozó una sonrisa ante la voz de la mujer y miró a su compañera, quién se llevaba la mano a la cabeza y negaba antes de responder en voz alta.

—Estoy viva y parece que más sobria que tú —replicó mirándole de soslayo—. Hay café recién hecho en la cocina. Ve poniéndote un café…

—También tenéis rollos de canela y esos *pains au chocolat* a los que eres adicta —mencionó y esta vez alzó la voz para que la chica que estaba en el pasillo fuese consciente de su presencia—. Buenos días, Kenzie. Ava saldrá… enseguida.

Hubo una especie de exabrupto procedente del pasillo y un gemido desde el interior de la habitación.

—Vale… joder… Em… ¡Siento la interrupción, chicos! —Escucharon desde fuera y casi parecía haber una risa en la voz femenina—. Me serviré ese café… A ver si los de la obra dejan de martillearme en la cabeza. Esto… Y buenos días a ti también, *Buenorro*.

Devon se rio entre dientes mientras que Ava se ponía más y más roja.

—Devon, Kenzie, su nombre es Devon. —Su mujer casi se atragantó con su nombre y la absoluta vergüenza que estaba padeciendo en esos momentos—. Y tú… tú…

—Me quieres, acéptalo, soy único en mi especie. —Ella abrió los ojos de par en par al escucharle decir aquello y, como no fue capaz de desmentir sus palabras, optó por darle la espalda y dirigirse hacia la puerta. Solo al posar la mano sobre el pomo se detuvo y, sin mirarle, rezongó.

—Que no se te suba a la cabeza.

Se rio entre dientes y justo cuando abría la puerta le dijo.

—¿Ava? —La chica se giró hacia él y cuando sus ojos se encontraron le dijo con voz firme y seria—. Yo también a ti.

Dev supo que lo había entendido cuando ese bonito rostro se iluminó, el sonrojo se intensificó y los ojos castaños brillaron con dicha contenida un segundo antes de salir y cerrar la puerta.

CAPÍTULO 46

La quería. A ella. Eso era lo que acababa de darle a entender, ¿no? Pero ¿cómo sabía lo que ella sentía por él? ¿Lo había leído en sus emociones? ¿Se lo había visto en la cara? ¿Se lo habría dicho anoche en medio de la borrachera?

Gimió y miró la puerta cerrada del dormitorio tentada de volver a entrar y preguntárselo.

Sacudió la cabeza, respiró profundamente y se dirigió hacia la cocina dónde Kenzie ya se había servido un café y le daba los primeros sorbos con expresión obnubilada.

—Dios, *ratona*, este es el mejor café que he probado en mi vida —mencionó al verla entrar—. Te juro que es capaz de levantar a los muertos. Mírame. Acabo de caerme del sofá, tenía a todos los obreros del metro taladrándome la cabeza y ahora al menos puedo escuchar mis propios pensamientos. O le sonsacas dónde lo ha comprado o me moriré aquí mismo.

—Pero mira que eres exagerada —sonrió y sacudió la cabeza mientras miraba el desayuno ya dispuesto sobre la barra americana; desayuno para tres—. Dios… Huele todo tan bien que me ha dado hambre.

—Me da a mí que el hambre más que el desayuno la ha traído consigo el ejercicio —ronroneó Kenzie con una sonrisa secreta. Entonces bajó el tono de voz y se inclinó hacia delante, señalando la dirección desde la que había venido—. ¿Qué tal ha ido la noche?

—Pues… Diría que he dormido como un angelito y no le he dado ni una sola patada —mencionó, entonces le echó la lengua—. No hubo sexo. Se ha limitado a darme los buenos días.

—Um… y te ha traído el desayuno.

—*Nos* ha traído el desayuno. —Señaló los tres servicios—. Él es así. Es como si fuese capaz de ir un paso por delante, sabiendo lo que necesito en cada momento…

—Que mono —ronroneó y la miró agitando las pestañas a modo de burla—. Y a ti se te cae la baba, *ratona*.

Puso los ojos en blanco.

—Desde luego, ha tenido que ser todo un shock abrir la puerta y encontrar mi maravillosa anatomía despatarrada en el sofá —empezó a reírse Kenzie—. Ni siquiera escuché el timbre. ¿O es que ya le has dado tus llaves?

No supo cómo responder a eso, pero su amiga tampoco pareció necesitar respuesta después de darle un mordisco a uno de los rollos de canela.

—Oh Dios mío, oh, Dios mío, oh, Dios mío —gimió extasiada—. Esto no es de este mundo. Oh, señor. Dime que tiene un hermano gemelo o algo que me pueda presentar.

—Soy hijo único, pero puedo decirte exactamente dónde puedes encontrar el café y los rollos de canela.

Ambas se volvieron para ver al recién llegado de pie en el umbral de la puerta. No dejaba de sorprenderle lo enorme que era ese hombre, la sensualidad con la que se movía y la manera en que parecía llenarlo todo con su presencia.

—Ava me comentó que te había gustado el café —continuó y señaló una bolsa de papel que había cerca del fregadero, sobre la encimera—. Hay dos paquetes. Uno para ella y el otro para ti. Soy Dev, el *novio* de Avalon.

Escucharle llamarse a sí mismo *«su novio»* le provocó un cosquilleo en el estómago.

—Mackenzie —respondió ella enderezándose en la silla, tras haber conseguido bajar la taza de vuelta a la encimera sin derramar el líquido y sin soltar un taco que sabía estaría en algún lugar de su mente—. Dev, acabas de convertirte en mi persona favorita. Gracias por el café.

Él sonrió y sabía lo que esa sonrisa hacía en una mujer.

—No hay de qué —admitió y posó la mirada sobre ella—. Desayuna.

Levantó su propia taza de café a modo de respuesta.

—Estoy en ello —replicó y señaló el taburete a su lado—. ¿Te nos unes?

—No te muevas de ahí y desayuna —le dijo impidiéndole que se levantara, cosa que ya estaba haciendo—. Ya me pongo yo el café.

Kenzie le dedicó una mirada como diciendo *«si dejas escapar a ese monumento, te mato»*.

—Oye Dev, ¿qué tan en serio piensas ir con mi *hermana*? —La pregunta brotó de los labios de su amiga antes incluso de que pudiese prever lo que tenía en mente.

—La madre que te parió… —siseó Ava en un susurro—. ¿Qué te dije ayer?

—Me dices muchas cosas y solo me quedo con las que me interesan —replicó en su mismo tono de voz.

—Tan en serio como ella me lo permita —respondió él ocupando el taburete a su lado y dedicándole una mirada visiblemente divertida—. Conocerla ha sido un regalo inesperado y muy placentero, y según me ha contado es en parte gracias a ti. —Se volvió hacia Kenzie, quién lo miró sorprendida—. Fuiste quién le dio el formulario. Gracias por eso.

La chica le guiñó el ojo y se volvió hacia ella.

—Viendo los resultados con mis propios ojos, soy yo la que tiene que darte las gracias y pedirte además que sigas haciendo lo que quiera que estés haciendo —admitió sonriendo—. Mientras tenga esa sonrisa bobalicona en el rostro y te coma con los ojitos, me daré por satisfecha.

—Kenzie… —gimió.

—¿Sí, *hermanita*? —Su amiga esbozó una amplia y traviesa sonrisa.

—Cállate la boca y trágate el café —rezongó señalando el reloj en la pared—. Me dijiste que te despertase temprano para que pudieses ir a entregar eso…

—¡Hostia! ¡Es verdad! —Como si su mente cambiase de repente de rasante, engulló con rapidez el rollo de canela, lo acompañó con el café y se levantó para darle un beso en la mejilla y sonreír a su compañero—. Tengo que llevar el acuerdo que le han propuesto a tu chica a los abogados de esa ameba. Supongo que ya te habrá hablado de la cruzada que ha tenido con el gilipollas de su ex y el accidente. Pues no sé qué rayo le habrá caído encima, pero ha visto la luz y Ava por fin va a poder librarse de él. Así que iré como una bala para entregarlo, hacer que lo firme y terminar con todo esto.

—Es la mejor abogada del mundo —corroboró rodeándola con los brazos—, y mi mejor amiga. Una combinación letal.

—Esas combinaciones son las mejores —admitió Dev mirándolas a ambas—. Gracias por haber cuidado de Avalon hasta el momento, a partir de ahora esa responsabilidad será mía.

—Te cedo el testigo entonces —asintió ella encantada y, para sorpresa de ambos, se inclinó y le plantó un beso en la mejilla—. Cuida de mi *ratona, ratón.* —Se escabulló hacia el sofá, cogió el bolso, se puso los zapatos, pues estaba todavía descalza y tras hacer un requiebro para coger el café que le había mencionado su compañero, enfiló como una moto hacia la puerta de la calle—. Te llamo en cuanto tenga todo listo. Besitos. *Ciao*.

La puerta principal de la casa al cerrarse fue todo lo que quedó del torbellino de Kenzie.

—¿Es siempre así? —Su amante a duras penas podía contener la risa.

—Hoy la has visto en uno de sus mejores días —asintió volviéndose hacia él con un suspiro—. Perdona su efusividad, es…

No la dejó terminar, hundió la mano en su pelo y la atrajo hacia él para comerle la boca.

Fue un beso inesperado, profundo y tan sexual que su cuerpo cobró vida con una rapidez asombrosa, derritiéndole al momento sobre el taburete. Entonces, tan rápido como empezó, llegó a su fin.

—Cuando termine el contrato, cuando no haya una cláusula de por medio y mi deber no esté atado a un papel, en ese momento te lo diré —le informó con voz grave, profunda y absolutamente erótica—. Te diré todo lo que deseo de ti, Avalon y escucharé todo lo que tú quieras decirme. Hasta ese momento, mi preciosa, dulce y deliciosa cliente, seguiré siendo tu agente. Así que… termínate el desayuno, porque nos vamos.

Se quedó mirándole como si le hubiese tirado un cubo de agua a la cara sin previo aviso.

—¿Irnos? ¿A… a dónde? —¿Acababa de temblarle la voz?

—Algunos de los cabrones de mis hermanos de agencia han decidido que hoy era un buen día para hacer algo que llevamos posponiendo desde hace algún tiempo —chasqueó la lengua—. Como no puedo escaquearme y tú estás libre…

—Yo no diría que estoy libre… —sonrió de soslayo y señaló el portátil relegado a una esquina del salón—, tengo mucho trabajo que…

—…te vienes conmigo a pintar paredes.

Ava parpadeó seguido varias veces mientras sus palabras penetraban en su mente.

—¿Pintar paredes?

—Yo pinto y tú entretienes a las fieras.

—Las fieras.

—Cariño, estás repitiendo cada palabra que digo.

—Sí —admitió y sacudió la cabeza—. Es que no tengo ni idea de qué me estás hablando.

Devon dejó escapar una carcajada, resbaló la mano por su mejilla y le acarició el labio inferior con el pulgar.

—No te preocupes, Ava, lo entenderás tan pronto como te ponga un pincel en las manos.

CAPÍTULO 47

—¿Por qué tenemos pintura verde? ¿No se iba a pintar de blanco?

—Emily y sus pedidos por internet —repuso Byron—. Según la pelirroja, pidió pintura blanca.

—Esta es verde.

—Sí —asintió—. Y si miras en el pedido, también pone verde. Pero ella insiste en que pidió blanco. Un blanco «*no sé qué cosa*», para más señas.

—No se puede pintar de verde.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —resopló—. No pienso mover un solo dedo al respecto. Que se encargue Kynan.

—¿Qué más cosas, que tengan que ver con ella, has dejado en manos de Kynan?

—¿Todas? —Sugirió inocente.

—Un día de estos te despertarás sin huevos, Byron.

El comentario hizo que ambos se volviesen a mirar al recién llegado.

—Si de mí depende, esa pelirroja nunca estará lo bastante cerca de ellos —chasqueó con una perezosa sonrisa—. Dichosos los ojos, Will.

William Lock no era de los que pasaban mucho tiempo quieto en el mismo lugar, quizá por eso fuese uno de los agentes que solían cubrir los casos internacionales. Mientras que algunos de ellos se quedaban en la isla, otros preferían expandir sus horizontes aceptando casos por toda Europa, como era el caso del tipo de piel chocolate que los miraba con una expresión indescifrable.

Will no era de los que sonreían a menos que tuviese un buen motivo para hacerlo o estuviese en medio de una de sus particulares búsquedas. El hijo de puta era un cazarrecompensas, una institución en sí misma, sobre todo dentro del campo en el que se movía; el sobrenatural.

Su tapadera humana era una empresa de seguridad privada. No solo se dedicaba a la venta de sistemas de seguridad informatizados, sino que también contaba con una plantilla especializada en protección personal formada por los mejores guardaespaldas del continente.

Cualquiera que tuviese cerebro se pensaría dos veces el meterse con él o alguno de sus chicos.

—¿De quién es el corderito rubio que está ayudando a Emily a pelearse con la jungla de ahí detrás? —preguntó lanzando el pulgar por encima del hombro mientras alternaba la mirada entre uno y el otro—. No me gustaría ser el seto que estaban liquidando esas dos.

Dev sonrió para sí.

—Esa sería Avalon, la mujer de Dev.

—¿Tu mujer?

—Es mi cliente.

—Y también su mujer.

El moreno dejó escapar un resoplido.

—¿Qué coño me he perdido mientras estaba fuera?

—Poca cosa.

—¿Llamas poca cosa a que el íncubo se haya echado novia y que esta sea además su propia cliente? —replicó con goteante ironía y se volvió hacia él—. ¿O es parte del contrato?

Puso los ojos en blanco.

Desde que se había presentado con Ava esa misma mañana había tenido que responder a infinidad de preguntas, callar algunas bocas y amenazar a otros con cortarle las pelotas. Por suerte, el interrogatorio solo le estaba cayendo a él, pues de incluir también a la chica, lo más probable era ella no estuviese arrancando hierbajos en esos momentos, sino que hubiese cogido la puerta y se hubiese marchado por dónde había entrado.

Tras las presentaciones iniciales, las cuales consistieron en saludar a los pequeños tunantes que les salieron al paso y presentarle a Kynan y a Emily, quienes estaban discutiendo sobre el mentado color de la pintura, se tomó su tiempo para enseñarle las instalaciones y explicarle la labor que se llevaba a cabo allí.

La directora del centro había recibido más que encantada la presencia de otra mujer, de hecho los había mandado a paseo a su compañero y a él mismo antes de llevársela consigo. Así que el que estuviese arrancando hierbajos con Emily no le sorprendía demasiado.

—Es mi cliente y mi mujer. —Sentenció dejándole claro tan solo con una mirada que no pensaba darle explicaciones. Ni a él ni a nadie—. Es todo lo que necesitas saber al respecto.

Su compañero entrecerró los ojos, ladeó la cabeza y acto seguido asintió sin más.

—El chiquillo está un poquito territorial estos días, es cosa de las hormonas —añadió Byron inclinándose hacia él para guiñarle el ojo—. El *Walpurgis* se acerca y los ánimos se caldean.

—Solo vosotros podríais ser dominados por vuestra polla una noche al año —replicó pasando su mirada color café de uno al otro—. *Incubare*. Sin palabras.

—El purasangre es él, yo soy la oveja negra de la comunidad.

—Lo serías si tuvieses una comunidad —mencionó Byron mirándolo con palpable ironía —. Pero hiciste que te expulsaran de ella y después de lo de anoche… Bueno, dudo mucho que ningún miembro de nuestro pueblo se vaya a acercar a ti ni con un palo. —Chasqueó la lengua —. De verdad, hermano, cuando vayas a hacer este tipo de cosas, avísame primero. ¡Me lo he perdido!

—¿No te llegó mi regalito?

Su amigo levantó el brazo y tiró de la manga de su camiseta para mostrar la marca que ahora le rodeaba el antebrazo.

—Todo un detalle que me hayas pasado tu marrón —declaró poniendo los ojos en blanco, pero no había ni una gota de arrepentimiento, fastidio o molestia en su voz. Todo lo contrario, le divertía—. Llevar las riendas de la *Jauría* es toda mi aspiración en la vida… Eso y joder a Cassian.

—Ahora puedes hacerlo.

—Si es que te tengo que querer —mencionó su compañero lanzándole un beso—. Mi niño bonito. Pero que bien te he educado.

—Cabrón.

—Sí, ese soy yo —rio abiertamente.

Había muy poca gente que sabía quién era realmente Byron y mientras su amigo lo quisiera así, seguiría guardándole el secreto. Después de todo, había sido uno de los pocos miembros de su raza que lo había aceptado sin condiciones y abrazado como a un igual, como a un hermano.

—¿Le hablarás a Ava sobre el *Walpurgis*?

Aquella era una pregunta que él mismo se había hecho y todavía no tenía una respuesta.

—¿La humana sabe lo que eres? —preguntó su otro compañero.

—Sí —asintió con la cabeza—. Tuve que mostrárselo después de que ella hubiese atravesado mi velo.

La sorpresa se reflejó momentáneamente en el rostro moreno, pero no dijo nada.

—No voy a hacer nada que enturbie su recuperación —declaró con firmeza—. Mientras el contrato siga vigente, será mi cliente en todos los sentidos.

—Solo sigue como lo has estado haciendo hasta ahora —declaró Byron—. Funciona.

Ambos habían visto a Ava en el pub incluso antes de que supiera que iba a convertirse en su cliente, así que entendía perfectamente lo que Byron quería decir.

Asintió y volvió a echar un vistazo a los botes de pintura que tenía delante.

—Esto no hay quién lo utilice, no aquí dentro al menos. —Resopló, se llevó las manos a las caderas y miró de nuevo las paredes que los rodeaban. Aquel anexo había sido terminado esa misma semana. Esta era solo la planta inferior y había que terminar de pintarla toda antes de que viniesen los muebles y el resto de material que los Corso habían conseguido para el lugar—. Si tengo que ver las paredes de este color cada vez que pase por aquí, me quedaré ciego.

—Emily. —No era una pregunta, sino una completa afirmación por parte de William.

—¿Quién crees que podría confundir el blanco con un verde campo de golf? —mencionó Byron con ironía.

—Nuestra Emi —respondieron los tres a la vez y se formó una especie de divertida comunión.

—Me llevaré el campo de golf y veré si Kynan ha conseguido ya algo que no me dé ganas de gritar *«hoyo en uno»* cada vez que pase junto a él —mencionó Byron haciendo desaparecer los botes con un gesto de la mano—. Que nadie se escaquee que esto hay que pintarlo.

—Julian está aquí. —Anunció Will de pronto. El hombre era como un detector andante de agentes.

—Bien. Me dijo que se pasaría tan pronto como le diese una patada al trabajo —corroboró su amigo—. Le pondré al día.

—¿Quién se encarga hoy de la cocina? —preguntó Dev—. ¿Ya hemos arreglado el tema del catering?

—Eso sigue pendiente —resoplo Byron, pues sin catering disponible, le tocaba a él ponerse a los fogones; era el único de todos los presentes capaz de hacer algo decente la mayoría de las veces—. Necesitamos a alguien más aquí ocupándose de estas cosas.

Tanto Will como él asintieron en respuesta. Era un hecho que a pesar del buen hacer de Emily, la mujer no podía cargar con el peso de la organización del centro ella sola.

—Avalon.

El nombre brotó de sus labios sin apenas esfuerzo.

—Ava comentó que se había presentado a una entrevista de trabajo para un puesto administrativo aquí, en el Zora —recordó—. Al parecer le dijeron que ya habían cubierto el puesto.

—Ella ya está aquí. —Lo que para Will equivalía a *«no hay que perder el tiempo buscando»*.

—Y además sabe quién eres, lo que eres… —admitió Byron mirando como siempre el lado práctico—. Eso evitará también tener que andar de puntillas a su alrededor. ¿Crees que aceptaría?

No lo sabía, pero no perdían nada preguntando.

—Lo sabremos tan pronto como se lo pregunte —aceptó. Tenía intención de reunirse con ella, así que este era tan buen momento como cualquier otro—. Por lo pronto, que alguien consiga ya esa pintura blanca o de cualquier color que no haga que queramos arañar las paredes.

No esperó a recibir respuesta, echó un último vistazo a su alrededor y un segundo después se desvaneció en busca de su chica.

CAPÍTULO 48

Ava no tenía la menor idea sobre como arreglar un jardín y a juzgar por los esfuerzos, las palabras malsonantes y las patadas que la Emily Evergreen le estaba propinando a aquel pobre arbusto, ella tampoco.

—O sales por las buenas, o por las malas. —Escuchó mascullar a la pelirroja mientras aferraba con dos manos el tronco retorcido de la mata y tiraba con fuerza hacia atrás. Si seguía clavando más hondo los talones en la tierra acabaría siendo ella la que terminase plantada—. Vamos, maldito palo inservible, aflójate ya.

—Emi, quizá si dejas de gritarle y te pones al mando de una retroexcavadora la asustes lo suficiente como para las raíces salgan corriendo por sí solas.

La risa presente en aquellas palabras logró que ambas mujeres se volvieran para ver al recién llegado. El desconocido de pelo largo recogido en una especie de moño, brillantes ojos verdes y una sombra de barba sobre el mentón le estaba dedicando una sensual sonrisa a su compañera, la cual le ignoró completamente.

—A no ser que traigas contigo un par de guantes, una maldita pala y vengas a hacer alguna cosa que no sea quedarte ahí mirando, ya puedes dar media vuelta y largarte por dónde has venido, Julian.

Vale, estaba claro que Emi lo conocía bien si no había dudado ni un segundo en soltarle aquello, pensó secretamente divertida. Miró disimuladamente al tipo y se fijó en la envergadura que tenía, lo alto que era y la manera en que se movía, como si el mundo le perteneciese. Desde luego iba demasiado bien vestido como para estar dispuesto a ponerse unos guantes y arrancar hierbajos.

El hombre se llevó una mano al corazón con gesto dolido y replicó.

—Me hieres profundamente con semejantes palabras, *pajarillo* —chasqueó él, pero no parecía ni mínimamente ofendido. De hecho, no tardó ni dos segundos en girarse en su dirección y, tras darle un buen repaso, le guiñó un ojo y la saludó como si fuesen viejos conocidos—. Hola, cosa bonita —continuó con su buen humor—. Tú tienes que ser Avalon. ¿Me equivoco?

No. No se equivocaba, pensó al tiempo que sacudía la cabeza, lo que la hacía sospechar que tenía que tratarse de alguno de los compañeros de agencia de su amante.

—Soy Ava —se presentó sin moverse un solo centímetro del lugar en el que estaba.

—Julian Corso —respondió señalándose a sí mismo con un gesto.

El apellido hizo que supiese al momento quién era él.

—Usted es el hermano del Dr. Corso.

—Sí, Nyx es mi hermano, pero por favor, tutéame. —La invitó con un gesto—. Mencionó que se había encontrado con Dev y su encantadora novia en una consulta médica. Entiendo que tú eres la destinataria de nuestros nuevos audífonos.

Se sonrojó un poco al escuchar aquello y asintió.

—Eso parece.

Él asintió.

—Espero que puedan mejorar tu vida —le dijo con amabilidad y añadió—. Y bienvenida a la *Fundación Zora*. Ya veo que no se lo han pensado dos veces antes de ponerte a trabajar.

Enarcó una ceja ante su comentario, pero Julian posó entonces su mirada sobre la mujer que la acompañaba.

—Si me consigues esos guantes y la pala, estoy dispuesto a ensuciarme por ti, Emi —coqueteó con ella abiertamente, lo cual parecía ser una forma más de chinchar a la chica que de mostrarse interesado en ella—. Pero hablaba en serio con lo de la retroexcavadora, cielo, vas a necesitar algo más que tu mal genio para arrancar eso. ¿Por qué no le has dicho a alguno de los chicos que simplemente lo hagan desaparecer?

La mención a una posible desaparición la sobresaltó, mientras que Emily se limitó a resoplar y apuntarlo con el dedo.

—Sabes muy bien por qué, conoces las reglas —replicó ella—. Nada de «atajos» en este lugar. Esos niños se merecen un poco de normalidad en sus vidas.

El agente levantó las manos a modo de rendición e inclinó la cabeza aceptando sus palabras.

—Tú mandas —declaró con firmeza, entonces se incorporó y se metió las manos en los bolsillos adoptando una postura desenfadada—. Contrataremos a alguien que venga a levantar las raíces, así que déjalo. Ava y tú podéis hacer cualquier otra cosa para ayudar. ¿No se supone que hay que pintar el nuevo anexo?

—Hubo un problema con la pintura —resopló ella bajando la voz hasta convertirla casi en un susurro. Sus mejillas se encendieron, adquiriendo un tono rojizo intenso contra esa piel blanca —. Lo están solucionando.

—¿Qué problema? —preguntó y se volvió hacia ella, como si conociese el cotilleo del día.

—Emi pidió pintura blanca y se la mandaron del color de un campo de golf.

Ava saltó al notar una mano sobre el hombro en el mismo momento en que escuchaba la voz de Dev.

—Soy yo —le dijo él con una risita, entonces se dirigió a Julian—. Byron se está encargando de ello. —Se inclinó sobre ella y buscó su rostro—. Ya se ha presentado, ¿no? Julian es el hermano de Nyx.

—Sí, lo sé. Me lo acaba de decir.

Él asintió y le apartó el pelo con los dedos.

—Entonces, ¿todo bien?

—Tan bien como puede dársele a alguien que nunca ha arrancado hierbajos, supongo —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. Lo de la pintura… Aún sé darle al rodillo, pero los hierbajos… Ni siquiera tengo plantas en casa.

—A mí se me mueren hasta los cactus, con eso te lo digo todo —mencionó Emi volviéndose hacia ella—. Siento que te hayan arrastrado a todo esto. A veces a estos idiotas se les olvida pensar…

—Gracias, cariño, mi cerebro te agradece el piropo.

Dev se limitó a sonreír, pero no dijo nada.

—¿Tienes de eso ahí dentro, Julian?

Un zasca en toda la boca, pensó Ava abriendo los ojos de par en par ante el inesperado intercambio.

—¡*Auch*! —gimió el hombre, pero en su rostro no había dolor alguno, solo un profundo cariño por esa mujer. Algo que ya había visto tanto en Dev, como en el hombre al que le habían presentado como Kynan; aun cuando este había estado en plena pelea verbal con la *«bruja escarlata»* como la había llamado despectivamente.

Aquellos eran los compañeros de Devon, sus hermanos de agencia, les había llamado y

hasta dónde había entendido, ninguno era humano. De hecho, en estos momentos las dos únicas humanas presentes eran ellas dos.

Tragó. Escucharlo de boca de su autodenominado novio era una cosa, pero enfrentarse a ello era otra. Sobre todo porque por mucho que los mirase buscando algo que delatase esa segunda naturaleza, todo lo que encontraba era que eran un puñetero conjunto de testosterona y sensualidad abrumadora. Esos tíos exudaban sexo por los cuatro costados y resultaban muy, pero que muy perturbadores.

—Ava. —La llamó Dev y se volvió hacia él—. Me comentaste que habías tenido una entrevista de trabajo para esta fundación, ¿verdad?

La pregunta la tomó por sorpresa, pero asintió.

—Sí, te lo comenté —asintió sin problema—. Era para un puesto administrativo…

—¿Te presentaste a una entrevista aquí? —La sorpresa en la voz de Emi apareció también en el rostro de Julian.

—¿Cuándo fue eso? —El tipo entrecerró los ojos y ladeó la cabeza como si estuviese viéndola de nuevo por primera vez.

—Hace unos meses…

—Las vacantes para el profesorado y la secretaría —mencionó la chica mirándolos a ambos—. Fue cuando os encargasteis de la selección de personal porque yo estaba en la cama con fiebre. Parece mentira que seáis tan buenos como agentes y un auténtico desastre en todo lo demás.

—*Auch* dos —replicó el rubiales fulminando a la mujer con la mirada, pero ella le ignoró —. Hoy estás que lo tiras, ¿eh?

—¿Puedo saber a qué viene ahora esta pregunta? —mencionó y miró a Devon en busca de respuestas.

—Nos ha fallado el catering —respondió él como si esa fuese la explicación más evidente del mundo.

—¿El catering otra vez? ¿En serio? —Emily miró a ambos hombres de manera acusatoria —. ¿Y me lo decís ahora?

—Tranquila, ya he encargado los menús desde hoy hasta el domingo —le dijo Julian en tono pacificador—. Pero hay que arreglar esto. Soy bueno, nena, pero la bola de cristal se nubla a veces y no me llega toda la información que debería.

—Hago lo que puedo…

—Haces más de lo que puedes, Emi —admitió Devon para luego volverse hacia su hermano de agencia—. Necesita ayuda y nosotros alguien de confianza…

Los dos posaron entonces los ojos sobre ella y Ava se estremeció.

—La oferta es esta —declaró Julian y durante un par de minutos se puso a explicarle en lo que consistía, recibiendo acotaciones por parte de Emi, quién añadía o quitaba hasta haber descrito un trabajo similar al que había estado desempeñando antes del accidente. Sin embargo, las condiciones laborales eran mucho más ventajosas, el horario flexible y el sueldo más que apetitoso—. Entonces, ¿qué opinas? ¿Te interesaría?

Miró a uno y al otro, casi esperaba a que se echasen a reír de un momento a otro y le dijesen que era una broma o algo. Como nadie decía nada, se volvió hacia Devon en busca de una confirmación, algo que le dijese que lo que le habían dicho era verdad.

—¿Qué hago? —La pregunta salió temblorosa entre sus labios.

Sus dedos acariciándole el rostro en ese gesto que siempre hacía para apartarle el pelo de la cara, la calmó al momento.

—Es tu decisión, Ava, eres tú quién debe elegir —le aseguró con voz suave—. Tú escoges tu camino, tu forma de recorrerlo, de vivir la vida. Si me necesitas, caminaré a tu lado, para sostenerte y ayudarte, pero siempre serás tú la que elija.

Se llevó la mano a la oreja y se acarició de manera automática el audífono.

—Supongo que con los nuevos audífonos no tendré los mismos problemas que con estos… —murmuró más para sí que para ellos—, pero…

—No te agobies. —Fue Emily la que dio un paso adelante y le cogió la mano. El contacto la sorprendió, pero cuando levantó la cabeza y se encontró con la mirada de la chica, vio algo que conocía muy bien—. No tienes la obligación de decir que sí.

No, no la tenía, pero si quería avanzar, si quería dejar todo aquello atrás…

—Podría… hacer una prueba, intentarlo durante un par de semanas y si creo que puedo hacerlo y a vosotros os convence, entonces… aceptaré el puesto.

—A mí me vale —admitió Emily visiblemente contenta—. Te ayudaré en lo que necesites.

Sonrió ante la amabilidad de la chica y se volvió hacia su amante.

—Bienvenida abordo —respondió con una cálida y amable sonrisa.

Asintió devolviéndole la sonrisa, entonces se acercó a él y susurró esperaba que solo para sus oídos.

—¿Lo celebramos esta noche?

La respuesta de su amante fue echarse a reír antes de inclinarse sobre su oído y responder de igual modo.

—Por supuesto, *amor*, pero solo si bebes agua.

Abrió la boca para replicar a eso, pero se quedó sin palabras al darse cuenta lo que acababa de pronunciar él, la manera en que la había llamado. Buscó su mirada y cuando sus ojos se encontraron, volvieron a su mente aquellas palabras que le había dedicado por la mañana.

«Cuando termine el contrato, cuando no haya una cláusula de por medio y mi deber no esté atado a un papel, en ese momento te lo diré».

Te quiero.

La palabra resonó en su mente con su propia voz, una silenciosa declaración hacia él, una que esperaba poder pronunciar también en voz alta.

Sonrió, una sonrisa auténtica y llena de ternura.

—De acuerdo, solo agua… hasta que acabe el contrato.

CAPÍTULO 49

Esa misma noche…

—¿En qué piensas?

Ava estaba acurrucada en una esquina del sofá, con una taza de té en las manos. Tenía el pelo revuelto, los ojos brillantes y a pesar del palpable cansancio, se la veía relajada, feliz incluso. Esta era la primera vez en todo el tiempo que llevaba con ella que la veía tan equilibrada.

El día había sido un sobresalto tras otro para la mujer, pero lo había afrontado con valentía y buen ánimo.

—Estoy intentando procesar todo lo que ha pasado hoy —admitió mientras lo seguía con la mirada a través del salón de su hogar. Había sido una elección arriesgada traerla a casa, pero no podía permitir que ningún traumático recuerdo se interpusiera entre ellos, así que les harían frente juntos—. Kenzie ya ha entregado el acuerdo y me ha llamado para decirme que está firmado. Se acabó. Es solo cuestión de que se le dé curso para que esta *pesadilla amebística* se haya terminado.

—¿*Pesadilla amebística*? —Sonrió ante el juego de palabras inventado.

—Una ameba siempre será una ameba —replicó con una ligera sonrisa—. Todavía no me creo que ese imbécil reculara tan rápido. Pero no pienso quejarme, de hecho, no volveré a pensar en él en lo que me queda de vida. Y la perspectiva es… uf, como un orgasmo.

Se rio, no pudo evitarlo. Solo su compañera encontraría una explicación semejante.

Devon dejó que siguiera explayándose mientras la miraba desde su posición de espaldas al ventanal. Se llevó su propia taza, de café en su caso, a los labios y tomó un trago.

—Y luego está lo del trabajo. Un trabajo de verdad. Apenas puedo asimilar lo que ha pasado hoy —declaró e hizo una pausa para darle un largo trago a su bebida. Se lamió los labios y continuó—. Ha sido… extraño y no puedo dejar de pensar en si seré capaz de realizarlo.

—¿Por qué no habrías de ser capaz? —preguntó con suavidad—. Parecías bastante segura cuando Julian y Emily te explicaron en qué consistía.

La chica bajó la taza y se giró hacia él.

—He trabajado como administrativa anteriormente —admitió, confirmando su experiencia laboral—. Pero eso fue antes del accidente, antes de darme cuenta de que alguien con una discapacidad no siempre tiene las mismas oportunidades laborales que los demás. Y está la inseguridad que llegas a desarrollar, los cambios a los que tienes que hacer frente… y el miedo. En mi caso podríamos añadir además los audífonos y sus continuos fallos, lo que me han dificultado hasta el día a día.

Su voz se diluyó hasta quedar en silencio. Suspiró, sacudió la cabeza y añadió.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que trabajé de cara al público y ya no soy la misma. El accidente de coche ha sido un punto de inflexión en mi vida. Y cuando te

acostumbras a trabajar desde casa, cuando dejas de tener que lidiar con un jefe, con compañeros… Salir ahí fuera de nuevo e interactuar resulta… aterrador.

—Lo que sientes es del todo normal, Ava —admitió viendo las cosas desde su postura—. Has estado alejada del mundo de una forma que ni siquiera tú misma acabas de comprender. Estás empezando a abrirte de nuevo, encontrando la valentía y las fuerzas para seguir adelante y ser tú. La vida consiste en dar pequeños pasos. No es necesario que abras la puerta y eches a correr.

Esos ojos castaños buscaron los suyos y durante una milésima de segundo vio algo en ellos. Sus emociones eran tranquilas, mantenían una tonada baja, agradable, así que se sorprendió al escuchar:

—¿Tú has tenido algo que ver en esa oferta de empleo? —Enarcó una ceja ante su pregunta y la dejó seguir—. Esta mañana me pides que te acompañe a la fundación con la excusa de que te han liado para pintar y…

—Tú misma has comprobado lo que pasó con el tema de la pintura y en lo que derivó —mencionó con naturalidad.

—¿Y lo del catering? Es imposible que, viendo como os he visto a todos implicados en la fundación, no estuvieseis al tanto de los problemas de administración que había. Y de que Emily no podía hacerse cargo de todo ella sola.

Dejó escapar un pequeño suspiro y asintió ante su suposición.

—Puedo ver a dónde quieres llegar y entiendo tus dudas al respecto —admitió con total franqueza—. Pero esto tienes que verlo desde otra perspectiva. —Le dijo e hizo un ademán antes de añadir—. Emily es la directora del centro. Ella es la responsable a la hora de decidir si necesita más personal, si quiere hacer las cosas de una manera o de otra. En este caso, tanto yo como mis compañeros, solo somos socios. Puedo dar mi opinión al respecto y actuar cuando se trata de presupuestos, facturas o cualquier asunto fuera de las competencias de Emi, al igual que lo haría el resto de los accionistas. Pero esta no es mi empresa. *Priya Holding* es mi área personal, en la fundación solo soy un socio más.

La manera en que asintió y esquivó su mirada decía claramente que seguía teniendo dudas al respecto.

—Si quisiera darte trabajo, te lo habría dado en *Priya*, cariño, al menos tendría el incentivo añadido de verte todos los días —admitió en voz alta algo que ya había considerado y descartado sistemáticamente—. Lo de esta mañana ha sido algo fortuito. Byron mencionó el problema que teníamos con el catering, salieron a colación otros puntos similares y recordé lo que tú misma me habías dicho; que habías hecho una entrevista para la fundación y que no te habían cogido. Por eso fui a buscarte. Lo principal para todos los que tenemos algo que ver con *Zora* es conseguir que esos chicos tengan un hogar, un lugar en el que poder ser niños. Queremos que se sientan protegidos y tengan una educación de modo que el día de mañana puedan optar a ciertas oportunidades y decidir qué hacer con sus propias vidas.

—Lo sé, Emily me contó lo que significaba para ella ese lugar mientras… arrancábamos hierbajos —admitió e hizo una mueca ante esa palabra—. No he arrancado hierbas en mi vida, Dev. Ni siquiera sé cuidar un jardín. En mi piso no hay una triste planta, eso debería de decirte algo.

—¿Qué no eres una amante de las plantas?

—Me encantan las plantas, pero en el campo y en los jardines que no tenga que cuidar yo.

Resopló de risa.

—Ya me hago una la idea, Ava, ya me hago una la idea.

Ella sacudió la cabeza, pero ahora también sonreír.

—No sé si estaré a la altura, si podré aportar algo…

—Te lo dije en la fundación y te lo repito: *Tú eres la única que puede tomar esa decisión* —le recordó.

—Lo sé.

—Míralo de este modo, te librarás de tener que pintar otra pared.

Ella hizo una mueca y sacudió la cabeza, pero había una sonrisa curvándole los labios.

—Al final esa pared de color verde no quedó tan mal —mencionó con tono inocente.

—Solo porque las otras sí fueron en blanco —replicó con gesto irónico—. Y con todo, sigo sintiendo la necesidad de buscar un palo de golf y lanzar la bola cuando la veo.

Byron había sido el que había pintado esa pared con el dichoso verde. No sabía si era para recordarle eternamente a Emily la metedura de pata con la pintura o para que ella no se sintiera tan mal, el caso es que había funcionado e incluso quedaba bien.

—Sois una pandilla de chalados, en serio —mencionó su mujer con una risita—. Cuesta crees que todos ellos sean parte de tu agencia.

—¿Qué puedo decir? Somos un grupo de lo más selecto —chasqueó, entonces añadió—. Y tú les has caído bien.

—Como para no hacerlo —se burló—. *Hola a todos. Esta es Avalon, mi novia. Quien la mire mal le arranco la oreja de un mordisco.*

Dev enarcó una ceja ante su particular imitación masculina.

—No recuerdo haber hecho tal amenaza, pero me gusta, me la guardaré para la próxima.

La chica sacudió la cabeza y se inclinó hacia delante para dejar su taza sobre la mesa auxiliar.

—Ellos también me han caído bien —admitió con voz suave, como si estuviese eligiendo las palabras que decir—. Pero, dime algo. ¿Tu agencia tiene algún requisito para que sus empleados sean tan… particulares?

Ladeó la cabeza a la espera de que se explicase.

—Sois… Enormes. Exudáis sexo, seguridad y también una pizca de peligrosidad —resumió atropelladamente, sus mejillas ganando color—. Sois tan sexis como aterradores y no hay uno solo feo.

Intentó contener su hilaridad y ponerse serio; toda una hazaña.

—Demonía ha sido la encargada de la selección. Supongo que esa I.A. tendrá sus prioridades a la hora de hacer la criba.

—¿Tenéis una I.A.? ¿Una Inteligencia Artificial? —Parpadeó y frunció el ceño—. Espera, ¿es la misma *Demonía* que te entregó la pieza de ajedrez?

—No puedo hablarte de los entresijos de la agencia, lo siento —se disculpó—, es política de empresa. Pero, responderé con un *«algo así»* a tu primera pregunta y un sí rotundo a la segunda.

—Supongo que es en ese misterio en dónde radica el éxito de la agencia. Eso y en… lo particular de su elección de personal —admitió ella e hizo un gesto con la mano—. Todos los agentes pertenecéis a un rango… superior.

—Interesante manera de referirse a un demonio.

Ella lo miró de la cabeza a los pies.

—Lo estoy intentando —murmuró volviendo sobre sus ojos—. Intento comprender y asimilar lo que eres. Asimilar quién eres.

—Lo sé, Ava —asintió y dejó su propia taza sobre un mueble—, y estoy agradecido por

ello.

Su compañera asintió y deslizó la mirada a su alrededor, perdiéndola al poco tiempo en el espacio como si estuviese recordando alguna cosa.

—Un penique por tus pensamientos.

Parpadeó como si la hubiesen sacudido.

—¿En qué estabas pensando?

Los ojos castaños se oscurecieron como si hubiesen sido cubiertos por un repentino velo. Sus emociones tomaron el control y notó el tirón. Nervios, inquietud. No estaba asustada, solo incómoda.

—Son recuerdos. Flashes en realidad —admitió en voz baja, suave, como si el hecho de alzarla pudiese hacerlos desaparecer—. Imágenes de esa noche. Sé que son reales, pero es como si todo pareciese tan lejano, como si hubiese ocurrido… bajo el agua. —La dejó seguir respetando sus momentos de silencio, sus tiempos, necesitaba sacar aquello fuera y darle un sentido—. Este lugar eres tú, pero también es… tu otro tú. Te veo aquí. Encajas aquí, pero yo… Es como si esta fuese la primera vez que piso este lugar y sin embargo esas imágenes están ahí, son muy reales y al mismo tiempo parecen un sueño…

Se estremeció, cerró los ojos con fuerza durante un breve instante y respiró hondo.

—Lo que intento decir es que quiero la realidad y no los sueños —respondió abriendo los ojos y mirándole a la cara con absoluta sinceridad. El sonrojo aumentó en sus mejillas, se lamió los labios y luchó con esa necesidad de desviar la mirada para mantenerla sobre él—. Quiero más. Te quiero a ti. Completamente. No quiero pensar en los «y sí», no quiero pensar en tu lado humano o la *versión Dev 2.0*

—¿*Versión Dev 2.0*? —Tuvo que contener una carcajada.

—Tu otra naturaleza —lo señaló entero—. El íncubo empático o como quieras llamarte a ti mismo.

Él asintió.

—Necesito uniros en mi mente y hacerlo por mi propia voluntad, sin la compulsión o lo que sea que ocurrió la otra noche —declaró con total sinceridad.

—¿Es lo que deseas, *milady*?

—Sí. Tú eres lo que deseo, Dev —admitió con absoluta sinceridad—. Eres un regalo inesperado y yo... Yo te…

Él le cubrió los labios con un dedo, silenciándola. Al momento vio ese brillo en sus ojos, el automático cambio en sus emociones, por lo que se apresuró en explicar su gesto.

—Cuando termine el contrato, vida mía —sonrió diciéndole sin palabras lo que sabía que quería oír, lo que le había impedido decir—. Sin ataduras, con total libertad, solo porque lo deseas…

Ella asintió y sonrió en respuesta.

—Mi dulce Ava —le acarició la mejilla—. Tú eres mi regalo. Y estoy ansioso por desenvolverte.

Ella se lamió los labios en respuesta, sus ojos brillaron de puro deseo y su polla se endureció aún más de lo que ya estaba cada vez que rondaba a esa mujer.

—Cierra los ojos —le pidió mientras deslizaba el dedo a lo largo de su nariz—. Respira profundamente. Confía en mí. Cree en mí. Nunca te dejaré caer.

—Lo sé —admitió ella y su alma se entibió ante el sonido de esas dos palabras.

—Abre los ojos.

Ava se estremeció ante el sensual tono de esa voz, ante la necesidad que tenía de seguir sus instrucciones, así que hizo lo que le pedía solo para quedarse sin respiración.

—Tranquila —pronunció él, su voz más espesa, más oscura y puramente sensual—. Sabes quién soy, sabes lo que soy.

Sí. Lo sabía. Conocía esos ojos marrones espolvoreados de estrellas, esa perezosa sonrisa curvándole los labios, el rostro atractivo y marcado ahora por las líneas en sus sienes y en el mentón. Se había despojado de la camisa lo que le permitía ver esa deliciosa piel sedosa, con un tono intenso que te invitaba a recorrerla con la lengua para probar su sabor. Ese pecho desnudo, los anchos hombros… y alzándose por encima de ellos las afiladas curvas de las apretadas y membranosas alas que sabía nacían de su espalda.

Devon. Su Dev. Real, cálido y sexy. Su amigo, su amante, el hombre y demonio que le había robado el corazón, que lo había hecho bombear de nuevo. Él le había devuelto la confianza en sí misma, la había arrancado de las garras del miedo y le enseñó a defenderse de él.

Él era el hombre por el que se mojaba, por el que le dolían los pechos, por quién le palpitaba el sexo… Él era el único a quién deseaba con tanta desesperación que perdía la cabeza, con quién podía permitirse perderse en la lujuria sin sentirse culpable y por encima de todo, era quién la hacía sentirse segura y protegida.

Su amor. Él era su amor.

Dejó escapar el aire que había contenido, dio un paso adelante, otro y levantó las manos hasta posarlas sobre su cálido pecho. Se mordió el labio mientras contemplaba los afilados arcos que temblaron ligeramente al recolocar su postura. Los miró, acercó tímidamente un dedo y tocó la suave y extraña piel notando la dureza bajo los dedos. La recorrió un escalofrío, pero no se apartó, dejó que el miedo pasara, que se deslizara fuera de su mente y cuando se encontró lo bastante tranquila para seguir levantó la cabeza y se encontró con esos calientes ojos de su amante.

—No me dejes caer —susurró.

Esa conocida y dulce sonrisa le curvó los labios, sintió sus dedos marcados, libres de los guantes deslizándose por su mejilla, hundiéndose en su pelo hasta dejarlo detrás de la oreja, dejando a la vista sus prótesis.

—Nunca —le prometió y selló esa promesa con un profundo beso mientras la ceñía por la cintura y la atraía contra su cuerpo para luego envolverla con esas enormes y oscuras alas.

CAPÍTULO 50

Que te arrancasen la ropa del cuerpo sin tocarte siquiera tenía que ser la experiencia más erótica y al mismo tiempo aterradora que había tenido jamás.

En un momento estaba comiéndole la boca, ceñida contra su cuerpo, pensando en lo mucho que deseaba estar piel contra piel y al siguiente, su deseo se hacía realidad.

—Ay Dios… —jadeó sintiendo ahora la suavidad de sus alas contra el culo, encontrándose completamente desnuda contra su pecho, rodeada por esa tibia oscuridad. Había sentido como si un montón de manos la tocaban, como si tirasen de su ropa y acto seguido esta se había esfumado de su cuerpo.

—Respira. —Había risa en la voz de su amante, su boca apenas había abandonado la suya para decir aquello—. Soy yo, sigo siendo yo.

Lo sabía. Sabía que era él, pero aquel oscuro capullo no dejaba de ser perturbador.

Entonces sus manos le recorrieron la espalda con suaves caricias, calmándola y encendiéndola, todo al mismo tiempo y se olvidó de todo lo que no fuese esa codiciosa lengua jugando contra la suya, la dura erección acunada entre sus cuerpos y el delicioso roce de sus alas contra su trasero.

Se dejó ir, resbaló las manos por su pecho y le acarició a placer. Restregó los senos contra él y deslizó los dedos entre su pelo, entonces bajó sobre sus hombros y sus dedos acariciaron aquellas superficies notando un inmediato estremecimiento bajo ellos. Era extraño, aterrador y al mismo tiempo demasiado sorprendente como para no mirarlo. Se arrancó de su beso y ladeó la cabeza para ver su mano blanca contra aquella sedosa oscuridad que se curvaba con asombrosa flexibilidad sobre los hombros masculinos y la rodeaba a ella.

—Si sigues acariciándome de esa manera, me correré contra su estómago, lo juro —ronroneó él en su oído. Su voz era grave, rasposa y a juzgar por el tamaño de su miembro no le sorprendería que lo dijese en serio—. Son muy sensibles, sobre todo en esa parte.

No dijo nada, Ava no estaba segura de que le saliesen las palabras, solo levantó los dedos y vio como esas enormes alas membranosas se movían para apretarla más, enjaulándola por completo.

—Después te dejaré que las recorras con las manos si quieres —gruñó él buscando su boca —, pero ahora estoy demasiado excitado como para dejarte jugar… A menos que quieras jugar ahí abajo.

Un roce de sus caderas a modo de ilustración.

—¿Y vas a dejar que haga lo que yo quiera? —preguntó con un ronroneo propio. Cada vez que estaba en sus brazos se sentía desinhibida, poderosa y con ganas de hacer cualquier cosa, de probar lo que se le pusiese a su alcance.

—Dejaré que me la chupes, que te la tragues y me lamas como un caramelo —declaró con voz ronca y puramente sexual—. Dejaré que me aprietes entre esos bonitos labios y te bebas hasta la última gota de mí… tan pronto como te pongas de rodillas.

Se mordió el labio inferior, le lamió los labios y resbaló sobre él dejándose ir poco a poco, sintiendo esas alas destrabándose detrás de ella y volviendo a su posición original contra su espalda. No pudo evitar seguirlas con la mirada, maravillándose de su amplitud, de la manera en que se movían con una suavidad y silencio absolutos.

—Son enormes… —murmuró viendo como la punta final casi tocaba el suelo antes de ser alzada de nuevo.

—Gracias —escuchó una risita justo antes de que unos dedos tatuados la cogieran de la barbilla y le girasen la cara con mucho cuidado para que mirase al frente—. Esta también es enorme y requiere atención.

Sí, era enorme, estaba hinchada y erecta suplicando atención, pensó Ava con una risita al ver la perla de líquido preseminal brillando en la punta.

—Oh, pobrecita… y yo entreteniéndome con esas enormes y oscuras alas —murmuró deslizando los dedos sobre la dura carne de su erección para a continuación darle un besito a la punta—. Pero qué mala que soy.

—De lo peor que hay —admitió él visiblemente divertido—, pero te perdono. Me ha gustado ver esa mirada en tu cara mientras me mirabas. Es… lo más caliente que he visto en toda mi vida y también lo más hermoso.

Sonrió, le guiñó el ojo como tantas veces se lo guiñaba él a ella y deslizó la lengua alrededor de la punta de su polla provocándole un inmediato estremecimiento.

—Joder… Eso se avisa.

—No. —Se rio contra su sexo, lo rodeó con los dedos y empezó a frotar la dura carne con perezosa lentitud—. Se avisa esto… —Se inclinó sobre el miembro masculino, abrió la boca y le chupó solo la punta y con fuerza.

—¡Joder, Ava! —Todo él se sacudió al punto de dar un paso atrás. Se rio con él todavía en la boca y lo acarició con la lengua al tiempo que lo acariciaba con los dedos—. Esta me la pagas, pequeña bruja.

No había nada más erótico y poderoso que tener el control de un hombre de esa manera, pensó mientras degustaba la dura y caliente erección. Él era todo suyo en esos momentos. Poseía su placer, sus gemidos y gruñidos, estaba a su merced y eso la ponía muy, pero que muy caliente y también la dejaba blandita y tierna por dentro. Este acto se basaba en la confianza, en entregarse completamente al otro y dejar tus opciones en sus manos. Ya no se trataba solo del abrumador placer, de lujuria, sino de sostenerse el uno al otro, de no dejarse caer.

Gimió y deslizó los labios por toda su longitud, lo lamió como a un helado, saboreando su piel salobre y con un toque indescifrable. Se sentía en llamas, puro fuego, podía notar lo mojada que estaba, como esa humedad resbalaba por el interior de sus muslos y luchó con la necesidad de tocarse a sí misma.

Necesitaba las dos manos sobre él, quería tenerlas sobre su piel, tocarlo y hacerlo gemir de la manera en que lo hacía ahora. Deslizó una mano más allá de la columna de carne, le acarició los testículos con suavidad, resbalando las uñas sobre la sensible piel del escroto y mientras lo torturaba con la lengua.

Se dedicó a saborearlo durante un ratito, a jugar con él mientras lo oía sisear y pronunciar algunas cosas ininteligibles. Vio por el rabillo del ojo como sus alas temblaban, como parecían querer desplegarse solo para volver a su apretada posición; todo a fuerza de voluntad. Era extraño ser consciente de esas extremidades y, a pesar de la ligera aprensión que todavía le cosquilleaba en la parte de atrás del cerebro, encontrarse fascinada por ellas.

Volvió a metérselo en la boca, tragándoselo tan hondo como le resultaba cómodo, empujándose incluso un poco más allá por el simple deseo de satisfacerlo, de satisfacerse a sí misma. Le pesaban los pechos, sentía los pezones duros ansiando el toque de esas fuertes manos masculinas. Pero Dev estaba demostrando una absoluta contención al mantenerla para sí mismo, al permitirle tener todo el control. Vio cómo se mesaba el pelo, como se mordía el labio inferior,

sus ojos habían adquirido el color del whisky y mostraban la desnuda lujuria que habitaba en ellos, la que le corría por las venas.

Era todo un regalo verle así. Excitado. Necesitado. Siendo ella la única que pudiese darle la satisfacción que necesitaba.

Aplanó la lengua a fin de llevarle más profundo, lo succionó con fuerza una y otra vez mientras entraba y salía de su boca, entonces cerró los dedos sobre su escroto con fuerza, una inesperada presa que lo hizo ponerse casi de puntillas y gruñir como un animal. Las caderas masculinas temblaron, se inclinó sobre ella solo para detenerse en el último segundo y eso la estremeció de infinito placer.

Lo folló rápido, duro, acariciándolo con la mano libre mientras torturaba sus pelotas un poquito más. Lo empujó tan lejos como le fue posible, se dio un banquete con la dura e hinchada polla hasta que esta tembló en su boca y un caliente y pegajoso chorro de esperma salió disparado hacia su garganta.

Lo chupó con fruición, tragándose su esperma e impidiéndole moverse hasta que estuvo completamente vacío. Satisfecha lo dejó ir entre sus labios, se relamió como una gata satisfecha y levantó la cabeza para encontrarse con el mismísimo rostro de la lujuria mirándola. Tenía los labios entreabiertos, respiraba con rapidez, el pecho subía y bajaba, pero eran sus alas, desplegadas como una cortina de oscuridad la que la dejaron sin aliento.

Ava se dejó caer en el suelo, sentada de lado y apoyada en una mano mientras contemplaba entre sorprendida y temerosa esas enormes membranas desplegadas. Por dios, realmente parecían las de un murciélago, solo que en su caso eran mucho más brillantes, con un negro más profundo y unos reflejos azul noche en las partes cercanas al cuerpo.

Se lamió los labios una vez más y ladeó la cabeza cuando esas extremidades empezaron a plegarse de nuevo con suavidad y sin apenas sonido, solo la brisa que levantaron, como cuando se cierra una puerta, le acarició el cuerpo desnudo.

—Son… preciosas.

Como si supiera de lo que estaba hablando, esos ojos castaños se desviaron hacia un costado, entonces volvieron sobre ella, clavándola en el lugar.

—¿Dev? —No pudo evitar estremecerse ante esa mirada, ante el silencio que lo envolvía. La mirada como si fuese una suculenta presa y quisiera comérsela, el problema es que a ella le parecía una idea estupenda, porque se estaba poniendo más y más cachonda.

—Acuéstate sobre la alfombra y separa las piernas. —Su voz era dura, sexy y la derritió completamente.

Se lamió los labios y tragó paladeando todavía su sabor. Se dejó ir hacia atrás, tendiéndose sobre la alfombra, levantó las rodillas y separó las piernas dándole una perfecta vista de su húmedo y caliente sexo. Aquella postura era decadente, sintió la necesidad de retorcerse, de elevar la pelvis de manera incitante. Levantó los brazos llevándolos por encima de la cabeza, frotándose con la alfombra debajo de ella y gimió de pura excitación.

Estaba caliente, la mirada de ese hombre de pie ante ella la encendía y antes de poder contenerse se tocó a sí misma. Resbaló los dedos sobre sus labios, bajó sobre sus pechos, moldeándolos con las manos, levantándolos y sobándolos. Gimió cuando rozó los duros pezones y se arqueó cuando los apretó entre el pulgar y el dedo corazón. Se retorcía como una gata en celo, el sexo expuesto a su mirada, a la mano que ya resbalaba más allá de sus pechos, surcaba la suave piel de su redondeado vientre y entraba en contacto con los pliegues chorreantes de su sexo.

—Me encanta esta clase de espectáculo, amor, no pares.

Sus palabras fueron como una descarga eléctrica, levantó las caderas y se metió un dedo dentro. Se masturbó tanto para él como para sí misma. Recordó la manera en que él se había dado placer a sí mismo en la ducha, como ella lo había contemplado y el hambre enroscada en su vientre rugió a través de sus venas. Gimió mientras movía las caderas y tironeaba de uno de sus pezones, unió una segunda falange al juego y lo miró mientras lo hacía. Mantuvo la mirada prisionera de la de él mientras se follaba con los dedos, se entregó a ese caliente placer y gimió sin reservas, pronunció su nombre y se retorció sobre la alfombra. Sonrió para sí cuando su polla volvió a engrosarse y levantarse, cuando esos oscuros dedos tatuados la acariciaron con lentitud aumentando su tamaño, dejándola aún más dura.

Ava se moría por tenerla entre sus piernas, quería ese duro mástil hundido profundamente en su interior, en el lugar que ahora ocupaban sus dedos. Se imaginó que era el miembro masculino y no sus falanges la que la montaban, que era él quién se hundía en su coño y la hacía estremecer. Fantaseó con esas manos tatuadas sobre sus pechos, sobándolos, tirándole de los pezones con dureza al tiempo que lo hacía ella y gemía, arqueándose en respuesta.

Le dio el espectáculo que quería ver, se mostró como era, desinhibida, caliente y un poco zorra. Se rio al verlo gruñir con los dedos todavía alrededor de su erección, jadeó y echó la cabeza atrás mientras se afirmaba sobre los talones, follándose más rápido, más fuerte, enloqueciéndose hasta que todo su cuerpo sucumbió ante un rápido orgasmo que la hizo temblar y con el que acabó gritando su nombre.

Jadeó mientras retiraba los dedos empapados de su sexo, dejaba caer las piernas y se estiraba sobre la alfombra totalmente arrasada.

—Muy bonito, amor, muy bonito.

Su voz la llevó a entreabrir los ojos para mirarle.

Llegó a tiempo de verlo arrodillarse ante ella con una petulante sonrisa entre los labios, acto seguido volvía a estar abierta de piernas y ese duro y grueso miembro entraba en ella con una facilidad pasmosa hasta alojarse por completo.

Se arqueó contra el suelo con un grito al sentirse repleta por él, las fuertes manos la tenían sujeta por debajo de las rodillas, abriéndola todavía más a su incursión. Empujó en ella solo para volver a salir hasta que solo quedaron unidos por el prepucio, volvió a empujar hasta que sus pelotas la golpearon antes de retirarse una vez más. Se movía con lentitud, pero cada empuje era poderoso y le arrancaba un gemido. Se dobló sobre ella, levantándole las caderas, profundizando más con cada nueva embestida con ese ritmo lento y cadencioso.

—Dev… me estás matando… —jadeó.

—Ni siquiera he empezado, brujita —gruñó él saliendo de nuevo solo para volver a empujarse en su interior—. Ni siquiera he empezado.

La folló lento y fuerte. Hizo que gritase su nombre, que lo maldijese, que le pidiese más e incluso le suplicase. Se tomó su tiempo con aquella deliciosa y caliente tortura hasta hacerla llorar de frustración y solo cuando pareció satisfecho con ello, empezó a montarla con fuerza y rapidez. La poseyó con frenesí despertando la lujuria que habitaba en ella, obligándola a entregarse completamente a él y a sus apetitos. Disfrutó con cada empujón, con cada despiadado roce de la alfombra contra su espalda, se llevó las manos a los pechos y se encargó de sus propios pezones aumentando el desquiciante placer. Ava se convirtió en un ser de puro gozo, dónde el placer era lo único que importaba y la lujuria el combustible que la mantenía en movimiento.

Se dejó la garganta gritando su nombre cuando alcanzó un nuevo orgasmo, se aferró a él mientras seguía cabalgando en ella, enloqueciéndola, haciéndole perder la cabeza y

desconectarse del mundo hasta que lo sintió estremecerse en su interior y un gruñido nada humano escapó de su garganta haciendo temblar el suelo bajo ellos.

—Y eso, cariño, es por no haberme avisado —le gruñó él al oído. La besó justo debajo del lóbulo y se arrancó de su interior. Un segundo después sus dedos volvían a acariciarla, desnudando el oculto clítoris y estremeciéndola al mismo tiempo—. Y esto es por la mejor mamada que me ha hecho una mujer en mi vida —ronroneó él arrastrando los dedos sobre su húmedo coño hasta la entrada de su ano. La suave caricia sobre el rosetón la estremeció completamente y la hizo abrir los ojos de golpe—. Dev…

—Sobre manos y rodillas, amor mío —gruñó acariciándole el culo con pereza—. Todavía no has acabado, mi Ava… Todavía no.

Como si un grupo de manos invisibles se cernieran sobre ella y la tocaran por todos lados, se encontró ahora sobre sus manos y rodillas, mirando el sillón individual ante ella mientras Dev dejaba caer una palmada sobre sus nalgas y acto seguido volvía a penetrarla.

—Ay, señor. No es posible… que ya vuelvas… a estar… así —jadeó al notarlo de nuevo duro y enorme.

—Soy un íncubo, amor, puedo aguantar toda la noche, sobre todo cuando tengo a una mujercita tan lujuriosa como compañera de juegos —ronroneó al tiempo que se retiraba tan solo una pulgada para volver a empujar—. Estás hecha a mi medida, Ava, eres todo lo que necesito, todo lo que deseo, todo lo que *quiero*.

Aquella última palabra llegó acompañada de un dedo incursionando en su trasero.

—¡Devon! —Se sobresaltó con un jadeo.

—Es mío… —ronroneó inclinándose sobre ella, cubriéndolos a ambos con sus alas, ya fuese para distraerla o por el placer de hacerlo—. Tu culo, tu coño, sus pechos, tu preciosa boca… Todo es mío. Tú deseas que lo sea, ¿o me equivoco?

No, no se equivocaba. Ella era suya, lo era desde el momento en que sus ojos se cruzaron por primera vez.

Empujó un poco más en su trasero haciéndola estremecer y volvió a acariciarle el oído con el aliento.

—Y yo soy todo tuyo, Avalon —pronunció su nombre completo—. Cada centímetro de mí, incluida mi hambre, son tuyos.

Se estremeció.

—Te follaré aquí. Un día. No sé cuándo… —ronroneó retirando el dedo solo para volver a empujar en su culo—. Y cuando lo haga, mi amor, gritarás de placer. Te lo prometo.

Antes de que pudiese decir una sola palabra al respecto, se retiró de su sexo y volvió a empujar penetrándola al mismo tiempo con el dedo.

—Oh Dios.

—Poco a poco, mi vida, poco a poco.

La doble penetración se sentía extraña, pero caliente. Mantuvo ese dedo en su culo mientras la follaba de nuevo con fuerza, entrando y saliendo de ella, riéndose cuando le chillaba alguna cosa o siseaba para que lo hiciese más fuerte. No supo cuando empezó a mover el dedo enterrado en su ano, pero cuando lo hizo las penetraciones se alteraron volviéndola loca, creando sensaciones completamente nuevas y que la hacían preguntarse lo que sentiría cuando fuese su polla la que estuviese profundamente enterrada en su culo y no ese travieso dedo.

El pensamiento la asustó y excitó al mismo tiempo, su sexo se apretó alrededor del miembro masculino y no pudo evitar gemir.

—¿En qué estarás pensando, corazón mío, en qué estarás pensando? —Se rio sin dejar de

bombear en su interior—. ¿Quieres compartirlo conmigo en voz alta, Ava?

—¡No! —jadeó y empujó hacia él—. Cállate y fóllame.

—Pensé que eso lo estaba haciendo ya —se burló y, como si quisiera torturarla, el dedo que jugaba todavía en su ano se retiró y cuando volvió lo hizo mucho más ancho, como si hubiese metido una segunda falange—. Respira, amor, solo respira…

Se atragantó con sus propias palabras al punto de que solo pudo gemir mientras esos dos dedos trabajaban ahora en su culo, ensanchándola, haciendo que la delgada membrana entre su sexo y su esfínter pareciese inexistente y sintiese que iba a enloquecer.

No había dolor, tan solo un pequeño y caliente escozor que la estaba desesperando, que hacía más intensas todas y cada una de las sensaciones que la atravesaban.

Ava no podía pensar, su cuerpo ya no le pertenecía, Devon se había adueñado completamente de él y todo lo que podía hacer era jadear, gemir y suplicar.

—Dámelo otra vez, Ava, dame tu orgasmo —lo escuchó gruñir mientras la penetraba con fuerza con su polla, empujando al mismo tiempo los dedos en su culo, alternando los movimientos hasta que el mundo estalló en pedazos a su alrededor, volatilizando su mente y llevándola hacia el bendito olvido.

No fue consciente del momento en que su amante alcanzaba su propia liberación, ni de las palabras de amor que le susurraba al oído, ni de la delicadeza con la que la envolvió en sus brazos y en sus alas antes de transportarlos a los dos a la cama.

«Te quiero, Ava».

El susurro fue tierno, lejano, pero se le metió en el corazón y, aún dormida, esbozó una sonrisa.

CAPÍTULO 51

Había algo relajante en la manera en que Ava le acariciaba el ala, tanto que estaba a un tris de quedarse dormido si su mujer seguía haciendo aquello.

—Es… Es asombroso.

—Eso ya lo dijiste.

—Es que son tan suaves.

—Eso también lo dijiste.

—¿Puedes volar con ellas?

—Eso no lo dijiste. Y sí. Puedo volar. O planear, más bien, ya que requiere menos esfuerzo —admitió con los ojos cerrados, acariciándole el hombro con la misma suavidad que empleaba ella.

—¿En serio? —Abrió tan solo un ojo al escuchar la incredulidad en su voz y sentir sus emociones cambiando de melodía.

—*Ajá* —admitió con una perezosa y petulante sonrisa—. Es divertido. Y la sensación de sentir el viento hinchándolas… es indescriptible. Aunque no es algo que puedas hacer en pleno día y menos en el siglo veintiuno con tanto *drone* volando por ahí.

—¿Dev?

—Dime.

—¿Cuándo naciste exactamente?

—Tú todavía no existías.

—Cuándo. —insistió dejando las caricias para incorporarse y mirarle a la cara—. Venga. Dilo. No puede ser peor que eso. —Señaló su ala—. Venga. ¿Cómo eres de viejo?

—Serás mocosa…

—Y bruja, no lo olvides —replicó con una sonrisita curvándole los labios.

Resopló y se inclinó para susurrárselo al oído.

—Nací ese día.

Ella se lo quedó mirando como si le hubiese salido una segunda cabeza. Entonces cerró la boca, volvió a tumbarse y se abrazó a él por debajo del ala que los cubría a ambos.

—Eso me pasa por preguntar.

—Pues sí —admitió conteniendo una risita, la besó en la cabeza y la ciñó contra su costado.

—¿Cómo es tu familia?

La pregunta lo cogió por sorpresa. A pesar de haber mencionado a su familia en alguna ocasión, ella nunca había parecido interesada en saber de ellos.

—Dijiste que tu madre pertenecía a una… rama y tu padre a otra —mencionó sin levantar la cabeza de su pecho.

—Mi madre, Nicola, es *empathis* —respondió pensando en que su progenitora y en lo que tendría que oír de su boca cuando se dignara a ir a verla a ella y a su padre. Más aún, ya podía ponerse a cubierto cuando llegase el momento de decirle que tenía una preciosa compañera con la que pensaba pasar el resto de su vida—. Es pequeñita, voluptuosa, tiene el pelo castaño claro y sus ojos… Bueno, yo he heredado su color, así que te harás una idea. Es una esponja emocional, pero tiene una maestría incluso superior a la mía y puede resultar un poco… empalagosa.

Siempre encima de ti achuchándote, besuqueándote… *Uf*… Intenta decirle que ya no eres un niño y que se corte un poco y verás con qué te sale.

Ava sonrió e incluso soltó una risita.

—Parece una mujer agradable.

—He descrito a una mujer dulce, cariñosa y hogareña, ¿verdad? —replicó con una mueca —. Pues quítatelo de la cabeza. La primera impresión que cualquiera que la ve tiene de ella es la de una guerrera. Alguien fuerte, distante y dura de mollera, la cosa cambia cuando se trata de mi padre, de mí o de la gente que quiere. Es una leona defendiendo a los suyos. Y como tenga que gritarte, mejor huye. Yo lo hago.

Lo miró como si pensase que se estaba burlando de ello.

—¿Es en serio?

Sonrió pícaro y se inclinó para mordisquearle el cuello.

—Cada palabra, cariño, cada palabra.

—Pero serás bicho… —le pegó ella—. ¿Y tu padre? ¿Otro bruto como tú?

Devon rompió a reír a carcajadas.

—De los pies a la cabeza —aseguró risueño—. Mi padre, Mitra, es un *incubare* puro. Las alas que llevas acariciando un buen rato las he heredado de él. Es quién me enseñó a volar y quién me dijo que tenía que abrir mis horizontes. Es uno de los guerreros de la comunidad y también uno de sus… *Conciliar*. Algo similar a un alcalde, para que entiendas la similitud. Él fue quién me obligó a ir a escuelas humanas y después a sus universidades. Me animó a vivir entre ellos, a aprender de otras razas y etnias, a aceptar a todo el mundo fuese de la condición que fuese o tuviese los defectos que tuviese. Fue una forma de enseñarme que yo no era menos que los demás por ser mestizo.

—Eso también lo has heredado de él, entonces —mencionó ella.

—Supongo que sí —admitió y añadió—. Físicamente… Mi madre siempre bromea diciéndome: *Devie, ese es tu futuro, así que procura no darte a la cerveza para que no te salga la misma barriga que a tu padre.*

Ava se rio al escuchar sus palabras.

—¿Te llama *Devie*?

—O Karma. O Devon Karma. Depende del día y de si quiere lanzarme algo a la cabeza o revolverme el pelo —admitió con un ligero encogimiento de hombros que tiró de sus alas.

—Parecen dos personas muy distintas, ¿cómo llegaron a conocerse?

Una buena pregunta, pensó, sobre todo porque la explicación tenía mucho que ver con cosas que todavía no le había dicho a ella, con el apareamiento de su pueblo y su propia vida.

—Son muy distintos, pero estaban destinados a estar juntos —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. El pueblo de mi madre crea entre sí lazos muy profundos. Su capacidad para ver y escuchar o sentir las emociones hace de los *empathis* una raza que necesita del contacto de otros para sobrevivir, para relacionarse o vivir… En cambio, la de mi padre se rige más bien por la afinidad… sexual.

—¿Afinidad sexual?

—Son *incubare* —declaró como si eso lo explicase todo, pero por supuesto, a ella no le diría absolutamente nada—. Su naturaleza es puramente sexual. Son promiscuos y muy sensuales, así que buscan parejas que sean afines en ese terreno, después de todo… Como demonios sexuales también nos alimentamos del sexo.

—Ah.

Dev sacudió la cabeza y sonrió.

—Pero también somos muy emocionales —admitió en voz baja, como si le estuviese contando un secreto—, así que por lo general nos sentimos atraídos hacia personas que tienen nuestros mismos apetitos o que despiertan esa necesidad en nosotros.

—Hablas del pueblo de tu padre como tuyo, pero no del de tu madre.

—Eso es porque mi lado dominante es *incubare*, no *empathis* —admitió con sencillez—. Poseo los dones de ambos, pero genéticamente, ganó mi padre.

—Vale, eso sí lo entiendo —aceptó ella y resbaló la mano sobre su pecho—. Sigue.

—Mi padre se sintió atraído por mi madre, consideró que ella era la adecuada para pasar el resto de su vida a su lado y después de perseguirla, hacerle la corte y arrastrarse como un gusano, mi madre le hizo caso, se aparearon y después de follar como conejos, nací yo.

—¿Aparearse y follar no es lo mismo? —replicó irónica.

—Sí y no —admitió con un suspiro—. Cuando un *incubare* encuentra a su otra mitad, la mujer u hombre con el que siente que encaja, tiene la opción de *aparearse*… Es decir, de elegirlo como pareja. Algo parecido a un matrimonio solo que sin ceremonia, papeles y sí mucho sexo. Es tradición que las parejas que deciden unirse lo hagan durante el *Walpurgis*, la noche de las hogueras. Una fiesta pagana asociada con la fertilidad.

—*Walpurgis* —repitió la palabra como si la estuviese saboreando.

—Los humanos soléis darle otras connotaciones, la conocéis como *Beltane*… aunque esa fiesta se celebra el uno de mayo, mientras que el *Walpurgis* empieza la noche del treinta de abril.

—Eso es dentro de poco más de una semana. —Señaló ella levantando la cabeza para mirarle—. El día que finaliza nuestro contrato.

Él asintió.

—Así es —aceptó mirándola a los ojos—. Ava. El *Walpurgis* tiene además otra connotación para los *incubare*. Esa noche, desde el momento en que se encienden las hogueras hasta la salida del sol celebramos *la Cacería.* —Ella se removió en sus brazos para poder mirarle a la cara mientras hablaba—. Todos los machos no apareados suelen participar de ella y también las hembras que están interesadas en encontrar pareja. De entre todos los candidatos se elige al *Cazador* y al *Líder de la Jauría*, que son los dos únicos que pueden disputarse la atención de la *Doncella*, la hembra elegida que representa la fertilidad.

—Devon Sheffield, llámalo por su nombre; orgía. Eso es una bacanal en toda regla —chasqueó Ava e hizo una mueca—. Pues sí que se lo pasa bien tu pueblo.

—De lujo —replicó irónico y añadió—. El ritual se lleva a cabo en un lugar concreto, así que solo compete a los que desean participar. Los demás, bueno, es una noche… calentita para los *incubare*. Incluso para quien es mestizo.

—Como si tus noches no lo fuesen —admitió ella con una perezosa y sensual sonrisa—, calentitas, digo.

—Esta sería más calentita aún, cariño —admitió y tenía que reconocer que le avergonzaba un poco admitir eso en voz alta ante ella—. En *Walpurgis* los instintos de caza se agudizan, la lujuria se convierte en parte del juego y las cosas pueden ponerse un poco más intensas que de costumbre… Por eso es la noche en la que las parejas deciden si quieren elegirse el uno al otro o si solo quieren disfrutar del momento.

—¿Y qué diferencia hay entre ser pareja o no? —preguntó con inocente curiosidad.

—La misma que hay entre pasar un buen rato con una compañera de cama dispuesta o elegirla para que sea la única durante el resto de tu vida —respondió eligiendo las palabras con cuidado.

—¿Y cómo sabes que esa persona es la adecuada, que es con quién quieres pasar el resto

de tu vida? —insistió ella con suavidad.

—Porque ya no imaginas despertarte por la mañana y no verla a tu lado en la cama, no contemplar más su sonrisa, olvidar su rostro, su aroma, el tono de su voz —resumió—. Porque sin ella volverías a estar incompleto… como esa solitaria pieza retorcida de ajedrez.

Ava se lo quedó mirando sin decir nada, pero tampoco eran necesarias palabras, sus emociones, el brillo en sus ojos, todo su cuerpo hablaba sin necesidad de palabras o sonidos.

—Eres la reina que le falta a mi rey —murmuró en voz baja—. Sé lo que ese rey oscuro desea, lo que desea con todas sus fuerzas… pero también sé que tiene que dejar elegir a su reina.

—¿Y si la reina ya ha elegido? —respondió con su mismo tono de voz—. ¿Si ella ya sabe lo que quiere, lo que siempre ha deseado por encima de todo?

—Si la reina lo sabe, que se lo diga a su rey… cuando termine el contrato.

Una suave mano de dedos delgados le acarició la mejilla antes de que su dueña dijese:

—En la noche de *Walpurgis*.

Ava tiró de él hacia su boca, a sus dulces labios que prometían el mismísimo cielo.

CAPÍTULO 52

Ava había olvidado lo que significaba levantarse cada mañana para irse a trabajar, lo que era tener que cumplir un horario sin poder darse el capricho de hacer un alto para tomarse un café o abandonar el proyecto con el que estaba para retomarlo en otro momento. Recuperar la rutina, sentarse detrás de un escritorio, ver y saludar a otras personas eran cosas que antes daba por hecho y que ahora, tras un par de días en la fundación, seguía costándole un poco.

Si no fuese por el buen ambiente que había en la fundación, por la inestimable ayuda de Emily, quién se había hecho cargo de que se sintiese a gusto, así como la presencia de Dev e incluso de los niños que él llamaba «las fieras», posiblemente habría tirado la toalla al segundo día.

No se trataba tanto del hecho de salir de casa, de interactuar de nuevo, pues a eso ya se había enfrentado en el pub dónde conoció a su amante, sino de retomar una labor que había realizado antes del accidente, antes de que su mundo hubiese cambiado por completo.

Por suerte, sus audífonos habían decidido funcionar medianamente bien. De hecho, no habían vuelto a darle fallos de estática ni la habían dejado en completo silencio, aunque este último empezaba a entenderlo y dominarlo al punto de poder pasar algo más de tiempo en la ducha sin que le entrase el pánico. Sin duda, la terapia que Dev practicaba con ella casi cada día era la responsable de dicha mejoría.

Sí, aquellos días estaban siendo una prueba, una de las muchas que todavía le quedaban por delante, pero estaba deseosa de afrontarlas y ver que le deparaba el futuro.

Y hoy, tan pronto como se pusiera el abrigo y recogiera su bolso, se enfrentaría a la primera de ellas.

—Ava, Dev te está esperando en la puerta —le informó Emily entrando en el área de secretaria y prácticamente arrancándola del asiento para hacerla salir—. Julian acaba de decirme que Nyx va para la clínica. Así que mueve el culo. Hoy es tu día.

Sonrió e incluso dejó escapar una pequeña risa ante tanta premura. Todo el mundo estaba al tanto de que esa tarde por fin le pondrían las nuevas prótesis y habían actuado durante todo el día como gallinas cluecas. Incluso Kenzie la había llamado tres veces; una para decirle que ya le habían ingresado la indemnización correspondiente en la cuenta y dos para preguntarle a la hora que tenía que estar en la clínica.

«Si piensas que te voy a dejar sola en un día tan importante como este, estás loca».

No. Ella no la dejaría sola. Había estado a su lado durante cada paso del camino y también lo estaría hoy. Kenzie era así, alguien que se metía en tu vida y se quedaba para toda la vida; lo quisieras o no. Igual que el agente que la esperaba fuera, el hombre al que había encontrado sentado en la barra de un pub, quien la sorprendió con un completo desayuno el primer día que se coló en su casa y no la había dejado caer en ningún momento.

—Vamos, vamos… —La empujó hacia el pasillo—. No les hagas esperar o se pondrán de un pesado que no habrá ya quién los aguante.

—Lo tendré en cuenta —aceptó divertida y se volvió en el último momento solo para despedirse—. Nos vemos el lunes. Si todavía me queréis por aquí.

—¿Es una broma? Si alguien intenta alejarte de aquí, me los como con patatas —aseguró llevándose las manos a las caderas—. Devon ya puede quitarse de la cabeza cualquier idea que

tenga con respecto a robarte para *Priya*. Eres nuestra. Aquí tienes tu sitio y lo tendrás hasta que tú quieras.

—En ese caso, hasta el lunes —le sonrió y se despidió con la mano.

El sonido de los tacones y sus propios pasos la hicieron bajar la mirada a los pies.

Sus nuevos zapatos eran un regalo inesperado, uno que le había hecho Kenzie para celebrar que tenía *un trabajo de verdad*.

«Todo nuevo camino se merece unos zapatos nuevos». Le había dicho ella. *«Ya lo que te pongas después es cosa tuya»*.

Kenzie había estado encantada con la noticia, incluso su madre, quién la había llamado un par de días atrás, había sonado contenta por teléfono. Por supuesto, no había dejado pasar la oportunidad de soltarle alguna de sus perlas, pero dejó de importarle en el momento en que escuchó a su padre darle la enhorabuena por la victoria contra la «ameba» y decirle que ya podía invitar a la loca esa que tenía por abogada a una buena cena por el milagro conseguido.

Estaba claro que la relación con sus progenitores siempre sería de aquella manera, pero mientras no se metiesen en su vida y la dejasen vivir como quería, no se quejaría. Ellos habían hecho su tarea al criarla, darle una educación y enseñarla a pensar por sí misma, así que ahora era su turno de elegir el camino que quería seguir.

Y ese la estaba llevando ahora mismo hacia el hombre que la esperaba frente a la puerta principal con el coche en marcha.

—Mueve el culo, Ava.

—¿Pero qué os ha dado hoy a todos con mi culo? —resopló bajando las escaleras para abrir la puerta del copiloto e inclinarse para ver a Dev al volante—. Deja mi culo en paz.

—¿Con lo que me gusta? —Le soltó pícaro—. Ni en sueños, cariño mío, ni en sueños.

Puso los ojos en blanco y se subió al coche.

Parecía mentira que después de que fuese precisamente un accidente de tráfico el que le hubiese quitado la audición, todavía fuese capaz de sentarse en un automóvil sin sufrir un paro cardíaco o revivir el trauma.

Uno de los especialistas del hospital le había dicho en una ocasión que se debía a que probablemente no recordase con nitidez el accidente en sí y que no era ella la que iba al volante.

Si bien aún se tensaba de vez en cuando, sobre todo cuando escuchaba sonidos extremos como un frenazo o el sonido del claxon, podía relajarse en el momento en que el conductor empezaba a hablar o la música invadía el habitáculo.

—¿Todo bien?

Se puso el cinturón de seguridad y asintió.

—Empezamos a ver la luz en medio de tantos papeles —admitió poniéndose cómoda—. Los chicos ya no tendrán que volver a sufrir las comidas improvisadas de vuestros chefs, ni las extrañas comidas del catering que llegaron de *Industrias Corso*. Tenemos catering nuevo, proveedores e incluso a alguien que se va a encargar del comedor.

—Buen trabajo —mencionó abandonando el lugar para salir a la carretera.

—Y también hemos contratado los servicios de un equipo de jardinería para que hagan algo con esa selva, porque Emily y yo nos negamos a arrancar más hierbajos.

Dev sonrió, pero mantuvo los ojos en la carretera.

—Me está costando un poco volver a esto, pero… el lunes estaré de nuevo detrás de esa mesa e intentaré desentrañar esas facturas —admitió mirándole—. Si estás libre, me vendría bien una mano con la contabilidad.

—Cuenta conmigo —respondió echándole un vistazo—. Karen no ha amenazado todavía

con comerse a nadie, así que es señal de que *Priya Holding* puede sobrevivir todavía unos cuantos días más sin mí.

—¿Te estás escaqueando del trabajo, señor Sheffield?

—Si estuvieses allí iría todos los días y sin protestar, como no es así, que se aguanten —replicó tan tranquilo, cosa que le hizo sonreír.

—Las vacaciones se te están terminando, Dev.

—Lo sé, Ava, lo sé muy bien.

Se miraron y no hubo necesidad de decir nada más.

No tardaron más de media hora en llegar a la clínica. Su compañero no tuvo ni siquiera que dar vueltas para buscar aparcamiento, pues había sitio libre.

Cerró la puerta tras de sí y miró el edificio al que llevaba asistiendo casi todo el último año.

—¿Crees que funcionará y las nuevas prótesis serán las definitivas?

Un fuerte brazo le rodeó la cintura y la atrajo contra él.

—Sé que lo serán, de lo contrario estrangularé al Dr. Corso y luego lo hará Julian —declaró con tal placidez que no pudo más que volverle a mirarlo con gesto de sorpresa—. Al rubiales le gustas. Mucho. Dice que si su hermano no te da lo que te ha prometido, se lo digas… y él se encargará de destriparlo.

Se lo quedó mirando y dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

—Sois unos chalados.

Dev sonrió y le guiñó el ojo.

—Él lo sabe, tú lo sabes, yo también lo sé… Lo superaremos.

Solo había visto a Julian Corso un par de veces y brevemente durante esos últimos días y no es que hubiesen hablado demasiado. De hecho, solía concentrarse en Emily y en pincharla hasta que la chica echaba mano a lo primero que tenía delante y amenazaba con abrirle la cabeza si no se largaba y la dejaba en paz de una buena vez.

El tipo sonreía, meneaba la cabeza y entonces sí se tomaba un momento para saludarla o despedirse de Ava. Si eso era lo que su amante entendía como «gustarle mucho a alguien»… Pues vale.

—¡Chicos!

Ambos se volvieron al escuchar la voz femenina procedente de algún punto al otro lado de la carretera. Kenzie los saludó con la mano y cruzó rápidamente.

—Por Dios, el metro hoy es un infierno —anunció deteniéndose frente a ellos—. Un poco más y no llego. Y salí con tiempo de sobra. —Sacudió la cabeza y le cogió la mano—. ¿Qué tal el trabajo? ¿Todo bien, *ratona*? Hola a ti también, *ratón*. —Le lanzó un beso a Dev, quién sonrió.

—Hola, Kenzie.

—Todo bien —asintió—. Intentando acostumbrarme de nuevo a trabajar en una oficina, pero… Genial. Sí.

—Eso es lo que quería oír —aceptó su amiga y señaló la puerta de la clínica—. Venga, no te hacemos esperar más. Adentro.

Ava levantó la cabeza y miró la puerta que había traspasado tantas veces, tomó aire y dio ese necesario paso adelante; el primero de todos los que vendrán, se recordó a sí misma.

El Dr. Cross ya les estaba esperando con su colega.

Nyx Corso saludó a Dev y ambos intercambiaron un par de comentarios que aludían a su hermano Julian e intercambió un educado saludo con Kenzie, quién por primera vez desde que la

conocía se quedó sin palabras.

—Bueno, ¿está lista, Avalon?

Asintió, aunque por dentro temblaba como un flan.

—Bien, entonces vamos. —La invitó a pasar al mismo área de consulta en el que la había examinado la otra vez y probado los audífonos. Echó un vistazo hacia atrás y vio como Kenzie levantaba los dos pulgares y le sonreía tranquilizadora y Dev le sostenía la mirada con esa tranquilidad contagiosa.

—Estaremos aquí.

Asintió y se volvió hacia el médico, quién la esperaba para pasar a la sala contigua.

—¿Nerviosa? —le preguntó mientras cerraba la puerta dejándolos a los dos aislados de todo lo demás.

—¿Le miento?

—No tiene que estar nerviosa, todo irá bien, ¿de acuerdo? —La tranquilizó—. Julian me dijo que la había conocido en la fundación y que además ahora trabaja allí.

—Solo llevo un par de días.

—Lo hará bien —aseguró y se volvió para comprobar todo lo que ya tenía dispuesto sobre la mesa. Cogió una cajita y se la acercó—. Aquí están sus nuevas prótesis.

Todavía le sorprendía lo pequeñas que eran, mucho más ligeras y aparentemente más cómodas que las que usaba.

—Bien. Le diré… —Se detuvo, la miró en silencio durante unos largos segundos y frunció el ceño—. Te diré lo que haremos… —El tono de su voz parecía cambiar al dejar de tratarla de usted y, para su propia sorpresa, se relajó en cuanto la escuchó—. Para empezar, nos tutearemos, ¿de acuerdo? —le dijo—. Llámame Nyx. Y segundo, te voy a quitar los dos audífonos. Primero uno y luego el otro. Vas a perder todo contacto con el sonido durante un rato. Después te colocaré la prótesis en el oído derecho y haremos los ajustes necesarios.

Asintió entendiendo los pasos.

—Para calibrar el sonido. Sí, lo sé.

—Sí, eso y para que aprendas cómo ponértelos y quitártelos tú misma, ¿de acuerdo?

Movió la cabeza con un gesto afirmativo.

—Bien, pues vamos allá.

El silencio volvió a engullirla tan pronto como Nyx le retiró los dos audífonos. Fue como volver a hundirse en el agua, dónde no había ningún sonido, nada que en absoluto. Se obligó a respirar lentamente, a mantener la mirada fija en un punto hasta que él le indicó con sencillos gestos que iban a empezar.

Nada y luego todo.

Abrumador, todo era demasiado abrumador, pero incluso en medio de aquella vorágine que parecía llegarle de todos lados, había algo único, mágico.

Un roce. Un par de pasos. El abrir y cerrar de una caja. Todo era nítido, demasiado nítido.

—Avalon.

Se sobresaltó y se llevó la mano inmediatamente al oído. Su voz era mucho más clara y profunda, la golpeó más que acariciarla, pero no pudo evitar la sonrisa que le curvó los labios.

—Vamos a bajarlo un punto, ¿de acuerdo?

—Sí. —Su voz, su propia voz sonaba… como antes, como siempre había sido.

—Está bien, pequeña, sé que el cambio es notable —admitió el médico con una amable sonrisa mientras le ajustaba de nuevo la prótesis—. ¿Mejor ahora?

Infinitamente mejor, pensó y asintió.

—Muy bien, pues vamos a por el otro.

Repitió la operación hasta ajustar el sonido y cuando quedaron ambos con el rango necesario para cada oído, volvió a oír de una forma que jamás creyó posible.

—Muy bien, pues solo queda levantarse —le indicó haciéndose a un lado.

Equilibrio, sensación de espacio, sonido. Todo era uno para ella. Cada paso, cada roce de papel, sus tacones por el suelo.

—Es… increíble.

Nyx sonrió y señaló con un gesto la puerta cerrada.

—¿Les abrimos?

Respiró profundamente y asintió.

—Por favor.

Vio como cruzaba la sala, abría la puerta y les dedicaba un par de frases a sus interlocutores.

—Bueno, pues aquí tenéis a Ava.

Su amiga miró a Dev y él asintió, permitiéndole ir primero hacia ella.

—Desde luego, *ratona*, ni siquiera parece que lleves algo en las orejas —sonrió su amiga avanzando hacia ella, mirándola como aquella primera vez en el hospital—. Dime que escuchas mi maravillosa voz alta y clara.

—Te escucho alta, clara y maravillosa —asintió con una genuina sonrisa curvándole los labios—. Es… increíble. Tu voz… suena como antes… Es como si… Como si hubiese estado acatarrada todos estos meses y ahora… Ahora te escuchase bien.

—Joder, no me digas eso que me das en toda la patata… —replicó ella abanicándose el rostro, los ojos brillantes por las lágrimas—. Te lo dije, ¿no es así? Te dije que lo conseguirías, que saldrías adelante. Y mírate, aquí estás.

—Lo hiciste, Kenzie, sí que lo hiciste —admitió y un segundo después ambas se fundían en un apretado abrazo.

—Bueno, ya, que se me corre el maquillaje… —rezongó su amiga dando un paso atrás.

—No llevas maquillaje, tonta.

—*Shh*, tú a callar.

Sonrió y se volvió hacia Devon.

—Ava.

El sonido de su voz fue como una caricia en lo más profundo. Su matiz era más denso, más sensual, pero seguía siendo su voz.

—¿Qué tal me quedan? —preguntó ladeando la cabeza. El gesto hizo que el pelo se le cayese de nuevo hacia delante.

—Veamos… —mencionó y se lo apartó de nuevo con los dedos, dejando su oreja al descubierto—. A primera vista me gustan tus orejas, son sexis. Aunque eso ya lo sabes…

—Dev, te recuerdo que estamos en una consulta médica —musitó divertida, encantada por escuchar los matices de su voz con tanta claridad, sintiéndose de nuevo completa de una forma que nadie podría entender jamás—. Pero me alegro de que te gusten.

—¿Ya tienes todo lo que deseas, *milady*?

Deslizó las manos en las suyas y se las apretó.

—Todavía no, pero estamos cerca, muy cerca —admitió perdiéndose en su mirada una vez más.

CAPÍTULO 53

Días más tarde…

Devon sintió el momento exacto en el que el vínculo creado por el pacto lo abandonó. Se quedó quieto junto a la puerta de su dormitorio, observando a la mujer que dormía plácidamente sobre la cama. Su mujer. Su otra mitad.

Ese hilo que conectaba a un cliente con su agente se había diluido hasta desaparecer, pero no sintió el vacío que solía quedar detrás, el tacto fantasma que acabaría desapareciendo en cuestión de horas. Lo que sentía por ella seguía allí, firme, fiero, tan profundo que juraría que se había arraigado no solo a su corazón, sino también a su alma.

Su reina blanca. La otra mitad de un ser imperfecto, la pieza que encajaba a la perfección y lo completaba como ninguna otra podría hacerlo en esta vida.

Ava había sido un regalo inesperado, una responsabilidad y un desafío y solo podía dar las gracias a quién estuviese manejando los hilos del destino por permitirle conocerla.

Se movió y fue hasta la cama, se sentó en el borde y resbaló los dedos apartándole el pelo de la cara. Los nuevos audífonos eran discretos, suaves y podía sentir el toque de Nyx en ellos. Era increíble como algo tan pequeño podía cambiar la vida de una persona, como podía devolverle la confianza, la sonrisa y las ganas de superarse.

—Ava —murmuró sonriendo cuando se revolvió debajo de su caricia—. Cariño.

—Um… —musitó ella con voz dormida, posiblemente ni siquiera supiera lo que estaba diciendo.

—Tengo que irme.

—No —rezongó, se revolvió un poco más y no se detuvo hasta haber encontrado su mano. Se aferró a ella y suspiró somnolienta—. No te irás… tu lugar está aquí, conmigo…

Sonrió para sí.

—El contrato ha llegado a su fin —le dijo con suavidad, acariciándole la mano con el pulgar—. Tengo que volver a la agencia. Son las normas.

Un murmullo incomprensible salió de su garganta, entonces añadió:

—Vuelve a mí… —suspiró atrayendo su mano para usarla de almohada—. Cuando termines… vuelve a casa.

Se inclinó sobre ella, dejando que sus labios le rozaran el oído.

—Prometido —respondió—. Volveré a ti, volveré a casa… Y esta noche, te diré todo lo que no he podido decirte hasta ahora.

Su pequeña humana no respondió, pero tampoco era necesario.

La besó en la mejilla y se apartó lentamente, sintiendo la instantánea pérdida en el momento en que sus dedos abandonaron los suyos. Una vez volvió a ponerse en pie, convocó mentalmente un trozo de papel, escribió un par de líneas y la dejó sobre la mesilla de noche.

—Hasta esta noche, amor mío.

Respiró profundamente y sin dejar de mirarla se envolvió en las sombras a las que era a fin y se trasladó con tan solo un pensamiento a la entrada del edificio de la agencia.

Las primeras luces del amanecer ya habían empezado a desterrar la noche, la ciudad de

Londres empezaba a despertarse poco a poco para iniciar el último día de jornada laboral y a juzgar por la ausencia de nubes en aquel cielo que solía pasarse buena parte del año nublado, parecía que el mes de abril quería despedirse con un tiempo puramente primaveral.

Abandonó el exterior del edificio y se trasladó directamente a la planta que le interesaba. No había hecho más que enfilar el pasillo que llevaba a la sala de reuniones cuando se encontró con Maddie caminando hacia él mientras consultaba algo en la Tablet que llevaba en las manos. La harpía notó su presencia al instante y tan pronto lo vio sus labios se curvaron en ese conocido rictus.

—Devon Sheffield madrugando, ¿a qué debemos este milagro?

—¿Zachary está en el edificio? —Ignoró su comentario y fue directo al grano.

—El jefe todavía no ha llegado —replicó mirándole de la cabeza a los pies—. ¿Qué necesitas?

«Buenos días, agente Sheffield». La voz de la I.A. de la agencia resonó a través del pasillo impidiendo con toda probabilidad una nueva discusión entre Maddie y él. *«El agente Zachary no está en el edificio»*.

—Gracias, Demonía —replicó mirando todavía a la mujer que se limitó a levantar la barbilla y mirarle como si fuese un gusano—. Demonía. A la sala de juntas, por favor. —Pidió antes de decirle a la arrogante mujer que seguía de pie ante él—. Avísame cuando llegue Zachary.

No esperó por una respuesta, pasó junto a ella y se dirigió a la sala a la que había hecho referencia.

«¿En qué puedo ayudarle, agente Sheffield?».

Aquella voz informatizada siempre le provocaba una sensación extraña. Sabía que no era alguien físico, por todo lo que sabían Demonía solo era una inteligencia artificial creada por el sobrenatural programa de la agencia, pero en momentos como aquel, su voz parecía dotada de emociones o algo similar.

—Finalización de contrato, Demonía —informó al tiempo que hacía aparecer su acreditación y iPad sobre la mesa y sonreía con ironía al ver aparecer también un café y pastas que él no había convocado.

—Gracias por el café.

«No tiene que darlas. Cumplo con mi obligación para con los agentes». Respondió la I.A. del programa de la agencia.

—¿Y entre tus obligaciones estaba la de ponerme en el camino de Ava? —preguntó dando voz a la pregunta que llevaba haciéndose desde el momento en que la chica le entregó la pieza de la reina blanca.

Silencio. Esperó unos segundos más, pero no hubo respuesta a su pregunta. Cogió el café y le dio un sorbo. Estaba tal y como a él le gustaba.

—Demonía. Nombre: *Devon Karma Sheffield*. Número de agente: 15052022 Solicito el cierre del contrato con *Avalon Wilkinson*. Fecha de finalización: *Treinta de abril*. No se reportan incidencias.

«Solicitud aceptada». La respuesta esta vez fue inmediata. *«Contrato cerrado y archivado, agente Sheffield»*.

Miró la taza de café que todavía tenía entre las manos, suspiró y dejó que las palabras saliesen de su boca:

—¿Puedo hacerte una pregunta, Demonía?

«Está autorizado a ello, agente Sheffield. Adelante».

—¿Por qué me asignaste a Avalon?

«Era el agente adecuado para el perfil de la solicitante».

—¿Solo por eso? —insistió echándose hacia atrás en la silla.

El silencio volvió a ser su única respuesta. Resopló y dejó el café de nuevo sobre la mesa y alzó la mirada hacia el techo, como si la entidad estuviese allí.

—¿Por qué me entregaste la pieza de ajedrez de rey negro?

Silencio de nuevo. Sacudió la cabeza con evidente frustración, miró el plato de galletas, cogió una y se la metió en la boca al tiempo que se levantaba.

—Está bien… —rezongó y volvió al motivo de su presencia esa mañana en la oficina, el motivo por el que quería hablar con Zachary. La archivación del contrato podía hacerlo Demonía, pero lo que iba a pedirle era muy posible que tuviese que llevar el visto bueno del jefe —. Demonía. Solicito un cambio de rango. Dejo el servicio activo por…

«Necesitabas encontrar a la reina blanca, Devon». Lo interrumpió ella y ahí estaba esa sensación extraña que notaba en ocasiones. *«Es la única que puede completarte del mismo modo en que tú la completas a ella».*

—No eres solo un programa informático, ni siquiera una inteligencia artificial, ¿no es así?

El silencio volvió a ser su única respuesta.

Dev sonrió y levantó la cabeza como si pudiese ver a la propietaria de esa voz.

—Gracias, Demonía. En nombre de los dos.

Dio media vuelta, dispuesto a salir de la sala, y escuchó las últimas palabras de aquella extraña I.A. que mantenía la agencia.

«Devon Karma Sheffield. Cambio de rango. Nueva entrada como agente de apoyo emocional».

Dejó que sus labios se curvaran en una soslayada sonrisa, asintió con la cabeza y abandonó las oficinas de la *División Europa* de Londres. Tenía un largo día de preparativos por delante antes de poder volver con su otra mitad.

«Vuelve a mí. Vuelve a casa».

Ava todavía no lo sabía, pero eso era en lo que ella se había convertido para él; su hogar.

CAPÍTULO 54

Esa misma noche…

Una nota. El capullo de su novio le había dejado una nota en la mesilla de noche y luego había desaparecido durante el resto del día.

Buenos días, mi Ava.
Tengo que ausentarme durante el resto del día.
Volveré a ti esta noche. Espérame.

Tu novio,
Dev.

Escueta, sin un motivo que diese algo de sentido a su ausencia y en cambio un sinfín de preguntas que no habían dejado de asediarla durante todo el día.

Sabía que hoy era la fecha de finalización del contrato. Él le había explicado que una vez llegada la fecha límite, tendría que volver a la agencia para hacer el papeleo correspondiente y cerrar algunos asuntos pendientes. Incluso la había hecho partícipe de su intención de hacer ciertos cambios en su labor para Demonía.

«Empezaste siendo mi cliente y has terminado siendo una ocupa en mi cama». Le había dicho entre risas. *«Así que algunas cosas tendrán que cambiar tras la finalización del contrato»*.

Le había dado muchas vueltas a eso durante esta última semana. Él había ejercido de acompañante para esa agencia, había habido otras clientes antes de ella y la perspectiva de que siguiese realizando esa labor… Sacudió la cabeza.

Nunca había sido una mujer posesiva o celosa, pero la sola idea de que alguien más pudiese conocer lo que ella había conocido, la idea de perderle ahora que lo había encontrado.

—Ni hablar —farfulló y continuó rellenando la bandeja con los vasos sucios de las mesas que tenía que limpiar.

Ava levantó la cabeza y miró a su alrededor. El *Lorne* empezaba ya a vaciarse. Después de un par de horas intensas en las que casi había tenido que bailar por el local para evitar tropezarse con su compañera de turno a la hora de la cena, el ambiente se había relajado y ya solo quedaban algunas parejas tomándose una pinta o un café, un par de tipos en la barra y un grupo de cuatro amigas que celebraban la titulación conseguida por una de ellas.

No podía dejar de pensar en la cantidad de cosas que habían ocurrido en apenas un par de semanas, lo mucho que había cambiado su vida, su mundo y ella misma. Era demasiado poco tiempo para que hubiese podido pasar todo eso y sin embargo, el calendario no fallaba.

—Ava, ya puedes recoger también la mesa cuatro.

Se volvió al escuchar la voz de su compañera, quién iba con una bandeja en las manos llena de consumiciones para el grupo de chicas.

—Oído.

Nunca una palabra le había producido tanta emoción como aquella, pensó divertida.

Su audición había mejorado infinitamente gracias a los nuevos audífonos. Al principio le

había costado adaptarse a ellos. La manera en que filtraba el sonido, en que le permitía escuchar hasta el crujido de una hoja cuando la pisaba o el de un bolígrafo al caer al suelo era mucho más de lo que había tenido hasta este momento. Las voces parecían de repente demasiado nítidas e intensas, podía diferenciar a la perfección los matices y eso era emocionante y apabullante al mismo tiempo. Con todo, no cambiaría nada de ello, sus oídos ya se estaban acostumbrando de nuevo a aquel rango auditivo y ya no saltaba cada vez que Dev le susurraba al oído.

Oh, él se había reído y había disfrutado con eso durante toda la semana.

Y no era el único. Ella también lo había hecho.

Terminó de llenar la bandeja y enfiló hacia la barra en el mismo momento en que escuchaba la campanilla de la puerta y veía entrar a una jovencita. Esta se iba despojando de la chaqueta y sacándose el bolso por la cabeza mientras pedía perdón atropelladamente en sus prisas por pasar delante de la barra.

—¡Llegas tarde, Silvie! —Le dijo Elías siguiéndola con la mirada.

—¡Ya lo sé! ¿Te puedes creer que se me ha pinchado la maldita rueda de la bicicleta a un par de calles? ¡Esta ciudad me odia!

Escondió una risita, intercambió una mirada con la otra camarera, quién se limitó a poner los ojos en blanco y dejó su carga sobre la barra americana.

—Jefe, aquí le dejo esto.

El barman se volvió hacia ella y empezó a bajar los vasos al fregadero.

—Silvie ya está aquí, Ava, ya puedes irte.

—¿Me estás echando, jefe? —Se rio y el hombre hizo una mueca.

—Solo por hoy. —Señaló con la barbilla el reloj en la pared detrás de él—. Cuento contigo el próximo sábado, si estás disponible.

—Lo estaré —asintió dándole un toquecito con los dedos a la superficie de madera.

Su primera noche de trabajo en aquel lugar fue un completo desastre. Las prótesis le fallaban más que una escopeta de feria, se había cargado media cristalería y estaba más que segura que sería la primera y la última vez que pondría un pie en el local. Elías, sin embargo, había estado lo bastante desesperado o se había compadecido lo bastante de ella como para darle una segunda oportunidad. Había sido esa segunda noche de trabajo la que la había puesto en el camino de Devon, una noche que estaba segura de que no olvidaría mientras viviese.

Mantener este trabajo era algo que tenía más que ver con una necesidad personal de abrirse al mundo, de salir de la burbuja que había creado a su alrededor después del accidente, que el motivo económico por el que lo había aceptado para empezar.

Se quitó el delantal y rodeó la barra para ir hacia el almacén, dónde solía dejar el bolso y la chaqueta.

—¡Y llévate la cena! —Escuchó la voz de Elías desde la barra.

Se rio entre dientes y levantó la mano indicando que le había oído.

Cambios. Aquellas dos semanas habían sido de cambios y cada uno de ellos le había aportado algo bueno. Volvía a tener una rutina que la impulsaba a levantarse por las mañanas, un trabajo en el que se sentía realizada y sobre todo útil. Estaba creando nuevos vínculos con personas que, si hubiese seguido trabajando desde la barra americana de su cocina, no había conocido. Y lo tenía a él, el responsable de que todo aquello hubiese aparecido en el momento adecuado.

Devon Sheffield. Su agente Demonía. Su amante demonio. El amor de su vida.

Él era todo lo que deseaba, todo lo que alguna vez pudo soñar tener y esta noche se aseguraría de que lo escuchase de sus labios; así tuviese que atarlo y amordazarlo para que le

permitiese hablar.

Se estremeció de anticipación. Su cuerpo reaccionó calentándose al instante, sus pechos se volvieron pesados, se le endurecieron los pezones y tuvo que apretar los muslos cuando la humedad empezó a empapar su sexo. Un pensamiento y se convertía en un charquito de deseo, una palabra suya y adiós a la cordura.

Sacudió la cabeza, se puso rápidamente la chaqueta y se pasó la tira del bolso sobre la cabeza para cruzarla sobre el hombro. Recogió la bolsa con los dos recipientes que contenían la cena de esa noche y volvió al local para despedirse de su jefe.

—Buenas noches, jefe —lo saludó con la mano al pasar por delante de la barra—. Hasta el sábado.

—Pasa buena semana, Ava —le dijo antes de volver a concentrarse en su tarea.

El aire fresco de la noche la recibió acariciándole el rostro. No hacía demasiado frío, las luces de la ciudad ya estaban todas encendidas y la mayoría de la gente o ya había vuelto a sus casas o estaba en proceso de hacerlo.

Se aseguró el bolso, echó un vistazo al reloj, dio un par de pasos para salir a la acera y entonces lo vio.

—Dev…

Un escalofrío de placer la recorrió de la cabeza a los pies, el corazón empezó a latirle con más rapidez y una inesperada felicidad le llenó el pecho al verlo.

Apoyado contra la puerta del coche, con los anchos brazos cruzados sobre el pecho y vistiendo completamente de negro, su demonio era puro pecado.

La lenta y perezosa sonrisa que le curvó los labios y la manera en que descruzó los brazos y extendió una mano llamándola con el índice fue todo lo que necesitó para que a sus pies le salieran alas y cruzase la calle hasta él.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —preguntó nada más llegar a su lado.

Negó con la cabeza. Ni una palabra. Solo esa mirada intensa sobre ella.

Ese hombre era sexo en estado puro. Enorme, sexy, absolutamente deseable. Sus ojos castaños se habían aclarado hasta tornarse del tono del whisky, esas motitas blancas brillaban sobre ellos como pequeñísimas estrellas y la forma en la que la estaba mirando la desnudaba completamente.

—¿Qué… pasa? —Sorprendentemente le tembló la voz al preguntar aquello.

Una nueva negativa con la cabeza y un segundo después las fuertes manos tatuadas se cerraron sobre su rostro y esa pecaminosa boca capturó la suya hundiéndole la lengua sin previo aviso. Ava gimió contra sus labios, correspondió con su propia lengua y se aferró a su chaqueta con los dedos mientras su mente se convertía en papilla y su cuerpo se calentaba más y más.

—Mi Ava… —Sus labios se despegaron y la voz masculina sonó ronca, sexual y muy oscura—. Mi reina blanca… —Se apartó lo justo para mirarla a la cara, para recorrerla con esos hechiceros ojos hasta capturar su propia mirada—. Mi amor. —Mientras a ella se le paraba el corazón al escucharla llamarla así, mientras veía esa emoción en sus ojos, él le sonrió con esa manera tan perezosa y sexy—. Ahora ya puedo decírtelo sabiendo que soy yo el que habla y no un vínculo contractual. Te amo. Desde el momento en que te vi en ese local atestado de gente, lanzando los vasos al suelo, tan perdida y aun así tan valiente, en ese preciso instante supe que nuestros caminos debían encontrarse. Y ahora aquí estamos.

Resbaló los dedos hacia su pelo, lo retiró dejando libres sus orejas y añadió.

—Sin un contrato que nos ate, con mi voz, mi alma y mi corazón bajo mi propia voluntad, ya puedo decirte que te amaré mientras me quede aliento —admitió con una sincera y tierna

sonrisa curvándole los labios—. Te quiero, mi brujita lujuriosa, te quiero.

Paz y alegría. Esas eran las dos emociones que Ava sentía burbujeando en su interior, que sabía se estarían reflejando ahora en sus ojos empañados por las lágrimas. Dejó escapar un sollozo y se rio.

—Mi amor… —musitó ella llevando sus propias manos al rostro masculino—. ¡Me has vuelto loca impidiéndome que te dijera lo que siento por ti!

Él se echó a reír y la miró a los ojos.

—En realidad… Sí me lo dijiste —aseguró para su sorpresa—. Y debo confesar que casi me caigo de espaldas del susto.

—¡Dev! —Se apartó solo para pegarle un manotazo en el hombro.

—Posiblemente ni siquiera te acuerdes porque estabas adormilada y decías cosas, y más cosas, y más cosas…

—Oh, por el amor de Dios —le pegó una vez más—. Eres… imposible.

Le cogió ambas manos entre risas y se las llevó a los labios

—Dímelo otra vez, Ava. Ahora que estás despierta. Ahora que te tengo ante mí. Dímelo para que lo oiga y pueda grabarlo para siempre en mi memoria.

—Eres imposible —resopló.

—Eso no, lo otro.

—Capullo. —Se cruzó de brazos.

—Sigue intentándolo, amor.

—Y un demonio. —Intentó contenerse al verlo poner los ojos en blanco.

—Ava…

—Íncubo salido —chasqueó, pero ya no pudo contener la risa.

—Quieres guerra, ¿no es así, compañera?

—Te quiero a ti, te amo a ti, eres mío, mi demonio —le dijo con voz suave, tierna, llevando de nuevo las manos sobre el rostro masculino—. Te quiero completa, loca y lujuriosamente. Y te querré de esa forma el resto de la noche… y de mi vida si me aceptas.

Esos preciosos y hechiceros ojos se abrieron y buscaron la respuesta en los suyos.

—Esta es mi noche, Ava, es *Walpurgis*… —mencionó con cuidado—. ¿Entiendes lo que significaría?

—Lo entiendo, Dev. Lo entendí desde el momento en que diste la posibilidad de elegir.

Se lamió los labios, sus ojos se oscurecieron y el deseo cubrió sus facciones.

—¿Es todo lo que deseas, *milady*?

Ava se derritió por dentro, se lamió los labios y a duras penas contuvo un gemido de placer que nacía desde lo más profundo de sí misma.

—Sí, amor mío. Tú eres todo lo que deseo. Para siempre.

—Bien, porque tus deseos son todo para mí.

Y esa noche se encargó de demostrárselo haciéndola gritar de placer hasta las primeras luces del amanecer.

[1] *Dulzura en griego.*
[2] *Esposa en griego.*
[3] *Magia Blanca en griego.*
[4] *Bruja en griego.*
[5] *Amor mío en griego.*